



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

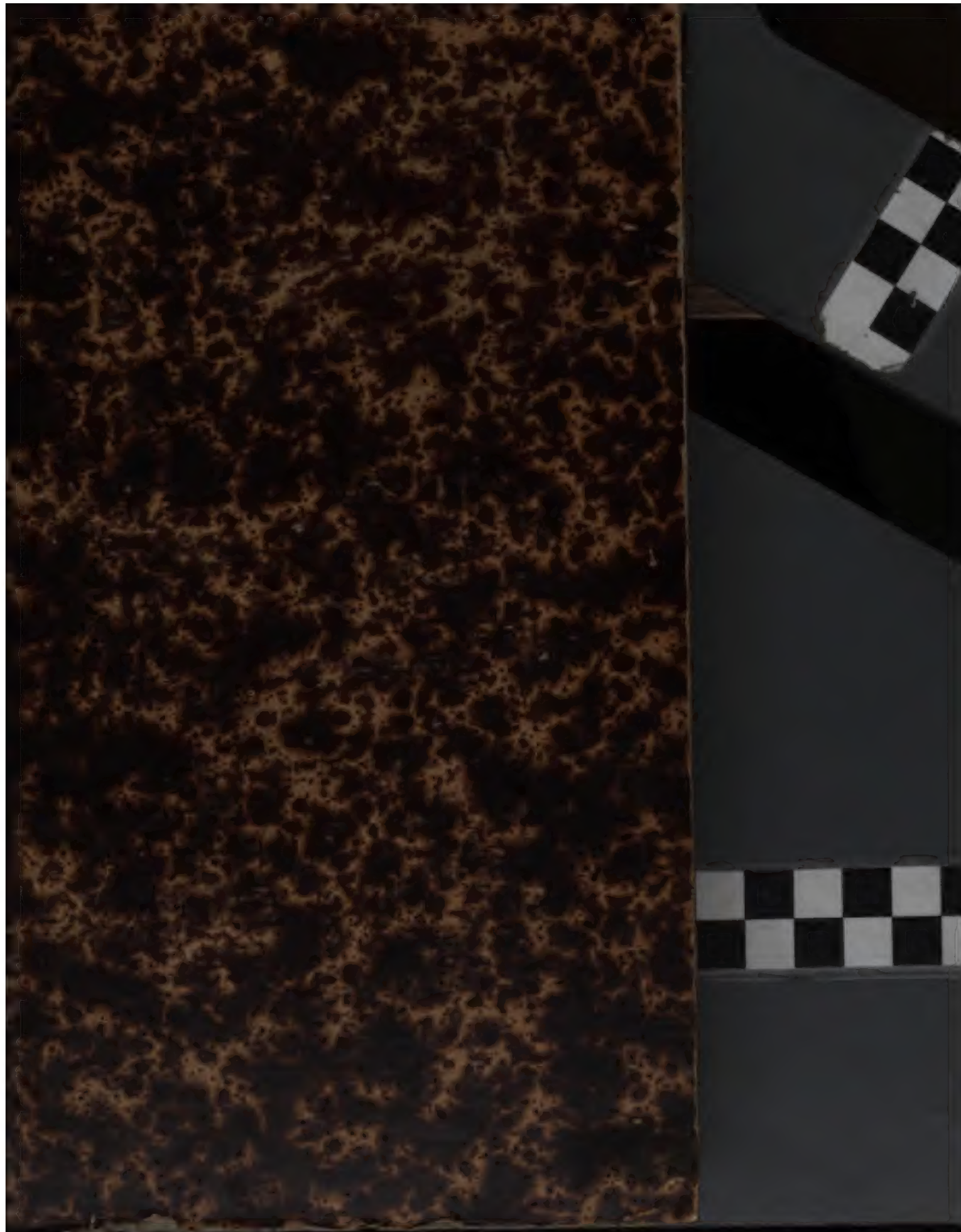
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

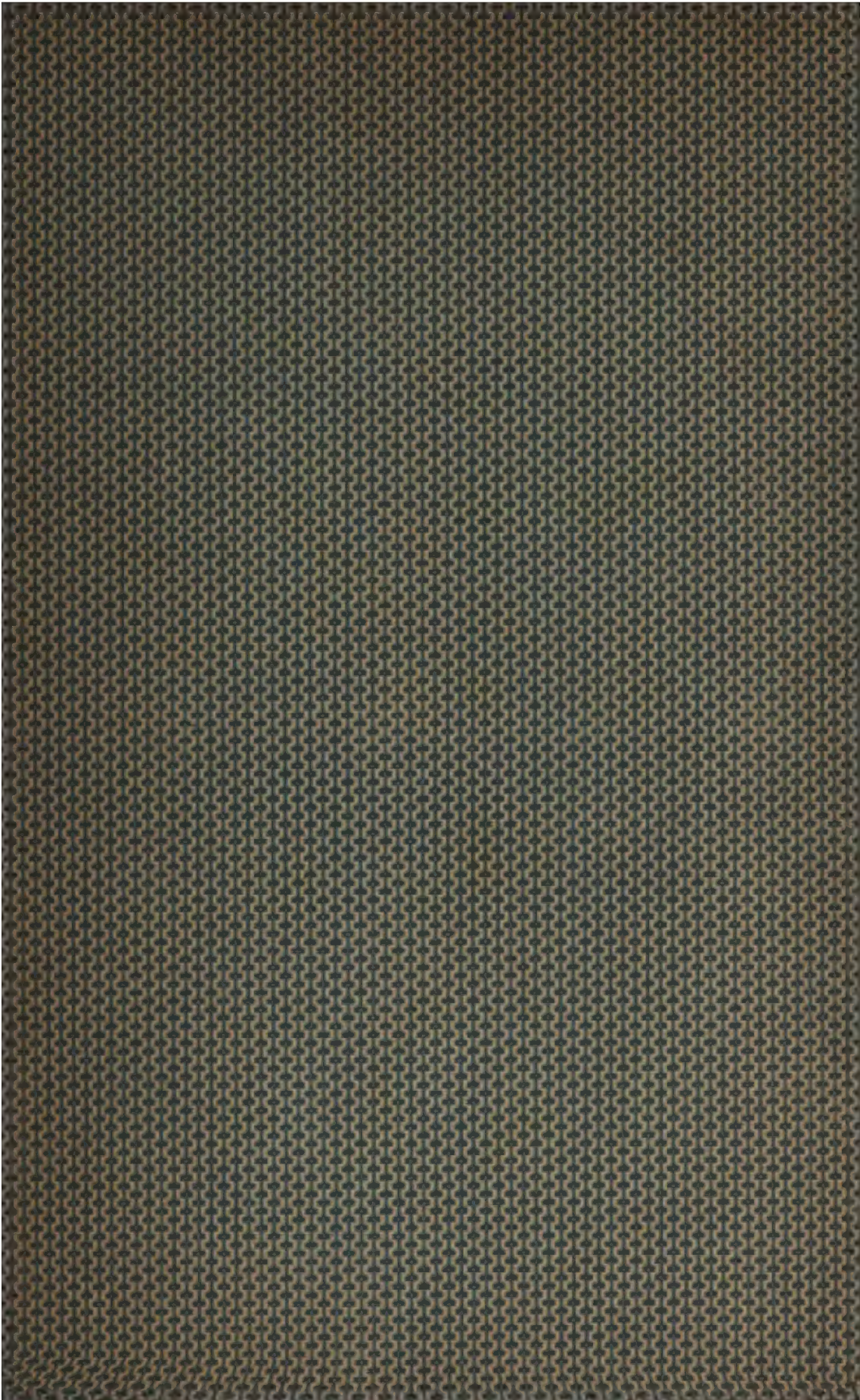
Asimismo, le pedimos que:

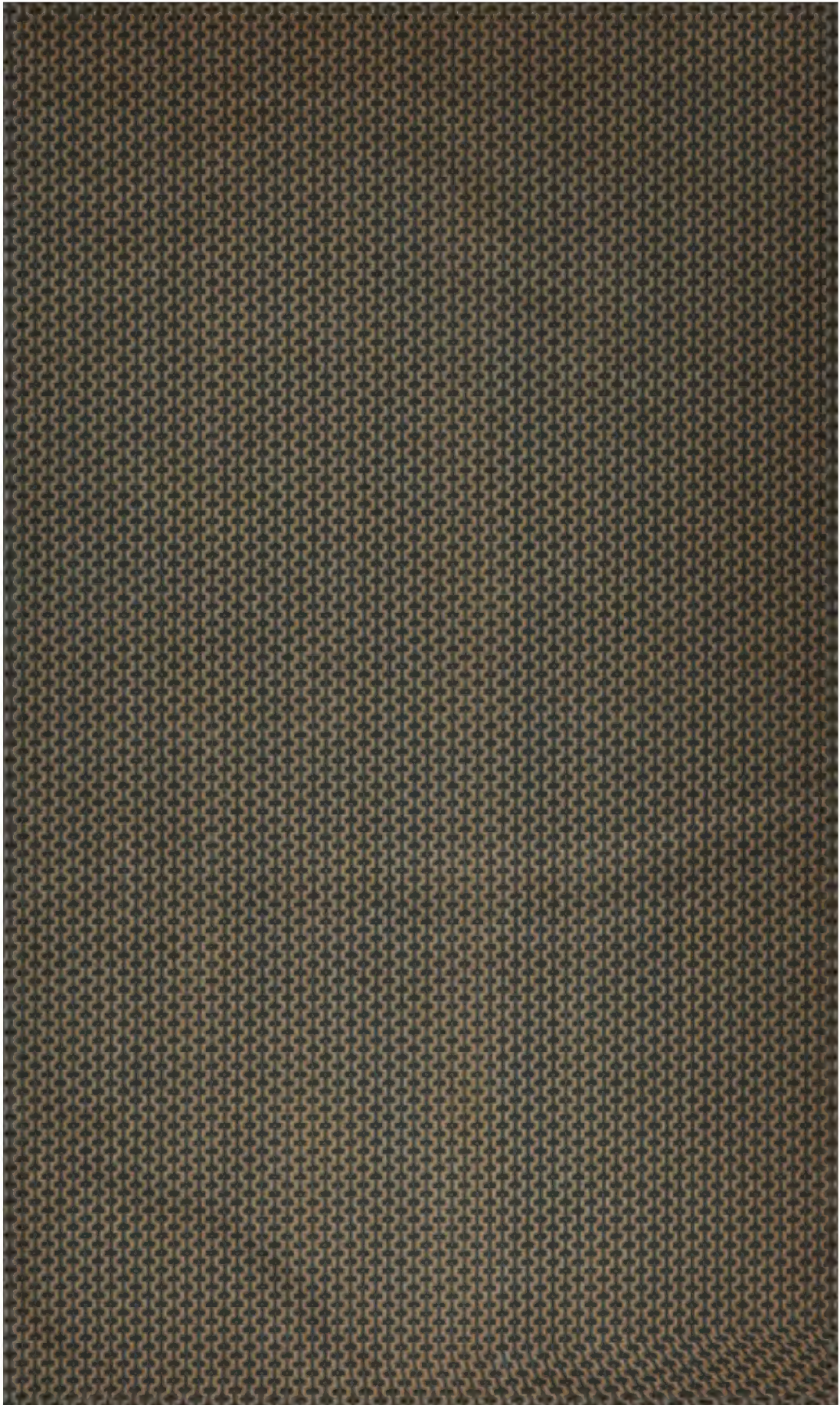
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



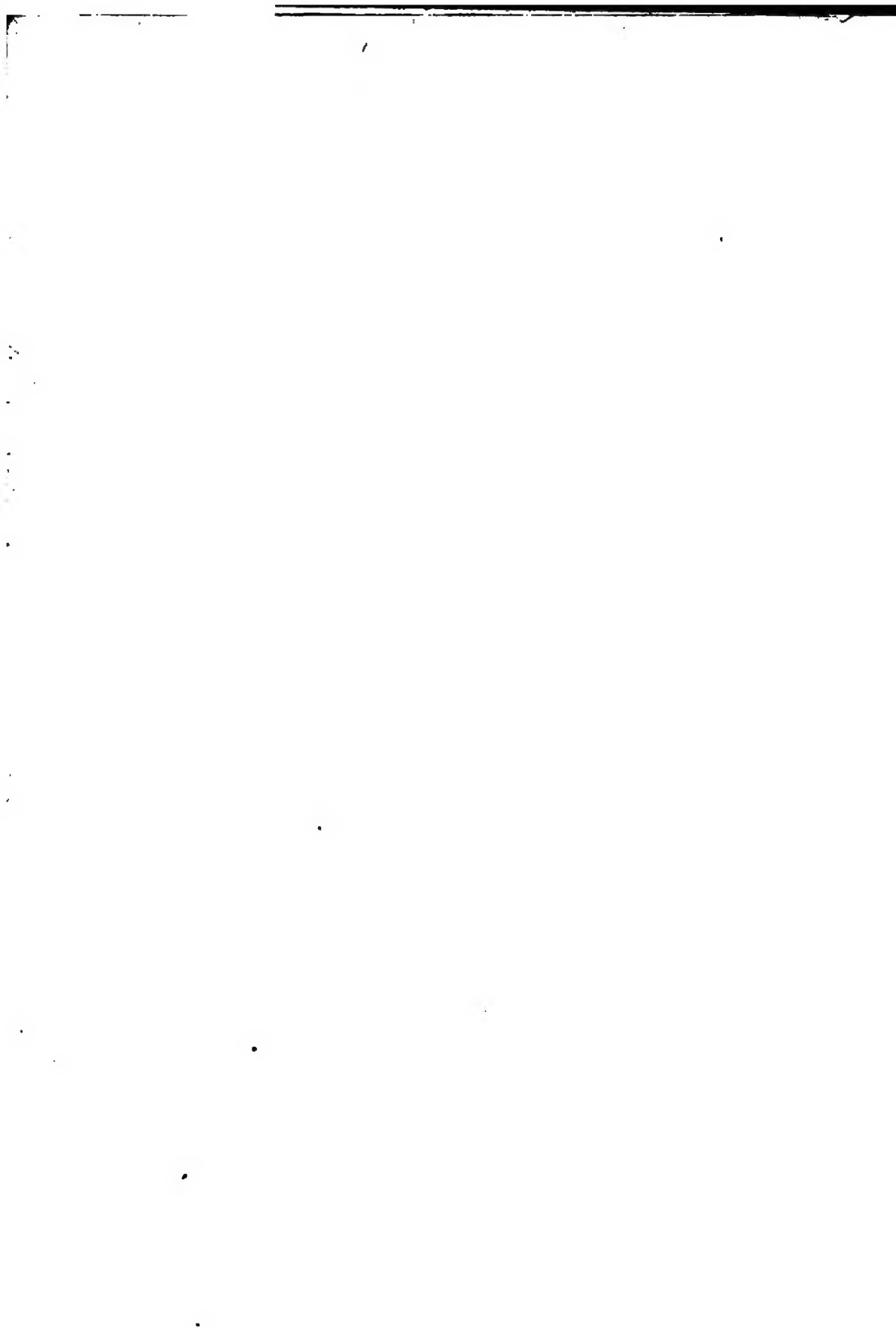




860.8

B582

V. 64



BIBLIOTECA
DE
AUTORES ESPAÑÓLES.

(TOMO LXIV DE LA COLECCION.)

1970

1970

1970

BIBLIOTECA
DE
AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

HISTORIA
DEL
LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION DE ESPAÑA,
POR EL EXCMO. SR. CONDE DE TORENO,

PRECEDIDA DE LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR,

ESCRITA

POR EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,
DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.



MADRID,
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR.
CALLE DEL DUQUE DE OSUNA, 3.

1872.

G

ADDITIONAL

ALPHABETICALLY

THE ALPHABETICALLY ARRANGED LIST OF THE NAMES OF THE

HISTORICAL

AND

THE ALPHABETICALLY ARRANGED LIST OF THE NAMES OF THE

THE ALPHABETICALLY ARRANGED LIST OF THE NAMES OF THE

THE ALPHABETICALLY ARRANGED LIST OF THE NAMES OF THE

THE ALPHABETICALLY ARRANGED LIST OF THE NAMES OF THE

THE ALPHABETICALLY ARRANGED LIST OF THE NAMES OF THE



UNIVERSITY

THE ALPHABETICALLY ARRANGED LIST OF THE NAMES OF THE



igual situacion, desconfiado y veleidoso. Por eso en los últimos cuarenta años hemos visto sucederse en España tan rápidas y violentas alteraciones, alzarse tan alto ambiciosas é insignificantes medianías, y caer repetidas veces del trono efímero del aura popular almas elevadas é inteligencias de primer orden.

Pero el olvido es el triste y merecido término de aquellas medianías, mientras que los hombres de mérito alto y verdadero, si pierden por algunos momentos su natural influencia, jamás ven su celebridad y su nombre enteramente devorados por la hoguera de las pasiones. Á estos hombres pertenece el ilustre personaje cuya vida vamos á bosquejar; vida agitada por vaivenes extremos de próspera y adversa fortuna; mirada por muchos á la luz del espíritu de partido, de la envidia ó del resentimiento personal; ya ensalzada por el entusiasmo, ya vulnerada por la calunnia; sembrada de bellos rasgos, hijos de un carácter noble y de una capacidad incontestable y eminente, y alguna vez de faltas no leves; imágen, en fin, de las épocas que ha pasado, y fiel traslado de sus alternativas y vicisitudes varias y borrascosas.

Nació D. JOSÉ MARÍA QUEIPO DE LLANO RUIZ DE SARAVIA en su casa (plazuela de la Fortaleza) de la ciudad de Oviedo, capital entónces del principado de Asturias, y hoy de la provincia que lleva su nombre, el 26 de Noviembre de 1786. La circunstancia de ser éste el día en que celebra la Iglesia los Desposorios de Nuestra Señora, unida á la de llamarse su padre José, fué causa sin duda de que el recién nacido recibiese el nombre de José María. Su padre llevaba á la sazón el título de vizconde de Matarrosa, como primogénito que era de la casa de Toreno, una de las ricas y más antiguas é ilustres de aquel principado, cuna de la nobleza leonesa y castellana. La familia de su madre, doña Dominga Ruiz de Saravia, Dávila, Enriquez de Cabrera, es de las antiguas de Cuenca.

Habia recibido el entendimiento de esta señora cultivo esmerado á la manera de aquel tiempo, habiendo entrado de educanda, por disposicion de sus tutores, el Marqués de Montereal y el Sr. Eulato, consejero de Castilla, en un convento de Dominicas de la ciudad de Leon, cuya priora era hermana del Conde de Toreno, abuelo del que es objeto del presente estudio, y es de presumir que contribuyese juntamente con su esposo y su suegro el Conde, que pasaba por hombre ilustrado, especialmente en ciencias naturales, á encaminar á honrosos y nobles fines aquellos primeros sentimientos de la infancia, gérmen confuso que crece y se desarrolla con los años, y del cual dependen, más de lo que comunmente se piensa, las inclinaciones y hasta el porvenir de los hombres.

Á los cuatro años de edad salió de Asturias D. JOSÉ MARÍA QUEIPO DE LLANO con sus padres, los cuales se trasladaron sucesivamente á Madrid, Toledo y Cuenca, donde su madre tenía bienes. En esta última ciudad adquirió los primeros rudimentos de su educacion literaria, la cual, segun la rutina de entónces, empezó por el estudio de la lengua latina. Mostróse en él singularmente aventajado, y no le fué difícil perfeccionarse completamente bajo la direccion de un preceptor asturiano llamado D. Juan Valdés, habiéndose establecido sus padres en Madrid en 1797. Era el tal preceptor hombre de notable capacidad y harto dado al liberalismo, y es más que probable que contribuyesen sus máximas á infundir y despertar en el ánimo tierno de su alumno tendencias é ilusiones de libertad, que no tardaron en arraigar y robustecerse.

Las nada comunes disposiciones que manifestaba D. JOSÉ en edad tan temprana, y más nuevo todavía la predileccion con que le amaban sus padres, por no tener ningun otro hijo varon (1), fueron causa de que recibiese una educacion mucho más completa y mejor dirigida que la que entónces solia darse. Ademas de haber adquirido buena y no escasa instruccion en el ramo de humanidades, al cual se concedia particular importancia, aprendió las matemáticas con Rossell, catedrático del *Seminario de Nobles*, la fisica experimental con Vega,

(1) El CONDE DE TORENO, cuya vida refieren estos apuntes, tuvo solo cuatro hermanas, ya difun-

tus, una de las cuales fué la esposa del desgraciado general D. Juan Díaz Porlier.

en San Isidro el Real, y siguió con aprovechamiento y distincion los cursos de química, mineralogía y botánica de los célebres Proust, Herrgenn y Cavanilles. En años sucesivos adelantó considerablemente en las letras griegas, y llegó á saber bien, y alguna de ellas con suma perfeccion, las lenguas francesa, inglesa é italiana. Algo se ejercitó asimismo en el alemán, y mucho y sin intermision en el idioma patrio.

Hemos consultado á varias personas de autoridad que conocieron en sus primeros años al personaje en cuya historia nos vamos ocupando, y todas contestes nos han asegurado que á un gran desembarazo intelectual y á una facultad de percepcion rápida y exacta, reunia estimables prendas de carácter, un ánsia ardiente de instruirse, y una perseverancia en el estudio, que le hacian aventajarse á la corta edad en que se hallaba, y solicitar y merecer la amistad de hombres graves é instruidos, que ya le consideraban como á jóven de grandes esperanzas. De notar es que no se apasionó éste exclusivamente, cual acontece á menudo, de la lectura de los poetas, ni hizo esfuerzos por ensayarse en componer versos; ocupacion grata en la primera edad, que se aviene más fácilmente con impresiones blandas y amenas que con serias medituciones. El CONDE DE TORENO, aunque inteligente apreciador de las obras de mero ingenio, no dió nunca á su gusto semejante rumbo (1).

No será fuera de propósito referir una circunstancia, que si bien insignificante á primera vista, hubo sin duda de contribuir á cimentar y extender en el ánimo del jóven QUEIPO DE LLANO las impresiones recibidas de su preceptor Valdés. Corrian entonces con buena fortuna, mal reprimidas, y alimentadas con el espectáculo de los desórdenes de la corte, las ideas de emancipacion política, que tan caro habian costado en Francia á las instituciones conservadoras. Habíase sentido algun tanto, y como de rechazo, en España, el sacudimiento moral de la nacion vecina, destinado á remover hasta los cimientos de la antigua Europa, y los nuevos principios cundian y hallaban eco aún en las clases cuya preponderancia habia de ser un día minada y destruida por ellos; habiendo pasado los Pirineos, ya con los escritos de los filósofos del siglo que fenecía, ya con el gran número de emigrados franceses, por la mayor parte eclesiásticos, que, aunque lanzados de sus hogares y despojados de sus bienes y prerogativas, llevaban sin saberlo las máximas de la Enciclopedia, que les habian sido tan sanestias, en el fondo del corazon. No recibió el jóven QUEIPO DE LLANO el influjo directo de ninguno de aquellos emigrados, que, como gente en general de luces, habian entrado de maestros en seminarios públicos y en casas particulares; pero no faltaron apóstoles de aquella propaganda que se encargasen de suplir su falta. El abad del monasterio de Benedictinos de Monserate, situado en Madrid, en la calle Ancha de San Bernardo, con quien, no bien entrado en la ado-

(1) Párecenos, no obstante, curioso publicar aquí, como prueba de que á los entendimientos privilegiados no se les resisten ni aún las cosas á que se hallan ménos inclinados, unas lindas y fáciles quintillas escritas por el historiador CONDE DE TORENO en el álbum de la esposa del Conde de Latour-Maubourg, embajador que fué de S. M. el Rey de los franceses en Madrid. Estas son acaso las únicas versas que compuso en su vida. No se conservaba de ellas copia alguna en España. Pero el señor Marqués de Bouillé, actual embajador de Francia, ha proporcionado al Sr. de Cueto, con la más amistosa voluntad, una copia de las quintillas, sacada del álbum de la ya difunta Condesa de Latour-Maubourg, que conserva en Francia la familia de esta ilustre señora:

Á LA SEÑORA CONDESA DE LATOUR MAUBOURG,
POETA ESTE DE SU SALIDA DE MADRID.

Aunque jamás la oíste
Huir, señora, de Apolo,

Ni la fuente Catalina
De su linda creacion
Dió á mi labio un verbo solo;

¿Qué galán, qué caballero,
En el álbum de una hermosa,
Por recuerdo puerilero,
Escampa en su casa postrero
Su hana y humilde prom?

Verme de te hicieras, sí,
Ante que al buceo me me;
Mas esto quedese aquí;
No digas al desdado,
Que se busquen de mí.

Pero, en canto, pondera
Mi tiempo tan profuso
Firme á un vil capitulo
Dedillo por todo el mundo,
Que á la diosa la ventad,

El Conde de Toreno.

Madrid, 29 de Abril de 1838.

lescencia, había trabado por acaso conocimiento, liberal exaltado de entónces, y muy inclinado á comunicar á los mozos sus libros é ideas, puso en sus manos el *Emilio* y el *Contrato social* de Rousseau; admirables creaciones de un genio alucinado, tanto más perniciosas cuanto más sublimes y elocuentes.

Á ser posible, ¡qué estudio ideológico tan interesante hubiera sido el de las impresiones producidas en un alma nueva y ardiente por tan seductora lectura! ¡Cuánto debieron conmoverla la inspiracion apasionada y la elevacion espiritualista del *Emilio*, y cuánto agitarla el tono imperioso, los axiomas decisivos, la novedad de las reflexiones, la lógica impetuosa de los argumentos, y hasta las abstracciones del *Contrato social*! ¡Qué vasto é inesperado campo debía éste abrir á una imaginacion inexperta, presentando la reforma política al lado de la reforma social! No comprendía seguramente entónces el jóven que así alimentaba sus naturales instintos de libertad, que las meditaciones de Rousseau, forinadas en un tiempo en que no se tenía idea de las violencias demagógicas, consagraban sin la experiencia necesaria la infalibilidad de la muchedumbre, que, no limitándose á establecer la preponderancia legal de las clases populares, dejaban sin fuerza ni proteccion al pueblo contra las demasías del pueblo mismo; y que no poniendo coto alguno á la independendencia individual, y fijando desatentadamente la mira en ejemplos de la antigüedad, inaplicables cuando la situacion y las costumbres eran tan diferentes, no hacian sino corregir un despotismo con otro aún más odioso (1).

No podia ciertamente convenir al cultivo de un ánimo tierno y apasionado influencia tan contraria á la índole y á los adelantos de la moderna libertad. Pero ése era el erróneo y torcido camino que iban tomando entre nosotros las nuevas ideas, y no era dable que en aquellos tiempos siguiese la juventud otro más recto y ménos inseguro.

Restituidos los padres de D. JOSÉ MARÍA QUEIPO DE LLANO á Astúrias en 1803, volvió, sin embargo, éste á Madrid, y pasó allí largas temporadas, perfeccionándose en sus estudios, y ocupado ademas asiduamente en sabrosa y buena lectura; tarea en la cual le alentaban y dirigian probablemente D. Agustin de Argüelles, D. José Fernandez Queipo, D. Ramon Gil de la Cuadra y otras personas instruidas é impregnadas de los principios políticos más avanzados, á las cuales conoció y frecuentó mucho en aquella época. Conjeturamos, por no saberlo á punto fijo, que fué por estos años cuando hizo una traduccion de Eutropio (2), que nunca se ha impreso; eleccion de autor que anuncia ya su decidida aficion á los estudios graves de la historia.

En Madrid se hallaba QUEIPO DE LLANO el día 2 de Mayo de 1808, en el cual le hizo correr inminente peligro la noble resolucion de salvar de la muerte que le amenazaba á su amigo D. Antonio Oviedo (3). El fecundo y horrible martirio de los héroes y de las víctimas de aquel día memorable excitó en su alma la más vehemente y rencorosa indignacion. Veinte años despues, al retratar con pincel vigoroso el horror de aquellas escenas, duraba aún viva en su alma la recia y profunda impresion que habia experimentado. «Nuestros cabellos, dice en su obra, se erizan todavia al recordar la triste y silenciosa noche, sólo interrumpida por los lastimeros ayes de las desgraciadas víctimas y por el ruido de los fusilazos y del cañon, que de cuando en cuando y á lo lejos se oia y resonaba.»

Cundieron á manera de llama eléctrica por todos los ángulos de la monarquía un ardoroso sentimiento de independendencia y de despecho, y un clamor de venganza, que hicieron estallar al punto un alzamiento general, el más rápido, espontáneo y magnánimo de que la historia hace mencion. Astúrias, baluarte en remotos tiempos de la independendencia española, tuvo en

(1) El célebre y liberal publicista Benjamin Constant ha dicho: *Je ne connais aucun système de servitude qui ait consacré des erreurs plus funestes que l'éternelle métaphysique du CONTRAT SOCIAL.*

(2) Escritor latino del siglo IV, autor de un *Compendio de historia romana*, en diez libros.

(3) *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, lib. II.

esta ocasion la gloria de ser la primera provincia que se levantó audaz y denodada contra la dominacion extranjera. El jóven QUEIPO DE LLANO, á la sazón vizconde de Matarrosa, título, como hemos dicho, de los primogénitos de su casa, salió de Madrid pocos dias despues del 2 de Mayo, y llegó á Oviedo en ocasion en que el pueblo, conmovido, daba muestras de hallarse próximo á una abierta sublevacion. Contribuyó con no poca eficacia á acelerar el desendo rompimiento, ora poniendo en juego la influencia de que gozaba su familia, ora enardeciendo los ánimos con la animada relacion de los atentados y horrores que acababa de presenciar. Dichosa casualidad fué para regularizar y dirigir acertadamente la noble exaltacion del pueblo, que se hallase en aquellos momentos congregada la Junta general del principado. Era ésta una institucion antigua, vestigio de sus perdidos fueros, que se reunia cada tres años, dejando en el intermedio una diputacion de su seno, que la representaba. Todos los miembros eran elegidos popularmente por los concejos, á excepcion de los condes de Toreno, que lo eran natos, por privilegio de familia, y como alféreces mayores hereditarios del principado. Levantado éste, y declarada soberana la Junta, de la cual habia sido desde luego nombrado individuo el VIZCONDE DE MATARROSA, á pesar de su corta edad, se resolvió enviar representantes á Inglaterra en demanda de auxilios, y con el fin de asentar las bases de una alianza que era realmente tan importante para llevar á cabo la aventurada empresa. Fué el VIZCONDE elegido para encargo de tanto empeño, en compañía de D. Andres Ángel de la Vega, hombre de verdadero mérito, y digno diputado que fué despues en las Cortes extraordinarias. Su claro entendimiento, su gentil desembarazo, su vária y sólida instruccion, sus escogidos modales, hacian asimismo, sin duda, al VIZCONDE DE MATARROSA muy merecedor de tan elevada confianza; pero fué siempre una distincion señalada, y debió envanecer y lisonjear grandemente á un mozo de poco más de veintin años verse designado para representar en Lóndres y en mision de tan alta entidad á la Junta suprema de Asturias, como quiera que hubiese en ella no pocos hombres de peso y grave autoridad.

El éxito probó que semejante eleccion habia sido en extremo acertada. El 30 de Mayo se hicieron á la vela los negociadores desde Gijón, en un corsario de Jersey que apareció oportunamente sobre el cabo de Peñas, no habiendo en aquel momento crucero inglés en toda la costa asturiana, y siendo arriesgado aventurarse en barco de la propia nacion. En la noche del 6 de Junio arribaron á Falmouth, y no eran todavía las siete de la mañana del dia siguiente cuando pisaron en Lóndres los umbrales del Almirantazgo. Poco despues se avistaron con Mr. Canning, ministro entónces de Relaciones extranjeras, cuya pronta y viva penetracion columbró desde luego el espíritu que debia reinar en toda España, y las consecuencias que una insurreccion peninsular podria tener en la suerte de Europa, y áun del mundo (1).

Desde aquel momento la permanencia en Lóndres de los enviados asturianos fué una serie no interrumpida de aplausos y de obsequiosas distinciones. El Gobierno y la oposicion, la aristocracia y el pueblo, ensalzaron á una la noble y generosa conducta de Asturias, y tributaron á sus representantes las demostraciones más palpables y positivas de aprecio y franca admiracion. No era á éstos dado presentarse en público sin que se prorumpiese en derredor suyo en entusiásticas aclamaciones, llegando á tal punto la viva sensacion que su presencia ocasionaba, que el primer dia que asistieron á la ópera en el palco del Duque de Queensbury, fué forzoso suspender la representacion cerca de una hora.

Los honrosos auspicios que habian dado principio á su carrera política, y la feliz situacion en que se encontraba en Lóndres el VIZCONDE DE MATARROSA, le proporcionaron fáciles medios de entablar amistad con muchos personajes ingleses de gran valer y nombradía, entre los cuales se contaban los célebres Castlereagh, Wellington, Whitlam, Willerforce, lord Holland, y el insigne literato y orador Scheridan, con cuya irónica é incisiva elocuencia

(1) *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, lib. II.

tiene la de nuestro español no escasa analogía. También estrechó entónces los lazos de amistad que ya le unian con D. Agustín de Argüelles, que había ido á aquella capital comisionado por el Príncipe de la Paz para entablar cautelosamente con el gabinete británico una negociacion delicada, que por diferentes causas no tuvo ni pudo tener resultado alguno.

Regresó á Oviedo el VIZCONDE DE MATARROSA en Diciembre del mismo año, y encontrósse á su llegada con la infausta novedad del fallecimiento de su padre, que trocó el título que á la sazón llevaba, en el de conde de Toreno. Permaneció en dicha ciudad hasta el mes de Mayo del año siguiente, viviendo bastante retirado en su casa, y ocupado en el arreglo de sus propios asuntos. No asistía el CONDE á las sesiones de la Junta de Astúrias por andar levemente desavenido con algunos de sus individuos, y en nada sonaba su nombre, hasta que entró en Oviedo el Marqués de la Romana, que había llegado del Norte poco tiempo ántes. Dando éste con sobrada facilidad oídos á las quejas y censuras de ciertas personas descontentas con las enérgicas providencias de aquella Junta, y acerbamente exasperado su ánimo con las respuestas de esta corporacion, que se negaba con altivez á subordinar sus propias atribuciones á la autoridad meramente militar del General, se decidió á disolver la Junta con la fuerza de las bayonetas, parodiando ridículamente el 18 *Brumario* de Napoleon, y formó otra, de la cual, sabiendo su desvío hácia aquélla, nombró miembro á TORENO. Á pesar de hallarse éste, como hemos indicado, algun tanto quejoso de la disuelta Junta, y conocer, además, que había ella incurrido en merecida censura por algunas medidas arbitrarias contra determinadas personas (1), olvidó agravios, y atendiendo únicamente á lo que era justo y legítimo, no sólo no aceptó el nombramiento del Marqués de la Romana, sino que como diputado nato de la Junta general, le echó en cara la ilegalidad y violencia de su proceder, calificándole de arbitrario y de muy pernicioso á la causa pública; firme y generosa resistencia, que hubiera podido acarrearle algun sinsabor de parte del General en jefe, á no haber sido repentinamente invadido el principado por el mariscal Ney y el general Kellermann. Embarcóse de prisa el Marqués de la Romana, tomando en seguida tierra en Ribadeo, y el CONDE continuó en Astúrias mientras duró la ocupacion, ora andando por sus breñas, ora al lado de las tropas españolas que se habían abrigado en las célebres asperezas de Covadonga. No tardaron los enemigos en evacuar la provincia, llamados por los acontecimientos de Oporto y otros de no menor trascendencia y cuantía, y TORENO se resolvió á pasar á Andalucía, como lo verificó por mar, llegando á Sevilla, donde se hallaba la Junta Central, por el mes de Setiembre de 1809.

Había acudido allí á abrigarse á la sombra del Gobierno supremo, y participar de su suerte, numerosa turba de particulares, decididos á no ser víctimas ni cómplices de la autoridad usurpadora. TORENO debió ser llevado, además, en su determinacion por la circunstancia de ser su tío, el Marqués de Campo-Sagrado, individuo por Astúrias de la Junta Central, juntamente con el ilustre D. Gaspar Melchor de Jovellanos, á quien había el CONDE anteriormente conocido en Madrid, y á quien trató mucho entónces, debiéndole especiales favores, y singularmente, entre ellos, el de contribuir á que se le habilitase para administrar sus bienes, cuando aún carecía de la edad competente.

La Junta Central, compuesto extraño de divergentes y mal avenidos elementos, incierta á veces, por esta causa, en sus determinaciones y propósitos, pero afanada por el bien general, inclinada á la mejora de todos los ramos de la administracion, y firme y noble en las cuestiones de decoro nacional y de dignidad propia, iba perdiendo terreno cada dia en fuerza y popularidad. La desavenencia de las opiniones de algunos de sus miembros, y las dificultades naturales de la situacion, la hacian aparecer rebacia á los ojos de la generalidad de las gentes en la cuestion de la instalacion de las Cortes, que era el clamor continuo aún de aquellas personas más señaladas por sus luces, por su cordura y por su adhesion á los principios de

(1) *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, lib. viii.

moderacion y de orden. Las calamidades públicas y los revces de la guerra, aumentándose deplorablemente en aquellos días, acabaron de quebrantar el ya vacilante poder del Gobierno, al cual, como de ordinario aconteco, se le achacó la culpa de todos los males, hijos realmente, más que de su imprevisión y mal manejo, de casualidad y desventura (1).

Dueños los franceses de los puertos del Rey y del Muradal el día 20 de Enero de 1810, y entrados con no prolongada resistencia los primeros pueblos de las Andalucías, temerosa con fundamento la Junta Central de que ocupasen la capital, resolvió trasladarse á la isla de Leon. Casi todos sus miembros partieron apresuradamente y como en dispersion del 23 al 24; y aunque agonizante, llegó á reunirse de nuevo en la mencionada Isla. Pero habia llegado el término de su existencia. El motin que estalló en Sevilla á la salida de los vocales, el haberse erigido en suprema nacional la junta provincial de aquella ciudad, y el haberse instalado una nueva en Cádiz, complicaron de tal suerte la situacion, que siéndole imposible á la Central hacer frente á tan recios embates, no alcanzó á prolongar su vida ni siquiera dos días, teniendo que ceder el depósito de la autoridad soberana el 31 de Enero, en lugar del 2 de Febrero, que era el día designado, al Consejo supremo de Regencia nombrado de antemano.

TURENO, como todos los demas que estaban entónces en Sevilla y no tomaron parte con los enemigos, habia pasado al seguro abrigo de Cádiz. A poco de su llegada á esta ciudad, la junta de Leon le envió sus poderes para que la representase, en union con D. Joaquin Baza, natural de aquella provincia, y oficial á la saxon de la secretaría de Indias cerca del Gobierno, que era ya, como hemos dicho, la primera Regencia, y poco despues le otorgó tambien los suyos para el mismo efecto el principado de Astúrias. Al mismo fin habian nombrado otros sujetos las demas juntas, y unidos todos en Cádiz, veíanse á menudo para ocuparse en el manejo de los intereses públicos de sus respectivos comitentes. Habia gran disgusto con la Regencia, que se mostraba sin rebozo inclinada á ideas y prácticas añejas, y que, alentada por el Consejo Real, desatendia visible é imprudentemente la obligacion de juntar las Cortes, que al instalarse habia contraido. Al punto á que las cosas habian llegado, era la tal reunion de Cortes una necesidad patente, pues si bien podia dar ensanche y autoridad á ciertas doctrinas peligrosas y aún no ensayadas, convenia, y mucho, por otra parte, satisfacer el deseo de la nacion para dar vigor y robustez á la causa que el pueblo defendia. El CONDE DE TURENO, convencido de la urgente perentoriedad de las circunstancias, y aumentando el ardor de la juventud la natural actividad de su ánimo, exhortó á los demas apoderados de las provincias á pedir á la Regencia que sin demora congregase las Cortes. Accedieron aquéllos á su propuesta, y le dieron el encargo de redactar la exposicion, que salió en términos algo imperiosos, y como de gente preponderante y mal dispuesta á tolerar una negativa. Encargóse ademas á TURENO que en compañía de D. Guillermo Hualde, diputado por Cuenca, dignidad de chantre en su iglesia catedral, y grande apostólico, presentase en persona á la Regencia la peticion. Verificáronlo así el día 17 de Junio de aquel año (1810), y obtenida la rénia, leyó el CONDE el citado escrito. Hubo de parecer girado á traza de mandato el consejo de reunir las Cortes al Obispo de Orense, uno de los regentes, pues contestó á los diputados con enojada destemplanza. Replicaron éstos con entereza, y aplacáronse todos al cabo con la intervencion del general Castaños; siendo tan inmediato y eficaz el resultado de este mensaje, que no más tarde que el día siguiente se promulgó el decreto de la convocacion á Cortes.

(1) Notables son, por el sentimiento de pensar que en ellas domina, las palabras del insigne y recto orador en defensa de la Junta Suprema, de que fué individuo. «El plazo de diez y seis meses, dice, en que yo concurri al desempeño de sus funciones, fué á la verdad breve en el tiempo, pero largo en el trabajo, penoso por las contradicciones y peligros, y

angustiado por el continuo y amargo sentimiento de que ni la intencion pura, ni la aplicacion mas asidua, ni el celo más constante bastaban para librar á la patria de las desgracias que la afligieron en este período.» (*Memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la Junta Central*, tomo I.)

Obligáronse por Colla tres incidentes, dando al Conde fama y popularidad por sus auras, y excitando contra él en las otras sentencias de desamortimiento y aun de aneja. Parte del Consejo Real, que manifestaba á las clases en su favor á las asambleas deliberantes, trató de hacer estorbo á la descentralización de las Cortes, y dió de sus individuos, entre los cuales se hallaban el Conde del Pinar y D. José Colla, parientes de Tanco, instancias en que se castigase con severidad á este y á los demás diputados que habían firmado la mencionada petición. Pero esta coacción no podía tener fuerza ni resultado en el breve recinto de la sala gaditana. Hombres congregados allí muchos señores de gran saber, capacidad é influjo, que daban rigurosos impulsos á las opiniones liberales, que remecían de suyo la monarquía, buscando senda á su noble ambición, se remeció y pugiló por la representación nacional, y que podían contrariar los enemigos de cambios e innovaciones una opinión que estaba tan desahogada y poderosa.

Los deseos de Tanco y demás reformadores se vieron por fin satisfechos; siendo tal la preponderancia que ya entonces habían adquirido las ideas democráticas, que hasta los enemigos de todo sistema representativo alzaron la voz en favor, apoyando la convocación de una sola cámara. En Regencia, inabundante é indecisa como siempre, y remisa hasta los últimos momentos en abrir las Cortes, se vio al cabo obligada á señalar el 24 de Septiembre para su instalación.

Después de la elección de suplentes para las provincias de España y Ultramar, cuyos diputados no habían sido todavía, y demás actos preliminares, llegó el señalado día 24, é instalóse en nuestra patria un sistema nuevo y desconocido; planta de difícil aclimatación entre nosotros, que si pudo ser provechosa en circunstancias dadas, escondía fecundas semillas de discordia y trastorno, que habían de contribuir en adelante á hacer mas graves y dilatados nuestros males. El Consejo de Tanco miró, no obstante, aquel día como principio de una era de regeneración y de gloria, y con él muchos hombres de luces, de patriotismo, de intención pura.

Mas para caracterizar exactamente la revolución efectuada entonces en las instituciones y en la opinión, y dar la conveniente disculpa que deben la historia y la imparcialidad á los sucesos, mas trascendentales que culpables, de aquel tiempo, forzoso es prestar una idea de la situación moral del país en aquellos momentos de trastorno y de confusión.

Desde el reinado de Carlos III la influencia de la filosofía francesa del siglo XVIII, escasamente eficaz en la literatura, se había hecho notablemente sensible en el estado social y político de España. Los condes de Aranda, Campománes y Floridablanca, poseídos de cuanto había practicable y juicioso en aquella filosofía, dieron un noble y vigoroso impulso al espíritu de reforma é innovación. Estos hombres insignes, ocupándose práctica y especulativamente en las empresas públicas, é introduciendo en las determinaciones del Gobierno las profundas miras de Montesquieu y otros publicistas, convirtieron la ciencia y la discusión en un medio de prestigio y hasta en un arma del poder. Casi todos los monumentos é institutos que acercan la España actual á la civilización del resto de la Europa son debidos á aquel reinado, en que la prudente represión del poder monacal y el fomento concedido al comercio, á las artes y á la industria, iban efectuando sin sangre ni violencia la revolución social del siglo; ensayo á un tiempo y feliz testimonio de lo que pueden hacer en pocos años, cuando las pasiones populares no oprimen ni embarazan su marcha, la firmeza y la ilustración de los gobiernos.

Otro reinado semejante habría dado probablemente ensanche y estabilidad á aquellas reformas, y satisfaciendo las nuevas tendencias de un modo regular y ordenado, habría quitado causa y pretexto al ansia de mudanzas que vino años después á dividir los ánimos y á desquiciar hasta los cimientos de la envejecida monarquía. Acaso de aquel modo hubiera ésta corrido y logrado alcanzar más tarde la suerte de los estados de Alemania, que hoy vemos prósperos y pacíficamente adelantados; pero subió al trono Carlos IV. Un hombre vulgar y

ambicioso reemplazó á los hombres de estado que con tanto acierto y dignidad habian llevado las riendas del gobierno, y desde entónces empezó á manifestarse y bullir el desasosiego de las ideas. El espectáculo de abusos y debilidades sin cuento, y por otra parte las doctrinas francesas de 1789, que empezaban á filtrar en España, habian dado á las ideas progresivas del reinado anterior un giro rápido, vicioso y extremado. Aquel espíritu, sabiamente reorganizador, se transforma, se modifica y se exagera; y la invasion de Napoleon, excitando ardientes sentimientos y sacudiendo violentamente todas las clases de la sociedad, contribuye poderosamente á pervertir y torcer las ideas.

Ya en 1810 no se limita, como en tiempo de Campománes, el espíritu de reforma á mejorar la condicion del pueblo, generalizando la educacion y creando los elementos materiales del bienestar: la teoria reemplaza á la accion: los derechos del hombre y otras palabras de difícil inteligencia alucinan el entendimiento de los más ilustrados, y el dogma de la soberanía nacional, mal comprendido y proclamado sin controversia cuando el pueblo era soberano de hecho, es acogido, en momentos de entusiasmo é inexperiencia, como una ilusion seductora.

Nada más natural; y si se fija desapasionadamente la vista en aquellos tiempos y circunstancias, se comprenderá fácilmente que debió ser condicion de almas elevadas y generosas sentir á la sazón aquel tumulto de preocupaciones democráticas.

El cuadro, á la par triste y vergonzoso, del abandono de Carlos IV y del gobierno doble, incierto y desmoralizador de Godoy, habia ido grabando sucesivamente en los ánimos de los más entendidos un sentimiento de pesar y de indignacion, que, unido á la fermentacion moral que habia propagado en Europa el espíritu de la revolucion francesa, no podia ménos de infundir en las almas jóvenes un deseo de reformas, vago como lo es siempre el deseo de la inexperiencia, y no obstante, fogoso y arrebatado, porque le daban pábulo el ardor de la juventud y los peligros del momento. Convencidos los hombres de la época de que los medios de gobierno hasta entónces empleados eran insuficientes para levantar á la nacion del estado de abatimiento y corrupcion en que la habian visto, buscaban una senda nueva, en la cual se lanzaban con vehemencia y fe, sin mirar que era desconocida, y sin sospechar siquiera que entrando en ella pudiera ser tan imposible volver atrás, como fácil hallar estorbos y precipicios imprevistos. Así la impericia y el patriotismo creaban, sin saberlo, gérmenes funestos, que desarrollados más tarde, habian de ser para España ocasion de terribles y largas desventuras.

La nueva invasion del principado de Asturias no permitió practicar allí tan pronto las operaciones electorales; pero luego que se vió libre, nombró unánimemente á TORENO uno de sus diputados á córtes. Faltábale cerca de un año para cumplir los veinticinco que se requerian, y al tratar en la sesion de 11 de Febrero de 1811 de la aprobacion de los poderes que habia presentado, se suscitó la cuestion de si era ó no mayor de edad, y por consiguiente, si podia ó no ser admitido como diputado por Asturias. Apoyaron la admision los señores Mejia, Caneja, Cañedo, Argüelles y otros, elogiando mucho el patriotismo y talentos del CONDE, y alegando que la Regencia le habia dispensado la minoridad para entrar en la eleccion de suplentes por Asturias, y que, ademas, estaba autorizado conforme á las leyes de España para la administracion de sus bienes, presentacion á beneficios eclesiásticos y nombramiento de jueces en sus señorios y territorios feudales, que todavía no se habian abolido. Opusieronse los Sres. Aner, D. José Martinez y otros varios, clamando por la igualdad en la observancia de la ley, y pidiendo que el CONDE fuese excluido con la misma severidad con que fueron otros, por faltarles las cualidades prescritas en la instruccion. Finalmente, á propuesta de los Sres. Castelló y Morales Gallego, resolvió el Congreso que volvieran los poderes á la Comision, para que justificase el interesado ante la misma la habilitacion de la edad que habia alcanzado del Gobierno; y conformándose, en la sesion del 16 de Marzo, con el dictámen de dicha comision de Poderes, aprobó los del CONDE DE TORENO, no obstante

menor edad (1). Dos días despues entró á jurar y tomó asiento como diputado propietario. Esta dispensa, solemne y desusada, prueba, más que cuantas reflexiones pudieran hacerse, las relevantes prendas que le adornaban, y la alta estimacion y concepto de que en tan corta edad disfrutaba.

Más de dos meses y medio pasó el CONDE desde su entrada en el Congreso sin tomar parte activa en las discusiones, no obstante haberse debatido varios puntos de Justicia y Hacienda, y algunas cuestiones incidentales de no escasa importancia. La desconfianza y timidez propias de la mocedad debieron sin duda, aunque algunos le juzgaban envanecido de sí propio, ser causa de que temiese mezclar su voz sobrado á menudo con la de hombres de larga edad y carrera, de numerosos y señalados antecedentes, y de grande experiencia en el manejo de los negocios públicos.

Pero llegó una cuestion que habia de despertar necesariamente en el alma del CONDE todos los instintos generosos de la época, y su voz se escuchó al cabo ardiente y desembarazada. Fué aquélla la discusion sobre señoríos y derechos jurisdiccionales, larga y detenida, y que excitó, no obstante, el interes general, más porque halagaba las ideas reinantes, que por la entidad de la reforma que de ella se esperaba. En efecto, por más que la necesidad de acallar en reinados débiles ó en épocas de minorías las exigencias de una nobleza discola y querrellosa, hubiese multiplicado semejantes jurisdicciones y derechos, nunca habian tenido en España tanta latitud y carácter tan abusivo y escandaloso como en otros países; y si bien es cierto que habian existido en algunos, aunque pocos, parajes ciertas imposiciones y prerogativas feudales odiosas, como el derecho de *pernada*, y la servidumbre *luctuosa*, que se pagaba á los señores y prelados, tambien lo es que tan bárbaros usos habian desaparecido hacia muchos siglos, olvidándose del todo ó convirtiéndose en prestaciones de poca cuantía. La potestad real, por otra parte, habia venido robusteciéndose desde el reinado de los Reyes Católicos, y coartando activamente el fuero de los señores, el cual, á la sazón que la cuestion se discutia, se hallaba singularmente menguado y decaído, quedando reducido al nombramiento de jueces, que habian de tener condiciones requeridas por la ley, y que casi no conocian más que de las causas civiles en primera instancia. Pero, por insignificante que fuese la participacion que cabia á los señores en la potestad judicial, era sin duda conveniente y aún necesario que desapareciese aquélla enteramente, si se habia de dar la debida unidad á la administracion de justicia; y no era ménos importante abolir las cargas ó pechos emanados de titulo señorial, como asimismo las concesiones reales de caza, pesca, azudes, molinos, pontazgos, barcajes, y otros privilegios exclusivos, contrarios á las exenciones comunes y á las sanas doctrinas económicas.

Habíase mezclado sin buen acuerdo á la discusion de esto punto la de otro más grave aún y esencialmente distinto de aquél: la reversion é incorporacion de fincas enajenadas de la corona. Pero aunque ambas cuestiones debian haberse examinado principalmente bajo el aspecto económico, no sucedió así, y el asunto, desde que fué promovido en 30 de Marzo de 1811 por los Sres. Lloret y Villanueva, tomó un carácter político que halagó las pasiones populares sobremanera. Cada discurso era un alarde de sentimientos patrióticos y una apología de la libertad.

Vehementes estuvieron casi todos los oradores, y como el que más el Sr. García Herberos, autor de la proposicion que se discutia, el cual, acalorándose más de lo que el asunto requería, exclamaba en su violento discurso del día 4, pronunciado despues de haberse leído la representacion de varios grandes: «¿Qué diria de su representante aquel pueblo numantino (llevaba la voz de Soria), que por no sufrir la servidumbre quiso ser pábulo de la hoguera? Aun conservo en mi pecho el calor de aquellas llamas, y él me inflama para asegurar que el pueblo numantino no reconocerá ya más señorío que el de la nacion.»

(1) *Diario de las discusiones y actas de las Cortes*, tomo IV, páginas 239 y 250.

A nosotros, los que no hemos sido ni partícipes, ni siquiera testigos, de los hechos que ahora referimos, nos cuesta gran dificultad comprender cómo podía inspirar tan viva exaltación el examen de unos abusos de que restaban no más que nombres y vestigios, á un cuerpo supremo, cuyas decisiones no podían ser contrastadas ni entorpecidas por ningún otro poder semejante, y en un momento en que, lejos de hallar resistencia alguna temible que irritase su orgullo, sólo encontraban las Cortes en la opinion aplausos y popularidad. Confesamos que al recorrer la serie de largos, eruditos y repetidos discursos que componen esta célebre discusion, suelen parecernos declamatorias é hijas del deseo de hacer gala de ciertas doctrinas, muchas cosas que acaso fueron dictadas de buena fe por la efervescencia del momento.

Varios oradores habian hablado con gran éxito desde el principio de la discusion, ántes de que el CONDE DE TORENO usase de la palabra en la sesion del 7. Su amigo íntimo á la sazón, D. Agustín de Argüelles, habia pronunciado el día anterior uno de sus más largos, dialecticos y ordenados discursos, siendo tan extraordinario el aplauso del público, que obligó al Presidente á levantar la sesion.

No fué ciertamente igual el efecto producido por el discurso del CONDE, nuevo en tan difícil carrera; pero no dejó de causar profunda sensacion, habiendo ya anunciado en sesion, del día 1.º ser dueño de varios señoríos, y rogado al mismo tiempo al Sr. García Herberos que fijase su proposicion por escrito para que el Congreso se sirviese aprobarla desde luego. Véase, pues, en el alíneo del CONDE un noble desprendimiento, que honraba tanto su carácter, cuanto daba realce á sus sentimientos patrióticos, no faltando, sin embargo, quien tratase de rebajar el mérito real que habia en su decision. Como no todos los hombres que encerraba el breve recinto de Cádiz estaban animados de la misma buena fe ni del espíritu de fraternidad patriótica de que algunos se hallaban poseidos, aunque reprimidos y en embion, mostrábanse ya allí todos los gérmenes de division, intolerancia, personalidad y apatía, que tomando cuerpo con el tiempo, han acabado por desvirtuar y torcer la accion del sistema representativo entre nosotros. Los enemigos del nuevo orden de cosas publicaban á cada paso escritos satíricos y burlescos contra personas determinadas, que los indiferentes aplaudian y ayudaban, atizando así con culpable abandono y como por mero entretenimiento al fuego del encono individual, que algun día habia de enseñorearse de la política española, y consumir y manchar glorias y nombres justa y afanosamente adquiridos.

Dirigióse entónces contra el CONDE DE TORENO alguno de esos escritos, insignificantes en sí mismos, pero á los cuales daban las pasiones un valor positivo. Tratábase de poner en ridiculo su patriotismo, alegando para ello que era escasa la entidad de los señoríos de que se desprendia. Mas aunque así hubiese sido, todos conocian el apego de los señores asturianos á las distinciones heredadas, y siempre probaba el conato del CONDE despreocupacion y generosos sentimientos.

Así pareció en efecto á la mayoría del Congreso y del público, y el CONDE empezó desde entónces á fundar su celebridad.

En cuanto á su discurso, no podemos calcular hasta qué punto manifestaria en él las prendas exteriores del orador, aunque sabemos que pasaba en sus primeros años por vehemente declamador. Tal como ha llegado á nosotros este discurso, si no puede compararse con otros que en aquella señalada discusion se pronunciaron, manifiesta, no obstante, en medio de alguna confusion, viveza en el pensamiento y desembarazo en la expresion. Las transiciones de unas ideas á otras no tienen todavía la liga y natural encadenamiento que se debe á la práctica; pero ya se anuncia el orador más razonador que palabrero, más lógico y analizador que pintoresco y florido. No se libró en él el CONDE del contagio comun de hacer de cada discurso un alegato político de las ideas del tiempo. Hay en su peroracion pensamientos visiblemente inspirados por el *Contrato social*, que eran los que, halagando las pasiones y los oídos, y no sometidos al examen de la razon, corrían entónces con mejor fortuna: hay, de-

cimos, aquello de que « los hombres se constituyen en sociedad para su felicidad, no para darse grillos »; de que « las naciones no son manadas que se dan y toman á gusto de su dueño »; y de que « los reyes jamas pudieron ni debieron hacer regalos con los pueblos como si fueran joyas »; llegando á tanto la exageracion de sus ideas, que no reconociendo derecho á la indemnizacion ni áun á los compradores de señoríos, y no atreviéndose á negarla despues de propuesta y aprobada por varios oradores, la presentó, no como obligacion del Estado, sino como concesion gratuita de las Córtes, por la peregrina razon de que tales compras eran ilegítimas, porque nadie habia tenido derecho para vender los pueblos.

Pero repetimos que tales ideas eran propias de la mocedad en aquellos momentos, y el mismo CONDE DE TORENO, en su *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, escrita estando maduras su edad y sus ideas, ha rectificado cuerdamente su primera opinion respetando aquellos derechos como una derivacion del de propiedad, y teniendo en cuenta la organizacion y modo de existir de la nacion en los apartados siglos en que aquellas adquisiciones se verificaron.

No era ni podia ser el CONDE en estas primeras Córtes de aquellos que, como los señores Argüelles, Mejía, Aner y otros pocos, llevaban voz principal en los diferentes lances y debates que ocurrían. Pero no sólo pasaba ya por hombre de buenos estudios, de esmerada educacion, de condicion activa y dominante, sino que era ademas reputado por mozo entendido, sagaz y bullidor; y no faltaba quien le tachara de algo arrogante y presumido; achaque comun en los cortos años, y si no digno de disculpa, tolerable al ménos cuando se apoya en mérito subido y verdadero. Era proporcionada á esta favorable opinion la consideracion que el CONDE alcanzaba; mas no se hallaba todavia en el caso de aspirar á un ascendiente semejante al que disfrutaba D. Agustín de Argüelles, verdadero y brillante corifeo de aquellas Córtes; siendo natural que siguiese de ordinario el rumbo de las opiniones de éste con el cual le ligaban estrechos vínculos de amistad y de paisanaje.

Ya, en el breve plazo de vida que llevaban las Córtes, habiase tocado el grave inconveniente en que incurren á menudo las asambleas españolas de prolongar indefinidamente las discusiones con discursos repetidos y ociosos, dictados por la impertinencia ó la presuncion; ya se daba el caso, tan reiterado en tiempos más recientes, de empezar algunos diputados sus discursos asegurando que « nada tenían que añadir á lo expuesto por los señores preopinantes », y no omitiendo, sin embargo, una peroracion larga y enfadosa. En 23 de Marzo, convencido Argüelles de que tantas dilaciones entorpecian la accion del Gobierno, y de que cuando eran tan apuradas las circunstancias, y las necesidades tan urgentes y perentorias, era menor mal algun error deslizado que la tardanza en la ejecucion, y no advirtiendo, por otra parte, que sus propios discursos iban más allá de los límites que exigía el esclarecimiento de las materias debatidas, exclamaba con significativa, si no pequeña, exageracion: « Absurdos, señor, absurdos debemos decretar si no podemos evitarlos sin discusiones prolijas. » El CONDE DE TORENO debió conocer desde luego los males inherentes al conato de hablar sin necesidad, haciendo interminables los debates, pues sólo tomaba la palabra cuando lo juzgaba verdaderamente útil, y solía hacerlo con gran tino y eficaz resultado.

El día ántes de terminarse el debate de los señoríos, se discutió el dictámen de la comision de Guerra sobre el reglamento y planta del estado mayor general, creado á imitacion de los que existían en los ejércitos franceses. Esta medida, necesaria sin duda para dar unidad á las operaciones militares, y reputada como un verdadero progreso en nuestras armas, fué reciamente impugnada por gente interesada ó sobrado adicta á prácticas añejas. Arrogantes se mostraron los autores del tal dictámen, asegurando que « todas las oposiciones y contradicciones que la Comision habia experimentado, sólo eran hijas de la parcialidad, de la ignorancia ó del interes personal »: pero la razon estaba de su parte, y sostuvieron á la Comision hombres tan entendidos como los Sres. Aner, Capmany y Argüelles. Los discursos del CONDE, individuo y campeón de ella, fueron los mejores que se pronunciaron aquel día, y en ellos se

vió ya palpable que su mérito principal consistía en la refutación y la réplica, género de elocuencia el más esencial y característico de los verdaderos oradores parlamentarios.

Era la segunda vez que hablaba largamente en el Congreso, y teniendo en cuenta esta circunstancia y su edad de veinticuatro años, sorprende verle rebatir, con más vigor de raciocinio todavía que vehemencia, á los impugnadores de la Comisión, convertir en armas propias los argumentos de los contrarios, emplear la sátira como medio oratorio, y mostrándose siempre dueño de sí mismo, y argumentador tan sólido como fácil, hacerse eco de la juventud innovadora de su época con serenidad y sin énfasis.

En otras ocasiones volvió el CONDE á defender eficazmente á la comisión de Guerra, de que formaba parte, y principalmente en la discusión del reglamento de guerrillas y en la del dictamen acerca de la exención de pruebas de nobleza para la admisión de los alumnos en los colegios militares. Mostróse en ambas más sereno que arrebatado, dando pruebas de singular destreza para volver las cuestiones á su propia esfera, cuando extraviándose se apartaban de ella, y empleando nombres y hechos históricos, no como mero alarde de su buena instrucción, que hubiera sido en su edad disculpable, sino como argumentos hijos de la más rigurosa lógica. Es notable que en la primera de estas cuestiones, disgustado sin duda de la usurpación de facultades y atribuciones, tan común en aquellas Cortes, tuviese la cordura de hacer la distinción correspondiente entre las medidas meramente legislativas, y propias, por lo tanto, del Congreso, y las que, siendo puramente administrativas, exigían aplicación pronta y variable; y no lo es ménos en la segunda, la cual le inspiró una improvisación sumamente feliz y animada, que, á pesar de las erradas ideas de nivelación social que luchaban en su mente con el apego natural á las prerogativas de la clase á que pertenecía, atacase el abuso con razones de mera justicia y conveniencia, y más bien dirigidas á convencer y acallar á la nobleza, que se juzgaba despojada, que á exaltar con vanas declamaciones á las clases llanas, por las cuales en aquella sazón abogaba. «Nobleza, dijo, había en el siglo XVI: más considerada y respetada era entónces que en el día, y por cierto no tenía semejante privilegio. Aquellos invencibles tercios, aquellos tercios que aterraron la Italia y la Flándes, y llevaron sus banderas victoriosas hasta los muros de París, desconocían estas distinciones para sus ascensos. Londoño y Eguiluz, oficiales de aquel tiempo, nos han transmitido sus ordenanzas, y de ellas claramente se deduce que indistintamente se llegaba á los puestos primeros de la milicia. Y si la clase noble existía, y existía con más brillo cuando no se conocía tal prerogativa, ¿cómo osa nadie aventurarse á pronunciar de un modo insidioso que se socavaban los cimientos de la nobleza?»

Forzoso es convenir en que al hombre de veinticuatro años que manifestaba tan templadas miras en unos debates vivos y acalorados, que ofrecían ocasión para explayar con lucimiento las opiniones en boga, y en los cuales no habían andado escasas las invectivas contra la Comisión, no le cuadraba el papel de tribuno, á que las circunstancias le arrastraban alguna vez á pesar suyo. Los que gusten de comparaciones, hallarán un progreso parlamentario no pequeño hecho por el CONDE en el corto período transcurrido desde el discurso que pronunció en la cuestión de señorios.

Más en pugna con las distinciones y derechos de las clases nobles españolas estuvo el CONDE cuando propuso la extinción de las cuatro órdenes militares, dejándose llevar sobradamente de su espíritu reformador, como aconteció asimismo al entónces célebre cura de Algeciras, el Sr. Terreros, el cual presentó en seguida otra proposición semejante. Juzgaba el CONDE que dichas órdenes podían ser convenientemente reemplazadas por la orden nacional de San Fernando, que iba á ser creada, y que lo fué, en efecto, algunos días después, en 31 de Agosto; pero no anduvo acertado en ello, porque las órdenes militares, siendo en aquella época ménos todavía recompensa del mérito que indicio de nobleza, tenían un carácter distinto y separado de la que se pensaba establecer, destinada exclusivamente á *excitar el valor militar*, como decía el preámbulo del decreto de su creación. El Congreso dió, á nuestro ver, una

prueba de cordura no admitiendo á discusion las proposiciones del CONDE DE TORENO y del Sr. Terreros.

Comenzó de allí á poco el debate más importante de aquellas Córtes: el de la Constitucion que se preparaba. Mirábase ésta como el cimiento que habia de ser á un tiempo base y defensa del pretendido edificio de libertad que creian levantar. Erraban en ello, aunque de buena fe y con el más laudable deseo; pero erraban tanto más ciegamente, cuanto que en vez de introducir en su obra las máximas del gobierno representativo, experimentadas con tan buen éxito en Inglaterra, tomaron por modelo un código abortado en la fiebre de una revolucion, y desacreditado ya hacia tiempo por sus funestos resultados. El CONDE DE TORENO tomó, como era de esperar, parte y muy activa en la discusion, dejándose arrastrar de sus ilusiones y de su fegoso cuanto acendrado patriotismo. Habló, al discutirse el título primero, de la decantada doctrina de la soberanía popular, de un modo ingenioso y vehemente, pero tan vago como el principio que le inspiraba. Salió algun tanto de la esfera de las generalidades metafísicas al hablar del veto real y de las dos cámaras. Sostuvo, no en verdad con buenas razones, que las Córtes debian componerse de un cuerpo solo, y signió en ello lo que habia dicho en la sesion anterior D. Agustín de Argüelles, siendo, como manifestó al empezar su discurso, «unas mismas sus opiniones, y unos mismos sus sentimientos.» Triunfó en este punto, como en todos los demas, la corriente de la opinion, que en las concesiones democráticas se manifestaba unida y poderosa, y es menester confesar que eran necesarias gran madurez de principios, y sobre todo, una frialdad de razon difícil en tales circunstancias, para conciliar la utilidad de una institucion moderadora, destinada á poner embarazo y limitacion á los ímpetus del poder popular. En efecto, deliberaban las Córtes casi al alcance del cañon francés, y no es de extrañar que mirasen con entusiasmo á un pueblo del cual esperaban la salvacion del Estado, y cuyo heroismo y desprendimiento eran capaces de avasallar la imaginacion. ¿Quién no hubiera aplaudido el arranque del agudo y elocuente diputado Mejía, cuando, al pugnar porque ningun español pudiese ser preso por causas civiles (1), exclamaba, poseído de ideas de imposible nivelacion social: «Desaparezcan de una vez esas odiosas expresiones de *pueblo bajo*, *plebe* y *canalla*. Este pueblo bajo, esta plebe, esta canalla es la que libertará á España.»

Más desatentado y ménos disculpable se mostró el Congreso, y en particular el CONDE DE TORENO, en el debate promovido acerca de la sancion real. Trataban de establecer un gobierno mixto, y no se temió inutilizar el elemento monárquico hasta el punto de hacer del Rey un mero estorbo en el artificio constitucional. Al tratar del segundo título, en que se asentaba que la potestad de hacer las leyes residia en las Córtes con el Rey, pronunció el CONDE un largo y especioso discurso, apoyado, como él mismo ha dicho despues, en ideas teóricas, plausibles en la apariencia, pero en el uso engañosas. No quedando satisfecho con restringir tan latamente como lo hacia la Comision la intervencion de la potestad real en la formacion de las leyes, terminaba así su discurso: «Soy de opinion de que en este artículo se suprima la cláusula *con el Rey*, y de que en el cap. VIII se pongan ciertas trabas á las Córtes para la aprobacion de una ley, sin que dependa en manera alguna de la voluntad del Rey su decision.» Lo mismo pensaron y aún dijeron, inexpertos, otros diputados, que no veian en el veto sino una restriccion de la representacion nacional, llevados de ilusiones políticas, no disculpables en esta parte con el patriotismo, que todo lo excusaba. El patriotismo era entónces un sentimiento estrechamente hermanado con la especie de adoracion que al Rey cautivo se profesaba, y de la cual recibia aquél parte de su unidad y de su fuerza; y era en verdad extraña inconsecuencia ensalzar al idolo y minar el altar.

Nada habló ni sobre la reeleccion de diputados, ni sobre que los ministros no pudiesen ser elegidos de entre éstos, no siendo, por consiguiente, responsable de dos de las más graves

(1) Sesión de 25 de Abril de 1811. *Diario de las Córtes*.

faltas de aquel tan imperfecto código. Había en la mayoría del Congreso una especie de eje-riza contra el poder ejecutivo, que algunos miraban como enemigo nato del legislativo. To-reño, como Argüelles y algunos otros de sus amigos, más enterados de las leyes del equili-brio de la nueva mecánica política que iba á establecerse, comprendía los inconvenientes de apartar y hacer extrañas y opuestas entre sí aquellas dos potestades; pero no se atrevió á chocar en las cuestiones de este género con el ciego y mal entendido desprendimiento de que aquellas Cortes hacían tanto alarde. Su delicadeza por una parte, no queriendo que se sos-pechase que sus opiniones podían ser emanadas de interés personal, y la persuasión en que estaba, por otra, de que la fuerza moral que había de establecer sólidamente en su origen el sistema representativo debía consistir principalmente en las notorias muestras que diese de un desinterés á toda prueba, le impusieron un silencio que no es de creer hubiese guardado en otro caso, y que hubiera debido romper en nuestro concepto, arrojando unas conside-raciones, fundadas sí, pero no dignas de ser antepuestas en tamañas cuestiones á la verdad y á la convicción.

Siguió el Conde, mientras duraron las Cortes generales y extraordinarias, dando mues-tras de su aventajada capacidad, llevando la voz principal en muchas cuestiones, y siendo casi siempre, por decirlo así, el alma de las comisiones de Guerra y Hacienda, de que fué individuo. Iban perfeccionándose y extendiéndose sus ideas, madurándose su juicio y co-brando con el hábito aquel tino práctico tan difícil, que tanto se echa de ménos aún en las personas más ilustradas, y que es cualidad esencial de los hombres públicos. El estado de la Hacienda y su reforma fijaban la atención de los diputados más entendidos, y aunque las necesidades urgentes de la guerra y el trastorno general de la administración no permitían adoptar ningún plan fijo y ordenado, ya pudieron verse en los dictámenes que extendió y en varios de sus discursos los buenos conocimientos que poseía en esta materia, aunque no ma-durados todavía por la experiencia. Pero así estos discursos como uno que pronunció sobre la irresponsabilidad de la Regencia, el larguísimo y bien preparado sobre la abolición de la Inquisición, y otros acerca del exámen de la conducta de los ministros, tienen cierto sabor de práctica y gobierno, y algunos de ellos un carácter de oposición, fundada en hechos y aplicaciones, que ya anuncia á las claras la profunda sagacidad y el espíritu de observación que caracterizan al estadista parlamentario.

Pero, á decir verdad, campean más prendas oratorias y más rasgos de imaginación en los discursos teóricos que pronunció en las citadas Cortes, halagando, aunque sin aspirar á ello, las pasiones populares. Estos discursos, bellos y dignos de disculpa, no lo son ciertamente de alabanza, porque las doctrinas de mala ley y el vuelo arrebatado de sentimientos que los ins-piraban, contribuyeron no pocas veces á las determinaciones violentas y á las señales de in-tolerancia política que dió en algunas ocasiones el Congreso constituyente. Toreño fué el autor de una proposición para que se suspendiesen algunos individuos del Consejo Real, que, aprobada por las Cortes, dió un mortal golpe á este cuerpo, hasta entónces tan respetado. Tuvo asimismo gran parte en la funesta invención de las *purificaciones*, que abría ancho campo á la arbitrariedad, y que, imitada después en épocas de más triste memoria, ha ulli-gido tanto á las clases dependientes del Gobierno. Pero nunca dió el Conde más suelta á los ímpetus de su ardiente patriotismo que en el asunto de D. Miguel de Lardizabal y Uribe, hombre de índole vana é inquieta, uno de los miembros de la primera Regencia, y autor de un folleto publicado en Alicante, en el cual condenaba la institución y la conducta de las Cor-tes, llegando hasta el extremo de estampar estas imprudentes palabras: «Vimos claramente que en aquella noche (la de la instalación de las Cortes) no podíamos contar ni con el pueblo ni con las armas; que á no haber sido así, todo hubiera pasado de otra manera.» Por audaz y ofensiva que pareciese esta declaración, y por conocido y autorizado que fuese el personaje que firmaba el tal libelo, según lo calificó el Sr. Argüelles, no había fundamento para ver en él un anuncio de ocultas maquinaciones, ni era cuerdo ni generoso en el Congreso exigir

sin necesidad en tribunal para juzgar en causa propia. Debió tenerse presente que al cabo Lardizábal habia usado, aunque de un modo avieso y altanero, del derecho de libertad de imprenta, y que, como expresó con suma sensatez el Sr. del Monte al contestar al CONDE DE TORENO, no convenia, á pesar de la malignidad del escrito, tomar *providencias tumultuarias*, apartándose de la ley, pues aún admitiendo la existencia de las tramas que se temian, el mismo papel era la prueba más evidente de su impotencia. El CONDE, apasionado defensor de la representacion nacional, y receloso de los peligros que en su concepto la amenazaban, hizo cuanto estuvo á su alcance por conseguir que se desvinase el Congreso, en el asunto, de los trámites ordinarios. Habló en su discurso de Roma y de Caton, y con estos medios, eficaces sólo en la infancia de las revoluciones, excitó los aplausos de las galerías, y alcanzó uno de esos triunfos de una mañana, á los cuales probablemente no daria despues más valor del que realmente tienen. Arrastrado el Congreso, portóse con la intolerancia de corporacion ofendida, y abusó de su poder adoptando para este caso una medida excepcional, que fué entre nosotros el primer ejemplo de tiranía ejercida en nombre del pueblo por las pasiones ó los yerros de un partido vencedor.

Posteriormente, en su obra, ha querido el CONDE, sobrado indulgente con las primeras Córtes, disculpar aquel hecho, encareciendo la trascendencia del escrito de Lardizábal; pero, en nuestro concepto, sin grave fundamento.

Otro acto reprensible, y aún opresivo, de aquel Congreso, á que contribuyó con sus amigos el CONDE, fué el decreto expedido contra el obispo de Orense, D. Pedro Quevedo y Quintana. Este prelado, generalmente venerado por su integridad y sus virtudes, y cuya noble y enérgica respuesta á las proposiciones que por ganarlo le hicieron los franceses habia tenido notable influjo para excitar al pueblo español á la resistencia; llamado á jurar la nueva Constitucion, expuso en términos dignos y mesurados que, aunque estaba dispuesto á prestar el juramento que se le exigia, creia conforme á sus deberes pastorales hacer presente que hallando en aquel código máximas y disposiciones contrarias al dictámen de su conciencia, se reservaba la facultad de representar, cuando hubiese lugar, sobre ciertos puntos que en su concepto debian reformarse. El Congreso, sin tener en cuenta, ni su venerable carácter, ni sus esclarecidos antecedentes, ni su avanzada edad, ni el respeto que le tenian los pueblos, y no advirtiéndole que exigir juramentos bajo penas gravísimas era ejercer la coaccion más contraria á la verdadera libertad, trató de infamar al Obispo de Orense declarándole indigno de la consideracion de español, y ordenó que fuese expelido del territorio de la monarquía veinticuatro horas despues de intimado el decreto.

«Hecha de este modo, es despótica hasta la misma justicia», decia con razon un periódico de aquel tiempo. Y en verdad, si la esencia del despotismo consiste en la manera de ejercer el poder, y no en el número ni en los títulos de los que lo ejercen, ¿no era un escarnio que un gobierno apellidado libre impusiese á los individuos del pueblo que habia declarado soberano, la alternativa de jurar sin restriccion una institucion flamante y desconocida, ó de ser extrañados del país en que habian nacido? ¿Ó no era parte, por ventura, de ese pueblo el que se atrevia á pensar de distinto modo que las Córtes, ó á dudar de su infalibilidad? Y hay quien imagine que poner el poder en manos de muchos basta para el afianzamiento de la libertad!

También se distinguió justamente el CONDE DE TORENO oponiéndose con todo esfuerzo á la regencia propuesta de la infanta doña María Carlota, gobernadora de Portugal y del Brasil. Temia, y con razon, que la índole terca y traviesa de esta princesa pusiese estorbo al establecimiento de las libertades públicas, y que las intrigas de corte promovidas, como era de presumir, por el partido anti-liberal, perjudicasen al interes del Rey y al éxito de una guerra, que sólo debia depender del espíritu nacional, sostenido con tanto esfuerzo y tan rara perseverancia.

Llegó por fin el término de aquellas Córtes extraordinarias y constituyentes, que, en me-

dio de sus errores, han dejado á la posteridad tan justos títulos de gloria; siendo acaso su mayor falta la de haber invadido con sobrada frecuencia las atribuciones del orden ejecutivo, y aun del judicial, sin acordarse del solemne y decantado deslinde de potestades que habian hecho en el dia mismo de su instalacion.

Al fenecer las Córtes de que vamos hablando, estalló en Cádiz, con pretexto de la epidemia, una asonada, en que el partido democrático, extraviándose por primera vez de la senda trazada por sus caudillos, cometió la irregularidad de juntar violentamente las Córtes recién disueltas; bien es verdad que en aquellos dias perdieron dichos caudillos parte de su popular autoridad, intentando, aunque en balde, hacer comprender la ilegalidad y desafuero que se cometia. Verdad es asimismo que al recibir las Córtes ordinarias la herencia de la potestad legislativa que les competia, recibieron tambien con ella una libertad de imprenta sin limitacion, ejemplos y casi hábitos de turbulencias en las galerías y en los cafés, y otros elementos de trastorno; mas es justo confesar que si las Córtes fundadoras contribuyeron á alimentar y desarrollar semejantes extravíos, no nacieron éstos ni de sus deseos ni de sus intenciones, sino de la fuerza misma de las cosas, y del vuelo desenfrenado que iba tomando la opinion. Empezaba la revolucion á soltar los andadores de la primera edad, é iba ya perdiendo con ellas el candor y la confianza.

El CONDE DE TORENO habia seguido en los principios de su carrera parlamentaria los mismos pasos que el Congreso de que formó parte, mostrándose, como él, ya cuerdo, ya intollerante, ya diestro, ya alucinado, y siempre inexperto, apasionado y deseoso del bien. Fehecho aquel Congreso, quedó TORENO sin responsabilidad ni ocupacion oficial, aunque la fama que ya habia ganado le colocaba en la primera línea de los personajes políticos. Á imitacion de la Asamblea constituyente de Francia, habian decretado unánimemente las Córtes que ninguno de sus individuos pudiese ser reelegido para la diputacion inmediata, ni ejercer cargo alguno hasta un año despues. Esta prueba de desinterés, honrosa bajo el aspecto individual, era absurda como precepto político. Graves daños habia causado la falta de conocimientos prácticos de gobierno en los diputados: íbase, pues, ahora á malograr la experiencia adquirida; siendo llano que por este medio se condenaba á la nacion á empeorar en punto á representacion nacional. Pero así lo decidieron una delicadeza mal aconsejada en los unos, y el temor de que se calumniasen sus sentimientos en los otros.

Los acontecimientos de la guerra, más favorables y venturosos cada dia, y la circunstancia de empezar á desaparecer de la isla gaditana la fiebre amarilla, consintieron la traslacion al centro de la monarquia de la Regencia y de las Córtes, que debian volver á abrir sus sesiones en Madrid el 15 de Enero de 1814. Llegó tambien en este mismo mes á la capital el CONDE DE TORENO.

Apurado Napoleon por este tiempo con los reveses de Alemania, alentada la coalicion, y rotas las negociaciones de Châtillon, recibió su libertad el rey Fernando, y entró de allí á poco en España, más como caudillo de un partido implacable y rencoroso, que como monarca agradecido á un pueblo fiel y entusiasmado, que acababa de alzarle un trono de gloria sobre los escombros de sus hogares.

Permaneció el CONDE en Madrid hasta el 5 de Mayo, en que salió para Astúrias, llamándole sus asuntos domésticos, y juzgando precario y mal seguro el sistema de gobierno que á la sazón regía. Pero por fieles que fuesen sus presentimientos é infalibles sus provisiones, no pudo haber seguramente en su razon imaginar que el dia ántes de su salida de la capital firmaba Fernando VII en Valencia un odioso decreto, injusto en el fondo, violento en las formas, y engañoso y pérfido en las promesas, en el cual eran declarados rebeldes y facciosos los que, aun errando, se habian hecho merecedores, por su lealtad acrisolada, de alabanzas y galardón. Como quiera que sea, el hecho es que no bien hubo TORENO llegado al principado, cuando recibió la noticia de la disolucion de las Córtes, juntamente con la prision de los regentes, de los ministros y de varios diputados amigos suyos; en vista de lo cual, y del aviso

que tuvo de que se intentaba prenderle, resolvió abandonar á España y se dirigió á Ribadeo, donde se embarcó para Lisboa. Obligado por la contrariedad de los vientos á recalar en Vivero, se dirigió por tierra á aquella capital, adonde no sin algunas dificultades llegó por fin á mediados de Junio.

Pensó detenerse algun tiempo en Portugal, y no podia decidirse á abandonar la Península. No conocia entónces TORENO la condicion vária y movediza de los pueblos, y probablemente le parecia imposible que una nacion que habia proclamado con tan vivo entusiasmo la Constitucion en todas partes, y nombrado libre y espontáneamente sus diputados á Córtes, se mantuviese fria espectadora de una persecucion tan despótica cuanto atroz. Pero el prestigio que llevaba consigo la presencia de un monarca tan deseado, el aturdimiento consiguiente á un golpe de autoridad tan inesperado y violento, y la intervencion reaccionaria del populacho, ciego instrumento entónces del partido anti-liberal, permitieron que se atropellase indignamente cuanto apoyaban la razon, la justicia, la conveniencia pública y hasta la dignidad y el interes del trono. Convenciósse al fin TORENO de que nada bueno habia que esperar de un rey que tan errada y vituperable senda escogia, cuando le era hacadero y hasta fácil conciliar opuestos intereses y marchar recto y firme por un camino de adelantamiento y justicia; y temiendo, por otra parte, la vigilancia de la policia portuguesa, que le buscaba, se embarcó é hizo á la vela para Inglaterra en los primeros dias de Julio siguiente. El gobierno de Lisboa, indecorosamente condescendiente con el gabinete español, demostró al Conde la más encendida ojeriza, llegando hasta perseguir activamente, despues de la salida de éste, á cuantos españoles de todas condiciones habian tenido con él alguna relacion ó comunicacion de cualquier linaje (1).

Llegó TORENO á Lóndres á los pocos dias, apareciendo en aquella capital como primer proscrito de Fernando VII, el mismo que en 1808 se presentó allí el primero á solicitar auxilios en favor de los que sostenian la causa de tan ingrato principe.

Permaneció en Lóndres hasta el mes de Diciembre, en el cual pasó á París, afligido siempre con las desventuras de su patria, pero siempre alentado con la esperanza de que serian pasajeras, pues orea que el sentimiento de la libertad no podria ya amortiguarse en los pechos de los españoles, y no imaginaba que pudiese haber estabilidad en un gobierno dirigido por la ineptitud y combatido por la opinion. El desembarco de Napoleon en Francia le obligó á restituirse á Lóndres sin aguardar á que éste llegase á París. No podia hallarse satisfecho de la conducta de los aliados con respecto á España, á la cual debian tanto los tronos y los pueblos de Europa; pero no se dejó deslumbrar de las vanas esperanzas que aquella novedad presentaba á la imaginacion de muchos, y quiso, alejándose, evitar hasta la sospecha de tratos con Napoleon, y conservar así su nombre de buen español, intacto y sin mancha. Como en galardón de una conducta tan noble y circunspecta, recibió en Lóndres la noticia de estar sus bienes confiscados, y de haber sido condenado á muerte por tres de los cinco jueces que componian la comision nombrada con este fin especial por el Rey. Claro es que los cargos que se le imputaban eran sus opiniones. No tenian otro crimen los diputados perseguidos. Mas, á falta de cargos, se inventaron calumnias, pero tan groseras y absurdas, que, con ser calumnias, no hicieron mella sino en la honra del bando que tan inicuos y villanos medios empleaba (2). TORENO habia sido, ademas, sobre hombre de influjo, el diputado más jó-

(1) Cuéntase que descendió el miserable despique del gobierno portuguez hasta el punto de desterrar á un sastre que, sin conocerle, habia prestado al Conde de Toreno los servicios propios de su profesion.

(2) Entre los informes dados contra varios diputados de las Córtes generales y extraordinarias á los jueces de policia de Madrid, á consecuencia de

la real órden expedida al efecto el 21 de Mayo de 1814 por D. Pedro Macanaz, hay uno en que el informante, refiriéndose á oidas, dice estas palabras, ridiculas hasta por su mala redaccion: « Valido Toreno de la amistad y parentesco de Queipo (D. Fernando), se valian del dinero de las encomiendas de los infantes, de que este último era director, para pagar á los de las galerias. » (Número correspon-

ven del Congreso constituyente, y esta circunstancia, que hubiera debido hacer mirar con indulgencia la exageracion de sus opiniones, que al cabo habían nacido de la pureza y elevacion de sus propósitos, fué un título más de acusacion. ¿Y cómo no había de mirar con malos ojos un gobierno tan ignorante y suspicaz á uno de los más insignes representantes de la nueva generacion que se alzaba, enemiga de abusos, activa y estudiosa?

Decidida en Waterloo la suerte de Napoleon, y restituido segunda vez al trono Luis XVIII, volvió TORENO á Francia al comenzar Agosto de 1815, obligado por las circunstancias críticas de su situacion, y confiado en que su calidad de extranjero y su prudente conducta bastaban á ponerlo al abrigo de los tiros y acusaciones tan frecuentes en aquel borrascoso período.

Por este tiempo el general D. Juan Diaz Porlier, cuñado de TORENO, caudillo insigne y afortunado en la guerra contra Bonaparte, y preso entónces en la Coruña por su adhesion á los principios constitucionales, se levantó el primero en favor de la restauracion del sistema abolido en 1814, apoderándose de aquella plaza. Mas la parte de fuerza moral que acompaña siempre á los gobiernos en accion por desacreditados que se hallen; el espíritu de lenidad con que fué dirigido el alzamiento, por creer el General que intento tan noble debía hallar eco en todos los corazones generosos, y acaso tambien lo prematuro de la ejecucion, fueron causa de que se malograra aquella tentativa, cuyo fruto por el momento consistió sólo en exasperar al gobierno y en aumentar su encono y su desconfianza. Alarmó este acontecimiento, como era natural en circunstancias tan críticas, á los legitimistas de Francia, en cuyas manos estaba allí el gobierno. Sospechóse probablemente, cuando ménos, que TORENO no ignoraba la conspiracion que habia promovido el movimiento, y se fijó la atencion en éste y en los demas españoles del bando liberal residentes en Francia. Era arriesgada la situacion de éstos, teniendo, como tenian, por enemigos al partido dominante, al partido vencido, á los españoles que habian ligado su suerte con la de éste, y por último, á los agentes del rey Fernando, absolutistas, ó que afectaban serlo. Así sucedió que en Abril de 1816, y á pretexto de rumores que se esparcieron acerca supuestas inteligencias de algunos liberales españoles que estaban en Bayona con otros de Navarra, fué preso el CONDE DE TORENO juntamente con todos los de su casa, como asimismo su antiguo amigo don José Queipo (1), el general Mina y algun otro. Recogióronle sus papeles, y en el único interrogatorio á que dió lugar tan violento y arbitrario procedimiento, le hicieron extrañas preguntas. Era una de ellas si tenia noticia de un plan concertado para acabar con los Borbones de Francia, Nápoles y España, y otra, si era cierto que concurría con frecuencia á la casa del Duque de Wellington y del general D. Miguel Ricardo de Álava. Esta última pregunta, hecha á traza de cargo, hubo de sorprender singularmente á TORENO, que siempre hubiera creído el trato con ambos un título de recomendacion, y en especial con el primero, que tan eficazmente habia contribuido al restablecimiento de los Borbones. Respondió con la conveniente dignidad á todas las preguntas, y como quiera que no resultase cargo alguno contra los presos, ni del exámen de sus papeles, ni de las diligencias y averiguaciones de la policia, M. Decazes, á la sazón jefe de este ramo, mandó que fuesen puestos en libertad, despues de dos meses de prision, sin la menor prevencion ni apercibimiento. Tal fué el término de un procedimiento tan irregular como injusto, achacado, no sin visos de fundamento, á las instigacio-

diente al mes de Setiembre de 1819 de *El Español constitucional*, periódico mensual que se publicaba en Lóndres.)

La calumnia de haber solicitado los diputados de Cadix la intervencion de las galerías en las deliberaciones de las Córtes, fué rebatida cual convenia en el análisis ó impugnacion del decreto dado en Valencia el 4 de Mayo de 1814, escrito por D. Álvaro Flores Estrada.

(1) Debemos el conocimiento de muchas de estas particularidades á unos apuntes manuscritos de este caballero, antiguo jefe político de Segovia y diputado á Córtes de la segunda época constitucional, el cual, perseguido tambien entónces como liberal por el gobierno español, siguió constantemente al CONDE DE TORENO en esta emigracion.

nes del embajador español, que juzgaria éste buen camino para recomendarse á la corte de Madrid.

Aunque perseguido TORENO, y acaso por ello mismo, no le faltaron sinceros amigos entre personajes franceses de cuenta y nota. Distinguiéronse M. Ternaux y M. Bérard por las pruebas de afecto y verdadera estimacion que le dieron, empleando en favor suyo todo su crédito y valimiento. Desde entónces permaneció en París hasta el término de los seis años que duró aquella primera proscripcion, pobre y oscurecido, pero apreciado cual merecia por todos los hombres imparciales, contento de sí propio, y dedicado al estudio y á la observacion. Entónces escribió un opúsculo, algo, aunque involuntariamente, parcial en favor de las Cortes Constituyentes, razonado con notable juicio y claridad, que tuvo gran aceptacion, y fué traducido en varias lenguas, cuyo titulo es: *Noticia de los principales sucesos ocurridos en el gobierno de España desde 1808 hasta la disolucion de las Cortes en 1814*. En fin, TORENO en aquella época de padecimiento no se humilló, no se retractó, no hizo una sola peticion para mejorar la situacion en que se hallaba, y aguardó con paciente confianza la llegada de dias más venturosos, dando sin cesar testimonio de un carácter noble y de un entendimiento elevado.

Antes de rayar el año de 1820, ya se advertian en España aquella fermentacion de los ánimos, aquel desasosiego moral de los pueblos, aquella desconfianza del Gobierno, precursores de los grandes cambios políticos. Ya á mediados de 1819 se notaron conatos de sublevacion en el ejército expedicionario destinado á Ultramar; pero, sobre ser mal reprimidos, no bastaron á enseñar al Gobierno que la España de 1819 no era la de 1808, y que una vez burlada la fe de una nacion que todo lo habia esperado de su rey, era necesario, para conjurar la tempestad que amenazaba, cambiar de conducta y caminar franca pero enérgicamente hácia un fin determinado y fijo, haciendo las reformas que requería el estado del país, y dando á la administracion la accion vital que le faltaba.

Pero la imprevision del Gobierno, su poca destreza, su marcha incierta y débil, alimentaron el descontento general. Las sociedades secretas, que ya empezaban á organizarse, cobraron aliento, y el deseo de salir de situacion tan infausta llegó á ser, á no dudarlo, un sentimiento nacional. Fué en fin posible en 1820 que un puñado de perturbadores desquiciase un trono y cambiase la existencia de una nacion.

Al empezar la mañana del día 1.º de Enero de aquel año, D. Rafael del Riego, comandante del segundo batallon de Asturias, proclamó en las Cabezas-de-San-Juan la constitucion de 1812. Los primeros pasos de los sublevados fueron felices, pero no cundió como habian pensado el fuego de la insurreccion, y aunque reunieron en la Isla un ejército bastante considerable, Cádiz no correspondió á la excitacion, y se vieron precisados á salir como en correría para acalorar el espíritu público y proporcionarse víveres y dinero. Cerca de dos meses transcurrieron desde el citado día 1.º, sin que estallase en ningun punto del reino otra sublevacion que viniese á dar vigor á la primera. El Gobierno, por su parte, se mostraba digno de sí mismo en el momento del peligro, dejando que los pueblos y el ejército se familiarizasen con el alzamiento de la isla de Leon, y que pasando dias se abultase la idea de su importancia, sin tomar determinacion alguna cuerda y vigorosa. Parecia que el Gobierno y la revolucion hacian alarde á porfía de indecision y apocamiento. Al cabo, la apatía del Gobierno puso de manifiesto toda la extension de su incapacidad: perdiéronle el miedo los agitadores, y estalló el movimiento revolucionario en diferentes provincias, y aun á pocas leguas de la capital. El Rey, aislado en los últimos momentos, se vió en la necesidad de ceder, y prestó el día 9 juramento á la Constitucion, á la sazón que se hallaban en gran conflicto las tropas de la Isla, y dos dias ántes de que la columna de Riego, ya casi destruida por la desercion, acabase de disolverse. Contraste no ménos singular ofrece á la historia la extraña coincidencia del horrible atropellamiento cometido en Cádiz contra el pueblo inerme y desprevenido, en nombre del trono absoluto, el mismo día 10 de Marzo en que el Rey daba su

manifiesto declarando que *marchaba francamente el primero por la senda constitucional.*

TORENO debió recibir con profundo júbilo la noticia de tales mudanzas, que realizaron por entonces la convicción que le habia alentado en su destierro, de que un gobierno que llega á hacerse impopular y odioso, se estrella al cabo contra el torrente de la opinion. Rotas las sentencias políticas, y abiertas á los proscriptos las puertas de la patria, se vió el Rey en la necesidad de colmar de mercedes á los mismos que unos dias ántes permanecian por voluntad suya condenados á muerte; y el CONDE, por una transición súbita, no rara en los anales de los últimos tiempos, se vió restituído de un golpe al goce de sus bienes y prerogativas, y nombrado, ademas, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en la corte de Berlin. Alto y honroso era este cargo, y no poco acomodado á su carácter y aptitud; pero se negó á aceptarlo por tres veces, sin que, á pesar de tanta insistencia, admitiese el Rey su renuncia. Ignoramos las razones que á ella le decidieron, y sólo podemos juzgar por conjeturas. No dudamos, sin embargo, de que el CONDE, esperando ser elegido por su provincia para las recién convocadas Cortes, prefirió á aquella misión diplomática la honra de ir á defender en la tribuna nacional los intereses de su país. Fué nombrado, en efecto, unánimemente diputado á Cortes por la provincia de Asturias, y se trasladó inmediatamente á Madrid, donde fué recibido con alborozado entusiasmo por sus amigos y compañeros de infortunio. Un número muy considerable de diputados quiso nombrarle presidente para dar principio á la legislatura, y aun reunió gran número de votos en el primer escrutinio el dia de la eleccion; mas él se opuso á ello, contribuyendo con su voto y el de todos sus parciales al nombramiento del Sr. Espiga, electo arzobispo de Sevilla, el cual, en su concepto, debia ser preferido en aquellas circunstancias, por su dignidad, por su carácter y por sus años.

El mismo dia de la apertura de las Cortes, acabadas las ceremonias de aquel acto, propuso el CONDE DE TORENO que, á semejanza de lo practicado en otras naciones, se nombrase una comision para que redactase la contestacion que debia darse al discurso del Rey. Nombrólo el Presidente para el desempeño de este encargo, dándole por compañeros de comision al señor Martinez de la Rosa y otros diputados de nota, y al dia siguiente leyó TORENO, y fué aprobado despues de algunas observaciones insignificantes, el proyecto de contestacion. Este documento, en que se expresaban las ideas del CONDE, manifiesta ya bien á las claras el nuevo temple que habian dado á sus opiniones algunos años más, mejor instruccion y las meditaciones de la desgracia. Todavía amaba ardientemente la libertad, porque ése era un sentimiento arraigado para siempre en su pecho; pero ya no la comprendia del mismo modo que en su primera juventud, y empezaba á ver claro que la libertad se cimenta exclusivamente en el orden público, y que ésto no es posible, apadrinando las exigencias desatentadas de la plebe. Era el citado escrito juicioso en las miras y mesurado en las palabras; hablábase en él de la conveniencia de que la representacion nacional estuviese en union estrecha con el Gobierno, y sólo se habia deslizado como por acaso una palabra de censura contra la pasada gobernacion del Monarca. Acaso al suscribir aquella contestacion generosa y conciliadora, expresion de un espíritu de templanza y tolerante olvido, honrosa, por cierto, en quienes tanto habian padecido, creia el CONDE que era ella fiel eco de los sentimientos de las Cortes y el programa de su conducta en lo venidero. Si así era, ¡cuánto le engañaban sus deseos! Pronto iba á convencerse de que los elementos de que aquéllas se componian, eran contrarios al establecimiento de cualquier orden de cosas sano y permanente, y de que no la razon, sino las pasiones, iban á dirigir su marcha. Formaban, en efecto, el tal Congreso dos clases de liberales, los de 1812 y los de 1820; distincion que empezó muy en breve á dividir los ánimos. Casi todos aquéllos habian moderado sus doctrinas, á excepcion de algunos pocos, que, incapaces de adelanto intelectual, ó por inflexibilidad de carácter, ó por cortadad de luces naturales, conservaban sus ideas en una situacion estacionaria é inmutable, semejante á la civilizacion china. Entre los liberales flamantes de la nueva época, habia algunos que admí-

rabaz de buena fe un código al cual, por ceguedad de principios ó de entendimiento, no se hallaban en estado de juzgar; otros, oriundos en su mayor parte de las logias masónicas, estaban únicamente animados de vanidad y de ambicion, ó de otros móviles igualmente bastardos.

Aunque compuesto el primer ministerio, casi en su totalidad, de antiguos liberales de los que más habian padecido en los últimos años, conocia, sin embargo, que no podia ir á buen paradero el sesgo que iban dando á los negocios públicos los restauradores del sistema vigente. El ejército de la Isla, aclamado por todas partes con el título de *libertador*, y mandado por su general Riego, que era mirado con todo el prestigio que da el buen éxito al valor, constituia un poder independiente en el Estado; poder que, creciendo en audacia y convertido en instrumento de las sociedades secretas, habia de devorar, y no en plazo distante, el poder legal del Gobierno. Prudente y ánn precisa fué, por consiguiente, la determinacion de disolver como innecesario aquel ejército, diseminando los cuerpos de que estaba formado, y mandando á Riego presentarse en Madrid, con pretexto de honrarle y premiar sus servicios. No agradó, como era consiguiente, la medida á los ocultos instigadores de la exaltacion, y quedó concertado hacer resistencia, aunque paliándola al principio con visos de obediencia y súplica. Mas sea, como algunos han dicho, que Riego cediese á las razones de un hermano suyo, ó que él mismo deseara recibir á guisa de héroe los obsequios y aclamaciones de la capital, ello es que el 31 de Agosto entró triunfalmente en Madrid. La insensatez de su conducta en las calles y en el teatro, al paso que le desacreditó entre la gente de cordura, acaloró los ánimos de suerto, que, temeroso el Gobierno de algun desman, y creyendo llegado el caso de hacer respetar á toda costa su autoridad, hizo salir de cuartel para Oviedo al que era objeto de aquel tan loco frenesí. Riego, hombre, segun cuentan los que de cerca le conocieron, de un natural bien inclinado, pero inflamable y desvanecido, era entónces juguete ridiculo de personas más cautas, aunque no de más juicio. Nadie hizo más daño que él á la Constitución que poco tiempo ántes habia restablecido; nadie contribuyó más que él á infundir en el pueblo, que se llamaba liberal, un espíritu de intolerancia que rayaba en ferocidad. Prueba de este espíritu fué el motin que estalló en la plaza principal de Palacio, el mismo dia 6 de Setiembre, en que cundió por Madrid la noticia de su desgracia, motivado por negarse algunas gentes del pueblo á añadir al grito de *viva el Rey* el epíteto de *constitucional*; pruebas, entre otras, fueron las canciones populares de entónces, que contribuyeron, como siempre acontece, á propagar y dar al vulgo las más violentas y exaltadas pasiones (1).

Para poner freno á la agitacion, desplegó el Gobierno cierto alarde de fuerza, verdadero simulacro de represion, que ni disolvía las reuniones de los promovedores de alborotos, ni dispersaba los grupos de las calles, ni podia proporcionar, por consiguiente, á la causa del orden un triunfo completo y duradero. Las discusiones de las Córtes perdieron por aquellos dias la moderacion que hasta entónces habian tenido, y ya se advirtió en los discursos y en las proposiciones de algunos diputados una propension á la turbulencia, que manifestaba bien claramente el curso rápido que queria seguir la revolucion. Pero la mayoría de las Córtes, circunspecta y resueltamente decidida á favor de la tranquilidad pública, contrarestó con nobleza y valor los esfuerzos de los anarquistas. En la célebre sesion del 7 de Setiembre, llamada *de las páginas*, cuando acababa de anunciarse que crecian los sintomas de una conmocion semejante á la de la noche anterior, deliberaba tranquila, aunque enérgicamente, el Congreso, para sostener á toda costa el amenazado edificio de las leyes. El Sr. Martinez de la Rosa, impugnando las subversivas ideas del Sr. Romero Alpuente, que sostenia que el pueblo debia hacerse justicia por sí mismo, prorumpia en estas elocuentes palabras: «¿Dónde

(1) Citaremos, entre otras, la llamada del *Tréd-gala*, que entonó por primera vez en Madrid el mismo Riego con sus ayudantes en el teatro, y la que

empezaba: *Diga usted que viva Riego, y si no, le degollamos*.

está ese derecho, esa ley, ó por mejor decir, esa violacion de toda ley? ¿Cómo ha podido existir en nacion alguna? ¿Habrà gobierno donde se dé al pueblo la facultad de decidir por sí si aquél es moroso, y si cumple ó no con eficacia sus obligaciones y deberes? Sin gobierno no hay patria, ni gobierno sin leyes, ni leyes sin rígida observancia.» El CONDE DE TORENO, por su parte, queriendo traer las facultades constitucionales en apoyo del orden, y haciendo honrosa abnegacion de la amistad que le unia con algunos de los ministros, y en especial con el Sr. Argüelles, pedia que se hiciese efectiva la responsabilidad del Gabinete, si, pudiendo impedirlo, permitia que se turbase la tranquilidad pública. «El Gobierno, dijo, debia haber disipado esas reuniones sediciosas; para ello está autorizado, y ésa es su obligacion..... Si los ministros no han tenido un carácter firme, tal cual se requiere en semejantes circunstancias, exíjaseles la responsabilidad..... Por lo demas, los diputados de la nacion conservarán el carácter que les corresponde, y primero consentirán verse sepultados bajo las ruinas de este edificio, que dejar de cumplir con los deberes que la nacion les ha impuesto..... Si hemos sido imparciales con personas que nos eran tan caras por los servicios hechos á la patria, serémos tambien inflexibles, y yo el primero, contra los ministros, no conociendo á los hombres, sino á las leyes.»

La posteridad, ya que no lo hagan los contemporáneos, sabrá dar el premio de gloria que merecen á aquellos diputados, que en medio de trastornos y peligros, supieron volver por la causa del orden y las leyes con tanta entereza y severidad.

Desde este momento debió ir perdiendo más y más el CONDE DE TORENO las ilusiones de legislador, que tanto habian halagado en Cádiz su imaginacion inexperta. Menester era que ahora conociese que la Constitucion tenia defectos que la hacian incompatible con la esencia del gobierno monárquico, y que con ella se imponian obligaciones opuestas y contradictorias á los ministros, habiendo éstos, por una inevitable alternativa, de ponerse en pugna con el principio liberal que entónces regia, ó con la autoridad real, de donde emanaba la suya propia. Por esto defendió TORENO en muchas cuestiones, juntamente con los hombres más capaces de aquellas Córtes, el poder legal del Gobierno, cuya situacion hacian más apurada é insostenible las tramas contra la Constitucion, que con tanto descaro como poca destreza se urdian á cada paso en el palacio mismo.

Enemigo de las doctrinas desorganizadoras y de todo acto de insubordinacion social, tuvieronle siempre los alborotadores por adversario inflexible y tenaz. Manifestó su oposicion á las sociedades patrióticas en un oportuno discurso, en que rebatió de un modo superior las paradojas disolventes del Sr. Romero Alpuente. Se nos ocurre, naturalmente, al leer este discurso, calcular los pasos que habia dado su razon en la esfera de la tolerancia, y sus conocimientos en la ciencia del gobierno. Su elocuencia continuaba bastante despojada de galas y floridos atavíos, pero cada vez más razonadora, más práctica, más robusta. Cuanto habian perdido en tirantez estoica sus ideas con la dura leccion de los seis años de proscripcion, otro tanto habian ganado en moderacion é indulgencia. Poco le importaba el aura popular, con tal que diese cumplimiento á sus deberes y satisfaccion á sus convicciones; y los dias en que se mostraba más desafecto á las sociedades patrióticas, eran cabalmente aquellos en que estas reuniones iban tomando mayor carácter de turbulencia. Pero ya se descubria en él aquella imperturbable severidad de que ha dado despues tan señaladas pruebas; ya se advertia que no habia temor que le arredrase, ni concecion moral que pudiera imponerle silencio. Despues de rectificar las erróneas doctrinas que acerca de la libertad habia emitido el diputado de que acabamos de hacer mención, y de probarle que la verdadera libertad es el respeto reciproco de los hombres, fundado en la subordinacion á la ley, exclamaba: «¡Nunca me apartaré de mis principios, mientras tenga aliento para respirar y lengua para sostener la libertad!»

Igual energia manifestó siempre que se trató de reprimir ó condenar las demandas de la gente bulliciosa. La interpelacion que dirigió al Gobierno el dia despues del asesinato del cura Vinuesa, con el fin de hacerle cargo por no haber obligado á las autoridades de Madrid

á tomar todas las providencias necesarias para impedir aquel atentado, aunque no es una de sus mejores improvisaciones, está, no obstante, llena de sencillez y de vigorosa decision en favor de la legalidad. Cosas inseparables llamaba en ella al orden y la libertad, y este pensamiento, hijo de la reflexion y la experiencia, puede considerarse como la fórmula fundamental que caracteriza las opiniones de este hombre público en toda su carrera.

La declaracion antiparlamentaria y de perniciosa trascendencia hecha por las Cortes, de haber perdido los ministros la fuerza moral, inculpacion vaga, remedada despues en otros dias, no tuvo por antagonista á TORENO (1). Alentada la tendencia anárquica con la indiscreta conducta del Congreso, no encontró ya freno ni en las provincias ni en la capital. Rebeláronse Cádiz y Sevilla, durando su desobediencia más de lo que convenia al decoro del Gobierno, y reincidiendo en hacer representaciones temerariamente insultantes, en las cuales quedaba escarnecida y malparada hasta la autoridad de las Cortes. En esta ocasion pronunció TORENO elocuentes discursos, llenos de razon y de fuerza, que arrastraron en pos de sí la voluntad y la conviccion de los diputados. «Nosotros, decia en uno de ellos, estamos aquí reunidos para decidir de la suerte de España, y debemos tener presente que los pueblos en semejantes crisis no se salvan nunca con benignidad ni con transacciones, sino con energía y entereza; éste es el modo de defender las libertades públicas de la nacion.»

Pero este noble lenguaje, al paso que le daba nueva fama y estimacion entre la gente sensada y de cuenta, le granjeaba enemistad y aún aversion de parte de la pandilla alborotadora, que, por mal reprimida, se hallaba tan desmandada y preponderante. Era aquélla una época en la cual, como en otras que despues hemos visto y vemos, se olvidan pronto los servicios y los padecimientos consagrados á la causa de la nacion, y sólo se tenian en cuenta como prendas de merecimiento los extravíos de palabra ó hecho que contribuian á dar á la inquietud pública ensanche ó duracion. Hacia mucho tiempo que TORENO habia alcanzado la gloria de excitar con sus discursos la antipatia de las sociedades secretas y de todos los agitadores: llamábanle ministerial, sin ver que, como sucedió en el mes de Marzo de 1821, no dejaba de atacar al Gabinete cuando en su concepto erraba; y creian hacerle grave injuria en ello, siendo así que era conforme al buen juicio, y no contrario al espíritu de los sistemas de gobierno apellidados libres, sostener la autoridad encargada del cumplimiento de las leyes, en momentos en que su poder andaba tan flaco y mal equilibrado.

Llamábanle tambien *pastelero*, nombre inventado para designar á los liberales de opiniones templadas que condenaban los extravíos de la exaltacion, y el cual se explotaba para inspirar odio á aquellos individuos, no sólo en conversaciones particulares, sino hasta en las predicasiones de las sociedades patrióticas. ¿Cómo era posible que no se gastasen en breve las reputaciones de las personas más dignas, cuando era lícito á cualquier aventurero, convertido en censor por pasion, enemistad ó ignorancia, discutir y analizar en público las prendas morales y políticas de los hombres de estado? (2).

Los anarquistas, que ardientemente deseaban tomar venganza de los diputados que ponian estorbo á su desenfreno, y singularmente de los que más habian contribuido á la declaracion del Congreso de *haber lugar á formar causa á las autoridades de Sevilla*, escogieron con aquel fin el 4 de Febrero de 1822, dia de la discusion del proyecto de ley adicional sobre la liber-

(1) Véase lo que acerca de este punto dice el Conde mismo en su carta al Sr. de Cuesta, que publicamos al principio de esta *Biografía*.

(2) Cuando se creó, á principios de 1821, la *Sociedad de los Comuneros*, rival de la de los *Masones*, se aumentaron las acusaciones y la parcialidad. Una y otra calificaban á TORENO de *pastelero*, y en los últimos tiempos de aquella época, él y Martínez de la Rosa y otros, los más sinceros é inflexibles adver-

sarios de todo despotismo, eran presentados en las peroratas de los *patriotas* como desafectos á la libertad. Puede verse en prueba de esto la sesion pública de la *Sociedad patriótica Landaburiana*, inserta en el número de *El Indicador* de 24 de Diciembre de 1822, en la cual, porque nada ridículo faltase, un gran número de sillas estaba ocupado por muchas *ciudadanas-patriotas*.

dad de imprenta, propuesto por el Gobierno, en el cual se restringia, aunque liarto incompletamente, la amplitud inconsiderada que concedia la ley existente, y de la cual se estaba haciendo el abuso más lastimoso.

Grande clamor se habia levantado en aquellos dias entre la turba desorganizadora con motivo de las tales leyes represivas. La tribuna pública se manifestaba agitada y amenazadora. Pero TORENO, convencido de que la atribucion más elevada de un diputado es la independencia de sus opiniones, y queriendo demostrar tal vez que dotado de un valor civil admirable, despreciaba la coaccion ilegal y tiránica que intentaban ejercer, pronunció un extenso discurso, profundamente lógico, lleno de vigorosa argumentacion, fundado en hechos de la historia del tiempo pasado y del tiempo presente, y no escaso de atrevidas aunque justas censuras contra la gente inquieta, de la cual escuchaba una parte, desabrida y alborotada, en el recinto mismo donde resonaban aquellas severas palabras. «Debe castigarse con rigor, clamaba, al que use de la imprenta, no para ilustrar, sino para calumniar y meterse en la vida privada.... En esta parte han sido cometidos los mayores excesos de la libertad de imprenta; nadie se ve libre de la maledicencia y calunnia de ciertas personas, y la medida que propone la Comision, lejos de atacar la libertad de los ciudadanos, es una garantía que se da á todos para su seguridad. En sociedades como la nuestra, en que todos tienen derechos iguales, es necesario que acompañen á las garantías sociales la tranquilidad y el sosiego como parte principal de la felicidad del pueblo.... Digo la verdad: en mi concepto, si un gobierno quisiese destruir la libertad, no tendria que seguir otro camino, ni adoptar más medios que hacer que continuasen estos abusos. Llegaria el caso de que los ciudadanos se arrojasen en manos del despotismo, primero que vivir en una libertad tan borrascosa que no les asegurase sus verdaderos derechos. Pues ¿qué! ¿caso es gozar de sus derechos atacar á uno porque piensa de diferente manera que otro? Esto seria establecer una tiranía, y una tiranía la más cruel de todas: la popular.»

Lejos estaria probablemente el CONDE DE TORENO, al pronunciar estas palabras, á pesar de las señales de desaprobacion con que fué recibido su discurso, de pensar que algunos momentos despues habia de ser blanco su persona de aquella brutal tiranía. En efecto, al salir del Congreso, terminada la sesion, intentó asesinarle, como asimismo á su amigo D. Francisco Martinez de la Rosa, una turba de alborotadores, capitaneados, entre otros, por un cómico llamado Gonzalez, que aspiraba, segun se dijo entónces, á ser jefe político de Madrid. Hubiérales sin duda alcanzado el puñal de los anarquistas, á haber sido menores su serenidad y la vigilancia y el arrojo de las autoridades de la capital. El esforzado general Morillo, conde de Cartagena, desatendido por el populacho, se abrió paso con la espada, y tomando á TORENO del brazo, le condujo á su propia casa, haciendo frente á cada paso á los asesinos, á quienes, como á gente baja y cobarde, imponia la tranquilidad de dos hombres, de los cuales uno estaba enteramente desarmado. Viendo frustrados sus feroces designios, y ántes de que pudiese la autoridad tomar providencias, se dirigieron las turbas á la casa del CONDE, en la cual vivia también su hermana la viuda de Porlier, de aquel general que habia espirado en un patibulo, victima de su odio al despotismo de Fernando VII, y cuyo nombre habia sido, para honrar su memoria, colocado en el salon mismo de las Cortes. Sin respeto á esta circunstancia, y sin miramiento de ningun género, la casa del CONDE fué allanada, y heridos algunos de su crindos.

Mas se engañaban neciamente los anarquistas si pensaban que podian con la barbarie de la fuerza inspirar temor ó poner freno á aquellos dos insignes diputados. Median el corazon de éstos con la estrecha medida del suyo propio, y no imaginaban que como en una valla de bronce habian de estrellarse en el alto temple de aquellas dos almas sus iniquidades y violencias. Al dia siguiente se presentaban ambos en el Congreso con impavidez digna de los españoles de remotos tiempos, á denunciar la odiosa tropelia ejercida con dos diputados de la nacion, pidiendo al mismo tiempo generosamente á las Cortes que no tomasen providencia algu-

na con respecto á los acontecimientos del día anterior, y que diesen un solemne testimonio de que nada podia torcer ni embarazar sus deliberaciones, continuando sin detencion el debate pendiente acerca de la reforma propuesta á la ley de libertad de imprenta. El Sr. Martinez de la Rosa, cortado á la manera de los filósofos antiguos, y dotado de una impasibilidad á toda prueba, manifestaba que nada podia alterar su opinion, diciendo que «así como una vez, tranquilo con el testimonio de su conciencia, esperó que le arrancára la tiranía del asilo de su casa para hacer el sacrificio de su vida, asimismo esperaba sosegado en su lecho el puñal de los asesinos.» El CONDE DE TORENO, con igual fortaleza de ánimo, si bien con menor abnegacion, y *aunque bajo de cuerpo, altivo de pensamientos*, segun la expresion de un folleto célebre entónces (1), no opinaba de la misma manera. «Admiro, decia, el modo de pensar del Sr. Martinez de la Rosa, mas no le imitaré en esta parte: viviré de hoy en adelante tan prevenido, que si llegan á atacar mi casa, la hallarán en disposicion de resistir como una fortaleza.» No contento con esto, dirigió invectivas irritantes á los perturbadores de la víspera, algunos de los cuales escuchaban acaso desde los rincones de las galerías.

Siendo principal objeto de estos apuntes dar una idea aproximada del carácter y demas prendas del personaje cuya vida intentamos trazar, no nos es posible seguir paso á paso el exámen de todos los discursos importantes que pronunció en esta segunda época constitucional, ni el de los trabajos que desempeñó en diferentes comisiones, de las cuales fué el alma por su saber y actividad. Aunque adolecieron aquellas Córtes del afán, tan comun en los cuerpos deliberantes inexpertos, de reformarlo todo con precipitacion, no tenían, sin embargo, el fondo de circunspeccion y conocimientos necesarios para resolver con acierto en materias de hacienda ó administracion. El CONDE DE TORENO, aventajado en esta parte, ilustró á las Córtes en las cuestiones relativas á estos ramos, y contribuyó, siempre que el espíritu de rutina ó de preocupacion permitió seguir su dictámen, á las determinaciones prudentes y acertadas que alguna vez adoptaron aquellas Córtes. Aun no llevaban dos meses de existencia cuando presentó en nombre de la comision de Hacienda, de que habia sido desde luégo nombrado individuo, un informe acerca de los presupuestos presentados por el ministro D. José Canga-Argüelles, que mereció con razon grandes alabanzas (2). Dejábase el CONDE llevar en él de sus buenos deseos, y se hacia ilusion sobre la posibilidad de destruir en plazo no distante abusos inveterados de muchos siglos, y dar orden y luz al caos del sistema de rentas que entónces regia. Aseguraba, y éstas son sus palabras, que desde el año inmediato podria la España *cubrir todas sus obligaciones*. El amor á su patria le daba esperanzas que el tiempo debia desmentir. Cabalmente en la época en que él creia que las reformas planteadas habrian nivelado los gastos con los ingresos del Estado, se contrató el segundo empréstito de aquellas Córtes, medida que hicieron necesaria la escasez de los recursos nacionales y las complicaciones imprevistas de la situacion. Pero, fuera de estas ilusiones, fué tal vez el informe en cuestion el documento más útil, más juicioso y mejor concebido que se presentó á aquel Congreso. Hacíanse economías de suma consideracion en los gastos, sin menoscabo del buen desempeño del servicio público; indicábanse reformas importantes en todos los ramos, y singularmente en el sistema de contribuciones, conciliando diestramente razones políticas con miras de administracion; y se proponia, por último, un empréstito de 200 millones, como único medio de llenar el déficit que habia de resultar aquel año de las necesidades extraordinarias de la nacion, y de hacer frente al desfaleo del tesoro que debian producir en los primeros momentos, el nuevo arreglo de la hacienda y la rebaja propuesta en la contribucion directa. La gente ignorante, apocada ó descontentadiza, como asimismo la gente malévola, movida por los intereses mezquinos y mal calculados de la pasion ó de la envidia, miraron con malos ojos á

(1) Condiciones y semblanzas de los diputados á Córtes para la legislatura de 1820 y 1821.

(2) Puede verse este informe en el tomo IV del

Diario de las actas y discusiones de las Córtes de los años de 1820 y 1821.

cuantos abogaron en favor de este negocio, y en especial á TORENO, que fué el que lo sostuvo con más vigor y mejores razones. Ciertamente hay siempre gran daño en tomar prestado, pero este daño era entonces imprescindible, como inherente á la situación política que á todo riesgo era preciso sostener. Cercenada la riqueza del país con los desastres y desórdenes pasados, sin fondos en el erario, sin orden en las dependencias subalternas, sin práctica ni conocimientos en los nuevos empleados, sin sistema en la recaudación y distribución de las rentas, y cuando las exigencias del ejército y demás ramos del servicio público eran vastas y perentorias, ¿cómo podía censurarse fundadamente que se apelase á un auxilio extraordinario, en el cual se interesaban la conservación de las instituciones liberales y la suerte de las clases contribuyentes, que no podían ser gravadas con mayores cargas, sin exponerlas á su ruina? Han sido acusadas aquellas Cortes de haber dado impulso y principio á una serie de empréstitos, que hirieron de muerte nuestro crédito y dieron lugar á abusos é inmorales manejos. De esta inculpación no cabe la más mínima parte á los que aconsejaron y defendieron aquella primera operación, y mucho menos al CONDE DE TORENO, que la presentó como exclusiva y únicamente necesaria para dar lugar al establecimiento de reformas en el ramo de hacienda, que permitiesen á las fuentes de la riqueza nacional satisfacer por sí solas las atenciones del Estado. Si estas reformas no llegaron nunca á plantearse, á pesar de haber sido indicadas por el CONDE DE TORENO, cúlpense por ello la timidez, el espíritu rutinario ó la ignorancia de algunos ministros, y la confusión misma de la situación, que, lejos de disminuirse, aumentaba á pasos agigantados.

Careciéndose en España de los capitales y de la práctica necesaria, como demostró más adelante el no haberse realizado ni siquiera por un tercio, el empréstito llamado *nacional*, á pesar de los beneficios que prometía á los prestamistas la operación, y no siendo conveniente, por otra parte, dar un empleo improductivo á aquellos capitales, que, reducidos como eran, debían servir ante todo al fomento de empresas industriales, monester era efectuar en el extranjero el mencionado empréstito. TORENO comprendió que era para ello forzoso, como medida preliminar, asentar las bases de nuestro crédito, por medio del reconocimiento de la deuda de Holanda, contraída con particulares y bajo el gobierno legítimo de Carlos IV, y sostuvo este reconocimiento como indispensable y legal, convencido de que el único camino para inspirar la confianza en que estriba el crédito de las naciones consiste en dar pruebas de justicia y de buena fe. Las Cortes aprobaron el empréstito y reconocieron la deuda holandesa, y de advertir es que TORENO, habiendo sido nombrado presidente de ellas en 9 de Setiembre de 1820, no fué de la comisión nombrada para examinar la cuestión del empréstito, ni tomó más parte en la decisión definitiva de este asunto que la de haber pronunciado un discurso durante los debates. Tampoco intervino, como algunos supusieron, en el nombramiento para ministro de Hacienda, verificado un año después, de D. Ángel Vallejo; propúsole el ministro D. Ramon Feliu, cuyo ascendiente era decisivo en el gabinete, y todos los hombres públicos enterados en los actos íntimos de la gobernación de aquella época, como los Sres. Martínez de la Rosa, Álvarez Guerra, Moscoso y otros, sabían que contradijo aquel nombramiento, á pesar de ser Vallejo amigo suyo, por conceptuarle destituido de los conocimientos peculiares del ramo. En los empréstitos posteriores verificados en el ministerio del Sr. San Miguel, incluso el célebre de 800 millones que intentó el ministro Egea, no tuvo ni por asomo parte alguna.

Achacáronse, no obstante, á TORENO grandes faltas y errores de que no pudo ser responsable, nacidos de la impericia y audacia de los unos y del empirismo é irresolución de los otros. El espíritu de facción acogió como un hallazgo las sospechas propagadas por la envidia ó la necesidad, y no tardaron en correr de boca en boca contra el CONDE DE TORENO acusaciones vagas, y por lo tanto despreciables, sobre hechos cuyo origen, posibilidad y circunstancias nadie se tomaba el trabajo de desentrañar.

La verdad es que TORENO fué el primero que proclamó y sostuvo en aquellas Cortes los

verdaderos principios del crédito, de los que se desviaron, abusando inconsideradamente, ignorantes ministros; la verdad es que el plan que formó siendo individuo de una comision especial de Hacienda, si no el más perfecto, se acomodaba á las mejores doctrinas de administracion (1); la verdad, en fin, que manifestó en las Cortes ordinarias y extraordinarias de 1820 y 1821 las partes más aventajadas del hombre público parlamentario, vasta instruccion, claro y rápido discernimiento, amor al orden, rectitud de juicio, firmeza de carácter, y una elocuencia á las veces descargada de imágenes, á las veces vehemente y fogosa, pero siempre espontánea y fácil, siempre llena de lógica argumentacion. Sus discursos están sembrados de máximas sanas y luminosas sobre todas las materias políticas, administrativas, fiscales, militares y aún eclesiásticas. Dotado de una facilidad maravillosa para el desempeño de los asuntos públicos, tomó parte en todas las cuestiones de entidad que en aquel tiempo se suscitaron. Presupuestos, aduanas, estancos, moneda, abolicion del tráfico de negros, América, organizacion del almirantazgo, imprenta, policía, leyes penales, diezmos, premios patrióticos, aranceles; todos estos y otros ramos fueron tratados por el CONDE con la elevacion de miras y la seguridad de principios que caracterizan á los entendimientos superiores.

Vuelto TORENO á la vida privada, por no poder ser reelegido al terminar las Cortes extraordinarias á mediados de Febrero de 1822, renunció nueva y definitivamente el cargo de ministro plenipotenciario en Berlin, previendo que segun el estado de la nacion, los negocios públicos habian de ir á parar necesariamente á una situacion extrema, que repugnaba á sus tendencias y convicciones, y prefiriendo tal vez su independendencia é irresponsabilidad personal al brillante destierro de una embajada.

Pero justamente temeroso el rey Fernando de las Cortes que venian, puso la mira para formar un gobierno firme y resistente, en el hombre que con más serena y audaz energía habia defendido en las anteriores la causa del orden y las prerrogativas legales del trono. Propuso en consecuencia al CONDE DE TORENO, por medio de su pariente el respetable Duque de Castro-Terreño, que nombrase un ministerio y que se pusiese á su frente. TORENO se negó, diciendo al Duque que no podia tomar tan grave peso sobre sus hombros. Grave era en verdad en aquellos momentos, y tanto, que no habia fuerzas humanas que pudiesen contrarrestarle. La situacion que se preparaba era una lucha permanente y á todo trance entre el Gobierno y la revolucion, en la cual habia forzosamente de llevar ésta la mejor parte. El Rey, mal avenido con la nueva forma de gobierno, que no le dejaba ni sombra de autoridad, incapaz por su carácter de hacer frente abierta y resueltamente á la parcialidad que le ofendia, y convertido en mezquino conspirador, formaba con el Código de 1812, perpétuo elemento de desorden, una monstruosa amalgama, de la que inevitablemente habia de resultar ó un absolutismo sin restriccion, ó una anarquía desenfrenada. TORENO repugnaba lo uno y lo otro. Ni creia posible confiar en la buena é invariable fe del Rey para contener la revolucion, ni juzgaba que sus opiniones ni su honor le permitian echarse en manos de la última para contener al Rey, faltando así á la confianza que en él queria depositar.—El 7 de Julio se realizó su prevision.

Insistiendo el Rey, sin embargo, en su propósito, mandó al CONDE que por lo ménos le indicase los sujetos que debian componer el nuevo ministerio, y el CONDE le designó á don Francisco Martinez de la Rosa y demas individuos que fueron despues nombrados. Receloso, no obstante, de que se le forzase á aceptar el ministerio si permanecia en Madrid, apresuró su salida para Paris, verificándola la noche misma en que entregó la lista.

Por este tiempo, las demas potencias europeas, acordes con el rey Fernando en sentimientos é intereses, pensaron en poner coto á la guerra civil española, que ya con furia se

(1) Este plan de hacienda fué aprobado por las Cortes, mas nunca se puso en planta, habiéndolo

encerrado para no ver más la luz, el ministro Barata, hombre tan estimable como tímido.

desplegaba en todos los ángulos de la monarquía. Las conferencias de Leibach y los acuerdos del Congreso de Verona decidieron la intervencion extranjera en los asuntos interiores de España, á pesar de la mal encubierta oposicion de la Inglaterra. Sabidos son la agitacion y azoramiento producidos en Madrid por las famosas notas de las cuatro grandes potencias, Francia, Rusia, Austria y Prusia, la salida del Rey y de las Cortes de la capital, la buena acogida hecha por los pueblos al ejército del Duque de Angulema, y demas aciagos acontecimientos de aquel desenlace, necesario sin duda, pero verificado con ira reaccionaria é incidentes vergonzosos, y que agravó, en vez de curar, los males de nuestra desventurada patria.

Entónces empezó para el CONDE una nueva proscripcion más duradera y no ménos amarga que la primera. No concurriendo en él tantos motivos de acerbo encono de parte del rey Fernando como en otros sus compañeros de expatriacion, y reconocido y aún tachado en los últimos tiempos por acérrimo defensor del orden, y un tanto desatecto al Código de Cádiz, hubiérale sido hacedero, si no entrar en España, conseguir al ménos que se le permitiese el libre manejo y administracion de sus bienes. Pero era TORENO de aquellos hombres que jamas adulan á los déspotas, sean de sangre real ó de origen *populachero*, y aunque no faltaron investigadores que á ello le incitasen, jamas dió pasos directos ni indirectos para que cesasen sus persecuciones, mostrando siempre ánimo entero y sufrido, como los más de los españoles que compartian con él la suerte del destierro. En los diez años que duró esta emigracion, viajó por Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania y Suiza, trabando ó renovando amistades con los hombres más insignes de cada uno de estos países, y mereciendo en todas partes señales de aprecio y agasajadora estimacion. La observacion de las costumbres y prácticas de gobierno, y el estudio de las obras modernas sobre materias políticas, económicas y administrativas, no pocas veces mezclado con la lectura de los autores clásicos de la antigüedad y de los escritores españoles de los siglos XVI y XVII, constituian sus principales ocupaciones. Cuadraban ademas á su carácter y á la índole de su juicio los estudios históricos, sabrosos para él más que cualesquiera otros de diferente naturaleza.

Aunque emigrado, y liberal constante é invariable, no tomaba parte activa en las tentativas de conspiracion, ni en los sueños y delirios con que otros emigrados de aquellos días alimentaban esperanzas, en la apariencia locas, pero en la realidad nada extrañas. Consistia esta indiferencia, que algunos tachaban de desvío, en que, más experimentado que los unos y ménos estancado é inflexible en sus ideas que los otros, veia claramente que habia tanta parte de espíritu revolucionario como de sano liberalismo en aquellas ilusiones de gente acalorada é impaciente, y conocia que, para llegar al término deseado, era necesaria una gran modificacion en el espíritu público de la Peninsula, cuya elaboracion y desarrollo, á falta de acontecimientos extraordinarios que precipitasen su marcha, no podian efectuarse sin una lenta progresion. Habia en el gremio numeroso y de vário linaje que formaban los emigrados españoles, algunos personajes con los cuales ligaban á TORENO vínculos de tierna y antigua amistad. A éstos, si bien no pocos de ellos estaban ya algo apartados de sus doctrinas, dió constantemente pruebas de leal afecto, proporcionándoles á veces hasta socorros para subsistir; muestra tanto más desinteresada y digna de alabanza, cuanto que, hallándose medio en secuestro sus bienes, no debian andar en muy próspero estado sus propios intereses (1).

Ademas de las relaciones que habia contraído con personajes franceses, eminentes en letras y ciencias, como Châteaubriand, Say, Madame de Staël, cultivó durante aquel tiempo amistades políticas, no sólo con hombres de estado de ideas templadas, como M. de Villèle, sino tambien con los más ilustres representantes de la escuela liberal de la restauracion, Ma-

(1) Una de las personas de esta suerte auxiliadas por el CONDE DE TORENO, fué su amigo D. Agustín de Argüelles. Así lo ha declarado éste públicamente

en las Cortes con una sinceridad espontánea digna de elogio.

nael, el general Foy, Benjamin Constant, M. de Lafayette, y asimismo con M. Guizot, M. Thiers, el Duque de Broglie y otros insignes liberales que prepararon mas inmediatamente la nueva senda de libertad ordenada en que entró la Francia de 1830.

Los cueros y profundos estudios con que habia nutrido su entendimiento, el tener el tiempo desembarazado y libre, y mas que todo, la necesidad de imponerse una tarea que diese largo y honroso empleo á su incansable laboriosidad, le decidieron á llevar á cabo el propósito que habia en su mente havia muchos años, de escribir la historia de los grandes acontecimientos ocurridos en la Península española desde 1808. Despues de reunir la comparsada y larga serie de noticias y documentos, necesarios para el completo conocimiento de una época tan variada por la variedad, incesante y numero infinito de los hechos, empezó á poner en practica su proyecto á fines de 1817, tiempo en el cual residia en Paris. A veces fué interrumpida la obra comentada por asuntos y ocupaciones diferentes. Llegando, no obstante, á concluir el libro octavo en ménos de tres años, y en la noche misma del 28 de Julio de 1830, en medio del levantamiento de Paris (1). Desde entónces hasta el mes de Setiembre de 1831 pudo solo escribir los libros undécimo y duodécimo. Ausente luego de Paris por mas de un año, estuvo en Inglaterra, Belgica, Alemania y Suiza, y á pesar de la falta de sosiego, conagente á estas viajes, escribió durante ellos otros seis libros, hasta el decimoctavo inclusive: esto es, completó los cuatro primeros tomos de su historia.

Caminaba muy de prisa por este tiempo en España la tendencia reformista. La revolucion de Paris de 1830 habia ocasionado alteraciones en el espíritu de muchas naciones de Europa, y la España, así por su posicion geográfica, como por su estado político, habia entrado más que otra alguna en la esfera de su influencia. Los acontecimientos de Portugal dieron mayor impulso y nuevas esperanzas al partido liberal, y los desengaños de la Granja en Setiembre de 1832, arrancando la máscara al bando apostólico, apoyo hasta entónces del rey Fernando, dieron á la marcha del Gobierno una direccion esencialmente distinta de la que habia seguido hasta allí. La cuestion dinástica vino á precipitar el desenlace natural de la cuestion política, y por una transicion tan rápida como inesperada, ese mismo espíritu liberal, poco ántes mirado como una fuerza terrible que amenazaba al trono, y como un contagio mortal, cuyos propagadores se castigaban con la muerte, era ahora llamado por el imperio de las cosas á ser el sostén de ese mismo trono, y el baluarte en que habian de estrellarse los esfuerzos de la faccion carlista, que, pujante y casi sin rebozo, germinaba en todas las provincias.

La amnistia en favor de los que padecian dentro y fuera de España, era entónces un acto de olvido y generosidad, á par que una medida de conciliacion y de alianza. La excelsa y benéfica Reina Gobernadora acogió con júbilo un pensamiento que tan estrechamente se hermanaba con los impulsos de su magnánimo corazón, y el 15 de Octubre de 1832 se publicó el decreto de la primera amnistia, con ciertas restricciones, que habian de desaparecer en breve.

En Diciembre de aquel año volvió TORRES á Paris, disponiéndose á regresar á España en virtud del citado decreto. Permaneció en aquella capital algunos meses todavía, sin adelantar en su obra, ocupado en el arreglo de sus asuntos personales, bastante en desórden con la emigracion é impensadas pérdidas. Restituyóse á España en Julio de 1833, y llegado que hubo á Madrid, aunque acometido de unas tercianas, lanzóle de allí sin miramiento alguno el ministerio Zea-Bermudez, contra lo dispuesto en el decreto de amnistia. Inhumano era en el este proceder, y no es nuestro ánimo buscarle excusa; mas siendo extraño por emanar de un gobierno dirigido por un hombre, firme y enérgico sí, pero inclinado á la templanza y enemigo de violencias, la imparcialidad exige que se explique, cuando no se disculpe. Hallábase el Sr. Zea en una de aquellas situaciones ambiguas y resbaladizas de la política,

(1) Así consta de un párrafo del manuscrito de la misma obra, extendido todo de mano del Conde de TORRES.

en la que no conociendo todavía los hombres ni las cosas, se desconfía de todo, y cualquiera precaucion parece insuficiente. La aparicion del carlismo, y la resistencia manifiesta que oponian al caer los antiguos intereses, no eran los únicos peligros que los ministros tenían que combatir. Al cabo eran armas en su apoyo la régia autoridad que ejercian, la legitimidad de la causa que sustentaban, la civilizacion que cundia, y las nuevas ideas que se levantaban. Mas no tenían iguales medios de defensa contra los progresos de la revolucion, que se manifestó exigente y con escaso freno desde los primeros momentos. Los emigrados que volvian, por la mayor parte, con la audacia del triunfo é inoculados del radicalismo extranjero, eran y debian ser para el Gobierno un obstáculo, un objeto de intimidacion. La firmeza y el rigor de su conducta, si habia de contrastar los estorbos que se le oponian, debia estar en proporcion de la fuerza que estos estorbos desplegaban. De aquí procedieron, sin duda, aquel espíritu y aquellos actos de severidad, destinados en la mente de los ministros más bien á tener á raya al nuevo poder que tan preponderante venía, que á vejar y oprimir á uno cualquiera de los individuos de que estaba formado.

Pero entre los emigrados habia diferencias que hubiera sido justo tener en cuenta, y cabalmente la prevision del Gobierno nunca pudo andar tan mal atinada como al tomar sin motivo duras medidas de represion preventiva contra un personaje notado en los últimos tiempos constitucionales de tibio en su amor al código á la sazón reinante, y mal querido y amenazado por los hombres de la anarquía. Habia empleado, además, el CONDE DE TORENO los años de la emigracion de bien diverso modo que los más de los españoles, sus compañeros de destierro, y no era de presumir que, adelantando en estudio y edad, hubiese atrasado en lealtad y en principios.

Pasó el CONDE á Asturias, donde permaneció hasta la muerte del Rey, contando aquel lance de su vida en la suma ya crecida de vicisitudes pasadas y desengaños recibidos. Es inútil decir cuál fué su opinion en la cuestion dinástica que entonces se suscitaba, y si la manifestó de una manera explícita y terminante. Proclamó en aquella provincia, según que de derecho le competia como allérez mayor de ella, á la nueva reina doña Isabel II, y volvió en seguida á Madrid á felicitar á la Reina Gobernadora por el ensalzamiento de su hija al trono, en nombre de la Diputacion General de Asturias, que le habia comisionado al efecto. Permaneció en la corte como particular, hasta que en Junio de 1834, después de la promulgacion del Estatuto Real, fué nombrado por S. M. ministro de Hacienda.

Entraba España por tercera vez en el sendero del sistema representativo de la moderna Europa, que ya en dos ocasiones habia ensayado con tan dudoso éxito; pero entraba ahora dando en él ancha parte á los buenos principios del orden social, y conciliando, si no de un modo perfecto, al ménos cuerda y convenientemente, la autoridad del trono, la intervencion popular, y las diversas aristocracias del saber, del nacimiento y de los servicios hechos al Estado. Practicábanse reformas esenciales en la máquina gubernativa; dábase á las provincias una division más acomodada á la accion administrativa; deslindábase ésta de la judicial; suprimíanse antiguos consejos; aliviábase á los pueblos de algunas exacciones muy onerosas, y se removian, en fin, sin atropellamiento ni violencia, las diferentes trabas que ponian embarazo al desarrollo de la pública prosperidad. La Hacienda, elemento fundamental de la vida de las naciones, requeria para sí el mismo beneficio que iban alcanzando otros ramos de la gubernacion. El estado del crédito, la escasez del Tesoro, los vicios del sistema tributario, y la situacion misma, agravada con la plaga del cólera y los progresos de la guerra civil, que ya ardía furiosa en algunas provincias, exigian mejoras prontas y eficaces. Pero siendo consiguiente al nuevo orden de cosas que aquellas mejoras se llevasen á efecto con anuencia é intervencion de la representacion nacional, era indispensable que fuesen propuestas y sostenidas por un hombre inteligente y profundo en el ramo, de espíritu activo y reformador, conocido por sus doctrinas prudentemente liberales, y capaz al mismo tiempo de hacer frente en la tribuna pública á los debates prolijos y complicados y á las agresiones y propuestas

impertinentes á que dan ocasion con frecuencia las materias de hacienda y crédito. Ningun otro reunia tan completamente como el CONDE DE TORENO aquellas circunstancias. Su nombre, asociado en nuestro país á los principios de una libertad moderada, que el tiempo y la razon cimentarán al cabo, era una fianza para los liberales de la nueva generacion y aún para los emigrados, que en aquella sazón no llevaban, como llevaron despues, á tan extremos fines sus doctrinas ni sus esperanzas personales; y sus talentos, su carácter firme y sus conocimientos administrativos prometian saludables reformas. Fué, pues, su entrada en el gabinete generalmente aplaudida, por ser mirada como una necesidad politica á par que una necesidad parlamentaria. Verificadas por este tiempo las elecciones de procuradores á Córtes, con una regularidad y buen orden que causaron sorpresa, atendidos el breve plazo en que se hicieron y las dificultades que el cólera, el estado de rebellion y el choque de los partidos presentaron en algunas partes, fué el CONDE elegido por las provincias de Cuenca y Oviedo.

Al subir al ministerio de Hacienda tuvo que formar sin demora todos los trabajos que por su ramo debian presentarse á las Córtes, no habiendo encontrado ninguno preparado, y estando próximas á juntarse aquéllas. Hallándose ya en situacion de poner en práctica los pensamientos de mejora, que su deber, su alta capacidad y su amor á la patria le habian dictado sin duda muchas veces lejos de ésta, se dedicó con infatigable ahinco á reparar el abandono de la Hacienda en cuanto fuese compatible con el desasosiego y urgentes necesidades del momento, y con los abusos y viciosas prácticas que el tiempo y la indiferencia del Gobierno habian arraigado en la administracion. Las sesiones de aquella legislatura, que dió principio en 24 de Julio, fueron casi exclusivamente ocupadas por el exámen de los asuntos propios del ministerio que TORENO desempeñaba, y por el gran número de reformas importantes que presentó á la deliberacion de los cuerpos colegisladores. Llevó, por consiguiente, como ministro del ramo, el peso de las discusiones, sustentando sus ideas con saber copioso y profundo, y con una elocuencia algo diferente de la que habia manifestado en otras épocas, por haber ganado no poco en concision y espíritu práctico y de aplicacion, y haber en parte reemplazado la vehemencia con la ironía.

Cerca de tres meses emplearon las Córtes en el arreglo de la deuda extranjera y empréstito de 400 millones, algo más en el exámen de los presupuestos, y otro tanto en el de la deuda interior, de que no llegó á tratarse en la alta Cámara; sin mencionar el gravísimo asunto del arreglo de la moneda, que no fué en nuestro sentir bien comprendido por las Córtes, ni propuesto acaso con la latitud que requería por el Ministro mismo, como tampoco el bien pensado proyecto de ley sobre el derecho impuesto á los documentos de giro y otros de semejante naturaleza. En el confuso hacinamiento de observaciones, réplicas, repeticiones y rodeos que constituyen el conjunto de aquellas discusiones, es de notar con admiracion la meritoria y tranquila perseverancia del CONDE DE TORENO, su aguda perspicacia, la claridad y solidez de sus exposiciones, la robustez y rigurosa exactitud de sus consecuencias. Acosado á veces por enemigos insidiosos é ignorantes, y pasando de la defensa á la agresion, es curioso verle recorrer rápidamente los argumentos de sus impugnadores, dando á cada hecho su valor, á cada objecion su respuesta.

Á pesar de las incalculables trabas, ya inveteradas, ya del momento, que obstruian su marcha, abriase paso, aunque lentamente, el espíritu de orden en la administracion de la Hacienda pública. Cobraba ésta mayor fuerza, y los ingresos se iban aumentando cada dia; y si no llegaron á equilibrarse con las necesidades de la nacion, es porque tal resultado es absolutamente imposible en situaciones extraordinarias, que exigen recursos análogos, y mucho más cuando éstas vienen despues de un periodo funesto que deja exhausto el erario y empobrecidos los contribuyentes. Fuera, por otra parte, mera ilusion imaginar que las medidas de reforma orgánica en el orden material pueden establecerse sólidamente en medio de trastornos civiles, que no consienten una larga permanencia de los hombres públicos en el poder, y en los cuales se cuida más del triunfo de los principios políticos que favorecen á un partido,

y que desaparecen cuando es vencido, que de las mejoras é intereses permanentes en que cifra su ventura la sociedad entera. Tales medidas son arrebatadas, como el prestigio de sus autores, por el viento de la inestabilidad, y sólo queda de ellas un recuerdo glorioso para éstos, y no sin fruto para el comun provecho en tiempos sosegados.

Dos grandes operaciones ó contratos se hicieron entónces. El primero fué el empréstito de los 400 millones votado por las Córtes. La indispensable necesidad de contraer este empeño fué universalmente reconocida, á pesar de la natural aversion con que suelo mirarse el apelar á los medios extraordinarios del crédito. Pérdidas inmensas, desfalcos anteriores, desfalcos del momento (1), gastos urgentes ocasionados por el aumento del ejército, la imposibilidad de gravar en tan críticas circunstancias con nuevas cargas á los pueblos, y la exorbitante suma que importaba anualmente la deuda extranjera, pusieron al Gobierno en una situacion verdaderamente apurada, de la cual no podia sacarle el medio insuficiente ó imperfecto de las anticipaciones, empleado ilimitadamente cuando se hallaban aún en la infancia las teorías del crédito de las naciones. La venta de los bienes nacionales no podia tampoco hacer frente á las atenciones públicas, tan vastas cuanto perentorias, porque, sobre estar destinados al sagrado objeto de la deuda interior, era improbable y hasta imposible su realizacion inmediata á un precio elevado. ¿Qué otro medio más que el de un empréstito restaba, pues, para no exponer á una ruina segura la causa de la libertad y de la ilustracion, y el mismo principio conservador de la legitimidad? « Los pueblos modernos, » dijo fundadamente el CONDE en la discusion, sólo conocen los empréstitos para salir de sus ahogos, así como los antiguos sólo conocian las conquistas. »

Hallábase sin disputa la España en uno de esos momentos de ahogo que hacen indispensable el empleo de las determinaciones extremas. Pero ántes de apelar al recurso extraordinario del empréstito, era forzoso el arreglo de la deuda extranjera, así por razones de hacienda, como por motivos políticos. La plaza de Lóndres habia estado cerrada á España; la de París estaba inundada de fondos españoles. Desacuerdo hubiera sido emprender operacion alguna sin aquella medida preliminar, y mucho más estando en ello tan interesada la Francia, cuya amistad sincera y estrecha era para nosotros de tan trascendental importancia. Aconsejábala la buena fe, base la más robusta del crédito, y la imponia como una necesidad la conveniencia pública, siendo imprudente y aventurado indisponernos con una nacion vecina y poderosa, que podia pesar tanto en la balanza de la cuestion de existencia y tranquilidad que en las provincias del Norte se ventulaba. Propuso el CONDE DE TORENO una combinacion conciliadora fundada en las bases siguientes (2):

Declarar deuda del Estado todas las obligaciones sin distincion de títulos, y convertirla por mitad en *deuda activa* y *deuda pasiva*.

Crear un fondo nuevo al 5 por 100, que representase la *deuda activa*, en el que habia de convertirse la parte de los antiguos empréstitos extranjeros comprendida en la *deuda activa*.

Aplicar un fondo de amortizacion á la *deuda activa*, y despues de comprada cierta suma, anular ésta y admitir á la suerte el equivalente de la *deuda pasiva* en la *deuda activa*, que entraria, por consiguiente, á participar del pago de los intereses y de la amortizacion.

Despues de no pequeña oposicion, triunfó el proyecto de ley presentado por el CONDE, habiendo recibido su primer texto diferentes modificaciones. Quedó el empréstito decretado, y aunque los que presumian de entendidos en la materia decian en las Córtes, hablando par-

(1) El CONDE DE TORENO manifestó en la sesion del 16 de Setiembre de 1834, que pasaba de 250 millones de reales la suma necesaria para cubrir el déficit existente. Entre las cantidades que lo componian, citó 31 millones adeudados al ejército por sus gastos de aquel año, 20 á la marina, 58 á los señores Rothschild y Arden por anticipaciones hechas,

3 de desfalco causado por el cólera sólo en el mes de Julio, etc. Nadie podrá negar el urgente interés que tenia el Estado en satisfacer sin demora semejantes obligaciones.

(2) Se presentó el proyecto de ley que contiene estas bases en la sesion del Estamento de Procuradores del 7 de Agosto de 1834.

ticularmente, que ni á 40 podria verificarlo, lo concluyó el CONDE á 60 y más; es decir, con mayor ventaja que cuantos se han hecho en España desde 1820; y no cabe duda en que á 70 lo hubiera terminado, á no haberse debatido el asunto tan latamente en el Estamento de Procuradores.

Es evidente que el CONDE DE TORENO dió pruebas en el desempeño del ministerio de Hacienda de las prendas que distinguen á los hombres eminentes del ramo en los gobiernos representativos: orden, sagacidad, sanas doctrinas, conocimiento práctico, aficion á la publicidad. Mas como á nadie sea dado alcanzar en todos sus actos un grado de perfeccion absoluta, de ahí es que el personaje que nos ocupa, con ser tan entendido como prudente y perspicaz, incurrió, á nuestro entender, en algun error no leve, que á fuer de imparciales nos es forzoso señalar. Consiste el error á que aludimos, en el poco atinado desvio que á su entrada en el ministerio manifestó el CONDE á la casa de Rothschild en el mismo momento en que ésta, en prueba de su buena disposicion á nuestro favor, hacia un adelanto de 60 millones. Notorio es que despues del fallecimiento del rey Fernando, existia en París una especie de competencia entre los capitalistas para contratar un préstamo con el gobierno español. Adelantándose el baron James Rothschild á los demas con sus proposiciones y el ofrecimiento de una cuantiosa é inmediata anticipacion, fué preferido por el gabinete Martinez de la Rosa, al cual urgia tener fondos para pagar el semestre de la deuda exterior que estaba al caer. Celebráronse efectivamente en París dos contratos, firmados ambos por el Embajador de España y el secretario del Banco de San Fernando, enviado al efecto en calidad de comisario regio. Comprometiase la casa de Rothschild, en el primero, á verificar el mencionado adelanto de 60 millones al interes de 5 por 100, y estipulaba en el segundo la preferencia á su favor en igualdad de condiciones para cualquier empréstito que más adelante pudiese negociar el gobierno español, siempre que dentro de tres meses, contados desde la fecha del contrato, no se hallase aquél en disposicion de reintegrar la suma anticipada. Es de advertir que esta anticipacion se verificó sin que Rothschild exigiese por parte nuestra la menor seguridad, porque si bien se la habia ofrecido el citado comisario regio en títulos de la deuda, no la habia admitido aquél, asegurando *que no queria más garantía que la lealtad castellana*; alarde de generosidad, que aunque probablemente no nacia de mero desprendimiento, probaba, no obstante, la decidida inclinacion de dicha casa á tomar parte en las operaciones del crédito español. Ocasion más feliz no podia, al parecer, presentarse, de comprometer en la suerte económica del nuevo reinado una casa tan respetable, que acababa de sacar de la nada el crédito de la corte de Roma, y que tanto podia contribuir á levantar el nuestro. El CONDE DE TORENO, descontento tal vez en demasía con aquella condicion de preferencia, que no sin razon juzgaba irritante é impropia del decoro de la nacion española, antepuso á la poderosa casa de Rothschild la de Ardoín, incomparablemente ménos sólida que aquélla, y amenguada con algunas pérdidas (1). Erró á nuestro ver en ello, aventajando un rigorismo extremado de principios á razones de conveniencia y de prudente prevision política, pues no debió desatender que el valimiento de la casa de Rothschild con los gabinetes del Norte podia, viendo sus inmensos intereses empeñados en la causa liberal de España, decidir á aquéllos más eficazmente que nuestra poco influyente diplomacia al reconocimiento de la reina doña Isabel II.

La otra operacion de que hemos hablado, es el contrato de azogues celebrado durante aquel ministerio; pero en breve tendremos oportuna ocasion de volver á este asunto.

Ocupado con exclusivo afan el CONDE DE TORENO en las tareas peculiares de su ministerio, no tomó en los actos generales de la administracion tan activa parte como hubiera sido de desear. Alguna censura merece por ello, si pudo, como es creible, contribuir con su enérgico carácter á que no se abriese, como sucedió entónces, la senda de impunidad, que tantas

(1) Véase la rectificacion, relativa á este punto, hecha por el mismo CONDE DE TORENO en su carta al

Sr. de Cueto, que publicamos al principio de esta Biografia.

veces ha dado paso al crimen y arrebatado á los principios monárquico-constitucionales la consistencia que, con mayor firmeza y más rígida justicia, hubieran, á no dudarlo, adquirido. Dos grandes acontecimientos de escándalo y sangre tuvieron lugar en Madrid por aquel tiempo: el asesinato de los sacerdotes regulares en Julio de 1834, y el levantamiento, en Enero siguiente, de un batallón del regimiento de Aragon, segundo de ligeros, inaugurado asimismo con el asesinato de un general. No siendo Toranzo entonces sino un simple miembro del Gabinete, no es justo echar sobre sus hombros, ni todo, ni el principal peso de responsabilidad moral á que se hizo acreedor el Gobierno en aquellas solemnes ocasiones, tolerando un momento siquiera la culpable apatía ó la mal entendida indulgencia de ciertos generales. Es verdad que el CONDE se opuso como otros miembros del Gabinete, si bien con mayor esfuerzo, á la vergonzosa transaccion realizada entre el Gobierno y el batallón sublevado (1), como tambien que perseveró hasta el fin en su noble y resuelta opinion, á pesar de ser ésta contraria á la del Consejo de gobierno y de los más altos jefes militares; pero creemos, aunque sea excesivo rigorismo de nuestra parte, que sólo habiéndose apartado en aquellos momentos de un gabinete vencido en una cuestion de vida ó muerte para los principios de orden, pudiera totalmente eximirse de aquella responsabilidad, ó bien habiendo tomado, mientras fué presidente del Consejo, las firmes medidas gubernativas que eran indispensables para descubrir y castigar á los autores de tan horribles asesinatos. Nosotros no comprendemos que tenga el gobierno más que un camino en semejantes casos: ó la represion inmediata cuando es posible, ó cuando no, el ulterior castigo. Mal se cubre un gobierno cuando cede con el manto de la clemencia: colúmbrase la debilidad á traves de ese manto, y en ciertos casos la debilidad de un ministerio no es sólo la causa de su caída, es tambien la ruina de un principio, el gérmen de la anarquía, la destruccion del orden social. Recórrase en España la serie de sangrientos atentados de los últimos años, y al recordar que casi todos ellos han quedado sin castigo, se comprenderá que no son dables ni el prestigio de la autoridad, ni el imperio de la ley, ni el sosiego público, ni la estabilidad del Gobierno, mientras la impunidad permanezca erigida á la categoría de sistema. Perdónense, olvidense en buen hora los extravíos de la política; pero jamas se confundan con ellos los crímenes que se cometen á su sombra, porque éstos ofenden las leyes generales de la justicia humana, que no tiene consideracion que guardar ni con la política ni con los partidos.

Despues del motin militar que acabamos de mencionar, iba siendo cada vez mirado con ojos ménos favorables aquel ministerio, presidido por el Sr. Martinez de la Rosa. La impaciencia popular no tenia en cuenta ni su buena fe, ni sus esfuerzos, ni las prendas positivas de libertad que á él exclusivamente se debian. La guerra del Norte tomaba cada dia un aspecto más sombrío é imponente, y echábanse sobre la frente del honrado y elocuente ministro faltas de que ni siquiera era cómplice, y en que sólo tenian parte los desaciertos de los generales y los reveses de la fortuna. Despues de la rota de las Amezcuas, llegó el caso de pedir la intervencion francesa. La voz imperiosa del general en jefe D. Jerónimo Valdés, sostenida por los demás generales de su ejército; el viaje á Madrid con aquel objeto del general Córdoba, y las ofertas hechas por la Francia algun tiempo ántes, decidieron al Ministerio á reclamar la intervencion. El Sr. Martinez de la Rosa, aunque le repugnaba semejante paso, cedió á la autoridad de los que lo solicitaban cual medida de salvacion, y como ministro de Estado extendió las notas en las cuales se hacia tan importante peticion. Mientras tanto, se introducía en palacio el disgusto que contra él manifestaba el público, y no contribuian á disminuirle las insinuaciones del recién llegado general Córdoba, que, como intérprete autorizado de los sentimientos del ejército, ejercia gran influencia en aquellos momentos. Conoció el Sr. Martinez de la Rosa que ni los mejores deseos, ni los actos más plausibles podian ya

(1) Nadie habrá olvidado que se permitió, segun el tenor de la capitulacion, salir á dicho batallón con armas y tambor batiente.

sostener su ministerio contra la desgracia y turbacion de los tiempos, y cuando llegó á entenderse en Madrid, aunque no todavía de oficio, que la Francia negaba la intervencion, se aprovechó de esta circunstancia para presentar su dimision de consejero de la corona y presidente del ministerio. Ocupó entónces su puesto el SR. CONDE DE TORENO.

Hase dicho que éste contribuyó por su parte á acelerar dicha separacion; mas las personas enteradas de la verdad saben que, por el contrario, defendió y sostuvo constantemente al señor Martínez de la Rosa, y en especial en los dos meses últimos de su ministerio, en que la marcha de los acontecimientos anunciaba ya su caída. ¿Habría quien censure á TORENO porque no se retiró tambien en aquella ocasion? Injusto sería. Era licito bajo todos aspectos á su noble ambicion el deseo de plantear, al frente de los negocios públicos, aquel sistema que juzgaba acorde con la situacion y con las necesidades del país, y mal, en nuestro sentir, hubiese obrado, posponiendo el bien comun á consideraciones subalternas. El mismo Martínez de la Rosa le dió ejemplo de esta conducta, conservando el poder á pesar de la salida forzada y sucesiva de los Sres. Garelly, Moscoso y Zarco del Valle, que habian formado su primero y compacto ministerio.

El nombramiento del CONDE DE TORENO para el cargo de presidente del Consejo de ministros, expedido en 7 de Junio de 1835, con retencion del ministerio de Hacienda y el desempeño interino del de Estado, reanimó visiblemente el espíritu público, que andaba desmayado. Algunos dias trascurrieron sin que pudiese el CONDE vencer las dificultades que se le presentaron para la formacion de su ministerio, viniendo al cabo á quedar definitivamente nombrados para Estado el mismo CONDE DE TORENO; para Guerra el Marqués de las Amarillas, elevado á principios de aquel mes á la dignidad de Grande de España con el título de duque de Ahumada; para Hacienda D. Juan Álvarez y Mendizábal; para Gracia y Justicia D. Manuel García Herreros; para Marina el general D. Miguel Ricardo de Álava; y para lo interior D. Juan Álvarez Guerra. Aunque no brillaba en verdad este ministerio por la conexion de las personas ni por la homogeneidad de las doctrinas, sin embargo, y acaso por ello mismo, no disgustó ni gustó á nadie de un modo absoluto. Los partidarios del movimiento rápido podian esperar de algunos de sus miembros, representantes del antiguo partido constitucional, y los aficionados á ideas ó moderadas ó aristocráticas tambien podian esperar de los otros una conducta acomodada á sus fines y pensamientos. Fuera de esto, todos juzgaban que tan completa mudanza de hombres habia de traer consigo alguna mudanza de cosas, y esta circunstancia era entónces por sí sola la mejor condicion de éxito. La gente alborotada y bullidora abrigó por un momento la insensata esperanza de que TORENO se pusiese á su frente, y muchos de los que pertenecian á la oposicion de las Cortes empezaron por darle su apoyo en vista del espíritu práctico de reformas que desplegó desde los primeros momentos de su administracion. Pero pronto se convencieron de que no era el CONDE DE TORENO quien habia de imprimir á la máquina gubernativa el movimiento rápido y desarreglado que cuadraba á la loca impaciencia de los unos y al bastardo interes de los otros; así no tardó en trocarse en despegó la popularidad primera. No dejó de armarse bastante el CONDE á los hombres más señalados del bando liberal, así de la emigracion como de los que habian padecido en España durante los diez años, escogiéndole á muchos para cargos de primera importancia; pero lo hacia más como ministro que pretende acallar á los partidos no buscando entre sus individuos otra distincion que la del mérito, que como hombre que cede á sus pasiones ó exclusivas tendencias. TORENO se mostró en aquel breve periodo tolerante y liberal, y tanto que casi rayaron en imprudentes algunas de las concesiones que llegó á hacer á la oposicion. Mas era inflexible en las cuestiones de orden público, y tenía, como Montesquieu, la firme conviccion de que los hombres se gobiernan con moderacion, y no con excesos (1).

(1) *Esprit des lois*, C. 22, c. 22.

La principal mira política que llevó durante su ministerio, fué la de terminar cuanto antes la guerra civil, empleando para ello no sólo los medios militares, sino también los de conciliación. En su tiempo empezaron las negociaciones de esta especie, enviando con tal fin á las provincias del Norte al desgraciado Muñagorri, el cual manifestó inteligencia y notable desinterés. Otro de los objetos esenciales adonde encaminaba sus miras, era el afianzamiento del régimen representativo, conservando por una parte el elemento aristocrático de nacimiento, servicios, saber y riqueza del Estatuto, y desarrollando por otra los buenos principios de administración económica y de hacienda, tan mal entendidos y abandonados en España. De la conducta que hemos visto seguir al CONDE en sus primeros años, puede inferirse que la tendencia aristocrática que ahora manifestaba no era preocupación de raza ni personal orgullo: era la convicción de que podía contribuir al justo equilibrio, en la balanza de las fuerzas políticas, el contrapeso de un orden jerárquico establecido, así en la sociedad como en el sistema representativo. En cuanto á los bienes reales y á las reformas proyectadas de su ministerio, basta decir que había nombrado varias comisiones, escogiendo personas entendidas de todas opiniones, para arreglar cual convenia el sistema tributario, la administración, la contabilidad, todas las partes, en fin, del vasto ramo de hacienda, cuyos trabajos debían terminarse en breve para ser puestos á la discusión de las Cortes; que iban muy adelantados en el Norte los tratos para terminar la guerra civil; y por último, que en su tiempo se pagaban con regularidad las atenciones públicas, se pagaban los intereses de la deuda, se pagaron hasta los atrasos, y quedaron, á su salida, 70 millones para pagar el semestre de Noviembre; y todo en medio de la guerra civil más calamitosa. ¿Qué más podía pedirse entonces á un ministro? Hasta la suerte de las armas se declaró en su favor, quitando pretextos á las pasiones y motivo á la desconfianza y al desaliento. Zumalacárregui, el caudillo que había dado organización y vida á la facción, había muerto de resultas de una herida, y los generales La-Era y Córdoba acababan de reconquistar la superioridad de nuestras tropas, haciendo levantar el uno á los batallones enemigos el primer sitio de Bilbao, y ganando el otro la batalla de Mendigorria, que hubiera terminado la guerra sin la fatalidad que nos impidió sacar todo el fruto que la victoria prometía (1). Pero por una inconsecuencia singular, que sólo puede explicarse no perdiendo de vista la naturaleza de los móviles que estimulaban á los agitadores, estalló, cuando ménos se esperaba, en las más de las capitales de provincia, una de esas rebeliones, usadas despues tantas veces y con tanto descrédito del partido que las ha promovido, sin espontaneidad, sin fuerza, posibles sólo cuando el Gobierno se halla sin medio alguno material de sostener su autoridad.

Así sucedía entonces. Casi todo el ejército combatía en el Norte, y la milicia urbana, guardadora de las leyes y del orden público en el resto de la monarquía, era la primera que, instigada por un corto número de perturbadores y no combatida por nadie, se levantaba contra el Gobierno de la angusta Reina Gobernadora, al paso mismo que por una especie de escarnio aclamaba su autoridad y ensalzaba su nombre. Revistiéndose á sí propias del derecho de soberanía, las juntas de gobierno formadas en dichas capitales levantaron tropas, depusieron autoridades, contrataron préstamos, exigieron contribuciones y manejaron á su arbitrio los caudales públicos. No tardó en alzarse en Madrid la bandera de la rebelión: situóse en la Plaza Mayor al anocheecer del día 15 de Agosto alguna fuerza de la milicia urbana, que, engrosada poco despues, se ocupó en abrir zanjas en todas las avenidas y en parapetarlas con barricadas, remediando pobremente lo hecho allá en París en Julio de 1830. Las autoridades militares de la capital, en vez de disipar con la fuerza el endebles y sedicioso movimiento, tuvieron vistas y explicaciones con sus jefes, que, atendida la entereza del Gobierno, no podían ir á parar á resultado alguno. Éste mismo se abstuvo por su parte de tomar medidas violentas, ya acaso por temor de la efusión de sangre, ya por estar convencido de que aban-

(1) *Memoria del general Córdoba*, cap. v.

donando la rebelion á sus propias fuerzas, se desvanecería en breve, probando así con mengua su impotencia. En efecto, despues de 30 horas de inaccion, quedó desierta la Plaza Mayor: declaróse á Madrid por Real decreto en estado de sitio, y volvió á reinar la tranquilidad pública. Pero, aunque apaciguado el tumulto por entónces, esta educacion de impunidad, que iba recibiendo el pueblo español, no podia dejar de dar más adelante amargos frutos. Nosotros no tememos condenar la apatía manifiesta de las autoridades durante la sedicion de la Plaza Mayor, al ménos como una imprevision de las más funestas consecuencias.

Un mes duró todavía el poder en manos del CONDE DE TORENO, y en este tiempo cundió la sublevacion por casi toda España, no teniendo el Gobierno, á causa de la guerra del Norte, medios positivos de resistencia en las provincias, y habiendo sido mal servido en ellas por las más de las autoridades que estaban á su frente. No obstante, desavenidos entre sí muchos de los jefes amotinados, lisonjébase el Ministro de que sosegado Madrid, como ya lo estaba, vendrian á partido las provincias, de las cuales recibia noticias y áun promesas secretas que justificaban su esperanza; y hubiérase ésta realizado sin duda, sin el cúmulo de circunstancias extraordinarias y azarosas que le fueron en aquella ocasion contrarias.

El estado moral del país era ya por aquella sazon en alto grado lastimoso. Habian difundido los periódicos en las clases ínfimas, que ninguna educacion recibian, esas nociones imperfectas ó erróneas, ese medio saber, que puede llamarse la *ignorancia adquirida*, y que no sólo contribuye á trastornar el orden un momento, sino que pervierte durante algunas generaciones los sentimientos y las ideas: habia sucedido al espíritu de reformas y sana libertad la mas implacable intolerancia: los allegados á ideas de nivelacion proclamaban, no la igualdad civil, verdadero dogma y último triunfo de un gobierno libre y bien constituido, sino la igualdad social, contraria á la naturaleza, y por lo tanto imposible, el amor á la cual no es en la gente inquieta sino la vanidosa envidia de las ventajas de que carece: tan largo trocho habia corrido, en fin, la revolucion desde la muerte del rey Fernando, que su represion era tan necesaria para establecer un gobierno firme y reparador, como la termination de la guerra del Norte. TORENO era acaso el hombre más capaz de España para dar robustez á la autoridad pública, haciéndola entrar en una senda firme y segura de justicia y regularidad, el más apto para subordinar los intereses pasajeros de la politica á los intereses permanentes de la administracion; mas era para ello indispensable contar con el apoyo de la fuerza pública, lo cual no era posible cuando la anarquía politica habia casi prustinido la disciplina militar, y roto, sin crear otros nuevos, los vinculos respetables de las tradiciones antiguas.

Á las dificultades naturales de la situacion habia agregado TORENO otra no ménos grave, que puede contarse entre sus más reparables errores. Era ésta el nombramiento para ministro de Hacienda de D. Juan Alvarez y Mendizábal, que, llegando á Madrid en momentos en que el Ministerio se hallaba en sumo apuro, se retrajo de formar parte con él, haciéndose dueño de este modo de las simpatías de los perturbadores. Á juzgarse únicamente los actos de los hombres públicos por las intenciones que los dirigen, no seria licito culpar el nombramiento de que hablamos. Al formar TORENO su ministerio, se negaron á encargarse de la cartera de Hacienda las personas á quienes primero estaba destinada, alegando lo critico de las circunstancias, la indiferencia de la Francia, y las demas dificultades del momento. Viéndose, por consiguiente, en grande estrecho, echó mano de un hombre, sobre liberal acreditado, aunque no todavía de ideas turbulentas, usado, de singular actividad, entendido, segun fama, en materias de credito, y fecundo en impensados arbitrios, y celebrado, por último, entre ingleses y portugueses por el apoyo decisivo que proporcionó al emperador D. Pedro de Braganza con empresas mercantiles tan atrevidas como afortunadas. Menester es convenir en que concurrían en el ministro nombrado circunstancias propias para alucinar al mas prevenido; pero era de esperar todavía del CONDE DE TORENO, en aquella crisis politica, mayor suma de tacto y prevision: altas prendas del hombre de estado, que él mismo habia demostrado poseer en tan repetidas

ocasiones. No habiendo sido nunca diputado, ni servido empleos el Sr. Mendizábal, y conociéndole muy poco el CONDE, sólo podía tener de él una opinion incompleta, y por lo tanto insuficiente para elevarle á puesto tan alto cuanto delicado. Es evidente que atendió ante todo á la reputacion de inventiva y habilidad para proporcionarse recursos por extraños modos, de que gozaba con razon el Sr. Mendizábal, y que no pensó en los males que podia acarrear entónces al Estado la entrada en el Gabinete de una persona cuyas miras y convicciones en materias políticas le eran casi desconocidas (1). El mismo CONDE DE TORENO echaria de ver despues el desacuerdo que habia cometido, y no sentiria probablemente poca sorpresa y desabrimiento al encontrar en quien habia llamado como auxiliar, más que un rival, un sucesor.

Rehusaba la Reina Gobernadora admitir á TORENO la renuncia que intentaba hacer de sus cargos de ministro y presidente del Consejo; mas no teniendo éste á su disposicion los elementos de fuerza indispensables para sostener la autoridad del Gobierno, y con ella la dignidad del trono, hizo ver á S. M. cuán necesaria era por el momento su desaparicion de la escena política. Fué, pues, llamado al Pardo en la noche del 14 de Setiembre de 1835, para que extendiese los decretos relativos á su dimision y al nombramiento de nuevos ministros. Asi lo verificó, llevando la pluma el subsecretario de Estado D. Julian Villalba; y es de advertir que el decreto admitiendo al CONDE su renuncia carece de aquellas fórmulas y expresiones laudatorias que son de costumbre en semejantes casos. Estaba presente á aquel acto el Sr. Mendizábal, y el CONDE juzgó sin duda conveniente á su decoro dictar el decreto en los términos más severos (2).

Desde que llegó TORENO á Madrid de vuelta de la emigracion hasta la época de su salida del ministerio apenas se ocupó de su obra; pero dió á luz los cuatro primeros tomos, ó sean los primeros diez y ocho libros ya concluidos. Ahora, vuelto á vida más sosegada, emprendió de nuevo y con tal afán su interrumpido trabajo, que sólo le faltaba escribir el vigésimocuarto; esto es, el último, cuando aconteció la sublevacion militar de la Granja, en Agosto de 1836. Inútil es referir, por tan sabido, el enlace del CONDE con doña Maria del Pilar Gayoso Tellez Giron, hija de los marqueses de Camarasa, verificado durante su ministerio.

Al empezar la administracion del Sr. Mendizábal, le aconsejaron algunos amigos que saliese de España, y abiertas las Cortes á mediados de Noviembre de 1835, que no se presentase en ellas, por temor de que se ensañasen contra su persona los vencedores en la sublevacion que dos meses ántes le habia derribado del poder; pero él, resuelto á no faltar jamas ni á su dignidad propia ni á la confianza de su provincia, no sólo se presentó en la Cámara popular, sino que tomó parte en las más arduas discusiones. Fué una de éstas la suscitada, al fenecer Diciembre, acerca del llamado *voto de confianza*, arcano célebre de aquellos dias, con el cual el Sr. Mendizábal alucinó la candorosa credulidad de las Cortes, y que si era absurdo en la esencia, como fundado en una cosa impracticable, no dejó de ser diestro y útil en cuanto aumentó la popularidad del Ministro con el prestigio del misterio. El CONDE DE TORENO pronunció con este motivo un discurso elocuente y hábil, en el cual sinceró su admi-

(1) En prueba de que la favorable opinion, de que hablamos, justamente adquirida en el extranjero por el Sr. Mendizábal, llevó principalmente al CONDE DE TORENO á elegirle ministro de Hacienda, puede citarse el decreto mismo de su nombramiento, más largo y razonado de lo que semejantes documentos suelen serlo, y en el cual refiriéndose al Sr. Mendizábal, se habla de la importancia de mejorar con saber el crédito, *especialmente en circunstancias difíciles*.

(2) Parece que reparando con extrañeza S. M. la Reina Gobernadora la forma innatada del decreto, preguntó á TORENO la causa de tanta sequedad de expresion. Respondióle ésto que le bastaba saber la buena voluntad de S. M. hacia su persona, y que era, ante todo, conveniente no dar nuevos pretextos á las pasiones para encenderse más, y tratar con mayor desacato al Trono.

nistracion de algunas acusaciones injustas, expresándose con tal fuerza y tino, que le aplandieron hasta sus mayores enemigos. En cuanto al voto de confianza, era el CONDE de los pocos que en aquella sazón conocían cuán vano y estéril era el fondo del pensamiento en él contenido; y esto pudo conocerse en las explicaciones que con algún tanto de malignidad pidió al Ministro, y en las prudentes reticencias que empleó, y por las cuales le dió gracias, al contestarle, el Sr. Mendizábal; pero no quiso negar por su parte al Gobierno, oponiéndose á aquella autorizacion, que á nada era aplicable, una fuerza moral que, bien manejada, podía redundar en provecho de la causa pública.

Pocos dias despues se verificó la más importante y acalorada discusion de aquella legislatura: la de la ley electoral. La Comision, siguiendo los deseos del Sr. Mendizábal, que abrigaba con particular predileccion el sano aunque irrealizable propósito de avenir las opiniones encontradas que ya en el asunto se habian manifestado, hizo una extraña fusion de diversos y aún opuestos sistemas, proponiendo que hubiese dos especies de electores, los unos delegados, elegidos por las juntas de vecindario, y los otros por derecho propio. Los jefes de los pasados ministerios arrastraron entónces tras sí una mayoría considerable del Estamento, declarándose contrarios al dictámen que con tan mal acuerdo intentaba amalgamar lo que de suyo era inconciliable. El CONDE votó en contra del sistema mixto y á favor de la eleccion por distritos, y demostró con gran superioridad de raciocinio y copia de datos los inconvenientes de conceder sin restriccion el derecho electoral á las llamadas *capacidades*, esto es, á la gente de carrera. Sus discursos en esta ocasion fueron tan notables, y especialmente tan francos é imparciales, que alcanzaron sincero elogio hasta de alguno de los principales autores y sostenedores de los principios que combatía (1).

Esta cuestion produjo desconfianza, enemistades y descontento. Los vencidos, acerbamente enconados contra los vencedores, aconsejaron malamente al Sr. Mendizábal que disolviese unas Cortes donde las opiniones de ellos no eran las dominantes. El Sr. Mendizábal, más cuerdo y mejor inspirado entónces, se resistía á tomar una medida que, sobre violenta y de malas consecuencias, ponía al Gobierno en contradiccion consigo mismo, habiendo declarado desde el principio del debate, por medio del Ministro de la Gobernacion, que no consideraba aquel asunto como *cuestion de gabinete*. Pero hostigado por sus amigos, se resolvió al cabo y llevó á efecto la disolucion.

Las Cortes inmediatas, abiertas en 22 de Marzo, habian sido elegidas bajo el influjo revolucionario. Faltaban en ellas muchos nombres respetables de las anteriores, y entre éstos, dos de los más enlazados con las instituciones representativas de España: los de los señores Martinez de la Rosa y CONDE DE TORENO. Miéntas que el Sr. Mendizábal salía elegido por siete diferentes provincias, ¡no hubo una sola que quisiese ser representada por alguno de aquellos dos elocuentes defensores de la libertad legal! ¿Qué más prueba de que son más eficaces que las leyes electorales, el modo de llevarlas á efecto y la influencia de las circunstancias?

En estas Cortes, trocados algo de súbito en rivales varios de los amigos de Mendizábal, se formó una oposicion poderosa, la cual no tardó en derrocar al Gobierno existente. Íbanse ya agotando los recursos que éste habia debido al hervor de la situacion primera; el tiempo iba arrancando la máscara al célebre programa de Setiembre de 1835, y al misterio contenido en el voto de confianza, y siendo cada dia ménos abierta y decidida la conducta del Gabinete, no fué extraño que perdiese á un tiempo el poder y la popularidad con que habia empezado su administracion. Reemplazó á Mendizábal el procurador á Cortes D. Francisco Javier de Istúriz, jefe principal de aquella oposicion. El ministerio que éste formó estaba compuesto de hombres, aunque de acendrado liberalismo, resueltos á sostener á toda costa

(1) D. Antonio Alcalá Galiano.— Véanse los artículos publicados por este célebre orador en *La Revista Española* del mes de Enero de 1836.

y por todos los medios legales los tres objetos que constituían la base de sus principios y el programa de su conducta : el orden, el trono, la libertad. Claro es que el CONDE DE TORENO dió su aprobacion y sus simpatías á un gobierno que se proponia hacer frente al torcido rumbo que iba tomando la opinion, y hubiérale dado su apoyo en las Córtes entónces convocadas, á no haber apelado la faccion anarquista, segun su costumbre, al medio infame de la rebelion, promoviendo asonadas en las provincias, y comprando con oro en la Granja la insurreccion de una soldadesca desmandada. Cedió, pues, aquel gobierno al embate revolucionario, como habia cedido el del CONDE DE TORENO, por falta de fuerza material en que apoyar el imperio de su autoridad.

Restablecida en el nombre la Constitucion de 1812, con la declaracion de que sería revisada ó sustituida por otra, fué, segun se ve, proclamada y jurada, no como una institucion, sino como un pretexto. Indicaba esto el grado de fe y de conviccion con que entraba el bando triunfante en el manejo de los negocios, y atendidos los primeros actos del Gobierno y los asesinatos y arbitrariedades que habian servido de auspicios al nuevo orden de cosas, era de creer que empezaba para los vencidos una época de inseguridad personal á par que de intolerancia y persecucion. TORENO se trasladó con este motivo á París y á Lóndres, en donde por la misma causa se reunió gran número de distinguidos españoles, mientras se decretaba en Madrid el secuestro de sus bienes y la pérdida de sus honores. En aquellas dos capitales escribió el libro vigésimocuarto de su *Historia*, con el cual dió cima á esta admirable obra. Tambien pasó entónces á visitar la Italia.

Creada la nueva Constitucion de 1837, donde entró no escasa suma de principios conservadores, derribado el ministerio Calatrava por la fuerza de la opinion y la voluntad manifiesta, aunque indirectamente expresada, del general Espartero, y disuelto el Congreso constituyente, efectuéronse nuevas elecciones, en que llevaron la parte decisiva las opiniones moderadas. Acudió el CONDE á Madrid á desempeñar el cargo de diputado, para el cual esta vez, como tantas otras, habia sido llamado por su provincia, dejando á su esposa en París; circunstancia sobre la cual, aunque de carácter privado, puede formarse la conjetura de que TORENO, conociendo á fondo los hombres y las cosas de España, habia previsto que el partido conservador, falto de sana direccion y vigoroso impulso, no tenia en sí, por entónces, los elementos necesarios para hacer duradero su triunfo.

Aun no llevaban un mes de vida las Córtes abiertas el 19 de Noviembre de 1837, cuando fué preciso formar un gabinete que tuviese más unidad, y que representase mejor que el que á la sazón gobernaba, la opinion dominante, así en la mayoría de la nacion, cuanto en la mayoría de las Córtes. Pensóse entónces en poner las riendas del gobierno en manos de uno de los jefes de aquella opinion, que habian seguido firme y decidida marcha en el mando, y áun se publicó por aquellos dias alguna candidatura á cuyo frente se hallaba el CONDE DE TORENO. Vencieron, no obstante, consideraciones de segundo orden, y recayó el poder en una persona, digna sí, y de buenos antecedentes y servicios, apta tal vez para regir el Estado en tiempos de sosiego, pero insuficiente, ó por blandura de carácter, ó por falta de conocimiento práctico en el manejo de los partidos, para sobreponerse á las circunstancias en que fué elegida. TORENO obró, pues, en nuestro sentir, erradamente, contribuyendo con eficacia á su nombramiento, aunque lo hiciese más que por conviccion propia, por condescendencia con el partido moderado. Convenimos con un acreditado y buen escritor (1) en que sólo á uno de los jefes calificados de la opinion monárquico-constitucional debió confiarse entónces la presidencia del Consejo. En aquella época no bastaba que el Gobierno fuese una bandera de ciertas ideas: era necesario, además, que tomase la iniciativa de la situacion, que diese á su partido la organizacion y el aliento de que carecia, que le sirviese de centro de accion, que fijase su porvenir. El CONDE DE TORENO pudo con su carácter enérgico y previsor realizar todo

(1) El Sr. Pacheco.

esto, y siempre lamentaremos la triste fatalidad que indujo á los actores de la escena política en aquellos momentos á adoptar, en circunstancias revolucionarias y extremas, términos medios y expedientes de transición.

Por lo demas, el CONDE tomó parte activa en las primeras discusiones de aquella legislatura, dando su apoyo al Ministerio; pero al fin de ella habló poco, descontento cada vez más con la marcha tímida é indecisa que aquél seguía. En aquella legislatura fué cuando advirtiéndose cuán descaminado andaba el espíritu público con respecto á los medios de poner término á la guerra del Norte, y habiendo oído decir á un general que «las guerras de partido sobre principios tan opuestos se hacían á muerte, quedando el partido vencido en cierto modo aniquilado», pronunció la palabra *transacción*, tan atrevida y trascendental (1). Alborotóse interrumpiéndole la tribuna pública, al escuchar un pensamiento que hería aquellas pasiones populares que se toman por patriotismo en las guerras civiles; pero el CONDE, sereno y desoso de hacer escuchar la voz de la razón en materia tan grave, «Nada importa, exclamó, aludiendo á los rumores de la tribuna: diré la verdad. Las guerras civiles nunca terminan por el exterminio de un partido.... Si con *transacción* y *olvido* se concluyese la nuestra, concluyase en buen hora, con tal que triunfen el trono de Isabel II y la causa de la libertad.» Nobles expresiones, que, aún labrando en los ánimos, sonaron entónces como un escándalo en la nación entera, y cuya exactitud y sano espíritu vino á demostrar año y medio después el gran acontecimiento del *convenio de Vergara*.

Terminada la primera legislatura de aquellas Cortes, volvió el CONDE á París, y de allí pasó de nuevo á Italia, deteniéndose principalmente en Florencia, Roma y Venecia, y regresando luego á aquella capital. Abierta la segunda legislatura al empezar Noviembre, tachó su ausencia el general Seoane, y anunció en contra de su pasado ministerio una terrible acusación, que formalizó más adelante en la sesión pública de 7 de Febrero del año inmediato. Pero ninguno de estos cargos estaba hecho con razón y con sosiego de ánimo. El CONDE DE TORENO jamás se ha mostrado remiso en acudir adonde le han llamado sus deberes. Es cierto, aunque sea vergüenza el decirlo, que en vez de calumnias y señales de encono, recibía en el extranjero pruebas de afecto y consideración de las personas más insignes y elevadas; es cierto, y nosotros podemos afirmarlo, que era en París más estimado y hasta más y mejor conocido que en su propia nación; pero estas ventajas, que tanto halagan, jamás pudieron entibiar su patriotismo tan ardiente como acendrado. Sabía el orador asturiano que la grandeza de España de primera clase, declarada poco ántes en su persona y sucesores por la augusta Reina Gobernadora, podía ser un obstáculo á su presentación en las Cortes, y escribía al señor Mon que, siendo su ánimo venir á tomar asiento en ellas, le rogaba que averiguase si se hallaba ó no sujeto á reelección (2). Determinado este punto afirmativamente por el Congreso, permaneció el CONDE en Francia, hasta que arrastrándose vergonzosamente los partidos, como nadie ignoraba, en un círculo vicioso de triunfos y caídas, traspasando los límites de sus atribuciones el general en jefe del ejército, hasta el punto de erigirse regulador de la política del Gobierno, disueltas varias Cortes en sentidos opuestos, y casi terminada la guerra, vinieron las elecciones para las Cortes de 1840. Hicieronse éstas con más empeño que otras veces, y aunque el bando extremado y bullicioso se mostró cual nunca activo y removedor, empleando, según su costumbre, todo género de ilegales manejos, y aunque tenía en su apoyo influencias poderosas, triunfaron no obstante los conservadores. TORENO, como diputado electo, vino á su patria ántes de acabar el año de 1839. Su llegada á Madrid, aunque nada tenía de censurable ni aún de extraño, sino muy al contrario, dió margen á murmuraciones y hablillas. El diputado por Asturias, viniendo á estar pronto á ocupar su puesto

(1) *Diario de las sesiones del Congreso de Diputados*, en la legislatura de 1838, tomo I, sesiones de los días 8 y 10 de Enero.

(2) Discurso del Sr. Mon, pronunciado en la sesión del Congreso de Diputados del día 21 de Noviembre de 1838.

en el Congreso, cumplía con una obligacion, y por ello, más que de otra cosa, digno era de alabanza. Pesaba por otra parte sobre su buen nombre la acusacion fulminada por el general Seoane, y ansiaba por sincerar solemnemente su honor amancillado. El mismo hombre que decia en las Cortes dos años ántes: «Desafío al mundo entero á que se me tache en mi conducta como ministro y como diputado, y estoy pronto á responder legalmente á cuanto sobre ella se me pregunte», no podia, ahora que se veia acusado, dejar de presentarse á rechazar vigorosamente los cargos de sus adversarios.

El 19 de Febrero principiaron las deliberaciones de las nuevas Cortes, manifestándose la tribuna pública en los primeros dias más audaz y desmandada que lo habia estado en ninguna otra ocasion. Mal resignado el partido revolucionario con la reciente victoria de sus adversarios, apeló, excitando por medios ocultos las feroces pasiones de una porcion de la plebe, á las horribles armas de la sedicion y la violencia. Creció de tal modo en los dias inmediatos la turbulencia y furia de la tribuna, que el 23 tuvo el Presidente que mandarla despejar, lo cual verificó el populacho, que allí estaba, tumultuariamente y con visos de resistencia. Al dia siguiente, perdiendo los sediciosos aquel último resto de pudor, que suele impedir á los malvados escarnecer los objetos mismos que toman por emblema ó pretexto, se presentó una turba frenética delante del palacio del Congreso, y dió al sistema representativo, en nombre de la libertad y del pueblo, el golpe más funesto que recibir podia. Tres horas estuvieron sitiados los representantes de la nacion; tres horas vieron, no vulnerada, como la vispera, su inviolabilidad con denuestos y ultrajes, sino amenazadas sus vidas por el puñal de los asesinos, que no disimulaban sus intentos, pidiendo con rabiosos gritos la muerte de algunos diputados, y en especial la del CONDE DE TORENO. Noble y briosa se mostró la mayoría en los momentos del peligro, hablando y obrando como más podia desagradar á los criminales alborotadores; y entre tanto el Gobierno, débil é indeciso, permitia que continuase un escándalo que le fué fácil prevenir, y que pudo reprimir sin esfuerzo alguno, pues sólo emanaba de un reducido tropel de gente desalmada y soez, que no fundaba su osadía sino en la impunidad que esperaba. El CONDE DE TORENO, oyendo los bramidos feroces que contra él dirigian los asesinos, no manifestó la menor alteracion, ántes bien reprobó severa y enérgicamente el atentado, interpeló á los ministros por su culpable inercia, y hasta le fué dado introducir en su discurso el tono de sarcasmo, que le era habitual en momentos de deliberacion tranquila, cuando el crimen seguia impune y hasta pujante, y cuando de un momento á otro podia ser victima de los puñales; ejemplo de serenidad admirable, que puede dar una idea del robusto temple de alma del hombre público que retratamos. Al fin, despues de una ligera demostracion de la fuerza armada, pudieron salir uno á uno los diputados por diferentes puertas, acompañados de sus amigos y allegados, y no sin peligro de ser asaltados en las calles.

En estas Cortes de 1840, que tan buena y justa memoria han dejado entre los hombres de la legalidad, habló TORENO muy rara vez, descontento con un ministerio no muy aventajado en luces y miras, y no muy firme en principios. De creer es que le habria hecho oposicion á no haber repugnado apartarse de sus amigos y temido dar bríos á la gente de la anarquía. Otros muchos individuos de los más influyentes de la mayoría de aquellas Cortes, entre los que pueden contarse sin temor de yerro los señores Istúriz, Mon, Pidal, Pacheco, Rivulhera, Galiano y varios más, cedian á las mismas consideraciones; mas juzgaban asimismo que era grande error en el partido moderado querer sostener á un gobierno que llevaba los negocios públicos por una senda tan incierta como mal segura. Es verdad que las Cortes deliberaban con gran acierto y superioridad sobre reformas capitales de la organizacion y administracion del Estado; pero, al paso que esto hacian, se olvidaban de que en tiempos de revolucion es ántes la accion del Gobierno que el influjo de las leyes escritas; y así fué que, caido en descrédito por inerte y pasivo el partido conservador, esas mismas prudentes leyes que dictaban sus representantes sirvieron de excitacion y de pretexto para llegar á una situacion

en que aquel partido se entregó sin lucha á sus contrarios por no haber temido ni la fuerza ni la prevision necesarias para preparar, al ménos, armas con que defenderse y resistir.

Poca parte, como hemos dicho, tomó el CONDE DE TORENO en las discusiones de aquellas Cortes. Pero muerta la acusacion del general Seoane, por haber terminado la diputacion en que se hizo, sin que la hubiese reproducido ningun otro diputado, viendo su honor en descubierto, pidió y obtuvo del Congreso que se nombrase una comision, para que examinando la proposicion de aquel general, manifestase si por ella habia lugar á formalizar la acusacion. Resucitada de este modo cuestion que tan vivamente le interesaba, habló el CONDE con templanza y cordura, pero dejando traslucir á cada paso el amargo sentimiento que rebosaba en su corazon. Imposible sería dar en estos ligeros apuntes una idea completa del largo y razonado discurso que pronunció en defensa propia, llegado el dia de la discusion. Con frialdad de juicio y abundancia y vigor de razones, analizó y deshizo todas las partes en que fundaba la acusacion. Nosotros le escuchamos en aquel momento, para él tan solemne, y podemos afirmar que no hubo en su discurso, ni los adornos de estilo, ni las imágenes que deslumbran. Ni el CONDE hubiera podido emplearlas, siendo incompatibles con la disposicion de su ánimo, ni el asunto las admitia. Pero hablaba con el acento de la conviccion, y empeñaba poderosamente la atencion de cuantos le oian, despojando á los cargos hechos de la aparien-
cia falaz que tenían, y explicando el asunto con aquel grado de claridad y certidumbre que no da lugar ni á dudas ni á sospechas. Los argumentos que empleó fueron los únicos que no admiten respuesta: los hechos y los números.

Aunque vaga y no muy compasada en los términos, habíase concretado la acusacion á la contrata de azogues celebrada durante el ministerio del CONDE con la acreditada casa de Rothschild; y no tanto á la primitiva, la más regular y ventajosa que se ha efectuado desde que se benefician las minas del Almaden (1), sino á una disposicion meramente ejecutiva, que daba más fuerza y mayores ventajas al contrato, sin alterar sus condiciones fijas y esenciales, que consistian en el tiempo y el precio. Habian dado pretexto para fundar la acusacion várias observaciones hechas al Ministro en el asunto por D. Antonio Barata, director de la Caja de Amortizacion en tiempo de la mencionada contrata, y hombre de rectitud y estimables prendas. Mas siendo diputado el Sr. Barata á la sazón que la proposicion se discutia, y hasta individuo de la comision que la habia examinado, añadieron notable fuerza á las razones del CONDE las sencillas y francas palabras que aquél pronunció en su apoyo, al acabar éste su discurso. Ninguno de los cargos de la acusacion pudo resistir al crisol del análisis; y así es que despues de haber convenido en sus discursos los Sres. Martinez de la Rosa, Olózaga, Pacheco y otros oradores, en que no habia acusacion ni fundamento para ella, se aprobó, casi por unanimidad, la resolucion que la justicia y el honor del CONDE reclamaban. De creer es que el general Seoane, reputado por tan ajeno á conocimientos de hacienda, como vivo é impresionable de carácter, cedió á las sugestiones de algunos adversarios del CONDE, encargándose de un acto que, segun sus propias palabras, violentaba sus sentimientos. Pero el celo, como dijo en su dictámen la Comision, no tiene el privilegio de acertar siempre, y si el Sr. Seoane hubiese meditado con más detenimiento las consecuencias del paso que á dar iba; si el espíritu de partido no hubiese anublado su razon, habria, sin duda, conocido la fragilidad de las bases que servian de fundamento á la acusacion que entablaba, habria advertido que hacer un caso de responsabilidad de cuestion semejante, y prescindir al mismo

(1) El CONDE DE TORENO terminó esta contrata con publicidad, sacándola á subasta sin necesidad ni excitacion, ni ejemplo anterior que le obligase á ello, y el precio en que se remató el azogue fué el subido que el de ninguna otra contrata de esta especie, pues ascendió al de 54 pesos y 5 reales el

quintal, y esto en medio de una guerra civil, siendo así que la última contrata hecha en tiempos de paz, en medio de la estabilidad y firmeza que ofrecia en principios de 1830 el gobierno del rey Fernando, se cerró en sólo 37 pesos y un cuarto, precio que entón-
ces, y con sobrada razon, se consideró ventajoso.

tiempo de las faltas que á otros ministros podían achacarse, daba á la proposicion apariencias, no de amor al bien público, sino de ojeriza personal; y sobre todo, habria visto cuán grave desacuerdo era en tiempos de guerra civil aumentar la discordia de los ánimos, avivando enconos y antipatías de personas y de partidos, y echando, segun la expresion del CONDE mismo, nuevo fuego en la hoguera ya tan encendida de las pasiones.

Á juzgar por algunos pasajes de su discurso, esta prueba de malquerer contra su persona causó al CONDE la más profunda impresion de pesar. Fortuna fué, sin embargo, para él que de tal modo se sujetase á exámen el hecho que escogieron sus adversarios como el más adecuado para lastimar su reputacion. Hacia mucho tiempo que servia el CONDE como de blanco á cierto linaje de recriminaciones vagas, de aquellas que nadie prueba ni determina, pero que á fuerza de repetidas, cobran cierto carácter de certeza á los ojos de la muchedumbre, poco cuidadosa de inquirir el fundamento de lo que afirma, y propensa siempre á pensar mal. Su habilidad, su saber, su entereza, su incisiva elocuencia, daban susto á sus contrarios. Movian á envidia su situacion, sus prendas y su fama; y no faltaban entre las gentes de su propio bando quienes se complacieran en deprimirle; siendo evidente que el brillo de ciertos hombres ofusca y desazona á la medianía. Repetimos, pues, que es de celebrar que haya habido quien se resolviese á acusar legal y solemnemente al CONDE DE TORENO, pues de otro modo no hubiera podido patentizarse cuán difícil era hallar la parte flaca de aquel hombre, al cual juzgaban tan vulnerable. «No estamos tan sobrados, ha dicho el insigne orador don Antonio Alcalá Galiano, de políticos ilustres, que podamos así despedazar y aniquilar lo poco que del género tenemos.» Ya que no atendamos á los talentos y á las calidades privadas (1), respetemos, al ménos, en el CONDE DE TORENO al hombre que en una carrera pública de treinta años no ha cesado un momento de mostrarse fiel á la causa del trono legítimo y de las instituciones libres.

Verificado el viaje de la familia real á Barcelona, declarado el General en jefe caudillo del bando exaltado, trastornada la monarquía con el levantamiento de Setiembre, realizadas, en fin, las consecuencias naturales de la politica desatentada y débil que se habia seguido, pasó el CONDE al extranjero, juntamente con otros muchos insignes españoles expatriados voluntariamente, ó por no creerse seguros en su país, reinando el nuevo orden de cosas.

Bosquejados ya los principales hechos de la vida pública del CONDE DE TORENO, creemos oportuno, para completar en cuanto lo permiten la naturaleza y extension de estos apuntes la idea que haya podido formarse de sus talentos, considerarle bajo sus dos más bellos aspectos; esto es, como orador y como historiador.

Allá en las primeras Córtes de Cádiz, cuando nacia entre nosotros el gobierno representativo en medio de una espantosa guerra, cuando la sociedad entera entraba en un periodo de sacudimiento y renovacion, cuando se confundian, prestándose recíproca fuerza, las confusas ideas de libertad civil con los briosos instintos de independencia nacional, la elocuencia de un jóven de veinticuatro años, de fogoso temple y altivo corazon, debia estar en perfecta armonía con el estado de agitacion moral en que la nacion se encontraba. Mostrándose desde luego fácil improvisador y correcto hablista, se dejaba arrastrar á menudo por el entusiasmo, dón de gran precio para el orador, pero el más temible entre todos, si bien el más brillante. Solian ser sus discursos la expresion fiel del cambio social que se verificaba en España; en ellos se encerraban sus vagas esperanzas, sus recuerdos de gloria, sus errores y sus deseos. Cuando tras la enseñanza de los años, del estudio y del infortunio, y las extrañas vicisitudes de su patria, volvió el CONDE en otras épocas á sostener los intereses de su país en la

(1) Mucho podríamos decir en esta parte en favor del CONDE DE TORENO, recordando la generosa proteccion que dispuso á varios artistas españoles y á muchas familias pobres de Asturias y de Ma-

drid. De éstas mantuvo á muchas, y dió ocupacion y grandes auxilios á no escaso numero de los primeros, pensionando á algunos en Roma y otros puntos.

Cámara popular, la mano fría del desengaño había ya roto el velo de sus ilusiones. Su elocuencia había recibido la misma modificación que sus creencias; ya no se dejaba llevar de los extravíos de la imaginación; sus discursos habían perdido el sabor dogmático de otros tiempos; ya no se mostraba muy aficionado á las imágenes pomposas ni á las expresiones pintorescas. Más lógico y profundo que deslumbrador y aparente, ántes gustaba de persuadir que de conmover. Sin detenerse en varios rodeos, caminaba derecho á la investigación del origen de todas las cuestiones, y las analizaba con una firmeza y una claridad admirables. Sus discursos, aunque de bella y muy castiza dicción, no se distinguen, como los del Sr. Martínez de la Rosa, por el aticismo de las formas y el halago y juiciosa templanza de las ideas, ni como los del Sr. Galiano, por la viveza de los afectos y el brillo fascinador de las imágenes; consisten sus prendas esenciales en la abundancia y concentracion de los argumentos, en el enlace dialéctico de las ideas, en la ironía, y en la sencillez, cultura y variedad del estilo. Su elocuencia, en fin, es de aquellas que no reconocen más principio que el imperio de la razón. Por eso convence y no deslumbra; por eso dura la impresion que produce.

Aunque es singularmente feliz en la exposicion de las cuestiones de todo género, ya hemos dicho que sus cualidades oratorias, como esencialmente parlamentarias, son en extremo adecuadas para la réplica. Dotado de una memoria extensa y firme, posee el raro dón de clasificar sin confusion las aserciones que impugna, ya dando al lenguaje vigor y elevacion, ya adoptando el tono de la más ingeniosa y punzante ironía, y dando siempre muestras, así de sagacidad natural é instintiva, como de aquella sagacidad práctica que se adquiere con el conocimiento del mundo.

De exterior, si no bello, simpático, de mirada fija y audaz, de modales finos y naturales alemanes, esmeradamente atildado en el vestir, y realzado con el prestigio que acompaña á los hombres de entendimiento claro y cultivado, sus discursos han producido siempre viva impresion, y removido á veces poderosamente las pasiones. Caballerosamente cortés en su lenguaje cuando apoya las aserciones de sus parciales, ó cuando rebate las de adversarios poco temibles, es mordaz, incisivo, y violento con apariencias de serenidad, cuando impugna á algun enemigo realmente formidable por su posicion ó por sus doctrinas, ó que acierta á lastimar su amor propio. escrupuloso y fácil de alarmarse. Entónces á las armas el improvisador fácil, diestro y agudo, agrega con discrecion y felicidad la hiel del sarcasmo, y no pocas veces, animada su fisonomía de expresion sardónica, clava los ojos en su agresor, empleando el lente segun su costumbre, como para aumentar de este modo la molesta fascinacion.

Restanos hablar de la *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, título el más bello y mejor asentado de la fama del CONDE DE TORENO. En esta parte no ha habido ni en España ni en el extranjero más que una opinion. Amigos y adversarios han declarado unánimemente su obra un monumento levantado al heroismo de los españoles, á la literatura contemporánea, al habla castellana; y bien puede afirmarse, sin agravio de otros escritores, que no hay en nuestro suelo quien lleve ventaja á su autor en vária y sólida instruccion, en sagacidad y firmeza de juicio y en concision y robustez de estilo.

Hanle censurado algunos el método ó sistema histórico al cual ha ajustado la composicion de su obra. Echan de ménos en ella, los unos aquellas generalidades filosóficas y aquellas discusiones doctrinales que se hallan en obras modernas; otros, por el contrario, aunque pocos, piensan que juzgando á cada paso los hombres y los hechos, ha salvado la valla de las facultades del historiador, el cual debe ceñirse, segun ellos, á una narracion descarnada. El CONDE DE TORENO ha seguido, entre estos extremos, la senda intermedia que le señalaba la escuela histórica de la antigüedad, y ha obrado en ello, en nuestro sentir, con sumo acierto. No tenemos nosotros por historia la descripcion fría é indiferente de los hechos, y hasta creemos, segun escribia Voltaire á Ducloux, que sólo á los filósofos incumbe el escribirla. No somos ciertamente de los que miran con desden, por ser cosa divulgada con reciente fecha, la ciencia llamada *filosofía de la historia*; pero es cosa muy distinta, á nuestro ver, escribir la

historia con filosofía, voz de quo tanto se abusa de un siglo á esta parte, de convertir á aquélla en un mero auxilio para formar un cuerpo de doctrina filosófica. La filosofía de la historia, propiamente llamada, es una ciencia independiente, de suyo demasiado lata y abstracta para que pueda aplicarse al exámen de breves periodos (1). El rumbo que señala á las generaciones el dedo de la Providencia no se encuentra en los hechos y minuciosos pormenores de una guerra de pocos años; es necesario pasar la vista sobre el conjunto de los grandes acontecimientos del mundo, para hallar el oculto enlace y dependencia que los liga, para satisfacer, en cuanto es dado al entendimiento del hombre, la gigante pretension de columbrar el pensamiento de Dios en el desarrollo histórico de la humanidad.

Pero en cada uno de los hechos aislados que componen esta larga cadena, hay enseñanza, y no escusa, para los individuos y los gobiernos. El CONDE DE TORENO rara vez se desentien- de de ella, y acompaña siempre su narracion de breves y profundas reflexiones, apreciando los hechos y los hombres con la sagacidad propia del filósofo y del político, buscando la razon de las cosas y deduciendo de los datos históricos nobles y enérgicas lecciones. La enseñanza más alta que puede sacarse de la *guerra de la independencia española* es la demostracion de que no hay poder tan robusto y encumbrado que pueda bollar impunemente las creencias, los hábitos, los intereses y el orgullo de un pueblo; y esta enseñanza está en casi todas las pá- ginas de tan voluminosa obra, no sólo en el espíritu de los hechos, sino en el ánimo del au- tor y en las consecuencias que deduce. Véase cómo pinta y cómo condena el extravío de la ambicion desatentada de Napoleon, de aquel hombre que, juzgando á las naciones instru- mentos de su propio interes, decia á fines de 1808 á los españoles, «que nada podia enfrenar por mucho tiempo el vuelo de su voluntad» (2). ¡Qué ciego aparece trasapando, como cosa de dominio propio, á los miembros de su familia antiguos y respetados tronos, el hombre gran- de que habia restablecido en Francia con el consulado el orden, con el concordato el culto, y con el imperio el principio monárquico! ¡Qué pequeño aparece el negociador de Campo- Formio en los tratos falaces de Bayona! ¡Gran leccion histórica por cierto ver al brillante capitán de Italia, al poético guerrero del Egipto, al restaurador de la legalidad, al circuns- pecto diplomático de Tilsit, ocupado en menaguadas combinaciones y en innobles minuciosi- dades! El CONDE DE TORENO no olvida en su *Historia* esta y otras importantes lecciones, y si no se extiende á consideraciones y teorías generales, es porque en su concepto, como en el de muchas personas de discernimiento, saber y fama, no entra en las atribuciones del his- toriador el usurpar á los lectores el derecho de juzgar por sí mismos, bañando los sucesos del colorido de sus peculiares doctrinas, y sujetándolos á un pensamiento dominante, hijo las más veces de un sistema previo y apasionado. No le culpemos, pues, por haber seguido un método de composicion que cuenta numerosos defensores é insignes ejemplares, y mucho mé- nos habiéndole llevado á tan acertado y glorioso término el camino al cual concedió la pre- ferencia.

TORENO pertenece á aquel corto número de escritores que logran contener su imaginacion en los límites de la exactitud, sujetando á ella la forma y el colorido. Algunas veces, y sin- gularmente en las pinturas y descripciones, levanta el tono hasta la poesia, pero esto lo hace siempre con mucha sobriedad, y nunca en menoscabo de la sinceridad histórica. Distinguese muy particularmente la obra que nos ocupa por el orden y la claridad, prendas, despues de

(1) Todas las obras importantes destinadas á in- vestigar las bases de la filosofía de la historia, son el exámen critico de los acontecimientos humanos generalmente considerados, y no la historia de esos mismos acontecimientos. Así sucede con los *Dis- cours sur l'histoire universelle*, de Bossuet; así con el *Essai sur l'histoire générale et sur les mœurs des na- tions*, de Voltaire; así con la *Scienza nuova*, de Vico;

así con la *Ideen sur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, de Herder; así con la obra del céle- bre Friedrich von Schlegel, *Philosophie der Ge- schichte*, etc.

(2) «Il n'est aucun obstacle capable de retarder long-temps l'exécution de mes volontés.» (*Histoire de France sous Napoléon*, por M. Bignon, t. VIII.)

la exactitud, las más esenciales de la historia. En esta parte nadie aventaja á nuestro autor. No sólo se muestra diligente como el que más en la averiguacion de los hechos, sino que los dispone y encadena con superior maestría. Cualquier elogio sería inferior al mérito que supone la perseverante constancia que ha desplegado en la investigacion de tan multiplicados pormenores y en la regularidad y coherencia que ha sabido dar á la multitud de hechos parciales, tanto militares como políticos, que acaecieron simultánea ó sucesivamente en las diferentes provincias de España. Aquella época, compuesta, á manera de mosaico, de hechos inconexos de diversa naturaleza y escasa importancia individual, aunque todos ellos de gran influencia en otros acontecimientos de mayor cuantía y en el resultado final de aquella encarnizada lucha, presenta para su coordinacion y lógico encadenamiento una de las más arduas dificultades que pueden ofrecerse al historiador. El CONDE DE TORENO la ha vencido de un modo admirable, dando en ello señalado testimonio de la profunda perspicacia, espíritu de orden y exactitud metódica que son indispensables para concebir, agrupar y presentar sin confusion tal cúmulo de incidentes, sin que necesite el lector para comprenderlos mayor intensidad de atencion que para los más homogéneos y triviales. Resalta principalmente este precioso dón de claridad en la pintura de los grandes hechos militares, en medio de la oscuridad que presentan al narrador las batallas de los tiempos modernos, todas entre sí parecidas, y difíciles de individualizar así en la historia como en la pintura, por estar reducidas, segun la expresion de un agudo literato español, á masas, humo, ruido y movimiento. Léanse en prueba la batalla de Bailén y el sitio de Gerona (1).

Descuellan asimismo sobremanera en la obra del CONDE las calidades que animan y embellecen la narracion: interes, unidad, estilo. La belleza y vigor de las descripciones, el diestro enlace de los hechos, el noble y brioso tono de las reflexiones, la maestría y brillante toque de los retratos, y la acertada y cuerda disposicion del conjunto, en que á la par caminan los heroicos esfuerzos de la guerra y los progresos de la revolucion, dan á la lectura de esta obra el más poderoso atractivo; y no contribuye poco á realzarle el sentimiento de grandeza y patriotismo que respira en toda la *Historia*, que da vida á la narracion, y que proporciona el placer que se experimenta al encontrar un hombre donde sólo se esperaba ver un autor.

La expresion es siempre enérgica y severa, y no pocas veces brillante y pintoresca; y si faltan en ella raptos de fantasía y pinturas esencialmente poéticas, es porque la historia no admite semejantes vuelos, los cuales, si pueden darle más gala y lozanía, lo hacen siempre á costa de la confianza de los lectores.

Algunos tachan el sabor del lenguaje de rancio y anticuado, siendo sólo noble, castizo y grave. Verdad es que en él se advierte á veces cierta traba y disposicion artificiosa (2), y que en la relacion de operaciones militares modernas forman extraña amalgama las voces antiguas interpoladas por necesidad á cada paso con palabras técnicas enteramente nuevas; pero tiene en cambio tanta elevacion y dignidad, que no sin razon ha sido comparado al nervioso y enérgico tono de Tácito. El CONDE DE TORENO se halla tan familiarizado con nuestros buenos escritores, que han llegado á inocularse, por decirlo así, en su estilo los giros y locuciones de ellos, en términos que salen de su pluma espontáneamente y sin afectacion (3). Muéstrase algunas veces por demais aficionado á ellos, empleando frases y palabras cuyo uso no

(1) Decia al autor de estos apuntes el mismo literato (el Sr. D. Juan Nicasio Gallego), hablando de la mencionada obra: «Puedo asegurar á V. que despues de ir á varios militares, y de leer en gacetas y otros escritos la descripcion de la batalla de Bailén, jamas pude formar una idea medianamente clara de aquel gran suceso hasta que la lei en la *Historia* del CONDE DE TORENO.»

(2) En el ultimo tomo, escrito muchos años des-

pues de los primeros, rara vez puede hacerse este reparo.

(3) Sirva de ejemplo la expresion *postrera de las tierras* con que el CONDE, en el primer capitulo, califica á España, á imitacion del historiador Juan de Mariana, que tambien la llama en el capitulo segundo de su obra *la postrera de las tierras hácia donde el sol se pone*.

puede disculparse, por tener visos de afectación: tales son los *traceros apurados y cumplidos* del general Palafox, los individuos *conspicuos* de la potestad ejecutiva, el Príncipe de la Paz *amorado*, y alguna otra. Pero sólo en caso muy raro se hallan voces y locuciones á éstas semejantes; pudiendo afirmarse que la *Historia* del CONDE DE TOLDO es un modelo insigne del buen-decir castellano, donde á la par compiten la estructura del lenguaje, la frase limpia y acendrada, y la cadencia armónica y majestuosa de los períodos.

Los extranjeros, poco conocedores en general de nuestra historia íntima, han censurado al autor por haber lanzado á los lectores, sin preparacion alguna, en medio de los acontecimientos de 1807 (1). De sentir es, en efecto, que el CONDE, á la manera de los grandes historiadores de los tiempos modernos, no haya puesto al frente de su obra una introduccion, en la cual diese cuenta del estado moral y material de la monarquía española en aquella época, de las causas y tendencias de su espíritu, y de la situacion en que la colocaban con respecto á las demas potencias sus relaciones, sus intereses y sus principios. Pero tales observaciones no constituyen verdadera tacha, porque al cabo se refieren, no á lo que ha hecho el escritor, sino á lo que ha dejado de hacer.

Otro reparo más positivo y más grave hallamos nosotros en la parcialidad mal encubierta que manifiesta el autor al referir el establecimiento y conducta de las primeras Cortes de Cádiz. Obra el CONDE enal sesudo crítico en trasladarse, para juzgar aquellos acontecimientos tan apartados ya de nosotros, á la época en que pasaron, pesando las circunstancias del tiempo y las imperfectas nociones que se tenían en Europa del gobierno representativo; pero la complacencia con que recuerda aquel cambio de nuestras instituciones, tan enlazado con los primeros brillantes pasos de su carrera, da á su narracion y á sus reflexiones el tono de la apología. Algunas veces reconoce faltas de inexperiencia en sí como en los demas noveles legisladores de aquella Asamblea; pero no deja por eso de manifestarse en sus palabras, inclinándose á ciertas teorías allí dominantes, más de lo que conviniera á un personaje cuyas opiniones se han modificado. Encómiense en buen hora los aciertos y sano espíritu de aquellas Cortes, discúlpense algunos de sus yerros; pero despues de aleccionada la Europa con el transecurso de los años, con los escritos de los publicistas, y con la experiencia de los trastornos y convulsiones originadas por la aplicacion de tales doctrinas, convenia que el historiador hubiese dicho que á la par con el espíritu reformista, que iba tomando cuerpo y enseñoreándose de la situacion, nacia tambien males de curacion larga y difícil: la discordia, la insubordinacion social, la indiferencia religiosa. Convenia, en una palabra, que hubiera señalado y medido la parte perniciosa ó ilusoria y fascinadora que habia en el fondo de aquellas teorías.

Sea como quiera, la *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, empezada, trabajada y concluida en medio de grandes afanes y cuidados públicos y particulares, de viajes, agitaciones y pesares, con pocos intervalos de verdadera dicha y tranquilidad, es el primer monumento histórico que hasta el día presente han producido en este siglo las letras españolas. Para prueba de su alto mérito, bastaria decir que no obstante el desencadenamiento de los partidos en todo aquel tiempo contra su autor, como hombre público, apenas ha levantado la censura su voz respecto de su obra, de la cual, ademas de la abundante edicion dirigida por el CONDE mismo, se han hecho una española en París, otra en Méjico, dos subrepticias en Barcelona, sin contar las traducciones publicadas en las lenguas francesa, italiana, alemana ó inglesa (2).

Es, ademas, la obra del CONDE un gran acto de patriotismo, un servicio inmenso hecho á esta desventurada nacion, cuyas glorias andan tan olvidadas. Sin ellas se hubiera perdido, como realmente se iba perdiendo ya, la memoria de los nobles hechos y heroicidad de carac-

(1) *Journal des Débats* del 20 de Julio de 1836.

(2) Cuando esto se escribia, no se habia hecho la

elegante edicion de que habla la nota que está al principio de esta Biografía.

ter que manifestó España en aquella época memorable, sin que de ella quedasen á la Europa más recuerdos que los consignados en obras extranjeras, como la del coronel Napier, en que están desfigurados ó incompletos los hechos. La Academia de la Historia envió al CONDE, despues de la publicacion de su obra, el título de académico. La Academia Española hubiera debido, en nuestro concepto, seguir este ejemplo; pero se lo impidieron su reglamento y prácticas, que requerian entónces una solicitud del aspirante. Nimiedad parece tanto respeto á una gestion de mera formalidad, que hubiera podido salvarse de un modo legal, y que privó al esclarecido Cuerpo académico de aumentar su lustre contando en su seno á un escritor tan eminente.

No queremos omitir, al terminar estos apuntes (1842), que el CONDE DE TORENO, laborioso é infatigable siempre, ha empezado á allegar materiales para escribir la historia de la dominacion de la casa de Austria en España. Quiera Dios darle vida y sosiego para llevar á cabo tan larga é importante obra, aumentando su justa fama, ya tan asentada en diferentes títulos, é íntimamente enlazada con los heroicos hechos que su elocuente pluma ha trasmitido á las edades venideras.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

COMPLEMENTO DE LA ANTERIOR BIOGRAFÍA,

PUBLICADO EN LA EDICION DE 1848.

No plugo al cielo escuchar los votos con que terminó su tarea el Sr. de Cueto, ministro de S. M. en Dinamarca, ilustrado autor de los precedentes apuntes biográficos. Despues de los acontecimientos de Setiembre de 1840 se ausentó de Madrid con su familia el CONDE DE TORENO en Febrero del siguiente año. Deseoso de reunir materiales para escribir la historia de nuestros reyes de la casa de Austria, y poniendo en ello el mismo cuidado, investigacion y puntualidad que se admiran en su obra de la *Revolucion de España*, donde no se menciona el más insignificante destacamento frances sin expresar por su nombre el jefe que lo mandaba, recorrió la Alemania y la Suiza, y sobre todo la Italia y Flándes, centro de los principales sucesos que iban á ser digna ocupacion de su severa y bien cortada pluma. Pero de vuelta á París, y cuando ya se hallaba disponiendo su regreso á España, falleció en aquella capital, el 16 de Setiembre de 1843, de resultas de un grano maligno que le salió en la barba, que degenerando en una congestion cerebral, le arrebató en breves dias.

Gran sensacion produjo en Madrid la fatal é inesperada noticia de su muerte, causando profunda afliccion en sus amigos y notable sorpresa en sus adversarios; mas cuando en épocas posteriores la suerte de España se encontró más de una vez en una de aquellas situaciones críticas y angustiosas, á que la reflexion no hallaba salida, y de las cuales sólo ha podido sacarnos la divina Providencia, entónces el nombre del CONDE DE TORENO sonaba en boca de todos, avivando el dolor de su pérdida la general persuasion de que con tal piloto no estaria tan expuesta á zozobrar la nave del Estado. Hecho es éste que no podrán negar sus enemigos, y efecto necesario del concepto público que le granjearon su alta capacidad, su vasto saber, y su firme entereza y elevado carácter. Ver desaparecer del mundo repentinamente á un hombre de tales prendas, jóven todavía, y cuya natural robustez parecia asegurar por mucho tiempo la duracion de su vida sobria y arreglada, hizo en sus amigos una impresion tan dolorosa, que apenas han bastado á amortiguar su recuerdo los años que han trascurrido. El que esto escribe no olvidará jamas la amargura del momento en que se presentó á los umbrales de su casa la bella y majestuosa figura de la Condesa, rodeada de sus tres niños y envuelta en negras gasas, por entre cuyos pliegues brillaba el raudal de lágrimas que corría por sus mejillas; espectáculo que le recordó vivamente el que nos pintan los historiadores romanos de la hermosa viuda de Germánico, cuando llegó al puerto de Brindis con las cenizas de su malogrado esposo.

Los restos del CONDE DE TORENO yacen depositados en el cementerio de San Isidro de esta córta.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

Turbacion de los tiempos. — Flaqueza de España. — Política de Francia. — Paz de Presburgo. — Destronamiento de la casa de Nápoles. — Tratos de paz con Inglaterra. — Rómpanse estas negociaciones. — También otras con Rusia. — Preparativos de guerra. — Tropas españolas que van á Toscana. — Inquietud: dinero que da á Nápoles. — Enfoque del Príncipe de la Paz contra Napoleón. — Desempeños. — Puesta ligera con Inglaterra. — Envía así á don Agustín de Argüelles. — Proclama del 3 de Octubre. — Disculpas con Napoleón. — Proyectos contra España. — Los dos partidos que dividen el partido español. — Entretenimiento á izquierda en París. — M. de Lessarville en bajador de Francia en Madrid. — Secretos manejos con el partido del Príncipe de Asturias. — Tropas españolas que van al Norte. — Paz de Tilsit. — Tropas francesas que se juntan en Bayona. — Portugal. — Notas de los representantes de España y Francia en Lisboa. — Se retiran de aquella corte. — 13 de Octubre de 1807, cruza el Bidasoa la primera división francesa. — 27 de Octubre, tratado de Fontenabieau. — Causa del Emmental. — Marcha de Junot hacia Portugal. — Entrada en Portugal. — 19 de Noviembre de 1807. — Llegada á Abrantes. — 23 de Noviembre. — Proclama del Príncipe regente de Portugal. — 27 de Noviembre. — Instancia de lord Strangford para que se embarque. — 29 de Noviembre, de la vela la familia real portuguesa. — 30 de Noviembre, entrada de Junot en Lisboa. — Entrada de los españoles en Portugal. — 16 de Noviembre, viaje de Napoleón á Italia. — Toma de Etruria. — Carta de Carlos IV á Napoleón. — Duda de Napoleón sobre la conducta respecto de España. — 22 de Diciembre, Dupont en Iran. — 9 de Enero de 1808, salida del cuerpo de Massena. — 24 de id., publicaciones del Monitor. — 1.º de Febrero de 1808, proclama de Junot. — Firma nueva regencia, de que se nombra presidente. — Graciosa constitucion extraordinaria. — Envía á Francia una division portuguesa. — 16 de Febrero, toma de la ciudadela de Pamplona. — Entra Duboussé en Cataluña. — Llegada á Barcelona. — 28 de Febrero, sorpresa de la ciudadela de Barcelona. — Id., sorpresa de Montjuich. — 18 de Marzo, ocupacion de San Fernando de Pignera. — 8 de Marzo, entrada de San Sebastián. — 7 de Febrero, orden para que la escuadra de Cartagena vaya á Tolón. — Desempeño de la corte de Madrid. — Conducta ambigua de Napoleón. — Sobresalto del Príncipe de la Paz. — Llegada á Madrid de Izquierdo. — Sale Izquierdo el 10 de Marzo para París. — Tropas francesas que continúan entrando en España. — Murat nombrado general en jefe del ejército francés en España. — Ponen la corte de Madrid en partir para Andalucía. — Providencias que toma.

La turbacion de los tiempos, sembrando por el mundo discordias, alteraciones y guerras, habia estremecido hasta en sus cimientos antiguas y membradas naciones. Empobrecida y desgobernada España, hubiera, al parecer, debido ántes que ninguna ser azotada de los reveses temporales que á otras habian afligido y revuelto. Pero, viva aún la memoria de su poderío, apartada al ocaso, y en el continente europeo postrera de las tierras, habíase mantenido firme y conservado casi intacto su vasto y desparzado imperio. No poco, y por desgracia, habian contribuido á ello la misma condescendencia y baja humillacion de su gobierno, que, circunscrito sometido al de Francia, fuese democrático, consular ó monárquico, dejábase éste disfrutar en paz hasta cierto punto de aparente sosiego, con tal que quedasen á merced suya las escuadras, los ejércitos y

los caudales que aún restaban á la ya casi aniquilada España.

Mas, en medio de tanta sumision, y de los trastornos y continuos vaivenes que trabajaban á Francia, nunca habian olvidado sus muchos y diversos gobernantes la política de Luis XIV, procurando estar al carro de su suerte la de la nacion española. Forzados al principio á contentarse con tratados que estrechasen la alianza, preveían, no obstante, que cuanto más onerosos fuesen aquéllos para una de las partes contratantes, tanto menos serian para la otra estables y duraderos.

Menester, pues, era que para darles la conveniente firmeza se aunasen ambas naciones, asegurándose en la forma de su gobierno, ó confundiéndose bajo la direccion de personas de una misma familia, segun que se mudaba y trastocaba en Francia la constitucion del Estado. Así era que apenas aquel gabinete tenía un respiro, susurrabanse proyectos varios, juntábanse en Bayona tropas, envíanse expediciones contra Portugal, ó aparecían muchos y claros indicios de querer entrometerse en los asuntos interiores de la península hispana.

Crecia este deseo, y a tan vivo, á proporcion que las armas francesas afianzaban fuera la prepotencia de su patria, y que dentro se restablecían la tranquilidad y buen orden. A las claras empezó á manifestarse cuando Napoleón, citando su sienes con la corona de Francia, fundamentalmente pensó que los Borbones sentados en el sèlio de España mirarian siempre con odio, por annos que ahora se muestran, al que habia empujado un cetro que de derecho correspondia al tronco de donde se derivaba su rama. Confirmáronse los recelos del francés despues de lo ocurrido en 1806, al terminarse la campaña de Austria con la paz de Presburgo.

Desposeido por entónces de su trono Fernando IV de Nápoles, hermano de Carlos de España, habia la corte de Madrid rehusado, durante cierto tiempo (1),

(1) M. Mignon en su *Historia de Francia*, escrita por encargo que Napoleón le dió en su testamento, ni en este hecho y las que tienen conexión con el fin, en bargo, ignora á qué causas á las que nosotros referimos las estampa en su historia el general Foy, amigo y compañero de M. Mignon. Ademas, por papeles encontrados al propio asunto, que aún se conservan en la secretaría de Estado de España, consta que luego que fue comunicada al gobernador de Madrid la cesion en José Bonaparte de la corona de Nápoles, se dió orden al embajador español en París para que éste se presentase al Príncipe de Talleyrand y le expusiese verbalmente los derechos á aquella corona de Carlos IV y su estirpe. Certo que los acontecimientos posteriores y la debilidad del gobierno español no consiguieron apoyar con la correspondiente energía las reclamaciones emprendidas, ni continuarlas, pero ellas prueban no ser infundada cuanto en el caso refiere el autor de esta historia.

Ocultóse á Argüelles (5) lo que se trataba con Stroganoff, y tan sólo se le dió á entender que era forzoso ajustar paces con Inglaterra si no se quería perder toda la América, en donde acababa de tomar á Buenos-Aires el general Beresford. Recomendóse en particular al comisionado discreción y secreto, y con suma diligencia, saliendo de Madrid á últimos de Setiembre, llegó á Lisboa sin que nadie, ni el mismo embajador, Conde de Campo-Alange, trasluciese el verdadero objeto de su viaje. Disponiase D. Agustín de Argüelles á embarcarse para Inglaterra, cuando se recibió en Lisboa una desacordada proclama del Príncipe de la Paz, fecha 5 de Octubre (6), en la que, apellidando la

doctor don Claudio Sanz y Bares, por quien va dado y signado el testimonio que antecede es tal escribano del num. ro. nuestro con número, como se titula y nombra, y en actual ejercicio de su destino, y para que conste donde convega, damos a presente, sellada con el sello de su cargo, en Madrid, fecha en su día. — Hay un sello. — José García Varea. — Martín Sanja y Valquez. — Miguel María Sierra. — en Luis Mayans, ministro de primera instancia en esta M. H. villa de Madrid. — Certifico que D. Martín Sanja y Varea, D. José García Varea y D. Miguel María Sierra, por quien va autorizada la legalización anterior, son tales escribanos de número de esta misma villa e individuos de su cabildo, como se titulan y nombran, los cuales desempeñan sus respectivos oficios. Y para que conste donde convega firmo esta en Madrid, á primer día de Abril de mil ochocientos treinta y siete. — Luis Mayans. — Don José Landero, notario mayor de los reinos y secretario del despacho de Gracia y Justicia de España e Indias, etc. etc. — Certifico que D. Luis Mayans, por quien aparece autorizado el documento que precede, es tal juez de primera instancia de Madrid, como se titula, y de su poder y letra, al parecer, la firma un poco. Y para que conste de lo presente en Madrid, á cinco de Abril de mil ochocientos treinta y siete. — José Landero. — Don José María Castravé, secretario de Estado y del despacho, presidente del Consejo de ministros, etc. etc. — Certifico que D. José Landero, por quien va autorizada la anterior partida, es tal secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia, como se titula, y la firma que pone á su final de su poder y letra, y para que conste de lo presente en Madrid á seis de Abril de mil ochocientos treinta y siete. — Hay un sello. — José María Castravé. — Primera secretaria de Estado. — Registrado número 415. — Nota ambassadeur de S. M. le Roi des Français près S. M. C. : Certifions véritable la signature ci-dessus de Mr. José María Castravé, premier secrétaire d'Etat de S. M. C. et présente à la Chambre des Ministres. Madrid, le 5 Avril 1837. — Pour Mr. l'Ambassadeur et par autorisation. — Le premier secrétaire ambassadeur, E. Dreyer de Lins.

Y si el autor de las Memorias ha leído lo suya sobre un hecho de tal naturaleza, ¿qué crédito podrán merecer los demás sucesos que relata en su obra?

Es público ya hecho ya justicia de esta, considerándola como una facción empujada, falta de verdad e interés histórico, y desmentida de todo merito literario, no queriendo, por lo tanto, nosotros insertar las páginas de nuestra Historia, destinada á un objeto grandioso, en responder á personalidades que nos tocan, falsas ó verdaderas, con tanta toz y e presas en lenguaje vulgar. Por otra parte, maltratados en dichas Memorias, con casi todos los hombres de bien y dignos que han condecorado la España de este siglo, y en especial, al príncipe de la Paz, tan buena y honrada, sólo nos dolan de que el Príncipe de la Paz, cada vez que en letras hay que aparecer convertido en autor al fin de su carrera, poniendo á ella honesto colmo, y sirviendo de instrumento torpe y ciego á tres ó cuatro de sus antiguos aduladores ó como se les llama á componedores de las Memorias, quienes, escudados con el nombre del Príncipe, han deramado en su obra á modo de lluvia la bala y las falsedades, de figurando un recato a guisa la historia entera del reinado de Carlos IV.

Posteramente se ha publicado en París, en español, otra edición en 8.º de la obra *Memorias del Príncipe de la Paz*, con la espaciosa introducción de la misma edición original publicada por el mismo Príncipe. Repetimos en esta impresión, repetida ya y á veces exagerada, lo que los falsos, los opositores, y los falsos hechos de los tiempos, impresos en francés dando es sólo mayor atención y desconfianza. Atendáse la nueva producción, ó al contrario, repítase en español, á un crítico analista de palabras letas y mal acortado concepto; que en, otro de la que han en España á restar los hechos al Príncipe de la Paz, se refirió á él y lo prescindió su pluma, que se le atribuyen desde la composición que juzgaba debida á una persona que no lo era, y no lo era, de los otros.

La verdad que queda ha sido entre don Agustín de Argüelles y nosotros, no ha puesto en el caso de haber intervenido y sea de un sistema sobre la relación de esta misma que le fué no convenida. A través aludimiento, consiguieron por escrito una obra, una obra de aquel mismo.

1.º Proclama de don Manuel Godoy.

Yo, ministro de mi reino, arrisgado que las presentes han producido, los vasallos reales en el día á sus soberanos con dones y re-

nacion á guerra, sin designar enemigo, despertó la atención de las naciones extrañas, principalmente de Francia. Desde entonces miró Argüelles como inútil la continuación de su viaje, y así lo escribió á Madrid; mas, sin embargo, ordenósele pasar á Londres, en donde su comision no tuvo resulta, así por repugnar al gobierno inglés tratos con el Príncipe de la Paz, ministro tan desacreditado é imprudente, como también por la mudanza que en dicho príncipe causaron los sucesos del Norte.

Allí Napoleón, habiendo abierto la campaña en Octubre de 1806, en vez de padecer descalabros, había entrado victorioso en Berlin, derrotando en Jena al ejército prusiano. Al ruido de sus triunfos, atemorizada la corte de Madrid, y sobre todo el privado, no hubo medio que no emplease para apaciguar el entonces justo y fundado enojo del Emperador de los franceses, quien, no teniendo por concluida la guerra en tanto que la Rusia no viniese á partido, fingió quedar satisfecho con las disculpas que se le dieron, y renovó, aunque lentamente, las negociaciones con Izquierdo.

Mas no por eso dejaba de meditar cuál sería el más acomodado medio para posesionarse de España, y evitar el que en adelante se repitiesen amagos como el del 5 de Octubre. Colóbrase desde luego ser para su propósito feliz incidente andar aquella corte dividida entre dos parcialidades, la del Príncipe de Asturias y la de D. Manuel Godoy. Habían nacido éstas de la inmoderada ambición del último, y de los temores que había infundido ella en el ánimo del primero. Sin embargo, estuvieron para componerse y disiparse en el tiempo en que había resuelto el de la Paz unirse con Inglaterra y las otras potencias del Norte; creyendo éste con razón que en aquel caso era necesario acortar su vuelo, y conformarse con las ideas y política de los nuevos aliados. Para ello, y no exponer su suerte á temible caída, había el valido imaginado casar al Príncipe de Asturias (viudo desde Mayo de 1806) con doña María Luisa de Borbon, hermana de su mujer doña María Teresa, primas ambas del Rey é hijas del difunto infante D. Luis. El pensamiento fue tan adelante, que se propuso al Príncipe el enlace. Mas Godoy, veleidoso é inconstante, variadas que fueron las cosas del Norte, mudó de dictamen,

curiosos anticipados á las necesidades; pero en esta prevision tiene el mejor lugar la generosa acción del subdito hacia su señor. El reino de Andalucía, privilegiado por la naturaleza en la producción de caballos de guerra ligeros; la provincia de Extremadura, que tantos servicios de esta clase hizo al señor Felipe V, ¿verán con paciencia que la caballería del Rey de España esté reducida é incompleta por falta de caballos? No, no lo creo; antes sí espero que del mismo modo que los abuelos gloriosos de la generación presente sirrieron al abuelo de nuestro rey con hombres y caballos, asistan ahora los nietos de nuestro suelo con regimientos ó compañías de hombres diestros en el manejo del caballo, para que sirvan y defiendan á su patria todos el tiempo que duren las urgencias actuales, volviendo después, llenos de gloria y con mejor suerte, al descanso entre su familia. Entonces si queda cual se disputará los laureles de la victoria: cuál de ellos deberá á su brazo la salvación de su familia; cuál la de su jefe; cuál de su parente ó amigo; y todos á una tendrán razón para atribuírsela á sí mismos la salvación de la patria. Venid, pues, vosotros compatriotas: venid á luchar bajo las banderas del más benéfico de los soberanos; venid, y yo os cubriré con el manto de la gratitud, cumpliendo cuanto desde ahora os ofrezco, si el Dios de las victorias nos concede una paz tan feliz y duradera, cual la deseamos. No, no meditará el temor, no la pérdida: vosotros pelearéis no abrigados tales victorias, ni en lugar á la torpe salvación. Venid, pues, y si las cosas llegasen á punto de no enlazarse las armas con las de nuestros enemigos, no incorriréis en la nota de deslealtad, ni os tildaréis con un dictado impropio de vuestra lealtad y pundonor por haber sido omisos á mi llamamiento.

Pero, si mi voz os alcanza á despertar vuestras ansias de gloria, sea la de vuestros inmediatos tutores, ó padres del pueblo, á quienes me dirijo, la que os haga entender lo que debéis á vuestra obligación, á vuestro honor, y á la sagrada religion que profesáis. — El Príncipe de la Paz.

volviendo á soñar en ideas de engrandecimiento. Y para que pasáran á realidad concedióle el Rey, en 13 de Enero de 1807, con la dignidad de almirante de España é Indias, y tratamiento de alteza.

Veniale bien á Napoleon que se aumentase la division y el desorden en el palacio de Madrid. Atento á aprovecharse de semejante discordia, al paso que en París se traía entretenido á Izquierdo y al partido de Godoy, se despachaba á España, para tratar al del Principe de Asturias, á M. de Beauharnais, quien, como nuevo embajador, presentó sus credenciales á últimos de Diciembre de 1806. Empezó el recién llegado á dar pasos, mas fueron lentos hasta meses despues, que, llevando visos de terminarse la guerra del Norte, juzgó Napoleon que se acercaba el momento de obrar.

Presentósele, en la persona de D. Juan Escóquiz, conduction acomodada para ayudar sus miras. Antiguo maestro del Principe de Asturias, vivia como confinado en Toledo, de cuya catedral era canónigo y dignidad, y de donde, por orden de S. A., con quien siempre mantenía secreta correspondencia, habia regresado á Madrid en Marzo de 1807. Conferenciase mucho entre él y sus amigos sobre el modo de atajar la ambición de Godoy, y sacar al Principe de Asturias de situacion que conceptuaban penosa y aun arriesgada.

Habian imaginado sondear al Embajador de Francia, y de resultas supieron por D. Juan Manuel de Villena, gentil hombre del Principe de Asturias, y por D. Pedro Giraldo, brigadier de ingenieros, maestro de matematicas del Principe é infantes, y cuyos sujetos estaban en el secreto, hallarse monsieur de Beauharnais pronto á entrar en relaciones con quien su Alteza indicase. Dudóse si la propuesta encubria ó no engaño; y para asegurarse unos y otros, conviniese en una pregunta y otra que reciprocamente se harian en la corte el Principe y el Embajador. Cerciorados de no haber falsedad, y escogido Escóquiz para tratar, presentó á éste en casa de dicho Embajador el Duque del Infantado, con pretexto de regalarle un ejemplar de su poema sobre la conquista de Mexico. Entablado conocimiento entre monsieur de Beauharnais y el maestro del Principe, avistáronse un día de los de Julio, y á las dos de la tarde, en el Retiro. La hora, el sitio y lo caluroso de la estacion les daba seguridad de no ser notados.

Hablaron allí aseguradamente del estado de España y Francia, de la utilidad para ambas naciones de afianzar su alianza en vinculos de familia, y por consiguiente, de la conveniencia de enlazar al principe Fernando con una princesa de la sangre imperial de Napoleon. El Embajador convino con Escóquiz en los más de los puntos, particularmente en el ultimo, quedando en darle posterior y categórica contestacion. Siguiéronse á esta paso otros mas ó menos directos, pero que nada tuvieron de importante hasta que en 30 de Setiembre escribió M. de Beauharnais una carta á Escóquiz, en la que, rayando las expresiones de que no bastaban cosas vagas, sino que se necesitaba una *segura prenda* (*une garantie*), daba por lo mismo á entender que aquellas salian de boca de su amo. Movidó de esta insinuacion, se dirigió el Principe de Asturias, en 11 de Octubre, al Emperador francés, en terminos que, segun venimos muy luego, hubiera podido resultar grave cargo contra su persona.

Hasta aquí llegaron los tratos del embajador Beauharnais con D. Juan Escóquiz, cuyo principal objeto se enderezaba á arreglar la union del

principe Fernando con una sobrina de la Emperatriz, ofrecida despues al Duque de Arenberg. Todo da indicio de que el Embajador obró segun instrucciones de su amo; y si bien es verdad que éste desconoció como suyos los procedimientos de aquél, no es probable que se hubiera M. de Beauharnais expuesto con soberano tan poco sufrido á dar pasos de tanta importancia sin previa autorizacion. Pudo quizá excederse; quizá el interes de familia le llevó á proponer para esposa una persona con quien tenia deudo; pero que la negociacion tomó origen en París lo acredita el haber despues sostenido el Emperador á su representante.

Sin embargo, tales pláticas tenian más bien traza de entretenimiento que de seria y deliberada determinacion. Hable mejor al arrebatado temple de Napoleon, buscar por violencia ó por malas artes el cumplimiento de lo que su politica ó su ambicion le sugeria. Así fué que para remover estorbos é iras preparando á la ejecucion de sus proyectos, de nuevo pidió al gobierno español auxilio de tropas; y conformándose Carlos IV con la voluntad de su aliado, decidió en Marzo de 1807 que una division, unida con la que estaba en Toscana, y componiendo juntas un cuerpo de 14.000 hombres, se dirigiese al norte de Europa (7). De este modo menguaban cada dia en España los recursos y medios de resistencia.

Entretanto Napoleon, habiendo continuado con feliz progreso la campaña emprendida contra las armas combinadas de Prusia y Rusia, habia en 8 de Julio siguiente concluido la paz en Tilsit. Algunos se han figurado que se concertaron allí ambos emperadores ruso y francés acerca de asuntos secretos y arduos, siendo uno entre ellos el de dejar á la libre facultad del último la suerte de España. Hemos consultado en materia tan grave respetables personajes, y que tuvieron principal parte en aquellas conferencias y tratos. Sin interes en ocultar la verdad, y léjos ya del tiempo en que ocurrieron, han respondido á nuestras preguntas que no se habia entonces hablado sino vagamente de asuntos de España; y que tan solo Napoleon, quejándose con acrimonia de la proclama del Principe de la Paz, añadía á veces que los españoles, luego que le volvan ocupado en otra parte, mudaban de lenguaje y lo inquietaban.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que con la paz, asegurado Napoleon de la Rusia, á lo ménos por de pronto, pudo, con más desahogo, volver hacia el Mediodía los inquietos ojos de su desapodado.

(7) Estado de los regimientos que componian la expedicion de tropas españolas al mando del teniente general Marqués de la Romana, destinada á formar un cuerpo de observacion hacia el país de Hannover.

Deberán salir de España por la parte de Trén los cuerpos siguientes: infanteria de linea, tercer batallion de Guadalajara, 774 hombres; regimiento de Asturias, 2.332; primero y segundo batallion de la Princesa, 1.534; infanteria ligera, primer batallion de Barcelona, 1.748 plazas; caballeria de linea, Rey, 670 hombres y 560 caballos; infante, 14, 14.

Por la parte de la Junquera: infanteria de linea, tercer batallion de la Princesa, 774 plazas; dragones, Almansa, 670 hombres y 560 caballos; infante, 14, 14; artilleria, un tren de campaña de 75 plazas y el ganado de tiro correspondiente, 270 hombres zapadores indistintos, una compañía, 127 hombres.

Residentes en Etruria, y que constituyen parte de la expedicion: infanteria de linea, regimiento de Zamora, 968 plazas: primero y segundo batallion de Guadalajara, 996; infanteria ligera, primer batallion de Cataluña, 1.042 hombres; caballeria, Algeciras, 624 hombres y 408 caballos, dragones, Villavieja, 614 hombres y 293 caballos.

Total, 14.019 hombres y 2.857 caballos.—Id. plazas agregadas, 2.716 hombres y 241 caballos.—Madrid, 4 de Mayo de 1807.

Nota. No se expresan las plazas agregadas de cada cuerpo, aunque al el total de las que debian ser.

rada ambición. Pensó desde luego disfrazar sus intentos con la necesidad de extender á todas partes el sistema continental (cuyas bases había echado en su decreto de Berlín, de Febrero del mismo año), y de arrancar la Inglaterra á su antiguo y fiel aliado el Rey de Portugal. Era, en efecto, muy importante para cualquiera tentativa ó plan contra la Península someter á su dominio á Lisboa, alejar á los ingleses de los puertos de aquella costa, y tener un pretexto, al parecer plausible, con que poder internar en el corazón de España numerosas fuerzas.

Para dar principio á su empresa promovió muy particularmente las negociaciones entabladas con Izquierdo, y á la sombra de aquéllas y del tratado que se discutía, empezó en Agosto de 1807 á juntar en Bayona un ejército de 25 000 hombres, con el título de cuerpo de observación de la Girona, nombre con que cautelosamente embozaba el gobierno francés sus hostiles miras contra la península española. Dióse el mando de aquella fuerza á Junot, quien, embajador en Portugal en 1805, había desamparado la pacífica misión para acompañar á su caudillo en atrevidas y militares empresas. Ahora se preparaba á dar la vuelta á Lisboa, no ya para ocupar su antiguo puesto, sino mas bien para arrojar del trono á una familia angusta, que le había honrado con las insignias de la orden de Cristo.

Aunque no sea de nuestro propósito entrar en una relación circunstanciada de los graves acontecimientos que van á ocurrir en Portugal, no podemos menos de darles aquí algún lugar, como tan unidos y conexos con los de España. En París se examinaba con Izquierdo el modo de partir y distribuirse aquel reino, y para que todo estuviese pronto el día de la conclusión del tratado, además de la reunión de tropas á la falda del Pirineo, se dispuso que negociaciones seguidas en Lisboa abriesen el camino á la ejecución de los planes en que conveniesen ambas potencias contratantes. Comenzóse la urdida trama por notas que en 12 de Agosto pasaron el encargado de negocios francés Mr. de Rayneval y el embajador de España, Conde de Campo-Alange. Decían en ellas que tenían la orden de pedir sus pasaportes, y declarar la guerra á Portugal, si para el 1.º de Setiembre próximo el Príncipe Regente no hubiese manifestado la resolución de romper con la Inglaterra y de unir sus escuadras con las otras del continente para que juntas obrasen contra el común enemigo, se exigía además la confiscación de todas las mercancías procedentes de origen británico, y la detención, como rehenes, de los subditos de aquella nación. El Príncipe Regente, de acuerdo con Inglaterra, respondió que estaba pronto á cerrar los puertos á los ingleses y á interrumpir toda correspondencia con su antiguo aliado; mas que en medio de la paz confiscar todas las mercancías británicas, y prender á extranjeros tranquilos, eran providencias opuestas á los principios de justicia y moderación, que le habían siempre dirigido. Los representantes de España y Francia, no habiendo alcanzado lo que pedían (resultado conforme á las verdaderas intenciones de sus respectivas cortes), partieron de Lisboa antes de comenzarse Octubre, y su salida fué el preludio de la invasión.

Todavía no estaban concluidas las negociaciones con Izquierdo; todavía no se había cerrado trato alguno, cuando Napoleón, impaciente, lleno del encendido deseo de empezar su proyectada empresa, é informado de la partida de los embajadores, dió orden á Junot para que entrase en España, y el 18 de Octubre cruzó el Bidasoa la primera división

francesa, á las órdenes del general Delaborde, época memorable, principio del tropel de males y desgracias, de perdidas y heroicos hechos que sucesivamente nos va á desdoblir la historia. Pasada la primera división, la siguieron la segunda y la tercera mandadas por los generales Loison y Travot, con la caballería, cuyo jefe era el general Kellerman. En Irún tuvo orden de recibir y obsequiar á Junot el Pedro Rodríguez de la Huerta; encargo que ya había desempeñado en la otra guerra con Portugal. Las tropas francesas se encaminaron por Burgos y Valladolid hacia Salamanca, á cuya ciudad llegaron veinte y cinco días después de haber entrado en España. Por todas partes fueron festejadas y bien recibidas, y muy lejos estaban de imaginarse los solitos moradores del tránsito la ingrata correspondencia con que iba á pagárseles tan esmerada y agasajadora hospitalidad.

Terceron, mientras tanto, á su cumplido término las negociaciones que andaban en Francia, y el 26 de Octubre, en Fontainebleau se firmó entre el Eugenio Izquierdo y el general Duros, gran mariscal de palacio del Emperador francés, un tratado (8) compuesto de catorce artículos, con una co-

(8) Tratado secreto entre el Rey de España y el Emperador de los franceses, relativo á suerte futura del Portugal.

Napoleón, emperador de los franceses, etc. Habiendo visto y examinado el tratado concluido, arreglado y firmado en Fontainebleau, á 27 de Octubre de 1807, por el general de división Miguel López, gran mariscal de palacio, etc., en virtud de los plenos poderes que le fueron conferidos á este efecto, con D. Eugenio Izquierdo, gran conde de España, etc., por el Rey de España, etc., y con D. Duros, gran mariscal de palacio, etc., en virtud de los plenos poderes que le fueron conferidos á este efecto, con D. Eugenio Izquierdo, gran conde de España, etc., por el Rey de España, etc., igualmente en calidad de plenipotenciarios de su soberanía, de cuyo tratado es el tenor siguiente:

1.º S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Rey de España, queriendo arreglar de común acuerdo los intereses de los dos reinos, y determinar la suerte futura del Portugal de un modo que convenga á la política de los dos reinos, han nombrado por sus plenipotenciarios, á saber: S. M. el Emperador de los franceses al general Duros, y S. M. el Rey de España á D. Eugenio Izquierdo, los cuales, después de haber cedido sus plenos poderes, se han convenido en lo que sigue:

1.º La provincia de Entre Duero y Miño, con la ciudad de Oporto, se dará en toda propiedad y soberanía á S. M. el Rey de España, con el título de Rey de la Lusitania septentrional.

2.º La provincia del Alentejo y el reino de los Algarbes se dará en toda propiedad y soberanía al Príncipe de la Paz, para que se disfrute con el título de príncipe de los Algarbes.

3.º Las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa quedarán en depósito hasta por general para Portugal de ellas según las circunstancias y conforme á lo que se convenga entre las dos altas partes contratantes.

4.º El reino de la Lusitania septentrional será poseído por los descendientes de S. M. el Rey de España hereditariamente, y siguiendo las leyes que están en uso en la familia reinante de S. M. el Rey de España.

5.º El principado de los Algarbes será poseído por los descendientes del Príncipe de la Paz hereditariamente, siguiendo las reglas de la sucesión anterior.

6.º En defecto de descendientes ó herederos legítimos del S. M. de la Lusitania septentrional, del Príncipe de los Algarbes, los países se darán por hereditarios por S. M. el Rey de España, á menos que sean ser reunidos bajo una misma cabeza ó a la corona de España.

7.º El reino de la Lusitania septentrional y el principado de los Algarbes reconocerán por protector á S. M. el Rey de España, y en ningún caso los soberanos de estos países podrán hacer ni hacer ni la guerra sin su consentimiento.

8.º En el caso en que las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa, tenidas en depósito, fuesen devueltas á la paz general, á la casa de Braganza en cambio de Gibraltar, la Trinidad y otras colonias que los reyes han conquistado sobre la España y sus aliados, el nuevo soberano de estas provincias reconocerá con respecto á S. M. el Rey de España las mismas vinculaciones que el Rey de la Lusitania septentrional y el Príncipe de los Algarbes, y serán poseídas por aquel bajo las mismas vinculaciones.

9.º S. M. el Rey de Portugal cede en toda su propiedad y soberanía el reino de Etruria á S. M. el Emperador de los franceses.

10. Cuando se efectue la ocupación definitiva de las provincias de Portugal, los diferentes príncipes que deben poseerlas nombrarán de acuerdo conmutarios para fijar sus límites naturales.

11. S. M. el Emperador de los franceses se obliga á reconocer á S. M. el Rey de España la posesión de los estados del continente de Europa situados al meridional de los Pirineos.

12. S. M. el Emperador de los franceses se obliga á reconocer á

vención aneja, comprensiva de otros siete. Por estos
 convenientes se trataba á Portugal del modo como
 antes otras potencias habian dispuesto de la Polo-
 nia, con la diferencia de que entonces fueron igua-
 les y poderosos los gobiernos que entre sí se acor-
 daron, y en Fontainebleau tan desiguales y des-
 proporcionados, que al llegar al cumplimiento de lo
 pactado, repitiéndose la conocida fábula del león y
 sus partijas, dejase á España sin nada, y del todo
 que se hiciese dueño su insaciable aliado. Se estipu-
 laba por el tratado que la provincia de Entre-Due-
 ro-y-Miño se daría en toda propiedad y soberanía,
 con título de Lusitania septentrional, al Rey de
 Etruria y sus descendientes, quien, á su vez, cedia
 en los mismos términos, dicho reino de Etruria
 al Emperador de los franceses; que los Algarbes y
 el Alentejo igualmente se entregarian en toda pro-
 piedad y soberanía al Principe de la Paz, con la de-
 nominación de principe de los Algarbes, y que las
 provincias de Beira, Tras-los-Montes y Extrema-
 dura portuguesa quedarían como en su estado hasta
 la paz general, en cuyo tiempo podrian ser cam-
 biadas por Gibraltar, la Trinidad ó alguna otra co-
 lonia de las conquistadas por los ingleses; que el
 Emperador de los franceses saldría garante á Su
 Majestad Católica de la posesion de sus estados de
 Europa al mudanza de los Príncipes, y le reconoce-
 rin como emperador de ambas Américas á la con-
 clusion de la paz general, ó á mas tardar dentro de
 tres años. La convenion que acompañaba al trata-
 do circunstanciaba el modo de llevar á efecto lo es-
 tipulado en el mismo: 25,000 hombres de infantería
 francesa y 3,000 de caballería habian de entrar
 en España y reuniólose á ellos 8,000 infantes espa-
 ñoles y 3,000 caballos, marchar en detachura á Lis-
 bona, á las órdenes ambos cuerpos del general fran-
 ces, exceptuándose solamente el caso en que el Rey
 de España ó el Principe de la Paz fuesen al sitio
 en que las tropas aliadas se encontrasen, pue-
 en-tónces á estos se cederia el mando. Las provincias
 de Beira, Tras-los-Montes y Extremadura portu-
 guesa debían ser administradas y exigidas las
 contribuciones en favor y utilidad de Francia. Y al
 mismo tiempo que una division de 10,000 hombres
 de tropas españolas tenian posesion de la provin-
 cia de Entre-Duro-y-Miño, con la ciudad de Opor-
 to, otra de 6,000 de la misma nacion ocuparia es-

o M. el Rey de España como emperador de las dos Américas
 acordó todo lo que se ha acordado para que el M. pueda tomar ese título,
 lo que podrá ser, ó bien á la vez general, ó á mas tardar dentro de
 tres años.

4. Las dos salas por reconfiguración se entenderán para hacer un departamento de 1 sala de las salas, comedores y otras propiedades utilizadas en las del Portugal.

14. 1. presento lasado quedado cerrado, con el dueño, y las re-

Paris en. Fontainebleau le 27 de Octobre de 1807. — Dore, — fr.

[illegible]

Quedan en el estado anterior, aprobada y ratificada en los
Módulos 2 y 3.

Artículo 1.º El personal de tropas que al 1.º de mayo de 1900 se halla en el extranjero y 2.000 de caballería, irá a España y quedará con destino a 8.120; se transferirá a las tropas que se hallan en el extranjero de la anterior y 8.000 de caballería de tropas equidadas con 10 plazas la artillería.

2. Al momento de la división de la zona centralizada en 10.000
municipios tendrá posesión de la provincia de Entre Ríos y Misiones y

Alentejo y los Algarbes, y así aquella primera provincia como las ultimas habian de quedar á cargo, para su gobierno y administracion, de los generales españoles. Las tropas francesas, alimentadas por España durante el tránsito, debian cobrar sus pagas de Francia. Finalmente se convino en que un cuerpo de 40.000 hombres se reuniere en Bayona el 20 de Noviembre, el cual marcharia contra Portugal en caso de necesidad, y precedido el consentimiento de ambas potencias contratantes.

En la conclusión de este tratado Napoleón, al paso que buscaba el medio de apoderarse de Portugal, nuevamente separaba de España otra parte considerable de tropas, como antes había alejado las que fueron al Norte, é introducía sin ruido y sorapadamente las fuerzas necesarias á la ejecución de sus ulteriores y todavía ocultos planes, y haciendo de la inmoderada ambición del privado español, le adornecía y le enturbaba en sus lazcos, temeroso de que, desengañado á tiempo y volviendo de su desluzbrado encanto, quisiera acudir al remedio de la ruina que le amenazaba. Así como el Principe de la Paz de evitar los vivientes de la fortuna, aprobaba convenios que hasta cierto punto le guardaran de las persecuciones del gobierno español en cualquier mudanza. Quizá veía también en la complacencia soberana de los Algarbes el primer escalón para subir á trono más elevado. Mucho se volvió á hablar en aquel tiempo del criminal proyecto que años atrás se aseguraba haber concebido María Luísa, arrastrada de su ciega pasión, contando con el apoyo del favorito. Y no cabe duda que, acerca de variar de dinastía, se tanteó á varias personas, llegando á punto de buscar amigos y parciales sin detraz ni rebozo. Entre los solicitados fué uno el coronel de Pavia, D. Tomas de Jauregui, á quien descomandamente tocó tan delicado asunto D. Diego Godoy; no faltaron otros que igualmente le promovieron. Mas los sucesos, agolpándose de tropel, convirtieron en humo los ideados é impróvidos intentos de la ciega ambición.

Tal era el deseado remate á que habian llegado las negociaciones de Izquierdo, y tal habia sido el principio de la entrada de las tropas francesas en la Peninsula, cuando un acontecimiento con señales de suma gravedad fijó en aquellos dias la atencion de toda España.

de la ciudad de Oporto; y otra división de 6.000 hombres, compuesta igualmente de tropas españolas, tomará posesión de la provincia del Alentejo y del reino de los Algarres.

11) Las tropas francesas entraron en Cataluña y mataron a los por la España y sus milicias por el por la Francia durante todo el tiempo de su tránsito por Cataluña.

El trabajo es el elemento en que se funda y sustenta la nueva estructura del Poder, la forma de la vida, la cultura, la moral y la actividad humana. Por lo tanto, el trabajo es el fundamento de la vida humana y la base de la cultura, la moral y la actividad humana. Por lo tanto, el trabajo es el fundamento de la vida humana y la base de la cultura, la moral y la actividad humana.

8. El cuerpo del centro estaba bajo las órdenes de los comandantes de las tropas francesas, y á él estaban sometidas las tropas españolas que se reunían á aquellas: su emblema, el Rey de España, el Príncipe de la Paz y la Justicia, convenían á la causa, y cada cuerpo, a su vez, el general comandante de las tropas francesas y el mismo ejército bajo sus órdenes.

« O primeiro corpo de 40 mil homens de tropas francezas se retirou de Bayona e mais tarde o 70 de 30 milentos partiu, para estar pronto a retirar de Bayona para transfere-se á Portugal em caso de que os ingleses entrassem e fizessem o mesmo com a esquadra. Os nossos corpos entraram, em Bayona, em España ha-se que os seus pontos de embarque se h y a costa de alacena, á esse lado.

7.º La presente convención será ratificada, etc.

Vivia el Príncipe de Asturias alejado de los negocios, y solo, sin influjo ni poder alguno, pasaba tristemente los mejores años de su mocedad sujeto á la monótona y severa etiqueta de palacio. Aumentábase su recogimiento por los temores que infundía su persona á los que entonces dirigían la monarquía; se observaba su conducta, y hasta los más inocentes pasos eran atentamente acechados. Prorumpía el Príncipe en amargas quejas, y sus expresiones solían á veces ser algun tanto descompuestas. A ejemplo suyo, los criados de su cuarto hablaban con más desenvoltura de lo que era conveniente, y repetidos, áun quizá alterados al pasar de boca en boca, aquellos dichos y conversaciones avivaron más y más el odio de sus irreconciliables enemigos. No bastaba, sin embargo, tan ligero proceder para empezar una información judicial; solamente dió ocasion á nuevo cuidado y vigilancia. Redoblados uno y otra, al fin se notó que el Príncipe secretamente recibía cartas; que muy ocupado en escribir, velaba por las noches, y que en su semblante daba indicio de meditar algun importante asunto. Era suficiente cualquiera de aquellas sospechas para despertar el interesado celo de los asalarados que le rodeaban, y una dama de la servidumbre de la Reina le dió aviso de la misteriosa y extraña vida que traía su hijo. No tardó el Rey en estar advertido, y estimulado por su esposa, dispuso que se recogiesen todos los papeles del desprevénido Fernando. Así se ejecutó, y al día siguiente 29 de Octubre, á las seis y media de la noche, convocados en el cuarto de S. M. los ministros del Despacho y D. Arias Mon, gobernador interino del Consejo, compareció el Príncipe, se le sometió á un interrogatorio, y se le exigieron explicaciones sobre el contenido de los papeles aprehendidos. En seguida su augusto padre, acompañado de los mismos ministros y gobernador, con grande aparato y al frente de su guardia, le llevó á su habitación, en donde, despues de haberle pedido la espada, le mandó que quedase preso, puestas centinelas para su custodia; su servidumbre fué igualmente arrestada.

Al ver la solemnidad y áun semejanza del acto, hubiera podido imaginarse el atónito espectador que en las lúgubres y suntuosas bóvedas del Escorial iba á renovar la deplorable y trágica escena que en el alcázar de Madrid habia dado al orbe el sombrío Felipe II: pero otros eran los tiempos, otros los actores y muy otra la situación de España.

Se componían los papeles hasta entonces aprehendidos al Príncipe (9), de un cuaderuillo escrito de su puño, de algo más de doce hojas, de otro de cinco y media, de una carta de letra disfrazada y sin firma, fecha en Talavera á 18 de Marzo, y reconocida despues por de Escóiquiz, de cifra y clave para la correspondencia entre ambos, y de medio pliego de números, cifras y nombres que en otro tiempo habian servido para la comunicacion secreta de la difunta Princesa de Asturias con la Reina de Nápoles, su madre. Era el cuaderuillo de las doce hojas una exposicion al Rey, en la que, despues de tratar con colores vivos la vida y principales hechos del Príncipe de la Paz, se le acusaba de graves delitos, sospechándole del horrendo intento de que-

rer subir al trono y de acabar con el Rey y toda la real familia. Tambien hablaba Fernando de sus persecuciones personales, mencionando, entre otras cosas, el haberle alejado del lado del Rey, sin permitirle ir con él á caza ni asistir al despacho. Se proponian como medios de evitar el cumplimiento de los criminales proyectos del favorito, dar al Príncipe hereditaria facultad para arreglarlo todo, á fin de prender al acusado y confinarle en un castillo. Igualmente se pedia el embargo de parte de sus bienes, la prision de sus criados, de doña Josefa Tudó y otros sujetos, segun se dispusiese en decretos que el mismo Príncipe presentaría á la aprobacion de su padre. Indicábase como medida prévia, y para que el rey Carlos examinase la justicia de las quejas, una batida en el Pardo ó Casa de Campo, en que acudiese el Príncipe, y en donde se oirían los informes de las personas que nombrase S. M., con tal que no estuviesen presentes la Reina ni Godoy; asimismo se suplicaba que llegado el momento de la prision del valido, no se separase el padre del lado de su hijo, para que los primeros ímpetus del sentimiento de la Reina no alterasen la determinacion de S. M.; concluyendo con rogarle encarecidamente que en caso de no acceder á su peticion, le guardase secreto, pudiendo su vida, si se descubriese el paso que habia dado, correr inminente riesgo. El papel de cinco hojas y la carta eran, como la anterior, obra de Escóiquiz; se insistia en los mismos negocios, y tratando de oponerse al enlace ántes propuesto con la hermana de la Princesa de la Paz, se insinuaba el modo de llevar á cabo el deseado casamiento con una parienta del Emperador de los franceses. Se usaban nombres fingidos, y suponiéndose ser consejos de un fraile, no era extraño que mezclando lo sagrado con lo profano se recomendase ante todo, como así se hacia, implorar la divina asistencia de la Virgen. En aquellas instrucciones tambien se trataba de que el Príncipe se dirigiese á su madre, interesándola como reina y como mujer, cuyo amor propio se hallaba ofendido con los ingratos desvíos de su predilecto favorito. En el concebir de tan desvariada intriga ya despunta aquella sencilla credulidad y ambicioso desasosiego, de que nos dará desgraciadamente, en el curso de esta *Historia*, sobradas pruebas el canónigo Escóiquiz. En efecto, admira cómo pensó que un príncipe mozo é inexperto habia de tener más cabida en el pecho de su augusto padre que una esposa y un valido, dueños absolutos por hábito y afición del pe rezoso ánimo de tan débil monarca. Mas he los papeles cogidos al Príncipe, si bien se advertia, al examinarlos, grande anhelo por alcanzar el mando y por intervenir en los negocios del gobierno, no resultaba proyecto alguno formal de destronar al Rey, ni ménos el atroz crimen de un hijo que intenta quitar la vida á su padre. A pesar de eso, fueron causa de que se publicase el famoso decreto de 30 de Octubre, que, como importante, lo insertaremos á la letra. Decía pues: «Dios, que vela sobre las criaturas, no permito la ejecucion de hechos atroces cuando las victimas son inocentes. Así me ha librado su omnipotencia de la más inaudita catástrofe. Mi pueblo, mis vasallos todos conocen muy bien mi cristiandad y mis costumbres arregladas; todos me aman y de todos recibo pruebas de veneracion, cual exige el respeto de un padre amante de sus hijos. Vivía yo persuadido de esta verdad, cuando una mano desconocida me enseña y descubre el más enorme y el más inaudito plan que se trataba en mi mismo palacio contra mi persona. La

(9) Hemos visto las más de las piezas que obraron en este proceso. Lectura tan útil, porque como el original ha rolando por tantas manos y personas de intereses contrarios, no sería extraño que se hubiesen alterado algun s documentos ó alterado otros. De los procesos parados en poder de D. Mariano Luis de Urquijo, y á su muerte, vendidos en París en 1817, pasó el del Marqués de Armañanzas. No sabemos si este lo conserva aún, ó si lo ha entregado al rey Fernando VII.

vista, por lo que muchas veces ha estado en riesgo, era ya una carga para mi sucesor, que preocupado, obcecado y enajenado de todos los principios de crianza que le enseñó mi paternal cuidado y amor, había admitido un plan para destronarme. Entonces yo quise indagar por mí la verdad del hecho, y emprendiéndole en su mismo cuarto, hallé en su poder la cifra de inteligencia é instrucciones que recibía de los malvados. Convoqué al examen á mi gobernador interino del Consejo, para que asociado con otros ministros practicasen las diligencias de indagación. Todo se hizo, y de ella resultan varios reos, cuya prision he decretado, así como el arresto de mi hijo en su habitación. Esta pena quedaba á las muchas que me afligen; pero así como es la más dolorosa, es también la más importante de purgar, é interin mando publicar el resultado, no quiero dejar de manifestar á mis vasallos mi disgusto, que será menor con las muestras de su lealtad. Tendráislo entendido para que se circule en la forma conveniente. En San Lorenzo, á 30 de Octubre de 1807.—Al gobernador interino del Consejo. Este decreto se aseguró despues que era de puño del Príncipe de la Paz; así lo atestiguaron cuatro secretarios del Rey, mas no obra original en el proceso.

Por el mismo tiempo escribió Carlos IV al emperador Napoleón dándole parte del acontecimiento del Escorial. En la carta, despues de indicarle cuán particularmente se ocupaba en los medios de cooperar á la destrucción del comun enemigo (así llamaba á los ingleses), y despues de participarle cuán persuadido había estado hasta entonces de que todas las intrigas de la Reina de Nápoles (expresiones notables) se habían sepultado con su hija, entraba á anunciarle la terrible novedad del día. No sólo le comunicaba el designio que suponía á su hijo de querer destronarle, sino que añadía el nuevo y horrendo de haber maquinado contra la vida de su madre, por cuyos enormes crímenes manifestaba el rey Carlos que debía el Príncipe heredero ser castigado, y revocada la ley que le llamaba á suceder en el trono, poniendo en su lugar á uno de sus hermanos; y por último, concluía aquel monarca pidiendo la asistencia y consejo de S. M. I. La indicación estampada en esta carta, de privar á Fernando del derecho de sucesión, tal vez encubría miras ulteriores del partido de Godoy y la Reina; desbaratadas, si las hubo, por obstáculos imprevistos, entre los cuales puede contarse una ocurrencia que, debiendo agravar la suerte del Príncipe y sus amigos si la recta imparcialidad hubiera gobernado en la materia, fué la que salvó á todos ellos de un funesto desenlace. Dieron ocasión á ella los temores del real preso y el abatimiento en que lo sumó su arresto.

El día 30, á la una de la tarde, ínsago que el Rey había salido á caza, pasó el Príncipe un recado á la Reina para que no dignase ir á su cuarto, é le permitiera que en el suyo le expusiese cosa del mayor interés: la Reina se negó á uno y á otro; pero envió al Marqués Caballero, ministro de Gracia y Justicia. Entonces bajo su firma declaró el Príncipe haber dirigido, con fecha de 11 de Octubre, una carta (la misma de que hemos hablado) al Emperador de los franceses, y haber expedido en favor del Duque del Infantado un decreto, todo de su puño, con fecha en blanco y sello negro, autorizándole para que tomase el mando de Castilla la Nueva luego que falleciese su padre, declaró además ser Escóquiz el autor del papel copiado por S. A., y los medios de que

se habían valido para su correspondencia: hubo de resultar varios atreptos. En la carta reservada á Napoleón le manifestaba el Príncipe (10) el aprecio y respeto que siempre había tenido por su persona; le apelaba *héroce mayor que cuantos le habían precedido*; le pintaba la opresión en que le habían puesto; el abuso que se hacía del corazón recto y generoso de su padre; le pedía para esposa una princesa de su familia, rogándole que allanase las dificultades que se ofrecieran; y concluía con afirmarle que no accedería, ántes bien se opondría con invencible constancia, á cualquiera casamiento, siempre que no precediese el consentimiento y aprobación positiva de S. M. I. y R. Estas declaraciones espontáneas, en que tan gravemente comprometía el Príncipe á sus amigos y parciales, perjudicaron en el concepto de algunos; su edad pasaba de los veintitres años, y ya entonces mayor firmeza fuera de desear en quien había de ceñirse las sienes con corona de rei-

(10) Carta del príncipe de Asturias, Fernando, al emperador Napoleón, en 11 de octubre de 1807.

» Señor: El temor de incomodar á V. M. I. en medio de sus hazañas y grandes negocios que le ocupan sin cesar, me ha privado ahora de satisfacer directamente mis deseos de hacerle manifestar á lo menos por escrito los sentimientos de respeto, estimación y afecto que tengo al héroe mayor que cuantos le han precedido, enviado por la Providencia para salvar la Europa del castigo total que le amenazaba, para consolidar los tronos vacilantes, y para dar á las naciones la paz y la felicidad.

» Las virtudes de V. M. I., su moderación, su bondad aun con sus más injustos é implacables enemigos, todo, en fin, me hacía esperar que la expresión de tal o tal sentimiento sería recibida como el signo de un corazón lleno de admiración y de amistad más sincera.

» El estado en que me hallaba mucho tiempo á esta parte, incapaz de ocuparme de la grande penetración de V. M., ha sido hasta hoy grande obstáculo que ha contenido mis plumas, preparaba siempre á manifestar mis deseos. Pero lleno de esperanzas de hallar en la magnanimidad de V. M. I. la protección mis poderes, me determino, no solamente á testificar los sentimientos de mi corazón para con su augusta persona, sino á depositar los secretos mis latidos en el pecho de V. M. como en el de mi querido padre.

» Yo soy bien infeliz de haberme presentado, por circunstancias particulares, á sentir como si fuera crimen una acción tan justa y tan noble; pero tales suelen ser las consecuencias funestas de un exceso de bondad, aun en los mejores reyes.

» Lleno de respeto y de amor filial para con mi padre (cuyo corazón es el mío recto y generoso), me me atrevería á decir sino á V. M. aquello que V. M. conoce mejor que yo; esto es, que es asimismo calidades suelen con frecuencia servir de un aumento á las personas astutas y malignas para confundir la verdad á los ojos del Soberano, por mas propia que sea esta virtud de caracteres semejantes al de mi respetable padre.

» Si los hombres que le rodean aquí le dejasen conocer á fondo el carácter de V. M. I., como yo lo conozco, ¿qué qué ántes premiaría mi padre estrechar los brazos que deben unirnos á dos acciones? Y ¿habrá medio más propio de loado que rogar á V. M. I. el honor de que me concediera por esposa una princesa de su augusta familia? Éste es el deseo unánime de todos los vasallos de mi padre, y no dudo que también el suyo mismo. Á pesar de los esfuerzos de un corto número de malvados así que sepa las intenciones de V. M. I. Esto es cuanto me corazon apuro; pero no olvidando así á los egoístas perdidos que rodean á mi padre, y que pueden sorprendido por un momento, estoy lleno de temores; en este punto, sobre el respeto de V. M. I., pudiera desconcertar sus planes, abrumando los ojos á mis buenos y amigos padres, y haciéndolos felices al mismo tiempo que á la nación española y á mi mismo. El mundo entero admirará cada día más la bondad de V. M. I., quien tendrá en mi persona el hijo más respetado y afecto.

» Imploro, pues, con la mayor confianza la protección paternal de V. M. á fin de que no solamente se digna concederme el honor de darme por esposa una princesa de su familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que puedan oponerse en este único objeto de mis deseos.

» Este edulcorado bondad de parte de V. M. I. es tanto más necesario para mí, cuanto yo no puedo hacer ninguno de tal parte, nada ántes á que me interpretaría traidor á la autoridad paternal, estando, como estoy, reducido á sola el arbitrio de resistir. Yo le haré con firmeza constancia mi casamiento con otra persona, sea la que fuere, sin el consentimiento y aprobación positiva de V. M., de quien yo espero únicamente la elección de esposa para mí.

» Ésta es la felicidad que confío conseguir de V. M. I., rogando á Dios que guarde su preciosa vida muchos años. Es ínto y firmado de mi propia mano y sellado con mi sellado el Escorial, á 11 de Octubre de 1807.—De V. M. I. y R. en mas alto señor y hermano.—FERNANDO.—(Traducción hecha por Escóquiz en sus Memorias, y copia del original inserto en el Monitor de 6 de Setiembre de 1819.)

nos tan dilatados. El decreto expedido en favor del Infanzado, hubiera por sí solo acarreado en otros tiempos la perdición de todos los comprometidos en la causa, por culpa se hubieran dado las disculpas alegadas, y el temor de la próxima muerte de Carlos IV y los recelos de las ambiciosas miras del español, antes bien se hubieran tenido como agravante y indigna que admitiéndose como descargo de la responsabilidad. Son iguales precauciones, de dudosa interpretación aun entre particulares, en los palacios son crímenes de Estado cuando no llegan á cumplir la ejecución y acatamiento. Con más razón se hubiera dado por tal la carta escrita á Napoleón; por esta carta, en que un príncipe, un español, á decir el hijo de su padre y hermano legítimo, se dirige á otro extranjero, le pide su apoyo, la mano de una esposa de su familia, y se obliga á no casarse en tiempo alguno sin su anuencia; esta carta salvó á España de sus amigos.

Nos fué en la causa de D. Carlos de Viana: aquel príncipe, de edad de cuarenta años, sabio y esforzado, amigo de Augustas March, con derecho a la corona del reino de Navarra, creyó que no se exponía a dar por sí los primeros pasos para buscar la corona a una infanta de Castilla. Bastó tan ligero motivo para que el fiero D. Juan, su padre, le hiciera en su segundo poder un cargo gravísimo por su mala y entera conducta. Prohibió D. Carlos haber nada declarado que no se casara sin preceder la aprobación de su padre: si aun entonces se amonesta a aquellos altívez de D. Juan, que miraba la independencia y derechos de la corona atropellados y ultrajados por los tratos de su hijo.

Ahora en la sugetada y ancha de la corte del Escorial, al dar que el nombre de Napoleón andaba enredado en las declaraciones del Príncipe, todos se estremecieron y ansiaban poner término á tamaña confusión, imaginándose que Fernando había tratado de acuerdo con el Soberano de Francia, y que había osado con su armio metirse en la arriesgada empresa. El poder inmenso de Napoleón, las tropas que habiendo empujado á entrar en España amenazaban de cerca á los que se opusieron á sus intentos, arredraron al generosísimo Godoy, y resolvieron estar el comenzado proceso. Mas y mas delo á confrontarle en su propio un pliego que José, París (11), en 11 de Noviembre. le seccionó la guerra. En el insertaba este una conferencia que había tenido con Champagny, en la cual el ministro

frances exigia de órden del Emperador, que por ningún motivo ni razón, y bajo alguna pretexto, se hablase ni se publicase en este negocio cosa que tuviese alusión al Emperador ni á su embajador. Vacilando todavía el ánimo de Napoleón sobre el modo de ejecutar sus planes respecto de España, se quería aparecer á vista de Europa participe en los acontecimientos del Etoral.

Antes de recibir el aviso de Izquierdo, le fué bastante al Príncipe de la Paz saber las nuevas declaraciones del real preso para pasar al sitio de Madrid, en donde como amalado había permanecido durante el tiempo de la prision. Hacia resolución, con su viaje, de cortar una causa cuyo giro presentaba un nuevo y desagradable escándalo: ríto á los reyes, se concertó con ellos, y ofreció arreglar asunto tan espinoso. Yendo, pues, al cuarto del Príncipe, se le presentó como mediador, y lo propuso que aplacase la cólera de sus angustios padres, pidiéndoles con arrepentimiento contra el mas amio perdon; para alcanzarle, indicó como oportuno medio el que escribiese dos cartas, cuyos borradores llevaba consigo. Fernando copió las cartas. Sus desgracias y el profundo odio que habia contra Godoy no dejaron lugar á penosas reflexiones, y aun la disculpa halló cabida en animos exclusivamente irritados contra el gobierno y manejos del favorito. Ambas cartas se publicaron con el decreto de 5 de Noviembre, y por lo único é importante de aquellos documentos, merecen que integramente aqui se inserten. «La voz de la naturaleza (decia el decreto al Consejo) desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negarse á ello un padre amoroso. Mi hijo ha declarado ya los autores del plan horrible que le habian hecho concebir unos malvados; todo lo ha manifestado en forma de derecho, y todo consta con la escrupulosidad que exige la ley en tales pruebas; su arrepentimiento y asombro le han dictado las representaciones que me ha dirigido y siguen:

« Señor: Papá mio: He desinquinado, he faltado a V. M. como rey y como padre: pero me arropié, y ofrezco a V. M. la obediencia mas humilde. Nada debía hacer sin noticia de V. M.: pero fui sorprendido. He delatado a los culpables, y pido a V. M. me perdone por haberle mentado la otra noche: permitiendo besar sus reales pies a su reconocido hijo. FERNANDO. — San Lorenzo, 5 de Noviembre de 1807. »

«Señora: Mama mía: Estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes: y así con la mayor humildad le pido a V. M. se digne interceder con papá para que permita ir a besar sus reales pies a su reconocido hijo. FERNANDO. — San Lorenzo, 5 de Noviembre de 1907.»

«En vista de ellos, y á ruego de la Reina, mi amada esposa, perdono á mi hijo, y le vuelvo á mi gracia cuando con su conducta me de pruebas de una verdadera reforma en su fragil manejo; y mando que los mismos jueces que han entendido en la causa desde su principio, la eigan, permitiendoles auxiliados si los necesitaren, y que concluida me consulten la sentencia ajustada á la ley, segun fuesen la gravedad de delitos y calidad de personas en quienes recaigan; teniendo por principio para la formacion de cargos las respuestas dadas por el Principe á las demandas que se le han hecho; pues todas están rubricadas y firmadas de mi puño, así como los papeles aprehendidos en sus manos, escri-

los por su mano; y esta providencia se comunicó á mis consejos y tribunales, circunscribiéndola á mis pueblos, para que reconocieran en ella mi piedad y justicia, y alivien la aflicción y cuidado en que los puso mi primer decreto; pues en él verán el riesgo de su soberano y padre, que como á hijos los ama, y así me corresponden. Tendréislo entendido para mi cumplimiento.—San Lorenzo, 5 de Noviembre de 1807.

Presentar á Fernando ante la Europa entera como príncipe débil y culpado; desacreditarle en la opinión nacional, y perderle en el ánimo de sus parciales; poner á salvo al embajador francés, y separar de todas las incidencias de la causa á su gobierno, fué el principal intento que llevó Godoy y su partido en la envenenada reconciliación de padre é hijo. Alcanzó hasta cierto punto su objeto; mas el público, aunque no enterado á fondo, echaba á mala parte la sobrita mediación del privado, y el odio hacia su persona, en vez de mitigarse, tomó nuevo incremento.

Para la prosecución de la causa contra los demás procesados, nombró el Rey, en el día 6, una junta, compuesta de D. Arias Mon, D. Sebastian de Torres y D. Domingo Campomínos, del Consejo Real, y secretario en su lugar D. Benito Arias Prada, alcalde de corte. El Marqués Caballero, que en un principio se mostró riguroso, y tanto, que habiendo manifestado delante de los reyes ser el Príncipe por siete capítulos reo de pena capital, obligó á la ofendida Reina á suplicarle que se acordase de que el acusado era su hijo; el mismo Caballero arregló el modo de seguir la causa, y descartar de ella todo lo que pudiera comprometer al Príncipe y embajador francés; rasgó papel de su ruin condición. Formada la sumaria, fue elegido para fiscal de la causa D. Simon de Vargas, y se agregaron á los referidos jueces, para dar la sentencia otros ocho consejeros. El fiscal Viegas pidió que se impusiese la pena de traidores, señalada por la ley de Partida, á D. Juan Escenquiz y al Duque del Infantado, y otras extraordinarias, por infidelidad en el ejercicio de sus empleos, al Conde de Orgaz, Marqués de Ayerbe y otras personas de la servidumbre del Príncipe de Asturias. Continué el proceso hasta Enero de 1808, en cuyo día 25 los jueces, no conformándose con la acusación fiscal, absolvieron completamente y declararon libres de todo cargo á los perseguidos como reos. Sin embargo, el Rey por sí y gubernativamente confinó y envió á conventos, fortalezas ó destierros á Escenquiz y á los duques del Infantado y de San Carlos, y á otros varios de los complicados en la causa, triste privilegio de toda potestad suprema que no halla en las leyes justo límite á sus desvíos.

Tal fué el término del ruidoso y escandaloso proceso del Real. Con dificultad se resguardaron de la severa censura de la posteridad los que en él tomaron parte, los que le promovieron, los que le fallaron; en una palabra, los acusados, los acusadores y los mismos jueces. Venios á un rey precipitarse á acusar en público, sin pruebas, á su hijo del horrendo crimen de querer destronarle, y ántes de que un detenido juicio hubiese oído con su fallo tan alta imputación. Y para colmo de baldon en medio de tanta flaqueza y aceleramiento, se nos presenta como árbitro de paz y mediador para la concordia el malhadado favorito, principal origen de todas las males y desavenencias; consejero y autor del decreto de 30 de Octubre, comprometió con suma ligereza la alta dignidad del Rey, promovedor de la concordia y del perdón pedido y alcanzado,

quiso desconcepcionar al hijo sin dar reales ni brillo á los sentimientos generosos de un apiadado padre. Fué también desusado, y podemos decir ilegal, el modo de proceder en la causa. Según la sentencia, que con una relación preliminar se publicó al subir Fernando al trono, no se hizo mérito en su formación, ni de algunas de las declaraciones espontáneas del Príncipe, ni de su carta á Napoleon, ni de las conferencias con el embajador francés; á lo ménos así se infiere del definitivo fallo dado por el tribunal. Dificil seria acertar con el motivo de tan extraño silencio, si no nos lo hubieran ya explicado los temores que entonces infundía el nombre de Napoleon. Mas si la política descubre la causa del extraordinario modo de proceder, no por eso queda intacta y pura la austera imparcialidad de los magistrados; un proceso, después de comenzado, no puede amoldarse al antojo de un tribunal, ni descartarse á su arbitrio los documentos ó pruebas mas importantes. Entre los jueces habia respetables varones, cuya integridad habia permanecido sin mancha en el largo espacio de una honrosa carrera; si bien hasta entónces negocios de tal cuantía no se hubieran puesto en el crisol de su severa equidad. Fuese equivocación en su juicio, ó fuerza más aun por razón de estado, lo cierto es que en la prosecución y término de la causa se apartaron de las reglas de la justicia legal, y la ofrecieron al público manca y no cumplidamente formada ni llevada á cabo. Se contaban también en el número de jueces algunos amigos y favorecidos del privado, como lo era el fiscal Viegas. Al ver que se separaron en su voto de la opinión de este, aunque ya circunscrita á ciertas personas, hubo quien creyera que el nombre de Napoleon, y los temores de la nube que se levantaba en el Pirineo, pesaron más en la flexible balanza de su justicia que los empeños de la antigua amistad. Es de temer que su conciencia, perpleja con lo escabroso del asunto y lo ardor de las circunstancias, no se haya visto bastante mente des- embarazada y cual convenia de aquel sobresalto que ya antes se habia apoderado del blando y usualizado ánimo de los cortesanos.

Esta discordia en la familia real, esta división en los que gobernaban, siempre perjudicial y dolorosa, lo era mucho más ahora, en que una perfecta union debiera haber estrechado á todos para desconcertar las siniestras miras del gabinete de Francia, y para imponerle con la intima concordia el debido respeto. Ciegos unos y otros, busquen en el amistad y arrino; y desconociendo el peligro común, le animaron con sus disensiones á la prosecución de falaces intentos; alucinamiento general á los partidos, que no aspiran sino á celar momentáneamente su culpa, olvidándose de que á veces con la ruina de su contrario, el mismo vencedor facilita y labra la suya propia.

Favorecido por la deplorable situación del Gobierno español, fue el francés adalante en su propósito, y contenido en ella, aceleró más bien que detuvo la marcha de Junot hacia Portugal. Llegamos á aquel general en Salamanca, adonde habia llegado en los primeros dias de Noviembre, recibiendo de allí á poco orden de Napoleon para que no interrumpiese la continuación ejecutiva de su empresa bajo pretexto alguno, ni aun por falta de mantenimientos, pudiendo 20 000 hombres, segun decia, vivir por todas partes, aun en el desierto. Estimulado Junot con tan premioso mandato, determinó tomar el camino mas breve, sin reparar en los tropiezos ni obstáculos de un terreno para él del todo desconocido. Salíó el 12

de Salamanca, y tomando la vuelta de Ciudad-Rodrigo y el puerto de Perales, llegó á Alcantara al cabo de cinco dias. Reunido allí con algunas fuerzas españolas á las órdenes del general D. Juan Carrara, atravesaron los franceses el Erija, rio fronterizo, y llegaron á Castello-Branco sin habérseles opuesto resistencia. Prosiguieron su marcha por aquel frágil pais, y encontrándose con terreno tan quebrado y de caminos poco trillados, quedaron bien pronto atrás la artillería y los bagajes. Los pueblos del tránsito, pobres y desprevenidos, no ofrecieron ni recursos ni abrigo á las tropas invasoras, las que, acosadas por la necesidad y el hambre, cometieron todo linaje de excesos contra moradores desacomunados de largo tiempo á las calamidades de la guerra. Desgraciadamente los españoles que iban en su compañía imitaron el mal ejemplo de sus aliados, muy diverso del que les dieron las tropas que penetraron por Badajoz y Galicia, si bien es verdad que asistieron á éstas buenos motivos de desorden é indisciplina.

La vanguardia llegó el 23 á Abrantes, distante veinte y cinco leguas de Lisboa. Hasta entonces no habia recibido el gobierno portugues aviso cierto de que los franceses hubieran pasado la frontera; inexplicable descuido, pero propio de la dejadez y abandono con que eran gobernados los pueblos de la península. Antes de esto, y verificada la salida de los embajadores, habia el gabinete de Lisboa buscado algun medio de acomodamiento, condescendiendo más y más con los deseos que aquellos habian mostrado á nombre de sus córtes; era el encontrarle tanto más difícil, cuanto el mismo ministerio portugues estaba entre sí poco acorde. Dos opiniones políticas le dividian: una de ellas, la de contraer amistad y alianza con Francia, como medida la más propia para salvar la actual dinastía y aun la independencia nacional; y otra, la de estrechar los antiguos vinculos con la Inglaterra, pudiendo así levantar de los mares allá un nuevo Portugal, si el de Europa tenia que someterse á la irresistible fuerza del Emperador frances. Seguia la primera opinion el ministro Araujo, y contaba la segunda como principal cabeza al consejero de Estado D. Rodrigo de Sousa Coutinho. Se inclinaba muy á las claras á la última el Principe regente, si á ello no se oponia el bien de sus súbditos y el interes de su familia. Despues de larga incertidumbre, se convino, al fin, en adoptar ciertas medidas contemperizadoras, como si con ellas se hubiera podido satisfacer á quien solamente deseaba simulados motivos de usurpacion y conquista. Para ponerlas en ejecucion sin gran menoscabo de los intereses británicos, se dejó que tranquilamente diese la vela el 18 de Octubre la factoría inglesa, la cual llevó á su bordo respetables familias extranjeras con cuantiosos caudales.

A pocos dias, el 22 del mismo mes, se publicó una proclama prohibiendo todo comercio y relacion con la Gran Bretaña y declarando que S. M. F. accedía á la causa general del continente. Cuando se creia satisfacer algun tanto con esta manifestacion al gabinete de Francia, llegó á Lisboa apresuradamente el embajador portugues en París, y dió aviso de cómo habia encontrado en España el ejército imperial, dirigiéndose á precipitadas marchas hacia la embocadura del Tago. Azorados con la nueva los ministros portugueses, vieron que nada podia ya bastar á conjurar la espantosa y amenazadora nube, sino la admision pura y sencilla de lo que España y Francia habian pedido en Agos-

to. Se mandaron, pues, acenstrar todas las mercancías inglesas, y se pusieron bajo la vigilancia publica los súbditos de aquella nacion residentes en Portugal. La orden se ejecutó lentamente y sin gran rigor; mas obligó al embajador inglés, lord Strangford, á irse á bordo de la escuadra que cruzaba á la entrada del puerto, á las órdenes de sir Sidney Smith. Muy duro fue al Principe regente tener que tomar aquellas medidas: virtuoso y timorato, las creia contrarias á la debida proteccion, dispensada por anteriores tratados á laboriosos y tranquilos extranjeros; la cruel necesidad pudo sólo forzarle á desviarse de sus ajustados y severos principios. Aumentáronse los recelos y las zozobras con la repentina arribada á las riberas del Tago de una escuadra rusa, la cual, de vuelta del Archipiélago, fondeó en Lisboa, no habiendo permitido los ingleses al almirante Sinavin, que la mandaba, entrar á invernar en Cadiz. Lo que fué obra del acaso se atribuyó á plan premeditado y á concertos entre Napoleon y el gabinete de San Petersburgo.

Para dar mayor valor á lo acordado, el gobierno portugues despachó á París, en calidad de embajador extraordinario, al Marqués de Marialva, con el objeto tambien de proponer el casamiento del Principe de Beira con una hija del gran Duque de Berg. Inútiles precauciones: los sucesos se precipitaron de manera que Marialva no llegó ni á pisar la tierra de Francia.

Noticioso lord Strangford de la entrada en Abrantes del ejército frances, volvió á desembarcar, y reiterando al Principe regente los ofrecimientos más amistosos de parte de su antiguo aliado, le aconsejó que sin tardanza se retirase al Brasil, en cuyos vastos dominios adquiriria nuevo lustre la esclarecida casa de Braganza. Don Rodrigo de Sousa Coutinho apoyó el prudente dictamen del Embajador, y el 26 de Noviembre se anunció al pueblo de Lisboa la resolucion que la corte habia tomado de trasladar su residencia á Rio-Janeiro hasta la conclusion de la paz general. Sir Sidney Smith, célebre por su resistencia en San Juan de Acre, queria poner á Lisboa en estado de defensa; pero este arranque, digno del elevado pecho de un marino intrépido, si bien hubiera podido retardar la marcha de Junot, y aun destruir su fatigado ejército, al fin hubiera inútilmente causado la ruina de Lisboa, atendiéndose á la profunda tranquilidad que todavia reinaba en derredor por todas partes.

El principe D. Juan nombró, antes de su partida, un consejo de regencia, compuesto de cinco personas, á cuyo frente estaba el Marqués de Abrantes, con encargo de no dar al ejército frances ocasion de queja, ni fundado motivo de que se alterase la buena armonia entre ambas naciones. Se dispuso el embarco para el 27, y S. A. el Principe regente, tras-pasado de dolor, salió del palacio de Ayuda, conmovido, tremulo y bañado en lágrimas su demudado rostro; el pueblo, colmándole de bendiciones, le acompañaba en su justa y profunda afliccion. La Princesa, su esposa, quien en los preparativos del viaje mostró aquel carácter y varonil energia que en otras ocasiones ménos plausibles ha mostrado en lo sucesivo, iba en un coche con sus tiernos hijos, y dió órdenes para pasarlos á bordo y tomar otras convenientes disposiciones con presencia de ánimo admirable. Al cabo de diez y seis años de retiro y demencia apareció en público la Reina madre, y en medio del insensible desvario de su locura, quiso algunos instantes como volver á recobrar la razon perdida. Molesto y lamentable espectáculo, con que

quedaron rendidos á profunda tristeza los fieles moradores de Lisboa: dudosos del porvenir, olvidaban en parte la suerte que les aguardaba, dirigiendo al cielo fervorosas plegarias por la salud y feliz viaje de la real familia. La inquietud y desasosiego crecía de punto al ver que por vientos contrarios la escuadra no salía del puerto.

Al fin el 29 dió la vela, y tan oportunamente, que á las diez de aquella misma noche llegaron los franceses á Socaven, distante dos leguas de Lisboa. Juntos, desde su llegada á Abrantes, había dado nueva forma á la vanguardia de su desbarregado ejército, y había tratado de superar los obstáculos que con las grandes avenidas retardaban echar un puente para pasar el Cécero. Antes que los ingenieros hubieran podido concluir la emprendida obra, ordenó que en buques cruzasen el río parte de las fuerzas de su mando, y con diligencia apresuró su marcha. Ahora ofrecía el país más recursos; pero á pesar de la fertilidad de los campos, de los muchos viveres que proporcionó Santarém, y de la mejor disciplina, el número de soldados rezagados era tan considerable, que las deliciosas quintas de las orillas del Tago y las solitarias granjas fueron entregadas al saco, y pilladas como lo había sido el país que media entre Abrantes y la frontera española.

Anunció el 30, y vió Lisboa entrar por sus muros al invasor extranjero; día de luto y desoladora aflicción: otros años lo había sido de festejos públicos y general regocijo, como víspera del día en que Pinto Ribeiro y sus parciales, arrojando á los españoles, habían aclamado y ensalzado á la casa de Braganza: época sin duda gloriosa para Portugal, sumamente desgraciada para la unión y prosperidad del conjunto de los pueblos peninsulares. Seguía á Junot una tropa flaca y estropeada, molida con las fatigadas marchas, sin artillería y muy desprovista, muestra poco ventajosa de las temidas huestes de Napoleón. Hasta la misma naturaleza parecía tomar parte en suceso tan importante, habiendo, aun que ligeramente, temblado la tierra. Junot, arrebatado por su imaginación, y aprovechándose de este incidente, en tono gentílico y supersticioso daba cuenta de su expedición escribiendo al ministro Clarke: «Los dioses se declaran en nuestro favor, lo vaticina el terremoto que, atestiguando su omnipotencia, no nos ha causado daño alguno.» Con mas razón hubiera podido contemplar aquel fenómeno, graduándolo de presagio anuncio de los males que amenazaban á los autores de la agresión injusta de un estado independiente.

Conservó Junot por entonces la regencia que antes de embarcarse había nombrado el Príncipe, pero agregando á ella al francés Hermann. Sin contar mucho con la autoridad nacional, resolvió por sí imponer al comercio de Lisboa un empréstito forzoso de dos millones de cruzados, y confiscar todas las mercaderías británicas, aun aquellas que eran consideradas como de propiedad portuguesa. El cardenal Patriarca de Lisboa, el Inquisidor general y otros prelados publicaron y circularon pastorales en favor de la sumisión y obediencia al nuevo gobierno; reprensibles exhortos, aunque hoyan sido dados por impulso á insinuaciones de Junot. El pueblo, agitado, fué señal de mucho descontento cuando el 13 dió que en el arsenal se ensartaba la bandera extranjera en lugar de la portuguesa. Apuró su sufrimiento la pomposa y magnífica revista que tres días después en la plaza del Rosío: allí dió el General en jefe gracias á las tropas en nombre del Emperador, y al mismo tiempo se tembló en el

castillo, con veinte y cinco cañonazos, repetidos por todos los fuertes, la bandera francesa. Universal murmullo respondió á estas demostraciones del extranjero, y hubiérase seguido una terrible explosión, si un hombre audaz hubiera osado acaudillar á la multitud conmovida. La presencia de la fuerza armada contuvo el sentimiento de indignación que aparecía en los semblantes del numeroso concurso; sólo en la tarde, con motivo de haber preso á un soldado de la policía portuguesa, se alborotó el populacho, quiso sacarlo de entre las manos de los franceses, y hubo de uno y otra parte muertes y desgracias. El tumulto no se sosegó del todo hasta el día siguiente por la mañana, en que se ocuparon las plazas y puntos importantes con artillería y suficientes tropas.

Al comenzar Diciembre, no completa todavía su división, D. Francisco María Solano, marqués del Socorro, se apoderó sin oposición de Velhas, después de haber consultado su comandante al gobierno de Lisboa. Antes de entrar en Portugal había recomendado á sus tropas, por medio de una proclama, la más severa disciplina; conservóse, en efecto, aunque obligado Socorro á poner en ejecución las órdenes arbitrarias de Junot, causaba á veces mucho disgusto en los habitantes, manifestando, sin embargo, en todo lo que era compatible con sus instrucciones, desinterés y loable integridad. Al mismo tiempo, creyéndose dueño tranquilo del país, empezó á querer transformar á Setúbal en otra Salento, ideando reformas en que generalmente más bien mostraba buen deseo que profundos conocimientos de administración y de hombre de estado. Sus experiencias no fueron de larga duración.

Por Tomar y Coimbra se dirigieron á Oporto algunos cuerpos de la división de Lartafa, los que sirvieron para completar la del general D. Francisco Taranco, quien por aquellos primeros días de Diciembre cruzó el Miño con solos 6 000 hombres, en lugar de los 10 000 que era el contingente pedido; modelo de prudencia y cordura, mereció Taranco el agradecimiento y los elogios de los habitantes de aquella provincia. El portugués Acurcio das Neves alaba en su historia la severa disciplina del ejército, la moderación y prudencia del general Taranco, y añade: «El nombre de este general será pronunciado con eterno agradecimiento por los naturales, testigos de su dulzura é integridad; tan sincero en sus promesas como Junot perfido y falaz en las suyas.» Agrada oír el testimonio honroso que por boca imparcial ha sido dado á un jefe bizarro, amante de la justicia y de la disciplina militar, al tiempo que muy diversas esencias se representaban lastimosamente en Lisboa.

Así iban las cosas de Portugal, entre tanto que Bonaparte, después de haberse detenido unos días por las ocurrencias del Escorial, salió, al fin, para Italia el 15 de Noviembre. Era uno de los objetos de su viaje poner en ejecución el artículo del tratado de Fontenablen, por el que la Etruria ó Toscana era agregada al imperio de Francia. Gobernaba aquel reino como regenta desde la muerte de su esposo, la infanta doña María Luísa, quien ignoraba el trasceso hecho sin su ausencia de los estados de su hijo. Y no habiendo precedido aviso alguno, ni confidencial, de sus mismos padres los reyes de España, la Regenta se halló sorprendida el 28 de Noviembre con haberle comunicado el ministro francés d'Aubusson que era necesario se preparase á dejar sus dominios, estando para ocuparlos las tropas de su amo el Emperador, en virtud de con-

que le había hecho España. Aturrida la Reina con la seguridad é importancia de tal nueva, apenas daba crédito á lo que veía y oía, y por de pronto se resistió al cumplimiento de la desusada intimación; pero insistiendo con más fuerza el Ministro de Francia, y propasándose á amenazarla, se vió obligada la Reina á someterse á su dura suerte, y con su familia salió de Florencia el 1.º de Diciembre. Al paso por Milan tuvo vistas con Napoleon; alegrábase del feliz encuentro, confiando hallar alivio á sus penas; mas en vez de consuelos sólo recibió nuevos desengaños. Y como si no bastase para oprimirla de dolor el inmensado despojo del reino de su hijo, acrecentó Napoleon los disgustos de la desvalida Reina, achacando la culpa del estipulado cambio al gobierno de España. Es también de advertir que después de abultarle sobremanera lo acaecido en el Escorial, le aconsejó que suspendiese su viaje, y aguardase en Turin ó Niza el fin de aquellas disensiones; indicio claro de que ya entonces no pensaba cumplir en nada lo que dos meses ántes había pactado en Fontainebleau. Siguió, sin embargo, la familia de Parma, despojada del trono de Etruria, su viaje á España, adonde iba á ser testigo y partícipe de nuevas desgracias y trastornos. Así en dos puntos opuestos, y al mismo tiempo, fueron despojadas de sus tronos dos esclarecidas estirpes; una quizá para siempre, otra para recobrarle con mayor brillo y gloria.

Aun estaba en Milan Napoleon, cuando contestó á una carta de Carlos IV, recibida poco ántes, en la que le proponía este monarca enlazar á su hijo Fernando con una princesa de la familia imperial. Asustado, como hemos dicho, el Príncipe de la Paz con ver complicado el nombre francés en la causa del Escorial, pareció oportuno mover al Rey á dar un paso que suavizara la temida indignación del Emperador de los franceses. Incierto éste en aquel tiempo sobre el modo de enseñorearse de España, no desechó la propuesta; antes bien, la aceptó, afirmando en su contestación no haber nunca recibido carta alguna del Príncipe de Asturias; disimulo en la ocasión lícito y aun atento. Debíó sin duda inclinarse entonces Bonaparte al indicado casamiento, habiéndosele formalmente propuesto en Mantua á su hermano Luciano, á quien también ofreció allí el trono de Portugal, olvidándose, ó más bien burlándose de lo que poco ántes había solemnemente pactado, como varias veces nos lo ha dado ya á entender con su conducta. Luciano, ó por desvío ó por no confiar en las palabras de Napoleon, no admitió el ofrecido cas; mas no desdénó el enlace de su hija con el heredero de la corona de España; enlace que, á pesar de la repugnancia de la futura esposa, hubiera tenido cumplido efecto si el Emperador francés no hubiera alterado ó mudado su primitivo plan.

Ilena, empero, de admisión que en la importantísima empresa de la Península anduviese su prevenido ánimo tan vacilante y dudoso. Una sola idea parece que hasta entonces se había grabado en su mente: la de mandar sin embarazo ni estorbo en aquel vasto país, confiando á su feliz estrella ó á las circunstancias el conseguir su propósito y acertar con los medios. Así á ciegas y con más frecuencia de lo que se piensa, suele revolverse y trocarse la suerte de las naciones.

De todos modos, era necesario contar con poderosas fuerzas para el fácil logro de cualquier plan que á lo último adoptase. Con este objeto se formaba en Bayona el segundo cuerpo de observación de la Girona, en tanto que el primero atravesaba por España. Constaba de 24.000 hombres de infantería,

nuevamente organizada con soldades de la conscripción de 1808, pedida con anticipación, y de 3.500 caballos sacados de los depósitos de lo interior de Francia, con los que se formaron regimientos provisionales de coraceros y cazadores. Mandaba en jefe el general Dupont, y las tres divisiones en que se distribuía aquel cuerpo de ejército, estaban á cargo de los generales Barbon, Vedel y Malher, y al del piamonte Fresia la caballería. Empezó á entrar en España sin convenio anterior ni conformidad del gabinete de Francia con el nuestro, con arreglo á lo prevenido en la convención secreta de Fontainebleau; infracción precursora de otras muchas. Dupont llegó á Irun el 22 de Diciembre, y en Enero estableció su cuartel general en Valladolid, con partidas destacadas camino de Salamanca, como si hubiera de dirigirse hacia los linderos de Portugal. La conducta del nuevo ejército fué más indelicada y arrogante que la del primero, y daba indicio de lo que se disponía. Estimulaba con su ejemplo el mismo general en jefe, cuyo comportamiento tocaba á veces en la raya del desenfreno. En Valladolid echo por fuerza de su habitación á los marqueses de Ordofio, en cuya casa alojaba, y al fin se vieron obligados á dejársela toda entera á su libre disposición; tal ora la dureza y malos tratos, mayormente sensibles por provenir de quien se decía aliado, y por ser en un país en donde era transcurrido un siglo con la dicha de no haber visto ejército enemigo, con cuyo nombre, en adelante, deberá calificarse al que los franceses habían metido en España.

No se habían pasado los primeros días de Enero sin que pudiese su territorio otro tercer cuerpo, compuesto de 25.000 hombres de infantería y 2.700 caballos, que había sido formado de soldados bisoños, trasladados en posta á Burdeos de los depósitos del Norte. Principió á entrar por la frontera el 9 del mismo Enero, siendo capitaneado por el mariscal Momey, y con el nombre de cuerpo de observación de las costas del Océano; era el general Harispe jefe de estado mayor; mandaba la caballería Grouchi, y las respectivas divisiones Musnier de la Converserie, Morlet y Gobert. Prosiguió su marcha hasta los lindes de Castilla, como si no hubiera hecho otra cosa que continuar por provincias de Francia, prescindiendo de la ausencia del gobierno español, y quebrantando de nuevo y descaradamente los cuencios y empeños con él contrados.

Inquietaba á la corte de Madrid la conducta extraña é inexplicable de su aliado, y cada día se acrecentaba su sobresalto con los desaires que en París recibían Izquierdo y el embajador Príncipe Maserano. Napoleon debía ver mas á las claras su premeditada resolución, y á veces, despreciando altamente al Príncipe de la Paz, censuraba con acrimonia los procedimientos de su administración. Desatendia de todo punto sus reclamaciones, y respondiendo con desden al manifestado deseo de que se mudase al embajador Beauharnais á causa de su oficiosa diligencia en el asunto del proyectado casamiento, dió, por último, en el *Monitor* de 24 de Enero un auténtico y publico testimonio del olvido en que había echado el tratado de Fontainebleau, y al mismo tiempo dejó traslucir las tramas que contra España andaba. Se insertaron, pues, en el diario de oficio dos exposiciones del ministro Champagny, una atrasada del 21 de Octubre, y otra mas reciente del 2 de Enero de aquel año. La primera se publicó, digámoslo así, para servir de introducción á la segunda, en la que, después de considerar al Brasil como colonia inglesa, y de congratularse el Mi-

nistro de que por lo ménos se viese Portugal libre del yugo y fatal influjo de los enemigos del continente, concluía con que intentando éstos dirigir expediciones secretas hacia los mares de Cadix, la Península entera fijaría la atención de S. M. I. Acompañó á las exposiciones un informe no ménos notable del ministro de la Guerra Clarke, con fecha de 6 de Enero, en el que se trataba de demostrar la necesidad de exigir la conscripción de 1809 para formar el cuerpo de observación del Océano, sobre el que nada se había hablado ni comunicado anteriormente al gobierno español; inútil es recordar que el mismo senado de Francia concedió pocos días después el pedido aliamiento. Puestas de manifiesto cada vez más las torcidas intenciones del gabinete de Saint-Cloud, llegamos ya al estrecho en que todo disfraz y disimulo se echó á un lado, y en que cesó todo género de miramientos.

El 1.º de Febrero hizo Junot saber al público, por medio de una proclama, que la casa de Braganza había cesado de reinar, y que el emperador Napoleón, habiendo tomado bajo su protección el hermoso país de Portugal, quería que fuese administrado y gobernado, en su totalidad, á nombre suyo y por el general en jefe de su ejército. Así se desvanecieron los sueños de soberanía del deslumbrado Godoy, y se frustraron á la casa de Parma las esperanzas de una justa y debida indemnización. Junot se apoderó del mando supremo á nombre de su soberano, extinguió la regencia elegida por el príncipe D. Juan antes de su embarco, reemplazándola con un consejo de regencia, de que él mismo era presidente. Y para colmar de amargura á los portugueses y aumentar, si era posible, su descontento, publicó en el mismo día un decreto de Napoleón, dado en Milán, á 23 de Diciembre, por el que se imponía á Portugal una contribucion extraordinaria de guerra de 100 millones de francos, como redención, de la, de todas las propiedades pertenecientes á particulares; se secuestraban tambien todos los bienes y hereditamientos de la familia real y de los hidalgos que habian seguido su suerte. Con estas arbitrarias disposiciones trataba á Portugal, que no habia hecho intento ni resistencia alguna, como país conquistado, y lo trataba con dureza digna de la Edad Media. Gravado extraordinariamente con 100 millones de francos á un reino de la extension y riqueza de Portugal, al paso que con la adopcion del sistema continental se le privaba de sus principales recursos, era lo mismo que decretar su completa ruina y aniquilamiento. No ascendia probablemente á tanto la moneda que era necesaria para los cambios y diaria circulacion, y hubiera sido materialmente imposible realizar su pago, si Junot, convencido de las insuperables dificultades que se ofrecian para su pronta e inmediata exaccion, no hubiera fijado plazos y acordado ciertas é indispensables limitaciones. De ofensa mas bien que de suave ensueño pudiera graduarse el haber trazado al margen de destrutoras medulas un cuadro lionepeto de la futura debilidad de Portugal, con la no ménos halagadora esperanza de que nuevos Camoens nacerian para glorificar el Partiso lusitano. A poder reanimarse las monetas cenizas del cantor de Ilumia, sólo hubieran trazado vida para alentar á sus compatriotas contra el opresor extranjero, y para excitarnos vívidamente á que no empadecemos con su sumo honor las mortales glorias adquiridas por sus antepasados hasta en las regiones mas apartadas del mundo.

Todavía no habia llegado el oportuno momento de que el noble orgullo de aquella nacion abierta-

mento se declarase; pero queriendo con el silencio expresar de un modo significativo los sentimientos que albergaba en su generoso pecho, tres fueron los solos habitantes de Lisboa que iluminaron sus casas en celebridad de la mudanza acarada.

Los temores que á Junot infundía la injusticia de sus procedimientos, le dictaron acelerar la salida de las pocas y antiguas tropas portuguesas que aun existian, y formando de ellas una corta division de apenas 10.000 hombres, dió el mando al Marqués de Alorna, y no se habia pasado un mes cuando tomaron el camino de Valladolid. Gran numero desertó antes de llegar á su destino.

Clara ya y del todo descubierta la política de Napoleón respecto de Portugal, dispolian en tanto los fugitivos aliados de España dar al mundo una señalada prueba de lealtad. Por las estrechuras de Rianchovalles se encaminó hacia Pamplona el general d'Armagnac con tres batallones, y presentándose repentinamente delante de aquella plaza, se le permitió, sin obstáculo, alojar dentro sus tropas; no contento el frances con esta demostracion de amistad y confianza, solicitó del virey, Marqués de Vallsantoro, meter en la ciudadela dos batallones de suizos, no color de tener recelos de su fidelidad. Negóse á ello el Virey, alegando que no le era lícito acceder á tan grave propuesta sin autoridad de la corte; adecuada contestacion, y digna del debido elogio, si la vigilancia hubiera correspondido á lo que requería la critica situacion de la plaza. Pero tal era el desquicio, tal el incomprensible abandono, que hasta dentro de la misma ciudadela floian todos los dias los soldados franceses á buscar sus raciones, sin que se tomaran ni las comunes precauciones de tiempo de paz. No así despreviendo el general d'Armagnac, se habia de autemano hospedado en casa del Marqués de Vexolla, porque situado aquel edificio al remate de la espina y en frente de la puerta principal de la ciudadela, podia desde allí con más facilidad acechar el oportuno momento para la ejecucion de su atrevido designio. Viendo frustrado su primer intento con la repulsa del Virey, ideó el frances recurrir á un vergonzoso artil. Uno á uno, y con estudiada disimulacion, mandó que, en la noche del 15 al 16 de Febrero, pasaran con armas á su posada cierto número de granaderos, al paso que en la mañana siguiente soltaba los escudidos, guados bajo disfraz por el ofendido batallón Robert, acudieron á la ciudadela á tomar los viveres de costumbre. Nevaba, y bajo pretexto de aguardar á su jefe, empezaron los últimos á divertirse tirándose unos á otros pellos de nieve; distrayeron con el entretenimiento la atención de los españoles, y corriendo y jugando de aquella manera, se pusieron algunos sobre el puente levadizo para impedir que le alzase. A poco, y á una señal convenida, se abalanzaron los restantes al cuerpo de guardia, desarmaron á los desquiciados centinelas, y apoderándose de los fusiles del resto de la tropa, colocados en el armario, franquearon la entrada á los granaderos ocultos en casa de D'Armagnac, á los que de cerca siguieron todos los demás. La traccion se ejecutó con tanta celeridad, que apenas habia recibido la primera noticia el desasistido Virey, cuando ya los franceses se habian del todo posesionado de la ciudadela. D'Armagnac le escribió entónces, á manera de satisfaccion, un oficio en el que, al paso que se disculpaba con la necesidad, justificábase de que en nada se alteraría la buena armonía propia de dos fieles aliados, género de oficio, con que hacia resaltar su fementida conducta.

Por el mismo tiempo se había reunido en los Pirineos oriental una división de tropas italianas y francesas, compuesta de 11.000 hombres de infantería y 1.700 de caballería, en 4 de Febrero tomó en Perpignan el mando el general Dubesme, quien, en sus Memorias, cuenta que disponía 7.000 soldados; a sus órdenes estaban el general italiano Lechi y el francés Claibon. A pocos días penetraron por la Jonquera, dirigiéndose á Barcelona, con intento de tomarle por sorpresa su viaje á Valencia. Antes de avistar los muros de la capital de Cataluña, recibió Dubesme una intimación del Capitán general Conde de Espelleta, como por aquella vía del de Santa Clara, para suspender su marcha hasta tanto que consultase á la corte. Completamente ignoraba esta el envío de tropas por el lado oriental de España, ni el embajador francés había siquiera informado de la novedad, tanto más importante, cuanto Portugal no podía servir de apoyo á la presente expedición. Dubesme, lejos de arredrarse con el requerimiento de Espelleta, contestó de palabra con arrogancia que á todo evento marcharía á name las órdenes del Emperador, y que sobre el Cónsul general de Cataluña reposaba la responsabilidad de cualquiera desavenencia. Celebró en seguida el Conde de Espelleta, y en él se acordó permitir la entrada en Barcelona á las tropas francesas. Así se realizaron el 13 de aquel mes, quedando, no obstante, en poder de la guarnición española Monjuich y la ciudadela. Pudo Dubesme que, en prueba de buena armonía, se dejase á sus tropas alojarse con las nacionales en la guardia de todas las puertas. Esto de instrucciones y temores de la ciudad francesa, recibió Espelleta con harta su buen juicio y debilidad á la imperiosa demanda, ordenando Dubesme en la puerta principal de la nueva ciudadela una compañía de granaderos, en cuyo puesto había se a punto veinte soldados españoles. Desgraciado el Capitán general de haber llevado tan alta en consideración la, rogó al francés que retirase aquel piquete; pero, muy otras eran las intenciones del último, no contentándose ya con dada guerra que con la total ocupación. Andaba también Dubesme más receloso á causa de la llegada á Barcelona del oficial de artillería D. Joaquín Omea, á quien suponía enviado con especial encargo de que se velase por la conservación de la plaza, probado la consigna, en efecto, el en Madrid hubiera habido sombra de buen gobierno; mas era tan al contrario, que Omea había sido comisionado para facilitar á los aliados cuanto apeteciesen, y para recomendar la buena armonía y mejor trato de que se usasen en instrucciones verbal que primero de paso, al llegar, en las conversaciones con los oficiales, cual fuese el verdadero objeto de la expedición, como si para ello hubiera habido necesidad de correr hasta Barcelona, y de despachar expresamente un oficial de explorador.

Trató, en fin, Dubesme de apoderarse por sorpresa de la ciudadela y de Monjuich el 28 de Febrero; fué estenuado con el reboto, aquel mismo día, de una carta escrita en París por el Ministro de la Guerra, en la que le expone dueño de las fortalezas de Barcelona, tanto más de ordenar lo que á las clases hubiera sido inhumano y vergonzoso. Para adormecer la vigilancia de los españoles, espacion los franceses por la ciudad que se les había enviado la orden de continuar su camino á Cadix; mentirosa voz, que se hacía más verosímil con la llegada del correo real. Igualmente también que antes de la partida debían revisar las tropas, y con

aquel pretexto las juntaron en la explanada de la ciudadela, apostando en el camino que de allí va á la Asturiana un batallón de vélites italianos, y colocando la demás fuerza de modo que llamase hacia otra parte la atención de los curules. Hacia la retaguardia de algunos cuerpos, se dirigió el general Lechi, con grande acompañamiento de estado mayor, del lado de la puerta principal de la ciudadela, y aparentando comunicar órdenes al oficial de guardia se detuvo en el puente levadizo para dar lugar á que los vélites, cuya derecha se había apoyado en la misma escarada, avansasen cubiertos por el rebellón que defende la entrada; ganaron de este modo el puente, empujando con los caballos, después de haber arrollado al primer centinela, cuya voz fue apagada por el ruido de los tambores franceses que en las torres resonaban. Entonces penetró Lechi dentro del recinto principal con su numerosa comitiva, le siguió el batallón de vélites, y la compañía de granaderos, que ya de antemano montaba la guardia en la puerta principal, reprimió á los veinte españoles, obligados á ceder al número y á la sorpresa; cuatro batallones franceses entraron después á sostener al que primero había entrado á horcasillas, y acabaron de hacerse dueños de la ciudadela. Dos batallones de guardias españolas y valonas la guarnecían; pero pocos de confianza, oficiales y soldados habían ido á la ciudad á sus diversas ocupaciones, y cuando quisieron volver á sus puestos encontraron resistencia en los franceses, quienes, al fin, se lo permitieron, después de haber tomado escrupulosas precauciones. Los españoles pasaron luego la noche y casi todo el siguiente día formados enfrente de sus nuevos y molestos huéspedes; é inquietos estos con aquella hostil demostración, lograron que se diese orden á los nuestros de arrojarse fuera y evacuar la plaza. Santilly, comandante español, así que vió tan desleal proceder, se presentó á Lechi como prisionero de guerra, quien cuando recordarle la amistad y alianza de ambas naciones, al mismo tiempo que arteramente quebrantaba todos los vínculos, le recibió con empujón agasajo.

Entre tanto, y á la hora en que parte de la guarnición había bajado á la ciudad, otro cuerpo francés avanzaba hacia Monjuich. La situación elevada y descubierta de este fuerte impidió á los extranjeros tocar, sin ser vistos, el pie de los muros. Al aproximarse se alzó el puente levadizo, y en balde intentó el comandante francés Florenti que se le abriesen las puertas; allí mandaba D. Mariano Alvarez. Desconcertado Dubesme en su delirio intento, recurrió á Espelleta, y poniendo por delante las órdenes del Emperador, le amenazó tomar por fuerza lo que de grado no se le rindiese. Atemorizado el Capitán general, ordenó la entrega; don Alvarez un instante; mas la severidad de la disciplina militar, y el riesgo que todavía reinaba por todas partes, le forzaron á obedecer al mandato de su jefe. Sin embargo, habiéndose conmovido algún tanto Barcelona con la alevosa ocupación de la ciudadela, se aguardó á muy entrada la noche para que, sin riesgo, pudiesen los franceses entrar en el recinto de Monjuich.

Irritados á lo sumo con semejantes y repetidas pérdidas los generosos pechos de los militares españoles, se tomaron exiguas providencias para evitar un compromiso, y dejando en Barcelona á las guardias españolas y valonas, con la artillería, se mandó salir á Villafranca el regimiento de Extremadura.

Al paso por Figueras había Duhesme dispuesto que se detuviese allí alguna de su gente, alegando especiosos pretextos. Durante más de un mes permanecieron dichos soldados tranquilos, hasta que ocupados todos los fuertes de Barcelona, trataron de apoderarse de la ciudadela de San Fernando con la misma ruin estratagema empleada en las otras plazas. Estando los españoles en vela, acudieron á tiempo á la sorpresa y la impidieron; mas el Gobernador, anciano y tímido, dió permiso dos dias despues al mayor Piat para que encerrase dentro 200 conscriptos, bajo cuyo nombre metió el frances soldados escogidos, los cuales, con otros que á su sombra entraron, se enseñorearon de la plaza el 18 de Marzo, despidiendo muy luego el corto número de españoles que la guarnecian.

Pocos dias ántes habia caído en manos de los falsos amigos la plaza de San Sebastian: era su gobernador el brigadier español Daiguillon, y comandante del fuerte de Santa Cruz el capitán Douton. Advertido aquél por el Cónsul de Bayona de que Murat, gran duque de Berg, le habia indicado en una conversacion cuán conveniente seria para la seguridad de su ejército la ocupacion de San Sebastian, dió parte de la noticia al Duque de Mahon (12), comandante general de Guipúzcoa, recién llegado á Madrid. Inmediatamente consultó éste al Príncipe de la Paz, y ántes de que hubiera habido tiempo para recibir contestacion, el general Monthion, jefe de estado mayor de Murat, escribió á Daiguillon participándole cómo el gran Duque de Berg habia resuelto que los depósitos de infantería y caballería de los cuerpos que habian entrado en la Península se trasladasen de Bayona á San Sebastian, y que fuesen alojados dentro, debiendo salir para aquel destino del 4 al 6 de Marzo. Apénas habia el Gobernador abierto esta carta, cuando recibió otra del mismo jefe avisándole que los depósitos, cuya fuerza ascenderia á 350 hombres de infantería y 70 de caballería, saldrian ántes de lo que habia anunciado. Comunicados ambos oficios al Duque de Mahon, de acuerdo con el Gobernador y con el comandante del fuerte, respondió el mismo Duque rogando al de Berg que suspendiese su resolucion hasta que le llegase la contestacion de la corte, y ofreciendo entre tanto alojar con toda comodidad fuera de la plaza y del alcance del cañon los depósitos de que se trataba. Ofendido el Príncipe frances de la inesperada negativa, escribió por sí mismo en 4 de Marzo una carta altiva y amenazadora al Duque de Mahon, quien, no desdiciendo entónces la conducta propia de un descendiente de Crillon, replicó dignamente y reitiró su primera respuesta. Grande, sin embargo, era su congoja y arriesgada su posicion, cuando la flaca condescendencia del Príncipe de la Paz, y la necesidad en que habia estrechado á éste su culpable ambicion, sacaron á todos los jefes de San Sebastian de su terrible y crítico apuro. Al márgen del oficio que en consulta se le habia escrito, puso el generalísimo Godoy de su mismo puño, fecha 3 de Marzo, «que ceda el Gobernador la plaza, pues no tiene medio de defenderla; pero que lo haga de un modo amistoso, segun lo han practicado los de las otras plazas, sin que para ello hubiese ni tantas razones ni motivos de excusa como en San Sebastian.» De resultas ocupó con los depósitos la plaza y el puerto el general Thouvenot.

Hé aquí el modo insidioso con que en medio de

la paz y de una estrecha alianza se privó á España de sus plazas más importantes: perfidia atroz, deshonrosa arteria en guerreros envejecidos en la gloriosa profesion de las armas, ajena é indigna de una nacion grande y belicosa. Cuando leemos en la juiciosa historia de Coloma el ingenioso ardido con que Fernando Tello Portocarrero sorprendió á Amiens, notamos en la atrevida empresa agudeza en concebirla, bazarria en ejecutarla y loable moderacion al alcanzar el triunfo. La toma de aquella plaza, llave entónces de la frontera de Francia del lado de la Picardía, y cuya sorpresa, segun nos dice Sully, oprimió de dolor á Enrique IV, era legitima; guerra encarnizada andaba entre ambas naciones, y era lícito al valor y á la astucia buscar laureles que no se habian de mancillar con el quebrantamiento de la buena fe y de la lealtad. El bastardo proceder de los generales franceses no sólo era escandaloso por el tiempo y por el modo, sino que tambien era tanto ménos disculpable cuanto era ménos necesario. Dueño el gobierno frances de la débil voluntad del de Madrid, lo hubiera bastado una mera insinuacion, sin acudir á la amenaza, para conseguir del obsequioso y sumiso aliado la entrega de todas las plazas, como lo ordenó con la de San Sebastian.

Tampoco echó Napoleon en olvido la marina, pidiendo con ahinco que se reuniesen con sus escuadras las españolas. En consecuencia dióse el 7 de Febrero la órden á D. Cayetano Valdés, que en Cartagena mandaba una fuerza de seis navios, de hacerse á la vela dirigiendo su rumbo á Tolon. Afortunadamente vientos contrarios, y segun se cree, el patriótico celo del comandante, impidieron el cumplimiento de la órden, tomando la escuadra puerto en las Baleares.

Hechos de tal magnitud no causaron en las provincias lejanas de España impresion profunda. Ignorábanse, en general, ó se atribuian á amaños de Godoy: lo dificultoso y escaso de las comunicaciones, la servidumbre de la imprenta, y la extremada reserva del Gobierno, no daban lugar á que la opinion se ilustrase, ni á que se formase juicio acertado de los acaecimientos. En dias como aquellos recoge el poder absoluto con creces los frutos de su imprevision y desafueros. Tambien los pueblos, si no son envueltos en su ruina, al ménos participan bastante de sus desgracias; como si la Providencia quisiera castigarlos de su indolencia y culpable sufrimiento.

Por lo demas, la corte estaba muy inquieta, y se asegura que el Príncipe de la Paz fué de los que primero se convencieron de la mala fe de Napoleon y de sus depravados intentos; disfrazábalos, sin embargo, éste, ofreciendo á veces en su conducta una alternativa hija quizá de su misma vacilacion é incertidumbre; pues al paso que proyectaba y ponía en práctica hacerse dueño de todo Portugal y de las plazas de la frontera sin miramiento á tratados ni alianzas, no sólo regalaba á Carlos IV, en los primeros dias de Febrero, en prueba de su íntima amistad, quince caballos de coche, sino que asimismo le escribia amargas quejas por no haber reitirado la peticion de una esposa imperial para el Príncipe de Asturias; y si bien no era union ésta apetecible para Godoy, por lo ménos no indicaba Bonaparte, con semejante demostracion, querer derribar del trono la estirpe de los Borbones. Dudas y zozobras asaltaban de tropel la mente del valido, cuando la repentina llegada, por el mes de Febrero, de su confidente D. Eugenio Izquierdo acabó de perturbar su ánimo. En la numerosa corte que le

(12) Esta órden se copia de los papeles que en defensa suya ha publicado el mismo Duque de Mahon.

desearlo afecto; y aunque el 10 de Marzo salió para París con nuevas instrucciones y carta de Carlos IV, habíanse ya perdido las esperanzas de evitar el terrible golpe que amenazaba.

El gobierno francés no había interrumpido el envío sucesivo de tropas y oficiales, y en el mes de Marzo se formó un nuevo cuerpo, llamado de observación de los Pirineos occidentales, que ascendía á 19,000 hombres, sin contar con 6,000 de la guardia imperial, en cuyo número se distinguían maulucos, palaca y todo género y variedad de uniformes propios á excitar la viva imaginación de los españoles. Se encomendó esta fuerza al mando de Bessières, duque de Istria: parte de los cuerpos se acabaron de organizar dentro de la Península, y era continuando su movimiento y ejercicio.

Habia ya en el corazón de España, aun no incluyendo los de Portugal, 100,000 franceses, sin que á las claras se supiese su verdadera y determinado objeto, y cuya entrada, segun dejamos dicho, habia sido contraria á todo lo que solemnemente se habia estipulado entre ambas naciones. Faltaban á los diversos cuerpos en que estaba distribuido el ejército francés un general en jefe, y recayó la elección en Murat, gran duque de Berg, con título de lugarteniente del Emperador, de quien era cuñado. Llegó á Bayona en los primeros dias de Marzo, solo y sin acompañamiento; pero le habian precedido y le seguian oficiales sueltos de todas graduaciones, quienes debian encargarse de organizar y disciplinar los nuevos alistados que continuamente se remitian á España. Llegó Murat á Burgoa el 13 de Marzo, y en aquel dia dió una proclama á sus soldados para que tratasen á los españoles, nacion por tantos titulos estimable, como tratarian á los franceses mismos; queriendo solamente el Emperador el bien y felicidad de España.

Tanta tropa y tan numerosos refuerzos, que cada día se internaban más y más en el reino; tanta mala fe y quebrantamiento de solemnes promesas; el viaje de Izquierdo y sus temores; tanto ruido, en fin, de sospechosos indicios impelieron á Gortáiz á tomar una pronta y decisiva resolución. Consultó con los reyes, y al fin les persuadió lo urgente que era pensar en trasladarse del otro lado de los mares. Pareció ántes oportuno, como paso previo, adoptar el consejo dado por el Príncipe de Castel-Franco, de retirarse á Sevilla, desde donde con más descanso se pondrían en obra y se dirigirían los preparativos de tan largo viaje. Para remover todo género de tropiezos se acordó ocupar un campo en Talavera, y se mandó á Solano que de Portugal se repliegase sobre Badajoz. Estas fuerzas, con las que se acurrían de Madrid, debían cubrir el viaje de Ss. MM., y contener cualquiera movimiento que los franceses intentáran para impedirlo. También se mandó á las tropas de Oporto, cuyo digno general Taranco habia fallecido allí de un cólico violento, que se volvieran á Galicia; y se ofició á Junot para que permitiese á Carrara dirigirse con sus españoles hacia las costas meridionales, en donde los ingleses amenazaban descubrir; asíficio, por dentro de paso, denunciado grosero para engañar al general francés. Fue igualmente muy fuera de propósito enviar á Dupont un oficial de estado mayor para exigirle aclaración de las órdenes que habia recibido, como si aquél hubiera de comunicárselas, y como si en caso de contestar con altanería, estuviera el gobierno español en situación de reprimir y castigar su insolencia.

Tales fueron las medidas preliminares que Go-

do; pero inesperados temores de haberse perdido sus intentos, despidiéndolo atropelladamente el edificio de su valimiento y grandera.

LIBRO SEGUNDO.

Primera indolea del viaje de la corte. — Orden para que la guarnición de Madrid pase a Aranjuez. — Proclama de Carlos IV de 18 de Marzo. — Conducta del Embajador de Francia y de Murat. — Situación de una comarca. — Principa comendación de Juan-José. Decreto de Carlos IV. sobre la D. Diego Cosío. Continúa la agitación y temores de otra invasión. — Se inicia comencio de Aranjuez. — Príncipe de Gales. Retirado de Carlos. — Tercer alboroto de Aranjuez. — Situación de Carlos IV el 19 de Marzo. — Comendación de Madrid de 20 y 21 de Marzo. — Alboroto de las provincias. — Juicio sobre la conducta de Carlos IV. — Ministros del nuevo Monarca. — Los quezos. — El hijo del Infanzón. El Riquie y Juan Carlos. — Situación de la familia del nuevo reinado. — Proceso del Príncipe de la Paiz y de otros, 24 de Marzo. — Principa coyuntura para el escape de Murat y a Napoleón. Avanza Murat hacia Madrid. — Encuentro de Fernando en Madrid el 24 de Marzo. — Conducta imprudente de Murat. — Opinión de España sobre Napoleón. — Juicio sobre la conducta de Napoleón. — Propuesta de Napoleón á su hermano Luis. — Correspondencia entre Murat y los reyes padres. — Juicio sobre la protesta. — Suplen los trances entre Murat y los reyes padres. — Desembarque en Madrid. — Llegada de Murat a Madrid el 28 de Marzo. — Príncipe de Asturias en Toros. — Situación de la familia de Carlos. — Muerte de Napoleón. — Murat. — Voz del Infanzón. — Llegada 3 de Abril del general Savary. — Aviso la Heredia. — 10 de Abril. Salida del Rey para Bayona. — Nombramiento de una Junta suprema. — sobre el viaje de Rey. — Llegada el 12 de Abril á Bayona. — Llegada al 13 de Abril. — El Rey y Fernando á Napoleón: entrevista entre el 17 de Abril. — Seguridad que da Savary. — Tentativa á propósitos para que el Rey se escape. — Proclama al pueblo el Rey de Viterbo. — Salida de Vitoria 4 de Abril. — 20 de Abril. entrada de Rey en Bayona. — Sigue la correspondencia entre Murat y los reyes padres. — Pasan los reyes padres al Escorial. — Retirado de Carlos en 7 de Abril. — Quejas y tentativas de Murat. — Retirado de Carlos IV la corona, y anuncia su viaje a Bayona. — Importancia de Madrid. — Alboroto en Toledo. — En Bayona. — Comandante de la plaza de Mirat. — Conducta de la Junta, y medidas que propone. — Príncipe de una Junta que la sustituya. — Llegada a Madrid de Don Juan Ibarriayrre. — Posición de los franceses en Madrid. — Salida de Murat. — Fide la salida para Francia del Infanzón el 2 de Febrero y Príncipe de Asturias. — 7 de Mayo. — Salida de los reyes padres. — Príncipe de Asturias. — Llegada a Bayona. — Situación de Fernando que renuncia. — Conducta de los franceses en Bayona. — Llegada de Carlos IV á Bayona. — Comandante Napoleón. — Comandante Juan José Meléndez de la plaza. — Conducta de Fernando para su familia. — Situación de la familia de Fernando por segunda vez Fernando desconfía de su padre. — Retirado de Carlos IV en Bayona. — Carlos IV y María Luisa. — Retirado de Fernando, como príncipe de Asturias. — La Reina de España. — Príncipe de Asturias. — Situación en Francia. — La familia real de España. — Entrada de la Junta de Bayona. — Murat presidente de la Junta. — Espere la conducta de la Junta. — Napoleón piensa dar la corona de España a José. — Ejecución de Bayona. — Medidas de precaución de Murat.

Los habitantes de España, alejados de los negocios públicos, y gozando de aquella aparente tranquilidad, propia de los gobiernos despóticos, estaban todavía ajenos de por la avenida de nubes que, rebalsando en su suelo como en campo batido, iban á cubrirle de espantosas ruinas. Madrid, sin embargo, agitado ya con vagas é inquietadoras, creció en desasosiego con los preparativos que se notaron de largo viaje en casa de don José Tudó, particular amigo del Príncipe de la Paz, y con la salida de éste para Aranjuez el día 13 de Marzo. Sin aquel incidente no hubiera la última ocurrencia llamado tanto la atención, teniendo el valido por costumbre pasar una semana en Madrid y otra en el sitio en que habitaban SS. MM., quienes de mucho tiempo atrás se detenían solamente en la capital dos meses del año, y aun en aquel, al trasladarse en Diciembre del Escorial á Aranjuez, no tomaron allí su habitual descanso, retrados por el universal disgusto á que había dado ocasión el proceso del Príncipe de Asturias.

Viose muy luego cuán fundados eran los temores públicos, porque al llegar al sitio el Príncipe de la Paz, y después de haber conferenciado con los reyes, anunció Carlos IV á los ministros del Despacho la determinación de retirarse á Sevilla. A pesar del sigilo con que se quisieron tomar las primeras disposiciones, se traslució bien pronto el proyectado viaje, y acabaron de cobrar fuerza las voces esparcidas con las órdenes que se comunicaron para que la mayor parte de la guarnición de Madrid se trasladase á Aranjuez. Prevenido para su cumplimiento el capitán general de Castilla la Nueva, D. Francisco Javier Nagrete, se avisó en la mañana del 16 con el Gobernador del Consejo el coronel D. Carlos Velasco, dándole cuenta de la salida de las tropas en todo aquel día, en virtud de un decreto del Generalísimo-almirante, y previniéndole al propio tiempo, de parte del mismo, publicar un bando que calmase la turbación de los ánimos. No bastándole al Gobernador la orden verbal, exigió de D. Carlos Velasco que la extendiese por escrito, y con ella se fué al Consejo, en donde se acordó, como medida previa y ántes de obedecer el expresado mandato, que se expusiesen reverentemente á S. M. las fatales consecuencias de un viaje tan precipitado. Aplaudióse la determinación del Consejo, aunque nos parece que no fué del todo desinteresada, si consideramos la incierta y precaria suerte que, con la temida emigración más allá de los mares de la dinastía reinante, había de caber á muchos de sus servidores y empleados. Así se vió que hombres que, como el Marques Caballero, en los días de prosperidad habían sido sumisos cortesanos, fueron los que con más empeño aconsejaron al Rey que desistiese de su viaje.

Fuese influjo de aquellas representaciones, ó fuese más bien el fundado temor á que daba lugar el público descontento, el Rey trató momentáneamente de suspender la partida, y mandó circular un decreto á manera de proclama, que comenzaba por la densada fórmula de «amados vasallos míos» (1). La gente ociosa y festiva comparaba, por la novedad, el encabezamiento de tan singular publicación al comenzar de ciertas y famosas relaciones que en sus comedias nos han dejado el insigne Calderón y otros ingenios de su tiempo; si bien no asistía al ánimo bastante seriedad para detenerse al examen de las bondades é innovaciones del estilo. Tratóbase en la proclama de tranquilizar la pública agitación, asegurándose en ella que la reunión de tropas no tenía por objeto ni defender la persona del Rey, ni acompañarle en un viaje que sólo la malicia había supuesto preciso; se insistía en querer persuadir que el ejército del Emperador de los franceses

atravesaba el reino con ideas de paz y amistad, y sin embargo, se daba á entender que, en caso de necesidad, estaba el Rey seguro de las fuerzas que lo ofrecerían los pechos de sus amados vasallos. Bien que con este documento no hubiese sobrado motivo de satisfacción y alegría, la muchedumbre, que leía en él una especie de retractación del intentado viaje, se mostró gozosa y alborozada. En Aranjuez apresuradamente se agolparon todos á palacio, dando repetidos vivas al Rey y á la familia real, que juntos se asomaron á recibir las lisonjeras demostraciones del entusiasmado pueblo. Mas como se notó que en la misma noche del 16 al 17 habían salido las tropas de Madrid para el sitio, en virtud de las anteriores órdenes, que no habían sido revocadas, duró poco y se acabó presto la común alegría.

Entonces se desaprobó generalmente la resolución tomada por la corte de retirarse hacia las costas del Mediodía, y de cruzar el Atlántico en caso urgente. Pero ahora, que con fría imparcialidad podemos ser jueces desapasionados, nos parece que aquella resolución, al punto á que las cosas habían llegado, era conveniente y acertada, ya fuese para prepararse á la defensa, ó ya para que se embarcase la familia real. Desprovisto el erario, corto en número el ejército é indisciplinado, ocupadas las principales plazas, dueño el extranjero de varias provincias, no podía en realidad oponérsele otra resistencia fuera de la que opusiese la nación, de lanzándose con unanimidad y energía. Para tantear este solo y único recurso, la posición de Sevilla era favorable, dando mas treguas al sorprendido y azorado Gobierno. Y si, como era de temer, la nación no respondía al llamamiento del aborrecido Godoy ni del mismo Carlos IV, era para la familia real más prudente pasar á América que entregarse á ciegos en brazos de Napoleón. Siendo, pues, esta determinación la más acomodada á las circunstancias, D. Manuel Godoy, en aconsejar el viaje, obró atinadamente, y la posteridad no podrá en esta parte censurar su conducta; pero le juzgará si gravemente culpable en haber llevado como de la mano á la nación á tan lastimoso apuro, ora dejándola desguarnecida para la defensa, ora introduciéndola en el corazón del reino tropas extranjeras, deslumbrado con la imaginaria soberanía de los Algarbes. El reconcentrado odio que había contra su persona fué también causa que al llegar al desengaño de las verdaderas intenciones de Napoleón, se le achacasen que de consuno con éste había procedido en todo; asercion vulgar, pero tan generalmente creída en aquella sazón, que la verdad exige que abiertamente la desmintamos. Don Manuel Godoy se mantuvo en aquellos tratos fiel á Carlos IV y á María Luisa, sus firmes protectores, y no anduvo desacordado en preferir para sus soberanos un cetro en los dominios de América, más bien que exponerlos, continuando en España, á que fuesen destronados y presos. A lemas Godoy, no habiendo olvidado la manera contemplada con que en los últimos tiempos se había Napoleón declarado contra su persona, recelábase de alguna dañada intención, y temía ser víctima ofrecida en holocausto á la venganza y público aborrecimiento. Bien es verdad que fué después su libertador el mismo á quien consideraba enemigo; mas debiólo á la repentina mudanza acaecida en el gobierno, por la cual fueron atropellados los que confiadamente aguardaban del francés amistad y amparo, y protegido el que se estronchaba al ver que su ejército se acercaba: tan inciertos son los juicios humanos.

(1) Proclama de Carlos IV.

«Amados vasallos míos. Vuestra noble agitación en estas circunstancias es un nuevo testimonio que me asegura de los sentimientos de vuestro corazón, y Yo, que cual padre tiengo un año, me apuro á espalaros en la actual angustia que os aguija. Respondo á vuestro anhelo que el ejército de mi caso alado, el Emperador de los franceses, atraviesa mi reino con ideas de paz y de amistad. He oído que se traslada á los puntos que amenaza el riesgo de algun Jean Bato del campo, y que la retirada de los escuadros de mi guardia no tiene el objeto de defender mi persona, ni acompañarme en un viaje que la malicia os ha hecho suponer como preciso. Desde la libertad de mis vasallos amados, de la cual tengo la más íntima satisfacción, ¿qué puedo yo temer? Y cuando la necesidad urgente lo exige, ¿puedo dudar de las fuerzas que sus pechos generosos me ofrecen? No: esta urgencia no la voy á dar por miedo. Respondo, tranquilizad vuestro espíritu; como hasta aquí con las tropas del alado de vuestro rey, y vedis en breves días restablecida la paz de vuestros corazones, y á Mi gozando de la más dulce de las esperanzas en el seno de mi familia y vuestro amor. Dado en mi palacio real de Aranjuez, á 16 de Marzo de 1808. — Yo el Rey. — Á D. Pedro Cevallos»

Averiguada que fué la traslación de las tropas de la capital al sitio, volviéronse á agitar extraordinariamente las poblaciones de Madrid y Aranjuez con todas las de los alrededores. En el sitio contribuía no poco á sublevar los ánimos la opinión contraria al viaje que publica y decididamente mostraba el Embajador de Francia, sea que ignorase los intentos de su otro y siguiera abrigando la esperanza del acuerdo casamiento, ó sea que tratara de aparentar; inclinamos á lo primero. Mas su opinión, al paso que daba bríos á los enemigos del viaje para oponerse á él, servía también de estímulo y espuela á los partidarios para acelerarlo, esperando unos y temiendo otros la llegada de las tropas francesas que se adelantaban. En efecto, Murat dirigía por Aranda su marcha hacia Somo Sierra y Madrid, y Dupont, por su derecha, se encaminaba á ocupar á Segovia y el Realorral. Este movimiento, hecho con el objeto de impeler á la familia real, intimándola, y precipitar su viaje, vino en apoyo del partido del Príncipe de Asturias, alentándolo con tanta más razón, cuanto parecía darse la mano con el modo de explicarse del Embajador. Murat en su lenguaje demostraba incertidumbre, imputándose entonces á disimulo lo que tal vez era ignorancia del verdadero plan de Napoleón. Al despues tan malogrado don Pedro Velarde, comisionado para acompañarle y acompañarle, le dejaron en Boitrago, en 18 de Marzo, que al día siguiente recibiría instrucciones de su Gobierno; que no sabía si pasaría ó no por Madrid, y que al continuar su marcha á Cádiz, probablemente publicaría en San Agustín las miras del Emperador, encaminadas al bien de España.

Antes anteriores á esto, y no ménos ambigua, parecía la corte de Aranjuez en extremada tribulación. Sin embargo, es de creer que cuando el 16 día el Rey la proclamó en que públicamente desmentaba las voces de viaje, dudó por un instante llevarlo á no á efecto, pues es más justo atribuir aquella proclamación á la perplejidad y turbación propias de aquellos días que al premeditado pensamiento de engañar al pueblo á los pueblos de Madrid y Aranjuez. Continuada, no obstante, los preparativos de viaje, y siendo la desconfianza en los que gobernaban fuera de todo término, se espasmo de nuevo y repentinamente en el sitio que la salida de SS. MM. para Andalucía se realizaba en la noche del 17 al 18. Incertidumbre, junto probablemente con esta intriga, había llevado á Aranjuez, de Madrid y de sus alrededores, muchos forasteros, cuyos constantes rumores minaban los intentos; las tropas que habían ido de la capital participaban del mismo espíritu, y ciertamente hubieran podido sublevarse sin indagación especial. Aseguróse entonces que el Príncipe de Asturias había dicho á un guardia de corps, en quien confiaba: «Esta noche voy al viaje, y yo no quiero ir», y se añadió que con el aviso celebraron una resolución los que estaban dispuestos á impedirlo. Nosotros tenemos entendido que para el efecto advirtió S. A. á D. Manuel Francisco Jauregui, amigo suyo, quien, como oficial de guardias, pudo fácilmente concertarse con sus compañeros de inteligencia, ya con otros de los demás cuerpos. Prevenida de esta manera, el alboroto hubiera comenzado al tiempo de partir la familia real; una casualidad lo anticipó.

Pues que todos en vela, rondaba voluntariamente el pasajero durante la noche, capitaneando la disfrascada, bajo el nombre de tío Pedro, el coqueto y bellísimo tío del Montijo, cuyo nombre en adelante casi siempre estará mezclado con los ruidos y

asonadas. Andaba asimismo patrullando la tropa, y unos y otros custodiaban de cerca y observaban particularmente la casa del Príncipe de la Paz. Entre once y doce salió de ella, muy tapada, doña Josefina Toldó, llevando por escolta á los guardias de honor del Generalísimo; quiso una patrulla descubrir la cara de la dama, la cual, resistiéndolo, excitó una ligera reyerta, disparando al aire un tiro uno de los que estaban presentes. Quién afirma fué el oficial Tuzols, que acompañaba á doña Josefina, para que vinieran en su ayuda; quién el guardia Merlo, para avisar á los conjurados. Lo cierto es que éstos lo tomaron por una señal, pues al instante un trompeta apostado al intento tocó á caballos, y la tropa corrió á los diversos puntos por donde el viaje podía emprenderse. Entonces, y levantándose terrible estrepito, gran número de paisanos, otros transformados en tales, criados de palacio y monteros del infante D. Antonio, con muchos soldados desbandados, acometieron la casa de D. Manuel Godoy, forzaron su guardia, y la entraron como á saco, encendiéndola por todas partes y buscando en balde el objeto de su enfurecida rabia. Creyeron por de pronto que, á pesar de la extremada vigilancia, se había su dueño salvado por alguna puerta desconocida ó escondida, y que, ó había desamparado á Aranjuez, ó ocultado en palacio. El pueblo penetró hasta lo más escondido, y aquellas puertas, antes sólo abiertas al favor, á la hermosura y á lo más brillante y escogido de la corte, dieron franco paso á una soldadesca desenfrenada y torea, y á un populacho encio y desahogado, contrastando tristemente lo magnífico de aquella mansión con el desahogado arreo de sus cueros y repentina huxpedes. Pocas horas habían transcurrido cuando desapareció tanta desconfianza, habiendo sido despojados los salones y estrados de sus suntuosas y ricas adornos para entregarlos al destrozo y á las llamas. Repetida y severa lección que á cada paso nos da la caprichosa fortuna en sus continuados vaivenes. El pueblo, si bien quemó y destruyó los muebles y objetos preciosos, no ocultó para sí cosa alguna, ofreciendo el ejemplo del desinterés más encendido. La publicidad, siendo en tales ocasiones un censor inflexible, y uniéndose á un cierto linaje de generoso entusiasmo, enfrena al mismo desorden, y pone ento á algunos de sus excesos y de sus lamas. Las joyas, collares y todos los distintivos de las dignidades supremas á que Godoy había sido enalzado, fueron preservados y puestos en manos del Rey; poderoso indicio de que entre el populacho había personas capaces de distinguir los objetos que era conveniente respetar y guardar, y aquellos que podían ser destruidos. La Princesa de la Paz, mirada como víctima de la conducta doméstica de su marido, y su hija, fueron bien tratadas y llevadas á palacio, tirando la multitud de su berlina. Al fin, restablecida la tranquilidad, volvieron los soldados á sus cuarteles, y para custodiar la saqueada casa se pusieron dos compañías de guardias españolas y valonas, con alguna mas tropa, que alejase al populacho de sus avencidas.

La mañana del 18 dió el Rey (2) un decreto exonerando al Príncipe de la Paz de sus empleos de ge-

(2) Decreto de S. M. el rey (lejos 17 exonerando á D. Manuel Godoy de sus empleos de generalísimo y almirante.

«Querido mi señor por mi persona el ejército y la marina, he venido en exonerar á D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz, de sus empleos de generalísimo y almirante, mandándole retirarse donde más le acomode. Teniendo entendido, y no olvidando lo á que correspondía, Aranjuez, 16 de Marzo de 1808. — A. D. Antonio Ojaguer Feltes.»

del mismo día 19 á todos los ministros del Despacho, y renunciar en su presencia la corona, colocándola en las sienes del Príncipe heredero. Este acto fué concluido en los términos siguientes: «Como (5) los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso, para reparar mi salud, gozar en un clima más templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado, después de la más seria deliberación, abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo el Príncipe de Asturias. Por tanto es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como rey y señor natural de todos mis reinos y dominios. Y para que este mi real decreto de libre y espontánea abdicación tenga su éxito y debido cumplimiento, lo comunicareis al Consejo y demás á quien correspondía. — Dado en Aranjuez, á 19 de Marzo de 1808. — Yo el Rey. — A D. Pedro Cevallos.»

Divulgada por el sitio la halagüeña noticia, fué indecible el contento y la alegría; y corriendo el pueblo á la plazuela de Palacio, al cerciorarse de tamaño acontecimiento, unánimemente prorrumpió en vitores y aplausos. El Príncipe, después de haber besado la mano á su padre, se retiró á su cuarto, en donde fué saludado, como nuevo rey, por los ministros, gran es y demás personas que allí asistían.

En Madrid se supo en la tarde del 19 la prisión de D. Manuel Godoy, y al anochecer se agrupó y congregó el pueblo en la plazuela del Almirante, así denominada desde el ensalzamiento de aquel á esta dignidad, y sita junta al palacio de los duques de Alba. Allí, levantando gran gritería con rivas al Rey y *muera* contra la persona del derribado valido, acometieron los amotinados su casa, inmediata al paraje de la reunión, y arrojando por las ventanas muebles y preciosidades, quemando todo, sin que nada se hubiese robado ni escudado. Después, distribuidos en varios bandos, y saliendo otros de puntos distintos con hachas encendidas, repitieron la misma escena en varias casas, y señaladamente recibieron igual quebranto en las suyas la madre del Príncipe de la Paz, su hermano D. Diego, su cuñado Marqués de Branciforte, los exministros Alvarez y Soler y D. Manuel Sixto Espinosa; conservándose en medio de las bulliciosas asonadas una especie de orden y concierto.

Siendo universal el júbilo con la caída de Godoy, fué colmado entre los que supieron, á las once de la noche, que Carlos IV había abdicado. Pero como era tarde, la noticia no cundió bastante por el pueblo hasta el día siguiente, domingo, confirmando de oficio por cartelas del Consejo, que anunciaban la exaltación de Fernando VII. Entonces el entusiasmo y gozo creció á manera de frenesí, llevando en triunfo por todas las calles el retrato del nuevo Rey, que fué al último colocado en la fachada de la casa de la Villa. Continué la algazara y la alegría toda aquella noche del 20; pero habiéndose ya notado en ella varios excesos, fueron inmediatamente reprimidos por el Consejo, y por orden suya cesó aquel nuevo género de regocijos.

En las mas de las ciudades y pueblos del reino hubo también fiesta y motín, arrastrando el retrato de Godoy, que los mismos pueblos habían á sus expensas colocado en las casas consistoriales; si bien es verdad que ahora su imagen era abatida y despedazada con general consentimiento, y ántes hu-

bían sido muy pocos los que la habían erigido y reverenciado, buscando por este medio empleos y honores en la única fuente de donde se derivaban las gracias: el pueblo siempre reprobó con expreso y marmullo aquellas lisonjas de indignos concubidados.

Fué tal el gusto y universal contento, ya con la caída de D. Manuel Godoy, y ya también con la abdicación de Carlos IV, que nadie reparó ya entonces en el modo con que este último e importante acto se había celebrado, y si había sido ó no concluido con entera y cumplida libertad: todos lo creían así, llevados de un mismo y general deseo. Sin embargo, graves y fundadas dudas se suscitaban después. Por una parte, Carlos IV se había mostrado á veces propenso á alejarse de los negocios públicos, y María Luisa en su correspondencia declara que tal era su intención cuando su hijo se hubiera casado con una princesa de Francia. Confirmó su propósito Carlos al recibir al cuerpo diplomático con motivo de su abdicación, pues dirigiendo la palabra á Mr. de Strogonoff, ministro de Rusia, le dijo: «En mi vida he hecho cosa con más gusto.» Pero, por otra parte, es de notar que la renuncia fué firmada en medio de una sedición, no habiendo Carlos IV en la víspera de aquel día dado indicio de querer tan pronto efectuar su pensamiento, porque «poniendo al Príncipe de la Paz del mando del ejército y de la marina se encargó el mismo Rey del manejo supremo. En la mañana del 19 tampoco anunció cosa alguna relativa á su próxima abdicación, y sólo al segundo alboroto en la tarde, y cuando creyó, juntamente con la Reina, poner á salvo por aquel medio á su caro favorito, resolvió ceder el trono y retirarse á vida particular. El público, léjos de entrar en el examen de tan espinosa cuestión, censuró amargamente al Consejo, porque, conforme á su formulario, había pasado á informe de sus fiscales el acto de la abdicación; también se le reprendió con severidad por los ministros del nuevo Rey, ordenándole que inmediatamente lo publicase, como lo verificó el 20, á las tres de la tarde. El Consejo obró de esta manera por conservar la fórmula con que acostumbraba proceder en sus determinaciones, y no con ánimo de oponerse y menos aun con el de reclamar los antiguos usos y prácticas de España. Para lo primero ni tenía interés, ni le era dado resistir al torrente del universal entusiasmo manifestado en favor de Fernando; y para lo segundo, pertinaz enemigo de Carlos ó de cualquiera representación nacional, más bien se hubiera mostrado opuesto que inclinado á indicar y promover su llamamiento. Sin embargo, para desvanecer todo linaje de dudas, conveniente hubiera sido repetir el acto de la abdicación de un modo más solemne y en ocasión más tranquila y desembarazada. Los acontecimientos que de repente sobrevinieron pudieron servir de fundada disculpa á aquella omisión; mas parándonos á considerar quienes eran los íntimos consejeros de Fernando, cuáles sus ideas y cuál su posterior conducta, podemos afirmar sin riesgo que nunca hubieran para aquel objeto congregado Cortes, graduando su convocación de intempestiva y peligrosa. Con todo, su celebración, á ser posible, hubiera puesto á la renuncia de Carlos IV (conformándose con los antiguos usos de España) un sello firme é incontrastable de legitimidad. Congregar Cortes para asunto de tanta gravedad fué constante costumbre, nunca olvidada en las muchas renunciaciones que hubo en los diferentes reinos de España. Las de donña Berengaria y la intentada por D. Juan I, en Castilla; la de don

(5) Véase la Gaceta de Madrid del 25 de Marzo de 1808.

Ramiro el Monje, en Aragon, con todas las otras más ó ménos antiguas, fueron ejecutadas y cumplidas con la misma solemnidad, hasta que la introduccion de dinastías extranjeras alteró práctica tan fundamental, siendo, al parecer, lamentable prerogativa de aquellos príncipes atropellar nuestros fueros, conservar nuestros vicios, y olvidándose de lo bueno que en su patria dejaban, traernos solamente lo perjudicial y nocivo. Así fué que en las dos célebres cesiones de Carlos I y Felipe V no se llamó á Córtes ni se guardaron las antiguas formalidades. Verdad es que no hubo ni en una ni en otra asomo de violencia, y á la de Carlos I (6), celebrada en Bruselas públicamente con gran pompa y aparato, asistieron ademas muchos grandes. La de Felipe V fué más silenciosa, poniendo en esta parte nuestros monarcas más y más en olvido la respetable antigüedad, segun que se acercaban á nuestro tiempo. El Rey dijo que obraba (7) «con consentimiento y de conformidad con la Reina, su muy cara y muy amada esposa.» Singular modo de autorizar acto de tanta trascendencia y de interes tan general. La opinion entónces, á pesar de estar reprimida, no quedó satisfecha; pues los «jurisperitos y los mismos del Consejo Real (8), nos dice el Marqués de San Felipe, veían que no era válida la renuncia no hecha con acuerdo de sus vasallos..... pero nadie replicó, pues al Consejo Real no se le preguntó sobre la validacion de la renuncia, sino se le mandó que obedeciese el decreto.....» Ahora lo mismo: ni á nadie se le preguntó cosa alguna, ni nadie replicó, esperando todo de la caída de Godoy y del ensalzamiento de Fernando; imprevision propia de las naciones que, entregándose ciegamente á la sola y casual sucesion de las personas, no buscan en las leyes é instituciones el sólido fundamento de su felicidad.

Exaltado al sélio Fernando, VII del nombre, conservó por de pronto á los mismos ministros de su padre, pero sucesivamente removió á los más de ellos. Fué el primero que estuvo en este caso don Miguel Cayetano Soler, dotado de cierto despejo, y que, encargado de la Hacienda, fué más bien arbitraria que hombre verdaderamente entendido en aquel ramo. Se puso en su lugar á D. Miguel José de Azanza, antiguo virey de Méjico, quien, confinado en Granada, gozaba del concepto de hombre de mucha probidad. Quedó en Estado D. Pedro Cevallos, con decreto honorífico para que no le perjudicase su enlace con una prima hermana del Príncipe de la Paz. Teniente en el reinado anterior por un cortesano dócil, estaba adornado de cierta instruccion, y si bien no descuidó los intereses personales y de familia, pasó en la corrompida corte de Carlos IV por hombre de bien. Se notó posteriormente en su conducta propension fácil á acomodarse á varios y encontrados gobiernos. Continuó al frente de la Marina D. Francisco Gil y Lémus, anciano respetable y de carácter entero y firme. Sucedió á pocos dias en Guerra al enfermizo y ceremonioso don Antonio Olaguer Feliu, el general D. Gonzalo O'Faril, recién venido de Toscana, en donde había mandado una division española. Gozaba créditos de hombre de saber y de más aventajado militar. Empezó

por nombrársele director general de artillería, y elevado al ministerio, fué acometido de una enfermedad grave, que causó vivo y general sentimiento: tanta era la opinion de que gozaba, la cual hubiera conservado intacta si la suerte de que todos se lamentaban hubiera terminado su carrera. El Marqués de Caballero, ministro de Gracia y Justicia, enemigo del saber, servidor atento y solícito de los caprichos licenciosos de la Reina, perseguidor del mérito y de los hombres esclarecidos, habia sido hasta entónces universalmente despreciado y aborrecido. Viendo en Marzo á qué lado se inclinaba la fortuna, varió de lenguaje y de conducta, y en tanto grado, que se le creyó por algun tiempo autor en parte de lo acaecido en Aranjuez: debió á su oportuna mudanza habérsele conservado en su ministerio durante algunos dias; pero, perseguido por su anterior desconcepto, y ofreciendo poca confianza, pasó, en cambio de su puesto, á ser presidente de uno de los Consejos. Contribuyó mucho á su separacion el haber maliciosamente retardado cuatro dias el despacho de la órden que llamaba á Madrid de su confinamiento á D. Juan Escóiquiz. Entró en el despacho de Gracia y Justicia D. Sebastian Piñuela, ministro anciano del Consejo. Se alzaron los destierros á D. Mariano Luis de Urquijo, al Conde de Cabarrús y al sabio y virtuoso D. Gaspar Melchor de Jovellanos, víctima la más desgraciada y con más saña perseguida en la privanza de Godoy. También fueron llamados todos los individuos comprendidos en la causa del Escorial, mereciendo entre ellos particular mencion D. Juan Escóiquiz, el Duque del Infantado y el de San Carlos.

Era D. Juan Escóiquiz hijo de un general, y natural de Navarra. Educado en la casa de Pajes del Rey prefirió al estruendo de las armas el quieto y pacífico estado eclesiástico, y obtuvo una canongía en la catedral de Zaragoza, de donde pasó á ser maestro del Príncipe de Asturias. En el nuevo y honroso cargo, en vez de formar el tierno corazon de su augusto discípulo, infundiéndole en él máximas de virtud y tolerancia; en vez de enriquecer su mente y adornarla de útiles y adecuados conocimientos, se ocupó más bien en intrigas y enredos de corte, ajenos de su estado, y sobre todo de su magisterio. Queriendo derribar á Godoy, se atrajo su propia desgracia, y se le alejó de la enseñanza del Príncipe, dándole en la iglesia de Toledo el arcedianato de Alcaraz. Desde allí continuó sus secretos manejos, hasta que al fin, de resultados de la causa del Escorial, se le confinó al convento del Tordon. Aficionado á escribir en prosa y verso, no descolló en las letras más que en la política. Tradujo del inglés, con escaso númen, el *Paraiso perdido*, de Milton, y de sus obras en prosa debe en particular mencionarse una defensa que publicó del tribunal de la Inquisicion; parto torcido de su poco venturoso ingenio. Fué siempre ciego admirador de Bonaparte, y creciendo de punto su obcecacion, comprometió al Príncipe, su discípulo, y sepultó al reino en un abismo de desgracias. Presumido y ambicioso, somero en su saber, sin conocimiento práctico del corazon humano, y ménos de la corte y de los gobiernos extraños, se imaginó que, cual otro Jimenez de Cisneros, desde el rincón de su coro de Toledo, saliendo de nuevo al mundo, regiría la monarquía y sujetaría á la estrecha y limitada esfera de su comprension la extensa y vasta del indomable Emperador de los franceses. Condecorado con la gran cruz de Carlos III, fué nombrado por el nuevo Rey consejero de Estado, y como tal asistió á las importantes discusiones

(6) Cesion de Carlos V. (Véase FAMILIA ESPANOLA, De bello belgico, lib. 1, y F. PRUDENTE DE SANDOVAL, Historia de la vida y hechos de Carlos V.)

(7) Véase MANHUA, Teoría de las Córtes, tomo II, cap. X, refiriéndose al documento que existe en la Academia de la Historia. —T. 57, fol. 301.

(8) Comentarios del Marqués de San Felipe, tomo II, año 1724.

de que hablaremos muy pronto. El Duque del Infantado, dado al estudio de algunas ciencias, fomentador en sus estados de la industria y de ciertas fábricas, gozaba de buen nombre, realzado por su riqueza, por el lustre de su casa, y principalmente por las persecuciones que su desapego al Príncipe de la Paz le había acarreado. Como coronel ahora de guardias españolas y presidente del Consejo Real, tomó parte en los arduos negocios que ocurrieron, y no tardó en descubrir la flojedad y distracción de su ánimo, careciendo de aquella energía y asidua aplicación que se requiere en las materias graves. Tan cierto es que hombres cuyo concepto ha brillado en la vida privada ó en tiempos serenos se eclipsan si son elevados á puesto más alto ó si alcanzan días turbulentos ó borrascosos. Dió la América el ser al Duque de San Carlos, quien después de haber hecho la campaña contra Francia en 1793, fué nombrado ayo del Príncipe de Asturias y desterrado, al fin, de la corte con motivo de la causa del Escorial. La reina María Luisa decía que era el más falso de todos los amigos de su hijo; pero sin atenernos ciegamente á tan parcial testimonio, cierto es que durante la privanza de Godoy no mostró respecto del favorito el mismo desvío que el Duque del Infantado, y solicitó lisonjero, buscó en su genealogía el modo de entroncarse y emparentar con el ídolo á quien tanto reverenciaban. Escogido para mayor-domo mayor en lugar del Marqués de Mós, estuvo especialmente á su cargo, junto con el del Infantado y Escóquiz, dirigir la nave del Estado en medio del recio temporal que había sobrevenido, é inexperto y desavisado, la arrojó contra conocidos escollos tan desastrosamente como sus compañeros.

Fueron las primeras providencias del nuevo reinado, ó poco importantes ó dañosas al interés público, empezándose ya entonces el fatal sistema de echar por tierra lo actual y existente, sin otro examen que el de ser obra del gobierno que había antecedido. Se abolía la superintendencia general de policía, creada el año anterior, y se dejaba resplandeciente y viva la horrible Inquisición. Permitíase en los sitios y bosques reales la destrucción de alimañas, y se suspendía la venta del séptimo de los bienes eclesiásticos, concedida y aprobada dos años antes por bula del Papa; medida necesaria y urgentísima en España, obstruida en su prosperidad con la embarazosa traba del casi total estancamiento de la propiedad territorial; medida que, repetimos, hubiera convenido mantener con firmeza, cuidando solamente de que se invirtiese el producto de la venta en pro comunal. Se suprimió también un impuesto sobre el vino con el objeto de halagar á los contribuyentes, como si abandonando el verdadero y sólido interés del Estado, no fuera muy reprehensible dejarse llevar de una mal entendida y efímera popularidad. Pero aquellas providencias, fueran ó no oportunas, apenas fijaron la atención de España, inquieto el ánimo con el cúmulo de acontecimientos que unos en pos de otros sobrevinieron y se atropellaron.

El Príncipe de la Paz, en la mañana del 23 de Marzo, había sido trasladado desde Aranjuez al castillo de Villaviciosa, escoltándole los guardias de Corps, á las órdenes del Marqués de Castelar, comandante de alabarderos, y allí fué puesto en juicio. Fuéronlo igualmente su hermano D. Diego, el ex-ministro Söller, D. Luis Viguri, antiguo intendente de la Habana; el corregidor de Madrid don José Marquina, el tesorero general D. Antonio Noriega, el director de la caja de Consolidación don

Manuel Sixto Espinosa, D. Simón de Viegas, fiscal del Consejo, y el canónigo D. Pedro Estala, distinguido como literato. Para procesar á muchos de ellos no hubo otro motivo que el haber sido amigos de D. Manuel Godoy y haberle tributado esmerado obsequio; delito, si lo era, en que habían incurrido todos los cortesanos y algunos de los que todavía andaban colocados en dignidades y altos puestos. Se confiscaron, por decreto del Rey, los bienes del favorito, aunque las leyes del reino entonces vigentes autorizaban sólo el embargo, y no la confiscación, puesto que para imponer la última pena debía preceder juicio y sentencia legal, no exceptuándose ni aquellos casos en que el individuo era acusado del crimen de lesa majestad. Además conviene advertir que no obstante la justa censura que merecía la ruinosa administración de Godoy, en un gobierno como el de Carlos IV, que no reconocía límite ni freno á la voluntad del soberano, difícilmente hubiera podido hacersele ningún cargo grave, sobre todo habiendo seguido Fernando por la pésima y trillada senda que su padre le había dejado señalada. El valido había procedido en el manejo de los negocios públicos autorizado con la potestad indefinida de Carlos IV, no habiéndosele puesto coto ni medida, y lejos de que hubiese aquel soberano reprobado su conducta después de su desgracia, insistió con firmeza en sostenerle y en ofrecer á su caído amigo el poderoso brazo de su patrocinio y amparo. Situación muy diversa de la de don Alvaro de Luna, desamparado y condenado por el mismo rey á quien debía su ensalzamiento. Don Manuel Godoy, escudado con la voluntad expresa y absoluta de Carlos, sólo otra voluntad opresora é ilimitada podía atropellarle y castigarle; medio legalmente atroz é injusto, pero debido pago á sus demasías y correspondiente á las reglas que le habían guiado en tiempo de su favor.

Pasados los primeros días de ceremonia y públicos regocijos se volvieron los ojos á los huéspedes extranjeros, que insensiblemente se aproximaban á la capital. La nueva corte, soñando felicidades y pensando en efectuar el tan ansiado casamiento de Fernando con una princesa de la sangre imperial de Francia, se esmeró en dar muestras de amistad y afecto al Emperador de los franceses y á su cuñado Murat, gran duque de Berg. Fué al encuentro de éste, para obsequiarle y servirle, el Duque del Parque, y salieron en busca del deseado Napoleón, con el mismo objeto, los duques de Medinaceli y de Frias y el Conde de Fernán-Núñez.

Ya hemos indicado cómo las tropas francesas se avanzaban hacia Madrid. El 15 de Marzo había Murat salido de Burgos, continuando después su marcha por el camino de Somosierra. Traía consigo la guardia imperial, numerosa artillería y el cuerpo de ejército del Mariscal Moncey, el que reemplazaba el de Bessières en los puntos que aquél iba ocupando. Dupont también se avanzaba por el lado de Guadarrama con toda su fuerza, á excepción de una división que dejó en Valladolid para observar las tropas españolas de Galicia. Se había con particularidad encargado á Murat que se hiciera dueño de la cordillera que divide las dos Castillas, ántes que se apoderase de ella Solano ó otras tropas; igualmente se le previno que interceptara todos los correos, con otras instrucciones secretas, cuya ejecución no tuvo lugar, á causa de la sumisa condescendencia de la nueva corte.

Murat, inquieto y receloso con lo acaecido en Aranjuez, no quiso dilatar más tiempo la ocupación

de Madrid, y el 23 entró en la capital, llevando delante, para excitar la admiración, la caballería de la guardia imperial y lo más escogido y brillante de su tropa, y rodeado él mismo de un lujoso séquito de ayudantes y oficiales de estado mayor. No correspondía la infantería á aquella primera y ostentosa muestra, constando en general de conscriptos y gente bisoña. El vecindario de Madrid, si bien ya temeroso de las intenciones de los franceses, no lo estaba á punto que no los recibiese afectuosamente, ofreciéndoles por todas partes refrescos y agasajos. Contribuía no poco á alejar la desconfianza el traer á todos embelesados las importantes y repentinas mudanzas sobrevenidas en el gobierno. Sólo se pensaba en ellas y en contarlas y referirlas una y mil veces, ansiando todos ver con sus propios ojos y contemplar de cerca al nuevo Rey, en quien se fundaban lisonjeras é ilimitadas esperanzas, tanto mayores, cuanto así descansaba el ánimo, fatigado con el infausto desconcierto del reinado anterior.

Fernando, cediendo á la impaciencia pública, señaló el día 24 de Marzo para hacer su entrada en Madrid. Causó el solo aviso indecible contento, saliendo á aguardarle, en la víspera por la noche, numeroso gentío de la capital, y concurriendo al camino con no menor diligencia y afán todos los pueblos de la comarca. Rodeado de tan nuevo y grandioso acompañamiento llegó á las Delicias, desde donde por la puerta de Atocha entró en Madrid á caballo, siguiendo el paseo del Prado, y las calles de Alcalá y Mayor, hasta palacio. Iban detras y en coche los infantes D. Carlos y D. Antonio. Testigos de aquel día de placer y holganza, nos fué más fácil sentirlo que nos será dar de él ahora una idea perfecta y acabada. Horas enteras tardó el rey Fernando en atravesar desde Atocha hasta palacio: con una escasa escolta, por doquiera que pasaba estrechado y abrazado por el inmenso concurso, lentamente adelantaba el paso, tendiéndosele al encuentro las capas con deseo de que fueran holladas por su caballo: de las ventanas se tremolaban los pañuelos, y los vivas y clamores, saliendo de todas las bocas, repetían y resonaban en plazuelas y calles, en tabladillos y casas, acompañados de las bendiciones más sinceras y cumplidas. Nunca pudo monarca gozar de triunfo más magnífico ni más sencillo; ni nunca tampoco contrajo alguno obligación más sagrada de corresponder con todo ahínco al amor desinteresado de súbditos tan fieles.

Murat, oscurecido y olvidado con la universal alegría, procuró recordar su presencia con mandar que algunas de sus tropas maniobrasen en medio de la carrera por donde el Rey había de pasar. Desagradó orden tan inoportuna en aquel día, como igualmente el que, no estando satisfecho en el alojamiento que se le había dado en el Buen Retiro, por sí y militarmente, sin contar con las autoridades, se hubiese mudado á la antigua casa del Príncipe de la Paz, inmediata al convento de doña María de Aragón. Acontecimientos eran éstos de leve importancia, pero que influyeron no poco en indisponer los ánimos del vecindario. Aumentóse el disgusto en vista del desvío que mostró el mismo Murat con el nuevo rey; desvío imitado por el embajador Beauharnais, único individuo del cuerpo diplomático que no le había reconocido. La corte disculpaba á entrambos con la falta de instrucciones, debida á lo impensado de la repentina mudanza; mas el pueblo, comparando el anterior lenguaje de dicho embajador, amistoso y solícito, con su fría

actual indiferencia, atribuía la súbita transformación á causa más fundamental. Así fué que la opinión respecto de los franceses de día en día fué trocándose y tomando distinto y contrario rumbo.

Hasta entónces, si bien algunos se recelaban de las intenciones de Napoleon, la mayor parte sólo veía en su persona un apoyo firme de la nación y un protector sincero del nuevo Monarca. La perfidia de la toma de las plazas, ú otros sucesos de dudosa interpretación, los achacaban á viles manejos de don Manuel Godoy ó á justas precauciones del Emperador de los franceses. Equivocado juicio sin duda, mas nada extraño en un país privado de los medios de publicidad y libre discusión que sirven para ilustrar y rectificar los extravíos de las opiniones. De cerca habían todos sentido las demasías de Godoy, y de Napoleon sólo y de lejos se habían visto sus pasmosos hechos y maravillosas campañas. Los diarios de España, ó más bien la miserable *Gaceta de Madrid*, eco de los papeles de Francia, y unos y otros esclavizados por la censura previa, describían los sucesos y los amoldaban á gusto y sabor del que en realidad dominaba acá y allá de los Pirineos. Por otra parte, el clero español, habiendo visto que Napoleon había levantado los derribados altares, prefería su imperio y señorío á la irreligiosa y perseguidora dominación que le había precedido. No perdían los nobles la esperanza de ser conservados y mantenidos en sus privilegios y honores por aquel mismo que había creado órdenes de caballería y erigido una nueva nobleza en la nación en donde pocos años ántes había sido abolida y proscrita. Miraban los militares como principal fundamento de su gloria y engrandecimiento al afortunado caudillo, que para ceñir sus sienes con la corona no había presentado otros abuelos ni otros títulos que su espada y sus victorias. Los hombres moderados, los amantes del orden y del reposo público, causados de los excesos de la revolución, respetaban en la persona del Emperador de los franceses al severo magistrado que con vigoroso brazo había restablecido concierto en la Hacienda y arreglo en los demás ramos. Y si bien es cierto que el edificio que aquel había levantado en Francia no estribaba en el duro cimiento de instituciones libres, valladar contra las usurpaciones del poder, había entónces pocos en España y contados eran los que extendían tan allá sus miras.

Napoleon, bien informado del buen nombre con que corría en España, cobró aliento para intentar su atrevida empresa, posible y hacedera á haber sido conducida con tino y prudente cordura. Para alcanzar su objeto dos caminos se le ofrecieron, según la diversidad de los tiempos. Antes de la sublevación de Aranjuez, la partida y embarco para América de la familia reinante era el mejor y más acomodado. Sin aquel impensado trastorno, huérfana España y abandonada de sus reyes, hubiera saludado á Napoleon como príncipe y salvador suyo. La nueva dominación fácilmente se hubiera afianzado si, adoptando ciertas mejoras, hubiera respetado el noble orgullo nacional y algunas de sus anteriores costumbres y aun preocupaciones. Acertó, pues, Napoleon cuando vió en aquel medio el camino más seguro de enseñorearse de España, procediendo con grande desacuerdo desde el momento en que, desbaratado por el acaso su primer plan, no adoptó el único y obvio que se le ofrecía en el casamiento de Fernando con una princesa de la familia imperial; hubiera hallado en su protegido un rey más sumiso y reverente que en ninguno de sus

hermanos. Cuando su viaje á Italia, no había Napoleón desechado este pensamiento, y continuó en el rotundo propósito durante algun tiempo, si bien con mas tibieza. El ejemplo de Portugal lo sugirió mas tarde la idea de repetir en España lo que su buena suerte le había proporcionado en el país vecino. Ahírase en su arriesgado intento después que sin resistencia se había apoderado de las plazas fuertes y después que vio á su ejército internado en las provincias del reino. Resuelto á su empresa, nada pudo ya contenerle.

Esperaba con impaciencia Napoleon el aviso de haber salido para Andalucía los reyes de España, á la misma sazón que supo el importante é inesperado acontecimiento de Aranjuez. Desconcertado al principio con la noticia, no por eso quedó largo tiempo indeciso; y obstinado y tenaz, en nada alteró su primera determinación. Claramente nos lo prueba un importante documento. Hacia el sábado en la noche, 26 de Marzo, recibido en Saint-Cloud un correo con las primeras ocurrencias de Aranjuez, y otro, pocas horas después, con la abdicacion de Carlos IV. Hasta entonces solo él era sabedor de lo que contra España maquinaba: sin compromiso y sin ofensa del amor propio hubiera podido variar su plan. Sin embargo, al día siguiente, el 27 del mismo, decidido á colocar en el trono de España á una persona de su familia, escribió con aquella fecha á su hermano Luis, rey de Holanda (9): «El rey de España acaba de abdicar la corona, habiendo sido preso el Príncipe de la Paz. Un levantamiento había empezado á manifestarse en Madrid cuando mis tropas estaban todavía á corta distancia legua de aquella capital. El gran Duque de Berg habrá entrado allí el 23 con cincuenta mil hombres, deseando con ansia sus habitantes mi presencia. Seguro de que no tendré paz con Inglaterra sino dando un grande impulso al continente, he resuelto colocar un príncipe francés en el trono de España.... En tal estado, he pensado en ti para colocar en dicho trono.... Respondeme categóricamente cuál sea tu opinion sobre este proyecto. Bien veo que un exilio proyectado, y aunque tengo 100.000 hombres en España, es posible, por circunstancias que sobrevengan, ó que yo mismo vaya directamente, ó que antes se acabe en quince días, ó que ande más desocupado, siguiendo en secreto las operaciones durante algunos meses. Respondeme categóricamente: ¿me te nombro rey de España, ¿lo admities? ¿Puedo contar contigo?.... Luis rehusó la propuesta. Documento es éste importantísimo, porque fija de un modo autentico y positivo desde qué tiempo había determinado Napoleon mudar la dinastía de Borbon, estando sólo inhierto en los medios que convenia emplear para el logro de su proyecto. También por estos días, conferenciando con Izquierdo, le preguntó si los españoles le querian como á soberano suyo. Replicóle aquel con oportunidad plausible: «Con gusto y entusiasmo admitirán los españoles á V. M. por su monarca, pero después de haber renunciado á la corona de Francia.» Imprevista respuesta y poco grata á los delicados oídos del orgulloso conquistador. Continúando, pues, Napoleon con su primer plan, pareciéndole que era ya llegado el caso de ponerle en ejecución, trató de aproximarse al teatro de los acontecimientos, habiendo salido de París el 2 de Abril, con dirección á Bayona.

Carta del Emperador á su hermano Luis, publicada por Louis Bonaparte, vol. II, pag. 249. París, 1829.

En tanto Murat, retrayéndose de la nueva corte, anunciaba todos los días la llegada de su augusto cuñado. En palacio se preparaba la habitación imperial, adornábase el retiro para bailes, y un apoderado, enviado de París, le disponia y arreglaba todo. Para despertar aun más la viva atencion del publico, se ensañaba hasta el sombrero y botas del deseado Emperador. Bien que en aquellas preparativos y anuncios hubiese de parte de los franceses mucho de aparente y falso, es probable que, sin el trastorno causado por el movimiento de Aranjuez, Napoleon hubiera pasado á Madrid. Sorprendido con la súbita mudanza, determinó buscar en Bayona ocasion que desenredase los complicados asuntos de España. Ofreciéndosele oportunamente una correspondencia entablada entre Murat y los reyes de España, y á su vez el origen el ardiente deseo de libertar á D. Manuel Golez, y poner su vida fuera de todo riesgo. Fue mediadora en la correspondencia la Reina de Etruria, y Murat, considerandola como conveniente al final desenlace de los intentos de Napoleon, cualquiera que ellos fuesen, no desaprovecho la dicha coyuntura que la casualidad le ofrecia. De ella provino la famosa protesta de Carlos IV. contra su abdicacion, sirviendo de base dicho acto á todas las renuncias y procedimientos que tuvieron después lugar en Bayona.

(10) Nació aquella correspondencia poco des-

(10) *Nota escrita por la Reina de España para el gran Duque de Berg, y remitida por la Reina de Etruria, sin fecha.*

«El Rey, mi esposo (que me hace escribir por las tres tribunas á causa de la guerra) me ha escrito de su mano, desear saber si el gran Duque de Berg desearia á tanta distancia de su patria, y si el Emperador para asegurar la vida del Príncipe de la Paz, y que fuese asistido de algunos oficiales suyos y de capellanes».

«Si el gran Duque pudiera ir á España, ó por lo ménos dar algún consuelo, el dicho Príncipe estaría en el gran Duque, por ser su grande amigo. El Emperador todo de S. A. y del Emperador, á quien siempre ha sido afecto».

«Añadiendo que el gran Duque consiguiera del Emperador que el Rey, mi esposo, á mi, y al Príncipe de la Paz se deseara ir á Bayona, y poder vivir todos tres juntos donde convenga para nuestra salud, sin mandos ni trabas, pues nosotros no las tenemos».

«El Emperador es generoso, como he sido, y ha un exilio de guerra á sus oficiales y a los que son penales. No se trata de como nosotros. ¿Y por qué? Porque hemos sido siempre fieles á la alianza».

«Yo mi hijo no podería esperar jamás una guerra y persecuciones. Han comenzado á furar y se continuará furando, lo sé, y que pueda contribuir á que el Príncipe de la Paz sea libre y aliente al Emperador, al gran Duque, y á todos los franceses que están en la guerra del publico y del Emperador. Los franceses que no crean nada. Los españoles son la fuerza y todos los medios de justificar como verdaderos lo que en el castillo».

«El Rey desea, igualmente que yo, ver y hablar al gran Duque y dar espere, mismo la protesta que tiene en su poder. La he escrito á las agradeciendo al duque que la he hecho de tropa, como si él mismo me la hubiera dado su amistad. Deseo estar á la mano, como dije de la que nosotros le hemos tenido siempre y nos hemos amado ahora. Nos ponemos en sus manos y las del Emperador, y confiamos que nos oírán como que pedimos».

«Estos son todos nuestros deseos cuando estamos puestos en las manos de tan grande y poderoso monarca y héroe».

Carta de la Reina de Etruria al gran Duque de Berg, en Aranjuez, a 22 de Marzo de 1808, con una póstuma del rey Carlos IV.

«Señor mi hermano: Acabo de ver al edecán con el cual, quien me ha escrito de vuestra carta, por la cual veo con mucho gusto que mi padre y mi madre no han podido tener el dolor de la guerra, aunque lo desearan efusivamente, porque toda su confianza y su amor puesta en vos, de quien esperan que podéis contribuir á su tranquilidad».

«El pobre Príncipe de la Paz, cubierto de heridas y contusiones, está durmiendo en la prisión, y no cesa de invocar el horrible tormento de su muerte. No hace mas que de otra persona que de un hijo el gran Duque de Berg, y que que este es el único en quien confía que lo ha de conseguir en salud».

«Mi padre, mi madre y yo hemos hablado con vuestro edecán comandante. El os ha dicho. Yo soy en vuestra amistad, y que por ella nos salvareis á los tres y al pobre preso».

«No tengo tiempo de escribir más, confío en que mi pobre abuelo me ha escrito a esta carta, yo soy de corazón vuestra afectuosa hermana y amiga. — LUISA.»

los IV. añadiendo que se iban á Badajoz. Es de notar el contexto de dichas cartas, en las que todavía no se hablaba de haber protestado el Rey padre con-

tra la abdicacion hecha en el día 19, ni de asunto alguno conexo con paso de tanta gravedad. Sin embargo, cuando en 1810 publicó el *Monitor* esta cor-

» Desde el momento de la renuncia mi hijo trató á su padre con todo el desprecio que puede tratarlo un rey, sin consideracion alguna para con sus padres. Al instante hizo llamar á todas las personas comprometidas en su causa que habían sido desleales á su padre, y les dio todo lo que podían ocasionarle pesadumbres. El nos da prisa para que salgamos de aquí, señalándonos la ciudad de Badajoz para residencia. Entre tanto nos deja sin consideracion alguna, manifestando gran contento de ser ya rey, y de que nosotros nos alejemos de aquí.

» En cuanto al Príncipe de la Paz, no quisiera que nadie se acordara de él. La guardia que le custodian tienen orden de no responder á nada que les pregunten, y lo han tratado con la mayor inhumanidad.

» Mi hijo ha hecho esta conspiracion para desterrar al Rey, su padre. Nueva vida hubieran estado en grande riesgo, y la del pobre Príncipe de la Paz lo está todavía.

» El Rey, mi esposo, y yo esperamos del gran Duque que hará cuanto pueda en nuestro favor, porque nosotros siempre hemos sido amigos del Emperador, grandes amigos del gran Duque, y lo mismo sucede al pobre Príncipe de la Paz. Si el pudiera hablar, daría gracias, y aun en el estado en que se halla no hace otra cosa que agradecer por su grande amigo el gran Duque.

» Nos trae prisa al gran Duque que salve al Príncipe de la Paz, y que salte él mismo á nosotros, nos le deja siempre á nuestro lado, para que podamos estar juntos tranquilamente el resto de nuestros días en la calma mas dulce, y retirados, sin intrigas y sin mando, pero con honor. Eso es lo que deseamos el Rey y yo. Igualmente que el Príncipe de la Paz, el cual estaria siempre pronto á servir á mi hijo en todo. Pero mi hijo que no tiene carácter alguno, y mucho menos el de la severidad, jamás ha querido servirle de él, y siempre le ha declarado guerra, como al Rey, su padre, y á mí.

» Su ambición es grande, y mira á sus padres como si no lo fueran. ¿Que hará para los demás? El el gran Duque podiera vernos, veríamos grande placer, y lo mismo su amigo el Príncipe de la Paz. ¿Que quiere porque lo ha sido siempre de los franceses y del Emperador? Esperamos: lo del gran Duque, recomendándole tambien á nuestra pobre hija María Luisa, que no es amada de su hermano. Con esta esperanza estamos próximos á verificar nuestro viaje. — LUISA.»

Nota de la Reina de España para el gran Duque de Berg, en 27 de Marzo de 1809.

» Mi hijo no sabe nada de lo que tratamos, y conviene que ignore todo á nosotros; para. Su carácter es falso; nada le afecta; es insensible y no inclinado á la clemencia. Está dirigido por hombres malos, y hará todo por la ambición que le domina; promete, pero no siempre cumple sus promesas.

» Creo que el gran Duque debe tomar medidas para impedir que al pobre Príncipe de la Paz se le quite la vida, pues los guardias de Corps han dicho que primero lo matarán que entregarle vivo, aunque lo manden el Emperador y el gran Duque. Están llenos de rabia contra él, á instigación de todos los pueblos, á todo el mundo y á mi hijo, que quiere á ellos en todo. Lo mismo sucede reactivamente al Rey, mi esposo, y á mí. Nosotros estamos pues en manos del gran Duque y del Emperador; le rogamos que tenga la complacencia de venir á vernos, de hacer que el pobre Príncipe de la Paz sea puesto en salvo lo más pronto posible, y de concedernos todo lo demás que tenemos suplicado.

» El Emperador es todo de mi hijo, lo cual me hace temblar, porque mi hijo no quiere al gran Duque ni al Emperador, sino sólo el despotismo. El gran Duque debe estar persuadido que no digo esto por venganza ni resentimiento de los malos tratos que nos hace sufrir, pues nosotros no deseamos sino la tranquilidad del gran Duque y del Emperador. Estamos totalmente puestos en manos del gran Duque, deseando verle para que conozca todo el valor que damos á su augusta persona y á sus tropas, como á todo lo que le sea relativo.»

Carta de la Reina de Etruria para el gran Duque de Berg, en Madrid, á 29 de Marzo de 1809, con una nota de la Reina de España, su madre.

» Mi señor y querido hermano: Mi madre os escribe algunas líneas. Yo os incluyo la misma mia para el Emperador, rogándole disponga que llegue prontamente á su destino. Recomendadme á S. M., y prometmedme, como os suplico, ir después de mañana á Aranjuez. Tomad en mis asuntos el interés que yo me tomo en lo relativo á vuestra persona, y creedme que soy de todo mi corazón vuestra afectuosa hermana y amiga. — MARÍA LUISA.»

Nota de puño y letra de la Reina de España.

» No quisiéramos ser importunos al gran Duque. El Rey me hace tomar la pluma para decir que considero útil que el gran Duque escribiese al Emperador instigando que convendría que S. M. I. diese órdenes, sostenidas con la fuerza, para que mi hijo ó el Gobierno nos dejen tranquilos al Rey, á mí y al Príncipe de la Paz, hasta tanto que S. M. I. llegue. En fin, el gran Duque y el Emperador sabrán tomar las medidas necesarias para que se espere su arribo á órdenes, sin que antes seamos víctimas. — LUISA.»

Carta de la Reina de Etruria al gran Duque de Berg, en Madrid, á 30 de Marzo de 1809, con otra de su madre, y un artículo escrito de mano propia de Carlos IV.

» Señor y hermano: Os remito una carta que mi madre me ha enviado, y os suplico que me digais si vuestra guardia ó vuestras tropas han pasado á guardar al Príncipe de la Paz. Deseo también saber cual es el estado de la salud del Príncipe, y qué opina vuestro médico en el asunto. Respondecme al instante, porque pienso visitar á mi madre uno de estos días, sin detenerme allí más que lo preciso para hablar y volver aquí. Id pronto, pues solo vos podéis ser mi defensor, y vuelvo á rogaros que me respondais sin detencion: entre tanto soy de corazón vuestra afectuosa hermana y amiga. — MARÍA LUISA.»

Carta de la Reina de España, citada en la anterior.

» Si el gran Duque no toma á su cargo que el Emperador actúe prontamente en orden de impedir los progresos de las intrigas que hay contra el Rey, mi esposo, contra el Príncipe de la Paz, su amigo, contra mí y aun contra mi hijo Luis, ninguno de nosotros está seguro. Todos los malevolos se reúnen en Madrid al rededor de mi hijo; éste los cree como á oráculos, y por sí mismo no es muy inclinado á la magnanimidad ni á la clemencia. Debe temerse de ellos toda mala resulte. Yo tiemblo, y lo mismo mi marido, si mi hijo va al Emperador antes que esta haya dado sus órdenes, pues él y los que le acompañan contarán á S. M. I. tantas mentiras, que lo pongan por lo menos en estado de dudar de la verdad. Por este motivo rogamos al gran Duque comiza del Emperador que proceda sobre el supuesto de que nosotros estamos absolutamente puestos en sus manos, esperando que nos dé la tranquilidad para el Rey, mi esposo, para mí y para el Príncipe de la Paz, de quien deseamos que nos lo deje á nuestro lado para acabar nuestros días tranquilamente en un país conveniente á nuestra salud, sin que ninguno de nosotros tras los hagamos la menor sombra. Rogamos con la mayor instancia al gran Duque que se sirva mandar darnos diariamente noticias de nuestro amigo común el Príncipe de la Paz, pues nosotros ignoramos todo absolutamente.»

El siguiente artículo está escrito de letra de Carlos IV.

» Yo he hecho á la Reina escribir todo lo que precede, porque no puedo escribir mucho á causa de mis dolores. — CARLOS.»

Sigue escribiendo la Reina.

» El Rey, mi marido, ha escrito esta línea y media y la ha firmado, para que os asegureis de ser él quien escribe.»

Nota de la Reina de España para el gran Duque de Berg, remitida por medio de la Reina de Etruria, sin fecha, en 1808.

» El Rey, mi esposo, y yo no quisiéramos ser importunos ni entredos al gran Duque, que tiene tantas ocupaciones, pero no tenemos otro amigo ni apoyo que él y el Emperador, en quien están fundadas todas las esperanzas del Rey, las del Príncipe de la Paz, amigo del gran Duque é íntimo nuestro, las de mi hija Luisa y las mías. Mi hija me escribió ayer por la tarde lo que el gran Duque le había dicho, y nos ha penetrado el corazón, dejándonos llenos de reconocimiento y de consuelo, esperando todo bien de las dos sagradas é incomparables personas del Emperador y del gran Duque. Pero no queremos que ignoren lo que nosotros sabemos, á pesar de que nadie nos dice nada ni aún responden á lo que preguntamos, por más necesidad que tengamos de respuesta. Sin embargo, miramos esto con indiferencia, y sólo nos interesa la buena suerte de nuestro único é inocente amigo el Príncipe de la Paz, que tambien lo es del gran Duque, como él mismo exclamaba en su prision en medio de los horribles tratos que se le hacían, pues perseveraba llamando siempre amigo suyo al gran Duque, lo mismo que lo había hecho antes de la conspiración, y solía decir: «Si yo tuviera la fortuna de que el gran Duque estuviese cerca y llegase aquí, no tendría nada que temer.» Él deseaba su arribo á la corte, y se acomodaba con la satisfacción de que el gran Duque quisiese aceptar su casa para alojamiento. Tenia preparados algunos regalos para hacerle; y en fin, no pensaba sino en que llegara el momento, y después presentarse ante el Emperador y el gran Duque con todo el afecto imaginable; pero ahora nosotros estamos siempre temiendo que se le quite la vida, ó se le aprisione más si sus enemigos llegan á entender que se trata de salvarle. ¿No sería posible tomar por precaucion algunas medidas antes de la resolución definitiva? El gran Duque pudiera enviar tropas sin decir á qué: llegar á la prision del Príncipe de la Paz y separar la guardia que le custodia, sin darle tiempo de disparar una pistola ni hacer nada contra el Príncipe; pues es de temer que su guardia le hiciese, porque todos sus deseos son de que muera, y tendrán gloria en matarle. Así la guardia sería mandada absolutamente por las órdenes del gran Duque; y si no, puede estar seguro el gran Duque de que el Príncipe de la Paz morirá si prosigue bajo el poder de los traidores indignos y á las órdenes de mi hijo. Por lo mismo volvemos á hacer al gran Duque la misma súplica de que haga acortar el poder de las manos sanguinarias, esto es, de los guardias de Corps, de mi hijo y de sus malos lados, porque si no, debemos estar siempre temiendo por su vida, aunque el gran Duque y el Emperador la quieran salvar, mediante que no lo podrán conseguir. De gracia volvo

lencia, insertó antes de las enunciadas cartas otra en que se hace mención de aquel acto e cosa consumada; pero el haberse omitido

en ella la fecha, diciendo al mismo tiempo la Reina que á nada aspiraba sino á alejarse con su esposo y Godoy, todos tres juntos, de intrigas y mando, ex-

lir al gran Duque que tome todas las medidas convenientes para que, como se pierda tiempo, ya no está segura la cosa cierta que sería más fácil de conservar si el Príncipe estuviera entre las manos de leones y de tigres carnívoros. Yo estubo ayer, después de comer, con Infanzado, con Esque, con un clérigo maligno, y con San Carlos, que es peor ellos; y esto nos hace temblar, porque duró la conferencia desde la una y media hasta las tres y media. El gentil-hombre va con mi hijo Carlos es primo de San Carlos; tiene bastante instrucción, pero es un americano maligno y algo nuestro, como su primo San Carlos, sin embargo de lo que son lo han recibido del Rey, mi marido, á instancias del Príncipe de la Paz, de quien ellos decían ser parientes, que van con mi hijo Carlos son incluídos en la misma inmundicia propia para hacer todo el mal posible, y que sea por verdad lo que es una grande mentira.uego al gran Duque que perdone mis borrones y defectos to cuando escribo frances, mediante hacer ya cincuenta y que hablo español desde que vine á casar en España, á la rece años y medio, motivo por el cual, aunque hablo francés hablarlo muy bien. El gran Duque conocerá la razón que, y disimulará los defectos del idioma en que yo incurra.

a Reina de España para el gran Duque de Berg, por medio de la Reina de Etruria, su hija, sin fecha, en 1808.

recibí un papel de un mahonés, que quería tener una anacreta conmigo después que el Rey, mi marido, estaba ya, diciéndome que me daría grandes lances sobre todo lo que finalmente.

eris que yo la diese por mi misma seis ó ocho millones, dice yo lo podría pedir á la Compañía de Filipinas, y que él la contrarevolucion que librara al Príncipe de la Paz y fueran contra los franceses.

ey y yo lo hicimos prender sin permitirle comunicacion, y ceré preso hasta que se averigüe la verdad de todo lo que este asunto; pues creemos que sea un emisario de los ingleses, supuesto que el Rey y el Príncipe de la Paz han sido únicamente amigos de los franceses, del Emperador particular del gran Duque, sin haberlo sido jamás de los nuestros enemigos naturales.

nos también muy necesario que el gran Duque haga asempre Príncipe de la Paz, que siempre ha sido y es amigo Duque, de quien (así como del Emperador) esperaba su asilo ma que lo tenía escrito, por medio de Izquierdo, al mismo que, y aun al Emperador mismo, bien que no sé si estas ibrán llegado á sus manos.

endría sacar de las manos de los guardias de Corps y de las mi hijo al pobre Príncipe de la Paz, su amigo, pues es de ue se le quite la vida ó se le envenene y se diga que ha le sus herederos; y por cuanto no tendrá seguridad de vivir estén á su lado algunos de estos malignos, será forzoso ran Duque, después de asegurar la persona del Príncipe de m su poder, tomo medidas bien fuertes para conservarle, intrigas cada día crecen contra ese pobre amigo del gran ún contra el Rey, mi marido, cuya vida tampoco está basurra.

tijo hizo llamar al hijo de Biorgol, que es oficial de la se- de Relaciones exteriores. Estuvieron presentes á la sesión lo y todos los ministros. Mi hijo le preguntó qué había de el sitio, y qué hacía el Rey, mi marido: Biorgol respondió abía de verdad, diciendo: «No hay nada de nuevo: el Rey poco; la Reina no ha salido: se ocupan en preparar una on para el caso de que el gran Duque y el Emperador vayan ijo le dió orden de volver aquí y de estar al servicio de hasta que éste emprenda su viaje, porque es uno que in- en nuestras cuentas como tesoro. A todos los que nos sifican el título de desertores. Yo recelo que tramán alguna ntriga contra nosotros y que estamos en grande riesgo, nfantado y los otros son tan malos y pecores que los demas- zado que el Rey, y yo, y el pobre Príncipe de la Paz esta- y expuestos, porque no manifiestan sino mala voluntad iosotros, y nuestra vida no está segura si no lo remedian el que y el Emperador. Es necesario que tomen algunas medi- contener las abominables intenciones de estos malignos, ne mi hijo se cansa de dedicarse á pensar todo lo que sea u padre y contra el pobre Príncipe de la Paz. Nosotros he- lo esta noticia después que salió de aquí el edecán. El clér- díquis es también de los más malos. — LUISA.»

el Rey Carlos IV al gran Duque de Berg, con otra de la Reina, su esposa, en Aranjuez, en 1.º de Abril de 1808.

señor y muy querido hermano: V. A. verá por el escrito ad- me nosotros nos interesamos en la vida del Príncipe de la Paz en la nuestra.

o lo que se dice en la Gaceta extraordinaria sobre el proce- sorial, ha sido compuesto á gusto de los que lo publican, r nada de la declaración que mi hijo hizo espontáneamente,

la cual habrán mudado sin duda: ella está escrita por un gentil- hombre, y firmada solamente por mi hijo. Si V. A. no hace esfuer- zos para que el proceso se suspenda hasta la venida del Emperador, temo mucho que quiten antes la vida al Príncipe de la Paz. Nos- otros contamos con el afecto de V. A. para nosotros tres, fundados en la alianza y amistad con el Emperador. Espero que V. A. me dará una respuesta consolatoria que me tranquilice, y comunicará al Emperador esta carta mía, con expresión de que yo descauso en su amistad y generosidad. Excusadme lo mal escrita que va esta carta, pues los dolores que padecemos son la causa. En este supuesto, mi señor y muy querido hermano, de V. A. I. y R. soy su más afecto. — CARLOS.»

Carta de la Reina.

«Señor mi hermano: Yo junto mis sentimientos á los del Rey, mi marido, rogando á V. A. la bondad de hacer lo que le pedimos ahora; y esperamos que su amistad y humanidad tomará á su cargo la buena causa de su íntimo y desgraciado amigo el pobre Príncipe de la Paz, así como nuestra propia causa, que está unida á la suya, para que así cese y se suspenda todo hasta que la generosidad y grandeza de alma sin igual del Emperador nos salve á todos tres y haga que acabemos nuestros días tranquilamente y en reposo. No espero menos del Emperador y de V. A., que nos concederá esta gracia, pues es la única que deseamos. En este supuesto, ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Señor mi hermano: de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga. — LUISA.»

Nota de la Reina de España para el gran Duque de Berg, remitida por medio de la Reina de Etruria, en 1.º de Abril de 1808.

«Habiendo visto la Gaceta extraordinaria, que habla solamente de habernos encontrado la causa del Escorial entre los papeles del pobre Príncipe de la Paz, veo que está llena de mentiras. El Rey era quien guardaba la causa en la papelera de su mesa, y la confió al pobre Príncipe de la Paz, para que la diera al gran Duque, con el fin de que la presentase al Emperador, de parte del Rey, mi marido. Como esta causa se halla escrita por el Ministro de la Guerra y de Justicia, y firmada por mi hijo, éste y aquél modarán lo que quieran, como si fuesen original y verdadero; y lo mismo meterán en lo que quieran mudar relativo á los demás comprendidos en la causa, pues todos están ahora al rededor de mi hijo, y harán lo que éste mande y lo que quieran ellos mismos.

» Si el gran Duque no tiene la bondad y humanidad de hacer que el Emperador mande prontamente hacer suspender el curso de la causa del pobre Príncipe de la Paz, amigo del mismo gran Duque, y del Emperador, y de los franceses, y del Rey, y mío, van sus enemigos á hacerle cortar la cabeza en público, y después á mí, pues lo descan también. Yo temo mucho que no den tiempo para que pueda llegar la respuesta y resolución del Emperador; pues precipitarán la ejecución para que cuando llegos aquélla no pueda surtir efecto favorable, por estar ya decapitado el Príncipe. El Rey, mi marido, y yo no podemos ver con indiferencia un atentado tan horrible contra quien ha sido íntimamente amigo nuestro y del gran Duque. Esta amistad, y la que ha tenido en favor del Emperador y de los franceses, es la causa de todo lo que sufre; sobre lo cual no se debe dudar.

» Las declaraciones que mi hijo hizo en su causa no se manifiestan ahora; y caso de que se publiquen algunas, no será la que de veras hizo entonces. Acusó al pobre Príncipe de la Paz de haber atentado contra la vida y honor de mi hijo; pero esto es falso, y esto es verdad todo lo contrario. No tratan sino de acriminar á este inocente Príncipe de la Paz, nuestro único amigo común, para infamar mas al público y hacerlo creer contra él todas las infamias posibles.

» Después harán lo mismo contra mí, pues tienen la voluntad preparada para ello. Así convendrá que el gran Duque haga decir á mi hijo que se suspenda toda causa y asunto de papeles hasta que el Emperador venga ó dé disposiciones; y tomar el gran Duque bajo sus órdenes la persona del pobre Príncipe de la Paz, su amigo, separando los guardias y poniendo tropas suyas para impedir que lo maten, pues esto es lo que quieren, además de infamarle, lo que también proyectan contra el Rey, mi marido, y contra mí, diciendo que es necesario formarnos causa y hacer que después demos cuenta de todas nuestras operaciones.

» Mi hijo tiene muy mal corazón; su carácter es cruel; jamás ha tenido amor á su padre ni á mí; sus consejos son sangüinarios; no se complacen sino en hacer desdichados, sin exceptuar al padre ni á la madre. Quieren hacernos todo el mal posible, pero el Rey y yo tenemos mayor interés en salvar la vida y el honor de nuestro inocente amigo que nuestra misma vida.

» Mi hijo es enemigo de los franceses, aunque diga lo contrario. No extrañaré que cometa un atentado contra ellos. El pueblo está ganando con dinero y lo infamará contra el Príncipe de la Paz, contra el Rey, mi marido, y contra mí, porque somos aliados de los franceses, y dicen que nosotros les hemos hecho venir.

» A la cabeza de todos los enemigos de los franceses está mi hijo, aunque aparente ahora lo contrario, y quiere ganar al Emperador, al gran Duque y á los franceses para dar mejor y seguro su golpe.

» Ayer tarde dijimos nosotros al general comandante de las tre-

él y su esposa con el general Monthion, jefe del estado mayor de Murat. De cualquiera modo que dicho general nos haya pintado su conferencia, y bien que haya querido indicarnos que los reyes padres estaban decididos de antemano á protestar contra su abdicación, lo cierto es que hasta aquel día Carlos IV no se había dirigido á Napoleon, y entonces lo hizo, comunicándole cómo se había visto forzado á renunciar: «Cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada le habían dado á conocer bastante la necesidad de escoger entre la vida ó la muerte; pues (añadía) esta última se hubiera seguido á la de la Reina.» Concluía poniendo enteramente su suerte en las manos de su poderoso aliado. Acompañaba á la carta el acta de la protesta, así concebido (11): «Protesto y declaro que todo lo que manifiesto en mi decreto del 19 de Marzo, abdicando la corona en mi hijo, fué forzado, por precaver mayores males y la efusión de sangre de mis queridos vasallos, y por tanto de ningún valor. — Yo EL REY. — Aranjuez, 21 de Marzo de 1808.»

Del cúmulo de pruebas que hemos tenido á la vista en un punto tan delicado é importante, conjeturamos fundadamente que Carlos, cuya abdicación fué considerada por la generalidad como un acto de su libre y espontánea voluntad, y la cual el mismo Monarca, de carácter indolente y flojo, dió momentáneamente con gusto; abandonado después por todos, solo y no acatado cual solía cuando empuñaba el cetro, advirtió muy luego la diferencia que media entre un soberano amante y otro desposeído y retirado. Fue doloroso, en su triste y solitaria situación, comparar lo que había sido y lo que ahora era, y dió bien pronto indicio de pesarle su precipitada resolución. El arrepentimiento de haber renunciado fué en adelante tan constante y tan sincero, que no sólo en Bayona mostraba á las claras la vilencia que se había empleado contra su persona, sino que todavía en Roma, en 1816, repetía á cuantos españoles iban á verle y en quienes tenía confianza, que su hijo no era legítimo rey de España, y que sólo él, Carlos IV, era el verdadero soberano. No ménos ahondaba y quebrantaba el corazón de la Reina el triste recuerdo de su perdido influjo y poderio: andaba despreciada con la ingratitude de tantos mudables cortesanos, ántes en apariencia partidarios adictos y afectuosos, y grandemente la atribulaban los riesgos que cercaban á su idolatrado amigo. Ambos, en fin, sintieron el haber descendido del trono, acusándose á sí mismos de la sobrada celeridad con que habían cedido á los temores de una violenta sublevación. No fueron los primeros reyes que derramaron lágrimas tardías en memoria de su antiguo y renunciado poder.

Pesados Carlos y María Luisa, y dispuestos sus ánimos á deshacer lo que inconscientemente habían ofrecido y ejecutado el día 19, vislumbraron un rayo de halagüeña esperanza al ver el respeto y silencio con que eran tratados por los principales jefes del ejército extranjero. Entonces pusaron seriamente en recobrar la perdida autoridad, fundando mas particularmente su reclamación en la razón poderosa de haber abdicado en medio de una revolución popular y de una sublevación de la soldadesca. Murat, si no fué quien primero sugirió la idea, al ménos puso gran conato en sostenerla, porque con ella, fomentando la desunión entre la fa-

milia real, minaba por su cimiento la legitimidad del nuevo Rey, y ofrecía á su gobierno un medio plausible de entrometerse en las disensiones interiores, mayormente acudiendo á buscar el anciano y desposeído Carlos reparo y ayuda en su aliado el Emperador de los franceses.

Murat, al paso que urdía aquella trama, ó que por lo menos ayudaba á ella, no cesaba de anunciar la próxima llegada de Napoleon, insinuando majestuosamente á Fernando, por medio de sus consejeros, cuán conveniente sería que para allanar cualesquiera dificultades que se opusiesen al reconocimiento, saliera á esperar á su augusto onfado el Emperador. Por su parte, el nuevo gobierno procuraba con el mayor esmero granjear la voluntad del abnuto de Francia. Ya en 20 de Marzo se mandó al Consejo (12) publicar que Fernando VII, lejos de mudar el sistema político de su padre respecto de aquel imperio, pondría su esmero en estrechar los preciosos vínculos de amistad y alianza que entre ambos subsistían, encargándose con especialidad recomendar al pueblo que tratase bien y acogiese con afecto al ejército francés. Se despacharon igualmente órdenes á las tropas de Galicia que habían dejado á Oporto para que volbiesen á aquel punto, y á las de Solano, que estaban ya en Extremadura en virtud de lo últimamente dispuesto por Godoy, se les mandó que retrocediesen á Portugal. Estas, sin embargo, se quedaron por la mayor parte en Bahajoz, no cuidándose Junot de tener cerca de sí soldados cuya conducta no merecía su confianza.

El pueblo español, entre tanto, empezaba cada día á mirar con peores ojos á los extranjeros, cuya arrogancia creía según que su morada se prolongaba. Continamente se suscitaban empeñadas rifas entre los paisanos y los soldados franceses, y el 27 de Marzo, de resultas de una más acalorada y extrepitosa, estuvo para haber en la plazuela de la Cebada una grande conmoción, en la que hubiera podido derramarse mucha sangre. La corte, acorrajada, queria sonajar la inquietud pública, era por medio de proclamas, ora anunciando y repitiendo la llegada de Napoleon, que pondría término á las zozobras é incertidumbre. Era tal en este punto su propio engano, que en 24 de Marzo se as-

(12) Don Bartolomé Muñoz de Torres, del Consejo de S. M., en su calidad de secretario de la Real Audiencia y de gobierno del Consejo, escribió que por el Excmo. Sr. D. Pedro Cevallos, primer secretario de Estado, y del Despacho, se ha comunicado al Excmo. Sr. D. Carlos, gobernador interno del Consejo, la Real orden siguiente:

«Al Excmo. Sr. : Uno de los primeros cuidados del Rey, nuestro señor, después de su advento al trono, ha sido el participar al Emperador de los franceses y Rey de los italianos, según queda acordado, el tiempo á S. M. I. y R. que, auxiliado de los refuerzos recibidos, quisiera agitar el país, y lo de variar en lo más posible el sistema político respecto á la Francia, procurando por todos los medios posibles estrechar mas y mas los vínculos de amistad y estrecha alianza que fomenta entre la España y el Imperio francés. S. M. me manda participarme á V. E. para que, presentando en el Consejo, precedido el triple y con escucha en todas las medidas que tomen para asegurar la tranquilidad pública en Madrid y para reunir y sustraer á las tropas francesas, que están dispuestas á entrar en esta villa, todas las medidas que necesitan, procurando persuadir al pueblo que viven con amigos y con obsequios al Rey y á la nación. S. M. se propone de la salubridad del Consejo, que, entendiendo las vivas voces que le animan á considerar esta alta causa los estrechos vínculos que unen á S. M. con el Emperador de los franceses, presentando al Consejo, por todos los medios que estén á su alcance, procurar estrechar mas los estrechos vínculos que unen á S. M. con el Emperador de los franceses, y para que llegue á noticia de todos los españoles y de los extranjeros que residen en esta villa, y para el efecto de lo que en Madrid, á 21 de Marzo de 1808. — Don Bartolomé Muñoz. — Señor Gobernador interno del Consejo.»

Procedida en el Consejo plenario de este día la Real orden de Real orden, se ha mandado publicar y cumplir; y para que llegue á noticia de todos los españoles y de los extranjeros que residen en esta villa, y para el efecto de lo que en Madrid, á 21 de Marzo de 1808. — Don Bartolomé Muñoz. — (Véase el Diario de Madrid del 27 de Marzo de 1808.)

(11) Protesta publicada en el Diario de Madrid de 19 de Mayo de 1808.

só al público de oficio (13) «que S. M. tenía noticia que dentro de dos días y medio á tres llegaría el Emperador de los franceses.....» Así ya no solamente se contaban los días, sino las horas mismas; ansiosa impaciencia, desvariada en el modo de expresarse, y afrentosa en un gobierno cuyas providencias hubieran podido descansar en el seguro y firme apoyo de la opinion nacional.

¡Cosa maravillosa! Cuanto más se iban en Madrid desengañando todos y comprendiendo los fementidos designios del gabinete de Francia, tanto más ciego y desatentado se ponía el gobierno español. Acabó de perderle y descarriarle el 28 de Marzo, con su llegada, D. Juan de Escóquiz, quien no veía en Napoleon sino al esclarecido, poderoso y heroico defensor del rey Fernando y sus parciales. Deslumbrado con la opinion que de sí propio tenía, creyó que sólo á él le era dado acertar con los oportunos medios de sacar airoso y triunfante de la embarazosa posicion á su augusto discípulo, y cerrando los oídos á la voz pública y universal, llamó hácia su persona una severa y terrible responsabilidad. Causa asombro, repetimos, que los engaños y arterias advertidos por el más infimo y rudo de los españoles, se ocultasen y oscureciesen á D. Juan de Escóquiz y á los principales consejeros del Rey, quienes, por el puesto que ocupaban y por la sagacidad que debía adornarles, hubieran debido descubrir ántes que ningun otro las asechanzas que se les armaban. Pero los sucesos que en gran manera concurrían á excitar su desconfianza, eran los mismos que los confortaban y aquietaban. Tal fué el pliego de Izquierdo, de que hablamos en el libro anterior. Las proposiciones en él incluidas, y por las que nada ménos se trataba que de ceder las provincias del Ebro allá, y de arreglar la sucesion de España, sobre la cual, dentro del reino, nadie habia tenido dudas, no despertaron las dormidas sospechas de Escóquiz ni de sus compañeros. Atentos sólo á la propuesta indicada en el mismo pliego, de casar á Fernando con una princesa, pensaron que todo iba á componerse amistosamente, llevando tan allá Escóquiz y los suyos el extravío de su mente, que en su *idea sencilla* no se detiene en asentar «que su opinion, conforme con la del Consejo del Rey, habia sido que las intenciones más perjudiciales que podían recelarse del gobierno francés eran las del trueque de las provincias más allá del Ebro por el reino de Portugal, ó tal vez la cesion de la Navarra; como si la cesion ó pérdida de cualquiera de estas provincias no hubiera sido clavar un agudo puñal en una parte muy principal de la nacion, desmembrándola y dejándola expuesta á los ataques que contra ella intentase dirigir á mansalva su poderoso vecino.

El contagio de tamaña ceguedad habia cundido entre algunos cortesanos, y hubo de ellos quienes sirvieron con su credulidad al entretenimiento y burla de los servidores de Napoleon. Se aventajó á

todos el Conde de Fernan-Núñez, quien, para merecer primero las albricias, dejando atras á los que con él habian ido á recibir al Emperador de los franceses, se adelantó á toda diligencia hasta Tours. No distante de aquella ciudad, cruzándose en el camino con Mr. Bausset, prefecto del palacio imperial, le preguntó con viva impaciencia si estaba ya cerca la novia del rey Fernando, sobrina del Emperador. Respondióle aquél que tal sobrina no era del viaje, ni habia oído hablar de novia ni de casamiento. Tomando entónces Fernan-Núñez en su ademan un compuesto y misterioso semblante, atribuyó la respuesta del prefecto imperial á estudiado disimulo ó á que no estaba en el importante secreto. No dejan estos hechos, por leves que parezcan, de pintar los hombres que con su obcecación dieron motivo á grandes y trascendentales acontecimientos.

Léjos Murat de contribuir con su conducta á ofuscar á los ministros del Rey, obraba de manera que más bien ayudaba al desengaño que á mantener la lisonjera ilusion. Continuaba sienpre en sus tratos con la Reina de Etruria y los reyes padres, no ocupándose en reconocer á Fernando ni en hacerle siquiera una mera visita de ceremonia y cumplido. A pesar de su desvío, bastaba que mostrase el menor desseo para que los ministros del nuevo Rey se afanasen por complacerle y servirle. Así fué que, habiendo manifestado á D. Pedro Cevallos cuanto le agradaria tener en su poder la espada de Francisco I. depositada en la Real Armeria, le fué al instante entregada en 4 de Abril, siendo llevada con gran pompa y acompañamiento, y presentada por el Marqués de Astorga en calidad de caballero mayor. Al par que, como en sus anteriores procedimientos, se portó en este paso el gobierno español débil y sumisamente, el francés dejó ver estrechez de ánimo en una demanda ajena de una nacion famosa por sus hazañas y glorias militares, como si los triunfos de Pavia y el inmortal trofeo ganado en buena guerra, y que adquirieron á España sus ilustres hijos Diego de Avila y Juan de Urbina, pudieran nunca borrarse de la memoria de la posteridad.

Napoleon no estaba del todo satisfecho de la conducta de Murat. En una carta que le escribió en 29 de Marzo le manifestaba sus temores, y con diestra y profunda mano le trazaba cuanto habia complicado los negocios el acontecimiento de Aranjuez (14). Este documento, si fué escrito del modo que despues se ha publicado, muestra el acertado tino y extraordinaria prevision del Emperador francés, y que la precipitacion y equivocados informes de Murat perjudicaron muy mucho al pronto y feliz éxito de su empresa. Sin embargo, ademas de las instrucciones que aparecen por la citada carta, debió de haber otras por el mismo tiempo, que indicasen ó expresasen más claramente la idea de llevar á Francia á los principes de la real familia; pues Murat, siguiendo en aquel propósito, y no atreviéndose á insistir inmediatamente en sus anteriores insinuaciones de que Fernando fuese al encuentro de Napoleon, propuso como muy oportuna la salida al efecto del infante D. Carlos, en lo cual conviniendo sin dificultad la corte, partió el Infante el 5 de Abril. No habian pasado muchos dias, ni aun tal vez horas, cuando Murat, poco á poco, volvió á renovar sus ruegos para que el rey Fernando se pusiese tambien en camino y halagase con tan amistoso paso á su amigo el emperador Napoleon.

(13) BANDO.—Con fecha 23 del presente mes se ha comunicado al Ilmo. Sr. Decano del Consejo una Real orden, que, entre otras cosas, contiene lo siguiente:

«Teniendo noticia el Rey, nuestro señor, que dentro de dos y medio á tres dias llegará á esta corte S. M. el Emperador de los franceses, me manda S. M. decir á V. I. que quiere sea recibido y tratado con todas las demostraciones de fecho y alegría que corresponden á su alta dignidad é íntima amistad y alianza con el Rey, nuestro señor, de la que espera la felicidad de la nacion; mandando asimismo á V. I. que la villa de Madrid proporcione objetos agradables á S. M. I. y que contribuyan al mismo fin todas las clases del Estado.»

Y habiéndose publicado en el Consejo, ha resuelto se entere de ello al público por medio de esta edicto. Madrid, 24 de Marzo de 1808.—D. BARTOLOMÉ MUÑOZ, etc.

(14) *Mémoires de Sainte-Hélène*, vol. IV, pag. 246, ed. de 1823.

El Embajador francés apoyaba lo mismo y con particular eficacia, habiendo, en fin, claramente descubierto que la política de su amo en los asuntos de España era muy otra de la que antes se había figurado.

Pero viendo el rey Fernando que su hermano el Infante no había encontrado en Burgos a Napoleón, y proseguía adelante sin saber cuál sería el término de su viaje, vacilaba todavía en su resolución. Sus consejeros estaban divididos en sus dictámenes: Cevallos se oponía á la salida del Rey hasta tanto que se supiera de oficio la entrada en España del Emperador francés. Escóquiz, constante en su desvarío, sostenía con empeño el parecer contrario, y á pesar de su poderoso influjo, hubiera difícilmente prevalecido en el ánimo del Rey, si la llegada á Madrid del general Savary no hubiese dado nuevo peso á sus razones y cambiado el modo de pensar de los que hasta entonces habían estado irresolutos é inciertos. Savary, general de división y ayudante de Napoleón, iba á Madrid con el encargo de llevar á Fernando á Bayona, adoptando para ello cuantos medios estimase convenientes al logro de la empresa. Juzgóse que era la persona mas acomodada para desempeñar tan ardua comisión, encubriendo bajo un exterior militar y franco, profunda disimulación y astucia. Apenas, por decirlo así, apendo, solicitó audiencia particular de Fernando, la cual concedida, manifestó con aparente sinceridad que venía de parte del Emperador para complimentar al Rey y saber de S. M. unánimemente si sus sentimientos con respecto á la Francia eran conformes con los del Rey, su padre, en cuyo caso el Emperador, prescindiendo de todo lo ocurrido, no se mezclaría en nada de lo interior del reino, y reconocería desde luego á S. M. por rey de España y de las Indias. Fácil es acertar con la contestación que daría una corte no ocupada sino en alcanzar el reconocimiento del Emperador de los franceses. Savary anunció la próxima llegada de su soberano á Bayona, de donde pasaría á Madrid, insistiendo poco después en que Fernando saliese á recibirle, con cuya determinación probaría su particular anhelo por estrechar la antigua alianza que mediaba entre ambas naciones, y asegurando que la ausencia sería tanto menos larga, cuanto que se encontraría en Burgos con el mismo Emperador. El Rey, venido con tantas promesas y palabras, resolvió, al fin, condescender con los deseos de Savary, sostenido y apoyado por los más de los ministros y consejeros españoles.

Cierto que el pago del general francés hubiera podido hacer titubear al hombre más tenaz y firme, si otros indicios poderosos no hubieran contrapesado su aparente fuerza. Además era sobrada precipitación, antes de emprender el viaje de Napoleón á España de un modo auténtico y de oficio, exponer la dignidad del Rey á ir en busca suya, habiéndose hasta entonces comunicado su venida sólo de palabra é indirectamente. Con mayor lentitud y circunspección hubiera convenido proceder en negocio en que se interesaban el decoro del Rey, su seguridad y la suerte de la nación, principalmente cuando tantas perfidias habían precedido, cuando Murat tenía conducta tan sospechosa, y cuando, en vez de reconocer á Fernando, andaba solamente de continuar sus secretos manejos con la antigua corte. Mas el deslumbrado Escóquiz proseguía no viendo las anteriores perfidias, y achacaba las intrigas de Murat á estos de pura ofensidad, contrarios á las intenciones de Napoleón. Sordo á la voz del pueblo,

sordo al consejo de los prudentes, sordo á lo mismo que se conversaba en todo el ejército extranjero, en corrillos y plazas, se mantuvo perfiadamente en su primer dictamen, y arrastró al suyo á los mas de los ministros, dando al mundo la prueba más insigne de terca y desvariada presunción, probablemente aguijada por ardiente deseo de ambiciosos crecimientos.

Hubo aún para recelarse el que D. José Martínez de Hervás, quien como español y por su conocimiento en la lengua nativa había venido en compañía del general Savary, avisó que se armaba contra el Rey una celada, y que obraría con prudente cautela desistiendo del viaje ó deteniéndolo. Pero ¡oh colmo de ceguera! los mismos que desaccadamente se fiaban en las palabras de un extranjero, del general Savary, tuvieron por sospechosa la loable advertencia del leal español. Y como si tantos indicios no bastasen, el mismo Savary dió ocasión á nuevos recelos con pedir, de orden del Emperador, que se pudiese en libertad al enemigo declarado e implacable del nuevo gobierno, al odiado Godoy. Incomodó, sin embargo, la intempestiva solicitud, y hubiera tal vez perjudicado al resuelto viaje, si el francés, á ruego del Infante y Ofarril, no hubiera abandonado su demanda.

Firmes, pues, en su propósito los consejeros de Fernando, y conducidos por un hado adverso, salieron el día 10 de Abril para su partida, en cuyo día salió S. M., tomando el camino de Somosierra para Burgos. Iban en su compañía D. Pedro Cevallos, ministro de Estado, los duques del Infantado y San Carlos, el Marqués de Muzquiz, D. Pedro Labrador, D. Juan de Escóquiz, el capitán de guardias de Corps, Conde de Villariego, y los gentiles hombres de Cámara, Marqués de Ayerbe, de Gualdrázar y de Peria. La víspera había escrito Fernando á su padre pidiéndole una carta para el Emperador, con suplica de que asegurase en ella los buenos sentimientos que le asistían, queriendo seguir las mismas relaciones de amistad y alianza con Francia que se habían seguido en su anterior reinado. Carlos IV ni le dió la carta, ni le contestó, con achaque de estar ya en cama: precursora señal de lo que en secreto se proyectaba.

Antes de su salida dispuso el rey Fernando que se nombrase una junta suprema de gobierno, presidida por su tío el infante D. Antonio y compuesta de los ministros del Despacho, quienes á la sazón eran D. Pedro Cevallos, de Estado, que acompañaba al Rey; D. Francisco Gil y Lémus, de Marina; D. Miguel José de Azanza, de Hacienda; D. Gonzalo Ofarril, de Guerra, y D. Sebastian Píñuela, de Gracia y Justicia. Esta junta, según las instrucciones verbales del Rey, debía entender en todo lo gubernativo y urgente, consultando en lo demás con S. M.

En tanto que el Rey con sus consejeros va camino de Bayona, será bien que nos detengamos á considerar de nuevo resolución tan desastrosa. La pintura triste que para disculparse traza Escóquiz en su obra acerca de la situación del reino, sería juiciosa si en aquel caso se hubiese tratado de medir las fuerzas militares de España y sus recursos pecuniarios con los de Francia, á la manera de una guerra de ejército á ejército y de gobierno á gobierno. Le estaba bien al Príncipe de la Paz calcular fundado en aquellos datos, como quien no tenía el apoyo nacional; mas la posición de Fernando era muy otra, siendo tan extraordinario el entusiasmo en favor suyo, que un ministro hábil y enten-

trabaja a su viaje. Realmente rayaba ya en demencia en continuada obcecación.

Savary, auxiliado con la carta, aumentó sus esfuerzos y concluyó con decir al Rey: «Mójete corta la cabeza si al punto de hora de haber llegado S. M. a Bayona no le ha reconocido el Emperador por rey de España y de las Indias... Por sostener su empeño empezará probablemente por darle el tratamiento de alteza; pero á los cinco minutos le dará majestad, y á los tres días estará todo arreglado, y S. M. podrá restituirse á España inmediatamente... Engañosa y perdidas palabras, que acabaron de decidir al Rey á proseguir su viaje hasta Bayona.

Sin embargo, hubo españoles más desconfiados ó celosos, que no dando crédito á semejantes promesas, propusieron varios medios para que el Rey se escapase. Todavía hubiera podido conseguirse en Vitoria ponerle en salvo, aunque los obstáculos crecían de día en día. Los franceses habían redoblado su vigilancia, y no contentos con los 4.000 hombres que ocupaban á Vitoria, á las órdenes del general Verdier, habían aumentado la guarnición especialmente con caballería enviada de Burgos. Savary tenía órden de arrebatarse al Rey por fuerza en la noche del 11 al 12 si de grado no se mostraba dispuesto á pasar á Francia. Cuidadoso de no faltar á su mandato, estando muy sobre aviso, hacía rondar y observar la casa donde el Rey habitaba. A pesar de su encerramiento, la evasión se hubiera fácilmente ejecutado si hubiese Fernando resuelto á abrazar aquel partido. Don Mariano Luis de Urquijo, que había ido á Bilbao á cumplimentarle á su paso por Vitoria, propuso, de acuerdo con el alcalde Urduna, un medio para que de noche se fugase disfrazado. Hubo también otros y varios proyectos, mas entre todos es digno de particular mención, como el mejor y mas asequible, el propuesto por el Duque de Malin. Por, pues, que saliendo el Rey de Vitoria por el camino de Bayona, y dando confianza á los franceses con la dirección que habría tomado, siguiera así hasta Vergara, en cuyo pueblo, abandonando la carreteta real, torciese del lado de Durango y se encaminase al puerto de Bilbao. Afadía el Duque que la evasión era protegida por un batallón del Inmemorial del Rey, residente en Mondragon, y de cuya fidelidad respondía. Es quizás, con quien siempre nos encontramos cuando se trata de alzar al Rey de Bayona y librarle de las armadas oscuras, dijo: «Que no era necesario, habiendo S. M. recibido grandes pruebas de amistad de parte del Emperador. Eran las grandes pruebas la consabida carta. El duque Malin no por eso dejó de insistir la misma sospecha de la salida para Bayona, habiéndose animado á las sospechas de todos con la llegada de 300 granaderos á caballo de la guardia imperial. Mas al punto de salir, poniéndole la mano en la boca, pronunció: Es quizás estas notables palabras. Es negocio concluido: mañana salimos para Bayona; se te han dado todas las seguridades que pedíamos de costumbre.

Fuere en fin el partir. Sabedor el pueblo, se agrupó delante del alojamiento del Rey, cortó los tirantes de la manta y prorumpió en voces de amor y lealtad para que el Rey escuchase sus fundados temores (16). Todo fué en vano. Apaciguándose el

bullicio á duras penas, se publicó un decreto, en que afirmaba el Rey estar cierto de la sincera y cordial amistad del Emperador de los franceses, y que antes de cuatro ó seis días darían gracias á Dios y á la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquietaba.

Partió el Rey de Vitoria el 19 de Abril, y en el mismo llegó á Irún, casi solo, habiéndose quedado atrás el general Savary, por habérsele descompuesto el coche. Se albergó en casa del Sr. Olazábal, sita fuera de la villa, en donde había de guarnición un batallón del regimiento de Africa, dividido á obedecer rendidamente las órdenes de Fernando. La Providencia á cada paso parecía querer advertirle del peligro, y á cada paso le presentaba medios de salvación. Mas un ciego instinto arrastraba al Rey al horroroso precipicio. Savary tuvo tal miedo de que la importante presa se le escapase, á la misma sazón que ya la tenía asegurada, que llegó á Irún asustado y despavorido.

El 20 cruzó el Rey y toda la comitiva el Bidasoa, y entró en Bayona á las diez de la mañana de aquel día. Nadie le salió á recibir al camino a nombre de Napoleon. Mas allá de San Juan de Luz encontró á los tres grandes de España, comisionados para felicitar al Emperador francés, quienes dicen noticias tristes, pues la víspera por la mañana habían oído al mismo de su propia boca que los Borbones nunca más reinarian en España. Ignoramos por qué no anduvieron más diligentes en comunicar al Rey el importante aviso, que podría desensaladamente haberle alcanzado en Irún: quizá se lo impidió la vigilancia de que estaban cercados. Abatió el ánimo de todos lo que anunciaron los grandes, echando tambien de ver el poco aprecio que á Napoleon merecía el rey Fernando en el modo solitario con que le dejaba aproximarse á Bayona, no habiendo salido persona alguna elevada en dignidad á cumplimentarle y honrarle, hasta que á las puertas de la ciudad misma se presentaron con aquel objeto el Principe de Neuchatel y Duroc, gran mariscal de palacio. Admiró en tanto grado á Napoleon ver llegar á Fernando, sin haberle especialmente convidado á ello, que al anunciarle un ayudante su próximo arribo exclamó: «¿Cómo?... ¿viene?... no, no es posible...» Aun no conocia personalmente á los consejeros de Fernando.

Después de la partida del Rey, prosiguiendo Murat en su principal propósito de apoyar las intrigas que se preparaban en la enemistad y despecho de los reyes padres, avivó la correspondencia que con ellos había entablado. Hasta entonces no habían conferenciado juntos, siendo sus ayudantes y la Reina de Francia el conducto por donde se entendían. Mucho desagradaron los secretos tratos de la última, los que partían alante la arrastró el encendido deseo de conseguir un trono para su hijo, aunque sus esfuerzos fueron vanos. En la correspondencia, después de ocuparse en el asunto que mas interesaba á Murat y á su gobierno, esto es, el de la protesta de Carlos IV, llamó á la Reina y á su esposo intensa-

ra de España, y que jamás volvería á entrar en ninguno de sus dominios.

El Emperador de los franceses le admitió con efusividad de S. M. y nombró al general Duroc para que reciba el preso y le haga un bello traslado con su propia mano.

La Junta de Gobierno, confusa de estos antecedentes y de la reiterada expresión de la voluntad de S. M., mandó avisar al general, á cuyo cargo estaba la custodia del sitio de preso, que le entregase al oficial que destinase para el conducción al puerco, dispuesto que ya queda cumplida en todas sus partes. Madrid, 21 de Abril de 1808.

(16) Tal vez nuestro autor, ha tenido el muy alto aprecio de los deseos que el Emperador de los franceses le manifiesta de disponer de la persona del Rey. D. Manuel de Godoy, contestó desde luego á S. M. que no era necesario, habiendo S. M. recibido grandes pruebas de amistad de parte del Emperador. Eran las grandes pruebas la consabida carta. El duque Malin no por eso dejó de insistir la misma sospecha de la salida para Bayona, habiéndose animado á las sospechas de todos con la llegada de 300 granaderos á caballo de la guardia imperial. Mas al punto de salir, poniéndole la mano en la boca, pronunció: Es quizás estas notables palabras. Es negocio concluido: mañana salimos para Bayona; se te han dado todas las seguridades que pedíamos de costumbre.

tiene la atencion la desgraciada suerte de su amigo Godoy, *del pobre Pobre pe de la Par*, con cuyo epíteto a cada paso se le designa en las cartas de Maria Luisa. Dado el desuso, al har esta correspondencia, si es más de maravillar la constante posion de la Reina á la íntima amistad del Rey. Confundida en los su suertes con la del desgraciado, á punto que decía la Reina: «Si no se salva el Príncipe de la Par y si no se nos cunde su compañía, moriremos el Rey, mi marido, y yo». Es digna de la atenta observacion de la historia mucha parte de aquella correspondencia, y señaladamente lo son algunas cartas de la Reina madre. Si se prescinde del enfado y animosidad con que están escritas ciertas cláusulas, da un contexto mucha luz sobre los importantes hechos de aquel tiempo, y en él se pinta al vivo y en colores por desgracia fuuto verdaderos el carácter de varios personajes de aquel tiempo. Posteriores acontecimientos nos harán ver lastimosamente con cuánta verdad y conocimiento de los originales trató la reina Maria Luisa algunos de estos retratos. Los reves pudiesen habian desde Marzo continuado en Arrioz, teniendo para su guardia tropas de la casa real. Tambien habia fuerza francesa a las órdenes del general Watier, no solo de proteger á los Reyes y continuar dando mayor peso á la idea de haberse ejercido contra ellos particular violencia en el acto de la abolicion. El 9 de Abril pasaron al Escorial por intimidacion de Morat, con el intento de aproximarlos al camino de Francia. No tuvieron alla otra guardia más que la de las tropas francesas y los carabineros reales.

En Madrid, apenas había salido el Rey, cuando Murat pulió con ahínco á la Junta que se le entregase á Te. Manuel Godoy, afirmando que así se lo había ofrecido. Formando la víspera de su partida en el cuarto de la Reina de Escorial; asercion tanto más dudosa, cuanto si bien allí se encontraron, pareciera cierto que nada se dijeron, retenidos por no querer ni uno ni otro ser el primero en romper el silencio. Resistiéndose la Junta á dar libertad al preso, amenazó Murat con que emplearía la fuerza; así al instante no se le ponía en sus manos. Afanábale por ser dueño de Godoy, considerándole necesario instrumento para influir en Bayona en las determinaciones de los reyes padres, á quienes, por otra parte, en las primeras vistas que tuvo con ellos en el Escorial uno de aquellos días, les había prometido su libertad. La Junta se limitó por de pronto á mandar al Consejo, con fecha del 13, que suspendiese el proceso intentado contra D. Manuel Godoy hasta nueva orden de S. M., á quien se consultó por medio de D. Pedro Cevallos. La posición de la Junta realmente era muy angustiada, quedando expuesta á la indignación pública si le soltaba, ó á la ira del archiduque Murat si le retenía. Dijo Pedro Cevallos contestó desde Vitoria que se había escrito al Emperador ofreciendo que con Godoy de genitoral, perdonándole la vida en caso de que fuese condenado á la pena de muerte. Bastóle esta contestación á Murat para insistir en 20 de Abril en la cultura del preso, con el objeto de enviarle á Francia, y con engaño y despreciosura baste decir á su nombre el general Belliard en su oficio (17). «El gobierno y la nación española sólo

hallarán en esta resolución de S. M. I. nuevas pruebas del interés que toma por la España, porque alejando al Príncipe de la Paz quiere quitar á la malevolencia los medios de crear posible que Carlos IV volviése al poder y su confianza al que debe haberla perdido para siempre; Asi se escribía á una autoridad puesta por Fernando y que no reconocia á Carlos IV. La Junta accedió á lo último á la demanda de Murat, habiéndose opuesto con firmeza el ministro de Marina, D. Francisco Gil y Leñus. Mucho se motejó la condescendencia de aquel cuerpo sin embargo, eran tales y tan espesas las circunstancias, que con dificultad se hubiera podido esterbar con éxito la entrega de D. Manuel Godoy. Acordada que ésta fué, se dieron las convenientes órdenes al Marqués de Castelar, quien, antes de obedecer, temiendo de algun nuevo artificio de los franceses, pasó á Madrid á cerciorarse de la verdad de boca del mismo infante, presidente. El pordonotero general, al oír la confirmación de lo que toma por falso, hizo dejación de su destino, supliendo que no fuesen los guardias de Corps quienes hiciesen la entrega sino los granaderos provinciales. El bueno del infante le replicó que en aquella entrega consistía el que su sobrino fuese rey de España; á cuya poderosa razon cedió Castelar, y puso en libertad al preso Godoy á las 11 de la noche del mismo día 20, entregándole en manos del coronel francés Murat. Sin detencion tomaron el camino de Bayona, donde llegó Godoy con la escuadra francesa el 26, habiéndosele reunido poco después su hermano don Diego. Se alojó aquí en una quinta que le estaba preparada á una legua de la ciudad, y á poco tuvo con Napoleon una larga conferencia. El Rey, si bien no desaprobó la conducta de la Junta, tampoco la aplaudia, llegando de propósito al Consejo, que se habia puesto á la entrega. En asunto de tanta gravedad procuraron todos sincerar su modo de proceder; entre ellos se señaló el Marqués de Castelar, apreciable y digno militar, quien envió para informar al Rey no menos que á tres sujetos. á su segundo, el brigadier D. José Palafox, á su hijo, el Marqués de Belveder, y al ayudante Butron. Así, y como milagrosamente, se libró Godoy de una casi segura y desastrosa muerte.

En todos aquellos días no había cuando Murat de incomodar y acosar a la Junta con sus quejas e infundadas reclamaciones. El 16 había llamado a Ofaril para lamentarse con agrinonia, ó ya de asesinatos, ó ya de acopios de armas que se hacian en Acazon. Eran é stos meros pretextos para encanchar eu plitica á punto más serio. Al fin le declaró el verdadero objeto de la conferencia. Era, pues, que el

funciones del Emperador, que lo retiene la orden de pedir la persona de este príncipe y de conducir a Francia.

Se debe ver que esta determinación de S. A. R. el Príncipe de Asturias no haya llegado todavía a la Junta. En este caso se debe insistir en que S. A. R. lo haga en sus comunicaciones al Emperador, pero la Junta comprenderá que el responder a Príncipe de Asturias sería de ella una cuestión muy delicada, y ya es sabido que S. M. I. no prefiere las cuestiones sobre el trono IV.

Algunos pocos, como Juan de Lara tomar esta nota en consideración, y tener la honra de intervenir sobre este asunto personal, escrita a V. el Sr. D. Juan de Lara, y como por el mismo.

[illegible]

Tras el honor de dirigirla a la Junta las autoridades de mi villa
compartiendo el goce y gozo del cadáver mayor general, D.
JUAN PARRALES.—Madrid, 20 de Abril de 1808.

(1975) Ordenes del general Helguera d la Junta de Gobierno (Tercera Sesión de Gobierno: 1975).

[illegible]

Emperador no reconocia en España otro rey sino á Carlos IV, y que habiendo para ello recibido ordenes suyas, iba á publicar una proclama, que manuscrita le dió á leer. Se suponía extendida por el Rey padre, asegurando en ella haber sido forzada su abdicacion, como así se lo había comunicado á su alzado el Emperador de los franceses, con cuya aprobacion y arrino volvería á sentarse en el trono. Absorto Ofárril con lo que acababa de oír, informó de ello á la Junta, la cual de nuevo comisionó al mismo, en compañía de Azanza, para apurar más y más las razones y el fundamento de tan extraña resolución. Murat, acompañado del Conde de Laforest, se mantuvo firme en su propósito, y solo consintió en aguardar la última contestacion de la Junta, que, verbalmente y por los mismos encargados, respondió: 1.º Que Carlos IV, y no el gran Duque, debía comunicarle su determinacion. 2.º Que comunicada que le fuese, se limitaría á participarla á Fernando VII. Y 3.º Pedia que, estando Carlos IV próximo á salir para Bayona, se guardase el mayor secreto y no ejerciese durante el viaje ningun acto de soberanía. En seguida pasó Murat al Escorial, y poniéndose de acuerdo con los reyes padres, escribió Carlos IV á su hermano el infante D. Antonio una carta (18), en la que aseguraba haber sido forzada su abdicacion del 19 de Marzo, y que en aquel mismo día había protestado solemnemente contra dicho acto. Ahora reiteraba su primera declaracion, confirmando provisionalmente á la Junta su autoridad, como igualmente á todos los empleados nombrados desde el 19 de Marzo último, y anunciaba su proxima salida para ir á encontrarse con su alzado el Emperador de los franceses. Es digno de reparo que en aquella carta expresase Carlos IV haber protestado solemnemente el 19, cuando después dató su protesta del 21, cuya fecha ya ántes advertimos envolvía contradiccion con cartas posteriores escritas por el mismo Monarca. Prueba notable y nueva de la precipitacion con que en todo se procedió, y del poco concierto que entre sí tuvieron los que arreglaron aquel negocio: puesto que, fuera la protesta extendida en el día de la abdicacion ó fue-

rato después, siendo Carlos IV y sus confidentes los dueños y únicos sabedores de su secreto, hubieran, por lo ménos, debido coordinar unas fechas cuya contradiccion había de desautorizar acto de tanta importancia, mayormente cuando la legitimidad ó fuerza de la protesta no dimanaba de que se hubiese realizado el 19, el 21 ó el 23, sino de la falta de libre voluntad con que aseguraban ellos había sido dada la abdicacion. Respecto de lo cual, como se había verificado en medio de conmociones y bullidos populares, sólo Carlos IV era el único y competente juez, y no habiendo variado su situacion en los tres dias sucesivos á punto que pudiera atribuirse su silencio á completa conformidad, siempre estaba en el caso de alegar fundadamente que, cercado de los mismos riesgos, no había osado extender por escrito un acto que, descubierto, hubiera sobremedera comprometido su persona y la de su esposa. En nada de eso pensaron; creyeron de más, al parecer, detenerse en cosas que imaginaron leves, bastándoles la protesta para sus premeditados fines. Carlos IV, después de haber remitido igual acto á Napoleon, en compañía de la Reina y de la hija del Principe de la Paz se puso en camino para Bayona el 25 de Abril, escoltado por tropas francesas y carabineros reales, los mismos que le habían hecho la guardia en el Escorial. Fácil es figurarse cuan atribulados debieron quedar el Infante y la Junta con novedades que oscurecían y encapotaban más y más el horizonte político.

La salida de Godoy, las conferencias de Murat con los reyes padres, la arrogancia y modo de explicarse de gran parte de los oficiales franceses y de su tropa, aumentaban la irritacion de los ánimos, y á cada paso corría riesgo de alterarse la tranquilidad pública de Madrid y de los pueblos que ocupaban los extranjeros. Un incidente agravó en la capital estado tan crítico. Murat había ofrecido á la Junta guardar reservada la protesta de Carlos IV; pero á pesar de su promesa no tardó en faltar á ella, ó por indiscrecion propia, ó por el mal entendido celo de sus subalternos. El día 20 de Abril se presentó al Consejo el impresor Eusebio Alvarez de la Torre para avisarle que dos agentes franceses habían estado en su casa con el objeto de imprimir una proclama de Carlos IV. Ya había corrido la voz por el pueblo, y en la tarde hubiera habido una grande conmocion, si el Consejo de antemano no hubiese enviado al alcalde de casa y corte, D. Andres Romero, quien sorprendió á los dos franceses Funiel y Ribat con las pruebas de la proclama. Quien el juez arrestarlos; mas ni consintieron ellos en ir voluntariamente, ni en declarar cosa alguna sin orden previa de su jefe el general Grouchy, gobernador francés de Madrid. Impaciente el pueblo, se agolpó á la imprenta, y temiendo el Alcalde que al sacarlos fuesen dichos franceses victimas del furor popular, los dejó allí arrestados hasta la determinacion del Consejo, el cual, no osando tomar sobre sí la resolución, acudió á la Junta, que, no queriendo tampoco comprometerse, dispuso ponerlos en libertad, exigiendo solamente de Murat nueva promesa de que en adelante no se repetirían iguales tentativas. Tan débiles é irresolutas andaban las dos autoridades en quienes se libraba entonces la suerte y el honor nacional. La libertad de Godoy y el caso suscitado en la imprenta, al parecer poco importante, fueron acontecimientos que muy particularmente indispusieron el espíritu público contra los franceses. En el último claramente aparecía el deseo de reponer en el trono á Carlos IV, y renovar

(18) Carta remitiendo la protesta al Emperador y Rey.

«Hermano y Señor: V. M. como ya es conocido el secreto de Aranjuez y sus resultas, y no desea de veras algun tanto de interés á un rey, que forzado á abdicar la corona, se oculta en los brazos de un gran monarca su alzado, por el cual suen todo y por todo á su disposición, puesquese el único que puede hacer su dicha, la de toda su familia y la de sus fieles y amados vasallos. ... Hecho visto obligado á abdicar, pero seguro en ella y lleno de confianza en la misericordia y generosidad del gran Monarca, que siempre se ha mirado como su amigo, he tomado la resolución de decir á un arbitrio lo que se desee hacer de nosotros, mi suero, la de la Reina ... Dijo á V. M. I. una protesta contra el acontecimiento de Aranjuez y contra mi abdicacion. Me pongo y como lo voy á poner en el corazón y ansiedad de V. M. I. con este ruego á Dios que se mantenga en su santa y digna guarda. — Hermann y Señor: de V. M. I. su afectísimo hermano y amigo — CARLOS.»

Reiteracion de la protesta dirigida al Sr. Infante D. Antonio.

«Muy amado hermano: El 19 del mes pasado he confiado á mi hijo un decreto de abdicacion. ... En el mismo día recibí una protesta contra el decreto, dato en medio del tumulto y furor por las críticas circunstancias. ... Hoy, que la quietud está restablecida, que mi protesta ha llegado á las manos de mi augusta suero y al alzado el Emperador de los franceses y Rey de Italia, que es notorio que mi hijo no ha podido lograr que le reconociera tal cosa tal, ... declaro solemnemente que el acto de la abdicacion que firmé el día 19 del pasado mes de Marzo es nulo en todas sus partes, y por lo mismo que nunca conoceré á todos mis pueblos que su trono rey, amante de sus vasallos, quiere conservar de que le queda de ella en trabajar para hacerlos felices. Continuo provisionalmente en sus empleos de la Junta, antes de publicar los individuos que la componen, y todos los señores civiles y militares que han sido nombrados desde el 19 del mes de Marzo último. Pienso en acudir luego al encuentro de mi augusto alzado, después de lo cual traeré en mis últimas ordenes á la Junta. San Lorenzo, á 17 de Abril de 1808. — Yo el Rey. — Á la Junta superior de Gobierno.»

cal las crueldades y recientes llagas del anterior reinado; y con el primero se arrancaba de manos de la justicia y se daba suelta al objeto odiado de la nación entera.

No se circunscribía á Madrid la pública inquietud. En Toledo el día 21 de Abril se turbó también la tranquilidad por la imprudencia del ayudante general Marcial Tomas, que habia salido enviado á aquella ciudad con el objeto de disponer alojamientos para la tropa francesa. Explicóbase sin rebozo contra el alzamiento de Fernando VII, afirmando que Napoleón habia decidido restablecer en el trono á Carlos IV. Esparentos por el vecindario semejantes rumores, se amotinó el pueblo, agavillándose en la plaza de Zocodover, y paseando armado por las calles el retrato de Fernando, á quien todos temían que saludar ó acatar, fueran franceses ó españoles. La casa del corregidor, D. José Joaquín de Santa María, y las de los particulares D. Pedro Segunda y D. Luis del Castillo fueron acometidas, y públicamente quemados sus muebles y efectos, echándose á estos sujetos afecto al valido y á Carlos IV, crimen entonces muy grave en la opinión popular. Duró el tumulto dos días. Le apaciguó el Cabildo y la llegada del general Dupont, quien, con la suficiente fuerza, pasó el 26 de Aranjuez á aquella ciudad. Iguales ruidos y alborotos hubo en Burgos por aquellos días, de resultas de haber detenido los franceses á un correo español. El intendente, Marques de la Granja, estuvo muy cerca de perecer á manos del populacho, y hubo con esta ocasión varios heridos.

Apoyado en aquellos tumultos, provocados por la imprudencia ú osadía francesa, y seguro por otra parte de que Fernando habia atravesado la frontera, levanto Murat su impetuoso y altanero tono, considerándose agravado é importunado con sus peticiones. Guardaba con la Junta, autoridad suprema de la nación, tan poco comedimiento, que en ocasiones graves procedía sin contar con su anuencia. Así fue que queriendo Bonaparte congregar en Bayona una diputación de españoles, para que en tierra extraña tratase de asuntos interiores del reino, á manera de la que ántes habia reunido en Leon respecto de Italia; y habiendo Murat comunicado dicha resolución á la Junta gubernativa, á fin de que nombrase sujetos y arreglase el modo de convocación; al tiempo que ésta, en medio de sus angustias, entraba en deliberación acerca de la materia, llegó á su noticia que el gran duque Murat habia, por sí, escogido al intento ciertas personas, quienes, refusingo pasar á Francia sin orden ó pasaporte de su gobierno, le obligaron á dirigirse á la misma Junta para obtenerlos. Diólos aquélla, creyendo en utilidad á medida que el frances crecía en insolencia.

Más adelante volverémos á hablar de la reunion que se indicaba para Bayona. Ahora conviene que paremos nuestra atención en la conducta de la Junta suprema, á autoridad que quedó al frente de la nación, y la gobierno hasta que grandes y gloriosos levantamientos limitaron su floja dominación á Madrid y puntos ocupados por los franceses. A pesar de no haber sido su mando muy duradero, varió en su composición, ya por el número de sujetos que después se le agregaron, ya por la mudanza y alteración sustancial que experimentó al entrar Murat á presidirla. Nos referiremos por de pronto al espacio de su gobernación, que comprende hasta los primeros días de Mayo, en cuyo tiempo se componía de las personas antes indicadas, bajo la presiden-

cia del infante D. Antonio, asistiendo con frecuencia á sus sesiones el Príncipe de Castel-Franco, el Conde de Montarco y D. Arias Mon, gobernador del Consejo. Se agregaron en 1.º de Mayo, por resolución de la misma Junta, todos los presidentes y decanos de los Consejos, y se nombró por secretario al Conde de Casa-Valencia. En su difícil y ardua posición, hostigada de un lado por un jefe extranjero impetuoso y altivo, y reprimida de otro con las incertidumbres y contradicciones de los que habian acompañado al Rey á Bayona, puede encontrar disculpa la flaqueza y desmayo con que generalmente obró durante todos aquellos días. Hubiérase también achacando su indecisión al modo restricto con que Fernando la habia autorizado á su partida, si D. Pedro Cevallos no nos hubiera dado á conocer que, para acudir al remedio de aquel olvido ó falta de prevision, se le habia enviado á dicha Junta desde Bayona una Real orden para que ejecutase cuanto convenia al servicio del Rey y del reino, y que al efecto usase de todas las facultades que S. M. desplegaría si se hallase dentro de sus estados. Parece ser que el decreto fué recibido por la Junta, y en verdad que con el tendido campo para proceder sin trabas ni miramiento. Sin embargo, constante en su timidez é irresolución, no se atrevió á tomar medida alguna vigorosa sin consultar de nuevo al Rey. Fueron despatchados con aquel objeto á Bayona D. Evaristo Perez de Castro y don José de Zayas; llegó el primero sin tropiezo á su destino; detúvose el segundo en la raya. Suscitase entonces que una persona bien enterada del itinerario del último lo habia revelado para entorpecer su misión: no fue así con Perez de Castro, quien enumeró á todos el camino ó extraviada vereda que llevaba. La Junta remitió por dichos comisionados cuatro preguntas, acerca de las cuales pedía instrucciones: 1.ª Si convenia autorizar á la Junta á sustituirse, en caso necesario, en otras personas, las que S. M. designase, para que se trasladasen á paraje en que pudiesen obrar con libertad, siempre que la Junta llegase á carecer de ella. 2.ª Si era la voluntad de S. M. que empezasen las hostilidades, el modo y tiempo de ponerle en ejecución. 3.ª Si debía ya impedirse la entrada de nuevas tropas francesas en España, cerrando los pasos de la frontera. 4.ª Si S. M. juzgaba conducente que se convocasen las Cortes, dirigiendo su real decreto al Consejo, y en defecto de esto (por ser posible que al llegar la respuesta de S. M. no estuviera ya en libertad de obrar), á cualquiera chancillería ó audiencia del reino.

Preguntas eran éstas con que más bien daba indicio la Junta de querer cubrir su propia responsabilidad que de desear su aprobación. Con todo, habiendo dentro de su seno individuos sumamente adictos al bien y honor de su patria, no pudieron menos de acordarse con oportunidad algunas resoluciones que, ejecutadas con vigor, hubieran, sin duda, influido favorablemente en el giro de los negocios. Tal fué la de nombrar una junta que sustituyese la de Madrid, llegado el caso de carecer ésta de libertad. Propuso tan acertada providencia el firme y respetable D. Francisco Gil y Lemus, impulsado y alentado por una reunion oculta de buenos patriotas que se congregaban en casa de su sobrino D. Felipe Gil Taboada. Fueron los nombrados para la nueva junta el Conde de Espoleta, capitán general de Cataluña, que debía presidirla; D. Gregorio García de la Cuesta, capitán general de Castilla la Vieja; el teniente general D. Antonio de Escaño, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, y en su lugar, y hasta tanto que lle-

grupos de gente de todas clases. Los empleados dejaban sus oficinas, los operarios sus talleres, y hasta el delicado sexo sus caseras ocupaciones, para acudir á la Puerta del Sol y sus avenidas, ansiosos de satisfacer su noble curiosidad; interés loable y señalado indicio de que el fuego patrio no se había aún extinguido en los pechos españoles.

Murat, por su parte, no omitía ocasión de ostentar su fuerza y sus recursos para infundir pavor en el ánimo de la desasosegada multitud. Todos los domingos pasaba revista de sus tropas en el paseo del Prado, después de haber oído misa en el convento de Carmelitas descalzos, calle de Alcalá. La demostración religiosa, acompañada de la estrepitosa resonancia, lejos de conciliar los ánimos ó de arredrarlos, los llenaba de enfado y enojo. No se creía en la sinceridad de la primera, tachándola de impío fingimiento, y se veía en la segunda el deliberado propósito de insultar y de atemorizar con estudiada apariencias á los pacíficos, si bien ofendidos, moradores. De una y otra parte fué creciendo la irritación, siendo por ambas extremada. El español tenía á vilipendio el orgullo y desprecio con que se presentaba el extranjero, y el soldado francés, temeroso de una oculta trama, anhelaba por salir de su situación penosa, vengándose de los desaires que con frecuencia recibía. A tal punto había llegado la agitación y la cólera, que al volver Murat el domingo 1.º de Mayo de su acostumbrada revista, y á su paso por la Puerta del Sol, fué escarnecido y silbado, con escándalo de su comitiva, por el numeroso pueblo que allí á la sazón se encontraba. Semejante estado de cosas era demasiado violento para que se prolongase sin haber de ambas partes un abierto y declarado rompimiento. Sólo faltaba oportuna ocasión, la cual desgraciadamente se ofreció muy luego.

El 30 de Abril presentó Murat una carta de Carlos IV para que la Reina de Etruria y el infante don Francisco pasasen á Bayona. Se opuso la Junta á la partida del Infante, dejando á la Reina que obrase según su deseo. Reiteró Murat el 1.º de Mayo la demanda acerca del Infante, tomando á su cuidado evitar á la Junta cualquiera desazon ó responsabilidad. Tratóse largamente en ella si se había ó no de acceder; los pareceres anduvieron muy divididos, y hubo quien propuso resistir con la fuerza. Consultóse acerca del punto con D. Gonzalo O'Fárril, como ministro de la Guerra, quien trazó un cuadro en tal manera triste, si bien cierto, de la situación de Madrid, apreciada militarmente, que no sólo arrastró á su opinión á la mayoría, sino que también se convino en contener con las fuerzas nacionales cualquiera movimiento del pueblo. Hasta ahora la Junta había sido débil é indecisa; en adelante, menos atenta á sus sagrados deberes, irá poco á poco uniéndose y estrechándose con el orgulloso invasor. Resuelto, pues, el viaje de la Reina de Etruria conforme á su libre voluntad, y el del infante D. Francisco por consentimiento de la Junta, se señaló la mañana siguiente para su partida.

Amaneció, en fin, el 2 de Mayo, día de amarga recordación, de luto y desconsuelo, cuya dolorosa imagen nunca se borrará de nuestro afligido y contristado pecho. Un presago ó inexplicable desasosiego pronosticaba tan aciago acontecimiento, ó ya por aquel presentir oscuro que á veces antecede á las grandes tribulaciones de nuestra alma, ó ya más bien por la espárcida voz de la próxima partida de los infantes. Esta voz, y la suma inquietud excitada por la falta de dos correos de Francia, habían lla-

mado desde muy temprano á la plazuela de Palacio numeroso concurso de hombres y mujeres del pueblo. Al dar las nueve subió en un coche, con sus hijos, la Reina de Etruria, mirada más bien como princesa extranjera que como propia, y muy desamada por su continuo y secreto trato con Murat: partió sin oponérsele resistencia. Quedaban todavía dos coches, y al instante corrió por la multitud que estaban destinados al viaje de los dos infantes don Antonio y D. Francisco. Por instantes crecía el enojo y la ira, cuando al oír de la boca de los criados de palacio que el niño D. Francisco lloraba y no quería ir, se enternecieron todos, y las mujeres prorrumpieron en lamentos y sentidos sollozos. En este estado, y alterados más y más los ánimos, llegó á palacio el ayudante de Murat Mr. Augusto Lagrange, encargado de ver lo que allí pasaba, y de saber si la inquietud popular ofrecía fundados temores de alguna conmoción grave. Al ver al ayudante, conocido como tal por su particular uniforme, nada grato á los ojos del pueblo, se persuadió éste que era venido allí para sacar por fuerza á los infantes. Siguióse un general susurro, y al grito de una mujerzuela: *Que nos los lleven*, fué embestido Mr. Lagrange por todas partes, y hubiera perecido á no haberle escudado con su cuerpo el oficial de valonas D. Miguel Desmaisières y Florez; mas subiendo de punto la gritería, y ciegos todos de rabia y desesperación, ambos iban á ser atropellados y muertos, si afortunadamente no hubiera llegado á tiempo una patrulla francesa, que los libró del furor de la embravecida plebe. Murat, prontamente informado de lo que pasaba, envió sin tardanza un batallón con dos piezas de artillería; la proximidad á palacio de su alojamiento facilitaba la breve ejecución de su orden. La tropa francesa, llegada que fué al paraje de la reunión popular, en vez de contener el alboroto en su origen, sin previo aviso ni determinación anterior, hizo una descarga sobre los indefensos corrillos, causando así una general dispersión, y con ella un levantamiento en toda la capital, porque derramándose con celeridad hasta por los más distantes barrios los prófugos de palacio, cundió con ellos el terror y el miedo, y en un instante y como por encanto se sublevó la población entera.

Acudieron todos á buscar armas, y con ansia, á falta de buenas, se aprovechaban de las más arrinconadas y enmohecidas. Los franceses fueron impetuosamente acometidos por doquiera que se les encontraba. Respetáronse, en general, los que estaban dentro de las casas ó iban desarmados, y con vigor se ensañaron contra los que intentaban juntarse con sus cuerpos ó hacían fuego. Los hubo que arrojando las armas é implorando clemencia se salvaron, y fueron custodiados en paraje seguro. ¡Admirable generosidad en medio de tan ciego y justo furor! El gentío era inmenso en la calle Mayor, de Alcalá, de la Montera y de las Carretas. Durante algún tiempo los franceses desaparecieron, y los inexpertos madrileños creyeron haber alcanzado y asegurado su triunfo; pero desgraciadamente fué de corta duración su alegría.

Los extranjeros, prevenidos de antemano, y estando siempre en vela, recelosos por la pública agitación de una populosa ciudad, apresuradamente se abalanzaron por las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, barréndolas con su artillería, y arrollando á la multitud la caballería de la guardia imperial, á las órdenes del jefe de escuadrón Daumesnil. Señaláronse en crueldad los lanceros polacos

y los mamelucos, los que, conforme á las órdenes de los generales de brigada Guillot y Daubray, forzaron las puertas de algunas casas, ó ya porque desde dentro hubiesen tirado, ó ya porque así lo fingieron para entrarlos á saco y matar á cuantos se les presentaban. Así, asaltando entre otras la casa del Duque de Híjar, en la Carrera de San Jerónimo, arrebucaron delante de sus puertas al anciano portero. Estuvieron también próximos á experimentar igual suerte el Marqués de Villaneja y el Conde de Tulara, aunque no habían tomado parte en la sublevación. Salváronlos sus alojados. El pueblo, combatido por todas partes, fué rechazado y disperso, y sólo unos cuantos siguieron defendiéndose y aun atacaron con sobresaliente bizarría. Entre ellos los hubo que, vendiendo caras sus vidas, se arrojaron en medio de las filas francesas, hiriendo y matando hasta dar el postrer aliento; hubo otros que, parapetándose en las esquinas de las calles, iban de una en otra haciendo continuado y mortífero fuego; algunos también, en vez de huir, aguardaban á pie firme, ó se estaban en último y furibundo golpe contra el jefe ó oficial, conocido por sus insignias. Esteriles esfuerzos de valor y personal denuesto!

La tropa española permanecía en sus cuarteles por orden de la Junta y del capitán general D. Francisco Javier Negrete, furiosa y encolerizada, mas retenida por la disciplina. Entre tanto, paisanos sin resguardo ni apoyo se precipitaron al parque de artillería, en el barrio de las Maravillas, para sacar los cañones y resistir con más ventaja. Los artilleros andaban dudosos en tomar ó no parte con el pueblo, á la misma sazón que oíó la voz de haber sido atacado por los franceses uno de los otros cuarteles. Decididos entonces, y puestos al frente D. Pedro Velarde y D. Luis Daoiz, abrieron las puertas del parque, sacaron tres cañones y se dispusieron á rechazar al enemigo, sostenidos por los paisanos y un piquete de infantería, á las órdenes del oficial Ruiz. Al principio se cogieron prisioneros algunos franceses, pero poco después una columna de éstos, de los acantonados en el convento de San Bernardino, se avanzó, mandada por el general Lefranc, trabándose de ambos lados una porrida refriega. El parque se defendió valerosamente, menudearon las descargas, y allí quedaron tendidos número crecido de enemigos. De nuestra parte perecieron bastantes soldados y paisanos; el oficial Ruiz fué desde el principio gravemente herido. Don Pedro Velarde feneció, atravesado de un balazo; y escaseando ya los medios de defensa con la muerte de muchos, y aproximándose denodadamente los franceses á la bayoneta, comenzaron los nuestros á desalentar y quisieron rendirse. Pero cuando se creía que los enemigos iban á admitir la capitulación, se arrojaron sobre las piezas, mataron á algunos, y entre ellos traspasaron desapiadadamente á bayonetazos á D. Luis Daoiz, herido antes en un muslo. Así terminaron en carrera los ilustres y beneméritos oficiales Daoiz y Velarde, boun y gloria de España, dechado de patriotismo, servido de ejemplo á los amantes de la independencia y libertad nacional. El reencuentro del parque fué el que costó más sangre á los franceses y en donde hubo resistencia más ordenada.

Entre tanto la débil Junta, azorada y sorprendida, pensó en buscar remedio á tamaña mal. Ofarril y Azanza, habiendo recorrido inútilmente los alrededores de Palacio, y no siendo escuchados de los franceses, montaron á caballo y fueron á encontrar-

se con Murat, quien desde el principio de la sublevación, para estar más desembarazado y más á mano de dar órdenes, ya á las tropas de afuera, ya á las de adentro, se colocó, con el mariscal Mouton y principales generales, fuera de puertas, en lo alto de la cuesta de San Vicente. Llegaron allí los comisionados de la Junta, y dijeron al gran Duque que si mandaba suspender el fuego y les daba para acompañarlos uno de sus generales, se ofrecían á restablecer la tranquilidad. Accedió Murat y nombró al efecto al general Huriot. Juntos los tres pasaron á los Consejos, y asistidos de individuos de todos ellos, se distribuyeron por calles y plazas, y recorriendo las principales, alcanzaron que la multitud se aplacase, con oferta de olvido de lo pasado y reconciliación general. En aquel paseo se salvó la vida á varios desgraciados, y señaladamente á algunos traficantes catalanes, á ruego de D. Gonzalo O'Farril.

Retirados los españoles, todas las bocacalles y puntos importantes fueron ocupados por los franceses, situando particularmente en las enrojecidas cañones con mecha encendida.

Aunque sumidos todos en dolor profundo, se respiraba algún tanto con la consoladora idea de que por lo ménos haría pausa la desolación y la muerte. ¡Engañosa esperanza! A las tres de la tarde una voz lugubre y espantosa empezó á correr con la celeridad del rayo. Afirmábase que españoles tranquilos habían sido cogidos por los franceses y arrebucados junto á la fuente de la Puerta del Sol y la iglesia de la Soledad, manchando con su inocente sangre las gradas del templo. Apenas se daba crédito á tamaña atrocidad, y conceptuábanse falsos rumores de ilusos y acalorados patriotas. Bien pronto llegó el desengaño. En efecto, los franceses, después de estar todo tranquilo, habían comenzado á prender á muchos españoles, que en virtud de las promesas creyeron poder acudir libremente á sus ocupaciones. Prendiéronlos con pretexto de que llevaban armas; muchos no las tenían, á otros sólo acompañaba ó una navaja ó unas tijeras de su uso. Algunos fueron arrebucados sin dilación, otros quedaron depositados en la casa de Correos y en los cuarteles. Las autoridades españolas, findas en el convenio concluido con los jefes franceses, decían en el puntual cumplimiento de lo pactado. Por desgracia fuimos de los primeros á ser víctimas de su ciega confianza. Llevados á casa de don Arias Mon, gobernador del Consejo, con deseo de librar la vida á D. Antonio Oviado, quien sin motivo había sido preso al cruzar de una calle, nos encontramos con que el venerable anciano, rendido al cansancio de la fatigosa mañana, dormía sosegadamente la siesta. Enlazados con él por relaciones de paisanaje y parentesco, conseguimos que se le despertase, y con dificultad pudimos persuadirle de la verdad de lo que pasaba, respondiendo á todo que una persona como el gran Duque de Berg no podía descaradamente faltar á su palabra.... ¡Tanto repugnaba el fulso proceder á su acendrada probidad! Cerebrado al fin, procuró aquel digno magistrado reparar por su parte el grave daño, dándonos también á nosotros en propia mano la orden para que se pusiese en libertad á nuestro amigo. Sus laudables esfuerzos fueron inútiles, y en balde nuestros pasos en favor de D. Antonio Oviado. A duras penas, penetrando por las filas enemigas con bastante peligro, de que nos salvó el hablar la lengua francesa, llegamos á la casa de Correos, donde mandaba por los españoles el general Sesti. Le pre-

sentamos la orden del Gobernador, y friamente nos contestó que para evitar las continuadas reclamaciones de los franceses, les había entregado todos sus presos y puéstolos en sus manos; así aquel italiano al servicio de España retribuyó á su adoptiva patria los grados y mercedes con que le había honrado. En dicha casa de Correos se había juntado una comision militar francesa con apariencias de tribunal; mas por lo comun, sin ver á los supuestos reos, sin oírles descargo alguno ni defensa, los enviaba en pelotones unos en pos de otros para que pereciesen en el Retiro ó en el Prado. Muchos llegaban al lugar de su horroroso suplicio ignorantes de su suerte; y atados de dos en dos, tirando los soldados franceses sobre el monton, caian ó muertos ó mal heridos, pasando á enterrarlos cuando todavía algunos palpitaban. Aguardaron á que pasase el dia para aumentar el horror de la trágica escena. Al cabo de veinte años nuestros cabellos se erizan todavia al recordar la triste y silenciosa noche, sólo interrumpida por los lastimeros ayes de las desgraciadas victimas y por el ruido de los fusilazos y del cañon que de cuando en cuando y á lo lejos se oia y resonaba. Recogidos los madrileños á sus hogares, lloraban la cruel suerte que había cabido ó amenazaba al pariente, al deudo ó al amigo. Nosotros nos lamentábamos de la suerte del desventurado Oviedo, cuya libertad no habíamos logrado conseguir, á la misma sazon que pálido y despavorido le vimos impensadamente entrar por las puertas de la casa en donde estábamos. Acababa de deber la vida á la generosidad de un oficial frances, movido de sus ruegos y de su inocencia, expresados en la lengua extraña con la persuasiva elocuencia que le daba su crítica situacion. Atado ya en un patio del Retiro, estando para ser arcabuceado, le soltó, y aún no había salido Oviedo del recinto del palacio cuando oyó los tiros que terminaron la larga y horrorosa agonía de sus compañeros de infortunio. Me he atrevido á entretener con la relacion general un hecho que, si bien particular, da una idea clara y verdadera del modo bárbaro y cruel con que perecieron muchos españoles, entre los cuales había sacerdotes, ancianos y otras personas respetables. No satisfechos los invasores con la sangre derramada por la noche, continuaron todavia en la mañana siguiente pasando por las armas á algunos de los arrestados la víspera, para cuya ejecucion destinaron el cercado de la casa del Príncipe-Pío. Con aquel sangriento suceso se dió correspondiente remate á la empresa comenzada el 2 de Mayo, dia que cubrirá eternamente de baldon al caudillo del ejército frances, que friamente mandó asesinar, atraillados, sin juicio ni defensa, á inocentes y pacíficos individuos. Lejos estaba entónces de prever el orgulloso y arrogante Murat que años despues, cogido, sorprendido y casi atraillado tambien á la manera de los españoles del 2 de Mayo, sería arcabuceado sin detenidas formas y á pesar de sus reclamaciones, ofreciendo en su persona un señalado escarmiento á los que ostentan hollar impunemente los derechos sagrados de la justicia y de la humanidad.

Difícil sería calcular ahora con puntualidad la pérdida que hubo por ambas partes. El Consejo, interesado en disminuirla, la rebajó á unos 200 hombres del pueblo. Murat, aumentando la de los españoles, redujo la suya, acortándola el *Monitor* á unos 80 entre muertos y heridos. Las dos relaciones debieron ser inexactas por la sazon en que se hicieron y el diverso interes que á todos ellos movia. Según lo que vimos, y atendiendo á lo que hemos consul-

tado despues y al número de heridos que entraron en los hospitales, creemos que aproximadamente puede computarse la pérdida de unos y otros en 1.200 hombres.

Calificaron los españoles el acontecimiento del 2 de Mayo de trama urdida por los franceses, y no faltaron algunos de éstos que se imaginaron haber sido una conspiracion preparada de antemano por aquéllos; suposiciones falsas y desnudas ambas de sólido fundamento. Mas, desechando los rumores de entónces, nos inclinamos sí á que Murat celebró la ocasion que se le presentaba, y no la desaprovechó, jactándose, como despues lo hizo, de haber humillado con un recio escarmiento la fiera castellana. Bien pronto vió cuán equivocado era su precipitado juicio. Aquel dia fué el origen del levantamiento de España contra los franceses, contribuyendo á ello en gran manera el concurso de forasteros que había en la capital con motivo del advenimiento de Fernando VII al trono. Asustados éstos y horrorizados, volvieron á sus casas, difundiendo por todas las provincias la infausta nueva y excitando el odio y la abominacion contra el cruel y fementido extranjero.

Profunda tristeza y abatimiento señalaron el dia 3. Las tiendas y las casas cerradas, las calles solitarias y recorridas solamente por patrullas francesas, ofrecian el aspecto de una ciudad desierta y abandonada. Murat mandó fijar en las esquinas una proclama (20) digna de Atila, respirando sangre y amenazas, con lo que la indignacion, si bien reconcentrada entónces, tomó cada vez mayor incremento y braveza.

Aterrado así el pueblo de Madrid, se fué adelante en el propósito de trasladar á Francia toda la real familia, y el mismo dia 3 salió para Bayona el infante D. Francisco. No se había pasado aquella noche sin que el Conde Laforest y Mr. Freville indicasen en una conferencia secreta al infante don Antonio la conveniencia y necesidad de que fuese á reunirse con los demas individuos de su familia, para que en presencia de todos se tomasen, de acuerdo con el Emperador, las medidas convenientes al arreglo de los negocios de España. Condescendió el Infante, consternado con los sucesos precedentes, y señaló para su partida la madrugada del 4, habiéndose tomado un coche de viaje de la Duquesa viuda de Osuna, á fin de que caminase más disimuladamente. Dirigió ántes de su salida un papel ó decreto

(20) *Orden del dia.*

Soldados: La poblacion de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el ase inato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes; estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean más que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza: en su consecuencia mando lo siguiente:

Artículo 1.º El general Grouchi convocará esta noche la comision militar.

Art. 2.º Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano serán arcabuceados.

Art. 3.º La Junta de Estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes, quienes despues de la ejecucion de esta orden se hallasen armados ó conservasen armas sin una permission especial serán arcabuceados.

Art. 4.º Todo lugar en donde sea asesinado un frances será quemado.

Art. 5.º Toda reunion de más de ocho personas será considerada como una junta sediciosa, y deahecha por la fusilería.

Art. 6.º Los amos quedarán responsables de sus criados; los jefes de talleres, obradores y demas, de sus oficiales; los padres y madres, de sus hijos, y los ministros de los conventos, de sus religiosos.

Art. 7.º Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos ó manuscritos provocando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.

Íado en nuestro cuartel general de Madrid, á 2 de Mayo de 1808. —JOACHIN. — Por mandado de S. A. I. y R.—El jefe del estado mayor general, BELLARD.

(no sabemos qué nombre darle) á D. Francisco Gil y Lénus, como vocal más antiguo de la Junta y persona de su particular confianza. Aunque temamos faltar á la gravedad de la historia, lo curioso del papel, así en la sustancia como en la forma, exige que le insertemos aquí literalmente. «Al señor Gil.—La Junta, para su gobierno, la pongo en su noticia cómo me he marchado á Bayona, de orden del Rey, y digo á dicha Junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella.—Dios nos la dé buena.—A Dios, señores, hasta el valle de Josafat.—ANTONIO PASCUAL.» Bastaba esta carta del buen infante D. Antonio Pascual para conjeturar cuán superior era á sus fuerzas la pesada carga que le había encomendado su sobrino. Había sido siempre reputado por hombre de partes poco aventajadas, y en los breves días de su presidencia no ganó ni en concepto ni en estimación. La reina María Luisa le graduaba en sus cartas de hombre de muy *poco talento y luces*, agregábale además la calidad de *cruel*. El juicio de la Reina en su primera parte era conforme á la opinión general; pero en lo de *cruel*, á haberse entonces sabido, se hubiera atribuido á injusta calificación de enemistad personal. Por desgracia, la saña con que aquel infante se expresó el año de 1814 contra todos los perseguidos y pro-critos confirmó triste y sobradamente la justicia é imparcialidad con que la Reina había bosquejado su carácter. Aquí acabó, por decirlo así, la primera época de la Junta de Gobierno, hasta cuyo tiempo si bien se veía de ménos energía y la conveniente provisión, falta disculpable en tan delicada crisis, no se nota en su conducta connivencia ni reprensibles tratos con el invasor extranjero. En adelante su modo de proceder fué variando y enturbilándose más y más. Pero ya es tiempo de que volvamos los ojos á las escenas no ménos lamentables que al mismo tiempo se representaban en Bayona.

Napoleón, al día siguiente de su llegada, 16 de Abril, dió audiencia en su palacio á una diputación de portugueses enviada para complimentarle, y les ofreció conservar su independencia, no desmembrando parte alguna de su territorio ni agrediendo tampoco á España. No pudo verle el infante D. Carlos por hallarse indispuesto; mas Napoleón pasó á visitar á Fernando una hora después de su arribo, el que se verificó, como hemos dicho, el día 20. El recién llegado bajó á recibirle á la puerta de la calle, en donde, habiéndose estrechamente abrazado, estuvieron juntos corto rato, y solamente se tocaron en la conversacion puntos indiferentes. Fernando fué convidado á comer para aquella misma tarde con el Emperador, y á la hora señalada, yendo en carruajes imperiales con su comitiva, fué conducido al palacio de Marrac, donde Napoleón residía. Salióle éste á recibir hasta el estribo del coche, etiqueta sólo usada con las testas coronadas. En la mesa evitó tratarle como príncipe á como rey. Acabada la comida permanecieron poco tiempo juntos, y se despidieron quedando los españoles muy contentos del agasajo con que habían sido tratados, y renaciendo en ellos la esperanza de que todo iba á componerse bien y satisfactoriamente. Vuelto Fernando á su posada, entró en ella muy luego el general Savary con el inesperado mensaje de que el Emperador había resuelto irrevocablemente derribar del trono la estirpe de los Borbones, sustituyendo la suya, y que por consiguiente S. M. I. exigía que el Rey, en su nombre y en el de toda su familia, renunciase la corona de España

é Indias en favor de la dinastía de Bonaparte. No se sabe si debe sorprender más la resolución en sí misma y el tiempo y ocasión de anunciarla, ó la serenidad del mensajero encargado de dar la noticia. No habían transcurrido aún cinco días desde que el general Savary había respondido con su cabeza de que el Emperador reconocería al Príncipe de Asturias por rey si hiciese la demostracion amistosa de pasar á Bayona; y el mismo general encargábase ahora, no ya de poner dudas ó condiciones á aquel reconocimiento, sino de intimar al Príncipe y á su familia el despojo absoluto del trono heredado de sus abuelos. ¡Inaudita audacia! Aguardar también para notificar la terrible decision de Napoleón el momento en que acababan de darse á los príncipes de España puñales de un bueno y amistoso hospedaje fué verdaderamente rasgo de inútil y exquisita inhumanidad, apenas creíble á no haberse visto trasmitido testigos oculares. Los héroes del político florentino Cesar Borja y Oliveretto di Ferraro en sus crueldades y excesos, parecidos en gran manera á éste de Napoleón, hallaban por lo ménos cierta disculpa en su propia debilidad y en ser aquella la acada por donde caminaban los príncipes y estados de su tiempo. Mas el hombre colocado al frente de una nacion grande y poderosa, y en un siglo de costumbres más suaves, nunca podía justificar á paliar siquiera ni su alevosa resolución, ni el modo odioso é inoportuno de comunicarla.

Después del intempestivo y desconsolador anuncio, tuvieron aorta del asunto D. Pedro Cevallos y D. Juan de Escoiquiz importantes conferencias. Comenzó la de Cevallos con el ministro Champagny, y cuando sostenia aquel con teson y dignidad los derechos de su príncipe, en medio de la discusion presentóse el Emperador, y mandó á ambos entrar en su despacho, en donde, enojado con lo que á Cevallos le había oído, pues de tras de una puerta iba á estado escuchando, le apellidó *traidor*, por despetar contra de Fernando el mismo destino que había disfrutado bajo Carlos IV. Añadió otros denuestos, se serenó al fin y concluyó diciéndole que tenía una política peculiar suya; que debía (Cevallos) adoptar ideas más francas, ser menos delicado sobre el poder, y no sacrificar la prosperidad de España al interés de la familia de Borbon.

La primera conferencia de Escoiquiz fué desde luego con Napoleón mismo, quien le trató con mas dulzura y benignidad que á Cevallos, merced probablemente á los elogios que el emérgico le prodigó con larga mano. La conversacion tenida entre ambos nos ha sido conservada por Escoiquiz, y aunque dueño éste de modificarla en ventaja suya, lleva visos de verídica y exacta, así por lo que Bonaparte dice, como tambien por aparecer en ella el bueno de Escoiquiz en su original y perpetua simplicidad. El Emperador franques, poco atento á flores y estudiadas frases, insistió con alínco en la violencia con que á Carlos IV se le había arrancado su renuncia, siendo el punto que principalmente le interesaba. No por eso dejó Escoiquiz de seguir perorando largamente; pero su *cierónica arenga*, como por mofa la intitulaba Napoleón, no contravió el imperial ánimo de éste, que terminó la conferencia con autorizar á Escoiquiz para que en nombre suyo ofreciese á Fernando el reino de Etruria en cambio de la corona de España, en cuya propuesta queria dar al Príncipe una prueba de su estimacion, prometiendo además casarle con una princesa de su familia. Después de lo cual, y de tírarle amistosa si bien fuertemente de las orejas, según el

propio relato del canónigo, dió fin á la conversacion el Emperador frances.

Apresuradamente volvió á la posada del rey Fernando D. Juan de Escóquiz, á quien todos aguardaban con ansia. Comunicó la nueva propuesta de Napoleon, y se juntó el Consejo de los que acompañaban al Rey para discutirla. En él, los más de los asistentes, á pesar de los repetidos desengaños, sólo veían en las nuevas proposiciones el deseo de pedir mucho para alcanzar algo, y todos, á excepción de Escóquiz, votaron por desechar la propuesta del reino de Etruria. Cierta que si por una parte horroriza la pérdida conducta de Napoleon, por otra causa lástima y despecho el constante desvarío de los consejeros de Fernando y aquel continuado esperar en quien sólo había dado muestras de mala voluntad. La opinion de Escóquiz fué aún menos disculpable; la de los otros consejeros se fundaba en un juicio equivocado, pero la del último, no sólo le deshonraba como español, queriendo que se trocase el vasto y poderoso trono de su patria por otro pequeño y limitado; no sólo daba indicio de miseria y personal ambicion, sino que tambien probaba de nuevo imprevisión incurable en imaginarse que Bonaparte respetaría más al nuevo Rey de Etruria que lo que había respetado al antiguo y á los que eran legitimamente principes de España.

Continuaron las conferencias, habiendo sustituido á Cevallos D. Pedro Labrador, y entendiéndose con Escóquiz Mr. de Pradt, obispo de Poitiers. Labrador rompió desde luego sus negociaciones con Mr. de Champagny; los otros prosiguieron sin resultado alguno su reciproco trato y explicaciones. Daba ocasion á muchas de estas conferencias la vacilacion misma de Napoleon, quien deseaba que Fernando renunciase sus derechos sin tener que acudir á una violencia abierta, y tambien para dar lugar á que Carlos IV y el otro partido de la corte llegasen á Bayona. Así fué que la víspera del dia en que se aguardaba á los reyes viejos anunció Napoleon á Fernando que ya no trataría sino con su padre.

Ya hemos visto cómo el 25 de Abril habían salido aquéllos del Escorial, ansiosos de abrazar á su amigo Godoy, y persuadidos hasta cierto punto de que Napoleon los repondría en el trono. Pruebando las conversaciones que tuvieron en el camino, y señaladamente la que en Villa-Real trabó la Reina con el Duque de Mahon, á quien habiéndole preguntado qué noticias corrían, respondió dicho Duque: «Asegúrase que el Emperador de los franceses reúne en Bayona todas las personas de la familia real de España para privarlas del trono.» Paróse la Reina como sorprendida, y despues de haber reflexionado un rato, replicó: «Napoleon siempre ha sido enemigo grande de nuestra familia; sin embargo, ha hecho á Carlos reiteradas promesas de protegerle, y no creo que obre ahora con perfidia tan escandalosa.» Arribaron, pues, á Bayona el 30, siendo desde la frontera cumplimentados y tratados como reyes, y con una distincion muy diversa de aquella con que se había recibido á su hijo. Napoleon los vió el mismo dia, y no los convidó á comer sino para el siguiente 1.º de Mayo, queriéndoles hacer el obsequio de que descansasen. Desembarazados de las personas que habían ido á darles el parabien de su llegada, entre quienes se contaba á Fernando, mirado con desvío y enojo por su augusto padre, corrieron Carlos y María Luisa á los brazos de su querido Godoy, á quien tiernamente estrecharon en su seno una y repetidas veces con gran clamor y llanto.

Pasaron en la tarde señalada á comer con Napoleon, y habiéndosele olvidado á éste invitar al favorito español, al ponerse á la mesa, echándole de menos Carlos, fuera de sí exclamó: «¿Y Manuel? ¿Dónde está Manuel? Fuéle preciso á Napoleon reparar su olvido, ó más bien condescender con los deseos del anciano Monarca: tan grande era el poderoso influjo que sobre los hábitos y carácter del último había tomado Godoy, quien no parecia sino que con bebedizos le había encantado.

No tardaron mucho unos y otros en ocuparse en el importante y grave negocio que había provocado la reunion en Bayona de tantos ilustres personajes. Muy luego de la llegada de los reyes padres, de acuerdo éstos con Napoleon, y siendo Godoy su principal y casi único consejero, se citó á Fernando, é intimóle Carlos, en presencia del soberano extranjero, que en la mañana del dia siguiente le devolviese la corona por medio de una cesion pura y sencilla, amenazándole con que «si no él, sus hermanos y todo su séquito serian desde aquel momento tratados como emigrados.» Napoleon apoyó su discurso y le sostuvo con fuerza; y al querer responder Fernando, se lanzó de la silla su augusto padre, y hablándole con dignidad y fiera, quiso maltratarle, acusándole de haber querido quitarle la vida con la corona. La Reina, hasta entónces silenciosa, se puso enfurecida, ultrajando al hijo con injuriosos denuestos, y á tal punto, segun Bonaparte, se dejó arrastrar de su arrebatada cólera, que le pidió al mismo hiciese subir á Fernando al cadalso; expresion, si fué pronunciada, espantosa en boca de una madre. Su hijo enmudeció, y envió una renuncia con fecha 1.º de Mayo, limitada por las condiciones siguientes (21): «1.º Que el rey padre volviese á Madrid, hasta donde le acompañaría Fernando, y le serviría como su hijo más respetuoso. 2.º Que

(21) Carta de Fernando VII á su padre, Carlos IV.

«Venerado padre y señor: V. M. ha convenido en que yo no tuve la menor influencia en los movimientos de Aranjuez, dirigidos, como es notorio y á V. M. consta, no á disgustarle del gobierno y del trono, sino á que se mantuviese en él y no abandonase la multitud de los que en su existencia dependian absolutamente del trono mismo. V. M. me dijo igualmente que su abdicacion había sido espontánea, y que aun cuando alguno me asegurase lo contrario, no lo creyese, pues jamás había firmado cosa alguna con más gusto. Ahora me dice V. M. que aunque es cierto que hizo la abdicacion con toda libertad, todavía se reservó en su ánimo volver á tomar las riendas del gobierno cuando lo creyese conveniente. He preguntado, en consecuencia, á V. M. si quiere volver á reinar, y V. M. me ha respondido que ni quiere reinar, ni menos volver á España. No obstante, me manda V. M. que renuncie en su favor la corona que me han dado las leyes fundamentales del reino, mediante su espontánea abdicacion. A un hijo que siempre se ha distinguido por el amor, respeto y obediencia á sus padres, ninguna prueba que pueda calificar estas cualidades es violenta á su piedad filial, principalmente cuando el cumplimiento de mis deberes con V. M. como hijo suyo no están en contradiccion con las relaciones que, como rey, me ligan con mis amados vasallos. Para que ni éstos, que tienen el primer derecho á mis atenciones, queden ofendidos, ni V. M. descontento de mi obediencia, estoy pronto, atendidas las circunstancias en que me haló, á hacer la renuncia de mi corona en favor de V. M. bajo las siguientes limitaciones:

«1.º Que V. M. vuelva á Madrid, hasta donde le acompañaré y serviré yo como su hijo más respetuoso. 2.º Que en Madrid se reúnan las Cortes; y puesto que V. M. resiste una congregacion tan numerosa, se convocarán al efecto todos los tribunales y diputados de los reinos. 3.º Que á la vista de esta Asamblea se formalizará mi renuncia, exponiendo los motivos que me conducen á ella: éstos son el amor que tengo á mis vasallos, y el deseo de corresponder al que me profesan, procurándoles la tranquilidad, y redimiéndoles de los horrores de una guerra civil por medio de una renuncia dirigida á que V. M. vuelva á empuñar el cetro y á regir unos vasallos dignos de su amor y proteccion. 4.º Que V. M. no llevará consigo personas que justamente se han concitado el odio de la nacion. 5.º Que si V. M., como me ha dicho, ni quiere reinar ni volver á España, en tal caso yo gobernaré en su real nombre como legítimamente reyo. Ningun otro puede ser preferido á mí: tengo el llamamiento de las leyes, el voto de los pueblos, el amor de mis vasallos, y nadie puede interesarse en su prosperidad con tanto celo ni con

en Madrid se reuniesen las Cortes, y pues que S. M. (el Rey padre) remitia una congregacion tan numerosa, sin convocasen todos los tribunales y diputados del reino. 3.^a Que á la vista de aquella asamblea formalizaria su renuncia Fernando, exponiendo los motivos que le conducian á ella. 4.^a Que el rey Carlos no llevase consigo personas que justamente se habian concitado el odio de la nacion. 5.^a Que si S. M. no queria reinar ni volver á España, en tal caso Fernando gobernaria en su real nombre, como lugarteniente suyo; no pudiendo ningun otro ser preferido á él. Son de notar los trámites y formalidades que querian exigirse para hacer la nueva renuncia, siendo así que todo se habia olvidado y aun atrepellado en la anterior de Carlos. Tambien es digno de particular atencion que Fernando y sus consejeros, quienes por la mayor parte odiaron tantos años adelante hasta el nombre de Cortes, hayan sido los primeros que provocaron su convocacion, insinuando ser necesaria para legitimar la nueva cesion del hijo en favor del padre la aprobacion de los representantes de la nacion, ó por lo ménos la de una reunion numerosa, en que estuvieran los diputados de los reinos. Asi se truecan y trastornan los pareceres de los hombres al s6n del propio interes y en menosprecio de la pública utilidad.

Carlos IV no se conformó, como era de esperar, con la contestación del hijo, escribiéndole en respuesta el 2 una carta, en cuyo contenido, en medio de algunas severas si bien justas reflexiones, se descubre la mano de Napoleón, y hasta expresiones auyas (22). Sono, por ejemplo, «todo debe hacerse

[illegible]

(2.) *Cruz de guerra* / *Estou aqui, Fernando!* 111.

han conducido la España a una situación crítica; sólo el Emperador puede salvarla.

«De la parte de Brasil he cometo que el primer interes de tal politica era despertar a la conciencia de la masa inteligente en la Fraternidad, aunque tambien he sido tal para obtener esta importante idea. Asimismo a la Fraternidad he llamado a la por gobierno chileno, aunque no he tenido ningun particular para no cambiar ideas politicas y el bien de los vendedores.

El Gobierno de Francia, al haber establecido el voto en Francia en forma de sufragio universal, y haber sido el primero para admitir el voto de la mujer, es el más avanzado. Cuando el legislador se esfuerza a mejorar la suerte de la mujer, ésta se beneficiará de su acción y conseguirá los beneficios de la paz. Se esperará de que el poder legislativo, y no el poder ejecutivo, sea el que se ocupe de las necesidades de la mujer, y no el poder judicial, y que sea el poder legislativo el que se ocupe de la fuerza y las calidades de la mujer, y no el poder ejecutivo.

• La Espectación, desde la mañana, y que debe tener parte de su propiedad a cargo de la compañía, sufrirá con la guerra más que cualquier otra cosa la interrupción del comercio, y todos los negocios, de guerra, allí donde los vapores, y ciertos números de ellos, en la medida de los esfuerzos de una industria.

Y luego se muestra la facilidad de verme transportado por tierra, y luego de la comodidad en cuanto a la diversidad de una provincia, donde el número de los ríos de Río Negro, se sostiene en medio de las montañas y de los valles últimos tiempos. Un cuarto de esta tranquilidad en un campo, que han desviado del camino recto, lo he hallado rodeado de montañas con la misma facilidad por el agua que muestra, y en un camino hacia la Pampa. Y habiendo participado de esta tranquilidad de estado, me he encontrado contra una albufera, contra una gran montaña en el mismo.

[illegible]

para el pueblo, y nada por él.... No puedo consentir en ninguna reunión en junta.... nueva sugerencia de

de mis vanillos á los pecares que debí á las disensiones de mi misma
familia.

«Yo estimaba a mis ministros cerca del Emperador de los franceses, el cual, creyendo que los españoles se separaban de su alianza, y viendo los espíritus agitados aún en el seno de mi familia, cubrí, bajo varios pretextos, mis estalos con sus tapas. En efecto, yo estaba mirando la ribera derecha del Bóro, y me maravillaba de ver por objeto mantener la comunicación con Portugal. Tuve la esperanza de que no abandonarais las sentencias de apecho y de avaricia que siempre me habia dispensado; pero al ver que sus tropas se encaminaban hacia mi capital, conocí la urgencia de reunir mi ejército cerca de mi persona para presentarme a mi augusto y avaro como conviene al Rey de las Españas. Hubiera yo acordado sus dudas y arrepiado mis intenciones: di orden a mis tropas de salir de Portugal y de Madrid, y las envié a varios puntos de mi reino, quia, no para abandonar a mis vasallos, sino para conservar dignamente la gloria del trono. Además, mi larga experiencia me dio de conocer que el Emperador de los franceses podía muy bien tener algunos de los intereses y la política del vasto imperio del continente, pero que estaba en su naturaleza con los instintos de mi raza. ¿Cuál ha sido en estas circunstancias vuestra conducta? El haber introducido el desorden en mi palacio, y arrojado el cuerpo de granalla de Coria contra mi persona. Vuestra padre ha sido vuestro prisionero; mi primer ministro, que habia yo criado y adoptado en mi familia, embuelto de sangre, fue el autor de un tal abuso a otro. Hebers destruido mis casas, y las habéis derribado de una cornua por una con gloria por mis padres, y que habéis comido en mi mancha. Os habéis entonado a mi trono, y os pedis a la disposición del pueblo de Madrid y de tropas extranjeras que a aquel momento entraban.

que la independencia del Ecuador había obtenido su mira; Los actos de la administración eran el objeto del desprecio y el odio. Aniano y Aguirre de uniformidad, no le habían sido afortunada esta nueva desgracia. Le recordaba el Emperador de los franceses como un rey al frente de sus tropas y en medio de la pompa de trueno, él, como un niño indefenso y asustado. He hallado protección y refugio en sus redes: le debo la vida, la de la Reina y la de mi primer ministro. He venido, en fin, hasta Bayona, y he estado dudando este momento de manera, que todo depende de la mediación de este gran príncipe.

«El pensar de recurrir a agitaciones populares es arruinar la España, y conducir a la ruina a miles de honrados y a vos, a mí mismo a mis padres y a mi familia. Mi corazón se ha manifestado abiertamente al Imperator: osase todo, os ultraje que lo resista, y las violencias que se me han hecho, y que he declarado que no cejaré en combatirlas por mí, y que el enemigo de mi padre no podrá inspirar confianza a los españoles. Me han mostrado, a veces, cartas de vuestra mano, que hacen ver claramente vuestro odio a la Francia.

En esta situación, mis derechos son claros, y mucho más mis deberes. No detestamos la sangre de mis vasallos, no hemos nada a fin de mi carrera que pueda acarrear asombro, e inculcando a la España, rodeándola a la más horrible miseria. Ciertamente que si de las vuestras primeras obligaciones y a los sentimientos de la naturaleza liberal, desechados los conceptos profanos, y que entonces tanto osudado a un lado para mi defensa, hubiera sido espasmo e curso regular de la naturaleza, que debía salvar vuestro pueblo dentro de pocos años, hubiera yo podido inclinar la política y el interés de España con el de Italia. Sin duda hace tres meses que la circunstancia os han sido útil; pero, por más que lo hayan sido, aún habrían obtenido de las desgracias de mis vasallos, de mis verdades, de mis medios, que aún tenía, y de la fuerza moral que hubiera podido tener, presentando dignamente al espectador de mi vida, a quien nunca oíra mostrar algo más que un príncipe que hubiera combado los intereses de mis vasallos con los de su familia. Mi primer argumento fue la corona, habido desconfianza en vosotros, y el Alcaide cuanto tenía de augustin y la hacienda sagrada a todo el mundo.

a Viena, con el fin de que, vuestras cartas interceptadas, han puesto en la barrera de la guerra entre vos y el trono de España; y lo que de vuestro interés ni de la patria el que pretendáis tomar. Que dados de prender un fuego que consuma e inevitablemente vuestra ruina completa y la degenar de España.

«Yo soy rey por el desamor de mis padres; mi abdicación es el resultado de la fuerza y de la violencia. No sé y pienso nada que reciba de vos, ni tener preso a nadie. Si alguna vez fui en jante nueva nella angustia de los hombres sin experiencia que se acom pañan

«He reinado para la felicidad de mis vasallos, y no quiero dejarles la guerra civil, las matanzas, las juntas populares y la revolución. Todo debe hacerse para el pueblo, y nada por él, olvidar el pueblo es hacerse cómplice de todos los delitos que se cometen contra él. Me he sacrificado toda mi vida por mis pueblos, y si la salud que he heredado no hace nada que esté en oposición con mi religión, mi tranquilidad y mi dicha. He reinado para ellos: olvidados contra sus rebeliones, y cuando, en fin, este mundo que me rodea se muera, la integridad de sus provincias, su independencia y sus privilegios serán conservados, dejaré al sepulcro perdonando los amargores de una o dos malas años.

de Mayo de 1808. — Caluso, p. — (Cronica, num. 8.)

los reyes padres, y después de haber tenido con ellos una muy larga conferencia, se llamó á Fernando para que también concurriese á ella. Eran las cinco de la tarde; todos estaban sentados, excepto el Príncipe. Su padre le reiteró las anteriores acusaciones; le baldonó acerbamente; le achacó el levantamiento del 2 de Mayo; las muertes que se habían seguido; y llamándole pérfido y traidor, le intimó por segunda vez que si no renunciaba la corona, sería sin dilación declarado usurpador, y él y toda su casa conspiradores contra la vida de sus soberanos. Fernando, atemorizado (24), abdicó el 6 pura y sencillamente en favor de su padre, y en los términos que éste le había indicando. No había aguardado Carlos á la renuncia del hijo para concluir con Napoleón un tratado, por el que le cedía la corona, sin otra especial restricción que la de la integridad de la monarquía y la conservación de la religión católica, excluyendo cualquiera otra. El tratado (25) fué firmado en 5 de Mayo por el

(24) Carta de Fernando VII á su padre Carlos IV.

«Venerado padre y señor. El 1.º del corriente puse en las reales manos de V. M. la renuncia de mi corona en su favor. He creído de mi obligación modificarla con las limitaciones convenientes al decoro de V. M., á la tranquilidad de mis reinos y á la conservación de mi honor y reputación. No sin grande sorpresa he visto la indignación que han producido en el real ánimo de V. M. unas modificaciones dictadas por la prudencia y reclamadas por el amor de que soy deudor á mi vasallo.»

«Sin más motivo que éste ha creído V. M. que podía ultrajarme á la preeminencia de mi venerada madre y del Emperador con los títulos más humillantes; y no contento con esto, exige de mí que formule la renuncia sin límites ni condiciones, no pena de que yo y cuantos componen mi conitiva seremos tratados como reos de conspiración. En tal estado de cosas hago la renuncia que V. M. me ordena, para que vuelva el gobierno de la España al estado en que se hallaba el 19 de Marzo, en que V. M. hizo la abdicación espontánea de su corona en su favor.»

«Plus grande la importante vida de V. M. los muchos años que le deuse, gozado á L. R. P. de V. M., su más amante y rendido hijo. —FERNANDO.—*Prota Seráfico.*—Bayona, 6 de Mayo de 1808.—(Cevallos, núm. 10.)

(25) Copia del tratado entre Carlos IV y el Emperador de los franceses.

Carlos IV, rey de las Españas y de las Indias, y Napoleón, emperador de los franceses, rey de Italia y protector de la confederación del Rito, animados de igual deseo de poner un pronto término á la anarquía á que está entregada la España, y libertar esta nación valerosa de las agitaciones de las facciones; queriendo asimismo evitarle todas las convulsiones de la guerra civil y extranjera, y colocarla sin escándalos políticos en la única situación que, atendida la circunstancia extraordinaria en que se halla, puede mantener su integridad, alcanzar sus colonias y ponerla en estado de reunir todos sus recursos con los de la Francia, á efecto de alcanzar la paz marítima, han resuelto unir todos sus esfuerzos y arreglar en un convenio privado tamaños intereses.

Con este objeto han nombrado, á saber:

1.º M. el Rey de las Españas y de las Indias á S. A. S. D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz, conde de Rivera-Monte.

Y S. M. el Emperador, etc., al señor general de división Duroc, gran mariscal de palacio.

Los cuales, después de cangreados sus plenos poderes, se han convenido en lo que sigue:

Artículo 1.º S. M. el rey Carlos, que no ha tenido en toda su vida otra mira que la felicidad de sus vasallos, constante en la idea de que todos los actos de un soberano deben únicamente dirigirse á este fin, no pudiendo las circunstancias actuales ser sino un momento de disensiones, tanto más funestas, cuanto las desavenencias han dividido su propia familia, ha resuelto ceder, como cede por el presente, todos sus derechos al trono de las Españas y de las Indias á S. M. el emperador Napoleón, como el único que, en el estado que han llegado las cosas, puede restablecer el orden; entendiéndose que dicha cesión solo ha de tener efecto para hacer pasar á sus vasallos de las condiciones siguientes: 1.º La integridad del reino será mantenida; el príncipe que el emperador Napoleón juzgue deber ocupar en el trono de España será independiente, y los límites de la España no sufriran alteración alguna. 2.º La religión católica apostólica romana será la única en España. No se tolerará en su territorio religión alguna reformada, y mucho menos infiel, según el uso establecido actualmente.

Art. 2.º Cualesquiera actos contra nuestros fieles súbditos deudo la revolución de Armas, sin valor, y de ningún valor, y sus propiedades les serán restituidas.

Art. 3.º S. M. el rey Carlos, habiendo así asegurado la prosperidad, la integridad y la independencia de sus vasallos, S. M. el Emperador se obliga á dar un asilo en sus estados al rey Carlos, á su

mariscal Duroc y el Príncipe de la Paz, plenipotenciarios nombrados al efecto; con cuya vergonzosa negociación dió el válido español cumplido remate á su pública y lamentable carrera. Ingrato y desconocido, puso su firma en un tratado, en el que no estipuló sola y precisamente privar de la corona á Fernando, su enemigo, sino en general y por inducción á todos los infantes, á toda la dinastía, en fin, de los soberanos sus bienhechores, recayendo la cesión de Carlos en un príncipe extranjero. Pequeño y mezquino hasta en los últimos momentos, D. Manuel Godoy única y perdidamente alteró sobre el artículo de pensiones. Por lo demás, el modo con que Carlos se despojó de la corona, al paso que mancillaba al encargado de autorizarla por medio de un tratado, cubría de oprobio á un padre que de golpe y sin distinción privaba indirectamente á todos sus hijos de suceder en el trono. Acordada la renuncia en tierra extranjera, faltábale á los ojos del mundo la indispensable cualidad de haber sido ejecutada libre y espontáneamente, sobre todo cuando la cesión recaía en favor de un soberano dentro de cuyo imperio se había concluido aquella importante estipulación. Era asimismo cosa no vista que un monarca, dueño, si se quiere, de despojarse á sí mismo de sus propios derechos, no contase para la cesión ni con sus hijos, ni con las otras personas de su dinastía, ni con el libre y amplio consentimiento de la nación española, que era traspasada á ajena dominación como si fuera un campo propio ó un rebaño. El derecho público de todos los países se ha opuesto constantemente á tamaño abuso, y en España, en tanto que se respetaron sus franquezas y libertades, hubo siempre en las Cortes un firme e invencible valladar contra la arbitraria y antojadiza voluntad de los reyes. Cuando Alfonso el Batallador tuvo el singular desacuerdo de dejar por herederos de sus reinos á los caballeros del Temple, éstos de convenir en su loco extravío, nombraron los aragoneses en las cortes de Borja por rey de Aragón á D. Ramiro el Monje, y por su parte los navarros, para suceder en Navarra, á D. García Ramirez. Hubo otros casos no menos señalados, en que sim-

familia, al Príncipe de la Paz, como también á los servidores a quienes querían salvarlos, los cuales gozaron en Francia de un rango equivalente al que tenían en España.

Art. 4.º El pacto imperial de Compiègne, con los otros y términos de su dependencia, quedan á la disposición del rey Carlos mientras viviere.

Art. 5.º S. M. el Emperador da y afianza á S. M. el rey Carlos una lista civil de 50,000,000 de reales, que S. M. el emperador Napoleón le hará pagar directamente todos los meses por el tesoro de la Corona.

A la muerte del rey Carlos, 2,000,000 de reales formarán la viudedad de la Reina.

Art. 6.º El emperador Napoleón se obliga á satisfacer á todos los infantes de España una renta anual de 400,000 francos, para gozar de ella perpetuamente, así ellos como sus descendientes, y en caso de extinguirse una rama, reanuda dicha renta en la existente á quien correspondiera, según las leyes civiles.

Art. 7.º S. M. el Emperador trata con el futuro Rey de España el convenio que tenga por acertado para el pago de la lista civil y rentas comprendidas en los artículos antecedentes; pero S. M. el rey Carlos no se entenderá directamente para este objeto sino con el tesoro de Francia.

Art. 8.º S. M. el emperador Napoleón da en cambio á S. M. el rey Carlos el sitio de Chamberi, con sus cotos, bosques y haciendas de que se compone, para gozar de él en toda propiedad y disponer de él como le parezca.

Art. 9.º En compensación, S. M. el rey Carlos remite en favor de S. M. el emperador Napoleón todos los bienes abalidos y particulares no pertenecientes á la corona de España, de su propiedad privada en aquel reino.

Los infantes de España seguirán gozando de las rentas de las encomiendas que tuvieron en España.

Art. 10.º El presente convenio será ratificado, y las ratificaciones se cangrearan dentro de ocho días ó lo más pronto posible.

Fue en Bayona, á 5 de Mayo de 1808.—El Príncipe de la Paz.—Duroc.

el 12 del mismo Mayo. El infante D. Francisco no firmó ninguno de aquellos actos, ya fuera precipitación, ó ya por considerarle en su minoridad.

Bien que Escóquiz hubiese obedecido á las órdenes de Fernando firmando el tratado del 10, no por eso pone en seguro su buen nombre, barto mancillado ya. Y fué singular que los dos hombres, Godoy y Escóquiz, cuyo desgobernó y errada conducta habian causado los mayores daños á la monarquía, y cuyo respectivo valimiento con los dos reyes padre é hijo les imponía la estrecha obligación de sacrificarse por la conservación de sus derechos, fuesen los mismos que autorizasen los tratados que acababan en España con la estirpe de los Borbones. La proclama de Burdeos, dada el 12, y en la que se dice á los españoles «que se mantengan tranquilos, esperando su felicidad de las sábias disposiciones y del poder de Napoleón», fué producción de Escóquiz, queriendo éste persuadir después que con ella habia pensado en provocar á los españoles para que sostuviesen la causa de sus príncipes legítimos. Si realmente fué tal su intento, se ve que no estaba dotado de mayor claridad cuando escribía, que de prevision cuando obraba.

La Reina de Etruria, á pesar de los favores y atentos objetos que habia dispensado á Murat y á los franceses, no fué más dichosa en sus negociaciones que las otras personas de su familia. No se podia cumplir con su hijo el tratado de Fontainebleau, porque el Emperador habia ofrecido á los diputados portugueses conservar la integridad de Portugal: no podia tampoco concedérsele indemnización en Italia, siendo opuesto á las grandes miras de Napoleón permitir que, en parte alguna de aquel país reinase una rama, cualquiera que fuese, de los Borbones: con cuya contestación tuvo la Reina que atenerse á la pensión que se le señaló, y seguir la suerte de sus padres.

Durante la estancia en Bayona del Príncipe de Asturias y los infantes, hubo varios planes para que se evadiesen. Un vecino de Cervera de Alhama recibió dinero de la Junta suprema de Madrid con aquel objeto. Con el mismo tambien habia ofrecido el Duque de Mahon una fuerte suma desde San Sebastian: los consejeros de Fernando, á nombre y por orden suya, cobraron el dinero: mas la fuga no tuvo efecto. Se propuso, como el medio mejor y más asequible, el arrebatár á los dos hermanos don Fernando y D. Carlos, sosteniendo la operacion por vascones diestros y prácticos de la tierra, é internarlos en España por San Juan de Pié de Puerto. Fué tan adelante el proyecto, que hubo apostados en la frontera 300 miqueletes para que diesen la mano á los que en Francia andaban de concierto en el secreto. Después se pensó en salvarlos por mar, y hasta hubo quien propuso atacar á Napoleón en el palacio de Marrac. Habia en todas estas tentativas

más bien muestra de patriotismo y lealtad que probable y buena salida. Hubiérase necesitado para llevarlas á cabo menos vigilancia en el gobierno francés, y mayor arrojo en los príncipes españoles, naturalmente tímidos y apocados.

No tardó Napoleón, extendidas y formalizadas que fueron las renunciaciones por medio de los convenios mencionados, en despachar para lo interior de Francia á las personas de la familia real de España. El 10 de Mayo Carlos IV y su esposa María Luisa, la Reina de Etruria con sus hijos, el infante D. Francisco y el Príncipe de la Paz salieron para Fontainebleau, y de allí pasaron á Compiègne. El 11 partieron tambien de Bayona el rey Fernando VII y su hermano y tío, los infantes D. Carlos y D. Antonio, habiéndoseles señalado para su residencia el palacio de Valencey, propio del Príncipe de Talleyrand.

Tal fin tuvieron las célebres vistas de Bayona entre el Emperador de los franceses y la malaventurada familia real de España. Sólo con muy negra tinta puede trazarse tan tenebroso cuadro. En él se presenta Napoleón pálido y artero; los reyes viejos padres desnaturalizados; Fernando y los infantes débiles y ciegos; sus consejeros, por la mayor parte, ignorantes ó desacordados, dando todos juntos principio á un sangriento drama, que ha acabado con muchos de ellos, desgarrado á España, y conmovido hasta en sus cimientos la suerte de la Francia misma.

En verdad, tiempos eran éstos ásperos y difíciles; mas los encargados del timón del Estado, ya en Bayona, ya en Madrid, parece que sólo tuvieron tino en el desacierto. Los primeros, acabamos de ver qué cuenta dieron de sus príncipes; examináremos ahora qué providencias tomaron los segundos para defender el honor y la verdadera independencia nacional, puesto que por sus discordias y malos consejos se habian perdido el rey Fernando, sus hermanos y toda la real familia. Mencionamos anteriormente la comision de D. Evaristo Perez de Castro, quien con felicidad entró en Bayona el 4 de Mayo. A su llegada se presentó sin dilacion á don Pedro Cevallos, y éste comunicó al Rey las proposiciones de la Junta suprema de Madrid, de que aquél era portador, y cuyo contenido hemos insertado más arriba. De resultas se dictaron dos decretos el 5 de Mayo: uno, escrito de la Real mano, estaba dirigido á la Junta suprema de Gobierno, y otro, firmado por Fernando con la acostumbrada fórmula de *Yo el Rey*, era expedido al Consejo, ó en su lugar, á cualquiera chancillería ó audiencia libre del influjo extranjero. Por el primero el Rey decía: «Que se hallaba sin libertad, y consiguientemente imposibilitado de tomar por sí medida alguna para salvar su persona y la monarquía; que por tanto autorizaba á la Junta en la forma más amplia para que en cuerpo, ó sustituyéndose en una ó muchas personas que la representasen, se trasladara al paraje que creyese más conveniente, y que en nombre de S. M., representando su misma persona, ejerciese todas las funciones de la soberanía. Que las hostilidades deberían empezar desde el momento en que internasen á S. M. en Francia, lo que no sucedería sino por la violencia. Y por último, que en llegando ese caso tratase la Junta de impedir, del modo que creyese más á propósito, la entrada de nuevas tropas en la Península.» El decreto al Consejo decía: «Que en la situación en que S. M. se hallaba, privado de libertad para obrar por sí, era su real voluntad que se convocasen las Cortes en el

la unidad de la religion católica, las propiedades, las leyes y usos, lo que asegura para muchos tiempos y de un modo incontrastable el poder y la prosperidad de la nacion española; creen SS. AA. darla la mayor muestra de su generosidad, del amor que la profesan, y del agradecimiento con que corresponden al afecto que la han debido, sacrificando en cuanto está de su parte sus intereses propios y personales en beneficio suyo, y sacrificando para esto, como han acordado por un convenio particular, á la cesion de sus derechos al trono, absolviendo á los españoles de sus obligaciones en esta parte, y exhortándolos, como lo hacen, á que miren por los intereses comunes de la patria, manteniéndose tranquilos, esperando su felicidad de las sábias disposiciones del emperador Napoleón, y que, precitos á conformarse con ellas, crean que darán á su príncipe y á ambos infantes el mayor testimonio de su lealtad, así como SS. AA. se lo dan de su paternal cariño, cediendo todos sus derechos, y olvidando sus propios intereses por hacerlos dichosa, que es el único objeto de sus deseos. — Burdeos, 12 de Mayo de 1808.

para que pareciese más expedito; que por de pronto se ocupasen únicamente en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del reino, y que quedasen permanentes para lo demás que pudiese ocurrir.»

Algunos de los ministros ó consejeros de Fernando en Bayona creyeron fundadamente que la Junta suprema, autorizada, como lo había sido desde aquella ciudad, para obrar con las mismas é ilimitadas facultades que habrían asistido al Rey estando presente, hubiera por sí debido adoptar aquellas medidas, evitando las dilaciones de la consulta; mas la Junta, que se había apartado del modo de pensar de los de Bayona, y que en vez de tomar providencias, se contentó con pedir nuevas instrucciones, llegadas que fueron, tampoco hizo nada, continuando en su inacción, so color de que las circunstancias habían variado. Ciertamente que no eran las mismas, y será bien que para pesar sus razones refiramos ántes lo que en ese tiempo había pasado en Madrid.

En la mañana misma del 4 de Mayo, en que partió el infante D. Antonio, el gran Duque de Berg manifestó á algunos individuos de la Junta que era preciso asociar su persona á las deliberaciones de aquel Cuerpo, estando en ello interesado el buen orden y la quietud pública. Se le hicieron reflexiones sobre su propuesta; no insistió en ella por aquel momento, pero en la noche, sin anuncio anterior, se presentó en la Junta para presidirla. Opúsose fuertemente á su atropellado intento Gil y Lénuis; parece ser que también resistieron Azanza y Ofárril, quienes, aunque al principio protestaron é hicieron dejación de sus destinos, al fin continuaron ejerciéndolos. Temerosa la Junta del compromiso en que la ponía Murat, y queriendo evitar mayores males, cedió á sus deseos y resolvió admitir en su seno al príncipe francés. Mucho se censuró esta su determinación, y se pensó que excedía de sus facultades, mayormente cuando se trataba del jefe del ejército de ocupación, y cuando para ello no había recibido órdenes ni instrucciones de Bayona. Hubiera sido más conforme á la opinión general, ó que se hubiera negado á deliberar ante el general francés, ó haber aguardado á que una violencia clara y sin rebozo hubiese podido disculpar su sometimiento. Pesarosa tal vez la Junta de su fácil condescendencia, en medio de su congoja (28) le sacó algún tanto de ella y á tiempo un decreto que recibió el 7 de Mayo, y que con fecha del 4 había expedido en Bayona Carlos IV, nombrando á Murat lugarteniente del reino, en cuya calidad debía presidir la Junta suprema; decreto precursor de la abdicación de la corona que al día siguiente hizo en Napoleon. Acompañaba al nombramiento una proclama del mismo Carlos á la nación, que concluía con la notable cláusula de que «no habría prosperidad ni salvación para los españoles sino en la amistad del grande Emperador, su aliado.» Bien que la resolución del Rey padre viniese en apoyo de la prematura determinación de la Junta, en realidad no hubiera debido á los ojos de

(28) Decreto de Carlos IV.

Habiendo juzgado conveniente dar una misma dirección á todas las fuerzas de nuestro reino para mantener la seguridad de las propiedades y la tranquilidad pública contra los enemigos, así del interior como del exterior, hemos tenido á bien nombrar lugarteniente general del reino á nuestro primo el gran Duque de Berg, que al mismo tiempo manda las tropas de nuestro aliado el Emperador de los franceses. Mandamos al Consejo de Castilla, á los capitanes generales y gobernadores de nuestras provincias que obedezcan sus órdenes, y en calidad de tal presidirá la Junta de Gobierno. Dado en Bayona, en el palacio imperial llamado del Gobierno, á 4 de Mayo de 1808.—Yo el Rey.

este Cuerpo tener autoridad alguna: la de dicha Junta, delegada por Fernando VII, sólo á las órdenes del último tenía que obedecer. Sin embargo, en el día 8 acordó su cumplimiento, y solamente suspendió la publicación, creyendo con ese medio y equívoco proceder salir de su compromiso. Finalmente, le libró de él y de su angustiada posición la noticia de haber devuelto Fernando la corona á su padre, recibiendo un decreto (29) del mismo para que se sometiese á las órdenes del antiguo Monarca.

Hasta el día en que Murat se apoderó de la presidencia, hubiera podido atribuirse la debilidad de la Junta á circunspección, su imprevisión á prudencia excesiva y su indolencia á falta de facultades ó á temor de comprometer la persona del Rey. Mas ahora había mudado el aspecto de las cosas, y así, ó estaban sus individuos en el caso de poner en ejecución las convenientes medidas para salvar el honor y la independencia nacional, ó no lo estaban. Si no, ¿por qué, en vez de manchar su nombre aprobando con su presencia las inicuas decisiones del extranjero, no se retiraron y le dejaron solo? Y si pudieron obrar, ¿por qué no llevaron á efecto los decretos dados por el Rey en Bayona á consulta suya? ¿Por qué no permitieron la formación acordada de otra junta fuera del poder del enemigo? Léjos de seguir esta vereda, tomaron la opuesta, y fijaron todo su conato en impedir la ejecución de aquellas saludables medidas. Un propio había entregado á D. Miguel José de Azanza en su mano los dos decretos del Rey; por uno de los cuales se autorizaba á la Junta con poderes ilimitados, y por el otro al Consejo para la convocación de Cortes. Azanza los comunicó á sus compañeros, y todos convinieron en que, dados estos decretos el 5 de Mayo, y el de renuncia de Fernando el 6 del mismo, no debían cumplirse ni obedecerse los primeros. ¿Cosa extraña! Decretos arrancados por la violencia, en los que se destruían los legítimos derechos de Fernando y su dinastía, y se hollaban los de la nación, tuvieron á sus ojos más fuerza que los que habiendo sido acordados en secreto y despachados por personas de toda confianza, tenían en sí mismos la doble ventaja de haber sido dictados con entera libertad y de acomodarse á lo que ordenaba el honor nacional. Pone aún más en descubierto la bue-

(29) «En este día he entregado á mi amado padre una carta concebida en los términos siguientes:

«Mi venerado padre y señor: Para dar á V. M. una prueba de mi amor, de mi obediencia y de mi amistad, y para acceder á los deseos que V. M. me ha manifestado reiteradas veces, renuncio mi corona en favor de V. M., desiendo que pueda gozarla muchos años. Recomiendo á V. M. las personas que me han servido desde el 19 de Marzo: confío en las equidades que V. M. me ha dado sobre este particular. Dios guarde á V. M. muchos años.—Bayona, 6 de Mayo de 1808.—Señor: á L. R. P. de V. M., su más humilde hijo.—FERNANDO.»

»En virtud de esta renuncia de mi corona que he hecho en favor de mi amado padre, revoco los poderes que había otorgado á la Junta de Gobierno antes de mi salida de Madrid para el despacho de los negocios graves y urgentes que pudiesen ocurrir durante mi ausencia. La Junta obedecerá las órdenes y mandatos de nuestro muy amado padre y soberano, y las hará ejecutar en los reinos.

»Dado, antes de concluir, dar gracias á los individuos de la Junta, á las autoridades constituidas y á toda la nación por los servicios que me han prestado, y recomendarlos se reúnan de todo corazón á mi padre amado y al Emperador, cuyo poder y amistad pueden más que otra cosa alguna, conservar el primer bien de las Españas. A saber: su independencia y la integridad de su territorio. Recomiendo asimismo que no se dejen seducir por las asechanzas de nuestros enemigos, de vivir unidos entre vosotros y con nuestros aliados, y de evitar la efusión de sangre y las desgracias, que sin esto serían el resultado de las circunstancias actuales, é os dejéis atrastrar por el espíritu de aislamiento y desunión.

»Tendrás entendido en la Junta para los efectos convenientes y se comunicará á quien corresponda. En Bayona, á 6 de Mayo de 1808.—FERNANDO.»—(Véase Ofárril y Azanza, pág. 63.)

na fe y rectitud de intenciones de los que así procedieron, el no haber comunicado al Consejo el decreto de convocacion de Cortes, cuya promulgacion y ejecucion se encomendaba particularmente á su cuidado, tocando sólo á aquel Cuerpo examinar las razones de prudencia ó conveniencia pública, de detenerle ó circularle. No contentos con esto los individuos de la Junta suprema, y temerosos de que los nombrados para reemplazarla fuera de Madrid en caso necesario ejecutasen lo que se les había mandado, tomaron precauciones para estorbarlo. Al Conde de Ezpeleta, á quien se había comunicado, por medio de D. José Capaleti, la primera determinacion de que presidiese la Junta, cuya instalacion debia seguirse á la falta de libertad de la de Madrid, se le dió despues expresa contraórden; y apremiado por Gil Taboada para que pasase á Zaragoza, en donde aquél aguardaba, le contestó cómo se le había posteriormente mandado lo contrario.

Por lo tanto, la Junta suprema de Madrid, que, con pretexto de carecer de facultades, á pesar de haberlas desde Bayona recibido ámplias, anduvo al principio descuidada y poco diligente, ahora, que con mas claridad y extension, si era posible, las recibia, suspendió hacer uso de su poder, alegando ser ya tarde, y recelosa de mayores compromettimientos. Aparece más oscura y dudosa su conducta al considerar que algunos de sus individuos, débiles antes, pero resistiendo al extranjero; sumisos despues, si bien todavia disculpables, acabaron por ser sus firmes apoyos, trabajando con ahínco por ahogar los gloriosos esfuerzos que hizo la nacion en defensa de su independencia. Es cierto que enseguida los españoles de Bayona estuvieron igualmente llenos de sobresalto y zozobra con el miedo de que se ejecutasen los dos consabidos decretos. Así lo anunciaba D. Evaristo Perez de Castro, que volvió á Madrid por aquellos dias. Todo lo cual prueba que ni entre los españoles que en Bayona influían, principalmente en el Consejo del Rey, ni entre los que en España gobernaban, había ningun hombre asistido de aquella constante decision é invariable firmeza que piden extraordinarias circunstancias.

Napoleon, por su parte, considerándose ya dueño de la corona de España en virtud de las renunciaciones hechas en favor suyo, había resuelto colocarla en las sienes de su hermano mayor, José, rey de Nápoles, y continuando siempre por la senda del engaño, quiso dar á su cesion visos de generosa condescendencia con los deseos de los españoles. Así fué que en 8 de Mayo dirigió al gran Duque sus instrucciones para que la Junta suprema y el Consejo de Castilla le indicasen en cuál de las personas de su familia les sería más grato que recayese el trono de España. En 12 respondió acertadamente el Consejo que, siendo nulas las cesiones hechas por la familia de Borbon, no le tocaba ni podía contestar á lo que se le preguntaba. Mas convocado al siguiente dia á palacio, por la tarde y sin ceremonia, y bien recibido y tratado por Murat, y habiendo facilmente convenido éste en la cortapisa que el Consejo queria poner á su exposicion, de que uno por eso se entendiese que se mezclaba en la aprobacion é desaprobacion de los tratados de renuncia, ni que los derechos del rey Carlos y su hijo y demás sucesores á la corona, segun las leyes del reino, quedasen perjudicados por la designacion que se le pedia, cedió entonces, y acordó en consulta del 13, dirigida al gran Duque, que bajo las propuestas insinuadas, le parecia que, en

ejecucion de lo resuelto por el Emperador, podia reanar la eleccion en su hermano mayor, el Rey de Nápoles. Llevaba trazas de juego y de tanta inteligencia el modo de preguntar y de responder. A Murat le importaban muy poco aquellas secretas protestas, con tal que tuviese un documento público de las principales autoridades del reino que presentara á los gobiernos europeos, pudiendo con él Napoleon dar á entender que había seguido la voluntad de los españoles más bien que la suya propia. El Consejo, empezando desde entonces aquel sistema medio y artificioso que le guió despues, mas propio de un subalterno de la corte que de un cuerpo custodio de las leyes, se avino muy bien con lo que se le propuso, imaginando así poner en cobro hasta cierto punto su comprometida existencia, ya que se afirmase la dominacion de Napoleon, ya que fuese destruida. Conducta no atinada en tiempos de grandes tribulaciones y vaiventes, y con la que perdió su crédito é influjo entre nacionales y extranjeros. Escribió tambien el mismo Consejo una carta al Emperador, y á riesgo de Murat, nombró para presentarla en Bayona á los ministros D. José Colón y D. Manuel de Lardizábal. La Junta suprema y la villa de Madrid practicaron por su parte iguales diligencias, pidiendo que José Bonaparte fuese acogido para rey de España.

No satisfecho Napoleon con las cesiones de los principes ni con la suasion y petition de las supremas autoridades, pensó en congregar una diputacion de españoles, que, con simulacro de Cortes, diesen en Bayona una especie de aprobacion nacional á todo lo anteriormente actuado. Ya dijimos que á mediados de Abril había intentado Murat llevar á efecto aquel pensamiento: mas hasta ahora, en Mayo, no se puso en perfecta y cumplida ejecucion. La convocatoria (30) se dió á luz en la Gaceta

(30) El Sereno Sr. gran duque de Berg, lugarteniente general del reino, y la Junta suprema de Gobierno de San Fernando de que los señores S. M. I. y R. el Emperador de los franceses con de quien Bayona se juntó una diputacion general de representantes de las ciudades, que deberán hallarse en aquella ciudad el dia 15 del proximo mes de Junio, compuesta del clero, nobles y eclesiásticos, para tratar á fin de la fidelidad de toda España, proponiendo todos los males que el anterior sistema le han ocasionado, y las reformas y remedios mas convenientes para destruirlos en toda la nacion y en cada provincia en particular. A su consecuencia, para que se verifique á la mayor brevedad el cumplimiento de la voluntad de S. M. I. y R., ha nombrado la Junta desde luego algunos sujetos que se expresan, remitiendo á algunas corporaciones, á las ciudades de voto en Cortes y otras, el reintegro de los que aqui se señalan, dándoles la forma de elección, para exhibirlas y discurrir, del modo siguiente:

1.º Que si en algunas ciudades y puntos de voto en Cortes hubiese turno para la eleccion de diputados, elijan ahora las que lo están actualmente para la primera eleccion.

2.º Que si otras ciudades no pudiesen de voto en Cortes tuviesen derecho de votar para componer un voto, ya sea entrando en composicion de media, tercera, cuarta vez, ó dentro de cualquier modo, eligiendo ayuntamiento un sujeto y remita á su ciudad á la ciudad ó pueblo donde se acordó antes á votar el que ha de ser nombrado.

3.º Que los ayuntamientos de dichas ciudades y puntos de voto en Cortes, así para esta eleccion como para lo que se dijo, puedan nombrar sujetos, no solo de la clase de eclesiásticos y nobles, sino tambien del estado general, segun en los que habieren mas luces, experiencia, celo, patriotismo, instruction y corajeros, de quienes se es que sentó su regulacion, que estén atentos del pueblo, que sean justos y de cualquier otra persona.

4.º Que los ayuntamientos á quienes correspondia por estatuto elegir ó nombrar de la clase de eclesiásticos, puedan elegir en la misma forma grandes de España y titulos de Castilla.

5.º Que todos los que sean elegidos por esta respectiva ayuntamientos las dadas nombradas á que refieren puntos pidiendo, que se pagaran de los fondos públicos que hubiere en 6 mayo.

6.º Que de todo el estado eclesiástico deban ser nombrados dos arzobispos, seis obispos, diez y seis canónigos ó diputados, dos de cada una de las ocho metropoliticas, que cubran su eleccion por los cabildos canonicamente, y veinte curas párrocos del arzobispado de Toledo y obispados que se refieren.

7.º Que vayan igualmente seis generales de las órdenes religiosas

de Madrid de 24 del mismo mes, con la singularidad de no llevar fecha. Estaba extendida á nombre del gran Duque de Berg y de la Junta suprema de gobierno, y se reducía en sustancia á que, siendo el deseo de S. M. I. y R. juntar en Bayona una diputacion general de ciento cincuenta individuos para el 15 de Junio siguiente, á fin de tratar en ella de la felicidad de España, indicando todos los males que el antiguo sistema habia ocasionado, y proponiendo las reformas y remedios para destruirlos, la Junta suprema habia nombrado varios sujetos que allí se expresaban, reservando á algunas corporaciones, á las ciudades de voto en Cortes y otras sus respectivas elecciones. Segun el decreto, debian tambien asistir grandes, títulos, obispos, generales de las órdenes religiosas, individuos del comercio, de las universidades, de la milicia, de la marina, de los Consejos y de la Inquisicion misma. Se escogieron igualmente seis individuos que representasen la América. Azaña, que en 23 de Mayo habia ido á Bayona para dar cuenta al Emperador del estado de la Hacienda de España, se quedó, por orden suya, a presidir la Junta ó Diputacion general, próxima á reunirse. Mas adelante examinaremos la índole y los trabajos de esta Junta, y hablaremos del solo reconocimiento que ella y los españoles allí presentes hicieron del intruso José.

10. Que se nombren diez grandes de España, y entre ellos se comprendan los que ya eban en Bayona ó han ido á ella para aquella ciudad.

11. Que sea el general el número de los títulos de Castilla y el mismo el de señores de caballería, siendo estas últimas elegidos por las ciudades que se elijan.

12. Que por el reino de Navarra se nombren dos sujetos, cuya elección sea en diputacion.

13. Que la diputacion de Vizcaya nombre uno, la de Guipúzcoa otro, habiendo nombrado el diputado de la provincia de Alava con los dos anteriores, y quedando en su defecto.

14. Que á la isla de Mallorca se elija diputado en la Península, y a ella, y el no, el sujeto que hubiese mas á propósito de ella, y se le nombrado á D. Antonio Gálvez y Company.

15. Que se nombre lo mismo por lo tocante á las islas Canarias; y si no hay aqui diputado, se nombre á D. Estanislao Lugo, ministro honorario del Consejo de las Indias, que es natural de dichas islas, y teniente á D. Antonio Pavón.

16. Que la diputacion del principado de Asturias nombre administrador en sueldo de las propias contribuciones.

17. Que el Consejo de Castilla nombre cuatro ministros de él, dos de las Indias, dos de la guerra, el uno militar y el otro togado, uno de Cortes, otro de Hacienda y otro el de la Inquisicion, como los nombrados ya por el de Castilla D. Belandier de Torres y D. Estanislao Martínez de Villota, que se hallan en Bayona, y D. José Ortiz y D. Manuel de Lantigua, asistiendo con ellos el alcaide de casa y corte D. Luis Merino de Pineda, que está igualmente en aquella ciudad, y los demás, los que elijan á pluralidad de votos los nombrados Cortes.

18. Que por lo tocante á la Marina concurren el baillía D. Antonio Valdes y el teniente general D. José Mazarrón; y por lo respectivo al ejército de tierra el teniente general D. Domingo Corral, el mariscal de campo D. José Illaques, el brigadier D. Antonio de Estrada, comandante de todas las guardias españolas, el coronel D. Diego de Pineda, teniente de coronel, el coronel D. Pedro de Torres, capitán de una de Corps, todos con el Príncipe de Castel Franco, capitán general de las reales ejercitos, y con el teniente general Duque del Parque.

19. Que cada una de las tres universidades mayores, Salamanca, Valladolid y Oviedo, nombren dos ministros en su defecto.

20. Que por el mismo Consejo se nombren varios otros sujetos, los cuales serán contrados por los nombrados y cuerpos que se citaron luego.

21. Los apoderados y suplentes nombrados por la Junta de Gobierno, por el S. A. I. con los siguientes al Arzobispo de Burgos, el de Tordesillas, conde de Castella, el Obispo de Palencia, el de Astorga, el de Orense, el de Pamplona, el de Gerona y el de Urgel.

22. Los generales de las órdenes religiosas serán el de San Benito, San Francisco, Mercedarios calzados, Carmelitas descalzas y San Agustín.

23. Los obispos, que han de nombrar los nombrados veinte otras personas deben ser los de Oviedo, Gerona, Gálvez, Málaga, Juan Zambrana, Almería, Oviedo, Bayona, Avila, Plasencia, Badajoz, Montañado, Calatayud, Orense, Huesca, Orizuela y Paternava, de donde admitiendo nombrar otros al Arzobispo de Toledo, por la extensión y circunscripción de las archidiócesis.

24. Los grandes de España que se nombran son: el Duque de Frías, el de Medinaceli, el de Híjar, el Conde de Orgaz, el de Fuen-

Murat, luego que estuvo al frente del gobierno de España, resolviendo, en vista del general desasosiego, que hubiese sublevaciones una ó mas partes, adoptó varios medios para prevenirlas. Agregó á la division ó cuerpo de Dupont dos regimientos suizos españoles, y puso á la disposicion del mariscal Momey cuatro batallones de guardias españolas y valonas y los guardias de Corps. Puso ordenes para enviar 3.000 hombres de Galicia á Buenos Aires, y en 19 de Mayo dió el mando de la escuadra de Mahon al general Saldado, con encargo de llevarse á la vela para Tolón; lo cual afortunadamente no pudo cumplirse por los acontecimientos que muy luego sobrevinieron. Se ordenó á la division española acantonada en Extremadura pasase á San Roque, y á Solano, que hasta entonces habia sido en jefe, se le previno que regresase á Cádiz para tomar de nuevo el mando de Andalucía, yendo á explorar sus intenciones el oficial de ingenieros frances Constantín. Con el mismo objeto, y con pretexto de examinar la plaza de Gibraltar, se envió cerca del general D. Francisco Javier Castañón, que mandaba en el Campo de San Roque, al jefe de batallón de ingenieros Rogniat; otros comisionados fueron enviados á Ceuta. El Buen-Retiro se empezó á fortificar, encerrando dentro de su recinto abundantes provisiones de boca y guerra, habiéndose los

les, el de Fernán-Núñez, el de Santa Coloma, el Marqués de Santa Cruz, el Duque de Osuna y el del Parque.

25. Los señores de Castilla nombrados son: el Marqués de la Grana y Carratal, el de Castiblanco, el de Cifuentes, el de la Conquista, el de Arriba, el de Luján, el de Benafán, el de Villa Alegre, el de Jura Real y el Conde de Polentinos.

26. Las ciudades que han de nombrar sujetos por la clase de caballeros son: Jerez de la Frontera, Ciudad Real, Málaga, Huelva, Santiago de Galicia, la Coruña, Oviedo, San Felipe de Játiva, Gerona y la villa y corte de Madrid.

27. Los nombrados y cuerpos de comercio que deben nombrar cada uno un sujeto son: los de Cádiz, Barcelona, Coruña, Bilbao, Valencia, Málaga, Sevilla, Alicante, Híjara, San Sebastián, Santander, el Banco nacional de San Carlos, la Compania de Filippias y los cinco premios mayores de Madrid.

Sumo, pues, la voluntad de S. A. I. y de la suprema Junta que tales los individuos que hayan de componer esta Asamblea nacional contribuyan por su parte á mejorar el actual estado del reino, encargando á V. muy particularmente que, considerando en el buen desempeño de esta comision la felicidad de España, presente en la citada Asamblea, con todo celo y patriotismo las ideas que tenga, ya sobre todo el sistema actual, y ya respecto á las que provenga en particular, adquiriendo de las personas más instruidas de ella en los diversos ramos de instruccion pública, agricultura, comercio, industria, cuantas noticias pueda, para que en aquellos puntos en que haya necesidad de reforma se verifique del mejor modo posible esperando igualmente S. A. y la Junta que las ciudades, capitales, obispos y demás corporaciones que, según queda dicho, deberán nombrar personas para la Asamblea elegiran aquellas de mas instrucion, prudencia, juicio y patriotismo, y contribuirán de darles y remitirles las ideas más sanas del estado de la España, de sus males, y de los medios y medios de remediarlos, con las observaciones correspondientes, no solo á la general del reino, sino tambien á la que existan las particularidades y circunstancias de las provincias, eshortando á todos los miembros de su cuerpo y á los señores señores de cada ciudad, partido ó pueblo á que instruyan con sus lecciones y experiencia que vaya de diputado á Bayona, entregándole ó dirigiéndole igualmente las noticias y reflexiones que considere útiles al intento.

Tiene la real participada V. de orden de S. A. y de la Junta, para su inteligencia y puntual cumplimiento en la parte que le toca; en el entendido de que todas las resoluciones que van de combenir la referida diputacion se han de hallar en Bayona el correspondiente 15 de Junio por escrito, como se ha dicho, y de que así por V. como por todos los demás se ha de votar por tal mano á S. A. y á la Junta de los señores nombrados habyan contribuido.

Dios guarde á V. muchos años Madrid, de Mayo de 1808.

Nota. Despues de impresa esta carta se ha acordado el Marqués de Cifuentes, y en su lugar se ha nombrado al Conde de Castañón. Tambien se ha añadido la parte del general de Corps de Híjar, y se ha nombrado en su lugar al de San Juan de Linos.

Ademas el mismo gran Duque, con acuerdo de la Junta, ha nombrado seis sujetos naturales de las Américas, en esta forma: al Marqués de San Felipe y Santiago por la Habana; á D. José del Moral por Nueva España; á D. Teodoro Bago y Rivera por el Perú; á D. Juan Altamirano por Buenos Aires; á D. Francisco Cea por Guatemala, y á D. Ignacio Sánchez de Trepel, por Santa Fe.

franceses apoderado por todas partes de cuantos almacenes y depósitos de municiones y armas estuvieron á su alcance. Cortas precauciones para reprimir el universal descontento.

Pero ahora, que ya tenemos á Napoleon imaginándonos poder ensenar á su antojo la corona de España; ahora que ya está internada en Francia la familia real, Murat mandando en Madrid, sometidos la Junta suprema y los Consejos, y convocada á Bayona una diputación de españoles, será bien que, desviando nuestra vista de tantas escenas de perfidia y abatimiento, de imprevisión y flaqueza, nos volvamos á contemplar un sublime y grandioso espectáculo.

LIBRO TERCERO.

Insurrección general contra los franceses. — Levantamiento de Asturias. — Misión á Inglaterra. — Levantamiento de Galicia. — Levantamiento de Saragosa. — Levantamiento de León y Castilla la Vieja. — Levantamiento de Sevilla. — Papel de la escuadra francesa en el Bidasoa. — Levantamiento de Granada. — Levantamiento de Extremadura. — Conmociones en Castilla la Nueva. — Levantamiento de Cartagena y Murcia. — Levantamiento de Valencia. — Levantamiento de Aragón. — Levantamiento de Cataluña. — Levantamiento de las Balears. — Navarra y provincias vascongadas. — Islas Canarias. — Refractories generales. — Portugal. — Emancipación. — Primeros franceses que intentan pasar á España. — El general que se retira de Oporto. — Primer levantamiento de Oporto. — Levantamiento de Trás-os-Montes y segundo de Oporto. — Se declara á la vez el de Lisboa. — Resolución española á los franceses en Oporto. — Levantamiento de los Algarves. — Convenciones entre algunas juntas de España y Portugal.

Encontrados afectos habían agitado durante dos meses á las vastas provincias de España. Tras la alegría y el júbilo, tras las esperanzas, tan lisonjeras como rápidas, de Marzo, habían venido las zozobras, las sospechas, los temores de Abril. El 2 de Mayo había llevado consigo á todas partes el terror y el espanto, y al propagarse la nueva de las renuncias, de las perfidias y torpes hechos de Bayona, un grito de indignación y de guerra, lanzándose con admirable esfuerzo de las cabezas de provincia, se repitió y cundió, resonando por caserías y aldeas, por villas y ciudades. A porfía las mujeres y los niños, los mozos y los ancianos, arrebatados de fuego patrio, llenos de cólera y rabia, clamaron unánime y simultáneamente por pronta, noble y tremenda venganza. Renació España, por decirlo así, fuerte, vigorosa, denodada; renació recordando sus pasadas glorias; y sus provincias, conmovidas, alteradas y enardecidas, se representaban á la imaginación como las de milia Volney. Patéculo, *tan difusas, tan frecuentes, tan feras*. El viajero que un año antes, pisando los anchos campos de Castilla, la hubiese atravesado por medio de la soledad y desamparo de sus pueblos, si de nuevo hubiese ahora vuelto á recorrerlos, viéndolos llenos de gente, de turbación y afanosa diligencia, con razón hubiera podido adscribir á milagrosa transformación mudanza tan extraordinaria y repentina. Aquellos moradores, como los de toda España, indiferentes no había mucho á los negocios públicos, salían ansiosamente á informarse de las novedades y vicisitudes del día, y desde el alba hasta el último labriego, embravecidos y alborotados, estrechándose con los muertos y tropiezos del extranjero, prorumpían al oírlos en lágrimas de desprecio. Tan cierto era que aquellos nobles y elevados sentimientos, que engendraron en el siglo xvi tantos portentos de valor y tantas y tan inauditas hazañas, estaban adormecidos, pero no apagados en los pechos españoles, y al dulce nombre de patria, á la voz de su rey cautivo, de su re-

ligión amenazada, de sus costumbres bolladas y encarnecidas, se despertaron ahora con viva y recobrada fuerza. Cuanto mayores é inesperados habían sido los ultrajes, tanto más terrible y asombroso fué el público sacudimiento. La historia no nos ha transmitido ejemplo más grandioso de un alzamiento tan súbito y tan unánime contra una invasión extraña. Como si un premeditado acuerdo, como si una suprema inteligencia hubiera gobernado y dirigido tan gloriosa determinación, las masas de las provincias se levantaron espontáneamente casi en un mismo día, sin que tuviesen muchas noticias de la insurrección de las otras, y animadas todas de un mismo espíritu exaltado y heroico. A resolución tan magnánima fué estimulada la nación española por los engaños y alevosías de un falso amigo, que con capa de querer regenerarla, desconociendo sus usos y sus leyes, intentó á su antojo dictarle otras nuevas, variar la estirpe de sus reyes, y destruir así su verdadera y bien entendida independencia, sin la que, desmoronándose los estados más poderosos, hasta su nombre se acaba y lastimosamente perece.

Este uniforme y profundo sentimiento quiso en Asturias (1), primero que en otra parte, manifestarse de modo más legal y concertado. Contribuyeron á ello diversas y muy principales causas. Juntamente con la opinión, que era común á toda España, de mirar con desvío y odio la dominación extranjera, aun se conservaba en aquel principado un ilustre recuerdo de haber ofrecido su enmarañado y riescoso suelo seguro abrigo á los venerables restos de los españoles esforzados, que huyendo de la irrupción caracénica dieron principio á la larga y perniciosa lucha que acabó por afianzar la independencia y unión de los pueblos peninsulares. Le inspiraba también confianza su ventajosa y naturalmente resguardada posición. Bafiada al Norte por las olas del Océano, rodeada por otras partes de caminos á veces intrasitables, la ecilian al Mediodía fragosas y enebriadas montañas. Acertó igualmente á estar entonces congregada la junta general del Principado, reliquia dichosamente preservada del casi universal naufragio de nuestros antiguos fueros. Sus facultades, no muy bien deslindadas, se limitaban á asuntos puramente económicos; pero en semejante crisis, compuesta en lo general de individuos nombrados por los consejos, se la consideró como oportuno centro para legitimar atinadamente los impetus del pueblo. Reunióse en la tres años, y casualmente en aquél cayó el de su convocación, habiéndose abierto sus sesiones el 1.º de Mayo.

A pocos días, con la aciaja nueva del 2 en Madrid, llegó á Oviedo la orden para que el coronel comandante de armas, D. Nicolas de Llano Ponte, publicase el sanguinario bando que el 3 habia Murat promulgado en la capital del reino. Los moradores de Asturias, conmovidos y desusosagados al par de los deinas de España, habían ya en 29 de Abril apedregado en Gijón la casa del cónsul francés, de resultas de haber éste osado arrojar desde sus ventanas varios impresos contra la familia de Borbon. En tal situación, y espereciéndose la voz de que iban á cumplirse instrucciones rigurosas, por órdenes de Madrid, por el desasato cometido contra el cónsul, se encendieron más y más los ánimos, en gran

(1) Las relaciones de los levantamientos de las provincias están tomadas: 1.º de las *Guerras*, y de otras y papeles de este período; 2.º de las relaciones particulares manuscritas dadas por las personas que concurrieron. Las noticias tomaron parte en la insurrección ó fueron testigos de los acontecimientos.

manera estimulados por las patrióticas exhortaciones del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, de su pariente D. Manuel de Miranda y de D. Ramon de Llano Ponte, canónigo de aquella iglesia, quien, habiendo servido antes en el cuerpo de Guardias, estaba adornado de hidalgas y distinguidísimas prendas.

Decidida, pues, la Audiencia territorial, de acuerdo con el jefe militar, á publicar el 9 el bando que de Madrid se había enviado, empezaron á recorrer juntos las calles, cuando á poco tiempo, agolpándose y saliéndoles al encuentro gran muchedumbre á los gritos de viva Fernando VII y muera Murat, los obligaron á retroceder y desistir de su intento. Agavillándose entonces con mayor aliento los alborotados, entre los que se señalaron los estudiantes de la universidad, reunidos todos, enderezaron sus pasos á la sala de sesiones de la Junta general del Principado. Hallaron allí firme apoyo en varios de los vocales. Don José del Busto, juez primero de la ciudad, y en secreto de inteligencia con los amotinados, arengó en favor de su noble resolución; acudiéronle el conde Marcel de Peñalva y el de Toreno (padre del autor de esta historia), y sin excepción acordaron sus miembros desobedecer las órdenes de Murat, y tomar medidas correspondientes á su atrevida determinación. La Audiencia en tanto, desamada del pueblo, ya por estar formando causa á los que habían apedreado la casa del cónsul frances, y ya tambien porque, compuesta en su mayor parte de agraciados y partidarios del gobierno de Godoy, miraba al soslayo unos movimientos que al cabo habian de redundar en daño suyo, procuró por todos medios apaciguar aquella primera conmoción, influyendo con particulares y con militares y estudiantes, y dando sigilosamente cuenta á la Superioridad de lo acaecido. Consiguió tambien que en la Junta el diputado por Oviedo, D. Francisco Velasco, apoyado por el de Grado, D. Ignacio Florez, discurriese largamente en el día 13 acerca de los peligros á que se exponia la provincia por los inconsiderados acuerdos del 9, y no ménos la misma Junta, habiéndose excedido de sus facultades. El Velasco, gozando de concepto por su práctica y conocida experiencia, alcanzó que se suspendiese la ejecucion de las medidas resueltas, y sólo el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, que presidia, se opuso con fortaleza admirable, diciendo que «protestaba solemnemente, y que en cualquiera punto en que se levantase un hombre contra Napoleon, tomara un fusil y se pondria á su lado.» Palabras tanto más memorables, cuanto que salian de la boca de un hombre que rayaba en los sesenta años, propietario rico y acaudalado, y de las más ilustres familias de aquel país; digno nieto del célebre marqués del mismo nombre, distinguido escritor militar y hábil diplomático, que en el primer tercio del siglo último, arrastrado de su pundonor, habia perecido gloriosa pero desgraciadamente en los campos de Oran.

Noticiosos Murat y la Junta suprema de Madrid de lo que pasaba en Asturias, procuraron con diligencia apagar aquella centella, llenos del recelo de que, saltando á otros puntos, acabase por excitar una general conflagración. Dieron, por tanto, órdenes duras á la Audiencia, y enviaron en comision al Conde del Pinar, magistrado conocido por su cruel severidad, y á D. Juan Meléndez Valdés, más propio para cantar con acordada lira los triunfos de quien venciese que para acallar los ruidos populares. Se mandó al propio tiempo al apocado D. Crisó-

tomo de la Llave, comandante general de la costa cantábrica, que pasase á Oviedo para tomar el mando de la provincia, disponiendo que concurriese allí á sus órdenes un batallon de Hibernia, procedente de Santander, y un escuadon de carabineros que estaba en Castilla.

Mas estas providencias, en vez de aquietar los ánimos, sólo sirvieron para irritarlos. Los complicados en los acontecimientos del 9 vieron la suerte que se les preparaba, y persistieron en su primer intento. Vinieron en su ayuda los avisos de Bayona, que provocaban cada día más á la alteracion y al enojo, y la relacion que del sanguinario día 2 de Mayo hacian los testigos oculares que sucesivamente llegaban escapados de Madrid. Redoblaron, pues, su celo los de la asonada del 9, y pensaron en ejecutar su suspendida pero no abandonada empresa. Citábanse en casa de D. Ramon de Llano Ponte, y con tan poco recato, que de distintas y muchas partes se acercaba á aquel foco de insurreccion gente desconocida con todo linaje de ofrecimientos. Asistimos, recién llegados de la corte, á las secretas reuniones, y pasmábanos el continuo acudir de paisanos y personas de todas clases, que con noble desprendimiento empeñaban y comprometian su hacienda y sus personas para la defensa de sus hogares. Se renovaban las asonadas todas las noches, habiendo sido bastantemente estrepitosas las del 22 y 23; pero se difirió hasta el 24 el final rompimiento, por esperarse en aquel día al nuevo comandante la Llave, enviado por Murat. Para su ejecucion se previno á los paisanos de los contornos que se metiesen en Oviedo al toque de oraciones, circulando al efecto D. José del Busto esquelas á los alcaldes de su jurisdiccion. Se tomaron ademas otras convenientes prevenciones, y se cometió el encargo de acaudillar á la multitud á los Sres. D. Ramon de Llano Ponte y D. Manuel de Miranda. Antes de que llegase la Llave, con gran priesa se le habia anticipado un ayudante del mariscal Bessières, napolitano de nacion, quien estuvo muy inquieto hasta que vió que el comandante se acercaba á las puertas de la ciudad. Entró por ellas el 24 acompañado de algunas personas, sabedoras de la trama dispuesta para aquella noche. Se habia convenido en que el alboroto comenzaria á las once de la misma, tocando á rebato las campanas de las iglesias de la ciudad y de las aldeas de alrededor. Por equivocacion, habiéndose retardado una hora el toque, se angustiaron sobremedura los patriotas conjurados; mas un repique general á las doce en punto los sacó de pena.

Fué su primer paso apoderarse de la casa de armas, en donde habia un depósito de 100.000 fusiles, no solamente fabricados en Oviedo y sus cercanías, sino tambien trasportados allí por anteriores órdenes del Principe de la Paz. Favorecieron la acometida los mismos oficiales de artillería, partícipes del secreto, señalándose con singular esmero D. Joaquín Escario. Entre tanto se encaminaron otros á casa del comandante la Llave, y de puerta en puerta llamando á los individuos de la Junta del Principado, se formó ésta en hora tan avanzada de la noche, agregándosele extraordinariamente vocales de afuera. Entonces, reasumiendo la potestad suprema, afirmó la revolucion, nombró por presidente suyo al Marqués de Santa Cruz y le confió el mando de las armas. Al día siguiente 25 se declaró solemnemente la guerra á Napoleon, y no hubo sino un grito de indecible entusiasmo. ¡Cosa maravillosa, que desde un rincon de España hubiera habido

quien cease retar al desmedido poder ante el cual se postraban los mayores potentados del continente europeo. A frenesí pudiera atribuirse, si una razón tan noble y fundada en el deseo de conservar el honor y la independencia nacional no mereciese más respeto.

La Junta se componía de personas las más principales del país por su riqueza y por su ilustración. El procurador general D. Alvaro Flores Estrada, entusiasmado de antemano de la conmoción urdida, la sostuvo vigorosamente, y la Junta en cuerpo adoptó con actividad oportunas medidas para armar la provincia y ponerla en estado de defensa. Los carabineros reales llegaron muy luego, así como el batallón de Hibernia, y ni unos ni otros pusieron obstáculo al levantamiento. Los primeros pasaron de Asturias á Castilla, á las órdenes de D. Gregorio de la Cuesta, y se entregaron del último varios oficiales, sargentos y cabos para cuadros de la fuerza armada que se iba formando. La Junta había resuelto poner en pie un cuerpo de 18,000 hombres. Multiples para ello inconsideradamente los grados militares, y con razón se le hicieron justos cargos por aquella demasia. Sin embargo, disculpábase algún tanto la escasez en que se encontraba de oficiales veteranos para llenar plazas que exigía el completo del ejército que se disciplinaba. Echóse mano de estudiantes ó personas consideradas como más aptas, y en verdad que de los nuevos salieron excelentes oficiales, que, ó se sacrificaron por su patria, ó la honraron con su conducta, denuedo y adelantamiento en la ciencia militar. No poco contribuyeron á la presteza de la nueva organización los dones cuantiosos que generosamente se ofrecieron por particulares, y que entraban todos los días en las arcas públicas.

Como en el alzamiento de Asturias habían intervenido las personas de más valía del país, no se había manchado su pureza con ningún exceso de la plebe, y ménos con atropellamientos ni asesinatos. Pero trascurridos algunos días, estuvo á riesgo de representarse un espectáculo lastimoso y sumamente trágico. Los comisionados de Murat, de que arriba hablamos, el Conde del Pinar y D. Juan Meléndez Valdés, por su propia seguridad, habían sido detenidos á su arribo á Oviedo, juntamente con el comandante la Llave, el coronel de Hibernia Fitzgerald y el comandante de carabineros Ladrón de Guevara, que solos se habían separado de la unánime decisión de los oficiales de sus respectivos cuerpos. Desde el principio el Marqués de Santa Cruz, pertinaz y de condición dura, no había cesado de pedir que se les formase causa. Halagaba su opinión á la muchedumbre; pero la Junta dilataba su determinación, esperando que se templase la ira que contra los arrestados había. Acaeció en el intermedio que acudiendo sucesivamente de los puntos más distantes los nuevos alistados, llegaron los de los consejos que medían entre el Navia y Eo, y nótese que eran más inquietos y turbulentos que los de los otros partidos. Recelosa la Junta de algun desmán, resolvió poner á los detenidos fuera de los linderos del Principado. Por atolondramiento ó oculta malicia de mano desconocida, se trató de sacarlos en medio del día y públicamente, para que en coche emprendiesen su viaje. A su vista gritaron unas muchachas: *Que se marchan los traidores*; y juntándose á sus decompasados clamores un tropel de los reclusos mencionados, cogieron en medio á los cinco desventurados, y los condujeron al Campo de San Francisco, extramuros de la ciudad, en donde atápu-

dolos á los árboles, se dispusieron á arcabucearlos. En tamaño aprieto felizmente se le ocurrió al canónigo D. Alonso Ahumada buscar para la desordenada multitud el freno de la religión, único que ya podía contenerla, y con el Sacramento en las manos, y ayudado de personas autorizadas, salvó de inminente muerte á los atribulados perseguidos, habiéndose mantenido impávido en el horroroso trance el coronel de Hibernia. Con lo que, al paso que se preservaron sus vidas, quedó terso y limpio de todo lunar el bello aspecto del levantamiento de Asturias. Raro ejemplo de moderación en tiempos en que, desencadenándose el furor popular, se da á veces suelta, bajo el manto de patriotismo, á las enemistades personales.

Desde el momento en que la Junta de Asturias se pronunció y declaró soberana, trató de entablar negociaciones con Inglaterra. Nombró, para que con aquel objeto pasasen á Londres, á D. Andres Angel de la Vaca y al Vizconde de Matarrosa, autor de esta *Historia*, así entonces llamado por vivir todavía su padre. La misión era importante y de empeño. Pendía en gran parte de su feliz resultado dar fortunada cima á la comenzada empresa. El viaje por sí presentó dificultades, no habiendo en aquel momento crucero inglés en toda la costa asturiana, y era arriesgado para el deseado fin aventurarse en barco de la propia nación. A los tres días de la insurrección, y muy al caso, apareció sobre el cabo de Peñas un corsario de Jersey, el cual, sospechando engaño, resistió al principio entrar en tratos; mas con el cebo de una crecida suma convino en tomar á su bordo los diputados nombrados, quienes desde Gijón se hicieron á la vela el 30 de Mayo.

No es de más, ni obra del amor propio, el detenernos en contar algunos pormenores de la mencionada misión, habiendo servido de cimiento á la nueva alianza que se contrajo con la Inglaterra, y la cual dió ocasion á tantos y tan portentosos acontecimientos. En la noche del 6 de Junio arribaron los diputados á Falmouth, y acompañados de un oficial de la marina real inglesa, se dirigieron en posta y con gran diligencia á Londres. No eran todavía las siete de la mañana cuando pisaron los umbrales del almirantazgo, y su secretario, Mr. Wellesly Pool, apenas daba crédito á lo que oía, procurando con ansia descubrir en el mapa el casi imperceptible punto que osaba declararse contra Napoleon. Poco despues, y en hora tan temprana, se avistó con los diputados Mr. Canning, ministro entónces de Relaciones extranjeras. En vista de las proclamas y del calor y persuasivo entusiasmo que animaba á los enviados asturianos (comun entónces á todos los españoles), no dudó un instante el ministro inglés en asegurarles que el gobierno de S. M. B. protegeria con el mayor esfuerzo el glorioso alzamiento de la provincia que representaban. Su pronta y viva penetración de la primera vez columbró el espíritu que debía reinar en toda España, cuando en Asturias se había levantado el grito de independencia, previendo igualmente las consecuencias que una insurrección peninsular podria tener en la suerte de Europa y aun del mundo.

Ya con fecha de 12 de Junio Mr. Canning comunicaba á los diputados, de oficio y por escrito (2): «El Rey me manda asegurar á VV. SS. que S. M. ve con el más vivo interés la determinación leal y va-

(2) Este oficio está sacado de la correspondencia manuscrita que tenemos en nuestro poder, y que fué entónces seguida por los diputados con el gobierno de S. M. B. También le insertaron las Gacetas de aquel tiempo.

losa del principado de Asturias para sostener contra la atroz usurpacion de la Francia una contienda en favor de la restauracion é independencia de la monarquia española. Asimismo S. M. está dispuesto á conceder todo género de apoyo y de asistencia á un esfuerzo tan magnánimo y digno de alabanza.... El Rey me manda declarar á VV. SS. que esta S. M. pronto se extenderá su apoyo á todas las demas partes de la monarquia española que se muestren animadas del mismo espíritu que los habitantes de Asturias.

Segunse á esta declaracion el envío á aquella provincia de víveres, municiones, armas y vestuario en abundancia; no fué al principio dinero, por no haber los diputados creído necesario. Fueron sembrados para que pasasen á Asturias dos oficiales y el mayor general sir Tomas Dyer, quien desde entonces fué el protector constante y desinteresado de los desgraciados patriotas españoles.

Era á la sazón primer lord de la Tesorería el Duque de Portland, y los nombres, tan conocidos después, de Castlereagh, Liverpool y Canning estaban á formar parte de su ministerio. Tenian por regla de su política las reglas que habian guiado á Mr. Pitt, con quien habian estado estrechamente unidos. Pero en cuanto á la causa española, todos los partidos concurren en la misma opinion, sin que exista la menor diferencia ni disenso. Claramente manifestó esta conformidad en la discusion parlamentaria del 15 de Junio en la Cámara de los Comunes. Mr. Sheridan, uno de los orificos de la oposicion, célebre como literato y célebre como orador, decía en aquella sesion (3): «El denodado ánimo de los españoles no tomará mayor aliento cuando sepa por su causa no sólo ha sido abrazada por los británicos aisladamente, sino tambien por el Parlamento y el pueblo de Inglaterra? Si hay en España una predisposicion para sentir los insultos y agravios que sus habitantes han recibido del tirano de la tierra, y que son subidos enormes para poder explicarlos con palabras, aquella predisposicion no se despertará al mas sublime punto con la certeza de que sus esfuerzos han de ser cordialmente sostenidos por una grande y poderosa nacion? Pienso que se presenta una importante crisis. Jamas hubo cosa tan valiente, tan generosa, tan noble como la conducta de los asturianos.»

Antes hablo de la Cámara aplaudieron aquellas palabras, que expresaban el comun sentir de todos sus individuos. Trafalgar y las famosas victorias alcanzadas por la marina inglesa nunca habian excitado, ni mayor alegría, ni mas universal entusiasmo. El interes nacional anduvo en esta sesion con lo que odiaban la justicia y la humanidad, y así las opiniones más divergentes y contrarias en otros asuntos se juntaron ahora y confundieron para celebrar en comun y de un modo explicable el alzamiento de España. Bastó sólo la noticia del de Asturias para causar efecto tan prodigioso. No les era dado á los diputados moverse á su parte alguna sin que se prorumpiesen enderredor suyo en vitóreas y aplausos. Detenidos aquí la pluma, ciertos de que se achacaría á estulticia la repetición el repetir aun compendiosamente lo que en realidad pasó (4). En medio, sin embargo,

de la universal satisfaccion, estaban los diputados constriados, habiendo trascurrido más de quince dias sin que aportase boren ni aviso alguno de las costas de España. No por eso menguó el entusiasmo inglés; más bien, á ser posible, vino á aumentarle y á sacar á todos de dudas y sobresalto la llegada de D. Francisco Saugro, enviado por la Junta de Galicia, y el cual traía consigo no solamente la noticia del levantamiento de tan importante y populosa provincia, mas tambien el de toda la península.

Galicia, en efecto, se habia alzado el 30 de Mayo, dia de San Fernando. La extension de sus costas, sus muchas rias y abrigados puertos, la desigualdad de su montuoso terreno, su posicion lejana y guardada de angostas y por la mayor parte difíciles entradas, sus arsenales, y, en fin, sus cuantiosos y variados recursos realizaban la importancia de la declaracion de aquel reino.

Ademas de la inquietud, necesaria y general consecuencia del 2 de Mayo, conmovió con particularidad los ánimos en la Coruña la aparicion del oficial francés Mongat, comisionado para tomar razon de los arsenales de armas y artillería, de la tropa allí existente, y para examinar al mismo tiempo el estado del país. Por ausencia del capitán general D. Antonio Filangieri, mandaba el mariscal de campo D. Francisco Biedma, sujeto mirado con desafecto por los militares y vecinos de la ciudad, é inhabil, por tanto, para calmar la agitacion que visiblemente crecia. Aumentóla con sus providencias, porque colocando artillería en la plaza de la capitania general, redoblando su guardia y viviendo siempre en vela, dió á entender que se disponía á ejecutar alguna orden desagradable. El Biedma obraba en este sentido con tanto mayor confianza, cuanto quedaban todavia en la Coruña, á pesar de las fuerzas destacadas á Oporto en virtud del tratado de Fontainebleau, el regimiento de infantería de Navarra, los provinciales de Betanzos, Segovia y Compostela, el segundo de voluntarios de Cataluña y el regimiento de artillería del departamento. Para estar mas seguro de estos cuerpos, pensó tambien granjearse su voluntad, proponiéndoles, conforme á instrucciones de Madrid, la etapa de Francia, que era mas ventajosa. Hubo jefes que aceptaron la oferta, otros la desecharon. Pero este paso fué tan imprudente, que despertó en los soldados viva sospecha de que se fraguaba enviarlos del otro lado de los Pirineos, y llenar en buceo con franceses. Sobrecogióse asimismo el pavor de temor de la conscripcion, en el que le confirmaron vulgares rumores, con tanta más prontitud creidos en semejantes casos, cuanto andan ser mas absurdos. Tal fué, por ejemplo, el de que el francés Mongat habia mandado fabricar á la maestranza de artillería miles de esposas destinadas á matar hasta la frontera á los mozos que se enganchasen. Por infundada que fuese la voz, no era extraño que hallase cabida en los prevencidos ánimos de los gallegos, á cuyos oidos habia llegado la noticia de violencias semejantes á las que en la misma Francia se cometian con los conscriptos.

En medio del sobresalto llegó á la Coruña un emisario de Asturias, portador de las nuevas de su primera insurreccion, con intento de brindar á las autoridades á imitar la conducta del Principado. Se presentó al Sr. Pagola, regente de la Audiencia, quien, con la amenaza de castigarle, le obligó á retirarse sigilosamente á Mondoñeda. Con todo, supose, y mas y más se pronunciaba la opinion, sin que

(3) *Parliamentary Debates*, vol. xi, pág. 563.

(4) En las *Actas del Congreso* publicadas en las que entonces habia, se vea de ellas el trascurrido respecto á los sucesos de Asturias con sus causas y consecuencias, y á la forma en que se presentaron á la consideracion del Congreso. Véase tambien el *Diario de Quinquaginta*, que se suspendió la representacion de una forma.

hubiera freno que la contuviese. Alcanzaron, en tanto, á Madrid avisos del estado inquieto de Galicia, y se ordenó pasar allí al capitán general don Antonio Filangieri, hombre moderado, afable y entendido, hermano del famoso Cayetano, que en su elocuente obra de la *Legislación* había defendido con tanta erudición y celo los derechos de la humanidad. Adorándole los oficiales, le querían cuantos le trataban; pero la desgracia de haber nacido en Nápoles le privaba del favor de la multitud, tan asombradiza en tiempos turbulentos. Sin embargo, habiendo quitado la artillería de delante de sus puertas, y mostrándose suave ó indulgente, hubiera quizá parado la revolución, si nuevos motivos de desazon y disgusto no hubiesen acelerado su estallido. Primeramente no dejaba de incomodar la arrogancia desdenosa con que los franceses establecidos en la Coruña miraban á su vecindario desde que el oficial Mongat los alentó con su altivez intolerable, si bien á veces templada por la prudencia de Mr. Foureroy, cónsul de su nación. Pero más que todo, y ella, en verdad, decidió el rompimiento, fué la noticia de las renunciaciones de Bayona, y de la internación en Francia de la familia real, con lo que, al paso que el poder de la autoridad se entorpecía y menguaba, creció el ardor popular, saltando la valla de la subordinación y obediencia.

Algunos patriotas, encendidos del deseo de conservar la independencia y el honor nacional, se juntaban á escondidas con varios oficiales para dar acortado impulso al público descontento. Asistían individuos del regimiento de Navarra, de lo que noticioso el Capitán general, mandó que aquel cuerpo se trasladase al Ferrol; medida que tal vez influyó en su posterior y lamentable suerte. En lugar de amortiguarse, aviváronse con esto los secretos tratos, y ya tocaban al estado de sazon, cuando la víspera de San Fernando entró á caballo por las calles de la Coruña un joven de rostro halagüeño, gallardo en su porte, y tan alborozado, que atravesándolas con entusiastas gritos, movió la curiosidad de sus atónitos vecinos. Avistóse con el Regente de la Audiencia, quien, cortándole toda comunicacion, lo hizo custodiar en la casa de correos. Allí se agolpó al instante la muchedumbre, y averiguó que el desconocido mozo era un estudiante de la ciudad de León, en donde, á imitación de Asturias, había la población tratado de levantarse y crear una junta. Con la nueva espuela determinaron los que secretamente y de consueño se entendían, no aguardar más tiempo, y poner cuanto antes el reino de Galicia en abierta insurrección.

El siguiente día 29 ofrecióse como el más oportuno, impechendo á su ejecución un impensado incidente. Era costumbre todos los años, en dicho día, enarbolar la bandera en los baluartes y castillos, y notoso que en este se había omitido aquella ceremonia, que solamente se verificaba en conmemoracion de Fernando III, llamando el Santo, sin atender á que el soberano reinante llevara ó no aquel nombre. Mas como ahora desagraviaba su sonido al gobierno de Madrid, fuera por su orden ó por licencia, se suspendió la antigua ceremonia. El pueblo, estallado de ménos la bandera, se mostró iracundo, y aporacundo entonces los secretos conspiradores la oportuna ocasión, enviaron para acudir á Simforiano Lopez, de oficio sillerero, hombre fuerte, y que, dotado de verboricidad popular, con que todo la multitud, y á su arbitrio la gobernaba. Luego que se acercó al palacio del Capitán general, cayó por delante, para tantear el ánimo de

la tropa, algunos niños que, con pañuelos fijos en la punta de unos palos, y gritando viva Fernando VII y muera Murat, intentaron meterse por sus filas. Los soldados, en cuyo número se contaban bastantes que estaban de concierto con los atrevidores, se reían de los muchachos, y los dejaban pasar y gritar, sin interrumpirlos en su aparente pasatiempo. Alentados los instigadores, se atropellaron de golpe hácia el palacio, diputando á unos cuantos para pedir que, según costumbre, se tremonase la bandera. Aquel edificio está sito dentro de la ciudad antigua, y al ruido de que era acometido, concurre la multitud de todos los puntos, precipitándose por la puerta Real y la de Aires. Los primeros que en diputacion habían penetrado dentro de los umbrales de palacio, alcanzado que hubieron que se enarbolase la bandera, pidieron que volviera á la Coruña el regimiento de Navarra, y como acontece en los bullicios populares, á medida que se condescendía en las peticiones, fueron éstas multiplicando, por lo que, y enresapado el tumulto, D. Antonio Filangieri se desapareció por una puerta excusada, y se refugió en el convento de dominicos. No usó D. Francisco Biedma y el coronel Fabro, quienes, á pesar del odio que contra ambos había como parciales del Príncipe de la Paz, osaron salir por la puerta principal. Caro hubo de costarles el temerario arrojo: al Biedma le hirieron de una pedrada, pero levemente; y al Fabro, que puesto al frente de los granaderos de Toledo, de cuyo cuerpo era jefe, dió con su espada de plomo á uno de los que peroraban á nombre del pueblo, trataron de apalearle, sin que sus soldados hiciesen ademán siquiera de defenderle: tan auxados estaban militares y paisanos.

Como era día festivo, y también por avisos circulares á las aldeas, había acudido á la ciudad mucha gente de los contornos, y todos juntos los de dentro y los de fuera asaltaron el parque de armas y le despojaron de más de 40.000 fusiles. En la acometida corrió gran peligro el comisario de la maestranza de artillería D. Juan Varela, á quien falsamente se atribuía el tener escondidas las armas que habían de atrair á los que se llevasen á Francia. Muy al caso le ocurrió á Simforiano Lopez sacar en procesion el retrato de Fernando VII, en cuya artimaña atrayendo hácia sí á la multitud, salvó á Varela del fatal aprieto.

En fin por la tarde se formó una junta, y á su cabeza se puso el Capitán general, entrando en ella las principales autoridades y representantes de las diferentes clases y corporaciones, ya civiles, ya eclesiásticas. Por indisposicion de Filangieri presidió los primeros días la Junta el mariscal de campo D. Antonio Alcedo, hombre muy cabal y prudente, y permitió, en el naciente fervor, que cualquiera ciudadano entrase á proponer en la sala de sesiones lo que juzgase conveniente á la causa pública. Púsose luego voto á una concesion que en otros tiempos hubiera sido indebida y peligrosa.

La Junta anduvo en lo general atinada, y tomó disposiciones prontas y vigorosas. Dió igualmente desde el principio una señalada prueba de su despreciamiento en convocar otra junta, que elegida libre y tranquilamente por las ciudades de Galicia, notándose la tacha de ser fruto de un alboroto, y de sólo representar en ella una pequeña parte de su territorio. Para alcanzar tan laudable objeto, se prefirió á cualquiera otro medio el mas antiguo y conocido. Cada seis años se congregaba en la Coruña una diputacion de todo el reino de Galicia, compuesta de siete in-

divididos escogidos por los diversos ayuntamientos de las siete provincias en que está dividido. Celebrábase esta reunion para conceder la contribucion llamada de millones, y elegir un diputado que, en union con los de las otras ciudades de voto en Cortes, concurrese á formar la diputacion de los reinos, que constando de siete individuos, y removiéndose de seis en seis años, residia en Madrid, más bien para presenciar festejos públicos y obtener individuales favores que para defender los intereses de sus comitentes. Conforme á su digna resolucion, expidió la Junta sus convocatorias, y envió á todas partes comisionados que pusiesen en ejecucion las medidas que habia decretado de armamento y defensa. Siendo idéntica la opinion de todos los pueblos, fueron aquéllos, adó quiera que llegaban, recibidos con aplausos y sumisamente acatados. En algunos parajes habian precedido alborotos á la noticia del de la Coruña, y en todos ellos se respetaron y obedecieron las providencias de la Junta, corriendo la juventud á alistarse con el mayor entusiasmo. Solamente en el Ferrol hubiera podido desconocerse la autoridad del nuevo Gobierno por la oposicion que mostraban el Conde de Cartaojal, comandante de la division de Ares, y el jefe de escuadra Obregon, que mandaba los arsenales; pero los demas oficiales y soldados, conformes con el pueblo en sus sentimientos, y pronunciándose altamente, desbarataron los intentos de sus superiores.

Conovido así todo el reino de Galicia, se aceleró la formacion y organizacion de su ejército. Se incorporaron los reclutas en los regimientos veteranos, y se crearon otros nuevos, entre los que mereces particular distincion el batallon llamado literario, compuesto de estudiantes de la universidad de Santiago, tan bien dispuestos y animados como todos los de España en favor de la causa sagrada de la patria. La reunion de estas fuerzas con las que posteriormente se agregaron de Oporto ascendia en su totalidad á unos 40,000 hombres.

No tardaron mucho en la Coruña los regidores nombrados por los ayuntamientos de las siete capitales de provincia en representacion de su potestad suprema; instalándose con el nombre de junta soberana de Galicia. Asociaron á su seno al Obispo de Orense, que entonces gozaba de justa popularidad, al de Tuy y á D. Andres Garcia, confesor de la difunta Princesa de Asturias, en obsequio á su memoria. Se mandó asimismo que asistiesen á las comisiones administrativas en que se distribuyesen los diversos trabajos, personas inteligentes en cada ramo.

El levantamiento de Galicia tuvo, como el de toda España, su principal origen en el odio á la dominacion extranjera y en la justa indignacion provocada por los atroces hechos de Madrid y Bayona. Fueron en aquel reino los militares los primeros motores, sostenidos por la poblacion entera. El clero, si bien no dió el impulso, aplaudió y favoreció despues la heroica resolucion, distinguiéndose más adelante los curas párrocos, quienes fomentaron y mantuvieron la encendida llama del patriotismo. Sin embargo, miraron allí con terro rostro las connotaciones populares de los más poderosos eclesiásticos, cuales eran D. Rafael Muzquiz, arzobispo de Santiago, y D. Pedro Aenfa, ex-ministro de Gracia y Justicia. Celosos partidarios del Principe de la Paz, asustáronse del advenimiento al trono de Fernando VII, y trabajaron en secreto y con porfiado ahínco por deshacer ó embarazar en su curso la co-

menzada empresa. El de Santiago, portentoso conjunto de corrupcion y bajeza, procuraba con aparente fanatismo encubrir su estragada conducta, disfrazar sus vicios y acrecentar el inmenso poderío que le daban sus riquezas y elevada dignidad. Astuto y revolvedor, tiró á sembrar la discordia so color de patriotismo. Habia entre Santiago, antigua capital de Galicia, y la Coruña, que lo era ahora, añejas rivalidades, y para despertarlas ofreció un donativo de 3,000,000 de reales con la condicion sediciosa de que la Junta soberana fijase su asiento en la primera de aquellas ciudades. Muy bien sabia que no se accederia á su propuesta, y se lisonjaba de excitar con la negativa reyertas entre ambos pueblos, que trabasen las resoluciones de la nueva autoridad. Mas la Junta mostró tal firmeza, que atemorizado el solapado y viejo cortesano, se cobijó bajo la capa pastoral del Obispo de Orense para no ser incomodado y perseguido.

A pocos dias de la insurreccion, una voz repentina y general, difundida en toda Galicia, de que entraban los franceses, dió, desgraciadamente, ocasion á desórdenes, que, si bien momentáneos, no por eso dejaron de ser dolorosos. Así fue que en Orense un hidalgo de Puga mató de un tiro á un regidor á las puertas del Ayuntamiento, por habérsele dicho que el tal era afecto á los invasores. Bien es verdad que Galicia dentro de su suelo no tuvo que llevar otra muerte en los primeros tiempos de su levantamiento.

Tuvo sí que afligirse y afligir á España con el asesinato de D. Antonio Filangieri, que saliendo de los lindes gallegos, habia fijado su cuartel general en Villafranca del Bierzo, y tomado activas providencias para organizar y disciplinar su gente, el cual, creyendo oportuno, así para su propósito como para cubrir las avenidas del país de su mando, sacar de la Coruña sus tropas (en gran parte bisofas y compuestas de gente allegadiza), las situó en la cordillera aldeaña del Bierzo, extendiendo las mas avanzadas hasta Manzanal, cobrando en las gargantas que dan salida al territorio de Astorga. Lo salvó de la condicion de dicho general, y el huésped llamado la Junta á la Coruña, alento á algunos soldados de Navarra, cuyo cuerpo estaba resuelto desde la traslacion al Ferrol, para acometerle y asinarle fria y alevosamente, el 24 de Junio, en las calles de Villafranca. Los abanderizó un cargento, y hubo quien buscó más arriba la oculta mano que dirigió el mortal golpe. Atroz y fementido hecho, matar á su propio candillo, respetable varon á inocente víctima de una soldad con brutal y descomulgada. Por largo tiempo quedó impune tan horrendo crimen; al fin, y pasados años, recibieron los que lo perpetraron el merecido castigo. Habia sucedido en el mando por aquellos dias al desventurado Filangieri D. Joaquín Blake, mayor general del ejército, y ántes coronel del regimiento de la Coruña. Gozaba del concepto de militar instruido y profundo táctico. La Junta le elevó al grado de teniente general.

De Inglaterra llegaron tambien á Galicia puntos y cuantiosos auxilios. Su diputado D. Francisco Sangro fué honrado y obsequiado por aquel gobierno, y se remitieron libres á la Coruña los primeros españoles que gemian hacia años en los peñones británicos. Arribó el mismo punto sir Carlos Stuart, primer diplomático inglés que en calidad de tal pisó el suelo español. La Junta se esmeró en agasajarle y darle pruebas de su constante anhelo por estrechar los vinculos de alianza y amistad

con S. M. B. Las demostraciones de interés que por la causa de España tomaba nación tan poderosa fortificaron mas y mas las novedades acaecidas, y hasta los más tímidos cobraron esperanzas.

Santander, agitado y conmovido, ponía en sumo cuidado a los franceses, estando casi situado a la retaguardia de una parte considerable de sus tropas, y pudiendo con su insurrección impedir fácilmente que entre sí se comunicasen. También tenían que la llama, una vez prendida, se propagase á las provincias Vascongadas, y los envolviese á favor del escabroso terreno, en medio de poblaciones enemigas, fatigándolos y hostigándolos continuamente. Así fué que el mariscal Bessieres no tardó desde Burges en despachar á aquel punto á su ayudante general Mr. de Rigny, que después se ha ilustrado más dignamente con los laureles de Navarino. Iba con pliegos para el cónsul francés, monsieur de Ranchoup, por los que se amonestaba al Ayuntamiento que, en caso de no mantenerse la tranquilidad, pasaría una división á castigar con el mayor rigor el más leve exceso. Semejantes amenazas, lejos de apaciguar, acrecentaron el disgusto y la fermentación. Estaba en su colmo, cuando una leve disputa entre Mr. Pablo Carreyron, francés vecindado, y el padre de un niño á quien aquél había reprendido, atrajo gente, y de unas en otras se enardeció el pueblo, clamoreando que se prendiese á los franceses.

Tocaron entónces á rebato las campanas de la catedral, y los tambores la generala, resonando por las calles los gritos de viva Fernando VII y muera Napoleón y el ayudante de Bessieres. Armado como por encanto el vecindario, arrestó á los franceses, pero con el mayor orden, y conducidos al castillo-cuartel de San Felipe, se pusieron guardias á las puertas de las respectivas casas de los presos para que no recibiesen menoscabo en sus propiedades. Era aquel día el 26 de Mayo, y como de la Ascension, festivo; por lo que, arremolinándose numerosa plebe cerca de la casa del cónsul francés, se desató en palabras y amenazas contra su persona y la de Mr. de Rigny. Sus vidas hubieran peligrado, si los oficiales del provincial de Laredo, que guarnecían á Santander, no las hubieran puesto en salvo, exponiendo las suyas propias. Los sacaron de la casa consular á las once de la noche, y colocándolos en el centro de un círculo, que formaron con sus cuerpos, los llevaron al ya mencionado cuartel de San Felipe, dejándolos bajo la custodia de los milicianos que le ocupaban.

Al día inmediato 27 se compuso una junta de los individuos del Ayuntamiento y varias personas notables del pueblo, las que eligieron por su presidente al obispo de la diócesis, D. Rafael Menéndez de Luarca. Hallábase éste ausente en su quinta de Liaño, á dos leguas de la ciudad, no pudiendo, por tanto, haber tomado parte en los acontecimientos ocurridos. El gobierno francés, que con estudiado intento no veía entónces en el alzamiento de España sino la obra de los clérigos y los frailes, achucó al reverendo Obispo de Santander la insurrección de la provincia cantábrica. Mas fué tan al contrario, que en un principio aquel prelado se resistió obstinadamente á admitir la presidencia que le ofreció la Junta, y sólo á fuerza de reiteradas instancias condescendió con sus ruegos. Era el de Santander eclesiástico austero en sus costumbres, y acataba el vulgo como si fuera un santo; estaba ciertamente doblado de recomendables prendas, pero las deslucía con terco fanatismo y desbarros, que toca-

ban casi en locura. Dió luego señales de su descompuerto temple, autorizándose con el título de legítimo soberano de Cantabria á nombre de Fernando VII y con el aditamento de Alteza.

A poco se supo la insurrección de Asturias, en lo que tomó vuelo el levantamiento de toda la montaña de Santander, y aun los tibios ensancharon sus corazones. Inmediatamente se procedió á un alistamiento general, y sin más dilación y falta de disciplina salieron los nuevos cuerpos á los caminos y puertos secos de la provincia. Mandaba como militar D. Juan Manuel de Velarde, que de coronel fué promovido á capitán general, y el cual se apostó en Reinosa con artillería y 5.000 hombres, los más paisanos, mezclados con milicianos de Laredo. Su hijo D. Eusebio, muerto después gloriosamente en la batalla de la Albuera, ocupó el Escorial con 2.500 hombres, igualmente paisanos. Otros mil, recogidos de partidas sueltas de Santoña, Laredo y demás puertecillos, se colocaron en los Toros. Por aquí vemos cómo Santander, á pesar de su mayor proximidad á los franceses, se arriesgó á contrarrestar sus injustos actos y á emplear contra ellos los escasos recursos que su situación le prestaba.

Osadía fué sin duda la de esta provincia: pero guardada detras de sus montañas, no parecía sobrio tanto como la de las ciudades y pueblos de la tierra llana de Castilla y Leon. Sus moradores, no atendiéndole ni á sus fuerzas ni á su posición, quisieron ciegamente seguir los ímpetus de su patriotismo, y los pueblos cercanos á tropas francesas salieron con tan honroso como irreflexionado arrojo. Apenas había alzado Logroño el pendon de la insurrección cuando pasando desde Vitoria con dos batallones el general Verdier, fácilmente arrolló el 6 de Junio á los indisciplinados paisanos, retirándose después á haber arrebucado á varios de los que se cogieron con las armas en la mano, ó á los que se creyeron principales autores de la sublevación. No fue menos dichosa en igual tentativa la ciudad de Segovia. Confiando sobradamente en la escuela de artillería establecida en su alcázar, intentó, con su ayuda, hacer rostro á la fuerza francesa, cerrando los oídos á las proposiciones que por medio de dos guardias de Corps le había enviado Murat. En virtud de la repulsa se acercó á la ciudad el 7 de Junio el general francés Frere, y los artilleros españoles colocaron las piezas destinadas al ejercicio de los cadetes en las puertas y avenidas. No había para sostenerlos otra tropa que paisanos mal armados, los cuales al empeñarse la refriega se desbandaron, dejando abandonadas las piezas. Apoderóse de Segovia el enemigo, y el director D. Miguel de Cevallos, los alumnos y casi todos los oficiales se salvaron y acorrieron á los ejércitos que se formaban en las otras provincias.

Al mismo tiempo que tales andaban las cosas en puntos aislados de Castilla, tomó cuerpo la insurrección de Valladolid y Leon, fortificándose con mayores medios y estribando sus providencias en los auxilios que aguardaban de Galicia y Asturias. Desde el momento en que la última de aquellas provincias había en el 23 y 24 de Mayo proclamado á Fernando y declarádosle contra los franceses, había Leon imitado su ejemplo. Como á su definitiva determinación hubiesen precedido parciales conmociones, en una de ellas fué enviado á la Coruña el estudiante que tanto tumultuó allí la gente. Mas al estar asentada la ciudad de Leon en la tierra llana, y el serles á los franceses de fácil empresa apaci-

guar cualquiera rebelión á sus mandatos, habia reprimido el ardor popular. Por fin, habiéndose enviado de Asturias 800 hombres para confortar algun tanto á los tímidos, se erigió el 1.º de Junio una junta de individuos del Ayuntamiento y otras personas, á cuya cabeza estaba como gobernador militar de la provincia D. Manuel Castañon. No eran pasados muchos dias cuando se transfirió la presidencia al capitán general baillío D. Antonio Valdés, antiguo ministro de Marina, y quien, habiendo honrosamente rehusado ir á Bayona, tuvo que huir de Burgos á Palencia y abrigarse al territorio leonés. Fueron de Asturias municiones, fusiles y otros pertrechos, con cuya ayuda se empezó el armamento.

Estaba en Valladolid de capitán general D. Gregorio de la Cuesta, militar antiguo y respetable varón, pero de condicion duro y caprichudo, y obstinado en sus pareceres. Buen español, acongojábale la intrusión francesa; mas acostumbrado á la ciega subordinacion, miraba con enojo que el pueblo se entrometiese á deliberar sobre materias que, á su juicio, no le competian. El distrito de su mando abrazaba los reinos de Leon y Castilla la Vieja, cuya separacion geográfica no ha estorbado que se hubiesen confundido ambos en el lenguaje comun y aun en cosas de su gobierno interior. La pesada mano de la autoridad los habia molestando en gran manera, y el influjo del Capitán general era extremadamente poderoso en las provincias en que aquellos reinos se subdividian. Con todo, pudiendo más el actual entusiasmo que el ajejo y prolongado hábito de la obediencia, ya hemos visto cómo en Leon, sin contar con D. Gregorio de la Cuesta, se habia dado el grito del levantamiento. Era la empresa de más dificultoso empeño en Valladolid, así porque dentro residia dicho jefe, como tambien por el apoyo que le daba la chancillería y sus dependencias. Sin embargo, la opinion superó todos los obstáculos.

En los últimos dias de Mayo el pueblo agavillado quiso exigir del Capitán general que se le armase y se hiciese la guerra á Napoleon. Asomado al balcón resistióse Cuesta, y con prudentes razones procuró disuadir á los alborotadores de su desaconsejado intento. Insistieron de nuevo éstos, y viendo que sus esfuerzos inútilmente se estrellaban contra el duro carácter del Capitán general, erigieron el patíbulo, vociferando que en él iban á dar el debido pago á tal torquedad, tachada ya de traicion por el populacho. Dobló entonces la cerviz D. Gregorio de la Cuesta, prefiriendo á un azaroso fin servir de guía á la insurreccion, y sin tardanza congregó una junta, á que asistieron con los principales habitantes individuos de todas las corporaciones. El viejo general no permitió que la nueva autoridad ensanchase sus facultades más allá de lo que exigia el armamento y defensa de la provincia; conviniendo tan sólo en que, á semejanza de Valladolid, se instituyese una junta, con la misma restriccion en cada una de las ciudades en que habia intendencia. Así Avila y Salamanca formaron las suyas; pero la inflexible dureza de Cuesta, y el anhelo de estos cuerpos por acrecer su poder, suscitaron choques y reñidas contiendas. Valladolid y las poblaciones libres del yugo francés se apresuraron á alistar y disciplinar su gente, y Zamora y Ciudad-Rodrigo suministraron en cuanto pudieron armas y pertrechos militares.

Enlutaron la comun alegría algunos excesos de la plebe y de la soldadesca. Murió en Palencia á sus manos un tal Ordoñez, que dirigia la fábrica de harinas de Monzon, sujeto apreciable. Don Luis Mar-

tez de Ariza, gobernador de Ciudad-Rodrigo, experimentó igual suerte, sirviendo de pretexto su mucha amistad y favor con el Príncipe de la Paz. Lo mismo algun otro individuo en dicha plaza, y en la patria del insigne Alonso Tostado, en Matrigal, fué asesinado el Corregidor y unos alguaciles, odiados por su rapaz conducta. Castigo Cuesta con el último suplicio á los matadores; pero una catástrofe no menos triste y dolorosa ató el levantamiento de Valladolid. Don Miguel de Cevallos, director del colegio de Segovia, á quien hemos visto alejarse de aquella ciudad al ocuparla los franceses, fué detenido á corta distancia en el lugar de Entero, achacando infundadamente á traicion suya el descalabro padecido. De allí le condujeron preso á Valladolid. Le entraron por la tarde, y fuera medicina ó acaso, despues de atravesar el portillo de la Merced, torcieron los que le llevaban por el callejon de los Toros al Campo-Grande, donde los nuevos alistados hacian el ejercicio. A las voces de que se aproximaba levantóse general griteria. Iba á caballo, y detras su familia en coche. Lloveron muy luego pedradas sobre su persona, y á pesar de querer guarecerle los paisanos que le escoltaban, desgraciadamente de una cayó en tierra, y entonces por todas partes le acometieron y maltrataron. En balde un clérigo, de nombre Prieto, losóse para salvarle el religioso pretexto de la confesion; sólo consiguió momentaneamente meterle en el portal de una casa, dentro del cual un soldado portugués, de los que habian venido con el Marqués de Alorna, le traspasó de un bayonetazo. Con aquello enfureció de nuevo el populacho, arrastró por la ciudad al desventurado Cevallos, y al fin le arrojó al río. Partian el alma los agudos acantos de la atribulada esposa, que desde su coche ponía en el cielo sus quejas y lamentos, al paso que empedernidas mujeres se encarnizaban en la despedazada victima. Espanta que un sexo tan tierno, delicado y bello por naturaleza, se convierta á veces y en medio de tales horrores en inhumana fiera. Mas, apartando la vista de objeto tan melancólico, continuemos bosquejando el magnífico cuadro de la insurreccion, cuyo fondo, aunque salpicado de algunas oscuras manchas, no por eso deja de aparecer grandioso y admirable.

Las provincias meridionales de España no se mantuvieron más tranquilas ni perezosas que las que acabamos de recorrer. Movidos sus habitantes de iguales afectos, no se desviaron de la gloriosa senda que á todos habia trazado el sentimiento de la honra é independencia nacional. Siendo idénticas las causas, unos mismos fueron en su resultado los efectos. Solamente los incidentes que sirvieron de inmediato estímulo variaron á veces. Uno de éstos, notable é inesperado, influyó con particularidad en los levantamientos de Andalucía y Extremadura. Por entonces residia casualmente en Móstoles, distante de Madrid tres leguas, D. Juan Pérez Villamil, secretario del Almirantazgo. Acacció en la capital el suceso del 2 de Mayo, y personas que en el recio de la pelea se habian escapado y refugiado en Móstoles, contaron lo que allí pasaba con los abultados colores del miedo reciente. Sin tardanza incitó Villamil al albalde para que, escribiendo al del cercano pueblo, pudiese la noticia circular de uno á otro con rapidez. Así cundió, creciendo de boca en boca, y en tanto grado exagerado, que cuando alcanzó á Talavera pintábase á Madrid ardiendo por todos sus puntos y confundido en muertes y destrozos. Expidieronse por aquel administrador de correos avisos con la mayor diligencia, y en breve Se-

no se oyeron sino patrióticos y acordes acentos.

En la conmoción de la noche del 26 y en la mañana del 27 nadie se había desamandado, ni se habían turbado aquellas primeras horas con muertes ni notables excesos. Estaba reservado para la tarde del mismo 27 que se ensangrentasen los muros de la ciudad con un horrible asesinato. Ya indicamos cómo el Ayuntamiento había trasladado al hospital de la Sangre el sitio de sus sesiones. Dió con este paso lugar á habillitas y rencores. Para calmarlos y obrar de concierto con la Junta creada, envió á ella en comisión al Conde del Águila, procurador mayor en aquel año. A su vista se encolerizó la plebe, y pidió con ciego furor la cabeza del Conde. La Junta, para resguardarle, prometió que se le formaría causa, y ordenó que entre tanto fuese enviado en calidad de arrestado á la torre de la puerta de Triana. Atravesó el del Águila á Sevilla entre insultos, pero sin ser herido ni maltratado de obra. Sólo al subir á la prisión que le estaba destinada, entrando en su compañía una banda de gente homicida, le intimó que se dispusiese á morir, y atándole á la barandilla del balcón que está sobre la misma puerta de Triana, arrojó aquellos asesinos á los ruegos del Conde y á las ofertas que les hizo de su hacienda y sus riquezas, bárbaramente le mataron á carabinazos. Fué por muchos llorada la muerte de este inocente caballero, cuya probidad y buen porte eran apreciados en general por todos los sevillanos. Hubo quien achacó imprudencias al Conde; otros, y fueron los más, atribuyeron el golpe á enemiga y oculta mano.

Rica y populosa Sevilla, situada ventajosamente para resistir á una invasión francesa, afianzó, declarándose, el levantamiento de España. Mas era menester, para poner fuera de todo riesgo su propia resolución, contar con San Roque y Cádiz, en donde estaba reunida la fuerza militar de mar y tierra más considerable y mejor disciplinada que había dentro de la nación. Convencida de esta verdad, despachó la Junta á aquellos puntos dos oficiales de artillería que eran de su confianza. El que fué á San Roque desempeñó su encargo con menos embarazos, hallando dispuesto á D. Francisco Javier Castañón, que allí mandaba, á someterse á lo que se le prescribía. Ya de antemano había entablado este general relaciones con sir Hugo Dalrymple, gobernador de Gibraltar, y lejos de suspender sus tratos por la llegada á su cuartel general del oficial francés Roguier, de cuya comisión hicimos mención en el anterior libro, los avivó y estrechó más y más. Tampoco se retrajo de continuarlos, ni por las ofertas que le hizo otro oficial de la misma nación despachado al efecto, ni con el celo del vicerey de México, que tenía en Madrid como en reserva para balizar con tan elevada dignidad la ambición de los generales cuya decisión se conceptuaba de mucha importancia. Es de temer, no obstante, que las pláticas con Dalrymple en nada hubieran terminado, si no hubiese llegado tan á tiempo el expreso de Sevilla. A su recibimiento pronunció abiertamente Castañón, y la causa común ganó con su favorable declaración 8 941 hombres de tropa reglada, que estaban bajo sus órdenes.

Tropezó en Cádiz con mayores obstáculos el Conde de Teba, que fué el oficial enviado de Sevilla. Habitualmente residía en aquella plaza el Capitan general de Andalucía, méndolo á la sazón D. Francisco Solano, marqués del Socorro y de la Solana. No hacía mucho tiempo que había regresado á su puesto desde Extremadura y de vuelta de la expedición de

Portugal, en donde le vimos soñar mejoras para el país puesto á su cuidado. Después del 2 de Mayo, solicitada y lisonjeada por los franceses, y sobre todo vencido por los consejos de españoles antiguos amigos suyos, con indiscreción se mostraba se uaz de los invasores, graduando de frenesí cualquiera resistencia que se intentase. Ya ántes de mediados de Mayo corrió peligro en Badajoz por la poca cautela con que se expresaba. No anduvo más prudente en todo su camino. Al cruzar por Sevilla se avistaron con él los que trabajaban para que aquella ciudad definitivamente se alzase. Esquivó todo compromiso; mas molestado por sus instancias, pidió tiempo para reflexionar, y se apresuró á meterse en Cádiz. No satisfechos de su indecisión, luego que tuvo lugar el levantamiento del 27, siendo ya algunos de los conspiradores individuos de la nueva Junta, impelieron á ésta para que el 28 enviase á aquella plaza al mencionado Conde de Teba, quien con gran ruido y estrépito penetró por los muros gaditanos. Era allí muy amado el general Solano; debido á su anterior conducta en el gobierno del distrito, en el que se había desvelado por hacerse grato á la guarnición y al vecindario. En idolatría se hubiera convertido la afición primera, si se hubiese francamente declarado por la causa de la nación. Continuó vacilante é incierto, y el titubear de ahora en un hombre ántes presto y arrojado en sus determinaciones, fué cubriendo de premeditada traición. Creemos ciertamente que las esperanzas y promesas con que de una parte le habían traído entretenido, y los peligros que advertía de la otra, examinando militarmente la situación de España, le privaron de la libre facultad de abrazar el honroso partido á que era llamado de Sevilla. Así fué que al recibir sus pliegos ideó tomar un sesgo con que pudiera cubrirse.

Convocó á este propósito una reunión de generales, en la que se decidió lo conveniente acerca del oficio traído por el Conde de Teba. Largamente se discurrió en su seno la materia, y prevaleciendo, como era natural, el parecer de Solano, se acordó la publicación de un bando, cuyo título descubría la mano de quien lo había escrito. Dábanse en él las razones militares que asistían para considerar como temeraria la resistencia á los franceses, y después de varias inoportunas reflexiones, se concluyó con afirmar que puesto que el pueblo la deseaba, no obstante las poderosas razones alegadas, se formaría un alistamiento y se convocaban personas á Sevilla y otros puntos, estando todos los once que suscribían el bando, prontos á someterse á la voluntad expresada. Contento Solano con lo que se había determinado, le faltó tiempo para publicarlo, y de noche con muchos encendidos y grande aparato mandó pregonar el bando por las calles, como si no bastase el solo acuerdo para dar suficiente pábulo á la inquietud del pueblo.

La desusada ceremonia atrajo á muchos curiosos, y luego que oyeron lo que de oficio se anunciaba, irritaronse sobremedra las circunstancias, y con el bullicio y el numeroso concurso, pensaron los más atrevidos en aprovecharse de la ocasión que se les ofrecía, y de monton acendieron todos á casa del Capitan general. Allí un joven llamado D. Manuel Larrás, subiendo en hombros de otro, tomó la palabra y respondiendo una tras de otra á las razones del bando, terminó con pedir á nombre de la ciudad que se declarase la guerra á los franceses, y se instituyese la milicia á su escuadra, fondeada en el puerto. Abatidos el altivo Solano á la voz del mozo,

y quien para dicha suya y de su patria hubieren podido, acovillándolas, ser árbitro y dueño de las voluntades gaditanas, tuvo que arrastrarse en pos de un desconocido. Convino, pues, en juntar al día siguiente los generales, y ofreció que en todo se cumpliría lo que demandaba el pueblo.

La algaraza promovida por la publicación del bando siguió hasta rayar la aurora, y la muchedumbre cercó y allanó en uno de sus paseos la casa del cónsul francés Mr. le Roy, cuyo lenguaje soberbio y descomedido le había atraído la aversión aun de los vecinos más tranquilos. Refugióse el Cónsul en el convento de San Agustín, y de allí fué á bordo de su escuadra. Acompañó á este desmán el de soltar á algunos presos, pero no pasó más allá el desorden. Los amotinados se aproximaron después al parque de artillería para apoderarse de las armas, y los soldados, en vez de oponerse, los excitaron y ayudaron.

A la mañana inmediata, 29 de Mayo, celebró Solano la ofrecida junta de generales, y todos condescendieron con la petición del pueblo. Antes había ya habido algunos de ellos que, en vista del mal efecto causado por la publicación del bando, procuraron descargar sobre el Capitán general la propia responsabilidad, achucando la resolución á su particular conato: indigna flaqueza, que no poco contribuyó á indisponer más y más los ánimos contra Solano. Ayudó también á ello la frialdad é indiferencia que éste dejaba ver en medio de su carácter naturalmente fogoso. No descuidaron la malevolencia y la enemistad emplear contra su persona las apariencias que le eran adversas, y ambas pasiones traidoramente atizaron las otras y más nobles que en el día reinaban.

Por la tarde se presentó en la plaza de San Antonio el ayudante D. José Luquey, anunciando al numeroso concurso allí reunido que, segun una junta celebrada por oficiales de marina, no se podía atacar la escuadra francesa sin destruir la española, todavía interpolada con ella. Se irritaron los oyentes, y serian las cuatro de la tarde cuando enseguida se dirigieron á la casa del General. Permittióse subir á tres de ellos, entre los que habia uno que de lejos se parecia á Solano. El gentío era inmenso, y tal el bullicio y la algaraza, que nadie se entendía. En tanto el jóven que tenia alguna semejanza con el general se asomó al balcón. La multitud aturrida tomóle por el mismo Solano, y las señas que hacia para ser oído, por una negativa dada á la petición de atacar á la escuadra francesa. Entónces unos 60 que estaban armados hicieron fuego contra la casa, y la guardia, mandada por el oficial San Martín, después caudillo célebre del Perú, se metió dentro y atrancó la puerta. Creció la saña, trajeron del parque cinco piezas, y apuntaron contra la fachada, separada de la muralla por una calle baja, un cañon de á veinticuatro de los que coronaban aquella. Rompieron las puertas, huyó Solano, y encaramándose por la azotea, se acogió á casa de un vecino y amigo el irlandés Strange. Al llegar se encontró con don Pedro Olachea, hombre oscuro, y que habiendo sido novicio en la Cartuja de Jerez, se le contaba entre los principales alborotadores de aquellos días. Presumiendo éste que el perseguido general se habia ocultado allí, habiéndole adelantado, entrando por la puerta principal. Sorprendióse Solano con el inesperado encuentro, mas ayudado del comandante del regimiento de Zaragoza Creux, que casualmente entraba á visitar á la señora de Strange, juntos guerraron al ex-cartujo en un pasadizo, de donde

queriendo el tal por una claraboya escaparse, se precipitó á un patio, de cuyas resultas murió á pocos días. Pero Solano, no pudiendo evadirse por parte alguna, se escondió en un hueco oculto que le ofrecia un gabinete alhajado á la turca, donde la multitud, corriendo en su busca, desgraciadamente le descubrió. Pugnó valerosa, pero inútilmente, por salvarle la esposa del Sr. Strange, doña María Tucker; hiriéronla en un brazo, y al fin sacaron por violencia de su casa á la víctima que defendía. Arremolinándose la gente, colocaron en medio al Marqués, y se le llevaron por la muralla adelante con propósito de suspenderle en la horca. Iba sereno y con brio, no apareciendo en su semblante decaimiento ni desmayo. Maltratado y ofendido por el paisanaje y soldadesca, recibió al llegar á la plaza de San Juan de Dios una herida, que puso término á sus días y á su tormento. Revelariamos para execración de la posteridad el nombre del asesino, si con certeza hubiéramos podido averiguarlo. Bien sabemos á quién y cómo se ha inculcado, pero en la duda nos abstenemos de repetir vagas acusaciones.

Reemplazó al muerto capitán general D. Tomas de Morla, gobernador de Cádiz. Aprobó la Junta de Sevilla el nombramiento, y envió para asistirle, y quizá para vigilarle, al general D. Eusebio Antonio Herrera, individuo suyo. Se hizo marchar inmediatamente hacia la interior parte de las tropas que habia en Cádiz y sus contornos, no contándose en la plaza otra guarnición que los regimientos provinciales de Córdoba, Erija, Ronda y Jerez, y los dos de línea de Burgos y Ordenes militares, que casi se hallaban en cuadro. El 31 se juró solemnemente á Fernando VII y se estableció una junta, dependiente de la suprema de Sevilla. En la misma mañana parlamentaron con los ingleses el jefe de escuadra D. Enrique Macdonnell y el oidor D. Pedro Creux. Confirmáronse aquéllos con las disposiciones de la Junta sevillana, reconocieron su autoridad y ofrecieron 5,000 hombres, que á las órdenes del general Spencer iban destinados á Gibraltar.

Cobrando cada vez más aliento la Junta suprema de Sevilla, hizo el 6 de Junio una declaración solemne de guerra contra Francia, afirmando: «Que no dejaría las armas de la mano hasta que el emperador Napoleon restituyese á España al rey Fernando VII y á las demás personas reales, y respetase los derechos sagrados de la nación, que habia violado, y su libertad, integridad é independencia.» Publicó por el mismo tiempo que esta declaración otros papeles de grande importancia, señalándose entre otros el conocido con el nombre de *Previsiones*. En él se daban acomodadas reglas para la guerra de partidas, única que convenia adoptar; se recomendaba el evitar las acciones generales, y se concluía con el siguiente artículo, digno de que á la letra se reproduzca en este lugar: «Se cuidará de hacer entender y persuadir á la nación que libres, como esperamos, de esta cruel guerra, á que nos han forzado los franceses, y puestos en tranquilidad, y restituido al trono nuestro rey y señor Fernando VII, bajo él y por él se convocarán Cortes, se reformarán los abusos y se establecerán las leyes que el tiempo y la experiencia dicten para el público bien y felicidad; cosas que sabemos hacer los españoles, que las hemos hecho con otros pueblos, sin necesidad de que vengan los.... franceses á enseñárnoslas....» Dedúzcase de aquí si fué un fanatismo ciego y brutal el verdadero móvil de la insurrección de España, como han querido persuadirlo extranjeros

interesados ó indignos hijos de su propio suelo.

Jaen y Córdoba se sublevaron á la noticia de la declaración de Sevilla, y se sometieron á su junta, creando otras para su gobierno particular, en que entraron personas de todas clases. En Jaen, desconociéndose del corregidor D. Antonio María de Lomas, le trasladaron preso á pocos días á Valdepeñas de la Sierra, en donde el pueblo alborotado le mató á pedrazos. Córdoba se apresuró á formar su alistamiento, dirigió gran muchedumbre de paisanos á ocupar el puente de Alcolea, dándose el mando de aquella fuerza armada, llamada vanguardia de Andalucía, á D. Pedro Agustín de Echavarrí. Aprobó la Junta de Sevilla dicho nombramiento, la que por su parte no cesaba de activar y promover las medidas de defensa. Confió el mando de todo el ejército á D. Francisco Javier Castaños, recompensa debida á su loal conducta, y el 9 de Junio salió este general á desempeñar su honorífico encargo.

Entre tanto quedaba por terminar un asunto, que, al paso que era grave, interesaba á la quietud y aun á la gloria de Cádiz. La escuadra francesa surta en el puerto todavía tremolaba á su bordo el pabellón de un nación, y el pueblo se dolía de ver izada tan cerca de sus muros y en la misma bahía una bandera tendida ya por enemiga. Era además muy de temer, abierta la comunicación con los ingleses, que no continuasen éstos tener largo tiempo casi al costado de sus propias naves y en perfecta seguridad una escuadra de su aborrecido adversario. Instó, por consiguiente, el pueblo en que prontamente se intimase la rendición al almirante francés Rosilly. El nuevo general Morla, fuera prudencia para evitar efusión de sangre, ó fuera que anduviese aun dudoso en el partido que le convenia abrazar (sospecha á que da lugar su posterior conducta), procuraba diferir las hostilidades, divirtiendo la atención pública con magníficas palabras y dilaciones. El almirante francés, con la esperanza de que avanzasen á Cádiz tropas de su nación, podía que no se hiciese novedad alguna hasta que el Emperador contestase á la demanda hecha en proclamas y declaraciones de que se entregase á Fernando VII; estratagemas que ya no podía engañar ni sorprender á la bondad española. Aprovechándose de la tardanza, mejoraron los franceses su posición, metiéndose en el canal del arsenal de la Cañera, y colocándose de suerte que no pudieran ofenderse los fuegos de los castillos ni de la escuadra española. Constaba la francesa de cinco navios y una fragata; su almirante Mr. de Rosilly hizo después una nueva proposición, y fué que para tranquilizar los ánimos saldria de bahía si se alcanzaba del Británico, anclado á la boca, el permiso de hacerse á la vela sin ser molestado, y si no, que dismantararía sus cañones, conservarían á bordo las tripulaciones y arriarían la bandera, dándose mutuamente rehenes, y con el seguro de ser respetado por los ingleses, Morla rehusó dar oídos á proposición alguna que no fuese la pura y simple entrega.

Hasta el 9 de Junio se habían prolongado estas pláticas, en cuyo día, temiéndose el escalo público, se rompió el fuego. El almirante inglés Collingwood, que de Teba había venido á suceder á Purvis, ofreció su asistencia, pero no juzgándola precisa, fué desahuciado amistosamente. Empezó el cañon del Trocadero á batir á los enemigos, sosteniéndolo sus fuegos las fuerzas naves del arsenal y las del apostadero de Cádiz, que fondearon frente de Por Lúis. El navio francés *Algerina*, incomodado por la batería de morteros de la Cañera, la desmentó; también fué á pique una cañonera mandada por el al-

férez Valdés, y el místico de Escalera, pero sin desgracia. La pérdida de ambas partes fué muy corta. Continué el fuego el 10, en cuyo día á las tres de la tarde el navio *Héroe*, francés, que montaba el almirante Rosilly, puso bandera española en el trinquete, y afirmó la de parlamento el navio *Príncipe*, en el que estaba D. Juan Ruiz de Apodaca, comandante de nuestra escuadra. Abriéronse nuevas conferencias, que duraron hasta la noche del 13, y en ellas se intimó á Rosilly que á no rendirse romperían fuego destructor los baterías levantadas junto al puente de la nueva población. El 14 á las siete de la mañana izó el navio *Príncipe* la bandera de fuego, y entonces se entregaron los franceses á merced del vencedor. Regocijó este triunfo, si bien no costoso ni difícil, porque con eso quedaba libre y del todo desembarazado el puerto de Cádiz, sin haber habido que recurrir á las fuerzas maritimas de los nuevos aliados.

En tanto Sevilla, acelerando el armamento y la organización militar, envió á todas partes avisos y comisionados, y Canarias y las provincias de América no fueron descuidadas en su solicitud diligencia. Quiso igualmente asentar con el gobierno inglés directas relaciones de amistad y alianza, no bastándole las que interinamente se habían entablado con sus almirantes y generales, á cuyo fin deputó con plenos poderes á los generales D. Adrián Juncos y D. Juan Ruiz de Apodaca, que despues verificaron en Inglaterra. Ahora conviene seguir narrando la insurrección de las otras provincias.

Hemos referido más arriba que Córdoba y Jaen habían reconocido la supremacía de Sevilla. No fué así en Granada. Asiento de una capitanía general y de una chancillería, no había estado nunca aquella ciudad, así por esto como por su extension y riqueza, á recibir órdenes de otra provincia. Por tanto, determinó elegir un gobierno separado, levantar su ejército propio suyo, y concurrir con brillantez y esfuerzo á la común defensa. En los dos últimos meses se habían dejado sentir los mismos síntomas de desasosiego que en las otras partes, pero no adquirió aquel descontento verdadera forma de insurrección hasta el 29 de Mayo. A la una de aquel día entró por la ciudad, á caballo y con grande estruendo, el teniente de artillería D. José Santiago, que traía pliegos de Sevilla. Acompañado de paisanos de las cercanías y de otros curiosos, que se agregaron con tanta más facilidad cuanto era domingo, se dirigió á casa del Capitan general.

Érale á la sazón D. Ventura Escalante, hombre pacífico y de escaso talento, quien, aturrido con la noticia de Sevilla, se quedó sin saber á qué partido inclinarse. Por de pronto con evasivas palabras se limitó á mandar al oficial que se retirase, con lo que cesó por la noche la agitación y agitación se censuró la conducta tímida del General. Sor el día siguiente 30 el de San Fernando, no poco influyó para acabar mas los ánimos. Así fué que por la mañana, agolpándose mucha gente á la Plaza Nueva, en donde está la chancillería, residencia del Capitan general, se pidió con alarido por los que allí se agruparon que se proclamase á Fernando VII. El General, en aquel aprieto, con gran séquito de oficiales, personas de distinción, y rodeado de la turba conmovida, salió á caballo, llevando por las calles como en triunfo el retrato del deseado rey. Pero cuando el pueblo que las providencias tomadas se habían limitado al vano aunque ostentoso paseo, se indignó de nuevo, é incitado por algunos, acudió de tropel y por segunda vez á casa del General, y sin disfraz

le requirió que, desconfiándose de su conducta, era menester que nombrase una junta, la cual, encargada que fuese del gobierno, cuidara con particularidad de armar á los habitantes. Cedió el Escalante á la imperiosa insinuación. Parece ser que el principal promovedor de la junta, y el que dió la lista de sus miembros, fué un monje jerónimo, llamado el padre Puebla, hombre de vasta capacidad y de carácter firme. Eligióse por presidente al Capitán general, y más de 40 individuos de todas clases entraron á componer la nueva autoridad. Al instante se pensó en medidas de guerra; el entusiasmo del pueblo no tuvo límites, y se alistó la gente en tercios, que hubo que despedir gran parte. Llovieron los donativos y las promesas, y bien pronto no se vieron por todos lados sino fabricas de monturas, de uniformes y de composicion de armas. Granada puede gloriarse de no haber ido en zaga en patriotismo y heroicos esfuerzos á ninguna otra de las provincias del reino. Y ¡ojalá que en todas hubiera habido tanta actividad y tanto orden en el empleo de sus medios!

Pero, ciudad extendida é indefensa, hubiera, sin embargo, corrido gran riesgo si una fuerza enemiga se hubiera acercado á sus puertas. Se hallaba sin tropas, destinadas á otros puntos las que ántes la guarnecían. Un solo batallón enizo que quedaba, por orden de la corte se habia ya puesto en marcha para Cádiz. Felizmente no se habia alejado todavía, y en obediencia á un parte de la Junta, retrocedió y sirvió de apoyo á la autoridad.

Declarada con entusiasmo la guerra á Bonaparte, requirió que acompañaba siempre á la insurrección, se llamó de Málaga á D. Teodoro Reding, su gobernador, para darle el mando de la gente que se armase, y tuvo la especial comisión de adiestrarla y disciplinarla el brigadier D. Francisco Abadía, quien la desempeñó con celo y bastante acierto. Todos los pueblos de la provincia imitaron el ejemplo de Granada. En Málaga pereció desgraciadamente, el 20 de Junio, el vice-cónsul francés Mr. d'Agand y D. Juan Ceballos, que sacó á la fuerza el populacho del castillo de Gibralfaro, en donde estaban detenidos. Pero sus muertes no quedaron impunes, vengándose el castigo en la persona de Cristóbal Avalos y de otros dos, á quienes se consideró como principales culpados.

La Junta de Granada, no contenta con los auxilios propios y con las armas que aguardaba de Sevilla, envió á Gibraltar en comisión á D. Francisco Martínez de la Rosa, quien, á pesar de su edad temprana, era ya catedrático en aquella universidad, y mereció por sus aventajadas partes ser honrado con el cargo de tanta confianza. No dejó en su viaje de encontrar con embarazos, recelosos los pueblos de cualquiera pasajero que por ellos transitaba. Siendo el segundo español que en comisión fué á Gibraltar para anunciar la insurrección de las provincias andaluzas, le acogieron los moradores con júbilo y aplauso. No tanto el gobernador, sir Hugo Dalrymple. Prevenido en favor de un enviado de Sevilla, que era el que le habia precedido, temia el inglés una fatal deshonra si todos no se sometían á un centro común de autoridad. Al fin condescendió en suministrar al comisionado de Granada fusiles y otros pertrechos de guerra, con lo que, y otros recursos que le facilitaron en Algeciras, cumplió satisfactoriamente con su encargo. A la llegada de tan oportunos auxilios se avivó el armamento, y en breve pudo Granada reunir una division considerable de sus fuerzas á las demas de Andalucía, capi-

taneándolas el mencionado D. Teodoro Reding, de quien era mayor general D. Francisco Abadía, y teniendo por intendente á D. Carlos Veramendi, sujetos todos tres muy adecuados para sus respectivos empleos.

Deslustróse el limpio brillo de la revolucion granadina con dos deplorables acontecimientos. Don Pedro Trujillo, antiguo gobernador de Málaga, residia en Granada, y mirábasele con particular encono por su anterior proceder y violentas exacciones, sin recomendarle tampoco á las pasiones del día su enlace con doña Micaela Tudó, hermana de la amiga del Príncipe de la Paz. Hicieronse mil conjeturas acerca de su mansion, é imputábasele tener algun encargo de Murat. Para protegerle y calmar la agitacion pública, se le arrestó en la Alhambra. Determinaron despues bajarle á la cárcel de corte, contigua á la chancilleria, y ésta fué su perdicion, porque al atravesar la Plaza Nueva se amontonó gente dando gritos siniestros, y al entrar en la prision se echaron sobre él á la misma puerta y le asesinaron. Lleno de heridas arrastraron, como furiosos, su cadáver. Achacóse, entre otros, á tres negros el homicidio, y sumariamente fueron condenados, ejecutados en la cárcel, y ya difuntos puestos en la hora una mañana. Al asesinato de Trujillo siguieronse otros dos, el del Corregidor de Vélez-Málaga y el de D. Bernabé Portillo, sujeto dado á la economía política, y digno de aprecio por haber introducido en la abrigada costa de Granada el cultivo del algodón. Su indiscrecion contribuyó á acrecentarle su perdida. Ambos habian sido presos y puestos en la Cartuja, extramuros, para que estuviesen más fuera del alcance de insultos populares. El 23 de Junio, día de la octava del Corpus, habia en aquel monasterio una procesion. Despuhábase por los monjes, con motivo de la fiesta, mucho vino de su cosecha, y un lego era el encargado de la venta. Viendo éste á los concurrentes alegres y enardecidos con el mucho beber, dijoles: «Más valia no dejar impunes á los dos traidores que tenemos adentro. No fué necesario repetir la leve insinuación á hombres ebrios y casi fuera de sentido. Entraron, pues, en el monasterio, sacaron á los dos infelices y los apuñalaron en el Triunfo. Sufriendo el pueblo, parecia inclinarse á ejecutar nuevos horrores, maliciosamente incitado por un fraile de nombre Roldán. Doloroso es, en verdad, que ministros de un Dios de paz, embozados con la capa del patriotismo, se convirtiesen en crueles carniceros. Por dicha, el síndico del comun, llamado Garcilaso, distrajo la atencion de los sediciosos, y los persuadió á que no procediesen contra otros sin suficientes y justificativas pruebas. La autoridad no desperdió la noche que sobrevino; prendió á varios, y de ellos hizo ahorcar á nueve, que cubiertas las cabezas con un velo, se suspendieron en el patibulo, enviando despues á presidio al fraile Roldán. Aunque el castigo era desusado en su manera, y recordaba el misterioso secreto de Venecia, mantuvo el orden y volvió á los que gobernaban su vigoroso influjo. Desde entónces no se perturbó la tranquilidad en Granada, y pudieron sus jefes con más sosiego ocuparse en las medidas que exigía su noble resolución.

La provincia de Extremadura habia empezado á desasosegarse desde el funesto aviso del alcaide de Móstoles, que ya alcanzó á Badajoz en 4 de Mayo. Era gobernador y comandante general el Conde de la Torre del Fresno, quien en su apuro se acordó con el Marqués del Socorro, general en jefe de las tropas que habian vuelto de Portugal. Ambos con-

vocaron á junta militar, y de sus resultas se dió el 5 una proclama contra los franceses, la primera quizá que en este sentido se publicó en España, citando además á Lisboa, Madrid y Sevilla varios oficiales con comisiones al caso é importantes. Obraron de buena fe Torre del Fresno y Socorro en puesto tan arriesgado; pero recibiendo nuevos avisos de estar restablecida la tranquilidad en la capital, así uno como otro mudaron de lenguaje y sostuvieron con empeño al gobierno de Madrid. Habían alucinado á Socorro cartas de antiguos amigos suyos, y halagándole la resolución de Murat de que volviese á su capitania general de Andalucía, para donde en breve partiría. Su ejemplo y sus consejos arrastraron á Torre del Fresno, que carecía de prindas que le realzasen: general cortésano, y protegido, como paisano suyo, por el Principe de la Paz, aplaciale más la vida floja y holgada que las graves ocupaciones de su destino. Sin la necesaria fortaleza aún para tiempos tranquilos, mal podía contrarrestar el terror que amenazaba. La fermentacion crecía, menguaba la confianza hacia su persona, y avivando las pasiones los impresos de Madrid, que tanto las despertaron en Sevilla, trataron entonces algunas personas de promover el levantamiento general. Se contaban en su número, y eran los más señalados, D. José María Calatrava, después ilustre diputado de Cortes, el teniente rey Mancio y el tesorero don Félix Oyalle, quienes se juntaban en casa de don Alonso Calderon. Concertóse en las diversas reuniones un vasto plan, que el 3 ó 4 de Junio debía ejecutarse al mismo tiempo en Badajoz y cabezas de partido. En el ardor que abrigaban los pechos españoles no era dado calcular friamente el momento de la explosion, como en las comunes conjuraciones. Ahora todos conspiraban, y conspiraban en calles y plazas. Ciertos individuos formaban á veces propósito de ensombrecer de esta disposicion general y dirigirla; pero un incidente provenia casi siempre que laudables intentos.

Así fué en Badajoz, en donde un caso parecido al de la Corona anticipó el estampido. Había ordenado el Gobernador que el 30, día de San Fernando, no se hiciese la salva ni se enarbolase la bandera. Notóse la falta, se apizó la gente en la muralla, y una mujer atrevida, después de reprender á los artilleros, cogió la mecha y prendió fuego á un cañon. Al instante dispararon los otros, y á su eco levántese en toda la ciudad el universal grito de *Viva Fernando VII y mueran los franceses*. Cuadrillas de gente recorrieron las calles con banderolas, panderos y sonajas, sin cometer exceso alguno. Se encaminaron á casa del Gobernador, cuya voz se empleó exclusivamente en predicar la quietud. Impuntualizáronse con sus palabras los numerosos expectadores, y ultrajáronle con el diueto de traidor. Mientras tanto y azoradamente llegó un postillon con pliegos, y se supió ser correspondencia sospechosa y de un general francés. Uegos de ira y ardor á las persuasiones de los prudentes, enfurecieron los más, y treparon en demora hasta entrarse por los balcones. Acordado Torre del Fresno, se escapó por una puerta falsa, y un compaña de dos personas aceleró sus pasos hacia la puerta de la ciudad que da al Guadiana. Advirtiéndole su ausencia, abrieron la huella, le encontraron, y rodeado de gran gente le obedecieron. Cautivo que se fugaba, y en medio de la pendencia que suscitó el quererle defender unos y acometerle otros, le hirió un artillero, y lastimado de otros golpes de paisanos y

soldados, fué derribado sin vida. Arrastraron después el cadáver hasta la puerta de su casa, en cuyos umbrales le dejaron abandonado. Víctima inocente de su imprudencia, nunca mereció el injurioso epíteto de traidor, con que amargaron sus últimos suspiros.

El brigadier de artilleria D. José Gallizo fué elevado al mando supremo, y al gobierno de la plaza el teniente rey D. Juan Gregorio Mancio. Interinamente se congregó una junta de unas veinte personas, escogidas entre las primeras autoridades y hombres de cuenta. Los partidos constituyeron del mismo modo otras en sus respectivas comarcas, y unidos obedecieron las órdenes de la capital. Hubo por todas partes el mejor orden, á excepcion de la ciudad de Plasencia y de la villa de los Santos, en donde se ensangrentó el alzamiento con la muerte de dos personas. Las clases, sin distincion, se armaron en ofrecer el sacrificio de su persona y de sus bienes, y los mozos acudieron á enregimentarse como si fuesen á una festiva romeria.

Entristeció, sin embargo, á los cuerdos el absoluto poder que por pocos dias ejerció el capitán D. Ramon Gavilanes, despachado de Sevilla para anunciar su pronunciamiento. Al principio, con una tan halagüeña colón en llegada de júbilo y satisfaccion. Acabaróse luego al ver que, por la flaqueza de D. José Gallizo, procedió el Gavilanes á manera de dictador de índole singular, repartiendo gracias y honores, y aún inventando oficios y empleos ántes desconocidos. La Junta sucumbió á su influjo, y confirmó casi todos los nombramientos; mas volviendo en sí, puso término á las demasías del intruso capitán, procurando que se olvidase en propia debilidad y condescendencia con las medidas enérgicas que adoptó. Después ella misma legitimó la autoridad provincial, convocando una junta, á que fueron llamados representantes de la capital, de los otros partidos, de los gremios y principales corporaciones.

Casi desmantelada la plaza de Badajoz, y desprovistos sus habitantes de lo más preciso para en defensa, fué en resolución harto osada, estando el enemigo no lejos de sus puertas. Ocupaba á Yelbes el general Kellerman, y para disfrazar el estado de la ciudad alzada, se emplearon mil estuqueos que esterbasen un impensado ataque. La guarnicion estaba reducida á 500 hombres. La milicia urbana cubria á veces el servicio ordinario. Uno de los dos regimientos provinciales estaba fuera de Extremadura, el otro permanecía desarmado. Las demás plazas de la frontera, débiles de siyo, ahora prestaban aún toda, arruinándose cada dia las fortificaciones que las circulan. Todo al fin fué remedándose con la actividad y celo que se desplegó. Al acabar Junio contó ya el ejército extremo 20,000 hombres. Sirvieron mucho para su formacion los españoles que á bandadas se escapaban de Portugal, á pesar de la estrecha vigilancia de Junot; y de los pasados portugueses y del propio ejército francés pudo levantarse un cuerpo de extranjeros. Importantísimo fué para España, y particularmente para Sevilla, el que se hubiese alzado Extremadura. Con su ayuda se interrumpieron las comunicaciones directas de los franceses del Alentejo y de la Mancha, y no pudieron éstos ni combinar sus operaciones, ni darse la mano para apagar la luz de la insurreccion encendida en la principal cabeza de las Andalucías.

Ocupadas ó observadas de cerca por el ejército francés las cinco provincias en que se divide Casti-

lla la Nueva, no pudieron en lo general sus habitantes formar juntas ni constituirse en un gobierno estable y regular. Procuraron, con todo, en muchas partes cooperar á la defensa común, ya enviando mozos y auxilios á las que se hallaban libres, ya provocando y favoreciendo la desercion de los regimientos españoles que estaban dentro de su territorio, y ya también hostigando al enemigo é interceptando sus correos y comunicaciones. El ardor de Castilla por la causa de la patria caminaba al par del de las otras provincias del reino, y á veces raros ejemplos de valor y bizarría ennoblecieron é ilustraron á sus naturales. Más adelante veremos los servicios que allí se hicieron, sobre todo en la desprevencia y abierta Mancha. Ya desde el principio se difundieron proclamas para excitar á la guerra, y áun hubo parajes en que hombres atrevidos dieron acertado impulso á los esfuerzos individuales.

Penetradas de iguales sentimientos, y alentadas por la protección que las circunstancias les ofrecían, lieito les fué á las tropas que tenían sus acantonamientos en los pueblos castellanos, desamparados é ir á incorporarse con los ejércitos que por todas partes se levantaban. Entre las acciones que brillaron con más pureza en estos dias de entusiasmo y patriotismo, asombrosa fué y digna de mucha loa la resolución de D. José Vagner, comandante de zapadores y minadores, quien, desde Alcalá de Henares y á tan corta distancia de Madrid, partió en los últimos dias de Mayo con 110 hombres, la caja, las armas, banderas, pertrechos y tambores, y desoyendo las promesas que en su marcha recibió de un emisario de Murat, en medio de fatigas y peligros, amparado por los habitantes y atravesando por la sierra de Guadalupe, tomó la vuelta de Valencia, á cuya Junta se ofreció con su gente. Al amor de la insurrección que cundía, buscaron los otros soldados el honroso sendero ya trillado por los zapadores. Así se apresuraron en la Mancha á imitar su glorioso ejemplo los carabineros reales, y en Talavera sucedió otro tanto con los voluntarios de Aragón y un batallón de Saboya, que iban con destino á domar la Extremadura. ¿Qué más? De Madrid mismo desertaban oficiales y soldados sueltos de todos los cuerpos, y partidas enteras, como se verificó con una de dragones de Lusitania y otra del regimiento de España, la cual salió por sus mismas puertas sin estorbo ni demora. Fácil es figurarse cuál sería la sorpresa y aturdimiento de los franceses al ver el desorden y la agitación que reinaba en las poblaciones mismas de que eran dueños, y la desconfianza y desmayo que debían sembrarse en sus propias filas. Por momentos se acrecentaban sus zozos, pues cada día recibían la nueva de alguna provincia levantada, y no poco los desconcertó el correo portador de lo que pasaba en la parte oriental de España, que vamos á recorrer.

Fue allí Cartagena la primera que dió la señal, empujando á levantar el estandarte de independencia á Murcia y pueblos de su comarca. Plaza de armas y departamento de marina, como Cartagena un cúmulo de ventajas, que fomentaban el deseo de resistencia que la dominaba. Se separó el 22 de Mayo que el general D. José Justo Salcedo pasaba á Mahon para encargarse de nuevo del mando de la escuadra allí formada y conducirla á Tolon. Intercedió esta providencia á un departamento de cuya bahía aquella escuadra había levado el ancla, y en donde se albergaban muchas personas conexas con las tripulaciones de su bordo. Por acaso en el mismo dia vinieron las renuncias de Bayona, ve-

hemente incitativo al levantamiento de toda España, y con ellas, otras noticias tristes y desconsoladoras. Amontonándose á la vez novedades tan extraordinarias, causaron una tremenda explosión. El cónsul de Francia se refugió en un buque dinamárquico. Reemplazó á D. Francisco de Borja, capitán general del departamento, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, siendo despues el 10 de Junio inmediato asesinado el primero, de resultas de un alboroto, á que dió ocasion un artículo imprudente de la *Gaceta* de Valencia. Escogieron por gobernador al Marqués de Camarena la Real, coronel del regimiento de Valencia, y se formó, en fin, una junta de personas distinguidas del pueblo, en cuyo número bailaba el sabio oficial de marina D. Gabriel Ciscar. Cartagena declarada era un fuerte estribo en que se podían apoyar con fiadanza la provincia de Murcia y toda la costa. Abiertos sus arsenales y depositos de armas, era natural que proveyesen en abundancia, como así lo hicieron, de pertrechos militares á todos los que se agregasen para sostener la misma causa. Nada se omitió por la ciudad, despues de su insurrección para aguijar á las otras; y fue una de sus oportunas y primeras medidas poner en cobro la escuadra de Mahon, á cuyo puerto y con aquel objeto fué despachado el teniente de navio D. José Puolo, quien llegando á tiempo, impidió que se hiciese á la vela, como iba Salcedo á verificarlo, conformándose con una orden de Murat, recibida por la vía de Barcelona.

De los emisarios que Cartagena había enviado á otras partes, penetraron en Murcia, á las siete de la mañana del 24 de Mayo, cuatro oficiales aclamando á voces á Fernando VII. Se conmovió el pueblo á tan denso rumor, y los estudiantes de San Fulgencio, colegio insignie por los claros varones que ha producido, se señalaron en ser de los primeros á abrazar la causa nacional. Acrecentándose el tumulto, los regidores, con el cabildo eclesiástico y la nobleza, tuvieron ayuntamiento, y acordaron la proclamación solemne de Fernando, ejecutándose en medio de universales vivas. No hubo desgracias en aquella ciudad, y sólo por precaucion arrestaron á algunos mirados con malos ojos por el pueblo y al que hacia de cónsul frances. En la de Villena pereció su corregidor y algun dependiente suyo, hombres ántes odiados. Se eligió una junta de diez y seis personas entre las de más monta, resultando en la lista el nombre del Conde de Floridablanca, con quien, á pesar de su avanzada edad, todavía nos encontraremos. El mando de las tropas se confió á don Pedro Gonzalez de Llanas, antiguo coronel de milicias, y comenzaron á adoptarse medidas de armamento y defensa. Como esta provincia, por lo que respecta á lo militar, dependia del capitán general de Valencia, sus tropas obraban casi siempre y de consuno, por lo ménos en un principio, con las restantes de aquel distrito.

Pero entre las provincias bañadas por el Mediterráneo, llamó la atención sobre todas la de Valencia. Indispensable era que así fuese al ver sus heroicos esfuerzos, sus sacrificios, y desgraciadamente hasta sus mismos y lamentables excesos. Tributáronse á unos los merecidos elogios, y arrancaron los otros justos y acerbos vituperios. Los naturales de Valencia, activos é industrioses, pero propensos al desasosiego y á la insubordinación, no era de esperar que se mantuviesen impasibles y tranquilos ahora, que la desobediencia á la autoridad intrusa era un título de verdadera é inmarcescible gloria. Sin embargo, ni los trastornos de

Marzo, ni los pasmosos acontecimientos que desde entonces se agolpaban unos en pos de otros, habían suscitado sino habillitas y corrillos hasta el 23 de Mayo. En la madrugada de aquel día se recibió la *Gaceta de Madrid* del 20, en la que se habían insertado las renunciaciones de la familia real en la persona del Emperador de los franceses. Solían por entonces gentes del pueblo juntarse á leer dicho papel en un puesto de la plazuela de las Pasas, encargándose uno de satisfacer en voz alta la curiosidad de los demás concurrentes. Tuvo en el 23 el desempeño de la agradable tarea á un hombre fogoso y atrevido, quien al relatar el artículo de las citadas renunciaciones, lanzó el primer grito de *Viva Fernando VII y mueran los franceses*. Respondieron á su voz los numerosos oyentes, y corriendo con la velocidad del rayo, se repitió el mismo grito hasta en los más apartados lugares de la ciudad. Se aumentó el clamoreo, agrupándose miles de personas, y de tropel acudieron á la casa del Capitán general, que le era el Conde de la Conquista. En vano intentó éste apaciguarlos con muchas y atentas razones. El tumulto arreció, y en la plazuela de Santo Domingo mostráronse, sobre todo, los amotinados muy apinados y furiosos.

Pálidulo caudillo, y allí por primera vez se les presentó el P. Juan Rico, religioso franciscano, el cual, resuelto, fervoroso, perito en la popular elocuencia, y resguardado con el hábito que le santificaba á los ojos de la multitud, unia en su persona poderosos alicientes para arrastrar tras sí á la plebe, dominarla, é impedir que enervase ésta su fuerza con el propio desorden.

Arregó brevemente al innumerable auditorio, le indicó la necesidad de una cabeza, y todos le obedecieron para que llevase la voz. Excusóse Rico, insistió el pueblo, y al cabo, cediendo aquél, fue llevado en hombros desde la plazuela de Santo Domingo al sitio en que el Real Acuerdo celebraba sus sesiones. Hubo entre los individuos de esta corporación y el P. Rico largo coloquio, esquivando aquellos condescender con las peticiones del pueblo, y persistiendo el último tenazmente en su invariable propósito. Acabándose con la impaciencia los ánimos, asistieron las autoridades á lo que de ellas se exigía, y se acunó por general en jefe del ejército que iba á formarse al Conde de Cervellón, grande de España, propietario rico del país, aunque falto de las cazas dotes que semejante mando y aquellos tiempos turbulentos imperiosamente reclamaban. Como el de la Conquista y el Real Acuerdo habían con repugnancia sometidos á tan alta resolución, procuraron escudarse con la violencia, dando subrepticamente parte á Madrid de lo que pasaba, y pidiendo con alíneo un envío de tropas que los protegiese. El pueblo, ignorante de la doblez, tranquilamente se recogió á sus casas la noche del 23 al 24. En ella había el Arzobispo tanteado á Rico, y ofreciéndole una cuantiosa suma si quería desamparar á Valencia: cuyo paso habiendo fallado por la honrosa repulsa del solicitante, se despertaron los recelos, y en vista de las principales promovedoras del alboroto, prepararon otro mayor para la mañana siguiente.

Rico se había albergado aquella noche en el convento del Temple, en el cuarto de un amigo. Muy temprano, y á la sazón en que el pueblo empezó á moverse, fué á visitarlo el capitán de Saboya don Vicente Gonzalez Moreno con dos oficiales del propio cuerpo. Era de importancia su llegada, porque, ademas de unirse así las voluntades de militares

y paisanos, tenía Moreno amistad con personas de mucho influjo en el pueblo y huerta de Valencia: tales eran D. Vicente, D. Manuel y D. Mariano Beltran de Lis, quienes de antemano juntábanse con otros á deplorar los males que amenazaban á la patria, pagaban gente que estuviese á su favor, y atizaban el fuego encubierto y sagrado de la insurrección. Concordeles en sentimientos Moreno y Rico, meditaron el modo de apoderarse de la ciudadela.

Un impensado incidente estuvo entre tanto para envolver á Valencia en mil desdichas. La serenidad y valor de una dama lo evitó felizmente. Habíase empalado el pueblo en que se leyese las cartas del correo que iba á Madrid, y en vano se cansaron muchos en impedirlo. La baliya que las contenía fué transportada á casa del Conde de Cervellón, y á poco de haber comenzado el registro se dió con un pliego, que era el duplicado del parte arriba mencionado, y en el que el Real Acuerdo se disculpaba de lo hecho, y pedía tropas en su auxilio. Viendo la hija del Conde, que presenciaba el acto, la importancia del papel, con admirable presencia de ánimo, al intentar leerle, le cogió, rasgado en menudos pedazos, é imperturbablemente arrojó el furor de la plebe amotinada. Esta, si bien colérica, quedó absorta, y respetó la osadía de aquella señora, que preservó de muerte cierta á tantas personas. Accion digna de eterno laor.

En el mismo día 24, y conforme á la conmoción preparada, pensaron Rico, Moreno y sus amigos en enseñorearse de la ciudadela. Con pretexto de pedir armas para el pueblo, se presentaron en gran número delante del Acuerdo, y como éste contestase, según era cierto, que no las había, exigieron los amotinados, para cerciorarse con sus propios ojos, que se les dejase visitar la ciudadela, en donde debían estar depositadas. Se concedió el permiso á Rico con otros ocho; pero llegados que fueron, todos entraron de monton, pasando á su bando el Barón de Rúa, que era gobernador. Gran brío dió este suceso á la revolución, y tanto, que sin resistencia de la autoridad se declaró el día 25 la guerra contra los franceses, y se constituyó una junta numerosísima, en que andaba mezclada la más elevada nobleza con el más humilde artesano.

La situación, empero, de Valencia hubiera sido muy peligrosa, si Cartagena no la hubiese socorrido con armas y pertrechos de guerra. Estaba en esta parte tan exhausta de recursos, que aun de plomo carecía; pero para suplir tan notable falta, empezó igualmente la fortuna á soplar con próspero viento. Por singular dicha arribó al Grao una fragata francesa, cargada con 4000 quintales de aquel metal, la cual, sin noticia del levantamiento, vino á ponerse á la sombra de las baterías del puerto, dándole enca un corsario inglés. A la entrada fué comprendida y apresada, y se envió á su contrario, que bordeaba á la banda de afuera, un parlamento para comunicarle las grandes novedades del día y confiarle pliegos dirigidos á Gibraltar. En esta doble y feliz casualidad vió el pueblo la mano de la Providencia, y se ensanchó su ánimo alborozado.

Hasta ahora, en medio del conflicto que había habido entre las autoridades y los amotinados, no se había cometido exceso alguno. Sospechas, nacidas del acaso, empezaron á empallar la revolución valenciana, y acabaron por ensangrentarla horrorosamente.

D. Miguel de Saxvedra, barón de Albalat, había sido uno de los primeros nombrados de la Junta para representar en ella á la nobleza. Mas reparán-

dose que no asistía, se susurró haber pasado á Madrid para dar en persona cuenta á Murat de las ruidosas asonadas: rumor falso é infundado. Solamente habia de cierto que el Baron, odiado por el pueblo desde años atras, en que, como coronel de milicias, decíase haber mandado hacer fuego contra la multitud, opuesta á la introduccion y establecimiento de aquel cuerpo, creyó prudente alejarse de Valencia mientras durase el huracan que la azotaba, y se retiró á Buñol, siete leguas distante. Su ausencia renovó la antigua llaga, todavia no bien cerrada, y el espíritu publico se encarnizó contra su persona. Para aplacarle ordenó la Junta que, pues habia el Baron rehusado acudir á sus sesiones, se presentase arrestado en la ciudadela. Obedeció, y al tiempo que el 29 de Mayo regresaba á Valencia, se encontró á tres leguas, en el más del Poyo, con el pueblo, que impaciente habia salido á aguardar el correo que venia de Madrid. Por una aciaga coincidencia el de Albalat y el correo llegaron juntos, con lo cual tomaron cuerpo las sospechas. Entónces, á pesar de sus vivas reclamaciones, cogiéronle y le llevaron preso. A media legua de la ciudad se adelantó á protegerle una partida de tropa al mando de D. José Ordóñez, quien, á ruegos del Baron, en vez de conducirlo directamente á la ciudadela, torció á casa de Cervellon; extravió que en parte conduyó á la posterior catástrofe, extendiéndose la voz de su vuelta, y dando lugar á que se atizase el encono público y aun el privado. Entró en aquellos umbrales amagado ya por los puñales de la plebe; aceleró hacia allí sus pasos el P. Rico, y vió al Baron tendido sobre un sofá, pálido y descaecido. El infeliz se arrojó á los brazos de quien podia ampararle en su desconsuelo, y con trémulo y penetrante acento le dijo: «Padre, salve V. á un caballero que no ha cometido otro delito que obedecer á la orden de que regresase á Valencia.» Rico se le prometió, y contando para ello con la ayuda de Cervellon, fué en su busca; pero éste, no ménos atemorizado que el perseguido, se habia metido en la cama con el simulado motivo de estar enfermo, y se negó á verle y á favorecer á un desgraciado con quien le enlazaba antigua amistad y deuda. Buin villanía y notable contraposicion con el valor é intrepidez que en el asunto de las cartas habia mostrado su hija.

Entónces el P. Rico, pidiendo el pueblo desaforadamente la cabeza del Baron, determinó, con intento de salvarle, que se le trasladase á la ciudadela, metiéndole en medio de un cuadro de tropa mandado por Moreno. Sin que fuese roto por los remolinos y oleadas de la turba, consiguieron llegar al pedestal del obelisco de la plaza. Allí, al fin, forzó el pueblo el cuadro, penetró por todos lados, y serido á las súplicas y exhortaciones de Rico, dieron de puñaladas en sus propios brazos al desventurado Baron, cuya cabeza cortada y clavada en una pica, la pasearon por la ciudad. Difundiése en toda olla un terror súbito, y la nobleza, para apartar toda sospecha, aumentó sus ofrecimientos y formó un regimiento de caballería de individuos suyos, que no declucieron el esplendor de su cuna en empenadas acciones.

Triste y doloroso como fué el asesinato del Baron de Albalat, desaparece á la vista de la horrorea matanza que á pocos dias tuvo que llorar Valencia, y á cuyo recuerdo la pluma se cae de la mano. En 1.º de Junio se presentó en aquella ciudad D. Baltasar Calvo, canónigo de San Isidro de Madrid, hombre travieso, de amaño, fanático y arrebatado, con entendimiento bastantemente claro. Entre los dos

bandos que anteriormente habian dividido á los probendados de su iglesia de jansenistas y jesuitas, se habia distinguido como cabeza de los últimos, y ensañándose en perseguir á la parcialidad contraria. Ahora tratando de amoldar á su ambicion las doctrinas que tenazmente habia siempre sostenido, notó muy luego que el P. Rico con su influjo pudiera en gran manera servirle, é hizo resolucion de trabar con él amistad; pero, ya fuesen celos, ó ya que en uno hubiera mejor fe que en otro, no pudieron entenderse ni concordarse. El astuto Calvo procuró entónces urdir con otros la espantosa trama que meditaba. Para encubrir sus torcidos manejos distraía con apariencias de santidad la atencion del pueblo, tardando mucho en decir misa, y permaneciendo arrodillado en los templos cuatro ó cinco horas en acto de contrita y fervorosa oracion. Quería ser dominador de Valencia, y creyó que con la hipocresia y con poner en práctica la infernal maquinacion de matar á los franceses, cautivaría el ánimo del pueblo, que tanto los odiaba. Para alcanzar su intento era necesario comenzar por apoderarse de la ciudadela, en cuyo recinto habia ordenado la Junta que aquellos se recogiesen, precaviéndolos de todo daño y respetando religiosamente sus propiedades y haberes. No era difícil la empresa, porque sólo habian quedado allí de guarnicion unos cuantos invalidos, habiéndose ausentado con su gente para formar una division en Castellon de la Plana D. Vicente Moreno, nombrado ántes por la Junta gobernador de dicha ciudadela. Calvo conoció bien que dueño de este punto tenía en sus manos una preuda muy importante, y que podría á mansalva cometer la proyectada carnicería.

El y sus cómplices fijaron el 5 de Junio para la ejecucion de su espantoso plan, y repentinamente al anochecer, levantando gran grita y alboroto, sin obstáculo penetraron dentro de los muros de la ciudadela y la dominaron. Fué Calvo de los primeros que entraron, y apresurándose á poner en obra su proyecto, se complació en unir á la crueldad la más insigne perfidia. Porque presentándose á los franceses detenidos, con aire de compuncion les dijo: «Que intentando el populacho matarlos, movido de piedad y caridad cristiana se habia anticipado á preservarlos, disponiendo el á escondidas que se evadiesen por el postigo que daba al campo, y partiesen al Grao, en donde encontrarían barcos listos para transportarlos á Francia.» Al mismo tiempo que de aquel modo con ellos se expresaba, habia preparado para determinarlos y azorar aún más sus caidos ánimos, que se diesen por los agavillados gritos amenazadores de traición y venganza. Con semejante amago cedieron los presos á las insinuaciones del fingido amigo, y trataron de salir por el postigo indicado. Al ir á ejecutarlo corrió la voz de que se salvaban los franceses, y hombres ciegos y rabiosos se atropellaron hacia su estancia. Dentro comenzó el horrible estrago; presidiale el feroz clérigo. Hubo tan solo un intermedio en que se llamaron confesores para asistir en su última hora á las infelices victimas. Aprovechándose de aquellos breves instantes, algunas personas humanas volaron á su socorro, acompañadas de imágenes y reliquias veneradas por los valencianos. Su presencia y las enternecidas súplicas de los respetables confesores á veces apiadaban á los verdugos; pero el furibundo Calvo, convertido en carnívora fiera, acallaba con el terror las lágrimas y los quejidos de los que intercedían en favor de tantos inocentes, y estimulaba á sus sicarios, añadiendo á las esperanzas de un

salariado cebo la blasfemia de que nada era más grato á los ojos de la Divinidad que el matar á los franceses. Quedaban vivos 70 de estos desgraciados, y muchos bárbaros los ejecutores que su sanguinario jefe, suspendieron la matanza y pidieron que se le hiciese gracia. Fingió Calvo acceder á su ruego, seguro de que en vano hubiera insistido en que se continuase el destroz, y mandó que los sacasen por fuera del muro á la torre de Cuarte. Mas, ¡quién creyera tamaña ferocidad! Aquel tigre había á prevención apostado una cuadrilla de bandidos cerca de la plaza de Toros, y al emparejar con ella los que ya se juzgaban libres, se vieron acometidos por los encubiertos asesinos, quienes fría y traidoramente los traspasaron con sus espadas y puñales. Pericieron en la noche 330 franceses; pensóse que con la oscuridad se pondría término á tan bárbaro furor, pero el de Calvo no estaba todavía satisfecho.

Al empezar el alboroto había la Junta comisionado á Rico para que le enfrenase y estorbára los males que amagaban. Inútiles fueron ofertas, ruegos y amenazas. La voz de su primer caudillo fué tan desoída por los motinados como cuando mataron á Albarrat. Nueva prueba, si de ella se necesitase, de que á los tribunales del pueblo (según la expresión de Tito Livio), más bien que rigen, son regidos casi siempre por la multitud (5). Calvo, ensorberido, se erigió en señor absoluto, y durante la carnicería de la ciudadela expidió órdenes á todas las autoridades, y todas ellas humildemente se le sometieron, empezando por el Capitan general. Rico, desafiado, temió por su persona y se recogió á un sitio apartado. Sin embargo, por la mañana, recordando sus abatidas fuerzas, montó á caballo, y conbatiendo con la multitud, con su inconstancia, desamparada á su nuevo dueño, pensó en prenderle, y estaba á punto de conseguir contra su rival un seguro triunfo, cuando el coronel D. Mariano Usel propuso en la Junta que se nombrase á Calvo individuo suyo. Lo apoyaron otros dos, por lo que de resonar hubo quien á Usel y al Usel los sospechaba de no ignorar del todo el origen de los horrores cometidos.

Calvo, en la mañana del 6, todavía empapado en la inocente sangre, tomó asiento en la Junta. Constantemente estaban todos sus miembros, y solo Rico, despedido por el suceso de la anterior noche, alzó la voz, dirigiendo con energía su discurso al mismo Calvo, urtiándole con negros colores su conducta, y afirmó que Valencia estaba perdida si al instante no se cortaba la cabeza á aquel malvado. Sorprendióse Calvo, preguntando las otras circunstancias, y en esto arribaba cuando una parte del populacho, destacada por su jefe al ruido de sangre, después de haber recorrido las calles en que se guarecían unos pocos franceses y de haberlos muerto, arribó consigo á la presencia de la misma Junta ocho de aquellos desgraciados, que quiso mimar en la sala de las sesiones. El cónsul inglés Tupper, que antes había salvado á algunos, intentó inutilmente y con harto riesgo de su persona libertar á estos. Los individuos de aquella corporación, amedrentados, precipitadamente se despojaron, calzándose sus vestidos con la sangre de los ocho infelices franceses, vertida sin piedad por infames matadores. Todo fue entonces terror y espanto. Rico se escondió y aun dos veces más de disfraz, temiendo la inevitable venganza de Calvo, que triunfante dominaba solo, y se dispuso á ejecutar actos de inaudita ferocidad.

Felizmente no todos se descorazonaron; al contrario, los hubo que trabajando en silencio por la noche, pudieron congregarse la Junta en la mañana del 7. Vuelto en sí Rico del susto, llevó principalmente la voz, y queriendo los asistentes no ser envueltos en la ruina común que amenazaba, decretaron el arresto de Calvo, y antes de que éste pudiera ser avisado diéronse prisa á ejecutar la resolución convenida: sorprendiéndole y sin tardanza le pusieron á bordo de un barco, que lo trasladó á Mallorca. Allí permaneció hasta últimos de Junio, en que preso se le volvió á traer á Valencia para ser juzgado. Grandes y honrosos sucesos acaecieron en el intervalo en aquella ciudad, y con los cuales lavó algun tanto el negro borron que los asesinatos habían echado sobre su gloria. Ahora, aunque anticipemos la serie de acontecimientos, será bien que concluyamos con los hechos de Calvo y de sus cómplices. Así con el pronto y severo castigo respirará el lector, angustiado con la nefanda relación de tantos crímenes.

Habiendo vuelto Calvo á Valencia, alzó, conforme á la doctrina de su escuela, en una defensa que extendió por escrito, que si había obrado mal, había sido por hacer el bien, debiendo la intención ponerle á salvo de toda inculpación. Aquí tenemos renovada la regla invariable de los sectarios de Loyola, á quienes todo les era lícito, con tal que, como dice Pascal (6), empiesen *dirigir la intención*. No le sirvió de descargo á Calvo, porque condenado á la pena de garrote, fué ajusticiado en la cárcel á las doce de la noche del 3 de Julio, y expuesto su cadáver al público en la mañana del 4. Hubo en la formación y sentencia de la causa algunas irregularidades, que á pesar de la atrocidad de los crímenes del reo hubiera convenido evitar. Acaecióse también á Calvo haber procedido en virtud de comisión de Murat. Careció de verosimilitud y de fundamento tan extraña nomenclación. Se inventó para hacerle odioso á los ojos de la muchedumbre, y poder más fácilmente atajarle en su desenfreno. Fue hombre fanático y ambicioso, que mezclando y confundiendo erróneos principios con sus feroces pasiones, no reparó en los medios de llevar á cabo un proyecto que le facilitase obtener el principal y quizá exclusivo influjo en los negocios del día.

La Junta pensó además en hacer un escarmiento en los otros delinquentes. Creó con este objeto un tribunal de seguridad pública, compuesto de tres magistrados de la Audiencia, D. José Manescau y los Sres. Villafañe y Fuertes. Había la provision del primero preparado una manera fácil de descubrir á los matadores, y la cual en parte la debió á la casualidad. En la mañana que siguió á la cruel carnicería, quince ó veinte de los asesinos, con las manos aun teñidas de sangre, creyendo haber procedido según los decretos de la Junta, se presentaron para entregar los relojes y alhajas de que habían despojado á los franceses muertos, y pidieron, en retribucion del acto patriótico que habían ejecutado, alguna recompensa. El advertido Manescau condució en dar á cada uno 30 rs., pero con la precaucion al escribano de que les tomase los nombres, bajo pretexto que era precisa aquella formalidad para justificar que habían cubierto el dinero. Partiendo de este antecedente pudo probarse quienes eran los reos, y en el espacio de dos meses se ahorcó públicamente y se dió garrote en secreto á más de 200 individuos. Severidad que á algunos pareció áspera, pero sin

(5) *Procerat ut ferre sequitur á similitudine magis quam regunt.* (TIT. LIV., lib. III, cap. LXXI.)

(6) *Les provinciaux, 7.^{me} lettre. De la méthode de diriger l'intention.*

ella la anarquía á duras penas se hubiera reprimido en Valencia y en otros pueblos de su reino, entre los que Castellón de la Plana y Ayora habían visto también parecer su gobernador y alcaide mayor. Con el ejemplo dado la autoridad recobró la conveniente fuerza.

Luego que la Junta se vió desembarazada de Calvo y de sus infernales maquinaciones, se ocupó con más desahogo en el alistamiento y organización de su ejército. El tiempo urgía, repetidos avisos anunciaban que los franceses disponían una expedición contra aquella provincia, y era preciso no desaprovechar tan preciosos momentos. Cartagena suministró inmediatos recursos, y con ellos y los que pudieron sacarse del propio suelo, se puso la ciudad de Valencia en estado de defensa. Al mismo tiempo se dirigió sobre Almansa un cuerpo de 15.000 hombres, al mando del Conde de Cervellón, á quien se juntó de Murcia D. Pedro Gonzalez de Llanas, y otro de 8.000, bajo las de D. Pedro Adorno, se situó en las Calbrillas. Tal estaba el reino de Valencia ántes de ser atacado por el mariscal Momey, de cuya campaña nos ocuparemos despues.

La justa indignación abrigada en todos los pechos bullía con acelerados latidos en el de los moradores del antiguo asiento de las franquezas y libertades españolas, en la inmortal Zaragoza. Gloria duradera le estaba reservada, y la patria de Lanuza renovó en nuestros dias las proezas que solemnemente colocó entre las fúbulas de la historia. Su levantamiento, sin embargo, nada ofreció de nuevo ni singular, caminando por los mismos pasos por donde habían ido algunas de las otras provincias. Con Mayo empezaron los corrillos y las conversaciones populares, y al recibirse el correo de Madrid agrupábanse las gentes á saber las novedades que traía. Siendo por momentos más tristes y adversas, aguardaban todos que la inquieta curiosidad finalizara por una estrepitosa explosión. Repartieron, en efecto, el 24 las cartas llegadas por la mañana, y de boca en boca corrió velozmente cómo Napoleón se erigía en dueño de la monarquía española, de resultas de haber renunciado la corona en favor suyo la familia de Borbon. Instantáneamente se armó gran bulla; y hombres, mujeres y niños se precipitaron á casa del capitán general D. Jorge Juan de Guillelmi. Los vecinos de las parroquias de la Magdalena y San Pablo concurren en gran número, capitaneados por varios de los ayos, y entre ellos el tío Jorge, que era del arrabal. Descolló el último sobre todos, y la energía de su porte, el sano juicio que le distinguía, lo recto de su intencion y el varonil denuedo con que á cada paso expuso despues su vida, le hacen acreedor á una honrosa y particular mención. Hombre sin letras y desnudo de educación culta, halló en la nobleza de su corazón, y como por instinto, los elevados sentimientos que han ilustrado á los varones esclarecidos. Su nombre, aunque humilde, osciló al lado de ellos, resplandeció sin deslucirlos.

La muchedumbre pidió al Capitán general que hiciera dimision del mando. Costó mucho que se resolviese al sacrificio; mas forzado á ello y conducido preso á la Aljaferia, fué interiormente sustituido por su reguero, el general Mori. Al anocheecer se embrazó el tumulto, y desconfiándose del nuevo jefe por ser italiano de nacion, se convidó con el mando á D. Antonio Cornet, antiguo ministro de la Guerra, quien rehusó aceptarle.

Mori el 25 congregó una junta, la cual, tímida como su presidente, buscó paliativos que sin des-

doro ni peligro sacasen á sus miembros del atascadero en que estaban hundidos: inútiles y menguados medios en violentas crisis. Enfadose el pueblo con la tardanza, volviendo sus inquietas miradas hácia D. José Palafox y Melcí. Recordará el lector que este militar á últimos de Abril, en comision de su jefe el Marqués de Castelar, había ido á Bayona para informar al Rey de lo ocurrido en la soltura y entrega del Príncipe de la Paz. Continuó allí hasta los primeros dias de Mayo, en que se asegura regresó á España con encargo parecido al que por el propio tiempo se dió á la Junta suprema de Madrid para resistir abiertamente á los franceses. Penetró Palafox por Guipúzcoa, de donde se trasladó á la torre de Alfranca, casa de campo de su familia cerca de Zaragoza. Permaneciendo misteriosamente en su retiro, movió á sospecha al general Guillelmi, quien le intimó la orden de salir del reino de Aragón. Tenemos entendido que Palafox, incomodado entónces, se arrimó á los que ansiaban por un rompimiento, y que no sin noticia suya estalló la revolución zaragozana. Por fin, al oscurecer del 25, depuesto ya Guillelmi y quejoso el pueblo de Mori, se despacharon á Alfranca 50 paisanos para traer á la ciudad á Palafox. Al principio se negó á ir, aparentando disculpas, y sólo cedió al expreso mandato que le fué enviado por el interino Capitán general.

Al entrar en Zaragoza pidió que se juntase e Acuerdo en la mañana del 26, con intento de comunicarle cosas del mayor interes. En la sesion celebrada aquel día hizo uso de las insinuaciones que se le habían hecho en Bayona para resistir á los franceses, y sobre las cuales, á causa de estar S. M. en manos de su enemigo, se guardó profundo silencio. Rogó despues que se le desembarazase de la importunidad del pueblo, que se manifestaba desoso de nombrarle por caudillo, no obstante que su vida y haberes los tumularia con gusto en el altar de la patria. Enmudecieron todos, y vislumbraron que no desagrababan á los oidos de Palafox los clamores prorumpidos por el pueblo en alabanza suya. Aguardaba la multitud impaciente á las puertas del edificio, é insistiendo por dos veces en que se eligiese capitán general á su favorecido, alcanzó la demanda, cediendo Mori el puesto que ocupaba.

Alzado á la dignidad suprema de la provincia don José Palafox y Melcí, fué obedecido en toda ella, y á su voz se sometieron con gusto los aragoneses de acá y allá del Ebro. Admitió su elevacion, y ánn mas que en sus procedimientos no desmereciese de la confianza que en él tenía el pueblo. Todavía mancelo, pues apenas frisaba con los veintiocho años, bello y agraciado de rostro y de persona, con trances apuestos y cumplidos, cautivaba Palafox la afición de cuantos le veían y trataban. Pero si la naturaleza con larga mano le había prodigado las perfecciones del cuerpo, no se creía hasta entónces que hubiese andado tan generosa en punto á las dotes del entendimiento. Buscado y requerido por las damas de la corrompida corte de Carlos IV, se nos ha asegurado que con porfiado empeño desdeshó el rendimiento obsequioso de la que entre todas era, si no la más hermosa, por lo ménos la más elevada. Esta tenacidad fué una de las más principales cualidades de su alma, y la empleó más oportuna y dignamente en la memorable defensa de Zaragoza. Sin práctica ni conocimiento de la milicia ni de los negocios públicos, tuvo el suficiente tino para rodearse de personas que por su enérgica decisón ó su saber y experiencia le sostuviesen en los apura-

dos francos, ó le ayudasen con sus consejos. Tales fueron el P. D. Basilio Bogiero, de la Escuela Pia, su antiguo maestro; D. Lorenzo Calvo de Rozas, que habiendo llegado de Madrid el 28 de Mayo, fué nombrado corregidor é intendente, y el oficial de artillería D. Ignacio Lopez, á quien se debió en el primer sitio la dirección de importantes operaciones.

Para legitimar solemnemente el levantamiento, convocó Palafox a Cortes el reino de Aragón. Acudieron los diputados á Zaragoza, y el día 9 de Junio abrieron sus sesiones (7) en la casa de la ciudad.

(7) Don Lorenzo Calvo de Rozas, Intendente general del ejército y reino de Aragón, en calidad de la superior junta de las Cortes de Aragón, celebrada en la capital de Zaragoza en el día 9 del mes de Enero del presente año de 1708. — Original.

Q. Continuando en la sala consistorial de la ciudad los diputados de la causa en forma y de los señores brancos del primo, cuyos nombres se anotaron al fin, y notarios púnicos del tribunal, Sr. D. José de la Cruz de Palacios y Mollé, gobernador y capitán general del reino, y en presencia del fuero mayor y se me hizo entrar en la audiencia para que yo, como los señores de tal secretario, y habiendo leído el decreto que se me entregó del papel de S. M., que original existe en la secretaría; se leyó y dijo así:

El señor C. J. Ferrer ya a V. E. que por el voto unánime de los señores de esta capital fui nombrado y reconocido de todas las corporaciones establecidas como gobernador y capitán general del reino, que me eligiera como tal gobernador, muchos males a contra mi vida, y ello temiendo fuese para mí.

[illegible][illegible]

Los habitantes de las distintas partes del territorio mencionado han emprendido el estudio de las faunas, las hay comenzado el estudio. Desde el Dr. Max y para que se dirijan en la Europa, para la fauna vertebral, mamíferos de Madrid y de Venezuela, para la invertebrada, en especial un departamento para coníferas, y para la fauna marina, la que parte a la vez con los departamentos de las faunas al mismo fin y al de estudiar las relaciones con el Atlántico.

[illegible]

El caso comenzó el mismo día de Martes con la reunión "energía y
valor", por el momento, de la ciudad y velar sobre las cosas y faldas
y el caso, se nombró como por intendente a D. Lorenzo (Cale) de Ho-

asistiendo 34 individuos, que representaban los cuatro brazos, en cuyo número se comprendía el de las ocho ciudades de voto en Cortes. Aprobaron estas todo lo actuado antes de su reunión, y después de nombrar á U. José Rebolledo de Palafox y Meloi capitán general, juzgaron prudente separarse, formando una junta de seis individuos que de acuerdo con el jefe militar atendiese á la defensa común. La autoridad y poder de este nuevo cuerpo fueron más limitados que el de las juntas de las otras provincias, siendo Palafox la verdadera, y por decirlo así, la única cabeza del gobierno. Dependió no poco

pas, traye conocimientos en este ramo, y en su probidad incorruptible me enorgullo, y me hacen respetar los mas felices resultados de la actividad de mi labor, desde aqui a principios de Mayo en Madrid para liberar al pollero, y el temor de permanecer el mismo en Madrid en circunstancias tan criticas, lo trajo a Zaragoza el dia 28 del pasado, le hice detener, y le he precisado a admitir este encargo a pesar de que sus origenes y la observacion de su patrimonio relacionado imperiosamente con todos a Madrid. Fijado este importante punto, y en virtud de las circunstancias, presentare a su tiempo a la nacion el estado de rotinas, su presidencia e intervencion, y en ellas mi testimonio publico de la pureza con que se manejara.

que reunamos nuestras voluntades, y aspiremos al fin que nos hemos propuesto. Salvemos la patria, aunque fuera á costa de nuestros vidas, y volchemos por su conservación. Para ello propongo á V. E. los puntos siguientes:

1.º Que los diputados de las Cortes queden aquí en junta permanente ó nombraron otra, que sea no irá tal o las otras para propiamente y colectar todo lo conveniente para el bien de la patria y del Euz.

2.º Que V. E. nombre entre sus ilustres individuos un «comité» para estudiar y unificar las resoluciones, en las cuales debe haber una reserva favorable, extendiendo por hoy el acuerdo uno de los que se hallan presentados como tales al momento.

b.º Que cada Ayuntamiento correspondiente con su provincia, la comunicue las disposiciones, ya generales, ya particulares que tomaré como jefe auxiliar y pollado del reino, y las que acordáremos para mejorar bien de la España.

« 4.º Que la Junta medite y me proponga sucesivamente las medidas de hacer cumplir la ley en la energía y rapidez que requiere la importancia del objeto, el cuidado de la recolección de granos que se exportan y no debe exportarse.

5.º Que molles y mo, repone la adopción de molles de este-
no y el chinito, que presentará el intendente de el y del reino don
Lorenzo Calvo

del. Que me proponga todas las disposiciones que crea convenientes para mejorar la policía, el buen orden y la fuerza militar en cada departamento del reino.

«7.º) Que todo lo necesario para relacionarse con las demás reinos y por reinos de España, que deben formar con nosotros una sola y misma familia.

8.º Que se encargue y culle de firmar y circular en todo el reino, imprentas ó porquerías, las ordenes emanadas de mi ó las que con mi apercibo expusiere la junta de diputados del reino.

9.° Que cuando un su lugar se deba a no concurrir los diputados por distintos de las provincias ó localidades de fuera del reino de Aragón, resultante que la reunión de sus lugares puede ser interesante a la defensa de la causa pública.

p 19. Que desde la caída de la proclamación de nuestro rey Fernando VII, de destrucción el clima en que he de verte nacer.

1911. Que todos los miembros de la delegación reunidos en un solo punto las diputaciones de las diversas provincias y ramos de la república, confirmando lo acordado en el manifiesto del 11 de Mayo di-

» 12. Que declare donde hubo la arguenda del día, y que la primera cosa que debe ser la de fomento de la patria. — Zaragoza, y de la Junta de la... — Juan de... y...

A CRISTÓBAL LEVÓLO la acusación de adulterio que se proclamó a las 10 de la noche, después de haberse leído el artículo 1.º de la ley de 1845, que castigaba a los adulteros con la pena de muerte. El acusado se defendió con valentía, pero no pudo probar su inocencia, y fue condenado a la pena de muerte. El día siguiente, 1.º de mayo, se celebró el juicio de los otros acusados, que fueron condenados a penas de prisión y multa.

La Real cédula nombraba de Diputados de las Cortes, enterada de la 97.^a fecha, al asistente, después de mandarse al Marqués de Capatzen general en cataluña con y traslado por todo cuanto leida e otorgado, y apertado de quarenta y tres, lo recogió por voluntad con un conde de comarcal y gobernador militar y político del reino de Aragón, y lo trujo al marqués.

El Sr. D. Antonio Frangieri, regidor de la ciudad de Tortosa, justificado en el día de ayer y jurado en la mañana, puso lo mismo á nombre de aquella ciudad, á quien ofrece hasta mayo de este año.

[illegible]

esta diferencia de la particular situación en que se halló Zaragoza, la cual, temiendo ser prontamente acometida por los franceses, necesitaba de un brazo vigoroso que la guiase y protegiese. Era esto tanto más urgente, cuanto la ciudad estaba del todo desahastada. No llegaba á 2.000 hombres el número de tropas que la guarnecían, incluso los niños y partidas sueltas de bandera. De doce cañones se componía toda la artillería, y ésta no gruesa, escaseando en mayor proporción los otros pertrechos. En vista de tan mala miseria, apresuráronse Palafox y sus consejeros a reunir la gente que de todas partes acudía, y á organizarla, empleando para ello á oficiales retirados y á los que de Pamplona, San Sebastián, Madrid, Alenlá y otros puntos sucesivamente se escapaban. Restableció, en la formación de los nuevos cuerpos, el ya desusado nombre de tercios, bajo el que la antigua infantería española había alcanzado tantos laureles, distinguiéndose más que todos el de los estudiantes de la universidad, disciplinado por el barón de Versages. Se recogieron fusiles, escopetas y otras armas, se montaron algunas piezas arrinconadas ó viejas, y la fábrica de pólvora de Villafeliche suministró municiones. Escasos recursos, si á todo no hubiera suplido el valor y la constancia aragonesa.

El levantamiento se ejecutó en Zaragoza sin que felizmente se hubiese derramado sangre. Solamente

se arrestaron las personas que causaban sombra al pueblo.

Energico como los demas, fué en especial notable su primer manifiesto por dos de los artículos que comprendia. «1.º Que el Emperador, todos los individuos de su familia, y finalmente, todo general francés, eran personalmente responsables de la seguridad del Rey y de su hermano y tio. 2.º Que en caso de un atentado contra vidas tan preciosas, para que la España no careciese de su monarca, usaria la nación de su derecho electivo á favor del archiduque Carlos, como nieto de Carlos III, siempre que el Príncipe de Sicilia y el infante D. Pedro y demás herederos no pudieran concurrir. Echase de ver en la cláusula anotada con letra bastardilla que al paso que los aragoneses estaban firmemente adictos á la forma monárquica de su gobierno, no se habían borrado de su memoria aquellos antiguos fueros que en la junta de Caspe les habían dado derecho á elegir un rey, conforme á la justicia y pública conveniencia.

«Cataluña, como dice Melo, una de las provincias de mas primor, reputacion y estima que se halla en la grande congregacion de estados y reinos de que se formó la nacion española, levantó segunda su cerviz, humillada por los que con fementido engrasio habían ocupado sus principales fortalezas. Mas desprovistos los habitantes de esto apoyo, sobre

Se tomó en consideracion el primer punto indicado en el manifiesto de S. E. que ante todo, relativo á si debía quedar permanente la junta de diputados, ó nombrar otra presidida por S. E. con todas las facultades de facultades, y después de un arduo y detenidamente, acordó unánimemente nombrar una junta suprema compuesta de solo seis individuos y de S. E. como presidente con todas las facultades.

Se nombró en seguida una comision compuesta de doce de los señores vocales, tozados los de los cuatro brazos del reino que le fueron: por lo eclesiástico, el Sr. Abad de Monto-Aragon, el Sr. Dean de esta santa Iglesia, y el Sr. Arcipreste de Santa Cristina; por el de la ciudad, el Excmo. Sr. Conde de Sástago, el Sr. Marqués de Fuente Olivar, y el Sr. Marqués de Zafra; por el de hidalgos, el señor Barón de Alcañiz, el Sr. D. Joaquín María Palafox, y el señor D. Antonio Soldevilla; y por el de la ciudad, el Sr. D. Vicente Lina, el Sr. Conde de la Florida y el Sr. D. Francisco Pequer, para que propusiesen á la Asamblea doce candidatos, entre los cuales pudiesen elegir los representantes que con S. E. habían de formar la junta suprema; y habiéndose reunido en una pieza separada los doce señores proponentes que quedan expresados, volvieron á entrar en la sala de la junta ó hicieron su propuesta en la forma siguiente.

Propusieron para los seis individuos que habían de elegirse y componer la suprema junta al Excmo. Sr. Obispo de Huesca, al M. R. padre Prior del Sepulcro de Calatayud, al Excmo. Sr. Conde de Sástago, al Sr. Regente de la Real Audiencia, á D. Valentin Solano, abad del monasterio de Remolá; Arcipreste del Salvador, Barón de Alcañiz, Marqués de Fuente Olivar, Barón de Castañel y D. Pedro María Rie. Se procedió en seguida á la votacion por escrutinio, y de ella resultaron las propuestas con los votos siguientes: El Sr. Obispo de Huesca, 22; el Prior de Calatayud, 11; el Conde de Sástago, 27; D. Antonio Corneil, 30; el Sr. Regente, 20; D. Valentin Solano, 11; Abad de Remolá, 2; Arcipreste del Salvador, 12; Barón de Alcañiz, 2; Marqués de Fuente Olivar, 17; Barón de Castañel, 10; y D. Pedro María Rie, 18; resultando electos á pluralidad de votos para individuos de la suprema junta de Gobierno los señores D. Antonio Corneil, Obispo de Huesca, Regente de la Real Audiencia, Conde de Sástago, D. Pedro María Rie y el Marqués de Fuente Olivar, y por motivo u otra causa legítima que impidiese el ejercicio de su empleo á los electos, lo harían, según uso y costumbre, los que les siguen en votos.

Se trató del nombramiento de un secretario para la junta suprema, y toda la Asamblea manifestó al Excmo. Sr. Capitan general su deseo de que S. E. indicase una ó dos personas para este destino. S. E. lo rehusó, declarando á los señores vocales que nombrasen á quien tuviesen por más conveniente y á propuesta, para el buen desempeño, mas al fin, condescendiendo con las reiteradas instancias de los señores de la junta, y para dar principio al Sr. D. Vicente Lina, y para segundo al Sr. Barón de Castañel, que quedaban electos en consecuencia.

Habiendo concluido la junta sobre las proposiciones 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 11 y 12, las últimas y mas importantes, y acordado tomarlas en consideracion, para lo cual se reunieron de nuevo todos los señores vocales proponentes y presentes al postmo martes, 14 del corriente mes de Junio, á las diez de su mañana, y que por el

Secretario se enviase una copia de dichas proposiciones á cada individuo, y se refiriese á los Sres. Marques de Toros y Conde de Torrescasas, que no habían concurrido, por el podían hacerle, así lo acordó la sesión, quedando todos los señores adventados para volver en mas nuevo al día señalado, y su rubrico el mismo en favor por los Excmos. Sres. Capitan general y Conde de Sástago, y el Excmo. Sr. Obispo de Huesca, de que certifico y firmen la ciudad de Zaragoza, á 9 de Junio de 1808.—LORENZO CALVO DE ROTA, secretario.—V.º R.º.—PALAFOX.

Nota. Todos los señores vocales manifestaron en seguida su voluntad de nombrar al Excmo. Sr. D. José Ballester de Palafox por capitan general efectivo de ejército; mas S. E. dio gracias á la junta y lo rehusó absolutamente, pudiendo que no consiguiera la indicacion, y expresando que era beneficiario de los reales apellidos, nombrado por S. M., y que no admitiria ni deseaba otras prerogativas, satisfaccion ni aumento que el ser útil á la patria y servirle con obsequio y con el de su rey. La junta, en consecuencia, se reunió en su empleo, para la de S. E., y se renovó la votacion á efecto de su voluntad en una de las primeras sesiones á que no asistiese S. E. por considerarlo no de justicia, de todo lo cual certifico al Sr. Calvo.

Hemos insertado aqui el acta de instalacion de las Cortes de Aragon, de que poseemos un ejemplar, por ser documental, así que entónces impreso, que impugna á ser raro.—Signa la lista de los diputados que las compusieron.

ESTADO ECLESIÁSTICO.		Por el partido de Alcañiz.	
Excmo. Sr. Obispo de Huesca.	Sr. de Calatayud.	Sr. de Calatayud.	
Sr. Arcipreste de Tarazona.	Sr. Conde de Samitier.		
Sr. Dean de Zaragoza.			
Sr. Arcipreste de Santa María.			
Sr. Arcipreste de Santa Cristina.			
Sr. Abad de Monte-Aragon.			
Sr. Abad de Santa Fe.			
Sr. Abad de Roda.			
Sr. Abad de Remolá.			
Sr. Prior del Sepulcro de Calatayud.			
ESTADO DE NOBLEZA.		Por el partido de Alcañiz.	
Excmo. Sr. Conde de Sástago.	Sr. de Calatayud.	Sr. de Calatayud.	
Sr. Marqués de Santa Coloma.	Sr. Conde de Samitier.		
Sr. Marqués de Fuente Olivar.			
Sr. Marqués de Zafra.			
Sr. Marqués de Arillo.			
Sr. Conde de Sobradillo.			
Sr. Conde de Torrescasas.			
ESTADO DE HIGEDALGO.		Por el partido de Alcañiz.	
Por el partido de Huesca.	Sr. de Calatayud.	Sr. de Calatayud.	
Sr. Barón de Alcañiz.	Sr. Conde de la Florida.		
Sr. D. Joaquín María Palafox.			
Por el partido de Barcelona.			
Sr. D. Antonio Soldevilla.			
Sr. D. Francisco Pequer.			

todo del de Barcelona, grande é importante por el armamento, vestuario, tropa, oficialidad y abundantes recursos que en su recinto se encerraban, faltóles un centro de donde emanasen con uniforme impulso las providencias dirigidas á conmover las ciudades y pueblos de su territorio. No por eso dejaron de ser portentosos sus esfuerzos, y si cabe, en ellos y en admirable constancia sobrepusó á todas la bella usa Cataluña. Solamente obstruida y cortada por el ejército enemigo, tuvo al pronto que levantarse desunida y en separadas porciones, tardando algun tiempo en constituirse una junta única y general para toda la provincia.

Las comisiones empezaron á últimos de Mayo y al entrar Junio. Dentro del mismo Barcelona se desgarraron el 31 de aquel mes los carteles que proclamaban la nueva dinastía. Hubo tumultuosas reuniones, andúvose á veces á las manos, y resultaron muertes y otros disgustos. Los franceses se inquietaron hastantemente, ya por lo populoso de la ciudad, y ya tambien porque el vecindario amotinado hubiera podido ser sostenido por 3.500 hombres de buena tropa española, que todavía permanecían dentro de la plaza, y cuyo espíritu era del todo contrario á los invasores. Sin embargo, acalláronse allí los alborotos, pero no en las poblaciones que estaban fuera del alcance de la garra francesa.

Había Dubesme, su general, pensado en hacerse dueño de Lérida para conservar francas sus comunicaciones con Zaragoza. Consiguió al efecto una orden de la Junta de Madrid, ya no débil, pero sí culpable, la cual ordenó la entrega á la tropa extranjera fante, sin embargo, el general francés, entró por delante al regimiento de Extremadura, que no pudiendo, como español, despertar las sospechas de los llerdanos, lo allanase sin obstáculo la ocupación. Penetraron, no obstante, aquellos habitantes intenciones tan siniestra, y haciendo en persona la guardia de sus muros, rogaron á los de Extremadura que se quedasen afuera. Con guato condescendencia estos, aguardando en la villa de Tárrega favorable coyuntura para pasar á Zaragoza, en cuyo sitio se mantuvieron firmes apoyos de la causa de su patria. Larida, por tanto, fué la que primero se armó y declaró ordenadamente. Al mismo tiempo Mallorca quemó en público los bandos y decretos del gobierno de Madrid. Tortosa, luego que fué informada de las ocurrencias de Valencia, imitó su ejemplo, y por desgracia algunos de sus desórdenes, habiendo perecido miserablemente su gobernador don Santiago de Guzman y Villoria. Igual suerte cupo al de Villafraña de Panadés, D. Juan de Toda. A todos los pueblos, unos tras de otros ó á la vez, se manifestaron con denuesto, y allí el lidiar fué inseparable del pronunciamiento. Yendo uno y otro de compaña, nos reserváramos, pues, el hablar más detenidamente para cuando lleguemos á las acciones de guerra. El Principado se congregó en junta de todos sus corregimientos á fines de Junio, y se escogió entonces para su asiento la ciudad de Lérida.

Separadas por el Mediterráneo del continente español las islas Baleares, no sólo era de esperar que desconociesen la autoridad intrusa, resguardadas como lo estaban y al abrigo de sorpresa, sino que tambien era muy de desear que abrazasen la causa común, pudiendo en tranquilo y aislado territorio sacar de reparo en los contratiempos, y dejando libres con su declaración las fuerzas considerables de mar y tierra que allí había. Además de la escuadra surta en Menorca, de que hemos hablado, se

contaban en todas sus islas unos 10.000 hombres de tropa reglada, cuyo número, atendiendo á la escasez que de soldados veteranos había en España, era harto importante.

Notáronse en todas las Baleares parecidos síntomas á los que reinaban en la Península, y cuando se estaba en dudas y vacilaciones arribó de Valencia, el 29 de Mayo, un barco con la noticia de lo ocurrido en aquella capital el 23. El general, que lo era á la sazón D. Juan Miguel de Vives, en union con el pueblo, mostróse inclinado á seguir las mismas huellas: pero se retrajo en vista de pliegos recibidos de Madrid pocas horas despues, y traídos por un oficial francés. Hízole titubear su contenido, y convocó el Acuerdo para que juntos discutiesen acerca de los medios de conservar la tranquilidad. Se traslució su intento, y por la tarde una porción de jóvenes de la nobleza y oficiales formaron el proyecto de trastornar el orden actual, valiéndose de la buena disposicion del pueblo. Idearon, como paso previo, tantear al segundo cabo el mariscal de campo D. Juan Oneille, con ánimo de que reemplazase al General, quien, sabiendo lo que andaba, paró el golpe, reuniendo á las nueve de la noche en las casas consistoriales una junta de autoridades. Se iluminó la fachada del edificio, y se anunció al pueblo la resolución de no reconocer otro gobierno que el de Fernando VII. Entonces fué universal la alegría, unánimes las demostraciones cordiales de patriotismo. Evitó la oportuna decision del General desórdenes y desgracias. Al dia siguiente 30 se erigió la junta que se había acordado en la noche anterior, la cual, presidida por el Capitan general, se compuso de más de 20 individuos, entresacados de las autoridades, y nombrados otros por sus estamentos ó clases. Se agregaron posteriormente dos diputados por Menorca, dos por Ibiza, y otro por la escuadra fondeada en Mahon.

En esta última ciudad, siendo las cabezas oficiales de ejército y de marina, se había depuesto y preso al Gobernador y al coronel de Sorin, Cabrera, y desobedecido abiertamente las órdenes de Murat. Recayó el mando en el comandante interino de la escuadra, á cuyas instancias envió la junta de Mallorca para relevarle al Marqués del Palacio, poco antes coronel de húsares españoles.

En nada se había perturbado la tranquilidad en Palma ni en las otras poblaciones. Sólo el 29, para resguardar su persona, se puso en el castillo de Bellver al oficial francés, portador de los pliegos de Madrid. Doloroso fué tener tambien que recurrir á igual precaucion con los dos distinguidos miembros del instituto de Francia. Arago y Biot, quienes, en union con los astrónomos españoles D. José Rodríguez y D. José Clairix, habían pasado á aquella isla con comision científica importante. Era, pues, la de prolongar á la isla de Fermentera la medida del arco del meridiano, observado y medido anteriormente desde Dunkerque hasta Moujaich, en Barcelona, por los sabios Mechain y Delambre. La operacion, dichosamente, se había terminado ántes que las provincias se alzasen, estorbando sólo este suceso medir una base de verificación proyectada en el reino de Valencia. Ya el ignorante pueblo los había mirado con desconfianza cuando, para el desempeño de su cargo, ejecutaban las operaciones geodésicas y astronómicas necesarias. Figuróse que eran planes que levantaban por orden de Napoleón, para sus fines políticos y militares. A tales sospechas daban lugar los engaños y alveas arterias con que los ejércitos franceses habían penetrado en lo interior

del reino; y en verdad que nunca la ignorancia pudiera alegar motivos que pareciesen más fundados. La Junta, al principio, no osó contrarestar el torrente de la opinión popular; pero conociendo el mérito de los sabios extranjeros, y la utilidad de sus trabajos, los preservó de todo daño; é imposibilitada por la guerra de enviarlos en derecha á Francia, los embarcó, en oportuna ocasión, á bordo de un buque que iba á Argel, para entónces neutral, y de donde se restituyeron después á sus hogares.

El entusiasmo en Mallorca fué universal, esmerándose con particularidad en manifestarle las más principales señoras; y si en toda la isla de Mallorca, como decía el Cardenal de Retz (8), no hay mujeres feas, fácil será imaginar el poderoso influjo que tuvieron en su levantamiento.

En Palma se creó un cuerpo de voluntarios con aquel nombre, que después pasó á servir á Cataluña. Y aunque al principio la Junta, obrando providamente, no permitió que se trasladasen á la Península las tropas que guarnecían las islas, por fin accedió á que se incorporasen sucesivamente con los ejércitos que guerreaban.

Una tras otras hemos recorrido las provincias de España y contado su glorioso alzamiento. Habrá quien eche de menos á Navarra y las provincias Vascongadas; pero lindando con Francia, privados sus moradores de dos importantes plazas, y cercados y oprimidos por todos lados, no pudieron resolverse ni formalizar por de pronto gobierno alguno. Con todo, animadas de patriotismo acendrado, impelieron á la desercion á los pocos soldados españoles que había en su suelo, auxiliaron en cuanto alcanzaban sus fuerzas á las provincias lidiadoras, y luego que las suyas estuvieron libres ó más desembarazadas, se unieron á todas, cooperando con no menor conato á la destruccion del comun enemigo. Y más adelante veremos que, aun ocupado de nuevo su territorio, pelearon con empeño y constancia por medio de sus guerrillas y cuerpos francos.

En las islas Canarias, aunque algo lejanas de las costas españolas, siguióse el impulso de Sevilla. Dudóse en un principio de la certeza de los acontecimientos de Bayona, y se consideraron como invencion de la malevolencia, ó como voces de intento esparcidas por los partidarios de los ingleses. Mas habiendo llegado en Julio noticia de la insurreccion de Sevilla y de la instalacion de su Junta suprema, el Capitan general, Marqués de Casa-Cagigal, dispuso que se proclamase á Fernando VII. imitando con vivo entusiasmo los habitantes de todas las islas el noble ejemplo de la Peninsula. Hubo, sin embargo, entre ellas algunas desavenencias, renovando la Gran Canaria sus antiguas rivalidades de primacía con la de Tenerife. Así se crearon en ambas separadas juntas, y en la última, despojado del mando Casa-Cagigal, ya de ambas aborrecido, fué puesto en su lugar el teniente de rey D. Carlos (Donnell). Levantáronse después quejas muy sentidas contra este jefe y la Junta de Tenerife, que no cesaron hasta que el gobierno supremo de la Central puso en ello el conveniente remedio.

Por lo demás, el cuadro que hemos trazado de la insurreccion de España parecerá á algunos diminuto ó conciso, y á otros difuso ó harto circunstanciado. Responderemos á los primeros que, no habiendo sido nuestro propósito escribir la historia particular del alzamiento de cada provincia, el descender á más pormenores hubiera sido obrar con

desacuerdo. Y á los segundos que, en vista de la nobleza de la causa, y de la ignorancia, cierta ó fingida, que acerca de su origen y progreso muchos han mostrado, no ha sido tan fuera de razon dar á conocer con algun detenimiento una revolucion memorable, que, por deseno de unos y malicia de otros, se iba sepultando en el olvido, ó destigandose de un modo rapido y doloroso. Para acabar de llenar nuestro objeto, será bien que, fundándonos en la verídica relacion que precede, sacada de las mejores fuentes, añadamos algunas cortas reflexiones, que, arrojando nueva luz, refuten las equivocaciones sobrado groseras en que varios han incurrido.

Entre éstas se ha presentado con más séquito la de atribuir las conmociones de España al ciego fanatismo y á los manejos é influjo del clero. Lejos de ser así, hemos visto cómo en muchas provincias el alzamiento fué espontaneo, sin que hubiera habido móvil secreto; y que si en otras hubo personas que aprovechándose del espíritu general trataron de dirigirla, no fueron clérigos ni clases determinadas, sino indistintamente individuos de todas ellas. El estado eclesiástico, cierto que no se opuso á la insurreccion, pero tampoco fué su autor. Entró en ella, como toda la nacion, arrastrado de un honroso sentimiento patrio, y no impelido por el inmediato temor de que se le despojase de sus bienes. Hasta entónces los franceses no habían en esta parte dado ocasion á sospechas, y según se advirtió en el libro segundo, el clero español, ántes de las sucesas de Bayona, más bien era partidario de Napoleón que enemigo suyo, considerándole como el hombre que en Francia había restablecido con solemnidad el culto. Por tanto la resistencia de España nació de ólio contra la dominacion extranjera; y el clero como el filósofo, el militar como el paisano, el noble como el plebeyo, se movieron por el mismo impulso, al mismo tiempo, y sin consultar generalmente otro interes que el de la dignidad é independencia nacional. Todos los españoles que presenciaron aquellos dias de universal entusiasmo, y muchos son los que aún viven, atestiguarán la verdad del aserto.

No ménos infundado, aunque no tan general, ha sido achacar la insurreccion á conciertos de los ingleses con agentes secretos. Napoleón y sus parciales, que por todas partes veían ó aparentaban ver la mano británica, fueron los autores de invencion tan peregrina. Por lo expuesto se habrá notado cuán ajeno estaba aquel gobierno de semejante suceso, y cuánto le sorprendió la llegada á Londres de los diputados asturianos, que fueron los primeros que lo anunciaron. Muchas de las costas de España estaban sin buques de guerra ingleses que de cerca observasen ó fomentasen alborotos, y las provincias interiores no podían tener relacion con ellos, ni esperar su pronta y efectiva proteccion; y aun en Cadix, en donde había un crucero, se desechó su ayuda, si bien amistosamente, para un combate en el que, por ser marítimo, les interesaba tomar parte. Véase, pues, si el conjunto de estos hechos da el menor indicio de que la Inglaterra hubiese preparado el primero y gran sacudimiento de España.

Mas aún careciendo de la copia de datos que muestran lo contrario, el hombre meditabundo é imparcial fácilmente penetrará que no era dado ni á clérigos ni á ingleses, ni á ninguna otra persona, clase ni potencia, por poderosa que fuese, provocar con agentes y ocultos manejos en una nacion en-

tera un tan enérgico, unánime y simultáneo levantamiento. Buscará su origen en causas más naturales, y su atento juicio lo descubrirá sin esfuerzo en el desorden del anterior gobierno, en los vaivenes que precedieron, y en el cúmulo de engaños y elevosías con que Napoleón y los suyos ofendieron el orgullo español.

No bastaba á los detractores dar al fanatismo ó á los ingleses el primer lugar en tan grande acontecimiento. Hanse recreado también en oscurecer su lustro, exagerando las muertes y horrores cometidos en medio del fervor popular. Cuando hemos referido los lamentables excesos que entonces hubo, cubriendo á sus autores del merecido opróbio, no hemos omitido ninguno que fuese notable. Siendo así, digámonos de buena fe si acompañaron al tropel de revueltas desórdenes tales, que deban arrancar las desmedidas exclamaciones en que algunos han prorumpido. Sólo pudieran ser aplicables á Valencia, y no á la generalidad del reino, y aun allí mismo los excesos fueron inmediatamente reprimidos, y castigados con una severidad que rara vez se aglutinaba contra culpados de semejantes crímenes en las grandes revoluciones. Pero, al paso que profundamente nos dolamos de aquel estrago, sea nos permitido advertir que hemos recorrido provincias enteras sin topar con desman alguno, y en todas las otras no llegaron á treinta las personas muertas turbulentariamente. Y por ventura, en la situación de España, todas las vínculos de la subordinación y la obediencia, con autoridades que, compuestas en lo general de hechuras y parciales de Godoy, eran miradas al esolajo, y á veces aborrecidas, ¿no es de maravillar que desencadenadas las pasiones, no se suscitasen más rencillas, y que las tropelías, muy hechas, no hubiesen salvado todas las barreras? Morce, pues, aquella nación que se la tilda de cruel y bárbara? ¿Qué otra en tan deshecha tormenta se hubiera mostrado más moderada y contenida? Ofrecenos una mudanza y desconcierto tan fundamental, si bien no igualmente justo y honroso, en que las demasías no hayan muy mucho sobrepasado á las que se cometieron en la insurrección española. Nuestra edad ha presenciado grandes trastornos en naciones apellidadas por excelencia cultas, y en verdad que el imparcial examen y cotejo de una excusa con los nuestros no les sería favorable.

Después de haber tratado de desvanecer errores que tan comunes se han hecho, veamos lo que fueron las puntas y de qué defectos adolecieron. Agregado incoherente y sobrado numero de individuos en que se confundía el hombre del pueblo con el noble, el clérigo con el militar, estaban aquellas autoridades animadas del patriotismo más puro, sin que á veces lo ademasase la conveniente ilustración. Muchas de ellas pusieron todo su cunto en ahogar el espíritu popular, que les había dado el sér, y no le constituyeron la acertada dirección sin que hubiesen podido manejar los negocios hombres prácticos y de estado. Así fué que bien pronto se vieron privadas de los inagotables recursos que en todo sistema social administra el entusiasmo y facilita el mismo desembarazo de las antiguas trabas; sin pudiendo en su lugar introducir orden ni regla fija, ya porque las circunstancias le impedían, y ya también porque pocos de sus individuos estaban dotados de las prendas que se requieren para ello. Hombres tales, escasos en todos los países, era natural que fuesen más raros en España, en donde la opresiva humillación del gobierno había en parte

ahogado las bellas disposiciones de los habitantes. Por este medio se explica cómo á la grandiosa y primera insurrección, hija de un sentimiento noble de honor é independencia nacional, que el despotismo de tantos años no había podido desarraigar, no correspondieron las medidas de gobierno y organización militar y económica que en un principio debieron adoptarse. No obstante, justo es decir que los esfuerzos de las juntas no fueron tan cortos ni limitados como algunos han pretendido; y que aun en naciones más adelantadas quizá no se hubiera ido más allá, si en lo interior hubiesen tenido éstas que luchar con un ejército extranjero, careciendo de uno propio que pudiera llamarse tal, vacías las arcas públicas, y poco provistos los depósitos y arsenales.

Fué muy útil que en el primer ardor de la insurrección se formase en cada provincia una junta separada. Esta especie de gobierno federativo, mortal en tiempos tranquilos para España, como nación contigua por mar y tierra á estados poderosos, dobló entonces, y aun multiplicó sus medios y recursos, excitó una emulación hasta cierto punto saludable, y sobre todo evitó que los manejos del extranjero, valiéndose de la flaqueza y vilanía de algunos, barrenasen sordamente la causa sagrada de la patria. Un gobierno central y único, ántes de que la revolución hubiese echado raíces, más fácilmente se hubiera doblegado á pérdidas insinuaciones, ó su constancia hubiera con mayor prontitud cedido á los primeros reveses. Autoridades desparamadas como las de las juntas, ni ofrecían un blanco bien distinto contra el que pudieran apuntarse los tiros de la intriga, ni aun á ellas mismas les era permitido (cosa de que todas estuvieron lijos) ponerse de concierto para daño y pérdida de la causa que defendían.

Acompañó al sentimiento unánime de resistir al extranjero otro no ménos importante de mejora y reforma. Cierta que éste no se dejó ver ni tan clara ni tan universalmente como el primero. Para el uno sólo se requería ser español y honrado; mas para el otro era necesario mayor saber que el que cabía en una nación anjeta por siglos á un sistema de persecución é intolerancia política y religiosa. Sin embargo, apenas hubo proclama, instrucción ó manifiesto de las juntas, en que, lamentándose de las máximas que habían regido anteriormente, no se diese indicio de querer tomar un rumbo opuesto, anunciado para lo futuro ó la convocación de Cortes, ó el restablecimiento de antiguos fueros, ó el desagratío de pasadas ofensas. Intiérase de aquí enal sería sobre eso la opinión general, cuando así no expresaban unas autoridades que, compuestas en su mayor parte de individuos de clases privilegiadas, procuraban contener más bien que estimular aquella general tendencia. Así fué que por sus pasos contados se encaminó España á la reforma y mejoramiento, y congregó sus Cortes sin que hubiera habido que escuchar los consejos ó preceptos del extranjero. Y ¡ojalá nunca los escuchara! Los años en que escribimos han sido testigos de que su intervención tan sólo ha servido para hacerla retroceder á tiempos comparables á los de la más profunda barbarie.

Nos parece que lo dicho bastará á deshacer los errores á que ha dado lugar el silencio de algunas plumas españolas, el despoque de otras, y la ligereza con que muchos extranjeros han juzgado los asuntos de España, país tan poco conocido como mal apreciado.

Antes de concluir el presente libro será justo que demos una razón, aunque breve, de la insurrección de Portugal, cuyos acontecimientos anduvieron tan mezclados con los nuestros.

Aquel reino, si bien al parecer tranquilo, viéndose agobiado con las extraordinarias cargas, y ofendido de los agravios que se hacían á sus habitantes, tan sólo deseaba oportuna ocasión en que sacudir el yugo que le oprimía.

Junot, en su desvanecimiento, á veces había ideado cefirse la corona de Portugal. Para ello hubo insinuaciones, sordas intrigas, proyectos de Constitución y otros pasos, que no haciendo á nuestro propósito, los pasaremos en silencio. Tuvo, por último, que contentarse con la dignidad de duque de Abrantes, á que le ensalzó su amo en remuneración de sus servicios.

Desde el mes de Marzo, con motivo de la llamada de las tropas españolas, anduvo el general francés inquieto, temiendo que se aumentasen los peligros al paso que se disminuía su fuerza. Se tranquilizó algún tanto cuando vió que al advenimiento al trono de Fernando habían recibido los españoles contraórden. Así fué, como hemos dicho, que los de Oporto volvieron á sus acantonamientos; se mantuvieron quietos en Lisboa y sus contornos los de D. Juan Carrafa, y sólo de los de Solano se restituyeron á Setúbal cuatro batallones, no habiendo Junot tenido por conveniente recibir á los restantes. Prefirió éste guardar por sí el Alentejo, y envió á Kellerman para reemplazar á Solano cuya memoria fué tanto más sentida por los naturales, cuanto el nuevo comandante se estrenó con imponer una contribución en tal manera gravosa, que el mismo Junot tuvo que desaprobársela. Kellerman transfirió á Yelbes su cuartel general para observar de cerca á Solano, quien permaneció en la frontera hasta Mayo, en cuyo tiempo se retiró á Andalucía.

En este estado se hallaban las cosas de Portugal, cuando, después del suceso del 2 de Mayo en Madrid, receloso Napoleón de nuevos alborotos en España, ordenó á Junot que enviase del lado de Ciudad Rodrigo 4.000 hombres que obrasen de concierto con el mariscal Bessiéres, y otros tantos por la parte de Extremadura para ayudar á Dupont, que avanzaba hacia Sierra-Morana. Al entrar Junio llegaron los primeros al pie del fuerte de la Concepción, el cual, situado sobre el cerro llamado el Gardon, sirve como de atalaya para observar la frontera portuguesa y las plazas de Almeida y Castel-Rodrigo. El general Loison, que mandaba á los franceses, ofreció al comandante español algunas compañías que reforzasen el fuerte contra los comunes enemigos de ambas naciones. El ardid, por tan repetido, era harto grosero para engañar á nadie. Pero no habiendo dentro la suficiente fuerza para la defensa, abandonó el comandante por la noche el fuerte, y se refugió á Ciudad-Rodrigo, cuya plaza, distante cinco leguas, y levantada ya, como toda la provincia de Salamanca, redobló su vigilancia y continuó así los siniestros intentos de Loison. Por la parte del Mediodía los 4.000 franceses que debían penetrar en las Andalucías, trataron, con su jefe Avril, de dirigirse sobre Mérida, y bajando después por las riberas de Guadiana, desembocar impensadamente en el condado de Niebla. Allí la insurrección había tomado tal incremento, que no osaron continuar en empresa tan arriesgada. Al paso que así se desbarataron los planes de Napoleón, que en esta parte no hubieran dejado de ser acertados

si más á tiempo hubiesen tenido efecto los acontecimientos del norte de Portugal, vinieron del todo á trastornar á Junot, y levantar un incendio universal en aquel reino.

Los españoles, á su vuelta de Oporto, habían sido puestos á las órdenes del general francés Quesnel. Desagradó la medida inoportuna en un tiempo en que la indignación crecía de punto, é inútil no siendo aliñada con tropa francesa. Andaba así muy irritado el soldado español, cuando alzándose Galicia, comunicó aquella Junta avisos para que los de Oporto se incorporasen á su ejército y llevasen consigo á cuantos franceses pudiesen coger. Concertáronse los principales jefes, se colocó al frente el mariscal de Campo D. Domingo Belestá, como de mayor graduación, y el 6 de Junio, habiendo hecho prisionero á Quesnel y á los suyos, que eran muy pocos, tomó toda la división española que estaba en Oporto el camino de Galicia. Antes de partir dijo Belestá á los portugueses que les dejaba libres de abrazar el partido que quisieran, ya fuese el de España, ya el de Francia, ó ya el de su propio país. Escogieron el último, como era natural. Pero luego que los españoles se alejaron, amedrentadas las autoridades, se sometieron de nuevo á Junot.

Continuaron de este modo algunos días, hasta que el 11 de Junio, habiéndose levantado la provincia de Tras-los-Montes, y nombrado por su jefe al teniente general Manuel Gomez de Sepúlveda, hombre muy anciano, se extendió á la de Entre-Duero-y-Miño la insurrección, y se renovó el 18 en Oporto, en donde pusieron á la cabeza á D. Antonio do San José de Castro, obispo de la diócesis. Cundió también á Coimbra y otros pueblos de la Beira, haciendo prisioneros y persiguiendo á algunas partidas sueltas de franceses. Loison, que desde Almeida había intentado ir á Oporto, retrocedió al verse acometido por la población insurgente de las riberas del Duero.

Una junta se formó en Oporto, que mandó en unión con el Obispo, la cual fué reconocida por todo el norte de Portugal. Al instante abrió tratos con Inglaterra, y dispuso á Londres al Vizconde de Balcanal y á un desembargador. Establó tambien con Galicia convenientes relaciones, y entre ambas juntas se concluyó una convención ó tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Sápase en Lisboa el 9 de Junio la marcha de las tropas españolas de Oporto y lo demás que en esta ciudad había pasado. Sin dilación pensó Junot en tomar una medida vigorosa con los cuerpos de la misma nación que tenía consigo, y cuyos soldados estaban con el ánimo tan alborotado como todos sus compatriotas. Temíase una sublevación de parte de ellos, y no sin algún fundamento. Ya en el mes anterior, y cuando en 5 de Mayo dió en Extremadura la proclama, de que hicimos mención, el desgraciado Torre del Fresno, había sido enviado allí, de Badajoz, el oficial D. Federico Moreti para concertarse con el general D. Juan Carrafa y preparar la vuelta á España de aquellas tropas. La comisión de Moreti no tuvo resulta, así por ser temprana y arriesgada, como tambien por la tibieza que mostró el mencionado Carrafa; pero después embraveciéndose la insurrección española, llegaron de varios puntos emisarios que atizaban, faltando sólo ocasión oportuna para que hubiese un rompimiento. Ofrecíase lo acaecido en Oporto, y con objeto de prevenir golpe tan fatal, procuró Junot, ántes de que se espaciese la noticia, sorprender á los nuestros y desarmarlos. Pudo, sin embargo, escaparse de Mafra y pasar á

España el Marqués de Malespina con el regimiento de dragones de la Reina; y para engañar a los demás emplearon los franceses varios ardidcs, cogiendo á uno en los cuarteles y á otros divididos. M. y doscientos de ellos, que estaban en el campo de Ourique, rehusaron ir al convento de San Francisco, barrantado que se les atrinalla alguna celada. Entonces Junot los mandó llamar al Terreiro do Pazo, fingiendo que era con intento de embarcarlos para España. Alborozados por nueva tan halagüeña, llegaron á aquella plaza, cuando se vieron rodeados por 3.000 franceses y asediada contra sus flus la artillería en las bocanallas. Fueron, pues, desarmados todos y conducidos á bordo de los pontones que había en el Tajo. No se comprendió á los oficiales en precaucion tan rigurosa; pero no habiendo creído algunos de ellos deber respetar una palabra de honor que se les había arrancado despues de una alvosia, se fugaron á España, y de resultas sus compañeros fueron sometidos á igual y desgraciada suerte que los soldados.

No fué tan fácil sorprender ni engañar á los que estando á la izquierda del Tajo vivían más desembarazadamente. Así desertó la mayor parte del regimiento de caballería de Maria Luisa, y fué notable la insurrección de los cuerpos de Valencia y Murcia, de los que, con una bandera, se dirigieron á España muchos soldados. Estaban en Señal, y el general francés Girardot, que allí mandaba, los persiguió. Hubo un encuentro en Os-Pegosa, y los franceses, habiendo sido rechazados, no pudieron detener á los nuestros en su marcha.

El haber desarmado á los españoles de Lisboa motivó la insurreccion de los Algarbes, y por consecuencia, la de todo el mediódia de Portugal. Gobernaba aquella provincia, de parte de los franceses, el general Maurin, á quien, estando enfermo, sustituyó el coronel Maransin. Eran cortas las tropas que estaban á sus órdenes, y cuidadoso dicho jefe por los alborotos, habia salido para Villarreal, en donde construia una bateria que asegurase aquel punto contra los ataques de Ayamonte. Ocupado en guarecerse de un peligro, otro más inmediato vino á distraerle y consternarle. Era el 16 de Junio cuando Olhá, pequeño pueblo de pescadores, á una legua de Faro, se sublevó á la lectura de una proclama que habia publicado Junot con ocasion de haber desarmado á los españoles. Dió el coronel José Lopez de Sousa el primer grito contra los franceses, que fué repetido por toda la poblacion. Este alboroto estuvo á punto de apaciguarse; pero obligado Maransin, que habia acudido al primer ruido, á salir de Faro para combatir á los paisanos, que levantados descendian de las montañas que parten término con el Alentejo, se sublevó, á su vez, dicha ciudad de Faro, formó una junta, se puso en comunicacion con los ingleses, y llevó á bordo de sus navios al enfermo general Maurin y á los pocos franceses que estaban en su compañía. Maransin, en vista de la poca fuerza que le quedaba, se retiró á Mértola, para de allí darse más fácilmente la mano con los generales Kellerman y Avril, que ocupaban el Alentejo. Se aproximó despues á Beja, y por haberle asesinado algunos soldados, la entró á saco el 25 de Junio. Prendió la insurreccion en otros puntos, y en todos aquellos en que el espíritu público no fué comprimido por la superioridad de la fuerza francesa, se repitió el mismo espectáculo y hubo iguales alborotos que en la Peninsula. Entre la junta de Faro y los españoles suscitose cierta disputa por haber éstos destruido las fortificaciones

de Castro-Marín. De ambos lados se dieron las competentes satisfacciones, y amistosamente se concluyó un convenio adecuado á las circunstancias entre los nuevos gobiernos de Sevilla y Faro.

No faltó quien viese, así en este arreglo como en lo que antes se había estipulado entre Gambia y Oporto, una preparación para tratados más importantes, que hubieran podido rematar por una union y acomodamiento entre ambas naciones. Desgraciadamente varios obstáculos, con los cuidados graves de entónces, debieron impedir que se prosiguiese en designio de tal entidad. Es, sin embargo, de desear que venga un tiempo en que, desapareciendo ajeas rivalidades, e ilustrándose unos y otros sobre sus respectivos y verdaderos intereses, se estrechen dos países que, al paso que juntos formarán un incontrastable valladar contra la ambición de los extraños, desunidos solo son víctimas de ajeas contiendas y pasiones.

LIBRO CUARTO.

Junta de Madrid. — Comisión que da al Marqués de Larau — Su proclama de 1 de Julio. — Su desahucio favor de la Diputación de Bayona. — Validez. — Marques de Astorga. — Ochoa de Drenas. — Proclama de Bayona a los bayoneses. — Confidencias enviadas a Zaragoza. — Avisos enviados por Napoleón a Anvers. — Napoleón renuncia la corona de España en José. — Llegada de José a Bayona. — Retiramiento de José en Maritz. — Dignidades españolas. — La de los grandes. — La del Obispo de Sevilla. — La de la Inquisición. — La del ejército. — Otra proclama de los de Bayona. — Pruebas disposiciones para abrir el Congreso de Bayona. — Abrense sus sesiones. — Sus discusiones. — Si ganó de libertad. — Juramento prestado a la Constitución. — Reflexiones sobre la Constitución. — Visita de la Junta de Bayona a Napoleón. — Encuentros de la servidumbre en Fontenay. — El príncipe de Joinville. — Ministerio formado por José. — Jovellanos. — Empleos de palacio. — José entra en España el 4 de Julio. — Primera expedición de los franceses contra Santander. — Expedición contra Valladolid. — Quemas de Torquemada. — Entradas en Palencia. — Acción de Calzon. — Retiran los franceses en Valladolid. — Segunda expedición contra Santander. — Obispos de Santander. — Nulidad de la junta. — Expedición contra Zamora. — Acción de Mallón. — De Alagón. — Cataluña. — Sembrados. — Acción del Bruch. — Defensa de Esparragueras. — Chabran en Tarragona. — Reconocimiento de Arlés. — Saqueo de Vinaroz. — De Tarragona. — Segunda acción del Bruch. — Expedición de Dalmacio contra Gerona. — Resistencia de Masgüt. — Saqueo de Muro. — Ataque de los franceses contra Gerona. — Vuelvo Dalmacio a Barcelona. — Reconocimiento de Gerona. — Saqueos del Montserrat. — Murat. — Lleva la Junta a Andalucía. — Acción de Alcala. — Saqueo de Córdoba. — Situa a Andalucía de los franceses. — Evacuación de los palacios españoles. — Resistencia de Valdepeñas. — Retiranse Dupont a Andujar. — Saqueo de Jaén. — Expedición de Moncey contra Valencia. — Reconocimiento del puente Famoso. — De las Cabañas. — Preparativos de defensa en Valencia. — Retiran en el pueblo de Cuarte. — Defensa de Valencia. — Proposición de Moncey para que capitule la ciudad. — Hechos notables de algunos españoles. — Retiran Moncey. — Invención de Cervantes. — Conducta laudable de Llano. — Enfermedad de Murat. — Refuerzos en su ejército. — Opinión de Larrea. — Savary suelto a Murat. — Singular comisión de Savary. — Su conducta. — Envía Vedel para reforzar a Dupont. — Pasa de Sierra Morán. — Refuerzos enviados a Moncey. — Callabert. — Saqueo a Chelva. — Fiere. — Segundo refuerzo llevado a Dupont por el general Gobert. — Desatándose a Bessieres. — Cuenta. — Ejército de Galana después de la muerte de Blücher. — Hechos de Roscos, 13 de Julio. — Avanza Bessieres a León sin correspondencia con Blake. — Viste de José a Madrid. — Retirado de José. — Su proclamación. — Su reconocimiento. — Consejo de Castella. — Acontecimientos que preceden a la batalla de Bailén. — Distribución del ejército español de Andalucía. — Consejo celebrado para anular a los franceses. — Acción de Montbar. — Batalla de Bailén, 19 de Julio. — Capitulación del ejército francés. — Rinden las armas los franceses. — Reflexiones sobre la batalla. — Cámara el ejército español a la costa. — Descienden en León a caballo por la presencia de los prisioneros. — En el Puerto de Santa Marta. — Correspondencia entre Dupont y Murat. — Conservación del gobierno francés en Madrid. — Retiran José. — Españoles que lo siguen. — Desastres causados en la retirada.

Antes de haber tomado la insurrección de España el alto vuelo que le dieron en los últimos días de Mayo las renuncias de Bayona, recordará el lector

cómo se habían derramado por las provincias emigradas franceses y españoles que con seductoras ofertas trataban de alucinar á los jefes que las gobernaban. La Junta suprema de Madrid, principal instigadora de semejantes misiones y providencias, viéndose así comprometida, siguió con esmerada porfía en su propósito, y al crujido de la insurrección general, reiterando avisos, instrucciones y cartas confidentiales, vivió su desatendido celo en favor de la usurpación extraña, conservando la ciega y vana esperanza de asegurar por medios tan frágiles el asombroso sacudimiento de una grande y pundonorosa nación.

Sobresaltada en extremo con la conmoción de Zaragoza, acudió con presteza á su remedio. Ponzabala este suceso, no tanto por su importancia, cuanto por el temor, sin duda, de que con él se trasluciesen las órdenes que para resistir á los franceses le habían sido comunicadas desde Bayona, y á cuyo cumplimiento había faltado. Presumía que Palafox, sabedor de ellas, y encargado de otras iguales ó parecidas, las daría entera publicidad, poniendo así de manifiesto la reprensible omisión de la Junta, á la que, por tanto, era urgente aplacar aquel levantamiento. Como el caso requería pulso, se escogió al efecto al Marqués de Lazan, hermano mayor del nuevo capitán general de Aragón, en cuya persona concurrían las convenientes calidades para no excitar con su nombre recelos en el acostumbrado pueblo, y poder influir con éxito y desembarazadamente en el ánimo de aquel candillo. Pero el de Lazan, al llegar á Zaragoza, en vez de favorecer los intentos de los que le enviaban, y persuadido también de cuán imposible era resistir al entusiasmo de aquellos moradores, se unió á su hermano, y en adelante partió con él los trabajos y penalidades de la guerra.

Arrugándose más y más el semblante del reino, y tocando á punto de venir á las manos, en 4 de Junio circuló la Junta, de acuerdo con Murat, una proclama (1) en la que se ostentaban las ventajas de que todos se mantuviesen sossegados, y aguardasen á que el héroe que admiraba al mundo concluyera la grande obra, en que estaba trabajando, de la regeneración política. Tales expresiones alborotaban los ánimos, lejos de apaciguarlos, y por cierto rayaba en avilantez el que una autoridad española osase ensalzar de aquel modo al causador de las recientes escenas de Bayona, y además era, por decirlo así, un desenfreno del amor propio imaginarse que con semejante lenguaje se pondría pronto término á la insurrección.

Viendo cuán inútiles eran sus esfuerzos, y ansiosa de encontrar por todas partes apoyo y disculpa á sus compromisos, trabajó con ahínco la Junta para que acudiesen á Bayona los individuos de la diputación convocada á aquella ciudad. Crecían los obstáculos para la reunión con los bullicios de las provincias, y con la repulsa que dieron algunos de los nombrados. Indicamos ya cómo el bañío D. Antonio Vales había rehusado ir, prefiriendo, con gran peligro de su persona, fugarse de Burgos, donde residía, á la mengua de autorizar con su presencia los escanda les de Bayona. Excusóse también el Marqués de Astorga, sin reparar en que, siendo uno de los primeros próceres del reino, la mano enemiga le perseguiría y le privaría de sus vastos estados y riquezas. Pero quien aventuró á todos en la resistencia fue el reverendo obispo de Orense, D. Pedro de Quesada y Quintana. La contestación de este pro-

lado al llamamiento de Bayona, obra señalada de patriotismo, unió á la solidez de las razones un atrevimiento hasta entonces desconocido á Napoleón y sus secuaces. Al modo de los oradores más egri-gios de la antigüedad, usó con arte de la poderosa arma de la ironía, sin deslucirla con bajas é impropias expresiones. Desde Orense, y en 29 de Mayo, no levantada todavía Galicia, y sin noticia de la declaración de otras provincias, dirigió su contestación al Ministro de Gracia y Justicia. Como en su contenido se sentaron las doctrinas más sanas y los argumentos más convincentes en favor de los derechos de la nación y de la dinastía reinante, recomendamos muy particularmente la lectura de tan importante documento, que á la letra insertamos en nota aparte (2). Difícilmente pudieran trazarse

(2) Respuesta dada por el Ilmo. Sr. Obispo de Orense á la Junta de Bayona, con motivo de haber sido nombrado diputado para la Junta de Bayona.

Excuso, Sr.—Muy señor mío: Un correo de la Coruña me ha entregado en la tarde del miércoles, 25 de este, la de V. E. con fecha del 19, por la que, entre lo demás que contiene, me ha visto nombrado para asistir á la asamblea que debe tenerse en Bayona de Francia, á fin de ocurrir en cuanto pudiese á la felicitación de la monarquía, conforme á los deseos del gran Emperador de los franceses, celoso de elevarla al más alto grado de prosperidad y de gloria.

Aunque mis luces son escasas, en el deseo de la verdadera utilidad y gloria de la nación no debo ceder á nadie, y nada omitiré que se fuese practicable y creyesse conducente á ello. Pero mi edad avanzada y tres años, una indisposición actual, y otras molestias y humiliales me impiden un viaje tan largo y con un término tan corto que apenas basta para él, y ménos para poder allí, por los obstáculos y para adquirir las noticias é instrucciones que debían preceder. Por lo mismo me consuelo produciendo á vuestro cargo de este cargo, como lo hago por esta, no dudando que el Sr. Marqués de Berz y la suprema Junta de Gobierno, estimando justa y necesaria mi suplica de que admitan mi excusa y dispongan lo que les plazca.

Al mismo tiempo, por lo que interesa al bien de la nación y á los derechos mismos del Emperador y Rey, que quiere ser como el ángel de paz y el protector tutelar de ella, y no olvida lo que tan muchas veces ha manifestado, el grande interés que toma en que los pueblos y soberanos sus aliados aumenten su poder, sus riquezas y duren en todo género, me tomo la libertad de hacer presente á la Junta suprema de Gobierno, y por ella al mismo Emperador, Rey de Italia, lo que antes de tratar de los asuntos á que parécen convocada, diría y protestaría en la asamblea de Bayona, si pudiese concurrir á ella.

Retraído de curar males, de reparar perjuicios, de mejorar la suerte de la nación, y de la monarquía; pero ¿cómo que bases y fundamentos? ¿Hay medio aprobado y autorizado, firme y reconocido por la nación para esto? ¿Quiere ella enojarse y esperar en salud por esta vía? ¿Y no hay enfermedades también que se agorran y comparan con las medicinas; de que se ha dicho: *Tantum valet quantum valet morbus*? Y ¿no parece haber sido de esta clase la que ha empleado con su aliado y familia real de España el poderoso protector, el emperador Napoleón? Sus males se han agravado tanto, que está como desesperada su salud, se ve internada en el imperio francés, y en una tierra que la había desbarbado para siempre, y vuelta á su cuna primitiva, halla el término por una muerte civil, en donde la primera rama fué cruelmente cortada por el furor y la efervescencia de una revolución insensata y sangrienta. Y en esta situación, ¿qué podrá esperar España? Su curación, ¿le será más factible? Los médicos y medicinas no le anuncian. Las renuncias de sus reyes en Bayona é infantes en Burdeos, en donde se dice que podrían ser libres, en donde se han contentado volando de la fuerza y del artificio, y destituidos de los honores y asistencia de sus fieles vasallos; estas renuncias, que no poseen consentimiento ni parecer, posibles, atendiendo á las leyes naturales del amor paternal y filial, y al honor y lustre de toda la familia, que tanto interesa á todos los hombres honrados; estas renuncias, que se han hecho sospechosas á toda la nación, y de las que pendie toda la autoridad de que justamente puede hacer caso el Emperador y Rey, exigen para su validación y firmeza, y á lo ménos para la satisfacción de toda la nación española, que se ratifiquen estando los reyes é infantes que las han hecho libres de toda sujeción y temor. Y burla sería tan glorioso para el grande emperador Napoleón, que tanto se ha interesado en ellas, como en devolver á la España sus antiguos monarcas: la milis, disponer que dentro de algunos, y en todas Cortes generales del reino, hiciesen lo que fuere necesario, y la nación misma, con la independencia y autonomía que la compete, procediese á su consecuencia á reconocer por su legítimo rey al que la naturaleza, el derecho y las circunstancias han puesto al trono español.

Este manifiesto y poderoso proceder sería el mayor aliento del mismo Emperador, y sería más grande y admirable por el que por hechos victoriosos y laureles que le coronan y distinguen entre los dios de la monarquía de la tierra, y así sería la España de una noble fusticidad que la aumenten, y podría, finalmente, salir de su

(1) Esta proclama está inserta en la Gaceta de Madrid del 7 de Julio de 1808.

consultado con su hermano la mudanza resuelta, temió que no aceptase el nuevo solio, y quiso remover prontamente cualquiera obstáculo que se le opusiese. En efecto, José, contento con su delicioso reino de Nápoles, no había decidido á admitir el cambio, que para otros hubiera sido tan lisonjero. Y aquí tenemos una corona arrancada por la violencia á Fernando VII, adquirida también mal de su grado por el señalado para sucederle.

Napoleón, atento á evitar la negativa de su hermano, le hizo subir en su coche, y exponiéndole sus miras políticas en trasladarle al trono español, trató con particularidad de inculcarle los intereses de familia, y la conveniencia de que se conservase en ella la corona de Francia, para cuyo propósito y el de prevenir la ambición de Murat y de otros extráneos, nada era más acertado, añadía, que el poner como de atalaya á José en España, desde donde con mayor facilidad y superiores medios se posesionaría del trono de Francia, en caso de que vacase inesperadamente. Además le manifestó haber ya dispuesto del reino de Nápoles para colocar en él á Luciano. Asegúrase que la última indicación movió á José más que otra razón alguna, por el tierno amor que profesaba á aquel su hermano. Sea, pues, de esto lo que fuere, lo cierto es que Napoleón había de tal modo preparado las cosas, que sin dar tiempo ni vagar, fué José reconocido y acatado como rey de España.

Así sucedió que al llegar entre dos luces á Mar-rac recibió los obsequios de tal de boca de la Emperatriz, que con sus damas había salido á recibirle al pie de la escalera. Ya le aguardaban dentro del palacio los españoles congregados en Bayona, á quienes se les había citado de antemano, teniendo Napoleón tanta prisa en el reconocimiento del nuevo rey, que no permitió cubrir las mesas ni descansar ninguno á su hermano antes de desempeñar aquel cuidado, cuyo ceremonial se prolongó hasta las diez de la noche.

Naturalmente debió durar más de lo necesario, habiendo ignorado los españoles el motivo á que eran llamados. Advertidos después, tuvieron que comportarse apresuradamente allí mismo, en uno de los salones, y arreglar el modo de felicitar al soberano recién llegado. Para ello se dividieron en cuatro diputaciones, á saber: la de los grandes, la del Consejo de Castilla, la de los de la Inquisición, Indias y Hacienda, reunidos los tres en una, y la del ejército. Pusieron todas separadamente y por escrito una exposición gratulatoria, y antes de que se leyese á José con toda solemnidad, se presentaba cada una á Napoleón para su aprobación previa, menuda censura, indigna de su alta jerarquía.

Era la diputación de los grandes la primera en orden, e iba á su cabeza el Duque del Infantado, quien había tenido el encargo de extender la felicitación. Principiando por un cumplido vago, como le gusta con decir: «Las leyes de España no nos permiten ofrecer otra cosa á V. M. Esperamos que la nación se explique y nos autorice á dar mayor enan-

che á nuestros sentimientos.» Difícil sería expresar la irritación que provocó en el altivo ánimo de Napoleón tan inesperada cortapisa. Fuera de sí y abalanzándose al Duque, dijo que siendo caballero, se portase como tal, y que en vez de alterar acerca de los términos de un juramento, el cual, así que pudiera, intentaba quebrantar, se pusiese al frente de su partido en España, y lidiasa franca y lealmente.... Pero le advertía que si faltaba al juramento que iba á prestar, quizá estaría en el caso ántes de ocho días de ser arcabuceado. Tantos eran á la verdad los escrúpulos del Duque, y, ó debía haberlos sepultado en lo más íntimo del pecho, ó sostenerlos con el brío digno de su cuna, si arrastrado por el clamor de la conciencia, quería acallar la dándole libre salida. Mas el del infatigado arrojóse, y cedió á la ira de Napoleón. Por eso hubo quien achacara á otro haberle apuntado la clausula, dejándole sólo al Duque la gloria de haberla escrito, sin pensar en el aprieto en que iba á encontrarse. Corrigieron entonces los grandes su primera exposición, reconocieron por rey á José, e hizo la lectura de ella, aunque no pertenecía á la clase, D. Miguel José de Azanza.

Los magistrados que llevaban la voz á nombre del Consejo de Castilla, si bien incensaron al nuevo rey diciéndole (7): «V. M. es rama principal de una familia destinada por el cielo para reinar», esquivaron también, pero de un modo más enojoso, que los grandes, el reconocimiento claro y sencillo, limitándose, por falta de autoridad, según expresaban, á manifestar cuáles eran sus deseos: tan cuidadosos andaban siempre el Consejo y sus individuos de no comprometerse abiertamente en ningún sentido.

A todos los parabienes respondió José con afable cortesanía, mereciendo particular mención el modo con que habló al inquisidor D. Raimundo Echevarría y Salinas, á quien dijo que la religión era la base de la moral y de la prosperidad pública, y que aunque había países en que se admitían muchos cultos, sin embargo debía considerarse á la España como feliz porque no se honraba en ella sino el verdadero. Con un tan claro elogio de las ventajas de una religión exclusiva, los inquisidores, que fundamentalmente consideraban su tribunal como el principal baluarte de la intolerancia, creyéronse asegurados. Ya ántes alimentaban la esperanza de mantenerle, desde que Murat mismo había correspondido á sus congratulaciones con halagueñas y favorables palabras. El no haberse abolido aquel terrible tribunal en la Constitución de Bayona, y el que uno de sus ministros, en representación suya, la autorizase con su firma, acrecentó la confianza de los interesados en conservarle, y puso espanto á los que á su nombre se estremecían. Ahora, que han trascurrido años, y que otros excesos han casi borrado los de Napoleón, atribuirse á sueño de los partidarios del Santo Oficio el haberse imaginado que aquél hubiera sostenido tan odiosa institución. Mas si recordamos que en los primeros tiempos de la invasión francesa muchos emisarios de su gobierno encarecían la utilidad de la Inquisición como instrumento político, y si también atendemos al modo arbitrario y esdrújolo con que en la ilustrada Francia se disminuyó y cercenaba la libertad de escribir y pensar, no nos parecerá que fuesen tan desvarías y fatuas las esperanzas de los inquisidores. Quizá José y al-

«Indignos á José Bonaparte mismo y los que le rodean y han merecido el castigo», continúa. Tal á ellos ahora en 1842 viven en Florencia, y «habiendo renunciado desoso», han respondido que de pronto habían sido castigados, *Indignos las Memorias de Mr. Echevarría (García), acerca de lo acaecido en 1808 entre el rey José y su hermano, el emperador Napoleón, ya en Bayona, ya antes, ninguna referencia con puntual exactitud como la del Conde de Toreno en su Historia, habiendo aludido ya de por sí que se atribuya de que dicho José Bonaparte, trascurrido ya un siglo y medio, y afortunadamente, no se acuerda averiguarlo.*

(7) Todas estas gratulaciones pueden leerse en el *Boletín de Madrid* del 12 de Junio de 1808 y en las *Gacetas* de aquel tiempo.

gunos españoles de su bando hubieran querido la abolición inmediata; pero ¿qué podía él ni qué valían ellos contra la imperiosa voluntad de Napoleón? Que éste acabase después en Diciembre de 1808 con la Inquisición, en nada destruye nuestros recelos. Entonces restablecida, como á su tiempo veremos, por la Junta Central, con gran descrédito suyo, entendió el soberano francés ser oportuno descajar tan mala planta, procurando granjearse por aquel medio, y en contraposición de la autoridad nacional, el aprecio de muchos hombres de saber, atomizados y desabridos con el renacimiento de tan odioso tribunal.

En la contestación que dió José al Duque del Parque, representante del ejército, también notamos ciertas expresiones bastante singulares: «Yo me honro, dijo, con el título de su primer soldado, y ora fuese necesario, como en tiempos antiguos combatir á los moros, ora sea menester rechazar las injustas agresiones de los eternos enemigos del continente, yo participaré de todas vuestras peligrosas.» Extraña mezcla poner al par de los ingleses á los moros y sus guerras. Probablemente fué adorno oratorio mal escogido, dado que no siendo creíble que por aquellas palabras hubiera querido anunciar en nuestros días temores de una irrupción agarena, era forzoso imaginarse que se encubría en su sentido el ulterior proyecto de invadir la costa africana, y cierto que si el primer pensamiento hubiera pasado de desvarío, hubiérase el segundo reprendido de sobradamente anticipado, cuando la nueva corona apenas había tocado su cabeza.

Todavía era muy corto el número de diputados que concurrían en Bayona, á la sazón que en 8 de Junio dieron los presentes otra proclama (8) á todos los españoles, con objeto de recomendar á su afecto la nueva dinastía y de reprimir la insurrección. José por su parte aceptó, en decreto del 10 (9), la cesión de la corona de España que en su persona había hecho su hermano, confirmando á Murat en la lugartenencia del reino, cuyo puesto había ejercido sucesivamente á nombre de Carlos IV y de Napoleón. Acompañaba á este decreto otro (10) en que

mostraba cuáles eran sus intenciones, y en el que ya llamaba suyos á los pueblos de España. Estos documentos corrían con dificultad en las provincias; pero si alguno de ellos se introducía, aplaba el fuego en vez de apagarlo.

Acercábase el día de abrirse el Congreso de Bayona, y á duras penas crecía el número de individuos que debían componerlo. Por fin fueron llegando algunos de los que forzadamente obligaban á salir de Madrid, 6 de los que cogían en los pueblos ocupados por las tropas francesas. Pocos fueron los que de grado acudieron al llamamiento, y mal podía ser de otra manera viendo los convocados que la insurrección prendía por todas partes, y el gran compromiso á que se exponían. Antes de dar principio á las sesiones, Napoleón entregó á D. Miguel José de Azanza un proyecto de Constitución. Extraña curiosidad se despertó con deseo de averiguar quién fuese el autor. Ni entonces ni ahora ha sido dable el descubrirle, bien que se advierta que una mano española debió en gran parte coadyuvar al desempeño de aquel trabajo. Nosotros no aventuraremos conjeturas más ó menos fundadas. Pero si se nos ha aseverado de un modo indudable por persona bien enterada, que dicha Constitución, ó sus bases más esenciales, fueron entregadas al Emperador francés en Berlín después de la batalla de Jena. Debió, pues, salir de pluma que vislumbrase ya cuál suerte aguardaba á España con la incierta política del Príncipe de la Paz y la desmesurada ambición del gabinete de Francia. Napoleón escogió á D. Miguel de Azanza, como en otro libro indicamos, para presidir el Congreso, y se nombraron por secretarios á D. Mariano Luis de Urquijo, del Consejo de Estado, y á D. Antonio Ranz Romaniños, del de Hacienda. Encargó también que se eligiesen dos comisiones, á cuyo previo examen se confiase el preparar los asuntos para los debates, y proponer las modificaciones que pareciere oportuno adoptar en la nueva Constitución.

Concluidas que fueron estas disposiciones preliminares, abrió sus sesiones la Junta de Bayona el 15 de Junio, día de antemano señalado. Pronunció D. Miguel de Azanza, en calidad de presidente, el discurso de apertura. En él decía (11): «Gracias y honor inmortal á este hombre extraordinario (Napoleón), que nos vuelve una patria que habíamos perdido.... Ha querido después que en el lugar de su residencia, y á su misma vista, se reúnan los diputados de las principales ciudades y otras personas autorizadas de nuestro país, para discutir en común sobre los medios de reparar los males que hemos sufrido, y sancionar la Constitución que nuestro mismo regenerador se ha tomado la pena de disponer, para que sea la inalterable norma de nuestro gobierno. De este modo podrán ser útiles nuestros trabajos, y cumplirse los altos designios del héroe que nos ha convocado.... Pesa que un hombre cuyo concepto de probidad se había hasta entonces mantenido sin tacha, se abatiese á pronunciar expresiones adulatorias, poco dignas de la boca de un ministro puro y honrado. Porque, en efecto, ¿dónde estaban los diputados de las principales ciudades? Y si la patria estaba perdida, ¿no había también el hombre extraordinario contribuido

(8) Esta proclama está inserta en el *Diario de Madrid* del 15 de Junio de 1808.

(9) Habiendo aceptado la cesión de la corona de España, que mi muy caro y muy amado hermano, el Emperador de los franceses, etc., hizo á favor de mi persona, según el aviso que se comunicó al Consejo confidencial de 4 del corriente, he tenido en combiar por mi lugarteniente general á S. A. I. y R. el gran Duque de Berg, según se lo participó con esta fecha, encargándole que haga ejecutar todos los decretos que convengan, á fin de que los tribunales y los empleados de todas clases continúen en el ejercicio de sus funciones respectivas, por exigirlo así el bien general del reino, que es y será siempre el objeto de mis deseos. Tenedlo entendido el Consejo para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le toca.—Yo en Rey.—En Bayona, á 10 de Junio de 1808.—Al Decano del Consejo.

(10) El augustísimo Emperador de los franceses, nuestro muy caro y muy amado hermano, nos ha cedido todos los derechos que había adquirido á la corona de las Españas por los tratados ajustados en los días 5 y 10 de Mayo próximo pasado. La Providencia, abriendo nos una carrera tan vasta, sin duda que ha penetrado nuestros pensamientos; la misma nos dará fuerzas para hacer la felicidad del pueblo generoso que ha confiado á nuestro cuidado. Solo ella puede leer en nuestra alma, y no seremos felices hasta el día en que, correspondiendo á tantas esperanzas, podamos darnos á nosotros mismos el testimonio de haber llenado el glorioso cargo que se nos ha impuesto. La conservación de la santa religión de nuestros mayores en el estado próspero en que la encontramos, la integridad y la independencia de la monarquía serán nuestros primeros deberes. Tomemos derecho para contar con la asistencia del clero, de la nobleza y del pueblo, á fin de hacer revivir aquel tiempo en que el mundo entero estaba lleno de la gloria del nombre español; y sobre todo deseamos establecer el asilo y fijar la felicidad en el seno de esta familia por medio de una buena organización social. Hacer el bien público con el menor perjuicio posible de los intereses particulares será el espíritu de nuestra conducta; y por lo que á Nos toca, como reyes, pueblos sean dichosos, en su felicidad cifracemos toda nuestra glo-

ria. A este precio ningún sacrificio nos será costoso. Para el bien de la España, y no para el nuestro, nos proponemos regir el Consejo lo tendrá entendido y lo comunicará á nuestros pueblos.—Yo en Rey.—En Bayona, á 10 de Junio de 1808.—Al Decano del Consejo.

(11) Este discurso está inserto en el suplemento á la *Gaceta de Madrid* del 21 de Junio de 1808.

en gran manera á hundirla en el abismo? ¿En dónde y cómo nos la habia vuelto? Sin la constancia española, sin la pertinaz guerra de seis años, hubiera sido tratada con el vilipendio que otros estados, y partida despues ó desmembrada al antojo del extranjero. Suerte que hubiera merecido si en silencio hubiese dejado que tan indignamente se la humillase y oprimiese. Pudiera Azanza haber cumplido con el encargo de presidente, sin aparecer oficioso ni lisonjero.

Reuníronse á doce las sesiones de Bayona. En la misma del 15 se procedió á la verificación de poderes, y se leyó el decreto de Napoleon por el que cedía la corona de España á su hermano José; habiéndose acordado en la del 17 pasar á cumplimentar al nuevo monarca. En nada fueron notables los discursos que al caso se pronunciaron, sino en haberse especificado en el contexto del de la Junta que habian hecho y que harían (sus individuos) cuanto estuviese de su parte para atraer á la tranquilidad y al orden las provincias que estaban agitadas. Por el mismo tenor y según costumbre fue la contestación de José, no echando en olvido la repetida cantinela de que los ingleses eran los que fomentaban la inquietud de los pueblos.

Presentóse el día 20 el proyecto de Constitución, y ordenó la Junta su impresión, habiéndose oído en los siguientes varios discursos acerca de sus artículos. Se ventilaron tambien otros puntos, y en la citada sesión del 20 se propuso, para halagar al pueblo, la supresion de los 4 maravedises en cuartillo de vino, y la de 3 $\frac{1}{2}$ por 100 de los frutos que no diezmaran; cuyo acuerdo quedó en el inmediato día aprobado por José. En la del 22 D. Ignacio de Tejada, designado por Murat para representar el nuevo reino de Granada, sostuvo en un vehemente discurso lo conveniente que sería afianzar la union con la metrópoli de las provincias americanas. Cuatro religiosos que tenían voz, como diputados de los regulares, pidieron en otra sesión que no se suprimiesen del todo los conventos, y que sólo se minorase el número. ¡Ojalá se hubieran mostrado siempre tan sumisos y conformes! Se atrevió á proponer la abolición del Santo Oficio D. Pablo Arribas, sosteniéndole D. José Gomez Hermosilla; pero el inquisidor Ethenard, levantándose muy alborotado, se opuso, é intentó probar lo útil del establecimiento, considerado por el lado político. Apoyáronle con fuerza los conuejeros de Castilla, siendo natural se estrechasen para defensa mutua los cuerpos que, en sus respectivas jurisdicciones, tanto daño habian acarreado á España. El Duque del Infantado quería que no se rebajase á menos de 80.000 ducados el máximo de los mayorazgos; desechose la propuesta, no habiendo tampoco las dos anteriores tenido resulta. Fue notable y digna de loa la que promovió D. Ignacio Martinez de Vilela, si no con mejor éxito, de que se comprendiese en la ley fundamental un artículo para que ninguno pudiese ser incomodado por sus opiniones políticas y religiosas. Admiraría que aquel mismo magistrado años adelante se convirtiese en duro y constante perseguidor, si, por desgracia, no ofreciese la flaqueza humana, la rencorosa envidia ó la desapoderada ambicion repetidos ejemplos de tan lamentables mudanzas. Por tal término anduvieron las discusiones, hasta que el 30 se concluyeron y cerraron las de la Constitución; en cuyo día se le añadió un último artículo, declarando que despues del año 20 se presentarían de orden del Rey las mejoras y modificaciones que la experiencia hubiese enseñado ser necesarias y convenientes.

En vista de la adición de este artículo y de las cortas discusiones que hubo, han pretendido algunos, y de aquellos que han tratado de defenderse, que la Junta habia gozado de libertad. Concediendo que esto fuese cierto, levantárianse contra los miembros un grave cargo por no haber sostenido mejor los derechos de la nacion, ya que hubiesen creído inútil recordar los de Fernando y su familia. Parecería, pues, imposible, á no leerlo en sus obras, que hombres graves hayan querido persuadir al público que allí se procedió sin embarazo, discutiéndose las materias con toda franqueza y albor y según el dictamen de los vocales. No hay duda que sobre puntos accesorios fue lícito hablar, y aun indicar leves modificaciones. Pero ¿qué hubiera acontecido si alguno se hubiese propuesto, no á renovar la cuestion, decidida ya, de mudanza de dinastía, sino á enmendar cualquier artículo de los sustanciales de la Constitución? ¿Qué si hubiese reclamado la libertad de imprenta, la publicidad de las sesiones, una manera, en fin, más acertada de constituirse las Córtes? O para siempre hubiera enmudecido el audaz diputado de enyes labios hubieran salido semejantes proposiciones, ó de prisa y estrepitosamente se hubiera disuelto el Congreso de Bayona. Así en el corto número de doce sesiones se cumplió con las formalidades de estilo, se tocaron varias materias, y se discutió y aprobó á la unanimidad una Constitución de 146 artículos. Mas ¿á qué cansarse? Para conceptuar de qué libertad gozaron los diputados, basta decir que fué en Bayona y á vista de Napoleon donde celebraron sus sesiones.

Al fin, el 7 de Julio, reunido el Congreso en el mismo sitio de los anteriores días, que fué en el palacio llamado del Obispado Viejo, juró José la observancia de la Constitución en manos del Arzobispo de Burgos, y tambien la juraron, aceptaron y firmaron los diputados, cuyo número no pasó de 91, siendo de notar que apenas 20 habian sido nombrados por las provincias. Los demas, 6 eran de aquellos que habian acompañado al rey Fernando, 6 individuos de diversas corporaciones ó clases residentes en Madrid y ciudades oprimidas por los soldados franceses. Para que subiera la cuenta obligaron tambien á españoles transeúntes casualmente en Bayona á que pusiesen su firma en la nueva Constitución. Pero, á pesar de tales esfuerzos, nunca pudo completarse el número de 150, que era el determinado en la convocatoria.

Ahora sería oportuno entrar en el exámen de esta Constitución, si por lo ménos hubiera gobernado de hecho la monarquía. Mas, ilegítima en su origen, y bastarda producción de tierra extraña, nunca plantada en la nuestra, no sería justo que nos detuviésemos largo tiempo, ni cortase el hilo de nuestra narración. Sin embargo, atendiendo al elogio que de algunos ha merecido, séanos lícito poner aquí ciertas observaciones, que, si bien restrictas y generales, no por eso dejarán de dar una idea de los defectos fundamentales que la oscurecian y anulaban.

Desde luego nótese que falta en aquella Constitución lo que forma la base principal de los gobiernos representativos, á saber, la publicidad. Por ella se ilustra y conoce la opinion, y la opinion es la que dirige y guía á los que mandan en estados así constituidos. Dos son los únicos y verdaderos medios de conseguir que la voz pública suba con rapidez á los representantes de una gran nacion, y que la de éstos descienda y cunda á todas las clases

del pueblo. Son, pues, la libertad de imprenta y la publicidad en las discusiones del cuerpo ó cuerpos que deliberan. Por la última, como decía el mismo Burke, llega á noticia de los poderdantes el modo de pensar y obrar de sus diputados, sirviendo también de escuela instructiva á la juventud; y por la primera, esencialmente unida á la naturaleza de un estado libre, conforme á la expresión del gran jurista Blackstone, se enteran los que gobiernan de las variaciones de la opinión y de las medidas que imperiosamente reclaman, por cuya mutua y franca comunicación, acumulándose cuantiosa copia de saber y datos, las resoluciones que se toman en una nación de aquel modo regida no se apartan en lo general de lo que ordena su interés bien entendido; desapareciendo, en cotejo de tamaño beneficio, los cortos inconvenientes que en ciertas y contados casos pudieran acompañar á la publicidad, y de que nunca se ve del todo desembarazada la humana naturaleza. Pues aquellos dos medios tan necesarios de estatuirse en una Constitución que se precia de representativa, no se violaban siquiera en la de Bayona. Al contrario, por el artículo 80 se prevenía que las sesiones de las Cortes no fuesen públicas. Y en tanto grado se huía de conceder dicha facultad, que en el 81 base hasta graduar de rebelión el publicar impresos ó por carteles las opiniones ó votaciones. Quien con tanto esmero había trabado la libertad de los diputados, no era de esperar obras más generosamente con la de la imprenta. Diferíase su goce á dos años después que la Constitución se hubiese plantado, no debiendo ésta tener su cumplido efecto antes de 1813. Pero aun entonces, además de las limitaciones que hubieran entrado en la ley, parecían que nunca se hubieran comprendido en su contexto los papeles periódicos. Así se infiere de lo prevenido en el artículo 45; porque, al paso que se crea una junta de cinco senadores encargados de velar acerca de la libertad de imprenta, se exceptúan determinadamente semejantes publicaciones, las que aun duda reservaba el Gobierno á su propio examen. Véase, pues, cuán tarbia y escatimada llegaría concesión de tal importancia.

Tampoco se había compuesto ni deslindado adecuadamente la potestad legislativa. Al sonido de la voz *segunda*, cualquiera se figuraría haber sido erigido aquel cuerpo con la mira de formar una segunda y segunda cámara, que tomase parte en la discusión y aprobación de las leyes; pero no era así. Cediendo sus facultades, en los tiempos tranquilos, á velar sobre la conservación de la libertad individual y de la de imprenta, ensanchábanse en los burocráticos y cuando parecieren tales á la potestad ejecutiva, á suspender la Constitución y á adoptar las medidas que exigiese la seguridad del Estado. Un cuerpo autorizado con facultad tan amplia y poderosa debiera al menos haber ofrecido en su independencia un equilibrio correspondiente y justo. Mas, constando de solos 24 individuos, nombrados por el Rey y escogidos entre empleados antiguos, antes era sostenimiento de la potestad ejecutiva que vallador contra sus usurpaciones.

Para evitar éstas, ó resistirlas gananciosamente, no era más propia ni recomendable la manera como se habían constituido las Cortes, las cuales, además de verse privadas de la publicidad, sólido fundamento de su conservación, llevaban consigo la semilla de su propia desorganización y ruina. Por de pronto el Rey estaba obligado solamente á convocarlas cada tres años, y como para todo este in-

termedio se votaban las contribuciones, no era probable que se las hubiera congregado con más frecuencia. El número de vocales se limitaba á 162, divididos en tres estamentos, clero, nobleza y pueblo; componiéndose los dos primeros de 50 individuos. Debían, reunidos en la misma sala, discutir las materias y decidir las á pluralidad de votos, y no por separación de clase. En cuya virtud, sin resultar las ventajas de la cámara de lores en Inglaterra, ni la del Senado en los Estados Unidos, sirviendo de contrapeso entre la potestad real ó ejecutiva y la popular, aquí juntos y amontonados todos los estamentos ó brazos, hubieran presentado la imagen del desorden y la confusión. Cuando el cuerpo que ha de formar las leyes está dividido en dos cámaras, al choque funesto de las clases, que es temible exista estando reunidos los privilegiados y los que no lo son, sucede, cuando deliberan separadamente, el saludable contrapeso de las opiniones individuales, estableciéndose una mutua correspondencia entre los vocales de ambas cámaras, que no disienten en el modo de pensar, sin atender á la clase á que pertenecen. Por lo menos así nos lo muestra la experiencia, gran maestra en semejantes materias. Cuanto más se reflexiona acerca del artificio de esta Constitución, más se descubre que solo en el nombre quería darse á España un gobierno monárquico representativo.

Había, empero, artículos dignos de alabanza. Merecía, pues, aquellos en que se declaraba la supresión de privilegios onerosos, la abolición del tormento, la publicidad en los procesos criminales, y el límite de 20.000 pesos fuertes de renta señalado á la excesiva acumulación de mayorazgos. Mas estas mejoras, que ya desaparecían junto á las imperfecciones sustanciales arriba indicadas, del todo se destruyaban y anegrecían con la monstruosidad (no puede dársele otro nombre) de insertar en la ley fundamental del Estado que habría perpetuamente una alianza ofensiva y defensiva, tanto por tierra como por mar, entre España y Francia. Todo tratado ó liga de cuyo variable supere por lo ménos el convenio recíproco de los dos ó más gobiernos que están interesados en su cumplimiento. Exigíase aun más en este caso: ya que quisiera darse á la alianza la duración y firmeza de una ley fundamental, menester era que la otra parte, la Francia, se hubiese comprometido á lo mismo en las constituciones del imperio. Podrá redarguirse que estaba sujeta esta determinación á un tratado posterior y especial entre ambas naciones. Pero según el art. 24 de la Constitución, que era en donde se adoptaba el principio, debía el tratado limitarse á especificar el contingente con que cada una había de contribuir, y no de manera alguna á variar la base admitida de una alianza perpetua ofensiva y defensiva. No es de este lugar examinar la utilidad ó perjuicio que se seguiría á España, país casi aislado, de atarse con semejante vínculo y abrazar todas las desventajas de una nación como la Francia, conigua á tantas otras y con intereses tan complicados. Aquí sólo consideramos la cuestión constitucional, bajo cuyo respecto no pudo ser ni más fuera de razón ni más extraña. Al ver adoptado semejante artículo, no podemos menos de acordarnos por segunda vez de que hay á habido españoles de los firmantes, tan olvidados de sí mismos, que hayan asegurado en sus defensas haberse gozado en Bayona de entera é ilimitada libertad. Porque si á albedos y voluntariamente le admitieron y aprobaron, ¿cómo pudieran disculparse de haber enca-

acudió á esta ciudad en virtud de reiterado llamamiento de Napoleon, quien le deslumbró prodigando lisonjas á su amor propio. Encargóse D. Pedro Cevallos del ministerio de Negocios extranjeros, con tepergancia y violencia segun el propio se expresa, con gusto y solocitud suya segun otros. Don Sebastian Pifual y D. Gonzalo Ofáril se mantuvieron en sus respectivos ministerios de Gracia y Justicia y de Guerra. Ohtuvo el de Indias D. Miguel José de Azanza, reservándose el de Marina para D. José Mazarrado, quien en dicho ramo gozaba de gran concepto, habiendo ilustrado su nombre en varias campañas; pero que, sin practica en las materias de estado, y preocupado y nimio en otras, abrazó sin discernimiento, á manera de frenesi, el partido del Rey intruso. Pusose la Hacienda al cuidado del Conde de Cabarrus, francés de naci6n, mas por afición y enlance de curacion española. Decidido en Zaragoza á seguir la gloriosa causa de aquellos moradores, fuese como á enfado de algun peligro que habia corrido en Agerola, mudó despues de parecer y aceptó el ministerio que José le confirió. « Hombre extraordinario (segun le pinta su amigo Jovellanos), en quien competian los talentos con los dervarios, y las mas nobles calidades con los más notables defectos. » No era fácil que en un tiempo en que el nuevo rey ansiaba granjearse la estacion pública, se hubiese olvidado en la reparticion de empleos y gracias del hombre insignie que acabamos de citar, de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Libertado de su largo y penoso encierro al advenimiento al trono de Fernando VII, habíase retirado á Jadraque en casa de un amigo para recobrar su salud, debilitada y perdida con los malos tratamientos y duro padecer. Busc6 le en su retiro Murat, mandándole pasase á Madrid: excusóse con el mal estado de su cuerpo y de su espíritu. Acosóronle poco despues los de Bayona. José de oficio para que fuese á Asturias á reducir al sosiego á sus paisanos, y confidencialmente D. Miguel de Azanza, anunciándole que se le destinaba para el ministerio de lo Interior. Disculpóse con el primero en términos parecidos á los que habia usado con Murat, y al segundo le manifestó que estaba lejos de admitir ni el encargo, ni el ministerio, y que le parecia vano el empeño de reducir con exhortaciones á un pueblo tan numeroso y valiente, y tan resuelto á defender su libertad. » Críterionase las instancias por medio de Ofáril, Mazarrado y Cabarrus. Acometido tan obstinadamente de todos lados, expresó en una de sus contestaciones que cuando la causa de la patria fuese tan desesperada como ellos se pusaban, sería siempre la causa del honor y la lealtad, y la que á todo trance debía preciarso de seguir un buen español. Sordos á sus razones y á sus disculpas, le nombraron ministro mal de su grado, é insertaron en la *Gaceta de Madrid* su nombramiento: señalaba perfidia con que trataban de comprometerle. Por dicha salvóle la falta lo torpe y limpio de su noble conducta, y sirvió de obstáculo á la persecucion que su constante resistencia hubiera podido acarrearle, la victoria de Bailen, con cierta prolijidad hemos referido este hecho, como ejemplo digno de ser transmitido á la posteridad.

Formado que hubo en ministerio el rey intruso, se ocupó en proveer los empleos de palacio en los generales que estaban en Bayona (14), y cuya ennumeracion omitimos por inutil y fastidiosa. El Duque del Infantado fué nombrado coronel de guar-

dias españolas, y de wálonas el Príncipe de Castel-Franco. Mucho desmereció el primero, viéndole la naci6n volver favorecido por la estirpe que habia despojado del trono al rey Fernando, y cuya pérdida habia en gran parte proveuido de haber escuchado sus consejos. Pocos fueron los franceses que acompañaron á José, y en eminente puesto solamente colocó al general Saligny, duque de San German, escogido para ser uno de los capitanes de guardias de Corps. Limitó en eso la política de Luis XIV, quien, segun expresa el Marques de San Felipe (15), « mandó prudentisimamente que ningún vasallo suyo entrase en España. » Con lo que explicaba entregar enteramente al Rey (Felipe V) al dictamen de los españoles, y que ni los celos de su favor ni el mando turbase la publicia qui tut.

Al fin, arreglado lo interior de palacio y el supremo gobierno, determinó José, de acuerdo con su hermano, entrar en España el 9 de Julio, confiados ambos en que á favor de ciertas ventajas militares alcanzadas por las armas francesas, sería fácil llegar sin impedimento á la capital del reino; por lo cual se ya osion de hablar de las acciones de guerra, y reencuentros que hubo por aquel tiempo, antes de proceder mas adelante.

Santander, punto marítimo y cercano á las provincias alcañas de Francia, fijó primero la atencion de Napoleon. Por su orden se encomendó al mariscal Bessières que destacase la suficiente fuerza para ahogar aquella insurrección. Este en 2 de Junio hizo partir de Búrgos al general Merle, poniendo bajo su mando seis batallones y 200 caballos. Ya dijimos que al levantarse Santander se habia colocado en las principales gargantas de su cordillera la gente de nuevo alistada. El 4, advertidos los jefes españoles de que los franceses avanzaban, dispusieron replegarse á las posiciones más favorables, resueltos á impedir el paso. Aguardaban ser acometidos en la mañana del 5; mas adelantando el dia y disipada la densa niebla que con frecuencia cubre aquellas alturas, notaron con sorpresa que los franceses habian alzado el campo y desaparecido. La bisoña tropa atribuyó la retirada á temores del ejército enemigo, con lo que adquirió una desgraciada y ciega confianza; muy otra era la causa.

Habíase insurreccionado Valladolid, oúndia el fuego de un pueblo en otro, y tocando casi á los mismos muros de Búrgos, en donde el mariscal Bessières tenía asentado su cuartel general, recelóse este de ver cortadas sus comunicaciones si de pronto no acudía al remedio. Consideraba mayor el peligro, y más graves las consecuencias cercanas con un caudillo de nombre, como lo era D. Gregorio de la Cuesta; y en tal estado, parecióle oportuno no alejar ni separar su fuerza, y obrar solamente contra el enemigo más inmediato. Mandó, por tanto, á las tropas enviadas antes camino de Santander que, retrocediendo, viniesen al encuentro del general Lassalle, quien asistido de cuatro batallones de infanteria y 700 caballos, se dirigia hacia Valladolid. Habia el último salido de Búrgos el 5 de Junio, y al anocheecer del 6 llegó á Torquemada, villa situada cerca de Pisuerga y que domina el campo de la márgen opuesta. Muchos vecinos abandonaron el pueblo, algunos se quedaron, y preparándose para la defensa, atajaron con cadenas y carras el puente, bastante largo, por donde se va á la villa. Ciento de los más animosos, parapetados detras ó cubiertos en la iglesia y casas inmediatas, despera-

(14) En la *Gaceta de Madrid* del 12 de Julio de 1808 y siguientes.

(15) Marques de San Felipe, en sus *Comentarios*, año de 1766.

ron contra los franceses que se adelantaban. No arrojados éstos con el incierto y lejano fuego del disparaje, aceleraron el paso, y bien pronto, desembarrasando el puente, penetraron por las calles y saquearon y quemaron lastimosamente sus casas y edificios. Dispersos los defensores, fueron unos acuchillados por la caballería, otros atravesados por las bayonetas de los infantes, y tratados los demás moradores con todo el rigor de la guerra, sin que se perdonase á edad ni sexo.

En Palencia se habían también reunido los mozos con varios soldados sueltos, á las órdenes del anciano general D. Diego de Tordesillas. Mas, atemorizados con el incendio de Torquemada, se retiraron á tierra de Leon, procurando el Obispo aplacar la furia de los franceses con un obsequioso recibimiento. Llegaron el 7, y á sus ruegos, se contentaron con desarmar á los habitantes, imponiéndoles además una contribucion bastante gravosa.

En Duéñas se engrosó la division de Lassalle con la de Merle, de vuelta de Reinosa, y allí acordaron el modo de atacar á D. Gregorio de la Cuesta. Habia el general español ocupado á Cabezon, distante dos leguas de Valladolid. Contaba bajo su mando 5.000 paisanos mal armados y sin instruccion militar. 100 guardias de Corps de los que habian acompañado á Bayona á la familia real, y 200 hombres del regimiento de caballería de la Reina. Reducíase su artillería á cuatro piezas, que habian salvado del colegio de Segovia sus oficiales y cadetes. Cabezon, situado á la orilla izquierda de Pisuegra, contiguo al puente adonde viene á parar la calzada de Burgos, y en paraje más elevado, ofrecia abrigo y reparo á la gente allegadiza de Cuesta, si hubiera sabido ó querido éste aprovecharse de tanafia ventaja. Pero, con asombro de todos, haciendo pasar al otro lado del rio lo grueso de sus tropas, colocó en una misma linea la caballería y los paisanos, entre los que se distinguia por su mejor arreo y disciplina el cuerpo de estudiantes. Situó cerca y á la salida del puente dos cañones, y dejó los otros dos del lado de Cabezon. Quedaron asimismo por esta parte algunas compañías de paisanos de las parroquias de Valladolid, cada una con su bandera, para guardar los vados del rio: inexplicable arreglo y ordenacion en un general veterano.

Temprano, en la mañana del 12, empezó el ataque. El frances Lassalle marchó por el camino real, cubriendo el movimiento de su izquierda con el monasterio de Bernardos de Palazuelo. El general Merle tiró por su derecha hácia Cigales, con intento de interceptar á Cuesta si queria retirarse del lado de Leon, como se lo habian los enemigos pensado al verle pasar el rio, no pudiendo achacar á ignorancia semejante determinacion. La refriega no fué ni larga ni empujada. A las primeras descargas los caballos, que estaban avanzados y al descubierto en campo raso, empezaron á inquietarse, sin que fueran dueños los jinetes de contenerlos. Perturbados con su desorden á los infantes y los desordenaron. Al punto dióse la señal de retirada, agolpándose al puente la caballería, precedida por los generales Cuesta y D. Francisco Egula, su mayor general. Los estudiantes se mantuvieron aún firmes, pero no tardaron en ser arrollados. Unos, huyendo hácia Cigales, fueron hechos prisioneros por los franceses, ó acuchillados en un soto á que se habian acogido. Otros, procurando vadear el rio á cruzarle á nado, se ahogaron con la precipitacion y angustia. No fueron tampoco más afortunados los que se dirigieron al puente. Largo y angosto, caian sofo-

cados con la muchedumbre que allí acudia, ó muertos por los fuegos franceses, y el de un destacamento de españoles situado al pié de la ermita de la Virgen del Manzano, cuyos soldados, poco certeros, más bien ofendian á los suyos que á los contrarios. Grande fué la perdida de nuestra parte, cortísima la de los franceses. El general Cuesta tranquilamente continuó su retirada, y sin detenerse se replegó con la caballería á Rioseco, pasando por Valladolid. No faltó quien atribuyese su extraña conducta á la traicion ó desquite por haberle forzado á comprometerse en la insurreccion. Otras batallas posteriores, en que, exponiendo mucho su persona, anduvo igualmente desacertado en las disposiciones, probaron que no obraba de mala fe, sino con poco conocimiento de la estrategia.

Los enemigos, temerosos de alguna emboscada, cañonearon al principio á Cabezon, sin entrar en el pueblo. Con el ruido y las balas ahuyentaron á los vecinos, y sólo á mediodia penetraron en las casas, saqueándolas y abrasando en las crasmas efectos y ajuar que no pudieron llevar consigo. Fué el botín abundante, porque, como era domingo, casi todos los habitantes de Valladolid habian ido allí como á fiesta y romería, imaginándose, á fuer de inexpertos, segura y fácil la victoria. El camino de Cabezon estaba sembrado de despojos de innumerable gentío, que precipitadamente queria ponerse en salvo. Los franceses avanzaron con lentitud, y no entraron en Valladolid hasta las cinco de la tarde. El Obispo y unos cuantos regidores y ministros de la chancillería salieron á recibirlos para calmar su enojo. Respetaron la ciudad, quitaron las armas á los vecinos, se llevaron algunos en rehones y la gravaron con una fuerte contribucion. No se detuvieron sino hasta el 16, en cuyo dia abandonaron la ciudad, queriendo apagar la insurreccion de Santander.

El general Lassalle se apostó en Palencia para observar á Cuesta y apoyar la expedicion que iba á la montaña, capitaneada por el general Merle. Llegó éste á Reinosa el 20 con fuerza considerable, y el 21 marchó sobre Lantueno. Guardaba las entradas de aquel lado D. Juan Manuel Velarde con 3.000 hombres, los más paisanos, y dos piezas de grueso calibre. Cuando la primera retirada del enemigo, los españoles, en vez de redoblar sus esfuerzos, descuidaron los preparativos de defensa, y la gente, como nueva é indisciplinada, se desbandó en parte, juzgando ya inútil su asistencia. Los franceses atacaron en dos columnas; opúsoseles escasa resistencia, pues en breve cedieron á la pericia de aquéllos los nuevos reclutas, salvándose el mayor número por las fraguras, y reparándose los molinos de una segunda linea de defensa, formada entre las Fraguas y Somahoz. Estrechado allí el camino de un lado por un despeñadero, y del otro por la roca Tajada, ofreció facilidad para que se le embarrasase con ramas, pajassecas y troncos, colocando detras algunos cañones. Mas los españoles, desmayados con el primer descalabro, y viendo que las tropas ligeras del enemigo avanzaban por su derecha é izquierda, y los flanqueaban á pesar de lo escabroso del terreno, se retiraron apresuradamente, dejando libre el paso al general Merle, quien se posesionó de Santander el 23.

Por el Escudo las avanzadas de la division española que ocupaba aquel punto, á las órdenes de don Emeterio Velarde, ya el 19 reconocieron al enemigo, que venia sobre ellos con 1.200 infantes y 60 coraceros. Era su general el de brigada Ducos, quien

había partido de Miranda de Ebro, empezando su movimiento á la misma sazón que Merle. La fuerza española era aún más flaca por esta parte que por la de Reñosa, y sólo tenía un cañon servible. Rechazóse, sin embargo, en un principio al enemigo. Disponiéndose de nuevo á resistirle, cuando, informado D. Emeterio de la rota experimentada por los de Lantueno, formó un consejo de guerra, y en él se decidió separarse, guarecidos de la densa niebla esparcida por las montañas, y por cuya causa había cesado el fuego de una y otra parte. El general Duques avanzó entonces, y juntándose con Merle, llegó en su compañía á Santander.

El Obispo, luego que supo que los franceses se aproximaban á la montaña, arrebatado de entusiasmo, montó en una mula, y porteculado de todas armas, se encaminó adonde acampaba el ejército; pero encontrándole á poco deshecho y disperso, dexó de animar, y huyó como los demás, refugiándose á Asturias, lo cual dio lugar á la voz de haber sido dicho preludio de guía á las tropas en aquella sazón.

Pocos dias después del levantamiento de Santander, habia entrado de arribada en el puerto un buque francés, procedente de sus colonias y ricamente cargado. La Junta, en medio de sus apuros, tuvo la generosidad de no aprovecharse del precioso socorro que el buque le ofrecia, y permitió al buque seguir su viaje á Francia, dando además libertad y poniendo á su bordo al consul y á los otros franceses que en un principio habian sido arrestados. Accion tan noble y rara no evitó á Santander el ser molestado en lo sucesivo con derramas é imitaciones extraordinarias.

El vigilante cuidado de Napoleon no se adornó del lado de Aragon, disponiendo que el general de brigada Lechevre Desnoettes, con 5.000 hombres de infantería y 800 caballos, partiese el 7 de Junio de Pamplona. Llegó el 8 delante de Tudela. Los vecinos habian cortado el puente del Ebro con intento de impedir el paso; pero los franceses, cruzando en barks el río, se apoderaron de la ciudad, á pesar de gente y socorros que habia enviado Zaragoza á las órdenes del Marqués de Lazan. Atacáronse, para escarmiento, algunas personas, como si fuera delito defender sus hogares contra el extranjero; repararon el puente y prosiguieron su marcha. El Marqués de Lazan, que con tropa colectada se habia adelantado hasta Tudela, se replegó y tomó posición el 13 junto á un olivar, apoyando su izquierda en la villa de Mallen, y la derecha en el canal de Aragon. Resistieron con valor sus soldados; mas, atacando los enemigos vigorosamente uno de los flancos, comenzaron los muertos á clar, y del todo se desordenaron con una carga que los dieron los lanceros polacos. No por eso se abatieron los aragoneses, y todavía aquel dia mismo pelearon en Gallur, aunque tambien con desventaja. En la madrugada del 14, noticioso el general Palafox de la rota de su hermano, salió en persona de Zaragoza, acompañado de 5.000 paisanos mal armados, dos piezas de artillería, 80 cañales del regimiento de dragones del Rey, con otros oficiales y soldados sueltos, y fué al encuentro del enemigo, dirigiéndose á la villa de Alagon, mas lejos distante de aquella capital. Pareció oportuno posesionarse de aquel punto, cuya posición elevada, entre los rios Jalon y Ebro, era además favorecida por los olivares y tapias que estrechan el camino que viene de Navarra. A las tres de la tarde colocó su gente el general Palafox más allá

de la villa, distribuyendo tiradores por delante de sus flancos, y entallando la entrada con los dos cañones que tenía. Los mal disciplinados paisanos fueron fácilmente arrollados por las tropas agueridas del enemigo. En vano se trató de detenerlos. Sin embargo, con algunos de ellos más valerosos ó serenos, con los pocos soldados de línea que allí habia y la artillería defendiéndose por largo rato y vivamente la entrada de la villa. Al fin resolvió Palafox retirarse con 250 hombres que le quedaban, y en cuyo número se contaban soldados del primer batallón de voluntarios de Aragon y los del Rey, de caballería, con algunos tiradores diestros. De los paisanos, siendo muchos del partido de Alcañiz, se recogieron los más á sus casas, entrando por la noche con Palafox en Zaragoza los que eran de allí naturales. Los franceses entonces se aproximaron á aquella ciudad, en cuyas cercanías los dejaremos, para tomar después el hilo, y no interrumpirle en la narracion de su memorable sitio.

Debía dar la mano á las operaciones de Aragon el ejército francés de Cataluña. Napoleon, figurándose que, dueño de Barcelona y Figueras, lo era de la provincia, no creyó arriesgado sacar parte de las fuerzas que la ocupaban. Así ordenó que de aquel punto se enviasen socorros á Aragon y Valencia. Conformándose el general Duhesme con lo que se le mandaba, dispuso que 3.800 hombres, conducidos por el general Schwartz, se dirigiesen á Zaragoza, y que 4.200, á las órdenes de Chabran, se apoderasen de Tarragona y Tortosa, continuando en seguida su marcha á Valencia. Los primeros debian al poco castigar á Manresa por su anterior levantamiento, quemar sus molinos de pólvora, é imponer al vecindario 750.000 francos de contribucion. Ambas expediciones salieron de la capital el 4 de Junio. La de Schwartz se detuvo en Martorell el 5, á causa de una abundante lluvia, con cuya feliz demora alcanzaron á tiempo á Igualada y Manresa los avisos de sus confidentes. La insurreccion ya comenzada tomó incremento y extraordinario ensanche, tocóse á somaten, se despacharon expresos á todas partes, y resolvieron aguardar al enemigo en la posición del Bruch y Casa-Masana.

Es el somaten en Cataluña un género de socorro, como dice Zurita, repentino y cierto, que muchas veces ha sido de grande efecto. Está conocido de tiempo inmemorial, teniendo que acudir al repique de la campana convegil todos los hombres aptos para las armas en las diversas veguerías ó partidos, segun lo dispone el usaje de Barcelona. Fué en este caso no ménos provechoso que en otros antiguos y renombrados. Habia pocas armas, y municiones tan escasas, que careciendo de balas de fusil, se cortaron las varillas de hierro de las cortinas para que supliesen la falta.

Los somatenes de Igualada y Manresa fueron los primeros que se preparon, y al hijo de un mozaeder, llamado Francisco Rivera, teniéndole por principal caudillo. Apostáronse, pues, y se escondieron entre los matorrales y arboleda de las alturas del Bruch. Apenas habia pasado la columna francesa las casas que llevan el mismo nombre, y tomado la revuelta que forma el camino real antes de emparejar con el de Manresa, cuando fué detenida por el inesperado fuego de los encubiertos somatenes. Schwartz, después de un rato de espera, embastó á sus contrarios, replegáronse éstos, y disputando el terreno á palmas, se dividieron, unos yendo la vuelta de Igualada, y otros de Casa-Masana. Desalojados del último punto y teniéndose por perdidos,

aprieta se retiraban, y completa hubiera sido su derrota, á no haber afortunadamente Schwartz desistido de perseguirlos. Admirados los manresanos de la suspensión del francés, cobraron aliento, y engrosados con el somaten de San Peder, compuesto de buenos y esforzados tiradores, volvieron de nuevo a la carga. Venía con los recién llegados un tumber, quien, como más experto, hizo las veces de general en jefe. Vivamente acometieron todos juntos a los franceses de Casa-Masana, los que se recogieron al cuerpo de la columna, que comía el rancho á retaguardia.

El número de somatenes crecía por momentos, sus ánimos se enardecían, adquiriendo ventaja sobre los franceses, desahucados con la impensada embestida. Schwartz, al ver retirarse su vanguardia, y al ruido de la caja del somaten de San Peder, persuadióse que tropa de línea auxiliaba al paisanaje. Formó entonces el cuadro para evitar ser envuelto, y al cabo de cierto tiempo determinó retroceder á Barcelona. Aunque molestados los enemigos por los somatenes en flanco y retaguardia, llegaron sin desorden hasta Esparraguera.

Los vecinos de esta villa, puestos en acecho, y sabiendo que los enemigos se retiraban, atajaron la calle larga y angosta que la atraviesa, con todo linaje de obstáculos, en especial con muebles y utensilios de casa. Al anochecer se acercaron los franceses, y penetrando en la calle con imprudencia la cabeza de la columna, cayeron en la celada que les estaba armada. De todas partes comenzaron á ofrecerlos á tejazos y pedradas, con algunos escopetazos, y hasta con esculderadas de agua hirviendo. Schwartz suspendió el paso, y dividiendo su gente en dos trozos, la hizo caminar á derecha é izquierda de la villa. Apretó después la marcha durante la noche, hostigado incesantemente por los somatenes, los que le cogieron un cañon en la Riera de Cabrera, y le acosaron hasta Martorell. No imitaron sus habitantes el ejemplo de los de Esparraguera, y así fuéles permitido á los franceses entrar en Barcelona el 8 de Junio, pero tan destrozados y abatidos, que dieron claro indicio de la rota experimentada. Su pérdida no dejó de ser considerable, mayormente si se atiende á que fueron acometidos por gente allegadiza y con escasas y malas armas. De los nuestros pocos perecieron, estando siempre amparados del terreno y protegidos en el alcance por toda la población.

Toda á los catalanes la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fué, en efecto, la victoria del Bruch la que antes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre. Y semejante triunfo, admirable en sus circunstancias, resonando por todo el principado, excitó noble emulación en todos sus habitantes, declarándose á porfía los pueblos unos en pos de otros y donosamente.

Con razón Duhesne se sobrecogió al saber el inesperado descalabro, más que por su importancia, por el aliento que infundía en los apellidados insurgentes. Atento al corto número de tropas que mandaba, obró cuerdamente en no aventurarse á nuevos riesgos y en reconcentrar sus fuerzas. Conservar sus comunicaciones con Francia debió ser su principal mira, y mal lo hubiera conseguido desparamando sus soldados en diversas direcciones; así fué que llamó á Chabran á Barcelona.

Con mayor felicidad que Schwartz había aquél dado principio á su expedición de Valencia, penetrando sin tropiezo el 7 de Junio en los muros de

Tarragona. Guarnecía la plaza el regimiento anizo de Wimpffen, al servicio de España, cuya oficialidad condujose con tal mesura, que no despertando los recelos del francés, tuvo la dicha de mantener intacto su cuerpo, después señalado apoyo de la buena causa. El general Chabran, en cumplimiento de las órdenes de su jefe, evacuó el 9 á Tarragona, mas á su vuelta encontró sublevado el país que poco antes había pacíficamente atravesado. En el Vendrell y en Arbós opúsosele empeñada resistencia. Trececientos suizos de Wimpffen, que iban á incorporarse con los de Tarragona, ayudaron y sostuvieron á los paisanos, y defendieron juntos con notable bizarría la posición de Arbós, aunque no fuese el terreno favorable á soldados hispanos. Después de repetidos ataques, consiguieron los franceses ahuyentar á los somatenes y apoderarse de la artillería que consigo tenían. Entraron en Arbós, y para vengarse del atrevido arrijo de sus habitantes, maltrataron y mataron á muchos de ellos. Continuó Chabran á Villafranca de Panadés, y no cesó el estrago, saqueando allí y quemando casas y edificios, en desagravio, según decía, del asesinato del gobernador español Toda, de que ya hablamos; singular equidad la de castigar una población entera por las demasías de contados individuos. Duhesne salió en busca de la tropa que volvía de Tarragona, habiendo subido que en la ruta topaba con resistencia, y reunidos unos y otros entraron en Barcelona el día 12.

Aunque resueltos á no intentar de nuevo expediciones lejanas ni otras importantes operaciones que las que exigiese la libre comunicación con Francia, quisieron, sin embargo, viéndose todos juntos, probar fortuna, con desen de castigar al paisanaje de Manresa y su comaren. Para lo cual, reunidas las columnas de Schwartz y Chabran, salieron el 13 al mando del último, tomando el mismo camino que la vez primera. En el tránsito saquearon y quemaron muchas casas de Martorell y Esparraguera, ahora desapercibida, y cometieron todo linaje de desórdenes y excesos, con cuyo desmandado porte provocábase la ira del tenaz catalán; no se le arredraba.

Interesada la gloria de los manresanos en sostener el sitio del Bruch, testigo de sus primeros laureles, habían atendido á fortificarle y guarnecerle debidamente, en union con la junta de Lérida y pueblos del contorno. Apellidaron allí sus somatenes, y les agregaron los soldados escapados de Barcelona, y cuatro compañías de voluntarios leridanos, al mando de D. Juan Baguet, con algunas piezas de artillería traídas de las fortalezas del principado. El 14 trató Chabran de forzar la posición; mas, á pesar de venir los franceses con dobles fuerzas y de caminar advertidos, fué vana su empresa. Estrellóse su desapoderado orgullo contra las flacas armas del somaten catalán y de pocos y mal regidos soldados. En reiterados ataques quisieron enseñorearse de la posición; rechazados en todos, volvieron atrás sus pasos, y con pérdida de 500 hombres y alguna artillería, perseguidos y hostigados por los paisanos, se metieron vergonzosamente en Barcelona.

Frustradas las primeras tentativas, y no habiendo podido ser ejecutadas las órdenes de Napoleón, suspendió Duhesne darles el debido cumplimiento, y volvió exclusivamente la atención á asegurar y poner libres las comunicaciones con Francia. Para ello salió de Barcelona el 17 de Junio con siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería, prefiriendo al camino que va por Hostalrich el de la marina. Habíanse armado los paisanos del

Vallés, y en número de 9,000 aguardaban á los franceses en la cresta de Mongut. Los inexpertos somatenes se imaginaron que sólo por el frente habían de ser acometidos; pero el general francés, disfranzando con varios ataques falsos el verdadero, los envolvió por su derecha, y en breve los desluzo y dispersó. Dueño el enemigo de Mongut, batería de la costa, cometió con los paisanos inauditas crueldades. Mataró, que había pensado en defenderse, no cejó en su propósito con la desgracia acaecida. Colocando artillería en las avenidas del camino de Barcelona, hicieron los vecinos fuego contra las columnas francesas que se acercaban. No tardaron en ser desbaratadas, y el mismo día 17 entraron los enemigos en Mataró y la saquearon. Ciudad de 20,000 habitantes, y rica por sus fabricas de algodón, vidrio y encajes, ofreció al vencedor copioso botín, no perdonando su codicia ni los vestidos de las mujeres, ni otros objetos de poco valor y uso común. El asesinato, la violencia hasta de las vírgenes más tiernas acompañaron al pillaje, confundiendo á veces, ebrios en los mismos excesos, el general con el soldado; largos días llorará Mataró aquel tan aciago y cruel.

En la mañana siguiente continuaron los franceses la marcha sobre Gerona. En su tránsito dejaron sangriento rastro, por las muertes, robos y destrozos con que afligieron á todos los pueblos. En tanto grado convierte la guerra en hombres inhumanos á los soldados de una nación culta. Había solamente de guarnición en Gerona 300 hombres del regimiento de Ultonia y algunos artilleros, los que, con gente de mar de la vecina costa, dirigieron los fuegos de aquella arma. Limitadísimo número, si los pueblos, el clero y todos los vecinos sin excepción, inflamados de amor patrio, no hubiesen sostenido con el mayor brío los puntos que se confiaron á su cuidado. Era gobernador interino D. Julian de Botivar.

A las nueve de la mañana del propio día 20 se presentó el enemigo en las alturas de la aldea de Paduascoasta; mas, incomodado con algunos cañonazos del baluarte de la Merced y fuerte de Capuchinos, se replegó á Salt y Santa Eugenia, cuyas aldeas saqueó á sangre y fuego. Por la tarde, después de varios reconocimientos, atacó formalmente, dirigiendo su izquierda por los lugares que acabamos de mencionar, al paso que su derecha, cruzando el Ofá, acometió con ímpetu á intentar forzar la puerta del Carmen. Los sitiados le repelieron con valer y serenidad. Señalóse Ultonia, cuyo teniente coronel, D. Pedro Odally, quedó herido. Atacó en seguida el fuerte de Capuchinos, en donde fué igualmente repelido, habiendo experimentado considerable pérdida. Burladas sus esperanzas, colocó una batería cerca de la cruz de Santa Eugenia, no lejos de la plaza; causó algun daño en el colegio tridentino y otros edificios, y respondiendo con acierto á sus fuegos las baterías de la plaza, la noche puso término al combate.

Fué aquella sumamente lóbrega, y confiados los franceses en la oscuridad, se acercaron calladamente al muro, y de tal manera y con tanto arrojé, que hasta hallarse muy cerca no fueron sentidos. Pelióse entonces por ambos lados con brava, alumbrada solamente por las fogoneras del cañon, y no interrumpido el silencio sino por su estruendo y los ayes de los heridos moribundos. Espantosa noche! El enemigo osó arrimar escaldas al baluarte de Santa Clara. Algunos de sus soldados posaronse encima de la misma muralla, y apresuradamente les se-

guian sus compañeros, cuando una partida del regimiento de Ultonia, matando á los ya encaramados, precipitó á los otros y estorbó á todos continuar en aquel intento. El fuego, sin embargo, no cesó hasta que el baluarte de San Narciso, tirado á metralla, destruyó á los acometedores y los despusó, dejando el campo, como después se vió, sembrado de cadáveres y heridos. No cansados todavía los franceses, renovaron el ataque á las doce de la noche, queriendo asaltar el baluarte de San Pedro; pero fueron rechazados de modo, que desistieron de proseguir en su empresa, retirándose temprano por el camino de Barcelona, en la mañana del 21. Aunque corta, fué notable esta primera defensa de Gerona, cuya plaza tanto lustre adquirió después en otra inmediata acometida, y sobre todo en el célebre sitio del siguiente año. Los somatenes molestaron por todas partes al enemigo, habiendo impedido, con su ayuda, que pasase al otro lado del Ter. No fue ménos que de 700 hombres la pérdida de los franceses; la de los españoles mucho más reducida.

Duhasme volvió á Barcelona, dejando en Mataró parte de su ejército, que puso al cuidado de Chabran, y cuyo trozo, compuesto de 3,500 hombres, fué al Vallés á buscar vituallas. Rodeados siempre los franceses por el paisanaje, tuvieron en Moneada que romper á viva fuerza un cardon de somatenes, siendo al cabo detenidos cerca de Granollers por el teniente coronel D. Francisco Milans, quien los ahuyentó, haciéndoles perder la artillería. A la retirada, como de costumbre, talaron y destruyeron el país por donde pasaron.

Al propio tiempo que tan mal parados andaban los invasores en aquella parte de Cataluña, tampoco se descuidaron sus naturales en el mediodía, formando á la margen derecha del Llobregat una línea de hombres belicosos, que defendían los caminos de Garraf, Ordal y Esparraguera. Los capitaneaba D. Juan Baguet, que con los voluntarios de Lerida habia la segunda vez contribuido á repeler en el Bruch á los franceses. Desde allí enviaban partidas sueltas, que recorrían la tierra en todas direcciones. Incomodado Duhasme de verse así estrechado, envió contra ellos el general Lechi, quien el 30 de Junio obligó á los somatenes á abandonar su posición, cogiéndoles algunos cañones y aventajándose á todos los suyos en cometer demasías. No por eso desmayaron los vencidos, apareciéndose en breve hasta en las cercanías de la misma Barcelona.

Por este termino, y con éxito vario, se ejecutaron las órdenes de Napoleón en Cataluña, Aragón y Castilla. Fueron parecidas las que significó para las otras provincias el gran Duque de Berg, cuya solícita diligencia procuró aniquilar en derredor suyo la semilla insurreccional, que brotaba con la zarza. Insinuamos antes varias de sus providencias, y las que de consuno con la Junta de Madrid se habían tomado para cortar las comunicaciones sin tener que venir á las manos. Inútiles fueron sus esfuerzos, como lo serán siempre todos los que se dirijan á contener por la persuasión el levantamiento de una nación entera. No le pesó quizá á Murat, á cuyo gusto y anterior vida se acomodaban más las armas que los discursos. Así fué que, á veces á un tiempo y otras muy de cerca, mandó que sus tropas acompañasen ó siguiesen á las proclamases y exhortaciones de la Junta. Consideró como de mayor importancia las Andalucías y Valencia, y de consiguiente trató ante todo de asegurarse de aquellas provincias, mayormente habiendo dado Sevilla

ya en primeros de Mayo muestras de desasosiego y grave alteracion.

Dupont, acantonado en Toledo, recibió la orden de dirigirse á Cádiz, y el 24 del mismo Mayo se puso en marcha. Llevaba consigo los dos regimientos suizos de Reding y Preux al servicio de España, la division de infanteria del general Barbon, compuesta de 6.000 hombres y ademas 500 marinos de la guardia imperial, con 3.000 caballos, mandados por el general Fresia. Iban todos tan confiados en el buen éxito de su empresa, que Dupont señalaba de antemano al ministro de Guerra de Francia el dia que habia de entrar en Cádiz. Atravesaron la Mancha tranquilamente, y en tal abundancia hallaban los mantenimientos, que dejaron almacenados en el pósito de Santa Cruz de Mudela la gallina y víveres que á prevención traian, y de los que pocos dias despues se apoderaron aquellos vecinos, cogiendo tambien parte de los soldados que los custodiaban y matando otros. El 2 de Junio penetraron los franceses por las estrechuras de Sierra Morena. Hasta allí, si bien habian notado inquietud y desvío en los habitantes, ningún sintoma grave se habia manifestado. En la Carolina se despertó su recelo viéndola sola y desierta, y al entrar en Andújar supieron el levantamiento general de Sevilla y la formacion de una junta suprema. No por eso suspendieron su marcha, llegando al amanecer del 7 delante del puente de Alcolea. Don Pedro Agustín de Echavarri, oficial de cierto arroyo, pero ignorante en el arte de la guerra, y á quien vimos al frente de la insurreccion cordobesa, se habia situado en aquel paraje. Tenia á sus órdenes 3.000 hombres de linea, compuestos de parte de un batallon de Campo-Mayor, de soldados de varios regimientos provinciales, con granaderos de los mismos, á los que se agregaba alguna caballeria y un destacamento de suizos. No habia entre ellos cuerpo completo que estuviese presente. El número de paisanos era más considerable, y habiase de Sevilla recibido bastante artilleria. Los españoles, levantando una cabeza de puente, habian colocado en ella 12 cañones para impedir el paso del Guadalquivir y cubrir así la ciudad de Córdoba, puesta á su margen derecha, y distante unas tres leguas de las ventos de Alcolea. El puente es largo y torcido, formando un ángulo ó recodo, que estorba el que por él se enciñen los fuegos de cañon. A la izquierda del rio se habia quedado la caballeria española con intento de acometer á los enemigos por el flanco y espalda al tiempo que éstos comenzasen el ataque de frente. Los franceses, para desembrazarse, trataron de dar á aquella una vigorosa carga, la cual repulida, contuvo á los jinetes españoles, sin lograr desbaratarlos. A poco la infanteria francesa avanzó al puente. Los fuegos bien dirigidos de la obra de campaña recien construida, y sostenida tambien valerosamente por el oficial Lasala, que mandaba á los de Campo-Mayor y granaderos provinciales, mantuvieron por algun tiempo con firmeza la posicion atacada. Pero el paisanaje, todavia no fogueado, desamparando á la tropa, facilitó á los franceses escalar la posicion, que, levantada de prisa, ni era perfecta ni estaba del todo concluida. Sin embargo, la caballeria española, no habiendo caido en desmayo, trató de favorecer á los suyos, y de nuevo y con ventaja acometió á la francesa. Dupont, teniendo que enviar una brigada al socorro de su gente, no prosiguió el ataque contra los infantes españoles, los que, retirándose con orden, sólo perdieron un cañon, cuya

cureña se habia descompuesto. El reencuentro duró dos horas, costó á los franceses 200 hombres, no más á los españoles por haberse retirado tranquilamente. Echavarri, juzgando que no era posible defender á Córdoba, abandonó la ciudad sin detenerse en sus muros.

Llegaron á su vista los franceses á las tres de la tarde del mismo dia 7 de Junio. Habian los vecinos cerrado las puertas, más bien para capitular que para defenderse. Enabláronse sobre ello pláticas, cuando, con pretexto de unos tiros disparados de las torres del muro y de una casa inmediata, apuntaron los enemigos sus cañones contra la Puerta-Nueva, hundiéndola á poco rato y sin grande esfuerzo. Metiéronse, pues, dentro, hiriendo, matando y persiguiendo á cuantos encontraban; saquearon las casas y los templos, y hasta el humilde asilo del pobre y desvalido habitante. La célebre catedral, la antigua mezquita de los árabes, rival en su tiempo en santidad de Medina y la Meca, y tan superior en magnificencia, esplendidez y riqueza, fué presa de la insaciable y destructora rapacidad del extranjero. Destruídos quedaron entonces los conventos del Carmen, San Juan de Dios y Terceros, sirviéndoles de infame lupanar la iglesia de Fuensanta y otros sitios no menos reverenciados de los naturales. Grande fué el destrozo de Córdoba, muchas las propiedades robadas en su recinto. Ciudad de 40.000 almas, opulenta de suyo y con templos en que habia acumulado mucha plata y joyas la devocion de los fieles, fué gran cebo á la codicia de los invasores. De los solos depósitos de tesoreria y consolidacion sacó el general Dupont más de 10.000.000 de reales, sin contar con otros muchos de arcas publicas y robos hechos á particulares. Así se entregó al pillaje una poblacion que no habia ofrecido ni intentado resistencia. Bajo fingidos motivos, á fuego y sangre penetraron los franceses por sus calles, y á la misma sazon que se conferenciaba. Y no satisfechos con la ruina y desolacion causada, acabaron de oprimir á los desdichados moradores gravándolos con imposiciones muy pesadas. Mas tan injusto y cruel trato alcanzó en breve el merecido galardón; siendo quizá la principal causa de la pérdida posterior del ejército de Dupont el codicioso anhelo de conservar los bienes mal adquiridos en el saco de aquella ciudad.

A pesar del triunfo conseguido, el general frances andaba inquieto. Sus fuerzas no eran numerosas. La insurreccion por todas partes le cercaba; con instancia pedia auxilios á Madrid, cuyas comunicaciones, ya antes interrumpidas, fueron á lo último del todo cortadas. A su propia retaguardia, el 9 de Junio, partidas de paisanos entraron en Andújar, y alborotada por la noche la ciudad, hicieron prisionero el destacamento frances allí apostado, y mataron al comandante, con otros tres de su guardia, que quisieron resistir en casa de D. Juan de Salazar. Molestó, sobre todo, al enemigo D. Juan de la Torre, alcalde de Montoro, que á sus expensas habia levantado un cuerpo considerable; mas, cogido por sorpresa, debió la vida á la generosa intercesion del general Fresia, á quien habia antes hospedado y obsequiado en su casa. En el Puerto del Rey apresaron los naturales al abrigo de aquellas fraguras varios convoyes; y como en la comarca se habia esparcido la voz de lo acaecido en Córdoba, hubo ocasion en que, so color de desquite, se enseñó el paisanaje contra los prisioneros con exquisita crueldad. Fué una de sus victimas el general René, á quien cogieron y mataron estando an-

les herido: lamentable suceso, pero desgraciadamente inevitable consecuencia de los desmanes cometidos en Córdoba y otros parajes por el extranjero. Pues si, en efecto, era difícil contener en una guerra de aquella clase al soldado de una nación culta como la Francia y sometido á la dura disciplina militar, ¿cuanto no debía serlo reprimir los excesos del cultivador español, que, ciego en su venganza y sin freno que le contuviese, veía talados sus campos y quemados los pacíficos hogares de sus antepasados por los mismos que poco ántes preciábanse de ser amigos! Había corrido el alboroto de la Sierra hasta la Mancha, y el 5 de Junio los vecinos de Santa Cruz de Mudela, arremetiendo á unos 400 franceses que había en el pueblo y matando á muchos, obligaron á los demás á fugarse camino de Valdepeñas. En esta villa opusieronse los naturales al paso de los enemigos, y éstos, para esquivar un duro choque, echando por fuera de la población, tomaron después el camino real, aguardando á un cuarto de legua, en el sitio apellidado de la Aguzadera, á ser reforzados. No tardó, en efecto, en llegar en el mismo día, que era el 6 de Junio, el general Liger-Belair, procedente de Manzanares, con 600 caballos, é incorporados todos, revolvieron sobre Valdepeñas.

Los moradores de esta villa, alentados con la anterior retirada de los franceses, y temiendo también que quisiesen vengar aquella ofensa, resolvieron impedir la entrada. Es Valdepeñas población rica, de 3.000 vecinos, asentada en los llanos de la Mancha, y á la que dan celebridad sus afamados viños. Atravesala por medio la calle llamada Real, tránsito de la que viajan de Castilla á Andalucía, y la cual tiene de largo cerca de un cuarto de legua. Aprovechándose de su extensión, dispusieronla los habitantes de modo que en ella se entorpeciese la marcha de los franceses. La cubrieron con arena, esparciendo debajo clavos y agudos hierros; de trecho en trecho y disimuladamente ataron maromas á las rujas, cerraron y atrancaron las puertas de las casas, y emborazaron las callejuelas que salían á la principal avenida. No contentos con resistir detrás de las paredes, osaron, en número de más de 1.000, ponerse en fila á la orilla del pueblo. Pero viendo lo numeroso de la caballería enemiga, después de algunos tiros se agacharon en lo interior, pertrechados de armas y medios ofensivos.

Los franceses al aproximarse enviaron por delante una desentierza, la cual, según su costumbre, con paso acelerado se adelantó al pueblo. Penetró, y muy luego los caballos, tropezando y cayendo unos sobre otros, miserablemente arrojaron á los jinetes. Entonces de todas partes llovieron sobre los derribados tiros, pedradas, ladrillazos, atormentando también sus carnes con agua y aceite hirviendo. Quisieron otros proteger á los primeros, y éstos igual y malhadado fin. Irritado Liger-Belair con aquel contratiempo, entró la villa por los costados, incendiando las casas y destruyéndolas. Pasaron de 80 las que se quemaron, y muchas personas fueron degolladas hasta en los campos y las cuevas. Habían los enemigos perdido ya más de 100 hombres, al poco que la villa se arrojaba y se hundía. Comovidos de ello y recelosos de su propia suerte curiosos vecinos principales, resolvieron, yendo á su cabeza el alcalde mayor D. Francisco María Osorio, avisarle con el general Liger-Belair, quien, temeroso también de la ruina de los suyos, escuchó las proposiciones, convino en ellas, y saliendo todos juntos con una divisa blanca, pusieron de consenso

término á la matanza. Mas la contienda había sido tan reñida, que los franceses, escarmentados, no se atrevieron á ir adelante, y juzgaron prudente retroceder á Madridejos.

Dupont, aislado, sin noticia de lo que á la otra parte de los montes pasaba, aturrido con lo que de cerca veía, pensó en retirarse; y el 16 de Junio, echando por la tarde de Córdoba, se encaminó á Andujar, en donde tomó posición el 19. Desde aquel punto, con objeto de abastecer á su gente, y deseoso de no abandonar el terreno sin castigar á Jaén, á la cual se achacaba haber participado del alboroto y muerte del comandante francés de Andujar, envió allí el 20 al oficial Baste con la suficiente fuerza. Entraron los enemigos en la ciudad sin hallar oposición, y con todo la pillaron y maltrataron horroresamente. Degollaron hasta niños y viejos, ejerciendo acerbas crueldades contra religiosos enfermos de los conventos de Santo Domingo y de San Agustín: tal fué el último, notable y fiero hecho cometido por los franceses en Andalucía ántes de rendirse á las huestes españolas.

Casi al propio tiempo determinó Murat enviar también una expedición contra Valencia. Mandóala el mariscal Moncey, y se componía de 8.000 hombres de tropa francesa, á los que debían reunirse guardias españolas, valonas y de Corps. Mas todos estos en su mayor parte se desbandaron, pasando por atajos y trochas del lado de sus compatriotas. Moncey salió de Madrid el 4 de Junio, y llegó á Cuenca el 11. Deteniéndose algunos días, disgustose Murat, y despachó para aguijarle al general de caballería Exelmans con otros muchos oficiales, quienes, arrestados en Saiceles y conducidos prisioneros á Valencia, terminaron su comisión de un modo muy diverso del que esperaban. En Cuenca fueron recibidos los franceses con tibieza, una no hostilmente. Prosiguiendo su marcha, hallaron por lo general los pueblos desamparados, pródigios que vaticinaba la resistencia con que iban á tropezar.

La Junta de Valencia había en tanto adoptado las medidas vigorosas de defensa que la premura del tiempo le permitía. Reecreciéronse al oír que Moncey se aproximaba del lado de Cuenca, y se dieron nuevas órdenes é instrucciones al mariscal de campo D. Pedro Adorno, á cuyo mando, como ya dijimos, se habían confiado las tropas apostadas en los desfiladeros de las Cabrillas, adonde el enemigo se dirigía. Lo más de la gente era nueva e indisciplinada, y por eso convenia aprovecharse de las ventajas que ofreciese el terreno. Tratóse, pues, de disputar primeramente á los franceses el paso del Cabriel, en el puente Pajaro, en donde remata la cuesta de Contreras, y en cuya cabeza construyeron los españoles una mala batería de cuatro cañones, sostenida por un trozo de un regimiento suizo, colocándose la otra tropa en diferentes puntos de dicha cuesta. Detuviéronse los franceses, hasta que á duras penas por los malos senderos y escabrosidades acercaron casi á la rastra unos cañones. Con su auxilio, el 20 rompieron el fuego, y vadeando uno el río, y otros acometiendo de frente, se apoderaron de la batería española, habiendo habido muchos de los suyos que se les pasaron. Los nuevos reclutas, que nunca habían sido fogueros, abandonados por aquellos veteranos, no tardaron en dispersarse, replegándose parte de ellos, con algunos soldados españoles, á las Cabrillas.

Cuando la nueva de la derrota: atópala la Junta de Valencia, y grande fué la consternación y el sobresalto. En tan alto apuro, envió al ejército en comi-

ción á su vocal el padre Rico, ó ya quisiesen vengarse así algunos del estrecho en que los había metido, ó ya también porque, gozando de suma popularidad, pensaron otros que era aquél el modo más propio de calmar la pública agitación y alejar la desconfianza. Obedeció Rico, y el 23 por la noche llegó á las Cabrillas, ocho leguas de Valencia, y cuyos montes parten término con Castilla. Habíase recogido á sus cuebras los dispersos del Cabriel, y allí se encontró el padre Rico con 180 hombres del regimiento de Saboya, mandados por el capitán Gamíndez, con tres cuerpos de nueva creación, algunos caballos y artilleros, que habían conservado dos cañones y un obús, componiendo en todo cerca de 3,000 hombres. Eran contados los oficiales veteranos, siendo el de mayor graduación el brigadier Marimon, de guardias españolas. Ignorábase el paradero de Adorno. Reunidas todas aquellas reliquias, se colocaron en situación ventajosa á espaldas y á legua y media del pueblo de Siete-Aguas, hasta cuyas casas enviaban sus descubiertas. Gamíndez mandó el centro, la izquierda Marimon, y colocáronse guerrillas sueltas por la derecha. El 24 avanzaron los franceses, y los nuestros, favorecidos de tierra tan quebrada, los molestaron bastante. Impacientado Moncey, destacó por su izquierda y del lado de la sierra de los Ajos al general Harispe con vascones acostumbrados á trepar por las asperezas del Pirineo. Encaramáronse, pues, á pesar de escabrosidades y derrumbaderos, y arrollando á las guerrillas, facilitaron el ataque de frente. Defendieronse bien los de Saboya, quedando los más de ellos y los artilleros muertos junto á los cañones, y prisionero con otros su comandante Gamíndez. Lo restante de la gente hispana huyó precipitadamente. La pérdida de los españoles fué de 600 hombres, muy inferior la de los contrarios. El mariscal Moncey al instante traspasó la sierra por el portillo de las Cabrillas, donde donde registrándose las ricas y frondosas campiñas de la huerta de Valencia, se encendió la ansiosa codicia de sus fatigados soldados. Si entonces hubiera proseguido su marcha, fácilmente se hubiera ensfocorado de la ciudad; pero, obligado á detenerse el 25 en la venta de Bufiol para aguardar la artillería, y queriendo adelantarse cautelosamente, dió tiempo á que Rico, volviendo á Valencia al rayar el alba de aquel mismo día, apellidase guerra dentro de sus muros.

Está asentada Valencia á la derecha del Guadalaviar ó Turia; 100,000 almas forman su población, excediendo de 60,000 las que habitan en los lugarejos, casas de campo y alquerías de sus deliciosas vegas. Cebida de un muro antiguo de mampostería con una mala ciudadela, no podía ofrecer al enemigo larga y ordenada resistencia si militarmente hubiera de haberse considerado su defensa. Mas á la voz de la desgracia de las Cabrillas, en lugar de abatirse, creciendo el entusiasmo al más subido punto, tomó la Junta activas providencias, y los moradores, no sólo las ejecutaron debidamente, sino que también por sí procedieron á dar á los trabajos la amplitud y perfección que permitía la brevedad del tiempo. Sin distinción de clase ni de sexo acudieron todos á trabajar en las fortificaciones que se levantaban. En el corto espacio de sesenta horas construyéronse en las puertitas baterías con sacos de tierra. En la de Cuarte, como era por donde se aguardaba al enemigo, además de dos cañones de á veinte y cuatro, se colocó otro en el primer piso de la torre, abriéndose una zanja ancha y profunda en medio de la calle del Arrabal, que embocaba la ba-

teria. A la derecha de esta puerta, y antes de llegar á la de San José, entre el muro y el río, se situaron cuatro cañones y dos obuses, impidiendo lo sólido del malecón que se abriese un foso. Diose á esta obra el nombre de batería de Santa Catalina, del de una torre antes demolida, y que ocupaba el mismo espacio. Lo expresamos por su importancia en la defensa. Dentro del recinto se cortaron y atajaron las calles, callejuelas y principales avenidas con carros, coches, vigas, caleras y tartanas. Tapáronse las entradas y ventanas de las casas con colchones, mesas, sillas y todo género de muebles, cubriendo por el mismo término y cuidadosamente lo alto de las azoteas á terrados. Detrás de semejantes y tan repentinos atrincheramientos estaban preparados sus dueños con armas arrojadizas y de fuego, y aun hubo mujeres que no olvidaron el aceite herviendo. Afiados todos, mutuamente se animaban, habiendo resuelto defender heroicamente sus hogares.

La Junta además, para dilatar el que los franceses se acercasen, trató de formar un campo avanzado á la salida del pueblo de Cuarte, distante una legua de Valencia. Le acompañan cuerpos de nueva formación, y se había puesto á las órdenes de D. Felipe Saint-March. Situóse la gente en la ermita de San Onofre, á orillas del canal de regadío que atraviesa el camino que va á las Cabrillas. Entre tanto D. José Caro, nombrado brigadier al principio de la insurrección, y que mandaba una división de paisanos en el ejército de Cervera, apostado, según dijimos, en Almansa, corrió apresuradamente al socorro de la capital luego que supo el progreso del enemigo. A su llegada se unió á Saint-March, y juntos dispusieron el modo de contener al mariscal francés. Emboscaron al efecto en los algarrobales, viñedos y olivares que pueblan aquellos contornos, tiradores diestros y esforzados. El cuerpo principal se colocó á espaldas de una batería que enfilaba el camino hondo, por donde era de creer arremetiese la caballería enemiga, y cuyo puente se había cortado. Como los generales habían previsto que al fin tendrían que ceder á la superioridad y pericia francesa, deseosos de que su retirada no causara terror en Valencia, habían pensado, Caro en tirar por la izquierda, y Saint-March pasar el río por la derecha y situarse en el collado del almacen de pólvora. Pero para verificar, llegado el caso, su movimiento con orden, y evitar que dispersos fueran á la ciudad, establecieron á su retaguardia una segunda línea en el pueblo de Cuarte, rompiendo el camino y guardando las casas para su defensa.

A las once de la mañana del día 27 empezó el fuego, duró hasta las tres, siendo muy vivo durante dos horas. Al fin los franceses cruzaron el canal y forzaron la primera línea. Caro y Saint-March se retiraron, según habían convenido. Los franceses, vencedores, iban á perseguirlos, cuando notaron que desde el pueblo de Cuarte se les hacía fuego. Molestados también por el continuado de los paisanos metidos en los cañamares de dicho pueblo, no pudieron entrarle hasta las seis de la tarde, huyendo los vecinos al amparo de las acequias, cañaverales y moreras que cubren sus campos. La pérdida fue considerable de ambas partes; la artillería quedó en poder de los franceses.

Avanzó entonces Moncey hasta el huerto de Julia, media legua de Valencia. Por la noche pasó al capitán general, Conde de la Conquista, un oficio para que rindiése la plaza. Fue por á las el coronel Sabano. Congregóse la Junta, á la que se unieron para deliberar en asunto tan espionoso, el Ayuntamiento

to, la nobleza é individuos de todos los gremios. El de la Conquista inclinábase á la entrega, viendo cuán imposible sería resistir con gente allegadiza, y en ciudad, por decirlo así, abierta á enemigos aguerridos. Sostuvo la misma opinion el emisario Solano, y en tanto grado, que se esforzó en probar no habia nada que temer respecto de lo pasado, así por la condicion suave y noble del mariscal frances, como tambien por los vinculos particulares que le enlazaban con los valencianos; lo cual aludia á conocerse en aquel reino familias del nombre de Moncey, y haber quien le conceptuára oriundo de la tierra. Así se discurría acerca de la proposicion, cuando el pueblo, advertido de que se negociaba, desafortadamente se agolpó á la sala de sesiones de la Junta. Atemorizados los que en su seno buscaban la rendicion, y alentados los de la parcialidad opuesta, no se titubeó en desechar la demanda del enemigo; y puestos todos sus individuos al frente del mismo pueblo, recorrieron la línea animando y exhortando á la pelea. Con la oportuna resolucion se embraveció tanto la gente, que ya no hubo otra voz que la de vencer ó morir.

El 28, á las once de la mañana, se rompió el fuego. Como Moncey era dueño de casi todo el arrabal de Cuarte, le fué fácil ordenar sus batallones detras del convento de San Sebastian. A su abrigo, dirigieron los enemigos sus cañones contra la puerta de Cuarte y batería de Santa Catalina. Tres veces atacaron con el mayor impetu del lado de la primera, y otras tantas fueron rechazados. Mandaba la batería española con mucho acierto el capitán D. José Ruiz de Alcalá, y el puesto los coroneles Baron de Petrés y D. Bartolomé de Georget. Los enemigos no perdonaron medio de flanquear á los nuestros por derecha é izquierda, pero de un costado se lo estorbaron los fuegos de Santa Catalina, y del otro el granadero de fusilería que desde la muralla hacían los habitantes. El entusiasmo de los defensores tocaba en frenesí cada vez que el enemigo huía, pero siempre se mantuvo el mejor orden. Temióse por un rato carecer de metralla, y sin tardanza, de las casas inmediatas se arrancaron rejas, se enviaron barras y otros utensilios de hierro, que cortados en menudos pedazos, pudieron suplir aquella falta, acudiendo á porfía las señoras de la clase más elevada á coser los saquillos de la recién fabricada metralla. Con tal ejemplo, ¿qué brazo varonil hubiera cedido el paso al enemigo? El Capitan general, los magistrados y aun el Arzobispo aparecíanse á veces en medio de aquel importante puesto, dando brío con su presencia á los ménos esforzados.

Moncey, tratando de variar su ataque, recogió sus soldados á la cruz de Mislata, y acometió, después de un respiro, la batería de Santa Catalina, á la derecha, como dijimos, de la de Cuarte. Era comandante del puesto el coronel D. Firme Vallés, y de la batería D. Manuel de Velasco y D. José Soler. Dos veces y con gran furia embistieron los franceses. La primera cieron, abrasados por el fuego de cañon y el que por su flanco izquierdo les hacia la fusilería; y la segunda huyeron atropelladamente, sin que los contuviesen las exhortaciones de sus jefes. No por eso cedió Moncey, y fingiendo querer atacar el muro por donde mira á la plazuela del Carbon, emprendió nueva acometida contra la batería de Santa Catalina. ¡Vano empeño! Sus soldados repelidos, dejaron el suelo empapado en su sangre. Distinguióse allí el oficial D. Santiago O'Lalor, asesinado alevosamente en el propio día por mano desconocida.

T.

Los franceses, perturbados con defensa tan inesperada y recia, trataron de dar una última embestida á la ciudad. Eran las cinco de la tarde, cuando avanzando Moncey con el grueso de su ejército hacia la puerta de Cuarte, hizo marchar una columna por el convento de Jesus para atacar la de San Vicente, situada á la izquierda de la primera, y confiada al cuidado del coronel D. Bruno Barrera, bajo cuyas órdenes dirigian la artillería los oficiales don Francisco Cano y D. Luis Almela. Considerábase aquella parte del muro la más flaca, mayormente su centro, en donde está colocada, en medio de las otras dos, la puerta tapiada de Santa Lucia, antiguamente dicha de la Boatella. Empezóse el ataque, y los españoles apuntaron con tal acierto sus cañones, que lograron desmontar los de los enemigos, y desalojarlos del punto que ocupaban con notable matanza. Desde aquella hora, que era ya la de las ocho de la noche, cesó el fuego en ambas líneas. Durante los diversos ataques arrojaron los franceses á la ciudad granadas, que no causaron daño.

El P. Rico anduvo constantemente por los parajes de mayor riesgo, y coadyuvó grandemente á la defensa con su energia y brioso porte. Fué imperturbable en su valor Juan Bautista Moreno, que sin fusil y con la espada en la mano alentaba á sus compañeros, y tomó á su cargo abrir y cerrar las puertas, sin reparar en el peligro que á cada paso le amenazaba. Más sublime ejemplo dió aun con su conducta Miguel García, mesonero de la calle de San Vicente, quien hizo, solo, á caballo, cinco salidas, y sacando en cada una de ellas 40 cartuchos, los empleaba, como diestro tirador, atinadamente. Hechos son éstos dignos de la recordacion histórica, y no deben desdenarse aunque vengan de humilde lugar. Al contrario, conviene repetirlos y grabarlos en la memoria de los buenos ciudadanos, para que sean imitados en aquellos casos en que peligro la independencia de la patria.

La resistencia de Valencia, aunque de corta duracion, tuvo visos de maravillosa. No tenía soldados que la defendiesen, habiendo salido á diversos puntos los que ántes la guarnecían, ni otros jefes entendidos sino oficiales subalternos, que guiaron el denuedo de los paisanos. Los franceses perdieron más de 2.000 hombres, y entre ellos al general de ingenieros Cazal con otros oficiales superiores. Los españoles, resguardados detras de los muros y baterías, tuvieron que llorar pocos de sus compatriotas, y ninguno de cuenta.

Al amanecer del 29, D. Pedro Túpper, puesto de vigía en el miguelete ó torre de la catedral, avisó que los enemigos daban indicio de retirarse. Apenas se creía tan plausible nueva; mas bien pronto todos se cercioraron de ello, viendo marchar al enemigo por Torrente para tomar la calzada que va á Almanza. La alegría fué colmada, y esperábase que el Conde de Cervellon acabaría en el camino de destruir al mariscal Moncey, ó por lo ménos le molestaria y picaria por todos lados. Muy lejos estaba de obrar conforme al comun deseo. El general español habia venido á Alcira cuando supo el paso de los franceses por las Cabrillas y su marcha sobre Valencia. Allí permaneció tranquilo, y no trató de disputar á Moncey el paso del Júcar, después de su derrota delante de los muros de la capital. Tachósele de remiso, principalmente porque habiendo consultado á los oficiales superiores sobre el rumbo que en tal oportunidad convendría seguir, opinaron todos que se impidiese á los franceses cruzar el río; no abrazó su dictámen, fundándose en lo indisciplinados que

todavía estaban sus soldados: prudencia quizá laudable, pero amargamente censurada en aquellos tiempos.

Perjudicó también á su fama, y aun en el concepto de los juiciosos, la contraposición que con la suya formó la conducta de D. Pedro Gonzalez de Llamas y la de D. José Caro. A éste lo hemos visto acudir al socorro de Valencia, y si bien no con feliz éxito, por lo ménos retardó con su movimiento el progreso del enemigo, lo cual fué de suma utilidad para que se preparasen los vecinos de la ciudad á una notable y afortunada resistencia. El general Llamas, que de Murcia se había acercado al puerto de Almansa, noticioso por su parte de que los franceses iban á embestir á Valencia, había avanzado rápidamente y colocándose á la espalda en Chiva, cortándole así sus comunicaciones con el camino de Cuenca. Y después, obedeciendo las órdenes de la junta provincial, hostigó al enemigo hasta el Júcar, en donde se paró, asombrado de que Cervellón hubiese permanecido inactivo. Prodigáronse, pues, alabanzas á Llamas, y achacóse á Cervellón la culpa de no haber derrotado al ejército de Moncey antes de la salida del territorio valenciano. Como quiera que fuese, costóle al fin el mando tal modo de comportarse, graduado por los más de reprehensible timidez. Moncey prosiguió su retirada, incomodado por el paisanaje, y á punto que no osaba desviarse del camino real. Pasó el 2 de Julio el puerto de Almansa, y en Albacete hizo alto y dió descanso á sus fatigadas tropas.

Entre tanto no sabía el gobierno de Madrid cuál partido le convenia abrazar. Notaba con desconsuelo burladas sus esperanzas, no habiendo reprimido prontamente la insurrección de las provincias con las expediciones enviadas al intento. Temía también que las tropas desparramadas por diversos y lejanos puntos, y molestadas sin gozar un instante de sosiego, no acabasen por perder la disciplina. Mucho contribuyó á su desconcierto la enfermedad grave de que fué acometido el gran Duque de Berg en los primeros días de Junio, con lo cual se hallaron los individuos de la Junta faltos de un centro principal que diera union y fuerza. Hubo entre los suyos quien le creyó envenenado, y entre los españoles no faltó también quien atribuyera su mal á castigo del cielo por las tropelías y asesinatos del 2 de Mayo. Los celosos y lenguaraces buscaban el principio en un origen impuro, dando lugar á sus sueltas palabras los deslices de que no estaba exento el Duque. Mas la verdadera enfermedad de éste era uno de aquellos cólicos por desgracia harto comunes en la capital del reino, y que por serlo tanto los ha distinguido en una disertación el docto Luzuriaga con el nombre de cólicos de Madrid. Agregáronsele unas tercianas tan pertinaces y recias, que descaciando su espíritu y su cuerpo, tuvo que conformarse con el dictamen de los facultativos de trasladarse á Francia y tomar las aguas termales de Baréges. Provocó también á sospecha de empuzonamiento el haber amalado muchos de los soldados franceses, y muerto algunos con síntomas de tifoidea dubiosa. Para serenar los ánimos, el Baron Larrey, primer cirujano del ejército invasor, examinó los alimentos, y el boticario mayor del mismo, Mr. Lambert, analizó detenidamente el vino que se les vendía en varias tabernas y bodegas de dentro y fuera de Madrid. Nada se descubrió de nocivo en el líquido, solamente á veces había con él mezcladas algunas sustancias narcóticas más ó ménos excitativas, como el agua de laurel y el pimientó,

que para dar fuerza suelen los vinateros y vendedores añadir al vino de la Mancha, á semejanza del óxido de plomo, ó sea litargirio, que se emplea en algunos de Francia para corregir su acidez. La mixtion no causaba molestia á los españoles por la costumbre, y sobre todo por su mayor sobriedad; dañó extremadamente á los franceses, no habituados á aquella bebida, y que abusaban en sumo grado de los vinos fuertes y licorosos de nuestro territorio. El examen y declaración de Larrey y Lambert tranquilizó á los franceses, recelosos de cualquiera aseveranza de parte de un pueblo gravemente ofendido; pero el de España con dificultad hubiera recurrido para su venganza á un medio que no le era usual, cuando tantos otros justos y nobles se le presentaban.

En lugar de Murat envió Napoleon á Madrid al general Savary, el que llegó el 15 de Junio. No agradó la elección á los franceses, habiendo en su ejército muchos que por su graduación y militar renombre reputábanse como muy superiores. Asimismo en el concepto de algunos menoscababa la estimación de la persona escogida el haber sido con frecuencia empleada en comisiones más propias de un agente de policía que de quien había servido en la carrera honorífica de las armas. No era tampoco entre los españoles juzgado Savary con mas ventaja, porque habiendo sido el celador asiduo del viaje de Fernando, conduxo con palabras engañosas á arrastrarle á Bayona. Sin embargo, su nombre no era ni tan conocido ni odiado como el de Murat: apenas llegó en sazón en que muy poco se curaban en las provincias de lo que se hacía ó deshacía en Madrid. Asuntos inmediatos y de mayor cuantía embargaban toda la atención.

El encargo confiado á Savary era nuevo y extraño en su forma. Autorizado con iguales facultades que el lugarteniente Murat, no le era lícito poner su firma en resolución alguna. Al general Belliard tocaba con la suya legalizarlas. El uno leía las cartas, oficios é informes dirigidos al lugarteniente; respondía, determinaba: el otro cesábase, á manera de una estampilla viva, á firmar lo que le era prescrito. Los decretos se encabezaban á nombre del gran Duque, como si estuviese presente ó hubiese dejado sus poderes á Savary, y éste, disponiendo en todo soberanamente, incomodaba á varios de los otros jefes, que se consideraban desairados.

Para mostrar que él era la suprema cabeza, á su llegada se alojó en palacio, y tomó sin tardanza providencias acomodadas al caso. Prosiguió las fortificaciones del Retiro, y construyó un reduto al rededor de la fábrica Real de porcelana allí establecida, y á que dan el nombre de casa de la China, en donde almacenó las vituallas y municiones de guerra. Pensó después en sostener los ejércitos esparcidos por las provincias. Tal había sido la órden verbal de Napoleon, quien juzgaba ser lo mas importante ocupar muchos puntos, á fin de derramar por todas partes las novedades que había querido introducir.... Conforme á ella, é incierto de la suerte de Dupont, cuya correspondencia estaba cortada, resolvió Savary reforzarle con las tropas mandadas por el general Vedel, que se hallaban en Toledo. Ascendia á 6.000 infantes y 700 caballos con 12 cañones. El 19 de Junio salieron de aquella ciudad, juntándoseles en el camino los generales Boize y Liger-Belair con sus destacamentos, los cuales hemos visto fueron compelidos á recogerse á Madrilejos por la insurrección general de la Mancha.

Los franceses por todas partes se encontraban

con pueblos solitarios, incomodándoles á menudo los tiros del paisanaje oculto detras de los crecidos panes, y ¡ay de aquellos que se quedaban rezagados! No obstante, acunaron sin notable contratiempo á Despeñaperros en la mañana del 26 de Junio. La posición estaba ocupada por el teniente coronel español D. Pedro de Valdecañas, empleado ántes en la persecucion de contrabandistas por aquellas sierras, y ahora apostado allí con objeto de que, colocándose á la retaguardia de Dupont, le interceptase la correspondencia é impidiese el paso de los socorros que de Madrid le llegasen. Habia atajado el camino en lo mas estrecho con troncos, ramos y peñascos, destroniéndole del lado del despeñadero, y situando detras seis cañones. Paisanos los más de su tropa, y él mismo poco práctico en aquella clase de guerra, desaprovechó la superioridad que le daba el terreno. Cedió luego los nuestros al ataque bien concertado de los franceses, perdieron la artillería, y Vedel prosiguió sin embarazo á la Carolina, en cuya ciudad se le incorporó un trozo de gente que le enviaba Dupont, á las órdenes del oficial Baste, el saqueador de Jaén. Llevada, pues, á feliz término la expedición, creyó Vedel conveniente enviar á una tropa para reforzar ciertos puntos que eran importantes y conservar abierta la comunicacion. Por lo demás, bien que pareciesen cumplidos los deseos del enemigo en la union de Vedel y Dupont, pudiendo no solo corresponder libremente con Madrid, mas aun hacer rostro á los españoles y desbaratar sus mal formadas huestes, no tardáremos en ver cual de otra manera de lo que esperaban remataban las cosas.

Anejábase igualmente á Savary el cuidado de Moncey, cuya suerte ignoraba. Despues de haberse adelantado este mariscal más allá de la provincia de Cuenca, habian sido interrumpidas sus comunicaciones, hechos prisioneros soldados suyos sueltos y desarmados, y aun algunas partidas. Juntándose, pues, número considerable de paisanos, alentados con aquellos que calificaban de triunfos, fué necesario pensar en dispersarlos. Con este objeto se ordenó al general Caulincourt, apostado en Tarancon, que marchase con una brigada sobre Cuenca. Dio vista á la ciudad el 3 de Julio, y una gavilla de hombres desgobernada le hizo fuego en las cercanías á bulto y por corto espacio. Bastó semejante demostracion para entregar á un horroroso saqueo aquella desdichada ciudad. Hubo regidores é individuos del Cabildo eclesiástico, que, saliendo con bandera blanca, quisieron implorar la merced del enemigo; mas resuelto éste al pillaje, sin atender á la señal de paz, los forzó á huir, recibiendo á entonczas. Espantáronse á su ruido los vecinos, y casi todos se fugaron, quedando solamente los ancianos y enfermos y cinco comunidades religiosas. No perdonaron los contrarios casa ni templo que no allanasen y profanasen. No hubo mujer, por enforma ó de rapita, que se librase de su brutal furor. Al venerable sacerdote D. Antonio Lorenzo de Urban, de edad de ochenta y tres años, ejemplo por sus virtudes, le traspasaron de cruces heridas, despues de recibir de sus propias manos el escaso pecunia que todavía su ardiente caridad no habia repartido á los pobres. Al franciscano el P. Gaspar Navarro, tambien octogenario, atormentáronle cruelmente para que confesase dinero que no tenía. Otras y no ménos crueles, bárbaras y atroces acciones mancharon el nombre francés en el no merecido saqueo de Cuenca.

No satisfecho Savary con el refuerzo que se en-

viaba á Moncey al mando de Caulincourt, despachó otro nuevo á las órdenes del general Frere, el mismo que ántes habia ido á apaciguar á Segovia. Llegó éste á Requena el 5 de Julio, donde, noticioso de que Moncey se retiraba del lado de Almansa, y de estar guardadas las Cabrillas por el general español Llamas, revolvió sobre San Clemente y se unió con el mariscal. Poco despues, informado Savary de haberse puesto en cobro las reliquias de la expedicion de Valencia, y deseoso de engrosar su fuerza en derredor suyo, mandó á Caulincourt y á Frere que se restituyesen á Madrid; con lo que enflaquecido el cuerpo de Moncey, y quizá ofendido éste de que un oficial inferior en graduacion y respetos pudiese disponer de la gente que debia obedecerle, desistió de toda empresa ulterior, y se replegó á las orillas del Tago.

Los franceses, que esparcidos no habian conseguido las esperadas ventajas, comenzaron á pensar en mudar de plan, y reconcentrar más sus fuerzas. Napoleon, sin embargo, tenaz en sus propósitos, insistia en que Dupont permaneciese en Andalucía, al paso que mereció su desaprobacion el que le enviasen continuados refuerzos. Savary, inmediato al teatro de los acontecimientos, y fiado en el favor de que gozaba, tomó sobre él obrar por rumbo opuesto, é indicó á Dupont la conveniencia de desamparar las provincias que ocupaba. Para que con mas descubrimiento pudiera este jefe efectuar el movimiento retrógrado, dirigió áquél sobre Manzanares al general Gobert con su division, en la que estaba la brigada de corneceros que habia en España. Mas Dupont, ya fuese temor de su posición, ó ya deseo de conservarse en Andalucía, ordenó á Gobert que se le incorporase, y éste se sometió á dicho mandato despues de dejar un batallon en Manzanares y otro en el Puerto del Rey.

Tan discordes andaban unos y otros, como acontece en tiempos borrascosos, estando sólo conformes y empeñados en aumentar fuerzas hácia el Mediodía. Y al mismo tiempo el punto que mas urgía auxiliar, que era el de Bessières, amenazado por las tropas de Galicia, Leon y Astúrias, quedaba sin ser socorrido. Claro era que una ventaja conseguida por los españoles de aquel lado comprometeria la suerte de los franceses en toda la Peninsula, interrumpiria sus comunicaciones con la frontera, y los dejaria á ellos mismos en la imposibilidad de retirarse. Pues á pesar de reflexion tan obvia, desatendiose á Bessières, y sólo tanto y con una brigada de infantería y 300 caballos se acudió de Madrid en su auxilio. Felizmente para el enemigo, la fortuna le fué allí más favorable, merced á la impericia de ciertos jefes españoles.

Despues de la batalla de Cabezon se habia retirado á Benavente el general Cuesta. Recogió dispersos, prosiguió los alistamientos, y se le juntaron el cuerpo de estudiantes de Leon y el de Covadonga de Astúrias. Diéronse en aquel punto las primeras lecciones de táctica á los nuevos reclutas, se los dividió en batallones, que llamaron tercios, y comenzaron en instruirlos D. José de Zayas. De esta gente se componia la infantería de Cuesta, limitándose la caballería al regimiento de la Reina y guardias de Corps que estuvieron en Cabezon, y al escuadron de carabineros, que ántes habia pasado á Asturias. Era ejército endeble para salir con él á campaña, si las tropas de la última provincia y las de Galicia no obraban al propio tiempo y mancomunadamente. Por lo cual con instantia pidió el general Cuesta que avanzasen y se le reuniesen. La

Junta de Asturias, propensa á condescender con sus ruegos, fué detenida por las oportunas reflexiones de su presidente el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, manifestando en ellas que, lejos de acceder, se debía exhortar al Capitán general de Castilla á abandonar sus llanos y ponerse al abrigo de las montañas; pues no teniendo soldados ni unos ni otros, sino hombres, infaliblemente serían deshechos en el campamento, y se apagaría el entusiasmo, que estaba tan encendido. Convencida la Junta de lo fundado de las razones del Marqués, acordó no despreciarse de su ejército, y sólo por calagar á la multitud coarctada en que quedase unido á los castellanos el regimiento de Cavadonga, compuesto de mas de 1.000 hombres, y mandado por D. Pedro Mendez de Vigo, y además que otros tantos bajasen á Leon del puerto de Leitariegos, á las órdenes del mariscal de campo Conde de Toreno, padre del autor.

También encontro en Galicia la demanda de Cuesta graves dificultades. Habia sido el plan de Filangieri fortificar á Manzanal, y organizar allí y en otros puntos del Bierzo sus soldada, antes de acudir á ción alguna campal. Mas la Junta de Galicia, atenta á la quebrantada salud de aquel general y al desvío con que por extranjero le miraban algunos, relevándole del mando activo, le habia llamado á la Coruña, y nombrado en su lugar al cuartel maestro general D. Joaquín Blake. Puso éste al frente del ejército el 21 de Junio, y perseguido Filangieri de adversa estrella, pereció, como hemos dicho, el 24. Persistió Blake en el plan anterior de adiestrar la tropa, esperando que con los cuerpos que habia en Galicia, los de Oporto y nuevos alistados conseguiria armar y disciplinar 40 mil hombres. La inquietud de los tiempos le impidió llevar su laudable proposito á cumplido efecto. Desconfeso de examinar y reconocer por sí la sierra y caminos de Fuenesladon y Manzanal, habia alido de Villatriaca, y pareciéndole conveniente tomar posición en aquellas alturas, que formaban una cordillera avanzada de la de Cebreiro y Piedraíta, límite de Galicia, se situó allí, extendiendo su derecha hasta el monte Tolmo, que mira á Sanabria, y su izquierda hacia el lado de Leon por la Cepeda. Asi no solamente guardaba todas las entradas principales de Galicia, sino tambien disfrutaba de los auxilios que ofrecia el Bierzo. Empezaba, pues, á poner en planta su intento de ejercitar y organizar su gente, cuando el 28 de Junio se le presentó D. José de Zayas, rogándole, á nombre del general Cuesta, que con todo á parte de su ejército avanzase á Castilla. Negóse Blake, y entonces pasó el comisionado á avisarle con la Junta de la Coruña, de quien aquel dependia. La desgracia ocurria con Filangieri, el terror que infundió su muerte, las instancias de Cuesta y los deseos del vulgo, que casi siempre se gobiernan mas bien por impulso ciego que por razón, lograron que triunfase el partido mas puritano, habiéndose prevenido á Blake que se juntase con el ejército de Castilla en las llanuras. Poco antes de haber recibido la orden redujo á mil general á cuatro de hombres las seis en que á principios de Junio se habia distribuido la fuerza de su ejército, acordándole su número á 27.000 hombres de infanteria, con mas de 30 piezas de campaña y 10 batallones de distintos cuerpos. Tomó otras disposiciones con acierto y diligencia, y al saber y practicar militar que le asistia se le habia agregado la conveniente fortaleza ó mayor influjo para contrarrestar la opinion vulgar, hubiera al fin arreglado debidamente el ejército puesto á sus órde-

nes. Mas, oprimido bajo el peso de aquella, tuvo que ceder á su impetuoso torrente, y pasar en los primeros dias de Julio á unirse en Benavente con el general Cuesta. Dejó sólo en Manzanal la segunda division, compuesta de cerca de 6.000 hombres, á las órdenes del mariscal de campo D. Rafael Martínez, y en la Puebla de Sanabria un trozo de 1.000 hombres, á las del Marqués de Valadarez, el que obró despues en Portugal de concierto con el ejército de aquella nacion. Llegado que fué á Benavente con las otras tres divisiones, dejó allí la tercera, al mando del brigadier D. Francisco Ripulino, sirviendo como de reserva y constando de 6.000 hombres. Puso en movimiento camino de Rosisco por la primera y cuarta division, acandilladas por el jefe de escuadra D. Felipe Jado Cagigal y el mariscal de campo Marqués de Portago; llevó además el batallón de voluntarios de Navarra, que pertenecía á la tercera. Se habia tambien arreglado para la marcha una vanguardia, que guiaba el Conde de Maceda, grande de España y cuartel del regimiento de infanteria de Zaragoza. Ascendia el número de esta fuerza á 15.000 hombres, la cual formaba, con la de Cuesta, un total de 22.000 combatientes. Contabanse entre unos y otros muchos pasanos vestidos todavía con su humilde y tosco traje, y no llegaban á 500 los jinetes. Reunidos ambos ejércitos, tomó el mando el de Castilla, como mas antiguo, si bien era muy inferior en número y calidad su tropa. No reinaba entre ellos la conveniente armonia. Repugnante á Blake muchas ideas de Cuesta, y ofendidos éste de que un general nuevamente promovido, y por una autoridad popular, pudiese ser obstáculo á sus planes. Pero el primero, por desgracia, cediéndose á la superioridad que daban al de Castilla los años, la costumbre del mando, y sobre todo, ser su dictamen el que con más gusto y entusiasmo abrazaba la muchedumbre, no se opuso, según hemos visto, á salir de Benavente, ni al tenaz propósito de ir al encuentro del enemigo por las llanuras que se extendian por el frente.

Noticiosos los franceses del intento de los españoles, quisieron adelantárseles, y el 9 salió de Burgos el general Bessieres. No estaban el 13 á larga distancia ambos ejércitos, y al amanecer del 14 de Junio se avistaron sus avanzadas en Palacios, legua y media distante de Rosisco. El de los franceses constaba de 12.000 infantes y mas de 1.500 caballos; superior en número el de los españoles, era inferiorísimo en disciplina, pertrechos, y sobre todo en caballeria, tan necesaria en aquel terreno, siendo de admirar que con ejército novel y desahogado se atreviese Cuesta á arriesgar una accion campal.

La desunion que habia entre los generales españoles, si no del todo manifesta todavía, y la condicion imperiosa y terca del de Castilla, impidieron que de antemano se tomasen comunidades de las convenientes disposiciones. Blake, en la tarde del 13, al aviso de que los franceses se acercaban, pasó desde Castromonte, en donde tenia su cuartel general, á Rosisco, en cuya ciudad estaba el de Cuesta, y juntos se concertaron con reconocer el camino que va á Valladolid, pensando el último que por allí habian de atacar los franceses. A esto se limitaron las medidas previamente combinadas.

Volviendo D. Joaquín Blake á su campo, preparó su gente, reconoció de nuevo el terreno, y á las dos de la madrugada del 14 situó sus divisiones en el paraje que le pareció más ventajoso, no esperando grande ayuda de la cooperacion de Cuesta. Españó, sin embargo, éste á mover su tropa en la mis-

ma dirección á las cuatro de la mañana; pero de repente hizo parada, sabedor de que el enemigo avanzaba del lado de Palacios, á la izquierda del camino que de Riosoco va á Valladolid. Advertido Blake, tuvo también que mudar de rumbo y encaminarse á aquel punto. Ya se deja discurrir de cuánto daño debió de ser para alcanzar la victoria movimiento tan inesperado, teniendo que hacerse por pesados y tropas bisoñas. Culpa fue grande del general de Castilla no estar mejor informado en un tiempo en que todos andaban solícitos en accehar voluntariamente los pasos del ejército francés. Cuesta, temiendo ser atacado, pidió auxilio al general Blake, quien le envió su cuarta división, al mando del Marqués de Portago, y se colocó el mismo, con la vanguardia, los voluntarios de Navarra y primera división, en la llanura que, á manera de mesa, forma lo alto de una loma puesta á la derecha del camino que media entre Riosoco y Palacios, y á cuyo descampado llaman los naturales campos de Monelín. Contaba esta fuerza de 9 000 hombres. No era respetable la posición escogida, siendo por varios puntos de acceso no difícil. Cuesta se situó detrás, á la otra orilla del camino, dejando entre sus tropas y las de Blake un claro considerable. Mantuvose así apartado por haber creído, según parece, que eran franceses los soldados del provincial de León, que se mostraron á lo lejos por su izquierda, y quizá también el vado de los celos que le animaban contra el otro general, su compañero.

Al avanzar dudó un momento el mariscal Bessières si acometería á los españoles, imaginándose que eran muy superiores en número á los suyos. Pero habiendo examinado de mas cerca la extraña disposición, por la cual quedaba un claro en tanto grado capcioso, que parecían las tropas de su frente mas bien ejércitos distintos que separados trozos de uno mismo y solo, recordó lo que había pasado allí en Cabezon, y arremetiendo sin tardanza, resolvió interponerse entre Blake y Cuesta. Huban jugando el francés que eran dos líneas distintas, y que la ignorancia e impericia de los jefes habian colocado á los soldados tan distantes unos de otros. Difícil era, por cierto, presagiar que el interés de la patria, ó por lo menos el honor militar, no hubiese auxiliado en un día de batalla mezquinas pasiones. Nosotros creemos que hubo de parte de Cuesta el deseo de vencer por sí solo, y nublado al remedio de la derrota luego que hubiese visto destruido en parte, ó por lo menos muy comprometido, á su rival. No era dado á su ofendido orgullo descubrir lo arriesgado y aun temerario de tal empresa. De su lado Blake hubiera obrado con mayor prudencia si, conociendo la inflexible dureza de Cuesta, hubiese evitado exponerse á dar batalla con una parte reducida de su ejército.

Pursiguiendo Bessières en su propósito, ordenó que el general Merle y Sabathier acometiesen, el primero la izquierda de la posición de Blake, y el segundo su centro. Iba con ellos el general Lasalle, acompañado de dos escuadrones de caballería. Resistieron con valor los nuestros, y muchos, aunque heridos, aguantaron lo embestida, como si estuvieran acostumbrados al fuego de largo tiempo. Sin embargo, el general Merle encaramándose del lado del camino por el tajo de la meseta, los nuestros comenzaron á ceder, y á desordenarse la izquierda de Blake. En tanto avanzaba Merle para acometer á los de Cuesta, é interponerse entre los dos grandes y separados trozos del ejército español. A su vista los carabineros reales y guardias de Corps, sin

aguardar aviso, se movieron, y en una carga bizarrísima arrollaron las tropas ligeras del enemigo, y las arrojaron en una torrentera de las que causan en aquel país las lluvias. En el socorro de los suyos la caballería de la guardia imperial, y nuestros jinetes, cediendo al número, se guardaron de su infantería. Cayeron muertos en aquel lance los ayudantes mayores de carabineros, Escobedo y Chiporron, lidiando éste bravamente y cuerpo á cuerpo con varios soldados del ejército contrario. Arremetiendo la pelea, se adelantó la cuarta división de Galicia, puesta antes á las órdenes inmediatas de Cuesta con consentimiento de Blake. Dice un autor que obedeció por impulso propio, otros por acatada disposición del primer general. Iban en ella dos batallones de granaderos, entresacados de varios regimientos, el provincial de Santiago y el de línea de Toledo, á los que se agregaron algunos bisoños, entre otros el de Covadonga. Arremetieron con tal furor, que fueron los franceses rechazados y deshechos, cogiendo los nuestros cuatro cañones. Momento oportuno para el enemigo, y que dió indicio de cuán otro hubiera sido el éxito de la batalla á haber habido mayor acuerdo entre los generales españoles. Mas la adquirida ventaja duró corto tiempo. En el intervalo había crecido el desorden y la derrota en las tropas de Blake. En huida este general habia querido contener al enemigo con la columna de granaderos provinciales que tenía como en reserva. Esta no correspondieron á lo que su fama prometia, por culpa, en gran parte, de algunos de los jefes. Fueron, como los demas, envueltos en el desorden, y caballos enemigos que subieron á la altura aumentaron de aumentar la confusión. Entonces Merle, mas desembarazado, revolvó sobre la cuarta división, que había alcanzado la ventaja arriba indicada, y flanqueándola por su derecha, la continuó y descompartió. Los franceses luego acometieron intrepidamente por todos lados, extendiéndose por la meseta y alto de la posición de Blake, y todo lo atropellaron y desbarataron, apoderándose de nuestras no agueridas tropas la confusión y el espanto. Individualmente hubo soldados, y sobre todo oficiales, que valieron caras sus vidas, contando entre los más valerosos al ilustre Conde de Maceda, quien, prodigo de su grande alma, cual otro Paulo, prefería arrojarle á la muerte antes que ver con sus ojos la rota de los suyos. Varios fueron los esfuerzos del general Blake y de los de su estado mayor, particularmente de los distinguidos oficiales D. Juan Moseoso, D. Antonio Borriel y D. José Maldonado, para rehacer la gente. Eran sordos á su voz los más de los soldados, manteniéndose por aquel punto solo unido y lidiando el batallón de voluntarios de Navarra, mandado por el coronel D. Gabriel de Mendizabal. Cundiendo el desorden, no fue tampoco dable á Cuesta impedir la confusión de los suyos, y ambos generales españoles se retiraron á corta distancia uno de otro, sin ser muy molestados por el enemigo; pero entre sí con animo mas opuesto y encendido. Tomaron el camino de Villalpando y Benavente. Pasó de 4 000 la pérdida de los nuestros entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados, con varias piezas de artillería. De los contrarios perecieron unos 300 y más de 700 fueron los heridos. Lamentable jornada, debida á la obstinada orgueñal é ignorancia de Cuesta, al poco concierto entre él y el Blake, y á la debil y culpable condescendencia de la Junta de Galicia. La trepa bisoña, y aun el paisanaje, habiendo peleado largo rato con entusiasmo y donuedo, claramente mostraron lo

que, con mayor disciplina y mejor acuerdo de los jefes, hubieran podido llevar á glorioso remate. Mucho perjudicó á la causa de la patria tan triste suceso. Se perdieron hombres, se consumieron en balde armas y otros pertrechos, y sobre todo, se menoscabó en gran manera la confianza.

Riosco pagó duramente la derrota padecida casi á sus puertas. Nunca pudo autorizar el derecho de la guerra el saqueo y destruccion de un pueblo que por sí no habia opuesto resistencia. Mas el enemigo, con pretexto de que soldados dispersos habian hecho fuego cerca de los arrabales, entró en la ciudad matando por calles y plazas. Los vecinos que quisieron fugarse, murieron casi todos á la salida. Allanaron los franceses las casas, los conventos y los templos, destruyeron las fábricas, robándolo todo y arruinándolo. Quitaron la vida á mozos, ancianos y niños, á religiosos y á varias mujeres, violándolas á presencia de sus padres y maridos. Lleváronse otras al campamento, abusando de ellas hasta que hubieron fallecido. Quemaron más de cuarenta casas, y coronaron tan horrorosa jornada con formar de la hermosa iglesia de Santa Cruz un infame lupanar, en donde fueron víctimas del desenfreno de la soldadesca muchas monjas, sin que se respetase aún á las muy ancianas. No pocas horas duró el tremendo destrozo.

Bessières, despues de avanzar hasta Benavente, persiguió á Cuesta camino de Leon, á cuya ciudad llegó éste el 17, abandonándola en la noche del 18, para retirarse hacia Salamanca. El general francés, que habia dudado antes si iria ó no á Portugal, sabiendo este movimiento, y que Blake y los asturianos se habian replegado detras de las montañas, desistió de su intento y se contentó con entrar en Leon y recorrer la tierra llana. Desde el 22 abrió el mariscal francés correspondencia con Blake, haciéndole proposiciones muy ventajosas para que él y su ejército reconociesen á José. Respondióle el general español con firmeza y decoro, concluyendo los tratos con una carta de éste demasadamente vanagloriosa, y una respuesta de su contrario atropellada, y en que se pintaban el enfado y despecho.

La batalla de Riosco, fatal para los españoles, llenó de júbilo á Napoleon, comparándola con la de Villaviciosa, que habia asegurado la corona en las sienes de Felipe V. Satisfecho con la agradable nueva, ó más bien sirviéndole de honroso y simulado motivo, abandonó á Bayona, de donde el 21 de Julio por la noche salió para París, visitando ántes los departamentos del Mediodía. No fué la vez primera ni la única en que, alejándose á tiempo, procuraba que sobre otros recayesen las faltas y errores que se cometian en su ausencia.

José, á quien dejamos á la raya de España y pisando su territorio, el 9 de Julio habia seguido su camino á cortas jornadas. A doquiera que llegaba acogianle friamente; las calles de los pueblos estaban en soledad y desamparo, y no habia para recibirle sino las autoridades, que pronunciaban discursos, forzadas por la ocupacion francesa. El 16 supo en Búrgos las resultas de la batalla de Riosco, con lo que más desahogadamente le fué lícito continuar su viaje á Madrid. En el tránsito quiso manifestarse afable, lo cual dió ocasion á los satíricos donaires de los que le oian. Porque, poco práctico en la lengua española, alteraba su pureza con vocablos y acento de la italiana, y sus arengas, en vez de cautivar los ánimos, sólo los movian á risa y burla.

El 20, en fin, llegó á Chamartin á mediodía, y se

apeó en la quinta del Duque del Infantado, disponiéndose á hacer su entrada en Madrid. Verificóla, pues, en aquella propia tarde, á las seis y media, yendo por la puerta de Recoletos, calle de Alcalá y Mayor, hasta palacio. Habian mandado colgar y adornar las casas. Raro ó ninguno fué el vecino que obedeció. Venía escoltado, para seguridad y mayor pompa, de mucha infantería y caballería, generales y oficiales de estado mayor, y contados españoles de los que estaban más comprometidos. Interrumpíase la silenciosa marcha con los solos vivas de algunos franceses establecidos en Madrid y con el estruendo de la artillería. Las campanas, en lugar de tañer como á fiesta, las hubo que doblaron á manera de día de difuntos. Pocos fueron los habitantes que se asomaron ó salieron á ver la ostentosa solemnidad. Y aún el grito de uno que prorumpió en viva *Fernando VII* causó cierto desorden, por el recelo de alguna oculta trama. Recibimiento que representaba al vivo el estado de los ánimos, y singular en su contraste con el que se habia dado á Fernando VII en 24 de Marzo. Aseméjase muy mucho al de Carlos de Austria en 1710, en el que se mezclaron con los pocos vítores que le aplaudian, varios que osaron aclamar á Felipe V. Pero José no se ofendió ni de extraños clamores ni de la expresiva soledad, como el austriaco. Éste, al llegar á la puerta de Guadalajara, torció á la derecha y se salió por la calle de Alcalá, diciendo que era una corte sin gente. José se posesionó de palacio, y desde luego adinitió á cumplimentarle á las autoridades, Consejos y principales personas, al efecto citadas.

Ahora no parecerá fuera de propósito que nos tengamos á dar una idea, si bien sucinta, del nuevo rey, de su carácter y prendas. Comenzaremos por presentar con desapasionada libertad que en tiempos serenos, y asistido de autoridad, si no más legítima, por lo menos de origen menos odioso, no hubiera el intruso deshonrado el sólo, mas sí cooperado á la felicidad de España. José habia nacido en Córcega, año de 1768. Habiendo estudiado en el colegio de Autun, en Borgaña, volvió á su patria en 1785, en donde despues fué individuo de la administración departamental, á cuya cabeza estaba el célebre Paoli. Casado en 1794 con una hija de Mr. Clari, hombre de los más acaudalados de Marsella, acompañó al general Bonaparte en su primera campaña de Italia. Hallábase de embajador en Roma á la sazón que sublevándose el pueblo acometió su palacio, y mató á su lado al general Duphot. Miembro, á su regreso, del Consejo de los Quinientos, defendió con esfuerzo á su hermano, que, entónces en Egipto, era vivamente atacado por el Directorio. Despues de desempeñar comisiones importantes y de haber firmado el concordato con el Papa, los tratados de Lunéville, Amiens y otros, tomó asiento en el Senado. Mas cuando Napoleon convirtió la Francia en un vasto campo militar, y sus habitantes en soldados, ciñó á su hermano la espada, dándole el mando del cuarto regimiento de línea, uno de los destinados al tan pregonado desembarco de Inglaterra. No descoló, empero, en las armas, cual conviniera al que fué á domar despues una nacion fiera y altiva como la española. Al subir Napoleon al trono, ofreció á José la corona de Lombardía, que se negó á admitir, accediendo en 1806 á recibir la de Nápoles, cuyo reino gobernó con algun acierto. Fué en España más desgraciado, á pesar de las prendas que le adornaban. Nacido en la clase particular, y habiendo pasado por los vaivenes y trastornos de una

gran revolucion política, poseía á fondo el conocimiento de los negocios públicos y el de los hombres. Suave de condici6n, instruido y agraciado de rostro, y atento y delicado en sus modales, hubiera cautivado á su partido las voluntades españolas, si antes no se las hubiera tan gravemente lastimado en su pundonoroso orgullo. Además la extrema propension de José á la molici6 y deleites, oscureciendo algun tanto sus bellas dotes, di6 ocasi6n á que se inventasen respecto de su persona ridiculas conjeturas y cuentos, creidos por una multitud apasionada y enemiga. Así fué que, no contentos con tenerle por ebrio y disoluto, deformáronle hasta en su cuerpo, fingiendo que era tuerto. Su misma locucion fácil y florida perjudic6 en gran manera, pues arrastrado de su facundia, se arrojaba, como hemos advertido, á pronunciar discursos en lengua que no le era familiar, cuyo inmoderado uso, unido á la fama exagerada de sus defectos, provocó á componer farsas populares, que, representadas en todos los teatros del reino, contribuyeron, no tanto al odio de su persona, como á su desprecio, afecto del ánimo más temible para el que anhela afianzar en sus sienes una corona. Por tanto, José, si bien enriquecido de ciertas y laudables calidades, carecía de las virtudes bélicas y austeras que se requerian entonces en España, y sus imperfecciones, débiles lunares en otra coyuntura, ofrecíanse abultadas á los ojos de una naci6n enojada y ofendida.

Los pocos días que el nuevo rey residió en Madrid se pasaron en ceremonias y cumplidos. Señal6 el 25 de Julio para su proclamaci6n. Prefirieron aquel día por ser el de Santiago, creyendo así agradar á la devoci6n española, que le reconocía como patron del reino. Hizo las veces de alferiz mayor el Conde de Campo de Alange, estando ausente y habiendo recusado asistir el Marqués de Astorga, á quien de derecho competía.

Todas las autoridades, después de haber cumplimentado á José, le prestaron, con los principales personages, juramento de fidelidad. Sólo se resistieron el Consejo de Castilla y la sala de alcaldes. Muy de elogiar sería la conducta del primero, si con empeño y honrosa perfi6n se hubiera antes constantemente opuesto á las resoluciones de la autoridad intrusa. Había, sí, á veces suprimido la formula, al publicar sus decretos, de que éstos se guardasen y cumpliesen, pero imprimiéndose y circulándose á su nombre; el pueblo, que no se detenía en otras particularidades, achacaba al Consejo y vituperaba en él la autorizaci6n de tales documentos, y los hombres entendidos deploraban que se sirviese de un efugio indigno de supremos magistrados; porque, al paso que doblaban la cerviz al usurpador, buscaban con astucia é impropios artillos un descargo á la severa responsabilidad que sobre ellos pesaba; proceder que los malquistó con todos los partidos.

Desde la llegada de José á España, habíase ordenado al Consejo que se dispusiese á prestar el debido juramento. En el 22 de Julio expresamente se le reiteró cumplirse con aquel acto, segun lo prevenido en la Constituci6n de Bayona, la cual ya de antemano se lo habia ordenado que circulase. El Consejo, sabedor de la resistencia general de las provincias, y previendo el compromiso á que se exponía, habia procurado dar largas, y no antes del 24 respondió á las mencionadas órdenes. En dicho día remiti6 dos representaciones, que abrazaban ambos puntos, el del juramento y el de la Constituci6n. Acerca de la última expuso: «Que él no re-

presentaba á la naci6n, y si únicamente las C6rtes, las que no habian recibido la Constituci6n. Que sería una manifiesta infracci6n de todos los derechos más sagrados el que tratándose, no ya del establecimiento de una ley, sino de la extinci6n de todos los códigos legales y de la formaci6n de otros nuevos, se obligase á jurar su observancia antes que la naci6n los reconociese y aceptase. Justa y saludable doctrina, de que en adelante se desvio con frecuencia el mismo Consejo.

Hasta en el presente negocio cedió al fin respecto de la Constituci6n de Bayona, cuya publicaci6n y circulaci6n tuvo efecto, con su anuencia, en 26 de Julio. Animáronle á continuar en la negativa del pedido juramento los avisos confidentiales que ya llegaban del estado apurado de los franceses en Andalucía; por lo cual el 28 insistió en las razones alegadas, añadiendo nuevas de conciencia. A unas y otras le hubiera la necesidad obligado á encontrar salida y someterse á lo que se le ordenaba, segun ántes habia en todo practicado, si grandes acontecimientos allende la Sierra Morena no hubieran distraído de los escrúpulos del Consejo y suscitado nuevos é impondados cuidados al gobierno intruso.

Al llegar aquí, de suyo se nombra la batalla de Bail6n; memorable suceso, que exige lo retiramos circunstanciadamente.

No habrá el lector olvidado cómo Dupont, después de abandonar á Córdoba, se habia replegado á Andújar, y asentando allí su cuartel general, sucesivamente habia recibido los refuerzos que le llevaron los generales Vedel y Gobert. Antes de esta retirada, y para impedirla, se habia formado un plan por los españoles. Don Francisco Javier Castaños se oponía á que éste se realizase, pensando, quizá fundadamente, que ante todo debia organizarse el ejército en un campo atrincherado delante de Cádiz. En tanto Dupont frustró con su movimiento retr6grado el intento que habia habido de rodearle. Alejáronse los nuestros, y sólo Castaños insistió de nuevo en su anterior dictámen. Inclinábase á adoptarle la Junta de Sevilla, hasta que, arrastrada por la voz pública, y noticiosa de que tropas de refresco avanzaban á unirse al enemigo, determinó que se le atacase en Andújar.

Castaños, desde que habia tomado el mando del ejército de Andalucía, habia tratado de engrosarle y disciplinar á los innumerables paisanos que se presentaban á alistarse voluntariamente. En Útrera estableció su cuartel general, y en aquel pueblo y Carmona se juntaron, unas en pos de otras, todas las fuerzas, así las que venían de San Roque, Cádiz y Sevilla, como las que con Behavari habian peleado en Alced6n. No tardaron mucho los de Granada en aproximarse y darse la mano con los demás. Para mayor seguridad, rogó Castaños al general Spencer, quien con 5.000 ingleses, segun se apuntó, estaba en Cádiz á bordo de la escuadra de su naci6n, que desembarcase y tomase posici6n en Jerez. Por entonces no condescendió este general con su deseo, prefiriendo pasar á Ayamonte y sostener la insurrecci6n de Portugal. No tardó, sin embargo, el ingles en volver y desembarcar en el Puerto de Santa María, en donde permaneció corto tiempo, sin tomar parte en la guerra de Andalucía.

Puestos de inteligencia los jefes españoles, dispusieron su ejército en tres divisiones, con un cuerpo de reserva. Mandaba la primera D. Teodoro Rod6riguez con la gente de Granada, la segunda el Marqués de Coupigny, y se dejó la tercera á cargo de D. Félix Jones, que debia obrar unida á la reserva,

capitanada por D. Manuel de la Peña. El total de la fuerza ascendía á 25 000 infantes y 2 000 caballos. A las órdenes de D. Juan de la Cruz había una corta división, compuesta de las compañías de cazadores de algunos cuerpos, de paisanos y otras tropas ligeras, con partidas sueltas de caballería, que en todo ascendían á 1 000 hombres. También D. Pedro Valdecañas mandaba por otro lado pequeños destacamentos de gente allegadiza.

Los españoles, avanzando, se extendieron desde el 1.º de Julio por el Carpio y ribera izquierda del Guadalquivir. Los franceses, para buscar víveres y cubrir su flanco, habían al propio tiempo enviado á Jaén al general de brigada Cassagne con 1 500 hombres. A las once del mismo día, acercándose los franceses á la ciudad, tuvieron varios reconocimientos con los nuestros, y hasta el 3, que por la noche la desampararon, estuvieron en continuado rebato y pelea, ya con paisanos, y ya con el regimiento de senos de Reding y voluntarios de Granada, que habían acudido á la defensa de los suyos. Dupont, sabedor del movimiento del general Castaños, no queriendo tener alejadas sus fuerzas, había ordenado á Cassagne que retrocediese, y así se libertó Jaén de la ocupación de unos soldados que tanto daño le habían ocasionado en la primera.

Instando de todos lados para que se acometiese decididamente al enemigo, celebraron en Perenna, el 11 de Julio, los jefes españoles un consejo de guerra, en el que se acordó el plan de ataque. Conforme á lo convenido, debía D. Teodoro Reding cruzar el Guadalquivir por Menjíbar y dirigirse sobre Bailén, sosteniéndole el Marqués de Coupigny, que había de pasar el río por Villanueva. Al mismo tiempo D. Francisco Javier Castaños quedó encargado de avanzar con la tercera división y la reserva, y atacar de frente al enemigo, cuyo flanco derecho debía ser molestado por las tropas ligeras y cuerpos francos de D. Juan de la Cruz, quien, atravesando por el puente de Marmolejo, que, aunque cortado anteriormente, estaba ya transitable, se situó al efecto en las alturas de Sementera.

El 13 se empezó á poner en obra el concertado movimiento, y el 15 hubo varias escaramuzas. Dupont, inquieto con las tropas que veía delante de sí, pidió á Vedel que le enviase de Bailén el socorro de una brigada; pero éste, no queriendo separarse de sus soldados, fué en persona con su división, dejando solamente á Liger-Belair con 1 300 hombres para guardar el paso de Menjíbar. En el mismo 15 los franceses atacaron á Cruz, quien, después de haber combatido bizarramente, se transfirió á Peñascal de Morales, replegándose los enemigos á sus posiciones. No hubo en el 16 por el frente, ó sea del lado de Castaños, sino un ruido cañoneo; pero fué grave y glorioso para los españoles el choque en que se vió empujando en el propio día el general Reding.

Según lo dispuesto, trató este general de atacar al enemigo, y al tiempo que le amenazaba en su posición de Menjíbar, á las cuatro de la mañana cruzó el río á media legua por el vado apellidado del Rincón. Le desalojó de todos los puntos, y obligó á Liger-Belair á retirarse hacia Bailén, de donde volando á su socorro el general Gobert, recibió este en un balazo en la cabeza, de que murió poco después. Cuerpos nuevos, como el de Antequera y otros, se estrecharon aquel día con el mayor lucimiento. Contribuyó en gran manera al acierto de los movimientos el experto y entendido mayor general D. Francisco Javier Abadía. Nada embarazaba ya la marcha

victoriosa de los españoles; mas Reding, como prudente capitán, suspendió perseguir al enemigo, y repasando por la tarde el río, aguardó á que se le uniese Coupigny. Pareció ser día de buen agüero, porque en 1212 en el mismo 16 de Julio, según el cómputo de entonces, habíase ganado la célebre batalla de las Navas de Tolosa, pueblo de allí poco distante; siendo de notar que el paraje en donde hubo mayor destrozo de moros, y que aun conserva el nombre de Campo de Matanza, fué el mismo en que cayó mortalmente herido el general Gobert.

De resultas de este descalabro, determinó Dupont que Vedel tornase á Bailén y arrojase los españoles del otro lado del río. Empezaba el terror á desconcertar á los franceses. Aunótese con la noticia que recibieron de lo ocurrido en Valencia, y por desquitar no veían ni soñaban sino gente enemiga. Así fué que Doufour, sucesor de Gobert, y Liger-Belair, escarmentados con la pérdida que el 16 experimentaron en Menjíbar, y temerosos de que los españoles mandados por D. Pedro Valdecañas, que habían acometido y sorprendido en Linares un destacamento francés, se apoderasen de los pasos de la sierra y fuesen después sostenidos por la división victoriosa de Reding, en vez de mantenerse en Bailén, caminaron á Guarromán, tres leguas distante. Ya se habían puesto en marcha, cuando Vedel, de vuelta de Andújar, llegó al primer pueblo, y sin aguardar noticia ni aviso alguno, recelándose que Doufour y su compañero pudiesen ser atacados, prosiguió adelante, y uniéndose á ellos, avanzaron juntos á la Carlina y Santa Elena.

En el intermedio y al día siguiente de la gloriosa acción que había ganado, movió el general Reding su campo, repasó de nuevo el río en la tarde del 17, é incorporándose al amanecer el Marqués de Coupigny, entraron ambos el 18 en Bailén. Sin permitir á su gente largo descanso, disponiéndose á revolver sobre Andújar, con intento de coger á Dupont entre sus divisiones y las que habían quedado en los Visos, cuando impensadamente se encontraron con las tropas de dicho general, que de priesa y silenciosamente caminaban. Había el francés salido de Andújar al amanecer del 18, después de destruir el puente y las obras que para su defensa había levantado. Escogió la oscuridad, desearo de encubrir su movimiento y salvar el inmenso bagaje que acompañaba á sus huestes.

Abria Dupont la marcha con 2 500 combatientes, mandando Barbeau la columna de retaguardia. Ni franceses ni españoles se imaginaban estar tan cercanos; pero desengañados el tiroteo que de noche empezó á oírse en los puntos avanzados. Los generales españoles, que estaban reunidos en una alquería, á sesa milla de acorte, á la izquierda del camino de Andújar, paráronse un rato con la duda de si eran fusilazos de su tropa bisona ó reconocimiento con la enemiga. Luego los sacó de ella una granada que casi cayó á sus pies á las doce y minutos de aquella misma noche, y principio ya del día 19. Enn, en efecto, fogos de tropas francesas, que habiendo las primeras y más temprano salido de Andújar, habían tenido el necesario tiempo para aproximarse á aquellos parajes. Los jefes españoles mandaron hacer alto, y D. Francisco Venegas Saavedra, que en la marcha capitaneaba la vanguardia, mantuvo el conveniente orden y causó diversion al enemigo, en tanto que la demás tropa, ya puesta en camino, volvía á colocarse en el sitio que antes ocupaba. Los franceses, por su parte, avanzaron más allá del puente que hay á media legua de Bailén. En unas y otras

no empezó á trabarse formalmente la batalla hasta cerca de las cuatro de la mañana del citado 19. Aunque los dos grandes trozos ó divisiones en que se había distribuido la fuerza española allí presente estaban al mando de los generales Reding y Coupieng, sometido éste al primero, ambos jefes acudían indistintamente con la flor de sus tropas á los puntos atacados con mayor empeño. Ayudóles mucho para el acierto el saber y tino del mayor general Abadía.

La primera acometida fué por donde estaba Coupieng. Hechazáronla sus soldados vigorosamente, y los guardias wálonas, suizos, regimiento de Bujalón, Ciudad Real, Trillo, Cuenca, zapadores y el de caballería de España embistieron las alturas que el enemigo sostenía y le desalojaron. Reto éste enteramente, se acogió al punto y retrocedió largo trecho. Reconcentrándose en seguida Dupont sus fuerzas, volvió á posesionarse de parte del terreno perdido, y extendió su ataque contra el centro y costado derecho español, en donde estaba D. Pedro Grimaud. Esquibáran los nuestros de aquel lado; pero, auxiliados oportunamente por D. Francisco Venegas, fueron los franceses del todo arrollados, temiendo que replegasen. Muchas y perfiadas veces repitieron los enemigos sus tentativas por toda la línea, y en todas fueron repelidos con igual éxito. Manejaron con destreza nuestra artillería los soldados y oficiales de aquella arma, mandados por los coroneles D. José Junar y D. Antonio de la Cruz, consiguiendo demorar de un modo asombroso la de los contrarios. La sed causada por el intenso calor era tanta, que nada disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento como el apoderarse ya unos, ya otros, de una uerita más alcejo de la almozara antes mencionada.

A las doce y media de la mañana, Dupont, lleno de coraje, púsose con todos los generales a la cabeza de las compañías, y furiosa y bravamente acometieron juntos al ejército español. Intentaron con particular arroyo romper nuestro centro, en donde estaban los generales Reding y Abadía. Llegando casi á tocar con los cañones los marinos de la guardia imperial. Varios fueron sus esfuerzos, inútil su intento. Tanto ardor y maestría ostentaron contra la bravura y constancia de nuestros guerreros. Cansados los enemigos, del todo decididos, menguados sus batallones, y no encontrando refugio ni salida, propusieron una suspensión de armas, que aceptó Reding.

Mientras que la victoria coronaba con sus laurelos á este general, D. Juan de la Cruz no había permanecido ocioso. Informado del movimiento de Dupont, en la misma noche del 18 se adelantó hasta los baños, y colocándose cerca del Hornublar, a la izquierda del enemigo, le molestó bastante. Castanos debió tardar más en saber la retirada de los franceses, puesto que hasta la mañana del 19 no mandó á D. Manuel de la Peña ponerse en marcha. Llevó este consigo la tercera división de su mando reforzada, quedándose con la reserva en Astorga el general en jefe. Peña llegó cuando se estaba ya capitulando; había antes tenido algunos exhortos para que Reding estuviese advertido de su llegada, y quizá este aviso aceleró el que los franceses se rindiesen.

Vuelto en su carrera, no habiendo descubierto por la otra tropa española, unido con Donfou, permaneció el 18 en la Carolina, después de haber dejado para resguardar el paso en Santa Elena y Despeñaperros dos batallones y algunas compañías.

Allí estaba, cuando al alborocar el 19, oyendo el cañoneo del lado de Bailén, emprendió su marcha, aunque lentamente, hacia el punto de donde partía el ruido. Tocaba ya á las avanzadas españolas, y todavía reposaban éstas con el seguro de la pactada tregua. Advertido, sin embargo, Reding, envió al francés un parlamento con la nueva de lo acaecido. Dudo Vedel si respetaría ó no la suspensión convenida, mas al fin envió un oficial suyo para cerciorarse del hecho.

Ocupaban por aquella parte los españoles las dos orillas del camino. En la ermita de San Cristóbal, que está á la izquierda yendo de Bailén á la Carolina, se había situado un batallón de Irlanda y el regimiento de Ordenes militares, al mando de su valiente coronel D. Francisco de Paula Soler; enfrente y del otro lado se hallaba otro batallón de dicho regimiento de Irlanda con dos cañones. Pesóroso Vedel de haber suspendido su marcha, á obrando quizá con dolo, media hora después de haber contestado al parlamento de Reding y de haber enviado un oficial á Dupont, mandó al general Cusag que atacase el puesto de los españoles últimamente indicado. Descansando nuestros soldados en la buena fe de lo tratado, fué fácil al francés desbaratar al batallón de Irlanda que allí había, cogiéndole muchos prisioneros, y aun los dos cañones. Mayor oposición encontró el enemigo en las fuerzas que mandaba Soler, quien aguantó bizarramente la acometida que le dió el jefe de batallón Roche. Intestaba mucho aquel punto de la ermita de San Cristóbal, porque se facilitaba, apoderándose de ella, la comunicación con Dupont. Viendo la firmeza y ordenada resistencia que los españoles ofrecían, iba Vedel á atacar en persona la ermita, cuando recibió la orden de su general en jefe de no emprender cosa alguna, con lo que cesó en su intento, calificando por los españoles de alcejo.

Negociábase, pues, el armisticio que antes se había pactado. Fué enviado por Dupont, para abrir los tratos, el capitán Villoutreys, de su estado mayor. Podía el francés la suspensión de armas y el permiso de retirarse libremente á Madrid. Concedió Reding la primera demanda, advirtiendo que para la segunda era menester abecharse con don Francisco Javier Castaños, que mandaba en jefe. A él se acudió, autorizando los franceses al general Chabert para firmar un convenio. Inclínabuse Castaños á admitir la proposición de dejar á los enemigos repasar sin estorbo la Sierra Morena; pero la arrogancia francesa, disgustando á todos, excitó al Conde de Tilly á oponerse, cuyo dictamen era de gran peso como individuo de la Junta de Sevilla, y de hombre que tanta parte había tomado en la revolución. Vino en su apoyo el haberse interesado un despacho de Savary, de que era portador el oficial Mr. de Fencion. Preventaselo á Dupont, en su contenido, que se recogiese al instante á Madrid en ayuda de las tropas que iban á hacer rostro á los generales Cuesta y Blake, que avanzaban por la parte de Castilla la Vieja. Tilly, á la lectura del oficio, insistió con ahínco en su opinión, añadiendo que la victoria alcanzada en los campos de Bailén de nada serviría sino de favorecer los deseos del enemigo, caso que se permitiese á sus soldados ir á juntarse con los que estaban allende la sierra. A sus palabras, irritados los negociadores franceses, se propusieron en sus expresiones, hablando mal de los patriotas españoles y exagerando sus excesos. No quedaron en zaga en su réplica los nuestros, ochándoles en cara escándalos, saqueos y perfidias.

De ambas parte agriándose sobremadura los ánimos, rompiéronse las entabladas negociaciones.

Mas los franceses no tardaron en renovarlas. La posición de su ejército por momentos iba siendo más crítica y peligrosa. Al ruido de la victoria había acudido de la comarca la población armada, la cual y los soldados vencedores, estrechando en derredor al enemigo abatido y caído, sofocado con el calor y sediento, le sumergían en profunda aflicción y desconsuelo. Los jefes franceses, no pudiendo los más sobrellevar la dolorosa vista que ofrecían sus soldados, y algunos, si bien los menos, temerosos de perder el rico botín que los acompañaba, generalmente persistieron en que se concluyese una capitulación. Y como las primeras conferencias no habían tenido feliz resulto, escogióse para ajustarla al general Marescot, que por acaso se había incorporado al ejército de Dupont. De antiguo conocía al nuevo plenipotenciario D. Francisco Javier Castaños, y lianjeáronse los que le eligieron con que su amistad llevaría la negociacion á pronto y cumplido remate.

Habíanse ya trabado nuevas pláticas, y todavía hubo oficiales franceses que, escuchando más á los ímpetus de su adquirida gloria que á lo que su situación y la fe empeñada exigían, propusieron embestir de repente las líneas españolas, y uniéndose con Vedel, salvarse á todo trance. Dupont mismo, sobrecogido y desalentado, dió órdenes contradictorias, y en una de ellas insinuó á Vedel que se considerase como libre y se pudiese en cobro. Bastóle á este general el permiso para empezar á retirarse por la noche, burlándose de la tregua. Notando los españoles su fuga, intimaron á Dupont que, de no cumplir él y los suyos la palabra dada, no solamente se rompería la negociacion, sino que tambien sus divisiones serian pasadas á cuchillo. Arregrado con la amenaza, envió el frances oficial de su estado mayor que detuviesen en la marcha á Vedel, el cual, aunque cercado de un enjambre de paisanos y hostigado por el ejército español, vaciló si había ó no de obedecer. Mas, aterrorizados oficiales y soldados, era tanto su desaliento, que de veinte y tres jefes que convocó á consejo de guerra, sólo cuatro opinaron que debía continuarse la comenzada retirada. Mal de su grado, sometióse Vedel al parecer de la mayoría.

Terminóse, pues, la capitulación, oscura y contradictoria en algunas de sus partes, lo que en seguida dió margen á disputas y altercados (16). Se-

(16) *Capitulaciones ajustadas entre los respectivos generales de los ejércitos español y frances.*

Los Excmos. Sres. Conde de Tilly y D. Francisco Javier Castaños, general en jefe del ejército de Andalucía, queriendo dar una prueba de su alta estimación al Excmo. Sr. general Dupont, grande águila de la Legión de honor, etc., así como al ejército de su mando, por la brillante y gloriosa defensa que han hecho contra un ejército muy superior en número y que le envolvía por todas partes, y el señor general Chavet, encargado con plenos poderes por S. E. el señor General en jefe del ejército francés, y el Excmo. Sr. general Marescot, grande águila, etc., han convenido en los artículos siguientes:

1.º Las tropas del mando del Excmo. Sr. general Dupont quedan prisioneras de guerra, exceptuando la division de Vedel y otras tropas francesas que se hallan igualmente en Andalucía.

2.º La division del general Vedel, y generalmente las demas tropas francesas de la Andalucía que no se hallan en la posición de las comprendidas en el artículo antecedente, evacuarán la Andalucía.

3.º Las tropas comprendidas en el art. 2.º conservarán generalmente todo su bagaje; y para evitar todo motivo de inquietud durante su viaje, dejarán su artillería, tren y otras armas al ejército español, que se encarga de devolverlas en el momento de su embarque.

4.º Las tropas comprendidas en el art. 1.º del tratado saldrán del campo con los honores de la guerra, dos cañones á la cabeza de cada batallón y los soldados con sus fusiles, que se rendiran y entregarán al ejército español á cuatrocientas tomas del campo.

gun los primeros artículos, se hacia una distincion bien marcada entre las tropas del general Dupont y las de Vedel. Las unas eran consideradas como prisioneras de guerra, debiendo rendir las armas y

5.º Las tropas del general Vedel y otras que no deben rendir sus armas, las embarcarán en pabellones sobre su frente de banderas, dejando del mismo modo su artillería y tren, formándose el correspondiente inventario por oficiales de ambos ejércitos, y todo les será devuelto, según queda convenido en el art. 3.º

6.º Todas las tropas francesas de Andalucía pasarán á Sanlúcar y Rota por los transitos que se les señalen, que no podrán exceder de cuatro leguas regulares al día con los debidos necesarios, para embarcarse en buques con tripulacion española, y conducirlos al puerto de Rochefort, en Francia.

7.º Las tropas francesas se embarcarán así que lleguen al puerto de Rota, y el ejército español garantizará la seguridad de su tránsito contra toda empresa hostil.

8.º Los señores generales, jefes y demas oficiales conservarán sus armas, y los soldados sus mochilas.

9.º Los alojamientos, víveres y forrajes durante la marcha y tránsito se suministrarán á los señores generales y demas oficiales, así como á la tropa, á proporcion de su empleo, y con arreglo á los precios de las tropas españolas en tiempo de guerra.

10. Los caballos que según sus empleos corresponden á los señores generales, jefes y oficiales del E. M. se transportarán á Francia, mantenidos con la racion de tiempo de guerra.

11. Los señores generales conservarán cada uno un coche y un carro, los jefes y oficiales del E. M. un coche solamente, exentos de reconocimiento, pero sin contravenir á los reglamentos y leyes del reino.

12. Se exceptúan del artículo antecedente los carruajes tomados en Andalucía, cuya inspeccion hará el general Chavet.

13. Para evitar la dificultad del embarque de los caballos de los cuerpos de caballería y los de artillería comprendidos en el art. 2.º, se dejarán unos y otros en España, pagando su valor, según el agree lo que se haga por dos comisionados español y frances.

14. Los heridos y enfermos del ejército frances que quedan en los hospitales se asistirán con el mayor cuidado, y se enviarán á Francia con escolta segura así que se hallen buenos.

15. Como en varios parajes, particularmente en el atarque de Córdoba, muchos soldados, á pesar de las órdenes de los señores generales y del cuidado de los señores oficiales, cometieron excesos que son consiguientes é inevitables en las ciudades que hacen resistencia al tiempo de ser tomadas, los señores generales y demas oficiales tomarán las medidas necesarias para encontrar los vasos sagrados que pueden haberse quitado, y entregarlos si existen.

16. Los empleados civiles que acompañan al ejército frances no se considerarán prisioneros de guerra; pero, sin embargo, gozarán durante su transporte á Francia todas las ventajas concedidas á las tropas francesas, con proporción á sus empleos.

17. Las tropas francesas empezarán á evacuar la Andalucía el día 28 de Julio. Para evitar el gran calor se discurrirá por la noche la marcha, y se conformarán con la jornada diaria, que arreglarán los señores jefes del E. M. español y frances, evitando el que las tropas pisen por las ciudades de Córdoba y Jaén.

18. Las tropas francesas en su marcha irán escoltadas de tropa española, á saber: 300 hombres de escolta por cada 2.000 hombres, y los señores generales serán escoltados por destacamentos de caballería de línea.

19. A la marcha de las tropas procederán siempre los comisionados español y frances para asegurar los alojamientos y víveres necesarios, según los estados que se les entregarán.

20. Esta capitulación se enviará desde luego á S. E. el Duque de Róvigo, general en jefe de los ejércitos franceses en España, con oficial frances, escoltado por tropa de línea española.

21. Queda convenido entre los dos ejércitos que se añadirán como suplemento á esta capitulación los artículos de cuanto pueda haberse omitido para aumentar el bienestar de los franceses durante su permanencia y pasaje en España.—Firmado.

Artículos adicionales, igualmente autorizados.

1.º Se facilitarán dos carretas por batallón para transportar las maletas de los señores oficiales.

2.º Los señores oficiales de caballería de la division del Sr. general Dupont conservarán sus caballos solamente para hacer su viaje, y los entregarán en Rota, punto de su embarco, á un comisionado español encargado de recibirlos. La tropa de caballería de guardia del Sr. General en jefe gozará la misma facultad.

3.º Los franceses enfermos que están en la Mancha, así como los que haya en Andalucía, se conducirán á los hospitales de Andújar, ó otro que parezca más conveniente.

Los convenientes les acompañarán á medida que se vayan curando, se conducirán á Rota, donde se embarcarán para Francia bajo la misma garantía mencionada en el art. 6.º de la capitulación.

4.º Los Excmos. Sres. Conde de Tilly y general Castaños prometen interceder con su valimiento para que el Sr. general Erskewart, el Sr. coronel La Grange y el Sr. teniente coronel Rosetti, prisioneros de guerra en Valencia, se pongan en libertad y conduzcan á Francia bajo la misma garantía expresada en el artículo anterior.—Firmado.—(Véase la *Lealtad española*, tomo II.)

sujetarse á la condicion de tales. A las otras, si bien forzadas á evacuar la Andalucía, no se las obligaba á entregar las armas sino en calidad de depósito, para devolvérselas á su embarco. Pero esta distincion desaparecia en el art. 6.º, en que se estipulaba que todas las tropas francesas de Andalucía se harían á la vela desde Sanlúcar y Rota, para Rochefort, en buques tripulados por españoles. Ignoramos si hubo ó no malicia en la insercion del artículo. Si procedió de ardid de los negociadores franceses, enredaronse entonces en su propio lazo, pues no era hacérselo aprestar los suficientes barcos con tripulacion nacional. Tenemos por más probable que anulando todos concluir el convenio, se precipitaron á cerrarle, dejándole en parte ambiguo y vago.

La capitulacion firmóse en Andújar, el 22 de Julio, por D. Francisco Javier Castaños y el Conde de Tilly á nombre de los españoles, y lo fué al de los franceses por los generales Marescot y Chabert. Al día siguiente desfiló la fuerza que estaba á las órdenes inmediatas del general Dupont por delante de la reserva y tercera division españolas, á cuyo frente se hallaban los generales Castaños y D. Manuel de La Peña. Consuésose que se diera la mayor honra y prize de la victoria á las tropas que ménos habían contribuido á alcanzarla. Componíase la primera fuerza francesa de 8.248 hombres, la cual rindió sus armas á 400 toesas del campo. El 24 trasladóse el mismo Castaños á Bailén, donde las divisiones de Vedel y Dufour, que constaban de 9.393 hombres, abandonaron sus fusiles, colocándolos en pabellones sobre el frente de banderas. Además entregaron unas y otras las águilas, como tambien los caballos y la artillería, que contaba 40 piezas. De suerte que, entre los que habían perecido en la batalla, los rendidos y los que después su estivo se rindieron en la Sierra y Mancha, pasaba el total del ejército enemigo de 21.000 hombres. El número de nuestros muertos ascendía á más de 2.000, con gran número de heridos. Entre ellos perecieron el general Dupré y varios oficiales superiores. Dupont quedó tambien cautivo. De los nuestros murieron 243, quedando heridos más de 700.

Una fué aquí de ventura y gloria para los españoles, de eterna fama para sus soldados, de terrible y dolorosa humillacion para los contrarios. Antes vencedores éstos contra las más aguerridas tropas de Europa, tuvieron que rendir ahora sus armas á un ejército bisoño, compuesto en parte de paisanos, y allegado tan apresuradamente, que muchos, sin uniforme, todavía conservaban su antiguo y toscó vestido. Batallaron, sin embargo, los franceses con honra y valentía; cedieron á la necesidad, pero cedieron sin afrenta. Algunos de sus caudillos no pudieron ponerse á salvo de una justa y severa censura. Allí en Roma, en parecido trance, pasaron sus cenizas bajo el yugo despojados y medio dormidos, al decir de Tito Livio: «Aquí hubo jefes que tuvieron más cuenta con la mal adquirida riqueza que con el buen nombre.» No ha faltado entre sus compatriotas quien haya achacado la capitulacion al deseo de no perder el cuantioso botín que consigo llevaban. Pero caben tan ruin pensamiento en ciertos oficiales, mas no en su mayor y más respetable número. Guerreros bravos y veteranos, lidiaron con arrojo y maestría; sometieronse á en mala estrella y á la dicha y fatalidad brio de los españoles.

La victoria, pesada en la balanza de la razon, casi tocó en portento. Ciento que las divisiones de Reding y de Coupigny, únicas que en realidad lidia-

Dupont, constando éstas de 8.000 hombres, y aquellas de 14.000. Pero ¡que inferioridad en su composicion! Las francesas, superiores en disciplina, bajo generales y oficiales inteligentes y aguerridos, bien pertrechadas y con artillería completa y bien servida, tenían la confianza que dan tamañas ventajas y una serie no interrumpida de victorias. Las españolas, mal vestidas y armadas, con oficiales por la mayor parte poco prácticos en el arte de la guerra y con soldados inexpertos, eran más bien una masa de hombres de repente reunidos que un ejército en cuyas filas hubiese la concordancia y órden propios de un ejército á punto de combatir. Nuestra caballería, por su mala organizacion, conceptuábase como nula, á pesar del valor de los jinetes, al paso que la francesa brillaba y se aventajaba por su arreglo y destreza. La posicion ocupada por los españoles no fué más favorable que la de los enemigos, habiendo, al contrario, tenido éstos la ventaja de acometer los primeros á los nuestros, que comenzaban su marcha. Podrá alegarse que hallándose á la retaguardia de Dupont las fuerzas de Castaños y Peña, se le inutilizaba á aquél su superioridad, viéndose así perseguido y estrechado; pero en respuesta dirémos que tambien Reding tuvo á sus espaldas las tropas de Vedel, con la diferencia que las de Peña nunca llegaron al ataque, y las otras lo realizaron por dos veces. No es extraño que, mortificados los vencidos con la impensada rota, la hayan asimismo achacado á la penuria que experimentaban sus soldados, al cansancio y al calor terrible en aquella estacion y en aquel clima. Pero si los víveres abundaban en el campo de los españoles, era igual ó mayor la fatiga, y no herían con ménos violencia los rayos del sol á muchos de los que, siendo de provincias mas frescas, estaban tan des acostumbrados como los franceses á los ardores de las del Mediodía, de que varios cayeron sofocados y muertos. Hanse reprendido á Dupont y á sus generales graves faltas, y ¡cuáles no cometieron los españoles! Si Vedel y los suyos corrieron á la Carolina tras un enemigo que no existía, Castaños y La Peña se pararon sobrado tiempo en los vias de Andújar, figurándose tener delante un enemigo que había desaparecido. El general francés, reputado como uno de los primeros de su ucion, aventajábase en nombradía al español, habiéndose ilustrado con gloriosos hechos en Italia y en las orillas del Danubio y del Elba. Castaños, después de haber servido con distincion en la campaña de Francia de 1793, gozaba fama de buen oficial y de hombre esforzado, mas no había todavia tenido ocasion de esforzarse como general en jefe. Suave de condicion, amable á sus subalternos; mas fiere en su conducta, acusábale otros de haber aprovechado en beneficio propio de las hazañas ajenas. Así fué que quisieron privarle de todo loer y gloria en los triunfos de Bailén; juicio apasionado é injusto, pues si á la verdad no asistió en persona á la accion, y anduvo lento en moverse de Andújar, no por eso dejó de tomar parte en la combinacion y arreglo acordado para atacar y destruir al enemigo. Por lo demás, la ventaja real que en esta célebre jornada asistió á los españoles, fué el puro y elevado entusiasmo que los animaba, y la certeza de la justicia de la causa que defendían, al paso que los franceses, decididos en medio de un pueblo que los aborrecía, abrumados con su bagaje y sus riquezas, conservaban al el valor de la disciplina y el suyo propio, pero no aquella exaltacion sublime con que habían anómbrado al mundo en las primeras campañas de la revolucion.

Noa hemos detenido algun tanto en el cotejo de los ejércitos combatientes y en el de sus operaciones, no para dar preferencia en las armas á ninguna de las dos naciones, sino para descubrir la verdad y ponerla en su mas esplendido y claro punto. Los habitadores de España y Francia, como todos los de Europa, igualmente bravos y dispuestos á las acciones mas digna y elevadas, han tenido sus tiempos de gloria y abatimiento, de fortuna y desdicha, dependiendo sus victorias, ó de la prevision y tino de sus gobiernos, ó de la maestria de sus caudillos, ó de aquellos acasos tan comunes en la guerra, y por los que con razon se ha dicho que las armas tienen sus dias.

Los franceses, despues de haberse rendido, emprendieron su viaje hacia la costa de noche y á cortas jornadas. Ademas de las contradicciones é inconvenientes que en sí envolvía la capitulacion, casi la imposibilitaban las circunstancias del dia. La autoridad, falta de la necesaria fuerza, no podia enfrenar el ódio que habia contra los franceses, causadores de una guerra que Napoleon mismo calificó alguna vez de sacrilega (17). El modo perfido con que ella habia comenzado, los excesos, robos y saqueos cometidos en Cordoba y su comarca, tanto mas pesados, cuanto recaian sobre pueblos no habitados desde siglos á ver enemigos en sus hogares, excitaban un clamor general, y creíase universalmente que ni pacto ni tratado debia guardarse con los que no habian respetado ninguno. En semejante conflicto, la Junta de Sevilla consultó con los generales Morla y Castaños acerca de asunto tan grave. Disintieron ambos en sus pareceres. Con razon el último sostenia el fiel cumplimiento de lo estipulado, en contraposicion del primero, que buscaba la aprobacion y aplauso popular. Adhirió la Junta al dictamen de este, aunque injusto é indebido. Para sincerarse cirento un papel, en cuyo contexto intento probar que los franceses habian infringido la capitulacion, y que suya era la culpa si no se cumplia. E fuga indigno de la autoridad soberana, cuando habia una razon principalísima y que fundadamente podia producirse, cual era la falta de trasportes y marineria.

Por pequeña ocasion aumentáronse las dificultades. Acurrió, pues, en Lebrija que descubriéndose casualmente en las mochilas de algunos soldados mas dinero que el que correspondia á su estado y situacion, irritóse en extremo el pueblo, y ellos, para libertarse del enojo que habia promovido el hallazgo, trataron de descargarse acusando á los oficiales. Del alboroto y pendencia resultaron muertes y desgracias. Propusoseles entónces á los prisioneros que, para evitar disturbios, se sujetasen á un prudente registro, depositando los equipajes en manos de la autoridad. No cedieron al medio indicado, y otro incidente levantó en el Puerto de Santa Maria gran bullicio. Al embarcarse allí el 14 de Agosto para pasar la bahía, cayóse de la maleta de un oficial una patena y la copa de un cáliz. Facil es adivinar la impresion que causaria la vista de semejantes objetos; porque, ademas de contravenirse á la capitulacion, en que se habia expresamente estipulado la restitution de los vasos sagrados, se escandalizaba sobremanera á un pueblo que en tan grave veneracion tenia aquellas alhajas. Encendidos los ánimos, se registraron los más de los equipajes, y apoderandose de ellos, se maltrató á muchos prisioneros y se les despojó en general de casi todo lo que poseían.

(17) *Mémoires du Duc de Rovigo*, vol. III, cap. XVIII.

Promovieron tales incidentes reclamaciones vivas del general Dupont, y una correspondencia entre él y D. Tomas de Morla, gobernador de Cadiz. Pedia el frances en ella los equipajes de que se habia privado á los suyos, é insistiendo en su demanda, contestóle, entre otras cosas, Morla: «¿Si podia una capitulacion, que solo hablaba de la seguridad de «sus equipajes, darle la propiedad de los tesoros «que con asesinatos, profanacion de cuanto hay «sagrado, crueldades y violencias habian acumulado «su ejército de Cordoba y otras ciudades? ¿Hay «razon (continúa), derecho ni principio que «prescriba que se debe guardar te ni á un humanidad á «un ejército que ha entrado en un reino aliado y «amigo so pretextos capciosos y falaces; que se ha «apoderado de su inocente y amado rey y toda su «familia con igual falacia; que les ha arrebatado «violentas é imposibles renunciás á favor de su «hermano, y que con ellas se ha creído autorizado á «saquear sus palacios y pueblos, y que porque no «suceden á tan inicuo proceder, profanan sus templos y los saquean, asesinan sus ministros, violan «á las vírgenes, estupan á su placer barbaro, y cargan y se apoderan de cuanto pueden transportar, «y destruyen lo que no? ¿Es posible que estos tales «tengan la audacia, oprimidos, cuando se les priva «de estos que para ellos deberian ser hereditarios «frutos de su iniquidad, de reclamar los *principios* «de honor y probidad? Verdades eran estas, si bien mal expresadas, por desgracia solamente obvias y de todos conocidas. Mas los perdidos y escudidos pasados no autorizaban el quebrantamiento de una capitulacion contratada libremente por los generales españoles. ¿Qué sería de las naciones, que de su progreso y civilizacion, si rebantase reciprocamente en cara sus extravíos, sus violencias, olvidasen la fe empeñada, y traspasasen y olvidasen los límites que ha fijado el derecho público y de gentes? En Morla fue más reprehensible aquel lenguaje, siendo militar antiguo, y hombre que despues, á las primeras desgracias de su patria, la abandonó villanamente y desertó al bando enemigo.

Al paso que con las victorias de Bailen fue en las provincias colmado el jubilo, y universal y estremado el entusiasmo, conternóse y cayó como postrado el gobierno de Madrid. Empezó á susurrarse tan grave suceso en el dia 23. De antemano y varias veces se habia anunciado la desdicha victoria como si fuera cierta, por lo que los franceses calificaban la voz esparcida de vulgar é infundada. Sacóles del error el aviso de que un oficial suyo se aproximaba con la noticia. Llegó, pues, éste, y supieron los pormenores de la desgracia acaecida. Habia cabido ser portador de la infausta nueva al mismo Mr. de Villoutreys, que habia entablado en Bailen los primeros tratos, y á cuyo lado ademas tocaba el desempeño de enfadosas comisiones. Segun lo convenido en la capitulacion, un oficial frances, escoltado por tropa española, debia en persona comunicarla al Duque de Róvigo, general en jefe del ejército enemigo, y ordenar tambien, en su tránsito por la Sierra y Mancha, á los destacamentos apostados en la ruta, y que formaban parte de las divisiones rendidas, ir á juntarse con sus compañeros, ya sometidos, para participar de igual suerte. Cumplió fielmente Mr. de Villoutreys con lo que se le previno, y todos obedecieron, incluso el destacamento de Manzanares. Fué el de Madrilejos el que primero resistió á la óden comunicada.

Llegó á Madrid el fatal mensajero en 29 de Julio. Congregó José sin dilacion un consejo, compuesto

de personas las más calificadas. Variaron los pareceres; fue el del general Savary el raro al Ebro. Todos, al fin, se sometieron á su opinion, así por salir de la boca del mas favorecido de Napoleon, como tambien porque avisos continuados manifestaban cuando se empeoraba el semblante de las cosas. Por todas partes se conmovian los pueblos cercanos á la capital; no les intimidaba la proximidad de las tropas enemigas; cortábanse las comunicaciones; en la Mancha eran acometidos los destacamentos sueltos, y ya antes, en Villarta, habian sus víctimas desbaratado é interceptado un convoy considerable. Agolpáronse uno tras otro los reveses y los contratiempos; pocos hubo en Madrid, de los enemigos y parciales, que no se abutiesen y descorazonasen. A muchos faltábale tiempo para dejarse de un suelo que les era tan contrario y omi-

José, resuelto á partir, dejó á la libre voluntad de los españoles que con él se habían comprometido, quedarse ó seguirle en la retirada. Cantales fueron los que quisieron acompañarle. De los siete ministros, Cabanillas, Ofarri, Mazarrado, Urquijo y Azanza manifestáronse adictos á su persona, y no se apartaron de su lado. Permanecieron en Madrid Párrula y Cevallos. Imitaron su ejemplo los duques del Infantado y el del Parque, como casi todos los que habían presenciado los acontecimientos de Bayona y asistido á su congreso. No faltó quien los tachase de inconsecuentes y desleales. Juzgaban otros diversamente, y decían que los mis habían sido atraídos á Francia ó por fuerza ó por engaño, y que si bien se preparaban algunos á pedir cuentas ó gracias, nunca era tarde para reconciliarse con la patria, arrepentirse de un tropiezo causado por el miedo ó la ciega ambición, y contribuir á su justa causa en cuyo favor la nación entera se había pronunciado. Lo cierto es que ni uno quizás de los que siguieron á José hubiera dejado de abrazar el mismo partido, á no haberles arrebatado el temor de la enemistad y del odio que las pasiones del momento habían excitado cont á sus personas.

Antes de salir la marcha se concentraron los elementos hacia Madrid las fuerzas de Moncey y las de Esparrudados á orillas del Tago. Clavaron en el Retiro y casa de la China más de 80 cañones, llevándose las bayonetas y alhajas de los palacios de la capital y sitios reales que no habían sido de automotores colonias. Tomadas estas medidas, empezaron a evacuar la capital inmediatamente. Saló José el 26, con toda la retaguardia, en la noche del 31, el material Moncey. Respiraron del todo y descomponiéndose aquellos habitantes en la mañana del 1.º de Agosto. El 4 entró el fugitivo rey en Burdeos con Bonaparte, quien según los órdenes recibidos, en la noche siguiente salió de la ciudad de León.

Acompañados a los finisecos en su retirada llegaron a los desfiladeros. Sedientos, desahuciados y particularmente espantados por la desolación y espanto por los peligros del camino ó los pocos defensas. Rezagados, se perdieron para no volver y pillar seguidamente las carcas, talaban los campos, sin respetar las personas ni lugares más sagrados. Bu trago, el Muerto, Iglesias, Pedrezuela, Ganchillas, Rincones, y más allá todo la villa de Venturilla, alzada y destruida, conservaban largo tiempo triste memoria del horrible tránsito del extranjero.

Continuó José en marcha, y en Miranda de Ebro hizo parada, extendiéndose la vanguardia de su ejército, a las órdenes del mariscal Rosicruc, hasta las puertas de Burgos. Terminose así su análogo

y corto viaje de Madrid, del que libres y menos apurados por los acontecimientos, pasaremos á referir los nuevos y esclarecidos triunfos que alcanzaron las armas españolas en las provincias de Aragón y Cataluña.

LIBRO QUINTO.

[illegible]

Sin muro y sin torres, según nos ha transmitido Flauto (1), defendiase ligeros años la ciudad Numancia contra el poder de Roma. También a desconfianza y desamurada, resistió al de Francia con tanta pericia, si no por tanto tiempo, la ibérica Zaragoza. En esta, como en aquella, manoblaban en favor nuestros capitales, y los impetuados y acertados ataques del enemigo tuvieron que estrellarse en los recendos perfiles de sus murallas inexpugnables. Por dos veces, en menos de un año, cercaron los franceses á Zaragoza, una malogradamente,

[illegible]

otra con pérdidas é inauditos reverses. Cuanto fué de reales y nombre para Aragón la heroica defensa de su capital, fué de abatimiento y desdoro para sus sitiadores, agorridos y diestros, no habiéndose envalentado de ella pronto y de la primera embestida.

Baña á Zaragoza, asentada á la derecha margen, el caudaloso Ebro. Cíñela al Mediodía y del lado opuesto, Huerba, arcanalado y pobre, que más abajo rinde á aquel sus aguas, y casi enfrente adonde desde el Pirineo viene también á fenecer el Gállego. Por la misma parte, y á un cuarto de legua de la ciudad, se eleva el monte Torrero, cuya altura atraviesa la acequia imperial, que así llaman al canal de Aragón, por traer su origen del tiempo del emperador Carlos V. Antes del sitio hermosecaban á Zaragoza en sus contornos feraces campiñas, viñedos y olivares, con amenas y deleitables quintas, á que dan en la tierra el nombre de torres. Á izquierda del Ebro está el arrabal que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, habiéndose destruido otro de madera en una riada que hubo en 1802. Pasaba la población de 55.000 almas; menguó con las muertes y destrozos. No era Zaragoza ciudad fortificada; diciendo Colmenar (2), á manera de profecía, cosa há de un siglo, que estaba sin defensa, pero que reparaba esta falta el valor de sus habitantes. Cercábala solamente una pared de diez á doce pies de alto y de tres de espesor, en parte de tapia y en otras de mampostería, interpolada á veces y formada por algunos edificios y conventos, y en la que se cuentan ocho puertas, que dan salida al campo. No lejos de una de ellas, que es la del Portillo, y extramuros, se distingue la Aljafería, antigua morada de los reyes de Aragón, rodeada de un foso y muralla, cuyos cuatro ángulos guardecen otros tantos bastiones. Las calles, en general, son angostas, excepto la del Case, muy espaciosa y larga, casi en el centro de la ciudad, y que se extiende desde la puerta llamada del Sol hasta la plaza del Mercado. Las casas de ladrillo, y por la mayor parte de dos ó tres pisos; la adornan edificios y conventos bien contruidos y de piedra de sillera. La ciudad admira dos suntuosas catedrales, la de Nuestra Señora del Pilar y la de la Seo, en las que alterna por años, para su asistencia, el Cabildo. El último templo, antiquísimo; el primero, muy venerado de los naturales, por la imagen que en su santuario se adora. Como no es de nuestra incumbencia hacer una descripción especial de Zaragoza, no nos detendremos ni en sus antigüedades ni grandezas, reservando para después hablar de aquellos lugares que, á causa de la resistencia que en ellos se opuso, adquirieron desconocido renombre; porque allí las casas y edificios fueron otras tantas fortalezas.

Si ninguna eran en Zaragoza las obras de fortificación, tampoco abundaban otros medios de defensa. Vinos cuán escasos andaban al levantarse en Mayo. El corto tiempo transcurrido no había dejado aumentarlos notablemente; y antes bien se habían minorado con los descalabros padecidos en Tudela y Mullen. En semejante estado, déjase discurrir la consternación de Zaragoza al esparcirse la nueva, en la noche del 14 de Junio, de haber sido aquel día derrotado D. José de Palafox en las cercanías de Alagon, segun dijimos en el anterior libro. Desapercibidos sus habitantes, tan solamente hallaron consuelo con la presencia de su amado caudillo, que no tardó en regresar á la ciudad. Mas el enemigo no

dió descanso ni vagar. Siguiéron de cerca á Palafox, y tras él vinieron proposiciones del general Lefebvre Desnouettes á fin de que se rindiese, con un pliego enderezado al propio objeto, y firmado por los emisarios españoles Castel-Franco, Villela y Pereira, que acompañaban al ejército francés, y de quienes ya hicimos mención.

Fué la respuesta del general Palafox ir al encuentro de los invasores; y con las pocas tropas que le quedaban, algunos paisanos y piezas de campaña se colocó fuera, no lejos de la ciudad, al amanecer del 15. Estaba á su lado el Marques de Lazan y muchos oficiales, mandando la artillería el capitán don Ignacio Lopez. Pronto asomaron los franceses y trataron de acometer á los nuestros con su acostumbrado denuedo. Pero Palafox, viendo cuán superior era el número de sus contrarios, determinó retirarse, y ordenadamente pasó á Longares, pueblo seis leguas distante, desde donde continuó al puerto del Fraño, cercano á Calatayud, queriendo engrosar su división con la que reunía y organizaba en dicha ciudad el Barón de Versages.

Semejante movimiento, si bien acertado en tanto que no se consideraba á Zaragoza con medios para defenderse, dejaba á esta ciudad del todo desamparada y á merced del enemigo. Así se lo imaginó fundadamente el general francés Lefebvre Desnouettes, y con sus 5 á 6.000 infantes y 800 caballos, á las nueve de la mañana del mismo 15, presentóse con ufania delante de las puertas. Habían crecido dentro las angustias; no eran arriba de 200 los militares que quedaban, entre milicianos y otros soldados; los cañones, pocos y mal colocados, como gente á quien no guiaban oficiales de artillería, para de los dos únicos con quien se contaba en un principio, D. Juan Cónsul y D. Ignacio Lopez, el último acompañaba á Palafox, y el primero, por orden suya, hallábase de comisión en Huesca. El paisanaje andaba sin concierto, y por todas partes reinaba la indisciplina y confusión. Parecía, por tanto, que ningún obstáculo detendría á los enemigos, cuando el tiroteo de algunos paisanos y soldados desbandados los obligó á hacer parada y proceder precavidamente. De tan casual é imprevisto acontecimiento nació la memorable defensa de Zaragoza.

La perplejidad y tardanza del general francés alentó á los que habían empezado á hacer fuego, y dió á otros alas para ayudarlos y favorecerlos. Pero como aún no había baterías ni resguardo importante, consiguieron algunos jinetes enemigos penetrar hasta dentro de las calles. Acometidos por algunos voluntarios y milicianos de Aragón, al mando del coronel D. Antonio de Torres, y acosados por todas partes por hombres, mujeres y niños, fueron los más de ellos despedazados cerca de Nuestra Señora del Portillo, templo pegado á la puerta del mismo nombre.

Enfurecidos los habitantes, y con mayor confianza en sus fuerzas después de la adquirida, si bien fácil, ventaja, acudieron, sin distinción de clase ni de sexo, adonde amagaba el peligro, y llevando á brazo los cañones antes situados en el Mercado, plaza del Pilar y otros parajes desacomodados, los trasladaron á las avenidas por donde el enemigo intentaba penetrar, y de repente hicieron contra sus huestes horribles descargas. Creyó entonces necesario el general francés emprender un ataque formal contra las puertas del Cármen y Portillo. Puso su mayor conato en apoderarse de la última, sin advertir que, situada á la derecha la Aljafería, eran flanqueadas sus tropas por los fuegos de aquel castillo, cuyas

(2) *Anales d'Espagne et de Portugal*, par D. JUAN ÁLVAREZ DE COLMENAR, t. 10, pág. 421, edición de Amsterdam.

fortificaciones, aunque endebles, le resguardaban de un rebate. Así sucedió que los que le guarnecían, capitanes por un oficial retirado, de nombre don Mariano Cerezo, militar tan bravo como patriota, escarmentaron la audacia de los que confiadamente se acercaban á sus muros. Dejaronlos aproximarse, y á quemaropa los ametrallaron. En sumo grado contribuyó á que fuera más certera la artillería en sus tiros un oficial sobrino del general Guillelmi, quien encerrado allí con su tío desde el principio de la insurrección, olvidándose del agravio recibido, sólo pensó en no dar quiebra á su honra, y cumplió debidamente con lo que la patria exigía de su persona. Igualmente fueron los franceses repelidos en la puerta del Carmen, sosteniendo por los lados el tremendo fuego que de frente se les hacía, escopetes repartidos entre las tapias, alamedas y olivares, cuya buena puntería causó en las filas enemigas notable matanza. Nadie rehusaba ir á la lid: las mujeres corrian á porfia á estimular á sus esposos y á sus hijos, y atropellando por medio del inminente riesgo, los socorrian con viveres y municiones. Los franceses, aturridos al ver tanto furor y ardimiento, titubeaban, y creía con su vacilar el entusiasmo y valentía de los defensores. De nuevo, no obstante, y reiteradas veces embistieron la entrada del Portillo, desviándose de la Aljafería, y procurando entrarlos detrás de los olivares y arboledas. Menester fué, para poner término á la sangrienta y refida pelea, que sobreviniese la noche. Bajo su amparo se retiraron los franceses á media legua de la ciudad, y recogieron sus heridos, dejando el suelo sembrado de más de 500 cadáveres. La pérdida de los españoles fue mucho más reducida, abrigados de tapias y edificios. Y de aquella señalada victoria, que algunos llamaron de las Eras, resultó el glorioso empeño de los zaragozanos de no entrar en pacto alguno con el enemigo y resistir hasta el ultimo aliento.

Fuera de sí aquellos vecinos con la victoria alcanzada, ignoraban todavía el paradero del general Palafox. Grande fue su tristeza al saber su ausencia, y no teniendo fe en las autoridades antiguas ni en los demás jefes, los diputados y alcaldes de barrio, á nombre del vecindario, se presentaron luego que cesó el combate, al corregidor e intendente D. Lorenzo Calvo de Rozas, que, hechura de Palafox, merecía su confianza. Instaronle para que hiciera sus veces, y condescendió con sus ruegos en tanto que aquel no volviera. Unia Calvo en su persona las calidades que el caso requería. Declarado abiertamente en favor de la causa pública, habíase fugado de Madrid, en donde estaba avecindado. Hombre de carácter firme y sereno, encerraba en su pecho, con apariencias de tibia, el entusiasmo y presteza de un alma impetuosa y ardiente. Autorizado, como ahora se veía, por la voz popular, y punzado por el peligro que á todos amenazaba, empleó con diligencia cuantos medios le sugería el deseo de proteger contra la invasion extraña la ciudad que se ponía en sus manos.

Prontamente llamó al teniente de rey D. Vicente Bustamante para que expidiera y firmase á los de su jurisdicción las convenientes órdenes. Mandó iluminar las calles, con objeto de evitar cualquiera sorpresa á sorpresa; empezaronse á preparar naos de tierra para formar baterías en las puertas de Sancho, el Portillo, Carmen y Santa Eufracasia; abrieronse zanjas á cortaduras en sus avenidas; dispusieronse á artillarlas, y se levantó en toda la tapia que circunda á la ciudad una banqueta, para desde allí mo-

lestar al enemigo con la fusilería. Previose á los vecinos en estado de llevar armas que se apostasen en los diversos puntos, debiendo alternar noche y día, ocupáronse los niños y mujeres en tareas propias de su edad y sexo, y se encargó á los religiosos hacer cartuchos de cañon y fusil, cumpliéndose con tan buen deseo y alineo aquellas disposiciones, que á las diez de la noche se había ya convertido Zaragoza en un taller universal, en el que todos se afanaban por desempeñar debidamente lo que á cada uno se había encomendado.

Con más lentitud se procedió en la construcción de las baterías, por falta de ingeniero que dirigiese la obra. Solo había uno, que era D. Antonio San Genis, y éste había sido el 15 llevado á la cárcel por los paisanos, que le conceptuaban sospechoso, habiendo notado que reconocía las puertas y la ronda de la ciudad. Ignoróse su suerte en medio de la confusión, polea y agitación de aquel día y noche, y solo se le puso en libertad, por orden de Calvo de Rozas, en la mañana del 16. Sin tardanza trazó San Genis atinadamente varias obras de fortificación, empujándose en el buen desempeño, y ayudado, en lugar de otros ingenieros, por los hermanos Tabuenca, arquitectos de la ciudad. Pintan estos pormenores, y por eso no son de más, la situación de los zaragozanos, y lo apurados y escasos que estaban de recursos y de hombres inteligentes en los tiempos entonces más necesarios.

Los franceses, atónitos con lo ocurrido el 15, juzgaron imprudente empujarse en nuevos ataques antes de recibir de Pamplona mayores fuerzas, con artillería de sitio, morteros y municiones correspondientes. Mientras que llegaba el socorro, queriendo Lefebvre probar la via de la negociación, intimó el 17 que, á no venir á partido, pasaria á cuchillo á los habitantes cuando entrase en la ciudad. Contéstosele dignamente (3), y se prosiguió con mayor empeño en prepararse á la defensa.

El general Palafox en tanto, vista la decision que habían tomado los zaragozanos de resistir á todo trance al enemigo, trató de hostigarle y llamar á otra parte su atencion. Unido al Barón de Verrago, contaba con una division de 6.000 hombres y cuatro piezas de artillería. El 21 de Junio pasó en Almunia resaca de su tropa, y el 23 marchó sobre Épila. En aquella villa hubo jefes que notando el poco concierto de su tropa, por lo comun allegadiza, opi-

(3) Respuesta dada á la intimacion del general Lefebvre, comandante en jefe del ejército francés que sitiaba á Zaragoza, publicada en la Gaceta del 26 de Junio de 1808.

«Zaragoza es mi cuartel general, á 18 de Junio.

«El S. M. el Emperador envia á V. á restablecer la tranquilidad que nunca ha perdido este país, es bien fácil se toma S. M. esta ciudad. Si debe responder á la confianza que me ha hecho este valeroso pueblo, mandando de orden en que estaba para poner en mi mano su custodia, es claro que no llevaria ni deber abandonarla á la asercion de una amistad tan poco venturera.

«Mi espada guarda las puertas de la capital, y mi honor responde de su seguridad, no deben temer, pues, este tiempo mas tropas que necesitarán, estas de los dias 15 y 16. Mas enhorabuena infinitables en sus filas, yo lo soy en sus empeños.

«La voz de Lefebvre apagado el incendio que levanta la indignacion española, á vista de tantas elevadas se eleva por momentos.

«No temer que las espas que V. paga con indios. Gran parte de Cataluña se ha puesto bajo mi mando; lo mismo ha hecho otra no menor de Castilla. Los capitanes generales de esta y de Valencia están unidos conmigo. Igual á, Batallas de, Asturias y los cuatro reinos de Andalucia están resueltos á vengar sus agravios. Las tropas francesas cometen atrocidades indignas de hombres que se llaman y malan impudicamente á la quea civilizacion les han hecho; quitan la religion, y queman sus sagradas imágenes de un modo tan bárbaro.

«Ni esto ni el todo que V. oprime, aun despues de los dias 15 y 16, son tiempo para satisfacer á un pueblo valiente; V. hará lo que quiera y yo haré lo que debo. — El L. M. de V. — El General de las tropas de Aragón.

naron ser conveniente retirarse á Valencia, y no empeorar con una derrota la suerte de Zaragoza. Palafox, asistido de admirable presencia de ánimo, congregó su gente, y delante de las filas, exhortando á todos á cumplir con el duro, pero honroso deber que la patria les imponía, añadió que eran dueños de alejarse libremente aquellos á quienes no animase la conveniente fortaleza para seguir por el estrecho y penoso sendero de la virtud y de la gloria, ó que tachasen de temeraria su empresa. Respondióse á su voz con universales clamores de aprobación, y ninguno osó desamparar sus banderas. De tan alta importancia es en los casos arduos la entera y determinada voluntad de un caudillo.

Seguro de sus soldados, hizo propósito Palafox de avanzar la mañana siguiente á la Muela, tres leguas de Zaragoza, queriendo coger á los franceses entre su fuerza y aquella ciudad. Pero barruntando éstos su movimiento, se le anticiparon, y acometieron á su ejército en Épila á las nueve de la noche, hora desusada y en la que dió ron de sobresalto é impensadamente sobre los nuestros por haber sorprendido y hecho prisionera una avanzada, y también por el desuido con que todavía andaban nuestras inexpertas tropas. Trabajó la refriega, que fué empeñada y reñida. Como los españoles se vieron sobrecogidos, no hubo orden premeditado de batalla, y las cuerpos se colocaron según pudo cada uno en medio de la oscuridad. La artillería, dirigida por el muy inteligente oficial D. Ignacio López, se señaló en aquella jornada, y algunos regimientos se mantuvieron firmes hasta por la mañana, que, sin precipitación, tomaron la vuelta de Calatayud. En su número se contaba el de Fernando VII, que aunque nuevo, sostuvo el fuego por espacio de seis horas como si se compusiera de soldados veteranos. También hombres sueltos de guardias españolas defendieron largo rato una batería de las más importantes. Disputaron, pues, unos y otros el terreno á punto que los franceses no los incomodaron en la retirada.

Palafox, convencido, no obstante, de que no era dado con tropas bisofas combatir ventajosamente en campo raso, y de que sería más útil su ayuda dentro de Zaragoza, determinó, superando obstáculos, meterse con los suyos en aquella ciudad, por lo que, después de haberse rechecho, y dejando en Calatayud un depósito al mando del Barón de Versages, dividió su corta tropa en dos pequeños trozos; encargó el uno á su hermano D. Francisco, y acudiendo en persona el otro, volvió el 2 de Julio á pisar el suelo zaragozano.

Ya había allí acudido días ántes su otro hermano el Marqués de Lazan, que era el gobernador, con varios oficiales, á instancias y por aviso del intendente Calvo de Rozas. Descalza éste un arrimo para robustecer aún más sus acertadas providencias, acordar otras, comprometer en la defensa á las personas de distinción que no lo estuviesen todavía, imponer respeto á la muchedumbre congregada en una reunión escogida y numerosa, y afirmarla en su resolución por medio de un público y solemne juramento. Para ello convocó el 25 de Junio una junta general de las principales corporaciones e individuos de todas clases, presidida por el de Lazan. En su seno expuso brevemente Calvo de Rozas el estado en que la ciudad se hallaba, y cuáles eran sus recursos, y excitó á los concurrentes á coadyuvar con sus luces y patriótico celo al sostenimiento de la causa común. Conformes todos, aprobaron lo antes obrado, se confirmaron en su propósito de

vencer ó morir, y resolvieron que el 26 los vecinos, soldados, oficiales y paisanos armados prestarian en calles y plazas, en baterías y puertas un público y majestuoso juramento. Amaneció aquel día, y á una hora señalada de la tarde se pobló el aire de un grito asombroso y unánime, ade que los defensores de Zaragoza, juntos y separados, derramarían hasta la última gota de su sangre por su religión, su rey y sus hogares.

Movió á curiosidad entre los enemigos la impensada agitación que causó tan nueva solemnidad, y con ansia de informarse de lo que pasaba, aproximóse á la línea española un comandante de polaca, acompañado de varios soldados; y aparentando deseos de tomar partido él y los suyos con los sitiados, pidió, como seguro de su determinación, tratar con los jefes superiores. Salíó Calvo de Rozas, indicó al comandante que se adelantase para conferenciar solos; hizolo así, mas á poco y alevosamente cercaron á Calvo los soldados del contrario. Encaróñole las armas, y después de preguntarle lo que en Zaragoza ocurría, tuvo el comandante la descompuesta osadía de decirle que no era su intento desamparar sus banderas; que había sólo inventado aquella artimaña para averiguar de que provenía la inquietud de la ciudad, é intimar de nuevo por medio de una persona de cuenta la rendición, siendo inevitable que al fin se sometiesen los zaragozanos al ejército francés, tan superior y aguerrido. Audióse que, á no consentir con lo que de él exigió, sería muerto ó prisionero. En vez de atemorizarse con la villana amenaza, reportado y sereno contestó Calvo: «Harto conocidas son vuestras malas artes y la miseria de amistad con que osedáis vuestras continuadas perfidias, para que desprevengido y no muy sobre aviso acudiera yo á vuestro llamamiento; los muertos y los prisioneros son vos y vuestros soldados si intentáis traspasar la ley ya admitida aun entre naciones bárbaras. En castigo, de donde estamos tan próximos, á la menor señal mía disparará sus cañones y fusiles, que por disposición anterior están ya apuntados contra vosotros. Alternas el polaco con la aspera contestación, y reprimiendo la ira, suavizó su altanero lenguaje, ofreciéndose á proponer al intendente Calvo una conferencia con sus generales. Vino en ello, y tomando la vena del de Lazan, se escogió por sitio el frente de la batería del Portillo.

Todavía en el mismo día avistáronse allí con Calvo y otros oficiales españoles, autorizados por el gobernador y vecindario, los generales franceses Lefebvre y Verdier, recién llegado. Tamizáronse las pláticas á insistir éstos en la entrega de Zaragoza, ofreciendo olvido de lo pasado, respetar las personas y propiedades, y conservar á los empleados en sus destinos, con la advertencia que de lo contrario convertirían en cenizas la ciudad, y pasarían á cuchillo los moradores. Calvo contestó con firmeza, prometiéndole, sin embargo, que daría cuenta de lo que propusieran, y que en la mañana siguiente se le comunicaría la definitiva resolución, en cuya conformidad pasó al campo francés D. Eusebio Burrodo llevando consigo una respuesta (4), firmada por el

(4) Segunda y última respuesta dada al general del ejército francés que estaba á Zaragoza, en 27 de Junio de 1808.

El contenido de este ejército y como no ha transcurrido las proposiciones que V. lo ha hecho, recomiendo que yo permita la entrada en esta capital de las tropas francesas que están bajo su mando, que vienen con la idea de desarmar al pueblo, respetando la quietud, respetar las propiedades y hacernos felices, como si fuéramos como amigos, según lo han hecho en los demás países de España que han ocupado; o bien, si no me satisficieren á esto, que se

Marqués de Lazan, en la que se desechaban las insidiosas proposiciones del enemigo.

Claro era que estrechar el asedio y nuevas embestidas seguirían á repulsa tan temeraria, mayormente cuando los franceses habían engrosado su ejército y cuando se había mejorado su posición. Por aquellos días, además de haberse desembarazado de Palafox, arrojándole de Épila, habían recibido de Pamplona y Bayona socorros de cuantía. Trajélos el general Verdier, quien, por su mayor graduación, reemplazó en el mando en jefe á Lefebvre, y no menos fueron por de pronto reforzados que con 3.000 hombres, 30 cañones de grueso calibre, 4 morteros, 12 obuses y 800 portugueses á las órdenes de Gomez Freire. Fundadamente pensaron entónces que con buen éxito podrían vencer la tenacidad zaragozana.

Así fué que el mismo día 27 renovaron el fuego, y dirigieron con particularidad su ataque contra los puestos exteriores. Repelidos con pérdida en las diversas entradas de la ciudad, de que quisieron apoderarse, no pudo impedirseles que se acercasen al recinto. Como en sus maniobras se notó el intento de ensañarse del monte Torrero, con diligencia se metieron en Zaragoza los vivos y municiones que estaban encerrados en aquellos almacenes; mas tan oportuna precaución originó un desastre. A las tres de la tarde estremecíronse todos los edificios, zumbando y resonando el aire con el disparo y caída de piedras, astillas y cascotes. Tuviéronse los zaragozanos por muertos y como si fuesen á ser sepultados en medio de ruinas. Desparveridos y aterrorizados huían de sus casas, ignorando de dónde provenía tanto ruido, turbación y fracaso. Causábase el haberse pegado fuego, por descuido de los conductores, á la pólvora que se almacenaba en el Seminario Conciliar, y éste y la manzana de casas contiguas y las que estaban en frente se volaron á desplomaron, rompiéndose los cristales de la ciudad, con muertos y desdichas. Agregábase á la horrenda catástrofe la pérdida de pólvora tan necesaria en aquel tiempo, y en el que había de todo apretada pobreza.

Y para que apareciese enteramente acrisolada la constancia aragonesa, los franceses, fiados en la desolación y universal desconuelo, reiteraron sus ataques en tan apurado momento. No se descorazonaron los defensores, antes bien enfurecidos hicieron que se malograra la tentativa de los enemigos, inflamada en aquella sazon.

Desde aquel día no transcurrió uno en que no hubiese refri las contiendas, escaramuzas, salidas, acontecimientos de estrados y sitiadores. Largo sería é imposible referir hazas tantas y tan gloriosas, raras vez empañadas con alguna bastarda acción.

Tuvose, sin embargo, por tal lo ocurrido en el monte Torrero. El comandante á cuyo cargo estaba

el puesto, de nombre Falcon, ora por connivencia, ora por desaliento, que es á lo que nos inclinamos, le desamparó vergonzosamente, y el enemigo, ensañándose de aquellas alturas, causó en breve notables estragos.

El vecindario por su parte, irritado de la conducta del comandante español, le obligó mas adelante á que compareciese ante un consejo de guerra, y por sentencia, confirmada por el Capitán general, fué arebuzado. La misma suerte cupo durante el sitio al coronel D. Rafael Pesino, gobernador de las Cinco Villas, y á otros de ménos nombre, acusados de inteligencia con el enemigo. Ejemplar castigo, tachado por algunos de precipitado, pero que miraron otros como saludable freno contra los que flaqueasen por tímidos ó tramases alguna alvostia.

Enpeñábase así la resistencia, y cobraban todos ánimo con los oficiales y soldados que á menudo acudían en ayuda de la ciudad sitiada. Llegó sobre todo de particular gozo la llegada, á últimos de Junio, de 300 soldados del regimiento de Extremadura al mando del teniente coronel D. Domingo Larripa, que vimos allí detenido en Tarrega, sin querer cumplir las órdenes de Duhamel, y también la que por entónces ocurrió de 100 voluntarios de Taragona, capitaneados por el teniente coronel don Francisco Marcó del Pont. Compensábase con eso algun tanto el haber perdido las alturas de Torrero.

Mas, dueños los franceses de semejante posición, determinaron molestar la ciudad con balas, granadas y bombas. Para ello colocaron en aquella eminencia una batería formidable de cañones de grueso calibre y morteros. Levantaron otras en diversos puntos de la línea, con especialidad en el paraje llamado de la Bernardona, enfrente de la Aljufaría. Preparados de este modo, al terminarse el 30 de Junio y á las doce de la noche rompieron el fuego, y dieron principio á un horroroso bombardeo. Los primeros tiros salvaron la ciudad sin hacer daño; acertáronlos, y las bombas, penetrando por las bóvedas de la fábrica antigua de la iglesia del Pilar y arruinando varias casas, empezaron á causar quebrantos y destrozos.

Al amanecer los vecinos, léjos de arredrarse á su vista, trabajaron á competencia y con sumo afán para disminuir las lastimas y desgracias. Construyéronse blindajes en calles y plazas, tratáase de torcer el curso del Huerba, y de aprovechar las aguas de una acequia de riego que en ocasiones corre por la ciudad, para apagar ahora con presteza cualquier incendio. Franqueáronse los sótanos, empleando dentro en trabajos útiles y que pedían resguardo á los que no eran llamados á guerra. Para observar el fogonazo y avisar la llegada de las bombas, puséronse atalayas en la torre que denominaban Nueva, si bien fabricada en 1504, la cual, elevándose en la plaza de San Felipe sola y sin arri-mo, pareció acomodada al caso, aunque llevada á la manera de la famosa de Pisa. No satisfechos los sitiados con estas obras y las antes construidas, ideando otras, cortaron y zanjaron calles, atenuaron casas y tapiadas, apilaron sacos de tierra, trazaron y erigieron nuevas baterías, las cubrieron con cañones arrumbados por viejos en la Aljufaría ó con los que sucesivamente llegaban de Lérida y Jaca, y en fin, quemaron y talaron las huertas y olivares, los jardines y quitas que encubrían los aproches del enemigo, perjudicando á la defensa. Sus dueños no solamente condescendían en la des-

mona la ciudad á discreción. Los matines que ha empleado el gobierno francés para ocupar las plazas que le quedan en España, y la gran fuerza que ha observado en el sitio, han podido persuadir á V. la respuesta que yo doy á sus proposiciones. El Austria, la Italia, la Prusia, la Polonia, Suecia, Dinamarca y Portugal presentan, no como que este país, un cuadro muy exacto de la constancia que debe inspirar el ejército francés.

«Esta ciudad y las valerosas tropas que la guardan han jurado resistir á los que quisieran el nombre de la Francia, y la España toda, en donde ella quisiera ya restos del ejército francés, está resuelta á lo mismo.

«Tengo V. presentes las contestaciones que le di ocho días há, y las dadas de 31 de Mayo y 14 de este mes, que se le hicieron, y me dirá V. que una nación poderosa y valiente, decidida á sostener la justa causa que defiende es invencible y no perderá la batalla que V. en otro momento, Zaragoza, 26 de Junio, 1808.
—Por el Capitán general de Aragón, El MARQUÉS DE LAZAN.»

troceca con desprendimiento magnánimo, sino que las mas veces ayudaban con sus brazos al total aislamiento. Y cuando luchando en otro lado descubrían la llama que devoraba el fruto de años de sudor y trabajo ó el antiguo solar de sus abuelos, ensobreciéndose de recuperar así y con languenza á la libertad de la patria. ¿De qué no eran capaces varones dotados de virtudes tan esclarecidas?

Al amanecer siguieron en la mañana del 1.º de Julio un ataque general en todos los puntos. Empezaron á batir la Aljafería y puerta del Portillo, mandada por D. Francisco Maró del Pont, los fuegos de la Bernardina. La puerta del Carmen, encargada al cuidado de D. Domingo Latripa, fué casi al mismo tiempo embestida, y tampoco tardaron los enemigos en molestar la de Sancho, custodiada por el sargento mayor D. Mariano Renovaes. Con todo, siendo en mayor empeño apoderarse de la del Portillo, hubo allí tal estrago, que muertos en una batería exterior todos los que la defendían, nadie osaba ir á reemplazarlos, lo cual dió ocasion á que se señalase una mujer del pueblo, llamada Agustina Zaragoza. Moza esta de veinte y dos años, y agradecida de rostro, llevaba provisiones á los defensores cuando acaeció el mencionado abandono. Notando aquella valerosa hembra el aprieto y desánimo de los hombres, corrió al peligroso punto, y arrancando la mecha, aún encendida, de un artillero que yacía por el suelo, puso fuego á una pieza, é hizo voto de no desampararla durante el sitio sino con la vida. Imprimiendo su arrojo nueva audacia en los decayidos ánimos, se precipitaron todos á la batería, y renovóse tremendo fuego. Proeza muy semejante la de Agustina á la de María Pita en el sitio que pusieron los ingleses á la Coruña en 1689; fué premiada también de un modo parecido, y así como á aquélla le concedió Felipe II el grado y sueldo de alférez vivo, remuneró Palafox á esta con un grado militar y una pensión vitalicia.

Continuaba vivísimo el fuego, y nuestra artillería, muy cortera, arredraba al enemigo, sin que hasta entonces hubiese oficial alguno de aquella arma que la dirigiese. No eran todavía las doce del día, cuando entre el horroroso y mortífero estruendo del cañon, se presentaron los subtenientes de aquel distinguido cuerpo, D. Jerónimo Piñero y D. Francisco Bethesé, que fugados de Barcelona, corrían apresuradamente á tomar parte en la defensa de Zaragoza. Sin descanso, despues de largo viaje y fatigoso tránsito, se pusieron, el primero á dirigir los fuegos de la entrada del Portillo, y el segundo los de la del Carmen. Con la ayuda de oficiales inteligentes, creció el brío en los nuestros y aumentó el estrago en los contrarios. La noche cortó el combate, mas no el bombardeo, renovándose aquél al despertar del alba con igual furia que el día anterior. Las columnas enemigas con diversas maniobras intentaron emboscarse del Portillo, y abierta brecha en la Aljafería, se arrojaron á asaltar aquella fortaleza; pero, fuése que no hallasen escuelas acostumbradas, ó fuere más bien la detestada valentía de los sitiados, los franceses, repelidos, se desordenaron y dispersaron en medio de los esfuerzos de jefes y oficiales. Otro tanto pasaba en el Portillo y Carmen. El Marqués de Lazan, durante el ataque, recorrió la línea en los puntos más peligrosos, remunerando á unos y alentando á otros con sus palabras.

Ya era entrada la tarde, desmayaban los enemigos, y los nuestros, familiarizándose más y más con los riesgos de la guerra, desconocidos al mayor nú-

mero, redoblaron sus esfuerzos, alentados con un inesperado y para ellos halagüeño acontecimiento. De boca en boca y con rapidez se difundió que don José de Palafox estaba de vuelta en la ciudad y que pronto gozarían todos de su presencia. Efecto, penetrando en Zaragoza á las cuatro de la tarde de aquel día, que era el 2, apareció de repente en donde se lidiaba, y á su vista, arrebatados de entusiasmo, hicieron los nuestros tan firme rostro á los franceses, que, sin insistir éstos en nueva acometida, se contentaron con proseguir el bombardeo.

Viendo, sin embargo, que para aproximarse á las puertas era necesario hacerse dueños de los conventos de San José y Capuchinos y otras puntas extramuros, comenzaron por entonces á embestirlas. En el convento de San José, asentado á la derecha del río Huerba, no había otro amparo que el de las paredes, en cuyo macizo se habían abierto troneras. Asaltáronle 400 polacos, y repelidos con gran pérdida, tuvieron que aguardar refuerzo, y aún así no se posesionaron de aquel puesto sino al cabo de horas de pelea. No fueron más afortunados en el de Capuchinos, cercano á la puerta del Carmen. Lucharon los defensores cuerpo á cuerpo en la iglesia, en los claustros, en las celdas, y no desampararon el edificio hasta despues de haberle puesto fuego.

También quisieron los franceses cercar la ciudad por la orilla izquierda del Ebro, principalmente á causa de los socorros que la libre comunicacion proporcionaba. Para estorbarla pensaron cruzar el río, echando el 10 de Julio un puente de balsas en San Lamberto. Salíó contra ellos el general Palafox con paisanos y una compañía de suizos que acababa de llegar. Batallaron largo tiempo, y vino con refuerzo á sostenerlos el intendente Calvo de Rozas, cuyo caballo fué derribado de una granada. Los enemigos no se atrevieron á pasar muy adelante, y aprovechando los nuestros el precioso respiro que daban, levantaron en el arrabal tres baterías, una en los Tejares, y las otras dos en el rastro de los Clérigos y en San Lázaro; de las que protegidos los labradores, se escopetearon varias veces con los franceses en el campo de las Ranillas y los ahuyentaron, distinguiéndose con frecuencia en la lid el famoso tío Jorge. Así que, los sitiadores no pudieron cerrar del todo las comunicaciones de Zaragoza, pero talaron los campos, quemaron las mieses, y estudiándose hácia el Gállego, víase desconsoladamente arder el puente de madera que da paso al camino carretero de Cataluña, y destruirse é incendiarse las aceñas y molinos harineros que abastecían la ciudad. Las angustias crecían, mas al par de ellas también el ardimiento de los sitiados. Se acopió la harina del vecindario para amasar solamente pan de munición, que todos comían con gusto, y para fabricar pólvora se establecieron molinos movidos por caballos, y se cogió el azufre en donde quiera que lo había: se lavó la tierra de las calles para tener salitre, y se hizo carbon con la caña del cáñamo, tan alto en aquel país. No poco cooperó al ánimo y dirección de estos trabajos, como de los demás que corrían, el sabio oficial de artillería D. Ignacio Lopez, quien desde entonces hasta el fin del sitio fue uno de los pilares en que estribó la defensa zaragozana.

Eran estas precauciones tanto más necesarias, cuanto no sólo los franceses cebían más y más la plaza, sino que también previeron los sitiados que bien pronto intentarían destruir ó tomar los molinos de pólvora de Villafeliche, á doce leguas de Zaragoza, que eran los que la proveían. Así sucedió. El Barón de Versages, desde Calatayud, aso-

mándose á las alturas inmediatas á aquel pueblo, impidió al principio que lograsen su objeto. Mas resolviendo sobre él los enemigos con mayores fuerzas, tuvo que replegarse y dejar en sus manos tan importantes fabricas.

En medio del tropel de desdichas que oprimian á los zaragozanos, permanecian constantes, sin que osada los abatiese. En continuada vela, desbarataban las empresas que á cada paso tentaban sus contrarios. El 17 de Julio, dueños ya estos del convento de Capuchinos, sigilosamente á las nueve de la noche procuraron ponerse bajo el tiro de cañon de la puerta del Carmen. Los nuestros lo notaron, y en silencio tambien, aguardando el momento del asalto, rompieron el fuego y derribaron sin vida á los que se gloraban ya de ser dueños del puesto. Con mayor furia renovaron los sitiadores sus ataques allí y en las otras puertas las noches siguientes, en todas infructuosamente; no habiendo podido tampoco apoderarse del convento de Trinitarios descalzos, sito extramuros de la ciudad.

En lucha tan encarnizada, los españoles á veces molestaban al enemigo con sus salidas, y no pocas quisieron que adelantarse hasta el monte Turrero. Aparentando, pues, un ataque formal por el paseo, dieron otros de sobresalto en medio del día en el campamento francés. Todo lo atropellaron, y no se retiraron sino cubiertos de sangre y despojos. Por las margenes del Gallego midieron, igualmente, una y otros sus armas en varias ocasiones, y especialmente en 29 de Julio, en que nuestros lanceros sacaron ventaja á los suyos con mucha honra y proeza, sobresaliendo en los encuentros el coronel Buitrago, primer ayudante de Palafox.

Restaban aún nuevas y nada recias ocasiones en que se emprendiese la bizarría y firmeza de los zaragozanos. Noche y día trabajaban sus enemigos para construir un camino cubierto que fuese desde el convento de San José, por la orilla del Huerba, hasta las inmediaciones de la Bernardona, y á su abrigo colocar morteros y cañones, no mediando ya entre sus baterías y las de los españoles sino muy corta distancia.

Aguardábase por momentos una general emboscada, y en efecto, en la madrugada del 3 de Agosto el enemigo rompió el fuego en toda la línea, cayendo principalmente una lluvia de bombas y granadas en el barrio de la ciudad situado entre las puertas de Santa Engracia y el Carmen, hasta la calle del Coso. El coronel de ingenieros franceses Lacoste, ayudante de Napoleon, que habia llegado despues de comenzado el sitio, con razon juzgó no ser acertado el ataque antes emprendido por el Portillo, y determinó que el actual se diese del lado de Santa Engracia, como más directo y como punto no bloqueado por el castillo. La principal batería de bronce estaba á 150 varas del convento, y constaba de seis piezas de á 16 y de cuatro obuses. Habian, ademas, establecido sobre todo el frente de ataque siete baterías, de las que la más lejana estaba del recinto 400 varas. A tal distancia y tan reconcentrado, fácil es imaginarse cuán terrible y destructor sería su fuego. Sea de propósito ó por acaso, notase que sus tiros con particularidad se acentaban contra el hospital general, en que habia gran número de heridos y enfermos, los niños expósitos y los dementes. Al caer las bombas, hasta las más postizas, destellando y desmenuzándose, saltaron de sus cañales y queriendo salvarse, grande desolacion fué aquélla. Mas con el celo y actividad de buenos patriotas,

muchos, en particular niños y heridos, se trasladaron á paraje más resguardado. Prosiguió todo aquel día el bombardeo, conmoviéndose unos edificios, desplomándose otros, y causando todo junto tal estampido y estruendo, que se difundía y retumbaba á muchas leguas de Zaragoza.

Al albañear del 4 descubrieron los enemigos su formidable batería enfrente de Santa Engracia. No habia en derredor del monasterio foso alguno, coronado sólo sus pisos varias piezas de artillería. Empezaron á batirla en brecha, acometiendo al mismo tiempo la entrada inmediata del mismo nombre, y distrayendo la atencion con otros ataques del lado del Carmen, Portillo y Aljaferia. A las nueve de la mañana estaban arrasadas casi todas nuestras baterías y practicañ las brechas. Palafox, presentándose por todas partes, corría adonde habia mayor riesgo y sostenía la constancia de su gente. En lo recio del combate propuso Lefebvre Desnouettes paz y capitulación. Respondióle Palafox « guerra á cuchillo. » A su vez atropellábanse paisanos y soldados á oponerse al enemigo, y abalanzándose á dicho monasterio de Santa Engracia, célebre por sus antigüedades y por ser fundación de los Reyes Católicos, se mantenían dentro, sin que los arredrara ni el desplomarse de los pisos, ni la caída de las mismas paredes que amagaba. A todo hacian rostro, nada los desviaba de su temerario arrojo. Y no parecia sino que las sombras de los dos célebres historiadores de Aragon, Jeronimo Blaneas y Zurita, cuyas cenizas allí reposaban, ahuyentadas del sepulcro al ruido de las armas y vagando por los atrios y bóvedas, los estimulaban y aguijaban á la pelea, representándoles vivamente los heroicos hechos de sus antepasados, que tan vívida y noblemente habian transmitido á la posteridad. Tanto tenía de sobrehumano el portado hidalgo de los aragoneses.

Al cabo de horas, y cuando el terreno quedaba, no sembrado, sino cubierto de cadáveres, y en torno suyo ruinas y destrozos, pudieron los franceses avanzar y salir á la calle de Santa Engracia. Pisando ya el recinto, vanagloriábanse de ser dueños de Zaragoza, y formados y con arrogancia se encaminaban al Coso.

Mas pocos muy luego en sobrada confianza. Cogidos y como encerrados entre calles y casas, estuvieron expuestos á un horroroso fuego, que de todos lados se les hacia á manera de granizado. Cortadas las bocacalles y parapetados los defensores con sacos de algodón y lana, y detras de las paredes de las mismas casas, los abrazaron, por decirlo así, á quema-ropa por espacio de tres horas, sin que pudiesen salir al Coso, donde desemboca la calle de Santa Engracia. Desesperanzaban ya los franceses de conseguirlo, cuando volandose un repuesto de pólvora que cerca tenían los españoles, con el daño y desorden que esta desgracia causó, fueron permitido á los acometedores llegar al Coso y posesionarse de dos grandes edificios que hay en ambas esquinas, el del convento de San Francisco á la izquierda, y el hospital general á la derecha. En este fué espantoso el ataque, prendióse fuego, y los enfermos que quedaban, arrojándose por las ventanillas, caían sobre las bayonetas enemigas. Entre tanto los locos, encerrados en sus jaulas, cantaban, lloraban ó reían, según la manía de cada uno. Los soldados enemigos, tan furia de sí como los mismos dementes, en el ardor del combate mataron á muchos y se llevaron á otros al monte Turrero, de donde despues los enviaron. Mucha sangre habia

costado á los franceses aquel día, habiendo sidan de cerca ofendidos; contáronse entre el número de los muertos oficiales superiores, y fué herido su mismo general en jefe Verdier.

Dueños de aquella parte, sentaron los enemigos sus aguilas victoriosas en la cruz del Coso, templo te con columnas en medio de la calle del mismo nombre. Todo parecía así perdido y acabado. El Marqués de Lazan, Calvo de Rozas y el oficial don Justo San Martín fueron los últimos que, á las cuatro de la tarde, después de haberse volado el mencionado repuesto, desampararon la batería que enfilaba desde el Coso la avenida de Santa Engracia. Pero el segundo, no decayendo de ánimo, dirigióse por la calle de San Gil al arrabal, para desde allí juntar dispersos, refacer su gente, traer los que custodiaban aquellos puntos, entónces no atacados, y con su ayuda prolongar hasta la noche su resistencia, aguardando de fuera y ántes de la madrugada, según veríamos, auxilios y refuerzos.

Favoreció á su empresa lo ocurrido en el hospital general, y una equivocación afortunada de los enemigos, quienes, queriendo encaminarse al puente que comunica con el arrabal, en vez de tomar la calle de San Gil, que tomó Calvo, y es la directa, desfilaron por el arco de Cineja, callejuela torcida que va á la Torrenueva. Aprovechándose los aragoneses del extravío, los arremetieron en aquella estrechura y los acerbillaron y despedazaron. Obligólos á hacer alto semejante choque, y en el entre tanto, volviendo el brigadier D. Antonio de Torres y Calvo del arrabal con 600 hombres de refresco y otros muchos que se le agregaron, desembocaron juntos y de repente en la calle del Coso, en donde estaba la columna francesa. Embistieron con 50 hombres escogidos, y el primero el anciano capitán Cerezo, que ya vimos en la Aljafería, yendo armado (para qu. todo fuera extraordinario) de espada y rodela, y bien unido con los suyos, se arrojaron todos como leones sobre los contrarios, sorprendidos con el súbito y furibundo ataque. Acometieron los demás por diversos puntos, y disparando desde las casas trabuzaos y todo linaje de mortíferos instrumentos, acobardos los franceses y aterrados, se dispersaron y recogieron en los edificios de San Francisco y hospital general.

Anocheció al cesar la pelea, y vueltos los españoles del primer sobresalto, supieron por experiencia con cuánta ventaja resistirían al enemigo dentro de las calles y casas. Sostenidos también la firme esperanza de que con el alba aparecería delante de sus puertas un numeroso socorro de tropas, que así se lo había prometido su idolatrado caudillo don José de Palafox.

Había partido ésto de Zaragoza, con su hermano D. Francisco, á las doce del día del 4, después que los franceses, dueños del monasterio de Santa Engracia, estaban como atascados en las calles que daban al Coso. Siguió á aquéllos mas tarde el Marqués de Lazan. Presentábase con fundamento que no podrían los enemigos en aquel día vencer los obstáculos con que en contraban; mas al mismo tiempo carecían de municiones, y menguando la gente, temíase que acubarian por superarlos si no llegaban socorros de fuera, y así, además, tropas de refresco no llenaban los huecos y animaban con su presencia á los fatigados, si bien heroicos, defensores. No estaban como las fijas de la ciudad; pero dilatándose su entrada, pensábase que era necesario fuese Palafox en persona á acelerar la marcha. No quiso ésto, sin embargo, alejarse ántes que lo prometiesen los za-

ragozanos que se mantendrían firmes hasta su vuelta. Hicieronlo así, y teniendo fe en la palabra dada, convino en ir al encuentro de los socorros.

Correspondió á la esperanza el éxito de la empresa. A últimos de Junio había, desde Cataluña, penetrado en Aragón el segundo batallón de voluntarios con 1.200 plazas, al mando del coronel don Luis Amat y Terán, 500 hombres de guardias españolas al del coronel D. José Manso, y además dos compañías de voluntarios de Lérida, cuya división se había situado en Jelsa, diez leguas de Zaragoza. Ciento que con este auxilio y un convoy que bajo su amparo podría meterse en la ciudad sitiada, era dado prolongar la defensa hasta la llegada de otro cuerpo de 5.000 hombres, procedente de Valencia, que se adelantaba por el camino de Teruel. El tiempo urgía; no sobraba la más exquisita diligencia, por lo que, y á mayor abundamiento, despachóse al mismo Calvo de Rozas para entrar á Palafox de lo ocurrido después de su partida y servir de punzante espuela al pronto envío de los socorros. Alcanzó el nuevo emisario al general en Villafraanca de Ebro, pasaron juntos á Osera, onatro leguas de Zaragoza, en donde á las nueve de la noche entraron las tropas alojadas antes en Jelsa y Pina.

En dicho pueblo de Osera celebróse consejo de guerra, á que asistieron los tres Palafoxes: en su estado mayor, el brigadier D. Francisco Osina, el coronel de artillería D. J. Navarro Sangran (estos dos procedentes de Valencia) y otros jefes. Informados por el intendente Calvo del estado de Zaragoza, sin tardanza se determinó que el Marqués de Lazan, con los 500 hombres de guardias españolas, formando la vanguardia, se metiese en la ciudad en la madrugada del 5; que con la demás tropa le siguiese D. José de Palafox, y que su hermano don Francisco quedase á la retaguardia con el convoy de víveres y municiones, custodiado también por Calvo de Rozas. Acordáse asimismo que para mantener con brío á los sitiados y consolarlos en su angustiada posición, partiesen prontamente á Zaragoza como anunciadores y prageros del socorro el teniente coronel D. Emeterio Barredo y el tío Jorge, cuya persona rara vez se alejaba del lado de Palafox, siendo capitán de su guardia. Partieronse todos á desempeñar sus respectivos encargos, y la oportuna llegada á la ciudad de los mencionados emisarios, desbaratando los secretos manejos en que andaban algunos malos ciudadanos, confortó al común de la gente y provocó el más arrebatado entusiasmo.

A ser posible, hubiera crecido de punto con la entrada pocas horas después del Marqués de Lazan. Retardóse la de su hermano y la del convoy por un movimiento del general Lefebvre Desnoettes, quien mandaba en jefe en lugar del herido Verdier. Habíale avisado la llegada de Lazan y quería impedir la de los demás, juzgando acertadamente que le sería más fácil destruirlos en campo abierto que dentro de la ciudad. Palafox, desviándose á Villamayor, situado á dos leguas y media, en una altura desde donde se descubre Zaragoza, esquivó el combate y aguardó oportunidad de burlar la vigilancia del enemigo. Para ejecutar su intento con apariencia fundada de buen éxito, mandó que de Huesca se le uniese el coronel D. Felipe Perena con 3.000 hombres que allí había adiestrado, y después, dejando á éstos en las alturas de Villamayor para encubrir su movimiento, y valiéndose también de otras ardidés, engañó al enemigo, y de mañana y con el sol entró el día 8 por las calles de Zaragoza.

za. Déjase discurrir á qué punto se elevaria el júbilo y contentamiento de sus moradores, y cuán difícil sería contener sus ímpetus dentro de un término conveniente y templado.

Los franceses, si bien sucesivamente habían acrecentado el número de su gente hasta rayar en el de 11.000 soldados, estaban descaecidos de espíritu, visto que de nada servían en aquella lid las ventajas de la disciplina, y que para ir adelante menester era conquistar cada calle y cada casa, arrancándolos del poder de hombres tan resueltos y constantes. Amilanáronse aún más con la llegada de los auxilios que en la madrugada del 5 recibían los sitiados, y con los que se divisaban en las cercanías.

No por eso desistieron del propósito de enseñorearse de todos los barrios de la ciudad, y destruyendo las tapias, formaron detrás líneas fortificadas, y construyeron raíales que comunicasen con los que estaban alojados dentro.

Desde el 5 hubo continuados tiroteos, peleábanse noche y día en casas y edificios, incendiáronse algunos, y fueron otros teatro de refidias lides. En las más brilló con sus parroquianos el beneficiado D. Santiago Sas, y el tío Jorge. También se distinguió en la puerta de Sancho otra mujer del pueblo, llamada Casta Alvarez, y mucho por todas partes doña Maria Consolacion de Azlor, condesa de Bureta. A ningún vecino atemorizaba ya el bombardeo, y a vezados á los mayores ricacos, bastábales la separacion de una calle ó de una casa para mirarse como resguardados por un fuerte muro ó ancho foso. Delieran haberse eternizado muchos nombres que para siempre quedaron allí oscurecidos, pues siendo tantos, y habiéndose convertido los zaragozanos en denodados guerreros, su misma muchedumbre ha perjudicado á que se perpetue su memoria.

Por entónces empezó á susurrarse la victoria de Bailen. Daban crédito los sitiados á noticia para ellos tan plausible, y con desden y sonrisa la oían sus contrarios, cuando de oficio les fué á los últimos confirmada el día 6 de Agosto. Procuróse ocultar al ejército, pero por todas parte se traslucía, mayormente habiendo acompañado á la noticia la órden de Madrid de que levantasen el sitio y se replegasen á Navarra. Meditaban los jefes franceses el modo de llevarlo á efecto, y hubieran bien pronto abandonado una ciudad para sus huéspedes tan amables, si no hubieran poco despues recibido contraórden del general Monthion, desde Vitoria, á fin de que ántes de alojarse aguardasen nuevas instrucciones de Madrid del jefe de estado mayor Belliard. Permanecieron, pues, en Zaragoza, y continuaron todavía unos y otros en sus empeñados choques y reencuentros. Los franceses con desmayo, los españoles con ánimo más levantado.

Aun fué que el 8 de Agosto, luego que entró Palafox, congregate un consejo de guerra, y se resolvió continuar defendiendo con la misma tenacidad y valentia que hasta entónces todos los barrios de la ciudad, y en caso que el enemigo consiguiere apoderarse de ellos, cruzar el rio, y en el arrabal perecer juntos todos los que hubiesen sobrevivido. Firmemente su constancia no tuvo que exponerse á tan ruda prueba, pues los franceses, sin haber pasado del Ebro, recibieron el 31 la órden definitiva de retirarse. Llegó para ellos muy oportunamente, porque en el mismo día, caminando á toda prisa, y conducida en carros por los naturales del tránsito la division de Valencia, al mando del mariscal de

campo D. Felipe Saint-March, corrió á meterse precipitadamente en la ciudad invadida. Y tal era la impaciencia de sus soldados por arrojárse al combate, que sin ser mandados, y en union con los zaragozanos, embistieron á las seis de la tarde desahoradamente al enemigo. Hallábase éste á punto de desamparar el recinto, y al verse acometido apresuró la retirada, volando los restos del monasterio de Santa Eulracia. En seguida se reconcentró en su campamento del monte Torrero, y dispuesto á abandonar tambien aquel punto, prendió por la noche fuego á sus almacenes y edificios, clavó y echó en el canal la artillería gruesa, destruyó muchos pertrechos de guerra, y al cabo se alejó al amanecer del 14 de las cercanías de Zaragoza. La division de Valencia con otros cuerpos siguieron su huella, situándose en los linderos de Navarra.

Terminóse así el primer sitio de Zaragoza, que costó á los franceses más de 3.000 hombres, y cerca de 2.000 á los españoles. Celebre y sin ejemplo, más bien que sitio pudiera considerársele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y personal denuedo llevaban ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas; pues aquellos triunfos eran tanto más nombrosos, cuanto en un principio, y los más señalados, fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépitos marciales, sino por pacíficos labriegos, que ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habían encalecido sus manos con el ápero y penoso manejo de la azada y la podadera.

Al cerciorarse de la retirada de los franceses, prorumpieron los moradores de Zaragoza en voces de alegría, con loores eternos al Todopoderoso, y gracias rendidas á la Virgen del Pilar, que su devocion miraba como la principal protectora de sus hogares. No daba facultad el gozo para reparar en que estado quedaba la ciudad: triste era verdaderamente. La parte ocupada por los sitiadores, arruinada; los tejados de la que habia permanecido libre, hundidos por las granadas y bombas. En unos parajes humeando todavía el fuego mal apagado, en otros desplomándose la techumbre de grandes edificios, y mostrándose en todos el lamentable espectáculo de la desolacion y la muerte.

Celebráronse el 25 magníficas exequias por los que habian fallecido en defensa de su patria, de quienes nunca mejor pudiera repetirse, con Pericles, que en brevísimo tiempo y con breve amato habian sin temor perecido en la cumbre de la gloria (5). Concedió Palafox á los defensores muchos privilegios, entre los que con razon algunos se graduaron de desmedidos. Mas esto y otros derechos desaparecieron y se ocultaron al resplandor de tantos é inmortales combates.

No desahijeron de aquella defensa las esclarecidas acciones que por entónces, y con el mismo buen éxito que las primeras, acaecieron en Cataluña. El Ampurdan habia imitado el ejemplo de los otros distritos de su provincia, y estaba ya sublevado cuando los franceses acometieron infructuosamente á Gerona la vez primera. El movimiento de sus combates fué provechoso á la defensa de aquella plaza, molestándole con correrías las partidas sueltas del enemigo ó interrumpiendo sus comunicaciones. Llevaron más allá su audacia, y apoyados en al-

(5) καὶ ὁ ἰλαρχὸς καὶ τοῦ τυγῆ: ἀπὸ ἀμφοῦ τῆς δόξης μέλλον ἢ τοῦ δόξαι ἀπὸλλομένην

(THUCYD., II, 42.)

gunos soldados de la corta guarnición de Rosas, bloquearon estrechamente el castillo de San Fernando de Figueras, defendido por solos 400 franceses con escasas vituallas. Despatchados estos de verse en apuro por la osadía de meros paisanos, quisieron vengarse, incomodando con sus bombas á la villa, y arremetiendo sin otro objeto que el de hacer daño. Mas hubiéranse quizá arrepentido de su bárbara conducta, si estando ya casi á punto de capitular, no los hubiera socorrido oportunamente el general Reille. Ayudante este de Napoleón, había por orden suya, llegado á Perpignan, y remido precipitadamente algunas fuerzas. Con ellas y un convoy tocó el 5 de Julio los muros de Figueras, y ahuyentó á los somatenes.

Persuadido Reille que Rosas, aunque en parte desmantelada, atizaba el fuego de la insurrección y suministraba municiones y armas, intentó el 11 del mismo Julio tomarla por sorpresa; pero le salió vano su intento, habiendo sido completamente rechazado. A la vuelta tuvo que padecer bastante, acorralado por los somatenes, que en varios otros reencuentros, señaladamente en el del Alfarras, derrotaron á los franceses. Era su principal caudillo D. Juan Clarós, hombre de valor y muy práctico en la tierra.

Duhesne, por su parte, luego que volvió á Barcelona, después de habérsele desgraciado su empresa de Gerona, no vivía ni descansaba tranquilo hasta vengar el recibido agravio. Juntó con premura los convenientes medios, y al frente de 6.000 hombres, un tren considerable de artillería, con municiones de boca y guerra, escalas y demas pertrechos conducentes á formalizar un sitio, salió de Barcelona el 10 de Julio.

Confiado en el éxito de esta nueva expedición contra Gerona, publicamente decía: *El 24 llevo, el 25 la aturo, la tomo el 26, y el 27 la arraso.* Concebía como César en las palabras, no se le asemejó en las obras. Por de pronto fue inquietado en todo el camino. Detuvieron á sus soldados entre Caldetas y San Pol las cortaduras que los somatenes habían abierto, y cuyo embarazo los expuso largo tiempo á los fuegos de una fragata inglesa y de varios buques españoles. Prosiguiendo adelante, se dividió con el 19 en dos trozos, tomando uno de ellos la vuelta de las asperezas de Vallgorquina, y el otro la ruta de la costa. De este lado tuvieron un rápido choque con la gente que mandaba D. Francisco Milans, y por el de la Montaña, vencidos varios obstáculos, con pérdidas y mucha fatiga llegaron el 20 á Hostalrich, cuyo gobernador D. Manuel O'Sullivan, de apellido extranjero, pero de corazón español y nacido en su suelo, contestó esforzadamente á la intinación que de rendirse le hizo el general Goulas. Volviéndose á unir las dos columnas francesas después de otros reencuentros, y juntas, avanzaron á Gerona, en donde el 24 se les agregó el general Reille con más de 2.000 hombres que tenía de Figueras. Aunque á vista de la plaza, no la acometieron formalmente hasta principios de Agosto, y como el no haber conseguido el enemigo su objeto dependió en mucha parte de haberse mejorado la situación del principado con los auxilios que de fuera vinieron, y con el mejor orden que en él se introdujo, será conveniente que acerca de uno y otro echemos una rápida ojeada.

Habíase congregado en Lérida, á últimos de Junio, una junta general, en que se representaron los diversos corregimientos y clases del principado. Fué su primera y principal mira aunar los esfuer-

zos, que si bien gloriosos, habían hasta entonces sido parciales, combinando las operaciones, y arreglando la forma de los diversos cuerpos que guerreaban. Acordó juntar con ellos y otros alistados el número de 40.000 hombres, y buscó y encontró en sus propios recursos el medio de subvenir á su mantenimiento. Para lisonjear, sin dudar, la opinión vulgar de la provincia, adoptó en la organización de la fuerza armada la forma antigua de los miqueletes. Motejóse con razón esta disposición, como también el que dándoles mayor paga disgustase á los regimientos de línea. Los miqueletes, según Melo, se llamaron ántes almogávares, cuyo nombre significa gente del campo, que profesaba conocer por señales ciertas el rastro de personas y animales. Mudaron su nombre en el de miqueletes, en memoria, dice el mismo autor, de Miquelot de Prats, compañero del famoso César Borja. Pudo en aquel siglo, y aun después, convenir semejante ordenación de paisanos, aunque muchos lo han puesto en duda; mas de ningún modo era acomodada al nuestro, faltándole la conveniente disciplina y subordinación.

Acudieron también á Cataluña, por el propio tiempo, parte de las tropas de las islas Baleares. Al principio se habían negado sus habitantes á desprenderse de aquellas fuerzas, temerosos de un desembarco; pero en Julio, más tranquilos, convinieron en que la guarnición de Mahón, con el Marqués del Palacio, que mandaba en Menorca desde el principio de la insurrección, se hiciese á la vela para Cataluña. Dicho general, si bien había suscitado alteraciones, de que hubieran podido resultar males y abierta división entre las dos islas de Mallorca y Menorca, habíase, sin embargo, mantenido firmemente adicto á la causa de la patria, y contestado con dignidad y energía á las insidiosas propuestas que le hicieron los franceses de Barcelona y sus parciales.

El 20 de Julio salió, pues, de Menorca la expedición, compuesta de 4.630 hombres, con muchos víveres y pertrechos, y el 23 desembarcó en Tarragona. Dió su llegada grande impulso á la defensa de Cataluña, y trasladándose sin tardanza de Lérida á aquel puerto la Junta del principado, nombró por su presidente al Marqués del Palacio, y se instaló solemnemente el 6 de Agosto.

Se empezó desde entonces en aquella parte de España á hacer la guerra de un modo mejor y más concertado. Al principio, sin otra guía ni apoyo que el valor de sus habitantes, redujese por lo general á ser defensiva y á incomodar separadamente al enemigo. Con este fin determinó el nuevo jefe tomar la ofensiva, reforzando la línea de somatenes que cubría la orilla del Llobregat. Escogió para mandar la tropa que enviaba á aquel punto al brigadier Conde de Caldagués, quien se juntó con el coronel Baguet, jefe de los somatenes. La presencia de esta gente incomodaba á Lecchi, comandante de Barcelona en ausencia de Duhesne, mayormente cuando por mar le bloqueaban dos fragatas inglesas, de una de las cuales era capitán el después tan conocido y famoso lord Cochrane. Teníase el francés cualquiera tentativa, y creció su cuidado luego que supo haber los somatenes recobrado el 31 á Mongat con la ayuda de dicho Cochrane, y capitaneados por D. Francisco Barceló.

No queriendo desperdiciar la ocasión, y valiéndose de la inquietud y sobresalto del enemigo, pensó el Marqués del Palacio en socorrer á Gerona. Al efecto, y creyendo que por sí y los somatenes podría

distraer bastante la atención de Lecchi, dispuso que el Conde de Caldagués saliese de Martorell el 6 de Agosto con tres compañías de Soria y uno de granaderos de Borbon, al derredor de cuyo núcleo esperaba que se agruparían los somatenes del tránsito. Así sucedió, acercándose sucesivamente Miana, Clarós y otros al Conde de Caldagués, que se encaminó por Tarrasa, Sabadell y Granollers á Hostalrich. El 15 se aproximaron todos á Gerona, y en Castellá, celebrándose un consejo de guerra y de concierto con los de la plaza, se resolvió atacar á los franceses al día siguiente. Contaban los españoles 10.000 hombres, por la mayor parte somatenes.

Venimos ahora lo que allí había ocurrido desde que el enemigo la había embestido en los últimos días de Julio. El número de los sitiadores, si no se ha olvidado, ascendía á cerca de 9.000 hombres; el de los nuestros, dentro del recinto, á 2.000 veteranos, y además el vecindario, muy bien dispuesto y entusiasmado. Los franceses, fuese desacuerdo entre ellos, fuesen órdenes de Francia, ó más bien el trastorno que les causaban las nuevas que recibían de todas las provincias de España, continuaron lentamente sus trabajos, sin intentar antes del 12 de Agosto ataque formal. Aquel día intimaron la rendición, y desechadas que fueron sus proposiciones, rompieron el fuego á las doce de la noche del 13. Avanzaron el 14 y 15, acometiendo con particularidad del lado de Monjuich, nombre que se da, como en Barcelona, á su principal fuerte. Adelantaban en la brecha los enemigos, y muy luego hubiera estado practicable, si los sitiados, trabajando con ahinco, y guiados por los oficiales de Ultonia, no se hubiesen ocupado en su reparo.

Aunados sin embargo, andaban á la sazón que el Conde de Caldagués, cobrando con su división en las cercanías, trato, estando todos de acuerdo, de atacar en la mañana del 16 las baterías que los sitiadores habían levantado contra Monjuich. Mas era tal el ardimiento de los soldados de la plaza, que sin aguardar la llegada de los de Caldagués, y mandados por D. Narciso de la Valeta, D. Enrique O'Donnell y D. Tadeo Aldea, se arrojaron sobre las baterías enemigas, penetraron hasta por sus tranceras, incendiaron una, se apoderaron de otra y quemaron sus montajes. Hízose luego general la refriega; duró hasta la noche, quedando vencedores los españoles, no obstante la superioridad del enemigo en disciplina y orden. Escarmentados los franceses, abandonaron el sitio, y volviéndose Roille al siguiente día á Figueras, enderezó Duhesme sus pasos camino de Barcelona. Pero éste, no atreviéndose á pasar por Hostalrich, ni tampoco por la marina, ruta en varios puntos cortada y defendida con buques ingleses, se metió por enmedio de los montes, perdiendo entres y entones, cuyo transporte impedían lo árido de la tierra y la celeridad de la marcha. Llegó Duhesme dos días después á la capital de Cataluña con sus tropas hambrientas y fatigadas y en lastimoso estado. Terminóse así su segunda expedición contra Gerona, no más dichosa ni lucida que la primera.

Lleuada en España á feliz término esta que podemos llamar su primera campaña, será bien volver nuestra vista á la que al propio tiempo acabaron los ingleses gloriosamente en Portugal.

Había aquel reino prosiguido en su insurrección, y padecido bastante algunos de sus pueblos con la entrada de los franceses. Cupo suerte aciaga á Leiria y Nazareth, habiendo sido igualmente des-

dichada la de la ciudad de Evora. Era en Portugal difícil el arreglo y union de todas sus provincias, por hallarse interrumpidas las comunicaciones entre las del norte y mediodía, y arduo, por tanto, establecer un concierto entre ellas para lidiar ventajosamente contra los franceses. La Junta de Oporto, animada de buen celo, mas desprovista de medios y autoridad, procedía lentamente en la organización militar, y de Galicia, con escasez y tarde, le llegaron cerca de 2.000 hombres de auxilio. La Junta de Extremadura envió por su lado una corta división, á las órdenes de D. Federico Moreti, con cuya presencia se fomentó el alzamiento del Alentejo, en tal manera grave á los ojos de Junot, que dió orden á Loison para pasar prontamente á aquella provincia, desamparando la Beira, en donde este general estaba, después de haber inútilmente pisado los lindes de Salamanca y las orillas de Duero. Supieron portugueses y españoles que se acercaban los enemigos, y al mando aquéllos del general Francisco de Paula Leite, y los nuestros al del brigadier Moreti, los aguardaron fuera de las puertas de Evora, dentro de cuyos muros se había instalado la Junta suprema de la provincia. Era el 29 de Julio, y las tropas aliadas, no ofreciendo sino un conjunto inferno de soldados y paisanos mal armados y peor disciplinados, se dispersaron en breve, recogíendose parte de ellos á la ciudad. Los enemigos avanzaron; mas tuvieron dentro que vencer la pertinaz resistencia de los vecinos y de muchos de los españoles refugiados allí después de la acción, y que, guiados por Moreti, y sobre todo por D. Antonio Maria Gallego, disputaron á palmas algunas de las calles. El último quedó prisionero. La ciudad fué entregada por el enemigo á saco, desahugando éste horroresamente su rabia en casas y vecinos. Moreti con el resto de su tropa se acogió á la frontera de Extremadura. En ella y en la plaza de Olivenza reunía los dispersos el general Leite. También al mismo tiempo se ocupaba en el Algarbe el Conde de Castromarin en alistar y disciplinar reclutas; mas tan loables esfuerzos, así de esta parte, como otros parecidos en la del norte de Portugal, no hubieran probablemente conseguido el anhelado objeto de libertar el suelo lusitano de enemigos, sin la pronta y poderosa cooperación de la Gran Bretaña.

Desde el principio de la insurrección española había pensado aquel gobierno en apoyarla con tropas suyas. Así se lo ofreció á los diputados de Galicia y Asturias en caso que tal fuese el deseo de las juntas; mas éstas prefirieron á todo los recursos de municiones y dinero, teniendo por infructuoso, y aun quizá perjudicial, el envío de gente. Era entónces aquella opinión la más acreditada, y fundábase en cierto orgullo nacional loable, mas hijo en parte de la inexperiencia. Daba fuerza y réquito á dicha opinión el desconcepto en que estaban en el continente las tropas inglesas, por haberse hasta entónces malogrado, desde el principio de la revolución francesa, casi todas sus expediciones de tierra. Sin embargo, al paso que amistosamente no se admitió la propuesta, se manifestó que si el gobierno de S. M. B. juzgaba oportuno desembarcar en la península alguna división de su ejército, sería conveniente dirigirla á las costas de Portugal, en dando su auxilio serviría de mucho á los españoles, pudiéndolos á salvo de cualquiera empresa de Junot.

Abrazó la idea el ministerio inglés, y una expedición preparada ántes de levantarse España, y segun se presume, contra Buenos-Aires, mudó de rumbo, y recibió la orden de partir para las costas

portuguesas. Púsose á su frente al teniente general sir Arturo Wellesley, conocido despues con el nombre de Duque de Wellington, y de quien daremos breve noticia, siendo muy principal el papel que representó en la guerra de la península.

Cuarto hijo sir Arturo del Vizconde Wellesley, conde de Mornington, habia nacido en Irlanda en 1769, el mismo año que Napoleón. De Eton pasó á Francia, y entró en la escuela militar de Angeres para instruirse en la profesion de las armas. Comenzó su carrera en la desastrosa campaña que en 1793 acudilló en Holanda el Duque de York, donde se distinguió por su valor. Detenido á causa de temporales, no se hizo á la vela para América en 95, segun lo intentaba, y sólo en 97 se embarcó con direccion á opuestas regiones, yendo á la India Oriental en compañía de su hermano mayor, el Marqués de Wellesley, nombrado gobernador. Se aventajó por su arrojo y pericia militar en la guerra contra Tipoo-Saib y los maratás, ganándoles con fuerzas inferiores la batalla decisiva de Assie. En 1805, de vuelta á Inglaterra, tomó asiento en la cámara de los comunes y se unió al partido de Pitt. Nombrado secretario de Irlanda, capitaneó despues la tropa de tierra que se empleó en la expedicion de Copenhague. Hombre activo y resuelto, al paso que prudente, gozando ya de justo y buen concepto como militar, sobremanera aumentó su fama en las venturosas campañas de la península española.

Contaba ahora la expedicion de su mando 10,000 hombres, los que, bien provistos y equipados, diéron la vela de Cork el 12 de Julio. Al emparejar con la costa de España, paráronse delante de la Coruña, en donde desembarcó el 20 su general Wellesley. Andaba á la sazón aquella junta muy atribulada con la rota de Riosco, y nunca podrian haber llegado más oportunamente los ofrecimientos ingleses, en caso de querer admitirlos. Reiterólos su jefe; pero la Junta insistió en su dictámen, y limitándose á pedir socorros de municiones y dinero, indicó como más conveniente el desembarco en Portugal. Prosiguieron, pues, su rumbo, y poniéndose de acuerdo el general de la expedicion con sir Carlos Cotton, que mandaba el crucero frente de Lisboa, determinó echar su gente en tierra en la bahía de Mondego, fundadero el más acomodado.

No tardó Wellesley en recibir aviso de que otras fuerzas se le juntarian, entre ellas las del general Spencer, ántes en Jerez y Puerto de Santa María, y tambien 10,000 hombres procedentes de Suecia, al mando de sir Juan Moore. Reunidas que fuesen todas estas tropas con otros cuerpos sueltos, debían ascender en su totalidad á 30,000 hombres, incluso 2,000 de caballería; pero con noticia tan placentera recibió otra el general Wellesley, por cierto desagradable. Era, pues, que tomaría el mando en jefe del ejército sir H. Dalrymple, haciendo de segundo, bajo sus órdenes, sir H. Burrard. Recayó el nombramiento en el primero porque, habiendo seguido buena correspondencia con Castaños y los españoles, se creyó que así se estrecharían los vínculos entre ambas naciones con la cumplida armonía de sus respectivos caudillos.

No obstante la mudanza que se anunciaba, previno al general Wellesley que no por eso dejase de continuar sus operaciones con la más viva diligencia. Autorizado éste con semejante permiso, y quizá estimulado con la espuela del sucesor, trató sin dilacion de abrir la campaña. Desembarcadas ya todas sus tropas en 5 de Agosto, y arribando con las suyas el mismo día el general Spencer, pusieronse el 9 en

marcha hácia Lisboa. El 12 se encontraron en Leiria con el general portugués Bernardino Freire, que mandaba 6,000 infantes y 600 caballos de su nacion. No se avinieron ambos jefes. Desaprobaba el portugués la ruta que queria tomar el británico, temeroso de que, descubierta Coimbra, fuese acometida por el general Loison, quien, de vuelta ya del Alentejo, habia entrado en Tomar. Por tanto permaneció por aquella parte, cediendo solamente á los ingleses 1,400 hombres de infantería y 250 de caballería, que se les incorporaron. Wellesley prosiguió adelante, y el 15 avanzó hasta Caldas.

El desembarco de sus tropas habia excitado en Lisboa y en todos los pueblos extremado júbilo y alegría, enflaqueciendo el ánimo de Junot y los suyos. Preveían su suerte, principalmente estando ya noticiosos de la capitulacion de Dupont y retirada de José al Ebro. Derramadas sus fuerzas, no ofrecían en ningun punto suficiente número para oponerse á 16,000 ingleses que avanzaban. Tomó, sin embargo, Junot providencias activas para reconcentrar su gente en cuanto le era dable. Ordenó á Loison dirigirse á la Beira y flanquear el costado izquierdo de sus contrarios, y á Kellerman que aluvientando las cuadrillas de paisanos de Alcazar de Sal y su comarca, evacuasen á Setúbal y se le uniese. Negóse á prestarle ayuda Sinavin, almirante de la escuadra rusa fondeada en el Tajo, no queriendo combatir á no ser que acometiesen el puerto los buques ingleses.

Tampoco descuidó Junot celar que se mantuviese tranquila la populosa Lisboa, y para ello en nada acertó tanto como en dejar su gobierno al cuidado del general Travot, de todos querido y apreciado por su buen porte. Custodiáronse con particular esmero los españoles que yacían en pentenes, y se atendió á conservar libres las orillas del Tajo. Los franceses allí avocados se mostraron muy afeccionados á los suyos, y deseosos de su triunfo, formaron un cuerpo de voluntarios. El Conde de Bourmont y otros emigrados, á quienes durante la revolucion se habian prodigado en Lisboa favores y conculco, se unieron á sus compatriotas, solicitando con instancia el mencionado conde que se le emplease en el estado mayor.

Tomadas estas disposiciones, pareció á Junot ser ocasion de ponerse á la cabeza de su ejército, á ir al encuentro de los ingleses. Pero ántes habian éstos venido á las manos cerca de Roliza con el general Delaborde, quien saliendo de Lisboa el 6 de Agosto, y juntándose en Ovidos con el general Thomiers y otros destacamentos, habia avanzado á aquel punto al frente de 5,000 hombres.

Eran sus instrucciones no empujar accion hasta que se le agregasen las tropas en varios puntos capareadas, y limitarse á contener á los ingleses. No le fué lícito cumplir aquéllas, viéndose obligado á pelear con el ejército adversario. Habia ésto salido de su campo de Caldas en la madrugada del 17 y encaminándose hácia Ovidos. Se extiende desde allí hasta Roliza un llano arenoso, cubierto de matorrales y arbustos, terminado por agrias colinas, las que, prolongándose del lado de Columbeira, casi cierran, por su estrechura y tortuosidad, el camino que da salida al país situado á su espalda. Delaborde tomó posicion en un corto espacio que hay delante de Roliza, pueblo asentado en la meseta de una de aquellas colinas, y de cuyo punto dominaba el terreno que habian de atravesar los ingleses. Acercábanse éstos, divididos en tres trozos: mandaba el de la izquierda el general Ferguson, encargado de

rodear por aquel lado la posición de Delaborde y de observar si Loison intentaba incorporarse. El capitán Triant, con los portugueses, debía por la derecha molestar el costado izquierdo de los franceses, quedando en el centro el trozo más principal, compuesto de cuatro brigadas y á las órdenes inmediatas de sir Arturo, de cuyo número se destacó por la izquierda la del general Fane para darse la mano con la de Ferguson, del mismo modo que por la derecha y para sostener á los portugueses se separó la del general Hill.

Delaborde, no creyéndose seguro en donde estaba, con prontitud y destreza se recogió, amparado de su caballería, detrás de Columbeira, en paraje de difícil acceso, y al que sólo daban paso unas barrancas de pendiente áspera y con mucha maleza. Entonces los ingleses variaron la ordenación del ataque, y uniéndose los generales Fane y Ferguson para rodear el flanco derecho del enemigo, acometieron su frente, de posición muy fuerte, los generales Hill y Nightingale. Defendieronse los franceses con gran bizarría, y cuatro horas duró la refriega. Delaborde, herido y perdida la esperanza de que se le juntara Loison, pensó entonces en retirarse, temeroso de ser del todo deshecho por las fuerzas superiores de sus contrarios. Primeramente retrocedió á Azambugeira, disputando el terreno con empeño. Hizo después una corta parada, y al fin tomó el angosto camino de Runha, andando toda la noche para colocarse ventajosamente en Montechique. Perdieron los ingleses 500 hombres, 600 los franceses. Gloriosa fue aquella acción para ambos ejércitos; pues peleando briosamente, si favoreció á los últimos su posición, eran los primeros en número muy superiores. Con la victoria recobraron confianza los soldados ingleses, menguada por anteriores y funestas expediciones; y de allí tomó principio la fama del general Wellesley, acrecentada después con triunfos más importantes.

No había Loison acudido á unirse con Delaborde, temeroso de comprometer la suerte de su división. Sabía que los ingleses habían llegado á Leiria, le observaban de cerca los portugueses y unos 1.500 españoles que de Galicia había traído el Marqués de Valladares; el país se mostraba hostil, y así, no sólo juzgó imprudente empeñarse en semejante movimiento, sino que también, abandonando á Tomar, siguió por Torres-Novas á Santarén, y el 17 se incorporó en Cereal con Junot. Los portugueses, luego que le vieron lejos, entraron en Abrantes y se apoderaron de casi todo un destacamento que allí había dejado.

Junot, por su parte, según acabamos de indicar, se había ya adelantado. El 16 de Agosto, después de celebrar con gran pompa la fiesta de Napoleón, por la noche y muy á las calladas había salido de Lisboa. Falsa nueva y el estado de su gente le retardaron en la marcha, y no le fué dado antes del 20 reunir sus diversas y separadas tropas. Aquel día aparecieron juntas en Torres Vedras, y se componían de 12.000 infantes y 1.500 caballos. Quedaban además las competentes guarniciones en Yélbs, Almada, Peniche, Palmela, Santarén y en los fuertes de Lisboa. Mandaba la primera división francesa el general Delaborde, la segunda Loison, y Kellerman la reserva. La caballería y artillería se pusieron al cuidado de los generales Massaron y Taviel, y en la última arma mandaba la reserva el coronel entonces, y después general, Foy, célebre y bajo todos respectos digno de lo.

Era mas numeroso el ejército inglés. Se lo habían

agregado 3.000 hombres á las órdenes de los generales Anstruther y Acland, y constaba en todo de más de 18.000 combatientes. Carecía de la suficiente caballería, limitándose á 200 jinetes ingleses y 250 portugueses. Después de la acción de Roliza no había Wellesley perseguido á su contrario. Para proteger el desembarco en Maceira de los 4.000 hombres mencionados, había avanzado hasta Vimieiro, en donde casi al propio tiempo se le anunció la llegada con 11.000 hombres de Sir Juan Moore. A éste le ordenó que saltase con su gente en tierra en Mondego, y que yendo del lado de Santarén, cubriese la izquierda del ejército. No tardó tampoco en saberse la llegada de Sir H. Burrard, nombrado segundo jefe de Dalrymple en el mando; noticia, por cierto, poco grata para el general Wellesley, que esperaba por aquellos días coger nuevos laureles. Su plan de ataque estaba ya combinado. Con pleno conocimiento del terreno, tomando un camino costero, escabroso y estrecho, pensaba flanquear la posición de Torres-Vedras, y colocándose en Mafra, interponerse entre Junot y Lisboa. Había escogido aquellos vericuetos y ásperos sitios por considerarlos ventajosos para quien, como él, andaba escaso de caballería. Al aviso de estar cerca Burrard suspendió Wellesley su movimiento, y se avistó á bordo con aquel general. Conferenciaron acerca del plan concertado, y juzgando Burrard ser arriesgada cualquiera tentativa en tanto que Moore no se les uniese, dispuso aguardarle y que permaneciese su ejército en la posición de Vimieiro.

Tuvo, empero, la dicha el general Wellesley de que Junot, no queriendo dar tiempo á que se juntasen todas las fuerzas británicas, resolvió atacar inmediatamente á las que en Vimieiro se mantenían tranquilas.

Está situado aquel pueblo no lejos del mar, en una cañada por donde corre el río Maceira. Al norte se eleva una sierra, cortada al oriente por un escarpe, en cuya hondonada está el lugar de Toledo. En dicha sierra no habían al principio colocado los ingleses sino algunos destacamentos. Al sudoeste se percibe un cerro, en parte arbolado, que por detrás continúa hacia poniente con cimas más erguidas. Seis brigadas inglesas ocupaban aquel puesto. Había otras dos á la derecha del río, en una eminencia escabrosa y roqueña, que se levanta delante de Vimieiro. En la cañada ó valle se situaron los portugueses y la caballería.

A las ocho de la mañana del 21 de Agosto se divisaron los franceses viniendo de Torres-Vedras. Imaginóse Wellesley ser su intento atacar la izquierda de su ejército, que era la sierra al norte; y como estaba desguarnecida, encaminó á aquel punto, una tras otra, cuatro de las seis brigadas que coronaban las alturas de sudoeste, y que era su derecha. No había sido tal el pensamiento de los franceses. Mas observando su general dicho movimiento, envió sucesivamente, para sostener á un regimiento de dragones hacia allí destacado, dos brigadas al mando de los generales Brenier y Solignac.

No por eso desistió Junot de proseguir en el plan de ataque que había concebido, y cuyo principal blanco era la eminencia situada delante de Vimieiro, en donde estaban apostadas, según hemos dicho, dos brigadas inglesas, las cuales se respaldaban contra otras dos que aun permanecían en las alturas de sudoeste.

Rompió el combate el general Delaborde, siguió á poco Loison, y por instantes arreció la pelea furiosamente. La reserva, bajo las órdenes de Kellerman,

viendo que los suyos no se apoderaban de la eminencia, fue en su ayuda, y en uno de aquellos acometimientos hirieron á Foy. Rechazaban los ingleses á sus intrépidos contrarios, aunque á veces daqueaba alguno de sus cuerpos. Junot en la reserva observaba y dirigía el principal ataque, sin descuidar su derecha. Mas en aquélla no tuvieron ventura los generales Solignac y Branier, habiendo sido uno herido y otro prisionero.

A las doce del día, después de tres horas de inútil lucha, y disminuido el ejército francés con la pérdida de más de 1.800 hombres, determinaron sus generales retirarse á una línea casi paralela á la que ocupaban los ingleses. Estos, con parte de su fuerza todavía intacta, consideraron acciones como suya la victoria, habiéndose apoderado de trece cañones, y solo contando, entre muertos y heridos, unos 800 hombres. Parecía que era llegado el tiempo de perseguir á los vencidos con las tropas de refresco. Tal era el dictamen de sir Arturo Wellesley, sin que ya fuese dueño de llevarle á cabo. Durante la acción había llegado al campo el general Berrard, á quien correspondía el mando en jefe. Con escrúpulo cortésano dejó á Wellesley rematar una empresa dichosamente comenzada. Pero al tratar de perseguir al enemigo, recordando su autoridad, opúsose á ello, é insistió en aguardar á Moore. De prudencia pudo graduarse semejante opinión antes de la batalla; tanta precaución ahora, si no disfrazaba celosa rivalidad, excedía los límites de la timidez misma.

Los franceses por la tarde, sin ser incomodados, se fueron á Torres-Vedras. El 22 celebró Junot consejo de guerra, en el que acordaron abrir negociaciones con los ingleses por medio del general Kellerman, no dejando de continuar su retirada á Lisboa. Así se ejecutó; pero al tocar el negociador francés las líneas inglesas, había desembarcado ya y tomado el mando sir H. Dalrymple, con lo que en menos de dos días tres generales se sucedieron en el campo británico; mudanza perjudicial á las operaciones militares y á los trates que siguieron, apareciendo cuán erradamente á veces proceden aun los gobiernos más prácticos y advertidos. Propuso Kellerman un armisticio, conformóse el general inglés, y se nombró para concluirle á sir Arturo Wellesley. Conviniere los negociadores en ciertos artículos, que debían servir de base á un tratado definitivo. Fueron los más principales: 1.º Que el ejército francés evacuaría á Portugal, siendo transportado á Francia con artillería, armas y bagaje por la marina británica. 2.º Que á los portugueses y franceses a vecindados no se les molestaria por su anterior conducta política, pudiendo salir del territorio portugués con sus haberes en cierto plazo. Y 3.º Que se consideraría neutral el puerto de Lisboa durante el tiempo necesario y conforme al derecho marítimo, á fin de que la escuadra rusa diese la vela sin ser á su salida incomodada por la británica. Señalóse una línea de demarcación entre ambos ejércitos, quedando obligados recíprocamente á avisarse cuarenta y ocho horas de antemano, en caso de volver á romperse las hostilidades.

Mientras tanto Junot había el 23 entrado en Lisboa, en donde los ánimos andaban muy alterados. Con la noticia de la acción de Roliza hubiérase el 20 conmovido la población, á no haberla contenido con su prudencia el general Trarot. Mas permaneciendo viva la causa de la fermentación pública, hubieron los franceses de acudir á precauciones severas, y aun al miserable y frágil medio de espar-

cir falsas nuevas, anunciando que habían ganado la batalla de Vineiro. De poco hubieran servido sus medidas y artificios, si oportunamente no hubiera llegado con su ejército el general Junot. A su vista, forzoso le fué al patriotismo portugués reprimir ímpetus inconsiderados.

Por otra parte, el armisticio tropezaba con obstáculos imprevistos. El general Bernardino Figueira ágilmente representó contra su ejecución, no habiendo tenido cuenta en lo estipulado, ni con su ejército, ni con la junta de Oporto, ni tampoco con el príncipe regente de Portugal, cuyo nombre no sonaba en ninguno de los artículos. Aunque justa hasta cierto punto, fué desatendida tal reclamación. No pudo serlo la de sir C. Cotton, comandante de la escuadra británica, quien no quiso reconocer nada de lo convenido acerca de la neutralidad del puerto y de los buques rusos allí anclados. Tuvieron, pues, que romperse los negociaciones.

Mucho incomodó á Junot aquel inesperado suceso; y escuchando antes que á sus apuros á la altivez de su pecho, engreído con no interrumpida ventura, dispúsose á guerrear á todo trance. Mas sin recursos, angustiados los suyos, y reforzados los contrarios con la división de Moore y un regimiento que el general Beresford traía de las agüas de Andúz, se le ofrecían insuperables dificultades. Aumentábanse éstas con el brío adquirido por la población portuguesa, la que después de las victorias acaecidas, de tropel acudía á Lisboa y estrechaba las cercanías. Carecía también de la conveniente cooperación del almirante ruso, indiferente á su suerte y firme en no prestarle ayuda. Tal porte enfurecía tanto más á Junot, cuanto la estancia de aquella escuadra en el Tago había sido causa del rompimiento de las negociaciones entabladas. Así, mal de su grado, solo y vencido de la amarga situación de su ejército, cedió Junot y asintió á la paz convenida en Lisboa, el 30 de Agosto, entre el general Kellerman y J. Murray, cuartel maestro del ejército inglés. El ruso ajustó por sí el 3 de Setiembre un convenio con el almirante inglés (6), según el cual entregaba en depósito su escuadra al gobierno británico hasta seis meses después de concluida la paz entre sus gobiernos respectivos, debiendo ser transportados á Rusia los jefes, oficiales y soldados que la tripulaban.

La conveniencia entre franceses é ingleses llamóse malamente de Cintra, por no haber sido firmada allí ni ratificada (7). Constaba de veinte y dos ar-

(6) Artículos del convenio hecho entre el vice-almirante Siniavin, caballero de la orden de San Alejandro, y el almirante Sir Charles Cotton, baronet, para la reclusión de la escuadra rusa anclada en la ribera del Tago, publicados en la Gaceta extraordinaria de Londres de 16 de Setiembre.

1.º Las tropas de guerra del Emperador de Rusia que están en el Tago se entregarán inmediatamente al almirante Sir Charles Cotton, con todas sus municiones; serán custodiadas en Inglaterra, en donde se tendrá S. M. B. como en depósito para restituir á S. M. I. seis meses después de la conclusión de la paz entre S. M. B. y S. M. I. al Emperador de todas las Rusias.

2.º El vice-almirante Siniavin, con todos los oficiales, marinos y marineros que están á sus órdenes, volverán á Rusia, sin ninguna condición ó estipulación que les impida servir en lo sucesivo; serán conveuidos por gente de guerra y navios propios, á expensas de S. M. B.

Todo y concluido á bordo del navio *Twatrat*, en el Tago, y á bordo del *Hermin*, navio de S. M. B. en la embocadura de la ribera, á 3 de Setiembre de 1808. — Signado. — DE SINIAVIN. — CHARLES COTTON.

(7) Convenio definitivo para la evacuación de Portugal por las tropas francesas, publicada en la Gaceta extraordinaria de Londres. Los generales en jefe de los ejércitos inglés y francés en Portugal, habiendo determinado negociar y concluir un tratado para la evacuación de este reino por las tropas francesas, sobre las bases del concluido el 22 del presente para una suspensión de armas, han ha-

juntas creadas en Portugal. Restablecieron el 18 de Setiembre, conforme á instrucción de su gobierno, la regencia que al partir al Brasil habia dejado el principe D. Juan, y tan sólo descartaron las personas ausentes ó comprometidas con los franceses. Portugal reconoció el nuevo gobierno y se disolvieron todas sus juntas.

El 13 de Setiembre dió la vela Junot, y su nave dirigió el rumbo á la Rochela. El 30 todas sus tropas estaban ya embarcadas, y unas en pos de otras arribaron á Quiberon y Lorient. Faltaban las de las plazas, para cuya salida hubo nuevos tropiezos. El general español D. José de Arce, por orden de la junta de Extremadura, habia asediado el 7 de Setiembre á Yébea, y obligado al comandante francés (Girod de Novilars) á encerrarse en el fuerte de La Lippe. Sobrado tardía era, en verdad, la tentativa de los españoles, y llevaba traza de haberse imaginado después de sabida la convencion entre franceses é ingleses. Despacharon éstos, para cumplirla en aquella plaza, un regimiento, pero Arce y la junta de Extremadura se opusieron vivamente á que se dejase ir libres á los que sus soldados sitiaban. Cruzáronse escritos de una y otra parte, hubo varias y aún empeñadas explicaciones, mas al cabo se arregló todo amistosamente con el coronel inglés Graham. No anduvieron respecto de Almeida más dóciles los portugueses, quienes cercaban la plaza. Hasta primeros de Octubre no se removieron los obstáculos que se oponían á la entrega, y aún entonces hubo de serles á los franceses harto costosa. Libres ya y próximos á embarcarse en Oporto, sublevóse el pueblo de aquella ciudad con haber desahuciado entre los equipajes ornamentos y alhajas de iglesia. Despojados de sus armas y haberes, debieron la vida á la firmeza del inglés sir Roberto Wilson, que mandaba un cuerpo de portugueses, conteniendo á duras penas la embravecida furia popular.

Con el embarco de la guarnición de Almeida quedaba del todo cumplida la convencion llamada de Cintra. Fué penosa la travesía de las tropas francesas, maltratado el convoy por recios temporales. Cerca de 2.000 hombres perecieron, naufragando tripulaciones y transportes, 22.000 arribaron á Francia, 29.000 habian pisado el suelo portugués. Pocos meses adelante los mismos soldados, agueridos y mejor disciplinados, volvieron de refresco sobre España.

La convencion, no solamente indignó á los portugueses y fué censurada por los españoles, sino que tambien levantó contra ella el clamor de la Inglaterra misma. Llenos de satisfaccion y contento habian estado sus habitantes al oír de las victorias de Roliza y Vimero. De ello fuimos testigos, y de los primeros. Traemos á la memoria que en 1.º de Setiembre y á cosa de las nueve de la noche, asistiendo á un banquete en casa de Mr. Canning, se anunció de improviso la llegada del capitán Campbell, portador de ambas nuevas. Estaban allí presentes los demás ministros británicos, y á pesar de su natural y prudente reserva, con las victorias conseguidas desabrocharon sus pechos con júbilo colmado. No menor se mostró en todas las ciudades y pueblos de la Gran Bretaña. Pero enturbióse bien luego la capitulación concedida á Junot, creciendo el enojo á par de la abultada de las esperanzas. Muchos decían que los españoles hubieran conseguido triunfo más acabado. Tan grande era el concepto del brio y pericia militar de nuestra nación, exagerado entonces, como después sobradamente dopri-

mido al llegar derrotas y contratiempos. Aparecía el despecho y la ira hasta en los papeles públicos, cuyas hojas se orlaban con bandas negras, pintando tambien en caricaturas é impresos á sus tres generales colgados de un patibulo afrentoso. Cundió el enojo de los particulares á las corporaciones, y las hubo que elevaron hasta el sólo enérgicas representaciones. Descolló entre todas la del cuerpo municipal de Londres. No en vano levanta en Inglaterra su voz la opinion nacional. A ella tuvieron que responder los ministros ingleses, nombrando una comision que informase acerca del asunto, y llamando á los tres generales Dalrymple, Burrard y Wellesley, para que satisficieran á los cargos. Hubo en el exámen de su conducta varios incidentes; mas al cabo, conformándose S. M. B. con el unánime parecer de la comision, declaró no haber lugar á la formacion de causa, al paso que desechó los artículos de la convencion cuyo contenido podría ofender ó perjudicar á españoles y portugueses. Decision que á pocos agradó, y sobre la que se hicieron justos reparos.

Nosotros creemos que si bien hubieran podido sacarse mayores ventajas de las victorias de Roliza y Vimero, fué, empero, de gran provecho el que se desembarazase á Portugal de enemigos. Con la convencion se consiguió pronto aquel objeto; sin ella quizá se hubiera empeñado una lucha más larga, y España, embarrada con los franceses á la espalda, no hubiera tan fácilmente podido atender á su defensa y arreglo interior.

Éstas, pues, habian sido las victorias conseguidas por las armas aliadas ántes del mes de Setiembre en el territorio peninsular, con las que se logró despejar su suelo hasta las orillas del Ebro. Por el mismo tiempo fueron tambien de entidad los tratos y conciertos que hubo entre el gobierno de S. M. B. y las juntas españolas, los cuales dieron ocasion á acontecimientos importantes.

Hublamos en su origen del modo lisonjero con que habian sido tratados los diputados de Asturias y Galicia. Se habian ido estrechando aquellas primeras relaciones, y ademas de los cuantiosos auxilios mencionados, y que en un principio se despacharon á España, fueron después otros nuevos y pecuniarios. Creciendo la insurreccion y afirmándose maravillosamente, dió S. M. B. (8) una prue-

(8) En la corte, palacio de la Reina, el 4 de Julio de 1809. Presente en el Consejo de S. M. el Rey.

Habiendo S. M. tomado en consideracion los esfuerzos gloriosos de la nación española para libertar su país de la tiranía y usurpacion de Francia, y los ofrecimientos que ha recibido de varias provincias de España de su disposicion á unirse á ella, este reino se ha dignado mandar y manda por la presente, de acuerdo con su Consejo privado:

1.º Que todas las hostilidades contra España de parte de S. M. cesen inmediatamente.

2.º Que se levante el bloqueo de todos los puertos de España, á excepcion de los que se hallen todavía en poder de los franceses.

3.º Que todos los navios ó buques pertenecientes á España sean libremente admitidos en los puertos de los dominios de S. M., como lo fueron antes de las hostilidades.

4.º Que todas las embarcaciones españolas que sean encontradas por la mar por los navios de guerra de S. M. sean tratadas como las de las naciones amigas y se les permita hacer todo tráfico permitido á las neutrales.

5.º Que todos los navios ó mercaderías pertenecientes á los individuos establecidos en las colonias españolas que fueren detenidos por los navios de S. M. después de la fecha de la presente, han de ser conducidos al puerto, y conservados cuidadosamente en su custodia hasta que se averigüe si las colonias donde residen tienen efecto de los referidos navios ó efectos han hecho causa común con España contra el poder de la Francia.

Y SS. EE. los comisionados de la real corte, los secretarios de Estado de S. M., los comisionados del almirantazgo y los jueces de los tribunales del vis-almirantazgo, han de tomar para el cumplimiento de los anteriores artículos, las medidas que respectivamente les correspondan.—Firmado.—ESTEBAN COTERELL.

de solemnidad de adhesión á la causa de los españoles, publicando en 4 de Julio una declaración por la que se renovaban los antiguos vínculos de amistad entre ambas naciones. Realmente estaban ya establecidos desde primeros de Junio; pero, a mayor abundamiento, quisose dar á la nueva alianza toda autoridad por medio de un documento público y de oficio.

La union franca y leal de ambos países, y el tropel portentoso de inesperados sucesos, habian excitado en Inglaterra un vivo deseo de tomar partido con los patrias españoles. No se limitó aquél á los naturales, no á aventureros ansiosos de buscar fortuna: cundió tambien á extranjeros y subió hasta personas célebres é ilustres. Los diputados españoles, careciendo de la competente facultad, se negaron constantemente á escuchar semejantes solicitudes. Seria prolijo reproducir áun las más principales; contentáremosnos con hacer mención de dos de las más señaladas. Fué una la del general Dumourier: con ahínco solicitaba trasladarse á la península y tener allí un mundo, ó por lo ménos ayudar de cerca con sus consejos. Figurábase que ellos y su nombre desbaratarian las huestes de Napoleón. Tachado de vario e inconstante en su conducta, y tambien de poco fiel á su patria, mal hubiera podido merecer la confianza de otra adoptiva. De muy diverso origen procedia la segunda solicitud, y de quien bujo to los respetos y por sus desgracias y las de su familia merecia otro miramiento y atención. Sin embargo, no les fue dado á los diputados acceder al noble sacrificio que queria hacer de su persona el Conde de Artois (hoy Carlos X de Francia), partiendo á España á pelear en las filas españolas.

Acompañaron á estas gestiones otras no dignas de serde. Pocos días habian corrido despues de la llegada á Londres de los diputados de Asturias, cuando el Duque de Blacas (entónces conde) se les presentó á nombre de Luis XVIII, ilustre caboz de la familia de Borbon, con objeto de reclamar el derecho al trono español que asistia á la rama de Francia, extinguida que fuese la de Felipe V. Evitando tan espionosa cuestion por anticipada, se respondió de palabra y con el debido acatamiento á la reclamacion de un principe desventurado y venerable, lejos todavia de imaginarse que la insurreccion de España le serviria de primer escalon para recuperar el trono de sus mayores. Más secamente se repuso á la nota que al mismo propósito escribió á los diputados, en favor de su amo, el Principe de Castelfranco, embajador de Fernando VII, rey de las Dos Sicilias. Provocó la diferencia en la contencion el modo poco atento y desafiado con que dicho embajador se expresó, pues al paso que revindicaba derechos de tal cuantia, estudiantemente áun en el estilo equivocaba reconocer la autoridad de las juntas. La relacion de estos hechos muestra la importancia que ya todos daban á la insurreccion de España, deprimida entónces y desfigurada por Napoleon.

Pero, si bien eran lionjeras aquellos pasos, no podian fjar tanto la atencion de los diputados como otros negocios que particularmente interesaban al triunfo de la buena causa. Para su prosecucion se agregaron, en primeros de Julio, á los de Galicia y Asturias los diputados de Sevilla, el teniente general D. Juan Ruiz de Apodaca y el mariscal de campo D. Adrian Jacone. Unidos, no solamente promovieron el envío de socorros, sino que ademas volvieron la vista al norte de Europa. Despacharon

á Rusia un comisionado; mas, fuese falta suya, ó que aquel gabinete no estuviese todavia dispuesto á desavenirse con Francia, la tentativa no tuvo ninguna resulta. Más dichosa fué la que hicieron para libertar la division española que estaba en Dinamarca á las órdenes del Marqués de la Romana, merced al patriotismo de sus soldados y á la actividad y celo de la marina inglesa.

Hubierase achando á desvario, pocos meses ántes, el figurarse siquiera que aquellas tropas á tan gran distancia de su patria y rodeadas del inmenso poder y vigilancia de Napoleon, pisarian de nuevo el suelo español, burlándose de precauciones, y áun sirviéndoles para su empresa las mismas que contra su libertad se habian tomado. Constaba á la sazón su fuerza de 14,198 hombres, y se componia de la division que en la primavera de 1807 habia salido de España con el Marqués de la Romana, y de la que estaba en Toscana, y se le juntó en el camino. Por Agosto de aquel año, y á las órdenes del mariscal Bernadotte, principe de Ponte-Corvo, ocupaban dichas divisiones á Hamburgo y sus cercanías, despues de haber gloriosamente peleado algunos de los cuerpos en el sitio de Stralsunda. Resuelto Napoleon á enseñorearse de España, jugó prudente colocarlos en paraje mas seguro, y con pretexto de una invasion en Suecia, los aisó y dividió en el territorio danés. Estrechólos así entre el mar y su ejército, Napoleon determinó que ejecutasen aquel movimiento en Marzo de 1808. Cruzó la vanguardia el pequeño Belt y desembarcó en Fionia. Le impidió atravesar el gran Belt á ir á Zelandia la escuadra inglesa que apareció en aquellas aguas. Lo restante de la fuerza española, detenida en el Sleswich, se situó despues en las islas de Langeland y Fionia y en la península de Jutlandia. Así continuó, excepto los regimientos de Asturias y Guadaluja, que de noche y precavidamente consiguieron pasar el gran Belt y entrar en Zelandia. Las novedades de España, aunque alteradas y tardias, habian penetrado en aquel apartado reino. Pocas eran las cartas que los españoles recibian, interceptando el gobierno francés las que hablaban de mudanzas intentadas ó ya acaecidas. Cansaba el silencio desasosiego en los animos, y aumentaba el disgusto el verse las tropas divididas y desparramadas.

En tal congoja, recibíse en Junio un despacho de D. Mariano Luis de Urquijo para que se reconociese y prestase juramento á José, con la advertencia de que se diese parte si habia en los regimientos algun individuo tan exaltado que no quisiera conformarse con aquella soberana resolucion, desconociendo el interes de la familia real y de la nacion española. No acompañaron á este pliego otras cartas o correspondencia, lo que despertó nuevas sospechas. Tambien el 24 del mismo mes habia al propio fin escrito al de la Romana el mariscal Bernadotte. El descontento de soldados y oficiales era grande, los susurros y habillitas muchos, y temianse los jefes alguna seria desazon. Por tanto, adoptáronse para cumplir la orden recibida convenientes medidas, que no del todo bastaron. En Fionia callaron gritos de entre las filas de Almansa y Princesa de viva España y muera Napoleon, y Sleswich todo, el tercer batallon del ultimo regimiento anduvo muy alterado. Los de Asturias y Guadaluja abiertamente se sublevaron en Zelandia, fue muerto un ayudante del general Fririon, y este hubiera perecido si el coronel del primer cuerpo no le hubiese rescatado en su casa. Rodeados aquellos soldados, fueron desarmados por tropas danesas. Hubo tam-

bien quien juró con conciencia de que José hubiese subido al trono sin oposición del pueblo español: cortapisa honrosa y que para salvar la más escrupulosa conciencia, aun en caso de que obligase un juramento engañoso, cuyo cumplimiento comprometía la suerte e independencia de la patria.

Mas semejantes circunstancias excitaban mayor vigilancia en el gobierno francés. Aunque ofendidos e irritados, celosamente aguantaban los españoles hasta poder, en cuerpo ó por separado, libertarse de la mano que los oprimía. El mismo general en jefe, visto obligado á reconocer al nuevo rey, dirigiéndole, como á Bernardotte, una carta bastante melancólica, la contradicción que aparece entre este paso y su posterior conducta se explica con la situación crítica de aquel general y su carácter; por lo que datamos la él y de su persona breve noticia.

D. Juan Ventura Caro y Buteda, marqués de la Romana, de una de las más ilustres casas de Mallorca, había nacido en Palma, capital de aquella isla. Su edad era de cuarenta y seis años, de pequeña estatura, mas de complexión recia y enjuta, acostumbrado en cuerpo á abstinencia y rigor. Tenía vasta lectura, no desconociendo los autores clásicos, latinos y griegos, cuyas lenguas poseía. De la marina pasó al ejército al empezar la guerra de Francia en 1793, y sirvió en Navarra á las órdenes de su tío D. Juan Ventura Caro. Yendo de allí á Cataluña, ascendió á general, y mostraba entendido y bizarro. Omitiremos otros cargos. Habiendo á fines viajado en Francia, se le miró como hombre al caso para mandar la fuerza española que se enviaba al Norte. Faltábale la conveniente entereza, pecaba de distraído, cayendo en olvidos y raras contradicciones. Juguete de aduladores, se enredaba á veces en males é inconsideradas pasas. Por fortuna, en la ocasión actual no tuvieron cabida aviesas insinuaciones, así por la buena disposición del Marqués, como también por ser casi unánime en favor de la causa nacional la decisión de los oficiales y personas de cuenta que le rodeaban.

Bien pronto, en efecto, se les ofreció ocasión de justificar los nobles sentimientos que los animaban. Desde Junio los diputados de Galicia y Asturias habían procurado por medio de activa correspondencia ponerse en comunicación con aquel ejército; mas en vano: sus cartas fueron interceptadas ó se retardaron en su arrival. También el gobierno inglés envió un clérigo católico, de nombre Robertson, el que, si bien consiguió aboracarse con el Marqués de la Romana, nada pudo entre ellos concluirse ni determinarse definitivamente. Mientras tanto llegaron á Londres D. Juan Ruiz de Apodaca y D. Adrian Jacome, y como era urgente acordar, por decirlo así, de cautivar á los soldados españoles de Dinamarca, concertaron todos los diputados, y resolvieron que los de Andalucía enviasen al Baltico á un secretario el oficial de marina D. Rafael Lobo, sujeto capaz y celoso. Proporcionó luego el gobierno inglés, y haciéndose á la vela en Julio, arribó Lobo el 4 de Agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se había apostado, á las órdenes de sir R. Keats, parte de la escuadra inglesa que cruzaba en las mareas del Norte.

D. Rafael Lobo ancló delante de las islas dinamarquesas, á tiempo que en aquellas costas se había despertado el celo de los franceses por la proximidad y proximidad de dicha escuadra. Desembarcaron en seguida, cumplió Lobo inmediatamente varios medios de comunicar con tierra. Empezaba ya á desesperanzarse, cuando el brioso arrojo del oficial

de voluntarios de Cataluña D. Juan Antonio Fabregues puso término á lo angustioso. Hacia este lado con pirogas desde Langeland á Jutlandia. A su vuelta, con propósito de escapar, en vez de regresar por el mismo paralelo, buscó otro apartado, en donde se embarcó mediante un ajuste con dos pescadores. En la travesía, combatiendo tres barcos ingleses fraterales á cuatro leguas de la costa, arrebatado de noble inspiración, con delirio, y ordenó á los dos pescadores, á quienes que se le iban la nave, hacer rumbo á la escuadra inglesa. Un soldado español que iba en su compañía, guardando su intento, arrojóse y dejó caer el trío de la marina. Con presteza cogió el arma uno de los marineros, y mal lo hubiera pasado Fabregues, si pronto y resuelto éste, dando al dardos un saltazo en la muñeca, no le hubiese desarmado. Forzados, pues, se vieron los dos pescadores á obedecer al impulso español. Déjase discurrir de cuanto poco se embarcaban los escudos de Fabregues al encontrarse á bordo con Lobo, como también cuanto sería la satisfacción del último cerciorándose de que la suerte le proporcionaba seguro conducto de tratar y corresponder con los jefes españoles.

No desperdiciaron ni uno ni otro el tiempo, que entonces era á todos precioso. Fabregues, á pesar del riesgo, se encargó de llevar la correspondencia, y de noche y á hurtadillas le echó en la costa de Langeland un bote inglés. Avistóse á su arrival y sin tardanza con el comandante español, que también lo era de su cuerpo, D. Ambrosio de la Chandra, confiado en su valiente honradez, no se engañó, porque asintiendo éste á tan digna determinación, prontamente y disfrazado despachó al mismo Fabregues para que diese cuenta de lo que pasaba al Marqués de la Romana. Tráslase á Faria, en donde estaba el cuartel general, y desempeñó en breve y con gran celo su encargo.

Causaron allí las nuevas que traía profunda impresión. Crítica era en verdad y apura la la posición de su jefe. Como buen patriota, andaba seguir el pendón nacional: mas, como caudillo de un ejército, pesaba la responsabilidad en que incurriera si su noble intento se desgraciaba. Perplejo se hallaba quizá mantenido ó no haberle estimulado con su opinión y consejo los demás oficiales. Decidíase, en fin, al embarco, y convino acertadamente con los ingleses en el modo y forma de ejecutarlo. Al principio se había pensado en que se suspendiese hasta que, noticiosa del plan acordado las tropas que había en Zelândia y Jutlandia, se moviesen todas á un tiempo antes de despertar el recelo de los franceses. Mas informados éstos de haber Fabregues comunicado con la escuadra inglesa, menester inó acelerar la operación trazada.

Dieron principio á ella los que estaban en Langeland encastoreándose de la isla. Prosiguió Romana, y se apoderó el 9 de Agosto de la ciudad de Nyborg, punto importante para embarcarse y repeler cualquier ataque que intentasen 3000 soldados dinamarqueses existentes en Fionia. Los españoles acuartelados en Swendborg y Faaborg, al mediodía de la misma isla, se embarcaron para Langeland también el 9, y tomaron tierra descubriéndose. Con mas obstáculos tropezó el desembarco de Zamora, acantonado en Fridericia; engañado don Juan de Kindelan, segundo de Romana, que allí mandaba. Aparentando desear lo mismo que sus soldados, dispusese á partir y á un embarco en equipaje; pero en el entretanto, no sólo dio aviso de lo que ocurría al mariscal Bernardotte, sino que, te-

temiendo que se descubriese su perfidia, cautelosamente y por una puerta falsa se escapó de su casa. Amenazados por aquel desgraciado incidente, apresuráronse los de Zamora á pasar á Middlefahit; y sin descanso caminaron desde allí por espacio de veinte y una horas, hasta incorporarse en Nyborg con la fuerza principal, habiendo andado en tan breve tiempo mas de diez y ocho leguas de España. Huido Kindelan y advertidos los franceses, parecia imposible que se salvaran los otros regimientos que habia en Jutlandia; con todo lo consiguieron dos de ellos. Fué el primero el de caballería del Rey. Ocupaba á Aarhus, y por el cuidado y celo de su anciano coronel, flutando barcas salvóse y arribó á Nyborg. Otro tanto sucedió con el del Infante, tambien de caballería, situado en Mundera, y por consiguiente más lejos y al Norte. No tuvo igual suerte el de Algarbe, unico que allí quedaba. Retardó su marcha por indecision de su coronel, y aunque más cerca de Flonia que los otros dos, fué sorprendido por las tropas francesas. En aquel encuentro el capitán Costa, que mandaba un escuadrón, al verse vendido prefirió acabar con su vida tirándose un pistoletazo. Imposible fué á los regimientos de Asturias y Guadalupe acudir al punto de Cusser, que se les habia indicado como el más vicino de Nyborg desde la costa opuesta de Zelandia. Desarmados antes, según hemos visto, y cuidadosamente observados, envolviéronlos las tropas danesas al ir á ejecutar su pensamiento. Así que, entre estas cuerpos, el de Algarbe de caballería, algunas partidas sueltas y varios oficiales ausentes por comision ó motivo particular, quedaron en el Norte 5,160 hombres, y 9,038 fueron los que unidos á Langeland y pasada resesía se contaron prontos á dar la vela. Abandonáronse los caballos, no habiendo ni transportes ni tiempo para embarcarlos. Muchos de los jinetes no tuvieron valor para matarlos, y siendo enteros y viéndose solos y sin freno, se extendieron por la comarca y esparcieron el desorden y espanto.

D. Juan de Kindelan habia en el intermedio llegado al cuartel general de Bernardotte, y no contento con los avisos dados, descubrió al capitán de artillería D. José Guerrero, encargado por Romana de una comision importante en el Sleswic. Arrojándole, y enfurecido con la plevosía de Kindelan, apellidóle traidor delante de Bernardotte, quedando aquél avergonzado y mirándole despues al soslayo los mismos á quienes servia; mercedo galardon á su villano proceder. Salvó la vida á Guerrero la libélula generosidad del mariscal francés, quien lo dejó escapar y aun en secreto le proporcionó dinero.

Mas al paso que tan dignamente se portaba con un oficial honrado y benemérito, forzoso le fué, obrando como general, poner en práctica cuantos medios estaban á su alcance para estorbar la evasión de los españoles. Ya no era dado ejecutarlo por la violencia. Acudió á proclamas y exhortaciones, esparciendo además sus agentes falsas nuevas, y procurando sembrar recelos y desavenencias. Para tener granioso espectáculo no ofrecieron las ciudades españolas, en respuesta á aquellas escritas y mensajes, juntos en Langeland, clavadas sus banderas en medio de un círculo que formaron, y ante ellas hincados de rodillas, juraron con lágrimas de ternura y despocho ser fieles á su amada patria y desobedecer seductores ofertas. No; la antigüedad, con todos los ruidos que dan á sus acciones el trascurso del tiempo y la elocuente pluma de sus egregios

escritores, no nos ha transmitido ningún suceso que á este se aventaje. Nobles e intrépidos sin duda fueron los griegos cuando, unidos á la voz de Jonofonte para volver á su patria, dieron á las falaces promesas del Rey de Persia aquella elevada y sencilla respuesta (9): «Hemos resuelto atravesar el país pacíficamente si se nos deja retirarnos al suelo patrio, y pelear hasta morir si alguno nos lo impidiese.» Mas á los griegos no les quedaba otro partido que la esclavitud ó la muerte; á los españoles, permaneciendo sossegados y sujetos á Napoleon, con largueza se les hubieran dispensado premios y honores. Aventurándose á tornar á su patria, los unos, llegados que fuesen, esperaban vivir tranquilos y honrados en sus hogares; los otros, si bien con nuevo lustro, iban á empeñarse en una guerra larga, dura y azarosa, exponiéndose, si caían prisioneros, á la tremenda venganza del emperador de los franceses.

Urgiendo volver á España, y siendo prudente alejarse de costas dominadas por un poderoso enemigo, abreviaron la partida de Langeland, y el 13 se hicieron á la vela para Gotemburgo, en Suecia. En aquel puerto, entónces amigo, aguardaron transportes, y antes de mucho dirigieron el rumbo á las playas de su patria, en donde no tardaríamos en verlos unidos á los ejércitos lidiadores.

Habiendo llegado los asuntos públicos, dentro y fuera del reino, á tal punto de pronta é impensada felicidad, cierto que no faltaba para que fuese cumplida sino reconcentrar en una sola mano ó cuerpo la potestad suprema. Mas la discordancia sobre el modo y lugar, las dificultades que nacieron de un estado de cosas tan nuevo, y rivalidades y competencias retardaron su nombramiento y formación.

Perjudicó tambien á la apeteuida brevedad la situación en que quedó á la salida del enemigo la capital de la monarquía. Los moradores, ausentes unos, y amedrentados otros con el duro escarmiento del 2 de Mayo, ó no pudieron ó no osaron nombrar un cuerpo que, á semejanza de las demas provincias, tomase las riendas del gobierno de su territorio y sirviese de guía á todo el reino. Verdad es que Madrid, ni por su poblacion ni por su riqueza, no habiendo nunca ejercido, como acaeció con algunas capitales de Europa, poderoso influjo en las demas ciudades, hubiese necesitado de mayor esfuerzo para atraerlas á su voz y acelerar su ayuntamiento y concordia. Con todo, hubieranse al fin vencido tamaños obstáculos, si no se hubiera encontrado otro superior en el Consejo Real ó de Castilla, el cual, desconceptuado en la nacion por su incierta, tímida y reprensible conducta con el gobierno intruso, tenía en Madrid todavía acérrimos partidarios en el numeroso séquito de sus dependientes y hechuras. Aunque órale dado, con tal arrimo, proseguir en su antigua autoridad, mantúvose quéda y como arrumbado á la partida de los franceses, ora por temer de que estos volvieran, ora tambien por la incertidumbre en que estaba de ser obedecido. Al fin y poco despues tomó brida, viendo que nadie le salia al encuentro, y sobre todo impulsado del miedo con que á muchos se breógió un sangriento desman de la plebe madrileña.

(9) Ἠγὼ δὲ οὐκ, ἐν μὲν τοῖς ἰσθμοῖς οὐκ ἔτι, διαπορεύοντες τὸν ὁρίζοντα; ἀν' ὧν οὐκ ἔστιν ἀποκρίσθαι, ἀλλὰ τὸν ὁρίζοντα ἀποκρίσθαι, ὡς ἂν ἐλπίσμεθα ἀποκρίσθαι.

Vivia en la capital, retirado y oscurecido, D. Luis Viguri, antiguo intendente de la Habana y uno de los más menguados cortesanos del Príncipe de la Paz, cuya desgracia, según dijimos, le había acarreado la formación de una causa. Parece ser que no se aventajaba á la pública su vida privada, y que con frecuencia maltrataba de palabra y obra á un familiar suyo. Adiestrado éste en la mala escuela de su amo, luego que se le presentó ocasión no la desaprovechó, y trató de vengarse. Un día, y fué el 4 de Agosto, á tiempo que reinaba en Madrid una sorda agitación, antejósele al malaventurado Viguri desfogar su encubierta ira en el tan repetidamente golpeado domestico, quien encolerizado, apellidó en su ayuda al populacho, afirmando, con verdad ó sin ella, que su amo era partidario de José Napoleón. A los gritos arremolinóse mucha gente delante de las puertas de la habitación. Asustado Viguri, quiso desde un balcón apaciguar los ánimos; pero los gestos que hacia para acallar el ruido y vocería, y poder hablar, fueron mirados por los concurrentes como amenazas é insultos, con lo que creció el enojo; y allanando la casa y cogiendo al dueño, le sacaron fuera é inhumanamente lo arrastraron por las calles de Madrid.

Atemorizáronse, al oír la funesta desgracia, consejeros y cortesanos, estremecieronse los de la parcialidad del intruso, y acongejáronse hasta los pacíficos y amantes del orden. Huérfana la capital, y sin nueva corporación que la rigiese, fácil le fué al Consejo, aprovechándose de aquel suceso y aprieto, recobrar el poder que se figuraba competirle. El bien común y público sosiego pedían, no hay duda, el establecimiento de una autoridad estable y única, y la tina fué que el vecindario de Madrid no la hubiera por el formado, y tal, que enfrenando las pasiones populares y atajando al Consejo en sus ambiciosas miras, hubiese aunado, repetimos, y concertado más prontamente las voluntades de las otras juntas.

No fué así; y el Consejo, destruyendo el impulso que Madrid hubiera podido dar, acrecentó con sus manejos y pretensiones los estorbos y enredos. Cuerpo autorizado con excesivas y encontradas facultades, había en todos tiempos causado graves daños á la monarquía, y se imaginaba que no sólo gobernaría ahora á Madrid, sino que extendería á todo el reino y á todos los ramos su poder é influjo. Admiraba tanta ceguedad y tan desapoderada ambición en un tiempo en que escrupulosamente se escudriñaba su porte con el intruso, y en que hasta se le disputaba el legítimo origen de su autoridad. Así era que unos decían: «Si en realidad es el Consejo, según pregonan, el depositario de la potestad suprema en ausencia del Monarca, ¿qué ha hecho para conservar intactas las prerogativas de la corona? ¿Qué en favor de la dignidad y derechos de la nación? Sumiso al intruso, ha reconocido sus actos, ó por lo menos los ha proclamado; y los fugios que ha buscado y las cortapisas que á veces ha puesto más bien llevaban traza de ser un resguardo que evitase su personal compromiso, que la oposición justa y elevada de la primera magistratura del reino.» Otros, subiendo hasta la fuente de su autoridad: «Nacido el Consejo (decían) en los flacos y turbulentos reinados de los Juanes y Enriques, tomó asiento y ensanchó su poderio bajo Felipe II, cuando aquel monarca, intentando descajar la hermosa planta de las libertades nacionales, tan trabajadas ya del tiempo de su padre, procuraba sustentar su dominación en cuerpos amovibles á su voluntad y de elección suya, sin que

ninguna ley fundamental de la monarquía ni las Cortes permitiesen tal como era su establecimiento, ni deslindasen las facultades que le competían. Desde entonces el Consejo, aprovechándose de los calamitosos tiempos en que débiles monarcas ascendieron al sôlo, se erigió á veces en supremo legislador, formando en sus autos acordados leyes generales, para cuya adopción y circulación no pedía el beneplácito ni la sanción real. Ingirióse también en el ramo económico, y manejó á su arbitrio los intereses de todos los pueblos, sobre no reconocer en la potestad judicial límites ni traba. Así acumulando en sí solo tan vasto poder, se remontaba á la cima de la autoridad soberana; y descendiendo después á entrometerse en la parte más íntima, si no ménos importante, del gobierno, no podía construirse una fuente ni repararse un camino en la más retirada aldea ó apartada comarca sin que antes hubiese dado su consentimiento. En unión con la Inquisición y asistido del mismo espíritu, al paso que ésta acortaba los vuelos al entendimiento humano, ayudábala aquélla con sus minuciosas leyes de imprenta, con sus tasas y restricciones. Y si en tiempos tranquilos tanto perjuicio y tantos daños (añadían) nos ha hecho el Consejo, institución monárquica, de extraordinarias y mal conatadas facultades, consentidas, mas no legitimadas, por la voz nacional, ¿no tocaría en frenesí dejarle con el antiguo poder cuando, al mismo tiempo que la nación se libertaba con energía del yugo extranjero, el Consejo, que blasonaba ser cabecera del reino, se ha mostrado débil, condescendiente y abyecto, ya que no se le tenga por auxiliador y cómplice del enemigo?»

Tales discursos no estaban desnudos de razón, aunque participasen algun tanto de las pasiones que agitaban los ánimos. En su buen tiempo el Consejo se había, por lo general, compuesto de magistrados íntegros, que con imparcialidad juzgaban los pleitos y desavenencias de los particulares: entre ellos se habían contado hombres profundos, como los Macanazes y Campománes, que con gran caudal de erudición y sana doctrina se habían opuesto á las usurpaciones de la curia romana y procurado por su parte la mejora y adelantamientos de la nación. Pero era el Consejo un cuerpo de solos 25 individuos, los cuales, por la mayor parte ancianos y meros jurisperitos, no habían tenido ocasión ni lugar de extender sus conocimientos ni de perfeccionarse en otros estudios. Ocupados en sentenciar pleitos, responder á consultas y despachar negocios de comisiones particulares, no solamente faltaba á los más el saber y práctica que requieren la formación de buenas leyes y el gobierno de los pueblos, sino que también, escasos de tiempo, dejaban á subalternos ignorantes ó interesados la resolución de importantísimos expedientes. Mal grave y sentido de todos de tan antiguo, que ya en 1751 propuso al Rey el célebre ministro Marques de la Ensenada despojar al Consejo de lo concerniente á gobierno, policía y economía, dejándole reducido á entender en la justicia civil y criminal y asuntos del real patronato.

No le iba, pues, bien al Consejo insistir ahora en la conservación de sus antiguas facultades y aun en darles mayor ensanche. Con todo, tal fué su intento. Seguro ya de que su autoridad sería en Madrid respetada, dirigióse á los presidentes de las juntas y á los generales de los ejércitos: á éstos para que se aproximasen á la capital; á aquéllos para que deputasen personas que, unidas al Consejo, tratasen de los medios de defensa; atocando sólo á el (decía)

resolver sobre medidas de otra clase y excitar la autoridad de la nación, y cooperar con su influjo, representaron y luces al bien general de esta. En ambas juntas las juntas con el triunfo de su causa, dejase discurrir con qué enfado y dardos replicaban a tan imprudente y desacordada propuesta. La de Galicia, no solamente tachaba á cada uno de sus miembros de ser adicto á los franceses, sino que al cuerpo entero le echaba en cara haber sido el más activo instrumento del usurpador. Palafox, en su respuesta, con severidad le decía: «Ese tribunal no ha llenado sus deberes; y Sevilla le acusaba ante la nación de haber obrado contra las leyes fundamentales... de haber facilitado á los enemigos todos los medios de usurpar el señorío de España... de ser, en fin, una autoridad nula é ilegal, y además sospechosa de haber cometido ántes acciones tan horribles, que podían calificarse de delitos atroces contra la patria...» Al mismo són se expresaron todas las otras juntas, fuera de la de Valencia, la cual en 8 de Agosto aprobó los términos benéficos con que el Consejo era tratado en un edicto leído en su seno por uno de sus miembros. Mas aquella misma Junta, tan dispuesta en su favor, tan o muy luego que retractarse, mandando en 15 del propio mes que ninguna autoridad, de cualquiera clase, mantuviese correspondencia directa ni se entendiase en nada con el Consejo. Dió lugar á la immediatez de dictámenes la presteza con que el último se movió á expedir órdenes, como si ya no existiese la Junta. Mal recibido de todos lados y áun ásperamente censurado, pareció necesario al Consejo dar un manifiesto en que sincerase su conducta y procedimientos: penoso paso á quien siempre había desestimado el tribunal de la opinion pública. Mas por eso desistió de su propósito, ni menos de emplear otros medios con que recobrar la autoridad perdida. Dábale particular confianza la desunión que reinaba en las juntas, y varias contestaciones entre ellas suscitadas. Por lo que será bien referir las mudanzas acaecidas en su composicion, y las explicaciones y altercados que precedieron á la metacion de un gobierno central.

En la forma interior de aquellos cuerpos, contadas fueron las variaciones ocurridas. Habíase en Asturias congregado desde Agosto una nueva junta, que diese mas fuerza y legitimidad al levantamiento de Mayo, nombrando ó reelegiendo sus concejos diputados que la compusiesen con pleno conocimiento del objeto de su reunion. Ninguna alteracion sustancial habia acaecido en Galicia; pero su junta consideró á la anterior para que, de comun con ella y las de Leon y Castilla, formasen todas una representacion de las provincias del Norte. Se habian las dos últimas confundido y erigido en una sola despues de la aciaga jornada de Cabanon. Presidia á ambas el huiño D. Antonio Valdés, quien estando al principio de acuerdo con D. Gregorio de la Cuesta, acabó por desavenirse con él y enojarse poderosamente. Reunidas en Ponferrada, como punto mas resguardado, se trasladaron á Lugo, en cuya ciudad debia verificarse la celebracion de juntas propuesta por la de Galicia. Esta mudanza fué el origen y principal motivo del enfado de Cuesta; no pudiendo tolerar que corporaciones que consideraba como dependientes de su autoridad, se alejasen del territorio de su mando, y pasasen á una provincia con cuyos jefes estaba tan enconrado.

Concurrieron, sin embargo, á Lugo las tres juntas de Galicia, Castilla y Leon. No la de Asturias, ya por cierto desvío que habia entre ella y la de

Galicia, y tambien porque viendo próxima la reunion central de todas las provincias del reino, juzgó excusado, y quizá perjudicial, el que hubiese una parcial entre algunas del Norte. Al tratarse de la formacion de ésta, hubo diversos pareceres acerca del modo de su composicion. Quien opinaba por Córtes, y quién por un gobierno que diese principio y encaminase á una federacion nacional. Adheria al primer dictámen sir Carlos Stuart, representante del gobierno inglés, como medio más acomodado á los antiguos usos de España. Pero las novedades introducidas en las constituciones de aquel cuerpo, durante la dominacion de las casas de Austria y Borbon, ofrecian para su llamamiento dificultades casi insuperables; pues al paso de ser muchas las ciudades de Leon y Castilla que enviaban procuradores á Córtes, sólo tenia una voz el populoso reino de Galicia, y se veia privado de ella el principado de Asturias, cuna de la monarquia. Tal desarreglo pedia para su enmienda más tiempo y sosiego de lo que entonces permitian las circunstancias. Por su parte la Junta de Galicia, sabedora de la idea de la federacion, queria esquivar, en sus vistas con las de Leon y Castilla, el tratar de la union de un solo y único gobierno central. Mas la autoridad de D. Antonio Valdés, que todas tres habian elegido por su presidente, pudiendo mas que el estrecho y poco ilustrado ánimo de ciertos hombres, y prevaleciendo sobre las pasiones de otros, consiguió que se aprobase su propuesta, dirigida al nombramiento de diputados que, en representacion de las tres juntas, acudiesen á formar, con las demás del reino, una central. Con tan prudente y oportuna determinacion se evitaron los extravíos y aun lústimas que hubiera provocado la opinion contraria.

Asimismo cortaron cuerdos varones varias desavenencias movidas entre Sevilla y Granada. Precedia la primera que la última se le sometiese, olvidada de la principal parte que habian tenido las tropas de su general Reding en los triunfos de Bailen. La rivalidad habia nacido con la insurreccion, no siendo dable fijar ni deslindar los límites de nuevas y desconocidas autoridades; y en vez de desaparecer aquella, tomó con la victoria aleanzada extraordinario incremento. Llegó á tal punto la exaltacion y ceguedad, que el inquieto Conde de Tilly propuso en el seno de la sevillana que una division de su ejercito marchase á sojuzgar á Granada. Presente Castaños y airado, á pesar de su condicion manca, levantóse de su asiento, y dando una fuerte palmada en la mesa que delante habia, exclamó: «¿Quién, sin mi benéfico, se atreverá á dar la orden de marcha que se pide? No conozco (añadió) distincion de provincias; soy general de la nacion, estoy á la cabeza de una fuerza respetable, y nunca toleraré que otros promuevan la guerra civil.» Su firmeza contuvo á los discolos, y ambas juntas se conformaron en adelante con una especie de concierto concluido entre la de Sevilla y los diputados de Granada, D. Rodrigo Riquelme, regente de su chancillería, y el oidor D. Luis Guerrero, nombrados al intento y autorizados competentemente.

Diferian tan lamentables disputas la reunion del gobierno central, y como si estos y otros obstáculos naturales no bastasen por sí, nuevos intereses y pretensiones venian á aumentarlos. Recordará el lector los pasos que en Londres dió en favor de los derechos de su amo á la corona de España el Príncipe de Castelfianza, embajador del Rey de las Dos

Sicilias, y la repulsa que recibió de los diputados. No desanimado con ella su gobierno, ni tampoco con otra parecida que le dió el ministerio inglés, por Julio envió á Gibraltar un emisario que hiciese nuevas reclamaciones. El gobernador Dalrymple le impidió circular papeles y propoñerse á otras gestiones. Mas tras del emisario despachó el gobierno siciliano al príncipe Leopoldo, hijo segundo del Rey, á quien acompañaba el Duque de Orleans. Ponderaron ambos el 9 de Agosto en la bahía de Gibraltar; pero no viéndose apoyados por el Gobernador, pasó el de Orleans á Inglaterra, y quedó en el puerto de su arribada el príncipe Leopoldo. Entretenía éste la esperanza de que á su nombre, y conforme quizá á ciertos ofrecimientos, no tardaría en recibir una diputación y noticia de haber sido elevado á la dignidad de regente. Pero vano fué su aguardar; y era, en efecto, difícil que un príncipe de edad de diez y ocho años, extranjero, sin recursos ni anterior fama, y sin otro apoyo que los jános derechos al trono de España, fuese acogido con solícita diligencia en una nación en que era desconocido, y en donde para conjurar la tormenta que la azotaba se requerían otras prendas, mayor experiencia y muy diversos medios que los que asistían al príncipe pretendiente.

Hubo, no obstante, quien esparció por Sevilla la voz de que convenia nombrar una regencia, compuesta del mencionado Príncipe, del Arzobispo de Toledo Cardenal de Borbon y del Conde del Montijo. Con razon se atribuyó la idea á los amigos y parciales del último, quien, conservando todavía cierta popularidad á causa de la parte que se le atribuía en la caída del Príncipe de la Paz, procuraba, aunque en vano, subir á puesto de donde su misma inquietud le repelia. Mas los enredos y maquinaciones de ciertos individuos eran desbaratados por la ambición de otros ó la asensatez y patriotismo de las juntas.

Así fué que, á pesar del desencadenamiento de pasiones, y de los obstáculos nacidos con la misma insurrección ó causados por la presencia del enemigo, ya desde Junio habia llamado la atención de las juntas: 1.ª, la formación de un gobierno central; 2.ª, un plan general, con el que más prontamente se arrojasen á los franceses del suelo patrio. Al propósito entablábase entre ellas seguida correspondencia. Dió la señal la de Murcia, dirigiendo con fecha de 22 de Junio una circular, en que decía: «Ciudad de voto en Cortes, reunámonos, formemos un cuerpo, elijamos un Consejo, que á nombre de Fernando VII organice todas las disposiciones civiles, y evitemos el mal que nos amenaza, que es la división... Capitanes generales... de vosotros se debe formar un consejo militar, de donde emanen las órdenes que obedezcan los que rigen los ejércitos...» Propuso también Asturias en un principio la convocación de Cortes con algunas modificaciones, y hasta Galicia (no obstante la mencionada federación de algunas proyectada) comisionó acerca de las juntas del Mediodía á D. Manuel Torrado, quien ya en últimos de Julio se hallaba en Murcia, después de haberla recorrido, y propuesto una central, formada de dos vocales de cada una de las de provincia. En el propio sentido, y en 16 de dicho Julio, habia la de Valencia pasado á las demás su opinion impresa, lo que tambien por su parte, y al mismo tiempo, hizo la de Badajoz. No fué en zaga á las otras la Junta de Granada, la cual, apoyando la circular de Valencia, se dirigió á su competidora la de Sevilla, y desentendiéndose de desavenencias,

señaló como acomodado asiento para la reunion la última ciudad.

No por eso se apresuraba ésta, ostentando siempre su altanera supremacía. Pesábale en tanto grado descender de la cumbre á que se habia elevado, que hubo un tiempo en que prohibió la venta y circulación de los papeles que convidaban á la apetecida concordia. Apremiada, en fin, por la voz pública, y estrechada por el dictámen de algunos de sus individuos entendidos y honrados, publicó con fecha 3 de Agosto un papel, en el que, examinando los diversos puntos que en el día se ventilaban, proponia la formación de una junta central, compuesta de dos vocales de cada una de las de provincia. Anduvo perezosa, no obstante, en acabar de escoger los suyos. Pero adhiriendo las otras juntas á las oportunas razones de su circular, cuyo contenido en sustancia se conformaba con la opinion que las más habian mostrado antes de concertarse, y que era la más general y acreditada, fueron todas sucesivamente escogiendo de su seno personas que las representasen en una junta unica y central.

Por su parte el Consejo todavía esperaba recuperar con sus amañes y tenaz empeño el poder que para siempre querian arrebatárle de las manos. Mas no por eso, y para cautivar las voluntades de los hombres ilustrados, mudó de rumbo, adoptando un sistema más nuevo y conforme al interes público y al progreso de la nacion. Asustándose á la menor sombra de libertad, encadenó la imprenta con las mismas y aún más trabas que antes; redujo á dos veces por semana la diaria publicacion de la *Gaceta de Madrid*; persiguió y aún llegó á formar causa á algunas personas que tenían en su poder papeles de las juntas, mayormente de la de Sevilla, y, en fin, resucitó en cuanto pudo su trillada, lenta y añosa manera de gobernar. Persuadióse que todo lo era lícito á trueque de dar ciertos decretos de alistamiento y acopio de medios, que mostrasen su interes por la causa de la independencia, que tan mal habia antes defendido. Y sobre todo cobró esperanza con la llegada á Madrid de varios generales, en quienes presumia poder con buen éxito emplear su influjo.

Fué el primero que pisó el suelo de la capital, con las tropas de Valencia y Murcia, D. Pedro Cevallos de Llamas, que habia sucedido á Cervellón, removido del mando. Atravesó la puerta de Atocha con 8,000 hombres, á las seis de la mañana del día 13 de Agosto. A pesar de hora tan temprana, inmenso fué el concurso que salió á recibirle y extremado el entusiasmo. Pasó á frenesí al entrar el 23 por la misma puerta D. Francisco Javier Castaños, acompañado de la reserva de Andalucía. Sus soldados, adornados con los despojos del enemigo, ofrecían en su variada y extraña mezcla el mejor emblema de la victoria alcanzada. Pasaron todos por debajo de un arco de sencilla y majestuosa arquitectura, que habia erigido la villa de Madrid junto á sus casas consistoriales. A estas entradastriunfales siguieronse otros festejos, con la proclamación de Fernando VII, hecha en esta ocasion por el legítimo alferéz mayor de Madrid Marqués de Astorga. Mas no á todos contentaban tanto bullicio y fiestas, pidiendo con sobrada razon que se pusiera mayor conato y celeridad en perseguir al enemigo y en aumentar y organizar compidamente la fuerza armada. Daban particular peso á sus justas quejas y reclamaciones los acontecimientos por entonces ocurridos en Vizcaya y Navarra.

Habíase en la primera provincia levantado Bilbao al anunciarse la victoria de Bailén, y en 6 de Agosto, escogiendo su vecindario una junta, acordó un alistamiento general, y nombró por comandante militar al coronel D. Tomas de Salcedo. Sobremunera inquietó á los franceses esta insurrección, ya por el ejemplo, y ya tambien porque, comprometida su posición en las margenes del Ebro, pudieran verse obligados á estrecharse más contra la frontera. Creció su recelo á mayor grado con asonadas y revueltas que hubo en Tolosa y pueblos de Guipúzcoa, y con las correrías que hacían y gente que allegaban en Navarra D. Andrés de Eguaguirre y D. Luis Gil. Hubian éstos salido de Zaragoza en 27 de Junio para alborotar aquel reino. Despues de algun tiempo Gil empezó á incomodar al enemigo por el lado de Orbaiceta, se apoderó de muchas municiones de aquella fabrica, y amenazó y sembró el espanto hasta el mismo pueblo francés de San Juan de Pié de Puerto. Eguaguirre tampoco se descuidó en la comarca de Estella: formando un batallón con nombre de voluntarios de Navarra, recorrió la tierra, y llamó tanto la atención, que el general D'Agout envió una columna desde Pamplona para atajar sus daños y alejarle del territorio de su mando.

José, por su parte, pensó en apagar prontamente la terrible insurrección de Bilbao. Para ello envió contra aquella población una division, á las órdenes del general Merlin. No era dado á sus vecinos, sin ciza disciplinada, resistir á semejante acometimiento. Apostáronse, sin embargo, con aquella idea á media legua, y los franceses, asomándose allí el 16 de Agosto, desbarataron y dispersaron á los bilbaínos, pereciendo miserablemente, y despues de haberse rendido prisioneros, el oficial de artillería D. Luis Power, distinguido entre los suyos. Los auxilios que de Asturias llevaba el oficial inglés Roche llegaron tarde, y Merlin entró en Bilbao, cuya ciudad fue con rigor tratada. En su correspondencia blasonaba el rey intruso de «haber apagado la insurrección con la sangre de 1.200 hombres» (10). Singular jactancia, y extraño en quien, como José, no era de corazón duro ni desapadado.

El contratiempo de Bilbao, que en Madrid provocaba las reclamaciones de muchos, difundíendose por las provincias, aumentó el clamor, ya casi universal, contra generales y juntas, reparando que algunos de aquellos se entregaban demasiadamente á divertimientos y regocijos, y que estas, con celos y rivalidades, retardaban la instalacion de la Junta Central. Desacando el Consejo aprovecharse de la irritacion de los ánimos, y valiéndose de los lazos que le unian con D. Gregorio de la Cuesta, su antiguo gobernador, se acordó con éste y discurrieron apoderarse del mando supremo. Mas como Cuesta carecía de la suficiente fuerza, fueles necesario tratar á Castaños, entonces algo disgustado con la Junta de Sevilla. Avistáse, pues, con el último D. Gregorio de la Cuesta, y le propuso (según tenemos de la boca del mismo Castaños) dividir en dos partes el gobierno de la nacion, dejando la civil y gubernativa al Consejo, y reservando la militar al propio estado de ellos dos, en union con el Duque del Infantado. Era Castaños sabrado advertido para admitir semejante proposicion. Vidumbraba el motivo por que no le buscaba, y conocia que separando

su causa de la de las juntas, quizá sería desobedecido del ejército, y aun de la division misma que se alojaba en Madrid.

En tanto, para acallar el rumor público, se celebró en aquella capital el 5 de Setiembre un consejo de guerra. Asistieron á él los generales Castaños, Llanas, Cuesta y La Peña, representando á Blako el Duque del Infantado, y á Palafox otro oficial, cuyo nombre ignoramos. Discutíéronse largamente varios puntos, y Cuesta, llevado siempre de mira particular, promovió el nombramiento de un comandante en jefe. No se arrimaron los otros á su parecer, y tan sólo arreglaron un plan de operaciones, de que hablaremos más adelante. Cuesta, aunque aparentó conformarse, salió despechado de Madrid, y con ánimo, más bien que de cooperar á la realizacion de lo acordado, de levantar obstáculos á la reunion de la Junta Central, para lo cual, y satisfacer al mismo tiempo su ira contra la Junta de Leon, de la que, como hemos visto, estaba ofendido, arrestó á sus dos individuos D. Antonio Valdéz y Vizeconde de Quintanilla, que iban de camino para representar su voz en la Central. Quiso tratarlos como rebeldes á su autoridad, y los encerró en el alcázar de Segovia: tropelía que excitó contra el general Cuesta la pública animadversion.

Vanos, sin embargo, salieron sus intentos, vanos otros enredos y maquinaciones. Por todas partes prevaleció la opinion más sana, y los diputados elegidos por las diversas juntas fueron poco á poco acercándose á la capital. Llegó, pues, el suspirado momento de la reunion de una autoridad central, debiendo con ella cesar la particular supremacía de cada provincia; durante la cual no habiendo habido lugar ni ocasion de hacer substanciales reformas ni mudanzas en los diversos ramos de la administracion pública, tales como estaban dispuestos y arreglados al disolverse, por decirlo así, la monarquía en Mayo, tales ó con cortísima diferencia se los entregaron las juntas de provincia á la Central.

No disimulamos en el libro anterior ni en el curso de nuestra narracion los defectos de que dichas juntas adolecieron, las pasiones que las agitaban. Por lo mismo justo es tambien que ahora tributemos debidas alabanzas á su primera y grandiosa resolucian, á su ardiente celo, á su incontrastable fidelidad. Al acabar de su mando anublase por largo tiempo la prosperidad de la patria; mas se dió principio á una nueva, singular y porfiada lucha, en que sobre todo resplandeció la firmeza y constancia de la nacion española.

LIBRO SEXTO.

Instalacion de la Junta Central en Aranjuez, 25 de Setiembre.—Número de individuos.—Su composicion.—Plata habilitada.—Jornales.—Diversos partidos de la Central.—Su instalacion, celebrada en las provincias.—Contratacion con el Consejo.—Intervencion de Jovellanos.—Forma interior de la Central.—D. Manuel Quintana.—Primeras providencias y decretos de la Central.—Su manifiesto en 17 de Noviembre.—Distribucion de los ejércitos.—Su marcha.—Marcha del de Galicia.—Ocupa á Bilbao.—Marcha del de Asturias.—Cuesta.—Su conducta.—Le apoderamos Euzkay y Vizcaya.—Marcha de Euzkay.—Reposicion de Castaños en Madrid.—Su salida.—Plata comensada con Palafox.—Insurreccion del ejército del centro y del de Aragón.—Fuerza de los ejércitos enemigos.—El Emperador de Japón y el ejército francés.—Reposicion de sus ejércitos.—Fuerza del ejército francés.—Movimientos de los ejércitos.—Asedio de Tarragona.—Batalla de Oporto.—Batalla de la Castellana de Logroño.—Arreglo que en el ejército hace el general Castaños.—Su salida en el ejército de Galicia.—Nápoles.—Su mensaje al Senado.—Lava de nuestras tropas.—Conferencias de Erfurth.—Correspondencia con el gobierno inglés.—Fin de la correspondencia.—Insurreccion de Nápoles al Emperador francés.—Fuerza y division del ejército francés.—Criza Nápoles al Euzkay.

(10) Estas palabras están insertas en una Memoria en rita por José á su hermano Napoleón en Miraflores de Ebro, á 16 de Setiembre de 1808, en que, con otros papeles, en la familia de Victoria.

soa.—Acción de Zornosa, 31 de Octubre.—De Balmaseda, 4 de Noviembre.—Reconocimiento hacia Gileles en 7 de Noviembre.—Batalla de Espinosa, 10 y 11 de Noviembre.—Disposiciones de Napoleón.—Acción de Burgos, 19 de Noviembre.—Revue de Soult contra Blücher.—Diversas direcciones de los mariscales franceses.—Entrada en Burgos de Napoleón.—Su decreto de 12 de Noviembre.—Ejército de línea.—Ejército del centro.—D. Francisco Palafox enviado por la Central.—Primeros planes.—Marcha Lennox contra dicho ejército.—República Castañeda.—Batalla de Tudela, 20 de Noviembre.—Retirada del ejército.—Su llegada a Tudela.—La Peña general en jefe.—San Juan en Somosierra.—Pasan los franceses el puerto.—Situación de la Central.—Causas de los últimos de José.—Abandona la Central a Aranjuez.—Situación de Madrid.—Muerte del Marqués de Posa, Napoleón delante de Madrid.—Ataque de Madrid.—Conferencia de Morla con Napoleón.—Capitulación.—Baltas a la capitulación.—Desembarco de Napoleón en Chamartin.—Españoles llevados a Francia.—Vista de Napoleón el palacio real.—Su inquietud.—Contestación al Cortes de Madrid.—Juramento del ejército de los españoles.—Van los mariscales franceses en persecución de los españoles.—Total dispersión del ejército de San Juan.—Muerte cruel de este general.—Ejército del centro, sus marchas y retirada a Ormaiztegui.—Rebelión del oficial Santiago.—Nómbrase por general en jefe al Duque del Infantado.—Conde de Alaba.—Su retirada gloriosa.—La Mancha.—Toledo.—Muertes violentas.—Villanueva.—Sierra Morena.—Junta de los cuatro reinos de Andalucía.—Campo-Sagrado.—Marques del Palicio.—Marchan los franceses a Extremadura: estado de la provincia.—Excesos.—General Gallizo.—Su retirada.—Continúa la Central su viaje.—Sus providencias.—Socorro a Gastañaga.—Llega a Sevilla la Central en 17 de Diciembre.—Muerte de Floridablanca.—Situación penosa de la Central.—Sus esperanzas.

No resultaba las dudas que se habían suscitado sobre el lugar más conveniente para la reunión de un gobierno central, tocábase ya al deseado momento de su instalación, y aun subsistía la misma y penosa incertidumbre. Los más se inclinaban al dictamen de la junta de Sevilla, que había al efecto señalado a Ciudad-Real, ó cualquiera otro paraje que no fuese la capital de la monarquía, sometida, según pensaba, al pernicioso influjo del Consejo y sus allegados. El haberse en Aranjuez incorporado á los diputados de dicha junta los de otras varias puebo terminó á las dificultades, obligando á los que permanecían en Madrid vacilantes en su opinión, á conformarse con la de sus compañeros, declarada por la celebración en aquel sitio de las primeras sesiones. Antes de abrirse éstas, y juntos unos y otros, tuvieron conferencias preparatorias, en las que se examinaron y aprobaron los poderes, y se resolvieron ciertos puntos de etiqueta ó ceremonial.

Por fin el 25 de Setiembre, en Aranjuez y en su real palacio, instalóse solemnemente el nuevo gobierno, bajo la denominación de Junta suprema Central gubernativa del reino (1). Compuesta entonces

(1) Lista de los individuos que compusieron la Junta suprema Central gubernativa de España e Indias, por el orden alfabético de las provincias que los nombraron.

FOR ARAGON.

D. Francisco Palafox y Melci, gentilhombre de cámara de S. M. conde de Aranda, brigadier del ejército y oficial de reales guardias de Corps.

D. Toribio Calvo de Ruzas, vecino de Madrid é intendente del ejército y reino de Aragón.

ANTÓNIA.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos, caballero de la orden de Alcántara, del Consejo de Estado de S. M. y antes ministro de Gracia y Justicia.

Marqués de Campo-Sagrado, teniente general del ejército é inspector general de las tropas del yerno de Asturias.

CANARIAS.

Marqués de Villanueva del Trado.

CASTILLA LA VIEJA.

D. Lorenzo Bonifaz y Quintana, dignidad de prior de la santa Iglesia de Zamora.

D. Francisco Javier Caro, catedrático de leyes de la universidad de Salamanca.

CASTILLA.

Marqués de Villal, conde de Durina, grande de España y gentilhombre con ejercicio, Marqués de Sabamonde.

de 24 individuos, creció en breve su número, y se contaron hasta 35, nombrados en su mayor parte por las juntas de provincia, erigidas al alzarse la nación en Mayo. De cada una vinieron dos diputados. Otros tantos envió Toledo sin estar en igual caso, y lo mismo Madrid y reino de Navarra. De Canarias sólo acudió uno á representar sus islas. Fué elegido presidente el Conde de Floridablanca, diputado por Murcia, y secretario general D. Martín de Garay, que lo era por Extremadura.

Los vocales pertenecían á honrosas y principales clases del Estado, contándose entre ellos eclesiásticos elevados en dignidad, cinco grandes de España, varios títulos de Castilla, antiguos ministros y otros empleados civiles y militares. Sin embargo,

CÓRDOBA.

Marqués de la Puebla de los Infantes, grande de España.
D. Juan de Dios Gutiérrez Rabé.

EXTREMADURA.

D. Martín de Garay, intendente de Extremadura y ministro honorario del Consejo de Guerra, fué el primer secretario general y depositó internamente los negocios de Estado.

D. Félix Ovalle, tesorero de ejército de Extremadura.

GALICIA.

Conde de Girona.
D. Antonio Aballe.

GRANADA.

D. Rodrigo Riquelme, regente de la chancillería de Granada.
D. Luis de Ponce, canónigo de la santa Iglesia de Santiago.

JAM.

D. Francisco Castañeda, canónigo de la santa Iglesia de Jam, provisor y vicario general de un obispado.
D. Sebastian de Jorano, del Consejo de S. M. en el tribunal de Contaduría mayor, y contador de la provincia de Jam.

LEÓN.

Frey D. Antonio Valdés, baillío gran cruz de la orden de San Juan, caballero del Toison de Oro, gentilhombre de cámara con ejercicio, capitán general de la armada, consejero de Estado y antes ministro de Marina é interino de Indias.
El Virrey de Quintanilla.

MADRID.

Conde de Altamira, marqués de Astorga, grande de España, caballero del Toison de Oro, gran cruz de la orden de Carlos III, caballero mayor y gentilhombre de cámara de S. M., con ejercicio. Fué presidente de la Junta.

D. Pedro de Silva, patriarca de las Indias, gran cruz de la orden de Carlos III y antes mariscal de campo de los reales ejércitos. Fué en Aranjuez y no fué reemplazado.

MALLORCA.

D. Tomas de Veri, caballero de la orden de San Juan, teniente coronel del regimiento de voluntarios de Palma, conde, etc.

MURCIA.

Conde de Floridablanca, caballero del Toison de Oro, gran cruz de la orden de Carlos III, gentilhombre de cámara de S. M. con ejercicio, y antes primer secretario de Estado, interino de Gracia y Justicia. Fué el primer presidente de la Junta Central. Falleció en Sevilla y fué subrogado por el

Marqués de San Mateo, que no tomó posesión.

Marques del Villar.

NAVARRA.

D. Miguel de Balanza, | Indivíduos de la muy ilustre diputación
D. Carlos de Amatria, | del reino de Navarra.

SEVILLA.

D. Juan de Vera y Delgado, arzobispo de Lacedonia, coadministrador del señor Cardenal de Rochefort en el de Sevilla, y después obispo de Caliz. Fué presidente de la Junta Central.
Conde de Tilly.

TOLEDO.

D. Pedro de Rivero, canónigo de la santa Iglesia de Toledo. Fué secretario general.

D. José García de la Torre, abogado de los reales Consejos.

VALENCIA.

Conde de Contamina, grande de España, gentilhombre de cámara de S. M. con ejercicio.

Francisco Pío, grande de España, coronel de milicias. Falleció en Aranjuez y fué subrogado por el

Marqués de la Romana, grande de España, teniente general de los reales ejércitos y general en jefe del ejército de la regularidad. No advirtió que, aunque treinta y cinco los individuos de la Central, nunca hubo reunidos más treinta y cuatro, habiendo fallecido en Aranjuez, sin ser reemplazado, D. Pedro de Silva.

casi todos ántes de la insurrección eran, como repúblicanos, desconocidos en el reino, fuera de D. Antonio Valdes, del Conde de Floridablanca y de don Gaspar Melchor de Jovellanos. El primero, mucho años ministro de Marina, mereció, al lado de leves defectos, justas alabanzas por lo mucho que en su tiempo se mejoró y acrecentó la armada y sus dependencias. Los otros dos, de fama más esclarecida, requieren de nuestra pluma particular mención, por lo que harémos de sus personas un breve y fiel traslado.

A los ochenta años cumplidos de su edad, D. José Melano, conde de Floridablanca, aunque trabajado por la vejez y achaques, conservaba despejada su razón y bastante fortaleza para sostener las máximas que le habían guiado en su largo y señalado ministerio. De familia humilde de Hellín, en Murcia, por su aplicación y saber había ascendido á los más eminentes puestos del Estado. Fiscal del Consejo Real, y en union con su ilustre compañero el Conde de Campománes, había defendido atinada y esforzadamente las reglas de la corona contra los desmanes del clero y demasiadas pretensiones de la curia romana. Por sus doctrinas y por haber cooperado á la expulsión de los jesuitas, se le honró con el cargo de embajador cerca de la Santa Sede, en donde contribuyó á que se diese el breve de supresión de la tan nombrada sociedad y al arreglo de otros asuntos igualmente importantes. Llamado en 1777 al ministerio de Estado, y encargado á veces del despacho de otras secretarías, fue desde entonces hasta la muerte de Carlos III, ocurrida en 1788, árbitro, por decirlo así, de la suerte de la monarquía. Con dificultad habrá ministro á un tiempo más ensalzado ni más deprimido. Hombre de capacidad, entero, atento al desempeño de su obligación, fomentó en lo interior casi todos los ramos, contruyó caminos y erigió varios establecimientos de pública utilidad. Fuera de España, si bien empujado en la guerra impolítica y ruinosa de la independencia de los Estados Unidos, empujada, según parece, mal de su grado, mostró á la faz de Europa impenables y respetables fuerzas, y supo sostener entre las demás la dignidad de la nación. Censurósele, y con justa causa, el haber introducido una policía suspicaz y perturbadora, como también sobrada afición á persecuciones, echonestando con la razón de estado tropolías, hijas las más veces del deseo de satisfacer agravios personales. Quizá los obstáculos que la ignorancia oponía á medidas saludables irritaban su ánimo, poco sufrido; ninguna de ellas fué más tachada que la junta llamada de Estado, y por la que los ministros debían de común acuerdo resolver las providencias generales y otras determinadas materias. Atribuyósele á priori de querer entrometarse en todo y decidir con prepotencia. Sin embargo, la medida en sí, y los motivos en que la fundó, no sólo le justificaban, sino que también por ella sola se le podría haber calificado de práctico y entendido estadista. Después del fallecimiento de Carlos III continuó en su ministerio hasta el año de 1792. Arrebatado entonces con la revolución francesa, y aguiado por tantas satirias contra su persona, propendió unmas á la arbitrariedad, á que ya era tan inclinado. Pero ni esta ni el conocimiento que tenía de la corte y sus manejos, le valieron para no ser prontamente arrebatado por D. Manuel Godoy, aquel coloso de la privanza regia, cuyo engrandecimiento, aunque disimulaba, veía Floridablanca con recelo y aversión. Desgraciado en 1792, y encerrado en la ciudadela

de Pamplona, consiguió al cabo que se le dejase vivir tranquilo y retirado en la ciudad de Murcia. Allí estaba en el Mayo de la insurrección, y notablemente respondió al llamamiento que se le hizo, siendo falsas las protestas que la malignidad inventó en su nombre. Afecto en su ministerio á ensanchar más y más los límites de la potestad real, rompiendo cuantas barreras quisieran oponérsele, había crecido con la edad el amor á semejantes máximas, y quiso, como individuo de la Central, que sirviese de norte al nuevo gobierno, sin reparar en las mudanzas ocasionadas por el tiempo y en las que reclamaban escabrosas circunstancias.

Atento á ellas, y formado en muy diversa escuela, seguía en su conducta la vareda opuesta D. Gaspar Melchor de Jovellanos, concordando sus opiniones con las más modernas y acreditadas. Desde muy mozo había sido nombrado magistrado de la audiencia de Sevilla; ascendiendo, después á alcalde de casa y corte y á consejero de Órdenes, desempeñó estos cargos y otros no ménos importantes con integridad, celo y atinada ilustración. Elevado en 1797 al ministerio de Gracia y Justicia, y no pudiendo su inflexible honradez acomodarse á la corrompida corte de María Luisa, recibió bien pronto su exoneración. Motivóla con particularidad el haber procurado alejar de todo favor é influjo á don Manuel Godoy, con quien no se avenía ningún plan bien concertado de pública felicidad. Quiso al intento aprovecharse de una coyuntura en que la Reina se creía desairada y ofendida. Mas la ciega pasión de ésta, despertada de nuevo con el artificioso y reiterado obsequio de su favorito, no sólo preservó al último de fatal desgracia, sino que causó la del Ministro y sus amigos. Desterrado primero á Gijón, pueblo de su naturaleza, confinado después en la cartuja de Mallorca, y al fin, atropelladamente y con crueldad, encerrado en el castillo de Bellver de la misma isla, sobrellevó tan horrores y atroz persecución con la serenidad y firmeza del justo. Libertóse de su larga cautividad el levantamiento de Aranjuez, y ya hemos visto cuán dignamente, al salir de ella, desechó las propuestas del gobierno intruso, por cuyo noble porte y sublime y reconocido mérito le eligió Asturias para que fuese en la Central uno de sus dos representantes. Escritor sobresaliente, y sobre todo armonioso y elocuentísimo, dió á luz, como literato y como publicista, obras selectas, siendo en España las que escribió en prosa de las mejores, si no las primeras, de su tiempo. Protector ilustrado de las ciencias y de las letras, fomentó con esmero la educación de la juventud, y echó en su Instituto Asturiano, de que fué fundador, los cimientos de una buena y arreglada enseñanza. En su persona y en el trato privado ofrecía la imagen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo xvi, unida al saber y exquisito gusto del nuestro. Añadábale afición á la nobleza y sus distinciones: pero, sobre no ser extraño en un hombre de su edad y mundo en aquella clase, justo es decir que no procedía de vano orgullo ni de pueril apago al blason de su casa, sino de la persuasión en que estaba de ser útil y muy necesario en una monarquía moderada el establecimiento de un poder intermedio entre el Monarca y el pueblo. Así estuvo siempre por la opinión de una representación nacional, dividida en dos cámaras. Servía de condición, pero demasiado tenaz en sus propósitos, á duras penas se le desvirtuaba de lo una vez resuelto, al paso que de ánimo candoroso y recto solía ser sorprendi-

do y engañado, defecto propio del varón excelente, que (como decía Cicerón (2), su autor predilecto) «dificilissimamente uno en sospecha de la perversidad de los otros.» Tal fué Jovellanos, cuya nominación resplandecerá y aún descollará entre las de los hombres más célebres que han honrado á España.

Fija de antemano la atención nacional en los dos respetables varones de que acabamos de hablar, siguieron los individuos de la Central el impulso de la opinión, arrimándose los más á uno ó á otro de dichos dos vocales. Pero, como éstos entre sí disentan, dividieronse los pareceres, prevaleciendo en un principio y por lo general el de Floridablanca. Con su muerte y las desgracias, no dejó más adelante de triunfar á veces el de Jovellanos, ayudado de D. Martín de Garay, cuyas luces naturales, fácil despacho y práctica de negocios le dieron mucho poder é influjo en las deliberaciones de la Junta.

Pero á uno y otro partido de los dos, si así pueden llamarse, en que se dividió la Central, faltábale actividad y presteza en las resoluciones. Floridablanca, anciano y doliente; Jovellanos, entrado también en años y con males; avezados ambos á la regularidad y pausa de nuestro gobierno, no podían sobreponerse á la costumbre y á los hábitos en que se habían criado y envejecido. Su autoridad llevaba en pos de sí á los demás centrales, hombres en su mayor a de probidad, pero escasos de sobresalientes ó notables prendas. Dos ó tres más arrojados ó atrevidos, entre los que sonaba D. Lorenzo Calvo de Rozas, acreditado en el sitio de Zaragoza, querían en vano sacar á la Junta de su sesgado paso. No era dado á su corto número ni á su anterior y casi desconocido nombre vencer los obstáculos que se oponían á sus miras.

Así fué que en los primeros meses, siguiendo la Central en materias políticas el dictamen de Floridablanca, y no asistiéndole ni á él ni á Jovellanos para las militares y económicas el vigor y pronta diligencia que la apretada situación de España exigía, con lastima se vió que el gobierno, obrando con lentitud y tibieza en la defensa de la patria, y ocupándose en pomposos, recejaba en lo civil y gubernativo á tiempos añejos y de aciaga recordación.

Mas ántes, y al saber en las provincias su instalación, fue celebrada ésta con general aplauso y desoladas las quejas en que prorumpieron algunas juntas, señaladamente las de Sevilla y Valencia; las onales, pesadas de ir á menos en su poder, habían intentado convertir los diputados de la Central en meros agentes sometidos á su voluntad y capricho, dándoles facultades coartadas. Pasóse, pues, por encima de las instrucciones que aquéllas habían dado, arreglándose á lo que prevenían los poderes de otras juntas, y según los que se creaba una verdadera autoridad soberana é independiente, y no un cuerpo subalterno y encañonado. Y si en ello pudo haber algún desvío de legitimidad, el bien y unión del reino reclamaban que se tomase aquel rumbo, si no se quería que cada provincia prosiguiese gobernándose separadamente y á su antojo.

Tampoco faltaron, como era de temer, desavenencias con el Consejo Real. En 26 de Setiembre lo había dado cuenta la Junta Central de su instalación, previniéndole que, prestado que hubiesen sus individuos el juramento debido, expidiese las cédulas, órdenes y provisiones competentes para que obedeciesen y se sujetasen á la nueva autoridad to-

das las de la monarquía. Por aquel paso, desaprobado de muchos, persuadido tal vez el Consejo de que la Junta había menester su apoyo para ser reconocida en el reino, cobró aliento, y después de dilatar una contestación clara y formal, al cabo envió el 30, con el juramento pedido, una exposición de sus fiscales, en la que éstos se oponían á que se prestase dicho juramento, reclamando el uso y costumbres antiguas. Aunque el Consejo no había seguido el parecer fiscal, le remitió, no obstante, á la Junta, acompañado de sus propias meditaciones, dirigidas principalmente á que se adoptasen las tres siguientes medidas: 1.^a Reducir el número de vocales de la Central, por ser el actual contrario á la ley 3.^a partida 2.^a, título xv, en que, habiéndose de las minoridades en los casos en que el rey difunto no hubiese nombrado tutores, dice: «que los guardadores deben ser uno ó tres ó cinco, é non mas.» 2.^a La extinción de las juntas provinciales. Y 3.^a La convocación de Cortes, conforme al decreto dado por Fernando VII en Bayona.

Justas, como á primera vista parecían estas peticiones, no sólo no eran por entónces hacederas, sino que procediendo de un cuerpo tan desopinado como lo estaba el Consejo, uchacaronse á odio y desquite contra las autoridades populares nacidas de la insurrección. Sobre los generales y conocidas motivos, otros particulares al caso contribuyeron á dar mayor valor á semejante interpretación; pues en cuanto al primer punto, el Consejo, que ahora juzgaba ser harto numerosa la Junta Central, había en Agosto provocado á los presidentes de las de provincia para que (3), «no siendo posible adoptar de pronto, en circunstancias tan extraordinarias, los medios que designaban las leyes y las costumbres nacionales... diputasen personas de su mayor confianza, que reuniéndose á las nombradas por las juntas establecidas en las demás provincias y al Consejo, pudiesen conferenciar... de manera que, partiendo todas las providencias y disposiciones de este centro común, fuese tan expedito como conveniente el efecto.» Por lo cual, si se hubiera condescendido con la voluntad del Consejo, lejos de ser menor en número los individuos de la Central, se hubiera ésta engrosado con todos los magistrados de aquel cuerpo. Además la citada ley de partida, en que estribaba la opinión para reducir los centrales y la formación de regencia, puede decirse que nunca fué cumplida, empezando por la misma minoridad de D. Fernando IV, el Enplazado, nieto del legislador que promulgó la ley, y acabando en la de Carlos II de Austria. La otra petición del Consejo, de suprimir las juntas provinciales, pareció sobradamente desacordada. Perjudicial la conservación de estas en tiempos pacíficos y serenos, no era todavía ocasión de abolirlas permaneciendo el enemigo dentro del reino, y sólo sí de deslindar sus facultades y limitarlas. Tampoco agradó, aunque en apariencia lisonjera, la 3.^a petición de convocar la representación nacional. Dudabase de la buena fe con que se hacía la propuesta; habiéndose constantemente mostrado el Consejo hosco y espantado á solo el nombre de Cortes, sin contar con que se requería más espacio para convenir en el modo de su llamamiento, conforme á las mudanzas acaecidas en la monarquía. Las insinuaciones del Consejo se llevaron, pues, tan á mal, que intimidado, no insistió por entónces en su empeño.

Coincidía, sin embargo, hasta cierto punto con

(2) *Veni ut quique est, sit optimus, res áfflictióne esse nullo impio-
bus expectat.* Cic., ad Quintum Fratrem, lib. I, epist. I.

(3) Véase el *Manifiesto de los procedimientos del Consejo Real*.

su dictamen el de algunos individuos de la Central, y de los más ilustrados, entre ellos el de Jovellanos. Desde el día de la instalación, y reuniéndose á puerta cerrada mañana y noche, fué uno de los primeros acuerdos de la Junta nombrar una comisión de cinco vocales que hiciese su reglamento interior. En ella convocó Jovellanos, como medida previa, tratar de la institución y forma del nuevo gobierno. No asintiendo los otros á su parecer, lo reprobó el 7 de Octubre en el seno de la misma Junta, pidiendo que se anunciase inmediatamente á la nación que sería reunida en Cortes luego que el enemigo hubiese abandonado nuestro territorio, y si esto no se verificase ántes, para el Octubre de 1810; que desde luego se formase una regencia interior en el día 1.º del año inmediato de 1809; que instalada la Regencia, quedasen existentes la Junta Central y las provinciales; pero reduciendo el número de vocales en aquella á la mitad, en éstas á cuatro, y unas y otras sin mando ni autoridad, y sólo en calidad de auxiliares del Gobierno. Este dictamen, aunque justamente apreciado, no fué admitido, suspendiéndose para más adelante su resolución. Creían unos que era más urgente ocuparse en medidas de guerra que en las políticas y de gobierno, y á otros pesaba bajar del puesto á que se veían elevados. Era también dificultoso agradar á las provincias en la elección de regencia: esta solamente había de constar de tres ó cinco individuos, y no siendo, por tanto, dado á todas ellas tener en su seno un representante, hubieran nacido de su formación quejas y desabrimientos. Además el gobierno electivo y limitado de la Regencia, sin el apoyo de otro cuerpo más numeroso y que deliberase en público, como el de las Cortes, no hubiera probablemente podido resistir á los embates de la opinión, tan varia y suspicaz en medio de agitacion y revueltas. Y la convocacion de aquéllas, según hemos insinuado, pedía más desahogo y previa meditacion: por cuyas causas, y la premura de los tiempos, continuó la Junta Central en todo el goce y poderio de la autoridad soberana.

En su virtud, y para el mejor y más pronto despacho de los negocios, arregló su forma interior, y se dividió en otras tantas secciones cuantos ministerios había en España, á saber: Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Marina y Hacienda, resolviendo en sesiones plenas las providencias que aquéllas presentaban. Y para reducir su accion á unidad, se creó una secretaría general, á cuya cabeza se puso al celebre literato y buen patriota D. Manuel Quintana; elección que á veces sirvió al crédito de la Central, para valiéndose de su pluma para proclamar y manifestar, media la modestia por la dignidad del lenguaje las ideas y providencias del gobierno.

Desgraciadamente éstas no correspondieron á aquel durante los primeros meses. Por de pronto, y ántes de todo, compungió los centrales en honores y consideraciones. Al Presidente se le dió el tratamiento de altísimo; á los demás vocales el de excelencia, reservándose el de majestad á la Junta en cuerpo. Aformaron sus puestos con una plaza de representación ámbos métodos, se señalaren el sueldo de 120.000 reales, é inmutaron, por consiguiente, en los mismos deslucos que las juntas de provincia, aun en ya graves las circunstancias.

No desistieron otros decretos de estos primeros y desacertados. Mandóse suspender la venta de manumortas, y aun se pensó en anular los contratos de las hechas anteriormente. Permitióse á los ex-jemi-

tas volver á España en calidad de particulares. Restableciéronse las antiguas trabas de la imprenta, y se nombró inquisidor general; y afligiendo y contristando así á los hombres ilustrados, la Junta ni contentó ni halagó al clero, sobradamente avisado para conocer lo inoportuno de semejantes providencias.

Por otra parte, tampoco callaba las habillitas y disgusto que aquéllas promovían, con las que tomaba en lo económico y militar. Verdad es que si algun tanto dependía su inaccion de las vanas ocupaciones en que se entretenía, gran parte tuvo también en ella el estado lastimoso de la nación, la cual, habiendo hecho un extraordinario esfuerzo, ya así exhausta al levantarse en Mayo, acabó de agotar sus recursos para hacer rostro á las urgentes necesidades del momento. Y la administración pública, de antemano desordenada, desquiciándose del todo con el gran sacudimiento, yacía por tierra. Reconstruirla era obra más larga y no propia de un gobierno como la central, cuya forma, si bien imposible ó difícil de mejorarse entónces, no por eso dejaba de ser viciósima y monstruosa; puesto que cuerpo sobradamente numeroso como potestad ejecutiva, resolvía lentamente por lo detenido y embarazoso de sus deliberaciones; y escaso de vocales para ejercer la legislativa, ni podían ilustrarse suficientemente las materias, ni buscar luces ni arriño en la opinion, teniendo que ser secretas sus discusiones, por la índole de su institución misma.

Trató, no obstante, la Central, aunque perezosamente, de bienquistarse con la nación, circulando en 10 de Noviembre un manifiesto que llevaba la fecha de 26 de Octubre, y en el que con inacertada se trazaba el cuadro del estado de cosas, y la conducta que la Junta seguiría en su gobierno. No solamente mencionaba en su contenido los remedios pronto y vigorosos que era necesario adoptar, no sólo trataba de mantener para la defensa de la patria 500.000 infantes y 50.000 caballos, sino que también daba esperanza de que se mejorarían para lo venidero nuestras instituciones. Si este papel se hubiera esparcido con anticipacion, y sobre todo si los hechos se hubieran conformado con las palabras, asombrase y fundado hubiera sido el concepto de la Junta Central. Mas había corrido el mes de Octubre, entrado Noviembre, comenzado las desgracias, y no por eso se veía que los ejércitos se proveyesen y aumentasen.

Estos habían sido divididos, por decreto suyo, en cuatro grandes y diversos cuerpos. 1.º Ejército de la izquierda, que debía constar del de Galicia, Asturias, tropas venidas de Dinamarca, y de la gente que se pudiera allegar de las montañas de Santander y pais que rodeasen. 2.º Ejército de Cataluña, compuesto de tropas y gente de aquel principado, de las divisiones desembarcadas de Portugal y Mallorca, y de las que envían Granada, Aragon y Valencia. 3.º Ejército del centro, que debía comprender las cuatro divisiones de Andalucía y las de Castilla y Extremadura, con las de Valencia y Murcia, que habían entrado en Madrid con el general Dávila. También había esperanza de que obrasen por aquel lado los ingleses, en caso de que se determinasen á avanzar hacia la frontera de Francia. 4.º Ejército de reserva, compuesto de las tropas de Aragon y de las que durante el sitio de Zaragoza se les habían agregado de Valencia y otras partes. Nombróse también una junta general de Guerra, y presidente de ella al general Castanos, aunque por entónces debía seguir al ejército. Mas estas provi-

dencias no tuvieron entero y cumplido efecto, impidiéndolo en parte otras disposiciones, y los contratiempos y desastres que sobrevinieron, en cuya relacion vamos á entrar.

Ya antes de la instalacion de la Central y en el consejo militar celebrado en Madrid en 5 de Setiembre, de que hicimos mencion, se habia acordado que, al paso que el general Llamas con las tropas de Valencia y Murcia marchase á Calahorra, y Castaños con las de Andalucía á Soria, se armaran Cuesta y las de Castilla al Burgo de Osma, y Palafox con las suyas á Sangüesa y orillas del rio Aragon; recomendando, ademas, á Galluzo, que mandaba las de Extremadura, el ir á unirse con las que se encaminhaban al Ebro. Blake, por su lado, debia avanzar con los gallegos y asturianos hácia Burgos y provincias Vascas. Descabellado como era el plan, desparramando sin orden en varios puntos y en una linea extendida, escasas, mal disciplinadas y peor provistas tropas, se procedió despacio en su ejecucion, no habiéndose nunca del todo realizado. Nuevas disputas y pasiones contribuyeron á ello, y principalmente lo mal entendido y combinado del mismo plan, falta de recursos, desorden en la distribucion, y aquella lentitud característica, al parecer, de la nacion española, y de la que, segun el gran Bacon, habia ya en su tiempo nacido el proverbio (4): *«Me venga la muerte de España, porque vendria tarde.»*

Con todo, el ejército de Galicia, despues de la rota de Riosoco, habiéndose algun tanto organizado en Manzanal y Astorga, emprendió su marcha á las órdenes de su general D. Joaquin Blake en los últimos dias de Agosto, y dividido en tres columnas, se dirigió por la falda meridional de la cordillera que separa á Leon y á Burgos de Asturias y Santander. Al promediar el mes se hallaban las tres columnas en Villarcayo, punto que se tuvo por acomodado y central para posteriores operaciones. Ascendia su numero á 22,728 infantes y 400 caballos, distribuidos en cuatro divisiones. La cuarta, al mando del Marqués de Portago, se movió la vuelta de Bilbao, para asegurar la comunicacion con aquella costa, y esperando sorprender á los franceses. Mas avisados estos por los tiros indiscretos de una avanzada española, pudieron con corta pérdida retirarse y desocupar la villa. No la guardaron mucho tiempo nuestras tropas, porque revolviendo sobre ellas con refuerzo el mariscal Ney, recién llegado de Francia, obligó á Portago á recogerse por Balmañeda sobre el Nava. Insistió dias despues el general Blake en recuperar á Bilbao, y acudiendo en persona con superiores fuerzas, necesario le fué al general francés Morlin evacuar de nuevo dicha villa en la noche del 11 de Octubre.

En el mismo dia, y ocupando á Quineoces, orilla izquierda del Ebro, se incorporaron al ejército de Galicia las tropas de Asturias, capitaneadas por don Vicente Maria de Acevedo. Habia éste sucedido en el mando, desde 28 de Junio, al Marqués de Santa Cruz de Marcenado, á cuyo patriotismo é instruccion no acompañaban las raras prendas que pide la formacion de un ejército nuevo y allegadizo. El Acevedo, militar antiguo, firme y severo, y adornado de luces naturales y adquiridas, habia conseguido disciplinar bastantemente 8,000 hombres, con los que resolvió salir á campaña. Iban en dos trozos,

uno lo regia D. Cayetano Valdés, otro D. Gregorio Quirós. Jefe de escuadra el primero, la vimos en Mahon mandando, á principios de año, la fuerza naval surta en aquel puerto, y ya ántes la nacion lo habia distinguido y colocado entre sus mejores y mas arrojados marinos. Al ruido del alzamiento de Asturias habia acudido á esta provincia, cuna de su familia. El segundo, natural de ella y oficial de guardias españolas, era justamente tenido por hombre activo, inteligente y bizarro. Unidas, pues, las tropas de Asturias y Galicia, concertaron sus movimientos, y el 25 de Octubre se situó el general Blake con parte de ellas entre Zornoza y Durango.

Al propio tiempo D. Gregorio de la Cuesta, antes que en cumplir lo acordado en 5 de Setiembre en Madrid, pensó en satisfacer sus venganzas. Reflexionó cómo de vuelta de la capital habia detenido y preso en el alcázar de Segovia á los diputados de Leon D. Antonio Valdés y Vizconde de Quintanilla. Adelante con su propósito, queria juzgarlos como rebeldes á su autoridad en consejo militar, escogiéndole para fiscal de la causa al Conde de Cartaojal. Dispuso tambien que la ciudad de Valladolid nombrase en su lugar otros dos vocales por Castilla con lo que hubieron de aumentarse los choques y la confusion. Felizmente no halló Cuesta abrigo en la opinion, y desaprobando la Central su conducta, le mandó comparecer en Aranjuez, y previno á Cartaojal que soltase los presos. Obedecieron ambos, y puesto el ejército de Castilla bajo las órdenes de su segundo jefe D. Francisco Equin, se acercó á Logroño, en donde definitivamente le sucedió y tomó el mando D. Juan Pignatelli. Mas estas mudanzas y trasiego de jefes menguó y desconcertó la tropa castellana, llena, sí, de entusiasmo y ardor, pero boba y poco arreglada. Su número no pasaba de 8,000 hombres, con pocos caballos.

Por su parte, y deseoso de poner en práctica el plan resuelto, partió de Madrid el primero de todos, y en Setiembre, D. Pedro Gonzalez de Llamas. Mandaba á los valencianos y murcianos con que habia entrado en la capital, y salió de ella con unos 4,500 hombres, infantes y jinetes. Enderezó su marcha á Alfaro, orilla derecha de Ebro, y situó en primeros de Octubre su cuartel general en Tudela. Siguiéronle de cerca la segunda y cuarta division de Andalucía, regidas ambas por el general D. Manuel de La Peña, y cuya fuerza ascendia á 10,000 hombres. Castaños permaneció en Madrid, y no faltaba quien motejase su tardanza, en la que tuvieron principal parte manejos y tramas del Consejo, y celos, piques y desavenencias de la Junta de Sevilla.

Dijeron algunos que tambien se detenía, esperando en que la Central le nombraria generalísimo, en remuneracion de lo que habia trabajado por instalarla. Apoyaban la conveniencia de semejante medida sir Carlos Stuart, que de Galicia habia venido á Madrid y Aranjuez, y lord William Bentinck, enviado desde Portugal por el general Dalrymple para concertarse con Castaños acerca de las operaciones militares. El pensamiento era, sin duda, útil para la union y conformidad en la direccion de los ejércitos; pero á su cumplimiento se oponian las rivalidades de otros generales, las que romaban dentro de la misma Junta Central, y el temor de que no tuviese Castaños la actividad y firmeza que aquellos tiempos requerian.

Salió este, al fin, de Madrid el 8 de Octubre, y el 17 llegó á Tudela. Convidado por Palafox, pasó á Zaragoza, y allí acordaron el 20, como continuacion de lo ántes resuelto, que el ejército del centro, con

(4) El Pícaro castellano así dice: Me venga la muerte de España, porque vendria tarde. Véase nota muy de Risorgimento. Para ver concuerda con el texto, véase el CIRCULARIO, Sermones fideles — XXV De expediente apocata.)

el de Aragón, amenazase á Pamplona, poniéndose una división á espaldas de esta plaza al mismo tiempo que el de Blake, á quien se enviaría aviso marchase por la costa á cortar la comunicación con Francia.

Al último le dejamos entre Zornoza y Durango; los dos primeros, y sea una bien la parte de ellos que se habian acercado al Ebro, estaba por entonces así distribuida. A Logroño le ocupaban los 8.000 castellanos al mando de su general D. Juan de Pignatelli; á Lodosa D. Pedro Grimarest, con la segunda división de Andalucía, estando la cuarta, á las órdenes de D. Manuel de la Peña, en Calahorra, y siendo ambas de 10.000 hombres, según queda dicho. Los 4.500 valencianos y murcianos permanecían situados en Tudela, y á su frente D. Pedro Roca, sucesor de Llamas, encargado de otro puesto cerca del Gobierno supremo. Del ejército de Aragón había en Sangüesa 8.000 hombres, que regía D. Juan O'Neill, enviado de Valencia con un corto refuerzo, y á su retaguardia en Fago otros 5.000, al mando de D. Felipe Saint-Marc. Con tantas fuerzas, y en línea tan dilatada, juzgaron los prudentes y entendidos ser desacertado el plan convenido en Zaragoza para tomar la ofensiva; puesto que el total de soldados españoles, avanzados á mediados de Octubre hasta Vizecaya y orillas de Ebro, no llegaba á 50.000 hombres, teniendo Blake 30.000 asturianos y gallegos (los de Romana todavía no estaban incorporados), y Castaños unos 36.000, entre castellanos, andaluces, valencianos, murcianos y aragoneses. Parecerá tanto más arreglado á la razón aquel dictamen, si volviendo la vista al enemigo, examinamos su estado, su número, su posición.

José Bonaparte, después de haber salido de Madrid, había permanecido en los linderos de la provincia de Burgos ó en Vitoria. Allí se entretuvo en dar algunos decretos, en trazar marchas y expediciones, que no tuvieron cumplido efecto, y en crear una orden militar. Sus ministros, apremiados por las circunstancias, presentaron un escrito, en el que (5) exponiendo que el interés de España exigía no confundir su buena armonía y amistad para con la Francia, con su cooperación á los fines y planes de mayor extensión en que se hallaba empeñado el jefe de ella...s, indicaban que... convenia poder anunciar á la nación que, aunque gobernada por el hermano del Emperador, conforme á los tratados de Bayona, fuese libre de ajustar una paz separada con la Inglaterra... que esto calmaria las fundadas zozobras sobre las posesiones de América...s, etc., etc. El escrito se creyó digno de ser presentado á Napoleón, y para llevarle y apoyarle de palabra, fueron en persona á París los ministros Azanza y Urquijo. Por loables que fuesen las intenciones de los que escribieron la exposición, no se hace creíble dieron aquel paso con probabilidad de buen éxito, conociendo á Napoleón y su política, ó si tal pensaron, forzoso es decir que andaban harto desalbrados. Mas el Emperador de los franceses no pasó inerte en los discursos de los ministros españoles de José, y sólo se ocupó en mejorar y reforzar su ejército.

Esté en los primeros tiempos de su retirada, había caído en gran desamino, y los mas de sus soldados, excepto los del mariscal Bessieres, iban al Ebro casi sin orden ni formación. Perseguidos entonces é inquietados, fuertemente hubieron solo del todo desranchados y dispersos, ó por lo menos no se hubie-

ran detenido hasta pisar tierra de Francia; pero los españoles, descansando sobre los laureles adquiridos, flojos, oscuros tambien de recursos, les dieron espacio para repararse. Así fué que los franceses, ya más serenos y engrosados con gente de refresco, se distribuyeron en tres grandes cuerpos: el del centro, mandado por el mariscal Ney, que ya dijimos acababa de llegar de Francia, y los de la izquierda y derecha, gobernados cada uno por los mariscales Moncey y Bessieres. Habían, además, una reserva compuesta en parte de soldados de la guardia imperial, y en donde estaba José con el mariscal Jourdan, su mayor general, enviado de París últimamente para desempeñar aquel cargo. De suerte que todos juntos componían una masa compacta de más de 50.000 combatientes, entre ellos 11.000 de caballería, con la particular ventaja de estar concentrados y prontos á acudir por el radio á cualquier punto que fuese acometido, cuando los nuestros, para darar la mano, tenían que recurrir la extendida y prolongada curva que formaban en torno de los enemigos, quienes, sin contar con los de Cataluña y guarniciones de Pamplona y San Sebastián, estaban tambien respaldados por fuerzas que mandaba en Bayona el general Fournet, y con la confianza de recibir de su propio país por la inmediación todo género de prontos y eficientes auxilios.

A pesar de eso y de aumentar sus filas cada día con nuevas tropas, manteníanse los franceses quietos y sobre la defensiva, á tiempo que los españoles trataron de ejecutar el plan adoptado en Zaragoza. Era el 27 de Octubre el señalado para dar comienzo á la empresa; mas días ántes ya habían los nuestros, con su impaciencia, moviéndose por su frente. Los castellanos, desde Logroño, sentados á la margen derecha del Ebro, cruzando á la opuesta, se habían adelantado á Viana, y Grimarest extendiéndose desde Lodosa á Lerín. Los aragoneses, por el lado de Sangüesa, tambien avanzaron, acompañados de muchos paisanos. Y tan grande fué el número de estos, que Moncey, sobresaltado, dió cuenta á José, quien destacó del cuerpo de Bessieres dos divisiones para reforzar las tropas que estaban por la parte de Aragón y Navarra.

El 20 de Octubre mandó el general Grimarest á D. Juan de la Cruz Mourgeon ocupar á Lerín con los tiradores de Cádiz, una compañía de voluntarios catalanes y unos cuantos caballos. Para apoyarlo quedaron en Cárcer y Sesma otros destacamentos. Cruz tenía orden de retirarse si le atacaban superiores fuerzas, y habiendo expuesto lo difícil de ejecutar dicha orden, caso de que el enemigo se posesionase con su caballería de un llano que se extendía de Lerín camino de Lodosa, le ofreció Grimarest sostenerle con oportuno socorro.

Cruz, en cumplimiento de lo que se le mandaba, fortificó, según pudo, el convento de capuchinos y el palacio, cuyo edificio había de ser su último refugio. No tardó en saber que iba á ser atacado, y do ello dió aviso el 25 al general Grimarest. En efecto, en la madrugada del 26 le acometieron los enemigos, valerosamente rechazados por sus tropas. Con más gente insistieron aquellos en su propósito á las nueve de la mañana, y los nuestros, replégándose al palacio, no dieron oídos á la intimación que de rendirse se les hizo. Renovaron varias veces los franceses sus embestidas con 6.000 infantes, con artillería y 700 u 800 caballos, y los de Cruz, que no excedían de 1.000, continuaron en repelerlos hasta entrada la noche, con la esperanza de que Grimarest, según lo prometido, vendría en su au-

(5) Véase la Memoria escrita por los Sres. Azanza y Urquijo.

xilio. Los destacamentos de Carcar y Sesma, aunque lo intentaron, no pudieron, por su corta fuerza, dar ayuda. Amaneció el día siguiente, y sin municiones ni noticia de Grinarest, se vió forzado Cruz á capitular con el enemigo, quien, celebrando su valor y el de su gente, le concedió salir del palacio con todos los honores de la guerra, debiendo después ser canjeados por otros prisioneros. Brillante acción fue la de Lerin, aunque desgraciada, siendo los tiradores de Cadiz soldados nuevos, no familiarizados con los rigores de la guerra. Censuróse al Grinarest haber avanzado hasta Lerin aquellas tropas, para abandonarlas después á su aciaga suerte, pues en vez de correr en su auxilio, con pretexto de una orden de La Peña, evacuó a Lodosa, y repasando el Ebro, se situó en la Torre de Sartaguda.

O'Neil, más dichoso en aquellos días, obligó al enemigo á retirarse de Nardues á Monreal; corta compensación de la anterior pérdida y de la que se experimentó en Logroño. El mariscal Ney había atacado y repellido el 24 los puestos avanzados de las tropas de Castilla, colocándose el 25 en alturas que hacen frente á aquella ciudad del otro lado del Ebro. El general Castaños, que entonces se encontraba allí, mandó á Pignatelli que sostuviese el punto, á no ser que los enemigos, cruzando el río, se adelantasen por la derecha, en cuyo caso se situaría en la sierra de Cameros, sobre Nalda. Ordenó también que el batallón ligero de Campomayor fuese á reforzarle y desalojar al enemigo de las alturas ocupadas. Inútiles prevenciones. Castaños volvió á Calahorra, y Pignatelli evacuó el 27 á Logroño con tal precipitación y desorden, que no parando hasta Cintruénigo, dejó al pié de la sierra de Nalda sus cañones, y los soldados desparramados, que durante veinticuatro horas le siguieron unos en pos de otros. El pavor que se había apoderado de sus ánimos era tanto menos fundado, cuanto que 1.500 hombres, al mando del Conde de Cartaojal, volviendo á Nalda, recobraron los cañones en el sitio en que quedaron abandonados, y adonde no había penetrado el enemigo.

El general Castaños, justamente irritado contra Pignatelli, le quitó el mando, é incorporando la colecticia gente de Castilla en sus otras divisiones, hizo algunas leves mudanzas en su ejército. Por de pronto formó una vanguardia de 4.000 hombres de infantería y caballería, regida por el Conde de Cartaojal, la cual había de maniobrar por las faldas de la sierra de Cameros, desde el frente de Logroño hasta el de Lodosa, y dió el nombre de quinta division á los 4.500 valencianos y murcianos repartidos entre Alfoz y Tudela, al mando de D. Pedro Roca. Reconvenció la demás fuerza en Calahorra y sus alrededores, y cacarmentado con lo ocurrido, se resolvió, antes de emprender cosa alguna, á aguardar las demás tropas que debían agregarse al ejército del centro, y respuesta del general Blake al plan comunicado.

Napoleón, en tanto, se preparaba á destruir en su raíz la nól le resistencia de un pueblo cuyo ejemplo era de temer coudicia á las naciones y reyes que gemian bajo su imperial dominacion. En un principio se había figurado que con las tropas que tenía en la Península podría comprimir los aislados y parciales esfuerzos de los españoles, y que su alzamiento, de corta duracion, pasaria silencioso en la historia del mundo. Desvanecida su ilusion con los triunfos de Bailén, la tenaz defensa de Zaragoza y las proezas de Cataluña y Valencia, pensó apagar con extraordinarios medios un fuego que tan gran-

de hoguera había encendido. Fué anuncio precursor de su propósito el publicar en 6 de Setiembre en *El Monitor*, y por primera vez, una relacion circunstanciada de las novedades de la Península, si bien pintadas y desfiguradas á su sabor.

Habia precedido en 4 del mismo mes á esta publicacion un mensaje del Emperador al Senado con tres exposiciones, de las que dos eran del ministro de Negocios extranjeros, M. de Champagny, y una del de la Guerra, M. Clarke. Las del primero llevaban fecha de 24 de Abril y 1.º de Setiembre. En la de Abril, despues de manifestar M. Champagny la necesidad de intervenir en los asuntos de España, asentaba que la revolucion francesa, habiendo roto el útil vínculo que ántes unia á ambas naciones, gobernadas por una sola estirpe, era político y justo atender á la seguridad del imperio francés, y libertar á España del influjo de Inglaterra; lo cual, añadía, no podria realizarse, ni reponiendo en el trono á Carlos IV, ni dejando en él á su hijo. En la exposicion de Setiembre hablábale ya de las renuncias de Bayona, de la Constitucion allí aprobada, y en fin, se revelaban los disturbios y alborotos de España, provocados, segun el Ministro, por el gobierno británico, que intentaba poner aquel país á su devocion y tratarle como si fuera provincia suya. Mas aseguraba que tamaña desgracia nunca se efectuaría, estando preparados para evitarla dos millares de hombres valerosos, que arrojarían á los ingleses del suelo peninsular.

Pronosticaban tan jactanciosas palabras demanda de nuevos sacrificios. Tocó especificarlos á la exposicion del Ministro de la Guerra. En ella, pues, se decia que habiendo resuelto S. M. I. juntar al otro lado de los Pirineos más de 200.000 hombres, era indispensable levantar 80.000 de la conscripcion de los años 1806, 7, 8 y 9, y ordenar que otros 80.000 de la del 10 estuviesen prontos para el Ebro inmediato. Al día siguiente de leídas estas exposiciones y el mensaje que las acompañaba, contestó el Senado aprobando y aplaudiendo lo hecho y las medidas propuestas, y asegurando también que la guerra con España era política, justa y necesaria. A tan mentido y abyecto lenguaje había descendido el cuerpo supremo de una nacion culta y poderosa.

Por anteriores órdenes habian ya empezado á venir del Norte de Europa muchas de las tropas francesas allí acantonadas. A su paso por París hizo tosa de varias de ellas el emperador Napoleón, pronunciando para anunciarlas una arenga enfática y ostentosa.

No satisfecho éste con las numerosas huestes que encaminaba á España, trató también de asegurar el buen éxito de la empresa, estrechando su amistad y buena armonía con el Emperador de Rusia. Sin determinar tiempo, se había en Tilsit convenido en que más adelante se avistarian ambos príncipes. Los acontecimientos de España, incertidumbres sobre la Alemania y aun dudas sobre la misma Rusia obligaron á Napoleón á pedir la celebracion de las proyectadas vistas. Accedió á su demanda el emperador Alejandro, quien y el de Francia, puestos ambos de acuerdo, llegaron á Erfurth, lugar señalado para la reunion, el 27 de Setiembre. Concurrieron allí varios soberanos de Alemania, siendo el de Austria representado por su embajador, y el de Prusia por su hermano, el príncipe Guillermo. Reinó entre todos la mayor alegría, satisfaccion y cordialidad, pasando los días y las noches en diversiones y fiestas, sin reparar que en medio de tantos regocijos, no sólo legítimos monarcas sancionaban la usurpacion

más escandalosa, y autorizaban una guerra que ya había hecho correr tantas lágrimas, sino que también, tachando de insurrección la justa defensa y de rebelión la lealtad, abrían ancho portillo por donde más adelante pudieran ser acometidos sus propios pueblos y atropellados sus derechos. Ni motivos tan poderosos ni tales temores detuvieron al emperador Alejandro. Contento con los obsequios de su aliado y algunas concesiones, reconoció por rey de España á José, y dejó á Napoleón en libertad de proceder en los asuntos de la Península según conviniese á sus miras.

Mas al propio tiempo, y para aparentar deseos de paz, cuando después de lo estipulado era imposible ajustarla, determinaron entablar acerca de tan grave asunto correspondencia con Inglaterra. Ambos emperadores escribieron en una y sola carta al rey Jorge III, y sus ministros respectivos pasaron notas con aviso de que plenipotenciarios rusos se enviarían á París para aguardar la respuesta de Inglaterra; los que, en unión con los de Francia, concurrirían al punto del continente que se señalase para tratar.

En contestacion, Mr. Canning escribió el 28 de Octubre dos cartas á los ministros de Rusia y Francia, acompañadas de una nota común á ambos. Al primero le decía que aunque S. M. B. deseaba dar respuesta directa al Emperador, su amo, el modo desusado con que éste había escrito le impedía considerar su carta como privada y personal, siendo, por tanto, imposible darle aquella señal de respeto sin reconocer títulos que nunca había reconocido el Rey de la Gran Bretaña. Que la proposicion de paz se comunicaría á Suecia y á España. Que era necesario estar seguro de que la Francia admitiría en los tratos al gobierno de la última nacion, y que tal sin duda debía ser el pensamiento del Emperador de Rusia, según el vivo interés que siempre había mostrado en favor del bienestar y dignidad de la monarquía española; lo cual bastaba para no dudar que S. M. I. nunca sería inducido á sancionar por su concurrencia á aprobacion usurpaciones fundadas en principios no ménos injustos que de peligroso ejemplo para todos los soberanos legítimos. En la carta al ministro de Francia se insistía en que entrasen como partes en la negociacion Suecia y España.

El mismo Mr. Canning respondió ampliamente en la nota que iba para dichos dos ministros, á la carta autógrafo de ambos emperadores. Sentábase en ella que los intereses de Portugal y Sicilia estaban confiados á la amistad y proteccion del Rey de la Gran Bretaña, el cual tambien estaba unido con Suecia, así para la paz como para la guerra; y que si bien con España no estaba ligado con ningún tratado formal, había, sin embargo, contraído con aquella nacion á la luz del mundo empeños tan obligatorios como los mas solemnemente tratados; y que por consiguiente el gobierno que allí mandaba á nombre de S. M. C. Fernando VII debería asimismo tomar parte en las negociaciones.

El ministro ruso replicó no haber dificultad en escrito á tratar con los soberanos aliados de Inglaterra, pero que de ningún modo se admitirían los plenipotenciarios de los insurgentes españoles (así los llamaba), puesto que José Bonaparte había sido ya reconocido por el Emperador, su amo, como rey de España. Menos atenta y más amenazadora fué la contestacion de M. de Champagny, ministro de Francia.

Terminó fin á la correspondencia con nuevas ofensas en 9 de Diciembre de Mr. Canning, concluyendo es-

ta con repetir al francés que S. M. B. estaba resuelto á no abandonar la causa de la nacion española y de la legítima monarquía de España; añadiendo que la pretension de la Francia de que se excluyese de la negociacion al gobierno central y supremo, que obraba en nombre de S. M. C. Fernando VII, era de naturaleza á no ser admitida por S. M. sin condescender con una usurpacion que no tenia igual en la historia del universo.

Contaba Napoleón tan poco con esta negociacion, que volviendo á París el 18 de Octubre, y abriendo el 25 el Cuerpo Legislativo, después de tocar en su discurso muy por encima el paso dado en favor de las paces, dijo: «Parto dentro de pocos dias para ponerme yo mismo al frente de mi ejército, coronar, con la ayuda de Dios, en Madrid al Rey de España, y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa.» Palabras incompatibles con ningún arreglo ni pacificacion, y tan conformes con lo que en su momento había resuelto, que, sin aguardar respuesta de Londres á la primera comunicacion, partió de París el 29 de Octubre, llegando á Bayona en 3 de Noviembre.

Empezaban ya entónces á tener cumplida ejecución las providencias que había acordado para sujetar y domar en poco tiempo la altiva España. Sus tropas acudían de todas partes á la frontera, y variando por decreto de Setiembre la forma que tenía el ejército de José, le incorporó al que iba á reforzarle, dividiendo su conjunto en ocho diversos cuerpos, á las órdenes de señalados caudillos, cuyos nombres y distribucion nos parece conveniente especificar.

- 1.º cuerpo. Mariscal Victor, duque de Bellune.
- 2.º cuerpo. Mariscal Bessières, duque de Istria.
- 3.º cuerpo. Mariscal Mincey, duque de Cambrilano.
- 4.º cuerpo. Mariscal Lefebvre, duque de Dantzik.
- 5.º cuerpo. Mariscal Mortier, duque de Treviso.
- 6.º cuerpo. Mariscal Ney, duque de Elchingen.
- 7.º cuerpo. El general Saint-Cyr.
- 8.º cuerpo. El general Junot, duque de Abrantes.

A veces, según iremos viendo, se substituyeron nuevos jefes en lugar de los nombrados. El total de hombres, sin contar enfermos y demas bajas, ascendía á 250,000 combatientes, pasando de 50,000 los caballos. De estos cuerpos, el 7.º estaba destinado á Cataluña, el 5.º y 8.º llegaron mas tarde. Los otros en su mayor parte aguardaban ya á su empujador para inundar, á manera de raudal arrebatado, las provincias españolas.

Napoleón cruzó el Bidassoa el 8 de Noviembre, acompañado de los mariscales Soult y Lannes, duques de Dalmacia y de Montebello. Llegó el mismo dia á Vitoria, donde estaba José y el cuartel general. Las tropas francesas habían conservado del lado de Navarra y Castilla casi las mismas posiciones que ocuparon después de las jornadas de Leon y Logroño. No así por el de Vizcaya, impetuoso el mariscal Lefebvre, sucesor del general Morla, de los movimientos del ejército de D. José en Blake, había pensado con el 4.º cuerpo arrollar á Zornoztea.

Firme el general español á todo el 25 de Octubre en conservar aquel sitio, celebró en 28 un consejo de guerra. Los más prudentes estaban por no llegar; hubo quien opinó por acometer sin dilacion al enemigo. Andaba indeciso el General en jefe, no pareciéndole acertado el último dictamen, y resuelto de abrazar el primero en una accion en que los pueblos tildaban de traidor al general que los de-ja-

ba con su retirada á merced del enemigo. Entre dudas llegó el 31 de Octubre, día en que el mariscal Lefebvre atacó á los españoles. La fuerza que éste tenía era de 26.000 hombres; la nuestra de 16.500. Había también contado Blake con que apoyaría su derecha la división de Martinengo, con algunos caballos mandados por el Marqués de Malespina, y una de Asturias, gobernada por D. Vicente María de Acevedo. Mas avanzadas ambas hasta Villarro y Dina, se vieron separadas del cuerpo principal del ejército por fragosas sierras y caminos intransitables. Grande inadvertencia ordenar un movimiento sin cabal noticia del terreno.

El mariscal Lefebvre, al amanecer del 31, empezó su embestida á favor de una densa niebla. Las vanguardias de ambos ejércitos estaban á un lado y otro de la hondonada que forma el monte de San Martín y la altura arbolada de Bernagoitia, por donde atraviesa el camino real. La vanguardia española, regida por el brigadier don Gabriel de Mendizábal, encañonaba la última posición de las nombradas, que fué acometida primeramente por la división del general Villatte. Apoyaron y siguieron á éste las divisiones de los generales Sebastiani y Laval, y empujada toda nuestra vanguardia, peleó largo rato esforzadamente. Causábale gran daño la artillería enemiga, sin que á sus fuegos pudiera responder, careciendo de igual arma. Rota al fin, se recogió al amparo de la 1.ª y 4.ª división, apostadas en el monte de San Miguel. La 1.ª, del mando de D. Genaro Figueras, oficial sabio y bizarro, repelió con su vivo y acertado fuego al enemigo, impidiéndole apoderarse de un montón que ocupaba en dicho monte; pero la 4.ª, falta de cañones, como lo demuestran el ejército, fué arrollada, habiendo el enemigo avanzado su artillería por el camino real, y sosteniéndola con infantería y caballería. Entonces Blake, conociendo su desventaja, determinó retirarse, para lo que, poniéndose á la cabeza de los granaderos provinciales, y siguiéndole la reserva, mandada por D. Nicolas Mahy, contuvo al enemigo y dió lugar á que todas las fuerzas, reuniéndose en las faldas del monte de Santa Cruz de Bizcargui, emprendiesen la retirada. La 3.ª división, al mando de D. Francisco Riquelme, estuvo alejada de las otras y en la orilla opuesta del río, en donde, sosteniendo un choque del enemigo, se replegó separadamente, no siendo dado unirse al grueso del ejército. Los franceses, atentos á la aspereza de la tierra y á que los nuestros se retiraban en bastante buen orden, dejaron de perseguirlos de cerca y molestarlos. La pérdida fué corta de ambas partes; quizá la victoria hubiera sido más dudosa si el general español no se hubiera de autemano despojado de la artillería, enviándola camino de Bilbao. Ha habido quien le disculpe con el propósito que tenía de retirarse, pero ciertamente fue descuido quedarse del todo desprovisto de tan necesaria ayuda enfrente de un enemigo activo y emprendedor. Blake continuó por la noche su marcha, y sin detenerse en Bilbao más que para aceptar algunas vituallas, uniéndose después con Riquelme, tomaron juntos la vuelta de Balmaseda. El mariscal Lefebvre los siguió de lejos hasta Gueñes, en donde habiendo dejado, para observarlos, el general Villatte con 7.000 hombres, retrocedió á Bilbao.

Jose, aunque desaprobaba como precipitada la tentativa de aquel mariscal, no siendo ya dueño de evitarla, mandó de Vitoria que una división del primer cuerpo del mariscal Victor se extendiese por el valle de Orduña para favorecer los movimientos

de Lefebvre, y que otra del segundo cuerpo se dirigiese á Berberena, ya para unirse con la primera, ó ya para perseguir á Blake si se retiraba del lado de Villarcayo. La del valle de Orduña se encontró en su marcha con los generales Acevedo y Martinengo, que vimos separados del ejército en Villarro. Inciertos estos jefes de la suerte de Blake, é informados tarde y confusamente de la acción de Zorzoza, creyeron arriesgada su posición y trataron de alejarse por Oquendo, Miravalles y Llodio. En el camino, y cerca de Menagaray, fué su encuentro con la división francesa. Presentándose los nuestros firme rostro, é imaginándose los contrarios haber tropezado con todo el ejército de Blake, no insistieron en atacar, y se replegaron á Orduña. Los españoles entonces mejoraron su posición, colocándose en una altura ágría cerca de Orrantia.

Blake el 3 de Noviembre se había reconcentrado en la Nava, dos leguas más allá de Balmaseda yendo de Bilbao. Poco antes se le incorporó la mayor parte de la fuerza que había venido de Dinamarca y que estaba á las órdenes del Conde de San Roman, y en el mismo Nava otra división de Asturias, á las de D. Gregorio Quirós, componiendo en todo los que se reunieron de 8 á 9.000 hombres. La caballería venida del Norte, hallándose desmontada, había partido al mediodía de España para proveerse de caballos. Reforzado así el ejército de Blake, y enterado éste del aprieto de Acevedo y Martinengo, sin tardanza determinó librarlos. Moviose, pues, hacia Balmaseda, cuyo punto debía acometer la cuarta división, ahora mandada por D. Esteban Porlier, en tanto que la de San Roman se dirigía al Berron, una legua distante; la tercera y la asturiana de Quirós á Arciniega, y lo demás de la fuerza á Orrantia, en donde era de presumir permanecer las divisiones comprometidas. No se engañaron, encontrándose luego unos y otros con inexplicable gozo.

Fué en aquel mismo instante cuando se rompió el fuego por los que se habían adelantado á Balmaseda, cuyo camino corre al pie de las alturas que ocupaban las divisiones extraviadas. Atacado impensadamente el general francés Villatte, retiróse con demasiada prisa, hasta que volviendo en sí, juntó su gente á la ribera izquierda del Salcedon. Visto lo cual por el general Acevedo, se aproximó con cuatro cañones de montaña á una de las dos eminencias que forman el valle de Balmaseda, y enviando por un rodeo dos batallones para que cercasen á los franceses por retaguardia, sobrecogió á éstos, que desbaratados huyeron en el mayor desorden hasta Gueñes. Perdieron un cañón, carros de municiones y muchos equipajes, entre los que se contaba el del general Villatte. Debíase principalmente la victoria al acierto y pronta decisión de D. Vicente María de Acevedo.

Napoleon supo en Bayona los ataques ocurridos desde el 31, y desagradólo que el mariscal Lefebvre hubiese comenzado á guerrear antes de su llegada, y aún también que José le prestase ayuda; ya porque juzgase expuesto un movimiento parel y aislado, ó ya más bien porque no quisiese que empezasen triunfos y victorias antes de que él en persona capitanease su ejército. Sin embargo, temeroso de alguna desgracia, mandó prontamente que el mariscal Lefebvre con el cuarto cuerpo continuase desde Bilbao en perseguir á Blake, y que el mariscal Victor con el primero marchase por Orduña y Amurrio contra Balmaseda, formando un total de 50.000 hombres.

Avanzaban ambos mariscales á la propia sazón que Blake, y queriendo aprovecharse de la ventaja alcanzada en Balmaseda, y reconocer las fuerzas del enemigo, iban el 7 la vuelta de San Pedro de Güines. La víspera había el general español enviado sobre su izquierda á Suñerla la cuarta división, que no pudiendo reincorporarse al ejército, se retiró por Llanesma á Santander. El mismo día, no queriendo tampoco Blake dejar descubierta su derecha, dirigió camino de Villareyo y de Medina de Pomar al Marques de Molepina con los 400 caballos que había, y algunos infantes. Por su lado el General en jefe se encontró con el mariscal Lefebvre, peleando los españoles con bizarría, particularmente la división de Figueroa y el batallón de estudiantes de Santiago, apellidado literario. Al caer la noche hubieron los nuestros de replegarse, vista la superioridad del enemigo, y á pesar de ser el tiempo muy lluvioso, prosiguieron ordenadamente su retirada, ocupando el 8 á Balmaseda y pueblos vecinos.

La tarde de dicho día, agolpándose del lado de Orduña y de Bilbao todas las fuerzas de los mariscales Victor y Lefebvre, que caminaban á unirse, levantaron los nuestros en campo, dirigiéndose á la Nava. Quedaron á la retaguardia, para proteger el movimiento, algunos batallones de la division de Martinengo y asturianos, al mando de D. Nicolas de Llano Ponte, quien poco avisado, dejándose cortar por el enemigo, nunca se volvió á incorporar con el grueso del ejército, yéndose del lado de Santander. Los materiales franceses se juntaron en Balmaseda, y Blake llegó el 9 en la tarde á Espinosa de los Monteros.

Disminuíase su ejército, teniendo desde el 31 que pelear á la continua con el enemigo, la lluvia, el frío, el hambre, la desnudez. Rigurosa suerte aun para soldados veteranos y endurecidos; insostenible para bisoños y poco disciplinados. La escasez de víveres fué extrema, viéndose obligados hasta los mismos jefes á mantenerse con mazoreas de maíz y malas frutas. Provenía miseria tanta del mal arreglo en el ramo de hacienda, y de haber contado el General en jefe con ser abastecido por la costa, sin cuidar convenientemente de adoptar otros medios : enseñando la práctica militar, como ya decía Vojero (6), «que la penuria mas veces que la pelen acaba con un ejército, y que el hambre es más cruel que el hierro del enemigo.»

Acordado nuestro ejército por tantos males, pensábase que el general Blake no se aventuraría a combatir contra un enemigo más numeroso, aguerido y bien provisto. Esperanzado, sin embargo, de que le asistiesen favorable estrellas, determinó probar la suerte de una batalla delante de Espinosa de los Monteros.

Es esta villa muy conocida en España por el privilegio de que gozan sus naturales de hacer de noche la guardia al Rey fuera de su cuarto, y cuya concesión, según cuentan (7), anhe á D. Sancho García, conde de Castilla. Está situada en la ribera izquierda del Trucha; y los españoles, colocados en el camino que viene de Balmaseda, de jaron á su espalda el río y la villa. En una altura elevada, de difícil acceso, y á la siniestra parte, posiéronse los naturales, capitaneados por los generales Acevedo, Quirós y Valdés. La primera division y la reserva, con sus respectivos jefes D. Genaro Figueroa y D. Juan de los Rios, se colocaron en la

roa y D. Nicolas Mahy, segun en la linea, descendiendo al llano. El general Riquelme y su tercera division ocupó en el valle lo más abierto del terreno, y la vanguardia, al mando de D. Gabriel de Mendizábal, con seis piezas de artilleria, dirigidas por el capitán D. Antonio Roselló, se colocó en un altozano á la derecha de Espinosa, desde donde se entlaban las principales avenidas. Por el mismo lado, y más adelante, en un espeso bosque, y sobre una loma estaba la division del Norte, que gobernaba el Conde de San Roman, quedando no lejos de la artilleria, y algo detras por su derecha, la segunda de Martinengo. La fuerza de los españoles no llegaba á 21.000 combatientes.

A la una de la tarde del 10 empezó á avistarse el enemigo, en número de 25,000 hombres, mandados por el mariscal Victor. Se había este juntado con el mariscal Lefebvre en Balmaseda, y separándose en la Nava, dirigiéndose el segundo á Villarcayo, y siguiendo el primero la huella de Blake, con esperanzas nubes de envolverle. Se empujó la refriaga por donde estaban las tropas del Norte, embistiendo el bosque el general Pasched. Durante dos horas le defendieron los nuestros con intrepidez; mas cargando el enemigo en mayor número, fué al fin abandonado. La artillería, manejada con acierto por Roselló, dirigió entónces un fuego muy vivo contra el bosque, y caminando por órden de Blake, para sostener á San Roman, la division de Riquelme, se encendió de nuevo la pelea. Cundió por toda la línea, y aun la izquierda de los asturianos avanzó para llamar la atencion del enemigo. La derecha no sólo se mantenía, sino que volviendo á ganar terreno, estaban las tropas del Norte prontas á recuperar el bosque, cuando la oscuridad de la noche impidió la continuacion del combate, glorioso para los españoles, pero con tan poca ventura, que perdieron dos de sus mejores jefes, el Conde de San Roman y D. Francisco Riquelme, mortalmente heridos.

Los españoles, si bien alentados con haber infundido respeto al enemigo, ya no podían sobrellevar tanto cansancio y trabajos, careciendo ántes de las provisiones mas preciosas. Mas frutas habian comido aquellos dias, pero ahora apenas les quedaba tan menudado recurso. Sus heridos yacian abandonados, y si algunos eran recogidos, no podia suministrárseles alivio en medio de sus quejidos y lamentos. En balde se esmeraba el General en jefe, en balde sus oficiales, en buscar por Espanosa socorro para su gente. Los vecinos habian huido, espantados con la guerra; la tierra, de cuyo seno estaba ahora, con aquella ausencia, mas impudricada, aumentándose la confusion y el duelo en medio de la lóbreguez de la noche. A su amparo obligó el hambre á muchos soldados á desarmarse de sus banderas, particularmente á los de la division del Norte, que eran los que mas habian padecido.

Al contrario los franceses: bien alimentados, res- tirados sus heridas, y puestos otros en lugar de los que el día 10 habían combatido, se disponían á pe- lear en la mañana siguiente. Hubiéra el general es- pañol obrado con cordura si, atendiendo á las luti- mas y apuros de sus soldados, hubiéra á la callada y por la noche alzado el campo, y buscado del lado de Santander á del de Reinos bastimentos y alivio á los males. Mas lisonjeandose de que el enemigo no retiraría, y queriendo sacar ventaja del estorbo con que sus soldados habían lidiado, se inclinó á permanecer inmóvil y exponerse á nuevo combato.

No tuvo que aguardar largo tiempo: desde el

(1) Arguing that precisely because public opinion is so volatile and fickle, it is essential to have a strong, independent judiciary to check and balance the executive and legislative branches. (See, e.g., *U.S. v. Nixon*, 418 U.S. 683, 704 (1974); *Young v. United States*, 491 U.S. 58, 64 (1989).)

[7] VERNER MARRAS, *Historia de España*, lib. viii, cap. ix.

amanecer lo renovaron los franceses. Habían en la víspera notado que en la izquierda de los españoles estaban tropas bisoñas, y también que la altura que ocupaban, como más elevada, era la llave de la posición. Así se determinaron á empezar por allí el ataque, siendo el general Maison con su brigada quien primero embustió á los asturianos. Resistieron éstos con denuedo, y á la voz de sus dignos jefes Acevedo, Quirós y Valdés, conserváronse firmes y serenos, no obstante su inexperiencia. Advirtió el general enemigo el influjo de dichos jefes, y sobre todo que uno de ellos, montado en un caballo blanco, corriendo á los puntos mas peligrosos, exhortaba á su tropa con la palabra y el gesto. Sin tardanza (según nos ha contado años adelante en París el mismo general) destacó tiradores diestros, para que apuntando cuidadosamente, disparasen contra los jefes, y en especial contra el del caballo blanco, que era el desgraciado Quirós. La orden causó grave mal á los españoles, y decidió la acción. Los tiradores, abrigados de lo irregular y quebrado del terreno, esparcidos en diversos sitios, arcabuceaban, por decirlo así, á nuestros oficiales, sin que recibiesen notable daño del fuego cerrado de nuestras columnas. La poca práctica de la guerra y el escasear de soldados hábiles impidió usar del mismo medio que empleaban los enemigos. A poco fue traspasado de dos balazos D. Gregorio Quirós, herido los generales Acevedo y Valdés, con otros jefes, entre los que se contaron los distinguidos oficiales don Joaquín Escario y D. José Peon. La muerte y heridas de caudillos tan amados sembró profunda aflicción en las filas asturianas, y flaqueando algunos cuerpos, siguióse en todos el mayor desorden. Quiso sostenerlos Blake, enviando á D. Gabriel de Mendizábal para que tomase el mando; mas ya era tarde. La dispersión había comenzado, y los franceses, posesionándose de la altura, perseguían á los asturianos, cuyo mayor número, huyendo, se enriscó por las asperezas del valle de Pas.

El centro del ejército español y su derecha, que en la noche se habían agrupado al rededor del altozano donde estaba Roselló con la artillería, tan luego como se dispersó la izquierda, se vieron acometidos por la division francesa de Ruffin. Algun tiempo se mantuvieron nuestros soldados en su puesto, aunque inquietos con la huida de los asturianos; pero en breve, comenzando unos á ciar y otros á desarreglarse, ordenó el general Blake la retirada, sostenida por la reserva de D. Nicolas Mahy y las seis piezas del capitán Roselló, perdidas luego en el paso del Trucha. Hubiera á los nuestros servido de mucho en aquel trance y en lo demás de la retirada la corta division con 400 caballos que mandaba el Marqués de Malespina, y á los que el general Blake había ordenado pasar á Villarcayo. Temeroso dicho Marqués de ser envuelto por el mariscal Lefebvre, que iba del mismo lado, en vez de aproximarse á Espinosa, tomó otro rumbo, y su division se unió despues en diversas partidas á distintos y lejanos ejércitos. La pérdida de los españoles en las acciones de Espinosa fué muy considerable, su dispersion casi completa. La de los franceses, cortísima el 11, no dejó la víspera de ser de importancia.

Señaló D. Joaquín Blake para reunion de sus tropas la villa de Reinosa, en donde estaba el parque general de artillería y los almacenes. Llegó el 12 con pocas fuerzas, esperando poder rehacerse algun tanto, y dar vida con las provisiones que allí había á sus hambrientos y desmayados soldados. Pero la

activa diligencia del enemigo y las desgracias que se agolparon no le dejaron vagar ni respirar.

Desde que en 8 de Noviembre había Napoleón entrado en Vitoria, se sentía por doquiera su presencia. Servíale como de mágico impulso poder inmenso, bélico renombre, imperiosa y presta voluntad. Ya contamos cómo de Bayona mismo había ordenado al 1.º y 4.º cuerpo perseguir al general Blake. Y ahora, poniendo particular conato en enderezar sus pasos á Madrid, cuya toma resonaría en Europa favorablemente á sus miras, arregló para ello y en breve un plan general de ataque. Asegurada que fué su derecha por los mencionados 1.º y 4.º cuerpos, encargó al 3.º, del mando del mariscal Moncey, que observase desde Lodosa al ejército del centro y de Aragon, dejando, ademas, en Logroño á los generales Lagrange y Colbert, del 6.º cuerpo, cuya principal fuerza, capitaneada por su mariscal Ney, debía caminar á Aranda de Duero. Tomó el mando del 2.º cuerpo el mariscal Soult, y su anterior jefe Bessières fué encargado de gobernar la caballería. Ambos, con Napoleón al frente de la guardia imperial y la reserva, siguieron el camino real de Madrid, dirigiéndose á Burgos.

En esta ciudad había comenzado á entrar el ejército de Extremadura, compuesto de unos 15,000 hombres, distribuidos en tres divisiones, y á su frente el Conde de Belveder, mozo inexperto, nombrado por la Junta Central para reemplazar á don José Galluzo. La 1.ª division estaba allí desde el 7 de Noviembre; se le juntó la 2.ª en la tarde del 9, quedando todavía atras y hacia Lerma la 3.ª. Así que sólo se contaban dentro de la ciudad y cercanías 12,000 hombres, de ellos 1,200 de caballería. Fido Belveder en algunas favorables y leves escaramuzas, vivía tranquilo, y de modo que á los oficiales de la 2.ª division, que á su llegada fueron á complimentarle, recomendóles el descanso, bautándole por entónces, según dijo, las fuerzas de la 1.ª division para rechazar á los franceses caso que le atacasen. Tan ignorante estaba de la superioridad del enemigo, y tan olvidado de la endeble organizacion de sus tropas.

Serian las seis de la mañana del 10 cuando el general Lasalle con la caballería francesa llegó á Villafra, tres cuartos de legua de Gamonal, adonde se había adelantado la 1.ª division de Belveder, mandada por D. José María de Alós. Los franceses, como no tenían consigo infantería, retrocedieron, para aguardarla, á Ruvena, con lo que alentados los nuestros, resolvieron empeñar una acción. Lasalle, rechecho, forzó á los que le seguían á replegarse otra vez á Gamonal, á cuyo punto había ya acudido lo demás del ejército español. La derecha de éste ocupaba un bosque del lado del río Arlanzon, y la izquierda las tapias de una huerta ó jardín, cubriendo el frente algunos cuerpos con 16 piezas de artillería. Las tropas más bisoñas se pusieron detras de las mejor enregimentadas, como lo eran un batallón de guardias españolas, algunas compañías de wálonas, el segundo de Mallorca y granaderos provinciales.

Fué, pues, aproximándose el ejército enemigo; y extendiéndose por nuestra derecha el general Lasalle, se colocó en un llano situado entre el bosque y el río, al paso que la infantería veterana del general Monton intrépidamente acometió dicho bosque, guarnecido por la derecha española, la cual, creyéndose envuelta por Lasalle, comenzó en breve á cejar, no obstante el vivo fuego que desde el frente hacían nuestros cañones. La caballería, gña-

da por D. Juan Henestrosa, hombre valiente, pero mas devoto que entendido militar, trató de dar una carga á la enemiga. Henestrosa, que en realidad mandaba tambien en jefe, invocando á los santos del cielo y con tanta bravura como imprudencia, arremetió con los jinetes franceses, quienes fácilmente le repelieron y desbarataron. Entonces fueron del todo deshechos los del bosque, y la izquierda, aunque no atacada de cerca, comenzó á huir y desbandarse. La pelea duró poco, y vencidos y vencedores entraron mezclados en Burgos.

El mariscal Bessières, tirando por la orilla del río con la caballería pesada, acuchilló á los soldados fugitivos y cogió varios cañones, habiéndose perdido 14, y ademas otros que quedaron en el parque. La pérdida de los españoles fué considerable, aunque mayor la dispersión y el desorden, temiendo que arrepentirse, y dolorosamente, el general Belveder de haberse empeñado con ligereza en acción tan desventajosa. Entregaron los vencedores al pillaje la ciudad de Burgos, apoderándose de 2,000 sacos de lana fina pertenecientes á ricos ganaderos. Llegó el mismo día el Conde de Belveder á Lerma con muchos dispersos, en donde se encontró con la 3.^a división de Extremadura, ausente de la batalla. Perseguido por los enemigos, pasó á Aranda de Duero, y no seguro todavía allí, prosiguió hasta Segovia, en cuya ciudad fue relevado del mando por la Junta Central, que nombró para sucederle á D. José de Heredia.

El mariscal Soult, con la natural presteza de su nación, enviando del lado de Lerma una columna que persiguiese á los españoles, y otra camino de Palencia y Valladolid, salió en persona el mismo 10 hacia Reinosa con intento de interceptar á Blake en su retirada. Inútilmente habia éste confiado en dar en aquella villa descanso á sus tropas, pues noticioso de que por Villarcayo se acercaba el mariscal Lefebvre, ya habia el 13 movido su artillería con direccion á Leon por Aguilar de Campoo. Iban con ella enfermos y heridos, huyendo de un peligro sin pensar en el otro no ménos terrible con que tropezaron. Caminaban, cuando se les anunció la aparición por su frente de tropas francesas; la artillería, precipitando su marcha y usando de adecuados medios, pudo salvarse, mas de los heridos los hubo que fueron victima del furor enemigo. En su número se contó al general Acevedo. Encontraronle cazadores franceses del regimiento del coronel Tacher, y sin miramiento á su estado ni á su grado, ni á las entidas súplicas de su ayudante D. Rafael del Riego, traspasaronle á estocadas. Riego, el mismo que fué despues tan conocido y desgraciado, quedó en aquel lance prisionero.

Blake, acosado, y teniendo no sólo á los que le habian vencido en Espinosa, sino tambien á los mariscales Lefebvre y Soult, que cada uno por su lado veían sobre él; no pudiendo ya ir á Leon por tierra de Castilla, salió de Reinosa en la noche del 13 y se encrisó por montañas y abismos, enderezándose al valle de Cabreriza. Llegó allí á un colmo la necesidad y miseria. El ánimo de Blake andaba del todo contristado y abatido, mayormente teniendo que entregar á nuevo jefe de un día á otro y en tan mal estado las pobres reliquias de su ejército. En cual le era de gran pesadumbre. La Central habia nombrado general en jefe del ejército de la izquierda al Marqués de la Romana. Noticioso Blake en Zornoza del suceso, no por eso dejó de continuar el plan de campaña comenzado. Una indisposición, según parece, detuvo á Romana en el camino, no

uniéndose al ejército sino en Renedo, cuando estaba en completa derrota y dispersion. En tal aprieto, parecióle ser más conveniente dejar á Blake el cuidado de la marcha, ordenándole que se recogiese por la Liébana á Leon, en cuya ciudad y ribera derecha del Esla debia hacer alto y aguardarle.

De su lado los mariscales franceses, ahuyentado Blake, tomaron diversos rumbos. El mariscal Lefebvre, con el cuarto cuerpo, despues de descansar algunos dias, se encaminó por Carrion de los Condes á Valladolid. El primer cuerpo, del mando de Victor, juntóse en Burgos con Napoleon, marchando Soult con el segundo á Santander, de cuyo puerto hecho dueño, y dejando para guarnecerle la division de Bennet, persiguió por la costa los dispersos y tropas asturianas que se retiraban á su país natal. Tuvo en San Vicente de la Barquera un cheque con 4,000 de ellos, al mando de D. Nicolas Llano Ponte; los deshizo y dispersó, y yendo por la Liébana en busca de Blake, franqueando las angosturas de la Montaña y despejándola de soldados españoles, desembocó rápidamente en las llanuras de tierra de Campos.

Napoleon, al propio tiempo, y despues de la jornada de Gamonal, habia sentado su cuartel general en Burgos. Los vecinos habian huido de la ciudad, y soledad y silencio, no interrumpido sino por la algazara del soldado vencedor, fue el recibimiento que ofreció al Emperador de los franceses la antigua capital de Castilla. Mas él, poco cuidadoso del modo de pensar de los habitantes, revistadas las tropas y tomadas otras providencias, dió el 12 de Noviembre un decreto, en el que concedia, en nombre suyo y de su hermano, *perdon general y pleno y entera amnistia* á todos los españoles que en el espacio de un mes despues de su entrada en Madrid, depusieran las armas y renunciassen á toda alianza con los ingleses, incluso los generales y las juntas. Eran exceptuados de aquel beneficio los duques del Infantado, de Híjar, de Medinaceli, de Osuna, el Marqués de Santa Cruz del Viso, los condes de Fernan-Núñez y de Altamira, el Principe de Castel-Franco, D. Pedro Cevallos y el Obispo de Santander, á quienes se declaraba enemigos de España y Francia, y traidores á ambas coronas; mandando que, aprehendidas sus personas, fuesen entregados á una comision militar, pasados por las armas, y confiscados todos sus bienes, muebles y raíces, que tuviesen en España y reinos extrajeros. Si bien admitia la proscripcion de unos individuos cuyo mayor número, si no todos, habia pasado á Francia por engaño ó mal de su grado, y prestado allí un juramento que llevaba visos de forzado, crece el asombro al ver en la lista al Obispo de Santander, que nunca habia reconocido al gobierno intruso, ni rendido obediencia á Jose ni á su dinastía. Es tambien de notar que este decreto de Napoleon fué el primero de proscripcion que se dió entonces en España, no habiendo todavía las juntas de provincia ni la Central ofrecido semejante ejemplo, aunque estuvieran, como autoridades populares, más expuestas á ser atrastradas por las pasiones que dominaban. Signieron despues los gobiernos de España el camino abierto por Napoleon; camino largo, y que solo tiene término en el cansancio, en las muchas victimas ó en el recíproco temor de los partidos.

En Burgos dudó algun tanto el Emperador de los franceses si revolventia contra Castaños, ó si, prosiguiendo por la anchurosa Castilla, iria al encuentro del ejército inglés, que presumia se adelantaba á Valladolid. Mas luego supo que aquel no daba in-

dicio de moverse de los conternos de Salamanca. Habia allí venido desde Lisboa, al mando de sir Juan Moore, sucesor del general Dalrymple, llamado á Londres, según vimos, á dar cuenta de su conducta por la convencion de Cintra. El gobierno inglés, aunque lentamente, habia decidido que 30.000 infantes y 5.000 caballos de su ejército obrarían en el norte de España, para lo cual se desembarcarían de Inglaterra 10.000 hombres, sacándose los otros de los que habia en Portugal, en donde sólo se dejaba una division. Conforme á lo determinado, y en cumplimiento de orden que se le comunicó en 26 de Octubre, salió de Lisboa el general Moore, y marchando con la principal fuerza sobre Almeida y Ciudad-Rodrigo, llegó á Salamanca el 13 de Noviembre. La mayor parte de la artillería y caballería, con 3.000 infantes, á las órdenes de sir Juan Hope, la envió por la izquierda de Tajo á Badajoz, á causa de la mayor comodidad de los caminos, debiendo despues pasar á unirsele á Castilla. De Inglaterra habia arribado á la Coruña el 13 de Octubre sir David Baird, con los 10.000 hombres indicados; mas aquella junta, insistiendo en no querer su ayuda, impidió que desembarcasen, bajo el pretexto de que necesitaba la vena de la Central. Con tal ocurrencia, otros motivos que se alegaron y la destruccion de una parte de los ejércitos españoles, no sólo retardaron los ingleses su marcha, sino que tambien apareció que tenían escasa voluntad de internarse en Castilla.

Napoleon, penetrando, pues, su pensamiento, hizo correr la tierra llana por 8.000 caballos, así para tener en respeto al inglés como para aterrar á los habitantes, y resolvió destruir al ejército español del centro antes de avanzar á Madrid.

No era dado á dicho ejército, ni por su calidad ni por su fuerza, competir con las aguerridas y numerosas tropas del enemigo. Sus filas solamente se habian reforzado con una parte de la primera y tercera division de Andalucia y algunos reclutas, empeorándose su situacion con interiores desavenencias. Porque, censurado su jefe D. Francisco Javier Castaños de lento y sobradamente circunspecto, los que no eran parciales suyos, y aun los que anhelaaban por mayor diligencia sin atender á las dificultades, procuraron y consiguieron que se enviasen á en ludo personas que le moviesen y agnijasen. Reoayó la eleccion en D. Francisco de Palafox, hermano del capitán general de Aragon á individuo de la Junta Central, autorizado con poderes extensos, y á quien acompañaban el Marqués de Coupigny y el Conde de Montijo. Siendo el Palafox hombre estimable, pero de poco valor; Coupigny, extranjero y mal avenido desde Bailén con Castaños; y el del Montijo, más inclinado á meter zizafia que á concertar ánimos, claro era que con los comisionados, en vez de alcanzarse el objeto deseado, sólo se aumentarían tropiezos y embarazos.

Todos juntos en 6 de Noviembre, agregándoseles otros generales y D. José Palafox, que vino de Zaragoza, celebraron consejo de guerra, en el que se acordó, no muy á gusto de Castaños, atacar al enemigo, á pesar de lo desprovisto y no muy bien ordenado del ejército español. Disputas y nuevos altercados dilataron la ejecucion, hasta que del todo se suspendió con las noticias infantas que empezaron á recibirse del lado de Blake. Proyectáronse otros planes sin resulta; y agriados muchos contra Castaños, alcanzaron que la Junta Central diese el mando de su ejército al Marqués de la Romana, á quien ántes se habia conferido el de la izquierda. Y

en ello se ve cuán á ciegas y atribulada andaba entonces la autoridad suprema, no pudiéndose llevar á efecto su resolucio por la lejanía en que estaba el Marqués, y la prisa que se dió el enemigo á acometer y dispersar nuestros ejércitos.

En esto corrió el tiempo hasta el 19 de Noviembre, en que, por los movimientos de los franceses, sospechó el general Castaños ser peligrosa y crítica su situacion. No se engañaba. El mariscal Lannes, duque de Montebello, á quien una caída de caballo habia detenido en Vitoria, ya restablecido, se adelantaba, encargado por Napoleon de capitanear en jefe las tropas de los generales Lagrange y Colbert, del sexto cuerpo, en union con las del tercero, del mando del mariscal Moncey, á las que debia agregarse la division del general Maurice Mathien, recién llegado de Francia, y componiendo en todo 30.000 hombres de infantería, 5.000 de caballería y 60 cañones. Se juntaron estas fuerzas desde el 20 al 22 en Lodosa y sus cercanías. Con su movimiento habia de darse la mano otro del cuerpo de Ney, que constaba de más de 20.000 hombres, cuyo jefe, destrozado que fué el ejército de Extremadura, avanzaba desde Aranda de Duero y el Burgo de Osma á Soria, donde entró el 21. De esta manera trataban los franceses, no sólo de impedir al ejército del centro su retirada hácia Madrid, sino tambien de sorprenderle por su flanco y envolverle.

Don Francisco Javier Castaños conservó hasta el 19 su cuartel general en Cintruénigo y la posición de Calahorra, que habia tomado despues de las desgracias de Lerín y Logroño. Juzgó entonces prudente replegarse y ocupar una linea desde Tarazona á Tudela, extendiéndose por las márgenes del Queiles y apoyando su derecha en el Ebro. Sus fuerzas, si se unian con las de Aragon, escasamente ascendian á 41.000 hombres, entre ellos 3.700 de caballería. De las últimas estaba la mayor parte en Caparraso, y rehusaban incorporarse sin expresa orden del general Palafox. Felizmente llegó éste á Tudela el 22, y con annuencia suya se aproximaron, celebrándose por la noche en dicha ciudad un consejo de guerra. Los Palafoxes opinaron por defender á Aragon, sosteniendo que de ello pendia la seguridad de España. Con mejor acuerdo discurria Castaños en querer arrimarse á las provincias marítimas y meridionales, de cuantiosos recursos: no cifrándose la defensa del reino en la de una parte suya interior, y por tanto, más difícil de ser socorrida. Nada estaba resuelto, segun acontece en tales consejos, cuando temprano en la mañana hubo aviso de que se descubrían los enemigos del lado de Alfaro.

Apresuradamente tomóuse algunas disposiciones para recibirlos. Don Juan O'Neil, que con los aragoneses acampaba desde la víspera al otro lado de Tudela, empezó en la madrugada á pasar el puente, ignorándose hasta ahora por qué dejó aquella operacion para tan tarde. Aunque sus batallones tenían obstruidas las calles de la ciudad, poco á poco las evacuaron y se colocaron fuera ordenadamente. Estaba tambien allí la quinta division, regida por D. Pedro Roca y compuesta de valencianos y murcianos. Se colocó ésta en las inmediaciones y altura de Santa Bárbara, situada enfrente de Tudela yendo á Alfaro. Por la misma parte, y siguiendo la orilla del Ebro, se extendieron algunos aragoneses, pero el mayor número de éstos tiró á la izquierda y hácia el espacioso llano de olivos que termina en el arranque de colinas que van á Cascaute. Ambas fuerzas reunidas constaban de 20.000

combates. En el pueblo que acabamos de nombrar estaba, además, la cuarta división de Andalucía, con su jefe La Peña, y en Tarazona la segunda, del mando de Grunard, con la parte que había de la primera y tercera. De suerte que la totalidad del ejército se repartía por el espacio de cuatro leguas, que media entre la última ciudad y la de Tudela.

Aquí se trabó la acción principal con la quinta división y los aragoneses. Los que de éstos habían ido por la orilla del río repelieron al principio al enemigo, que luego arremetió contra los del llano, como punto centro del ejército español, por formar su izquierda las divisiones citadas de Casante y Tarazona. Los atacó el general Maurice Mathieu, sostenido por la caballería de Lefebvre Desmouttes. Los enemigos, subiendo abrigados del olivar á una de las cimas en que el centro español se apoyaba, batieronlos; pero acudiendo, por orden de Castaños, D. Juan D. Neil á desahujarlos, y prolongando por detrás de la altura ocupada un batallón de guardias españolas, se vieron los franceses obligados á retirarse precipitadamente, siguiendo los nuestros al alcance. Eran las tres de la tarde y la suerte nos era favorable; á la sazón que el general Morlet, rechazando á los aragoneses de la derecha, avanzó por la orilla del río hasta Tudela, con lo que la quinta división para no ser envuelta, abandonó la altura á inmediaciones de Santa Bárbara. También entonces, separándose el general Maurice Mathieu y cargando de nuevo, comenzó á batir nuestro centro, contra el que, dando en aquella ocasión una acometida la caballería de Lefebvre, penetró por medio, á desordenó, y finó acabó de desconcertar la detacha, revolviendo contra ella, Castaños á la misma hora pensó en dirigirse adonde estaba La Peña; pero envuelto en el desorden y casi atropellado, se refugió á Borja, punto en que se encontraron varios generales, excepto D. José Palafox, que de mañana se había ido á Zaragoza.

En tanto que se veía así atacada y deshecha la capital del ejército español, acometió á la división de La Peña junto á Casante el general Lagrange; trabó vivo choque, y tal, que huido el último, cesó su caballería. Creíanse los españoles victoriosos; pero acudiendo gran golpe de infantería, rechazóse los jinetes enemigos y fué á su vez rechazado La Peña y forzado á meterse en Casante. Como esperábamos se habían en Tarazona mantenido las otras fuerzas de Andalucía, y no sabemos á qué debiera la morosidad y tardanza del general Grunard, quien, á pesar de haber para ello recibido temprano orden de Castaños, no se aproximó á Casante hasta de noche. Todas estas divisiones andaluzas pudieron, sin embargo, retirarse ordenadamente hácia Borja, conservando su artillería. Excitó solamente algun desasosiego el violarse en una ermita un depósito de pólvora, recelándose que eran enemigos. Fué gran dicha que no viniera de Soria el mariscal Ney. Deteniéndose allí éste tres días para dar descanso á su gente ó por otras causas, dejó á los nuestros libre y franca la retirada.

Prendiéronse en Tudela los almohacenes y la artillería del centro y derecha del ejército, quedando 2.000 prisioneros y muchos muertos. Pudiera decirse que esta batalla se dividió en dos separadas acciones, la de Tudela y la de Casante, sin que los españoles se hubieran concertado ni para la defensa ni para el ataque. De lo que resulta grave cargo á los caudillos que mandaban, como también de que no se emplease una parte considerable de tropas, fuese

culpa suya ó de jefes subalternos que no obedecieron. Igualmente quedó contada, según veremos después, una parte de la vanguardia que guiaba el Conde de Castañal. Cumulo de desventajas que prueba sobrada imprevisión y abandono.

Después de la batalla, las reliquias de los aragoneses y casi todos los valencianos y murcianos que de ella escaparon se metieron en Zaragoza, como igualmente los más de sus jefes. Castaños persiguió á Calatayud, adonde llegó el 26 con el ejército de Andalucía. En persecución suya entró el mismo día en Borja el general Maurice Mathieu, y allí se le unió el 26 con su gente el mariscal Ney. Hasta entonces no se había encontrado en su retirada el ejército español con los franceses. En Calatayud, recibiendo aviso de la Junta Central de que Napoleón avanzaba á Somosierra, y orden para que Castaños fuese al remedio, junto este los jefes de las divisiones, y acordaron salir el 27 vin de Sigüenza, debiendo hacer espaldas un cuerpo de 5.000 hombres de infantería ligera, caballería y artillería, al mando del general Vagógas. Luego vino éste á las manos con el enemigo. A dos leguas de Calatayud, cerca de Pubierca, se apostó, según orden del General en jefe, para defender el paso y dar tiempo á que se alojasen las divisiones. Con dobladas fuerzas acomió el 29 el general Maurice Mathieu, trabándose desde la mañana hasta las cuatro de la tarde un reñido y sangriento choque. Se pararon, de resultas, en su marcha los franceses, y se logró que llegasen salvas á Sigüenza nuestras divisiones. En esta ciudad, destinado el general Castaños á desempeñar otras comisiones, se encargó interinamente del mando del ejército del centro D. Manuel de la Peña. Y por ahora allí dejáremos, para ocuparnos en referir otros acontecimientos de no menor cuantía.

Derrotados ó dispersos los ejércitos de la izquierda, Extremadura y centro, creyó Napoleón poder sin riesgo avanzar á Madrid. Mayormente cuando los ingleses estaban lejos para estorbárselo, y no con bastantes fuerzas para poder interponerse entre él y la frontera de Francia. Uguale entrar en la capital de España, así porque imaginaba ahogar pronto con aquel suceso la insurrección, como también para asombrar á Europa con el terrible y veloz progreso de sus armas.

Corto embarazo se ofrecía ya por delante al cumplimiento de su deseo. La Junta Central, después de la rota de Burgos, había encargado á D. Tomas de Morla y al Marqués de Castelar atender á la defensa de Madrid y de los pasos de Guadarrama, Fuentria, Navacerrada y Somosierra. Como mas expuesto, se unió en especial del último punto, enviando para guarnecerle á D. Benito San Juan con los cuerpos que habían quedado en Madrid de la primera y tercera división de Andalucía, y con otros nuevos, á los que se agregaron reliquias del ejército de Extremadura, en todo 12.000 hombres y algunos cañones; endable reparo para contener en su marcha al Emperador de los franceses.

Con todo, á fin de asegurarla obró éste precavidamente, tomando varias y atentas disposiciones. Mandó á Moncey ir sobre Zaragoza, á Ney continuar en persegimiento de ~~los franceses~~, á Soult tener en respeto al ejército inglés, y á Lefebvre inundar por su derecha la Castilla, extendiéndose hácia Valladolid, Olmedo y Segovia. Dejó consigo la guardia imperial, la reserva y el primer cuerpo del mariscal Víctor, para penetrar por Somosierra y caer sobre Madrid.

Salió el 28 de Aranda de Duero, y el 29 entró en

Boceguillas su cuartel general. Don Benito San Juan se preparaba á recibirle. En lo alto del puerto habia levantado aceleradamente algunas obras de campaña, y colocado en Sepúlveda una vanguardia á las órdenes de D. Juan José Sarden. Con ella se encontraron los franceses en la madrugada del 28, acometiendo 4.000 infantes y 1.000 caballos. En vano se esforzaron por romperla y hacerse dueños de la posición que defendía. Al cabo de horas de refriega se retiraron y dejaron el campo libre á los nuestros; mas de poco sirvió. Temores y voces caparidas por la malevolencia forzaron á los jefes á replegarse á Segovia en la noche del 29, dejando á San Juan desamparado y solo en Somosierra con el resto de las fuerzas.

Siendo éstas escasas, no era aquel paso de tan difícil acceso como se creía. Dominado el camino real hasta lo alto del puerto por montañas laterales, que le siguen en sus vueltas y sesgos, y ensombreada la misma cumbre por cimas más elevadas, era necesario ó cubrir con tropas ligeras los puntos más eminentes, ó exponerse, según sucedió, á que el enemigo flanquease la posición. Densa niebla encapotaba las fragoras al nacer del 30, en cuya hora, atacando á nuestro frente con seis cañones y una numerosa columna el general Senarmon, desprendiéronse otras dos también enemigas por derecha é izquierda para atacar nuestros costados. Repelióse con denuevo por el frente la primera embestida, á tiempo que Napoleón llegó al pie de la sierra. Irritado éste é impaciente por la resistencia, mandó entonces soltar á escape por la calzada y contra la principal batería española los lanceros polacos y cazadores de la guardia, al mando del general Mont-Brun. Los primeros que acometieron cubrieron el suelo con sus cadáveres, y en una de las cargas quedó gravemente herido de tres balazos M. Felipe de Segur, estimado autor de la *Historia de la campaña de Rusia*. Insistiendo de nuevo en atacar la caballería francesa, y á la sazón que sus columnas de derecha é izquierda se habían, á favor de la niebla, encaramado por los lados, empezaron los nuestros á flaquear, abandonando al cabo sus cañones, de que se apoderaron los jinetes enemigos. San Juan, queriendo contener el desorden de los suyos, recorrió el campo con tal valor y osadía, que envuelto por lanceros polacos, se abrió paso, llegando por trochas y atajos, y herido en la cabeza, á Segovia, en cuya ciudad se unió á D. José Heredia, que juntaba dispersos.

Con semejante desgracia Madrid quedaba descubierta, y el Gobierno supremo en sumo riesgo, si de Aranjuez no se transfería en breve á paraje seguro. Ya al promediar Noviembre, y á propuesta de don Gaspar Melchor de Jovellanos, se habia pensado en ello; mas con tal lentitud, que fué menester que el 28 se dijese haber asomado hacia Villarejo partidas enemigas, para ocuparse seriamente en el asunto. El compromiso de la Junta era grande, y mayor por un incidente ocurrido en aquellos dias. Figurándose el enemigo que con la ruina y descalabros padecidos podria entrarse en acomodamiento, habia convidado, por medio de los ministros de José, á las autoridades supremas á que se sometiesen y evitasen mayores males con prolongar la resistencia. Al propósito escribieron aquellos tres cartas, concebidas en idéntico y literal sentido, una al Conde de Floridablanca y las otras dos al Decano del Consejo Real y al Corregidor de Madrid. La Central, sobremanera indignada, decretó el 24 de Noviembre que dichos escritos fuesen quemados por mano del verdugo, declarando infidentes y desleales á sus autores, y encargan-

do á la sala de Alcaldes la sustanciacion y fallo de la causa. Con lo cual se respondió á la propuesta, é igualmente al decreto de proscripción de Napoleón, aunque no tan militar ni arbitrariamente. Mas semejante resolución, metiendo á la Junta en nuevos compromisos, la impelin á atender á su propia seguridad.

Las horas ya eran contadas. El 30 exploradores enemigos se habian divisado en Méstoles, y el 1.º de Diciembre muy de mañana supose lo acaecido en Somosierra. Con afán y temprano el mismo dia congregó el Presidente á los individuos de la Junta para que se enterasen de los partes recibidos. Penasé inmediatamente en abandonar á Aranjuez; pero ántes se encaminaron á la capital los recursos disponibles, se acordaron otras providencias y se resolvió elegir diferentes vocales que fuesen á influir el espíritu de las provincias. Delibrase en seguida acerca del paraje en que el Gobierno debería fijar su residencia. Variaron los pareceres; señalase al fin Badajoz. Para mayor comodidad del viaje se dispuso que los individuos de la Junta se repartiesen en tandas, y para el fácil despacho de los negocios urgentes se escogió una comisión activa, compuesta de los Sres. Floridablanca, Astorga, Valdés, Jovellanos, Contamina y Garay. Unos en pos de otros salieron todos de Aranjuez en la tarde y noche del 1.º al 2 de Diciembre. Apenas con escolta, en medio de tales angustias tuvieron la dicha de que los pueblos no los molestaran, y de que los franceses no los alcanzasen y cogiesen. Libres de particular contratiempo llegaron á Talavera de la Reina, en donde volveremos á encontrarlos.

En tanto reinaba en Madrid la mayor agitacion. D. Tomas de Morla y el capitán general de Castilla la Nueva, Marqués de Castelar, habian discurrido enlazarla, y aunque por orden de la Central promulgaron edictos que pintaban con amoniguados colores las desgracias sucedidas, sin embargo, no fué dado por más tiempo ocultarlas, acudiendo prófugos de todos lados. Alterada á su vista la muchedumbre, se acozó á casa de Castelar, que disfrutaba de la confianza pública, y pidió el 30 de Noviembre con gran vocería que se le armase. Así lo prometió, y desde entonces con mayor diligencia y ahínco se atendió á fortificar la capital, y distribuir á sus vecinos armas y municiones. Madrid no era, en verdad, punto defendible, y las obras que se trazaron, levantadas atropelladamente, no fueron tampoco de grande ayuda. Redujéronse á unos fosos delante de las puertas exteriores, en donde se construyeron baterías á barbeta, que artillaban cañones de corto calibre. Se aspillaron las tapias del recinto, abriéndose cortaduras ó zanjias en ciertas calles principales, como la de Alcalá, carrera de San Jerónimo y Atocha. También se desempedrarón muchas de ellas, y acumulándose las piedras en las casas, se parapetaron las ventanas con almohadas y cohechos. Todos corrían á trabajar, siendo el entusiasmo general y extremado.

En 1.º de Diciembre se confió el gobierno político y militar á una junta, que se instaló en la casa de Correos. A su cabeza estaba el Duque del Infantado, como presidente del Consejo Real, y eran además individuos el Capitán general, el Gobernador y Corregidor, como también varios ministros de los Consejos y regidores de la villa. La defensa de la plaza se encargó exclusiva y particularmente á don Tomas de Morla, que gozaba de concepto de oficial más inteligente que el gobernador D. Fernando de la Vera y Pantoja. En Madrid no habia sino 300

hombres de guarnición y dos batallones con un escuadrón de nueva leva. Corrió la voz aquel día de que el enemigo estaba á cinco leguas, y el vecindario, lejos de amilanarse, se inflamó con impetu atropellado. Repartieronse 8.000 fusiles, chuzos y hasta armas viejas de la Armería. Y para guardar orden se citó á todos por la tarde al Prado, desde donde á cada uno debía señalarse destino. Escasaron los cartuchos, y aun para muchos faltaron. Pedíanlos con instancia los concurrentes, mas respondiendo Morla que no los había, y dentro de algunos habiéndose encontrado, en vez de pólvora, arena, creció la desconfianza, lanzáronse gritos amenazadores, y todo pronosticaba estrepitosa conmoción.

Había entendido, como regidor, el Marqués de Perales en la formación de los cartuchos, y contra él y su mayordomo se empezó á clamar desafortunadamente. Este marqués era antes el ídolo de la plebe madrileña, presumía de imitarla en usos y trajes, con nadie sino con ella se trataba, y aun casi siempre se le veía vestido á su manera con el traje de majó. Pero acusado, con razón ó sin ella, de haber visitado á Murat, y recibido de éste obsequios y buen acogimiento, cambiáse el favor de los barrios en óseria. Juntáse tambien, para su desdicha, la ira y celos de una antigua manceba, á quien por otra habia dejado. Temia el Marqués por costumbre escoger sus amigas en re las mujeres más hermosas y desenfadas del vulgo, y era la abandonada hija de un carnicero. Para vengar ésta lo que reputaba ultraje, no solo dió pábulo al cuento de ser el Marqués autor de los cartuchos de arena, sino que tambien inventó haber él mismo pactado con los franceses la entrega de la puerta de Toledo. Sabido es que entre el bajo pueblo nada halla tanto séquito como lo que es infundado y absurdo. Y en este caso con mayor facilidad, saliendo de la boca de quien se creía depositario de los secretos del Marqués. Vivía este en la calle de la Magdalena, inmediata al barrio del Avapiés (de todos el más desahogado), y sus vecinos se agolparon á la casa, la allanaron, cesieron al dueño á puñaladas, y puesto sobre una estera le arrastraron por las calles. Tal fué el desastrado fin del Marqués de Perales, víctima inocente de la ceguera y furor popular; pero que ni era general, ni anciano, ni habia nunca sido mirado como hombre respetable, según lo afirma cierto historiador inglés, empeñado en desdorar y ennegrecer las cosas de España. La conmoción no fué mas allá; personas de influjo y otros cuidados la aseguraron.

En la mañana del 2 aparecieron sobre las alturas del norte de Madrid las divisiones de dragones de los generales La Tour Maubourg y La Houssaye; ántes sólo se habian columbrado partidas sueltas de caballería. A las doce Napoleón mismo llegó á Chamartín, y se alojó en la casa de campo del Duque del Infantado. Aniversario aquel día de la batalla de Austerlitz y de su coronación, se lionjencia seña tambien el de su entrada en Madrid. Con semejante esperanza, no tardó en presentarse en sus cercanías á intimar por medio del mariscal Bessières la rendición á la plaza. Respondióse con desden, y aun corrió peligro de ser atropellado el oficial enviado al efecto. No habia la infantería francesa acabado de llegar, y Napoleón, recorriendo los alrededores de la villa, meditaba el ataque para el siguiente día. En este no hubo sino tiroteos de avanzadas y escaramuzas de la caballería enemiga, que detenía, despojaba y á veces mataba á los que, inhábiles para la defensa, salían de Madrid. Con más dicha, y por

ser todavía en la madrugada oscura y nebulosa, pudo alejarse el Duque del Infantado, comisionado por la Junta permanente para ir hacia Guadalupe en buses del ejército del centro, al que se consideraba cercano. Por la noche el mariscal Victor hizo levantar baterías contra ciertos puntos, principalmente contra el Retiro, y á las doce de la misma el mariscal Berthier, príncipe de Neufchatel, mayor general del ejército imperial, repitió nueva intimación, valiéndose de un oficial español prisionero, á la que se tardó algunas horas en contestar.

Amaneció el 3 cubierto de niebla, la cual disipándose poco á poco, aclaró el día á las nueve de la mañana, y apareció bellissimo y despejado. Napoleón, preparado el ataque, dirigió su principal comato á apoderarse del Retiro, llamando al propio tiempo la atención por las puertas del Conde Duque y Fuencarral, hasta la de Recoletos y Alcalá, y colocándose él en persona cerca de la Fuente Castellana. Mas barriendo aquella cañada y cerros inmediatos una batería situada en lo alto de la escuela de la Veterinaria, cayeron algunos tiros junto al Emperador, que diciendo: *Estamos muy cerca*, no alejó lo suficiente para librarse del riesgo. Gobernaba dicha batería un oficial de nombre Vasallo, y con tal acierto, que contuvo á la columna enemiga, que queria meterse por la puerta de Recoletos para coger por la espalda la de Alcalá. Los ataques de las otras puertas no fueron, por lo general, sino simulados, y no hubo sino ligeras escaramuzas, señalándose en la de los Pozos una cuadrilla de cazadores que se habia apostado en las casas de Bringas, allí contiguas. Tambien hubo entre la del Conde Duque y Fuencarral vivo tiroteo, en los que fue herido en el pié, de una bala, el general Maison. Mas el Retiro, cuya eminencia, dominando á Madrid, es llave de la posición, fué el verdadero y principal punto atacado. Los franceses ya en tiempo de Murat habian reconocido su importancia. Los generales españoles, fuese de cuidado ó fatal acaso, no se habian acordado en fortificarle.

Treinta piezas de artillería, dirigidas por el general Senarmon, rompieron el fuego contra la tapia oriental. Sus defensores, que no eran sino paisanos, y un cuerpo recién levantado á expensas de D. Francisco Mazarredo, resistieron con serenidad, hasta que los fuegos enemigos abrieron un ancho boqueron, por donde entraron sus tiradores y la division del general Villatte. Entónces los nuestros, decayendo de ánimo, fueron ahuyentados, y los franceses, detramándose con celeridad por el Prado, obligaron á los comandantes de las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha á replegarse á las cortaduras de sus respectivas é inmediatas calles. Pero como aquéllas habian sido excavadas en la parte más elevada, quedaron muchas casas y edificios á merced del soldado extranjero, que las robó y destruyó. Tomó tan mala suerte á la escuela de mineralogía, calle del Turco, en donde pereció una preciosa colección de minerales de España y América, reunida y arreglada al cabo de años de trabajo y penosa tarea.

La pérdida del Retiro no causó en la población desaliento. En todos los puntos se mantuvieron firmes, y sobre todo en la calle de Alcalá, en donde fue muerto el general francés Bruyère. Castelar en tanto respondió á la segunda intimación, pidiendo una suspensión de armas durante el día 3, para consultar á las demás autoridades y ver las disposiciones del pueblo, sin lo cual nada podia resolver definitivamente. Eran las doce de la mañana cuando

llegó esta respuesta al cuartel general francés, é invadido ya el Retiro, desistió Napoleon de proseguir en el ataque, prefiriendo á sus contingencias el medio mas suave y seguro de una capitulación. Pero para conseguirla mandó al de Neufchatel que diese á Castelar una réplica amenazadora, diciendo: «Inmensa artillería está preparada contra la villa, minadores se disponen para volar sus principales edificios,.... las columnas ocupan la entrada de las avenidas,.... Mas el Emperador, siempre generoso en el curso de sus victorias, suspende el ataque hasta las dos. Se concederá á la villa de Madrid protección y seguridad para los habitantes pacíficos, para el culto y sus ministros; en fin, olvido de lo pasado. Enarbolase bandera blanca antes de las dos, y envíense comisionados para tratar.»

La Junta, establecida en Correos, mandó cesar el fuego, y envió al cuartel general francés á D. Tomas de Morla y á D. Bernardo Iriarte. Avocáronse éstos con el Principe de Neufchatel, quien los presentó á Napoleon; vista que atemorizó á Morla, hombre de corazón pusilánime, aunque de fiera y africana figura. Napoleon le recibió áseramente. Echóle en cara su proceder contra los prisioneros franceses de Bailen, sus contestaciones con Dupont, hasta le recordó su conducta en la guerra de 1793, en el Rosellon. Por último díjole: «Vaya V. á Madrid; doy tiempo para que se me responda de aquí á las seis de la mañana. Y no vuelva V. sino para decirme que el pueblo se ha sometido. De otro modo V. y sus tropas serán pasados por las armas.»

Demudado volvió á Madrid el general Morla, y embarazosamente dió cuenta á la Junta de su comisión. Tuvo que prestarle ayuda su compañero Iriarte, mas sereno, aunque anciano y no militar. Hubo disenso entre los vocales; prevaleció la opinión de la entrega. El Marqués de Castelar, no queriendo ser testigo de ella, partió por la noche, con la tropa que había, camino de Extremadura. También y antes el Vizconde de Gante, que mandaba la puerta de Segovia, salió subrepticamente del lado del Escorial, en busca de San Juan y Heredia.

A las seis de la mañana del 4 D. Tomas de Morla y el gobernador D. Fernando de la Vera y Pantoja pasaron al cuartel general enemigo con la minuta de la capitulación (8). Napoleon la aprobó en todas

sus partes con cortísima variación, si bien se contenían en ella artículos que no hubieran debido entrar en un convenio puramente militar.

El general Belliard, después de las diez del mismo día, entró en Madrid y tomó sin obstáculo posesión de los puntos principales. Sólo en el nuevo cuartel de guardias de Corps se recogieron algunos con ánimo de defenderse, y fué menester tiempo y la presencia del Corregidor para que se rindieran.

Silencioso quedó Madrid después de la entrega, y contra Morla se abrigaba en el pecho de los habitantes odio reconcentrado. Tacharonle de traidor, y confirmáronse en la idea con verle pasar al bando enemigo. Sólo hubo de su parte falta de valor y deshonroso proceder. Murió años adelante ciego, lleno de pesares, aborrecido de todos.

Consiguíase con la defensa de Madrid, si no detener al ejército francés, por lo ménos probar á Europa que á viva fuerza, y no de grado, se adjunta á Napoleon y á su hermano. Respecto de lo cual, oportuna, aunque familiarmente, decía M. de Pradt, capellán mayor del Emperador, primero obispo de Poitiers, y después arzobispo de Malinas, «que José había sido echado de Madrid á puntapiés y recibido á cañonazos.»

El 6 se desarmó á los vecinos, y no se tardó en faltar á la capitulación, esperanza de tantos hombres ciegos y subitamente confiados. Dieron la señal de su quebrantamiento los decretos que desde Chamartin y á fuer de conquistador empezó el mismo día 4 á fulminar Napoleon, quien, arrojando todo embozo y sin mentar á su hermano, mostrase como señor y dueño absoluto de España.

Fué el primero contra el Consejo de Castilla. Decíase en su contexto que por haberse portado aquella corporación con tanta debilidad como *supercheria*, se destituirían sus individuos, considerándolos *cobardes é indignos de ser los magistrados de una nación brava y generosa*. Quedaban, ademas, detenidos en calidad de rehenes; por cuyo decreto, el artículo

Art. 8.º Las tropas caldrán de la villa con los honores de la guerra y se retirarán donde les convenga.—Las tropas aliadas con los honores de la guerra; desfilarán hoy, 4, á las dos de la tarde, llevando sus armas y alabares, las patillas armadas decañon igualmente las armas y artillería, y después los habitantes se retirarán á sus casas, y los de fuera á sus pueblos.

Todos los individuos aliadas en las tropas de línea de cuatro cuerdas á esta parte quedarán libres de su empeño y se retirarán á sus pueblos.

Todos los demas serán prisioneros de guerra hasta su canje, que se hará inmediatamente entre igual número grado á grado.

Art. 9.º Se pagará del y en su momento las deudas del Estado.—Este objeto es un objeto político que pertenece á la asamblea del reino, y que pende de la administración general.

Art. 10. Se conservarán los honores á los generales que quisieran quedarse en la villa, y se concederá la libre salida á los que no quisieran.—Concedido, continuando en su empleo, bien que el pago de sus sueldos será hasta á continuacion definitiva del reino.

Art. 11, adicional. Un detachmento de la guardia tomará posesion hoy, 4, á media noche, de las puertas de la villa. Igualmente á media noche se entregarán las diferentes puertas de la villa al ejército francés.

A media noche el cuartel de guardias de Corps y el hospital general se entregarán al ejército francés.

A la misma hora se entregarán el parque y almacenes de artillería á continuacion á la artillería é ingenieros franceses.

Las cartuluras y espaldones se dejarán y las cañales se repararán. El oficial francés que fete tomar el mando de Madrid acudirá á media noche con una guardia á la casa del Principi, para concertar con el Gobierno las medidas de policía y establecimiento de buen orden y seguridad pública en todas las partes de la villa.

Nosotros, los comisionados abajo firmados, autorizados de plenos poderes para acordar y firmar la presente capitulación, hemos convenido en la fe y entera ejecución de las disposiciones dichas anteriormente.

Campo Imperial delante d. Madrid, 4 de Diciembre de 1808.—FRANCO DE LA VERA Y PANTOJA.—TOMAS DE MORLA.—ALEJANDRO, primer pe de Neufchatel.—Vasco la Gaceta de Gobierno de Sevilla de 6 de Enero de 1809.

(8) Capitulación que la Junta militar y política de Madrid propone á S. M. I. y R. el Emperador de los franceses.

Artículo 1.º La religión tan de la religión católica, apostólica y romana, sin que se tolere otra, según las leyes.—Concedido.

Art. 2.º La libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos y residentes en Madrid, y los empleos públicos, la conservación de sus empleos, con salda de esta corte, á los comisionados, legítimamente las vidas, derechos y propiedades de los extranjeros, católicos y naturales de ambos sexos, conservándose en su derecho de los templos, todo con arreglo á nuestras leyes y prácticas.—Concedido.

Art. 3.º Se asegurarán tambien las vidas y propiedades de los militares de todas las naciones.—Concedido.

Art. 4.º Que no se perseguirá á persona alguna por opinion ni color de política, ni tampoco á los empleados públicos por razon de lo que piensan, ó están haciendo en el presente en el ejercicio de sus empleos y pertenencias al Gobierno anterior, ni al pueblo por los redenciones que ha hecho para su defensa.—Concedido.

Art. 5.º No se exigirán otras contribuciones que las ordinarias que se pagan á hasta el presente.—Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.

Art. 6.º Se conservarán nuestras leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion.—Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.

Art. 7.º Las tropas francesas ni los oficiales no serán alojados en casas particulares, sino en cuarteles y pabellones, y no en otros conventos ni en otros edificios, conseruándose la privilegio concedido por las leyes á las tropas francesas.—Concedido, bien entendido que habiéndose por el presente y para la seguridad, cuarteles, pabellones, murallas, etc. que se han de regular en los cuarteles, á no ser que sean los edificios dichos edificios.

sexto de la capitulación, con afán apuntado por los del Consejo, y según el cual debían conservarse las leyes, costumbres y tribunales en su actual constitución, se barrenaba y destruía.

Siguieronse á este el de la abolición de la Inquisición, el de la reducción de conventos á una tercera parte, el de la extinción de los derechos señoriales y exclusivos, y el de poner las aduanas en la frontera de Francia. Varios de estos decretos, reclamados constantemente por los españoles ilustrados, no dejaron de cautivar al partido del gobierno intruso ciertos individuos, enojados con los primeros pasos de la Central, dando á otros plausible pretexto para hacerse tornavizos.

Mas semejantes resoluciones, de nño benéficas, aunque procedentes de mano ilegítima, fueron acompañadas de otras crueles é igualmente contrarias á lo capitulado. Se cogió y llevó á Francia á D. Arias Mon, decano del Consejo, y á otros magistrados. El Principe de Castel-Franco, el Marqués de Santa Cruz del Viso y el Conde de Altamira, ó sea de Trastámara, comprendidos en el decreto de proscripción de Burgos, fueron también presos y conducidos á Francia, conmutándose la pena de muerte en la de perpétuo encierro, sin embargo de que por los artículos primero, segundo y tercero de la capitulación se aseguraba la libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos, militares y empleados de Madrid. Igual suerto cupo en un principio al Duque de Sotomayor, de que le libró especial favor. Estuvo para ser más rigurosa la del Marqués de San Simón, emigrado francés al servicio de España: fué juzgado por una comisión militar y condenado á muerte, habiendo defendido contra sus compatriotas la puerta de Fuencarral. Las lágrimas y encarecidos ruegos de su desconsolada hija alcanzaron gracia, limitándose la pena de su padre á la de confinación en Francia.

Napoleon permanecía en Chamartin, y sólo una vez y muy de mañana atravesó á Madrid y se encaminó á palacio. Aunque se le representó suntuosa la morada real, según sabemos de una persona que le acompañaba, por nada preguntó con tanto anhelo como por el retrato de Felipe II; detúvose durante algunos minutos delante de uno de los más notables, y no parecía sino que un cierto instinto le llevaba á considerar la imagen de un monarca que, si bien en muchas cosas se le semejaba, comedia en gran manera con él en su amor á exclusiva, dura é ilimitada dominación, así respecto de propios como de extraños.

La inquietud de Napoleon creía según que corrían días sin recoger el pronto y abundante equilibrio que esperaba de la toma de Madrid. Sus correos comenzaban á ser interceptados, y escasas y tardías eran las noticias que recibía. Los ejércitos españoles, si bien deshechos, no estaban del todo aniquilados, y era de temer se convirtiesen en otros tantos núcleos, en cuyo alrededor se agrupasen oficiales y soldados, al paso que los franceses, teniendo que derramarse, entluquecían sus fuerzas, y aun desaparecían sobre la haz espaciosa de España. En las demás conquistas, dueño Napoleon de la capital, lo había sido de la suerte de la nación invadida; en esta, ni el gobierno, ni los particulares, ni el más pequeño pueblo de los que no ocupaba se habían presentado libremente á prestarle homenaje. Impacientábase tal proceder, sobre todo cuando nuevos ciudadanos podían llamarle á otras y lejanas partes. Mostró su enfado al Corregidor de Madrid, que el 16 de Diciembre fué á Chamartin á cumplimentarlo

y á pedirle la vuelta de José, según se había exigido del Ayuntamiento; díjole, pues, Napoleon que por los derechos de conquista que le asistían podía gobernar á España, nombrando otros tantos virreyes cuantas eran sus provincias. Sin embargo, añadió que consentiría en ceder dichos derechos á José cuando todos los ciudadanos de la capital le hubieran dado pruebas de adhesión y fidelidad por medio de un juramento «que saliese, no solamente de la boca, sino del corazon, y que fuese sin restricción jesuítica.»

Sujetóse el vecindario á la ceremonia que se pedía, y no por eso trataba Napoleon de reponer á José en el trono, cosa que á la verdad importaba poco á los madrileños, molestados con la presencia de cualquiera gobierno que no fuera el nacional. El Emperador había dejado en Burgos á su hermano, quien sin su permiso vino y se le presentó en Chamartin, donde fué tan mal recibido, que se retiró á la Moncloa y luego al Pardo, no gozando de rey sino escasamente la apariencia.

Más que en su persona ocupábase Napoleon en averiguar el paradero de los ingleses y en disipar del todo las reliquias de las tropas españolas. El 8 de Diciembre llegó á Madrid el cuerpo de ejército del Duque de Dantziek, y con diligencia despachó Napoleon hacia Tarazona al mariscal Bessières, dirigiendo sobre Aranjuez y Toledo al mariscal Victor y á los generales Millaud y Lasalle.

Por este lado y la vuelta de Talavera se había retirado D. Benito San Juan, quien, después de haber recogido en Segovia dispersos, y en union con D. José Heredia, se había apostado en el Escorial ántes de la entrega de Madrid. Pensaban ir ambos generales al socorro de la capital, y áun, instados por el Vizconde de Ganto, que con aquel objeto, según vimos, había ido á su encuentro, se pusieron en marcha. Acercábase, cuando espereida la voz de estar muy apretada la villa y otras circunstancias, empezó una dispersion horrorosa, abandonando los artilleros y carreteros cañones y carruajes. Comenzó por donde estaba San Juan, cundió á la vanguardia, que mandaba Heredia, y ni uno ni otro fueron parte á contenerla. Algunos restos llegaron, en la madrugada del 4, casi á tocar las puertas de Madrid, en donde, noticiosos de la capitulación, hueltos y á manera de bandidas, corrieron como los primeros asolando los pueblos y maltratando á los habitantes hasta Talavera, punto de reunion, que fué teatro de espantosa tragedia.

Habituadas á la rapina y al crimen las mal llamadas tropas, pesábales volver á someterse al orden y disciplina militar. Su caudillo, D. Benito San Juan, no era hombre para permitir más tiempo la holganza y los excesos encubiertos bajo la capa del patriotismo, de lo cual temerosos los alborotadores y cobardes, difundieron por Talavera que los jefes los habían traidoramente vendido. Con lo que apandillándose una banda de hombres y soldados desalmados, se metieron en la mañana del 7 en el convento de Agustinos, y guiados por un furibundo fraile, penetraron en la celda en donde se albergaba el general San Juan. Empezó éste á arengarlos con serenidad, y áun á defenderse con el sable, no bastando las razones para aplacarlos. Desarmáronle, y viéndose perdido, al querer arrojarle por una ventana, tres tiros le derribaron sin vida. Su cadáver, despojado de los vestidos, mutilado y arrastrado, lo colgaron por último de un árbol en medio de un paseo público, y así expuesto, no satisfechos todavía, le acribillaron á balazos. Faltan palabras

para calificar debidamente tamaña atrocidad, ejecutada por soldados contra su propio jefe, y promovida y abanderizada por quien iba revestido del hábito religioso.

No tan relajado, aunque harto decaído, estaba por el lado opuesto el ejército del centro. El hambre, los combates, el cansancio, voces de traición, la fuga, el mismo desamparo de los pueblos, uniéndose a porfía y de tropel, habían causado grandes claros en las filas. Cuando le dejamos en Sigüenza estaba reducido su número á 8.000 hombres casi desnudos. Mas, sin embargo, determinaron los jefes cumplir con las órdenes del Gobierno, é ir á reforzar á Somosierra. Empezó la infantería su ruta por Atienza y Jadraque, y la artillería y caballería, en busca de mejores caminos, tomaron la vuelta de Guadalajara, siguiendo la izquierda del Henares. No tardaron los primeros en variar de rumbo y caminar por donde los segundos, con el aviso de Castellar recibido en la noche del 1.º al 2 de Diciembre de haber los enemigos forzado el paso de Somosierra. Continuando, pues, todo el ejército á Guadalajara, la 1.ª y 4.ª division entraron por sus calles en la noche del 2, junto con la artillería y caballería. Casi al propio tiempo llegó á dicha ciudad el Duque del Infantado; y el 3, avistándose con La Peña y celebrando junta de generales, se acordó: 1.º, enviar parte de la artillería á Cartagena, como se verificó; y 2.º, dirigirse con el ejército por los altos de San Torcaz, publicito á dos leguas de Alcalá y á su oriente, y extenderse á Arganda para que desde aquel punto, si ser pudiere, se metiese la vanguardia con un convoy de viveres por la puerta de Atocha. En la marcha tuvieron noticia los jefes de la capitulación de Madrid, y obligados, por tanto, á alojarse, resolvieron cruzar el Tajo por Aranjuez y guarecerse de los montes de Toledo. Plan demasiado arriesgado y que por fortuna estorbó con sus movimientos el enemigo sin gran menoscabo nuestro. Caminaron los españoles el 6 y descansaron en Villarejo de Salvanés. Allí les salió al encuentro D. Pedro de Llanas, encargado por la Central de custodiar con pocos soldados el punto de Aranjuez, que acababa de abandonar, forzado por la superioridad de fuerzas francesas. Interceptado de este modo el camino, se decidieron los nuestros á retroceder y pasar el Tajo por las barcas de Villamanrique, Fuentidueña y Estremera, y abrigándose de las sierras de Cuenca, sentar sus reales en aquella ciudad, paraje acomodado para repararse de tantas fatigas y penalidades. Así, y por entonces, se libraron las reliquias del ejército del centro de ser del todo aniquiladas en Aranjuez por el mariscal Victor, y en Guadalajara por la numerosísima caballería de Bessieres y el cuerpo de Ney, que entró el 6 viniendo de Aragon. No hubo sino alguno que otro reencuentro, y haber sido acuchillados en Nuevo-Bastan los causados y zagueros.

A los males enumerados y al encarnizado seguimiento del enemigo, agregáronse en su marcha al ejército del centro discordias y conspiraciones. El 7 de Diciembre, estando en Belinchon el cuartel general, se mandó ir á la villa de Yebra á la primera y cuarta division, que regia entonces el Conde de Villariozo. A mitad del camino, y en Mondéjar, don José Santiago, teniente coronel de artillería, el mismo que en Mayo fué de Sevilla para levantar á Granada, se presentó al general de las divisiones, diciéndole que éstas, en vez de proseguir á Cuenca, querian retroceder á Madrid para pelear con los franceses, y que á él le habían escogido por caudi-

llo; pero que suspendia admitir el encargo hasta ver si el General, aprobando la resolucion, se hacia digno de continuar capitaneándolos. Refusó Villariozo la inesperada oferta, y reprendiendo al Santiago, encomendóle contener el mal espíritu de la tropa; singular conspirador y singular jefe. La artillería, como era de temer, en vez de apaciguarse, se apostó en el camino de Yebra, y forzó á la otra tropa, que iba á continuar su marcha, á volver atras. Intentó Villariozo arengar á los sublevados, que aparentaron escucharle; mas quiso que de nuevo prosiguiesen su ruta; y gritando unca á Madrid, y otros á Despeñaperros, tuvo que desistir de su empeño y despachar al coronel de Pavía, Príncipe de Anglona, para que informase de lo ocurrido al General en jefe, el cual creyó prudente separar la infantería y alejarla de la caballería y artillería. Los peones, dirigiéndose á Illana, debian cruzar el vado y barcas de Maquilon; los jinetes y cañones, con solos dos regimientos de infantería, Ordenes y Lorca, las de Estremera; mandando á los primeros el mismo Villariozo y á los segundos D. Andres de Mendoza. Ciertas precauciones, y la repentina mudanza en la marcha, suspendieron algun tiempo el alboroto; mas el dia 8, al querer salir de Taucecon, encrespóse de nuevo, y sin rebozo se puso Santiago á la cabeza.

Pareciéndole al Mendoza que el carácter y respetos del Conde de Miranda, comandante de carabineros reales, que allí se hallaba, eran más acomodados para atajar el mal que los que á su persona asistían, propuso al Conde, y éste aceptó, sustituirle en el mando. Llamado D. José Santiago por el nuevo jefe, retúvole éste junto á su persona; y hubo vagar para que, adoptadas prontas y vigorosas providencias, se continuase, aunque con trabajo, la marcha á Cuenca. El Santiago fué conducido á dicha ciudad, y arcabuceado despues en 12 de Enero, con un sargento y cabo de su cuerpo.

Mas el mal habia echado tan profundas raíces, y andaban las voluntades tan mal avenidas, que para arrancar aquellas y aunar éstas, juzgó conveniente D. Manuel de la Peña celebrar un consejo de guerra en Alcázar de Hueste, y desistiendo del mando, proponer en su lugar por general en jefe al Duque del Infantado. Admitiéndose la propuesta, consintió el Duque, y aprobó despues la Central, con que se legitimaron unos actos que sólo disculpaba lo arduo de las circunstancias.

La mayor parte del ejército entró en Cuenca en 10 de Diciembre. Más remisa estuvo, y llegó en desorden, la segunda division, al mando del general Grimarest, que fué atacada en Santa Cruz de la Zarza en la noche del 8, y ahuyentada por el general Mont-Brun. Y el terror y la indisciplina fueron tales, que casi sin resistencia corrió dicha division precipitadamente y á la primera embestida, camino de Cuenca.

En esta ciudad, reunido el ejército del centro, y abrigado de la fragosa tierra que se extendía á su espalda, terminó su retirada de ochenta y seis leguas, emprendida desde las faldas del Moncayo, inmemorable, sin duda, aunque costosa; pues al cabo, en medio de tantos tropiezos, reencuentros, marchas y contramarchas, escaseces y sublevaciones, salvóse la artillería y bastante fuerza, para con su apoyo formar un nuevo ejército, que combatiendo al enemigo ó trabajándole, le distrajesen de otros puntos y contribuyese al bueno y final éxito de la causa comun.

Descansaban, pues, y se reponian algun tanto

aquellos soldados, cuando con asombro vieron el 16 entrar por Cuenca una corta division que se contaba por perdida. Recordará el lector cómo despues del acontecimiento de Lagroño, incorporada la gente de Castilla en el ejército de Andalucía, se formó una vanguardia de 4.000 hombres, al mando del Conde de Cartaojal, destinada á maniobrar en la sierra de Cameros. El 22 de Noviembre, segun órden de Castaños, se habia retirado dicho jefe por el lado de Agreda á Borja, y despues de una leve refriega con partidas enemigas, prosiguiendo á Calatayud, se habia allí unido al grueso del ejército, de cuya suerte participó en toda la retirada. Mas de este cuerpo de Cartaojal quedó el 21 en Nalda, separado y como cortado, un trozo, á las órdenes del Conde de Alacha.

No desanimándose ni los soldados ni su caudillo, aconsejado de buenos oficiales, al verse rodeados de enemigos, y ellos en tan pequeño número, emprendieron una retirada larga, penosa y atrevida. Por espacio de veinte dias, acampando y marchando á dos y tres leguas del ejército francés, cruzando empinados montes y erizadas breñas, descalzos y casi desprovistos de todo consuelo, consiguieron, venciendo obstáculos para otros insuperables, llegar á Cuenca conformes y aun contentos de presentarse, no sólo salvos, sino con el trofeo de algunos prisioneros franceses. Tanta es la constancia, sobriedad é intrepidez del soldado español bien capitaneado.

Pero la estancia en Cuenca del ejército del centro, si bien por una parte le daba lugar para recobrar y le ponía mas al abrigo de una acometida, por otra dejaba á la Mancha abierta y desamparada. Es cierto que sus vastas llanuras nunca hubieran sido bastante protegidas por las reliquias de un ejército á cuya caballería no le era dado hacer rostro á la formidable y robusta de las huestes enemigas. Así fue que el mariscal Víctor, sentando ya en 11 de Diciembre su cuartel general en Aranjuez y Ocaña, desparramó por la Mancha baja gruesas partidas, que se proveían de vituallas en sus feraces campiñas, y pillaban y maltrataban pueblos abandonados á su rapacidad por los fugitivos habitantes.

Habian contado algunos con que Toledo haria resistencia; mas desaparecida la ciudad y cundiendo por sus hogares el terror que esparcían la ruta y dispersion de los ejércitos, abrió el 19 de Diciembre sus puertas al vencedor; habiendo ántes salido de su recinto la junta provincial, muchos de los principales vecinos, y despachado á Sevilla 12.000 espadas de su antigua y celebrada fabrica.

Ciertos y contados pueblos ofrecieron la imagen de la más completa anarquía, atropellando y asediando pasajeros. Doloroso, sobre todo, fué lo que aconteció en Madagón y Ciudad-Real. Por el último pasaba preso á Andalucía D. Juan Duro, canonigo de Toledo y antiguo amigo del Principe de la Paz; ni su estado, ni su dignidad, ni sus suplicas le guardaron de ser bárbaramente asesinado. La misma suerte cupo en el primer pueblo á D. Miguel Cayetano Soler, ministro de Hacienda de Carlos IV, que tambien llevaban arrestado; atrocidades que hubieran debido evitarse, no exponiendo al riesgo de transitar por lugares agitados personajes tan aborrecidos.

Templa, por dicha, la amargura de tales excesos la conducta de otras poblaciones, que cumpliendo dignamente su energía y cediendo al noble impulso del patriotismo ántes que á los consejos de la pru-

dencia, detuvieron y escarmentaron á los invasores. Señálese la villa de Villacabras, una de las comprendidas en el gran priorato de San Juan. Varias partidas de caballería enemiga, que quisieron penetrar por sus calles, fueron constantemente rechazadas en diferentes emboscadas que dieron en los dias del 20 al 25 de Diciembre. Alabó el Gobierno y premió la conducta de Villacabras, cuya poblacion quedó, durante algun tiempo, libre de enemigos, en medio de la Mancha, inundada de sus tropas.

Estas, ántes de terminar Diciembre, se habian extendido hasta Manzanares, y amagaban aproximarse á las gargantas de Sierra-Morena. Muchos oficiales y soldados del ejército del centro se habian acogido á aquellas fraguras, unos obligados de la necesidad, otros huyendo vergonzosamente del peligro. Sin embargo, como éstos eran los ménos, díjose á dicha en llegando, porque daba cimienta á formar y organizar centenares de alistados que acudían de las Andalucías y la Mancha.

Las juntas de aquellos cuatro reinos, vista la dispersion de los ejércitos, y en dudas del paradero de la Central, trataron de reunirse en la Carolina, enviando allí dos diputados de cada una que las representasen, invitando tambien á lo mismo á la de Extremadura y á otra que se habia establecido en Ciudad-Real; pero la Central, fuese prevision ó temor de que se le segregasen estas provincias, habia comisionado á Sierra-Morena al Marqués de Campo-Sagrado, individuo cuyo, con énten, de promover los alistamientos y de poner en estado de defensa aquella cordillera. El 6 de Diciembre ya se hallaba en Andújar, como asimismo el Marqués del Palacio, encargado del mando en jefe del ejército que se reunía en Despeñaperros, habiendo sido ántes llamado de Cataluña, segun en su lugar veremos. De Sevilla enviaron los útiles y cañones necesarios para fortificar la sierra, adonde tambien, y con felicidad, retrocedieron desde Manzanares entorpecidas que caminaban á Madrid. Por este término se consiguió, al promediar Diciembre, que en la Carolina y contornos se juntasen 6.000 infantes y 300 caballos, cubriéndose y reforzándose sucesivamente los diversos pasos de la sierra.

Cortos eran, en verdad, semejantes medios, si el enemigo, con sus poderosas fuerzas, hubiera intentado penetrar en Andalucía: pero destinada su atencion á varios puntos, y fija principalmente en el modo de destruir al ejército inglés, unico temible que quedaba, trató de seguir á éste en Castilla y obrar, ademas, del lado de Extremadura, como movimiento que podria ayudar á las operaciones de Portugal, en caso que los ingleses se retirasen hacia aquel reino.

Para lograr el último objeto, marchó sobre Talavera el cuarto cuerpo, del mando del mariscal LeFebvre, compuesto de 22.000 infantes y 3.000 caballos. La provincia de Extremadura, aunque hostigada y revuelta con execuciones y despojos, se mantenía firme y muy entusiasmada. Mas el despaño que causaban las desgracias convirtió á veces la energía en ferocidad. Fueron en Badajoz el 16 de Diciembre inmolados dos prisioneros franceses, el coronel de milicias D. Tiburcio Carcedán y el ex-tesorero general D. Antonio Noriega, antiguo algeado del Principe de la Paz. Tambien pereció en la villa de Utrage su alcalde mayor. Los mismos descubiertos en ambos pueblos, fueron juzgados y pagaron un crimen con la vida. Estas muertes, con las que hemos contado, y alguna otra que relataremos

después, que en todo no pararon de doce, fueron las que desdolaron este segundo período de nuestra historia, en el cual, rompiéndose de nuevo en ciertas provincias los vínculos de la subordinación y del orden, quedó suelta la rienda á las pasiones y venganzas particulares.

El general Galluzo, sucesor del desventurado San Juan, escogió la orilla izquierda del Tajo como punto propio para detener en su marcha á los franceses. Fué su primera idea guardar los vados y cortar los principales puentes. Cuéntanse de éstos cuatro, desde donde el Tiétar y Tajo se juntan en una madre hasta Talavera; y son el del Cardenal, el de Almaraz, el del Conde y el del Arzobispo. El segundo, por donde cruza el camino de Badajoz á Madrid, mereció particular atención, colocándose allí en persona el mismo Galluzo. La trabazón de su fábrica era tan fuerte y compacta, que por entonces no se pudo destruir, y sólo sí resquebrajarle en parte; 5.000 hombres le guardaron. Don Francisco Trias fué enviado el 15 de Diciembre al del Arzobispo, del que ya enseñoreados los enemigos, tuvo que limitarse á quedar en observación suya. Los otros dos puentes fueron ocupados por nuestros soldados.

Los franceses se contentaron al principio con escaramuzar en toda la línea hasta el día 24, en que viniendo por el del Arzobispo, atacaron el frente y flanco derecho del general Trias, y le obligaron á recogerse á la sierra, camino de Castañar de Ibor. También fué amagado en el propio día el del Conde, que sostuvo D. Pablo Morillo, subteniente entonces, general ahora.

Noticioso Galluzo de lo ocurrido con Trias, y también de que los enemigos habían avanzado á Valdelacasa, se replegó á Jaraicejo, tres leguas á vanguardia de Almaraz, dejando para guardar el puente los batallones de Irlanda y Mallorca, y una compañía de zapadores. Así como los otros, fué luego atacado este punto, del que se apoderó, al cabo de una hora de fuego, la división del general Valence, cogiendo 300 prisioneros.

Pensó Galluzo detenerse en Jaraicejo; pero creyéndose poco seguro con la toma del puente de Almaraz, á las tres de la tarde del 25 ordenadamente emprendió su retirada á Trujillo, cuatro leguas distante. Este movimiento, y voces que esparcía el miedo ó la traición, aumentaron el desorden del ejército, y temíase otra dispersión. Por ello, y la superioridad de fuerzas con que el enemigo se adelantaba, juntó Galluzo un consejo de guerra (menguado recurso á que nuestros generales continuamente acudían), y se decidió retirarse á Zalamea, veintita y tres leguas de Trujillo, y del lado de la sierra que parte terminos con Andalucía. El 28 llegó el ejército á su destino, si ejército merece llamarse lo que ya no era sino una sombra. De la artillería se salvaron diez y siete piezas, once de ellas se enviaron de Minjadas á Badajoz, y seis siguieron á Zalamea. A este punto llegaron después, y en mejor orden, 1.200 hombres de los del puente del Conde y del Arzobispo.

Los franceses penetraron el 26 hasta Trujillo, quedando á merced suya la Extremadura, y muy expuesta y desamparada la Andalucía. Otros acontecimientos los obligaron á hacer parada y retroceder prontamente, dando lugar á la Junta Central para reparar en parte tanto daño.

El viaje de ésta había continuado sin otra interrupción ni descanso que el preciso para el despacho de los negocios. En todos los pueblos por donde

transitaba era atendida y acatada, contribuyendo mucho á ello los respetables nombres de Florida-Blanca y Jovellanos, y la esperanza de que la patria se salvaría salvándose la autoridad central. En Talavera, en cuya villa la dejamos, celebró dos sesiones. Detúvose en Trujillo cuatro días, y recibiendo en esta ciudad pliegos del general Esclafante, enviado al ejército inglés, en los que anunciaba la ineficacia de sus oficios con el general sir Juan Moore para que obrase activamente en Castilla; puesta la Junta de acuerdo con el ministro británico Mr. Frere, nombraron, la primera á D. Francisco Javier Caro, individuo suyo, y al segundo á sir Carlos Stuart, á fin de que encarecidamente y de palabra repitiesen las mismas instancias á dicho general; siendo esencial su movimiento y llamada para evitar la irrupción de las Andalucías.

Se expidieron también en Trujillo premiosas órdenes para el armamento y defensa á los generales y juntas, y se resolvió no ir á Badajoz, sino á Sevilla, como ciudad más populosa y centro de mayores recursos.

Al pasar la Junta por Mérida, una diputación de la de aquella ciudad le pidió, en nombre del pueblo, que eligiese por capitán general de la provincia y jefe de sus tropas á D. Gregorio de la Cuesta, que en calidad de arrestado seguía á la Junta. No convino ésta en la petición, dando por disculpa que se necesitaba averiguar el dictamen de la suprema de la provincia, congregada en Badajoz, la cual sostuvo á Galluzo, hasta que tan atropellada y desordenadamente se replegó á Zalamea. Entonces la voz pública, pidiendo por general á Cuesta, bienquisto en la provincia en donde ántes había mandado, uniéndose á su clamor la junta provincial, y la Central, aunque con repugnancia, accedió al nombramiento. Cuesta llamó de Zalamea las tropas y estableció su cuartel general en Badajoz, en cuya plaza empezó á habilitar el ejército para resistir al enemigo y emprender después nuevas operaciones.

Mas en esta providencia, oportuna, sin duda, y militar, no faltó quien viese la enemistad del general Cuesta con la Junta Central, quedando abierta la Andalucía á las incursiones del enemigo, y por tanto, Sevilla, ciudad que había el gobierno escogido para su asiento. Temerosa debió de andar la misma Junta, ya de un ataque de los franceses, ó ya de los manejos y siniestras miras de Cuesta; pues ántes de acabar Diciembre nombró al brigadier don José Serrano Valdenebro para cubrir con cuantas fuerzas pudiese los puntos de Santa Olalla y el Ronquillo, y las gargantas occidentales de Sierra-Morena.

La Junta Central entró en Sevilla el 17 de Diciembre. Grande fué la alegría y júbilo con que fué recibida, y grandes las esperanzas que comenzaron á renacer. Abrió sus sesiones en el real Alcázar el día 18, y notóse luego que mudaba algún tanto y mejoraba de rumbo. Los contratiempos, la experiencia adquirida, los clamores y la muerte del Conde de Florida-Blanca influyeron en ello extraordinariamente. Falleció dicho Conde en el mismo Sevilla, el 30 de Diciembre, cargado de años y oprimido por padecimiento de espíritu y de cuerpo. Celebróse en memoria un magnífico funeral, y se le dispensaron honores de infante de Castilla. Fué nombrado en su lugar el vice-presidente de la Junta, Marqués de Astorga, grande de España, y digno, por su conducta política, honrada fidele y alta jerarquía, de recibir tan honorífica distinción.

El estado de las cosas era, sin embargo, crítico y

penoso. De los ejércitos no quedaban sino tristes reliquias en Galicia, León y Asturias; en Lluerna, Badajoz y Sierra-Morena. Algunas otras se habían acogido á Zaragoza, ya sitiada; y Cataluña, aunque presentase una diversion importante, no bastaba por sí sola á impedir la completa ruina y destrucción de las demás provincias y del Gobierno. Dúbase de la activa cooperación del ejército inglés, arimado, sin menearse, contra Portugal y Galicia, y sólo se vivía con la esperanza de que el anhelo por repelerle del territorio peninsular empujaria á Napoleón en su seguimiento, y dejaría en paz por algún tiempo el levante y mediodía de España, con cuyo respiro se podrían rehacer los ejércitos y levantar otros nuevos, no solamente por medio de los recursos que estos países proporcionasen, sino también con los que arribaron á sus costas de las ricas provincias situadas allende el mar.

LIBRO SÉPTIMO.

Salida de Napoleon de Chamartin.—Situación del ejército inglés.—Dudas y vacilaciones del general Moore.—Consulta con Mr. Percy.—Paseo extraordinario de la Junta Central y de Mr. Pitt para que avancen.—Reunión á él.—Incidente que pudo estorbarlo.—Sale el 12 de Salamanca á Valladolid.—Viaje de regreso y se mueve hacia Toro y Benavente.—Da de caza á la Romana.—Mal estado del ejército de él.—Parcialidad de ciertos ejércitos.—Unión en Mayorga de los generales Baird y Moore.—Situación del mariscal Soult.—Aviso de la venida de Napoleon.—Retirase los ingleses á Benavente y Astorga.—Marcha de Napoleon.—Paseo de Guadarrama.—Empieza á reanar la disciplina del ejército inglés.—Ataque de caballería en Benavente.—Sorprenden en Manilla los franceses á los españoles.—Retirase Romana de León.—Juntas en Astorga con los ingleses.—Retirase Romana por Fuentebadón.—Muere por Manilla.—Desgracia de Romana en su retirada.—Desembarco de los ingleses en su retirada.—Llega Napoleon á la entrada del mariscal Soult en el Viento.—Reencuentro en Carabantes.—Retirase el general Moore de Villafraña.—Van en aumento las deserciones de los ingleses.—Ligan á León.—Prepara Moore á aventurar una batalla.—Retirase después.—Llega á la Coruña.—Batalla de la Coruña.—Emboscarse los ingleses.—Fuerza de la Coruña.—Del Porro.—Estado de Galicia.—Paradero de Romana.—Suceso á su salida de la Coruña.—Vuelta de Napoleon á Valladolid.—Aspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades.—Angustias del Ayuntamiento de Valladolid.—Rapto de algunos españoles, y penión de uno de ellos.—Temores de guerra en Austria.—Prepara Napoleon á volver á Francia.—Resistencia de Valladolid á los diputados de Madrid.—Opinión e intentos de Napoleon sobre España.—Punto para Francia.—Jase en el Porro.—Pasa una revista en Aradover.—Movimiento del ejército español del centro.—Planes de jefe, el Duque del Infantado.—Ataque de Tarazona.—Avanza el mariscal Villeroy.—Retirase Villeroy á Utiel.—Batalla de Utiel.—Ejército compuesto por los franceses en Utiel.—Retirada del Duque del Infantado.—Sucesos en el mando el Conde de Cartagena.—Entrada de José en Madrid.—Sucesos de Cataluña.—La Junta del Principado se traslada á Villafraña.—Resistencia de Dubene.—Vives muere de Marqués del Páramo.—Ejército español en Cataluña.—En fuerza.—Situación de Barcelona.—Tentativa de Vives contra aquella plaza.—Entrada de Saint-Cyr en Cataluña.—Sucesos de la zona.—Resistencia de los españoles.—Capitulación de Rosas.—Avanza Saint-Cyr camino de Barcelona.—Vives y las divisiones de Reding y Laros.—Ataque singular dado por Lecchi en Barcelona.—Trata Vives de acudir á él y á otros.—Ataque de Vives los 26 y 27 de Noviembre con las cerchas de Barcelona.—Del 9 de Diciembre.—Reding y Vives van al encuentro de Saint-Cyr.—Continúa Saint-Cyr en marcha.—Batalla de Lléna ó Cardener.—Son derrotados los españoles.—Se retiran al Hospitalet.—Llega Saint-Cyr á Barcelona.—Avanza al Hospitalet.—Situación de los españoles.—Batalla de Molins de Rey.—Derrota de los españoles y otros sucesos.—Pudorosa también la situación de Saint-Cyr.—Acercamiento de Tarazona.—Suceso Reding á Vives.—Segundo sitio de Zaragoza.—Preparativos de defensa.—Disposición de los franceses.—Presentación delante de Zaragoza.—El mariscal Marmont se acerca del Monte Torero.—Son rechazados los franceses en el arribo.—Intimación á la plaza.—Barreras y ataques que preparan los franceses.—Falta del general Berton.—Desembarca José á Monev.—Sale Monev para Castañón.—Empieza el bombardeo.—Ataque contra San José y retiro del Páramo.—Manda Marmont.—Intimación de los moriscos.—Refuerzos y combates.—Temores de los franceses.—Gente que perdieron en Aragón.—Llegada del mariscal Laros.—Llama á Marmont.—Sucesos en la Breña.—Asalto de los franceses al retiro de la ciudad.—Muerte de San José.—Batalla del Montañico y epidemia.—Intimación de Lannes.—Dicho de Palafox.—Reali-

zación en casas y edificios.—Mitos de los franceses.—Patriotismo y fe.—Batallas de los franceses.—Muerte del general Lacoste.—Murmuraciones del ejército francés.—Entestada del arribo.—Los preparos del ejército en la ciudad.—Nuevas murmuraciones del ejército francés.—Toma del arribo.—Porfía aunque que los franceses preparan.—Deplorable estado de la ciudad.—Infermedad de Palafox.—Prepara la Junta capitular.—Conferencia con Laros.—Capitulación.—Palafox que de Lannes.—Firma la Junta la capitulación.—Quiebrantan por los franceses horrorosamente.—Mal trato dado á Palafox.—Muerte de prisioneros.—De Boguero y San.—Frida de Lannes en Zaragoza.—Padre Santander.—Junta que otra vez á Lannes.—Perdida de uno y de otros.—Ruina de edificios y bibliotecas.—Junto sobre este sitio.

Napoleon permanecía en Chamartin. Allí, afanado y diligente, agitado su corazón como mar por vientos bravos, ocupábase España, Francia, Europa entera, y más que todo, averiguar los movimientos y paradero del ejército inglés. Posponía á éste los demás cuidados. Avisos inciertos ó fingidos le impulsaban á tomar encontradas determinaciones. Una vez resuelto á salir via de Lisboa, se aprestaba á ello; otras, suspendiendo su marcha, aguardaba de nuevo posteriores informes. Pareció al fin estar próximo el día de su partida, cuando el 19 de Diciembre, á las puertas de la capital, pasó reseña á 70.000 hombres de escogidas tropas. Así fué: dos días después, el 21, habiendo recibido noticia cierta de que los ingleses se internaban en Castilla la Vieja, en la misma noche, con la rapidez del rayo, acordó oportunas providencias para que el 22, dejando en Madrid 10.000 hombres, partiesen 60.000 la vuelta de Guadarrama.

Era, en efecto, tiempo de que atajase los intentos de contrarios tan temibles y que tanto aborrecía. Sir Juan Moore, vacilante al principio, había, por último, tomado la ofensiva con el ejército de su mando. Ya hablamos de su llegada á Salamanca el 23 de Noviembre. Apenas había sentado allí sus reales, empezaron á espasarse las nuevas de nuestras derrotas, funestos acontecimientos, que sobresaltaron al general inglés con tanta mayor razón, cuanto sus fuerzas se hallaban segregadas y entre sí distantes. Hasta el 23 del propio Noviembre no acabaron de concurrir á Salamanca las que con el mismo general Moore habían avanzado por el centro; de las restantes, las que mandaba sir David Baird estaban el 26 unas en Astorga, otras lejos, á la retaguardia; no habiendo aún en aquel día las de sir Juan Hope atravesado en su viaje desde Extremadura las sierras que dividen ambas Castillas.

Como exigía tiempo la reconcentración de todas estas fuerzas, era de recelar que los franceses, libres de ejércitos españoles, avanzando é interponiéndose con su acostumbrada celeridad, embarrasasen al de los ingleses y le acometiesen separadamente y por trozos; en especial cuando éste, si bien lucido en su apariencia, maravillosamente disciplinado, bizarrísimo en un día de batalla, baqueaba del lado de la prosteza.

Motivos eran éstos para contener el ánimo de cualquiera general atrevido, mucho más el del general inglés, hombre prudente y á quien los riesgos se representaban abultados; porque, aunque oficial consumado y dignísimo del buen concepto que entre sus compatriotas gozaba, adolecía, por desgracia, de aquel achaque, entonces común á los militares, de tener por invencibles á Napoleon y sus huestes; juzgaba la causa peninsular de éxito muy dudoso, y por decirlo así, la miraba como perdida; lo cual no poco contribuyó á su irresolución é incertidumbre. Se acrecentaron sus temores al entrar en España, no columbrando en los pueblos señales extraordinarias de entusiasmo; como si la manifestación

de un sentimiento tan vivo pudiera sin término prolongarse, y como si la disposición en que veía á todos los habitantes de no querer entrar en pacto ni convenio con el enemigo no fuera bastante para hacerle fundadamente esperar que ella sola debía al cabo producir larga y portada resistencia.

Desalentado, por consiguiente, el general Moore, y no contemplando ya en esta guerra sino una lucha meramente militar, empezó á contar bajo dicho respecto sus recursos y los de los españoles, y habiendo en gran parte desaparecido los de éstos con las derrotas, y siendo los suyos muy inferiores á los de los franceses, pensó en retirarse á Portugal. Tal fué su primer impulso al saber las disposiciones de España y Burgos. Mas conservándose aún casi intacto el ejército español del centro, repugnábale volver atrás antes de haberse empeñado la contienda y de ser atacado á ello por el enemigo. En medio de sus dudas resolvió tomar consejo con Mr. Frere, ministro británico cerca de la Junta Central, quien no estaba tan desesperanzado de la causa peninsular como el general Moore, porque, ministro ya de su corte en Madrid en tiempo de Carlos IV, conocía á fondo á los españoles, tenía fe en sus promesas, y ántes bien pecaba de sobrada afición á ellos que de tibieza ó desvío. Su opinión, por tanto, le era favorable.

Pero sir Juan Moore, noticioso el 28 de Noviembre de la rota de Tudela, sin aguardar la contestación de Mr. Frere, determinó retirarse. En consecuencia, encargó al general Baird que se encaminase á la Coruña ó á Vigo, previniéndole solamente que se detuviera algunos días para imponer respeto á las tropas del mariscal Soult, que estaban del lado de Salagun, y dar lugar á que llegase sir Juan Hope. Se unió éste con el cuerpo principal del ejército en los primeros días de Diciembre, no habiendo condescendido, al pasar su división por cerca de Madrid, con los ruegos de D. Tomas de Morla, dirigidos á que entrase con aquélla en la capital y cooperase á su defensa.

La Junta Central, recelosa por su parte de que los ingleses abandonasen el suelo español, y con objeto también de cumplimentar á sus jefes, había enviado al cuartel general de Salamanca á D. Ventura Escalante y á D. Agustín Ruano, que llegaron á la sazón de estar resuelta la retirada. Inútilmente se esforzaron por impedirlo; bien es que fundando muchas de sus razones en los falsos rumores que circulaban por España, en vez de conmover con ellas el ánimo desapacificado y cauto del general inglés, no hacían sino afirmarle en su propósito.

También por entonces D. Tomas de Morla, no habiendo alcanzado lo que deseaba de sir Juan Hope, despachó un correo á Salamanca pidiendo al general en jefe inglés que fuese al socorro de Madrid, ó que por lo ménos distrajese al enemigo, cayendo sobre su retaguardia. Tampoco hubiera suspendido este paso la resolución de Moore, si al mismo tiempo sir Carlos Stuart, habitualmente de esperanzas ménos halagüeñas, y á los ojos de aquel general testigo imparcial, no le hubiese escrito manifestándole que cerca al pueblo de Madrid dispuesto á recia y vigorosa resistencia.

Empezó con esto á titubear el ánimo de Moore, y cedió al fin en vista de los pliegos que en respuesta á los suyos recibió el propio día de Mr. Frere; quien, expresando en su contenido ardiente anhelo por auxiliar á los españoles, añadía ser político y conveniente que sin tardanza se adelantase el ejército británico á sostener el noble arrojo del pueblo de

Madrid. Lenguaje digno y generoso de parte de Mr. Frere, propio para estimular al general de esa nación, pero cuyos buenos efectos hubiera podido destruir un desgraciado momento.

Habia sido portador de los pliegos el coronel Charmilly, esgruado francés, y que por haber presenciado en 1.º de Diciembre el entusiasmo de los madrileños, pareció sujeto al caso para dar de palabra puntuales y cumplidos informes. Pero la circunstancia de ser francés dicho portador, y quizá también otros siniestros y anteriores informes, lejos de inspirar confianza al general Moore, fueron causa de que le tratase con frialdad y reserva. Acharcó el Charmilly recibimiento tan tibio á la invariable resolución que había formado aquél de retirarse, y pensó oportuno hacer uso de una segunda carta que Mr. Frere le había encomendado. La escribió este ministro, ansioso de que á todo trance socorriese á los españoles, y sin reparar en la circunspección que su elevado puesto exigía, encargó al Charmilly la entregue á Moore caso que dicho general insistiese en volver atrás sus pasos. Así lo hizo el francés, y fácil es conjeturar cual sería la indignación del jefe británico al leer en su contexto que ántes de emprender la retirada se examinase por un consejo de guerra al portador de los pliegos. Apenas pudo sir Juan reprimir los impulsos de su ira; y forzoso es decir que si bien había animado á Mr. Frere intencion muy pura y loable, el modo de ponerla en ejecución era demasiado ofensivo para un hombre del carácter y respeto del general Moore. Este, sin embargo, sobreponiéndose á su justo resentimiento, contentóse con mandar salir de los reales ingleses al coronel Charmilly, y determinó moverse por el frente con todo su ejército, cuyas divisiones estaban ya unidas, ó por lo ménos en disposición de darse fácilmente la mano.

Próximo á abrir la marcha, fué también gran ventura que otros avisos llegados al propio tiempo no la retardasen ó la impidiesen. Había ántes el general inglés enviado hacia Madrid al coronel Graham, á fin de que se cerciorase del verdadero estado de la capital. Mas dicho coronel, sin haber pasado de Talavera, cuyo rodeo había tomado á causa de las circunstancias, se halló de vuelta en Salamanca el 9 de Diciembre, y trajo tristes y desconsoladoras nuevas. Los franceses, según su relato, eran ya dueños del Retiro y habían intimado la rendición á Madrid.

Por grave que fuese semejante acontecimiento, no por eso influyó en la resolución de sir Juan Moore, y el 12 levantó el campo, marchando con sus tropas y las del general Hope camino de Valladolid, y con la buena fortuna de que ya en la noche del mismo día un escuadrón inglés, al mando del brigadier general Carlos Stewart, hoy lord Londonderry, sorprendió y acuchilló en Rueda un puesto de dragones franceses.

El 14 se entregaron en Alaejos al general Moore pliegos cogidos en Valdestillas á un oficial enemigo, muerto por haber maltratado al maestro de postas de aquella villa. Iban dirigidos al mariscal Soult, á quien, después de informarle de hallarse el Emperador tranquilo poseedor de Madrid, se le mandaba que arrinconase en Galicia á los españoles y que ocupase á Leon, Zamora y tierra llana de Castilla. Del contenido de tales pliegos, si bien se infería la falta de noticias en que estaba Napoleón acerca de los movimientos de los ingleses, también con su lectura pudieron éstos cerciorarse de cual

fuese en realidad la situación de sus contrarios, y cuando los triunfos que habían obtenido.

Con este conocimiento alteró su primer plan sir Juan Moore, y en vez de avanzar á Valladolid, tomó por su izquierda del lado de Toro y Benavente para unirse con los generales Baird y Romana, y juntos deshacer el cuerpo mandado por el mariscal Soult antes que Napoleón penetrase en Castilla la Vieja. Estaba el general inglés ejecutando su movimiento á la sazón que el 16 de Diciembre se avistaron con él, en Toro, D. Francisco Javier Caro y sir Carlos Stuard, enviados desde Trujillo, uno por la Junta Central, de que era individuo, y otro por Mr. Frere, con el objeto de hacer un nuevo esfuerzo y evitar la tan temida retirada. Afortunadamente ya ésta se había suspendido, y si las operaciones del ejército inglés no fueron del todo conformes á los deseos del gobierno español, no dejaron, por lo ménos, de ser oportunas y de causar diversion ventajosa.

Luégo que el general Moore se resolvió llevar á cabo el plan indicado, se lo comunicó al Marqués de la Romana. Hallábase este caudillo en Leon á la cabeza del ejército de la izquierda, cuyas reliquias, viniendo unas por la Liébana, según dijimos, y cruzando otras el principado de Asturias, se habían ido sucesivamente reuniendo en la mencionada ciudad. En ella, en Oviedo y en varios pueblos de las dos líneas que atravesaron los dispersos, cundieron y causaron grande estrago unas fiebres malignas contagiosas. Las llevaban consigo aquellos desgraciados soldados, como triste fruto del hambre, del desabrigo, de los rigurosos tiempos que habían padecido: cúmulo de males que requería pronto y vigorosos remedios. Mas los recursos eran contados, y débil y poco diestra la mano que había de aplicarlos. Hallámos ya de las prendas y de los defectos del Marqués de la Romana. Por desgracia solos los últimos aparecieron en circunstancias tan escabrosas. Distruido y olvidadizo, dejaba correr los días sin tomar notables providencias y sin buscar medios de que aun podía disponer. ¿Quién, en efecto, pensará que teniendo á su espalda y libre de enemigos la provincia de Asturias, no hubiese acudido á buscar en ella apoyo y auxilios? Pues fué tan al contrario, que, pesados decirlo, en el espacio de mas de un mes que residió en Leon, sólo una vez y tarde escribió á la junta de aquel principado para darle gracias por su celo y patriótica conducta.

A pesar de tan reprensible abandono, no persiguió el ejército de la izquierda, más tranquilo y mejor alimentado, sino poco á poco reparando de sus fatigas, y no ménos de 16.000 hombres se contaban ya alojados en Leon y riberas del Esla; pero de este número, escasamente la mitad merecía el nombre de soldados.

Atento á su deplorable estado, y en el intermedio que corrió entre la primera resolución del general Moore de retirarse, y la posterior de avanzar, sabedor Romana de que sir David Baird se disponía á replegarse á Galicia, no queriendo quedar expuesto, solo y sin ayuda, á los ataques de un enemigo superior, había tambien determinado abandonar á Leon. Súpelo Moore en el momento en que se movía hácia adelante, y con diligencia escribió á Romana, sentido de su determinacion y de que pensase tomar el camino de Galicia, por el que debían venir socorros al ejército de su mando, y marchar este en caso de necesidad. Replicóle, y con razon, el general español que nunca hubiera imaginado retirarse si no hubiese visto que sir David Baird se disponía á ello y le dejaba desamparado;

pero ahora que, según los avisos, había otros proyectos, no sólo se mantendría en donde estaba, sino que tambien, y de buen grado, cooperaría á cualquiera plan que se le propusiese.

En toda su correspondencia había el de la Romana animado á los ingleses á obrar é impedir la toma de Madrid. Algunos historiadores de aquella nación le han motajado, así como á otros generales nuestros y autoridades, de haber insistido en pedir una cooperacion activa, y de desfigurar los hechos con exageracion, y falsas noticias. En cuanto á lo primero, natural era que, oprimidos por continuas desgracias, desearan todos ofrecer al enemigo un obstáculo, que dando respiro, permitiese á la nación volver en sí y recobrar parte de las perdidas fuerzas; y respecto de lo segundo, las mismas autoridades españolas y los generales eran engañados con los avisos que recibían. Hubo provincias en que más de un mes iba corrido antes que se hubiese averiguado con certeza la rendición de Madrid. Los pueblos oían con tal sospecha á los que daban tristes nuevas, que los pocos trajineros y viajeros que circulaban en tan aciagos días, en vez de descubrir la verdad, la ocultaban, estando así seguros de ser bien tratados y recibidos. Si además los generales españoles y su gobierno ponderaban á veces los medios y fuerza que les quedaban, no poco contribuía á ello el desaliento que advertían en el general Moore, el cual era tan grande, que causaba, según los mismos ingleses, disgusto y murmuraciones en su ejército. Por lo que, sin intentar disculpar los errores y faltas que se cometieron por nuestra parte, y que somos los primeros á publicar, justo es que tampoco se achaque á nuestros militares y gobernantes los que eran hijos de tiempos tan revueltos, ni se olviden las flaquezas de que otros adolecieron, igualmente reprehensibles, aunque por otro extremo.

Volvamos ahora al general Moore. Continuando éste su marcha, se le unió el 20 en Mayorga el general Baird. Juntas así las fuerzas inglesas formaban un total de 23.000 infantes y 2.300 caballos; algunos otros cuerpos estaban todavía en Portugal, Astorga y Lugo. Por su izquierda, y hácia Cea, tambien empezó á moverse Romana con unos 8.000 hombres, escogidos entre lo mejor de su gente. Sentaron los ingleses el 21 en Sahagun su cuartel general, habiendo antes su caballería en el mismo punto derribado 600 jinetes enemigos.

El mariscal Soult se extendía con las tropas de su mando entre Saldaña y Carrion de los Condes, teniendo consigo unos 18.000 hombres. Despues de haber salido á Castilla viniendo de Santander, se había mantenido sobre la defensiva, aguardando nuevas órdenes. De éstas, las que le mandaban atacar á los españoles fueron interceptadas en Valdeavillas; además de que noticioso Soult del paraje en donde estaban situados los ingleses (cosa que al dar aquéllas ignoraba Napoleón), no se hubiera, con sólo su fuerza, arriesgado á pasar adelante.

Sabedor el mariscal francés de que los ingleses movían contra él su ejército, se reconcentró en Carrion. Disponiéndose aquéllos á avanzar, cuando en la noche del 23 recibieron aviso de Romana (que tambien por su parte ejecutaba el movimiento concertado) de que Napoleón venia sobre ellos con fuerzas numerosas. Confirmado este aviso con otros posteriores, no prosiguió su marcha el general Moore, y el 24 comenzó á retirarse en dos columnas; una, cuyo frente él iba, tomó por el puente de Castro-Gonzalo á Benavente, y otra se dirigió á Valencia

de Don Juan, cubriendo y amparando sus movimientos la caballería.

Era ya tiempo de adoptar esta resolución. Napoleón avanzaba con su acostumbrada diligencia. Al principio la marcha de su ejército había sido penosa, y tan intenso el frío para aquel clima, que al pie de las montañas de Guadarrama señaló el termómetro de Reaumur nueve grados debajo de cero. Cruzaron los franceses el puerto en los días 23 y 24 de Diciembre, perdiendo hombres y caballos con el mucho frío, la nieve y ventisca. Detúvose la artillería volante y parte de la caballería á la mitad de la subida, teniendo que esperar algunas horas á que suavizase el tiempo. Napoleón, siendo difícil, no continuó á caballo, desuso también de animar con el ejemplo, se puso á pié y estimuló á redoblar el paso, llegando él á Villacastín el 24. Al bajar á Castilla la Vieja sobrevino blandura, acompañada de lluvia, y se formaron tales lodazales, que hubo sitios en que se atascaron la artillería y equipajes, aumentándose el desconsuelo de los franceses á la vista de pueblos por la mayor parte solitarios y desprovistos.

Tamios obstáculos, aunque al fin vencidos, retardaron la marcha de Napoleón é impidieron la puntual ejecución del plan que había combinado. Era éste envolver á los ingleses si continuaban en ir tras del mariscal Soult, á quien el mismo Emperador escribía el 26 desde Tordesillas: «Si todavía conservan los ingleses el día de hoy su posición, están perdidos; si, al contrario, os atacan, retiraos á una jornada de marcha, pues cuanto más se empuen en avanzar, tanto mejor será para nosotros.»

Pero sir Juan Moore, previniendo con oportunidad los intentos de sus contrarios, prosiguió á Benavente, y aseguró su comunicación con Astorga. La disciplina, sin embargo, empezaba á relajarse notablemente en su ejército, disgustado con volver atrás. Así fué que la columna que cruzó por Valderas cometió lamentables excesos, y con ellos y otros que hubo en varios pueblos aterrorado el paisanaje, huyó, y á su vez se vengaba en los soldados y partidas sueltas. Censuró agriamente el general inglés la conducta de sus soldados; mas de poco sirvió. Prosiguieron en sus desmanes, y en Benavente devastaron el palacio de los condes-duques del mismo nombre, notable por su antigüedad y extensión; mas no fué entonces cuando se quemó, según algunos nos han afirmado. Nos consta, por información judicial que de ello se hizo, que sólo el 7 de Enero apareció incendiado, durando el fuego muchos días, sin que se pudiese cortar.

Esta columna, que era la que mandaba Moore, después de haber arruinado el puente de Castro-Gonzalo, se juntó el 29 en Astorga con la de Baird, que había caminado por Valencia de Don Juan. La caballería permaneció aún en Benavente, enviando destacamentos á observar los vados del Esla. Engranado á su vista el general francés Lefebvre Desnouettes, y creyendo que ya no quedaba al otro lado ninguna fuerza inglesa sino aquella, vadó el río con 600 hombres de la guardia imperial, y acometió impetuosamente á sus contrarios. Cejaron éstos al principio, excitando gran clamoreo las mujeres, rezagados y barajeros derramados por el llano que yace entre el Esla y Benavente. El general Stewart tomó luego el mando de los destacamentos ingleses, se le agregaron algunos caballos más, y empezó á disputar el terreno á los franceses, que continuaron, sin embargo, en adelantar, hasta que el 30 Paget, acudiendo con un regimiento de búsa-

res, los obligó á repasar el río. Quedaron en su poder 70 prisioneros, en cuyo número se contó al mismo general Lefebvre, de quien hicimos tanta memoria en el primer sitio de Zaragoza.

Era precursor este reencuentro de los muchos que unos en pos de otros en breve se sucedieron. Frustrada la primera combinación del Emperador frances á causa de la retirada de Moore, determinó aquél perseguir á los ingleses por el camino de Benavente con el grueso de sus fuerzas, mandando al mismo tiempo al mariscal Soult que arrojase de León á los españoles. La destrucción del puente de Castro-Gonzalo retardó del lado de Benavente el movimiento de los franceses; pero del otro se adelantaron sin dificultad, no habiendo los españoles opuesto resistencia.

Ocupaba á Mansilla de las Mulas la segunda división del Marqués de la Romana, de la cual un trozo se había quedado á retaguardia en el convento de Sandoval para conservar el paso del Esla en el puente de Villarente. Enfermos en León muchos de los principales jefes, no se habían tomado en Mansilla las precauciones oportunas, y el 29 fué sorprendido y entrado el pueblo por el general Franceschi, rindiéndose casi toda la tropa, que tan mal custodiaba aquel punto.

Desaparecido el Marqués de la Romana, apresuradamente abandonó á León en la misma noche del 29, y los vecinos más principales, temerosos de la llegada del enemigo, tuvieron también que salvarse y esconderse en las montañas inmediatas, dejando, con el azoramiento, hasta las alhajas y prendas de mayor valor. Romana se unió el 30 en Astorga con el general Moore, lo cual desagradó en gran manera á éste, que le conceptuaba en las fronteras de Asturias. Con la llegada á aquella ciudad de las tropas españolas, desnudas, de todo escasas y en sumo grado desarregladas, acreció el desorden y la confusión, yendo por instantes en aumento la indisciplina de los ingleses.

Hasta aquí se habían imaginado muchos oficiales de este ejército que en Astorga ó entradas del Vierzo haría alto su general en jefe, y que aprovechándose de los favorables sitios de aquella escabrosa tierra, procuraría en ellos contener al enemigo y aun darle batalla, mayormente cuando la insubordinación y el desconcierto no habían llegado todavía al extremo. Pero sir Juan Moore no veía ya seguridad ni salvación sino á bordo de sus buques; por lo cual dió órdenes para proseguir su camino hacia Galicia y destruir todo género de provisiones de boca y guerra que no pudiesen sus tropas llevar consigo. Desde entonces soltóse la rienda á las pasiones, y el ejército británico acabó del todo de desorganizarse. El Marqués de la Romana insistía por conservar la cordillera que divide el Vierzo del territorio de Astorga; mas fueron vanos sus ruegos y ociosas sus razones; y á la verdad, por poderosas que éstas fuesen, debilitábanse saliendo de la boca de un general cuyos soldados se mostraban en estado tan deplorable. Forzado, pues, el general español á someterse á la inmutable resolución del británico, tuvo, asimismo, que dejarle libre el nuevo y hermoso camino de Manzanal, reservando para sí el antiguo y árido de Fuentebadón.

A las doce del día del 31 de Diciembre empezó el ejército inglés su retirada, y el español la suya en la misma noche. La artillería del último, que hasta entonces había casi toda podido librarse del continuo perseguiimiento de los franceses, tomó, según convenio con el general Moore, la vía de

Manzanal, para evitar las asperezas de la otra. Mas no teniendo cuenta los soldados británicos con los órdenes de sus jefes, arrancando á viva fuerza los tiros de mulas de nuestra artillería, hubo que abandonar algunas piezas y precipitar otras en los abismos de las montañas, perdiéndose así, por la violencia de manos aliadas, unos cañones que á tan duras penas y desde Reinoso se habían conservado libres de las enemigas.

Ni fue Romana más dichoso del lado de Fuencebado. Creia, y fundadamente, que ya que le hubiese cabido la peor rala, por lo ménos se le dejaría en su retirada solo y desembarazado; mas engañase en su juicio. Una division inglesa de 3.000 hombres, mandada por el general Grawford, separándose en Bonillos, á una legua de Astorga, del grueso de su ejército, tomó el mismo rumbo que Romana, con intento de ir á emboscarse en Vigo. Turbó este incidente la marcha de los españoles, incomodando á todos el hallar casi cerrado con la nieve el paso de Fuencebado.

Uníase á tal conjunto de desgracias, estar capitaneando las divisiones españolas por nuevos jefes, sucesores de los que habían muerto de enfermedad ó en los combates. A tres se había reducido el número de aquéllas, fuera de la llamada del Norte, y malaventuradas refriegas mostraron en breve su triste estado. De ellas, la primera, mandada por el coronel Bengel, fué al amanecer del 1.º de Enero cortada y en gran parte cogida por jinetes franceses en Toranzo de los Caballeros. Las otras, aunque á corta de trabajos, siempre acosadas y desbandándose muchos de sus soldados, se enmarañaron en la sierra. Romana no había tratado de prevenir ó disminuir el mal con acertadas disposiciones. Dejó á cada division andar y moverse á su arbitrio; y cruzando con su estado mayor y algunos caballos por los barridos de Ponferrada, se metió en el valle de Valdeorras. Allí reunió las pocas reliquias de su ejército que le habían seguido, y situó su cuartel general en la Puebla de Tribes, dejando en el puente de Domingo Flores una corta vanguardia, que pasó después al de Ribey.

Los ingleses, en tanto, por el puerto de Manzanal, continuaron precipitadamente su retirada. Repartidos en tres divisiones y una reserva, iban delante las de los generales Fraser y Hope, seguía la de sir David Baird, y cerraba la marcha, con la última, el mismo sir Juan Moore. Llegaron el 2 de Enero á Villafranca, habiendo andado en tan corto tiempo catorce leguas de las largas de nuestros caminos reales, de las que sólo entran diez y siete y media en el grado. Los males y el desconcierto rápidamente se aumentaban, ofreciendo lastimoso cuadro; el tiempo crudo, los bagajes abandonados, las municiones rezagadas, los fuertes y lucidos caballos ingleses desherrados y muertos por sus propios jinetes, los infantes descalzos y despidados, los soldados todos abatidos e insubordinados, y metiéndose muchos en los sótanos de las casas y las cavernas, se perdían de intento y se entregaban á la embriaguez y disolución; fué Benllobre principal y horroroso teatro de sus excesos. Cruel castigo recibieron los que así se olvidaban de la disciplina y buen orden. Los franceses, corriendo en pos de ellos, duramente y cual merecían los trataban, matando á unos, hiriendo á otros y atrupellando á casi todos. Los que de su poder se escapaban, llenos de tajos y cuchilladas, poníanlos el general inglés como á la vergüenza delante de su ejército, á fin de que sirviesen de escarmiento á sus compañeros.

Notábase en el perseguir de los franceses suma diligencia, mas no extraña. Aguijábalo poderosa espuela. Napoleón había llegado á Astorga el 1.º de Enero. Le acompañaban 70.000 infantes y 10.000 caballos, que este número componían los cuerpos de los mariscales Soult y Ney, una parte de la guardia imperial y dos divisiones del ejército de Junot, las cuales, ya de regreso, iban á pelear contra los mismos con quienes pocos meses antes habían capitulado. Napoleón no pasó de Astorga, pero envió en seguimiento de las tropas británicas al mariscal Soult, con 25.000 hombres, de los cuales 4.200 de caballería. Tras de éstos caminaban las divisiones de los generales Loison y Heudelet, debiendo todos ser sostenidos por 16.000 hombres del cuerpo del mariscal Ney. Aceleradamente fueron los primeros en busca de sir Juan Moore, que no conservaba sino unos 19.000 combatientes, menguados sus filas con los 3.000 que fueron la vuelta de Vigo, y con los perdidos en los diversos choques y retirada.

Entró el mariscal Soult en el Vierz, dividida su gente en dos columnas, que tomaron una por Fuencebado, otra por Manzanal, avanzando el 3 en vanguardia hasta las cercanías de Cacabelos. Habían los ingleses ocupado con 2.500 hombres y una batería la cumbre del ribazo de viñedos que se divisaba no lejos de aquel pueblo y del lado de Villafranca. Mas adelante, y camino de Benllobre, habían también apostado 400 tiradores y otros tantos caballos, á los cuales hacia espalda el puente del Gúa, río escaso de aguas, pero crecido ahora por las muchas nieves, y cuya corriente baña las calles de Cacabelos.

Venían al frente de la vanguardia francesa unos cuantos escuadrones, mandados por el general Colbert, quien, pensando ser de importancia el número de ingleses que le aguardaba en puesto ventajoso, pidió refuerzo al mariscal Soult, mas respondiéndole acucioso éste que sin dilación atacasé, sentído Colbert de la imperiosa orden, acometió con temerario arrojo y arrolló á los caballos y tiradores ingleses que estaban avanzados. De éstos los hubo que fueron cogidos al pasar por el puente del Gúa; otros, metiéndose por los viñedos de la margen del camino, de cerca y á quemarropa dispararon y mataron á muchos jinetes franceses, entre ellos á su general Colbert, distinguido por su belleza y denuedo. Llegó á poco la division de infantería del general Morle, y aunque quiso pasar adelante, detúvose al ver la batería que estaba en lo alto del ribazo, y también impedido de la noche, que sobrevino.

Aquí hubiera podido empeñarse una acción general. Sir Juan Moore la evitó, retirándose después de oscurecido. En Villafranca escandalosamente se renovaron los excesos y demandas de otras partes; fueron robados los almacenes, entradas á viva fuerza muchas casas, y oprimidos e inhumanamente tratados los vecinos. El general inglés repunó algún tanto los dramas con severas providencias, mandando también arcabucear á un soldado cogido intraganti. Aceleró después su partida, y como la tierra es por allí cada vez mas quebrada, y está cubierta de bosques ó otros plantíos, no pudiendo la caballería ser de gran provecho, envióla delante con direccion á Lugo. En todo este tránsito hay parajes en que poca fuerza podrían detener mucho tiempo á un ejército muy superior, pues si bien la calzada es magnífica, corre cubida por largo espacio entre opuestas montañas de dificultades y agrio acceso.

Ningun fruto se sacó de tanñas ventajas; y en-

contrándose los soldados británicos con un convoy, no sólo inutilizaron vestuario y armamento que de Inglaterra iba para Romana, sino que también cerca de Nogales, y por orden del general Moore, arrojaron á un despeñadero, en vez de repartírselos, 120.000 pesos fuertes. Llegó el desorden á su colmo; abandonábase hasta los cañones y los enfermos y los heridos, acrecentando la confusión el gran sequito y embarazos que solían entonces acompañar á los ejércitos ingleses. En fin, fué esta retirada hecha con tal apremio y mala ventura, que uno de los generales británicos, testigo de vista, nos afirma en su narración (1), «que por sombrías y horribles que fueran las relaciones que de ella se hubiesen hecho, aún no se asemejaban á la realidad».

Dos días y una noche tardaron los ingleses en llegar á Lugo, diez y seis leguas de Villafranca; acosados en continuas escaramuzas, hubieran padecido cerca de Constantín recio choque, si el general Moore no le hubiese evitado, haciendo bajar con rapidez la cuesta del río Neira, y engañando á sus contrarios con un diestro y oportuno amago.

Hasta poco antes había permanecido dudoso el general Moore de si iría para embarcarse á Vigo ó á la Coruña. Informado de las dificultades que ofrecía la primera ruta, decidióse á continuar por la segunda, avisando, en consecuencia, al almirante de su escuadra, á fin de que los transportes que estaban en Vigo pasasen al otro puerto. Y para dar tiempo á que se ejecutase dicha travesía, y también para rehacer algo su ejército, cansado y desfallecido, determinó el mismo general pararse en Lugo y áun arriesgar una batalla, si fuese necesario. Al intento reunió allí todas sus tropas, excepto los 3.000 hombres del general Crawford, que se embarcaron en Vigo sin ser molestados.

A legua y media, y ántes de llegar á Lugo, escogió sir Juan Moore un sitio elevado y ventajoso para pelear contra los franceses, los cuales asomaron el 6 por las alturas opuestas. Pasóse aquel día y el siguiente sin otras refriegas que las de algunos reconocimientos. El mariscal Soult, hallándose inferior en número, no quería empeñarse en acción formal ántes de que se le uniesen más tropas. Los ingleses, por su parte, se mantuvieron hasta el 8 sin moverse de su posición; mas al anochecer de aquel día, pareciéndole peligroso al general Moore aguardar á que los franceses se reforzasen, resolvió partir á las calladas, con la esperanza de que ganando sobre ellos algunas horas, podría así embarcarse sossegadamente. A las diez de la noche, y encendidas hogueras en las líneas para cubrir su intento, emprendió la continuación de la marcha, que un temporal deshecho de lluvia y viento vino á interrumpir y desordenar. Después de padecer muchos trabajos y de cometer nuevas demasías, empezaron los ingleses á llegar á Betanzos en la tarde del 9, en un estado lamentable de confusión y abatimiento. Era tanta la fatiga y tan grande el número de rezagados, que tuvieron el 10 que detenerse en aquella ciudad. Prosiguieron su marcha el 11, y dieron vista á la Coruña, sin que en su rada se divisasen los apetecidos transportes; viéndonos contrarios habían impedido al almirante inglés doblar el cabo de Finisterre. Por este triste velase expuesto el general Moore á probar la suerte de una batalla, causando pesadumbre á muchos de sus oficiales el que se hubiesen para ello desperdiciado ocasiones

más favorables y en tiempo en que su ejército se conservaba más entero y ménos indisciplinado.

Cerca de la Coruña no dejaba en verdad de haber sitios ventajosos, pero en algunos requeríanse numerosas tropas. Tal era el de Peñasquedo, por lo que los ingleses prefirieron á sus alturas las del monte Mero, que si bien dominadas por aquéllas, hallábanse próximas á la Coruña, y su posición, como más recogida, podía guardarse con menos gente.

El 12 empezaron los franceses á presentarse del otro lado del puente del Burgo, que los ingleses habían cortado. Continuaron ambos ejércitos sin molestarse hasta el 14, en cuyo día, contando ya los franceses con suficientes tropas, repararon el puente destruido, y le fueron sucesivamente cruzando. Por la mañana se había de propósito volado un almacén de pólvora sito en Peñasquedo, lo cual produjo horroroso estrepito, y por la tarde, habiéndose el viento cambiado al Sur, entraron en la Coruña los transportes ingleses procedentes de Vigo. Sin tardanza se embarcaron por la noche los enfermos y heridos, la caballería desmontada y 52 cañones: de éstos sólo se dejaron, para en caso de acción, 8 ingleses y 4 españoles. No faltó en el campo británico quien aconsejara á su general que capitulase con los franceses, á fin de poder libremente embarcarse. Desechó con nobleza sir Juan Moore proposición tan deshonrosa.

Puestos ya á bordo los objetos de más embarazo y las personas inútiles, debía en la noche del 16, y á su abrigo, embarcarse el ejército lidador. Con impaciencia aguardaba aquella hora el general inglés, cuando á las dos de la tarde un movimiento general de la línea francesa estorbó el proyectado embarco, empeñándose una acción reñida y porfiada.

Disponiéndose á ella en la noche anterior, había colocado el mariscal Soult en la altura de Peñasquedo una batería de 11 cañones, en que apoyaba su izquierda, ocupada por la división del general Mermet, guardando el centro y la derecha, con las suyas respectivas, los generales Morle y Delaborde, y prolongándose la del último hasta el pueblo de Pelaven de Abajo. La caballería francesa se mostraba por la izquierda de Peñasquedo hacia San Cristóbal y camino de Bergantinos; el total de fuerza ascendía á unos 20.000 hombres.

Era la de los ingleses de unos 16.000, que estaban apostados en el monte Mero, desde la ría del mismo nombre hasta el pueblo de Elvina. Por este lado se extendían las tropas de sir David Baird, y por el opuesto, que atravesaba el camino real de Betanzos, las de sir Juan Hope. Dos brigadas de ambas divisiones se situaron detrás en los puntos más elevados y extremos de su respectiva línea. La reserva, mandada por lord Paget, estaba á retaguardia del centro, en Eyris, pueblecillo desde cuyo punto se registra el valle que corría entre la derecha de los ingleses, y los altos ocupados por la caballería francesa. Más inmediato á la Coruña, y por el camino de Bergantinos, se había colocado con su división el general Fraser, estando pronto á acudir adonde se le llamase.

Trábase la batalla á la hora indicada, atacando intrépidamente el francés con intento de deshacer la derecha de los ingleses. Los cierrros de las heredades impedían á los soldados de ambos ejércitos avanzar á medida de su deseo. Los franceses, al principio, desalojaron de Elvina á las tropas ligeras de sus contrarios; mas, yendo adelante, fueron de-

(1) *Narrative of the peninsular war, by Marquess of Londonderry*, chapter 2, vol. 6.

tenidos y rechazados, al bien á costa de mucha sangre. La pelca se encarnizó en toda la línea. Fué gravemente herido el general Baird, y sir Juan Moore, que con particular esmero vigilaba el punto de Elviña, en donde el combate era más reñido que en las otras partes, recibió en el hombro izquierdo una bala de cañon, que le derribó por tierra. Aunque mortalmente herido, incorporóse, y registrando con serenidad el campo, confortó su ánimo al ver que sus tropas iban ganando terreno. Sólo entonces permitió que se le recogiese á paraje seguro. Vivió todavía algunas horas, y su cuerpo fué enterrado en los muros de la Coruña.

Los franceses, no pudiendo romper la derecha de los ingleses, trataron de envolverla. Descubierta su intención, avanzó lord Paget con la reserva, y obligando á retroceder á los dragones de la Houssaye, que habian echado pié á tierra, contuvo á los demas, y aun se acercó á la altura en que estaba situada la batería francesa de 11 cañones. Al mismo tiempo los ingleses avanzaban por toda la línea, y á no haber sobrevenido la noche, quizá la situación del mariscal Soult hubiera llegado á ser crítica, escapando ya en su campo las municiones; mas los ingleses, contentos con lo obrado, tornaron á su primera posición, queriendo embarcarse bajo el amparo de la oscuridad. Fué su pérdida de 800 hombres; asegúrase haber sido mayor la de los franceses. El general Hope, en quien habia recaído el mando en jefe, creyó prudente no separarse de la resolución tomada por sir Juan Moore, y entrada la noche, ordenó que todo su ejército se embarcase, protegiendo la operacion los generales Hill y Beresford.

En la mañana siguiente, viendo los franceses que estaba abandonando el monte Mero, y que sus contrarios les dejaban la tierra libre, acogiéndose á su preferido elemento, se adelantaron, y desde la altura de San Diego, con cañones de grueso calibre, de que se habian apoderado en la de las Angustias de Betanzos, empezaron á hacer fuego á los barcos de la bahía. Algunos picaron los cables, y se quemaron otros que con la precipitación habian varado. Los morreros de la Coruña no sólo ayudaron á los ingleses en su embarco con desinteresado celo, sino que tambien los guardaron fidelidad, no entregando inmediatamente la plaza. Noble ejemplo, rara vez dado por los pueblos cuando se ven desamparados de los mismos de quienes esperaban protección y ayuda.

Así terminó la retirada del general Moore, censurada de algunos de sus propios compatriotas, y defendida y aun alabada de otros. Dejando á ellos y á los militares el examen y crítica de esta campaña, pensamos que sirvió de mucho para la gloria y buen nombre del general Moore la casualidad de haber tenido que pelear antes de que sus tropas se embarcasen, y tambien acabar sus dias heroicamente en el campo de batalla. Por lo demas, si un ejército veterano, disciplinado como el inglés, provisto de cuantiosos recursos, empezó antes de combatir una retirada, en cuya marcha hubo tanto desorden, tanto estrago, tantos escándalos, ¿quien podrá extrañar que en las de los españoles, ejecutadas despues de haber lidiado, y con soldados bucos, escaseos de todo y en su propio país, hubiese desorden y desconcierto? No decimos esto en menosprecio de la gloria británica; pero si en reparacion de la nuestra, tan vilipendiada por ciertos escritores ingleses de los mismos que se hallaron en tan funesta campaña.

*Difícil era que despues de semejante suceso resistiese la Coruña largo tiempo. El recinto de la plaza sólo la ponía al abrigo de un rebote; mas ni sus baterías, ni sus murallas estaban reparadas, ni eran de suyo bastante fuertes. No haber mejorado á tiempo sus obras pendió en parte del descuido que nos es natural, y tambien de la confianza que con su llegada dieron los ingleses. Era gobernador D. Antonio Alcedo, y el 19 capituló. Entró el 20 en la plaza el mariscal Soult y pasó autoridades de su bando. Dispersóse la junta del reino, y la Audiencia, el Gobernador y los otros cuerpos militares, civiles y eclesiásticos prestaron homenaje al nuevo rey José.

No tardó Soult en volver los ojos al Ferrol, y ya el 22 empezaron á aproximarse á la plaza partidas avanzadas de su ejército. Aquel arsenal, primer de la marina española, era inatacable del lado del mar, de donde sólo se puede entrar con un viento y por boca larga y estrecha; no estaba por tierra tan bien fortalecido. Hallabase el pueblo con ánimo levantado, sostenida lele unos 300 soldados que habian llegado el 20. Era comandante del departamento D. Francisco Melgarejo, anciano é irresoluto, y comandante de tierra D. Joaquin Fidalgo. No se habia tomado medida alguna de defensa, ni tenido la precaucion de poner á salvo los buques de guerra allí fondeados. Dichos jefes y la junta peculiar del pueblo desde luego se inclinaron á capitular; mas no osando declararse, tuvieron que responder con la negativa á la reiterada intimacion de los franceses. Al fin, el 26, habiendo éstos descubierto algunas obras de batería, y apoderados de los castillos de Palma y San Martín, pudieron las autoridades prevalecer en su opinion y capitularon, entrando el 27 de mañana en el Ferrol el general Mermet. Fueron los términos de la rendición los mismos de la Coruña, y por los que sometidos á reconocer á José, sólo se añadieron algunos artículos respecto de pagas, y de que no se obligase á nadie á servir contra sus compatriotas. Don Pedro Obregon, preso desde el levantamiento de Mayo, fué nombrado comandante del departamento, en cuya darsena, entre buenos y malos, habia 7 navios, 3 fragatas y otros buques menores.

Que estas plazas se hubiesen rendido visto su mal estado y el desmayo que causó el embarco de los ingleses, cosa natural era; pero no que en una capitulación militar se estipulase el reconocimiento de José, ejemplo no dado todavía por las otras partes del reino, ni por la capital de la monarquía, de donde provino que las mencionadas capitulaciones excitasen la indignacion de la Junta Central, que fulminó contra sus autores una declaracion tal vez demasiado severa.

Aterra la Galicia con la pérdida de sus dos principales plazas, y sobre todo con la retirada de los ingleses, apenas dió por algun tiempo señales de vida. Hubo pocas pueblas que hiciesen demostracion de resistir, y los que lo intentaron fueron luego entrados por el vencedor. A todas partes cundió el desaliento y la tristeza. Solo en pie y en un rincón quedó Remaun con escasos soldados. Los franceses no le habian en un principio molestado; pero posteriormente, yendo en su busca el general Marchand, trató de atacarle en el punto de Buxy. Replegóse á Orense el general español; persiguióle el francés, hasta que continuando aquel hacia Portugal, desistió el ultimo de su intento, pasando poco despues á Santiago, en donde habia entrado el 3 de Febrero el mariscal Soult sin tropiezo y camino de Tuy.

El Marqués de la Romana, luego que salió de Orense, estableció su cuartel general en Villaza, cerca de Monterrey, trasladándose después á Ombra. En los últimos días de Enero celebró en el primer pueblo una junta militar para determinar lo más conveniente, hallándose con pocas fuerzas, sin recursos, y los ingleses ya embarcados. Opinaron unos por ir á Ciudad-Rodrigo, otros por encaminarse á Tuy; prevaleciendo el dictamen, que fué más acertado, de no alejarse del país que pisaban, ni de la frontera de Portugal.

Mientras tanto tomó el mando de Galicia el mariscal Ney en lugar de Soult, que moviéndose del lado izquierdo, según hemos indicado, se preparaba á internarse en Portugal. Ocuparon fuerzas francesas las principales ciudades de Galicia, y tranquila ésta por entonces, puso también su atención del lado de Asturias, cuyo territorio afortunadamente había quedado libre en medio de tan general desdicha. Mas adelante hablaremos de lo que ocurrió en aquella provincia. Instamos ahora volver la vista á Napoleón, á quien dejamos en Astorga.

Descansó allí dos días, hospedándose en casa del Obispo, á quien trató sin miramiento. Y desasosegado con noticias que había recibido de Austria, no creyendo ya necesario prolongar su estancia, vista la prisa con que los ingleses se retiraban, volvió atrás y se dirigió á Valladolid, en cuya ciudad entró en la tarde del 6 de Enero.

Alojóse en el palacio real, y al instante mandó venir á su presencia al Ayuntamiento, á los prelados de los conventos, al Cabildo eclesiástico y á las demás autoridades. Quería imponer ejemplar castigo por las muertes de algunos franceses asesinados, y sobre todo por la de dos, cuyos cadáveres fueron descubiertos en un pozo del convento de San Pablo, de dominicos. Iba al frente de los llamados el Ayuntamiento, corporación de repente formada en ausencia de los antiguos regidores, que los más habían huido después de la ruta de Burgos. Procurando dicho cuerpo mantener orden en la ciudad, había preservado de la muerte á varios extraviados del ejército enemigo, y puéstolos con resguardo en el monasterio de San Benito, motivo por el que ántes merecía atento trato del extranjero que amargas reconvenções. Sin embargo, el Emperador francés recibíale con rostro entenebrecido y le habló en tono áspero y descompuesto, echándole en cara los asesinatos cometidos. De los presentes se atemorizaron con sus amenazas á los más serenos, y el que servía de intérprete, no acertando á expresarse, impacientó á Napoleón, que con enfado le mandó salir del aposento, llamando á otro que desempeñase mejor su oficio. No menos alterado prosiguió en su discurso el altivo conquistador, usando de palabras impropias de su dignidad, hasta que al cabo despidió á las corporaciones españolas, repitiendo nuevas y terribles amenazas.

Triste y pensativo volvía el Ayuntamiento á su morada, cuando algunos de sus individuos, queriendo ceñir por un rodeo para evitar el encuentro de tropas que obstruían el paso, un piquete francés de caballería, que de lejos los observaba, intimales que iban presos, y que así fuesen por el camino más recto. Restituidos todos á las casas consistoriales, entró á poco por aquellas puertas un emisario del Emperador con orden que éste le había dado, teniendo el rollo en la mano, de que si para las doce de la noche no se le pasaba la lista de los que habían asesinado á los franceses, haría aborrecer de los balcanes del Ayuntamiento á cinco de sus individuos. Sin inti-

midarse con el injusto y bárbaro requerimiento, reportados y con esfuerzo resistieron los regidores que ántes parecerían siendo víctimas de su inocencia, que indicar á tientos y sin conocimiento personas que no creyesen culpables.

A las nueve de la noche presentóse también, repitiendo á nombre del Emperador la anterior amenaza, D. José de Hervás, el mismo que en el Abril de 1808 había acompañado á Madrid al general Savary, y quien, como español, se hizo más fácilmente cargo de las razones que asistían al Ayuntamiento. Sin embargo, manifestó á sus individuos que corrían grave peligro, mostrándose Napoleón muy airado. No por eso dejaron aquellos de permanecer firmes y resueltos á sufrir la pena que arbitrariamente se les quisiera imponer. Sacóles luego del ahogo, y por fortuna para ellos, un tal Chamochín, de oficio procurador del número, el cual, habiendo sido en tan tristes días nombrado corregidor interino, quiso congraciarse con el invasor de su patria, delatando como motor de los asesinatos á un adobador de pieles, llamado Domingo, que vivía en la plaza Mayor. Por desgracia de este, encontráronse en su casa ropa y otras prendas de franceses, ya porque en realidad fuera culpado, ó ya más bien, según se creyó, por haber dichos efectos llegado casualmente á sus manos. Fué preso Domingo con dos de sus criados, y condenados los tres á la pena de horca. Ajusticiaron á los últimos, perdonando Napoleón al primero, más digno de muerte que los otros, si había delito. Llegó el perdón estando Domingo al pie del patíbulo: le obtuvo á ruego de personas respetables, del mencionado Hervás, y sobre todo movidos varios generales de las lágrimas y clamores de la esposa del sentenciado, en extremo bella y de familia honrada de la ciudad. También contribuyeron á ello los benedictinos, de quienes Napoleón hacía gran caso, recordando la celebridad de los antiguos y doctos de la congregación de San Mauro de Francia. No así de los dominicos, cuyo convento de San Pablo suprimió, en castigo de los franceses que en él se habían encontrado muertos.

Mas en tanto otros cuidados de mayor gravedad llamaban la atención de Napoleón. En su camino á Astorga había recibido un correo con aviso de que el Austria se armaba. Novedad impensada, y de tal entidad, que le impulsó á volver prontamente á Francia. Así lo decidió en su pensamiento; mas paróse en Valladolid diez días, queriendo antes asegurarse de que los ingleses proseguían en su retirada, y también tomar acerca del gobierno de España una determinación definitiva. Certe de lo primero, apremióse á concluir lo segundo. Para ello hizo venir á Valladolid los diputados del Ayuntamiento de Madrid y de los tribunales, que le fueron presentados el 16 de Enero. Traían consigo el expediente de las firmas de los libros de asiento que se abrieron en la capital á fin de reconocer y jurar á José, condición que para restablecer á éste en el trono había puesto Napoleón, pareciéndole fuerte ligadura lo que no era sino forzada ceremonia. Recibió el Emperador francés con particular agasajo á los diputados españoles, y les dijo que accediendo á sus suplicas, verifícaría José dentro de pocos días su entrada en Madrid.

Undaron entonces algunos que Napoleón se hubiera resuelto á reponer á su hermano en el solio si no se hubiese visto amenazado de guerra con Austria. En prueba de ello alegaban el haber sólo dejado á José, después de la toma de Madrid, el título de su lugarteniente, y también el haber en todo

obrado por sí y procedido como conquistador. No deja de fortalecer dicho juicio la conversacion que el Emperador tuvo en Valladolid con el ex-arzobispo de Malinas, M. de Pradt. Había éste acompañado desde Madrid á los diputados españoles, y Napoleón, ántes de verlos, deseara de saber lo que opinaban y lo que en la capital ocurría, mandó á aquel príncido fuere á hablarle. Por largo espacio platicaron ambos sobre la situacion de la Península, y entre otras cosas, dijo Napoleón: «No conocia yo á España; es un país mas hermoso de lo que pensaba. Buen regalo he hecho á mi hermano; pero los españoles han con sus locuras que su país vuelva á ser mío; en tal caso lo dividire en cinco grandes virreinos» (2). Continuó así discuriendo, é insistió con particularidad en lo útil que sería para Francia el agregar á su territorio el de España; intento que sin duda estorbó por entónces el nublado que amagaba del Norte, temeroso del cual, partió para París el 17 de Enero, de noche y repentinamente, haciendo la travesía de Valladolid á Búrgos á caballo y con penosa celeridad.

En el intervalo que medió desde principios de Diciembre hasta últimos de Enero, disgustado José con el título de lugarteniente, se albergaba en el Pardo, no queriendo ir á Madrid hasta que pudiese entrar como rey. Sin embargo, esperanzado en los primeros dias del año de volver á empujar el cetro, pasó á Aranjuez y revisó allí el primer cuerpo, mandado por el mariscal Víctor, y con el cual, procedente de Toledo, se pensaba atacar al ejército del centro, cuyas reliquias, rebechas algo en Cuéncas, se habian en parte aproximado al Tajo.

El mesurado movimiento de los españoles era hijo de falsas noticias y del clamor de los pueblos, que expuestos al pillaje y extorsiones del enemigo, acusaban á nuestros generales de mantenerse esportadores tranquilos de los males que los agobiaban. Para acudir al remedio y acallar la voz publica habia el Duque del Infantado, jefe de aquel ejército, imaginado un plan mas otro, notándose en el concebir de ellos mas bien loable deseo que atinada combinacion.

Por fin decidióse ante todo dicho general á despegar la orilla izquierda del Tajo de unos 1,500 caballos enemigos que corrian la tierra. Nombró para capitanear la empresa al mariscal de campo D. Francisco Javier Venegas, que mandaba la vanguardia, compuesta de 4,000 infantes y 800 caballos, y al brigadier D. Antonio Saura con otra division de igual fuerza. Debía el primero posesionarse de Tarancón, y al mismo tiempo ensfocarse el segundo de Aranjuez, en cuyos dos puntos tenia el enemigo, ántes de que viniese el mariscal Víctor, lo principal de sus destacamentos. Venegas no aprobó el plan, visto el mal estado de sus tropas; mas trató de cumplir con lo que se le ordenaba. Saura dejó de hacerlo, pareciéndole imprudente ir hasta Aranjuez teniendo franceses por su flanco en Villanueva del Cardete; desconfiando que no aludiera el General por haber ya combinado con aquel dato en la disposicion del ataque.

Venegas, por su parte, situado en Ucles, determinó atacar en la noche del 24 al 25 de Diciembre á los franceses de Tarancón. El número de éstos ascendia á 800 dragones. Distribuyó el general español su frente en dos columnas, una, al mando de don Pedro Agustín Giron, debía amenazar por su frente al enemigo; otra, capitaneada por el mismo general

en persona, y más numerosa, debía de interponerse en el camino que de Tarancón va á Santa Cruz de la Zarza, con objeto de cortar á los franceses la retirada, si querian huir del ataque de Giron, é encerrarlos entre dos fuegos en caso de que resistieran. La noche era cruda, sobreviniendo tras de nieve y ventiscas espesa niebla; lo cual retardó la marcha de Venegas y fué causa del extravío de casi toda su caballería. Giron, aunque salió más tarde, llegó sin tropiezo al punto que se le habia señalado, ya por ser mejor y más corto el camino, y ya por su cuidado y particular vigilancia.

Espantados los dragones franceses con la proximidad de este general, hulan del lado de Santa Cruz, cuando se encontraron con algunas partidas de carabineros reales que iban á la cabeza de la tropa de Venegas, y los atacaron furiosamente obligándolos á abrigarse de la infantería. Hubiera podido ésta desconcertarse, cogiéndola desprevenida, si afortunadamente un batallón de guardias españolas y otro de tiradores de España, puestos ya en columna, no hubiesen rechazado á los enemigos, desordenándolos completamente. Hizo gran falta la caballería, cuya principal fuerza, extraviada en el camino, no llegó hasta despues; y entónces su jefe, don Rafael Zambrano, desistió de todo perseguiemiento, por juzgarlo ya inútil y estar sus caballos muy cansados. La perdida de los franceses, entre muertos, heridos y prisioneros, fue de unos 100 hombres. Hubo despues contestaciones entre ciertos jefes, achacándose mutuamente la culpa de no haber salido con la empresa. Nos inclinamos á creer que la inexperiencia de algunos de ellos y lo bisofo de la tropa fueron en este caso, como en otros muchos, la causa principal de haberse en parte malogrado la embestida, sirviendo sólo á despertar la atencion de los franceses.

Rerolosos estos de que, engrosandas con el tiempo las tropas del ejército del centro y mejor disciplinadas, pudieran no sólo repetir otras tentativas como la de Tarancón, mas tambien en un rebote apoderarse de Madrid, cuya guarnicion para atender á otros cuidados, á veces se disminuía, pensaron seriamente en destruirlas y cortar el mal en su raíz. Para ello juntaron en Aranjuez y revisaron, según hemos dicho, las fuerzas que mandaba en Toledo el mariscal Víctor, las cuales ascendian á 14,000 infantes y 3,000 caballos. Sospechando Venegas los intentos del enemigo, comunicó el 4 de Enero sus temores al Duque del Infantado, opinando que sería prudente, ó que todo el ejército se aproximase á su linea, ó que el con la vanguardia se repliegase á Cuéncas. No pensó el Duque que urgiera adoptar semejante medida, y ya fuese enemistad contra Venegas, ó ya natural desconfianza, no contestó á su aviso, continuando en idear nuevos planes, que tampoco tuvieron ejecucion.

Apurando las circunstancias, y no recibiendo instruccion alguna del General en jefe, juntó Venegas un consejo de guerra, en el que unánimemente se acordó pasar á Ucles, como posicion mas ventajosa, é incorporarse allí con Saura, en donde aguardarian ambas las órdenes del Duque. Verificóse la retirada en la noche del 11 de Enero, y unidos al amanecer del 12 los mencionados Venegas y Saura, contaron juntos unos 8 á 9,000 infantes y 1,500 caballos. Trató desde luego el primero de aprovecharse de las ventajas que le ofrecia la poblacion de Ucles, villa sujeta á la órden de Santiago, y para batallas de mal pronóstico por la que en sus campos se perdió contra los moros en el reinado de Alonso el VI.

(2) *Memorias sur la revolution d'Espagne, par M. de Pradt, page 71 et suiv.*

La derecha de la posición era fuerte, consistiendo en varias alturas aisladas y divididas de otras por el riachuelo de Bedijar. En el centro está el convento llamado Alcázar, y desde allí, por la izquierda, corre un gran cerro de escabrosa subida del lado del pueblo, pero que termina por el opuesto en pendiente más suave y de fácil acceso. Venégas apostó en Tribaldos, pueblo ceretano, algunas tropas al mando de D. Veremundo Ramírez de Arellano, que en la tarde y anochecer del 12 comenzaron ya á tirotearse con los franceses, replegándose á Uclés en la mañana siguiente, acometidas por sus superiores fuerzas.

Con aviso de que los enemigos se acercaban, el general Venégas, aunque amalado y con los primeros síntomas de una fiebre pútrida, se situó en el patio del convento, de donde divisaba la posición y el llano que se abre al pie de Uclés, yendo á Tribaldos. Distribuyó sus infantes en las alturas de derecha é izquierda, y puso abajo, en la llanura, la caballería. Solo había un obús y tres cañones, que se colocaron, uno en la izquierda, dos en el convento y otro en el llano, con los jinetes.

El mariscal Victor había salido de Aranjuez con el número de tropas indicado, y fué en busca de los españoles, sin saber de fijo su paradero. Para descubrirle tiró el general Villatte, con su división, derecho á Uclés, y el mariscal Victor, con la del mariscal Ruffin, la vuelta de Alcázar. Fué Villatte quien primero se encontró con los españoles, obligándolos á retirarse de Tribaldos, desde donde avanzó al llano con dos cuerpos de caballería y dos cañones. Al ver aquel movimiento, creyó Venégas amagada su derecha, y por tanto, atendió con particularidad á su defensa. Mas los franceses, á las diez de la mañana, tomando por el camino de Villarubio, se acercaron con fuerza considerable á las alturas de la izquierda, punto flaco de la posición, cubierto con menos gente y al que su caballería pudo subir á trote. Venégas, queriendo entonces sostener la tropa allí apostada, que comenzaba á cear, envió gente de refresco y para capitanearla á D. Antonio Senra. Ya era tarde; los enemigos, avanzando rápidamente, arrollaron á los nuestros, é inutilmente desde el convento quiso Venégas detenerlos. Contuso el mismo y ahuyentado con todo en estado mayor, dificultosamente pudo salvarse, cayendo á su lado, muerto, el bizarro oficial de artillería D. José Escalera. Deshecho nuestro costado izquierdo, empezó á desfilar el derecho; y la caballería, que en su mayor parte permanecía en el llano, trató de retirarse por una garganta que forman las alturas de aquel lado. Consiguieronlo felizmente los dragones de Castilla, Lusitania y Tejas, mas no así los regimientos de la Reina, Principe y Borbon, cuyo mando había reasumido el Marqués de Albudeite. Estos, no pudiendo ya pasar, impelidos por los fuegos de los franceses, que desde el convento combatían las cimas, volvieron grupa al llano, y saltando los cerros, caminando de prisa, y perseguidos, la vía de Paredes. Desgraciadamente, hacia el mismo lado, tropezando la infantería con la división de Ruffin, había casi toda tenido que rendirse; de lo cual advertidos nuestros jinetes, en balde quisieron salvarse, atajados con el cauce de un molino y arrollados por el fuego de seis cañones enemigos, que dirigía el general Sermaunt. No hubo ya entonces sino confusión y destrozo, y sucedió con la caballería lo mismo que con los infantes: los más de sus individuos perecieron ó fueron hechos prisioneros; contóse entre los primeros al Marqués

de Albudeite. Tal fué el remate de la jornada de Uclés, una de las más desastrosas, y en la que, por decirlo así, se perdieron las tropas que antes mandaban Venégas y Senra. Solo se salvaron dos ó tres cuerpos de caballería, y también algunas otras reliquias que libró la serenidad y esfuerzo de D. Pedro Agustín Giron, uniéndose todos al Duque del Infantado, que ya se hallaba en Carrascosa.

Justos cargos hubieran podido pesar sobre los jefes que empujaron semejante acción ó fueron causa de que se malograra. El general Venégas y el del Infantado procuraron defenderse ante el público, acusándose mutuamente. Pensamos que en la conducta de ambos hubo motivos bastantes de censura, si ya no de responsabilidad. Aconsejaba la prudencia al primero retirarse más allá de Uclés, é ir á unirse al cuerpo principal del ejército, no faltándole para ello ni oportunidad ni tiempo; y al segundo prescribía su obligación dar las debidas instrucciones y contestar á los oficios del otro, no sacrificando á piques y mezquinas pasiones el bien de la patria, el pundonor militar.

Quando que hubieron la batalla, entraron los franceses en Uclés y cometieron con los vecinos inauditas crueldades. Atormentaron á muchos para averiguar si habían oculto alhajas; robaron las que pudieron descubrir, y aparejando con albardas y aguaderas, á manera de acémilas, á algunos conventuales y sujetos distinguidos del pueblo, cargaron en sus hombros inebles y efectos inútiles para quemarlos despues con grande algazara en los altos del Alcázar. No contentos con tan duro é inoble entretenimiento, remataron tan extraña fiesta con un acto de la más insigne barbarie. ¡Pec, ¡cáese la pluma de la mano! que cogiendo á 69 habitantes de los principales, y á monjas y á clérigos, y á los conventuales Parada, Canova y Mejía, amparados con las más ilustres familias de la Mancha, atrallados y escarnecidos, los degollaron con horrosa inhumanidad, pereciendo algunos en la carnicería pública. Sordos ya á la compasión los feroces soldados, desoyeron los ayes y clamores de mas de 300 mujeres, de las que acorraladas y de monton abusaron con exquisita violencia. Prosiguieron los mismos escándalos en el campamento, y solo el cansancio, no los jefes, puso termino al horrible desenfreno.

No cupo mejor suerte á los prisioneros españoles: los que de ellos, rendidos á la fatiga, se rezagaban, eran fusilados desapiadadamente. Así nos lo cuenta en su obra un testigo de vista, un oficial francés, M. de Rocca. ¿Qué extraño, pues, era que nuestros paisanos cometiesen, en pago, otros excesos, cuando tal permitían los oficiales del ejército de una nación culta?

El Duque del Infantado, que aunque tarde se adelantaba á Uclés, supo en Carrascosa, legua y media distante, la derrota padecida. Juntando allí los dispersos y cortas reliquias, se retiró por Horejada á la venta de Cabezas, en donde se decidió, en consejo militar, pasar á Valencia con todas las tropas. Entró el ejército en Cuenca el 14 por la noche, y al día siguiente continuó la marcha. Dirigióse la artillería por camino que pareció más cómodo para volver despues á unirse en Almodóvar del Pinar; pero atollada en parte y mal defendida por otros cuerpos que acudieron en su ayuda, fué en Tortola cogida casi toda por los franceses. Prosiguió lo restante del ejército alejándose; y desistiendo Infantado de ir á Valencia, metióse en el reino de Murcia y llegó á Chinchilla el 21 de Enero. Desde aquel punto hizo

nuestro movimiento, saliendo la Sierra-Morena, y al cabo se situó en Santa Cruz de Mudela. Allí, según costumbre, no creó de idear, sin gran resulta, nuevos planes, hasta que en 17 de Febrero fué relevado del mando por orden de la Junta Central, y puesto en su lugar el Conde de Cartaojal, que mandaba también las tropas de la Carolina.

Aleonzada por los franceses la victoria de Uclés, y después de obtener el permiso de Napoleón, hizo José en Madrid, el 22 de Enero, su entrada pública y solenne. Del Pardo se encaminó, por fuera de puertas, á la plazuela de las Delicias, desde donde, montando á caballo, entró por la puerta de Atocha, y se dirigió á la iglesia colegiata de San Isidro, tomando la vuelta por el Prado, calle de Alcalá y Carretas hasta la de Toledo. Se habia preparado este recibimiento con más esmero que el anterior de Julio. Estaba tendida en toda la carrera la tropa francesa; habíase por expresa orden colgado las calles y puentes de trecho en trecho músicas que tocaban sonatas acomodadas al caso. José, rodeado de gran séquito de franceses y de los españoles que le eran adictos, mostrábase satisfecho y placentero. No dejó de ser grande el concurso de espectadores: las desgracias, amilanando los ánimos, los disponían á la conformidad; pero un silencio profundo, no interrumpido sino por alguna que otra voz asolarada, daba bastante á entender que las circunstancias impelían á la curiosidad, no afectuosa inclinación. Fue recibido en la iglesia de San Isidro por el Obispo auxiliar y parte de su cabildo. Pronunciáronse discursos según el tiempo, dijese una misa, se cantó el *Te Deum*, y concluida la ceremonia, se dirigió José por la Plaza Mayor y calle de la Almudena á Palacio, en donde, ocupándose de nuevo en el gobierno del reino, nos dará pronto ocasión de volver á hablar de él y de sus providencias.

Ahora es ya sazón de pensar en Cataluña. El no querer cortar el hilo de la narración en los sucesos más aludados y decisivos nos ha obligado á postergar los de aquel principado, que si bien de grande interés y definitivamente de mucha importancia á la causa de la independencia, forman como un episodio embarazoso para el historiador, aunque glorioso para aquella provincia.

Dejamos en el libro quinto la campaña de Cataluña, á tiempo que Duhesme, en el ultimo tercio del mes de Agosto, se habia recogido á Barcelona, de vuelta de su segunda y malograda expedición de Gerona. De nuestra parte, por entónces y en 1.º de Setiembre, el Marqués del Palacio y la Junta del Principado se habian de Tarragona trasladado á Villafraanca, con objeto de estar más cerca del teatro de la guerra. Empezaron á acudir á dicha villa los tercios de toda la provincia, y se reforzó la línea del Llobregat, á cuyo paraje se habia restituido desde Gerona el Conde de Calabargués.

Con el aumento de fuerza temió el general Duhesme que estrechando los españoles cada vez más á Barcelona, hubiese dificultad de introducir bastimentos en la plaza. Para alejar el peligro, y con intento de hacer una excursión en el Penedés, partió de aquella ciudad con 6.000 hombres de caballería é infantería, y atacó á los españoles en su línea, al amanecer del 2 de Setiembre, en los puntos de Molins de Rey y de San Boil. Por el último alezaron los franceses conocidas ventajas, fueron por el otro rechazados. Mas receloso el de Calabargués, en vista de un movimiento de los enemigos, de que abandonando á los la embestida del puente, vadearan el río y le flanqueasen, previno oportunamente cual-

quiera tentativa, situándose en las alturas de Molins de Rey.

Los franceses, no pudiendo romper la línea española del Llobregat, resolvieron del lado opuesto por donde corre el Besós, en cuyo sitio se mantenía D. Francisco Milans. Ya aquí, y ya en todos los puntos al rededor de Barcelona, hubo en Setiembre muchas escaramuzas y aún choques, entre los que fué grave el acaecido en San Cugat del Valles, principalmente por el respeto que infundió al enemigo, obligándole á no alejarse de los muros de Barcelona. También contribuyeron á ello las ~~reuniones~~ ^{refuerzos} que llegaron á los españoles sucesivamente de Portugal, Mallorca y otras partes, de algunos de los cuales ya hemos hecho mención.

El gobierno interior de Cataluña se mejoraba cada día por el esmero y cuidado de la Junta. Habíase sólo levantado grande enemistad contra el Marqués del Palacio, ó porque las calidades de general no correspondiesen en él á su patriotismo, ó más bien porque en aquellos tiempos arduos, no siendo dado caminar en la ejecución al són de la impaciencia pública, perdíase la confianza y el buen nombre con la misma rapidez, y á veces tan infundadamente, como se habia adquirido. Los clamores de la opinion catalana obligaron á la Junta Central á llamar al Marqués del Palacio, poniendo en su lugar al capitán general de Mallorca D. Juan Miquel de Vives, quien tomó el mando el 28 de Octubre.

Teniendo éste á su disposición fuerzas más considerable, coordinó nuevamente su ejército, y según lo resuelto por la Central, le denominó de Cataluña ó de la derecha. Constaba en todo de 19.551 infantes, 780 caballos y diez y siete piezas, dividido en vanguardia, cuatro divisiones y una reserva. De estas fuerzas destinó Vives la vanguardia, al mando de D. Mariano Alvarez, á observar al enemigo en el Ampurdán, y las restantes las conservó consigo para bloquear á Barcelona, adonde se aproximó el 3 de Noviembre, asentando su cuartel general en Martorell, cuatro leguas distante.

Los apuros en aquella plaza del general francés Duhesme crecían en extremo; el numero de sus tropas, que ántes era de 10.000 hombres, menguaba con la desertion y las enfermedades. De noche podía fiarse. El disgusto y descontento de los barceloneses tocaba, á sus ojos, en abierta rebelion. Los habitantes más principales huían á causa de las contribuciones exorbitantes que habia impuesto; temiendo que acudir á confiscar los bienes para evitar la emigracion. Más tarde, cuando apretó la escasez, si bien permitió la salida de Barcelona, permitida con condiciones rigurosas, dando pasaportes á los que abonaban cuatro meses anticipados de contribucion, y aseguraban con fianza el pago de los demás plazos. Fue después adelante en usar sin freno de medidas arbitrarias, declarando á Barcelona en estado de sitio. Opusose á ello el Conde de Espeleta, por lo que se le puso preso, quitándole la capitanía general, que sólo en nombre habia conservado. Como más antiguo, le sucedió D. Gálceran de Villalba, que en secreto se entendia con las autoridades patrióticas del Principado. Los oficiales españoles que habia dentro de la plaza rehusaron después reconocer el gobierno de Napoleón, prefiriendo á todo ser prisioneros de guerra; lo mismo hicieron los que eran extranjeros, excepto M. Wrant d'Amelin, que en premio recibió el gobierno de Barcelona. Ejerciendo la policia con particular severidad, prestándose á tan villano servicio un español llamado D. Ramon Casanova, sin que por eso se quedase

impedir que muchos y á las calladas se escapasen. Tantas molestias y tropelías eran en sumo grado favorables á la causa de la independencia.

Contando, sin duda, con el influjo de aquellas y con secretos tratos, insistió el general Vives en atacar á Barcelona, y aun proyectó varios ataques. Fué el más notable el que se dió en 8 de Noviembre, aunque no tuvo ni resulta, ni se le consideró tampoco bien meditado. Sin embargo, la proximidad del ejército español puso en tal desasosiego á los franceses, que en la misma mañana del 8 desarmaron al segundo batallón de guardias walonas, como adicto á los llamados insurgentes.

Desaprobaban los hombres entendidos la permanencia de Vives en las cercanías de Barcelona, y con razón, juzgándola militarmente; pues para formalizar el sitio no se estaba preparado, y para rendir por bloqueo la plaza se requería largo tiempo. Creían que hubiera sido más conveniente dejar un cuerpo de observación que con los somatenes continuase al enemigo en sus excursiones, y adelantarse á la frontera con lo demás del ejército, impidiendo así la toma de Rosas y la facilidad que ella daba de proveer por mar á Barcelona. Vino en apoyo de tan juicioso dictamen lo que sucedió bien pronto con el refuerzo que entró en el Principado, al mismo tiempo que por el Bidasoa hacían los franceses su principal irrupción.

Segun insinuamos al hablar de ésta, fué destinado el séptimo cuerpo á domar la Cataluña. Debía formarse con las tropas que allí había á las órdenes de los generales Duhesme y Reille, y con otras procedentes de Italia, al mando de los generales Souham, Pino y Chavert. Todas estas fuerzas reunidas ascendían á 25.000 infantes y 2.000 caballos, compuestas de muchas naciones y en parte de nueva leva. Capitaneabanla el general Gouvion de Saint-Cyr. Entró éste en Cataluña al principiar Noviembre, estableciendo el 6 en Figueras su cuartel general. Fué su primer intento poner sitio á Rosas, y encargando de ello al general Reille, le comenzó el día 7 del mencionado mes.

Pensó el general Saint-Cyr que convenia apoderarse de aquella plaza, porque abrigados los ingleses de su rada, impedían por mar el abastecimiento de Barcelona, que no era hacedero del lado de tierra á causa de la insurrección del país. Hubo quien le motejase, sentando que en una guerra nacional como esta era de temer que con la tardanza pudieran los españoles por medio de secretos tratos sorprender á Barcelona, apretada con la escasez de viveres. Napoleón juzgaba tan importante la posesión de esta plaza, que el solo encargo que hizo á Saint-Cyr, a su despedida en París, fué el de conservar á Barcelona (3); y porque si se perdiese, decía, serían necesarios 80.000 hombres para recobrarla. Sin embargo, aquel general prefirió comenzar por sitiar á Rosas.

Está situada dicha villa á las raíces del Pirineo y á orillas del golfo de su nombre. Tenía de población 1.200 almas. No cubría su recinto sino un atrincheramiento casi abandonado desde la guerra de la revolución de Francia. Consistía su principal fortaleza en la ciudadela, colocada al extremo de la villa, y que aunque desmantelada, quisiese apresuradamente poner en estado de defensa, consiguiendo al cabo montar 36 piezas: su forma es la de un pentágono irregular con foso y camino cubierto, y sin otras obras á prueba que la iglesia,

habiendo quedado inservibles desde la última guerra los cuarteles y almacenes. A la opuesta parte de la ciudadela, y á 1.100 toesas de la villa, en un repecho de las alturas llamadas de Puig-rota, término por allí de los Pirineos, se levanta el fortín de la Trinidad en figura de estrella, de construcción ingeniosa, pero dominado á corta distancia.

Con tan débiles reparos, y en el estado de ruina de varias de sus obras, hubierase en otra ocasión abandonado la defensa de la plaza; ahora sostívase con firmeza. Era gobernador D. Pedro Odaly; constaba la guarnición de 3.000 hombres; se despidió la gente inútil, recompúsoselo algo el atrincheramiento destruido, y se atajaron con zanjas las bocas-calle. Favorecía á los sitiados un navío de línea inglés y dos bombarderas que estaban en la bahía.

La división del general Reille, unida á la italiana de Pino, se había acercado á la plaza, componiendo juntas unos 7.000 hombres. Además el general Souham, para cubrir las operaciones del sitio y observar á Alvarez, que estaba con la vanguardia en Gerona, se situó con su división entre Figueras y el Fluviá, y ocupó á la Junquera con dos batallones el general Chavert.

Se había lisonjeado el frances Reille de tomar por sorpresa á Rosas: así lo deseaba su general en jefe, solícito de acudir al socorro de Barcelona, y temeroso de la deserción que empezaba á notarse en la división italiana de Pino. De ésta fueron cogidos por los somatenes varios soldados, y el general Saint-Cyr, que presumía de humano, envió en rehenes á Francia, hasta el canje, igual número de habitantes, prefiriendo este medio al de quemar los pueblos, ántes usado por sus compatriotas. Mas los catalanes consideraron la nueva medida como mas injusta, imaginándose que los enviaban á servir al Norte.

Desde el 7 de Noviembre, que aparecieron los franceses delante de Rosas, y en cuyo día los españoles hicieron una vigorosa salida, sobreviniendo copiosas lluvias, no pudieron los primeros traer su artillería ni empezar sus trabajos hasta el 16. Entónces resolvió el general Saint-Cyr embestir simultáneamente la ciudadela y el fortín de la Trinidad. Empezóse el ataque de aquella por el baluarte llamado de la Plaza, del lado opuesto á la villa, y por donde se ejecutó también la acometida en el sitio del año de 1795, al cual había asistido el general enemigo Sanson, jefe ahora de los ingenieros.

Continuaron los trabajos por esta parte hasta el 25. Aquel día, dueños los franceses de un reducido, cabeza del atrincheramiento que cubría la villa, pensaron que sería conveniente apoderarse de esta, para atacar después la ciudadela por el frente, comprendido entre los baluartes de Santa María y San Antonio. Fué entrada la villa en la noche del 26 al 27 á pesar de porfiada resistencia; de 500 hombres que la defendían, 300 quedaron muertos, 150 fueron hechos prisioneros; pudieron los otros salvarse. El enemigo intimó entónces la rendición á la ciudadela; contestósele con la negativa.

Al mismo tiempo el fortín de la Trinidad fué desde el 16 bizarramente defendido por su comandante D. Lotino Fitzgerald. Los ingleses, juzgando inútil la resistencia, habían retirado la gente que dentro habían metido; pero llegando poco después el intrépido lord Cockrane con amplias facultades del almirante Collingwood, renimó á los españoles, entrando en el fuerte con unos 80 hombres, y unidos todos, rechazaron el 30 el asalto de los enemigos, que creían practicable la brecha.

(3) *Journal des opérations de l'armée de Catalogne, par le maréchal Gouvion Saint-Cyr, tomo I.^o*

La guarnición de Rosas había vivido esperanzada de que se la socorriera por tierra; mas hubiéndose el auxilio á un movimiento que el 24 hizo la vanguardia al mando de D. Mariano Alvarez: cruzó este el Fluviá, y arrolló al principio los puestos avanzados de los franceses, que rechazados repelieron después á los nuestros, cogiendo prisionero al segundo comandante D. José Lebrun. Serenado el general Saint-Cyr con esto y con ver que el ejército español de Vives no avanzaba según temía, trató de acabar prontamente el sitio de la ciudadela de Rosas.

Dirigíase el principal ataque contra la cara derecha del baluarte de Santa Maria, y los trabajos proseguían con ardor en los dias 1.º y 2.º, que inútilmente intentaron los sitiados hacer una salida. Por fin el 5, estando la brecha practicable, y después de 29 dias de asedio, capituló honrosamente el gobernador, quedando la guarnición prisionera de guerra. Tuvo mayor ventura D. Lotino Fitzgerald, comandante del fortín de la Trinidad, habiéndose embarcado él y su gente con la ayuda y diligencia de lord Cockrane, quien tal vez hubiera del mismo modo salvado la guarnición de la ciudadela, si hubiera sido comodoro del apostadero inglés.

Desembarazado el general Saint-Cyr del sitio de Rosas, se adelantó á socorrer á Barcelona con 15,000 infantes y 1,500 caballos, después de haber dejado en el Ampurdán la division del general Reille. Hubiera corrido riesgo el general francés de ser detenido en el camino, si D. Juan de Vives, en vez de mantener sus tropas en derredor de Barcelona, le hubiera salido al encuentro en alguno de los sitios oportunos del transito; cosa tanto más hacedera, cuanto después de sus infructuosas tentativas sobre Barcelona, se le habian agregado en Noviembre las divisiones de Granada y Aragón y otros cuerpos sueltos. Constaba la primera, al mando de don Teodoro Reding, de 11,700 infantes y 670 caballos, y la segunda de unos 4,000 hombres regidos por el Marqués de Lazan, quien pasó á engrosar la vanguardia después de lo acaecido el 24 en las riberas del Fluviá.

Insistía el general Vives en acometer á Barcelona, estimulado tambien por las ofertas de los comandantes de las fuerzas navales inglesas apostadas delante del puerto. Estas hicieron el 19 de Noviembre un fuego vivísimo contra la plaza, cuyos habitantes, á pesar del daño que recibían, estaban abrumados y palmitaban desde sus casas al ver la pesadumbre que el ataque causaba á los franceses; lo cual irritando sobremanera al comandante Leechi, prohibió á los habitantes asomarse á las ventanas en días de refriega.

Mal informado el general Vives, dirigió á dicho general Leechi y al español Casanová proposiciones de acomodamiento si le dejaban entrar en la plaza. Las desecharon ambos, notándose en la respuesta de Leechi la dignidad conveniente. Creyeron, sin embargo, algunos que sin la pronta llegada del general Saint-Cyr, y conducida de otra manera la negociacion, quizá no hubiera esta sido infructuosa.

D. Juan Vives resolvió repetir el 26 el ataque que habia emprendido el 8. Ejecutado esta vez con mayor felicidad, fueron los franceses rechazados fuera de Barcelona, y se cogieron prisioneros 104 hombres, que defendían la favorable posición de San Pedro mártir. Prosiguieron las ventajas el 27, adelantándose el cuartel general á San Feliu de Llobregat, á legua y media de Barcelona; desde donde,

y con deseo siempre de estrechar al enemigo, se le acometió de nuevo el 5 de Diciembre, consiguiendo clavar los cañones y destruir las obras que habia formado en la falda de Montjuich.

Pero eran cortas estas ventajas al lado de las que hubieran podido alcanzarse yendo en busca de Saint-Cyr. Sacrificóse todo al deseo de enseñar rearsó de la capital del Principado. Sin embargo, en la noche del 11 de Diciembre, sabedor Vives de que aquel general se habia movido el 8 con señales de ir á la vuelta de Barcelona, mandó á D. Teodoro Reding que se adelantase hacia G. anollers. Recibíendose posteriormente confirmacion del primer aviso, se celebró un consejo de guerra, en el que variando, según costumbre, los pareceres, no se siguió el de Chidagüés, que era el mas acertado, y según el cual debiera haberse ido al encuentro de Saint-Cyr con la mayor parte de las fuerzas, dejando delante de Barcelona 4,000 hombres bien atrincheros. Resolvióse, pues, lo contrario, y solo salió Vives con algunas tropas á unirse á Reding. Ambos generales juntaron 8,000 hombres, agregándoseles ademas los somatenes. Al propio tiempo se sobrevino al Marqués de Lazan que, separandose de la vanguardia, que estaba en Gerona, siguióse la huella del francés, sin atacarle por la espalda hasta que el mismo Vives lo hiciese por el frente, y al coronel Milana que se apostase con cuatro batallones en Coll-Sacru para molestar al enemigo si queria echarse del lado de la marina, ó si no, concurrir con los demas á la accion general que se esperaba.

Apremiado el general Saint-Cyr con la urgente necesidad de socorrer á Barcelona, no se ocupó en combatir al Marqués de Lazan, quien por su parte esquivó tambien todo serio reencuentro. En seguida maniobró el general francés para distraer su intencion, y el 11 preparóse á marchar con rapidez y sin embarazos. Así fue que enviando á Figueras la artilleria, repartió á sus soldados vivres para cuatro dias, distribuyoles á razon de 50 centavos, y llevó 150,000 de reserva á lomo de asnequillas. El 12 abrió la marcha desde La Bisbal, teniendo en el camino algunos choques con los niquelitos de D. Juan Claros. Enderezóse á Hostalrich, y al llegar á las alturas que le dominan, con gran júbilo vió que Vives ni se habia aun adelantado hasta allí, ni ocupado las gargantas del rio Tordera, en cuyas estribanas, bastando un corto número de hombres para detener á los suyos, hubieran en breve consumido las municiones que consigo traían.

Continuó el general Saint-Cyr su marcha, y el 15, para librarse de los fuegos de Hostalrich, dió vuelta á la plaza por un sendero ágrío y descubierto, tomando luego á tomar el camino de Barcelona. Saló de Vallgornera á incomodarle el coronel Milana, viéndose el general francés obligado á retardar su marcha á causa de las cortaduras practicadas en el estaladero de treinta pasos. Mas vencidos los obstáculos, acompañó ya por la noche su ejército al raso á una legua del que mandaba Vives, quien parando el Cardener, se habia colocado en venturoso puesto entre Llinas y Vilalba. La situacion de los franceses, á pesar de las faltas que cometieron los nuestros, no debia de ser critica. Por su frente temian á Vives, flanqueábanlos Milana y Figueras, y detras los seguian Claros y Lazan. En dos privados de artilleria, escaseando los víveres, y acortando los quedaban municiones para una hora, y eran sus tropas un conjunto de soldados nuevos de varias naciones. Si Vives hubiera sabido aprovecharse de tales ventajas, quizá se hubiera repetido aquí la jor-

nada de Bailén, y calificándose de intempestivo y temerario el movimiento del general Saint-Cyr, que por su buen éxito mereció el nombre de atrevido y sabio.

Amaneció el 16 de Diciembre, y el general español aguardaba á sus contrarios colocado en la loma que se levanta después de Cardedeu y Villalba, y termina en la riera de la Roca. En lo más elevado de ella, y á la derecha del camino real situó cinco piezas, dejando dos á la izquierda. Formó su columna en batalla, y desplegó sobre la derecha, que mandaba Reding, ocupando el costado opuesto de la línea el somaten de Vich. Como el objeto del general francés era pasar á toda costa, decidió combatir en una sola columna que rompiese por medio las españolas. Comenzó el ataque la división de Pino con orden expresa de desviarse de lo resuelto por el general en jefe; pero, en contravención á ello, habiendo una de sus brigadas desplegado sobre la izquierda, hubo de comprometer á los franceses en una refriega, que hubiera sido su perdición á haberse prolongado. El peligro fue para ellos grande durante algun tiempo. La brigada que había desplegado, no sólo fue rechazada, mas tambien ahuyentada, y destrozado uno de sus regimientos por el de húsares españoles, á cuyo frente estaba el coronel Ibarrola, quedando prisioneros dos jefes, quince oficiales y unos doscientos soldados. Acudió pronto y oportunamente al remedio el general Saint-Cyr.

De un lado hizo que la división Souham contuviese la brigada puesta en desorden, al mismo tiempo que de otro amenazaba la izquierda española, que era la parte más flaca y desguarnecida, disponiendo igualmente que el general Pino, con la segunda brigada, prosiguiese el ataque en columna y rompiese nuestra línea. Ejecutada la operación á un tiempo y en buena sazon, se cambió la suerte de las armas, y el ejército español fué envuelto y puesto en derrota. Perdieronse cinco de los siete cañones que habia, salvándose los dos por la actividad y presencia de animo del teniente Ulzúrrum. Nuestra pérdida fué de 500 muertos y de 1.000 entre heridos y prisioneros; mayor la de los franceses, por el daño que al principio experimentaron de la artillería española. Salvóse el general Vives á pie y por sendas extraviadas, y el general Reding, ayudado de la valentía de su caballo, pudo juntarse á una columna de infantería y caballería que con el mayor orden se retiró por el camino de Granollers á San Cugat. Allí tomó el mando interinamente dicho general, y se acogió á la derecha del Llobregat, adonde se transfirió el Conde de Caldagüés, quien, aunque salvó la artillería y municiones, tuvo por la prisa que abandonar los inmensos acopios almacenados en Sarria, los cuales sirvieron de mucho al enemigo. El Marqués de Luzán, que no tomó parte en la batalla, retrocedió después á Gerona, y el coronel Melana se mantuvo en Arenys algunos dias sin ser molestado.

Graves y desgraciadas fueron las resultas de la accion de Llinás ó Cardedeu, no tanto por la pérdida de una parte del ejército y por el socorro que introdujeron los franceses en Barcelona, cuanto por el desanimo que causó en los españoles, y los alientos que comunicó á los bisoños y mal seguros soldados del enemigo.

Llegó el general Saint-Cyr el 17 delante de Barcelona. No reinaba entre él y el general Duhesme el mejor acuerdo, mostrándose éste descontento con recibir un jefe superior, y al que luego se dirigieron quejas y reclamaciones. Por entónces, ansioso

Saint-Cyr de perseguir á los españoles, no tomó acerca de ellas providencia, y el 20, después de haber dado á sus tropas dos dias de descanso, salió para el Llobregat y se situó en la margen izquierda, reforzado su ejército con cinco batallones de la división del general Chabran.

Al otro lado habian reunido los españoles el auxilio, que con la derrota del 16, y dispersion que ella causó en todas las tropas, no ascendia arriba de 10.000 infantes y 900 caballos, con artillería numerosa. Allí llegó el general Vives, que se habia embarcado en Mataró, y que después de aprobar las medidas tomadas en su ausencia, pasó á Villafranca para obrar en union con la Junta del Principado.

Luego que se alejó, asomaron los franceses; é indolente D. Teodoro Reding de sí se retiraría ó no, consultó al General en jefe, que tardó en contestar, haciéndolo al fin de un modo ambiguo, lo cual decidió al primero á sostenerse en su puesto. El ejército español estaba atrincherado en la margen derecha del Llobregat, en las colinas en que rematan las alturas de Ordal, extendiéndose desde San Vicente hasta Palleja. Mandaba la derecha el brigadier don Gaspar Gomez de la Serna, la izquierda el mariscal de campo Cuadrado, manteniéndose Reding, juntamente con Caldagüés, en uno de los reductos que habian levantado en el camino real de Valencia.

El enemigo al alborar del 21 empezó su ataque. Apostóse el general Chabran en Molins de Rey, que estaba á la derecha de los franceses, y de donde la batalla tomó el nombre, valiendo la división del general Pino el Llobregat por San Feliu, al tiempo que Souham con su tropa le cruzaba por San Juan del Pi. Hubian en un principio creido los españoles que su izquierda seria la primera atacada; mas contrarios de lo contrario, mejoraron su posición, haciendo los peones acertado fuego. El desaliento, no obstante, era grande desde la accion de Llinás, y no habia corrido suficiente tiempo para que se borrarase de la mente del soldado tan funesta impresion. Envolvieron los enemigos la derecha española; arrojáronla sobre el centro, y cayendo unos y otros sobre la izquierda, ya no hubo sino desconcierto, acorralados los nuestros contra el puente de Molins de Rey. A las 10 de la mañana llegó Vives solamente para presenciar la destruccion de los auxilios. El ejército español estuvo muy expuesto á ser del todo cogido por los franceses, á no haberse los soldados desbandado y tirado cada uno por donde encontró salida. Fué considerable nuestra perdida, principalmente de jefes: el brigadier La Serna murió en Tarragona de las cuchilladas recibidas; el de Caldagüés cayó prisionero, y lo mismo varios coronales. Quedó en poder de los contrarios toda la artillería.

Por loable que fuera el deseo que animaba al general Reding, con razon debió tacharse de extrema imprudencia el aventurar una accion con un ejército que ademas de novel acababa pocos dias ántes de ser deshecho y en parte disperso. Así fué que el general Saint-Cyr, maniobrando con sumo arte, sin grande esfuerzo desbarató completamente nuestras filas, atropellándose unos soldados sobre otros. Acasos y de transcendencia fueron las resultas. Perdiéronse las armas que arrojaron los infantes, se abandonaron los cuantiosos alimientes que habia en el Llobregat, en Villafranca de Panades y en Villanueva de Sitges, y en fin, deshízose enteramente el ejército. Cataluña quedó casi toda ella á merced del vencedor, que no sólo forzó el paso del Bruch, para él tan ominoso, sino que tambien derramó por todas partes el espanto y la desolacion.

Admiró á algunos que el general Saint-Cyr permaneciese ocioso, alcanzadas tales ventajas, y atribuyéndolo á la condición perezosa de que le tachaban. Pero otros motivos obraron en su mente para proceder con lentitud y circunspección. Había en su ejército, á pesar de los acopios cogidos, mucha escasez por la necesidad de abastecer á Barcelona; el país que le rodeaba estaba ya agotado; la comunicación con Francia no fácil, y los obstáculos mayores cada día por el pronto retiro de la guerra de somatenes, contra cuyos continuos y desparatados esfuerzos se estrechaba la pericia de los generales franceses.

Era, por cierta, situación ésta embarazosa para ellos, y de grande ayuda para los españoles, cuyos dispostos se iban allegando á Tarragona. En sus muros alborotase el pueblo, amenazó de muerte al general Vives, quien, para preservarse de una catástrofe casi inevitable, rotos los vínculos de la subordinación, dejó el mando, que recayó en D. Teodoro Reding, grato á la opinión popular. Poco á poco recobró la autoridad su fuerza, la Junta se trasladó á Tortosa, y el nuevo general, con actividad y celo, empezó á arreglar el ejército, á la sazón descompuesto é insubordinado. Todo anunciaba mejora; mas todo se malogró, como veremos después, por la fatal manía de dar batallas, y también por el laudable deseo de socorrer á Zaragoza.

Esta ciudad, si bien ilustró su nombre en el primer sitio, ahora le engrandeció en el segundo, perpetuándole con nuevas proezas y con su imperturbable constancia, en medio de padecimientos y angustias. Situada no lejos de la frontera de Francia, temiose contra ella ya en Setiembre un nuevo y más terrible acometimiento. Palafox, como general advertido, aprestóse á repelerle, fortificando con esmero y en cuanto se podía población tan extensa y descubierta. Encargó la dirección de las obras á D. Antonio San Genis, ya celoso por lo que trabajó en el primer sitio. El tiempo y los medios no permitían convertir á Zaragoza en plaza respetable. Hubo varios planes para fortificarla: adoptóse como más fácil el de una fortificación provisional, aprovechándose de los edificios que había en su recinto. Por la margen derecha del Ebro se recompuso y mejoró el castillo de la Alpuerta, estableciendo comunicación con el Portillo por medio de una doble capota, y asegurando instantáneamente la defensa, hasta la puerta de Sancho. Del otro lado del castillo hasta el puente de Huerva, se habían fortificado los conventos intermedios, se había levantado un terraplen, revestido de piedra, abierto en partes un fosó y construido en el mismo puente un reduto que se denominó del Pilar. De allí un atrincheramiento del le se extendía al monasterio de Santa Engracia, cuyas ruinas se habían grandemente fortificado. En seguida y hasta el Ebro deteniendo la ciudad varias obras y baterías, no habiéndose descuidado fortificar el convento de San José, que situado á la derecha de Huerva, descubría los ataques del enemigo y protegia las salidas de los sitiados. En el monte Torrero sólo se levantó un atrincheramiento, no creyendo el punto susceptible de larga resistencia. Por la ribera izquierda del Ebro se resguardó el arsenal con redutos y flechas, revestidos de ladrillo ó adobe, haciendo además cottaduras en las cales y apañerando las casas. Otro tanto se practicó en la ciudad, tapando los puentes bajos, atreñiendo las torres y al final continuándose una por las y entre las medianas. Las quintas y el cueto, los jardines y los árboles que en derredor del recinto quedaban aun en

pie después de los destrozos del primer sitio, se arrasaron para despejar los contornos. Todos los moradores, á porfía y con afanado ahinco, coadyuvaban á la pronta conclusión de los trabajos emprendidos.

La artillería no era en general de grueso calibre. Había unas 60 piezas de á 16 y 24, sacadas por la mayor parte del canal, en donde los franceses las habían urrojado; apenas se hizo uso de los morteros, por falta de bombas. Se reservaban en los almacenes provisiones suficientes para alimentar 15.000 hombres durante seis meses; cada vecino tenía un acopio particular para su casa, y los conventos muchas y considerables vituallas. En un principio no se contaba para la defensa sino con 14 ó 15.000 hombres; aumentáronse hasta 20.000 con los dispostos de Tudela, que se incorporaron á la guarnición. Era segundo de Palafox D. Felipe Saint-March; mandaba la artillería el general Villalba, y los ingenieros el coronel San Genis. Componíase la caballería de 1.400 hombres, á las órdenes del general Batton.

Los franceses, después de la batalla de Tudela, también se preparaban por su parte á comenzar el sitio, reuniendo en Alagon las tropas y medios necesarios. El mariscal Monecy aguardaba allí con el 3.^o cuerpo, la llegada del 5.^o, que mandaba el mariscal Mortier, destinados ambos á aquel objeto, y ascendiendo sus fuerzas reunidas á 35.000 hombres, sin contar con seis compañías de artillería, ocho de zapadores y tres de minadores que se agregaron. Mandaba la primera el general Dedon, y los ingenieros el general Lacoste. A todos y en jefe debía capitanear el mariscal Lannes, que por indisposición se detuvo algunos días en Tudela.

Unidos en Alagon el 19 de Diciembre los mencionados 3.^o y 5.^o cuerpos, presentáronse el 20 delante de Zaragoza, uno por la ribera derecha del Ebro, otro por la izquierda. Antes de formalizar el sitio, pensó el mariscal Monecy, general en jefe por ausencia de Lannes, en apoderarse del monte Torrero, que resguardaba con 5.000 hombres D. Felipe Saint-March. Para ello, al amanecer del 21 coronaron sus tropas las alturas que dominan aquel sitio, al mismo tiempo que distrayendo la atención por nuestra izquierda, se enseñorearon por la derecha del puente de la Muela y de la Casa-Blanca. Desde allí flanquearon la batería de Buena-Vista, en la que volandose un repuesto de granadas con una arrojada por los enemigos, causó desórden y obligó á los nuestros á abandonar el puesto. Entonces Saint-March, descubierto por su derecha, puso fuego en Torrero al puente de América, y se replegó al reduto del Pilar, en donde, repelidos los enemigos, tuvieron que hacer alto. De mal prometido era para la defensa de Zaragoza la pérdida de Torrero: en el anterior sitio igual hecho había costado la vida al general Fales; en el actual avino bien á Saint-March, para no ser perseguido, la particular protección de Palafox.

Compensóse en algo este golpe con lo acaecido en el arabal el mismo día. Queriendo tomarlo el general Gazan, empezó por acometer á los suizos del ejército español, que estaban en el camino de Villamayor superior en número, los obligó á retirarse á la torre del Arzobispo, en donde, si bien se defendieron con el mayor valor, dando los ejemplo su jefe D. Adrián Walker, quedaron allí los más mortales heridos. Animados los franceses, embistieron tres de las baterías del arabal, en cuyo paraje mandaba D. José Manso. Durante cinco ho-

fue abandonado entre ocho y nueve de la noche, volando al mismo tiempo el puente de Huerba, en que se apoyaba su gola.

Entre este y el Ebro, del lado de San José, no restaba ya á Zaragoza otra defensa sino su debil recinto y las paredes de sus casas; pero habíasele estas por hombres resueltos á pelear de muerte, allí empezó la resistencia mas vigorosa, mas tenaz y sangrienta.

De la determinacion de defender las casas nació la necesidad de abandonarlas y de que se agolpara parte de la poblacion á los barrios mas lejanos del ataque, con lo cual crecieron en ellos los apuros y angustias. El bombardeo era espantoso desde el 10, y para guardarse de él, amontonándose las familias en los sótanos, infectaban el aire con el aliento de tantos, con la falta de ventilacion y el continuo arder de luces y leña. De ello provinieron enfermedades, que a poco se trasformaron en horroso contagio. Contribuyeron á su propagacion los males y no renovados alimentos, la zozobra, el temor, la no interrumpida agitacion, las dolorosas nuevas de la muerte del padre, del esposo, del amigo; trabajos que á cada paso martillaban el corazon.

Los franceses continuaron sus obras, concluyendo el 21 la tercera paralela de la derecha, y entónces fijaron el emplazamiento de contrabaterias y baterias de brecha del recinto de la plaza. Procuraban los españoles por su parte molestar al enemigo con escaldas, y ejecutando acciones arrojadizas, largas de refrete.

No solo padecian los franceses con el daño que de dentro de Zaragoza se les hacia, sino que tambien andaban alterados con el temor de que de fuera los atacasen cuadrillas numerosas; y se confirmaron en ello con lo acordado en Alcañiz. Por aquella parte y camino de Tortosa habian destinado, para acopiar víveres, al general Vathier con 600 caballos y 1.200 infantes. En su ruta fue éste molestado por los paisanos y algunos soldados sueltos, en terminos que, desconfiado de destruirlos, los acosó hasta Alcañiz, en cuyos calles los perseguidos y los merodeadores defendieronse con tal denuedo, que para ensañarse de la poblacion perdieron los franceses mas de 400 hombres.

Acrecentó su desasosiego con las voces espantosas de que el Marques de Lazan y D. Francisco Palafox venian al socorro de Zaragoza; voces entonces falsas, pues Lazan estaba lejos, en Cataluña, y su hermano D. Francisco, si bien habia pasado á Orense para implorar la ayuda del Duque del Infantado, no le fue á éste hecho condescender con lo que pedía. Debió ocasionar al cugato una corta division de 4 á 5000 hombres que D. Felipe Perena, sabiendo de Zaragoza, reunió fuera de sus muros, y la envió, ocupando á Villafranca, Leciferna y Zuera, contra la escuadra.

Por causas que fueran semejantes fuerzas, inactivas á los franceses destruirlos; cuando no, podian servir de trábulo á la organizacion de otras mayores. Favoreció á su intento la Heganá, el 22 de Enero, del mariscal Lannes. Restablecido de su indisposicion, accedió á tomar el mando supremo del 3.º y 4.º cuerpo, que mandados separadamente por jefes entre si desavenidos, no concurrían á la formacion del sitio con la debida union y coherencia. Puesto al frente el poder en una sola mano, notóse luego una fuerza. Por de pronto ordenó Lannes al mariscal Moriz que de Calatayud volviese con la division del general Suchet, y que con ella y el apoyo de la de Gazan, que bloqueaba el arrabal, marchase

al encuentro de la gente de Perena, que los franceses creian ser D. Francisco de Palafox. Aquel oficial, dejando hacia Zuera alguna fuerza, replegóse con el resto desde Perdiguera, donde estaba, á Nuestra Señora de Magallon. Frente la suya nueva y allegadiza, ahuyentóse fácilmente los franceses de las cercanias de Zaragoza, y pudieron continuar el sitio sin molestia ni diversion de afuera.

Redoblando, pues, su furia contra la ciudad, abrieron espaciosa brecha en su recinto, y ya no les quedaba sino pasar el Huerba para intentar el asalto; contruyeron dos puentes, y en la orilla izquierda dos plazas de armas, donde se reuniese la gente necesaria al efecto. Los nuestros, sin dejar de defender algunos puntos aislados que les quedaban fuera, perfeccionaban tambien sus atrincheramientos interiores.

El 27 determinaron los enemigos dar el asalto. Dos brechas practicables se les abrieron; una enfrente del convento de San José y otra mas á la derecha, cerca de un molino de aceite que ocupaban. En el ataque del centro habian tambien abierto una brecha en el convento de Santa Eufemia, y por ella y las otras dos corrieron al asalto en aquel día á las doce de la mañana. La campana de la Torre Nueva avisó á los sitiados del peligro. Todos, á su sonido, se atropellaron á las brechas. Por la del molino exhibieron los franceses, y se encaramaron, sin que los detuvieran dos hornillos á que se prendió fuego; mas un atrincheramiento interior y una granizada de balas, metralla y granadas los forzaron á retirarse, limitándose á coronar con dificultad lo alto de la brecha por medio de un alambramiento. Enfrente de San José, rechazados repetidas veces, consiguieron al fin meterse desde la brecha en una casa contigua, y hubieran pasado adelante á no haberlos contenido la intrepidez de los sitiados. El ataque contra Santa Eufemia, si bien al principio ventajoso al enemigo, salió después muy caro que los otros. Tomaron, en efecto, sus soldados aquel monasterio, enseñoreáronse del convento inmediato de las Descalzas, y entilando desde él la larga cortina que iba de Santa Eufemia al puente de Huerba, obligaron á los españoles á abandonarla. Abandonados los franceses con la victoria, se extendieron hasta la puerta del Camaron, y levantóse de igual arder la que de ellos guardaban la parte del centro, acometieron por la izquierda, y se hicieron dueños del convento de Trinitarios Descalzos, y ya avanzaban á la Misericordia cuando se vieron ahogados por el fuego de dos cañones y el duto que recibían de ellos y casas. Los nuestros, persiguiéndolos, hicieron una salida, y hasta se metieron en el convento de Trinitarios, que fuere otra vez suyo sin el preciso socorro que trujo á los contrarios el general Muñoz. Murieron de los franceses 800 hombres, en cuyo número se contaron varios oficiales de ingenieros.

Pero de esta clase tuvieron los españoles que llorar al siguiente día la dolorosa pérdida del comandante D. Antonio San Genis, que fue muerto en la baterra llamada Palafox, á tiempo que desde ella observaba los movimientos del enemigo. Tenia cuarenta y tres años de edad, y ámbale todo á por ser oficial valiente, experimentado y entendido. Y aunque de condicion atable, era tal su entereza, que desde el primer sitio habia dicho: «No se me llame á consejo si se trata de capitular, porque nunca será mi opinion que no podamos defendernos».

El bombardeo, mas y mas tanto, continuaba sus estragos, siendo mayores los de la epidemia, de que ya morian 350 personas por día, y los hubo en que

fallecieron 500. Faltaban los medicamentos, estaban henchidos de enfermos los hospitales, costaba una gallina cinco pesos fuertes, careciase de carne y de casi toda legumbre. Ni había tiempo ni espacio para sepultar los muertos, cuyos cadáveres, hacinados delante de las iglesias, esparcidos á veces y derriados por las bombas, ofrecían á la vista espantoso y lamentable espectáculo. Confiado el mariscal Lannes de que en tal aprieto se darían á partido los españoles, sobre todo si eran noticiosos de lo que en otras partes ocurría, envió un parlamento comunicando los desastres de nuestros ejércitos y la retinida de los ingleses. Mas en balde: los zaragozanos nada escucharon; en vez de amilanarse, crecía en valor al par de los apuros. Su caudillo, firme con ellos, repetía: «Defenderé hasta la última tapia.»

Los franceses entonces, yendo adelante con sus embestidas, intinamente quisieron el 28 y 29 apoderarse por su derecha de los conventos de San Agustín y Santa Mónica. Tampoco pudieron vencer el obstáculo de una casa intermedia que les quedaba para penetrar en la calle de la Puerta Quemada. Lo mismo les sucedió con una manzana contigua á Santa Engracia, empezando entonces á disputarse con encarnizamiento la posesión de cada casa y de cada piso y de cada cuarto.

Siendo muy mortífero para los franceses este desconocido linaje de defensa, resolvieron no acometer á pecho descubierto, y emprendieron por medio de minas una guerra terrible y escondida. Aunque en ella les daban su saber y recursos grandes ventajas, no por eso se abatieron los sitiados; y sosteniéndose entre las ruinas y derribos que causaban las minas enemigas, no solo procuraban conservar aquellos escombros, sino que también querían recuperar los perdidos. Intentáronlo, aunque en vano, con el convento de Trinitarios Descalzos. La lid fué perñada y sangrienta; quedó herido el general frances Rostoland y muertos muchos de sus oficiales. Nuestros paranos y soldados abalanzábanse al peligro como fieras, y sacerdotes pndosos y atrevidos no cesaban de animarlos con su lengua y dar consuelos religiosos á los que caían heridos de muerte, siendo á veces ellos mismos víctimas de su fervor. Augmento entonces y grandioso ministerio, que al paso que desempeñaba sus propias y sagradas obligaciones, cumplía también con las que en tales casos y sin excepción exige la patria de sus hijos.

A fuerza de empeño y trabajos, y valiéndose siempre de sus minas, se apoderaron los franceses el 1.º de Febrero de San Agustín y Santa Mónica, y esperaron penetrar hasta el Coso por la calle de la Puerta Quemada; empresa la última que se les malogró, con pérdida de 200 hombres. Dolorosa fué también para ellos la toma en aquel día de algunas casas en la calle de Santa Engracia, cayendo, atravesado de una bala por las caderas, el general Lacoste, celebre ya en otros nombrados sitios. Sucedióle Mr. Roghni, herido igualmente en el siguiente día.

Aunque despavoro, y por decirlo así, á palmos, avanzaba el enemigo por los tres puntos principales de su ataque, que acabamos de mencionar. Mas como le costaba tanta sangre, excitáronse murmuraciones y quejas en su ejército, las cuales estimulaban al general Lannes á arivar la conclusión de tan fatal sitio, acometiendo el arrabal.

Seguía en aquella parte el general Gazan, habiéndose limitado hasta entonces á conservar riguroso bloqueo. Ahora, según lo dispuesto por Lannes, emprendió los trabajos de sitio. El 7 de Febrero embisieron ya sus soldados al convento de Fran-

ciscanos de Jesus, á la derecha del camino de Barcelona. Tomáronle despues de tres horas de fuego, arrojando de dentro á 200 hombres que le guarnecian; y no pudiendo ir más adelante por la resistencia que los nuestros les opusieron, paráronse allí y se atrincheraron.

Trató Lannes al mismo tiempo de que se diesen la mano con este ataque los de la ciudad, y puso su particular conato en que el de la derecha de San José se extendiese por la universidad y puerta del Sol hasta salir al pretil del río. Tampoco desconfió el del centro, en donde los sitiados defendieron con tal tenacidad unas barracas que había junto á las ruinas del hospital, que, según la expresión de uno de los jefes enemigos, «era menester matarlos para vencerlos.» Allí el sitiador, ayudado de los egitanos del hospital, atravesó la calle de Santa Engracia por medio de una galería, y con la explosión de un hornillo se hizo dueño del convento de San Francisco, hasta que subiendo por la noche al campanario el coronel español Fleury, acompañado de parisanos, agujerearon juntos la bóveda, y causaron tal daño á los franceses desde aquella altura, que huyeron éstos, recobrando despues á duras penas el terreno perdido. Los combates de todos lados eran continuos, y aunque los sostenían por nuestra parte hombres flacos y macilentos, ensañábanse tanto, que creciendo las quejas del soldado enemigo, exclamaba «que se aguardasen refuerzos, si no se quería que aquellas malhadadas ruinas fuesen su sepulcro.»

Urgia, pues, á Lannes acabar sitio tan extraño y porñado. El 18 de Febrero volvió á seguirse el ataque del arrabal, y con horroroso fuego, al paso que de un lado se derribaban frágiles casas, flanquébase del otro el puente del Ebro para estorbar todo socorro, pereciendo, al querer intentarlo, el barón de Versages. A las dos de la tarde, abierta brecha, penetraron los franceses en el convento de Mercedarios llamado de San Lázaro. Fundación del rey don Jaime el Conquistador, y edificio grandioso, fué defendido con el mayor valor; y en su escalera, de construcción magnífica, anduvo la lucha muy reñida; perecieron casi todos los que lo guarnecían. Ocupado el convento por los franceses, quedó á los demás soldados del arrabal certada la retirada. Imposible fue, excepto á unos cuantos, reparar el puente, siendo tan tremendo el fuego del enemigo, que no parecía sino que, á manera de los del Janto, se habían incendiado las aguas del Ebro. En tamaño aprieto, cbaron los más de los nuestros por la orilla del río, capitaneándolos el comandante de guardias españolas Manso; pero, perseguidos por la caballería francesa, enfermos, fatigados y sin municiones, tuvieron que rendirse. Con el arrabal perdieron los españoles, entre muertos, heridos y prisioneros, 2,000 hombres.

Dueños así los franceses de la orilla izquierda del Ebro, colocaron en batería 50 piezas, con cuyo fuego empezaron á arruinar las casas situadas al otro lado en el pretil del río. Ganaban también terreno dentro de la ciudad, extendiéndose por la derecha del Coso; y ocupado el convento de Trinitarios Calzados, se adelantaron á la calle del Sepulcro, procurando de este modo concertar diversos ataques. En tal estado, meditando dar un golpe decisivo, habían formado seis galerías de mina, que atravesaban el Coso, y cargando cada una de los hornillos con 3,000 libras de pólvora, confiaban en que su explosión, causando terrible espanto en los zaragozanos, los obligaría á rendirse.

No necesitaron los franceses acudir á medio tan

violento. Ménoa eran de 4.000 los hombres que en la ciudad podían sustentar las armas, 14.000 estaban postrados en cama, muchos convalecientes, y los demás habían percido al rigor de la epidemia y de la guerra. Desvanecíase las esperanzas de socorro, y el mismo general D. José de Palafox, acometido de la enfermedad reinante, tuvo que transmitir sus facultades á una junta que se instaló en la noche del 18 al 19 de Febrero. Componíase esta de treinta y cuatro individuos, siendo su presidente D. Pedro María Ric, regente de la Audiencia. Rodeada de dificultades, convocó la nueva autoridad á los principales jefes militares, quienes, trazando un tristísimo cuadro de los medios que quedaban de defensa, inclinaron los ánimos á capitular. Discutióse, no obstante, largamente la materia; mas pasando á votación, hubo de los vocales 26 que estuvieron por la rendición, y sólo 8, entre ellos Ric, se mantuvieron firmes en la negativa. En virtud de la decisión de la mayoría envióse al cuartel general enemigo un parlamento á nombre de Palafox, aceptando, con alguna variación, las ofertas que el mariscal Lannes había hecho días ántes; pero éste, por tardía, desechó con indignación la propuesta.

La Junta entónces pidió por sí misma suspensión de hostilidades. Aceptó el mariscal francés, con expresa condición de que dentro de dos horas se le presentasen sus comisionados á tratar de la capitulación. En el pueblo y entre los militares había un partido numeroso que reciamente se oponía á ella, por lo cual hubo de usarse de precauciones.

Fue un brado para ir al cuartel general francés D. Pedro María Ric con otros vocales. Recibíolos aquel mariscal con desden y aun desprecio, censurando agriamente y con irritación la conducta de la ciudad, por no haber escuchado primero sus proposiciones. Amasado algún tanto con prudentes palabras de los comisionados, añadió Lannes: «Respetaríase las mujeres y los niños, con lo que queda el asunto concluido.—Ni aun empezado, replicó prontamente, mas con serenidad y firmeza, D. Pedro Ric: eso sería entregarnos sin condición á merced del enemigo, y en tal caso continuará Zaragoza defendiéndose, pues aún tiene armas, municiones, y sobre todo puños.»

No queriendo, sin duda, el mariscal Lannes complacer á despecho ánímos tan altivos, reportóse áun más y comenzó á dictar la capitulación. En vano se esforzó D. Pedro Ric por alterar alguna de sus cláusulas ó introducir otras nuevas. Fueron desatendidas las más de sus reclamaciones. Sin embargo, instando para que por un artículo expreso se permitiese á D. José Palafox ir adonde tuviese por conveniente, replicó Lannes que nunca un individuo podía ser objeto de una capitulación; pero añadió que empujaba su palabra de honor de dejar á aquel general entera libertad, así como á todo el que quisiese salir de Zaragoza. Estos portadores, que era necesario no echar en olvido, fueron publicados en una relación impresa por el mismo don Pedro María Ric, de cuya boca también nosotros oímos la misma oída repetidas veces, mereciendo su denuo entera fe, como de magistrado veraz y respetable.

La Junta admitió y firmó el 20 la capitulación, arrojándose Lannes de que pudiese nuevas aclaraciones; mas de nada sirvió ni aun lo estipulado. En aquella misma noche la soldadesca francesa saqueó y robó, y es bien pudieran atribuírse tales excesos á la dificultad de contener al soldado después de tan panceo sitio, no admite igual excusa el que-

brantamiento de otros artículos, ni la falta de cumplimiento de la palabra empeñada de dejar ir libre á D. José de Palafox. Moribundo sacrónde de Zaragoza, adonde tuvieron que volverle por el estado de postración en que se hallaba. Apenas restablecido, lleváronle á Francia, y encerrado en Vitrennes, padeció hasta en 1814 durísimo cautiverio.

Fueron aun mas allá los enemigos en sus demasías y crueldades. Despojaron á muchos prisioneros, mataron á otros y maltrataron á casi todos. Tres días después de la capitulación, á la una de la noche, llamaron de un cuarte inmediato al de Palafox, donde siempre dominia, á su antiguo maestro el P. D. Basilio Boggiero, y al salir se encontró con el alcalde mayor Solanilla, un capitán francés y un destacamento de granaderos, que le sacaron fuera, sin decirle adónde le llevaban. Tomaron al paso al capellán D. Santiago Sas, que se había distinguido en el segundo sitio tanto como el anterior, despidieron á Solanilla, y solos los franceses marcharon con los dos presos al puente de piedra. Allí mataronlos á bayonetazos, arrojando sus cadáveres al río. Hicieron primero á Sas, y no se oyó de su boca, como tampoco de la de Boggiero, otra voz que la de animarse recíprocamente á muerte tan barbara é impensada. Contólo así después y repetidas veces el capitán francés encargado de su ejecución, añadiendo que el mariscal Lannes le había ordenado los matase sin hacer ruido. ¡Atrocidad inaudita! A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad.

La capitulación se publicó en la *Gaceta de Madrid* de 28 de Febrero (5), nunca en los papeles franceses, sin duda para que se creyese que se había entregado Zaragoza á merced del conquistador, y disculpar así los excesos; como si, con capitulación ó sin ella, pudieran permitirse muchos de los que se cometieron.

Fue nombrado el general Laval gobernador de Zaragoza. Hizo el 5 de Marzo su entrada solemnemente Lannes, recibiendo en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar el P. Santander, obispo auxiliar, que,

(5) Capitulación.

Artículo 1.º La guarnición de Zaragoza saldrá mañana, 21, al mediodía, de la ciudad, con sus armas, por la puerta del Partillo, y las dejará á un pie de la puente sobre el río.

Art. 2.º Todas las órdenes y señales de las tropas españolas prestarán, momentáneamente, fidelidad á M. C. el rey José Napoleón I.

Art. 3.º Todas las órdenes, señales y estandartes que los que prestan juramento de fidelidad podrán, al querer, utilizar y conservar de M. C.

Art. 4.º Los que no quieran tomar partido serán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5.º Todos los habitantes de Zaragoza y los otros aragoneses, si los hubiere, serán desarmados por los franceses, y las armas se entregarán en la puerta del Partillo al día 22 de febrero.

Art. 6.º Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de M. C. el Emperador y sus.

Art. 7.º La policía y las oficinas serán cesantes, se pondrán guardias en las cárceles de la ciudad, y los presos serán liberados.

Art. 8.º Ninguno de los habitantes de Zaragoza franceses ocupará tales las puertas de la ciudad y el puente de piedra.

Art. 9.º Mañana, el miércoles 22 de febrero, por la mañana, á las 10, el Emperador y Retén la bandera y las banderas de esta capitulación.

Art. 10.º Las cajas militares y civiles serán portadas á disposición de M. C.

Art. 11.º Todas las órdenes, señales y estandartes de esta ciudad se presentarán, mañana, al mediodía, á M. C.

La capitulación se firmó en la ciudad de Zaragoza, y se firmó á nombre de M. C. el Emperador, el general Lannes, y el general Bessières, el 20 de febrero de 1809. Firmado: Lannes.

La capitulación de Zaragoza se firmó en la forma siguiente: Lannes, General en Jefe, y Bessières, General en Jefe, por M. C. el Emperador, y el general Lannes, General en Jefe, por la guarnición de Zaragoza, el mismo día y año, y en la que se firmó, y se firmó la capitulación, que fué ratificada y cargada en debida forma.

ausente en los dos sitios, volvió á Zaragoza á celebrar el triunfo de los enemigos de su patria. Del joyero de aquel templo se sacaron las más preciosas alhajas, pasando á manos de los principales jefes franceses, bajo el nombre de regalos que hacia la Junta (6). El mariscal Lannes permaneció en Zaragoza hasta el 14 de Marzo, que partió á Francia, sucediéndole por entonces en el mando el general Junot, duque de Abrantes.

Duró el sitio de Zaragoza sesenta y dos días; y en la epidemia, principal ayudadora de los franceses, muchos esfuerzos y tiempo hubieran todavía empleado éstos en la conquista. Al capitular, sólo era suya una cuarta parte de la ciudad, el arrabal y trece iglesias ó conventos, y sin embargo, su posesión les había costado tanto trabajo y la pérdida de más de 8.000 hombres. Murieron de los españoles, en ambos sitios, 53.873 personas (7); el mayor número en el último y de la epidemia. Fueron destruidos con las bombas los más de los edificios. Des-

apareció, pábulo de las llamas, el antiguo, famoso y escogido archivo de la Diputación aragonesa; la biblioteca de la universidad, formada con la antigua de los jesuitas, y enriquecida con varias dadas, entre ellas una del ilustre aragonés D. Ramon de Pignatelli, se voló con una mina. Pareció también, al final del sitio, la del convento de dominicos de San Ildefonso, fundada por el Marqués de la Compuerta, secretario de Gracia y Justicia de Felipe V, en la que había, sin los impresos, más de dos mil curiosos manuscritos. Tan destructora y enemiga de las letras es la guerra, aun hecha por naciones cultas.

Muchos han dudado de si fué ó no conveniente defender á Zaragoza; desaprobando otros con mas razon el que se hubiesen encerrado tantas tropas en su recinto. Debírase ciertamente haber acudido al remedio de semejante embarazo, sacando de allí las que se recogieron despues de la rota de Tudela ó cualesquiera otras, con tal que se hubiera limitado su número á los 14 ó 15.000 hombres que ántes habian, y los cuales, unidos al entusiasmado vecindario, bastaban para escarmentar de nuevo al enemigo y detenerle largo tiempo delante de sus muros. Mas por lo que toca á la determinacion de defender la ciudad nos parece que fué acertada y provechosa. Los laureles adquiridos en el primer sitio habian dado al nombre de Zaragoza tan mágico influjo, que su pronta y fácil entrega hubiera causado desmayo en toda la nacion. De otra parte, su resistencia no sólo impidió la ocupacion de algunas provincias, deteniendo el ímpetu de huestes formidables, sino que tambien aquellos mismos hombres que tan bravos é impávidos se mostraban guardados de las tapias y las casas, no hubieran, inexpertos y en campo raso, podido sostenerse contra la práctica y disciplina de los franceses, mayormente cuando la impaciencia pública formaba á aventureros imprudentes batallas.

Por varios y encontrados que en este punto hayan sido los dictámenes, nunca discordaron ni discordarán en calificar de gloriosísima y extraordinaria la defensa de Zaragoza. El general frances Rognat, testigo de vista, nos dice con leal imparcialidad (8): «La alteza de ánimo que mostraron aquellos moradores fue uno de los más admirables espectáculos que ofrecen los anales de las naciones, despues de los sitios de Sagunto y Numancia.» Fue, en efecto, tanto, que en 1814 entró ya en ejemplo á los pueblos de Francia, como digno de imitarse, por aquel mismo Napoleón, que ántes hubiera querido borrarle de la memoria de los hombres.

LIBRO OCTAVO.

José en Madrid. — Felicitaciones. — Su providencia. — Comandantes regios. — Tropas españolas. — Junta extremista. — Comandantes de la alcaza. — Capitanes de José. — Junta Central en Sevilla. — Declaración unánime en favor de la causa peninsular de las provincias de América y Asia. — Auxilios que envían. — Decreto de la Central sobre América, de 25 de Enero. — Nuevo reglamento para las juntas provinciales de España. — Tratado con Inglaterra, de 9 de Enero. — Subsidios de Inglaterra. — Tribunal de seguridad pública. — Centrales enviados á las provincias. — Marqués de Villal en Cádiz. — Los ingleses quieren ocupar la plaza. — Altercados que hay en ello. — Alvarado de Cádiz. — Conducta extracta de Villal. — Idioma que corre en persona. — Marán á Hércules. — Sonidos el algarabato. — Ejercitos. — El de la Mancha. — Ataque de Mora. — Albuquerque y Cortadojal. — Pasa Alunpénge al ejército de Cuesta. — Ataca Cortadojal y se retira. — Acción de Ciudad-Real. — Ejército de Retrenadura. — Avanza á Almaraz.

(8) Relation des sièges de Saragosse et de Tortose, par le Baron Rognat Avant propos.

1.ª Aquí la lista y evaluación de las alhajas extraídas.

Una joya con 1.200 brillantes, nueve de ellos de la maravillosa matriz y muy subido valor. Su hechura, en coronas, que en el centro figuraba un casto, rodeado de alas y desahogado en el tronco, con un pedruzco en cada lado. Era de testamentaria de la reina de España doña Maria Bárbara de Portugal. Valuada en 80.000

Una corona de la Virgen, que en 1775 costó el ar. de piedad de la casa de Juan Sacat de Burruena, cuando guardó la bendición antes, rubios y topacio trillados, en el centro, formados de diamantes, los atributos de la Virgen, de color: rabe, peso, fuente, cascadas, etc., estrella, torre, paloma, lirio, rosa y casto; en el centro un triángulo de diamantes, del que se dependía una palomita de la misma, en adorno de tocar a Media, pero lo alto un pectoral de finísimos tejidos; costo poco. 30.000

Otra para el Sr. D. Adolfo del mismo prelado, á cuyo momento no pudo recobrase hasta el año 1780, de oro y diamantes y rubios trillados, por remate una cruz, y en el pie un círculo de oro con un diamante tallado; peso. 5.000

Una cruz de guarnición de brillantes, del ar. de piedad de la casa de la Compañía, en España, Maria Teresa de Austria, reina de Hungría y Bohemia, que en testamentario á Nuestra Señora el excelentísimo Sr. D. Antonio Azor, peso. 16.000

Una cruz de guarnición de diamantes y rubios trillados, sobre un pie de esmeraldas orientales, guarnición de oro, con sus dos capullos, el uno cerrado y el otro abierto, con su gancho largo de oro, y puesto en una cinta de raso verde, con su charretera de plata. Le donó Maria Antonia la Reina. Era D.ª Mar a Teresa de Villalobos, esposa del Sr. Infante Sr. Infante de España D. Luis de Borbon, año 1785; valorado en 7.000

Una cruz de la Orden de San Juan, con gallanamente montada en oro por dos caras, esmeraldas, y tan bella, que por su blancura parecían cortados de una pieza, valuada en peso. 8.415

Una joya con 106 diamantes rocos, de exquisita hechura y manera, y un pesete de oro, que regaló á Maria Antonia el Sr. D. Juan de Austria, el día de la Coronación de 1800; peso. 6.891 1/2

Una corona de la Orden de Calatrava, de oro esmaltada, con 77 diamantes rocos, algunos gruesos, y muy quisitos, la dió el Excmo. Sr. Conde de Bafos; apredado en peso. 3.043

Una cruz de pendientes en 24 diamantes rocos muy preciosos, esmeraldas, que donó en 1743 D.ª Maria Ignacia de Azor, valuada, sin los brazos, en peso. 1.855

Una corona de alfiler, rabe y bello, con algunos rubios, esmeraldas y diamantes; peso. 1.16

Una joya con corona de oro y 64 diamantes rocos; peso. 323

Una de oro con 59 diamantes; peso. 60

Ruman todas; peso. 179.411 1/2

El mariscal Mortier fué el único que rebasó el regalo que le presentaban; mas la alhaja parca no volvió al joyero.

7.ª Como el Manifiesto del secretario de Aragon, publicado por el Aragonense, se imprimió en Zaragoza en 1814, según fué tomado por el alcaide mayor de Zaragoza, D. Angel Morell de Solana.

Cortado el puente. — Pasan los franceses el Tago. — Retirarse los rusos. — Venegas comparece por las cordeles. — Quez Albuquerque y Cueto. — Batalla de Medellín. — Sus reveses. — Intemperismo de la Central. — Venegas muere a Cañero. — Reclamaciones. — Confusión del batallón. — Respuesta de la Central. — Cartas de Sebastiani á Jordanoza y otros. — Cartas de Sebastiani al Sr. Jovellanos. — Contestación del Sr. Jovellanos. — Guerra de Austria. — Cataluña. — Albarrín de Lerida. — Relling en Tarazona. — Plan prudente de Maizi. — Varines. — Evacuación del ejército español. — Le atan los franceses. — Están en batalla. — Movimientos de Sal y Cyr y Relling. — Batalla de Vaila. — Entran los franceses en Rouss. — Esperanzas de Saint-Cyr. — Su vanidad. — Guerra de Satalencia. — Dificultad de las comunicaciones. — Refugio Saint-Cyr de las cercanías de Tarazona. — Paso por Barcelona. — Estado de la ciudad. — Negocios a autoridades civiles a prestar juramento. — Prenden a muchachos y los llevan a Francia. — Paso Saint-Cyr a Vich. — Muerte de Relling. — Siego de Cognac. — Balances del Valles. — Principio de las partidas en todo el reino. — Decreto de la Central. — Portier. — Don Juan Belavasy. — El Empeinado. — Ciudad-Rodrigo y Wlart. — Asturias. — La Junta. — Ballesteros. — Sus operaciones en Colindres. — Armamento de la provincia. — Worrier. — Huelga los carteristas en Bilbao. — Y en Mondofedo. — Surgenarios y despiden los franceses a Worrier. — Romana. — Su ejército. — Partisan el levantamiento de Galicia. — Martel Soult. — Trato de Uvalde a Portugal. — Intento tentativo para atravesar el Miño. — Toma Soult Lacia Orre. — Insurrección. — Los ataques de Corto y Valladara. — El planaje recibido a los franceses en un mar. — Sonit y Rouman. — Institución a este. — Es desbaratada la resistencia española. — Ataca a Vilafranca. — Se apodera de la guarnición. — Liga Romana y Oviedo. — Alterna lo con la Junta. — Invade Ney a Asturias. — Kollerman. — Roma y se embarca en Orense. — Españen los franceses a Oriedo. — Sale Ney de Astoria. — Muy atenuado a Lago. — Desbarata el general Worrier. — Pone cepo a la ciudad. — Crece la insurrección de Galicia. — Junta de Lobera. — Fita a Vigo el Abad Jo Vala. — Lima. — Teniente y el prisionero Almeida. — Morillo. — Gogo. — Ruinosa Vega a los españoles. — Bloqueo de Tuy. — Lo atan. — Y en vano la ciudad la francesa. — Se crea y aumenta la división del Miño. — Mordida D. Martín de la Carrera. — Desbarata a los franceses en el campo de la Estrella. — Campaña de Soult en Portugal. — Entran los franceses en Chaves. — Tin Braga. — Acoman a Oporto. — Estado de la ciudad. — Entraron los franceses. — Gran calamita. — Conducta del mariscal Soult. — Plana una vez. — Batalla recobrar a Chaves. — General Trant. — Repugna de Portugal. — Crook y los ingleses. — Berardot muere a los portugueses. — Refuerzan el ejército inglés. — Sir A. Wellesley comandante general en jefe. — Sus providencias. — Armas a Culabra. — Situación de los franceses. — Sociedad económica de los chaflofos. — Plan de Wellesley. — Se apoderaron los ingleses la Oporto. — Ayuda de Soult. — Paso la frontera. — Llegó a Tuy. — Levanta Mabey el cerco. — Encomienda con Romana en Mondofo. — Marcha atrevida de los ejércitos. — Desembarco del soldado con Romana. — Ney y Soult en Lago. — Comenzaron para destruir el ejército español. — Conde de Noventa, segundo comandante de Galicia. — Accion del puerto de San Payo. — Soult trata de pasar a Castilla. — Pasajeros del 80. — Quema de varios pueblos. — Romana en Celanova. — Soult en la Unidad de Samabria. — General Francesch cogido por el Cap. Julio. — El Duques de Ney. — Macarena. — Puente. — Fransa Ney a Galicia. — Toma Novena en la guerra. — Worrier y Barcelona. — Ballesteros pasa a Louisa y a las montañas de Santabarter. — Guerra a Santa-Andrés. — Escude los franceses, y se embarca. — Intrepidez de Relling. — Marcha administrativa del batallón de la Princesa. — Romana en la guerra. — Sus providencias y real govierno. — Sale a Castilla. — Nombra a Mabey para Asturias. — Nombra a Ballesteros para mandar 10.000 hombres. — Su estado después del mandado del ejército el Duque del Parque. — Fin de este libro. — Paralelo de la guerra de Austria y España. — Prevision notable de 1712.

Habiendo la suerte favorecido tan poderosamente las armas francesas, pareció á muchos estar ya avanzada la corona de España en las manos de José Bonaparte. Aumentose así el número de sus partiales, y ora por este motivo, y ora, sobre todo, por exigirlo el conquistador, acudieron sucesivamente á la corte á felicitar al nuevo rey diputaciones de los ayuntamientos y cuerpos de los pueblos conquistados. Embarazaron algunas en sus cumplidos, y no quedaron en zaga las que representaban á los eclesiásticos eclesiásticos y á los regulares, con la esperanza sin duda ésta de parar el golpe que los amenazaba. Mostráronse igualmente adictos varios cleros, y en tanto grado, que dió contra ellos un decreto la Junta Central (1), coligiéndolos de ab-

13 Véase el decreto de 12 de Abril de 1809, inserto en el Suplemento 4 de la Gaceta del gobierno de España, de 18 de Mayo de 1809.

que si bien la mayoría del clero español, como la de la nación, estuvo por la causa de la independencia, no fué exclusivamente aquella clase ni el fanatismo, según queda ya apuntado, la que le dió impulso, sino la justa indignación general. Corroboramos esta opinión al ver que entre los eclesiásticos que abrazaron el partido de José juntáronse muchos de los que pasaban plaza de ignorantes y preocupados. Tan cierto es que en las conculcaciones políticas, el acaso, el error, el miedo, colocan como a ciegos en una y otra parcialidad á varios de los que siguen sus opuestas banderas; motivos que reclaman al final desenlace recíproca indulgencia.

Jose, luego que entró en Madrid, en vano procuró tomar providencias que, volviendo la paz y áden al reino, cantivases el animo de sus nuevos súbditos. Ni tenía para ello medios bastantes, ni era fácil que el pueblo español, latido hasta en lo más hondo de su corazon, escuchase una voz que á su entender era fingida y engañosa. Desgraciada por lo ménos fué y de mal sonido la primera que resonó en los templos, y que se transmitió por medio de una circular fecha 24 de Enero. Ordenábase en su contenido, con promesa de la futura evacuación de los franceses, cantar en todos los pueblos un *Te Deum* en acción de gracias por las victorias que habia en la Peninsula alcanzado Napoleon, que era como obligar á los españoles á celebrar sus propias desdichas.

Al mismo tiempo salieron para las provincias, con el título de comisarios regios, sujetos de cuenta á restablecer el órden y las autoridades, predicar la obediencia y representar en todo y extraordinariamente la persona del Monarca. Hubo de éstos quienes trataron de dominuir los males que agobiaban á los pueblos; hubo otros que los acrecentaron, desempeñando su encargo en provecho suyo y con acrimonia y pasión. Su influjo, no obstante, era casi siempre limitado, teniendo que someterse á la voluntad vária y antojadiza de los generales feroces.

Sólo en Madrid se guardaba mayor obediencia al gobierno de José, y sólo con los recursos de la capital, y sobre todo con los derechos cobrados a la entrada de puertas, podía aquél contar para subvenir a los gastos públicos. Estos, en verdad, no eran grandes, refiriéndose a los del gobierno supremo, pues ni corría de su cuenta el pago del ejército francés, ni tenía aún tropa ni marina española que aumentasen los presupuestos del Estado. Sin embargo, fué uno de sus primeros desear formar regimientos españoles. La derrota de Uclés y las que la siguieron proporcionaron a las banderas de José algunos oficiales y soldados; pero los madrileños miraban a estos individuos con tal ojeriza y desvío, llamándolos con el apodo de jurados, que no pudo al principio el gobierno intruso entregárselos en un cuerpo completo de españoles. Apenas se veía el soldado vestido y calzado y repuesto de sus fatigas, pasaba del lado de los patriotas, y no parecía sino que se había separado temporalmente de sus filas para recobrar fuerzas y equipar armas que le volviesen la estimación perdida. Por eso ya en Euzé duron en Madrid un decreto riguroso contra los ganchos y seductores de soldados y paisanos, que de nada sirvió, empeñando este género de medidas en actos arbitrarios y de cada vez más odiosos cuando la opinión se encuentra contraria y universal.

Así fué que en 16 de Febrero creó el gobierno de José una junta criminal extraordinaria, compuesta de cinco alcaldes de corte, la cual, entendiéndose en

las causas de asesinos y ladrones, debía también juzgar á los patriotas. En el decreto (2) de su creación confundíanse éstos bajo el nombre de *revoltosos*, *sediciosos* y *espartidores* de mulas nuevas, y no sólo se les imponía á todos la misma pena, sino también á los que usasen de puñal ó reñón. Espantosa desigualdad, mayormente si se considera que la pena impuesta era la de horca, la cual, según la expresión del decreto, *había de ser ejecutada irremisiblemente y sin apelación*. Y como si tan destemplado rigor no bastase, añadíase en su contexto que aquellos á quienes no se probase del todo su delito, quedarían á disposición del ministro de Policía general para enviarlos á los tribunales ordinarios, y ser castigados con penas extraordinarias, conforme á la calidad de los casos y de las personas. Muchos perjuicios se siguieron de estas determinaciones: varias fueron las víctimas, teniendo que llorar, entre ellas, á un abogado respetable, de nombre Escalera, cuyo delito se reducía á haber recibido cartas de un hijo suyo que militaba al lado de los patriotas. Su infausta suerte esparció en Madrid profunda consternación. Don Pablo Arribas, hombre de algunas letras, despierto, pero duro é inflexible, y que siendo ministro de Policía promovía con ahínco semejantes causas, fué tachado de cruel y en extremo alucinado, como varios de los jueces del tribunal criminal extraordinario: suerte que cabrá siempre á los que no obran muy moderadamente en el castigo de los delitos políticos, que por lo general sólo se consideran tales en medio de la irritación de los ánimos, soliendo luego absolverlos la fortuna.

Á las medidas de severidad del gobierno de José acompañaron ó siguieron algunas benéficas, que sucesivamente iremos notando. Su establecimiento, sin embargo, fue lento, ó nunca tuvo otro efecto que el de estancarse en la coleccion de sus decretos. Inútilmente se mandó, en 24 de Abril, que no se impusieran contribuciones extraordinarias en las provincias sometidas, nombrando comisarios de Hacienda que lo evitasen, y dióse principio á arreglar debidamente aquel ramo. El continuo paso y mudanza de tropas francesas, la necesidad y la codicia y malversacion de ciertos empleados, impedían el cumplimiento de bien ordenadas providencias, y achacábanse á veces al gobierno intruso los daños y males que eran obra de las circunstancias. Por lo demás, nunca hubo, digámoslo así, un plan fijo de administración, destruido casi en sus cimientos el antiguo, y no adoptado aún el que había de emanar de la Constitución de Bayona.

José, por su parte, entregado demasadamente á los deleites, poco respetado de los generales franceses, y desairado con frecuencia por su hermano, no creía en aprecio á los ojos de la mayoría española, que le miraba como un rey de balago, sujeto al capricho, á la volubilidad y á los intereses del gabinete de Francia. Con lo cual, si bien las victorias le granjeaban algunos amigos, ni su gobierno se fortalecía, ni la confianza tomaba el conveniente arraigo.

Menos afortunada que José en las armas, fuélo más la Junta Central en el acatamiento y obediencia que le rindieron los pueblos. Sin que la tuviesen grande afición, censurando á veces con justicia muchas de sus resoluciones, la respetaban y cumplían sus órdenes, como procedentes de una autoridad que estimaban legítima. José Bonaparte no era dueño sino de los pueblos en que dominaban las

tropas francesas; la Central éralo de todos, sur de los ocupados por el enemigo, siempre que podían burlar la vigilancia de los que apaludaban opresores. Tranquila en su asiento de Sevilla, apareció allí con más dignidad y brillo, dándole mayor realce la declaración en favor de la causa peninsular que hicieron las provincias de América y Asia.

Á imitación de las de Europa, levantaron éstas un grito universal de indignación al saber los acontecimientos de Bayona y el alzamiento de la Península. Los habitantes de Cuba, Puerto-Rico, Yucatan y el poderoso reino de Nueva-España pronunciáronse con no menor union y arrebataimiento que sus hermanos de Europa. En la ciudad de Méjico, después de recibir pliegos de los diputados de Asturias en Londres y de la Junta de Sevilla, celebróse en 9 de Agosto de 1808 una reunion general de las autoridades y principales vecinos, en la que reconociendo á todas y á cada una de las juntas de España, se juró no someterse á otro soberano mas que á Fernando VII y á sus legítimos sucesores de la estirpe real de Borbon, comprometiéndose á ayudar con el mayor esfuerzo tan sagrada causa. En las islas se entusiasmaron á punto de recobrar en Noviembre de aquel año la parte española de Santo Domingo, cedida á Francia por el tratado de Basilea. Idénticos fueron los sentimientos que mostraron sucesivamente Tierra-Firme, Buenos-Aires, Chile, el Perú y Nueva-Granada. Idénticos los de todas las otras provincias de una y otra América española, cundiendo rápidamente hasta las remotas islas Filipinas y Marianas. Y si los agravios de Madrid y Bayona tocaron por su enormidad en inauditos, también es cierto que nunca presentó la historia del mundo un compuesto de tantos millones de hombres, esparcidos por el orbe en distintos climas y lejanas regiones, que se pronunciasen tan unánimemente contra la iniquidad y violencia de un usurpador extranjero.

Ni se limitó la declaración á vanos clamores, ni su expresión á estudiadas frases; acompañaron á uno y á otro cuantiosos donativos, que fueron de gran socorro en la deshecha tormenta de fines del año de 8 y principios del 9. El laborioso catalán, el gallego, el vizcaino, los españoles todos, que á costa de sudor y trabajo habían allí acumulado honroso caudal, apresuráronse á prodigar socorros á su patria, ya que la lejanía no les permitía servirla con sus brazos. El natural de América también siguió entónces el impulso que le dieron sus padres (3), y no ménos que 284 millones de reales vivieron para el gobierno de la Central en el año de 1809. De ellos casi la mitad consistió en dones gratuitos ó anticipaciones, estando las arcas reales muy agotadas con las negociaciones y derroche del tiempo de Carlos IV.

Tan desinteresado y general pronunciamiento provocó en la Central el memorable decreto (4) de 22 de

(3) Véase el manifiesto de la Junta Central, sesion tercera, Huelenla; documento justificativo, números 25 y siguientes.

Entre los donativos y anticipaciones extraordinarias de América, se cuentan, entre muchos que ascendieron á un millón y doscientos, el de D. Antonio Bascón, de cuatro millones de reales, y el del gobernador del Estado, D. Manuel Santa-Maria, que fué de ochocientos de la misma moneda. Véase sobre esto el tomo la *Gaceta extraordinaria del gobierno de Sevilla*, del 3 de Diciembre de 1808.

(4) El rey, nuestro señor, D. Fernando VII, y en su real nombre la Junta suprema Central gubernativa del reino, considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias ó factorías, como los de otras naciones, sino una parte esencial é integrante de la monarquía española; y deseando estrechar de un modo inextinguible los sagrados vínculos que unen una y otros dominios, como supremo correspondiente á la lealtad y patriotismo de que acaban de dar tan decisiva prue-

(2) Véase el *Prontuario de las leyes y decretos de José*, tomo I, página 109.

Enoro, por el cual, declarándose que no eran los vastos dominios españoles de Indias propiamente colonias, sino parte esencial é integrante de la monarquía, se convocaba para representarlos á individuos que debían ser nombrados al efecto por sus ayuntamientos. Cimentáronse sobre este decreto todos los que después se promulgaron en la materia, y conforme á los cuales se igualaron en un todo con los peninsulares los naturales de América y Asia. Tal fue siempre la mente y aun la letra de la legislación española de Indias, debiendo atribuirse el olvido en que á veces cayó, á las mismas causas que destruyeron y atropellaron en España sus propias y mejores leyes. La lejanía, lo tarde que á algunas partes se comunicó el decreto, é impensados embarrases, no permitieron que oportunamente acudiesen á Sevilla los representantes de aquellos países, reservándose novedad de tan alta importancia para los gobiernos que sucedieron á la Junta Central.

Otros ciudades de no menor interés ocuparon á ésta al comenzar el año de 1809. Fué uno de los primeros dar nueva planta á las juntas provinciales, de donde se derivaba su autoridad, formando un reglamento con fecha de 1.º de Enero, según el cual se limitaban las facultades que ántes tenían, y se dejaba sólo á su cargo lo respectivo á contribuciones extraordinarias, donativos, alistamiento, requisiciones de caballos y armamento. Reducíase á nuevo el número de sus individuos, se despojaba á estos de parte de sus honores, y se cambiaba la antigua denominación de juntas supremas en la de *supremae provinciales de observación y defensa*. También se encomendaba á su celo precaver las asechanzas de personas sospechosas, y proveer á la seguridad y apoyo de la Central; encargo, por decirlo de paso, a la verdad extraño, poner su defensa en manos de autoridades que se deprimían. Aunque muchos aprobaron, y en lo general se tuvo por justo circunscribir las facultades de las juntas, causaron gran desagrado el artículo 10 del nuevo reglamento, según el cual se prohibía el libre uso de la imprenta, no pareciendo sino que al extenderse no estaba aún yerto el puño de Floridablanca. Alborotáronse varias juntas con la reforma, y la de Sevilla se enojó sobremanera, y á punto que suscitó la

cuestión de renovar cada seis meses uno de sus individuos en la Central, y aun llegó á dar sucesor al Conde de Tilly. Encendiéndose más y más las contestaciones, suspendióse el nuevo reglamento, y nunca tuvo cumplido efecto, ni en todas las provincias, ni en todas sus partes. Quizá obró livianamente la Central en querer arreglar tan pronto aquellas corporaciones, mayormente cuando los acontecimientos de la guerra cortaban á veces la comunicación con el Gobierno supremo; pero al mismo tiempo fueron muy reprehensibles las juntas, que, movidas de ambición, dieron lugar en aquellos apuros á altercados y desabrimientos.

Señalóse también la entrada del año de 1809 con estrechar de un modo solemne las relaciones con Inglaterra. Hasta entonces las que mediaban entre ambos gobiernos eran francas y cordiales, pero no estaban apoyadas en pactos formales y obligatorios. Túvose, pues, por conveniente darles mayor y verdadera firmeza, concluyendo en 9 de Enero, en Londres, un tratado de paz y alianza. Según su contenido, se comprometió Inglaterra á asistir á los españoles con todo su poder, y á no reconocer otro rey de España e Indias sino á Fernando VII, á sus herederos ó al legítimo sucesor que la nación española reconociese; y por su parte, la Junta Central se obligó á no ceder á Francia porción alguna de su territorio en Europa y demás regiones del mundo, no pudiendo las partes contratantes concluir tampoco paz con aquella nación sino de común acuerdo. Por un artículo adicional se convino en dar mutuas y temporales franquicias al comercio de ambos estados, hasta que las circunstancias permitiesen arreglar sobre la materia un tratado definitivo. Quería entonces la Central entablar uno de subsidios, más urgente que ningún otro; pero en vano lo intentó.

Los que España había alcanzado de Inglaterra habían sido cuantiosos, si bien nunca se elevaban, sobre todo en dinero, á lo que muchos han creído. De las juntas provinciales, sólo las de Galicia, Asturias y Sevilla recibían cada una 20 millones de reales vellón, no habiendo llegado á manos de las otras cantidad alguna, por lo ménos notable. Entregáronse á la Central 1.600.000 reales en dinero,

ya á la España en la coyuntura más crítica que se ha visto hasta ahora en esta guerra, se ha servido S. M. decretar, teniendo presente la constitución del Consejo de Indias de 21 de Noviembre último, que los reinos, provincias e islas que forman los reinos dominios deban tener representación nacional é inmediata á su real persona, y constituir parte de la Junta Central soberana del reino, por medio de una corporación electiva. Para que tenga efecto esta real resolución, han de nombrar los electores de Nueva España, el Perú, Puerto Rico, Guaymas y Buenos Aires, y las capitales generales de los virreinos de la isla de Cuba, Puerto Rico, Guatemala, Chile, presidentes de Venezuela y Filipinas, un individuo cada cual que represente en respectivo distrito. En consecuencia, disponda V. E. que en las capitales, cabos de partido del virreinato su respectivo, las provincias internas, procedan las ayuntamientos á nombrar tres individuos de notoria probidad, talento é ilustración, sacados de toda nota que pueda menoscabar en opinión pública, haciendo entender V. E. á los mismos ayuntamientos la responsabilidad exacta con que deben proceder á la elección de dichos individuos, y que procediendo absolutamente los electores del mencionado partido que debe llevar en tales casos, sólo atiendan al valor de su patria de justas circunstancias las relaciones que con ella tienen en bien civilizado y en común patrio.

Verificada la elección de los tres individuos, procederá el Ayuntamiento con la solemnidad de estilo á sacar uno de los tres, según la costumbre, y el primero que salga se tendrá por elegido. Inmediatamente participará á V. E. el Ayuntamiento, con testimonio, al juramento de fidelidad en suert, expresando en nombre, apellido y patria, edad, estatura ó personas y demás circunstancias físicas y morales de que se halle adornado.

Luego que V. E. haya recibido en su poder los testimonios del in-

dividuo escogido en esa capital y demás del virreinato, procederá con el real Acuerdo (1), y por el mismo de él, á las elecciones, á elegir tres individuos de la localidad, en quienes concurrirán con las mismas recomendables, y en las que se le ocurran personalmente, bien por opinión y voz pública, y en caso de discordia, decidirá la pluralidad.

Esta terna se notificará con el real Acuerdo (2), presidido por V. E., y el primero que salga se tendrá por elegido y nombrado diputado de ese reino (3) y vocal de la Junta Suprema Central gubernativa de la monarquía, con expresa residencia en esta corte.

Instantemente procederán los ayuntamientos de esa y demás capitales á extender los respectivos poderes y testimonios expresando en ellos los rasgos y objetos de interés nacional que haya de promover.

En segunda se pondrá en camino con destino á esta corte, y para los indispensables gastos de viajes, navegaciones, arduas, caballos, sistemas y otros, lo que se ha de ordenar, trátese V. E. en Junta superior de real Hacienda la cuota que se le haya de asignar, y en entendiéndose que en parte, aunque descomulgada, ha de ser moderada, y que la asignación de sueldo no ha de pasar de 6.000 reales fuertes anuales.

Todo lo cual comunico á V. E. de orden de S. M. para su puntual observancia y cumplimiento, advertiéndole que no haya demora en la expedición de cuanto va prescrito. Dios guarde á V. E. muchos años. Real palacio del Alcázar de Sevilla, 22 de Enero de 1809.

(1) Isla de Cuba. Procederá con el real Acuerdo: si estuviere en la Habana, y si en otro caso, con el y. c. de Ochoa, Ochoa, el intendente, en miembros del Ayuntamiento y jefe del Consulado y prófimo alcaide, etc.

(2) En Junta.

(3) Ochoa. Fianza. Real. Procederá con el y. c. de Ochoa, y el miembro del Ayuntamiento, y por el mismo, etc. En otro caso - Trácese V. E. en la Junta, y con los ministros de esos reinos en las que se crea.

y en barras 20 millones de la misma moneda. A sus continuas demandas respondía el gobierno británico que le era imposible tener pesos fuertes si España no abría al comercio inglés mercados en América, por cuyo medio, y en cambio de generos y efectos de su fabricación, le darian plata aquellos naturales. Por fundarla que fuera hasta cierto punto dicha contestacion, desagradaba al gobierno español, que, con mas ó ménos razon, estaba persuadido de que con la facilidad adquirida desde el principio de la guerra de introducir en la Península mercaderías inglesas, de donde se difundían á América, volvía á Inglaterra el dinero anticipado á los españoles, ó insertado en el pago de sus propias tropas, siendo centados los retornos de otra especie que podía suministrar España.

Lo cierto es que la Junta Central, con los cortos auxilios pecuniarios de Inglaterra, y limitada en sus rentas á los productos de las provincias meridionales, invirtiendo las otras los suyos en sus propios gastos, difícilmente hubiera levantado numerosos ejércitos sin el desprendimiento y patriotismo de los españoles, y sin los poderosos socorros con que acudía América, principalmente cuando dentro del reino era casi nulo el crédito, y poco conocidos los medios de adquirirle en el extranjero.

Levantáronse clamores contra la Central respecto de la distribucion de fondos, y áun acusáronla de haber malversado algunos. Probable es que en medio del trastorno general, y de resultados de batallas perdidas y de dispersiones, haya habido abusos y ocultaciones, hechas por manos subalternas; mas injustísimo fue atribuir tales excesos á los individuos del Gobierno supremo, que nunca mancjaron por sí caudales, y cuya pureza estaba al abrigo, en casi todos, hasta de la sospecha. A los ojos del vulgo siempre aparecen abultados los millones, y la malevolencia se aprovecha de esta propension á fin de empujear la conducta de los que gobiernan. En la opinion actual eran los gastos harto considerables, para que no se consumiese con creces lo que entró en el erario.

A modo del tribunal criminal de José, creó asimismo la Central uno de seguridad pública, que entendiase en los delitos de infidencia, y aunque no arbitrario, como aquél, en la aplicacion y desigualdad de las penas, reprobaban con razon su establecimiento los que no quieren ver rotos, bajo ningún pretexto, los diques que las leyes y la experiencia han puesto á las pasiones y á la precipitacion de los juicios humanos. Ya en Aranjuez se estableció dicho tribunal, con el nombre de extraordinario de vigilancia y proteccion, y áun se nombraron ministros, por la mayor parte del Consejo, que le compusieran; mas hasta Sevilla, y bajo otros jueces, no se vio que ejerciese su terrible ministerio. Afortunadamente, rara vez se mostró severo é implacable. Dirigió casi siempre sus tiros contra algunos de los que estaban ausentes y abiertamente comprometidos, respondiendo en parte á los fallos de la misma naturaleza que pronunciaba el tribunal extraordinario de Madrid. Sólo impuso la pena capital á un ex-guardia de Corps que se habia pasado al enemigo, y en Abril de 1809 mandó ajusticiar en secreto, exponiéndola luego al público, á Luis Gutierrez y á un tal Echavarría, su secretario, mozo de entendimiento claro y despojado. El Gutierrez habia sido fiscal y redactor de una gaceta en español que se publicaba en Bayona, y el cual, con su compañero, llevaba comision para disponer los ánimos de los habitantes de América en favor de José. Encontrá-

ronles cartas del rey Fernando y del infante D. Carlos, que se tuvieron por falsas. Quizá no fue injusta la pena impuesta, segun la legislación vigente; pero el modo y sigilo empleado merecieron la desaprobacion de los cuerdos é imparciales.

Tampoco reportó provecho el enviar individuos de la Central á las provincias: de cuya comision hablamos en el libro sexto, la Junta, intitulada de los comisarios, los autorizó para presidir á las provinciales y representarla con la plenitud de sus facultades. Los más de ellos no hicieron sino armar-se á la opinion que encontraron establecida, ó entorpecer la accion de las juntas; no valiendo, por lo general, de su comision ninguna providencia acertada ni vigorosa. Verdad es que áun, conforme queda apuntado, pocos entre los individuos de la Central los que se miraban como prácticos y entendidos en materias de gobierno, quedaron casi siempre los que lo eran en Sevilla, yendo ordinariamente á las provincias los más inútiles y limitados. Fué de este número el Marqués de Villal: enviado á Cádiz para atender á su fortificacion, y desarraigat afejos abusos en la administracion de la aduana, provocó por su indiscrecion y desatentadas providencias un alboroto, que, á no atajarse con oportunidad, hubiera dado ocasion á graves desazones. Como este acontecimiento se rozó con otro que por entónces y en la misma ciudad ocurrió con los ingleses, será bien que tratemos á un tiempo de entrambos.

Luégo que el gobierno británico supo las derrotas de los ejércitos españoles, y temiendo que los franceses invadiesen las Andalucías, pensó poner al abrigo de todo rebote la plaza de Cádiz y enviar tropas suyas que la guarneciesen. Para el recibimiento de éstas, y para proveer en ello lo conveniente, envió á sir Jorge Smith, con la advertencia, segun parece, de sólo obrar por sí en el caso de que la Junta Central fuese disuelta, ó de que se cortasen las comunicaciones con el interior. No habiendo sucedido lo que recelaba el ministerio inglés, y al contrario, estando ya en Sevilla el Gobierno supremo, de repente y sin otro aviso notició el sir Jorge al Gobernador de Cádiz cómo S. M. B. le habia autorizado para exigir que se admitiese dentro de la plaza guarnicion inglesa; escribiendo al mismo tiempo á sir Juan Cradock, general de su nacion en Lisboa, á fin de que sin tardanza enviase á Cádiz parte de las tropas que tenia á sus órdenes. Advertida la Junta Central de lo ocurrido, extrajo que no se la hubiera de antemano consultado en asunto tan grave, y que el ministro inglés Mr. Pitt no le hubiese hecho acerca de ello la mas leve insinuacion. Resentida, dióselo á entender con oportunas reflexiones, previniendo al Marqués de Villal, su representante en Cádiz, y al Gobernador, que de ningún modo permitiesen á los ingleses ocupar la plaza, guardando, no obstante, en la ejecucion de la orden el miramiento debido á tropas aliadas.

A poco tiempo, y al principiar Febrero, llegaron á la bahía gaditana, con el general Mackenzie, dos regimientos de los pedidos á Lisboa, y síguese también entónces por el conducto regular cuáles eran los intentos del gobierno inglés. Esto, confiado en que la expedicion de Moore no tendria el pronto y malhadado termino que hemos visto, queria, conforme manifestó, trasladar aquel ejército, ó bien á Lisboa, ó bien al mediodía de España, y para tener por esta parte un punto seguro de desembarco, habia resuelto enviar de antemano á Cádiz al general Sherbrooke con 4.000 hombres, que impidiesen una

guerrero y deseo de buen renombre que le alentaban.

El Conde de Cartaojal habia sentado su cuartel general en Ciudad Real; extendíase la caballería hasta Manzanares, ocupando á Daniel, Torralba y Carrion, y la infantería se alojaba á la izquierda y á espaldas de Valdepeñas. Don Francisco Abadín, cuartel maestro, y los jefes de las divisiones trabajaban á porfía en ejercitar la tropa; pero faltaba practica en la guerra y mayor conocimiento de las grandes maniobras.

Comenzó Cartaojal á moverse por su frente, y avanzó el 24 de Marzo hasta Yébenes. Allí D. Juan Beruay, que mandaba la vanguardia, atacó á un cuerpo de lanceros polacos, el cual, queriendo retirarse por el camino de Orgaz, tropezó con el Vizconde de Zolina, que le deslizo y cogió unos cuantos prisioneros. Mas entónces, informado Cartaojal de que los franceses venian por otro lado á su encuentro con tropas considerables, en vano trató de recogerse á Consuegra, ocupada ya la villa por los enemigos. Sorprendido de que le hubiesen atacado en el paso, volvió precipitadamente por Malagon á Ciudad-Real, en donde entro en 26, á los tres dias de su salida, y despues de haber inutilmente cansado sus tropas.

Habian los franceses juntado, á las órdenes del general Sebastiani, sucesor en el mando del cuarto cuerpo del mariscal Lefebvre, 12,000 hombres de infantería y caballería, de los cuales, divididos en dos trozos, habia tomado uno por el camino real de Andalucía, en tanto que otro, partiendo de Toledo, seguia por la derecha para flanquear y envolver á los españoles, que confiadamente se adelantaban. No habiendo alcanzado su objeto, acoraron á los nuestros y los acometieron el 27 por todas partes. Desmoralizado Cartaojal, sin tomar disposicion alguna, dejó en la mayor confusion sus columnas, que rechazadas aquel día y el siguiente en Ciudad-Real, el Vico, Visillo y Santa Cruz de Mudela, fueron al cabo desordenadas, apoderándose el enemigo de varias piezas de artillería y muchos prisioneros. Las reliquias de nuestro ejército se abrigaron de la sierra, y prontamente empezaron á juntarse en Despeñaperros y puntos inmediatos. Situóse el cuartel general en Santa Elena, y los franceses se detuvieron en Santa Cruz de Mudela, aguardando noticias del mariscal Victor, que al propio tiempo maniobraba en Extremadura.

Encargado el general Cuesta en Diciembre del ejército que se habia poco antes dispersado en aquella provincia, trató con particular esmero de infundir saludable terror en la soldadesca, desmoralada y bravia desde el asesinato del general San Juan, y de reprimir al populacho de Badajoz, desbordado con las desgracias que allí ocurrieron al acabar el año. Y cierto que si á su conduccion dura hubiera entusiasmado Cuesta mayor conocimiento de la milicia y no tanto aprensamiento en batallar, con gran provecho de la patria y realce suyo hubiera llevado á término importantes empresas. A su solo ombre temblaba el soldado, y sus órdenes eran cumplidas pronta y religiosamente.

Rebuelto y aumentado el corto ejército de su mando, constaba ya á mediados de Enero de 12,000 hombres, repartidos en dos divisiones y una vanguardia. El 25 del mismo, yendo de Badajoz, sentó sus reales en Trujillo, y retirándose los franceses hacia Almaraz, fueron desalojados de aquellos alrededores, encastellándose el 29 del puente la vanguardia, capitaneada por D. Juan de Henestrosa. Trasládose despues el general Cuesta á Jaraicejo y Deleitosa,

ya, y dispuso cortar dicho puente, como en vano lo habia antes intentado el general Galluzo. Competia aquella obra con las principales de los romanos, fabricada por Pedro Uria, á expensas de la ciudad de Plasencia, en el reinado de Carlos V. Tenia 580 pies de largo, mas de 25 de ancho y 134 de alto hasta los pretiles. Constaba de dos ojos, y del lado del Norte, cuya abertura excedia de 150 pies, fué el que se cortó. No habiendo al principio surtido efecto los hornillos, hubo que desenterrar á pico y barreno, é hizo se con tan poca precaucion, que al destalar de los sillares cayeron y se ahogaron 26 trabajadores con el oficial de ingenieros que los dirigia. Lastima fué la destruccion de tanafia grandezca, y en nuestro concepto arruinábase con solada celebridad obras importantes y de pública utilidad, sin que despues resultasen para las operaciones militares ventajas conocidas.

El general Cuesta continuó en Deleitosa hasta el mes de Marzo, no habiendo ocurrido en el intermedio sino un ataque que hizo el enemigo hacia Gindalupo, de donde luego se retiró, repassando el Tajo. Mas en dicho mes, acercándose el mariscal Victor á Extremadura, se situó en el pueblo de Almaraz para avisar la construccion de un puente de balsas que supliese el destruido, no pudiendo la artillería transitar por los caminos que salian á Extremadura desde los puentes que aun se conservaban intactos. Preparado lo necesario para llevar á efecto la obra, juzgó ántes oportuno el enemigo desalojar á los españoles de la ribera opuesta, en que ocupaban un sitio ventajoso, para cuyo fin pasaron 13,000 hombres y 800 caballos por el puente del Arzobispo, así denominado de su fundador el célebre D. Pedro Tenorio, prelado de Toledo. Puestos ya en la márgen izquierda, se dividieron al amanecer del 18 en dos trozos, de los cuales uno marchó sobre las Mesas de Ibor, y otro á cortar la comunicacion entre este punto y Fresnedoso. Estaba entónces el ejército de D. Gregorio de la Cuesta colocado del modo siguiente: 5,000 hombres formando la vanguardia, que mandaba Henestrosa, enfrente de Almaraz; la primera division, de ménos fuerza, y á las órdenes del Duque del Parque, recién llegado al ejército, en las Mesas de Ibor; la segunda, de 2 á 3,000 hombres, mandada por D. Francisco Trias, en Fresnedoso, y la tercera, algo mas fuerte, en Deleitosa con el cuartel general, por lo que se ve que hubo desde Enero aumento en su gente. El trozo de franceses que tomó del lado de Mesas de Ibor acometió el mismo 18 al Duque del Parque, quien, despues de un encuentro sostenido, se replegó á Deleitosa. A lo largo por la noche se le unió el general Trias. La sierra se habia desde allí trasladado Cuesta al puerto de Miravete, en cuyo punto se reunió el ejército español, habiéndosele agregado Henestrosa con la vanguardia al saber que los enemigos se acercaban al puente de Almaraz por la orilla izquierda de Tajo.

Entraron los nuestros en Trujillo el 19, y prosiguieron á Santa Cruz del Puerto; la vanguardia de Henestrosa, que protegía la retirada, tuvo un choque con parte de la caballería enemiga y la rechazó, persiguiéndola con señalada ventaja camino de Trujillo. Cuesta habia pensado aguardar á los franceses en el mencionado Santa Cruz; mas detuvo el temor de que quizá viniesen con fuerza superior á la suya. Continué, pues, retirándose, con la buena dicha de que cerca de Miravete los regimientos del Infante y de dragones de Almaraz aumentasen al del número 10 de caballería ligera de la vanguardia

franceses y le acuchillasen, matando más de 150 de sus soldados. Entró Cuesta en Medellín el 22, y se alojó de allí, queriendo esquivar toda pelea hasta que se le uniese el Duque de Albuquerque, lo cual se verificó en la tarde del 27 en Villanueva de la Serena, viniendo, según en su lugar dijimos, de la Mancha.

Juntas todas nuestras fuerzas, revolió el general Cuesta sobre Medellín en la mañana del 28, resuelto a ofrecer batalla al enemigo. Está situada aquella villa a la margen izquierda de Guadiana y á la falda occidental de un cerro en que tiene asiento su antiguo castillo, muy deteriorado, y cuyo pie baña el mencionado río. Merece particular memoria haber sido Medellín cuna del gran Hernán Cortes, existiendo todavía entonces, calle de la Feria, la casa en que nació; mas después de la batalla de que vamos á hablar, fue destruida por los franceses, no quedando ahora sino algunos restos de las paredes. Legase á Medellín viniendo de Trujillo por una larga puente, y por el otro lado ábrese una espaciosa llanura, despojada de árboles, y que yace entre la madre del río, la villa de Don Benito y el pueblo de Mingabril. Cuesta trajo allí su gente, en número de 20.000 infantes y 2.000 caballos, desplegándose en una línea de una legua de largo, á manera de media luna, y sin dejar la menor reserva. Constituía la izquierda, colocada del lado de Mingabril, de la vanguardia y primera división, regidas por don Juan de Henestrosa y el Duque del Parque; el centro avanzado, y enfrente de Don Benito, le guardaba la segunda división, del mando de Trias; y la derecha, arrimada al Guadiana, se componía de la tercera división, del cargo del Marqués de Portago y de la fuerza traída por el Duque de Albuquerque, formando un cuerpo, que gobernaba el teniente general D. Francisco de Eguía. Situase don Gregorio de la Cuesta en la izquierda, desde donde, por ser el terreno algo más elevado, descubría la campaña; también colocó del mismo lado casi toda la caballería, siendo el más amenazado por el enemigo.

Eran las once de la mañana cuando los franceses, saliendo de Medellín, empezaron á ordenarse á poca distancia de la villa, describiendo un arco de círculo comprendido entre el Guadiana y una quebrada de arbolado y viñedo que va de Medellín á Mingabril. Estaba en su ala izquierda la división de caballería ligera del general Lasalle; en el centro una división alemana de infantería, y á la derecha la de dragones del general Latour-Maubourg, quedando de reserva las divisiones de infantería de los generales Villatte y Ruffin. El total de la fuerza ascendía á 18.000 infantes y cerca de 3.000 caballos. Mandaba en jefe el mariscal Victor.

Dió principio á la pelea la división alemana, y cargando dos regimientos de dragones, repeliólos nuestra infantería, que avanzaba con intrepidez. Durante dos horas lidiaron los franceses, retirándose lentamente y en silencio; nuestra izquierda progresaba, y el centro y la derecha cerraban de cerca al enemigo, cuya ala siniestra cesó hasta un recodo que forma el Guadiana al acercarse á Medellín. Las tropas ligeras de los españoles, espuradas por el llano, amedrentaban por su número y arrojo á los tiradores del enemigo; y como si ya estuviesen seguras de la victoria, anunciaban con grande algarazas que los campos de Medellín serian el sepulcro de los franceses. Por todas partes ganaba terreno el grueso de nuestra línea, y ya la izquierda iba á posesionarse de una batería enemiga, á la sazón que los re-

gimientos de caballería de Almansa y el Infante, y dos escuadrones de cazadores imperiales de Toledo, en vez de cargar á los contrarios, volvieron grupa, y atropellándose unos á otros, huyeron al galope vergonzosamente. En vano D. José de Zayas, oficial de gran valor y pericia, y que en realidad mandaba la vanguardia, en vano les gritaba, acompañado de sus infantes firmes y serenos: ¿Qué es esto? Alto la caballería. Volvamos á ellos, que son nuestros... Nada escuchaban; el pavor había embargado sus sentidos. Don Gregorio de la Cuesta, al advertir tamaño baldon, partió aceleradamente para contener el desorden; mas atropellado y derribado de su caballo, estuvo próximo á caer en manos de los jinetes enemigos, que pasando adelante en su carga, afortunadamente no le percibieron. Aunque herido en el pie, maltratado y rendido con sus años, pudo Cuesta volver á montar á caballo y libertarse de ser prisionero.

Abandonada nuestra infantería de la izquierda por la caballería, fué desmuida y rota, y cayendo sobre nuestro centro y derecha, que al mismo tiempo eran atacados por su frente, desapareció la formación de nuestra dilatada y endebles línea como libra de naipes. El Duque de Albuquerque fué el sólo que pudo por algun tiempo conservar el orden, para tomar una loma plantada de vides, que habia á espaldas del llano; pero estrechada su gente por los dispersos, y aterrada con los gritos de los acuchillados, desarreglóse simultáneamente, corriendo á guarecerse á los viñedos. Desde entonces todo el ejército no presentó ya otra forma sino la de una muchedumbre desbandada, huyendo á toda prisa de la caballería enemiga, que hizo gran mortandad en nuestros pobres infantes. Durante mucho tiempo los huesos de los que allí parecieren se percibían y blanqueaban, contrastando su color macilento, en tan hermoso llano, con el verde y matizadas flores de la primavera. Fué nuestra pérdida, entre muertos, heridos y prisioneros, de 10.000 hombres; la de los franceses, aunque bastante inferior, no dejó de ser considerable.

Así terminó y tan desgraciadamente la batalla de Medellín. Gloriosa para la infantería, no lo fué para algunos cuerpos de caballería, que castigó severamente D. Gregorio de la Cuesta, suspendiendo á tres coroneles y quitando á los soldados una pistola hasta que recobrasen en otra acción el honor perdido. Pero, por reprehensible que en efecto fuese la conducta de estos, en nada descargaba á Cuesta del temerario arrojo de empeñar una batalla campal con tropas bisoñas y no bien disciplinadas, en una posición como la que escogió y en el orden que le hizo, sin dejar á sus espaldas cuerpo alguno de reserva. Claro era que rota una vez la línea, quedaba su ejército deshecho, no teniendo en qué sostenerse ni punto adonde abrigarse, al paso que los franceses, aun perdida por ellos la batalla, podían cubrirse detrás de unas huertas cerradas con tapia, que habia á la salida de Medellín, y escurrirse luego con el mismo pueblo, desamparado de los vecinos, apoyándose en el cerro del castillo. Don Gregorio de la Cuesta, con los restos de su ejército, se retiró á Monasterio, límite de Extremadura y Andalucía, y en cuyo fuerte sitio debiera haber aguantado á los franceses si hubiera procedido como general entendido y prudente.

La Junta Central, al saber la rota de Medellín, no sintió decaído su ánimo, á pesar del peligro que de cerca le amagaba. Elevó á la dignidad de capitán general á D. Gregorio de la Cuesta, al paso que te-

aia su antiguo resentimiento en caso de que hubiese triunfado, y repartió mercedes á los que se habian conducido heroicamente, no menos que á los heridos y viudas de los muertos en la batalla. Pasose tambien el ejército de la Mancha á las aldeas de Cuesta, aunque se nombró para usarlo de orden á D. Francisco Venegas restablecido de una larga enfermedad, y fue llamado el Conde de Cartao, al, cuya conducta apareció muy digna de censura por lo ocurrido en Ciudad-Real, pues allí no hubo sino desorden y confusión, y por lo menos en Medellín se había peleado.

Ahora, haciendo corta pausa, vamos heito examinar la opinión de ciertos escritores que, al ver tantas derrotas y dispersiones, han querido privar á los españoles de la gloria adquirida en la guerra de la Independencia. Pocos son en verdad los que tal han intentado, y en alguno muéstrase á las claras la mala fe, alterando ó desfigurando los hechos más conocidos. En los que no han obrado impulsados de mezquinas y reprensibles pasiones, descubrese luego el origen de su error en aquel empeño de querer juzgar la defensa de España como el común de las guerras, y no según deben juzgarse las patrióticas y nacionales. En las unas gradase su mérito conforme á reglas militares; en las otras, atendiendo á la constancia y duración de la resistencia. «Median imperios (decía Napoleón en Leipzig) entre ganar ó perder una batalla.» Y decíalo con razón en la situación en que se hallaba; pero no así á haber sostenido la Francia su causa, como lo hizo con la de la libertad al principio de la revolución. La Holanda, los Estados-Unidos, todas las naciones, en fin, que se han visto en el caso de España, comenzaron por padecer descalabros y completas derrotas, hasta que la continuación de la guerra convirtió en soldados á los que no eran sino meros ciudadanos. Con mayor fundamento debía acaecer lo mismo entre nosotros. La Francia era una nación valerosa, rica y poderosa, de donde, sin apuro, podian sacarse para llegar á fuerzas. Sus ejércitos, en gran parte, no eran puramente mercenarios; producto de su revolución, conservaban cierto apego al nombre de patria, y quince años de guerra y de esclarecidos triunfos les habian dado la pericia y confianza de invencibles conquistadores. Antriacos, prusianos, rusos, ingleses, preparados de antemano con custodiosos medios, con tropas antiguas y bien disciplinadas, les habian cedido el campo en repetidas veces, y quisiera extraño, pues, sucediese otro tanto á los españoles en batallas campales, en que el saber y la fuerza en evoluciones y maniobras valian más que los ímpetus bramosos del patriotismo? Al empezar la invasión en Mayo ya vimos cuán desahogada estaba España para la guerra, con 10,000 soldados escasos, inexpertos y mal acondicionados; dueños las franceses de muchas plazas fuertes, y teniendo 100,000 hombres en el corazón del reino. Y sin embargo, ¿qué no se hizo? En los primeros meses, victoriosos los españoles en casi todas partes, estrecharon á sus contrarios contra el Pirineo. Cuando después, reforzados estos, inundaron con sus huestes los campos peninsulares y oprimieron con su superioridad y destreza á nuestros ejércitos, la nación, ni se desalentó, ni se sometieron los pueblos fácil ni voluntariamente. Y en Enero embarracados los ingleses, contra los españoles, temiendo contra sí una de 200,000 enemigos, mirada ya en Europa como perdida su primera causa, no solo se desdichó todo acomodamiento, sino que, peleando por doquiera transítaban franceses, aparecieron de nuevo ejérci-

tos que osaron aventurar batallas, desgraciadas, es cierto, pero que mostraban los redoblados esfuerzos que se hacían, y lo porfiadamente que había de sostentarse la lucha empeñada. Conociéronse graves faltas, descubriose á las claras la impericia de varios generales, lo baxo de nuestros soldados, el abanlono y atraso en que el anterior gobierno había tenido el como militar como los de antes; pero brilló con luz muy pura el elevado carácter de la nación, la sobriedad y valor de sus habitantes, su desprendimiento, su conformidad, inalterable constancia en los reveces y trabajos; virtudes raras, exquisitas, más difíciles de adquirir que la táctica y disciplina de tropas mercenarias. Abate en buen hora la envidia, el despecho, la ignorancia los errores en que incurrimos: su voz nunca ahoga la de la verdad, ni podrá desmentir lo que han estampado en sus obras, y casi siempre con admirable imparcialidad, muchos de los que entónces eran enemigos nuestros, y señaladamente los dignos escritores Foy, Suchet y Saint-Cyr, que mandando á los suyos, pudieron, mejor que otros, apreciar la resistencia y el mérito de los españoles.

Volvámos ya á nuestro propósito. Curridas las jornadas de Ciudad-Real y Medellín, pensó el gobierno de José ser aquella buena sazón para tentar al de Sevilla y entrar en algun acomodamiento. Salíó de Madrid con la comisión D. Joaquín María Sotelo, magistrado que gozaba ántes del concepto de hombre instruido, y que deteniéndose en Mérida, dirigió desde allí al presidente de la Junta Central, por medio del general Cuesta, un pliego con fecha 12 de Abril, en el que, anunciado estar autorizado por José para tratar con la Junta el modo de remediar los males que ya habian experimentado las provincias ocupadas, y el de evitar los de aquellas que todavía no lo estaban, invitaba á que se nombrase al efecto por la misma Junta una ó dos personas que se abocasen con él. La Central, sin contestar en dersechura á Sotelo, mandó á D. Gregorio de la Cuesta que le comunicase el acuerdo que de resultas habia formado, justo y enérgico, concebido en estos términos: «Si Sotelo trae poderes bastantes para tratar de la restitucion de nuestro amo y rey, y de que las tropas francesas evacúen al instante todo el territorio español, hagolos publicos en la forma reconocida por todas las naciones, y se le oirá con atención de nuestros aliados. De no ser así, la Junta no puede faltar á la calidad de los poderes de que está revestida, ni á la voluntad nacional, que es de no escuchar pacto ni admitir tregua ni ajustar transacción que no sea establecida sobre aquellas bases de eterna necesidad y justicia. Cualquiera otra especie de negociacion, sin salvar al Estado, envileceria á la Junta, la cual se ha obligado solemnemente á sepultarse primero entre las ruinas de la monarquía que á oír preposicion alguna en mengua del honor é independencia del nombre español.» Insistió Sotelo, respondiendo con una carta bastantemente moderada, mas la Junta se limitó á mandar á Cuesta repetirse el mencionado acuerdo, advirtiéndole á Sotelo que aquella sería la última contestacion que recibiria mientras los franceses no se allanasen lisa y llanamente á lo que habia manifestado la Junta. No pasó, por consiguiente, mas adelante esta negociacion, emprendida quizá con vano intento, pero que entónces se interpretó mal y dañó al anterior buen nombre del comisionado.

Tambien por la parte de la Mancha se hicieron al mismo tiempo iguales tentativas, escribiendo el

general frances Sebastiani (G), que allí mandaba, á D. Gaspar Melchor de Jovellanos, individuo de la Central, á D. Francisco de Saavedra, ministro de Hacienda, y al general del ejército de la Carolina, D. Francisco Venegas. Es curiosa esta correspondencia, por colegirse de ella el modo diverso que tenían entonces de juzgar las cosas de España los franceses y los nacionales. Como sería prolijo insertarla íntegra, hemos preferido no copiar sino la carta del general Sebastiani á Jovellanos y la contestacion de este. « Señor: La reputacion de que gozáis en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais por verla feliz, deban haceros abandonar un partido que sólo combate por la Inquisicion, por mantener los prerrogativas, por el interes de algunos grandes de España y por los de la Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgracias de la España. Un hombre, cual vos sois, conocido por su entusiasmo y sus talentos, debe conocer que la España puede esperar el resultado más feliz de la union á un rey justo é ilustrado, cuyo genio y generosidad deben atraerle á todos los españoles que desean la tranquilidad y prosperidad de su patria. La libertad constitucional bajo un gobierno monarquico, el libre ejercicio de vuestra religion, la destruccion de los obstáculos que varios siglos há se oponen á la regeneracion de esta bella nacion, serán el resultado feliz de la Constitucion que os ha dado el genio vasto y sublime del Emperador. Despedazados con facciones, abandonados por los ingleses, que jamas tuvieron otros proyectos que el de debilitaros, el robaros vuestras flotas y destruir vuestro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, no podeis ser sordos á la voz de la patria, que os pide la paz y la tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo con nosotros, y que la energia de España sólo se emplee desde hoy en cimentar su verdadera felicidad. Os presento una gloriosa carrera; no dudo que acorais con gusto la ocasion de ser útil al rey José y á vuestros conciudadanos. Conocéis la fuerza y el número de nuestros ejércitos, sabéis que el partido en que os hallais no ha obtenido la menor vislumbre de sucesos: hubierais llorado un dia si las victorias le hubieran coronado; pero el Todopoderoso, en su infinita bondad, os ha librado de esta desgracia.

« Estoy pronto á entablar comunicacion con vos y daros pruebas de mi alta consideracion.— HORACIO SEBASTIANI. »

« Señor General: Yo no sigo un partido; sigo la santa y justa causa que sigue mi patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el angusto encargo de defenderla y regirla, y que todos habemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendis, por la Inquisicion ni por soñadas preocupaciones, ni por el interes de los grandes de España; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religion, nuestra constitucion y nuestra independencia. Ni creais que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan oponerse á este fin; antes, por el contrario, y para usar de vuestra frase, el deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla al

« grado de esplendor que ha tenido algun dia, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan que la misma nacion que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su rey y de su libertad contra una agresion tanto más injusta, cuanto ménos debía esperarla de los que se decian sus primeros amigos, tiene tambien bastante celo, firmeza y sabiduria para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban. No hay alma sensible que no lllore los atroces males que esta agresion ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á quienes, despues de pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes, se niega aún aquella humanidad que el derecho de la guerra exige y encuentra en los más bárbaros enemigos. Pero ¿á quién serán imputados estos males? ¿A los que los causan, violando todos los principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian generosamente para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para siempre de esta grande y noble nacion? Porque, Sr. General, no os dejeis alucinar: estos sentimientos que tengo el honor de expresar son los de la nacion entera, sin que haya en ella un solo hombre bueno, áun entre los que vuestras armas oprimen, que no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente, si vuestra carta no me obligase á decir, en honor suyo, que los propósitos que les atribuis son tan injuriosos como ajenos de la generosidad con que la nacion inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á nuestras provincias, cuando desarmadas y empobrecidas los imploraron desde los primeros pasos de la opresion con que la amenazaban sus amigos.

« En fin, Sr. General, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que, segun nos decís, profesa vuestro rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro territorio, reconoce que una nacion cuya desolacion se hace actualmente á su nombre por vuestros soldados, no es el teatro más propio para desplegarlos. Esto sería, ciertamente, un triunfo digno de su filosofía, y vos, Sr. General, si estais penetrado de los sentimientos que ella inspira, deberéis gloriaros tambien de concurrir á este triunfo, para que os toque alguna parte de nuestra admiracion y nuestro reconocimiento. Sólo en este caso me permitirán mi honor y mis sentimientos entrar con vos en la comunicacion que me proponéis. si la Suprema Junta Central lo aprueba. Entre tanto, recibid, Sr. General, la expresion de mi sincera gratitud por el honor con que personalmente me tratáis, seguro de la consideracion que os profeso. Sevilla, 24 de Abril de 1809.—GASPAR DE JOVELLANOS.—Excmo. Sr. general Horacio Sebastiani. »

Esta respuesta, digna de la pluma y del patriotismo de su autor, fué muy aplaudida en todo el reino, así por su noble y elevado estilo, como por retratar en su contenido los verdaderos sentimientos que animaban á la gran mayoría de la nacion.

Semejantes tentativas de conciliacion, prescindiendo de lo impracticables que eran, parecieron entonces, á pesar de tantas desgracias, más fuera de razon por la guerra que empezaba en Alemania. Temores de ella, que no tardaron en realizarse, habian, segun se dijo, estimulado á Napoleon á salir precipitadamente de España. No olvidando nunca

(6) Esta correspondencia se insertó íntegra en el *Suplemento de la Gaceta del gobierno de Sevilla*, de 12 de Mayo de 1809. Todas las contestaciones honran á sus autores, como tambien otra que dió más adelante, y sobre el mismo asunto, al general Sebastiani D. Francisco Abellán. Esta se insertó en la *Gaceta del gobierno de Sevilla*, de 29 de Mayo de 1809.

el Austria las desventajosas paces á que se había visto forzada desde la revolución francesa, y sobre todo la última de Presburgo, estaba siempre en acecho para no desperdiciar ocasión de volver por su honra y de recobrar lo perdido. Parecióle muy oportuna la de la insurrección española, que produjo en toda Europa impresión vivísima, y siguió aquel gobierno cuidadosamente el hilo de tan grave acontecimiento. Demasiadamente abatida el Austria desde la última guerra, no podía por de pronto mostrar á las claras su propósito antes de prepararse y estar segura de que continuaba la resistencia peninsular. En Erturth mantúvose amiga de Francia, mas con cierta reserva, y sólo difirió bajo especiosos pretextos el reconocimiento de José Napoleón, aunque receloso, confiando en que si apagaba pronto la insurrección de España, nadie se atrevería á levantar el grito, sacó para ello, conforme insinuamos, gran golpe de gente de Alemania, y dió de este modo nuevo aliento al Austria, que disimuladamente aceleró los preparativos de guerra. En los primeros meses del año de 1809 dicha potencia comenzó á quitarse el embozo, publicando una especie de manifiesto, en que declaraba quería ponerse al abrigo de cualquiera empresa contra su independencia, y al fin arrojóse del todo en 9 de Abril, en que el archiduque Carlos, mandando su grande y principal ejército, abrió la campaña por medio de un aviso y atravesó el Inn, río que separa la Baviera de los estados austriacos. Lo poco prevenido que cogía á Napoleón esta guerra, las formidables fuerzas que de subito desplegó el Austria, las muchas que Francia tenía en España, y lo desubrida que se mostraba la voz pública en el mismo imperio francés, daba á todos fundamento para creer que la primera alcanzaría victorias, de cuyas resultas tal vez se cambiaría la faz política de Europa. Para contribuir á ello, y no desaprovechar la oportunidad, envió la Junta Central á Viena, como plenipotenciario suyo, á D. Eusebio de Bardají y Azara, y aquella corte autorizó á Mr. Grennotte en calidad de encargado de negocios cerca del gobierno de Sevilla. Veremos luego cuán poco correspondió el éxito á esperanzas tan bien concebidas.

Ahora, después de haber referido lo que ocurrió durante estos meses en las provincias meridionales de España, será bien que hablemos de Cataluña y de las demás partes del reino. En aquella los ánimos habían andado perturbados después de las acciones perdidas y de las voces y amenazas que venían de Aragón y varios puntos. Sin embargo, en Tarragona, no habrá olvidado el lector cómo la turbación no pasó de ciertos límites, luego que Vives dejó el mando, y recayó éste en Reding; mas en Lérida manchóse con sangre. Fué el caso que en 1.º de Enero, habiendo introducido en la plaza, de día y sin precaución, varios prisioneros franceses, alborotándose á su vista el vecindario y vociferando palabras de muerte, forzó el castillo, á donde aquellos habían sido conducidos. Estaban también dentro encerrados el oidor de la audiencia de Barcelona D. Manuel Fortuny y su esposa, con otros cuatro ó cinco individuos, tachados, con razón ó sin ella, de infidencia. Ciega la muchedumbre, penetró en lo interior, y mató á estos desgraciados y á varios de los prisioneros franceses. Duró tres días la sublevación, hasta que llegaron 300 soldados que envió el general Reding, con cuyo refuerzo y las prudentes exhortaciones del gobernador D. José Camarro Llavile, del Obispo y otras personas, se apagó el bullicio. Los principales sediciosos recibieron después

justo y severo castigo; siendo muy de acatir que las autoridades, andando más precavidas, no hubiesen evitado de antemano tan lamentable suceso.

Por su parte D. Teodoro Reding, con nuevos cuerpos que llegaron de Granada y Mallorca, y con reclutas, había ido completando su ejército desde Diciembre hasta Febrero, en cuyo espacio de tiempo había permanecido tranquilo el de los franceses, sin empeñarse en grandes empresas, temiendo, para proveerse de viveres, que hiciesen excursiones, en que perdió hombres y consumió dos millones de cartuchos. El plan que en Tarragona siguió al principio el general Reding fue prudente, escarmentado con lo sucedido en Linares y Molins de Rey. Era obra de D. José Joaquín Martí, y consistía en no trabar acciones campales, en molestar al enemigo al abrigo de las plazas y puntos fragorosos, en mejorar así sucesivamente la instrucción y disciplina del ejército, y en convertir la principal defensa en una guerra de montaña, según convenia á la índole de los naturales y al terreno en que se lidiaba. Todos concurrían con entusiasmo á alcanzar el objeto propuesto, y la junta corregimental de Tarragona mostró acendrado patriotismo en facilitar caudales, en acuñar la plata de las iglesias y de los particulares, y en proporcionar viveres y prendas de vestuario. Quiso sujetar á regla á los miqueletes, pero encontró la mudada grande obstáculo en las costumbres y antiguos usos de los catalanes.

En sus demás partes, por juicioso que fuese el plan adoptado, no se persistió largo tiempo en llevarle adelante. Contribuyó á alterarlo el Marqués de Lazan, que habiendo sido llamado de Gerona con la división de 6 á 7.000 hombres que mandaba, llegó á la línea española en sazón de estar apurada Zaragoza. Interesado particularmente en su conservación, propuso el Marqués, y se aprobó, que pasara la sierra de Alcubierre con la fuerza de su mando, y que prestaría, si le era dado, algún auxilio á aquella ciudad. Llenos entonces los españoles de admiración y respeto por la defensa que allí se hacía, murmuraban de que mayores fuerzas no volasen al socorro, pareciéndoles cosa fácil desembarazarse en una batalla del ejército del general Sant-Cyr. Había crecido el aliento de resacas de algunas cortas ventajas obtenidas en reconocimientos parciales, y sobre todo, porque retirándose el enemigo y reconcentrándose mas y más, atribuyéronle á recelo lo que no era sino precaución. Avenidos bien con el osado espíritu de Reding la voz popular, y escuchando ésta con rapidez, resolvió aquel caudillo dar un ataque general, sobreponiéndose á las justas reflexiones de algunos jefes cuerdos y experimentados. Moviendo igualmente las esperanzas que le daban secretas relaciones de que Barcelona se levantaría al tiempo que su ejército se aproximase.

Se hallaba éste en Tarragona, esparcido en una enorme línea de 16 leguas, que partiendo de aquella ciudad, se extendía hasta Olesa por el Coll de Santa Cristina, la Llacuna, Igualada y el Bruch. Las tropas de dicha línea que estaban fuera de Tarragona pasaban de 15.000 hombres, y las mandaba D. Juan Bautista de Castro. Las que había dentro de la plaza, á las órdenes inmediatas del general en jefe D. Teodoro Reding, ascendían á unos 10.000 hombres. Según el plan de ataque que se concertó, debía el general Castro avanzar é interponerse entre el enemigo y Barcelona, al paso que el general Reding aparecería con 8.000 hombres en el Coll de Santa Cristina, descolgándose también de las montañas, y por todos lados, los sometiendo.

Los franceses, en número de 18.000 hombres, se alojaban en el Panadés, y su general en jefe había dejado maniobrar con toda libertad al de los españoles, confiado en que fácilmente rompería la inmensa línea, dentro de la cual se presumía envolverle. Por fin el 16 de Febrero, cuando vio que iba á ser atacado, se anticipó, tomando la ofensiva. Para ello, después de haber dejado en el Vendrell la división del general Souham, salió de Villafranca con la de Pino, debiéndose juntar las de los generales Chavot y Chabran cerca de Capelladas, y componiendo las tres 11.000 hombres. Antes de que se unieran, se habían encontrado las tropas del general Chavot con los españoles, cuyas guerrillas, al mando de D. Sebastian Ramirez, habían rechazado las del enemigo, y cogido mas de 100 prisioneros, entre los que se contó al coronel Carrasosa. Sacó de apuro á los suyos la llegada del general Saint-Cyr, quien repelió á los nuestros, y maniobrando después con su acostumbrada destreza, atravesó la línea española en la direccion de la Mlacura, y con un movimiento por el costado se apareció súbitamente á la vista de Igualada, y sorprendió al general Castro, que se imaginaba que sólo sería atacado por el frente. Vuelto de su error, apresuradamente se retiró á Montineu y Cervera, á cuyos parajes cianon tambien en bastante desorden las tropas mas avanzadas. Los enemigos se apoderaron en Igualada de muchos acopios, de que tenían premiosa necesidad, y recobraron los prisioneros que habian perdido la víspera en Capelladas.

Habiendo cortado de este modo el general Saint-Cyr la línea española, trató de revolver sobre su izquierda para destruir las tropas que guardaban los puntos de aquel lado, y unirse al general Souham. Depo en Igualada á los generales Chavot y Chabran, y partió el 18 la vuelta de San Magin, de donde desalojó al brigadier D. Miguel Iranzo, obligándole á recogerse al monasterio de Santas Cruces, cuyas puertas en vano intentó el general frances que se le abriesen ni por fuerza ni por capitulación.

Noticioso en tanto D. Teodoro Reding de lo acaecido con Castro, salió de Tarragona, acompañado de una brigada de artilleria, 300 caballos y un batallón de suizos, con objeto de unir los dispersos y libertar al brigadier Iranzo. Consiguó que este y una parte considerable de la demas tropa se agregasen en el Pla, Sorreal y Santa Coloma; pero Saint-Cyr, temeroso de ser atacado por fuerzas superiores, estando sólo con la división de Pino, procuró unirse á la de Souham, y colocarse entre Tarragona y D. Teodoro Reding. Advertido éste del movimiento del enemigo, decidió retroceder á aquella plaza, dejando á cargo de D. Luis Wimpffen unos 5.000 hombres que cubriesen el corregimiento de Manresa, y observasen á los franceses que habian quedado en Igualada. Se mandó asimismo á Wimpffen proteger al somaten del Vallés y á los inmediatos de sirnados á ayudar la proyectada conspiracion de Barcelona. Moviose despues Reding hacia Montblanch, llevando 10.000 hombres, y el 24 congregó á junta para resolver definitivamente si retrocederia á Tarragona, ó si iria al encuentro de los franceses: tanto pronto á su atrevido animo volver la espalda sin combatir. En el consejo opinaron muchos por retirarse del lado de Prades y enderezar la marcha á Constantí, enviando la artilleria á Lérida; otros, y fue lo que se decidió, pensaron ser mas honroso caminar con la artilleria y los bagajes por la carretera que, pasando entre el Coll de Riba y orillas

del Francoll, va á Tarragona, mas con la advertencia de no buscar al enemigo, ni esquivar tampoco su encuentro si provocase á la pelea. Empeñóse la marcha, y el 24, al rayar el alba, despues de cruzar el puente de Goy, tropezaron los nuestros con la gran guardia de los franceses, la cual, haciendo dos descargas, se recogió al cuerpo de su division, que era la del general Souham, situada en las alturas de Valls.

D. Teodoro Reding, en vez de proseguir su marcha á Tarragona, conforme á lo acordado, retrocedió con la vanguardia, y se unió al grueso del ejército, que estaba en la orilla derecha del Francoll, colocado en la cima de unas colinas. Tomada esta determinacion, empenóse luego una accion general, á la que sobre todo alentó haber nuestras tropas ligeras rechazado á las enemigas. El general Castro regia la derecha española; quedaron la izquierda y centro al cargo del general Martí.

La fuerza de los franceses consistia únicamente hasta entónces en la division de Souham, que teniendo su derecha del lado de Pla, apoyaba en izquierda en el Francoll. En aquel punto permanecia el general Saint-Cyr con la division de Pino, cuya vanguardia cubria el boquete de Coll de Cabra, hasta que, sabedor de haber Reding venido á las manos con Souham, se apresuró á juntarse con éste. Antes de su llegada combatieron bizarramente los españoles durante cuatro horas, perdiendo terreno los franceses, los cuales, reforzados á las tres de la tarde, cobraron de nuevo ánimo. Entónces hubo generales españoles que creyeron prudente no aventurar las ventajas alcanzadas contra tropas que tenían de refresco, resolviéndose, por tanto, á volver á ocupar la primera línea y proseguir el camino á Tarragona. Mas, fuese por imprudencia de los contrarios, ó por la natural inclinacion de Reding á no abandonar el campo, trabóse de nuevo y con mayor ardor la pelea.

Formó el general Saint-Cyr cuatro columnas, dos en el centro con la division de Pino, y dos en las alas con la de Souham. Pasó el Francoll, y arremetió subir á la cima en que se habian vuelto á colocar nuestras tropas. La resistencia de los españoles fué tenacisima, cediendo sólo al bien concertado ataque de los enemigos. Rota despues, y al cabo de largo rato, la línea, en vano se quiso relacerla, salvándose nuestros soldados por las malezas y barrancos de la tierra. Alejaron á D. Teodoro Reding algunos finctes enemigos; defendiéndose él y los oficiales que le acompañaban valerosamente, mas recibió cinco heridas y con dificultad pudo ponerse en cobro. Nuestra pérdida pasó de 2.000 hombres; menor la de los franceses. Contamos entre los muertos oficiales superiores, y quedó prisionero, con otros, el Marqués de Casteblosrins, grande de España. Los dispersos se derramaron por todas partes, recogiendo muchos á Tarragona, adonde llegó por la noche el general Reding, sin que el pueblo le faltase al debido respeto, noticioso de cuánto habia expuesto su propia persona.

Los franceses entraron al siguiente dia en Reus, cuyos vecinos permanecieron en sus casas, contra la costumbre general de Cataluña, y el Ayuntamiento salió á recibir á los nuevos huéspedes, y aun repartió una contribucion para auxiliarlos. Irritó sobremanera tan desusado proceder, y desaprobólo agriamente el general Reding como de mal ejemplo. Villa opulenta á causa de sus fabricas y manufacturas, no quiso perder en pocas horas la acumulada riqueza de muchos años. Extendióse los franco-

as hasta el puerto de Salou, y cortaron la comunicación de Tarragona con el resto de España. Mucho esperó Saint-Cyr de la batalla de Valls, primeramente padeciéndose en Tarragona una enfermedad contagiosa, nacida de los muchos enfermos y heridos hacidos dentro de la plaza, y cuyo número se había aumentado de resultas de un convenio que propuso el general Saint-Cyr, y aditivamente Reding, según el cual no debían en adelante considerarse los enfermos y heridos de los hospitales como prisioneros de guerra, sino que luego de curados se habían de entregar á sus ejércitos respectivos. Como estaban en este caso muchos más soldados españoles que franceses, pensaba el general Saint-Cyr que, aumentando así los apuros dentro de Tarragona, acabaría esta plaza por abrirle sus puertas. Tenía en ello tanta confianza, que conforme el mismo nos refiere en sus *Memorias*, determinó no alejarse de aquellos muros mientras que pudiese dar á sus soldados la cuarta parte de una ración. Conducta permitida, si se quiere, en la guerra, pero que nunca se calificara de humana.

Nada logró: los catalanes, sin abatirse, empezaron, por medio de los somatenes y miqueletes, á renovar una guerra destructiva. Diez mil de ellos, bajo el general Wimpffen y los coroneles Milans y Clarés, atacaron á los franceses de Igualada, y los obligaron, con su general Chabran, á retirarse hasta Villafraanca. Bloquearon otra vez á Barcelona, y cortando las comunicaciones de Saint-Cyr con aquella plaza, infundieron nuevo aliento en sus miradores. Quiso Chabran restablecerlas, mas rechazado, retirase precipitadamente, hasta que, insistiendo después con mayores fuerzas y por orden repetida de su general en jefe, abrió el paso en 14 de Marzo.

No pudiendo ya, falto de víveres, sostenerse el general Saint-Cyr en el campo de Tarragona, se dispuso á abandonar sus posiciones y acercarse á Vich, como más próximo de granos y bastante próximo á Girona, cuyo sitio meditaba. Debía el 18 de Marzo emprender la marcha; disfríase dos días á causa de un incidente que prueba cuán hostil se mantenía contra los franceses toda aquella tierra. Estaba el general Chavot apostado en Montblanch para impedir la comunicación de Reding con Wimpffen, y de este con la plaza de Lerida. Oyóse un día en los puntos que ocupaba, el ruido de un fuego vivo, que partía de más allá de sus avanzadas. Tal novedad obligóle á hacer un reconocimiento, por cuyo medio descubrió que provenía el estrepito de un encuentro de los somatenes con 600 hombres y dos piezas que traía un coronel enviado de Praga por el mariscal Mortier, á fin de ponerse en relación con el general Saint-Cyr. A duras penas habían llegado hasta Montblanch; mas no les fué posible retroceder á Aragen, teniendo después que seguir la suerte de su ejército de Cataluña. Hecho que muestra de cuán poco había servido domar á Zaragoza y ganar la batalla de Valls para ser dueño del país, puesto que á poco tiempo no lo era dada á un oficial francés poder hacer un corto tránsito á pesar de tan fuerte escolta.

Esta contienda, la de Chabran, y lo demás que por todas parte pasaba, affligía á los franceses, viendo que aquella era guerra sin término y que en cada habitante tenía un enemigo. Para inspirar confianza, y dar á entender que nada temía, el 19 de Marzo, antes de salir de Valls, envió el general Saint-Cyr á Reding un parlamento, avisándole que forzado por las circunstancias á acercarse á la fron-

tera de Francia, partiría al día siguiente, y que si el general español quería enviar un oficial con un destacamento, le entregaría el hospital que allí había formado. Accedió Reding á la propuesta, manifestando con ella el general francés á su ejército el poco recelo que le daban en su retirada los españoles de Tarragona, opacados con enfermedades y trabajos. Parócase algunos días las divisiones francesas del Liebreget allí, y aprovechándose de su reunión, ahuyentaron á Wimpffen del lado de Manresa.

Estró al paso en Barcelona el general Saint-Cyr, en donde permaneció hasta el 15 de Abril. Durante su estancia, no sólo se ocupó en la parte militar, sino que también tomó disposiciones políticas, de las que algunas fueron sobradamente opresivas. El general Dubesme había en todos tiempos mostrado temor de las conspiraciones que se tramaban en Barcelona, ya porque realmente las juzgase graves, ó ya también por encarecer su virrencia. No hay duda que continuaron siempre tratos entre gentes de fuera de la plaza y personas notables de dentro, siendo de aquellas principal jefe D. Juan Clarés, y de éstos el mismo capitán general Villalba, sucesor que habían dado á Ezequiel los franceses. En el mes de Marzo, recobrando ánimo después de pasados algunos días de la rota de Valls, acercáse michechundre de miqueletes y somatenes á Barcelona, ayudados los ingleses del lado de la mar; hubo noche que llegaron hasta el glacis, y aun de dentro se tiraron tiros contra los franceses. En muchas de estas tentativas estaban quizá los conspiradores más esperanzados de lo que debieran, y á veces la misma policía aumentaba los peligros, y aun fraguaba tramas para recomendar su buen celo. Tal se debía de su jefe el español Casanova, y aun lo sospechaba el general Saint-Cyr, sirviendo de pretexto el nombre de conjuración para apoderarse de los bienes de los acusados. Mas, con todo, no dejó de haber conspiraciones que fueron reales y que mantuvieron justo recelo entre los enemigos; motivo por el que quiso el general Saint-Cyr obligar con juramento á las autoridades civiles á reconocer á Junc, del mismo modo que se había intentado antes con los militares, sin que en ello fuese más dichoso.

Hasta entonces no había parecido á Dubesme conveniente exigirselo, deseoso de evitar nueva irritación y disgustos, y se contentaba con que ejerciesen sus respectivas jurisdicciones; resolución prudente, y que no poco contribuyó á la tranquilidad y buen orden de Barcelona. Mas ahora, cumpliendo con lo que había dispuesto el general Saint-Cyr, convocó al efecto el 9 de Abril á la casa de la Audiencia á las autoridades civiles, y solemnemente concurrieron á ella los oidores Mendieta, Vaca, Córdoba, Beltran, Marchanalo, Dueñas, Lascrua, Ortiz, Villanueva y Gutierrez; nombres dignos de mentarse por la entereza y brío con que se mostraron. Abrióse la sesión con un discurso, en que se invitaba á prestar el juramento, obligación que se suplenía suspendida á causa de particulares miramientos. Negaronse á ello resueltamente casi todos, replicando con claras y firmes razones, principalmente los Sres. Mendieta y D. Domingo Dueñas, quien concluyó con expresar que primero pasaría la toga que le revestia, que deshonrarla con juramentos contrarios á la lealtad. Siguiéron tan noble ejemplo seis de los siete regidores que habían quedado en Barcelona; lo mismo hicieron los empleados en las oficinas de contaduría, tesorería y aduana, afirmando el contador Asaguirre que aun cuan-

do toda España proclamase á José, él se expatrió. Veintinueve fueron los que de resultas se enviaron presos á Monjuich y á la ciudadela, sin contar otros muchos que quedaron arrestados en sus casas, en cuyo número se distinguan el Conde de Ezpeleta y su sucesor D. Galcerán de Villalba. Al conducirlos á la prision, el pueblo agolpábase al paso, y mirándolos como mártires de la lealtad, los colmaba de bendiciones y les ofrecía todo linaje de socorros.

No satisfecho Saint-Cyr con esta determinacion, resolvió poco despues trasladarlos á Francia; medida dura y en verdad ajena de la condicion apacible y mansa que por lo comun mostraba aquel general, y tanto ménos necesaria, cuanto entre los presos, si bien se contaban magistrados y empleados íntegros y de capacidad, no habia ninguno inclinado á abanderizar parcialidades.

Tomada esta y otras providencias, se alejó el general Saint-Cyr de Barcelona, y llegó á Vich el 18 de Abril, cuya ciudad encontró vacía de gente, excepto los enfermos, seis ancianos y el Obispo. Con la precipitacion, lleváronse solamente los vecinos las alhajas más preciosas, dejando provisiones bastantes, que aliviaron la penuria con que siempre andaba el ejército enemigo. Allí recibió su general noticias de Francia, de que carecía por el camino directo despues de cinco meses, y empezó á preparar para el sitio de Gerona, pensando que el ejército español no estaba en el caso de poder incomodarle tan en breve. No se engañaba en su juicio, así por el estado enfermizo y desórden en que se hallaba despues de la batalla de Valls, como tambien por el fallecimiento del general Reding, acaecido en aquella plaza en 23 de Abril. Al principio no se habian creído sus heridas de gravedad, pero empeorándose con las aflicciones y sinsabores, pusieron término á su vida. Reding, general diligente y de gran denuedo, mostróse, aunque suizo de nacion, tan adicto á la causa de España como si fuera hijo de su propio suelo. Sucedióle interinamente el Marqués de Coupigny.

La guerra de comatenes siempre proseguia encarnizadamente, y largas y difíciles de contar serian sus particulares y diversos trances. Muestra fué del ardor que los animaba la vigorosa respuesta de los paisanos del Vallés á la intimacion que los franceses les hicieron de rendirse. «El general Saint-Cyr (decian) y sus dignos compañeros podrán tener la funesta gloria de no ver en todo este país más que un monton de ruinas..... pero si ellos ni su amo dirán jamas que este partido rindió de grado la cerviz á un yugo que justamente rechaza la nacion.»

Tal género de guerra cundió á todas las provincias, nacido de las circunstancias y por acomodarse muy mucho á la situacion física y geográfica de esta tierra de España, entretejida y enlazada con los brazos y ramales de montañas y sierras, que, como de principal tronco, se desgajan de los Pirineos y otras cordilleras, las cuales, aunque interrumpidas á veces por parameras, tendidas llanuras y deliciosas vegas, actualando en unas partes los rios, y en otras quebrando y abarrancando el terreno con los torrentes y arroyadas que de sus cimas descienden, forman á cada paso angusturas y desfiladeros propios para una guerra defensiva y prolongada. No ménos ayudaba á ella la índole de los naturales, su valor, la agilidad y sultura de los cuerpos, su sencillo arreo, la sobriedad y templanza en el vivir, que los hace por lo general tan sufridores de la hambre, de la sed y trabajos. Hubo sitios en

que guerreaba toda la poblacion; así acontecia en Cataluña, así en Galicia, según lo veremos, así en otras comarcas. En los demas parajes levantáronse bandos de hombres armados, á las que se dio el nombre de guerrillas. Al principio cortas en número, crecieron despues prodigiosamente; y acaudilladas por jefes atrevidos, recorrian la tierra ocupada por el enemigo y le molestaban, como tropas ligeras. Sin subir á Viriato, puede con razon afirmarse que los españoles se mostraron siempre inclinados á este linaje de lides, que se llaman en la 2.^a Partida *correduras y algarras*, fruto quizá de los muchos siglos que tuvieron aquéllos que pelear contra los moros, en cuyas guerras eran continuas las correrías, á que debieron su fama los Vivares y los Munios Sanchos de Hinojosa. En la do sucesion, aunque varias provincias no tomaron parte por ninguno de los pretendientes, aparecieron, no obstante, cuadrillas en algunos parajes, y con tanta utilidad á veces de la bandera de la casa de Borbon, que el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, en su *Reflexiones militares*, las recomienda por los buenos servicios que habian hecho los paisanos de Benavente. En la guerra contra Napoleon nacieron, mas que de un plan combinado, de la naturaleza de la misma lucha. Engruesábanlas con gente las dispersiones de los ejércitos, la falta de ocupacion y trabajo, la pobreza que resultaba, y sobre todo la aversion contra los invasores, viva siempre y mayor cada dia por los males que necesariamente causaban sus tropas en guerra tan encarnizada.

La Junta Central, sin embargo, previendo cuán provechoso seria no dar descanso al enemigo y molestarle á todas horas y en todos sentidos, imaginó la formacion de estos cuerpos francos, y al efecto publicó un reglamento en 28 de Diciembre de 1808, en que despertando la ambicion y excitando el interés personal, trataba al mismo tiempo de poner coto á los desmanes y excesos que pudieran cometer tropas no sujetas á la rigurosa disciplina de un ejército. Nunca se practicó este reglamento en muchas de sus partes, y aun no habia circulado por las provincias, cuando ya las recorrían algunos partidarios. Fué uno de los primeros D. Juan Diaz Porlier, á quien denominaron el *Marquesito* por creerle pariente de Romana. Oficial en uno de los regimientos que se hallaron en la accion de Búrgos, tuvo despues encargo de juntar dispersos, y situó con este objeto en San Cebrian de Campos, á tres leguas de Palencia. Alzó, en Diciembre de 1808, alguna gente, y ya en Enero sorprendió destacamentos enemigos en Frómista, Rivas y Paredes de Nava, en donde se pusieron en libertad varios prisioneros ingleses, señalándose por su intrepidez don Bartolomé Amor, segundo de Porlier. Próximo éste á ser cogido en Saldaña y dispersada su tropa, juntóla de nuevo, haciéndose dueño, en Febrero, del depósito de prisioneros que tenían los franceses en Sahagun y de más de 100 de sus soldados. Creció entonces su fama, difundióse á Asturias, y la Junta le suministró auxilios, con lo que, y engrosada su partida, acometió á la guarnicion enemiga de Aguilar de Campó, compuesta de 400 hombres y dos cañones, siendo curioso el modo que empleó para rendirla. Encerrados los franceses en su cuartel, bien pertrechados y sostenidos por su artillería, dificultoso era entrarlos á viva fuerza. Viendo esto Porlier, hizo subir algunos de los suyos á la torre, y de allí arrojar grandes piedras, que cayendo sobre el tejado del cuartel, lo demolieron y dejaron descubiertos á los franceses, obligándolos á entregarse prisione-

ros. Concluyó otras empresas con no menor dicha.

No fué tanta entonces la de D. Juan Fernandez de Echavarri, que, con nombre de Compañón del Norte, levantó una cuadrilla que corría la montaña de Santander y asedio de Vizcaya, pues preso él y algunos de sus compañeros, en 30 de Marzo fué sentenciado á muerte por un tribunal criminal extraordinario, que, á manera del de Madrid, se estableció en Bilbao, el cual en este y otros casos ejerció inhumanamente su odioso ministerio.

Otras partidas de ménos nombre nacieron y comenzaron á multiplicarse por todas las provincias ocupadas. Distingúese desde los principios la de D. Juan Martín Díez, que llamaron el *Empecinado* (apodo que dan los comarcanos á los vecinos de Castiello de Duero, de donde era natural). Soldado licenciado después de la guerra de Francia de 1793, pasaba honradamente la vida dedicado á la labranza en la villa de Fuentecén. Mal enojado, como todos los españoles, con los acontecimientos de Abril y Mayo de 1808, dejó la esteva y empuñó la espada, hallándose ya en las acciones de Cabezon y Rioseco. Perseguiéronle después envidias y enenistades, y le prendieron en el Burgo de Osma, de donde no escapó al entrar los franceses. Luego que se vió libre reunió gente, ayudado de tres hermanos suyos, y empezando, en Diciembre, á molestar al enemigo, recorrió en Enero y Febrero, con fruto, los partidos de Aranda, Segovia, tierra de Sepúlveda y Pedraza. Aunque acosado en seguida por los enemigos, internándose en Santa María de Nieva, recogió en sus cercanías muchos caballos y hombres. Con tales hechos se extendió la fama de su nombre, mas también el perseguiimiento de los franceses, que enviaron en su alcance fuerzas considerables, y prendieron, como en rehenes, á su madre. Casi rodeado, salvóse en la primavera con su partida, y sin abandonar ninguno de los prisioneros que había hecho, yendo por las sierras de Ávila, se guareció en Ciudad-Rodrigo. Llegaron entonces á noticia de la Central sus correrías, y le condecoró con el grado de capitán. También por los meses de Abril y Mayo tomó las armas y formó partida D. Jerónimo Merino, cura de Villaviado. Lo mismo hicieron otros muchos, de los que, y de sus cuadrillas, suspendiremos hablar hasta que ocurra algun hecho notable, ó retiramos lo que pasaba en las provincias en que tenían su principal asiento.

Ayudaron al principio mucho á estas partidas, amparándolas en sus apuros, las plazas y puntos que todavía quedaban libres. Acabamos de ver cómo el Empecinado se abrigó á Ciudad-Rodrigo, en cuya plaza y sus alrededores solía permanecer el digno é invencible jefe inglés sir Roberto Wilson. Asistido de su legión lusitana, á la que se habían agregado españoles é ingleses dispersos, y una corta fuerza bajo D. Carlos de España, protegía á nuestros partidarios é incomodaba al general Lapierre, colocado en Loeches y Salamanca. Esto, aunque al fin de 10.000 hombres y con mucha artillería, apenas había hecho cosa notable hasta Abril, desde Enero, en que se apoderó de Zamora, ciudad casi abandonada. Sólo en 2 de Marzo, esperando en malos tratos, se presentó delante de Ciudad-Rodrigo, para entrar de rebote la plaza; mas el aviso de buenos españoles y con diligencia de Wilson le impidieron salir adelante con su proyecto, incomodándole éste continuamente aun en sus mismas reales.

Por aquel tiempo Asturias, provincia que después de la invasión de Galicia era la sola libre entre las del Norte, mostrósese firme, y continuó desplegando

sus patrióticos sentimientos. Gobernábala la misma junta que se había congregado en 1808, compuesta de hacendados y personas principales del país. Dio para el armamento y defensa enérgicas providencias, que la malquistaron con muchos. Tales fueron un alistamiento general, sin excepcion de clase ni persona; el repartimiento extraordinario á toda la provincia de dos millones de reales, y el de otras sumas entre los más ricos capitalistas y propietarios; la rebaja de sueldos á los empleados, y por último, el haber mandado á las corporaciones eclesiásticas que tuviesen á su disposicion los caudales que existieran en sus depósitos. Con estos recursos hubo bastante para hacer frente á los considerables gastos que ocasionaron las dispersiones de Espirasa y las posteriores, y arreglar de nuevo y aumentar la fuerza necesaria para la defensa del Principado.

Uno de los puntos que urgía poner al abrigo de un impensado ataque era el del lado oriental, por donde los enemigos se habían extendido hasta más acá de San Vicente de la Barquera. Juntáronse las pocas tropas que quedaban, y se pusieron á las órdenes de D. Francisco Ballesteros, que de capitán retirado y visitador de tabacos había ascendido á mariscal de campo, en la profusion de grados que se concedieron. Contentose al principio el nuevo general con ocupar las orillas del Sella, hasta que reforzado avanzó, en Enero de 1809, á Colombres y riberas del Deva. Descubrieron luego Ballesteros y otros jefes suma actividad y celo, esmerándose en la instruccion y disciplina de subalternos y soldados. Y en aquel campo, al paso que se perfeccionaron unos y otros en los ejercicios de su profesion, habituáronse tambien al fuego, no estando separados del enemigo sino por el Deva, y al fin se alcanzó formar una division, que regida por Ballesteros, adquirió justo renombre en el curso de la guerra.

Antes de empezar Febrero, ascendia dicha fuerza á 5.000 hombres, y el 6 del mismo desalojó ya á la del enemigo de la línea que ocupaba, incomodándole con frecuencia, y casi siempre ventajosamente. Hubo ocasiones en que las refriegas fueron de más empeño, sobre todo una acaecida en fines de Abril, consiguiendo los nuestros penetrar hasta San Vicente de la Barquera, en cuyo pueblo celebró su victoria el general Ballesteros con grande aparato; vana ostentacion á que era inclinado, pero con la que entusiasmaba al soldado y granjaba su voluntad.

La Junta de Asturias había, ademas, establecido dentro del Principado, bajo el nombre de *Alarma*, un levantamiento general para que acudiesen á la defensa, en caso de irrupcion, todos los hombres capaces de manejar un fusil ó un chuzo, de cuyas armas no había vecino que no estuviese provisto.

A últimos de Enero, al saberse la ocupacion de Galicia, igualmente paró su atencion en formar y juntar con prontitud una division de 7.000 hombres que cubriese la parte occidental de Asturias, y cuyo mando, por desgracia, dió á D. José Worster, general de menguado seso, aunque antiguo oficial de artillería.

Puesta esta fuerza á orillas del Eo, sabiendo ser corta la que tenían enfrente los enemigos, y ansiando por tener un apoyo los patriotas de aquellos partidos, de los que del lado de Vivero se habían ya levantado algunos, tratóse seriamente, al comenzar Febrero, de hacer una excursión en Galicia. Verificóse así, mas con tan poco orden, que las tropas de Worster cometieron excesos en Ribadeo como si fuesen enemigas, y mataron á D. Ramundo Ibañez, comerciante rico é ilustrado de aquella

villa. Dificil era que soldados tan insubordinados se comportasen debidamente cuando se tratase de guerrear. No obstante, intentó Worster sorprender á los franceses que guarnecian á Mondoñedo. Sitá esta ciudad en un profundo valle, cercada de altas montañas, y sin otro camino llano mas que el que conduce á Asturias, pudiera fácilmente haberse conseguido la empresa. Pero Worster, por sus mal concertados órdenes, y el coronel Linares por no atender cumplidamente al punto que guardaba, diéronse tan torpe maña, que dejaron retirarse á los franceses sin grande molestia. Worster, luego que entro en Mondoñedo, en vez de tener presente la clase de enemigo con quien las había, entregóse á fiestas y convites que le dieron los vecinos, de cuyo descuido enterado el general francés Maurice Mathieu, que mandaba por aquella parte, despues de entrar en Viveiro, en que se había formado una junta, y de entregar al saco y furor del soldado aquella villa, revolvió sobre Mondoñedo, sorprendió y dispuso la division de Worster, superior en número, y penetrando en Asturias hasta el Navia, saqueó y aniquiló los correos que median entre este rio y el Eo. Afortunadamente, se hallaba en las cercanías don Manuel Acevedo, individuo de la Junta y hermano del general que pereció despues de la batalla de Espinosa, y á su actividad e ilustrada diligencia debiose la pronta reunion á esta parte del Navia de los soldados desbandados, ayudándole con esmero el gobernador del partido D. Matías Menéndez y el bizarro coronel Galdiano. Advertido el general francés de que la tropa asturiana se había rebelado, y juzgando arriesgado internarse aún en el Principado, retrocedió á Galicia y se contentó con ocupar sus antiguas posiciones.

Tales eran los acontecimientos ocurridos en Asturias, mientras que esta provincia, si bien libre, se había mantenido como aislada y sin comunicacion con las otras, hasta que en la primavera de 1809 pisó su suelo por primera vez el Marques de la Romana, mas para averiguar los motivos que trajeron á este caudillo al Principado, necesario es referir ántes lo que pasó en Galicia despues que le dejamos en Enero á él y á su gente cerca de la frontera de Portugal.

Allí continuó todo el Febrero, mudando á menudo de posicion, y aproximándose á veces á la plaza portuguesa de Chaves. Consta su fuerza en 9,000 hombres, distribuidos en una vanguardia, al cargo de D. Gabriel Mendizabal, y en dos divisiones, que mandaban los generales Mahy y Taboada. Su estancia en aquellos parajes animó mucho al paisanaje de Galicia, abultándose el número de sus tropas y el de sus recursos. También procuraba el mismo Marqués, por medio de emisarios, atizar el fuego, y el ayudante general Moseoso, en una comision que tuvo en lo interior de aquella provincia, repartió con buen éxito ejemplares manuscritos de una instruccion que había compuesto para la guerra de partidas.

Hubo sitios en que produjeron estos pasos conveniente efecto; mas hubo otros en que, sin ajeno estímulo, formáronse muy luego los habitantes en cuadrillas. Así aconteció con los parianos de la Puebla de Trilba, que los primeros y ántes de comenzar Febrero, dirigidos por Diego Nafaz de Millaroso, cogieron prisioneros á sus dragones de la division del general Marchand, los cuales, con varios despojos, llevaron en triunfo adonde estaba Romana. Imitáronlos en breve otros muchos en el valle de Valdeorras, y uniéndose cinco fielidades, eligieron

una junta, escogiendo por su general á D. José, abno de Casayo, mozo arropado y de la casa de Quiroga, ilustre en aquella tierra. Su hermano D. Juan, también de Quiroga y Uria, cooperó grandemente á sus empresas, que se multiplicaron y extendieron hacia el Viero. En la linea de Lugo, desde el valle de Cruzul hasta Monte Salgueiro, no lejos de Retanzos, interceptaron los naturales correos y destacamentos, señalándose el juez de Caneleda D. Ignacio Herbon, quien, al acabar Febrero, atacó en Pontecos un convoy y le cogió en su mayor parte. Pero en donde se encendió extraordinariamente y tomó forma mas regular la insurreccion, segun veremos mas adelante, fué del lado de Tuy.

Mucho hubiera podido contribuir á darle pronto y vigoroso centro la permanencia de Romana hacia Mont-rey; mas nuevas circunstancias le obligaron á alejarse. Indicamos en otro libro cómo el mariscal Soult avanzaba por la costa de Galicia, via de Portugal. Econtó este movimiento en virtud de órden que en 28 de Enero recibió en el Ferrol para invadir aquel reino.

Luego que se embarcaron los ingleses en la Coruña, quedando pocos en Lisbon, parecible fué á Napoleon llegar á las puertas de esta capital, y lavar con su conquista la antigua mancha. Para ello, al paso que Soult había de realizar la principal invasion por la costa de Galicia y provincias portuguesas del Norte, el general Lapissa y el mariscal Victor estaban encargados de amenazar la frontera portuguesa por Ciudad-Rodrigo y Extremadura. Componanse las fuerzas de Soult del segundo cuerpo y de parte del que había mandado Junot; segun Napoleon, ascendian en todo á 50,000 hombres, como si no hubiesen tenido perdidas ni baja alguna; mas realmente estaban reducidos á la mitad; 4,000 eran de caballería.

El mariscal Soult, despues de tomar las correspondientes providencias y de dejar en su lugar á Ney, ausente en Lugo al recibo de la órden, puso en marcha, y el 3 de Febrero llegó á Santiago. Precediéndole los generales Lahoussaye y Franceschi: el primero, con los dragones, se encaminó á Ribadavia y Salvatierra, plaza de poco valer y desmantelada, á orilla derecha del Miño; y el segundo, con la caballería ligera, fué la vuelta de Tuy, ciudad colocada en la misma ribera. Sostenia á estas divisiones la de infantería del general Merle, que avanzó á Pontexedra. Las otras, con el mariscal Soult, salieron de Santiago el 8, llegando el 10 á Tuy. Corre el Miño por allí muy caudaloso, y sin que desde Orense se encuentre puente alguno; no obstante penso Soult cruzarle hacia la mar, acopiando los preparativos necesarios en el puertecillo de la Guardia, separado de la desembocadura por el monte de Santa Tecla. Habiendo dificultades para doblar la punta que éste forma y subir rio arriba, trasladaron los franceses por tierra en carros gallegos cosa de una legua, con mucho trabajo, los botes destinados al transporte de la tropa, y los volvieron á poner boyantes en el Tamuje, rio pequeño que desagua en el Miño. El 15 en la noche, á la hora de la marea alta, quedó encargado de empezar la operacion el general Thomières. Hicéntese en buen orden por el Tamuje; pero al entrar en la gran corriente del Miño, mas rápida con el reflujo que comenzaba, separáronse los botes, y pocos fueron los que arribaron á la orilla opuesta. Los portugueses, mandados por el general Bernardino Freire, hicieron contra ellos un fuego vivo y acertado, con lo cual y la marea ya contraria tuvieron que volver

los más á tierra de España, quedando prisioneros de los portugueses unos 40 hombres. El malogramiento de esta tentativa, cundien lo por una y otra frontera, animó al paisanaje, deseoso de molestar á los franceses.

También con aquel contratiempo vió el mariscal Soult los obstáculos que se le ofrecían para pasar el Miño, no teniendo á su pronta disposición los medios necesarios, por lo cual determinó entrar en Portugal via de Orense, tomando río arriba. Sabó, pues, de Tuy el 17 de Febrero, y nombró al general Lamartiniere comandante de la ciudad, en la que dejó los enfermos, la mayor parte de la artillería y alguna guarnición.

A corta distancia ya percibió síntomas de una insurrección general. Habíanla fomentado varios individuos entre los que se señalaron el abad de Conto y el de Valladolid. Aquella tierra está bien cultivada, con población numerosa y desparramada en caseríos rústicos. De las heredades, distribuidas en cortas porciones, y por lo general á foro enfiteutico, disponen los usufructuarios como de cosa propia. Y la gente, trabajadora y de suyo guardosa, tenía más que la de otras provincias perder, con la invasión de extraños, el producto de sus labores e industria, y con tanta mayor razón, cuanto los franceses, escasos de provisiones, comenzaron á hacer repartimientos excesivos y á cometer robos y saqueos.

Allí los abades, nombre que se da á los curas párrocos, tienen mucho influjo por su riqueza y poder. Lo tienen los ríos y cercanos monasterios del órden cisterciense de San Claudio y Melon, y teníanlo también entonces, por su patriotismo, varios partidarios, los cuales, juntos y separadamente, trataron de aprovechar la buena disposición del pueblo contra los extranjeros. Antes que ninguno descubriese el abad de Conto, D. Mauricio Troncoso, quien congregando á sus feligreses con motivo de un repartimiento que les invasores habían echado, díjoles: «En vez de dar á los enemigos lo que nos piden, será vuestra gloria al querer negárselo y emplearlo en vuestra defensa.» Aplaudieron todos aquellas palabras, y agregándose personas de cuenta y aun portugueses, saltáronse de todos lados partidas que hostigaron á los franceses en su marcha. En Montoutan hicieron notable daño el mismo abad de Conto, y quemaron aquel pueblo en venganza. Desde el puente de las Huchas hasta Ribadavia también padecieron varias acometidas, acuchillando al paisanaje José Labrador, el monje bernardo Fr. Francisco Carrascon y después el juez de Maside; y si bien en estos encuentros los franceses con su potencia y buenas armas rompian al fin por medio é iban adelante, perdian gente y amabanse sus soldados con guerra tan continua y encorizada.

De Ribadavia pasó el mariscal Soult á Orense, resuelto á entrar en Portugal por la plaza de Tuy y á disparar antes el corto ejército de Romana. Manteniase este general en el valle de Monterey, y hallábase en Limalara el 4 de Marzo, cuando llegó un parlamentario francés con un pliego, ofreciendo recompra y condecoraciones con tal que Romana y su ejército reconociesen á José. Replicó el general español debidamente, diciendo que á tales proposiciones no había otra respuesta que enérgica. Pero no habiéndose tomado en el tratamiento del oficial parlamentario las acostumbradas precauciones, escarmentó este con sus proposiciones al legítimo estado de nuestro ejército, y dió cuenta á él de su tratado, quien determinó atacar sin dilación á los españoles.

El Marqués de la Romana quería evitar cualquier refugio; mas no habiéndose retirado tan prontamente como era de desear, fué el 6 de Marzo alcanzado su retaguardia, á las órdenes de D. Nicolas Mahy, en las inmediaciones de Verin. Cogido el general Francesco en algunos prisioneros y la desordenó; pero no insistiendo en su persegimiento, pudo continuar su marcha. Los franceses sólo pensaron en entrar en Portugal, cuyas tropas, mandadas por el general Silveira, habían sido acometidas en Villaça el mismo día que las españolas por la division de Delaborde, teniendo que retirarse, después de alguna pérdida, al abrigo de la noche.

El general Mahy dirigióse á las Portillas, gargantas que parten termino con Castilla, y se unió en Luvian con el Marqués de la Romana. Andaban todos inciertos acerca del camino que tomarian, y pesábalos á algunos que se abandonase á Galicia en la propia sazón en que por todas partes cundia el fuego insurreccional. Aprobóse al fin, á propuesta del ayudante general Moscoso, el no alejarse de la tierra montañosa, y conforme á esta determinación decidió Romana partir la vuelta de Asturias, donde soplaría la hoguera encendida en Galicia. En consecuencia cambiase de improviso la marcha, y se revolvió sobre las montañas de las Cabreiras para cruzarlas por el puerto del Palo, pais escabroso, solitario y cuyas sierras mas bien se escalan que se suben. A su paso sobreecogió la noche á nuestros soldados en estación cruda, expuestos á la intemperancia, desprovistos de todo. Animándose unos á otros, llegaron por fin á Ponferrada del Bierzo, con admiracion de sus vecinos, que los creían lejos de sus hogares. En aquella villa y otros muchos pueblos no habia frances alguno, contentándose éstos con ocupar la linea de comunicacion de la Calzada, que de Galicia va á Castilla, y aun en ella termin poca tropa, excepto en Villafranca, en que contaban unos 1.000 hombres de escogidas tropas.

Las de Romana no estaban para emprender expediciones de grande importancia, pero el haber casualmente encontrado en una ermita cerca de Ponferrada un cañon de á doce, abandonado con su cureña y balas de su calibre, sugirió la idea al ayudante Moscoso de proponer al General en jefe un ataque contra los franceses de Villafranca. Condescribió Romana, y desde Ponfe, donde se habia ya trasladado para entrar en Asturias, dispuso que acometiese la empresa con 1.500 hombres el general Mendizabal.

Los franceses, á la inesperada vista de los españoles y del cañon de grueso calibre, imaginándose venia sobre ellos gran fuerza, se arrodillaron y metieron en el castillo-palacio de la villa, perteneciente á los marqueses que llevan su nombre; era edificio antiguo, de muros sólidos, con cuatro torres que defendian cañones de hierro, y el cual quemaron después los paisanos para que no sirviese otra vez de refugio al enemigo. Conozieron los españoles su ataque en la mañana del 17 de Marzo, distinguiéndose el regimiento de voluntarios de la Corona, y dase ya á entrar por fuerza en el castillo, cuando, intimada la rendicion, abrieron los franceses la puerta y quedaron prisioneros 1.000 granaderos que le guarnecian de las más acreditadas tropas. Avergonzados después de haber entregado las armas á tan corto numero de hombres y á gente de tan poca aptitud como eran entonces las tropas de aquel ejército, La roya de este suceso, corrió de bien en bien, alento á los patriotas de Galicia, que se figuraban ser ya mas numerosas las tro-

pas que capitaneaba Romana. ¡Ojalá se hubiera limitado siempre este caudillo á tal linaje de empresas, dignas de un militar y de su elevado puesto, evitando entrometerse en querellas y divisiones de provincias, segun aconteció en Oviedo, á cuya ciudad llegó poco después de la toma del castillo de Villafranca!

Los disgustos excitados con las providencias oportunas y enérgicas de aquella junta habíanse entonces aumentado con otras intempestivas y arbitrarias dadas contra algunas personas. Los descontentos, sobre todo ciertos individuos de corporaciones privilegiadas, salieron á recibir á Romana, y por desgracia, de tal modo preocuparon su ánimo, que en vez de obrar desapasionadamente, y de contentarse con deprimir los abusos de autoridad que hubiese habido, púsose del bando de los que se creían agraviados. Tratóse, por consiguiente, el General y la Junta con frialdad y desvío, sin que le fuese dado conciliarlos a la prudencia y buen tino de su presidente, el brigadier D. José Valdés, antiguo jefe de Romana cuando éste servía en la armada. La Central había autorizado al Marqués con amplias facultades en la parte militar, y él, ensanchándolas á su sabor, empezó por reprender á la Junta en lo que precisamente merecía más alabanza, como lo era en haber mandado que tomasen las armas todos, sin excepción, incluso los donados y legos de los conventos, y los beneficiados no ordenados *in sacris*. Compuesta dicha corporación de los principales de la provincia, y de snyo altiva, respondió acerbamente á la inadvertida reprensión; con lo cual irritado aun mas Romana, quiso llamarla á cuentas. Negóse á ello la Junta, por no creerle autoridad competente, pero añadiendo que haría públicas sus entzadas é inversiones, para satisfacción de sus contentos. Encendiéndose así el enojo de ambas partes, en especial con motivo de un repartimiento de cuatro millones enviados por la Central para uso del Principado, y que Romana quería por sí aplicar á su solo ejército, decidióse el último á disolver la Junta, á cuyo fin y por orden suya penetró en la sala de las sesiones el coronel D. José de O'Donnell con 50 hombres del regimiento de la Princesa, haciendo en ello un pequeño y ridículo remedo del 18 Brumario de Napoleón. Cedieron los vocales á la violencia, sin dejar de hacer fuerte y enérgica oposición, señaladamente D. Manuel María de Acevedo. Romana nombró otra junta en su lugar; mas la tropela cometida con la anterior disgustó á los más, y desengañó, por decirlo así, de su asiento en el Principado el orden y buen gobierno. Injustamente acusaron algunos á la junta disuelta de malversación de caudales (7). Pudientes y ricos los más de sus individuos, habían hecho los

más de ellos donativos cuantiosos, y su patriotismo y celo estaban libres de tacha. Sólo, repetimos, incurrieron en merecida censura por algunas medidas arbitrarias contra determinadas personas. Hablamos en este punto con tanta mayor imparcialidad, cuanto no andábamos bien avenidos con aquella junta, por lo que merecimos de Romana que nos nombrase de la que había en su lugar creído: gracia que no admitimos por considerar su procedimiento ilegal y dañoso.

Sabedor el mariscal Ney de la discordia suscitada entre la Junta de Asturias y Romana, y temeroso, sobre todo, con lo sucedido en Villafranca, de que uniéndose este caudillo sus tropas á las del Principado, formase un cuerpo respetable y bastante numeroso para incomodarle y cortarle su comunicación con el reino de León, se preparó á invadir á Asturias, poniéndose de acuerdo con fuerzas que había en Castilla y en Santander. Pareció ser que desde Francia también le había venido órden de no despreciar oportuna coyuntura de verificar dicha invasión. Romana, por su parte, más ocupado en las contestaciones y querellas de la Junta que en uniformar y arreglar la mucha gente que ahora tenía á su disposición, no tomó acerca de ella providencia alguna. Dejó correr en el Principado los asuntos militares segun iban á su llegada, y olvidó á su ejército de Galicia, el cual, á las órdenes de D. Nicolás Mahy, pasando el puerto de Anares, se había situado hacia el Navia, extendiéndose hasta las avenidas de Lugo y Mondoñedo.

El mariscal Ney, rozándose casi con este ejército y acompañado de 6000 hombres, se dirigió desde Galicia, por la tierra aspera y encombada de Navia de Suarna, á Ibias, y descendiendo á Cangas de Tineo, Salas y Grado, se adelantó á Oviedo, al mismo tiempo que, procedente de Valladolid y con otra tanta ó más fuerza, se metía en el Principado, por el puerto de Pajares, el general Kellermann. Estaba ya cercano á Oviedo el mariscal Ney, y todavía lo ignoraba Romana. Recibió éste al fin un aviso, y apresuradamente, después de dar por primera vez órdenes á la division de Ballesteros y á la de Worster, poco ántes inútilmente repuesto en el mando, pasó á Gijón, en donde se embarcó, tomando en segunda tierra en Rivadeo. Entró Ney en Oviedo el 19 de Mayo, de cuya ciudad habían salido casi todos sus moradores, dejando abandonadas sus casas y haberes. En seguida al saqueo durante tres días, viéronse muchos arruinados y menguaron los intereses de otros. A la noticia de la invasión acudieron el general Worster lentamente á Oviedo por el pía de montaña, y Ballesteros, retrocediendo de Colombres al Infesto, encisóse luego por las asperezas de Covadonga, santuario celebre, mirado como una de la monarquía de Castilla. Puroco poco Ney en la capital de Asturias, y dejando allí á Kellermann, y en Villavieja al general Bonnet, que había venido con su division hasta aquel sitio, de los lindes de Santander, tornó por la costa á Galicia, adonde le llamaban acontecimientos de cuantía, y á que daban ocasion reveses de Souto en Portagal, la insurrección de la provincia de Tuy y otras, y aun tambien los movimientos del ejército de la Romana, el cual amenazaba á Lugo y adelantaba al paso por la abultada fama de sus hazafas.

La fuerza de este ejército puede decirse que estaba dividida en dos partes: de la una, que era la principal, acabamos de hacer mención; la otra, entonces ménos numerosa, había quedado en la Puebla de Sanabria, á las órdenes de D. Martín de la

Reales

(7) Las rentas ordinarias de la provincia de Asturias producen en entónces al año lo mismo que ántes.	8.000.000
Los donativos.	4.000.000
Un préstamo.	3.500.000
Así el total que entró en arena desde Mayo de 1808 hasta Mayo de 1809, de rentas y recursos de la provincia, fué de unos.	15.500.000

Factos aquí parte á extra 15.500.000 reales vellón, 20 millones de reales que entraron de Inglaterra, más de los últimos habiéndose enviado á la Central, quedan reducidos á 18, ascendiendo, por consiguiente, el total á 33.500.000 reales vellón. Durante este tiempo mantuvo la provincia constantemente de 18 á 20.000 hombres sobre las armas, á lo que al principio llegó hasta una peseta diaria. Véase el con este gasto, y la que costaba el pago de las autoridades civiles había lugar á dudar que, además el Marqués de Vistalegre, que estaba al frente de la fuerza del Principado, era hombre de un acendrado en la materia é incapaz de entrar en ningún manejo deshonroso y loco.

Carrera. La primera, gobernada, en ausencia de Romana, por D. Nicolás Mahy, constaba de unos 6.000 hombres y de 200 caballos; la cual, á la propia sazón que Ney se movía la vuelta de Astúrias, se adelantó hacia el monasterio cisterciense de Meira, no lejano de Lugo. El general Worster no había querido acompañar á Mahy en aquel movimiento, creyendo que la fuerza que mandaba debía pensar, ántes que en otra cosa, en cubrir á Astúrias. Siguió avanzando dicho general Mahy, y su vanguardia, capitaneada por D. Gabriel de Mendizábal, tropezó el 17 de Mayo, en Fria de Castro, á dos leguas de Lugo, con una columna enemiga de 1.500 hombres, que obligó á meterse en la ciudad. Al día siguiente el general Fourmier, gobernador francés, militar entendido, pero de condonación singular, y muy dado á hablar en latín á los obispos y á los clérigos, salió de dentro y se dispuso á aguardar á los nuestros en las inmediaciones, apoyando la izquierda en los mismos muros y la derecha en un pinar vecino. Acompañóle D. Nicolás Mahy, formando su gente en dos columnas, guiadas por los generales Mendizábal y Taboada, junto con los 200 jinetes que mandaba D. Juan Caro. A espaldas quedó la reserva, á las órdenes del brigadier Losada, y aparentó tener otro cuerpo de caballería, colocando á distancia, montados en acémilas y caballos de oficiales, cierto número de soldados; ardid que no dejó de servir, notándose también en nuestras tropas más instrucción y confianza. Trabajó la pelea, y á poco, volviendo caras la caballería enemiga, desconcertó su línea de batalla, e infantes y jinetes corrieron precipitadamente á guarecerse de la ciudad, acometiendo con tal brío nuestra gente, que varios catalanes de tropas ligeras, metiéndose dentro al mismo tiempo que aquéllos, tuvieron después que descolgarse por las casas pegadas al muro, ayudados de los vecinos. Los franceses perdieron bastante gente, y los españoles varios oficiales, y en este número al comandante de ingenieros D. Pedro González Davila, distinguido por su valor. No pudiendo los españoles ganar en seguida á Lugo, ciudad rodeada de una antigua y elevada muralla y de muchos torreones, aunque socavando el revestimiento por los años, intimaron la rendición al Gobernador, que respondió con honrosa arrogancia. Entonces decidíase á formalizar el cerco el general Mahy; allí le dejamos, para acudir adonde nos llaman los gloriosos hechos de las orillas del Miño.

Luégo que el mariscal Soult hubo pasado de Orense via de Portugal, la insurrección del paisanaje gallego se aumentó, combiendo por las feligresías de las provincias de Tuy, Lugo, Orense y Santiago hasta las riberas del Ulla y aun mas allá. Por todas partes aparecieron jefes para acatillarlas, y Romana y la Central enviaron también algunos que la fomentasen. Entre los primeros fueron los mas distinguidos los abades ya nombrados de Couto y Valladarez, y además un caballero de nombre D. Joaquín Tenreiro, el alcalde de Tuy D. Cosme de Seoane, y D. Manuel Cordido, labrador y juez de Cotebad. Así indistintamente se aunaban todas las clases contra el enemigo común. El último hizo guerra terrible en la carretera de Pontevedra á Santiago, las otras, después de varios choques recorriendo la tierra de Tuy y Vigo, obligaron á los franceses á encerrarse en el recinto de ambas plazas. De los emisarios de Romana diéronse particularmente á conocer los capitanes D. Bernardo González, dicho Cuchamuña, del pueblo de donde era natural, y don Francisco Colombo, incomodando mucho el primer

ro á los enemigos por la parte de Soutelo de Montes y puente de Ledama. Fueron los enviados de la Central el teniente coronel D. Manuel García del Barrio, el entonces alférez D. Pablo Morillo, el canónigo de Santiago D. Manuel de Acuña, gallego y de familia que tenía deudos y amigos en el país. Llegaron éstos cuando todavía el Marqués de la Romana estaba en el valle de Monterey, y permaneciendo Barrio en su compañía hasta que partió á Astúria, envió hacia Tuy á los otros dos comisionados para obrar de acuerdo con los que por allí lidiaban contra los franceses.

Además, no hubo partido ni punto en que ántes ó después no fuesen molestados: así sucedió en Triadiza, no lejos de Santiago, en que se formó una junta, y mandaron la gente los hermanos estudiantes D. Benito y D. Gregorio Martínez; así en Muros, en Coreubian, en Monforte de Lemos, aunque con la desgracia, en las tres últimas villas, de haber sido incendiadas y horrorosamente puestas á saco. No desanimándose los moradores por tan malos contratiempos, sabedor Barrio de que en las alturas de Lobera reunía bastante gente el administrador de rentas de la Boullosa, D. José Joaquín Márquez, incorporósele el 17 de Marzo, viniendo de hacia Cháver. Reconocido Barrio como comisionado de la Central, convino con los demás en congregar una junta, compuesta de vocales del partido y de las personas que más habían contribuido al levantamiento de otras feligresías. Verifícase, en efecto, instalándose el 21 del mismo mes de Marzo en aquellas alturas y en campo raso, renovando la sencillez de los tiempos primitivos. Sujetáronse todos á la autoridad creada, nombróse presidente al Obispo de Orense, y sin detención se tomaron disposiciones que mantuvieron é impulsaron más ordenadamente la insurrección. Al Márquez, hombre esforzado y que había trabajado en favor de la causa común más que los otros, diósele el mando de un nuevo regimiento, que se apellidó de Lobera, y mandósele ir á reforzar á los que bloqueaban á Tuy. También se expidió orden á Cuchamuña para que Soutelo cayese sobre Vigo y engrosase el número de los sitiadores. Dispuséronse asimismo para entonces y para después varias otras correrías, en especial hacia Lugo y valle de Valdeorras, acudiendo siempre al paisanaje D. Juan Bernardo de Quiruga y su hermano el abad de Casoyo.

Entre tanto seguían apretando á las ciudades de Tuy y Vigo los abades de Couto y Valladarez. Guarecieron á la última 1.300 franceses, al mando del jefe de escuadron Chalot. Aunque es aquel puerto uno de los mejores y más abrigados de España, la fortificación de tierra es defectuosa, y á su muralla, baja en algunas partes y sin foso, la domina, á corta distancia, el castillo del Castro. Sin embargo, la plaza estaba bien provista y artillada. Estrechábala el abad de Valladarez. D. Juan Recendo Arias Henríquez, á quien se le había agregado la gente que en el valle de Frago había levantado su anciano alcaide D. Cayetano Limia, para lo que le facilitó armas el crucero inglés de la inmediata costa. Asimismo se le juntó D. Joaquín Tenreiro, que, con el portugués D. Juan Bautista Almeida, había recogido muchos voluntarios de algunos valles, engrosándose de este modo considerablemente el número de sitiadores.

También en Marzo se presentó entre ellos D. Pablo Morillo, quien, enterado de que una columna francesa intentaba, encaminándose del lado de Pontevedra, venir al socorro de la plaza, corrió al puen-

te de San Payo para reconocerle y asegurar su defensa, como lo verificó, ayudado de D. Antonio Gago, vecino de Marin, que capitaneaba una partida numerosa de paisanos y era dueño de dos piezas de artillería. Colocó estas Morillo, con otras tres que fueron de Redondela, en el paso del puente, que, fortalecido, dejó al mando de D. Juan de Odorguetti, comandante de tres lanchas cañoneras. Volvióse luego D. Pablo al sitio de Vigo, y en su compañía 300 hombres, mandados por D. Bernardo Gonzalez Cachamuiña y D. Francisco Colombo.

Habia el abad de Valladares intimado á la plaza varias veces la rendición, sin que el comandante francés quisiera abrir las puertas, pareciéndole vergonzoso y poco seguro capitular con paisanos. Tornó, como hemos dicho, Morillo, y ya por sus ativas y acertadas disposiciones, y ya por haber sido enviado de Sevilla, eleváronle los sitiadores á coronel y reconocieronle como superior, á fin de que á vista de un militar cesasen los escrúpulos y recelos del comandante francés. Sin tardanza repitió el nuevo jefe español una áspera intimación, amenazando el 27 de Marzo con tomar por asalto la plaza y no dar cuartel. Pidieron los franceses veinticuatro horas de término para contestar, y no accediendo Morillo, rindieronse por fin, concedidos que les fueron los honores de la guerra, y con la cláusula de que serían llevados prisioneros á Inglaterra, por lo cual firmó la capitulación, en unión con el jefe español, el comandante británico del crucero. Exigió, además, Morillo que inmediatamente se ratificase lo convenido, pues si no, acometería la plaza. Retardábase la respuesta, y á las ocho de la noche aproximáronse á sus muros los sitiadores, arrojándose á la puerta de Camba para hacerla astillas y armado de un hacha un marinero abeciano, que cayó muerto de un balazo; ocupó su puesto y tomó el hacha Gonzalez Cachamuiña, y rompióla, aunque herido en varias partes de su cuerpo. Ibase ya á entrar por ella, cuando Morillo recibió la ratificación, y á duras penas pudo, con su recia voz, hacer cesar el fuego y detener á los suyos, que se posesionaron de la plaza al día siguiente 28. No hubo en su reconquista ni ingenieros ni cañones, ganada sólo á impulsos del patriotismo gallego. Entregáronse prisioneros 1.213 hombres y 46 oficiales, y cogiéronse otras presas con 117.000 francos en moneda de Francia. A poco de haberse rendido, supose que de Tuy acudían soldados enemigos en auxilio de la guarnición de Vigo; dióse prisa Morillo á enviar á su encuentro personas y gente de su confianza, quienes los deshicieron, mataron á muchos y aun tomaron 72 prisioneros, que se pusieron á bordo juntamente con los de Vigo.

Sin embargo, la facilidad con que se enviaba este socorro mostraba no ser rigoroso el bloqueo de Tuy. Habíase comenzado el 15 de Marzo el abad de Couto, y con él el juez y procurador general de la misma ciudad y otros caballeros. También concurrieron portugueses de la orilla opuesta, y la plaza de Valencia, situada enfrente, había tratado de molestar á los franceses con sus fuegos. Liberado Vigo, esperábase que el cerco tendría pronto y feliz éxito; pues además de acudir desde allí, con su gente, Morillo, Tenreiro, Almeida y otros, vino también por su lado D. Manuel Garcia del Barrio, reconocido comandante general por la junta de Lobera. Pero tanto concurso de jefes y caudillos no sirvió sino para suscitir celos y rencillas. Morillo fué en comisión camino de Santiago, y los otros, en especial Barrio y Tenreiro, el uno presuntuoso

y el otro díscolo de condicion, desaveniéronse y ocupáronse en recíprocos pliques y zaherimientos. Y así este bloqueo, sostenido con cañones y una gente, fué mal dirigida, y al cabo se malogró. Mandaba dentro el general La Martinière, y el 6 de Abril, haciendo una salida, apoderose de cuatro piezas colocadas en la altura de Francos, no muy distante de la ciudad. Ocurrida esta desgracia, y agriándose más los ánimos, dióse lugar á que llegasen socorros á Tuy, avanzando del lado de Santiago una columna de infantería y caballería, á las órdenes del general Maucune, y otra del lado de Portugal, mandada por el general Hendelet, que enviaba Soult, ya posesionado de Oporto, para recoger la artillería que allí había dejado.

Enseñábase el 10 de Abril, sin escepcion, el general Hendelet de Valencia del Miño, Sabedores los españoles que bloqueaban á Tuy de aquel suceso, levantaron el sitio, quedándose unos en las alturas que median entre esta plaza y la de Vigo, y alejándose otros, con Barrio, á Pontevedra. Al mismo tiempo los franceses que venían de Santiago arrastraron á la gente de Morillo en el camino de Redondela, y en venganza incendiaron la villa, metiéndose después parte de ellos en Tuy, y tomando los otros con el general Maucune, al punto de donde habían salido. Socorrida la plaza, sacaron los enemigos todos sus efectos y artillería, y temiendo nuevo bloqueo, la abandonaron el 16 y se unieron con los de Valencia.

Por tanto, si no tuvo dichoso remate el cerco de Tuy, consiguióse, por lo ménos, inundar recelo en los franceses, y ver desembarazada la margen derecha del Miño. Esmeráronse entónces aquéllos en arreglar y disciplinar la gente que se había levantado, y que se denominó división del Miño, creando varias regimientos, que se distinguieron en posteriores acciones. Incorporáronse á ella la partida de D. Jose Maria Vazquez, conocido en Castilla por sus hechos con el nombre del Salamantino, y al fin aumentóse su fuerza, y ganó en la opinión gran peso con ponerse á la cabeza el 7 de Mayo D. Martin de la Carrera, según el deseo público, y echándole Barrio las facultades que tenía el Gobierno supremo.

Habia D. Martin permanecido todo aquel tiempo en la Puebla de Sanabria juntando dispersos. Llamó á la división del Miño, completó hasta unos 16.000 hombres, y además tenía algunos caballos y nueve cañones. Adelantóse con parte de su gente por la provincia de Tuy á Santiago, de cuya ciudad se fueron á repelerle el 23 de Mayo unos 3.000 infantes y 300 caballos, á las órdenes del general Maucune, acometiéndole en el campo de la Estrella. Los derrotó Carrera, persiguiéndolos y metiéndolos primero que nadie en la ciudad de Santiago. D. Pablo Morillo. Cogióronse allí fusiles y vestuarios y cuarenta y una arroba de plata labrada, sin contar otra muchía de los templos. Recibidos los nuestros con universal regocijo, hubieron, sin embargo, de retirarse por las operaciones combinadas que luego meditaban los mariscales Ney y Soult, de vuelta uno de Asturias y otro de Portugal.

La campaña del último en este reino había terminado con suma desdicha de sus armas. Recordemos lo que allí pasó con rapidez, según es nuestra costumbre en las cosas de Portugal. Púsose el 10 de Marzo la frontera lusitana al mariscal Soult, y el 11 se le rindió Chaves, plaza en la provincia de Trás-los-Montes, en mal estado, y que aun conservaba las brechas de la guerra con España de 1762.

Penetró con 21.000 hombres, retirándose el general Silveira hacia Villa-Pouca. El 13 continuaron los franceses en marcha á Braga, con gran recelo de las fuerzas que allí mandaba Bernardino Freire. En este tránsito, lleno de desfiladeros, encontraron mucha oposición, teniendo que caminar lentamente y escasos de mantenimientos. Acercándose al fin á Braga, no pensó Freire, general poco respetado, en que se pudiese defender la ciudad, y así dispuso retirarse. Empujado el pueblo, le arrestó en un pueblo inmediato, y le volvió á Braga, en donde fué bárbaramente asesinado. Véase entonces en segundo, el Barón de Eblen, en la necesidad de defender con gente colecticia la posición de Carballo, luego y mediu distante, de la que apoderados los franceses, penetraron el 20 en Braga, asomando el 28 á Oporto, vencidos otros obstáculos no menos dificultosos.

Intimó luego la rendición el mariscal Soult á esta ciudad, que situada á la derecha de Duero, y á una legua de su embocadura, es, por su población de 70.000 almas y por su gran comercio, la primera de Portugal, después de Lisboa. El ánimo de los naturales mostrábase levantado; tanto mas, cuanto con la invasión francesa veían estancado y destruido su principal tráfico, que consiste en la salida de sus vinos para Inglaterra. Con objeto de defender la ciudad, se habia en su derredor construido un campo atrincherado, erizado de cañones, cuya derecha se apoyaba en el Duero, y la izquierda en los fuertes vecinos al mar; además habian atajado las calles, y colocando en ellas y en diversos puntos muchas piezas de artillería. La exaltación popular era tal, que fueron víctimas de ella varias personas, y con dificultad pudo el mariscal Soult intimar la rendición, no queriendo la ciudad dar oídos á trenga ni convenio. Hubo también ocasión en que, so color de querer escuchar las proposiciones, cogieron á los parlamentarios, como aconteció al general Roy, que se llevaron prisionero, con grave riesgo de su persona. Mandaba en jefe el Obispo; pero la víspera del ataque abandonó la ciudad, poniendo en su lugar al general Parreiras. Acometieron los franceses las líneas el 29 de Marzo, que, de grande extensión, mal dispuestas y defendidas por gente aliagadiza, fueron ganadas sin grande esfuerzo, entrando en la ciudad los vencedores, y haciendo su caballería tremenda matanza. Los habitantes, huyendo del peligro, se abalanzaron al puente de Duero, que, formado de barcas, rompióse con el gentío, y allí fueron las mayores huchinas, ahogándose unos, y ametrallando á otros los franceses desahuyadamente. Perecieron de 3 á 4.000 personas, de ellas muchas mujeres y niños. Hubo hechos que ensalzaron el ya tan destruido valor de los portugueses. 200 hombres esforzados se defendieron en la catedral hasta que no quedó uno con vida.

Significáronse deplorables excesos, no pudiendo Soult contener los ímpetus demandados de su tropa. Este mariscal procuró entonces y después granjear la voluntad de los moradores, aun imitándolos en las prácticas de un fervoroso celo religioso.

Sus votos y oraciones, y el particular cuidado del Mariscal en agitar á los portugueses, dieron á sospechar si pensaba, á modo de Junot, cesar la corona lusitana. Vio como en apoyo la exposición, seguida de otras, que se imprimió y publicó, de doce habitantes de Braga, en la que, llamándole padre y libertador, se mostraba deseoso de que Napoleón le nombrase por su rey. Y aunque es cierto que el Mariscal le replicó que no pendía de él darles respuesta, la mera publicación de aquella demanda en país en

donde él era árbitro de impedirlo ó autorizarla, manifestaba que, si no dimanaba de sugestiones suyas, por lo menos no era desagradable á sus oídos.

Posestionados los franceses de Oporto, no prosiguieron á Lisboa, así por la oposición que encontraron en el país, como también por ignorar el paradero del general Lapierre y del mariscal Victor, cuyos movimientos del lado de Castiella y Extremadura debieron corresponder con el de Galicia. Limitáronse, pues, á conservar lo ganado y á prepararse para más adelante. Ya hablamos cómo, con este objeto y el de tener la artillería que quedó en Tuy, habia retrocedido hácia esta plaza y desembarazádola de sitiadores el general Heudelet; otro tanto trataron de hacer los enemigos por la parte de Chaves, cuya ciudad habia recobrado el 20 de Marzo el general Silveira, extendiéndose después por el Tamega hasta Amarante y Penafiel. Reforzado luego el mismo general, y molestando incansablemente á los franceses, permaneció en aquellos sitios cerca de un mes; pero en 18 de Abril, queriendo el mariscal Soult abrir paso y tener libres las comunicaciones con Tras-los-Montes, envió al general Delaborde, auxiliado de fuerza considerable. Al aproximarse vitúese Silveira en Amarante, y defendió con tal tesón el paso del puente, que no pudieron superar los franceses hasta el 2 de Mayo los obstáculos que se les oponían. Defensas para él muy honrosas, aunque tuviese por entonces que alejarse momentáneamente.

Al mediodía de Oporto, y camino de Lisboa, no dilataron los franceses sus excursiones y correrías más allá de Vonga, persuadidos de que resguardaban á Coimbra numerosas fuerzas. Sin embargo, reducíanse éstas á unos 4.000 hombres mal disciplinados, y á una turba de paisanos, que mandaba el coronel Traut, quien no pudo hacer otra cosa sino maniobrar con acierto, aparentando mayores medios que los que tenía. Mas, como eran cortos, se habia encaminado al fin el mariscal Soult á Lisboa, luego que supo las resultas de la batalla de Medellín, si no hubiesen llegado inmediatamente grandes refuerzos al ejército inglés de Portugal.

Continuaba gobernando á este reino la Regencia, restablecida después de la evacuación de Junot. La gente que habia levantado nunca habia salido de sus lindes, no obstante las repetidas instancias de la Junta Central. Obró quizá el gobierno portugués cuerda y en no acceder á ellas, hallándose todavía su tropa bastante indisciplinada. De los ingleses habian quedado unos 10.000 hombres, á las órdenes de sir Juan Craock, contra los que prorumpieron en grande enojo los portugueses, á causa de las muestras que dieron de embarcarse al saber la suerte de Moore, apareciendo en sus providencias, mas que premeditado plan, desconcierto y abatimiento. Aquietado, en fin, el general inglés por órdenes posteriores de su gabinete, permaneció en Lisboa, adelantándose después á Leira, al mismo tiempo que el ejército portugués se situaba en Tomar, el cual, sin contar con las fuerzas de Silveira, la legión lusitana y las reuniones de paisanos, contaba de unos 15 á 20.000 hombres. Disciplinábanlos el general Bercsford, autorizado desde el mes de Febrero por el Príncipe regente de Portugal para obrar como comandante en jefe de su tropa.

Así andaban las cosas en aquel reino, cuando el gobierno británico, viendo que España no se sometía al yugo extranjero á pesar de sus desgracias y de la retirada de Moore, y viéndole también la guerra entre Austria y Francia, determinó pro-

har de nuevo fortuna en la Península, reforzando considerablemente su ejército y poniéndole á las órdenes de sir Arturo Wellesley, cesido ya con los laureles de Ruziz y Vimieiro. Fueron llegando sucesivamente las tropas á las costas portuguesas, y su general en jefe desembarcó en Lisboa el 22 de Abril, bien recibido y obsequiado de sus moradores. Poco después, el 29, púsose en marcha sobre Coimbra, llevando consigo 20,000 ingleses y 8,000 portugueses. Diece mil de los últimos, con dos brigadas líticas, á las órdenes del general Muekenzie, se apostaron en Santarem y Abrantes, adelantando un regimiento de infantería y la legión lusitana, al cargo ahora del coronel Mayne, hasta el puente de Alcántara. Sir Roberto Wilson, que poco antes mandaba dicha legión, hallábase destinado con un corto cuerpo de portugueses hacia Viseo. El general Wellesley llegó a Coimbra en 2 de Mayo, practicando ántes arrojar á Soult de Portugal que obstar por ferocidad de concierto con Cuesta, según era el deseo de este caudillo y el del gobierno español.

Los franceses no se habían movido de Oporto y de sus puestos del Vonga. En su ejército manifestábase disgusto, aburridos todos y cansados con aquella clase de guerra, y fomentando gran descontento una sociedad secreta, llamada de los Filadelfos, cuyo objeto era destruir la dinastía imperial y restablecer en Francia un gobierno repulicano. Entre los que la componían había oficiales superiores, y tenían pensado poner á su cabeza al mariscal Ney ó al general Gouvion-Saint-Cyr. Extendíanse las ramificaciones de la sociedad á los demás ejércitos de Napoleón, y en el de España no abandonaron los conspiradores su proyecto hasta el año 10. Había echado profundas raíces en las tropas del mariscal Soult, y eran tantos los partícipes del secreto, que enviado para abrir tratos acerca de ello el ayudante mayor M. d'Argenton, pudo sin tropiezo ir hasta Lisboa, y con tal desembozo, que inspiró desconfianza en sir Arturo Wellesley, para lo cual respondió al emisario francés que, rebelándose á su ejército, le atacaría en tanto que se mantuviese en Portugal; sin embargo, añadió que si se declaraba contra Bonaparte, se ajustaría quizá un convenio para su retirada. Otros jefes parece ser que tuvieron también conferencias con el general británico, y de ellos se citan á los coroneles Donaillon y Lafitte. Mas d'Argenton, de vuelta a Oporto, habiéndose descubierto al general Lefebvre, que creía en la trama á favor de ella, fue arrestado en la noche del 8 al 9 de Mayo, teniendo pasaportes del almirante inglés Berkley. Dilatóse su castigo para averiguar cuáles fuesen sus cómplices, y ayudado de estos, tuvo ocasión de escaparse y pasar á Inglaterra (8).

Sobresaltó al mariscal Soult tan funesto acontecimiento, que realizaba anteriores sospechas, al paso que aguijó por su parte al general Wellesley á avanzar prontamente, no contentado, sin embargo, mucho con la sublevación del ejército contrario. Era el plan del general inglés envolver á Soult, y obligarle á una retirada desastrosa ó á rendirse. Y conforme á su pensamiento, dispuso que el general Beresford, con las tropas de su mando, y las portuguesas que estaban en Viseo, á las órdenes de sir Roberto Wilson, se dirigiesen anticipadamente por Lamego, y pasasen el Duero para juntarse en Amarante con

Silveira, cuya retirada todavía se ignoraba. Hecho este movimiento, la demás fuerza británica debía avanzar en dos columnas sobre Oporto, una por Aveiro, y otra por el camino real. No se varió el plan, aunque se supo luego el descalabro de Silveira, y el 6 de Mayo se empezó la operación convenida. El 10 y el 11 fué arrojado de las alturas de Gríje el general Franceschi, que mandaba la vanguardia de los enemigos, la cual en seguida repuso el Duero.

El mariscal Soult, tomando sin tardanza disposiciones para evacuar á Oporto y asegurar su retirada, voló el puente de barcas y retuvo en la margen derecha todos los botes. Dió vista el 12 á la ciudad sir Arturo Wellesley, y aunque cercano, separábase la profunda y rápida corriente de Duero. No teniendo prontos los medios necesarios para atravesarla, hubiera Soult podido retirarse tranquilamente á Galicia, si un feliz acaso no hubiese servido á agudar la combinación que para la travesía preparaba el general inglés, quien había destacado río arriba al general Murray, á fin de que cruzase el Duero por Avintas y cayese sobre el flanco del enemigo, al tiempo que éste fuese atacado por el frente. Partió Murray; mas dudábase sobre el modo de verificar el paso, á la sazón que el coronel Waters descubrió, en un recodo que forma el río, un pequeño bote, con el que yendo á la otra orilla, acompañado de dos ó tres individuos, se apoderó, sin ser notado, de cuatro grandes barcas abandonadas y deprecias trajolas del lado de los suyos. Al instante y el mismo 12, á las diez del día, pasó en ellas el Duero lord Paget con tres compañías. Siguiéron otras, permaneciendo los enemigos tan de cuidados, que burlándose de los primeros avisos que dió un oficial, á nada dieron crédito, hasta que el general Foy, subiendo casualmente á la altura que se eleva enfrente del convento de Serra, advirtió que en efecto pasaban los ingleses el río. Entonces todo el campo francés se conmovió y se puso sobre las armas. Trábase entre los soldados de ambos ejércitos un vivísimo choque, agolpáronse sucesivamente de uno y otro lado tropas, y llegando, en fin, á Avintas el general Murray, abandonaron los franceses á Oporto, perseguidos por los ingleses hasta cierta distancia de la ciudad. La matanza fue grande, Cayaron heridos los generales Delaborde y Foy de una parte, y lord Paget de la contraria, sin contar otros muchos de ambas. Censurase agriamente en su propio ejército al mariscal Soult, por el descuido de dejar á los ingleses pasar en medio del día, sin resistencia, un río tan caudaloso como por allí corre el Duero.

Después de la salida de Oporto, dos caminos le quedaban á dicho mariscal para retirarse, si quería conservar su artillería; uno por Puente de Lima y Valencia de Míño, y el otro por el lado de Amarante. Contaba con que el último paso sería resguardado por el general Loison; mas éste, perseguido por los generales Beresford, Silveira y Wilson, le abandonó, y puso á Soult en el mayor apuro, sobre todo no pudiendo ir por el otro camino de Puente de Lima sin encontrarse con el general Wellesley. Aunque rodeado de inminentes peligros, no se abatió el mariscal francés, y con entereza y prontitud de ánimo admirables, destruyendo la artillería y los carruajes, y acallando las voces que ya se oían de capitulación, echóse por medio de senderos estrechos y casi intransitables, guiado en su laborio por un hombre de la Navarra francesa, de los que van á España á ejercer una profesión lucra-

(8) D'Argenton se escapó por la noche luego que los franceses salieron de Oporto. Pasó á Inglaterra, y después de pasar por París á Francia para estar á su mujer y á sus hijos, fué arrestado.

va, si bien poco honrosa. El tiempo, aunque en Mayo, era lluvioso, los trabajos grandes, la persecucion y molestia de los paisanos continua, precipitándose á veces hombres y caballos por aquellos abismos y derrumbaderos; de suerte que hasta cierto punto renovaba ahora el mariscal Soult la escena que meses antes habia representado el general Moore, cuando él iba en su persegimiento. Los pueblos del tránsito fueron quemados y sus habitantes tratados cruelmente, y al mismo señ que ellos, cuando podian, trataban á los franceses. Llegó el ejército de estos el 17 á Montealegre, y el 15 pasó la frontera, no siguiendo el avance los ingleses tierra adentro de España, por querer su general retroceder á Extremadura, segun antes habia prometido á Cuesta. Subió á bastante la perdida de los enemigos en la retirada, y aun la celeridad y consumada pericia del mariscal Soult, difícilmente se hubieran libertado de caer en manos del inglés, cuya excesiva prudencia molestaron muchos. Llegaron los franceses á Lugo el 23, habiéndolos molestado poco el paisanaje español, que estaba como desprevenido.

La víspera, sabedor el general Mahy de que se acercaban, levantó el sitio que habia poco antes puesto á aquella ciudad, y se replegó á la de Montefurado. Encontráronse allí el 24 el y Romana, procedente del último de Rivas, adonde habia desembarcando, salvándose de Asturias. Mal colocados entonces, y expuestos á ser cogidos entre los mariscales Ney y Soult, resolvieron los generales españoles emprender, por medio de una marcha atrevida, un movimiento hácia el Sur, para abrigarse de Portugal, cruzando con cautela el camino real en las inmediaciones de Lugo. Verificóse así felizmente, y por Monforte tomaron los nuestros á Orense. Aunque esta marcha era necesaria, así para esquivar, como hemos dicho, el encuentro de los mariscales franceses, como tambien para darse la mano con D. Martín de la Carrera y las fuerzas que habia en las provincias de Tuy y Santiago, disgustó mucho al soldado, que comenzaba á murmurar de tanto cansancio como sin fruto habia andado, apellidando al de la Romana marqués de las Romerías; porque, en efecto, si bien era loable su constancia en los trabajos y la conformidad con que sobrellevaba las escaseces y miseria, nunca se habia visto salir de su mente otra providencia que la de marchar y contramarchar, y las una veces á tientas, de improviso y precipitadamente, falta de plan, á la ventura, y como si hubiese, á la buena de Dios. Sólo en su ausencia y en los puntos en que no se hallaba pedíanse, y jefes entes lidon y diligentes procuraban introducir mayor arreglo y obrar con mas concierto y actividad. El único, pero en verdad gran servicio, que hizo Romana, fue el de mantenerse constante en la buena causa, y el de alimentar con su nombre las esperanzas y bríos de los gallegos.

Mas las tropas que mandaba, por poco numerosas que fuesen, si se unian con las que estaban hácia la parte de Pontevedra, y fomentaban de cerca la insurrección de la tierra, ponian en peligro á los franceses, exigiendo de ellos prontas y acordadas medidas. Tales eran las que tomaron en Lugo, el 29 de Mayo, los mariscales Soult y Ney, de vuelta ya éste de su rápida excursión en Asturias. Segun ellas, debia el primero perseguir y dispersar á Romana, dirigiéndose sobre la Puebla de Sanabria, y conservar por Orense comunicacion con el segundo; quien, decretado que fuese Carrera, habia de avanzar á Tuy y Vigo, para sofocar del todo la insurrección. Púsose, pues, el mariscal Ney en camino con 8.000

infantes y 1.200 caballos, y avanzó contra la division del Miño, animada del mayor entusiasmo. La mandaba entonces en jefe el Conde de Noroña, nombrado por la Central segundo comandante de Galicia; mas éste tuvo el buen juicio de seguir el dictamen de Carrera, de Morillo y de otros jefes que por aquellas partes y antes de su llegada se habian señalado; con lo cual obraron todos muy de concierto.

Al aviso de que Ney se aproximaba, cesaron los nuestros á San Payo, punto en donde resolvieron hacerle frente. Mas contido anteriormente el puente por Morillo, hubo que formar otro de prisa con bacas y tablazon, dirigiendo la obra con actividad y particular tino el teniente coronel D. José Castellar. Eran los españoles en número de 10.000, 4.000 sin fusiles, y el 7 de Junio, muy de mañana, acabaron todos de pasar, atajando despues y por segunda vez el puente. A las nueve del mismo dia aparecieron los franceses en la orilla opuesta, y desde luego se rompió de ambos lados vivísimo fuego. Los españoles se aprovecharon de las baterías que ántes habia levantado D. Pablo Morillo, y áun establecieron otras; los principales fuegos enfilaban de lo alto de una eminencia el camino que viene al puente; ocupóse el paso de Cadelas, dos leguas rio arriba, por D. Ambrosio de la Cuadra, que regia la vanguardia, y por D. José Joaquín Márquez, comandante del regimiento de Lobos; apoyóse la derecha de San Payo en un terreno escabroso, y la izquierda estaba amparada de la ria, en donde se habian colocado lanchas cañoneras. Duró el fuego hasta las tres de la tarde, sin que los franceses consiguiesen cosa alguna. Renovóse con mayor furor al dia siguiente 8, haciendo los enemigos medio de pasar por su derecha un vado largo que queda á marcen baja, y de envolver por su izquierda el costado nuestro que estaba del lado del puente de Cadelas y vados de Sotomayor. Rechazados en todas partes, vieron ser infructuosos sus ataques, y al amanecer del 9 se retiraron á las calladas, despues de haber experimentado considerable pérdida. Señalóronse entre los nuestros, y bajo el mando del Conde de Noroña, La Carrera, Cuadra, Roselló, que gobernaba la artillería, Castellar, Márquez y D. Pablo Morillo; por su parte tambien se manejaron con destreza los marinos, y sin duda fue muy gloriosa para las armas españolas la defensa del puente de San Payo.

Romana, en tanto, se habia acogido á Orense al adelantarse el mariscal Soult; mas, en vez de seguir la huella del primero, detúvose éste en Monforte algunos dias. Lo alterado del pais, noticias de la guerra de Austria, y más que todo, los celos y rivalidad que mediaban entre él y el mariscal Ney, le alejaron de continuar el persegimiento de Romana, y le decidieron á volver á Castilla. Para ello, no pudiendo atravesar el Sur por allí, falta de vados y de puentes, tuvo que subir rio arriba hasta Montefurado, así dicho por perforarle en una de sus faldas la corriente del mismo Sur, obra, segun parece, del tiempo de los romanos. Los naturales de los contornos, cobardes en la orilla opuesta, le causaron grave mal, acudidos por el abad de Casayo y su hermano D. Juan Quintega. Para vengarse del dño ahora y ántes recibido, desde Montefurado mandó el mariscal Soult al general Lison descender por la orilla izquierda del Sur y castigar á los habitantes. Cumplió este tan largamente con el encargo, que anuló la tierra y varios pueblos fueron quemados, Castro de Cadelas, San Clodio y otros

nuevas conocidas. También padecieron mucho los otros valles que recorrieron ó atravesaron los enemigos. Romana retiróse á Celanova, y en seguida á Baltar, frontera de Portugal, en donde le dejó tranquilo el mariscal Soult, pues dirigiéndose por el camino de las Portillas, llegó el 23 á la Puebla de Sanabria, de cuyo punto se retiraron á Ciudad-Rodrigo, después de haber clavado algunos cañones, los pocos españoles que lo guarnecían.

Soult permaneció en la Puebla breves días, habiendo despachado á Madrid á Franceschi para informar á José del estado de su ejército y de sus necesidades. Aquel general partió de Zamora en posta á caballo, con otros dos compañeros más; pasado Toro fueron todos engañados, e interceptados los pliegos, por una guerrilla que mandaba el Capuchino, Fr. Julian de Delica. Los pliegos eran importantes, así porque expresaban el quebranto y escaseces de aquellas tropas (9), como también por indicarse en su contenido el mal ánimo de algunos generales.

Viéndose el mariscal Ney abandonado de Soult, conoció lo crítico de su situación. Con nada, en realidad, podía contar, sino con la fuerza que le quedaba, y era ésta harto corta para hacer rostro á la población armada y al ejército, bastante numeroso, que contra él podían ahora reunir sin embarazo los generales Romana y Noroña. El auxilio que le prestaban los españoles sus allegados era casi nulo, y por decirlo así, perjudicial. Había ido de comisario regio el general de marina Mazarredo, que, separándose de su profesión, en la que había adquirido bien merecido renombre, metíase á dar proclamas y esparcir entre los eclesiásticos y los pueblos una especie de catecismo, por cuyo medio, apoyándose en textos de la Escritura, quería probar la conveniencia y obligación de reconocer la autoridad intrusa. No comovían las conciencias argumentos tan extraños; al contrario, las irritaban, provocando también á mofa ver convertido en misionero político al que sólo gozaba reputación de inteligente en la manobra náutica. Hubo igualmente en Santiago un director de policía, llamado D. Pedro Bazán de Mendoza, doctor en teología, el cual, y otros tantos de la misma echigada, cometieron muchas tropelías y defraudaron plata y caudales; denominaban los puñales semejante reunión el concilio de Compotela. Rodeado, por tanto, de peligros y escaseo de fuerzas y recursos, resolvió Ney salir de Galicia, y el 22 evacuó la Coruña, enderezándose á Astorga por el camino real, en cuyo tránsito asolaron sus tropas horrorosamente pueblos y ciudades.

Así tornó aquel pueblo á verse libre de enemigos, al cabo de cinco meses de ocupación; durante los cuales perdieron los franceses la mitad de la tropa con que habían penetrado en aquel suelo, ya en las acciones con los ingleses, ya en la terrible guerra con que les habían continuamente molestado los ejércitos y población de Galicia y Portugal.

A pocos días entró en la Coruña el Conde de No-

roña y la división del Miño, siendo recibidos, no sólo con alborozo general y bien sentido, sino también quedándose los espectadores admirados de que gente tan mal pertrechada y tan vana en su formación y armamento hubiera conseguido tan señaladas ventajas contra un ejército de la apariencia, práctica y regularidad que asistían al de los franceses.

Por entónces, y ántes de promediar Junio, fué también evacuado el principado de Asturias. Además de lo ocurrido en Galicia y Portugal, aceleraron la retirada de los enemigos los movimientos y amago que hicieron las tropas y paisanaje de la misma provincia. Diez y ocho mil hombres la habían invadido: una parte, según en su lugar se dijo, volvió luego á Galicia, con el mariscal Ney; otra, mandada por el general Bonet, vióse obligada á acudir á la montaña, adonde la llamaba la marcha de don Francisco Ballesteros, y la restante fuerza, sobrado débil para resistir á los generales D. Pedro de la Barcena y Worster, que avanzaban á Oviedo del lado de Poniente, salió, con Kellermann, camino de Castilla. El primero de aquellos generales, cayendo de Teberga sobre Grado, había ántes arrojado de esta villa á unos 1.300 franceses que estaban allí aporreados, cogiendo 80 prisioneros.

Por la parte oriental del principado había reunido el general Ballesteros más de 10.000 hombres. Entraba en su número un batallón de la Princesa, que había ido á Oviedo con Romana, y el cual, mandado por su coronel, D. José O'Donnell, se le había unido, no pudiendo embarcarse en Gijón. También se agregó después el regimiento de Laredo, que pertenecía á las montañas de Santander, y la partida ó cuerpo volante de D. Juan Díaz Porlier. Entusiasmado el general Ballesteros con las memorias de Covadonga, pensó que podían resucitar en aquel sitio los días de Pelayo. Anduvo, por tanto, resaca en alojarse, hasta que, faltar de víveres y estrechado por el enemigo, tuvo el 24 de Mayo que abandonar de noche la cueva y santuario, y trepar por las faldas de elevados montes, no teniendo más dirección que la de sus cimas, pues allí no había otra salida que el camino que va á Cangas de Onís, y éste le ocupaban los franceses. En medio de afanes consiguió Ballesteros llegar el 26 á Valdebarón, en Castilla, de donde se retiró á Potes. Meditando entónces lo más conveniente, resolvió, de acuerdo con los otros jefes, acometer á Santander, cuya guarnición, desprevénida, se juzgaba ser sólo de 1.000 hombres. Se encaminó con este propósito á Torre la Vega, en donde se detuvo más de lo necesario. Por fin, al amanecer del 10 emprendióse la expedición, pero tan descuidadamente, que el enemigo se abrió paso, dejando sólo en nuestro poder 200 prisioneros. Entraron las tropas de Ballesteros el mismo día en Santander; mas la ocupación de esta ciudad no duró largo tiempo. En la misma noche, revolviendo sobre ella los franceses, ya reforzados, penetraron por sus calles, y pusieronlo todo en tal confusión, que los más de los nuestros se desbandaron, y el general Ballesteros, creyendo perdida su división, se embarcó precipitadamente con D. José O'Donnell en una lancha, en que bogaron, por falta de remos y remeros, dos soldados con sus fusiles. Don Juan Díaz Porlier se salvó con alguna tropa, atravesando por medio de los enemigos con la intrepidez que le distinguía. Fue también notable y digna de la mayor alabanza la conducta del batallón de la Princesa, que privado de su fugitivo coronel, y á las órdenes del valiente oficial D. Francisco Garvayo, conservó bas-

(9) Salte V. M. que hace más de cinco meses que no he recibido noticias de noticias ni noticias; por consiguiente, carecen de noticias esas ó ignoran las disposiciones generales. El general de brigada Valdebarón hallaba muy cansado, y que iba en fuga, que estaba malo. Cansado que en delantera no era tan grave como decía; pero debido al temor, lo mandé que se retirase hácia el lado del mayor general de V. M. á recibir sus órdenes. También habíame quedado bastante desconfianza á los generales Labret y Mermel, que no siempre han hecho lo que podían hacer para ventaja nuestra; pero dejó de tomar esta determinación hasta llegar á Zamora, para no dar lugar al rumor de las yeguas de las caballerías ó corresponsales que se unieron. Salte de la guerra del gobierno, de 28 de Julio de 1809. Pliego interceptado del mariscal Soult á José, hecho en la Puebla de Sanabria, á 29 de Junio de 1809.)

LIBRO NOVENO.

Conducta de la Central después de la rota de Medellín. — Su decreto de 18 de Abril. — Ideas ajenas de algunos de sus individuos. — Beprie alias el gobierno inglés. — Fuerza que adquiere el partido de Jovellanos. — Proposición de Calvo de Rozas para convocar a Cortes, 16 de Abril. — Ensayo que se da a la imprenta. — Semanario patriótico. — Descontentos con la Junta. — Infancia de Don Francisco Páez. — Montevideo. — Alboroto que promueve el último en Granada, reprimido. — Disputas en la Junta convocar a Cortes. — Decretos convocar las Cortes. — Decreto de 27 de Mayo. — Efecto que produce en la opinión. — Restablecimiento de todos los Cuarteles en un solo. — Operaciones de los ejércitos. — Aragón. — Huelga de la a la los franceses. — El P. Com. Latorre. — Batalla de Monsen. — Son rechazados los franceses en Mequinenza. — Molina. — Pasa el ejército de Aragón a Castilla. — Salida a Juncal. — Batalla en el mar de Aragón. — Formación del segundo ejército español contra los franceses. — Mito de Blake. — Reino de Valencia. — Roque Blake el mando de toda la zona de Aragón. — Murviese Blake. — Comenciamos en Aragón. — Albe de. — Tamarit. — Abandonan los franceses a Montevideo. — En vano intentan reconvertir. — Ritos de los franceses. — Entra Blake en Almería. — Va a buscar a su enemigo. — Batalla de Almería. — Retirada de Blake a Zafra. — El ejército de Blake. — Batallas de. — Alcantara. Blake a Zafra. — Batalla de María. — Retirada Blake a Zafra. — Retirada de Blake. — Batalla de Boscón. — Resulta de la batalla. — Pasa Blake a Cataluña. — Conspiración de Barcelona. — Suplico de algunos patriotas. — Efecto del medio día de España. — Mat. al Victor. — Pasa al mar de Extremadura. — Inmersion de Victor. — Pasa Laplace de tierra de Salamanca a Extremadura. — Entra en Alcantara. — Unen Laplace y Victor. — Marchan contra Portugal. — Desisten de su intento. — Murviese. — Particular de Extremadura y Toledo. — Vuelan los franceses el puente de Alcantara. — Ejército de la Mancha. — Van a encontrarse, al fin, José Bonaparte. — Campaña de Talavera. — Fuerzas que tomaron parte en ella. — Marcha Wellesley a Extremadura. — Planes diversos de los franceses. — Encuentro de Boscón. — Cuesta en las Cajas del Puerto. — Avanza allí con el Wellesley. — Plan que adoptan. — Medios que había tomado la Central. — Marcha adelante el ejército. — Proponen Wellesley a Cuesta atacar. — Retirado el general español. — Incomodan Wellesley. — Avanza solo Cuesta. — Reconocen los franceses. — Avanza Wilson a Navalcarnero. — Peligro que corre el ejército de Cuesta. — Batalla de Talavera, 27 y 28 de Julio. — Severidad de Cuesta. — Reconocimiento que da la Junta Central y el gobierno inglés. — Retirados los franceses a diversos puntos. — No sigue Wellesley al ejército. — Motivos de ello. — Llega Boscón a Extremadura. — Va Wellington a su encuentro. — Trépa que se acuerda al valle del Tago. — Cuesta se retira de Talavera. — El ejército aliado se pone en la orilla izquierda del Tago. — Paso del puente del Anillo por los franceses. — Deja Cuesta el mando. — Suélese Equia. — Nuevas disposiciones de los franceses. — Encuentro de Wilson y Ney en el puerto de Balsa. — Retirados del ejército de Boscón. — Muerte violenta del Obispo de Coria. — Pío de Veragua. — Su marcha. — Nombra la Junta capitán general de Castilla la Nueva. — En el castro de. — De donde el pasado. — Talva en Aranjuez. — Batalla de Almaraz. — Retirada del ejército español. — Su dispersión. — Contestado por los franceses sobre sublevaciones. — Llegada a España de Marquis de Wellesley. — Plan de sublevación. — Cuestión y tropa de gobierno de José. — Obediencia de Madrid. — Júbilo que allí hubo el día de Santa Ana. — Nuevos decretos de José. — Medallas conmemorativas. — Pata de particulares. — Del palacio. — Religiosos. — Mr. Napier. — Cédulas de gratificación. — Cédulas de indemnización y recompensa. — Otros decretos.

El querer llevar a término en el libro anterior la evacuación de Galicia y Asturias nos obligó a no detenernos en nuestra narración hasta tocar con los sucesos de aquellas provincias en el mes de Agosto. Volvemos ahora atrás para contar otros no menos importantes que acaecieron en el centro del Gobierno supremo y demás partes.

La rota de Medellín, sobre el destrozo del ejército, había causado en el pueblo de Sevilla mortales angustias, por la sinistra voz esparcida de que la Junta Central se iba a Cádiz para de allí trasladarse a América. Sembrante nueva sólo tuvo origen en los temores de la muchedumbre y en indiscretas expresiones de individuos de la Central. Mas de éstos, los que eran de temple sereno y se hallaban resueltos a perecer antes que abandonar el territorio peninsular aquietaron a sus compañeros y propusieron un decreto, publicado en 18 de Abril, en el cual se declaraba que nunca mudaría (la Junta) su residencia, sino cuando el lugar de ella estuviese

en peligro, ó alguna razón de pública utilidad lo exigiese. Corresponde este decreto al buen ánimo que había la Junta mostrado al recibir la noticia de la pérdida de aquella batalla, y a las contestaciones que por este tiempo dio a Sotelo, y que ya quedan referidas. Así puede con verdad decirse que desde entonces hasta después de la jornada de Talavera fue cuando obró aquel cuerpo con más dignidad y acierto en su gobernación.

Antes algunos individuos suyos, si bien no veales repúblicas é hijos de la insurrección, continuaban tan apegados al estado de cosas de los reinados anteriores, que aun faltándoles ya el arrimo del Conde de Floridablanca, a duras penas se conseguía separarlos de la senda que aquel había trazado; presentando obstáculos a cualquiera medida energética, y señaladamente a todas las que se dirigían a la convocación de Cortes, ó a desatar algunas de las muchas trabas de la imprenta. Apareció tan grande su obstinación, que no sólo provocó murmuraciones y desvío en la gente ilustrada, según en su lugar se apuntó, sino que también se disgustaron en las las clase; y hasta el mismo gobierno inglés, temeroso de que se ahogase el entusiasmo público, insinuó en una nota de 20 de Julio de 1809 que (1) así se atreviera a criticar (son sus palabras) cualquiera de las cosas que se habían hecho en España, tal vez manifestaría sus dudas... de si no había habido algún recelo de soltar el freno... a toda la energía del pueblo contra el enemigo.

Tan universales clamores, y los desastres, principal aunque costoso despertador de males ó pecados, vertidos gobiernos, hicieron abrir los ojos a ciertos centrales, y dieron mayor fuerza e influjo al partido de Jovellanos, el más sensato y distinguido de los que dividían a la Junta, y al cual se unió el de Calvo de Rozas, menor en número, pero más enérgico é igualmente inclinado a fomentar y sostener convenientes reformas. Ya dijimos cómo Jovellanos fué quien primero propuso, en Aranjuez, llamar a Cortes, y también cómo se difundió para más adelante tratar aquella cuestión. En vano, con los reveses, se intentó después renovarla, esquivándola asimismo, mientras vivió, el presidente Conde de Floridablanca, á punto que, no contento con hacer borrar el nombre de Cortes, que se hallaba inserto en el primer manifiesto de la Central, rehusó firmar éste, aun quitada aquella palabra, enojado con la expresión sustituida de que se restablecerían a las leyes fundamentales de la monarquía. Rasgo que puso lo aferrado que estaba en sus máximas el antiguo ministro.

Ahora, muerto el Conde y aun tanto ablandados los partidarios de sus doctrinas, volvió Calvo de Rozas proponer de nuevo, en 15 de Abril, el que se convocase la nación a Cortes. Hubo vociferios que todavía anduvieron reacios; mas estando la mayoría en favor de la proposición, fue esta admitida á examen; debiendo antes discutirse en las diversas secciones en que para preparar sus trabajos se distribuía la Junta.

Por el mismo tiempo dióse algun ensanche á la imprenta, y se permitió la continuación del periódico intitulado *Semanario patriótico*, obra emprendida en Madrid por D. Manuel Quintana, y que los contratiempos militares habían interrumpido. Terminóla en la actualidad a su cargo D. I. Auxilón

(1) Nota pasada por Mr. Canping, ministro de Relaciones exteriores de S. M. B., á D. Martín de Gaitan, secretario de Paro. De la Junta, fecha en Londres, á 20 de Julio de 1809. Véase el *Manifiesto de la Junta Central*, ramo diplomático, documento núm. 1614

anunciar el restablecimiento de la representación legal y conocida de la monarquía en sus antiguas Cortes, convocándose las primeras en el año próximo, ó antes si las circunstancias lo permitiesen. Decreto tardío y vago, pero primer fundamento del edificio de libertad, que empezaron después á levantar las Cortes congregadas en Cádiz.

Disponíase también, por uno de sus artículos, que una comisión de cinco vocales de la Junta se ocupase en reconocer y preparar los trabajos necesarios para el modo de convocar y formar las primeras Cortes, debiéndose, además, consultar acerca de ello á varias corporaciones y personas entendidas en la materia.

El no determinarse día fijo para la convocación, el adoptar el lento y trillado camino de las consultas, y el haber sido nombrados para la comisión indicada, con los Sres. Arzobispos de Llandecno, Cautredo, y Jovellanos, los Sres. Riquelme y Caro, enemigos de la resolución, excitó la sospecha de que el decreto promulgado no era sino engañoso señuelo para atraer y alucinar; por lo que su publicación no produjo en favor de la Central todo el fruto que era de esperarse.

Poco después disgustó, igualmente, el restablecimiento de todos los Consejos; á sus adversarios, por juzgar aquellos cuerpos, particularmente al de Castilla, puestos á toda variación ó mejora; á sus amigos, por el modo como se restablecieron. Según decreto de 3 de Marzo, debían instalarse de nuevo el Consejo Real y supremo de Castilla, reuniéndose en él todas las facultades que, tanto por lo respectivo á España como por lo tocante á Indias, habían ejercido hasta aquel tiempo los demás Consejos. Por entonces se suspendió el cumplimiento de este decreto, y sólo en 25 de Junio se mandó llevar á debido efecto. La reunión y confusión de todos los Consejos en uno solo fué lo que incomodó á sus individuos y parciales, y la Junta no tardó en sentir de cuán poco le servía dar vida y halagar á enemigo tan declarado.

A pesar de esta alternativa de várias, y al parecer encontradas, providencias, la Junta Central, repetimos, se sostuvo desde el Abril hasta el Agosto de 1808 con mas equitativo y aplauso que nunca, á lo que también contribuyó, no á haber sido evacuadas algunas provincias del Norte, sino el ver que, después de las desgracias ocurridas, se levantaban de nuevo y con presteza ejércitos en Aragon, Extremadura y otras partes.

Rendida Zaragoza, cayó por algun tiempo en desmayo el primero de aquellos reinos. Conociéronlo los franceses, y para no desaprovechar tan buena oportunidad, trataron de apoderarse de las plazas y puntos importantes que todavía no ocupaban. De los dos cuarteles suyos que estuvieron presentes al sitio de Zaragoza, se destinó el quinto á aquel objeto, permaneciendo el tercero en la ciudad, cuyos escombros aun ponian espanto al vencedor. Hubieran querido los enemigos ensalforarse de una vez de Jaca, Monzon, Benasque y Mequinzena. Mas, á pesar de su intento, no se hicieron dueños sino de las dos primeras plazas, aprovechándose de la flaqueza de las fortificaciones y falta de recursos, y empleando otros medios además de la fuerza.

Saló para Jaca el ayudante Fabre, del estado mayor, llevando consigo el regimiento 34 y un auxiliar de nuevo género, que desdeñaba del pensar y costumbres de los militares franceses. Era, pues, éste un fraile agustino, de nombre Fr. José de la Consolación, misionero, tenido en la tierra en gran predicamento, mas de aquellos cuyo traslado con tanta maestría nos ha delineado el festivo y satírico P. Isla. El 8 de Marzo entró el Fr. José en la plaza, y la elocuencia que ántes empleaba, si bien con poca mesura, por lo ménos en respetables oíatos, sirvióle ahora para pregonar su mision en favor de los enemigos de la patria, no siendo aquella la sola ocasion en que los franceses se valieron de frailes y de medios análogos á los que repudiaban en los españoles. Convocó á junta el padre Consolación á las autoridades y á otros religiosos, y echándole vanas por esta vez sus predicaciones, fomentó en secreto, ayudado de algunos, la desercion, la cual creció en tanto grado, que no quedando demás sino poquitos soldados, tuvo el 21 que remitir el teniente-rey D. Francisco (aunpor, que hacia de gobernador. Aunque no fuese Jaca plaza de grande importancia por su fortaleza, éralo por su situación, que impedía comunicarse con Francia. Desacreditóse en Aragon el fraile misionero, prevaleciendo sobre el fanatismo el ódio á la dominación extranjera.

Perdióse Monzon á principios de Marzo. Había el 1.º del mes llegado á sus muros el Marqués de Lazan, procedente de Cataluña, y acompañado de la division de que hablamos anteriormente. Adelantóse á la sierra de Alcubierre, hasta que salvador de la rendicion de Zaragoza y de que los franceses se acercaban, retrocedió al cuarto día. Don Felipe Perena, á quien habia dejado en Reabogal, tampoco tanto en retirarse á Monzon, en donde luego apareció con su brigada el general Girard. Informado Lazan de que el frances traia respetable fuerza, caminó la vuelta de Tortosa, y viéndose solo el gobernador de Monzon, D. Rafael de Anselmi, desamparó con toda su gente el castillo, evacuando, igualmente, la villa los vecinos.

No salieron los franceses tan lucidos en otras empresas que en Aragon intentaron, á pesar del abatimiento que habia sobrevenido á sus habitantes. El mariscal Mortier, jefe, como sabe el lector, del quinto cuerpo, quiso apoderarse en persona y de rebato de Mequinzena, villa solo amparada de un muro antiguo y de un mal castillo, pero de alguna importancia, por ser llave hacia aquella parte del Ebro, y tener su asiento en donde este río y el Segre se juntan en una madre. Tres tentativas hicieron en Marzo los enemigos contra la villa; en todas ellas fueron repelidos, auxiliando á los de Mequinzena los vecinos de la Granja, pueblo catalán no muy distante.

Extendieronse, igualmente, los franceses via de Valencia hasta Morella, de donde, excedidas algunas contribuciones, se replegaron á Aleniz. Por el mediodía de Aragon se enderezaron á Molina, enojados del brío que mostraban los naturales, que, bajo la buena guía de su junta, habian atacado el 22 de Marzo, y ahuyentado en Truelva, 300 infantes y caballos de los contrarios. Por ello, y por verse así cortada la comunicacion entre Madrid y Zaragoza, dirigieron los últimos en gran número contra Molina, de lo que advertida su junta, se recogió á cinco leguas, en las sierras del somorfo. Todos los vecinos desampararon la villa, cuyo caáco ocuparon los franceses, mas sólo por pocos días.

3.º Que este decreto se imprima, publique y circule con las formalidades de estilo, para que llegue á noticia de toda la nacion.

Tendréislo entendido, diligenciais lo correspondiente para su cumplimiento. — El Marqués de la Azuaga, presidente. — Real cédula de revocación, 29 de Mayo de 1808. — A D. Martin de Garay.

Napoleon, en tanto, creyendo que los aragoneses estaban sometidos con la caída de Zaragoza, é importándole acudir á Castilla, á fin de proseguir las operaciones contra los ingleses, determinó que el quinto cuerpo marchase, á últimos de Abril, del lado de Valladolid, poniéndolo después, así como al segundo y sexto, según ya se dijo, bajo el mando supremo del mariscal Soult.

Quedó, por consiguiente, para guardar á Aragon solo el tercer cuerpo, regido por el general Junot, quien permaneció allí corto tiempo, habiendo caído enfermo y no juzgándosele capaz de gobernar por el país tan desordenado y poco seguro. Sucedióle Suchet, que estaba al frente de una de las divisiones del quinto cuerpo, y dejando dicho general á Mortier en Castilla, volvió á Zaragoza y se encargó del mando de la provincia y del tercer cuerpo, cuya fuerza se hallaba reducida, con las pérdidas experimentadas en el sitio de aquella ciudad y con las enfermedades, notándose, además, en sus filas muy menguada la virtud militar. Llegó el 19 de Marzo á Zaragoza el general Suchet, con la esperanza de que tendría suficiente espacio para restablecer el orden y la disciplina sin ser incomodado por los españoles.

Mas atagafiado, habiendo la Junta Central acordado, con laudable prevision, medidas de que luego se empezó á recoger el fruto. Debe mirarse como la mas principal la de haber ordenado á mediados de Abril la formacion de un segundo ejército de la derecha, que se denominaria de Aragon y Valencia, y cuyo objeto fuese cubrir las entradas de la última provincia é incomodar á los franceses en la otra. Confióse el mando á D. Joaquín Blake, que se hallaba en Tortosa, habiéndole la Central poco ántes enviado á Cataluña, bajo las órdenes de Reding, quien, á su arribo, le destinó á aquella plaza, para mandar la division de Lazan, acuartelada en su recinto. El nuevo ejército debía componerse de esta misma division, que constaba de 4 á 5,000 hombres, y de las fuerzas que aprontase Valencia.

Rura y populosa esta provincia, hubiera, en verdad, podido coadyuvar grandemente á aquel objeto, si reyertas interiores no hubieran, en parte, inutilizado los impulsos de su patriotismo. Habíase su territorio mantenido libre de enemigos desde el Junio del año anterior. Continuaba á su frente la primera junta, que era sobrado turbulenta, y permaneció mucho tiempo mandando como capitán general el Conde de la Conquista, hombre no muy entusiasmado por la causa nacional, que consideraba perdida. En Diciembre de 1808 se recogió allí desde Cuenca, hasta donde había acompañado al ejército del centro D. José Cato, y con él una corta division. Luego que llegó este á Valencia fué nombrado segundo jefe, y prontamente se aumentaron los pliques y sublevaciones, queriendo el D. José reemplazar en el mando al de la Conquista. No corte la discordia el Barón de Sabasena, individuo de la Central, enviado á aquel reino en calidad de comisario: buen patriota, pero ignorante, terco y de fustilosa arrogancia, no era propio para conciliar voluntades discordantes ni para imponer el debido respeto. Adujéronse, pues, sueltas mezquinas pasiones, hasta que por fin, en Abril de 1809, consiguió Cato su objeto, sin que por eso se abogase, con tórre después y renaca, la agudilla de enredos, echada en aquel suelo por hombres inquietos. Así fué que Valencia, á pesar de sus muchos y variados recursos, y de tener cerca á Murcia, libre también de enemigos, y sujeta en lo militar á la misma capitania general,

no ayudó, por de pronto, á Blake con otra fuerza que la de ocho batallones apostados en Morella, y las órdenes de D. Pedro Roca.

Con éstos, y la division mencionada de Lazan, empezó á formar D. Joaquín Blake el segundo ejército de la derecha. Entónces sólo trató de disciplinarlos, contentándose con establecer una linea de comunicacion sobre el rio Algas y otra del lado de Morella. Mas poco después, animado con que la Central hubiese añadido á su mando el de Cataluña, vacante por muerte de Reding, y sabedor de que la fuerza francesa en Aragon se había reducido á la del tercer cuerpo, como tambien que muchos de aquellos moradores se movian, resolvió al rar antes de lo que pensaba, saliendo de Tortosa el 7 de Mayo. Manifestaron los primeros sintomas de levantamiento hácia Monzon. Sirvieton de estímulo las vejaciones y tropelías que cometian en Barbastro y orillas del Cinca las tropas del general Habert. Dio la señal en principios de Mayo la villa de Albelda, negándose á pagar las contribuciones y repartimientos que la habian impuesto. Enviaron los franceses gente para castigar tal osadía; mas protegidos los habitantes por 700 hombres que de Lerida envió el gobernador D. José Casimiro Lavalle, á las órdenes de los coroneles D. Felipe Perena y D. Juan Bages, no solo se libertaron del azote que los amagaba, sino que tambien consiguieron escarmentar en Tamarite á los enemigos, cuyo número se retiró á Barbastro, quedando unos 200 en Monzon. Alentados con el suceso los naturales de esta villa, y cansados del yugo extranjero, levantáronse contra sus opresores y los obligaron á retirarse de sus hogares.

Necesario era que los franceses vengasen tanafia afrenta. Dirigieron, pues, crecida fuerza lo largo de la derecha del Cinca, y el 16 cruzaron este rio por el vado y barca del Pomar. Atacaron á Monzon, que guarnecia, con un reducido batallon y un tercio de miqueletes, D. Felipe Perena; cesian ya los enemigos seguro el triunfo, cuando fueron sorprendidos y aun desahogados á 1 lugar del Puayo. Inútilieron al día siguiente en su propósito, y hasta penetraron en las calles de Monzon; pero acortando á tiempo, desde Fonç, D. Juan Bages, tuvieron que retirarse con pérdida considerable. Prentendidos de este modo, pudieron socorrer á Barbastro de donde salieron con presteza en su ayuda 2,000 hombres. Desgraciadamente para ellos, el Cinca, habiéndose con las avenidas, salido de madre y los impedido vadear sus aguas. Separados por este incidente, y sin poder comunicarse los franceses de ambas orillas, conocieron su peligro los que ocupaban la izquierda, y para evitarle corrieron hacia Añate, en busca del puente de Fraga. Habian antes previsto su movimiento al gobernador español de Lerida, y se encontraron con que aquel paso estaba ya obrajado. Revolvieron entónces sobre Fonç y Estadilla, queriendo reparar el Cinca del lado de las montañas situadas en la confluencia del Ebro. Necesarios allí por todos lados, falta de recursos y sin poder recibir auxilio de sus compañeros de la margen derecha, tuvieron que rendirse éstos, que en vano habian recorrido toda la izquierda, entregados prisioneros el 21 de Mayo á los jefes Perena y Bages, en número de unos 600 hombres. Inconformes mas y mas, con hecho tan glorioso, la insurreccion del pisanaje, y fué estimulado Blake á acelerar sus movimientos.

Ya este general, después de su salida de Tortosa, se había aproximado á la division francesa que en Alcañiz y sus alrededores mandaba el general La-

val, obligándolo á evacuar aquella ciudad el 18 del mes de Mayo. Los enemigos todavía no tenían por allí numerosa fuerza, pues dicha division no permanecia entera y reunida en un punto, sino que acantonada se extendia hasta Barbastro, mediando el Ebro entre sus esparcidos trozos. Nada hubiera importado á los franceses semejante desparramamiento si no perdieran á Menzon y si impenablemente no se hubiera aparecido D. Joaquin Blake, cuyos dos acantonamientos supiéronse en Zaragoza el 20, á la propia sazón que Suchet acababa de tomar el mando.

Se desvanecieron, por consiguiente, los planes de este general de mejorar el estado de su ejército antes de obrar, y en breve se preparó á ir á socorrer á su gente. Dejó en Zaragoza pocas tropas, y llevando consigo la mayor parte de la segunda division, marchó á reforzar la primera, del mando de Laval, que se reconcentraba en las alturas de Hija. Juntas ambas ascendian á unos 8,000 hombres, de los que 600 eran de caballería. Arengó Suchet á sus tropas, recordándoles pasadas glorias, y yendo adelante, se aproximó á Alcañiz, en donde ya estaba apostado D. Joaquin Blake. Contaba por su parte el general español, reunidas que fueron la divisiones valenciana de Morella y aragonesa de Tortosa, 8,176 infantes y 481 caballos.

La derecha, al mando de D. Juan Carlos de Areizaga, se alojaba en el cerro de los Pueyos de Fornoles; la izquierda, gobernada por D. Pedro Roca, permaneció en el Cabezo ó cumbre baja de Rodriguez, situándose el centro en el de Capuchinos, á las inmediatas órdenes del General en jefe y de su segundo, el Marqués de Lavan. Corria á la espalda del ejército el rio Guadalope, y más allá se descubria, colocada en un recuesto, la ciudad de Alcañiz.

A las seis de la mañana del 23 aparecieron los enemigos por el camino de Zaragoza, retirándose, á su vista, la vanguardia española, que regia D. Pedro Tejada. Pusieron aquellos su primer conato en apoderarse de la ermita de Fornoles, atacando el cerro por el frente y flanco derecho, al mismo tiempo que ocupaban las alturas inmediatas. Contestaron con acierto los nuestros á sus fuegos, y repelieron después con serenidad y vigorosamente una columna sólida de 900 granaderos, que marchaba arria al brazo y con grande algazara. Queriendo entonces el general Blake causar diversion al enemigo, envió contra su centro un trozo de gente escogida, al mando de D. Martin de Menchaca. No estorbó esta atrevida resolucion al que Suchet repitióse sus ataques para ensañarse de la ermita de Fornoles, si bien infructuosamente, alcanzando gloria y prez Areizaga y los españoles que defendian el puesto. Enajados los franceses al ver cuan inútiles eran sus esfuerzos, revolviéron sobre Menchaca, que acometido por superiores fuerzas, tuvo que recogerse al cerro de la mencionada ermita. Extendióse en seguida la pelea al centro é izquierda española, avanzando una columna enemiga por el camino de Zaragoza con tal impetuosidad, que por de pronto todo lo arrolló. Mandábala el general francés Fabre, y sus soldados llegaron al pie de las baterías españolas del centro, en donde los contuvo y desordenó el fuego vivísimo de los infantes y el bien acertado metralla de la artillería, que gobernaba don Martin Garcia Leigorri. Rota y deshecha esta columna, tuvieron los enemigos que replegarse, dejando el camino de Zaragoza cubierto de cadáveres. Nuestras tropas pisaron algun trecho su retirada, y no insistió Blake en el persegimiento, por la desconfianza que le inspiraba su propia caballería,

que anduvo floja en aquella jornada. Perdieron los españoles de 200 á 300 hombres; los franceses unos 800, quedando herido levemente en un pié el general Suchet. Prosiguieron los últimos por la noche su marcha retrógrada, y tal era el terror infundido en sus filas, que esparcida la voz de que llegaban los españoles, echaron sus soldados á correr, y mezclados y en confusion llegaron á Sempere de Calanda. Avergonzados con el día, volvieron en sí, y pudo Suchet recogerse á Zaragoza, cuyo asedio pisó de nuevo el 6 de Junio.

Satisfecho Blake de haber reanimado á sus tropas con la victoria alcanzada, limitóse durante algunos dias á ejercitarlas en las maniobras militares, mudando únicamente de acantonamientos. La Junta de Valencia acudió en su auxilio con gente y otros socorros, y la Central, estableciendo un parte ó correo extraordinario dos veces por semana, mantuvo activa correspondencia, remitiendo en oro y por conducto tan expedito los suficientes caudales. Reforzado el general Blake, y con mayores recursos, se movió camino de Zaragoza, confiando tambien en que el entusiasmo de las tropas supliria hasta cierto punto lo que les faltase de agueridas.

Por su parte el general Suchet tampoco desperdició el tiempo que le habia dejado en contrario, pues acampando su gente en las inmediaciones de Zaragoza, procuró destruir las causas que habian algun tanto corrompido la disciplina. Formó igualmente, con objeto de evitar cualquiera sorpreza, atrincheramientos en Torrero y á lo largo de la acera, barrió el arrabal, mejoró las fortificaciones de la Aljafería, y envió camino de Pamplona los mas embarazosos de la artillería y del bagaje.

En las apuradas circunstancias que le rodeaban, no sólo tenia que prevenirse contra los ataques de Blake, sino tambien contra las asechanzas de los habitantes y los esfuerzos de varios partidarios. De éstos se adelantó orillas del Jalon un cuerpo franco de 1,000 hombres, al mando del coronel don Ramon Gayan, y por el lado de Menzon é izquierda del Ebro acercóse al puente del Gallego el brigadier Perena. De suerte que otro descubrimiento como el de Alcañiz bastaba para que tuviesen los franceses que evacuar á Zaragoza y dejar libre el reino de Aragon.

Afanado así el general Suchet, y lleno de zozobra, ocupábase, sobre todo, en averiguar las operaciones de D. Joaquin Blake, cuando supo que este se aproximaba. Preparóse, pues, á recibirle, y dejando la caballería en el Burgo, distribuyó las tropas entre el monte Torrero y el monasterio de Santa Fe, camino de Madrid, al paso que destacó á Muel al general Fabre con 1,200 hombres.

El ejército español proseguia su movimiento, y engrosadas sus filas con nuevas tropas reunidas de varias partes, pasaba su numero de 17,000 hombres. De ellos hallábase el 13 avanzada en Botorrita la division de D. Juan Carlos de Areizaga, estando en Fuendetodos, con los demas, D. Joaquin Blake. Noticioso este general de que Fabre se halla adelantado de Muel á Longares, apresuro su marcha en la misma tarde con intento de coger al frances entre sus tropas y las de Areizaga. Mas aquí, valiendo cortado del lado de Zaragoza, abandonó un convoy de víveres y se retiró á Plana de Jalon. Inútilmente corrió en su ayuda la segunda division francesa, que ni pudo abrir la comunicacion ni apoderarse del puesto que en Botorrita ocupaba Areizaga, teniendo al fin que replegarse, sabiendo de que venia sobre ella el grueso del ejército español.

Cerciorado de lo mismo el general Suchet, y resuelto á combatir, tomó sus disposiciones. La fuerza con que contaba ascendía á unos 12.000 hombres, debiéndose juntar en breve dos regimientos precedentes de Tudela, y Fabre, que desde Plasencia caminaba á Zaragoza. La disciplina de sus soldados se había mejorado, mostrándose mas serenos y animados que en Alcañiz.

En la mañana del 15 el general Blake, luego que llegó á María, distante dos leguas y media de Zaragoza, pasó mas allá y cruzó el arroyo que pasa por delante de aquel pueblo. Su ejército estaba distribuido en columnas, mandadas por coroneles, y le colocó sobre unas lomas, repartido en dos líneas. La primera de estas la mandaba D. Pedro Roen, y en ella se mantuvo desde el principio D. Joaquín Blake. Estaba al frente de la segunda el Marqués de Lizaran. Situase sobre la derecha, que era la parte más llana, la caballería, capitaneada por el general Olanogil, con algunos infantes, apoyándose en el Huerba, cuyas dos orillas ocupaba. La fuerza allí presente no pasaba de 12.000 hombres, continuando destinada en Botorrita la division de Arcizaga, compuesta de 5.000 combatientes.

Enfrente, y á corta distancia del nuestro, se dividía el ejército francés, guiado por su general Suchet. Los españoles permanecían quietos en su puesto, y los enemigos no se apresuraron á empeñar la acción hasta las dos de la tarde, que les llegó el refuerzo de los regimientos de Tudela. Entonces, habiendo dejado de antemano en Torrero al general Laval para tener en respeto á Zaragoza, moviose Suchet por el frente, haciendo otro tanto los españoles. Dieron éstos muestras de flaquear con su izquierda la derecha de los enemigos, lo cual estorbó el general francés, reforzándola, hasta querer por aquella parte romper nuestras filas. Separaba á entrambos ejércitos una quebrada, que recibió orden de cruzar el general Munnier, á quien no solo repusieron los españoles, sino que reforzada su izquierda con gente de la derecha, lo desordenaron y destruyeron. Acudió en su auxilio, por mandato de Suchet, el intrepido general Harispe, consiguiendo, aunque herido, restablecer entre sus tropas el animo y la confianza. En aquella hora sobrevino una horrosa tempestad, con lluvia y viento, que casi suspendió el combate, impidiendo á ambos ejércitos el distinguirse claramente.

Serénado el tiempo, pensó Suchet que sería más fácil romper la derecha, no colocada tan ventajosamente, y en donde no hallaba la caballería, inferior á la suya en número y disciplina. Así fué que con una columna avanzó de aquel lado el general Habert, precediéndole Valtier con dos regimientos de caballería. Ejecutada la operación con celeridad, se vieron arrollados los jinetes españoles y rota la derecha, apoderándose los franceses de un puente-cillo, por el cual se cruzaba el arroyo colocando detrás de nuestra provision. Permaneció, no obstante, firme en ésta D. Joaquín Blake, y ayudado de los generales Lizaran y Roen, resistió durante largo rato y con denuesto á las impetuosas acometidas que por el frente y oblicuamente hicieron los franceses. Al fin, flaqueando algunos cuerpos españoles, se arrojaron todos alajo de las lomas que ocupaban, en cuyas hondonadas formándose barrizales con la lluvia de la tormenta, se atascaron muchos cañones, de los que en todo se perdieron hasta unos quince. Fueron cogidos prisioneros el general Olanogil y el coronel Menchaca, siendo bastantes los muertos.

Retirándose despues los españoles sin particular molestia, uniéndose en Botorrita á la division de Arcizaga, que lastimosamente no tomó parte en la acción. Ignoramos las razones que asistieron á don Joaquín Blake para tenerla alejada del campo de batalla. Si fué con intento de buscar en ella refugio en caso de derrota, lo mismo le hubiera encontrado teniendo la mas cerca y á su vista, con la diferencia de que empleados oportunamente sus soldados al desconcertarse la derecha, muy otro hubiera sido el éxito de la refrega, bien disputada por nuestra parte, recientes todavía los laureles de Alcañiz, y desasegurados los franceses con la terrible imagen de Zaragoza, que á la espalda aguardaba á su retirada.

El general Suchet volvió por la noche á aquella ciudad, mandando al general Laval que de Torrero caminase á encabezar la retaguardia de los españoles. Permaneció D. Joaquín Blake el 16 en Botorrita, resuelto á aguardar á los franceses; pudiera haberle costado esta semejante determinacion, si el general Laval, desconfiado por sus guías, no se hubiese retardado en su marcha. Admiróse Suchet al saber que Blake, aunque derrotado, se mantenía en Botorrita, de cuyo punto no se hubiera tan pronto movido si el amo de la casa donde almorzó Laval no le hubiese avisado de la marcha de este. Así el patriotismo de un individuo preservó quizás al ejército español de un nuevo contratiempo.

Advertido Blake, abrevió su retirada, sin que por eso hubiese antes habido como un empujado choque. Siguió Suchet, el 17, hasta la Puebla de Albornon, y el 18 ambos ejércitos se encontraron en Belchite. No era el de Blake más numeroso que en María, pues si bien por una parte se le unió la division de Arcizaga y un batallón del regimiento de Granada, procedente de Lerida, por otra habíase perdido en la acción mucha gente entre muertos y extraviados, y separados el cuerpo franco de don Ramon Gayan. Además, la disposicion de los animos era diversa, decaídos con la desgracia. Lo contrario sucedía á los franceses, que, recobrado su antiguo aliento y contando casi las mismas fuerzas, podían con fiada confianza ponerse al riesgo de nuevos combates.

Está Belchite situado en la pendiente de unas alturas que le circuyen de todos lados, excepto por el frente y camino de Zaragoza, en donde yacen olivares y hermozas vegas, que riegan las aguas de la cuba ó pantano de Almonacid. Don Joaquín Blake puso su derecha en el Calvario, colina en que se respalda Belchite; en centro en Santa Barbara, punto situado en el mismo pueblo, haciendo prolongar su izquierda hasta la ermita de Nuestra Señora del Puño. En algunas partes formaba el ejército tres líneas. Cuadrabanse los olivares con frondosidad, y se apostó la caballería camino de Zaragoza. Aparecieron los franceses por las alturas de la Puebla de Albornon, atacando principalmente nuestra izquierda la division del general Munnier. Avanzó de lejos la derecha el general Habert, y tropas ligeras embistieron el centro con varias escaramuzas. A él se reagieron luego nuestros soldados de la izquierda, agrupándose al rededor de Belchite y Santa Barbara, lo que no dejó ya de causar cierta confusión. Sin embargo, nuestros fuegos respondieron bien, al principio, á los de los contrarios, y por todas partes se manifestaban al menos deseos de pelear honradamente. Mas á poco, mostrando se dos ó tres granadas españolas, y cayendo uno del enemigo en medio de un regimiento, espantáronse unos,

cundió el miedo á otros, y terror pánico se extendió á todas las filas, siendo arrastrados en el remolino, mal de su grado, aun los mas valerosos. Solos quedaron, en medio de la posicion, los generales Blake, Lazan y Koen, con algunos oficiales; los demas casi todos huyeron ó fueron atropellados. Sentimos, por ignorario, no estampar aquí, para eterno baldon, el nombre de los conaaderos de tamaña afrenta. Como la dispersion ocurrió al comenzarse la refriega, pocos fueron los muertos y pocos los prisioneros, ayudando á los cobardes el conocimiento del terreno. Perdiéronse nueve ó diez cañones que quedaban después de la batalla de Maria, y perdiéase, sobre todo, el fruto de muchos meses de trabajos, afanes y preparativos. Aunque es cierto que no fué D. Joaquín Blake quien dió inmediata ocasion á la derrota, censuráse, con razon, en aquel general la extrema confianza de aventurar una segunda accion tres dias después de la perdida de Maria, debiendo tener que tomar nuevas como las suyas no podian haber olvidado tan pronto tan reciente y grave desgracia.

Los franceses avanzaron el mismo dia 18 á Alcañiz. Los españoles se retiraron en más ó en menos desorden á puntos diversos: la division aragonesa de Lazan á Tortosa, de donde habia salido; la de Valencia á Morella y San Mateo; acompañaron á ambas varios de los nuevos refuerzos; algunos tiraron á otros lados. También, repartiendo en columnas su ejército el general francés, dirigió una la vuelta de Tortosa, otra del lado de Morella, y apostó el general Moutier en Alcañiz y orillas de Guadalupe. En cuanto á él, después de pasar en persona el Ebro por Caspe, de reconocer á Mequinenza y de recuperar á Monzon, volvió á Zaragoza, habiendo dejado de observacion en la linea del Cinca al general Habert.

Guadalupe la batalla de Balchite, si tal nombre merece, y despejada la tierra, figuróse Suchet que seria arduo de entregarse desensadamente al cuidado interior de su provincia. En breve se desencañó, por lo que, animados los naturales al recibo de las noticias de otras partes, y engrosándose las guerrillas y cuerpos francos con los dispersos del ejército vencido, apasóse la insurreccion, como veremos después, mas formidable que antes, encarnizándose la guerra de un modo desusado.

Desde Tortosa volvió el general Blake la vista al norte de Cataluña, y en especial la fijó en Girona, de cuyo sitio y otras operaciones suspenderemos hablar hasta el hora proximo, por no dividir en trozos hecho tan inmanejable. En lo demas de aquel principado continuaron tropas destacadas, somatones y partidas incomodando al enemigo, pero de sus esfuerzos no se recogió abundante fruto, faltando en aquellas lides el debido orden y concierto.

Tampoco cesaban las correspondencias y tratos con Barcelona, y fué notable y de tristes resultados lo que ocurrió en Mayo. Tramábanse ganar la plaza por sorpresa. El general interino del Principado, Marques de Campoo, se entendia con varios habitantes, debiendo una division suya entrar el 16 á Luchallina y por la noche en la ciudad, al mismo tiempo que del lado de la marina divirtiesen fuerzas invasoras á los franceses. Mas avisados éstos, frustraron la tentativa, arrestando á varios conspiradores, que el 3 de Junio pagaron públicamente su arropo con la vida. Entre ellos, reportado y con firmeza, respondió al interrogatorio que precedió al suplicio, el doctor Pou, de la universidad de Cervera; no menos atrevido se mostró un mozo del co-

mercio, llamado Juan Massana, quien, ofendido de la palabra *traidor* con que le apellidó el general francés, replicó: «El traidor es V. E., que con capa de amistad se ha apoderado de nuestras fortalezas.» Recompensó el patibulo tamaño brío.

Habia alterado al gobierno de José la excusion de Blake en Aragon, á punto de pedir á Saint-Cyr que de Cataluña cayese sobre la retaguardia del general español. Graves razones le asistían para tal cuidado, pues ademas de las inmediatas resultas de la campaña, temia el influjo que podia esta ejetar en el mediodía de España, donde el estado de cosas cada dia presagiaba extensas e importantes operaciones militares. Por lo cual será bien que, volviendo atras, relatenos lo que por allí pasaba.

Después de la batalla de Medellín habia sentido el mariscal Victor sus reales en Merida, ciudad celebre por los restos de antigüedades que aun conserva, y desde la cual, situada en fezaz terreno, se podia fácilmente observar la plaza de Badajoz y tener en respeto las reliquias del ejército de don Gregorio de la Cuesta. Para mayor seguridad de sus cuarteles fortificó el mariscal frances la casa del *Conventual*, residencia hoy de un provisor de la orden de Santiago, y antes parte de una fortaleza edificada por los romanos, dividiéndose todavia del lado de Guadiana, en el lugar llamado el Mirador, un murallon de fábrica portentosa. En lo interior establecieron los franceses un hospital y almacenaron muchos bastimentos.

De Merida destacaron los enemigos á Badajoz algunas tropas é intimaron la rendicion á la plaza, confiados en el terror que habia infundido la jornada de Medellín, y tambien en secretos tratos. Salió su esperanza vana, respondiendo á sus proposiciones la Junta provincial á cañonazos. Era en esta parte tan unánime la opinion de Extremadura, que por entónces no consiguió el mariscal Victor que pueblo alguno prestase juramento ni reconociese el gobierno intruso. Sólo en Merida obtuvo de varios vecinos, casi á la fuerza, que firmasen una representacion congratulatoria á José; mas el acto produjo tal escándalo en toda la provincia, que al decretar la Junta contra los firmantes formacion de causa, prefirieron éstos comparecer en Badajoz y correr todo riesgo á manchar su fama con la tacha de traidores. Su espontánea presentacion en libertad de castigo. No era extraño que los naturales mirasen con malos ojos á los que seguian las banderas del extranjero, cuando este saqueaba y asolaba horrosamente la desgraciada Extremadura.

Por lo demas, Victor habia permanecido inmóvil después de lo de Medellín, no tanto porque temiese invadir la Andalucía, cuanto por ser principal deseo del Emperador la ocupacion de Portugal. Ya debimos fuera su plan que al tiempo que Soult penetrase aquel reino via de Galicia, otro tanto hiciesen Lapisse por Ciudad-Rodrigo y Victor por Extremadura. La falta de comunicaciones impidió dar á lo mandado el debido cumplimiento, dificultándose éstas á punto de que se interrumpieron aun entre los dos últimos generales. Ocasional des también embarazo sir Roberto Wilson, quien, ántes de pasar á Portugal en cooperacion de Wellesley, habia destacado dos batallones al puerto de Baños, y cortado así la correspondencia á los enemigos. Incomodados estos con tales obstáculos, estuvieronlo mucho más con la insurreccion del parage, que cundió por toda la tierra de Ciudad-Rodrigo, de manera que temiendo Lapisse no entrar en Portugal á tiempo, determinó pasar á Extremadura y obrar de acuer-

do con Victor. Así lo verificó, haciendo una marcha rápida sobre Alcántara por el puerto de Peraleja.

Los vecinos de aquella villa trataron de defender la entrada, apostándose en su magnífico puente; mas, vencidos, penetraron los franceses dentro, y en venganza todo lo pillaron y destruyeron, sin que respetasen ni aun los sepulcros. Diéronse, no obstante, los últimos priesa á evacuarla, continuando por la noche su camino, temerosos del coronel Grant y de D. Carlos de España, que seguían en hostia, y los cuales, entrando por la mañana en Alcántara, se hallaron con el espantoso espectáculo de casas incendiadas y de calles obstruidas de cadáveres. Se incorporó en seguida Lapisse con Victor, en Mérida, el 19 de Abril.

Entonces, prevaleciendo ante todo en la mente de los franceses la invasión de Portugal, mandó José al mariscal Victor que en union con el general Lapisse marchase la vuelta de aquel reino. Parecía oportuno momento para cumplir, a lo ménos en parte, el plan del Emperador, pues á la propia sazón se casaba en la provincia de Entre-Douro-y-Miño.

Encaminose, pues, Victor hacia Alcántara, poniendo al cuñado de Lapisse repasar el puente, ocupado a su llegada por el coronel inglés Mayne, quien en ausencia de Wilson al norte de Portugal, mandaba la legión lusitana. Quiso el inglés volar un arco del puente, y no habiéndolo conseguido, se replegó el 14 de Mayo á su antigua posición de Castello-Branco. Hasta allí, después de cruzar el Tajo, envió Lapisse sus descubiertas por querer el mariscal Victor ir más adelante; mas, aunque resuelto á ello, detuvieron á este temores del general Mackenzie, el cual, según apuntamos en el libro anterior, apostado en Abrantes al avanzar Wellesley á Oporto, solo al encuentro de los franceses para prevenir su marcha. El movimiento del inglés, y voces vagas que empezaron á correr de la retirada de Soult de las orillas del Duero, decidieron á Victor, no solo á desistir de su primer propósito, sino tambien á retroceder á Extremadura.

Por su parte D. Gregorio de la Cuesta, luego que supo la partida de aquel mariscal, movióse con su ejército, rehecho y agudizado, y puso los reales en la Fuente del Maestre, avanzando, sin estrecharle, al Conventual de Mérida, que guardaban los franceses. Victor, al volver de su correría, se colocó en Torremocha, vigilando sus puestos avanzados los pasos de Tajo y Guadiana. Pero su inútil tentativa contra Portugal, el haber nombrado ingleses á los jefes extremos, y el reclutamiento del ejército de Cuesta dieron aliento á la población de las ribeiras del Tajo, la cual, interceptando las comunicaciones, molestó continuamente á los enemigos. Mucho estímulo á la insurrección la Junta de Extremadura, enviando para dirigirla á D. José Joaquín de Ayestegui y á D. Francisco Longedo, quienes, de acuerdo con D. Miguel de Quere, que ya antes habia empezado á guerrear en la Higuera de las Dueñas, provincia de Toledo, juntaron un cuerpo de 600 infantes y 100 caballos, bajo el nombre de voluntarios y lanceros de Cruzada del valle de Tietar. Reconstruyendo la tierra, molestaron los convoyes enemigos, y fueron notables mas adelante dos de sus combates, uno trabado el 29 de Junio, en el pueblo de Menga, con las tropas del general Hugo, comandante de Avila; otro el que sostuvieron el 1.º de Julio en el puente de Tietar, y de cuyas resultas cogieron á los franceses mucho ganado lanar y vacuno.

Se agregó despues esta gente á la vanguardia del ejército de Cuesta.

Mientras tanto el mariscal Victor, viendo lo que crecia el ejército español, y temeroso de las fuerzas inglesas, que se iban arrimando á Castello-Branco, repasó el Tajo, situándose el 19 de Junio en Placeria. Poco antes envió un destacamento para volar el famoso puente de Alcántara, admirable y portentosa obra del tiempo de Trajano, que nunca fuera tan maltratada como esta vez, habiéndose contentado los moros y los portugueses en antiguas guerras con cortar uno de sus arcos mas pequeños.

Otras atenciones obligaron luego á Victor á mudar de estancia. En la Mancha y asperezas de Sierra-Morena, despues que Venegas tomó el mando de aquel ejército, se habian aumentado sus filas, ascendiendo el número de hombres, á principios de Junio, á unos 19.000 infantes y 3.000 caballos. Para no permanecer ocioso y fagorrear su gente, resolvió Venegas salir en 14 del mismo mes de las estrechuras de la Sierra y sus cercanías, y recorrer las llanuras de la Mancha. Alcanzaron sin partidas de guerrilla algunas ventajas, y el 28 de Junio, la division de vanguardia, regida por D. Luis La y, combatió con gloria al enemigo en el pueblo de Torralba.

La repentina marcha de Venegas asustó en Madrid á José, ya inquieto, según hemos dicho, con la entrada de Blake en Aragon. Así fué que, al paso que ordenó á Mortier que se aproximase por el lado de Castilla la Vieja á las sierras de Guadarrama, previno al mariscal Victor que poniéndose sobre Talavera, le enviase una division de infantería y caballería ligera. Agregada esta fuerza á sus guardias y reserva, se metió José desde Toledo en la Mancha, y uniéndose con el cuarto cuerpo, del mando de Sebastiani, avanzó hasta Ciudad-Real. Venegas, que por entonces no pensaba comprometer sus líneas, replegóse á tiempo, y ordenadamente tomó á Santa Elena. Penetró el rey intruso hasta Almagro, y no quando arriscarse más adentro, se restituyó á Madrid, devolviendo al mariscal Victor las tropas que de su cuerpo de ejército habia entresacado.

Tales fueron las marchas y correrías que precedieron en Extremadura y Mancha á la campaña llamada de Talavera, la cual, siendo de la mayor importancia, exige que ántes de entrar en la relacion de sus complicados sucesos, contemos las fuerzas que para ella pusieron en juego las diversas partes beligerantes.

De los ocho cuerpos en que Napoleon distribuyó su ejército al hacer, en Octubre de 1808, su segunda y terrible invasion, incorporóse muy tarde el de Junot con los otros, redondeándose, por consiguiente, á siete el número de todos ellos. Cinco fueron los que casi en su totalidad conyugaron á la campaña de Talavera. Tres, el segundo, quinto y sexto, acantonados en Julio en Valladolid, Salamanca y tierra de Astorga, bajo el mando supremo del mariscal Soult, y el primero y cuarto, alojados por el mismo tiempo en la Mancha y orillas del Tajo hacia Extremadura. Concurrió tambien de Madrid la reserva y guardia de José, pudiéndose calcular que el conjunto de todas estas tropas rayaba en 100.000 hombres. De los españoles vinieron sobre aquellos puntos los ejércitos de Extremadura y Mancha, el primero de 36.000 combatientes, el segundo de unos 24.000. La fuerza de Wellesley, acampada en Abrantes despues de su vuelta de Galicia, aunque engrosada con 5.000 hombres, no excedió de 22.000, menguada con los muertos y enfermos. Pasaban de 4.000 portugueses y españoles los que regia el bizarro sir Ro-

barto Wilson; de los últimos, dos batallones habían sido destinados del ejército de Cuesta. Además, 15.000 de los primeros, que disciplinaba el general Beresford, desde el Aguilón se trasladaron después hacia Castiello-Ranco. Por manera que el número de hombres llamados á lidiar ó cooperar en la campaña era, de parte de los franceses, según acabamos de decir, de unos 160.000 y de casi otro tanto la de los aliados, con la diferencia de ser aquellos homogeneos y agueridos, y estos de varia naturaleza y en su mayor parte novices y poco ejercitados en las armas.

El general Wellesley, aunque al desembarcar en Lisboa había concebido como más importante la destrucción del mariscal Víctor, empezó, sin embargo, conforme relatamos, por arrojar á Soult de Portugal para caer de pues más desembarazadamente sobre el primero. Así se lo había ofrecido al gobierno español al ir á Oporto, rogando que en el intermedio existasen los generales españoles de Extremadura y Mancha todo serio recuentro con los franceses. Cumplióse por ambas partes lo prometido, vióse forzado Soult á evanuar á Portugal, y Wellesley, después de haber dado descanso y respiro á sus tropas en Abrantes, salió de allí el 27 de Junio, poniéndose en marcha hacia la frontera de Extremadura.

Andaban los franceses divididos acerca del plan que convendría adoptar en aquellas circunstancias. José deseaba conservar lo conquistado, y sobre todo no abandonar á Madrid, pensando, quizá con razón, que la evacuación de la capital imprimiría en los ánimos ciertos sentimientos, en ocasión en que aun se mostraba viva la campaña de Austria. El mariscal Soult, ateniéndose á reglas de la más elevada estrategia, prescindiendo de la posesión de más ó menos territorios, y opinaba que se obrase en dos grandes cuerpos ó masas, cuyos centros se estableciesen, uno en Toro, donde él estaba, y otro donde José residía.

Después de la vuelta de Soult á Castilla nada de particular había ocurrido allí esforzándose solamente dicho mariscal por arreglar y reconcentrar los tres cuerpos que el Emperador había puesto á su cuidado. Encontró en ello estorbos, así en algunas providencias de José, que había, según se dijo, llamado hacia Guadarrama á Mortier, y así en la mal dispuesta voluntad del mariscal Ney, quien viendo de la preferencia dada por el Emperador á su compañero, quería apartarse, so pretexto de enfermedad, del mando del sexto cuerpo. Embarazaban tambien escaseces de varios efectos, y sobre todo el carecer de artillería el segundo cuerpo, abandonada á su salida de Portugal. Para remover tales obstáculos, pedir auxilios y prodigar en favor de su plan, envió Soult á Madrid al general Foy, que en posta partió el 19 de Julio. Tornó éste el 24 del mismo, y aunque se remediaron las necesidades más urgentes y se compusieron hasta cierto punto las desavenencias entre Ney y Soult, no se accedió al plan de campaña que el último proponía, atento solamente José á conjurar el nublado que le amenazaba del lado del Tajo.

Manteníase en Extremadura tranquilo D. Gregorio de la Cuesta, en espera del movimiento del general Wellesley, no habiendo comprendido, aunque bien á su pesar, acción alguna de gravedad. Hubo solamente chequeos parciales, y honró á las armas españolas el que estuvo en Aljoven D. José de Zayas, y otro que con no menor dicha trabó en Medellín el brigadier Rivas. Por eso le era al anciano general reprimir su impaciencia, pues tal órden to-

nia de la Junta Central. Limitábase á avanzar siempre que los franceses retrocedían, y al situarse en Plasencia el mariscal Víctor el 19 de Junio, sentó Cuesta, el 20 del mismo, sus cuarteles en las Casas del Puerto, orilla izquierda del Tajo. Allí aguardaba que adelantasen los ingleses, enviando al comisionado de esta nación, coronel Bourke, á proponerle su general el plan que le parecía más oportuno para abrir la campaña.

Sir Arturo Wellesley, después de levantar el 27 de Junio su campo de Abrantes, prosiguió su marcha, y estableció el 8 de Julio su cuartel general en Plasencia, pasando el 10 á avistarse con Cuesta en las Casas del Puerto. Conferenciaron entre sí largamente ambos generales, y propuestos varios planes, se adoptó al fin el siguiente, como preferible y más acomodado. Sir Roberto Wilson, con la fuerza de su mando y dos batallones que Cuesta le proporcionaría, había de marchar el 16 por la vera de Plasencia con dirección al Albornoz, ocupando hasta Escalona los pueblos de la orilla derecha; el 18 cruzaría el ejército británico por la Bazagosa el Tietar, en que se había echado un puente provisional, y dirigiéndose por Majadas y Centenilla á Ortopa y al Casar, había de extender su izquierda hasta San Roman y ponerse en contacto con la división de Wilson. El ejército español de Cuesta, cruzando el 19 el Tajo por Almaraz y Puente del Arzobispo, había de seguir el camino real de Talavera, y ocupar el frente del enemigo desde el Casar hasta el puente de tablas que hay sobre el Tajo en aquella ciudad, mas procurando en su marcha no embarazar la del ejército aliado. Tambien se acordó que Venégas, cuyo cuartel general estaba entonce en Santa Cruz de Mudela, y que dependía, hasta cierto punto, de Cuesta, avanzase si la fuerza del general Sebastiani no era superior á la suya, y que, pasando el Tajo por Fuentidueña, se pusiese sobre Madrid, debiendo retroceder á la Sierra por Tarazona y Torrejuncillo, en caso que acudiesen contra el tropa numerosas. Agradó este plan por lo respectivo al movimiento de Cuesta y de los ingleses; no pareció tan atinado en lo tocante á Venégas, cuyo ejército, alejándose demasiado del centro de operaciones, ni podia fácilmente darse la mano con los aliados en cualquiera mudanza de plan que hubiese, ni era posible acudir con prontitud en su auxilio si aceleradamente caían, reforzados, sobre él los enemigos.

Acordos Cuesta y Wellesley, volvió el último á Plasencia, é impensadamente escribió el 16 al ayudante general D. Tomas Odonojú, diciéndole que, si bien estaba pronto á ejecutar el plan convenido, desprovisto su ejército de muchos artículos, y sobre todo de transportes, podrian quizá presentarse dificultades inesperadas; y después añadía con tono más acerbó que en todo país en que se abre una campaña, debiendo los naturales proveer de medios de subsistencia, si en este caso no se proporcionaban, tendria España que pasarse sin la ayuda de los aliados. Tal fue la primera queja que de este genero se suscitó. Habia la Junta Central ofrecido suministrar cuantos auxilios estuviesen en su mano, y en efecto, expidió órdenes premiosas á las juntas de Badajoz, Plasencia y Ciudad-Rodrigo, para hacer abundantes acopios de todos los artículos preciosos á la subsistencia del ejército británico, recogiendo, además, á D. Juan Lozano de Torrea, con los correspondientes comisarios de guerra, para que lo saliesen á recibir á la frontera de España. Semejantes resoluciones podrian haber bastado en tiempos

ordinarios; ahora no, mayormente estando para ejecutarlas el Lozano de Torres, hombre ántes embrollador que prudente y activo. Las escaseces fueron reales; mas, agudizándose las contestaciones, se trataron con injusticia unos y otros, dando ocasion, según veremos, á enojos y desabrimientos.

Comenzó, no obstante, al tiempo convenido la marcha de los ejércitos aliados, haciendo sólo en ella los españoles una corta variación, por falta de agua, en el camino de Talavera. El 21 de Julio se alojaban ambos entre Oropesa y Velada; prosiguieron el 22 su camino, encontrándose la vanguardia, regida por D. José de Zayas, con fuerza enemiga, capitaneada por el capitán Latour-Maubourg. Las escaramuzas duraron parte del día, portándose nuestros soldados bizarramente, y con eso, y aparecer los ingleses, cruzaron los enemigos el Alberche, estando en Cazalegas el cuartel general del mariscal Víctor. Las divisiones de Villatte y Lapisse formaban sobre su derecha en altozanos que dominan la campaña, y la de Ruffin cubría sobre la izquierda, tocando al Tajo, el puente del Alberche, larguísimo y de tablas, amparado, además, su desembarcadero con 14 piezas de artillería. Ascendían sus fuerzas á 25.000 hombres, y permanecieron en sus puestos los días 22 y 23.

Acercáronse allí por su lado los ejércitos aliados, y sir Arturo Wellesley propuso á D. Gregorio de la Cuesta atacar á los enemigos sin tardanza el mismo 23, mas el general español pidió que se diferiese hasta la madrugada siguiente. Fútiles fueron las razones que después alegó para tal dilación, contrastando el detenimiento de ahora con el prurito que tuvo siempre, y renovó luego, de combatir á todo trance. Aseguran algunos extranjeros que se negó por ser domingo; mas si Cuesta pecaba de tan tímido, ni en España prevalecía semejante preocupación. Ha habido ingleses que han tachado á cierto oficial del estado mayor de Cuesta de la nota de entenderse con los enemigos. Ignoramos el fundamento de sus sospechas. Lo cierto es que los franceses, ya en situación apurada, decamparon en la noche del 23 al 24, y en lugar de seguir el camino de Madrid, tomaron por Torrijos el de Toledo. Falló así destruir al mariscal Víctor á la sazón que sus fuerzas eran inferiores á las aliadas, y falló por la inoportuna prudencia de Cuesta, pronta nunca ántes todavía entre las de este general.

Incomodado por ello Wellesley, receloso de que continuasen vacilando las subsistencias, y pareciéndole quizá atrevido internarse más ántes de estar cierto de lo que pasaba en Cantilla la Vieja, declaró formalmente que no daría un paso más allá del Alberche, á no afianzársele la manutención de sus tropas. Cuesta, que el 23 se remoloneaba para atacar, impulsado ahora por aviesa mano, á renaciendo en su ambicioso ánimo el deseo de entrar ántes que ninguno en Madrid, marchó solo y sin los ingleses, y llegó el 24 al Bravo y Cobella, y adelantándose el 25 á Santa Olalla y Torrijos, hubo de costar cara su loca temeridad.

Los franceses no se retiraban sino para reconcentrarse y encerrar sus fuerzas. José, después de dejar en Madrid una corta guarnición, había salido con su guardia y reserva, uniéndose á Víctor el 25, por Vargas y orilla izquierda del Guadarrama. Otro tanto hizo Sebastiani, que observaba á Venégas en la Mancha, cerca de Pánuel, cuando se le mandó acudir al Tajo. Con esta union, los franceses, que poco ántes tenían, para oponerse á los aliados, sólo unos 25.000 hombres, contaban ahora

sobre 50.000, alojados á corta distancia de Cuesta, detrás del río Guadarrama. Venégas, sabedor de la marcha de Sebastiani, envió en pos de él y hacia Toledo una division, al mando de D. Luis Lacy, aproximándose en persona á Aracñez con la restante de su ejército. No por eso dividieron los franceses sus fuerzas, ni tampoco por otros movimientos de sir Roberto Wilson, quien, extendiéndose con sus tropas por Escalona y la Villa del Prado, re había el 25 metido hasta Navalcarnero, distante cinco leguas de Madrid, cuyo suceso hubo de causar en la capital un levantamiento.

Aunque juntos los cuerpos de Víctor y Sebastiani con la reserva y guardia de José, no pensaban los franceses empeñarse en accion campal, aguardando á que el mariscal Soult, con los tres cuerpos que capitaneaba en Salamanca, viniese sobre la espalda de los aliados, por las sierras que dividen aquellas provincias de la de Extremadura. Un sabio, de que había sido portador, desde Madrid, el general Foy, y cuyas resultas hubieran podido ser funestísimas para el ejército combinado. La impaciencia de los franceses malogró en el campo lo que prudentemente se había determinado en el consejo.

Viendo el 26 de Julio la indiscreta marcha de Cuesta, quisieron escarmentarle. Así, arrellaron aquel día sus puestos avanzados, y aun acometieron á la vanguardia. El comandante de ésta, D. José de Zayas, avanzó á las llanuras que se extienden delante de Torrijos, en donde lidió largo rato, tratando sólo de retirarse al noticiarle que mayor número de gente venía á su encuentro. Comenzó entónces ordenadamente su movimiento retrógrado; pero arrojados los infantes con ver que no podía manejar el regimiento de caballería de Villavieja, metido entre unos vallados, retrocedieron en desorden á Alcaben, adonde corrió en su auxilio el Duque de Alburquerque, asistido de una division de 3.000 caballos. Diose con esto tiempo á que la vanguardia se recogiese al grueso del ejército, que teniendo á su cabeza al general Cuesta, caminaba, no con el mejor concierto, á abrigarse del ejército inglés. La vanguardia de éste ocupaba á Cazalegas, y su comandante, el general Sherbrooke, hizo ademán de resistir á los enemigos, que se detuvieron en su marcha. Parecía que con tal leccion se ablandaría la temeridad del general Cuesta; mas descontentándose de las justas reflexiones de sir Arturo Wellesley, á duras penas consintió reparar el Alberche.

Anunciaba la union y marcha de los enemigos la proximidad de una batalla, y se preparó á recibirla el general inglés. En consecuencia, mandó á Wilson que de Navalcarnero volviese á Escalona, y no dejó tropa alguna á la izquierda del Alberche, resuelto á ocupar una posicion ventajosa en la már-gem opuesta.

Escogió como tal el terreno que se dilata desde Talavera de la Reina hasta más allá del cerro de Medellín, y que abraza en su extension unos tres cuartos de legua. Alojábase á la derecha, y tocando al Tajo, el ejército español; ocupaba el inglés la izquierda y centro. Era como sigue la fuerza y distribucion de entrambos. Componíase el de los españoles de cinco divisiones de infantería y dos de caballería, sin contar la reserva y vanguardia. Mandaban las últimas D. Juan Berthuy y D. José de Zayas. De las divisiones de caballería, guiaba la primera D. Juan de Henestrosa, la segunda el Duque de Alburquerque. Regían las de infantería, según el orden de su numeracion, el Marqués de Zayas, D. Vicente Iglesias, el Marqués de Portago,

D. Rafael Mangiano y D. Luis Alexandro Bassecourt. El total de tropas españolas, deducidas pérdidas, destacamentos y extraviados, no llegaba á 34.000 hombres: de ellos, cerca de 6.000 de caballería. Contaban allí los ingleses más de 16.000 infantes y 3.000 jinetes, repartidos en cuatro divisiones, á los órdenes de los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

La derecha, que formaban los españoles, se extendía delante de Talavera y detrás de un vallado que hay á la salida. Colocóse enfrente de la suntuosa ermita de Nuestra Señora del Prado una fuerte batería, con cuyos fuegos se enfilaba el camino real que conduce al puente del Alberche. Por el sinistral costado de los españoles, y en un intermedio que había entre ellos y los ingleses, empezóse á construir en un altozano un reduto, que no se acabó; viniendo después é inmediatamente la division de Campbell, á la que seguía la de Sherbrooke, cubriendo con la suya la izquierda del general Hill. Permaneció apostada cerca del Alberche la division del general Mackenzie, con orden de colocarse en segunda línea y detrás de Sherbrooke al trabarse la refriega. Era la llave de la posición el cerrón donde se alojaba Hill, llamado de Medellín, cuya falda baña por delante y defende con hondo cauce el arroyo Portiña, separándole una cañada por el sinistral lado de los penascales de la Atalaya é hijuelas de la sierra de Segurilla.

Al amanecer del 27 de Julio, poniendo José desde Santa Olalla sus columnas en movimiento, llegaron aquellas á la una del día á las alturas de Salinas, izquierda del Alberche. Sus jefes no podían ni aun de allí descubrir distintamente las maniobras del ejército combinado, plantado el terreno de olivos y moreras. Mas, escuchando José al mariscal Victor, que conocía aquel país, tomó, en su consecuencia, las convenientes disposiciones. Dirigió el cuarto cuerpo, del mando de Sebastiani, contra la derecha, que guardaban los españoles, y el primero, del cargo de Victor, contra la izquierda, al mismo tiempo que amenazaba el centro la caballería. Cruzado el Alberche, siguió el cuarto cuerpo con la reserva y guardia de José, que le sostenía, el camino real de Talavera, y el primero, que vino por el vado, cayó tan de repente sobre la torre llamada de Salinas, en donde estaba apostado el general Mackenzie, que causó algun desorden en su division, y estuvo para ser cogido prisionero sir Arturo Wellesley, que observaba desde aquel punto los movimientos del enemigo. Pudieron, al fin, todos, aunque con trabajo, recogerse al cuerpo principal del ejército aliado.

Iba, pues, á empeñarse una batalla general. Los franceses, avanzando, empezaron ántes de anochecer en ataque con un fuerte cañoneo y una carga de caballería sobre la derecha, que defendían los españoles, de los que cayeron los cuerpos de Trujillo y Badañoz de línea y leales de Fernando VII, y aun hubo fugitivos que espantaron la consternacion hasta Oropesa, yendo envueltos con ellos y no menos aterrorizados algunos ingleses. No fué, sin embargo, más allá el desorden, contenido el enemigo por el fuego acertado de la artillería y de los otros cuerpos, y tambien por ser su principal objeto caer sobre la izquierda, en que se alojaba el general Hill.

Dirigieron contra ella las divisiones de los generales Ruffin y Villatte, y encaramáronse al cerro, á pesar de ser la subida áspera y escarpada, con la determinación tambien de tener que cruzar el cauce del Portiña. Atropellándolo todo con su impetuosidad,

tocaron á la cima, de donde precipitadamente descendieron los ingleses por la ladera opuesta. El general Hill, aunque herido su caballo, y á riesgo de caer prisionero, volvió á la carga, y con la mayor bizarría recuperó la altura. Ya bien entrada la noche, insistieron los franceses en su ataque, extendiéndole por la izquierda de ellos el general Lapasse contra otra de las divisiones inglesas. Viva fue la refriega y larga, sin fruto para los enemigos. Pasadas las doce de la misma noche, un ruido falso, esparcido entre los españoles, dió ocasion á un fuego granado, que duró algun tiempo, y causó cierto desorden, que afortunadamente no cundió á toda la línea.

Al amanecer del 28 renovaron los franceses sus tentativas, acometiendo el general Ruffin el cerro de Medellín por su frente y la cañada de la izquierda; sostúvole en su empresa el general Villatte. La pelea fué portada, repetidos los ataques, ya en masa ya en pelotones, la perdida grande de ambas partes. Herido el general Hill, dudoso el éxito en ocasiones, hasta que los franceses, tomando á sus primeros puestos, abrigados de formidable artillería, suspendieron el combate.

Falto el ejército británico de cañones de grueso calibre, pidió el general Wellesley algunos de esta clase á D. Gregorio de la Cuesta, los cuales se colocaron, al mando del capitán Uclés, en el reduto empezado á construir en el altozano interpuesto entre españoles é ingleses. Viendo tambien el general Wellesley el empeño que ponía el enemigo en apoderarse del cerro de Medellín, sintió no haber ántes prolongado su izquierda, y guarneciéndola del lado de la cañada; por lo que, para corregir su olvido, colocó allí parte de su caballería, que sostuvo la de Albuquerque, y alcanzó de Cuesta el que destacase la quinta division, del mando de Bassecourt, cuyo jefe se situó cubriendo la cañada, en la falda y penascales de la Atalaya.

En aquel momento dudo José de si convenia retirarse ó continuar el combate. Victor estaba por lo último, el mariscal Jourdan por lo primero. Vacilante José por algun tiempo, decidióse por la continuacion, habiendo recorrido ántes la línea en todo su largo.

En el intermedio hubo un respiro, que duró desde las nueve hasta las doce de la mañana, bajando, sin ofenderse, los soldados de ambos ejércitos á apagar en el arroyo de Portiña la sed ardiente que les causaba lo muy bochornoso del día.

Por fin los franceses volvieron á proseguir la accion. Vigilaba sus movimientos sir Arturo Wellesley desde el cerro de Medellín. Acometió primero el general Sebastiani el centro, por la parte en que se unían los ingleses y los españoles. Aquí se hallaban de parte de los últimos las divisiones tercera y cuarta, al cuidado ambas de D. Francisco Egula, formando dos líneas, la primera más avanzada que la inmediata de los ingleses. El frances quisó, sobre todo, apoderarse de la batería del reduto; mas al poner el pié en ella, recibieron sus soldados una descarga á metralla de los cañones puestos allí poco ántes al mando del capitán Uclés, y cayendo los ingleses en seguida sobre sus filas, experimentaron éstas horrosa carnicería. Replegados en confusion los franceses á su línea, rechazaron á sus contrarios cuando avanzaron. Reiteráronse tales tentativas, hasta que en la última, intentando los enemigos meterse entre los ingleses y los españoles, se vieron flanqueados por la primera línea de éstos más avanzada, y acerbillados por una batería que mandaba

D. Santiago Píñero, militar aventajado. Repelidos así, y al tiempo que ya llagaban, dió sobre ellos asombrosa carga el regimiento español de caballería del Rey, guiado por su coronel D. José María de Lantres, á quien, herido, substituyó en el acto, con no menor brío, su teniente D. Rafael Valpardo. Todo lo atropellaron nuestros jinetes, dando lugar á que se cogieran 10 cañones, de los que cuatro trajo al campo español el mencionado Píñero.

A la misma sazón, en la izquierda del ejército aliado, trató la division del general Ruffin de rodear por la cañada el corral de Medellín, amenazando parte de la de Villatte subir á la cima. Colocada la caballería inglesa en dicha cañada, aunque padeció mucho, en especial un regimiento de dragones, logro descoucertar á Ruffin, sosteniendo sus esfuerzos la division de Bassecourt y la caballería de Alburquerque. También sirvió de mucho la oportunidad con que el distinguido oficial D. Miguel de Alava, ayudante del ultimo, condescendiendo con los deseos del general inglés Fane, y sin aguardar, por la premura, el permiso de su jefe, dispuso que obrasen dos cañones, al mando del capitán Entrena, que hicieron en el enemigo grande estrago. Así se ve cómo en ambas alas andaba la refriega favorable á los aliados.

Hubo de comprometerse su éxito durante cierto espacio en el centro. Acometió allí al general Sherbrooke el francés Lapisse, el cual, si bien al principio fue rechazado gallardamente, prosiguiendo los guardias ingleses con sobrado ardor el triunfo, repeliéndolos á su vez los franceses, introduciendo confusión en su línea; momento apurado, pues roto el centro, hubieran los aliados perdido la batalla. Felizmente, al ver Wellesley lo que se empuñaban los guardias, con prevision ordenó desde el corral donde estaba bajar al regimiento número 48, mandado por el coronel Donellan, cuyo cuerpo se portó con tal denuedo, que conteniendo á los franceses, dió lugar á que los suyos volvieran en sí y se rehiciesen. Sucedió lo cual, avanzando de la segunda línea la caballería ligera, á las órdenes de Cotton, y manobrando por los flancos la artillería, entre la que también lució con sus cañones el capitán Entrena, cayeron desordenados los franceses, cayendo mortalmente herido el general Lapisse. Ya entonces se muestra en por toda la línea victoriosos los aliados. Recogieron los franceses á su antigua posición, cubriendo el movimiento los fuegos de su artillería. El calor y el seco de la tierra con el tráfago y pisar de aquel día produjeron poco después en la tierra y matorrales un fuego, que recorriendo por muchas partes el campo, quemó á muertos y á postrados heridos. Perdieron los ingleses en todo 6268 hombres, los franceses 7383, con 17 cañones; murieron de cada parte dos generales. Ascendió la pérdida de los españoles á 1200 hombres, quedando herido el general Manglano.

De este modo pasó la batalla de Talavera de la Reina, que empezada el 27 de Julio, no concluyó hasta el siguiente día, y la cual tuvo, por decirlo así, tres pausas ó jorjadas. En la última del 28 se comportaron los españoles con valor é intrepidez. A los cuerpos que el 27 saquearon, nada menos intentó Cuesta que diezmarlos, como si su falta no proviniese más bien de anterior indisciplina que de cobardía villana. Intercedió el general inglés, y avanzó el feroz pecho del español, mas desgraciadamente cuando ya habían sido arrebucados 50 hombres.

Nombró la Junta Central á sir Arturo Wellesley,

I.

capitan general de ejército, y elevóle su gobierno á par de Inglaterra, bajo el título de lord vizconde Wellington de Talavera, con el cual le distinguiremos en adelante. Dispensó también la Central otras gracias á los jefes españoles, condecorando á don Gregorio de la Cuesta con la gran cruz de Carlos III.

El 29 de Julio repasaron los franceses el Alberche, apostándose en las alturas de Saliraa. Marchó en seguida José con el cuarto cuerpo y la reserva á Santa Olalla, y se colocó el 31 en Illesca, habiendo antes destacado una division vuelta de Toledo, á cuya ciudad amenazaba gente de Venegas. El mariscal Víctor, recelándose de los movimientos por su flanco de sir Roberto Wilson, cuya fuerza creía superior, se retiró también el 1.º de Agosto hacia Maqueda y Santa Cruz del Retamar, creciendo el desacuerdo entre él y el mariscal Jourdan, como acontece en la desgracia.

Lord Wellington y los españoles se mantuvieron en Talavera, adonde llegó el 29, con 3000 hombres de refresco, el general Crawford, que al ruido de la batalla se apresuró á incorporarse á tiempo, aunque inútilmente, al grueso del ejército. No quiso Wellington, a pesar del refuerzo, seguir el alcance, ya porque considerase á los franceses más bien repelidos que deshechos, ó ya porque no se fiasse en la disciplina y organizacion del ejército español, tolerable en posición abrigada, pero muy imperfecta para marchas y grandes evoluciones. Otras causas pudieron también influir en su determinacion: tal fué el anuncio del armisticio de Znaim, que se publicó en *Gaceta* extraordinaria de Madrid de 27 de Julio; tal asimismo la marcha progresiva de Soult, de que se iban teniendo avisos más ciertos. Sin embargo, no fundó el general inglés su resolucion en ninguna de tan poderosas é insinuadas razones, fuese que no quisiera ofender á los caudillos españoles, ó que temiera sobresaltar los ánimos con malas nuevas. Disculpase solamente para no avanzar con la falta de víveres, pareciendo á algunos que si realmente tal escasez afligia al ejército, no era oportuno modo de remediarla permanecer en el lugar en donde mas se sentía, cuando yendo adelante se encontrarian países ménos devastados, y ciudades y pueblos que ansiosamente y con entusiasmo aguardaban á sus libertadores.

Por tanto creyóse en general que, si bien no abundaban las vitualas, la detencion del ejército inglés pendía principalmente de los movimientos del mariscal Soult, quien, según aviso recibido en 30 de Julio, intentaba atravesar el puerto de Baños, defendido por el Marqués del Reino con cuatro batallones, dos destacados anteriormente del ejército de Cuesta, y dos de Bajar. A la primera noticia pidió lord Wellington que tropa española fuese á retorar el punto amenazado, y dificultosamente recabó de D. Gregorio de la Cuesta que destacase para aquel objeto, en 2 de Agosto, la quinta division, del mando de D. Luis Bassecourt: poca fuerza y tardía, pues no pudiendo el Marqués del Reino resistir á la superioridad del enemigo, se replegó sobre el Tietar, entrando los franceses en Plasencia el 1.º de Agosto.

Cerciorados los generales aliados de tan triste acontecimiento, convinieron en que el ejército británico iba al encuentro de los enemigos, y que los españoles permanecerian en Talavera, para hacer rostro al mariscal Víctor en caso de que volviese á avanzar por aquel lado. Las fuerzas que tenían los franceses constaban del quinto, segundo y sexto

II

cuerpo, ascendiendo en su totalidad á unos 50.000 hombres. Precedía á los demas el quinto, á las órdenes del mariscal Mortier; seguía el segundo, á las inmediatas de Soult, que además mandaba á todos en jefe, y cerraba la marcha el sexto, capitaneado por el mariscal Ney. Fué, de consiguiente, Mortier quien arrojó de Baños al Marqués del Reino, extendiéndose ya hacia la venta de la Bazagona por una parte, y por otra hacia Coria, cuando el 3 de Agosto pisó Soult las calles de Plasencia, y cuando Ney cruzaba en el mismo día los lindes extremeños. Tal y tan repentina avenida de gente asoló aquella tierra, frondosísima en muchas partes, no escasa de cierta industria, y en donde aun quedan rastros y ruinas de una gran calzada romana. El general Beresford, que ántes estaba situado, con unos 15.000 portugueses, detras del Agueda, siguió al ejército francés en una línea paralela, y atravesando el puerto de Perales, llegó á Salvatierra el 17 de Agosto, desde cuyo punto trató de cubrir el camino de Abrantes.

Uso de esta manera acumulando en el valle ó prolongada cuenca que forma el Tajo desde Aranjuez hasta los confines de Portugal, muchedumbre de soldados, cuyo número, incluso los ejércitos de Venegas y Beresford, rayaba en el de 200.000 hombres, de muchas y varias naciones. Siendo difícil su mantenimiento en tan limitado terreno, y corto el tiempo que se requería para reunir las masas, era de conjeturar que unos y otros estaban próximos á empuñar desensivos trances. Pero en aquella ocasion, como en tantas otras, no aconteció lo que parecia mas probable.

Lord Wellington, informado de que el mariscal Soult se interponía entre su ejército y el puente de Almaraz, resolvió pasar por el del Arzobispo y establecer su línea de defensa detras del Tajo. Por su parte D. Gregorio de la Cuesta, temeroso tambien de aguardar solo en Talavera á José y Victor, que de nuevo se unian, abandonó la villa y se juntó en Oropesa con la quinta division y el ejército británico. Demoró á Wellington la determinacion del general español, por parecerle precipitada, y sobre todo por no haber puesto el correspondiente cuidado en salvar los heridos ingleses que habia en Talavera. Desatendió, por tanto, y con justicia, los clamores de D. Gregorio de la Cuesta, que insistia en que se conservase la posicion de Oropesa, como propia para una batalla. Cruzó, pues, Wellington el puente del Arzobispo, y estableció su cuartel general en Deleitosa el 7 de Agosto, poniendo en Mesas de Ibor su retaguardia. Envió tambien por la orilla izquierda de Tajo al general Crawford, con una brigada y seis piezas, el cual llegó felizmente á tiempo de cubrir el paso de Almaraz y los vados.

Porrado, bien á su pesar, el general Cuesta á seguir al ejército inglés, pasó el 5 el puente del Arzobispo, hacia donde con prsteza se agolpaban los enemigos. Prosiguió su marcha por la Pareda de Garbin á Mesas de Ibor, dejando en guarda del puente á la quinta division, del cargo de D. Luis Bassecourt, y por la derecha en Azután, para atender á los vados, al Duque de Albuquerque, con 3.000 caballos. Mas apenas habia llegado Cuesta á la Pareda, cuando ya eran dueños los enemigos del puente del Arzobispo.

Acercándose allí de todas partes el quinto cuerpo, se habia cobrado en jefe Mortier en la Puebla de Naciados. Estaba á la sazón en Navalmeral el mariscal Ney, y Soult, desde el Gordo, habia destacado caballería camino de Talavera, para ponerse en co-

municacion con Victor, de vuelta ya éste el 6 en aquella villa. Así todas las tropas francesas podian allora darse la mano y obrar de acuerdo.

Reconcentraronse, pues, para forzar el paso del puente del Arzobispo el quinto y segundo cuerpo, al tiempo que Victor, por el puente de batallas de Talavera, debia llamar la atencion de los españoles, y aun acometerlos, siguiendo la izquierda del Tajo. Á las dos de la tarde del 8 formalizaron los franceses su ataque contra el paso del Arzobispo; dirigió el mariscal Mortier. El calor del día, y el desorden propio de ejércitos mal disciplinados, hizo que no hubiese de nuestra parte gran vigilancia, por lo cual, en tanto que los enemigos embestian el puente, cruzaron descansadamente un vado 800 caballos suyos, guiados por el general Caulincourt, quedando unos 6.000 al otro lado, prontos á ejecutar lo mismo. Procuraron los españoles impedir el paso del Arzobispo, abriendo un fuego muy vivo de artillería, efectos de que Caulincourt, pasando el vado, acometió, como lo hizo, por la espalda. Sólo habia en el puente 300 húsares del regimiento de Extremadura, que contuvieron largo rato los impetus de los fuertes enemigos, á quienes hubiera costado caro su arrojó si Alburquerque hubiese llegado á tiempo. Pero los caballos de éste, desensillados y sin lujas, tardaron en prepararse, acudiendo despues atropelladamente, con cuya detencion y falta de órden dió lugar á que vadase el rio toda la caballería francesa, que, ayudada de algunos infantes, descomentó á nuestra gente, de la cual parte tiró á Guadalupe y parte á Valdelacasa, perdiéndose cañones y equipajes.

Afortunadamente no prosiguieron los enemigos más adelante, dirigiendo sus fuerzas á otros puntos, por lo que los aliados pudieron mantenerse tranquilos; los ingleses sobre la izquierda hacia Almaraz, con su cuartel general en Jarnicejo, los españoles sobre la derecha, con el suyo en Deleitosa, atentos tambien á proteger la posicion de Mesas de Ibor. Don Gregorio de la Cuesta, abrumado con los afanes, sinsabores é incomodidades de la campaña, hizo dimision del mando el 12 de Agosto, sucediéndole interinamente, y despues en propiedad, D. Francisco de Eguia.

Puestos los aliados á la orilla izquierda del Tajo, y temiendo José movimientos en Castilla la Vieja, cuyas guarniciones estaban faltas de gente, determinó, siguiendo el parecer de Ney, suspender las operaciones del lado de Extremadura. Así lo tenia, igualmente, insinuando Napoleon desde Schoenbrunn, con fecha de 29 de Julio, desaprobando que se empuñasen acciones importantes hasta tanto que llegasen á España nuevos refuerzos, que se disponia á enviar del Norte. Conforme á la resolusion de José, situó Soult en Plasencia, reemplazó en Talavera al cuerpo de Victor el de Mortier, y retrocedió con el suyo á Salamanca el mariscal Ney.

Caminaba el último tranquilamente á su destino, sin pensar en enemigos, cuando de repente tropezó en el puerto de Baños con obstinada resistencia. Causábala sir Roberto Wilson, quien, abandonada, y estando el 4 de Agosto en Velada, sin noticia del paradero de los aliados, repasó el Tiétar, y atravesando acelerada é intrépidamente las sierras que parten términos con las provincias de Avila y Salamanca, fué á caer á Bejar por sitios solitarios y fragosos. Desde allí, queriendo incorporarse con los aliados, contramarchó hacia Plasencia por el puerto de Baños, á la propia sazón que el mariscal Ney se volvía sobre Salamanca. La fuerza de Wilson, de

4.000 hombres, la componían portugueses y españoles. Dos batallones de éstos, avanzados en Aldaueva, defendieron á palmas el terreno hasta la altura del desfiladero, en donde se alojaban los portugueses. Sostuviese Wilson en aquel punto durante horas, y no cedió sino á la superioridad del número; según la relación de tan digno jefe, sus soldados se portaron con el mayor brío, y al retirarse, los hubo que respondiendo á fusilazos á la intimación del enemigo de rendirse, se abrieron paso valerosamente.

El cuerpo del mariscal Soult, mientras permaneció en tierra de Plasencia, acostumbrado á vivir de rapina, taló campos, quemó pueblos y cometió todo género de excesos. Al obispo de Coria D. Juan Álvarez de Castro, anciano de ochenta y cinco años, postrado en una cama, sacaronle de ella violentamente mercedarios franceses, y sin piedad le arrebucaron. Parecida atrocidad cometieron con otros pacíficos y honrados ciudadanos.

En tanto José pensó en hacer frente al general Venégas, que por su parte había puesto en gran cuidado á la corte intrusa, adelantándose al Tajo en 23 de Julio, al tiempo que el general Sebastiani retrocedió á Toledo. En el ejército de D. Francisco Venégas de los mejor acondicionados de España, y sobresalían sus jefes entre los más señalados. Estaba distribuido en cinco divisiones, que regían: la primera D. Luis Lacy, la segunda D. Gaspar Vigodet, la tercera D. Pedro Agustín Jiron, la cuarta D. Francisco González Castrejón, y la quinta D. Tomás de Zamora Gobernador de la caballería del Marqués de Jelo. Ya habíamos de su fuerza total.

El 27 de Julio dispuso el general Venégas que la primera division pasase á Mora, cayendo sobre Toledo al paso que él se trasladaba á Tembleque con la cuarta y quinta, y avanzaban á Ocaña la segunda y tercera. Ejecutóse la operación, yendo hasta Aranjuez en la mañana del 29. Un destacamento de 400 hombres, mandados por el coronel D. Felipe Lacroix, se extendió á la Cuesta de la Reina, en donde dispersó tropas del enemigo y les cogió varios prisioneros.

En tal situación, parecía natural que Venégas se hubiera metido en Madrid, desquiciado con la salida de José vía de Talavera. Aquí era para ello el nombramiento que el mismo día 29 recibió de la Central, encargándole interinamente el mando de Castilla la Nueva, con prevención de que residiese en Madrid. Pero siendo el verdadero motivo de concederle esta gracia el disminuir el influjo pernicioso de Cuesta, caso que nuestras tropas ocupasen la capital, se le advirtió al mismo tiempo que no se empeñase muy adelante, pues los ingleses, con pretexto de falta de subsistencias, no pasarían del Alarcón.

Hubiera aún podido detener á Venégas para entrar en Madrid el parte que el 30 le dió Lacy, desde Nuestra Señora de la Sieta, de que enemigos se agolpaban á Toledo, si en el mismo día no hubiese también recibido oficio de Cuesta, anunciando la victoria de Talavera, coligiéndose de ahí que la gente dividida por Lacy venía más bien de retirada que con intento de atacarle. Sin embargo, se le citó Venégas á reconcentrar su fuerza en Aranjuez, apostando en el puente Largo la division de Lacy, que había llamado de las cerenias de Toledo.

Permanecía así inerte, cuando el 3 de Agosto le avisó D. Gregorio de la Cuesta cómo se retiraba de Talavera. Con esta noticia parecía que quien se había mostrado circunspecto en momentos favora-

bles sería ahora mucho más y con mayor fundamento. Pero no fué así, pues en vez de retirarse, tomó el 5 disposiciones para defender el paso del Tajo. Apostó en sus orillas las divisiones primera, segunda y tercera, al mando todas de D. Pedro Agustín Jiron, que debían atender á los vados y á los puentes Verde, de barcas y la Reina, quedándose detrás, camino de Ocaña, con las otras dos divisiones, el mismo Venégas.

Los franceses se presentaron en la ribera derecha á las dos de la tarde del mismo 5, y empezaron por atacar la izquierda española, colocada en el jardín del infante D. Antonio, acometiendo después los tres puentes. A todas partes acudió el general Jiron con admirable presteza, y en particular á la izquierda, apoyando sus esfuerzos los generales Lacy y Vigodet. No ménos animosos se mostraban los otros jefes y soldados, y los hubo que apenas curados de sus heridas volvían á la pelea. Los franceses, viendo la porfía de la defensa, abandonaron al anochecer su intento. Perdimos 200 hombres; los enemigos 500, estando más expuestos á nuestros fuegos.

Bastábale á Venégas la ventaja adquirida para que entisfecho se retirase con honra; mas creciedo su confianza, permaneció en Ocaña y se aventuró á una batalla campal. Los franceses, frustrado su deseo de pasar el Tajo por Aranjuez, hicieron continuos movimientos con direccion á Toledo, lo cual excitó en Venégas la sospecha de que querían atravesar hacia allí el río y cogerle por la espalda. Situó, en consecuencia, su ejército en encalones dando Aranjuez á Tembleque, en donde estableció su cuartel general, enviando la quinta division sobre Toledo. En efecto, los franceses pasaron en 9 de Agosto el Tajo por esta ciudad y los vados de Anovar, y el 10 juntó el general español sus fuerzas en Almonacid.

En la creencia de que los franceses sólo eran 14.000, repugnábale á D. Francisco Venégas desamparar la Mancha, inclinándose á presentar batalla. Oyó, sin embargo, ántes la opinion de los demás generales, la cual coincidiendo con la suya, se acordó entre ellos atacar á los franceses el 12, dando el 11 descanso á las tropas. Mas en este día previnieron los enemigos los deseos de los nuestros, trabando la accion en la madrugada.

Componíase la fuerza francesa del cuarto cuerpo, al mando de Sebastiani, y de la reserva, á las órdenes de Dessoles y de José en persona, cuyo total ascendía á 26.000 infantes y 4.000 caballos. Situáronse los españoles delante de Almonacid y en ambos costados. El derecho le guardaba la segunda division, el izquierdo la primera, y ocupaban el centro la cuarta y quinta. Quedó la reserva á retaguardia, destinándose sólo de ella dos ó tres cuerpos. Distribuyéronse la caballería entre ambos extremos de la línea, excepto algunos jinetes, que se mantuvieron en el centro.

Empezó á atacar el general Sebastiani antes que llegase su reserva, dirigiéndose contra la izquierda española. Viose, por tanto, muy comprometido un cuerpo de la primera division, y á punto de tener que replegarse sobre los batallones de Bailén y Jaén, que eran dos de los destacados de la tercera division. Corran también éstos de la cresta de un monte, á la izquierda de la línea donde se alojaban, herido mortalmente el valiente coronel de Bailén D. Juan de Silva. Inútilmente fue á socorrer el general Jiron, hasta que desplegando al frente de las columnas enemigas D. Luis Lacy, con lo restante de su primera division contru-

á aquéllas, y las rechazó, apoyado por la caballería.

A la sazón llegó el general Dessoles con parte de la reserva francesa, y animando á los soldados de Sebastiani, renovóse con más ardor la refriega. Viéronse entonces tambien acometidas la cuarta y quinta division española; la última, colocada á la derecha de Almonacid, dió luego indicio de flaquear; mas la otra sostuvose bizarramente, distinguiéndose los cuerpos de Jerez, Córdoba y guardias españolas, guiado el segundo con conocimiento y valentía por D. Francisco Curvajal. Cargaba igualmente la caballería, y anunciábase allí la victoria, cuando, muerto el caballo del comandante de aquellos rinetes, Vizconde de Zelina, hombre de nimia superabundancia, aunque de valor no escaso, paróse éste, tomando por aviso de Dios la muerte su de caballo.

Entre tanto acudió José con el resto de la reserva al campo de batalla, y rota la quinta division, que ya habia flaqueado, penetraron los franceses hasta el cerro del castillo, al que subieron despues de una muy viva resistencia. Llegó con esto á ser muy critica la situacion del ejército español, en especial la de la gente de Lacy, por lo cual Venegas juzgó prudente retirarse. Para ello ordenó á la segunda division, del mando de Vigodet, que era la menos comprometida, que formase á espaldas del ejército. Ejecutó dicho jefe esta maniobra con prontitud y acierto, eligiendo á su division la cuarta, del cargo de Castejon.

No bastó tan oportuna precaucion para verificar la retirada ordenadamente, pues asustados algunos caballos con la voladura de varios carros de municiones, dispersáronse é introdujeron desórden. De allí, no obstante, con más ó menos concierto, dirigieronse todas las divisiones por distintos puntos á Herencia, y en seguida á Manzanares. En esta villa, corriendo entre la caballería la voz falsa y aciaga de que los enemigos estaban ya á la espalda de Valdepeñas, desrancháronse los soldados, y de tropel y desmandadamente no pararon hasta Sierra-Morena, en donde, segun costumbre, se juntaron despues y recibieron. Costó á los españoles la batalla de Almonacid 4.000 hombres, unos 2.000 á los franceses.

Tan desaventajosamente finalizó esta campaña de Talavera y la Mancha, comenzada con favorable estrella. No se advirtió, sin embargo, en sus resultados, á lo ménos de parte de los españoles, lo que comúnmente acontece en las guerras, en las que, segun con razon asienta Montesquieu, no suele ser lo más funesto las pérdidas reales que en ellas se experimentan, sino las imaginarias y el desaliento que producen. Lo que hubo de lastimoso en este caso fué haber desaprovechado la ocasion de lanzar tal vez á los franceses del Ebro allá, y sobre todo la desunion momentánea de los aliados, á la que sirvió de principal motivo la falta de bastimentos.

Question ha sido ésta que ya hemos tocado, y no volveríamos á renovarla, si no hubiese tenido particular influjo en las operaciones militares, y mezclados tambien en los vaivenes de la politica. Hubo en ella por ambas partes injusticia en las imputaciones, atribuyéndose á la Central mala voluntad y mala perfidia, y calificando ésta de mero pretexto las que, á veces fundadas, de los ingleses. Todos tuvieron culpa, y mas las circunstancias de entonces, juntamente con la dificultad de alimentar un ejército en campaña cuando no es conquistador, y de prevenir las necesidades por medio de oportunas almacenages. Se equivocó la Central en imaginar que con solo dar órdenes y enviar empleados se abaste-

ceria el ejército inglés y español. A aquéllas habrían debido acompañar medidas vigorosas de concecion, poniendo tambien cuidado en encargar el desempeño de comision tan espinosa á hombres íntegros y capaces. Ciertó que á un gobierno de este tan débil como la Central érale difícil emplear la concecion, sobre todo en Extremadura, provincia devastada, y en donde hasta las mismas y fértiles comarcas del valle y vera de Plasencia, primeras que habian de pisar los ingleses, acababan de ser asoladas por las tropas del mariscal Victor. Pero hubo azar en escoger por cabeza de los empleados á Lozano de Torres, quien, al paso que bajamente adulaba al general en jefe inglés, escribia á la Central que eran las quijadas de aquél infundadas. Juego doble y villano, que descubierto, obligó á Wellington á echar con baldon de su campo al empleado español.

De parte de los ingleses hubo imprevision en figurarse que con los ofrecimientos y buenos deseos de la Central podria su ejército ser completamente provisto y ayudado. Ya habia éste padecido en Portugal falta de muchos artículos, aunque en realidad el gobierno británico allí mandaba, y con la ventaja de tener próxima la mar. Mayores escaseces hubieran debido temer en España, país entonces, por lo general, más destruido y maltratado, no pudiendo contar con que sólo el patriotismo reparase el apuro de medios, despues de tantas desgracias y escarmentos. Creer que el gobierno español hubiera de antemano preparado almacenes, era confiar sobradamente en su energía, y principalmente en sus recursos. Los ingleses sabian por experiencia lo dificultoso que es arreglar la hacienda militar, ó sea *comisariato*, pues todavia en aquel tiempo tachaban ellos mismos de defectuosísimo el suyo, y no era dable que España, en todo lo demás tan atrasada respecto de Inglaterra, se le aventajase en este solo ramo, y tan de repente.

En vano pensó la Junta suprema remediar en parte el mal, enviando á Extremadura á D. Lorenzo Calvo de Rozas, individuo suyo, y en cuyo celo y diligencia ponia firme esperanza. Semejante determinacion, que no se tomó hasta 1.º de Agosto, llegaba ya tarde, indispuestos los ánimos de los generales entre sí, y agriados cada vez mas con el escaso fruto que se sacaba de la campaña emprendida. De poco sirvió tambien para concordarlos la delegacion voluntaria que hizo Cuesta de su mando, anhelada por los mismos ingleses, y expresamente pedida por su ministro, en Sevilla. Lord Wellington, viendo que la abundancia no crecia (3) cual deseaba, y que sus soldados enfermaban, y perecian sus caballos, declaró que estaba resuelto á retirarse á Portugal. Entonces Egüa y Calvo ofrecieron, para desviarlo de su propósito, nuevos ofrecimientos, concluyendo con decirle el primero que, á no ceder á sus instancias, creeria que otras causas, y no la falta de subsistencias, le determinaban á retirarse. Otro tanto, y con más descao, escribióle Calvo de Rozas. Asperamente replicó Wellington, indicando á Egüa que en adelante seria inútil proseguir entre ellos la comenzada correspondencia.

Algunos, no obstante, mantuvieron esperanzas de

(3) Los pocos días que pasaron en Jarcabejo los ingleses no tuvieron gran cuidado, pues en los alrededores bastante pan y atronó el granizo. Así lo dice, y con las siguientes palabras, Lord Lamberrry, testigo no sospechoso para los ingleses: «During the first few days of our sojourn at Jarcabejo we were tolerably well supplied with bread, and with everything plenty we had no cause to complain...» (Narrative of the peninsular war, vol. 1, chapter XVII, page 431.)

que todo se componía con la venida á Sevilla del Marqués de Wellesley, hermano del general inglés y embajador nombrado por S. M. B. cerca del gobierno de España. Había llegado el Marqués á Cádiz el 4, y acogióle la ciudad cual merecía su elevada clase y la fama de su nombre. No nos detendremos en describir su entrada, mas no podemos omitir un hecho que allí ocurrió, digno de memoria. Fué, pues, que queriendo el Embajador, agradecido al buen recibimiento, repartir dinero entre el pueblo, Juan Lobato, zapatero de oficio, y de un batallón de voluntarios, saliendo de entre las filas, díjole mesuradamente: «Señor excelentísimo, no honramos á V. E. por interés, sino para corresponder á la buena amistad que nuestra nación debe á la de V. E.» Rasgo muy característico y frecuente en el pueblo español. Pasó después á Sevilla el nuevo embajador, y reemplazó á Mr. Frere, á quien la Junta dió el título de Marqués de la Union, en prueba de lo satisfecha que estaba de su buen porte y celo. Uno de los primeros puntos que trató Wellesley con la Junta fué el de la retirada de su hermano. Reayendo la principal queja sobre la falta de provisiones, rogó el gobierno español que le propusiese un medio, y el Marqués extendió un plan sobre el modo de formar almacenes y proporcionar transportes, como si el estado general de España, y el de sus caminos y sus carruajes, estuviese al par del de Inglaterra. No obstante los obstáculos insuperables que se ofrecían para su ejecución, aprobó la Central, quizá con sus puntas de malicia, sin que por eso se adelantase cosa alguna. Lord Wellington habia ya empezado el 20 de Agosto, desde Jaraicejo, su marcha retrógrada, y deteniéndose algunos dias en Mérida y Badajoz, repartió en principios de Setiembre su ejército entre la frontera de Portugal y el territorio español. Muchos atribuyeron esta retirada al deseo que tenía el gobierno inglés de que recayese en lord Wellington el mando en jefe del ejército aliado. Nosotros, sin entrar en la refutación de este dictamen, nos inclinamos á creer que, más que de aquella causa y de la falta de subsistencias, que en efecto se padeció, provino semejante resolución del rumbo inesperado que tomaron las cosas de Austria. Los ingleses habian pasado á España en el concepto de que prolongándose la guerra del Norte, tendrían los franceses que sacar tropas de la Península, y que no habria, por tanto, que luchar en las orillas del Tajo sino con determinadas fuerzas. Sucedió lo contrario; atribuyendo después unos y otros á causas inmediatas lo que procedía de origen más alto. De todos modos, las resultas fueron deplorables para la causa común, y la Central, como diremos después, recibió de este acontecimiento gran menoscabo en su opinión.

El gobierno de José, por su parte, lleno de confianza, habia aumentado ya desde Mayo sus persecuciones contra los que no graduaba de amigos, incomodando á unos y desterrando á otros á Francia. Confundía en sus tropelías al príncipe con el literato, al militar con el togado, al hombre elocuente con el laborioso mercader. Así salieron de Madrid juntos, ó unos en pos de otros, á tierra de Francia el Duque de Granada y el poeta Cienfuegos, el general Arceaga y varios consejeros, el abogado Argumosa y el librero Perez. Mala manera de allegar partidarios, é innecesaria para la seguridad de aquel gobierno, no siendo los extrañados hombres de arrojo ni cabezas capaces de religación. Expediéronse igualmente entónces por José decretos destemplados, como lo

fueron el de disponer de las cosechas de los habitantes sin su anuencia, y el de que se obligase á los que tuviesen hijos sirviendo en los ejércitos españoles á presentar en su lugar un sustituto ó dar en indemnización una determinada suma. Estos decretos, como los demás, ó no se cumplían, ó cumplíanse arbitrariamente, con lo que, en el último caso, se añadía á la propia injusticia la dureza en la ejecución.

La guerra de Austria, aunque habia alterado algún tanto al gobierno intruso, no le desasosegó extremadamente, ni le contruyó en sus procedimientos. Llególe más al alma la cercanía de los ejércitos aliados, y el ver que con ella los moradores de Madrid recuperaban nuevo aliento. Procuró, por tanto, deslumbrarlos y divertir su atención haciendo repetidas salvas, que anunciaban las victorias conseguidas en Alemania; mas el español, inclinado entónces á dar crédito asenso á lo que le era favorable, acostumbrado además á las artimañas de los franceses, no dando fe á las nuevas, reconcentraba todas sus esperanzas en los ejércitos aliados, cuya proximidad en vano quiso ocultar el gobierno de José. Tocó en frentes el contentamiento de los madrileños el 26 de Julio, día de Santa Ana, en el que los aldeanos que andan en el tráfico de frutas de Navacerrado y pueblos de su comarca espacióron haber llegado allí, y estar, de consiguiente, cercano á la capital, sir Roberto Wilson y su tropa. Con la noticia, saliendo de sus casas los vecinos, espontáneamente y de monton se enderezaron los más de ellos hacia la puerta de Segovia para esperar á sus libertadores. Los franceses no dieron muestra de impedirlo, limitándose el general Belliard, que habia quedado de gobernador, á sossegar con palabras blandas el ánimo levantado de la muchedumbre. Durante el día reinó por todo Madrid el júbilo más exaltado, dándose el parabién conocidos y desconocidos, y entregándose al solaz y holganza. Pero en la noche, pagado aviro del descalabro que padeció el mismo 26 la vanguardia de Zayas, anunciáronlo los franceses al día siguiente como victoria alcanzada contra todo el ejército combinado, sin que la publicación hiciese milia en los madrileños, calificándola de falsa, sobre todo cuando el 31, de resultas de la batalla de Talavera, vieron que los franceses tomaban disposiciones de retirada y que los de su partido se apresuraban á recogerse al Retiro. Salieron, no obstante, fallidas, según en su lugar contamos, las esperanzas de los patriotas: mas, inmutables éstos en su resolución, comenzaron á decir el tan sabido *no importa*, que, repetido á cada desgracia y en todas las provincias, tuvo en la opinión particular influjo, probando con la constancia del resistir que aquella frase no era lija de irreflexa arrogancia, sino expresion significativa del sentimiento íntimo y noble de que una nación, si quiere, nunca es sojuzgada.

José, sin embargo, persuadido de que con la retirada de los ejércitos aliados, las desavenencias entre ellos, la batalla de Almonacid y lo que ocurría en Austria se afirmaba más y más en el «*ólio*», tomó providencias importantes y promulgó nuevos decretos. Antes ya habia instalado el Consejo de Estado, no pasando á convocar Cortes, según lo ofreció en la Constitución de Bayona, así por lo arduo de las circunstancias, como por no agradar ni aun la sombra de instituciones libres al hombre de quien se derivaba su autoridad. Entre los decretos, muchos y de varia naturaleza, hábiles que llevaban el sello de tiempos de división y discordia, como fueron el de confiscación y venta de los bienes embargados á personas fugitivas y residentes en provincias levan-

tadas, el de privacion de sueldo, retiro ó pensión á todo empleado que no hubiese hecho de nuevo, para obtener su goce, solicitud formal. De estas dos resoluciones, la primera, además de adoptar el bárbaro principio de la confiscacion, era harto amplia y vaga para que en la aplicacion no se acreciese su rigor; y la segunda, si bien pudiera defenderse, atendiendo á las peculiares circunstancias de un gobierno intruso, mostrábase áspera en extenderse hasta la viuda y el anciano, cuya situacion era justo y conveniente respetar, evitandoles todo compromiso en las discordias civiles.

Decidió tambien José no reconocer otras grandezas ni títulos sino los que él mismo dispusiese por un decreto especial, y suprimió igualmente todas las órdenes de caballería existentes, excepto la militar de España, que habia creado, y la antigua del Toison de Oro; no permitiendo ni el uso de las condecoraciones, ni ménos el goce de las encomiendas: por cuyas determinaciones, ofendiendo la vanidad de muchos, se perjudicó á otros en sus intereses y tratóse de comprometer á todos.

Aplaudieron algunos un decreto que dió José, el 17 de Agosto, para la supresion de todas las órdenes monacales, mendicantes y clericales. Napoleon, en Diciembre, habia sólo reducido los conventos á una tercera parte; su hermano ampliaba ahora aquella primera resolucion, ya por no ser afecto á dichas corporaciones, ya tambien por la necesidad de mejorar la Hacienda.

Los apuros de ésta crecian, no entrando en areas otro producto sino el de las puertas de Madrid, aumentado sólo con el recargo de ciertos artículos de consumo. Semillante penuria obligó al ministro de Hacienda, Conde de Cabarrús, á recurrir á medios odiosos y violentos, como el del repartimiento de un empréstito forzoso entre las personas pudientes de Madrid, y el de recoger la plata labrada de los particulares. En la ejecucion de estas providencias, y sobre todo en la de la confiscacion de las casas de los grandes y otros fugitivos, cometiéronse mil tropelías, teniendo que valerse de individuos despreciables y desacreditados, por no querer encargarse de tal ministerio los hombres de vergüenza. Así finó que ni el mismo gobierno intruso reportó gran provecho, echándose aquella turba de malhechores, con la avaricia y ánsia de arpas, sobre cuantas cosas de valor se ofrecian á su rapacidad.

Del palacio real se sacaron al propio tiempo todos los útiles de plata que por antiguos ó de mal gusto se habian excluido del uso comun, y se llevaron á la casa de la moneda. Dijo que del retasco se juntaron cerca de 800.000 onzas de plata, cálculo que nos parece excesivo.

Tomáronse asimismo de las iglesias muchas alhajas, trasladándose á Madrid bastante porcion de las del Escorial. Cierta es que entre ellas, varias que se creian de oro no lo eran, y otras que se tenían por de plata aparecieron sólo de hoja de lata. El historiador inglés Napier (ya es preciso nombrarle), empeñado siempre en denigrar la conducta de los patriotas, dice que esta medida del intruso excitó la codicia de los españoles, y produjo la mayor parte de las bandadas que se llamaron guerrillas. Asercion tan errónea y temeraria, que consta de público, y puede averiguarse en los papeles del gobierno nacional, que si los jefes de aquellas tropas interceptaron parte de la plata y otras alhajas de las que se llevaban á Madrid, por lo general las restituyeron fielmente á sus dueños ó las enviaron á Sevilla. Lo contrario sucedió del lado de los franceses, que mirando á Es-

paña como conquista suya, á obligados sus jefes á echar mano de todo para mantener sus tropas, se reservaron gran porcion de aquellos efectos, en vez de remitirlos al gobierno de Madrid. Con frecuencia se quejaba entre sus amigos de tal desorden el Conde de Cabarrús, añadiendo que Napoleon nunca conseguiria su intento en la Península, si no adoptaba el medio de hacer la conquista con 600 millones y 60.000 hombres en lugar de 600.000 hombres y 60 millones; pues sólo así podría ganar la opinion, que era su más terrible enemigo.

Aquel ministro, de cuya condiccion y prendas hemos hablado anteriormente, juzgó político y más como inagotable recurso la creacion que hizo, por decreto de 9 de Junio, bajo nombre de *cédulas hipotecarias*, de unos documentos que habian de trocarse contra los créditos antiguos del Estado de cualquiera especie, y emplearse en la compra de bienes nacionales, con la advertencia de que los que rebasaran adquirir dichos bienes recibirian en cambio inscripciones del libro de la deuda pública que no se extinguiere, cobrando al año 4 por 100 de interes. Tambien discurrió Cabarrús prohibir el curso de los valores reales en los países dominados por los franceses, si no llevaban el sello del nuevo escudo adoptado por José; lo que, en lugar de atraer los valores á la circulacion de Madrid, ahuyentólos, temerosos los tenedores de que el gobierno legitimo se negase á reconocerlos con la nueva marca. Coligiéndose de ahí ser Cabarrús el mismo de antes, esto es, sujeto de saber y viveza, pero sobradamente inclinado á forjar proyectos á centenares, por lo cual le habia ya calificado con oportunidad el célebre Conde de Mirabeau *d'homme à expédients*.

Además, todas estas medidas, que flaqueaban ya por tantos lados, y particularmente por el de la confianza, base fundamental del crédito, acabaron de hundirse con crear otras *cédulas*, llamadas de *indemnizacion y recompensa*, pues aunque al principio se limitó la suma de éstas á la de 100 millones, y en forma diferente de las otras, claro era que en un gobierno sin trabas, como el de José, y en el que habia de contentarse á tantos, pronto se abusaria de aquel medio, ampliándolo, y absorbiendo de este modo gran parte de los bienes nacionales, destinadas á la extincion de la deuda. Así fué que, si bien al principio algunos cortesanos y especuladores hicieron compras de *cédulas hipotecarias*, con que adquirieron fincas pertenecientes á confiscos y comunidades religiosas, padeció en breve aquel papel gran quebranto, quedando casi reducido á valor nominal.

No sacando, pues, de ahogo tales medidas económicas al gobierno de Madrid, tuvo Napoleon, mal de su grado, que suministrar de Francia dos millones de francos mensuales, siendo aquella la primera guerra que, en lugar de producir recursos á erario, los menguaba.

Más atinado anduvo José en otros decretos, que tambien promulgó desde Junio hasta fines del año 1809; entre ellos merece particular alabanza el que abolió el *roló de Santiago*, impuesto gravosísimo á los agricultores, del que hablaremos al tratar de las Cortes de Cádiz. Igualmente fueron notables el de la enseñanza pública, el de la milicia y sus grados, el de las municipalidades y el de quitar á los eclesiásticos toda jurisdiccion civil y criminal. Providencias estas y otras que, si bien en mucha parte tiraban á la mejora del reino, no eran apreciadas por falta de ejecucion, y sobre todo porque desaparecia su beneficio al lado de otras ruinosas, y de las

Últimas que causaban las persecuciones de particulares y los males comunes de la guerra.

LIBRO DÉCIMO.

Sitio de Gerona. — Mal estado de la plaza. — Descripción de Gerona. — En polvorinos y fumos. — Álvarez, gobernador. — Defectos de la plaza. — Ertusismo de los gerundenses. — San Narciso declarado generalísimo. — Se presentan los franceses delante de Gerona. Mayo. — Circunvalan la plaza. Junio. — Forman en su ataque. — Entrega de Álvarez. — Acuden los enemigos las torres avanzadas de Monjuich. — Empieza el bombardeo contra la ciudad. — (Remontado). — Nieto. — Apoderarse los enemigos de las torres avanzadas de Montuich. — Desembarcan los españoles del Pedret a los cuarteles. — San Cyr con todo su ejército para al sitio de Gerona. — Ocupa a San Félix de Gualle. — Cortesía de los partidarios Jéno. — Embisten los enemigos a Monjuich. — Intrepidez de Montuich. — Asalto de Montuich. — Por cuatro veces son repelidos los franceses. — Retirados. — Presión. — El andas Anilo. — Vuelan la torre de San Juan. — Arroyo de Berau-mall. — Toman los franceses a Palamós. — Mariscal Augereau. — Se proclaman. — Partidos que molestan a los franceses. — Solicitud que intenta entrar en Gerona. — Marshall. — Comandan los franceses su ataque contra Monjuich. — Agosto. — Ataque del rebelde de Monjuich. — Orillo. — Abandonan los españoles a Montuich. — Esperanzas vanas de los franceses con la ocupación de Montuich. — Estaban la plaza. — Respuesta notal de Álvarez. — Su diligencia. — Don Joaquín Mate. — Va al socorro de Gerona. — Buena disposición que para ello se toma. — Solicitud. — Vase San Cyr engañado. — Entra en comeros y refuerza en Gerona a las defensas de Gualle. — Salda maldad de la plaza. — Atacan los franceses la plaza el 15 de Septiembre. — Valor de la guarnición y habitantes. — Álvarez. — Muerte de Marín. — Son repelidos los franceses en todas partes con gran pujanza. — Constanza los franceses el sitio en Gualle. — Intenta en vano Blake romper de nuevo la plaza. — O'Connell. — Mayo. — Ventaja de los españoles y de los ingleses cerca de Bassegoda. — Gualle. — Empieza el hambre en Gerona. — Cierzo O'Connell al ejército. — El cuartel de Augereau suceso a Bassegoda en Cataluña. — Estrechase el bloqueo. — Aumentase el hambre y las enfermedades. — Tercera ó cuarta tentativa de Blake para romper a Gerona. — Noviembre. — Hambre horribles. — Casos de violencia. — Vuelve al ejército de algunos. — Indignidad de Álvarez. — Retiro de Álvarez. — Gracias que concede la Central a Gerona. — Comenzo catalán. — Estado deplorable de la plaza. — (Diciembre). — Huyen los franceses en ataques. — Ataque del 7 de Diciembre. — Se abandonan Gerona todo cuanto le males. — Enfermedad de Álvarez. — Embarque de D. Julián Bolívar. — Batalla de Capellana. — Hombres capitanes de Gerona. — Reclamación de la plaza. — Se ocupa la plaza. — Álvarez trasladado a Francia. — Su muerte. — Sucesos de que fue víctima. — Honores con el día de la memoria de Álvarez. — Estado de las otras provincias. — Provincias bajas. — Provincias catalanas. — Navarra y Aragón. — Retiradas. — combates en Ronces. — Correspondencia con los franceses a Retirados. — Sines. — San Juan de la Peña quemado. — Combates en los valles de Anso y Heuval. — Capitanes los valles. — Batallas. — Perten y otros particulares. — Nuevas partidas. — Rincón de Huesca. — Junta de Aragón. — Lo atacan los franceses. — Se apoderan de la Virgen del Tormedat. — Entra Bucher en Alcañiz y Teruel. — Cuenca y Guadalajara. — Alcañiz y Teruel. — El Puente de San Juan. — La Mancha. — Francaguerra. — León y Castilla. — Don Julián Bolívar. — El Capuchino. — Sordán. — Junta y particular en el camino de Francia. — Minal meo. — Sines. — Guerra de la noche. — Estado de descomposición de la Central. — Don Francisco de Palafox. — Comandante del Consejo. — Si, comend. — Alferados de las juntas de provincia y la Central de la Central. — Valencia. — Expedición de esta contra el enemigo. — Trama para destruir la Central. — Toca alarde el fin de la guerra de Inglaterra. — Trata la Central de reconocer la potestad por. — Iva. — Idiosincrasia de opiniones. — Numeros al efecto una comend. — Nombres contra agencia. — Nuevos sucesos. — Palafox. — Huesca. — Su intencionalidad cometa y su representación. — Nombres la comend. ejecutiva. — Fija el día de romarse las Cortes. — Intimas la comend. ejecutiva. — Estado de España. — Expediciones y vicios. — Contra Napoleón. — Contra el Cavalla. — Empezamiento. — Pasa. — Por entre Napoleón y el Austria. — Mandato de la Central. — Príncipe de batalla de la Central. — Retiro de la Comend. — General Marchand. — Carácter. — Primera defensa de Austria. — Muerte el Duque del Par. — Que al frente del ejército de la Imperia. — Batalla de Tamara. — Guerra de los combates. — Que al Balcones a Parquet. — Batalla de Polanco. — Que al de la ciudad castellana. — Ejército de los españoles del Mediodía. — Que al de la Mancha parte del ejército de Extremadura. — Guerra de esta agencia romada al pueblo de Igua. — Huestes de las fincas. — Intencionalidad de España. — Por acción el mundo Aragón. — Fave de que los goza. — Lord Wellington en Sevilla. — Barnavero comendado Aragón. — Muevos. — Chiquero de los franceses. — Arrecho en Tombr. — Ejército español en Ocaña. — Movimientos incidentes y mal concertados de Aragón. — Cheque de cara a la en Ocaña. — Perten que atacan los franceses. — Batalla de Ocaña. — Huyen en dispersión. — Perdida de Ocaña. — Resulta. — Se retira Alburquerque a Trillo. — Movimientos del Duque del Parque.

Acción de Molina del Campo. — Acción de Alba de Tormes. — Valor de Mandat. — Retirada de los españoles. — Batalla de los ingleses del transitorio al norte del Tajo. — Batalla de la comend. ejecutiva. — Comendados enviados a la Central. — Príncipe de Palafox y Montuich. — Manos de Hermana y de en hermano Caro. — Tragedias. — Estado deplorable de la Junta Central. — Presidencia de la comend. ejecutiva y de la Junta. — Proposición de Calvo sobre libertad de imprenta. — Mito de convocar las Cortes. — Mudanza de indistintos en la comend. ejecutiva. — Decreto de la Central para trasladarse a la sala de León.

«Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó de rendirse.» Tal pena impuso por bando, al acercarse los franceses a Gerona, su gobernador D. Mariano Álvarez de Castro; resolución que por su parte procuró cumplir rigurosamente, y la cual sostuvieron con inaudito tesón y constancia la guarnición y los habitantes.

Preludio fueron de esta tercera y nunca bien ponderada defensa las otras dos, ya relatadas, de Junio y Julio del año anterior. Los franceses no consideraban importante la plaza de Gerona, habiéndola calificado de muy imperfecta el general Marescaut, comisionado para reconocerla; juicio tanto más fundado, cuanto, prescindiendo de lo deficiente de sus fortificaciones, estaban entonces éstas, unas cuarteadas, otras cubiertas de arbustos y malezas, y todas desprovistas de lo más necesario. Corrigiéronse posteriormente algunas de aquellas faltas, sin que por eso creciese en gran manera su fortaleza.

Gerona, cabeza del corregimiento de su nombre, situada en lo antiguo cuesta abajo de un monte, extendióse despues por las dos riberas del Oda, llamándose el Mercadal la parte colocada á la izquierda. La de la derecha se prolonga hasta donde el mencionado río se une con el Ter, del que también es tributario por el mismo lado, y despues de correr por debajo de varias calles y casas el Gállego, formando de las aguas vertientes de los montes altitudos al nacimiento del sol. Comunicase ambas partes de la ciudad por un hermoso puente de piedra, y la circueja un muro antiguo, con torres, cuyo débil reparo se mejoró despues, añadiendo siete baluartes, cinco del lado del Mercadal y dos del opuesto, batiendo sólo foro y camino cubierto en el de la puerta de Francia. Dominada Gerona en su derecha por varias alturas, eleváronse en diversos tiempos fuertes que defendiesen sus cimas. En la que mira al camino de Francia, y por consiguiente, en la más septentrional de ellas, se construyó el castillo de Monjuich, con cuatro redutos avanzados, y en las otras, separadas de ésta por el valle que riega el Gállego, los del Calvario, Condestable, Reina Ana, Capuchinos, del Calido y de la Ciudad. Antes del sitio se contaban algunos arrabales, y abríase delante del Mercadal un hermoso y fértil llano, que bañado por el Ter, el riachuelo Gnel y una acequia, estaba cubierto de aldeas y deliciosas quintas.

La población de Gerona, en 1808, ascendía á 14.000 almas, y al comenzar el tercer sitio constaba su guarnición de 5.673 hombres de todas armas. Mandaba la plaza, en calidad de gobernador interior, D. Mariano Álvarez de Castro, natural de Granada, y de familia ilustre de Castilla la Vieja, quien con la defensa immortalizó su nombre. Era teniente de rey D. Julián Bolívar, que se había distinguido en las dos anteriores acometidas de los franceses, y dirigían la artillería y los ingenieros los colonelos D. Isidro de Mata y D. Guillermo Minali; el último trabajó incesantemente y con acierto en mejorar las fortificaciones.

Por la descripción que acabamos de hacer de Gerona, y por la noticia que hemos dado de sus fuerzas, se ve cuán flacas eran éstas: y cuán desventajosa su situación. Enseñoreada por los castillos, tomado que fuese uno de ellos, particularmente el de Monjuich, quedaba la ciudad descubierta, siendo favorables al agresor todos los ataques. Además, si atendemos á los muchos puntos que habia fortificados, y á la extensión del recinto, claro es que para cubrir convenientemente la totalidad de las obras se requerían por lo ménos de 10 á 12 000 hombres, número lejano de la realidad. A todo suplió el patriotismo.

Animados los gerundenses con antiguas memorias, y reciente en ellos la de las dos últimas defensas, apoyaron esforzadamente á la guarnición, distribuyéndose en ocho compañías, que, bajo el nombre de Cruzada, instruyó el coronel D. Enrique O'Donnell. Compusieronla todos los vecinos, sin excepción de clase ni de estado, incluso el clero secular y regular, y hasta las mujeres se juntaron en una compañía, que apellidaron de Santa Bárbara, la cual, dividida en cuatro escuadras, llevaba cartuchos y víveres á los defensores, recogiendo y auxiliando á los heridos.

Anteriormente habíase también tratado de excitar la devoción de los gerundenses, nombrando por generalísimo á San Narciso, su patrono. Desde muy antiguo tenían los moradores en la protección del Santo entera y sencilla fe. Atribuían á su intercesión prosperidades en pasadas guerras, y en especial la plaga de moscas que tanto daño causó, según cuentan, en el siglo XIII, al ejército francés que, bajo su rey Felipe el Atrévilo, puso sitio á la plaza; sitio en el que, por decirlo de paso, grandemente se señaló el gobernador Ramon Folch de Cardona, quien, al asalto, como refiere Bernardo Desclot, tafiendo su afán y saltadas las galgas, no dejó sobre las escalas franceses que no fuese al anelo herido ó muerto. Ciertos hombres, sin profundizar el objeto que llevaron los jefes de Gerona, hicieron mofa de que se declarase generalísimo á San Narciso, y aun hubo varones cuerdos que desaprobaban semejante determinación, temiendo el influjo de vanas y perniciosas supersticiones. Era el de los últimos arreglado modo de sentir para tiempos tranquilos, pero no tanto para los agitados y extraordinarios. De todas las obligaciones, la primera consiste en conservar íntegros los hogares patrios, y lejos de entibiar para ello el fervor de los pueblos, conviene alimentarle y darle pábulo hasta con añejas costumbres y preocupaciones; por lo cual el atento político y el verdadero hombre religioso, enemigos de indiscretas y reprensibles prácticas, disculparán, no obstante, y áun aplaudirán, en el apreciado caso de Gerona, lo que á muchos pareció ridícula y singular resolución, hija de grosera ignorancia.

Los franceses, preparándose de antemano para el sitio, se presentaron á la vista de la plaza el 6 de Mayo, en las alturas de Costa-Roja. Mandaba entonces aquellas tropas el general Reille, hasta que el 13 le reemplazó Verdier, quien continuó á la cabeza durante todo el sitio. Con este general, y sucesivamente, llegaron otros refuerzos, y el 31 arrojaron los enemigos á los nuestros de la ermita de los Angeles, que fué bien defendida. Hubo varias escaramuzas, pero lo corto de la guarnición no permitió retardar, cual conviniera, las primeras operaciones del sitiador. Solamente los paisanos de las inmediaciones de Montagut, tiroteándose con el águado, le molestaron bastantemente.

Al comenzar Junio fué la plaza del todo circunvalada. Colocóse la division westfaliana de los franceses, al mando del general Morio, desde la margen izquierda del Ter, por San Medir, Montagut y Costa-Roja; la brigada de Juvhan en Pont-Mayer, y los regimientos de Berg y Wurzburg en las alturas de San Miguel y Villa-Roja, hasta los Angeles; cubrieron el terreno del Oña al Ter, por Montolíb, Palau y el llano de Salt, tropas enviadas de Vich por Saint-Cyr, ascendiendo el conjunto de todas á 18 000 hombres. Hubiera preferido el último general bloquear estrechamente la plaza á sitiirla; mas, sabiéndose en el campo francés que no gozaba del favor de su gobierno, y que iba á sucederle en el mando el mariscal Augereau, no se atendieron debidamente sus razones, llevando Verdier adelante su intento de embestir á Gerona.

Reunido el 8 de Junio el tren de sitio correspondiente, resolvieron los enemigos emprender dos ataques, uno flojo, contra la plaza, otro vigoroso, contra el castillo de Monjuich y sus destacadas torres ó reductos. Mandaban á los ingenieros y artillería francesa los generales Sanson y Taviel. Antes de romper el fuego, se presentó el 12 un parlamentario para intimar la rendición; mas el fiero gobernador Álvarez respondió que no queriendo tener trato ni comunicación con los enemigos de su patria, recibiría en adelante á metrallazos á sus emisarios. Hizolo así, en efecto, siempre que el francés quiso entrar en habla. Criticáronle algunos de los que piensan que en tales lauces han de llevarse las cosas reposadamente, mas leale muy mucho el pueblo de Gerona, empeñando infinito en la defensa tan rara resolución, cumplida con admirable tenacidad.

Los enemigos habian desde el 8 empezado á formar una paralela en la altura de Tramon, á 600 toesas de las torres de San Luis y San Narciso, dos de las mencionadas de Monjuich, sacando al extremo de dicha paralela un ramal de trinchera, delante de la cual plantaron una batería de ocho cañones de á veinte y cuatro y dos obuses de á nueve pulgadas. Colocaron también otra batería de morteros detrás de la altura Denroca, á 360 toesas del baluarte de San Pedro, situado á la derecha del Oña, en la puerta de Francia. Los cerados, á pesar del incesante fuego que desde sus muros hacían, no pudieron impedir la continuación de estos trabajos.

Progresando en ellos, y recibida que fué por los franceses la repulsa del gobernador Álvarez, empezó el bombardeo en la noche del 13 al 14, y todo resonó con el estruendo del cañon y del mortero. Los soldados españoles corrieron á sus puestos, otro tanto hicieron los vecinos, acompañán los á todas partes las doncellas y matronas alistadas en la compañía de Santa Bárbara. Sin dar descanso prosiguieron en su porfía los enemigos hasta el 25, y no por eso se desalentaron los nuestros, ni áun aquellos que entonces se estrenaban en las armas. El 14 incendióse y quedó reducido á cenizas el hospital general; gran menoscabo, por los efectos allí paralizados, difíciles de reponer. La junta correimental, que en todas ocasiones se portó dignamente, reparó algun tanto el daño, coadyuvando á ello la diligencia del intendente D. Carlos Beramendi y el buen celo del cirujano mayor D. Juan Andrea Nieto, que en un memorial histórico nos ha transmitido los sucesos más notables de este sitio.

Al rayar del 14 también acometieron los enemigos las torres de San Luis y San Narciso, apagaron sus fuegos, descortinaron su muralla, y abriendo

brecha, obligaron á los españoles á abandonar el 19 ambas torres. Lo mismo aconteció el 21 con la de San Daniel, que evacuaron nuestros soldados. Este pequeño triunfo envalentonó á los sitiadores, causandoles despues grave mal en sobrada confianza.

En la noche del 14 al 15 desalojaron los mismos á una guerrilla española del arrabal del Pedret, situado fuera de la puerta de Francia, y levantando un espaldon, trataron de establecerse en aquel punto. Temeroso el Gobernador de que erigiesen allí una batería de brecha, dispuso una salida, combinada con fuerza de Monjuich y de la plaza. Destruyeron los nuestros el espaldon y arrojaron al enemigo del arrabal.

En tanto el general francés Saint-Cyr, habiendo enviado á Barcelona sus enfermos y heridos, aproximóse á Gerona. En su marcha cogió ganado vacuno que del Llobregat iba para el abasto de la ciudad sitiada. Sentó el 20 de Junio su cuartel general en Caldas, y extendiendo sus fuerzas hacia la marina, se apoderó el 21, aunque á costa de sangre, de San Feliu de Guíjola. Con su llegada aumentóse el ejército francés á unos 30.000 hombres. Los somatenes y varios destacamentos molestaban á los franceses en los alrededores, y ántes de acabarse Junio cogieron un convoy considerable y 120 caballos de la artillería, que venían para el general Verdier. Corrió así aquel mes, sin que los franceses hubiesen alcanzado en el sitio de Gerona otra ventaja más que la de hacerse dueños de las torres indudadas.

Pusieron ahora sus miras en Monjuich. Guarnecíanle 300 hombres, á las órdenes de D. Guillermo Naxh, estando todos decididos á defender el castillo hasta el último trance. Al alborar del 3 de Julio empezaron los enemigos á atacarlo, valiéndose de varias baterías, y en especial de una, llamada imperial, que plantaron á la izquierda de la torre de San Luis, compuesta de 20 piezas de grueso calibre y dos obuses. En todo el día aportillóse ya la cara derecha del baluarte del Norte, y los defensores se prepararon á resistir cualquiera acometida, practicando detras de la brecha oportunas obras. El fuego del enemigo habia derribado del ángulo flanqueado de aquel baluarte la bandera española, que allí tremolaba. Al verla caída se arrojó al fuso el subteniente D. Mariano Montoro, recobróla, y subiendo por la misma brecha, la hizo y enarboló de nuevo; accion atrevida y digna de elogio.

No tardaron los enemigos en intentar el asalto del castillo. Emprindieronle furiosamente á las diez y media de la noche del 4 de Julio; vanos fueron sus esfuerzos, inutilizándolos los nuestros con su serenidad y valentía. Suspendieron por entónces los contrarios sus acometimientos; mas en la mañana del 8 renovaron el asalto en columna cerrada y mandados por el coronel Muff. Tres veces se vieron repulidos, haciendo en ellos grande estrago la artillería, cargada con balas de fusil, particularmente un obús, dirigido por D. Juan Candy. Insistió el enemigo Muff en llevar sus tropas por cuarta vez al asalto, hasta que, herido él mismo, desmayaron los suyos y se retiraron. Perdieron en esta ocasión los sitiadores unos 2000 hombres, entre ellos 11 oficiales muertos y 66 heridos. Mandaba en la brecha á los españoles D. Miguel Pierson, que pereció defendiéndola, y distinguíase al frente de la reserva don Blas de Fournas. Durante el asalto tuvieron constantemente los franceses en el aire, contra el punto atacado, siete bombas y muchos otros fuegos parabólicos. Grandes y esclarecidos hechos allí se vieron. Fué de notar el del mozo Luciano Anzio, tan-

bor apostado para señalar con la caja los tiros de bomba y granada. Llevóle un caso parte del muslo y de la rodilla, y al quererle trasportar al hospital, opúsose, diciendo: «No, no; aunque herido en la pierna, tengo los brazos sanos para con el toque de caja librar de las bombas á mis amigos.»

Entusiasmó algun tanto la satisfaccion de aquel dia el haberse volado la torre de San Juan, obra avanzada entre Monjuich y la plaza. Causó todos los españoles que la guarnecian perocieron, salvando á unos pocos D. Carlos Beramendi, que, sin reparar en el horroroso fuego del enemigo, acudió á aquel punto, mostrándose entónces, como en tantos otros casos de este sitio, coloso intendente, incansable patriota y valeroso soldado.

Esto ocurría en Gerona, cuando el general Saint-Cyr, atento á alejar de la plaza todo género de socorros, despues de haber ocupado á San Feliu de Guíjola, creyó tambien oportuno apoderarse de Palamós, enviando para ello el 5 de Julio al general Fontene. Este puerto, casi aislado, hubiera podido resistir largo tiempo si le hubieran defendido tropas aguerridas y buenas fortificaciones. Pero éstas, de muy malas, se hallaban desmenuzadas, y solamente las coronaban algunos somatenes y miqueletes, que, sin embargo, se negaron á rendirse y deputaron el terreno á palmas. Cañoneras fondeadas en el puerto hicieron al principio bastante fuego; mas el de los enemigos las obligó á retirarse. Entraron los franceses la villa y casi todos los defensores perocieron, no siendoles dado acogerse, segun lo intentaron, á las cañoneras y otros barcos, que tomaron viento y se alejaron.

Por el mismo tiempo llegó á Perpignan el mariscal Augereau. Confiado en que los catalanes escucharian su voz, dirigióles una proclama en mal español, que mandó publicar en los pueblos del Principado. Mas apenas habian fijado tres de aquellos carteles, cuando el coronel D. Antonio Porta destruyó en San Lorenzo de la Muga el destacamento encargado de tal comision, volviendo á Perpignan pocos de los que le componian. Un ataque de gota en la mano, y el ver que no era empresa la de Cataluña tan fácil como se figuraba, detuvieron algun tiempo al mariscal Augereau en la frontera, por lo que continuó todavía mandando el séptimo cuerpo el general Saint-Cyr.

No desayudaban tampoco á los heroicos esfuerzos de Gerona las escaramuzas con que divertían á los franceses los somatenes, miqueletes y alguna tropa de linea. Don Antonio Porta los molestaba desde la raya de Francia hasta Figueras; de aquí á Gerona entreteníalos el Dr. D. Francisco Robira, infatigable y audaz partidario. El general Wimpffen, don Pedro Cuadrado y los candillos Milana, Iranzo y Claris corrían la tierra que media desde Hostalrich por Santa Coloma hasta la plaza de Gerona. Por tanto, para despejar la linea de comunicacion con Francia, tuvo Saint-Cyr que enviar el 12 de Julio una brigada del general Souham á Badoloz, al mismo tiempo que el general Guillot desde Figueras se adelantaba á San Lorenzo de la Muga.

Muy luego de comenzar el sitio habian los de Gerona pedido socorro, y en respuesta á su demanda, trataron las autoridades de Cataluña de enviar un convoy y alguna fuerza á las órdenes de D. Rodolfo Marshall, irlandés de nacion y hombre de bríos, que habia venido á España á tomar parte en su sagrada lucha. Pasaron los nuestros delante del general Pino en Llagostera sin ser descubiertos; mas avisado el enemigo por un soldado zaguero, tomó el general

Saint-Cyr sus medidas, y el 10 interceptó en Castellar el socorro, entrando solo en la plaza el coronel Marshall con unos cuantos que lograron salvarse.

Los sitiadores, después del malogrado asalto de Monjuich, prolongaron sus trabajos, y abrazando los dos frentes del Nordeste y Noroeste, se adelantaron hasta la cresta del glacis. Nuevas y multiplicadas baterías levantaron, sin que los detuviesen nuestros fuegos ni el valor de los sitiados. Perocieron el 31 muchos de ellos en la torre de San Luis, que voló una bomba atrojada de la plaza, y en una salida que voluntariamente hicieron del castillo en el mismo día varios soldados.

Entrado Agosto, continuaron los franceses con el mismo ahínco en acometer á Monjuich, y en la noche del 3 al 4 quisieron apoderarse del rebellín del frente de ataque. Frustróse por entonces su intento; pero al día siguiente se hicieron dueños de aquella obra, alojándose en la cresta de la brecha: 800 hombres defendían el rebellín, 50 perecieron, y con ellos su bizarro jefe D. Francisco de Paula Grifols. Ni aun así se enseñorearon los franceses de Monjuich. Los defensores, antes de abandonarlo, hicieron una salida el 10 en daño de sus contrarios.

Sin embargo, previendo el gobernador del castillo, D. Guillermo Nash, que no le sería ya dado sostenerse por más tiempo, había consultado en aquellos días á su jefe, D. Mariano Álvarez, quien, opuesto á todo género de capitulación ó retirada, tardó en contestarle. Nash entonces juntó un consejo de guerra, y con su acuerdo evacuó á Monjuich el 12 de Agosto á las seis de la tarde, destruyendo antes la artillería y las municiones. Ocuparon los franceses aquellos escombros, siendo maravillosa y declarado de defensas la de este castillo, pues los sitiadores sólo penetraron en su recinto al cabo de dos meses de expugnación, y después de haber levantado 19 baterías, abierto varias brechas y perdido más de 3 000 hombres. De los 900 que componían la guarnición española, murieron 18 oficiales y 511 soldados, sin quedar apenas quien no estuviese herido.

Poco antes de la evacuación, y ya ésta reanelta, recibió D. Guillermo Nash pliegos del gobernador Álvarez, en los que, lejos de aprobar la retirada de Monjuich, estimulaba á la defensa con premios y ofrecimientos. No por eso se cambió de parecer, juzgando imposible prolongar la resistencia. Los jefes, al entrar en la plaza, pidieron que se les formase consejo de guerra si no habían cumplido con su obligación; pero Álvarez, justo no ménos que tenaz y valeroso, aprobó su conducta.

Miraba el enemigo como tan importante la rendición de Monjuich, que al dar Verdier cuenta de ello á su gobierno, afirmaba que la ciudad se entregaría dentro de ocho ó diez días. Grande fué su engaño. Ciertó era que la plaza, con la pérdida del castillo, quedaba por aquella parte muy comprometida, cubriéndola sólo un flanco y antiguo muro, y ningunos otros fuegos sino los de la torre de la Gironella y los de dos baterías situadas encima de la puerta de San Cristóbal y muralla de Sarracinas. También los franceses se habían posesionado el 2 del convento de San Daniel, en la cañada del Galligans, é impidió la entrada de los cortos socorros que todavía de cuando en cuando penetraban en la plaza por aquel lado.

Hasta entonces, persuadidos los sitiadores de que con la ocupación de Monjuich abriría la ciudad sus puertas, no habían contra ella apretado el sitio. Sólo por medio de una batería de cuatro cañones y

dos obuses, plantada en la ladera del Puig Desprocs, molestaban á los vecinos y hacían desde su elevada posición daño en los baluartes de San Pedro, Elguerola y en San Narciso. Construyeron ahora tres baterías: una en Monjuich, de cuatro cañones de á veinte y cuatro; otra encima del arrabal de San Pedro, y la tercera en el monte Denroca. Rompieron todas ellas sus fuegos el día 19, atacando principalmente la muralla de San Cristóbal y la puerta de Francia. Los sitiados, para remediar el estrago y ofrecer nuevos obstáculos, imaginaron muchas y oportunas obras; cerraron las calles que desembocan en la plaza de San Pedro, y abrieron una gran cortadura, defendida detrás por un parapeto. Los franceses, que, escarmentados con el ejemplo de Zaragoza, huían de empeñar la lucha en las calles, no insistieron con ahínco en su ataque de la puerta de Francia, y revolvieron contra la de San Cristóbal y muralla de Santa Lucía, paraje, en verdad, el más flaco y elevado de la plaza. Adelantaron para ello sus trabajos, y construyeron nuevas baterías de brecha y morteros, vomitaron éstas muerte y destrucción los últimos días de Agosto, con especialidad en los dos puntos últimamente indicados y en los varales nuevo y viejo de Alemanes. Quisieron á 25 alojarse los enemigos en las casas de la Gironella, pero una partida española que salió del fuerte del Condestable impidió su intento, matando á unos y cogiendo á otros prisioneros.

Por los esfuerzos de esta clase le era lícito hacer á la guarnición, escasa de suyo y menguada con las pérdidas de Monjuich y las diarias de la plaza. La corta población de Gerona tampoco daba esperanza, como en Zaragoza, para repetir las salidas. Ni aun apenas hubiera quedado gente que cubriese los puestos, si de cuando en cuando, y subrepticiamente, no se hubiesen introducido en el recinto algunos hombres, llevados de verdaderamente de interesada gloria, de los cuales en aquellos días hubo 100 que vinieron de Olot.

No obstante, el gobernador D. Mariano Álvarez, activo al propio tiempo que cuerdo, no desaprovechaba ocasión de molestar al enemigo y retardar sus trabajos, y á un oficial que, encargado de una pequeña salida, le preguntaba que aludía, en caso de retirarse, se acogiera, respondióle severamente: *Al cementerio.*

Mas luego que vió atacado el recinto de la plaza, puso su conato en reforzar el punto principalmente amenazado: para lo cual, construyendo en parajes proporcionados varias baterías, hasta colocó una de dos cañones encima de la bóveda de la catedral. Aunque los enemigos desencabalaron pronto muchas piezas, ofendiales en gran manera la fusilería de las murallas, y sobre todo las granadas, bombas y pedradas que de lugares ocultos se lanzaban á las trinchetas y baterías vecinas. Los apuros, sin embargo, crecían dentro de la ciudad, y se disminuían más y más el número de defensores, siendo ya tiempo de que fuese socorrida.

El general D. Joaquín Blake, quien, después de su desgraciada campaña de Aragón, regresó, según dijimos, á Cataluña, puesta también bajo su mando, salió en Julio de Tarragona con sólo sus ayudantes y recorrió la tierra hasta Olot. En su viaje, si bien detenido por una indisposición, no permaneció largo tiempo, retrocediendo á Tortosa antes de concluirse el mes; de allí, tomadas ciertas disposiciones, pensó con eficacia en auxiliar á Gerona.

Aguijándole á ello las vivas reclamaciones de aquella plaza, y las que de palabra hizo D. Enrique

O'Donnell, enviado por Álvarez al intento. Blake, reunido á la empresa, atendió antes de su partida á distraer al enemigo en las otras provincias que abarcaba su distrito, por cuyo motivo envió una división á Aragón, dejó otra en los lindes de Valencia, y él, con la de Laza, se trasladó en persona á Vich, en donde, no terminado todavía Agosto, estableció su cuartel general. A su llegada agregó á su gente las partidas y somatenes que le asignaban por la tierra, y pasó á Sant Hilari y ermita del Padró. Desde este punto quiso llamar la atención del enemigo á varios otros para ocultar el verdadero por donde pensaba introducir el socorro. Así fué que el 30 de Agosto de la tarde envió á D. Enrique O'Donnell, con 1,200 hombres, la vuelta de Bruñolas, habiendo antes dirigido por el lado opuesto á don Manuel Llauder sobre la ermita de los Angeles. Don Francisco Robira y D. Juan Clarós debían también divertir al enemigo por la orilla izquierda del Ter.

El general Saint-Cyr, cuyos reales, desde el 10 de Agosto, se habían trasladado á Fornell, estando sobre aviso de los intentos de Blake, tomó, para estorbarlos, varias medidas de acuerdo con el general Verdier, y reunió sus tropas, desparramadas por la dificultad de subsistencias. Mas, á pesar de todo, consiguieron los españoles su objeto. Llauder se apoderó de los Angeles, y O'Donnell, atacando vivamente la posición de Bruñolas, trajo hacia sí la mayor parte de la fuerza de los enemigos, que creyeron ser aquel el punto que se quería forzar.

Avanzó el 1.º de Setiembre, cubierta la tierra de espesa niebla, y Saint-Cyr, á quien Verdier se había ya unido, aguardó hasta las tres de la tarde á que los españoles le atacasen. Hizo, para provocarlos, varias movimientos del lado de Bruñolas; pero viendo que al menor alarido daban aquéllos trazas de retirarse, tornó á Fornells, en donde, con admiración suya, encontró en desorden la división de Lecchi, que, regida ahora por Millosevitz, había quedado apostada en Salt. Justamente por allí fue por donde el convoy se dirigió á la plaza, siguiendo la derecha del Ter. Componíase de 2,000 asnalas, que custodiaban 4,000 infantes y 2,000 caballos, á las órdenes del general D. Jaime García Conde. Cayó éste de repente sobre los franceses de Salt, arrollados completamente, y mientras que en derrota iban la vuelta de Fornells, entró en Gerona el convoy tranquilo y felizmente. Álvarez dispuso una salida, que bajo D. Blas de Fournás fuere al encuentro de Conde, divirtiendo asimismo la atención del enemigo del lado de Monjich. A la propia sazón Clarós penetró hasta San Medir, y Robira tomó á Montagut, de donde arrojó á los westfalianos, que solos habían quedado para guardar la línea, matando un miliquele al general Hadeln con su propia espada. Chavaron los nuestros tres cañones, y persiguieron á sus contrarios hasta Sarriá. En grande aprieto estaban los últimos, cuando, repasando el Ter el general Verdier, volvió á su orilla izquierda, y contuvo á los intrépidos Clarós y Robira. Por su parte el general Conde, después de dejar en la plaza el convoy y 3,287 hombres, tornó, con el resto de su gente, á Hostalrich, y á Olot D. Joaquín Blake, que había permanecido en observación de los diversos movimientos de su ejército. Fueron estos dichosos en sus results, y bastante bien dirigidos, quedando completamente burlado el general Saint-Cyr, no obstante su pericia.

Dió aliento tan buen acceso á la corta guarnición de Gerona, que se vió así reforzada; mas por este

mismo aumento no se consiguió disminuir la escasez con los víveres introducidos.

Los franceses ocuparon de nuevo los puntos abandonados, y el 6 de Setiembre recobraron la ermita de los Angeles, pasando á cercarlo á sus defensores, excepto á tres oficiales y al comandante Llauder, que saltó por una ventana. No intentaron contra la plaza, en aquellos días, cosa de gravedad, contentándose con multiplicar las obras de defensa. No desaprovecharon los sitiados aquel respiro, y atareándose afanadamente, aumentaron los fuegos de flanco y parabólicos, y ejecutaron otros trabajos no menos importantes.

Pasado el 11 de Setiembre, renovaron los enemigos el fuego con mayor furor, y ensancharon trea brechas ya abiertas en Santa Lucía, Alemanas y San Cristóbal, maltratando también el fuerte del Calvario, cuyo fuego sobremañera los molestaba.

Dispuso el 15 D. Mariano Álvarez una salida con intento de retardar los trabajos del sitiador, y aun de destruir algunos de ellos. Dirigióla D. Blas de Fournás, y aunque al principio todo lo atrapellaron los nuestros, no siendo después convenientemente apoyadas las dos primeras columnas por otra que iba de respeto, tuvieron que abrigarse todas de la plaza sin haber recogido el fruto deseado.

Aportilladas de cada vez más las brechas, y apagados los fuegos del frente atacado, trataron los enemigos de dar el asalto. Pero antes enviaron parlamentarios, que, según la invariable resolución de Álvarez, fueron recibidos á cañonazos.

Irritados de nuevo con tal acogida, corrieron al asalto á las cuatro de la tarde del 19 de Setiembre, distribuidos en cuatro columnas de á 2,000 hombres. Entonces brillaron las buenas y previas disposiciones que había tomado el gobernador español: allí mostró éste su levantado ánimo. Al toque de la generala, al tañido triste de la campana, que llamaba á somatenes, soldados y paisanos, clérigos y frailes, mujeres y hasta niños, acudieron á los puestos de artemano y á cada uno señalados. En medio del estruendo de 200 bocas de cañon, y de la densa nube que la pólvora levantaba, ofrecía noble y grandioso espectáculo la marcha majestuosa y ordenada de tantas personas de diversa clase, profesión y sexo. Silenciosos todos, se vislumbraba, sin embargo, en sus semblantes la confianza que los alentaba. Álvarez á su cabeza, grave y denodado, representábase á la imaginación, en tan horrible trance, á la manera de los héroes de Homero, superior y descollando entre la muchedumbre, y cierto que si no se aventajaba á los demás en estatura, como aquéllos, sobrepajaba á todos en resolución y gran pecho. Con no menor orden que la marcha, se habían preparado los refuerzos, la distribución de municiones, la asistencia y conducción de heridos.

Presentóse la primera columna enemiga delante de la brecha de Santa Lucía, que mandaba el irlandés D. Rodolfo Marshall. Dos veces tomaron en ella pié los acometedoras, y dos veces rechazados, que, dieron muchos de ellos allí tendidos. Tuvieron los españoles el dolor de que fuere herido gravemente, y de que muriese á poco, el comandante de la brecha, Marshall, quien, antes de espirar, prorumpió diciendo á que moría contento por tal causa y por nacer tan bravo.

Otras dos columnas enemigas emprendieron arrojadamente la entrada por las brechas, mas anchuras, de Alemanas y San Cristóbal, en donde mandaba D. Blas de Fournás. Por algun tiempo adelantóse en la primera, hasta que al arma blanca los

repelieron los regimientos de Ultonia y Borbon, apartándose de ambas, destrozados por el fuego que de todos lados llovía sobre ellos. No ménos padeció otra columna enemiga, que largo rato se mantuvo quieta al pié de la torre de la Gironella. Herido aquí el capitán de artillería D. Salustiano Girona, tomó el mando provisional D. Carlos Benamendi, y haciendo las veces de jefe y de subalterno, causó estrago en las filas enemigas.

Amenazaron también estas, durante el asalto, los fuertes del Condestable y del Calvario, igualmente sin fruto.

Tres horas duró fun ion tan empeñada. Todas las brechas quedaron llenas de cadáveres y despojos enemigos; el fuor de los sitiados era tal, que dejando á veces el fusil, sus membrudos y esforzados brazos cogían las piedras sueltas de la brecha, y las arrojaban sobre las cabezas de los acometedores. Don Mariano Alvarez animaba á todos con su ejemplo y aun con sus palabras, precavía los accidentes, reforzaba los puntos más flacos, y arrebatado de su celo, no escuchaba la voz de sus soldados, que encarecidamente le rogaban no acudiese, como lo hacia, á los parajes más expuestos. Perhiron los enemigos varios oficiales de graduacion y cerca de 2.000 hombres; entre los primeros contaron al coronel Florest, que en 1808 subió á posesionarse del Montjuich de Barcelona, en donde entónces mandaba D. Mariano Alvarez. De los españoles cayeron aquel día de 300 á 400, en su número muchos oficiales, que se distinguieron sobremanera, y algunas de aquellas mujeres intrépidas que tanto honraron á Girona.

Escarmentados los franceses con leccion tan rigurosa, desistieron de repetir los asaltos, á pesar de las muchas y espaciosas brechas, convirtiendo el sitio en bloqueo, y contando por auxilios, como dice Saint-Cyr, el tiempo, las calenturas y el hambre.

Don Joaquin Blake, á quien algunos motejaban de no divertir la atencion del enemigo del lado de Francia, intentó de nuevo avituallar la plaza. Para ello, preparado un convoy en Hostalrich, apareció el 26 de Setiembre, con 12.000 hombres, en las alturas de la Bisbal, á dos leguas de Girona. Gobernada la vanguardia por D. Enrique O'Donnell, desalojó á los franceses de los puntos que ocupaban desde Villa-Roja hasta San Miguel. Salieron al propio tiempo de la plaza y del Condestable 400 hombres, guiados por el coronel de Baza D. Miguel de Haro, que también ha trazado con imparcialidad la historia de este sitio. Seguía á O'Donnell Wimpffen con el convoy, el cual constaba de unas 2.000 acémilas y ganado lanar. Quedó el grueso del ejército, teniendo al frente á Blake, en las mencionadas alturas de la Bisbal.

Enterado Saint-Cyr de la marcha del convoy, trató de impedir su entrada en la plaza. Consiguíolo, desgraciadamente, esta vez, interponiéndose entre O'Donnell y Wimpffen, y todo lo apresó, excepto unas 170 cargas, que se salvaron y metieron en Girona. Atribuyó la culpa á la sobrada intrepidez de O'Donnell, que se alejó más de lo conveniente de Wimpffen, y también á la tímida prudencia de Blake, que no acudió debidamente en auxilio del último. Así no llegaron á Girona víveres tan necesarios y descendidos, y perdió malamente el ejército de Cataluña unas 2.000 hombres. O'Donnell y Haro se abrigaron de los fuertes del Condestable y Capuchinos. Trataron los franceses cruelmente á los arrieros del convoy, ahorcando á unos y fusilando á otros en el Palau, á vista de la ciudad.

Corta compensacion de tamaña desdicha fueron algunas ventajas conseguidas en el Llebrerat y Besós por los miqueletes y tropas de línea. Tampoco pudo servir de consuelo el haber dispersado los ingleses y cogido en parte un convoy que escoltaban navios de guerra franceses, y que llevaba víveres y auxilios á Barcelona; ventura que no habian tenido poco antes con el que mandaba el almirante francés Cosmao, que entró y salió de aquel puerto sin que nadie se lo estorbase.

Realmente en nada remediaba esto á Girona, cuyas enfermedades y penuria crecian con rapidez. Se esmeraban en vano para disminuir el mal la Junta y el Gobernador. No se habian acopiado víveres sino para cuatro meses, y ya iban corridos cinco. Imperceptibles fueron, conforme manifestaban, los socorros introducidos en 1.º de Setiembre, aumentándose las cargas con el refuerzo de tropas.

Por lo mismo, y segun lo requería la escasez de la plaza, D. Enrique O'Donnell, que desde la malograda expedicion del convoy de 26 de Setiembre permanecia al pié del fuerte del Condestable, tuvo que alojarse, y atravesando la ciudad en la noche del 12 de Octubre, cruzó el llano de Salt y Santa Eugenia, uniéndose al ejército por medio de una marcha atrevida.

En aquel día llegó, igualmente, al campo enemigo el mariscal Augereau, habiendo partido el 3 el general Saint-Cyr. Con el nuevo jefe frances, y posteriormente, acudieron á su ejército socorros y refuerzos, estrechándose en extremo el bloqueo. Levantaron para ello los sitiadores varias baterías, formaron reductos, y llegó á tanto su cuidado, que de noche ponian perros en las sendas y caminos, y ataban de un espacio á otro cuerdas con campaneros y campanillas; por cuya artimaña cogidos algunos paisanos, atemorizaron á los pocos que todavía osaban pasar con víveres á la ciudad.

La escasez, por tanto, tocaba al último punto. Los más de los habitantes habian ya consumido las provisiones que cada uno en particular habia acopiado, y de ellos y de los forasteros refugiados en la plaza veíanse caer muchos en las calles, muertos de hambre. Apenas quedaba otra cosa en los almacenes para la guarnicion que trigo, y como no habia molinos, suplíase la falta machacando el grano en almireces ó cascos de bomba, y á veces entre dos piedras, y así y mal cocido se daba al soldado. Nacieron de aquí, y se propagaron, todo genero de dolencias, estando henchidos los hospitales de enfermos, y sin espacio ya para contenerlos. Sólo de la guarnicion perecieron en este mes de Octubre 793 individuos, comenzando también á faltar hasta los medicamentos más comunes. Inútilmente D. Joaquin Blake trató por tercera vez de introducir socorros. De Hostalrich aproximóse el 18 de Octubre á Bruñolas, y aguantó el 20 un ataque del enemigo, cuya retaguardia picó despues O'Donnell hasta los llanos de Girona. Acudiendo el mariscal Augereau con nuevas fuerzas, retiróse Blake camino de Vich, dejando solo á O'Donnell en Santa Coloma, quien, á pesar de haber peleado esforzadamente, cediendo al número, tuvo que abandonar el puesto y su bagaje. Quedaban así á merced del vencedor las provisiones reunidas en Hostalrich, que pocos días despues fueron por la mayor parte destruidas, habiendo entrado el enemigo la villa, si bien defendida por los vecinos con bastante empeño.

Dentro de Girona, no dió Noviembre lugar á combates, exasados y peligrosos, en concepto de los sitiadores. Renováronse, sí, de parte de éstos

las intimaciones, valiéndose de paisanos, de soldados y hasta de frailes, que fueron ó mal acogidos ó presos por el Gobernador. Pero las lastimas y calamidades se agravaban más y más cada día (1). Las carnes de caballo, jumento y mulo, de que por entonces se había empezado á echar mano, ibanse agotando, ya por el consumo de ellas, ya también porque, faltos de pasto y alimento, los mismos animales se morían de hambre, comiéndose entre sí las crines. Cuando la codicia de algún paisano, arrojando riesgos, introducía comestibles, vendíanlos éstos á exorbitantes precios: costaba una gallina 16 pesos fuertes, y una perdiz 4. Adquirieron también extraordinario valor aun los animales más inmunos, habiendo quien diera por un ratón 5 reales vellón, y por un gato 30. Los hospitales, sin medicinas ni alimentos, y privados de luz y fuego, habíanse convertido en un cementerio, en que sólo se divisaban, no hombres, sino espectros. Las heridas eran, por lo mismo, casi todas mortales, y se complicaban con las calenturas contagiosas, que á todos

(1) Precios de los comestibles en la plaza de Gerona durante el sitio de 1809, desde el día en que hasta el más subido, según crecía la escasez y la imposibilidad de introducirlos.

	Precios médicos.	Precios subidos.
Tecido fresco, la onza.	2 cuartos . .	10 cuartos.
Vino, la libra de 26 onzas. . . .	27 cuartos . .	Idem.
Carne de caballo, la libra de M. .	40 cuartos . .	Idem.
Id. de mulo.	40 cuartos . .	Idem.
Una gallina.	14 Rvn. efect.	16 duros.
Un ganso.	2 cuartos . .	4 Rvn. efect.
Una res.	12 Rvn. efect.	80 Rvn. efect.
Un cordero.	6 Rvn. efect.	40 Rvn. efect.
Un ratón.	1 Rvn. efect.	5 Rvn. efect.
Un gato.	8 Rvn. . . .	30 Rvn.
Un feto.	40 Rvn. . . .	200 Rvn.
Escudo, la libra.	18 cuartos . .	32 Rvn.
Pomada del Sr. D. F. la libra. . . .	4 Rvn. . . .	30 Rvn.
Asorta, la onza.	20 cuartos . .	24 Rvn.
Almendra, la onza.	24 cuartos . .	26 Rvn.
Almendra, la libra.	12 cuartos . .	32 Rvn.
Café, la libra.	8 Rvn. . . .	24 Rvn.
Cacahuetes, la libra.	16 Rvn. . . .	64 Rvn.
Hueso, la libra.	4 Rvn. . . .	40 Rvn.
Pera, la libra.	4 cuartos . .	8 Rvn.
Una gallina.	4 cuartos . .	8 Rvn.
Tecido grueso, la onza.	80 Rvn. . . .	112 Rvn.
Id. fino, la onza.	64 Rvn. . . .	96 Rvn.
Cebada, la onza.	30 Rvn. . . .	86 Rvn.
Habas, la onza.	48 Rvn. . . .	80 Rvn.
Agua, la onza.	4 Rvn. . . .	24 Rvn.
Vino de uva, la libra.	4 Rvn. . . .	10 Rvn.
Id. de caña, la libra.	12 Rvn. . . .	32 Rvn.
Leña, el quintal.	6 Rvn. . . .	48 Rvn.
Carbón, la onza.	3 Rvn. . . .	40 Rvn.
Tecido, la libra.	24 Rvn. . . .	100 Rvn.
Para meter una cuartera de trigo. .	8 Rvn. . . .	60 Rvn.

Gerona, 10 de Diciembre de 1809.—ERFANIO IGNACIO DE RUIZ

NOTA 1.ª Los precios de las carnes no fueron alterados, por disposición del Sr. Duque, habiendo durado.

2.ª Los precios de otros artículos, el precio que costaban la escasez, y muchos de ellos variaban según las circunstancias, y en consecuencia han figurado los precios pagados al principio de sitio, y los más subidos, convenientes en su lugar dentro; habiéndose visto el Gobierno precisado á permitir el precio que querían pagar á los vendedores las que los introducidos á Gerona, y en consecuencia, pagando las buesas del enemigo, arrojando los riesgos que probaban en la entrada y salida de la plaza, y la pena de muerte que sufrían en caso de ser tomados.

3.ª Necesitando de haberse figurado el precio de todos los artículos antes expresados, muchos de ellos se pedían concurriendo casualmente en los días que habia alguna introducción. Madrid, 22 de Diciembre de 1809.—ERFANIO IGNACIO DE RUIZ.—Idem. Erfanio Ignacio de Ruiz, capitán de la tercera compañía de la Cruzada gerundense, comandante de guerra de los reales ejércitos.—El título: Quilante 1.º de Agosto de 1809 hasta el 10 de Diciembre del mismo, en que concluyó la plaza de Gerona, es copia del orden del día, número de posesión de D. Carlos Burriel, ministro principal de la guerra y Guerra de ella, tiene en la lista la inspección del campamento, y que los precios que están contenidos en la subasta de la plaza, y que los contenidos en la ciudad plaza, y que en el día de la plaza, Madrid, 22 de Diciembre de 1809.—ERFANIO IGNACIO DE RUIZ.

aflijían, acabando por manifestarse el terrible escorbuto y la disenteria.

A la vista de tantos males juntos, de guerra, hambre, enfermedades y dolorosas muertes, flaqueaban hasta los más constantes. Solo Álvarez se mantenía inflexible. Había algunos, aunque contados, que hablaban de capitular; otros, queriendo incorporarse al ejército, proponían abrirse paso por medio del ejército enemigo. De los primeros hubo quien osó pronunciar en presencia del Gobernador la palabra capitulación; pero éste, interrumpiéndole prontamente, dijo: «¿Cómo! ¿solo V. es aquí el valiente? Cuando ya no haya viveres, nos comeremos á V. y á los de su raza, y después resolveré lo que más convenga.»

Entre los que con pensamientos más honrados ansiaban salir por fuerza de la plaza se celebraron reuniones y aun se hicieron varias propuestas; mas la Junta, recelando desagradables resultados, atajó el mal, y todos se sometieron á la firme condición del Gobernador.

Este, cuanto más crecía el peligro, más impertinente se mostraba, dando por aquellos días un bando así concebido: «Sepan las tropas que guardan los primeros puestos que los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego, en caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellas venga, sea español ó francés, pues todo el que huya hace con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.»

La larga y empeñada resistencia de Gerona dió ocasión á que la Junta Central concediese á sus defensores iguales gracias que á los de Zaragoza, y provocó en el principado de Cataluña el deseo de un levantamiento general para ir á socorrer la plaza. Con intento de llevar á cabo esta última medida, se juntó en Manresa, antes de concluirse Noviembre, un congreso, compuesto de individuos de todas clases y de todos los puntos del Principado.

Pero ya era tarde. Tem del triste y angustiado verano, en el que ni las plantas dieron flores, ni era los brutos, llegó el otoño, que, húmedo y lluvioso, acrecentó las penas y desastres. Desplomadas las casas, desmenuzadas las calles, y remansadas en sus hoyos las aguas y las inundaciones, quedaron los vecinos sin abrigo, y respirábase en la ciudad un ambiente infecto, corrompido también con la putrefacción de cadáveres, que yacían insepultos en medio de escombros y ruinas. Habían perecido en Noviembre 1.378 soldados y casi todas las familias desahuyadas. No se veían mujeres encinta, falleciendo á veces de inanición en el regazo de las madres el tierno fruto de sus entrañas. La naturaleza toda parecía muerta.

Los enemigos, aunque prosiguieron arrojando bombas á incomodando con sus fuegos, no habían renovado sus asaltos, escarmentados en sus anteriores tentativas. Mas el mariscal Augereau, viendo que el congreso catalán excitaba á las armas á todo el Principado, receloso que Gerona con su constancia diese tiempo á ser socorrida, por lo que en la noche del 2 de Diciembre, aniversario de la coronación de Napoleón, emprendió nuevas acometidas. Ocupó de resultas el arrabal del Carmen, y levantando aun más baterías, enanchó las antiguas brechas y abrió otras. El 7 se apoderó del reduto de la ciudad y de las casas de la Girónella, en donde sus soldados se atrincheraron y cortaron la comunicación con los fuertes, á cuyas guarniciones no les quedaba ni aun de su carta ración sino para dos días. Imperturbable Álvarez, si bien ya muy enfermo, dispuso socorrer aquellos puntos, y consi-

longado sin término su resistencia, teniendo entonces los enemigos que atacar las calles y las casas, en donde, como en Zaragoza, hubieran encontrado sus huesos nuevo sepulcro.

El gobernador D. Mariano Álvarez, aunque desahuciendo, volvió en sí, y el 23 de Diciembre le sacaron para Francia. Desde allí tornó a poco a España y le encerraron en un calabozo del castillo de Figueras, habiéndolo antes separado de sus criados y de su ayudante, D. Francisco Salue. Al día siguiente de su llegada susurrió que había fallecido, y los franceses le pusieron de cuerpo presente, tendido en unas parihuelas, apareciendo la cara del difunto linchada y de color cardeno, á manera de hombre á quien han uagado á dado garrote. Así se creyó generalmente en España, y en verdad la circunstancia de haberle dejado solo, los indicios que de muerte violenta se descubrían en su escudante, y noticias confidenciales (3) que recibió el gobierno español, daban lugar á vehementes sospechas. Hecho tan atroz no merecía, sin embargo, se alguna, á no haber mancillado su historia con otros parecidos al gabinete de Francia de aquel tiempo.

La Junta Central decretó que se daría á D. Mariano Alvarez, si estaba vivo, una recompensa propia de sus sobresalientes servicios, y que si, por desgracia, hubiese muerto, se tributarian á su memoria y se darian á su familia los honores y premios debidos á su inclita constancia y heroico patriotismo. Las Cortes congregadas más adelante en Cadix mandaron grabar su nombre en letras de oro, en el salon de las sesiones, al lado de los ilustres Dasez y Velarde. En 1815 D. Francisco Javier Castaños, capitán general de Cataluña, pasó á Figueras, hizole las delicias exequias, y colocó en el calabozo en donde habia espirado una lapida que recordase el nombre de Alvarez á la posteridad. Honores únicamente tributados á tan claro varón.

Quintanilla, durante el largo sitio de Gerona, en las buenas partes de España diversos é importantes acontecimientos. De los más principales basta la batalla de Talavera donde en una Resaca vimos otros para este lugar, sobre todo los que necesiaron posteriormente á aquella jornada. Entre ellos distinguimos los generales y que tomaban principio en el gobierno central, de los particulares de las provincias; empujando por los últimos nuestra narracion.

Debe considerarse en aquel tiempo el territorio español como dividido en país libre y en país ocupado por el extranjero. Valencia, Murcia, las Andalucías, parte de Extremadura y de Salamanca, Galicia y Asturias respiraban desembarazadas y libres, trabajando sólo por interiores contiendas. Mostrábase Valencia pacífica y pendenciera, excitando al desorden el ambicioso general D. José Caro quien, habiéndose valido de ciertas cabezas de la insurrección para derribar de su puesto al Conde de la Conquista, las persiguió después y maltrato encarnizadamente. Murcia, aun que satélite, por decirlo así, de Valencia en lo militar, daba señales de moverse con mayor independencia cuando se trataba de mantener la unión y el orden. Asiento las Andalucías del Gobierno central, no recibían, por lo común, otro impulso que el de aquél, teniendo que someterse á su voluntad la altiva junta de Sevilla. Permaneció en lo general unida Extremadura, y la parte libre de Salamanca estaba sobranamente hostigada con la cercanía del enemigo, para provocar ocultas reyertas. En Galicia y Asturias no existía el mejor acuerdo, resentíendose ambas provincias de los males que causó la atropellada conducta de Romana. Desatada la primera con la persecución de los patriotas, no ayudó al Conde de Notorria, que quedó mandando, y á quien también faltaba el nervio y vigor, cuáles son necesarios, lo cual excitó de todas partes vivas reclamaciones al Gobierno supremo para que se restableciese la junta provincial, que Romana ni pensó ni quiso convocar. Al cabo, pero pasados meses, se atendió á tan justos clamores. Gobernaban á Asturias el general Mab y la junta que formó el mismo Romana, autoridades ambas bastante negligentes. En Octubre fue reemplazado el primero por el general don Antonio de Arce. Habíase enviado de Sevilla la Junta Central en compañía del conserjero de Indias don Antonio de Laya, á fin de que aquel capitanease la provincia y de que los dos oyeran las quejas de los individuos de la junta disuelta por Romana. Ejecutóse lo póstero mal y lentamente, y en lo demás falló aliento el nuevo general, hombre panteo y flojo. Reportóse, por tanto, poco fruto, en las vecinas lides, de las buenas disposiciones de los habitantes, siendo menester que el enemigo punzase de cerca para estimular á las autoridades y acallar sus desavencencias.

Tampoco faltaban rivalidades en las provincias ocupadas, particularmente entre los jefes militares, achaque de todo estado en que las revueltas han roto los antiguos vínculos de subordinación y orden. Vamos á hablar de lo que en ellas pasó hasta fines de 1809.

Pulularon en Aragón, después de las funestas jornadas de María y Belchite, los partidarios y cuerpos franceses. Recorrian unos los valles del Pírico ó izquierda del Ebro; otros la derecha y los montes que se elevan entre Castilla la Nueva y reino de Aragón. Aquéllos obraban por sí y sostenidos a veces con los auxilios que les enviaba Lerida; los segundos escuchaban la voz de la Junta de Molina, y en especial la de la de Aragón, que rentabíscala en Teruel el 30 de Mayo, tenía á veces que convertirse, como muchas otras y á causa de las ocurrencias militares, en ambulante y peregrina.

Abrázanse partidarios intrépidos de las hueras y valles que forma el Pirineo desde el de Roncesvalles, en la parte oriental, hasta el de Anso, situado al otro extremo. También apascentaron muy tempranamente en el de Roncal, que pertenece a Navarra, iragoras

(3) Entre los documentos originales y de esta que acerca de la muerte del y la familia. Algunos hemos tenido en vista, uno de los más curiosos es el siguiente:

[illegible]

y despero, propio para embrenarse por selvas y riscos. En estos dos últimos y aldeaños valles campeó con ventura D. Mariano Renovales. Prisionero en Zaragoza, se escapó cuando le llevaban á Francia, y dirigiéndose á lugares solitarios, se detuvo en Roncal para reunir varios oficiales tambien fugados. Noticioso de ello el general frances d'Agoult, que mandaba en Navarra, y temeroso de un levantamiento, envió en Mayo, para prevenirle, al jefe de batallón Puigalis con 600 hombres. Súpolo Renovales, y allegando apresuradamente paisanos y soldados dispersos, se emboscó el 20 del mismo mes en el país que media entre los valles del Roncal y Ansó. El 21, antes de la aurora, comenzaron los combates, trabáronse en varios puntos, duraron todo aquel día y el siguiente, en que se terminaron, con gloria nuestra, al pié del Pirineo, en la alta roca llamada Undari. Todos los franceses que allí acudieron fueron muertos ó hechos prisioneros, excepto unos 120, que no penetraron en los valles.

Animado con esto Renovales, pero mal municionado, buscó recursos en Lerida y trajo armeros de Eibar y Píencencia. Pertrechado algun tanto, aguardó á los franceses, quienes, invadiendo de nuevo aquellas asperezas en 15 de Junio, fueron igualmente deshechos y perseguidos hasta la villa de Lumbier. Interpusieronse en seguida los nuestros en los caminos principales, y sembraron entre los enemigos el desasosiego y la zozobra.

Dieron lugar tales movimientos á que el comandante de Zaragoza, Plique, y el gobernador de Navarra, d'Agoult, entablasen correspondencia con Renovales. En ella, al paso que agradecian los enemigos el buen porte de que usaba el general español con los franceses que cogia, reclamaban altamente el castigo de algunos subalternos, que se habian desmandado á punto de matar varios prisioneros, quejándose tambien de que el mismo Renovales se hubiese escapado, sin atender á la palabra empeñada. Respecto de lo primero, olvidaban los franceses que á tan lamentables excesos habian dado ellos triste ocasion, mandando d'Agoult ahorcar poco ántes, de color de bandidos, á cinco hombres que formaban parte de una guerrilla de Roncal; y respecto de lo segundo respondió Renovales: «Si yo me fugué ántes de llegar á Pamplona, advertid que se faltó por los franceses al sagrado de la capitulacion de Zaragoza. Fui el primero á quien el general Morlot, sin honor ni palabra, despojó de caballos y equipaje, hollando lo estipulado. Si al general frances es lícita la infraccion de un derecho tan sagrado, no se por que ha de prohibirse á un general español faltar á su palabra de prisionero.»

Los triunfos de Roncal y Ansó infundieron grande espíritu en todas aquellas comarcas, y D. Miguel Sarasa, hacendado rico, despues de haber tomado las armas y combatido en Julio en varios felices encuentros, formó la izquierda de Renovales, apostándose en San Juan de la Peña, monasterio de benedictinos, y en cuya espelunca, como la llama Zurita, nació la monarquía aragonesa y se enterraron sus reyes hasta D. Alfonso el II.

Viendo los enemigos cuán gravea resultas podria traer el levantamiento de los valles del Pirineo, mayormente no habiéndoles sido dado apagarlo en su origen, idearon acometer á un tiempo el país que media entre Jaca y el valle de Salazar, en Navarra, llamando al propio tiempo la atencion del lado de Bidasoa. Con este fin salieron tropas de Zaragoza y Pamplona y de otros puntos en que tenian guarnicion, no olvidando tampoco amenazar de la parte

de Francia. Un trozo dirigióse por Jaca sobre San Juan de la Peña, otro ocupó los puertos de Salvatierra, Castillo Nuevo y Navascues, y se juntó una corta division en el valle de Salazar. Fué San Juan de la Peña el primer punto atacado. Defendióse Sarasa vigorosamente; mas obligado á retirarse, quemaron el 26 de Agosto los franceses el monasterio de benedictinos, conservándose solo la capilla, abierta en la Peña. Con el edificio ardió tambien el archivo, habiéndose perdido allí, como en el incendio del de la diputacion de Zaragoza, ocurrido durante el sitio, preciosos documentos, que recordaban los antiguos fueros y libertades de Aragón. El general Suchet fundó, por vía de expiacion, en la capilla que quedaba del abrasado monasterio, una misa perpetua, con su dotacion correspondiente. Pensaba quizá cautivar de este modo la fervorosa devocion de los habitantes; mas tomóse á insulto dicha fundacion, y nadie la miró como efecto de piedad religiosa.

Vencido este primer obstáculo, avanzaron los franceses de todas partes hácia los valles de Ansó y Roncal. El 27 empezó el ataque en el primero, y á pesar de la porfida oposicion de los ansetanos, contraron los enemigos la villa á sangre y fuego.

Contrarrestó Renovales su impetu en Roncal los días 27, 28 y 29, retirándose hasta el término y torques de la villa de Urzainqui. Mas, agolpándose á aquel paraje los franceses del valle de Ansó, los del de Salazar y una division procedente de Oleron, en Francia, no fué ya posible hacer por mas tiempo rostro á tanta turba de enemigos. Así, desolando Renovales salvar de mayores horrores á los roncaleses, determinó que D. Melchor Ornat, vecino de la villa, capitulase honrosamente por los valles, como lo hizo, asegurando á los naturales la libertad de sus personas y el goce de sus propiedades. Renovales, con varios oficiales, soldados y rucos desertores, se trasladó al Cinca.

En tanto que esto pasaba en Navarra y valles occidentales de Aragón, llamaron tambien los franceses la atencion á los orientales, incluso el de Aran, en Cataluña. No llevaron en todos ellos su intento más allá del amago, siendo rechazados en el puerto de Bidasoa, en donde se señaló el paisano Pedro Berot.

Descendiendo la falda de los Pirineos, y siguiendo la orilla izquierda del Cinca, D. Felipe Perena, Baget y otros partidarios tuvieron con los franceses reñidos choques. En varios sacaron ventaja los nuestros, incomodándolos incesantemente y cogiéndoles reses y viveres que llevaban para su abastecimiento. Ansiosos los franceses de libertarse de tan porfiados contrarios, enviaron al general Habert para dispersarlos y despejar las riberas del Cinca. Consiguio Habert penetrar hasta Fonz, en donde sus tropas asesinaron desapiadadamente á los ancianos y enfermos que habian quedado. Al mismo tiempo que Habert, cruzó el Cinca por cima de Estadilla el coronel Robert, quien al principio fue rechazado; pero concertando ambos jefes sus movimientos, replegaronse los partidarios españoles á Lerida, Mequinenza y puntos abrigados, tomando despues el mando de todos ellos Renovales. Ocuparon los franceses á Fraga y Monzon, como importantes para la tranquilidad del país.

Mas ni aun así conseguieron su objeto. Sarasa en Octubre y Noviembre apareció de nuevo en las cercanías de Ayerbe, y procuró cortar las comunicaciones entre Zaragoza y Jaca. Los españoles de Mequinenza tambien hicieron en 16 de Octubre una

tentativa sobre Caspe, en un principio dichosa, al último malograda. Otras parciales refríngas ocurrían al mismo tiempo por aquellos parajes, poniendo al fin los franceses su conato en apoderarse de Benasque.

Mandaba allí, desde 1804, el Marqués de Villora, y el 22 de Octubre del año en que vamos, intimándole el comandante francés de Benavarre La Paquerie que se rindiese, contestóle el Marqués dignamente. Mas en Noviembre, acudiendo otra vez los franceses, cedió Villora sin resistencia; y por esto, y por entrar después al servicio del intruso, tachóse su conducta de muy sospechosa.

En la margen derecha del Ebro, las juntas de Molina y Aragón trabajaban incansables en favor de la defensa común. La última, aunque metida en Moyá, provincia de Cuenca, después de la vergonzosa jornada de Belchite, desvirtuase por juntar dispersos y promover el armamento de la provincia. Don Ramon Gayán, separado ya del ejército de Blake al desgraciarse la acción de María, vivió de mucho, con su cuerpo franco, para ordenar la resistencia. Ocupaba la ermita del Águila, en el término de Carrión, y la Junta agrególe el regimiento provincial de Sería y el de la Princesa, venidos de Santander. Hubo entre los nuestros y los enemigos varios encuentros. Los últimos, en Julio, desalojaron á Gayán de la ermita del Águila, y frustróse un plan que la Junta de Aragón tenía trazado para sorprender á los franceses, que emboscaban á Daroca.

Falló en parte, por disputas de los jefes que eran de igual graduación. Para prevenir en adelante todo altercado, envió Blake desde Cataluña, á petición de la mencionada junta, á D. Pedro Villacampa, entonces brigadier, el cual, reuniendo bajo su mando la tropa puesta antes á las órdenes de Gayán, y además el batallón de Molina, con otros destacamentos, formó en breve una división de 4000 hombres. A su cabeza adelantóse el nuevo jefe, á fines de finalizar Agosto, á Calatayud, arrojó á los enemigos del puerto del Fresno, y haciendo varios prisioneros, los persiguió hasta la Alfranca.

En arma los franceses con tal embestida, después de verse algo desbaratados en la orilla izquierda del Ebro, revolvieron en mayor número contra Villacampa. Prudentemente se habríá recogido éste á los montes llamados Muela de San Juan y sierras de Almaraz, célebres por dar nacimiento al Tago y otros ríos candalosos, habiéndose situado en Nuestra Señora del Tremedal, santuario muy venerado de los naturales, y á donde van en romería de muchas leguas á la redonda. De las tropas de Villacampa habían quedado algunas avanzadas en la dirección de Daroca, las cuales fueron en Octubre arrojadas de allí por el general Kléber, que avanzó hasta Molina, destruyendo ó pillando casi todos los pueblos.

Don Pedro Villacampa juntó en el Tremedal, entre soldados y paisanos sin armas, unos 4000 hombres. El santuario está situado en un elevado monte, en forma de media luna, y á cuyo pie se descubre la villa de Orihuela. Páños, que se extienden por los costados y la cumbre rocosa de la montaña, dan al sitio alveste y cubido semblante. Había acumulado allí la devoción de los fieles muchas y ricas ofrendas, respetadas hasta de los saltadores, siendo así que de día y noche se dejaban abiertas las puertas del santuario. Por lo ménos así lo aseguraban los clérigos, ó mozaes, como en Aragón les llaman, encargados del culto y custodia del templo.

1.

Habia Villacampa hecho en la subida algunas entaduraz, y deseabase á disciplinar en aquel retiro su gente brava. Comenzaron los franceses el mal que se les acurría si para ello le daban tiempo, y trataron de destruirle, á por lo ménos de aventurar de aquellas asperas. Tuvo orden de ejecutar la operación el coronel Henard, con su regimiento 14 de línea, alguna rda infantería, un cuerpo de caraceros y tres piezas. Manióbró el francés diestramente, sinagando la asustafía por varios puntos, y el 25 se apoderó del Tremedal, de donde arrojados los españoles, se escaparon por la espalda, camino de Albarracín. Los enemigos saquearon é incendiaron á Orihuela, volando el santuario con espantoso estrépito. Salvóse la Virgen, que á tiempo ocultó un mesen, y retirados los franceses, acudieron ansiosamente los paisanos del contorno á adorar la imagen, cuya conservación graduaban de milagro.

Aunque con tales excursiones conseguían los enemigos despejar el país de ciertas partidas, no por eso impedían que en otros parajes los molestasen nuevas guerrillas. Así que, al adelantarse aquellos via del Tremedal, los hostilizaban á su retaguardia el alcaide de Illueca y el paisanaje de varios pueblos. Lo mismo ocurría, con mayor ó menor rapidez, en casi todas las comarcas, fatigando á los invasores tan con uno como con otro pelar.

Suehet, sin embargo, insistió en querer apaciguar á Aragón, y sabiendo que de Madrid había ido á Cuenca el general Milhaud para desbaratar las guerrillas de aquella provincia, avanzó también, por su parte, el 25 de Diciembre hasta Albarracín y Teruel, cuyoendo aun no habían pasado los franceses, obediendo á la Junta de Aragón, que entonces se albergaba en Rubielos, á abandonar su territorio, temiendo que refugiaran en las provincias vecinas.

De éstas, las de Cuenca y Guadalajara tralan á mal traer al enemigo. En la primera era uno de los principales jefes el Marqués de las Atalayas, que solía ocupar á Suehet y sus cercanías, y en la segunda el Empecinado, á quien ya vimos en Carilla la Virgen, y que se aventuraba á los demas en fama y notables hechos. Por disposición de la Central, había establecido el 20 de Julio en Sigüenza (ciudad poco antes muy maltuada por los franceses) una junta, con objeto de gobernar la provincia de Guadalajara. Trabajó con almece la nueva autoridad en reunir las partidas sueltas, efectuar abastecimientos y hostigar de todos modos al enemigo, y así esta junta como otra que se erigió en tierra de Cuenca, uniéndose en ocasiones, ó concertándose con las de Aragón y Molina, formaron en aquellas montañas un foco de insurrección, que hubiera sido aun más ardiente si á veces no hubiesen debilitado su fuerza quaquillas y enojosas pende moras.

Don Juan Martín, el Empecinado, guerraba allende la cordillera carpetana; mas, buscando en Setiembre por la junta de Guadalajara, acudió gustoso al llamamiento. Comenzó aquel caudillo á recorrer la provincia, y no dejando á los franceses un momento de respiro, tuvo ya, en los meses de Setiembre y Octubre, choques bastante empeñados en Cogolludo, Alvaros y Fuente la Higuera. Los franceses, para vencerle, recurrieron á artillería. Tal fué el que pusieron en planta el 12 de Noviembre, aparentando retirarse de la ciudad de Guadalajara, para luego volver sobre ella. Pero el Empecinado, después de haberse provisto de pólvora de pafos de aquellas fábricas, rompió por medio de la buesca

15

que le tenía rodeado, y se salvó. Pagó en seguida á los franceses el auto que entonces le dieron, principalmente sorprendiendo el 24 de Diciembre, en Mazarrulleque, á un grueso trozo de contrarios.

Entre los guerrilleros de la Mancha, de que ya entonces se hablaba, además de Mir y Jimenez, merece particular mención Francisco Sanchez, conocido con el nombre de Francisquete, natural de Camuñas. Habían los franceses ahorcado á un hermano suyo, que se rindiera bajo seguro, y en venganza, Francisco hizoles sin cesar guerra á muerte. Otros partidarios empezaron también á rebullir en esta provincia y en la de Toledo; unas, ó desaparecieron pronto, ó sus nombres no sonaron hasta más adelante.

En las que componen los reinos de Leon y Castilla la Vieja descolgó, entre otros muchos, cerca de Ciudad-Rodrigo, D. Julian Sanchez. Vivía éste en la casa paterna despues de haber militado en el regimiento de Mallorca. Pisaron los enemigos en sus correrías aquellos umbrales, y mataron á sus padres y á una hermana, atrocidad que juró Sanchez vengar: empezó con este fin á reunir gente, y luego allegó hasta 200 caballos con el nombre de lanceros, de cuya tropa nombróle capitán el Duque del Parque, general que allí mandaba. Don Julian unas veces se apoyaba en el ejército ó en la plaza de Ciudad-Rodrigo, otras obraba por sí y se alejaba con su escuadrón. Infundía tal desasosiego en los franceses, que en Salamanca, el general Marchand dió contra él y sus soldados una proclama amenazadora, y cogió en rehén, como á patrocinadores, á unos cuantos ganaderos ricos de la provincia. Sanchez, agraviado de que el frances calificase á sus hombres de asesinos y ladrones, replicó de una manera áspera y merceda. ¡Cruda guerra, que hasta en el hablar enconaba así de ambos lados el ánimo de los combatientes!

Por el centro y vastas llanuras de Castilla la Vieja, andaban asimismo al rebusco de franceses partidas pequeñas, como las del Capuchino, Saornil y otras que todavía no gozaban de mucho nombre, pero que dieron lugar á una circular curiosa, al par que bárbara, del general frances Kellermann, comandante de aquellos distritos, y por la que haciendo en 25 de Octubre una requisición de caballos, mandaba, bajo penas rigurosas, sacar el ojo izquierdo y marcar ó inutilizar de otro modo para la milicia los que no fuesen destinados á su servicio. Porlier, también ejecutando á veces rápidas y portentosas marchas, rompía por la tierra, y atropellaba los destacamentos enemigos, descolgándose de las montañas de Galicia y Asturias, que eran su principal guarida.

En todo el camino carretero de Francia, desde Burgos hasta los linderos de Alava, y en ambas riberas, por aquella parte del Ebro, hormiguearon de muy temprano las guerrillas. Tenía la codicia en qué cebarse con la frecuencia de convoyes y pasajeros enemigos; y muchos de los naturales, dados ya, desde antes, al contrabando por la línea de aduanas allí establecida, conocían á palmos el terreno, y estaban avezados á los riesgos de su profesión, imagen de los de la guerra. Fomentaron tales inclinaciones varias juntas que se formaron de cuarenta en cuarenta lugares, y las cuales, ó se reunieron despues, ó se sujetaron á las que se apellidaban de Burgos, Soria y la Rioja. Reconocieron la autoridad de estos cuerpos las más de las partidas, de las que se miraron como importantes la de Ignacio Cuevillas, D. Juan Gomez, el cura Tapia, D. Francisco Fernandez de Castro, hijo mayor del Marqués

de Barrio-Lucio, y el cura de Villoviado, de quien ya se hizo mención en otro libro.

Sus correrías solian ser lucrosas, en perjuicio del enemigo, y no faltas de gloria, sobre todo cuando muchas de ellas se unian y obraban de concierto. Sucedió así en Setiembre para sostener á Logroño, estando á su frente Cuevillas; lo mismo el 18 de Noviembre en Sausol de Navarra, en donde destruyeron á más de 1.000 franceses, guiadas las partidas reunidas por el capitán de navío D. Ignacio Narro, presidente de la junta de Nájera.

En esta función tuvo ya parte D. Francisco Javier de Mina, sobrino del despues tan célebre Ezpeza. Cursaba en Zaragoza á la sazón que estalló el levantamiento de 1808: su edad entonces era la de diez y nueve años, y tomó las armas, como los demás estudiantes. Había nacido en Idocin, pueblo de Navarra, de labradores acomodados. Retirado por enfermo al lugar de su naturaleza, se hallaba en su casa cuando la saquearon los franceses en venganza de un sargento asesinado en la vecindad. Para libertar á su padre de una persecución se presentó Mina el mozo á los franceses, redimiéndose por medio de dinero del arresto en que le pusieron. Airado de la no merecida ofensa, y de ver su casa allanada y perdida, armóse, y uniéndosele otros doce, comenzó sus correrías, reciente aún en Roncal la memoria de Renovales. Aumentóse sucesivamente su cuadrilla, y con ímpetu daba de sobresalto en los destacamentos franceses de Navarra, como también en los confinantes de Aragón y Rioja. Fué extremada su audacia, y ántes de concluir 1809 admiró con sus hechos á los habitantes de aquellas partes.

Hasta aquí los sucesos parciales ocurridos este año en las provincias. Necesario ha sido dar una idea de ellos, aunque rápida, pues si bien se obedecía en todo el reino al Gobierno supremo, la índole de la guerra, y el modo como se empezó, inclinaba á las provincias, ó las obligaba á veces, á obrar solas ó con cierta independencia. Ocupémonos ahora en la Junta Central y en los ejércitos y asuntos más generales.

Vivos debates habian sobrevenido en aquella corporación al concluirse el mes de Agosto y comenzar Setiembre. Procedieron de divisiones internas, y de la voz pública, que le achacaba el malogramiento de la campaña de Talavera. Hervían, con especialidad en Sevilla, los manejos y las maquinaciones. Ya desde ántes, como dijimos, y especialmente trabajaban contra el Gobierno varios particulares resentidos, entre ellos ciertos de la clase elevada. Cobraron ahora aliento por el arrinco que les ofrecía el enojo de los ingleses y la autoridad del Consejo, reinstalado el mes anterior. No menos pensaban ya que en acudir á la fuerza, pero ántes creyeron prudente tentar las vías pacíficas y legales. Sirviéles de primer instrumento D. Francisco Palafox, individuo de la misma Junta, quien el 21 de Agosto leyó en su seno un papel, en el que, doliéndose de los males públicos y pintándolos con negras tintas, proponía como remedio la reconcentración del poder en un solo regente, cuya elección indicaba podría recaer en el Cardenal de Borbon. Encontró Palafox en sus compañeros oposición, presentándole algunas objeciones bastante fuertes, á las que no pudiendo de pronto responder, como hombre de limitado seso, dejó su réplica para la siguiente sesión, en que leyó otro papel explicativo del primero.

Aquel día, que era el 22, vino en apoyo suyo,

con aire de concierto, una consulta del Consejo. Este cuerpo, que en vez de mostrarse reconocido, teníase por agraviado de su restablecimiento, como hecho, según pensaba, en menoscabo de sus privilegios, andaba solícito buscando ocasión de arrancar la potestad suprema de las manos de la Central, y colocarla, ó en las suyas, ó en otras que estuviesen á su devoción. Figúrese haber llegado ya el plazo tan deseado, y perjudicó con ciego precipitación á su propia causa. En la consulta no se citó á examinar la conducta de la Junta Central, y á hacer resultar los inconvenientes que nacían de que corporación tan numerosa tuviese á su cargo la parte ejecutiva, sino que también atacó su legitimidad y la de las juntas provinciales, pidiendo la abolición de éstas, el restablecimiento del orden antiguo y el nombramiento de una regencia, conforme á lo dispuesto en la ley de Partida. ¡Contradicción singular! El Consejo, que consideraba usurpada la autoridad de las juntas, y por consiguiente la de la Central, emanación de ellas, exigía de este mismo cuerpo actos para cuya decisión y cumplimiento era la legitimidad tan necesaria.

Pero, prescindiendo de semejante modo de raciocinar, harto común en asuntos de propio interés, hubo gran desacuerdo en el Consejo en proceder así, enajenándose voluntades que le hubieran sido propias. Descontentaban á muchos las providencias de la Central; parecíanle monstruosos su gobierno; mas no querían que se atacase su legitimidad, derivada de la insurrección. Tuvo en desvario querer el Consejo tachar del mismo defecto á las juntas provinciales, por cuya abolición clamaba. Estas corporaciones tenían influjo en sus respectivos distritos. Atacarlas era proveer su enemistad, resucitar la memoria de lo ocurrido al principio de la insurrección, en 1808, y privarse de un apoyo tanto más seguro, cuanto entonces se habían suscitado nuevas y vivas contestaciones entre la Central y algunas de las mismas juntas.

La provincial de Sevilla nunca olvidaba sus primeros celos y rivalidades, y la de Extremadura, antes más quieta, moviase al ver que su territorio quedaba descubierto con la ida de los ingleses, de cuya retirada echaba la culpa á la Central. Así fué que, sin contar con el Gobierno supremo, por sí dió pasos para que lord Wellington mudase de resolución, y diérase por el conducto del Conde de Montijo, que, en sus persecuciones y vagancias, había de Sanlúcar pasado á Badajoz. Desaprobó altamente la Junta Central la conducta de la de Extremadura, como ajena de un cuerpo subalterno y dependiente, ó irritada que fuera medianero en la negociación un hombre á quien miraba al espolo, por lo cual apercibiéndola severamente, mandó prender al del Montijo, que se envió en Portugal. Ofendida la junta de Extremadura de la reprensión que se le daba, replicó con sobrada descompostura, hija quizá de momentáneo acaloramiento, sin que por esto fuesen mas allá, afortunadamente, tales contestaciones. Las que habían nacido en Valencia al instalarse la Central, se aumentaron con el poco tino que tuvo en su comisión á aquel reino el Barón de Sahagún, y nunca cesaron, resultando la junta provincial el cumplimiento de algunos órdenes superiores, á veces desacertadas, como lo fué la provision, en tiempos de tanto apuro, de las canonjías, beneficios eclesiásticos y encomiendas vacantes, cuyo producto juiciosamente había destinado dicha junta á los hospitales militares. Encontradas aquí ambas autoridades, á cada paso se enredaban en disputas, in-

clinándose la razón, ya de un lado, ya de otro.

Dolorosas eran estas divisiones y querellas, y de mucho hubieran servido al Consejo en sus fines, si acallando á lo ménos por el momento en rencorosa ira contra las juntas, las hubiera acariciado, en lugar de espantarlas con descubrir sus intentos. Enojáronse, pues, aquellas corporaciones, y la de Valencia, aunque una de las más enemigas de la Central, se presentó luego en la lid á vindicar su propia injuria. En una exposición, fecha 25 de Setiembre, clamó contra el Consejo, recordó su vacilante, si no criminal, conducta con Murat y José, y pidió que se le circunscribiese á sólo sentenciar pleitos. Otro tanto hicieron, de un modo más ó ménos explícito, varias de las otras juntas; añadiendo, sin embargo, la misma de Valencia que convendría que la Central separase la potestad legislativa de la ejecutiva, y que se depositase ésta en manos de uno, tres ó cinco regentes.

Antes que llegase esta exposición, y atropellando por todo en Sevilla los descontentos, pensaron recurrir á la fuerza, impacientes de que la Central no se sometiese á las propuestas de Palafox, del Consejo y sus parciales. Era su propósito disolver dicha junta, trasportar á Manila algunos de sus individuos, y crear una regencia, reponiendo al Consejo Real en la plenitud de su poder antiguo, y con los ensanches que él codiciaba. Habíanse ganado ciertos regimientos, repartidose dinero, y prometiéndose también convocar Cortes, ya por ser la opinión general del reino, ya igualmente para amortiguar el efecto que podría resultar de la intentada violencia. Pero esta última resolución no se hubiera realizado, á triunfar los conspiradores como apetecían, pues el alma de ellos, el Consejo, tenía sobrado desvío por todo lo que sonaba á representación nacional, para no haber impedido el cumplimiento de semejante promesa.

Ya en los primeros días de Setiembre estaba próximo á realizarse el plan, cuando el Duque del Infantado, queriendo escudar su persona con la aquiescencia del Embajador de Inglaterra, confióle amistosamente. Asustado el Marqués de Wellesley de las resultas de una disolución repentina del Gobierno, y no teniendo, por otra parte, concepto muy elevado de los conspiradores, procuró apartarlos de tal pensamiento, y sin comprometerlos, dió aviso á la Central del proyecto. Advertida ésta á tiempo, é intimidados también algunos de los de la trama con no verse apoyados por la Inglaterra, prevínose todo estallido, tomando la Central medidas de precaución, sin pasar á escudriñar quiénes fuesen los culpables.

La Junta, no obstante, viendo cuán de cerca la atacaban; que la opinión misma del Embajador de Inglaterra, si bien opuesto á violencia, era la de reconcentrar la potestad ejecutiva, y que hasta las autoridades que le habían dado el ser eran las más de idéntico ó parecido sentir, resolvió ocuparse seriamente en la materia. Algunos de sus individuos pensaban ser conveniente la remoción de todos los centrales ó de una parte de ellos, acallando así á los que tachaban su conducta de ambiciosa. Suscitó tal medida el bailío D. Antonio Valdés, la cual contada de sus compañeros sostuvieron, desechándola los más. Tres dictámenes prevalecieron en la Junta: el de los que juzgaban ocioso hacer una mudanza cualquiera, debiendo convocarse luego las Cortes; el de los que deseaban una regencia escogida fuera del seno de la Central, y en fin, el de los que, repugnando la regencia, querían, sin embargo, que

se pusiese el gobierno á potestad ejecutiva en manos de un corto número de individuos, sacados de los nombrados centrales. Entre los que opinaban por lo segundo se contaba Jovellanos; pero tan respetable varón, luego que percibió ser la regencia objeto descubierto de ambición, que amenazaba á la patria con peligrosas ocurrencias, mudó de parecer y se unió á los del último dictámen.

Al frente de este se hallaba Calvo, que acababa de volver de Extremadura, y quien, con su áspera y enérgica condición, no poco contribuyó á parar los golpes de los que dentro de la misma Junta solo hablaban de regencia para destruir la Central é impedir la convocación de Cortes. Trajo hacia él á Jovellanos y sus amigos, los que concordes consiguieron, después de acaloradas discusiones, que se aprobasen el 19 de Setiembre dos notables acuerdos: 1.º La formación de una *comisión ejecutiva*, encargada del despacho de lo relativo á gobierno, reservando á la Junta los negocios que requiriesen plena deliberación. Y 2.º Fijar para 1.º de Marzo de 1810 la apertura de las Cortes extraordinarias.

Antes de publicarse dichos acuerdos, nombróse una comisión para formar el reglamento ó plan que debía observar la ejecutiva, y como reconviese el encargo en D. Gaspar de Jovellanos, bailío D. Antonio Valdés, Marqués de Camp-Sagrado, D. Francisco Castaño y Conde de Jimonde, amigos los más del primero, creyóse que á la presentación de su trabajo, serían los mismos escogidos para componer la comisión ejecutiva. Pero se equivocaron los que tal creyeron. En el intermedio que hubo entre formar el reglamento y presentarle, los aficionados al mando y los no adictos á Jovellanos y sus opiniones se movieron, y bajo un pretexto ú otro, alzaron que la mayoría de la Junta desechase el reglamento que la comisión había preparado. Escogióse entonces otra nueva para que le enmendase, con objeto de renovar, si ser pudiese, la cuestión de regencia, ó si no, de meter en la comisión ejecutiva las personas que con más empeño sostenían dicho dictámen. Vióse á las claras ser aquella la intención oculta de ciertas personas por lo que de nuevo sucedió con D. Francisco de Palafox. Este vocal, juguete de embrolladores, resucitó la olvidada controversia cuando se discutía en la Junta el plan de la comisión ejecutiva. Los instigadores le habían dictado un papel, que al leerlo produjo tal disgusto, que arrebatado el mismo Palafox, se allanó á cancelar en el acto mismo las cláusulas más disonantes.

Viendo la facción cuan mal había correspondido á su confianza el encargado de ejecutar sus planes, trató de poner en juego al Marqués de la Romana, recién llegado del ejército, y cuya persona, más respetada, gozaba todavía entre muchos de superior concepto. Había sido el Marqués nombrado individuo de la comisión sustituida para corregir el plan presentado por la primera, y en su virtud, asistió á una sesión, discurrió los artículos, enmendó algunos, y por último, firmó el plan acordado, si bien reservándose exponer en la Junta su dictámen particular. Parecía, no obstante, que se limitaría éste á ofrecer algunas observaciones sobre ciertos puntos, habiendo, en lo general, merecido su aprobación la totalidad del plan. Mas ¡cuál fué la admiración de sus compañeros al oír al Marqués, en la sesión del 14 de Octubre, renovar la cuestión de regencia por medio de un papel, escrito en términos descompuestos, y en el que, haciendo de sí propio pomposas alabanzas, expresaba la necesidad de des-

mente pernicioso como lo era el de la Central! Y al mismo tiempo que tan mal trataba á ésta y que la calificaba de ilegítima, dábale la facultad de nombrar regencia y de escoger una diputación permanente, compuesta de cinco individuos y un procurador, que hiciese las veces de Cortes, cuya convocación dejaba para tiempos indeterminados. A tales absurdos arrastraba la ojeriza de los que habían apuntado el papel al Marqués, y la propia irreverencia de este hombre, tan pronto indolente, tan pronto atrapellado.

A pesar de crítica tan amarga, y de las perjudiciales consecuencias que podría traer un escrito como aquel, difundido luego por todas partes, no sólo dejó la Junta de reprender á Romana, sino que también, ya que no adoptó sus proposiciones, fue el primero que escogió para componer la comisión ejecutiva. No faltó quien atribuyese semejante elección á diestro artificio de la Central, ora para enredarle en un compromiso, por haber dicho en su papel que á no aprobarse su dictámen renunciaría á su puesto, ora también para que experimentase por sí mismo la diferencia que media entre quejarse de los males públicos y remediarlos.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el Marqués admitió el nombramiento, y que sin detención se eligieron sus otros compañeros. La comisión ejecutiva, conforme á lo acordado, debía constar de seis individuos y del Presidente de la Central, renovándose á la suerte parte de ellos cada dos meses. Los nombrados, además de la Romana, fueron D. Rodrigo Riquelme, D. Francisco Caro, D. Sebastian de Menni, D. José García de la Torre y el Marqués de Vilhel. En el curso de esta *Historia* ya ha habido ocasión de indicar á qué partido se inclinaban estos vocales, y si el lector no lo ha olvidado, recordará que se arrimaban al del antiguo orden de cosas, por lo cual hubieran muchos llevado a mal su elección, si no hubiese sido acompañada con el correctivo del llamamiento de Cortes.

Anuncióse tal novedad en decreto de 28 de Octubre, publicado en 4 de Noviembre, especificándose en su contenido que aquellas serían convocadas en 1.º de Enero de 1810, para empezar sus augustas funciones en el 1.º de Marzo siguiente. El deseo de contener las miras ambiciosas de los que aspiraban á la autoridad suprema alzó á los centrales partidarios de la representación nacional á que clamasen con mayor instancia por la aceleración de su llamamiento. Don Lorenzo Calvo de Rozas, entre ellos uno de los más decididos y constantes, promovió la cuestión por medio de proposiciones que formalizó en 14 y 29 de Setiembre, renovando la que hizo en Abril anterior, y que había provocado el decreto de 22 de Mayo. Suscitáronse discusiones y altercados en la Junta, mas logróse la aprobación del decreto ya insinuado, aprontando á la comisión de Cortes para que concluyese los trabajos previos que le estaban encomendados, y que particularmente se dirigían al modo de elegir y constituir aquel cuerpo. Esta comisión desempeñó ahora con menos empujazo su encargo, por haber reemplazado á Riquelme y Caro, rémoras ántes para todo lo bueno, los Sres. D. Martín de Garay y Conde de Ayazman, dignos y celosos cooperadores.

La ejecutiva se instaló el 1.º de Noviembre, no entendiéndose ya la Junta plena en ninguna materia de gobierno, excepto en el nombramiento de algunos altos empleos, que se reservó. Siguiéronse, no obstante, tratando en las sesiones de la Junta los asuntos generales, los concernientes á contribucio-

nes y arbitrios, y las materias legislativas. Continuó así hasta su disolución, dividido este cuerpo en dichas dos porciones, ejerciendo cada una sus facultades respectivas.

En tanto el horizonte político de Europa se encapataba cada vez más. Estimulada la Gran Bretaña con la guerra de Austria, no se había cenido á aumentar en la Península sus fuerzas, sino que también preparó otras dos expediciones á puntos opuestos, una á las órdenes de sir Juan Stuard, contra Nápoles, y otra al Escalda á íala de Walcheren, mandada por lord Chatam. Malos consejos alejaron la primera de estas expediciones de la costa oriental de España, adonde se había pensado enviarla, y se empleó en objeto infructuoso, como lo fué la invasión del territorio napolitano. La segunda, formidable y una de las mayores que jamás saliera de los puertos ingleses, se componía de 40,000 hombres de desembarco, tropas escogidas, ascendiendo en todo la fuerza de tierra y mar á 80,000 combatientes. Propenase con ella el gobierno británico destruir, ante todo, el gran arsenal que en Amberes había Napoleón construido. Lastima fue que en este caso no hubiése aquel gabinete escuchado á sus aliados. El Emperador de Austria opinaba por el desembarco en el norte de Alemania, en donde el ejemplo de Schill, caudillo tan bravo y audaz, hubiera sido imitado por otros muchos al ver la ayuda que prestaban los ingleses. La Junta Central insistió por que la expedición llevase el rumbo hacia las costas cantábricas y no diese la mano con la de Wellesley, y cierto que si las tropas de Stuart y Chatam hubiesen tomado tierra en la Península ó en el norte de Alemania en el tiempo en que aún duraba la guerra en Austria, quizá no hubiera ésta tenido un fin tan pronto y aciago. Prescindiendo de todo el gobierno inglés, sacrificó grandes ventajas á la que prometía inmediata de la destrucción del arsenal de Amberes, ventaja mezquina, aunque la hubiera conseguido, en comparación de las otras.

Es ajeno de nuestro propósito entrar en la historia de aquellas expediciones, y así, sólo diremos que, al paso que la de Stuart no tuvo resultado, pereció la de Chatam miserablemente sin gloria y á impulsos de las enfermedades que causó en el ejército inglés la tierra pantanosa de la isla de Walcheren, á la entrada del Escalda. Tampoco se encontraron con habitantes que les fueran afectos, de donde pudieron aprender cuán diverso era, á pesar del valor de sus tropas, tener que lidiar en tierra enemiga ó en medio de pueblos que, como los de la Península, se mantenían fieles y constantes.

Colmó tantas desgracias la paz de Austria, en favor de cuya potencia había cedido la Junta Central una porción de plata (4) en barras que venían de Inglaterra para socorro de España, y además permitió, sin reparar en los perjuicios que se seguían á nuestro comercio, que el mismo gobierno británico negociase, con igual objeto, en nuestros puertos de América tres millones de pesos fuertes sacrificios inútiles. Desde el armisticio de Zúrich pudo ya temerse cercano la paz. El gabinete de Austria, viendo su capital invadida, incierto de la política de la Rusia, y no queriendo buscar apoyo en sus propios pueblos, de cuyo espíritu comenzaba á estar molesto, decidióse á terminar una lucha que, prolongada, todavía hubiera podido convertirse para Napoleón en terrible y funesta, manifestándose ya en la población de los estados austríacos síntomas

de una guerra nacional. Y, cosa extraña! no mismo temer, aunque por motivos opuestos, aceleró entre ambas partes beligerantes la conclusión de la paz. Firmóse ésta en Viena, el 15 de Octubre. El Austria, además de la pérdida de territorios importantes y de otras concesiones, se obligó, por el artículo 15 del tratado, á reconocer todas las mutaciones hechas, ó que pudieran hacerse, en España, en Portugal y en Italia.

La Junta Central, á vista de tamaña mengua, publicó un manifiesto, en que, procurando desimpresionar á los españoles del mal efecto que produciría la noticia de la paz, con profusión derramó amarguras quejas sobre la conducta del gabinete austríaco, lenguaje que á éste ofendió en extremo.

Disculpable era, hasta cierto punto, el gobierno español, hallándose de nuevo reducido á no vislumbrar otro campo de lides sino el peninsular; mas semejante estado de cosas, y las propias desgracias, hubieran debido hacerle más cauto y no comprometer en batallas generales y decisivas su suerte y la de la nación. El deseo de entrar en Madrid, y las ventajas adquiridas en Castilla la Vieja, pesaban más en la balanza de la Junta Central que maduros consejos.

Hablemos, pues, de las indicadas ventajas. Lúgo que el Marqués de la Romana dejó, en el mes de Agosto, en Astorga el ejército de su mando, llamado de la izquierda, condujole á Ciudad-Rodrigo don Gabriel de Mendizábal para ponerle en manos del Duque del Parque, nombrado sucesor del Marqués. Llegaron las tropas á aquella plaza antes de promediar Setiembre, y á estar todas reunidas, hubiera pasado su número de 26,000 hombres; pero compuesto aquel ejército de cuatro divisiones y una vanguardia, la tercera, al mando de D. Francisco Ballesteros, no se juntó con Parque hasta mediados de Octubre, y la cuarta quedóse en los puertos de Manzanal y Fuencabado, á las órdenes, según insinuamos, del teniente general D. Juan José García.

El sexto cuerpo francés, después de su vuelta de Extremadura, ocupaba la tierra de Salamanca, mandándole el general Marchand, en ausencia del mariscal Ney, que tornó á Francia. Continuaba en Valladolid el general Kellermann, y vigilaba Carrier, con 3,000 hombres, las márgenes del Esla y del Origo.

Atendían los franceses en Castilla, más que á otra cosa, á seguir los movimientos del Duque del Parque, no descurriendo por eso los otros puntos.

Así aconteció que en 9 de Octubre quiso el general Carrier posicionarse de Astorga, ciudad ántes de ahora nunca considerada como plaza. Gobernaba en ella, desde 22 de Setiembre, D. José María Santocildes; guardabanla unos 1,100 soldados nuevos, mal armados, y con solos ocho cañones, que servía el distinguido oficial de artillería D. César Tournello. En tal estado, sin fortificaciones nuevas y con muros viejos y desmoronados, se hallaba Astorga cuando se acercó á ella el general Carrier, seguido de 3,000 hombres y dos piezas. Brevemente y con particular empeño, cubiertos de las casas del arrabal de Reitivin, embistieron los franceses la puerta del Olaso. Cuatro horas duró el fuego, que se mantuvo muy vivo, no acobardándose nuestros inexpertos soldados ni al palanaje, y matando ó hiriendo á cuantos enemigos quisieron escalar el muro ó aproximarse á aquella puerta. Retiráronse, por fin, estos con pérdida considerable. Entre los españoles que en la refriega percibieron arrojarse un puño, de nombre Santos Fernandez, cuyo padre, al verle esparar,

(4) Véase el Manifiesto de la Junta Central, sección 2.ª, tomo diplomático, pág. 6.

enternecido, pero firme, prorumpió en estas palabras: «Si murió mi hijo único, vivo yo para vengarlo.» Hubo tambien mujeres y niños que se expusieron con grande arrojo, y Astorga, ciudad por donde tantas veces habian transitado pacíficamente los franceses, rechazólos ahora, preparándose á recoger nuevos laureles.

Esta diversion, y las que causaban al enemigo don Julian Sanchez y otros guerrilleros, ayudaban tambien al Duque del Parque, que colocado á fines de Setiembre á la izquierda del Agueda, habia subido hasta Fuente Guinaldo. Su ejército se componia de 10.000 infantes y 1.600 caballos. Regia la vanguardia D. Martin de la Carrera, y las dos divisiones presentes, primera y segunda, D. Francisco Javier de Ledesma y el Conde de Belveder. Púsose tambien por su lado en movimiento el general Marchand, con 7.000 hombres de infanteria y 1.000 de caballeria. Ambos ejércitos marcharon y contramarcharon, y los franceses, despues de haber quemado á Martin del Rio y de haber seguido hasta más adelante la huella de los españoles, retrocedieron á Salamanca. El Duque del Parque avanzó de nuevo el 5 de Octubre por la derecha de Ciudad-Rodrigo, é hizo propósito de aguardar á los franceses en Tamames.

Situada esta villa á nueve leguas de Salamanca, en la falda septentrional de una sierra que se extiende hacia Béjar, ofrecia en sus alturas favorable puesto al ejército español. El centro y la derecha, de áspero acceso, los cubria, con la primera division, D. Francisco Javier de Losada; ocupaba la izquierda, con la vanguardia, D. Martin de la Carrera, y siendo este punto el ménos fuerte de la posicion, colocóse allí en dos líneas, aunque algo separada, la caballeria. Quedó de respeto la segunda division, del cargo del Conde de Belveder, para atender adonde conviniese; 1.600 hombres, entresacados de todo el ejército, guarnecian á Tamames. El general Marchand, reforzado y trayendo 10.000 peones, 1.200 jinetes y 14 piezas de artilleria, presentóse el 18 de Octubre delante de la posicion española. Distribuyendo sin tardanza su gente en tres columnas, arremetió á nuestra linea, poniendo su principal conato en el ataque de la izquierda, como punto más accesible. Carrera se mantuvo firme con la vanguardia, esperando á que la caballeria española, apostada en un bosque á su siniestro costado, cargase las columnas enemigas; pero la segunda brigada de nuestros jinetes, ejecutando inoportunamente un peligroso despliegue, se vió atacada por la caballeria ligera de los franceses, que, á las órdenes del general Maucune, rompió á escape por sus hileras. Motóse el desorden entre los caballos españoles, y aún llegaron los franceses á apoderarse de algunos cañones. El Duque del Parque acudió al riesgo, arengó á la tropa, y su segundo, D. Gabriel de Mendizábal, echando pié á tierra, contuvo á los soldados con su ejemplo y sus exhortaciones, restableciendo el orden. No ménos apretó los puños en aquella ocasion el bizarro D. Martin de la Carrera, casi envuelto por sus enemigos, y con su caballo herido de dos balazos y una cuchillada. Los franceses entónces empezaron á flaquear. En balde trataron de sostenerse algunos momentos: el Conde de Belveder, avanzando con un trozo de su division, y el Príncipe de Anglona, con otro de caballeria, que dirigió con valor y acierto, acabaron de decidir la pelea en nuestro favor. La vanguardia y los jinetes que primero se habian desordenado, volviendo tambien en sí, recobraron los cañones perdidos y precipitaron á los franceses por la ladera abajo de la sierra. Igualmente salieron

vanos los esfuerzos del ejército contrario para superar los obstáculos con que tropezó en el centro y de recha. Don Francisco Javier de Losada rechazó todas las embestidas de los que por aquella parte atacaron, y los obligó á retirarse al mismo tiempo que los otros huian del lado opuesto. Al ver los españoles apostados en Tamames el desorden de los franceses, desembocaron al pueblo, y haciendo á su contrarios vivísimo fuego, les causaron por el estado notable daño. Dos regimientos de reserva de éstos protegieron á los suyos en la retirada, molestados por nuestros tiradores, y con aquella ayuda, y al abrigo de espesos encinares y de la noche, ya cercana, pudieron proseguir los franceses su camino á la vuelta de Salamanca. Su pérdida consistió en 1.500 hombres, la nuestra en 700, habiendo cogido un águila, un cañon, carros de municiones, fusiles y algunos prisioneros. El general Marchand se detuvo cinco dias en Salamanca, aguardando refuerzos de Kellermann. No llegaron éstos, y el del Parque, habiendo cruzado el Tórnes en Ledesma, obligó al general frances á desamparar aquella ciudad.

Al dia siguiente de la accion uniéronse al grueso del ejército español, con 8.000 hombres, D. Francisco Ballesteros. Habia este general padecido dispersion, sin notable refriega, en su nueva y desgraciada tentativa de Santander, de que hicimos mención en el libro octavo. Rehecho en las montañas de Liébana, obedeció á la orden que le prescribia ir á juntarse con el ejército de la izquierda.

Unido ya al Duque del Parque, entró éste en Salamanca el 25 de Octubre, en medio de las mayores aclamaciones del pueblo entusiasmado, que abasteció al ejército larga y desinteresadamente. El 1.º de Noviembre llegó de Ciudad-Rodrigo la division castellana, llamada quinta, al mando del Marqués de Castro-Fuerte, con la que, y la asturiana de Ballesteros, tercera en el orden, contó el del Parque unos 26.000 hombres, sin la cuarta division, que continuó permaneciendo en el Vierzo. Faltábale mucho á aquel ejército para estar bien disciplinado, participando su organizacion actual de los males de la antigua y de los que adolecia la vária é informe que á su antojo habian adoptado las respectivas juntas de provincia. Pero animaba á sus tropas un excelente espíritu, acostumbradas muchas de ellas á hacer rostro á los franceses, bajo esforzados jefes, en San Payo y otros lugares.

No pasó un mes sin que un gran desastro viniese á enturbiar las alegrías de Tamames. Ocurrió del lado del mediodía de España, y por tanto, necesario es que volvamos allá los ojos para referir todo lo que sucedió en los ejércitos de aquella parte, despues de la retirada y separacion del anglo-hispano y de la aciaga jornada de Almonacid.

Puestos los ingleses en los lindes de Portugal, y persuadida la Junta Central de que ya no podia contar con su activa coadyuvacion, determinó ejecutar por sí sola un plan de campaña, cuyo mal éxito probó no ser el más acertado. Al paso que en Castilla debia continuar divirtiéndolos á los franceses el Duque del Parque, y que en Extremadura quedaban aún 12.000 hombres, dispúsose que lo restante de aquel ejército pasase, con su jefe Egüa, á unirse al de la Mancha. Croyó la Junta fundadamente que se dejaba Extremadura bastante cubierta con la fuerza indicada, no siendo dable que los franceses se internasen, teniendo por su flanco y no lejos de Badajoz al ejército británico. Se trasladó, pues, D. Francisco Egüa á la Mancha ántes de finalizar Setiembre, y estableciendo su cuartel general en Daimiel, tomó

el mando en jefe de las fuerzas reunidas: ascendía su número, en 3 de Octubre, á 51 863 hombres, de ellos 5.766 jinetes, con 55 piezas de artillería.

De las tropas francesas que habían pisado desde la batalla de Talavera las riberas del Tago, ya vimos cómo el cuerpo de Ney volvió á Castilla la Vieja y fué el que lidio en Tamames. Permaneció el segundo en Plasencia, apostándose después en Oropesa y Puente del Arzobispo; quedó en Talavera el quinto, y el primero y cuarto, regidos por Victor y Sebastiani, fueron destinados á arrojar de la Mancha á D. Francisco Eguía. El 12 de Octubre ambos cuerpos se dirigieron, el primero por Villarubia á Damiel, el cuarto por Villabarta á Manzanares. Había de su lado avanzado Eguía, quien, reconvenido poco antes por su inacción, enfáticamente respondió que sólo anhelaba por sucesos grandes, que libertasen á la nación de sus opresores. Mas el general español, no obstante su dicho, á la proximidad de los cuerpos franceses tornó de prisa á su guardia de Sierra-Morena. Desazonó tal retroceso en Sevilla, donde no se soñaba sino en la entrada en Madrid, y también porque se pensó que la conducta de Eguía estaba en contradicción con sus graves, ó sean más bien ostentosas palabras. No dejó de haber quien sostuviese al General y alabase su prudencia, atribuyendo su modo de maniobrar al secreto pensamiento de revolver sobre el enemigo y atacarle separadamente, y no cuando estuviese muy reconcentrado; plan sin duda el más conveniente. Pero en Eguía, hombre indeciso é incapaz de aprovecharse de una coyuntura oportuna, era irresolución de ánimo lo que en otro hubiera quizá sido efecto de sabiduría.

Retirado á Sierra-Morena, escribió á la Central, pidiéndole víveres y auxilios de toda especie, como si la carencia de muchos objetos le hubiese privado de pelear en las llanuras. Colmada entónces la medida del sufrimiento contra un general á quien se le había prodigado todo linaje de medios, se le separó del mando, que recayó en D. Juan Carlos de Areizaga, llamado antes de Cataluña para mandar en la Mancha una división. Acreditado el nuevo general desde la batalla de Alcañiz, tenía en Sevilla muchos amigos, y de aquellos que ansiaban por volver á Madrid. Aparente actividad, y el provocar á su llegada al ejército el alejamiento de un enjambre de oficiales y generales, que, ociosos, sólo servían de embarazo y recargo, confirmó á muchos en la opinión de haber sido acertado su nombramiento. Mas Areizaga, hombre de valor como soldado, carecía de la serenidad propia del verdadero general, y escaso de nociones en la moderna estrategia, libraba su confianza más en el coraje personal de los individuos que en grandes y bien combinadas maniobras, fundamento ahora de las batallas campales.

Acabó el general Areizaga de granjear en favor suyo la gracia popular, proponiendo hajar á la Mancha y caer sobre Madrid, porque tal era el deseo de casi todos los forasteros que moraban en Sevilla, y cuyo influjo era poderoso en el seno del mismo gobierno. Unos suspiraban por sus casas, otros por el poder perdido, que esperaban recobrar en Madrid. Nada pudo apartar al Gobierno del raudal de tan extraviada opinión. Lord Wellington, que en los primeros días de Noviembre pasó á Sevilla con motivo de visitar á su hermano, el Marqués de Welllesley, en vano, unido con esto, manifestó los riesgos de semejante empresa. Estaban los más tan persuadidos del éxito, ó por mejor decir, tan ciegos, que

la Junta escogió á los Sres. Jovellanos y Riquelmo para acordar las providencias que deberían tomarse á la entrada en la capital. Diéronse también sus instrucciones al central D. Juan de Dios Rabé, que acompañaba al ejército; eligiéronse varias autoridades, y entre ellas la de corregidor de Madrid, cuya merced recayó en D. Justo Iturrigaray, amigo íntimo de Areizaga y uno de los que más le impulsaban á guerrear. Lágrimas, sin embargo, costaron, y bien amargas, tan imprudentes y desacordadas consejos.

Empezó D. Juan Carlos de Areizaga á moverse el 3 de Noviembre. Su ejército estaba bien pertrechado, y tiempos había que los campos españoles no habían visto otro ni tan lucido ni tan numeroso. Distribuíase la infantería en siete divisiones, estando al frente de la caballería el muy entendido general D. Manuel Freire. Caminaba el ejército repartido en dos grandes trozos, uno por Manzanares y otro por Valdepeñas. Procedía á todos Freire con 2.000 caballos; seguía la vanguardia, que regia D. José Zayas, y á la que apoyaba, con su primera división, D. Luis Lacy. Los generales franceses Paris y Milhaud eran los más avanzados, y al aproximarse los españoles, se retiraron, el primero del lado de Toledo, el segundo por el camino real á La Guardia.

Media legua más allá de este pueblo, en donde el camino corre por una cañada profunda, situáronse el 8 de Noviembre los caballos franceses, en la cuesta llamada del Madero, y aguardaron á los nuestros en el paso más estrecho. Freire diestramente destacó dos regimientos, al mando de D. Vicente Osorio, que cayesen sobre los enemigos, alojados en Dos-Barrios, al mismo tiempo que él, con lo restante de la columna, atacaba por el frente. Troparon nuestros soldados por la cuesta con intrepidez, repelieron á los franceses, y los persiguieron hasta Dos-Barrios. Unidos aquí Osorio y Freire continuaron el alcance hasta Ocaña, en donde los contruvo el fuego de cañon del enemigo.

Mientras tanto Areizaga sentó su cuartel general en Tembleque, y aproximó adonde estaba Freire la vanguardia de Zayas, compuesta de 6.000 hombres, casi todos granaderos, y la primera división de Lacy: providencia necesaria por haberse agregado á la caballería de Milhaud la división polaca del cuarto cuerpo francés. Volvió Freire á avanzar el 10 á Ocaña, delante de cuya villa estaban formados 2.000 caballos enemigos, y detrás, á la misma salida, la división nombrada, con sus cañones. Empezaron á jugar éstos, y á su fuego contestó la artillería volante española, arrojando los jinetes á los del enemigo contra la villa, que, abrigados de su infantería, reprimieron á su vez á nuestros soldados. No aun dadas las cuatro de la tarde llegaron Zayas y Lacy. Emboscado el último en un olivar cercano, dispúose á la arremetida; pero Zayas, juzgando estar su tropa muy cansada, disfrío auxiliar al ataque hasta el día siguiente. Aprovechándose los enemigos de esta desgraciada suspensión, evacuaron á Ocaña, y por la noche se replugaron á Aranjuez.

El 11 de Noviembre, en fin, todo el ejército español se hallaba junto en Ocaña. Resueltos los nuestros á avanzar á Madrid, hubiera convenido proseguir la marcha antes de que los franceses hubiesen agolpado hacia aquella parte fuerzas considerables.

Mas Areizaga, al principio tan arrogante, comenzó entónces á vacilar, y se inclinó á lo peor, que fué á hacer movimientos de flanco, lentos para aquella

ocasion, y desgraciados en su resultado. Envió, pues, la division de Lacy á que cruzase el Tajo del lado de Colmenar de Oreja, yendo la mayor parte á pasar dicho rio por Villamanrique, en cuyo sitio se echaron al efecto puentes. El tiempo era de lluvia, y durante tres dias sopló un huracan furioso. Corrió una semana entre detenciones y marchas, perdiendo los soldados, en los malos caminos y agone encharcadas, casi todo el calzado. Arceizaga, con los obstáculos cada vez mas indecisos, acantonó su ejército entre Santa Cruz de la Zarza y el Tajo.

Mientras tanto los franceses fueron arriando muchas tropas á Aranjuez. El mariscal Soult habia ya antes sucedido al mariscal Jourdan en el mando de mayor general de los ejércitos franceses, y las operaciones adquirieron fuerza y actividad. Sabe de que los españoles se dirigian á pasar el Tajo por Villamanrique, envió allí, el dia 14, al mariscal Victor, quien hallandose entonces solo con su primer cuerpo, hubiera podido ser arrollado. Detuvo á Arceizaga, y dio tiempo á que los franceses fuesen el 16 reforzados en aquel punto; lo cual visto por el general español, hizo que algunas tropas suyas, puestas ya del otro lado del Tajo, repasasen el rio y que se alzasen los puentes. Caminó en la noche del 17 hacia Ocaña, á cuya villa no llegó sino en la tarde del 18, y algunas tropas se rezagaron hasta la mañana del 19. La víspera de este dia hubo un reencuentro de caballería cerca de Ontigola: los franceses rechazaron á los nuestros, mas perdieron al general Paris, muerto á manos del valiente cabo español Vicente Manzana, que recibió de la Central un escudo de premio. Por nuestra parte tambien allí fue herido gravemente, y quedó en el campo por muerto, el hermano del Duque de Rivas, don Angel de Saavedra, no ménos ilustre entonces por las armas que lo ha sido después por las letras. Arceizaga, que, moviéndose primero por el flanco, dió lugar al avance y reunion de una parte de las tropas francesas, retrocediendo ahora á Ocaña y andando como lanzadera, permitió que se reconcentrasen ó diesen la mano todas ellas. Difícil era idear movimientos mas desastrosos.

Juntáronse, pues, del lado de Ontigola y en Aranjuez los cuerpos cuarto y quinto, del mando de Sebastiani y Mortier, la reserva, bajo el general Dessolles, y la guardia de José, ascendiendo, por lo menos, el número de gente á 28.000 infantes y 6.000 caballos. De manera que Arceizaga, que antes tropezaba con ménos de 20.000, ahora, á causa de sus detenciones, marchas y contramarchas, tenía que habérselas con 34.000 por el frente, sin contar con los 14.000 del cuerpo de Victor, colocados hacia su flanco derecho, pues juntos todos pasaban de 48.000 combatientes; fuerza casi igual á la suya en número, y superiorísima en práctica y disciplina.

Don Juan Carlos de Arceizaga escogió para presentar batalla la villa de Ocaña, considerable y asentada en terreno llano y elevado, á la entrada de la meseta que lleva su nombre. Las divisiones españolas se situaron en derredor de la poblacion. Apoyóse el 1.º á la izquierda del lado de la ágrica honda donde corre el camino real que va á Aranjuez. En el ala opuesta se situó la vanguardia de Zayas con direccion á Ontigola, y más á su derecha la primera division de Lacy, permaneciendo á espaldas casi toda la caballería. Hubo tambien tropas dentro de Ocaña. El general en jefe no dió orden ni colocación fija á la mayor parte de sus divisiones. Encaramóse en un campanario de la villa, desde donde contentándose con atalayar y descubrir el campo

continuó aturrido, sin tomar disposicion alguna acertada. El cuarto cuerpo, del mando de Sebastiani, sostenido por Mortier, empujó la pelea con nuestra derecha. Zayas, apoyado en la division de don Pedro Agustín Jiron, y el general Lacy y batallón vivamente, haciendo maravillas nuestra artillería. El último, sobre todo, avanzó contra el general Leral herido, y empujando en una mano, para alentar á los suyos, la bandera del regimiento de Burgos, todo lo atropelló, y cogió una batería que estaba al frente. Cesto sangre tan intrepida acometida, y entre todos fué allí gravemente herido el Marqués de Villacampo, oficial distinguido y ayudante de Lacy. A haber sido apoyado entonces este general, los franceses, rotos de aquel lado, no alcanzarán fácilmente el triunfo; pero Lacy, solo, sin que le siguiera caballería, ni tampoco le auxiliara el general Zayas, á quien puso, segun parece, en grande embarazo Arceizaga, dándole primero orden de atacar y luego controrden, tuvo en breve que ceder, y todo se volvió confusion. El general Girard entró en la villa, cuya plaza ardió; Dessolles y José avanzaron contra la izquierda española, que se retiró precipitadamente, y ya por los llanos de la Mancha no se divisaban sino pelotones de gente marchando á la ventura ó huyendo azorados del enemigo. Arceizaga bajó de su campanario, no tomó providencia para reunir las reliquias de su ejército, ni señal punto de retirada. Continué su camino á Daimiel, de donde serenamente dió un parte al Gobierno el 20, en el que estuvo lejos de pintar la catastrofe sucedida. Ésta fue de las mas lamentables. Contáronse por lo ménos 13.000 prisioneros, de 4 á 5.000 muertos ó heridos, fueron abandonados mas de cuarenta cañones, y carros, y viveres, y municiones: una desolacion. Los franceses apenas perdieron 2.000 hombres. Sólo quedaron de los nuestros en pie algunos batallones, la division segunda, del mando de Vigodet, y parte de la caballería, á las órdenes de Freire. En dos meses no pudieron volver á reunirse á las raíces de Sierra-Morena 25.000 hombres.

Conservó por algun tiempo el mando D. Juan Carlos de Arceizaga, sin que entonces se le formase causa, como se tenía de costumbre con muchos de los generales desgraciados: ¿tan protegido estaba? Y en verdad, ¿á qué formarle causa? Habíase éstas convertido en procesos de mera fórmula, de que salian los acusados puros y exentos de toda culpa.

Terror y abatimiento sembró por el reino la rota de Ocaña, temiendo fuese tan aciaga para la independencia como la de Guadalete. Holgaronáse sabremanera José y los suyos, entrando aquel en Madrid con pompa y á manera de triunfador romano, seguido de los míseros prisioneros. De sus parciales no faltó quien se gloriasse de que hubiesen los franceses, con la mitad de gente, aniquilado á los españoles. Hemos visto no ser así; mas aun cuando lo fuese, no por eso reanota ninguna sobre el carácter nacional; culpa sería, en todo caso, del desmaño e ignorancia del principal caudillo.

La herida de Ocaña llegó hasta lo vivo. Con haberlo puesto todo á la temeridad de la fortuna, abrieron las puertas de las Andalucías. José, quizo hubiera tentado pronto la invasion, si la permanencia de los ingleses en las cercanías de Badajoz, juntamente con la del ejército, mandado ahora por Albuquerque, en Extremadura, y la del Parque en Castilla la Vieja, no le hubiesen obligado á obrar con cordura ántes de penetrar en las gargantas de

Sierra-Morena, ominosas á sus soldados. Prudente, pues, era destruir por lo ménos parte de aquellas fuerzas, y guardar, ajustada ya la paz con Austria, nuevos refuerzos del Norte.

El Duque de Alburquerque, desanimado con lo ocurrido en Ocaña, se acordó á evitar un suceso desgraciado. La fuerza que tenía, de 12 000 hombres, dividida en tres divisiones, vanguardia y reserva, había avanzado el 17 de Noviembre al puente del Arzobispo para causar diversion por aquel lado. Desde allí, y con el mismo fin, siguiendo la margen izquierda del Tago, destruyó la vanguardia, á las órdenes de D. José Lardizabal, con dirección al puente de tablas de Talavera. Este movimiento obligó á retirarse á los franceses alojados en el Arzobispo, enfrente de los nuestros; mas á poco, sobreviniendo el destrozo de Ocaña, retrocedió el de Alburquerque, y no paró hasta Trujillo.

Puso en mayor cuidado á los enemigos el ejército del Duque del Parque, sobre todo después de la jornada de Tamames. Motivo por que envió el mariscal Soult la division de Gazan al general Marchand, camino de Avila, para coger al Duque por el flanco derecho. El general español, á fin de condicionar también á la campaña de Arizaga, movióse con su ejército, y el 19 intentó atacar en Alba de Tormes á 5.000 franceses, que advertidos, se retiraron.

Pursiguió el del Parque en marcha, y noticioso de que en Medina del Campo se reunían unos 2.000 caballos y de 8 á 10 000 infantes, juntó el 23 á la madrugada sus divisiones en el Carpio, á tres leguas de aquella villa. Colocó la vanguardia en la loma en que está sito el pueblo, ocultando detrás y por los lados la mayor parte de su fuerza. No logró, á pesar del ardor, que los franceses se acertasen, y entonces se adelantó el mismo, á la una del propio día, yendo por la llanura con admirable y bien concertado orden. Marchaba en batalla la vanguardia, del mando de D. Martín de la Carrera; á su derecha, parte también en batalla, parte en columnas, la tercera division, regida por D. Francisco Ballesteros; á la izquierda la primera, de D. Francisco Javier de Losada; cubría la caballería las dos alas. Iba de reserva la segunda division, á las órdenes del Conde de Belveder, y de pie en el Carpio, con su jefe, el Marqués de Castro-Fuerte, la quinta division, ó sea la de los castellanos. Los franceses, aunque reforzados con 1 000 jinetes, cayeron á una eminencia inmediata á Medina. Empetose allí vivo fuego, y engrosados aun los enemigos con dos regimientos de dragones y alguna infantería, cayeron sobre los jinetes del ala derecha, que cedieron el terreno, con lo cual se vió descubierta la tercera division, que era la de los asturianos. Mas estos, valientes y serenos, reprimieron al enemigo, en particular tres regimientos, que le recibieron á quemarropa con fuegos muy certeros. En la pelea perecieron el intrépido ayudante general de la division, D. Salvador de Molina, y el coronel del regimiento de Lena, D. Juan Pringold. Rechazados ó contenidos en los demás puntos los franceses, sobrevino la noche, y el Parque, durante dos horas, permaneció en el campo de batalla. Después, obligado á dar alimento y descanso á su tropa, y acordado de que el enemigo podría ser reforzado, antes de amanecer tornó al Carpio. Los franceses, por su parte, no creyéndose bastante numerosos, se alzaron, para unirse á nuevos refuerzos que aguardaban.

Los llegaron estos de varias partes, y el general Kellermann, reuniendo toda la fuerza que pudo, en-

tro ella 3.000 caballos, se mostró el 25 delante del Carpio. El Duque del Parque, hasta entonces prudente y afortunado caudillo, desconfió, y en vez de retirarse sin tardanza viendo la superioridad de la caballería, tembló en aquella tierra llana, suspendió todo movimiento retrógrado hasta la noche del 26, y entonces lo realizó, aguijado con el aviso de las lastimas de Ocaña, cuya nueva, derramada por el ejército, descorazonó al soldado.

El 28 por la mañana entraron los nuestros en Alba, tristes y ya perseguidos por la vanguardia enemiga. Acercada aquella villa á la derecha del Tormes, comienza con la orilla opuesta por un puente de piedra. El Duque del Parque dejó dentro de la poblacion, con negligencia notable, el cuartel general, la artillería, los bagajes, la mayor parte, en fin, de su fuerza, excepto dos divisiones, que pasaron al otro lado. Alegóse por disculpa la necesidad de dar de comer á la tropa, fatigada y sin alimento ya hacia muchas horas, como si no se hubiera podido acudir al remedio, y con mayor orden, poniendo todo el ejército en la orilla más segura, y en disposicion de proteger á los encargados de avituallarlo.

Esparcidos los soldados por Alba para buscar raciones, y oyendo la voz de que llegaban los franceses, atropelláronse al puente hombres y bagajes, y casi lo barrearón. Pudieron, con todo, los jefes colocar fuera del pueblo las tropas, y parar la primera embestida de 400 franceses que iban delante, hasta que aproximándose un grueso de caballería, cargó esta nuestra derecha, en donde se hallaba la primera division, del mando de Losada, y 800 caballos. Atrollados los últimos, buyeron también los infantes, que repusaron el Tormes, abandonando su artillería. El ala izquierda, que se componia de la vanguardia de Carrera y de parte de la segunda division, se mantuvo firme, y puesto Mendizábal á su cabeza, repelieron nuestros soldados por tres veces á los jinetes enemigos, formando el cuadro, y respondieron á fusileros á la intimacion que les hicieron de rendirse. En vano los acometieron otros escuadrones por la espalda; forzados se vieron éstos á aguardar á sus infantes, de los que algunos llegaron al anochecer. Mendizábal cruzó con sus intrépidos soldados el puente, y tomó gloriosamente la orilla opuesta. Allí todo era desorden y atropellamiento con los bagajes y caballería fugitiva. El Duque del Parque perdió entonces del todo la presencia de ánimo, y sus tropas, careciendo de órdenes precisas, se alejaron de aquel punto y se repartieron entre Ciudad-Rodrigo, Tordesillas y Miranda del Castañar. Semejante y no calculado movimiento excentrico salvó al ejército, pues el general Kellermann dejó de perseguirle, incierto de su paradero; y limitándose á dejar ocupada la línea de Tormes, volvióse á Valladolid. El Duque del Parque, al principiar Diciembre, sentó su cuartel general en el Rodon, á dos leguas de Ciudad-Rodrigo, y echándose de menos entre dispersion y pelea, unos 3.000 hombres. Antes de concluirse el mes pasó el Duque á San Martín de Trebas, detrás de Sierra de Gasta.

Con tales desdichas, destruidos ó menguados unos tras otros los mejores ejércitos españoles, debieron, naturalmente, los ingleses, meros espectadores hasta entonces, tomar, en su extrema prudencia, medidas de precaucion. Lord Wellington determinó dejar las orillas del Guadiana y pasar al norte del Tago, empezando su movimiento en los primeros dias de Diciembre. Despachóse antes de la junta de Extremadura, y mostrós muy satisfecho del

celo y laborioso cuidado (son sus expresiones) con que aquel cuerpo había proporcionado provisiones á las tropas de su ejército acantonadas en las cercanías de Badajoz. Dicha junta había sido una de aquellas autoridades contra las que tanto se había clamado, pocos meses ántes, acerca del asunto de abastecimientos, tachandolas hasta de mala voluntad. El testimonio irrecusable de lord Wellington probaba ahora que la premura del tiempo y la gran demanda fueron causa de la escasez, y no otras reprehensibles miras.

La profunda sima en que la nacion se abismaba consternó á la comision ejecutiva de la Junta Central, poniendo á prueba la capacidad y energia de sus individuos. Mas entónces se vió que no basta reconcentrar el poder para que éste sea en sus efectos vigoroso y pronto, sino que tambien es preciso que las manos escogidas para su manejo sean ágiles y fuertes. No formando parte de la comision ninguno de los pocos centrales á quienes se consideraba, por su saber, como más aptos, ó como más notables por los bríos de su condicion, escasearon en aquel nuevo cuerpo las luces y el esfuerzo; faltas tanto más graves, cuanto los acontecimientos habian puesto á la nacion en el mayor estrecho.

Así resultó que al saberse la derrota de Ocaña, quedó la comision como aturdida y aplanada, no desplegando la firmeza que tanto honró al Gobierno español cuando la jornada de Medellin. Redujéronse sus providencias á las más comunes y generales, habiendo, en vano, nombrado á Romana para recomponer el ejército del centro, tan menguado y perdido; pues aquel general permaneció en Sevilla, temeroso, quizá, de que sus hombros flaqueasen bajo la balumba de tan pesada carga. Para llenar su hueco, á lo ménos en ciertas medidas de reorganizacion, partieron camino de la Carolina D. Rodrigo Riquelme y el Marqués de Campo-Sagrado, uno individuo de la comision y otro de la Junta, quienes, en union con el vocal Rabé, debian impulsar la mejora y aumento del ejército, y atender á la defensa de los pasos de la sierra. Repeticion de lo que hizo la Central al retirarse de Aranjuez, con la diferencia de que ahora no hubo mucho vagar ni espacio.

Tampoco se destruyeron, con el nombramiento de la comision ejecutiva, las maquinaciones de los ambiciosos. Volvió á salir á plaza D. Francisco Palafox, deseoso de erigirse, por lo ménos, en lugarteniente de Aragon. Sospechábale que le prestaba su asistencia el Conde del Montijo, que á hurtadillas se fué de Portugal acercando á Sevilla. Tuvo de ello aviso el Gobierno, y Romana, á quien ántes no disgustaban tales manejos, ahora, que podian perjudicar á los en que él mismo andaba, instó para que se aprehendiesen las personas de Palafox y Montijo, juntamente con sus papeles. El último fué cogido en Valverde del Camino y trasladado á Sevilla, en donde tambien se arrestó al primero, sin que lo impidiese su calidad de central. Metió algun ruido la detencion de estos personajes, y mayor hubiera sido, á no trancelos tan desopinados sus continuos enredos. Los acontecimientos que sobrevinieron, terminaron en breve la persecucion de entranchos.

Romana, que tanta diligencia ponía en descubrir y cortar las tramas de los demás, no por eso cesaba de alentar con su conducta la paz y buena armonia del Gobierno supremo. Favorecia grandemente sus miras su hermano D. José Caro, que á nada ménos aspiraba que á ver á su familia maudando en el rei-

no. En la provincia de Valencia, puesta á su cuidado, trabajaba los ánimos en aquel sentido, y con profusion esparció el famoso voto de Romana de 14 de Octubre. La junta provincial ayudóle mucho en ocasiones, y este cuerpo, provocando unas veces el nombramiento de una regencia exclusiva, desechándole en otras, vário é inconstante en sus procedimientos, manifestaba que á pesar de su buen celo por la causa de la patria, influían en sus deliberaciones hombres de seso mal asentado.

Don José Caro remitió á las demás juntas una circular, á nombre de la de Valencia, en que, alabando los servicios, el talento, las virtudes de su hermano el Marqués de la Romana, se hablaba de la necesidad de adoptar lo que éste había propuesto en su voto, y se indicaba á las claras la conveniencia de nombrarle regente. La Central, en una exposicion que hizo á las juntas, y ántes de finalizar Noviembre, grave y victoriosamente rechazó los ataques y opinion de la de Valencia, invitando á todas á aguardar la próxima reunion de Cortes. Las provincias apoyaron el dictámen de la Central, y en Valencia se separaron de Caro varios que le habian estado unidos. Para cortar las disensiones, dejó Romana pasar á aquella ciudad; viaje que no verificó, enviando en su lugar á D. Lázaro de las Heras, hechura suya, pues el Marqués tomaba á veces por sí resoluciones, sin cuibarse de la aprobacion de sus compañeros. Las Heras, como era de esperar, procedió en Valencia segun las miras de Romana, y atropelló en Diciembre, y continuó á la isla de Ibiza, á D. José Canga Argüelles y á otros individuos de la Junta, ahora encontrados en opiniones con el general Caro.

Pero con estas reyertas y miserias crecian los males de la patria, y la Central, en cuyo cuerpo no habian en un principio reinado otras divisiones sino aquellas que nacen de la diversidad de dictámenes, se vió en la actualidad combatida por la ambicion y frenéticas pasiones de Palafox, de Romana y sus secuaces, convirtiéndose en un semillero de chismes, pequeñeces y enredos, impropios de un gobierno supremo, con lo cual cayó aun más en tierra su crédito y se antieipó su ruina.

La comision ejecutiva, cuya alma era el mismo Romana, nada, pues, de importante obró, poniéndose de manifiesto lo nulo de aquel general para todo lo que era mando. La Junta, por su parte, y en el círculo de facultades que se había reservado, animada del buen espíritu de Jovellanos, Garay y otros, acordó algunas providencias no desconcertadas, aunque tardías, como fué el aplicar á los gastos de la guerra los fondos de encomiendas, obras pías, y tambien la rebaja gradual de sueldos, exceptuándose á los militares que defendian la patria.

En el período en que vamos, ó poco ántes, examinóse asimismo en la Junta Central una proposicion de D. Lorenzo Calvo de Rozas sobre la importante cuestion de libertad de imprenta. La Junta, ora por la gravedad de la materia, ora, quizá, para esquivar toda discusion, pasó la propuesta de Calvo á consulta del Consejo, el cual, como era natural, mostróse contrario, excepto D. José Pablo Valiente. Extendida la consulta, subió á la Central, y ésta la remitió á la comision de Cortes, que á su vez la pasó á otra comision, creada bajo el nombre de instruccion pública, corriendo por aquella inextinguible cadena de juntas, consejos y comisiones á que siempre jnal pecado! se recorrió en España. En la de instruccion pública halló la propuesta de Calvo favorable acogida, leyendo en su apoyo una Memoria

muy notable el canónigo D. José Isidoro Morales. Mas en estos pasos, idas y venidas, se concluía ya Diciembre, y las desgracias cortaron toda resolución en asunto de tan grande importancia.

Entre tanto se acercaba también el día señalado para convocar las Cortes. La comisión encargada de determinar la forma de su llamamiento tenía ya casi concluidos sus trabajos. No entraríamos aquí en los debates que para esto hubo en su seno (cosa ajena de nuestro propósito), ni en los pormenores del modo adoptado para constituirse las Cortes, pues retardada por los acontecimientos de la guerra la reunión de éstas, nos parece más conveniente suspender, hasta el tiempo en que se juntaron, el tratar detenidamente de la materia. Solo diremos en este lugar que se adoptó igualdad de representación para todas las provincias de España; debiéndose dividir las Cortes en dos cuerpos, el uno electivo y el otro de privilegiados, compuesto de clero y nobleza.

Las convocatorias que entonces se expidieron fueron sólo las que iban dirigidas al nombramiento de los individuos que habían de componer la cámara electiva, reservando circular las de los privilegiados para más adelante. Motivó tal diferencia el que en el primer caso se necesitaba de algún tiempo para realizar las elecciones, no sucediendo lo mismo en el segundo, en que el llamamiento había de ser personal. Mas de esta tardanza resultó después, según veremos, no concurrir á las Cortes sino los miembros elegidos por el pueblo, quedando sin efecto la formación de una segunda cámara.

El mismo día que partieron las convocatorias, se mudaron también los tres individuos más antiguos de la comisión ejecutiva, conforme á lo prevenido en el reglamento. Eran éstos el Marqués de la Romana, D. Rodrigo Riquelme y D. Francisco Caro, entrando en su lugar el Conde de Ayazman, el Marqués del Villar y D. Félix Ovalle. Su imperio no fué de larga duración.

Todo presagiaba en caída y la de la Junta Central, y todo una próxima invasión de los franceses en las Andalucías. Para no ser cogida tan de improviso como en Aranjuez, dió la Junta un decreto en 13 de Enero, por el que anunció que debía hallarse reunida el 1.º del mes inmediato en la isla de León, á fin de arreglar la apertura de las Cortes, señalada para el 1.º de Marzo, sin perjuicio de que permaneciese en Sevilla algunos días más un cierto número de vocales, que atendiese al despacho de los negocios urgentes. Este decreto, en tiempos lejanos de todo peligro, hubiera parecido prudente y aun necesario; pero ahora, cuando tan de cerca amagaba el enemigo, consideróse hijo sólo del miedo, impulsado á despertar la atención pública, y á traer hacia los centrales los contratiempos y sinsabores que, como referirémos luego, precedieron y acompañaron al hundimiento de aquel gobierno.

LIBRO UNDÉCIMO.

Avanzaba de Napoleón acerca de la guerra de España. — Se alió con Joséña. — En su camino con la Archiduquesa de Austria. — Refugiado que envía á España. — Resolución de invadir las Andalucías. — Sus preparativos. — Los de los españoles. — Los franceses atacan y cruzan la Sierra Morena. — Retran en Jern y en Córdoba. — Placatos del Duque de Albuquerque. — Viene sobre Andalucía. — Retran de Sevilla la Junta Central. — Contratiempos en el viaje de sus individuos. — Suspensas de la intervención en Sevilla. — Verificación. — Junta de Sevilla. — Providencias que toman. — Continúan los franceses en movimientos. — Encuentran en Alcalá la Real la caballería española. — Planean en Laredo un paraje de artillería. — Toma Blake el mando de las reliquias del ejército del

centro. — Entran los franceses en Granada. — Avanzan sobre Sevilla. — Se retira Albuquerque hacia Cádiz. — Ganan los franceses á Sevilla. — Presentase el mariscal Víctor delago de Cádiz. — Mortier va á Perpetuadora. — Baja también allí el segundo cuerpo. — Va sobre Málaga Sebastián. — Abello alborota la ciudad. — Entra la los franceses. — Junta Central en la isla de León. No disolvióse. — Decide nombrar una regencia. — Reglamento que le da. — Su último decreto sobre Cortes. — Regentes que nombra. — Eligen una junta en Cádiz. — Opada rapala sobre la identidad y su administración. — Paladientes y persecuciones de sus individuos. — Idea de la Regencia y de sus individuos. — Felicitaciones del Consejo reunido. — Idea de la Junta de Cádiz. — Providencias para la defensa y línea administración de la Regencia y la Junta. — Breve descripción de la isla gulfana. — Pnorias que la guarnecen. — Bapafelas. — Ingleses. — Fuerza marítima. — Regio temporal en Cádiz. — Intiman los franceses la rendición. — La Junta le otorga encargada del rano de Hacienda. — Sus altercados con Albuquerque. — Deja este el mando del obreito y pasará L'entres. — Impone la Junta nuevas contribuciones. — Jue en Andalucía. — Mado con que la reciben. — Sus providencias. — Vuelve á Madrid. — Nueva invasión de Asturias. — Llano-Ponte. — Pontier. — Entra Pontier en Oviedo. — Levanta la ciudad. — Escapala de Oviedo. — Castella y defensa del puente de Pablar. — Batalla. Retran los españoles el Narco. — Don Juan M. arcos. — El general Arco. — Conducta escandalosa de Arco y del conde de Livia. — Nueva instalación de la junta general del principado. — Anillo de Galicia. — Desampara Pontier á Oviedo. — Se encubren paratensas de la ciudad. — Estado de Galicia. — Alforote del Ferrol. Muerte de Arco. — Mahy, general de los tropas de aquel reino. — Ello de Astoria. — Castella. — Licenciado Castella. — Aragon. — Misa el reino. — Expedición de Suchet sobre Valencia. — Pasado de este reino y de la ciudad. — Malagras á Suchet en república. — Pupo flojo. — Ventajas de los españoles en Aragon. — Los prisioneros Misa el reino. — Sucedió en las Espes y Mina. — Estado de Cataluña. — Varias acciones. — Discurso de Hostalrich. — Va Augustan al Acorro de Barcelona. — Desembarco de Imbarco en Santa Ingeria y en Mollat. — Entra Augustan en Barcelona. — O'Donnell nombrado general de Cataluña. — El éxito que mata. — Acción de Vich el 19 de Febrero. — Pertinax de Hostalrich. — Socorro de nuevo Augustan á Barcelona. — Retran O'Donnell á Tarragona. — Folia ataque de D. Juan Caro. — Evancan los españoles á Hostalrich. — El mariscal Macdonald asiste á Augustan en Cataluña. — Parte Suchet á Lenda. — Entra una tropa en Balaguer. — Ello de Lenda. — Desembarca tentativa de O'Donnell para someter la plaza. — Retran los franceses en Lenda y ruden en castillo. — También el fuerte de las Medas. — Baresos de Aragon. — Ello de Mesquenza. — La toman los franceses. — Toman también el castillo de Morella. — Cádiz. — Toman los franceses á Malagras. — Manda Blake el ejército de la isla. — Transalado á Cádiz la Regencia. — Varan en la costa dos pentones de prisioneros. — Trato de estos. — Pusan á las Baleares. En trano allí. — Hostalrich en las Andalucías. — Comado de Niebla. — Escrasia de Ronda. — Don José Romero. Acción notable. — Tarifa. — Ejército del centro en Murta. — Correría de Sebastián en aquel reino. — Su conducta. — Evencado. — Partidas de Caxoria y de las Alpujarras. — Entramadura. Ejército de la izquierda. — Benann. — Badajoz. — Ben Carlos O'Donnell. — Decreto de Suchet de 9 de Mayo. — Eran en república de la República de España. — Decreto de Napoleón sobre gobiernos militares. — Une á su imperio los Estados Pontificios y la Holanda. — Lucill embajada de Amalia á París. — Teñeliva para libertar al rey Fernando. — Baron de Rolly. — Vida de los príncipes en Valencia. — Préndes á Rolly. — Insidiosa conducta de la policía francesa. — Cartas de Fernando.

Nuevos desastres amagaban á España al comenzar el año de 1810. Napoleón, de vuelta de la guerra de Austria, que para él tuvo tan feliz resultado, anunció al Senado francés aque se presentaría á la otra parte de los Pirineos, y que el leopardo, aterrado, huiría hacia el mar, procurando evitar su afrenta y su aniquilamiento. No se cumplió este pronóstico contra los ingleses, ni tampoco se verificó el indicado viaje, persuadido quizá Napoleón de que la guerra peninsular, como guerra de nación, no se terminaría con una ni dos batallas; único caso en que hubiera podido empeñar, con esperanza de gloria, su militar nombrada.

Ocupábale también por entonces asuntos domésticos, que quería acomodar á la razón de Estado; y la afición que tenía á su esposa la emperatriz Josefina, y las buenas prendas que á ésta adornaban, cedieron al deseo de tener heredero directo, y al concepto tal vez de que, enlazándose con alguna de las antiguas stirpes de Europa, afianzara la de los Napoleones, á cuyo trono faltaba la sólida base del tiempo. Resolvió, pues, separarse de aquella su pri-

mera esposa, y á mediados de Diciembre de 1809 publicó solemnemente su divorcio, dejando á Josefina el título y los honores de emperatriz coronada.

Pensó despues en escoger otra consorte, inclinándose al principio á la familia de los czares, mas al fin trató con la corte de Austria, y se casó en Marzo siguiente con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador José II; union que, si bien por de pronto pudo lisonjear á Napoleon, sirvióle de poco á la hora del infortunio.

Antes y en el tiempo en que mostró al Senado su propósito de cruzar los Pirineos, dió cuenta el ministro de la Guerra de Francia del estado de la fuerza que había en España, manifestando que, para continuar las operaciones militares, bastaba completar los cuerpos allí existentes con 30,000 hombres reunidos en Bayona. Pasaron, en efecto, éstos la frontera, y con ellos y otros refuerzos que posteriormente llegaron, ascendió dentro de la Península el número de franceses, en el año de 1810 en que vamos, á unos 300,000 hombres de todas armas.

Llamaba singularmente la atención del gabinete de las Tullerías el destruir el ejército inglés, situado ya en Portugal á la derecha del Tago. Pero el gobierno de José prefería á todo invadir las Andalucías, esperando así disolver la Junta Central, principal foco de la insurrección española. Por tanto, puso su mayor ahínco en llevar á cabo esta su predilecta empresa.

Destinábanse para ella los tres cuerpos de ejército 1.º, 4.º y 5.º, con la reserva, y algunos cuerpos españoles de nueva formación, en que tenían los enemigos poca fe, constando el total de la fuerza de unos 55,000 hombres. Mandábalos José en persona, teniendo por su mayor general al mariscal Soult, que era el verdadero caudillo.

Sentaron los franceses sus reales, el 19 de Enero, en Santa Cruz de Mudela. A su derecha, y en Almadén del Arzobispo, se colocó antes el mariscal Victor con el 1.º cuerpo, debiendo penetrar en Andalucía por el camino llamado de la Plata. A la izquierda apostóse, en Villanueva de los Infantes, el general Sebastiani, que regia el 4.º, y que se preparaba á tomar la ruta de Montizon. Debía atravesar la sierra, partiendo del cuartel general de Santa Cruz, y dirigiendo su marcha por el centro de la línea, cuya extensión era de unas veinte leguas, el 5.º cuerpo, del mando del mariscal Mortier, al que acompañaba la reserva, guiada por el general Desolles.

Los franceses, así distribuidos, y tomadas también otras precauciones, se movieron hacia las Andalucías. No habían de aquel suelo pisado anteriormente sino hasta Córdoba, y la memoria de la suerte de Dupont trávalos todavía desasosegados. Sepáranse aquellas provincias de las demás de España por los montes Marianos, ó sea la Sierra Morena, cuyos ramales se prolongan al Levante y Ocaso, y se intertanan por el Mediodía, cortando en varios valles con otros montes, que se desgañan de Ronda y Sierra Nevada, las mismas Andalucías, en donde ya los moros formaron los cuatro reinos en que ahora se dividen; tierra toda ella, por decirlo así, de promisión, y en la que, por la suavidad de su temple y la fecundidad de sus campos, pusieron los antiguos, según la narración de Estrabón (1), con referencia á Homero, la morada de los bienaventurados, los Campos Elísios.

(1) Τὸν τῶν εὐσεβῶν ἑλπίσιν χάρον καὶ τὸ ἠλυσίων ἡδίστον. (STRAB., lib. III.)

Pocos tropiezos tenían los enemigos que encontrar en su marcha. No eran extraordinarios los que ofrecía la naturaleza, y fueron tan escasos los trabajos ejecutados por los hombres, que se limitaban á varias cortaduras y minas en los pasos más peligrosos y al establecimiento de algunas baterías. Se pensó al principio en fortificar toda la línea, adoptando un sistema completo de defensa, dividido en provisional y permanente, el primero con objeto de embarazar al enemigo á su tránsito por la sierra, y el segundo con el de detenerle del todo, levantando detras de las montañas y del lado de Andalucía, unas cuantas plazas fuertes, que sirviesen de apoyo á las operaciones de la guerra y á la insurrección general del país. Una comisión de ingenieros visitó la cordillera y aun dió su informe; pero como tantas otras cosas de la Junta Central, quedose ésta en proyecto. También se trató de abandonar la sierra y de formar en Jaén un cuerpo atrincherado, de lo cual igualmente se desistió, temerosos todos de la opinión del vulgo, que miraba como antemural invencible el de los montes Marianos.

Dió ocasión á tal pensamiento el considerar las escasas fuerzas que había para cubrir convenientemente toda la línea. Despues de la dispersión de Ocaña, sólo se habían podido juntar unos 25,000 hombres, que estaban repartidos en los puntos más principales de la sierra. Una división, al mando de D. Tomás de Zetain, ocupaba á Almadén, de donde ya el 15 se replegó, acometida por el mariscal Victor. Otra, á las órdenes de D. Francisco Copons, permaneció hasta el 20 en Mestanza y Santa Lorenzo. Colocáronse tres con la vanguardia en el centro de la línea. De ellas la 3.ª, del cargo de D. Pedro Agustín Jiron, en el puerto del Rey, y la vanguardia, junto con la 1.ª y 4.ª, gobernadas respectivamente por los generales D. José Zayas, Lacy y Gonzalez Castejón, en la venta de Cardenas, Despeñaperros, collado de los Jardines y Santa Helena. Situóse á una legua de Montizon, en Venta Nueva, la 2.ª, á las órdenes de D. Gaspar Vigoda, á la que se agregaron los restos de la 6.ª, que antes mandaba D. Peregino Jácome.

El 20 de Enero se pusieron los franceses en movimiento por toda la línea. Su reserva y su 5.º cuerpo dirigiéronse á atacar el puerto del Rey y el de Despeñaperros, ambos de difícil paso á ser bien defendidos. Por el último va la nueva calzada, ancha y bien construida, abierta en los mismos escarpados de la montaña de Valdazores, y á grande altura del río Almodiel, que bañándola por su izquierda, corre engargantado entre cerrados montes, que forman una honda y estrechísima quebrada. La angostura del terreno comienza á unos trescientos pasos de la venta de Cardenas, yenda de la Mancha á Andalucía, y termina no lejos de las Carreteras, casería distante una legua de la misma venta. En este trecho habían los españoles excavado tres minas, levantando detras, en el collado de los Jardines, una especie de campo atrincherado. Por la derecha de Despeñaperros lleva al puerto del Rey un camino que parte de la venta de Melocotones, antes de llegar á la de Cardenas; éste era el antiguo, mal carretero y en parajes sólo de herradura, juntándose despues, y más allá de Santa Helena, con el nuevo. Entre ambos hay una vereda que guía al puerto del Muradal, existiendo otras estrechas, que atraviesan la cordillera por aquellas partes.

En la mañana del indiano 20 salió del Viso el general Desolles con la reserva de su mando y además un regimiento de caballería. Dirigióse al puerto

del Rey, que defendía el general Jiron. La resistencia no fué prolongada; los españoles se retiraron con bastante precipitación, y del todo se dispersaron en las Navas de Tolosa. Al mismo tiempo la división del general Gazan acometió el puerto del Muradal con una de sus brigadas, y con la otra se encaramó por entre este puerto y Despeñaperros, viniendo á dar ambas á las Cortederas, esto es, á la espalda de los atrincheramientos y puestos españoles. El mariscal Mortier, al frente de la división Girard, con caballería, artillería ligera y los nuevos cuerpos creados por José, pensó en embestir por la calzada de Despeñaperros, y lo ejecutó cuando supo que á su derecha el general Gazan, habiendo arrollado á los españoles, estaba para envolver las posiciones principales de éstos. Las minas que en la calzada había reventaron, mas hicieron poco estrago; los enemigos avanzaron con rapidez, y los nuestros, temiendo ser cortados, todo lo abandonaron, como también el atrincheramiento del collado de los Jardines. Perdieron los españoles 15 cañones y bastantes prisioneros, salvándose por las montañas algunos soldados, y tirando otros, con Castejon, hacia Arquillos, en donde luego veremos no tuvieron mayor ventura. Areizaga, que todavía conservaba el mando en jefe, acompañado de algunos oficiales y ciertas reliquias, precipitadamente corrió á ponerse en salvo al otro lado del Guadalquivir. Los franceses llegaron la noche del mismo 20 á la Carolina, y al día siguiente pasaron á Andújar, después de haber atravesado por Bailén, cuyas glorias se empapaban algun tanto con las lástimas que ahora corrían. El mariscal Soult y el rey José no tardaron en adelantarse hasta la citada villa, en donde pusieron su cuartel general.

Llegó también luego á Andújar el mariscal Victor, que desde Almuden no había encontrado grandes tropezos en cruzar la sierra. La junta de Córdoba pensó ya tarde en fortificar el paso de Mato de Hierro y el camino de la Plata, y en juntar los escopeteros de las montañas. La división de Zeraín y la de Copons tuvieron que abandonar sus respectivas posiciones, y el mariscal Victor, después de hacer algunos reconocimientos hacia Santa Eufemia y Belalcázar, se dirigió sin artillería ni bagajes por Torrecampo, Villanueva de la Jara y Montoro á Andújar, en donde se unió con las fuerzas de su nación, que habían desembocado del puerto del Rey y de Despeñaperros. De estas, el mariscal Soult envió la reserva de Desolles, con una brigada de granallería, por Linares, sobre Baeza, para que se diese la mano con el general Sebastiani, á cuyo cargo había quedado pasar la sierra por Montezón.

Dicho general, aunque no fué en su movimiento metido afortunado que sus compañeros, halló, sin embargo, mayor resistencia. Guarnecía por aquella parte D. Gaspar Vigodet las posiciones de Venta Nueva y Venta Quemada, y las sostuvo vigorosamente durante dos horas con fuerza poco aguerada é inferior en número, hasta que el enemigo, habiendo tomado la altura llamada de Matamoras, y otras que defendió con gran brío el comandante D. Antonio Brax, obligó á los nuestros á retirarse. Vigodet murió, en su consecuencia, á todos los cuerpos que bajasen de las montañas y se retirasen en Montezón, de donde, replegándose con orden y en escuadras, empezó luego á desbandarse un escuadrón de caballería, que con su ejemplo descompuso también á los otros, y juntos atrapellaron y desconcertaron la infantería, disolviéndose así toda la división. Con escasos restos entro Vigodet el 20 de

Enero, después de anochecido, en el pueblo de Santisteban, y al amanecer, viéndose casi solo, partió para Jaén, á cuya ciudad habían ya llegado el general en jefe Areizaga y los de división Jiron y Lacy, todos desamparados y en situación congojosa.

Sebastiani continuó su marcha, y cerca de Arquillos tropezó el 29 con el general Castejon, que se replegaba de la sierra con algunas reliquias. La pelea no fué refida; caído el ánimo de los nuestros, y rota la línea española, quedaron prisioneros bastantes soldados y oficiales, entre ellos el mismo Castejon. El general Sebastiani se puso entónces por la derecha en comunicacion con el general Desolles, y destacando fuerzas por su izquierda hasta Ubéda y Baeza, ocupó hacia aquel lado la márgen derecha del Guadalquivir. Lo mismo hicieron por el suyo hasta Córdoba los otros generales, con lo que se completó el paso de la sierra, habiendo los franceses maniobrado sabiamente, si bien es verdad tuvieron entónces que habérselas con tropas mal ordenadas y con un general tan desprevenido como lo era D. Juan Carlos de Areizaga.

Prosiguiendo su movimiento, pasó el general Sebastiani el Guadalquivir y entro el 23 en Jaén, en donde cogió muchos cañones y otros aprestos, que se habían reunido con el intento de formar un campo atrincherado. El mariscal Victor entró el mismo día en Córdoba, y poco después llegó allí José. Salieron diputaciones de la ciudad á recibirle y felicitarle, cantóse un *Te Deum* y hubo fiestas públicas en celebracion del triunfo. Esmeróse el claro en los agasajos, y se admiró José de ser mejor tratado que en las demás partes de España. Detuviéronse los franceses en Córdoba y sus alrededores algunos días, temerosos de la resistencia que pudiera presentar Sevilla, e inciertos de las operaciones del ejército del Duque de Alburquerque.

Ocupaba este general las riberas del Guadiana después que se retiró de hácia Talavera, en consecuencia de la rota de Ocaña; tenía en Don Benito su cuartel general. En Écija constaba su fuerza en aquel punto de 8,000 infantes y 600 caballos, y además se hallaban apostados, entre Trujillo y Mérida, unos 3,100 hombres, á las órdenes de los brigadieres D. Juan Sison de Contreras y D. Rafael Menacho; tropa ésta que se destruía, caso que avanzasen los franceses, para guarnecer la plaza de Badajoz, muy desprovista de gente.

La Junta Central, luego que temió la invasion de las Andalucías, empezó á expedir órdenes al de Alburquerque, las mas veces contradictorias, y en general dirigidas á sostener por la izquierda la división de D. Tomas de Zeraín, avanzada en Almáden. Las disposiciones de la Junta, fundándose en voces vagas mas bien que en un plan meditado de campaña, eran por lo comun desastrosas. El Duque de Alburquerque, sin embargo, desconfiando cumplir por su parte con lo que se le pedia, trataba de adelantarse hacia Agudo y Puertollano, cuando, sabedor de la retirada de Zeraín, y después de la entrada de los franceses en la Carolina, mudó por el de parecer, y se encaminó la vuelta de la Andalucía, con propósito de cubrir el vacante del Gobierno. Este, al fin, y ya apurado, ordenó á aquel hiciese lo mismo que ya había puesto en obra, mas con instrucciones de que inmediatamente se separó el general español, disponiendo, contra lo que se le mandaba, que las tropas de Sison, de Contreras y Menacho partiesen á guarnecer la plaza de Badajoz.

Con lo demás de la fuerza, esto es, con 8,000 in-

fantes y 600 caballos, encaminándose Alburquerque el 22 de Enero por Guadalquivir á Andalucía, cruzó el Guadalquivir en las barcas de Cantillana, haciendo avanzar á Carmona su vanguardia, y á Beja sus guerrillas, que luego se encontraron con las enemigas. La Junta Central habia mandado que se uniesen á Alburquerque las divisiones de D. Tomas Zorrin y de D. Francisco Copons, únicas de las que defendian la Sierra que quedaron por este lado. Mas no se verificó, retirándose ambas separadamente al condado de Niebla. La última, más completa, se embarcó despues para Cádiz en el puerto de Lepe. Lo mismo hicieron en otros puntos las reliquias de la primera.

Siendo las tropas que regia el Duque de Alburquerque las solas que podian detener á los franceses en su marcha, dejase discurrir cuán débil reparo se oponia al progreso de éstos, y cuán necesario era que la Junta Central se alejase de Sevilla, si no queria caer en manos del enemigo.

Ya conforme al decreto, en su lugar mencionado, del 13 de Enero, habian empezado á salir de aquella ciudad, pasado el 20, varios vocales, enderezándose á la isla de Leon, punto del llamamiento. Mas estrechando las circunstancias, casi todos partieron en la noche del 23 y madrugada del 24, unos por el rio abajo y otros por tierra. Los primeros viajaron sin obstáculo; no así los otros, á quienes rodearon muchos riesgos, alborotados los pueblos del tránsito, que se creian con la retirada del Gobierno, abandonados y expuestos á la ira é invasion enemigas. Corrieron, sobre todo, inminente peligro el presidente, que lo era á la sazón el Arzobispo de Laodicea, y el digno Conde de Altamira, marqués de Astorga, salvándose en Jerez ellos y otros compañeros suyos como por milagro de los puñales de la turba amotinada.

Aseguróse que, contando con la inquietud de los pueblos, se habian despachado de Sevilla emisarios que aumentasen aquélla y la convirtiesen en un motín abierto para dirigir á mansalva tiros ocultos contra los azorados y casi prófugos centrales. Pareció la sospecha fundada al saberse la sedicion que se preparaba en Sevilla, y estalló luego que de allí salieron los individuos del Gobierno supremo. De los manejos que andaban tuvo ya noticia el 18 de Enero D. Lorenzo Calvo de Rozas, y dió de ello cuenta á la Central. Para impedir que cuajáran mandóse sacar de Sevilla á D. Francisco de Palafox y al Conde del Montijo, que, aunque presos, se conceptuaban principales motores de la trama. La apresuración con que los centrales abandonaron la ciudad, el aturdimiento natural en tales casos y la falta de obediencia estorbaban que se cumpliera la orden.

Alejado de Sevilla el Gobierno, quedaron dueños del campo los conspiradores de aquella ciudad, y el 24 por la mañana amotinaron al pueblo, declarándose la Junta provincial á sí misma suprema nacional, lo que dió claramente á entender que en su seno habia individuos sabedores de la conjuración. Entraron en la junta ademas D. Francisco Saavedra, nombrado presidente, el general Egüía y el Marqués de la Romana, que no se habia ido con sus compañeros, y salia de Sevilla en el momento del alboroto con Mr. Frere, único representante de Inglaterra despues de la ausencia del Marqués de Wellesley. Agregáronse tambien á la Junta los señores Palafox y Montijo, que al efecto soltaron de la prisión; el último esquivó por un rato acceder al deseo popular, fuese para aparentar que no obraba de acuerdo con los revoltosos, fuese que, segun su cos-

tumbre, le faltara el brío al tiempo del ejesentar.

Creóse igualmente una junta militar, que fué la que realmente mandó en los pocos dias de la duracion de aquel extemporáneo gobierno, y la cual se compuso de los individuos nuevamente agregados. Desde luego nombró ésta al Marqués de la Romana general del ejército de la izquierda, en lugar del Duque del Parque, que destinaba á Cataluña, y encargó el mando del que se llamaba ejército del centro á D. Joaquin Blake. Expediéronse ademas á las provincias todo linaje de órdenes y resoluciones, que ó no llegaron, ó felizmente fueron desobedecidas, pues de otra manera, nuevos disturbios hubieran desgarrado á la nacion, entónces tan acongojada. Quedaron, sin embargo, con el mando, segun veremos, los generales Romana y Blake, habiéndose posteriormente conformado el verdadero Gobierno supremo con la resolucion de la Junta de Sevilla.

Procuró ésta alentar á los moradores de la ciudad á la defensa de sus hogares, y excitar en sus proclamas hasta el fanatismo de los clérigos y los frailes, que por lo general se mantuvieron quietos. Duró el ruido pocos dias, poniendo pronto término la llegada de los franceses. Ya se la temian el Conde del Montijo y los principales instigadores de la conmocion, y alejándose aquél el 26 del lugar del peligro, con pretexto de desempeñar una comision para el general Blake, quedaron los sediciosos sin cabeza, careciendo para defender la ciudad del animo que sobradamente habian mostrado para perturbarla. Ciertó que Sevilla no era susceptible de ser defendida militarmente, y sólo los sacrificios y el valor de Zaragoza hubieran podido contener el torrente de los enemigos, de cuya marcha volveremos á tomar ahora el hilo de la narración.

Dueños los franceses de la margen derecha del Guadalquivir, y habiéndose adelantado el general Sebastiani hasta Jaen, prosiguió éste su movimiento para acabar con el ejército del centro, cuyas dispersas reliquias iban en su mayor parte la vuelta de Granada. Por decirlo así, no quedaban ya en pie sino unos 1.500 jinetes á las órdenes del general Freire, y un parque de artillería compuesto de 30 cañones, situado en Andújar. Los oficiales que mandaban dicho parque, no recibiendo orden alguna del General en jefe, juzgaron prudente, sabiendo las desventuras de la Sierra, pasar el Guadalquivir y encaminarse á Guadix, lo que empezaron á poner en obra, sin tener caballería ni infantería que los protegiese. El general Sebastiani, al avanzar de Jaen el 26 de Enero, tomó con el grueso de su fuerza la direccion de Alcalá la Real, enviando por su izquierda, camino de Cambil y Llanos de Pozuelo, al general Peyremont, con una brigada de caballería ligera. El 27, pasado Alcalá la Real, alcanzó Sebastiani la caballería española de Freire, que resistió algun tiempo; pero que despues fué rota y en parte cogida y dispersa, atacada por un número superior de enemigos, y sin tener consigo infantería alguna que la ayudase. Tocóle á la otra columna francesa, que tiró por la izquierda á Cambil, apoderarse de la artillería que dijimos habia salido de Andújar.

Caminaba ésta con direccion á Guadix á la sazón que el Conde de Villariego, capitán general de Granada, impelido por el pueblo á defenderse, ordenó á los jefes de la artillería indicada que desde Pinos de la Puente torciesen el camino y viniesen á la ciudad en que mandaba. Obedecieron; pero luego que estuvieron dentro, notando que todo era allí confusion, trataron de salvar sus cañones, volviendo á salir de Granada. Desgraciadamente, para con-

tinuar su marcha se vieron forzados á tomar un rodeo, retrocediendo al ya mencionado Pinos de la Puente, pues entonces no era camino de ruedas el de los Dientes de la Vieja, más corto y directo que el otro para Díezma y Guadix. Con semejante atraso perdieron tiempo, dando en Isalloz con los caballos ligeros del general Peyremont; en donde, como no tenían los artilleros españoles infantes ni jinetes que los protegiesen, tuvieron, bien á pesar suyo, que abandonar las piezas y salvarse en los caballos de tiro. Así iba desapareciendo del todo aquel ejército, que dos meses ántes inundaba los llanos de la Mancha.

Por fin, al espirar Enero, tomó en Díezma el mando de tan tristes reliquias D. Joaquín Blake, quien, yendo á Málaga de cuartel, de vuelta de Cataluña, recibió en aquel pueblo el nombramiento que le había conferido la Junta de Sevilla. Cedióle el puesto sin obstáculo el mismo D. Juan Carlos de Areizaga, y dió, en efecto, Blake prueba de patriotismo al encargarse en semejantes circunstancias de empleo tan espinoso, sin reparar en la autoridad de que procedía. No había otro cuerpo reunido sino el primer batallón de guardias españolas, mandado por el brigadier Otero; lo demás del ejército reducíase á dispersos de varios cuerpos. Blake retrocedió todavía á Huércal Overa, villa del reino de Granada, en los confines de Murcia; y despachando proclamas y órdenes á todas partes, consiguió juntar en los primeros días de Febrero hasta unos 5.000 hombres de todas armas; no habiéndosele incorporado otros generales de los que mandaban divisiones en la Sierra, sino Vigodet y además Freire, con unos cuantos caballos.

El general Sebastiani entró en Granada el 28 de Enero. Quiso el pueblo defenderse; mas disuadiéronle los hombres prudentes y los tímidos con capa de tales; también contribuyó á ello el clero, que en estas Andalucías mostróse sobradamente obsequioso á los conquistadores. Se envió una diputación á recibir á Sebastiani, y agregóse á éste, poco después de su entrada, el regimiento suizo de Belling. Trató el general francés con ceño y palabras airadas á las autoridades españolas, é impuso una gravosísima y extraordinaria contribución.

Entre tanto el primero y quinto cuerpo avanzaron, por disposición de José, hacia Sevilla, tiroteándose el mismo día 28, cerca de Ecija, con las guerrillas de caballería del Duque de Alburquerque. Noticioso este general de que los enemigos avanzaban por el Arabal y Moron para ponerse en Utrera á su retaguardia, y cortarles así la retirada sobre la isla gaditana, abandonó á Carmona y comenzó su marcha retrógrada hacia la costa. La caballería y la artillería las envió por el camino real, dirigiendo la infantería por las Cabezas de San Juan y Lebrija para unirse todos en Jerez. Fué tan oportuno este movimiento, que al llegar á Utrera dejóse ya ver desde Moron un destacamento enemigo. Tomóle, pues, Alburquerque la delantera; y recogiendo en Jerez todas sus fuerzas, pudo entrar, al principiarse Febrero, en la isla de Leon, sin ser particularmente incomodado, y habiendo sólo la caballería sostenido en su marcha algunas escaramuzas. Si en esta ocasión hubieran los franceses andado con su acostumbrada presteza, hubieran tal vez podido interponerse entre el ejército español y la isla gaditana, y muy otra fuera entonces la suerte de aquel inexpugnable baluarte. El Duque de Alburquerque contribuyó en cuanto pudo á salvar tan precioso rincón, y con él quizá la independencia de

España. Por ello justas alabanzas le son debidas.

Los franceses, recelosos en aquellas circunstancias de comprometerse demasadamente, midieron sus movimientos, anteponiendo á todo el apoderarse de Sevilla, posesion codiciada por sus riquezas y renombre. Presentose á vista de sus muros, al finalizar Enero, el mariscal Victor. De la nueva junta, casi todos los individuos habían desaparecido, por lo que su formación de nada aprovechó, sino de sobresaltar á los pueblos, acrecentar la división de los ánimos, é impedir la salida de cuantiosos é importantes efectos.

Sevilla, ciudad vasta y populosa, y en la que brillan, según se explica en su lenguaje sencillo la *Crónica de San Fernando*, amueblada y grandes noblezas..., las cuales pocas ciudades hay que las tengana, había sido, por mandato de la Central, circunvalada de triples líneas, para cuya guarnición se requerían 50.000 hombres. Invirtiéronse, por tanto, inútilmente en dicha fortificación muchos caudales, pues no pudiendo defenderse aquel recinto conforme á las reglas de la milicia, y sólo al acudiendo al patriotismo y brío del vecindario, hubiera debido la Central pensar, más bien que en fortalecerla regularmente, en entusiasmar los ánimos y cuidar de su disciplina y buena dirección.

Preparábanse los franceses á acometer á Sevilla; cuando el 31 les enviaron de dentro parlamentarios. Querían éstos, entre otras varias cosas, que se distinguiese aquella ciudad de las otras en la capitulación, como una de las principales cabezas de la monarquía, y también hicieron la notable petición de que se convocasen Cortes. No accedió el mariscal Victor, como era de presumir, á la última demanda; y en respuesta á las proposiciones que se le presentaron, envió una declaración, según la cual prometía amparo á los habitantes y á la guarnición, como también no escudriñar los hechos ni opiniones contrarias á José, anteriores á aquel día; otorgaba además otras concesiones, y señaladamente la de no imponer contribución alguna ilegal; artículo que pronto se quebrantó, ó que nunca tuvo cumplimiento.

Accediendo los sevillanos á las condiciones de Victor, entraron los franceses en la ciudad el 1.º de Febrero, á las tres de la tarde. La víspera por la noche había salido la escasa guarnición hacia el condado de Niebla, á las órdenes del Vizeconde de Gand, cuyo camino tomaron también algunos de los más respetables individuos de la antigua junta provincial, enemigos del desbarato y excesos de los últimos días; y establecidos en Ayamonte, se constituyeron luego en autoridad legítima de los partidos libres de la provincia.

En Sevilla cogieron los franceses municiones, fusiles, gran número de cañones de aquella magnífica fábrica y muchos pertrechos militares. Asimismo otra porción de preciosidades y valores, particularmente tabacos y azúcares, tan necesarios los últimos para el beneficio de las minas de América; botín que debió el enemigo, parte á descuido é imprevision de la Junta Central, parte, según apuntamos, á los alborotos y al atropellamiento que en Sevilla hubo.

Sojuzgada esta ciudad, se encaminó el primer cuerpo francés, á las órdenes de su jefe el mariscal Victor, la vuelta de la isla gaditana, cuyos alrededores pisó el 5 de Febrero. La anterior llegada á aquel punto del Duque de Alburquerque previno los hostiles intentos del enemigo, é impidió todo rebato. Paróse, pues, Victor á la vista, quedando

su cuerpo de ejército destinado á formar el bloque. Aprestóse en Córdoba la reserva, bajo el mando de Dessolles, y el quinto, del cargo del mariscal Mortier, después de dejar una brigada en Sevilla, asomó á Extremadura, y dióse mas adelante la mano con el segundo, que desde el Tago avanzó, á las órdenes del general Reynier. En seguida se encaminó Mortier á Badajoz, y habiendo inutilmente intimado la rendición á la plaza, volvió atrás y estableció en Llerena su cuartel general.

Sebastiani, por su lado, dió á sus operaciones cumplido acabamiento. Tranquilo poseedor de Granada, quiso recorrer la costa, y sobre todo enseñorearse de la rica é importante ciudad de Málaga, con tanta mayor razón, cuanto allí se encendía nueva lumbré insurreccional.

Era atizador y candillo un coronel de nombre D. Vicente Abello, natural de la Habana, hombre fogoso y arrebatado, mas fulto de la capacidad necesaria para tan arduo empeño. Siguió en penden la plebe, tan enemiga allí como en las demás partes de la dominación extrana. Agregáronse á Abello pocos sujetos de cuenta, asustados con los desdichas que se levantaron, y previendo la imposibilidad de defenderse. Los únicos uñes notables que se le juntaron fueron un capuchino, llamado Fr. Fernando Berrocal, y el escribano San Millán, con sus hermanos; de ellos los hubo que partieron á Vélez-Málaga para sublevar aquella ciudad y su partido. Cometiéronse tropelías y se empezaron á exigir forzadas y exorbitantes derramas, habiendo embargado y cogido al solo Duque de Osuna unos 500,000 duros. Pretendieron á los individuos de la junta del cargo de la ciudad y al anciano general D. Gregorio de la Cuesta, que vivía allí retirado, pero que al fin pudo embarcarse para Mallorca.

El general Sebastiani, procediendo de Granada, por Loja, á Antequera, adelantase el 5 de Febrero á Málaga. Al atravesar la garganta llamada Boca del Asno, dispuso una turba de paisanos, que en vano quisieron detenerle el paso, y se aproximó al recinto de la ciudad. Fuera de ella le aguardaba Abello, tan desacertado en sus operaciones militares como en las políticas y económicas. Su gente era numerosa, pero allegadiza, y la mitad sin armas. Al primer choque quedó deshecho, y amigos y enemigos contraron confundidos en la ciudad. Empezó el pillaje, mataron las autoridades antiguas, que había quitado Abello, ofreció Sebastiani suspensión de hostilidades, pero no cesaron éstas hasta el día siguiente. Cayeron en poder del general franceses intereses públicos y privados, incluso el dinero del Duque de Osuna; é impuso además á la ciudad una contribución de doce millones de reales, de que cinco habían de ser pagados al contado.

Don Vicente Abello logró refugiarse en Cádiz, donde padeció larga prision, de que las Cortes le libertaron. El capuchino Berrocal y otros, cogidos en Málaga y en Motril, tuvieron ménos ventura, pues Sebastiani los mandó ahorcar. Tratamiento sobradamente duro, porque, si bien este general nos la debió haberse comportado así, siendo los tales frailes y familiares, su muerte no nos pareció fundada, pues además de no estar en aquel caso todos los que padecieron la pena indicada, ¿por qué no sería lícito á los eclesiásticos tomar las armas en una guerra de vida ó muerte para la patria? Castigáramoslos, en buen hora, si cometieron otros excesos, mas no por oponerse á la conquista del extranjero.

Al propio tiempo que los franceses se aparecían por las Andalucías y se enseñoreaban de sus prin-

cipales ciudades, acontecían importantes mudanzas en la isla de León y en Cádiz. A ambos puntos, como también al Puerto de Santa María, habían llegado, ántes de acabarse Enero, muchas vocales de la Junta Central, los cuales se reunieron en tardanza en la citada isla de León. La tormenta que habían corrido, la voz pública, los temores de no ser obedecidos, todo, en fin, los compelió á hacer dejación del mando ántes de congregarse las Cortes, y á sustituir en su lugar otra autoridad. Don Lorenzo Calvo de Rozas formalizó la proposición de que se nombrase una regencia de cinco individuos, que ejerciese la potestad ejecutiva en toda su plenitud, quedando á su lado la Central, como cuerpo deliberante, hasta que se juntasen las Cortes. La Junta aprobó la primera parte de la proposición, y rechazó la última, declarando además que sus individuos resignaban el mando sin querer otra recompensa que la honrosa distinción del ministerio que habían ejercido, y excluyéndose á sí propios de ser nombrados para el nuevo gobierno.

También se formó un reglamento que sirviese de pauta á la nueva autoridad, á la que se dió el nombre de Supremo Consejo de Regencia, y se aprobó un decreto, por el que reuniendo todas las asambleas acerca de la institución y forma de las Cortes, ya convocadas para el inmediato Marzo, se trató á de hacer sabedor al público de tan importantes decisiones.

En el reglamento, además de los artículos de orden interior, había uno muy notado, y según el cual la Regencia propondría necesariamente á las Cortes una ley fundamental, que por todos y asegurase la libertad de la imprenta, y que entre tanto se protegería de hecho esta libertad como uno de los medios más convenientes, no sólo para difundir la ilustración general, sino también para conservar la libertad civil y política de los ciudadanos. A la Central, tan remisa y melancólica para acordar en su tiempo concesión de tal entidad, respondía ahora, en su agonia, la obligación de decretarla á la autoridad que iba á ser sucesora suya en el mando. Disponíase igualmente en dicho reglamento que se crease una diputación, compuesta de ocho individuos, celadora de la observancia de aquel y de los derechos nacionales. Ignoramos por qué no se cumplió semejante resolución, y atribuimos el olvido al azoramiento de la Junta Central, y á no ser la nueva Regencia atenciosamente trabada.

En el decreto tocante á Cortes se insistía en el próximo llamamiento de éstas, y se mandaba que inmediatamente se expudiesen las convocatorias á los grandes y á los prelados, adaptándose la importante innovación de que los tres brazos no se juntasen en tres cámaras ó estamentos separados, sino sólo en dos, llamado uno popular, y otro de dignidades.

Se ocurría también en el decreto al modo de suplir la representación de las provincias que, ocupadas por el enemigo, no pudieron nombrar inmediatamente sus diputados, hasta tanto que, desahucizadas, estuviesen en el caso de elegirlas por sí directamente. Lo mismo, y á causa de su lejanía, se previno respecto de las regiones de América y Asia. Había igualmente en el contexto del precitado decreto otras disposiciones importantes y pueriles para las Cortes y sus trabajos. La Regencia nunca publicó este documento, motivo por el que le insertamos íntegro en nota aparte (2). Eche-

(2) El Rey, y á su nombre la regencia Junta Central gubernativa de España e Indias.

Como haya sido uno de mis primeros cuidados congregar la nación

y D. Lorenzo Calvo de Rozas. Mandó prender al primero el general Castaños, y aun obtuvo la aprobación de la Central, si bien cuando ya ésta se hallaba en la isla y á punto de fender. Añacabase al Conde haber concebido en Sevilla el plan de trasladarse á América con una division si los franceses invadian las Andalucías, y se susurró que estaba con él de acuerdo el Duque de Alburquerque. Dieron indicio de los tratos mal encubiertos que andaban entre ambos, su mutua y epistolar correspondencia, y ciertos viajes del Duque á de emisarios suyos á Sevilla. De la causa que se formó á Tilly parece que resultaban fundadas sospechas. Este, enfermo y oprimido, murió algunos meses despues, en su prision del castillo de Santa Catalina de Cádiz. Como quier que fuera hombre muy desopinado, reprobaron muchos el mal trato que se le dió, y atribuyéronlo á enemistad del general Castaños. La prision de D. Lorenzo Calvo de Rozas, exclusivamente decretada por la Regencia, tachóse, con razon, de más infundada é injusta, pues con pretexto de que Calvo diese cuentas de ciertas sumas, empezaron por vilipendiarle, encarcelándole como á hombre manchado de los mayores crímenes. Hasta la reunion de las Cortes no consiguió que se le soltara.

Escandalizáronse igualmente los imparciales y advertidos de la orden que se comunicó á todos los centrales, segun la cual, permitiéndoles trasladarse á sus provincias, excepto á América, se les dejaba á la disposicion del Gobierno, bajo la vigilancia y cargo especial de los capitanes generales, evitando que no se reuniesen muchos en una provincia. No contentos con esto los perseguidores de la Junta, lanzaron en la liza á un hombre ruin y oscuro, á fin de que apoyase con su delacion la calumnia esparcida de que los ex-centrales se iban cargados de oro. Con tan debil fundamento mandáronse, pues, registrar los equipajes de los que estaban para partir á bordo de la fragata *Cornelia*, y respetables y purísimos ciudadanos víéronse expuestos á tamaño ultraje en presencia de la chusma marinera. Resplandeció su inocencia á la vista de los asistentes y hasta de los mismos delatores, no encontrándose en sus cofres sino escaso peculio, y en todo corta y pobre fortuna.

Ayudó á medida tan arbitraria é injusta el celo mal entendido de la Junta de Cádiz, arrastrada por encarnizados enemigos de la Central y por los clamores de la bozal muchedumbre. La Regencia accedió á lo que de ella se pedía, mas procuró antes escucharse con el dictámen del Consejo. Este, en la consulta que al efecto extendió, repetía su antigua y culpable cantinela de que la autoridad ejercida por los centrales habia sido una violenta y forzada usurpacion, tolerada más bien que consentida por la nacion.... con poderes de quienes no tenían derecho para dárselos. Despues de estas y otras expresiones parecidas, el Consejo, mostrando perplejidad, acababa, sin embargo, por decir que de igual modo que la Regencia habia encontrado méritos para la destencion y formacion de causa respecto de D. Lorenzo Calvo de Rozas y del Conde de Tilly, que se hiciese otro tanto con cuantos vocales resultasen «por el mismo estilo descubiertos», y que así á unos como á otros se les sustanciase brevisimamente sus causas y se les tratase con el mayor rigor. Modo indeterminado y bárbaro de proceder, pues ni se sabia qué significando daba el Consejo á la palabra *descubiertos*, ni que entendía tampoco por tratar á los centrales con el mayor rigor; admitiendo que magistrados

depositarios de las leyes aconsejasen al Gobierno, no que se atuviera á ellas, sino que resolviese á su saber y arbitrariamente. Dolencia grande la nuestra, obrar por pasion ó aficiones mas bien que con forine á la letra y tenor de la legislacion vigente: así ha andado casi siempre de traves la fortuna de España.

Nos hemos detenido en referir la persecucion de los miembros de la Junta Suprema, no sólo por su suceso importante, reayendo en personas que gobernaron la nacion durante catorce meses, sino tambien con objeto de señalar el mal ánimo de los enemigos de reformas y novedades. Porque el que contra la Central nacia, no tanto de ciertos actos que pudieran mirarse como censurables, cuanto de la inclinacion que mostró aquel cuerpo á mudanzas en favor de la libertad. En esta persecucion, como despues en la de otros muchos afectos á tan noble causa, partió el golpe de la misma ó parecida mano, procurando siempre tapar el dañino y verdadero intento con feos y vulgares acusaciones.

Hubierase, á lo sumo, podido tomar cuenta á la Junta de su gobernacion, pero no atropellando á sus individuos. La Regencia, más que todos, estaba interesada en que los respetasen, y en defender contra el Consejo el origen legitimo de su autoridad, pues atacada ésta, lo era tambien la de la misma Regencia, emanacion suya. Ademas, los gobernantes están obligados, aun por su propio interes, á sostener el decoro y dignidad de los que les han precedido en el mando; si no, el ajamamiento de los unos tiene despues para los otros dehor amargos.

Hablemos ya de la Regencia y de los individuos que la componian. No llegó hasta fines de Mayo á Cádiz el Obispo de Orense, residente en su diócesis Austero en sus costumbres, y célebre por su noble y enérgica contestacion cuando le convidaron á ir á Bayona, no correspondió en el desempeño de su nuevo cargo á lo que de él se esperaba, por querer ajustar á las estrechas reglas del episcopado al gobierno político de una nacion. Presumia de entendido, y aun ambicionaba la direccion de todos los negocios, siendo con frecuencia juguete de hipócritas y enredadores. Confundia la firmeza con la terquedad, y difícilmente se le desviaba de la senda, derecha ó torcida, que una vez habia tomado. Don Francisco Javier Castaños, antes de la llegada del Obispo, y aun despues, tuvo gran mano en el despacho de los asuntos públicos. Pintámoslo ya cual era como general. Antiguas amistades tenían gran cabida en su pecho. Como estadista, solia burlarse de todo, y quizá se figuraba que la astucia y cierta mafia bastaban, aun en las crisis políticas, para gobernar á los hombres. Oponíase á veces á sus miras la obstinacion del Obispo de Orense; pero retirándose éste á cumplir con sus ejercicios religiosos, daba vagar á que Castaños pusiese en el intermedio al despacho los expedientes ó asuntos que favorecia. En el libro tercero tuvimos ocasion de delinear el carácter y prendas de D. Francisco de Saavedra, hombre dignísimo, mas de corto influjo como regente, debilitada su cabeza con la edad, los achaques y las desgracias. Atendia exclusivamente á su ramo, que era el de marina, D. Antonio Escaño, inteligente y práctico en esta materia y de buena índole. Excusado es hablar de D. Esteban Fernandez de Leon, regente sólo horas; no así de su sustituto D. Miguel de Larizabal y Uribe, travieso y aficionado á las letras, de cuerpo contrahecho, imágen de su alma reforcida y con fruicion de venganzas. Castaños tenía que mancomunarse con él, mas ve-

dicado á menudo á la superioridad é independencia de su compatriota.

Umpuena era la Regencia, permaneció fiel y muy adicta á la causa de la independencia nacional, pero se la dejó y muy mucho al orden antiguo. Por tanto, los consejeros, los empleados de gobierno, los que estaban de más á los usos de la corte y tenían las reformas, ensalzaron á la Regencia, y aserense de ella hasta querer restablecer muchas cosas ajenas y costumbres impropias de los tiempos que corrían.

El Consejo, especialmente, trató de aprovecharse de tan crítico momento para recobrar todo su poder. Nada, al efecto, le pareció más conveniente que tener con su representación todo lo que se había hecho durante el gobierno de las juntas de provincia y de la Central. Así se apresuró á manifestarlo el 2 de Febrero, en su felicitación á la Regencia afirmando que las desgracias habían dependido de la peregrinación de aprinipia soberanías, intefectantes, tumultuosas y lasojas al momento pueblar; y resumiendo que se vovierasen las antiguas leyes, costumbres y costumbres santas de la monarquía, restableciendo se armase de vigor la Regencia contra los intefectantes. Apoyada, pues, esta en todos indifectantes y llevada de su propia inclinación, olvidó la temeraria reunión de Cortes, á que se había comprometido al instalarse.

La Junta de Cádiz, omisa de la Regencia, y si cabe con mayor autoridad, estaba formada de virtuosos hombres, buenos patriotas y no caracoles de leona. Apoyada quita demeradamente á los intereses de sus pueblar, con una va vovra hasta sus masas y pueblar, y no faltó quien imputase á ciertos de sus vovras el exar, pueblar de su cargo, trahiendo con culpable pueblar. Pudo, quera, en ella haber alguno que otro leal, pero la verdad es que los más de los individuos de la Junta portaban honerfictantes, y los más que sacrificaron sus masas como en favor de la leona causa. El quera seguir á regía á los deparantes de la hacienda militar, á los jefes y oficiales de los mismos cuerpos y á todos los empleados, clase, en general, estragada, acorrida á la Junta vovras y vovras de vovras. La entrada é vovras de cañales, en embargo, se pueblar, y pueblar muy exacta en vovras y raras, curando con particularidad de este ramo D. Pedro Aguirre, hombre de probidad, imparcial é duradero.

Ahora, que hemos ya echado la vista sobre la pasada gobernación de la Central y dado idea del comienzo y principio de la Regencia y Junta de Cádiz, será bien que entremos en la relación de las principales providencias que estas dos autoridades tomaron en unión é separadamente. Empezaron, pues, por las que aseguraban la defensa de la isla gaditana.

La naturaleza y el arte han hecho casi insuperable este punto: en él se comprenden la isla de León y la ciudad, propiamente dicha, de Cádiz. Distan entre sí ambas poblaciones, juntándose por medio de un estrecho istmo, de algunas tres cuartas de largo toda la isla gaditana y de ancho una y cuarta en la parte más espesa. La altura del punto que el brazo de mar que llaman río de Santi Petri, profundo, y el cual se ensa por el puente de guerra, no apueblar del Dr. Juan Sánchez de Sotomayor, se rebaja á principios del siglo 19. El arroyo de la Carrera, situado en una caleta contigua á la misma isla de León, y formada por el mar, llamado río de Santi Petri y el caño de las Culebras,

quede también por los españoles. El vecindario de Cádiz, en el día bastante disminuido, no pasa de sesenta habitantes, y el de la isla, que está en igual caso, de quera león. La principal defensa natural de la última, son sus salientes, que enjorando á poca distancia de Puerto Real, se dirigen por espacio de legua y media hasta el río Zorrapo, en las masas vovras é intefectantes por caño é impropias de las espesas, de una constante y mudable. Al Sur hay otras adunas, llamadas de San Fernando, reduciendo á toda la isla por las demás partes, á el deano, á las aguas de la bahía. En medio de los cañales y caños que hay delante del río de Santi Petri se levanta un arroyo largo y estrecho, que termina al puente de guerra. En su caño la se practican muchísimas batallas y se levantan é batallas, que hacían insuperable el paso. Al llegar Albuquerque, estaban muy atraídas los trabajos, pero este general y sus sucesores los activaron extraordinariamente. Fortificaron, en consecuencia, con una línea triple de baterías el frente de ataque del río de Santi Petri, avanzando otras en las masas estragadas y vovras, y curando muy particularmente de poner é intefectantes arsenal de la cañera y la derecha de la línea, parte la más sensible.

Aun ganada la isla de León, no pasa dificultades hubieran estorbado al enemigo entrar en Cádiz. Además de varias baterías apostadas en la lengua de tierra que sirve de comunicación á ambas poblaciones, construyese en la más estrecha de aquella, y bañada por los dos mares, una muralla, en que trabajaron con entusiasmo todos los habitantes, excepto de cañales y de algunas fortalezas, quedando después por vencer las obras del recinto de Cádiz, esportadas según las reglas modernas del arte, y que sólo presentan un frente de ataque. Para guarnecer punto tan extenso como el de la isla gaditana y tan lleno de defensas, necesitóse gran número de tropas de tierra y no poca fuerza de mar. El ejército de Albuquerque, aumentado cada día con los oficiales y soldados dispuestos que de las cañales apostaban á vovras, llegó á contar, á últimos de Mayo, de 14 á 15 mil hombres. También los ingleses enviaron una división, compuesta de soldados, vovras y pueblar. Pudo aquel encuentro á lord Wellington la Junta de Cádiz, por medio del general británico lord Berghese, que al efecto partió á Lisboa antes que se supiese la verdad á la isla del Duque de Albuquerque. Ideó á vovras en Marruecos una fuerza auxiliar á unos 5 mil hombres, remplazando en el mismo mes en el mando de ella á su primer jefe Stewart el general, con Thomas Graham. La guardia de la plaza de Cádiz se había, en parte, por la milicia urbana y por los voluntarios, cuyos batallones, de vovras agitados, los formaban los vovras honrados y respetados de la ciudad, constando en número de unos 8 mil hombres, incluso los que se levantaron extremos y en la isla de León; servicio que, si bien penoso, era desempeñado con celo y patriotismo, y que descargaba de muchas faenas á las tropas regulares.

Siendo esencial la marina para la defensa de posición tan costanera, fortalecieron en bahía una escuadra británica, á las órdenes del almirante Purvis, y otra española, á las de D. Ignacio de Alava. Pedos en ambas gran quierante en un mes temporal, anclado en el 6 de Mayo y diez egrientes, de la inglesa se perdió el navio portugués *Maria*, y de la nuestra perecieron otros tres de línea, una fragata y una corbeta de guerra, con otros muchos mercantes. Los franceses se portaron en aquel caso inhu-

manamente, pues en vez de ayudar á los desgraciados que arrastraba á la costa la impetuosidad del viento, haciendoles fuego con bala roja. Varados los buques en la playa, ardiéron casi todos ellos. No cesando por eso los preparativos de la defensa, se armaron, asimismo, fuerzas sutiles, mandadas por D. Cayetano Valdés, que vimos herido allí en Espinosa. Eran éstas de grande utilidad, pues arrojándose á tierra, é internándose á marea alta por los caños de las salinas, flanqueaban al enemigo y le incomodaban sin cesar.

Cuando se supo que los franceses avanzaban, comenzaron, aunque tarde, á destruir y desmantelar todas las baterías y castillos que guarnecían la costa desde Rota, y se extendían hacia adentro por Santa Catalina, Puerto de Santa María, río de San Pedro, Caño del Trocadero y Puerto-Real, pues Cádiz estaba muy bien preparado para resistir las embestidas de mar que las de tierra; siendo dificultoso vadear que tropas francesas, descolgándose del Pirineo y atravesando el suelo español, se dilatarían hasta las playas gaditanas.

Confados los franceses en esto, en el descuido natural de los españoles y en el desánimo que produjo la invasión de las Andalucías, miraban á Cádiz como suyo, y en ese concepto intimaron la rendición á la ciudad y al ejército mandado por el Duque de Albuquerque. Para el primer paso se valieron de ciertos españoles, parciales suyos, que creían y zar de opinión é influjo dentro de la plaza, los cuales, el 6 de Febrero, hicieron desde el Puerto de Santa María la indicada intimación. La Junta superior contestó á ella, con la misma fecha, sencilla y dignamente, diciendo: «La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que al Sr. D. Fernando VII.» Aunque más extensa, igualmente fué vigorosa y noble la respuesta que dió sobre el mismo asunto al mariscal Soult el Duque de Albuquerque. De consiguiente por ambos lados se trabajó desde entonces con grande ahínco en las obras militares: los franceses para abrigarse contra nuestros ataques y molestarnos con sus fuegos; nosotros para acabar de poner la isla gaditana en un estado inexpugnable. Así, pues, corrió el mes de Febrero sin choque ni suceso alguno notable.

Tales y tan extensos medios de defensa pedían, por parte de los españoles, recursos pecuniarios, y método y orden en su recaudación y distribución. La Regencia sólo podía contar con las entradas del distrito de Cádiz y con los caudales de América. Difícil era tener aquéllas si la Junta no se prestaba á ello, y aun más difícil aumentar sin su apoyo las contribuciones, no disfrutando el Gobierno supremo dentro de la ciudad de la misma confianza que los individuos de aquella corporación, naturales del suelo gaditano ó vecindados en él hacia muchos años.

Obvias reflexiones que sobre este asunto ocurrieron, y el triste estado del erario, promovieron la resolución de encargar á la Junta superior de Cádiz la dirección del ramo de Hacienda. Desaprobaron muchos, particularmente los rentistas, semejante determinación, y sin duda, á primera vista, parecía extraño que el Gobierno supremo se pusiera, por decirlo así, bajo la tutoría de una autoridad subalterna. Pero siendo la medida transitoria, deplorable la situación de la Hacienda y arraigados sus vicios, los bienes que resultaron aventajáronse á los males, habiendo en los pagos mayor regularidad y justicia. Quizá la Junta mostrase á veces algun tanto mezquina, midiendo el orden del Estado por la

encogida escala de un escritorio; mas el otro extremo de que adolecía la administración pública perjudicaba con muchas creces al interés bien entendido de la nación. Adoptóse en seguida, para la buena conformidad y mejor inteligencia, un reglamento (4), que mereció en 31 de Marzo la aprobación de la Regencia.

Ya antes, si bien no con tanta solemnidad, estaba encargada del ramo de Hacienda, habiéndose suscitado entre ella y varios jefes militares, por el palenque el Duque de Albuquerque, desazones y agrios altercados. Escuchó tal vez el último día verdaderamente las quejas de los subalternos, avocados al desorden, y la Junta no atendió del todo en sus contestaciones al miramiento y respetos que se debían al Duque. Esto y otros disgustos fueron motivo para que dicho jefe dejase el mando del ejército de la isla al acabar Marzo, nombrándole la Regencia embajador de Londres. En aquella capital escribió más adelante un manifiesto muy descomulgado contra la Junta de Cádiz, la cual, aunque en defensa propia, replicó de un modo atrabilioso y descomulgado; contestación que causó en el pudentísimo carácter del Duque tal impresión, que á pocos días perdió la razón y la vida; fin no debido á sus malos servicios y patriotismo.

Entre no pocos afanes y obstáculos la Junta de Cádiz continuó con celo en el desempeño de su cargo. Impuso una contribución de 5 por 100 de exportación á todos los géneros y mercaderías que saliesen de Cádiz, y un 20 por 100 á los propietarios de casas, gravando además en 10 á los inquilinos. Con estos y otros arbitrios, y sobre todo con las remesas de América y buena inversión, no sólo se aseguraron los pagos en Cádiz y la isla, y se cubrieron todas las atenciones, sino que también se enviaron socorros á las provincias.

Afianzada así la defensa de aquellos dos puntos tan importantes, convirtiéronse sus playas en baluarte incontrastable de la libertad española.

José había en todo este tiempo recorrido las ciudades y pueblos principales de las Andalucías, recreándose tanto en su estancia, que la prolongó hasta entrada Mayo. Cuidaba Soult del mando supremo del ejército que apellidaron del Mediodía, el cual constaba de las fuerzas ya indicadas al hablar del paso de Sierra-Morena. Acogieron los andaluces á José mejor que los moradores de las demás partes del reino, y festejaronle bastantemente, por cuyo buen recibimiento premió á muchos con destinos y condecoraciones, y expidió varios decretos en favor de la enseñanza y de la prosperidad de aquellos pueblos. Nombró, para establecer su gobierno y administración en las provincias recién conquistadas, comisarios regios, cuyas facultades á cada paso eran restringidas por el predominio y arrogancia de los generales franceses. Manifestó José en Sevilla su intención de convocar Cortes en todo aquel año de 1810, para lo que, en decreto de 18 de Abril, dispuso que se tomase conocimiento exacto de la población de España. Por el mismo tiempo trató igualmente de arreglar el gobierno interior de los pueblos, y distribuyó el reino en treinta y ocho prefecturas, las cuales se dividían á su vez en subprefecturas y municipalidades, remediando, á mas bien copiando, en esto y en lo demás del decreto publicado al efecto, la administración departamental de Francia. Providencia que, habiendo tomado arraigo, hubiera podido mejorar la suerte de los

(4) Véase el Manifiesto de la Junta Suprema de Cádiz.

pueblos, pero que en algunos no se estableció, desapareciendo en los más lo benéfico de la medida con los continuos desmanes de las tropas extranjeras. La milicia cívica, ya decretada por José en Julio de 1809, y en la que se negaban por lo general á entrar los habitantes de otras partes, disgustó menos en Andalucía, donde hubo ciudades que se prestaron sin repugnancia á aquel servicio.

Por ello, y por el modo con que en aquellos reinos habia sido recibido el intruso, motejaron acerbamente á sus habitadores los de las otras provincias de España, tachando á aquellos naturales de hombres escasos de patriotismo y de condición blanda y acomodaticia. Censura infundada, porque las Andalucías, singularmente el reino de Granada, no solo habian hecho grandes sacrificios en favor de la causa común, sino que igualmente al tiempo de la invasión estuvieron muy dispuestos á repelerla. Faltales buena guía, estando abatidos y siendo de menguado ánimo sus propias autoridades. Cierta es que en estas provincias era mayor que en otras el número de indiferentes y de los que andaban por sosiego, lo cual en gran parte dependía de que, atacado tarde aquel suelo, considerábase á España como perdida, y también de que, habiendo los habitantes sido de cerca testigos de los errores y aun injusticias de los gobiernos nacionales, ignoraban los perjuicios y destrozos de la irrupción y conquista extranjera; males que no habian por lo general experimentado, como lo demás del reino. Incongruente pronto, empezaron á rebullir, y las montañas de Ronda y otras comarcas mostraron no malos bríos contra los invasores que las riberas del Llobregat y del Miño.

Las delicias y el temple de Andalucía, que recordaban á José su mansión en Nápoles, hubieran tal vez diferido su vuelta á Madrid, si ciertas resoluciones del gabinete de Francia no le hubiesen impulsado á regresar á la capital, en donde entró el 13 de Mayo; resoluciones importantes, y en cuyo examen nos ocupáremos luego que hayamos contado los movimientos que hicieron los franceses en otras provincias de España, algunos de los cuales concuerden con los de las Andalucías.

Tales fueron los que ejecutaron sobre Asturias y Valencia, juntamente con el sitio de Astorga. Tomó el primero á su cargo el general Bonnet. Manteniéndose aquel principado como desguarnecido, después que, al mando de D. Francisco Ballesteros, se alojó de sus montañas la flor de sus tropas. Quedaban 4.000 soldados escasos en la parte oriental hacia Colombres, y 2.000 de reserva en las cercanías de Oviedo; sin contar con unos 1.000 hombres de D. Juan Díaz Porlier, quien ántes de esta invasión de Asturias, abriendo portillo por medio de los enemigos, recorrió el país llano de Castilla, tocó en la Rioja, y divirtiendo grandemente la atención de los franceses, tomó en seguida á buscar abrigo en las asperezas de donde se había descolgado. Límite de empresas que perturbaban al enemigo, y diferían, por lo ménos, si no trastocaban, sus premeditados planes.

Continuaban mandando en el principado el general D. Antonio Arce y la junta nombrada por Romana; permaneciendo al frente de la línea de Colombres D. Nicolás de Llano-Ponte. Esto, no más afortunado ahora que lo habia sido en la campaña de Vizcaya, cojió sin gran resistencia cuando en 25 de Enero, le atacaron 6.000 franceses, á las órdenes del general Bonnet. Los españoles, en verdad inferiores en número, sólo hubieran podido sacar ventaja de algunos sitios favorables por su naturaleza. Forzaron los enemigos el puente de Páren, en don-

de nuestra artillería, bien servida, les causó estrago. Llano-Ponte replegóse precipitadamente hácia el interior, y el general Arce, con las demás autoridades, evacuaron á Oviedo, haciendo alto, por de pronto, en las orillas del Nalon.

Alzóse algun tanto el gozo de los invasores la intrepidez de D. Juan Díaz Porlier, quien, noticioso de la irrupción francesa en Asturias, metiose en lo interior del Principado, viniendo de las faldas meridionales de sus montañas, en donde estaba apostado. Atacó por la espalda las partidas sueltas de los enemigos, cogió á estos bastantes prisioneros, y caminando la vuelta de la costa por Gijón y Avilés, se situó descansadamente en l'arvia, á la izquierda de las tropas y dispersas que se habian retirado con el general Arce. Imitaron á Porlier don Federico Castañón y otros partidarios, que se colocaron en el camino real de Leon, por cuyo paraje, con sus frecuentes acometidas, molestaban á los contrarios.

El general Bonnet ocupó á Oviedo el 30 de Enero, de cuya ciudad, como en la primera invasión, habian salido las familias mas principales. En esta entrada se portó aquel general con sobrada dureza, habiendo ejecutado algunos actos inhumanos; amancebó despues y gobernó con bastante justicia, en cuanto cabe al ménos en un conquistador hostigado incesantemente por una poblacion enemiga.

A pocos dias de estar en Oviedo, temeroso Bonnet de los movimientos de Porlier y demás partidarios, desamparó la ciudad y se reconcentró en la Pola de Siero. Cautivos detrasadamente los jefes españoles con tan repentina retirada, avanzaron de sus puestos del Nalon, se posesionaron de Oviedo y apostaron en el puente de Colloto la vanguardia, mandada por D. Pedro Barcena. Los franceses, que no deseaban sino ver reunidos á los nuestros para acabar con ellos mas facilmente, por la superioridad que les daba en ordenada batalla su practica y disciplina, revolvieron el 15 de Febrero sobre las tropas españolas, y atropellándolo todo, recuperaron á Oviedo y acamaron el 15 á Pasañer, en cuyo puente los detuvieron algunos paisanos, mandados animosamente por el oficial de estado mayor don José Castellar, que ya se señaló allí, en San Payo, y ahora quedó aquí herido.

Don Pedro Barcena, volviendo también á reunir su gente, á la que se agregaron otros dispersos, rechazó á los franceses en Fuentes de Solo y se sostuvo allí algun tiempo. Pero al fin, amenazados continuamente enemigos numerosos, juzgá prudente recogerse á la línea del Nareca, quedando sólo sobre la izquierda, en Pravia, orillas del Nalon, don Juan Díaz Porlier. Encomendóse entónces el mando del ejército de operaciones al mencionado Barcena, hombre sereno y de gran bizarría. Ayudaba en todo, con sus consejos y ejemplo, el coronel don Juan Moscoso, jefe de estado mayor, que en el arte de la guerra era entendido y áun sabio.

El general Arce, amilanado á la vista de los peligros de una invasión que le cogia desprevenido, resolvióse á dejar el mando de la provincia; mas ántes, con intento de poder alegar que estaba concluida la comision que le habia llevado allí, determinó restablecer la junta constitucional que Romana á su autojo habia destruido, y para ello ordenó que los concejos nombrasen, segun lo hicieron, diputados que concurriesen á formar la citada corporacion; desamoronándose de este modo la obra levantada por Romana, obra de desconcierto y arbitrariedad.

Como quiera que fuese loable la medida de Arce, mírtese ésta como nacida de las circunstancias, más bien que del buen deseo de deshacer una injusticia y de granjearse las voluntades de los asturianos. Dió fuerza á la opinion que acerca de su partida enunciamos, el que dicho general y su compañero de comision, el consejero Leiva, se llevaron consigo, so color de sueldos atrasados, 16.000 duros. Paso que debe severamente condenarse en un tiempo en que el hacendado, y hasta el hombre del campo, se privaban de sus haberes por alimentar al soldado, á veces en apuros y en extrema desdicha.

La nueva Junta se instaló en Luarca el 4 de Marzo, y no desmayando con la ausencia de don Antonio Arce, nombró en su lugar á D. José Cienfuegos general de la provincia é hijo suyo; formando al mismo tiempo un consejo de guerra, con cuyo acuerdo se dirigiesen las operaciones mili-

De Galicia llegó luego, en auxilio de Asturias, una corta division de 2.000 hombres, con lo que alentados los jefes, determinaron atacar el 19 de Marzo á las tropas francesas. Hizose así, acometiendo el grueso de nuestras fuerzas del lado del puente de Peñafiel, al mismo tiempo que se llamaba por la derecha la atencion del enemigo, y que Porlier por la izquierda, embarcándose en la costa, caía sobre las espaldas á la orilla opuesta del Nalon. Ejecutada con ventura la maniobra, evacuó Bonnet á Oviedo, y no paró hasta Cangas de Onís, así para reforzarse, como también para ir en busca de acopios y pertrechos de guerra, que sólo muy escotados podian llegar á su ejército.

Con mayor circunspeccion que en la ocasion anterior, se adelantaron esta vez los nuestros, sacando además de Oviedo todos los útiles de la fabrica de armas. Precaucion tanto más oportuna, cuanto Bonnet, engrosado y de refresco, tornó en breve, y obligó á los nuestros á retirarse, ensañándose por tercera vez de la capital el 29 del mismo Marzo. Los españoles se recogieron entonces á su antigua linea del Nalon, poniendo su derecha en el Padruno, camino real de Leon, y su izquierda en Pravia.

Ni aún allí los dejaron quietos por largo tiempo los franceses, teniendo que refugiarse, despues de varios y refidos choques, las tropas de Asturias y Porlier á Tineo y Somiedo, y la division gallega al Navia. Prosiguieron durante Abril los reencuentros, sin que les fuese dable á los enemigos dominar del todo el principado.

La ocupacion de éste no se hubiera prolongado á haber puesto la Junta del reino de Galicia mayor esmero en cooperar á que se evacuase. Dicha autoridad se hallaba instalada desde el mes de Enero, y si bien contaba entre sus individuos hombres de conocido celo é ilustracion, no desplegó, sin embargo, la conveniente energia, desaprovechando los muchos recursos que ofrecia provincia tan populosa. Así, ni aumentó en estos meses considerablemente su ejército, ni tampoco se atrevió al principio á poner debido coto á los atrevimientos y oposicion de la junta enbalterna de Betanzos, harto desuandada.

Con las reyertas que de aquí y de otras partes nacian, no sólo se descuidaban los asuntos de la guerra, únicos entonces de urgencia, sino que se dió margen á que en el mes de Febrero gente aviesa asechase en el Ferrol un alboroto. Fué en él víctima del furor popular el comandante de arsenales D. José María de Vargas, sirviendo de pretexto para

el motin los atrasos que se debian á la maestranza. Restablecido el sosiego, formóse causa á algunas personas, y castigáse con el último suplicio á una mujer del pueblo, que se probó haber sido la que primero acometió é hirió al desgraciado Vargas.

La Junta de Galicia, disculpándose además, para no ayudar á Asturias, con los temores de que los franceses invadiesen su propio suelo por el lado de Astorga, cuya ciudad amenazaban, y sitiaron luego, desatendiendo las reclamaciones de aquella provincia, ni convino tampoco en adoptar la proposicion que su junta le hizo de nombrar, de acuerdo ambas corporaciones, un mismo jefe militar; puesto que la Regencia, á causa de la distancia, no podia con prontitud acudir al remedio de los males que causaba la division.

Sólo el general Mahy, á quien se habia confiado el mando superior de las tropas de Galicia, procuró por sí y en cuanto pudo auxiliar al principado. Mas el asedio de Astorga, y tener que cubrir el Bierzo, obligábale á permanecer en Lugo y Villafranca con las principales fuerzas de su ejército, que eran poco considerables.

No le incomodaron, sin embargo, tanto como temiera los franceses, cuya mira se enderezaba á Portugal; habiéndolos tambien detenido la defensa de Astorga, más porfiada de lo que permitia la flaqueza de sus fortificaciones. Ciudad aquella antigua, nunca fué plaza en los tiempos modernos, cercada de un muro viejo, flanqueado de medios torreones. Tres arrabales facilitaban su acceso, careciendo de foso, estacada y de toda otra obra exterior. La poblacion, antes de 600 vecinos, ahora menguada con sus muchos padecimientos. En el interior lo que corrió desde el anterior ataque del pasado octubre hasta el de esta primavera del año de 1810, se trató de mejorar el estado de sus defensas, fortaleciendo principalmente el arrabal de Reibibia con fosos, estacadas, cortaduras y pozos de lobo. Se formaron cuadrillas de paisanos, y la guarnicion ascendia á unos 2.800 hombres. Continaba siendo gobernador D. José María de Santocildes.

En Febrero estaban los franceses alojados en las riberas del Orbigo, hacia donde los nuestros, para aumentar el repuesto de sus víveres, extendian las correrías. El 11 del mes el general Loison, con 9.000 hombres y seis piezas de campaña, se presentó delante de la ciudad, haciendo el 16 intimacion de rendirse. Contestó á ella negativamente Santocildes, y entonces el general frances se alojó de la plaza, sin que por eso cesasen sus guerrillas de tirarse diariamente con las nuestras. Así se prosiguió, hasta que el 21 de Marzo pensaron los franceses en formalizar el sitio.

Habiase arrimado hacia aquella parte el general Junot, duque de Abrantes, encargado del mando del octavo cuerpo, vuelto á formar de nuevo, y uno de los que habian de componer el ejército que Napoleon destinaba contra los ingleses de Portugal. Habiéndose Santocildes opuesto á recibir un pliego que Junot le expidiera, comenzó desde luego á los trabajos del sitio. Impidieron sus progresos los cercados, y aún el 26 rehazaron una tentativa de los sitiadores sobre el arrabal de Reibibia. Escudaban los españoles de cañones, y los que habia sólo eran de menor calibre; carecíase tambien de municiones; abundaba, sí, el entusiasmo de la tropa y del paisanaje. Por ambos lados se escaramuzaba sin cesar, manteniendo los sitiados la esperanza de ser socorridos por el general Mahy, que permanecia en el Bierzo, cuyas avenidas observaban atentamente los

franceses, trabándose á veces pelea entre unos y otros.

Mientras tanto, concluida el 19 de Abril la batería de brecha, rompieron los enemigos el fuego en el siguiente día con piezas de grueso calibre, y se dirigieron contra la puerta de Hierro, por donde aporcellaron el muro. Con las granadas se incendió la catedral, quemándose parte de ella y varias casas contiguas. El vecindario y la guarnición se defendían con serenidad y denuedo. Practicable á poco tiempo la brecha, aunque Junot intimó por segunda vez la rendición, amenazando pasar á cuchillo soldados y moradores, se desechó su propuesta y se prepararon todos á repeler el asalto. Empeñándose los enemigos, embistiendo, á la misma sazón que la brecha abierta en la puerta de Hierro, el arrabal de Reintia. Duró el ataque desde la mañana hasta después de oscurecido. Los sitiados rechazaron con el mayor valor todas las acometidas, sin que los franceses consiguiesen entrar la ciudad. Vecinos y militares se mostraban resueltos á insistir en la defensa, mas desgraciadamente era imposible. Ya no quedaban sino 24 tiros de cañon, pocos de fusil; estando además desfogonadas las piezas y rotas sus correas. En tal angustia, reunidas las autoridades, determinaron la entrega. Solo en el Ayuntamiento hubo un anciano de más de sesenta años, y de nombre el licenciado Castilla, imágen, por su esfuerzo, de los antiguos varones de León, que levantándose de su asiento, prorumpió en las siguientes y energicas palabras: «Muramos como numantinos.»

Decidida la rendición, se posesionaron los enemigos de Astorga el 22 de Abril, en virtud de capitulación honrosa. Computose la pérdida que experimentaron en aquel sitio en 200 hombres; superior la de los contrarios.

De esta manera los franceses de Castilla, asegurando poco á poco su flanco derecho, y teniendo en su poder las provincias del Norte mientras José ocupaba las Andalucías, se disponían al propio tiempo, según veremos en el libro próximo, á invadir á Portugal.

Por su lado Suchet trató, en Aragón, de llamar igualmente la atención de los españoles, moviéndose hacia Valencia. Antes había este general ocupádose en asegurar su provincia, y sobre todo Navarra, cuyo reino, bastante tranquilo en un principio, comenzó á rebullir en tanto grado, que con trabajo transitaban los correos franceses, y apenas era reconocida la autoridad intrusa fuera de la plaza de Pamplona. Mina el mozo causaba tanta indanza. Obedecido por todas partes, y nunca descubierto ni vendido, dominaba la comarca, y aún obligó en Enero al gobernador de Navarra á entrar con él en tratos para el canje de prisioneros.

Disgustado el gobierno francés con tener á sus puertas tan cando enemigo, encomendó al general Suchet el restablecimiento de la tranquilidad de Navarra. Burló Mina por algún tiempo, con su diligencia y maña, los intentos de los franceses, y especialmente los del general Harispe, encargado en particular de perseguirle. Acosado al fin, no sólo por éste, sino también por tropas que se destacaron hacia Logroño, y otras que salieron de Pamplona, desbandó su gente y cedió una arma, aguardando reunir de nuevo aquella luego que los enemigos le dexasen algun respiro. La oradía de Mina era tal, que aun después, yendo Suchet á Pamplona con objeto de arreglar la administración francesa, bastante desordenada, disfrazóse de paisano y se metió, cerca de Olite, en un grupo, deseoso de ver pasar

en el tránsito al general en contrario. Arrojo á que tambien impela la seguridad con que era dado recorrer la tierra á los españoles que guerrearaban contra los franceses.

El general Suchet, compuestas las cosas de Navarra, y llegado allí de Francia nuevas tropas, volvió á Aragon, disponiéndose á invadir el reino de Valencia. Proyecto que le fué indicado por el Príncipe de Neuchâtel, quien, finalizada la campaña de Austria, volvió á desempeñar el empleo de mayor general de los ejércitos franceses en España, no obstante el mando en jefe dado al rey José; complicacion de supremacías que causaba, por decirlo de paso, encontradas resoluciones, señaladamente en las provincias rayanas de Francia. Modificáronse, al parecer, por otras posteriores, las primeras insinuaciones que respecto á Valencia habia hecho el Príncipe de Neuchâtel; pero no pudiendo tampoco las ultimas calificarse de órdenes positivas, prefirió Suchet someterse á una terminante y clara, que recibió del intruso, escrita en Córdoba el 27 de Enero, según la cual se le prevenia que marchase rápidamente la vuelta del Guadalquivir. No llegó el pliego á manos de Suchet hasta el 15 de Febrero, siendo dificultosa la travesía, por hormiguear los guerrilleros.

Resuelto el general francés á la empresa, dejó en Aragon alguna fuerza que amparase las comarcas mas amenazadas por los partidarios, y fortaleció varios puntos. Tres divisiones, en que se distribuian las reliquias del ejército español de Aragon despues de la dispersion de Belchite, llamaban con particularidad su atención. Era una la que estaba á las órdenes de D. Pedro Villacampa, situada cerca de Vilel, partido de Ternel, en un campo atrincheraado, del que no sin trabajo la desalojó el general polaco Klopicki; otra la que cubria la línea del Algas, regida por D. Pedro García Navarro, que luego pasó á Cataluña; y la última la que andaba entre el Cinca y Segre, á cargo de D. Felipe Perena; divisiones todas no muy bien pertrechadas, pero que contaban unos 12.000 hombres.

Ascendiendo ahora el tercer cuerpo enemigo, con los refuerzos venidos de Francia, á 30.000 combatientes, érale á Suchet más fácil tener en respeto á los aragoneses, asegurar las diversas comunicaciones y partir á su expedicion de Valencia, para la cual llevó de 12 á 14.000 soldados recogidos.

Empezó, pues, á realizar su plan, y el 25 de Febrero llegó en persona á Ternel. En consecuencia, el general Harispe, con una columna de cerca de 5.000 hombres, se dirigió el 27 sobre Morella, debiendo continuar por San Mateo y la costa, y casi al propio tiempo, con la division de Laval y la brigada de Paris, componiendo en todo unos 9.000 soldados, partió de Ternel el mismo Suchet, siguiendo la ruta de Segorbe. Al ponerse en marcha recibió de Paris la orden por duplicado (habiendo sido interceptada la primera) de desistir de la expedicion de Valencia y formalizar los sitios de Lérida y Mequinenza; pero tarde ya para variar de rumbo, á pesar de la responsabilidad en que incurria, llevó adelante su proposito.

La fama de la inminente invasion llegó muy en breve á la ciudad de Valencia, en donde, con el temor, se desencadenaron las pasiones. El general don José Caro, en lugar de dirigirlas al único y laudable fin de la defensa, fuese mudo, fuese dres de satisfacer odios y personales rivalidades, dió rienda suelta á todo linaje de excoas y á enojosas veenganzas. No compenso, hasta cierto punto, tan re-

prensable conducta con activas y oportunas providencias militares; medio seguro de reprimir los malevolos, y de tener en su favor la mayoría de los honrados ciudadanos. Un año era corrido desde que Caro mandaba, y ni se había fortificado Murviedro ni otros puntos importantes, ni el ejército de línea se había aumentado más allá de 11.000 hombres. La población, en parte, se encontraba armada; mas tan oportuna providencia antes bien había nacido de la espontaneidad de los habitantes que de disposición energética de la autoridad superior; flojedad común á casi todos los jefes y juntas de España, suplida, en cuanto era dado, por el buen seso y ánimo de los naturales.

En tanto, las dos columnas francesas avanzaban. La de Morella entró sin resistencia en la villa y ocupó el castillo, abandonado por el coronel Miedes. La de Teruel se aproximó á Alventosa, en donde la vanguardia del ejército valenciano estaba colocada detras del barranco por donde corre el Mijares. Al principio, las guerrillas, capitaneadas por D. José Lamar, alcanzaron ventajas; mas luego, recibida orden de Caro de replegarse sobre Valencia, y al tiempo que los franceses trataban ya de envolver la izquierda española, se retiraron los nuestros el 2 de Marzo sobradamente deprisa, pues dejaron abandonados cuatro cañones de campaña. Entraron despues los franceses en Segorbe, ciudad que pillaron desamparada por los habitantes.

Llegó el 3 á Murviedro el general Suchet, en donde se le juntó, con su columna, el general Habert. No estando todavía fortificado aquel sitio, que lo fué de la antigua y célebre Sagunto, se sometió la ciudad; encaminándose en seguida á Valencia los enemigos, ya más gozosos por comenzar á competir desde allí el cultivo del hombre con la lozanía de la vegetación.

Segun se iban los franceses aproximando á la ciudad, crecía en ella la fermentación, y más se desbocaba D. José Caro en cometer tropelías. Envió á San Felipe de Játiva la Junta superior, y creó una comision militar de policía, instrumento de sus venganzas. Cierlo que para ellas había un pretexto honroso en secretos tratos que el enemigo mantenía dentro de Valencia; pero en vez de sólo descargar sobre los culpados la justicia de las leyes, arrestáronse indistintamente, y para satisfacer enemistades, buenos y malos patriotas.

En tal estado, presentáronse los franceses delante de Valencia el 5 de Marzo, estableciendo Suchet en el Puig su cuartel general. Ocuparon fuera de los muros, y á la izquierda del Guadalaviar, el arrabal de Murviedro, el colegio de San Pio V, el palacio real, el convento de la Zaidia y otros, extendiéndose al Grao y su comarca, en gran detrimento de los pueblos. Intimó el 7 el general Suchet á don José Caro la rendición, quien en este caso respondió cual debía. Se mantuvo Suchet hasta el 10 en las cercanías, esperando á que estallase en su favor dentro de la ciudad una conmoción; mas saliendo fallida su esperanza, y temeroso de las guerrillas que se formaban en su derredor, levantó el campo en la noche del 10 al 11, y retrocedió por donde había venido.

Grande algazara y justa alegría se manifestó en Valencia al saberse el alojamiento del enemigo. Mas no por eso cesó Caro en sus persecuciones. Varios de los presos, aunque inocentes, continuaron encarcelados, y fué ahorcado el Barón de Pozo-Blanco. Dudamos aún si este infeliz era ó no delincuente, y si en realidad había seguido correspondencia con

el enemigo. Natural de la isla de la Trinidad, unian en otro tiempo á él y á Caro estrechos vínculos, que tuvieron principio cuando el último visitaba como marino las costas americanas. Convirtiéndose despues en odio la antigua amistad, y se acusó á Caro haber usado en aquel lance de la potestad suprema no imparcial ni desapasionadamente.

Suchet, al retirarse, se encontró con muchos paisanos armados que se habían levantado á su espalda, y tambien con la noticia de que el reino de Aragón, aprovechándose de su ausencia, comenzaba de nuevo á estar muy movido. En efecto, D. Pedro Villacampa, revolviendo en 7 de Marzo sobre Teruel, había entrado la ciudad y obligado al coronel Pliego á encerrarse con su guarnición en el seminario, ya de antes fortificado. No contento aún así el español había salido á esperar, y cogido en la venta de Malanadera, á corta distancia de Teruel, un convoy enemigo procedente de Daroca. Apoderóse de castro piezas, de unos 200 hombres y de muchas municiones. Otro tanto hizo por opuesto lado con una compañía de polacos avanzada en Alventosa. El seminario, estrechado por los nuestros y próximo á caer en sus manos, se libertó el 12 de Marzo con la llegada del ejército de Suchet, que forzó á Villacampa á alejarse. Don Felipe Perena tambien por el Cinca había hecho sus correrías, destruyendo en Fraga el puente y los atrincheramientos enemigos.

El 17 volvió Suchet á Zaragoza, y quiso ante todo acabar con Mina el mozo, que por su lado se había igualmente adelantado á las Cinco Villas. Inquieto bastante este caudillo en aquellos dias á los franceses; mas perseguido en Aragón por el Gobernador de Jaca y el general Harispe, y en Navarra por Dufour, cayó, desgraciadamente, el 31 en poder de los puestos franceses, que al cogerle le maltrataron. Sin detención llevósele á Francia, y le encerraron en el castillo de Vincennes, donde permaneció, como tantos otros españoles, hasta 1814. Sucedióle su tío, el renombrado D. Francisco Espoz y Mina, quien con sus hechos y mejor fortuna oscureció las breves glorias de su sobrino.

Arregladas las cosas de Aragón, trató Suchet de cumplir con lo que se le había mandado de París, sitiando á Lérida. No por eso estaba bajo su dependencia Cataluña, encomendada al mariscal Angereau, dejando sólo á cargo del primero el asediado las plazas que formaban, por decirlo así, cordón entre aquel principado y las provincias rayanas.

De luto había cubierto á Cataluña la caída de Girona. Don Joaquín Blake por su parte, no admitiéndole la Central la dejacion que repetidamente había hecho de su mando, se separó, de su autoridad propia, en 10 de Diciembre, de su ejército, poniendo interinamente á su cabeza al Marqués de Portago. Motivó semejante resolución haber aprobado la Central, contra el dictámen de dicho general, lo determinado por el Congreso catalán de levantar 40.000 hombres de somaten. Blake quería crear cuerpos de línea, y no reuniones informes de indisciplinados paisanos. Pero los catalanes, apegados á su antigua manera de guerrear, hallaron arrimo en el Gobierno supremo, desatendiéndose las reflexiones juiciosas de Blake, quien, en medio de sus conocimientos, no gozaba de popularidad á causa de su mala estrella.

Ausente este general, no quedó Portago largo tiempo en el mando, pues cayendo enfermo, dejó en su lugar á D. Jaime García Conde, sustituido tambien en breve por el general más antiguo don Juan Henestrosa. El Congreso catalán, despues de

expedir varias providencias en favor de la defensa del principado, tomando para darlas más bien consejo de los falsos conceptos del provincialismo que de atento é imparcial juicio, se disolvió, y quedó sola para el despacho de los negocios la Junta superior.

El somaten que se había levantado no produjo el efecto que esperaban los catalanes. Apareció tarde y al caer Gerona, y no queriendo tampoco los partidos desprenderse de sus respectivos contingentes para prestarse mutuo auxilio, faltó el necesario concierto. Permaneció en Vich el grueso del ejército español, teniendo apostado en el Grao de Olat un cuerpo volante. Claros estaba hacia Rosalú, y Revira camino de Figueras, ambos con bastante fuerza, á causa de los somatenes que se les agregaron. Para despejar el país y asegurar las comunicaciones con Francia, marcharon contra ellos los generales Souham y Verdier. Hubo con este motivo varias reencuentros, de los que se contaron algunos favorables para los somatenes. En los mismos días el enemigo, que de todos lados acometía, hizo de Francia inútiles esfuerzos contra el vallo de Aran.

Dispuso en seguida Augereau que 10.000 hombres auxos, yendo sobre Vich, atacasen el ejército español. Trabajáronse por aquella parte, desde 1.º de Enero, frecuentes y reñidos combates, honrosos para los españoles, pero con fuerza inferior hicieron rostro á contrarios agueridos. Pero viendo los nuestros la superioridad de los franceses, celebraron el 12 consejo de guerra, y determinaron replegarse hacia Manresa y Tarrasa, dejando en Tona una division, al mando del general Porta. Siguiéron aún entonces las refriegas. Los franceses entraron en Vich, y avanzando, se encontraron con los nuestros el 14 y 15, siendo de notar la accion habida en Moya, en la que los generales O'Donnell y Porta rechazaron á los enemigos, de los que perecieron más de 200. El primero peleó con ventaja, hasta como soldado y cuerpo á cuerpo.

Urgíale en tanto al mariscal Augereau, aseguradas en algun modo sus comunicaciones con Francia, abrir las de Barcelona, plaza que empezaba á estar apurada por falta de bastimentos. Conveniente era para ello la toma de Hostalrich; pero no cediendo el Gobernador á las intimaciones, Augereau, así que ocupó la villa, dejó al coronel Mazzeubelli encargado de bloquear el castillo. Armó también allí las fuerzas de Souham para alejar á los somatenes, y él en persona dispúsose á marchar prontamente sobre Barcelona.

La poblacion de esta ciudad había disminuido, careciendo de trabajo los fabricantes y sus operarios, y avergonzada la mocedad de no acudir al llamamiento que por medio de su congreso y junta continuamente les hacia la provincia. El general Dubesme mandaba, como ántes, en Barcelona, y con frecuencia se veía obligado á ir en busca de viveres, teniendo que atacar á los somatenes y á una division que siempre permaneció en el Llobregat, cuyas fuerzas reunidas estrechaban la plaza, acorralando á veces dentro de ella á las tropas francesas.

Augereau, aunque hostigado por las guerrillas, se adelantó con el convoy y 9.000 hombres, y Dubesme, seguido de unos 2.000, salió de Barcelona hasta Granollers á su encuentro. No hacia Tarrasa descomocó, para interceptar el socorro, el Marqués de Campoverde, al paso que Orozco, comandante de la division del Llobregat, llamaba de aquel lado la atencion.

Campoverde atacó el 20 en Santa Perpétua á Dubesme, haciéndole 400 prisioneros; juntósele después Porta, que acudió por Castellórsol, y ambos en Mollet cayeron sobre el segundo escuadrón de coraceros y le cogieron casi entero. Felizmente para la demas tropa del general Dubesme, llegó á tiempo Augereau, libertando á un batallón que se defendía en Granollers. En seguida pudieron los franceses sin obstáculo meter el convoy en Barcelona.

Aquel mariscal, cumpliendo de este modo con el principal objeto de su expedicion, quitó á Dubesme el gobierno de aquella plaza, nombró en su lugar á Mathieu, y se replegó á Hostalrich, temiendo que de nuevo se le estorbára el paso.

Con tanta mayor razon se mostraba desconfiado, cuanto D. Enrique O'Donnell iba á capitanear las tropas de Cataluña. Así lo ansiaba el principado, y el 21 de Enero se recibió la orden de la Junta Central, á la eszon todavia existente, confirmando á aquel general el mando supremo.

O'Donnell, mozo activo y valiente, codicioso de gloria, aunque algo atrepellado, se había atraído las voluntades de los catalanes con su adhesión á la causa de la independencia y su gran intrepidez, mostrada ya en el primer cerco de Gerona. Ahora, autorizado, empezó á obrar con diligencia y á mejorar la disciplina. Distribuyó igualmente su ejército en nuevas brigadas y divisiones, reconvenciendo el 6 de Febrero en Manresa casi toda la fuerza disponible. Sólo dejó en Martorell y linea del Llobregat la tercera division, á las órdenes del brigadier Martínez.

El nuevo general llegó pronto á tener consigo 8.000 infantes y 1.000 caballos bien dispuestos. El 14 de Febrero atacó con feliz éxito á los enemigos cerca de Moya, y el 19 se aproximó á Vich, con ánimo de desalojarlos. Siguió lo principal de su fuerza el camino que de Tona se dirige á aquella ciudad, marchando una columna vía de San Cugat hasta la altura del Vendrell, donde se paró. A las nueve de la mañana la vanguardia, ó sea cuerpo volante, mandado por Sarsfield, rompió el fuego. Una hora después cundió por toda la linea, sostenido con tenacidad de ambas partes. Mandaba á los franceses el general Souham. Carecian los nuestros de cañones, no habiendo podido traerlos por lo frágil de la tierra; no más de dos tenían los contrarios. A las doce se reforzaron los últimos con 2.500 hombres que se les juntaron de Vich. Entonces O'Donnell, que conservaba á sus inmediatas órdenes la division situada en las alturas del Vendrell, bajó con ella al llano. Avivóse el fuego, y continuó reciamente hasta las tres de la tarde, en cuya hora, flaqueando Porta, que regia el ala izquierda, á pesar de los esfuerzos de O'Donnell, quedaron desbaratados los nuestros y se retiraron á Tona y Collsuspina. Perdimos, entre muertos y heridos, 900 hombres, otros tantos prisioneros; no fué corto el daño que experimentaron los franceses, siendo reñida la accion, aunque malograda para los españoles.

Aguardaba en el intermedio el mariscal Augereau, á orillas del Tordera, refuerzos de Francia, y apretaba la division de Pino el bloqueo de Hostalrich. Situado este castillo en una elevada cima, en señoreaba el camino de Barcelona, obstruyendo, de consiguiente, en tiempo de guerra las comunicaciones. Don Julian de Estrada, entonces gobernador, resuelto á defenderlo hasta el último trance, decía: «Hijo Hostalrich de Gerona, debe imitar el ejemplo de su madre.» Cumplió Estrada su palabra,

desoyendo cuantas proposiciones se le hicieron de acomodamiento. Desde el 13 de Enero hasta el 20 del mes inmediato limitáronse los franceses á bloquear el castillo, mas en aquel día comenzó horrible bombardeo.

Al propio tiempo fueron llegando á Augereau los refuerzos de Francia, que hicieron ascender su ejército, al comenzar Marzo, á 30.000 combatientes, sin contar la guarnición de Barcelona. Escasa, nuevamente, esta plaza de medios, tuvo Augereau que volver á su socorro, y consiguió, no obstante pérdidas y tropiezos, meter dentro un convoy.

Semejante movimiento obligó á O'Donnell á replegarse, mayormente coincidiendo con la correría que por aquel tiempo hizo Suchet sobre Valencia. El 21 entró en Tarragona el general español, y acampó en las cercanías el grueso de su ejército. Juntósele la division aragonesa del Algas, ó sea de Tortosa, compuesta de unos 7.000 hombres. No se estuvo O'Donnell quieto allí, sino que luego ejecutó otros movimientos.

Tal fué el que verificó al concluirse Marzo, noticioso de que en Villafranca de Panadés se alojaba un trozo bastante considerable de franceses. Envió, pues, contra ellos á D. Juan Caro, asistido de 6.000 hombres. Viendo los enemigos que los nuestros se aproximaban, se encerraron en el cuartel de aquella villa, fuerte edificio, sito á la entrada; pero en breve, á pesar de su precaucion y resistencia, tuvieron que capitular, cayendo prisioneros 700 hombres. Portóse Caro con destreza y bizarría, y quedó herido.

Sucedíole en el mando Campoverde, quien marchó sobre Manresa, para darse la mano con Rovira, siendo el intento de O'Donnell distraer al enemigo, y si era posible, auxiliar á Hostalrich. El general Swartz hacia por aquellas partes frente á los somatenes, cuya tenacidad desconcertaba al frances, y áun le causaba á veces descalabros. En principios de Abril tomó la resistencia tal incremento, que asustado Augereau, salió el 11 de Barcelona y se dirigió á Hostalrich, para impedir los socorros que los españoles querian introducir en el castillo, como ya lo habian conseguido una vez, guiados por el coronel D. Manuel Fernandez Villamil.

Sin embargo, todo era ya de mas. La penuria del fuerte tocaba en su último punto, faltando hasta el agua de los aljibes, única que surtía á la guarnición. El bizarro Gobernador, los oficiales y soldados habian todos sobrellevado de un modo el más constante la escasez y miseria, que igualó, si no sobrepasó, la de Gerona. Mas, desesperanzado Estrada de recibir auxilio alguno, y prefiriendo correr los mayores riesgos á capitular, resolvió salvarse con su gente, de la que áun le quedaban 1.200 hombres. A las diez de la noche del 12 púsose en movimiento, y salió por el lado de Poniente, descendiendo la colina de carrera. Cruzó en seguida el camino real, y atravesando la huerta, llegó, repelidos los puestos franceses, á las montañas detras de Masanas y á Arbúcia. Mas en aquel paraje, descarriado el valiente Estrada, tuvo la desgracia de caer prisionero, con tres compañías. El resto, que ascendía á 800 hombres, sacóle á buen puerto el teniente coronel de artillería D. Miguel Lopez Baños, quien el 14 entró en Vich, ciudad libre entónces de franceses. Estrada no se rindió sino despues de viva refriega, y Augereau, aunque incomodado con que se le escapase la mayor parte de la guarnición, hizo alarde en gran manera de haberse hecho dueño de su gobernador. De poco le sirvió tan feliz acaso,

pues no tardó en desgraciarse con Napoleón, quien nombró para sucederle al mariscal Maedonald. Luchó que contribuyeron á su ruina, y Suchet, desazonado porque no le ayudaba debidamente en sus empresas.

De éstas, una de las principales era la que por entónces, y despues de su retirada de Valencia, intentaba contra Lerida, conformandose con la línea que se le dió de París. Así, despues de dejar un tercio de su fuerza en Aragon, á las órdenes del general Laval, se enderezó con lo restante á Cataluña. Pero destruido por los españoles el puente de Fraga, y estando de aquel lado próximo el castiello de Mequinzenza, prefirió Suchet al camino más directo el de Alcubierre, y estableció en Monzon sus hospitales y almacenes.

Se hallaba á la sazón en Balaguer D. Felipe Perena con alguna fuerza, y aunque es ciudad en que no quedan sino reliquias de sus antiguos muros, interesaba á los franceses su posesion, á causa de un famoso puente de piedra que tiene sobre el Segre. Atento á ello, ordenó Suchet al general Habert que atacase á los españoles; mas Perena, creyendo ser desahucado resistir á fuerzas tan superiores, cruzó á Lérida, y los franceses entraron en Balaguer el 4 de Abril.

El 13 embistió Suchet aquella plaza. Asentada Lérida á la derecha del Segre, río que tambien allí se cruza por hermoso puente, ha sido desde tiempos remotos ciudad muy afamada. En sus alrededores aculó César con Afranio y Potreyo, del partido pompeyano, y ántes, cuando éstos ocupaban la ciudad, pasó aquel caudillo grandes angustias, acampado en la altura en donde ahora se divisa el fuerte de Garden. En la defensa de éste, y sobre todo en la del castillo, colocado al extremo opuesto del lado del Norte, en la cumbre de un cerro, consiste la principal fortaleza de Lérida, si bien áun se prestan entre sí grande ayuda. Muro sin foso ni camino cubierto, parte con baluartes, parte con torresones, rodea lo demas del recinto. Algunas obras nuevas se habian ejecutado, á saber: una á la entrada del puente, y tambien dos reductos, llamados del Pilar y San Fernando, en la de Garden, en el paraje opuesto á la plaza, fuera de cuyos muros está situado aquel fuerte. La poblacion, que ya ascendia á más de 12.000 almas, se hallaba aumentada con los paisanos que del campo se habian refugiado dentro. Contaba la guarnición 8.000 hombres, inclusa la tropa de Perena. Mandaba como comandante general del Segre y Cinca D. Jaime Garcla Conde, estando á sus órdenes el gobernador, D. José Gonzalez.

Todavía los franceses no habian empezado los trabajos del sitio, y ya D. Enrique O'Donnell pensó en hacer levantarle, ó por lo menos en socorrer la plaza. Ignoraba su intento el general frances, por lo que el 21 de Abril avanzó éste á Tárrega, temiendo sólo á Campoverde, que vimos se adelantaba hácia Manresa: tanto sigilo guardaban los catalanes, de rara y laudable fidelidad.

O'Donnell se habia el día ántes puesto en marcha con 6.000 infantes y 600 caballos, y el 22 sabiendo por el Gobernador de Lérida que parte del ejército frances se habia alojado de la plaza, miró como asegurada su empresa. Empezó, pues, O'Donnell en la mañana del 23 á aproximarse á la ciudad, siguiendo el llano de Margalef, repartida su fuerza en tres columnas, una más avanzada por el camino real, las otras dos por los costados. Desgraciadamente, sabedor al fin Suchet de la salida de O'Don-

nell de Tarragona, tornó de prisa hacia Lérida, y tomó oportunas disposiciones para que se malograra el plan del general español. Caminaba éste confiado en su triunfo, cuando de repente se vió arrepetido por fuerzas considerables. El general Hariape trabó luego pelea con la primera columna, y Musnier, saliendo de Alcoleje, acometió á la que iba por la derecha del camino. Los nuestros se desordenaron, principalmente la caballería, arrollada por un regimiento de coraceros. O'Donnell, aunque sobrecogido con tal contratiempo, pudo juntar parte de su gente, y antes de anochecer retirarse con ella en buen orden camino de Montblanch. La pérdida de las dos columnas atacadas fué, sin embargo, considerable, quedando prisioneros batallones enteros.

Los franceses, queriendo aprovecharse del terror que aquel descalabro infundía en los leridanos, embistieron en la misma noche los reductos del fuerte de Garden. Dichos los enemigos al principio en el ataque del Pilar, salieron mal en el de San Fernando, teniendo que retirarse, y aun evacuar el primero, que ya habían ocupado.

Al día siguiente, tanto el general Suchet el ánimo del Gobernador, proponiendo á éste, para hacerle ver lo inútil de la defensa, que enviase personas de su confianza, que por sí mismas examinasen la pérdida que en el día anterior habían los españoles padecido en Margalef. La replica de García Conde fué enérgica y concisa. «Señor general, dijo, esta plaza nunca ha contado con el auxilio de ningún ejército.» Instaba que á las palabras no correspondiesen los hechos, como en Zaragoza y Gerona.

Empezaron los franceses el 29 de Abril los trabajos de trinchera, esgruyendo por frente de ataque el espacio que media entre el baluarte de la Magdalena y el del Carmen, que era por donde embistió la plaza el Duque de Orleans en la guerra de sucesión.

Los sitiados no repelieron con grande empeño los apaches del enemigo. Así esta defensa no fué larga ni digna de memoria. Merece, no obstante, honrosa excepción la resistencia que hizo, en la noche del 12 al 13 de Mayo, el reducto de San Fernando, ya bien sostenido, como arriba hemos dicho, en una primera acometida. En la última se defendió con tal tenacidad, que de 300 hombres que le guarnecían apenas sobrevivieron 60.

Los franceses asaltaron el 13 del mismo mes la ciudad, y la entraron sin tropiezo con extraordinarios impedimentos. La guarnición se recogió al castillo, en donde también se metieron casi todos los habitantes, viendo que los acometedores no les daban cuartel. Crueldad ejecutada de intento, para que hacinados muchos individuos en corto recinto obligaran al Gobernador á rendirse. Hubiera, sin embargo, García Conde podido despejar aquella fortaleza, echando fuera la gente inútil; pero Suchet, para no desaprovechar la ocasión de acabar en breve el sitio, empezó desde luego á arrojar bombas, las cuales, cayendo sobre tantas personas apinadas en reducido espacio, causaron en poco tiempo el mayor estrago. Blandiendo el ánimo de García Conde con los lamentos de mujeres, niños y ancianos, y forzado hasta cierto punto por la junta correjimental, que creía que nada importaba la defensa del castillo si la ciudad perdía, se rindió el 14, firmando el la capitulación, juntamente con el gobernador, D. José Tronzalez, habiendo los franceses concedido á la guarnición los honores de la guerra: ejemplo que siguió el fuerte de Garden. ¡Pérdida

sensible la de Lérida, conquista que abría á los invasores las comunicaciones entre Aragón y Cataluña!

Tachóse á García Conde de traidor, opinión que adquirió crédito con divulgarse después, si bien falsamente, que había abrazado el partido del gobierno intuso. Lo cierto es que era hombre de limitados alcances, y juzgamos que su conducta más bien dimanó de esto y de fatal desdicha que de premeditada maldad.

Por entonces, para que las desgracias vinieran juntas, ocuparon también los franceses el fuerte de la isla de las Medas, al embocadero del Ter; puesto importante, malamente entregado por el gobernador español, D. Agustín Canleaux.

Así iban de caída las cosas de Cataluña, no habiendo acontecido en lo restante de Mayo y en el inmediato Junio sino acometidas parciales de somatenes y guerrilleros, que siempre hostigaban al enemigo. Don Enrique O'Donnell, molestando de sus heridas, dejó por unos pocos días su puesto á D. Juan María de Villena. Contaba el ejército, á pesar de sus pérdidas, 21 798 hombres, incluidas las guarniciones de las plazas, entre las que Tarragona se miraba como la base de las operaciones. En esta ciudad volvió O'Donnell á empuñar el 1.º de Julio el bastón del mando, con objeto de instalar allí el 17 del mismo mes un congreso catalán, que de nuevo había convocado para reanimar el espíritu algo abatido de los naturales, y buscar medio de oponerse con fuerza al mariscal Macdonald, quien daba muestras de obrar activamente.

Por su parte el general Suchet, terminada la expedición de Lérida, pensó en poner sitio á la plaza de Mequinenza. Mientras duró el de la primera hubo muchos y parciales combates, ya en las comarcas septentrionales de Cataluña que lindan con Aragón, ya en Aragón mismo. Aquí hizo contra los franceses de Alcañiz una tentativa infructuosa don Francisco de Palafox, destinado por la Regencia á aquellas partes, siendo mas afortunado D. Pedro Villacampa en una sorpresa que dió el 13 de Mayo á los enemigos en Puroy, partido de Calatayud, en donde cogió al comandante Petit con un convoy y mas de 100 hombres.

Las ventajas conseguidas por aquel caudillo irritaron á los franceses, quienes desde el 14 de Mayo se pusieron á perseguirle, partiendo de Daroca el general Klopicki. Fuése retirando Villacampa, y no paró hasta Chenera. Siguiéron de cerca su huella los enemigos, sin llegar á aquella ciudad, pero dejando rastro de su paso en Molina y demás pueblos del camino. Diversos choques de menor importancia acabaron también en otros puntos de Aragón, porfiado pelear que causaba sobrecansura á los franceses.

Del 15 al 20 de Mayo embistió el general Musnier la plaza de Mequinenza, importante por su situación y necesaria para ensanchar el Ebro. Villa está de 1500 vecinos, estriba su principal defensa en el castillo, antigua casa-fuente de los marqueses de Aytona, colocado en lo alto de una elevada montaña, de áspera e inaccesible subida por todos lados, excepto por el de Poniente, que se dilata en planicie, cuyo frente amparan un camino cubierto, foso y terrapién abaluartado revestido de mampostería. Guarnecían la plaza 1200 hombres. Gobernábala, como antes, el coronel D. Manuel Carbon, y dirigía la artillería D. Pascual Antillon, ambos oficiales muy distinguidos.

No tenía el castillo otros apaches sino los que

ofrecia á la parte occidental la planicie mencionada, y no era cosa fácil traer hasta ella artillería. Pronto discurrió la diligencia francesa medio de conseguirlo, abriendo desde Torriente y por la cima de las montañas un camino que viniese á dar al punto indicado. Tuvieron los enemigos concluida su obra el 1.º de Junio, y en el intermedio no descurdaron tomar en rededor y en ambas orillas del Ebro, y en las del Segre, su tributario, los puestos importantes. Entraron los sitiadores la villa en la noche del 4 al 6, la saquearon y prendieron fuego á muchas casas. Las tropas se refugiaron en el castillo. El Gobernador resistió allí cuanto pudo los ataques de los franceses; mas arruinadas ya las principales defensas y no habiendo abrigo alguno contra los fuegos enemigos, se entregó el 8, quedando la guarnición prisionera de guerra.

La víspera de la rendición había llegado á Mequinenza el general Suchet, quien deseando sacar de su triunfo la mayor ventaja, despachó dos horas después de la entrega al general Montmarie para que se apoderase del castillo de Morella, lo que ejecutó dicho general sin obstáculo el 13 de Junio. Posesión que, aunque no tan importante como la de Mequinenza, éralo bastante por estar situado aquel fuerte en los confines de Aragón y Valencia, y porque así iban los franceses preparándose á nuevas empresas y afianzaban poco á poco y de un modo sólido su dominación.

No obstante hallábase ésta lejos de arraigarse. Los pueblos continuaban casi por todas partes haciendo guerra á muerte á los invasores, y la isla gaditana, punto céntrico de la resistencia, no solo mantenía la llama sagrada del patriotismo, sino que la fomentaba, procurando además acrecer y mejorar en su recinto las fortificaciones.

De nada intuyó para no llevar adelante semejante propósito la pérdida de Matagorda, acaecida el 22 de Abril. Situado aquel castillo no lejos de la costa del caño del Trocadero, sostuviéronle con tenacidad los ingleses, encargados de su defensa, y sólo le abandonaron ya convertido en ruinas. Luego mostró la experiencia lo poco que sus fuegos perjudicaban á las comunicaciones por agua, y sus proyectiles á la plaza.

El mismo día de la evacuación del mencionado fuerte fondó en bahía, viniendo del reino de Murcia, D. Joaquín Blake, nombrado por la Regencia para suceder al de Albuquerque en el mando de la isla gaditana, cuyas fuerzas, sin contar las de los aliados ni la milicia armada, ascendían de 17 á 18.000 hombres, engrosado el ejército con los dispersos y reliquias que de la costa aportaban, y con nuevos alistados, que acudían hasta de Galicia. A la llegada de Blake consideróse dicho ejército como parte integrante del denominado del centro, que se alojaba en el reino de Murcia, repartíendose entre ambos puntos las divisiones en que se distribuía.

El Consejo de Regencia trasladóse el 29 de Mayo de la isla de León á Cádiz, y escogió para su morada el vasto edificio de la Aduana. Se le reunió por aquellos días el Obispo de Orense, que no había hasta el 26 arribado al puerto, retardado su viaje por la distancia, ocupaciones diocesanas y malos tiempos.

En este mes, nada muy importante en lo militar vino en Cádiz, sino el haber varado en la costa de enfrente los pontones *Castilla* y *Argonauta*, llenos de prisioneros franceses. Aprovecháronse los que estaban á bordo del primero de un furioso huracán que sopló en la noche del 15 al 16 para desamarrar

el buque y dar á la costa; eran unos 700, los más oficiales. Imitáronlos el 26 los del *Argonauta*, 45 en número, sin que pudiesen estorbar su desembarco nuestras baterías y cañoneras.

Con este motivo han clamoreado muchos extranjeros, y lo que es más raro, ingleses, contra el tratado dado á los prisioneros, y sobre todo contra la dureza de mantenerlos tanto tiempo en la estrechura de unos pontones. Nos lastimamos del caso, y aprobamos el hecho; pero ocupadas é invadidas cada paso las más de nuestras provincias, imposible era para custodia de aquéllos buscar dentro de la península paraje seguro y acomodado. La Gran Bretaña, libre y poderosa, permitió también que en sus pontones gimiesen largos años sus propios prisioneros. Quisiéramos que nuestro gobierno hubiese seguido tan deplorable ejemplo, dando á justa ocasión de censura á ciertos historiadores de aquella nación, tan prontos á tachar excesos de otros como lentos en advertir los que se cometen en el mismo suelo.

El gobierno español, sin embargo, había resuelto suavizar la suerte de muchos de aquellos desgraciados, enviando á unos á las islas Canarias y á otros á las Baleares. Dichosos los primeros, no cupieron últimos igual ventura. Alborotados contra ellos los habitantes de Mallorca y Menorca á causa de la relación que de las demasías del ejército francés se venían de la península, necesario fué conducirlos á la isla de Cabrera, siendo al embarco maltratados muchos, y aun algunos muertos. Aquella isla, al sur de Mallorca, si bien de sano temple y no carente de manantiales, estaba sólo poblada de árboles bravos, sin otro albergue más que el de un castillo. Suministráronse tiendas á los prisioneros, pero no las bastantes para su abrigo, como tampoco instrumentos con que pudiesen suplir la falta de casa, fabricando chozas. Unos 7.000 de ellos la ocuparon, y llegó á colmo su miseria, careciendo á veces hasta del preciso sustento, ora por temporales, que impedían ó retardaban los envíos, ora también por flojedad y descuido de las autoridades. Feo berron, que no se limpia con haber en ello puesto al fin las Cortes conveniente remedio, ni menos con el bárbaro inhumano trato que al mismo tiempo daba el gobierno francés á muchos jefes é ilustres españoles, sumidos en duras prisiones y castillos, pues nunca la crueldad ajena disculpó la propia.

Entre tanto, el gobierno español no sólo atendió en su derredor á la defensa de la isla gaditana, sino que también pensó en divertir la atención del enemigo, molestandolo en las mismas Andalucías y provincias alledañas. Dos de los puntos que para ello se presentaban, más cercanos é importantes, eran, al Ocaso, el condado de Niebla, y al Levante, la serranía de Ronda. El primero, además de ser tierra costanera y en partes montuosa, respaldábase en Portugal, para cuya invasión tenían los enemigos que prepararse de intento; y por lo que respecta á Ronda, favorecía sus operaciones y abastecimiento la vecina é inexpugnable plaza de Gibraltar, depósito de grandes recursos, principalmente de pertrechos de guerra.

La Regencia, para dar mayor estímulo á la defensa, encargó el mando de aquellos distritos á jefes de su confianza. Para el condado escogió á D. Francisco de Copons y Navia, que permanecía en Cádiz después que en Febrero arribó allí con su división. Partió, pues, el general nombrado, y el 14 de Abril tomó el mando de aquel país, muy trabajado con las vejaciones del enemigo, y sólo defendido por unos

700 hombres, remanente de cuerpos dispersos á situados en otras partes. Procuró Capota unir y aumentar esta masa bastante informe, recoger los caudales públicos, mantener libre la comunicacion de la costa con Cádiz y hostigar con frecuencia á los franceses. Consiguió su objeto, si bien con suerte vana, teniendo á veces que replegarse á Portugal.

Del lado de Ronda la resistencia fué mayor, más empeñada y duradera. Partido occidental esta serranía de la provincia de Málaga, y cordillera de montes elevados, que arrancan desde cerca de Tarifa, extendiéndose al Este, se compone de muchos pueblos ricos en producciones y dados al contrabando, á que los convida la vecindad de Gibraltar. Sus moradores, avezados á prohibido tráfico, conocen á palmos el terreno, sus angosturas y desfiladeros, sus cuevas las más escondidas, y teniendo á cada paso que lidiar con los aduaneros y las tropas enviadas en persecucion auya, están familiarizados con riesgos que son imagen de los de la guerra. Empleábase las mujeres en los trabajos del campo, y en otros no ménos penosos inherentes á la profesion de los hombres, y así son de robustos miembros y de condicion asemejada á la varonil. Llena, pues, de brava poblacion tan belicosa, y previendo los obstáculos que recrecerian á su comercio si los franceses afianzaban su imperio, rehusó someterse al yugo extranjero.

Ya dieron aquellos habitantes señales de desasosiego al tiempo de la ocupacion de Sevilla. José pensó que los tranquilizaria con su presencia y discursos, para lo cual pasó á Ronda antes de concluir Febrero. Satisfecho quizá de su excursion, ó temiendo más bien otras resultas, no se detuvo allí muchos dias, dejando solamente alguna fuerza y un gobernador con extensas facultades. Pero la autoridad del frances redujose pronto á estrechos límites, cifándola á la ciudad la insurreccion de los serranos. Acandillaron á estos varias cabezas, siendo uno de los que más promovieron el alzamiento D. Andres Ortiz de Zarate, que los naturales denominaron *el Pastor*.

El Consejo de Regencia, por su lado, envió de comandante al campo de San Roque, cuyas líneas enfrente de Gibraltar se habian destruido, de acuerdo con el gobernador ingles Campbell, á D. Adrian Jacome, con encargo de recoger dispersos y de ampliar el fuego en la serranía. Hombre, Jacome, pacato é irresoluto, de poco sirvió á la buena causa. Afortunadamente los serranos, siguiendo los impulsos de su propio instinto, se lim á veces obrar con más acierto que algunos jefes que presumian de entendidos.

Al animo de aquéllos debióse en breve que el levantamiento tomase tal vuelo, que ya el 12 de Marzo se presentaron numerosas bandus delante de Ronda, capitaneadas por D. Francisco Gonzalez. Los franceses, viendo el tropel de gente que venia sobre ellos, evacuaron de noche la ciudad y se retiraron á Campillos. Penetraron luego los paisanos por las calles de Ronda, y comenzó gran desórden, y aun hubo pillaje y otros destrozos. Contuvieronlo algun tanto patriotas de milujo, que llegaron oportunamente.

A poco se reforzaron tambien los enemigos con tropa que llevo de Málaga el general Peyrment, y el 21 recobraron á Ronda. No permaneció allí largo tiempo dicho general, pues entrada, en su ausencia, por los paisanos la ciudad de Málaga, tuvo que volar á su socorro. La guerra continuó por toda la sierra, sin que los franceses pudiesen, solos, dar un

paso, y no transcurriendo día en que sus puestos no fuesen inquietados. Formase en Jimena una junta, y nombró el Gobierno comandante del distrito á D. José Serrano Valdenegro, bajo la inspeccion de D. Adrián Jacome. Creciendo los jefes, crecieron los celos y las competencias, y se suscitaron trastornos y mudanzas.

Por tristes que fuesen tales ocurrencias, inevitables en guerra de esta clase, no por eso se cedia en la lucha. Llevando á cumplido remate proezas que recuerdan las del tiempo de la caballería. Fué una de las más memorables la que avino en Montellano, pueblo de 4.000 habitantes, inmediato á la sierra. Era alcalde D. José Romero, y ya el 14 de Abril, al frente del vecindario, habia repelido de sus calles á 300 franceses. Tornaron éstos el 22, reforzados con otros 1.000, para vengar la primera afrenta. Encontraron á su paso obstáculos en Grazalema; pero llegando al fin á Montellano, tuvieron allí que vencer la braveza de los moradores, lidiando con ellos de casa en casa. Impacientados los franceses de tanta obstinacion, recurrieron al espantoso medio de incendiar el pueblo. Redujéronle casi todo el 4 pavasas, excepto el campanario, en que se defendian unos cuantos paisanos, y la casa de Romero. Este varon, tan esforzado como Villandrando, haciendo de sus hogares formidable palenque y ayudado de su mujer y sus hijos, continuó por mucho tiempo, con terrible punteria, causando fiero estrago en los enemigos, y tal, que no atreviéndose ya éstos á acercarse, resolvieron derribar á cañonazos paredes para ellos tan fatales. Grande entónces el apuro de Romero, inevitable fuera su ruina si no le salvára de ella la repentina retirada de los franceses, que se alojaron, temerosos de gente que acudia de Puerto-Serrano y otras partes. Libre Romero, á duras penas pudo arrancarse de los escombros de Montellano, respondiendo á las instancias que se le hacian: «Alcalde de esta villa, éste es mi puesto.» Retirado despues á Algodonales, más desagraciado allí, aunque no ménos valiente, en medio de las llamas en que ardia su casa, pereció á manos del frances con casi toda su familia, tan brava como el padre y tan desventurada.

Imitaban al mismo tiempo en Tarifa la conducta de los serranos. No habian los enemigos ocupado antes esta plaza, situada en el extremo meridional de España, contentándose con sacar de ella raciones en una ocasion en que se aproximaron á sus muros. Pudieron entónces haberla facilmente tomado, pero no juzgaron prudente exponerse á ello sin mayores fuerzas. Los españoles despues aumentaron los medios de defensa, y aun vinieron en su ayuda algunos ingleses, mandados por el mayor Brown. Ignorábanlo los franceses, y el 11 de Abril intentaron entrar la plaza de rebato. Salieron mal la empresa, rechazados, con pérdida, por el paisanaje y sus aliados.

Vemos así cuánto distraian á los franceses las comunicaciones e incesante guerrear de los puntos más inmediatos á Cádiz. Tampoco se los dejaba tranquilos en otros más distantes de las mismas Andalucías, ya por la parte de Murcia, en que permanecia el ejército del centro, ya por la de Extremadura, en que estaba el de la izquierda.

Puesto aquél á últimos de Enero, segun queda referido, bajo las órdenes del general Blake, fue creciendo y disciplinándose en cuanto las circunstancias lo permitian, y fomentó con su presencia partidas que se levantaron en las montañas del lado de Cazorla y Ubeda, y en las Alpujarras.

A principios de Marzo, D. Joaquin Blake, con motivo de la entrada de Suchet en el reino de Valencia, moviéndose hacia aquella parte; mas, enterado luego de la retirada de los franceses, retrocedió á sus cuarteles, volviendo á unirse al general Freire, á quien con alguna tropa habia dejado en la frontera de Granada. Entonces fué cuando Blake recibió la orden de pasar á la isla, quedando, en ausencia suya, D. Manuel Freire al frente del ejército, cuya fuerza constaba de 12.000 infantes y cerca de 2.000 caballos, con 14 piezas de artillería.

Hizo á poco una correría la vuelta de aquel punto el general Sebastiani, acompañado de 8.000 hombres. Enderezóse por Baza á Lora, y Freire se replegó sobre Alicante, metiendo en Cartagena la tercera division de su ejército, al mando de D. Pedro Otero. Los franceses se adelantaron sin oposicion, y el 23 de Abril se posesionaron de la ciudad de Murcia, siendo aquella la vez primera que pisaban su suelo. Los vecinos de más cuenta y las autoridades se habian ausentado la víspera. Sebastiani anunció á su entrada que se respetarian las personas y las propiedades; pero no se conformó su porte con tan solemnes promesas.

En la mañana del 24 fué á la catedral, y despues de mandar que se llevase preso á un canónigo revestido con su traje de coro, hizo que se interrumpiesen los divinos oficios, obligando al Cabildo eclesiástico á que inmediatamente se le presentase en el palacio episcopal. Provenia su enojo de que no se le hubiese cumplimentado al presentarse en la iglesia. Maltrató de palabra á los canónigos, y ordenó que en el término de dos horas se le entregasen todos sus fondos. Pidiéndole el Cabildo que por lo ménos alargase el plazo á cuatro horas, respondió altaneramente: «Un conquistador no deshace lo que una vez manda.»

Con no ménos despego y altivez trató Sebastiani á los individuos de un ayuntamiento que se habia formado interinamente. Reprendióles por no haberle recibido con salvas de artillería y repique de campanas, imponiendo al vecindario, en castigo, 100.000 duros, suma que á muchos ruegos rebajó á la mitad. Tomaron, además, el general frances y los suyos, no contando las raciones y otros suministros, todo el dinero de los establecimientos públicos y la plata y alhajas de los conventos, sin que se libertasen del saqueo varias casas principales.

Esta correría, ejecutada, al parecer, más bien con intento de esquilmar el reino de Murcia, aun intacto de la rapacidad enemiga, que de afianzar el imperio del intruso, fué muy pasajera. El 26 del mismo Abril ya todos los franceses habian evacuado la ciudad, y bien les vino, empezando á reinar grande efervescencia en la huerta y contornos. Idos los invasores, se enafianaron los paisanos en las personas y haciendas de los que graduaron de afectos á los enemigos, y mataron al corregidor interino D. Joaquin Elgueta, el cual habia tambien corrido gran peligro de parte de los franceses, queriendo asipar á los vecinos. ¡Triste y no merecida suerte! Mejor hubieran los murcianos empleado sus puños en defenderse contra el comun enemigo que haberse manchado con la sangre inocente de sus conciudadanos.

Envió despues Freire la caballería y algunos infantes á la frontera de Granada, quedándose él en Elche. Con tal apoyo, volvieron á fomentarse las partidas por el lado de Cazorla y por el opuesto de las Alpujarras, y hubo muchos reencuentros entre ellas y cuerpos destacados del enemigo, compuestos

de 200 á 400 hombres. La conducta de algunas tropas francesas contribuia tambien no poco á la irritacion de los habitantes, habiéndose mostrado feroces en Velz Rubio y otros puebllos, por lo que los vecinos defendian sus hogares de consuno, tocando á rebato y á manera de leones bravos. En las Alpujarras, ásperas pero deliciosas sierras, y en cuyas vertientes á la mar se dan las producciones del trópico, señaláronse varios partidarios, como Maza, Villalobos, Garcia y otros, aspiando los morales, como ya en su tiempo decia Mármol, á que se les tuviese por invencibles.

Andaba tambien á veces la guerra bastante viva en la parte de las Andalucías que linda con Extremadura. La Junta de Badajoz, luego que Mortier retiró el 12 de Febrero de enfrente de la plaza, pagó gran conato en derramar guerrillas hacia el reino de Sevilla y riberas del Tago. Caminó luego hacia las del Guadiana desde San Martin de Trevejos el ejército de la izquierda, excepto la division de la Carrera, que quedó apostada para impedir las comunicaciones entre Extremadura y el país allende la sierra de Batos. Este ejército, unido á la fuerza que habia en Badajoz, constaba de unos 25.000 infantes y de más de 2.000 hombres de caballería, la mitad desmontados. El Marqués de la Romana le atribuyó, colocando en su izquierda, cerca de Castello de Vide y en Alburquerque, dos divisiones, al mando de D. Gabriel de Mendizábal y D. Carlos O'Donnell (hermano de D. Enrique) una, y su cuartel general en Badajoz mismo, y otras dos á su derecha, en Olivenza y camino de Monasterio, á las órdenes de los generales Ballesteros y Senen de Contreras. Servia de arrimo al ejército de Romana, además de Badajoz, la plaza de Yelves y otras no tan importantes, que guardaban ambas fronteras española y portuguesa, en donde tambien había una division alada, que regia el general Hill. Se trabaron así de ambas partes continuos choques, ya que no batallas, y en algunos sostuvieron los españoles con ventaja la gloria de nuestras armas. Ballesteros, por la derecha, fué quien mas lidió, siendo notables los combates de 25 y 26 de Marzo, en Santa Olalla y el Rosquillo; los del 15 de Abril y 26 de Mayo, en Zalamea y Aracena, junto con los de Burguillos y Monasterio, que se dieron al finalizar Junio; todos contra las tropas del mariscal Mortier. Era el principal campo de Ballesteros, y en seguida el país montuoso que se eleva entre Extremadura, Portugal y reino de Sevilla, desde donde, igualmente, se daba la mano con los españoles del condado de Niebla. Sus servicios fueron dignos de loa, si bien á veces ponderaba sobradamente sus hechos.

Don Carlos O'Donnell no dejaba tampoco de hostigar al enemigo por el lado izquierdo. Tenia allí que habérselas con el segundo cuerpo, á cargo del general Seynier, quien, en principios de Marzo, viniendo del Tago, sentó sus reales en Mérida. Se escaramuzo con frecuencia entre unos y otros, y Reynier tambien hacia correrías contra las demas divisiones españolas, formalizándose en ocasiones las refriegas. Tal fue la que se trabó en 5 de Julio entre él y los jefes Imaz y Morillo, en Jerez de los Caballeros; los españoles se defendieron desde por la mañana hasta la caída de la tarde, y se retiraron con orden, cediendo sólo al número. Permaneció Reynier en aquellas partes hasta el 12 de Julio, en cuyo tiempo repasó el Tago, aproximándose á los cuerpos de su nacion, que iban á emprender, camino de Ciudad-Rodrigo, la conquista de Portugal.

del imperio de Occidente, y decía: «Mil años después de Carlo-Magno se acuñará una medalla con la inscripción *Renovatio imperii*.» Agregóse también á la Francia en este año la Holanda, aunque regida por un hermano de Napoleon, y ocupó su territorio un ejército francés, imaginando el Emperador, en su desvarío, pues no merece otro nombre, que países tan diversos en idioma y costumbres, tan distantes unos de otros, y cuya voluntad no era consultada para tan monstruosa asociación, pudieran largo tiempo permanecer unidos á un imperio cimentado solo en la vida de un hombre.

En España muy en breve se empezaron á sentir las consecuencias del establecimiento de los gobiernos militares. Procuró ocultar aquella medida, en tanto que pudo, el gabinete de José, conociendo su mal influjo. Los generales franceses, aun en las provincias no comprendidas en el decreto, adispuerón luego á su arbitrio (6), como afirman Azanza y Ofarril, y sin otra dependencia directa que la del Emperador, de todos los recursos del país. Por consecuencia de esto las facultades del rey José, añaden los mismos, fueron disminuyendo hasta quedarse en una mera sombra de autoridad.

Sumamente incomodó á José la inoportuna y arbitraria resolución de su hermano, concebida en menoscabo de su poder y aun en desprecio de su persona. Trastornáronse tambien los ánimos de los españoles sus adherentes, quienes, además de ver en tal desacerdo la prolongación de la guerra, dolíanse de que España pudiese como nación desaparecer de la lista de las de Europa. Porque entre los de este bando, no obstante sus compromisos, conservaban muchos el noble deseo de que su patria se mantuviese intacta y floreciente.

Menester, pues, era que por parte de ellos se pudiese gran conto en que el Emperador revocase su decreto. Creyeron así oportuno enviar á París una persona escogida y de toda confianza, y nadie les pareció más al caso que D. Miguel José de Azanza, conocido de Napoleon ya en Bayona, y ministro de genio suave y de índole conciliadora (7). Hemos

leído la correspondencia que con este motivo siguió Azanza, y nada mejor que ella prueba el desdén y desprecio con que trataba al de Madrid el gabinete de Francia.

ces; que se mantienen en otros mayores demasía numerosos y tan tocos; que se han formado y forman enarques españoles, los mas no solo son inútiles, sino perjudiciales, porque además de estar unidos que podrían tener provechosas aplicaciones, desvirtúan los otros y pasan á aumentar la fuerza de los enemigos; y el resultado, que es excesiva la bondad con que el Rey trata á los que por contrario, conciben ideas graves y ventosas, lo que á su vez les quita y desvirtúa á los que desde el principio á su favor se agitan.

«Hoyas son las principales especies que me dijo el Ministerio; y me expusieron á V. R. la respuesta que yo le di. El Ministro me dijo: «Yo le digo, y el que á mi parecer ocupa más la atención del Emperador, es el de querer casar que de Francia vaya á España una suma que los dos millones de libras mensuales, producidos en sus provincias adherentes. Acordándose de las sumas que antes de esto se pasaron estando yo encargado del ministerio de Negocios extranjeros, y teniendo muy presente la situación de nuestros negocios de nuestra América, dije al Ministro que el Rey, mi amo, me mandaba las grandes erogaciones que la guerra de España consumía el territorio de Francia, pero que nada con mucho dolor y sentimiento me era posible alcanzar en nuestros medios y recursos. Respondióme el Ministro: «No te preocupes; que las rentas de las provincias habrán de ser ahora casi nulas, así porque no habían podido recibir los tributos de sus reducidos distritos, sojuzgados, como porque aun se celebran continuas incursiones de los insurgentes y las partidas de los franceses habían inutilizado los esfuerzos y diligencias de los administradores y cobradores; que en muchas partes los ministros generales y jefes de las tropas francesas habían servido de obstáculos á los derechos reales, en lugar de auxiliarlos; que las provincias habían arruinadas con los sumatriaciones de toda especie que habían tenido que hacer para la subsistencia, transporte y alojamiento de las tropas francesas, y con la cesación de todo tráfico de mercancías con otros; que cuantos fondos han podido juntarse, así por los impuestos antiguos como por los arbitrios y nuevos que se han establecido, han sido destinados con preferencia á las necesidades de ejército francés, destruyendo únicamente algunas cortas sumas para la guardia real, la cual casi siempre ha estado en una absoluta necesidad; para la lista civil de S. M., que no ha sido pagada sino en una muy corta parte, y para otras atenciones urgentes. Mas, de modo que si se han pasado viudedades, ni penurias, ni molestias de ninguna especie, y muchas veces ni los de los empleados mas necesarios, por la facilidad con que los ministros mismos han estado en el caso de sacar nubes sin recibir los suenos por ocurrir á las gastos de la guerra.»

«En cuanto á los recursos de que se impone haberse por el Ministerio, aconsejando á impetencia, falta de energía y de firmeza, el plan del Gobierno para con los pueblos el no haberse así, como lo he dicho al Ministro que se han puesto en práctica medidas que permitieron las circunstancias; que es preciso no partir de ideas, para juzgarnos, las circunstancias en que nos hemos hallado, antes que eran pocas las provincias sometidas, y muy raras, o ninguna, la administrada con libertad; que se han exigido contribuciones y empréstitos diarias y empréstitos forzados donde se ha creído necesario, sin que do no pequeños obstáculos, que había sido necesario no cesar de apurar hasta el extremo las provincias sometidas, para conservarlas en su fidelidad, y no dar á las que estaban en insurrección una idea de su suerte que las esperaba en el caso de su rendición; que habían podido efectivamente sacarse mas contribuciones, como lo hacen los generales franceses en las provincias que van á caer, y que, pero que nunca hubieran producido lo suficiente á cubrir todos los gastos del ejército, especialmente demorándose este en el medio ó mas en los mismos parajes; que estas contribuciones no podrían repetirse, como lo enseñará la experiencia en Castilla y León, porque en las primeras se agota todo el numerario existente; y por lo que el modo de que prontamente vuelva á la circulación, sobre todo cuando las tropas están en movimiento, y la caja militar de ventos sus fondos en diversos distantes de donde ha de recogerse, que S. M. I. se convencerá de la imposibilidad de juntar los caudales que sufragan á todas las dependencias de la guerra, por lo que se debe en las provincias que están confiadas á la administración de los franceses, quienes no podrán ser culpados de no haberlos, si de demasiado miramiento para con los pueblos, antes bien de tenerse valerosa de dureza y violencias que ningún gobierno del mundo puede ejercer para con sus propios súbditos, aquellos con quienes ha de vivir, y cuya protección y amparo es su primer deber; y que lo que haya sucedido en Lérida tal vez no podrá servir de ejemplo en otras partes, porque, según he sabido aquí, en aquella plaza, creyéndose muy difícil su conquista, se había depositado el dinero y alhajas de muchos pueblos e iglesias, además de que todavía no se sabe que haya podido satisfacer toda la cantidad que se le ha impuesto.

«Hice presente al Ministro que en Andalucía se habían exigido algunas contribuciones de que yo tenía noticia, pues en Granada, no obstante haberse entregado sin hacer la menor resistencia, se leeron cinco millones de reales con el nombre de préstamo forzoso, y en Málaga mucho mayor cantidad, parte de la cual me acordé haberse aplicado á la caja militar del cuarto cuerpo, que por haberse hallado ausente de Sevilla al tiempo de su rendición, no al exactitud lo que allí se hizo; pero estoy cierto de que se encas- tró.

(6) Memoria de los Eres Azanza y Ofarril, pág. 177.

(7) Algunas de estas cartas fueron interceptadas por las guerrillas cerca de Madrid y se insertaron en la Gaceta de la R. junta de Cadix. Las hemos confrontado con la correspondencia manuscrita del Sr. Azanza, y las hemos encontrado del todo exactas. No aquí las que nos han parecido las mas importantes á F. M. Sr. — Ha llegado el caso de que yo pueda escribir á V. R. e ire á su casa que directamente me voy á ver. Antes de ayer por la tar e tuve una larga conversación con el Sr. Duque de Cadore, ministro de Relaciones exteriores, que anteriormente me habia dicho quería comunicarme algo de orden del Emperador. Referiré todo lo sustancial de esta conferencia, en la cual se tocaron varios puntos, y todos de importancia.

«Me dijo el Ministro que S. M. I. no puede enviar más dinero á España, y es preciso que sea un provecho á la subsistencia y gastos de su ejército, que bastante hace en haber empleado 400.000 franceses en la reducción de España; que la Francia ha agotado su erario, habiendo en el año 41, desde el principio de la guerra, más de 700 millones de libras, que nuestro gobierno no ha hecho uso de los recursos que ofrece el país para juntar fondos; que debieron exigirse contribuciones en Andalucía, especialmente en Sevilla y Málaga, y tambien en Murcia; que S. M. ha impuesto á Lérida una contribucion de seis millones de libras (no estoy cierto si fué esta cantidad ó otra mayor la que me dijo), que debieron confiscarse los efectos ingleses encontrados en Andalucía, y E. M. I. está en el concepto de que solo los de Sevilla habrían importado 40 millones; que debió escarse mucho de la plata de las iglesias y conventos; que en España ha de circular necesariamente mucho dinero del que han introducido los franceses y los ingleses y del que ha venido de América; que el Emperador siempre ha hecho la guerra sacando de los países que ha subyugado toda la mantención y gastos de sus ejércitos; que si no tuviera que emplear tantas tropas en la reducción de la España, habría licenciado muchas de ellas y se habría ahorrado el dispendio que están ocasionando, que los fondos de nuestra tesorería no han tenido la inversión preferente que correspondía, es á saber: pagar las tropas que han de hacer la conquista y pacificación del reino; que ha habido muchas prodigalidades y gastos de lujo, que las prestaciones justas podrían ser suspendidas hasta tiempos tranquilos y felices.

ya le hablaban (8), (son sus palabras). Satisfacción poco duradera y de ninguna resulta. Prolongó su estancia en París hasta Octubre, y nada logró, como tampoco el Marqués de Almenara, que de Madrid corrió en su auxilio por el mes de Agosto. Hubo momentos en que ambos vivieron muy esperanzados; hubo otros en que por lo menos creyeron que se daría á España, en trueque de las provincias del Ebro, el reino de Portugal; ilusiones que al fin se desvanecieron, diciendo Azanza al rey José, en uno de sus últimos oficios (24 de Setiembre) (9):

Rey Sobre esto, sin aprobar ni desaprobar el hecho de Mr. Dufour me dirá solamente que los gobiernos establecidos en Santa Fe y otras provincias han una vez de su parte. Volvire a tratar más de propósito de este asunto luego que tenga oportunidad. 14 de junio de 1841. Amados míos. — Pasa. 19 de Junio de 1841. — Ex. Alentado mió. — El D. Q. DE SANTA FE. — Excmo. Sr. Ministro de Negocios de Santiago. A. D.

LA BEHARR: Me ha parecido conveniente enviar á V. M. abiertas las cartas que he recibido un correo al Ministro de Negocios extranjeros, por el que le he expresado de ellas lo que he pasado á usted. Por fin ya se hallan ya en su poder, y no sé si alguna de las expresiones que se tienen en común á mi hijo, las cartas que V. M. me escribió al Emperador y á la Emperatriz, con motivo del casamiento, han surtido el efecto deseado. Nada me ha habido todavía al Emperador sobre sus impresiones, pero al menos he sido tan útil como bastante querido. El ministro español se halla representado aquí por mucho como antifrancia. El difunto Conde de Fátima cree que se halla acorralado mayormente. Si le creo me he explicado con algunos ministros, y creo que con fruto. Aunque parece haber tal el deseo de unir á la España á las provincias almorávidas, me acorralo del Egipto, y se prepara solo para ello, no se convence una cosa tras otra, según el dictamen de algunos, y se deja pendiente de las cosas de dentro. Digo, señor, que por ahora nada queda de nosotros al Emperador con tanto aliento como el que me he observado a su vez en España. El estado de en esta parte parece que se presta á revoluciones. Debo hacer á Mr. Drouin la moción de que en esta parte hubiera un mayor señalamiento, del mismo acuerdo que haya para voluntad de nuestra parte para hacer por los almorávidas que se desean en esta militar.

En el Cuerno, V. M., que a principios del siglo XX había llegado a decir que el Egipto se despertaba una nueva revolución, muy relativa para los japoneses; él no sabía, que los japoneses habían a V. M., se levantaron en contra de él. Concluyó V. M., el saber una que me sea absurda, y como perjudicial al país, a él le fue a tomar a un camino. Y espero que siempre sea ida no tenga culpa en ninguna persona de aquí, y que sea prontamente, porque carece hasta de veracidad. Así.

Das veces he hablado al Príncipe de Neuchâtel sobre la carta queja
dada por V. M. contra el mariscal Ney. En la primera me dijo que
el Emperador no le habia entregado la carta de V. M., y despues
que no era de su deber la constitucion del Mar-ssal, y en la segunda me
respondio que tal vez podria haberse enmendado.

Se ha sostenido aquí, por algunos días, la opinión de que los nuyos no tienen a de trasladar su asiento al territorio de aquel país al Imperio francés; pero ahora se cree que no se llegará a esta extremidad.

Se con satisfacción que la Reina, mi señora, experimenta algun
alivio en las aguas de Plombières. Las señoras y señores que van muy
buena salud. He oído que la Reina de Roma está enferma de be-
ceno, en Madrid, en Plombières. Quedo, como siempre, con el más
profundo respetuoso. — Señor. — De V. M. el más humilde, obedi-
ente y fiel súbdito. — El Duque DE SANFAYE — París, 70 de Junio
de 1810

(9) París, 72 de Setiembre de 1810.—Señor.—Según nos ha dicho a V. M. el Príncipe de Neuchâtel, admiro de haberse declarado a V. M. correspondiendo el mundo allí tan de equal altura afortunado que quisiera lo se va a formar uno en Madrid y aun coronados, que estará a sus inmediatas órdenes; pero todavía nada ha conseguido V. M. sobre la abstención de los gobiernos militares, y resistiendo a V. M. de la administración civil. Sobre estos instantes tenebo, comunicando que es el punto más por mí deseado. Nos ha dicho también el Príncipe que ha comunicado órdenes muy estrechas, dirigidas a impedir las disrupciones de los generales franceses, y que se examina la conducta de algunos de ellos, como Bachelot y

El Inapio de Cadore, en una conferencia que tuvieron el miércoles, manifestó expresamente que el Emperador exigía la cesión de las provincias que se hacían del libro, por indemnización de lo que la Francia le había dado y prometido en grito y dinero para la conquista de España. No se trata de darnos el Portugal en compensación. Nos dicen que a esto se le ablandó cuando este no estuvo aquel país, y que aún entonces se menester a rescatar la opción de sus habitantes, que es lo mismo que rebuñarlo enteramente. El Emperador no se contenta con tomar las provincias más a del libro, que quiere que sean cedeñas. No sabemos si deseará de esto, como los portugueses. Querido con tanta profunda respeto, etc.— En la del pro. irrefundido de la manifiesta de D. Miguel José de Ambrós, nombrado por el rey José cuando de Santa Fe.

Entre las cartas recibidas por los guerrilleros habia algunas en cifra, las cuales le fueron entregadas en su correspondencia del autor Aznar, y nada afunden de guerrilleros.

«El Duque de Cadore (Champagny), en una conferencia que tuvimos el miércoles, nos dijo expresamente que el Emperador exigía la cesión de las provincias de mas acá del Elbro por indemnización de lo que la Francia ha gastado y gastará en gastos y dinero para la conquista de España. No se trata de darnos á Portugal en compensación. El Emperador no se contenta con retener las provincias de mas acá del Elbro; quiere que le sean cedidas.»

Fuéronse, por lo mismo, éstas organizando á la manera de Francia, en cuanto lo permitian las vicisitudes de la guerra, y cierto que la providencia de su incorporación al imperio, se hubiera mantenido inalterable, si las armas no hubieran traicionado los designios de Napoleon. Suerte aquella, la de prever después de los acontecimientos de Bayona en 1808, según los cuales, y atendiendo á la ambición y poderío del Emperador de los franceses, necesariamente el gobierno de José, privada de voluntad propia, tenía que sujetarse á fatal servidumbre de nación extraña.

En una de las primeras cartas de la citada correspondencia (10) de D. Miguel de Azanza haviase de un suceso que por entonces hizo gran ruido en Francia, y cuyo relato tambien es de nuestra incumbencia. Fué, pues, una tentativa, hecha en vano, para que pudiese el rey Fernando escaparse de Valençey. Habíase propuesto varios de estos planes al gobierno español, los cuales no adoptó éste por inasequibles, 6 por lo ménos no tuvieron resulta. En la actual ocasion tomó origen semejante proyecto en el gabinete británico, siendo móvil y principal actor el Baron de Kolly, empujando ya ántes otras condiciones secretas. Muchos han tenido á éste por irlandés, y así lo declaró él mismo; pero el general Savary, bien enterado de tales negocios, nos ha asegurado que era francés y de la Borgoña.

Kolly pasó á Inglaterra para ponerse de acuerdo con aquel ministerio, del cual era individuo el Marqués de Wellesley, después de su vuelta de España. Diéronsele á Kolly los medios necesarios para el logro de su empresa, y papeles que acreditaban su persona y comprobaban la veracidad de sus asertos. Desembarcó en la bahía de Quilberon, acercándose tambien á la costa una escuadrilla inglesa, destinada á tomar á su bordo á Fernando. El ségunda partió Kolly á Paris para dar comienzo á la ejecución de su plan, de difícil éxito, ya por la extrema vigilancia del gobierno francés, ya por el poco animo que para evadirse tenían el Rey y los infantes.

No hemos hablado de aquellos principes despues de su confinamiento en Valencey. Su estancia no habia hasta ahora ofrecido hecho alguno notable.

(70) Paris, 18 de Mayo de 1810.—Excmo. Sr.—Es Imponderable la Impresion que han hecho en Francia las noticias políticas que se han desmenuado sobre la aprehension del embaixador inglés, Barón de Kolly, en Valençey, y las cartas recibidas por el Príncipe de Asturias, cuando ya estaba en Francia, en todas las parvas en que hablaban de veto, el vilipendio del comercio de las almiduras. Lo que me satisface por mas y mas es ver que Kolly fue enviado a aquel, donde se hallaba ya muchos años, para ofrecer sus servicios a la Corona de Francia, y que consiguiera engañarla perfectamente. El Príncipe, por su parte, me ha asegurado y hecho demostrable que yo me paca con todas las pérdidas, se cree, no obstante, que el Vir-rey está perdido en su país, que tal vez está con la mano de su hermano Luciano. El Príncipe de Blois, que ha estado muchos días en Valençey, me ha dicho que me es verosímil, y que el mismo lo vió una vez en una sala, como me lo dice por el Emperador al Príncipe en términos bastante ambiguos, y a consecuencia que le cumplirá a todas las ofertas hechas en Valençey. El Príncipe ha estado por el de Valençey, y dice que se le da guerra a la tierra, aunque no sé si la ha en las fronteras de Alemania, y que a las de España e Italia, y ya meciéndole de enlax y de apoyar la mano en la espada, y me he ido con mucha satisfacción al país de la Dux, de la Savoy, de la Suiza, de Niza, y de Ginebra, y de la Escocia de la correspondencia manuscrita del Sr. Arce.

Apnas en su vida diaria se habian desviado de la modestia y tinte que llevaban en la corte de España. Inventaban á veces en obras de manos, particularmente el infante D. Antonio, muy aficionado á las de tomas, y de cuando en cuando la Princesa de Lebraynd les distraia con saraos u otros entretenimientos. No les agradaba mucho la lectura, y como en la biblioteca del palacio se veian libros que, en el concepto del citado infante, eran peligrosos, prematuros este continuamente en busca para impedir que sus sobrinos entrasen en apasionamientos honnides, á su entender, de oculta filosofía. Años lo ha estado el mismo Príncipe de Tallvrand. Salian poco del circuito del palacio, y las más veces en coche, llegando á punto la desconfianza de la política francesa, que con tratos indignos de todo gobierno, casi siempre les estorbaba el ejercicio de su dhallo.

La familia que los acompañó en su destierro, ántes de cumplirse el año fue separada de su lado, continuando algunos de sus individuos á varias ciudades de Francia, entre ellas el Duque de San Carlos y la condesa. Que lo solo D. Juan Amozaga, pariente del amigo; hombre, con apariencia de honrado, de ocultos negocios, y barto villano para hacerse confiante y extraer de la policía francesa.

En tal situación y con tantas trabas, dificultoso era acercarse a los príncipes sin ser descubierto, y más que todo llevar á feliz término el proyecto mencionado. Ni tanto se necesitó para que se lograse. Kelly, á pocos días de llegar á París, fue preso, habiendo sido vendido por un pseudo-realista y por un tal Richard, de quien se había fiado. Metido en Vauvenargues el 24 de Marzo, y no tardó en tener un colega en Fouquier, ministro de la Policía general. Admirándose este de que hombres de buen seso hubiesen comprendido semejante tentativa, imposible, decía, de realizarse, no solo por las dificultades que en sí misma ofrecía, sino también porque Fernando no hubiera consentido en su fuga.

Si embarcan, aun me estuviese de ello bien persuadida la policía francesa, quisiera sus planes de asegurarle aún más, ya fuera para contentar el ánimo de los príncipes, ó ya quiza para tener motivo de tomar con sus personas alguna medida rigurosa. En consecuencia se propuso á Kelly el ir á Valencia y hablar á Fernando de su proyecto, diciéndole la política la infame de tal comision con el pretexto de que así se desengañaría Kelly, y ver á cuál era la verdadera voluntad del Príncipe. Prometiéndole, en recompensa, la vida y asegurar la sueta de sus hijos. Deseché honorablemente Kelly, pensando tan la persona humana, y de resultados volvió donde vino antes, donde continuó encerrado hasta la caída de Napoleón, siendo de admirar no pasase más allá su cargo.

La policía, no obstante la repulsa del Baron, no desistió de su intento, y queriendo probar fortuna, envió a Valency al hijo de Richard, haciéndole pasar por el mismo Kelly. Abercromby presentó en él de Abern con Amezaga el defraudado zepia; mas los pocos, refusingo dar oídos á la proposición, de transacción á Richard, como emisario inglés, al gobernador de Valency Mr. Berthamy, ora porque en realidad no se atrevieran á arrostrar los peligros de la huida, ora mas bien porque sospecharán ser Richard un celadizo de la policía. Terminase aquí este negocio, en el que no se sabe si fue mas de maravillar la candia de Kelly, ó la confianza del gobierno inglés en que saliera bien una empresa rodeada de tantas dificultades y escollos.

Publicare en el Monitor, con la mira, sin duda, de dársela á Fernando, una relación del hecho, acompañada de documentos, y antes en el mismo año se habían ya publicado otros, de que insertamos parte en las notas de los libros anteriores. Entre aque- llos de que aun no hemos hablado, parece notable una carta que Fernando había escrito á Napo- leon en 6 de Agosto de 1809 (11), felicitando e por sus victorias. Notable tambien fué otra de 4 de Abril de 1810 (12), del mismo Principe á Mr. Barthé- my, en que decía: «Lo que ahora ocupa mi aten- ción es para mí un objeto de mayor interés. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el Empe- rador, nuestro soberano. Yo me creo merecedor de esta adopción, que verdaderamente haria la felici- dad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la augusta persona de S. M., como por mi sumisión y entera obediencia á sus intenciones y deseos.» No se espasricen mucho por España estos papeles, y aun los que los leían considerábanlos como parti- do de venta de Napoleon. A no ser así, ¿que tiera lo contrario no hubiera resaltado entre la conducta del Rey y el heroísmo de la nación?

LIBRO DUODÉCIMO.

[illegible]

(11) *Carta de Fernando VII al Emperador, en 4 de Agosto de 1809*
 Madrid. — El Emperador me ha mandado poner en las papeles publicas una
 pluma a la cual me ha permitido poner como nuevo por la voz de
 Fernando VII y M. y R. y el primer nombre que le he puesto al homi-
 ne, al G y Y y en la caudal de V. M. y R. me estubian a
 felicitarme con la guerra, la amor, la concordia y me me tanto en
 que me me basaba la guerra de V. M. y R.

Mi hermano y yo fuimos sacados que oíamos a V. M. en res-
 puestas breves, y se volvió al que tenía el honor de ser con la A.
 de la y repetimos con el mismo, señor, de V. M. I. y E. el más in-
 cumbie y más obedi a servir. P. Naxos — Valencia, 6 de
 Agosto de 1809. (Monitor de 1 de Febrero de 1810)

(12) Carta inserta en el *Monitor* de 26 de Abril de 1810.

chea. — Mas, según incomodado siempre por los españoles. — Bar-
 rera gloriosa de La Bial. — Y de varios puntos de la costa. —
 Guerra en el Amporau. — Eroles manda allí. — Campoverde en
 Girona. — Otro conroy para Barcelona. — No adelantan los ene-
 migos en el alto de Tortosa. — Conroyes que van allí de Maqui-
 nista. — Los atan los españoles. — Carvajal en Aragón. — Villa-
 campa infatigable en guerrear. — Andorra. — Las Cuercas. — Al-
 ventosa. — Combates de la Puente. — Nuevos conroyes para
 Tortosa. — Combates parciales. — Los españoles desahogados de
 Paest. — Movimiento de Bassacourt. — Acción de Ulldecona. —
 Ma d'ull i esport a Barcelona y se acerca a Tortosa. — Portu-
 lla el año su her. — Deja O'Donnell el mando. — Partidas en lo
 interior de España. — En Andalusia. — En Castilla la Nueva. —
 En la villa la Ynga. — Santander y provincias Vascongadas. —
 Expedición de Benavides a la costa cantábrica. — Navarra, Euzo-
 y Mena. — Cortes. — Remite la Regencia en convocarlas. — Cla-
 mour general por ellas. — Las piden dignadas de las juntas de provin-
 cia. — Decreto de convocación. — Júbilo general en la nación. —
 Dudas de la Regencia sobre convocar una segunda cámara. —
 Costumbres antiguas. — Opinión común en la nación. — C. n. lla
 do la Regencia al Consejo reunido. — Respuesta de éste. — Voto
 particular. — Consulta del Consejo de Estado. — No se convoca
 segunda cámara. — Modo de elección. — El antiguo de España. —
 Poderes que se dan a los diputados. — Llámase a las Cortes dipu-
 tados de las provincias de América y Asia. — Elección de suplentes. —
 O. n. lla sobre esto en Cádiz. — Parto que toma la mocedad. —
 Enojio de los enemigos de reformas. — Número que acude a las
 elecciones. — Tensión de la Regencia. — Restablece todos los Con-
 sejos. — Quiere el Consejo Real intervenir en las Cortes. — No lo
 consiente. — Se faja el 24 de Setiembre para la instalación de
 Cortes. — Comisión de poderes. — Congojosa esperanza de los
 andalusíes.

Proseguían los franceses en su intento de invadir el reino de Portugal y de arrojar de allí al ejército inglés, operación no ménos importante que la de apoderarse de las Andalucías, y de más dificultosa ejecución, teniendo que lidiar con tropas bien disciplinadas, abundantemente provistas y amparadas de obstáculos que á porfía les prestaban la naturaleza y el arte. Destinaron los franceses para su empresa los cuerpos sexto y octavo, ya en Castilla, y el segundo, que luego se les juntó, yendo de Extremadura. Formaban los tres un total de 66.000 infantes y unos 6.000 caballos. Nombróse para el mando en jefe al Duque de Rivoli, el célebre mariscal Masséna.

Antes de pisar el territorio portugués, forzoso les era á los franceses no sólo asegurar algún tanto su derecha, como ya lo habían practicado, metiéndose en Asturias y ocupando á Astorga, sino también enseñorearse de las plazas colocadas por su frente. Ofrecíase la primera á su encuentro Ciudad-Rodrigo, la cual, después de varios reconocimientos anteriores, y de haber hecho á su gobernador inútiles intimaciones, embistieron de firme en los últimos días del mes de Abril.

Á la derecha del Águeda, y en paraje elevado, apenas se puede contar á Ciudad-Rodrigo entre las plazas de tercer orden. Circuida de un muro alto antiguo y de una falsabrega, dominaba al norte, y distante unas 200 toesas, el teso llamado de San Francisco, habiendo entre éste y la ciudad otro más bajo con nombre del Calvario. Cuéntanse dos arrabales: el del Puente, al otro lado del río, y el de San Francisco, bastante extenso, y el cual, colocado al nordeste, fué protegido con atrincheramientos; se fortificaron, además, en su derredor varios edificios y conventos, como el de Santo Domingo, y también el que se apellida de San Francisco. Otro tanto se practicó en el de Santa Cruz, situado al noroeste de la ciudad, y por la parte del río se levantaron estacadas y se abrieron cortaduras y pozos de lobo. Despejéronse los aprches de la plaza y se construyeron algunas otras obras. Se carecía de almacenes y de edificios á prueba de bomba, por lo que hubo de cargarse la bóveda de la catedral y depositar allí y en varias bodegas la pólvora, como sitios más resguardados. La población constaba en-

tónces de unos 5.000 habitantes, y ascendía la guarnición á 5.498 hombres, incluso el cuerpo de urbanos. Se metió también en la plaza, con 240 jinetes, D. Julian Sanchez, é hizo el servicio de salidas. En gobernador D. Andres Perez de Herrasti, militar antiguo, de venerable aspecto, honrado y de gran bizarría, natural de Granada, como Alvarez de Girona, y que así como él, había comenzado la carrera de las armas en el cuerpo de guardias espa-
 ñolas.

Confían también los defensores de Ciudad-Rodrigo en el apoyo que les daría lord Wellington, cuyo cuartel general estaba en Viseo y se adelantó después á Celórico. Su vanguardia, á las órdenes del general Crawford, se alojaba entre el Agueda y el Coa, y el 19 de Marzo, en Barba del Puerto, hubo, entre cuatro compañías suyas y unas 60 franceses que cruzaron el puente de San Felices, un refido choque, en el que, si bien sorprendidos al principio los aliados, obligaron, no obstante, a seguir á los enemigos á replegarse á sus puentes. Unióse en Mayo á la vanguardia inglesa la división española de D. Martin de la Carrera, apostada á las órdenes hacia San Martin de Trevejos.

Viniendo sobre Ciudad-Rodrigo, aparecieron los franceses el 25 de Abril via de Valdecarriz, y establecieron sus estancias desde el cerro de Matagorda hasta la Casablanca. Desembarcaron igualmente gruesas partidas por el camino de Zamorra, y continuando en acudir hasta Junio tropas de todos lados, llegaron á juntar más de 50.000 hombres, que se componían de los ya nombrados sexto y octavo cuerpos y de una reserva de caballería, que guiaban el mariscal Ney y los generales Junot y Mont Brun. El primero había vuelto de Francia y tomado el mando de su cuerpo, con la esperanza de ser el jefe de la expedición de Portugal. Por demás hubiera sido emplear tal enjambre de aguerridos soldados contra la sola y débil plaza de Ciudad-Rodrigo, si no hubiera estado cerca el ejército anglo-portugués.

Tuvo el sexto cuerpo el inmediato cargo de ceñir la plaza; situóse el octavo en San Felices y su vecindad; se extendió la caballería por ambas orillas del Águeda. Pasó el mes de Mayo en escaramuzas y choques, distinguiéndose varios oficiales, y sobre todos D. Julian Sanchez. Maravillóse de las buenas disposiciones y valor de éste el comandante de la brigada británica Crawford, que desde Gallegos había pasado á Ciudad-Rodrigo, á conferenciar con el Gobernador. Era el 17 de Mayo, y de vuelta á su campamento escoltaba al inglés Sanchez, cuando se agolpó contra ellos un grueso trozo de enemigos. Juzgaba Crawford prudente retroceder á la plaza; mas D. Julian, conociendo el terreno, disuadió de tal pensamiento, y con impensado arrojo, acometiendo al enemigo en vez de aguardarle, le ahuyentó, y llevó salvo á sus cuarteles al general inglés.

Intimaron el 12 de nuevo los franceses la rendición, y Herrasti, sin leer el pliego, contestó que excusaban cansarse, pues ahora no trataría sino á balazos.

Los enemigos, después de haber echado dos puentes de comunicación entre ambas orillas y completado sus aprestos, avivaron los trabajos de sitio al principiar Junio.

El 6 verificaron los cercados una salida, mandada por el valiente oficial D. Luis Minayo, que causó bastante daño á los franceses, é hicieron hoyos en las huertas llamadas de Samaniego, en donde se escondían sus tiradores, incomodando con sus fuegos

á nuestras avanzadas. Continuaron adelantando los franceses sus apostaderos, y á su abrigo, en la noche del 15 al 16 de Junio abrieron la trinchera que arrancaba en el mencionado teso, y que los enemigos dilataron, aunque á costa de mucha sangre, por su derecha y por el frente de la plaza. Cuatrocientos hombres de las compañías de cazadores y el batallón de voluntarios de Avila, capitaneados por el entendido y valeroso oficial D. Antonio Vicente Fernandez, se sostuvieron en los muchos reencuentros que hubo, sostenidos siempre por nuestra parte con gloria.

Teniendo ya los enemigos el 22 muy adelantadas sus líneas, y de modo que imposibilitaban el manobrar de la caballería, resolviéndose que D. Julian Sanchez saliese del recinto con sus lanceros y se uniese á D. Martin de la Carrera. Ejecutóse la operacion con intrepidez, y el denodado Sanchez, á la cabeza de los suyos, dirigiéndose á las once de la noche por la delosa de Marti-Hernando, forzó tres líneas enemigas con que encontró, y matando y atropellando, logró gallardamente su intento.

Acometieron los sitiadores en la noche del 23 el arrabal de San Francisco, y en especial los conventos de Santo Domingo y Santa Clara, pero fueron rechazados. Lo mismo practicaron en el arrabal del Puente, si bien tuvieron igual ó semejante suerte. A la verdad no fueron éstos sino simulados ataques.

Apareció como verdadero el que dieron contra el convento de Santa Cruz, situado, segun queda dicho, al noroeste de la plaza. Cercaronlo, en efecto, por todos lados, de noche, escalaron las tapias de su frente, y quemando la puerta principal, se metieron en la iglesia, á cuyas paredes aplicaron camisas embreadas. Pensaron en seguida asaltar el cuerpo del edificio, en donde se alojaba la tropa que guarnecía el puesto, y que constaba de 100 soldados, á las órdenes de los capitanes D. Ildefonso Prieto y D. Angel Castellanos. Los defensores repelieron diversas acometidas, y habiendo de antemano y con maña practicado una cortadura en la escalera de subida, al trepar por ella con esfuerzo los granaderos franceses, quitaron los nuestros unos tablones que cubrian la trampa, y cayeron los acometedores precipitados en lo hondo, en donde perecieron miserablemente, junto con un brioso oficial que los capitaneaba, el sable en una mano y en la otra una hacha de viento encendida. Duró la pelea cerca de tres horas, firmes los españoles, aunque rodeados de enemigos y casi chamuscados con las llamas que consumian la iglesia contigua. Recelosos los franceses con lo acaecido en la escalera, no osaban penetrar dentro, y al fin, fatigados de tal porfía, y expuestos tambien al fuego continuo de la plaza, se retiraron, dejando el terreno bañado en sangre. Hicieron á nuestras armas con su defensa las tropas del convento de Santa Cruz; fué su accion de las más distinguidas de este sitio.

Ocupados hasta ahora los franceses en los ataques exteriores y en sus preparativos contra la plaza, molestados asimismo y continuamente por los sitiados, y prevenidos á veces en sus tentativas, no habian aun establecido sus baterías de brecha. Atrásó tambien las operaciones el haberse retardado la llegada de la artillería gruesa, detenida en su viaje á causa del tiempo, que, lluviosísimo, puso intranquilos los caminos.

Por fin, listos ya los franceses, descubrieron el 25 de Junio siete baterías de brecha, coronadas de 46 cañones, morteros y obuses, que con gran furia empezaron á disparar contra la ciudad balas, bom-

bas y granadas. Se extendia la línea enemiga desde el teso de San Francisco hasta el jardin de Samaniego.

Respondió la plaza con no menor braveza, acudiendo en ayuda de la tropa el vecindario, sin distincion de clase, edad ni sexo. Entre las mujeres sobresalió una del pueblo, de nombre Lorenza, herida dos veces, y hasta dos ciegos, guiado uno por un perro fiel que le servia de lazarillo, se emplearon en activos y utiles trabajos, y tan joviales siempre y risueños entre el eillar y granizar de las balas, que gritaban de continuo en los parajes más peligrosos: «Animo, muchachos; ¡viva Fernando VII! ¡Viva Ciudad-Rodrigo!»

Los enemigos dirigieron el primer día sus fuegos contra la ciudad para aterrarla, y empezaron el 26 á batir en brecha el torreón del Rey, que del todo quedó derribado en la mañana siguiente. Hicieron los españoles, por su parte, grande estrago, bien manejada su artillería, cuyo jefe era el brigadier D. Francisco Ruiz Gomez.

El 28 intimó de nuevo el mariscal Ney la rendicion á la plaza, y habiendo ya entonces llegado al campo francés el mariscal Massena, que antes habia pasado por Madrid á visitar á José, hizo á su nombre dicha intimacion, honorífica, si, aunque amenazadora. Contestó dignamente Herrasti, diciendo, entre otras cosas: «Después de cuarenta y nueve años que llevo de servicios, sé las leyes de la guerra y mis deberes militares.... Ciudad-Rodrigo no se halla en estado de capitular.»

Sin embargo, imaginándose el oficial parlamentario que parte de la confianza del Gobernador pendia de la esperanza de que le socorriese lord Wellington, propúsole entonces de palabra despachar á los reales ingleses un correo, por cuyo medio se cerciorase de cual era el intento del general aliado. Convino Herrasti, mas Ney, sin cumplir lo ofrecido por su parlamentario, renovó el fuego y adelantó sus trabajos hasta 60 tocasas de la plaza.

Descontento el mariscal Massena con el modo adoptado para el ataque, mejoróle y trazó dos ramales nuevos hácia el glácis y enfrente de la portada del Rey, rematándolos en la contrascarpa del foso de la falsabraga. Desde allí socavaron sus soldados unas minas para volar el terreno y dar proporcion más acomodada al pié de la brecha. Continuaronlos algun tanto los nuestros, y los ingenieros, bien dirigidos por el teniente coronel D. Nicolas Verdugo, abrieron una zanja y practicaron otros oportunos trabajos, contrarestando al mismo tiempo la plaza con todo género de proyectiles los esfuerzos de los enemigos.

En el intermedio, en vano éstos habian acometido repetidas veces el arrabal de San Francisco. Constantemente rechazados, sólo lo ocuparon el 3 de Julio, en que los nuestros, para reforzar los costados de la brecha, lo habian ya evacuado, excepto el convento de Santo Domingo.

El Gobernador, siempre diligente, velaba por todas partes, y el 6 ideó una salida, á cargo de los capitanes D. Miguel Guzman y D. José Robledo, cuyas resultas fueron gloriosas. Empezaron los nuestros su acometida por el arrabal del Puente, y despues, corriendo al de San Francisco por la derecha del convento de Santo Domingo, sorprendieron á los enemigos, les mataron gente y destruyeron muchos de sus trabajos.

Con esto, enardecidos los españoles, cada día se empeñaban más en la defensa. Sustentábalos tambien todavía la esperanza de que viniese á su so-

corro el ejército inglés, no pudiendo comprender que los jefes de éste, tan numeroso y tan inmediato, dejasen á sangre fría caer en poder de los franceses plaza que se sostenía con tan honroso denuevo. Salíó, no obstante, fallida su cuenta.

Las baterías enemigas crecieron grandemente, y el 8 algunas de ellas enfilaban ya nuestras obras. La brecha abierta en la falsabraca y en la muralla alta de la plaza ensanchóse hasta 20 toesas, con lo que, y noticioso el Gobernador de que los ingleses, en vez de aproximarse, se alejaban, resolvió el 10 capitular, de acuerdo con todas las autoridades.

A la sazón preparábanse los enemigos á dar el asalto, y tres de sus soldados arrojadamente se habían ya encaramado para tautear la brecha. Enarbolada por los nuestros bandera blanca, salió de la plaza un oficial parlamentario, quien, encontrándose con el mariscal Ney, volvió luego con encargo de éste de que se presentase el Gobernador en persona, para tratar de la capitulación. Condescendió en ello Herrasti, y Ney, recibiendo bien y elogiándolo por su defensa, añadió que era excusado extender por escrito la capitulación, pues desde luego la concedía amplia y honorífica, quedando la guarnición prisionera de guerra.

El mariscal Ney dió su palabra en fe de que se cumplía lo pactado, y segun la noticia que del sitio escribió el mismo Herrasti, llevóse á efecto con puntualidad. Fueron, sin embargo, tratados rigurosamente los individuos de la Junta, porque, encarcelados con ignominia y llevados á pie á Salamanca, trasladáronlos despues á Francia.

En este asedio quedaron de los españoles fuera de combate 1.400 soldados; del pueblo, unos 100. Perdieron, por lo ménos, 3.000 los franceses. Massena encomió la defensa, pintándola como de las más porfiadas. «No hay idea (decía en su relacion) del estado á que está reducida la plaza de Ciudad-Rodrigo; todo yace por tierra y destruido; ni una sola casa ha quedado intacta.»

Envió á los españoles el que el ejército inglés no socorriese la plaza. Lord Wellington había venido allí desde el Guadiana, dispuesto y áun como comprometido á obligar á los franceses á levantar el sitio. No podía, en este caso, alegar la habitual disculpa de que los españoles no se defendían, á de que estorbaban con sus desvarios los planes bien meditados de sus aliados. El Marqués de la Romana pasó de Badajoz al cuartel general de lord Wellington, y unió sus ruegos á los de los moradores y autoridades de Ciudad-Rodrigo, á los del gobierno español, y áun á los de algunos ingleses. Nada bastó. Wellington, resuelto á no moverse, permaneció en su postura. Los franceses, aprovechándose de la conjuntura, procuraron sembrar zizafia, y el *Monitor* decía: «Los clamores de los habitantes de Ciudad-Rodrigo se oían en el campo de los ingleses, seía legua distante; pero éstos se mantuvieron sordos.» Si nosotros imitásemos el ejemplo de ciertos historiadores británicos, abríásemos ahora ancho campo para corresponder debidamente á las injustas recriminaciones que con largueza y pasión derraman sobre las operaciones militares de los españoles. Pero, más impatientes que ellos, y no tomando otra guisa sino la de la verdad, asentáremos, al contrario, preescindiendo de la vulgar opinion, que lord Wellington procedió entonces como prudente capitán, si para que se levantase el sitio era necesario aventurar una batalla. Sus fuerzas no eran superiores á las de los franceses, carecían sus soldados de la movilidad y presteza convenientes para manio-

brar al raso y fuera de posiciones, no teniendo tampoco todavía los portugueses aquella disciplina y costumbre de pelear que da confianza en el propio valor. Ganar una batalla pudiera haber salvado á Ciudad-Rodrigo, pero no decidía del éxito de la guerra; perderla destruía del todo el ejército inglés, facilitaba á los enemigos el avanzar á Lisboa, y daba á la causa española un terrible, ya que no un mortal golpe. Con todo, la voz publica ataca con sus quejas los oídos del Gobierno, calificando, por lo ménos, de tibia indiferencia la conducta de los ingleses. Don Martín de la Carrera, partiéndose del comun enfado, se separó, al rendirse Ciudad-Rodrigo, del ejército aliado, y se unió al Marqués de la Romana.

Envío en seguida el mariscal Massena algunas fuerzas que arrojase allende las montañas al general Mahy, que había avanzado y estrechaba á Astorga. Retírase el español, y el general U. Carr atacó en Alcañices á Echevarría, que de intendente se había convertido en partidarío, y tenido ya anteriormente reencuentros con los franceses. Detúvose dicho Echevarría en el pueblo con tenacidad y de casa en casa. Arrojado, en fin, perdió en su retirada bastante gente, que le acuchilló la caballería enemiga.

Por entonces quisieron también los franceses apoderarse de la Puebla de Sanabria, que ocupaba, con alguna tropa, D. Francisco Taboada y Gil. Aquella villa, sólo rodeada de muros de corto espesor, y guarnecida de un castillo poco fuerte, ya vimos cómo la entraron sin tropiezo los franceses al retirarse de Galicia, habiéndola despues evacuado. Su conquista no les fué ahora más difícil. Taboada la desamparó, de acuerdo con el general Silveira, que mandaba en Braganza. Escasóronse, por tanto, de ella el general Serras, y creyendo ya segura su posesion, se retiró con la mayor parte de su gente, y sólo dejó dentro una corta guarnición.

Enterados de su ausencia los generales portugueses y español, revolvieron sobre la Puebla de Sanabria el 3 de Agosto, y despues de algunas refregas y acometidas, la recuperaron en la noche del 9 al 10. Cayó prisionera la guarnición, compuesta de suizos, á los que se les prometió embarcarlos en la escuadra, bajo condicion de que no volverian á tomar las armas contra los aliados.

En breve tornó, y de prisa, en auxilio de la plaza el general Serras, con 6.000 hombres. A su llegada estaba ya rendida, pero Taboada y Silveira juzgaron prudente abandonarla, no teniendo bastantes fuerzas para resistir á las superiores de los enemigos. Lleváronse los prisioneros, y Serras de nuevo se posesionó de la villa y su castillo, cuya anterior toma, con la pérdida de los suizos, le costaba más de lo que militarmente valía.

Comenzó, entre tanto, el mariscal Massena la invasion de Portugal. Pasáronos á hablar, aunque con rapidez, de acontecimiento de tanta importancia, refiriendo ántes los preparativos y medios de defensa que allí había, como también de la situacion de aquel reino.

Despues de la evacuacion que en el año pasado de 1809 efectuó el mariscal Soult de las provincias septentrionales de Portugal, pudo aseverarse que ni esta nacion ni su ejército habían tomado parte activa ó directa en la lucha peninsular. Acharcáron algunos la culpa á la flojedad del gobierno de Lisboa, y muchos al influjo que ejercía la Inglaterra, cuyo gabinete acabó por ser árbitro de la suerte de aquel país, no conviniendo á la política bri-

tánica, según se creía, el que se estableciese íntima unión entre Portugal y España. Hubo de los gobernadores del reino (nombre que se daba á los felicitados de la regencia portuguesa) quien se disgustó de tal predominio, y así se verificaron por este tiempo mudanzas en las personas que componían aquella corporación. El Marqués de las Minas se retiró, y se agregaron á los que quedaban otros gobernadores, de los que fué el más notable y principal Souza, hermano de los embajadores portugueses residentes en el Brasil y en Londres. Poco después, en Setiembre, entró también en la Regencia sir Carlos Stuart, á la sazón embajador de Inglaterra en Lisboa. Del ejército, además del mando inmediato dado á Bunsford, disponía en jefe, como mariscal general de Portugal, lord Wellington, independiente del Gobierno, y absoluto en todo lo relativo á la fuerza combinada anglo-portuguesa, de cualquiera clase que fuese. Igualmente se confirió la dirección suprema de la marina al almirante inglés Berkeley. En fin, el gabinete del Brasil, ó por mejor decir, las circunstancias, arreglaron de modo la administración pública de Portugal, que, conforme á la expresión de un historiador inglés, en esta parte nada se pechaba, aquel reino (1) ésté reducido á la condición de un estado feudatario.

Por lo mismo, no con mayor resignación que el Marqués de las Minas, se sometían algunos de los otros gobernadores del reino, aun de los nuevos, á la intervención extranjera. Las reyertas eran frecuentes y vivas, echando los ingleses en cara al gobierno de Lisboa que, en vez de remover obstáculos, los aumentaba, entorpeciendo la ejecución de medidas las más cumplidas. Pero tales quejas partían, á veces, de apasionada irreflexión, pues si bien ciertas resoluciones de los comandantes británicos solían ser eficaces para el éxito final de la buena causa, producían por el momento incalculables males, poco sentidos por extranjeros, que sólo miraban los campos lustrados como teatro de guerra, y deseaban los clamores de un país que no era su patria.

Lord Wellington, para hacer frente á tantas dificultades, y no abrumado con la grave carga que pesaba sobre sus hombros, desplegó asombrosa firmeza y se mostró invariable en sus determinaciones, suministrando gran sostenimiento la suprema autoridad de que estaba provisto, y los socorros y dinero que la Inglaterra profusamente derramaba en Portugal.

De antemano había lord Wellington meditado un plan de defensa y elevádolo al conocimiento del gobierno británico, después de examinar detenidamente los medios económicos y militares que para ello deberían emplearse. Extendió su dictámen en un oficio dirigido á lord Liverpool, obra maestra de previsión y maduro juicio. El gabinete inglés, desazonado con la paz de Austria y el desastroso resultado de la expedición de Walcheren, había vacilado en si continuaría ó no protegiendo con esfuerzo la causa peninsular, pero atraído de las razones de Wellington, apoyadas con elocuencia y sabidas por su hermano, el Marqués de Wellesley, miembro ahora de dicho gabinete, accedió al fin á las propuestas del general británico. Según ellas, debiendo aumentarse el ejército anglo-portugués, tenían que ser mayores los gastos y que concederse nuevos subsidios al gobierno de Lisboa.

Aprobado, pues, en Londres el plan de Wellington, en breve contó éste con una fuerza armada bastante numerosa. Había en la Península, no incluyendo los de Gibraltar, cerca de 40,000 ingleses, y dejando aparte los enfermos y los cuerpos que contribuían á guarnecer á Cádiz, quedábanle por lo ménos al general británico de 26 á 27,000 hombres de su nación. Dividíase la gente portuguesa en reglada, de milicias y en ordenanzas, las últimas mal portecidas y compuestas de primanaje. Los estados que de toda la fuerza se formaron tuvieronse por muy exagerados, y según un cómputo prudente, no pasaba la milicia arriba de 26,000 hombres, y el ejército de 30,000. No es fácil enumerar con puntualidad la fuerza real de las ordenanzas. Por manera que casi al comenzar la campaña hallábanse ya bajo el mando de lord Wellington unos 30,000 hombres, bien mantenidos, armados y dispuestos, con los que, apoyados por las ordenanzas, á sea la población, debían defenderse el reino de Portugal.

El subido con que á éste acudía la Gran Bretaña llegó á ascender por año á cerca de un millón de libras esterlinas. Royaba el costo del ejército puramente británico en la suma de 1,800,000 libras de la misma moneda, 500,000 más de las qualquiera consumido en su propio país. Enarasciase sobremanera el engranche de soldados, no permitiendo las leyes inglesas en el reclutamiento de las tropas de tierra conscripciones forzadas. Se pagaban 11 guineas de premio por cada hombre que pasase de la milicia á la línea, y 10 por los que se alistasen en la primera.

Lord Wellington, colocado ya en el valle de Mondogo, ó ya avanzando hacia la frontera de España, estaba como en el centro de la defensa, formando las alas la milicia y ordenanzas portuguesas. Todo el territorio hasta cerca de Coimbra, por donde se pensaba había de invadir Massena, fué destruido. Arruináronse los molinos, rompieronse los puentes, quitáronse las bateas, devastáronse los campos, y obligando á los habitantes á que levantasen sus casas y llevasen sus haberes, se ordenó que la población entera, del modo que pudiese, hostigase al enemigo por los costados y espalda y le cortase los viveres, mientras que el ejército aliado por su frente le traía á estancias en que fuese probable batallar con ventaja.

De aquellas se contaban á retaguardia de los anglo-portugueses varias que eran muy favorables, sobrepajando á todas las que se conocieron después con el nombre de líneas de Torres-Vedras. Fortalecieronse estas cuidadosamente, previniendo la primera idea de mantenerlas y aseguradas de planes que de todos sus puntos mandó levantar en 1799 el general sir Carlos Stuart (padre del Stuart por este tiempo embajador en Lisboa), trabajo que ya entonces se hizo con el objeto de cubrir la capital de Portugal de una invasión francesa. Wellington desde muy temprano concibió el designio de realizar pensando tan provechoso.

Dos fueron las principales líneas que se fortificaron. Partía la primera de Alhandra, orillas del Tajo, y corría por espacio de siete leguas, siguiendo la conformación sinuosa de las montañas hasta el mar y embocadero del Sizandro, no lejos de Torres-Vedras. La segunda, que era la más fuerte y que distaba de la primera de dos á tres leguas, según la irregularidad del terreno, arrancaba de Quatela, y dilatándose cerca de seis leguas, remataba en el paraje en donde desagua el río llamado San Lorenzo. Había además, pasando Lisboa, al desembocar del Tajo, otra tercera línea, en cuyo recinto quedaba en-

(1) Portugal was reduced to the condition of a vassal state (History of the war in the peninsula, by W. F. P. Napier, vol. III, pag. 372.)

cerrado el castillo de San Julian, no teniendo la última más objeto que el de favorecer, en caso de necesidad, el embarco de los ingleses. Contábanse en tan formidables líneas ciento cincuenta fuertes y unos 600 cañones. Se habían construido las obras bajo la dirección del teniente coronel de ingenieros Fletcher, á quien auxilió el capitán Chapman.

Puso lord Wellington particular ahínco en que se fortificasen estas líneas cumplida y prontamente, pues como decía al digno oficial D. Miguel de Alava, comisionado por el gobierno español cerca de su persona, «no ha podido cabernos mayor fortuna que el haber asegurado el punto de la isla gaditana y este de Torres-Vedras, inexpugnables albos, y en los que, estrellándose los esfuerzos del enemigo, daremos lugar á otros acontecimientos, y nos prepararemos con nuevos bríos á ulteriores y más brillantes empresas.»

Los franceses, por su parte, habían preparado grandes fuerzas para que no se les malograra la expedición de Portugal. El mariscal Massena, no sólo tenía á su disposición los tres cuerpos indicados y la caballería de Mont-Brun, sino que, comprendiéndose igualmente en su mando las provincias de Castilla la Vieja y las Vascongadas, el reino de Leon y Asturias, de su arbitrio pendía sacar de allí las fuerzas que hubiese disponibles. Además se alojaba entre Zamora y Benavente, á las órdenes del general Serras, una columna móvil, de 8 000 hombres, que amenazaba á Tras-los-Montes, y en Agosto entró en España un noveno cuerpo de ejército de 20.000 hombres, formado en Bayona y regido por el general Drouot; á mayor abundamiento, en la misma ciudad se juntaba otro, al cargo del general Caffarelli. No eran inútiles semejantes precauciones si querían los enemigos conservar firme su base y evitar el que se interrumpiesen las comunicaciones por las partes españolas.

Así fué que el mariscal Massena, próximo á entrar en Portugal, dió en Ciudad-Rodrigo una proclama á los habitantes de aquel reino, expresando que se hallaba á la cabeza de 110.000 hombres. Asercion no jactanciosa si se cuentan todos los cuerpos y divisiones que estaban bajo su obediencia y que se extendían por España desde la frontera lusitana hasta la de Francia.

Hubo ya escaramuzas en los primeros dias de Julio entre ingleses y franceses. Aquéllos volaron y acabaron de arruinar el 21 del mismo mes el fuerte de la Concepcion, en la raya perteneciente á España, y bien fortificado antes de 1808, pero que al principiarse en dicho año la insurreccion se vió abandonado por los españoles y destruido en parte por los franceses.

Crawford, general de la vanguardia inglesa, se colocó entónces á la margen derecha del Coa, y sin tener la aprobacion de lord Wellington, decidióse el 24 á trabar pelea con los franceses, llevado quizá del deseo de cubrir á Almeida, bajo cuyos cañones apoyaba su izquierda. Consistía la fuerza de Crawford en 4.000 infantes y 1.100 caballos, situados en una línea que se extendía por espacio de media legua; formacion algo semejable á las desadvertidas del general Cuesta. Vino sobre los ingleses el mariscal Ney, acompañado de su cuerpo de ejército, y por consiguiente muy superior á aquéllos en número. Y si bien los batallones de la vanguardia aliada y los individuos combatieron por separado valerosamente, maniobróse mal en la totalidad, y los movimientos no fueron más atinados que lo había sido la colocacion de las tropas. Los franceses rom-

pieron las filas inglesas, obligando á sus soldados á pasar el Coa. Sirvió á éstos para no ser del todo ahechos y atropellados por los jinetes enemigos lo desigual del terreno y los viñedos, y tambien el haberse negado á evolucionar oportunamente, con la caballería, el general Mont-Brun, disculpándose con no tener orden del general en jefe, mariscal Massena. Hallaron así los ingleses hueco para cruzar el puente, cuyo paso, defendido con grande aliento, detuvo al frances en su marcha. Perdió Crawford cerca de 400 hombres; bastantes Ney por el empuje que puso, aunque inútil, en ganar el puente.

Tal contratiempo, en vez de coadyuvar á la defensa de Almeida, no podia ménos de perjudicarla. Los franceses, en efecto, intimaron luego la rendicion; mas no por eso obraron con su acostumbrada presteza, pues hasta el 15 de Agosto en la noche no abrieron trinchera.

Parecía natural que Almeida, plaza bajo todos respectos preeminente á Ciudad-Rodrigo, imitase tan glorioso ejemplo, prolongando aun por tiempo más largo la resistencia. Los antiguos muros se hallaban mucho ántes de la actual guerra mejorados, conforme al sistema moderno de fortificación, con foso, camino cubierto, seis baluartes, seis rebeldes y un caballero, que dominaba la campiña. Había tambien almacenes á prueba de bomba. Estaba ahora la plaza municionada muy bien y sus obras más perfeccionadas. Guarnecíala 4.000 hombres, y mandaba en ella el coronel inglés Cox.

Rompieron los franceses el 26 horroroso fuego, y á poco ardieron muchas casas. Al anocheecer del mismo dia tres almacenes, los más principales, encerrados en un castillo antiguo, situado en medio de la ciudad, se volaron con pasmoso estrépito y causaron deplorable ruina. Por unas partes resquebrajaronse los muros, por otras se apuntillaron; los cañones casi todos fueron ó desmontados ó arrojados al foso; perecieron 500 personas, hubo heridas muchas otras, y apenas quedaron seis casas en pié. Tal espectáculo ofreció Almeida en la mañana del 27. No faltó quien atribuyese á traicion semejante desdicha; los bien informados, á casualidad ó descuido.

Sin tardanza repitieron los franceses la intimacion de rendirse. El gobernador Cox, aunque ya miraba imposible la defensa, queria alargarla dos ó tres dias, esperando que el ejército aliado acudiese en socorro de la plaza; pero obligóle á capitular un alboroto, agavillado por el teniente de rey Bernardo de Costa. Presúmese que en él influyeron los portugueses adictos al frances y que estaban en su campo. El teniente de rey fué en adelante arcabuceado, si bien no resultó claramente que llevase tratos con el enemigo.

De resultas, la Regencia de Portugal tambien declaró traidores á varios individuos que seguian el bando frances. Entre ellos sonaban los nombres de los marqueses de Alorna y de Loulé, del Conde de Ega, de Gomez Freire de Andrade, y otros de cuenta. Se prendió asimismo en Lisboa á muchas personas so pretexto de conspiracion, sin pruebas ni acusacion fundada. Enviáronlas despues unas á Inglaterra, otras á las Azores. Dieron ocasion á tan vituperable demasía livianos motivos y privadas venganzas. Extrañóse que lord Wellington, y particularmente el embajador Stuart, miembro de la Regencia y de poderoso influjo, no estorbasen procedimientos en que por lo ménos pudiera achacárseles cierta connivencia, como sucedió. Pero la Regencia de Lisboa, tomando la defensa de ambos,

manifestó no haber tenido parte ninguno de ellos en aquella ocurrencia.

Mientras tanto, la caída de Almeida, el contratiempo de Crawford, y la idea agigantada que entonces tenían los ingleses del ejército francés, contribuían en el británico grande desaliento. Las cartas de los oficiales á sus amigos en Inglaterra no estaban más animosas, y su mismo gobierno se mostraba casi desesperanzado del buen éxito de la lucha peninsular. Así fue que no obstante haber accedido á los planes de lord Wellington, indicábanse á éste en particulares instrucciones que S. M. B. vería con gusto la retirada de su ejército, mas bien que el que corriese el menor peligro por cualquiera dilación en su embarco. Otro general de ménos temple que lord Wellington, y ménos confiado en los medios que le asistían, hubiera quizá vacilado acerca del rumbo que convenia tomar, y dado un nuevo ejemplo de vacilante retirada. Mas Wellington mantúvose firme, á pesar de que la repentina é inesperada pérdida de Almeida aceleraba las operaciones del enemigo.

Acercada tanña desgracia, se replegó el general inglés á la izquierda del Mondego, estableció en Gouvea sus reales, colocó detras de Celórico los infantes, y en este mismo pueblo la caballería. Massena, teniendo dificultades en acopiar víveres á causa de las partidas españolas y de la mala voluntad de los pueblos, retardó la invasión, y aun dudaba poderlo realizar tan pronto. Dos meses eran corridos despues de la toma de Ciudad-Rodrigo. Almeida apenas habia ofrecido resistencia, y el ejército francés aun permanecía á la derecha del Coa. Tanto ayudaba á los aliados la constante enemistad que conservaban los habitantes á los invasores.

Napoleón, que no palpaba de cerca, como sus generales, los obstáculos del país, maravillábase de la dilación, mayormente siendo superior en número al anglo-portugués el ejército de los franceses. Así se lo manifestaba á Massena en instrucciones que le expidió en Setiembre; pero ántes de recibir éstas, ya aquel mariscal se habia puesto en marcha.

Fué en primer plan, aseguradas las plazas de Ciudad-Rodrigo y Almeida, moverse por ambas orillas del Tago. Pero despues, contando con que las tropas francesas de Extremadura y Andalucía amenazarían por el Alentejo, y no creyéndose con bastante fuerza para dividir esta, limitó sus miras á su solo frente, y determinó obrar por uno de los tres principales caminos que por allí se le ofrecían, de Belmonte, Celórico y Visco.

Wellington, conservando en Gouvea sus cuarteles, extendió los puestos avanzados de su ejército, comprendiendo las fuerzas de Hill, y otras sobre la derecha, desde el lado de Almeida, por la sierra de Estrella, á Guarda y Castello Branco; en caso de ataque del enemigo, debían todas las divisiones replegarse concéntricamente hácia las líneas. El inconveniente de esta posición consistía en lo dilatado de ella, pudiendo el enemigo, al paso que amagase á Celórico, interponerse por Belmonte entre lord Wellington y el general Hill, á quienes separaba gran distancia. El último, siguiendo paralelamente, conforme indicábanse, los movimientos del francés Reynier, habia llegado á Castello Branco el 21 de Julio. Dió aquí una guardia avanzada, y obedeciendo las órdenes de lord Wellington, que le habia reforzado con caballería, se acampó con 16,000 hombres y 18 cañones en Sarcellas. Para prevenir el que los franceses se interpusiesen, se

rompió de Covilhá arriba el camino, ejecutáronse otros trabajos de defensa, se apostó en Funda una brigada portuguesa, y colocóse entre dos posiciones, que se atrincheraron detras del Cázeré, río tributario del Tago, y junto al Alba, que lo es del Mondego, una reserva formada en Tomar, y compuesta de 8,000 portugueses y 2,000 ingleses, bajo el mando del general Leith.

El cuerpo principal del ejército de Wellington podía, desde Celórico, tomar para su retirada, ó el camino que va á la sierra de Murcela, ó el de Visco. El primero corre por espacio de quince leguas lo largo de un desfiladero entre el río Mondego y la sierra de Estrella, teniendo al extremo la de Murcela, que circunda el Alba. De allí un camino que lleva á Espinhal facilitaba las comunicaciones con Hill y Leith, y un ramal oyo las de Coimbra. La otra ruta insinuada, la de Visco, es de las peores de Portugal, interrumpida por el Criz y otras corrientes, y también estrechada entre el Mondego y la sierra de Caramula, que se une por medio de un país montuoso á la de Busaco, límite, por decirlo así, del valle, y que hace frente á la de Murcela, pasando entre las faldas de ambas sierras el mencionado Mondego. La decisión de Wellington pendía del partido que tomase en los franceses.

Massena no conocia á fondo el terreno, y tomando consejo de los portugueses que habia en su campo, á quienes suponía enterados, resolvió dirigirse á Visco, y de allí á Coimbra, habiéndosele pintado aquella ruta como fácil y sin particulares obstáculos. En consecuencia, reunió el 16 de Setiembre los tres cuerpos de ejército que mandaba: el de Ney y la caballería pesada en Mazal de Chao, el de Junot en Pinhel, y el de Reynier en Guarda. Hizo distribuir á los soldados pan para tres dias, pensando caminar aceleradamente, y deseando anticiparse á Wellington en su marcha. Massena, colocando así su ejército, amenazaba los tres caminos indicados de Celórico, Belmonte y Visco, y dejaba en duda el verdadero punto de su acometida. Reynier habia hecho, desde su retirada de Extremadura, varios movimientos, ya dando indicios de dirigirse á Castello Branco, ya adelantándose hasta Sabugal, ya retrocediendo á Zarza la Mayor. Por fin se incorporó, segun acabamos de ver, á los otros cuerpos de Massena.

De ésta, el segundo y sexto, unidos con la caballería de Mont-Brun, cayeron sobre Celórico, replegándose los puestos de los aliados á Cortiza. Wellington entonces comenzó su retirada por la izquierda de Mondego sobre Alba, y el 17 notó que los dos mencionados cuerpos franceses se dirigían á Visco por Fornos; quedaba el octavo de Junot hácia Trancoso, en observacion de 10,000 hombres de milicia, al mando del coronel Trant y de los jefes Mider y Juan Wilson, recogidos del norte de Portugal, y que se pusieron á las órdenes del general Bacellar para molestar el flanco derecho y la retaguardia del enemigo.

Entraron en Visco las avanzadas francesas el 18. La ciudad estaba desierta. Wellington sin demora hizo cruzar de la márgen izquierda del Mondego á la opuesta la brigada portuguesa que mandaba Pack, y la apostó más allá del Criz, rotos sus puentes. En seguida empezó también el ejército aliado á pasar el Mondego por Pena-Cova, Olivares y otras partes: colocóse la division ligera de Crawford en Mortagao para sostener á Pack, la tercera y cuarta, del mando de Platon y Cole, entre la sierra de Busaco y aquel pueblo, situándose al frente del

mismo, en un llano, la caballería. Pasó al otro lado de la citada sierra la primera división, regida por Spencer, y se dirigió á Meallada con la mira de observar el camino de Oporto á Coimbra, pues todavía se dudaba si Massena procuraría desde Visco salir hacia aquella ruta, ó continuar lo largo de la derecha del Mondego. Por igual motivo el coronel Trant, con parte de la milicia, debía marchar por San Pedro de Sul á Sardan, y juntarse al general Spencer. En tanto el general Leith llegaba al Alba, y siguió de cerca Hill, quien, sabiendo que Reynier se había juntado á Massena, se anticipó afortunadamente, sin que hubiese todavía recibido órdenes de Wellington, y vino á incorporarse al ejército aliado.

El grueso del de los franceses llegó á Visco el 20; pero su artillería y equipajes se detuvieron por los tropiezos del camino y por una embestida del coronel Trant. Atacados este caudillo el mismo 20 en Tojal, viniendo de Moimenta da Beira, con algunos caballos y 2000 hombres de milicia. Cogidos 100 prisioneros, algun bagaje, y su triunfo hubiera sido más completo si la gente que mandaba hubiera sido ménos novicia. Sin embargo, tan inesperado movimiento desasosegó á los franceses, cuya artillería, equipajes y gran parte de la caballería no llegó á Visco hasta el 22, lo cual hizo perder á Massena dos días, y no desaprivió á Wellington, á quien hubiera podido anular el tiempo escaso.

Parecía ahora que este general, prosiguiendo en su propósito de no aventurar batallas, no se detendría en donde estaba, sino que cerciorado de que los franceses iban adelante, se replegaría para aproximarse á las líneas. Suposición ésta tanto más fundada, cuanto no habiendo querido empíjar acción para salvar dos plazas, no era regular lo hiciera en la actual ocasión, en que no concurría motivo tan poderoso. Mas no sucedió así. Presumióse que varío de parecer á causa de los clamores que contra los ingleses se levantaron en Portugal, viéndose que dejaban el país á merced del enemigo.

Wellington determinó, pues, hacer alto en la sierra de Busaco, y disponer su gente en nuevas y acomodadas posiciones; corren aquellos montes por espacio de dos leguas, cayendo por un lado rápidamente, según hemos apuntado, sobre la derecha del Mondego, y enlazándose por el opuesto con la sierra de Caramula. Tres caminos llevan á Coimbra: uno cruza lo más alto, y allí se levanta un convento, celebre en Portugal, de Carmelitas descalzas, en donde lord Wellington estableció el cuartel general, y aquella morada, ántes silenciosa y pacífica, convirtióse ahora en estrépitoso alojamiento de gente de guerra. De los otros dos caminos, uno venía de San Antonio de Cantaro, y el otro seguía el Mondego á Pena-Cova. A través del último se colocó el cuerpo de Hill, que llegó el 26; á su izquierda Leith. Seguía la tercera división, y entre esta y el convento formaba la primera. La cuarta se puso en el extremo opuesto para cubrir un paso que conduce á Meallada, en cuyo llano se apostó la caballería, quedando solo en las cumbres un regimiento de esta arma. La brigada de Pack se alojaba delante de la primera división, á la mitad de la bajada del lado de los franceses; también se situó descendiendo, y enfrente del convento, la vanguardia de Crawford con algunos jinetes. Había en ciertos parajes, á refugiar de la línea, portugueses que sostenían el cuerpo de batalla. Hallóse Wellington con toda su fuerza principal reunida, en número de unos 50.000 hombres.

Túvose á dicha que los franceses se hubiesen parado hasta el día 27, pues á haber acelerado su marcha y no metido treinta y seis horas ántes, conforme se asegura quería Ney, la suerte del ejército aliado hubiera podido ser muy otra, reinando alguna confusión en sus movimientos. Leith pasaba el Mondego, Hill todavía no había llegado, y apenas estaban en línea 25.000 hombres.

El mariscal Massena, después de algunas dudas, se resolvió á embestir la sierra el 27 al amanecer. Tenían sus soldados, para llegar á la cima, que trepar por una subida empinada y esbrosa, cuya desigualdad, sin embargo, los favorecía, escudando hasta cierto punto sus personas. El mariscal Ney se enderezó al convento, y Reynier del otro lado, por San Antonio de Cantaro. Junot se quedó en el centro y de respeto con la caballería y artillería.

Las tropas de Reynier acometieron con tal impetu, que se encañaron en la cima, y por un rato se ensesfearon de un punto de la línea de los aliados, arrollando parte de la tercera división, que mandaba Pictou. Pero escuchando el resto de ella, y también el general Leith, por el flanco, con una brigada, fueron los enemigos desahojados, y cayeron con gran matanza la montaña abajo.

Ni aun tan afortunado logró ser por el otro punto el mariscal Ney. Dueño, desde el principio de la acción, de una aldea que amparaba sus movimientos, comenzó á subir la sierra por la derecha, encubierto con la agrio y desigual del terreno. El general Crawford, que se hallaba allí, tomó en esta ocasión rápidas disposiciones. Dejó acercarse al enemigo, y á poca distancia rompió contra sus filas vivo fuego, cargándole después á la bayoneta por el frente y los costados. Precipitaronse los franceses por aquellas hondonadas, perdieron mucha gente y quedó prisionero el general Simon. Ganaron después los ingleses á viva fuerza el pueblocito que habíase al principio ocupado sus contrarios. Lo recio de lo pesen duró poco; el enemigo no insistió en su ataque, y se pasó lo que restaba del día en escaramuzas y tiroteos. Perdieron los franceses unos 4.000 hombres, murió el general Graindorge, y fueron heridos Foy y Merle. De los aliados perecieron 1.200, ménos que de los otros, á causa de su diversa y respectiva posición.

Convencido el mariscal Massena de las dificultades con que se tropezaba para apoderarse de la sierra por el frente, trató de salvarla poniéndose en franquía por la derecha, y obligando de este modo á los ingleses á abandonar aquellas cumbres, ya que no pudiese sorprenderlos por el flanco y escaramuzarlos. Lo difícil era encontrar un paso, mas al fin consiguió averiguar de un paisano que desde Mortagao partía un camino al través de la sierra de Caramula, el cual se juntaba con el que de Oporto va á Coimbra. Contento el mariscal francés con tal descubrimiento, decidió tomar prontamente aquella vía, y difrazó su resolución manteniendo el 28 falsa ataques y escaramuzas. Mientras tanto fué marchando á la destilada lo más de su ejército, y hasta en la tarde no advirtieron los ingleses el movimiento de sus contrarios.

No les era ya dado el estorbarlo, por lo que desampararon á Busaco ántes del albañear del 29. Hill repasó el Mondego, y por Espinhal se retiró sobre Tomar; hacia Coimbra y la vuelta de Meallada, Wellington, con el centro y la izquierda. Cubría la retaguardia la división ligera de Crawford, á la que se unió la caballería.

Los franceses, después de cruzar la sierra de Ca-

ramula, llegaron el mismo día 28 á Boyalvo, sin encontrar ni un solo hombre. El coronel Trant se había a una legua, en Sarden, adonde había venido desde San Pedro de Sul, pero con poca gente. Las partidas enemigas le arrojaron fácilmente mas allá del Vouga.

Por la relación que hemos hecho de la acción de Busaco aparece claro que con ella no se alcanzó otra cosa que el que brillase de nuevo el valor británico y se adquiriese mayor confianza en las tropas portuguesas, las cuales peleaban con brío y buena disciplina. Pero no se recogió ninguno de aquellos importantes frutos por los que un general aventura de grado una batalla. Ni siquiera había los motivos que para ello asistían durante los sitios de Ciudad Rodrigo y de Almeida. Y hasta la prudencia de lord Wellington falló en esta ocasión, dejando un portillo, por donde no solo se metieron los franceses, sino que tambien por él pudieron envolver al ejército aliado, á lo menos flanquearle con gran menoscabo. En vano se alega en disculpa haber mandado Wellington que avanzase el coronel Trant con la milicia; la escasa fuerza y la indolencia bisona de esta tropa no hubiera podido detener, cuanto menos rechazar, las numerosas huestes de Massena. Tan cierto es que de un hilo enlaga la suerte de las armas, aun gobernadas por generales los más advertidos.

Puesto el mariscal francés en Boyalvo, marchó sobre Coimbra. En aquel tránsito no estaba el país tan destruido y talado como hasta Busaco. No se cumplieron allí rigurosamente las disposiciones de Wellington, parte por creerse lejano el peligro, parte tambien porque á la Regencia portuguesa, gobierno nacional, no le era lícito llevar á efecto órdenes tan duras con la misma impasibilidad y fortaleza que al brazo de hierro de un general que, aunque aliado, era extranjero.

Hubo, por tanto, en Coimbra desbarato y confusión, y si bien los vecinos desampararon la ciudad, con la precipitación se dejaron viveres y otros recursos al arbitrio del enemigo. No le aprovecharon, sin embargo, á este; limitó, á pesar de órdenes contrarias del general en jefe, permitió, ó no pudo impedir, el pillaje.

De aquí nació que agolpándose muchedumbre de población fugitiva de aquella ciudad y otras partes á los desfiladeros que van á Condeixa, hubo de comprometerse la division de Crawford, que cubría la retirada del ejército aliado, porque, detenida en su marcha, se dió lugar á que se aproximasen los puercos enemigos. A su vista se desordenó gran desorden, y si hubieran venido auxilios de infantería, quizá hubieran destruido á Crawford. Esto consiguió, aunque á duras penas, poner en salvo su division.

Lo apacible del tiempo había favorecido en su retirada á los ingleses; abundaban en provisiones, y no obstante cometen con excesos, á punto de robar sus propios almacenes. El cuartel general se estableció en Leiria el 2 de Octubre, y creciendo la perturbación y las demasías, hubiéranse quizá repetido en compendio las escenas desoladoras del ejército de Moate, á no haber lord Wellington reprendido el desenfreno con castigos ejemplares y con vedar que los regimientos mas discolos entrasen en poblado.

El aqueo de Coimbra, y sus desórdenes, impidieron tambien por su parte al mariscal Massena moverse de aquella ciudad antes del 4; respiró que aproyechó á los ingleses. No obstante, acumulando de repente los enemigos á Leiria, se vieron aquéllos al pronto sobreogidos. Atajados al fin los impetus

del francés, prosiguieron la retirada los aliados, yendo su derecha por Tomar y Santaren, la izquierda por Alcobaza y Obidos, el centro por Batalha y Rionysor; enviósse fuerza portuguesa á guarnecer a Peniche, pequeña plaza á orillas del mar.

No bien hubo el mariscal Massena salido de Coimbra, cuando el coronel Trant, viniendo desde el Vouga con milicia portuguesa, pudo el 7 recapturar aquella ciudad á los franceses que la custodiaban, coger á los que se habían fortificado en el castillo de Santa Clara, apoderarse, en una palabra, de 5000 hombres, contados heridos y enfermos, y asimismo de los depósitos y hospitales. Al siguiente día llegaron también, con sus milicianos, los jefes Miller y Juan Wilson, y tomaron, extendiéndose por la línea de comunicacion, 300 hombres más.

No detuvo á Massena semejante contratiempo, ni tampoco las lluvias, que empezaron á ser muy copiosas. En nada reparaba la impetuosidad francesa, y el 9, en Alentejo, vióse sorprendida una brigada de artillería inglesa, y hasta perdió sus cañones. Costó mucho recobrarlos. Parecía desgracia ocurrió el 10 á la division de Crawford en Alenquer, permaneciendo este general muy descuidado cuando tenía cerca un enemigo tan diligente. El terror fué grande, y aunque se disipó, no por eso dejó de correr la voz de que aquella division había sido cortada; por lo cual, temeroso Hill de la suerte de la segunda línea, que era la mas importante, se echó atras para cubrirla, y dejó desamparada la primera desde Alhandra á Sobral, cosa de dos leguas. Felizmente los enemigos no lo notaron, y antes de la madrugada del 11 tornó Hill á sus anteriores puestos. Inferíase de aquí lo poco firme que todavía andaba el ánimo del ejército inglés.

Habia éste ido entrando sucesivamente en las líneas de Torres-Vedras, y admirábase, no teniendo de ellas cumplida idea. No menos se maravilló, al acercarse, el mariscal Massena, quien hasta pocos dias antes ni siquiera sabía que existiesen. Ignorancia preciosa, ya disminuía del siglo con que se habían construido obras de tal importancia, ya de la falta de acertadas correspondencias de los enemigos en el campo aliado.

Massena gastó algunos dias en reconocer y tantear las líneas: se trabaron varias escaramuzas, la más seria el 14, cerca de Sobral. Fué herido el general inglés Harvey, y en Villafranca mató el fango de una cañonera al general francés Saint Croix.

No vislumbrando Massena, despues de un examen, probabilidad de forzar las líneas, consultó con los otros jefes principales del ejército, y juntos, decidieron pedir refuerzos á Napoleon, y reducir en cuanto fuese dado á bloqueo las operaciones. Estableció, de consiguiente, Massena su cuartel general en Alenquer, sitió el cuerpo de Reymer en Villafranca, el de Junot mirando á Sobral, y mantuvo el de Ney en Otta, á retaguardia.

Por su parte el ejército de lord Wellington estaba distribuido así: la derecha, á las órdenes de Hill, en Alhandra; la izquierda, que mandaba Picton, en Torres-Vedras; Wellington mismo y Beresford en el centro; el ultimo tenía su cuartel general en Montezgrazo, el primero en Quinta de Peromagro, cerca de Lixara de los Caballeros. Fuése el ejército británico reforzando, y cubrieronse sus líneas con tropas de Inglaterra y Cádiz; tambien se le unió de Badajoz, ántes de acabar Octubre, el Marqués de la Romana, con dos divisiones, mandadas por los generales Carrera y D. Carlos O'Donnell, que ambas componian unos 8.000 hombres.

Juzgó conveniente, además, lord Wellington, no sólo tener á su disposición fuerza real y efectiva bien organizada, sino igualmente gran avenida de hombres, que aumentasen el número y las apariencias. Así la milicia cívica de Lisboa, la de la provincia de la Extremadura portuguesa, y sus ordenanzas, se metieron en el recinto de las líneas, pues allí podían ser útiles y representar aventajado papel. Creció tanto la gente, que al rematar Octubre recibían raciones, dentro de dichas líneas, 130.000 hombres, de los que 70.000 pertenecían á cuerpos regulares y dispuestos á obrar activamente; guardaban casi todos los castillos y fuertes de la primera y segunda línea la milicia y artillería portuguesa, la tercera, que era la última y más reducida, la tropa de marina inglesa.

Tan enorme masa de gente, abrigada en estancias tan formidables, teniendo á su espalda el espacioso y seguro puerto de Lisboa, y con el apoyo y los socorros que prestaban el inmenso poder marítimo y la riqueza de la Gran Bretaña, ofrece á la memoria de los hombres un caso de los más estupendos que recuerdan los anales militares del mundo. ¡Qué recursos asistían al dominador de Francia para superar tantos y tantos impedimentos!

Por fuera de las líneas no descuidó Wellington el que se hostilizase al enemigo. La milicia del norte de Portugal le punzaba por la espalda y se comunicaba con Peniche, hacia donde se destacó un batallón español de tropas ligeras y un cuerpo de caballería inglesa, también sostenidos por una columna volante que salía de Torres-Veiras á hacer sus excursiones, y por el pueblo de Obidos en estado de defensa. Del otro lado maniobraba la milicia de la Beira baja, dándose la mano con la del Norte y apoyada por D. Carlos España, que con una columna móvil había pasado el Tago y obraba la vuelta de Abrantes, villa ésta en poder de los aliados y fortificada. De suerte que los franceses estaban metidos como en una red, costándoles mucho avituallarse y formar almacenes.

En la lejanía dañábales igualmente el continuo pelear de los partidarios españoles de León, Castilla y provincias Vascongadas, que dificultaban los convoyes y socorros é interrumpían la correspondencia con Francia. No ménos los desfavoreció la guerra que por las alas hacían las tropas españolas, ya en la frontera de Galicia, ya en Asturias y también en Extremadura.

De las primeras, Galicia, aunque libre, cesaba sus operaciones á hacer de cuando en cuando correrías hasta el Origo y el Esla, de donde, según ya quedó apuntado, solían los enemigos arrojar á los nuestros, obligándolos á replegarse á los puertos de Manzanal y Fuentebadon, y aun al Vierzo. El general Mahy continuaba mandando, como antes, aquel ejército, cuyas fuerzas apenas llegaban á 12.000 hombres y pocos caballos, todo no muy arreglado. Y; como de admirar! los gallegos, que se habían esmerado tanto en defender sus propios hogares, mostráronse perezosos en cooperar fuera de su suelo al triunfo de la buena causa; mas esto perdió mucho, aquí como en las demás partes, de las autoridades, y no de reprehensible falta en el carácter de los habitantes. Aquellas, por lo general, eran flojas y adolecían de los vicios de los gobiernos anteriores, careciendo de la prevision y bien entendida energía que da la ciencia práctica del gobierno.

Las operaciones, pues, del general Mahy fueron muy limitadas. Ocuparon, sin embargo, sus tropas por dos veces á Leon, é inquietaron con frecuencia,

y á veces con ventaja, á los franceses. Distinguiéronse en semejantes reconocimientos los oficiales superiores Meneses y Evia. Diósele después á Mahy el mando de las tropas de Asturias, para que, reuniendo éste al que ya tenía, se procediese más de concierto. Al fin autorizásele también con la capitania general de Galicia, y se creyó de este modo que, poniendo en una mano la supremacía militar del distrito y la de las fuerzas activas de ambas provincias, tomarían los movimientos de la guerra rumbo mas fijo. Mahy, en consecuencia, y para obrar de acuerdo con la Junta de Galicia y hacer que de un solo centro partiesen las providencias convenientes, pasó á la Coruña en 2 de Setiembre y dejó en su lugar al frente del ejército á D. Francisco Taboada y Gil, que vivió en Sanabria. Colocó este general las tropas en Manzanal y Fuentebadon con puestos destacados sobre las avenidas de la Puebla de Sanabria por un lado, y por otro sobre Asturias, vía de las Bavas. Formóse asimismo una columna volante de 2.000 hombres, al mando del coronel Mascareñas, que particularmente maniobraba hacia Leon, la cual desbarató algunas tropas del enemigo en la Robla antes de acabar Octubre, y en San Félix de Origo al empezar Noviembre. También el 26 de aquel mes en Tabara D. Manuel de Nava sorprendió á los franceses y les hizo algunos prisioneros. Mas el único beneficio que de tales operaciones resultó, cifóse á obligar al enemigo á que mantuviese fuerzas bastantes en las riberas del Origo y del Esla.

Mahy no alcanzó nada importante con su ida á la Coruña. Habían traído allí fusiles de Inglaterra y otros auxilios, de que no se sacó gran fruto. Las autoridades discurrían, es cierto, mucho entre sí, y aun ideaban planes; pero casi todos ellos, ó no llegaron á plantearse, ó se frustraron. Hombre de sanas intenciones, deseaba Mahy de nervio y de aquella voluntad firme que imprime en la mente de los demás respeto y sumisión.

Dejamos en Abril las tropas de Asturias colocadas en la Navia y en el país montuoso que sigue casi la misma línea. Las primeras se componían de la division de Galicia y las mandaba D. Juan Mascoso; las otras, que eran las asturianas, D. Pedro de la Bárcena, á quien se había agregado, con su cuerpo franco, D. Juan Diaz Porlier. Atacó Moscoso el 17 de Mayo en Luarca á los franceses. Por desgracia nuestras tropas flaquearon, y con pérdida, volvieron á ocupar su primera línea. Á Bárcena, acometido al mismo tiempo, sucedióle igual fracaso. Conserváse íntegro el cuerpo de Potlier, que en seguida se situó en el puente de Salino, á la derecha de Moscoso.

Se retiró a poco éste del principado, cuyo mando supremo militar confirió la Regencia de Cádiz á don Ulises Albergotti, hombre muy anciano é incapaz de desempeñar encargo que en aquel tiempo requiriera gran diligencia. El nuevo general permaneció en Navia, y allí, en 5 de Julio, acometieron los franceses, penetrando por el lado de Trelles. Estaba Albergotti desprevenido, y con el sobresalto no paró hasta Meira, en Galicia. Los enemigos extendieron sus correrías á Castropol, limite de aquel reino y de Asturias. Dos días antes, el 3, Bárcena, que había avanzado hacia Salas, también fué atacado y se recogió á la Pola de Allande.

Mahy cutóneos, como general en jefe de todas las fuerzas de Galicia y Asturias, quiso poner remedio á tan repetidas desgracias, hizo las más de descuido en algunos jefes y de mala inteligencia

entre ellos, y meditó un plan para desembarazar de enemigos el principado. Envió, pues, 600 hombres que reforzasen la división gallega, mandó que ésta partiese á Saline y comunicase con Bârcena, y además destacó del grueso del ejército de Galicia, que estaba en el Vierzo, un trozo de 1.500 hombres, al cargo de D. Estéban Porlier, el cual, cruzando el puerto de Lestariegos, debia obrar mancomunadamente con las fuerzas de Asturias. Al propio tiempo el otro Porlier (D. Juan Diaz) estaba destinado á Llanar, con la infantería de su cuerpo franco, la atención de los franceses del lado de Santander, embarcándose á este propósito en Ribadesella á bordo y escoltado de cinco fragatas inglesas.

Semejante plan hubiera podido realizarse con buen éxito si Mahy, usando de su autoridad, hubiera hecho que todos los jefes concurriesen prontamente á un mismo fin. Porlier dió la vela de Ribadesella, dirigiendo la expedición marítima el comodoro inglés Roberto Meuda. Amagaron los aliados varios puntos de la costa y tomaron tierra en Santoña, puerto que, bien fortificado, hubiera sido en el norte de España un abrigo tan inexpugnable como lo eran en el mediodía las plazas de Gibraltar y Cádiz. Tal deseo asistía á Porlier; pero su expedición, puramente marítima, no llevaba consigo los medios necesarios para fortificar y poner en estado de defensa un sitio cualquiera de la marina. Desembarcó, sin embargo, en varios parajes ademas de Santoña, cogió 200 prisioneros, desmanteló las baterías de la costa, alistó en sus banderas bastantes mozos del país ocupado, y felizmente tornó á la Coruña con la expedición el 22 de Julio.

Repitió este activo é infatigable jefe otra tentativa del mismo género el 3 de Agosto, y aportó á la anseada de Cuevas, entre Llanos y Ribadesella. Dirigióse á Pótes, deshizo en las montañas de Santander algunas partidas enemigas, y retrocediendo á Asturias, obró de consuno con D. Salvador Escandon y otros jefes de guerrillas, que lidiaban al oriente del principado.

Barcena, por su parte, tambien avanzó, y el 15 de Agosto tuvo en Linares de Cornellana un reencuentro con los franceses. Siguiéronse otros, y parecia que pronto se veria Oviedo libre de enemigos, favoreciendo las empresas de la tropa reglada las alarmas de varios concejos, nombre que, como dijimos, se daba al paisanaje armado de la provincia. Pero no fué así: cuando unos jefes avanzaban, se retiraban otros, y nunca se llevó á cabo un plan bien concertado de campaña. Temíase, sí, en sobresalto al enemigo, forzabasele á conservar en aquellas partes considerable número de gente; mas la guerra, yendo al mismo sên en el principado de Asturias que en la frontera de Galicia, no reportó las ventajas que se hubieran sacado con mayor union y vigor en las autoridades y ciertos condillos.

Fué importante, si no siempre favorable en sus resultados, la asistencia que dió Extremadura á la campaña de Portugal, pura por lo ménos se entretuvo el cuerpo del mariscal Mortier, y se impidió que, metiéndose en el Alentejo, quítase á Lisboa los auxilios que aquel territorio suministraba.

Damos cuenta hasta entrada Julio de las operaciones más principales del ejército de dicha provincia de Extremadura, que se llamaba de la izquierda. Privado éste del apoyo del general Hill, habia puesto lord Wellington en manos del general en jefe, Marqués de la Romana, la plaza de Campomayor, y envidible á mediados de Agosto una brigada portuguesa, á las órdenes de Madden.

Aun sin tales arrinios continuaban las tropas de Extremadura incoordinadas con mayor ó menor ventura al enemigo. Ya al retirarse Reynier le siguieron la huella los soldados de D. Carlos O'Donnell, cogieron á los que se rezagaban, y el 31 de Julio el jefe España se apoderó de 100 hombres que guardaban una torre y casa fuerte sita en la confluencia del Almonte y Tago, cerca de donde se divisian los famosos restos del puente romano de Alconétar, que el vulgo apellida de Mantible, nombre célebre en algunas historias españolas de caballería. Mas por este lado hubo la desgracia de que en Alburquerque, con la caída de un rayo, se volase casi al mismo tiempo que en Almeida un almacén de pólvora, accidente que causó daños y ruinas.

La guerra que hasta aquí habia hecho el ejército de Extremadura no dejó de ser prudente y acomodada á las circunstancias y á la calidad de sus tropas, si bien se quejaban todos de la indolencia y dejadez del General en jefe. Y así, más bien que por premeditado plan de éste, dirigiéronse las operaciones segun el valor ó el buen sentido de los generales subalternos, los cuales evitaban grandes choques, y sólo parcialmente hostigaban al enemigo y le traian en continuo movimiento. Quiso Romana en Agosto probar por sí fortuna, y dar á la campaña nuevo impulso y mayor ensanche. En consecuencia, saliendo de Badajoz el 5, se unió á las divisiones de los generales Ballesteros y La Carrera, que se hallaban en Salvatierra, ambas á las órdenes de D. Gabriel de Meudizábal, y juntos se adelantaron, recogiendo atrás á Llerena los franceses que habia en Zafra. Aguardaron éstos en las alturas de Villagarcía, y los nuestros se colocaron en las de Cantalegallo, separadas de las primeras por un valle. Los enemigos atacaron el 11, y valiéndose de diestras maniobras, estuvieron próximos á envolver á los infantes españoles, si La Carrera, con la caballería, no los hubiera sacado de tan mal paso. Portóse asimismo con habilidad y honra la artillería. Se retiró Romana á Almodralejo, y los franceses volvieron á Zafra.

No pasaron por entonces más adelante, porque como en aquella guerra tenían á un tiempo que acudir á tantas partes, luego que en una triunfaban, los llamaba á otra algun suceso desagradable ó inesperado. Verifícase, particularmente en Extremadura, este trasiego, este continuado ir y venir, distrayendo la atención de las tropas de Mortier, ya las ocurrencias del condado de Niebla, ya las de Ronda ú otros lugares.

Después de lo que aconteció en Cantalegallo fueron reforzadas las tropas españolas con los jinetes del general Butron, que ocupaban otras sillas, y con los portugueses ya indicados, al mando de Madden. Quietos los franceses, y aún replegados de nuevo, avanzó Butron á Monasterio, y se colocó La Carrera, con su division de caballería y la artillería volante, en Fuente de Cantos. Vinieron los enemigos sobre ellos el 15 de Setiembre, en número de 13.000 infantes y 1.800 caballos. Butron se incorporó á Carrera y ambos pelearon bien, hasta que oprimidos por la superioridad enemiga, empezaron á retirarse. Los franceses tenían oculta parte de su tropa casi á espaldas de los nuestros, y cargando de improviso, introdujeron desorden y se apoderaron de algunos cañones. Mayor hubiera sido la desgracia de los españoles á no haber acudido pronto en su favor el inglés Madden, apostado con los portugueses en Calzadilla, quien contruvo á los jinetes franceses y aún los escarmentó. El general Butron

también despues, en Azuaga, los cogió 100 hombres. Paráronse los nuestros en Almendralejo, y los enemigos no pasaron de Zafra y de los Santos de Maimona.

Prosiguió de este modo la guerra sin ningún considerable empeño, y Romana, saliendo, como hemos dicho, para Lisboa, se juntó en Octubre con el ejército inglés. Determinación que tomó de propia autoridad, y no de acuerdo con el Gobierno supremo. Cierto es que no hubiera obtenido Romana la aprobación de aquél á haberle consultado, pues claro era que las tropas que llevó consigo hacían más falta para cubrir la Extremadura española, y aun para impedir la entrada de los franceses en el Alentejo, que en las líneas de Torres-Vedras, abundantemente provistas de gente y de medios de defensa. Antes de partir nombró Romana, para que le reemplazase en el mando en jefe, á D. Gabriel de Merdizábal, puso á Badajoz como si estuviera amagado de sitio, y mandó que la Junta y demás autoridades se trasladasen á Valencia de Alcántara.

Tenía inmediata correlación con las operaciones del ejército de Extremadura la guerra que se hacía en el condado de Niebla, en la serranía de Ronda y en otros lugares de la Andalucía.

Se daba desde Cádiz pábulo á semejante lucha por medio de auxilios y de algunas expediciones marítimas. Hízose á la vela la primera de éstas el 17 de Junio, compuesta de 3.189 hombres de buenas tropas, á las órdenes del general D. Luis Lacy, y dirigió su rumbo á Algeciras, en donde desembarcó. Tenía por objeto dicha empresa fomentar la insurrección de la serranía de Ronda, adoptando un plan que constantemente mantuviese allí la guerra. El que proponía Lacy, siguiendo en parte los pensamientos del general Serrano Valdenebro, comandante de la sierra, se presentaba como el más adecuado, y consistía en establecer de mar á mar, quedando Gibraltar á la espalda, una línea de puntos fortificados que abrigasen respectivamente ambos flancos cuando se obrase ya en uno ó ya en otro de ellos. Se habilitaban también en lo interior de la sierra varios castillejos, antiguos vestigios de los moros, colocados los más en parajes casi inaccesibles. El ejército había de obrar, no en masa, sino en trozos, reuniéndose solo en determinadas ocasiones, y se dejaba á cargo del paisanaje guarnecer los castillos, y suplir con reclutas las bajas del ejército en Cádiz. Mas para realizar este plan necesitábase tiempo, y no era posible que los franceses se descuidasen y permitiesen el que se llevara á efecto.

Lacy, luego que hubo desembarcado, se encaminó á Gáznar, desde donde quiso acercarse á Ronda. En esta ciudad se habían los franceses fortalecido en el antiguo castillo y formado varios atrincheramientos: tomar uno y otro á viva fuerza no era maniobra fácil ni pronta, principalmente conservando los enemigos en Grazalema una columna móvil.

Limitóse, pues, Lacy á hacer algunos movimientos y á contentarse á veces con el ímpetu del enemigo. Le ayudaban los partidarios, favorecidos del conocimiento que tenían del terreno, siendo los de más nombre D. José de Aguilar, D. Juan Becerra y don José Valdivia. También los ingleses, de acuerdo con el general español, enviaron al este de la sierra 800 hombres, que sirviesen de apoyo en cualquiera desman.

Inquietos los franceses con la expedición, y persuadidos de que si se mantenía firme en los montes de Ronda, desaseguraría continuamente las fuerzas

que sitiaban á Cádiz, y aun las de Sevilla y Málaga, diéronse priesa á frustrar tales intentos. Y así como paso que el general Girard buscaba á Lacy hacia el frente, destacó el mariscal Víctor tropas del primer cuerpo por el lado de Poniente, y Sebastiani otras del cuarto por el de Levante. De manera que temeroso D. Luis Lacy de ser envuelto, se trasladó á la fuerte posición de Casares, embarcándose despues en Estepona y Marbella. Tomó á poco tierra en Algeciras, y tomando á San Roque, se corrió otra vez á la banda de Marbella, á fin de alentar y socorrer la guarnición de aquel castillo, que, bajo el mando de D. Rafael Cevallos Escalera, burló diversas tentativas que para ocuparlo hizo el enemigo. Don Francisco Javier Abadía, comandante de San Roque, aunque asistido de escasa fuerza, cooperó igualmente á los movimientos de Lacy, y llamó por Algeciras la atención de los franceses.

Pero al fin, agolpándose estos en gran número á la sierra, se reembarcó la expedición, y regresó á Cádiz el 22 de Julio. No se supo de ella más cosas que la de molestar á los enemigos y divertirlos de otras operaciones, particularmente de las que intentaban en Extremadura, tan conexas con las de Portugal. Poca ó mala inteligencia entre las tropas de línea y los paisanos desfavoreció la empresa. Para aquellas había oscura gloria y mucho trabajo en la guerra de partidarios, única que convenía en la sierra; no así para los otros, habituados á la pelea, y cuya ambición de fama estaba satisfecha con que se pregonasen sus hazañas en el regimiento de sus pueblos.

Ni un mes se pasó sin que el mismo D. Luis Lacy, con otra expedición, saliese de Cádiz, llevando rumbo opuesto al anterior de Ronda, esto es, al condado de Niebla. En dicha comarca proseguía el general Copons entreteniéndose al enemigo, que, bajo el mando del Duque de Angula, g. hacia continuas humas móviles en el país y le molestaba. La Junta de Sevilla contribuía desde Ayamonte al buen éxito de las operaciones de Copons, y oportunamente formó de la isla llamada Canela, en el Guadiana, un lugar de depósito, resguardado de los ataques repentinos del enemigo. En breve aquel terreno, antes arenoso y desierto, se convirtió en una población donde se albergaron muchas familias, refugiándose á veces los habitantes de aldeas enteras y villas invadidas. Construyéronse allí barracas, almacenes, pozos, hornos, y se fabricaron en sus talleres monturas, cartuchos y otros pertrechos de guerra. Al fin fortificáronse también sus avenidas, de manera que se hizo el punto casi inexpugnable.

Constaba la expedición de Lacy de unos 3.140 hombres, y escoltábala fuerza sutil, española e inglesa, al mando, la primera de D. Francisco Manríello, y la segunda al del capitán Jorge Cockburn. Desembarcó la gente el 23 de Agosto, á dos leguas de la barra de Huelva, entre las Torres del tiro y de la Arenilla. La fuerza sutil se metió por la vía que forman á su embocadero las corrientes del Tínel y el Tinto, con propósito de ayudar la evolución de tierra y atacar por agua á Méguer. En este sitio tenían los franceses 500 infantes y 100 caballos, que, sorprendidos, se retiraron, no asistiendo mayor dicha á otros tantos que corrieron á su socorro de San Juan del Puerto.

Copons, al desembarcar Lacy, se hallaba en Castillejos, doce leguas distante, y habiéndose, por desgracia, retardado el pliego que le anunciaba el arribo, no pudo acudir á la costa con la puntualidad deseada, malográndose así el coger entre dos fue-

gos á los franceses que estaban avanzados. Vino Copons, sin embargo, á Niebla, y se puso luego en comunicacion con Lacy. Los pueblos recibieron á éste con el júbilo más colmado, y fiados en su apoyo, dieron á los enemigos terrible caza. Pero no teniendo otra mira la expedicion de D. Luis Lacy sino la de divertir al francés de Extremadura en tanto que el ejército de Romana también por su lado se movía, miró aquel general como concluido su encargo luego que le amenazaron superiores fuerzas, y de consiguiente se reembolsó el 26 del mismo Agosto. Desagradó en el condado lo rápido de la excursion, y muchos pensaron que, sin comprometer su gente, hubiera podido Lacy permanecer allí más tiempo, y maniobrar en union con el general Copons. Desamparados los pueblos, padecieron nuevas molestias del enemigo, en especial Moguer, que se habia declarado y tomado parte desembozadamente. Quiso en seguida Lacy acometer á Sanlúcar de Barrameda, pero los franceses, ya sobre aviso, frustraron el proyecto.

De vuelta á Cádiz el mismo general, estimulado por el Gobierno y de acuerdo con el y los otros jefes, verificó el 29 de Setiembre una salida camino del puente de Sualzo, consiguiendo con ella destruir algunas obras del enemigo, siendo ésta la sola operacion digna de mentarse que hasta finalizar el presente año de 1810 practicaron en la isla gaditana las tropas de tierra.

Pudieron las de mar haber tenido ocasion de señalarse, á no osterbárcelo tiempos contrarios. El mariscal Soult, convencido de que para cualquiera empresa contra Cádiz y la isla de Leon, si habia de ser fructuosa, era indispensable fuerza útil, ideó que se construyesen buques al caso en Sanlúcar y en Sevilla. Para ello valióse de barcos de aquellos puertos, ordenó una tala en los montes inmediatos, y recibió de Francia carpinteros, marinos y calafates. En Octubre, dispuesta ya una flotilla, se trasladó en persona á Sanlúcar dicho mariscal á fin de presenciar desde la costa la dificultosa travesía que tenian que emprender los referidos buques desde la boca del Guadalquivir hasta lo interior de la bahía de Cádiz. Empezóse á poner en obra el proyecto en la noche del 31, pasando la flotilla por entre los bajos de punta Cander, y atracando siempre á la costa. Se componia en todo de unos veintiseis cañoneros: dos vararon, nueve se metieron la misma noche en el Puerto de Santa Maria, y los otros anclaron en Rota, de donde, aprovechando vientos frescos y favorables, se juntaron á los que habian ya entrado, sin que los hubiese sido dable impedirlo á las fuerzas de mar anglo-españolas. Pero de nada sirvió á los franceses suceso, en su entender, tan dichoso. En balde después quisieron que su flotilla doblase la punta del Trocadero, en balde trasladaron por tierra los barcos á Puerto Real. Durante el sitio ya no se movieron de allí, obligándolos á permitirse quedar los superiores y mejor maneras fuerzas de los aliados.

No por eso dejaron los franceses de perfeccionar las obras de tierra, y de establecer una cadena de fuertes, que se dilataba desde la entrada de la bahía hasta Chiclana, por cuya parte, y en una batería inmediata al cerro de Santa Ana, perdieron, muerto de una granada, al distinguido general de artillería Serarmont.

Los aliados tampoco se mantuvieron ociosos. Mejoraron cada vez más las fortificaciones, y las tropas se engrasaron y adquirieron buena disciplina. De las inglesas se contaron en Julio 8.500 hom-

bres; volviéronse á reducir á 5.000 por los refuerzos que se enviaron á Portugal; mas ántes de fines de año crecieron otra vez á 7.000 con gente que llegó de Sicilia y Gibraltar. Las tropas españolas de línea pasaban de 18.000 hombres. Don Joaquín Blake continuó á su calca hasta 23 de Julio, en cuyo tiempo se transfirió á Murcia, extendiéndose su mando, conforme apuntamos, á las divisiones existentes en aquel reino, las cuales formaban con las de la isla de Leon el ejército llamado del centro.

Llegado que hubo el general Blake á su nuevo destino, restableció la paz y armonia, que andaba escasa entre algunos jefes. El ejército se habia aumentado á punto que poco ántes enviara á Cádiz una division de 4.000 hombres, al mando del general Vigoda. Blake llegó el 2 de Agosto, y la fuerza disponible era de unos 14.000 soldados, 2.000 de caballería.

Al rededor de este ejército revoloteaban, por decirlo así, muchos partidarios, en especial del lado de Jaén y de Granada. Entre los primeros sobresalian los nombrados Uribe, Alcalde y Moreno, puectos á las órdenes del comandante Bielsa; entre los otros el coronel D. José de Villalobos.

Cuando Blake se incorporó al ejército, se hallaba éste repartido en Murcia, Elche, Alicante, Cartagena y pueblos de los contornos; algunos batallones estaban destacados en la Mancha, sierra de Segura y frontera de Granada, en donde permanecia la caballería, extendiéndose hasta cerca de Huéscar.

Fijó la idea de Blake la atencion de los franceses, y desde luego resolvió Sebastiani hacer otra excursion la vuelta de Murcia, lisonjeándose que de ella saldria tan airoso como la vez primera, y aun tambien de que disiparia como humo el ejército de los españoles.

Informado Blake de los intentos del enemigo, preparóse á recibirle. Agrupó sucesivamente en la huerta de Murcia sus tropas, y las colocó de esta manera: la quinta division, al mando del brigadier Crengh, ocupó la derecha en Añora; detrás guarnecia un batallon el monasterio de jerónimos, teniendo apostaderos por la izquierda hasta el rio; delante se plantaron cuatro piezas de artillería. Alojábanse la izquierda del ejército en el lugar de Don Juan, y la componia la tercera division, del cargo del brigadier Sanz, teniendo un destacamento por su siniestro costado. Enlazábase esta posicion con la del centro por medio de un molino aspillero, y de una batería circular, colocada en donde una de las acequias mayores se distribuye en dos atajecas. Dicho centro, que cubría la primera division, al mando del general Elío, estaba cerca de Alcantarilla, en la Puñla.

Dispúsose además la inundacion de la huerta; medio oportuno, pero no del todo hacedero, ya por no ser nunca, y ménos en aquella estacion, muy candaloso el Segura, ya tambien porque aun en caso de una rápida avenida, las obras allí practicadas estando en términos que sólo sirven para sangrar el rio, y no para favorecer estragos; como construidas con el único objeto de dar á los campos el necesario y fecundante beneficio del riego. Sin embargo, se inundaron los caminos y una faja de bancales por la orilla, amparando lo demás de la huerta sus naranjos y sus cidros, sus limoneros y moreras; en fin, toda su intrincada y lozana frondosidad.

Siguiose en esto y en lo de armar al paisanaje la conducta del obispo D. Luis Belluga en la guer-

ra de sucesión. Ahora, como entonces, acudieron todos los partidos, hasta el de Orihuela, aunque perteneciente á Valencia, y se distribuyeron en compañías y secciones, incorporándose al ejército. Manifestaron los paisanos grande entusiasmo y mucha docilidad: perfecta armonía reinó entre ellos y los soldados. Blake, declarando á Murcia amenazada de inmediato ataque, la sometió al solo y puro gobierno militar; providencia que las autoridades respetaron, y que en aquel lance obedecieron con gusto.

En el intermedio se había ido acercando el general Sebastiani, y echándose atrás nuestra caballería, á las órdenes de D. Manuel Freire, que sustentó con destreza varios reencuentros. Según los enemigos se aproximaban, daban aviso de todos sus pasos al general Blake los alcaldes de los pueblos y muchos particulares con rara puntualidad, llegando á su colmo la diligencia de todos. Los franceses aparecieron el 28 de Agosto en Lebrilla, á cuatro leguas de Murcia, y nuestros jinetes se situaron en Espinardo, con puestos avanzados sobre el río Segura. El partidario Villalobos, que había acompañado á Freire, se colocó en Molina.

Luego que el general Sebastiani llegó á Lebrilla hizo varios reconocimientos; y arredrado del modo con que los nuestros le aguardaban, se apartó del intento de penetrar en Murcia, y en la noche del 29 al 30 se replegó á Totana. Hostilizáronle en la retirada los paisanos, particularmente los de Lorca, y en esta ciudad y en otros pueblos cometió el francés mil tropelías. Bien le vino á éste no insistir en la empresa proyectada, pues á haber padecido descalabro, como era probable, en los laberintos de la huerta de Murcia, toda su gente hubiera sido muy maltratada, ya por los habitantes de este reino, ya por los de Granada, cuyos ánimos se encrespaban, acechando la ocasión de escarmentar á sus opresores. Haberse expuesto á tal riesgo, y cansado inútilmente la tropa con marchas y contramarchas de más de cien leguas en estacion tan calorosa, fueron los frutos que reportó Sebastiani de una expedición que de antemano había preguntado como fácil.

Entre los que empezaron en el reino de Granada á levantar cabeza durante la ausencia del general francés, señaláse el alcalde de Otívar, de nombre Fernandez, quien entró en Almuñécar y Motril, y áun se apoderó de sus castillos. Estas y otras empresas, que propagaron la llama de la insurrección por las sierras y por varios pueblos de la costa, á pesar de algunos amigos y parciales que tuvieron allí los enemigos, impulsó á los ingleses á dar cierto apoyo á aquellos movimientos. Decidieronse sobre todo á atacar á Málaga, guarida entonces de corsarios, y en cuyo puerto tambien fondeaba una flotilla enemiga de lanchas cañoneras. Al efecto se preparó en Ceuta una expedición de 2.500 hombres españoles é ingleses, á las órdenes de lord Blayney, la cual dió la vela el 12 de Octubre con direccion á Fuengirola. Empezaron luego los aliados á embestir este castillo, guarnecido por 150 polacos, con esperanza de que así llamarían hácia aquel punto las fuerzas enemigas, y podrian, reembarcándose, caer repentinamente sobre Málaga, que se veria desprovista de gente. Pero, dándose lord Blayney torpe maña, en vez de sorprender á sus contrarios, él fué, por decirlo así, el sorprendido, acometiéndole de improviso el general Sebastiani con 5.000 hombres. Al querer retirarse, fué dicho lord cogido prisionero, y las tropas inglesas volvieron en confusion á sus barcos; sólo un regimiento español, el Imperial de

Toledo, único de los nuestros que allí iba, salió á bordo sin pérdida y en buena ordenanza.

El ruido de semejantes acontecimientos, y el deseo de ensanchar los límites de su territorio, estimularon al general Blake á avanzar á la frontera de Granada, habiéndose ocupado todo aquel tiempo, desde Agosto, en mejorar la disciplina de su ejército y en adiestrarle, como igualmente en asegurar sus estancias en Murcia. Envió asimismo á la Mancha, con un trozo de 300 caballos, á D. Vicente Osorio, queriendo extraer granos de aquella provincia para la manutención de su ejército. Las partidas si bien fomentadas por Blake en todas partes, fueronlo en especial del lado de Jaén, en donde don Antonio Calveche sucedió á Bielsa en el mando de ellas. Mas los enemigos, persiguiendo de cerca al nuevo jefe, despues de haber quemado casi toda la villa de Segura, le mataron el 24 de Octubre en Villacarrillo.

Don Joaquín Blake, reuniendo sus tropas, distribuidas por la mayor parte, sin contar las de las plazas, en Murcia, Caravaca y Lorca, se puso el 2 de Noviembre sobre Cúllar; movimiento hecho á las calladas, y del que los franceses estaban ignorantes. Dejó Blake 2.000 hombres en dicho Cúllar, y á las doce de la mañana del 3 se colocó con 7.000, de los que unos 1.000 eran de caballería, en las lomas que dominan la hoya de Baza, y que lame el río Guadalquivir.

Los enemigos tenían en el llano una division de caballería, que acaudillaba el general Milhaud, auxiliada de artillería volante: ademas habían situado de 2 á 3.000 infantes en las inmediaciones de la ciudad, bajo la guía del general Rey. No asumió allí Sebastiani hasta despues de concluida la accion que ahora iba á trabarse.

Empezó ésta á las dos de la tarde, desembocando la caballería española, á las órdenes de D. Manuel Freire, por el camino real que de Cúllar va á Baza. Nuestros jinetes tiraron por la derecha, y formaron en batalla en dos líneas, sosteniendo sus costados de artillería y guerrillas de fusileros. Los enemigos corrieron hácia sus peones, y entonces el general Blake, dejando apostados en las lomas la mitad de sus infantes, se adelantó, con los otros y tres piezas, en cuatro columnas cerradas, repartidas en ambos lados del camino.

Nuestros caballos proseguian confiadamente su marcha; mas al querer efectuar un movimiento, se embarazaron algunos, y el enemigo, descargando sobre ellos con impetuoso arranque, los desordenó lastimosamente. Tras su ruina vino la de los infantes, que habían avanzado, y sólo consiguieron unos y otros rehacerse al abrigo de las tropas que habían quedado en las lomas. El enemigo no persistió mucho en el alcance. Quedaron en el campo cinco piezas, y se perdieron, entre muertos, heridos y prisioneros, 1.000 hombres. De los franceses muy pocos.

Descalabro fué el de Baza, que causó desmayo y contuvo, en cierto modo, el vuelo de la insurrección de aquellas comarcas. Adverso era, en esto de batallar, el hado de D. Joaquín Blake, y vituperable su empeño en buscar las acciones que fuesen campales ántes que limitarse á parciales sorpresas y hostigamientos. No permaneció despues largo espacio al frente de aquel ejército, llamado á desempeñar cargo de mayor alteza.

Por lo demas, y en medio de reveses y contratiempos, la tenacidad española, la serie innumerable de combates en tantos puntos y á la vez fatigaban á los franceses, y su ejército de las Andalu-

cias no gozó en todo el año de 1810 de mucha mayor ventura que la que tenían las de las otras provincias. Y si bien ordenadas batallas no menguaban extremadamente las filas enemigas, aniquilábanse aquí, como en lo demás del reino, en marchas y contramarchas y en apostaderos y guerra de montaña.

Del lado de Levante las provincias de Valencia, Cataluña y lo que estaba libre de la de Aragón hubieran, obrando unidas, entorpecido muy mucho los intentos del enemigo, siendo entre ellas tanto más necesaria buena hermandad, cuanto para juzgarlas estaban de concierto el tercero y el primer cuerpo francés. Pero la multiplicidad de autoridades, su diversa condición, los obstáculos mismos que nacían de la naturaleza de la actual guerra estorbaban completa concordia y adecuada combinación. Por fortuna, los caudillos enemigos, aunque no ménos interesados en anarsé, y aquí más que en otras partes, á duras penas lo conseguían, no ya por las rivalidades personales que á veces se suscitaban, sino principalmente por lo dificultoso de acudir al cumplimiento de un plan convenido.

En Valencia D. José Caro, más bien que en la guerra, pensaba en ir adelante con sus desafueros. Dijo que se perdiesen Lerida, Mequinenza y hasta el castillo de Morella, sin dar señales de oponerse al enemigo ni siquiera de distraerle. Al fin, viendo Caro que se aproximaban los franceses y que la voz pública se acedaba contra tan culpable abandono, mandó á D. Juan Odonojú, prisionero en la batalla de Maria, y ahora libre, que se adelantase con 4.000 hombres. El 24 de Junio arrojaron estos de Villabona á los enemigos, que se abrigaron á Morella, delante de cuyo pueblo se trabó el 25 un choque muy vivo, retirándose después los nuestros, en vista de haberse reforzado los contrarios. Por segunda vez avanzó en Julio el mismo Odonojú, y áun llegó el 16 á intimar la rendición al castillo de Morella; pero, revolviendo sobre él prontamente el general Mont-Marie, le obligó á alejarse y causóle en Albalaser un descalabro.

No había D. José Caro tomado parte personalmente en ninguna de semejantes refriegas, hasta que en Agosto, pidiendo su cooperación el general de Cataluña para aliviar á Tortosa, amenazada de sitio, se movió aquel por la costa lentamente y más tarde de lo que conviniera. Llevó consigo 10.000 hombres de línea y otros tantos paisanos, y se situó en Benicarló y San Mateo. El general Suchet vino por Calig á su encuentro con 10 batallones y también con artillería y caballería. Caro no le aguardó, replegándose, después de ligeras escaramuzas, á Alcala de Gíslert, y de allí el 16 de Agosto á Castellón de la Plana y Mirvedro. No retrocedió en desorden el ejército valenciano, si bien su jefe, D. José Caro, dió el triste y criminal ejemplo de ser de los primeros y áun de los pocos que desaparecieron del campo. Zahiríóse por ello agriamente su hermano D. Juan, hombre ligero, pero arrojado, de quien habíamos alla en Cataluña.

Con la conducta que en esta ocasión mostró el general de Valencia se acreció el ódio contra su persona, y lo que áun es peor, menosprecióse en gran manera. Se descubrieron asimismo tramas que urdió y prescripciones que intentaba, propalándose en el público sus proyectos con tintas que entenebrecían el cuadro. Temeroso, por tanto, se escabulló disfrazado de fraile (traje hábil extrañó para un general) y pasó luego á Mallorca, sin cuya precaución hubiera tal vez sido blanco de las iras del pueblo.

Sucedíóle inmediatamente en el mando D. Luis

de Bassecourt, que estaba á la cabeza de una división volante en Cuenca; hombre que, si bien alambicó al dar sus partes y no de grande capacidad, aventajábase en valor y otras prendas á su antecesor, procurando también con mayor ahínco acordar sus operaciones con los generales de los demás distritos, en especial con los de Aragón y Cataluña.

En este principado hacíase la guerra con otra eficacia y obstinación que en Valencia, merced al celo de su congreso y á la pronta diligencia y empeño de su general, D. Enrique O'Donnell. Luégo que en 17 de Julio estuvo reunió aquella corporación, tomó varias resoluciones, algunas bastantemente acertadas. En la milicia acomodó los alistamientos á la índole de los naturales, imponiendo sólo la obligación de un enganche de dos años, con facultad de gozar cada seis meses una licencia de quince días. Sin embargo, los catalanes, tan dispuestos á pelear como somatenes, repugnaban á tal punto el servicio de tropa reglada, que tuvo su congreso que establecer comisiones militares para castigar á los desertores y áun á los distritos que no aprontasen su contingente. Recaudáronse con mayor regularidad los impuestos y se realizó, á pesar de lo exhausto que estaba ya el país, un empréstito de medio millón de duros. Aplegaronse á los hospitales los productos que ántes perecía la curia romana, y ahora los obispos, por dispensas y otras gracias ó exenciones. El alma de muchas de estas providencias era el mismo D. Enrique O'Donnell, quien puso además particular esmero en adiestrar sus tropas, en inculcar en ellas emulación y buen ánimo, y también en mejorar la instrucción de los oficiales.

Por su parte el mariscal Macdonald apenas podía ocuparse en otras operaciones que en las de avituallar á Barcelona: los convoyes de mar estaban interrumpidos, y los de tierra, escasos y lentos, tenían con frecuencia que repetirse y ser escoltados con la mayor parte del ejército, si no se quería que fuesen presa de los somatenes y de las tropas españolas. Mardonski trató en un principio de granjearse las voluntades de los habitantes, contrabando su porte con la ferocidad del mariscal Augereau, que había, por decirlo así, guarnecido las orillas de algunos caminos con patibulos y cadáveres. Estaban los ánimos sobradamente lastimados de ambas partes para que pudiesen olvidarse antiguas y recíprocas ofensas. Así, no surtieron grande efecto las buenas intenciones, y áun medidas, del mariscal Macdonald, acabando él mismo por adoptar á veces resoluciones rigurosas.

En Junio, y poco después de tomar el mando, acompañó, no sin tropiezos, un convoy á Barcelona. Volvió después á Gerona y preparóse á conducirle, en mediados de Junio, á la misma ciudad. O'Donnell trató de estorbarlo, y destacó á Granollers 6.400 infantes y 700 caballos, unidos á 2.500 paisanos, bajo las órdenes de D. Miguel Iranzu. Trábose un refido choque entre los nuestros y los franceses; pero mientras tanto pasó á la desfilada el convoy y se metió en Barcelona.

Dolióse mucho O'Donnell del malogro de aquella empresa, y no faltó quien le atribuyese á desmayo del general que en Granollers mandaba. El plan que O'Donnell había resuelto seguir en Cataluña pareció el más acertado. Evitando batallas generales, quería, por medio de columnas volantes, sorprender los destacamentos enemigos, interceptar ó molestar sus convoyes, y aniquilar así sucesivamente la fuerza de aquéllos. Por tanto, el ejército español de Cataluña,

que, según dijimos, constaba en Julio de unos 22 000 hombres, sin contar somatenes ni guerrilleros, estaba colocado, al principiar Agosto, del modo siguiente: la primera division ocupaba las orillas del Llobregat y observaba a Barcelona, estando tambien fortificada la montaña de Monserrat; la segunda acampaba en Falsset, y no perdía de vista á Suchet, que, como poco hace apuntamos, intentaba situar á Tortosa; parte de la tercera cubria en Esterri las avenidas del valle de Aran; la reserva, distribuida en dos trozos, mantenía uno en el Coll de Alba, próximo á Tortosa, y el otro en Arbeca y Borjas Blancas, para enfrenar la guarnición de Lérida. Un cuerpo de husares y tropas ligeras se alojaban en Olet y acechaba las comarcas de Besalú y Baxenolae; varios guerrilleros recorrían la demás tierra, aprovechándose todos de las ocasiones que se presentaban para desvanecer los intentos del enemigo é incomodarlo continuamente. El cuartel general permanecía en Tarragona, desde donde O'Donnell gobernaba las maniobras mas notables, tomando á veces en ellas parte muy principal. Con esta distribución creyó el General de Cataluña que, vigilando las plazas y puntos más señalados, llevaría á cumplido efecto su plan, y que el ejército francés se rebundiría poco á poco en combates parciales.

Si en todo no se llenaron los deseos de D. Enrique O'Donnell, se lograron en parte. El mariscal Macdonald, anclado siempre con el abastecimiento de Barcelona, no pudo, desde el segundo convoy que metió allí en Julio, pensar en cosa importante, sino en preparar otro tercero, que consiguió introducir el 12 de Agosto. Entonces, más libre, resolvió, aunque todavía en balde, favorecer directamente las operaciones del mariscal Suchet.

No desistía este general del indicado propósito de sitiar á Tortosa, lo que dió ocasión á varios combates y reencuentros, algunos ya referidos, con las tropas españolas de Cataluña, Aragón y Valencia, que precedieron á la formalización del cerco, ligándose de parte de los franceses las más de las operaciones, aun las lejanas de aquel principado, con tan primario objeto, por lo que á una, y en el mejor orden que nos sea posible, si bien brevemente, daremos de ellas cuenta.

Suchet, para emprender el sitio, estableció en Mequinenza un depósito de municiones de guerra y bocas; transportarlas de allí á Tolosa era grande dificultad. Ofrecía el Ebro comunicación por agua; pero, interrumpida en partes con varias cejas ó bajos, sólo se podían éstos salvar en las crecidas, y rara vez en los tiempos secos del estío. Del lado de tierra era aun más trabajoso y aun impracticable el tránsito, encollejonándose los caminos que van desde Caspe á Mequinenza entre montañas cada vez más escarpadas, según avanzan á Mora, Las Armas, Jerta y Tortosa, por lo que ya en 21 de Julio empezaron los franceses á componer uno antiguo de ruedas, cuyos rastrojos, al parecer, se conservaban del tiempo de la guerra de sucesión. Suchet, antes de que la ruta se concluyese, fué arrojando fuerzas á la plaza.

En los primeros días de Julio la division que mandaba el general Habert dirigióse, partiendo de cerca de Lérida, por la izquierda del Ebro, y llegó á Garcia, estando pronta á caer sobre Tivenys y Tortosa. Poco ántes salió de Alcañiz la division de Laval, y despues de haberse movido la vuelta de Valencia, retrocedió, y se colocó el 3 de Julio á la derecha del Ebro, delante del puente de Tortosa, prolongando su derecha á Amposta y destacando tropas que observasen el Cenja; siendo esta division, ó parte de

ella, la que tuvo que habérselas con los valencianos en los combates parciales acaecidos allí por este tiempo, y ya relatados. Suchet mantuvo á en la brigada del general Paris, y sentó el 7 sus reales en Mora, dándose la mano con los dos generales Laval y Habert, y echando, para la comunicación de ambas orillas del Ebro, dos puentes, aun que las soldades conseguiesen, como lo intentaron, quemar el de barcas de Tortosa.

La guarnición de esta plaza hizo desde el principio varias salidas, é incomodó á Laval, que se atrincheraba en su campo. Igualmente parte de la division española que se alojaba en Falsset atacó con vigor los puestos enemigos en Tivissa, y así toda ella, teniendo al frente al Marqués de Campo verde, rechazó una acometida de los enemigos y aun siguió el alcance.

Eran tales maniobras precursoras de otras que ideaba O'Donnell, quien el 29 acometió en persona al general Habert. No pudo el español desahogar á Tivissa á su contrario, mas el 1.º de Agosto se metió en Tortosa y dispuso para el 3 una salida contra Laval. La mandaba D. Isidoro Uriarte, y empujando los nuestros intrépidamente al enemigo le rechazaron al principio y destruyeron varias de sus obras. La población sirvió de mucho, pues llena de entusiasmo, auxiliaba á los combatientes, áun en los parajes en que había peligro, con abundantes refrescos, y aliviaba á los heridos con prontas y acomodadas socorros. Reforzados al cabo los franceses, tuvieron los españoles que recogerse á la plaza, dejando algunos prisioneros, entre ellos al coronel D. José Maria Torrijos. Semejantes operaciones hubieran sido más cumplidas si D. José Caro, á quien se contaba, no hubiera por su parte prometido, según hemos visto, tarde y malamente.

Tambien D. Enrique O'Donnell se vio obligado á retroceder en breve á Tarragona, adonde le llamaban otros cuidados. El mariscal Macdonald, despues de haber introducido en Barcelona el convoy mencionado de Agosto, se adelantó via de Tarragona, ya para cercar, si podía, esta plaza, ya para ayudar, en caso contrario, al asedio de Tortosa. Denegó de lo primera, falta de almacenes, y escasos granos en aquella comarca, recogidos de antemano por O'Donnell. Éste, ademas, se apostó de suerte que guarecido de ser atacado con buen éxito, trató de reducir á hambre el cuerpo de Macdonald, sitia desde el 18 de Agosto en Reus y sus contornos. Frustrósele el 21 al mariscal francés un reconocimiento que tentó del lado de Tarragona, escaramuzándole los nuestros en la altura de la Canya. Para evitar mayor desastre, retiró Macdonald el 25 de Reus, pidiendo ántes la exorbitante contribucion de 136.000 duros, é impidiendo otra, tan bien muy pesada, sobre generos ingleses y ultramarinos.

El camino que tomó fué el de Lérida, para acercarse en esta ciudad con el general Suchet, y desde Alcover, dirigiéndose á Montblanch, pasaron sus tropas por el estrecho de la Riva. Aquí las detuvo por su frente la division que mandaba el brigadier Georget, que de antemano había dispuesto O'Donnell viniese de hácia Urgel, en donde estaba. Al mismo tiempo D. Pedro Salsfield las atacó por flanco y retaguardia en las alturas de Presumuxos y Coll de las Molas, maniobrando á la izquierda varias partidas. Los enemigos, con tan impetuoso ataque y las asperezas del camino, se vieron muy comprometidos; pero siendo numerosas sus fuerzas, alcanzaron, por último, forzar el paso y ganar las

cumbres, ayudándoles mucho una salida que hizo, á espaldas de Georg, t, la guarnición de Lérida. Con todo, perdieron los franceses unos 400 hombres, entre muertos y heridos, y 150 prisioneros.

Llegado á Lérida el mariscal Macdonald, se avisó el 20 con el general Suchet, que ya le aguardaba. Conviniéron ambos en limitar ahora sus operaciones al sitio de Tortosa, emprendiéndole el último por sí y con sus propios medios, al paso que el primero debía protegerle, con tal que tuviese víveres, los que le suministró Suchet en cuanto le fué dable. Entonces creyó este que podría obrar activamente y apoderarse en breve de Tortosa, sobre todo habiendo empezado á acercar á la plaza, favorecido de una crecida del Ebro, piezas de grueso calibre. Pero sus esperanzas no estaban todavía próximas á realizarse.

El ejército frances de Cataluña continuó siempre escaso de granos y embarazado para moverse, á pesar de los grandes esfuerzos de Suchet y de Macdonald, pues las partidas, la oposición de los pueblos, la cuidadosa diligencia de O'Donnell y sus movimientos desbarataban ó detenían los planes más bien combinados. Se colocó, en los primeros días de Setiembre, en Cervera el mariscal Macdonald, y el general español vislumbró desde luego que su enemigo tomaba aquellas estancias para cubrir las operaciones de Suchet, amenazar por retaguardia la línea del Llobregat, y enseñorearse de considerable extensión de país, que le facilitase subsistencias. Pronto determinó O'Donnell suscitar al francés nuevos estorbos, continuando en su primer propósito de esquivar batallas campales.

Nada le pareció, para conseguirlo, tan oportuno como atacar los puestos que el enemigo tenía á retaguardia, cuyos soldados se juzgaban seguros, fuera del alcance del ejército español, y bastante fuertes y bien situados para resistir á las partidas. O'Donnell, firme en su resolución, ordenó que se embarcasen en Tarragona pertrechos, artillería y algunas tropas, yendo todo convoyado por cuatro faluchas y dos fragatas, una inglesa y otra española. Partió él en persona, el 6 de Setiembre, por tierra, poniéndose en Villafranca al frente de la división de Campoverde, que de intento había mandado venir allí. En seguida dirigióse hacia Esparraguera, colocó fuerzas que observasen al mariscal Macdonald, y otras que atendiesen á Barcelona, y uniendo á su tropa la caballería de la división de Georget, prosiguió su ruta por San Cugat, Mataró y Pineda. Salíó de aquí el 12, envió por la costa á D. Honorato de Fleury con dos batallones y 60 caballos, y él se encaminó á Tordera. Marchó Fleury contra Palamós y San Feliu de Guixols, y O'Donnell, después de enviar exploradores hacia Hostalrich y Gerona, avanzó á Vidrera. Para obrar con rapidez, tomó el último consigo, al amanecer del 14, el regimiento de caballería de Numancia, 60 húsares y 100 infantes, que fueron tan de presa, que las ocho horas de camino que se cuentan de Vidrera á La Bisbal las anduvieron en poco más de cuatro. Siguió detrás y más despacio el regimiento de infantería de Iberia, situándose Campoverde, con lo demás de la división, en el valle de Aro, á manera de cuerpo de reserva.

Luego que O'Donnell llegó enfrente de La Bisbal, ocupó todas las avenidas, y dió tal maña, que no sólo cogió piquetes de comarceros que patrullaban y un cuerpo de 130 hombres que venía de socorro, sino que en la misma noche del 14 obligó á capitular al general Schwartz con toda su gente, que juntos se habían encerrado en un antiguo

castillo del pueblo. Desgraciadamente, queriendo poco ántes reconocer por sí O'Donnell dicho fuerte, con objeto de quemar sus puertas, fue herido de gravedad en la pierna derecha, cuyo accidente enturbó la común alegría.

Fleury, afortunado en su empresa, se apoderó de San Feliu de Guixols, y el teniente coronel don Teodoro Aldeas de Palamós, teniendo éste la gloria de haber subido el primero al asalto. Entre ambos puntos, el de La Bisbal y otros de la costa, tomaron los españoles 1.200 prisioneros, sin contar al general Schwartz y 60 oficiales, habiendo también cogido 17 piezas. Marchó más adelante D. Enrique O'Donnell, por expedición tan bien dirigida y acabada, el título de conde de La Bisbal.

Posteriormente á este suceso creció la guerra contra los franceses en el norte de Cataluña. Don Juan Clarós los molestaba hacia Figueras, y el coronel D. Luis Creff, con los húsares de San Narciso, por Besalú y Bañolas. Marchó á Puigcerdá el Marqués de Campoverde, acosó un trozo de enemigos hasta Montluis y exigió contribuciones en la misma Cerdaña francesa, de donde revolviendo sobre Calaf, estrechó de aquel lado al mariscal Macdonald, al paso que el brigadier Georget le observaba por Igualada.

El Barón de Eroles, que ya se había distinguido en el sitio de Gerona, se encargó, después de Campoverde, del mando de los distritos del norte de Cataluña, bajo el título de comandante general de las tropas y gente armada del Ampurdán. Empezó luego á hacer grave daño á los enemigos, y al promediar de Octubre les apresó un convoy cerca de la Junquera, acometiéndoles el 21, con ventaja, en su campamento de Lladó.

El propio día, junto á Cardona, hizo asimismo frente el Marqués de Campoverde á las tropas del mariscal Macdonald. Vinieron estas de hácia Solsona, cuya catedral habían quemado pocos días ántes, y encontrando resistencia, tomaron á sus anteriores puestos; con la noche también se recogieron los españoles á Cardona.

No eran decisivas, ni á veces de importancia, las más de dichas acciones ni otras refriegas que omitimos; pero con ellas embarazábanse los franceses y se retardaban sus operaciones, renovándose la escasez de víveres y creciendo la dificultad de su recolección; motivo por el que volvió Barcelona á dar á los enemigos fundados temores.

Dos meses eran ya corridos desde la entrada en la plaza del último socorro, y los apuros se reproducían en su recinto. Se esperaba el alivio de un convoy que partiera de Francia; mas como no bastaban para custodiarle las fuerzas que regía en el Ampurdán el general d'Hilliers, tuvo Macdonald que ir, en Noviembre, camino de Gerona para conducir salvo dicho convoy hasta la capital del principado.

Así el cerco de Tortosa, suspendido en los meses de Setiembre y Octubre, continuó del mismo modo durante el Noviembre. No había aquella interrupción perdido solamente de las razones que atormentaban al mariscal Macdonald cooperar á aquel objeto, según había ofrecido, sino también de los obstáculos que se presentaron al general Suchet, nacidos unas de la naturaleza, otros del hombre. Los primeros parecían vencidos con las lluvias del equinoccio, que empezaban á hinchar el Ebro, y con lo que se adelantaba en el camino de ruedas arriba indicado; no así los segundos, que llevaban trazas de crecer en lugar de allanarse.

Resueltos, sin embargo, los franceses á proseguir en su intento, habían tratado ya en Setiembre de enviar desde Mequinenza convoyes por agua, y de asegurar el tránsito haciendo el 17 pasar de Flix á la otra orilla del Ebro un batallón napolitano. El Barón de La Barre, que mandaba una división española en Faiset (punto que los nuestros volvieron á ocupar luego que Macdonald, en Agosto, se dirigió á Lérida), destacó un trozo de gente, á las órdenes del teniente coronel Villa, contra el mencionado batallón, al cual este jefe sorprendió y cogió entero. Afortunadamente para los franceses, el convoy que debió partir retardó su salida, escaso todavía de agua el río Ebro, sin lo cual hubiera aquel tenido la misma suerte que los napolitanos. No sólo en éste, sino también en otros lauces, persiguió el Barón de La Barre incomodando al enemigo lo largo de aquella orilla.

Por la derecha desempeñaron igual faena los aragoneses. Gobernábala en jefe, desde Agosto, don José María de Carvajal, á quien la Regencia de Cadix había nombrado con objeto de que obedeciese á una sola mano las diversas partidas y cuerpos que recorrían aquel reino. Pensamiento loable, pero cuya ejecución se encomendó á hombre de limitada capacidad. Carvajal paró sólo mientes en lo necesario del mando, y descuidó lo más principal. Estableció en Teruel grande aparato de oficinas, con poca previsión ahorrativa, y dió ostentosas proclamas. En vez de ayudar, embatazaba á los jefes subalternos, y mostrábase quisquilloso, con sus puntas de celos.

Importunaba, más que á los otros, á D. Pedro Villacampa, como quien descollaba sobre todos. Este caudillo, sin embargo, continuando infatigable la guerra, cogió el 6 de Setiembre, en Audora, un destacamento enemigo, y al siguiente día, en las Cuevas de Cañari, un convoy, con 126 soldados y tres oficiales. El coronel Pique, que lo mandaba, logró escaparse, achacándose á Carvajal la culpa por haber retenido lejos, so pretexto de revista, parte de las tropas. Desazonado Suchet con tales pérdidas, envió de Mora, para abuyentar á Villacampa, alguna fuerza, á las órdenes del general Habert, que, reunido á los coroneles Pique y Kliski, que estaban hacia Alcañiz, obligó al español á enmarzarse en las sierras.

Mas pasando un mes, volviendo Villacampa á avanzar, resolvió de nuevo Suchet que le atacasen sus tropas, y destacó á Klopicki del bloqueo de Tortosa, con siete ballenas y 400 caballos. Villacampa retrocedió, y Carvajal evacuó á Teruel, donde entraron los franceses el 30. Siguiéron éstos de cerca á los españoles, y en la mañana siguiente alcanzaron su retaguardia más allá de la quebrada de Alventosa, y cogieron seis piezas, varios caballos y carros de municiones.

Klopicki en ya con esto haber dispersado del todo á los españoles; pero luego se desengañó, quedando en pie la mayor parte de la fuerza del general Villacampa. Por lo mismo trató de aniquilarla, y se encontró con ella, apostada, el 12 de Noviembre, en las alturas inmediatas al santuario de la Fuensanta, espaldas de Vilhel. Don Pedro Villacampa tenía unos 3.000 hombres, manteniéndose Carvajal, con alguna gente, en Cuervo, á una legua del campo de batalla. La posición española era fuerte, aunque algo prolongada, y la defendieron los nuestros dos horas porfiadamente, hasta que la izquierda fué envuelta y atropellada. Perrieron de los españoles unos 200 hombres, ahogándose bastantes en el Gua-

dalaviar al cruzar el puente de Libros, que con el peso se hundió.

Klopicki tornó despues al sitio de Tortosa, y dejó á Kliski, con 1.200 hombres, para defender por aquella parte contra Villacampa la orilla derecha del Ebro.

Entre tanto, sosteniéndose altas con mayor constancia las aguas de este río, apresuráronse los amigos á trasportar lo que exigía el enterro cumplimiento del asedio de aquella plaza. Mas no lo ejecutaron sin tropiezos y contratiempos. El 3 de Noviembre diez y siete barcas partieron de Mequinenza escoltadas con tropa francesa, que las seguía por las márgenes del Ebro; la rapidez de la corriente hizo que aquéllas tomasen la delantera. Aprovechados de tal acaso el teniente coronel Villa, puesto en emboscada entre Fallo y Ribaroya, y atacando el convoy, cogió varias barcas, salvándose las otras al abrigo de refuerzos que acudieron. No les faltaron tampoco, antes de llegar á su destino, nuevas refriegas. Lo mismo sucedió el 27 de Noviembre á otro convoy, con la diferencia que en este caso las barcas se habían retrasado, anticipándose las escoltas, y catalanes en acecho acometieron á ellas, las hicieron varar, y cogieron 70 hombres de la guarnición de Mequinenza, que habían salido á socorrerlas.

Como semejantes tentativas y correrías, ó eran proyectadas por la división española alojada en Faiset, ó por lo ménos las apoyaba, había ya determinado Suchet, tanto para escarmentarla, como para facilitar la aproximación del séptimo cuerpo, al que siempre aguardaba, atacar á los capataces en aquel punto. Verificólo así el 19 de Noviembre por medio del general Habert, quien, no obstante una viva resistencia de los nuestros, regidos por el Barón de La Barre, se enseñoreó del campo y cogió 300 prisioneros, de cuyo número fué el general García Navarro, si bien luego consiguió escaparse.

Don Luis de Bassacourt, por el lado de Valencia, también tentó molestar á los franceses, y aun divertirlos del sitio de Tortosa. En la noche del 25 de Noviembre partió de Peñíscola la vuelta de Lilecona con 8.000 infantes y 800 caballos, distribuidos en tres columnas: la del centro la mandaba el mismo Bassacourt; la de la derecha, que se dirigía camino de Alcanar, D. Antonio Porta, y la de la izquierda D. Melchor Álvarez. Al llegar el primero cerca de Ulldecona, perdió tiempo aguardando á Porta; pero impaciente, ordenó al fin que avanzasen guerrillas de infantería y caballería, y que al oír cierta señal atacasen. Hízose así, sustentando Bassacourt la acometida por el centro con el grueso de los jinetes, y por los flancos con los peones. Hasta tercera vez insistieron los nuestros en empujarse, en cuya ocasión, no descubriéndose todavía ni á Porta ni á D. Melchor Álvarez, tuvieron que cejar con quebranto, en especial el escuadrón de la Reina, cuyo coronel, D. José Velarde, quedó prisionero. Bassacourt se retiró por escalones y en bastante orden hasta Vinarez, donde se le juntó don Antonio Porta. Los franceses vinieron luego contra, habiendo juntado todas sus fuerzas el general Musnier, que los mandaba, con lo que los nuestros, ya desanimados, se dispersaron. Reuniose Bassacourt á Peñíscola, en donde se volvió á reunir gente, y llegó noticia de haberse mantenido en la izquierda, que capitaneaba D. Melchor Álvarez, ya que no acudiese con puntualidad al sitio que se le señalara. Corta fué de ambos lados la pérdida de los prisioneros, por el nuestro, bastantes, aunque

después se fugaron muchos. Aclamase en parte la culpa de este descalabro á la lentitud de Porta; otros pensaron que Bassecourt no había calculado convenientemente los tropiezos que en la marcha encontrarian las columnas de derecha é izquierda.

Al mismo tiempo que avanzó hacia l'Idrocon, dió la vela de Peníscola una flotilla, con intento de atacar los puertos franceses de la Rápita y los Alfaques; mas, estando sobre aviso el general Harispe, que había sucedido en el mando de la división á Laval, muerto de enfermedad, tomó sus precauciones y estorbó el desembarco.

Se necesitaba, en tanto, el día en que Macdonald, después de largo esperar, ayudase de vérs á la completa formalización del sitio de Tortosa. Permitiéndole el haber podido meter en Barcelona el convoy que insinuamos fué á buscar vía del Ampurdán. Aseguradas de este modo por algun tiempo las subsistencias en dicha plaza, dejó en ella 6.000 hombres; 14.000 á las órdenes del general Baraguey d'Hilliers en Gerona y Figueras, de que la mayor parte quedaba disponible para guerrear en el campo y mantener las comunicaciones con Francia, y con 15.000 restantes marchó el mismo Macdonald la vuelta del Ebro, entrando en Mora el 13 de Diciembre. Concertáronse él y Suchet, y contando éste en Jerta su cuartel general, ocupó el otro los puestos que antes cubría la división de Harbert, y se dió principio á llevar con rapidez los trabajos del sitio de Tortosa, del que hablaremos en uno de los próximos libros.

Á la propia sazón el ejército español de Cataluña, dejando una división que observase el Llobregat, y continuando el Ampurdán al cuidado del Barón de Eroles, se colocó en su mayor parte frontero á Macdonald, en figura de arco, al rededor de Lent, y apoyaba la derecha en Montblanch. Faltóle luego el brazo activo y vigoroso de D. Enrique O'Donnell, quien, debilitado á causa de su herida, empeorada con los cuidados, tuvo que embarcarse para Mallorca ántes de acabar Diciembre, recayendo el mando interinamente, como más antiguo, en D. Miguel de Iranzo.

Por la relación que acabamos de hacer de las operaciones militares de estos meses en Cataluña, Aragón y Valencia, hánto enmarañadas, y quizá enojosas por su menudencia, habrá visto el lector cómo, á pesar de haber cesando en ellas trabazon y concierto, fueron para el enemigo incómodas y ominosas; pues desde el principio de Julio, que embió á Tortosa, no pudo hasta Diciembre formalizar el sitio. Nuevo ejemplo de lo que son estas guerras. Segento mil franceses, no obstante los yerros y mala inteligencia de nuestros jefes, nada adelantaron por aquella parte durante varios meses en la conquista, estrellándose sus esfuerzos contra el tropel de refringos y pertinacia de los pueblos.

En el ribón de España, junto con las provincias Vascongadas y Navarra, se aumentaban las partidas, y en este año de 10 llegaron á formar algunas de ellos cuerpos numerosos y mejor disciplinados; pues en tales lides, como decía Fernando del Pulgar, crece el corazon con las hazañas, y las hazañas con la gente, y la gente con el ínteres. Promovían también allí, en algunos parajes, gobernando las juntas, las cuales, sin asunto fijo, mudaban de morada según la suerte de las armas, y ya se embestaban en elevadas sierras, ó ya se guarecían en recónditos yermos. La Regencia de Cádiz nombraba á veces generales que tuviesen bajo su mando los diversos guerrilleros de un determinado distrito, ó

ensalzaba á los que de entre ellos mismos sobresalían, autorizándolos con grados y comandancias superiores. Igualmente embió intendentes á otros empleados de Hacienda que recaudasen las contribuciones y llevasen en lo posible la correspondiente cuenta y razón, invirtiéndose los productos en las atenciones de los respectivos territorios. Y si no se estableció en todas partes entero y cumplido orden, incompatible con las circunstancias y la presencia del enemigo, por lo ménos adoptóse un género de gobernanon que, aunque llevaba visos de sôlo concertado desórden, remedió ciertos males, evitó otros, y mantuvo siempre viva la llama de la insurrección.

No poro, por su lado, contribuían los franceses al propio fin. Sus extorsiones pasaban la raya de lo hostigero é inicuo. Vivian, en general, de pesadimas derramas y de escandaloso pillaje, cuyos excesos producian en los pueblos venganzas, y éstas crueles y sanguiñatias medidas del enemigo. Los alcaldes de los pueblos, los curas párrocos, los sujetos distinguidos, sin reparar en edad, ni aun en sexo, temian que responder de la tranquilidad pública, y con frecuencia, so pretexto de que conservaban relaciones con los partidarios, se los metía en duras prisiones, se los extrañaba á Francia, ó eran atropelladamente arebucendos. ¡Qué pûbulo no daban tales arbitrariedades y demasias al acrecentamiento de guerrillas!!

Asaltados por ellas en todos lugares, tuvieron los enemigos que establecer de trecho en trecho puestos fortificandos, valiéndose de antiguos castillos de moros ó de conventos y casas-palacios. Por este medio aseguraban sus caminos militares, la línea de sus operaciones, y formaban depósitos de víveres y aprestos de guerra. Su dominio no se extendía generalmente fuera del recinto fortalecido, teniendo á veces que oír, mal de su grado, y sin poder estorbarlo, las jácara patrióticas que en su derredor venian á entonar, con los habitantes, los atrovídes partidarios.

Al viajante prestaban por lo comun aquellos caminos triste y desoladora vista: pueblos desiertos, arruinados, continua soledad, que interrumpian de tarde en tarde escoltadas convoyes, ó la aparición de los puertos franceses, cuyos soldados recelosamente salian de entre sus empalizadas. Resultas precisas, pero lastimosas, de tan cruda y barbara guerra.

Conservar de este modo las comunicaciones exigía de los franceses suma vigilancia y mucha gente. Así en las provincias de que vamos hablando nada ménos contaban que unos 70.000 hombres, 24.000 en Madrid y lo restante de Castilla la Nueva. En la Vieja, además de Segovia y Avila, y de otros puntos de inmediato enlace con las operaciones de Portugal y Asturias, habia en Valladolid de 6 á 7.000 hombres, y 10.000 en Burges. Soria y sus contornos; 7.000 se repartían por Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, y 22.000 se alojaban en Navarra. Distribuidos toda esta gente en columnas móviles, ó no juntas, según los casos, en cuerpos más numerosos y compactos.

En orden á los partidarios, causadores de tanto afán, no nos es dudo hacer de todos particular espficacion, menos de sus hechos, como apenas de una historia general. Subia á 200 la cuenta de los caudillos más conocidos, apareciendo y desapareciendo otros muchos con las cledas de los anacos.

Los que andaban cerca de los ejércitos en la circunferencia peninsular, y de que ya hemos hablado, permanecían más fijos en sus respectivos luga-

res, como dependientes de cuerpos reglados. Los que ahora nos ocupan, si bien de preferencia tenían, digámoslo así, determinada vivienda, trasladábanse de una provincia á otra al oír de las alternativas y vueltas de la guerra, ó según el cebo que ofrecía alguna lucrative ó gloriosa empresa.

En Andalucía, aparte de las guerrillas nombradas, y que recorrían las tierras de Granada y Ronda, dieronse á conocer bastante las de D. Pedro Zaldívar, D. Juan Múrmol y D. Juan Lorenzo Rey, habiendo una, que apellidaron del Mantequero, naciendo en el barrio de Triana un día de los del mes de Setiembre, con gran sobresalto de los franceses de Sevilla.

Continuaban en la Mancha, haciendo sus escursiones, Franciquete y los ya insinuados en otro libro. Oyeronse ahora los nombres de D. Miguel Díaz y de D. Juan Antonio Orebio, juntamente con los de D. Francisco Abad y D. Manuel Pastrana, el primero bajo el mote de Chalco, y el último bajo el de Chamberg. Usanza ésta general entre el vulgo, no olvidada ahora con caudillos que por la mayor parte salían de las houradas pero humildes clases del pueblo.

Apareció en la provincia de Toledo D. Juan Palares, médico de Vitaluenga, y en la misma murió el famoso partidario D. Ventura Jiménez, de resultas de heridas recibidas el 17 de Junio en un empujado choque junto al puente de San Martín. Igual y gloriosa suerte cupo á D. Toribio Bustamante, alias el Caracol, que recorría aquella provincia y la de Extremadura. Tomó las armas después de la batalla de Ruseco, en donde era administrador de correos, para vengar la muerte de su mujer y de un tierno hijo, que perecieron á manos de los franceses en el asedio de aquella ciudad. Finó el 2 de Agosto, lidiando en el puerto de Mirabete.

En las cercanías de Madrid hervían las partidas, á pesar de las fuerzas respetables que custodiaban la capital; bien es verdad que dentro tenía la causa nacional firmes parciales, y auxilios y pertrechos, y hasta insignias honoríficas recibían de su adhesión y afecto los caudillos de las guerrillas.

D. Juan Martín (el Empecinado), que por lo común peleaba en la provincia vecina de Guadalajara, era á quien especialmente se dirigían los envíos y obsequiosos rendimientos. Cuerpos suyos destacados rondaban á menudo no lejos de Madrid, y el 13 de Julio hasta se metieron en la Casa de Campo, tan inmediata á la capital, y sitio de recreo de José. A tal punto inquietaban estos rebatos á los enemigos, y tanto se multiplicaban, que el Conde de Laforest, embajador de Napoleon cerca de su hermano, después de hablar en un pliego, escrito en 5 de Julio, al ministro Champagny, de que las sorpresas que hacían las cuadrillas españolas de los puestos militares, de los convoyes y correos, eran cada día más frecuentes, añadía «que en Madrid nadie se podía, sin riesgo, alejar de sus tapias.»

Mirando los franceses al Empecinado como principal promovedor de tales acometidas, quisieron destruirle, y ya en la primavera habían destacado contra él, á las órdenes del general Hugo, una columna volante de 3.000 infantes y caballos, en cuyo número había españoles de los entreguentados por José, pero que comunmente sólo sirvieron para engrosar las filas del Empecinado.

El general Hugo, aunque al principio alcanzó ventajas, creyó oportuno, para apoyar sus movimientos, fortalecer, en fines de Junio, á Brihuega y Sigüenza. No tardó el Empecinado en atacar á

esta ciudad, constando ya su fuerza de 600 infantes y 400 caballos. Se agregó á él, con 100 hombres, D. Francisco de Palafox, que vimos ántes en Acañiz, y que luego pasó á Mallorca, donde murió. Juntos ambos caudillos, obligaron á los franceses encerrarse en el castillo, y entraron en la ciudad. Abandonáronla pronto; mas desde entonces el Empecinado no cesó de amenazar á los franceses en todos los puntos, y de molestarlos marchando y contramarchando, y ora se presentaba en Guadalajara, ora delante de Sigüenza, y ora, en fin, en el Jarama y ponía en cuidado hasta la misma corte de José.

Servíale de poco á Hugo su diligencia; pues don Juan Martín, si se veía acosado, presto á desparar su gente, juntábala en otras provincias, á las de Burgos y Soria, de donde también venían á veces en su ayuda Tapia y Merino.

El 18 de Agosto trabó en Cifuentes, partido de Guadalajara, una porfiada refriega, y aunque resultó tuvo que retirarse, apareció otra vez el 21 en Mirabueno, y sorprendió una columna enemiga, cogiéndole bastantes prisioneros. Volvió en 14 de Setiembre á empeñar otra acción, también refriega, el mismo Cifuentes, la cual duró todo el día, y los franceses, después de poner fuego á la villa, recogieron á Brihuega.

Ascendió en Octubre la fuerza del Empecinado á 600 caballos y 1.500 infantes, con lo que pudo atacar partidas á Castilla la Vieja y otros lugares, no sólo para pelear contra los franceses, sino también para someter algunas guerrillas españolas que, so color de patriotismo, oprimían los pueblos y dejaban tranquilos á los enemigos.

No le estorbó esta maniobra hostilizar al general Hugo, y el 18 de Octubre escarmentó á algunas de sus tropas en las Cantarrillas de Fuentes, aprensando parte de un convoy.

Con tan repetidos ataques desflaquecía la columna del general Hugo, y menester fué que le enviasen de Madrid refuerzos. Luego que se le juntaron, se dirigió á Humánes, y allí en 7 de Diciembre, escribió al Empecinado, ofreciéndole para él y sus soldados servicios y mercedes bajo el gobierno del Rey. Replicó el español briosamente y como honrado, de lo cual enfadado Hugo, cerró con los nuestros, dos días después, en Cogolludo, teniendo el jefe español que retirarse á Atienza, sin que por eso se desalentase, pues á poco se dirigió á Jadraque y rescató varios de sus prisioneros. «Tal era, dice el general Hugo en sus *Memorias*, la pasmosa actividad del Empecinado, tal la renovación y aumento de sus tropas, tales los abundantes socorros que de todas partes le suministraban, que me veía forzado á ejecutar continuos movimientos.» Y más adelante concluye con asentar: «Para la completa conquista de la Península se necesitaba acabar con las guerrillas; pero su destrucción presentaba la imagen de la obra fabulosa.» Testimonio imparcial, y que añade nuevas pruebas en favor del raro y exquisito mérito de los españoles en guerra tan extraordinaria y hazarosa.

Don Luis de Bassecourt, conforme apuntamos, mandaba en Cuenca ántes de pasar á Valencia. Entraron los franceses en aquella ciudad el 17 de Junio, y hallándola desamparada, cometieron excesos parecidos á los que allí deshonraron sus armas en las anteriores ocupaciones. Quemaron casas, destruyeron muebles y ornamentos, y hasta inquietaron las cenizas de los muertos, desenterrando varios cadáveres, en busca, sin duda, de alhajas y ocultos tesoros.

Evacuaron luego la ciudad, y en Agosto sucedió á Bassecourt en el mando D. José Martínez de San Martín, que tambien de médico se había convertido en audaz partidario. Recorria la tierra hasta el Tajo, en cuyas orillas ~~se reunían á veces los rebeldes~~ na volante que capitaneaba en Tarancón el coronel francés Forestier.

Cundia igualmente voraz el fuego de la guerra al norte de las sierras de Guadarrama. Sosteníanse los más de los partidarios en otro libro mencionados, y brotaron otros muchos. De ellos, en Segovia, D. Juan Abril; en Ávila, D. Camilo Gomez; en Toro, D. Lorenzo Aguilar, y distinguióse en Valladolid la guerrilla de caballería, llamada de Borbon, que mandillaba D. Tomas Principe.

Aquí mostrábase el general Kellermann contra los partidarios tan implacable y severo como ántes, portándose á veces, ya él, ó ya los subalternos, harto crudamente. Hubo un caso que aventajó á todos en extremada crueldad. Fué, pues, que preso el hijo de un latonero de aquella ciudad, de edad de doce años, que llevaba pólvora á las partidas, no queriendo descubrir la persona que le enviaba, aplicáronle fuego lento á las plantas de los pies y á las palmas de las manos, para que con el dolor declarase lo que no queria de grado. El niño, firme en su propósito, no desplegó los labios, y conmoviéronse, al ver tanta heroicidad, los mismos ejecutores de la pena, mas no sus verdaderos y empoderados verdugos. Y quien, despues de este ejemplo y otros semejantes, sólo propios de naciones feroces y de siglos barbaros, extrañará algunos rigores, y aun actos crueles de los partidarios?

Don Juan Tapia, en Palencia; D. Jerónimo Merino, en Burgos; D. Bartolomé Amor, en la Rioja, y en Soria D. José Joaquín Durán, ya unidos, ya separadamente, peleaban en sus respectivos territorios ó batían la campaña en otras provincias. Eligió la Junta de Soria á Durán comandante general de su distrito. Siendo brigadier fue hecho prisionero en la accion de Babuena, y habiéndose luego fugado, se mantonia oculto en Casante, pueblo de su naturaleza. Resolvió dicha Junta este nombramiento (que mereció en breve la aprobacion del Gobierno) de resultas de un decreto que el 6 de Setiembre publicaron en Yanguas sus partidas, unidas á las de la Rioja. Causó una columna volante enemiga, que regia el general Roguet, quien inhumanamente mandó fusilar veinte soldados españoles prisioneros, despues de haberles hecho creer que les concedia la vida.

Durán se estableció en Berlanga. Su fuerza, al principio, no era considerable; pero aparentó de manera, que el gobernador francés de Soria, Duvernét, si bien á la cabeza de 1.600 hombres de la guardia imperial, no osó atacarle solo, y pidió auxilio al general Dorsenne, residente en Burgos. Por entonces ni uno ni otro se movieron, y dejaron á Durán tranquilo en Berlanga.

Tampoco pensaba este en hacer tentativa alguna hasta que su gente fuese más numerosa y estuviese mejor disciplinada. Pero habiéndole presentado en Diciembre los partidarios Merino y Tapia, con 600 hombres, los más de caballería, no quiso desaprovechar tan buena ocasion, y les propuso atacar á Duvernét, que á la sazón se alojaba, con 600 soldados, en Calatayud, camino del Burgo de Osma. Aprobaron Merino y Tapia el pensamiento, y todos convinieron en aguardar á los franceses el 11 á su paso por Torralba. Apareció Duvernét, trabóse la pelea, y ya iba aquél de vencida, cuando de repente

la caballería de Merino volvió grupa y desamparó á los infantes. Desperanzados éstos, tomaron Tapia y su compañero á sus provincias, y Durán á Berlanga, en donde, sin ser molestado, continuó hasta finalizar el año de 10, procurando reparar sus pérdidas y mejorar la disciplina.

Tomó á su cargo la montaña de Santander el partidario Campillo, aproximándose unas veces á Asturias y otras á Vizcaya, mas siempre con gran detrimento del enemigo. Mereció por ello gran loa, y tambien por ser de aquellos lidadores que, sirviendo á su patria, nunca vejaron á los pueblos.

La misma fama adquirió en esta parte D. Juan de Aróstegui, que mandillaba en Vizcaya una partida considerable con el nombre de Besamonteros. Sonaba en Alava desde principio de año D. Francisco Longa, de la Puebla de Arganzón, quien en breve contó bajo su mando unos 500 hombres. Pronto rebulló tambien en Guipúzcoa D. Gaspar Jáuregui, llamado el Pastor, porque soltó el cayado para empuñar la espada.

Estas provincias Vascongadas, así como toda la costa cantabrica, de suma importancia para divertir al enemigo y cortarle en su raíz las comunicaciones, habían llamado particularmente la atención del Gobierno supremo, y por tanto, además de las expediciones referidas de Portier, se idearon otras. Fué de ellas la primera una que encomendó la Regencia á D. Mariano Renovales. Saló éste al efecto de Cádiz, aportó á la Coruña, y hechos los preparativos, dió de aquí la vela el 14 de Octubre con rumbo al Este. Llevaba 1.200 españoles y 800 ingleses, convoyados por cuatro fragatas de la misma nacion y otra de la nuestra, con varios buques menores. Mandaba las fuerzas de mar el comodoro Melde.

Fondeó la expedicion en Gijón el 17, á tiempo que Portier peleaba en los alrededores con los franceses; mas no pudiendo Renovales desembarcar hasta el 18, dióse lugar á que los enemigos evacuasen aquella villa, y que Portier, atacado por éstos, unidos á los de afuera, se alejase. Renovales se reembarcó, y el 23 surgió en Santona, y vientos contrarios no le permitieron tomar tierra hasta el 28, espacio de tiempo favorable á los franceses, que, acudiendo con fuerzas superiores en auxilio del punto amagado, obligaron á los nuestros á desistir de su intento. Además la estación avanzaba y se ponía invernal con anuncios de temporales peligrosos en costa tan brava; por lo mismo, pareciendo prudente retroceder á Galicia, aportaron los nuestros á Vivero. Allí, arreciando los vientos, se perdió la fragata española Magdalena y el bergantín Palomo, con la mayor parte de sus tripulaciones. Grande desdicha, que si en algo pendió de los malos tiempos, tambien hubo quien la atribuyese á imprevision y tardanzas.

Causó al principio desazoniego á los franceses esta expedicion, que creyeron más poderosa; pero tranquilizándose despues al verla alejada, pusieron nuevo cenato, aunque inútilmente, en despojar el país de las partidas, perturbándolos en especial don Francisco Espoz y Mina, que sobresalió por su intrepidez y no interrumpidos ataques.

A poco de la desgracia de su cohino había allegado bastante gente, que todos los dias se aumentaba. Sin aguardar á que fuese muy numerosa, emprendió ya en Abril frecuentes acometidas, y prosiguió las meses adelante, atajando las escueltas y combatiendo los ajuntamientos enemigos. Impacientados éstos y enfurecidos del fatigoso pelear, determinaron en Setiembre destruir á tan arrojado partida-

rio. Validos para ello el general Reille, que mandaba en Navarra, de las fuerzas que allí habia y de otras que iban de paso á Portugal, juntando de este modo unos 30.000 hombres.

Mina, acordado, para evitar el exterminio de su gente, la despartió por diversos lugares, encaminándose parte de ella á Castilla y parte á Aragon. Guardó él consigo algunos hombres, y más desembarazado, no cesó en sus ataques, si bien tuvo luego que correrse á otras provincias. Herido de gravedad, tomó despues á Navarra para curarse, creyéndose más seguro en donde el enemigo más lo buscaba. ¡Tal y tan en su favor era la opinion de los pueblos, tanta la fidelidad de éstos!

Antes de ausentarse dió en Aragon nueva forma á sus guerrillas, volviólas á reunir en número de 3.000 hombres, y las repartió en tres batallones y un escuadrón; confirió el mando de ellos á Curuchaga y á Gorritz, jefes dignos de su confianza. La Regencia de Cadix le nombró entonces coronel y comandante general de las guerrillas de Navarra; pues estos caudillos, en medio de la independencia de que disfrutaban, hija de las circunstancias y de su posición, aspiraban todos á que el Gobierno supremo confirmase sus grados y aprobase sus hechos, reconociéndolo como autoridad soberana y único medio de que se conservase buena armonía y union entre las provincias españolas.

Recobrado Mina de su herida, comenzó, al finalizar Octubre, otras empresas, y su gente recorrió de nuevo los campos de Aragon y Castilla, con terrible quebranto de los enemigos. Restituyóse en Diciembre á Navarra, atacó á los franceses en Tievas, Montreal y Aibar; y cerrando dichosamente la campaña de 1810, se dispuso á dar á su nombre en las sucesivas mayor fama y realce.

Juzguese por lo que hemos referido cuántos males no acarrearían las guerrillas al ejército enemigo. Habíalas en cada provincia, en cada comarca, en cada rincón; contaban algunas 2.000 y 3.000 hombres; la mayor parte 500 y aun 1.000. Se agregaron las más pequeñas á las más numerosas, ó desaparecieron, porque como eran las que por lo general vejaban los pueblos, faltábales la protección de éstos, persiguiéndolas al propio tiempo los otros guerrilleros, interesados en su buen nombre y á veces tambien en el aumento de su gente. No hay duda que en ocasiones se originaron daños á los naturales, aun de las grandes partidas; pero los mas eran inherentes á este linaje de guerra, pudiéndose resueltamente afirmar que sin aquéllas hubiera corrido riesgo la causa de la independencia. Tranquilo poseedor el enemigo de extension vasta de país, si hubiera entonces aprovechado de todos sus recursos, transitando por él pacíficamente, y dueño de mayores fuerzas, ni nuestros ejércitos, por mas valientes que se mostrasen, hubieran podido resistir á la superioridad y disciplina de sus contrarios, ni los aliados se hubieron mantenido constantes en contribuir á la defensa de una nación cuyos habitantes doblaban mansamente la cerviz á la yugada extranjera.

Tregua ahora á tanto combate; y lanzándonos en el campo no menos vasto de la política, hablemos de lo que presidió á la reunion de Córtes, las cuales, en breve congregadas, haciendo bambolear el antiguo edificio social, echaron al suelo las partes ruinosas y deformes, y levantaron otro, que, si no perfecto, por lo menos se acomodaba mejor al progreso de las luces del siglo, y á los usos, costumbres y necesidades de las primitivas monarquías de España.

Desaficionada la Regencia á la institucion de Córtes, habia postergado el reunirlos, no cumpliendo debidamente con el juramento que habia prestado al instalarse, «de contribuir á la celebracion de aquel augusto congreso en la forma establecida por la suprema Junta Central, y en el tiempo designado en el decreto de creacion de la Regencia.» Cierzo es que en este decreto, aunque se insistia en la reunion de Córtes, ya convocadas para el 1.º de Marzo de 1810, se añadía: así la defensa del reino... lo permitiere.» Clausula puesta allí para el caso de urgencia, ó para diferir cortos dias la instalacion de las Córtes; pero que abría ancho espacio á la interpretacion de los que procediesen con mala ó fria voluntad.

Desuido, pues, la Regencia el cumplimiento de su solemne promesa, y no volvió á mentar ni aun la palabra Córtes sino en algunos papeles que circuló á América, las mas veces no difundidos en la Península, y cortados á traza de entretenimiento para halagar los ánimos de los habitantes de Ultramar. Conducta extraña, que sobremanera trajo, pues entonces ansiaban los mas la pronta reunion de Córtes, considerando á éstas como áncora de esperanza en tan deshecha tormenta. Creciendo los clamores públicos, se unieron á ellos los de varios diputados de algunas juntas de provincia, los cuales residían en Cadix y trataron de promover legalmente asunto de tanta importancia. Temerosa la Regencia de la comun opinion, y sabedora de lo que intentaban los referidos diputados, resolvió canar á todos por la mano, suscitando ella misma la cuestion de Córtes, ya que contase desalumbrares y dar largas, ó ya que, obligada á conceder lo que la generalidad pedía, quisiese aparentar que sólo la estimulaba propia voluntad, y no apena impulso. A este fin llamó el 14 de Junio á D. Martín de Garay, y le instó á que esclareciese ciertas dudas que ocurrían en el modo de la convocacion de Córtes, no hallándose nadie más bien enterado en la materia que dicho sujeto, secretario general é individuo que habia sido de la Junta Central.

No por eso desistieron de su intento los diputados de las provincias, y el 17 del mismo mes comisionaron á dos de ellos para poner en manos de la Regencia una exposicion enderezada á recordar la prometida reunion de Córtes. Cupo el desempeño de este encargo á D. Guillermo Hualde, diputado por Cuenca, y al Conde de Toreno (autor de esta *Historia*), que lo era por Leon. Presentáronse ambos, y despues de haber el último obtenido venia, leido el papel de que eran portadores, alborotóse bastante mente el Obispo de Orense, no acostumbrado á en y menos á recibir consejos. Replicaron los comisionados, y comenzaban unos y otros á agriarse, cuando, terciando el general Castaños, amansáronse Hualde y Toreno, y templando tambien el Obispo su ira locuaz y apasionada, humanóse al cabo, y así como los demas regentes dieron á los diputados una respuesta satisfactoria. Divulgado el suceso, remontó el vuelo la opinion de Cadix, mayormente habiendo su junta aprobado la exposicion hecha al Gobierno, y sosteniéndola con otra que á su efecto elevó á su conocimiento en el día siguiente.

Amenazada la Regencia con la fermentacion que reinaba, promulgó el mismo 18 (2) un decreto,

(2) El Consejo de Regencia de los reinos de España e Indias, que acordó dar á la nación entera un testimonio irreversible de sus sentimientos desus por el bien de ella, y de los desvelos que le han merecido principalmente la salvacion de la patria, ha determinado, en el nombre del rey, nuestro señor, D. Fernando VII, que las Córtes ex-

por el que, mandando que se realizasen á la mayor brevedad las elecciones de diputados que no se hubiesen verificado hasta aquel día, se disponia, además, que en todo el próximo Agosto concurriesen los nombrados á la isla de Leon, en donde, luego que se hallase la mayor parte, se daría principio á las sesiones. Aunque en su tenor parecia vago este decreto, no fijándose el día de la instalacion de Cortes, sin embargo la Regencia soltaba prendas que no podia recoger, y á nadie era ya dado contrarestar el desencadenado impetu de la opinion.

Produjo en Cádiz, y seguidamente en toda la monarquía, extremo contentamiento semejante providencia, y apresuráronse á nombrar diputados las provincias que aún no lo habian efectuado, y que gozaban de la dicha de no estar imposibilitadas para aquel acto por la ocupacion enemiga. En Cádiz empezaron todos á trabajar en favor del pronto logro de tan deseado objeto.

La Regencia, por su parte, se dedicó á resolver las dudas que, segun arriba insinuamos, ocurrían acerca del modo de constituir las Cortes. Fué una de las primeras la de si se convocaría ó no una cámara de privilegiados. En su lugar vimos cómo la Junta Central dió, antes de disolverse, un decreto, llamando, bajo el nombre de Estamento ó Cámara de dignidades, á los arzobispos, obispos y grandes del reino; pero tambien entónces vimos cómo nunca se habia publicado esta determinacion. En la convocatoria general de 1.º de Enero, ni en la instruccion que la acompañaba, no habia el Gobierno supremo ordenado cosa alguna sobre su posterior resolucio; sólo insinuó en una nota que igual convocatoria se remitiría «á los representantes del brazo eclesiástico y de la nobleza.» Las juntas no publicaron esta circunstancia, é ignorándola los electores, habian recaído ya algunos de los nombramientos en grandes y en prelados.

Perpleja con eso la Regencia, empezó á consultar á las corporaciones principales del reino sobre si convendría ó no llevar á cumplida ejecucion el decreto de la Central acerca del Estamento de privilegiados. Para acertar en la materia, de poco servia acudir á los hechos de nuestra historia.

Antes que se reuniesen las diversas coronas de España en las sienes de un mismo monarca, habia la práctica sido varia, segun los estados y los tiempos. En Castilla desaparecieron del todo los brazos del clero y de la nobleza despues de las Cortes celebradas en Toledo en 1538 y 1539. Duraron más tiempo en Aragon; pero colocada en el sáculo, al principiar el siglo XVIII, la estirpe de los Borbones, dejaron en breve de congregarse separadamente las Cortes en ambos reinos, y sólo ya fueron llamadas para la jura de los príncipes de Asturias. Por primera vez se vieron juntas, en 1709, las de las coronas de Aragon y Castilla, y así continuaron hasta las últimas que se tuvieron en 1789, no asistiendo ni aún á éstas, á pesar de tratarse algun asunto grave, sino los diputados de las ciudades. Sólo en Na-

varra proseguia la costumbre de convocar á sus Cortes particulares del brazo eclesiástico y el militar, ó sea de la nobleza. Pero además de que allí no entraban en el primero exclusivamente los prelados, sino tambien priores, abades y hasta el provisor del obispado de Pamplona, y que del segundo componian parte varios caballeros, sin ser grandes ni titulados, no podia servir de norma tan reducido rincon á lo restante del reino, señaladamente hallándose cerca, como para contrapuesto ejemplo, las provincias Vascongadas, en cuyas juntas, del todo populares, no se admiten ni aún los clérigos. Ahora habia tambien que examinar la índole de la presente lucha, su origen y su progreso.

La nobleza y el clero, aunque entraron gustosos en ella, habian obrado ántes bien como particulares que como corporaciones, y lo más elevado de ambas clases, los grandes y los prelados no habian por lo general brillado ni á la cabeza de los ejércitos, ni de los gobiernos, ni de las partidas. Agregábase á esto la tendencia de la nacion, desafecta á jerarquías, y en la que reducidos á estrechísimos límites los privilegios de los nobles, todos podian ascender á los puestos más altos, sin excepcion alguna.

Mostrábase en ello tan universal la opinion, que no sólo la apoyaban los que propendían á ideas democráticas, inas tambien los enemigos de Cortes y de todo gobierno representativo. Los últimos no, en verdad, como un medio de desórden (habia entónces en España acerca del asunto mejor fe), sino por no contrarestar el modo de pensar de los naturales. Ya en Sevilla, en la comision de la Junta Central encargada de los trabajos de Cortes, los señores Riquelme y Caro, que apuntamos desamaban la reunion de Cortes, una vez decidida ésta, votaron por una sola cámara indivisa y comun, y el ilustre Jovellanos por dos; Jovellanos, acérrimo partidario de Cortes y uno de los españoles más sabios de nuestro tiempo. Los primeros seguían la voz comun; guiaban al último reglas de consumada política, la práctica de Inglaterra y otras naciones. Entre los comisionados de las juntas residentes en Cádiz fué el más celoso en favor de una sola cámara D. Guillermo Hualde, no obstante ser eclesiástico, dignidad de chantre en la catedral de Cuenca y grande adversario de novedades. Contradicciones frecuentes en tiempos revueltos; pero que nacían aquí, repetimos, de la elevada y orgullosa igualdad que ostenta la jactancia española, manantial de ciertas virtudes, causa á veces de ruinosa insubordinacion.

La Regencia consultó sobre la materia, y otras relativas á Cortes, al Consejo reunido. La mayoría se conformó en todo con la opinion más acreditada, y se inclinó tambien á una sola cámara. Disintieron del dictámen varios individuos del antiguo Consejo de Castilla, de cuyo número fueron el decano D. José Colon, el Conde del Pinar y los señores Riega, Duque de Estrada y D. Sebastian de Torres. Oposicion que dimanaba, no de adhesion á cámaras, sino de odio á todo lo que fuese representacion nacional; por lo que en su voto insistieron particularmente en que se castigase con severidad á los diputados de las juntas que habian osado pedir la pronta convocacion de Cortes.

Cundió en Cádiz la noticia de la consulta, junto con la del dictámen de la minoría, y enfureciéronse los ánimos contra ésta, mayormente no habiendo los más de los firmantes dado al principio del levantamiento, en 1808, grandes pruebas de afecto y decision por la causa de la independencía. De consi-

traordinarias y generales mandadas convocar se realicen á la mayor brevedad, á cuyo intento quiere se ejecuten inmediatamente las elecciones de diputados que no se hayan hecho hasta este día, pues deberán los que estén ya nombrados y los que se nombren congregarse en todo el próximo mes de Agosto en la real isla de Leon; y hallándose en ella la mayor parte, se dará en aquel mismo instante principio á las sesiones; y entre tanto se ocupará el Consejo de Regencia en examinar y vencer varias dificultades, para que tenga su pleno efecto la convocacion. Tendréislo entendido, y dispondréis lo que corresponda á su cumplimiento. — JAVIER DE CASTAÑOS, presidente. — PEDRO, obispo de Orense. — FRANCISCO DE SAAYEDRA. — ANTONIO DE ESCAÑO. — MIGUEL DE LARDIZÁBAL Y URIBE. — En Cádiz, á 18 de Junio de 1810. — A D. Nicolas Maria de Sierra.

guiente, conturbáronse los disidentes al saber que los tiros disparados en secreto, con esperanza de que se mantendrían ocultos, habían reventado á la luz del día. Creció su temor cuando la Regencia, para fundar sus providencias, determinó que se publicase la consulta y el dictámen particular. No hubo entonces manejo ni súplica que no empleasen los autores del último para alejar el que se suspendiese dicha resolución. Así sucedió, y tranquilizóse la mente de aquellos hombres, cuyas conciencias no habían escrupulizado en aconsejar á las calladas injustas persecuciones, pero que se estremecían á un de la sombra del peligro. Achaque inherente á la alevosía y á la crueldad, de que muchos de los que firmaron el voto particular dieron tristes ejemplos años adelante, cuando sonó en España la lúgubre y aciaga hora de las venganzas y juicios iniquos.

Pidió luego la Regencia, acerca del mismo asunto de cámaras, el parecer del Consejo de Estado, el cual convino también en que no se convocase la de privilegiados. Votó en favor de este dictámen el Marqués de Astorga, no obstante su elevada clase; del mismo fué D. Benito de Hermida, adversario, en otras materias, de cualesquiera novedades. Sostuvo lo contrario D. Martín de Garay, como lo había hecho en la Central y conforme á la opinión de Jovellanos.

No pudiendo resistir la Regencia á la universalidad de pareceres, decidió que las clases privilegiadas no asistieran por separado á las Cortes que iban á congregarse, y que éstas se juntarian con arreglo al decreto que había circularado la Central en 1.º de Enero.

Según el tenor de éste y de la instrucción que lo acompañaba, innovábase del todo el antiguo modo de elección. Solamente en memoria de lo que ántes regía se dejaba que cada ciudad de voto en Cortes enviase por esta vez, en representación suya, un individuo de su ayuntamiento. Se concedía igualmente el mismo derecho á las juntas de provincia, como premio de sus desvelos en favor de la independencia nacional. Estas dos clases de diputados no componían, ni con mucho, la mayoría, pero sí los nombrados por la generalidad de la población conforme al método ahora adoptado. Por cada 50 000 almas se escogía un diputado, y tenían voz para la elección los españoles de todas clases vecindados en el territorio, de edad de veinticinco años, y hombres de casa abierta. Nombrábanse los diputados directamente, pasando su elección por los tres grados de juntas de parroquia, de partido y de provincia. No se requerían para obtener dicho cargo otras condiciones que las exigidas para ser elector y la de ser natural de la provincia, quedando elegido diputado el que saliese de una urna ó vasija en que habían de sortearse los tres sujetos que primero hubiesen reunido la mayoría absoluta de votos. Defectuoso, si se quiere, este método, ya por ser sobradamente franco, estableciendo una especie de sufragio universal, y ya restricto á causa de la elección indirecta, llevaba, sin embargo, gran ventaja al antiguo, ó á lo menos á lo que de éste quedaba.

En Castilla, hasta entrado el siglo xv, hubo Cortes numerosas y á las que asistieron muchas villas y ciudades, si bien su concurrencia pendió casi siempre de la voluntad de los reyes, y no de un derecho reconocido é incontestable. A los diputados, ó sean procuradores, nombrábanlos los concejos, formados de los vecinos, ó ya los ayuntamientos, pues

éstos, siendo entónces por lo comun de elección popular, representaban con mayor verdad la opinión de sus comitentes, que después, cuando se convirtieron sus regidurías, especialmente bajo los Felipe austriacos, en oficios vendibles y enajenables de la corona; medida que, por decirlo de paso, nació más bien de los apuros del erario que de miras ocultas en la política de los reyes. En Aragón el brazo de las universidades ó ciudades, y en Valencia y Cataluña el conocido con el nombre de Real, constaban de muchos diputados que llevaban la voz de los pueblos. Cuáles fuesen los que hubiesen de gozar de semejante derecho ó privilegio no estaba bien determinado, pues según nos cuentan los cronistas Martel y Blancas, sólo gobernaba la costumbre. Este modo de representar la generalidad de los ciudadanos, aunque inferior, sin duda, al de la Central, aparecía, repetimos, muy superior al que prevaleció en los siglos xvi y xvii, decayendo sucesivamente las prácticas y usos antiguos, á punto que en las Cortes celebradas desde el advenimiento de Felipe V hasta las últimas de 1789 sólo se hallaron presentes los caballeros procuradores de treinta y siete villas y ciudades, únicas en que se reconocía este derecho en las dos coronas de Aragón y Castilla. Por lo que con razón asentaba lord Oxford, al principio del siglo xviii, que aquellas asambleas sólo eran ya *magni nominis umbra*.

Conferíanse ahora á los diputados facultades amplias, pues además de anunciarse en la convocatoria, entre otras cosas, que se llamaba la nación á Cortes generales, para restablecer y mejorar la Constitución fundamental de la monarquía, se especificaba en los poderes que los diputados «podían acordar y resolver cuanto se propusiese en las Cortes, así en razón de los puntos indicados en la real carta convocatoria, como en otros cualesquiera, con plena, franca, libre y general facultad, sin que por falta de poder dejasen de hacer cosa alguna, pues todo el que necesitasen les conferían (los electores), sin excepción ni limitación alguna».

Otra de las grandes innovaciones fué la de convocar á Cortes las provincias de América y Asia. Descubiertos y conquistados aquellos países á la sazón que en España iban de caída las juntas nacionales, nunca se pensó en llamar á ellas á los que allí moraban. Cosa, por otra parte, nada extraña, atendiendo á sus diversos usos y costumbres, á sus distintos idiomas, al estado de su civilización, y á las ideas que entónces gobernaban en Europa respecto de colonias ó regiones nuevamente descubiertas, pues vemos que en Inglaterra mismo, donde nunca cesaron los parlamentos, tampoco en su seno se concedió asiento á los habitantes allende los mares.

Ahora, que los tiempos se habían cambiado, y confirmándose solemnemente la igualdad de derechos de todos los españoles, europeos y ultramarinos, menester era que unos y otros concurriesen á un congreso en que iban á decidirse materias de la mayor importancia, tocante á toda la monarquía que entónces se dilataba por el orbe. Requerido así la justicia, requerido el interés bien entendido de los habitantes de ambos mundos, y la situación de la Península, que para defender la causa de su propia independencia, debía granjear las voluntades de los que residían en aquellos países, y de cuya ayuda había reportado colmados frutos. Lo dificultoso era arreglar en la práctica la declaración de la igualdad. Regiones extendidas, como las de América, con variedad de castas, con desvío entre éstas y preocupaciones, ofrecían en el asunto problemas de no fácil

resolución. Agregábase la falta de estadísticas, la diferente y confusa división de provincias y distritos, y el tiempo que se necesitaba para desenmarañar tal laberinto, cuando la pronta convocación de Cortes no dejaba vagar, ni para pedir noticias á América, ni para sacar de entre el polvo de los archivos las manuscritas y parciales que pudieran averiguarse en Europa.

Por lo mismo la Junta Central, en el primer decreto que publicó sobre Cortes, en 22 de Mayo de 1809, contentóse con especificar que la comisión encargada de preparar los trabajos acerca de la materia viese á la parte que las Américas tendrían en la representación nacional. Cuando, en Enero de 1810, expidió la misma Junta á las provincias de España las convocatorias para el nombramiento de Cortes, acordó también un decreto en favor de la representación de América y Asia, limitándose á que fuese supletoria, compuesta de 26 individuos, escogidos entre los naturales de aquellos países residentes en Europa, y hasta tanto que se decidiese el modo más conveniente de elección. No se imprimió este decreto, y solo se mandó insertar un aviso en la *Gaceta* del mismo 7 de Enero dando cuenta de dicha resolución, confirmada después por la circular que al despedirse promulgó la Central sobre celebración de Cortes.

No bastaba para satisfacer los deseos de la América tan escasa y ficticia representación, por lo cual adoptóse igualmente un medio, que, si no era tan completo como el decretado para España, se aproximaba al menos á la fuente de donde ha de derivarse toda buena elección. Tomóse en ello ejemplo de lo determinado antes por la Central, cuando llamó á su seno individuos de los diversos virreinatos y capitanías generales de Ultramar, medida que no tuvo cumplido efecto á causa de la breve gobernación de aquel cuerpo. Según dicho decreto, no publicado sino en Junio de 1809, los ayuntamientos, después de nombrar tres individuos, debían sortear uno y remitir el nombre del que fuese favorecido por la fortuna al Virrey ó Capitan general, quien, reuniendo los de las diversas provincias, tenía que proceder, con el real Acuerdo, á escoger tres, y en seguida sortearlos, quedando elegido para individuo de la Junta Central el primero que saliese de la urna. Así es como el número de los nombrados se limitaba á uno solo por cada virreinato ó capitanía general.

Conservando en el primer grado el mismo método de elección, había dado la Regencia, en 14 de Febrero, mayor ensanche al nombramiento de diputados á Cortes. Los ayuntamientos elegían en sus provincias sus representantes, sin necesidad de acudir á la aprobación ó recogimiento de las autoridades superiores; de manera que en vez de un solo diputado por cada virreinato ó capitanía general, se nombraron tantos cuantas eran las provincias, con lo que no dejó de ser bastante numerosa la diputación americana, que poco á poco fué apertando á Cádiz, aun de los países más remotos, y compuso parte muy principal de aquellas Cortes.

No estorbó esto que, aguardando la llegada de los diputados propietarios, se llevase á efecto en Cádiz el nombramiento de suplentes, así respecto á las provincias de Ultramar como también de las de España, cuyos representantes no hubiesen todavía acudido, impedidos por la ocupación enemiga ó por cualquiera otra causa que hubiese motivado la dilación. Para América y Asia, en vez de 26 suplentes, resolvió la Regencia se nombrasen dos más, accediendo á varias súplicas que se lo hicieron; para la

Península debía elegirse uno solo por cada una de las provincias indicadas. Tocaba desempeñar encargo tan importante á los respectivos naturales en quienes concurren las calidades exigidas en el decreto é instrucción de 1.º de Enero. La Regencia había el 19 de Agosto determinado definitivamente este asunto de suplentes, conviniendo en que la elección se hiciese en Cádiz, como refugio del mayor número de emigrados. Publicó el 8 de Setiembre un edicto sobre la materia, y nombró ministros del Consejo que preparasen las listas de los naturales de la Península y de América que estuviesen en el caso de poder ser electores.

Aplaudieron todos en Cádiz el que hubiese suplentes, lo mismo los apasionados á novedades que sus adversarios. Violataban en ello unos carrera abierta á su noble ambición, esperaban otros conservar así su antiguo influjo y contener el orden reformador. Entre los últimos se contaban consejeros, antiguos empleados, personas elevadas en dignidad, que se figuraban prevalecer en las elecciones y manejarlas á su antojo, asistidos de su nombre y de su respetada autoridad. Ofuscamiento de quien ignoraba lo arremolinadas que van, aun desde un principio, las corrientes de una revolución.

En breve se desenmarañaron, notando cuán perdido andaba su influjo. Levantáronse los pechos de la inocencia, y desapareció aquella indiferencia á que antes estaba avezada en las cuestiones políticas. Todo era juntas, reuniones, corrillos, conferencias con la Regencia, demandas, aclaraciones. Hablábale de candidatos para diputados, y poníanse los ojos, no precisamente en dignidades, no en hombres envejecidos en la antigua corte ó en los rancieros hábitos de los consejos ó otras corporaciones, sino en los que se miraban como más ilustrados, más bríosos y más capaces de limpiar la España de la herrumbre, que llevaba comida casi toda su fortaleza.

Los consejeros nombrados para formar las listas, léjos de tropezar, cuando ocurrían dudas, con muchos litigantes ó con sumos y necesitados pretendientes, tuvieron que habérselas con hombres que conocían sus derechos, que los defendían, y aun osaban arrostrar las amenazas de quienes ántes resolvían sin oposición y con el coño de indisputable supremacía.

Desde entonces, muchos de los que más habían doado el nombramiento de suplentes empezaron á mostrar enemigos, y por consecuencia adversarios de las mismas Cortes. Fuéronlo sin rebozo luego que se terminaron dichas elecciones de suplentes. Se dió principio á éstas el 17 de Setiembre, y recayeron por lo común los nombramientos de diputados en sujetos de capacidad y muy inclinados á reformas.

Prendieron las elecciones de cada provincia de España individuos de la Cámara de Castilla, y las de América D. Jo. Pablo Valiente, del Consejo de Indias. Hubo algunas bastante ruidosas, culpa en parte de la tenacidad de los presidentes y de su mal encaubierto despecho, malogrados sus intentos. De casi ninguna provincia de España hubo menos de 100 electores, y llegaron á 4.000 los de Madrid, todos en general sujetos de cuenta; intrínsecos de aquí que, á pesar de lo defectuoso de este género de elecciones, era más completa que la que se hacía por las ciudades de voto en Cortes, en que sólo tomaban parte veinte ó treinta privilegiados, esto es, los regidores.

Como al paso que mermaban las esperanzas de los adictos al orden antiguo adquirían mayor pujanza las de los aficionados á la opinión contraria, te-

mió la Regencia caer de su elevado puesto, y buscó medios para exaltarla y abanzar su autoridad. Pero, según acontece, los que escogió no podían servir sino para precipitarla más pronto. Tal fué el restablecer todos los Consejos bajo la planta antigua, por decreto de 16 de Setiembre. Imaginó que como muchos individuos de estos cuerpos, particularmente los del Consejo Real, se reputaban enemigos de la tendencia que mostraban los animos, tendría en sus personas, ahora agrañadas, un sustentáculo firme de su potestad, ya titubeante; cuenta en que gravemente erró. La veneración que ántes existía al Consejo Real había desaparecido, gracias á la incierta y vacilante conducta de sus miembros en la causa pública, y á su invariable y ciega adhesión á las prerogativas y extensas facultades. Inoportuno era también el momento escogido para su restablecimiento. Las Cortes iban á reunirse, á ellas tocaba la decisión de semejante providencia. Tampoco lo exigía el despacho de los negocios, reducida ahora la nación á estrechos límites, y resolviendo por sí las provincias muchos de los expedientes que ántes subían á los Consejos. Así apareció claro que su restablecimiento encubría miras ulteriores, y quizá su sospecharon algunas más dañadas de las que en realidad había.

El Consejo Real desvirtuóse por obtener que su gobernador ó decano presidiese las Cortes; que la Cámara examinase los poderes de los diputados, y también que varios individuos suyos tomasen asiento en ellas, bajo el nombre de asistentes. Tal era la costumbre seguida en las últimas Cortes, tal la que ahora se intentó abrazar, fundándose en los antecedentes y en el texto de Salazar, libro sagrado á los ojos de los defensores de las prerogativas del Consejo. Mas al columbrar el revuelo de la opinión, delirio parecía querer desenterrar usos tan encontrados con las ideas que reinaban en Cádiz y con las que exponían los diputados de las provincias que iban llegando, quienes, fuesen ó no inclinados á las reformas, traían consigo recelos y desconfianzas acerca de los Consejos y de la misma Regencia.

De dichos diputados, varios arribaron á Cádiz en Agosto, otros muchos en Setiembre. Con su venida se apresuró á la Regencia para que señalase el día de la apertura de Cortes, reacia siempre en decidirse. Tuvo aún para ello dificultades, provocó dudas, repitió consultas; mas al fin fijóse para el 24 de Setiembre.

Determinó también el modo de examinar previamente los poderes. Los diputados que habían llegado fueron de parecer que la Regencia aprebasc por sí los poderes de seis de entre ellos, y que luego estos mismos examinasen los de sus compañeros. Bien que forzada, dió la Regencia su beneplácito á la propuesta de los diputados; mas en el decreto que publicó al efecto decía que obraba así, atendiendo á que estas Cortes eran extraordinarias, sin intentar perjudicar á los derechos que preservaba á la Cámara de Castilla. Los seis diputados escogidos para el examen de poderes fueron el conde D. Benito de Harina, por Galicia; el Marqués de Villafraña, grande de España, por Murcia; D. Felipe Amat, por Cataluña; D. Antonio Oliveros, por Extremadura; el general D. Antonio Sampedro, por Valencia, y D. Ramon Power, por la isla de Puerto Rico. Todos eran diputados propietarios, incluso el último, único de los de Ultramar que hubiese todavía llegado de aquellos apartados países.

Concluidos los actos preliminares, ansiosamente y con esperanza vária aguardaron todos á que lu-

ciese aquel día 24 de Setiembre, origen de grandes mudanzas, verdadero comienzo de la revolución española.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

Instalación de las Cortes generales y extraordinarias. — Publicación de una asamblea. — Malos intenciones de la Regencia. — Conducta oscura y noble de las Cortes. — Nominación de presidente y secretarios. — Proposiciones del Sr. Muñoz Torrero. — Primera de ellas muy notable. — Los discursos pronunciados de pasada. — Engaño de la Regencia. — Palabras de Labiada. — Exordio de 24 de Setiembre. — Opiniones diversas acerca de este día, y su examen. — Número de diputados que concurrieron el primer día. — Aplausos que de todas partes reciben las Cortes. — Tratamiento. — Aclaración pedida por la Regencia. — Delante de las facultades de la potestad ejecutiva. — Empleo conferido á los diputados. — Proposición del Sr. Capmany. — Juntos en la sala. — Elección de Aragon. — El Duque de Orleans quiere hablar á la barandilla de las Cortes. — Reacción suelta de este enredo. — Al torcedo con el Obispo de Orense sobre prestar el juramento. — Se interviene al Obispo. — Revueltas de América. — Su causa. — Levantamiento de Venezuela. — Levantamiento de Buenos Aires. — Juicio acerca de estas revueltas. — Medidas tomadas por el gobierno español. — Previsión de la Regencia. — Delante de la Regencia. — Nominación de Cortes para ir á Cádiz. — Juntos en la sala. — Expedición enviada al Río de la Plata. — Ocupación de las Cortes en la materia. — Decreto de 18 de Octubre. — Discusión sobre la libertad de la imprenta. — Reglamento por el que se concede la libertad de la imprenta. — Su examen. — Lo que se adopta para los juicios, en lugar del jurado. — Proponen la libertad de la imprenta. — Partidos en las Cortes. — Remueven las Cortes á los diputados de la primera Regencia. — Causas de ello. — Nominación de la Regencia de tres individuos. — Suplencia. — Incidente del Marqués del Palacio. — Discusión que esto motiva. — Término de este negocio. — Ciertos acontecimientos ocurridos durante la primera Regencia, y breve noticia de los diferentes sucesos. — Mandato mandado emitir por las Cortes á Jorge III. — Sigue la relación de algunos acontecimientos ocurridos durante la primera Regencia. — Modo de pensar de los nuevos regentes. — Votos de los de las Cortes. — Nominación una comisión especial para formar un proyecto de Constitución. — Votos acerca de él. — Carácter de lo en Francia Fernando VII. — Proposiciones sobre la materia de los Sres. Capmany y Borrell. — Discusión. — Nuevas discusiones sobre América. — Alborotos en Nueva-España. — Inclinación favorable de aquellos países. — Providencias en materia de Guerra y Hacienda. — Cierran las Cortes sus sesiones en la sala. — Fin de este libro.

¡Estrella singular la de esta tierra de España! Arrinconados, en el siglo VIII, algunos de sus hijos en las asperezas del Pirineo y en las montañas de Asturias, no sólo adquirieron bríos para oponerse á la invasión agarena, sino que también trataron de dar reglas y señalar límites á la potestad suprema de sus caudillos, pues al paso que alzaban á estos en el paves para entregarles las riendas del Estado, les imponían justas obligaciones, y les recordaban aquella célebre y conocida máxima de los godos: *Res eris si recte facias; si non facias, non eris*; echando así los cimientos de nuestras primeras franquezas y libertades. Ahora, en el siglo XIX, estrechados los españoles por todas partes, y colocado su gobierno en el otro extremo de la Península, lejos de abatirse, se mantenían firmes, y no parecía sino que, á la manera de Anteo, recobraban fuerzas cuando ya se les creía sin aliento y postrados en tierra. En el reducido ángulo de la isla gaditana, como en Cevadonga y Soltrarve, con una mano defendían impávidos la independencia de la nación, y con la otra empezaron á levantar, bajo nueva forma, sus abstridas, libres y antiguas instituciones. Semejanzas que, bien fuese juego del acaso, ó disposición más alta de la Providencia, presentándose en breve á la pronta y viva imaginación de los naturales, sustentó el ánimo de muchos é inspiró grates esperanzas en medio de infortunios y atropellados desastres.

Según lo resuelto anteriormente por la Junta Central, era la isla de León el punto señalado para la celebración de Cortes. Conformándose la Regencia

con dicho acuerdo, se trasladó allí desde Cádiz el 22 de Setiembre, y juntó, la mañana del 24, en las casas consistoriales á los diputados ya presentes. Pasaron en seguida todos reunidos á la iglesia mayor, y celebrada la misa del Espíritu Santo por el cardenal-arzobispo de Toledo, D. Luis de Borbon, se obligó acto continuo de los diputados un juramento concebido en los términos siguientes: «¿Jurais la santa religion católica, apostólica, romana, sin admitir otra alguna en estos reinos?—¿Jurais conservar en su integridad la nación española, y no omitir medio alguno para libertarla de sus injustos opresores?—¿Jurais conservar á nuestro amado soberano, el Sr. D. Fernando VII. todos sus dominios, y en su defecto, á sus legítimos sucesores, y hacer cuantos esfuerzos sean posibles para sacarle del cautiverio y colocarle en el trono?—¿Jurais desempeñar fiel y legalmente el encargo que la nación ha puesto á vuestro cuidado, guardando las leyes de España, sin perjuicio de alterar, moderar y variar aquellas que exigiese el bien de la nación?—Si así lo hicierais, Dios os lo premie, y si no, os lo demande.» Todos respondieron: «Si juramos.»

Antes, en una conferencia preparatoria, se había dado á los diputados una minuta de este juramento, y los hubo que ponian reparo en acceder á algunas de las restricciones. Pero habiéndoles hecho conocer varios de sus compañeros que la última parte del mencionado juramento removía todo género de escrúpulo, dejando ancho campo á las novedades que quisieran introducirse, y para las que los autorizaban sus poderes, cesaron en su oposición, y adhirieron al dictamen de la mayoría, sin reclamacion posterior.

Concluidos los actos religiosos, se trasladaron los diputados y la Regencia al salon de Cortes, formado en el coliseo, ó sea teatro de aquella ciudad, paraje que pareció á los aconodados. En toda la carrera estaba tendida la tapia, y los diputados recibieron de ella, á su paso, como del vecindario e innumerable concurso que acudió de Cádiz y otras lugares, vitores y aplausos multiplicados y sin fin. Colmábanlos los circunstantes de bendiciones, y arrasadas en lágrimas las mejillas de muchos, dirigian todos al cielo fervorosos votos para el mejor acierto en las providencias de sus representantes. Y al ruido del cañon español, que en toda la linea hacia saltas por la solemnidad de tan fausto día, resonó tambien el del frances, como si intentára este engrandecer acto tan augusto, recordando que se celebraba bajo el alcañer de fuegos enemigos. ¡Día, por cierto, de plácet y buena andanza, día en que de júbilo casi querian brotar del pecho los corazones generosos, figurándose ya ver á su patria, si áun de lejos, libre y venturosa, pacífica y tranquila dentro, muy respetada fuera!

Llegado que hubieron los diputados al salon de Cortes, saludaron su entrada con repetidas vivas los muchos espectadores que llenaban las galerías. Habíanse construido éstas en los antiguos palcos del teatro; el primer piso lo ocupaba, á la derecha, el cuerpo diplomático, con los grandes y oficiales generales, adelantados á la izquierda señoras de la primera distincion. Agolpáse á los pisos más altos inmenso gentío de ambos sexos, análogos todos de presencia instalacion tan deseada.

Esperaban pocos que fuesen desde luego públicas las sesiones de Cortes, ya porque las antiguas acostumbraban en lo general á ser secretas, y ya tambien porque, no habituados los españoles á tratar en publico los negocios del Estado, dudábase que sus

procuradores consintiesen fácilmente en admitir tan saludable práctica, usada en otras naciones. De antemano algunos de los diputados que conocian, no sólo lo útil, pero áun lo indispensable que era adoptar aquella medida, discutieron el modo de hacerlo entender así á sus compañeros. Dichosamente no llegó el caso de entrar en materia. La Regencia de cuyo abrió el salon al público, movida, según se pensó, no tanto del deseo de introducir tan plausible y necesaria novedad, cuanto con la intencion avisa de desacreditar á las Cortes en el mismo día de su congregacion.

Hemos visto ya, y hechos posteriores confirmarán mas y más nuestro aserto, como la Regencia había convocado las Cortes mal de su grado, y cómo se arrimaba en sus determinaciones á las doctrinas del gobierno absoluto de los últimos tiempos. Desestimaba á los diputados, considerándoles inexpertos y noveles en el manejo de los asuntos públicos, y ningún medio le pareció mas oportuno para lograr la mengua y desconcepto de aquellos, que mostrarlos descubiertamente á la fax de la nación, saboreándose ya con la placentera idea de que, á guisa de escolares, se iban á entretener y ceder en fútiles cuestiones y ociosas disputas. Y en verdad nada podia motejar á la Regencia por haber abierto el salon público, puesto que en semejante providencia se confirmaba con el común sentir de las mismas personas afectas á Cortes, y con la índole y objeto de los cuerpos representativos. Sin embargo, la Regencia erró en la cuenta, y con la publicidad ahondó sus propias llagas y las del partido lóbrego de sus secuaces, salvando al Congreso nacional de los escollos, contra los que de otro modo hubiera corrido gran riesgo de estrellarse.

El Consejo de Regencia, al entrar en el salon, se había colocado en un trono levantado en el testero, acomodándose en una mesa inmediata los secretarios del Despacho. Distribuyéronse los diputados á derecha é izquierda, en bancos preparados al efecto. Sentados todos, pronunció el Obispo de Orense, presidente de la Regencia, un breve discurso, y en seguida se retiró el y sus compañeros, junto con los ministros, sin que ni unos ni otros hubiesen tomado disposicion alguna que guase al Congreso en los primeros pasos de su espumosa carrera. Cual tal conducta con los indicados instantes de la Regencia, pues en un cuerpo nuevo como el de las Cortes, abandonado á sí mismo, falto de reglamento y antecedentes que le ilustrasen y sirviesen de pauta, era fácil el descarrío, ó á lo ménos cierto atascamiento en sus deliberaciones, ofreciendo por primera vez al numeroso concurso que asistía á la sesion tristes muestras de su saber y condura.

Felizmente las Cortes no se desconcertaron, dando principio con paso firme y monótono al largo y glorioso curso de sus sesiones. Escogieron momentáneamente para que las presidiese al más anrriano de los diputados, D. Benito Ramon de Heredia, quien designó para secretario, en la misma forma, á D. Evaristo Perez de Castro. Debían estos nombramientos servir sólo para el acto de elegir anjetos que desempeñasen en propiedad dichos dos empleos, y asimismo para dirigi cualquier discusion que acerca del asunto pudiera suscitarse. No habiendo ocurrido incidente alguno, se procedió sin tardanza á la votacion de presidente, acordándose cada diputado á la mesa en donde estaba el secretario, para hacer escribir á éste el nombre de la persona á quien daba su voto. Del escrutinio resultó al cabo elegido D. Ramon Lazaro de Dou, dipo-

tado por Cataluña, prefiriéndole muchos a Llermina por darle de rendición más suave y no ser de edad tan avanzada. Recayó la elección de secretario en el citado Sr. Perez de Castro, y se le agregó al día siguiente, en la misma calidad, para ayudarle en su último trabajo, á D. Manuel Luján. Los presidentes fueron en adelante nombrados todos los meses, y alternativamente se renovaba el secretario más antiguo, cuyo número se aumentó hasta 4.

Terminadas las elecciones, se leyó un papel que al despedirse había dejado la Regencia, por el que deseando ésta hacer dejación del mando, indicaba la necesidad de nombrar inmediatamente un gobierno adecuado al estado actual de la monarquía. Nada en el asunto decidieron por entonces las Cortes, y solo si declararon quedar enteradas; fijándose luego la atención de todos los asistentes en don Diego Muñoz Torrero, diputado por Extremadura, que tomó la palabra en materia de señalada importancia.

A nadie tanto como á este venerable eclesiástico tocaba abrir las discusiones, y poner la primera piedra de los cimientos en que habían de esbrir los trabajos de la representación nacional. Antiguo rector de la universidad de Salamanca, era varón docto, purísimo en sus costumbres, de ilustrada y muy tolerante piedad, y en cuyo exterior, sencillez al par que grave, se pintaba no menos la bondad de su alma que la extensa y sólida capacidad de su claro entendimiento.

Levantóse, pues, el Sr. Muñoz Torrero, y apoyando su opinión en muchas y luminosas razones, fortalecidas con ejemplos sacados de autores respetables, y con lo que prescribían antiguas leyes, e imperiosamente dictaba la situación actual del reino, expuso lo conveniente que sería adoptar una serie de proposiciones, que fué sucesivamente desenvolviendo, y de las que, añadió, traía una minuta, extendida en forma de decreto, su particular amigo D. Manuel Luján.

Decidieron las Cortes que leyera el último dicha minuta, cuyos puntos eran los siguientes: 1.º Que los diputados que componían el Congreso y representaban la nación española se declaraban legítimamente constituidos en Cortes generales y extraordinarias, en las que residía la soberanía nacional. — 2.º Que conformes en todo con la voluntad general, pronunciada del modo más enérgico y patente, reconocían, proclamaban y juraban de nuevo por su único y legítimo rey al Sr. D. Fernando VII de Borbón, y declaraban nula, de ningún valor ni efecto la cesión de la corona que se decía hecha en favor de Napoleón, no sólo por la violencia que había intervenido en aquellos actos injustos é ilegales, sino principalmente por haberle faltado el consentimiento de la nación. — 3.º Que no conviniendo quedasen reunidas las tres potestades, legislativa, ejecutiva y judicial, las Cortes se reservaban sólo el ejercicio de la primera en toda su extensión. — 4.º Que las personas en quienes se delegase la potestad ejecutiva, en ausencia del Sr. D. Fernando VII, serían responsables por los actos de su administración, con arreglo á las leyes; habilitando al que era entonces Consejo de Regencia para que interinamente continuase desempeñando aquel cargo, bajo la expresa condición de que inmediatamente y en la misma sesión prestase el juramento siguiente: «¿Reconoceis la soberanía de la nación, representada por los diputados de estas Cortes generales y extraordinarias? ¿Jurais obedecer sus decretos, leyes y Constitución que se establezca, según los santos

finés para que se han reunido, y mandar observarla y hacerlos ejecutar? — ¿Conservar la independencia, libertad e integridad de la nación? — ¿La religión católica, apostólica, romana? — ¿El gobierno monárquico del reino? — ¿Restablecer en el trono á nuestro amado rey D. Fernando VII de Borbón? — ¿Y mirar en todo por el bien del estado? — Si así lo hicieris, Dios os ayude, y si no, sería responsable á la nación, con arreglo á las leyes. — 5.º Se confirmaban por entonces todos los tribunales y justicias del reino, así como las autoridades civiles y militares, de cualquiera clase que fuesen. — Y 6.º y último, se declaraban inviolables las personas de los diputados, no pudiéndose intentar cosa alguna contra ellos sino en los términos que se establecerían en un reglamento próximo á formarse.

Siguióse á la lectura una detenida discusión, que resplandeció en elocuencia, siendo sobre todo admirable el tino y circunspección con que procedieron los diversos oradores. De ellos, en lo esencial pocos discordaron, y los hubo que, profundizando el asunto, dieron interés y brillo á una sesión en la cual se estrenaban las Cortes. Maravilláronse los espectadores, no contando, ni aun de lejos, con que los diputados, en vista de su inexperiencia, desplegasen tanta sensatez y conocimientos. Participaron de la común admiración los extranjeros allí presentes, en especial los ingleses, jueces experimentados y los más competentes en la materia.

Los discursos se pronunciaron de palabra, entablándose así un verdadero debate. Y casi nunca, ni aun en lo sucesivo, leyeron los diputados sus dictámenes; sólo alguno que otro se tomó tal licencia, de aquellos que no tenían costumbre de mezclarse activamente en las discusiones. Quizá se deba á esta práctica el interés que desde un principio excitaron las sesiones de las Cortes. Ajeno entendiendo sea de cuerpos deliberativos manifestar por escrito los pareceres: congréganse los representantes de una nación para ventilar los negocios y discutirlos, no para hacer pomposa gala de su saber y desperdiciar el tiempo en digresiones baldías. Incursos de antemano preparados asóméjase, cuando mas, á bellas producciones académicas; pero que no se avienen ni con los incidentes, ni con los altercados, ni con las vueltas que ocurren en los debates de un parlamento.

Prolongáronse los de aquella noche hasta pasadas las doce, habiendo sido sucesivamente aprobados todos los artículos de la minuta del señor Luján. En la discusión, además de este señor diputado y del respetable Muñoz Torrero, distinguéronse otros, como D. Antonio Oliveros y D. José Mejía; empezando á descollar, á manera de primer adalid, D. Agustín Argüelles. Nombres ilustres, con que á menudo tropezaremos, y de cuyas personas se hablará en oportuna razón.

Mientras que las Cortes discutían, accechaba la Regencia, por medio de emisarios fieles, lo que en ellas pasaba. No por que sólo temiera la separación del mundo, conforme á la dimisión que había hecho de mero cumplido, sino, y principalmente, porque contaba con el descredito de las Cortes, figurándose ya ver á éstas, desde sus primeros pasos, á atolladas ó perdidas. Acontecimiento que, á haber ocurrido, la ponía en favorable lugar y la convertía en árbitro de la representación nacional.

Grande fué el asombro de la Regencia al oír el maravilloso modo con que procedían las Cortes en sus deliberaciones; grande el desánimo al saber al

entusiasmo con que aclamaba á las mismas soldados y ciudadanos.

Manifestacion tan unánime contriva á los enemigos de la libertad española. Ya entonces se hablaba de planes y torcidos manejes, y de que ciertos regentes, si no todos, urdian una trama, resuelto á destruir las Cortes, ó por lo menos á anularlas conforme á su deseo. No eran muchos los que daban asenso á tales rumores, achacándolos á invencion de la malevolencia; y difícilmente hubiera sido probar lo contrario, si un año después no lo hubiese pregonado el impreso quien estaba bien enterado de lo que anotaba. «Vimos claramente (dice en su manifiesto (1) uno de los regentes, el Sr. Lardizábal) que en aquella noche no podíamos contar ni con el pueblo ni con las armas; que, á no haber sido así, todo hubiera pasado de otra manera».

¿Que manera hubiera sido esta? Fácil es adivinarla. Mas ¿cómo las resultas si se destruían las Cortes, ó se empataba un conflicto teniendo el enemigo á las puertas? Probablemente la entrada de este en la isla de León, la dispersion del Gobierno, la caída de la independencia nacional.

Por fortuna, aun para los mismos maquinadores, no se llevaron á efecto intentos tan criminales. Desaparecida la Regencia, sometiose silenciosa, y en apatencia con gusto, á las decisiones del Congreso. En la misma noche del 24 pasó á prestar el juramento conforme á la fórmula propuesta por el señor Luján, que habia sido aprobada. Notose la falta del Obispo de Orense; pero por entonces se admitió sin replica ni observacion alguna la excusa que se dió de su ausencia, y fué de que, siendo ya tarde, los afios y los achaques le habian obligado á recogerse. Con el acto del juramento de los regentes se terminó la primera sesion de las Cortes, solemnemente y angustia bajo todos respetos; sesion cuyos ecos retumbarán en las generaciones futuras de la nacion española.

Aplaudióse entonces universalmente el decreto (2) acordado en aquel día, comprensivo de las proposiciones formalizadas por los señores Muñoz Torrero y Luján, de que hemos dado cuenta, y que fué conocido bajo el título de *decreto de 24 de Setiembre*. Base de todas las resoluciones posteriores de las Cortes, se ajustaba á lo que la razon y la política aconsejaban.

Sin embargo, pintáronle después algunos como subversivo del gobierno monárquico y atentatorio de los derechos de la majestad real. Sirviese en especial de asidero para semejante calificación el declararse en el decreto que la soberanía nacional residia en las Cortes, alegando que habiendo éstas, en el juramento hecho en la iglesia mayor, apellidado *soberano* á D. Fernando VII, ni podian, sin faltar á tan solemn promesa, trasladar ahora á la nacion la soberanía, ni tampoco erigirse en depositarias de ella.

A la primera acusacion se contestaba que en aquel juramento, juramento individual, y no de cuerpo, no se habia tratado de examinar si la soberanía traia su origen de la nacion ó de solo el Monarca; que la Regencia habia presentado aquella fórmula, y aprobádola los diputados, en la persuasion de que la palabra *soberano* se habia empleado allí segun el uso común por la parte que de la soberanía ejerce el Rey como jefe del Estado, y no de

otra manera; habiendo prescindido de entrar fundamentalmente en la cuestion.

Si cabe, mas satisfactoria era aún la respuesta á la segunda acusacion, de haber declarado las Cortes que en ellas residia la soberanía. El Rey estaba ausente, cautivo; y ciertamente que á alguien corresponderia ejercer el poder supremo, ya se derivase este de la nacion, ya del Monarca. Las juntas de provincia, soberanas habian sido en sus respectivos territorios; habia sido la Central en toda plenitud; lo mismo la Regencia; ¿por qué, pues, dejarían de disfrutar las Cortes de una facultad no disputada á cuerpos mucho menos autorizados?

Por lo que respecta á la declaracion de la soberanía nacional, principio tan temido en nuestros tiempos, si bien no tan repugnante á la razon como el opuesto de la legitimidad, pudiera quizá ser cuerda que vibrase con sentido áspero en un país en donde sin sacudimiento reformasen las instituciones de consuno la nacion y el gobierno; pues, por lo general, declaraciones fundadas en ideas abstractas ni contribuyen al pro común, ni afianzan por sí la bien entendida libertad de los pueblos. Mas ahora no era éste el caso.

Huérfana España, abandonada de sus reyes, cedida como rebaño y tratada de rebelde, debía, y propio era de su dignidad, publicar á la faz del orbe, por medio de sus representantes, el derecho que la asistia de constituirse y defenderse; derecho de que no podian despojarla las abdicaciones de sus principes, aunque hubiesen sido hechas libre y voluntariamente.

Ademas los diputados españoles, lejos de abusar de sus facultades, mostraron moderacion y las rectas intenciones que los animaban; declarando al propio tiempo la conservacion del gobierno monárquico, y reconociendo como legítimo rey á Fernando VII.

Que la nacion fuese origen de toda autoridad no era en España doctrina nueva ni tomada de extraños; conformabase con el derecho publico que habia guiado á nuestros mayores, y en circunstancias no tan imperiosas como las de los tiempos que corrían. A la muerte del rey D. Martín juntáronse en Caspe (3) para elegir monarca los procuradores de Aragón, Cataluña y Valencia. Los navarros y aragoneses, fundándose en las mismas reglas, habían desde-decido la voluntad de D. Alonso el Batallador (4), que nombraba por sucesores del trono á los templarios y los castellanos, en el mismo ni tan justo motivo, en la minoría de D. Juan el II (5), y no ofrecieron la corona, por medio del condestable Rui Lopez Dávalos, al Infante de Antequera? Así que las Cortes de 1810, en su declaracion de 24 de Setiembre, ademas de usar de un derecho inherente á toda nacion, indispensable para el mantenimiento de la independencia, imitaron tambien, y templadamente, los varios ejemplos que se leían en los anales de nuestra historia.

A la primera sesion solo concurren unos 100 diputados, cerca de dos tercios partes nombrados en propiedad, el resto en Cédiz, bajo la calidad de suplentes. Por lo cual más adelante tacharon algunos de ilegítima aquella corporacion; como si la legitimidad padeciese solo del número, y como si esto sucesivamente, y antes de la disolucion de las Cortes, no se hubiese llenado con las elecciones que las provincias, unas tras otras, fueron verificando. Tocó-

(1) Manifiesto que presenta á la nacion D. Miguel de Lardizábal y Olite, impreso en Madrid, af. de 1811, pag. 79.

(2) *Decreto de 24 de Setiembre*, impreso en las Cortes generales y extraordinarias, tomo I, paginas 1.ª y siguientes.

(3) Zurita, *Anales de Aragón*, lib. II, capítulo XXXV y siguientes.

(4) Zurita, *Anales de Aragón*, lib. I, capítulos XLV y L.

(5) Mariana, *Historia de España*, lib. XII, cap. IV.

rémolos en el curso de nuestro trabajo la cuestion de la legitimidad. Ahora nos contentaremos con apuntar que desde los primeros dias de la instalacion de las Cortes se halló completa la representacion del populoso reino de Galicia, la de la industriosa Cataluña, la de Extremadura, y que asistieron varios diputados de las provincias de lo interior, elegidos á pesar del enemigo, en las claras que dejaba éste en sus excursiones. Tres meses no habian aún pasado, y ya tomaron asiento en las Cortes los diputados de Leon, Valencia, Murcia, Islas Baleares, y lo que es más pasmoso, diputados de la Nueva-España, nombrados allí mismo; cosa antes desconocida en nuestros fastos.

De todas partes se atropellaron las felicitaciones, y nadie levantó el grito respecto de la legitimidad de las Cortes. Al contrario, ni la distancia ni el temor de los invasores impidieron que se diesen multiplicadas pruebas de adhesion y fidelidad; espontáneas en un tiempo y en lugares en que carecieron las Cortes de medios coactivos, y cuando los mal contentos impunemente hubieran podido mostrar su oposicion y hasta su desobediencia.

En las sesiones sucesivas fué el Congreso determinando el modo de arreglar sus tareas. Se formaron comisiones de Guerra, Hacienda y Justicia: las cuales, despues de meditar detenidamente las proposiciones ó expedientes que se les remitian, presentaban su informe á las Cortes, en cuyo seno se discutía el negocio y votaba. Posteriormente se nombraron nuevas comisiones, ya para otros ramos, ó ya para especiales asuntos. Tambien en breve se adoptó un reglamento interior, combinando en lo posible el pronto despacho con la atenta averiguacion y debate de las materias. Los diputados, que, segun hemos indicado, pronunciaban casi siempre de palabra sus discursos, ponianse en un principio, para recitarlos, en uno de dos sitios preparados al intento, no lejos del Presidente, y que se llamaron tribunas. Notése luego lo incómodo y aún impropio de esta costumbre, que distraia con la mudanza y continuo paso de los oradores; por lo que los más hablaron despues sin salir de su puesto y en pié, quedando las tribunas para la lectura de los informes de las comisiones. Se votaba de ordinario levantandose y sentandose; sólo en las decisiones de mayor cuantía daban los diputados su opinion por un *sí* ó un *no*, pronunciándolo desde su asiento en voz alta.

Asimismo tomaron las Cortes el tratamiento de majestad, á peticion del Sr. Mejia; objeto fué de critica, aunque otro tanto habian hecho la Junta Central y la primera Regencia, y era privilegio en España de ciertas corporaciones. Algunos diputados nunca usaron de aquella fórmula, creyéndola ajena de asambleas populares, y al fin se desterró del todo al renacer de las Cortes en 1820.

No bien se hubo aprobado el primer decreto, acudió la Regencia pidiendo que se declarase: 1.º a cuáles eran las obligaciones anexas á la responsabilidad que le imponia aquel decreto, y cuáles las facultades privativas del poder ejecutivo que se le habia confiado. 2.º Qué método habria de observarse en las comunicaciones que necesaria y continuamente habian de tener las Cortes con el Consejo de Regencia. Apoyábase la consulta en no haber de automano fijado nuestras leyes la linea divisoria de ambas potestades, y en el temor, por tanto, de incurrir en faltas de desagradables resultas para la Regencia, y perjudiciales al desempeño de los negocios. A primera vista no parecia nada extraña dicha consulta; ántes bien llevaba visos de ser hija

de un buen deseo. Con todo, los diputados miráronla recelosos, y la atribuyeron al maligno intento de embarazarlos y de promover refriegas y ociosas discusiones. Fuera éste el motivo oculto que impulsó á la Regencia, ó fuéralo el recelo de comprometerse, intimidada con la enemistad que el pueblo le mostraba, á pique estuvo aquella de que, por un inadvertido paso le admitiesen las Cortes la renuncia que ántes habia dado.

Sesegaronse sin embargo, por entónces los ánimos, y se pasó, la consulta de la Regencia á una comision, compuesta de los Sres. Hermida, Gutierrez de la Huerta y Muñoz Torrero. No habiéndose convenido éstos en la contestacion que debía darse, cada uno de ellos al siguiente dia presentó por separado su dictámen. Se dejó á un lado el del señor Hermida, que se reducía á reflexiones generales, y ciñóse la discusion al de los otros dos individuos de la comision. Tomaron en ella parte, entre otros, los Sres. Perez de Castro y Argüelles. Sobresalió el último en rebatir al Sr. Gutierrez de la Huerta, relator del Consejo Real, distinguido por sus conocimientos legales, y de suma facilidad en producirse; si bien, como ya hemos dicho, que carecia de ideas claras en materias de gobierno, confundiendo unas potestades con otras; achaque de la corporacion en que estaba empleado. Así fué que en su dictámen, tratando en extremo á la Regencia, entremetase en todo, y hasta desmenuzaba facultades sólo propias del alcalde de una aldehueta. Don Agustin de Argüelles impugnó al Sr. Huerta, deslindando con maestría los límites de las autoridades respectivas; y en consecuencia se atuvieron las Cortes á la contestacion del Sr. Muñoz Torrero, terminante y sencilla. Decíase en ésta que en tanto que las Cortes formasen acerca del asunto un reglamento, usase la Regencia de todo el poder que fuese necesario para la defensa, seguridad y administracion del Estado en las criticas circunstancias de entónces; é igualmente que la responsabilidad que se exigia al Consejo de Regencia únicamente excluía la inviolabilidad absoluta que correspondia á la persona sagrada del Rey. Y que en cuanto al modo de comunicacion entre el Consejo de Regencia y las Cortes, mientras éstas estableciesen el más conveniente, se seguiria usando el medio usado hasta el día.

Era éste el de pasar oficios ó venir en persona los secretarios del Despacho, quienes por lo comun esquivaban asistir á las Cortes, no azeados á las lides parlamentarias.

Meses adelante se formó el reglamento anunciado, en cuyo texto se determinaron con amplitud y claridad las facultades de la Regencia.

No se limitó ésta á urgir á las Cortes y hostigarlas con consultas, sino que procuró atraer los ánimos de los diputados y formarse un partido entre ellos. Escogió, para conseguir su objeto, un medio inoportuno y poco diestro. Fué, pues, el de conferir empleos á varios de los vocales, prefiriendo á los americanos, ya por miras peculiares que dicha Regencia tuviese respecto de Ultramar, ya porque creyese á aquéllos más dóciles á semejantes insinuaciones. La noticia cundió luego, y la gran mayoría de los diputados se embravecíó contra semejante desearo, ó más bien insolencia, que redundaba en descrédito de las Cortes. Atemorizaronse los distribuidores de las mercedes y los agraciados, y supusieron, para su desearo, que se habian concedido los empleos con antelacion á haber obtenido los últimos el puesto de diputados, sin alegar motivo que justificase la ocultacion por tanto tiempo de dichos nom-

bramientos. De manera que á lo feo de la accion agregáse desmaño en defenderla y encubirla: falta que entre los hombres suele hallar menos disculpa.

El enojo de todos excitó á D. Antonio Capmany á formalizar una proposicion, que hizo preceder de la lectura de un breve discurso, salpicándole de palabras panzantes agudezas, propio atributo de la oratoria de aquel diputado, escritor diligente y castizo. La proposicion estaba concebida en los siguientes terminos: « Ningun diputado, así de los que al presente componen este cuerpo como de los que en adelante hayan de completar su total número, pueda solicitar ni admitir, para sí ni para otra persona, empleo, pension y gracia, merced ni condecoracion alguna de la potestad ejecutiva interinamente habilitada, ni de otro gobierno que en adelante se constituya bajo de cualquiera denominacion que sea; y si desde el día de nuestra instalacion se hubiese recibido algun empleo ó gracia, sea declarado nulo. » Aprobábase así esta proposicion, salvo alguna que otra levisima mudanza, y con el aditamento de que á la prohibicion se extendiese á un año despues de haber los actuales diputados dejado de serlo. »

Nacida de acendrada integridad, flaqueaba semejante providencia por el lado de la prevision, y se apartaba de lo que enseña la práctica de los gobiernos representativos. El diputado que se mantenga aordo á la voz de la conciencia, falto de pundonor, y atento sólo á no traspasar la letra de la ley, medios hallará bastantes de concluir á las calladas un ajuste que, sin comprometerle, satisfaga sus ambiciosos deseos ó su codicia. La prohibicion de obtener empleos, siendo absoluta, y mayormente extendiéndose hasta el punto de no poder ser escogidos los secretarios del Despacho entre los individuos del cuerpo legislativo, desliga á éste del Gobierno y pone en pugna á entrambas autoridades. Error gravísimo y de enojosas resultas, pero en que han incurrido casi todas las naciones al romper los grillos del despotismo. Ejemplo la Francia en su asamblea constituyente; ejemplo la Inglaterra cuando el largo parlamento dió el acta llamada *selfdenying ordinance*; bien que aquí en el mismo instante hubo sus excepciones para Cromwell y otros, en ventaja de la causa que defendian. Sálvese entónces de una region aborrecida: desmaños y violencias del Gobierno han sido causa de los males padecidos, y sin reparar que en la mudanza se ha desquiciado aquél, ó que su situacion ha variado ya, olvidando tambien que la potestad ejecutiva es condicion preciosa del orden social, y que, por tanto, vale más empujar las riendas manos amigas que no adversas, clámase contra los que sostienen esta doctrina, y forzoso es que los buenos patriotas, por temor ó mal entendida virtud, se alejen de los puestos supremos, abandonándose así á la merced del acaso, ya que no al arbitrio de ineptos ó revoltosos ciudadanos. En España, no obstante, siguióse un bien de aquella revolucion: el abuso, en materia de empleos, de las juntas y de las corporaciones que las habian sucedido en el mando, tenia escandalizado al pueblo, con mengua de la autoridad de sus gobiernos. La abnegacion y el desapropio de todo interes de que ahora dieron muestra los diputados, realizó mucho su fama: beneficio que en la moral equivalió algun tanto al daño que en la practica resultaba de la muy lata proposicion del Sr. Capmany.

Metió tambien por entónces enidad un acontecimiento, en el cual, si bien apareció inocente la mayoría de la Regencia, desconocíase ésta en grau

manera, y todavía más sus ministros. Don Nicolas Maria de Sierra, que lo era de Gracia y Justicia, para ganar votos y aumentar su influjo en las Cortes, ideó realizar de un modo particular las elecciones de Aragon. Y violando las leyes y decretos promulgados en la materia, dirigió una real orden á aquella junta, mandándole que por sí nombrase la totalidad de los diputados de la provincia, con comision, al mismo tiempo, de una lista confidencial de candidatos. En el numero no habia olvidado su propio nombre el Sr. Sierra, ni el de su oficial mayor don Tadeo Calomardo, ni tampoco el del ministro de Estado D. Ensebio de Bardaxi, y por consiguiente, todos tres, con varios amigos y deudos suyos, igualmente aragoneses, fueron elegidos, entremezclados á la verdad con alguno que otro sujeto de indisputable mérito y de condicion independiente. Llegó arriba la noticia del nombramiento, é ignorando la mayoría de los regentes lo que se habia urdido, al darles cuenta dicho Sr. Sierra del expediente, quedaron absortos (según las expresiones del Sr. Saavedra) de oir una real orden de que no hacian memoria. » Los sacó el Ministro de la confusion, exponiendo que él era el autor de tal orden, expedida de motu proprio, aunque si bien, despues pesaroso, la habia revocado por medio de otra, que desgraciadamente llegaba tarde. ¿Quién no creeria, con tan paladina confesion, que inmediatamente se habria exonerado al Ministro, y perseguido como á falsario digno de ejemplar castigo? Pues no: la Regencia contentose con declarar nula la eleccion y mantuvo al Ministro en su puesto. Presumiese que enredados en la maraña dos de los regentes, se hubyó de ahondar negocio tan vergonzoso y criminal. Más de una vez en las Cortes se trató de él en público y en secreto, y fueron tales los amagos, tales los impedimentos, que nunca se logró llevar á efecto medida alguna rigurosa.

Otros dos asuntos de la mayor importancia ocuparon á las Cortes durante varias sesiones, que se tuvieron en secreto; metodo que, por decirlo de paso, reproban varios diputados, y que en lo venidero casi del todo llegó á abandonarse.

Cuando el 30 de Setiembre comenzaban las Cortes á andar muy atareadas en estas discusiones secretas, ocurrió un incidente que, aunque no de grande entidad para la causa general de la nacion, fué notable por el personaje augusta que lo motivó. El Duque de Orleans, apeándose á las puertas del salon de Cortes, pidió con instancia que se le permitiese hablar á la barandilla.

Para explicar aparicion tan repentina conviene volver atras (6). En 1808 el príncipe Leopoldo de

(6) He aquí lo que refiere acerca de este asunto el manuscrito, ó sea diario manuscrito de la primera Regencia, que tenemos presente, extendido por D. Francisco de Castaños, uno de los regentes y principal promotor de la venta del Duque:

« Día 10 de Mayo de 1810. En este día se concluyó un asunto grave, sobre que se habia conferenciado largamente en los días anteriores. Este asunto, que trata su origen de dos años atrás, tuvo varios trámites, y se pudo reducir en sustancia á los términos siguientes.

« Luego que se divulgó en Europa la feliz revolucion de España, anunciábase Mayo de 1808, mandó el Duque de Orleans, en su calidad de sucesor designado de la corona de España, á su hijo, el príncipe Leopoldo, que se dirigiera á España, para acompañarlo al príncipe Fernando de Nápoles, que por entonces se hallaba designado. Las circunstancias testificaban los deseos de este y otros, pero no de la Junta Central, que se oponía al intento. A principios de Mayo, se le negaba á la Junta Central, se presentó allí un comisionado suyo para proponer la soberanía de ser admitido al sucesor de España, y al efecto, se promovió con la mayor secreta, reuniendo varias memorias, que remitidas á alguno de los miembros de la Central, especialmente á los Eres. Gálvez, Valdes y J. de Arce. No se atrevieron estos á proponer el asunto á la Junta Central, como es

Sicilia arribó á Gibraltár, en reclamación de los derechos que creía asistían á su casa á la corona de España. Acompañábale el Duque de Orleans. La Junta de Sevilla no dió oídos á pretensiones en su concepto intempestivas, y de resultas tornó el de Sicilia á su tierra, y el de Orleans se encaminó á Londres. No habra el lector olvidado este suceso, de que en su lugar hicimos mención. Pocos meses habian transcurrido, y ya el Duque de Orleans de nuevo se mostró en Menorca. De allí solicitó, directamente ó por medio de M. de Broval, agente suyo en Sevilla, que se le emplease en servicio de la causa

española. La Junta Central, ya congregada, no accedió á ello de pronto, y solamente poco á poco se disolvió, en su comisión ejecutiva, dar al de Orleans el mando de un cuerpo de tropas que habia de maniobrar en la frontera de Cataluña. Acordando despues la invasión de las Andaluces, el Duque y M. de Broval regresaron á Sicilia, y la resolución del Gobierno quedó suspensa.

Instalóse en seguida la Regencia, y sus individuos, recibiendo avisos mas ó menos ciertos del partido que tenia en el Rosellon y otros departamentos meridionales la antigua casa de Francia, acudió

pedía, por ciertos reparos políticos; y á pesar de la actividad y buen talento del comisionado, no llegó este asunto á resolverse, aunque se trató en la sesión de Estado, pero no se divulgó.

En Julio de dicho año escribió por el propio Duque de Orleans, que se hallaba en la sazón en Menorca, refiriendo la oferta de su persona, y expresando su anhelo de sacrificarse por la bella causa que los españoles habian adoptado. Entonces redujo el comisionado sus esfuerzos, y para presentar cualquier reparo, presentó una carta de Luis XVIII, apudando la renuncia del Duque, y otra del lord Portland, manifestándole, en nombre del rey británico, no haber unido alguno en que pudiese en práctica un pensamiento de pasar á España ó Nápoles á defender los derechos de su familia.

Breve esta misma época llegaron noticias de las provincias de Francia limitadas á Cataluña, por medio del coronel D. Luis Pena, que se hallaba á esta sazón en aquella frontera, manifestando el disgusto de los habitantes de dichas provincias, y la facilidad con que se sublevaran contra el tramo de Europa, siempre que se presentase en aquellas inmediaciones un príncipe de la casa de Borbon, acudido á alguna trupa española.

De este asunto se trató con la mayor reserva en la sesión de Estado de la Junta, y se comisionó á D. Mariano Cármenes, oficial de la secretaría del Consejo, mozo de muchas luces y patriotismo, para que pasando á Cataluña, conferenciando con el general de aquel ejército y con D. Luis Pena, sobre viendo el espíritu de aquellos pueblos, examinasen si seria acepto á los habitantes de la frontera de Francia la persona del Duque de Orleans, y si seria bien recibida en Cataluña. Saló Cármenes á mediados de Setiembre, y en mes de dos meses evacuó la comision con exactitud, sagaz y acierto. Trató con el coronel Pena y el general Blake, que se hallaban sobre Girona, y observó por su mano el modo de pensar de los habitantes y de las tropas. El resultado de sus investigaciones, después de personal examen, fué, que el ejército de Orleans, educado en la escuela del celebre Dumourier, y unico príncipe de la casa de Borbon que tenia reputación militar, seria recibido con entusiasmo en las provincias de Francia, y que en Cataluña, donde se conservan los recuerdos de la gloria de su abuelo y la realista memoria de las virtudes de su padre, encontraría general aceptación.

Mientras Cármenes desahogaba su encargo, el comisionado del Duque se marchó á Sicilia, adonde le llamaban á toda presa. En el mismo intervalo se creó en la Junta Central la comision ejecutiva, encargada, por su constitucion, del gobierno. En esta comision, pues, donde apenas habia un momento que fuese la menor idea de este negocio, se examinaron los papeles relativos á la comision de Cármenes. Todo fué aprobado, y quedó resuelto se aceptase la oferta del Duque de Orleans, y se le comisionase con el mando de un cuerpo de tropas en la parte de Cataluña que se aproxima á las fronteras de Francia, que se previniese á aquel capitán general lo conveniente por el se verificaba; que se comisionase para ir á hacer presente á dicho príncipe la resolución del Gobierno al mismo Cármenes, y que se guardase el mayor sigilo interin se realizase la aceptación y aun la salida del Duque, por el gran riesgo de que la trasluciesen los franceses.

Ya taló para poner en práctica, cuando la desgraciada union de Océas, y sus resultados, desahogaron la resolución de este asunto, y sus documentos se situaron en la confusión y trastorno de Sevilla, no se han podido encontrar. Por fortuna se salvaron algunas copias, y por ellas se pudo dar cuenta de un negocio nunca mas interesante que en el día.

El Consejo, pues, de Regencia, enterado de estos antecedentes, y personalmente por las noticias recientemente llegadas de Francia, de todas las fronteras, y por la consideración de nuestro estado actual, de lo oportuno que seria la salida del Duque de Orleans á España, determinó, que se leen á dicho efecto lo resuelto, y se ajustó por la comision ejecutiva de la Central en 20 de Noviembre de 1808; que en consecuencia, comunicándole con los señores y señoras del Duque, se le ofreció el mando de un ejército en las fronteras de Cataluña y Francia, que vagó para hacerlo presente el mismo D. Mariano Cármenes, encargado hasta ahora de esta comision, haciendo en vista con el mayor sigilo, para que no se trasluciese su objeto, que para el caso de aceptar el Duque esta oferta, hasta cuyo caso no deberá revelarse en Sicilia el asunto á nadie. Lleve al comisionado cartas para nuestro ministro en Palermo, para el Rey de Nápoles y para la Duquesa de Orleans, madre, que se comunique desde luego todo á D. Enrique O'Donnell, general del ejército de Cataluña, y al coronel D. Luis Pena, encargándole la reserva hasta

la llegada del Duque. Estrictamente, para que de ningún modo pueda rastrearse el objeto de la comision de Cármenes, acordóse que se embarcase en Cádiz para Carragena, donde se previene este por la una fragata de guerra que le conduca á Palermo, y traslade á la que á Cataluña.

En 29 de Julio. A las siete de la mañana llegó á Cádiz D. Mariano Cármenes, comisionado á Palermo para aquel punto. El Duque de Orleans, en caso de salir, como lo habia solicitado repetidamente, y con el mayor albedeo, á servir en la justa causa que domina la España, iba en la fragata *Esmeralda*, en que venia el Duque, iba á entrar en el puerto, que habian salido de Palermo en 20 de Mayo, y llegado á Tarragona, que era el puerto de destino que habitualmente hallaron la Cataluña en un lastimoso estado de confusión y desaliento, con la derrota del ejército de la casa de Borbon, la pérdida de esta plaza, y el inesperado retroque habia hecho el ejército el general O'Donnell, que, sin embargo que en Tarragona fue recibido el Duque con las mayores muestras de acogida y júbilo, por el ejército y el pueblo, que su llegada revivía las esperanzas de aquellas gentes, y que aun clamaban porque tomase el mando de las tropas, él jamás no debia aceptar un título que el gobierno de España no le daba, y que aun en permanencia aunque a provincia, en una circunstancia tan crítica, podría afectar con ella todos los esfuerzos del enemigo. En vista de todo, se determinó venir con la fragata á Cádiz, á ponerse á las órdenes de la Regencia. En efecto, el Duque desembarcó, estuvo á ver á los miembros de la Regencia, y á la noche se volvió á bordo.

En 28 de Julio. El Duque de Orleans se presentó inesperadamente al Consejo de Regencia, y dijo una Memoria, en que, fundando por fundamento que habia sido convidado y llamado para venir á España á tomar el mando de un ejército en Cataluña, se quejaba de que habiendo pasado mas de un mes después de su llegada, no se le hubiese cumplido una promesa tan solemnemente hecha, que se le hubiese hablado sobre ningún punto militar, ni aun autorizado á sus observaciones sobre la situación de nuestros ejércitos, y que se le mantuviese en una ociosidad indecorosa. Se quisieron contestar sobre los varios particulares que incluía el papel, y antes de que las quejas del Duque; pero pidió se le respondiese por escrito, y la Regencia resolvió se ocupasen sus señores de la respuesta á tres puntos: 1.º Que el Duque no fue propiamente convidado, sino admitido; pues habiendo hecho varias insinuaciones, y aun solicitudes por sí y por su comisionado D. Nicolás de Roman, para que se le permitiera venir á los ejércitos españoles á defender los derechos de la augusta casa de Borbon, y habiendo manifestado el buen deseo de Luis XVIII y del Rey de Inglaterra, se habia condescendido á sus deseos con la gene osidad que correspondía en un alto cargo, que llenando la condescendencia en términos tan corteses, que era para el Duque un consueño que una admitido. 2.º Que se refirió dar al Duque el mando de un ejército en Cataluña cuando mientras armaba sus bagajes en aquel punto, y se presentaba promesa de ser recibido en un momento crítico, cuando se habia transcrito la muerte de los reyes, y se combinaron una multitud de obstáculos, que impedían cumplir la promesa, y que tal vez se hubieran allanado, si no que no danlase tanta prisa a venir á Cádiz, habiendo prometido allí al mismo tiempo mas. 3.º Que el Gobierno se ha ocupado y ocupará seriamente en proporcionar el mando ofrecido, no por equívoco, porque las circunstancias no han cuadrado hasta ahora con las medidas.

En 2 de Agosto. A primera hora se trató acerca del Duque de Orleans, á quien por una parte se desea dar el mando del ejército, y por otra se habia la dificultad de que la Inglaterra fuese opuesta á ello. En efecto, el embajador Wellesley ha manifestado, en una privadamente, que en el instante que el Duque se comisiona cualquiera mando ó intervenga en nuestros asuntos militares ó políticos, tiene orden de su corte para retirarse.

En 10 de Setiembre. El Duque de Orleans vino á la isla de León y quiso entrar á hablar á las Cortes; pero se excusaron de admitirle, y se dirigió al mar por entender con la Regencia, se volvió en seguida á Cádiz. Cádiz al mismo tiempo se puso orden al gobernador de aquella plaza para que no se leen modo alguno que la Ma del Duque. Se recibió respuesta de este al efecto que se le pasó en nombre de las Cortes, y desde en instancia, en términos muy política, que se mar hacia el miércoles 1 del próximo mes.

En 8 de Octubre. A la noche se recibió parte de haberse hecho á la vela para Sicilia la fragata *Esmeralda*, que llevaba al Duque de Orleans, y se comisionó inmediatamente á las Cortes.

ronso de las pretensiones de Orleans, y envándole á ofrecer el mando de un ejército que se formaría en la raya de Cataluña. Fue con la comisión don Mariano Carrerero, á bordo de la fragata de guerra Vengarrén. El Duque aceptó, y en el mismo buque dió la vela de Palermo el 22 de Mayo de 1810. Aportó á Tarragona, pero en mala ocasión, perdida la vida y derrotado cerca de sus muros el ejército español. Por esto, y porque en realidad no agradaba á los catalanes que se pusiera á su cabeza un príncipe extranjero, y sobre todo francés, reembarcóse el Duque y fondeó en Cadix el 20 de junio.

Viose entonces la Regencia en un compromiso. Ella había sido quien había llamado al Duque, ella quien le había ofrecido un mando, y por desgracia las circunstancias no permitían cumplir lo antes prometido. Varios generales españoles, y en especial O'Donnell, miraban con malos ojos la llegada del Duque, los ingleses repugnaban que se le confiese autoridad ó comandancia alguna, y las Cortes, ya convocadas, imponían respeto, para que se tomase resolución contraria á tan poderosas indicaciones. El duque Orleans reclamó de la Regencia el cumplimiento de su oferta, y resultaron contestaciones águas. Mientras tanto instaláronse las Cortes, y desaprobando el pensamiento de emplear al Duque, manifestaron á la Regencia que por medios suaves y atentos indicase á S. A. que evacuase á Cadix. Informado el duque Orleans de esta orden, decidió pasar á las Cortes, y verificándolo, según hemos apuntado, el 30 de Setiembre. Aquellas no accedieron al deseo del Duque de hablar en la barandilla, mas le contestaron urbanamente y cual correspondía á la alta clase de S. A. y á sus distinguidas prendas. Desempeñaron el mensaje D. Evaristo Pérez de Castro y el Marqués de Valdefranca, duque de Medinaceli. Insistió el duque Orleans en que se le recibiese, mas los diputados se mantuvieron firmes; entonces, perdiendo S. A. toda esperanza, se embarcó el 3 de Octubre, y dirigió el rumbo á Sicilia, á bordo de la fragata de guerra Esmeralda.

Quise que nuestro su despacho en una carta que escribí á Luis XVIII, á la sazón en Inglaterra. Sin embargo, las Cortes en nada eran culpables, y con solo pesadumbre tener que desairar á un príncipe tan esclarecido. Pero creyeron que recibir á S. A., y no acceder á sus ruegos, era tal vez ofenderle mas gravemente. La Regencia, cierto que procedió de ligero y no con sincera fe en hacer ofrecimientos al Duque, y dar luego por disculpa para no cumplirlos que él era quien había solicitado obtener mando; esfujo indigno de un gobierno noble y de porte desembozado. Amigos de Orleans han atribuido á influjo de los ingleses la determinación de las Cortes; se engañan. Ignorábase en ellas que el embajador británico hubiese contrareestado la pretensión de aquel príncipe. El no escuchar á S. A. nació solo de la íntima convicción de que entonces desplazaba á los españoles general que fuese francés, y de que el nombre de Borbon, lejos de granjear partidarios en el ejército enemigo, sólo serviría para hacerlo á éste mas desahogado, y dar ocasión á nuevos encarnizamientos.

De los dos asuntos enunciados, que ocupaban en secreto á las Cortes, tocaba uno de ellos al Obispo de Orense. Este prelado, que, como dijimos, no había acordado con sus compañeros, en la noche del 24, á prestar el juramento exigido de la Regencia, hizo al siguiente día dejación de su puesto, no sólo fundándose en la edad y achaques (excusas que para no presentarse en las Cortes se habían dado la vis-

pera), sino que también alegó la repugnancia insuperable de reconocer y jurar lo que se prescribía en el primer decreto. Renunció también el cargo de diputado, que confiado le había la provincia de Extremadura, y pidió que se le permitiese sin dilación volver á su diócesis. Las Cortes desde luego penetraron que en semejante determinación se encerraba torcido arcano, valiéndose mal intencionados de la candorosa y tímida conciencia del Prelado, como de oportuno medio para provocar penosos altercados. Pero, preescindiendo aquel cuerpo de entrar en explicaciones, accedió á la suplica del Obispo, sin exigir de él antes de su partida, juramento ni muestra alguna de sumisión, con lo que el negocio parecía quedar del todo zanjado. No acomodaba tanto tan inmediato y pacífico á los sopladores de la discordia.

El Obispo, en vez de apresurar la salida para su diócesis, detuvo, y provocó á las Cortes á una discusión peligrosa sobre la manera de entender el decreto de 24 de Setiembre; á las Cortes, que no le habían en nada molestado, ni puesto obstáculo á que regresase, como buen pastor, en medio de sus ovejas. En un papel, fecho en Cadix á 3 de Octubre, después de reiterar gracias por haber alcanzado lo que pedía, expresadas de un modo que pudiera calificarse de irónico, metiose á discurrir largamente acerca del mencionado decreto, y parábase, sobre todo, en el artículo de la soberanía nacional. Deducía de él ilusiones á su placer, y trayendo á la memoria la revolución francesa, intentaba comparar con ella los primeros pasos de las Cortes. Es cierto que ponía á salvo las intenciones de los diputados, pero con tal encarecimiento, que asumaba la ironía como en lo de las gracias. Molejaba á los regentes, sus compañeros, por haberse sometido al juramento, protestaba por su parte de lo hecho, y calificaba de nulo y atentado el haber excluido al Consejo de Regencia de sancionar las deliberaciones de las Cortes; representando aquel, según entendía el Obispo, de la prerrogativa real en toda su extensión. Traslucíase además el desquite del Prelado por habersele admitido la renuncia, con señales de querer llamar la atención de los pueblos, y aun de excitar á la desobediencia.

Conjetúrese la impresión que causaría en las Cortes papel tan descompuesto. Hubo vivos debates; varios diputados opinaron por que no se tomase resolución alguna y se dejase al Obispo regresar tranquilamente á la ciudad de Orense. Inclinábase á este dictamen, no sólo los patrocinadores del ex-regente, mas también algunos de los que se distinguían por su independencia y amor á la libertad, rehusando los últimos dispensar coronas de martirio á quien quizá las ansiaba, por lo mismo que no habían de conferírselo. Se manifestaron, al contrario, opuestos al Prelado eclesiásticos de los nada afectos á novedades, enojados de que se desconociese la autoridad de las Cortes. Uno de ellos, D. Manuel Ros, canónigo de Santiago de Galicia, y años después ejemplar obispo de Tortosa, exclamó: «El Obispo de Orense ha batido siempre de la autoridad. Prelado consentido y con fama de santo, imaginase que todo lo es lícito; voluntarismo y terro, sólo le gusta obrar á su antojo; mejor fuera que empujase de su diócesis, cuyas parroquias nunca visita, faltando así á las obligaciones que le impone el episcopado; he asistido muchos años cerca de su ilustrísima, y conozco sus defectos, como sus virtudes.»

Las Cortes, adoptando un término medio entre

ambos extremos, resolvieron en 18 de Octubre que el Obispo de Orense hiciese en manos del Cardenal de Borbon el juramento mandado exigir, por decreto de 25 de Setiembre, de todas las clases eclesiásticas, civiles y militares, el cual estaba concebido bajo la misma fórmula que el del Consejo de Regencia.

Los atizadores, que lo que buscaban era escándalo, alegráronse de la decisión de las Cortes, con la esperanza de nuevas reyertas; y aprovechándose de la escrupulosa conciencia del Obispo, y también de su lastimado amor propio, azuzáronle para que desobedeciese y replicase. En su contestacion renovaba el de Orense lo alegado anteriormente, y concluía por decir que, si en el sentido de que las Cortes daban al decreto, quería expresarse que la nacion era soberana con el Rey, desde luego prestaría su ilustrísima el juramento pedido; pero si se entendía que la nacion era soberana sin el Rey, y soberana de su mismo soberano, nunca se sometería a tal doctrina; añadiendo: «que en cuanto á jurar obediencia á los decretos, leyes y Constitucion que se estableciese, lo haria, sin perjuicio de reclamar, representar y hacer la oposicion que de derecho cupiera á lo que creyese contrario al bien del Estado y á la disciplina, libertad é inmunidad de la Iglesia.» Hé aquí entablada una discusion penosa, y en alguna de sus partes más propia de profesores de derecho publico que de estadistas y cuerpos constituidos.

Es verdad que los gobiernos deberian andar muy detenidos en esto de juramentos, especialmente en lo que toca á reconocer principios. Casi siempre hasta las conciencias más timoratas hallan fácil salida á tales compromisos. Lo que importa es exigir obediencia á la autoridad establecida, y no juramentos de cosas abstractas, que unos ignoran y otros interpretan á su manera. En todos tiempos, y sobre todo en el nuestro, ¿quien no ha quebrantado, aun entre las personas más augustas, las más solemnes y más sagradas promesas? Pero las Cortes obraban como los demas gobiernos, con la diferencia, sin embargo, de que en el caso de España no era, repetimos, ni tan fuera de propósito ni tan ocioso declarar que la nacion era soberana. El mismo Obispo de Orense habia proclamado este principio cuando se negó á ir á Bayona. Porque si la nacion, como ahora sostenia, hubiese sido soberana sólo con el Rey, ¿qué se hubiera hecho en caso que Fernando, concluyendo un tratado con su opresor y casándose con una princesa de aquella familia, se hubiese presentado en la raya despues de estipular bases opuestas á los intereses de España? No eran sueños semejantes suposiciones, merced, para que no se verificasen, al inflexible orgullo de Napoleon, pues Fernando no estaba vaciando en el molle de la fortaleza.

Insistieron las Cortes en su primera determinacion, y sin convertir el asunto en polémico, ajeno de su dignidad y cual deseaba el Prelado, mandaron á éste que jurase lisa y llanamente. Hasta aquí procedieron los diputados conformes con su anterior resolucion, pero se deslizaron en añadir que «se abstuviese el Obispo de hablar ó escribir de manera alguna sobre su modo de pensar en cuanto al reconocimiento que se debía á las Cortes.» También se le mandó que permaneciese en Cádiz hasta nueva orden. Eran éstos, resabios del gobierno antiguo, y consecuencia asimismo del derecho peculiar que daban á la autoridad soberana, respecto al clero, las leyes vigentes del reino; derecho no tan desme-

dido como á primera vista parece en países exclusivamente católicos, en donde necesario es balancear con remedios temporales el inmenso poder del sacerdocio y su intolerancia.

Enmarañándose más y más el asunto, empezóse á convertir en judicial, y se nombró una junta mixta de eclesiásticos y seculares, escogidos por la Regencia, para calificar las opiniones del Obispo. En tanto, diputados moderados procuraban concertar los ánimos, señaladamente D. Antonio Oliveros, canónigo de San Isidro de Madrid, varon ilustrado, tolerante, de bella y caudorosa condicion, que al efecto entabló con su ilustrísima una correspondencia epistolar. Estuvo, sin embargo, dicho diputado á pieque de comprometerse, tratando de abusar de su semejanza los que se capa inflamaban las humanas pasiones del pío mas orgulloso prelado.

En fin, malográndose todas las maquinaciones, reconociendo las provincias con entusiasmo á las Cortes, no respondiendo nadie á la especie de llamamiento que con su resistencia á jurar hizo el de Orense, cansado éste, desalentados los incitadores, y temiendo todos las resultas del proceso, que, aunque lentamente, seguia sus trámites, amilanáronse y resolvieron no continuar adelante su porfia.

El Prelado, sometiéndose, pasó á las Cortes el 3 de Febrero inmediato, y prestó el juramento requerido, sin limitacion alguna. Permitiéndole en seguida volver á su diócesi, y se sobreseyó en los procedimientos judiciales.

Tal fué el término de un negocio que, si bien importante con relacion al tiempo, no lo era ni con mucho tanto como el otro que se ventilaba en secreto, y que perteneciendo á las revoluciones de América, interesaba al mundo.

Apartábase de nuestro propósito entrar circunstanciadamente en la narracion de acontecimiento tan grave é intrincado, para lo que se requiere diligentísimo y especial historiador.

Tuvieron principio las alteraciones de América al saberse en aquellos países la invasion de los franceses en las Andalucías, y el malhadado deshacimiento de la Junta Central. Causas generales y lejanas habian preparado aquel suceso, acelerando el estampido otras particulares é inmediatas.

En nada han sido los extranjeros tan injustos, ni desvariado tanto, como en lo que han escrito acerca de la dominacion española en las regiones de Ultramar. A darles crédito, no parecería sino que los excelsos y claros varones que descubrieron y sequestraron la América habian sólo plantado allí el pendon de Castilla para devastar la tierra y yermar campos, ricos antes y florecientes; como si el estado de atraso de aquellos pueblos hubiese permitido civilizacion muy avanzada. Los españoles cometieron, es verdad, excesos grandes, reprensables; pero excesos que casi siempre acompañan á las conquistas, y que no sobrepusieron á los que hemos visto consumarse en nuestros dias por los soldados de naciones que se precian de muy cultas.

Mas al lado de tales males, no olvidaron los españoles trasladar allende el mar los establecimientos políticos, civiles y literarios de su patria, procurando así pulir y mejorar las costumbres y el estado social de los pueblos indianos. Y no se oponga que entre dichos establecimientos los habia que eran perjudiciales y ominosos. Culpa era ésa de las opiniones entónces de España y de casi toda Europa; no hubo pensamientos torcidos de los conquistadores, los cuales presumian obrar rectamente llevando á los países recién adquiridos todo cuanto,

en su entender, constituida la grandeza de la metrópoli, gigantesca en era tan portentosa.

Islulabanse aquellas vastas posesiones por el largo espacio de 92 grados de latitud, y abrazaban entre sus más apartados establecimientos 1.900 leguas. Extension maravillosa cuando se considera que sus habitantes obedecieron durante tres siglos á un gobierno que residía á enorme distancia y que estaba separado por procelosos mares.

Ascendía la población, sin contar las islas Filipinas, á trece millones y medio de almas, cuyo más corto número era de europeos, únicos que estaban particularmente interesados en conservar la unión con la madre patria. En el origen contábase solamente dos distintas razas ó linajes, la de los conquistadores y la de los conquistados, esto es, españoles é indios. Gozaron los primeros de los derechos y privilegios que les correspondían, y se declaró á los segundos, conforme á las expresiones de la *Recopilación de Indias*, «... libres... y no sujetos á servidumbre de manera alguna.» Sabido es el tierno y compasivo afán que por ellos tuvo la reina doña Isabel la Católica hasta en sus postrimeros días, encargando en su testamento «que no recibiesen los indios agravio alguno en sus personas y bienes, y que fuesen bien tratados.» No por eso dejaron de padecer bastante, extrañando Solórzano que «... se hacia en beneficio de los indios resultase en perjuicio suyo;» sin advertir que el mismo cuidado de protegerlos de las demás razas para protegerlos excitaba á éstas contra ellos, y que el alejamiento en que vivían, bajo enojos indígenas, dificultaba la instrucción, perpetuaba la ignorancia, y los exponía á graves vejaciones, apartándolos del contacto de las autoridades supremas, por lo general más imparciales.

Se multiplicó infinito en seguida la división de castas. Presentase como primera la de los hijos de los peninsulares, nacidos en aquellos climas de casta española, que se llamaron *criollos*. Vienen después los *metizos*, ó descendientes de españoles é indios, terminándose la enumeración por los *negros*, que se introdujeron de África, y las diversas tintas que resultaron de su ayuntamiento con las otras familias del linaje humano allí radicadas.

Los *criollos* conservaron igualdad de derechos con los españoles, lo mismo, con cortísima diferencia, los *metizos*, si eran hijos de español y de india; mas no si el padre pertenecía á esta clase y la madre á la otra, para entónces quedaba la prole en la misma línea del de los puramente indios; á los *negros* y sus derivados, á saber, mulatos, zambos, etc., reputábalos la ley y la opinión inferiores á los demás, si bien la naturaleza los había aventajado en fuerzas físicas y facultades intelectuales.

De los diversos linajes nacidos en Ultramar era el de los *criollos* el más dispuesto á promover alteraciones. Creíase agraviado, le adornaban conocimientos, y superaba á los demás naturales en riqueza é influjo. A los indios, aunque numerosos é inclinados en algunas partes á suspirar por su antigua independencia, faltábales en general cultura, y carecían de las prendas y medios requeridos para todas empresas. No les era dado á los oriundos de África entrar en lid sino de auxiliares, á lo ménos en un principio; pues la crueldad de su gente en ciertos lugares, y sobre todo el odio que los ponían las demás clases, estorbábalos acandillar particular bandería.

Comenzó á mediados del siglo XVIII á crecer grandemente la América española. Hasta entonces

la forma de gobierno interior, los reglamentos de comercio y otras trabas habían retardado que se desahogase su prosperidad con la debida extensión.

Bajo los diversos títulos de virreyes, capitanes generales y gobernadores, ejercían el poder supremo jefes militares, quienes sólo eran responsables de su conducta al Rey y al Consejo de Indias, que residía en Madrid. Contrapuntaban su autoridad las audiencias, que, además de desempeñar la parte judicial, se mezclaban, con el nombre de Acuerdo, en lo gubernativo, y aconsejaban á los virreyes. Ó les sugerían las medidas que tenían por convenientes. No hubo en este alteración substancial, fuera de que en ciertas provincias, como en Buenos-Ayres, se crearon capitánías generales ó virreynatos independientes, en gran beneficio de los moradores, que antes se veían obligados á acudir para muchos negocios á grandes distancias.

En la administración de justicia, después de las audiencias, que eran los tribunales supremos, y de las que también en determinados casos se recurría al Consejo de Indias, venían los alcaldes mayores y los ordinarios, á la manera de España, los cuales ejercían respectivamente su autoridad, ya en lo judicial, ya en lo económico, presidiendo á los ayuntamientos, cuerpos que se hallaban establecidos en los mismos terminos que los de la Península, con sus defectos y ventajas.

Los alcaldes mayores, al tiempo de empuñar la vara, practicaban una costumbre abusiva y ruinosa, pues so pretexto de que los indígenas necesitaban, para trabajar, de especial aguijón, ponían por obra lo que se llamaba *repartimientos*. Palabra de mal significado, y que expresaba una entrega de mercancías que el alcalde mayor hacía á cada indio, para su propio uso y el de su familia, á precios exorbitantes. Dábanse los géneros al fiado y á pagar dentro de un año en productos de la agricultura del país, estimados según el antojo de los alcaldes, quienes, jueces y parte en el asunto, cometían molestas vejaciones, saliendo, en general, muy ricos al cumplir los cinco años de su magistratura, señaladamente en los distritos en que se cosechaba grana.

Don José de Galvez, después marqués de Sonora, que de cerca había palpado los perjuicios de tan nefasto escándalo, luego que se le confió, en el reinado de Carlos III, el ministerio general de Indias, abolió los repartimientos y las alcaldías mayores, sustituyendo á esta autoridad la de las intendencias de provincia y subdelegación de partido; mejora de gran cuantía en la administración americana, y contra la que, sin embargo, exclamaron poderosamente las corporaciones más desinteresadas del país, afirmando que sin la enoiosa se echaba á vagar el indio, en menoscabo de la utilidad pública y privada, así como de las buenas costumbres. Juicio errado, nacido de preocupación arraigada, lo que en breve manifestó la experiencia.

Creando los intendentes, ganó también mucho el ramo de Hacienda. Antes, oficiales reales, por sí ó por medio de comisionados, recaudaban las contribuciones, entendiéndose con el Superintendente general, que residía lejos de la capital de los gobiernos respectivos. Fijado ahora en cada provincia un intendente, creció la vigilancia sobre los partidos, de donde los subdelegados y oficiales reales tenían que enviar con puntualidad á sus jefes las sumas percibidas y estados individuales de cuenta y razón, asegurando, además, por medio de fianzas el bueno y fiel desempeño de sus cargos. Con seme-

jantes precauciones, tomaron las rentas increíble aumento.

Eran las contribuciones en menor número, y no tan gravosas como las de España. Pagábase la alcabala de todo lo que se introducía y vendía, el 10 por 100 de la plata y el 5 del oro que se sacaba de las minas, con algunos otros impuestos menos notables. El comercio bajo el nombre de tributo recaía sólo sobre los indios, en compensación de la alcabala, de que estaban exentos; era una capitación en dinero, pesada en sí misma y de cobranza muy arbitraria.

Al tiempo de formar las intendencias hizo una división de territorio, que no poco condujo al bienestar de los naturales. Y del mismo modo que con la cercanía de magistrados respetables se había puesto mayor orden en el ramo de contribuciones, así también con ella se introdujeron otras saludables reformas. Desde luego rigiéronse con mayor fidelidad los fondos de propios; hubo esmero en la policía y ornato de los pueblos, se administró la justicia sin tanto retraso y más imparcialmente; y por fin se extinguió el pernicioso influjo de los partidos, terrible azote, y causador allí de riñas y ruinosos pleitos.

Con haber perfeccionado de este modo la gobernación interior, se dió gran paso para la prosperidad americana.

Avivaron también los adelantamientos que se hicieron en la instrucción pública. Ya cuando la conquista empezaron á propagarse las escuelas de primeras letras y los colegios, fundándose universidades en varias capitales. Y si no se siguieron los mejores métodos, ni se enseñaron las ciencias y doctrinas que más hubieran convenido, dolencia fué común á España, de que se lamentaban los hombres de ingenio y doctos que en todos tiempos honraron á nuestra patria. Pero luego que en la Península profesores hábiles dieron señales de desterrar vergonzosas errores y de modificar en cuanto podían rancios estatutos, lo propio hicieron otros en América, particularmente en las universidades de Lima y Santa Fe. Tampoco el gobierno español en muchos casos se mostró hoso á las luces del siglo. Diéronse en Ultramar, como en España, ensanches al saber, y aun allí se erigieron escuelas especiales: fué la más célebre el colegio de minería de Méjico, sobre el pie del de Freyberg de Sajonia, teniendo al frente maestros que habían cursado en Alemania, y los cuales perfeccionaron el estudio de las ciencias exactas y naturales, sobre todo el de la mineralogía, provechoso y necesario en un país tan abundante de metales preciosos.

Deplorable legislación se adoptó desde el descubrimiento para el comercio externo, mantenida en vigor hasta mediados del siglo XVIII. Porque, además de sólo permitirse por ella el tráfico con la metrópoli (falta en que incurrieron todos los otros estados de Europa), circunscribióse también á los únicos puertos de Sevilla primero, y después de Cádiz, adonde venían y de donde partían las flotas y galeones en determinada estación del año; sistema que privaba al norte y levante de España y á varias provincias americanas de comerciar directamente entre sí, cortando el vuelo á la prosperidad mercantil, sin que por eso se remontase, cual debiera, la de las ciudades privilegiadas. Carlos V había pensado extender á los puertos principales de las otras costas la facultad del libre y directo tráfico; pero obligado á condescender con los deseos de compañías de genoveses y otros extranjeros ave-

ciudadanos en Sevilla, cuyas casas le anticipaban dinero para las empresas y guerras de afuera, suspendió resolución tan sabia, despojando así á la periferia de la Península de los beneficios que le hubieran acarreado los nuevos descubrimientos. Felipe II y sus sucesores hallaron las áreas reales casi idéntica ó mayor penuria que Carlos, y con desazón á innovar reglas ya más arraigadas, pretendieron igualmente, para conservar éstas, el aporreamiento de los flibusteros, como si convoyes que navegaban en invariables tiempos, con rumbo á puntos fijos, no facilitasen las acometidas y rapiñas de aquellos audaces y numerosos piratas.

Dióse traza de modificar legislación tan perjudicial en los reinados de Fernando VI y Carlos III, aprobándose al intento y sucesivamente diferentes reglamentos, que acabaron de completarse en 1769. Permitiéndose por ellos el comercio de América desde diversos puertos y con todas las costas de la Península, siempre que fuesen súbditos, los que lo luciesen, de la corona de España. Tan rápidamente creció el tráfico, que se dobló en pocos años, espaciándose las ganancias por las varias provincias de ambos hemisferios.

Con tales mejoras de administración, y el aumento de riqueza, enrobustecíanse las regiones de Ultramar, y se iban preparando á caminar solas y andadores del gobierno español. No obstante eso, el vínculo que las unía era todavía fuerte y muy estrecho.

Otras causas concurren á aflojarle paulatinamente. Debe contarse entre las principales la revolución de los Estados-Unidos anglo-americanos. Jefferson en sus cartas asevera que ya entonces dieron pasos los criollos españoles para lograr su independencia. Si fué así, debieron prevenir tales gestiones de particulares proyectos, no de la mayoría de la población ni de sus corporaciones, adictas á la metrópoli, con inveterados y apegados hábitos. Incurrió en error grave la corte de Madrid en favorecer la causa anglo-americana, mayormente cuando no la impulsan á ello filantrópicos pensamientos, sino personal pique de Carlos III contra los ingleses, y consecuencias del desastrado pacto de familia. Dióse de ese modo un punto en que con el tiempo se había de apoyar la palanca destinada á levantar los otros pueblos del continente americano. Lo preveía el ilustre Conde de Aranda, cuando, precisado á firmar el tratado de Versalles, aconsejó que se enviasen á aquellas provincias infantes de España, quienes al menos mantuviesen, con su presencia y dominación, las relaciones mercantiles y de buena amistad en que se interesaban la prosperidad y riquezas peninsulares.

Tras lo acaecido en las márgenes del Delaware, sobrevino la revolución francesa, estímulo nuevo de independencia, sembrando en América, como en Europa, ideas de libertad y desasosiego. Hasta entonces los alborotos ocurridos habían sido parciales, y nacidos sólo de tropelías individuales ó de vejaciones en algunas comarcas. Graves aparecieron las turbulencias del Perú, acudilladas por Tupac-Amaro; mas como los indios que tomaron parte cometieron grandes crueldades, lo mismo con criollos que con españoles, obligaron á unos y á otros á unirse para sofocar insurrecciones difíciles de enajar sin su participación. Quiso conmovérsela Caracas, en 1796, luego que se encendió la guerra con los ingleses. Pero aún entonces fueron principales promovedores el español Picornel y el general Miranda, forasteros ambos, por decirlo así, en el país.

Pues el primero, corazón ardiente y comprometido en la conspiración tramada en Madrid en 1795 contra el poder absoluto, hijo de Mallorca, no conocía bastante la tierra; y el segundo, aunque nacido en Venezuela, ausente años de allí, y general de la república francesa, amamantado con sus doctrinas, tenía ya éstas más presentes que la situación y preocupaciones de su primitiva patria. Por consiguiente se malogró la empresa intentada, perdiéndose una muy honda las raíces del dominio español, para que en las provincias de Nueva-España acerca de la metrópoli eran enteramente distintas de las que manifestaban las personas que en la ciudad de México se habían formado por libros franceses é ingleses.

Requeríase, pues, algún nuevo suceso, grande, extraordinario, que tocara inmediatamente á las Américas y á España, para romper los lazos que unían á entrambas, no bastando á efectuar semejante acontecimiento ni lo apartado y vasto de aquellos países, ni la diversidad de castas y sus pretensiones, ni las fuerzas y riqueza, que cada día se aumentaban, ni el ejemplo de los Estados-Unidos, ni tampoco los terribles y más recientes que ofrecía la Francia; cosas todas que coloraban entre las causas generales y lejanas de la independencia americana, empujando las particularidades y más próximas en las revueltas y sacudidas que se agolparon en el año de 1808.

En un principio, y al hundirse el trono de los Borbones, manifestaron todas la regiones de Ultramar en favor de la causa de España verdadero entusiasmo, contentándose, a su vista, los pocos que anhelaban mudanzas. Vinos en su lugar la irritación que produjeron allí las miseras de Bayona, la adhesión mostrada á las juntas de provincia y á la Central, los donativos, en fin, y los recursos que con larga mano se suministraron á los hermanos de Europa. Mas, apaciguado el primer hervor, y sucediendo en la península desgracias tras de desgracias, cambióse poco á poco la opinión, y se sintieron rebullir los deseos de independencia, particularmente entre la mocedad criolla de la clase media y el clero inferior. Fomentaron aquella inclinación los ingleses, temerosos de la caída de España; fomentáronla los franceses y emisarios de José, aunque en otro sentido y con intento de apartar aquellos países del gobierno de Sevilla y Cádiz, que apellidaban insurrección; fomentáronla los anglo-americanos, especialmente en México; fomentáronla, por último, en el Rio de la Plata los emisarios de la infanta doña Carlota, residente en el Brasil, cuyo gobierno, independiente de Europa, no era para la América meridional de mejor ejemplo que lo había sido para la septentrional la separación de los Estados-Unidos.

A estos embates, necesario era que cediese y ciese á eruir el edificio levantado por los españoles más allá de los mares, cuya fábrica hubo de ser bien sólida y compacta para que no se resquebrajase antes y viniese al suelo.

Contratar tan vastos esfuerzos parecía dificultoso, si no imposible, abrumado el reino bajo el peso de una guerra desoladora y exhausto de recursos. La Junta Central, no obstante, hubiera quizá podido tomar providencias que sostuviesen por más tiempo la dominación peninsular. Limitóse á hacer declaraciones de igualdad de derechos, y omitió medidas más importantes. Tales hubieran sido, en

concepto de los inteligentes, mejorar la suerte de las clases menesterosas con repartimiento de tierras; balazar más de lo que se hizo la ambición de los poderosos y principales criollos con honores y distinciones, á que eran muy inclinados; reforzar con tropa algunos puntos, pues hombres no escaseaban en España, y el soldado mediano acá era para allá muy aventajado, y finalmente, ensayar jefes firmes, prudentes y de conocida probidad. Y ora fueran las circunstancias, ora desuido, no pensó la Central como debiera en materia de tanta gravedad, y al discurrirse, contenta con haber hecho promesas, dejó la América, trabada ya de mil modos, con las mismas instituciones, desatendidas las clases pobres, y al frente autoridades por lo general débiles é incapaces, y sospechadas algunas de connivencia con los independentes.

Verificóse el primer estallido sin convenio anterior entre las diversas partes de la América, siendo difíciles las comunicaciones y no estando entonces extendidas ni arregladas las sociedades secretas, que después tanto influjo tuvieron en aquellos sucesos. El movimiento rompió por Caracas, tierra acostumbrada á conjuraciones; y rompió, según ya insinuamos, al llegar la noticia de la pérdida de las Andalucías y dispersión de la Junta Central.

El 19 de Abril de 1810 apareció amotinado el pueblo de aquella ciudad, capital de Venezuela, al que se unió la tropa; y el Cabildo, ó sea ayuntamiento, agregando á su seno otros individuos, erigióse en Junta suprema, mientras que, conforme anunció, se convocaba un congreso. El capitán general, D. Vicente Emparan, sobrecogido y hombre de ánimo entido, no opuso resistencia alguna, y en breve desposeyósele y le embargaron en la Guaira, con la Audiencia y principales autoridades españolas. Siguiéron el impulso de Caracas las otras provincias de Venezuela, excepto el partido de Coro y Maracaybo, en cuya ciudad mantuvo la tranquilidad y buen orden la firmeza del gobernador don Fernando Miyares.

El haberse en Caracas unido la tropa al pueblo decidió la querrela en favor de los amotinados. Ayudaba mucho, para la determinación del soldado, el sistema militar que se había introducido en América en el último tercio del siglo XVIII, en cuyo tiempo se crearon cuerpos veteranos de naturales del país, que si bien en gran parte eran mandados por coroneles y comandantes europeos, tenían también en sus filas oficiales subalternos, sargentos y cabos americanos. Del mismo modo se organizaron milicias de infantería y caballería, á semejanza las primeras de las de España, y en ellas se apoyó principalmente la insurrección. Cierta es que al principio sólo la menor parte de las tropas se declaró en favor de las novedades, y que hubo parajes, particularmente en México y en el Perú, en donde los militares contribuyeron á sofocar las conmociones; mas con el tiempo, cundiendo el fuego, llegó hasta las tropas de línea.

El motivo principal que alegó Caracas para erigir una Junta suprema é independiente fundase en estar casi toda España sujeta ya á una dinastía extranjera y tiránica, añadiendo que sólo haría uso de la soberanía hasta que volviese al trono Fernando VII, ó se instalase solemnemente y legalmente un gobierno constituido por las Cortes, á que concursasen legítimos representantes de los reinos, provincias y ciudades de Indias. Entre tanto, ofrecía la nueva Junta á los españoles que aún peleasen por la independencia peninsular, amnistía y envío de

socorros. El nombre de Fernando tuvo que sonar á causa del pueblo, muy adicto al soberano desgraciado; esperanzados los promovedores del alzamiento que conllevando así las ideas de la mayoría, la traerían por sus pasos contados adonde deseaban, mayormente si se introducían luego innovaciones que le fueran gratas. No tardaron éstas en anunciarse, pues se abolió en breve el tributo de los indios, repartieron los empleos entre los naturales y se abrieron los puertos á los extranjeros. La última providencia halagaba á los propietarios, que veían en ella crecer el valor de sus frutos, y ganaban al propio tiempo la voluntad de las naciones comerciantes, codiciosas siempre de multiplicar sus mercados.

Así fué que el ministerio inglés, poco explícito en sus declaraciones al reventar la insurrección, no dejó pasar muchos meses sin expresar, por boca de lord Liverpool, «que S. M. B. no se consideraba ligado por ningún compromiso á sostener un país cualquiera de la monarquía española contra otro por razón de diferencias de opinión sobre el modo con que se debiese arreglar su respectivo sistema de gobierno, siempre que conviniesen en reconocer al mismo soberano legítimo y se opusiesen á la usurpación y tiranía de la Francia...» No se necesitaba testimonio tan público para conocer que forzoso le era al gabinete de la Gran Bretaña, aunque hubieran sido otras sus intenciones, usar de semejante lenguaje, teniendo que sujetarse á la imperiosa voz de sus mercaderes y fabricantes.

Alzó también Buenos-Aires el grito de independencia al saber allí por un barco inglés, que arribó á Montevideo el 18 de Mayo, los desastres de las Andaluzas. Era capitán general D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, hombre apocado y sin cautela, quien, á petición del Ayuntamiento, consintió que se convocase un congreso, imaginándose que aún después proseguiría en el gobierno de aquellas provincias. Instalóse dicho congreso el 22 de Mayo, y, como era de esperar, fué una de sus primeras medidas la deposición del inadvertido Cisneros, eligiendo también, á la manera de Caracas, una Junta suprema que ejerciese el mando en nombre de Fernando VII. Conviene notar aquí que la formación de juntas en España nació por imitación de lo que se hizo en América en 1808, y no de otra ninguna causa.

Montevideo, que se disponía á unir su suerte con la de Buenos-Aires, detúvose, noticioso de que en la Península todavía se respiraba, y de que existía un gobierno central.

No así el nuevo reino de Granada, que siguió el impulso de Caracas, creando una Junta suprema el 20 de Julio. Aparearon del mando los nuevos gobernantes á D. Antonio Amat, virey semejante, en lo que le sucedió de su temple, á los jefes de Venezuela y Buenos-Aires. Acaecieron luego en Santa Fe, en Quito y en las demás partes, altercados, divisiones, muertes, guerra y muchas lástimas; que tal esquilmo coge de las revoluciones la generación que las hace.

Entonces, y largo tiempo después, se mantuvo el Perú quieto y fiel á la madre patria, merced á la prudente fortaleza del virey D. José Fernando de Abascal y á la memoria, aún viva, de la rebelión del indio Tupac-Amaro y sus crueldades.

Tampoco se meneaba Nueva-España, aunque ya se habían fraguado varias maquinaciones y se preparaban alborotos, de que más adelante daremos noticia.

Por lo demás, tal fué el principio de irse desgajando del tronco paterno, y una en pos de otra, ramas tan fructíferas del imperio español. ¿Escogieron los americanos para ello la ocasión más ligera y honrosa? A medir las naciones por la escala de los tiernos y nobles sentimientos de los individuos, francamente diríamos que no, habiendo abandonado á la metrópoli en su mayor aflicción, cuando aquella decretaba igualdad de derechos, y cuando se preparaba á realizar en sus Cortes el cumplimiento de las anteriores promesas. Los Estados-Unidos separáronse de Inglaterra en sazón que ésta descubría su frente serena y poderosa, y después que reiteradas veces les había su metrópoli negado peticiones moderadas en un principio. Por el contrario, los americanos españoles cortaban el lazo de la unión, abatida la Península, reconocidas ya aquellas provincias como parte integrante de la monarquía, y convidados sus habitantes á enviar diputados á las Cortes. No; entre individuos graduados tal porte de ingrato y aún villano. Las naciones, desgraciadamente, suelen tener otra pauta, y los americanos quizá pensaron lograr entónces con más certidumbre lo que, á su entender, fuera dudoso y aventurado, libre la Península y repuesto en el sitio el cautivo Fernando.

Controvertible, igualmente, ha sido si la América había llegado al punto de madurez ó instrucción que eran necesarias para desprenderse de los vínculos metropolitanos. Algunos han decidido ya la cuestión negativamente, atentos á las turbulencias y agitación continua de aquellas regiones, en donde, mudando á cada paso de gobierno y leyes, aparecen los naturales, no sólo como inhábiles para tener la libertad y admitir un gobierno medianamente organizado, pero aún también como incapaces de soportar el estado social de pueblos cultos. Nosotros, sin ir tan allá, creemos, sí, que la educación y enseñanza de la América española será lenta y más larga que la de otros países; y sólo nos admiramos de que haya habido en Europa hombres, y no vulgares, que, al paso que negaban á España la posibilidad de constituirse libremente, se la concedieran á la América, siendo claro que en ambas partes habían regido idénticas instituciones, y que idénticas habían sido las causas de su atraso, con la ventaja para los peninsulares de que entre ellos se desconocía la diversidad de castas, y de que el inmediato roce con las naciones de Europa les había proporcionado hacer mayores progresos en los conocimientos modernos y mejorar la vida social. Mas si personas entendidas y gobiernos sabios olvidaban reflexiones tan obvias, ¿qué no sería de ávidos especuladores, que soñaban montes de oro con la franquicia y amplia contratación de los pueblos americanos?

La Regencia, al instalarse, había nombrado sujetos que llevasen á las provincias de Ultramar las noticias de lo ocurrido en principios de año, recordando al propio tiempo en una proclama la igualdad de condición otorgada á aquellos naturales, á incluyendo la convocatoria para que acudiesen á las Cortes por medio de sus diputados. Fuera de eso, no extendió la Regencia sus providencias más allá de lo que lo había hecho la Central, si bien es cierto que ni la situación actual permitía el mismo ensanche, ni tampoco era político anticipar en muchos asuntos el juicio de las Cortes, cuya reunión se anunciaba cercana.

Sin embargo, publicóse en 17 de Mayo de 1810, á nombre de dicha Regencia, una real orden de la

mayor importancia, y por la que se autorizaba el comercio directo de todos los puertos de Indias con las colonias extranjeras y naciones de Europa. Mudanza tan repentina y completa en la legislación mercantil de Indias, sin previo aviso ni otra consulta, saltando por encima de los trámites de estilo aun usados durante el gobierno antiguo, pasó á todos y sobrecogió al comercio de Cadiz, interesando más que nadie en el monopolio de Ultramar.

Sin tardanza reclamó éste contra una providencia en su concepto injustísima, y en verdad muy informal y temprana. La Regencia ignoraba, ó fingió ignorar, la publicación de la mencionada orden; y en virtud de exámen que mandó hacer, resultó que sobre un permiso limitado al renglon de harinas y al solo puerto de la Habana, había la secretaría de Hacienda de Indias extendido por sí la concecion á los demás frutos y mercaderías procedentes del extranjero, y en favor de todas las costas de la América. ¿Quién no creyera que al descubrirse falsas tan inaudita, abuso de confianza tan criminal y de resultados tan graves, no se hubiese hecho un escarminiento, que arredrase en lo porvenir á los fabricantes de mentidas providencias del Gobierno? Formoso causa; mas causa al uso de España en tales materias, encargando á un ministro del Consejo supremo de España á Indias que procediese á la averiguacion del autor ó autores de la supuesta orden.

Se arrestó en su casa al Marqués de las Hormazas, ministro de Hacienda; prendióse tambien al oficial mayor de la misma secretaría en lo relativo á Indias D. Manuel Albuérne, y á algunos otros que resultaban complicados. El asunto prosiguió pausadamente, y después de muchas idas y venidas, empujones y solicitudes, todas quedaron quitas. Hormazas había firmado á ciegas la orden, sin leerla y como si se tratase de un negocio sencillo. El verdadero culpable era Albuérne, de acuerdo con el agente de la Habana D. Claudio María Pinillos y D. Estéban Fernandez de Leon, siendo sostenedor secreto de la medida, según voz pública, uno de los regentes. Tal desorden en unos, delito en otros, é impunidad ilimitada para todos, probaban más y más la necesidad urgente de purgar á España de la maleza espesa que habían ahijado en su gobierno, de Godoy acá, los patrocinadores de la corrupcion más descarada.

La Regencia, por su parte, revocó la real orden, y mandó recoger los ejemplares impresos. Pero el tiro había ya partido, y facil es adivinar el mal efecto que produciría, sugiriendo á los amigos de las alteraciones de América nueva y fundada alegacion para proseguir en su comenzado intento.

Supo la Regencia el 4 de Julio las revueltas de Caracas, y al concluirse Agosto las de Buenos-Aires. Apesadumbróronla noticias para ella tan impenzadas, y para la causa de España tan funestas; mas vivió algun tiempo con la esperanza de que cesarian los disturbios luego que allá corriese no haber la Península rendida aún su cerviz al invasor extranjero. ¡Vana ilusión! Alzamientos de esta clase, ó se ahogan al nacer, ó se agrandan con rapidéz. La Regencia, indecisa y sin mayores medios, consultó al Consejo, no tomando de pronto resolucion que pareciera eficaz.

Aquel cuerpo opinó que se enviase á Ultramar un sujeto condecorado y digno, asistido de algunos buques de guerra, y con órdenes para reunir las tropas de Puerto-Rico, Cuba y Cartagena; previniéndole que sólo emplease el medio de la fuerza cuando los de la persuacion no bastasen. La Regencia se

conformó en un todo con el dictámen del Consejo, y nombró por comisionado, revestido de facultades omnimodas, á D. Antonio Cortavarría, individuo del Consejo Real, magistrado respetable por su pureza, pero anciano y sin el menor conocimiento de lo que era la América. Figurábase el gobierno español equivocadamente que no eran pasados los dias de los Mendozas y los Garcas, y que á la vista del enviado peninsular se allanarian los obstáculos y se remansarian los tumultos populares. Llevaba Cortavarría instrucciones, que no sólo se extendian á Venezuela, sino que tambien abrazaban las islas, Santa Fe y aun la Nueva-España; debiendo obrar con él mancomunadamente el gobernador de Maracaibo, D. Fernando Miyares, electo capitán general de Caracas, en recompensa de su buen proceder.

Respecto de Buenos-Aires, ya ántes de saberse el levantamiento había tomado la Regencia algunas medidas de precaucion, advertida de tratos que la infanta doña Carlota traía allí desde el Brasil; y como Montevideo era el punto más á propósito para realizar cualquiera proyecto que dicha señora tuviese entre manos, se había nombrado, para prevenir toda tentativa, por gobernador de aquella plaza á D. Gaspar de Vigodet, militar de confianza.

Mas después que la Regencia recibió la nueva de la comocion de Buenos-Aires no limitó á eso sus providencias, sino que tambien resolvió enviar de virey de las provincias del Rio de la Plata á D. Francisco Javier de Elío, acompañado de 500 hombres, de una fragata de guerra y de una urea, con orden de partir de Alicante y de ocultar el objeto del viaje hasta pasadas las islas Canarias. Se le recomendó asimismo lo que á Cortavarría en cuanto á que no emplease la fuerza ántes de haber tentado todos los medios de conciliacion.

Hé aquí lo que por mayor se sabía en Europa de las turbulencias de América, y lo que para cortarlas había resuelto la Regencia al tiempo de instalarse las Cortes. Hallándose en el seno de éstas diputados naturales de Ultramar, concibese fácilmente que no dejarían huelgo á sus compañeros ántes de conseguir que se ocupasen en tan graves cuestiones. Las propuestas fueron muchas y varias, y ya el 25 de Setiembre, tratándose de expedir el decreto del 24, expuso la diputacion americana que al mismo tiempo que se remitiese aquél á Indias, era necesario hablar á sus habitantes de la igualdad de derechos que tenían con los de Europa, de la extension de la representacion nacional como parte integrante de la monarquia, y conceder una amnistia ú olvido absoluto por los extravíos ocurridos en las desavenencias de algunos de aquellos países. La discusion comenzó á encrespase, y don José Mejía, suplente por Santa Fe de Bogotá y americano de nacimiento, fuese prudencia, fuese temor de que resonasen en Ultramar las palabras que se pronunciaban en las Cortes, palabras que pudieran ser funestas á los independentes, apoyados todavía en un terreno poco firme, pidió que se ventilase el asunto en secreto. Accedió el Congreso á los deseos de aquel señor diputado, si bien por incidencia se tocaron á veces en publico, en las primeras sesiones, algunos de los muchos puntos que ofusca materia tan espionosa.

Después de ruidos debates, aprobaron las Cortes los términos de un decreto (7), que se promulgó con

(7) Coleccion de los decretos y órdenes de las Cortes, tomo 1, página 10.

fecha de 15 de Octubre, en el que aparecieron como esenciales bases: 1.º, la igualdad de derechos, ya mencionada; 2.º, una amnistía general, sin límite alguno.

En pos de esta resolución vinieron, á manera de secuela, otras declaraciones y concesiones muy favorables á la América, de las que mencionaremos las más principales en el curso de esta *Historia*. Por ellas se verá cuánto trabajaron las Cortes para granjearse el ánimo de aquellos habitantes y allanar los motivos que hubiera de justa queja, debiendo haber finalizado las turbulencias, si el fuego de un volcán de extenso cráter pudiera apagarse por la mano del hombre.

La víspera de la promulgación del decreto sobre América entablóse en público la discusión de la libertad de la imprenta. Don Agustín de Argüelles era quien primero la había provocado, indicando en la sesión de la tarde del 27 de Setiembre la necesidad de ocuparse á la mayor brevedad en materia tan grave. Sostuvo su dictámen D. Evaristo Pérez de Castro, y aun insistió en que desde luego se formase para ello una comisión; cuya propuesta aprobaron las Cortes inmediatamente, sin obstáculo alguno.

Dedicóse con aplicación continua á su trabajo la comisión nombrada, y el 14 de Octubre, cumpleaños del rey Fernando VII, leyó el informe en que habían convenido los individuos de ella; casual coincidencia, ó modo nuevo de celebrar el natalicio de un príncipe, cuyo horóscopo vióse despues no cuadraba con el festejo. Al día siguiente se trabó la discusión, una de las más brillantes que hubo en las Cortes, y de la que reportaron ésta fama esclarecida. Lástima ha sido que no se hayan conservado enteros los discursos allí pronunciados, pues todavía no se publicaban de oficio las sesiones, segun comenzó á usarse en el promedio de Diciembre, habiéndose desde entonces establecido taquígrafos que siguiesen literalmente la palabra del orador. Sin embargo, algunos curiosos, y entre ellos ingleses, tomaron nota bastante exacta de las discusiones más principales, y eso nos habilita para dar una razón algo circunstanciada de lo que ocurrió en aquella ocasión.

Antes de reunirse las Cortes, la libertad de la imprenta apenas contaba otros enemigos sino algunos de los que gobernaban; mas despues que el Congreso mostró querer proseguir su marcha con hoz reformadora, despertóse el recelo de las clases y personas interesadas en los abusos, que empezaron á mirar con esquivéz medida tan deseada. No pareciéndoles, no obstante, discreto impugnarla de frente, idearon los que pertenecieron á aquel número y estaban dentro de las Cortes, pedir que se suspendiese la deliberación.

Escogieron para hacer la propuesta al diputado que entre los suyos juzgaron más atrevido, á don Joaquín Tenreiro, quien, despues de haber el día 14 procurado infructuosamente diferir la lectura del informe de la comisión, persistió el 15 en su propósito de que se dejase para más adelante la discusión, alegando que se debería pedir con antelación el parecer de ciertas corporaciones, en especial el de las eclesiásticas, y sobre todo aguardar la llegada de diputados próximos á aportar de las costas de Levante. Manifestó su opinión el Sr. Tenreiro acaloradamente, y excitó la réplica de varios señores diputados, que demostraron haber seguido el expediente, no sólo los trámites de costumbre, sino que también, viniendo ya instruido desde el tiempo de la

Junta Central, había recibido con el mayor detenimiento la dilucidación necesaria. Reprodújese, no obstante, sus argumentos el Sr. Tenreiro; pero no por eso pudo estorbar que empezase de lleno la discusión. El Sr. Argüelles fué de los primeros que, entrando en materia, hizo palpables los bienes que resultan de la libertad de la imprenta. «Cuantos conocimientos, dijo, se han extendido por Europa han nacido de esta libertad, y las naciones se han elevado á proporcion que ha sido más perfecta. Las otras, oscurecidas por la ignorancia y encadenadas por el despotismo, se han sumergido en la proporción contraria. España, siendo decirlo, se halla entre las últimas: fijemos la vista en los postreros veinte años, en ese período henchido de acontecimientos más extraordinarios que cuantos presentan los anteriores siglos, y en él podremos ver los portentosos efectos de esa arma, á cuyo poder casi siempre ha cedido el de la espada. Por su influjo vimos caer de las manos de la nación francesa las cadenas que la habían tenido esclavizada. Una facción sanguinaria vino á inutilizar tan grande medida, y la nueva francesa, ó más bien su gobierno, empezó á obrar en oposición á los principios que proclamaba.... El despotismo fué el fruto que recogió.... Hubiera habido en España una atrevida libertad de imprenta, y nuestra nación no hubiera ignorado cual fuese la situación política de la Francia al celebrarse el vergonzoso tratado de Basilea. El gobierno español, dirigido por un favorito corrompido y estúpido, incapaz era de conocer los verdaderos intereses del Estado. Abandonóse riegamente y sin tino á cuantos gobiernos tuvo la Francia, y desde la Convención hasta el Imperio seguimos todas las vicisitudes de su revolución, siempre en la más estrecha alianza, cuando llegó el momento desgraciado en que vimos tomadas nuestras plazas fuertes, y el ejército del pérfido invasor en el corazón del reino. Hasta entonces á nadie le fué lícito hablar del gobierno francés con menos sumisión que del nuestro, y no admirar á Bonaparte fué de los más graves delitos. En aquellos días miserables se ceharon las semillas cuyos amargos frutos estamos cogiendo ahora. Extendamos la vista por el mundo: Inglaterra es la sola nación que halláremos libre de tal mengua. Y ¿á quién lo debe? Mucho hizo en ella la energía de su gobierno, pero más hizo la libertad de la imprenta. Por su medio pudieron los hombres honrados difundir el antídoto con más presteza que el gobierno francés su veneno. La instrucción que por la vía de la imprenta logró aquel pueblo, fué lo que le hizo ver el peligro y saber evitarlo....»

El Sr. Morros, diputado eclesiástico, sostuvo con fuerza ser la libertad de la imprenta opuesta á la religión católica, apostólica romana, y ser, por tanto, detestable institución. «Añadió que, segun lo prevenido en muchos cánones, ninguna obra podía publicarse sin la licencia de un obispo ó concilio, y que todo lo que se determinase en contra sería atacar directamente la religión.»

Aquí notará el lector que desesperanzados los enemigos de la libertad de la imprenta de impedir los debates, trataron ya de impugnarla sin disfraz alguno y fundamentalmente.

Fácil fué al Sr. Mejía rebatir el dictámen del señor Morros, advirtiéndole que la libertad de que se trataba limitábase á la parte política, y en nada se rozaba con la religión ni la potestad de la Iglesia.... Observó también la diferencia de tiempos, y la errada aplicación que había hecho el Sr. Morros de sus textos, los cuales por la mayor parte se refe-

rian á una edad en que todavía no estaba descubierta la imprenta...» Y continuando despues dicho Sr. Mejía en desentrañar con sutileza y profundidad toda la parte eclesiástica, en que, aunque regular, era muy versado, terminó diciendo: «que en las naciones en donde no se permitia la libertad de imprenta, el arte de imprimir habia sido perjudicial, porque habia quitado la libertad primitiva que existia de escribir y copiar libros sin particulares trabas, y que si bien entonces no se esparcian las luces con tanta rapidez y extensión, al menos eran libros. Y más vale un pedazo de pan comido en libertad que un convite real con una espada que cuelga sobre la cabeza, pendiente del hilo de un capricho.»

El Sr. Rodríguez de la Bircena, bien que eclesiástico como el Sr. Morros, no recargó tanto en punto á la religion, pero con masia trazó una pintura sombría de los males de la libertad de la imprenta en una nacion no acostumbrada á ella; se hizo cargo de las columnas que difundia, de la desunion en las familias, de la desobediencia á las leyes, y otros muchos estragos, de los que resultando un clamor general, tendria al cabo que suprimirse una facultad preciosa, que coartada con prudencia, era fácil conservar. Yo, continuó el orador, amo la libertad de la imprenta, pero la amo con juicios que sepan de antemano separar la cizaña de con el grano. Nada aventura la imprenta con la censura previa en las materias científicas, que aun en las que más importa ejercitarse, y usada dicha censura discretamente, existirá, en realidad, con ella mayor libertad que en no la hubiera, y se evitarán escándalos, y la aplicación de las penas en que incurrieran los escritores que se dedican, siendo para el legislador más hermoso representar el papel de prevenir los delitos que el de castigarlos.»

Replicó á este orador D. Juan Nicasio Gallego que, aunque revestido igualmente de los hábitos clericales, descollaba en el saber político, si bien no tanto como en el arte divino de los Herreras y Leones. «Si hay en el mundo, dijo, absurdo en este género, es el de asentar, como lo ha hecho el preopinante, que la libertad de la imprenta podía existir bajo una previa censura. Libertad es el derecho que todo hombre tiene de hacer lo que le parezca, no siendo contra las leyes divinas y humanas. Esclaridad, por el contrario, existe donde quiera que los hombres están sujetos, sin remedio, á los caprichos de otros, ya se pongan ó no inmediatamente en práctica. ¿Cómo puede, según eso, ser la imprenta libre, quedando dependiente del capricho, las pasiones ó la corrupción de uno ó más individuos? ¿Y por qué tanto rigor y precauciones para la imprenta, cuando ninguna legislación las emplea en los demás casos de la vida, y en acciones de los hombres no menos expuestas al abuso? Cualquiera es libre de provenir de una espada, y diciéndole por eso que se le debe cortar las manos no se que cometa un homicidio? Puede en verdad, salir á la calle y robar á un hombre; mas ninguno, llevado de tal miedo, aconsejara que se le encierre en un can. A todos nos deja la ley libre el alrededor, pero por horror natural á los delitos, y porque todos sabemos las penas que están impuestas á los criminales, tratamos cada cual de no cometerlos...»

Hablaron en seguida otros diputados en favor de la cuestion, tales como los Sres. Lujan, Perez de Castro y Oliveros. El primero expresó que los dos encargos particulares que le habia hecho su provincia (la de Extremadura) habian sido, que fue-

sen públicas las sesiones de las Cortes y que se concediese la libertad de la imprenta. Fuso el último su particular cuidado en demostrar que aquella libertad, no sólo no era contraria á la religion, sino que era compatible con el amor mas puro hacia sus dogmas y doctrinas... Nosotros, continuó tan respetable eclesiástico, queremos dar alas á los sentimientos honrados, y cerrar las puertas á los malignos. La religion santa de los Cristosmos y de los leñeros no se recata de la libre discusion; temen esta los que desean convertir aquella en provecho propio. ¿Qué de hurtos y escándalos no vimos en tiempo de Godoy! ¿Cuanta irreligiosidad no se esparció! Y ¿habia libertad de imprenta? Si la hubiera habido, ¿se jurase de cometer tantos excesos, con el miedo de la censura publica, y no se hubieran perpetrado delitos, sumidos ahora en la impunidad del silencio. Ciertos obispos ¿hubieran osado manchar los pulpitos de la religion, predicando los triunfos del poder arbitrario, y por decirlo así, los del ateísmo? ¿Hubieran contribuido á la destruccion de su patria y á la tibieza de la fe, incensando imprudentemente al idolo de Bonaparte, al malaventurado valido?...»

Contados fueron los diputados que despues impugnaron la libertad de la imprenta, y aun de ellos el mayor número ántes provocó dudas que expresó una opinion opuesta bien asentada. Los Sres. Morales Gallego y D. Jaime Croux, fueron quienes con mayor vigor esforzaron los argumentos en contra de la cuestion. Dirigióse el principal conato de ambos á manifestar la suelta que iba á darse á las pasiones y personalidades, y el riesgo que corría la pureza de la fe, siendo de dilatado deslindar en muchos casos el término de las potestades política y eclesiástica. El Sr. Argüelles rechazó de nuevo muchas de las objeciones; pero quien entre los posteriores de los oradores hablo de un modo luminoso, persuasivo y profundo, fué el dignísimo D. Diego Muñoz Torrero, cuya candorosa y venerable presencia, repetimos, aumentaba peso á la ya irresistible fuerza de su raciocinacion. «La materia que tratamos, dijo, tiene, según la mito, dos partes: la una de justicia, la otra de necesidad. La justicia es el principio vital de la sociedad civil, é hija de la justicia es la libertad de la imprenta... El derecho de traer á exámen las acciones del Gobierno es un derecho imprescriptible, que ninguna nacion puede ceder sin dejar de ser nacion. ¿Qué hicimos nosotros en el memorable decreto de 24 de Setiembre? Declaramos los decretos de Bayona ilegales y nulos. Y ¿por qué? Porque el acto de renunciar se habia hecho sin el consentimiento de la nacion. ¿A quien ha encomendado ahora esa nacion en causa? ¿A nosotros; nosotros somos sus representantes, y según nuestros usos y antiguas leyes fundamentales, muy pocos pasos pudiéramos dar sin la aprobacion de nuestros constituyentes. Mas cuando el pueblo pone el poder en nuestras manos, ¿no priva por eso del derecho de examinar y criticar nuestras acciones? ¿Por qué decretamos en 24 de Setiembre la responsabilidad de la potestad ejecutiva, responsabilidad que extra solo á los ministros cuando el Rey se halla entre nosotros? ¿Por qué nos aseguramos la facultad de inspeccionar sus acciones? Porque poníamos poder en manos de hombres, y los hombres alman fuertemente de él, si no tienen freno alguno que les contenga, y no habia para la potestad ejecutiva freno más inmediato que el de las Cortes. Mas, ¿somos por acaso infalibles? ¿Puede el pueblo, que apenas nos ha visto reunidos, poner tanta

confianza en nosotros, que abandone toda precaución? ¿No tiene el pueblo el mismo derecho respecto de nosotros, que nosotros respecto de la potestad ejecutiva, en cuanto á inspeccionar nuestro modo de pensar, y censurarlo?... Y el pueblo ¿qué medio tiene para esto? No tiene otro sino el de la imprenta; pues no supongo que los contrarios á mi opinión le den la facultad de insurreccionarse, derecho el más terrible y peligroso que pueda ejercer una nación. Y si no se le concede al pueblo un medio legal y oportuno para reclamar contra nosotros, ¿qué le importa que lo tiránico uno, cinco, veinte ó ciento?... El pueblo español ha detestado siempre las guerras civiles, pero quizá tendría, desgraciadamente, que venir á ellas. El modo de evitarlo es permitir la solemne manifestación de la opinión pública. Todavía ignoramos el poder inmenso de una nación para obligar á los que gobiernan á ser justos. Empero privase al pueblo de la libertad de hablar y escribir, ¿cómo ha de manifestar su opinión? Si yo dijese á mis poderdantes de Extremadura que se estableciese la previa censura de la imprenta, ¿qué me dirían al ver que para exponer sus opiniones tenían que recurrir á pedir licencia?... Es, pues, uno de los derechos del hombre, en las sociedades modernas, el gozar de la libertad de la imprenta; sistema tan sabio en la teórica, como confirmado por la experiencia. Véase Inglaterra: á la imprenta libre debe principalmente la conservación de su libertad política y civil, su prosperidad. Inglaterra, por tanto, ha protegido la imprenta, pero la imprenta, en pago, ha conservado la Inglaterra. Si la medida de que hablamos es justa en sí y conveniente, no es menos necesaria en el día de hoy. Empezamos una carrera nueva, tenemos que lidiar con un enemigo poderoso, y fuerza nos es recurrir á todos los medios que afiancen nuestra libertad, y destruyan los artificios y mañas del enemigo. Para ello indispensable parece reunir los esfuerzos todos de la nación, é imposible sería no concentrando su energía en una opinión unánime, espontánea é ilustrada, á lo que contribuirá muy mucho la libertad de la imprenta, y en lo que están interesados no menos los derechos del pueblo que los del monarca.... La libertad sin la imprenta libre, aunque sea el sueño del hombre honrado, será siempre un sueño.... La diferencia entre mí y mis contrarios consiste en que ellos conciben que los males de la libertad son como un millón, y los bienes como veinte; yo, por lo opuesto, creo que los males son como veinte, y los bienes como un millón. Todos han declamado contra sus peligros. Si yo hubiera de reconocer ahora los males que trae consigo la sociedad, los furiosos de la ambición, los horrores de la guerra, la desolación de los hombres y la devastación de las pestes, llenaría de pavor á los circunstantes. Mas, por horrible que fuese esta pintura, ¿se podrían olvidar los bienes de la sociedad civil, á punto de decretar su destrucción? Aquí estamos, hombres débiles, con toda la mezcla de bueno y malo que es propia de la humanidad, y sólo por la comparación de ventajas é inconvenientes podemos decidirnos en las cuestiones.... Un preludio de España, y lo que es más, inquisidor general, quiso traducir la Biblia al castellano, ¿Qué torrente de invectivas no se desató contra él?... ¿Cuál fué su respuesta? Yo no niego que tiene inconvenientes, pero ¿es útil, pesados unos con otros? En el mismo caso estamos. Si el preludio hubiera conseguido su intento, ¿él deberíamos el bien, el mal á nuestra naturaleza. Por fin, creo que haríamos traición á los deseos del pueblo, y

que daríamos armas al gobierno arbitrario que hemos empezado á derribar, si no decretásemos la libertad de la imprenta.... La previa censura es el último asidero de la tiranía, que nos ha hecho gemir por siglos. El voto de las Cortes va á desarraigárla, ó á confirmarla para siempre.»

Son pálido y apagado bosquejo de la discusión los breves extractos que de ella hacemos y nos han quedado. Raudales de luz salieron de las diversas opiniones, expuestas con gravedad y circunspección. Para darles el valor que merecen, conviene hacer cuenta de lo que había sido antes España y de lo que ahora aparecía, rompiendo de repente la muralla que estrechamente y largo tiempo había comprimido, atormentándolos, sus hermosos y delicados labios.

La discusión general duró desde el 15 hasta el 19 de Octubre, en cuyo día se aprobó el primer artículo del proyecto de ley, concebido en estos términos: «Todos los cuerpos y personas particulares, de cualquiera condición y estado que sean, tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas, sin necesidad de licencia, revisión y aprobación alguna anteriores á la publicación, bajo las restricciones y responsabilidades que se expresarán en el presente decreto.» Votóse el artículo por 70 votos contra 32, y aun de éstos hubo 9 que especificaron que sólo por entonces le desechaban.

Claro era que pasarían después sin particular tropiezo los demás artículos, explicativos, por lo general, del primero. La discusión, sin embargo, no finalizó enteramente hasta el 5 de Noviembre, interpuestos á veces otros asuntos.

El reglamento contenía en todo veinte artículos; tras del primero venían los que señalaban los delitos y determinaban las penas, y también el modo y trámites que habían de seguirse en el juicio. Tacháronle algunos de defectuosos en esta parte, y de no definir bien los diversos casos. Pero, pendiéndolo los límites entre la libertad y el abuso de reglas indeterminadas y variables, problema es de difícil resolución conceder lo uno y vedar debidamente lo otro. La libertad gana en que las leyes sobre esta materia pequen más bien por lo indefinido y vago que por ser sobradamente circunstanciadas; el tiempo y el buen sentido de las naciones acaban por corregir abusos y desvíos, que no le es dado impedir al más atento legislador.

Chocó á muchos, particularmente en el extranjero, que la libertad de la imprenta decretada por las Cortes se cifiese á la parte política, y que aun por un artículo expreso (el 6.º) se previniese «que todos los escritos sobre materias de religión quedaban sujetos á la previa censura de los ordinarios eclesiásticos.» Pero los que así razonaban, desconocían el estado anterior de España, y en vez de condenar, debieran más bien haber alabado el tino y la sensatez con que las Cortes procedían. La Inquisición había pesado durante tres siglos sobre la nación, y era ya caníbar á la tolerancia, desde el momento en que se arrancaba la censura de las manos de aquel tribunal para depositarla en sólo las de los obispos, de los que, si unos eran fanáticos, había otros tolerantes y sabios. Además, quitadas las trabas para lo político, ¿quién iba á destituir en muchedumbre de casos los términos que dividían la potestad eclesiástica de la secular? El artículo tampoco extendía la prohibición mas allá del dogma y de la moral, dejando á la libre discusión cuanto temporalmente interesaba á los pueblos.

El Sr. Mejía, no obstante eso, y del conocimiento

que tenía de la nación y de las Cortes, se aventuró á proponer que se ampliase la libertad de la imprenta á las obras religiosas; imprudencia que hubiera podido comprometer la suerte de toda la ley, si á tiempo no hubiera cortado la discusión el señor Muñoz Torrero.

Por el contrario, al cerrarse los debates, D. Francisco María Riesco, diputado por la junta de Extremadura é inquisidor del tribunal de Llerena, pidió que en el decreto se hiciese mención honorífica y especial del Santo Oficio, á lo que no hubo lugar; mostrando así de nuevo las Cortes cuán discretamente evitaban viciosos extremos. Libertad de la imprenta y Santo Oficio nunca correrán á las parejas, y la publicación aprobativa de ambos establecimientos en una misma y sola ley hubiérala graduando el mundo de monstruoso engendro.

No se admitió el jurado en los juicios de imprenta, aunque algunos lo deseaban, no pareciendo todavía ser aquél oportuno momento. Pero á fin de no dejar la nueva institución en poder sólo de los togados desafectos á ella, decidióse por uno de los artículos que las Cortes nombrasen una junta suprema, dicha de censura, que residiese cerca del Gobierno, formada de nueve individuos, y otra semejante, de cinco, á propuesta de la misma, para las capitales de provincia. En la primera había de haber tres eclesiásticos, y dos en cada una de las otras. Tocaba á estas juntas examinar los impresos denunciados, y calificar si se estaba ó no en el caso de proceder contra ellos y sus autores, editores é impresores, responsables á su vez y respectivamente. Los individuos de la Junta eran en realidad los jueces del hecho, quedando después á los tribunales la aplicación de las penas.

El nombre de junta de censura engañó á varios entre los extranjeros, creyendo que se trataba de censura preventiva, y no de una calificación hecha posteriormente á la impresión, publicación y circulación de los escritos, y sólo en virtud de acusación formal. También disgustó, aun en España, que entrase en la Junta un número determinado de eclesiásticos, pues los mas hubieran preferido que se dejase al arbitrio de las Cortes. Sin embargo, los altamente entendidos columbraron que semejante providencia tiraba á acallar la voz del clero, muy poderosa entonces, y á impedir sagazmente que aullase aquel cuerpo por tener en las juntas decidida mayoría.

La práctica hizo ver que el plan de las Cortes estaba bien combinado, y que la libertad de la imprenta existe así que cesa la previa censura, siempre que la aboga al tiempo mismo de recibir el ser.

En 9 de Noviembre eligieron las Cortes la mencionada Junta suprema, y el 10 promulgóse el decreto de la libertad de la imprenta (8), de cuyo beneficio empezaron inmediatamente á gozar los españoles, publicando todo género de obras y periódicos con el mayor ensanche y sin restricción alguna para todas las opiniones.

Durante esta discusión y la anterior sobre América manifestáronse abiertamente los partidos que encerraban las Cortes, los cuales, como en todo cuerpo deliberativo, principalmente se dividían en amigos de las reformas, y en los que les eran opuestos. El público insensiblemente distinguió con el apellido de *liberales* á los que pertenecían al primero de los dos partidos, quizá porque empleaban á menudo

en sus discursos la frase de *principios* ó *ideas liberales*; y de las unas, según acontece, pasó el nombre á las personas. Tardó más tiempo el partido contrario en recibir especial epíteto, hasta que al fin un autor (9) de despejado ingenio calificóle con el de *servil*.

Existía aún en las Cortes un tercer partido, de vacilante conducta y que inclinaba la balanza de las resoluciones al lado adonde se arrimaba. Era este el de los americanos: unido por lo común con los liberales, desamparábalos en algunas cuestiones de Ultramar y siempre que se quería dar vigor y fuerza al gobierno peninsular.

A la cabeza de los liberales campearba (10) don Agustín de Argüelles, brillante en la elocuencia, en la expresión numerosa, de ajustado lenguaje cuando se animaba, felicísimo y fecundo en extemporáneos debates, de conocimientos varios y profundos, particularmente en lo político, y con muchas nociones de las leyes y gobiernos extranjeros. Lo aulco y noble de su acción, nada afectada, lo elevado de su estatura, la viveza de su mirar, daban realce á las otras prendas que ya le adornaban. Señaláronse junto con él en las discusiones, y eran de su bando, entre los seculares D. Manuel García Herreros, don José María Calatrava, D. Antonio Porcel y D. Isidoro Autillon, afamado geógrafo; los dos postreros entraron en las Cortes ya muy avanzado el tiempo de sus sesiones. También el autor de esta *Historia* tomó con frecuencia parte activa en los debates, si bien no ocupó su asiento hasta el Marzo de 1811, y todavía tan mozo, que tuvieron las Cortes que dispensarle la edad.

Entre los eclesiásticos del mismo partido adquirieron justo renombre D. Diego Muñoz Torrero, cuyo retrato queda trazado, D. Antonio Oliveros, D. Juan Nicasio Gallego, D. José Espiga y D. Joaquín de Villanueva, quien, en un principio incierto, al parecer, en sus opiniones, afirmóse después, y sirvió al liberalismo de fuerte pilar con su vasta y exquisita erudición.

Contábanse también en el número de los individuos de este partido diputados que nunca ó rara vez hablaron, y que no por eso dejaban de ser varones muy distinguidos. Era el más notable don Fernando Navarro, vocal por la ciudad de Tortosa, que habiendo cursado en Francia en la universidad de la Sorbona, y recorrido diversos reinos de Europa y fuera de ella, poseía á fondo varias lenguas modernas, las orientales y las clásicas, y estaba familiarizado con los diversos conocimientos humanos; siendo, en una palabra, lo que vulgarmente llamamos *un pozo de ciencia*. Venían tras del don Fernando los Sres. Ruiz Padron y Serra, eclesiásticos venerables, de quienes el primero había en otro tiempo trabado amistad, en los Estados-Unidos, con el celebre Franklin.

Ayudaban asimismo sobremanera para el despacho de los negocios y en las comisiones los señores Perez de Castro, Lujan, Canoja y D. Pedro Aguirre, inteligente el último en comercio y materias de Hacienda.

(9) D. Eugenio Tapia, en una composición poética bastante notable, y separando maravillosamente con una rayita dicha palabra, se rió de este modo. Servil.

(10) La pintura de varones nobles, trazada aquí, y la de otros en otras partes, hacen, á la verdad, según ellos se muestran, notables. Si la de algunos no pareciese ahora tan acompañada, acháguenla la diferencia á las altas lomas que los elevan sobre los valles de la fortuna. Toca advertir al cambio, si lo hubiera, á los que en el presente los hechos sucesivos y posteriores; no á nosotros, que sólo referimos los de aquel tiempo, según ocurrieron y se presentaban, con verdadera ó histórica imparcialidad.

(8) Columnas de los decretos y órdenes de las Cortes, tomo I, páginas 16 y siguientes.

No ménos sobresalían otros diputados en el partido desafecto á las reformas, era por los conocimientos que les asistían, ora por el uso que acostumbraban hacer de la palabra, y ora, en fin, por la práctica y experiencia que tenían en los negocios. De los seculares merecerán siempre, entre ellos, distinguido lugar D. Francisco Gutierrez de la Huerta, D. José Pablo Valente, D. Francisco Borrull y D. Felipe Aner, si bien éste se inclinó á veces hacia el bando liberal. De los eclesiásticos que adhirióron á la misma opinión anti-reformadora, deben con particularidad notarse los Sres. D. Jaime Creux, D. Pedro Ingauzo y D. Alonso Cañedo. Conviene, sin embargo, advertir que entre todos estos vocales y los demas de su clase los había que confesaban la necesidad de introducir mejoras en el gobierno, y aun pocos eran los que se negaban á ciertas mudanzas, dando demasiadamente en ojos los desórdenes que habian abruñado á España, para que á su remedio pudiese nadie oponerse del todo.

Entre los americanos divisábanse igualmente diputados sabios, elocuentes y de lucido y ameno decir. Don José Mejía era su primer caudillo, hombre entendido, muy ilustrado, astuto, de extremada perspicacia, de sutil argumentacion, y como nacido para abanderizar una parcialidad que nunca obraba sino á fuer de auxiliadora y al són de sus peculiares intereses. La serenidad de Mejía era tal, y tal el predominio sobre sus palabras, que sin la menor aparente perturbacion sostenia á veces, al reinar de un discurso, lo contrario de lo que habia defendido al principiarse, dotado para ello del mas flexible y acabado talento. Fuera de eso, y aparte de las cuestiones políticas, varon estimable y de honradas prendas. Siguiéndole de los suyos, entre los seculares, y le apoyaban en las deliberaciones, los Sres. Leiza, Morales Duarez, Feliu y Gutierrez de Teran. Y entre los eclesiásticos, los Sres. Alcocer, Arispe, Larrazabal, Gordoia y Castillo, los dos últimos á cual más digno.

Apénas puede afirmarse que hubiera entre los americanos diputado que ladease del todo al partido anti-reformador. Uníase á él en ciertos casos, pero casi nunca en los de innovaciones.

Este es el cuadro fiel que presentaban los diversos partidos de las Cortes, y éstos sus más distinguidos corifeos y diputados. Otros nombres, tambien honrosos, nos ocurriran en adelante. Por lo demas, en ningún paraje se conocen tan bien los hombres, ni se coloca cada uno en su legítimo lugar, como en las asambleas deliberativas: son éstas piedra de toque, á la que no resisten reputaciones mal adquiridas. En el choque de los debates se descubre pronto quién sobresale en imaginacion, quién en recto sentido, y cual, en fin, es la capacidad con que la naturaleza ha dotado respectivamente á cada individuo; la naturaleza, que nunca se muestra tan generosa, que prodigue á unos dones perfectos intelectuales, ni tan misera, que priva del todo á otros de alguno de aquellos inarreciables bienes. En nuestro entender, el mayor beneficio de los gobiernos representativos consiste en descubrir el mérito escondido, y en dar á conocer el verdadero y peculiar saber de las personas, con lo que los estados consiguen á lo último ser dirigidos, ya que no siempre por la virtud, al ménos por manos hábiles y entendidas, paso exigentísimo para la felicidad y progreso de las naciones. Hubiérase en España sacado de este campo miles mas bien granada, si al tiempo de recogerla, un ábrigo abrasador no hubiese quemado casi toda la espiga.

Mientras que las Cortes andaban ocupadas en la discusion de la libertad de imprenta, mandaron tambien las mismas los individuos que componian el Consejo de Regencia. A ellas incumbia, durante la ausencia del Rey, constituir la potestad ejecutiva del modo que pareciera mas conveniente. De igual derecho habian usado las Cortes antiguas en algunas minoridades; de igual podian usar las actuales, mayormente ahora, que el principe cautivo no habia tomado en ello providencia determinada, y que la Regencia elegida por la Central lo habia sido hasta tanto que las Cortes, ya convocadas, estableciesen un gobierno cimentado sobre el voto general de la nacion.

Inasequilde era que continuasen en el mando los individuos de dicha Regencia, ya se considerase lo ocurrido con el Obispo de Orense, y ya la mutua desconfianza que reinaba entre ella y las Cortes, nacida de las causas arriba indicadas y de una providencia aun no referida, que parecia maliciosa, á hija de liviano é inexcusable proceder.

Fué ésta una orden al gobernador de la plaza de Cádiz y al del Consejo Real á para que se cesase sobre los que hablaban mal de las Cortes. Los diputados atribuyeron esmero tan cuidadoso al objeto de malquistarlos con el público, y al pernicioso designio de que la nacion creyese era el Congreso muy censurado en Cádiz. Las disculpas que la Regencia dió, lejos de disminuir el cargo, lo agravaron; pues, habiendo dudo la orden reservadamente y en términos solapados, pudiera dudarse si aquella disposicion provenia de las Cortes ó de sólo la potestad ejecutiva. Los diputados anunciaron en público que miraban la orden como contraria á su propio decoro, aspirando únicamente á merecer por su conducta la aprobacion de sus conciudadanos, en prueba de lo cual se ocupaban en dar la libertad de la imprenta, para que se examinasen los procedimientos legislativos del Gobierno con amplia y segura franqueza.

Unido el incidente de esta orden á las causas anteriormente insinuadas y á otras ménos principales, decidieronse por fin las Cortes á remover la Regencia. Hicieronlo, no obstante, de un modo suave y el más honorífico, admitiendo la renuncia que de sus cargos habian al principio hecho los individuos del propio cuerpo.

Al reemplazarlos, redujeron las Cortes á tres el número de cinco, y el 28 de Octubre pasaron los sucesores á prestar en el salon el juramento exigido, retirándose, en consecuencia, de sus puestos los antiguos regentes. Habia recaído la eleccion en el general de tierra D. Joaquín Blake, en el jefe de escuadra D. Gabriel Oscar y en el capitán de fragata D. Pedro Agar; el último, como americano, en representación de las provincias de Ultramar. Pero de los tres nombrados, hallándose los dos primeros ausentes en Murcia, y no pareciendo conveniente que mientras llegaban gobernase solo D. Pedro Agar, eligieron las Cortes dos suplentes, que ejerciesen interinamente el destino, y fueron el general Marqués del Palacio y D. José María Puig, del Consejo Real.

Este y el Sr. Agar prestaron el juramento lisa y llanamente, sin añadir observacion alguna. No así el del Palacio, quien expresó junta sin perjuicio de los juramentos de fidelidad que tenia prestados al Sr. D. Fernando VII. Dejase discurrir que estubo moviendo en las Cortes tan inesperada cortapasa. Quiso el Marqués explicarla; mas para ello mandósele pasar á la barandilla; allí, cuanto mas procuró esclarecer el sentido de sus palabras, tanto

más se comprometió, perturbado su juicio y confundido. Insistiendo, sin embargo, el Marqués en su propósito, D. Luis del Monte, que presidía, hombre de condición fiera, al paso que atinado y de lúeas, impuso respeto y le ordenó que se retirase. Obedeció el Marqués, quedando arrestado, por disposición de las Cortes, en el cuerpo de guardia.

Con lo ocurrido dióse solamente posesion de sus destinos, el mismo día 28. A los Sres. Agar y Puig, quienes desde luego se pusieron también las bandas amarillo-encarnadas, color del pabellon español, y distintivo ya ántes adoptado para los individuos de la Regencia. En el día inmediato nombraron las Cortes, como regente interino, en lugar del Marqués del Palacio, al general Marques del Castelar, grande de España. Los propulsiarios ausentes, D. Joaquín Blake y D. Gabriel Ciscar, no ocuparon sus sillas hasta el 8 de Diciembre y el 4 del próximo Enero.

En las Cortes enzázase gran debate sobre lo que se había de hacer con el Marqués del Palacio. No se graduaba su porfido intento de imprudencia ó de meros escrúpulos de una conciencia timorata, sino de premeditado plan de los que habían estimulado al Obispo de Orense en su oposicion. Hizo el acaso, para aumentar la sospecha, que tuviese el Marqués un hermano fraile, que, a'gun tanto entrometido, había acompañado á dicho prelado en su viaje de Galicia á Cadiz, motivo por el que mediaba entre ambas relacion amistosa. Creemos, sin embargo, que el deslíz del Marqués provino más bien de la singularidad de su condicion y de la de su mente, que de amaños y anteriores concertos.

Entre los diputados que se enasfiaron contra el del Palacio, hubo algunos de los que comunmente estaban del lado antiliberal. Señálase el Sr. Ros, ya ántes severo en el asunto del Obispo de Orense, y el cual dijo en esta ocasion: «Trátese al Marqués del Palacio con rigor, fórmesele causa, y que no sean sus jueces individuos del Consejo Real, porque este cuerpo no es sospechoso.»

Al fin, después de haber pasado el negocio á una comision de las Cortes, se arrestó al Marqués en su casa, y la Regencia nombró para juzgarle una junta de magistrados. Duró la causa hasta Febrero, en cuyo intermedio, habiéndose disculpado aquél, escribió un manifiesto, y mostrándose muy arrepentido, logró desarmar á muchos, y en particular á sus jueces, quienes no dieron otro fallo sino que el Marqués estaba en la obligacion de volver á presentarse en las Cortes, y de jurar en ellas lisa y llanamente, así para satisfacer á aquel cuerpo como á la nacion de cualquiera nota de desaeato en que hubiesen incurrido..... En cumplimiento de esta decision, pagó dicho Marqués el 22 de Marzo á prestar en las Cortes el juramento que se le exigia, con lo que se terminó un negocio sólo, al parecer, grave por las circunstancias y tiempos en que pasó, y quizá poco entendible en otros, como todo lo que se funda en esplicaciones y conjeturas acerca del modo de pensar de los individuos.

Ahora, ántes de proseguir en nuestra tarea, será bien que nos detengamos á cohar una ojeada sobre varias medidas que tomó la última Regencia, y sobre acontecimientos que durante su mando ocurrieron, y de los que no hemos aún hecho memoria.

En la parte diplomática así se habían mantenido las mismas relaciones. Limitábase las más importantes á las de Inglaterra, cuya potencia había entrado en Abril de ministro plenipotenciario á sir Enrique Wellesley, hermano del Marqués y de lord

Wellington. Consistieron las negociaciones principales en lo que se referia á subsidios, no habiéndose empeñado aún ninguna esencial acerca de las reventas que iban sobreviniendo en Ultramar. La Inglaterra, pronta siempre á suministrar á España armas y vestuario, escatunaba los socorros en dinero, y al fin los suprimió casi del todo.

Viendo que cesaban los donativos de esta clase, pensóse en verificar empréstitos bajo la proteccion y garantía del mismo gobierno inglés. La Central había pedido uno de 50 millones de pesas, que no se realizó; la Regencia, al principio, otro de 10 millones de libras esterlinas, que tuvo igual suerte; mas como la razon dada para la negativa del gabinete británico se fundó en que la suma era muy cuantiosa, rebajóla la Regencia á dos millones. No por eso fue esta demanda en sus resultados mas afortunada que las anteriores; pues en Agosto contestó el ministro Wellesley (11) á que siendo grandisimos los subsidios que había prestado la Inglaterra á España en dinero, armas, municiones y vestuario, á fin de que la nacion británica, apurada ya de medios, siguiese prestando á la española los muchos que todavía necesitaba para concluir la grande obra en que estaba empeñada, parecia justo que, en reciproca correspondencia, franquease su gobierno el comercio directo desde los puertos de Inglaterra con los dominios españoles de Indias, bajo un derecho de 11 por 100 sobre factura, en el supuesto que esta libertad de comercio sólo tendria lugar hasta la conclusion de la guerra empeñada entónces con la Francia. Don Eusebio de Barriaji, ministro de Estado, respondió (mereciendo después su replica la aprobacion del Gobierno) á que no podia ésto admitir la propuesta sin coartar contra sí el odio de toda la nacion, á la que se privaria, accediendo á los deseos del gobierno británico, del fruto de las posesiones ultramarinas, dejándola gravada con el coste del empréstito que se hacia para su proteccion y defensa. Aquí quedaron las negociaciones de esta especie, no yendo mas adelante otras entabladas sobre subsidios.

Las Cortes, con todo, para estrechar los vínculos entre ambas naciones, resolvieron en 19 de Noviembre (12) que se erigiese un monumento público al rey del reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda, Jorge III, en testimonio del reconocimiento de España á tan augusto y generoso soberano. Lo apurado de los tiempos no permitió llevar inmediatamente á efecto esta determinacion, y los gobiernos que sucedieron á las Cortes tampoco la cumplieron, como suele acontecer con los monumentos públicos cuya fundacion se decreta en virtud de circunstancias particulares.

Molejaron algunos á la primera Regencia que hubiese permitido la entrada de las tropas inglesas en Cádiz, y motejáronla no con justicia, puesto que, adontadas en Cadiz, no había razon para mostrarse tan recelosa respecto de la otra plaza. Y bueno es decir que aquella Regencia tampoco accedia fácilmente en muchos casos á todo lo que los extranjeros deseanban. Lo hemos visto en lo del empréstito, y vimos ántes en otro incidente que ocurrió al principiar Junio. Entónces el embajador Wellesley pidió permiso para que lord Wellington pudiese enviar ingenieros que fortificasen á Vigo y las islas inmediatas de Bayona, á fin de que el ejército inglés tuviese aquel refugio en caso de alguna desgracia

(11) Manifiesto manuscrito de la primera Regencia.

(12) Coleccion de los decretos y ordenes de las Cortes, tomo 1, página 19.

que le forzase á retirarse del lado de Galicia. Respondió la Regencia que ya, por orden suya, se estaban fortaleciendo las mencionadas islas, y que en cualquiera contratiempo sería recibido allí lord Wellington y su ejército tan bien como en las otras partes del territorio español, y con el agasajo y cariño debidos á tan estrechos aliados.

Púsose igualmente bajo la dependencia del Ministerio de Estado una correspondencia secreta que se organizó en Abril con mayor cuidado y diligencia que anteriormente, á las órdenes de D. Antonio Ranz Romanillos, magistrado hábil y despierto, quien estableció cordones de comunicación por los puntos que ocupaban los enemigos, estando informado diaria y muy circunstanciadamente de todo lo que pasaba hasta en lo íntimo de la corte del rey intruso.

Por aquí también se despacharon las instrucciones dadas á una comisión puesta en el mismo Abril á cargo del Marqués de Ayerbe. Enlazábase ésta con la libertad de Fernando VII, y habíase ya tratado con el Arzobispo de Laodicea, último presidente de la Central, con el Duque del Infantado y el Marqués de las Hormazas. Presumimos que trina este asunto el mismo origen que el del Barón de Kolly, sin tener resultados mas felices. El de Ayerbe salió de Cádiz en el bergantín Palomo, con dos millones de reales, metióse despues en Francia, y no consiguiendo nada allí, tuvo la desgracia, al volver, de ser muerto en Aragón por unos paisanos, que le miraron como á hombre sospechoso.

En Junio propuso el gobierno inglés al español entrar en un concierto de canje de prisioneros, de que se estaba tratando con Francia. Las negociaciones para ello se entablaron principalmente en Moulins, entre Mr. Mackenzie y M. de Moustier. Tenían los franceses en Inglaterra unos 50.000 prisioneros, y no pasaban de 12.000 los ingleses que había en Francia, ya de la misma clase, ya de los detenidos arbitrariamente por la policía al empezar las hostilidades en 1802. De consiguiente, queriendo el gabinete británico, según un proyecto de ajuste que presentó en 23 de Setiembre, canjear *hombre por hombre y grado por grado*, hacíase indispensable que formasen parte en el convenio España y los demás aliados de Inglaterra. Mas Napoleón, que no se curaba de llevar á cabo la negociación sobre aquella base, y quizá tampoco bajo otra ninguna admisible, pedía que se le volvieran á bulto los prisioneros suyos de guerra en cambio de los ingleses, ofreciendo entregar despues los prisioneros españoles. La negociación, por tanto, continuada sin fruto, se rompió del todo antes de finalizar el año de 1810. Y fue en ella de notar lo desvariado á veces de la conducta del comisario francés, M. de Moustier, que quería ser considerado prisionero de guerra al ejército inglés de Portugal; M. de Moustier, el mismo que, tiempos adelante, embajador en España de Carlos X de Francia, se mostró muy adicto á las doctrinas del mas puro y exaltado realismo.

Mandada la Hacienda por la Junta (13) de Cádiz desde el 28 de Enero, día de su instalación, no ofreció aquel ramo en su forma variación sustancial hasta el 31 de Octubre, en que se rescindió el contrato ó arreglo hecho con la Regencia en 31 de Marzo anterior. Las entradas que tuvo la Junta durante el cho tiempo pasaron de 351 millones de reales. De ellos, en rentas del distrito, unos 84; en donativos é imposiciones extraordinarias de la ciudad, 17;

en préstamos y otros renglones (incluidas 249.000 libras esterlinas del Embajador de Inglaterra), 54; y en fin, más de 195 procedentes de América, siendo de advertir que en esta cantidad se contaban 27 millones que pertenecían á particulares residentes en país ocupado, y de cuya suma se apoderó la Junta bajo calidad de reintegro; tropelia que cometió sin que la desaprobase la Regencia, muy contra razon. Invirtieronse de los caudales recibidos más de 92 millones en la defensa y atenciones del distrito; más de 146 en los gastos generales de la nación, y enviáronse á las provincias unos 112, en cuya enumeración, así de la data como del cargo, hemos suprimido los piques para no recargar inutilmente la narración. Las rentas de las demás partes de España se consumieron dentro de su respectivo territorio, aprontando los naturales en suministros lo que no podían en dinero.

Circunscribióse la primera Regencia, en cuanto á crédito público, á nombrar, en 19 de Febrero, una comisión de tres individuos, que examinase el asunto y preparase un informe; encargo que desempeñó cumplidamente D. Antonio Ranz Romanillos, sin que se tomase en su consecuencia, sobre la materia, resolución alguna.

El 24 de Mayo, antes de entrar el Obispo de Orense en la Regencia, decidió ésta que se reservase para las urgencias públicas la mitad del diezmo; providencia osada y que no se avenía con el modo de pensar de aquel cuerpo en otras cuestiones. Así fué que pasó como relámpago, aullándose en breve, y en virtud de representación de varios eclesiásticos y prelados.

El ejército, que al tiempo de instalarse la Regencia estaba en muchas partes en casi completa dispersión, fué poco á poco reuniendo. En Junio contaba ya 140.000 hombres, y creció su número hasta unos 170.000. No dejó para ello de tomar la Regencia sus providencias, particularmente en la isla de León; pero lejos de allí debióse más el aumento al espíritu que animaba á los soldados y á la nación entera, que á enérgicas disposiciones del gobierno central, mal colocado, además, para tener un indajo directo y efectivo.

Una de las buenas medidas de esta Regencia fué introducir en el ejército el estado mayor general. Sugirió la idea D. Joaquín Blake cuando mandaba en la isla. Por medio de dicho establecimiento se aseguraron las relaciones mutuas entre todos los ejércitos, y se facilitó la combinación de las operaciones, pudiendo todas partir de un centro común. Según la antigua ordenanza, desempeñaban aisladamente las facultades propias de dicho cuerpo el cuartel maestro y los mayores generales de infantería, caballería y dragones, desavenidos á veces entre sí. Blake formó el plan, que, aprobado por el Gobierno, se circuló en 9 de Junio, quedando nombrado el mismo general jefe del nuevo estado mayor, plantel en lo sucesivo de excelentes y beneméritos militares.

Desde el principio del levantamiento, fija en el ejército toda la atención, habíase desatendido la marina, sirviendo en tierra muchos de sus oficiales. Pero arriboonado el Gobierno en Cádiz, hizo indispensable el apoyo de la armada, no queriendo depender del todo de la de los ingleses.

Las fragatas y navíos que necesitaban entrar en dique ó no se podían armar por falta de tripulaciones, se destinaron á Mahón y la Habana. Los otros cruzaron en el Mediterráneo ó en el Océano, y traían ó llevaban auxilios de armas, municiones, víveres,

(13) Véase el manifiesto de la Junta superior de Cádiz.

candales y á un trappa. Los buques menores y la fuerza sutil, además de defender la bahía de Cádiz, la Carraca y los caños de la isla, contribuían á sostener el embudoje, defendiendo los buques costaneros de las empresas de varios corsarios, que se anidaban, con perjuicio de nuestra navegación, en Sanlúcar, Málaga y varias calas de la Andalucía.

Por lo que respecta á tribunales, si bien, según dijimos, había la Regencia restablecido, con gran desacierto, todos los consejos, justo es no olvidar que también ántes había abolido acertadamente el tribunal de vigilancia y seguridad, formado por la Central para los casos de insidencia. En 16 de Junio desapareció dicha institución, que por haber sido comisión criminal extraordinaria merece vituperarse, pasando en negociado á la audiencia territorial. Ya manifestamos que los jueces de aquel primer cuerpo no se habían mostrado muy rigurosos, siendo quizá ménos que sus sucesores, quienes condenaron á muerte al abogado D. Domingo Rico Villademor, del tribunal criminal del intruso José, cogido en Castilla por una partida, y que en consecuencia de sentencia dada contra su persona, padeció en Cádiz la pena de garrote. Doloroso suceso, aunque el único que de esta clase hubo por entonces en Cádiz, al paso que en Madrid los adictos al gobierno intruso se enredaban á menudo en los patriotas.

Recorrido habemos, ahora y anteriormente, los hechos más notables de la primera Regencia, y de ellos se colige que ésta, á pesar de sus defectos y amor á todo lo que era antiguo, no por eso dejó las cosas en peor postura de aquella en que las había encontrado; si bien perdió en parte tal dicha de la corta duración de su gobierno, y de no poder el mal ir más allá á no haberse rendido al enemigo; villanía de que eran incapaces los primeros regentes, hombres de mas, si no todos, de honra y cumplida probidad.

Los nuevos regentes se inclinaban al partido reformador. De D. Joaquín Blake y de sus calidades como general hemos hablado ya en diversas ocasiones; tiempo vendrá de examinar su conducta en el puesto de regente. Los otros dos gozaban fama de marinos sabios, en especial D. Gabriel Cervera, dotado también de caridad firme, distinguiéndose todos tres por su integridad y amor á la justicia.

Las Cortes proseguían sin interrupción en la carrera de sus trabajos y reformas. A propuesta del Sr. Argüelles, decretaron (14) en 1.º de Diciembre que se suspendiese el nombramiento de todas las prebendas eclesiásticas, excepto las de oficio y las que tuviesen anexa cura de almas. Al principio comprendíanse en la resolución las provincias de Ultramar, mas después se excluyeron, no queriendo por entonces disgustar al clero americano, de mayor influjo entre aquellos pueblos que el de la Península entre los de acá.

El 2 del mismo mes (15), en virtud de proposición del Sr. Gallego, rebajáronse los sueldos, mandando que ningún empleado disfrutase de más de 40,000 rs. vn., fuera de los regentes, ministros del Despacho, empleados en Cortes extranjeras y generales del ejército y armada en servicio activo. Ya ántes se había establecido, hasta para los sueldos inferiores á 30,000 rs., una escala de disminución proporcional, no cobrando tampoco los secretarios del

Despacho más allá de 120,000 rs. Se modificaron alguna vez estas providencias, pero siempre en favor de la economía y buen orden, como era justo, y más entónces, apurado el erario y con tantas obligaciones en el ramo de la Guerra, atendido con preferencia á otro alguno.

Experimentaron alivio en sus persecuciones muchos individuos arrestados arbitrariamente por la primera Regencia ó por los tribunales, ordenando que se activasen las causas y que se hiciesen visitas de cárceles. Las Cortes, en medidas de esta clase, nunca mostraron diversidad de opinión. Así quien primero insistió en la visita de cárceles fué el Sr. Gutiérrez de la Huerta, expresando que en ella se descubrirían muchos inocentes. Porque el mal de España no consistía precisamente en los fallos crudos y frecuentes, sino en las prisiones arbitrarias y en un indefinida prolongación.

Aunque ocupadas en estas y otras providencias del momento y urgentes, no olvidaron tampoco las Cortes pensar en aquellas que en la futura debían afianzar la suerte y libertad de España. Rever las franquezas y fueros de que habían gozado antiguamente los diversos pueblos peninsulares, mejorándolos, uniformándolos y adaptándolos al estado actual de la nación y del mundo, había sido uno de los fines de la convocación de Cortes, y del cual nunca prescindieron éstas. Por tanto, el 23 de Diciembre, y conforme á una propuesta de D. Antonio Oliveros, hecha el 9, nombróse una comisión (16) especial que preparase un proyecto de Constitución política de la monarquía. En ella entraron europeos de las diversas opiniones que había en las Cortes y varios americanos.

Por el mismo tiempo confundiéronse también los diferentes y opuestos modos de sentir en una discusión ardua, trabada en asunto que de cerca tocaba á Fernando VII. De resultados de la correspondencia inserta en el *Monitor* en este año de 1810, en la que había cartas sumas á Napoleón del rey cautivo, espárese por España que se trataba de unir á este con una princesa de la familia imperial, y de restituirle, así enlazado, al trono de sus abuelos, bajo la sombra y protección del Emperador de los franceses, y con condiciones contrarias al honor é independencia de la nación. A haberse realizado semejante plan, seguiríanse consecuencias graves, y quizá por este medio, mejor que por ningún otro, hubiera alcanzado el extranjero la completa apodación de España. Mas, por dicha, el proyecto no convenia á la indomitable alma de Napoleón, no sujeto á mudar de consejo ni á alterar una primera resolución.

Movido de tales voces D. Antonio Capmany, centinela siempre despierto contra todo lo que tirase á menoscabar la independencia nacional, habiendo 10 de Diciembre formalizado la proposición siguiente: «Las Cortes generales y extraordinarias, deseosas de elevar á ley la máxima de que en los casamientos de los reyes debe tener parte el bien de los subditos, declaran y decretan: Que ningún rey de España pueda contraer matrimonio con persona algu-

(14) *Colección de los decretos y órdenes de las Cortes*, tomo 1, páginas 23 y 24.

(15) *Idem*, de los decretos y órdenes de las Cortes, tomo 1, páginas 27 y siguientes.

(16) Los noveles, los fueron: europeos, D. Diego Muñoz Torrero, D. Agustín de Argüelles, D. José Pablo Viquez, D. Pedro María Ruiz, D. Francisco Gutiérrez de la Huerta, D. Antonio Pérez de Castro, D. Antonio Calde, D. José Espiga, D. Antonio Oliveros, D. Francisco Rodríguez de la Haza, americanos, D. Vicente Morales Duárez, D. Agustín Fernández de Lema, D. Antonio Joaquín Pérez, y entre otros, después D. Antonio de Juarroz, designado por la ciudad de la Habana, y D. Mariano Montolio, por Querétaro. Agregóse de fuera á D. Antonio Juan Romualdo, del Consejo de Hacienda, ocupado ya en Sevilla por la Central en igual trabajo.

na, de cualquiera clase, prosapia y condicion que sea, sin previa noticia, conocimiento y aprobacion de la nacion española, representada legitimamente en las Cortes. Tambien el Sr. Borrull hizo otra proposicion sobre el asunto, aunque en términos más generales, pues decia: «Que se declaren nulos y de ningún valor ni efecto cualesquiera actos ó convenios que ejecuten los reyes de España estando en poder de los enemigos, y puedan causar algun perjuicio al reino.»

Amigos de las reformas, los contrarios á ellas, americanos, europeos, todos los diputados, en una palabra, concurren á dar su asenso á la mente, ya que no á la letra, de ambas proposiciones, cuya discusion se entabló el 29 de Diciembre; unidad hija del amor que habia por la independencia, ante la cual callaban las demás pasiones.

El mismo Sr. Borrull (17) decia entonces: «... En el fuero de Sobrarbe, que regia á los aragoneses y navarros, fué establecido que los reyes no pudieran declarar guerras, hacer paces, treguas, ni dar empleos sin el consentimiento de doce ricos-hombres, y de los más sabios y ancianos. En Castilla se estableció tambien en todas las provincias de aquel reino que los hechos arduos y asuntos graves se hubiesen de tratar en las mismas Cortes, y así se ejecutaba, y de otro modo, eran nulos y de ningún valor y efecto semejantes tratados. Así que, atendiendo á la ley antigua y fundamental de la nacion y á estos hechos, cualquiera cosa que resulte en perjuicio del reino debe ser de ningún valor.... Esta aprobacion nacional debe servir siempre á los reyes como una barrera contra los esfuerzos extraordinarios de sus enemigos, porque sabiendo los reyes que sus caprichos no han de ser admitidos por el Estado, se abstendrán de entrar en ellos....»

De la misma bandera anti-liberal que el Sr. Borrull era D. José Pablo Valiente, y sin embargo, no sólo aprobaba las proposiciones, sino que descaba fueros mas claros y terminantes. «Podria suceder muy bien, decia, que nuestro incauto, sencillo y cándido principe, sin la experiencia que da el mundo, se presentase con una princesa jóven para sentarse tranquilamente en el trono. Y entonces las Cortes acertarian en determinar que no fuese admitido, porque este matrimonio de ningún modo puede convenir á España.... Sea ó no casado Fernando, nunca le admitiremos que no sea para hacernos felices....»

Hablaron en igual sentido otros diputados de la misma opinion. Los de la contraria, como los señores Argüelles, Oliveros, Gallejo y otros, pronunciaron tambien extensos y notables discursos. Entre ellos, el Sr. García Herreros se expresaba así: «... Desde el principio han estado los reyes sujetos á las leyes que les ha dictado la nacion.... Esta les ha prescrito sus obligaciones y les ha señalado sus derechos, declarando nulo de antemano cuanto en contrario hagan. La ley 29, tit. xi de la Partida 3.^a dice: *Si el rey jurase alguna cosa que sea en daño ó menoscabo del reino, non es tenido de guardar tal jura como esta.* Siempre ha podido la nacion reconvenirles sobre el mal uso del poder, y á ese efecto dice la ley 10, tit. i, Partida 2.^a: *Que si el rey usase mal de su poderlo le puedan decir las gentes tirano é tornarse el señorio que era de derecho en torticero....* Los que se escandalizan de oír que la nacion tiene derecho sobre las personas y acciones de sus monar-

cas, y que puede anular cuanto hagan durante su cautiverio, repasen los fragmentos de leyes que he citado, lean las leyes fundamentales de nuestra monarquia desde su origen, y si aún así no se convencen de la soberanía de la nacion, de que ésta no es patrimonio de los reyes, y de que en todos tiempos la ley ha sido superior al Rey, crean que nacieron para esclavos y que no deben ser miembros de esta nacion, que jamas reconocerá otras obligaciones que las que ella misma se imponga....» Todo este discurso, del cual no copiamos sino una parte, llevaba el sello de la rigida y profunda severidad del orador, de condiccion muy desencufada, claro y desenvuelto en su estilo, y de extensos conocimientos en nuestra legislacion é historia de las Cortes antiguas, como procurador que habia sido de los reinos.

No quedaron atras en la discusion los americanos, compitiendo con los europeos en ciencia y erudicion, señaladamente los Sres. Mejía y Leiva. Merece asimismo entre ellos particular memoria D. Dionisio Inca Yupangui, diputado por el Perú, verdadero vástago de la antigua y real familia de los Incas, pintándose todavia en su rostro el origen indiano de donde procedia. Dijo, pues, el D. Dionisio: «Órgano de la América y de sus deseos (y en verdad, ¿quién podria serlo con más justicia?), declaro á las Cortes que sin la libertad absoluta del Rey en medio de su pueblo, la total evacuacion de las pazas y territorio español, y sin la completa integridad de la monarquia, no oír á la América proposiciones ó condiciones del tirano Napoleon, ni dejara de sostener con todo fervor los votos y resoluciones de las Cortes.»

En fin, despues de unos debates muy luminosos, que duraron por espacio de cuatro dias, y teniendo presentes las proposiciones de los Sres. Capmany y Borrull, y otras indicaciones que se hicieron, extendió el Sr. Perez de Castro un decreto, que se aprobó en estos términos el 1.^o de Enero de 1841: «Las Cortes generales y extraordinarias, en conformidad de su decreto de 24 de Setiembre del año próximo pasado, en que declararon nulas y de ningún valor las renunciaciones hechas en Bayona por el legitimo rey de España y de las Indias, el señor don Fernando VII, no solo por falta de libertad, sino tambien por carecer de la esencialísima é indispensable circunstancia del consentimiento de la nacion, declaran que no reconocerán, y ántes bien tendrán y tienen por nulo y de ningún valor ni efecto todo acto, tratado, convenio ó transaccion, de cualquiera clase y naturaleza, que hayan sido ó fueren otorgados por el Rey mientras permanezca en el estado de opresion y falta de libertad en que se halla, ya se verifique su otorgamiento en el pais enemigo, ó ya dentro de España, siempre que en éste se halle su real persona rodeada de las armas, ó bajo el influjo directo ó indirecto del usurpador de su corona; pues jamas lo considerará libre la nacion, ni le prestará obediencia, hasta verle entre sus fieles súbditos, en el seno del Congreso nacional que ahora existe ó en adelante existiere, ó del gobierno formado por las Cortes. Declaran asimismo que toda contravencion á este decreto será mirada por la nacion como un acto hostil contra la patria, quedando el contraventor responsable á todo el rigor de las leyes. Y declaran, por último, las Cortes que la generosa nacion á quien representan no dejará un momento las armas de la mano, ni dará oídos á proposicion de acomodamiento ó concierto, de cualquiera naturaleza que fuese, como no preceda la to-

(17) Diario de las discusiones y actas de las Cortes, tomo II, páginas 153 y siguientes.

tal evacuación de España y Portugal por las tropas que tan inicuamente las han invadido; pues las Cortes están resueltas, con la nación entera, á pelear incesantemente hasta dejar asegurada la religion santa de sus mayores, la libertad de su amado monarca y la absoluta independencia é integridad de la monarquía. La votacion de este decreto fué nominal, y resultó unánime su aprobacion por 114 diputados que se hallaron presentes, en cuyo número contábanse ya propietarios venidos de América. Las Cortes, celebrando de este modo entradas de año, puede afirmarse, sin parcial ni exagerado afecto, que se encumbraron en aquella ocasion á par del senado romano en sus mejores tiempos.

Volvieron durante estos meses á ocupar á las Cortes diversas veces las provincias de Ultramar. Estimulaban á ello sus diputados y el deseo de hacer el bien de aquellas regiones, como tambien el de apagar el fuego insurreccional, que cundia y se aumentaba.

Llegó al Paraguay y al Tucuman, propagado por Buenos-Aires. Lo mismo á Chile, en donde por dicha, haciendo á tiempo dimision de su empleo el brigadier Carrasco, que allí mandaba, y reemplazado por el Conde de la Conquista, no se desconoció la autoridad suprema de la Península, aunque ya caminaba aquel país por pendiente resbaladiza.

Mas tercas y de consecuencias peores aparecieron las revueltas de Nueva-España. Empezaron ya á temerse desde el tiempo del virey D. José Iturrigaray, á quien depusieron el 16 de Setiembre de 1809 los europeos avocindados en aquel reino, sospechándole de confabulacion con los criollos, y autorizados para ello por la Audiencia. Y aunque es cierto que dicho Iturrigaray fué absuelto de toda culpa en la causa que de resultas se le formó en Europa, quedaron, sin embargo, contra él en pié vehementísimos indicios de haber querido establecer un gobierno independiente, poniéndose él mismo á la cabeza. Nombró la Central para suceder á éste en el cargo de virey al arzobispo D. Francisco Javier de Lizana, anciano débil, y juguete de pasiones ajenas.

El ejemplo que se habia dado en desposeer á Iturrigaray aunque con recto fin, la pobreza de ánimo del Arzobispo Viry, y por último, los desastres de España en 1810, dieron osadía á los descontentos para declararse abiertamente en Setiembre de este año. Quien primero se presentó como caudillo fué un clérigo por lo general desconocido, su nombre D. Miguel Hidalgo de la Costilla, cura de la poblacion de Dolores, en los términos de la ciudad de Guanajuato. Instruido en las materias de su profesion, no desconocia la literatura francesa, y era hombre sagaz, de buen entendimiento y modales cultos. Odió siempre á los españoles, y empezó á tramitar conspiracion despues de unas vistas que tuvo con un general francés enviado por Napoleon para alabar en favor de su hermano José, y á quien prometieron en provincias internas, y llevaron en seguida á la ciudad de Méjico.

Hidalgo sublevó á los indios y mulatos, y entró con ellos el 16 de Setiembre en el pueblo de su feligresía, y obrando de acuerdo con los capitanes del provincial de la Buena D. Ignacio Allende y D. Juan Aldana, llegó á San Miguel el Grande, donde se le unió dicho regimiento casi en totalidad. Engrosado cada dia más el cuerpo de Hidalgo, prosiguió éste adelante, aporrumpiendo en vivas á Fernando VII y muerte á los gachupineses, nombre que allí se da á los europeos. Llevaban los

amotinados un estandarte con la imagen de la Virgen de Guadalupe, tenida en gran veneracion por los indios: obligados los jefes á cubrir aquí como en lo demas de América sus verdaderos intentos bajo el manto de la religion y de fidelidad al Rey.

Avanzaron de este modo Hidalgo y sus parciales, consiguiendo en breve apoderarse de Guanajuato, una de las poblaciones mas ricas y opulentas, á causa de las minas que en su territorio se labran. El 18 de Octubre extendiéronse los sublevados hasta Valladolid de Mechoacan, y reinando en Méjico gran fermentacion, parecia casi seguro el triunfo de aquéllos, si por entónces, y muy á tiempo, no hubiese aportado de Europa D. Francisco Javier Venégas, nombrado virey en lugar del Arzobispo. Tan oportuna llegada comprimó el mal animo de los descontentos dentro de la ciudad, y tomándose para lo de fuera activas providencias, se paró el golpe que de tan cerca amagaba.

Hidalgo, viniendo por el camino de Toluca, hallábase ya á catorce leguas de Méjico, cuando les salió al encuentro con 1.500 hombres el coronel don Torcuato Trujillo, enviado por Venégas; como número el de su gente si se compara con la que acompañaba á Hidalgo, allegadiza en verdad, pero que al cabo pudiera llevar ventaja por su muchedumbre á los soldados veteranos del jefe español.

Avistáronse ambas partes en el monte de las Cruces, y empeñose vivo choque, costoso para todos, y de cuyas resultas el coronel Trujillo, aunque victorioso, juzgó prudente, á causa del gran golpe del enemigo, retroceder por la noche á Méjico, en donde con su llegada creció en unos la zozobra, y en otros renació la esperanza.

De nuevo estaba comprometida la suerte de aquella ciudad, y quizá sin remedio, si D. Felix Calleja no la hubiera sacado del apuro. Era este jefe comandante de la brigada de San Luis de Potasi, y al saber la marcha de Hidalgo sobre Méjico, siguió la huella con 3.000 hombres de buenas tropas. No descorazonado por eso el clérigo general, sino antes animoso con la retirada de Trujillo del niente de las Cruces, revolió contra Calleja, y encontróle cerca de Aculeo el 7 de Noviembre. Trabajó, desde luego, pelas entre las fuerzas contrarias, y quedaron los insurgentes del todo desbaratados.

Mas poco despues, habiéndoselos dado tiempo, se rehicieron, y tuvo Calleja que embestirles otra vez y en varias acciones. De éstas la principal, y que acabó, por decirlo así, con Hidalgo, dióse el 17 de Enero de 1811, en el puente llamado de Calderon, provincia de Guadalupe. Aquel jefe y sus adherentes tuvieron, en consecuencia, que refugiarse en provincias internas, en donde cogidos el 21 de Marzo inmediato, mandóselos arrebucocar.

Hacia la costa del mar del Sur, en la misma Nueva-España, apareció tambien otro clérigo llamado D. José María Morelos, ignorante, feroz, en sus costumbres estragado y sin recato alguno, pero andaz y propio para tales empresas. Con todo, tuvo al fin, si bien largo tiempo despues, la misma y desgraciada suerte de Hidalgo, habiendo él y otros jefes trabajado mucho la tierra, y alimentado el fuego de la insurreccion, mal encubierto aún en las provincias tranquilas. Lo que perjudicó á los levantados de Méjico, y tal vez los penó por entónces, fué que no empezaron su movimiento en la capital, quedando, por tanto, en pié para contenerlos la autoridad central de los españoles. En Venezuela y Buenos-Aires sucedió al contrario, y así desde el primer dia apareció en aquellas provincias

más asegurada la causa de los independientes.

La guerra que se encendió en Méjico al tiempo de levantarse Hidalgo, fué guerra á muerte contra los europeos, quienes á su vez procuraron desquitarse. Los estragos, de consiguiente, gravísimos, y los daños para España sin cuento, pues aumentándose los desembolsos, y disminuyéndose las entradas con las turbulencias y con la ruina causada en la mina, sobre todo de Guanajuato y Zacatecas, tuvieron que emplearse en aquellos países los recursos que de otro modo hubieran venido á Europa para ayuda de la guerra peninsular.

Las Cortes, aquejadas con los males de América, se esforzaron por calmarlos, acudiendo á medidas legislativas, que eran las de su competencia. Discutióse largamente en Diciembre y Enero sobre dar á Ultramar igual representación que á España. Los diputados de aquellas provincias pretendieron fuese la concesión para las Cortes que entonces se celebraban. Pero atendiendo á que por la mayor parte se habían efectuado en Ultramar las elecciones hechas por los ayuntamientos con arreglo á lo previsto por la Regencia, y á que cuando llegasen los elegidos por el pueblo, teniendo que venir de tan enormes distancias, habrían cesado ya probablemente los actuales diputados en su ministerio, citóse el Congreso á declarar (18), en 9 de Febrero de 1811, que la representación americana, en las Cortes que en adelante se celebrasen, sería enteramente igual en el modo y forma á la que se estableciese en la Península, debiéndose fijar en la Constitución el arreglo de esta representación nacional sobre las bases de la perfecta igualdad, conforme al decreto de 15 de Octubre.

Se mandó asimismo entonces que los naturales y habitantes de aquellas regiones pudieran cultivar y sembrar cuanto quisieran, pues había tritos como la viña y el olivo que estaba prohibido beneficiar. Veda que en muchos parajes no se cumplía, y que no era tan rigurosa como la del tabaco en la España europea, adoptada en gran parte la última medida en favor de los plantíos de aquella producción en América. Dióse también opción para toda clase de empleos y destinos á los criollos, indios é hijos de ambas clases como si fueran europeos.

Tampoco tardó en eximirse á los indígenas de toda la América del tributo que pagaban, y aún de abolirse los repartimientos abusivos que consentía la práctica en algunos distritos. La misma suerte cupo á la mita ó trabajo forzado de los indios en las minas, prohibida en Nueva-España hacia muchos años, y sólo permitida en algunas partes del Perú.

Así que las Cortes decretaron sucesivamente para la América todo lo que establecía igualdad perfecta con Europa; pero no decretando la independencia poco adelantaron, pues los promovedores de las desavenencias nunca, en realidad, se contentaron con menos, ni aspiraban á otra cosa.

En Hacienda y Guerra es en lo que en un principio no se ocuparon mucho las Cortes, y no faltó quien por ello las criticase. Pero en estos ramos deben distinguirse las medidas permanentes de las transitorias, y que sólo reclaman premiosas circunstancias. Las primeras requieren tiempo y madurez para escoger las más convenientes, teniendo que ajustar las alteraciones á antiguos hábitos, señaladamente en materia de contribuciones, en las

que hay que chocar con los intereses de todas las clases sin excepción, y con intereses á que el hombre suele estar muy apegado.

Las segundas toca en especial el promoverlas á la potestad ejecutiva: ella conoce las necesidades, y en ella residen los datos y la razón de las entradas y salidas. El tener entendido la primera Regencia que sería pronto removida, no la estimuló á ocuparse con ahínco en el asunto, y la que le sucedió en el mando, no hallándose, digámoslo así, del todo formada hasta primeros de Enero por ausencia de dos de los regentes, no pudo tampoco al principio poner en ello toda la diligencia necesaria. Además pedía tiempo el penetrarse del estado del ejército, del de los pueblos y de su gobernación; tarea no fácil ni breve, si se atiende á la ocupación enemiga, á los desórdenes que eran como indispensable consecuencia, y al estrecho campo que á veces había para trazar planes de medios y recursos.

Sin embargo, no se descuidaron ambos ramos al punto que algunos han afirmado. En 15 de Noviembre ya autorizaron las Cortes á la nueva Regencia para levantar 80,000 hombres, que sirviesen de aumento al ejército, tomando oportunas disposiciones sobre el modo é igualdad de los alistamientos.

Fomentóse también por una ley la fabricación de fusiles, con otras providencias respecto de lo demás del armamento y municiones. Las fábricas de la frontera, las de Aragón, Granada y otras partes las había destinado el enemigo. La Central no había pensado en trasladar á tiempo el parque de artillería de Sevilla, ni su maestranza, ni su fundición, ni la sala de armas. Los ingleses suministraron muchos de estos artículos, pero aún no bastaban. El patriotismo de los españoles, el de sus juntas, el de la primera Regencia, el de las sucesivas y las resoluciones de las Cortes suplieron la falta. Se estableció de nuevo en la isla de León un parque de artillería y una maestranza, y se habilitaron en la Cartaca algunos talleres. Se fabricaron fusiles en Juba y en el arsenal del Ferrol, lo mismo en las orillas del Eo, entre Galicia y Asturias, en el acuario de Molina y otros parajes, algunas casi inaccesibles, estableciéndose en ellos fábricas volantes de armas, de municiones y de todo género de pertrechos, que mudaban de sitio al aproximarse el enemigo.

En el ramo de Hacienda, además de las providencias económicas que hemos referido, y otras que por su menudencia omitimos, mandaron las Cortes que se reuniesen en una sola tesorería general los caudales de la nación, que distribuyéndose antes por más de un conducto, ibanse ó se extrañaban en menoscabo del erario.

Tales fueron los principales trabajos de las Cortes y sus discusiones en los primeros meses de su instalación, y en tanto que permanecieron en la Isla, en donde cerraron sus sesiones el 20 de Febrero de 1811, para volverlas á abrir en Cádiz el 24 del mismo mes.

Desde el 6 de Octubre habían pensado trasladarse á dicha ciudad como más populosa, más bien resguardada y de mayores recursos. Suspendieron tomar resolución en el caso por la fiebre amarilla, ó sea vomito prieto, que se manifestó en aquel otoño: terrible azote, que en 1800 y 1804 había aparecido en Cádiz y otros pueblos de Andalucía y costa de Levante la desolación y la muerte. No había desde entonces vuelto á aparecer en Cádiz, á lo menos de un modo sensible, y sólo en este año de 1810, re-

(18) Colección de los decretos y órdenes de las Cortes, tomo 1, páginas 72 y 73.

pitó sus estragos. Haya sido ó no esta enfermedad introducida de las Antillas, en lo que todavía no andan conformes los facultativos de mayor nombradía, contribuyó mucho ahora á su apuramiento y propagación la presencia de los forasteros que á la sazón se agolparon á Cádiz con motivo de la invasión de las Andalucías; en cuyas personas pegó el azote con extrema saña, pues los naturales estaban mas averzados á sus golpes, ya por haber pasado ántes la enfermedad, ya por haber nacido ó crecido en ambiente impregnado de tan funestos miasmas. La epidemia picó tambien en Cartagena y otros puntos, por fortuna apenas cundió á la Isla. Hubo de ello al principio grandes temores á causa del ejército; pero no siendo numerosa aquella población, ni apibada, y hallándose oreada bastantemente por medio de sus anchurosos calles, mantúvose en estado de sanidad. En cuanto á la tropa, acampada en parajes bañados por corrientes atmosféricas muy puras, gran preservativo de tal plaga, gozó de igual ó mayor beneficio. De los morales ó residentes en la Isla, los que padecieron la enfermedad, cogieron en viajes que hacían á Cádiz, cuya asercion podriamos atenuar por experiencia propia. La fiebre, conforme á su costumbre, duró tres meses; empezó á descubrirse en Setiembre, tomó en Octubre grande incremento, y desapareció del todo al acabar de Diciembre.

Rodeaban, por tanto, en su cuna á la libertad española la guerra, las epidemias y otras humanas padecimientos, como para acostumbrarla á los muchos y nuevos que la afligirían según fuera prosperando, y antes de que alcanzase en el suelo peninsular su augusto y perpetuo imperio.

El fin sobre Campomayor. — Juntarse en ejército del reino de Portugal. — Nink se separa de ellos lo mismo. — Su designa para tentativa contra Melilla. — Envió extrañe a Sevilla. — El Príncipe de Madrid. Refusa el Tajo Marmont. — También Wellington. — Fin de este libro.

Distribuyó la nueva Regencia, en 16 de Diciembre, la superficie de España en seis distritos militares, comprendiendo en ellos así las provincias libres como las ocupadas, y destinando á la defensa de cada uno otros tantos ejércitos, con la denominación de primero de Cataluña, segundo de Aragón y Valencia, tercero de Murcia, cuarto de la isla de León y Cádiz, quinto de Extremadura y Castilla, sexto de Gálvez y Asturias. Añadirse poco después á esta distribución un séptimo distrito, que abrazaba las provincias Vascongadas, Navarra y la parte de Castilla la Vieja situada á la izquierda del Ebro, sin excluir las montañas y costas de Santander. Bajo la autoridad del general en jefe de cada distrito se mandaban poner las divisiones, cuerpos sueltos y partidas que hubiese en su respectivo territorio, con lo cual parecía introducirse mejor orden en la guerra y apropiada subordination. Hasta ahora no se habia realmente variado la primera determinación de la Junta Central, que repartió en cuatro los ejércitos del reino: las circunstancias, los desastres y providencias parciales la habian solo alterado, encorriendo de regla fija respecto de las guerrillas á cuerpos que campeaban francos en medio del enemigo.

Pero esta coordinación de distritos y ejércitos no podrá á veces guiarnos en nuestro trabajo, pensando casi siempre las grandes maniobras militares de los planes de los franceses, quienes, al fin de 1810 y á comienzo de 1811, tenían apostados en el Ocaso, Medinilla y Levante sus tres grandes cuerpos de operaciones, hallándose el primero en Portugal, frente á los ingleses, el segundo en las Andalucías y Extremadura, y el otro en Cataluña y comarcas de Aragón y Valencia. No se incluyen aquí las divisiones francesas que guerrearán sueltas, ni los ejércitos ó cuerpos que llamaban del centro y Norte, cuyas tropas, á más de servir de escudo al gobierno intruso de Madrid, cubrían los caminos militares, en los que hornigueaban á la continua partidarios españoles. La posición del enemigo para obrar ofensivamente llevaba ventaja á la de los aliados, que, diseminados por la inmensidad de la Península, no podían, en muchos casos, darse tan pronto la mano ni concertarse.

Por lo general seguiremos ahora en la relacion de los sucesos más prominentes los movimientos y operaciones de las tres grandes masas francesas arriba indicadas.

Dejamos en Noviembre de 1810 al ejército aliado en las líneas de Torres-Vedras, y fronteros á él los cuerpos enemigos, que capitaneó el mariscal Massena. Individualizamos en su lugar las respectivas estancias y fuerza de las partes beligerantes, y de creer era, según uno y otro, que el general Francisco, á fuer de prudente, se hubiese retirado sin tardanza, temeroso de la hambre y otros contratiempos. Mas, afortunado á la victoria, repugnábale someterse á los irrefragables decretos de su hacedor. Y no lo movían ni las muchas enfermedades de que adolecía su ejército, ni las bajas de éste, siendo á retaguardia y hertizado por el puzanajo portugués. Aguardó para resolver á variar de acantonamiento á que estuviesen devastadas las comarcas en derredor, y entonces no trató aún de replegarse á la raya de España, sino sólo de buscar algunas leguas

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

[illegible]

alras nueva posición en donde le escaseasen ménos las vitualias, y a cuyo punto pudiera llamar á los ingleses, sacándolos de sus inexpugnables líneas.

Tomó, en consecuencia, Massena con mucha destreza disposiciones preparatorias que disfrazasen su intento, pues, á no obrar así, sucediérale lo que en tales casos se decía antiguamente en Castilla: así supiese la hueste qué hace la hueste, mal para la hueste; máxima que indica lo necesario que es ocultar al enemigo los planes que se hayan premeditado. El mariscal francés, después de enviar delante bagajes, enfermos, todo lo que los romanos conocían tan propiamente bajo el nombre de *impedimenta*, hizo desfilar á las calladas algunas de sus tropas, y él se alejó en persona de las líneas inglesas en la noche del 14 al 15 de Noviembre. Parte de la fuerza enemiga marchó por la calzada real sobre Santarén, parte por Alentejo, la vuelta de Alcanedo y Torres-Novas. Los ingleses no se cercioraron del movimiento hasta entrada la mañana del 15, siendo ésta nebulosa. Aun entonces no interrumpió Wellington la retirada, conservando en los atrincheramientos y fuertes casi todo su ejército, y enviando sólo dos divisiones que siguiesen al enemigo. Dejaba éste en pos de sí un rastro horrible de cadáveres, hediondez y devastación.

Vacilaba Wellington acerca del partido que le convenia tomar, cierto de que caminaban por Ciudad-Rodrigo refuerzos á Massena; pues el movimiento retrágrado podría serlo de reconcentración ó un armadijo para sacar fuera de las líneas á los ingleses, y revolver el enemigo sobre su propia izquierda á Torres-Vedras por el Monte Junto, mientras los aliados le perseguían á retaguardia. Sin embargo, muchos pensaron que sin arriesgar la suerte de las líneas, hubiera podido lord Wellington soltar mayor número de sus tropas, piear vivamente á los contrarios, y aun causarles grande estrago en los destiladeros de Alenquer.

Prosiguiendo los franceses su marcha, vióse claramente cuál era su intento; sólo quedó la duda de si dirigirían su retirada por el Cécere ó por el Mondego. Wellington quiso entonces estrecharlos, y aun tuvo determinado acometer á Santarén, para lo que se preparó, disponiendo ántes que el general Hill cruzase el Tajo con una division y un regimiento de dragones, y que se moviese sobre Abrantes.

Fundabase la resolución de Wellington en creer que los franceses habían sólo dejado en Santarén una retaguardia; pero no era así. Massena habíase parado, y no pensaba llevar más allá sus pasos. En Torres-Novas tenía sentado su cuartel general, en donde se alojaba la izquierda del octavo cuerpo, cuya restante tropa extendíase hasta Alcanedo, y de allí, por Leiria, ocupaba la tierra la mayor fuerza de jinetes. Permanecía de respeto en Thomar el sexto cuerpo, del cual, la division mandada por Loison dominaba los fértiles llanos de Golegao, ayudada del segundo cuerpo, dueño de Santarén, cabecera, por decirlo así, de toda la posición.

Era muy fuerte la de esta villa, singularmente en la estación rigurosa del invierno. Sitá en un alto, arrancando casi del Tajo, tiene por su frente al río Mayor, en cuyos terrenos bajos, rebalsadas las aguas, apenas queda otro paso sino el de una calzada angosta, que empieza á más de 800 varas de la eminencia.

Massena, en su actual posición, ocupaba un país susceptible de proporcionar bastimentos, teniendo ademas establecidas sus comunicaciones con España por medio de puentes echados en el Cécere, y

sin que por eso se le ofreciese nuevo obstáculo para volver á emprender sus operaciones por el frente, ó pasar á la izquierda del Tajo.

Continuando Wellington en el engaño de que sólo quedaba en Santarén una retaguardia enemiga, decidióse el 19 á acometer aquella posición con dos divisiones y la brigada portuguesa, del mando de Pack; pero suspendió el ataque, habiéndosele retrasado la artillería con que contaba. Cuando el 20 renovó tentativas de embestir, sospechaba ya que en Santarén y sus contornos había mas tropa que la de una retaguardia; y amagando entónces los enemigos hácia río Mayor, confirmóse Wellington en sus temores, retrocedió y ordenó á Hill que hiciese alto en Chamusca, orilla izquierda del Tajo. Las muchas lluvias, la excesiva prudencia del general inglés, y el estado de cansancio y apuros del ejército contrario, impidieron que hubiese acaudalado combates ó notable mudanza en las respectivas posiciones hasta el inmediato Marzo.

Avanzado Wellington sentó sus reales en Cartaxo, atrincheró sus acantonamientos y fortificó aun más las líneas de Torres-Vedras. No contento todavía con eso, empezó á levantar á la izquierda del Tajo una nueva línea de defensas desde Aldeagalega á Setúbal, y una cadena de fuertes entre Alameda y Trafaria para asegurar tambien por aquel lado la boca del río.

Igualmente Massena afirmaba sus estancias y seguía cuidadoso los movimientos de los aliados. Tampoco dejaba de volver los ojos hácia su espalda, ansioso de que le llegasen refuerzos; nota la comunicación con su base de operaciones, ya por las partidas españolas del reino de León y Castilla, y ya porque el general Silveira, abalanzándose el 29 de Octubre desde el Duero, había bloqueado á Almeida é interpolándose entre Portugal y España. Auxilios éstos grandes, y que nunca debieron olvidar los ingleses. En tan enojosa situación se hallaba el mariscal Massena, cuando el noveno cuerpo, á las órdenes del general Dronet, conde de Erlon, llegó á Ciudad-Rodrigo con un gran convoy de provisiones de boca y guerra, recogidas en Francia y Castilla. Destinado el socorro á Massena, envióle Dronet delante, escoltado con 4.000 infantes y tres escuadrones de caballería, á las órdenes del general Gardanne, quien, en 13 de Noviembre, obligando á Silveira á levantar el bloqueo de Almeida, penetró hasta Sabugal. No por eso se desalentó el general portugués, sino que al contrario, siguiendo la huella de los enemigos, alcanzólos el 16 entre Valverde y otro pueblo inmediato, les mató gente y cogióles bastantes prisioneros. Gardanne, sin embargo, continuó su camino, y el 27 hallábase ya en Cardigos; mas molestado por las ordenanzas de aquella tierra, y dando oídos á la falsa noticia de que el general Hill se apostaba en Abrantes, replegóse precipitadamente á Sabugal con pérdida de mucha gente y de parte del convoy.

A poco, pisando Dronet el suelo lusitano, cruzó el Coa el 17 de Diciembre con 14.000 infantes y 2.000 caballos, y avanzó á Gouvea. Destacó de su fuerza contra Silveira una division y mucha caballería bajo el mando del general Claparede, y uniéndose Gardanne al cuerpo principal del ejército, marchó éste por el Alba abajo, y llegó á Murcella el 24. Dióse luego Dronet la mano por Espinhal con Massena, se situó en Leiria, y dilatándose hácia la marina, cortó la comunicación entre Wellington y las provincias septentrionales de Portugal, mantenida hasta entónces principalmente por los jefes Trant y Juan Wilson.

Claparede en tanto vino á las manos con el general Silveira, que sobradamente confiado, trabando pelen fuera de sazón, se vió deshecho en Ponte do Abade hacia Trancoso, y acosado desde el 10 hasta el 13 de Enero, tuvo con bastante pérdida que replegarse la vuelta del Duero. Entró Claparede después en Lamego, y amenazó á Oporto ántes que el general Baccollar, siempre al frente de las milicias de aquellas partes, pudiera acudir en su socorro. Felizmente el francés no prosiguió adelante, sino que tornó á Moimenta da Beira; con lo que los portugueses pudieron cubrir la mencionada ciudad.

Por entonces entró asimismo en Portugal, con 3.000 hombres, el general Foy, el cual enviado por Massena á Napoleon, si bien á costa de mil peli-gros y de haber perdido parte de su escolta y los pliegos en las estrechuras de Pancorbo, torumba de Francia después de haber desempeñado cumplidamente tan dificultoso encargo. El Emperador ignoraba el verdadero estado del ejército del mariscal Massena, y tenía que acudir, para averiguar noticias, á la lectura de los periódicos ingleses. Tal era el trafago belicoso de las ordenanzas portuguesas y partidas españolas. Quien primero lo informó de todo fué el general Foy, hallándose éste de vuelta en Santarém el 2 de Febrero.

Ambos ejércitos frances y anglo-lusitano permanecieron en presencia uno de otro hasta principio de Marzo. En el intervalo hicieron los enemigos para proveerse de víveres muchas correrías, que dieron lugar á infinitud de desórdenes y á inauditos excesos. En nada estorbaron los ingleses tan destructora pecoreía, y ántes temieron continuamente ser atacados por los enemigos, que sólo se limitaron á meros reconocimientos, habiendo en uno de ellos sido herido en una mejilla el general Junot.

En Diciembre pasando Hill á Inglaterra, enfermo, fué reemplazado en el mando de su gente, que casi siempre maniobraba á la izquierda del Tajo, por el mariscal Beresford. Era el principal objeto de estas tropas impedir la comunicacion de Massena con Soult, y las tenía Wellington destinadas á cooperar con los españoles en Extremadura. Aguardaba para efectuarlo la llegada de refuerzos de Inglaterra, que tardaron mas de lo que creía en aportar á Lisboa, y por lo cual se difirió el cumplimiento de resolución tan oportuna.

No sucedió así con la de que regresasen á la mencionada provincia las dos divisiones españolas que al mando del Marqués de la Romana se habían unido ántes al ejército inglés, y tambien la de D. Carlos de España, que obraba del lado de Abrantes. Todas se movieron después de promediar Enero, y la última, compuesta de 1.500 infantes y 200 caballos, estaba ya el 22 en Campomayor. Las dos primeras continuaban bajo el mando inmediato de D. Martín de la Carrera y de D. Carlos O'Donnell, y las guió en jefe durante el viaje D. José Virués.

Debió Romana dirigirlas, pero en 23 de Enero, próximo ya á partir, falleció de repente de una aneurisma en el cuartel general de Cartaxo. Muchos sintieron su muerte, y aunque, conforme en su lugar se expresó, le faltaban á aquel caudillo varias de las prendas que constituyen la esencia del hombre de estado y del gran capitán, perióse á lo menos con su muerte un nombre que pudiera todavía haber contribuido al feliz éxito de la buena causa. Las Cortes honraron la memoria del difunto decretando que en su sepulcro se pusiera la siguiente inscripción: «Al general Marqués de la Romana, la patria reconocida.»

Trasladar á Extremadura las indicadas divisiones españolas, exigíalo lo que se preparaba en las Andalucías y en aquella provincia, de cuyas operaciones militares, intimamente unidas con las de Portugal, ya es tiempo de hablar en debida forma.

Tenía Napoleon resuelto que Soult ayudase á Massena en su campaña, y aun parece se inclinaba á que se evacuasen las Andalucías, reconcentrando aquellas fuerzas en la márgen izquierda del Tajo, y poniéndolas de este modo en contacto por Abrantes con las tropas francesas de Portugal. Soult tardó en recibir las órdenes expedidas al efecto, interceptadas las primeras por los partidarios. Y aún después tampoco se movió aceleradamente, embarazado con sus propias atenciones, y porque le desagradaba favorecer á Massena en una empresa de la que resultaría á éste en caso de triunfo la principal gloria.

Rodeábanle en verdad apuros de cuantía. Sebastiani necesitaba todo el 4.º cuerpo de su mando para atender á Granada y Murcia. Ocupaban al 1.º y á su jefe Victor el sitio de Cádiz y serzama de Ronda, y el 5.º, mandado todavía por el mariscal Mortier, empleaba toda su gente en velar sobre la Extremadura y el condado de Niebla, siendo más indispensable mantener tropas que asegurasen las diversas comunicaciones.

Abandonar las Andalucías éralo á Soult muy doloroso, considerándolas ya como conquista y patrimonio suyo, y penetrar en el Alentejo con limitados medios, quedando á la espalda las plazas de Badajoz y Olivenza y las fuerzas españolas del condado y Extremadura, parecíale demasiadamente arriesgado. Queriendo evitar uno y otro y no desobedecer las órdenes de su gobierno, pidió permiso para atacar dichas plazas ántes de invadir el Alentejo. Napoleon consintió en ello, y Soult, al tiempo que así caminaba con paso más firme en su expedición, satisfacía tambien sus celos y rivalidades, dejando á Massena solo y entregado á su suerte, hasta que muy comprometido no pudiese éste salir de ahogado sino con la ayuda del ejército del Mediodía. Tal fué al menos la voz más válida, y á la que daban fundadamente ocasion las desavenencias y disturbios que por lo comun reinaban entre unos y otros mariscales.

Antes de partir tomó Soult sus precauciones. Puso en Córdoba al general Godinot en lugar de Desolles, que había vuelto á Madrid. En Écija apostó una columna bajo el mando del general Digeon, destinada á mantener las comunicaciones; atrincheró del lado de Triana la ciudad de Sevilla, cuyo gobierno entregó en manos del general Durieu, y envió, en fin, refuerzos al condado de Niebla á las órdenes del coronel Remond.

Al entrar Enero tenía Soult preparada su expedición, que debía constar en todo de unos 19.000 infantes y 4.000 caballos, 54 piezas, un tren de sitio, convoy de provisiones y otros auxilios. Esta fuerza componíala el cuerpo de Mortier y parte del de Victor, viniendo ademas de Toledo, y no comprendiéndose en el número indicado, unos 3.000 hombres de infantería y 500 jinetes del ejército francés del centro, con que se adelantó á Trujillo el general Laboussais.

Por parte de los españoles proseguía mandando en Extremadura desde la ausencia de Romana don Gabriel de Mendizábal, no habiendo ocurrido allí en todo aquel tiempo hecho alguno notable. La division de Ballesteros, que pertenecía entonces al mismo ejército, continuaba obrando casi siempre hácia el condado de Niebla, y dándose la mano con

Copons, era la que más bullía. Al tiempo de avanzar los franceses, Mendizabal, cuyas partidas se extendían á Guadalecanal, replegóse por Merida buscando la derecha de Guadiana, y Ballesteros tiró á Fregenal. Latour-Maubourg apretó al primero de cerca con la caballería, y Gazan persiguió al último con objeto de proteger la marcha de la artillería y convoyes. Volvió pie atrás de Trujillo la fuerza que mandaba Labrousse para cubrir el Tajo de las irrupciones de D. Julian Sanchez, y despojar tambien la comarca de otras partidas. El mariscal Soult con la infantería caminó sobre Olivenza.

Portuguesa ántes esta plaza, pertenecía á España desde el tratado de Badajoz de 1801. Tenta fortificación regular con cañino cubierto y nueve baluartes, pero flaca de suyo y descuidada, no podía detener largo tiempo los impetus del frances. Era gobernador el mariscal de campo D. Manuel Herk. La plaza fué embestida el 11 de Enero, y el 12 abrieron los enemigos trinchera del lado del Oeste. Mendizabal contrató el desahucio de enviar un refuerzo de 3.000 hombres, los cuales en vez de conducir á la defensa de aquel recinto, claro era que no servirían sino para embarazarla. El 20 rompieron los enemigos el fuego con cañones de grueso calibre, y batieron el baluarte de San Pedro, por donde estaba la brecha antigua. Ofreció el 21 el gobernador Herk sostener la plaza hasta el último apuro; y no obstante capituló al día siguiente sin nuevo y particular motivo. Tuvieron algunos á gran mengua este hecho; pero debe considerarse que apenas habia dentro municiones de guerra, apenas artillería gruesa, y sólo si ocho cañones de campaña, que manejados diestramente por D. Ildefonso Díez de Ribera, hoy conde de Almodóvar, contribuyeron á alucinar al enemigo sobre el verdadero estado de la plaza y á imponerle respeto. Quizá si faltó el Gobernador en promover más de lo que le era dado cumplir.

Al propio tiempo Ballesteros cayendo al condado de Niebla, recibió de la Regencia el mando de este distrito, y el aviso de que su división pertenecía en adelante al 4.º ejército, que era el de la isla de León. Copons el 25 de Enero se embarcó para este punto con la tropa que capitaneaba, excepto la caballería y el cuerpo de Barbaastro, que quedó al lado de Ballesteros, quien el mismo día sostuvo en Villanueva de los Castillejos contra los franceses una acción bastante gloriosa.

Bajo aquel nombre comprenden algunos dos pueblos, el citado de Villanueva y el de Almendro, situados á la caída de la sierra de Andévalo, por muchas partes de áspera y escarpada subida. En dos cumbres las más notables colocó Ballesteros 3 á 4.000 peones que tenía, y al costado derecho, en terreno algo más llano, 700 jinetes de que constaba la caballería. Lo más principal de esta división procedía de la que en 1809 habia sacado aquel general de Asturias, conservándose de los oficiales casi todos, excepto los que habia arrebatado la guerra á los trabajos. Así sonaban en la hueste los nombres de Lena y Provia, de Cúngas de Tineo, Castropol y el Infesto, á que se añadía el provincial de León.

Ballesteros colocó su gente en dos líneas, y atacado por Gazan y Remond, sostuvo su puesto con firmeza hasta entrar la noche, habiendo causado al enemigo una pérdida considerable. Retiróse después por escalones con mucho orden, llegó á Sanlúcar de Guadiana y repasó tranquilamente estero. Remond entonces quedó solo en el condado: marchó Gazan sobre Fregenal y Jerez de los Caballeros,

tomó un destacamento suyo por capitulación en 1.º de Febrero el torreón antiguo de Encinasola, de poca importancia; y continuó después el mismo general á Badajoz, dejando en Fregenal una columna volante.

Luego que Ballesteros notó que los enemigos ponían toda su atención del lado de aquella plaza, comenzó de nuevo sus correrías. El 16 de Febrero embistió á Fregenal, y cogió 100 caballos, 80 prisioneros y bagaje, rondó por los contornos, y engrosadas sus filas con prisioneros fugitivos de Olivenza, resolvió, al finalizar el mes, acometer á Remond en el condado. Temeroso el comandante frances, se retiró más allá del río Tinto, de donde el 2 de Marzo le arrojaron los nuestros; suceso que alteró en Sevilla los ánimos de los enemigos y de sus secuaces. Dariau, gobernador de esta ciudad, corrió en auxilio de Remond con cuanto gente pudo recoger; mas serenóse habiendo Ballesteros hecho alto, y repasado después el Tinto. Incansable el español, tomó el 9 desde Vera, en busca de Remond, sorprendiéndole de noche en Palma, le deslizo, y tomó bastantes prisioneros y dos cañones. Guerra afanosa y destructora para los franceses. Ballesteros preparábase el 11 a hacer decididamente una incursión hasta Sevilla mismo, cuando malas nuevas que venían de Extremadura le obligaron a suspender el movimiento proyectado.

Habian los enemigos embestido ya á Badajoz el 26 de Enero. Aquella plaza está situada á la izquierda del Guadiana, que la baña por el Norte y cubre una cuarta parte del recinto. Guarnécela del lado de la campiña un terraplen revestido de mampostería, con ocho baluartes, fosos secos, muchas lunas, cañino cubierto y explanada. Desagua alh al Nordeste y corre por fuera un riachuelo de nombre Ribillas, cerca de cuya confluencia con el Guadiana sízase un peñon coronado de un antiguo castillo, el cual resguarda junto con dos de los baluartes el lado que mira al nacimiento del sol. En la derecha del Ribillas, á 200 toesas del recinto principal, y en un sitio elevado, se muestra el fuerte de la Picuriña, y al Sudoeste el hornabeque de Parduleras, con foso estrecho y gola mal cerrada. Estas dos obras exteriores se hallan, como la plaza, á la izquierda del Guadiana; desollando á la derecha, enfrente del castillo viejo, poco ha indicado, un cerro que se dilata al Norte, y en cuyo cima se divisa el fuerte de San Cristobal, casi cuadrado. Lame la falda de éste por Levante el Gévora, que tambien se junta alh con el caudaloso Guadiana. No esguazable el último rio en aquellos parajes, tiene un buen puente á la salida de la puerta de las Palmas, abrigado de un reducto. La población yace en bajo, y está rodeada de un terreno desigual, que pudiéramos llamar undoso, con cerros á corta distancia.

Gobernábala el mariscal de campo D. Rafael Menacho, soldado de gran pecho. Manejaba artillería D. Joaquin Caninaño, y dirigía á los ingenieros D. Julian Albo. Llegó á haber de guarnición 9.000 hombres. Poblaban la ciudad de 11 á 12.000 habitantes.

Empezaron los franceses el 28 de Enero á abrir la trinchera y atacar por varios puntos; mas solo á la izquierda del Guadiana y con horrible bombardeo. En el cerro de San Miguel establecieron una batería de cuatro piezas de á ocho y un obús; en el inmediato del Almendro otra enfilando el fuerte de la Picuriña; lo mismo á la ladera del de las Mallas entre el Ribillas y el arroyo Calampos; plantando aquí tambien á la izquierda de esto una batería de obús.

ses y cañones, con otra en el cerro del Viento; y abriendo entre ambas una trinchera y camino cubierto muy prolongado, cuyo caual flanqueaba el frente de Pardalera. Llamaron los franceses al último ataque el de la izquierda; del centro al que partía del Calamón; de la derecha al que indicamos primero.

El 30 verificaron los españoles una salida, y dos días después respondió Menacho con brío a la intimación que le hicieron los franceses de rendirse. Hincháronse el 2 de Febrero las aguas del Ribillán, causando daño en los trabajos de los contrarios, y el 3 matáronles los nuestros, en una nueva salida de Pardalera, más de 100 hombres, y arruinaron parte de las obras.

D. Gabriel de Mendizábal, reuniendo con las suyas las divisiones españolas que habían venido del ejército anglo-portugués, trató de metorse en Badajoz, engrosar la guarnición y retardar así las operaciones del enemigo. Para ello, y facilitar a la infantería un camino seguro, mandó á D. Martín de la Carrera que arremetiese el 6, por la mañana, contra la caballería francesa, que en gran fuerza había pasado el 4 á la derecha del Guadiana, y la arrojase más allá del Gévora. Ejecutó Carrera su encargo gallardamente, y entonces Mendizábal se introdujo con los peones en la plaza.

Hicieron el 7 los cerreños una salida contra las baterías enemigas del cerro de San Miguel y del Almendro. Mandaba la empresa D. Carlos de España, y aunque puso éste el pie en la primera de las indicadas baterías, sólo inutilizó en ella una pieza, no habiendo llegado á tiempo los soldados que traían los clavos y demás instrumentos propios al intento. La del Almendro fue también asaltada, y pudieronse elevar allí mas piezas. Sin embargo, rechazados los franceses, repulieron á los nuestros, y como por el descenso ó retardo arriba indicado no se había destruido toda la artillería, causó esta en nuestras filas al retirarse mucho estrago, y perdimos, entre muertos y heridos, unos 700 hombres, de ellos varios oficiales.

Salió el 9 de Badajoz el general Mendizábal, y la plaza quedó entonces custodiada con los 9.000 hombres que, según dijimos, habían llegado á componer su guarnición; evacuando el resto sucesivamente los enfermos y gente inútil. Mendizábal se acantonó en la margen opuesta de Guadiana, apoyó su ala derecha en el fuerte de San Cristóbal, y aseguró de este modo la comunicación con Yéves y Campomayor.

Receloso en seguida Soult de que el sitio se dilatase, puso en ánimo en llevarle pronto á cima. Por tanto, adelantada ya la segunda paralela á 60 toasas de Pardalera, rodearon á las 7 de la noche este fuerte con unos 400 hombres, y abriéndose paso entre las empalizadas, se metieron dentro por la parte que les mostró á la fuerza un oficial prisionero. Pudo salvarse, no obstante, la mayor parte de la guarnición. Prolongaron entonces los franceses hasta el Guadiana la paralela de la izquierda, y construyeron un reduto, que batiendo el camino de Yéves, completaba el bloqueo por aquel lado.

Con todo, menester era para acelerar la toma de Badajoz, destruir ó alejar á Mendizábal de los cercanías del fuerte de San Cristóbal. Lord Wellington había aconsejado oportunamente al general español mantenerse sobre la defensiva y fortalecer su posición con acomodados atrincheraamientos, hasta tanto que pudiese acorralarle y obligar á los franceses á levantar el sitio. No dió Mendizábal oídos á tan pru-

dentes advertencias; y confiado en que iban muy crecidos Guadiana y Gévora, no destruyó ni aseguró los vados que en aguas bajas se encuentran en ambas rios corriente arriba; contentóse sólo con demoler un puente que había en el Gévora, y trabajó lentamente en el reduto de la Atalaya, situado al Norte, á 800 toasas de San Cristóbal.

Desde el 12 había el mariscal Soult enviado 1.500 hombres para cruzar el Guadiana por el Montijo, y empezó el 17 á arrojar bombas sobre el campo de Mendizábal hacia el lado del fuerte de San Cristóbal, con intento de apartarle de semejante amparo. Quedábanle á Mendizábal unos 8.000 infantes y 1.200 caballos; y siendo muy superior la fuerza que podía atrearle, debiera por lo mismo haber andado mas cauto.

El 18 menguaron las aguas, y descendió aquel día por la derecha del Guadiana la caballería enemiga que había tomado la vuelta del Montijo, cruzando los infantes por la tarde á legua y media de la confluencia del Gévora, y siempre corriente arriba. Mendizábal no ignoraba el movimiento de los franceses, pero no por eso evitó el encuentro.

Temprano en la mañana del 19, 6.000 infantes enemigos y 3.000 caballos estaban ya en batalla á la derecha del Guadiana, dispuestos también á pasar el Gévora. Una niebla espesa favorecía sus operaciones; y exhortados por el mariscal Soult y reforzados, comenzaron á vadear el último río. Ejecutó el paso por la derecha, con toda la caballería, Latour-Maubourg con intención de envolver la izquierda española, y por el lado opuesto cruzó la infantería, al mando del general Girard, que logró así interponerse entre el fuerte de San Cristóbal y el costado derecho de los españoles, cogiendo en medio ambos generales á nuestro ejército, casi del todo desprevenido.

El mariscal Mortier, que gobernaba de cerca los movimientos ordenados por Soult, corrió de firme con los españoles. Nació luego en nuestras filas extrema confusión; los caballos, en cuyo número se contaban los portugueses de Madden, no sostenidos bastante por Mendizábal, dieron los primeros el deplorable ejemplo de cochar á huir, no obstante los esfuerzos valerosos de su principal jefe D. Fernando Gomez de Butron, que se puso á la cabeza de los regimientos de Lusitania y Sagunto. Mendizábal formó con los infantes dos grandes cuadros que resistieron algun tiempo en la altura de la Atalaya; pero que rotos al fin y penetrados por todas partes, diáporáronse á la ventura. Ochocientos hombres quedaron heridos ó muertos en el campo; 3.000 prisioneros, de ellos muchos oficiales con el general Virués; otros dispersáronse ó se acogieron á las plazas inmediatas. Cañones, muchas fusiles, bagaje, municiones, todo fué presa del enemigo. Salvase en Campomayor, con alguna gente, D. Ciria de España; en Yéves, Butron y 800 hombres, con D. Pablo Merillo, que dió en tan aciago día repetidas pruebas de valentía y ánimo sereno.

La pelea, comenzada á las ocho de la mañana, terminóse una hora después, no habiendo costado á los franceses mas de 400 hombres; pelea ignominiosamente perdida, y por la que se levantó contra Mendizábal un clamor universal bastante justo. Fué causa de tan triste infortunio singular impericia, que no disculpan ni los bríos personales ni la buena intención de aquel desventurado general. Llamaron unos esta acción la del Gévora, otros la de San Cristóbal, los españoles casi sólo la conocieron bajo el nombre de la del 19 de Febrero.

Canada la batalla, bloqueó la plaza el mariscal Soult por la derecha del Guadiana, aseguró con puentes las comunicaciones de ambas orillas, y continuó el sitio reposadamente.

Creyó también que los ánimos se amilanarían con la derrota de Mendizabal, y envió un parlamento con nuevas propuestas. Mas D. Rafael Menacho, manteniéndose impávido, no le admitió; y habitantes y militares merecieron á porfía ser colocados al lado de tan digno caudillo.

Hubo diversos hechos muy señalados. Digno es de contarse entre ellos el de D. Miguel Fonturvel, teniente de artillería de la brigada de Canarias. De avanzada edad, pidió, no obstante, que se le confiase uno de los puestos de más riesgo; y perdiendo las dos piernas y un brazo, así mutilado, animaba, antes de espirar, á sus soldados, y exclamó mientras pudo con interrumpidos acentos: ¡Viva la patria! Contento muero por ella.

Los enemigos proseguían en sus trabajos, y se enderezaban principalmente contra los baluartes de San Juan y Santiago. El 26, extendiéndose por allí y batiendo la plaza con vivo cañonazo, se prendió fuego á un repuesto detras de uno de los baluartes; pero la presencia inmediata de Menacho impidió el desorden y evitó desgracia. Valeroso y activo este jefe, disponíase á defender la ciudad hasta por dentro, y cortó calles, atronó casas y tomó otras medidas no ménos vigorosas.

Todo anunciaba que llevaria al cabo su propósito, cuando el 4 de Marzo, observando desde el muro una salida en que se causó bastante daño al enemigo, cayó muerto de una bala de cañon. Glorioso remate de su anterior é ilustre carrera, y pérdida irreparable en tan apretadas circunstancias. Las Cortes hicieron mención honrosa del nombre de Menacho, y premiaron á su familia debidamente.

Sucedíole el mariscal de campo D. José de Imaz, que correspondió de mala manera á tanta confianza; pues capituló el 10, no aportillada bastante la brecha en la cortina de Santiago, ni multatados todavía los flancos, y á tiempo en que por telégrafo se le avisó de Yéves que Masiena se retiraba, y que la plaza de Badajoz no tardaría en ser socorrida.

Quiso Imaz cubrir su mengua con el dictámen del comandante de ingenieros D. Julian Albo y el de otros jefes que estuvieron por rendirse. No así Camaño el de artillería, que dijo: «Pruébese un asalto, ó abrámonos paso por medio de las filas enemigas.» Igualmente fué elevado y noble el parecer del general D. Juan José García, que si bien anciano, expresó con brío: «Defendamos á Badajoz hasta perder la vida.» Mas Imaz, con inexplicable contradicción, votando en tan apretadas circunstancias, con los dos últimos jefes, entregó la plaza en el mismo día sin que hubiese para ello nuevo motivo. Como gobernador sólo á él tocaba decidir en la materia, y él era el único y verdadero responsable. Equivocóse si creyó que resolviendo de un modo y votando de otro, conservaría al mismo tiempo intacto su buen nombre y su persona. Formósele causa, que duró, según tenemos entendido, hasta la vuelta del rey Fernando á España, caminando y terminándose al s6n de tantas otras de la misma clase.

Ocuparon los franceses á Badajoz el 11 de Marzo. Salieron por la brecha, y rindieron las armas, 7.135 hombres; habia en los hospitales 1.100 enfermos, y en la plaza 170 piezas de artillería, con municiones hastaantes de boca y guerra.

En seguida el general Latour-Maubourg marchó

sobre Alburquerque y Valencia de Alcántara, de que se apoderó en breve, no hallándose aquellas antiguas y malas plazas en verdadero estado de defensa. El mariscal Mortier siti6 el 12 de Marzo á Campomayor. Guarnecian el recinto, de suyo débil, unos pocos soldados de milicias y ordenanzas, y era gobernador el valeroso portugués José Joaquín Talaya. Los enemigos situaron sus baterías á todo tiro de fosil, amparados de las ruinas del fuerte de San Juan, demolido en la guerra de 1800. Intentaron inútilmente la rendición el 15, y arrojando sin cesar dentro infinidad de bombas, y batiendo el muro con vivísimo y continuado fuego, abrieron el 21 brecha muy practicable. Pronto al asalto, si quiso todavía entregarse el bizarro gobernador, no obstante sus cortos medios y escasa tropa, y sólo ofreció que se rendiría si pasadas veinticuatro horas no le hubiese llegado socorro. Frustrada esta esperanza, salió por la brecha, cumplido el plazo, con unos 600 hombres, entre milicianos y ordenanzas, que era toda su gente.

Nuevos cuidados llamaron á Sevilla al mariscal Soult. Luego que éste se ausentó de aquella ciudad, tratóse en Cádiz de distraer las fuerzas de la línea sitiadora y áun de obligar al enemigo, si ser podía, á alzar el campo. Pensóse llevar á efecto tal propósito al fin de Enero, y obraban de acuerdo españoles é ingleses. En consecuencia partió de Cádiz alguna tropa, que desembarcó en Algeciras, y que con otra gente de la serranía de Ronda formó la primera division del cuarto ejército, á las órdenes de D. Antonio Bejines de los Rios. Debiendo este jefe dar la señal de los movimientos proyectados, marchó sobre Medinasidonia, y el 29 del mismo Enero rechazó á los franceses, cogiéndoles 150 hombres. El mayor inglés Brown, que continuaba gobernando á Tarifa, apoyó la maniobra avanzando á Casas Viejas. Paró allí esta tentativa, habiéndose retardado la ejecucion del plan principal.

Un mes trascurrió ántes de que se realizase; mas entonces combinóse de modo que todos se lisonjaban con la esperanza de que tuviese buena salida. Debía componerse la expedicion de las indicadas tropas de Bejines y Brown, y de las que acompañasen de la Isla y Cádiz á los generales Graham y D. Manuel de La Peña. Habia el último de mandar en jefe, como quien llevaba mayor fuerza; y oscógióle la Regencia, no tanto por su mérito militar, cuanto por ser de índole conciliadora y dócil bastante para escuchar los consejos que le diese el general inglés, mas experto y superior en luces.

Las tropas británicas fueron las primeras que dieron la vela, luego las españolas, el 26 de Febrero. Conducía nuestra expedicion de mar el capitán de navío D. Francisco Maurelle; escoltabanla la corbeta de guerra *Diana* y algunas fuerzas auxiliares, y la componian más de 200 buques. Navegó la expedicion con el mayor orden, y pusieron las tropas pié en tierra, en Tarifa, al amanecer del 27. Incorporáronse allí á los nuestros el cuerpo principal de los ingleses, y efectos y tropa de algunos buques que, impelidos del viento y corrientes del Estrecho, habian aportado á Algeciras.

Reunido en Tarifa todo el ejército combinado, excepto la division de Bejines, que se unió el 2 de Marzo en Casas Viejas, distribuyóle el general La Peña en tres trozos: vanguardia, centro, ó cuerpo de batalla, y reserva. La primera la guabó D. José de Lardizabal, el centro el Príncipe de Anglem, y la última el general Graham. En todo, con los de Bejines, 11.200 infantes, entre ellos 4.300 ingleses.

Habia, además, 800 hombres de caballería, 600 nuestros, los otros de los aliados; mandaba los jinetes el mariscal de campo D. Santiago Whittingham. Se contaban 24 piezas de artillería.

Púsose el 28 en marcha el ejército con dirección al puerto de Facinas, por cuyo sitio atraviesa, partiendo del mar á las sierras de Ronda, la cordillera que termina al Ocaso el Campo de Gibraltar. Desde ella se desciende á las espaciaosas llanuras que se dilatan hasta cerca de Chiclana, Sancti Petri y faldas del cerro de Medina Sidonia; adonde, descolgándose de las sierras arroyos y torrentes, atajan y cortan la tierra, y causan pantanos y buranqueras. Con la muchedumbre y union de las vertientes formase, sobre todo en aquella estacion, rios de bastante caudal, como el Barbate, que recoge las aguas de la laguna de Janda. Estos tropiezos y el fatal estado de los caminos, malos de suyo, retardaron la marcha, particularmente de la artillería.

De Facinas podia el ejército dirigirse sobre Medina Sidonia por Casas Viejas, ó sobre Sancti Petri y Chiclana por la costa, siguiendo la vuelta de Veger. Evacuaron precipitadamente los franceses este pueblo el 2 de Marzo, amenazados por algunas tropas nuestras, al paso que el grueso del ejército marchaba á Casas Viejas, camino que al principio se resolvió tomar. De aquí fueron tambien arrojados los enemigos, y se les cogieron unos cuantos prisioneros, dos piezas y repuestos de vituallas.

En las alturas frente á Casas Viejas y á la izquierda del Barbate, permaneció el ejército combatiendo hasta la mañana del 3, en cuyo tiempo destituyendo el general en jefe de proseguir por el mismo camino de ántes, emprendió la marcha por Veger, orillas de la mar; y sólo destacó hácia Medina, para alucinar á los franceses que la ocupaban, el batallón ligero de Alburquerque y el escuadrón de voluntarios de Madrid.

Desaprobaban muchos que se hubiese mudado de rumbo, en la persuasión de que era preferible la primera ruta, que daba á espaldas del enemigo y se apoyaba en la serranía de Ronda, baluarte natural y con los arrimos de Gibraltar y Tarifa. No pareció disculpa la circunstancia de ser Medina posicion fuerte y estar artillada con siete piezas, pues además de que no hubiera resistido á la acometida del ejército combinado, tampoco se necesitaba tomar empeño en su conquista, sino solamente observar lo que allí se hacia. Yendo por aquella parte se podia tambien contar con la belicosa y bien dispuesta poblacion de la sierra; y en caso de malaventura no corría nuestra tropa riesgo de ser acorralada contra insuperables obstáculos, como era el de la mar del lado de Veger y Sancti Petri. Mas La Peña, hombre pusilánime y sobrado meticuloso, quiso ante todo abrir comunicacion con la Isla, creyéndose más seguro en la vecindad de tan inexpugnable abrigo; y desconociendo que, si acontecia algun descalabro, la confusion y el tropel no permitirian ni oportuna ni dichosa retirada.

Habia quedado mandando en la Isla D. José de Zayas, con órden de ejecutar movimientos aparentes en toda la linea, ayudado de las fuerzas de mar. Tenia igualmente encargo de echar un puente de barcas al embocadero de Sancti Petri, en cuya orilla izquierda, enfluviada por los franceses, forma el rio, la mar y el caño de Alcornocal una lengua de tierra que habian con flechas cortado aquéllos, dueños tambien de la torre y colinas de Bermeja, cobradas á la espalda. Nuestra posicion en la orilla derecha dominaba la de los contrarios; y dos fuer-

tes baterías y el castillo de Sancti Petri barrian el terreno hasta las indicadas flechas.

Establéciese, conforme á lo prevenido y en el paraje insinuado un puente flotante bajo la direccion del capitán de navio D. Timoteo Roch; y desde el 2 de Marzo comenzaron ya las fuerzas de mar de los diversos apostaderos del rio de Sancti Petri á hostilizar la costa; mas en la noche, despues de echado el puente, por desorden ó por otra razon que ignoramos, asaltando tiradores franceses á 250 españoles que le custodiaban, fueron sorprendidos éstos y hechos prisioneros. Se tuvo á dicha que no penetrasen los enemigos mas adelante; pues, con la oscuridad y el desorden, ya que no se hubiesen apoderado de la Isla, por lo ménos hubieran causado mayores daños.

De resultas mandó Zayas cortar algunas barcas del puente, no sabiendo tampoco de fijo el paradero del ejército expedicionario. Como el primer pensamiento acerca de la marcha de éste fué el de ejecutarla por Medina, habiase al partir convenido que las tropas aliadas advertirian su llegada á aquel punto por medio de señales, que no se verificaron cambiando el plan. Un oficial que envió La Peña para avisar dicha mudanza, detuviéronle los ingleses dos dias en el mar, pareciéndoles enigmatico sospechoso. Esto y el haber cortado algunas barcas del puente, impidió que de la Isla se auxiliasen con la prontitud deseada las operaciones de afuera.

A la caída de la tarde del 4 de Marzo tomó el ejército expedicionario el camino de Conil, continuando despues la vuelta de Sancti Petri. Acompañaban á las tropas muchos patriotas y escopeteros de los pueblos inmediatos y de la sierra. Llegó el ejército al cerro de la Cabeza del Puerto, ó sea de la Barrosa, al amanecer del 5; y de allí, hecho un corto descanso, prosiguió la vanguardia, engrosada con un escuadrón y fuerzas del centro, via del bosque y altura de la Bermeja. Quedó en el cerro del Puerto el resto de las tropas que componian el centro, y á su retaguardia la reserva; adelantándose por el flanco derecho el grueso de los jinetes. La marcha de las tropas en la anterior noche habia sido larga y sobre todo penosa, no calculados competentemente de antemano los obstaculos con que iba á tropezarse.

Desansegaban á los franceses los movimientos de los aliados, inciertos del punto por dónde éstos atacarian y faltos de gente. La que tenia el mariscal Victor delante de la Isla y Cadix no pasaba de 15.000 hombres, y ascendian á 5.000 más los que se alojaban en Medina, Sanlúcar y otros sitios cerrosos. Aseguradas las lineas con alguna tropa, interpolada de españoles juramentados (que unos de grado y muchos por fuerza, no dejaban en estas Andalucías de prestar auxilio á los enemigos), colocóse el mencionado mariscal en las ayuntadas de Conil y Medina, asistido de unos 10.000 hombres, en disposicion de acudir á la defensa de cualquiera de dichos dos caminos que trajesen los aliados.

Cerciorado que fué de ello, y despues de escaramuzar las tropas ligeras de ambos ejércitos, se reconcentró Victor en los pinares de Chiclana, puso á su izquierda la division del general Ruffin, en el centro la de Leval, y á Villatte con la suya en la derecha; guardando el último la tala y flechas que amparaban el siniestro costado de su propia linea enfrente de la Isla.

A este punto se dirigia la vanguardia española para atacar por la espalda los atrincheramientos y baterías enemigas que impedian la comunicacion

entre el ejército de dentro de la Isla y el expedicionario. Con la mira de estorbar semejante manobra, habiase colocado el general Villatte delante del caño del Alcornocal y molino fortificado de Almansa, favorecido de un pinar espeso que, ocultando parte de su tropa, dejaba solo al descubierto unos cuantos batallones apoyados en Torre Bermeja.

La vanguardia, bajo el mando de Lardizábal, atacó bravamente las fuerzas de Villatte: la pelea fué reñida, en un principio dudosa; pero decidida en nuestro favor, conteniendo al enemigo y cargándolo luego con impetu, el regimiento de Murcia al mando de su coronel D. Juan María Muñoz, y tres batallones de guardias españolas, que con el regimiento de Africa llegaron en seguida, y dieron al reencuentro feliz remate. Villatte, repelido así, pasó al otro lado del caño y molino de Almansa, quedando, de consiguiente, franca la comunicacion con la Isla de Leon; aunque se retardó el paso por el tiempo que pidió la reparacion del puente de Sancti Petri, poco antes cortado.

En el mismo instante, La Peña, que deseaba aprovechar la ventaja adquirida, y continuar tras el enemigo por el espeso y dilatado bosque que va á Chilclana, llamó hacia allí lo más de su tropa, y dispuso que el general Graham, abandonando el cerro del Puerto, se acercase al campo de la Bermeja distante tres cuartos de legua, y que cooperase á las maniobras de la vanguardia, dejando sólo en dicho cerro, para proteger aquel puesto, la division de D. Antonio Bujines, un batallon ingles á las ordenes del mayor Brown, y las de Ciudad Real y guardias waloñas, unidos antes á la reserva.

Victor, que vigilaba los movimientos de los aliados, luego que notó el de Graham, y que caminaba éste por el pinar con direccion al campo de la Bermeja, apareció en el llano: y dirigiendo la division de Leval contra los ingleses que iban marchando, se adelantó él en persona con las fuerzas de Ruffin al cerro del Puerto por la ladera de la espalda, posesionandose de su cima, verdadera llave de toda la posicion, y cortando así las comunicaciones entre la gente que habian quedado apostada en Casas Viejas y las tropas que acababan los españoles de dejar en el citado cerro del Puerto, las cuales precisadas á retirarse se movieron hacia el grueso del ejército.

Mostrabase ahora á las claras que la intencion del enemigo era arrinconar á los aliados contra el mar y envolverlos por todos lados. El general Graham, que lo habia sospechado, confirmóse en ello al verse acometido, y al noticiarle el mayor Brown el movimiento y ataque que los franceses habian hecho sobre el cerro del Puerto. Para remediar el mal contramarchó rapidamente el general británico: hizo que 10 cañones á las ordenes del mayor Duncan rompiesen fuego abrasador contra el general Leval, á quien, en consecuencia de la evolucion practicada, tenian los ingleses por su flanco izquierdo, y mando al coronel Andres Bernard empinar la ladera con los tiradores y compañías portuguesas. Formó ademas de los restantes cuerpos dos trozos: de éstos, uno bajo el general Dikies acometió á Ruffin, otro bajo el coronel Whentley á Leval. La artilleria, mandada por Duncan, continuó la division del ultimo y causó en ella gran destrozo.

El mayor Brown se habia aproximado, por órden de Graham, al cerro de que era ya dueño Ruffin, y antes que Dikies llegara, habia tenido que aguantar vivo fuego. Juntos ambos jefes arremetieron vigorosamente en su arriba para recobrar la posicion defendida por los franceses con su acostum-

brado valor. El combate fué porfiado y sangriento. Cayó herido mortalmente Ruffin, sin vida el general Rousseau, y los ingleses al fin encaramándose á la cumbre, se ensañaron del campo de los enemigos. Huyeron éstos precipitadamente, y Graham, contento con el triunfo alcanzado, no los persiguió, fatigada su gente con las marchas de aquellos dias. Al rematar la accion, llegaron de refresco los de Ciudad Real y guardias waloñas, que antes estaban con él unidos perteneciendo á la reserva, los cuales, sin órden de La Peña, acudieron adonde se hallaba, movidos de liberalismo pundonor.

Las divisiones de Ruffin y Leval se retiraron concéntricamente, en vano quiso el mariscal Victor restablecer la refriega: el fuego sostenido y fulminante de los cañones de Duncan desbarató tal intento.

El combate sólo duró hora y media: pero tan mortífero, que los ingleses perdieron más de 1,000 soldados y 50 oficiales; los franceses 2,000 y 400 prisioneros, en cuyo número se contó al general Ruffin, tan mal herido, que murió á bordo del buque que le transportaba á Inglaterra.

Los enemigos durante la pelea quisieron también extenderse por la playa al pie del cerro de la Cabeza del Puerto; mas se lo estorbaban las tropas de Bujines y la caballería de Whittingham. Este no persiguió en la retirada cual pudiera á los franceses, que no tenían arriba de 250 jinetes. Solo los husares británicos, que eran 180, se destacaron del cuerpo principal, y guiados por el coronel Federico Pansomby, embistieron con los enemigos. Whittingham dio por disculpa para no seguir tan buen ejemplo, el haber tomado por franceses á los españoles que habian quedado de observacion en Casas Viejas, y que se acercaron al campo en el momento de concluirse la batalla.

No cesó en tanto el tiroteo entre la vanguardia del mando de Lardizábal y la division de Villatte, quien también quedó herido. Los españoles perdieron unos 300 hombres, no ménos los contrarios.

La Peña no dio paso alguno para auxiliar al general Graham, ni se movió de donde estaba, como si temiera alejarse de Sancti Petri: cuyo puente al cabo se reparó, pudiendo el general Zayas pasarle, y volviendo cerando las flechas y molino de Almansa. Excusó La Peña su inaccion con haber ignorado la contramarcha de Graham, y con el poco tiempo que dió la corta duracion de la pelea. Pero pareció á muchos que bastaba para aviso el ruido del cañon, y que ya que no hubiese el general español podido concurrir al primer momento del triunfo, por lo menos encaminándose al punto de la nocion hubiera su asistencia servido á molestar y deshacer del todo al enemigo en la retirada.

Graham, ofendido de tal proceder, y disminuida su gente y fatigada, metióse él ó en la Isla, rehusó cooperar activamente fuera de las luecas, y sólo prometió favorecer desde ellas cualquiera tentativa de los españoles.

En aquellos dias las fuerzas útiles de éstos, al mando de D. Cayetano Valdes, sostenidas por las de los ingleses, se habian desplegado en la parte interior de la bahía, amenazando el Troadero y los otros puntos, del mismo modo que el río de Sancti Petri y caños de la Isla. En la mañana del 6 se verificó un pequeño desembarco en la playa del Puerto de Santa María, y en la noche anterior don Ignacio Poncegna habiase posesionado de Rota, y destruido las baterías y artillería enemiga.

Derrotado el mariscal Victor en el cerro de la Ca-

beza del Puerto, ó sea Torre de la Barrosa, tomó medidas de retirada, y envió á Jerez heridos y bagajes: llamó de Medinaxidonia la division mandada por Cassagne, la cual no habia asistido á la batalla, y se reunió con lo principal de sus tropas en la vecindad de Puerto Real.

Por su parte La Peña no se atrevió á emprender cosa alguna, y entró en Sancti Petri el 7 con todo su ejército, excepto los patriotas de la sierra y la division de Begines, que quedaron fuera, y ocuparon el 8 á Medinaxidonia, rechazando á 600 franceses que intentaron atacarlos.

Todas estas operaciones, y sobre todo la batalla del 5, excitaron quejas y recriminaciones sin fin. Miróse como fuente y causa principal de ellas la irresolucion y desconfianza que de sí propio tenia La Peña. Graham, aunque con razon ofendido de varias acusaciones que se le hicieron, llevó muy alla el resentimiento y enojo.

En las Cortes se promovieron acerca del asunto largos debates. Muchos querian que en todos los casos de acciones ó sucesos desgraciados se formase causa al general en jefe; opinion sobradamente lata, pues las armas tienen sus dias, y los mayores capitanes han perdido batallas, y equivocados á veces en sus maniobras. Por lo mismo limitáronse las Cortes á decir que la Regencia investigase con todo el rigor de las leyes militares lo ocurrido con tan notable suceso, quedándole expeditas sus facultades para obrar conforme creyera conveniente al bien y utilidad del Estado.

Nombró al efecto la Regencia una junta de generales, la cual informo meses despues no resultar hecho alguno por el que se pudiese proceder contra D. Manuel de La Peña. En virtud de esta declaracion, cierto era que no debia la Regencia poner en juicio á aquel general, pero tampoco habia motivo para premiarle, como lo hizo mas adelante, condecorándole con la gran cruz de Carlos III, y con la manifestacion de que así él como los demas generales y tropa se habian portado dignamente.

Las Cortes anduvieron por entonces mas enredadas, dando gracia á los aliados, y declarando que estaban satisfechos de la conducta militar de la oficialidad y tropa del cuarto ejército. De este modo no mentaron en su declaracion al general en jefe, á hicieron justicia á las tropas y á los oficiales que se condujeron en los lauces en que se empeñaron, con valor y buena disciplina. Posteriormente instadas las Cortes por empujones, y apoyandose en los dictámenes que dieron varios generales, manifestaron tambien quedar satisfechas de la conducta de D. Manuel de La Peña en la expedicion de la Barrosa. Resolucion que con razon desaprobaban muchos.

En sesion secreta agradecieron las mismas al general Graham con la grandeza de España, bajo el título de duque del Cerro de la Cabeza del Puerto. Al principio pareció aceptar dicho general la merced que se le otorgaba, pues contestó solamente su ayudante y particular amigo lord Stanhope así lo indicó, mostrando sólo el deseo de que se variase la denominacion, temiendo en ingles la palabra *Piq* pour comode que la correspondiente en español. Conviene en esto: mas luego no admitió Graham, ya fuere resentimiento del proceder de la Regencia, ó ya más bien, segun creyeron otros, temor de lastimar á lord Wellington, todavía no elevado á tan ennoblecida dignidad.

Despues de lo acaecido, imposible era continuar mandando en la Isla el general Graham y don Manuel de La Peña. Explicaciones, replicas, escri-

tos se multiplicaron por ambas partes, y llegaron á punto de provocar un duelo entre D. Luis de Lacy, jefe del estado mayor del ejército expedicionario, y el general ingles; felizmente se arregló la pendencia sin llegar. Sucedió en breve al ultimo en su cargo el general Cook, y á La Peña, contra quien se desenfrenó la opinion, el Marquis de Coupigny, que vino en Bailen y Cataluña.

El mariscal Victor, pasado el primer susto, y viendo que nadie le seguia ni molestaba, volvió el 8 tranquilamente á Chiclana, y ocupó de nuevo y reforzó todos los puntos de su linea.

A poco empezaron los sitiadores á arrojar proyectiles que alcanzaron á Cádiz. Ya habian hecho ensayos en los dias 15, 19 y 20 de Diciembre anterior desde la bateria de la Cabeza junto al Trocadero, y consiguiendo que cayesen algunas bombas en la plaza de San Juan de Dios y sus alrededores, esto es, en la parte más proxima á los fuegos enemigos. No reventaban sino las menos, y de consiguiente fué casi nulo su efecto, pues para que llegasen á tan larga distancia (3.000 tomasas), era necesario macizarlas con plomo, y dejar sólo un huecillo en que enciesen unas pocas onzas de pólvora. Estos proyectiles lanzábanlos unos morteros que llamaban á la *Villanueva*, del nombre de un antiguo ingeniero frances que los descubrió; mas el modelo de las bombas le hallaron los franceses en el arsenal de Sevilla, invento antiguo de un español, que ahora parece perfeccionó un oficial de artilleria, tambien español, en servicio de los enemigos, cuyo nombre no estampamos aqui en la duda de si fué ó no cierta acusacion tan fea. Los franceses tuvieron al principio un corto número de morteros de esta clase, descomponiéndoseles á cada paso por la mucha carga que se les echaba. Aumentáronlos en lo sucesivo, y aun los mejoraron, segun en su lugar veremos.

Murmurándose mucho en Cádiz acerca de la expedicion de La Peña, el Consejo de Regencia, para apaciguar los clamores, y distraer al enemigo del sitio de Badajoz, cuya caída aún se ignoraba, ideó otra expedicion al condado de Nubla, de 3.000 infantes y 250 caballos, á las ordenes de D. José de Zayas, que debia obrar de acuerdo con D. Francisco Ballesteros.

Dio la vela de Cádiz aquel general el 18 de Marzo, y desembarcando el 19 en las inmediaciones de Huelva, echó á los franceses de Moguer y trató de ir tierra adentro. Mas antes de verificarlo, reforzados los enemigos con tropa suya de Extremadura, y no unidos todavía Zayas y Ballesteros, tuvo el primero que rembarcarse el 23, previniéndole sus instrucciones que no emprendiese nada sin tener certidumbre de buen éxito, y se colocó en la isla de la Cascarera, al embocadero del Tinto. Los caballos hubo que abandonarlos, apretando de cerca al enemigo, y sólo las alillas y arrieros, junto con los jinetes, fueron trasportados á la mencionada isla, y es digno de notar que varios de aquellos animales, entregados á su generoso instinto, cruzaron á nado el brazo de mar que los separaba de sus dueños.

Acampado Zayas en la Cascarera, quiso ponerse de acuerdo con Ballesteros, quien ordenó é indisciplinado, daba buenas palabras, mas casi nunca las cumplia, y en el caso actual, trató, ademas, de sobornar á los soldados de la expedicion para engañar sus propios almas. Zayas, no obstante, permaneció allí algunos dias, y aun divirtió al enemigo en favor de Ballesteros, señaladamente el 29 de Marzo, que, enviando gente sobre la torre de la Arenilla,

sorprendió á los franceses de Moguer, les hizo perder 100 hombres, y áun recobró algunos de los caballos que habian quedado en tierra recogidos por los paisanos.

Al fin Zayas, sin alcanzar otro fruto que éste, y el de haber de nuevo inquietado á los enemigos, tornó á Cádiz el 31, habiendo los barcos de la expedición corrido riesgo de perecer en un temporal que sobrevino en aquella costa durante la noche del 27 al 28.

En Cádiz se mostró tan furioso, que no quedaba memoria de otro igual, soplando un levante más bravo que el del año de 1810, de que en su lugar hablamos. Por fortuna no se perdieron ahora buques de guerra, pero sí infinidad de mercantes, desamarrándose y chocando unos contra otros, ó encallando en la costa; más de 300 personas se ahogaron, y como ocurrió de noche, la oscuridad y violencia del viento dificultó los auxilios. Los marinos, en particular los ingleses, dieron pruebas relevantes de intrepidez, pericia y humanidad, por la diligencia que pusieron en socorrer á los naufragos. Entonces se volvió á abrir la llaga áun reciente de la expedición de la Isla, y á clamar contra Peña, pues no cabía duda de que si se hubiera levantado al sitio de Cádiz, fondeados los barcos en parajes de mayor abrigo, no se hubieran experimentado tantas desdichas.

Emprendia el mariscal Massena su completa retirada, mientras que ocurrieron en el mediodía de España los sucesos relatados. Firme en las instancias de Santarén, en tanto que su ejército pudo subsistir en ellas y procurarse bastimentos, resolvió desampararlas luego que vió apurados sus recursos, y que menguaba cada vez más el número de su gente, al paso que crecía el de los ingleses y sus medios. Empezó el mariscal francés su movimiento retrógrado en la noche del 5 al 6 de Marzo, y empezólo como gran capitán. Rodeándole dificultades sin cuento, y para vencerlas necesitaba valerse de la movilidad de sus tropas, en que tanta ventaja llevaban á las de los ingleses. El camino que hizo resolución de tomar fué hacia el Mondego, de arduo comienzo, pues exigía maniobras por el costado. Envió delante, y con anticipación al día 5, lo pesado y embarazoso, y ordenó al mariscal Ney que evolucionase sobre Leiria, como si quisiese dirigir sus pasos á Torres-Vedras. Entonces, y en la citada noche del 5 al 6, alzando Massena el campo, reconcentró el 9 en Pombal, por medio de marchas rápidas, todo su ejército, excepto el segundo cuerpo al mando de Reynier, y la division de Loison, que quemó las barcas de Punhete, tomando ambos generales la ruta de Espinhal, y cubriendo así el flanco de la línea principal de retirada.

Echó lord Wellington tras el enemigo, aunque con cautela, receloso siempre de descubrir las líneas. Y por eso y haberle también Massena ganado por la mano desapareciendo disimuladamente, no pudo aquel reunir hasta el 11 tropas bastantes para operar activamente. No le aguardó el mariscal francés, pues por la noche continuó su marcha, amparado del sexto cuerpo y de la caballería del general Mont-Brun, que se situaron á la entrada de un desfiladero que corre entre Pombal y Redinha. Desalojaronlos de allí los ingleses, y Massena paróse el 13 en Condeixa. Era su intento caminar por Coimbra, y detenerse en las fuertes posiciones de la derecha del Mondego. Pero los portugueses, dirigidos por el coronel Trant, habian roto los puentes, y preparando aquella ciudad para una viva defensa, recogiendo también dentro los habitantes de la orilla

izquierda, que la dejaron convertida en desierto. Adelantóse sobre Coimbra el general Mont-Brun, y el 12 hizo ya algunas tentativas de ataque y arrojó granadas. En vano intimó la rendición, y desengañado de poder entrar en la ciudad de rebato, advirtió de ello al general en jefe, creído, además, en que habian llegado refuerzos por mar desde Lisboa al Mondego.

No pudiendo Massena detenerse á forzar el paso del río, acosado de cerca, hallábase muy comprometido, no quedándole otra ruta sino la dificultad de Ponte da Murcella por Miranda do Corvo. Violó Wellington que á su contrario le estaba cerrado el camino de Coimbra, porque sus bagajes tiraban hacia Ponte da Murcella. En esta atención, hizo el general inglés marchar por su derecha, atravesando las montañas, una division bajo las órdenes de Picton; movimiento de aseo que forzó á los franceses á desamparar á Condeixa, y echarse una legua atrás, situándose en Casal Novo. Wellington entonces abrió inmediatamente su comunicación con la ciudad de Coimbra, y trató de arrojar á los franceses de su nueva posición.

Siendo ésta muy respetable por el frente, maniobró el inglés hacia los costados. Envió por el derecho al general Cole, que después debía dirigirse al Alentejo, y encargóle asegurar el paso del río Deuza y la ruta de Espinhal, en cuyas cercanías estaba ya desde el 10 el general Nightingale en observación de Reynier y Loison, los cuales, según diplomos, habian por allí seguido la retirada. Wellington, además, envió del mismo lado, pero cifrado al enemigo, al general Picton, y destacó por el costado izquierdo al general Erskine y la brigada portuguesa de Pack, al tiempo mismo que ordenó á las tropas ligeras que escaramuzasen por el frente, apoyadas en la division de Campbell. Quedó de reserva el resto del ejército anglo-portugués.

Parte del de los franceses se habia replegado ya, posesionándose del formidable paso de Miranda do Corvo y margenes del río Deuza. Aquí se juntó también á los suyos el general Mont-Brun, que, avanzando á Coimbra, se vió muy expuesto á que le envolviesen los ingleses cuando Massena desamparó á Condeixa. Los cuerpos sexto y octavo, que se mantenian en Casal Novo, abandonaron la posición en virtud de las maniobras del inglés por el flanco, y se incorporaron al mariscal en jefe, alojado en Miranda.

En el entretanto unióse en la tarde del 14 á Nightingale el general Cole, y dueños los ingleses de Espinhal, pasado el Deuza, podian forzar abandonarla la nueva posición que ocupaban los franceses en Miranda do Corvo, motivo por el que los últimos la evacuaron en aquella misma noche, y tomaron otra no ménos respetable sobre el río Leiras, dejando un cuerpo de vanguardia enfrente de la Foz d'Aronce. El 15 se trabó en este punto un perfido combate, que duró hasta después de anochecido: con la oscuridad y el tropel labo de los franceses muchos que se ahogaron al paso del Leiras. No obstante, Ney, que siempre cubria la retirada, consiguió salvar los heridos y los carros y bagajes que aun conservaban, estableciéndose sin tropiezo el general Massena detras del Alba. Dió Wellington descanso á sus tropas el 16, y situó el 17 sus puestos sobre la sierra de Murcella.

Puede decirse que se terminó aquí la primera parte de la retirada de los franceses comenzada desde Santarén. En toda ella marcharon los enemigos formados en masa sólida, cubiertos por uno ó

dos cuerpos de su ejército, que sacaron ventaja del terreno quebrado y áspero con que encontraban. Massena desplegó en la retirada profundos conocimientos del arte de la guerra, y Ney, á retaguardia, brilló siempre por su intrepidez y maestría.

Pero los destrozos que causaron sus huestes exceden á todo lo que puede delinear la pluma. Ya en las primeras estancias, ya en las de Santarén, ya en el camino que de vuelta recorrieron, no se ofrecía á la vista otra imagen sino la de la muerte y desolación. Los frutos, en el otoño, no fueron levantados ni recogidos, y de ellos, los que no consumió el hambriento soldado, podridos en los árboles ó caídos por el suelo, sirvieron de pasto á bandadas de pájaros y á enjambre de inmundos insectos que acudieron atraídos de tan sabroso y abundante cebo. La miseria del ejército francés llegó á su colmo; cada hombre, cada cuerpo robaba y pillaba por su cuenta, y formóse una gabilla de mercedarios que se apellidaron á sí mismos *décimo cuerpo de operaciones*: dispersarlos costó mucho al mariscal Massena. Pero no eran éstos, según acabamos de decir, los solos que causaban daño; la penuria, siendo aguda para todos, todos participaron de la indisciplina y la licencia, acordándose únicamente de que eran franceses cuando se trataba de lidiar y combatir al inglés. Algunos habitantes que se quedaron en sus casas ó tornaron á ellas confiados en halagüeñas promesas, martirizados á cada instante, unos perecieron del mal trato ó desfallecidos, otros prefirieron acogerse á los montes y vivir entre las fieras, ántes que al lado de seres más feroces que no aquéllas, aunque humanos. Hubo mansiones en cuyo corto espacio se descubrieron muertos hasta 30 niños y mujeres. Los lobos agolpábanse en manadas adonde, como aprisados, de monton y sin guarda yacían á centenares cadáveres de racionales y de brutos. Apurados los franceses y caminando de prisa, tenían con frecuencia que destruir sus propias acémilas y equipajes. En una sola ocasión toparon los ingleses con 500 burros desjarretados, en lánguida y dolorosa agonia, crueldad mayor mil veces que la de matarlos. Las villas de Torres-Novas, Thomar y Pernes, morada muchos meses de los jefes superiores, no por eso fueron más respetadas: ardieron en parte, y al retirarse entrágaronlas los enemigos al saco. También quemó el francés á Leiria, y el palacio del Obispo fue abrasado por órden de Drouet; y por otra especial del cuartel general cupo igual suerte al famoso monasterio cisterciense de Alcobaza, enterramiento de algunos reyes de Portugal, señaladamente de D. Pedro I y de su esposa doña Ines de Castro, cuyos sepulcros fueron profanados en busca de imaginados tesoros, y las reliquias esparcidas al viento; y cuéntase que aún se conservaba entero el cuerpo de doña Ines, desventurada beldad, que al cabo de siglos, ni en la huesa pudo lograr reposo. En seguida todos los pueblos del tránsito se vieron destruidos ó abrasados; el rastro del asolamiento indicaba la ruta del invasor, tan insano como si empuñara la espada del vándalo ó del huno. Y como éstos, por donde pasó corrúeit toda la tierra, para valernos (1) de una palabra significativa de que usó en semejante ocasión un escritor de la baja latinidad. Una vez suelto el soldado, sea ó no de nacion culta, guíale montañas instinto: aniquila, tala, arrasa sin necesidad

ni objeto; mas por desgracia, según decía Federico II, ésta es la guerra.

No faltó quien censurase en lord Wellington el no haber á lo menos en parte estorbado tales lastimias, creyendo que mientras permanecieron ambos ejércitos en las líneas y en Santarén, amagado el enemigo con movimientos ofensivos, se hubiera visto en la necesidad de reconcentrarse, no siendo árbitro de llevar hasta veinte ó treinta leguas, como solía, el azote de la destrucción. Otros han motejado que despues, en la retirada, no se hubiese el general inglés aprovechado bastante de las ventajas que le daba el número y buen estado de sus fuerzas, superiores en todo á las del enemigo, las cuales, menguadas con muchos enfermos y decaídas de ánimo, no tenían otros víveres que los que llevaba cada soldado en su mochila ó los escasos que podía hallar en pais tan devastado. Los desfiladeros y tropiezos naturales, añadían los mismos críticos, que embarazaban y retardaban la marcha de los franceses, especialmente en Redinha, Condeixa, Casal Novo y Miranda do Corvo, facilitaban atacar á los contrarios y vencerlos, y quizá se hubiera entónces anonadado sin gran riesgo un ejército que, dos meses adelante, ya rehecho, peleó con esfuerzo y á punto de equilibrar la victoria. Estríban tales reflexiones en fundamentos no destituidos de solidez.

Prosigamos nuestra narracion. Lord Wellington, á su llegada á Condeixa, luego que vió asegurado á Coimbra y que los franceses se retiraban precipitadamente, había vuelto los ojos á la Extremadura española, y el 13 de Marzo resolvió destacar, á las órdenes del mariscal Beresford, una brigada de caballería, artillería correspondiente, dos divisiones inglesas de infantería y una portuguesa de la misma arma con direccion á aquellas partes. Dicese si Wellington había pensado ejecutar ántes esta maniobra, y que le había detenido la dispersion de Mendizábal, acaecida en 19 de Febrero. Dudamos que así fuese. El verdadero motivo de la dilacion consistió en que Wellington no quería desasirse de fuerza alguna hasta que llegasen de Inglaterra las nuevas tropas que aguardaba. Contaba con ellas para fines de Enero, y manteniendo esta esperanza, había indicado que socorrería la Extremadura en Febrero. Frustróse aquélla y suspendió la ejecución de su plan, acelerando la mudanza, los que ignoraban la causa, al descalabro padecido, y no al retardar de los refuerzos, que no aportaron á Lisboa sino al principiar Marzo. Llegados que fueron, unieronse en breve al ejército, y lord Wellington, cierto ya de la marcha decidida y retrógrada de los franceses, juzgó que sin riesgo podía desprenderse de la expresada fuerza y contribuir con su presencia en Extremadura á operaciones más extensas y de combinacion más complicada.

Por consiguiente, en la sierra de Murcella, donde le dejamos el 17, estaba ya privado de aquellas tropas, si bien, por otra parte, engrandecido con las do refresco llegadas de Inglaterra, y que ascendían á cerca de 10,000 hombres.

Massena, asentado á la derecha del Alba, destruyó los puentes, pero no quedó en aquella orilla largo tiempo, porque continuando Wellington, según su costumbre, los movimientos por el flanco, obligó al mariscal francés á reunir el 18 casi todo su ejército en la sierra de Moita, que tambien evacuó éste en la misma noche. Desde allí no se detuvo ya Massena hasta Celérico, por cuyo camino recto iba lo principal de su ejército, yendo solo el segundo

(1) Ingens bellum et priore magis per Altham Rejon nostra latet, nec tota Europa. etiam dicitur quod videretur aliqui dicit, coram. In dicitur Altham se dicit coram. (Indicatio 2V-447. Marcellini Comiti Chronicon.)

cuerpo la vuelta de Gouvea para cruzar la sierra y pasar á Guarda.

Cogieron los ingleses, el 19, bastantes prisioneros, sobre todo de los jinetes que se habian desviado á forrajear, y persiguieron á Massena con la caballería y division ligera, al mando del general Erskine, que favorecian fuerzas enviadas á la derecha del Mondego, y las milicias portuguesas, que no cesaron de inquietar al frances por aquel lado. Hizo alto el resto del ejército para descansar de nuevo y aguardar que le llegasen viveres del Tajo, pues el pais vecino de poco ó nada proveia. El grueso de las tropas francesas, en vez de seguir de Celórico á Pinhel, temeroso de hallar ocupados aquellos desfiladeros, varió de ruta, y el 23 continuó la retirada yendo hácia Guarda. Aquel dia fué cuando el mariscal Ney se separó de su ejército y partió para España, mal avenido con Massena.

Los aliados al fin aparecieron reunidos el 26, en Celórico y sus inmediaciones, con intento de desalojar al enemigo de una posicion respetable que ocupaba sobre la ciudad de Guarda, y el 29 se movieron resueltos á atacarla. Pero los franceses recogiendo á Sabugal del Coa, mantuvieron en la orilla derecha nuevas estancias.

Colocóse Wellington en la margen opuesta, tratando el 3 de Abril de cruzar el rio. Para ello echó las milicias portuguesas á las órdenes de los jefes Trant y Juan Wilson, por más abajo de Almeida con trazas de querer cruzar por allí el Coa, al paso que intentaba verificarlo por el otro extremo del lado de Sabugal, en donde permanecia el 2.º cuerpo frances. Hubo aqui dicho dia un recio combate, dudoso algun tiempo, en el que los ingleses experimentaron bastante pérdida, pero logrando á lo último que los enemigos abandonasen sus puestos.

Pasó el 5 Massena la frontera de Portugal y pisó tierra de España despues de muchos meses de ausencia y de una campaña desgraciada, si bien gloriosa con relacion al talento y pericia militar que desplegó en ella. Pudiera tachársele de haber consentido desórdenes y de no haberse retirado á tiempo; mas lo primero se debió á la escasez del pais y á la penuria y afan que traen consigo las guerras nacionales, y lo segundo á la voluntad del Emperador, sordo á todo lo que fuese recejar en una empresa.

Wellington permaneciendo en los confines de Portugal, colocó lo principal de su ejército en ambas orillas del Coa, embió á Almeida, y puso una division ligera en Gallegos y Espéja.

Remató así la expedicion de Massena, en que vino á eclipsarse la estrella de aquel mariscal, conocido ántes bajo el nombre de «hijo mimado de la victoria.» Contada la gente con que entró en Portugal y los refuerzos que llegaron despues, puede asegurarse que ascendieron á 80.000 hombres los empleados en aquella campaña. Solos 45.000 salieron vivos, los demas perecieron de hambre, de enfermedad ó á manos de sus contrarios. Y sin la extremada prudencia de lord Wellington, y la destreza y celeridad del mariscal frances, quizá ninguno hollara de nuevo los linderos de España.

Entónces el general británico, persuadido de que Massena no intentaría por de pronto empresa alguna, pensó concordar mejor las operaciones de Extremadura con las del Coa, y dejando el mando interino del ejército aliado á sir Brent Spencer, se encaminó en persona hácia el Alentejo.

Las instrucciones que habia dado á Beresford se dirigian principalmente á que este general socorriese á Campomayor, cuya toma se ignoraba entón-

ces en los reales ingleses, y á que recobrase las plazas de Olivenza y Badajoz. La primera la habian ocupado ya los franceses, segun hemos visto, el 21 de Marzo, y Beresford, cruzando el Tajo, el 17, en Tancos y siguiendo por Crato y Portalegre, no se vista á Campomayor hasta el 25, en cuyo dia evacuaron los enemigos el recinto, del que se presentaron los aliados sin resistencia alguna. Beresford persiguió á los franceses en su retirada, embarrancado con un gran convoy que escoltaban 3 batallones de infantería y 900 caballos á las órdenes del general Latour-Maubourg. Los aliados atacándole le desbarataron, mas el ardor de los jinetes agloportugueses, llevándolos hasta Badajoz, les hizo experimentar cerca de los muros una pérdida considerable.

Debia Beresford, en seguida, echar un puente de barcas sobre el Guadiana, y pasar este rio por Jurema. Y cierto que á usar entónces de prestera, quizá de robato hubieran recobrado á Olivenza y Badajoz, escasas de viveres, abiertas todavia en brechas, y desprevenidos los franceses para un suceso repentino, como la llegada de una fuerza inglesa tan respetable. Pero Beresford anduvo esta vez algo remiso. Imprevistos obstáculos contrahieron tambien á impedir la celeridad de los movimientos. La tropa con las continuas marchas estaba fatigada y carecia de varios pertrechos esenciales. Necesitábase ademas construir el puente, y no abundaban en Yéves los materiales, y cuando el 3 de Abril estaba concluida ya la obra, una creciente sobrevenida en la noche inutilizó el puente, temiendo despues que cruzar el rio en balsas; penosa faena, empezada el 5 y no concluida hasta bien entrado el dia 8.

Por el mismo tiempo, D. Francisco Javier Castaños se habia encargado del mando del 5.º ejército, sucediendo á Romana, que mientras vivió le tuvo en propiedad, y al interino Mendizábal, desgraciado momentáneamente de resultados de la aciaga jornada del 19 de Febrero. Castaños habia ocupado á Albuquerque y Valencia de Alcántara, plazas igualmente desamparadas por los franceses, y distribuyendo las reliquias de su ejército en dos trozos bajo las órdenes de D. Pablo Morillo y D. Carlos España, poniendo la caballería al cargo del Conde de Peña Villenur. Evolucionó en seguida hácia la derecha del Guadiana en tanto que lo permitieron sus pocas fuerzas, y procuró granjearse la voluntad del general inglés, estableciendo entre ambos buena y amita correspondencia.

Los franceses, volviendo en breve del sobresalto que les causó el aparecimiento de Beresford, repararon con gran diligencia las plazas, las avituallaron y pusieronlas á cubierto de una sorpresa, capitaneando interinamente el 5.º cuerpo el general Latour-Maubourg, en lugar del mariscal Mortier, de regreso á Francia.

Beresford, despues de pasar el Guadiana, intimó el 9 de Abril la rendicion á Olivenza. No habiendo el Gobernador cedido á la propuesta, hubo que traer de Yéves cañones de grueso calibre, y artar en regla la plaza, quedando el general Cole encargado de proseguir el asedio, mientras que Beresford se apostó en la Albuera para cortar con Badajoz las comunicaciones del ejército enemigo, replegado en Llerena. Castaños, por la derecha del Guadiana, continuó favoreciendo las operaciones de los aliados con tropas destacadas hasta Almendralejo, y lo mismo Ballesteros del lado de Fregetal.

Abierta brecha, se rindió el 16 la plaza de Oli-

venza á merced del vencedor, y se cogieron prisioneros 370 hombres que la guarnecían. Luego construido ya en Jurumeña un puente de barcas, se reconcentró en Santa Marta, y pasó en seguida á Zafra todo el ejército inglés, resguardado siempre su izquierda por Castafios, cuya caballería á las órdenes del Conde de Penne Villepur avanzó á Llerena, retrocediendo, el 18, Latour-Maubourg á Guadalcanal.

En aquellos días llegó asimismo á Yelves lord Wellington, y el 22 hizo sobre Badajoz un reconocimiento. Era su anhelo recuperar la plaza en el término de diez y seis días, espacio de tiempo que, según su cálculo, tardara Soult en venir á socorrerla. Y en consecuencia, presentándole el comandante de ingenieros inglés el plan de acometer el fuerte de San Cristóbal, como único medio de alcanzar el objeto deseado, aprobó Wellington la propuesta. Pero como exigiese su presencia lo que se aparejaba en el Con, tornó á sus cuarteles y dejó encomendado á Beresford el acometimiento de Badajoz.

Al caer Wellington á Extremadura esperaba también obtener del gobierno español una señalada prueba de particular confianza. En Marzo, el ministro inglés, sir Enrique Wellesley, había pedido que se diese á su hermano el mando militar de las provincias aledañas de Portugal, para emplear así con utilidad los recursos que presentaban, y combinar acertadamente las operaciones de la guerra. Supo mal á la Regencia tan inesperada solicitud; mas deseosa de dar á su dictamen mayor fuerza, trató de sustentarlo con el de las Cortes. Al efecto en los primeros días de Abril pasó en cuerpo una noche con gran solemnidad al seno de aquellas, habiendo de antemano pedido que se celebrase una sesión extraordinaria. Indicaba asunto de importancia tan denudado modo de proceder, porque nunca se correspondían entre sí las Cortes y la potestad ejecutiva sino por medio de oficios ó de los secretarios del Despacho. Entró, pues, en el salón la Regencia, y refiriendo de palabra el señor Blake la pretensión de los ingleses, expuso varias razones para no acceder á ella, conceptuándola contraria á la independencia y honor nacional, y añadiendo que antes dejaba su puesto que consentir en tamaña humillación. Entonces los otros dos regentes, los señores Agar y Ciscar, poniéndose en pie, repitieron las mismas expresiones con tono firme y entero. Las Cortes, conmovidas, como lo serán siempre en un primer arrebató los grandes cuerpos populares al oír sentimientos nobles y elevados, aplaudieron la resolución de la Regencia y dieron entera aprobación. Dosmañó fué en los ingleses entablar pretensión semejante poco después de lo ocurrido en la Barrosa, suceso que había agriado muchos ánimos, y después igualmente de no haber socorrido á Badajoz, contra cuya omisión clamaron hasta sus más parciales. En los regentes, el bien nacia tanto interés y calor de patriotismo el más acendrado, no dejaron también de tener parte en ello otras causas; pues, á la verdad, ya que fuese justo, como pensamos, desechar la solicitud, debiera al ménos no haber aparecido la repulsa empeño apasionado. Pero los tres regentes, varones entendidos y purísimos, adolecieron en esta ocasión de humana fragilidad. Blake, irlandés de origen, y marino Agar y Ciscar, resantéronse, el uno de las preocupaciones de familia, los otros dos de las de la profesión.

Estuvo Wellington de vuelta en sus reales, ahora colocados en Villa-Formosa, el 28 de Abril. Tiempo

era que llegase Massena, al entrar en España, había dado descanso por algunos días á su ejército, y acantonado en las cercanías de Salamanca con destacamentos hasta Zamora y Toro. Dejó solo una división del 6.º cuerpo cerca de los muros de Ciudad-Rodrigo, y el 9.º en San Felices, en observación del ejército aliado. Cuidó también, desde luego, de acopiar víveres para abastecer á Almeida, esasa de ellos y estrechamente bloqueada por los ingleses.

Preparado ya un convoy en los campos fértiles de Castilla, y repuesto algun tanto el ejército francés, decidió Massena socorrer aquella plaza, y el 23 de Abril dió indicio de moverse. Tenía consigo el 2.º, 6.º y 8.º cuerpos, una parte del 9.º agregóse á estos, y disponíase la otra á marchar á Extremadura bajo las órdenes de su jefe el general Dronet, quien debía encargarse en dicha provincia del mando del 5.º cuerpo; pero la última fuerza, no habiendo todavía partido á su destino, asistió también á las operaciones que emprendió Massena en los primeros días de Mayo. Muchos soldados de todos estos cuerpos quedaron en los acantonamientos, imposibilitados para el servicio activo, y honaron sus huecos hasta cierto punto tropas apostadas en Castilla, entre las que se distinguía un hermoso cuerpo de artillería y caballería de la guardia imperial, fuerza que cedió á Massena el mariscal Bessières, á la cabeza ahora de lo que se llamaba ejército del Norte, y oprimía á Castilla la Vieja y las provincias Vascongadas. El total de hombres que de nuevo sahó á campaña con Massena ascendía á cerca de 40,000 infantes y á más de 5,000 caballos, todos ágiles, bien dispuestos, y olvidados ya de sus recientes y penosos trabajos.

A poco de unirse Wellington á su ejército, recogió y situóse entre el río Doctasas y el Turenos, extendiendo su gente por un espacio de cerca de dos leguas. La izquierda, compuesta de la quinta división, la colocó junto al fuerte de la Concepción; el centro, que guarnecía la sexta, mirando al pueblo de Almeida, y la derecha de Fuentes de Oñoro, en donde se alojaron la primera, tercera y séptima división. Por el mismo lado se encontraba la caballería, y á cierta distancia, en Navavel, D. Julian Sanchez, con su cuerpo franco. La brigada portuguesa, al mando de Pack, y un regimiento inglés bloqueaban á Alameda, Wellington presentaba en batalla de 32 á 34,000 peones, 1,500 jinetes y 43 cañones, inferior, por consiguiente, en fuerza á Massena, sobre todo en caballería.

No obstante eso y su acostumbrada prudencia, resolvió el general inglés arrostrar el peligro y trabar acción. Tanto le iba en impedir el socorro de Almeida. El 2 de Mayo todo el ejército francés empezó á moverse, y cruzó el Azava, ántes hinchado, retirándose las tropas ligeras inglesas, apostadas en Gallegos y Espoja. El Doctasas corre acanalado, y no es su ribera de fácil acceso. El pueblo de Fuentes de Oñoro está asentado en la hondonada á la izquierda del río, excepto una crinita y contadas casas que aparecen en una eminencia roqueña y escarpada. Los franceses, el 3, atacaron con impetuosidad dicho pueblo, y áun se apoderaron, después de una lid posada, de la parte baja, de donde, á su vez, los desalojaron los ingleses, forzándolos á repasar el río, ó más bien riachuelo, de Doctasas. En lo demás de la línea se escaramuzó recíprocamente, por lo que las tropas ligeras inglesas que se habían acogido á fuentes de Oñoro, unviolas Wellington á reforzar el centro.

Todavía no estaba el 3 en su campo el mariscal

Massena. Llegó el 4, y en su compañía Bessières, que regía los de la guardia imperial. Wellington, según lo ocurrido el 3 y otras maniobras del enemigo, sospechó que éste, para enseñorearse del sitio elevado que ocupaban en Fuentes de Oñoro las tropas inglesas, cruzaría el Doucasas en Pozovelho, y procuraría ganar una altura hacia Navavel, la cual domina toda la comarca: por tanto, con la mira Wellington de evitar tal contratiempo, movió por su derecha la séptima división, que se puso así en contacto con D. Julian Sanchez, prolongándose desde entonces media legua más la línea de los aliados, aunque, conforme á la máxima ya de nuestro gran capitán Gonzalo de Córdoba (2), «no hay cosa tan peligrosa como extender mucho la frente de la batalla.»

En la mañana del 5 se presentó, en efecto, el tercer cuerpo francés y toda la caballería del lado opuesto de Pozovelho, y el sexto, á las órdenes ahora de Loison, con lo que quedaba del noveno, se mened por su izquierda. Sin tardanza reforzó Wellington la séptima división, del mando de Houston, con las tropas ligeras á la orden de Crawford, las cuales habían vuelto del centro con la caballería gobernada por sir Stapleton Cotton. Hizo también que la primera y tercera división se corriesen á la derecha, siguiendo las alturas paralelas al Turones y Doucasas, en correspondencia á la maniobra ejecutada en la parte frontera por el sexto y noveno cuerpo de los franceses.

Embió luego el enemigo por Pozovelho, y arrojó de allí un trozo de la séptima división inglesa: fué apoderando sucesivamente de un bosque vecino, y entre la capesura de éste y Navavel, formó en un llano la caballería de Mont-Brun. Don Julian Sanchez, si bien con flacos medios, entretuvo á los jinetes enemigos, no cruzando el Turones hasta cosa de una hora después, y cedió entonces, no sólo por la superioridad de la fuerza que le cargaba, sino también enojado de que á un oficial suyo, que enviaba á pedir auxilio, le hubiesen matado los ingleses, tomándolo por un francés.

Durante algun tiempo recobró la división ligera inglesa el terreno perdido de Pozovelho; pero el general Mont-Brun, desembarazado de D. Julian Sanchez, empujó la derecha de la séptima división británica y la caballería de Cotton en tanto grado, que tuvieron que replegarse, aunque reprimieron la impetuosidad francesa con acertado fuego.

Llegado que se hubo á este trance, Wellington, decidido poco antes á mantener por medio de sus maniobras la comunicacion con la orilla izquierda del Coa, vía de Sabugal, al mismo tiempo que el bloqueo de Almeida, abandonó la primera parte de su plan y se concretó á la postrera. En ejecución de lo cual reconcentró en Fuentes de Oñoro, y ocupó con la séptima división un terreno elevado más allá del Turones, tratando de asegurar de este modo su flanco derecho y el camino que va al puente de Castellohom sobre el Coa.

Practicaron los ingleses la evolucion, aunque ardua, con felicidad y maña, y resultó de ella alojarse ahora su derecha en las alturas que median entre el Turones y Doucasas. Allí en Fresnoja se incorporó la infantería de D. Julian Sanchez al ejército británico, viniendo por un rodeo de Navavel, y á dicho jefe, con su caballería, envióle Wellington

á interceptar las comunicaciones del enemigo con Ciudad-Rodrigo.

Los más pensaban que Massena insistiría en cerrar con la derecha de los ingleses, y envolverla moviéndose hacia Castellohom. Pero en vez de ejecutar una maniobra, que parecia la más oportuna y estaba indicada, limitóse á cañonear por aquella parte, y á hacer amagos y algunas acometidas con la caballería sobre los puestos avanzados, fijando todo su anhelo en apoderarse de Fuentes de Oñoro y romper lo que ahora, en realidad, era centro de los ingleses.

Hasta la noche persistieron los franceses en este ataque refidísimo y con vária suerte. El sexto cuerpo y el noveno eran los acometedores, y Wellington, más tranquilo en cuanto á su derecha, refirió con las reservas de ella la primera y tercera división, que llevaron en el centro el principal peso de la pelea, portándose varios cuerpos portugueses con la mayor bizarría.

Lo recio del combate sólo duró por la derecha hasta las doce: en Fuentes de Oñoro continuo, como hemos dicho, todo el día, y cesó repentinamente los franceses el Doucasas, y quedándose los aliados en lo alto, sin que ni unos ni otros ocupasen el lugar situado en lo bajo.

Mientras que la accion andaba tan empeñada por la derecha y centro, el segundo cuerpo, del mando de Reynier, aparentó atacar el extremo de la línea izquierda de los aliados, que cubría sir Guillermo Erskine con la quinta división, defendiendo al mismo tiempo los pasos del rio Doucasas por el lado del fuerte de la Concepcion y el Aldea del Obispo. Reynier no se empujó en ninguna refriega importante al ver al inglés pronto á aceptarla. Tampoco ocurrió suceso notable delante de Almeida, en donde se apostaba la sexta división, que regía el general Campbell. El convoy que los franceses tenían preparado con destino á Almeida estuvo aguardando en Gallegos todo el día coyuntura favorable, que no se le presentó, para introducirse en la plaza.

La batalla, por tanto, de Fuentes de Oñoro puede mirarse como indecisa, respecto á que ambas partes conservaron, poco más ó menos, sus anteriores puestos, y que el pueblo situado en lo bajo, verdadero campo de pelea, no quedó ni por unos ni por otros. Sin embargo, las resultas fueron favorables á los aliados, imposibilitado el enemigo de conservar y de avituallar á Almeida, que era su principal objeto. El ejército anglo-portugués perdió 1.500 hombres, de ellos 300 prisioneros. El francés algunas más, por su porfía de querer ganar las alturas de Fuentes de Oñoro.

Temia Wellington que los enemigos renovasen al día siguiente el combate, y por eso empezó á levantar atrincheramientos que le abrigasen su posicion. Mas los franceses, permaneciendo tranquilos el 6 y el 7, se retiraron el 8 sin ser molestados. Cruzaron el 10 el Agueda, la mayor parte por Ciudad-Rodrigo; los de Reynier por Barba de Puerto.

Este día la guarnicion enemiga avanzó á Almeida. Era gobernador el general Brennier, oficial inteligente y brioso. No pudiendo Massena socorrer la plaza, mandó que la desamparase. Fué portador de la orden un soldado animoso y aturdido, de nombre Andres Tillet, que consiguió esquivar, aunque vestido con su propio uniforme, la vigilancia de los puestos ingleses. El Gobernador, á su salida, trató de arruinar las fortificaciones, y preparadas las convenientes minas, al reventar de ellas abalanzóse fuera con su gente, y burló á los contrarios,

(2) Tratado *De re militari*, por el capitán Diego de Salazar El autor, en el libro IV de sus *Disquisiciones*, pone esta máxima en boca del Gran Capitán, bajo cuyos ordenes sirvió, según dice él mismo, en Italia.

que le cerraban con dobles líneas. Se encaminó en seguida apresuradamente al Agüeda, con dirección á Barba de Puerto, en donde le ampararon las tropas del mando de Reynier, conteniendo á los ingleses que le acosaban.

La conducta en la jornada de Fuentes de Oñoro de los generales en jefe Wellington y Massena sorprendió á los entendidos y prácticos en el arte de la guerra. Tan circunspecto el primero al salir de Torres-Vedura; tan cauto en el perseguimiento de los contrarios; tan cuidadoso en evitar serios combates cuando todo le favorecía, olvidó ahora su prudencia y acostumbrada pausa, ahora, que su ejército estaba desmembrado con las fuerzas enviadas al Guadiana, y Massena engrosado y rebuelto, aventurándose á tratar batalla en una posición extendida y defectuosa, que tenía á las espaldas la plaza de Almeida, todavía en poder de los enemigos, y el Coa, de hondas riberas y de dificultoso tránsito para un ejército en caso de precipitosa retirada. Y ¿qué impidió al general inglés á desviarse de su anterior plan, seguido con tal constancia? El deseo, sin duda, de impedir el abastecimiento de Almeida. Motivo poderoso; pero ¿era comparable acaso con la empresa, mucho menos arriesgada, de desbaratar al enemigo y destruirle en su marcha? No sólo Almeida entónces, quizá también Ciudad-Rodrigo hubiera caído en manos de los aliados, y el aniquilamiento del ejército francés de Portugal hubiera influido ventajosamente hasta en las operaciones de Extremadura y de todo el mediodía de España.

Por su parte Massena mostrase no tan atinado como de costumbre, pues á haber proseguido vigorosamente, la ventaja alcanzada sobre la derecha inglesa, á la sazón que tuvo ésta que replegarse y variar de puesto, la victoria se hubiera verosimilmente declarado por el ejército francés, y los nuevos laureles, encubriendo los contratiempos pasados, quizá cambiaran la suerte entera de la guerra peninsular. Párese que varios generales, sabiendo que iban á ser reemplazados, obraron flojamente y desavenidos.

En efecto, Junot y Loison partieron en breve para Francia. Massena mismo cedió el mando el 11 de Mayo al mariscal Marmont, duque de Ragusa; y Drouot, con los 10 á 11.000 hombres que le restaban del noveno cuerpo, marchó la vuelta de las Andalucías y Extremadura.

El recién llegado mariscal acantonó su ejército en las orillas del Tormes, y sólo dejó una parte entre este río y el Agüeda, debiendo hacer mudanzas y arreglos en el orden y la distribución.

Acampó Wellington su gente desde el Coa al Ducasas; y el 16 del mismo Mayo volvió á partir con dos divisiones á Extremadura, porque Soult, asistido de bastante fuerza, se adelantaba otra vez caudano de aquella provincia.

Había desde el 4 de Mayo embestido Beresford la plaza de Badajoz por la izquierda del Guadiana con 5.000 hombres, reforzados por la primera división del quinto ejército español bajo el mando de D. Carlos de España. El 8 verificóse por la margen derecha, completando así el acordonamiento de la plaza, y desde aquella misma noche la trinchera por delante de San Cristóbal, punto señalado para el principal ataque. Como era el primer sitio que los ingleses emprendían en España, sus ingenieros no se mostraron muy prácticos; faltos también de muchas cosas necesarias.

Depusieron al propio tiempo los anglo-portugueses á obrar ofensivamente contra el ejército ene-

migo en la misma Extremadura, aguardando apoyo de parte de los españoles. No se miraba como de importancia el que podía dar por sí solo el general Castaños, y de consiguiente, se contaba con otras fuerzas.

Eran éstas las de Ballesteros, y una expedición que dió la vela de Cádiz el 16 de Abril. A su cabeza habíase puesto D. Joaquín Blake, presidente de la Regencia, para lo que obtuvo especial permiso de las Cortes, vedando el reglamento dado á la potestad ejecutiva el que mandase ninguno de sus individuos la fuerza armada. Blake tomó tierra el 18 en el condado de Niebla, y marchó por la sierra á Extremadura. Allí se unió con la división de don Francisco Ballesteros, hallándose todo el cuerpo expedicionario acantonado el 7 de Mayo en Fregenal y en Monasterio. Se componía de las divisiones tercera y cuarta del cuarto ejército, y de una vanguardia. Ésta la mandaba D. José de Larizábal; era la tercera división la de D. Francisco Ballesteros; capitaneaba la cuarta D. José de Zayas, y los jinetes D. Casimiro Lói. En todo 12.000 hombres, entre ellos 1.200 caballos, con 12 piezas. Ejercía la función de jefe de estado mayor D. Antonio Burriel, oficial sabio, y amigo particular de D. Joaquín Blake.

Cuando Wellington estuvo en Vélves, quiso ponerse de acuerdo con los generales españoles para las operaciones ulteriores; mas no pudiendo Castaños atravesar el Guadiana á causa de una avenida repentina, la misma que se llevó el puente de campaña establecido frente de Jurumeña, le envió Wellington una memoria comprensiva de los principales puntos en que deseaba convenirse, y eran los siguientes: 1.º, que Blake á su llegada se situaría en Jerez de los Caballeros, poniendo sobre su izquierda, en Burguillos, á Ballesteros; 2.º, que la caballería del quinto ejército se apostaría en Llerena para observar el camino de Guadalupe, y comunicar con el dicho Ballesteros por Zafra; 3.º, que Castaños se mantendría con su infantería en Mérida para apoyar sus jinetes, excepto la división de España, reservada al asedio de Badajoz, y 4.º, que el ejército británico se alojara en una segunda línea, debiendo, en caso de batalla, unirle todas las fuerzas en Albuera, como centro de los caminos que de Andalucía se dirigen á Badajoz.

En la Memoria indicó también Wellington que si se juntaban para presentar la batalla ~~diversos~~ cuerpos de los aliados, tomaría la dirección el general más autorizado por su antigüedad y graduación militar. Obsequio, en realidad, hecho á Castaños, á quien en tal caso correspondía el mando; pero obsequio que rehusó con lisonjera delicadeza, substituyendo á lo propuesto que gobernara en jefe, llegado el momento, el general que concurriese con mayores fuerzas; alteración que mereció la aprobación de todos. Asintieron los generales españoles en los demás puntos al plan trazado por el inglés.

Intaba Soult ir al socorro de Badajoz; mas á ~~esta~~ toma disposiciones que amparasen bastantemente las líneas de Cádiz y la Isla, en donde no dejaba de inquietar á los enemigos el Marqués de Coupigny, sucesor, según vimos, de La Peña. Fortificó también el mariscal francés más de lo que ya lo estaban las avenidas de Triana, y el monasterio cercano de la Cartuja para abrigar á Sevilla de una sorpresa; y hechas otras arreglos, partió de esta ciudad en 10 de Mayo. Llevaba consigo 30 cañones, 3.000 dragones, una división de infantería reforzada por un batallón de granaderos, perteneciente al cuerpo

que mandaba Víctor; y dos regimientos de caballería ligera, que lo eran del de Sebastiani. Llegó el 11 a Santa Olalla, y juntóse allí el general Marassin; al mismo tiempo una brigada del general Godinot, acuartelado en Córdoba, avanzaba por Constantina. Unióse el 13 á Soult el general Latour-Maubourg, que tomó el mando de la caballería pesada, encargándose del quinto cuerpo el general Giral. Los franceses contaban en todo unos 20.000 infantes y cerca de 5.000 caballos, con 40 cañones. Santaron el 14 en Villafranca su cuartel general.

No habían, entre tanto, los ingleses adelantado en el sitio de Badajoz. Philippen, gobernador francés, aventajábase demasía en saber y diligencia, para no contener fácilmente la inexplicencia de los ingenieros ingleses, e inutilizar los medios que contra él empleaban, insinuantes á la verdad. Al aproximarse Soult, mandó Beresford desecar la plaza, y en los días 13 y 14 empezó á darse cumplimiento á la orden, siendo del todo abandonado el sitio en la noche del 15, en que se alejó la cuarta división inglesa y la de D. Carlos de España, últimas tropas que habían quedado. Perdieron los aliados en tan infructuosa tentativa unos 700 hombres muertos y heridos.

Tuvieron el 14 vistas en Valverde de Leganés con el mariscal Beresford los generales españoles, y convinieron todas en presentar batalla á los franceses en las cercanías de la Albuera. En consecuencia expedieron órdenes para reunir allí brevemente todas las tropas del ejército combinado.

En la Albuera un lugar de corto vecindario, situado en el camino real que de Sevilla va á Badajoz, distante cuatro leguas de esta ciudad, y á la izquierda de un riachuelo que toma el mismo nombre, formado poco más arriba de la union del arroyo de Nogales con el de Chicapierna. Enfrente del pueblo hay un puente viejo, y otro nuevo al lado, paso preciso de la carretera. Por ambas orillas el terreno es llano y en general despejado, con suave declive á las riberas. En la de la derecha se divisa una delicia y carrascal llamado de la Natera, que entre hasta corta distancia el camino real, sobre todo la orilla rio arriba por donde el enemigo tentó su principal ataque. En la margen izquierda por la mayor parte no hay árboles ni arbustos, convirtiéndose más y más aquellos campos, que tuesta el sol, en aridos sequerales, especialmente yendo hacia Valverde. Aquí la tierra se eleva insensiblemente, y da el ser á unas lomas que se extienden detrás de la Albuera con vertientes á la otra parte, cuya faldita por allí lame el arroyo de Valde Sevilla. En las lomas se asentó el ejército aliado.

El expedicionario llegó tarde en la noche del 15, y se colocó á la derecha en dos líneas; en la primera, siguiendo el mismo orden, D. José de Larizabala y D. Francisco Ballesteros, que tocaba al camino de Valverde; y en la segunda, á doscientos pasos, don José de Zayas. La caballería se distribuyó igualmente en dos líneas, unida ya la del quinto ejército, bajo las órdenes del Conde de Penne Villemur, que mandó la totalidad de nuestros jinetes.

El ejército anglo-portugués continuaba en la misma alineación, aunque sencilla; su derecha en el camino de Valverde, dilatándose por la izquierda perpendicularmente á los españoles. El general Guillermo Stewart, con su segunda división, venía después de Ballesteros, y estaba situado entre dicho camino de Valverde y el de Badajoz; cerraba la izquierda de todo el ejército, combinando la división del general Hamilton, que era de portugués-

esa. Ocupaba el pueblo de la Albuera con las tropas ligeras el general Alten. La artillería también se situó en una línea sobre el camino de Valverde; los caballos portugueses junto á sus infantes al extremo de la izquierda, y los ingleses avanzados cerca del arroyo de Chicapierna, de donde se replegaron al atacar al enemigo. Los mandaba el general Lumley, que se puso á la cabeza de toda la caballería aliada.

Colocado ya así el ejército, llegó D. Francisco Javier Castaños con seis cañones y la división de infantería de D. Carlos de España, la cual se situó á ambos costados de la de Zayas, ascendiendo los recién venidos con los de Penne Villemur, todos del quinto ejército, á unos 3.000 hombres. También se incorporaron al mismo tiempo dos brigadas de la cuarta división británica, que regia el general Cole, y que formaron con una de las brigadas de Hamilton otra segunda línea detrás de los anglo-portugueses, los cuales hasta entonces carecían de este apoyo. La fuerza entera de los aliados rayaba en 21.000 hombres, más de 27.000 infantes y 3.000 caballos. Unos 15.000 eran españoles, los demás ingleses y portugueses, por lo que, siendo mayor el número de estos, encargóse del mando en jefe, conforme á lo convenido, el mariscal Beresford.

Alboreaba el día 16 de Mayo, y ya se escaramuzaban los jinetes. El tiempo anublado pronosticaba lluvia. A las ocho avanzaron por el flanco dos regimientos de dragones enemigos, que guiaba el general Briche, con una batería ligera, al paso que el general Godinot, seguido de infantería, daba principio á acometer el lugar de la Albuera por el puente. Los españoles empezaron entonces á cañonear desde sus puestos.

A la sazón los generales Castaños, Beresford y Blake, con sus estados mayores y otros jefes, almorzaban juntos en un ribozo cerca del pueblo, entre la primera y segunda línea, y observando el maniobrar del enemigo, opinaban los mas que acometería por el frente ó izquierda del ejército aliado. Entre los concurrentes hallábase el coronel D. Pertoldo Schepeler, distinguido oficial alemán que había venido á servir de voluntario por la justa causa de la libertad española; y creyendo por el contrario que los franceses embestirían el costado derecho, tenía fija su vista hacia aquella parte, cuando columbrando en medio del carrascal y matorrales de la otra orilla el relucir de las bayonetas, exclamó: «Por allí vienen.» Blake entonces le envió de explorador, y en pos de él á otros oficiales de estado mayor.

Cerciorados todos de que realmente era aquel el punto amenazado, necesitóse variar la formación de la derecha que ocupaban los españoles: mudanza difícil en presencia del enemigo, y más para tropas que, aunque muy bizarras, no estaban todavía bastante avezadas á evolucionar con la presteza y facilidad requeridas en semejantes aprietos.

No obstante, verificáronlo los nuestros atinadamente, pasando parte de las que estaban en segunda línea á cubrir el flanco derecho de la primera, desplegando en batalla y formando con la última martillo, ó sea un ángulo recto. Acercábase ya el terrible trance: los enemigos se adelantaban por el bosque; á su izquierda traían la caballería, mandada por Latour-Maubourg, en el centro la artillería, bajo el general Ruty, y á su derecha la infantería, compuesta de dos divisiones del quinto cuerpo, mandadas por el general Guard, y de una reserva, que lo era por el general Worlé. Cruzaron el Nogales y

el arroyo de Chicapierna, y entonces hicieron un movimiento de conversión sobre su derecha, para cubrir el flanco también derecho de los aliados, y áun abrazarle, cortando así los caminos de la sierra, de Olivenza y de Valverde, y procurando arrojar á los nuestros sobre el arroyo Valdesevilla y estrecharlos contra Badajoz y el Guadiana. Mientras que los enemigos comenzaban este ataque, que era, repetimos, el principal de su plan, continuaban el general Godinot y Briche amagando lo que se consideraba antes en la primera formacion centro ó izquierda del ejército combinado.

Trabóse, pues, por la derecha el combate formal. Empezó Zayas, le continuó Lardizábal, que había seguido el movimiento de aquel general, y empeñáronse al fin en la pelea todos los españoles, excepto dos batallones de Ballesteros, que quedaron haciendo frente al río de la Albuera; mas lo restante de la misma division favoreció la maniobra de Zayas, é hizo una arremetida sobresaliente por el diestro flanco de las columnas acometedoras, contentiéndolas y haciéndolas allí suspender el fuego. Los enemigos entonces, rechazados sobre sus reservas, insistieron muchas veces en su proposito, si bien en balde; pero al cabo, ayudados de la caballería mandada por Latour-Maubourg, se colocaron en la cuesta de las lomas que ocupaban los españoles.

Acorrió en ayuda de estos la division del general Stewart, ya en movimiento, y marchó á ponerse á la derecha de Zayas; siguióle la de Cole á lo lejos, y se dilató la caballería, al mando de Lumley, la vuelta del Valdesevilla para evitar la enclavadura de nuestra derecha en las columnas enemigas, siendo ahora la nueva posicion del ejército aliado perpendicular al frente en donde primero había formado. Aiten se mantuvo en el pueblo de la Albuera, y Hamilton, con los portugueses, aunque también avanzado, quedó en la línea precedente con destino á atacar las tentativas que hiciera contra el puente el general Godinot.

Por la derecha, prosiguiendo vivísimo el combate y adelantándose Stewart con la brigada de Colbourne, una de las de su division, retrocedían ya de nuevo los franceses, cuando sus húsares y los lanceros polacos, arremetiendo al inglés por la espalda, dispersaron la brigada insinuada, y cogiéndole cañones, 800 prisioneros y tres banderas. Ráfagas de un vendaval impetuoso y furiosos aguaceros, unidos al humo de las descargas, impedían discernir con claridad los objetos, y por eso pudieron los jinetes enemigos pasar por el flanco sin ser vistos, y embestir á retaguardia. Algunos polacos, llevados del triunfo, se embocaron por entre las dos líneas que formaban los aliados; y la segunda, inglesa, creyendo la primera ya rota, hizo fuego sobre ella y sobre el punto donde estaba Blake. Afortunadamente descubrióse luego el engaño.

En tan apurado instante sostúvose, sin embargo, firme un regimiento de los de la brigada de Colbourne, y dio lugar á que Stewart con la de Houghton volviera á renovar la acometida. Hizolo con el mayor esfuerzo; ayudóle, colocándose en línea, la artillería bajo el mayor Dixon, y también otra brigada de la misma division que se dirigió á la izquierda. Don José de Zayas, con los suyos, empeñóse segunda vez en la lucha, y lidió valerosamente la caballería, apostada á la derecha del flanco atacado, repunió al enemigo por el flanco, y se distinguió, sobre todo, y favoreció á Stewart en su desgracia, la del quinto ejército español, acudi-

llada por el Conde de Penne Villemur y su segundo D. Antolin Riquilon.

La contienda andaba brava, y el tiempo, habiendo escampado, permitía oír á las claras. De ningún lado se cesaba, y hacíase descargas á medio tiro de fusil: terrible era el estruendo y tumulto de las armas, estrepitosa la altanera vocería de los contrarios. Por toda la línea habíase trabado la accion; en el frente primitivo y en la puente de la Albuera también se combatía. Aiten aquí defendió el pueblo vigorosamente, y Hamilton, con los portugueses y los dos batallones españoles que dijimos habían quedado en la posicion primera, protegiéronla con distinguida honra.

Dudoso todavía el éxito, cargaron, en fin, al enemigo las dos brigadas de la division de Cole; la una, portuguesa, bajo el general Harvey, se movió por entre la caballería de Lumley y la derecha de las lomas, sobre cuya posesion principalmente se peleaba, y la otra, que conducía Myers, encaminóse adonde Stewart batallaba.

A poco Zayas, animado en vista de este movimiento, arremetió en columna cerrada, arma al brazo, y hallábase á diez pasos del enemigo á la sazón que flanqueado éste por portugueses de la brigada de Harvey, volvió la espalda, y arremolinándose sus soldados y cayendo unos sobre otros, en breve fugitivos todos, rodaron y se atropellaron la ladera abajo. Su caballería, numerosa y superior á la aliada, pudo sólo cubrir repliegue tan desordenado. Repasó el enemigo los arroyos, y situóse en las eminencias de la otra orilla, asestando su artillería para proteger, en union con los jinetes, sus deshechas y casi desbandadas huestes.

No los persiguieron más allá los aliados, cuya pérdida había sido considerable. La de solos los españoles ascendía á 1,365 hombres entre muertos y heridos; de éstos fué D. Carlos de España; de aquéllos el ayudante primero de estado mayor don Emeterio Velarde, que dijo al espirar: «Nada importa que yo muera, si hemos ganado la batalla.» Los portugueses perdieron 363 hombres; los ingleses 3 614 y 600 prisioneros, pues los otros se salvaron de las manos de los franceses en medio del bullicio y confusion de la derrota. Perecieron de los generales británicos Houghton y Myers; quedó herido Stewart, Cole y otros oficiales de graduacion.

Contaron los franceses de menos 8,000 hombres: murieron de ellos los generales Pepin y Werlé, y fueron heridos Gazan, Maransin y Bruyer. Sangrienta lid, aunque no fué de larga duracion.

El 19 ambos ejércitos se mantuvieron en línea en frente uno de otro; retiróse Soult por la noche, yendo tan despacio, que no llegó á Llerena hasta el 23. Los aliados dejáronle ir tranquilo. Sólo le siguió la caballería, que, mandada por Lumley, tuvo luego en Usagre un recio choque, en que fueron escarmentados los jinetes enemigos con pérdida de más de 200 hombres.

El Parlamento británico declaró y reconoció altamente el distinguido valor é intrepidez con que se había conducido el ejército español del mando de S. E. el general Blake en la batalla de la Albuera, aunque parece no había ejemplo de demostraciones semejantes en favor de tropas extranjeras. Las Cortes hicieron igual ó parecida declaracion respecto de los aliados, y además decretaron ser el ejército español benemérito de la patria, con orden de que finalizada la guerra se erigiese en la Albuera un monumento. Agracióse también con un grado á los oficiales más antiguos de cada clase.

Mereció tan gloriosa jornada honorífica conmemoración del estro sublime de lord Byron (3), expresando que en lo venidero sería el de la Albuera asunto digno de celebrarse en las jactancas y canciones populares.

El 19 llegó lord Wellington al Guadiana acompañado de las dos divisiones, con las que, según dijimos, había salido de sus cuarteles del Norte. Visitó el mismo día el campo de la Albuera, y ordenó al mariscal Beresford que no hiciese sino observar al enemigo y perseguirle cautelosamente. Fue luego enviado dicho mariscal á Lisboa con destino á organizar nuevas tropas. Hubo quien atribuyó la comisión á la sombra que causaban los recientes laureles; otros, al parecer mas bien informados, á disposiciones generales, y no á cosas ni mezquinas pasiones; debiéndose advertir que las dotes que adornaban á Beresford antes se acomodaban á organizar y disciplinar gente biseca, que á guiar un ejército en campaña. El general Hill, de vuelta en Portugal, recobrada ya la salud, volvió á tomar el mando de la segunda division británica, encomendada en su ausencia á Beresford, con las demás tropas anglo-portuguesas que por lo comun maniobraban á la izquierda del Tajo.

No viéndose Soult acosado, paróse en Llerena y Hamó hacia sí todas las tropas de las Andalucías que podían juntarse sin detrimento de los puntos fortificados y demás puestos que ocupaban. Se esmeró al propio tiempo en acopiar subsistencias, que no abundaban, y su escasez produjo disgusto y quejas en el campo, pues los naturales, desamparados en lo general sus casus, procuraban engañar al enemigo y desumbrarle para que no descubriese los granos, que, siendo en aquella tierra guardados en silos, ocultábanse facilmente al ojo lineal del soldado que iba á la peorea. Por la espalda incomodaban asimismo al ejército de Soult partidarios audaces que se interponían en el camino de Sevilla y cortaban la comunicacion, teniendo para aventarlos que batir la estrada, y destacar á varios puntos algunos cuerpos sueltos.

Dispuso Wellington que una gran parte del ejército aliado se acantonase en Zafra, Santa Marta, Feria, Almodovar y otros pueblos de los alrededores, con la caballería en Ribera y Villafranca de Barros. El 18 habia ya la division de Hamilton renovado, por la izquierda del Guadiana, el bloqueo de Badajoz, á cuya parte acudió tambien la nuestra, que antes marchaba D. Carlos de España, y ahora D. Pedro Agustin Giron, segundo de Castaños. Dúdase algun tiempo si se emprenderia entonces el sitio formal, no siendo dado apoderarse en breve de la plaza, y temible que en el entre tanto tornasen los franceses á socorrerla. No obstante, decidióse Wellington al asedio, y el 22 convino, despues de madura deliberacion con los ingenieros y otros jefes, en seguir el ataque resuelto para la anterior tentativa, si bien modificado en los pormenores.

De consiguiente, el 25 la séptima division británica, del mando de Houtson, embistió á Badajoz por la derecha del Guadiana, y el 27 la tercera reforzó la de Hamilton, colocada á la izquierda del

mismo rio. Empezóse el 29 á abrir la trinchera contra el fuerto de San Cristóbal, divirtiéndose al propio tiempo la atencion del enemigo con falsos acometimientos hácia Pardaleras. Del 30 al 31 comenzaron igualmente los sitiadores un ataque por el Mediodía contra el castillo antiguo.

Abierta brecha al Este en San Cristóbal, tentaron los ingleses, creyéndola practicable, asaltar el fuerto, y se aproximaron á su recinto, teniendo á la cabecera al teniente Forster. De cerca vió éste que se habian equivocado, pero hallándose ya él y los suyos en el foso y animados, quisieron en vano trepar á la brecha, repeliéndolos el enemigo con pérdida: entre los muertos contóse al mismo Forster.

En el castillo tampoco se habia apostillado mucho el muro á pesar de los escombros que se venian al pie. El 9 repitióse otro acometimiento contra San Cristóbal, si bien no con mayor fruto. Desde entonces convirtióse el sitio en bloqueo, con intencion de Wellington de levantarle del todo. No se comprende cómo se empezó siquiera tal asedio, careciendo allí los ingleses de zapadores, y desprovistos hasta de cestones y faginas.

Entonces fue cuando de resultas de una hoguera encendida por artilleros portugueses, acampados al raso no lejos de Badajoz en la margen izquierda del Guadiana, se prendió fuego á las heredades y chaparros vecinos, cundiendo la llama con violencia tan espantosa, que en el espacio de tres dias se arrió á Mérida, ciudad que se preservó de tan mala catástrofe por hallarse interpuesto aquel anchuroso rio. Duró el fuego quince dias, y devoró cascas, encinares, dehesas, las mieses ya casi maduras, todo cuanto encontró.

Reforzado Soult más y más, determinó ponerse en movimiento la vuelta de Badajoz, y abrió su marcha el 12 de Junio, juntándose por entonces el general Drouet, que se habia encaminado con los restos del 9.º cuerpo por Avila y Toledo sobre Cordoba, y de allí, torciendo á su derecha, habia venido á dar á Belalcázar y al campo de los suyos en Extremadura. Incorporáronse estas fuerzas con el 5.º cuerpo, que empezó desde luego á gobernar dicho Drouet. Tenia por mira Soult libertar á Badajoz; pero no osando, aunque muy engrosado, ejecutarlo por sí solo, quiso aguardar á que se le acercase Marmont, en marcha ya para el Guadiana.

Apénas habia tomado á su cargo este mariscal el ejército de Portugal, cuando le dió nueva forma, distribuyendo en seis divisiones sus tres anteriores cuerpos. Su conato, luego que abasteció á Ciudad-Rodrigo, se dirigió principalmente, segun las órdenes de Napoleon, á cooperar con Soult en Extremadura, habiendo acudido allí la mayor parte del ejército combinado. Cuatro divisiones del de Marmont partieron de Alba de Tórnes el 3 de Junio, y las otras dos habianse todavia quedado hácia el Agueda, atento el mariscal francés á explorar los movimientos de sir Brent Spencer, que mandaba en ausencia de Wellington las tropas del Con. Pero habiendo hecho Marmont un reconocimiento el 6, y persuadido de que el general inglés no le incomodaria, y que solo seguiria paralelamente el movimiento de las tropas francesas, salió en persona para Extremadura, acompañado del resto de su fuerza, con direccion al puerto de Bafios. Cruzó el Tajo en Almaraz, habiendo echado al intento un puente volante, y su ejército, puesto ya en la orilla izquierda, marchó en dos trozos, uno de ellos por Trujillo á Mérida, otro siguiendo á la izquierda sobre Medellín.

Cuando Wellington averiguó que Soult avan-

(3) *Oh Albuera, glorious field of strife!*
As I go down the river, past the dead,
I'll call to mind the many a dead
A river - how many a soul should leave red blood!
Peace to the just dead! May the Warrior's soul
And his comrades with the sword and sword!
The Albuera, how often the English land
The Albuera will be the scene of the English land
And when in the future days, the theme of the English land
Lord Byron, *Childe Harold's Pilgrimage*, canto 1, stanza 48.

zaba, apostóse en la Albuera para contenerle y empeñar batalla. Mas despues, noticioso de que Marmont estaba ya próximo á juntarse al otro mariscal, con razon no quiso continuar en una posicion en que tenía á la espalda á Badajoz y Guadiana, sobre todo debiendo habérselas con fuerzas tan considerables como las de los dos mariscales reunidos, y por tanto abandonó la Albuera, desercó á Badajoz, y repasando el Guadiana, se acogió el 17 á Yelves. Lo mismo hicieron los españoles vadando el río por Jurumés. Aproximáronse de consiguiente sin obstáculo Marmont y Soult, y se avistaron el 19 en el mismo Badajoz.

Habia sir Brent Spencer en el entretanto marchado á lo largo de la raya de Portugal, pasado el Tajo en Villavelha, y reunidose á Wellington en las alturas de Campomayor. Preparábase aquí el último á pelear, extendiéndose su ejército por los bosques delimitados de ambas orillas del Caya. Constaba en todo su fuerza de 60,000 hombres. Otros tantos tenían los enemigos, quienes haciendo el 22 reconocimientos por Yelves y Badajoz, se abstuvieron de comprometerse; no considerando fácil deshacer á los aliados, atados ventajosamente.

De éstos se había separado Blake el 18, seguido por el ejército expedicionario, la division de Ballesteros, la de Jiron y caballería de Penne Villemur, no bien avenido con la supremacia de Wellington, por lo que se ofreció á hacer una correría al condado de Niebla. Dio el General en jefe su aprobacion á la propuesta, y Blake caminando por dentro de Portugal, repasó el Guadiana en Mértola el 23. En el tránsito padecieron nuestras tropas muchas escaseces á causa de las marchas rapidas que hicieron; y desmandáronse muy reprehensiblemente los soldados de Ballesteros, molestando sobremanera y maltratando á los naturales.

Parecia que Blake llevaba la mira en su expedicion de ponerse sobre Sevilla, casi abandonada en aquel tiempo, y no defendiéndola sino escasas tropas francesas y unos pocos jurados españoles, gente en la que no confiaba el extranjero. Para que no se malograra tal empresa, conveniente era marchar aceleradamente, pues de otro modo, volviendo Soult pie atrás, presentábase á él en socorro de la ciudad. Pero Blake, sin motivo plausible, detúvose y resolvió antes apoderarse de Niebla, villa á la derecha del Tinto, rodeada de un muro viejo y de un castillo, cuyas paredes, en especial las de la torre del Homenaje, son de un espesor desusado. Cabrera de la comarca y en buen paraje para consolarla, habian los franceses fortalecido cuidadosamente, aprovechándose de sus antiguos reparos, entre los que se descubrieron (segun nos ha dicho el mismo Duque de Arceberg, principal promotor de aquellos trabajos) bastantes restos de la dominacion romana. Mandaba ahora allí el coronel Fritzherdt al frente de 600 suizos.

Encomendóse el ataque á la division de Zayas, y tuvo comienzo en la noche del 30 de Junio. Mas no habia cañones de batir, y las escalas, aunque añadidas y empalmadas, resultaron cortas, con lo que se desistió del intento; y sin conseguir cosa alguna en Niebla, perdió Blake la ocasion de hacer una correría á Sevilla, y acantonar entre los enemigos el desahogo y la tribulacion.

Tan sólo produjo su movimiento el buen efecto de alejar parte de la fuerza enemiga de los cerros de Badajoz; la cual viniendo sobre Blake al condado, lo obligó á retirarse el 2 de Julio, y repasar el Guadiana el 6 en Alcoutim, desde donde, medi-

tando el general español otra empresa á Levante, se dirigió á Villarreal de San Antonio y Ayamonte; reembarcándose el 10 con la fuerza expedicionaria y una parte de la division primitivamente al mando de D. Carlos de España. La de Ballesteros permaneció en el condado; y D. Pedro Agustin Jiron con algunos infantes, y el Conde de Penne Villemur asistido de la mayor parte de la caballería, se quedaron por las márgenes del Guadiana, acercándose á Extremadura.

En este tiempo los calores fueron excesivos y abrasadores, atribuyéndolo algunos á la presencia de un cometa resplandeciente que se dejó ver en la parte boreal de nuestro hemisferio durante muchos meses, y tuvo suspensa la atencion de la Europa entera. Percibíase en Cádiz por el día, y alumbraba de noche al modo de una luna la mas clara, acompañada de larga y ronzante cabellera. Tales apariciones aterraban á los pueblos de la antigüedad, siendo pocos los astrónomos y contados los filósofos (4) que conociesen en aquella era la verdadera naturaleza de estos cuerpos. En los siglos modernos la antorcha de la ciencia, empujada en este caso por el gran Newton y el ilustre Halley (5), ha difundido gran luz sobre las leyes que dirigen los movimientos y revoluciones de los cometas, y disipado en parte los vanos temores de la crédula y tenebrosa ignorancia.

Segun insinuamos, la correría de Blake al condado, aunque malograda, desvió de la Extremadura una porcion de las tropas francesas. Soult salió de Badajoz el 27 de Junio, y tornó á Sevilla, dirigiendo una division á las órdenes del general Canroix por Fregenal la vuelta de Niebla. Al retirarse avitualló de nuevo la plaza de Badajoz, y voló los muros de Olivenza, recinto que los ingleses habian abandonado cuando se pusieron detras del Guadiana. Quedó á la izquierda de estos el general Drouet con el 5.º cuerpo.

Guardó la derecha algunos dias el mariscal Marmont, cuyas espaldas eran á menudo molestadas por partidarios españoles. Quien más inquietó al enemigo hacia aquella parte fue D. Pablo Morillo á la cabeza de la segunda division del 5.º ejército, que en vez de manobrar unido con el cuerpo principal, campeó sola y destacada de acuerdo con el General en jefe. Sorprendió en Junio, Morillo en

(4) Es notable lo que acerca de los cometas dice Lucio Anneo Séneca, y el gran poeta griego, con que comienza el libro en *de cometis non cavendum. Non enim ex aliis partibus sublimemur, sed ex nobis ipsa opera naturae. Y después: Venit tempus quo vita, quae nunc vivit, in brevi dies exspectet el tempore aeterni quietis. Venit tempus, quo pariter nostri anni aeterni anni aeterni aeterni. (Le argumens f. 100) Seneca naturalium y de cometis. (Nota: Seneca naturalium, 6.º libro, libro 1.º, capítulo 1.º, y 2.º, capítulo 1.º, y 3.º, capítulo 1.º, y 4.º, capítulo 1.º, y 5.º, capítulo 1.º, y 6.º, capítulo 1.º, y 7.º, capítulo 1.º, y 8.º, capítulo 1.º, y 9.º, capítulo 1.º, y 10.º, capítulo 1.º, y 11.º, capítulo 1.º, y 12.º, capítulo 1.º, y 13.º, capítulo 1.º, y 14.º, capítulo 1.º, y 15.º, capítulo 1.º, y 16.º, capítulo 1.º, y 17.º, capítulo 1.º, y 18.º, capítulo 1.º, y 19.º, capítulo 1.º, y 20.º, capítulo 1.º, y 21.º, capítulo 1.º, y 22.º, capítulo 1.º, y 23.º, capítulo 1.º, y 24.º, capítulo 1.º, y 25.º, capítulo 1.º, y 26.º, capítulo 1.º, y 27.º, capítulo 1.º, y 28.º, capítulo 1.º, y 29.º, capítulo 1.º, y 30.º, capítulo 1.º, y 31.º, capítulo 1.º, y 32.º, capítulo 1.º, y 33.º, capítulo 1.º, y 34.º, capítulo 1.º, y 35.º, capítulo 1.º, y 36.º, capítulo 1.º, y 37.º, capítulo 1.º, y 38.º, capítulo 1.º, y 39.º, capítulo 1.º, y 40.º, capítulo 1.º, y 41.º, capítulo 1.º, y 42.º, capítulo 1.º, y 43.º, capítulo 1.º, y 44.º, capítulo 1.º, y 45.º, capítulo 1.º, y 46.º, capítulo 1.º, y 47.º, capítulo 1.º, y 48.º, capítulo 1.º, y 49.º, capítulo 1.º, y 50.º, capítulo 1.º, y 51.º, capítulo 1.º, y 52.º, capítulo 1.º, y 53.º, capítulo 1.º, y 54.º, capítulo 1.º, y 55.º, capítulo 1.º, y 56.º, capítulo 1.º, y 57.º, capítulo 1.º, y 58.º, capítulo 1.º, y 59.º, capítulo 1.º, y 60.º, capítulo 1.º, y 61.º, capítulo 1.º, y 62.º, capítulo 1.º, y 63.º, capítulo 1.º, y 64.º, capítulo 1.º, y 65.º, capítulo 1.º, y 66.º, capítulo 1.º, y 67.º, capítulo 1.º, y 68.º, capítulo 1.º, y 69.º, capítulo 1.º, y 70.º, capítulo 1.º, y 71.º, capítulo 1.º, y 72.º, capítulo 1.º, y 73.º, capítulo 1.º, y 74.º, capítulo 1.º, y 75.º, capítulo 1.º, y 76.º, capítulo 1.º, y 77.º, capítulo 1.º, y 78.º, capítulo 1.º, y 79.º, capítulo 1.º, y 80.º, capítulo 1.º, y 81.º, capítulo 1.º, y 82.º, capítulo 1.º, y 83.º, capítulo 1.º, y 84.º, capítulo 1.º, y 85.º, capítulo 1.º, y 86.º, capítulo 1.º, y 87.º, capítulo 1.º, y 88.º, capítulo 1.º, y 89.º, capítulo 1.º, y 90.º, capítulo 1.º, y 91.º, capítulo 1.º, y 92.º, capítulo 1.º, y 93.º, capítulo 1.º, y 94.º, capítulo 1.º, y 95.º, capítulo 1.º, y 96.º, capítulo 1.º, y 97.º, capítulo 1.º, y 98.º, capítulo 1.º, y 99.º, capítulo 1.º, y 100.º, capítulo 1.º, y 101.º, capítulo 1.º, y 102.º, capítulo 1.º, y 103.º, capítulo 1.º, y 104.º, capítulo 1.º, y 105.º, capítulo 1.º, y 106.º, capítulo 1.º, y 107.º, capítulo 1.º, y 108.º, capítulo 1.º, y 109.º, capítulo 1.º, y 110.º, capítulo 1.º, y 111.º, capítulo 1.º, y 112.º, capítulo 1.º, y 113.º, capítulo 1.º, y 114.º, capítulo 1.º, y 115.º, capítulo 1.º, y 116.º, capítulo 1.º, y 117.º, capítulo 1.º, y 118.º, capítulo 1.º, y 119.º, capítulo 1.º, y 120.º, capítulo 1.º, y 121.º, capítulo 1.º, y 122.º, capítulo 1.º, y 123.º, capítulo 1.º, y 124.º, capítulo 1.º, y 125.º, capítulo 1.º, y 126.º, capítulo 1.º, y 127.º, capítulo 1.º, y 128.º, capítulo 1.º, y 129.º, capítulo 1.º, y 130.º, capítulo 1.º, y 131.º, capítulo 1.º, y 132.º, capítulo 1.º, y 133.º, capítulo 1.º, y 134.º, capítulo 1.º, y 135.º, capítulo 1.º, y 136.º, capítulo 1.º, y 137.º, capítulo 1.º, y 138.º, capítulo 1.º, y 139.º, capítulo 1.º, y 140.º, capítulo 1.º, y 141.º, capítulo 1.º, y 142.º, capítulo 1.º, y 143.º, capítulo 1.º, y 144.º, capítulo 1.º, y 145.º, capítulo 1.º, y 146.º, capítulo 1.º, y 147.º, capítulo 1.º, y 148.º, capítulo 1.º, y 149.º, capítulo 1.º, y 150.º, capítulo 1.º, y 151.º, capítulo 1.º, y 152.º, capítulo 1.º, y 153.º, capítulo 1.º, y 154.º, capítulo 1.º, y 155.º, capítulo 1.º, y 156.º, capítulo 1.º, y 157.º, capítulo 1.º, y 158.º, capítulo 1.º, y 159.º, capítulo 1.º, y 160.º, capítulo 1.º, y 161.º, capítulo 1.º, y 162.º, capítulo 1.º, y 163.º, capítulo 1.º, y 164.º, capítulo 1.º, y 165.º, capítulo 1.º, y 166.º, capítulo 1.º, y 167.º, capítulo 1.º, y 168.º, capítulo 1.º, y 169.º, capítulo 1.º, y 170.º, capítulo 1.º, y 171.º, capítulo 1.º, y 172.º, capítulo 1.º, y 173.º, capítulo 1.º, y 174.º, capítulo 1.º, y 175.º, capítulo 1.º, y 176.º, capítulo 1.º, y 177.º, capítulo 1.º, y 178.º, capítulo 1.º, y 179.º, capítulo 1.º, y 180.º, capítulo 1.º, y 181.º, capítulo 1.º, y 182.º, capítulo 1.º, y 183.º, capítulo 1.º, y 184.º, capítulo 1.º, y 185.º, capítulo 1.º, y 186.º, capítulo 1.º, y 187.º, capítulo 1.º, y 188.º, capítulo 1.º, y 189.º, capítulo 1.º, y 190.º, capítulo 1.º, y 191.º, capítulo 1.º, y 192.º, capítulo 1.º, y 193.º, capítulo 1.º, y 194.º, capítulo 1.º, y 195.º, capítulo 1.º, y 196.º, capítulo 1.º, y 197.º, capítulo 1.º, y 198.º, capítulo 1.º, y 199.º, capítulo 1.º, y 200.º, capítulo 1.º, y 201.º, capítulo 1.º, y 202.º, capítulo 1.º, y 203.º, capítulo 1.º, y 204.º, capítulo 1.º, y 205.º, capítulo 1.º, y 206.º, capítulo 1.º, y 207.º, capítulo 1.º, y 208.º, capítulo 1.º, y 209.º, capítulo 1.º, y 210.º, capítulo 1.º, y 211.º, capítulo 1.º, y 212.º, capítulo 1.º, y 213.º, capítulo 1.º, y 214.º, capítulo 1.º, y 215.º, capítulo 1.º, y 216.º, capítulo 1.º, y 217.º, capítulo 1.º, y 218.º, capítulo 1.º, y 219.º, capítulo 1.º, y 220.º, capítulo 1.º, y 221.º, capítulo 1.º, y 222.º, capítulo 1.º, y 223.º, capítulo 1.º, y 224.º, capítulo 1.º, y 225.º, capítulo 1.º, y 226.º, capítulo 1.º, y 227.º, capítulo 1.º, y 228.º, capítulo 1.º, y 229.º, capítulo 1.º, y 230.º, capítulo 1.º, y 231.º, capítulo 1.º, y 232.º, capítulo 1.º, y 233.º, capítulo 1.º, y 234.º, capítulo 1.º, y 235.º, capítulo 1.º, y 236.º, capítulo 1.º, y 237.º, capítulo 1.º, y 238.º, capítulo 1.º, y 239.º, capítulo 1.º, y 240.º, capítulo 1.º, y 241.º, capítulo 1.º, y 242.º, capítulo 1.º, y 243.º, capítulo 1.º, y 244.º, capítulo 1.º, y 245.º, capítulo 1.º, y 246.º, capítulo 1.º, y 247.º, capítulo 1.º, y 248.º, capítulo 1.º, y 249.º, capítulo 1.º, y 250.º, capítulo 1.º, y 251.º, capítulo 1.º, y 252.º, capítulo 1.º, y 253.º, capítulo 1.º, y 254.º, capítulo 1.º, y 255.º, capítulo 1.º, y 256.º, capítulo 1.º, y 257.º, capítulo 1.º, y 258.º, capítulo 1.º, y 259.º, capítulo 1.º, y 260.º, capítulo 1.º, y 261.º, capítulo 1.º, y 262.º, capítulo 1.º, y 263.º, capítulo 1.º, y 264.º, capítulo 1.º, y 265.º, capítulo 1.º, y 266.º, capítulo 1.º, y 267.º, capítulo 1.º, y 268.º, capítulo 1.º, y 269.º, capítulo 1.º, y 270.º, capítulo 1.º, y 271.º, capítulo 1.º, y 272.º, capítulo 1.º, y 273.º, capítulo 1.º, y 274.º, capítulo 1.º, y 275.º, capítulo 1.º, y 276.º, capítulo 1.º, y 277.º, capítulo 1.º, y 278.º, capítulo 1.º, y 279.º, capítulo 1.º, y 280.º, capítulo 1.º, y 281.º, capítulo 1.º, y 282.º, capítulo 1.º, y 283.º, capítulo 1.º, y 284.º, capítulo 1.º, y 285.º, capítulo 1.º, y 286.º, capítulo 1.º, y 287.º, capítulo 1.º, y 288.º, capítulo 1.º, y 289.º, capítulo 1.º, y 290.º, capítulo 1.º, y 291.º, capítulo 1.º, y 292.º, capítulo 1.º, y 293.º, capítulo 1.º, y 294.º, capítulo 1.º, y 295.º, capítulo 1.º, y 296.º, capítulo 1.º, y 297.º, capítulo 1.º, y 298.º, capítulo 1.º, y 299.º, capítulo 1.º, y 300.º, capítulo 1.º, y 301.º, capítulo 1.º, y 302.º, capítulo 1.º, y 303.º, capítulo 1.º, y 304.º, capítulo 1.º, y 305.º, capítulo 1.º, y 306.º, capítulo 1.º, y 307.º, capítulo 1.º, y 308.º, capítulo 1.º, y 309.º, capítulo 1.º, y 310.º, capítulo 1.º, y 311.º, capítulo 1.º, y 312.º, capítulo 1.º, y 313.º, capítulo 1.º, y 314.º, capítulo 1.º, y 315.º, capítulo 1.º, y 316.º, capítulo 1.º, y 317.º, capítulo 1.º, y 318.º, capítulo 1.º, y 319.º, capítulo 1.º, y 320.º, capítulo 1.º, y 321.º, capítulo 1.º, y 322.º, capítulo 1.º, y 323.º, capítulo 1.º, y 324.º, capítulo 1.º, y 325.º, capítulo 1.º, y 326.º, capítulo 1.º, y 327.º, capítulo 1.º, y 328.º, capítulo 1.º, y 329.º, capítulo 1.º, y 330.º, capítulo 1.º, y 331.º, capítulo 1.º, y 332.º, capítulo 1.º, y 333.º, capítulo 1.º, y 334.º, capítulo 1.º, y 335.º, capítulo 1.º, y 336.º, capítulo 1.º, y 337.º, capítulo 1.º, y 338.º, capítulo 1.º, y 339.º, capítulo 1.º, y 340.º, capítulo 1.º, y 341.º, capítulo 1.º, y 342.º, capítulo 1.º, y 343.º, capítulo 1.º, y 344.º, capítulo 1.º, y 345.º, capítulo 1.º, y 346.º, capítulo 1.º, y 347.º, capítulo 1.º, y 348.º, capítulo 1.º, y 349.º, capítulo 1.º, y 350.º, capítulo 1.º, y 351.º, capítulo 1.º, y 352.º, capítulo 1.º, y 353.º, capítulo 1.º, y 354.º, capítulo 1.º, y 355.º, capítulo 1.º, y 356.º, capítulo 1.º, y 357.º, capítulo 1.º, y 358.º, capítulo 1.º, y 359.º, capítulo 1.º, y 360.º, capítulo 1.º, y 361.º, capítulo 1.º, y 362.º, capítulo 1.º, y 363.º, capítulo 1.º, y 364.º, capítulo 1.º, y 365.º, capítulo 1.º, y 366.º, capítulo 1.º, y 367.º, capítulo 1.º, y 368.º, capítulo 1.º, y 369.º, capítulo 1.º, y 370.º, capítulo 1.º, y 371.º, capítulo 1.º, y 372.º, capítulo 1.º, y 373.º, capítulo 1.º, y 374.º, capítulo 1.º, y 375.º, capítulo 1.º, y 376.º, capítulo 1.º, y 377.º, capítulo 1.º, y 378.º, capítulo 1.º, y 379.º, capítulo 1.º, y 380.º, capítulo 1.º, y 381.º, capítulo 1.º, y 382.º, capítulo 1.º, y 383.º, capítulo 1.º, y 384.º, capítulo 1.º, y 385.º, capítulo 1.º, y 386.º, capítulo 1.º, y 387.º, capítulo 1.º, y 388.º, capítulo 1.º, y 389.º, capítulo 1.º, y 390.º, capítulo 1.º, y 391.º, capítulo 1.º, y 392.º, capítulo 1.º, y 393.º, capítulo 1.º, y 394.º, capítulo 1.º, y 395.º, capítulo 1.º, y 396.º, capítulo 1.º, y 397.º, capítulo 1.º, y 398.º, capítulo 1.º, y 399.º, capítulo 1.º, y 400.º, capítulo 1.º, y 401.º, capítulo 1.º, y 402.º, capítulo 1.º, y 403.º, capítulo 1.º, y 404.º, capítulo 1.º, y 405.º, capítulo 1.º, y 406.º, capítulo 1.º, y 407.º, capítulo 1.º, y 408.º, capítulo 1.º, y 409.º, capítulo 1.º, y 410.º, capítulo 1.º, y 411.º, capítulo 1.º, y 412.º, capítulo 1.º, y 413.º, capítulo 1.º, y 414.º, capítulo 1.º, y 415.º, capítulo 1.º, y 416.º, capítulo 1.º, y 417.º, capítulo 1.º, y 418.º, capítulo 1.º, y 419.º, capítulo 1.º, y 420.º, capítulo 1.º, y 421.º, capítulo 1.º, y 422.º, capítulo 1.º, y 423.º, capítulo 1.º, y 424.º, capítulo 1.º, y 425.º, capítulo 1.º, y 426.º, capítulo 1.º, y 427.º, capítulo 1.º, y 428.º, capítulo 1.º, y 429.º, capítulo 1.º, y 430.º, capítulo 1.º, y 431.º, capítulo 1.º, y 432.º, capítulo 1.º, y 433.º, capítulo 1.º, y 434.º, capítulo 1.º, y 435.º, capítulo 1.º, y 436.º, capítulo 1.º, y 437.º, capítulo 1.º, y 438.º, capítulo 1.º, y 439.º, capítulo 1.º, y 440.º, capítulo 1.º, y 441.º, capítulo 1.º, y 442.º, capítulo 1.º, y 443.º, capítulo 1.º, y 444.º, capítulo 1.º, y 445.º, capítulo 1.º, y 446.º, capítulo 1.º, y 447.º, capítulo 1.º, y 448.º, capítulo 1.º, y 449.º, capítulo 1.º, y 450.º, capítulo 1.º, y 451.º, capítulo 1.º, y 452.º, capítulo 1.º, y 453.º, capítulo 1.º, y 454.º, capítulo 1.º, y 455.º, capítulo 1.º, y 456.º, capítulo 1.º, y 457.º, capítulo 1.º, y 458.º, capítulo 1.º, y 459.º, capítulo 1.º, y 460.º, capítulo 1.º, y 461.º, capítulo 1.º, y 462.º, capítulo 1.º, y 463.º, capítulo 1.º, y 464.º, capítulo 1.º, y 465.º, capítulo 1.º, y 466.º, capítulo 1.º, y 467.º, capítulo 1.º, y 468.º, capítulo 1.º, y 469.º, capítulo 1.º, y 470.º, capítulo 1.º, y 471.º, capítulo 1.º, y 472.º, capítulo 1.º, y 473.º, capítulo 1.º, y 474.º, capítulo 1.º, y 475.º, capítulo 1.º, y 476.º, capítulo 1.º, y 477.º, capítulo 1.º, y 478.º, capítulo 1.º, y 479.º, capítulo 1.º, y 480.º, capítulo 1.º, y 481.º, capítulo 1.º, y 482.º, capítulo 1.º, y 483.º, capítulo 1.º, y 484.º, capítulo 1.º, y 485.º, capítulo 1.º, y 486.º, capítulo 1.º, y 487.º, capítulo 1.º, y 488.º, capítulo 1.º, y 489.º, capítulo 1.º, y 490.º, capítulo 1.º, y 491.º, capítulo 1.º, y 492.º, capítulo 1.º, y 493.º, capítulo 1.º, y 494.º, capítulo 1.º, y 495.º, capítulo 1.º, y 496.º, capítulo 1.º, y 497.º, capítulo 1.º, y 498.º, capítulo 1.º, y 499.º, capítulo 1.º, y 500.º, capítulo 1.º, y 501.º, capítulo 1.º, y 502.º, capítulo 1.º, y 503.º, capítulo 1.º, y 504.º, capítulo 1.º, y 505.º, capítulo 1.º, y 506.º, capítulo 1.º, y 507.º, capítulo 1.º, y 508.º, capítulo 1.º, y 509.º, capítulo 1.º, y 510.º, capítulo 1.º, y 511.º, capítulo 1.º, y 512.º, capítulo 1.º, y 513.º, capítulo 1.º, y 514.º, capítulo 1.º, y 515.º, capítulo 1.º, y 516.º, capítulo 1.º, y 517.º, capítulo 1.º, y 518.º, capítulo 1.º, y 519.º, capítulo 1.º, y 520.º, capítulo 1.º, y 521.º, capítulo 1.º, y 522.º, capítulo 1.º, y 523.º, capítulo 1.º, y 524.º, capítulo 1.º, y 525.º, capítulo 1.º, y 526.º, capítulo 1.º, y 527.º, capítulo 1.º, y 528.º, capítulo 1.º, y 529.º, capítulo 1.º, y 530.º, capítulo 1.º, y 531.º, capítulo 1.º, y 532.º, capítulo 1.º, y 533.º, capítulo 1.º, y 534.º, capítulo 1.º, y 535.º, capítulo 1.º, y 536.º, capítulo 1.º, y 537.º, capítulo 1.º, y 538.º, capítulo 1.º, y 539.º, capítulo 1.º, y 540.º, capítulo 1.º, y 541.º, capítulo 1.º, y 542.º, capítulo 1.º, y 543.º, capítulo 1.º, y 544.º, capítulo 1.º, y 545.º, capítulo 1.º, y 546.º, capítulo 1.º, y 547.º, capítulo 1.º, y 548.º, capítulo 1.º, y 549.º, capítulo 1.º, y 550.º, capítulo 1.º, y 551.º, capítulo 1.º, y 552.º, capítulo 1.º, y 553.º, capítulo 1.º, y 554.º, capítulo 1.º, y 555.º, capítulo 1.º, y 556.º, capítulo 1.º, y 557.º, capítulo 1.º, y 558.º, capítulo 1.º, y 559.º, capítulo 1.º, y 560.º, capítulo 1.º, y 561.º, capítulo 1.º, y 562.º, capítulo 1.º, y 563.º, capítulo 1.º, y 564.º, capítulo 1.º, y 565.º, capítulo 1.º, y 566.º, capítulo 1.º, y 567.º, capítulo 1.º, y 568.º, capítulo 1.º, y 569.º, capítulo 1.º, y 570.º, capítulo 1.º, y 571.º, capítulo 1.º, y 572.º, capítulo 1.º, y 573.º, capítulo 1.º, y 574.º, capítulo 1.º, y 575.º, capítulo 1.º, y 576.º, capítulo 1.º, y 577.º, capítulo 1.º, y 578.º, capítulo 1.º, y 579.º, capítulo 1.º, y 580.º, capítulo 1.º, y 581.º, capítulo 1.º, y 582.º, capítulo 1.º, y 583.º, capítulo 1.º, y 584.º, capítulo 1.º, y 585.º, capítulo 1.º, y 586.º, capítulo 1.º, y 587.º, capítulo 1.º, y 588.º, capítulo 1.º, y 589.º, capítulo 1.º, y 590.º, capítulo 1.º, y 591.º, capítulo 1.º, y 592.º, capítulo 1.º, y 593.º, capítulo 1.º, y 594.º, capítulo 1.º, y 595.º, capítulo 1.º, y 596.º, capítulo 1.º, y 597.º, capítulo 1.º, y 598.º, capítulo 1.º, y 599.º, capítulo 1.º, y 600.º, capítulo 1.º, y 601.º, capítulo 1.º, y 602.º, capítulo 1.º, y 603.º, capítulo 1.º, y 604.º, capítulo 1.º, y 605.º, capítulo 1.º, y 606.º, capítulo 1.º, y 607.º, capítulo 1.º, y 608.º, capítulo 1.º, y 609.º, capítulo 1.º, y 610.º, capítulo 1.º, y 611.º, capítulo 1.º, y 612.º, capítulo 1.º, y 613.º, capítulo 1.º, y 614.º, capítulo 1.º, y 615.º, capítulo 1.º, y 616.º, capítulo 1.º, y 617.º, capítulo 1.º, y 618.º, capítulo 1.º, y 619.º, capítulo 1.º, y 620.º, capítulo 1.º, y 621.º, capítulo 1.º, y 622.º, capítulo 1.º, y 623.º, capítulo 1.º, y 624.º, capítulo 1.º, y 625.º, capítulo 1.º, y 626.º, capítulo 1.º, y 627.º, capítulo 1.º, y 628.º, capítulo 1.º, y 629.º, capítulo 1.º, y 630.º, capítulo 1.º, y 631.º, capítulo 1.º, y 632.º, capítulo 1.º, y 633.º, capítulo 1.º, y 634.º, capítulo 1.º, y 635.º, capítulo 1.º, y 636.º, capítulo 1.º, y 637.º, capítulo 1.º, y 638.º, capítulo 1.º, y 639.º, capítulo 1.º, y 640.º, capítulo 1.º, y 641.º, capítulo 1.º, y 642.º, capítulo 1.º, y 643.º, capítulo 1.º, y 644.º, capítulo 1.º, y 645.º, capítulo 1.º, y 646.º, capítulo 1.º, y 647.º, capítulo 1.º, y 648.º, capítulo 1.º, y 649.º, capítulo 1.º, y 650.º, capítulo 1.º, y 651.º, capítulo 1.º, y 652.º, capítulo 1.º, y 653.º, capítulo 1.º, y 654.º, capítulo 1.º, y 655.º, capítulo 1.º, y 656.º, capítulo 1.º, y 657.º, capítulo 1.º, y 658.º, capítulo 1.º, y 659.º, capítulo 1.º, y 660.º, capítulo 1.º, y 661.º, capítulo 1.º, y 662.º, capítulo 1.º, y 663.º, capítulo 1.º, y 664.º, capítulo 1.º, y 665.º, capítulo 1.º, y 666.º, capítulo 1.º, y 667.º, capítulo 1.º, y 668.º, capítulo 1.º, y 669.º, capítulo 1.º, y 670.º, capítulo 1.º, y 671.º, capítulo 1.º, y 672.º, capítulo 1.º, y 673.º, capítulo 1.º, y 674.º, capítulo 1.º, y 675.º, capítulo 1.º, y 676.º, capítulo 1.º, y 677.º, capítulo 1.º, y 678.º, capítulo 1.º, y 679.º, capítulo 1.º, y 680.º, capítulo 1.º, y 681.º, capítulo 1.º, y 682.º, capítulo 1.º, y 683.º, capítulo 1.º, y 684.º, capítulo 1.º, y 685.º, capítulo 1.º, y 686.º, capítulo 1.º, y 687.º, capítulo 1.º, y 688.º, capítulo 1.º, y 689.º, capítulo 1.º, y 690.º, capítulo 1.º, y 691.º, capítulo 1.º, y 692.º, capítulo 1.º, y 693.º, capítulo 1.º, y 694.º, capítulo 1.º, y 695.º, capítulo 1.º, y 696.º, capítulo 1.º, y 697.º, capítulo 1.º, y 698.º, capítulo 1.º, y 699.º, capítulo 1.º, y 700.º, capítulo 1.º, y 701.º, capítulo 1.º, y 702.º, capítulo 1.º, y 703.º, capítulo 1.º, y 704.º, capítulo 1.º, y 705.º, capítulo 1.º, y 706.º, capítulo 1.º, y 707.º, capítulo 1.º, y 708.º, capítulo 1.º, y 709.º, capítulo 1.º, y 710.º, capítulo 1.º, y 711.º, capítulo 1.º, y 712.º, capítulo 1.º, y 713.º, capítulo 1.º, y 714.º, capítulo 1.º, y 715.º, capítulo 1.º, y 716.º, capítulo 1.º, y 717.º, capítulo 1.º, y 718.º, capítulo 1.º, y 719.º, capítulo 1.º, y 720.º, capítulo 1.º, y 721.º, capítulo 1.º, y 722.º, capítulo 1.º, y 723.º, capítulo 1.º, y 724.º, capítulo 1.º, y 725.º, capítulo 1.º, y 726.º, capítulo 1.º, y 727.º, capítulo 1.º, y 728.º, capítulo 1.º, y 729.º, capítulo 1.º, y 730.º, capítulo 1.º, y 731.º, capítulo 1.º, y 732.º, capítulo 1.º, y 733.º, capítulo 1.º, y 734.º, capítulo 1.º, y 735.º, capítulo 1.º, y 736.º, capítulo 1.º, y 737.º, capítulo 1.º, y 738.º, capítulo 1.º, y 739.º, capítulo 1.º, y 740.º, capítulo 1.º, y 741.º, capítulo 1.º, y 742.º, capítulo 1.*

Belalázar al coronel Normant, mató 48 hombres y le dejó 111. Lo mismo hizo en Talarubias el 1.º de Julio, tomando al comandante 4 oficiales y 149 soldados. Acosado entonces por tres columnas enemigas, sorteo sus movimientos con bien entendidas, aunque penosas marchas y contramarchas, por lo intrincado de la Sierra-Morena. Envió salves al tercer ejército los prisioneros, que cruzaron sin tropiezo todo el país ocupado por los franceses, y defendiéndose contra los que le iban al alcance, revolió en seguida contra otros que se alojaban en Villanueva del Duque: escaramuzas el 22, y combatiéndose siempre, entró en Cáceres el 31 y se abrigó de los suyos después de una correría de dos meses, feliz y gloriosa.

Tales inquietudes, y otras no menos continuas, así como lo devastado del país, dificultaban al mariscal Marmont las provisiones, teniéndole que venir convenciéndolas hasta de Madrid, por fuertes recolectas, hostigadas siempre, á veces dispersas. Por tanto, fortificando los antiguos castillos de Medellín y Trujillo, apostó aquí la división del general Foy con gran parte de la caballería, y el 20 de Julio, repensando el mismo mariscal el Tajo, se colocó en rededor de Almaraz y Plasencia.

Wellington también cruzó aquel río via de Castillebranco, contramarchando al mismo són ambos ejércitos, y sólo dejó al general Hill en Arronches y Estremoz para cubrir el Alentejo. Don Francisco Javier Castaños con la fuerza entonces corta del 5.º ejército, se acuarteló en Valencia de Alcántara y sus cercanías, explorando la caballería bajo el mando de Penne Villenur las comarcas vecinas. Ibanse así tomando los respectivos ejércitos y cuerpos á los puntos desde donde habían partido, y de cuya inmediación y peculiar conservación estaban ántes como encargados.

Y vemos que en estos seis ó siete meses primeros del año de 1811 hubo desde Tarifa corriendo por el Mediodía y Ocaso hasta el Duero, plazas perdidas y tomadas, batallas ganadas, fieros tranques. Los aliados por una parte perdieron á Badajoz; pero por la otra recobraron á Almeida y libertaron el reino de Portugal, inclinándose de este modo á su favor la balanza de los sucesos. Cometieronse faltas, y no sólo las cometieron los españoles; cometieronlas también ingleses y franceses, pudiéndose inferir de nuestra relación cuánto pende de la fortuna la fama de los generales mas esclarecidos, absolviendo por lo común el mundo, si aquella es propicia, de enormes é indisculpables yerros.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Operaciones militares á los extremos de los ejércitos combinados anglo-espano-portugueses. — Ronda. — Murcia y Granada. — Paso Sebastiani á Francia. — Galicia y Asturias. — Evacuación de Asturias. — Acción de Castañeda. — Séptimo ejército. — Partida á su frente. — Partidas de este ejército. — Sorpresa de un convoy en Arlabau, por Mirra. — Ejército francés del norte de España. — Cataluña, Aragón y Valencia. — Batalla de Tortosa. — La toman los franceses. — Batalla que causa en Cataluña. — Sentencia contra el gobernador Alcañá. — Toman los franceses el castillo del Coll de Balaguer. — Presidencia de Suchet. — Vuelve á Aragón. — Alborotos en Tarragona. — El Marqués de Campo Verde nombra al general de la plaza. — Asoma Masdomech á Tarragona. — Se refugia. — Reencuentro con Sarriellides Penelola. — Nuevas alborotos en Tarragona. — Nueva evasión catalana. — Desastrosa fuga. — Providencia de Suchet en Aragón contra las partidas. — Facultad nuevas y mas amplias que Napoleon da á Suchet. — Vuelve con este motivo de Suchet á Madrid. — Fren Masdomech á Barcelona. — Quema de Maestros. — Presidencia de Campo Verde. — Movimientos de este general. — Tercera malograda contra Barcelona. — Sorpresa y toma de Figueras por los españoles. — Marcha á Figueras de Bases de Bases. — Quema á Olot y Castellón. — Estado crítico de los franceses. — Va también Campo Verde

á Figueras. — No consigue sino en parte socorrer al castillo. — Volontades de Suchet. — Medidas de precaución que toma en Aragón. — Resuelve á salir á Tarragona. — Principia el cerco. — Pasa Campo Verde á Tarragona. — Atacan y toman los franceses con dificultad el fuerte del Olivo. — Sala Campo Verde de la plaza, es enviada el mando de ella á D. Juan Benito de Conqueria. — Batalla defensiva de la española. — Tropas que llegan de Valencia. — Diversos de Bases y otros fuera de la plaza. — Toman los franceses el arrabal. — Quema contra Campo Verde. — Tercera malograda de este para socorrer la plaza. — Tropas inglesas que se presentan delante del puesto. — No desbaratan. — Otrera contra las degradadas. — Batalla de los franceses la ciudad. — La toman. — La evadon. — Otrera resistencia de los sitiados. — Mando de D. José González. — Horrible matanza. — Reducción. — Sorpresa y no de respuesta. — Ceremonia religiosa á que asiste Suchet. — Rompe Campo Verde el cerco el primer día. — Evacuación. — Suchet pasa á Barcelona. — Actos suyos en la plaza. — Suchet á Tarragona. — Desiste Campo Verde de combatir el peñalado. — Se embarcan los valencianos. — Envía á Campo Verde en el mando D. Luis Lacy. — Lacy y la junta del ejército. — Solos. Su buen ánimo. — Marcha almirante hacia el castillo. — Toma. — Suchet trata de atacar la montaña de Monserat. — Responde á mariscal de Francia. — Llega en Monserat. — Descripción de este punto. — Le mata y toma Suchet. — Matanza de matanza á Figueras. — Se rinde el castillo. — No por culpa de guerra en Cataluña. — Suchet pasa á Aragón. — Inquietud en el reino. — Valencia. Convoa Bascomart un congreso. — Se elige. — Don Carlos O'Donnell vuelve á Barcelona. — Operaciones militares del segundo ejército, sea de Valencia. — Solos. Marques del Palacio á O'Donnell. — Casulla la Nueva. — Guerra guerrillera. — El Empeñado. — Villacampa. — Ataque al puente de Añón. — Diversos movimientos y sucesos. — Ataque a guerrilleros. — Malos y cruesos tratamientos. — Mas partidarios. — Salta importantes de este género de guerra. — Batallas de la. — Desengaño que recibe. — Estado de su ejército y hacienda. — Diversiones que José promueve. — Hacia José de la. — Llega en su lenguaje á Napoleon. — Desengaño de José. — En via a la. — Nacimiento del Rey de Roma. — Vuelve José á Madrid. — Llega de grupos. — Providencias violentas del gobierno de José. — Toma José de componerse con el gobierno de Madrid. — Embarcos que envia. — Inutilidad de los pasos que estos dan.

A los opuestos y distantes extremos de los puntos en donde se ejecutaban las grandes y principales maniobras del ejército anglo-portugues y anglo-español, descubriábanse por un lado las montañas de Ronda y el tercer ejército, acantonado en la raya de Granada y Murcia, y por el otro Galicia y Asturias con el ahora llamado sexto ejército. En ambas partes pudiera haberse molestado mucho al enemigo, si se hubiese sacado ventaja de los medios que proporcionaba el país, señaladamente Galicia, y de la favorable oportunidad que ofrecía el agolparse de las huestes francesas hacia la raya de Portugal. Pero, por desgracia, céntronse sólo los esfuerzos á divertir la atención del enemigo, y á ponerle en la necesidad de emplear tropas que bastasen a observar y contener á las nuestras.

La serrería de Ronda, foco importante de insurrección, dividía, por decirlo así, el cuerpo francés sitiador de Cádiz, del de Sebastiani, alojado en Granada. Gobernaba aquellas montañas, como ántes, el general Valdenebro, presidente de la junta del partido; mas por lo común guiaban de cerca á los serranos caudillos naturales del país. Bajines de los Rios, con la primera división del cuarto ejército, apoyaba los movimientos de los habitantes y contribuía á mantener el fuego. Pelcábase sin cesar, y ni las fuerzas que los franceses conservaban siempre en la misma sierra, ni las columnas que á veces desataban de Sevilla, Granada ó sitio de Cádiz eran suficientes para reprimir la insurrección. El pelcábase dispersábase cuando le atacaban numerosas fuerzas, y reconcentrábase cuando éstas se disminuían, apellidando guerra por valles y hondonadas con instrumentos pastoriles, ó usando de otras señales, como de fogatas y cohetes. Inventaban los rondes mil ardides para hostigar á sus contrarios, y en Gaucin subieron cañones hasta en los riscos más escarpados. Las mujeres continuaron mostrándose no ménos atrevidas que los hombres, y en va-

no tentó el enemigo domar tal gente y tales brujas: desde principios de este año de 1811 hasta Agosto anduvo la lid impetuada, y entónces animóla, como veremos más adelante, la venida del general Ballesteros.

No son muy de referir los acontecimientos que ocurrieron por el mismo tiempo en el tercer ejército, que ántes componia parte del que llamaron del centro. Sucedió á Blake, cuando pasó á ser regente, el general Freire, quien, en Diciembre de 1810, tenía asentados sus reales en Lorca, y puesta su vanguardia en Albox, Huéscar y otros pueblos de los centornos. Franceses y españoles registraban á menudo el campo, y en Febrero de 1811 quisieron los primeros internarse en Murcia, como para hacer juego con los movimientos de Soult en Extremadura. Extendieronse hasta Lorca, ciudad que evacuó Freire, no llevando más allá Sebastiani sus incursiones, acometido de una consunción peligrosa.

Retirados los franceses, tomaron los nuestros á sus anteriores pucetos, y renovaron sus correrías y maniobras. Fue de las más notables la que practicaron el 21 de Marzo. Don José O'Donnell, jefe de estado mayor, dirigióse con una division volante sobre Huércal Overa, y destacó á Lubrin al Conde del Montijo, asistido de ocho compañías. Los enemigos allí alojados resistieron al Conde; mas retirándose á poco, camino de Ubeda, viéronse perseguidos y experimentaron una pérdida de 180 hombres con algunos prisioneros.

Menguando cada día más el cuerpo francés, tuvo el general Sebastiani que ordenar la reconcentraci6n de sus fuerzas cerca de Baza, aproximandolas por último á Guadix el 7 de Mayo. De resultas avanzó Freire, y colocó su vanguardia en la venta del Baul, destacando por su derecha, camino de Ubeda y Baza, á D. Ambrosio de la Cuadra, con una division y las guerrillas de la comarca.

Este movimiento, hecho con direccion á parajes por donde pudieran cortarse las comunicaciones de las Andalucías, alteró á los franceses, que acudieron aceleradamente de Jac6n, Andújar y otras guarniciones inmediatas para contener á Cuadra y atacarlo. Trábase el primer reencuentro el 15 de Mayo en la misma ciudad de Ubeda. Tres veces acometieron los enemigos, y tres veces fueron rechazados, obligándolos á huir la caballería española, que trató de cogelos por la espalda. Los franceses perdieron mucha gente, sirviéndoles de poco un regimiento de juramentados, que á los primeros tiros se dispersó. Aligió sobremanera á los nuestros la muerte del comandante del regimiento de Burgos, don Francisco Gómez de Barreda, oficial distinguido y de mucho esfuerzo.

También el 24 intentaron los enemigos desalojar á los españoles de la venta del Baul, mandados estos por D. José Antonio Sanz. Cargó intrepidamente el francés; mas no pudo conseguir su objeto, impidiéndoselo un barranco que habia de por medio y el acertado fuego de nuestra artillería, que manejaba D. Vicente Chamiz6. Se limitó, de consiguiente, la refriega á un vivo cañoneo, que terminó por retirarse los franceses á Guadix y á la cuesta de Diezma.

A poco pensó igualmente Freire en distraer por su izquierda al enemigo, y á este propósito envió la vuelta de las Alpujarras, con dos regimientos, al Conde del Montijo. En tan fragorosa montea causó este algun descalabro á la guarnición de Granada, y aproximándose á la ciudad, llegó hasta el sitio conocido bajo el nombre del *Suero del Moro*.

Estrechado Sebastiani, hubo ocasion en que pensó abandonar á Granada, cuyas avenidas fortificó, no menos que el célebre palacio morisco de la Alhambra. Alivióle en situacion tan penosa la llegada de Drouot á las Andalucías, habiendo entónces sido reforzado el cuarto cuerpo, socorro con el que pudo ésto respirar más desahogadamente.

Pero Sebastiani, al finar Junio, pasó á Francia, ya por lo quebrantado de su salud, ó ya más bien por las quejas del mariscal Soult, ansioso de regir sin obstáculo ni embarazo las Andalucías. El primero, durante su mando, no dejó de esmerarse en conservar las antigüedades arabigas de Granada, y en hermosear algo la ciudad; mas no compensaron, ni con mucho, tales bienes los otros daños que causó, las derramas exorbitantes que impuso, los actos crueles que cometió. Tuvo Sebastiani por sucesor al general Laval.

En Galicia y Asturias, el otro punto extremo de los dos en que ahora nos ocupamos, no anduvo en un principio la guerra mejor concertada que en Granada y Murcia. Don Nicolás Mahy conservó el mando hasta entrado el año de 1811, y ocupóse, más que en la organizacion de su ejército, en disputas y reyertas provinciales. El bondadoso y recto natural de aquel jefe le inclinaba á la suavidad y justicia; pero desviábanle á veces malos consejos ó particulares afectos puestos en quien no lo merecía.

El ejército gallego permanecía casi siempre sobre el Bierzo y otros puntos del reino de Leon, y fué de alguna importancia la sorpresa que en 22 de Enero hizo D. Ram6n Romay acometiendo á la Baza, en donde cogió á los enemigos varios prisioneros, efectos y caudales. De este modo prosiguió por aquí la guerra durante los primeros meses del año.

En Asturias mandaba D. Francisco Javier Losada; pero subordinado siempre á Mahy, general en jefe de las fuerzas del principado, como lo era de las de Galicia. Tan pronto en aquella provincia se adelantaban los nuestros, tan pronto se retiraban, ocupando las orillas del Nalon, del Narcea ó del Navia, segun los movimientos del enemigo. Los choques eran diarios, ya con el ejército, ya con partidas que revoloteaban por los diversos puntos del principado. El más notable acaeció el 19 de Marzo de este año de 1811 en el Pueblo, distante una legua de Cangas de Tineo, yendo camino de Oviedo, lugar situado en la cima de unos montes, cuyas faldas por ambos lados lamen dos diferentes ríos. Losada se colocó en lo alto, que forma como una especie de cuba, y aguardó á los contrarios, que le atacaron á las órdenes del general Ballesteaux. Nuestra fuerza consistía en unos 6.000 hombres, inferior la de los franceses. Estaban con el general Losada don Pedro de la Barceña y D. Juan Díaz Porlier, sirviendo éste de reserva con la caballería, y aquél con los asturianos de vanguardia. Tirósele algun tiempo, hasta que, herido Barceña en el tal6n, entró en los nuestros un temor pánico, que causó completa dispersion. Losada y el mismo Barceña, aunque desfilados, hicieron inútiles esfuerzos para contener al soldado, y solo salvó á los fugitivos y á los generales la serenidad de Porlier y sus jinetes, que hicieron frente y reprunieron á los enemigos.

Tal contratiempo probaba más y más la necesidad en que se estaba de refundir todas aquellas fuerzas y darles otra organizacion, introduciendo la disciplina, que andaba muy decayda. En la primavera de este año empez6 á poner en obra tan urgente providencia. El mando del sexto ejército se habia

confiado á Castaños, al mismo tiempo que conservaba el del quinto; acumulacion de cargos más aparente que verdadera, y que sólo tenía por objeto la unidad en los planes caso de una campaña general y combinada con los anglo-portugueses. Y así, quien en realidad gobernó, aunque con el título de segundo de Castaños, fue D. José María de Santocildes, sucesor de Mahy, teniendo por jefe de estado mayor á D. Juan Moscoso. Ambas elecciones parecieron con razón muy acertadas: Santocildes había sido acreditado en el sitio de Astorga, logrando después escaparse de manos de los enemigos, y á Moscoso ya le hemos visto brillar entre los oficiales distinguidos del ejército de la izquierda. Se notaron luego los buenos efectos de estos nombramientos. En el país agradaron á punto que se esmeraron todos en favorecer los intentos de dichos jefes, y hubo quien ofreció donativos de consideracion.

Distribuyóse el ejército en nuevas divisiones y brigadas, y se mejoró su estado visiblemente, siguiéndose en el arreglo mejor orden y severa disciplina. La primera division, al mando del general Losada, quedó en Asturias; la segunda, al de Taboada, se apostó en las gargantas de Galicia camino del Viento, y la tercera, bajo D. Francisco Cabrera, en la Puebla de Sanabria. Permaneció una reserva en Lugo, punto céntrico de las otras posiciones. En principios de Junio marchó á Castilla todo el ejército, excepto la division de Losada, que se enderezó á Oviedo. Esta manobra, ejecutada á tiempo que el mariscal Marmont había partido para Extremadura, produjo excelentes resultados. Los enemigos por un lado evacuaron el principado de Asturias, saliendo de su capital el 14 de Junio, en donde se restablecieron inmediatamente las autoridades legítimas. Por el otro destruyeron el 19 las fortificaciones de Astorga, y se retiraron á Benavente, entrando el 22 en aquella ciudad el general Santocildes, en medio de los mayores aplausos, como teatro que había sido de sus primeras glorias.

Colocóse el ejército español á la derecha del Orbigo, en donde se le juntó una de las brigadas de la division que se alojaba en Asturias. Bonnet, después que abandonó esta provincia, quedóse en Leon, vigilándole en sus movimientos los españoles. Limitáronse al principio unas y otras tropas á tiroteos, hasta que en la mañana del 23 el general Vallotau, partiendo del Orbigo, atacó á la una del día á don Francisco Taboada, situado hacia Cogordas en unas lomas á la derecha del río Tuelto. Sostúvose el general español no menos que cuatro horas, en cuyo tiempo acudiendo en su auxilio la brigada asturiana á las órdenes de D. Federico Castañon, tomó éste á los enemigos por el flanco y los deshizo completamente. Perció el general Vallotau y considerable gente suya; cogimos bastantes prisioneros, entre ellos 11 oficiales, y se vió lo mucho que en poco tiempo se había adelantado en la formacion y arreglo de las tropas.

Tampoco se descuidó el de las guerrillas del distrito, habiéndose facultado al coronel D. Pablo Mier para que compusiese con ellas una legion llamada de Castilla. Muchas se unieron, y otras por lo menos obraron de acuerdo y mas concertadamente.

Al entrar Julio hizo Santocildes un reconocimiento general sobre el Orbigo; y rechazando al enemigo, mostraron cada vez más los soldados del sexto ejército en progreso en el uso de las armas y en las evoluciones. Así se fue reuniendo una fuerza que con la de Asturias rayaba en 16.000 hombres, lle-

vando visos de aumentarse si los mismos caudillos proseguían á la cabeza.

Ibáse á dar la mano con este ejército el séptimo, que comenzaba á formarse en la Liebana, habiendo sentado en Pótes su cuartel general D. Juan Diaz Porlier, segundo en el mando. Estaba elegido primer jefe D. Gabriel de Mendizábal, quien retardó su viaje con lo acaecido en el Gevoira el 19 de febrero: desventura que le obligó, para rehabilitarse en el concepto público, á pelear en la Albuera voluntariamente como soldado raso en los puestos más arriesgados. Porlier, en consecuencia, se halló solo al frente del nuevo ejército, cuyo núcleo le componían el cuerpo franco de dicho caudillo y las fuerzas de Cantabria, engrosadas con quintos y partidas que sucesivamente se agregaban. Renováseles fué enviado hacia Bilbao para animar á las partidas y enregimentar batallones sueltos: tocó hasta en la Rioja, y contribuyó á sembrar zozobra é inquietud entre los enemigos.

Quisieron éstos apoderarse del principal depósito del séptimo ejército, y acometieron á Pótes en fines de Mayo. Los nuestros habían, por fortuna, puesto al abrigo de una sorpresa sus acampas, y con eso desvanecieron las esperanzas del general Bogue, que, asistido de 2.000 hombres, entró en aquella villa, temiéndola en breve que desamparara, á causa de la vuelta repentina de D. Juan Diaz Porlier, que había reunido toda su tropa, antes segregada.

Los invasores, por tanto, no disfrutaban aquí de mayor respiro que en las demás partes; causándoles el séptimo naciente ejército y las guerrillas que en el distrito lidiaban irreparables daños. Comprendiáse en éste las de Campillo, Longa, el Pastor, Tapia, Merino y la del mismo Mina, aunque con especial permiso el último de obrar con independencia. Comprendiáse tambien las otras de menor nombre que corrían las montañas de Santander, ambas márgenes del Ebro hasta los confines de Navarra, y carretera real de Burgos. No entraba en cuenta la de D. José Durán, si bien en Soria, pues por su proximidad á Aragon se agregó, con la de Amor, como las demás de aquel reino, al segundo ejército, ó sea de Valencia. No pudiendo el francés exterminar contrarios tan porfiados y molestos, trató de espantarlos haciendo la guerra, al comenzar este año de 1811, con mayor ferocidad que antes, y ahorcando y fusilando á cuantos partidarios cogía.

Y éstos, no hallando ya para ellos puerto alguno de salvacion, en vez de ceder, redoblaron sus esfuerzos, anegando, por decirlo así, con su gente todos los caminos. Los mariscales, generales, y casi todos los pasajeros, siendo enemigos, veíanse á cada paso asaltados con gran menoscabo de sus intereses y riesgo de sus personas. Entre los casos de esta clase más señalados entónces (todos no es posible relatarlos), sobresale el de Arlaban: que así llamaban á un puerto situado entre los lindes de Alava y Guipúzcoa, por donde corre la calzada que va á Iruia.

Don Francisco Espoz y Mina, sabedor de que el mariscal Masséna caminaba á Francia juntamente con un convoy, ideó sorprenderle; y marchando á las calladas y de noche por desfiladeros y sendas extraviadas, remaneció el 25 de Mayo sobre el mencionado puerto. Casualmente Masséna, á gran dicha suya, retardó salir de Vitoria; mas no el convoy, que prosiguió sin detencion su ruta. Las seis de la mañana serian cuando Mina, emboscado con su gente, se puso en cuidadoso acecho. Consta el convoy de 150 coches y carros, y lo escoltaban

1.200 infantes y caballos, encargados tambien de la custodia de 1.042 prisioneros ingleses y españoles. Dejó Mina pasar la tropa que hacia de vanguardia, y atacando á los que venian detras, trabóse la refuaga, y duró hasta las tres, hora en que cesó, cayendo en poder de los españoles persona y efectos. Más de 800 hombres perdieron los franceses, 40 oficiales, cogiendo el mismo Mina al coronel Lafitte. Parte del caudal y las joyas se reservaron para la caja militar; lo demas lo repartieron los vencedores entre sí. Se permitió á las mujeres continuar su camino á Francia; y trató bien Mina á los prisioneros, á pesar de recientes crueldades ejercidas contra los suyos por el enemigo. Se calculó el botín en once cuatro millones de reales. Poderoso incentivo para acrecentar las partidas!

Conociendo Napoleon cuánto retardaba tal linaje de pelea la unision de España, habia ya pensado desde principios de 1811 en dar nuevo impulso á la persecucion de los guerrilleros, poniendo en una sola mano la direccion suprema de muchos de los gobiernos en que habia dividido la costa cantabrica, y las orillas del Ebro y Duero. Así por decreto de 15 de Enero formó el ejército llamado del Norte, de que ya hemos hecho mención, y cuyo mando encomendó al mariscal Bessières, duque de Istria. Extendíase á la Navarra, las tres provincias Vascongadas, parte de las de Castilla la Vieja, Asturias y reino de Leon, y llegó á constar dicho ejército de más de 70.000 hombres. Nada, sin embargo, consiguió el emperador frances, pues Bessières no dispuso en manera alguna el caos que producía guerra tan aturbonada, y para los enemigos tan afanosa; volviéndose á Francia en Julio, con deseo de lidiar en campos de mas gloria, ya que no de menos peligros. Tuvo por sucesor en el mando al conde Dorsenne.

Muy atras nos queda Cataluña, y con ella Aragón y Valencia; provincias cuyos acontecimientos caminaban hasta cierto punto unidos, y á las que hacian guerra los cuerpos de Suchet y Maedonald, obrando de concierto para sujetarlas. Cuando en esta parte suspendimos nuestra narracion, formalizaba Suchet el sitio de Tortosa, y se cautelaba para que no lo inquietasen las tropas y guerrillas de las provincias aledañas, ayudándole Maedonald, colocado en paraje propio á reprimir los movimientos hostiles del ejército de Cataluña, que á la sazón regia D. Miguel Lanza. Reduplicó Suchet sus combates al fincer del año de 1810; y el bloqueo de aquella plaza, comenzado en Julio, y todavía no completado, convirtiéndose el 15 de Diciembre en perfecto acordonamiento.

Asientase Tortosa, á la izquierda del Ebro, en el resaca de un elevado monte, á cuatro leguas del Mediterráneo. Su poblacion de 11 á 12.000 habitantes. Las fortificaciones irregulares, de orden inferior, construidas en diversos tiempos, siguen en el torno que toman los altos y caidas por la desigualdad del terreno. Al Sudeste ó izquierda siempre del río, se levantan los baluartes de San Pedro y San Juan, con una cortina no terraplenada, que cubre la media luna del Temple. El recinto se eleva despues en paraje requete, amparado de otros tres baluartes, por donde embistió la plaza el Duque de Orleans en la guerra de sucesion, y desde cuyo tiempo, considerado este punto como el más débil, se le eurobusteció con un fuerte avanzado, que todavía llevaba el nombre de aquel principe. Pasados dichos tres baluartes, precipitase la muralla antigua por una barranquera abajo, aproximándose en se-

guida al castillo, situado en un peñasco escarpado y unido con el Ebro por medio de un frente sencillo. Otro recinto, que parte del último de los tres indicando baluartes, se extiende por defuera, y abrazando dentro de sí al castillo, júntese luego cerca del río con el muro más interno. Defienden los aproches de todo este frente tres obras exteriores; llaman á la mas lejana las Trazas, sita en un alto ensoñador de la campaña, comunican la ciudad con la derecha del Ebro, aquí muy profundo, por un puente de barcas, cubierto á su cabeza con buena y acomodada fortificacion. Entre el río y una cordillera, que se divide á Poniente, distase vasta y deliciosa vega, poblada ántes del sitio de muchas caserías y arbolada de olivares, moreras y algarrobos, que regaban más de 6.000 norias. Parte de tanta frondosidad y riqueza tallos, y se perdió para despegar los alrededores de la plaza en favor de su mejor defensa. Se hallan por el mismo lado el arrabal de Jernu y las Roquetas. Desde mediados de Julio gobernaba á Tortosa el Conde de Alaba, que en señaló el año de 1808 en la retirada de Tudela. Era en segundo D. Isidoro de Uriarte, coronel de Soría. Constaba la guarnicion de 7.179 hombres, y el vecindario, en su conducta, no desmereció al principio de la que mostraron otras ciudades de España en sus respectivos sitios.

Para cercar del todo la ántes semibloqueada plaza, habia Suchet ordenado el 14 de Diciembre que el general Abbé quedase en las Roquetas, derecha del río; y que Habert, que ántes mandaba en esta paraje, pasase á la izquierda y ocupase las alturas inmediatas á la plaza, arrojando de allí á los españoles, lo cual acaeció el 15, despues de haber los nuestros defendido la posicion con tenacidad. Los enemigos echaron puentes volantes río arriba y río abajo de Tortosa, con objeto de facilitar la comunicacion de ambas orillas.

Resolvieron tambien los mismos verificar su principal ataque por el baluarte, ó mas bien semibaluarte de San Pedro, teniendo para ello primero que apoderarse de las eminencias situadas delante del fuerte de Orleans, las cuales cublaban el terreno bajo. En su cima habia Uriarte empezado á trazar un reducto, obra que Alaba, mal aconsejado, decidió no se llevase á cumplido efecto. Los franceses, por tanto, se ensoñaron fácilmente de aquellas cumbres, y abrieron el 19 la trinchera contra el fuerte de Orleans, ataque auxiliador del ya indicado como principal.

Dieron tambien comienzo á este último en la noche del 20, y para no ser sentidos, favoreciéron el tiempo ventoso y de borrasca. Rompieron la trinchera partiendo del río, y prolongáronla hasta el pie de las alturas fronterizas al fuerte de Orleans, distando sólo de la plaza la primera paralela 85 toesas. El general Regnaud dirigia los trabajos de los ingenieros enemigos; mandaba su artillería el general Valée.

A la propia sazón reforzó á Suchet una division del ejército frances de Cataluña á las órdenes del general Fito, en la que se incluía la brigada napolitana del mando de Palombini. Envio Maedonald este socorro el 19 en ocasion que, escaso de viveres y temeroso de alegarse demasiado, volvia atras de una corteja que habia emprendido hasta Perelló. Colocó Suchet la division recién llegada en el camino de Amposta.

Iba éste adelante en los trabajos del asedio, y ponía su conto en el ataque del baluarte de San Pedro, que era, segun hemos dicho, el más principal,

sin descuidar el de su derecha, aunque falso, contra el frente de Orleans, como tampoco otro de la misma naturaleza que empezó á su izquierda, á la otra parte del río, destinado á encerrar á los sitiados en sus obras.

En los días 23 y 24 hicieron los últimos algunas salidas; mas el 25 terminó el enemigo la segunda paralela, lejana sólo por el lado siniestro 33 toesas del baluarte de San Pedro, distante por el otro del recinto unas 50, recogida allí en curva á causa de los fuegos dominantes del fuerte de Orleans. Hicieron, de resultas, los españoles la noche del 25 al 26 dos salidas, una á las once y otra á la una. En vela los enemigos, rechazaron á los nuestros, si bien después de haber recibido algún daño.

No abatidos por eso los cerados, repitieron nueva tentativa en la noche del 26 al 27, en la que igualmente fueron repelidos, situándose entonces los franceses en la plaza de armas del camino cubierto, enfrente del baluarte de San Pedro. Sembrados reencuentros y los fuegos de la plaza retardaban algo los trabajos del sitiador, y le mataban mucha gente con no pocos oficiales distinguidos.

Firmes todavía los españoles, efectuaron nueva salida en la tarde del 28, de mayor importancia que las anteriores. Para ello desembocaron unos por la puerta del Rastro, para atacar la derecha de los enemigos, y otros se encaminaron rectamente al centro de la trinchera, protegiendo el movimiento los fuegos de la plaza y los del fuerte de Orleans; acometieron con intrepidez, desalojaron á los franceses de la plaza de armas, que habían ocupado, y los acorralaron contra la segunda paralela. Parte de las obras fueron arruinadas, y por ambos lados se derramó mucha sangre. Al cabo se retiraron los nuestros, acudiendo gran golpe de contrarios, pero conservaron hasta la noche inmediata la plaza de armas, recobrada á la salida.

Puede decirse que este fué el último y más señalado esfuerzo que hicieron los cerados. En lo sucesivo se procedió flojamente. Alacha, herido ya desde antes en un muslo y aquejado de la gota, mostró gran flaqueza; y aunque es cierto que había entregado el mando á su segundo, hablábale sólo entregado á medias, con lo que se empeoró más bien que favoreció la defensa, desmandando á veces uno lo que otro ordenaba, é inutilizándose así cualesquiera disposiciones. La población, con tal ejemplo, amilanóse también y no coadyuvó poco al caimiento de ánimo de algunos soldados y á la confusión: manejos secretos del enemigo tuvieron en ello parte, como asimismo personas de condición dudosa que rodeaban al abatido Alacha.

Construidas entre tanto y acabadas las baterías enemigas, rompieron el fuego al amanecer del 29. Diez en número, tres de ellas dirigieron sus tiros contra el fuerte de Orleans y las obras de la plaza colocadas detrás, cuatro contra la ciudad y baluarte de San Pedro, las tres restantes, á la derecha del río, apoyaban este ataque, y batían además el puente y toda la ribera.

En breve los fuegos del baluarte de San Pedro, los de la media luna del Temple, y los de casi todo aquel frente fueron acallados, y se abrió brecha en la cortina. Ya anteriormente se hallaban las obras en mal estado, y sólo el estremecimiento de la propia artillería hundía ó resquebrajaba los parapetos. La caída de las bombas produjo en el vecindario contribución grande, aumentada por el descuido que había habido en tomar medidas de precaución. En balde se esforzaron varios oficiales en reparar

parte del estrago, y en ofrecer al sitiador nuevos obstáculos.

Quedaron el 31 apagados del todo los fuegos del frente atacado, ocuparon los franceses, á la derecha del río, la cabeza del puente, abandonada por los españoles, añadieron nuevas baterías, y haciéndose cada vez más practicable la brecha de la cortina, junto al flanco del baluarte de San Pedro, acercábanse al parecer el momento del asalto.

Mal dispuestos se hallaban en la plaza para rechazarle, los vecinos consternados, el soldado casi sin guía: Alacha, metido en el castillo, no resolvía cosa alguna, mas lo empujaban todo. Uriarte, viéndose falto de arriño en el mayor apuro, y hombre de no grande expediente, juntó á los jefes para que decidiesen en tan estrecho caso. Los mas opinaron por pedir una tregua de veinte días, y por entregarse al cabo de ellos, si en el intervalo no se recibía auxilio. Disimulado modo de votar en favor de la rendición, pues claro era que no convendría el frances en clausula tan extraña. Otros, si bien los menos, querían que se defendiese la brecha.

Prevaleció, como era natural, y no más honroso, el parecer de la mayoría, al que daba gran peso el desaliento de los vecinos, de tanto influjo en esta clase de guerra. Por consiguiente el 1.º de Enero enarboló el castillo, constante albergue de Alacha, bandera blanca, y advirtió este á Uriarte que enviaba al coronel de ingenieros Veyan al campo enemigo á proponer la tregua que se deseaba. Saló, en efecto, el último con el encargo, y recibió de Suchet la consiguiente repulsa. Sin embargo, el general frances envió al mismo tiempo dentro de la plaza al oficial superior Saint-Cyr Nueques, facultado para estipular una capitulación más apropiada á sus miras.

Abocóse primero el parlamento con Uriarte, quien insistió en la anterior propuesta. Lo mismo hizo luego Alacha, añadiendo las siguientes palabras: «El deseo de que no se vertiese más sangre del vecindario me había inclinado á la tregua: no concedida ésta, nos defenderémos.» Pero replicándole el frances a que conocía el estado de la plaza, y que la resistencia no sería larga, cambió Alacha inmediatamente de parecer, y propuso venir á partido con tal que se diese por libre á la guarnición. Veleidad incomprensible y digna del mayor vituperio. Rehusó Saint-Cyr entrar en ningún acomodamiento de aquella clase, cierto de que en breve pisaría el ejército frances el suelo de Tortosa. Varios esforzados jefes allí presentes quedaron yertos y atónitos al ver la mudanza repentina del Gobernador; y se sospecha que desde entonces allegados de éste pactaron la entrega de la plaza en secreto, medrosos del soldado, que se mostraba asombradizo y caído.

Los franceses, sin omitir las malas artes, continuaron con ahinco en sus trabajos para asegurar de todos modos su triunfo, y establecieron en la noche del 1.º al 2 de Enero una nueva batería, distante sólo diez toesas de una de las caras del baluarte de San Pedro. En siete horas de tiempo abrieron con los nuevos fuegos dos brechas, sin contar la aportillada primeramente en la cortina; y por último, todo se apercibía para dar el asalto.

Uriarte en aquel aprieto, y no tomadas de antemano medidas que bastasen á repeler al enemigo, quiso que la ciudad capitulase, y que guardasen los españoles los principales fuertes. Propuesta que parecería singular si no la explicase hasta cierto punto el deseo que por una parte tenían los soldados de

defenderse, y el descaecimiento que por la otra se había apoderado de los más de los vecinos.

No era tampoco menor el de Alacha, que sordo ya á toda advertencia, participó á Uriarte su final resolución de capitular así por los fuertes como por la plaza.

Aparecieron tremoladas en consecuencia tres banderas blancas, que despreció el enemigo, continuando en su fuego. Provenia tal conducta de no querer tratar el frances ántes de que se le entregase en prenda el fuerte llamado Bonete, temiendo algun inesperado arranque de la irritación del soldado español.

A todo se avenia Alacha, y creciendo en él la zozobra, avisó al general enemigo que relajados los vínculos de la disciplina, le era imposible concluir estipulación alguna si no le socorria. ¡Oh mengua! Aguijado Suchet con la noticia, y cada vez más receloso de que se prolongase la defensa por algun súbito acontecimiento, resolvió poner cuanto ántes término al negocio. Y para ello, corriendo en persona á la ciudad, acompañado sólo de oficiales y generales del estado mayor, y de una compañía de granaderos, avanzó al castillo, y anunciando á los primeros puestos la conclusion de las hostilidades, se presentó al Gobernador. Paso que se pudiera creer temerario, si no hubiera asegurado su éxito anterior inteligencia. Trémulo Alacha, serenóse con la presencia del general enemigo, que miraba como á su libertador. Eterno baldon, que disculparon algunos con la edad y los ataques del Conde, condenando todos á varios de los que le rodeaban, en cuyos pechos parecia abrigarse bastardía alevosa.

Urgia, sin embargo, á los franceses ajustar la capitulación. Los soldados españoles, aun los del castillo, intentaban defenderse, y necesitó emplear tono muy firme el general enemigo, y abreviar la llegada de sus tropas para huir de un contratiempo. Hizo en seguida tambien él mismo escribir aceleradamente un convenio, que se firmó, sirviendo de mesa una curoña. No apresuró ménos el que desfilase la guarnición con los honores correspondientes, y entregase las armas, debiendo, conforme á lo estipulado, quedar prisionera de guerra. Ascendia todavía el número de soldados españoles á 3.974 hombres: los demas habían perecido durante el sitio; de los franceses sólo resultaron fuera de combate unos 500.

Embravecidos la opinion en Cataluña con la rendición de Tortosa y con lo descominado y flojo de su defensa. Un consejo de guerra condenó en Tarragona al Conde de Alacha á ser degollado, y el 24 de Enero, ausente el rey, se ejecutó la sentencia en estatua. A la vuelta á España, en 1814, del rey Fernando, se abrió otra vez la causa, dió el Conde sus descargos, y le absolvió el nuevo tribunal, no la fama.

En este ejemplo se nota cuanto daña al hombre público carecer de voluntad propia y firme. Alacha en la retirada de Tudela había recogido gloriosos laureles, que ahora se marchitaron. Pero entónces escuchó la voz de oficiales expertos y honrados, y no tuvo en la actualidad igual dicha. Y si es cierto que los franceses en Tortosa dirigieron el sitio con vigor y maestría, y acertaron en atacar por el llano, lo que no habían hecho en Gerona, facilitóles para ello medios el descuido de Alacha, abandonando los trabajos emprendidos en las alturas inmediatas al fuerte de Orleans, y no pensando desde Julio, en que empezó su mando, en plantear otros, á cuyo progreso no obstaba el semibleque del enemigo.

No queriendo Suchet desaprovechar tan feliz coyuntura como le ofrecia la toina de Tortosa, previno al general Habert, adelantado ya á Perelló, que intentase conquistar el fuerte de San Felipe en el Coll de Balaguer, angostura entre un monte de la marina y una cordillera á la mano opuesta, pedrada casi toda ella de plantas mayores, á la manera de tantas otras de España, pero odorifera con los muchos romeriles y tomillares que llenan de fragancia el aire. Dicho castillo, construido en el siglo xviii para ahuyentar á los foragidos que allí se guarecian, y á los piratas berberiscos que acechaban su presa ocultos en las inmediatas ensenadas, era importante para los franceses, interceptándoles y dominando aquella posición el camino de Tarragona á Tortosa. Habert rodeó el 8 de Enero el fuerte de San Felipe, é intimó la rendición. El Gobernador, capitán anciano, de nombre Serra, en vez de mantenerse tieso, se limitó á pedir cuatro dias de término para dar una respuesta definitiva. Negósele tal demanda, y desde luego comenzaron los franceses su ataque. Los españoles con gran resistencia abandonaron los puestos exteriores. Volase en breve dentro del fuerte un almacén de pólvora, y fluctuando con la desgracia el ánimo de la tropa, ya no muy seguro por lo de Tortosa, escalaron los franceses la muralla, huyendo parte de la guarnición via de Tarragona, y salvándose la otra en un reducto, donde capituló, y cayeron prisioneros el Gobernador, 13 oficiales y unos 100 soldados. ¡Tanto cunde el miedo, tanto contagia!

Para asegurar Suchet aun más las ventajas conseguidas y el emboradero del Ebro, fortificó el puerto de la Rápita y tomó otras disposiciones. Encargó á Musnier que con su division vigilase las comarcas de Tortosa, Albarracín, Teruel, Morella y Alcañiz; y dejó á Palombini y sus napolitanos en Mora y sobre el Ebro, en resguardo de la navegación del rio, cuya izquierda ocupó el general Haber y su division, para favorecer los movimientos que el mariscal Macdonald trataba de hacer contra Tarragona. Reservó consigo Suchet lo restante de su fuerza, y partió á Zaragoza á entender en arreglos interiores, y atajar de nuevo las excursiones de los guerrilleros y cuerpos franceses, que con la lejanía de las principales tropas francesas, andaban más sueltos.

En tanto acacian en Tarragona, de resultas de la entrega de Tortosa, conmociones y desasosiego. Los catalanes ya no veian por todas partes sino traidores. Desconfiaban del general en jefe Iranzo y de los demas, poniendo sólo su esperanza en el Marqués de Campoverde, quien gozaba de aura popular, ya por su buen parte como general de division, ya por los muchos amigos que tenía, y ya tambien por las fuerzas que habían ido de Granada, cuyo núcleo quedaba aún, y á las cuales pertenecia aquel caudillo. En la ciudad querian proclamarle por capitán general de la provincia, adhiriendo á ello los pueblos circunvecinos, que llevados de igual deseo, se agolparon un dia de los primeros de Enero al hospital de Serafina, inmediato á Tarragona.

Muchos pensaron que el Marqués no ignoraba el origen de los alborotos, y que no los desaprobaba en el fondo, aunque aparentando lo contrario, queria alejarse del principado. No sabemos si en secreto tomó parte, pero sí hubo allegados suyos y personas respetables que sostuvieron y fomentaron la idea del pueblo por amistad á Campoverde, y por creer que su nombramiento era el unico medio de

libertar á Cataluña de la anarquía y del entero sometimiento al enemigo. Por fin, y al cabo de idas y venidas, de peticiones y altercados, juntos todos los generales, hizo Iranzo dejacion del mando, y no admitiéndole otros á quienes correspondia por antigüedad, recayó en Campoverde, el cual lo aceptó internamente bajo la condicion de que se atendrian todos á lo que en ultimo caso dispusiese el Gobierno supremo de la nacion.

Tanquilizó los ánimos este nombramiento, y evitó que el ejército se desbandase, frustrándose tambien de este modo los intentos del mariscal Macdonald, que se había acercado á Tarragona con esperanzas de anequearla, cimentadas en el acobardamiento que se había apoderado de muchos, y en secretas correspondencias.

El 5 de Enero había vuelto Macdonald á reunir al grueso de su ejército la division de Frere, cedida temporalmente á Suchet; y yendo por Rens, dió vista á los muros tarraconenses el 10 del mismo mes. La quietud, restablecida dentro, desconcertó los planes de los franceses, que no pudiendo detenerse largo tiempo en las cercanías por la escasez de víveres y el hostigamiento de los somatenes, determinaron pasar á Lérida con propósito de prepararse en debida forma al sitio de Tarragona.

No realizó Macdonald su marcha reposadamente. Don Pedro Sarsfield, situado con una division en Santa Coloma de Queralt, recibió orden de Campoverde para caer sobre Valls, y cerrar el paso á la vanguardia enemiga, al propio tiempo que las tropas de Tarragona debian piear y aun embestir la retaguardia. Abria la marcha de los franceses la division italiana al mando del general Eugeni (diversa de los napolitanos de Palombini), y encontráse el 15 entre Valls y Plá con Sarsfield. Los españoles acometieron el pueblo de Figuerola, adonde se había dirigido el enemigo para atacar nuestra derecha, y le ocuparon, arrollando á los contrarios y acuchillándolos los regimientos de husares de Granada y maestranza de Valencia, que á las órdenes de sus coroneles D. Ambrosio Foraster y don Eugenio Maria Yebra se señalaron en este dia. El perseguimiento continuó hasta cerca de Valls; allí, reforzada la vanguardia enemiga, paráronse los nuestros, y se libertó la division italiana de un completo destrozo. Campoverde no tuvo por su parte tanta dicha como Sarsfield; pues si bien salió de Tarragona para incomodar la retaguardia francesa, tropezando con fuerzas superiores, no se empujó en accion notable, y Macdonald, de noche y de prisa, atravesó los desfiladeros y se metió en Lérida. Costóle el choque de Figuerola, glorioso para Sarsfield, 800 hombres. Murió de sus heridas el general Eugeni.

Érale imposible al Marqués de Campoverde tomar desde luego parte mas activa en la campaña. Tenia que acudir al remedio de los males dimanados de la reciente pérdida de Tortosa y del Coll de Balaguer, no ménos que á mejorar las defensas de Tarragona. Quizá requeria tambien su presencia en esta plaza la necesidad de afirmar su mando cuetido en tales circunstancias. El fermento popular, aun vivo, servia de instrumento. Sustentaba la agitacion el saberse que habia la Regencia nombrado capitán general de Cataluña á D. Carlos O'Donnell, hermano del D. Enrique, habiendo motin ó sintoma cada vez que se sonrugia la llegada. Campoverde no reprimia los bullicios bastante-mente, escamandole para ello la fortaleza, y siendo patrocinadores, segun fama, personas que lo eran adictas.

Encrespóse la furia popular estando á la vista de Tarragona el navio *América*, en la persuasion de que venia á bordo el sucesor, mas se abanzó aquella cuando se supo lo contrario. Renováronse, sin embargo, los alborotos el 17 de Febrero, y á ruegos de la Junta, de los gremios y de otras personas se posesionó Campoverde del mando en propiedad en lugar de proseguir ejerciéndolo como interino.

Para distraer el enojo del pueblo, apaciguar á éste del todo, y ganar la opinion de la provincia entera, convocó Campoverde un congreso catalán, destinado principalmente á proporcionar medios bajo la aprobacion de la superioridad. En rigor no prohibia la ley tales reuniones extraordinarias, no habiendo todavia las Cortes adoptado para las juntas una nueva regla, conforme hicieron poco después.

Se instaló aquel congreso el 2 de Marzo, y de él nacieron conflictos y disputas con la Junta de la provincia, teniendo Campoverde que intervenir y hasta que atropellar á varias personas, si bien al gusto del partido popular; modo impropio é ilícito de arraigar la autoridad suprema. El Congreso se disolvió á poco, y nombró una junta que quedó encargada, como lo había estado la anterior, del gobierno económico del principado.

Nuevos sucesos militares, tristes unos, y otros momentáneamente favorables para los españoles, sobrevinieron luego en esta misma provincia. Interesaba á Napoleon no perder nada de lo mucho que habían últimamente ganado allí sus tropas, y cifrando toda confianza en Suchet, principal adquiridor de tales ventajas, resolvió encomendar al cuidado de éste las empresas importantes que hacia aquella parte meditaba.

De vuelta Suchet á Zaragoza, y ántes de recibir nuevas instrucciones y facultades, trató de destruir las partidas que habían renacido en Aragon, alentadas con la ausencia de parte de aquellas tropas, y con el malogro que ya se susurraba de la expedicion de Massena en Portugal. Don Pedro Villacampa andaba en Diciembre en el término de Ojosnegros, famoso por su mina de hierro y por sus salinas, en el partido de Daroca, de cuya ciudad, saliendo al encuentro del español el coronel Kliski, puso en la necesidad de alejarse. Pero en Enero el general de Valencia Bassecourt, queriendo divertir al enemigo, que se presumia intentaba el sitio de Tarragona, dispuso que Villacampa y D. Juan Martin, el Empecinado, dependientes ahora, por el nuevo arreglo de ejércitos, del segundo, ó sea de Valencia, hiciesen diversas maniobras uniéndosele ó moviéndose sobre Aragon. Barruntólo Suchet, y envió de Zaragoza, con una columna, al general Paris, y orden á Abbé para que partiese de Teruel, debiendo ambos salir de los lindes aragoneses y extenderse al pueblo de Checa, provincia de Guadalajara, en donde se creia estuviere Villacampa. En su ruta encontráse Paris el 30 de Enero con el Empecinado en la vega de Pradoredondo, y al dia inmediato, contramarchando Villacampa, que se había antes retirado, trabóse en Checa accion, cooperando á ella el Empecinado, que combatió ya la víspera con el enemigo; el choque fué violento, hasta que los jefes españoles, cediendo al número, acabaron por retirarse.

Andando más tardo el general Abbé, no se juntó con Paris hasta el 4 de Febrero, en cuyo dia, combinando uno y otro sus movimientos, se dirigieron el último contra Villacampa, el primero contra el

Empeñado, separados ya nuestros caudillos. No pudo París sorprender en la noche del 7 al 8, como esperaba, á Villacampa, y se limitó á destruir una alquería establecida en Feralesjos, replegándose el jefe español hacia la hoya del Infantado.

Fue Abbé hasta la provincia de Cuenca tras del Empeñado, que tiró á Sacedón, espantando el francés, al paso, en Moya, á la Junta de Aragón y al general Carvajal, su presidente, quien luego pasó á Caliz, sin que se hubiese granjeado, mientras mandó en aquella provincia, las voluntades, ni adquirido militar renombre. Los generales París y Abbé, habiendo permanecido en Castilla algunos días, y no conseguido en su correría más que alzar del confín de Aragón al Empeñado y á Villacampa, tornaron á los antiguos puestos.

Otros combates sostuvieron también en aquel tiempo las tropas de Suchet contra partidas de jefes menos conocidos en ambas orillas del Ebro y otros puntos. El capitán español Benedicto sorprendió y destruyó en Aznara, cerca de Belchite, un grueso destacamento á las órdenes del oficial Mirowski; y D. Francisco Espoz y Mina, apareciendo en los primeros días de Abril en las Cinco Villas, atacó en Castiliscar á los gendarmes y cogió 150 de ellos, llegando tarde, en su socorro, el general Klopicki.

En tanto, autorizó Napoleon á Suchet con las facultades que tanta pensión y más arriba indicamos. Fecha la resolución en 10 de Marzo, encargábase por ella á dicho general el sitio de Tarragona, y se le daba el mando de la Cataluña meridional, agregándole, además, la fuerza activa del cuerpo que regia Macdonald; desaire muy sensible para este, revestido con la elevada dignidad de mariscal de Francia, que todavía no condecoraba á Suchet.

Inmediatamente, y para tentar de poner en ejecución las órdenes del Emperador, se avisaron en Lérida ambos jefes. Quedábale, de consiguiente, sólo á Macdonald la incumbencia de conservar á Barcelona y la parte septentrional de Cataluña, así como la de apoderarse de las plazas y puntos fuertes de la Seo de Urgel, Berga, Monserat y Cardena.

Retirado aquel mariscal á Lérida después del reencuentro de Figuerola, había disfrutado poco sosiego, no abatiendo á los intrepidos catalanes reveses ni desgracias. Obligábanle los somatenes á no dejar salir lejos de la plaza cuerpos sueltos, y Sarsfield, apostado en Cervera, le impedía excursiones mas considerables.

De acuerdo ahora en sus vistas Suchet y Macdonald, pasaron sin dilación á cumplir ambos la voluntad de su amo. Encargóse el primero de la nueva fuerza activa que se agregaba á su ejército, y constaba de unos 17,000 hombres, como también del mando de la parte que se desmembraba al general de Cataluña. Partió Macdonald de Lérida el 26 de Marzo camino de Barcelona, en cuya ciudad debía principalmente morar en adelante para dirigir de cerca las operaciones y el gobierno del país que aún quedaba bajo su inmediata dirección. Mas para realizar el viaje de un modo resguardado, ya que no del todo seguro, facilitóle Suchet 9,000 infantes y 700 caballos á las órdenes del general Harispe, los cuales, á lo menos en su mayor número, pertenecían ahora al cuerpo de Aragón, y tenían que reunirsele, desempeñado que hubieran la comision de escoltar á Macdonald.

Tomó este mariscal su rumbo via de Manresa, y acampó el 30 de Marzo con su gente en los alrededores de la ciudad. Seguía el rastro D. Pedro Sars-

field, con quien se juntó el Baron de Eroles en Casamasana, acompañado de parte de las tropas que se apostaban en las márgenes del Llobregat: ya unidos, marcharon ambos jefes en la noche del mismo 30, y llegaron al hostal de Calvet, á una legua de Manresa. La Junta de esta ciudad había convocado á somaten, y los vecinos, acordándose de anteriores saqueos de los franceses, habían casi todos abandonado sus hogares. A la vista de ellos todavía estaban, cuando descubrieron las llamas que salían por todos los ángulos del pueblo.

Habiendo puesto fuego el enemigo, incomodado por el somaten, á más bien desearo del pillaje, que disculpaba la ausencia de los vecinos. Macdonald, situado en las alturas de la Gulla aun cuarto de legua, presenciaba el desastre y dejó que ardiese la rica y antes fortunada Manresa sin poner remedio. Setecientas á ochocientas casas redujéronse á pavesas ó poco menos, incluso el edificio de las Huérfanas, varios templos, dos fabricas de hilados de algodón, é infinitos talleres de galonería, velería y otros artefactos. Tampoco respetó el enemigo los hospitales, llevando el furor hasta arrancar de las camas á muchos enfermos y arrastrarlos al campamento. Sólo se salvaron algunos en virtud de las sentidas plegarias que hizo el médico D. José Soler al general Salme, comandante de una de las brigadas de Harispe, recordándole el convenio estipulado entre los generales Sautour y Reding: convenio muy humano, y por el que los enfermos y heridos de ambos ejércitos debían mutuamente ser respetados y remitidos, después de la cura, á sus respectivos cuerpos. Los nuestros habían cumplido en todas ocasiones tan puntualmente con lo pactado, que el general Suchet no puede menos de atestiguarlo en sus *Memorias* (1), denotando: «Vimos en Vallá muchos militares franceses é italianos heridos, y nos convencimos de la fidelidad con que los españoles ejecutaban el convenio.»

Vease, sin embargo, cómo eran remunerados. Los manresanos clamaron por venganza, y pidieron á Sarsfield y á Eroles que atacasen y destruyesen sin misericordia á los transgresores de toda ley, á los hombres desprovistos de toda humanidad. Cerraron los nuestros contra la retaguardia enemiga, en donde iban los napolitanos bajo Palombini. Desordenados estos, rehiciéronse, mas Eroles cargando de firme los arrolló y vengó algún tanto los ultrajes de Manresa. Distinguióse aquí el después malaventurado D. José María Torrijos, entonces coronel y libre ya de las manos de los franceses, entre las que, según dijimos, había caído prisionero meses atrás.

Macdonald con tropiezos, y molestando siempre, prosiguió su ruta, padeciendo de nuevo bastantes un ataque que le dió en el Coll de David D. Manuel Fernandez Villamil, comandante de Monserat. A duras penas motivó en Barcelona el mariscal franceses con 600 heridos, y una pérdida en todo de mas de 1,000 hombres. Harispe el 5 de Abril volvió á Lérida yendo por Villafranca y Montblanch, no dándole tampoco de inquietar por aquel lado don José Manso, que de humilde estado, ilustrábase ahora por sus hechos militares.

No sólo á los manresanos, mas á toda Cataluña enfureció el proceder de los franceses en aquella marcha, y sobre todo la quema de una ciudad que

(1) D'après une convention conclue entre les généraux français et espagnols en Catalogne, au sujet de la conduite des malades, des blessés, des prisonniers, la protection des autorités locales, et autres de ce genre, les deux armées, de se rendre leurs corps respectifs à Vallá, et nous vîmes plusieurs militaires français et italiens blessés, nous nous convainquîmes de la fidélité avec laquelle les espagnols exécutaient cette convention. (*Mémoires du maréchal Suchet*, tom. II, chap. II, pag. 29)

en semejante ocasion no les habia ofendido en nada. Encomendóse de resultas la guerra, tuvo crecimientos la saña. El Marqués de Campoverde expidió una circular en que decía: «La conducta de los soldados franceses se halla muy en contradicción con el trato que han recibido y reciben de los nuestros.... y la del mariscal Macdonald no se ajusta en nada con las circunstancias de su carácter de miscal, de duque, ni de general que ha hecho la guerra á naciones cultas, que conoce el derecho de gentes, los sentimientos de la humanidad. No ha limitado su atrocidad este general á reducir á cenizas una ciudad inerme y que ninguna resistencia le ha opuesto, sino que pasando de bárbaro á perjuro, no ha respetado el asilo de nuestros militares enfermos, transgrediendo la inviolabilidad del contrato formado desde el principio de la guerra.» Y despues concluía Campoverde: «Doy.... orden.... á las divisiones y partidas de gente armada.... mandándoles que no den cuantel á ningún individuo, de cualquiera clase que sea, del ejército francés que aprehendan dentro ó á la inmediación de un pueblo que haya sufrido el saqueo, el incendio ó asesinato de sus vecinos.... y adoptaré y estableceré por sistema en mi ejército el justo derecho de represalia en toda su extensión.» Las obras siguieron á las palabras, y á voces con demasiado furor.

Antes desde Tarragona habia dispuesto Campoverde realizar algunos movimientos. Tal fué el que en 3 de Marzo mandó ejecutar á D. Juan Courten con intento de recobrar el castillo del Coll de Balaguer, lo cual no se consiguió, aunque sí el rechazar al enemigo de Cambrils hasta la Ampolla, con pérdida de mas de 400 hombres. De mayor consecuencia hubiera sido á tener buen éxito otra empresa que el mismo general dirigió en persona, y cuyo objeto era la toma de Barcelona ó á lo ménos la de Monjuich. Intentóse el 19 de Marzo, y con antelación, por tanto, á la entrada de Macdonald en aquella plaza.

La comunicacion de nuestros generales con lo interior del recinto era frecuente, facilitándola la linea que casi siempre ocupaban los españoles en el Llobregat, y la imposibilidad en que el enemigo estaba de tener ni siquiera un puesto avanzado sin exponerle á incómodo tiro y pelea.

Particular y larga correspondencia se siguió para apoderarse por sorpresa de Barcelona, y creyendo Campoverde que estaba ya sazonado el proyecto, se acercó á la plaza con lo principal de su fuerza, dividida entónces en tres divisiones, al mando de los jefes Courten, Eroles y Sarafield. La vanguardia, en la noche del 19, llegó hasta el gláiis de Monjuich, y hubo soldados que saltaron dentro del camino cubierto y bajaron al foso. Desgraciadamente el gobernador de Barcelona, Maurice Mathieu, vigilante y activo, habia tenido soplo de lo que andaba, y en vela, impidió el logro de la empresa. Los franceses castigaron á varios habitantes como á cómplices, arcabuceando en el gláiis de la plaza el 10 de Abril al comisario de guerra D. Miguel Alcina. En cuanto á Campoverde, tornó á Tarragona sin haber padecido pérdida, y ántes bien Eroles escarmentó á los que quisieron incomodarle, obligándolos á encerrarse dentro de la plaza.

Más feliz fué la tentativa de la misma clase ideada y llevada á cima contra el castillo de San Fernando de Figueras. Por aquella comarca, como en todo el Ampurdan y los lugares que le circundan, Figueras, Llovera, Milans y veves, Clarós, otros varios, y sobre todo Rovira, traian siempre á mal traer al enemigo ó inquietaban la frontera misma de

Francia. En medio del estruendo de las armas, un capitán, llamado D. José Casas, mantuvo inteligencia por el conducto de un estudiante, Juan Florens, con Juan Marqués, criado de Bouclier, guarda almacén de víveres del mencionado castillo ó fortaleza, principal autor de aquella idea. Entraron otros en el proyecto, entre ellos y como primeros confidentes Pedro y Ginés Pou, cuñados de Marqués. Todos se avistaron y arreglaron en varios coloquios el modo de abrir á los nuestros á favor de llave falsa, que de la poterna adquirieron por molde vaciado en cera, la entrada de punto tan importante, cuya guarda descuidaba el gobernador francés Guillet, confiado en lo inexpugnable del castillo, y en la falta de recursos que tenían los españoles para atacarle. Convenidos pues el Casas y sus confidentes, enteraron de todo á D. Francisco Rovira, y éste á Campoverde, mereciendo el plan la aprobacion de ambos.

Inmediatamente ordenó el último á D. Juan Antonio Martínez, que reclutaba gente y la organizaba en el canton de Olot, que se encargase, de acuerdo con Rovira, de la sorpresa proyectada, disponiendo al propio tiempo que el Barón de Eroles se acercase al Ampurdan para apoyar la tentativa. El 6 de Abril, sábado de Ramos, Martínez y Rovira salieron de Esquirol, cerca de Olot, con 500 hombres, y pasaron á Ridaura. Aquí se les incorporaron otros 500, y el 7 llegaron todos á Oix, fingiendo que iban á penetrar en Francia. Prosiguieron el 8 su camino, y por Sardenas se enderezaron á Llerona, en donde permanecieron hasta el mediodía del 9. Lo primero que estaban á la frontera la alborotó, y anunció á los franceses en la creencia de que iban á invadirla. Diluviando, y á aquella hora partieron los nuestros, y torciendo la ruta, fueron á Vilarriz, pueblo distante tres leguas de Figueras, y situado en una altura, término entre el Ampurdan y el pais montañoso. Ocultos en un bosque aguardaron la noche, y entónces Rovira á fuer de catalán habló á los suyos y noticiéoles el objeto de la marcha, dándoles en ello suma satisfaccion.

A la una de la mañana del 10 se distribuyeron en trozos y pusieron en movimiento. Casas, como mas práctico, iba el primero. Dentro del Castillo habia 600 franceses de guarnicion, en la villa de Figueras se contaban 700. Subió Casas con su tropa por la esplanada frente del hornabeque de San Zenon, metióse por el camino cubierto y descendió al foso: sus soldados llevaban cubiertas las armas para que no relumbrasen si acaso habia alguna luz, y se adelantaron muy agachados. Llegado que hubieron al foso, franquearon la entrada de la poterna con la llave fabricada de antemano, y embocáronse todos sin ser sentidos en los almacenes subterráneos, de donde pasaron á desarmar la guardia de la puerta principal. Signieron al de Casas los otros trozos, y se desparramaron por la muralla, apoderándose de todos los puntos principales. Divanire sorprendió el cuartel principal, Bon el de artillería, y D. Esteban Llovera cogió al Gobernador en su mismo aposento. Apenas encontraron resistencia, y todo estaba concluido en ménos de una hora, rindiéndose prisionera la guarnicion.

Martínez y Rovira, que se habian mantenido con respeto fuera en los arcos, ó sea acueducto, se metieron tambien dentro, y con los que llegaron en breve compusieron unos 2.600 hombres para guardar el castillo. Los franceses de la villa nada supieron hasta por la mañana, y no pudiendo remediar el mal, quedoles solo el duelo. De Martorell habia

el 9 partido Eroles para apoyar la sorpresa. Dióse el jefe español en su marcha tan buena diligencia, que el 12 se posesionó de los fuertes que ocupaban los franceses en Olot y Castellfollit; les cogió 548 prisioneros, y reforzado se dirigió en seguida á Lladó y penetró el 16 en Figueras, aniquilando al paso en la sierra de Puigventós un regimiento enemigo.

Con la toma repentina de aquel castillo estruendóse Cataluña de alborozo y júbilo, figurándose que despuntaba ya la aurora de su libertad. Crítica por cierto era la situación de los franceses; Rosas mal provisto, Gerona y Hostalrich rodeados de bandas y somatenes, notable la desercion y no poco el espanto del soldado enemigo con la venganza del catalán, casi bravo después de la quema de Manresa.

Regia aquellas partes como ántes el general francés Baraguay-d'Hilliers; y no sobrándole gente en tal aprieto, abandonó varios puestos, y algunos de consideracion, así en lo interior como en la costa, señaladamente Palamós y Rosas; llamó á sí al general Quesnel, próximo á sitiar la Sen de Urgel, y reconcentrando cuanto pudo sus fuerzas, apelido á guerra hasta la guardia nacional francesa de la frontera, que esquivó entrar en España.

Grandes ventajas hubiera Campoverde podido sacar del entusiasmo de los nuestros, y del azoramiento y momentáneo apuro de los contrarios. Llegó la noticia de lo de Figueras á Macdonald, y conmovióle tanto, que escribió á Suchet en 16 de Abril desde Barcelona, á que el servicio del Emperador, imperiosamente y sin dilacion, exigia los más prontos socorros, pues de otro modo estaba perdida la Cataluña superior.... y que le enviase todas las tropas pertenecientes poco antes al séptimo cuerpo francés, y que acababan de agregarse al de Aragón.

Fuese descuido en Campoverde, ó carencia de recursos, no se aprovechó cual pudiera de acontecimiento tan feliz, obrando con lentitud. Supo el 12 de Abril la toma de Figueras, y no partió de Tarragona hasta el 20. Con mayor celeridad, probable era que hubiese impedido á Baraguay D'Hilliers la reconcentraci6n de parte de sus fuerzas, dado impulso y mejor arreglo al levantamiento de los pueblos, y obligado á Suchet á venir fuera allí, y detener el sitio de Tarragona.

Campoverde llegó el 27 á Vique. Le acompañaban 800 caballos y 2000 infantes, que sacó de aquella plaza con 3.000 hombres de la division de Sarsfield. Mas de 4.000 hombres de tropa reglada y somatenes guarnecian ya á Figueras, falta todavía de artilleros y de ciertos renglones de primera necesidad. Estaba circunvalada la plaza por 9.000 bayonetas y 600 caballos enemigos, número que competia con el de los españoles, y era superior en disciplina, si bien con la desventaja de dilatarse por un amplio espacio en rededor de la fortaleza, cortado el terreno al Oeste con quebradas y estribos de montes.

En la noche del 2 al 3 de Mayo se aproximó Campoverde, y al amanecer del 3 atacó por el camino real para meter el socorro dentro de Figueras. Sarsfield iba á la cabeza, y rodeó la villa, situada al pie de la altura en donde se levanta la fortaleza, rechazando á los jinetes enemigos que quisieron oponérsele. Al mismo tiempo Rovira, que anteriormente había salido del castillo, unido con otro jefe de nombre Amat, y mandando juntos unos 2.000 hombres, llamaban la atencion del enemigo por Llado y Llers. Eroles todavia dentro, trataba, por su parte, de ponerse en comunicaci6n con Sarsfield, haciendo pronta salida, y ya se miraba como aso-

gurada la entrada del socorro, sin pérdida ni descalabro alguno. Mas de repente los enemigos, que estaban muy apurados en la villa, se dirigieron al coronel de Alcantara Pierrat, emigrado francés, que desembocaba del castillo para escapar de aquel lado, y conforme á las órdenes de Eroles, la operaci6n concertada, y le propusieron capitular. Españado el coronel, anunció la propuesta á Campoverde, que tambien cayó en el lazo, y suspendiendo éste el ataque, autorizó á dicho Pierrat para que concluyese el convenio pedido.

No era la demanda del enemigo sino un ardid de guerra. Cierta ahora del punto por donde se le acometia, queria dar largas para traer de la otra parte un refuerzo, como lo hizo, y seis cañones. El tingo de éstos desengañó á Campoverde, atacando Sarsfield inmediatamente la villa de Figueras, lo mismo Eroles viniendo del castillo. Ya se hallaba el primero en las calles, cuando le flanquearon por la derecha 4.000 hombres que salieron de un olivar. Tuvo ent6nces que retirarse, y á dos de seis batallones dispersáronlos los dragones franceses. Campoverde, sin embargo, consiguió meter dentro de la fortaleza 1.500 hombres escorridos y algunos renglones, pero no todo lo que deseaba, y á costa de perder varios efectos y 1.100 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Con ménos confianza y más decision hubiera evitado tal marcesorio, y conseguido la completa introducci6n del socorro. Á los franceses, que perdieron 700 hombres, les era quizá permitida, segun leyes de la guerra, la treta que imaginaron: tocaba á Campoverde vivir sobre aviso.

La escuadra inglesa y algunos buques españoles recorrieron al propio tiempo la costa; tomaron y destruyeron barcos, arruinaron muchas baterías de la marina, malográndoseles una tentativa contra Rosas, que se libsonjearon de tomar por sorpresa.

Faltaba ahora ver cómo Suchet obraría después de la perdida tan grande para ellos de Figueras, y si arreglaria su plan á los deseos arriba indicados de Macdonald, ó si se conformaría con las primeras órdenes del Emperador, que, no previendo el caso, había determinado se sitiase á Tarragona. Dudoso estuvo Suchet al principio, hasta que pesadas las razones por ambos lados, resolvió no apartarse de lo que de París se le tenia prevenido. Pensaba que Figueras acordonado se rendiria al fin, y que urgia é importaba sobremedera posesionarse de Tarragona, punto marítimo, base principal de las operaciones de los españoles en Cataluña. Los resultados probaron no era falso el cálculo, y ménos desanimado: bien que para el acierto entró en cuenta el propio interes. En recuperar á Figueras ganaba solo Macdonald: acreciase la gloria de Suchet con la toma de Tarragona. Así el primero tuvo que limitarse á sus únicas y escasísimas fuerzas para acudir á recobrar lo perdido, y el segundo se ocupó exclusivamente en adquirir, sin participaci6n de otro, nuevos triunfos y prominencias.

Antes de saber la sorpresa de Figueras, y luego que recibió la órden de Napoleon, preparóse Suchet para el sitio de Tarragona, cuidando de dejar en Aragón, y en las avenidas principales, tropa que en el intermedio mantuviese tranquilo aquel reino. Mas de 40.000 combatientes juntaba Suchet con los 17.000 que se le agregaron de Macdonald. Tres batallones, un cuerpo de dragones y la gendarmería ocupaban la izquierda del Ebro; á Jaca y Venasque guardábanlos 1.500 infantes, y había puntos fortificados que asegurasen las comunicaciones con

Francia. El general Compere mandaba en Zaragoza, puesta en estado de defensa y guarnecida por cerca de 2.000 infantes y dos escuadrones, extendiéndose la jurisdicción de este general á Borja, Tarazona y Calatayud, en cuya postrera ciudad fortificaron los enemigos y abastecieron el convento de la Merced, resguardado por dos batallones que gobernaba el general Ferrier. Cubría á Daroca y parte del señorío de Molina, fortalecido su castillo, el general Paris, teniendo á sus órdenes cuatro batallones, 300 husares y alguna artillería. En Teruel se alojaba el general Abbé con más de 3.000 infantes, 300 coraceros y dos piezas; y se colocaron en los castillos de Morella y Alcañiz 1.400 hombres, así como 1.200 de los polacos en Batea, Caspe y Miquenanza, favoreciendo estos últimos los trasportes del Ebro. Excusamos repetir lo ya dicho arriba de las tropas dejadas en Tortosa y su comarca hasta la Rápita, embocadero de aquel río. Quedó además Klopicki con cuatro batallones y 200 husares en el confín de Navarra, infundiendo siempre gran recelo al enemigo las excursiones de Espoz y Mina. Detenémonos á dar esta razón circunstanciada de las medidas preventivas que tomó Suchet, para que de ella se colija cuál era el estado de Aragón al cabo de tres años de guerra, de Aragón, de cuya quietud y sosiego blasonaba el francés. No hubiera sido extraño que hubiesen permanecido inmóviles aquellos habitantes relajados así con castillos y puestos fortificados. Sin embargo, á cada paso daban señales de no estar apagada en sus pechos la llama sagrada, que tan pura y brillante había por dos veces relumbrado en la inmortal Zaragoza.

En fin Suchet, tomadas estas y otras precauciones, y aseguradas las espaldas por la parte de Aragón y Lérida, adelantóse el 2 de Mayo á formalizar el sitio de que estaba encargado, almacenando en Reus provisiones de boca y guerra en abundancia, y acompañado de unos 20.000 hombres.

Forma Tarragona en su conjunto un paralelogramo rectangular, situada la ciudad principal en un collado alto, cuyas laderas por Oriente y Mediodía baña el Mediterráneo. A Poniente y en lo bajo está el arrabal, adonde lleva una cuesta nada ágría, corriéndolo por allí el río Francolí, que fenece en la mar, y se cruza por una puente de seis ojos sobrado angosta. Cabeceera de la España citerior y célebre colonia romana, conserva aún Tarragona muchas antigüedades y reliquias de su pasada grandeza. No la pueblan sino 11.000 habitantes. La circuye un muro del tiempo ya de los romanos, cuyo lado occidental, destruido en la guerra de sucesión, se reemplazó después con un terraplen de ocho á diez pica de ancho y cuatro baluartes, que se llaman, empezando á contar por el mar, de Cervantes, Jesús, San Juan y San Pablo. Por esta parte, que es la de más fácil acceso, y para cercar el arrabal, habíase construido otra línea de fortificaciones, que partía del último de los cuatro citados baluartes, y se terminaba en las inmediaciones del fuerte de Francolí, sito al desagüadero de este río: varios otros baluartes cubrían dicha línea, y dos lunetas, de las que una nombrada del Príncipe, como también la batería de San José y dos cortaduras, amparaban la marina y la comunicación con el ya mencionado castillo de Francolí. En lo interior de este segundo recinto, y detras del baluarte de Orleans, colocado en el ángulo hácia la campiña, se hallaba el fuerte Real, cuadro abaluartado. Había otras obras en los demás puntos, si bien por

aquí defienden principalmente la ciudad las escarpaduras de su propio asiento. Eran también de notar el fuerte de Lorito ó Loreto, y en especial el del Olivo al Norte, distante 400 tocasas de la plaza, sobre una eminencia. Tenía el último hechura de un hornabeque irregular con fosos por su frente, y camino cubierto, aunque no acabado; en la parte interna y superior había un reducto con un caballero en medio y dos puertas ó castillos del lado de la gola, la cual, escasa de defensas, protegían la aspereza del terreno y los fuegos de la plaza.

Necesitaba Tarragona para ser bien defendida, que la guarneciesen 14.000 hombres, y sólo tenía al principio del sitio 6.000 infantes y 1.200 milicianos, en cuyo tiempo la gobernaba D. Juan Caro, sucediendo á éste, en fines de Mayo, D. Juan Sotelo de Contreras. Era comandante general de ingenieros D. Carlos Cabrer, y de artillería D. Cayetano Saqueti.

Trataron los enemigos el 4 de Mayo de embestir del todo la plaza. El general Harispe, acompañado del de ingenieros Rogniat, pasó el Francolí, y caminó hácia el Olivo. Ofreciéronle los puestos españoles gran resistencia, y perdió la brigada del general Salmé cerca de 200 hombres. Al mismo tiempo la de Palombini, que con la otra componía la división de Harispe, se prolongó por la izquierda, y se apoderó del Lorito y del reducto vecino llamado del Ermitaño, abandonados ambos ántes por los españoles como embarazosos. Colocó Harispe además tropas de respeto en el camino de Barcelona, próximo á la costa. Del lado opuesto, y á la derecha de este general, se colocó Frere y su división, y en seguida Haber con la suya, frontero al puente del Francolí, y apoyado en la mar, completándose así el acordonamiento.

El 5 hicieron los españoles cuatro salidas en que incomodaron al enemigo, y empezó la escuadra inglesa á tomar parte en la defensa. Constaba aquella de tres navios y dos fragatas, á las órdenes del comodoro Codrington, que montaba el Blake, de 74 cañones.

Preaviéronse los franceses como para sitio largo, y en Reus, su principal almacenamiento, atrincheraron varios puestos y fortalecieron algunos conventos y grandes edificios, temerosos de los miqueletes y somatenes, que no cesaban de amagarlos é incomodar sus convoyes.

Así fue que el 6 de Mayo un cuerpo de aquéllos acometió á Montblanch, punto tan importante para la comunicación entre Tarragona y Lérida, é intentó prender fuego al convento de la Virgen de la Sierra, que guardaba un destacamento francés. Emplearon los miqueletes al efecto, aunque sin fruto, la estratagema de cubrirse con unas tablas acolchadas para poder arrimarse á las puertas, imitando en ello el *testudo* de los antiguos. Los franceses de resultados reforzaron aquel punto.

Continuando los enemigos sus preparativos de ataque contra Tarragona, cortaron el acueducto moderno que surtía de agua á la ciudad, y que empezó á restablecer en 1782, aprovechándose de los restos del famoso y antiguo de los romanos, el digno arzobispo D. Joaquín de Santillán y Valdivieso. No causó á Tarragona aquel corte privación notable, provista de aljibes y de un profundísimo pozo de agua no muy buena, pero potable y manantial. Más dañó al francés: los somatenes sabiendo lo acaecido, hicieron cortaduras más arriba, y como aquellas aguas, necesarias para el abasto del sitiador, venían de Pont de Armentera, junto al monasterio de San-

tas Cruces, seis leguas distante, tuvo Suchet que emplear tropas para reparar el estrago, y vigilar de continuo el terreno.

Decidieron los franceses acometer á Tarragona por el Francolí del lado del arrabal, ofreciéndoles los otros frentes mayores obstáculos naturales. Requeríase, sin embargo, en el que escogieron comenzar por despejar la costa de las fuerzas de mar, con cuya mira trazaron allí al 8, y al cabo remataron, á pesar del fuego vivo de la escuadra inglesa, un reduto, sustituido después por nuevas baterías construídas cerca del embarcadero del Francolí.

En lo interior de la plaza reinaba ánimo ensalzado, que se afirmó con la llegada el 10 del Marqués de Campo Verde, quien noticiase de los intentos del enemigo se había dado prisa á correr en auxilio de Tarragona. Vino por mar procedente de Mataró con 2,000 hombres, habiendo dejado fuera la tropa restante bajo D. Pedro Sarrafield, con órden de incomodar á Suchet en sus comunicaciones.

Tenia el enemigo para asegurar su ataque contra el recinto que tomar primero el fuerte del Olivo, empresa no fácil. Le incomodaban mucho de este lado las incessantes acometidas de los españoles; por lo que para reprimirlas y adelantar en el cerco, embió en la noche del 13 al 14 unos parapetos avanzados que amparaban dicho fuerte. Los defendió largo tiempo D. Tadeo Aldea, y sólo se replegó oprimido del número. En el Olivo, muy animosos los que le custodiaban, respondieron á cañonazos á la proposición que de rendirse les hizo el francés; y pensando Aldea en recobrar los parapetos perdidos, avanzó de nuevo y poco después en tres columnas. Los contrarios, que conocían la importancia de aquellas obras, habiéndolas sin dilación acomodado en provecho suyo, y en términos de frustrar cualquiera tentativa. Acometieron sin embargo los nuestros con el mayor arrojo, y hubo oficiales que perecieron plantando sus banderas dentro de los mismos parapetos.

Por defuera molestaban los somatenes el campo enemigo, y también se verificó el 14 un reconocimiento orilla de la mar, á las órdenes de D. José San Juan, protegido por la escuadra. Se encerraron los franceses en el reduto que habían construído, y apresuráronse á auxiliarlos el general Habert.

El mismo D. José San Juan destruyó el 18 parte de las obras que construía el sitiador á la derecha del Francolí, poniéndole en vergonzosa fuga y causándole una pérdida de más de 200 hombres. Señálase este día una mujer de la plaza, conocida bajo el nombre de *la Calavera de la Rambla*. Multiplicáronse las salidas con más ó ménos fruto, pero con daño siempre del sitiador.

No desconfió D. Pedro Sarrafield desempeñar el encargo que se le había encomendado de llamar á sí y atraer lejos de la plaza al enemigo. El 20 se colocó en Alcover, y tuvieron los franceses que acudir con bastante fuerza para alojarle, costándoles gente su propósito. Tres días después, incansable Sarrafield se enderezó á Montblanch y puso en aprieto al jefe del batallón Ané, que allí mandaba; y si bien se libró éste, recorrido á tiempo, vióse Suchet en la necesidad de abandonar aquel punto, á cada paso acometido.

Ahora fijóse el francés en tomar el fuerte del Olivo, y con tal intento abrió la trinchera á la izquierda de los parapetos que poco ántes había ganado, dirigiéndose á un terramontero distante 60 tomas de aquel castillo. Adelantó en su trabajo dificultosamente por encontrar con poca viva. Al fin terminó

el 27 cuatro baterías, que no pudo armar hasta el 28, teniendo los soldados que tirar de los cañones á causa de lo escabroso de la subida. Cada paso costaba al sitiador mucha sangre, y en aquella mañana la guarnición del fuerte, haciendo una salida de las más esforzadas, atropelló á sus contrarios y los desbarató. Para infundir aliento en los que cejaban, tuvo el general francés Salme que ponerse á la cabeza, y víctima de su valerosa arrogancia, al decir *adelante*, cayó muerto de un metrallazo en la sien.

Vueltos en sí los franceses á favor de auxilios que recibieron, comenzaron el fuego contra el Olivo el mismo día 28. Aniquilábalos la metralla española, hasta que se disminuyó su estrago con el desmontar de algunas piezas y la destrucción de los parapetos. En el ángulo de la derecha del fuerte aportillaron los enemigos brecha sin que por eso arriesgasen ir al asalto. Los contenía la impetuosidad y el coraje que desplegaba la guarnición.

A lo último, desencabalgadas el 27 todas las piezas y arruinadas nuestras baterías, determinaron los sitiadores apoderarse del fuerte, amagando al mismo tiempo los demás puntos. La plaza y las obras exteriores respondieron con tremendo cañoneo al del campo contrario, apareciendo el asedio en que á manera de anfiteatro descansa Tarragona, como inflamado con las bombas y granadas, con las balas y los frascos de fuego. Tampoco la escuadra se mantuvo ociosa, y arrojando cohetes y mortíferas luminarias, añadió horrores y grandeza al nocturnal estrepitoso combate.

Precedido el enemigo de tiradores, recorrió por la noche al asalto, distribuido en dos columnas: una destinada á la brecha, otra á rodear el fuerte y á entrarla por la gola.

Tuvo en un principio la primera mala ventura. No estaba todavía la brecha muy practicable, y resultando cortas las escalas que se aplicaron, necesario fué para alcanzar á lo alto que trepasen los soldados enemigos por encima de los hombros de un camarada suyo, que atrevidamente y de voluntad se ofreció á tan peligroso servicio.

Burláronse los españoles de la invención, y repeliendo á unos, matando á otros y rompiendo las escalas, escarmentaron tanafa osadía. En aquel apuro favorecieron al francés dos incidentes. Fué uno haber descubierto de antemano el italiano Vaccani, ingeniero y autor diligente de estas campañas, que por los caños del acueducto que ántes surtían de agua al fuerte, y conservaron malamente los españoles, era fácil encaramarse y penetrar dentro. Ejecutáronlo así los enemigos, y se extendieron á lo largo de la muralla ántes que los nuestros pudiesen caer en ello.

No aprovechó ménos á los contrarios el otro incidente, aun más casual. Mudábase cada ocho días la guarnición del Olivo; y pasando aquella noche el regimiento de Almería á relevar al de Llerena, tropezó con la columna francesa que se dirigía á embestir la gola. Sobresaltados los nuestros, y aturridos del impenso encuentro, pudieron varios soldados enemigos meterse en el fuerte revueltos con los españoles; y favorecidos de semejante acaso, de la confusión y tinieblas de la noche, rompieron luego á hachazos, junto con los de afuera, una de las dos puertas arriba mencionadas, y unidos unos y otros, dentro ya todos, apretaron de cerca á los españoles y los dejaron, por decirlo así, sin respiro, mayormente acudiendo á la propia saca los que habían subido por el acueducto, y estrechaban por su parte

y acorralaban á los sitiados. Sin embargo, éstos se sostuvieron con firmeza, en especial á la izquierda del fuerte y en el caballero, y vendieron cara la victoria disputando á palmas el terreno y lidiando como leones, según la expresión del mismo Suchet (2). Cedieron sólo á la sorpresa y á la muchedumbre, llegando de golpe con gente el general Harpe, el cual estuvo á pique de ser aplastado por una bomba que cayó casi á sus pies. Perecieron de los franceses 500, entre ellos muchos oficiales distinguidos. Perdimos nosotros 1.100 hombres: los demás se descolgaron por el muro, y entraron en Tarragona. Rindióse D. José María Gamex, gobernador del fuerte, pero traspasado de diez heridas, como soldado de pecho. Inférase de aquí cuál hubiera sido la resistencia sin el desecido de los caños y el fatal encuentro del relevo. Ciega iracundia, no valor verdadero, guiaba en la lucha á los militares de ambos bandos. Dícese que el enemigo escribió en el muro con sangre española: «Vengada queda la muerte del general Salmer»; inscripción de atroz tinta, no disculpable ni con el ardor que aún vibra tras esa fúndida pelen.

En la misma noche providenciaron los franceses lo necesario á la seguridad de su conquista, y por tanto inútil fué la tentativa que para recobrarlo practicó al día siguiente D. Edmundo O-Ronani, en cuya empresa se señaló de un modo honroso el sargento Domingo Lopez.

Mucho devalentó la pérdida del Olivo, sin que bastasen á dar consuelo 1.600 infantes y 100 artilleros poco antes llegados de Valencia, y unos 400 hombres que por entonces vinieron también de Mallorca. Habíase pregonado como inexpugnable aquel fuerte, y su toma por el enemigo frustró esperanzas sobrado halagüeñas.

Junto en su apuro el Marqués de Campoverde un consejo de guerra, en cuyo seno se decidió que dicho general saliese de Tarragona, como lo verificó el 31 de Mayo. Antes de su partida encargó la plaza á D. Juan Senen de Contreras, enviando en comision á Valencia en busca de auxilios á D. Juan Caro. Contreras acababa de llegar de Cádiz, y siendo el general más antiguo no pudo eximirse de carga tan pesada. Parecemos injusto que, perdido el Olivo y á mitad del sitio, se impusiese á un nuevo jefe responsabilidad que más bien tocaba al que desde un principio había gobernado la plaza. Hasta el mismo Caro debiera en ello haberse mirado como ofendido. No obstante, nadie se opuso, y todos se mostraron conformes. Incumbió á D. Pedro Sarsfield la defensa del arrabal de Tarragona y de su marina, encargándose el barón de Eroles, que había salido de Figueras, de la dirección de las tropas que antes capitaneaba aquel del lado de Montblanch. Campoverde, fuera ya de la plaza, situó en Igualada sus reales el 3 de Junio. Salieron también de la ciudad muchos de los habitantes principales huyendo de las bombas y de las angustias del sitio. Habíalo antes verificado la Junta y trasladándose á Monserat, pues, como autoridad de todo el principado, justo era quedase expedita para atender á los demás lugares.

Dueños los franceses del Olivo, empezaron su ataque contra el cuerpo de la plaza, abrazando el frente del recinto que cubría el arrabal, y se terminaba de un lado por el fuerte de Francoli y ba-

luarte de San Carlos, y del otro por el de Orleans, que llamaron de los Canónigos los sitiadores.

Abrieron éstos la primera paralela á 180 toesas del baluarte de Orleans y del fuerte de Francoli, la cual apoyaba su derecha en los primeros trabajos concluidos por el francés en la orilla opuesta del río, amparando la izquierda un reducto: establecieron también por detras una comunicacion con el puente del Francoli y con otros dos que construyeron de caballetes, validos de lo acanalado de la corriente.

En la noche del 1.º al 2 de Junio habían los sitiadores comenzado los trabajos de trinchera, y los continuaron en los días siguientes, sin que los detuviesen las salidas y fuego de los españoles. Zanjaron el 6 la segunda paralela, que llegó á estar á treinta toesas del fuerte de Francoli, batiendo en brecha sus muros al amanecer del 7. Lo mandaba D. Antonio Róten, quien se mantuvo firme y con gran denuedo. Al caer de la tarde apareció practicable la brecha, y los enemigos se dispusieron á dar el asalto á las diez de la noche. Juzgó prudente el gobernador de la plaza, Senen de Contreras, que no se aguardase tal embestida, y por eso Róten, conformándose con la orden de su jefe, evacuó el fuerte y retiró la artillería.

Prosiguiendo también los franceses en adelantar por el centro la segunda paralela, se arrimaron á treinta y cinco toesas del ángulo saliente del camino cubierto del baluarte de Orleans. Incomodábalos sobremedera el fuego de la plaza, y á punto de acobardar á veces á los trabajadores, ó de entibiar su ardor. Así fué que en la noche del 8 al 9 yacían rendidos de cansancio y del mucho afán, á la sazón que 300 granaderos españoles hicieron una salida, y pasaron á degüello á los más desprevenidos. No ménos dichosa resultó otra que del 11 al 12 dirigió en persona, con 3.000 hombres, don Pedro Sarsfield, comandante, según queda dicho, del arrabal y frente atacado. Abuyentó á los trabajadores, destruyó ranchas obras, y llevólo todo á sangre y fuego. En este trance, como en otros anteriores y sucesivos, distinguéronse varios vecinos, y hasta las mujeres, que no cesaron de llevar á los combatientes refrigerantes y auxilios, en medio de las balas y las bombas.

Reparado el mal que se le había causado, tuvo el francés ya el 15 trazados tres ramales delante de la segunda paralela: uno dirigido al baluarte de Orleans, otro á una media luna inmediata, llamada del Rey, y el tercero al baluarte de San Carlos, logrando coronar la cresta del glacis. Comprendian los sitiadores en el ataque la luneta del Principe, el siniestro costado del postrer baluarte, la cual acometieron en la noche del 16. Mandaba por parte de los españoles D. Miguel Subirachs. Se formaron los franceses para asaltar dicha luneta en dos columnas; una de ellas debía embestir por un punto débil á la izquierda, en donde el foso no se prolongaba hasta el mar, y la otra por el frente. Inútiles resultaron los esfuerzos de la última, estrellándose contra el valor de los españoles, á manca de los cuales pereció el francés Javersac, que la comandaba, y otros muchos. Al revers la primera, pues favorecida de lo llaco del sitio, entró en la luneta, pereciendo 100 de nuestros soldados, quedando varios prisioneros, y refugiándose los demás en la plaza. A éstos los siguieron los enemigos, quienes, con el ímpetu, se metieron por la batería de San José y cortaron las cuerdas del puente levadizo. En poco estuvo no penetrasen en el arrabal: impidió-

(2) Les espagnols.... s'y défendirent en lion, quoique gênés par leur propre nombre. (Mémoires du maréchal Suchet, t. II, chap. II, pag. 69.)

lo un socorro llegado á tiempo, que los repelió.

Con la posesion de la luneta del Principe, cerró el sitiador cada vez más el frente atacado. Por ambas partes se encarnizaba la lucha, brillando el denuevo de los nuestros, ya que no siempre el acierto en la defensa. Tan enconados andaban los animos de unos y otros, que acompañaban á la pelea palabras injuriosas y desaforados baldones. La matanza crecia en grado sumo, y por confesion misma de los franceses, nada ponderativos en sus propias pérdidas, contaban ya, en el estado actual del sitio (el 16 de Junio), entre muertos y heridos, un general, dos coroneles, 15 jefes de batallon, 19 oficiales de ingenieros, 13 de artilleria, 140 de las demas armas, en fin con los soldados 2500 hombres. Y todavia tenian que apoderarse del arrabal, y empezar dequies el acometimiento contra la ciudad.

Dos dias antes, el 14 de Junio, habia llegado á Tarragona D. José Miranda con una division de Valencia, compuesta de más de 4.000 hombres armados y de unos 400 desarmados. Los ultimos se equiparon y quedaron en la plaza. Los otros, con su jefe, siguieron y tomaron tierra en Villanueva de Eñes, juntándose el 16 en Igualada con el Marques de Campoverde. Reunia éste, asistido de tan buen refuerzo, 9.456 infantes y 1.183 caballos, y en consecuencia, se determinó á maniobrar en favor de la ciudad sitiada.

Por aquellos dias el Baron de Eroles, que obraba unido á Campoverde, atacó cerca de Falset un gran convoy enemigo, y cogióle 500 acémilas. Poco antes, hacia Mora de Ebro, en Gratallops, D. Manuel Fernandez Villamil rodeó igualmente un grueso destacamento á las órdenes del polaco Mrozinski, y acabó con 300 de sus soldados, entre muertos, heridos y prisioneros, obligando al resto de ellos á encerrarse en la ermita de la Consolacion, de donde vinieron á sacarlos dificultosamente tropas suyas de Mora.

Pérdidas diarias de esta clase fueron parte para que Suchet llamase la brigada de Alibé, y un regimiento que habia enviado á observar á Eroles, á Villamil y otros jefes, la vuelta de Mora y Falset, y tambien para que procurase acelerar la conquista de Tarragona, alterándole pensamientos varios en vista de la enérgica bizarría de la guarnicion y del aumento de las fuerzas de Campoverde, y muestras que daba éste de moverse.

El 18 de Julio tenia el sitiador concluida la tercera paralela, y emprendió la bajada al foso enfrente del baluarte de Orleans, perfeccionando las obras de ataque por los demas puntos. En la mañana del 21 empezó á batir el muro, y á las cuatro de la tarde aparecieron abiertas tres brechas; dos en los baluartes de Orleans y San Carlos, la otra en el fuerte Real, aunque colocando detras: lo mal parado del tetraplen facilitó al enemigo su progreso.

Hasta ahora habia defendido el arrabal, desde los primeros dias de Junio, D. Pedro Sarsfield, portándose con valor é inteligencia. Pero el 21, dia mismo del ataque, como hubiese Campoverde pedido al Gobernador que le enviase, para mandar una division, á Réten á el estado Sarsfield, escogió Contreras al último, y le hizo salir de la plaza en el momento en que ya el enemigo habia dado principio á su acometida. Inexplicable proceder y de consecuencias inmediatas y desastradas. Porque, si bien se puso á la cabeza del punto atacado D. Manuel Velasco, oficial intrépido y entendido, sábase cuánto perjudica al buen éxito de todo combate la mudanza repentina de jefe.

A las siete de la tarde caminó el enemigo al asalto en tres trozos, contra el baluarte de Orleans, el de San Carlos y el lado de la marina: llevaba todas sus reservas.

No obstante una vigorosa resistencia, se metieron los franceses en el baluarte de Orleans, deteniéndolos buen rato en la gola los españoles, de los que muchos fueron allí pasados por la espada, y sin vengarse cual pudieran, no habiendo encendido á tiempo dos hornillos ya cargados. Se apoderaron tambien los enemigos de los demas puntos, hasta del fuerte Real, por escalada, estando aun la brecha poco practicable. Hacia la marina recharó Velasco los primeros ataques, sosténase con noble esfuerzo, y no se retiró sino cuando avanzaron por el flanco los franceses que venian de los baluartes de San Carlos y de Orleans. Contreras, puesto en lo alto del muro de la ciudad, tomó precauciones para evitar cualquiera sorpresa de aquel segundo recinto, y logró que Velasco y los suyos se salvaran, entrando por la puerta de San Juan. Dispararon los ingleses andanadas de todos sus buques, que no hicieron gran mella en el enemigo. Nosotros perdimos 500 hombres, no pocos se ocultaron, y á la destilada se guarecieron sucesivamente en la ciudad. Mataron los acometedores á muchos vecinos del arrabal, sin distincion de sexo, quemaron almacenes en el puerto, y duenos del muelle, incomodaron en breve el embarcadero del Milagro, que ahora servia para las comunicaciones de mar. Ufanos los franceses con el buen suceso de su ataque, hicieron señales á la plaza por ver si el Gobernador queria entrar en capitulacion; pero éste las desdeñó con altanero silencio.

Ofendióse Suchet, y la misma noche del 21 al 22 dispuso que se abriese la primera paralela contra la ciudad, apoyando la izquierda en el baluarte llamado Santo Domingo, y la derecha en el mar. No le restaba ya al enemigo que vencer sino este último recinto, sencillo y débil.

Los habitantes de Tarragona, Senen de Contreras, la junta de Cataluña, en una palabra, todos murmuraban y quejabanse amargamente del Marqués de Campoverde, cuya inaccion la echaban algunos á mala parte. Se figuraban ser superiores á lo que lo eran en realidad las tropas que aquel mandaba, y por el contrario, disminuian en su imaginacion sobradamente las de los franceses. Contribuyó al comun error el mismo Campoverde por sus ofertas y encarecimientos; tambien Contreras, que, en vez de obrar, consumia á veces el tiempo propalando indiscretamente que la plaza tendria luego que rendirse si en breve no era socorrida.

Cediendo, en fin, Campoverde al clamor universal y al propio impulso, resolvió hacer el 25 de Junio una tentativa contra los sitiadores. En su virtud, D. José Miranda, al frente de la division valenciana y de 1.000 infantes de la de Eroles, con 700 caballos, fué destinado á atacar los campamentos franceses de Hostalnou y Pallaresos, al paso que Campoverde debia situarse á la izquierda en el Callas para sostener la columna de ataque, y favorecerla ademas por medio de un falso movimiento, al cargo de D. José María Torrijos.

En espera de los nuestros, reunió Suchet, sin alojarse, sus principales fuerzas, contando con que se le atacaria del lado de Villalonga. Excepcionada era tanta prevencion. Miranda no desengañó su encargo, so pretexto de que no conocia el terreno, y alegando dudas y temores, que no le ocurrieron la víspera, y para las que no habia nueva razon. Un ce-

carnimiento ejecutivo y severo hubiera servido en este caso de lección provechosa, y estorbado la repetición de actos tan indignos del nombre español. Lavó hasta cierto punto la mancha D. Juan Caro, de vuelta de Valencia, sorprendiendo y aunchillando, en Torredembarra, á unos 200 franceses. Mas se perdió la ocasión de aliviar á Tarragona, y Campoverde, aunque mal de su grado, tiró la vuelta del Vendrell.

Parecía, sin embargo, no estar todo aún perdido. El 26 llegaron delante de Tarragona, procedentes de Cadix, 1.200 ingleses al mando del coronel Skerret. Estas tropas, ya uniéndose á Campoverde, ó ya reforzando la plaza, hubieran sido de gran provecho, no tanto por su número, cuanto por los alientos que infundiesen con su presencia. Mas cuando la suerte va de caída, esperada ventura cambiase en aguda desdicha. Skerret y otros jefes británicos tomaron tierra, y después de examinar el estado de la plaza, mostráronse muy abatidos. Contreras viendo esto, si bien le dijeron aquellos que se hallaban prontos á obedecerle, no quiso forzarles la voluntad, y dejó á su arbitrio desembarcar ó no su gente. Entonces los jefes ingleses se decidieron por mantenerla á bordo, y de consiguiente, en mala hora aparecieron en las playas de Tarragona, trastornando del todo con semejante determinación ánimos ya muy inquietos después de las precedentes desgracias.

Otra ocurrencia había aumentado ántes dentro de la plaza la desunión y discordia. Mal avenido Campoverde con Senen de Contreras á causa de continuos e indiseretos razonamientos de éste, le escribió para que si no estaba contento se desistiese del mando, previniendo al propio tiempo á D. Manuel Velasco le tomase en caso de la dejación de Contreras, ó en cualquiera otro en que el último tratara de rendirse. Comunicó igual orden á los demás jefes, autorizándolos á nombrar gobernador si Velasco no aceptase el cargo. Conformábase la resolución de Campoverde con una circular de la Regencia de principios de Abril, aprobada por las Cortes, según la cual se mandaba que en tanto que hubiese en una plaza un oficial que opinase por la defensa, aunque fuese el más subalterno de la guarnición, no se capitularia, y que por el mismo hecho se encargase dicho oficial del mando. Habíase originado esta providencia de lo que pasó con Imaz en Badajoz; pero en Tarragona no se estaba en el mismo caso. Contreras no pensaba en rendirse, y justo es decir que sobrabanle bríos y honra para cometer villanía alguna. Era sólo hombre de mal contentar, presuntuoso, y que usaba con poco recato de la palabra y de la pluma. En este lance, altamente ofendido, lejos de despojarse del gobierno, dió á Velasco pasaporte para que saliese de Tarragona y se incorporase al cuartel general. Privábase así á la plaza de buenos oficiales, nacían partidos, y desmayaban hasta los mas firmes.

Provechoso luero para el frances. Avivaba este sus obras, y estableciendo la segunda paralela á 60 toesas de la plaza, ó sea del último recinto, que era el atacado, tuvo prontas y armadas en la noche del 27 al 28 las baterías de brecha. Sabedor Suchet de la llegada de los ingleses, apremiábase posesionarse de Tarragona. Estaba distante de imaginar que la presencia de aquellas tropas fuese nuevo agasajo que le hacia la fortuna. Abrieron los sitiadores temprano el fuego en la mañana del 28, intentando principalmente aporillar el muro en la cortina del frente de San Juan por el ángulo que

forma con el flanco izquierdo del baluarte de San Pablo. El terreno es de piedra sin foso ni camino cubierto.

Correspondieron los nuestros á los fuegos enemigos de un modo terrible y acertado, y destruyéndoles los esplendores de las baterías, dejaron en descubierta á sus artilleros y mataron á muchos. Por nuestra parte hubo la desgracia de volarse un depósito de pólvora en el estrecho baluarte de Cervantes, y de que se apagasen sus fuegos. Mortifera continuaban en los otros puntos; mas, recio el enemigo en asestar furibundos tiros contra el lienzo de la muralla que queria rasgar, empezó á conseguirlo y franqueó al fin anchuroso boqueron.

A las cinco de la tarde concepcionaron los sitiadores practicable la brecha, y dispuso Suchet el asalto bajo las órdenes de los generales Habert, Ficatier y Montmarie. Tambien Senen de Contreras se preparó á recibir y rechazar á los franceses en la misma brecha, y aun á defenderse dentro de las calles, cortadas varias y señaladamente la rambla. Ocho mil hombres de buenas tropas le quedaban, y con ellas y alguna ayuda del vecindario podria Tarragona durante muchos dias repetir el ejemplo de Girona y Zaragoza. La suerte adversa determinó lo contrario. El gobernador español formó en frente de la brecha dos batallones de granaderos provinciales y el regimiento de Almería, y dió á sus jefes acertadas órdenes. Quizá hubiera debido Contreras agolpar allí más gente, y no esparcirla como lo hizo por otros puntos que no estaban amagados.

Abalanzóse pues el enemigo desde la trinchera contra la brecha. A los primeros acometedores derribalos la metralla que vomitan nuestras piezas, los reemplazan otros, y caen tambien ó vacilan; acude la reserva, los ayudantes mismos de Suchet, y hasta se forma para dar ejemplo un batallón de oficiales, que todo se necesitaba, arredrado el soldado frances con el arrojo y serenidad que muestran los españoles. Una y más veces se rompen las columnas enemigas, y una y mas veces se rehacen y quedan desbaratadas. Al cabo de dura porfía y á favor del número suben los franceses á la brecha y penetran en la cortina y baluarte de San Pablo, procurando extenderse á manera de relámpago por lo largo del adarve.

Así lo tenía proyectado el general enemigo con mucha prudencia, pues dueños los suyos de todo el circuito del muro, sobrecogian é los sitiados é imposibilitaban probablemente la defensa interior de la ciudad. Sin embargo, en las cortaduras de la rambla resistió valerosamente el regimiento de Almería los ímpetus de los contrarios, y sólo cedió al verse flanqueado y acometido por la espalda. Furibundo el frances penetró á lo último por todas partes, pilló, quemó, mató, violó, arrebolió con sangre las calles y edificios de Tarragona.

En las gradas de la catedral murió defendiéndose, con otros hombres esforzados, D. José Gonzalez, hermano del Marqués de Campoverde, Senen de Contreras, herido en el vientre de un bayoneteazo, cayó prisionero en la puerta de San Magín. Pericloron más de 4.000 personas del vecindario, ancianos, religiosos, mujeres y hasta los más tiernos párvulos, porque si bien muchos de los principales mortadores habían desamparado la plaza antes del asalto, la masa de la población habíase quedado á guardar sus hogares. Entre varios objetos de curiosidad é importancia que se destruyeron, contóse el archivo de la catedral. De los soldados quedaron prisioneros, incluyendo los heridos de los hospitales, 7.800: los

generales Courton, Cabrery y otros oficiales superiores fueron de este número. Hubo tropas que intentaron escapar por la puerta de San Antonio, camino de Barcelona, pero el general Harispe, apostado hacia aquella parte, los envolvió ó acosó contra la plaza.

Cometieron los españoles en la defensa diversas faltas. Fueron las de Campoverde no perfeccionar de antemano las fortificaciones, mandar al gobernador a mitad del sitio, y ofrecer confiadamente socorro para después no proporcionarle. Reprenderse del en en Contreras sus piques y quisquillas, sus amenazas para malquistar al pueblo contra los demás jefes; lastimosas ocupaciones en que perdía el tiempo con desdoro suyo y en perjuicio de la causa que sostenía. Descansó también sobradamente en los auxilios que esperaba de fuera, y aunque oficial de saber y práctico, anduvo á veces desalentado en el modo de repeler las acometidas del enemigo ó de preverlas. Una voluntad única y sola de inflexible entereza, y superior á celosas y miserables competencias, retardado hubiera los ataques del sitiador, y aun inutilizado varias de sus tentativas.

Con todo eso, la defensa de Tarragona, plaza de suyo irregular y defectuosísima, honró á nuestras armas y alianzará por siempre á Contreras un puesto glorioso en los fastos militares de España. El enemigo para apoderarse de aquel recinto tuvo que abrir nueve brechas, dar cinco asaltos, y perder, según su propia cuenta 4.293 hombres, pues según la de otros pasaron de 7.000.

Llevado D. Juan Senen de Contreras en unas angustias delante de Suchet, reprochóle éste lo pertinaz de la resistencia, y díjole á que merecía la muerte por haber prolongado aquella más allá de lo que permiten las leyes de la guerra, y por no haber capitulado abierta la brecha. « Con dignidad le replicó D. Juan: « Ignoro qué ley de guerra prohiba remeter al asalto; además esperaba socorros: mi persona debe ser inviolable como la de los demás prisioneros. La respetaré el general francés; donde no, el oprobio será suyo, más la gloria. » Suchet tratóle después con atenta cortesía, agasajóle, y le hizo muchos ofrecimientos para que pasase al servicio del rey intruso. Desechólos Contreras, y de resultas le condujeron al castillo de Bouillon en los Países Bajos, de cuyo encierro logró escaparse, no habiendo nunca empeñado su palabra de honor.

Suchet bajo palio y á pié fué en Reus á la iglesia á dar gracias al Todopoderoso por el triunfo que le había concedido con la toma de Tarragona. En vez los invasores de granjearse con eso las voluntades, las enajenaban más y muy mucho, pues el religioso pueblo, aquí como en otras partes que ya hemos visto, calificaba tales actos de sacrilego fingimiento y mera juglería. Y á la verdad, ¿ cómo pudiera graduarse de otro modo, recordando que días antes, en Tarragona, los mismos que ahora se mostraban tan pios y devotos habían prostituido los templos, profanado los sagrarios, quemado los óleos, pisoteado las formas? No cuadran con la gravedad y pureza española trámites tan repentinos y contradictorios, ni engaños tan mal solapados.

Diffundida en Cataluña la nueva de la pérdida de Tarragona, se apoderó de los ánimos exasperación y desmayo. Cundió el mal al ejército y notose mucha desercion, porque los catalanes que en él habia preferían la guerra de somatenses á la de tropa reglada, poniendo además en sus propios jefes mayor confianza que en los forasteros; y los que eran valencianos, ansiando por volver á defender su

propio suelo que creían amenazado, reclamaban la promesa que les habian hecho de un pronto retorno. Acrecentaban tal inclinacion las mismas medidas de Campoverde, fuera de sí y apesadado con los infortunios. Yendo el 1.º de Julio de Igualada á Cervera congregó un consejo de guerra, en el que por cuatro votos de siete se decidió la evacuacion del principado, dejando solo en la tierra guerrillas de catalanes. Inconcebible resolucion cuando se conservaba aún Figueras, é intactas las plazas de Berga, Cardona y San de Urgel.

Con ella se aumentó la desercion, insistiendo ahinadamente el general Miranda en su embarco y vuelta á Valencia, temeroso de que se alejase el ejército de los confines de este reino al retirarse de Cataluña. No se opusian Campoverde ni los otros jefes á tan justo deseo, en todo conforme á lo que se habia ofrecido al capitán general de Valencia; pero dificultades casi insuperables estorbaron en un principio darle cumplimiento, habiendo Suchet extendido sus tropas á lo largo de la costa hasta Barcelona.

En efecto, el general francés, con el propósito de impedir el embarco de los valencianos, y aun con el de disipar, si podia, el ejército de Campoverde, después de haber ordenado en Tarragona lo mas urgente, destacó en la noche del 20 al 30 dos divisiones camino de la capital del principado, y marchó tambien él en la misma direccion con una brigada y la caballería. Cañoneóle la escuadra inglesa en la ruta, mas no evitó que en Villanova de Sagas cogiese el francés algunos barcos, bastantes horridos y partidas sueltas. Señaló el general Suchet su viaje con reprensibles actos. Cogió en Molina de Rey á algunos prisioneros, soldados todos, y entre ellos á uno de veinticinco años de servicio, y mandólos ahorcar. Hincados de rodillas pidiéronle aquellos desgraciados que tuviese consideracion al uniforme que vestian; mas Suchet, implacable, mandó ejecutar su fallo, y la misma suerte cupo á varios paisanos y mujeres. En vano creía abafar con el rigor al indómito catalán. Don José Manso, á cuyo cuerpo pertenecian aquellos soldados, hizo en consecuencia una enérgica declaracion, y ahorcó á seis de los enemigos que habia cogido prisioneros. Embaza tanta

Noticioso Suchot de que Campoverde se internaba, no dando ya indicio de querer embarcar á los valencianos, limitose á visitar la ciudad de Barcelona y á tomar ciertas medidas para la prosecucion de la campaña, de acuerdo con el gobernador Mauricio Mathieu, y tornó en seguida á Tarragona. Aquí puso la plaza y su campo bajo las órdenes del general Musnier, y aseguró aún más las riberas del Ebro y la ciudad de Tortosa con la division del general Habert, en tanto que él se preparaba á nuevas empresas.

Por su lado Campoverde, adelante en el propósito de evacuar la Cataluña, encaminabase á Agramunt para salvarse por las raíces del Pirineo. La desercion de su gente y los clamores del principado le detuvieron. A dicha ocurrió en el intermedio que Suchet se replegase sobre Tarragona, y dejase libre y despejada la costa. Campoverde, aprovechándose de tan oportuna clara, se dirigió á la marina, y sin tropiezo consiguió embarcar el 8 de Julio en Aranya de Mar la division valenciana. Púsose á bordo toda ella, excepto unos 500 hombres, que, disgustados de no tornar á su país nativo, se habian derramado por Aragon y juntádose á Mina y otras partidas. Advertido Suchot del movimiento de Campoverde,

revolvió apriesa sobre Barcelona, en donde entró el 9, partiendo inmediatamente Maurice Mathieu para oponerse a los intentos que mostraba el general español. Llegó tarde el francés, pues los valencianos habían ya dado la vela.

Habíase al propio tiempo alejado Campoverde, tomando el camino de Vich; en esta ciudad se encontró con un sucesor que le enviaba de Cadix la Regencia: con D. Luis Lacy, á quien entregó el mando en 9 de Julio. Perdido ya aquel general en la opinion y desestimado, menester le era ceder el puesto á un nuevo jefe. En tiempos ásperos y de revuelta aceleradamente se gasta el crédito, que á duras penas mantiene propicia y constante fortuna.

Viendo Lacy que el general Suchet daba traza de perseguirle, salió de Vich y pasó á Solsona, adonde le siguió la Junta del principado, la cual, después de la pérdida de Tarragona, había desamparado á Montserrat. En los nuevos cuarteles, y favorecido de las plazas de Cardona y Seu de Urgel (destruyó la de Berga), no ménos que de lo ágrío de la tierra, empezó Lacy á rehacer su ejército y á reunir gente; fomentó tambien las guerrillas y encomendó al Baron de Eroles la guardia de Montserrat, punto importante que amagaba el enemigo.

Igualmente, no sirviéndole sino de inútil y pesada carga un gran número de oficiales y caballos, despidió á muchos de aquéllos y á 500 de éstos, con otros soldados desmontados, permitiéndoles ir á plantar bandera de ventura, ó á unirse á otros ejércitos, en que pudieran ser empleados con utilidad y mantenerse mas fácilmente. De contar es, por cierto, el rumbo que tomaron. Partieron todos el 25 de Julio, á las órdenes del brigadier D. Gervasio Gasca, faldearon los Pirineos, vadearon rios, y aunque perseguidos por las guarniciones francesas, llegaron felizmente á Luesia el 5 de Agosto. Allí les causó Klopicki alguna dispersion: pero juntándose de nuevo en Eibar, en Navarra, dióles Mina guías, y cruzaron el Ebro el 12 de Agosto. Gasca, prosiguiendo su marcha, se incorporó al ejército de Valencia, sin que le fuese posible al enemigo el estorbarlo. Los más de los soldados y oficiales acompañaron á aquel jefe hasta su destino, excepto unos cuantos, que perecieron en el viño y las peñas, y otros que tomaron sabor á la vida de los partidarios; de hambre y fatiga murieron bastantes caballos. Rodeo fué este y marcha de ciento ochenta y seis leguas; prodigiosa, imposible de realizarse en otra clase de guerra.

Cebado Suchet con los favores que le dispensaba la suerte, quiso proseguir la carrera de sus triunfos. En la distribucion que Napoleon habia hecho de las operaciones de Cataluña, al paso que encargó á dicho Suchet el sitio de Tarragona, dejó á la incumbencia de Macdonald, conforme en su lugar apuntamos, la reconquista de Figueras y la toma de Montserrat y plazas al Norte. Pero absorbida la atencion de este mariscal en recuperar aquella primera ó importante fortaleza, circunvalábala, asistido de la flor de sus tropas, y no le quedaba fuerza suficiente con que atender á otros objetos. Suchet, ahora mas libre, se encargó de la toma de Montserrat. Para ello, después de perseguir á Campoverde hasta Vich, no habiendo podido impedir el embarco de los valencianos, dejó allí en observacion de las reliquias del ejército español bastantes fuerzas, y regresó á Roua el 20 de Julio, decidido á verificar su intento. En este pueblo se halló con pliegos, en que se le noticiaba haberle elevado el Emperador á la dignidad de mariscal de Francia, y en que tambien se le daba

la órden de demoler las fortificaciones de Tarragona, excepto un reducto, y la de tomar á Montserrat, debiendo en seguida marchar sobre Valencia. Cumpíase así con sobras los deseos de Suchet: se veía altamente honrado, y encargábasele concluir la empresa que él mismo meditaba.

Mercedes tales servian de espuela al celo ferrocioso del nuevo mariscal. Derribó en breve, segun se le prevenia, las obras exteriores de Tarragona, mas no el recinto de la ciudad ni el fuerte Real; disposicion que aprobaron en Paris. Dejó dentro al general Bertoletti, con 2.000 hombres, y tuvo el 24 de Julio reunidas ya en las cercanias de Montserrat sus principales fuerzas, así como una columna procedente de Barcelona. Eroles mandaba allí y tenia á sus órdenes 2.500 á 3.000 hombres, los más de ellos somatenes.

Es Montserrat encumbrada montaña, que, por su naturaleza singular y religiosas fundaciones, se presenta como una de las curiosidades más notables de España. A siete leguas de Barcelona domina los caminos y principales eminencias del riñon de Cataluña. Tiene ocho leguas de circunferencia por la base, compuesta de rocas altísimas y escarpadas, de ramblas y torrenteras, que no dejan sino pocas y angostas entradas. A la mitad de la subida y algo más arriba está asentado en un plano estrecho un monasterio de benedictinos, vasto y sólido, bajo la advocacion de la Virgen. A partir de allí, pelada del todo la montaña, forma en varios parajes hasta la cima picachos y peñoles, á manera de las torres de un edificio gótico, que algunos han comparado á un juego de bolos. Para llegar desde el monasterio á lo alto se camina obra de dos horas, y en aquel trecho se hallan trece ermitas con sus oratorias, pagadas unas contra los lados de la peña viva, puestas otras en las mismas puntas. Llegando á la última, que nombran de San Jerónimo, se descubren las campiñas, los pueblos y los rios, las islas y la mar; vista que se espacia deleitosamente por el claro y azulado cielo del Mediterraneo. En moradas tan nuevas, en otro tiempo tranquilas, residian de ordinario solitarios, desengañados del mundo, y únicamente entregados á la oracion y vida contemplativa. De muy antiguo siendo éste uno de los lugares más afanados por la devocion de los fieles, constantemente ardian en la iglesia del monasterio ochenta lámparas, de muchos mecheros cada una, y en lo que llamaban tesoro de la Virgen veíanse acumuladas ofrendas de siglos, á punto de ser innumerables las alhajas de oro y plata y las piedras preciosas. Un solo vestido de la imagen, deliva de una duquesa de Cardona, tenia, sobre exquisito recamado, más de 1.200 diamantes, montados en forma de doce estrellas. Bien vino, para que no fuesen presa del invasor, que los prevenidos monjes hubiesen transferido con oportunidad á Mallorca lo mas escogido de aquellas joyas.

Tan venerable albergue habíanlo convertido los españoles en militar estancia durante la actual guerra, fortificando las avenidas. Está al ciego la más importante de ellas, que descende cubrebreando por medio de tajos y precipicios, y va á dar á Casanovana. Dos baterias con cortaduras en la roca cubrian este lado, habiéndose ademas establecido un atrincheramiento á la entrada del monasterio, cuyas paredes se hallaban igualmente preparadas para la defensa. Por el Mediodia corre un sendero, que lleva á Collbató, y en él se habia plantado otra bateria.

Cuidóse no ménos de los otros puntos, si bien los

amparaba lo frágil del terreno, en especial á Levante, de caídas muy empinadas.

Preparóse el Barón de Eroles á sostener la estancia, y con tanta confianza, que proveyó de mantenimientos para ocho dias las baterías avanzadas. Al amanecer del 25 de Julio comenzaron los enemigos la embestida, mandándolos Suchet en persona. Dirigióse el general Abbé hacia la subida principal, apoyado por Maurice Mathieu. Los otros caminos fueron igualmente amagados, soltando ademas tiradores, que procuraban trepar por las quiebras y vertientes de la montaña, con el objeto de flanquear nuestros fuegos.

Empuñóse el ataque por el frente, y los contrarios no adelantaban ni un paso, firmes los españoles y acompañando sus fuegos de todo género de instrumentos mortíferos, y de piedras y galgas. Mas á cabo de largo rato, encaramándose por la montaña arriba las ya mencionadas tropas ligeras, lograron dominar á nuestros artilleros y acorillarlos por la espalda. Ni aun así cedieron los atacados, pareciendo casi todos sobre las piezas ántes que Abbé se posesionase de ellas.

Vencida por este término la mayor de las dificultades, prosiguió aquel general via del monasterio. Le habian precedido, como para el ataque anterior, muchos tiradores, que hicieron esfuerzos por adelantarse y molestar desde los picachos y ermitas á los que defendian el edificio. Consiguieron los enemigos su objeto, y aun se metieron dentro por una puerta trasera. Mas aquí, como el combate era singular, ó sea de hombre á hombre escarmentáronlos los somatenes, y cierta era la derrota de los contrarios, si Abbé no hubiese llegado al mismo tiempo y terminado en favor suyo la pelea. Evacuaron los españoles el convento, y los mas, junto con su jefe Eroles, pudieron salvarse, conocedores y prácticos de la tierra. Tres monjes ancianos y alguno que otro ermitaño fueron victimas de la braveza del soldado francés. A dicha llegó á tiempo Suchet para poder salvar á dos de ellos, que todavía quedaban vivos. Colgese de lo sucedido cuán dificultoso sea sostener tales puestos, por inexpugnables que parezcan, pues ó muere es emplear fuerzas considerables que los defiendan, y entónces desaparece la utilidad de su conservación, ó no es posible tapar las avenidas de modo que no columbre el acometer resqueio por donde introducirse é inutilizar las precauciones más bien concertadas.

A pocos dias de haber tomado á Montserrat, dejó allí de guarnición el mariscal Suchet al general Palombini, asistido de su brigada y alguna artillería, poniendo en Igualada al general Frere, cuyas comunicaciones con Lérida, por Cervera, estaban asimismo aseguradas. Palombini no gozó de gran sosiego, molestado siempre, y el 5 y 9 de Agosto don Ramon Mas, al frente de los somatenes, atacólo y le causó una pérdida de más de 200 hombres.

En el perseverar de los catalanes, conoció Suchet no podia desamparar aquel principado hasta que los suyos recobrasen á Figueras, y pudieran las tropas que bloqueaban esta fortaleza, enfrenar los demasios del somaten y las empresas de D. Luis Lacy.

Aproximábase, por desgracia, tan fatal momento. Tenia el enemigo estrechamente cercado aquel castillo con linea doble de circunvalación. El mariscal Macdonald habia en vano intimado varias veces la rendición al gobernador D. Juan Antonio Martinez, á quien no abatian los infortunios. Púsose el soldado á media ración, merceda ésta aún más, y consumidos sucesivamente los víveres, los

caballos, los animales inmundos: en fin, hambreada del todo la gente, y sin esperanza de socorro, trató Martinez, el 10 de Agosto, de salvarla arrojando peligro, y abriéndose paso con la espada. Mas muy en vela el enemigo, y casi exanimados los nuestros, frustróse la tentativa, teniendo Martinez que rendirse el 19 del mismo Agosto. Cayeron con él prisioneros 2.000 hombres, sin que entren en cuenta los heridos y enfermos: entre los primeros hallaron á Floreta, Marqués y otros confidentes en la sorpresa, que fueron ahorcados en un patíbulo que el francés colocó en un rebollín del castillo. Los Pous, con mejor castella, se salvaron, habiendo salido cuando Eroles, y en premio de su servicio, se les nombró capitanes de caballería, rehusando hidalgamente tomar una remuneración pecuniaria que se les habia ofrecido.

Ni por eso cesó la guerra en Cataluña, ántes bien renacia como de sus propias cenizas. Lacy activo y bravo formaba batallones, sostenia á los debiles, guardecia á los más valerosos, y metiéndose por aquellos dias en la Cerdaña francesa, repelió á 1.200 hombres, exigió contribuciones y sembró el espanto en el territorio enemigo. Por todas partes rebullian los somatenes: Clarós apareció cerca de Girona, en Besós Milans, otros en diversos lugares, y no les era lícito á los invasores caminar sino como primero con fuertes escoltas. La Junta del principado y Lacy decian en sus proclamas: «¿No hemos jurado ser libres, ó envolvernos en las ruinas de nuestra patria? Pues á cumplirlo.» Podian exterminar tal gente, no conquistarla.

Sin embargo, el mariscal Suchet, codicioso de tomar á Valencia, dejando por algun tiempo parte de su ejército en Cataluña, pasó á Zaragoza para hacer los preparativos convenientes á la empresa que meditaba, y se le habia ya encomendado en Francia. Tambien urgia diese orden en las cosas de Aragon, en donde con su ausencia comenzaba la tierra á andar revuelta. En la ribera izquierda del Ebro los valencianos y el general Gasca, de que hemos hecho mencion, con otros varios, habian meneado aquellas comarcas y metido gran bulla. En la derecha los generales Villacampa, Obispo, enviado de Valencia, y Durán, acudiendo de Soria, incoordinaban á los destacamentos y guarniciones enemigas, de las que la de Teruel se vió muy apurada. Suchet procuró despejar el país y tranquilizarlo algun tanto, estorbándole con todo para conseguirlo los partidarios de las otras provincias, y en especial los temores que le inspiraba la vecindad de Valencia.

En este reino habia continuado mandando algun tiempo D. Luis Alejandro de Bamecourt, no muy atinado ni en lo político, ni en lo militar, y que con deseo de granjearse el aura popular, y de imitar á Cataluña, habia convocado para 1.º de Enero de 1811 un congreso, compuesto de la Junta y de diputados de la ciudad y la provincia. Las discusiones de esta corporacion extemporánea fueron publicas, y en un principio se limitaron á proporcionar auxilios, y á las cuestiones puramente económicas; mas tomando los nuevos diputados gusto á su magistratura, quisieronle dar onzanellas, y empezaron á examinar la conducta del General. Escociólo á éste la idea, llevándolo muy á mal que hechuras que consideraba como suyas se tomasen tal licencia, por lo que el 27 de Febrero puso término á los debates, y prendió á D. Nicolas Gareli y á otros de los más fugaces. Las Cortes, á cuyo superior conocimiento subió la decision de todo el negocio, man-

daron soltar á los presos, cerrando al propio tiempo la puerta á los ambiciosos é inquietos de las provincias con el reglamento que por entonces dieron á las juntas, del que luego haremos mención, y al cual se sometieron todas. La Regencia nombró interinamente á D. Carlos O'Donnell por sucesor de Bessacourt, cuyos procedimientos se miraron como nada cuerdos.

Tampoco en lo militar se había el D. Luis mostrado muy atentado. Vimos en el año último sus desaciertos en esta parte. Ahora había si fortificado á Murviedro, pero no conculgado cual pudiera al alivio de Cataluña. Hasta el 22 de Abril que entregó el mando á O'Donnell, tornando á Cuenca, apenas hizo en estas meses movimiento alguno de importancia, no siendo uno que intentó sobre Ulldecona el 12 del mismo Abril.

O'Donnell, ayudado de la marina inglesa, ordenó al principiar Mayo una maniobra hacia el embocadero del Ebro. El comodoro Adams, á bordo del *Invencible*, con dos fragatas y dos jabeques españoles, cañoneó la torre de Codofol, á 800 tocasas de la Rapita, y el 9 obligó al enemigo á que la evacuase. Al mismo tiempo el Conde de Romé con unos 2.000 españoles avanzó por tierra, y Pinot, comandante francés de la Rapita, acometido de ingleses y amenazado por españoles, se replegó sobre Amposta, punto que inmediatamente rodearon los nuestros. Mas acudiendo sin tardanza los franceses de Tortosa y de los alrededores con fuerza superior, libraron á los suyos, no ocupando, sin embargo, la Rapita hasta después de la toma de Tarragona, y limitándose por esta vez á recobrar la torre de Codofol.

En lo demás no tentó O'Donnell operacion alguna notable sino la de enviar á Cataluña la division de Miranda de que ya se habló, y hacer amagos via de Aragon, los cuales no dieron motivo á empresa alguna señalada. El mando interino de D. Carlos O'Donnell cesó al feneecer Junio, empujando el baston en su lugar el Marqués del Palacio. Fueron de allí en adelante preparándose en Valencia acontecimientos de funesto remate, que reservamos para otro libro.

Restanos en éste contar lo que pasó en Castilla la Nueva, en la mitad del año de 1811, tiempo que ahora nos ocupa: seremos breves. Tenian los franceses encomendada la defensa de aquel territorio al ejército que llamaban del centro, puesto á las inmediatas órdenes de José, y casi el único de que podía disponer el intruso con libertad bastante amplia. En ayuda de este ejército acudian á veces tropas de otras partes. Y como no fuesen de ordinario suficientes las suyas propias para cubrir los distritos de su incumbencia, que eran Avila, Segovia, Madrid, Toledo, Guadalajara, Cuenca y Mancha, apostaba en el ultimo una division del cuarto cuerpo, ó sea de Sebastiani, bajo el mando del general Lorge, con especial encargo de conservar libre el tránsito entre las Andalucías y la capital del reino. Cada distrito tenia un jefe militar, y sumaban las fuerzas de todos ellos de 25 á 30.000 hombres.

Las contrarrestaban los guerrilleros, rara vez tropas regladas, manteniéndose siempre en pié las juntas de Guadalajara y Cuenca; incluidora alguna tanto la primera de desavenencias y discordias. Otra se formó en la Mancha, tampoco muy pacífica, la cual se albergaba en los montes de Alcaraz, y por lo comun en Elche de la Sierra, conservando como abrigo y apoyo de operaciones el castillo de

las Peñas de San Pedro, fábrica de romanos, sito en un peñol empinado. Mandaba el cantón D. Luis de Ulloa. Imprimia esta junta una gaceta de composicion no muy culta, pero en idioma propio á divertir y embelesar á la muchedumbre.

Pocos partidarios de los del año anterior habian desaparecido ó sido aquí presa de los franceses. Cupo tal desdicha á algunos no muy conocidos, y entre ellos á uno de nombre Fernandez Garrido, cogido en Abril, en Chapinería, partido de Madrid, por el Marqués de Bermuy, al servicio de José, encargado de perseguir las guerrillas hacia las riberas del Alberche. Los más nombrados permanecian casi ileso. Hubo unos cuantos que salieron por primera vez a plaza, ó adquirieron mayor fama. De este número fueron D. Eugenio Velasco y D. Manuel Hernandez, dicho el Abuelo. En ocasiones los animaban tropas del tercer ejército, y sobre todo la caballería al mando de Oserio, que, como ya se apuntó, acudia al granero de la Mancha en busca de bastimentos.

Quien no cesó ni un punto de sobresalir entre los partidarios de Castilla la Nueva, fué D. Juan Martin el Empecinado. Después de su vuelta de Aragon, lidió en el mes de Febrero varias veces contra fuerzas superiores, ya en Sacedon, ya en Priego. Pasó en Marzo á Molina, y en los días 8 y 9 entró en el castillo, mal parada, á la guarnicion francesa. De allí se encaminó á Sigüenza, y mancomunándose con D. Pedro Villacampa, que andaba rondando por la tierra, decidieron ambos embestir la villa y puente de Añon, provincia de Guadalajara. Era este puente el solo que permanecía intacto, habiendo roto el francés los de Pareja y Trillo, y quemado el de Valtablado; todos sobre el Tajo. Partia dicho puente término entre la villa de su nombre y la de Sacedon, y por su importancia fortificábale los enemigos, habiendo hecho otro tanto con las calles y casas de ambos pueblos: tenia de guarnicion 600 hombres, y mandaba allí el coronel Luis Hugo, hermano del general que estaba á la cabeza del distrito de Guadalajara.

Franqueando aquel punto ambas orillas del Tajo, interesaba su ocupacion á los nuestros y á los contrarios. Llegó á las cercanías en la mañana del 23 de Marzo D. Pedro Villacampa, y por medio de una atinada maniobra acometió á los franceses por el frente y espaldas. Los desalojó del puente, apoderándose de las obras que habian construido para su defensa. Se refugiaron en seguida aquellos en la iglesia de Añon, muy fortalecida, y dudaba Villacampa atacarlos, cuando acudiendo D. Juan Martin empezaron ambos á verificarlo. Una tronada y copiosísima lluvia retardó los ataques y favoreció á los enemigos, dando lugar á que viniese de Brihuega, Hugo, el comandante de Guadalajara, y de Tarazona el jefe Blondeau á la cabeza de otra columna. Con este motivo destruidas las obras, se retiraron los españoles, llevando más de 100 prisioneros y habiendo muerto y herido á otros tantos hombres; entre los postreros se contó al comandante del puesto, Hugo. Evacuó de resultas el enemigo á Añon, y Villacampa y el Empecinado tiraron cada uno por diverso lado.

Tan continuos choques determinaron al gobierno intruso á hacer un esfuerzo para destruir todas estas partidas, especialmente la del Empecinado, reuniendo al efecto á las fuerzas de Hugo las del general Lahoussaye, que mandaba en Toledo, y algunas otras. ¡Vana diligencia! D. Juan Martin traspuco entonces los montes, acometió á los franceses en la

provincia de Segovia, los escarmenó en Somosierra, en el real sitio de San Ildefonso, y hasta envió destacamentos camino de Madrid, cuando le buscaban al Este, á doce leguas de distancia. Tuvo por tanto Hugo que volver atrás, costándole gente las marchas y contramarchas. Laboussais pasó en 22 de Abril á Cuena, de donde se retiró D. José Martínez de San Martín, y aquella ciudad, tan desventurada en las anteriores entradas del enemigo, de que hemos referido las más principales, no fué más dichosa en ésta, por no desviarse nunca de la senda del patriotismo, honrosa, pero llena de abrojos. Huete, Huertahernando, Alcazar de San Juan, Huencia y otros pueblos, entónces, después y ántes, padecieron no ménos desgracias. Volúmenes serian necesarios para contarlas todas, junto con los rasgos de heroicidad de muchos habitantes.

No siendo, pues, dado á los enemigos acabar con D. Juan Martín, pusieron en práctica secretos manejos. Causaron con ellos altercados, una notable dispersion en Alcocer de la Alcarria, y lo que fué peor, el paso á su bando de algunos oficiales, si bien contados. También la Junta con su ambicioso desasosiego é imprudentes medidas, desavino los ánimos, no menos que la inoportuna elección del Marqués de Zayas (que no debe confundirse con D. José de Zayas) como comandante de la provincia, poniendo bajo sus órdenes al Emperinado. De poco nombre dicho Marqués entre los generales del ejército, era pernicioso para gobernar partidas, á cuya cabeza podían sólo mantenerse los que las habían formado, hombres activos, prácticos de la tierra, avezados á todo linaje de escaseces, á los peligros de una vida arriugada y aventurera, manos emallecidas con la esteva y la azada, ablandadas sólo en sangre enemiga. Separarse de camino tan derecho motivó considerables daños. Al principiar Julio estaba como dispersa la fuerza que antes mandaba D. Juan Martín, y que ascendía á más de tres mil hombres. Por fortuna pusieron las Cortes termino al mal, ordenando que se disolviese la Junta, y se nombrase otra conforme al nuevo reglamento, del que hablaremos después, y previniendo al Marqués de Zayas que dejase el mando, según lo realizó, tornando á Valencia, embolsados sueldos y atrasos, ya que no con acrecentamiento de fama. Revivió D. Juan Martín la comandancia de su division, y á pocos dias revivió ésta con no menor brillo que ántes.

Entre los demas partidarios de menor nombre incomodaba D. Juan Abril á los franceses desde las sierras de Guadarrama y Somosierra hasta Madrid, atravesando con frecuencia los puertos, y habiendo tenido la dicha esta primavera de rescatar catorce mil cabezas de ganado merino que llevaban fuera del reino. Saornil había ahora tomado á su cargo principalmente la provincia de Ávila y las confinantes; pero en 1.º de Julio, sorprendido de noche por el comandante Montigny junto á Peñaranda de Bracamonte, en donde, descuidado, dormía al raso con los suyos, perdió alguna gente, si bien no se retiró hasta después de un combate muy encarnizado. Recorria sólo é uniéndose con otros el camino de Toledo D. Juan Palarea, el Médico, y en Cebrilla y sus contornos, como en otros parajes, sorprendió diversas partidas enemigas, cogiendo en Junio en Santa Cruz del Retamar á M. Lejeune, ayudante de campo del príncipe Neufchatel, quien ha representado al lance con presunto pincel, y valiéndose de la licencia que se concede á los pintores y á los poetas. Cuius semper respetaron nuestros partidarios á

sus enemigos; lo cual no impedía que so pretexto de ser foragidos, ó soldados voluntarios de José, los ahorcasen, apéllos ó arrebucasen á menudo sin consideración alguna. La venganza entónces era pronta y con usura. A veces lo largo del camino del Pardo, en las otras avenidas de Madrid, y junto á sus tupias mismas amanecían volgados tres y más franceses por cada español muerto en quebrantamiento de las leyes de la guerra. Forzosa represalia, pero cruda y lamentable.

Al lado opuesto de Toledo y del campo de las lides de Palarea, el otro médico, D. José Martínez de San Martín, que mando en Cuena hasta que volvió de Valencia Bassecourt, tampoco desperdició el tiempo. Combinaba á veces acertadamente sus operaciones enterandose con otros partidarios, y el 7 de Agosto, unido á D. Francisco Abad (Chalego), escarmenó reciamente á los franceses en la Osa de Montiel, y les cogió bastantes prisioneros y efectos. No ménos bulla y estruendo de guerrillas y franceses andaba en Ciudad Real, Almagro, Infantes, por todas las comarcas y villas de la Mancha como en las demas provincias de Castilla la Nueva. Los enemigos en todas ellas continuaban teniendo puntos fortalecidos en que se veían frecuentemente obligados á encerrarse, y á veces áun á rendirse.

De poco valer y harto cansados parecerán á algunos tales acontecimientos, si bien nos huiríamos á dar de ellos una sucinta y compendiosa idea. A la verdad minuciosos se muestran á primera vista y tomados separadamente; pero más y pesados, nótase que de su conjunto resultó en gran parte la maravillosa y porfiada defensa de la independencia de España, que servirá de norma á todos los pueblos que quieran en lo venidero conservar intacta la suya propia. Más de tres años iban corridos de incesante pelea; 300,000 enemigos pisaban todavía el suelo peninsular, y fuera de unos 60,000 que llamaba á él el ejército anglo-portugués, ocupaban á los otros casi exclusivamente nuestros guerreros, lidiando á las puertas de Madrid, en los lumbos y á veces dentro de la misma Francia, en los puntos mas extremos, cuan anchamente se dilata la España.

En medio de tan material estorpo apenas reparaba nadie, y menos los generales franceses, en la persona de José, á quien podríamos llamar la sombra de Napoleon, con más fundamento del que tuvieron los partidarios de la casa de Austria para apellidar á Felipe V en su tiempo (3) la sombra de Luis XIV; pues á éste permitiendo por lo menos dirigir sus reinos, si bien en un principio sujetándose á reglas que le dieron en Francia, cuando al principio ni sus propios amigos le dejaban, por decirlo así, suelo en que mandar; habiéndole arrebatado de hecho su hermano muchas provincias con el decreto de los gobiernos militares, y escatimándole mas y más el manejo de otras; de suerte que en realidad el imperio de la corte de Madrid se encerraba en círculo muy estrecho.

(3) «Memorial históricol y político cristiano, que describe las vidas y acciones del emperador Luis XIV. para poner á la España de los católicos en el conocimiento, por medio de sus legados, rey don Carlos III, católico del Sr. Emperador para la paz de Europa, y así de la religión, guerra y las paces de la Santa y Católica Majestad del Sr. Emperador Leopoldo I. por Fr. Benito de la Soledad, predicador apostólico, uno de nuestro padre don Francisco, rector de San Pedro de Alcántara».

Tiene el nombre del autor y el título de una obra impresa en Viena, en 1763, en favor de la causa de Austria, que pretendía la corona de España.

Esta obra, mal escrita y peor digerida, se hallan muchos errores y potestas impertinentes, llamándose en ella así á Felipe V la sombra de Luis XIV.

De ello quejábanse sin cesar José, que era gran desautoridad de su corona, ya harto caediza, tratarlo tan livianamente. Mas no por eso dejaba de obrar cual si fuese árbitro y tranquilo poseedor de España. Daba empleos en los diversos ramos, promulgaba leyes, expedía decretos, y hasta trataba de administrar las Indias. Y ¡cosa maravillosa, si no fuese una de tantas flaquezas del corazón humano! motejaba en los periódicos de Madrid á las Cortes, y los redactores mostrábanse á veces donairosos por querer las últimas gobernar la América; siendo así que José intentaba otro tanto, con la diferencia de que nunca le reconocieron allí como á rey de España, al paso que á las Cortes las obedecían entónces, y las obedecieron todavía largo tiempo las más de aquellas provincias.

Todo concurría ademas á probar á José que si recibía desaires de los suyos, tampoco crecía en favor respecto de los que apellidaba súbditos. Lejos, lo hacían casi todos éstos cruda guerra; en derredor, mostraban su desafecto con el silencio, el cual si se rompía era para patentizar aún más el desvío constante de los pechos españoles por todo lo que fuese usurpación é invasión extranjera. Hubo circunstancia en que reveló sentimiento tan general hasta la niñez sencilla. Y cuéntase que llevando á la corte D. Damaso de la Torre, corregidor de Madrid, á un hijo suyo de cortos años, vestido de civil y armado de un sablecillo, se acercó José al mozo, y acariciándole le preguntó en que emplearía aquella arma; á lo que el muchacho con viveza y sin detenerse le respondió: «En matar franceses.» Repite por lo común la infancia los dichos de los que la rodean, y si en la casa de quien por empleo y oficio debía ser adicto al gobierno intruso se vertían tales máximas y opiniones, ¿cuáles no serían las que se abrigaban en las de los demás vecinos?

Inútilmente trató José de mejorar los dos importantes ramos de la guerra y hacienda para ponerse en el caso de manifestar que no le era ya necesaria la asistencia de su hermano, quien de nuevo le envió al mariscal Jourdan, como mayor general. Apenas había José adelantado ni un paso desde el año anterior en dichos dos ramos. Sus fuerzas militares no crecían, y cuando en los estados sonaban catorce mil hombres, escaseamente llegaba su número á la mitad; y aun de éstos á la primera salida ibanse los más á engrosar, como antes, las filas del Empecinado y de otros partidarios.

Con respecto á las contribuciones, ahora como en los primeros tiempos, no podía disponer José de otros productos que de los de Madrid. Había ofrecido variar aquellas y mejorar su cobranza; pero nada había hecho ó muy poco. Introdujo y empezó á plantear la de patentes, según la cual cada profesion y oficio, á la manera de Francia, pagaba un tanto por ejercerlo. Conservó los antiguos impuestos, incluso los diezmos y la bula de la Cruzada, respetando la opinion y aun las preocupaciones del pueblo, en tanto que servían á llenar las arcas del erario; dolencia de casi todos los gobiernos.

En Madrid se aumentaron á lo sumo las contribuciones. Recargáronse los derechos de puertas; á los propietarios de casas se les gravó al principio con un 10 por 100, á los inquilinos con un 15, y en seguida con otro tanto á los mismos dueños: por manera que entre unos y otros vinieron á pagar un cuarenta por ciento, de cuya exorbitancia, junto con otros males, nació en parte la horrenda miseria que se manifestó poco después en aquella capital.

Para distraer los ánimos promovió José banque-

tes y saraos, y mandó que se restableciesen los bailes de máscaras, vedados muchos años hacia por el sombrero y espantadizo recelo del gobierno antiguo. También resucitó las fiestas de toros, de las que Carlos IV había por algun tiempo gustado con sobrado ardor, prohibiéndolas despues el último, llevado de despecho por un desacato cometido en cierta ocasion contra su persona, mas no impelido de sentimientos humanos. De notar es que semejante espectáculo, tan reprendido fuera de España y tachado de feroz y barbaro, se renovase en Madrid bajo la proteccion y amparo de un monarca y de un ejército ambos á dos extranjeros. Pero ni áun así se granjeaba José el afecto público: había llaga muy encanecida para que la aliviasen tales pasatiempos.

Verdad sea que la conducta y desmanes de los generales y tropas francesas contribuían grandemente á enajenar las voluntades. A ello achacaba José casi exclusivamente el descontento de los pueblos, figurándose que de lo contrario disfrutaría en paz de sólo tan disputado. Enfermedad apoyada á los monarcas, aun á los de fortuna, esta del abrenamiento. Así lo expresaba José, á punto de mostrar deseo de verse libre de tropas extrañas. Disgustaba tal lenguaje á Napoleon, informado de todo, quien con razon decía (4): «Si mi hermano no puede apaciguar la España con 400.000 franceses, ¿cómo presume conseguirlo por otra via?»; añadiendo: «No hay ya que hablar del tratado de Bayona; desde entónces todo ha variado; los acontecimientos me autorizan á tomar todas las medidas que convengan al interes de Francia.» Cada vez arrojaba menos Napoleon su modo de pensar. La mujer de José escribía á su esposo desde París: «¿Sabes que hace mucho tiempo intenta el Emperador tomar para si las provincias del Ebro acá? En la última conversacion que tuvo conmigo díjome que para él no necesitaba de tu permiso, y que lo ejecutara luego que se conquistasen las principales plazas.»

Afligido e incomodado José, codiciaba unas veces entrar en tratos con las mismas Cortes, y otras retirarse á vida particular. «Más quiero, decía, ser súbdito del Emperador en Francia, que continuar en España rey en el nombre: allí seré buen súbdito, aquí mal rey.» Sentimientos que le honraban; pero siendo su suerte condicion precisa de todo monarca que recibe un cetro, y no le hereda ó por sí le gana, pudiera José haberlo antemano previsto lo que ahora le sucedía.

Sin embargo, primero que tomar una de las dos resoluciones extremas de que acabamos de hablar, y para las que tal vez no le asistian ni el desprendimiento ni el valor necesarios, trató José de ir á París á avistarse con su hermano; aprovechando la ocasion de haber dado á luz la Emperatriz, su esposa, el 20 de Marzo, un príncipe que tomó el título de rey de Roma. Creía José que era aquella favorable coyuntura al logro de sus pretensiones, y que no se negaría su hermano á acceder á ellas en medio de tan fausto acontecimiento; pero no era Napoleon hombre que cejase en la carrera de la ambicion. Y al contrario, nunca como entónces tenía motivo para proseguir en ella. Tocaba su poder al apice de la grandeza, y con el recién nacido ahondábanse y se afirmaban las raíces ántes someras y debiles de su estirpe.

El efecto que tan acumulada dicha producía en el ánimo del Emperador francés, vese en una carta

(4) Se toman estas citas, y la de las cartas siguientes, de una correspondencia escrita con otro papel, en el casto de José Bonaparte, despues de la batalla de Vitoria, en 1813.

que pocos meses adelante escribía á José su hermana Elisa: «Las cosas han variado mucho, decía; no es como antes. El Emperador sólo quiere sumisión, y no que sus hermanos se tengan respecto de él por reyes independientes. Quiero que sean sus primeros súbditos.»

Salio de Madrid José camino de París el 23 de Abril, acompañado del ministro de la Guerra don Gonzalo O'Farril, y del de Estado D. Mariano Luis de Urquijo. No atravesó la frontera hasta el 10 de Mayo. Paradas que hizo, y sobre todo 2,000 hombres que lo escoltaban, fueron causa de ir tan despacio. No le sobraba precaución alguna: acechándole en la ruta los partidarios. Llegó José á París el 16 del mismo mes, y permaneció allí corto tiempo. Asistió el 9 de Junio al bautizo del Rey de Roma, y el 27, ya de vuelta, cruzó el Bidassoa. Entró en Madrid el 15 de Julio, solo, aunque sus periódicos habían anunciado que traería consigo á su esposa y familia. Reduciose ésta á dos niñas, y ni ellas ni su madre, de nombre Julia, hija de M. Clary, rico comerciante de Marsella, llegaron nunca á poner el pie en España.

Unosatisfecho José del recibimiento que le hizo en París su hermano, convenciose además de cuales fueron los intentos de éste por lo respectivo á las provincias del Ebro, cuya agregación al imperio francés estaba como resuelta. No obtuvo tampoco en otros puntos sino palabras y promesas vagas; limitandose Napoleón á concederle el auxilio de un millón de francos mensuales.

No remediaba subsidio tan corto la escasez de medios, y menos reparaba la falta de granos, tan notatle ya en aquel tiempo, que llegó á valer en Madrid la fanega de trigo á 100 reales, de 30 que era su precio ordinario. Por lo cual, para evitar el hambre que amenazaba, se formó una junta de acopiadores, yendo en persona á recoger granos el ministro de Policía D. Pablo Arribas, y el de lo Interior Marqués de Almonara; enemigo odioso é impropio de la alta dignidad que ambos ejercian. La imposición que con aquel motivo se cobró de los pueblos en especie recargólos excesivamente. De las solas provincias de Guadalajara, Segovia, Toledo y Madrid se sacaron 350,000 fanegas de trigo y 750,000 de cebada, además de los diezmos y otras derramas. Efectuóse la exacción con harta dureza, arrancando el grano de las mismas eras para trasladarle á los pósitos ó alhondigas del Gobierno, sin dejar á veces al labrador con qué mantenerse ni con qué hacer la siembra. Providencias que quizá pudieron crearse necesarias para abastecer de pronto á Madrid; pero inútiles en parte, y á la larga perjudiciales; pues nada sople en tales casos al interés individual, que temiendo hasta el asomo de la violencia, huye con mas razón espantado de donde ya se practica aquella.

Decueto José de espíritu, y sobre todo mal enojado contra su hermano, trató de componerse con los españoles. Anteriormente habia dado indicio de ser este su deseo: indicio que pasó á realidad con la llegada á Cádiz, algun tiempo después, de un canónigo de Burgos llamado D. Tomas La Peña, quien encargado de abrir una negociacion con la Regencia y las Cortes, hizo de parte del intruso todo género de ofertas, hasta la de que se echaría el último sin reserva alguna en los brazos del gobierno nacional, siempre que se le reconociera por rey. Mereció La Peña que se le diese comision tan espionosa por ser eclesiástico, calidad ménos sospechosa á los ojos de la multitud, y hermano del general del mis-

mo nombre, al cual se le juzgaba enemigo de los ingleses de resultas de la jornada de la Barrosa. Extraño era en José paso tan nuevo, y podemos decir desatentado; pero no ménos lo era, y áun quizá más, en sus ministros, que debian mejor que no aquél conocer la índole de la actual lucha, y lo imposible que se hacia entablar ninguna negociacion mientras no evacuasen los franceses el territorio y no saliese José de España.

La Peña se abocó con la Regencia, y dió cuenta de su comision, acompañándola de insinuaciones muy seductoras. No necesitaban los individuos del gobierno de Cádiz tener presentes las obligaciones que les imponia an elevada magistratura para responder digna y convenientemente: bastábales tomar consejo de sus propios e hidalgos sentimientos. Y así dijeron que ni en cuerpo ni separadamente faltarían nunca á la confianza que les habia dispensado la naci6n, y que el decreto dado por las Cortes en 1.º de Enero seria la invariable regla de su conducta. Añadieron tambien con mucha verdad que ni ellos, ni la representacion nacional, ni José tenían fuerza ni poderio para llevar á cima, cada uno en su caso, negociacion de semejante naturaleza. Porque á las Cortes y á la Regencia se les respetaba y obedecia en tanto que hacian rostro á la usurpacion ó invasion extranjera; pero que no sucedería lo mismo si se alejaban de aquel sendero, indicando por la naci6n. Y en cuanto á José, claro era que faltándole el arrimo de su hermano, único poder que le sostenia, no solamente se hallaria imposibilitado de cumplir cosa alguna, sino que en el mismo hecho vendria abajo su fragil y desautorizado gobierno. Terminóse aqui la negociacion (5). Las Cortes nunca tuvieron de cierto conocimiento de ella: ni se trasladó en el publico, á gran dicha del comisionado. En los meses siguientes despacháronse de Madrid con el mismo objeto nuevas comisiones, de que hablabamos, y cuyas gestiones tuvieron el mismo paradero. Otras eran las obligaciones, otras las promesas, otro el rumbo que habia tomado y seguido el Gobierno legitimo de la naci6n.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

Abren las Cortes una sesion en Cádiz. — Presenpuestos presentados por el Ministerio de Hacienda. — El Gobierno solicita de ellas. — Debates en las Cortes. — Comisioneros encargados de la guerra. — Reconocimiento de la deuda pública. — Nombramiento de una junta nacional del crédito público. — Memoria del Ministerio de la Guerra. — Aprobacion de las Cortes de estado mayor. — Llamada al orden de San Fernando. — Replanteamiento de juntas provinciales. — Defensa de la frontera. — Disposicion y decreto sobre reformas y derechos jurisdiccionales. — Primera batalla que se presenta á las Cortes sobre la Constitucion. — Ofrecen los ingleses su mediacion para poner fin á la invasión de América. — Batallas de Ituza. — Sucesos militares. — Repetición de batalla de Valencia. — Facultades que se otorgan á Blake. — Desembarco en Albuera. — Insuperacion de tropas de la capitania real enastatunamente con el honor español. — Operaciones de ambas fuerzas reunidas. — Medallas que toma España. — Accion de Zújar y sus consecuencias. — Noticias espaciales del teatro español, y operacion de las fuerzas españolas. — Llamada de José al ejército. — Batalla en el mundo á Ponte de guerra. — Los franceses se presentan á Morla. — Valencia. — Estado de aquel reino. — Batalla de Placer. — Presidencia de este poder. — Se dispone enviar á Madrid aquel reino. — Una sesión en la. — En batalla y guerra de la. — Las que remite las y otras provincias. — Batalla de Sagunto de Morla ó Sagunto. — en descripción. — Vana tentativa de

(5) De aquí más, sin duda, y de París la peregrina historia de que habla en su obra don Juan Manuel. *Historia Antiqua de la España de los siglos de España*, y según la misma, habian enviado las Cortes diputados á Sevilla, ántes de abandonar la Alhambra, para tratar de componerse con José. No es la primera ni sola vez que se ha dicho antes hechos muy conculcadores, y que tanta por realidad los estudios de su imaginación.

acalada. — Reencuentro en Sonaja y Segorbe. — En Delera y Benagüel. — Buena defensa y toma del castillo de Orpesa. — Resistencia heroica y evacuación de la Torre del Rey. — Activa el empuje los trabajos contra Sagunto. — Asalto, intento infructuoso. — Preparas Blake a socorrer a Sagunto. — Batalla de Sagunto. — Reducción del castillo. — Divergencias en favor de Valencia. Cataluña. — Toma de las Llas Medas. — Muerte de Montañit. — Empresas de Lla y Eróles en el centro de Cataluña. — Ataque de Igualada. — Rendición de la guarnición de Gervasa. — En Bellpuig. — Revuelve Eróles sobre la frontera de Francia. — Acreditada conducta de Lacy. — Pasa Macdonald a Francia. — La cometa Decaen. — Convoy que va a Barcelona. — Aragón, Durán y el Empeñado. — Mina. — Tropas que reúnen los franceses en Navarra y Aragón. — Atacan a Catalunya Durán y el Empeñado. — Hacen prisionera la guarnición. — Viene sobre ellos Manier. — Se retiran. — División de Severol en Aragón. — Se separan Intan y el Empeñado. — Mina. — Ponen los franceses su cabeza a precio. — Tratan de seducir. — Pasa Mina en Aragón. — Ataca a Erc. — Coge una columna francesa en Plasencia de Gralla. — Embarca los prisioneros en Motril. — Instruye Manier la división de Severol. — Abandonan los franceses a Molina. — Nueva acometida del Empeñado. — De Durán. — Andorra bajo las órdenes de Montijo. — Ballesteros en Ronda. — Asien contra Mignoux. — Ayora Godínez. — Retrasa Ballesteros. — Vana tentativa de Godínez. — Tarifa socorrida. — Retrasa Godínez. — Se mata. — Sigue Ballesteros a los franceses en Doros. — Juan Manuel López. — Crueldad de Solís.

Trasladadas las Cortes de la isla de León á Cádiz abrieron las sesiones en esta ciudad el 24 de Febrero, según ya apuntamos. El sitio que se escogió para celebrarla fué la iglesia de San Felipe Neri, espaciosa y en forma de retunda. Se construyeron galerías públicas á derecha y á izquierda, en donde ántes estaban los altares colaterales, y otra mas elevada encima del coro, de donde arranca la cúpula. Era la postrera galería angosta, lejana y de pocas salidas, lo que dió ocasión á alguno que otro desorden, que á su tiempo mencionaremos, si bien enfreñados siempre por la sola y discreta autoridad de los presidentes.

En 26 de Febrero se leyó en las Cortes, por primera vez, un presupuesto de gastos y entradas. Era obra de D. José Canga Argüelles, secretario á la sazón del despacho de Hacienda. La pintura que en el contexto se trazaba del estado de los caudales públicos aparecía barto dolorosa. «El importe de la deuda (1), expresaba el Ministro, asciende á 7 194 266 839 reales vellón, y los réditos vencidos á 219 694 473 de igual moneda.» No entraban en este cómputo los empeños contrados desde el principio de la insurrección, que, por lo general, consistían en suministros adelantados en especie. El gasto anual, sin los réditos de la deuda, le valuaba el Sr. Canga en 1 200 millones de reales, y los productos en sólo 255 millones. «Tal es, continuaba el Ministro, la extensión de los desembolsos, y de las rentas con que contamos para satisfacerlos, calculadas aproximadamente por no ser dado hacerlo con exactitud, por la falta á veces de comunicación entre las provincias y el Gobierno, por las ocurrencias militares de ellas...» «Si la santa insurrección de España hubiera encontrado desahogados á los pueblos, rico el tesoro consolidado el crédito y franquendo todos los caminos de la pública felicidad, nuestros abogates serian menores, mas abundantes los recursos, y los reverses hubieran respetado á nuestras armas; pero una administración desconcertada de veinte años, una serie de guerras desastrosas, un sistema opresor de hacienda, y sobre todo la mala fe en los contratos de ésta y el desarreglo de todos los ramos, solo dejaron en pos de sí la miseria y la desolación; y los albores de la independencia y de la libertad rayaron en medio de las angustias y de los apuros...» «A pesar de todo hemos levantado ejércitos;

y combatiendo con la impericia y las dificultades, mantenemos aún el honor del nombre español, y ofrecemos á la Francia el espectáculo terrible de un pueblo decidido que aumenta su ardor al compas de las desgracias...»

Y ahora habrá quien diga: ¿cómo pues las Cortes hicieron frente á tantas atenciones, y pudieron cubrir desfalte tan considerable? A eso respondemos: 1.º, que el presupuesto de gastos estaba calculado por escala muy subida, y por una muy ínfima el de las entradas; 2.º, que en estas no se incluían las remesas de América, que, aunque en baja, todavía producían bastante, ni tampoco la mayor parte de las contribuciones ni suministros en especie; y 3.º, que tal es la diferencia que media entre una guerra nacional y una de gabinete. En la última, los pagos tienen que ser exactos y en dinero, cubriendolos solamente contribuciones arregladas y el crédito; que encuentra con límites: en la primera suplén al metálico, en cuanto cabe, los frutos, apremiando los propietarios y honores acendrados no sólo las rentas, sino á veces hasta los capitales, ya por patriotismo, ya por prudencia; sobrelevando asimismo el soldado con gusto, ó al ménos pacientemente, las escaseces y penuria, como nuevo timbre de realizada gloria. Y en fin, en una guerra nacional, poniéndose en juego todas las facultades físicas e intelectuales de una nación, se redoblan al tanto los recursos; y por ahí se explica cómo la empujada, mas noble, España pudo sostener tan larga y dignamente la causa honrosa de su independencia. Favorecida, es verdad, la alianza con la Inglaterra, yendo unidos en este caso los intereses de ambas potencias; pero lo mismo ha acontecido casi siempre en guerras de semejante naturaleza. Holanda, sino, la Holanda y los Estados-Únidos, apoyada la primera por los principes protestantes de aquel siglo, y los últimos por Francia y España. Y no por eso aquellas naciones ocupan en la historia lugar ménos señalado.

Al día siguiente de haber presentado el Ministro de Hacienda los presupuestos, se aprobó el de gastos despues de una breve discusión. Nada en él habia superfluo; la guerra lo consumía casi todo. Destuyéronse mas las Cortes en el de entradas. No propuso por entonces Canga Argüelles ninguna mudanza esencial en el sistema antiguo de contribuciones, ni en el de su administración y recaudación. Dejaba la materia para mas adelante, como difícil y delicada.

Indicó varias modificaciones en la contribución extraordinaria de guerra que, según en su lugar se vió, habia decretado la Junta Central, sin que se consiguiese plantearla en las más de las provincias. Con ella se contaba para cubrir en parte el desfalte de los presupuestos. Adolecia, sin embargo, esta imposición de graves imperfecciones. La mayor de todas consistía en tomar por base el capital existimativo de cada contribuyente, y no los réditos ó productos líquidos de las fincas. Propuso en razón el Ministro sustituir á la primera base la postrera, pero no anduvo tan atinado en recargar al mismo tiempo en un 30, 45, 50, 60, y aun 65 por 100 los diezmos eclesiásticos y la partición de frutos ó derechos feudales, con mas ó ménos gravámen, según el origen de la posesión. Fundaba el Sr. Canga la última parte de su propuesta en que los desembolsos debían ser en proporción de lo que cada cual expusiese en la actual guerra; y á muchos agradaba la medida por tocar á individuos cuya jerarquía y privilegios no disfrutaban del favor público. Mas á la verdad el

pensamiento del Ministro era vago, injusto y casi impracticable; porque, ¿cómo podía graduarse equitativamente cuáles fuesen las clases que arriesgaban más en la presente lucha? Iba en ella la pérdida ó la conservación de la patria común, é igual era el peligro, é igual la obligación en todos los ciudadanos de evitar la ruina de la independencia. Fuera de esto, tratabase sólo ahora de contribuciones, no de examinar la cuestión de diezmos, ni la de los derechos feudales, y menos la temible y siempre impolítica del origen de la propiedad. Mezclar y confundir puntos tan diversos era internarse en un entredado laberinto de averiguaciones, que tenía al cabo que perjudicar á la pronta y más expedita cobranza del impuesto extraordinario.

Verdaderamente hubo la Comisión de tal escollo; y dejando á un lado el recargo propuesto por el Ministro sobre determinados derechos ó propiedades, atóvose sólo á gravar sin distinción las utilidades líquidas de la agricultura, de la industria y del comercio. Hasta aquí asemejábase mucho el nuevo impuesto al *income tax* de Inglaterra, y no flaqueaba sino por los defectos que son inherentes á esta clase de contribuciones en la indagación de los rendimientos que dejan ciertas granjerías. Pero la Comisión, admitiendo además otra modificación en la base fundamental del impuesto, introdujo una regla, que si no tan injusta como la del Ministro, ni de consecuencias tan fatales, aparecía no ménos errónea. Fue, pues, la de una escala de progresión, según la cual crecía el impuesto á medida que la renta ó utilidades pasaban de 4,000 reales vellón. Dos y medio por ciento se exigía á los que estaban en este caso; más y respectivamente de allí arriba, llegando algunos á pagar hasta un 50 y un 76 por 100: pasando tributo, tan contrario á la equidad como á las sanas y bien entendidas máximas que enseña la práctica y la economía pública en la materia. Porque, gravando extraordinariamente y de un modo impensado las rentas del rico, no sólo se causa perjuicio á éste, sino que se disminuye también ó suprime, en vez de favorecer, la renta de las clases inferiores, que, en el todo ó en gran parte, consiste en el consumo que de sus productos ó de su industria hacen respectiva y progresivamente las familias más acomodadas y poderosas. Dicho impuesto, además, llega á devorar hasta el capital mismo, destruye en los particulares el incentivo de acumular, origen de gran prosperidad en los estados; y tiene el gravísimo inconveniente de ser variable sobre una cantidad dada de riqueza, lo que no sucede en las contribuciones de esta especie cuando sólo son proporcionales sin ser progresivas.

Las Cortes, sin embargo, aprobaron el 24 de Marzo el informe de la Comisión, reducido á tres principales bases: 1.ª, que se llevase á efecto la contribución extraordinaria de guerra impuesta por la Central; 2.ª, que se fijase la base de esta contribución con relación á los réditos ó productos líquidos de las fincas, comercio é industria; 3.ª, que la cuota correspondiente á cada contribuyente fuese progresiva al tenor de una escala que acompañaba á la ley. La premura de los tiempos y la inexperiencia disculpaban sólo la aprobación de un impuesto no muy bien concebido.

Adoptaron igualmente las Cortes otros arbitrios introducidos antes por la Central, como el de la plata de las iglesias y particulares, y el de los coches de autos. El primero se hallaba ya casi agotado, y el último era de poco ó ningún valor; no osando nadie, á ménos de ser anciano ó de estar impedido,

usar de carruaje en medio de las calamidades del día.

Tampoco fué en verdad de gran rendimiento el arbitrio conocido bajo el nombre de represalias y confiscos, que consistía en bienes y efectos embargados á franceses y á españoles del bando del intruso. Tomaron ya esta medida los gobiernos que precedieron á las Cortes, autorizados por el derecho de gentes y el patrio, como también apoyados en el ejemplo de José y de Napoleón. Las leyes del siglo han ido suavizando la legislación en esta parte, y el buen entendimiento de las naciones modernas acabará por borrar del todo los lunares que aún quedan, y son herencia de edades ménos cultas. En España apenas sirvieron las represalias y los confiscos sino para arminar familias y alimentar la codicia de gente rapaz y de curia. Las Cortes se limitaron en aquel tiempo á adoptar reglas que abreviasen los trámites, y mejorasen en lo posible la parte administrativa y judicial del ramo.

Días después, en 30 de Marzo, presentáase de nuevo al Congreso el Ministro de Hacienda, y leyó una Memoria circunstanciada (2) sobre la deuda y crédito público. Nada por de pronto determinaron las Cortes en la materia, hasta que en el inmediato Setiembre dieron un decreto reconociendo todas las deudas antiguas, y las contraídas desde 1808 por los gobiernos y autoridades nacionales, exceptuando por entónces de esta regla las deudas de potencias no amigas. A poco nombraron también las mismas Cortes una junta llamada nacional del crédito público, compuesta de tres individuos escogidos de entre nueve que propuso la Regencia. Se depositó en manos de este Cuerpo el manejo de toda la deuda, puesta ántes al cuidado de la Tesorería mayor, y de la caja de Consolidación. Las Cortes hasta mucho tiempo adelante no desentrafaron más el asunto, por lo que suspendiéronse ahora tratar de él detenidamente. Dicho ya un gran paso hacia el restablecimiento del crédito en el mero hecho de reconocer, de un modo solemne, la deuda pública, y en el de formar un cuerpo encargado exclusivamente de coordinar y regir un ramo muy intrincado de suyo, y antes de mucha maraña.

También se leyó en las Cortes el 1.º de Marzo una Memoria del Ministro de la Guerra (3) en que largamente se exponían las causas de los desastres padecidos en los ejércitos, y las medidas que convenia adoptar para poner en ello pronto remedio. Nada anunciaba el Ministro que no fuese conocido, y de que no hayamos hecho mención en el curso de esta *Historia*. Las circunstancias hacían insuperables ciertos males: sólo podía curarlos la mano vigorosa del Gobierno, no las discusiones del Cuerpo legislativo. Sin embargo, excitó una muy viva el dictamen que la comisión de Guerra presentó días después acerca del asunto. Muchos señores no se manifestaron satisfechos con lo expuesto por el Ministro, que casi se limitaba á reflexiones generales; pero insistieron todos en la necesidad urgentísima de restaurar la disciplina militar, cuyo abandono, ya anterior á la presente lucha, miraban como principal origen de las derrotas y contratiempos.

Debiendo contribuir á tan anhelado fin, y á un bien entendido, uniforme y extenso plan de campaña el estado mayor general creado por la última Regencia, afirmaron dicha institución las Cortes en de-

(2) *Diario de las Cortes*, tomo IV, pág. 108.

(3) *Diario de las Cortes*, tomo IV, pág. 64.

creto de 6 de Julio. Necesitábase, para sostenerla, de semejante apoyo, estando combatida por militares anfibios, apogados á us y afejos. Cada dia probaba más y más la experiencia lo útil de aquel cuerpo, ramificado por todos los ejércitos, con un centro común cerca del Gobierno, y compuesto en general de la flor de la oficialidad española.

Asimismo las Cortes, al paso que quisieron poner coto á la excesiva concesion de grados, á la de las órdenes y condecoraciones de la milicia, tampoco olvidaron escogitar un medio que recompensase las acciones ilustres, sin particular gravamen de la nación; porque, como dice nuestro D. Francisco de Quevedo (4): «Dar valor al viento, es mejor caudal en el Príncipe, que minas.» Con este objeto propuso la comision de Premios, en 5 de Mayo, el establecimiento de una órden militar, que llamó del *Mérito*, destinada á remunerar las hazañas que llevasen á cima los hombres de guerra, desde el general hasta el soldado inclusive.

No empezó la discusion sino en 25 de Julio, y se publicó el decreto á fines de Agosto inmediato, cambiándose á propuesta del Sr. Morales Gallego el título dado por la comision en el de *Orden nacional de San Fernando*. Era su distintivo una venda de cuatro aspas, que llevaba en el centro la elicie de aquel santo; la cinta encarnada con filetes estrechos de color de naranja á los cantos. Habia grandes y pequeñas cruces, y las habia de oro y plata, con pensiones vitalicias en ciertos casos. Individualizábanse en el reglamento las acciones que se debian considerar como distinguidas, y los trámites necesarios para la concesion de la gracia, á la cual tenía que preceder una sumaria informacion en juicio abierto contradictorio, sostenido por oficiales ó soldados que estuviesen entorados del hecho ó lo hubiesen presenciado. Hasta el año de 1814 se respetó la letra de este reglamento, mas entónces, al volver Fernando de Francia, prodigóse indobidamente la nueva órden, y se vilipendió del todo en 1823, dispensándola á veces con profusion á muchos de aquellos extranjeros contra quienes se habia establecido, y en oposicion de los que la habian creado ó merecido legitimamente. Juegos de la fortuna nada extraños, si el distribuidor de las mercedes no hubiera sido aquel mismo Fernando, cuyo trono, antes de 1814, atacaban los reien agraciados, y defendian los ahora perseguidos.

Mejoraron tambien las Cortes la parte gubernativa de las provincias, adoptando un reglamento para las juntas, que se publicó en 18 de Marzo, y gobernó hasta el total establecimiento de la nueva Constitucion de la monarquía. En el se determinaba el modo de formar dichos cuerpos, y se deslindaban sus facultades. Elegíanse los individuos como los diputados de Cortes, popularmente: nueve en número, excepto en ciertos parajes. Entraban ademas en la Junta el Intendente y el Capitan general, presidente nato. Fijábase la renovacion de los individuos por tercenas partes cada tres años, y se establecían en los partidos comisiones subalternas.

A las juntas tocaba expedir las órdenes para los alistamientos y contribuciones, y vigilar la recaudacion de los caudales publicos: no podian, sin embargo, disponer por sí de cantidad alguna. Se les encargaban tambien los trabajos de estadística, el fomento de escuelas de primeras letras, y el cuidado de ejercitar á la juventud en la gimnástica y manejo de las armas. No ménos les correspondia

fiscalizar las contratas de viveres y el repartimiento de éstos, las de vestuario y mudas de ropa, las revistas mensuales y otros pormenores administrativos. Faculta las algunas sobrado latas para castigos de semejante naturaleza; mas necesario era concedérselas en una guerra como la actual. El portó buena el nuevo reglamento, pues por lo menos evitábase luego la mudanza arbitraria de las juntas al sonda las parcialidades, ó del capricho de cualquiera pueblo, segun á veces acontecia. Las elecciones que resultaron fueron de gente escogida: y en adelante medió mayor concordia entre los jefes militares y la autoridad civil.

No ménos continuaron las Cortes teniendo presente la reforma del ramo judicial, sin aguardar al total arreglo que preparaba la comision de Constitucion. Y así, en virtud de propuesta que en 2 de Abril habia formalizado D. Agustin de Argüelles, promulgóse en 22 del mismo mes un decreto aboliendo la tortura é igualmente la práctica introducida de afligir y molestar á los acusados con lo que ilegal y abusivamente llamaban apremios. La medida no halló oposicion en las Cortes; provocó tan solo ciertas reflexiones de algunos antiguos criminalistas, entre otros del Sr. Hermida, que avergonzándose de sostener á las claras tan barbara ley y práctica, limitóse á disculpar la aplicacion en exceptuados casos. La tortura, infame crisol de la verdad, segun la expresion del ilustre Beccaria (5), no se empleaba ya en España sino raras veces, merced á la ilustracion de los magistrados. Usábase con más frecuencia de los apremios, introducidos veinte años atras por el famoso superintendente de policia Cantero, hombre de duras entrañas. Los autorizaba solo la práctica: por lo que siendo de aplicacion arbitraria, solase con ellos causar mayor daño que con la misma tortura; ¿Quién hubiera dicho que ésta y los mismos apremios, si bien promulgando abolidos despues de 1814, habian de imponerse á las calladas por presuñidos crimenes de Estado, y á veces (6) en virtud de consentimiento ó orden secreta emanada del Soberano mismo!

Asunto de mayor importancia, si no de interés más humano, fue el que por entónces ventiló tambien las Cortes, tratando de abolir los señorios jurisdiccionales y otras reliquias del feudalismo: sistema éste que, como dice Montesquieu (7), no vió una vez en el mundo, y que quizá nunca se volverá á ver. Traia origen de las invasiones del Norte, pero no se desecógió ni arregló del todo hasta el siglo x. En España, aunque introducido como en los demas reinos, no tuvo por lo comun la misma extension y fuerza; mayormente así, conforme al dictámen de un autor moderno (8), era una feudalidad una confederacion de pequeños soberanos y despotas, desiguales entre sí, y que teniendo unos respecto de otros obligaciones y derechos, se hallaban investidos en sus propios dominios de un poder absoluto y arbitrario sobre sus súbditos per-

(5) Questo infame crogisolo dell'a verità è un monumento sacro esistente dell'antica e selvaggia legislazione... (Beccaria, *Dei delitti e delle pene*.)

(6) Entre otros, á D. Juan Antonio Yandilla, en 1817, como compensado, segun aseguraban, en la construcion de Utriel. El mismo Fernando VII permitió que se aplicasen el horrible apremio conocido bajo el nombre de grados á salto de trucha. Y en embargo, el mencionado D. Juan tuvo la generosidad de contribuir, desde 1827 hasta 1831, como diputado y como ministro, á sostener la autoridad y defender la persona de aquel monarca.

(7) Montesquieu, *De l'Esprit des lois*, liv. XXV, chap. I. *Peu d'évenement arrivé une fois dans le monde, et qui n'arrivera peut-être jamais.*

(8) Essai sur l'Histoire de France, par M. Guizot, 6.^e Édit.

(4) *Historia y vida de Marco Bruto*, por D. Francisco de Quevedo.

sonales y directos. Las diferencias y mitigación que hubo en España tal vez padieron de la conquista de los sarracenos, ocurrida al mismo tiempo que se espantea el feudalismo y tomaba incremento. Verdad es que tampoco se ha de entender á la letra la división trasladada, no habiendo acaecido estrictamente los sucesos al compás de las opiniones del autor citado. Edad la del feudalismo de guerra y de confusión, caminábame en ella como á tientas y á la ventura; trastornándose á veces las cosas á gusto del más poderoso, y, digámoslo así, á punta de lanza. Por tanto variaban las costumbres y usos no sólo entre las naciones, pero aun entre las provincias y ciudades, notando Giannone (9), con respecto á Italia, que en unos lugares se arreglaban los feudos de una manera, y en otros de otra. No ménos discordancia reinó en España.

Al examinar las Cortes este negocio, presentábase á la discusión tres puntos muy distintos: el de los señores jurisdiccionales, el de los derechos y prestaciones anexas á ellos con los privilegios del mismo origen, llamados exclusivos, privativos y prohibitivos; y el de las fincas enajenadas de la Corona, ya por compra ó recompensa, ya por la sola voluntad de los reyes.

Antes de la invasión árabe el *Fuero Juzgo*, ó código de los visigodos, que era un complejo de las costumbres y usos sencillos de las naciones del Norte y de la legislación más intrincada y áulica de los Teodosios y Justinianos, había servido de principal pauta para la dirección de los pueblos peninsulares. Según él (10) desempeñaban la autoridad judicial el monarca y los varones á quien éste la delegaba, ó individuos nombrados por el consentimiento de las partes. Solían los primeros reunir las facultades militares á las civiles. Intervenían también (11) los obispos; disposición no ménos acomodada á las costumbres del Septentrion, trasmitida á la posteridad por la sencillez y correcta pluma de César (12) y por la tan vigorosa de Tácito (13), cuanto conforme al predominio que en el antiguo mundo romano había adquirido el sacerdocio después que Constantino había con su conversión afirmando el imperio de la Cruz.

Inundada España por las huestes agarenas, y establecida en lo más del suelo peninsular la dominación de los califas y de sus tenientes, como igualmente la creencia del Koran, se alteraron ó decayeron mucho en la práctica las leyes admitidas en los concilios de Toledo, y promulgadas por los Euricos y Sisenandos. En el país conquistado prevaleció de consiguiente, sobre todo en lo criminal, la sencillez legislación de los nuevos dueños; decidiéndose los procesos y las causas por medio de la verbal y expedita justicia del cadí ó de un alcalde particular (14).

(9) *De Historia civile del regno di Napoli*, de Pietro Giannone, lib. xiii, cap. iii.

(10) *De iure criminis multi libelli, nisi aut a principibus potestate concessa, aut consensu partium elicto iudice...* (Lib. ii, tit. i, xiv, *Codici leges visigothorum*.)

También puede verse en el mismo título y libro la ley 28.

(11) *De iis qui iudicant que negotium...* unde respectu decuratur hanc, cum episcopo civitate ad liquidum limitantur aliqui potestatem... (Lib. ii, tit. i, xiv, *Codici leges visigothorum*.)

(12) César, hablando de los *Druidas* en sus *Comentarios*, lib. vi, cap. v. *Per se omnibus controversiis publicis privatisque constituit. Si omnes forma, si de hereditate, de Antibus controversiis est, tamen decernunt premita, peneque constituant...*

(13) Tácito, *De vita, moribus et populo Germaniae*, cap. vii. *Parcebat neque ambulatorie, neque vincere, neque verberare quidem nisi ante libris promissum...*

(14) En las capitulaciones, vuelve á hablar de la autoridad de los *cadíes* á quienes también correspondía en las asambleas públicas *cur velis...*

(14) Habo ciudades que en las capitulaciones ó pleitesias con los

siempre que no las cortaba el alfanje ó antojo del vencedor.

Pocos litigios en un principio debieron de suscitarse en las circunscriptas y ásperas comarcas que los cristianos conservaron libres; sujetándose probablemente el castigo de los delitos y crímenes á la pronta y segura jurisdicción de los caudillos militares. Ensanchado el territorio y afianzándose los nuevos estados de Asturias, Navarra, Aragón y Cataluña, restableciéronse parte de las usanzas y leyes antiguas, y se adoptaron poco á poco, con mayor ó menor variación, las reglas y costumbres feudales, introducidas con especialidad en las provincias alejadas de Francia: tomando de aquí nacimiento la jurisdicción que podemos llamar patrimonial.

Conforme á ella, nombraban los señores, las iglesias y los monasterios ó conventos en muchos parajes jueces de primera instancia y de segunda, que no eran sino meros tenientes de los dueños, bajo el título de alcaides ordinarios y mayores, de bales ó otras equivalentes denominaciones. El gobierno de reyes débiles, príncipes ó monasterios, y las minoridades y tutorías acrecentaron extraordinariamente estas jurisdicciones. De muy temprano se trató de remediar los males que causaban, aunque sin gran fruto por largo tiempo. Las leyes de Partida, como el *Fuero Juzgo*, no conocieron otra derivación de la potestad judicial que la del monarca, ó la de los vecinos de los pueblos, diciendo (15): «... Estos tales (los juzgadores) non los puede otro poner si non ellos (emperadores ó reyes) ó otro alguno á quien ellos otorgasen señaladamente poder de lo fazer, por su carta ó por su privilejo, ó los que pusiesen los monestres...» Adviértase que esta ley llama privilegio á la concesión otorgada á los particulares, y no así á la facultad de que gozaban los monestres de nombrar sus jefes en ciertos casos; lo que muestra, para decirlo de paso, el respeto y consideración que ya entonces se tenía en España á la clase media y trabajadora. Otra ley (16) del mismo código dispone que si el rey hiciere donación de villa ó de castillo ó de otro lugar, non se entienda que él da ninguna de aquellas cosas que pertenecen al señorio del regno señaladamente; así como moneda ó justicia de sangre...» Y añadido que aun en el caso de otorgar esto en el privilegio, «... las alzadas de aquel lugar deben ser para el rey que fizo la donación ó para sus herederos.» No obstante lo resuelto por esta y otras leyes, y habérse fundado una protección especial sobre los vasallos dominicales, creando jueces ó pesquisidores que conociesen de los agravios, así en los juicios como en la exacción de derechos injustos, continuaron los señores ejerciendo la plenitud de su poder en materia de jurisdicción, hasta el reinado de D. Fernando el V y de doña Isabel, su esposa.

Caídas entonces las sienes de estos monarcas con las coronas de Aragón y Castilla, conquistada Granada, descubierta un Nuevo Mundo, sobreviniendo de tropel tantos portentos, hacedero fué acrecer y consolidar la potestad soberana, y poner coto á la de los señores. El sosiego público y el buen orden pedían semejante mudanza. Condujeron á ella el arreglo y mejoras que los mencionados reyes introdujeron en los tribunales, la nueva forma que dio-

mos á ciertos tribunales particulares. Así aconteció en Toledo, en donde, según Ayala *Cronica del rey D. Pedro*, año ii cap. xviii, «... otorgaron los meros á los conquistadores que así á cortaron al alde cristiano, así en lo criminal como en lo civil, entre ellos, e que todos sus pleitos es librado por el su alcaide...»

(15) *Partida 2.ª*, tit. iv, ley 2.ª

(16) *Partida 2.ª*, tit. iv, ley 2.ª

ron al Consejo Real y la creacion de la suprema Santa Hermandad, magistratura extraordinaria que, entendiendo por via de apelacion en muchas causas capitales, dió fuerza y unidad á las hermandades subalternas, y enfrenó á lo sumo los desmanes y violencias que se cometian bajo el amparo de señores poderosos, armados del capote ó revestidos del hábito religioso.

Jimenez de Cisneros, Carlos V, Felipe II, ensancharon aún más la autoridad y dominio de la Corona. Lo mismo aconteció bajo los reyes sus sucesores y los de la estirpe borbónica; llegando á punto que en 1808, si bien proseguian los señores nombrando jueces en muchos pueblos, tenian los elegidos que estar dotados de cualidades indispensables que exigian las leyes, sin que pudiesen conocer de otros asuntos que de delitos ó faltas de poca entidad, y de las causas civiles en primera instancia; quedando siempre el recurso de apelacion á las audiencias y chancillerías.

Aunque tan menguadas las facultades de los señores en esta parte, claro era que aún así debian desaparecer los señorios jurisdiccionales; siendo conveniente é inevitable uniformar en toda la monarquía la administracion de justicia.

En cuanto á derechos, prestaciones y privilegios exclusivos, habia mucha variedad y prácticas extrañas. Abolidos los señorios, de ayo lo estaban las cargas destinadas á pagar los magistrados y dependientes de justicia que nombraban los antiguos dueños. La misma suerte tenia que caber á toda imposicion ó pecho que sonase á servidumbre, no debiendo, sin embargo, confundirse, como querian algunos, el verdadero feudo con el foro ó enfitéusis, pues aquél consiste en una prestacion de mero vasallaje, y el último se reduce á un censo pagado por tiempo ó perpetuamente en trueque del usufructo de una propiedad inmueble. Servidumbre, por ejemplo, era la *luctuosa*, segun la cual, á la muerte del padre recibia el señor la mejor prenda ó alhaja, añadiéndose al quebranto y duelo la pérdida de la parte más preciosa del haber ó hacienda de la familia. Igualmente aparecia carga pesada, y aún más vergonzosa, la que pagaba un marido por gozar libremente del derecho legitimo que le concedian sobre su esposa el contrato y la bendicion nupcial. Tan fea y reprobable costumbre no se conservaba en España sino en parajes muy contados; más general habia sido en Francia, dando ocasion á un rasgo festivo de la pluma de Montesquieu (17) en obra tan grave como lo es *El Espíritu de las Leyes*. No le imitarémos, si bien prestaba á ello ser los monjes de Poblet los que todavía cobraban en la villa de Verdú 70 libras catalanas al año en resarcimiento de uso tan profano, y conocido por nuestros mayores bajo el significativo nombre de derecho de *pernada*. Los privilegios exclusivos de hornos, molinos, alcazars, tiendas, mesones, con otros, y aún los de pesca y caza en ciertas ocasiones, debian igualmente ser derogados como dañosos á la libertad de la industria y del tráfico, y opuestos á los intereses y franquicias de los otros ciudadanos. Mas tambien exigia la equidad que, así en esto como en lo de alcabalas, tercias y otras adquisiciones de la misma naturaleza, se procurase indemnizar, en cuanto fuese permitido y en señaladas circunstancias, á los actuales dueños de las pérdidas que con la abolicion iban á experimentar. Pues reputándose los

expresados privilegios y derechos en los tiempos en que se concedieron por tan legítimos y justos como cualquiera otra propiedad, recia cosa era que los descendientes de un tizninan el Bueno, á quien, en remuneracion de la heroica defensa de Tarifa se hizo merced del goce exclusivo del albardaba ó pesca del atun en la costa de Conil, resultasen más perjudicados por las nuevas reformas que la posteridad de alguno de los muchos validos que recibieron en tiempo de su privanza tierras ó otras fincas, no por servicios, si por deslealtades ó por cortesanas lisonjas. El distinguir y resolver tantos y tan complicados casos ofrecia dificultades que no allanaban ni las pragmáticas, ni las cédulas, ni las decisiones, ni las consultas que al intento y en abundancia se habian promulgado ó extendido en los gobiernos anteriores; por lo que menester se hacia tomar una determinacion, en la cual, respetando en lo posible los derechos justamente adquiridos de los particulares, se tuviese por principal mira y se profesase á todo la mayor independencia y bien entendida prosperidad de la comunidad entera.

Venia despues de las jurisdicciones feudales y de los derechos y privilegios anexos á ellas, el examen del punto, aún más delicado, de los bienes raíces ó fincas enajenadas de la Corona. Cuando la invasion de las naciones septentrionales en la Península española, dividieron los conquistadores el territorio en tres partes, reservándose para si dos de ellas, y dejando la otra á los antiguos poseedores. Destruyeron los árabes ó alteraron semejante distribucion, de la que sin duda hasta el rastro se habia perdido al tiempo de la reconquista de los cristianos. Y por tanto, no siendo posible, generalmente hablando, restituir las propiedades á los primitivos dueños, pasaron aquellas á otros nuevos, y se adquirieron: 1.º, por repartimiento de conquista; 2.º, por derecho de poblacion ó cartas-pueblas; 3.º, por donaciones remuneratorias de servicios eminentes; 4.º, por dadas que dispensaron los reyes, llevados de su propia prodigalidad ó mero antojo, y por enajenacion con pacto de *retro*; 5.º, por compras ó otros traspaños posteriores.

Justísima y gloriosa la empresa que llevaron á cima nuestros abuelos de arrojar á los moros del suelo patrio, nadie podia disputar á los propietarios de la primera clase el derecho que á ella derivaba de aquella fuente. Tampoco parecia estar sujeto á duda el de los que le fundaban en cartas-pueblas, concedidas por varios principes á señores, iglesias y monasterios para repoblar y cultivar yerros y terrenos que quedaron abandonados de resultas de la irrupcion árabe, y de las guerras, y de otros acontecimientos que sobrevinieron. Solo podia exigirse en estas dotaciones el cumplimiento de las cláusulas bajo las cuales se otorgaron; mas no otra cosa.

Respetaban todos las adquisiciones de bienes y fincas que procedian de servicios eminentes, ó de compras y otros traspaños legales. No así las enajenaciones de la Corona hechas con pacto de *retro* por la sola y autojadiza voluntad de los reyes, inclinándose muchos á que se incorporasen á la nacion del mismo modo que antes se hacia á la Corona; doctrina ésta antigua en España, mantenida euidadadamente por el fisco, y apoyada en general por el Consejo de Hacienda, que á veces extendia sus pretensiones aún más léjos. La fomentaron casi todos los principes (18), y apénas se cuenta uno de los

(17) MONTESQUIEU, *De l'Esprit des lois*, liv. xxviii, hablando del señaldamiento de S. Lúla.

(18) Hasta los mismos Reyes Católicos D. Fernando y D.ª Isabel declararon en 1490 que las mercedes que se hicieron por sola la vo-

de Aragon ó Castilla que, habiendo cedido jurisdicciones, derechos y fincas, no se arropintiese en seguida y tratase de recuperarlas á la Corona.

Pero no era fácil meterse ahora en la averiguacion del origen de dichas propiedades, sin tocar al mismo tiempo al de todas las otras. Y ¿como entonces no causar un sacudimiento general, y excitar temores los más fundados en todas las familias? Por otra parte, el interes bien entendido del Estado no consiste precisamente en que las fincas pertenezcan á uno ú otro individuo, sino en que redituen y prosperen, para lo que nada conduce tanto como el disfrute pacífico y asegurado de la propiedad. Los sabios y cuerdos representantes de una nacion huyen en materias tales de escudriñar en lo pasado: proveen para lo porvenir.

No se apartaron de esta máxima en el asunto de que vamos tratando las Cortes extraordinarias. Dió principio á la discusion en 30 de Marzo D. Antonio Lloret, diputado por Valencia y natural de Alberique, pueblo que habia traido continuas reclamaciones contra los duques del Infantado; formalizando dicho señor una proposicion bastante racional, dirigida á que (19) «se reintegrasen á la Corona todas las jurisdicciones, así civiles como criminales, sin perjuicio del competente reintegro ó compensacion á los que las hubiesen adquirido por contrato oneroso ó causa remuneratoria.» Apoyaron al Sr. Lloret varios otros diputados, y pasó la propuesta á la comision de Constitucion. Renovóla en 1.º de Junio, y lo dió más ensanches, el Sr. Alonso y Lopez, diputado por Galicia, reino aquejado de muchos señorios, pidiendo que, ademas del ingreso en el erario, mediante indemnizacion de ciertos derechos, como tercias reales, alcabalas, yantares (20), etc., «se desterrase sin dilacion del suelo español y de la vista del público el feudalismo visible de horcas, argollas y otros signos tiránicos é insultantes á la humanidad, que tenia erigido el sistema feudal en muchos cotos y pueblos...»

Mas como indicaba que para ello se instruyese expediente por el Consejo de Castilla y por los intendentes de provincia, levantose el Sr. García Herreros y enérgicamente expresó (21): «...Todo es inútil... En diciendo, *abajo todo, fuera señoría y sus efectos*, está concluido... No hay necesidad de que pase al Consejo de Castilla, porque si se manda que no se haga novedad hasta que se terminen los expedientes, jamás se verificará. Es preciso señalar un término, como lo tienen todas las cosas, y no hay que asustarse con la medicina, porque en apuntando el cáncer hay que cortar un poco más arriba. Aunque tan inesperado produjo en las Cortes el mismo efecto que si fuese una centella eléctrica; y pudiendo varios diputados á D. Manuel García Herreros que fijase por escrito su pensamiento, animóse dicho señor, y dióle sobrada amplitud, añadiendo á la incorporacion de señorios y jurisdicciones la de posesiones, fincas y todo cuanto se hubiese enajenado ó donado, reservando á los poseedores el reintegro á que tuviesen derecho...» Modificó despues sus proposiciones, que corrigió despues la misma discusion.

Empezó ésta el 4 del citado Junio, leyéndose antes una representacion de varios grandes de España, en la que, en vez de huntarse á reclamar con-

tra la demasiada extension de la propuesta hecha por el Sr. García Herreros, entremetíanse aquéllos imprudentemente á alegar en su favor razones que no eran del caso, llegando hasta sustentar privilegios y derechos los más abusivos é injustos. Lójos de aprovecharles tan inoportuno paso, dañóles en gran manera. Por fortuna hubo otros grandes y señores que mostraron mayor tino y desprendimiento.

La discusion fué larga y muy detenida, prolongándose hasta finalizar el mes. Puedo decirse que en ella se llevó la palma el Sr. García Herreros, quien con elocucion nerviosa, á la que daba fuerza lo severo mismo y atezado del rostro del orador, exclamaba en uno de sus discursos: «¿Qué diria de su representante aquel pueblo numantino (llevaba la voz de Soria, asiento de la antigua Numancia), que por no sufrir la servidumbre quiso ser pábulo de la hoguera? Los padres y tiernas madres que arrojaban á ella sus hijos, ¿me juzgarian digno del honor de representarlos, si no lo sacrificase todo al idolo de la libertad? Aun conservo en mi pecho el calor de aquellas llamas, y él me inflama para asegurar que el pueblo numantino no reconocerá ya más señorío que el de la nacion. Quiero ser libre, y sabe el camino de serlo.»

En los debates no se opuso casi ningún diputado á la abolicion de lo que realmente debia entenderse por reliquias de la feudalidad. Hubo señores que propendieron á una reforma demasiada amplia y radical, sin atender bastante á los hábitos, costumbres y aun derechos antiguos, al paso que otros pecaron en sentido contrario. Adoptaron las Cortes un medio entre ambos extremos. Y despues de haberos empezado á votar el 1.º de Julio ciertas bases, que eran como el fundamento de la medida final, se nombró una comision para reverlas y extender el conveniente decreto. Promulgóse éste con fecha de 6 de Agosto (22), concebido en términos juiciosos, si bien todavia dió á veces lugar á dudas. Abolíanse en él los señorios jurisdiccionales, los dictados de vasallo y vassallaje, y las prestaciones así reales como personales del mismo origen; dejábanse á sus dueños los señorios territoriales y salariales en la clase de los demás derechos de propiedad particular, excepto en determinados casos, y se destruian los privilegios llamados exclusivos, privativos y prohibitivos, tomándose ademas otras oportunas disposiciones.

Con la publicacion del decreto mucho ganaron en la opinion las Cortes, cuyas tareas en estos primeros meses de sesiones, en Cádiz, no quedaron atras por su importancia de las emprendidas anteriormente en la isla de Leon.

Mirábase como la clave del edificio de las reformas la Constitucion que se preparaba. Los primeros trabajos presentáronse ya á las Cortes el 18 de Agosto, y no tardaron en entablarse acerca de ellos los más empeñados y solemnnes debates. Lo grave y extenso del asunto nos obliga á no entrar en materia hasta uno de los próximos libros, que destinaremos principalmente á tan esencial y digno objeto.

Tambien empezaron entónces á tratar en secreto las Cortes de un negocio sobradamente arduo. Habia la Regencia recibido una nota del Embajador de Inglaterra, con fecha de 27 de Mayo, incluyéndose en ella un pliego de su hermano el Marqués de Wellesley, de 4 del mismo mes, en cuyo contenido, despues de contestar á varias reclamaciones

lidad de los reyes, que se paelan del todo revocar... (Ley 10, título 1, lib. III, *Nueva Recopilacion*.)

(19) *Discurso de las Cortes*, tomo IV, pág. 426.

(20) *Discurso de las Cortes*, tomo VI, pág. 143.

(21) *Diario de las Cortes*, tomo VI, pág. 163.

(22) *Coleccion de los decretos y órdenes de las Cortes*, tomo I, página 123.

seguir hasta Murcia. Daban cuidado al mariscal Soult nuevas que le venían de Extremadura, y el apaciguamiento en la serranía de Ronda del general Buller: hablabamos de esto mas adelante.

Ahora pondremos los ojos en el reino de Valencia, adonde habia llegado D. Joaquin Blake. Mandaba antes, segun ya apuntamos, el Marqués del Palacio, cuyas providencias eran por lo comun mas propias de la profesion religiosa, que de la de un general entendido y diligente. Pensaba mucho en procesiones, poco en las armas, negando inexpugnables los muros valencianos despues que habia en su derredor paseado a la Virgen de los Desamparados, imagen muy venerada de los habitantes. A éste se le eliminaba en lo demas. No era culpa de Palacio, mas sí de la Regencia de Cadiz, que en sus elecciones anduvo á veces sobrado desatentada.

Jefe D. Joaquin Blake de otra capacidad, puso termino á las singularidades y desbarros del mencionado marqués. Activó las medidas de defensa, reforzó los regimientos, ejercitó los reclutas, perfeccionó las obras del castillo de Murviedro, y fortificó el antiguo de Oropesa, que dominaba el camino real de Cataluña. Urgia tomar tales medidas, amenazando Suchet invadir aquel reino.

Hablale ya para ello el duque Napoleon la orden en 25 de Agosto, con prevencion de que el 15 de Setiembre estuviese el ejército lo mas cerca que se pudiera de la ciudad de Valencia. Para cumplir Suchet con lo que se le mandaba trató primero de asegurar las espaldas; dejó 7.000 hombres bajo el general Frere en Lerida, Montserrat y Tarragona, con destino á cubrir estos puntos y la navegacion del Ebro. Igual número en Aragon al cargo del general Musnier. El ejército frances del norte de la Cataluña, y un cuerpo de reserva que se formaba en Navarra, debian tambien apoyar, en cuanto les fuera dado, las operaciones. Lo mismo por la parte de Cuenca el ejército del centro, y por la de Murcia el del Mediodia.

Tomados estos acuerdos, púsose Suchet en movimiento el 15 Setiembre la vuelta de Valencia: ascendia la fuerza que consigo llevaba á 22.000 hombres. Distribuyóla en tres columnas de marcha. Partió una de Turiel á las órdenes del general Harispe, la cual, en vez de seguir el camino de Segorbe, torció á su izquierda para juntarse mas pronto con las otras. Izquierda la segunda la division italiana del cargo de Palombini, en la que iban los napolitanos, y tiró por Morella y San Mateo. Salíó Suchet con la tercera de Tortosa, compuesta de la division del general Habert, de una reserva que capitaneaba Robert, de la caballeria y de la artilleria de campaña. Yendo sobre Benicarló tomó el mariscal frances la ruta principal que de Cataluña se dirige á Valencia. Al paso dejó en observacion de Pediscola un batallon y 25 caballos, y llegando á Torreblanca el 19, cerrandose en el castillo los que de éstos debian guarnecerle. Entraron los franceses aquella villa de corto vecindario, y habiendo intimado inútilmente la rendicion al castillo, barriendo éste con sus fuegos, colocado en lo alto, el camino real, tuvo Suchet que desviarse y caer hacia Cabanes. Uniése en aquellos alrededores con las columnas de Harispe y Palombini, y marchó al arte junto ya todo su ejército. Ocupó el 21 á Villareal, y cruzó el Mijáras, vadeable en la estacion de verano, ademas de un magnifico puente de trece ojos que facilita el paso. La vanguardia de la caballeria española estaba á la margen derecha y se vió obligada á retirarse, con

lo que sin otro tropiezo asomó Suchet á la villa y fuerte de Murviedro.

La llegada fué mas pronto de lo que hubiera querido D. Joaquin Blake, quien necesitaba de mas espacio para uniformar y disciplinar su gente, y tambien para agrupar cerca de si todas las fuerzas que habian de intervenir en la campaña. Eran estas las del reino de Valencia, ó sea segundo ejército, las que dependian de él y guerrenban en Aragon, bajo los jefes D. José Obispo y D. Pedro Villacampa, parte de las del tercer ejército, y las expedicionarias. Las últimas se habian detenido por causa de la fiebre amarilla, que picó reciaamente durante el estío y otoño en Cartagena, Alicante, Murcia y varios pueblos de los contornos. Retardaronse las otras con motivo de marchas ó operaciones que hubieron de ejecutar ántes de unirse al cuerpo principal. Blake, no obstante, guarnecié á Murviedro, fortaleció mas y mas los atrinchamientos de Valencia y las orillas del Guadaquivar, é hizo que el Marqués del Palacio y la Junta se trasladasen á la villa de Alcira, situada á cinco leguas de la capital, en una isla que forma el Júcar, cuyas riberas debian servir de segunda linea de defensa. El del Palacio conservaba el mando particular del distrito, y por eso, y quizá tambien para desembarazarse de persona tan engorrosa, le alejó Blake de Valencia, no contento de poner al abrigo de las contingencias de la guerra las autoridades supremas de la provincia.

Era la toma de Murviedro el blanco de la expedicion de Suchet. Allí tuvo su asiento la inmortal Sagunto. Con el trascurso del tiempo cambió de nombre, derivándose el actual del latin *maris veteris*, ó segun otros, del lemosino *maris veti*. Yacia la antigua Sagunto en derredor de un monte, á cuyo pie por la parte septentrional se extendia hoy la poblacion, que apenas pasa de 6.000 almas. Lemnos muros el Palencia, que corre á la mar, apartado ahora dos leguas; ántes, segun Polibio, siete estadios, unos mil pasos; lo cual prueba lo mucho que se han retirado las aguas, á no ser que se dilatase por allí la antigua ciudad. Opulentísima la Haina (24) Tito Livio, y, en efecto, grande hubo de ser su riqueza, cuando despues de haber los moradores quemado en la plaza pública personas y efectos, quedaron tantos depojos, que pudo el vencedor repartir entre su gente mucho botin, enviar no poco á Cartago, y reservar todavia bastante para emprender la campaña que meditaba contra Roma. Vestigios notables declararon su pasada grandezza, que celebraron muchos poetas, en particular Bartolomé Leonardo de Argensola, que se duele del empleo humilde que en su tiempo se hacia de aquellos mármoles y de sus nobles inscripciones. La resistencia de Sagunto fué tan empeñada, que segun cuenta el ya citado Polibio (25), tuvo Aníbal, herido en un muslo, que animar con su ejemplo al abatido soldado, sin perdonar cuidado ni fatiga alguna, y aun así no entró la ciudad sino al cabo de ocho meses de sitio, y en medio de llamas y ruinas. Muy atras quedó de la antigua defensa la que ahora vamos á trazar. Verdad es que no era, ni con mucho, parecido el caso.

La poblacion moderna, ya tan reducida, no se hallaba murada á punto de impedir una embestida seria del enemigo. Fundábase la resistencia en una nueva fortaleza elevada en el monte vecino, el cual,

(24) *Titus in longis opulentiore vita Tharum fuit.* (Tito Livio, lib. XXI.)

(25) *Tōta (Aníbal) μεν υποδείγμα τῷ κινδύνῳ πολεμικόν..... ἐν οὗτῳ μὲν (Πολύβιον, ιστορίαι.)*

al invadir la primera vez Suchet el reino de Valencia, vimos que no estaba fortificando. Notóse la falta y tratóse en seguida de remediarla: tuvo para ello que destruirse en parte un teatro antiguo, preciosa reliquia, conservada en los últimos tiempos con mucho esmero. La actual fortaleza, á que pusieron nombre de San Fernando de Sagunto, abrazaba toda la cima del cerro, habiendo aprovechado para la construcción paredones de un castillo de moros y otros derribos. Formaba el recinto como cuatro porciones ó reductos distintos, bajo el nombre de Dos de Mayo, San Fernando, Torreon y Agarenos, susceptible cada uno de separada defensa. Había dentro 17 piezas, dos de á doce. Impidió el envío de otras de mayor calibre la repentina llegada de Suchet. Era la fortaleza atacable sólo por el lado de Poniente, inaccesible por los demas, de subida muy pina y de Peña tajada. Había delinado las obras modernas el comandante de ingenieros D. Juan Sanchez Cisneros. Encargóse del gobierno (26), en 10 de Agosto, el coronel ayudante general de estado mayor D. Luis María Andriani. Ascendía la guarnición á unos 3.000 hombres.

Cercanos los franceses cruzó el general Habert el 23 de Setiembre el Palencia, y rodeando el cerro por Oriente, dispuso al mismo tiempo que parte de su tropa se metiese en la villa, cuyas calles barroaron los enemigos, atronando tambien las casas, ahora solitarias y sin dueño. Tiró á Occidente la division de Harispe, y extendiéndose al Sur, se dió la mano con el general Habert. Situáronse los italianos en Petros y Gilet, camino de Segorbe, quedando de este modo acordonado el cerro en que se asentaban los fuertes. Destacó reservas Suchet hacia Almenara, via de Cataluña; exploró la tierra del lado de Valencia.

Entónces, impaciente y ensoberbecido con su buena fortuna, determinó tomar por sorpresa la fortaleza de Sagunto. Registró con este objeto el circuito del monte, y oídos los ingenieros, creyó poder tentar una escalada por la falda inmediata á la villa, en donde le pareció vislumbrar restos de antiguas brechas mal reparadas.

Fijó Suchet las tropas de la mañana del 28 de Setiembre para dar la embestida. El mayor de ingenieros Chulliot mandaba la primera columna francesa. Debía seguirlo el coronel Gudin, y adelantarse á todos y apoyarlos el general Habert. Tambien trataron los enemigos de distraer á los nuestros por los demas parajes.

Reuniéronse aquellos para efectuar la escalada á

media subida, en una cisterna distante cuarenta toesas de la cima. Vigilante Andriani, descubrió por medio de una salida los proyectos del enemigo, y alerta con los suyos, cerró los accesos que establecian comunicacion entre los diversos fuertes. Un tiro ó arma falsa de los acometedores abrevió una hora el ataque, respondiendo los nuestros al fusilazo con descargas y grandes alaridos. Andriani arengó á los soldados, recitándoles memorias del suelo que pisaban: ¡Sagunto! Y embistiendo á la sazón Chulliot, enardecidos los españoles, le rechazaron completamente, y á Gudin, que cayó herido de una granada en la cabeza, y Habert, cuyos soldados capangados huyeron, y dejaron sembradas de cadáveres las faldas del monte, con largamente se extendian entre un baluarte que llevaba el apellido illustre de Doria, y el fuerte del Dos de Mayo. Asi en presencia de venerables restos se confundian antiguos y nuevos trofeos; apoderandose los cercados de varios fusiles, de mas de 50 escalas y otras herramientas. Perdieron los franceses 400 hombres. Escarmentado Suchet, aprendió á obrar con mayor cordura, y preciso le fue sitiar en forma más atrevida fortaleza tan bien defendida.

Íbansele entre tanto aproximando á D. Joaquín Blake las fuerzas que aguardaba, y dispuso que don José Obispo, con cerca de 3.000 hombres, se quedase del lado de Segorbe para incomodar al enemigo mientras permaneciese éste en Murviedro. Tambien colocó por su izquierda en Bétera, con el mismo fin, á D. Carlos O'Donnell, asistido de una columna de igual fuerza, compuesta de la division de D. Pedro Villacampa, procedente de Aragon, y de la caballería del ejército de Valencia, mandada por D. José San Juan. Quiso Suchet alejar de si vecinos tan molestos, y al propósito ordenó á Palombini que ahuyentase al general Obispo, quien habiéndose adelantado hasta Torres-Torres, dos leguas de Murviedro, se había replegado despues, dejando en Soneja una corta vanguardia bajo D. Mariano Moreno. Atacó á ésta Palombini el 30 de Setiembre, que, si bien reforzada, tuvo que echar pie atras para unirse con lo restante de la division. Entónces situó Obispo por escalones delante de Segorbe en el camino real la caballería, y en las alturas inmediatas los infantes. Mas el enemigo acometiendo con impotuosidad y fuerza lo arrolló todo, y tuvo Obispo que retirarse á Aleublas.

En seguida pasó Suchet á atacar en persona el 2 de Octubre á D. Carlos O'Donnell, cuyas tropas con destacamentos en Bétera se alojaban en las colladas de Benaguacil á la salida de la huerta en que se halla situada la Puella de Valbena. Resistieron los nuestros bastante tiempo, hasta que O'Donnell juzgó prudente repasar el Guadalaviar, como lo verificó por Villamarchante, imponiendo aqui respeto á los enemigos con la ocupacion de dos alturas escarpadas que dominan el camino. Dirigióse despues sin ser incomodado á Ribaraja. Perdimos en estos reencuentros alguna gente, sobre todo en el primero, en que perecieron oficiales de mérito. Motéjese en Blake no haber hecho el menor auxilio para sostener ni á uno ni á otro de ambos generales, mirándose ademas como muy expuesta la estancia que habia señalado á D. José Obispo. Inflaman tambien malamente en el buen ánimo del soldado tales retiradas y descalabros parciales, siendo reprehensible en un jefe no precaverlos al abrir de una campaña.

Para no desperdiciar tiempo, y alejadas ya las tropas vecinas, pensó el mariscal Suchet apoderarse

(26) Antes era 16 de Setiembre. Es la única enmienda que hemos podido hacer, conformándonos con lo que en la Memoria justificativa ha publicado, en 1838, el Sr. general Andriani. En lo demas ha quedado como en la primera edicion la relacion de este sitio. La es idéntica, segun documentos auténticos, con nuestra acostumbrada imparcialidad, y de modo que no hubiéramos podido dar oír nada que perjudicase al Sr. Andriani, á quien ofrece temas conculca, y tal vez, por tanto, contra el motivo alguno de envidial al sitio. Sentimos no haber sido mejor en otras ocasiones. A ser posible, las cosas nos parecían el amor de la verdad que nos ha guiado en el curso de esta obra. Así en favor de aquellos que han el estado al "no" habiéndose en cambio hasta el punto que siempre nos ha estado de guardar miramientos con las personas, en tanto que no redundaba en perjuicio de la fidelidad histórica. Pero temíamos contrariar, antes que favorable, nos hubiera llevado al mal camino de 30 de Abril de 1840 que acerca del propio asunto, declaró la Guerra de Madrid del mismo mes y año. Hechas diversas deban determinar, por lo general, los puntos de las historiaciones, las decisiones de los gobiernos y la fides de los trópicos. Así en la exposición de que un y otros eran justos. La real orden de que habíamos, sobre todo, pues de nada menos que de veinte y seis años anda resaca, de, se, sin entrar en la sustancia, extravagante en su fundamento y forma, se, en la de los demas revueltas en que vivimos, y en los que por todas partes seitan á borbotones las singularidades y miserias.

del castillo de Oropesa, que cerraba el paso del camino real de Cataluña. Ofrecióle buena ocasión el atravesar por allí cañones de grueso calibre que traían de Tortosa contra Sagunto, de los que mandó detener algunos para batir los muros. Se componía el castillo de un gran terreón cuadrado, circuido por tres partes de otro recinto sin foso, pero amparado del escape del terreno. Tenía de guarnición unos 250 hombres, y sólo le artillaban cuatro cañones de hierro. Mandaba D. Pedro Gotti, capitán del regimiento de América. A 400 toesas y orilla de la mar había otra torre llamada del Rey, muy al caso para favorecer un embarco, en la cual capitaneaba 170 hombres el teniente D. Juan José Campillo.

Después que los franceses habían penetrado en el reino de Valencia, habían en vano intentado tomar de rebato el castillo de Oropesa. Unieron ahora para conseguirlo sus esfuerzos, y fácil era apoderarse de un recinto tan corto y con flacos muros. Empezó el 8 de Octubre á batirlo el enemigo, dueño ya antes de la villa. Dirigió el general Compère á los sitiadores. El 10 llegó Suchet, y derribado un lienzo de la muralla, prontos los franceses á dar el asalto, capituló el Gobernador honrosamente. No por eso se rindió el de la Torre del Rey, Campillo, que desechó con brío toda propuesta. Constante en su resolución hasta el 12, y defendiéndose valerosamente, tuvo la dicha de que acudiesen entónces para protegerlo el navio inglés *Magnifico*, comandante Eyre, y una división de faluchos á las órdenes de D. José Colmenares. No siendo dado sostener por más tiempo la torre, pusieronse unos y otros de acuerdo, y se trató de salvar y llevar á bordo la guarnición. Presentaba dificultades el ejecutarlo, pero tal fué la presteza de los marinos británicos, tal la de los españoles, entre los que se distinguió el piloto D. Bruno de Egea, tal en fin la serenidad y diligencia del Gobernador, que se consiguió felizmente el objeto. Campillo se embarcó el último y mereció loores por su proceder: muchos le dispensó la justa imparcialidad del comandante inglés.

Libre Suchet cada vez más de obstáculos que le detuviesen, paró su consideración exclusivamente en el cerco de Murviedro. Volvieron también de Francia, ausentes con licencia después de lo de Tarragona, los generales de artillería Valée y Roguier, con cuya llegada se activaron los trabajos del sitio.

Empezó el enemigo contra la parte occidental de la fortaleza, en donde estaba el reduto dicho del Dos de Mayo, y plantó á 150 toesas una batería de brecha. Ofrecíasele para continuar en su intento muchos estorbos nacidos del terreno; y si los españoles hubiesen tenido artillería de á veinticuatro, siendo imposible en tal caso los aproches, quizá se hubiera limitado el cerco á mero bloqueo.

Pudieron al fin los franceses, después de penosa faena, romper sus fuegos el 17, mas hasta el 18 en la tarde no juzaron los ingenieros practicable la brecha abierta en el reduto del Dos de Mayo, en cuya hora resolvió Suchet dar el asalto.

Una columna escogida al mando del coronel Matús debía asombrar la primera. Notaron los españoles desde temprano los preparativos del enemigo, y aperechóse para rechazarle. Hombres esforzados coronaban la brecha, y con voces y alaridos desafiaban á los contrarios sin que los atemorizase el fuego terrible y vivo del cañon francés.

Comenzó la embestida, y los más ágiles de los sitiadores llegaron hasta dos tercios de la subida, cuya aspereza y angostura les impidió ir más arriba, destrozados por el fuego á quemaropa de los

nuestros, por las granadas y las piedras. Cuantas veces repitió el enemigo la tentativa, otras tantas cayeron sus soldados del derrumbadero abajo. Entróles desmayo, y á lo último, como anonadados, desistieron de la empresa con pérdida de 500 hombres, de ellos muchos oficiales y jefes. Por medio de señales entendíase la guarnición del fuerte con la ciudad de Valencia, y Blake ofreció al Gobernador y á la tropa mercedidas recompensas.

Embarazábale mucho á Suchet el malogro de su empresa, y aunque procuró adelantar los trabajos y aumentar las baterías, temía fuese infructuoso su afán, atendiendo á lo escabroso y dominante del peñon de Sagunto. Confíabale sólo en que Blake, deseoso de socorrer la plaza, viniese con él á las manos, y entónces parecía seguro el triunfo.

Así sucedió. Aquel general, tan afecto desgraciadamente á batallar, e instado por el gobernador Andriani, trató de ir en ayuda del fuerte. Convidábale también á ello tener ya reunidas todas sus fuerzas, que juntas ascendían á 25.300 hombres, de los que 2.550 de caballería, poco más ó menos. Llegaron á lo último las que pertenecían al tercer ejército bajo las órdenes de D. Nicolás Mahy. Pendía tardanza de haberse ántes dirigido sobre Cuenca para alejar de allí al general d'Armagnac, que amagaba por aquella parte el reino de Valencia. Constató Mahy su objeto sin oposición, y caminó después á engrosar las filas alojadas en el Guadalupe.

Pronto á moverse D. Joaquín Blake, encargó la custodia de la ciudad de Valencia á la milicia honrada, y dió á su ejército una proclama sencilla concebida en términos acomodados al caso. Abrió la marcha en la tarde del 24, y colocó su gente en la misma noche no lejos de los enemigos. La derecha, compuesta de 3.000 infantes y algunos caballos á las órdenes de D. José Zayas, y de una reserva de 2.000 hombres á las del brigadier Velasco, en las alturas del Puig. Allí se apostó también el General en jefe con todo su estado mayor. Constaba el centro, situado en la Cartuja de Aia Christi, de 3.000 infantes, que regia D. José Lardizabal, y de 1.000 caballos, que eran los expedicionarios del cargo de Ray y algunos de Valencia, todos bajo la dirección de D. Juan Caro: había además aquí una reserva de 2.000 hombres que mandaba el coronel Llori. Extendíase la izquierda hacia el camino real llamado de la Calderona. Cubría esta parte D. Carlos O'Donnell, teniendo á sus órdenes la división de D. Pedro Villacampa de 2.500 hombres, y la de don José Miranda de 4.000, con 600 caballos que guiaba D. José San Juan. El general Obispo, bajo la dependencia también de O'Donnell, estaba, con 2.500 hombres, en el punto más extremo hacia Nuquera. Amenazaba embestir por la parte del desfiladero de Sancti Spiritus todo nuestro costado izquierdo, debiendo servirle de reserva D. Nicolás Mahy al frente de más de 4.000 infantes y 800 jinetes. Tenía orden este general de colocarse en dos ribazos llamados los Germanells. Cruzaban al propio tiempo por la costa unos cuantos cañoneros españoles y un navio inglés.

Concurrieron aquella noche al cuartel general de D. Joaquín Blake oficiales enviados por los respectivos jefes, y con presencia de un diestro del terreno, trazado ántes por D. Ramón Pérez, jefe de estado mayor, recibió cada cual sus instrucciones con la orden de la hora en que se debía romper el ataque.

Hasta las once de la misma noche ignoró Suchet el movimiento de los españoles, y entónces infatigable de ello un confidente suyo vecino del Puig.

No pudiendo el mariscal ya tan tarde retirarse sin levantar el sitio de Sagunto con pérdida de la artillería, tomó el partido, aunque más arriesgado, de aguardar á los españoles y admitir la batalla que iban á presentarle. Resolvió á ese propósito situarse entre el mar y las alturas de Vall de Jesus y Sancti Spiritus, por donde es angosta el terreno. Puso en consecuencia á su izquierda del lado de la costa la division del general Habert, á la derecha hizo las montañas la de Harispe. En segunda línea á Palombini, y una reserva de dos regimientos de caballería á las órdenes del general Broussard. Por el extremo de la misma derecha, reforzada por Klopicki, al general Robert con su brigada y un cuerpo de caballería, teniendo expresa orden de defender á todo trance el desfiladero Sancti Spiritus, que consideraba Suchet como de la mayor importancia. Quedaron en Petrus y Gilet Compère y los napolitanos, ademas de algunos batallones que permanecieron delante de la fortaleza de Sagunto, contra la cual las baterías de brecha no cesaron de hacer fuego. Contaba en línea Suchet cerca de 20.000 hombres.

A las ocho de la mañana del 25, marchando adelante de su posición, rompieron á un tiempo el ataque las columnas españolas, y rechazaron las tropas ligeras del enemigo. Trabajó la pelea por nuestra parte con visos de buena ventura. Las acequias, garrofales y morenas, los vallados y las cercas no consentían maniobrase el ejército en línea contigua, ni tampoco que el General en jefe, situado como antes en las alturas del Puig, pudiese descubrir los diversos movimientos. Sin embargo, las columnas españolas, según confesion propia de los enemigos, avanzaban en tal ordenanza, que nunca ellos las habian visto marchar en campo raso. La de Lardizábal se adelantaba repartida en dos trozos, uno por el camino real hacia Hostalet, otro dirigiéndose á un altozano, via del convento de Vall de Jesus. Por Puzol la de Zayas, tratando de ceñir al enemigo del lado de la costa. También nuestra izquierda comenzó, por su parte, un amago general bien concertado.

Acometiendo Lardizábal con intrepidez, el trozo suyo que iba hacia Vall de Jesus apoderóse, á las órdenes de D. Wenceslao Pueto, del altozano inmediato, en donde se plantó luego artillería. Causó tan acertada maniobra impresion favorable, y los cerados de Sagunto, creyendo ya próximo el momento de su libertad, prorumpieron en clamores y demostraciones de alegría. Bien conocido Suchet la importancia de aquel punto, y para tomarle, trató de hacer el mayor esfuerzo. Sus generales, puestos á la cabeza de las columnas, arremetieron á subir con su acostumbrado arrojo. Encontraron vivísima resistencia. Para su herido; lo mismo varios oficiales superiores; muerto el caballo de Harispe; arrollados una y varias veces los acometedores, que sólo cerrando de cerca á las nuestras con dobles fuerzas se enseñorearon al cabo de la altura.

Mas los españoles bajando al llano y unidos á otros de los suyos se mantuvieron firmes, e impidieron que el enemigo penetrase y rompiese el centro. Era instante aquel muy crítico para los contrarios, aunque fueren ya dueños del altozano; pues Zayas, maniobrando diestramente, comenzaba á abrazar el nuestro costado de los franceses, acercándose á Murviedro, y por la izquierda D. Pedro Villacampa también adquiría ventajas.

Urgido á Suchet no desaprovechar el triunfo que habia conseguido en la altura, tanto más, cuanto los españoles de Lardizábal, no sólo se conservaban

tenaces en el llano, sino que, sostenidos por la caballería de D. Juan Caro, contramarchaban ya á recuperar el punto perdido, después de haber atropellado y destrozado á los últimos enemigos, apoderándose también el coronel Rie de algunas piezas. En tal apuro, movió el mariscal francés la division de Palombini, que estaba en segunda línea, y se adelantó en persona á exhortar á los coraceros que iban á contener el impetu de la caballería española. Se empezó entonces una refriega brava, y Suchet fué herido de un balazo en un hombro; mas siendo igualmente los generales españoles D. Juan Caro y D. Casimiro Loy, que cayeron prisioneros, desmayaron los nuestros, arrollados el enemigo, y hasta recobró los cañones que poco ántes le habian cogido. Don Joaquin Blake envió, para reparar el mal, á D. Antonio Buriel, jefe del estado mayor expedicionario, y al oficial del mismo cuerpo Zarcu del Valle. Nada lograron estos sujetos, que gozaban en el ejército de distinguido concepto. Los dragones de Numancia los arrastraron en la fuga.

También por la izquierda la suerte, favorable al principio, volvía ahora la espada. Don Carlos O'Donnell con objeto de reforzar á Obispo, que tenia delante á Robert, dispuso que avanzara D. Pedro Villacampa, quien, ganando terreno, obligó á los enemigos á dar algún tanto. Pero en ademas Klopicki de amenazar al general español por el costado, mandó O'Donnell á D. José Miranda que saliese al encuentro. Tuvo este general el desacuerdo de marchar en una direccion casi paralela á la del enemigo y con distancias cerradas, exponiéndose á que resultara confusion en sus líneas, si los franceses, como se verificó, le acometian de flanco. Comenzó luego el desorden, y siguióse mucha dispersion. No pudieron los esfuerzos de Villacampa y O'Donnell reparar tamaño contratiempo. Unas y otras tropas vinieron sobre las de Mahy, atacadas no sólo ya por Klopicki, sino también por parte de la division de Harispe, que venia del centro. Habiéra quizá sido completa la dispersion sin los regimientos de Molina, Avila y Cuena, que se portaron con arrojo y serenidad. Por desgracia se había Mahy retardado en su marcha, y no llegó bastante á tiempo para apoyar la primera atenuada, ni para contener el primer desorden. Los franceses victoriosos cogieron muchos prisioneros, y obligaron á Mahy y á las otras tropas de la izquierda á que se refugiaban por Betera en Ribarroja.

D. José Zayas en la derecha tuvo mayor fortuna, y no se retiró sino cuando ya vió roto el centro, y en completa retirada y confusion la izquierda. Hizo en el mayor orden hasta las alturas del Puig, y antes en Puzol se defendió con el mayor valor un batallon suyo de guardias valonas, que por equivocacion se había metido dentro del pueblo.

Se abrigaron sucesivamente del Guadalaviar todas las divisiones españolas, pasando el ejército francés en Betera, Albalat y el Puig. Nuestra pérdida doce piezas y 900 hombres entre muertos y heridos; prisioneros ó extraviados 3.922. Suchet en todo unos 800. A pesar de la derrota aumentaron por su buen porte la anterior fama las divisiones expedicionarias y la de D. Pedro Villacampa; ganaron algunos cuerpos de las otras. No D. Joaquin Blake, que, indolente, apenas tomó providencia alguna. Habió general la víspera de la batalla, embarazado, según costumbre, al tiempo de la ejecucion, y lo saltó prestera para acudir adonde convenia, y para variar y modificar en el campo lo que habia de antemano dispuesto ó trazado. También le desfavora-

recia la tibiaza de su condicion. Aficiónase el soldado al jefe que, al paso que es severo, goza de virtud comunicable. Blake de ordinario vivia separadamente y como alejado de los suyos.

Siguióse á la derrota la rendicion del castillo de Sagunto. Quería prevenirla el general español, volviendo á hacer otro esfuerzo, de cuyo intento trató de avisar al gobernador Andriani por medio de señales. Mas impidió el que aquél las advirtiese la cerrazon y el viento fresco que soplaba norte-sur, y hacia que encubriese el asta á los defensores del castillo la bandera y gallardete que se empleaban al efecto en el Miquel ó torre de la catedral de Valencia. Aunque no hubiese ocurrido tal incidente, dudamos pudiera Blake haber vuelto tan pronto á dar batalla, á no exponerse imprudentemente á otro desastre como el de Belchite.

Ganado que hubo la de Sagunto el mariscal Suchet, propuso al gobernador del castillo, D. Luis Maria Andriani, honrosa capitulacion, convidándole á que enviase persona de su confianza que viesse con sus propios ojos todo lo ocurrido, y se desengañase de cuán inútil era ya aguardar socorro. Convino Andriani, y pasó de su orden al campo frances el oficial de artilleria D. Joaquin de Miguel. De vuelta este al castillo, y conforme á su relacion, capituló el Gobernador en la noche del 26; y á poco, en la misma, sin aguardar al dia, salieron por la brecha con los honores de la guerra él y la guarnicion, compuesta de 2.572 hombres. Tanto instaba á Suchet terminar aquel sitio.

Por mucho desaliento en que hubiese caído el soldado despues de la pérdida de la batalla, se reprenió en Andriani la precipitacion que puso en venir á partido. «La brecha, dice Suchet (27), era de acceso tan difícil, que los zapadores tuvieron que practicar una bajada para que pudiesen descender los españoles.» Y más adelante añade que aun tomado el Dos de Mayo se presentaban muchos obstáculos para ensañarse de los demas reductos, por manera (son sus palabras) «que el arte de atacar y el valor de las tropas podian estrellarse todavía contra aquellos muros.» Habíase Andriani conducido hasta entonces con inteligencia y brio. Atolondróle la batalla perdida, y juzgó quedar bien puesto el honor de las armas, rindiéndose abierta brecha. Zaragoza y Gerona nos habian acostumbrado á esperar otros esfuerzos, y no era la hacha ni la pala ofensiva del gastador enemigo la que debiera haber allanado la salida á los defensores de Sagunto.

La toma de este castillo miráronla con razon los franceses como de mucha entidad por el nombre, y por el desembarazo que ella les daba. Sin embargo, no se atrevieron á acometer inmediatamente la ciudad de Valencia. Era todavía numeroso el ejército de Blake, amparándole fuertes atrincheramientos, y no estaba olvidado el escarmiento que delante de aquellos muros recibiera Monecy en 1808, como tampoco la inútil y malhadada expedicion de Suchet, en 1810. Por lo mismo pareció prudente al mariscal frances aguardar refuerzos, y se contentó en el intermedio con situarse al comenzar Noviembre en Paterna, frente de Cuarte, prolongándose hacia la marina, izquierda del Guadalquivir. En la derecha se alojaron los españoles: el ejército desde Manises hasta Montolivet, y de allí hasta el embocadero del rio los pasamos armados de la provincia.

Trabajaba en Cataluña D. Luis Lacy, y entrenaba á los franceses de aquel principado, ya que no pudiese activa y directamente coadyuvar al alivio de Valencia. Severo y equitativo, ayudado de la junta provincial, levantó el espíritu de los catalanes, quienes, á fuer de hombres industrioses, vieron también en las reformas de las Cortes, y sobre todo en el decreto de señorios, nueva aurora de prosperidad. Reforzó Lacy á Cardona, fortificó ciertos puntos que se daban la mano y formaban cadena hasta el fuerte de la Seu de Urgel; no desmintió a Solsona, y atrincheró la fragosa y elevada montaña de Abusa, á cierta distancia de Berga, en donde ejercitaba los reclutas. Y todo eso rodeado de enemigos, y vecino á la frontera de Francia! Pero ¿que no podía hacerse con gente tan belicosa y pertinaz como la catalana? Dueños los invasores de casi todas las fortalezas, no les era dado, menos aun aquí que en otras partes, extender su dominacion más allá del recinto de las fortificaciones, y aun dentro de ellas, segun la expresion de un testigo de vista imparcial (28), «no bastaba ni mucha tropa atrincherada para mantener siquiera en orden á los habitantes.» Más de una vez hemos tenido ocasion de hablar de semejante tenacidad, á la verdad heroica, y en rigor no hay en ello repeticion. Porque creciendo las dificultades de la resistencia, y ésta con aquéllas, tomaba la lucha semblantes diversos y colores más vivos, desplegándose la ojeriza y despechado encono de los catalanes al compas del hostigamiento y feroz conducta de los enemigos.

Apoderados éstos de todos los puntos marítimos principales, determinó Lacy posesionarse de las islas Medas, al embocadero del Ter, de que ya hubo ocasion de hablar. Dos de ellas, bastante grandes, con resguardado surgidero al sudeste. Los franceses, aunque las tenían descuidadas, conservaban dentro una guarnicion. Parecióle á Lacy lugar aquel acomodado para un depósito, y buena via para recibir por ella auxilios y dar mayor despacho á los productos catalanes. Tuvo en cargo de conquistarias el coronel inglés Green, yendo á bordo de la fragata de su nacion, *Indomable*, con 150 españoles que mandaba el Baron de Eroles. Verificóse el desembarco el 29 de Agosto, y el 3 de Setiembre, abierta brecha, se apoderaron los nuestros del fuerte. Acudieron los franceses en mucho número á la costa vecina, y empezaron á molestar bastante con sus fuegos á los que ahora ocupaban las islas. Opinaron entonces los marinos británicos que se debían éstas abandonar, lo cual se ejecutó, á pesar de la resistencia de Eroles y de Green mismo. Volaron los aliados antes de la evacuacion el fuerte ó castillo.

No era hombre D. Luis Lacy de ceder en su empresa, é insistiendo en recuperar las islas, persuadió á los ingleses á que de nuevo le ayudasen. En consecuencia se embarcó el 11 en persona con 200 hombres en Arenys de Mar á bordo de la mencionada fragata, comandante Thomas: fondeó el 12 á la inmediacion de las Medas, y dividiendo la fuerza, desembarcó parte en el continente para sorprender á los franceses y destruir las obras que allí tenían, y parte en la isla grande. Cumplióse todo segun los deseos de Lacy, quien, ahuyentados los enemigos, y dejando al teniente coronel D. José Masanes por gobernador del fuerte y director de las fortificaciones que iban á levantarse, tornó felizmente al puerto de donde habia salido. Reestableciéronse el castillo, y se fortalecieron las escarpadas orillas que

(27) *Mémoires du maréchal Suchet*, tom. II, chap. XIV.

(28) *Storia delle campagne e degli assedi degli italiani in Spagna*, de Camillo Vacani, volume terzo, parte terza, 2.

dominan la costa. En breve pudieron las Medas arrastrar las tentativas del enemigo que, acampado enfrente, se esforzaba por impedir los trabajos y arruinarlos. Puso el comandante español toda diligencia en frustrar tales intentos, y cuando momentánea ausencia ó otra ocupacion le alejaban de los puntos más expuestos, manteníase firme allí su esposa doña María Armengual, á semejanza de aquella otra doña María de Añña (29), que en el siglo xvi defendió á Mondéjar, ausente el alcaide su marido. Sacóse provecho de la posesion de las Medas militar y mercantilmente, habiendo las Cortes habilitado el puerto.

Apellidólas el General en jefe islas de la *Restauracion*, como indicando que de allí renaceria la de Cataluña, y á un baluarte, á que querian dar el nombre de *Lacy*, puso el de *Montardit*: «honor, dijo, que corresponde á un mártir de la patria.» Tal suerte, en efecto, habia poco antes cabido á un don Franciaco de Montardit, comandante de batallon, muy bienquisto, hecho prisionero por los franceses en un ataque sobre la ciudad de Balaguer, y arrebucado por ellos inhumanamente. Dirigió Lacy con este motivo, en 12 de Octubre, al mariscal Macdonald una reclamacion vigorosa, concluyendo por decirle: «Ayo, como es debido, la moderacion; mas no seré espectador indiferente de las atrocidades que se ejecuten con mis subalternos: haré responsables de ellas á los prisioneros franceses que tengo en mi poder, y pueda tener en lo sucesivo.»

Incanzable D. Luis, trató en seguida de romper la linea de puestos fortificados que desde Barcelona á Lérida tenian establecidos los franceses. Empezó su movimiento, y el 4 de Octubre acometió ya la villa de Igualada con 1500 infantes y 300 caballos. Le acompañaba el Barón de Eroles, segundo comandante general de Cataluña, cuyo valor y pericia se mostraron más y más cada día. Los franceses perdieron en el citado pueblo 200 hombres, refugíandose los restantes en el convento fortificado de Capuchinos, que no pudo Lacy batir, faltar de artillería. Pasaron despues ambos caudillos á sorprender un convoy que iba de Cervera, para lo cual repartieron sus fuerzas en dos porciones. Dio primero con él, según lo concertado, el Barón de Eroles, y sorprendióle el 7 del mismo Octubre, perdiendo los enemigos 200 hombres, sin que dejase aquel general nada que hacer á D. Luis Lacy.

Aterróronse los franceses con la súbita irrupcion de los nuestros y con las ventajas adquiridas, y juzgando imprudente mantener tropas desparramadas por lugares abiertos ó poco fortificados, abandonaron al fin, metiéndose de prisa en Barcelona, el convento de Igualada, la villa de Casanovas, y aun Montserrat. Quemaron á la retirada este monasterio, y lo destruyeron todo, sagrado y profano.

Requiriendo los asuntos generales del principado la presencia de Lacy cerca de la Junta, tornó éste á Herga, y dejó al cuidado del Barón de Eroles la conclusion de la empresa tan bien comenzada, y proseguida con no menor dicha.

Atacó el Barón á los franceses de Cervera, y el 11 les obligó á rendirse: ascendió el número de los prisioneros á 643 hombres. Estaban atrincherados los enemigos en la universidad, edificio suntuoso, no por la belleza de su arquitectura, sino por su extension y solidez propias para la defensa. Habia fundado aquella Felipe V cuando suprimió las otras

universidades del principado en castigo de la resistencia que á su advenimiento al trono le hicieron los catalanes. Cogió tambien Eroles á D. Isidoro Pérez Camino, corregidor de Cervera nombrado por los franceses, hombre feroz, que á los que no pagaban puntualmente las contribuciones, ó no se sujetaban á sus caprichos, metia en una jaula de su invencion, la cabeza sólo fuera, y pringado el rostro con miel para que atormentasen á sus victimas en aquel potro hasta las moscas. A la manera del cardenal de la Ballue en Francia, llególe tambien al corregidor su vez, con la diferencia de que la plebe catalana no conservó años en la jaula al magistrado intruso, como hizo Luis XI con su ministro. Son más ardorosas, y por tanto caminan más precipitadamente, las pasiones populares. El corregidor pereció á manos del furor ciego de tantos como habian él martirizado antes, y si la ley del talion fuese licita, y más al vulgo, hubiéralo sido en esta ocasion contra hombre tan inhumano y fiero.

Se rindió en seguida en 14 del mismo Octubre al Barón de Eroles la guarnicion de Belpuig, atrincherada en la antigua casa de los duques de Sesa. Muchos de los enemigos perecieron defendiendose, y se entregaron unos 150.

Escarmentado que hubo el de Eroles á los franceses del centro de la Cataluña, y cortada la linea de comunicacion entre Lérida y Barcelona, revolvió al Norte, con propósito hasta de penetrar en Francia. Obró entónces mancomunadamente con don Manuel Fernandez Villamil, gobernador á la sazón de la Seu de Urgel, y sirvióle éste de comandante de vanguardia. Rechazó ya al enemigo en Puigcerdá el Barón, el 26 de Octubre, y le combatió bravamente el 27, en un ataque que el último intentó. Al propio tiempo Villamil se dirigió á Francia por el valle de Querol, desbarató el 29 en Marens á las tropas que se le pusieron por delante, saqueó aquel pueblo, que sus soldados abrasaron, y entró el 30 en Ax. Exigió allí contribuciones, é inquietó toda la tierra, repasando despues tranquilamente la frontera. Sentencia Eroles estos movimientos.

Pero el centro de todos ellos era D. Luis Lacy, quien cautivó con su conducta la voluntad de los catalanes, pues al paso que procuraba en lo posible introducir la disciplina y buenas reglas de la milicia, honrábalos prefiriendo en general por jefes á militares acreditados del país, y fomentando el soldado y los cuerpos franceses, á que son tan aficionados. La situacion entónces de la Cataluña indicaba ademas como mejor y casi único este modo de guerra.

Y al rededor de la fuerza principal que regía Lacy ó su segundo Eroles, y cerca de las plazas fuertes y por todos lados, se descubrian los infatigables jefes de que en varias ocasiones hemos hecho mencion, y otros que por primera vez se manifestaban ó asediaban á los que acababan gloriosamente su carrera en defensa de la patria. Serian imposibles meter en nuestro cuadro la relacion de tan innumerables y largas lides.

Mirando los franceses con mucho desvío tan mortífera e interminable lucha, gustosamente la abandonaban y salian de la tierra. Macdonald, duque de Tarento, regresó á Francia, partiendo de Figueras el 28 de Octubre. Era el tercer mariscal que habia ido á Cataluña, y volvía sin dejarla apaciguada. Tuvo por sucesor al general Decaen.

Apénas podia moverse del lado de Gerona el ejército francés del principado, teniendo que poner su principal atencion en mantener libres las comunicaciones

(29) Historia del reñon y campo de los morteros del reino de Granada, por Luis del Mármol, lib. 1, cap. xvii.

ciones con la frontera. No más le era permitido acercarse á la division de Frere, perteneciente al cuerpo de Suchet, la cual, conforme hemos visto, ocupaba la Cataluña baja, dándole bastante en que entender todo lo que por allí ocurría y en parte hemos relatado. De suerte que la situación de aquella provincia en cuanto á la tranquilidad que apetecían los franceses, era la misma que al principio de la guerra, y una misma la necesidad de mantener dentro de aquel territorio fuerzas considerables que guarneciesen ciertos puntos y escoltasen cuidadosamente los convoyes.

Sólo por este medio se continuaba abasteciendo á Barcelona, y Decaen preparó en Diciembre uno muy considerable en el Ampurdan con aquel objeto. Tuvo aviso de ello Lacy, y queriendo estorbarlo, puso en accecho á Rovira, colocó á Eroles y á Milans en las alturas de San Celoni, dirigió sobre Trentapassos á Sarsfield y apostó en la Garriga con un batallón á D. José Casas. Las fuerzas que Decaen había reunido eran numerosas, ascendiendo á 14.000 infantes y 700 caballos con ocho piezas, sin contar unos 4.000 hombres que salieron de Barcelona á su encuentro. Los de Lacy no llegaban á la mitad, y así se limitó dicho general á hostilizar á los franceses durante su marcha emprendida desde Gerona el 2 de Diciembre. Padeció el enemigo en ella bastante, y Sarsfield se mantuvo firme contra los que le atacaron y venían de la capital. Los nuestros, ya que no pudieron impedir la entrada del convoy, recelando se retirase Decaen por Vich, trataron de cerrarle el paso de aquel lado. Para ello mandó Lacy á Eroles que ocupase la posición de San Feliu de Codinas, y él se situó con Sarsfield en las alturas de la Garriga. Se vieron luego confirmadas las sospechas de los españoles, presentándose el 5 en la mañana los enemigos delante del último punto con 5.000 infantes, 400 caballos y cuatro piezas. Rechazólos Lacy vigorosamente, y siguieron el alcance hasta Granollers D. José Casas y D. José Manso, por lo que tuvieron todas las fuerzas de Decaen que tornar por San Celoni y dejar libre y tranquila la ciudad y país de Vich.

Útil era para defender á Valencia esta continuada diversion de la Cataluña, pero fué más directa la que se intentó por Aragon. Aquí, conforme á órdenes de Blake, se habían reunido el 24 de Setiembre, en Ateca, partido de Calatayud, D. José Durán y D. Juan Martin el Empecinado. Temores de esto, y las empresas en aquel reino y en Navarra de don Francisco Espoz y Mina habían motivado la formación en Pamplona y sus cercanías de un cuerpo de reserva bastante considerable, pues que las fuerzas que en ambos parajes mandaban los generales Reille y Musnier no bastaban para conservar quieto el país y hacer rostro á tan osados caudillos.

Entre las tropas francesas que se juntaban en Navarra contabase una nueva division italiana, que atravesando las provincias meridionales de Francia y viniendo de la Lombardia apareció en Pamplona el 31 de Agosto. La mandaba el general Severoli, y se componía de 8.966 hombres y 722 caballos: permaneció el Setiembre en aquella provincia, mas al comenzar Octubre pasó á reforzar las tropas francesas de Aragon.

Ademas de los de Severoli habían ido á Zaragoza tres batallones tambien italianos procedentes de los depósitos de Gerona, Roma y Figueras, los cuales para unirse á la division de Palombini, que con Suchet se había dirigido sobre Valencia, rodearon y metiéronse en Francia para entrar camino de Jaca

en Aragon por lo peligrosa que les pareció la ruta directa. Y, sea dicho de paso, de 21.288 infantes y 1.905 jinetes, unos y otros italianos, que fuerza de los de Severoli habían penetrado en España desde el principio de la guerra, ya no quedaban en pié sino unos 9.000 escasos.

Los tres batallones que iban de Cataluña no se unieron inmediatamente al ejército invasor de Valencia: quedáronse en Aragon para auxiliar á Musnier. Habían llegado á este reino ántes de promediar Setiembre, y uno de ellos fué destinado á reforzar la guarnición enemiga de Calatayud.

Aquí tuvieron luego que lidiar con los ya mencionados D. José Durán y D. Juan Martin, quienes desde Ateca habían resuelto acometer á los franceses alojados en aquella ciudad. No tenía el Empecinado consigo más que la mitad de su gente, habiendo quedado la otra bajo D. Vicente Sardina en observación del castillo de Molina. Al contrario Durán, á quien acompañaba lo más de su division junto con D. Julian Antonio Tabuenca y D. Bartolomé Amor que mandaba la caballería, jefes ambos muy distinguidos. Uno y otro tuvieron principal parte en las hazañas de Durán, que nunca cesó de fatigar al enemigo, habiendo tenido entre otros un reencuentro glorioso en Aillon el 23 de Julio.

Ascendía el número de hombres que para su empresa reunieron Durán y el Empecinado á 5.000 infantes y 500 caballos. El 26 de Setiembre aparecieron ambos sobre Calatayud, desalojaron á los franceses de la altura llamada de los Castillos, y les cogieron algunos prisioneros, encerrándose la guarnición en el convento fortificado de la Merced, cuyo comandante era M. Muller. Durán se encargó particularmente de sitiar aquel punto, é incumbió á la gente del Empecinado observar las avenidas del puerto del Frasno, en donde el 1.º de Octubre repelió el último una columna francesa que venía de Zaragoza en socorro de los suyos, y tomó al coronel Gillot que la mandaba.

Cercado el convento, y sin artillería los nuestros, se acudió para rendirle al recurso de la mina, y aunque el jefe enemigo resistió cuanto pudo los ataques de los españoles, tuvo al fin el 4 de Octubre que darse á partido, quedando prisionera la guarnición, que constaba de 566 soldados, y con permiso los oficiales de volver á Francia bajo la palabra de honor de no servir más en la actual guerra.

Muy alborotado Musnier, gobernador de Zaragoza, con ver lo que amagaba por Calatayud, y con que hubiese sido rechazada en el Frasno la primera columna que había enviado de auxilio, reunió todas sus fuerzas de la izquierda del Ebro, y llegó, á petición suya, de Navarra con el mismo fin, destacado por Reille, el general Bourke, que avanzó lo largo de la izquierda del Jalon. Musnier asomó á Calatayud el 6 de Octubre, pero los españoles se habían ya retirado con sus prisioneros, quedando sólo allí, según lo estipulado, los oficiales, á quienes sus superiores formaron causa por haber separado su suerte de la de los soldados.

Viendo los franceses que se habían alejado los nuestros de Calatayud, retrocedieron, tomando Bourke á Navarra, y los de Musnier á la Almonia. Ocuparon de seguida nuevamente la ciudad los españoles.

Semejante perseverancia exigió de los franceses otro esfuerzo, que facilitó la llegada á Zaragoza de la division de Severoli, en 9 de Octubre. Venía esta á instancia de Suchet, incansable en pedir auxilio, que directa ó indirectamente cooperasen al buen

éxito de la campaña de Valencia. Musnier partió con la mencionada división via del Frasco, y uniéndose á la caballería de Klieki entró en Calatayud. Ducin y el Empeinado habían vuelto á evacuar la ciudad, retirándose en dos diferentes direcciones. Para perseguirlos tuvieron los enemigos que repartirse, yendo unos á Daroca y Used, y otros á Alcañiz, camino de Madrid.

No persistieron mucho en el alcance, llamados á la parte opuesta á causa de una súbita interrupción en las Cinco Villas de D. Francisco Espoz y Mina. Habían los franceses acosado de muerte á este caudillo durante todo el estío, irritados con la empresa de Alcañiz. Y él, caído de un lado por los Pirineos, del otro por el Ebro, sin apoyo ni puesto alguno de seguridad, sin más tropas que las que por sí había formado, y sin más doctrina que la adquirida en la escuela de la propia experiencia, burló los intentos del enemigo, y escamoteó muchas veces, algunas en la raya y áun dentro de Francia.

Atravesó en especial el perseguiimiento desde el 20 de Junio hasta el 12 de Julio. Diez mil hombres fueron tras Mina entonces; mas acertadamente dividió éste sus batallones en columnas móviles con dirección y marchas contrarias, incesantes y sigilosas, obligando así al enemigo, ó á dilatar su línea á punto de no poderla cubrir convenientemente, ó á que reunido no tuviese objeto importante sobre que cargar de firme.

Desesperanzados los franceses de destruir á Mina á mano armada, pusieron á precio la cabeza de aquel caudillo. Seis mil duros ofreció por ella el gobernador de Pamplona, Real, en bando de 24 de Agosto, 4000 por la de su segundo D. Antonio Cruchaga, y 2000 por cada una de las de otros jefes. Reunieronse á medios tan indignos los de la seducción y astucia. A este propósito, y por el mismo tiempo, personas de aquella ciudad, y entre otras, D. Joaquín Navarro, de la diputación del reino, con quien Mina había tenido anterior relación, convinieron cerca de su persona á D. Francisco Aguirre Echegarai para ofrecerle ascensos, honores y riquezas si abandonaba la causa de su patria y abrazaba la de Napoleón. Mina, que necesitaba algún respiro, tanto más cuanto de nuevo se veía muy acosado, entrando á la sazón en Navarra la división de Severoli y otras fuerzas, pidió tiempo para contestar sin acceder á la proposición, alegando que tenía antes que ponerse de acuerdo con su segundo Cruchaga. Impacientes de la tardanza los que habían abierto los tratos, despacharon en segunda con el mismo objeto, primero á un francés llamado Pello, hombre vagar, y después á otro español, conocido bajo el nombre de Sebastian Iriso. Desconfió Mina de ganar todavía más tiempo, indicó para el 14 de Setiembre una junta en Leoz, cuatro leguas de Pamplona, adonde ofreció asistir él mismo con tal que también asistiesen los tres individuos que sucesivamente se le habían presentado, y además el D. Joaquín Navarro y un D. Pedro Mendiri, jefe de escuadrón de gendarmes. Accedieron los comisionados á lo que se les proponía, y en efecto, el día señalado llegaron á Leoz todos excepto Mendiri. La ausencia de éste disgustó mucho á Mina, quien á pesar de las disculpas que los otros dieron, concibió sospechas. Vinieron á confirmárselas cartas confidenciales que recibió de Pamplona, en las cuales le advertían se le armaba una celada, y que Mendiri recorría los alrededores acechando el momento en que deslumbrado Mina con las ofertas he-

chas, se desentendase y diese lugar á que cayeran sobre él los enemigos, y le sacrificasen.

Atráido de ello el caudillo español, arrestó á los cuatro comisionados, y se alejó de Leoz llevándoseles consigo. Desaguraron después el suceso los franceses y sus allegados, calificando á Mina de pérfido: tráfucase en la acusación despectiva de que no se hubiese cumplido la alceosa tramada. Con todo, habiendo venido los comisionados bajo seguro, y no pudiéndose evenciar su traición ó complicidad, hubierale á Mina valido más el soltarlos, que dar lugar á que diesen su libertad, como se verificó, á los acasos de la guerra.

Poco después de este suceso, y de haber Severoli y otras tropas salido de Navarra, fué cuando penetró dicho Mina en Aragón, conforme arriba anunciamos. El 11 de Octubre atacó en Egea un punto de gendarmería, cuyos soldados lograron evadirse en la noche siguiente, con pérdida en la huida de algunos de ellos. Marchó luego Mina sobre Ayerbe, y el 16 forzó á la guarnición francesa á encerrarse en un convento fortificado, que bloqueó; mas en breve tuvo que hacer frente á otros cuaidados. El comandante francés, que en ausencia de Musnier gobernaba á Zaragoza, sabedor de la llegada de los españoles á Egea, destacó una columna para contenerlos. Encontróse en el camino Ceceopieri, jefe de ella, con los gendarmes poco ántes escapados; y juzgando ya inútil la marcha hacia Egea, cambió de rumbo, y se dirigió á Ayerbe en busca de Mina. Mas llegado que hubo á esta villa, en cuyas alturas inmediatas le aguardaban los españoles, parecióle más prudente, después de un fútil amago, retirarse y caminar la vuelta de Huesca. Envalentonáronse con eso los nuestros, y no pudieron los contrarios verificar impunemente su marcha, como se imaginaban. Mina, empleando sagacidad y arrojo, los estrechó de cerca y rodeó por manera que tuvieron que formar el cuadro. Así anduvieron siempre muy acosados hasta más allá de Plasencia de Gállego, en donde oprimos por la fatiga y mucho guerrear, y acometidos impetuosamente á la bayoneta por D. Gregorio Cruchaga, vinieron á partido: 640 soldados y 17 oficiales fueron los prisioneros, muchos de ellos heridos, gravemente el mismo comandante Ceceopieri. Habían muerto más de 300.

Azorado Musnier, y temiendo hasta por Zaragoza, tornó precipitadamente á aquella ciudad, en donde ya mas sereno trató de marchar contra Mina y de quitarle los prisioneros, obrando de concierto con los gobernadores y generales franceses de las provincias inmediatas. ¡Trabajo y combinación inútil! Mina escabullóse maravillosamente por medio de todos ellos, y atravesando el reino de Aragón, Navarra y Guipúzcoa, embarcó al principio de Noviembre en Motrico todos los prisioneros á bordo de la fragata inglesa *Iris* y de otros buques, después de haber también rendido la guarnición francesa de aquel puerto.

Confiérase cuán incómodos serían para Suchet tales acontecimientos, pues además de la pérdida real que en ellos experimentaba, distraíanle fuerzas que le eran muy necesarias. Con impaciencia había aguardado la división de Severoli, y en vano por algún tiempo pudo ésta incorporarsele. Musnier ni áun con ella tenía bastante para cubrir el Aragón, y mantener algun tanto seguras las comunicaciones. Una de las dos brigadas en que dicha división se distribuía, se vió obligada á colocarla, al mando de Berteletti, en las Cinco Villas, izquierda del

Ebro, y la otra al de Mazzuchelli, en Calatayud y Daroca.

Tuvo la última que acudir en breve á Molina, cuyo castillo se hallaba de nuevo bloqueado por D. Juan Martín. Llegó en ocasión que el comandante Brochet estaba ya para rendirse. Le libertó Mazzuchelli el 25 de Octubre, mas no sin dificultad, teniendo empeñada con el Empecinado en Cubillejos una refriega viva, en que perdieron los enemigos mucha gente. Abandonaron de resultas éstos, habiéndole antes volado, el castillo de Molina.

D. Juan Martín, solo ó con la ayuda de Durán ó de tropas suyas bajo D. Bartolomé Amor, continuó haciendo correrías. Rindió el 6 de Noviembre la guarnición de la Almunia, compuesta de 150 hombres, hizo rostro á varias acometidas, batió la tierra de Aragon, cogió prisioneros y efectos, interceptó á veces las comunicaciones con Valencia, via de Teruel.

Por su parte Durán cuando obraba separado tampoco permanecía tranquilo: en Manchones, y sobre todo el 30 de Noviembre en Osunilla, provincia de Soria, alcanzó ventajas. Regresó despues á Aragon, y reincorporándose por nueva disposicion de Blake con el Empecinado, se pusieron ambos el 23 de Diciembre en Milnarcos, provincia de Guadalajara, bajo las órdenes del Conde del Montijo, que trayendo igualmente 1.200 hombres, debía mandar á todos.

En grado tan sumo como el que acabamos de ver, divertían los nuestros en Cataluña y Aragon las huestes del enemigo, entorpeciendo para su empresa de Valencia. También cooperó á lo mismo lo que pasaba en Granada y Ronda. Allí privado el tercer ejército de la fuerza que habia sacado Mahy, se encontraba muy debilitado, y hubieran probablemente acometido los franceses, y amenazado á Valencia del lado de Murcia, sin el desembarco que ya indicamos de D. Francisco Ballesteros en Algeciras. Tomó este general tierra el 4 de Setiembre, teniendo enlace su expedicion con el plan de defensa que para Valencia habia trazado D. Joaquin Blake. Sentó Ballesteros sus reales en Jimena, y medidas que adoptó, unas de conciliacion y otras energicas, reanimaron el espíritu de los serranos.

Para procurar apagarle, vino inmediatamente sobre el general español el coronel Rignoux, á quien de Sevilla habian reforzado. Amagó á Jimena, y Ballesteros evacuó el pueblo con intento de atraer y engañar al enemigo, lo cual consiguió. Porque Rignoux adelantándose ufano sobre San Roque, fué de súbito acometido por costado y frente, y deshecho con pérdida de 600 hombres. Tomó entonces el mariscal Soult contra Ballesteros disposiciones más serias; y mandando al general Godinot que avanzase de Prado de Rey con unos 5.000 hombres, dispuso que se moviesen al propio tiempo la vuelta de la sierra los generales Semelé y Barronx, yendo el primero de Veger y el último del lado de Málaga. Componian juntas todas estas fuerzas de 9 á 10.000 hombres, y jactábanse ya de envolver las de Ballesteros. Mas éste se retiró á tiempo y con destreza, abrigándose el 14 de Octubre del cañon de Gibraltar. Las francesas llegaron al Campo de San Roque, y se extendieron por la derecha á Algeciras, cuyos vecinos se refugiaron en la Isla Verde.

Malográndosele así á Godinot el destruir á Ballesteros, quiso, sin dejar de observarle, explorar la comarca de Tarifa, y aun ensañarse por sorpresa de esta plaza. No anduvo en ello tampoco muy afortu-

nado. El camino que tomaron sus tropas fué el del Boquete de la Peña, orilla de la mar; paso angosto que, dominado por los fuegos de los buques británicos, no pudieron los franceses atravesar, teniendo el 18 de Octubre que retroceder á Algeciras. Aun sin eso nunca hubiera Godinot conseguido su intento. La guarnicion de Tarifa habia sido por entonces reforzada con 1.200 ingleses al mando del coronel Skerret, que vimos en Tarragona, y con 900 infantes y 100 caballos españoles bajo las órdenes del general Copons.

En el intermedio renovaron los rondeños sus acostumbradas excursiones, molestaron por la espalda á los enemigos y les cortaron los viveres; de los que escaso Godinot, hubo de replegarse, picándole Ballesteros la retaguardia. Se restituyó á Sevilla el general frances, y reprendido por Soult, que ya le queria mal desde la accion de Zújar por no haber sacado de ella las oportunas ventajas, alborotándole el juicio, y se suicidó en su cama con el fusil de un soldado de su guardia. Habia antes mandado en Córdoba, y cometido tales tropelías, y aun extravagancias, que mirósele ya como á hombre demente.

No desaprovechó Ballesteros la ocasion de la retirada de los enemigos, y esparciendo su tropa para disfrazar una acometida que meditaba, juntóla despues en Prado del Rey; marchó en seguida de noche y calladamente, y sorprendió el 5 de Noviembre en Burnos, derecha del Guadalete, al general Semelé, á quien ahuyentó y tomó 100 prisioneros, mulas y bagajes.

Fatigado Soult de tan interminable guerra, trató de aumentar el terror poniendo en ejecucion contra un prisionero desvalido el feroz decreto que habia dado el año anterior. Llamábase aquél Juan Manuel Lopez; era sargento, con veinte años de servicio, de la division de Ballesteros, y arrebatáronle descompeñando una comision que le habia confiado en general para recoger caballos, y acabar con ciertos bandoleros que, so capa de patriotas, robaban y cometian excesos. Las circunstancias que acompañaron á la causa que se le formó hicieron muy horrible el caso. Negábase á juzgar á Lopez la junta criminal de Sevilla, obligóla Soult, mandándole al mismo tiempo que, á pesar de estar prohibida por el rey José la pena de horca, la aplicase ahora en lugar de la de garrote. La Junta absolvió, sin embargo, al supuesto reo. Muy disgustado Soult, ordenó que se volviese á ver la causa, sin conseguir tampoco su odioso intento. Irritado el General cada vez más, creó una comision criminal compuesta de otros ministros, quienes tambien absolviéron á Lopez, declarándole simplemente prisionero de guerra. La alegría fué entonces universal en Sevilla, y mostráronlo abiertamente por calles y plazas todas las clases de ciudadanos. Pero ¡oh atrocidad! todavía estaba el infeliz Lopez recibiendo por ello parabienes, cuando vinieron á notificarle que una comision militar, escogida por el implacable Soult, acababa de condenarle á la pena de horca sin procedimiento ni diligencia alguna legal. Ejecutóse la inicua sentencia el 29 de Noviembre. Desgarra el corazon crueldad tan desapiadada y bárbara; é increíble pareciera, á no resultar bien probado, que todo un mariscal de Francia se cebase encarnizadamente en presa tan débil, en un soldado, en un veterano lleno de cicatrices honrosas.

LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.

Lord Wellington en Puentequinaldo. — Sexto ejército español. — Abadía sucede á Bontevilles. — Práctico de aquel ejército. — Le atacan los franceses. — Se retira. — Combates en la retirada. — Se repliegan los franceses. — Posición de Wellington en Puentequinaldo. — Se constituyen para socorrer á Ciudad Rodrigo Bormene y Marmont. — Le ocurren y atacan á Wellington. — Combate del 25 de Setiembre. — Combates del 27. — Nuevas estancias de Wellington. — Se retiran los franceses. — Wellington en la Freixeneda. — Se prepara á atacar á Ciudad Rodrigo. — Cesa D. Julian Bontevilles al comandante francés de aquella plaza. — Carta de D. Carlos de España á D. Sa. — Quieto ejército español. — Se ven tal de Castañón. — Pastorela y su mujer. — El corredor Ciria. — Temprano el partidario. — Combinarse para una empresa en Batallón de la Iglesia y establos. — Acción gloriosa de Arroyomolinos. — Otra vez el sexto ejército. — Noticias de las estancias de Abadía. — Invaden de nuevo los franceses á Asturias. — Séptimo ejército. — Le mandan Mendizábal. — Pontier. — Entra en Santander. — Don Juan López Campillo. — Longu, el Pastor y Merino. — Mina. — Decreto suyo de repúblicas. — Fuercos militares en Valencia. — Para Souchet el Guadalupe el 26 de Diciembre. — Mañá con parte de las tropas se retira al Júcar. — Blake con las otras á Valencia. — Acuden los franceses la ciudad. — Reflexiones. — Vená tentativa de Blake el 24 para salvar su ejército. — Irresistencia del coronel Madoz. — Irresistencia en Valencia, y reflexiones. — Unos señores de una punta. — Reuniones tumultuosas. — Las contiene Blake y disuelve la junta. — Adelante Souchet los trabajos de sitio. — Se retira Blake al recinto interior de la ciudad. — Empresa el 3 de Enero el bombardeo. — Pocas precauciones tomadas. — Desastrosos. — Tropa de Blake para animar á los habitantes. — Irresistencia de Blake la propuesta de rendirse. — División en el modo de tratar de los habitantes. — Estado político de la plaza. — Toman los jefes acuerdo de tratar con los enemigos. — Capitula Blake el 9. — Entra Souchet en Valencia. — Blake. — Parte que da. — Reconquista de Napóles á Murcia y á su ejército. — Presidencia guerra de aquel. — Frutos llevados á Francia y arcañados. — Conducta del clero y del Arzobispo. — De los valencianos. — Avanza Mont-Erné á Alicante. — Posición del general Mañá. — Su alcaide Mont-Erné. — Fochet. — Tropa á Dénia. — Situación del segundo y tercer ejército. — El general se retira a Murcia. — Le alcaide D. Martín de la Carrera. — Montegloria de cede. — Honores que se le tributan. — Cede de Pedernera. — Le toman los franceses. — Conducta infame del gobernador García Navarro. — Guerras de Ronda y Tarifa. — M. contenidos de Baladron. — El tal de los franceses á Tarifa. — Gloriosa defensa. — Escapan los franceses el sitio. — Ciudad Rodrigo. — Cesa lord Wellington la plaza. — Le toman los aliados y la toman. — Gracias y recompensas. — Nuevas esperanzas.

Mientras iba sobre Valencia denso nublado, sin que bastaran á disiparle ni los esfuerzos de aquella provincia, ni de las inmediatas, será bien que veamos lo que ocurría por el occidente de España y lugares á el contiguo.

Cruzado que hubo lord Wellington el río Tago, siguiendo en Julio el movimiento retrógrado del mariscal Marmont, caminó al Norte, y sentó sus reales el 10 de Agosto en Puentequinaldo, con visos de amagar á Ciudad Rodrigo.

Fernandéz, no obstante, inmóvil hasta promediar Setiembre, de lo que se aprovechó el francés, ansioso de extender el campo de su dominación, para atacar al sexto ejército español; lisonjeándose de deshacerle, y verificar quizá en seguida una incurción rápida en el reino de Galicia.

Tocaba ejecutar el plan al general Dorsenne, que mandaba en jefe las tropas y distritos llamados del Norte, y favoreciendo, en su entender, no sólo la inacción de lord Wellington, sino también mudanzas sobrevenidas en el gobierno de las fuerzas españolas.

Vimos cuán atinadamente capitaneaba el sexto ejército D. José Santocildes, y cuánto le adestraba de acuerdo con el jefe de estado mayor D. Juan Moscoso. En virtud de tan loable porte parecía que hubiera debido continuar en el mando. No lo permitió la muerte viciosa deemplazóle en breve D. Francisco Javier Abadía. Se atribuyó la remoción al general Castañón, que conservaba, si bien de lejos, la impremación del sexto ejército, y susurrios que le impidieron á ello inspiraciones de ajenos celos, á otros

motivos no ménos reprobables. Abadía se presentó á sus tropas á mediados de Agosto.

Situábase en aquel tiempo el mencionado ejército del modo siguiente: la vanguardia, bajo don Federico Castañón, en San Martín de las Torres y puente de Cebrones; la tercera división, del cargo del brigadier Cabrera, en la Rabeza; la segunda, ahora á las órdenes del Conde de Belveder, en el puente de Orbigo; se alojaba en Astorga una reserva, y permanecía en Asturias, como antes, la primera división. Indicamos en otro lugar el total de la fuerza, que mas bien que disminuido, se había desde entonces aumentado.

No cesó ésta de hostilizar al enemigo, á pesar de lo ocurrido en primeros de Julio, que ya referimos, siendo de notar la sorpresa que el 16 de Agosto hicieron algunos destacamentos de la guarnición francesa del pueblo de Almendra, en donde cogieron mas de 130 prisioneros.

Fué el 25 del citado mes cuando Dorsenne intentó acometer á los nuestros, que se dispusieron á retirarse, viniendo sobre ellos superiores fuerzas. Abadía, como recién llegado y sin conocimiento á fondo de la disciplina de sus soldados, revelábase del éxito, por lo que con moderación laudable dejó á Santocildes y á D. Juan Moscoso la principal dirección de las operaciones.

Tuvieron éstas por mira efectuar una retirada en parte excéntrica, por cuyo medio se consiguió se no agolpar las tropas á un solo punto, cubrir las diversas entradas de Galicia, algunas de Asturias, y establecer comunicaciones á la derecha con los portugueses que mandaba en Tras los Montes el general Silveira. Maniobra útil en aquella ocasión, y muchas veces conveniente en las guerras nacionales, segun expresa, y con razón, M. de Jominy (1).

Los franceses, avanzando, acometieron primero la división que se alojaba en la Rabeza; la cual, después de sostener briosamente una arremetida de los lanceros enemigos, se replegó en buen orden sobre Castrocontrigo, y de allí, segun se le tenía mandado, á la Puebla de Sanabria. En seguida, y por la tarde de dicho día 25, atacaron los franceses la vanguardia y la segunda división, las cuales se enderezaron al punto de Castrillo, para unirse con la reserva.

Juntos los tres últimos cuerpos, ó sean divisiones, tomaron el 26 la ruta del punto de Puentequinaldo, excepto el regimiento primero de Ribero, que reforzado después con el segundo de Asturias, defendió el 27 valerosamente el puerto de Manzanal.

En este día también penetró el francés por Puentequinaldo, defendiéndose largo tiempo Castañón y la reserva en las alturas colocadas entre Ringo y Molinaseca. Aquí, no ménos que en Manzanal, fueron escarmentados los enemigos, pues tuvieron mucha pérdida, y contaron entre los muertos al general Courin y al coronel Harthez, quedando á los nuestros por trofeo el águila del sexto regimiento de infantería.

Sin embargo, engrosados los contrarios, pasaron adelante y se derramaron por el Vierzo. Abadía, al propio tiempo que sentó su cuartel general en el Puente de Domingo Flores, cubriendo á Galicia por este lado, retiró de Valladrona la artillería, caminó de Lugo, destacó hacia allí fuerzas que amparasen las alturas de Valcarlos, y colocó en Torao, para cerrar las avenidas inmediatas de Asturias, los cuerpos que habían combatido en Manzanal.

(1) *Précis historique des principales combinaisons de la guerre*, par le baron Jominy, chap. II, section I de la stratégie.

De resultas de estas medidas, de la buena defensa que en los puertos habían hecho los españoles, y á causa de los temores que infundía Galicia por su anterior resistencia, detúvose Dorsenne y no avanzó más allá de Villafranca del Bierzo, desesperanzado de poder realizar en aquel reino pronta y venturosa irrupción. Saquearon á sus tropas los pueblos del tránsito, y al retirarse en los días 30 y 31 de Agosto se llevaron consigo varias personas en rehenes por el pago de contribuciones que habían impuesto. Añadia de nuevo ganó terreno, y hasta entónces portóse de modo que su nombramiento no produjo en el ejército trastorno ni particular novedad, habiendo obrado, según apuntamos, en union con su antecesor. ¡Ojalá no hubiera nunca olvidado proceder tan cuerdo!

El avanzar de nuestras tropas y un amago de las de la Puebla de Salmoria, aceleraron la retirada de Dorsenne, que se limitó á conservar y fortalecer á Astorga. Aguijóle tambien para ello el mariscal Marmont, que necesitaba de ayuda en un movimiento que proyectaba sobre el Águeda y sus cercanías.

En aquellas partes, firmó lord Wellington en Fuenteguinaldo, hacia resolución de rendir por hambre á Ciudad-Rodrigo, escasa de vituallas. Con este objeto, y persuadido del triunfo, á no ser que acudiese al socorro gran golpe de gente, formó una línea que desde el Azava inferior se prolongaba por el Carpio, Espeja y el Bodon á Fuenteguinaldo. Asiento el último punto del cuartel general, reforzóle con obras de campaña, y situó en él la cuarta division: destacó á la derecha del Águeda la division ligera, y puso en las lomas de la izquierda del mismo rio la tercera con la caballería, apostando una vanguardia en Pastores, una legua de Ciudad-Rodrigo. El general Graham, que de la isla de Leon había pasado á este ejército, y sucedido á sir Brent Spencer en calidad de segundo de Wellington, regia las tropas de la izquierda, alojadas en la parte inferior del Azava, ocupando la superior, en donde formaba el centro, sir Stapleton Cotton con todos los jinetes. De los españoles sólo había D. Julian Sanchez, y tambien D. Carlos de España, enviado por Castaños para alistar reclutas en Castilla la Vieja y mandar aquellos distritos: ambos jefes recorrían el Águeda rio abajo. Destinóse la quinta division inglesa á observar el punto de Peralas, permaneciendo á retaguardia de la derecha. Servia de reserva la séptima en Alamedilla. Lo restante de la fuerza anglo-portuguesa, se acordó el lector que la dejó lord Wellington á los órdenes del general Hill, en el Alentejo, para atender á la defensa de la izquierda del Tago y á las ocurrencias de la Extremadura española.

El movimiento que intentaba Marmont sobre el Águeda, y para el que hubo de contar con el general Dorsenne, dirigíase á socorrer á Ciudad-Rodrigo, cuyos apuros crecían demasíadamente. Abrió el mariscal francés su marcha desde Plasencia el 13 de Setiembre, tomando antes varias precauciones, como construir un reduto en el puerto de Baños, asegurar los puentes y barcas de ciertos rios, y poner al general Foy con la sexta division en vela del camino militar y pasos de la sierra.

Yendo á encontrarse Dorsenne y Marmont, cada uno por su lado, juntáronse el 22 cerca de Tamánes. Con el primero hallábase ya incorporada una division que mandaba el general Souham, la cual pertenecía á las fuerzas que habían entrado últimamente en España cuando las italianas de Severoli.

Y sin riesgo de error pódese computar que las tropas enemigas que marchaban ahora la vuelta de Ciudad-Rodrigo ascendían á 60.000 hombres, 6.000 de caballería con gran número de cañones.

Próximos los franceses, no hizo lord Wellington ademas alguno para impedir la introduccion de socorros en la plaza, y sólo aguardó al enemigo en la posicion que ocupaba. Vino aquél á atacarla el 26. Trabajó el combate con catorce escuadrones el general Wothier por la parte inferior del Azava, que guarnecía Graham, y arrolló los puestos avanzados, los cuales, volviendo en sí y apoyados, recobrarón el terreno perdido. No era esta tentativa más que un amago. Encaminábase la principal atencion de los contrarios á embestir la tercera division inglesa, situada en las lomas que se divisan entre Fuenteguinaldo y Pastores. Puso Marmont para ello un viviniendo de treinta á cuarenta escuadrones, guiados por el general Mont-Brun y mucha artillería, debiendo favorecer la maniobra catorce batallones. Lord Wellington dudó un instante si atacarían los enemigos aquella posicion por el camino real que va á Fuenteguinaldo ó por los pueblos de Encina y el Bodon. Cerciorado de que sería por el camino real, dispuso reforzar en gran manera aquel punto. Los ingleses allí apostados, si bien al principio solos y en corto numero, se defendieron de modo bastante contra la caballería y artillería enemigas, y recobraron dos piezas abandonadas en una embestida.

No habían aún llegado los infantes franceses, mas advirtiéndolo Wellington que se aproximaban, y calculando que probablemente concurrirían al sitio de ataque antes que los principales refuerzos británicos, llamados de partes más lejanas, resolvió abandonar las lomas asaltadas, y retirar á Fuenteguinaldo las tropas que las defendían. Verificaron estas el repliegue formando cuadros y en admirable ordenanza, sin que la pudiesen romper los arrojados acometimientos de la artillería francesa. Quedó solo como cortada la pequeña vanguardia que cubria el alto de Pastores y mandaba el teniente coronel Williams; pero este oficial, lejos de atribularse, mantúvose resacaado, y con acertada inteligencia subió el Águeda la orilla derecha arriba hasta Robledo, en donde repasó el rio, logrando por la tarde unirse felizmente al grueso del ejército en Fuenteguinaldo.

Aquí, en el mismo dia, estableció su centro lord Wellington, alterando la anterior posicion con la derecha del lado del puerto de Peralas, y la izquierda en Navavel. Apostó á D. Carlos de España y la infantería española junto al Coa, enviando la caballería bajo D. Julian Sanchez á retaguardia del enemigo.

Reunieron el 26 los franceses toda su gente, y examinado que hubieron la estancia de Fuenteguinaldo, creyeronla tan fuerte, que desistieron de atacarla. No lo pensaba así Wellington, por lo cual retiróse á tres leguas, poniendo el 27 la derecha en Aldeavella, la izquierda en Bismula y el centro en Alfayates, antiguo campo romano y hoy villa de Portugal, en sitio alto, cercada de viejos muros. En este dia dos divisiones de los franceses, siguiendo la huella de los aliados, trabaron vivos reencuentros, y la cuarta de los ingleses perdió y recobró dos veces á Aldreda Ponte.

No satisfecho aún Wellington con su última posicion, y ateniéndose á un plan general de operaciones anteriormente trazado, retiróse una legua atrás á estancias que se dilataban por la cuerda del arco que forma el Coa cerca de Sabugal, dejando á la derecha la sierra dos Mesas, y á la izquierda el

pueblo de Rendo, en cuyo sitio presentó batalla á los franceses, que esquivaron estos, cumplido su deseo de acorrer á Ciudad-Rodrigo.

En los combates del 25 y 27 perdieron los ingleses unos 260 hombres, no mas los franceses. Vió en aquellos dias por primera vez el fuego, y se distinguió, el Príncipe de Orange, que allí asistia en calidad de ayudante de campo de lord Wellington, exponiendo su persona por la independencia de un pais muy desamado dos siglos ántes de sus ilustres y belicosos abuelos los Guillerminos y Mauricios. Así anda y voltea el mundo.

Separáronse á poco los dos generales franceses, no pudiendo mantenerse unidos por celos, falta de subsistencias y por amagos que tenían de otros lugares. Desembarc se retiró hacia Salamanca y Valladolid; Marmont á tierra de Plasencia.

También lord Wellington tomó nuevos acantonamientos, sentando en la Fregeneda su cuartel general. Vinole bien no le hubiesen los franceses atacado el 26 todo su ejército, ni embestido el 26 la posición de Fuenteguinaldo. Las muchas fuerzas que consigo traian hubierá sido podido causar gran menoscabo. Tan cierto es que en la guerra representa la fortuna papel muy principal.

Dio entonces lord Wellington comienzo á las preparativas que exigia la formalización del sitio de Ciudad-Rodrigo. Le dejó para su empresa, según ya indicamos, sumo despaño lo que ocurría en las demás partes de España, y tampoco le perjudicaron las operaciones de los partidarios que andaban cerca, singularmente las de D. Julian Sanchez.

Entre otros hechos de este, por entonces notables, cuentanse el acaecido el 15 de Octubre en las cercanías de Ciudad-Rodrigo. Sacaban los enemigos su ganado á pastar fuera, y desobedió Sanchez de cogerle, armó una celada con 360 infantes y 130 pines en ambas orillas del Agueda corriente abajo. Á la propia sazón que acechaban los nuestros y se preparaban á la sorpresa, salió de la plaza á hacer un reconocimiento con 12 de á caballo el gobernador francés Renaud, y emparejando parte de los emboscados con él y su escuadra, apoderáronse de su persona por la izquierda del río, al paso que por la derecha apresaron los otros unas 500 reses de ganado vacuno y cabrio. Desesperábase Renaud por su infortunio, y D. Julian, tratándole de consolarle, le dió una cena acompañada de música, y tan espléndida como permitian las circunstancias de su vario é inestable campo.

También molestaba España á los enemigos, ó irritado de que el general Mouton, comandante de unas tropas que entraron en Ledesma, hubiese arrebucado á seis prisioneros nuestros veinticuatro horas después de haberlos cogido, hizo otro tanto con igual número de franceses, escribiéndoles en 12^{to} de Octubre al gobernador de Salamanca Thibaud una carta en que se leían las cláusulas siguientes (2): «*Así preciso que V. E. entienda y haga entender á los demás generales franceses, que siempre que se cometa por su parte semejante violación de los derechos de la guerra, ó que se atropelle algún pueblo ó particular, repetiré yo igual castigo inexorablemente en los oficiales y subditos franceses...*» y de este modo se obligara al fin á conocer que la guerra actual no es como la que suele hacerse entre soberanos absolutos, que sacrifican la sangre de sus desgraciados pueblos para satisfacer su ambición ó por el miserable interés, sino que es guerra de un pue-

blo libre y virtuoso, que defiende sus propios derechos y la corona de un rey á quien libre y espontáneamente ha jurado y ofrecido obediencia, mediante una Constitución sabia que asegura la libertad política y la felicidad de la nación. » ¡Esto decía España en 1811!

Á la derecha de lord Wellington, D. Francisco Javier Castaños con el quinto ejército, y auxiliado por las tropas del general Hill, dió no poco que hacer á los franceses.

Aunque no extendia el mando de aquel jefe al sexto ejército, y después comprendió también el del séptimo, su autoridad inmediata aparecía por lo común sólo en Extremadura y puntos vecinos. Mostróse Castaños allí riguroso con desertores, infidentes y otros reos, lo que desdecía de su carácter al parecer blando. Bien es verdad que hubo ocasión en que ejerció la justicia contra delincuentes cuya conducta estreñece aun y pone espanto. Fué horrible el caso de José Pedreznela y de su mujer María Josefa del Valle. Barba el primero algun tiempo del coliseo del Príncipe de Madrid, fingose convalidado regio del gobierno legítimo, y desempeñó el supuesto cargo en Piedralaves y Ladrado, pueblos de tierra de Toledo. Los habitantes y guerrillas de la comarca le obedecian ciegamente en la esperanza de ser enviado por el gobierno de Cadix. La ocupación enemiga daba favor al engaño. El Pedreznela y su esposa fueron convictos de haber condenado á suplicios barbaros sin facultad ni debido juicio á más de 13 personas. Ejecutaba aquel las sentencias por sí mismo, ó las hacia ejecutar á media noche en un monte ó hondonada, cosiendo á sus víctimas á púñaladas, ó matándolas de un fusilazo en el oído. Ha á veces la muerte acompañada de otros horrores, y si bien se probaron sólo trece asesinatos, se imputaban á los reos fundadamente más de sesenta. La mujer, hembra de ferocidad exquisita, condenada en ausencia del marido y superaba á este en aña y encarnizamiento. Querian colomar sus crueldades con el patriotismo, y sacrificaron á varios sujetos respetables, entre otros á D. Marcelino Quesada, asesor de las guerrillas de la provincia de Toledo. Alucinados en los pueblos y contenidos por el respeto que tributaban al gobierno legítimo, se sometieron al pseudo-comisionado por espacio de tres meses. Desabierto á lo último la falacia y cuerdo, dióse orden de prender á matrimonio tan sanguinario y bien apatado, y mandó Castaños formarles causa. Vista ésta, condenaron los jueces al marido á la pena de horca, y á ser en seguida descuartizado, á la mujer á la de garrote. Ajusticiáronlos el 9 de Octubre en Valdeca de Alcantara. Digno castigo, aunque tardío, de tan malos criminales.

Si no de color mas subido, eran también sobrado feos los que se acaecaban á D. Benito María de Ciriá, capitán retirado y actual corregidor del rey José, en Almagro. Llamábanle el Neron de la Mancha. Otuvo tal nombre por las extorsiones que causó, por los varios inocentes que llevó al cadalso. Le prendió el 29 de Setiembre, cerca de aquella ciudad, el capitán D. Eugenio Sanchez, al tiempo que en jefe, el sargento mayor D. Juan Vaca, de la partida, ó sean husares franceses de D. Francisco Alad (Chalco), atacaba la guarnición enemiga, la deslacia y tomaba bastante prisioneros. Un consejo de guerra reunido por Castaños condenó á Ciriá á la pena de garrote, ejecutada el 25 de Octubre en el mismo Valdeca de Alcantara. Pero apartemos los ojos de escenas tan melancólicas, deplorables efectos de discusiones civiles.

(2) *Decreto de la Regencia, del número 12 de Noviembre de 1811.*

Otros hechos verdaderamente nobles y sin rastro de duelo realizábanse entre tanto por aquellos paisajes. No nos detendrán los muchos y diversos de las guerrillas, aunque el merece honrosa mención el partidario D. Antonio Temprano, que el 8 del citado Octubre, á las puertas mismas de Talavera, libertó al coronel inglés J. Grant, cogido ántes prisionero en el Arco he.

Combate de mayores resultas y muy glorioso para a delinear nuestra pluma. Habían los enemigos tratado de estrechar el corto ámbito que ocupaba el quinto ejército en Extremadura, con la mira de privarle de los limitados recursos que sacaba de allí, y aumentar los suyos propios, también harto circunscriptos. Con tan doble objeto, colocóse en Cáceres, y se extendió hasta las Brozas el general Girard, asistido de una columna de 4.000 infantes y 1.000 caballos, perteneciente al quinto cuerpo francés, que seguía bajo el general Drouot, ensañando las márgenes de Guadiana. Esta operación habíala los franceses diferido, recelosos de empeñar choque, no sólo con los españoles, sino igualmente con los anglo-portugueses de Hill. Mas la inmovilidad de los últimos, metidos allí en el Alentejo sin ayudar á los nuestros, dió aliento á los enemigos para extenderse por los puntos arriba indicados. Hambreado de ese modo á los españoles, y no pudiendo la junta de la provincia, establecida en Valencia de Alcantara, ni siquiera suministrar las mas indispensables raciones, acudió D. Francisco Javier Castaños á lord Wellington, y le propuso un movimiento en union con las tropas aliadas.

Accedió el general inglés á los deseos del español, y en consecuencia marchó Hill la vuelta de nuestra Extremadura. Tomó éste consigo la mayor parte de su fuerza, que, segun dijimos, ascendía á 14.000 hombres, y el 23 de Octubre asomó ya por Alburquerque. Se le juntó el 24 en Aliseda D. Pedro Agustín Jiron, segundo de Castaños, y comandante de la columna destinada á obrar con los ingleses, la cual se componía de 5.000 hombres, distribuidos en dos trozos, á las órdenes inmediatas del Conde de Penne Villemur y de D. Pablo Morillo.

Continuando en Cáceres la fuerza principal de Girard, tenía destacamentos en algunos pueblos, y señaladamente 300 caballos en Arroyo del Puero, los cuales se recogieron el 25 á Malpartida por avanzar Penne Villemur con la caballería española. Quisieron los aliados atacarlos en aquel pueblo, mas los enemigos se replegaron á Cáceres, cuya ciudad también abandonó el general francés, dirigiéndose á Torremocha.

Prosiguieron los nuestros su camino, y el 27 se reunieron todos en Alcuéscar, en donde supieron con admiración que Girard se mantenía en Arroyomolinos, distante una legua corta. Pendía la confianza de los franceses de la persuasión en que siempre estaban de que el inglés no se metería muy adentro en España, y también de la fidelidad con que los habitantes guardaron el secreto de nuestra marcha.

Hill, que mandaba en jefe á los hispano-anglo-portugueses, determinó entonces acometer, y á las dos de la madrugada del 28 puso en movimiento todas las tropas. Diluviaba, soplando recio viento; mas el temporal, por dar á los nuestros de espaldas, fué más bien favorable que contrario. Avanzando así en buen orden y calladamente, formáronse las columnas, siendo todavía de noche, en una hondonada no lejos de Arroyomolinos.

Portenece esta villa, distante de Cáceres seis le-

guas, al partido de Mérida, y se apellida de Montánchez por hallarse situada á la falda de la sierra de aquel nombre. Está como aislada y sin otras comunicaciones que pocas y penosas subidas con malas veredas. Puestos los aliados en orden de ataque en el sitio indicado, moviéronse á las siete de la mañana para sorprender al enemigo. Una columna anglo-portuguesa con artillería, mandada por el teniente coronel Stuart, marchó en derecha al pueblo; otra compuesta de la infantería española, bajo Murillo, se encaminó á flanquear las casas por la izquierda, y una tercera, también de peones, anglo-portuguesa, del cargo de Howard, tomó por la derecha, y se adelantó á cortar los caminos de Mérida y Medellín, para de allí revolver sobre el francés y atacarle. Por el diestro costado de esta última columna iban los finetes españoles, y por el opuesto los británicos, algo retrasados los posteriores á causa de un extravío que padecieron en la noche.

Ignotaba del todo Girard el movimiento y proximidad de los aliados, manteniéndose hasta lo último los habitantes inmutables en su fidelidad. Así fué que llegaron aquéllos sin ser sentidos, y en sazón que Girard emprendía su ruta á Mérida. Una brigada, al mando de Remond, le había precedido, saliendo de Arroyomolinos ántes de apuntar el alba; mas la retaguardia con alguna caballería y los bagajes aún se conservaban dentro del pueblo. Cubría espesa niebla la cima de la sierra, y marchaba Girard descuidadamente, cuando le avisaron se acercaban tropas. No pensaba fuesen regladas, y menos inglesas. Figúrasele que eran partidarios, por lo que mandó apresurar el paso, y no detenerse á repeler las acometidas.

Pero desengañado, grande fué su sorpresa y la de sus soldados. Resintieron de ella al tiempo de pelear, pues columbrarlos los nuestros, atacarlos y romperlos, casi fué todo uno. Parte de la columna anglo-portuguesa, que se había dirigido al pueblo, entró en su casco; el resto persiguió á Girard ya en marcha, quien en vano formó dos cuadros, encerrados éstos entre los fuegos de los que venían de Arroyomolinos y los de la columna de Howard, que se habían ántes adelantado á cortar los caminos. La caballería española dió también sobre el general francés, y la llegada de la inglesa, á las órdenes de sir W. Erskine, acabó de trastornarle. Entonces aquel se salvó con pocos, trepando por peñas y riscos, y se acogió á la sierra. Continuó el avance Murillo por el puerto de las Quebradas hasta la altura que da vista á Santa Ana. El cansancio de la gente no consintió ir más allá. Tenía ya la pelea ventajosísimo y honroso resultado. Perdieron los enemigos 400 muertos y heridos, entre ellos al general Dombronski; quedaron prisioneros el general Brun, el Duque de Aremberg, el jefe de estado mayor Idri, gran número de oficiales y 1.400 soldados, cabos y sargentos. Se cogieron dos cañones y un obús, el tren, dos banderas, una por los españoles, otra por los anglo-portugueses; muchos fusiles, sables, mochilas, caballos, el bagaje entero. Desapareció, en fin, aquella division, excepto contados hombres que acompañaron á Girard, y la brigada de Remond que, como había salido con anticipación de Arroyomolinos, ni tomó parte en el combate, ni tuvo de él noticia hasta llegar á Mérida. Acrecióse la satisfacción de los aliados en vista de la poca gente que perdieron: 71 hombres los anglo-portugueses, unos 30 los españoles. Obraron todos los jefes muy unidos, y con destreza y tino: cierto que los nuestros, Jiron, Morillo y Penne, señalábanse, el pri-

mero en el dirigir, los otros en el ejecutar. Gran terror se apoderó de los franceses. Badajoz permaneció cerrado dos días y dos noches, muy vigilados los vados del Guadiana, y recogidos los destacamentos sueltos en los parajes más fuertes. Ponne Villemeur llegó á Merida, tras de él Hill, en donde ambos se mantuvieron hasta que volviendo en sí Dronet y avanzando, se retiraron los españoles á Cáceres, y los anglo-portugueses á sus antiguos acantonamientos.

Mas si por la derecha de lord Wellington habia caído tal fortuna y gloria, no acaeció lo mismo por la izquierda en Galicia y Asturias, yendo las cosas allí muy de caida. Don Francisco Javier Abadía, prudente en su principio y cuerdo, cambió después de conducta. Trató de dar nueva organizacion á su ejército sin motivo fundado, y alterando la actual, mudó jefes, oficiales, sargentos, cabos, soldados; trasladólos de unos cuerpos á otros, confundiendo todo; y á punto que resultó, hasta en los uniformes, mezcla rara de colores y variedades, y eso en presencia del enemigo. Liviano parte, ajeno de la reputacion militar de que gozaba aquel jefe, haciéndose así mas dolorosa la remocion súbita y poco meditada de Santosolides. Representó contra la organizacion nueva el jefe de estado mayor Moscoso, mas inútilmente. Sostuvo el capricho y la tenacidad lo que al parecer habia dictado la irreflexion. Notóse tambien que Abadía, en vez de presenciar el planteamiento de su obra, ausentóse á tomar baños, pasando despues á la Coruña. En su lugar envió al Marqués de Portago, hombre de sana intencion, pero de limitada capacidad, originándose de tan indiscretas, mal dispuestas reformas y providencias, que no saliese del Vierzo el ejército, ni asomase á sus antiguas estancias para inquietar al enemigo y distraerle de otras excursiones.

Viendo los franceses la mucha inacción, y persuadidos de que á lo ménos durante el invierno no se moverian de Portugal los ingleses, pensaron en invadir de nuevo á Asturias, ya para tener mas medios con que sustentar su ejército, ya porque agradaba al general Bonnet tornar adonde el campaba con mayor independencia que bajo Dronet en Castilla. Alentaba tambien á ello el haber Abadía sacado de Asturias tropas aguerriadas, y enviado otras menos disciplinadas.

Que iba Bonnet á entrar en aquel principado concurriase por todas partes, y el jefe de estado mayor Moscoso enderezóse á Oviedo á marchas forzadas, si no para evitar el golpe, al ménos para disponer con orden la retirada de nuestras tropas y disminuir el desastre.

En Asturias mandaba como ántes D. Francisco Javier Losada: toda á su cargo la primera division del sexto ejército, recompuesta ó trastocada segun el nuevo arreglo de Abadía. No habia por eso el D. Francisco dejado de tomar, durante su gobierno, medidas militares bastante oportunas. En la puente de los Fierros habia levantado algunas obras de campaña, y colocado allí y en los puntos más fuertes de la avenida de Pajares una de sus secciones al mando de D. Manuel Trevijano.

El general Bonnet no sólo pensó en acometer al principado por dicho puerto, sino tambien por el de Ventana, mas al Occidente. Contaba para su expedicion con 12.000 hombres, que dividió en dos trozos. El principal mandábalo Bonnet mismo, y se encaminó á Pajares, el otro lo regía el coronel Gauthier.

Informado Losada del plan del enemigo, trató de burlarle poniendo en movimiento de autemano sus

tropas sobre el Narcea; pues de este modo impedía le cortasen los franceses la retirada hácia Galicia. En consecuencia, el 5 de Noviembre, día en que se presentó Bonnet delante de la puente de los Fierros, no se hizo en ella otra resistencia sino la suficiente para ocultar lo proyectado; cuyo éxito fué tan feliz, que el 7, reuniéndose todas las tropas en Grado, marcharon sin detenerse á tomar puesto en las alturas del Fresno y cubrir el paso del Narcea. La celeridad y buen orden con que se ejecutó la maniobra destruyó los intentos del enemigo, no siéndole dado á Gauthier ponerse á muestra espaldas: al bajar del puerto de Ventana tuvo que contentarse con perseguir á los españoles, y alcanzó en Dongra la retaguardia; de donde repellido, cayó en breve, pensando ya sólo en darse la mano con Bonnet, que habia entrado en Oviedo. Acompañaban á Losada don Pedro de la Bárcena, restablecido de anteriores y honoríficas heridas, y D. Juan Moscoso: la presencia de ambos en la retirada favoreció la diligente actividad del primero. Artillería, municiones, efectos pertenecientes al ejército y real hacienda, todo se salvó, embarcándolo en Gijón ó transportándolo por tierra. Los vecinos de la capital del principado, como los moradores de todos los pueblos, abundaron, por lo general, sus casas: daban el ejemplo los pudientes, siendo aquella provincia una de las más constantes en su adhesion á la causa de la patria, y de las que más prodigaron la sangre de sus hijos y sus caudales.

Debióle amargamente á Bonnet entrar en Oviedo y ver la ciudad tan solitaria, porque si bien los asturianos le habian acostumbrado á ello, esperaba que los trabajos y el tiempo comenzarían ya á adormecer átnimos tan inflexibles. Pesóle no ménos encontrar vacías las fábricas de armas y los almacenes; lo cual le embarazaba para suplir los menesteres de su tropa, y emprender otras operaciones.

Sin embargo, trató de probar fortuna y obligó á Gauthier á revolver inmediatamente sobre los españoles. Losada juzgó entónces prudente retirarse aun más allá del Narcea, y el frances llegó á Tineo el 12 de Noviembre. Mantúvose allí muy poco, porque combinando nuestros jefes un movimiento, atacóle Bárcena con una seccion y le forzó á retroceder. Tambien Abadía quiso amagar por Astorga y el Orbigo para divertir la atencion de los franceses de Asturias; pero la idea no tuvo resulto, dejándose para mas adelante. A pesar de eso, Bonnet apenas poseyó esta vez en el principado otro terreno que la linea de Pajares á Oviedo, pues por el Occaso fuéroule estrechando sucesivamente Losada y Bárcena, y por el Oriente D. Juan Diaz Porlier.

Esto caudillo y todos los que mandaban las divisiones y cuerpos francos de que constaba el séptimo ejército, hicieron por el mismo tiempo guerra continua al enemigo desde Asturias hasta la Navarra inclusive. La composicion de las tropas de aquel distrito no era uniforme, ni para obrar á la vez en linea: no lo permitian las circunstancias del pais en que se lidiaba, como tampoco la vario del origen de la gente y de la independencia, tan necesaria entónces, de sus distintos comandantes. Don Gabriel de Mendizábal, general en jefe elegido meses atras, apareció allí en el verano. No se puso al frente de ninguna division ni cuerpo especial. Recorriólos todos, empezando por el de Porlier, alzado comunmente en Peto, montañas de Santanfer, y acabando por el de Merino, en Burgos, y el de Mina, en Navarra. La presencia del D. Gabriel alentaba á los pueblos, en particular á los de Vizcaya, de donde

era natural. Algunas operaciones se ejecutaban con su asistencia, otras sin ella y sólo por dirección de los mismos jefes. Húboles señaladas.

Desde Junio había organizado mejor y aumentado Porlier su fuerza, que pasaba de 4.000 hombres. Había también acopiado en la Liebana 9.000 fanegas de trigo y muchos otros bastimentos, para lo cual, teniendo que recorrer la tierra é internarse en Castilla, hubo de marchar día y noche, burlar con ardid al enemigo, y combatir bizarramente en peligrosos reencuentros. Hechas estas correrías preliminares y necesarias, revolvió en Agosto sobre Santander, y atacó el 14 la ciudad y los fuertes de Solia, Camargo, Puente de Arce y Torre la Vega; porque aquí, a semejanza de las demás partes, habían los franceses fortalecido casi en cada pueblo algún grande edificio, ó mejorado fuertes antiguos. Mandaba en Santander Rouget; y rompiendo Porlier el fuego por el sitio de los Molinos de Viento, colocóse el general francés á la cabeza de la guarnición, compuesta de 500 hombres, la cual, acorralada en las calles y las casas, quiso en vano sostenerse; y destrozada, con trabajo se salvaron de ella 100 hombres y el jefe. Al mismo tiempo ó sucesivamente atacaron los de Porlier los demás puntos arriba indicados, y se apoderaron de Solia, Puente de Arce y Camargo, cuyos fuertes arrasaron. Mantuvieron los contrarios el de Torre la Vega. La pérdida de éstos en las diferentes acometidas pasó de 400 hombres, sin incluir muchos prisioneros, algunos de ellos oficiales de graduación. Recogieron asimismo los nuestros abundante botín, y estuvieron por cierto tiempo enseñoreados de casi toda la provincia de Santander. Tuvo Rouget que aguardar refuerzos ántes de poder tornar á la ciudad, que evacuaron luego los españoles sin detenerse, inferiores en número, á hacer resistencia.

Además dispuso Porlier que D. Juan Lopez Campillo, que maniobraba desde la carretera del Escudo hasta las provincias Vascongadas, fuese engrosado con cuadros instruidos por Renovales, y que ascendían á 800 hombres. Así se distrajo al enemigo, y Campillo consiguió el 26 de Setiembre ventajas cerca de Valmaseda. Lo mismo D. Francisco de Longa, en diversos ataques, especialmente el 2 del mismo mes en la Peña Nueva de Orduña; dando uno y otro, con el Pastor y más jefes, mucho en que entender al general Caffarelli, que allí mandaba. Longa fué quien por lo común acompañó á Mendizábal en sus viajes, y en Diciembre se avistaron ambos con Merino en tierra de Burgos. Unidos los tres, redoblóse el celo de los pueblos, y se llamó grandemente hacia Castilla la atención de los franceses: diversion que servía al inglés en Portugal, y á los caudillos españoles que gobernaban en los puntos inmediatos.

No necesitaba Mina de tales ejemplos para proseguir por el camino espinoso y de gloria que había emprendido. Víasele maniobrando en Aragón para ayudar á Valencia, y víasele alcanzar victorias y embargar sus prisioneros en el golfo de Vizcaya: ahora, al cerrar del año, hizo mansion en Navarra, mas desembarazada de tropas enemigas á causa de las que habían corrido en socorro de Aragón, Valencia y Castilla. Respiró por tanto Mina momentáneamente en cuanto á ser perseguido, sin que por eso dejase de afligirle otras ciudades. En Pamplona había el francés acrecido sus rigores, y poblado las cárceles y conventos con los padres, parientes y familias de los voluntarios que servían bajo las banderas de la patria, ahorcando á unos y con-

duciendo á otros á Francia desapiadadamente. Mina, con razón airado, dió en 14 de Diciembre un decreto en que anunciaba represalias terribles. Decía en el preámbulo (3): «Ni los sentimientos de humanidad, ni las leyes de la guerra admitidas entre los militares civilizados, ni la conducta generosa de los voluntarios de Navarra han contenido el espíritu sanguinario y desolador de los generales franceses y autoridades intrusas;... no se da un paso sin oír tristes alaridos causados por la tiranía. Navarra es el país del llanto y amargura; se vierten lágrimas continuas por la pérdida de sus mejores amigos: padres que ven á sus hijos colgados en una horca por su heroicidad en defender la patria; éstos á sus padres consumidos en la prisión, y por último, espirar en un palo sin más delito que ser padres de tan valientes defensores. Continuamente he pasado á los generales franceses de Navarra los oficios más enérgicos, capaces de reprimirlos y hacerlos entrar en el orden: no he perdonado diligencia alguna para reducir la guerra á su debida comprensión; estoy justificado de mis procedimientos.... Para colmo.... de la iniquidad francesa y perfidia de algunos malos españoles, he visto 12 pasados afileados en Estella, 16 en Pamplona, cuatro oficiales y 38 voluntarios pasados por las armas en dos días....» Después, en el primer artículo, «declaraba guerra á muerte y sin cuartel á jefes y á soldados, incluso el Emperador de los franceses.» Eran los otros artículos del propio tenor. En uno de ellos también se consideraba á Pamplona en estado de verdadero sitio, y proclamábanse de consiguiente varias resoluciones. Injusto y áun sañudo parecería este decreto á no haberlo provocado sobradamente las crueldades inauditas del enemigo. La ejecución correspondió á la amenaza, y más adelante tuvieron los franceses que entrar en razón.

Así corrían por acá las cosas: tristes eran las que se preparaban en Valencia. Dejamos aquí al principio Noviembre ambos ejércitos, español y francés, fronteros uno de otro en las opuestas orillas del Guadalaviar ó Turia. Ocupaban los enemigos en la izquierda casi dos leguas de extensión, y fortificaron su línea con obras defensivas. En la derecha habían los españoles aumentado las suyas después de las anteriores tentativas de los franceses contra Valencia, de cuya ciudad dimos breve idea cuando hablamos del primer sitio de 1808. Habían ahora los nuestros cortado los puentes de la Trinidad y Serranos, dos de los cinco de piedra que cruzan el río, de cauce este no muy profundo, y sangrado además para el riego por muchas acequias. Conservaron los españoles por algunos días en la izquierda del Guadalaviar unas cuantas casas, el colegio de San Pio V y el convento de la Trinidad: levantaron en los puentes no destruidos varias obras, y derribaron, para facilitar la defensa, el suntuoso palacio llamado del Real. En el recinto principal y antiguo se hicieron algunas mejoras; pero se atendió con particularidad á construir un terraplen de diez y seis pies de alto y otro tanto de espesor, con flanco y foso, que empezaba al Oeste junto al río, enfrente del baluarte de Santa Catalina, y continuaba exteriormente por Cuarte, abrazando el arrabal de este nombre y los de San Vicente y Ruzafa hasta Monte Olivete, en donde se levantó un reduto. De aquí al mar se practicaron cortaduras y se fabricaron escolleras, fortaleciendo también el lazareto al em-

(3) *Guerra de la República de las Españas, del mártir 17 de Marzo de 1812.*

bocadero del río. Por el otro extremo, vía de Manises, se establecieron parapetos y otras fortificaciones de campaña no cerradas. Sin embargo de tales obras, estaba Valencia lejos de haberse convertido en una plaza respetable. Figuraban más bien aquéllas la imagen de un campo atrincherado, y ése fue el objeto que se llevó al realizarlas. Y con razón advirtieron los inteligentes que para ello se habían desaprovechado muchas de las ventajas que ofrecía el terreno, porque ni se dispuso inundar debidamente los campos con las aguas de riego, ni tampoco se robustecieron varios conventos y edificios por allí esparcidos, cuya solidez se acomodaba muy mucho al establecimiento de una cadena de puntos fortificados.

Considerada de este modo la defensa, hallábase la clave de ella á una legua de Valencia, en Manises, sitio en que yacen las compuertas de las acequias mayores. Tenía en dicho punto D. Nicolas Mahy su cuartel general, y en él y en San Onofre estaban las divisiones de Villacampa y Obispo, permaneciendo apostada á la izquierda, y algo detrás, en Aldaya y Torrente, la caballería. Por la derecha en Cuarto se situaba la otra division del General, á las órdenes de D. Juan Cregh. En el pueblo de Mislata alojábase la de D. José Zayas, y próximo á Valencia la de Landizabal. Se mantenía en el Monte Olivete la de Miranda, componiendo la totalidad de las tropas unas 22.000 hombres. Proseguían guardando los puntos hasta el mar guerrilleros y paisanos. Recorrian la costa barcos cañoneros españoles y buques de guerra aliados.

No se descuidó Suchet por su parte en afianzar más y más desde el puerto del Grao hasta Paterna su línea, que podía llamarse justamente de contravalacion. Proponíase en ello no solo enfrenar los ataques del ejército de Valencia y de cualesquiera partidas que se descolgasen de lo interior, sino tambien conservar con ménos gente su estancia para tener disponible mayor número de tropas, llegado el caso de obrar ofensivamente. Por lo mismo, y ansioso de despejar toda la orilla izquierda, pensó antes de nada en arrojar á los españoles de las casas y edificios que allí ocupaban. Costóle bastante, habiéndose defendido los nuestros con grande empeño, sobre todo en el convento de Santa Clara, que no evacuaron hasta que el enemigo, abierta brecha con sus hornillos, se preparaba al asalto. En lo demás apenas se hizo durante mes y medio otra demostracion hostil por ambas partes que fuego de artillería gruesa.

Blake llamó aún hacia el reino de Valencia más fuerza del tercer ejército, de cuyas tropas quedaron con raso ya muy pocas en la frontera de Granada. Las que ahora se alojaron componíase de unos 4.000 hombres á las órdenes de D. Manuel Freire, quien no dió primeró á Requena, punto amagado por D'Armagnac, de vuelta en Cuenca. Antes habia destacado Blake hacia aquella parte á D. José Zayas con mas de 4.000 hombres, por lo mucho que importaba cubrir flanco de tal entidad. Entró el último en la mencionada villa el 28 de Noviembre. A su vista se retiraron los enemigos, temerosos tambien de las tropas del tercer ejército, que habian ya llegado á Hiniesta. Adelantóse en seguida Freire á Requena, á hizo allí alto. Zayas entónces restituyóse á su antigua posicion de Mislata, y la ocupó otra vez el 2 de Diciembre.

Fuera de eso, no pensó Blake en incomodar al enemigo, ni en fomentar guerrillas por la espalda y flanco, siendo así que algunas se habian mostra-

do en Nules, Castellon de la Plana y Villaresal. Desentendíase por lo general de cualquiera otro linaje de pelea que no fuese la reglada y puramente militar; de suerte que no hubo en Valencia en favor de la defensa aquel ardor que se notó en las ocasiones pasadas. Entendíase por el desprecio del jefe hacia el paisanaje, y su sobrada y casi exclusiva confianza en las tropas de línea.

Se desvivía en tanto Suchet por la tardanza de los refuerzos que debían llegarle, sin los cuales juzgaba imprudente arremeter á los españoles en sus atrincheramientos, y difícil encerrarlos dentro de la ciudad. Cuantos mas días pasaban, más crecía el desasosiego del mariscal francés, por el tiempo que se daba á Blake para fortalecerse, y luego á los naturales para rebullir y empezar por sí solos una guerra popular y destructiva.

Pero en medio de tan justos recelos, imposible no le hacia á Suchet acelerar el momento de la acometida. Dirigíase su plan á embestir nuestra izquierda y envolverla por flanco y espalda, amagando al propio tiempo nuestro centro y derecha. La ejecución requeria previo y detenido exámen, mayormente cuando no se trataba de presentar batalla en descompado, modo de combatir tan ventajoso para los franceses, sino de romper por medio de atrincheramientos, acequias y vallados, en donde pudiera su tropa recibir lección rigurosa y de consecuencias muy fatales.

Han motejado algunos á Blake por haber permanecido quieto con el ejército en los alrededores de Valencia, en lugar de ir á buscar al enemigo ó de retirarse á otros puntos. Parécenos en esta parte la acusacion injusta. Lo que más importaba era conservar aquella ciudad, de muchos recursos, de abundancia y grande influjo. Aventurar una accion exponia los muros valencianos á inminente riesgo; alejarse, los descubria. Y en tanto que se consideró á nuestro ejército bastante numeroso y fuerte, ya que no para batallar, á lo ménos para defender las líneas, debieron sus soldados mantenerse en ellas, como poderoso y casi único medio de impedir la conquista. Varió el caso cuando aumentadas las tropas francesas pudieron rodear á las nuestras y bloquearlas.

Asestaron aquéllas de engrosarse despues de promediar Diciembre. Napoleon, que deseaba dar un golpe y ganar terreno en España para imponer respeto en el norte de Europa, ya comovido, determinó que no sólo la division de Severoli, sino tambien la de Reille, acudiesen á Valencia y se pusiesen bajo el mando de Suchet, la última momentáneamente, debiendo en el intermedio ser reemplazada en Navarra y frontera de Aragon con tropas de la division de Caffarelli, si bien éste harto afanado en Vizcaya. Severoli y Reille trajeron consigo cerca de 14.000 hombres. Llegaron á Segorbe el 24 de Diciembre, y en la noche del 25 empezaron á incorporarse al ejército de Suchet, quien juntó entónces unos 34.000 combatientes; 2.644 de caballería: excelentes tropas, muy aguerridas.

No se limitó Napoleon al envío de las citadas divisiones; insistió tambien en que D'Armagnac, del ejército del centro, continuase en amagar por Cuenca, y mandó, ademas, que Marmont destacase del de Portugal una fuerte columna que, atravesando la Mancha, cayese á Murcia.

Tan reforzado ya el mariscal Suchet y sostenido, decidió poner en práctica su primer plan de atacar la posicion española por la izquierda. Verificado, en efecto, el 26 de Diciembre, pasando por Biba-

roja el Guadalaviar. Había preferido este punto con la mira de cruzar el río agua arriba de Manises, de no enmarañarse por el laberinto de las acequias, y de evitar cualquiera inundación, apoderándose de las compuertas.

Durante la noche los enemigos echaron tres puentes: protegieron á los trabajadores 200 húsares, que, llevando en las ancas á unos cuantos soldados de tropas ligeras, vadearon el río y ahuyentaron los puestos españoles. Por la mañana el primero que atacó en lo más extremo de nuestra izquierda fué el general Harispe. Precedióle caballería, que tropezó con la de D. Martín de la Carrera hacia Aldaya, entre la acequia de Manises y el barranco de Torrente, en medio de garroferos y olivos. Nuestros jinetes rechazaron á los contrarios, y el soldado del regimiento de Fernando VII, Antonio Frondoso, hombre esforzado, hirió y dejó en el campo por muerto al general Bousard, en cuyo derredor perecieron, defendiéndole, un ayudante suyo y varios húsares. Mas rechazados los enemigos, arremetieron de nuevo con superiores fuerzas, y recobraron á Bousard. Vióse entonces obligado D. Martín de la Carrera á retirarse, tomando la dirección de Alcira. Casi al mismo tiempo embistió el general Musnier á Manises y San Onofre, de donde se alejó D. Nicolas Mahy, despues de corta defensa, en busca también del Júcar por Chirivella.

Advertido Blake del ataque, salió de Valencia, y á las diez de la mañana, estando á medio camino de Mislata, recibió noticia de Mahy, pintándole su apuro y pidiendo instrucciones. La línea en aquella sazón estaba ya por todas partes acometida ó amenazada. Zayas en Mislata andaba á las manos con la division de Palombini. Acudió por orden de Mahy á socorrerle desde Cuarte Creagh con alguna gente; mas Zayas no necesitando de aquel auxilio, mayormente por esperar de Valencia dos batallones, le despidió, y guardó sólo dos obuses, defendiendo con brio su posición. Nuestro fuego aquí fué tan vivo y acertado, que desordenó la brigada enemiga de Saint Paul, y la arrojó contra el Guadalaviar. En vano Palombini quiso rehacerla, amenazando igual suerte á la otra suya de Balatier. Asegurada, pues, parecia de este lado la victoria, si no la inutilizaran el descuido y flojedad de que se adoleció en las otras partes.

Porque adelantando Harispe sobre Catarroja, y posesionado Musnier de Manises y San Onofre, vinieron algunos cuerpos enemigos sobre Cuarte, y venciendo los primeros atrincheramientos, obligaron á las tropas que guarnecian el pueblo á evacuarle. Volvia Creagh entonces de su excursión á Mislata, y á pesar de sus esfuerzos y de los de don José Perez al frente del batallón de la Corona, no se pudo contener el progreso de los franceses, teniendo al cabo los nuestros que retirarse. Se distinguieron aquí el cuerpo que acabamos de citar, el de tiradores de Cádiz, de Burgos, Princesa y Alcazar de San Juan con sus respectivos jefes. Los enemigos cada vez más impetuosamente cargaban, pues llegando á la sazón el general Reille, marchó en la dirección de Chirivella, y favoreció las operaciones de Harispe y de Musnier. Inútilmente quisieron los españoles hacer rostro en dicho pueblo, y defender la posición cubierta con unas flechas. Los enemigos los arrullaron, y con eso salió de ahogo Palombini, viéndose Zayas obligado á desamparar su estancia.

Anhelaba Suchet envolver todo el ejército español, y acorralarle en Valencia, por lo que puso todo

su conato en que la division de Harispe llegara pronto á Catarroja. Entonces, yendo ya los nuestros de retirada, corrió el mariscal francés á Chirivella con riesgo de ser cogido prisionero. Habíase allí apeado y subido al campanario. Solo le acompañaban sus ayudantes con pequeña escolta. Y cuando atento atalayaba aquél una y otra orilla del Turia, acercóse al pueblo un batallón español, dando indicio de querer penetrar por las calles. Al instante los pocos franceses que había se pusieron en ademán de defender á su jefe, y aparentando ser muchos, engañaron á los nuestros, que pronto se alejaron.

Por su parte D. Joaquín Blake anduvo lento y escaso en tomar medidas. Los batallones que de Valencia debían reforzar á Zayas llegaron tarde, y tampoco hubo providencia notable que enmendase en algo el precipitado repliegue de Mahy, ó que contribuyese á prolongar la resistencia en Chirivella.

Los generales españoles, al retirarse, tomaron cada uno el rumbo que les permitió su respectiva situación. Dicha fué que Suchet no lograse estrecharlos á todos en Valencia. Don Nicolas Mahy, con Creagh, Carrera, Villacampa y Obispo, se separaron del grueso del ejército, y se encauinaron á las riberas de Júcar. Blake con Zayas, Lardizabal y Miranda encerróse en los atrincheramientos exteriores de la ciudad, que se dilataban desde enfrente de Santa Catalina hasta Monte Olivete.

En este punto Habert, encargado de pasar por allí el río cerca del desagadero, lo había conseguido dificultosamente, costándole afán y luzas alzar por medio de sus baterías en el Giso los buques cañoneros españoles y los buques de guerra aliados. Sólo á las doce del día cruzó el Guadalaviar por un puente que echó casi á la boca. Apoderóse despues del Lazareto, y arrolló con facilidad el parranaje. Miranda, situado en Monte Olivete, apenas tomó parte en la pelea. Pisado que hubo el general Habert la orilla derecha, anduvo solícito en extenderse y darse la mano con las otras tropas de su nación que habían forzado la izquierda de los españoles. Ponían en ello los franceses grande ahínco, queriendo que no se les escapase el general Blake, ya que Mahy lo había conseguido. Por la noche completaron el acordonamiento de Valencia, y cortaron la comunicacion con el camino real de Madrid y el que corre por el istmo entre la Albufera y el mar, desconocido ántes al enemigo.

Perecieron en aquel día de cada parte 500 á 600 hombres. Además cogieron los franceses algunos prisioneros y cañones. Recibieron los enemigos el principal daño en su acometida contra Zayas y Creagh, en donde perdieron 40 oficiales.

Esta jornada provocó severa crítica contra la conducta de D. Joaquín Blake: defendiéronle sus apasionados, imputando la culpa de la desgracia á don Nicolas Mahy. Ambos generales tuvieron en ella parte; pero mayor fué la del primero. Faltó el último en no haber sostenido con más empeño su posición, y en haber algún tanto desgarnecido á Cuarte, queriendo, sin necesidad, auxiliar á Zayas. Pecó, y mucho, D. Joaquín Blake en no poner mejores tropas en su izquierda, punto el más flaco, y sobre todo en no haber construido allí obras cerradas que no pudieran ser embestidas de reves por el enemigo, para lo cual tuvo sobrado tiempo en los dos meses que el ejército casi permaneció inactivo. Consistió este descuido en no pensar Blake sino en el frente, imaginándose que los franceses le atacarían

sólo de aquel lado. Error grave, y apenas creíble, si no se mostrara á las claras por el género de obras que construyó, abiertas todas.

También vituperaron en Mahy sus censores que se hubiese retirado hacia el Júcar, y no recogidos en Valencia. Difícil era conseguir lo postrero, interpuesto el enemigo entre Mislata y Cuarte, y derramado hasta Catarroja. Mas aunque así no fuese, ¿qué suerte hubiera cabido á aquellas tropas, metidas una vez en la ciudad? La misma que cupo á las de Blake, en verdad harto lastimosa.

Este general, tan poco diligente y atinado el 26, mostróse después (menester se hace el confesarlo) aun mas desatendido y flojo. Acordonada la ciudad, no le quedaba ya más arbitrio para salir con honra y airoso sino salvar á todo trance su ejército, ó convertir á Valencia en otra Zaragoza. Venimos así empujados convenientes medios para alcanzar uno ó otro de ambos extremos.

Hubierale sido todavía el 26 muy asequible libertar á su ejército y sacarle de Valencia. Primero á la hora de mediodía, antes que Habert comunicase con Harispe, dirigiéndose al istmo entre la Albufera y el mar; después por la noche, no preparado bastantemente el enemigo para detener una súbita irrupción y salida de nuestras tropas. Así opinaron los generales que junto Blake, quien no obstante decidió lo contrario, fundado en que siendo preciso distribuir de antemano víveres, hacíase imposible verificarlo en tan breve espacio. Dejase pues la partida para el día siguiente. Renovó entonces Blake al anochechar el consejo de guerra, cuyos individuos insistieron en el dictamen dado la víspera, de poner al ejército cuanto antes en salvo. Mas ocurriole al General en jefe otra dificultad. La artillería de batalla permanecía en los atrincheramientos, y renovarla á deshora, como era indispensable para ejecutar de noche la salida, parecía imprudente, y motivo de espanto al pueblo. Así diferióse la operación por segunda vez. En vista de lo cual, ¿á quien no admirara tal negligencia después de dos meses que hubo para precaver todos los casos? ¿á quien no tanta lentitud ó incertidumbre delante de un enemigo tan activo como el francés?

Por último, fijóse la noche del 28 al 29 para efectuar la salida. Encargóse á D. Carlos O'Donnell el cuidado de la plaza, asistido de pocas tropas, con orden de capitular á su debido tiempo, consultando los intereses del vecindario. El resto del ejército, bajo D. Joaquín Blake, debía dirigirse por la puerta de San José y puente inmediato, y salvarse penetrando por las líneas enemigas vs de Burjasot, punto ménos guarnecido de franceses, y terreno ya á las cuatro leguas quebrado. Era el orden de la marcha el siguiente. Á la cabeza la división de D. José de Lardizabal, formando en ella vanguardia con un corto trazo el coronel Michelena; luego don Joaquín Blake, la gente de Zayas, bagajes y varias familias; detrás D. José Miranda y su tropa.

Abrió, pues, Michelena la marcha, y pasó entre Tendetes y Campanar; imitóle Lardizabal, no encontrando al principio ningún estorbo. El enemigo se mantenía tranquilo, si bien algo cuidadoso, por haber los nuestros explorado en la tarde aquel sitio. Yendo adelante, cruzaron ambos jefes una acequia que había primero, y llegaron á la de Mestalla, en donde les encasaron tablones que facilitasen el paso. Diligente Michelena, no por eso se arredró, y descubriendo un molino á casa con comunicación que daba á entrambas orillas, trató de atravesar por allí. Tenían los enemigos apostado cerca un pique-

te, y preguntando a ¿quién vive?, respondieron los españoles en lengua francesa: a búscaros del cuarto regimiento; y prosiguió su camino con brío. Por desgracia sólo Michelena y su corta vanguardia tuvieron tan laudable y valerosa resolución. Lardizabal titubeó, y parándose, detuvo el movimiento de lo restante del ejército. Hallábanse todavía Blake en el puente inmediato á la puerta de San José, y no tomó partido alguno, aunque vió el entorpecimiento que experimentaban sus columnas. Impaciente Zayas, propúsole continuar y dirigirse, tomando río arriba, al pueblo de Campanar, distante ménos de media legua. Nada determinó el General en jefe.

Entre tanto, Michelena, caminando sin interrupción, tropezó cerca de Beniferri con una patrulla enemiga, y para que esta no diese aviso á los suyos, se la llevó consigo prisionera. Al atravesar los nuestros la mencionada población, acaeció que algunos soldados de la artillería italiana que estaban en las calles, notando lo silencioso y apresurado del caminar de aquella tropa, tuvieron sospecha de que eran españoles, y encerrándose dentro de las casas, empezaron á hacer fuego desde las ventanas, poniendo así en arma el campo francés. No impidió eso á Michelena proseguir su ruta, con la dicha de llegar salvo por la mañana á Liria.

Mas Blake, fijo en el puente ó irresoluto, sin escuchar en su aturdimiento consejo alguno, después de permanecer inmóvil por un rato, teniendo al fin un ataque del enemigo por las demás partes, ordenó la retirada á la ciudad, y que cada uno volviese á ocupar su anterior y respectivo puesto: término infeliz del intentado movimiento. Erró Blake en haberlo emprendido por solo un paraje, exponiendo así todo el ejército á una misma y precaria suerte. Merece también poca disculpa por no haberse provisto de las herramientas y útiles necesarios para el paso de las acequias, y no haber en el aprieto tomado una atrevida y pronta determinación. Tampoco Lardizabal correspondió aquella noche á su fama de hombre intrepido y arrojado. Al revés el coronel Michelena, que se portó con inteligencia y esforzadamente.

Malograda la salida, redoblaron los franceses su cuidado, y crecieron mas y más los obstáculos para los españoles. Con todo, pensaba Blake en repetir la tentativa dos ó tres días después, como si fuera ya entonces fácil burlar la vigilancia de los enemigos y romper por medio de sus líneas. Detuvieronle, segun dijo, señales tumultuosas del pueblo de Valencia, que aquel general católico de inconsideradas, y no así nosotros. Porque si bien somos opuestos á tal linaje de intervencion en los asuntos públicos, graduándolo de medio sólo oportuno de favorecer las maquinaciones de los malevolos, nos parece que en el caso actual la paciencia de aquella ciudad había excedido los límites del sufrimiento y de la resignación. Derrotado, al fin, por sus habitantes á D. Joaquín Blake en entera libertad de obrar. Facilitaronle cuanto deseaba, no lo ofrecieron resistencia alguna, ni siquiera levantaron un quejido. Y ¿qué resultó? Ya lo hemos visto. Y será dado callar á los vecinos cuando se trata de la vida, de la hacienda, y de que no se despoje en su perdición la ciudad en que nacieron? No: mayor silencio tachárase de servidumbre humilde.

Pero lo que aun es más, el mismo D. Joaquín Blake fué quien dió impulso á los primeros murmullos del paisanaje. Empezaron éstos el 29. Antes el 28 habia aquel general comunicado al Ayuntamiento y á la comision de partido su resolución de

salir por la noche con el ejército, y preveniéndoles al mismo tiempo haber dispuesto que el gobernador D. Carlos O'Donnell convocase una junta extraordinaria, compuesta de las principales clases y autoridades, la cual atendería en circunstancias tan críticas á todo cuanto juzgase útil respecto de los intereses del vecindario. Los preparativos para este llamamiento y las reuniones que provocó despertaron la atención de los ciudadanos, y descubrieron el disgusto común, que se aumentó con la tentativa de evasión del mismo día 28 y su mal éxito. Congregóse la nueva junta en la noche del 30 al 31, no advirtiéndose, sin embargo, hasta entonces otra cosa que fermentación y suma desconfianza. Mas luego de instalada aquella corporación, se encargó la turba popular, y menester fué nombrar comisionados que pasasen á examinar el estado de la línea. Entre ellos había individuos de diversas clases y algunos francos.

Prendieronlos á todos al salir por la puerta de Cuarte, y los enviaron á Blake, que se hallaba en el arrabal de Ruzafa. Era la una de la madrugada, y desazonóle mucho al General en jefe el apareamiento de los tales comisionados, por lo que no sólo no consintió en que fuesen á visitar la línea, sino que guardando en rehenes á algunos de ellos, despachó á los otros con escolta á Zayas para que éste les hiciese desfugar los ímpetus del patriotismo en las baterías. Igualmente ordenó á la junta disolverse, no permitiendo hubiese más autoridad popular que la comisión de partido, aumentada con cuatro ó cinco individuos para facilitar el despacho de los negocios. De este modo quebró su enojo Blake, deshaciendo lo mismo que antes había decidido, y mostrándose severo y resuelto en ocasiones en que quizá no era muy necesario.

Obedecieron todos las determinaciones del General, y se notó á las claras cuán dueña era de llevar á cabo cualquiera plan sin que pudiesen los vecinos ponerle impedimento alguno, manteniéndose siempre el ejército obediente y subordinado. No obstante, ya hemos visto cómo alzó Blake, para no intentar nueva salida, el desasosiego del pueblo, añadiendo después que no quería con su ausencia dar ocasión á desórdenes y contratiempos. Razon singular, si no le asistía otra, para comprometer la suerte de un ejército entero.

Aprovechaban semejantes disturbios y desaciertos al mariscal Suchet, quien estrechando el sitio, reforzó más la orilla izquierda del Guadalaviar, construyó reductos, fortificó conventos, y rodeó á Valencia de manera que se inutilizasen cuantas tentativas por escaparse hiciesen los nuestros. Comenzó también el ataque contra la ciudad, dirigiendo el principal por la derecha del río y arrabal de San Vicente, y otro por Monte Olivete. En ambos frentes abrieron los ingenieros enemigos, en la noche del 1.º al 2 de Enero, las primeras paralelas á sesenta y ochenta toesas de distancia. Experimentaron alguna pérdida, contando entre los muertos al coronel Henri, oficial inteligente y bizarro. Sus artilleros plantaron en breve siete baterías y empezaron á batir nuestras obras.

Viendo entonces D. Joaquín Blake la dificultad de mantener la línea exterior desde Monte Olivete hasta Santa Catalina, metióse dentro de la ciudad con todo el ejército en la noche del 4 al 5: sólo dejó fuera las tropas que guardaban el arrabal del Remedio y las cabezas de puente. También conservó un camino cubierto tirado desde la puerta del Mar hasta el baluarte de Ruzafa. Retiró la ar-

tillería de batalla y la gruesa de bronce; mandó clavar la que había de hierro.

No advirtieron los enemigos la retirada de Blake hasta por la mañana. Creyeron al principio que era un ardid, mas cerciorados luego de que no, ocuparon el recinto abandonado, y empezaron el 5 el bombardeo entre una y dos de la tarde, desde tres reductos levantados á la izquierda del río. Mil bombas y granadas cayeron en el espacio de veinticuatro horas. Considerese el estrago, mayor cuanto no se había tomado medida alguna para disminuirlo, ni blindajes, ni almacenes á prueba de bomba, la pólvora esparcida y al desabrigo; el ejército allí amontonado, y la población aumentada con la mucha gente que de la huerta había acudido; las calles además angostas, altas las casas y endeble, pocos los sótanos. No cesó después el bombardeo: en los días 7 y 8 fueron los destrozos muy grandes. Depositó aquella ciudad de muchas preciosidades, y rica sobre todo en letras y bellas artes, pereció la biblioteca arzobispal y la de la universidad, y con ésta, manuscritos de gran estima recogidos por el docto D. Francisco Pérez Bayer, su principal fundador. Así en un instante arrasa la guerra y convierte en polvo lo que ha producido en siglos el ingenio, el talento ó la asidua laboriosidad.

Consuélanse á lo ménos hasta cierto punto de tamaña ruina el político, el guerrero, y aún el literato, con tal que en cambio se hubiesen podido sacar de la defensa ejemplos vivos que instruyesen á la mocedad y realzasen las glorias de la nación. Mas Blake, si había andado perdido en las operaciones meramente militares, no era de esperar se mostrase más bien encaminado en las luchas populares, en las calles y casas, á semejanza de la inmortal Zaragoza. Iba con su anterior carrera la primera clase de pelear, oponiase la segunda. Para ésta además necesitase fuego y ardiente inspiración, que sólo da naturaleza, y no suplen el saber adquirido ni el más acendrado honor.

En nada había D. Joaquín Blake levantado el ánimo de los habitantes, habíale más bien amortiguado. En nada tampoco había dado indicio de querer defender lo interior de la ciudad, pues no sólo, según poco há hemos visto, escaseaban abrigos contra la caída y explosión de los proyectiles, sino que tampoco se habían cortado las calles ni atronchado las casas, ni adoptado ninguno de los muchos medios que el arte y la práctica enseñan en tales casos.

No obstante, D. Joaquín Blake desechó el 6 la propuesta que de rendirse le hizo el mariscal Suchet. Entre tanto el estrago y lastimas crecían, y se presentaron al General en jefe dos diputaciones, una de la comisión de partido y otra á nombre del pueblo, para que capitulase. Respetó Blake á estos emisarios. No así á otros que de tropel acudieron á su casa, pidiendo que continuase la defensa. De ellas retuvo el General presos á algunos que subieron á su habitación y capitaneaban la multitud. El disenso por tanto era grande: tuvo Blake que llamar tropa para apaciguar á los alborotados y dispersarlos. Con esto acabó toda oposición, y pudo el General disponer á su arbitrio de la suerte de Valencia.

Era cada vez más crítica la situación de la plaza. Los enemigos, al favor de las cercas y las casas, construían sus baterías muy inmediatas. Habíase establecido en los arrabales de Ruzafa, San Vicente y Cuarte; la toma de éste y la del convento de Corpus Christi costóles sangre. En ciertos parajes distaban los sitiadores de 15 á 20 varas del muro, cuyo espesor era de solos diez pies, con endeble parapeto

y almenas, el foso angosto, la artillería colocada sobre tabladitos, sostenidos por fuertes pías derechos. Sin embargo, Zayas prosiguió defendiendo con vigor la puerta de San Vicente, siendo aquel general el único que hacía aquella entrada preparó para la resistencia interior las calles vecinas. Inutilizó también una mina de los enemigos, quienes entonces dirigieron sus trabajos contra una convexidad más desamparada que forma la muralla entre la puerta de Cuarte y la mencionada de San Vicente.

Cinco baterías nuevas habían los sitiadores construido y armado, sin que los nuestros pudiesen contraponer cosa de importancia a tantos fuegos. Aunaban ya éstos abrir brecha, cuando en la tarde del 8 envió Blake al campo enemigo oficiales que prometiesen de su parte capitular, bajo la condición de que se le dejaría evacuar la ciudad con todo su ejército, armas y bagajes, y retirarse á Alicante y Cartagena. Desechó Suchet la propuesta, y en su lugar hijó los artículos de una capitulación pura y sencilla, con el aditamento de canjear 2.000 hombres por otros tantos de los prisioneros que hubiese en la isla de la Cabrera y otras partes. Reunió entonces Blake un consejo de guerra, á que asistieron doce jefes. Los pareceres fueron discordes, queriendo unos aceptar las proposiciones de Suchet, y otros no. En realidad era ya infructuosa toda resistencia, fuese militar, fuese de pueblo; la una no la consentía la naturaleza de la plaza, no estaba preparada la otra.

Decidióse D. Joaquín Blake á admitir la capitulación. Por ella debían los enemigos respetar la religión y proteger las propiedades y á los habitantes, no permitir pesquisa alguna en cuanto á lo pasado, y conceder tres meses de término á los que quisiesen abandonar la ciudad con sus bienes y familia. Otorgábase al ejército salir con los honores de la guerra por la puerta de Serranos, conservando los oficiales las espadas, caballos y equipajes, y los soldados las mochilas. También se convino en el canje propuesto.

Firmóse la capitulación en 9 de Enero, en cuyo día ocuparon los enemigos la puerta del Mar y la ciudadela. Al siguiente salieron para Francia los españoles prisioneros junto con D. Joaquín Blake. El número de ellos, incluso los dos mil destinados para el canje, que fueron camino de Alceira, le hacen subir los franceses á 18.319 hombres; cuenta que nos parece exagerada si no se comprenden en la suma muchos armados. De gente reglada pueden en verdad computarse unos diez y seis mil. No se verificó el canje ajustado, por no haber consentido en ella la Regencia del reino.

Hasta el 14 no hizo su entrada en Valencia el mariscal Suchet. Hizola con gran pompa y acompañado de la mayor parte de sus tropas por la puerta de San José, al mismo tiempo que con el resto de ellas penetró por la de San Vicente el general Reille. Quedó nombrado gobernador el general Robert.

Concluida que fué la capitulación, ansió por alejarse de Valencia D. Joaquín Blake. Obraba en ello con prudente medida. El estado á que se hallaba reducido aparecía harto deplorable, para que no quisiera apartarse cuanto antes del teatro infueto en donde acababan de tener fatal desenlace sus casi continuas y lastimosas desventuras. Hombre recto é ilustrado, propio para dirigir en tiempos tranquilos las tareas de un estado mayor, carecía Blake de las prendas que componen la ciencia del verdadero general en jefe, las cuales, como decía Napoleón á

ciertos oficiales rusos, no se adquieren con la mera lectura de autores militares. Aferrado Blake en su opinión, no sacaba fruto ni de las lecciones que le suministraba su propia y larga experiencia. Los muchos desastres que empañaron el brillo de su carrera descubren también lo siniestra que le fué siempre la fortuna. Grave perjuicio en su general, por la desconfianza que en los otros y en sí mismo infunde, y que ha dado ocasión á que escritores de peso, y Cicerón (4) entre ellos, señalen como una de las cualidades principales de un gran capitán la de la felicidad.

Luego que llegó á Francia D. Joaquín Blake, le encerraron en Vincennes, cerca de París, lo mismo que habían hecho con Palafox y otros españoles distinguidos. ¡Injusto y bárbaro procedimiento! Allí hubiera aquel general finado quizá sus días sin los sucesos de 1814. Antes lo que le aguardaba, cuando dando parte á la Regencia del reino de la capitulación de Valencia, decía: « Por lo que á mí toca... nuro como determinada la suerte de toda mi vida, y así en el momento de mi expatriación, que es un equivalente á la muerte, ruego encarecidamente á V. A. que si mis servicios pueden haber sido gratos á la patria, y no hubiesen desmerecido hasta ahora, se digne tomar bajo su protección á mi dilatada familia. » Palabras muy sentidas, que aun entonces produjeron favorable efecto, viniendo de un varón que, en medio de sus errores é infortunios, había constantemente seguido la buena causa; que dejaba pobre y como en desamparo á su tierna y numerosa prole, y que resplandecía en muchas y privadas virtudes.

Si por nuestro lado con la caída de Valencia abundaron sólo las lágrimas, se manifestaron por el de los franceses sumas las alegrías, y se derramaron con largueza gracias y distinciones. Nombró Napoleón, por decreto de 24 de Enero, al mariscal Suchet duque de la Albufera, concediéndole en propiedad y perpetuamente la laguna de aquel nombre, con la casa, pesca y dependencias, en premio de los recientes servicios y para dotación de la nueva dignidad. Cuantioso dón y de los más fructíferos que se pueden otorgar en España. Por decreto también de la misma fecha, queriendo Napoleón recompensar igualmente á los generales, oficiales y soldados del ejército de Aragón, mandó que se reuniesen á su dominio extraordinario de España (con sus expresiones), bienes de los sitiados en la provincia de Valencia, por el valor de 200 millones de francos, no consultando primero si para ello eran bastantes los llamados nacionales que allí pudiera haber, ni especificando, en el caso contrario, de dónde debiera suplirse lo que faltase. De este modo se despojaba también á José sin consideración alguna de los derechos que le competían como á soberano, y se privaba á los interesados en la deuda pública, que aquél había reconocido ó contratado, de una de las más pingües hipotecas. Napoleón sucesivamente con la prosperidad desahoreaba sus intentos respecto de España, y descubría del todo la determinación en que estaba de arrancar á José hasta la sombra de autoridad que éste conservaba todavía.

Al día siguiente de la rendición de Valencia fueron desarmados los vecinos, y muchos conducidos á Francia so pretexto de que eran provocadores de motin. Lo mismo, por órden especial despachado de París, todos los frailes que pudieron haberse,

(4) *Ego enim sic existimo, in summo imperatore quatuor res esse oportere, scientiam rei militaris, virtutem, auctoritatem, fortunam. (Oratio pro sepe Mantua, 18.)*

que ascendieron á 1.500. Hubo más: á cinco de ellos, los padres Rubert, Lledó, Pichó, Igual y Jérica, arrebucáronlos junto á Murviedro, á otros dos en Castellón de la Plana. Igual suerte cupo desde Segorbe á Teruel á 200 prisioneros, que se rezagaban de cansados. Así se cumplía la capitulación pactada.

Figurábanse ahora los franceses, como ya en un principio, ser los frailes los fraguadores del levantamiento y de la resistencia nacional, y de consiguiente se ensañaban en sus personas. Juicio, según hemos advertido otras veces, hasta cierto punto erróneo. Hubo religiosos que, en efecto, tomaron parte honrosa en la causa de la patria común, pero no todos ni exclusivamente. Y en Valencia pensó el mayor número, más que en la defensa, en sus particulares intereses, en vender ajuar y alhajas y en repartirse el peculio; parte que excitó descontento y murmuración. El clero acucial acogió bien á los invasores, á imitación del prelado de la diócesis, el arzobispo Company, franciscano, escondido en Gandia durante el sitio, y que tornó á Valencia después de conquistada la ciudad, esmerándose en obsequios y lisonjas hacia Napoleon y sus huestes.

Verdad sea que hasta de la población recibió Suchet mayores pruebas de afición que en otras partes. Las causas, las mismas que las que indicamos al tiempo de ser ocupada la Andalucía, ó á lo menos muy parecidas á las de entonces. Contribuyó también mucho á semejante disposición de los ánimos el inconcebible proceder de Blake, y su tibieza con los moradores. No obstante eso, y de procurar Suchet, conforme veremos más adelante, introducir en la administración mejor arreglo que otros generales compatriotas suyos, no tardaron largo tiempo en levantarse por aquel reino varias partidas.

Mientras ocurrían en Valencia los sucesos que acabamos de referir, adelantábase por la Mancha el auxilio que enviaba á Suchet el mariscal Marmont, desde las riberas de Tajo, en Extremadura. Consistía la fuerza en tres divisiones, dos de infantes y una de caballos, bajo las órdenes del general Mont-Brun. Llegó éste el 9 de Enero á Almansa, y aunque con fecha del 11 recibió indicación de Suchet para que se volviera, pues tomada Valencia excusado era el socorro, prosiguió, sin embargo, su marcha y se adelantó á Alicante, cuya plaza pensó ganar por sorpresa, aprovechándose del decaimiento que había causado la pérdida de la capital de la provincia. No era la empresa tan fácil como se imaginaba.

D. Nicolas Mahy y las tropas que con él se retiraron después del 26 de Diciembre á las riberas del Júcar, habían abandonado éstas harto de prisa, y evacuando apenas sin oposicion el punto importante de Alcira, habíase venido á Alcoy, y pasado en seguida, unas á Alicante, otras á Elche. También D. Manuel Freire se había alejado de Requena y acercádose á los mismos puntos.

Aunque poco gloriosos los más de estos movimientos, resultó, no obstante, de ellos que se agolpaban hacia Alicante tropas bastantes para debatazar los proyectos de los enemigos contra dicha plaza. Se presentó delante de ella el general Mont-Brun, y habiendo intimado en vano la rendicion y arrojado dentro algunas granadas, se retiró de allí muy pronto. Su presencia, si bien efímera, dejó en la comarca mal rastro. Porque después de haber desalojado de Elche y pueblos cercanos las tropas españolas, impuso de contribucion á los habitantes

sumas enormes, y causóles extorsiones graves.

Esto y otras atenciones impidieron á Suchet emprender cosa alguna contra Alicante y Cartagena, cuyos boquetes, fomento de guerra, había pensado cerrar el mariscal francés, apoderándose en breve de aquellos muros. La malograda tentativa de Mont-Brun, sirviendo de despertador para una defensa más cumplida, frustraba todo rebate.

Tuvo por tanto Suchet que limitar sus deseos, y contentarse con situar más allá del Júcar al general Harispe y la brigada de Delot, poniendo por la izquierda de éstos, en Gandia, al general Habert. También se enseñoreó de Denia, puerto de mar, plaza en el nombre, con un castillo en lo alto. La abandonó sin hacer resistencia su gobernador don Estéban Echenique. Tuvo de ello culpa en parte don Nicolas Mahy, que primero envió 200 hombres de socorro y luego los retiró. Sin embargo, ya que se hubiese evacuado la ciudad, convenido hubiera sacar, como no se hizo, varios efectos á inutilizar la artillería.

Después de tamañas desgracias, las tropas que restaban del segundo ejército, y se habían retirado con las del tercero, mandadas por D. Nicolas Mahy, y las que de este mismo se habían antes adelantado con D. Manuel Freire hacia Requena, ó quedádose en la frontera de Granada, continuaron alejadas, ya en Alicante y sus alrededores, y ya en Cartagena y pueblos del reino de Murcia. El número de ellas, incluyendo las guarniciones de las citadas ultimas dos plazas, al pié de 18.000 hombres. Tomó luego el mando interino de todas D. José O'Donnell, jefe del estado mayor del tercer ejército. Las del general Villacampa, que entraban en cuenta, se alejaron al fenecer Enero, y no tardaron mucho en regolfar á Aragon, principal sitio de sus proezas.

No sólo se vieron acosadas todas estas fuerzas por las de Suchet y por las del general Mont-Brun, sino también por parte de las del ejército francés del Mediodía, que acudieron al cebo de los despojos. Llegaron las postreras á la vista de la ciudad de Murcia el 25 de Enero, y el 26 entró en ella con 600 caballos el general Soult, hermano del mariscal. La víspera le había precedido un destacamento, y unos y otros impusieron al vecindario muy pesadas contribuciones, imposibles de realizar. A estas gravámenes quiso el general francés añadir otro nuevo con sus festines, y mandó se le preparase para aquel día, en el palacio episcopal, donde se albergaba, un espléndido y regalado banquete. Gustaba ya deliciosos manjares, cuando vino á interrumpirle en su ocupacion sensual una voz que decía: «Las tropas españolas han entrado, los enemigos son perdidos.»

En efecto, D. Martin de la Carrera, que se apostaba no lejos con gran parte de la caballería del segundo y tercer ejército, después de reunir un trozo de ella en Espinardo, á medialegua de la ciudad, acababa de penetrar por la puerta de Castilla á la cabeza de 100 jinetes. Tenian otros la orden de acometer al mismo tiempo por los demás puntos. Era el intento de Carrera sorprender á los enemigos, que á la verdad no le aguardaban, cogerlos ó aventarlos, y libertar á la ciudad de huéspedes en tal manera molestos.

Sobresaltado el general Soult, levantóse de la mesa, y con la precipitacion tropezó y bajó la escalera casi rodando. Aunque mal parado, montó, sin embargo, á caballo: le siguieron todos los suyos. No así, por desgracia, á Carrera los de su bando, quienes, excepto los que él mismo capitaneaba,

Uno entraron en la ciudad, á retrocedieron luego por equivocacion ó desmayo. Tuvo de consiguiente el D. Martín que hacer cara solo con sus 100 hombres á las fuerzas del enemigo, tan superiores. No por eso se abatió, y antes de ser estrechado, pasó calles y plazas acuchillando y matando á cuantos contrarios topaba. Duró tiempo la lid. Costó el terminarla sangre al francés; mas á lo último, caídos, muertos ó destruidos los soldados de Carrera, quedó este solo y rodeado por seis de los enemigos en la Plaza Nueva. Defendióse gran trecho, mató á dos, y si bien herido de un pistoletazo y de varios sablazos, sostuvo aún, no quiso rendirse, y peleó hasta que exánime y desangrado cayó tendido en la calle de San Nicolás, donde espiró. Ejemplo de hombres valerosos era Carrera, mozo y moreno, de estatura elevada, noble en el rostro, de arrogante y gentil postura.

Antes de finalizar el combate ya habian los enemigos entregado al saco la ciudad de Murcia. Robaronlo todo, y cometieron los mayores excesos, particularmente en el barrio del Cármén. Despojaban en la calle á las mismas mujeres de sus propias vestiduras, y no perdonaron ni aun el ochavo que en el mugriento bolso escondía el mendigo. Cargados de botín y temerosos de que tornasen los nuestros, se retiraron por la noche, y en Alcantarilla y en casi todo el camino hasta Lorca repitieron iguales ó mayores demasías.

Como quiera que lacerados de dolor, tributaron los murcianos al día siguiente honores fúnebres al cadáver del inmortal D. Martín de la Carrera, y le sepultaron con la pompa que les permitía su triste azar. Un mes después celebró, tambien en memoria del difunto, solenns exequias el general en jefe D. José O'Donnell, y dióse el nombre de la Carrera á la calle de San Nicolás, en la cual terminó aquel caudillo sus días peleando como bueno. La junta provincial determinó igualmente erigirle un cenotafio en el sitio mismo de su fallecimiento.

A los muchos desastres que de tropel sucedieron en esta parte de España, agregóse otro manifiesto de afrenta. Dueño de Valencia el mariscal Suchet, y enviada á la derecha del Júcar las fuerzas que hemos arriba expresado, púsose asimismo en relacion, ocupando á Buñol, con el ejército francés del centro, destacó á Cataluña la division de Musnier, necesaria allí por lo que ocurría, y destinó al general Severoli con los italianos á formalizar el sitio de Pefiscola.

Se eleva esta poblacion sobre una empinada roca, mar adentro, á 120 toesas de la orilla, con la cual no comunica sino por medio de una lengua de tierra bastante angosta. Escarpadas y buenas obras rodean la plaza por todas partes; dominala interiormente un castillo, y se asemeja en compendio, por su natural fortaleza, á Gibraltar. Fué largo tiempo mansión de aquel papa Luna, de condicion tan obstinada, cuyo nombre lleva todavia una torre en donde parece moraba. Cubren al istmo en los temporales las olas, y estaba ahora reforzado el frente con baterías de varios pisos. Mas allí, y paralelo á unas montañas vecinas, se extiende un marjal potente, cuya inundacion se habia aumentado artificialmente, é interrumpido con cortaduras la calzada que la atraviesa y conduce á la citada lengua de tierra, único punto accesible para los franceses, no señores de la mar. Tenia la plaza 1.000 hombres de guarnicion y estaba abundantemente provista. Cruzaban por aquellas aguas barcos cañoneros y buques de guerra nuestros y aliados. Era gobernador D. Pedro Garcia Navarro.

Acercóse al general Severoli el 20 de Enero á Pefiscola, y envió un parlamentario con proposiciones que fueron desechadas. De resultas, empezaron los enemigos á preparar el sitio, y se colocaron en las colinas y playas inmediatas. El 28 arrojaron bombas desde una batería de morteros, distante 600 toesas. En la noche del 31 al 1.º de Febrero formaron la linea paralela de faginas y gaviones, que se prolongaba por detras de la inundacion, y torcia á su extremo meridional, para continuar lo largo de la costa. En el opuesto, construyeron baterías en las alturas. Las dificultades que tenian los sitiadores que vencer antes de aproximarse al cuerpo de la plaza parecian insuperables. No obstante, prosiguieron los trabajos.

En el intermedio aconteció que viniese á parar á manos de los franceses un pliego que el gobernador Garcia Navarro escribía al general español de Alicante; quejúbase en su contenido del porte de los ingleses, y hablaba como si intentasen éstos apoderarse de Pefiscola; añadiendo que preferiria en tal caso sumeterse á los enemigos. Barruntos tenia Suchet de la propension de ánimo del Garcia Navarro, si ya no ocultaba relaciones; y en vista ahora del expresado pliego, se apresuró á establecer con el negociacion directa, para lo cual despachó al oficial de estado mayor Mr. Prunel. Garcia Navarro inmediatamente se rindió á partido, y se rindió bajo la sola condicion de que se permitiera á los suyos retirarse libremente adonde quisiesen. En consecuencia, se posesionaron los franceses de Pefiscola el 4 de Febrero. Escandalosa entrega; pero aún más escandalosa y sin ejemplo los términos siguientes con que se encabezó la capitulacion (5): «El Gobernador y la Junta militar.... convencidos de que los verdaderos españoles son los que unidos al rey don José Napoleon, procuran hacer ménos desgraciada su patria. Basta. ¡Qué gobernador! ¡Qué junta militar! No paró aquí la desbocada conducta del primero. Entró despues á servir al intruso, y recibió en premio honores y condecoraciones, escribiendo ántes al mariscal Suchet, entre otras cosas (6): «V. E. debe estar bien seguro de mí; la entrega de una plaza fuerte, que tiene víveres y todo lo necesario para una larga defensa.... es un garante de mis promesas....» Memorial con relacion de méritos, sacados de la propia infamia.

Tal baldon, tales infortunios compensáronlos en parte dos acontecimientos felices y honrosos, que ocurrieron casi por el mismo tiempo.

Fué el uno la defensa de Tarifa. Dióse cuenta en su lugar de los refuerzos anglo-españoles que habian en Octubre entrado en aquella plaza, como tambien de los movimientos concomitantes, que hasta 1.º de Noviembre ejecutó en la serranía de Ronda D. Francisco Ballesteros. El glorioso avance que hizo dicho general sobre Borna, en 5 de aquel mes, y otro que en su apoyo verificaron á la propia sazón, la vuelta de Veger, el general Copens y el coronel inglés Skerret, pararon almeadamente la consideracion del mariscal Soult. Pero no hallándose éste con suficientes fuerzas, á causa de las que le ocupaban las inmediatas atenciones, y de tropas que habia enviado á Extremadura por lo de Arroyomolinos, creyó necesario echar mano en parte de las de Granada, para contener á Ballesteros y emboscar á Tarifa. Así, ordenó que Loval se acercase á la ser-

(5) *Cuentas de Madrid* del gobierno de José, del 21 de Febrero de 1812.

(6) *Cuentas de Madrid* del gobierno de José, año 1812, 37 de Marzo.

ranía de Ronda con 6.800 combatientes, infantes y caballos, y que se le juntase en ella el general Barrois con 4.200, debiendo también dirigirse un tropo de 3.000 hombres, de los que sitiaban á Cádiz, sobre Facinas y otros puntos inmediatos. Tal avenida de fuerzas obligó á Ballesteros á refugiarse otra vez bajo el cañon de Gibraltar, dejando, no obstante, en las montañas una vanguardia á las órdenes de D. Antonio Solá, quien, asistido además de los serranos, tenía encargo de cortar al enemigo la comunicación ó interceptarle las subsistencias. Cumplió debidamente este jefe con lo que le habían encomendado, y estrechando de cerca el 6 de Diciembre á los franceses de Estepona, los obligó á huir y les cogió mochilas y equipajes. También Copons y Skerret evolucionaron para distraer al enemigo por la parte de Algeciras; mas, sabedores de que Tarifa era amenazada, tornaron de prisa á cubrir sus muros.

El deseo de ensorrecerlos de ellos, y la escasez de vituallas que las correrías de Solá y del paisanaje causaban en el campo francés, decidieron á Leval á abandonar á San Roque, y aproximarse cuanto antes á la citada plaza de Tarifa. Se halla ésta colocada en la punta más meridional de España y en lo más angosto del estrecho; tiene de población 2.100 vecinos, y le dió renombre la defensa que contra moros hizo D. Alonso Perez de Guzman, llamado el Bueno por hazaña tan ilustre, sin par en sus circunstancias. No guarnecían á Tarifa sino un antiguo y frágil castillo, y débil muralla de poco espesor, con torreones cuadrados y foso. Los reparos nuevos no muchos, y poco robustos. A corta distancia, y al Sudoeste, plantase una isla circular y pedregosa, de media hora de bojeo, que se denomina como la ciudad. Antes separaba á dicha isla del continente un canal de corriente rápida, á manera de pequeño Euripo, que se acabó de cerrar en 1808 por el celo y personales sacrificios del intendente D. Antonio Gonzalez Salmon, quien formó allí un fondoadero acomodado. Habíala actualmente fortalecido y artillado con 12 cañones; punto de retirada conveniente y que infundía aliento. Fueron habilitadas en su recinto una cisterna y una antigua torre, y se sirvieron los sitiados para almacen de pólvora de una especie de subterráneo apellidado Cueva de Moros, guardada en otro tiempo de corsarios berberiscos. Previsión necesaria la última, estando dominada la isla por las alturas vecinas. De ellas, la más cercana al Oeste, la de Santa Catalina, fortificóla Copons, ejecutando también al Este, frontero de la Galeta, algunas obras. Cortáronse además en la ciudad las calles, y se atajaron con rejas arrendadas de las ventanas; atronéronse muchas casas. Constaba la guarnición, entre ingleses y españoles, de 2.500 hombres. Los tarifeños se señalaron de valientes y proporcionaron 300 marineros. Era gobernador el coronel D. Manuel Davan, y jefes de ingenieros y de artillería D. Eugenio Iturrigui y D. Pablo Sanchez. Mandaba las fuerzas auxiliares españolas D. Lorenzo Parra. Había también buques de guerra ingleses. La defensa, sin embargo, dirigíala con especialidad D. Francisco Copons y Navia, ayudado de los consejos del coronel inglés Skerret.

Presentáronse los franceses á la vista de la plaza el 19 de Diciembre, después de dejar fuerza en observación de Ballesteros, y también del lado de Algeciras. Obligaron á Copons el 20 á meterse dentro, y empezaron en seguida los trabajos de sitio; adelantáronlos el 23 hasta 50 toesas de los muros, y el 29 abrieron el fuego con seis cañones de 4 diez y

ocho y tres obuses de 4 nueve pulgadas. En la tarde del mismo día hallabase ya practicable una brecha de 300 toesas por la parte contigua á la puerta del Retiro, y destruido casi del todo el torreón de Jesus. Intimaron luego los enemigos la rendición, y desechada la propuesta por Copons, preparáronse al asalto.

Se verificó éste el 31 á las nueve y media de la mañana, acudiendo de una vez á embestir la brecha 23 compañías al cargo del general Chasacreaux, á las que apoyaban las demás fuerzas. Los acometedores se arrojaron con ímpetu, pero parólos en su ataque una escarpadura interior hecha en la muralla, y varios parapetos de colchones levantados detrás, junto con el fuego incesante que salía de los lugares vecinos y las casas. Descorazonados los enemigos, no insistieron en romper adelante, y retrocedieron con gran mengua, dejando almas de 500 heridos y muertos. Para recoger los primeros pidieron los franceses un armisticio, que se les concedió, ayudándolos generosamente en la tarea nuestros soldados y paisanos; ejemplo de humanidad raro, y no menos digno de imitar que los muchos que de valor habían dado todos ellos poco antes. Aprovechóse Copons de la ventaja, y á su vez incómodo al sitiador por cuantos medios pudo. Vinieron también en auxilio de la plaza las lluvias, que anegaron las trincheras enemigas, los caminos y los campos, sin dejar al fatigado francés ni siquiera un palmo de terreno enjuto en que reclinar la cabeza. Apurado Leval, alzó el sitio el 5 de Enero, yéndose vía de Veger y Medina. Costóle la malograda tentativa, entre muertos, heridos, enfermos y desertores, al pie de 2.000 hombres. Perdió toda la artillería gruesa, y dejó sembrados por el tránsito efectos y municiones. Así se estrellaron los esfuerzos de 10.000 franceses en las murallas de una fortaleza, flaca en si mas sostenida por brazos vigorosos y por el buen concierto de los jefes españoles é ingleses.

El segundo de los dos acontecimientos que hemos anunciado como favorables y gloriosos, fue la toma de Ciudad-Rodrigo más importante, por sus consecuencias, que la defensa de Tarifa. Resuelto lord Wellington, según apuntamos al principio de este libro, á formalizar el sitio de aquella plaza, continuó tomando varias disposiciones desde sus acantonamientos de la Fregeneda, y juntó en Almeida, al acabar Noviembre, el parque correspondiente de artillería. Completo en seguida y con mucho orden las demás preparativos, habiendo ejercitado algunas tropas en las tareas propias del ingeniero y del zapador, en lo que ántes se habían los suyos mostrado harto bisoños. Mandó también al general Hill que se moviera hacia la Extremadura española, y colocó á D. Carlos España y á D. Julian Sanchez en el Tormes, con objeto de que los últimos cortasen aquellas comunicaciones. Estos jefes, particularmente Sanchez, desempeñaron bien su comision, y los pueblos de Castilla mostraron, según escribía el mismo Wellington, grande adhesión á la causa de la patria; guardando además tal fidelidad, que pasaron días primero que supiesen los franceses de Salamanca, aunque tan próximos, haber los aliados emprendido el sitio.

Debió éste tener principio el 6 de Enero; pero se retardó hasta el 8 por el mal tiempo. Desembarcamos á Ciudad-Rodrigo cuando el cerco de 1810, tan honorífico para las armas españolas. Desde entonces habían los franceses reparado los daños causados en aquella defensa, fortalecido los principales edificios del arrabal y el convento de Santa Cruz, al Nordeste-

te, como tambien levantado en el cerro ó sea teo de San Francisco un reducto, que apellidaron de Renaud, en memoria del malhadado gobernador de aquel nombre, que cogiera D. Julian Sanchez.

Ocuparon los ingleses esta obra en la noche misma del 8 al 9; estreno feliz de su empresa. Por allí dirigieron los trabajos, siguiendo el mismo camino que habían tomado los franceses en el anterior cerco. Establecieron los sitiadores la primera paralela en el mencionado teso, y plantaron tres baterías de á once piezas cada una. Rompieron el 14 el fuego, y abriendo los apóches, formaron la segunda paralela á 70 tomas de la plaza. Favoreció el progreso la toma que el general Graham verificó el 13 del convento de Santa Cruz, con lo cual se vió protegida la derecha de los sitiadores. Sucedió otro tanto respecto á la izquierda, habiéndose enesforzado los aliados en la noche del 14 del convento de San Francisco en el arrabal. Continuaron los ingleses completando del 15 al 19 la segunda paralela y sus comunicaciones, y no desquidaron adelantar la zapa hasta la cresta del glácis.

Entre tanto había previsto Wellington que tal vez convendría, antes de que se concluyeran debidamente los trabajos, dar el asalto; por lo que decidió aliar brecha sólo con los fuegos de las baterías de la primera paralela, ordenó que se pasase en ello todo el conato. Así se hizo, y en la tarde del 19 hallóse ya aporreado el muro de la falsabriga y el del cuerpo de la plaza. Además de la brecha principal, practicóse otra más a la izquierda de los aliados, por medio de una nueva batería plantada en el cerro que va desde el cerro al convento de San Francisco.

Hasta entónces habian los sitiados procurado retardar las operaciones del ingles, y el 14 hicieron una salida en que le causaron daño. Sin embargo, ni estas tentativas ni otras arbitrias fueron parte á impedir que llegase el momento crítico del mallo.

Después de Wellington, desechada que fué por el gobernador francés la propuesta de rendirse, y aceptado en consecuencia de tristes nuevas que empezaba á recibir de Valencia, como tambien por reunir tropas en Valladolid el mariscal Marmont, quien desde Toledo y Talavera habia llegado en los primeros dias de Enero á esta ciudad con parte de su ejército en busca de víveres, y sospechando que los ingleses iban á poner sitio á Ciudad-Rodrigo.

Por tanto, el mismo día 19 en que se abrieron las brechas, determinó Wellington que al cerrar de la noche se asentase la plaza. Destinó al efecto cinco columnas. La quinta de ellas, á las órdenes del general Pack, estaba encargada de hacer un ataque falso por la parte meridional, delia la cuarta, guiada por Craufurd, embestir la brecha pequeña, y cubrir la izquierda del acometimiento de la mas principal, cuyo asalto se habia reservado á las tres columnas restantes bajo el general Pictet. Deseo principio á la empresa, mostraron los anglo-portugueses con serenidad los mayores peligros y superando obstáculos. Se defendieron los franceses con demencia; mas agotando bien los diversos ataques, aflojaron, y pudieron los aliados al cabo de media hora extenderse lo largo de las murallas y apoderarse de la plaza. Cayeron prisioneros 1,700 franceses y el comandante Barre, que hacia de gobernador; los demas, hasta dos mil que componen la guarnicion, habian perecido en la defensa. Conservaron los aliados, al entrar en la ciudad, buen orden; su pérdida ascendió en todo á 1,300 hombre. Entre los

muerter, contose desgraciadamente á los generales Mackinson y Crawford. Entregó lord Wellington la plaza en manos de D. Francisco Javier Castaños, y las Cortes decretaron las debidas gracias al ejército anglo-portugues, y concedieron al general en jefe la grandeza de España bajo el título de duque de Ciudad-Realgo. También el Gobierno y Parlamento británico dispusieron honores y pensiones, ordenando además que se erigiese un monumento en memoria del valiente y malogrado general Crawford.

Otros sucesos felices y nuevas esperanzas acompañaron á estos triunfos. No habían los franceses rechazado sus flotas en 1811 con más de 50,000 combatientes; auxilio que ni con mucho bastaba á llenar los claros que hacía la guerra, ni los buques que dejaban algunas tropas que ahora partieron; pudiendo asegurarse que por el tiempo en que vamos no conservaban los enemigos en la Península arriba de 240,000 hombres. Entre los llegados últimamente, muchos eran conscriptos, y en el Diciembre de 1811 y primeros meses de 1812 marcharon á Francia unos 14,000 veteranos; 8,000 de la guardia imperial y restos de otros cuerpos, y 6,000 palancas del ejército de Aragón, queriendo el Emperador frances emplearlos en Rusia, cuya guerra parecía ya inminente. Alberos todos de las dichas que nos aguardaban en aquel año.

LIBRO DÉCIMO OCTAVO.

La Constitución.—Presenta la comisión su proyecto.—Estrujado que produce.—Obstáculos que algunos quieren poner a su adopción.—Empesa para.—Título I. De la soberanía y de los españoles.—Título II. Del territorio de las Reinas, su relación y gobierno.—Título III. De la Corte.—Título IV. Del Rey.—Título V. De los tribunales.—Título VI. Del gobierno interior de las provincias y de los pueblos.—Título VII. De las constituciones.—Título VIII. De la fuerza militar nacional.—Título IX. De la instrucción pública.—Título X. Disposición de la conservación de la Constitución y modo de proceder para hacer variaciones en ella.—Reforma general del sistema de la administración.—Disposiciones fundamentales.—Anexo de la moralidad.—Del comercio.—Fuerza de la patria y civilmente.—Tribunal especial para estudiar en estos negocios.—Exposición del dominio del coney.—Demarcación territorial con el diputado Valence.—Curso y final terminación de los sucesos.—Manera para votar al fin de la Reunión a la Cámara de Madrid.—Cámara de Madrid.—De esta cámara.—Propuesta para ponerla al frente de la República.—Del Sr. Latorre.—De don Juan.—De don Carlos y Pío.—Ayuntamiento de Valencia.—Del Sr. Argüelles.—Donna Regencia, compuesta de cinco miembros.—La corona Real.—El electorado de ella.—Alcalde y teniente y ayuntamiento de ella.—Elección de tiempo.—Reclamación del a la nueva Hacienda.—Boletín.—Para promulgación la Constitución y la Ley Marcial.—Autoridad y control de la misma en su favor.—Felicitaciones y aplausos que reciben las órdenes.

a Que precediese el establecimiento de las leyes entre nosotros á la creación de los reyes (1), dijo- jo con respecto á Aragón el historiador Juan Luis Moneca. Y si en el origen de la restauración de la monarquía, tiempo de oscuridad e ignorancia, se consultaron tanto nuestros mayores contra los abusos y desmanes futuros de la autoridad real, ¿con cuánta y más poderosa razón no debemos mostrarnos precavidos y aun suspicaces los españoles de la era actual y sus diputados! Los antiguos podían tener presentes los excesos de los Witiz y de los Rodrigos, de donde maucaron para la nación bandales de sangre y lágrimas; pero ahora ofrecemos además á la contemplación moderna los muchos y funestos ejemplos de las edades posteriores, y el tremendo y

(1) Apud nos prius lege condito, quoniam reges et principes, inter alios, pinguemque pecuniam immittunt.)

reciente del reinado de Carlos IV, en el que hasta la independencia tocó al borde del precipicio. Por lo mismo, conveniente fué poner diligencia extrema y muy atenta en procurar adoptar francas y buenas instituciones, aun en medio de una guerra desastrosa; pues la ocasion de dar la libertad, como sea presurosa, perdida una vez, con dificultad vuelve á hallarse.

Annunciamos en otro libro la lectura hecha á las Cortes en 18 de Agosto de 1811 de los primeros trabajos de la comision de Constitucion nombrada en el Diciembre anterior. Comprendian aquéllas las dos primeras partes, ó sea todo lo concerniente al territorio, religion, derechos y obligaciones de los individuos, como igualmente la forma y facultades de las potestades legislativa y ejecutiva. La tercera parte se leyó en 6 de Noviembre del mismo año, y abrazaba la potestad judicial; habiéndose presentado la cuarta y última el 26 de Diciembre inmediato, en la cual se determinaba el gobierno de las provincias y de los pueblos, y se establecian reglas generales acerca de las contribuciones, de la fuerza armada, de la instruccion pública, y de los tramites que debian seguirse en la reforma ó variaciones que en lo sucesivo se intentasen en la nueva ley fundamental.

Acompañó al dictámen de la Comision un discurso elocuente y muy notable, en que se daban las razones de la opinion adoptada, fundándola en nuestras antiguas leyes, usos y costumbres, y en las alteraciones que exigian las circunstancias del tiempo y sus trastornos. Le habia extendido D. Agustín de Argüelles, encargado por tanto de su lectura: hizo la del texto D. Evaristo Perez de Castro.

El lenguaje digno y elevado del discurso, la claridad y orden del proyecto de la Comision, y sus halagueñas y generosas ideas, entusiasmaron sobremanera al público; no parándose las mas en los defectos ó lunares que pudieran deducir la obra, porque en España se conocian los males del despotismo, no los que á veces acarrean en punto de libertad ciertas exageradas teorías. Así fue que D. Juan José Guerrero, diputado americano por la Nueva Vizcaya y presidente de las Cortes, á la sazón que se leyeron las dos primeras partes, si bien desafecto á reformas, arrastrado como los demas por el torrente de la opinion, señaló para principiar los debates el 25 del propio Agosto, plazo sobradamente corto. Duró la discusion por espacio de cinco meses, no habiéndose terminado hasta el 23 del próximo Enero: fué grave y solemne, y de suerte que, alianzando la autoridad de las Cortes, ensalzó al mismo tiempo la fama de los individuos de esta corporacion.

Por eso los obstáculos que quisieron presentarse al progreso de las deliberaciones venciólos fácilmente la voz pública y el vivo y comun deseo de gozar pronto de una Constitucion libre. De aquéllos, habidos de fuera de las Cortes, y tambien de dentro, aunque no muy dignos de reparo. Hablarémos de los primeros mas adelante. Comenzaron los últimos ya en el seno de la Comision, no habiendo querido uno de sus individuos, D. José Pablo Valiente, firmar el proyecto, a pesar de haber concurrido á la aprobacion de las bases más principales. Crecieron algun tanto al abrirse los debates en el Congreso. Los contrarios al proyecto, frustradas las esperanzas que habian fundado en el presidente Guerrero, reemplazaron á éste el 24, día de la remocion de aquel cargo, con D. Ramon Jiraldó, á quien tenian por enemigo de novedades, y no ménos resuelto pa-

ra suscitar embarazos en la discusion, que fecundo á fuer de togado antiguo, en ardides propios del foro. Mas tambien en eso se equivocaron. Jiraldó, luego que se sentó en la silla de la presidencia, mostró muy adicto á la nueva Constitucion, y empleó su firmeza en llevar á cabo y en sostener con teson las deliberaciones.

Desbaratadas de este modo las primeras tentativas de oposicion, no quedaba ya otro medio á los enemigos del proyecto, sino prolongar los debates, moviendo cuestiones y disputas sobre cada artículo y sobre cada frase. Pero sábese que en un congreso, como en un ejército, si se malogran los impetus de una embestida, cuanto mas fogosos fueren éstos en un principio, tanto mas pronto alojan despues y del todo cesan.

Distribuíase la nueva Constitucion en artículos, capítulos y títulos. No ha de esperarse que entremos á hablar por separado de cada una de estas partes: limitáremos á dar una idea general de la discusion, ateniéndonos para ello á la última de las divisiones insinuadas, que se componia de diez títulos. Era el primero, de la nacion española y de los españoles. Removíase en su contexto el principio de la soberanía nacional, admitido en 24 de Setiembre anterior, y declarado ahora como fuente, en España, de todas las potestades, y raíz hasta de la Constitucion: 128 diputados contra 24 aprobaron el artículo; y los que le desecharon, no fue en la substancia, sino en los términos en que se hallaba extendido. Tratamos con cierta detencion este punto en el libro trece; y allí indicamos que, aunque conviniese no estampar en las leyes ideas abstrusas, la situacion particular de la monarquia y su orfandad disciplinaban se hiriese en el caso actual excepcion á aquella regla. Individualizábanse igualmente en dicho título los que debian conceptuarse españoles, ora hubiesen nacido en el territorio, ora fuesen extranjeros, exigiéndose de los últimos carta de naturaleza ó diez años de vecindad. Se insertaba tambien allí mismo una breve declaracion de derechos y obligaciones, que aunque imperfecta, evitaba algun tanto el peligroso escollo de generalizar demasiado, habiéndose reprobado en los debates alguno que otro artículo del proyecto de la Comision, mas bien sentencioso que preceptivo. En todos estos puntos, como habia vasto campo de sutileza en que apacentar el ingenio, detuviéronse más de lo regular ciertos vocales, avezados á la disputa con la educacion escolastica de nuestras universidades.

Hablaban el segundo título del territorio, de la religion y del gobierno. Hubo en la Comision muchos altercados sobre lo primero, en especial respecto de América, no pudiendo confirmarse ni aun entenderse á veces sus propios diputados. Cada uno presentaba una division distinta de territorio, y queria que se multiplicasen sin fin ni término las provincias y sus denominaciones. Provenia esto del deseo de agasajar vanidades de la tierra nativa, y tambien de la confusion y alteraciones que habia habido en la reparticion de regiones tan vastas, soliendo llevar el nombre de provincia lo que apenas se diferenciaba de un desierto ó paramera. Tambien se suscitaron algunas reclamaciones en cuanto á la España peninsular, y todas estaban de acuerdo en la necesidad de variar y mejorar la division actual, pues aun acá en Europa era harto desigual, así en lo geográfico como en lo administrativo, judicial y eclesiástico, y tan monstruosa á veces, que entre otros hechos citóse el de la Rioja, en donde

se contaban parajes que correspondían, ya á Guadalupe, ya á Soria y ya á Burgos. Pero, á pesar de eso, como el poner acomodado remedio podía espacio y gastos, ciérronse por entonces las Cortes á hacer mención en un artículo de las más señaladas provincias y reinos de ambas Españas, anunciando en otro que luego que las circunstancias lo permitiesen se efectuaría una división más conveniente del territorio ó de la monarquía.

Esta cuestión, si bien de importancia para el buen gobierno interior del reino, no era tan peliaguda como la otra del mismo título, tocante á la religión. La Comisión había presentado el artículo concebido en los términos siguientes: «La nación española profesa la religión católica, apostólica, romana, única verdadera, con exclusión de cualquiera otra.» Tan patente declaración de intolerancia todavía no contentó á ciertos diputados, y entre otros al Sr. Ingauzo, que pidió se especificase que la religión católica debía subsistir perpétuamente, sin que alguno que no la profesase pudiese ser tenido por español ni gozar los derechos de tal. Volvió, por lo mismo, el artículo á la Comisión, que le modificó de esta manera: «La religión de la nación española es, y será perpétuamente, la católica, apostólica, romana, única verdadera. La nación la protege por leyes sabias y justas, y prohíbe el ejercicio de cualquiera otra.» Lo aprobaron así las Cortes, sin que se moviese discusión alguna ni en pro ni en contra. Ha excitado entre los extranjeros ley de intolerancia tan insignificante un clamor muy general, no haciéndose el suficiente cargo de las circunstancias peculiares que la ocasionaron. En otras naciones en donde prevalecen muchas y varias creencias, hubiera acarreado semejante providencia gravísimo mal; pero no era éste el caso de España. Durante tres siglos había disfrutado el catolicismo en aquel suelo de dominación exclusiva y absoluta, acabando por extirpar todo otro culto. Así no hería la determinación de las Cortes, ni los intereses, ni la opinión de la generalidad, ántes bien la seguía y áun la halagaba. Pensaron, sin embargo, varios diputados afectos á la tolerancia en oponerse al artículo, ó por lo ménos en procurar modificarle. Mas, pesadas todas las razones, les pareció por entonces prudente no urdir el asunto, pues necesario es conllevar á veces ciertas preocupaciones para destruir otras que allanan el camino y conducen al aniquilamiento de las más arraigadas. El principal daño que podía ahora traer la intolerancia religiosa consistía en el influjo para con los extranjeros, alejando á los industrioses, cuya concurrencia tenía que producir en España abundantes bienes. Pero como no se vedaba la entrada en el reino, ni tampoco profesar su religión, solo si el culto exterior, era de esperar que con aquellas y otras ventajas, que les añanzaba la Constitución, no se retraerán de acudir á fecundar un terreno casi virgen, de grande aliciente y coto para granjerías nuevas. Además el artículo, bien considerado, era en sí mismo anuncio de otras mejoras: la religión, decían, «era protegida por leyes sabias y justas.» Cláusula que se enderezaba á impedir el restablecimiento de la inquisición, para cuya providencia preparábase desde muy atrás el partido liberal. Y de consiguiente, en un país donde se destruyó tan barbara institución, en donde existe la libertad de la nupcialidad, y se aseguran los derechos políticos y civiles por medio de instituciones genitorales, ¿podrá nunca el fanatismo abundar sus raras, ni menos incomodar las opiniones que lo avata opuestas?

Cuerdo, pues, fué no provocar una discusión en la que hubieran sido vencidos los partidarios de la tolerancia religiosa. Con el tiempo y fácilmente, creciendo la ilustración y naciendo intereses nuevos, hubieranse propagado ideas más moderadas en la materia, y el español hubiera entonces permitido sin obstáculo que junto á los altares católicos se ensalzasen los templos protestantes, al modo que muchos de sus antepasados habían visto, durante siglos, no lejos de sus iglesias, mezquitas y sinagogas.

Era el otro extremo del título en que vamos el del gobierno. Reducíase lo que aquí se determinaba acerca del asunto á una mera declaración de ser el gobierno de España monárquico, y á la distribución de las tres principales potestades, perteneciendo la legislativa á las Cortes con el Rey, la ejecutiva exclusivamente á éste, y la judicial á los tribunales. No fué larga ni de entidad la discusión suscitada, si bien algunos señores querían que la facultad de hacer las leyes correspondiese sólo á las Cortes, sobre lo cual volveremos á hablar cuando se trate de la sanción real.

Especificábase en el mismo título quiénes debían conceptuarse ciudadanos, calidad necesaria para el uso y goce de los derechos políticos. Con este motivo se promovieron largos debates respecto de los originarios de Africa, cuestión que interesaba á la América, pues por aquella denominación entendíanse sólo los descendientes de esclavos trasladados á aquellas regiones del continente africano, á quienes no se declaraba desde luego ciudadanos como á los demás españoles, sino que se les dejaba abierta la puerta para conseguir la gracia según fuese su conducta y merecimientos. En un principio los diputados americanos no manifestaron anhelo por que se concediese el derecho de ciudadanía á aquellos individuos, y hábiles, como el Sr. Morales Duárez, que se indignaban al oír sólo que tal se intentase. En el decreto del 15 de Octubre de 1810, cimiento de todas las declaraciones hechas en favor de América, no se extendió la igualdad de derechos á los originarios de Africa, y en las proposiciones sucesivas que formalizaban los diputados americanos, tampoco esforzaron estos aquella pretensión. No así ahora, queriendo algunos que se concediese en las elecciones á los mencionados originarios voz activa y pasiva, aunque los mas no pudieron sino que se otorgase la primera; motivo por el que se sospechó que en ello se trataba, más bien que del interés de las castas, de aumentar el número de los diputados de América; pues debiendo ser la base de las elecciones la población, claro era que incluyendo entre los ciudadanos á los descendientes de Africa, crecería el cuáso en favor de las posesiones americanas.

No tenían los españoles contra dichas castas odio ni oposición alguna, lo cual no sucedió á los naturales de Ultramar, en cuyos países eran tan grandes la enemistad y desvío, que, según dijo el señor Salazar, diputado por el Perú, se advertía hasta en los libros parroquiales, habiendo de éstos unos en que se sentaban los nombres de los reputados por tales, y otros en que solo los de las castas. Lo mismo confirmaron varios diputados también de América, y entre ellos el Sr. Larrazabal, por Guatemala, y de los mas distinguidos, quien, á pesar de que abogaba por los originarios, decía: «Dejase á aquellas castas en el estado en que se hallan, sin privarlas de la voz activa, ni queriendo llevar á más alta jerarquía, pues conocen que su esfera no las

ha colocado en el estado de aspirar á los puestos distinguidos. Era espínosísima la situación de los diputados europeos en los asuntos de América, en los que caminaban siempre como por el filo de una cortante espada. Negar á los originarios de África los derechos de ciudadano, era irritar los ánimos de éstos; concedérselos, ofendía sobremanera las opiniones y preocupaciones de los demás habitantes de Ultramar. Al contrario la de los diputados americanos, quienes ganaban en cualquiera de ambos casos, incluíéndose el mayor número de ellos á excitar disturbios que abreviasen la llegada del día de su independencia. A sus argumentos, de gran fuerza muchos, respondió con especialidad y profundamente el Sr. Espiga: «He oído, decía, invocar con vehemencia sagrados derechos de naturaleza y bellísimos principios de humanidad; pero yo quisiera que los señores preopinantes no perdieran de vista que habiéndose establecido la sociedad, y formándose las naciones para asegurar los derechos de la naturaleza, ha sido preciso hacer algún sacrificio poniendo aquellas limitaciones y condiciones que convenia no ménos al interés general de todos los individuos, que al orden, tranquilidad y fuerza pública, sin la cual aquél no podía sostenerse.... Los principios abstractos no pueden tener una aplicación rigurosa en la política.... Esta es una verdad conocida por los gobiernos más ilustrados y que no son despóticos y tiranos.... ¿Gozan por ventura las castas, en la Jamaica y demás posesiones inglesas, del derecho de ciudadano que aquí se solicita en su favor con tanto empeño?... Vuélvase la vista á los innumerables propietarios de la Carolina y de la Virginia, pertenecientes á estas castas, y que viven felizmente bajo las sabias leyes del gobierno de los Estados Unidos: ¿son acaso ciudadanos? No, señor; todos son excluidos de los empleos civiles y militares. Y cuando el sabio gobierno de la Gran Bretaña, que por su Constitución política y por su justa legislación, y por una ilustración de algunos siglos, ha llegado á un grado superior de riqueza, de esplendor y de gloria, al que aspiran los demás, no se ha atrevido á incorporar las castas entre sus ciudadanos, ¿lo haremos nosotros cuando estamos sintiendo el impulso de más de tres siglos de arbitrariedad y despotismo, y apenas vemos la aurora de la libertad política? Cuando la Constitución anglo-americana, que con mano firme arrancó las raíces de las preocupaciones, y pasó quizás los límites de la sabiduría, las excluyó de este derecho, ¿se lo concederemos nosotros que apenas damos un paso sin encontrar el embarazo de los perjuicios y de las opiniones, cuya falsedad no se ha descubierto, por desgracia, todavía? ¿Podrá excusarse á estos gobiernos de falta de ilustración, y de aquella firmeza que sabe vencer todos los estorbos para llegar á la prosperidad nacional? Tal es, señor, la conducta de los gobiernos cuando desentendiéndose de bellas teorías consideran al hombre, no como debe ser, sino como ha sido, como es y como será perpetuamente. Estos respetables ejemplos nos deben convencer de que son muy diferentes los derechos civiles de los derechos políticos, y que si bien aquéllos no deben negarse á ninguno de los que componen la nación, por ser una consecuencia inmediata del derecho natural, éstos pueden sufrir aquellas limitaciones que convengan á la felicidad pública. Cuando las personas y propiedades son respetadas; cuando, lejos de ser oprimidos los individuos de las castas, han de hallar sus derechos civiles la misma protección en la ley que los de todos los de-

mas españoles, no hay lugar á declamaciones patéticas en favor de la humanidad, que por otra parte pueden comprometer la existencia política de una gran parte de los dominios españoles.»

Pasó al cabo el artículo con alguna que otra variación en los términos, y substituyendo á la expresión de «á los españoles que por cualquiera línea traen origen del África....», la de «á los españoles que por cualquiera línea son habidos y reputados por originarios de África....» Medio de evitar escudriñamientos de origen, y de no asustar á los muchos que por allá derivan de esclavos, y se cuentan entre los libres y de sangre más limpia.

Honró á las Cortes también exigir aquí que: desde el año 1830 deberían saber leer y escribir los que de nuevo entrasen en el ejercicio de los derechos de ciudadano; señalando de este modo, como principal norte de la sociedad, la instrucción y buena enseñanza. Antes ya estaba determinado lo mismo en Guipúzcoa, y en el reino de Navarra habíase establecido, por auto de buen gobierno, que ninguno que no supiera leer y escribir pudiera obtener los empleos y cargos municipales.

Llegó después la discusión del tercer título del proyecto, uno de los más importantes, por tratarse de la potestad legislativa. Aparecían en él como cuestiones más graves: 1.º Si habían de formarse las Cortes en una sola cámara, si en dos, ó en estamentos ó brazos como antiguamente. 2.º El nombramiento de los diputados. 3.º La celebración de las Cortes. 4.º Sus facultades. Y 5.º la formación de las leyes y la sanción real.

Proponía la Comisión que se juntasen las Cortes en una cámara sola, compuesta de diputados elegidos por la generalidad de los ciudadanos. Sostuvieron principalmente el dictamen de la Comisión, los señores Argüelles, Jirardo y Conde de Toreno. Impugnaronlo los señores Borrull, Inganizo y Cañedo. Inclínabábase éstos á la formación de las Cortes, divididas por brazos ó estamentos; opinando el primero que ya que no concurría toda la nobleza por su muchedumbre y diferencias, fuese llamada á lo ménos en parte. Esforzó el diputado Inganizo las mismas razones, á punto de dar por norma á para los temperamentos de la potestad real la constitución y gobierno de la Iglesia, que consideraba como una monarquía mixta con aristocracia, dividiéndose que en este caso la cabeza era electiva y electivos todos sus miembros. Más moderado el señor Cañedo, si bien adicto á aquel género de representación, no se oponía á que se hiciera alguna reforma en el sistema antiguo. La Comisión y los que la seguían fundaban su dictamen en la dificultad de restablecer los brazos antiguos, en los inconvenientes de éstos, y en la diferencia también que mediaba entre ellos y las dos cámaras ó cuerpos, establecidos en Inglaterra y otros países.

Muy varias habían sido en la materia las costumbres y usos de España, no siendo unos mismos en los diversos siglos, ni tampoco en los diferentes reinos. Se conocieron, por lo común, tres estamentos en Cataluña y Valencia. Cuatro en Aragón, en donde no asistió el clero hasta el siglo XIII, y en donde además estaba tan poco determinado los que de aquel brazo y del de la nobleza debían concurrir á Cortes, que dice Jerónimo Blancas (2): «De los eclesiásticos, de los nobles, caballeros ó hijosdalgo, no se puede dar regla cierta de cuales han de ser

(2) En su obra intitulada *Coronaciones de los reyes de Aragón, y del modo de tener Cortes*.

necesariamente llamados, porque no halló fuero al acto de éste que la dé. Mas parece que no debían dejar de ser llamados los señores titulados, y los otros señores de vasallos del reino. En Castilla y Leon celebráronse Cortes, aún de las más señaladas, en que no hubo brazos; y en las congregadas en Toledo, los años 1534 y 1539, no concurrieron otros individuos de la nobleza, sino los que expresamente convocó el Rey, diciendo el Conde de la Coruña en su relación manuscrita (3): «Y no se acaba la grandeza de estos reinos en estos señores nombrados, pues aunque no fueron llamados por S. M., hay en ellos muchos señores de vasallos, caballeros, hijosdalgo de dos cuentos de renta y de uno, que tienen siendo con los nombrados.»

En adelante, ni así asistieron en Castilla los estamentos, y en la corona de Aragón hubo variedad en los siglos XVI y XVII. En el XVIII sábese que luego que se afianzó en el solio español la estirpe de Borbon, ó no hubo Cortes, ó en las que se reunieron los reinos de Aragón y Castilla nunca se mezclaron en las discusiones los brazos, ni se convocaron en la forma ni con la solemnidad antigua.

De consiguiente, no habiendo regla fija por donde guiarse, necesario era resolver cómo y de quién se habían de formar dichos brazos; y aquí entraba la dificultad. Decían los que los rehucaban, ¿que compondrá el de la nobleza de solos los grandes? Pero esta clase como ahora se halla constituida, no lleva su origen más allá del siglo XVI, cuando justamente cesaron los brazos en Castilla, y acabó en todas partes el gran poder de las Cortes; siendo de notar que en Navarra, donde todavía subsisten, entran en el estamento nobles casados, es, antiguas, mas no todas condecoradas con la grandeza. ¿Asistirán todos los nobles? Su muchedumbre lo impide. ¿Habrán entre sus individuos una elección proporcionada? Mas, ¿cómo verificarla con igualdad, cuando se cuentan provincias, como las del Norte, en que el número de ellos no tiene límite, y otras, como algunas del Mediodía y centro, en que es muy escaso? Aumenta las dificultades (añadían) la América, en donde no se conocen sino dos ó tres grandes, y se halla multiplicada y mal repartida la demás nobleza. No menores (proseguían) aparecen los embarras respecto de los eclesiásticos. Si en una cámara ó estamento separado han de concurrir los obispos y primeras dignidades, además de los daños que resultarán, en cuanto á los de América, en abandonar sus villas é iglesias, no será justo queden entonces clérigos en el estamento popular, á menos de convertir las Cortes en concilio; y disponer á los últimos de un derecho ya adquirido, ofrecerse como cosa ardua y de dificultosa ejecución. Por otra parte (decían los mismos señores), los bienes que tras la separación del cuerpo legislativo en dos cámaras, no se consiguen por medio de los estamentos. En Inglaterra juntanse aquellas, y deliberan separadamente con arreglo á límites fijos, y con independencia una de otra. En España sentábase los brazos en diversos lados de una sala, no en salas distintas; y si alguna vez para conferencias preparatorias y examen de materias se segregaban, ni eso era general ni frecuente; y luego por medio de sus tratadores deliberaban unidos y votaban juntos. De lo que nace haber en realidad una cámara sola, excepto que se hallaba compuesta de personas á quienes autorizaban privilegios ó derechos distintos.»

En medio de tan encontrados dictámenes, hablando con la imparcialidad que nos es propia y con la experiencia ahora adquirida, parecemos que hubo error en ambos extremos. En el de los que apoyaban los estamentos antiguos, porque además de la forma viciosa é incierta de estos, agregábanse en su composición, á los males de una sola cámara, los que suelen traer consigo las de privilegiados. En el opuesto, porque si bien los que sostenían aquella opinión trazaron las dificultades ó inconvenientes de los estamentos, y aun los de una segunda cámara de nobles y eclesiásticos, no satisficieron competentemente á todas las razones que se desculen contra el establecimiento de una sola y única, ni probaron la imposibilidad de formar otra segunda tomando para ello por base la edad, los bienes, la antigua ilustración, los servicios eminentes, ó cualesquiera otras prendas acomodadas á la situación de España.

Pues ya que una nación al establecer sus leyes fundamentales, ó al reverter las añejas y desusadas, tenga que congregarse en una sola asamblea como medio de superar los muchos é inveterados obstáculos con que entónces tropieza, llano es que varíe el caso, una vez constituida y echados los cimientos del buen orden y felicidad pública, debiendo los gobiernos libres, para lograr aquel fin, acostar una conveniente balanza, entre el movimiento rápido de intereses nuevos y momento populares, y la permanente estabilidad de otros más antiguos, por cuya conservación suspiran las clases ricas y poderosas.

Atestiguán la verdad de esta máxima los pueblos que mas largo tiempo han gozado de la libertad, y varones protestantísimos de las edades pasadas y modernas. Tal era la opinión de Cicerón, que en su tratado *De Republica* (4) afirma que óptimamente se halla constituido un estado en donde: *ex tribus generibus illis regali, et optimati et populari confusa modice*. Y Polibio piensa que lo que mas contribuyó á la destrucción de Cartago, fué hallarse entónces todo el poder en manos del pueblo, cuando en Roma habia un senado. Lo mismo sentía el profundo Maquiavelo, lo mismo Montesquieu y hasta el célebre Conde de Mirabeau, señalándose entre todos monsieur Adams, si bien republicano, y que ejerció en los Estados Unidos de América las primeras magistraturas, quien escribía (5): «Si no se adoptan en cada constitucion americana las tres órdenes (el presidente, senado y cámara de representantes) que mutuamente se contraponen, en menester experimente el gobierno frecuentes é inevitables revoluciones, que aunque tarden algunos años en estallar, estallarán con el tiempo.»

Las Cortes, no obstante, aprobaron por una gran mayoría de votos el dictamen de la Comisión, que proponía una sola cámara, escases todavía aquellas de experiencia, y arrastradas quizá de cierta igualdad no popular, sino, digámoslo así, nobiliaria, difundida en casi todas las provincias y ángulos de la monarquía.

Tomaron las Cortes por base de las elecciones la población, debiendo ser nombrado un diputado por cada 70.000 almas, y no exigiéndose ahora otro requisito que la edad de veintinueve años, ser ciudadano y haber nacido en la provincia ó hallarse vecindad en ella, con residencia á lo menos de siete años. Indicábase en otro artículo que mas adelante para ser diputado sería preciso disfrutar de una

(3) Se encuentra en la Colección manuscrita de las Cortes de Castilla, tomo VII.

(4) *De Republica*, lib. I., cap. 2.º.

(5) *A discourse of the constitution and government of the United States of America*, by John Adams... Preface.

renta anual procedente de bienes propios, y que las Cortes sucesivas declararían cuando era llegado el tiempo de que tuviese efecto aquella disposición. Y cosa extraordinaria! diputados como el señor Borral, prontos siempre á tirar de la rienda á cuanto fuese democrático, contradijeron dicho artículo, temiendo que con él se privase á muchos dignos españoles de ser diputados. Ciertamente estancada todavía casi toda la propiedad entre mayorazgos y manos muertas, no era fácil admitir de seguida y absolutamente aquella base; pues los estudiosos, los hombres de carrera, y muchos ilustrados, pertenecían más bien á la clase desprovista de renta territorial, como los segundos de las casas respecto de los primogénitos; y exigir desde luego para la diputación la calidad de propietario como única, ántes que nuevas leyes de sucesión y otras distribuyesen con mayor regularidad los bienes raíces, hubiera sido exponerse á defraudar á la nación de representantes muy recomendables.

Pasaba la elección por los tres grados de juntas de parroquia, de partido y de provincia: lo mismo, con leve diferencia, que se exigió para las Cortes generales y extraordinarias, según referimos en el libro XII; y con la novedad de no deber ya ser admitidos los diputados de las villas y ciudades antiguas de voto en Cortes, ni los de las juntas que se hallaron al frente del levantamiento en 1808. También se igualaban con los europeos los americanos, cuyas elecciones quedaban á cargo de los pueblos, en lugar que las últimas las verificaron los ayuntamientos. Superfluo parecía que esta ley reglamentaria formase parte de la Constitución; mas el señor Muñoz Torrero insistió en ello, queriendo preaver mudanzas prontas é intempestivas. Podían ser nombrados diputados individuos del estado secolar ó del eclesiástico secular. Más de una vez provocaron ciertos señores la cuestión de que se admitiesen también los regulares; pero las Cortes desecharon constantemente semejantes proposiciones.

Se excluían de la elección los secretarios del Despacho, los consejeros de Estado y los que sirviesen empleos de la casa real. Pasó el artículo sin oposición: tan arraigado estaba el concepto de separar en todo la potestad legislativa de la ejecutiva, como si la última no fuese un establecimiento necesario é indispensable de la mecánica social, y como si en este caso no valiera más que sus individuos permaneciesen unidos con las Cortes y afectos á ellas, que no que estuviesen despegados ó fuesen amigos tibios. Tocante á la exclusión dada á los empleados en la casa real, era uno antiguo de nuestros cuerpos representativos, particularmente de los de Aragón, según nos cuentan sus escritores, y entre ellos el secretario Antonio Pérez.

Todos los años debían celebrarse las Cortes, no pudiendo mantenerse reunidas sino tres meses, y uno más en caso de que el Rey lo pidiese, ó lo resolviesen así las dos terceras partes de los diputados. Adoptóse aquella limitación para enfrenar el demasiado poder que se tenía de un cuerpo único y de elección popular, y para no conceder al Rey la facultad de disolver las Cortes ó prorogarlas. Providencia de la que pudiera haberse resentido el despacho de los negocios, causando mayores males que los que se querían evitar.

Proponia la Comisión en su dictamen que se nombrasen los diputados cada dos años, y que fuese lícito el reelegirlos. Aprobaron las Cortes la primera parte y desecharon la última, adoptando en su lugar que no podría recaer la elección en los mismos

individuos, sino después de haber mediado una diputación ó sea legislatura. Desacuerdo notable y con el que, según oportunamente dijo en aquella ocasión el señor Oliveros, se echaba abajo el edificio constitucional. Porque, en efecto, al que ya le faltaba el fundamento sólido de una segunda y mas duradera cámara, ¿qué apoyo de estabilidad le restaba, variándose cada dos años y completamente los individuos que componían la única y sola á que estaba encargada la potestad legislativa? Dificultase se hace que haya, por decirlo así, de renuda cada dos años en un país trescientos individuos capaces de desempeñar cargo tan arduo: sobre todo en un país que se estrena en el gobierno representativo. Mas, aunque los hubiera, una cosa es la aptitud, y otra la costumbre en el manejo de los negocios: una el saber, y otra hallarse enterado de los motivos que hubo para tomar tal ó cual determinación. Eso sin contar con las pasiones, y el peligro de señalarse que casi siempre acompaña á cuerpos recién instalados. Además, no hay profesión, no hay arte, no hay magistratura que no requiera ejercicio y conocimientos prácticos: no todos los años se relevan los militares, ni se mudan los jueces ni los otros empleados: ¿y se podrá cada dos años cambiar y no reelegir los legisladores? Verdaderamente encomendábase así el Estado á una suerte precaria y ciega. Y todo por aquel mal aconsejado desprendimiento, admitido desde un principio, y tan ajeno de repúblicas experimentadas. Rayaba ahora en frenesí, teniendo que dejar á unas Cortes nuevas el afirmamiento de una Constitución todavía en mantillas, y en cuyos debates no habían tomado parte.

Siguiendo la misma regla, y la adoptada en el año anterior, se decretó por artículo constitucional, que no pudieran los diputados admitir para sí, ni solicitar para otro, empleo alguno de provisión real ni ascenso sino los de escala durante el tiempo de su diputación, ni tampoco pension ni condecoración hasta un año después. La prolongación del término en el último caso estribaba en la razón de no haber en él sino utilidad propia, cuando en el primero podría tal vez ser perjudicial al Estado privarle por más tiempo de los servicios de un hombre entendido y capaz.

Se extendían las facultades de las Cortes á todo lo que corresponde á la potestad legislativa, habiéndose también reservado la ratificación de los tratados de alianza ofensiva, los de subsidios, y los especiales de comercio, dar ordenanzas al ejército, armada y milicia nacional, y estatuir el plan de enseñanza pública y el que hubiera de adoptarse para el Príncipe de Asturias.

En la formación de las leyes se dejaba la iniciativa á todos los diputados sin restricción alguna, y se introdujeron ciertos trámites para la discusión y votación, con el objeto de evitar resoluciones precipitadas. Hubo pocos debates sobre estos puntos. Promoviéronse sí acerca de la sanción real. La Comisión la concedía al Monarca restricta, no absoluta, pudiendo dar la negativa ó veto hasta la tercera voz á cualquiera ley que las Cortes le presentasen, pero llegado este caso, si el Rey insistía en su proyecto, pasaba aquella y se entendía haber recibido la sanción. Ya los señores Castelló y Conde de Toreno se habían opuesto al dictamen de la Comisión en el segundo título, en que se establecía que la facultad de hacer las leyes correspondía á las Cortes con el Rey. Renovaron ahora la cuestión los señores Toreros, Polo y otros, queriendo algunos que no interviniese el Monarca en la formación de las

leyes, y muchos que se disminuycan el término de la negativa o veto suspensivo. Los diputados que impugnaban el artículo apoyábanse en ideas teóricas, plausibles en la apariencia, pero en el uso engastosas. Había dicho el Conde de Toreno entre otras cosas... «¿Como una voluntad individual se ha de oponer á la suma de voluntades representantes de la nacion? ¿No es un absurdo que solo uno detenga y haga nula la voluntad de todos? Se dirá que no se opone á la voluntad de la nacion, porque esta de antemano la ha expresado en la Constitucion, concediendo al Rey este veto por juzgarlo así conveniente á su bien y conservacion. Esta razon, que al parecer es fuerte, para mí es especiosa; ¿cómo la nacion en favor de un individuo ha de desprenderse de una autoridad tal, que solo por él pueda oponerse á su voluntad representada? Esto sería empujar su libertad, lo que no es posible ni pensarlo por un momento, porque es contrario al objeto que el hombre se propone en la sociedad, lo que nunca se ha de perder de vista. Sobre todo debemos procurar á la Constitucion la mayor duracion posible; y ¿se conseguirá si se deja al Rey esa facultad? ¿No nos exponemos á que la negativa dada á una ley traiga consigo el deseo de variar la Constitucion, y variarla de manera que aarree grandes convulsiones y grandes males? No se cite á la Inglaterra; allí hay un espíritu público formado hace siglos; espíritu público que es la grande y principal barrera que existe entre la nacion y el Rey, y asegura la Constitucion, que fue formada en diferentes épocas y en diversas circunstancias que las nuestras. Nosotros ni estamos en el mismo caso, ni podemos lisonjearnos de nuestro espíritu público. La negativa dada á dos leyes en Francia fué una de las causas que precipitaron al trono... Varias de estas razones y otras que inexportos entonces dimos, mas bien tenían fuerza contra el veto suspensivo de la Comision que contra el absoluto; pues aquel no esquivaba el conflicto que era de tener naciense entre las dos primeras autoridades del Estado, ni el mal de encomendar á la potestad ejecutiva el cumplimiento de una ley que repugnaba á su dictámen. Fundadamente decia ahora el Sr. Perez de Castro... «No veo qué abusos puedan nacer de este sistema, ni por qué cuando se trata de refrenar los abusos, se ha de prescindir del poderoso influjo de la opinion pública, á la que se abre entre nosotros un campo nuevo. La opinion pública apoyada de la libertad de la imprenta, que es su fiel barómetro, ilustra, advierte y contiene, y es el mayor freno de la arbitrariedad. Porque ¿qué sería en la opinion pública de los que aconsejasen al Rey la negativa de la sancion de una ley justa y necesaria? No ¿cómo puede prudentemente suponerse que un proyecto de ley conocido como justo y conveniente sea desechado por el Rey con su Consejo en una nacion donde haya espíritu público, que es una de las primeras cosas que ha de criar entre nosotros la Constitucion, ó nada habíamos adelantado, ni ésta podia existir? El resultado de una obstinacion tan inconcebible sería quedar expuesto el Monarca al desaire de una nacion forzada, y á perder de tal modo el crédito á la opinion sus ministros, que vendrian al suelo irremediablemente. Y supongamos (como raro en verdad) que alguna vez estas precauciones impidan la formacion de alguna ley, no nos engañamos, esto no puede suceder cuando el proyecto de ley es evidente, y tal vez urgentemente útil y necesario, pero hablando de los casos comunes, esta situacion te persuadido que el dejar de hacer una ley buena es

menor mal que la funestísima facilidad de hacer y deshacer leyes cada dia, plaga la mas terrible para un estado.»

«Juzgo (continuaba) que la experiencia y sus sabias lecciones no deben ser perdidas para nosotros, y que el derecho público en esta parte de otras naciones modernas que tienen representacion nacional, no debe mirarse con desden por los legisladores de España. No hablaré de esa Francia, que quiso al principio de sus novedades darse un rey constitucional, y donde, á pesar del infernal espíritu desorganizador de demagogia y democracia revolucionaria que fermentó desde los primeros pasos, se concedió al Monarca la sancion con estas mismas pausas. Tampoco hablaré de lo que practica una nacion vecina y aliada, cuya prosperidad, hija de su Constitucion sabia, es la envidia de todos, porque todos saben la inmensa extension que por ella tiene en este y otros puntos la prerogativa real. Solo haré mención de la ley fundamental de un estado moderno más lejano, de los Estados-Unidos del norte de América, cuyo gobierno es democrático, y donde propuesta y aprobado un proyecto en una de las dos cámaras, esto es, en la cámara de los representantes ó en el Senado, tiene que pasar á la otra para su aprobacion; si es allí tambien aprobado, tiene que recibir todavia la sancion del Presidente de los Estados-Unidos; si éste la niega, vuelve el proyecto á la cámara donde tuvo su origen; es allí de nuevo discutido, y para ser aprobado necesita la concurrencia de las dos terceras partes de votos; entonces recibe fuerza, y queda hecho ley del Estado... Pues si esto sucede en un estado democrático, cuyo jefe es un particular revestido temporalmente por la Constitucion de tan eminente dignidad, tomado de los ciudadanos indistintamente, y falto por consecuencia de aquel aparato respetuoso que arranca la consideracion de los pueblos; si esto sucede en estados donde la ley se filtra, por decirlo así, por dos cámaras, invencion sublime, dirigida á hacer en favor de las leyes, ¿qué el proyecto propuesto en una cámara no sea de tal modo sino en otra distinta, y aun después ha menester la sancion del jefe del gobierno, ¿que deberá suceder en una monarquia como la nuestra, y en la que no existen esas dos cámaras? ...»

Prevalecio el dictámen de la Comision, y es de advertir que entre los señores que le impugnaban, y repelían la sancion real con veto absoluto ó suspensivo, habíalos de opiniones las más encontradas. Sucedia esto con frecuencia en las materias políticas; y diputados, como el Sr. Terresos, muy aferrados en las eclesiásticas, eran de los primeros á escatimar las facultades del Rey, y á contrastar á los intentos de la potestad ejecutiva.

En este artículo torero establecese la diputacion permanente de Cortes, y se especificaba el modo y la ocacion de convocar á Cortes extraordinarias. Se componia ahora la primera de siete individuos escogidos por las mismas Cortes, á cuyo cargo quedaba durante la separacion de las últimas velar sobre la observancia de las leyes, y en especial de las fundamentales, sin que eso le diera ninguna otra autoridad en la materia. Antiguamente se conocia un cuerpo previsto en los reinos de Aragon, y en la actualidad en Navarra y juntas de las provincias Vascongadas y Asturias. Nunca en Castilla hasta que se unieron las coronas y se confundieron las Cortes principales de la monarquia en unas solas. Entonces apareció una sombra vana, á que se lió nombre de diputacion, compuesta tambien de siete

individuos que se nombraban y sortaban por las ciudades de voto en Cortes. Pudo ser útil semejante institución en reinos pequeños, cuando la representación de los pueblos no se juntaba por lo común todos los años, y cuando no había imprenta ó se desconocía la libertad de ella, en cuyo caso era la diputación, según expresó oportunamente el señor Capmany, o el censor público del supremo poder. Pero ahora, si se cedía este cuerpo á las facultades que le daba la Constitución, era nula é inútil su censura al lado de la pública; si las traspasaba, además de excederse, no servía su presencia sino para entorpecer y molestar al gobierno. Tuvieron por conveniente las Cortes respetar reliquia tan antigua de nuestras libertades, confiriéndole también la policía interior del cuerpo, y la facultad de llamar en determinados casos á Cortes extraordinarias.

Debajo esta denominación no á Cortes que fuesen superiores á las ordinarias en poder y constituyentes como las actuales, sino á las mismas ordinarias congregadas extraordinariamente y fuera de los meses que permitía la Constitución. Su llamamiento verificábase en caso de vacar la corona, de imposibilidad ó abdicación del Rey, y cuando éste las quisiese juntar para un determinado negocio, no estándoles lícito desviarse á tratar de otro alguno. Con esto se cerraba el título 3.º

En el 4.º entrábase á hablar del Rey, y se circunstanciaban su inviolabilidad y autoridad, la sucesión á la corona, las minoridades y regencia, la dotación de la familia real ó sea lista civil, y el número de secretarios de Estado y del Despacho, con lo concerniente á su responsabilidad.

El Rey ejercía con plenitud la potestad ejecutiva, pero siempre de manera que podía reconocer, como dice Diego de Saavedra (6), que no era tan suprema que no hubiese quedado alguna en el pueblo. Concedíasele la facultad de declarar la guerra y hacer y ratificar la paz, aunque después de una larga y luminosa discusión, descaído muchos señores que en ello interviniesen las Cortes, á imitación de lo ordenado en el fuero antiquísimo de Sobrarbe (7). Las restricciones más notables que se le pusieron, consistían en no permitirle ausentarse del reino, ni casarse sin consentimiento de las Cortes. Proviene ambas la memoria muy reciente de Bayona, y los temores de algun enlace con la familia de Napoleon. Autorizábanse ejemplos de naciones extrañas, y otros sacados de nuestra antigua historia.

Se reservó para tratar en secreto el punto de la sucesión á la corona. Decidieron las Cortes, cuando llegó el caso, que aquélla se verificaría por el orden regular de primogenitura y representación entre los descendientes legítimos varones y hembras de la dinastía de Borbon reinante. Tal había sido casi siempre la antigua costumbre en los diversos reinos de España. En Leon y Castilla autorizaba la ley de Partida; y antes nunca había padecido semejante práctica alteración alguna, empuñando por eso ambos cetros Fernando I, y luego Fernando III, el Santo; tampoco en Navarra, en donde se contaron multiplicados casos de reinas propietarias, y á la misma costumbre se debió la union de Aragon y Cataluña, en tiempo de doña Petronila, hija de don Ramiro el Monje. Bien es verdad que allí hubo al-

gunas variaciones, especialmente en los reinados de D. Jaime el Conquistador y de D. Pedro IV el Ceremonioso, no cediendo en su consecuencia la corona las hijas de D. Juan el Primero, sucesor de éste; la cual pasó á las sienas de D. Martin, su hermano. Pero recobró fuerza en tiempo de los Reyes Católicos, ya al reconocer por heredero al malogrado D. Miguel, su nieto, principe destinado á colocarse en los solios de toda la Península, incluso Portugal; ya al suceder en los de España doña Juana la Loca y su hijo D. Carlos. Por la misma regla ocupó también el trono Felipe V de Borbon, quien sin necesidad trató de alterar la antigua ley y costumbre, y las disposiciones de los reyes D. Fernando y doña Isabel, y de introducir la ley sálica de Francia. Hizolo así hasta cierto punto; pero bastante á las calladas y con mucha informalidad y oposicion, según refiere el Marqués de San Felipe. En las Cortes de 1789 ventilóse también el negocio, y se revocó la anterior decision, mas muy en secreto. Las Cortes, poniendo ahora en vigor la primitiva ley y costumbre, en nada chocaban con la opinion nacional; y así fué que en el seno de ellas obraron en el asunto de acuerdo los diversos partidos que las componian, mostrando mayor ardor el opuesto á reformas.

Esto, en parte, pendía del ánsia por colocar al frente de la regencia y aproximar á los escalones del trono á la infanta doña María Carlota Joaquina, casada con D. Juan, principe heredero de Portugal, é hija mayor de los reyes D. Carlos IV y doña María Luisa, en quien debía recaer la corona á falta de sus hermanos, ausentes ahora, cautivos y sin esperanza de volver á pisar el territorio español. Había en ello también el aliciente de que se reuniera bajo una misma familia la Península entera; blanco en que siempre pondrán los ojos todos los buenos patriotas. Tenia el partido anti-reformador empeño tan grande en llamar á aquella señora á suceder en el reino, que para facilitar su advenimiento, promovió y consiguió que por decreto particular se alejase de la sucesión á la corona al hermano menor de Fernando VII, el infante D. Francisco de Paula y á sus descendientes, siendo así que éste, por su corta edad, no había tenido parte en los escándalos y flaquezas de Bayona, y que tampoco consentían las leyes ni la política, y ménos autorizaban justificados hechos, tocar á la legitimidad del mencionado infante. En el propio decreto eran igualmente excluidas de la sucesión la infanta doña María Luisa, reina viuda de Etruria, y la archiduquesa de Austria del mismo nombre, junto con la descendencia de ambas; la última señora por su enlace con Napoleon, y la primera por su imprudente y poco mesurada conducta en los acontecimientos de Aranjuez y Madrid de 1808. En el decreto, sin embargo, nada se especificaba, alegando sólo para la exclusiva de todos ser su sucesión incompatible con el bien y seguridad del Estado. Palabras vagas, que hubiera valido más suprimir, ya que no se querian publicar las verdaderas razones en que se fundaba aquella determinación.

Las Cortes retuvieron para sí en las minoridades el nombramiento de regencia. Conformábanse en esto con usos y decisiones antiguas. Y en cuanto á la dotación de la familia real, se acordó que las Cortes la señalarían al principio de cada reinado. Muy celosas anduvieron á veces las antiguas en esta parte, usando en ocasiones hasta de términos impropios aunque significativos, como aconteció en las Cortes celebradas en Valladolid el año 1518, en

(6) *Empresas políticas*, 20.

(7) Desde este fuero, según el ya citado Jerónimo Blancas, en su obra *de regimine rerum communitatis: Bellum aggređi, pacem intrare, inducias agere, sententiam annuente consilio*.

las que se dijo á Carlos V (8) que el Rey era mercenario de sus vasallos.

Instrumentos los ministros ó secretarios del Despacho de la autoridad del Rey, jefe visible del Estado, con realmento en los gobiernos representativos la potestad ejecutiva puesta en obra y conveniente accion. Se fijó que hubieran siete: de Estado ó Relaciones exteriores; dos de la Gobernacion, uno para la Peninsula y otro para Ultramar; de Gracia y Justicia; de Guerra; de Hacienda y de Marina. La novedad consistia en los dos ministerios de la Gobernacion, ó sea de lo Interior, que tropezó con obstáculos, por cuanto ya indicaba que se querian arrancar á los tribunales lo económico y gubernativo, en que habian entendido hasta entónces.

Debian los secretarios del Despacho ser responsables de sus providencias á las Cortes, sin que les sirviese de disculpa haber obrado por mandado del Rey. Responsabilidad ésta por lo comun más bien moral que efectiva; pero oportuno anunciarla y pensar en ella, porque, como decia bellamente el ya citado D. Diego de Saavedra (9): «dejar correr libremente á los ministros, es soltar las riendas al gobierno.»

Tambien en este título se creaba un Consejo de Estado. Bajo el mismo nombre hallábase establecido otro en España desde tiempos remotos, al que dió Carlos V particulares y determinadas atribuciones. Elevaba ahora la Comision el suyo, dándole aire de segunda cámara. Debian componerle 40 individuos: de ellos cuatro grandes de España, y cuatro eclesiásticos; dos obispos. Inamovibles todos, los nombraba el Rey, tomándolos de una lista triple presentada por las Cortes. Eran sus más principales facultades aconsejar al Monarca en los asuntos arduos, especialmente para dar ó negar la sancion de las leyes, y para declarar la guerra ó hacer tratados; perteneciéndole asimismo la propuesta por temas para la presentacion de todos los beneficios eclesiásticos y para la provision de las plazas de judicatura. Prerogativa de que habian gozado las antiguas cámaras de Castilla y de Indias; porcion, como se sabe, integrante y suprema de aquellos dos Concejos. Aplaudieron hasta los más enemigos de novedades la formacion de este cuerpo, á pesar de que con él se ponian trabas mal entendidas á la potestad ejecutiva y menguaban sus facultades. Pero agradábalas, porque renacia la antigua práctica de proponer temas para los destinos y dignidades más importantes.

Comprendia el título 5.º el punto de tribunales: punto bastante bien entendido y descompuesto, y que se dividia en tres esenciales partes: 1.º, reglas generales; 2.º, administracion de justicia en lo civil; 3.º, administracion de justicia en lo criminal. Por de pronto apartábase de la incumbencia de los tribunales lo gubernativo y económico, en que ántes tenian concurso muy principal, y se les dejaba sólo la potestad de aplicar las leyes en las causas civiles y criminales. Prohibiase que ningun español pudiese ser juzgado por comision alguna especial, y se destruian los muchos y varios fueros privilegiados que ántes habia, excepto el de los eclesiásticos y el de los militares. No faltaron diputados, como los Sres. Calatrava y García-Herreros, que con mucha fuerza y poderosas razones atacaron tan injusta y perjudicial exencion; mas nada por entonces consiguieron.

(8) Fr. PEDRUCHO DE SANDOVAL, *Historia de la vida y hechos de Carlos V.*

(9) *Ensayo político*, 12.

Centro era de todos los tribunales uno supremo, llamado de Justicia, al que se encargaba el cuidado de decidir las competencias de los tribunales inferiores; juzgar á los secretarios del Despacho, á los consejeros de Estado y á los demás magistrados en caso de que se les exigiese la responsabilidad por el desempeño de sus funciones públicas; conocer de los asuntos contenciosos pertenecientes al real patronato; de los recursos de fuerza de los tribunales superiores de la corte, y en fin de los recursos de nulidad que se interpusiesen contra las sentencias dadas en última instancia.

Despues ponianse en las provincias tribunales que conservaban el nombre antiguo de audiencias, y á las cuales se encomendaban las causas civiles y criminales. En esta parte adoptábase la mejora importante de que todos los asuntos funcionasen en el respectivo territorio; cuando ántes tenían que acudir á grandes distancias y á la capital del reino, á costa de muchas demoras y sacrificios. Mal grave en la Peninsula, y de incalculables perjuicios en Ultramar. En el territorio de las audiencias, cuyos terminos se debian fijar al trazarse la nueva division del reino, se formaban partidos, y en cada uno de ellos se establecia un juez de letras con facultades limitadas á lo contencioso. Hubieran algunos querido que en lugar de un solo juez se pusiese un cuerpo colegiado, compuesto á lo menos de tres, como medio de asegurar mejor la administracion de justicia, y de precaver los excesos que solian cometer los jueces letrados y los corregidores; pero la costumbre y el temor de que se aumentasen los gastos públicos, inclinó á aprobar sin obstáculos el dictamen de la Comision.

Hasta aquí todos estos magistrados, desde los del Tribunal Supremo de Justicia hasta los más inferiores, eran inamovibles y de nombramiento real, á propuesta del Consejo de Estado. Venian despues en cada pueblo los alcaldes, á los que, segun en breve veremos, elegian los vecinos, y á su cargo se dejaban litigios de poca cuantía, ejerciendo el oficio de conciliadores, asistidos de dos hombres buenos, en asuntos civiles ó de injurias, sin que fuese licito entablar pleito alguno ántes de intentar el medio de la conciliacion. Cortáronse al nacer muchas desavenencias mientras se practicó esta ley, y por eso la odiaron y trataron de desacreditar ciertos hombres de garnacha.

En la parte criminal se impedía prender á nadie sin que precediese informacion sumaria del hecho por el que el acusado mereciese castigo corporal; y se permitia que en muchos casos, dando fianza, no fuese aquel llevado á la cárcel; á semejanza del *Habeas corpus* de Inglaterra, ó del privilegio hasta cierto punto parecido de la antigua *monfestacion* de Aragon. Abolase la contumacia, se prohibia que se allanase las casas sino en determinados casos, y adoptábase mayor publicidad en el proceso, con otras disposiciones no menos acertadas que justas. La opinion habia dado ya en España pasos tan agigantados acerca de estos puntos, que no se suscitó al tratarlos discusion grave.

Mas no pareció oportuno llevar la reforma hasta el extremo de instituir inmediatamente el jurado. Anunciase, sí, por un artículo expreso que las Cortes en lo sucesivo, cuando lo tuviesen por conveniente, introducirían la distincion entre los jueces del hecho y del derecho. Sólo el Sr. Galdós pudo que se concibiese dicho artículo en tono más impetuoso.

El título 6.º fijaba al gobierno interior de las pro-

vecinos y de los pueblos se confiaba el de éstos á los ayuntamientos, y el de aquellas á las diputaciones con los jefes políticos y los intendentes. En España, sobre todo en Castilla, había sido muy democrático el gobierno de los pueblos, siendo los vecinos los que nombraban sus ayuntamientos. Enéase alterando este método en el siglo xv, y del todo se vio durante la dinastía austriaca, convirtiéndose por lo general aquellos oficios en una propiedad de familia, y vendiéndolos y enajenándolos con profusión la corona. En tiempo de Carlos III, reinado muy favorable al bien de los pueblos, dispúsose en 1766 que estos nombrasen diputados y síndicos, con objeto en particular de evitar la mala administración de los abastos, teniendo voto, entrada y asiento en los ayuntamientos, y dándoles en años posteriores mayor extensión de facultades. Mas no habiéndose arrancado la raíz del mal, trató la Constitución de desmenujarla; decidiendo que habrían en los pueblos para su gobierno interior un ayuntamiento de uno ó más alcaldes, cierto número de regidores, y uno ó dos procuradores síndicos, elegidos todos por los vecinos, y amovibles por mitad todos los años. Pareció á muchos que faltaba á esta última rueda de la autoridad pública un agente directo de la potestad ejecutiva, porque los ayuntamientos no son representantes de los pueblos, sino meros administradores de sus intereses; y así como es justo por una parte asegurar de este modo el bien y felicidad de las localidades, así también lo es por la otra poner un freno á sus dismanes y peculiares preocupaciones con la presencia de un alcalde ú otro empleado escogido por el gobierno supremo y central.

No quedaba á dicha semejante hueco en el gobierno de las provincias. Había en ellas un jefe superior, llamado jefe político, de provision real, á quien estaba encargado todo lo gubernativo, y un intendente, que dirigía la hacienda. Presidía el primero la diputación, compuesta de siete individuos, nombrados por los electores de partido, y que se renovaban cuatro una vez, y tres otra cada dos años. Tenía este cuerpo latamente y en toda la provincia las mismas facultades que los ayuntamientos en sus respectivos distritos, ensanchando su círculo hasta en la política general y más allá de lo que ordena una buena administración. Las sesiones de cada diputación se limitaban al término de noventa días, para estarbar no erigiesen dichas corporaciones en pequeños congresos y se ladesasen al federalismo; grave perjuicio, irreparable ruina, por lo que hubiera convenido restringirlas aún más. Podía el Rey, siempre que se excediesen, suspenderlas, dando cuenta á las Cortes.

Se formaron estas diputaciones á ejemplo de las de Navarra, Vizcaya y Asturias, las cuales, si bien son facultades á veces muy inermadas, conservaban todavía bastante manejo en su gobierno interior, especialmente las dos primeras. Todas las otras provincias del reino habían perdido sus fueros y franquicias desde el advenimiento al trono de las casas de Austria y de Borbon; por lo que incurren en gravísimo error los extranjeros cuando se figuran que eran árbitros aquellas de dirigir y administrar una negación interiores; siendo así que en ninguna parte estaba el poder tan reconcentrado como en España, en donde no era lícito, desde el último reinado de Cataluña ó Galicia, hasta el más apartado de Sevilla ó Granada, construir una fuente, ni establecer siquiera una escuela de primeras letras sin el beneplácito del Gobierno supremo ó del Consejo

Real, en cuyas oficinas se amontonaban frecuentemente las demandas, ó se eternizaban los expedientes, con gran menoscabo de los pueblos y muchos dispendios.

El séptimo título era el de las contribuciones. Pasó todo el sin discusión alguna; tan evidente y claro se mostró á los ojos de la mayoría. En su contexto se ordenaba que las Cortes eran las que habían de establecer ó confirmar las contribuciones directas é indirectas. Preveníase también que fuesen todas ellas repartidas con proporción á las facultades de los individuos, sin excepción ni privilegio alguno. Ratificábase el establecimiento de una tesorería mayor, única y central, con subalternos en cada provincia; en cuyas arcas debían entrar todos los caudales que se recaudasen para el erario; modo conveniente de que éste no demeridase. Tornábanse, además, otras medidas oportunas, sin olvidar la contaduría mayor de cuentas para el examen de las de los caudales públicos; cuerpo bastante bien organizado ya en lo antiguo, y que tenía que mejorarse por una ley especial. Se declaraba el recuento cimiento de la deuda pública, y se la consideraba como una de las primeras atenciones de las Cortes, recomendándose su progresiva extinción, y el pago de los réditos que se devengasen.

Importante era el título 8.º, pues concernía á la fuerza militar nacional, y abrazaba dos partes. 1.º Las tropas de continuo servicio, ó sea ejército y armada. 2.º Las milicias. Respecto de aquellas se adoptaba la regla fundamental de que las Cortes fijasen anualmente el número de tropas que fuesen necesarias, y el de buques de la marina que hubieran de armarse ó conservarse armados; como también el que ningún español podría excusarse del servicio militar cuando y en la forma que fuese llamado por la ley. Quitábanse así constitucionalmente los privilegios que eximían á ciertas clases del servicio militar; privilegios destruidos ó en parte modificados por disposiciones anteriores, y abolidos de hecho desde el principio de la actual guerra.

Al cuidado de una ley particular se dejaba el modo de formar y establecer las milicias, basándose en un buen sistema social, y verdadero apoyo de toda Constitución, siempre que las compongan los hombres acomodados y de arraigo de los pueblos. Tan sólo se indicaba aquí que su servicio no sería continuo; previniéndose que el Rey, si bien podía usar de aquella fuerza dentro de la respectiva provincia no así sacarla fuera antes de obtener el consentimiento de las Cortes. Hubo quien quería se determinase desde luego que los oficiales de las milicias fueran nombrados y ascendidos por los mismos cuerpos, confirmando la elección las diputaciones ó las mismas Cortes; pues opinaba quizá algo teóricamente que siendo dicha fuerza valladar contra las usurpaciones de la potestad ejecutiva, debían mantenerse sus individuos independientes de aquel arbitrio. Nada se resolvió en la materia, dejándose la decisión de los diversos puntos para cuando se formase la ley enunciada.

Había también un título especial sobre la instrucción pública, que era el noveno. Instituíase escuelas de primeras letras en todos los pueblos de la monarquía, y ordenaba se hiciese un nuevo arreglo de universidades, coronando la obra con el establecimiento de una Dirección general de estudios, compuesta de personas de conocida instrucción, á cuyo cargo se dejaba, bajo la inspección del Gobierno, ceder y dirigir la enseñanza pública de toda la monarquía. Todo se necesitaba para introducir y

extender el buen gusto y el estudio de las útiles y verdaderas ciencias, por cuya propagación tanto, y casi siempre en vano, clamaron y sacrificaron los Campesineros, los Jovellanos, y muchos otros ilustres y doctos varones. Se elevaba en este título á la ley constitucional la libertad de la imprenta, declarando que los españoles podían escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas, sin necesidad de licencia, revisión ó aprobación anterior á la publicación; propio lugar ésto de renovar y estampoar de un modo indeleble ley tan importante y agrada; pues ella bien concebida, y enfrenado el abuso con competentes penas, es el fanal de la instrucción, sin cuya luz navegaríamos por un piélago de tinieblas, incompatible con las libertades constitucionales.

El décimo y último título hablaba de la observancia de la ley fundamental y del modo de proceder en sus mudanzas ó alteraciones. Las Cortes al instalarse debían ejercer una especie de censura, y examinar las infracciones de Constitución que hubieran podido hacerse durante su ausencia. Se declaraba también con el propio motivo el derecho de petición de que gozaba todo español. No se presentaron óbices ni reparos especiales á esta parte del título. Por el contrario á la en que se trataba del modo de hacer modificaciones en la Constitución. Decíase en el proyecto que aquéllas no podrían ni siquiera proponerse hasta pasados ocho años después de planteada la ley en todas sus partes, y aun entonces se requerían expresos poderes de las provincias; precediendo, además, otros trámites y formalidades. Contradecían esta determinación los desafectos á las nuevas reformas, y algunos de sus partidarios los más ardientes; sobre todo los americanos. Los primeros, porque querían que se deshiciera en breve la obra reciente; los otros, por deseársela aun más liberal, y los últimos con la esperanza de que acudiendo mayor número de los suyos á las próximas Cortes ordinarias, podrían legalmente, ya que no decretar la separación de las provincias de Ultramar, ir, por lo ménos, preparando cada vez más la independencia de ellas.

Consecuencia era inmediata de todo el artificio de la Constitución poner particulares trabas á su fácil reforma. Porque no habiendo sino una cámara, y no correspondiendo al Rey más veto que el suspensivo, claro era que siempre que se hubiese autorizado á las Cortes ordinarias para alterar leyes fundamentales, lo mismo que lo estaban para las otras, de su arbitrio podía destruir legalmente el gobierno monárquico, ó hacer en él alteraciones sustanciales. Verdad es que en Inglaterra no se conoce diferencia entre la formación de las leyes constitucionales y las que no lo son; pero esto procede de que allí no pasa á la alguna del Parlamento sin la concurrencia de las dos cámaras y el asenso del Rey, cuyo veto absoluto es salvaguardia contra las innovaciones que tiran á alterar la esencia de la monarquía. Esforzaron los argumentos en favor del dictamen los Sres. Argüelles, Oliveros, Muñoz Torrero y otros; quedando al fin aprobado.

Termináronse aquí los más importantes debates de esta Constitución, que se llamó del año doce, porque en él se promulgó, circuló y empezó á plantear. Constitución que fué en la España moderna el primer esbozo de la libertad, y que graduándola unos de sobreexuberante, la han deprimido otros, y aun menospreciado con demasiada pasión.

Hemos tocado algunas de sus faltas en el curso de la anterior narración y exámen; advirtiendo que pecaba principalmente en la forma y composición

de la potestad legislativa, como también en lo que tenía de especulativa y minuciosa. Aparecía igualmente á primera vista gran desvarío haber adoptado para los países remotos de Ultramar las mismas reglas y Constitución que para la Península; pero desde el punto que la Junta Central había declarado ser iguales en derechos los habitantes de ambos hemisferios, y que diputados americanos se sentaron en las Cortes, ó no habían de aprobarse reformas para Europa, ó menester era extenderlas á aquellos países. Sobrados indicios y pruebas de desvarío había ya para que las Cortes añadieran pábulo al fuego; y en donde no existían medios coactivos de reprimir ocultas ó manifestadas rebeliones, necesario se hacía atraer los ánimos, de manera que ya que no se impidiera la independencia en lo venidero, se alejase por lo menos el instante de un rompimiento hostil y total.

En lo demás, la Constitución, pregonando un gobierno representativo y asegurando la libertad civil y la de la imprenta, con muchas mejoras en la potestad judicial y en el gobierno de los pueblos, daba un gran paso hacia el bien y prosperidad de la nación y de sus individuos. El tiempo y las luces cada día en aumento hubieran acabado por perfeccionar la obra todavía muy incompleta.

Y en verdad, ¿cómo podría esperarse que los españoles hubieran de un golpe formado una Constitución exenta de errores, y sin tocar en escollos que no evitaron en sus revoluciones Inglaterra y Francia? Cuando se pasa del despotismo á la libertad, sobreviene las más veces un rebosamiento y efervescencia de ideas teóricas, que sólo mengua con la experiencia y los desengaños. Fortuna si no se derrama y rompe aun más allá, acompañando á la mudanza atrapellamientos y persecuciones. Las Cortes de España se mantuvieron inocentes y puras de excesos y malos hechos. ¡Ojalá pudiera ostentar lo mismo el gobierno absoluto que acudió en pos de ellas y las destruyó!

No ha faltado quien piense que si hubieran las Cortes admitido dos cámaras y dado mayores ensanches á la potestad real, se hubiera conservado su obra estable y firme. Dudámoslo. El equilibrio más bien entendido de una Constitución nueva cede á los empujes de la ignorancia y de alborotadas y antiguas pasiones. Los enemigos de la libertad tanto una la temen, la abortecen y la acosan, cuanto más bella y ataviada se presenta. Camino sembrado de abrojos es siempre el suyo. Emprudámoslo entonces en España; mas para llegar á su término, aguantar debíamos caídas y muchos deslices.

Puso grima á los contrarios de las Cortes fuera de un seno el partido que estas ganaron, y los elegidos que merecieron ya en el mero hecho de presentarse á sus deliberaciones el proyecto de la Constitución. Despechados manifestaron mas á las claras su enemistad, y á punto de comprometerse ciertas personas conspicuas y cuerpos notables del Estado.

Dió la señal desde un principio un escrito publicado en Alicante, en el mes de Setiembre de 1811, y que llevaba por título: «Manifesto que presenta á la nación el conde de Estado D. Miguel de Larrazabal y Uribe, uno de los cinco que compusieron el supremo Consejo de Regencia de España é Indias, sobre su política en la noche del 24 de Setiembre de 1810.» Comenzó en Octubre á circular el papel en Cadix, y como salía de la pluma, no de un escritor desconocido y cualquiera, sino de un hombre elevado en dignidad y de un ex regente, metió gran ruido y causó impresión muy señalada, mayor-

mente cuando no se trataba sólo en él de opiniones que tuviera el autor, mas tambien de los pensamientos é intenciones aviesas que al instalarse las Cortes habia abrigado la Regencia de que Lardizábal era individuo.

Excitados los diputados por el clamor público, llamaron algunos, en 14 de Octubre, acerca del asunto la atención del Congreso; siendo el primero D. Agustín de Argüelles, apoyado por el Conde de Toreno. Presentó el impreso el Sr. García Herreros, que se mandó leer inmediatamente. Era su contenido un ataque violento contra las Cortes, dirigido á persuadir la ilegitimidad de éstas, y asentando que si el Consejo de Regencia las reconoció y juró en la noche del 24 de Setiembre, fué obligado de las circunstancias, por hallarse el pueblo y el ejército decididos en favor de las Cortes. El Sr. Argüelles, calificando este impreso de libelo, dijo que contenia dos partes. «La primera (añadió) abraza las opiniones de un español, que como ciudadano y estando en el goce de sus derechos ha perdido y ha debido manifestarlas, y está bien que diga lo que quiera, y sostenga su opinion hasta cierto punto. Pero la otra parte no es opinion, son hechos que atacan á las Cortes, á la nacion y á la causa pública.... ¿Qué quiere decir que si el Consejo antiguo de Regencia hubiera podido disponer del pueblo ó de la fuerza en la noche del 24 de Setiembre, la cosa no hubiera pasado así?... Si ese autor se reconoce tan imperterrito, ¿por qué no tuvo valor.... en Bayona?» (Aludía á creer el orador equivocadamente que D. Miguel de Lardizábal habia sido individuo de la junta que allí reunió Napoleon en 1808.) «La grandeza de los hombres, concluia el Sr. Argüelles, se descubre en las grandes ocasiones. En los peligros está la heroicidad.» Fué de la misma opinion el Sr. Mejía, y propuso que pasase el papel á la Junta de censura de la libertad de imprenta. Arrojos más allá el Conde de Toreno, pidiendo con vehemencia que se tomasen providencias severas y ejecutivas. Al cabo, y despues de largos y vivos debates, se resolvió, segun propuesta del Sr. Morales Gállego, ampliada y modificada por otros diputados, que se arrestase y condujese á Cádiz desde Alicante, donde residia, á D. Miguel de Lardizábal, siempre que fuese autor del referido manifiesto, como tambien que se recogiesen los ejemplares de éste y se ocupasen los demas papeles de dicho Lardizábal; todo bajo la más estricta responsabilidad del secretario del Despacho á quien correspondiese.

Al dia siguiente continuóse tratando del mismo asunto, y D. Antonio de Escaño, compañero de Regencia con Lardizábal, hizo una exposicion denunciando cuanto habia publicado el ultimo acerca de las ideas é intenciones de aquel cuerpo. Igual ó parecido paso dieron mas adelante los Sres. Saavedra y Castaños. La discusion, pues, siguió el 15 muy animada, porque sonrojase que el Consejo de Castilla obraba de acuerdo con Lardizábal, y que en secreto habia entendido recientemente una consulta comprensiva de varios particulares relativos á lo mismo, y contra la autoridad de las Cortes. Tambien paró la consideracion de estas una protesta remitida por el Obispo de Orense, de que hablaba Lardizábal en su manifiesto; é impelió el Sr. Calatrava de ambas motivaciones, pidió: 1.º que se nombrase una comision de dos diputados para que inmediatamente pasase al Consejo Real y recogiese dichas protesta y consulta. 2.º Que otra comision de igual numero pasase á recoger la exposicion ó protesta del mismo revoltado obispo, que se debía archivar en

la secretaria de Gracia y Justicia. 3.º Que se nombrase una comision de cinco diputados que juzgase al autor del manifiesto, y entendiese en la causa que debia formarse desde luego para descubrir todas sus ramificaciones.... Aprobáronse las dos primeras propuestas, y se nombraron para desempeñar la comision del Consejo al mismo Sr. Calatrava y al Sr. Jirardo, y para la de la secretaria de Gracia y Justicia á los Sres. García Herreros y Zumalacarrregui. Se opuso el Sr. del Monte á la tercera proposicion, y se desechó que fuesen diputados los que juzgasen á D. Miguel de Lardizábal; aprobándose en su lugar que una comision del Congreso propusiese en el dia siguiente doce sujetos que actualmente no ejerciesen la magistratura, para que entre ellos eligiesen las Cortes cinco jueces y un fiscal que juzgasen al autor del manifiesto, y entendiesen en la causa que debia formarse desde luego para descubrir todas sus ramificaciones, procediendo breve y sumariamente con amplias facultades, y con la actividad que exigia la gravedad del asunto.

Tal vez parecerá que hubo demasia en ingerirse las Cortes directamente en este asunto, y en nombrar un tribunal especial, separándose de los trámites regulares y ordinarios. Pero el acontecimiento en él era grave; tratabase de personas de categoria, de las que constantemente se habian opuesto á las reformas y actuales mudanzas, y de un cuerpo como el Consejo, enemigo por lo comun de cuanto le hiciese sombra y no se acomodase á sus prerrogativas y extraordinarias pretensiones. Además, íbase á juzgar á Lardizábal como á regente, y á los consejeros, si habia lugar á ello, como á magistrados. Era caso de responsabilidad; las leyes antiguas estaban silenciosas en la materia, ó confusas y poco terminantes, y la Constitucion no se habia acabado de discutir. Necesario, pues, era llenar por ahora el vacío. En Inglaterra acusa la camara de los comunes ou causas iguales ó parecidas; juzga la de los lores; y en ofensas particulares y que les son propias, ellas mismas, cada una en su sala, examinan y absuelven ó condenan. Y ¿qué diferencia! allí existe una Constitucion antigua bien afianzada, árbol rovejado y de siglos, que contrasta á violentos huracanes; mas aquí todo era tierno y nuevo, y cañaval que se doblaba aún con los vientos más suaves.

En la misma sesion del 15 dieron cuenta los diputados de las comisiones nombradas de haber cumplido con su encargo. Los que fueron á la secretaria de Gracia y Justicia encontraron la exposicion del Obispo de Orense, altanera, en verdad, y ofensiva; pero que no era otra sino la que presentó aquel prelado á las Cortes en 3 de Octubre de 1810, de la cual hicimos mencion en el libro XIII. Las que se encaminaron al Consejo no descubrieron la consulta de que se trataba, y sólo si tres votos contra ella de los señores que habian disentido, y eran D. José Navarro y Vidal, D. Pascual Quilez y Talon y D. Justo Ibar Navarro. Estaba encargado de extender la consulta el Conde del Pinar, quien dijo haberla destruido de enojo, porque cuando la presentó al Consejo le habian puesto reparos algunos de sus compañeros hasta en las más mínimas expresiones. Irritó la disculpa, y pocos dieron á ella oído, creyendo los más que dicho documento se habia inutilizado ahora y despues del suceso. Con su desaprecimiento y lo que resultaba de los votos de los tres consejeros que discordaron, enersóse el asunto, y se agravó la suerte de los de la consulta, habiéndose aprobado dos proposiciones del Conde de

Torero, concebidas en estos términos: «1.º Que se suspendiesen los individuos del Consejo Real que habían acordado la consulta de que hacían mérito los votos particulares de los ministros Ibar Navarro, Quiroz Talon y Navarro Vidal; remitiendo estos votos y todos los papeles y documentos que tuviesen relacion con este asunto al tribunal que iba á nombrar el Congreso para la causa de D. Miguel de Lardizábal. 2.º Que mientras tanto, entendiesen en los negocios propios de las atribuciones del Consejo los tres individuos que se habían opuesto á la consulta, y los ausentes que hubiesen venido despues y se hallasen en el ejercicio de sus funciones.»

Golpe fue éste que achió á los enemigos de las reformas, viendo caido á un cuerpo gran sustentáculo á veces de preocupaciones y malos usos. En todos tiempos, á pesar de la censura que tapaba los labios, han clamado los españoles, siempre que han podido, contra las excesivas facultades de los togados y sus usurpaciones. «Amigos», decía de ellos D. Diego Hurtado de Mendoza (10), de traer por todo, como superiores, su autoridad. Y despues más cercano á nuestros dias, en los de Felipe V. Fr. Benito de la Soledad (11), que ya tuvimos ocasion de citar, afirmaba que... «todos los daños de la monarquía española habian nacido de los togados... Ellos, continúa dicho escritor, han malbaratado los millones y nuevos impuestos... E los han quitado la autoridad á todos los reinos de la monarquía, y desvanecido las Cortes...» Y más adelante: «los togados deben limitarse á mantener y ejercitar la justicia sin embarcarse en tales dependencias... Sala de gobierno, añade, en los togados es buena para que nunca le haya con utilidad ni desercia; para esto pertenece á estadistas...» Omitimos otras expresiones harto duras, y quizá algo apasionadas. Por lo demás, alimira que en principios del siglo XVIII se tuviesen ideas tan claras sobre varios de los males administrativos que agobian á España, y sobre la necesidad de separar la parte gubernativa de la judicial. Ahora el descrédito del Consejo, y la oposicion á sus providencias, se habían aumentado con la conducta equivocada é incierta que habia seguido aquel Cuerpo al momento de limitarse las provincias del reino, y su conato en atacar á estas y contrariar casi todas las reformas que emanaban de aquella fuente.

No paro aquí negocio tan importante, si bien enfadado. Imprimíase entonces en Cádiz, en la oficina de Bosch, un papel intitulado: *España vindicada en sus clases y jerarquías*, el cual se presumia tener en la actualidad se trataba; por lo que en el mismo dia 15 extendió una proposicion el Sr. García Herreros, de cuyas resultas se remitiéron á las Cortes dos ejemplares impresos de dicho escrito con el original. Era esta produccion una larga censura de todos los procedimientos del Congreso, en la que el autor, aunque á cada paso y en tono suave afirmaba ser hombre sumiso y obediente á las Cortes, excitaba contra ellas á los clérigos y á los nobles, que decía injuriados por no haberse admitido los exámenes; añadiendo que no podian las mismas entender sino en negocios de guerra y ha de da para rechazar al enemigo. Sonaba y se decía autor del papel D. Gregorio Virente Gil, oficial de la secretaría del Consejo y Cámara; pero asegurado, y luego se probó, que el verdadero autor era D. José Colón, decano del Consejo Real. Por eso,

mirando el asunto como conexo con el de esta Corporacion y con el de Lardizábal, se pasó el 21 del propio Octubre un ejemplar impreso con el original manuscrito al tribunal especial que iba á entender en las otras dos causas.

Habia sido aquél nombrado el 17, escogiendo las Cortes de entre los doce sujetos propuestos por la Comision, cinco jueces y un fiscal. Fueron los primeros D. Toribio Sanchez Monasterio, D. Juan Pedro Morales, D. Pascual Bolaños de Novoa, D. Antonio Vizmanos y D. Juan Nicolas Undaveitia, y el último D. Manuel María Arce. Prestaron todos juramento ante las Cortes, y consideróse dicho tribunal como supremo, dispensándole el tratamiento de Alteza.

Tuvo el negocio incidentes muy desagradables, siendo el campo de lides del partido reformador y del anti-reformador. Dió lugar á varias discusiones una representacion del mencionado decano del Consejo D. José Colón, en la que asometiéndose como individuo á comparecer ante el tribunal especial, pedia como persona pública la vénia más atenta, para que el juicio y cuanto se obrase en él fuese y se entendiese con la reserva de exponer, por sí, si vivia, ó por el que lo sucediese, á las Cortes presentes y futuras cuanto conviniese á su alto cargo y á su tribunal. Algunos diputados miraron dicha exposicion como ambigua y como una protesta anticipada de las reformas judiciales de la Constitucion. Pidiéronse al D. José explicaciones acerca del sentido; dadas, y no satisfaciendo con ellas, dijo el Sr. García Herreros: «Todo individuo de la sociedad tiene derecho para representar al Soberano cuanto le parezca. En sustancia esa vénia que don José Colón pide, ¿no es para representar lo que le convenga, ya sea antes ó despues de la sentencia? Pues, ¿á quién ha negado la ley ni las Cortes el que acuda á hacer presente lo que juzgue útil y preciso á su derecho?... Así que (concluyó manifestando el Sr. García Herreros) yo no comprendo á qué es pedir esa vénia, y me parece inútil concederla. Mi dictamen, pues, es que se diga que uso de su derecho, y nada más.» A esto respondió el Sr. Gutierrez de la Huerta: «Que, segun el derecho español, era necesario para instaurar un recurso extraordinario al Soberano pedir ántes la vénia, y que siendo extraordinario el tribunal creado, podian ocurrir casos en que los acusados tuviesen que usar de este medio, por lo que justamente el decano del Consejo pedia dicho permiso para ocurrir á las Cortes siempre que él ó sus compañeros se sintiesen agraviados.» Práctico forense no aplicable al caso, ni tampoco muy usada y clara; por lo que con rason expresó don Juan Nicasio Gallego, «que no era facil desenmarañarla, sobre todo cuando los señores jurisperitos que, además del es. dio, tenían la práctica del foro y estrados, hablaban con tanta variedad en el negocio.»

Fuere éste enredando cada vez más, y ensardeciéndose las pasiones, se llegó al extremo de que las galerías, hasta entonces tranquilas, y que escuchaban con respetuoso silencio las demás discusiones, tomaron parte y se excedieron.

Ocurrió el desaguisado el 26 de Octubre, en cuyo dia continuó el debate, dando ocasion á ello un discurso pronunciado por D. José Pablo Valiente. Tenia el pueblo de Cádiz contra este diputado antigua ojeriza, que habia empezado ya en 1800, por atribuírsele la introduccion allí de la fiebre amarilla, volviendo de ser intendente de la Habana. La acusacion era infundada; y en todo caso, culpa hu-

(10) Guerra de Granada.

(11) Memorial Memorial y póstimo erudito, etc., páginas 147, 170.

biernado, más bien que suya, de las autoridades de la ciudad. Odiábanle también porque patrocinaba el comercio libre con la América, á causa de sus relaciones y amistades en la isla de Cuba; pues aquel diputado, enemigo constante de las reformas, sostenía ésta con fuerza, al paso que los vecinos de Cádiz, muy adictos á todas las otras, era la sola á que se oponían, como interesados en el comercio exclusivo. Tanto influjo tienen en nuestras determinaciones las miras privadas. Valiente, además, asistía poco á las Cortes, y sabíase que era el único individuo de la comisión de Constitución que había rehusado firmar el proyecto. Motivos todos que aumentaban la aversión hacia su persona, y por lo que debiera haber procedido con mucha mesura. Mas no fué así; y acudiendo inopinadamente á las Cortes, púsose luego á hablar, usando de expresiones tales, que presumieron los más ser su intento excitar al desorden, y convertir por este medio, según prevenía el reglamento, la sesión pública en secreta. Confirmóse la sospecha cuando se vió que Valiente, al primer leve murmullo, reclamó el cumplimiento de aquel artículo reglamentario; con lo cual indisputóse aún más los ánimos, y á poco los irritó del todo, añadiendo que entre los circunstantes había intriga; y también, según oyeron algunos, *gente pagada*. Palabras que apenas las pronunció, causaron bulla y desorden en términos que el Presidente alzó la sesión pública á pesar de vivas reclamaciones del señor Gólin y Conde de Toreno.

Permanecieron, sin embargo, los espectadores en las galerías, y aunque después las evacuaron, mantuvieron en la calle y puertas del edificio. Cundió en breve el tumulto á toda la ciudad, y se embraveció al divulgarse que era Valiente la causa primera de aquel disgusto. De resultas cesaron las Cortes en la deliberación pública y secreta del asunto pendiente, y sólo pensaron en tomar precauciones que preservasen de todo mal la persona del diputado amenazado. A este fin vino á la barandilla el gobernador de la plaza D. Juan María Villavicencio, quien respondió de la seguridad individual de D. José Pablo; mas, atemorizado éste, no quiso volver á su casa, y pidió que se le llevase al navío de guerra *Asia*, fondeado en bahía. Hubo de condescender con sus deseos, y puesto á bordo, mantuvo allí, y después en Tángier muchos meses por voluntad propia, pues era medroso y de condición indolente; aunque, según más adelante veremos, no permaneció en su retiro desocupado, procurando sostener y fomentar sus concepciones máximas y principios. Por lo demás, el lance ocurrido, doloroso y de perjudicial ejemplo, si bien provocado por la indiscreción y temeridad de Valiente, dio armas á los que después quisieron quejarse de falta de libertad.

Pero de pronto amilanáronse los enemigos de las reformas, y D. José Colón mismo desistió de sus peticiones, las que, sin embargo, pasaron al tribunal especial. Siguiéron en este todos sus tramites las enunas encomendadas á su examen y resolución. Lardizábal llegó de Alicante al principiar Noviembre, y arrestado en Cádiz, en el cuartel de San Fernando, hizo á las Cortes varias representaciones, procurando sincerar su conducta y escritos. Duraron meses estos negocios. El de la *España vindicada* ocupáronse con una calificación que en su favor dio la Junta suprema de censura, en oposición á otra de la provincia, excediéndose aquella de sus facultades. A los consejeros procesados, catorce en número, absolviolos de toda culpa en 29 de Mayo

de 1812 el tribunal especial. Ménos dichoso el señor Lardizábal, pidió contra él el fiscal la pena de muerte, y el tribunal, si bien no se conformó con dicho parecer, condenó al acusado, en 14 de Agosto del propio año, á que saliese expulso de todas las pueblos y dominios de España en el continente, islas adyacentes y provincias de Ultramar, y al pago de las costas del proceso, mandando que los ejemplares del manifiesto se quemasen públicamente por mano del verdugo. Apelló Lardizábal del fallo el Tribunal supremo de Justicia, ya entónces establecido; el que en sala segunda revocó y anuló la anterior sentencia, que continuó después en todas sus partes la sala primera, en virtud de apelación que hizo el fiscal del tribunal especial. Finalizaron así tan ruidosos asuntos, en los que si hubo calor y quizá algun desvío de autoridad, dejáronse, por lo ménos, á los acusados todos los medios de defensa; formando en esto contraste con los inauditos atropellamientos que ocurrieron después al restaurar el gobierno absoluto.

Volviendo poco á poco del asombro el partido anti-liberal, causó á su contrario nuevas turbaciones, naciendo la primera de querer poner al frente de la Regencia á una persona real. Hemos visto en el curso de esta *Historia* los principios que en diversas ocasiones reclamaron sus derechos á la corona de España, ó solicitaron tomar parte en los actuales acontecimientos. No disminuyeron después los pretendientes á pesar de la situación misera y atribulada de la Península, teniendo abogados hasta la antigua casa de Saboya, cuyo príncipe reinante moraba en la isla de Cerdeña, viviendo en mucho retiro, y habiéndole casi olvidado el mundo. Mas sobre todos reunía poderoso número de parciales la infanta doña María Carlota, de la que poco hace hablamos. Queríala los anti-reformadores como apoyo de sus pensamientos, queríala los antiguos palaciegos, y participaban también del mismo deseo muchos liberales, ansiosos de incorporar el reino de Portugal á España. Pero de los últimos, los más eran opuestos á la medida; pues, aunque partidarios, como los otros, de la union de la Península, no estimaban prudente por un bien lejano é incierto aventurar ahora el inmediato y mas seguro de las libertades públicas; persuadidos de que el bando contrario á ellas adquiriría notable fuerza con la ayuda y prestigio de una persona real. Sostenía la idea D. Pedro de Sousa, ahora marqués de Palmela, ministro entónces del reino de Portugal y de la corte del Brasil en Cádiz, hombre diestro y muy solícito en el asunto, si bien le oponía resistencia su compañero el ministro británico sir Henry Wellesley.

Tampoco se desdichó la Infanta, procurando por sí misma lisonjear á las Cortes, y hacer bago de mano ofrecimientos muy halagüeños. Con todo, á veces no anduvo atinada; y entre otros casos, acordámonos de uno en que por lo menos probó imprudencia extraña y summa. Había por este tiempo entre España y la corte del Brasil motivos de desavenencia y quejas que nacían de antiguas usurpaciones de aquel gobierno en la orilla oriental del río de la Plata, y también de reciente y desleal conducta en Montevideo. La Infanta, para desvanecer ciertas dudas que había sobre la parte que S. A. había tomado en el último procedimiento, escribió una carta á las Cortes como para satisfacerlas y desahogar con ellas su pecho, informándolas acerca de aquel punto y de otros; y terminaba por rogar que no se descubriese á su esposa aquella correspondencia. Singular confianza y encargo, como si pudiera

guardarlas sigilo en una corporacion compuesta de docientos individuos, de dictámenes y condiciones diversas. Dióse cuenta del asunto en secreto, y sobre el resolvieron las Cortes se hiciese saber á la Infanta que en materias tales tuviese á bien S. A. dirigirse á la Regencia, á cuyas facultades correspondia el despacho. Más adelante repitió, sin embargo, sus cartas la misma princesa, aunque alguna de ellas, segun veremos, con motivo plausible.

En tanto los manejos ocultos para colocar á dicha señora al frente del gobierno de España tomaron mayor incremento; y el diputado Laguna, de poco nombre é influjo, testó de ferro en este lance, hizo el 8 de Diciembre de este año de 1811, entre otras proposiciones, la de que se eligiese nueva Regencia, compuesta de cinco personas, de las que una fuese la persona real á quien tocase. Resultaba claro que ésta, aunque no se nombraba, era la infanta doña Maria Carlota, pues destruida la ley sálica, y ausentes y cautivos sus hermanos, á ella pertenecía por su inmediacion á la corona presidir en aquel caso la Regencia. La proposicion, á pesar de lo mucho que se habia maquinado, no fué ni siquiera admitida á discusion.

Pocos días despues promovió en secreto la misma cuestion D. Alonso Vera y Pantoja; pero habiéndose decidido que no era asunto que debiera tratarse á las calladas, renovóla dicho diputado en la sesion publica del 29 del propio Diciembre. Era don Alonso diputado por la ciudad de Merida, anciano, buen caballero, pero paguato, y más para poco que el ya mencionado Laguna. Presentó, pues, aquel una exposicion poco medida en sus terminos, de agria censura contra las Cortes, y que por ahí descubria no sólo de ajena mano, mas tambien de forastera y no amiga de aquella corporacion. Concluía el escrito con varias proposiciones, de las cuales las mas esenciales eran: 1.º Que se nombrase una Regencia, y presidente de ella á una persona real, concesiéndole el ejercicio pleno de las facultades asignadas al Rey en la Constitucion. 2.º Que en el termino perentorio de un mes despues de elegir dicha Regencia, se finalizasen las discusiones de la Constitucion, y se disolviesen las Cortes. 3.º Que no se convocasen otras nuevas hasta el año de 1813. Conjuró poco disfrazada y demasadamente grosera. El Sr. Calatrava, pidiendo que, conforme al reglamento, expusiese el autor sus proposiciones, puso al D. Alonso en grande apuro, estando éste ya muy confuso y proximo á nombrar la persona que se la habia apuntado. Pero despues, tomando el mismo Sr. Calatrava todo mas grave, dijo: «Una porcion de profetores se valen de hombres buenos, como lo es el Sr. Vera, que acaso no tendrá las luces necesarias. En ya tiempo de quitarles la máscara. Hombreros malvados se valen de estos instrumentos para desacreditar á las Cortes y entender la tea de la discordia entre nosotros.... ¿Qué ha hecho el autor de las proposiciones en los quince meses que están instituidas las Cortes? ¿Que proposiciones ha hecho para ayudar á estas? ¿Que planes ha presentado para salvar la patria? Regístrense las actas, bújense los expedientes de la secretaría. Allí se verá lo que cada uno ha hecho. ¿Que ha dicho y hecho el señor Vera, para acusar á las Cortes ahora? Dice que éstas no han ocupado en expedientes particulares: preguntó, ¿quien las ha promovido mas?... ¿De qué se trata en ese papel? De culpar á las Cortes como la causa de los defectos del Gobierno. ¿Y esto lo dice un diputado?... ¿A qué se dirigen estas proposiciones? A desacreditar á las Cortes y al

Gobierno. Esto no puede tener origen sino en personas descontentas por las reformas que se han intentado.»

Siguió la discusion, y el Sr. Argüelles hizo otras proposiciones en sentido inverso á las del diputado Vera, terminándose por aprobar, el 1.º de Enero, tres de las de dicho Sr. Argüelles; dos de las cuales eran importantes, y se dirigian la una á que «en la Regencia que ahora se nombrase para gobernar el reino con arreglo á la Constitucion, no se pudiese ninguna persona real»; y la otra, «á que se eligiese una comision de las mismas Cortes para que propusiera las medidas que conviniese tomar entre tanto que se organizaba el Gobierno, á fin de asegurar mejor la decision de tan importante negocio.» No tuvieron, de consiguiente, resulta las del Sr. Vera, que de suyo cayeron en el olvido.

Por lo demas, urgía nombrar Regencia: era en eso unanime la opinion de los diputados. La antigua estaba ya usada y como manca. Lo primero acontecia fácilmente en tiempos desamovados y de tanto apuro como los que corrían; pendía lo segundo de la ausencia casi continua de D. Joaquín Blake, y de haber ahora éste acabado de perdidos, quedando prisionero en la toma de la ciudad de Valencia.

Pasaron, pues, las Cortes á ocuparse en la eleccion de la Regencia nueva, y se pusieron con este motivo todos los partidos muy sobre aviso. Precedió para ello una lista de candidatos y un exámen de condiciones presentadas por la comision elegida á propuesta del Sr. Argüelles. Hubo en la materia discusiones secretas, largas y refidas. Al cabo fueron el 21 de Enero nombrados regentes «el teniente general Duque del Infantado, D. Joaquín Mosquera y Figueron, consejero en el supremo de Indias; el teniente general de la armada D. Juan Maria Villavicencio, D. Ignacio Rodriguez de Rivas, del Consejo de S. M., y el teniente general Conde del Abisbal»; entre los cuales debía turnar la presidencia cada seis meses por el orden en que fueron elegidos, que era el que ya indicaba.

Estos señores, excepto el Duque del Infantado, ausente en Londres como embajador extraordinario, juraron en las Cortes el 22, y el mismo día tomaron posesion de sus plazas. Habian hecho en gran parte la eleccion los antiguos reformadores, por habérseles unido, en especial para la del Duque del Infantado, los americanos, confiadlos éstos en que así serian mejor sostenidas sus pretensiones y sus candidatos, en lo cual se engañaron. Recibíálos mal en Cadix el nombramiento, vislumbrando ya el publico el lado adonde se inclinarian los nuevos regentes.

Los que acababan, ya que no fuesen los más adecuados para aquel puesto, distinguieronse por su patriotismo y sanas intenciones, y las Cortes, en atencion á ello, nombraron á todos tres, á saber, á los señores Blake, Agar y Ciscar, del Consejo de Estado que iba á formarse, sin excluir al primero, aunque ya camino de Francia.

Junto á unas Cortes de tanto poder como las actuales, aminorábase la importancia del Gobierno, y no parecia su autoridad tan principal como lo habia sido la de los anteriores. Así el exámen de su administracion no puede ahora detenernos igual tiempo que nos detuvo la de la Junta Central y primera Regencia, habiendo ya hablado de muchos asuntos en que se ocuparon las Cortes, y se rozaban con los otros de la potestad ejecutiva. En la parte diplomática, los dos más graves que ocurrieron, fué el de la

mediación inglesa para América, y el comienzo de la alianza con Rusia, de los que ya hicimos mención, y estaban todavía ahora pendientes.

No hubo tratado de subsidios ni algún otro posterior al de 1809 con la Inglaterra, que menguaba sus auxilios directos, particularmente en metálico, al Gobierno supremo, reduciéndose por lo común los que aprontaba á anticipaciones sobre entradas de América ó sobre libranzas dadas contra aquellas cajas. Sin embargo, las Cortes habían dado varias providencias en cuanto á algodones, muy útiles á las manufacturas británicas. Fué la primera en Mayo de 1811, por la cual se permitió (12) á que los géneros finos de aquella clase, á la sazón existentes en las provincias de España, pudieran embarcarse y conducirse á América en el preciso término de seis meses, con la circunstancia de que á su salida de la Península satisficieran los derechos que debían adeudar á su entrada en Ultramar, con la rebaja de un dos por ciento en los expresados derechos. En Noviembre del mismo año se dieron mayores ensanches á la concesión, extendiéndola á los algodones ordinarios, y prorogándola por más tiempo el término de los seis meses. Véase cuánta no sería la introducción en América de aquella y otras mercaderías al abrigo de tales permisos, y cuántas las ganancias de los súbditos ingleses.

La marina se mantuvo con corta diferencia en el mismo tér y estado que antes, y también los ejércitos, pues si por una parte se aumentaron de éstos el cuarto, quinto y sexto, empezando á formarse el séptimo, las pérdidas experimentadas por la otra en las plazas de Cataluña, y la última y sensibilísima de Valencia, disminuyeron el primero, segundo y tercero, y hasta el mismo cuarto ejército. Recibieron las partidas bastante incremento, y cada vez mejor organización.

Continuaba siendo vária é incierta la entrada de caudales en las provincias, pero crecieron sus recursos en especie con una providencia que dieron las Cortes en 25 de Enero de 1811, mandando que para la manutención de los ejércitos y formación de almacenes de viveres, además de los frutos que pertenecían al erario por censado, noveno y demás ramos, se aplicase la parte de diezmos, aunque con calidad de reintegro, que no fuese necesaria para la subsistencia de los diversos partícipes, habiéndose después prevenido que fuesen las juntas de provincia las que determinasen la cuota de dicha subsistencia. Aquellas corporaciones se habían propagado mas y más, formándose hasta en los territorios de Toledo y Ávila, y en otros nuevos de los ocupados. Su órden y gobierno interior había continuado también perfeccionándose con el último reglamento que se dió para las juntas, las cuales permanecieron al frente de las provincias hasta que más adelante se fueron nombrando las diputaciones que creaba la Constitución.

En Cádiz subsistía el ramo de hacienda administrado directamente por el Gobierno supremo, después que en 31 de Octubre de 1810 se rescindió el contrato con la Junta de aquella ciudad. Las entradas en los dos restantes y últimos meses del mismo año ascendieron á 56 740.380 reales vellón, en que se comprenden 30.588.672 idem reales conducidos de Ultramar por el navío *Baluarte*; y las de 1811, desde 1.º de Enero hasta 31 de Diciembre inclusive,

á 201.678.121 reales vellón; de ellos 70 975.692 de la misma moneda, procedentes también de América: suma ésta y la anterior todavía considerable en medio de las revueltas que agitaban á aquellos países. El ministro británico anticipó en el último año 15.758.200 reales vellón; se le reintegraron luego diez millones en letras á la vista contra las cajas de Lima, que pasó á recoger el capitán inglés Fleming en el navío de guerra *El Estanorte*. Antes en Diciembre de 1810, igualmente se entregaron al cónsul de la propia nación en Cádiz 6.000.000 en pago de cantidades prestadas.

Por tanto, si el estado de los negocios públicos no se había mejorado desde la instalación de la Regencia cesante, y ántes bien se habían padecido dolorosos descalabros en la parte militar, vease, con todo, que la causa de la nación no estaba aun perdida ni falta de esperanzas, mayormente si se atiende, según insinuamos ya, á los acontecimientos ocurridos en Portugal y á otros que se columbraban, á la perseverancia de nuestros ejércitos; al resaca y muchedumbre de las partidas; y en fin, al impulso que dieron y aliento que infundían las Cortes con sus providencias, las muchas reformas útiles y la nueva Constitución.

En tales circunstancias, favorecida por algunas ventajas y rodeada en verdad de muchos obstáculos, comenzó á gobernar la Regencia de los cines, recién nombrada. Modificaron las Cortes el reglamento interior de ésta, según proposición que había ya formalizado en 21 de Octubre D. Andres Angel de la Vega Infanzon, diputado por Asturias, y el mismo que vió el lector en Londres en 1804, hombre de vasta capacidad y de muchos y profundos conocimientos. Se hacía ahora más precisa la alteración del anterior reglamento con motivo de las novedades que iba á introducir la Constitución, y por eso una comisión especial, á la que había pasado la propuesta del diputado Vega, acompañada de un proyecto del mismo señor sobre la materia presentó un nuevo arreglo, cuya discusión comenzó el 2 de Enero, terminándose ésta y aprobándose el dictámen en 24 del propio mes. La Comisión había seguido casi en todo los pensamientos del Sr. Vega, quien había observado de cerca y atentamente el método que prevalecía en las secretarías de Inglaterra, y en el modo de proceder de sus ministros.

Se componía el reglamento ahora formado de tres capítulos. 1.º De las obligaciones y facultades de la Regencia. 2.º Del modo con que la Regencia debía acordar sus providencias con el Consejo de Estado y secretarías del Despacho, y de la Junta que habían de formar éstos entre sí. 3.º De la responsabilidad de la Regencia y de la de los secretarías del Despacho. La discusión fué importante en ciertos puntos. No era el primer capítulo sino una mera aplicación, por decirlo así, de los artículos de la Constitución, dando á la Regencia las mismas facultades que tenía el Rey, salvo algunas restricciones. Establecíase muy sabiamente en el capítulo II que los ministros formasen entre sí una Junta, y también el modo de asentar sus acuerdos y resoluciones para hacer efectiva en su caso la responsabilidad. Tuvo aquella propuesta contradicciones, acordándose algunos de la Junta llamada de Estado, que en 1787 había introducido el Conde de Floridablanca, y por cuyo medio habíase ésta convertido realmente en ministro universal de la monarquía, pero no se hacían cargo de que lo mismo que pudo quizá ser un mal en un gobierno absoluto reconociendo todavía más la autoridad suprema, se cam-

(12) Diario de las discusiones y acts de las Cortes, tomo 7, página 255.

biaba en un bien, y era necesario, en un gobierno representativo, así para aunar las providencias, como para resistir á los grandes embates de la potestad legislativa. Se particularizaban en el capítulo III, según anunciaba ya su título, los trámites que habían de preceder para examinar la conducta de los individuos del Gobierno y la de los ministros, y decidir cuándo se estaba en el caso de formarlos causa.

Aprobado, pues, este reglamento, escogida é instalada la Regencia, y nombrados en Febrero hasta veinte consejeros de Estado (se reservaba la elección de los restantes para mejores tiempos), púsose en ejercicio y concertado orden la potestad ejecutiva conforme á las bases de la nueva ley fundamental, no quedando ya que hacer en esta parte, sino firmar la Constitución y llevar á efecto su jura y promulgación solemne.

Verificóse el primer acto el 18 de Marzo de 1812, firmando los diputados dos ejemplares manuscritos, de los cuales uno debía guardarse en el archivo de Córtes, y otro entregarse á la Regencia. Concurrieron 184 miembros; veinte más se hallaban enfermos ó ausentes con licencia. Entre los de Europa, no sólo había diputados propietarios por las provincias libres, sino también otros muchos por las ocupadas; siguiendo éstas aprovechándose, para hacer las elecciones, de los cortos respiros que les dejaban la invasión y vigilancia francesa. Contábanse ya de América vocales aun de las regiones más remotas, como lo eran algunos del Perú y de las islas Filipinas, escogidos allá por sus propios ayuntamientos.

El 19 juraron la Constitución en el salon de Córtes los diputados y la Regencia: se prefirió aquel día como aniversario de la exaltación al trono de Fernando VII. Ambas potestades pasaron en segunda junta á la iglesia del Córmen á dar gracias al Todopoderoso por tan plausible motivo. Ofició el Obispo de Calahorra, y asistieron los miembros del cuerpo diplomático, incluso el nuncio de Su Santidad, los grandes, muchos generales, magistrados, jefes de palacio é individuos de todas clases. Por la tarde hizo la promulgación con las formalidades de estilo, y hubo en aquella noche y en las siguientes regocijos y luminarias, esmerándose en adornar sus casas los ministros de Inglaterra y Portugal, sobre todo el último, Marqués de Palmela.

Aunque lluvioso el día, en nada se disminuyó el contento y la satisfacción. Veíanse los diputados elogiados y aplandidos, y los bendecían muchos por ir realizando las esperanzas concebidas al instalarse las Córtes. En todas partes no se oían sino vivas y alborozados clamores, y en tentros, calles y plazas se entonaban á porfía canciones patrióticas alusivas á la festividad tan grata. Arrobaos los más de placer y júbilo, ni reparaban en las bombas, fremontes á la sazón; las cuales alcanzando ya á la plaza de San Antonio, amenazaban de consiguiente, como más cercanos, los edificios donde tenían sus sesiones las Córtes y la Regencia, que no por eso mudaron de sitio. Al contrario, el empuño del francés fortalecía á los españoles en su propósito, y realizábase así, y aun más ahora que antes, en la isla, la situación del gobierno legítimo y la de las Córtes, unificada ya por la inalterable constancia de ambas autoridades, por sus sábias resoluciones, y por otros afanes y tareas en que habían acudido á tomar parte diputados de países tan lejanos y diversos, hombres de tan varias y distintas entijos.

Para perpetuar la memoria de la publicación de

la Constitución se acuñaron medallas, y hubo á este fin donativos cuantiosos. También los ingenios españoles celebraron en prosa y verso acontecimientos tan fausto, brillando en muchas composiciones el talento y buen gusto, y en todas el patriotismo más ascendido.

Con igual alegría y fiestas que en Cádiz se promulgó y juró la Constitución en la isla, y sucesivamente en las otras provincias y ejércitos de España, tratando á cual más todos de manifestar su gozo y adhesión cumplida. Lo mismo hicieron las corporaciones, ya civiles, ya eclesiásticas, lo mismo muchadumbre de particulares que á competencia enviaban al Congreso sus parabienes y felicitaciones. Los diarios, las gacetas y los papeles del tiempo comprueban la verdad del hecho, y dan, por desgracia, sobrado testimonio de la frágil condición humana y sus vaivenes. Cundió en seguida el ardor á Ultramar, y prodigáronse á las Córtes desde aquellas apartadas regiones, comprendidas todavía bajo el imperio español, reiteradas alabanzas y sentidas encomias.

Representábase, pues, como asentada de firme la Constitución. Pero si bien la libertad echó raíces, que al cabo es de esperar den fruto; aquella ley, aunque planteada entónces en todo el reino, y restablecida años después con general aplauso, derribada siempre, parece destinada á pasar, como decía un antiguo de la vida, á manera de sueño de sombra.

LIBRO DÉCIMONONO.

Acontecimientos en las provincias.—Primer distrito.—Combate de Villavieja.—De San Felipe de Callaña.—De Alcafala.—Batallas en Francia.—Arden de Beld.—Guerres combates y sucesos.—Divida Napoleón la Cataluña en departamentos.—Da el mando de ella á Buchet.—Segundo distrito.—Segundo y tercer ejército.—Partidas.—Divisiones de Bache y Wellington.—Batallas en Valencia.—Empresario del Emperador, de Villavieja y de Lirán.—El Mango.—Goya.—Toma Durán á Soría y á Tudela.—Batallas de Alcañiz.—Batallas.—Quinto distrito.—Gente y Merito.—Paradas.—Revoluciones.—Evacuación de Asturias.—Presidencia del general Castaños.—Nueva entrada de los franceses en Asturias.—Rualla.—Septimo distrito.—Poder.—Luna raudillo y Junta de Vitoria.—Renovación.—El Pastor.—Individuos de la junta de Burgos ahogados por los franceses.—Venencia que toma Merino.—Decreto notable de Napoleon.—Ezora y Miza.—Acción de Sanguera.—Pena de un secundo y un en Arriban.—Muerte de Mr. Eschendo.—Secretario de José.—Morte de Cruzaga.—Medidas administrativas de Mina.—Junta de Wellington sobre las cuartillas.—Movimiento de Wellington.—Pena el inglés alio á Bache.—Acuerdo alio á la plaza.—Toma alio anglo portugués.—Mantent a los rectos.—Gente comedidas.—Avanar donit y se retira.—Acercame los españoles a Baylia.—Movimiento de Marmon hacia Ciudad Rodrigo.—Wellington vuelve al Alcala.—Batallas Hilla sobre de los franceses en el Tajo.—Soult y Palledero.—Chaque en Goma y Alora.—Acción de Borneo, ó del canalito.—Guerre entre Napoleon y la Rusia.—Opinion en Alemania.—Medidas preventivas de Napoleon.—Proposiciones de Napoleon á la Dieta.—Gente a lon.—Empresario la guerra de Bache con Italia.—Indicador de la guerra respecto de España.—Manejo en Cádiz del partido de José.—Sociolados secretos.—Esperanzas del partido de José en los tratos con París.—Desentendime.—Asesoun fura del monarca de Santa Clara.—Proyecto de José de convocar Córtes.—Baque y hambre, soben bado en Madrid.—Presidencias desentendime.—Ruades en las provincias.—Atuñada y a salmas.—Tarea de las Córtes.—Libertad de la Imprenta y a salmas.—Diccionario manual y Diccionario critico-burlesco.—Sensación que causa el Diccionario critico-burlesco.—Senten de las Córtes y reunión que provoca.—Tentativa para rescatar la Inquisición.—Desado de aquel tribunal.—Bacon importante para rescatar la Inquisición.—Se espula el restablecimiento de la Inquisición.—Transigence que se discutan las Córtes.—Para el golpe la comisión de Constitución.—Se convocan las Córtes ordinarias para 1813.

Antes de referir los combinados y extensos movimientos que ejecutaron, al promediar del año de 1812, las armas aliadas, echáremos una ojeada

rápida sobre los acontecimientos parciales ocurridos durante los primeros meses del año en las diversas provincias de España. Comenzáronse por la de Cataluña, ó sea el primer distrito.

Allí D. Luis Lacy, ayudado de la Junta del principado y de los demás jefes, mantenía cruda guerra; habiéndose situado á mediados de Enero en Reus, con amago á Tarragona. Escasez de viveres y secretos tratos habían dado esperanzas de recuperar por sorpresa aquella plaza. Avisado Suchet, previno el caso, y comunicó para ello órdenes al general Musnier, que mandaba en las riberas del Ebro hacia su embocadero; quien por su parte encargó al general Lafosse, comandante de Tortosa, que avanzase más allá del Coll de Balaguer, y explorase los movimientos de los españoles. Confiado este sobradamente, imaginó que Lacy se había alejado al saber la noticia de la rendición de Valencia; por lo que sin reparo, y participándosele así á Musnier, prosiguió á Villaseca, en donde acampó el 19 de Enero. Consistía la fuerza de Lafosse en un batallón y 60 caballos, con los que se metió en Tarragona, dejando á los infantes, para que descansasen, en dicho Villaseca. Don Luis Lacy aprovechó tan buena oportunidad, y arremetió contra los últimos, logrando, á pesar de una larga y vivísima resistencia, desbaratarlos, y coger el batallón casi entero con su jefe Dubarry. En vano quiso Lafosse revolver en socorro de los suyos: habíanlos ya puesto en cobro los nuestros. Se distinguieron en tan glorioso combate el Barón de Eroles y el comandante de coraceros Canalsola.

Llamado entonces el general en jefe español á otras partes, dejó apostado en Reus á Eroles, y marchó con D. Pedro Sarsfield la vuelta de Vich, adonde había acudido el general francés Decaen. Al aproximarse los nuestros, evacuaron los enemigos la ciudad, y en San Feliu de Codinas trabóse sangrienta lid. Al principio cayó en ella prisionero Sarsfield; mas á poco libertáronle cuatro de sus soldados, y cambiando la suerte, tuvieron los franceses que retirarse aporreadamente.

En tanto Eroles sostuvo el 24 de Enero otra acometida del enemigo. Embistieronle los generales Lamarque y Maurice Mathieu en Altafulla, acorriendo ambos de Barcelona con superiores fuerzas. Acosado y envuelto el general español, vióse en la precisión de dispersar sus tropas, á las que señaló para punto de reunion el monasterio de Santas-Cruces. Sacrificáronse dos compañías del batallón de cazadores de Cataluña con intento de salvar la division, y lo consiguieron, arrojando y conteniendo el ímpetu del enemigo en un bosque cercano. Nuestra pérdida consistió en 500 hombres y dos piezas; no escasa la de los franceses, que quisieron vengar en este reencuentro el revés de Villaseca.

Rehecho luego Eroles, caminó por disposición de Lacy al norte de Cataluña, via del valle de Aran, con orden de apoyar á D. Pedro Sarsfield, quien penetró bravamente en Francia el 14 de Febrero, siguiendo el valle del Querol, y derrotando en Rospiquet á un batallón que le quiso hacer frente. Recorrió Sarsfield varios pueblos del territorio enemigo; exigió 50.000 francos de contribucion; cogió más de 2.000 cabezas de ganado, y tambien partecbos de guerra.

Acabada que fué la incursion de Sarsfield en Francia, revolvó Eroles con su gente sobre Aragon, y se adelantó hasta Benasque y Graus. Andaba por aquí la brigada del general Bourke, parte-

ciente al cuerpo llamado de reserva de Bode, que despues de la conquista de Valencia habia tornado atras, y tomado el nombre de cuerpo de observacion del Ebro. Atacó Bourke á Eroles en Boda partido de Benavarre, el 6 de Marzo, hallándose apostado en el pueblo que se asienta en un monte aguido. Duró la refriega diez horas, y al cabo quedó la victoria de parte de los españoles, teniendo los franceses que retirarse abrigados de la noche, muy mal herido su general, y con perdida de cerca de 1.000 hombres. Refugióse Bourke en Barbastro, y despues en la plaza de Lérida, temeroso de Mina á poco vino en su ayuda parte de la division de Roveroli, que era otra de las del cuerpo de Iturre, la cual penetró tierra adentro en Cataluña, en persecucion de Eroles, infructuosa é inútilmente.

Con suerte vária empujéronse por el mismo tiempo diversos combates en los demás distritos de aquel principado. De notar fué el que sostuvo en 27 de Febrero cerca de la villa de Daruís el teniente coronel D. Juan Rimban, al frente del primer batallón de San Fernando; en el que quedaron destruidos 500 infantes y 20 caballos enemigos. Lo mismo aconteció en otras refriegas trabadas en Abril, no léjos de Aulet y Llaveneras, por Minas y Rovira. Repetíanse á cada instante parecidas ataques, si no todos de igual importancia, á las ordenes de Fahregas, Gay, Manso y otros jefes. Continuaba por nosotros la montaña de Abona, muy propio para instruccion de reclutas; tambien la plaza de Cardona y la Seu de Urgel, donde ocupó su gobernador D. Manuel Fernandez Villamil, atalayando el territorio frances, no desaprovechaba ocasion de incomodar á sus habitantes sacando contribuciones. Del lado de la mar manifestábase en nuestro poder las islas Medas, impenetrable asilo, gobernado ahora por D. Manuel Izquierdo, que molestaba á los enemigos hasta con cañoneros, que se destacaban de aquella guarida.

Y como si no bastasen los hechos anteriores para asustar trafago tan belicoso, vino aun á aumentar un decreto dado por Napoleon en 26 de Enero, segun el cual se dividia la Cataluña, como si ya perteneciese á Francia, en cuatro departamentos á saber: 1.º, del Ter, capital Gerona; 2.º, de Monserrat, capital Barcelona; 3.º, de las Bajas del Ebro, capital Lérida, y 4.º, del Segre, capital Puigcerdá. Para llevar á efecto esta determinacion, llegaron en Abril á la ciudad de Barcelona varios empleados de Francia, y entre ellos Mr. de Chauvellin, en su gado de la intendencia de los llamados departamentos de Monserrat y Bajas del Ebro; y monsieur Treillard, nombrado prefecto del de Monserrat. Le instaló en sus puestos el 15 del mismo mes el general Decaen. Burlábanse de tales disposiciones los mismos franceses, diciendo en cartas interceptadas: «Aquí deberian enviarse, por diez años á ménos, ejércitos y bayonetas, no prefectos.» Los moradores, por su parte, despechábanse más y más viendo en aquella resolucion, no ya la mudanza de dinastía y de gobierno, sino hasta la pérdida de su antiguo nombre y naturaleza, sentimientos arraigados y muy profundos entre los españoles y sobre todo entre los habitantes de aquella provincia.

Por entónces, aunque continuó al frente de Cataluña el general Decaen, dieron los franceses la premacia del mando de toda ella, como ya la tenia de una parte de la misma provincia y de Aragon y Valencia, al mariscal Suchet. Con este motivo el de prevenir desembarcos que se tenían por aque-

las costas, avistáronse él y Decaen en Reus el 10 de Julio. Nacian semejantes recelos de una expedición inglesa que se dirigía á España, procedente de Sicilia, de la cual hablaremos despues, como conexa con la campaña general é importante que empezó en este verano. También inquietaban á dichos generales movimientos de Lacy hacia la costa, y noticias de conspiraciones en Barcelona y Lerida. En la primera de las dos ciudades prendieron los franceses y castigaron á varios individuos; y en la última el gobernador Henriot, conocido ya como hombre cruel, halló ocasión de saciar su saña con motivo de haberse volado el 16 de Julio un almacén de pólvora, de cuya explosión resultaron muchas víctimas, y abrirse una brecha en el baluarte del Rey. Atribuyó el general francés este suceso, no á casualidad, sino á secretos manejos de los españoles. Sospechas fundadas; si bien nada pudo Henriot descubrir ni poner en claro en el asunto.

El fatal golpe de la caída de Valencia comprimio por algun tiempo el fervor patriótico de aquel reino, no habiendo ocurrido en él al principio acontecimiento notable. Sin embargo, el gobierno supremo de Cadix envió por comandante general de la provincia á D. Francisco de Capoa y Navia, quien, gozando de buen nombre por la reciente defensa de Tarifa, trató ya en Abril de animar con proclamas á los valencianos, desde el punto de Alicante. Relacionase en Murcia el segundo y tercer ejército, todavía al mando de D. José O'Donnell; ascendiendo el número de gente en ambos á unos 18000 hombres. Limitáronse sus operaciones á varias correrías, ya por la parte de Granada, ya por la de la Mancha, ya, en fin, por la de Valencia: todas entónces no muy importantes, pero que de nuevo inquietaban al enemigo. Don Antonio Porta, comandante del reino de Jaén, bajo la dependencia de este ejército, cogió en 5 de Abril, entre Bailén y Guarranman, prisionero un numeroso convoy que iba de Madrid á Sevilla. Se achacaba también por allí el partitillo D. Bernardo Márquez, como igualmente hacia la Carolina D. Juan Baza, segundo de D. Francisco Abad (Chalero); quien proseguía en la Mancha sus empresas. En esta provincia mandaba aún D. José Martínez de San Martín; y recorriendo á veces la tierra con feliz estrella, se abrigaba en las montañas ó en Murcia; habiendo repellido el 16 de Marzo, en la ciudad de Chinchilla, una columna francesa que vino en busca suya.

Mirabase como refuerzo importante para el segundo y tercer ejército una division española que se formaba en Alicante, equipada á costa del gobierno británico, y regida por el general Berrio, inglés, al servicio de España: asimismo otra de la misma clase, que adiestraba en Mallorca el general Whittingham, debiendo ambas obrar de acuerdo con el segundo y tercer ejército, y con la expedición anglo-siciliana mencionada arriba.

Tampoco porquiebán á la tropa reglada algunas guerrillas que empezaban á rebullir hasta en las mismas puertas de la ciudad de Valencia; principalmente la del Fraile, denominada así por capitanearla el franciscano descalzo fray Asensio Nebot, que importunaba bastante al enemigo con acometimientos y sorpresas.

Pero las partidas que se mostraban incansables en sus trabajos eran las ya ántes famosas del Empecinado, Villacampa y Duran, pertenecientes á este segundo distrito. El Conde del Montijo, á quien Blake habia nombrado jefe de todas tres, retirase, verificada la rendición de Valencia, y se incorporó

á las reliquias de aquel ejército, campeando de nuevo por sí los mencionados caudillos, según decaban, y cual quizá convenia á su modo de guerrear.

Tuvo D. Juan Martín el Empecinado que deplorar en 7 de Febrero la pérdida de 1200 hombres, ocurrida en Rebollar de Sigüenza en un encuentro con el general Guy, estando para ser cogido el mismo Empecinado en persona, quien sólo se salvo echándose á rodar por un despeñadero abajo. Achiacaron algunos tal descalabro á una alevosía de su segundo D. Saturnino Albarrin, llamado el Manco; y parece que con razón, si se atiende á que hecho prisionero éste tomó partido con los enemigos, empujando el brillo de su anterior conducta. Ni aun así paró el Manco en su deshecha carrera; preparose á querer seducir á D. Juan Martín y á otros conañeros, aunque en burla, y á levantar partidas que apellidaron de *contra-Empecinados*, las cuales no se portaron á saber del enemigo, pues ni se los soltaban á nuestro bando luego que se les abría ocasión.

Al regresar D. Pedro Villacampa de Murcia á Aragón oscurmentó, durante el Marzo, á los generales Palombini y Pannetier en Campillo, Ariza y Pozobondon. Unióse en seguida con el Empecinado; y obrando juntos ambos jefes, amenazaron á Guadalupe. Separáronse luego, y Villacampa tornó á en Aragón, al paso que D. Juan Martín acometió á los franceses en Guenea, entrando en la ciudad el 9 de Mayo, y encerrando á los enemigos en la casa de la Inquisición y en el hospital de Santiago. No siendo posible al Empecinado forzar de pronto estos edificios, se retiró y pasó á Cifuentes; y habiéndose el 21 en la vega de Mosogoro, dudaba si aguardaría ó no á los enemigos que se acercaban, cuando subieron los soldados de que consta el Manco, quisieron pelear á todo trance. Lograron los nuestros la ventaja, y el Manco hayó apresura lamento, que no cabe por lo común valor muy firme en los traidores.

También D. Ramon Gayan estuvo para apoderarse el 29 de Abril del castillo de Calatayud, muy fortificado por los franceses. No lo consiguió; pero á lo menos tuvo la dicha de coger á su comandante, de nombre Favalelli, y á 60 soldados que se hallaban á la sazón en la ciudad.

Por su parte llevó igualmente entónces á cabo D. José Duran dos empresas achacadas, que fueron la toma de Soria y el asalto de Tudela. Espectó la primera el 18 de Marzo, auxiliado de un paje y de dos noticios que le dio el arquitecto D. Dionisio Babilola. Inútilmente quisieron los enemigos defender bravura: penetraron dentro los nuestros, rompiendo las puertas, y obligando á los franceses á recogerse al castillo con pérdida de gente y de algunos prisioneros. Alcanzaron la libertad muchos buenos españoles allí encareolados. Guarnecian á Tudela de Soria 1000 infantes enemigos, y la combatiéron los nuestros el 28 de Mayo. Habíala los franceses fortificado bastante; mas todo cedió al ímpetu de los soldados de Duran, que asaltaron la ciudad por el Cárrman Descalzo y por la Misericordia, guiando las columnas D. Juan Antonio Tuberosa y D. Domingo Murcia. Los enemigos se metieron también esta vez en el castillo, dejando en nuestro poder 100 prisioneros y muchos portochos.

En el cuarto distrito manteníase la mayor parte de su ejército en la riba de Leon, con buena disciplina y órden, yendo en aumento en fuerza más bien que en mengua. Las rebueltas en este tiempo no fueron muchas ni de entidad. Continuaba asimismo por el Banco derecho en Honda el general

Ballesteros, habiendo atacado el 16 de Febrero en Cartama al general Marrasin. Desbaratle con pérdida considerable, siendo además herido gravemente de dos balazos el general francés. En seguida tornó Ballesteros al campo de Gibraltar por venir tras de él con bastante gente el general Rey: tomó el español la ofensiva no mucho tiempo después, con objeto, según veremos, de atraer á los enemigos de Extremadura.

Aquí y en todo el quinto distrito se hallaba reducido el ejército por escasez de medios, si bien apoyado en el cuerpo que gobernaba el general Hill. Consistía su principal fuerza en las dos divisiones que mandaban el Conde de Peñe Villenar y don Pablo Morillo. Coadyuvaron ambas á las operaciones que favorecieron el sitio y reconquista de Badajoz, de que hablaremos más adelante. Peñe solía acudir al condado de Niebla y libertar de tiempo en tiempo á los pueblos, que enviaban de continuo provisiones á Cádiz, y formaban como el flanco izquierdo de tan inexpugnable plaza. Morillo con su acostumbrada rapidez y destreza hizo en Enero una excursión en la Mancha, y llegó hasta Almagro. Entró el 14 en Ciudad-Real, en donde le recibieron los vecinos con gran júbilo, y volvió á Extremadura después de molestar á los franceses, de causarles pérdidas, cogerles algunos prisioneros, y alcanzar otras ventajas.

Las partidas de este distrito, sobre todo las de Toledo, seguían molestando al enemigo; y Palarea, uno de los principales guerrilleros de la comarca, recibió del príncipe regente de Inglaterra, por mano de lord Wellington, un sable, « en prueba de admiración por su valor y constancia. »

El ejército del sexto distrito contribuyó con sus movimientos á acelerar la evacuación de Asturias, verificada nuevamente á últimos de Enero en virtud de órdenes de Marmont, apurado con el sitio y toma de Ciudad-Rodrigo. No pudieron los franceses ejecutar la salida del principado sino á duras penas por las muchas nieves, y molestados por los paisanos y tropas asturianas, como asimismo por D. Juan Díaz Porlier, que los hostilizó con la caballería, cogiendo bagajes y muchos rezagados. También penetraron no pocos hombres, dinero y efectos á bordo de cinco trincadoras que tripularon los enemigos en Gijón, de las cuales se fueron cuatro á pique, acometidas de un temporal harto recio.

Por lo demás, las operaciones del sexto ejército en el invierno se limitaron á algunos amagos, á causa de lo riguroso de la estación, y en espera de los movimientos generales que preparaban los aliados. Mandábale, como antes, D. Francisco Javier Abadía, conservando la potestad suprema militar el general Castaños, que, según indicamos, gozaba también de la del quinto y séptimo ejército.

Trasladóse este último jefe á Galicia, yendo de Ciudad-Rodrigo por Portugal, y pisa á principios de Abril aquel territorio. Para alentar con su presencia á los habitantes, juzgó del caso, no sólo tomar providencias militares y administrativas, sino también halagar los ánimos con la deleitable perspectiva de un mejor orden de cosas. Decíales, por tanto, en una proclama datada en Pontevedra á 14 de Abril... (1) « Mi buena suerte me proporciona ser quien ponga en ejecución en el reino de Galicia la nueva Constitución del imperio español, ese gran monumento del saber y energía de nuestros representantes en el Congreso nacional, que asegura

nuestra libertad, y ha de ser el cimiento de nuestra gloria venidera. »

Volvieron los franceses á mediados de Mayo á ocupar á Asturias, ya por lo que agradaba al general Bonnet residir en aquella provincia, donde obraba con independencia casi absoluta, ya por disposición del general Marmont, en busca de carne, de que escaseaba su ejército en Castilla. La permanencia entonces no fué larga ni tampoco tranquila, siendo de notar, entre otros hechos, la defensa que el coronel de Laredo, D. Francisco Rato, hizo en el convento de San Francisco de Villaviciosa contra el general Gautier, que no pudo desalojarle de allí á la fuerza. Tuvo Bonnet que evacuar el principado en Junio, aguijados los suyos hacia Salamanca por los movimientos de los anglo-portugueses. Verificaron los franceses la salida del lado de la costa, vía de Santander, temerosos de encontrar tropiezos si tomaban el camino de las montañas que parten término con Leon. El mando del sexto ejército español, después de una corta interinidad del Marqués de Portugal, recayó de nuevo en D. José María de Santocildes con universal aplauso.

Muchos continuaban siendo los reencuentros y choques de los diversos cuerpos y guerrillas que formaban el séptimo ejército bajo D. Gabriel de Mendizábal, quien poniéndose al frente, cuando de unas fuerzas, cuando de otras, juntábalas ó las separaba según creía conveniente, estrechando en una ocasión á los franceses de Burgos mismo.

De los jefes que le estaban subordinados, destacaba Porlier, conforme hemos visto, al este de Asturias, siempre que el principado se hallaba en poder de enemigos, acudiendo, en el caso contrario, á los llanos de Castilla ó á Santander, ó bien embarcándose á bordo de buques ingleses y españoles en amago de algunos puntos de la costa.

Lo mismo ejecutaban en Cantabria el ya nombrado D. Juan Lopez Campillo, con Salcedo, la Riva y otros varios caudillos.

En las provincias Vascongadas instalóse en Febrero la Junta del señorío, que comúnmente residía ahora en Orduña. Por el esmero que dicha autoridad puso, y bajo la inspección del general Mendizábal, acabó D. Mariano Renales de formar entonces tres batallones y un escuadrón; los primeros de á 1.200 hombres cada uno, que empezaron á obrar en la actual primavera. Alimentáronse en los diversos focos de insurrección, creados ya antes en gran parte por la actividad y cuidado especial del Pastor y Longa. En sus correrías extendióse Renales por la costa, mandando sus operaciones con las fuerzas marítimas británicas, que á la orden de sir Home Popham cruzaban por aquellos mares; y hubo circunstancia en que ambos cercaron de cerca ó escarmentaron á los franceses de Bilbao y otros puertos. Bien así como D. Gaspar Jauregui (el Pastor), poco há nombrado, á quien se debió, sostenido por dicho Popham, la toma de Lequeitio el 18 de Junio, de un fuerte, ganado por asalto, y la de un convento, en donde se cogieron cañones, pertrechos y 290 prisioneros.

Perseguían los enemigos con encono á las juntas de este séptimo distrito, que auxiliadoras en gran manera de las guerrillas y cuerpos francos, fomentaban, además, el espíritu hostil de los habitantes por medio de impresos y periódicos publicados en los lugares recónditos en donde se albergaban. Así avinole terrible fracaso á la de Burgos, una de las más diligentes y tenaces. Cuatro de sus vocales, D. Pedro Gordo, D. José Ortiz Covarrubias, don

(1) Véase la Gaceta de la Esencia de 7 de Mayo de 1812.

Eutogio José Muro y D. José Navas (nombres que no debe olvidar la historia) tuvieron la fatal desgracia de que, sorprendiéndolos los enemigos el 21 de Marzo en Grado, los trasladasen á la ciudad de Soria, y los arcaucesasen ilegal é inhumanamente, suspendiendo sus cadáveres en la horca. Irritado con razón D. Jerónimo Merino, adalid de aquellas partes, pasó por las armas á ciento diez prisioneros franceses; veinte por cada vocal de la Junta, y los demás por otros dependientes de ella que igualmente sacrificó el frances. Tal retorno tiene la violenta saña.

No querian entonces nuestros contrarios reconocer en el ciudadano español los derechos que á todo hombre asisten en la defensa de sus propios hogares, y trataban á los que no eran soldados como salteadores ó rebeldes. Sin embargo, Napoleon, cuando en 1814 tocaba ya al borde de su ruina, dió un decreto en Fismes, á 5 de Marzo, en el que decía (2): «1.º Que todos los ciudadanos franceses estaban, no solo autorizados á tomar las armas, sino obligados á hacerlo, como tambien á tocar al arma.... á reunirse, registrar los bosques, cortar los puentes, interceptar los caminos, y acometer al enemigo por flanco y espalda.... 2.º Que todo ciudadano frances cogido por el enemigo y castigado de muerte, seria vengado inmediatamente en represalia con la muerte de un prisionero enemigo.» Otros decretos del mismo tenor acompañaron á precedieron á éste, señaladamente uno en que se autorizaba el levantamiento en masa de varios departamentos, con facultad á los generales de peruntir la formacion de partidas y cuerpos frances.

Defensa ésta mejor que otra ninguna de la conducta de los españoles; lección dura para conquistadores sin prevision ni piedad, que en el devaneo de su encumbrada alteza prodigan improperios é imponen castigos á los hijos valerosos de un suelo profanado é injustamente invadido.

En este septimo distrito quedamos por referir algunos hechos de D. Francisco Espoz y Mina, no desmerecedores de los ya contados. A vueltas siempre con el enemigo, pasaba aquel caudillo de una provincia á otra, juntaba su fuerza, la dispersaba, reuníala de nuevo, obrando tambien á veces en compañía de otros partidarios. El 11 de Enero, próximo D. Gabriel de Mendizábal, general en jefe del septimo ejército, y en compañía de la partida de don Francisco Longa, hizo Espoz y Mina firme rostro al enemigo á la derecha del rio Aragon, inmediato á la ciudad de Sangüesa. Mandaba á los franceses el general Abbé, gobernador de Pamplona, quien envuelto y acometido por todas partes, tuvo que salvarse al abrigo de la noche, despues de perder dos cañones y unos 400 hombres.

Aunque anulado, no cesó Espoz y Mina en sus hidas, cogiendo en 9 de Abril, de un modo muy notable, un convoy en Arlaban, lugar celebre por la sorpresa ya relatada del año anterior. Presentábanse para el logro de aquel intento varias dificultades; era una la misma victoria antes alcanzada, y otra un castillo que habian construido allí los franceses, y artilládolo con cuatro piezas. Cuidadoso Mina de alejar cualquiera sospecha, maniobró diestramente; y todavia le creian sus contrarios en el alto Aragon, cuando haciendo en un dia una marcha de 16 leguas de las largas de España, se presentó con sus batallones el 9, al quebrar del alba, en las inmedia-

ciones de Arlaban y pueblo de Salinas, en donde formó con su gente un círculo que pudiese rodear todo el convoy y fuerza enemiga. Cruchaga, segundo de Mina, contribuyó mucho á los preparativos, y opuso á la vanguardia de los contrarios al bravo y despues malaventurado comandante don Francisco Ignacio Asura.

Era el convoy muy considerable; escoltábanlo 2.000 hombres, llevaba muchos prisioneros españoles, y caminaba con el á Francia M. Deslandes, secretario de gabinete del rey intruso, y portador de correspondencia importante. Al descubrir el convoy y tras la primera descarga, cortaron los españoles bayoneta calada con la columna enemiga, y punzaronla antes de que volviese de la primera sorpresa. Duró el combate sólo una hora, destruidos los enemigos y acaados de todos lados: 600 de ellos quedaron tendidos en el campo, 150 prisioneros, y se cogió rico botín y dos banderas. Parte de la retaguardia pudo dar precipitadamente, protegida por los fuegos del castillo de Arlaban; M. Deslandes, al querer salvarse saliendo de su coche, cayó muerto de un sablazo que le dió el subteniente don Leon Mayo. Su esposa doña Carlota Aranza fué respetada, con otras damas que allí iban. Cinco niños, de quienes se apocaban los padres, enviólos Mina á Vitoria, diciendo en su parte al Gobierno: «Estos angelitos, víctimas inocentes en los primeros pasos de su vida, han merecido de mi division todos los sentimientos de compasion y caridad que dictan la religion, la humanidad, edad tan tierna y suerte tan desventurada.... Los niños, por su candor tienen sobre mi alma el mayor ascendiente, y son la única fuerza que imprime y amolda el corazon guerrero de Cruchaga.» Expresiones que no puntan á los partidarios españoles tan hoscos y fieros como algunos han querido delinearlos.

Poco antes el general Dornenne (que aunque tenía sus cuarteles en Valladolid, hacia excursiones en Vizcaya y Navarra), combinándose con tropas de Aragon, y juntando en todo unas 20.000 hombres, penetró en el valle del Roncal, abrigo de enfermos y heridos, depósito de municiones de boca y guerra. Grande peligro estrechó entonces á Mina, que consiguió superar, burlándose de los ardides y maniobras del frances, y ejecutar en seguida la empresa relatada de Arlaban.

Tanto empeño en concluir del todo con Espoz, no solo lo motivaban los daños que de sus acometidas se seguian al enemigo, sino la resolucion cada vez mas clara de agregar á Francia la Navarra con las otras provincias de la izquierda del Ebro. Así se lo manifestó Dornenne por este tiempo á las autoridades y cuerpos de Pamplona, entre los que varios replicaron oponiéndose con el mayor teson. Esta resistencia, y los acontecimientos que sobrevinieron en el norte de Europa, impidieron que aquella determinacion pasase á ejecucion abierta.

Despues de lo de Arlaban se trasladó Mina al reino de Aragon, y habiéndose introducido en el pueblo de Robres, se vió cercado al amanecer del 23 de Abril, y casi cogido en la misma casa donde moraba, y en cuya puerta se defendió con la traca, no teniendo por de pronto otra arma, hasta que acudió en auxilio suyo en asistente el bravo y fiel Luis, que llamando al mismo tiempo á otros compañeros, le sacó del trance, y lograron todos esquivar la vigilancia y presteza de los enemigos.

Amagó Mina de un lado á otro, y no paró antes de mediar Mayo; en cuya sazón, habiéndose dirigido á Guipuzcoa, ocurrió la desgracia de que al

(2) Véase el Monitor de 7 de Marzo de 1814, y el de 3 de Enero del mismo año.

penetrar por la carretera de Tolosa en el pueblo de Ormestegui, una bala de cañon arrebatase las dos manos al esforzado D. Gregorio Cruchaga, de cuya grave herida murió á poco tiempo. También entonces en Santa Cruz de Campezu recibió Mina un balazo en el muslo derecho, por lo que estuvo privado de mandar hasta el inmediato Agosto. Con esto respiraron los franceses algun trecho, necesario decauso á su mucha molestia.

Si admira tanto guerrear, más destructivo y enfadoso para los franceses, cuanto se asemejaba al de los pueblos primitivos en sus lides, igualmente eran de notar varios actos de la administracion de Mina. Estableció esta cerca de su campo casi todos los cuerpos y autoridades que residían antes en Pamplona, saltando de sitio en sitio al són de la guerra, pero desempeñando todos, no obstante, sus respectivos cargos con bastante regularidad, ya por la adhesion de los pueblos á la causa nacional, ya por el terror que infundía el solo nombre de Mina, cuya severidad friaba á veces en cruel saña, si bien algo disculpable y forzosa en medio de los riesgos que le circunian, y de los lazos que los enemigos le armaban.

Cubría principalmente Espoz y Mina sus necesidades con los bienes que secuestraba á los reputados traidores, con las presas y botín tomado al enemigo, y con el producto de las aduanas fronterizas. Mudo el último de sacar dinero, quizá nuevo en la economía de la guerra. Resultó de un convenio hecho con los mismos franceses, segun el cual, nombrándose por cada parte interesada un comisionado, se recaudaban y distribuían entre ellos los derechos de entrada y salida. Amigos y enemigos ganaban en el trato, con la ventaja de dejar más expedito el comercio.

La utilidad y buenas resultas en la guerra de este fuego lento y devorador de las partidas, reconocíalo lord Wellington, quien decía por aquel tiempo en uno de sus pliegos, escrito en su acostumbrado lenguaje verídico, severo y frio (3): «Las guerrillas obran muy activamente en todas las partes de España, y han sido felices muchas de sus últimas empresas contra el enemigo.»

Dicho general proseguía con pausa en sacar ventaja de sus triunfos. Tomado que hubo á Ciudad-Rodrigo, destruidos los trabajos de sitio, reparadas las brechas y abastecida la plaza, pensó en moverse hacia el Alentejo, y emprender el asedio de Badajoz. Ejecutáronse los preparativos con el mayor sigilo, queriendo el general inglés no despertar el cuidado de los mariscales Soult y Marmont. Dispuesto todo, empezaron á ponerse en marcha las divisiones anglo-portuguesas, dejando sólo una con algunos caballos en el Agueda. Lord Wellington salió el 5 de Marzo, y sentó ya el 11 en Yelves su cuartel general.

En segunda mandó echar un puente de barcas sobre el Guadiana, una legua por bajo de Badajoz; y pasando el río en tercera y cuarta division, embistieron éstas la plaza, juntamente con la division ligera, el 16 del mismo Marzo; agregáseles despues la quinta, que era la que había quedado en Castiella. La primera, sexta y séptima, con dos brigadas de caballería, se adelantaron á los Santos, Zafra y Ilorrena, para contener cualquiera tentativa del mariscal Soult, al paso que el general Hill avanzó con su cuerpo desde los acantonamientos de Alburquer-

que á Mérida y Almendralejo, encargado de interponerse entre los mariscales Soult y Marmont, si como era probable, trataban de unirse. Guadalupe este movimiento el quinto ejército español, cuyo cuartel general estaba en Valencia de Alcántara.

El gobernador frances Philippon, no sólo había reparado las obras de Badajoz, sino que las había mejorado, y aumentado algunas. Por lo mismo pareció á los ingleses preferible emprender el ataque por el baluarte de la Trinidad, que estaba más descubierta y se hallaba más defectuosa, batida de lejos, y confiando para lo demas en el valor de las tropas. Dicho ataque pudo ejecutarse desde la altura en que estaba el reduto de la Picurina, para lo cual menester era apoderarse de esta obra, y unirla con la primera paralela; operacion arriesgada, de cuyo éxito feliz dudó lord Wellington.

Metiéndose el tiempo en agua desde el 20 al 25 creció tanto Guadiana, que se llevó el puente de barcas; á cuya desgracia añadióse tambien la de que el 19, haciendo los franceses una salida con 1.500 infantes y 40 caballos, causaron confusión y destruyo en los trabajos. Con todo, los ingleses continuaron ocupándose en ellos con ahinco, y recomenzaron el fuego desde su primera paralela el 26 con 24 piezas en seis baterías; dos contra la Picurina, y cuatro para enfilar y destruir el frente atacado.

Al anocheecer del mismo dia asaltaron los ingleses aquel fuerte, defendido por 250 hombres, y lo tomaron. Establecidos aquí los sitiadores, abrieron á distancia de 130 toesas del cuerpo de la plaza, la segunda paralela.

En ésta se plantaron baterías de brecha para abrir una en la cara derecha del baluarte de la Trinidad y otra en el flanco izquierdo del de Santa Maria situado á la diestra del primero. Los enemigos habían preparado por este lado, por donde corre el cañal de las villas, una inundacion que se extendía á 200 varas del recinto, y cuya esclusa la cubria el rebellin de San Roque, colocado á la derecha de aquel río, y enfrente de la cortina de la Trinidad y San Pedro en la cual tambien se trató de apertillar una tercera brecha. Los ingleses, para inutilizar la mencionada esclusa, quisieron asimismo apoderarse del rebellin; pero tropezaron con dificultades que no pudieron remover de golpe.

Prosiguió el sitiador sus trabajos hasta el 4 de Abril, esforzándose el gobernador Philippon en impedir el progreso, y empleando para ello suma vigilancia, y todos los medios que le daba su valor y consumada experiencia.

Mientras tanto, viniendo sobre Extremadura el mariscal Soult, aunque no ayudado todavía, como deseaba, por el mariscal Marmont, preparó lord Wellington á presentar batalla si se le acercaba, y resolvióse á asaltar cuanto antes la plaza.

Ya entonces estaban practicables las brechas. Por tres puntos principalmente debía empezarse la asonada: por el castillo, por la cara del baluarte de la Trinidad, y por el flanco del de Santa Maria. En cargábase la primera á la tercera division del mando de Picton, y las otras dos á las divisiones regidas por el teniente coronel Barnard y el general Colville. Doscientos hombres de la guardia de trinchera tuvieron la orden de atacar el rebellin de San Roque, y la quinta division, al cargo de Leith, la de llamar la atencion desde Pardalesas al Guadiana, sirviéndose al propio tiempo de una de sus banderas para escalar el baluarte de San Vicente y su cortina, hacia el río.

Dióse principio á la embustida el 6 de Abril á las

(3) Parte de lord Wellington á D. Miguel Perceval Forjas, de 19 de Mayo (Gaceta de la Reyna de 9 de Junio de 1812).

diez de la noche, y le dieron los ingleses con su habitual brío. Escalaron el castillo, y le entraron después de tenaz resistencia. Enseñoreáronse también del rebellín de San Roque, y llegaron por el lado occidental hasta el foso de las brechas; mas se pararon, estrellándose contra la maza y ardor franceses. Allí apañados, desoyendo ya la voz de sus jefes, sin ir adelante ni atrás, dejáronse acerbillar largo rato con todo linaje de armas y mortíferos instrumentos.

Apesadumbrado lord Wellington de tal contratiempo, iba á ordenar que se retirasen todos para aguardar al día, cuando lo detuvo en el mismo instante el saber que Picton era ya dueño del castillo, é igualmente, que sucediera bien el ataque que había dado una de las brigadas de la quinta división al mando de Walker, la cual, si bien á costa de mucha sangre, vacilaciones y fatiga, había escalado el baluarte de San Vicente y extendiéndose lo largo del muro, luciente feliz que, amenazando por la espalda á los franceses de las brechas, los aterrorizó, y animó á los ingleses á acometerlas de nuevo y á apoderarse de ellas.

Logrando en efecto, y se rindió prisionera la guarnición enemiga. El general Philippon con los principales oficiales se recogió al fuerte de San Cristóbal y capituló en la mañana siguiente. Ascendió la guarnición francesa al principio el sitio á unos 5.000 hombres. Pericieron en él más de 800. Tuviron los ingleses de pérdida, entre muertos y heridos, obra de 4.000 combatientes; menoscabo enorme, padecido especialmente en los asaltos de las brechas.

Los franceses desplegaron en este sitio suma bizarría y destreza; los ingleses sí lo primero, mas no lo último. Probó el mal suceso que tuvieron en el asalto de las brechas, y su valor en el triunfo de la escalada. Así les acontecía continuamente en los asedios de plazas.

Trataron bien los ingleses á sus contrarios; malamente á los vecinos de Badajoz. Aguardaban éstos con impaciencia á sus libertadores, y prepararon regalos y refrescos, no para evitar su furia, como han afirmado ciertos historiadores británicos, pues aquella no era de esperar de amigos y aliados, sino para agasajarlos y complacerlos. Más de cien habitantes de ambos sexos mataron allí los ingleses. Duró el pillaje y destrozo toda la noche del 6 y el siguiente día. Fueron desatendidas las exhortaciones de los jefes, y hasta lord Wellington se vió amenazado por las bayonetas de sus soldados, que lo impidieron entrar en la plaza á contener el desenfreno. Restablecióse el orden un día después con tropas que de intento se trajeron de fuera.

Sin embargo, las Cortes decretaron gracias al ejército inglés, no queriendo que se confundiesen los excesos del soldado con las ventajas que proporcionaba la reconquista de Badajoz. Condecoró la Regencia á lord Wellington con la gran cruz de San Fernando. Pasaron los ingleses la plaza en manos del Marqués de Monsalud, general de la provincia de Extremadura.

El 8 de aquel Abril se había adelantado Soult hasta Villafranca de los Barros, y retrocedió, mal enojado, luego que supo la rendición de Badajoz; atacó el 11 á su caballería y la arrolló la inglesa.

Al propio tiempo el Conde de Penne Villenur, con un trozo del quinto ejército español, se acercó á Sevilla por la parte derecha del Guadalquivir, y peleó con la guarnición francesa de aquella ciudad y con la que había en el convento de la Cartuja.

Unpóse á Ballesteros de no haberla ayudado á tiempo por la otra orilla del río, y de ser causa de no arrojar de allí á los franceses. Retiróse Penne Villenur el 10 por orden de Wellington, habiendo contribuido su movimiento á acelerar la retirada de Soult á Sevilla, después de dejar éste á Drouot apostado entre Fuente-Ovejuna y Guadalupe.

Luego que acudió al sitio de Badajoz, como ya indicamos, la quinta división británica, no quedó con más tropas por el lado de Ciudad-Rodrigo, que algunas partidas y la gente de D. Carlos de España, junto con el regimiento inglés primero de husares, bajo el mayor general Alten, encargado de permanecer allí hasta fines de Marzo. Por ende, pues, al mariscal Marmont buena ocasión aquella de recuperar á Ciudad-Rodrigo á Almeida, y de hacer una excursión en Portugal, más atento á mirar por las cosas de su distrito, que á socorrer á Badajoz, que se hallaba comprendido en el del mariscal Soult, trabábase continuamente estos generales con rivalidades y celos. Con aquel pensamiento partió Marmont de Salamanca, asistido de 20.000 hombres, entre ellos 1.200 de caballería. Intimó en vano la rendición á Ciudad-Rodrigo, desde cuyo punto, no bien hubo apostado una división de bloqueo, se encamó á Almeida, donde tampoco tuvo gran dicha. Muy estrechado se vió D. Carlos de España, colocado en lójes de Ciudad-Rodrigo, y á duras penas pudo unirse con milicias portuguesas, que habían posado las riberas del Coa. Por su parte el mayor general Alten se retiró, y le siguió á la Beira baja la vanguardia francesa, que entró el 12 de Abril en Castelo Branco, de donde volvió pie á tras. Pero Marmont, habiendo espantado á las milicias portuguesas y dispersádolas, se adelantó más allá de la Guarda, y llegó el 16 á la Lagiosa. Mayores hubieran sido entonces los estragos, si noticiosa el general francés de la toma de Badajoz, no hubiera comenzado el 16 su retirada, levantando en seguida el bloqueo de Ciudad-Rodrigo, y replegándose, en fin, á Salamanca.

Agujóle también á ello el haberse puesto en movimiento lord Wellington, caminando al Norte, después que Soult tornó á Sevilla. El general inglés sentó en breve sus cuarteles en Fuente Guisado, acantonando sus tropas entre el Águeda y el Coa.

Adelante Wellington en su plan de campaña, pero yendo poco á poco y con mesura, determinó embrazar, y aun destruir las obras que aseguraban al enemigo el paso del Tajo, en Extremadura, y por consiguiente sus comunicaciones con Castilla. Los franceses habían suplido en Almaraz el puente de piedra, antes volado, con otro de barcas, y afirmado en ambas orillas del Tajo con dos fuertes, denominados Napoleón y Ragusa. Á estas obras habían añadido otras, como lo era la reedificación y fortaleza de un castillo antiguo, situado en el puerto de Mirabete, una legua del puente, y único paso de carruajes.

Recomendó Wellington la empresa al general Hill, que regía, como antes, el cuerpo aliado que manobrava á la izquierda del Tajo. Lo acompañó el Marqués de Alameda, individuo de la Junta de Extremadura, de quien no menos que del pueblo recibió Hill mucha ayuda y apoyo.

Al despuntar del alba atacaron los ingleses, al 19 de Mayo, y tomaron por asalto el fuerte de Napoleón, colocado en la orilla izquierda; lo cual infundió tal terror en los enemigos, que abandonaron el de Ragusa, sito en la opuesta, huyendo la guarnición en el mayor desorden hacia Navalmoral. Co-

gieron los ingleses 250 prisioneros; arrasaron ambos fuertes, destruyeron el puente, y quemaron las demás obras, las oficinas y el maderaje que encontraron. Libertóse el castillo de Mirabete por su posición, que estorbaba se le tomase de sobresalto. Sacó la guarnición, dos días después, el general d'Armingnac del ejército francés del centro, viniendo por la Puente del Arzobispo. Otros auxilios que intentaron enviar Marmont y Soult llegaron tarde. Con el triunfo alcanzado quitóseles á los franceses la mejor comunicación entre su ejército del Mediodía y el que llamaban de Portugal.

Por su lado el mariscal Soult, de vuelta de Extremadura, había atendido á contener á D. Francisco Ballesteros; en particular después que Penne Villemur se había alejado de la margen derecha del Guadaluquivir. El D. Francisco, desembocando del Campo de Gibraltar para cooperar á los movimientos del último, había hecho alto en Utrera el 4 de Abril sin pasar adelante; con lo cual se dió tiempo á la llegada de Soult de Extremadura, y á que Penne Villemur se viese obligado á retroceder á sus anteriores puestos. Ballesteros hubo de hacer otro tanto y replegarse vía de la sierra de Ronda. Sin embargo, haciendo un movimiento rápido, tuvo la fortuna de escaramentar á los enemigos el 14 de Abril, en Osuna y Alora. En la primera ciudad se peleó en las calles, viéndose los franceses obligados á encerrarse en el fuerte que habían construido, picándoles de cerca, y avanzando hasta el segundo recinto el regimiento de Sigüenza á las órdenes de su valiente jefe D. Rafael Cevallos Escalera. Y en Alora, trabándose refriega con una división enemiga, se le tomaron bagajes, dos cañones y algunos prisioneros. Lo mismo aconteció el 23 entre otra columna enemiga y la vanguardia española al cargo de D. Juan de la Cruz Mourgeon; la cual, en una refriega lid, y hasta el punto de llegar á la bayoneta, arrolló á los contrarios y les causó mucha pérdida y daño.

Tales excursiones, marchas y embestidas, con lo que amagaba por Extremadura y Castilla, pusieron muy sobre aviso al mariscal Soult, quien temeroso de que Ballesteros fuese reforzado con nueva gente de desembarco, y dificultase las comunicaciones entre Sevilla y las tropas sitiadoras de Cádiz, trató de asegurar la línea del Guadalete, fortificando con especialidad, y como paraje muy importante, á Bórnos. Mandaba allí el general Contreras, teniendo bajo sus órdenes una división de 4.500 hombres. Salíó entonces Ballesteros de Gibraltar, bajo cuyo cañon había vuelto á guarecerse, y pensó en impedir los trabajos del enemigo y de tentar de nuevo la fortuna.

Así fue que avanzando vadeó el Guadalete el 1.º de Junio, y acometió á los franceses en Bórnos mismo. Embistieron valerosamente los primeros D. Juan de la Cruz Mourgeon y el Príncipe de Anglona con la vanguardia y tercera división. Fueron al principio felices, mas cuando la izquierda en donde mandaba D. José Aimerich y el Marqués de las Cuevas, cundió el desmayo á las demás tropas, y creció con un movimiento rápido y general de los enemigos sobre los nuestros, y el avance de su caballería, superior á la española, viniendo al trote y amagando nuestra retaguardia. Consiguieron, no obstante, las fuerzas de Ballesteros repasar el río, si bien algunos cuerpos con trabajo y á costa de sangre. Favoreció el repliegue D. Luis del Corral, que gobernaba los jinetes, quien se portó con tino y denodadamente: también sobresalió allí por su

serenidad y brío D. Pedro Tellez Jiron, príncipe de Anglona, deteniendo á los franceses en el paso de Guadalete, ayudado de algunas tropas, y en especial del regimiento asturiano del Infante. Recordarse no menos debe el esclarecido parte de D. Rafael Cevallos Escalera, ya mencionado brevemente en otros lugares, quien mandando el batallón de granaderos del General, aunque herido en un muslo, siempre al frente de su cuerpo peleó con bastantes pérdidas, avanzó de nuevo, abrió por sí mismo una pieza de artillería, sostuvo y cuando vio cargaban muchos enemigos sobre reducido número de su gente, no queriendo perder el cañon cogido, asióse á una de las ruedas de la cureña, y deteniéndole gallardamente hasta que cayó tendido de un balazo junto á su trofeo. Las Cortes tributaron justos elogios á la memoria de Cevallos y dispensaron premios á su afligida familia. Consiguieron los enemigos el alcázar, acribillado á considerable su pérdida; mas la nuestra ascendió á 1.500 hombres, muchos, en verdad, extraviados.

Seguro, entre tanto, Wellington de que los pañoles, á pesar de infortunios y descalabros, traerían á Soult por el Mediodía, y de que, arrivalado Badajoz y guarnecida la Extremadura con el cuerpo del general Hill y el quinto ejército, quedaría toda aquella provincia bastante protegida, resolvióse á marchar adelante por Castilla, y así una campaña importante, y tal vez decisiva. Amagaba mucho lo que ocurría en el norte de España, y los sucesos que de allí se anunciaban.

Conforme á lo que en el año pasado había indicado en Cádiz D. Francisco de Zea Bermudez, suponíase la Rusia á sustentar guerra á muerte contra Napoleon. El desasosiego de este, su desasosiego ambicion, el anhelo por dominar á su antojito laropa toda, eran la verdadera y fundamental causa de las desavenencias suscitadas entre las cortes de París y San Petersburgo. Mas los pretextos que Napoleon alegaba nacían: 1.º de un ukase del Emperador de Rusia de 31 de Diciembre de 1810, que destruía en parte el sistema continental, adoptado por la Francia en perjuicio del comercio marítimo; 2.º una protesta de Alejandro contra la renuncia que Bonaparte había resuelto del ducado de Oldemburgo; y 3.º, los armamentos de Rusia. Figurábase el Emperador francés que una batalla ganada en las margenes del Niemen amansaría aquella potencia, y le daría á él lugar para redondear sus planes respecto de la Polonia y de la Alemania, y continuar sin obstáculo en adoptar otros nuevos, siguiendo una carrera que no tenía ya otros límites que los de su propia ruina. Pero el emperador Alejandro, amaestrado con la experiencia, y trayéndose siempre á la memoria el ejemplo de España, donde la guerra se prolongaba indefinidamente convertida en nacional, y en donde Wellington se consumiendo con su prudencia las mejores tropas de Napoleon, no pensaba aventurar en una acción sola la suerte y el honor de la Rusia.

Aunque todavía tranquila, podía también la Alemania entrar en una guerra contra la Francia, según cálculo de buenas probabilidades. Llegaba allí una á mal el pueblo la insolencia del conquistador y la influencia extranjera, y se lamentaba de que los gobiernos doblasen la cerviz tan sumisamente. Alentados con eso ciertos hombres atrevidos que deseaban en Alemania dar rumbo ventajoso á la disposición nacional, empezaron á prepararse, por á las calladas, por medio de sociedades secretas. Parece que una de las primeras establecidas, entre

de las demás, fué la llamada de *Amigos de la virtud*. Advirtiéronse ya sus efectos, y se vistunbraron chispazos en 1809, en cuyo año, á ejemplo de España, plantaron bandera de ventura Kutz, Darnberg, Sehil, y hasta el duque mismo Guillermo de Brunswick.

Tuvieron tales empresas éxito desgraciado, mas no por eso acabó el fómex, siendo imposible extirparlo á la policía vigilante de Napoleon, pues se hallaba como conaturalizado con todos los alemanes, y no repugnaba ni á los generales, ni á los ministros, ni á príncipes esclarecidos, que lo excitaban, si bien muy encubiertamente. Una victoria de los rusos, ó un favorable incidente, bastaba para que prendiese la llama, tanto más fácil de propagarse, cuanto mayores y más extendidos eran los medios de abrizle paso.

Por tanto, Napoleon procuró impedir en lo posible una manifestación cualquiera de insurrección popular, más peligrosa al comenzar la guerra en el Norte. Creyó, pues, oportuno y prudente tomar prendas que fuesen seguro de la obediencia. Así que, se enseñoreó sucesivamente de varias plazas de Alemania en los meses de Febrero y Marzo, y concluyó tratados de alianza con Prusia y Austria, persuadiéndolos que afianzaba de este modo la base de su vasto y militar movimiento contra el imperio ruso. No le sucedía tan bien en cuanto á las potencias que formaban, por decirlo así, las alas, Suecia y Turquía. Con la primera no pudo entenderse, y antes bien se enajenaron las voluntades á punto de que dicho gobierno, no obstante hallarse á su frente un príncipe francés (Bernadotte), firmó con la Rusia un tratado en Marzo del mismo año. Con la segunda tampoco alcanzó Bonaparte ninguna ventaja, porque si bien en un principio mantenía guerra el bultán con el emperador Alejandro, irritado después con los fugios y tergiversaciones del gabinete de Francia, y acariado por la Inglaterra, hizo la paz, y terminó sus altercados con Rusia en virtud de un tratado concluido en Bucharest al finalizar Mayo.

Napoleon, aunque decidido á la guerra, deseaba, sin embargo, de aparentar moderación, dio ántes de romper las hostilidades un paso ostensible en favor de la paz. Tal era su costumbre al emprender nuevas campañas: mas siempre en términos inadmisibles.

Dirigiéronse las proposiciones al gabinete inglés, cuya política no había variado aún después de haber hecho dejación este año de su puesto el Marqués de Wellesley, fundándose en que no se suministraban á su hermano lord Wellington medios bastante abundantes para proseguir la guerra con mayor tesón y esfuerzo. Las propuestas del gobierno francés, fechas en 17 de Abril, las recibió lord Castlereagh, ministro á la sazón de Negocios extranjeros. En ellas, tras de un largo preámbulo, considerábase los asuntos de la Península española y los de las dos Sicilias como los más difíciles de arreglarse, por lo cual se proponía un ajuste apoyado en las siguientes bases: 1.ª (decía el gabinete de las Tullerías), se garantizará la integridad de la España. La Francia renunciará toda idea de extender sus dominios al otro lado de los Pirineos. La presente dinastía será declarada independiente, y la España se gobernará por una Constitución nacional de Cortes. Serán igualmente garantidas la independencia é integridad de Portugal, y la autoridad soberana la obtendrá la casa de Braganza; 2.ª, el reino de Nápoles permanecerá en posesión del monarca

presente, y el reino de Sicilia será garantido en favor de la actual familia de Sicilia. Como consecuencia de estas estipulaciones, la España, Portugal y la Sicilia serán evacuadas por las fuerzas navales y de tierra, tanto de la Francia como de la Inglaterra.

Con fecha de 23 del mismo Abril contestó lord Castlereagh, á nombre del príncipe regente de Inglaterra (que ejercía la autoridad real por la incapacidad mental que había sobrevenido años atrás á su augusto padre), que así, como se lo recibiera S. A. R., el significado de la proposición: *la dinastía actual será declarada independiente, y la España gobernada por una Constitución nacional de Cortes*, era que la autoridad real de España y su gobierno serían reconocidos como residiendo en el futuro del que gobernaba la Francia, y de las Cortes reunidas bajo su autoridad, y no como residiendo en su legítimo monarca Fernando VII y sus herederos, y las Cortes generales y extraordinarias que actualmente representaban á la nación española, se le mandaba que franca y expeditamente declarase á S. E. (el Duque de Basano) que las obligaciones que imponía la buena fe apartaban á S. A. R. de admitir para la paz proposiciones que se fundasen sobre una base semejante.

Que si las expresiones referidas se aplicasen al gobierno que existía en España, y que obraba bajo el nombre de Fernando VII; en este caso, después de haberlo así asegurado S. E., S. A. R. estaría pronto á manifestar plenamente sus intenciones sobre las bases que habían sido propuestas á su con-

seguencia.

No entro lord Castlereagh á tratar de los demás puntos, como dependientes de este más principal, y la negociación tampoco tuvo otras resultas, debiendo las armas continuar en su impetuoso curso.

De consiguiente, el Emperador francés, prevenido y aderezado para la campaña, salió de París el 9 de Mayo, y después de haberse detenido hasta últimos del mes en Otrede, donde recibió el homenaje y cumplido de los principales soberanos de Alemania, encaminóse al Niemen, límite de la Rusia. Mas de 600 000 hombres tomaban el mismo rumbo, entre ellos unos pocos españoles y portugueses, reliquias de los regimientos de la división de Romana que quedaron en el Norte, y de la del Marqués de Alorna, que salió de Portugal en 1808, con algunos prisioneros que de grado ó fuerza se los habían unido. De tan inmenso tropel de gente armada, 480 000 estaban ya presentes, y comenzaron á pasar el Niemen en la noche del 23 al 24 de Junio, siendo Napoleon quien primero invadió el territorio ruso y dió la señal de guerra; señal que resonó por el ámbito de aquel imperio, y fué principio de tantas mudanzas y trastornos.

En medio de la confianza que inspiraba á Napoleon su constante y venturoso hado, obligándole las circunstancias á alojar, por lo menos temporalmente, en el proyecto de ir agregando á Francia las provincias de España. Sin embargo, aferrado en sus decisiones primeras, no varió ni tomó ahora esta, sino muy entrada la primavera, y cuando ya había fijado el momento de romper con Rusia. Notase, por lo mismo, que José continuaba quejándose, aun en los primeros meses del año, del porte de su hermano; resaltando su descontento en las cartas interplatadas á su desgraciado secretario M. Deaulaides. Entre ellas, las más entosas eran dos escritas á su raposa y una al Emperador; todas tres de fecha 23 de Marzo. Y la última, inclusa en una de las primeras,

con la advertencia de sólo entregarla en el caso de que se publicase el decreto de reunion (con sus expresiones), y de que se publicase en la *Gaceta*. Por la palabra *reunion* entendía José la de las provincias del Ebro á Francia, pues aunque éstas, según hemos visto, sobre todo Cataluña, se consideraban ya como agregadas, no se había anunciado de oficio aquella resolución en los papeles públicos. En la carta á su hermano le pedía José que le permitiese deponer en sus manos los derechos que se había dignado transmitirle á la corona de España hacia cuatro años; porque no habiendo tenido otro objeto en aceptarla que la felicidad de tan vasta monarquía, no estaba en su mano el realizarla. Explayaba en la otra carta á su esposa el mismo pensamiento, é indicaba la ocasión que le obligaría á permanecer en España, y las condiciones que para ello juzgaba necesarias. Decía: 1.º «Si el Emperador tiene guerra con Rusia y me crees útil aquí, me quedo con el mando general y con la administración general. Si tiene guerra y no me da el mando, y no me deja la administración del país, deseo volver á Francia.» 2.º «Si no se verifica la guerra con Rusia, y el Emperador me da el mando ó no me lo da, también me quedo, mientras no se exija de mí cosa alguna que pueda hacer creer que consiento en el desmembramiento de la monarquía, y se me dejen bastantes tropas y territorio, y se me envíe el millón de préstamo mensual que se me ha prometido.... Un decreto de reunion del Ebro que me llegase de improviso, me haría ponerme en camino al día siguiente. Si el Emperador difiere sus proyectos hasta la paz, que me dé los medios de existir durante la guerra. Triste situación y necesaria consecuencia de haber aceptado un trono que afirmaba sólo la fuerza extraña; debiendo advertirse que la hidalguía de pensamientos que José mostraba respecto de la desmembración de España, desaparecía con el período último de la postrer carta; pues en su contexto ya no manifiesta aquel oposición á la providencia en sí misma, sino á la oportunidad y tiempo de ejecutarla.

De poco hubieran servido los duelos y plegarias de José, si los acontecimientos del Norte no hubieran venido en su ayuda. Napoleón, atento á eso, pero sin alterar las medidas tomadas respecto de Cataluña y otras partes, cedió en algo á la necesidad, y autorizó á su hermano con el mando de las tropas; dejándole en todo mayores ensanches, y aún consintiendo que entrase en habla con las Cortes y el Gobierno nacional.

Hicimos antes mención del origen de semejantes tratos, y de la repulsa que recibieron las primeras proposiciones. No por eso desistieron de su intento los emisarios de José en Cadix, animados con el disgusto que produjo la caída de Valencia en todo el reino, con el que produciría en el mismo Cádiz el incesante bombardeo, y esperanzados también en las alteraciones que consigo trajese en la política la Regencia últimamente nombrada.

Dos eran los principales medios de que solían valerse dichos emisarios: uno, procurar influir en las determinaciones del Gobierno ó empantanarlas; otro, agitar la opinión con falsas nuevas, con el abuso de la imprenta ó con otros arbitrios; sirviéndose para ello á veces de logias masónicas establecidas en Cadix.

Apénas había tomado arraigo ni casi se conocía en España esta institución ántes de 1808, perseguida por el Gobierno y por la Inquisición. Tampoco ni ella ni ninguna otra sociedad secreta con-

dujeron al levantamiento contra los franceses, ni tuvieron parte, pues entonces todos se enteraban como por cuento, y no se requería sigilo ni comunicación expresa en donde reinaba universalmente correspondencia natural y simultánea.

Derramados los franceses por la Península, fundaron logias masónicas en las ciudades principales del reino, y convirtieron ese instituto de pura beneficencia, en instrumento que ayudase á su parcialidad. Trataron luego de extender las logias á los puntos donde regía el Gobierno nacional; pero esto más hacedero después que la libertad fundada por las Cortes estorbaba que se tomasen providencias arbitrarias ó demasiado rigurosas.

Fué Cadix uno de los sitios en que más paró la consideración al gobierno intruso para propagar la franc-masonería. Dos eran las logias principales, y una sobre todo se mostraba aviesa á la causa nacional y afecta á la de José. Celábalas el gobierno, y el influjo de ellas era limitado, porque ni los individuos compenían de la potestad ejecutiva, ni los diputados de Cortes, excepto alguno que otro por América, aficionado á la perturbación, entraron en las sociedades secretas. Y es de notar que así como éstas no soplaban el fuego para el levantamiento de 1808, tampoco intervinieron en el establecimiento de la Constitución y de las libertades públicas. Lo contrario de Alemania: diferencia que se explica por la diversa situación de ambas naciones. Hallábase la última agobiada y oprimida antes de poder sublevarse; y España revolviose á tiempo y primer que la coyunda francesa pesase del todo sobre su cuello. Mas adelante, cuando otra de distinta naturaleza vino á abrumarle en el aciago año de 1814, se recurrió también entre nosotros al mismo medio de comunicación y á los mismos manejos que en Alemania; representando gran papel las sociedades secretas en las repetidas tentativas que hubo después, enderezadas á derrocar de su asiento al gobierno absoluto.

Lisonjábanse los emisarios de José de alcanzar más pronto sus fines por medio de la nueva Regencia, en especial al llegar en Junio á presenciarla, de Inglaterra, el Duque del Infantado. No porque este prócer se doblase á transigir con el enemigo, ni menos quisiera faltar á lo que debía á la independencia de su patria, sino porque distraído y flojo, daba lugar á que se formasen en su derredor trauoyas y conjuras. Igualmente esperaban los mismos emisarios sorprender la buena fe de cierto ministro, y sobre todo contaban con el favor de otro, quien, travieso y codicioso de dinero y honores, no se mostraba bosco á la causa del intruso José. Omitiémosle estampar aquí el nombre por carecer de pruebas materiales que afiancen nuestro aserto, ya que no de muchas morales.

Lo cierto es que en la primavera y entradas de verano se duplicaron los manejos, las idas y venidas, en disposición de que el canónigo Peña, ya mencionado en otro libro, consiguió pasar á Italia con el título de vicario de aquel ejército, resultando de aquí que él y los demás emisarios de José anunciasen á éste, como si fuera a nombre del gobierno de Cadix, el principio de una negociación, y la propuesta de nombrar por ambas partes comisionados que se abocasen y tratasen de la materia, siempre que se guardara el mayor sigilo. Debían verificarse las vistas de dichos comisionados en las fronteras de Portugal y Castilla, obligándose José á establecer un gobierno representativo fundado sobre bases consentidas recíprocamente, ó bien á aceptar la

Constitucion promulgada en Cádiz con las modificaciones y mejoras que se creyeron necesarias.

Ignoraban las Cortes semejante negociacion, ó, por mejor decir, embrollo, y podemos asererar que tambien lo ignoraba la Regencia en cuerpo. Todo procedia de donde hemos indicado, de cierta dama amiga del Duque del Infantado, y de alguno que otro sujeto muy revolvedor. Quizá habia tambien entre las personas que tal trataban hombres de buena fe, que, no creyendo ya posible resistir á los franceses, y obrando con buena intencion, querian proporcionar á España el mejor partido en tamaño apuro. No faltaban asimismo quienes viviendo de las larguezas de Madrid, á fin de que éstas durasen, abultaban y encarecian más allá de la realidad las promesas que se les hicieran.

Tantas, en efecto, fueron las que á José le anunciaron sus emisarios, que hasta le ofrecieron granjear la voluntad de alguno de nuestros generales.

A este propósito, y al de avistarse con los comisionados que se esperaban de Cádiz, nombró José por su parte otros; entre ellos á un abogado, de apellido Pardo, que si bien llegó á salir de Madrid, tuvo á poco que pararse y demandar en camino, noticioso en Valladolid de la batalla de Salamanca. Suceso que deshizo y desbarató como de un soplo tales enredos y maquinaciones.

Preséntanse siempre muy oscuros semejantes negocios, y dificultoso es ponerlos en claro. Por eso nos hemos abstenido de narrar otros hechos que se nos han comunicado, refiriendo sólo y con tiento los que tenemos por seguros. Basta ya lo que hubo, para que escritores franceses hayan asegurado que las Cortes se metieron en tratos con José; é igualmente para que en el *Memorial de Santa Helena* ponga M. de Las Casas en boca de Napoleon (4) que las Cortes (por el tiempo en que vamos) negociaban en secreto con los franceses: asercion falsísima y calumniosa: pues repetimos, y nunca nos cansaremos de repetir lo ya dicho en otro libro, que para todo tenían poder y facultades las Cortes y el Gobierno de Cádiz, menos para transigir y componerse con el rey intruso; por cuya imprudencia, que justamente se hubiera tachado luego de traición, hubiérase impuesto la furia española un ejemplar y merecido castigo.

Ni José mismo tuvo nunca gran confianza, al parecer, en la buena salida de tales negociaciones, pues pensaba por sí juntar Cortes en Madrid, siguiendo el consejo del ministro Azanza, que le decía ser ese el medio de levantar altar contra altar. Ya antes habia nombrado José una comision que se ocupase en el modo y forma de convocar las Cortes, y ahora se provocaba por su gobierno símples para lo mismo. Así fue que el Ayuntamiento de Madrid en 7 de Mayo, y una diputacion de Valencia en 19 de Julio, pusieron solemnemente el llamamiento de aquel cuerpo. Contestó José á los individuos de la oferta, que los deseos que expresaban de la reunion de Cortes eran los de la mayoría mancha de la nacion y los de la parte intruida, y que S. M. los tomaria en consideracion para ocuparse seriamente de ellos en un momento oportuno. Añadió: que estas Cortes serian más numerosas que cuantas se habian celebrado en España. Los acontecimientos militares, el temor á Napoleon, que hasta en sus mayores apuros repugnaba la congregacion de cuerpos populares, y tambien los obstáculos que

ofrecian los pueblos para nombrar representantes llamados por el gobierno intruso, entorpecian la realizacion de semejantes Cortes, y aun su convocatoria.

De todas maneras, inútiles é infructuosos parecian cuantos planes y beneficios se ideasen por un gobierno que no podia sostenerse sin puntal extranjero. Entre las plagas que allora afligian á la nacion, y que eran consecuencia de la guerra y devastacion francesa, aparecian entre las más terribles la escasez y su compañera la hambre. Apuntamos cómo principió en el año pasado. En éste llegó á su colmo, especialmente en Madrid, donde costaba en primeros de Marzo el pan de dos libras á 8 y 9 reales, ascendiendo en segunda á 12 y 13. Hubo ocasion en que se pagaba la fanega de trigo á 520 y 540 reales; encareciéndose los demás víveres en proporcion, y yendo la penuria á tan grande aumento, que aun los tronchos de berzas y otros desperdicios tomaron valor en los cambios y permutas, y se buscaban con ansia. La miseria se mostraba por calles y plazas, y se mostraba espantosa. Hermiticaban los pobres, en cuyos rostros representábase la muerte, temblando muchos por respirar dos fallosillos y ahilados. Mujeres, religiosos, mancebros, personas antes en ritos empleos, mendigaban por todas partes el indispensable sustento. La mortandad subió por manera, que desde el 8 de Septiembre de 1811 que comenzó el hambre, hasta el Julio inmediato, sepultáronse en Madrid unos 20,000 enfermos; estrago tanto más asombroso, cuanto la poblacion habia menguado con la emigracion y las desdichas. La policia atemorizábase de cualquier reunion que hubiese, y puso 200 dueños de multa á los dueños de tiendas, si permitian que delante se detuviesen las gentes, segun es costumbre en Madrid, particularmente en la Puerta del Sol. Presentaba, en consecuencia, la capital cuadro asqueroso, triste y horrendo, que partia el corazon. Deformábanla hasta los mismos derribos de casas y edificios, que si bien se ordenaban para hermosear ciertos barrios, como nunca se cumplian los planes, quedaban sólo las ruinas y el desamparo.

No era factible al gobierno de José reparar ahora tan profundos males, ni tampoco aquietar el desasosiego que asomaba con motivo de buscar alimento. La escasez provenia de malas cosechas anteriores, de los destrozos de la guerra y sus resultas, de muchas medidas administrativas, poco cuerdas y casi siempre arbitrarias. Hablamos de las providencias del monopolio y logrera que tomó el gobierno intruso en el año pasado; las mismas continuaron en éste, acopiándose granos para los ejércitos franceses, y encajonando á este fin gallina en Madrid mismo, cuando faltaba á los naturales pan que llevar á la boca. Las contribuciones, en vez de ammorarse, crecian; pues ademas de las anteriores ordinarias y extraordinarias, y de una organizacion y aumento en la del sello, mandó José, ántes de finalizar Junio, á las seis prefecturas de Madrid, Cuenca, Guadalajara, Toledo, Ciudad-Real y Segovia (que era adonde llegaba en verdadero dominio), que sin demora ni exensa aprontasen 570,000 fanegas de trigo, 275,000 de cebada, y 73 millones de reales en metales; cuya carga en su totalidad, aun regulando el grano á menos de la mitad del precio corriente, pasaba de 250 millones de reales; exaccion que hubiera convertido en vasto desierto pais tan asolado ya; pero que no se realizó por los sucesos que sobrevinieron, y porque, segun hemos-

(4) *Memorial de Santa Helena*, tom. IV, septimo parte: 11 Noviembre 1815. Edicion 10-6.^a, 4 Londres, 1833.

samente dice el rey D. Alonso (5): «Lo que es además no puede durar.»

En las provincias sometidas á los franceses, sobre todo en las centrales, la carestía y miseria corría parejas con la de Madrid. Casi á lo mismo que en esta capital valía el grano en Castilla la Vieja. En Aragón audaba la fanega de trigo á 450 reales, y no quedó en zaga en las Andalucías, si á veces no excedió. Hubo que custodiar en la ciudad de Sevilla las casas de los panaderos, y en aquel reino ya antes había mandado Soult que se hiciesen las siembras, como también aconteció en otras partes; porque al cultivador faltábale para ejecutar las labores semilla ó ánimo, privado á cada paso del fruto de su sudor. Más adelante harémos mención, según se vayan desocupando las provincias, y según esté á nuestro alcance, de las contribuciones que los pueblos pagaron, de las derramas que padecieron. Cúmulo de males todos ellos que asolaban las provincias ocupadas, y las transformaban en cadáveres descaruados.

¡Cuan otro semblante ofrecía Cádiz, á pesar del sitio y de los proyectiles que caían! Gozábase allí de libertad, reinaba la alegría, arribaban á su puerto mercaderías de ambos mundos, abastábanlo víveres de todas clases, hasta de los más regalados; de suerte que ni la nieve faltaba, traída por mar de montañas distantes para hacer sorbetes y aguas heladas. Succedíanse sin interrupción las fiestas y diversiones, y no se suspendieron ni los toros ni las comedias; construyéndose al intento del lado del mar una nueva plaza de toros, y un teatro fuera del alcance de las bombas, para que se entregasen los habitantes con entero sosiego al entretenimiento y holganza.

Allí las Cortes prosiguieron atareadas con aplauso muy universal. Organizar conforme á la Constitución las corporaciones supremas del reino, no menos que la potestad judicial y el gobierno económico de los pueblos, con los ramos dependientes de troncos tan principales, fué lo que llamó en estos meses la atención primera. Expidieronse, pues, reglamentos individualizados y extensos para el Consejo de Estado y Tribunal Supremo de Justicia. Los recibieron también los tribunales especiales de Guerra y Marina, de Hacienda y de Ordenes, conocidos antes bajo el nombre de Consejos; los cuales quedaron en pie, ó por ser necesarios á la buena administración del Estado, ó por no haberse aún admitido ciertas reformas que se requería precediesen á su entera ó parcial abolición. Las audiencias, los juzgados de primera instancia y sus dependencias se ordenaron y fueron planteando bajo una nueva forma. En el ramo económico y gubernación de los pueblos se deslindaron por menor las facultades que le competían, y se dieron reglas á las diputaciones y ayuntamientos. Faena cuidadosa y larga en una monarquía tan vasta que abrazaba entonces ambos hemisferios, de situación y climas tan lejanos, de prácticas y costumbres tan diferentes.

Abuso de la libertad de imprenta dieron ocasión á disgustos y altercados, y acabaron por excitar vivos debates sobre restablecer ó no la Inquisición. A tanto llegó por una parte el desliz de ciertos escritores, y á tanto por otra la ceguedad de hombres fanáticos ó apasionados. Se publicaban en Cádiz, sin contar los de las provincias, periódicos que asían á luz todos los días, ó con intervalos más ó menos largos. Pocos había que conservasen el justo

medio, y no se sintiesen del partido á que pertenecían. Entre los que sustentaban las doctrinas liberales, distinguíanse el *Semanario patriótico*, que apareció de nuevo después de juntas las Cortes, *El Conciso*, *El Redactor de Cádiz*, *El Tribuno* y otros varios. Publicaba uno el estado mayor general, moderado y circunscrito comunmente al ramo de su incumbencia. Se imprimía otro bajo el nombre de *Robespierre*, cuyo título basta por sí solo para denotar lo exagerado y violento de sus opiniones. Et contraposición daban á la prensa y circulaban los del bando adverso, periódicos no ménos furiosos y desaforados. Tales eran *El Diario Mercantil*, *El Censor* y *El Procurador de la Nación y del Rey*, que se publicó más tarde, y superó á todos en iracundas arranques y en personalidades. Otros papeles sueltos, ó que formaban parte de un cuerpo de obra, asían á luz de cuando en cuando, como los *Cartas del Filósofo rancio*, sustentáculo de las doctrinas que indicaba su título; *El Tomista en las Cortes*, producción notable concebida en sentir opuesto; y la *Inquisición sin máscara*, cuyo autor, enemigo de aquel establecimiento, lo impugnaba despojándole de todo disfraz ó velo, con copia de argumentos y citas escogidas. Semejantes escritos ó opusculos arrojaban de sí mucha claridad y difundían bastantes conocimientos, mas no sin suscitar á veces reyertas que encandecerasen los ánimos. Males inseparables de la libertad, sobre todo en un principio, pero preferibles por el desarrollo ó impulso que imprimen al encogimiento y aniquilación de la servidumbre.

Pararon mucho en este tiempo la consideración pública dos producciones intituladas, la una *Diccionario razonado manual*, y la otra *Diccionario crítico-burlesco*, no tanto la primera por su mérito intrínseco, como por la contestación que recibió en la segunda, y por el estruendo que ambas movieron. El *Diccionario manual*, parto de una alma aviesa, enderezábase á sostener doctrinas añejas, interpretadas según la mejor conveniencia del autor. Cenuraba amargamente á las Cortes y sus providencias, no respetaba á los individuos, y bajo pretexto de defender la religión, perjudicábala en realidad, y la insultaba quizá no ménos que al entendimiento. Guardar silencio hubiera sido la mejor respuesta á tales invectivas; pero D. Bartolomé Gallardo, bibliotecario de las Cortes, hombre de ingenio agudo, mas de natural acervo, y que manejaba la lengua con pureza y chiste, muy acreditado poco antes con motivo de un folleto satírico y festivo, y nombrado *Apología de los Palos*, quiso refutar ridiculizándole al autor de la mencionada obra. Hizolo por medio de la que intituló *Diccionario crítico-burlesco*, en la que desgraciadamente no se limitó á patentizar las falsas doctrinas y las calumnias de su adversario, y á quitarle el barniz de hipocresía con que se disfrazaba, sino que se propasó, rozándose con los dogmas religiosos, é imitando á ciertos escritores franceses del siglo XVIII. Conducta que reprochaba el filósofo por inoportuna, el hombre de estado por indiscreta, y por muy escandalosa el hombre religioso y pío. Los que buscaban ocasión para tachar de incrédulos á algunos de los que gobernaban y á muchos diputados, halláronla ahora, y la hallaron, al parecer, plausible, por ser el D. Bartolomé bibliotecario de Cortes, y llevar con eso traza de haber impreso el libro con anuencia de ciertos vocales. Presunción infundada, porque no era Gallardo hombre de pedir ni de escuchar consejos; y en este lance obró por sí, no mostrando á nadie aquellos artica-

los, que hubieran podido merecer la censura de varones prudentes ó timoratos. La publicacion del libro produjo en Cádiz sensacion extrema, y contraria á lo que el autor esperaba. Desaprobóse universalmente, y la voz popular no tardó en penetrar y subir hasta las Cortes.

En una sesion secreta, celebrada el 18 de Abril, fué cuando allí se oyeron los primeros clamores. Vivas y agudas salieron de la boca de muchos diputados, de cuyas resultas enzarzaronse graves y largos debates. Habia señores que querian se saltase por encima de todos los trámites y se impusiese al autor un ejemplar castigo. Otros más cuerdos los apaciguaron, y consiguieron que se citase la providencia de las Cortes á exaltar con esfuerzo la atencion del Gobierno. Ejecutóse así en términos severos, que fueron los siguientes: «Que se manifieste á la Regencia la ansiosidad y sentimiento que ha producido en las Cortes la publicacion de un impreso intitulado *Directorio critico-burlesco*, y que resultando comprobados debidamente los insultos que pueda sufrir la religion por este escrito, proceda con la brevedad que corresponda á reparar sus males con todo el rigor que prescriben las leyes; dando cuenta á las Cortes de todo para su tranquilidad y sosiego.»

Aunque impropia de las Cortes semejante resolucion, y ajena quizá de sus facultades, no hubiera ella tenido transcendencia muy general, si hombres fanáticos, ó que aparentaban serlo, validos de tan inesperada ocurrencia no se hubiesen cebado ya con la esperanza de restablecer la Inquisicion. Nunca, en efecto, se les habia presentado coyuntura más favorable: cuando atizando unos y atemorizados otros, casi faltaba arrimo á los que no cambiaban de opinion, ó la modificaban por sólo los extravíos ó errores de un individuo.

En la sesion pública de 22 de Abril levántase, pues, á provocar el restablecimiento del Santo Oficio D. Francisco Riesco, inquisidor del tribunal de Llerena, hombre sano y bien intencionado, pero afecto á la corporacion á que pertenecía. No era el D. Francisco sino un echadizo; detras venia todo el partido anti-reformador, enroscado esta vez con muchos tímidos, y dispuesto á ganar por sorpresa la votacion. Pero ántes de referir lo que entonces pasó, conviene detenernos y contar el estado de la Inquisicion en España desde el levantamiento de 1808.

En aquel tiempo hallóse el tribunal como suspendido. Le quiso poner en ejercicio, segun insinuamos, la Junta Central, cuando en un principio, inclinándose á ideas rancias, nombró por inquisidor general al Obispo de Orense. Pero entónces, ademas del impedimento que presentaron los sucesos de la guerra, tropezóse con otra dificultad. Nombraban los papas, á propuesta del Rey, los inquisidores generales, y les expedian bulas, atribuyendoles á ellos solos la omnimoda jurisdiccion eclesiastica; de manera que no podian reputarse los demas inquisidores sino meros consejeros suyos. Estos, sin embargo, sostenian que en la vacante correspondia la jurisdiccion al Consejo Supremo; pero sin mostrar las bulas que lo probasen, alegando que habian dejado todos los papeles en Madrid, ocupado á la sazón por los enemigos. Excusa, al parecer, inventada, ó inútil aun siendo cierta, no pudiendo considerarse como vacante la plaza de inquisidor general, pues el último, el Sr. Arce, no habia muerto, y sólo él se habia quedado con los franceses. Ciertó que se aseguraba haber hecho renuncia de su oficio en 1808; mas no se probaba la hubiese admitido el Papa, re-

quisito necesario para su validacion, por estar ya interrumpida la correspondencia con la Santa Sede; cuya circunstancia impedia asimismo la expedicion de cualquiera otra bula que confirmase el nombramiento de un nuevo inquisidor general. En tal coyuntura, no méndole dado á la Junta suplir la autoridad eclesiastica por medio de la civil, y no constando legalmente que le fuese lícito al Consejo Supremo de la Inquisicion substituirse en lugar de aquella, se estancó el asunto, coadyuvando á ello los desafectos al restablecimiento, que se agarraron de aquel incidente para llenar su objeto y aquietar las conciencias tímidas. Sucedió la primera Regencia á la Junta Central, y en su descominado celo ó mal entendida ambicion, ansiosa de repouer todos los Consejos, conforme en su lugar apuntamos, repuso tambien el de la Inquisicion. Mas los ministros de este tribunal, prudentes, conociendo quizá ellos mismos su falta de autoridad, y columbrando adonde inclinaba la balanza de la opinion, mantuviéronse tranquilos sin dar señales de vida, satisfechos con cobrar su sueldo y gozar de honores, en expectativa quizá de mejores tiempos.

Instaláronse las Cortes, cuyo comienzo y rumbo parecia deavanecer para siempre las esperanzas de los afectos al Santo Oficio. Una imprudencia entónces, semejante á la de Gallardo ahora, aunque no tan inconsiderada, reanimóselas fundamentalmente. Poco despues de la discusion de la libertad de la imprenta, hallándose todavia las Cortes en la isla de Leon, se publicó un papel intitulado *La Triple alianza*, su autor D. Manuel Alzaibar, su protector el diputado D. José Mesa, su contenido harto libre. Tomaron las Cortes mano en el asunto, que provocó una discusion acalorada, decidiendo la mayoría que el papel pasase á la calificacion del Santo Oficio. Contradiccion manifiesta en una asamblea que acababa de decretar la libertad de la imprenta, á inexplicable á los que desconocen la inestabilidad de doctrinas de que adolecen cuerpos todavia nuevos, y la diferencia que en la opinion mediaba en España, entre la libertad politica y la religiosa; propendiendo todos á adoptar sin obstáculo la primera, y rehuendo muchos la otra por hábito, por timidez, por escrupulosa conciencia ó por devocion fingida. Entre los diputados que admitieron el que pasase á la Inquisicion el asunto de *La Triple alianza*, los habia de buena fe, aunque escusos de lucos; y habia otros muy capaces que no fueron al hilo de la opinion extraviada. Más adelante convirtéronse muchos de ellos en acérrimos antagonistas del mismo tribunal, ó por haber adquirido mayor ilustracion, ó por no ver ya riesgo en mudar de dictámen.

En aquella sazón, no obstante lo resuelto, tropezóse para llevar á efecto la providencia de las Cortes con los mismos obstáculos que en tiempo de la Junta Central, y se nombró para removerlos y tratar á fondo el asunto una comision, compuesta de los señores Obispo de Mallorca, Muñoz Torrero, Valiente, Gutierrez de la Huerta, y Peraz de la Puebla. Creíase entónces que estos señores por la mayor parte se desviarían de restablecer la Inquisicion. No cabia duda en ello respecto del Sr. Muñoz Torrero, y tambien se contaba como de seguro con el Obispo de Mallorca, quien, si no docto á la manera del anterior diputado, no por eso carecia de conocimientos, manifestando, ademas, celo por la conservacion de los derechos del episcopado, usurpados por la Inquisicion. A los señores Valiente y Gutierrez de la Huerta los reputaban muchos, en

aquel tiempo, por hombres despreocupados y entendidados, y de consiguiente adversarios de dicho tribunal. No así se pensaba del Sr. Perez, que fue siempre muy seculaz suyo.

Llegado, en fin, el momento de que la Comisión evacuase su informe, opinó la mayoría, por convicción, por recelo o por personal resentimiento, que se delegasen expedir a las facultades de la Inquisición, y que dicho tribunal se pudiese desde luego en ejercicio. Hízose este acuerdo en Julio de 1811. Mas como la cuestión se había ido ilustrando entre tanto, y tomando revuelto la oposición al Santo Oficio, empozóse por mucho tiempo lo resuelto en la Comisión. Agacháronse, por decirlo así, los promovedores, aguardando ocasión oportuna; y presentósele, según queda dicho, el libro de D. Bartolomé Gallardo, y no la desaprovecharon.

Y ahora, siguiendo de nuevo el curso de la narración suspendida arriba, referirémos que en aquel día, 22 de Abril, el ya citado D. Francisco Riesco, doléndose amargamente de lo postergado que se dejaba el negocio de la Inquisición, pidió se diese sin tardanza cuenta del expediente, que presumía despreciado por la Comisión. En efecto, acababan de recibirlo los secretarios; y tanta prisa corría la aprobación del informe dado, que ni siquiera permitían los partidarios de la Inquisición que se registrase, según era costumbre. Diligente conato, que les dañó en vez de favorecerlos.

Dañáronles también ciertas precauciones que habían tomado, pues se figuraron que no les bastaba contar con la mayoría en las Cortes, si no se escudaban con el público de las galerías. Así fué que muy de madrugada las llenaron de alijados suyos, con tan poco disimulo, que entre los concurrentes se divisaban muchos frailes, cuya presencia no se advertía en las demás ocasiones. Pensamiento muy desacordado, además de anárquico, porque daban así armas al bando liberal, que no pecaba de tímido, y volvían contra ellos las mismas de que se habían valido en sus reclamaciones contra los susurros, y alguna vez desmanes, de los asistentes á las sesiones.

La del 22 de Abril amaneció muy sombría, pues el triunfo de la Inquisición socavaba por sus cimientos las novedades adoptadas, y pronosticaba persecuciones, con la completa ruina, además, del partido reformador. Por lo tanto, decidióse éste á echar el resto y aventurarlo todo antes de permitir su total destrucción; mas trató primero de manobrar con destreza para evitar estruendos, lo cual consiguió bien y cumplidamente.

Establado asunto tan grave, dióse principio á los debates por leer el dictamen de la Comisión, que llevaba la fecha atrasada del 30 de Octubre de 1811, y le había extendido el Sr. Valiente, estando ya en el navío *Asia*. Indicámos en su lugar, cuando la desgracia ocurrida á dicho diputado en 26 de Octubre, que más adelante referiríamos en qué se había ocupado luego que se halló á bordo de aquel buque. Púes esta fue su tarea, á nuestro entender no muy digna, en especial siendo el Sr. Valiente de ideas muy contrarias, y llevando su opinion visos de venganza por el ultraje padecido.

Reduciase el dictamen de la Comisión, según apuntamos antes, á reponer en el ejercicio de sus funciones al Consejo de la Suprema Inquisición, añadiendo sólo ciertas limitaciones relativas á los negocios políticos y censura de obras de la misma clase. No firmó el dictamen, como era natural, el Sr. Muñoz Torrero, ni tampoco puso su voto por

separado; pendió de falta de tiempo. A la víspera por la tarde (dijo) habiéndole llamado los señores de la Comisión que estaban presentes; y convenidos, á pesar de las reflexiones que les hizo, en adoptar el dictamen extendido por el Sr. Valiente sin variación alguna. No negó, en contestación, el Sr. Gutiérrez de la Huerta la verdad de lo alegado por el Sr. Muñoz Torrero; mas conceptuaba ser el asunto demasadamente obvio para sobreseer en su discusión por tiempo indeterminado.

Prosiguiendo el debate se encendieron más y más los ánimos, á punto que las galerías, compuestas al principio de los espectadores que hemos dicho, se desmandaron y tomaron parte en favor de los defensores de la Inquisición; y acordámonos haber visto algunos frailes deantarse en murmullos y palmeteos sin cordura, y olvidados del hábito que les cubría. No se arredraron los liberales; antes bien les sirvió de mucho un celo tan indiscreto.

Avexados los que de ellos había en las Cortes á no acometer de frente ciertas cuestiones, y conociendo lo mucho que ayudan en los cuerpos los antecedentes para no precipitar las resoluciones, y dar buena salida á los vocales que, deseosos de no comprometerse, ansian hallar alguna, á fin de no decidirse ni en pro ni en contra en asuntos pelagatosos, habían tomado de antemano medidas que librasen su objeto. Fué una introducir, en un decreto aprobado en 25 de Marzo último, sobre la creación del Tribunal Supremo de Justicia, un artículo, que decía: «Quedan suprimidos los tribunales conocidos con el nombre de Consejos.» Estaba en este caso la Inquisición, ó se conceptuaba abolida por la decisión anterior, ó á lo menos exigíase por ella, para que se restableciese, se verificase bajo otro nombre y forma; lo cual daba largas, y proporcionaba plausible efugio para esquivar cualquiera sorpresa. Mayor le ofrecía otro acuerdo de las mismas Cortes, propuesto con gran prevision por D. Juan Nicasio Gallego al acabarse de disentir el 13 de Diciembre la segunda parte del proyecto de Constitución. Se hallaba concebido en estos terminos: «Qu ninguna proposición que tuviese relacion con los asuntos comprendidos en aquella ley fundamental, fuese admitida á discusión sin que, examinada previamente por la comisión que había formado el proyecto, se viese que no era de modo alguno contraria á ninguno de sus artículos aprobados.» Hizo ya entonces el diputado Gallego esta proposición pensando en el Santo Oficio, como recordamos que nos dijo al extenderla. Acertó en su conjetura. Mas antes de determinar sobre ella, y en vista ya de lo resuelto en cuanto á supresion de Consejos, habíase aprobado después de largo debate, y suspendíase por ahora la discusión de este asunto (el de la Inquisición), señalándose día para ella. En seguida fué cuando suscitándose nueva reyerta, se logró que, conforme á la propuesta aprobada del Sr. Gallego, pasase el expediente á la comisión de Constitución. Providencia que paró el golpe preparado tan de antemano por el partido fanático, y dió esperanzas fundadas de que más adelante se destruiria de raíz y solemnemente el Santo Oficio; porque tanto confiaban todos en la comisión de Constitución, cuya mayoría constaba de personas prudentes, instruidas y doctas. No desayudó este triunfo á D. Bartolomé Gallardo, origen de semejante ruido. Permaneció dicho autor preso tres meses; duró bastante tiempo su causa, de la cual se vió al cabo quito y libre, no á tanta costa como era de recelar y anunciaba en un principio la tormenta que levantó su opúsculo.

Tras esto, exasperados cada vez más los enemigos de las reformas, y viendo que cuanto intentaban, otro tanto se les frustraba y volvía contra ellos, idearon pronunciar que se disolviesen las actuales Cortes, y se convocasen las ordinarias conforme á la Constitución. Licencjaba el pensamiento á muchos diputados, aun de los liberales, y retraía á otros manifestar francamente su opinion el temor de que se les atribuyesen miras personales ó anhelo de perpetuarse, segun proclamaban ya sus émulos.

En tal estado de cosas, presentó el 25 de Abril la comisión de Constitución un informe acerca del asunto, siendo de parecer que deberían reunirse las Cortes ordinarias en el año próximo de 1813, y no disolverse las actuales antes de instalarse aquéllas, sino á lo más cerrarse. Apoyaba la Comisión en este punto juiciosamente su dictamen, diciendo: «Que si se disolviesen las Cortes, sucedería forzosamente que hasta la reunion de las nuevas ordinarias quedaría la nación sin representación efectiva, y consiguientemente imposibilitada de sostener con sus medidas legislativas al Gobierno, y de intervenir en aquellos casos graves que á cada paso pudian y debian ocurrir en aquella época.» Y después añadía que si se cerrasen las actuales Cortes, pero sin disolverse, á los actuales diputados deberían entenderse obligados á concurrir á extraordinarias, si ocurriesen sin convocación una ó más veces, hasta que se constituyesen las próximas ordinarias.»

Por lo que respecta al mes en que convenia se juntasen las últimas, que se llamaban para el año de 1813, opinaba la misma Comision que, en vez del 1.º de Marzo, como señalaba la Constitución, fuese el 1.º de Octubre, por quedar ya poco tiempo para que se realizasen las elecciones, y acudiesen diputados de tan distantes puntos, en especial los de Ultramar. A la exposicion de la Comision, mesurada y sabia, acompañaba la minuta de decreto de convocatoria, y dos instrucciones, una para la Península, y otra para America y Asia, necesarias por las circunstancias peculiares en que se hallaban los españoles de ambos hemisferios; así con la invasion francesa, allá con las revueltas intestinas.

En los dias 4 y 6 de Mayo aprobaron las Cortes el dictamen de la Comision, despues de haberse pronunciado en pro y en contra notables discursos; con cuya resolusion vinieron al suelo, hasta cierto punto, los proyectos de los que ya presumian derribar, disolviendose las Cortes, la obra de las reformas, todavia no bien alianzada.

LIBRO VIGÉSIMO.

Campeña de Salamanca.—Movimiento de Wellington.—Fuerzas de Salamanca.—Los ataques a Wellington.—Se apodera de ella.—Va Wellington tras del ejército de Marmont.—Movimiento de los franceses y la influencia en el Duero.—Empieza Wellington a retirarse.—Varias batallas de amigos y enemigos.—Sitúan Wellington en cerca de Salamanca.—Batalla de Salamanca.—Luchando los aliados.—Gran victoria de Wellington.—Continúa repeliendo los franceses.—Avanza José de Madrid a Castilla la Vieja.—Quintanara en Castilla.—Batalla de Quintanara.—Luchan varios puntos.—Toma el de Tordehumas.—Reanuda Wellington contra José.—Reencuentro en Mayabanda.—Retirase José de Madrid.—Sitúan los aliados en la casta.—Páthoum y Juncos la Cruz de San.—Wellington alcaza el Retiro.—La línea.—La batalla del general Alava.—Reprocha la parte de D. Carlos Espina.—(Otras muchas incertidumbres.—La de monetas.—Toma el Empuñando a Guadalajara.—Abandonan el Tajo los franceses del centro, y se dirigen a Valencia.—Traslado una columna en el camino.—Algunos sucesos en Castilla la Vieja.—La gran batalla de Alagva en contra de los españoles.—La victoria definitiva de Wellington.—Retiran los franceses a Badajoz.—Finanza de Vagaya.—Desembarca de Madrid y pasa a Castilla la Vieja.—Fuerzas en Badajoz.—Luchan los franceses a el sitio de Cádiz.—Batalla de San Mounou entre Berlín.—Revanca Soult a Berlín.—Arre-

[illegible]

Rumbo cierto, y que conducia á puerto más seguro y cercano, tomó ahora la guerra peninsular. Devidido lord Wellington á obrar activamente en lo interior de Castilla, constituyose, por decirlo así, centro de todos los movimientos militares, que si bien eran antes muchos y gloriosos, carecian de union, y no estribaban en una base solida, como requiere en la milicia para alcanzar prontos é inmediatos resultados.

Empezó el general inglés su marcha, y levantó sus reales de Fuente-Guinaldo el 13 de Junio. Iba repartido su ejército en tres columnas, la de la derecha, mandada por el general Graham, tomó el camino de Tamames; la del centro, a cuyo frente se divisaba lord Wellington, el de San Muñoz, y se dirigió al de Sancti-Spiritus la de la izquierda, mandada por Pictou. Agregábase á la última la fuerza de D. Carlos de España, que formaba como una cuarta columna. El 16 se pusieron los aliados sobre el Valtierra, riñendo á dos leguas cortas de Salamanca, cuya ciudad evacuó aquella noche el ejército enemigo, dando la vuelta de Toro, después de dejar unos 800 hombres en las fortificaciones erigidas sobre las ruinas de conventos y colegios que los mismos franceses habían demolido.

Tres eran los puntos fortificados que se contaban en Saltillo, defendiéndose uno á otro por ampu- sión y distancia: el principal el de San Vicente, situado en el sitio del colegio de benedictinos del propio nombre, que se habia colocado en el vértice del ángulo anterior da la antigua muralla sobre un peñasco perpendicular al río. Habian los france- ses tapado y espillerado las ventanas del edificio, y unido por cada lado con el antiguo recinto, ti- rando unas líneas que amparaban foro y cañón cubierto, con escarpas y contraescarpas revestidas

de mampostería. No resultaba encerrado dentro de aquéllas el ángulo entrante del convento, y por eso le cubrieron con una batería de faginas, protegida de una pared ó muro atronerao, que tenía, además, por delante una empalizada. A la distancia de 250 varas levantábanse los otros dos fuertes ó reductos, el de San Cayetano y el de la Merced; el último cercano al río. Llamábanse así por haberse formado con los escombros de dos conventos de la misma denominación, dispuestos por los franceses de manera que se convirtieron en dos fuertes con escarpas verticales, fosos profundos y contraescarpas acasamatadas. Construyéronse varias obras á prueba de bomba, y otros reparos.

En el espacio intermedio de los puntos fortificados y en su alrededor, como igualmente en otros parajes, habían derribado los franceses, para despejar el terreno ó con otros intentos, muchos de los famosos edificios que adornaban á Salamanca. De veinte y cinco colegios hubo veinte y dos más ó menos arruinados, señaladamente los de Cuenca y Oviedo, fundacion de los ilustres prelados Villacueva y Muros; y el del Rey, magnífico monumento erigido en el reinado de Felipe II, según el plan del muy entendido arquitecto Juan Gomez de Mora. Suerte singular y adversa, que cuanto la piedad y la ciencia de los españoles había levantado en aquella ciudad, morada célebre del saber, casi todo fuese destruido ó trastornado por la mano asoladora de soldados de Francia, nación, por otra parte, tan humana y culta!

Servían las fortificaciones allí construidas, no precisamente para reprimir á los habitantes de Salamanca, sino más bien para vigilar el paso del Tórnes y su puente, antigüedad romana de las más notables de España. Como le dominaban los fuegos del enemigo, tuvieron los ingleses que pasar el río el día 17 por los vados del Canto y San Martín, ascendiendo despues á inmediatamente los fuertes; para cuyo objeto destinaron la sexta division del cargo del general Clinton. Al penetrar los aliados por la ciudad, prorumpieron los vecinos en increíbles demostraciones de júbilo y alegría, no pudiendo contener sus pechos, aliviados repentinamente de la opresion gravosa que los había molestado durante tres años. Corrian todos á ofrecer comodidad y regalos á sus libertadores; y á la hora del pelear hasta las mujeres anduvieron solícitas, sin distincion de clase, en asistir á los heridos y enfermos. Superabundaron á los aliados en Salamanca víveres y todo lo necesario, especialmente buena y desinteresada voluntad, muestra del patriotismo de Castilla, que les causó profunda y apreciable sensación.

Los 800 franceses que guarnecían los fuertes habían sido entresacados de lo más granado del ejército, y sus jefes eran mirados como selectos: al paso que los aliados, azarosos en esto del sitiar, se sorprendieron al ver obras más robustas de lo que se imaginaban, hallando, por tanto, desprevénidos para atacarlas, sin municiones ni tren correspondiente. Conociendo la falta, dieron modo de abastecerse de Almeida, principiando, empero, los trabajos y el fuego, que continuaron hasta el 20, en cuyo día tornó á aparecer el mariscal Marmont, apoyado su derecha en el camino real de Toro, su izquierda en Castellanos de los Moriscos, y colocando el centro en la llanura intermedia. Los aliados se situaron enfrente, teniendo la izquierda en un ribazo circuido por un barranco, el centro en San Cristóbal de la Cuesta, y la derecha en una eminencia que buia cara al Castellanos nombrado. Permanecieron en

mutua observacion ambos ejércitos el 20, 21 y 22, sin más novedad que una ligera escaramuza en este día.

Tomaron, por su parte, diversas precauciones los sitiadores de los fuertes, desarmaron las baterías, y pasaron los cañones al otro lado del río. Sin embargo, el 22 levantaron una nueva, con intento de apertillar la gola del reducto de San Cayetano, y con la esperanza, de apoderarse de esta obra, cuya ocupacion facilitaria la toma de San Vicente, la primera y más importante de todas. Maltratado el parapeto y la empalizada de San Cayetano, resolvieron los sitiadores escalar el fuerte el 23, como asimismo el de la Merced, mas se les malogró la tentativa, pereciendo en ella 120 hombres y el mayor general Bowes.

En el propio día Marmont, que ansiaba introducir socorro en los fuertes, varió de posicion, tomando otra oblicua, de que se siguió quedar alojada la izquierda en Huerta de Tórnes, su derecha en las alturas cerca de Cabezaavellosa, y el centro en Alderubia. Lord Wellington, para evitar que al faltar de este movimiento se pudiesen los enemigos en comunicacion con los fuertes por la izquierda del Tórnes, mudó tambien el frente de su ejército, prolongando la linea, de forma que cubriese completamente á Salamanca, y pudiese ser acortada en breve, caso de una reconstruccion repentina: asistían los puestos avanzados á Alderubia. El 24, antes de la aurora, 10,000 infantes franceses y 1,000 jinetes cruzaron el Tórnes por Huerta; contesquiesoles Wellington su primera y séptima division, que pasaron tambien el río al mando de sir Thomas Graham, juntamente con una brigada de caballería: se apostó lo restante del ejército entre Castellanos y Cabrerizos. Hora de mediodía sería cuando avanzó el enemigo hasta Calvarosa de Abajo; mas vislumbrando á sus contrarios apostados, y que éstos le seguían en sus movimientos, paróse, y tornó muy luego á sus estancias del 23.

Entre tanto recibieron los ingleses el 26 las municiones y artillería que aguardaban de Almeida, y renovaron el fuego contra la gola del reducto de San Cayetano, en la que lograron romper brecha á las diez de la mañana del día siguiente: al propio tiempo consiguieron tambien incendiar, tirando con bala roja, el edificio de San Vicente.

En tal apuro, los comandantes de todos tres fuertes dieron muestra de querer capitular; pero sospechando Wellington que era ardid, á fin de ganar tiempo y apagar el incendio, sólo les concedió cortos minutos para rendirse, pasados los cuales ordenó que sin tardanza fuesen asaltados los reductos de San Cayetano y la Merced. Se apoderaron los aliados del primero por la brecha de la gola, del segundo por escalada. Entonces el comandante del fuerte de San Vicente pidió ya capitular, y Wellington accedió á ello, si bien exigiéndole de una de las obras exteriores la guarnicion, y obtuvo los honores de la guerra. Cogieron los ingleses vestuarios y muchos pertrechos militares, pues los enemigos habían considerado por muy seguros aquellos depósitos, en cuyas obras habían trabajado cerca de tres años, y expendido sumas cuantiosas. Eran acomodados los fuertes para resistir á las guerrillas, comprimir cualquier alboroto popular y evitar una sorpresa, no para contrarestar el ímpetu de un ejército como el aliado. Despues de la toma se demolieron por inútiles lo mismo que otras obras que habían levantado los franceses en Alba de Tórnes, de donde, escarmen-

todos, sacaron á tiempo la guarnicion. El mariscal Marmont, que no parecia sino que habia acudido á Salamanca para presenciar la entrega de los fuertes, se alojó la noche del 27, llevando distribuida su gente en tres columnas, una la vuelta de Toro, las otras dos hacia Tordesillas. Al retirarse, pusieron fuego los franceses á los pueblos de Huerta, Davila-Fuente, Villoria y Villornela: causaron estrago en los demas, y talaron y quemaron la cosecha, que ofrecia rico y precioso esquilmo. Prosiguieron los ingleses en su marcha el 28 tras sus contrarios, y poniéndose sobre el Trabancos, se alojó en vanguardia en la Nava del Rey.

Tatopoco se pararon aquí los franceses, juzgando prudente, antes de emprender cosa alguna, aguardar refuerzos de su ejército del Norte, por lo cual, hostigados de los ingleses, atravesaron el Duero en Tordesillas el dia 2 de Julio por su hermoso puente, de estructura, segun se cree, del tiempo de los Reyes Católicos. Situáronse en esta nueva estancia, apoyando su derecha enfrente de Pollos, el centro en el mismo Tordesillas, y la izquierda en Simáneas sobre Pisuerga. No desaprovechar Marmont aquí su tiempo, y tardando en llegar los refuerzos del ejército del Norte, viendo tambien que la superioridad inglesa consistia principalmente en su caballeria, trató de aumentar la suya propia, despojando de sus caballos á los que no correspondia tenellos por ordenanza, y lo mismo á los que gozando de este derecho se hallaban con un número excedente de ellos, por cuyo medio aumentó su fuerza con mas de 1000 jinetes. Tambien se aumentó ésta con la division de Bonnet, que se juntó al ejército frances el 7 de Julio, viniendo de Asturias por Reinosa.

Animado con esto Marmont, y sabedor ademas de que el sexto ejército español, saliendo de Galicia, daba muestra de venir sobre Castilla, decidió reparar el Duero, y acercarse al inglés para empeñar batalla. Pero receloso de cruzar aquel rio en presencia de ejército tan respetable, efectuó ántes marchas y contramarchas desde el 13 al 16 de Julio, encaminándose orilla abajo hácia Toro, en donde empezó á ocuparse en reparar el puente que habia destruido.

Durante este tiempo, lord Wellington habia colocado en un principio su derecha en La Seca, y su izquierda en Pollos. Aquí existe un vado, no muy practicable entonces para la infanteria, así por su naturaleza, como por el lugar en que se alojaba el enemigo. No ofrece el Duero en su curso desde la union del Pisuerga, y quizá desde más arriba hasta la del Esla, muchos parajes cómodos y apropiados para cruzarle delante de un enemigo que ocupa la derecha. Corre en gran parte por llanuras bastante anchas, sólo ceñidas por ribazos y alturas más ó menos lojanas del rio, resultando de aquí que el sitio más acomodado para pasarle en todo aquel terreno, teatro á la zazon de los ejércitos beligerantes, era el de Castro-Nuño, dos leguas corrientes arriba de Toro, en donde se divisa un buen vado y una curva que forma el terreno, propicia á las operaciones de tropas que enfiorecen la margen izquierda.

Pensaba lord Wellington en verificar el paso, cuando advirtiendo el movimiento de Marmont hacia Toro, y aun noticioso de que algunas fuerzas francesas atravesaban el Duero el dia 16 por el puente de aquella ciudad, se corrió sobre su izquierda, y trató de reconcentrarse á las margenes del Guareña. Con efecto, hizo maniobrar en este sentido á todo su ejército, excepto á las divisiones primera y ligera, con una brigada de caballeria á las órde-

nes de sir Stapleton Cotton, fuerza apostada en Castrejon. Pero el mariscal frances, contramarchando entónces rápidamente, se dirigió en la noche del 16 al 17 sobre Tordesillas, cruzó el rio, y juntó todo su ejército en la mañana del mismo dia en la Nava del Rey, habiendo andado sin parar no menos de diez leguas. Con tan inesperado movimiento, no solo consiguió reparar el Duero y burlar la vigilancia de los ingleses, sino que puso casi á merced suya á Cotton, muy separado del cuerpo principal del ejército británico. Así fue que al amanecer del 19 le atacaron los franceses, y aun rodearon la izquierda de su posicion por Alaejos. Dichosamente pudo Cotton, á pesar de fuerzas tan superiores, mantenerse firme, y dar tiempo á que condesen refuerzos de Wellington, que le ayudaron á replegarse ordenadamente, si bien hostigado por retaguardia y flanco, á Torreñilla de la Orden, y de allí á incorporarse al grueso del ejército aliado.

Colocáronse en seguida los franceses en unas lomas á la derecha del Guareña, y Wellington, después de situar en otras opuestas tres de sus divisiones, decidió que lo restante de su ejército atravesase aquel rio por Vallesa, para impedir que el enemigo envolvese su derecha, como intentaba.

Atravesó éste tambien dicho rio Guareña por Castriño, tratando el general Clausel, que mandaba una de las columnas principales, de apoderarse de cierta situacion ventajosa, y caer sobre la izquierda inglesa; operacion que se le frustró con perdida de bastantes prisioneros, entre ellos el general Carrier.

El 19, ya en la tarde, sacó el enemigo muchos cuerpos de su derecha y los trasladó á la izquierda, lo que obligó á Wellington á ejecutar maniobras analogas con el objeto de inutilizar cualquiera tentativa de sus contrarios. Se preparó tambien el general ingles á admitir batalla, si se le presentaban los franceses en las llanuras de Vallesa.

No era todavia tal la intencion del mariscal enemigo, quien más bien queria maniobras que aventurar accion alguna. Así fue que en el dia 20 se puso todo el ejército frances en plena marcha sobre su izquierda, y obligó á Wellington á emprender otra igual por su propia derecha, de que resultó el singular caso de que dos ejércitos enemigos, no detenidos por ningun obstaculo, y moviéndose por líneas paralelas á distancia cada uno de medio tiro de cañon, no empeñasen entre sí batalla ni encuentro notable. Marchaban ambos aceleradamente y en masas unidas. Uno y otro se observaban, aguardando el momento de que su adversario cayese en falta.

Amaneció el 21, y reconcentrando lord Wellington su ejército hácia el Tormes, se situó de nuevo en San Cristobal, á una legua de Salamanca, posicion que ocupó durante el asedio de los fuertes. Los franceses pasaron aquel rio por Alba, en donde dejaron una guarnicion, alojándose entre esta villa y Salamanca. Atravesaron los aliados en segunda el Tormes por el puente de la misma ciudad y por los vados inmediatos, y sólo apostaron á la margen derecha la tercera division con alguna caballeria.

Entónces se afianzó Wellington en otra posicion nueva: apoyó su derecha en un cerro de dia que hay cerca del pueblo, llamado de los Azapios, y la izquierda en el Tormes, más abajo de los vados de Santa Marta. Las franceses, situados al frente, estaban cubiertos por un espeso bosque, dueños desde la víspera de Calvarasa de Arriba, y de la altura contigua apellidada de Nuestra Señora de la Peña. A las ocho de la mañana descubrió rápidamente

con celo vivísimo á cumplir con este deber, pronunciando dicho juramento en voz alta, y apresurándose espontáneamente muchos á responder aun ántes que les llegase su turno; considerando en este acto, no sólo la Constitución en si misma, sino también y más particularmente creyendo dar en él una prueba de adhesión á la causa de la patria y de su independencia. Don Carlos de España y D. Miguel de Alava prestaron el juramento en la parroquia de Santa María de la Almudena. Llamó el primero la atención de los asistentes por los extremos que hizo, y palabras que pronunció en apoyo de la nueva ley fundamental, que según manifestó, quería defender aun á costa de la última gota de su sangre.

Á pesar de tales muestras de confianza y júbilo no se aquietaba Wellington hasta posesionarse del Retiro, y por tanto le cercó y le empezó á embestir á las seis de la tarde del 13. Habían establecido allí los franceses tres recintos. El primero, ó exterior, lo componían el Palacio, el Museo y las tapias del mismo jardín, con algunas flechas avanzadas para flanquear los aproches. Formaba el segundo una línea de nueve frentes, contruidos á manera de obras de campaña, con un rebellín ademas, y una media luna. Reducíase el tercero á una estrella de ocho puntas ó ángulos, que cubría la casa llamada de la China, por ser antes fábrica de este artefacto.

El Retiro, morada ántes de placer de algunos reyes austriacos, especialmente de Felipe IV, que se solazaba allí componiendo obras dramáticas con Calderón y algunos ingenios de su tiempo, y también de Fernando VI y de su esposa doña Barbara, muy dada á oír en su espléndido y ostentoso teatro los dulces acentos de cantores italianos; este sitio, recuerdo de tan amenas y pacíficas ocupaciones, habiendo cambiado ahora de semblante, y llenándose de aparato bélico, no experimentó semejante transformación sin gran detrimento y menoscabo de las reliquias de bellas artes, que aun sobrevivían, y la experimentó bien inútilmente, si hubo el propósito de que allí se hiciese defensa algo duradera.

Porque en la misma tarde del 13, que fué acometida la fortaleza, arrojó el general Packenham los puestos enemigos del Prado y de todo el recinto exterior, penetrando en el Retiro por las tapias que caen al jardín Botánico, y por las que dan enfrente de la Plaza de Toros, junto á la Puerta de Alcalá. Y en la mañana del 14, al ir á atacar el mismo general el segundo recinto, se rindió á partido el gobernador, que lo era el coronel Lafond. Tan corta fué la resistencia, bien que no permitía otra cosa la naturaleza de las obras, suficientes para liberrar aquel paraje de un rebate de guerrillas, pero no para sostener un asedio formal. Concediéronse á los prisioneros los honores de la guerra, y quedaron en poder de los aliados, contando también empleados y enfermos, 2,506 hombres. Ademas 189 piezas de artillería, 2,000 fusiles, y almacenes considerables de municiones de boca y guerra.

Para calmar los ánimos de los comprometidos con José residentes todavía en Madrid, y atraer á nuestras banderas á los alistados en su servicio, ó sean jurados, como los apellidaban, dió el general Alava una proclama concebida en términos conciliadores. Su publicación produjo buen efecto, y tal, que en pocas horas se presentaron á las autoridades legítimas más de 800 soldados y oficiales. Sin embargo, las pasiones que reinaban, y sobre todo, la enemistad y el encono contra la parcialidad de José de los que ántes se consideraban oprimidos bajo su yugo, fueron causa de que se motejase de lene y aun de

impolítica la conducta del general Alava. Achaque común en semejantes crisis, y en donde tienen poca cabida las decisiones de la fría razón, y si mucho áquito las que sugieren propias ofensas ó irritantes y recientes memorias. Subieron las quejas hasta las Cortes mismas, y costó bastante á los que sólo apotecian indulgencia y concordia evitar que se desaprobase el acertado y tolerante proceder del aquel general.

Otro rumbo signió D. Carlos de España. Inclinado á escudriñar vidas pasadas y á molestar al campo de condicion en todos tiempos perseguidora, como determinaciones inadecuadas y aun violentas, publicando un edicto en el que, teniéndose poca cuenta con la desgracia, se ordenaban malos tratamientos con palabras irónicas, y se trasladaban venganzas. Desacuerdo muy vituperable en una autoridad suprema, la cual, sobreponiéndose al furor ciego y momentáneo de los partidos, conviene que sólo escuche al interes bien entendido y permanente del Estado, y que exprese sus pensamientos en lenguaje desapasionado y digno. En D. Carlos de España graduóse tal porte hasta de culpable, por notarse en sus actos propension codiciosa, de que dió en breves pruebas palpables, apropiándose haberes ajenos atropellada y descaradamente.

Ahogaron, pues, en gran manera el gozo de los madrileños semejantes procedimientos. También el no sentir inmediato alivio en la miseria y males que los abrumaban, habiendo confiado su celeridad al lugo que se alejase el enemigo y se restableciese la autoridad legítima. Esperanzas que, consolando en la de-dicha, casi nunca se realizan; porque en las tránsitos y cambios de las naciones, ni es dable volver á lo pasado, ni subsanar cumplidamente los daños padecidos, como tampoco premiar los servicios que cada cual alega, á veces ciertos, á veces fingidos ó exagerados.

Destemplaron asimismo la alegría varias medidas de la Regencia y de las Cortes. Tales fueron las decretadas sobre emplendos y sus purificaciones, de que hablaremos en otro lugar. Tales igualmente las que se publicaron acerca de las monedas de Francia, introducidas en el reino, y de las acuñadas dentro de él con el busto del intruso. Tuvieron origen las resoluciones sobre esta materia en el año de 1808 á la propia sazón que invadieron nuestro territorio las tropas francesas; pues sus jefes, solicitando entónces que sus monedas circularan con igual ventaja que las españolas, consiguieron se nombrase una comision mixta de ensayadores naturales y extranjeros, cuyos individuos, parecidos ó temerosos, formaron una tarifa en gran menoscabo de nuestros intereses (2), la cual mereció la aprobación del Consejo de Castilla, amedrentado ó con poco conocimiento de la materia.

No es dado afirmar si esta comision verificó los debidos ensayos de las monedas respectivas, ni tampoco si se vió asistida de los conocimientos necesarios acerca de la ley metálica ó grado de fino y del peso legal, con otras circunstancias que es menester concurrir para determinar el verdadero valor intrínseco de las monedas. Pero parece fuera de duda que tomó por base general de la reduccion el valor que correspondia entónces legalmente al peso fuerte de plata reducido á francos, sin tener cuenta con el remedio ó tolerancia que se concedia en su ley y

(2) Los males que en España se han seguido de las medidas de reducción ó peso metálicas en el valor de la moneda, por ser una enorme pérdida con el cambio de parcialidad en el tratado de Mariana intitulado *De moneda muratorum*.

peso, ni con el desgaste que resulta del uso. Así evaluábase la pieza de cinco francos en 18 reales 25 maravedises, $47\frac{1}{2}$, y el escudo de seis libras tornesas en 22 reales y ocho maravedises.

En el oro la diferencia fué más leve, habiéndose dado al napoleón de 20 francos el valor de 75 reales, y al Luis de oro de 24 libras tornesas el de 88 reales y 32 maravedises: consistió esto en no haber tenido presente la comision de ensayadores, entre otras cosas, la razon diversa que guardan ambos metales en las dos naciones; pues en España se estima ser diez y seis veces mayor el valor nominal del oro, cuando en Francia no llega ni á quince y medio.

Significó de esta tarifa on adelante para los españoles, en las monedas de plata, un quebranto de 9 y 11 por 100, y en las de oro de 1 y 2 por 100; de manera que en las provincias ocupadas apenas circulaba mas cuño que el extranjero.

Los datos que de ello se originaron, junto con la aversión que habia á todo lo que emanaba del invasor, motivaron dos órdenes, fechas una en 4 de Abril de 1811, y otra en 16 de Julio de 1812. Dirigiase la primera á prohibir el curso de las piezas acuñadas en España con busto de José, previniéndose á los tenderos las llevasen á la casa de la moneda, en donde recibirian su justo valor en otras legales y permitidas. Encaminábase la segunda, ó sea la circular de 1812, á igual prohibicion respecto de la moneda francesa, especificándose lo que en las tesorerías se habia de dar en cambio; á cuyo fin se acompañaba una tarifa apreciativa del valor intrínseco de dicha moneda, y por tanto bastante diverso del que calcularon en 1808 los ensayadores nombrados al intento. Este trabajo, aunque imperfecto, se aproximaba á la verdad, en especial respecto de las piezas de cinco francos, si bien no tanto en los escudos de seis libras, y ménos todavía en las monedas de oro.

La prohibicion de las fabricadas con busto del rey intruso no tuvo otro fundamento sino odios políticos á precipitada irreflexion, pues sabido es que se confiaban los pesos fuertes de José con el mismo peso y ley que los procedentes de América: debiendo tambien notarse que en Francia se estiman los primeros aun más desde que el arte perfeccionado de la aliuacion ha desahogado en ellos mayor porcion de oro que en los antiguos, habiendo sido comunmente fabricados los modernos del tiempo de la invasion con vajillas y alhajas de iglesia, en que entraba casi siempre plata sobredorada.

Estas dos providencias, tan poco meditadas como lo habia sido la tarifa de 1808, excitaron clamor general, lo mismo en Madrid que en los demas puntos á medida que se evacuaban, por el quebranto insinuado arriba que de súbito resultó, mayormente pesando las pérdidas sobre los particulares, y no sobre el erario, y alterándose (3) repentinamente por sus disposiciones el valor de las cosas. En muchos parajes suspendieron sus efectos las autoridades locales, y representaron al gobierno legítimo, el cual á lo último, aunque lentamente, pues no lo

verificó (4) hasta el Setiembre de 1813, mandó que por entonces se permitiese la circulacion de la moneda del rey intruso acuñada en España, y tambien la del imperio francés, arreglándose casi en un todo á la tarifa de 1808, perjudicialísima ésta en sí misma, mas de difícil derogacion en tanto que no fuese el erario, y no los particulares, el que soportase la pérdida ó diferencia que existia entre el valor real ó intrínseco de la circular de 1812, y el supuesto de la tarifa de 1808.

Habiendo tardado algun tiempo en efectuarse la suspension, aun por las autoridades locales, de las órdenes de 1811 y 1812, el trastorno que ellas causaron fué notable, y mucha la desazon, encareciéndose los viveres en lugar de abaratarese, y mercedándose por de pronto el daño con las especulaciones lucrosas é inevitables de algunos trajineros y comerciantes. Así que necesidad hubo del odio profundo que se abrigaba en casi todos los corazones contra el extranjero, y tambien de que prosiguiesen cogiendo laureles las armas aliadas, para que no se entibiasen los moradores de los pueblos, ahora libres, en favor de la buena causa.

A dicha continuaron sucediéndose faustos acontecimientos al rededor, y áun lejos de la capital. En Guadalupe, 700 á 800 hombres que guarnecian la ciudad á las órdenes del general Preux, antiguo oficial suizo al servicio de España, se rindieron el 16 de este Agosto á D. Juan Martin el Empecinado. Descontentado Preux á causa de su anterior conducta, queria capitular sólo con lord Wellington; mas éste le advirtió que si no se entregaba á las tropas españolas que lo cercaban, lo haria pasar á cuchillo con toda la guarnicion.

Fueron evacuando los franceses la orilla derecha del Tago, y uniéndose sus destacamentos al cuerpo principal de su ejército del centro, que proximo retirándose via de Valencia. Salieron de Toledo el

(3) En diversas ocasiones en lo antiguo sucedió lo mismo entre nosotros, señaladamente en la rebelion de Don Fernando, de Altona, el 8 de Mayo, de Enrique II, Juan el II, y sobre todo en el de Felipe IV, sin venir á quemas y destrucciones. En el último referido caso el 17 de Mayo, con referencia á los antecedentes fué tal el trastorno y la confusión, que resultaron de las almonedas hechas en el valor de la moneda, que la vara de paño, que antes valia 290 maravedises, llegó á valer 400, y el canuto de lana, que valia 1.500, llegó á valer 2.000, á consecuencia de la alteracion del verdadero valor de las monedas, por el Sr. Licenciado Gomez.

(4) Ha aqui esta tarifa, cual igual á la de 1808, de más diferencia que la de 1808 á los valores reales de las monedas y sus equivalentes, que expresaba la última. «Las órdenes generales y circulares en las que se expresan representaciones sobre la necesidad de suspender la necesidad de que por las autoridades correspondientes se retiren del curso los reales y las del imperio francés, se circulan, en las provincias de España, como en los tratados particulares de todos géneros, decretan.

«1.º Se suspenden las órdenes de la orden de 4 de Abril de 1811, y circular de 16 de Julio de 1812, y en consecuencia autorizan por ahora, y entre tanto que en ningún período otra cosa se prevenga, la circulacion de la moneda del rey intruso por el valor corriente que á cada pieza en toda España se le dá con la tarifa.

«2.º La de la moneda del imperio francés, conforme al valor con que ha corrido, y expresa el siguiente

Arancel expresivo del valor de la moneda del imperio francés, cuya circulacion se autoriza por ahora en España

MONEDAS DE ORO.	de 1808	de 1812
1 Napoleón de 20 francos	75	
1 Luis de 40 francos	150	
1 Luis de 24 libras tornesas	88	15
1 Luis de 48 libras tornesas	177	16

MONEDAS DE PLATA	de 1808	de 1812
4 de francos	3	15
2 de francos	1	14
1 franco	8	13
2 francos	7	8
3 francos	18	13
Pieza de una libra y 10 reales tornesas	6	9
De 2 libras tornesas	11	1
Escudo de 6 libras tornesas	22	2

«Se tendrá entendido la necesidad del reino para su consolidacion, habiéndose imprimido, publicado y circular. — Dado en Sala de S. M. en 16 de Mayo de 1812. — J. M. MORALES, SECRETARIO DE ESTADO. — J. M. MORALES, SECRETARIO DE ESTADO. — A la Honra de S. M. — En la forma y orden de los Cortes anteriores de 1808, Julio IV, folio 179.

dia 14, en donde entró muy luego la partida del Abuelo, recibida con repique general de campanas, iluminaciones y otros regocijos. Por todas partes destruía el enemigo la artillería y las municiones que no podía llevar consigo, y daba indicio de abandonar para siempre, ó á lo ménos por largo tiempo, las provincias de Castilla la Nueva. En su tránsito á Valencia encontraron José y los suyos tropiezos y muchas incomodidades, escaseándose los víveres, y sobre todo el agua, por haber los naturales cegado los pozos y destruido las fuentes en casi todos los pueblos, que tal era su enemistad y encono contra la dominación extraña. Padecieron más que todos los comprometidos con el intruso y sus desgraciadas familias, pues hubo ocasión en que no tuvieron ni siquiera una sed de agua que llevar á la boca, según aconteció al terrible ministro de policía D. Pablo Arribas.

En Castilla la Vieja, viendo los enemigos la suerte que había cabido á su guarnición de Tordesillas, y temerosos de que acaeciera otro tanto á las ya bloqueadas de Zamora, Toro y Astorga, destacaron del ejército suyo, llamado de Portugal, 6.000 infantes y 1.200 caballos á las órdenes del general Foy, para que, aprovechándose del respiro que les daba el ejército aliado en su excursión sobre Madrid, libertasen las tropas encerradas en aquellos puntos. Consiguieronlo con las de Toro, alejándose los españoles que bloqueaban la ciudad. No fueron tan dichosos en Astorga, adonde se dirigió Foy, engrosado en el camino con otro cuerpo de igual fuerza al que llevaba. Trescientos de sus jinetes se adelantaron á las cercanías, mas la guarnición, compuesta de 1.200 hombres y mandada por el general Remond, se había rendido el 18 de Agosto, en consecuencia de las repetidas y mañosas intimaciones del coronel D. Pascual Enrile, ayudante general del estado mayor del sexto ejército.

Recibió Foy tan sensible nueva en la Bafieza, y no pasando adelante, se enderezó hacia Carvajales con intento de sorprender al Conde de Amarante, que, habiendo levantado el bloqueo de Zamora, tornaba á su provincia de Tras-los-Montes. Se le frustró el golpe proyectado al general francés, quien tuvo que contentarse con recoger el 29 la guarnición de aquella plaza, no habiendo llenado sino á medias el objeto de su expedición.

Ni dejaron tampoco de inquietar al enemigo por el propio tiempo los diferentes cuerpos de que se componía el séptimo ejército, y que ascendían á unos 12.000 infantes y 1.600 caballos, ayudados en las costas de Cantabria por las fuerzas marítimas inglesas. Colocóse D. Juan Díaz Porlier entre Torrelavega y Santander, y ejecutando diversas maniobras, disponiase á atacar esta ciudad cuando los enemigos la evacuaron, como también toda aquella costa, excepto el punto de Santoña. Porlier entró en Santander el 2 de Agosto, y allí proclamó con pompa la Constitución, haciendo el saludo correspondiente por tan fausto motivo los buques británicos fondeados en el puerto.

Avanzó Porlier en seguida á Vizcaya, cuya capital Bilbao habían desamparado los enemigos en los primeros días de Agosto. Reunido allí con don Gabriel de Mendizábal, general en jefe del séptimo ejército, y con D. Mariano Renovales, que mandaba la fuerza levantada por el señorío, se apostaron juntos en el punto llamado de Bolueta, para hacer rostro al francés, que, engrosado, revolvía sobre la villa de Bilbao. Lo rechazaron los nuestros completamente el 13 y 14 del mismo Agosto. El 21 insis-

tieron los enemigos regidos por el general Rouget en igual propósito, mas no con mayor ventura, teniendo al fin que acudir en persona el general Caffarelli para penetrar en aquella villa, como lo verificó el día 28. Pero siendo el principal objeto de los franceses socorrer y avituallar a Santoña, luego que lo consiguieron abandonaron otra vez á Bilbao el 7 de Setiembre. Entonces celebráronse allí grandes festejos, se presentó la Junta-diputación, y comenzándose la general, se instaló ésta el 16 de Octubre, presidida por D. Gabriel de Mendizábal, se publicó la Constitución, y conforme á ella, después de haber examinado dicha Junta el estado de armamento y defensa de la provincia, hicieron sus individuos dejación de sus cargos, para que los habitantes usasen á su arbitrio de los nuevos derechos que les competían.

A poco depositaron la confianza en D. Gabriel de Mendizábal, á fin de que indicase los individuos que juzgase más dignos de componer la nueva Diputación, recayendo el nombramiento en las mismas personas que designó aquel general. Unidos todos, continuaron haciéndose notables esfuerzos en los meses que restaban de 1812, con deseo de inquietar al enemigo, y poner en más orden la tropa aliada y la exacción de arbitrios. Louga, dependiente de este distrito, coadyuvó á estos fines, molestando á los franceses, señaladamente en un encuentro que tuvo en el valle de Sedano al acabar Noviembre, en donde sorprendió al general Fromant, matándole á él y á mucha gente suya, y cogiéndole bastantes prisioneros. Después atacó á los que ocupaban las Salinas de Anaña, y les tomó el punto y 250 hombres, habiendo también destruido los fuertes de Nanclores y Arribión, que abandonó el enemigo. No bastaron, sin embargo, tales conatos para impedir que al cerrar del año, el mismo 31 de diciembre, ocupasen nuevamente los franceses la villa de Bilbao. Contratiempo que era de tomo sobreviniera por la situación topográfica de aquellas provincias alcañas de Francia, y de conservación indispensable para el enemigo, en tanto que permanecieron sus tropas en Castilla; pero que compensó grandemente la suerte en el año inmediato de 1813, en que amanecieron días prósperos para el afianzamiento de la independencia peninsular.

Salió lord Wellington de Madrid el 1.º de Setiembre, habiendo alcanzado con la toma de la capital dar aliento á los defensores de la patria, libertar varias provincias, y mas que todo, producir en la Europa entera una impresión propicia en favor de la buena causa. Para añadir otras ventajas á las ya conseguidas, pensó en continuar la guerra sin dar descanso al enemigo, y mandó que en Arzavalo se juntasen, en su mayor parte, las fuerzas aliadas.

Allí le dejarémos ahora para volver los ojos á las Andalucías. La victoria de Salamanca, la entrada de los aliados en Madrid, el impulso que por todas partes recibió la opinión, y la necesidad de reconstruir el enemigo sus diversos cuerpos, eran sucesos que naturalmente habían de ocasionar prontas y favorables resultas en aquellas provincias; mayormente desamparadas las de Castilla la Nueva, y recogido á Valencia José y su ejército del centro; movimiento que emborazaba la correspondencia con los franceses del Mediodía, ó permitía sólo comunicaciones tardías é inciertas.

Nada digno de referirse había ocurrido en las Andalucías desde la acción de Bórnos, ni por la parte de la sierra de Ronda, ni tampoco por la de Lla-

tremadura. La expedición que el general Cruz Montgeon había llevado en auxilio de D. Francisco Ballesteros, después de volver á la isla de León, y de hacer un nuevo desembarco y anago en Tarifa, tornó á Cádiz por última vez en los primeros días de Agosto; y rechecha y aumentada se envió, á las órdenes del mismo general Cruz, al condado de Niebla, tomando tierra en Huelva en los días 11 y 15 del propio mes.

Por su lado lord Hill, después de su excursión al Tajo, en que había tomado los fuertes de Napoleon y Lagusa, permanecía en la parte meridional de Extremadura con las fuerzas anglo-portuguesas de su mando, y asistido del quinto ejército español, no muy numeroso. Observaban allí unas y otros los movimientos del cuerpo que regia el general Drouet. Mas ahora tratóse de manobrar de modo que hostilizasen al mariscal Soult y á los cuerpos dependientes de su mando las tropas aliadas que andaban en su torno, y las obligasen á acelerar la evacuación de las Andalucías, cuya posesión no podía el enemigo mantener largo tiempo después de lo ocurrido en las Castillas durante los meses de Julio y Agosto.

Dieron los franceses muestras claras de tales intentos, cuando, sin aguardar á que los acometiesen, comenzaron á levantar el sitio de la isla gaditana el 24 de Agosto de este año de 1812, quedando entretanto libre y despejada la línea en el día 25, después de haberla ocupado los enemigos por espacio de más de dos años y medio. Las noches anteriores, y en particular la víspera, arrojaron los franceses bastantes bombas á la plaza, y aumentando sobremanera la carga de los cañones, y poniendo á veces en contacto unas bucas con otras, reventaban y se destrozaron muchas piezas de las 600 que se contaban entre Chiclana y Rota.

Repago general de campanas, cohetes, luminarias, todo linaje, en fin, de festejos análogos á tan venturoso suceso, anunciaron el contentamiento y universal alborozo de la población. Las Cortes interrumpieron sus tareas, suspendiendo la sesión de aquel día; y los vecinos y forasteros residentes en Cádiz salieron de tropel fuera del recinto para examinar por el propio los trabajos del enemigo, y gozar libremente de la agradable vista y saludable temple del campo, de que habían estado privados por tanto tiempo. Distracción del ánimo inocente y puro, que consolaba de males pasados, y disponía á sobrellevar los que encerrase la inconstante fortuna en su porvenir oscuro.

En los mismos días que los enemigos levantaron el sitio de Cádiz, abandonaron también los puntos que guardaban en las márgenes del Guadalquivir y veranca de Ronda, clavando por todas partes la artillería, y destruyendo cuanto pudieron de pertrechos y municiones de guerra. Cogieron, sin embargo, los españoles una parte de ellos, como también treinta bucaas cañoneras, que quedaron intactas delante de la línea de Cádiz.

Elano era que á semejantes movimientos se aguijara la evacuación de Sevilla. Impulso igualmente á qui se verificase, la marcha que sobre aquella ciudad emprendió el general Cruz Montgeon, conforme á la resolución tomada de molestar al mariscal Soult. Le sostuvo y ayudaba en esta operación el coronel Skerret con fuerza británica. Los franceses se habían retirado del condado de Niebla á mediados de Agosto, después de haber volado el castillo de la villa del mismo nombre, dejando sólo de observasen en Sanlúcar la Mayor unos 500 á 600 hom-

bres, infantes y jinetes. Los dos jefes aliados trataron de aproximarse á Sevilla, y creyendo ser paso previo atacar á los últimos, lo verificaron arrojándolos de allí con pérdida. En seguida reconcentraron los nuestros sus fuerzas en aquel pueblo, y les sirvió de estímulo para avanzar el saber que Soult desamparaba á Sevilla con casi toda su gente.

Habíalo, en efecto, verificado á las doce de la noche del 27, dejando sólo en la ciudad parte de su retaguardia, que no debía salir hasta las cuarenta y ocho horas después. Léjos estaban de regular los enemigos un pronto avance de nuestras tropas, y por tanto continuaron ocupando asoseadamente las alturas que se dilatan desde Tomares hasta Santa Brígida, en donde tenían un reduto. El general Cruz Montgeon, destacando algunas guerrillas que cubriesen sus flancos, se adelantó á Castilleja de la Cuesta, en cuyos inmediatos olivares se alojaban los enemigos, teniendo unas cuarenta hombres en Santa Brígida, sin artillería, por haberla sacado en los días anteriores. Acometieron los nuestros con brío á sus contrarios, y los desalojaron de los olivares, obligándolos á precipitarse al llano. Protegía á los franceses su caballería; pero estrechada ésta por los jinetes españoles, abandonó á los infantes, que se vieron perseguidos por nuestra vanguardia al mando del coronel D. Juan Downie, quien había levantado una legión que se apodilaba de leales extremos, vestida á la antigua usanza; servicio que dió ocasión á que la Marquesa de la Conquista, descendiente de Francisco Pizarro, ciese al D. Juan la espada de aquel ilustre guerrero, que se conservaba aún en la familia.

Al propio tiempo se atacó el reduto, pero malogrado; hasta que vieron los que le guarnecían ser imposible su salida, é inútil resistencia más prolongada. El general Cruz, queriendo también aprovecharse de la ventaja ya conseguida en los olivares de Castilleja, destacó algunos cuerpos para que yendo por la derecha, camino de San Juan de Alfaroche, se interpusiesen entre los enemigos y el puente de Triana, á fin de evitar la rotura ó quema de éste; cosa hacadera siendo de barena. Mas no parándose la vanguardia española ni el coronel Skerret en perseguiendo de los franceses, impidieron que se realizase aquella maniobra, pues cerraron de cerca por el camino real, no sólo á las fuerzas rechazadas de Castilleja, sino también á todas las que el enemigo allí reunía, las cuales fueron replegadas en tres columnas con dos piezas de artillería y 200 caballos, y se apostaron, teniendo á su derecha el río, y á su espalda el arrabal de Triana. Motivo por el que resolvió Cruz Montgeon, consultando al tiempo, que D. José Canteras, en vez de sostener con la caballería, como había pensado, los cuerpos de la derecha, ayudase el ataque que daban Downie y Skerret, viniendo solo con tal dicha, que su llegada decidió la completa retirada del enemigo de la altura que todavía ocupaba.

Avanzaron los aliados y se metieron en Triana, empeñándose recienamente el combate en la cabeza del puente. Quien mas se arriesó fué Downie con su legión; dos veces le rechazaron, y dos le hirieron; á la tercera, arremetiendo casi solo, saltó á caballo por uno de los huecos que los franceses habían practicado en una parte del puente, quitando las tablas traviesas y fue derribado, herido nuevamente en la mejilla y en un ojo, y hecho prisionero. Conservó, sin embargo, bastante presencia de ánimo para arrojar á su gente la espada de Pizarro, logrando así que no sirviese de glorioso triunfo á los enemigos.

Estos, aunque ufanos de haber cogido á Downie, viéndose batidos por nuestra artillería, colocada en el malecón de Triana, y atacados por nuestras tropas ligeras, que cruzaron el puente por las vigas, ni pudieron acabar de cortar éste, ni les quedó más arbitrio que meterse en la ciudad, cerrando la puerta del Arsenal. Pero habilitado sin tardanza el puente con tablonas que pusieron los vecinos, fuéles permitido á todas las tropas aliadas ir pasando el río con celeridad, infundiendo así aliento á las guerrillas que iban delante y á los moradores. Pronto se vieron felices resultas, pues abierta la puerta del Arsenal sin que los enemigos lo notasen, echadas á vuelo las campanas, colgadas muchas casas, y siendo universal el júbilo y la algazara, metiéronse los nuestros por las calles, y subió á tanto grado el aturdimiento de los franceses y su espanto, que á pesar de los esfuerzos de sus generales, empezaron los soldados á huir hasta el punto de arrojar algunos las armas, teniendo todos al fin que salir por la Puerta Nueva y la de Carmona con dirección á Alcala, abandonando dos piezas, muchos equipajes, rico botín, caballos, y perdiendo 200 prisioneros. En desquite llevaron consigo á Downie gran trecho; y sólo le dejaron libre, aunque mal parado, á unas cuantas leguas de Sevilla.

No persiguieron los nuestros á los franceses en la retirada, observándolos tan sólo de lejos la caballería. Cruz Mourgeon se detuvo en la ciudad, donde se publicó la Constitución el 29 de Agosto, dos días después de la entrada de los aliados. Se celebró el acto en la Plaza de San Francisco, acompañando de las mismas fiestas y alegría que en las demás partes.

Continuó el mariscal Soult su marcha, obligado á estar siempre en vela por la aversión que le tenían los pueblos, y por atender á los movimientos de D. Francisco Ballesteros, que desembocando de la sierra de Ronda, le amagaba continuamente, engrasando algun tanto con tres regimientos que de la isla de León destacó la Regencia, bajo el mando de D. Joaquín Viques.

En el tiempo que promedió, desde la funesta acción de Bormos hasta la evacuación de Sevilla, no dejó Ballesteros de molestar al enemigo, ya amenazando á Málaga, aunque irreflexivamente, ya entrando en Osuna con la dicha de sorprender á su gobernador y de coger un convoy, ya, en fin, distrayendo la atención de los franceses de varios modos. Mas, ahora, no siéndole tampoco dado atacar á Soult de frente á causa de la superioridad de las fuerzas de éste, se limitó, para incomodarle, á ejecutar maniobras de flanco, amparado de las breñas y pintorescas rocas de la sierra de Toreal. Acometió el 3 de Setiembre en Antequera á la retaguardia francesa mandada por el general Semelé, y le acosó tomándole algunos prisioneros, bagajes y tres cañones. Lo mismo repitió al amanecer del 5 en Loja, apretando de cerca los españoles á sus contrarios hasta Santa Fe.

Permaneció el mariscal Soult algunos días en Granada, donde se le juntaron varios destacamentos, que fueron sucesivamente evacuando los pueblos y ciudades de aquella parte, entre ellas Málaga, que habia sido abandonada en los últimos días de Agosto, después de haber volado el castillo de Gibralfaro. Dio también con ese lugar á que se le aproximase el quinto cuerpo francés á las órdenes del general Drouet, conde d'Erlon; quien, acantonado en Extremadura hacia Llerena, se habia mantenido allí desde Mayo en ser incomodado por Hill

ni por los españoles. Así lo habia querido lord Wellington, temeroso de algun desmán que comprometiese sus operaciones de Castilla la Vieja; de cuya resolución no se apartó hasta que, yendo de ventura en ventura, y habiéndose dispuesto, según insinuamos, á hostilizar á Soult y cuerpos dependientes de su mando, recibió orden Hill de coadyuvar á este plan; por lo cual, al paso que Cruz y Skerret se movieron la vuelta de Sevilla, marchó también aquel general inglés sobre Llerena el 29 de Agosto, formado en cuatro columnas, con ánimo de espantar á Drouet de aquellos lugares; mas llegó cuando los franceses habian ya levantado el campo, y se retiraban por Azuaga, camino de Córdoba. Desistió Hill de ir tras ellos; y conforme á instrucciones de lord Wellington, se enderezó al Tajo acompañado de las divisiones españolas de Morillo y de Penn-Villemin, para obrar de concierto con las demás tropas británicas, ya á la sazón en Castilla la Nueva.

Dejósele, pues, á Drouet continuar tranquilamente su marcha, y ni siquiera fué rastreando su huela otra fuerza que un corto trozo de caballería que el general español Penn-Villemin destacó á las órdenes del coronel alemán Schepeler, de quien habíamos con ocasión de la batalla de la Albuera. Desempeñó tan distinguido oficial cumplidamente su encargo, empleando el ardid y la mudez, á falta de otros medios más poderosos y eficaces. Replegábase el enemigo lentamente, como que no era incomodado, conservando todavía cerca del antiguo Casco de Belmez, ahora fortalecido, una retaguardia. Desoído el coronel Schepeler de aventarle, y creyendo de fuerzas suficientes, envió de echadizos á unos franceses que sobornó, los cuales con facilidad persuadieron á sus compatriotas ser tropas de Hill las que se acercaban, resolviendo Drouet, en consecuencia, destruir las fortificaciones de Belmez el 31 de Agosto, y no detenerse ya hasta entrar en Córdoba. Schepeler avanzó con su pequeña columna, y desparramándola en destacamentos por las alturas de Campillo y salidas de la sierra, cuyas faldas descendían hacia el Guadalquivir, ayudado también de los paisanos, hizo fuegos y aluminadas durante la noche y el día en aquellas cumbres, como si viviesen sobre Córdoba fuerzas considerables; apariencias que sirvieron de apoyo á las engañosas noticias de los espías. No tardó el enemigo en disponer su marcha, y á la una de la madrugada del 3 de Setiembre tocó generala, desamparando los muros de Córdoba al apuntar del alba. Tomaron sus huestes el camino del puente de Alcala, yendo formadas en tres columnas. Otros ardidcs continuó empleando Schepeler para alucinar á sus contrarios, y el mismo día 3 por la tarde se presentó delante de la ciudad, cuyas puertas halló cerradas, y temerosos algunos vecinos de las guerrillas y sus tropelías. Pero cerciorados muy luego de que eran tropas del ejército las que llegaban, todos, hasta los más tímidos, levantaron la voz para que se abriesen las puertas; y franqueadas, penetró Schepeler por las calles, siendo llevado en triunfo y como en vilo hasta las casas consistoriales con aclamación universal, y gritando los moradores: ¡Ya somos libres! En el arrobamiento que se apoderó del coronel con tan entusiasmada acogida, figurósele, según nos ha contado el mismo, que renacían los tiempos de los Umayyad, y que volvía victorioso á Córdoba el invencible Almanzor (5) después de haber dado feliz re-

(5) La celebridad de Almanzor, sus hazañas y relevantes prendas

mato á alguna de sus muchas campañas, tan decantadas y aplaudidas por los ingenios y poetas árabes de aquella era; similitud no muy exacta, y vuelo hasta remontado de la fantasía del coronel alemán, hombre, por otra parte, respetable y digno.

Mas, a pesar de su triunfo, se vió este angustiado, no asistiendo las fuerzas que se imaginaba en la ciudad, y manteniéndose todavía no muy lejos el general Drouet. Aumentó su desasosiego la llegada de D. Pedro Echavarrí, quien, valido del favor popular de que gozaba en aquella provincia, había acudido allí al saber la evacuación de Córdoba. Hombre ignorante el D. Pedro, y atropellado, quiso, arrogándose el mando, hacer pesquisas y ejecutar encierros, procurando cautivar aun más la afición que ya le tenía el vulgo con actos de devoción exagerada. Continuó Schepeler al principio tales demasías; mas no despues, siendo nombrado Echavarrí por la Regencia comandante general de Córdoba; merced que alcanzó por amistades particulares, y por haber lisonjeado las pasiones del día, ya persiguiendo á los verdaderos ó supuestos partidarios del gobierno intruso, ya publicando pomposamente la Constitución; pues este general adulaba bajamente al poder cuando le creía afianzado, y se gallardeaba en el abuso brutal y crudo de la autoridad, siempre que la ejercía contra el flaco y desvalido.

Afortunadamente no le era dado á Drouet, á pesar de constarle las pocas fuerzas nuestras que había en Córdoba y de los desvarios de Echavarrí, revolver sobre aquella ciudad. Impedíasele el plan general de retirada; por lo que prosiguió él la suya, aunque despacio, via de Jaén con rumbo á Huescar, donde se puso en inmediato contacto con el ejército del mariscal Soult.

Rodando ya éste de todas sus fuerzas, evanó á Granada el 16, encaminándose al reino de Murcia. Noticias de ello Ballesteros trató de inquietarle algun tanto, haciendo que el brigadier Barutell, pasando por Sierra-novada, le acometiese en los Dientes de la Viña; lo cual se ejecutó, causando al enemigo mucho azoramiento y alguna pérdida.

Libre Granada, pisó su suelo en 17 de Setiembre el ejército del general Ballesteros, siendo el primero que penetró allí el Príncipe de Anglona, acogido con no menores obsequios, alegría y festejos que los demás caudillos en las otras ciudades.

Respiraron así desahogadamente las Andalucías; y será bien que ahora, antes de apartar la vista de país tan delicioso y bello, examinemos, aunque rápidamente, la administración francesa que rigió en ellas durante la ocupación, y refiramos algunas de los males y pérdidas que allí se padecieron. Apareció en general desastrosa y ruinosa dicha administración. Eran las contribuciones extraordinarias, como casi en todos los países en que los enemigos dominaban, de dos especies: una que se pagaba en frutos, aplicada á la manutención de las tropas y á los hospitales; otra en dinero, y conocida bajo el nombre de contribución de guerra. Fija ésta, variaba la primera segun el número de tropas estantes ó transeúntes, y segun la probabilidad de los jefes ó en casual conducta. Adolecía especialmente de esto achaque algunos comisarios de guerra, quienes con frecuencia recibían de los ayuntamientos gratificaciones pecuniarias para que no hiciesen pedidos exorbitantes de raciones, ó para que las distribu-

resen equitativamente conforme á lo que prevenían los reglamentos militares.

Con dificultad se podrá computar lo que pagaron los pueblos de la Andalucía á los franceses durante los dos y más años de su ocupación. No obstante, si nos atenemos á una liquidación ejecutada por el comisario regio de José, conde de Montaron, la cual no debiera ser exagerada atendiendo á la situación y destino del que la formó, aquellos pueblos entregaron á la administración militar francesa 600 millones de reales. Suma enorme respecto de lo que ántes pagaban; siendo de advertir no se incluyen en ella otras derramas impuestas al antojo de jefes y oficiales sin gran cuenta ni razon, como tampoco auxilios en metálico que venían de Francia destinados á su ejército.

Para dar una idea más cabal é individualizada de lo que estas provincias debieron satisfacer, y para inferir de ahí lo gravado que fueron las demas de España, segun la duración mayor ó menor de su ocupación, manifestaremos en este lugar lo que pagó la provincia de Jaén, de la que hemos podido haber á las manos datos más puntuales y circunstanciados. Echósele á esta provincia por contribución de guerra la suma de 1.800.000 reales mensuales, ó sean 21.600.000 reales al año. Y pagó por este solo impuesto y por el de subsistencia, desde Febrero de 1810 hasta Diciembre de 1811, 60 millones de reales, cantidad que resulta de las oficinas de cuenta y razon, y á la cual, si fuese dable, debería añadirse la de las exacciones de los comandantes de la provincia y de su partido, y de los comisarios de guerra y otros jefes para su gasto personal, de las que no daban recibos, considerándolas como cargas locales. Lo molesto y ruinoso de semejantes disposiciones aparece claramente comparando estos gravámenes con los que ántes de la guerra actual pesaban sobre la misma provincia, y se reducian á unos 8.000.000 de reales en cada un año, á saber: mitad por rentas provinciales, y mitad por ramos estancados. Así una comarca meramente agrícola, y cuya población no es excesiva, aprontó en ménos de dos años lo que ántes pagaba casi en ocho.

Las cargas llegaron á ser más sensibles en 1811. Hasta entónces los ayuntamientos buscaban recursos para los suministros en los granos del diezmo, exigiéndolos de los eclesiásticos, ya como contribuyentes en los repartimientos comunes, ya por via de anticipación con calidad de reintegro. Pero en aquel año dispuso el mariscal Soult que los granos procedentes del diezmo se depositasen en almacenes de reserva para el mantenimiento del ejército: orden que se miró como inhumana y algo parecida á los edictos (6) sobre granos del pretor romano de Sicilia; principalmente entónces, cuando el hambre producía los mayores estragos, y cuando el precio del trigo se había enardecido á punto de valer á más de 400 reales la fanega.

Consecuencia necesaria tanfa escasez del abastecimiento de muchas causas. Había sido la cosecha casi ninguna; y despues de guerrear y de los muchos recargos, teniendo por costumbre el ejército enemigo embargar para acarreos y transportes las caballerías de cualquiera clase que fuesen, y robar sus soldados en las marchas las que por ventura quedaban libres, vino al caso de que desapareciese casi completamente el tráfico interior, y do que las Andalucías, en el desconcierto de su admi-

cuentas y se individualizan detalladamente en el capítulo xxv y siguientes de la *Historia de la guerra de España* de los señores en España, por D. José Antonio Cende, tomo I.

(6) Cicerón, *In C. Terentio*, artículo. *Libro tertio de re provinciis*. Cap. x. Edictum de iudicio in Octuplum.

nistracion, ofreciesen una imagen más espantosa que las de otras provincias del reino.

A tanta ruina y amigralamiento juntóse el desconsuelo de ver despojados los conventos y los templos de las gárgas y arreo que les daban las producciones del arte, debidas al diestro y delicado pincel de los Murillos y Zurbaranes. Sevilla, principal depósito de tan inestimables tesoros, sintió más particularmente la solicita diligencia de la codiciosa mano del conquistador, habiéndose reunido en el alcázar una comisión imperial con el objeto de recoger para el museo de París los mejores cuadros que se hallasen en las iglesias y conventos suprimidos. Cúpoles esta suerte a ocho lienzos históricos que había pintado Murillo para el hospital de la Caridad, alusivos á las obras de misericordia que en aquel establecimiento se practicaban. Aconteció lo mismo al Santo Tomas de Zurbarán, colocado en el colegio de religiosos dominicos, y al San Bruno, del mismo autor, que pertenecía á la cartuja de las Cuevas de Triana, con otros muchos y sobreexce-lentes, cuya enumeracion no toca á este lugar.

Al ver la abundancia de cuadros acopiados, y la riqueza que resultaba de la escudriñadora tarea de la comision, despertose en el mariscal Soult el deseo vehemente de adquirir algunos de los más afamados. Sobresalian entre ellos dos de Bartolomé Murillo, á saber: el llamado de la Virgen del Reposo, y el que representaba el Nacimiento de la misma divina Señora. Hallabase el ultimo en el testero ó espaldas del altar mayor de la catedral, adonde lo habían trasladado á principios del corriente siglo por insinuacion de D. Juan Cean, sacándole de un sitio en que carecía de buena luz. Gozando ahora de ella, creció la celebridad del cuadro, y áun la devoción de los fieles, excitada en gran manera por el interés mismo del argumento, y por el gusto y primores que brillan en la ejecucion; los cuales acreditan (7), segun la expresion de Palomino, la eminencia del pincel de tan superior artífice.

Han creído algunos que el cabildo de Sevilla hiciera un presente con aquel cuadro al mariscal Soult; mas se han equivocado, á no ser que diesen ese nombre á un don forzoso. Habian los capitulares ocultado dicho cuadro, recelosos de que se lo arrebatasen; precaucion que fué en su daño, porque sabedor el mariscal francés de lo sucedido, mandó reponerle en su sitio, y en seguida dió á entender su desfraz, por medio de su mayordomo, al tesorero de la iglesia, D. Juan de Pradas, que le queria para sí, con otros que especificó, y que si solos negaban, mandaria á buscarlos. Conferenció el Cabildo, y resolvió dar de grado lo que de otro modo hubieran tenido que entregar por fuerza.

Los cuadros que se llevó el mariscal Soult no han vuelto á España, ni es probable vuelvan nunca. Se recogieron, en 1815, del museo de París, varios de los que pertenecian á establecimientos públicos, entre los cuales se contaron los de la Caridad, restituidos á aquella casa, excepto el de Santa Isabel, que se ha conservado en la academia de San Fernando de Madrid. Con eso los moraleros de Sevilla han podido ufanos continuar mostrando obras maestras de sus pintores, y no limitarse á enseñar tan sólo, cual en otro tiempo los sicilianos, los lugares que aquéllas ocupaban ántes de la irrupcion francesa.

Viendo, pues, de marcha á Murcia y Valencia el

mariscal Soult, y unidas con él las tropas del general Drouet, aproximándose al mismo punto las mandadas por José en persona, y tratando unas y otras de incorporarse al ejército de la corona de Aragón, que regia el mariscal Suchet, nos parece, ántes de pasar adelante, ocasion oportuna esta de referir lo que ocurrió durante estos meses en aquellas provincias.

Inquietaba especialmente á Suchet el arribo que se anunciaba, y ya indicamos, de una escuadra anglo-siciliana procedente de Palermo. En Julio creyó el Mariscal ser buques de ella unos que por el 29 del propio mes se presentaron á la vista de Denia y Cullera, entre la Albufera y la desembocadura del Júcar, pues bastóle el aviso para abandonar los confines de Valencia y Cuenca, invadidos por Villacampa y Bassecourt, y reconcentrar sus fuerzas hacia la costa. Sin embargo, el amago no provenia aún de la expedicion que se temia, sino de un plan de ataque que trataban de ejecutar los españoles. Háblale concebido D. José O'Donnell, general, como ántes, del segundo y tercer ejército; y para llevarle á efecto había juzgado conveniente amenazar la costa con un gran número de buques españoles á ingleses, con cuya aparicion, si bien no iban á bordo más tropas que el regimiento de Mallorca, se distrajerse la atencion del enemigo, y fuese más fácil acometer por tierra al general Harispe, que gobernaba la vanguardia francesa, colocada en primera linea, via de Alicante.

Era en los mismos dias de Julio cuando intentaba el general español atacar á los enemigos. En cuatro trozos distribuyó su gente, cuyo número ascendia á 12,000 hombres. El ala derecha, que se componia de uno de los dichos trozos, bajo el mando de D. Felipe Roche, se alojaba entre Ibi y Jijona. Otro, formando el centro, acampaba á media legua de Castalla, y le regia el brigadier D. Luis Michelena. Servia de reserva el tercero, á las órdenes del Conde de Montijo, á una legua á retaguardia, en la venta de Tili. El cuarto y último trozo, que era el ala izquierda, constaba de infanteria y caballeria: dependia aquélla del coronel D. Fernando Miyares, y ésta del coronel Santisteban, situándose los peones en Petrel, y los jinetes en Villena: parece ser que los postreros tuvieron orden de ponerse entre Sax y Biar, y no donde lo verificaron, para caer sobre Ibi si los enemigos abandonaban el pueblo. Don Luis Bassecourt por su lado vino con la tercera division del segundo ejército sobre la retaguardia de los franceses.

Habiendo agolpado Suchet mucha de su gente hacia la costa para observar la escuadra que se divisaba, no quedaba por los puntos que los nuestros se disponian á atacar, sino fuerzas poco considerables: en Alcoy una reserva, á cuya cabeza permanecia el general Harispe; en Ibi una brigada de este, á las inmediatas órdenes del coronel Mesclap, estando avanzado hacia Castalla con el séptimo regimiento de linea el general Delort: acantonábase el 24 de dragones en Onil y Biar.

Rompieron los nuestros la acometida en la mañana del 21. Repelido Mesclap por las tropas de Roche, trató de bucear amparo al lado de Delort, dejando en el fuerte de Ibi dos cañones y algunas compañías. Mas acometido tambien el mismo Delort por nuestra izquierda y centro, se vio obligado á desamparar á Castalla, cuyo pueblo atravesó Michelena, situándose el francés en un paraje más próximo á Ibi, y dándose así la mano con Mesclap, aguardó de firme á que se juntasen los dragones.

(7) DON ANTONIO PALOMINO, tomo III, *Vidas de los Pintores*, en la de Bartolomé Murillo.

Verificado lo cual, y advirtiendo que los españoles se mostraban confiados por el éxito de su primer avance, tomó la ofensiva, y dispuso que saliendo sus jinetes de los olivares acometiesen á nuestros batallones, no apoyados por la caballería, con lo que consiguió desbaratarlos, y áun acuchillar algunas tropas del centro. En balde intentó la reserva protegerlos: el enemigo se apoderó de una batería compuesta de sólo dos cañones, por no haber llegado los demás á tiempo, y cogió prisionero á un batallón de wálones abandonado por otro de Badajoz: retiróse en buena ordenanza el de Quenca, que dió lugar á que se le reuniesen dos escuadrones del segundo regimiento provisional de línea, únicos que presenciaron la acción, si bien fueron también deshechos.

Desembarazados los enemigos por el lado de Castilla, tornó Mesleop á Ibi, y arremetió á los nuestros del mando de Roche. Recibieron los españoles con serenidad la acometida, y aun permanecieron inmóviles, hasta que acudiendo de Alen y el general Harispe con un regimiento de refresco, se fueron retirando con bastante orden por el país quebrado y de sierra que conduce á Alicante, en donde entraron sin particular contratiempo. Perdieron los españoles en tan desastrosa jornada 2,796 prisioneros, más de 800 entre muertos y heridos, dos cañones, tres banderas, fusiles y bastantes municiones.

Mengua y baldon cayó sobre D. José O'Donnell, ya por haberse adelantado á atacar estando en visperas de que aportase á Alicante la división anglosiciliana, ya por sus disposiciones mal concertadas, y ya porque afirmaban muchos haber desaparecido de la acción en el trance más apurado.

Hubo también quien echase la culpa al coronel Santisteban por no haber acudido oportunamente con su caballería; y acreditó en verdad impericia extrema el no haber calculado de autemano los tropiezos que encontraría la artillería para llegar á tiempo, hallándose nuestro ejército en terreno que a palmos debían conocer sus jefes.

Indignados todos, y reclamando severa aplicación de las leyes militares, tuvo necesidad la Regencia de mandar se aformase causa á fin de averiguar los incidentes que motivaron la desgracia de Castilla.

No poco contribuyó á esta resolución el desabrimiento y enojo que mostraron los diputados de Valencia; acabando por provocar en las Cortes discusiones empeñadas y muy reñidas. Clamaron con vehemencia en la sesión del 17 de Agosto contra tan vergonzosa rota los señores Traver y Villanueva, y en el caluroso fervor del debate acusaron á la Regencia de omisión y descuido, habiendo quien intentase ponerla en juicio. En Enero habían pedido aquellos diputados se mudasen los jefes, autorizando ampliamente á los que se nombrasen de nuevo, y aun habían indicado las personas que serían gratas á la provincia. La Regencia se había conformado con la propuesta de los diputados, de dar plenas facultades á los jefes, mas no con la que hicieron respect. de las personas: disposición notable y arriesgada si se advierte que el general en jefe y el intendente del ejército eran los señores O'Donnell y Rivas, hermanos ambos de los regentes. Hizo resaltar este hecho en su discurso el Sr. Traver, y por eso, y arrestrado de inconsiderado ardor, llegó á expresar á que no merecía de el Gobierno confianza, las comisiones que se nombrasen para la averiguación de lo ocurrido en la acción del 21 de Julio fuesen precisamente del seno de las Cortes.

Concurrió también, para enardecer los ánimos, la poca destreza con que el Ministro de la Guerra, no acostumbrado á las luchas parlamentarias, defendió las medidas tomadas por la Regencia; y el haber acontecido á la propia sazón la batalla de Salamanca, cuyas glorias hacían contraste con aquellas lástimas de Castilla: por lo que, aquejado de agudo dolor, exclamó un diputado ser hachurnoso y de gran deshonra que, al mismo tiempo que naciones extranjeras lidiaban afortunadamente por nuestra causa y derramaban su sangre en los campos de Salamanca, huyesen nuestros soldados con baldon de un ejército inferior en Castilla y sus inmediaciones.

Las Cortes, aunque no se conformaron con la opinión del Sr. Traver en cuanto á que individuos de su seno entrasen en averiguación de lo ocurrido, resolvieron, oida la comisión de Guerra, que la Regencia mandase formar la sumaria correspondiente sobre la jornada de Castilla, empezando por examinar la conducta del General en jefe, de todo lo cual debían darse cuenta á las Cortes con copia certificada. Ordenaron también estas que se continuase y concluyese el proceso á la mayor brevedad, desaprobando el que se hubiese nombrado á D. José O'Donnell general de una reserva que iba á organizarse en la isla de León, según lo había verificado ya la Regencia inelementalmente.

Entrometíanse las Cortes, adoptando semejante providencia, más allá de lo que era propio de sus facultades. Desacuerdo que sólo disculpaban las circunstancias y el anhelo de apaciguar los ánimos, sobradamente alterados. Consiguiese este objeto; mas no el que se refrenase con la conveniente severidad el escándalo que se había dado en Castilla, puesto que al fin de las demas terminó la presente causa; siendo grave y muy arraigado mal este de España, en donde casi siempre caminan á la par la falta de castigo y la arbitrariedad; y hasta que ambos extremos no desaparezcan de nuestro suelo, nunca lucirán para el país de felicidad verdadera.

El golpe disparado contra D. José O'Donnell llevó de rechazo á su hermano D. Enrique, conde del (8) Abisal, regente del reino, quien agraviado de algunas palabras que se esdaron en la discusión, juzgó comprometido su honor y su buen nombre si no hacía diposon de su cargo, como lo verificó, por medio de una exposición que elevó á las Cortes.

Varios diputados, especialmente los más distinguidos entre los de la opinión reformadora, se negaban á admitir la renuncia del D. Enrique, considerando el más entendido de los regentes en asuntos de guerra, empeñado cual ninguno en la causa nacional, no desafiado á las mudanzas políticas y de dinastía substitución, atendida la escasez de hombres verdaderamente republicanos. Muchos de la parcialidad anti reformadora y los americanos fueron de distinto dictamen: éstos llevados siempre del mal ánimo de desmantelar al Gobierno de todo lo que le diese brio y fortaleza, aquellos por creer al del Abisal hombre de partes aventajadas y de arrojo bastante para abalanzarse por las nuevas sendas que se abrían á la revolución heurística. Hubo también diputados que, sensibles por una parte á lo de Castilla, de cuya infeliz jornada achacaban alguna culpa á D. Enrique por el tenaz empeño de conservar á su hermano en el mando, y enojados por otra de que se mostrase tan poco aufrido de

(8) Del Abisal. Escríbese así este nombre, porque comúnmente se firmaba con tal. El conde de Abisal. Mas el pueblo de donde tomó el título, en Cataluña, se escribe *La Bisbal*.

cualquiera desvío inoportuno, ó personalidad ofensiva que hubiese ocurrido en la discusión, se arriaron al dictamen de los que querían aceptar la dimisión que voluntariamente se ofrecía; lo cual se verificó por una gran mayoría de votos en sesión celebrada en secreto. Esta resolución apesadumbró al Conde del Abisbal, quien, arrepentido de la renuncia dada, hizo gestiones para enmendar lo hecho. A este fin nos habló entonces el mismo Conde; mas era ya tarde para borrar en las Cortes el mal efecto que había producido su exposición poco meditada.

Nació discordancia en los pareceres acerca de la persona que debería suceder al Conde del Abisbal, distribuyéndose los más de los votos entre D. Juan Perez Villamil y D. Pedro Gomez Labrador, recién llegados ambos de Francia, en donde los habían tenido largo tiempo mal de su grado. El primero volvía con permiso de aquel gobierno; el segundo escapado y á escondidas de la policía imperial. Humanista distinguido Villamil y erudito jurisconsulto al paso que magistrado íntegro y adicto á la causa de la independencia, como autor que fué, según apuntamos, del celebre aviso que dió el alcalde de Móstoles, en 1808, á las provincias del Mediodía, disfrutaba de buen concepto entre los ilustrados, realzado ahora con su presentación en Cádiz. Poca si bien tornó á Madrid, de Francia, con la correspondiente licencia de la policía, y bajo el pretexto de continuar una traducción que había empezado años antes, del Columela, mantuvo intacta su reputación, y aun la acreció con haber usado de aquel ardid sólo para correr á unirse al gobierno legítimo. No obstante, los que tuvieron ocasión de tratarle á su llegada á Cádiz, advirtieron la gran repugnancia que le asistía en aprobar las innovaciones hechas, y su inalterable apego á rancias doctrinas y á la gobernación de los Consejos, tan opuestos á las Cortes y sus providencias. Por eso, desconfiando de él la parcialidad reformadora, no pensó en nombrarle, sino que, al contrario, fijó sus miras en D. Pedro Gomez Labrador, á quien se reputaba hombre firme después de las conferencias de Bayona, en las que, según dijimos, tuvo intervención, y se le creía además sujeto de luces é inclinado á ideas modernas; principalmente viendo que le sostenían sus antiguos condiscípulos de la universidad de Salamanca, de que varios eran diputados, y alguno, como D. Antonio Oliveros, tan amigo suyo, que meses antes anduvo allegando dineros en Cádiz para facilitarle la evasión y el costo del viaje. El tiempo probó lo erróneo de semejante juicio.

Disputóse de consiguiente la elección; pero vencieron en fin los anti-reformadores, quedando electo regente, aunque por una mayoría cortísima, D. Juan Perez Villamil, quien tomó posesión de su dignidad el 29 de Setiembre de este año de 1812. La experiencia acreditó muy luego que el partido liberal no se había equivocado en el concepto que de él formara, bien que al prestar Villamil en el seno de las Cortes el juramento debido, manifestó entre otras cosas (9) «que le alentaba la confianza de que le facilitaría su desempeño en tan ardua carrera el rumbo señalado ya de un modo claro y distinto por los rectos y luminosos principios del admirable código constitucional que las Cortes acababan de dar á la nación española.» Expresiones que salieron sólo de los labios, y cuya falsía no tardó en mostrarse.

Volvamos á Valencia. Allí, en medio de la aflicción que produjo el desastre de Castalla, repusi-

ronse los ánimos con la pronta llegada de la expedición anglo-siciliana ya enunciada. Había salido de Palermo en Junio: constaba de 6.000 hombres, sin caballería, á las órdenes del teniente general Tomás Maitland, y la convoyaban buques de la escuadra inglesa del Mediterráneo, bajo el mando del contraalmirante Hallowell. Arribó á Mahón á mediados del propio mes. Debía reunirse, como lo verificó, la división que formaba en Mallorca el general Whittingham, de composición muy varia y no la más escogida, cuya fuerza no pasaba de 4.000 hombres. Tomadas diferentes disposiciones, y juntas todas las tropas, salió de nuevo la expedición á la mar en los últimos días de Julio, y ancló el 1.º de Agosto en las costas de Cataluña hacia la boca del Tordera.

Dió señales Maitland de querer desembarcar, pero dejó de realizarlo, conferenciando que hubo con Emiles, quien se acercó allí autorizado por el general en jefe D. Luis Lacy. Temían los jefes del principado no llamase sobradamente la atención del enemigo la presencia de aquellas fuerzas, en especial siendo inglesas, y preferían continuar guerras de los solos como hasta entonces, á recibir auxilio extranjero; por lo cual aconsejaron á Maitland dirigiese el rumbo á Alicante, cuya plaza pudiera ser amenazada después de lo acaecido en Castalla. Parecieronle fundadas al general inglés las razones de los nuestros, y levando el ancla, surgió el 9 de Agosto con su escuadra en Alicante, saltando sus tropas en tierra al día siguiente.

A poco, saliendo los aliados de aquel punto, avanzaron, y Suchet juzgó prudente reconcentrar sus fuerzas al rededor de San Felipe de Jativa, en cuya ciudad estableció sus cuarteles, engrosado con gente suya de Cataluña, y con dos regimientos que de Teruel le trajo el general Paris. Levantó en San Felipe obras de campaña, y construyó sobre el Júcar cerca de Alberique un puente de barcas. Era su propósito no retirarse sin combatir, á no ser que le atacasen superiores fuerzas.

Pudieron luego desvanecerse cualesquiera recelos que le inquietaran, porque el 19 volvieron á replegarse los aliados sobre Alicante, noticiosos de que se acercaba al reino de Valencia José con su ejército del centro. Súpelo Suchet el 23, y más alentado, mandó al general Harispe que se adelantase caudillo de Madrid para facilitar los movimientos del intruso. El 25 estaban ya reunidos todos, verificando en breve lo mismo, aunque muy mal parado, el general Maupoint, quien saliendo de Madrid con un regimiento de línea y algunos húsares, y habiendo libertado en su paso á Valencia la guarnición de Cuenca, estrechada de los nuestros, vióse asomado cerca del río Utiel por D. Pedro Villacampa, y deshecho con pérdida de dos cañones, de los bagajes y de más de 300 hombres.

Las fuerzas que traía José se componían de las divisiones de los generales D'Armagnac y Treillard, de muchos destacamentos y depósitos de los ejércitos suyos de Portugal, del centro y del Mediodía, de la división de Palombini, y de algunos cuerpos españoles á su servicio, inclusa su guardia real, ascendiendo la totalidad á unos 12.000 combatientes. Los militares invalidos, los enfermos y los que seguían á aquel ejército por sus compromisos aumentaban mucho la cuenta, subiendo el consumo á 40.000 raciones de viveres, y á 10.000 de paja y cebada. José entró en Valencia el 26 de Agosto, esmerándose el mariscal Suchet en el recibimiento que lo preparó.

(9) *Diario de las discusiones y actas de las Cortes extraordinarias de Cádiz*, tomo 2.º, pag. 251, Sesión del 29 de Setiembre de 1812.

Acrecidos en tan gran manera por esta parte los medios del enemigo, dificultoso era tomaren los aliados la ofensiva, y así muchas de sus fuerzas mantuvieron en Alicante; otras emprendieron acometimientos y correrías hacia la Mancha, en donde se juntaron con el general Hill; obligando las circunstancias á obrar cada día más precavidamente. El mariscal Soult había ido adelantándose hacia el reino de Valencia por el camino de Chézar, después de haber pasado el Segura en Calasparra. Su ejército había padecido bastante; pues aunque no le molestaron los españoles, desamparando los moradores sus hogares, le cansaron mucho los mantenimientos y demás auxilios.

Pasado este en comunicación el 2 de Octubre con los ejércitos de Suchet y el centro, ocupando las estancias de Yecla, Albacete, Almansa y Jorquera. Pidió el mariscal Soult al rey José unos días de reposo, indispensable para sus tropas harto cansadas, y conveniente para meditar con detención el plan que debía adoptarse en días apurados como los que corrían.

Entre tanto, aquel mariscal no dejó ociosa una parte de su ejército, pues dió orden á Drouot, conde d'Erlon, jefe del quinto cuerpo, y ahora también de la vanguardia, de que se apoderase del castillo de Chinchilla, antiguo y de poco valer, guarnecido por 200 hombres que capitaneaba el teniente coronel de ingenieros D. Juan Antonio Cearra. En 3 de Octubre embistieron los franceses el recinto, y abrieron brecha al cabo de pocos días. Mantúvose el gobernador sordo á las propuestas que se le hicieron de rendirse, insistiendo en su negativa, hasta que el día 8 tuvo la mala suerte de que cayese un rayo y le hiriese, matando ó lastimando á unos 50 de sus soldados. Forzoso se hizo entonces el capitular; pero se verificó con honor, y dejando sin mancha el lustre de nuestras armas.

En los primeros días de Setiembre había tomado el mando del segundo y tercer ejército, como sucesor de D. José O'Donnell, el general D. Francisco Javier Elio, de vuelta á España del mando que vimos se le había dado en el Río de la Plata. Aunque su llegada no influyese notablemente en mejorar las operaciones de aquel distrito, no dejaron por eso de realizarse con ventaja algunas excursiones, sobre todo las ya indicadas de la Mancha que capitaneó el mismo Elio, en donde se recobró el 22 de Setiembre el castillo de Consuegra, que tenía 200 hombres de guarnición, después de siete días de resistencia esforzada. Sucedió este, con otros parecidos, que molestaban al francés, no parando, sin embargo, en ellos su principal consideración, fija en los acontecimientos más generales de los ejércitos aliados de Castilla, por los que vislumbrando el mariscal Suchet los peligros á que se hallaría expuesto más adelante, redobló su cuidado, ya tan vivo, fortificando varias pasos, y asuallando y mejorando las plazas fuertes. Ni desatando la ciudad misma de Valencia, en donde, entre otras preparativos y defensas, dispuso aislar el edificio de la Aduna, vasto y sólido, derribando varias casas y un colegio que le dominaban, y colocando además unos morteros que infundiesen respeto en la población, caso de que intentara desmandarse. Llevaba Suchet la mira, al tomar estas providencias, no sólo de repeler cualquier ataque del ejército aliado y de enfrenar á los habitantes, sino también la de conservar ciertos puntos que le ofreciesen mayor comodidad de reconquistar la provincia, si las vicisitudes de la guerra le obligasen á evacuarla momentáneamente.

No fueron por este tiempo de mayor entidad, comparadas con las de ambas Castillas y Andalucía, las ocurrencias de las otras provincias del mando del mariscal Suchet, como lo eran Aragón y Cataluña. Incasantes pelesas, reencuentros, sorpresas difíciles de relatar, si bien inquietadoras para el enemigo, fueron el entretenimiento afanoso y bebedo de aquellas comarcas. Y la Regencia, desoída de darle impulso multiplicando focos de resistencia, nombró comandante general de Aragón á D. Pedro Sarsfield, á cuyo reino pasó éste desde Cataluña, acompañado de algunos cuadros del ejército bien agueridos y disciplinados. En su primera incursión avanzó Saratella á Barbastro, entró en la ciudad el 28 de Setiembre, y se hizo dueño de los muchos repuestos que había acopiado allí el enemigo. En los otros meses, hasta fin de año, este jefe, Mina y sus partidarios desasosgararon mucho al enemigo por la izquierda del Ebro; y por la derecha Gayán, Villacampa, y en ocasiones Durán, el Empeinado y diversos caudillos no cesaron de manobrar, poniendo en aprieto en Diciembre á los que guarnecían el castillo de Daroca, y en mucho riesgo de perderse al general Severoli al frente de una columna bastante considerable. Zaragoza misma, en donde continuaba mandando el general París, estuvo á punto más de una vez de caer en manos de los españoles.

En Cataluña procuraba D. Luis Lacy que no se abatiese el valor de los habitantes, dando pábulo al ardimiento común en cuanto lo consentían sus recursos, cada día más limitados con la pérdida de las plazas fuertes y principales puertos, y no teniendo apenas otro abrigo ni apoyo más que el de la lealtad y constancia catalanas.

Eroles, Manso, Milans y otros jefes sostenían la lucha con el mismo brío que antes; favoreciendo las empresas, siempre que eran del lado de la costa, el comodoro inglés Codrington, que surcaba por aquellos mares, é incendió y cogió varios buques surtos en el puerto de Tarragona. Frecuentemente encrueléciese la guerra por ambas partes, sin haber causa fundada que disculpase encarnizamiento tan porfiado. Era, sin embargo, por lo común primer móvil de los rigores más inhumanos el gobernador francés de Lerida Henriod, en otra ocasión citado, á cuyas demandas respondía á veces con sobras D. Luis Lacy. Cierta que inquietaban con razón á los franceses continuas traumas; mas un leve indicio, una delación infame ó una mera cavilación, bastaban á menudo para suministrar en calabozos, y aun para llevar al cadalso, á respetables ciudadanos. Nos inclinamos á contar en las de este número una conspiración preconizada por el general Decaen, que dió lugar á la prisión del comerciante de Barcelona D. José Baigés y de otros veinte y dos individuos. Inquiríaseles el crimen de querer envenenar la guarnición entera de aquella plaza: atrocidad que, á ser cierta, hubiera merecido un ejemplar castigo; pero á la cual no dió crédito D. Luis Lacy, y la conceptuó invención de la malevolencia, ó traza buscada de intento para deshacerse de los que por su patriotismo y arrojo causaban sombra á los invasores y sus sucesores: razón que le impulsó á publicar con toda solemnidad un decreto mandando tratar con la misma acortadía con que fuesen tratados los últimamente paraaguidos en Barcelona á otro igual número de prisioneros franceses. La amenaza impidió se verificasen posteriores procedimientos por ambas partes; y distintos ver empleados á guerreros ilustres en retos

tan carniceros ó impropios de la noble profesion de las armas.

Páginas más gloriosas, si bien deslustradas alguna vez, va ahora á desdoblar la historia, refiriendo las campañas sucesivas de lord Wellington, importantes y de pujanza para acabar de afianzar la libertad española. Recordará el lector que anunciamos en otro lugar haber salido aquel caudillo de Madrid el 1.º de Setiembre con direccion á Arevalo, en donde habia mandado reunir sus principales fuerzas. Le acompañaron en sus marchas las divisiones de su ejército 1.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª, quedando en Madrid y sus cercanias la tercera con la ligera y cuarta.

Al aproximarse los anglo-portugueses, evacuaron los cuencinos á Valladolid, cuya ciudad habian ocupado de nuevo, entrando Clausel en Burgos, ya de retirada, el 17 del propio Setiembre. No continuó éste mandando su gente largo tiempo, pues reuniéndose luego que salió de Burgos el general Souham con 9.000 infantes del ejército del Norte, se encargó al ultimo la direccion en jefe de toda esta fuerza.

Habian proseguido su movimiento las tropas aliadas, y el 16 juntóseles el sexto ejército español entre los pueblos de Villanueva de las Carretas, Llampiñga y Villazopeque. Capitaneábalo D. Francisco Javier Castaños, y habiase ocupado mucho en su organizacion y mejora el general jefe de estado mayor D. Pedro Agustín Jiron. Constaba su fuerza de unos 16.000 hombres, según arriba indicamos.

Pisaron los aliados las calles de Burgos el 18 de Setiembre, acogiéndulos el vecindario con las usuales aclamaciones, turbadas un instante por desmanes de algunos guerrilleros, que no tardó en reprimir D. Miguel de Alava.

El 19 procedieron los aliados á embestir el castillo de Burgos, circuido de obras y nuevas fortificaciones. Para ello colocaron una division á la izquierda de Alarzon, é hicieron que otras dos, con dos brigadas portuguesas, valesen este rio y se aproximasen á los fuertes, arrojando á los enemigos de unas flechas avanzadas. Situóse en el camino real lo demás del ejército para cubrir el ataque.

En la antigüedad era este castillo robusto, majestuoso, casi inaccesible; y fortalecióse en gran manera D. Enrique II, el de las mercedes: arruináronse los muros notablemente en la resistencia empeñada que dentro de él, y contra los Reyes Católicos, hizo la bandería que llevaba el nombre del Rey de Portugal. Mandóle, no obstante, reedificar la reina doña Isabel, y todavía se mantenía en pié, cuando por los años de 1736 un cohete tirado de la ciudad en una fiesta le prendió fuego, sin que nadie se moviese á apagar las llamas, cuya voracidad duró algunos días. Domina el castillo los puntos y cerros que se elevan en su derredor, excepto el de San Miguel, del que le divide una profunda quebrada, y en cuya cima habian construido los franceses un hornabeque muy espacioso. Los antiguos muros del castillo eran bastante sólidos para sostener cañones de grueso calibre, y en una de las principales torres levantaron los franceses una bateria acasamatada. Dos líneas de reductos rodeaban la colina, dentro de las cuales quedaba encerrada la iglesia de la Blanca, edificio más bien embarazoso que propio para la defensa. Componíase la guarnicion de 2 á 3.000 hombres, y la mandaba el general Du Breton.

Fiados los ingleses en su valor y en los defectos que notaron en la construccion de las obras, resol-

vieron tomarlas por asalto unas tras otras, empezando por el hornabeque de San Miguel, ensesfóndose de todas ellas. Consiguieron apoderarse de este recinto en la noche del 19 al 20 de Setiembre, si bien á costa de sangre, y con la desventura de no haber podido impedir la escapada furtiva de la guarnicion francesa, que se acogió al castillo, cuyas murallas pensaron los aliados acometer inmediatamente, casi seguros de coronar luego con sus armas hasta las almenas más elevadas.

Pero frustrándosele sus esperanzas, dándose á vagar para que refiramos lo que ocurrió con motivo de una medida tomada por las Cortes en este tiempo, que, aunque motejada de algunos, fué en la nacion universalmente aplaudida. Queriémos hallar del mando en jefe de los ejércitos españoles conferido á lord Wellington. Vimos en un libro anterior la resistencia de las Cortes en acceder á los deseos de aquel general, que por el conducto de su hermano sir Enrique Wellesley habia pedido el mando de las provincias españolas limítrofes de Portugal. Pareció entonces prematuro el paso por la sazón en que se dió, y por no concurrir todavía en la persona del lord Wellington condiciones suficientes que coloreasen la oportunidad de la medida. Mas orlada ahora la frente de aquel caudillo con los laureles de Salamanca, y con los que le proporcionaron las inmediatas y felices resultas de tan venturosa jornada, habian cambiado las circunstancias; juzgando muchos que era llegado el tiempo de poner bajo la mano firme, vigorosa y acreditada de lord Wellington, duque de Ciudad-Rodrigo, la direccion de todos los ejércitos españoles; mayormente cuando se hallaba ya á la cabeza de las tropas británicas y portuguesas, convertidas por sus victorias en principal centro de las operaciones activas y regulares de la guerra. Tomó cuerpo el pensamiento, que rodaba por la mente de hombres de peso, entre varios diputados, aun de aquellos que antes habian esquivado la medida, y que siempre se mostraban hoscos á intervenciones extrañas en los asuntos internos. El diputado por Asturias don Andres Angel de la Vega, afecto á estrechar la alianza inglesa, apareció como primer apoyador de la idea, ya por las felices consecuencias que esperaba resultarian para la guerra, ya por estar persuadido de que cualquiera mudanza politica en España, intrinseca selva de intereses opuestos, necesitaba para ser sólida de un arrimo extraño, no teniendo dentro; y que éste debia buscarse en Inglaterra, cuya amistad no comprometia la independencia nacional, como sucedia entónces con Francia, sujeta á un soberano que no soñaba sino en continuas invasiones y atrevidas conquistas.

Al D. Andres Angel agregáronse D. Francisco Ciscar, D. Agustín de Argüelles, D. José María Calatrava, el Conde de Toreno, D. Fernando Navarro, D. José Mejía, D. Francisco Gollia, D. Juan María Herrera y D. Francisco Martínez de Tejada. Junta todos éstos examinaron la cuestion con reserva y detenimiento; decidiendo al cabo formalizar la propuesta ante las Cortes, de que la inteligencia de que se verificase en sesion secreta, para evitar, si aquella fuese desechada, el desaire notorio que de ella se seguiria á lord Wellington, y tambien la publicidad de cualquiera expresion disonante que pudiera saltar en el debate y ofender al general aliado, con quien entonces, más que nunca, tenía cuenta mantener buena y sincera correspondencia. No ignoró el ministro inglés nada de lo que se trataba: dió su asenso y aun suministró apuntes acor-

de los términos en que convendría extender la gracia; mas sin proveer su concesion ni acelerarla, por vivo que fuese su deseo de verla realizada.

Encargóse D. Francisco Ciscar, diputado por Valencia, de presentar la proposicion por escrito, firmada por los vocales ya expresados. No encontró la medida en las Cortes resistencia notable, preparado ya el terreno. Hubo con todo quien la rechazara, en particular varios diputados de Cataluña, y entre ellos D. Jaime Creux, mas adelante arzobispo de Tarragona, é individuo en 1822 de la que se apellidó Regencia de Urgel. Nació principalmente esta oposicion del temor de que se diesen envanches en lo venidero al comercio británico en perjuicio de las fabricas y artefactos de aquel principado, en cuya conservacion se muestran siempre tan celosos sus naturales. Mañosamente usó de la palabra el Sr. Creux, mirando la cuestion por diversos lados. Dudaba tuviesen las Cortes facultades para dispensar á un extranjero favor tan distinguido; añadiendo que la propuesta debía proceder de la Regencia, unica autoridad que fuese juez competente de la precision de acudir á semejante y extremo remedio, y no dejando tampoco de alegar en apoyo de su dictamen lo imposible que se hacia sujetar á responsabilidad á un general súbdito de otro gobierno, y obligado, por tanto, á obedecer sus superiores órdenes. Razones poderosas, contra las que no había más salida que la de la necesidad de aunar el mando, y vigorizarle para poner pronto y favorable término á guerra tan funesta y prolongada.

Convencidas de ello las Cortes, aprobaron por una gran mayoría la proposicion de D. Francisco Ciscar y sus compañeros, resolviendo asimismo que la Regencia manifestase al modo más conveniente de extender la comision, con todo lo demás que creyese oportuno especificar en el caso. Examinado este informe, dieron las Cortes el decreto siguiente: «Siendo indispensable para la más pronta y segura destruccion del enemigo, que haya unidad en los planes y operaciones de los ejércitos aliados en la Península, y no pudiendo conseguirse tan importante objeto sin que un solo general mande en jefe todas las tropas españolas de la misma, las Cortes generales y extra-ordinarias, atendiendo á la urgente necesidad de aprovechar los gloriosos triunfos de las armas aliadas, y las favorables circunstancias que van acelerando el deseado momento de poner fin á los males que han afligido á la nacion; y apreciando en gran manera los distinguidos talentos y relevantes servicios del Duque de Ciudad-Rodrigo, capitán general de los ejércitos nacionales, han venido en decretar y decretan. Que durante la cooperacion de las fuerzas aliadas en defensa de la misma Península, se le confiera el mando en jefe de todas ellas, ejerciéndolo conforme á las ordenanzas generales, sin más diferencia que hacerse, como respecto al mencionado Duque se hace por el presente decreto, extensivo á todas las provincias de la Península cuanto previene el artículo 6.º, título 1.º, tratado vii de ellas; debiendo aquel ilustre caudillo entenderse con el gobierno español por la secretaría del despacho universal de la Guerra. Tórresele entendido la Regencia del reino, etc. Dado en Cadix, á 22 de Setiembre de 1812.»

Con sumo reconocimiento y agrado recibió la noticia lord Wellington, contestando en este sentido desde Villavieja con fecha de 2 do Octubre: mas expuso al mismo tiempo, que antes de admitir el mando con que se le honraba, era necesario obtener el beneplacito del Príncipe regente de Ingla-

terra, lo que dió lugar á cierto retraso en la publicacion del decreto.

Motivó semejante tardanza diversas habillitas, y aun sinistras interpretaciones y deslenguamientos, señalando por insertar á la letra el decreto de las Cortes un periódico de Cadix intitulado *La Abeja*. Dióse por ofendida de esta publicacion la Regencia, temiendo se la tachase de haber faltado á la reserva convenida; y por lo mismo trató de justificarse en la *Gaceta* de oficio: otro tanto hizo la secretaria de Cortes, como si pudiera nadie responder de que se guardase secreto en una determinacion salida de tantos, y que habia pasado por tantos conductos. Se enredó, sin embargo, el negocio, á punto de entablarse contra el periódico una demanda judicial. Cortó la causa el diputado D. José Mejía, que en á sí propio se denunció ante las Cortes como culpable del hecho, si culpa habia en dar á luz un documento conocido de muchos, y con cuya publicacion se conseguia aquietar los ánimos, sobrado alterados con las voces esparcidas por la malevolencia, y aumentadas por el misterio mismo que se habia empleado en este asunto. Hubo quien quiso se hiciesen cargos al diputado Mejía, graduando su proceder de abuso de confianza. Las Cortes fallaron lo contrario, bien que despues de haber oido á una comision, y suscitádose debates y contiendas. Livianos incidentes en que se descartaban con frecuencia los cuerpos representativos, malgastando el tiempo tanto mas lastimosamente, cuanto en discusiones tales toman parte los diputados de menor valia, aficionados á minucias y personales ataques.

Envió entretanto lord Wellington su aceptacion definitiva, en virtud del consentimiento alcanzado del Príncipe regente, y las Cortes dispusieron que se leyese en publico el expediente entero, como se verificó en la sesion del 20 de Noviembre; cesando con esto las dudas y el desasosiego, y quedando así satisfecha la curiosidad de la muchedumbre.

No faltaron, sin embargo, personas, aunque contadas, que censuraban acerbamente la providencia. Los refectores del *Diario mercantil* de Cadix, de color de patriotas, alzaron vivo clamor, reprendiendo de ilegal el decreto de las Cortes. Era todo de los parciales del gobierno intruso, y de la ambicion inmoderada de algunos jefes.

Acomodaba á estos en su descontento D. Francisco Ballesteros (10), quien abiertamente trató de desobedecer al Gobierno. Capitan general de Andalucía, encontrábase á la sazón en Granada, al frente del cuarto ejército, y mal avenido en todos tiempos con el freno de la subordinacion, gozando de cierta fama y popularidad, parecía aquella acomodada coyuntura de ensanchar su poder y dar realce á su nombre, lisonjeando las pasiones del vulgo, opuestas en general al influjo extranjero. Descubrió á las claras su intento en un oficio dirigido al Ministro de la Guerra, con fecha 23 de Octubre, en cuyo contenido, haciendo inexacta y ostentosa resena de sus servicios en favor de la causa de la independencia antes y despues del 2 de Mayo de 1808, que se hallaba en Madrid, y no hablando con mucha medida de la fe inglesa, requería que antes de conferir el mando á lord Wellington se consultase en la materia á los ejércitos nacionales y á los ciudadanos, y que si unos y otros consintiesen en aquel

(10) Hemos escrito siempre el apellido de Ballesteros con B, con arreglo á la verdadera ortografía de su parentesco, escrita por él mismo en los papeles de aquel tiempo. Sin embargo, este general es llamado Ballesteros con V.

nombramiento, él aun así y de todos modos se retiraría á su casa, manifestando en eso que sólo el honor y bien de su país le guiaban, y no otro interés ni mira particular. Dañoso tan mal ejemplo si hubiera seguido, no tuvo afortunadamente seguidores, á lo que contribuyó una pronta y vigorosa determinación de la Regencia del reino, la cual, resolviendo separar del mando á Ballesteros, envió á Granada para desempeñar este encargo al oficial de artillería D. Ildefonso Díez de Ribera, hoy conde de Almodóvar, el cual, ya conocido en el sitio de Olivenza, había pasado últimamente á Madrid á presentar, de parte del Gobierno, á lord Wellington las insignias de la orden del Toison de oro. Iba autorizado Ribera competentemente con órdenes firmadas en blanco para los jefes, y de las que debía hacer el uso que juzgase prudente. Era segundo de Ballesteros D. Joaquín Virués, y á falta del General en jefe recaía en su persona el mando según ordenanza; mas no conceptuándose sujeto apto para el caso, echóse mano del Príncipe de Anglona, de condición firme y en sus proceder es atinado, quien todavía se mantenía en Granada, si bien pronto á separarse de aquel ejército, disgustado con Ballesteros por sus demasías. Avistáronse el Príncipe y Ribera, y puestas de acuerdo, llevaron á cumplido efecto las disposiciones del Gobierno supremo. Para ello apoyáronse particularmente en el cuerpo de guardias españolas, sucediendo que las otras tropas, aunque muy entusiasmadas por Ballesteros, luego que vislumbraron desobediencia éste á la Regencia y las Cortes, abandonáronle y le dejaron solo. Intentó Ballesteros atraerlas; pero desvaneciéndose en breve aquella esperanza, sometióse á su adversa suerte, y pasó á Ceuta, adonde se le destinó de cuartel. En el camino no se portó cuerda mente, dando ocasión con sus importunas reclamaciones, tardanzas y desmanes á que no se desistiese de proseguir contra él una causa ya empezada, la cual á dicha suya no tuvo éxito infuasto, tapan do las faltas hasta el mismo Príncipe de Anglona, quien en su declaración favoreció á Ballesteros generosamente. La Regencia, sin embargo, graduó el asunto de grave, y publicó con este motivo, en Diciembre, un manifiesto especificando las razones que había tenido presentes para separar del mando del cuarto ejército á aquel general, de suyo insubordinado y descontentadizo siempre. Ciertamente la popularidad de que gozaba Ballesteros, y el atribuir muchos su desgracia al ardiente deseo que lo asistía de querer conservar intactos el honor y la independencia nacional, eran causas que reclamaban la atención del Gobierno para no consentir se extraviase sin defensa la opinión pública. Adornaban á Ballesteros, valeroso y sobrio, prendas militares recomendables en verdad, mas oscurecidas algún tanto con sus jactancias y con el prurito de alegar ponderados triunfos, que cautivaban á la muchedumbre incauta. Creía dicho general tan en favor suyo, que se imaginó no pendía más de tener universal séquito cualquiera opinión suya, que de cuanto él tardase en manifestarla. Poco también maravilla que hubiera quien sustentase que en conferir el mando á Wellington se comprometía el honor y la independencia española. Peligra ésta y se pierde aquél cuando un país se expone irreflexivamente á una desmembración, ó concluye estipulaciones que menoscaban su bienestar ó destruyen su prosperidad futura. En la actualidad ni asomo había de tales riesgos, y cuando éstos no amagan, todos los pueblos en parecidas cosas han solido do-

positar su confianza en caudillos aliados. La Gran Bretaña vió á Temístocles sometido al general de Esparta, tan inferior á él en capacidad y malicias aciertos. Capitaneó Vendôme las armas aliadas de franco-francesas en la guerra de sucesión, y en estos días, el mismo Wellington ha tenido bajas órdenes los ejércitos de las principales potencias de Europa, sin que por eso resultase para ellas decaer ni mancilla alguna.

Á la insubordinación y desobediencia de Ballesteros acompañó también el malograrse la toma del castillo de Búrgos. Dejamos allí á los ingleses dueños del hornabeque de San Miguel, preliminar necesario para continuar las demás acometidas. Establecieron en seguida una batería por el lado izquierdo del hornabeque, decidiendo lord Wellington áun antes de concluir la, escalar el recinto exterior en la noche del 22 al 23 de Setiembre. Frustrada la tentativa, y entonces hicieron resolución los aliados portugueses de continuar sus trabajos, queriendo derribar por medio de la mina los muros enemigos. Abrieron al efecto una comunicación que atravesaba del arrabal de San Pedro, y convirtieron en una paralela un camino hondo colocado á cincuenta varas de la línea exterior. En la noche del 29 jugó poco fruto la primera mina, siendo rechazados los aliados en el asalto que intentaron. No por eso desistieron todavía de su empresa, y con diligencia practicaron una segunda galería de mina, también enfrente del arrabal de San Pedro. Lista ya esta el 4 de Octubre, se puso fuego al hornillo; habíase apenas verificado la explosión, cuando ya coronaban las brechas las columnas aliadas. Fué en el trance gravemente herido el teniente coronel de ingenieros Jones, diligente autor de los sitios de estas campañas.

Alojados los ingleses en el primer recinto, comenzaron á cañonear el segundo y á practicar al propio tiempo un ramal de mina que partía desde las casas cercanas á San Roman, ántes iglesia, ahora almacén de los franceses. La estación mostrábase lluviosa é invernal, y las balas de á 24 no dejaban ya de escasear para los sitiadores. Sin embargo, pasando éstos accesible la brecha del segundo recinto, le asaltaron el 18 de Octubre, mas con mal desgraciado y á punto que los desalentó en gran manera. Por eso, y porque los movimientos del enemigo ponían en cuidado á lord Wellington, determinó esto descercar el castillo, como lo verificó el 22 del propio mes á las cinco de la mañana, sin conseguir tampoco, según intentó, la destrucción del hornabeque de San Miguel.

Bien preparados los ingleses hubieran debido tomar los fuertes de Búrgos en el espacio de seis ó ocho días. Disculpáron su descalabro con la falta de medios, y con no haber calculado bastantemente la resistencia con que encontraron. Mas entonces, ¿para qué emprender un sitio tan inconsideradamente?

Eran de gravedad los movimientos que forzaron á lord Wellington á alejarse de Búrgos. Veníanlos los ejércitos franceses del Mediodía y centro y los llamados de Portugal y el Norte. Los primeros pusieron en marcha luego que en Fuente la Higuera celebró el rey José una conferencia con los mariscales Jourdan, Soult y Suchet. Hizo éste grandes esfuerzos para que no se evacuase á Valencia, y lo consiguió; revolviendo sólo sobre Madrid por Cuenca y por Albacete las tropas de los otros mariscales.

Creían los franceses trazar refriego en el tránsito con sir Rowland Hill, quien después de su salida

de Extremadura manteníase á orillas del Tajo, en Aranjuez y Toledo, engrasado con la fuerza anglo-portuguesa, que compuso parte de la guarnición de Cadix durante el sitio, y con las tropas que trajo de Alicante D. Francisco Javier Elio, y ascendían á 6.000 infantes, 1.200 caballos y ocho piezas de artillería, que se situaron á la izquierda del ejército británico en Fuentidueña. Mas advertido el general inglés de los intentos del ejército enemigo, avisólo á Wellington, y poniéndose en camino de Madrid, abandonó sus estancias y voló uno de los ojos del puente llamado Largo, sobre el Jarama, en cuyas riberas dejó, con algunas tropas, al coronel Skerret.

Tuvo éste allí un choque con el ejército de José, que seguía la huella de sus contrarios, quienes de resultas desampararon del todo las orillas del Jarama. El general Hill pasó por Madrid el 31 de Octubre; desocupó los almacenes de los franceses; hizo volar la casa de la China; destruyó las obras del Retiro, y recogiendo las divisiones que lord Wellington había dejado apostadas dentro y en los alrededores de la capital, continuó su viaje y traspuso las sierras de Guadarrama, dirigiéndose sobre Alba de Tormes, con objeto de unirse á las demás fuerzas de su nación, que guerrecaban en Castilla la Vieja. Acompañáronle las divisiones principales del quinto ejército español que trajera de Extremadura; mas no las del segundo y tercero, que con Elio habían avanzado á la Mancha, y se le habían juntado, las que tornaron á su respectivo distrito de Valencia y Murcia, cruzando el Tajo por el puente de Anson, y dando lugar á que José avanzase á Madrid, para continuar ellas su marcha por los lindes de la provincia de Cuenca.

Presentaba Madrid en aquellos días penoso y melancólico aspecto. Las autoridades se habían alejado apresuradamente de la villa, y aun el Ayuntamiento, ya establecido constitucionalmente, había quedado reducido á cuatro regidores, por la huida de los otros. Hubieran sobrevenido gravísimos males sin la presencia de ánimo de D. Pedro Sainz de Baranda, y el sacrificio que hizo éste de su persona. Respetable vecino de Madrid y también regidor, se puso al frente de todo, erigido en primera y única cabeza de la capital. Las disposiciones de Baranda fueron vigorosas y cuerdas, impulsando con ellas se realizasen los desórdenes que amenazaban, y oran de temer en una gran población, sola y entregada á sí misma en circunstancias críticas y dolorosas.

Entró José en Madrid á las dos de la tarde del 2 de Noviembre. No fue su estancia larga ni duradera, pues de nuevo evacuó la capital el 7 del propio mes, no viendo entonces los vecinos expuestos á la precaria suerte de pocos días antes, por conocer ya el remedio á su desamparo. Baranda, que se había recogido á su casa durante la breve permanencia de José en Madrid, fue repuesto en el ejercicio de sus facultades, y continuó portándose atinadamente, hallando recursos que satisficieran los excesivos pedidos de varios guerrilleros que se agolparon á la capital, y los del general Bassecourt, que el día 11 pasó también sus calles.

Enderezó su marcha José tras de los ingleses hacia Castilla la Vieja con intento de obrar mancomunadamente con sus ejércitos de Portugal y el Norte. Lord Wellington, antes de levantar el sitio del castillo de Burgos, previno para no ser sorprendido por las manos enemigas que de encontrados puntos venían sobre sus huertas; y ya desde el 18 de Octubre se situó en ademan de defenderlo

y de estar dispuesto para la retirada, colocando la derecha de su ejército anglo-hispano-portugués en Ibeur, sobre el Arlanzón, el centro en Mijaradas y la izquierda en Sotopalacios.

A la propia sazón habían reunido los franceses sus fuerzas disponibles de los ejércitos de Portugal y el Norte en Monasterio, empezando á avanzar el 20 á Quintanapalla, de donde tuvieron otra vez que replegarse, flanqueándolos por su derecha sir Eduardo Paget. Wellington, sin embargo, no dudó levantar el sitio del castillo de Burgos, según hemos visto; é hizo lo con tal presteza, que el enemigo no advirtió hasta tarde el movimiento de los aliados, quienes pudieron continuar retirándose sin molestia, y pasar tranquilamente el Pisuerga por Torquemada y Cordobilla. Varios cuerpos de caballería ligera al mando de sir Stapleton Cotton, don Julian Sanchez y alguna que otra partida española componían la retaguardia. El enemigo, adelantándose, trabó refriegas parciales con los aliados, cuyas tropas, colocadas á la margen del Carrion, contaron el 24 su ala derecha en Dueros y su izquierda en Villamuriel. Por aquí se extendía el sexto ejército español á las órdenes del general Castaños, cuyo jefe de estado mayor era D. Pedro Agustín Girón. Habíasele agregado guerrillas y gente del séptimo ejército, como lo era la división de D. Juan Diaz Porlier. Atacó el enemigo la izquierda de los aliados sin fruto; hizo Wellington en seguida marchar alguna fuerza sobre Palencia con deseo de cortar los puentes del Carrion, pero malogrósele, habiendo agolpado allí los franceses suficiente tropa que se lo estorbaba.

Pasó el enemigo aquel río por Palencia, y hubo entonces Wellington de cambiar su frente, consiguiendo volar dos puentes que hay también sobre el Carrion, en Villamuriel y cerca de Dueros. No acertaron los aliados á destruir otro sobre el Pisuerga, en Tariego, por donde cruzaron aquel río los enemigos, como también el Carrion, siguiendo un vado peones suyos y jinetes. Ordenó Wellington que se continuase á los contrarios en su ataque, y se trabó una pelea, en la que tuvieron parte los españoles. De éstos, el regimiento de Asturias ció un momento, y notándolo D. Miguel de Alava, que asistía al lado de lord Wellington, se adelantó para reprimir el desorden, y evitar que hubiese quiebra en la honra de las filas de sus compatriotas á la vista de tropas extranjeras. Intrépido Alava avanzó demasadamente, y recibió una herida grave en la ingle. Pero los españoles entonces, sin descorazonarse, volvieron en sí y repelieron al enemigo, ayudándolos y completando la comenzada obra los de Brunswick y el general Oswald con la quinta división de los aliados.

Indógo cojió lord Wellington, repassando el Pisuerga por Cabazon de Campos. En la mañana del 27 apareció Souham, general en jefe del ejército enemigo, á cierta distancia, sin que intentase ningún ataque de frente, limitándose, según se advirtió después, á enviar destacamentos vía de Cigales, por su derecha, para posesionarse del puente del Pisuerga en Valladolid, y colocarse así á espaldas del ejército aliado. Prolongaron los franceses su derecha aún más allá el día 28, siendo su intento ensesorearse del puente del Duero en Simancas; pero defendido este paso, como el de Valladolid, por el coronel Halkett y el Conde Dalhouzie, volaron los aliados el primer puente, y á prevención también el de Tordesillas. Mas no bastándole á lord Wellington estas precauciones, y temeroso de ser envuel-

to por su izquierda, se echó atrás, y pasó el Duero por los pueblos de Puente Duero y Tudela, cuyos puentes voló, lo mismo que el de Quintanilla y los de Zamora y Toro. Advertido Wellington de que los enemigos, cruzando á nado el Duero, habían caído de golpe sobre la guardia inglesa de Tordesillas, y que reparaban el puente para facilitar la comunicación de ambas riberas, se encaminó al punto en donde se alojaba el ala izquierda, apostando el 30 sus tropas en las alturas que se elevan entre Rueda y Tordesillas. Nada, sin embargo, intentaron los enemigos por de pronto, contentándose con posesionarse nuevamente de Valladolid y Toro, y extenderse por la derecha de sus márgenes. Tampoco Wellington se movió antes del 6 de Noviembre, ora por desistir el enemigo de su acosamiento, ora por ser necesario dar descanso á sus tropas, y treguas al general Hill para que se le juntase. Aquel mismo día llegó dicho general á Arévalo, y púsose en comunicación con Vellington, quien le mandó proseguir sin tardanza su movimiento por Fontiberos, sobre Alba de Tormes. La marcha de Hill pecó de fatigosa por escasez de víveres, cuya falta se achacó al comisariato inglés, impróvido y más cuidadoso á la sazón del interés propio que del de sus tropas. También había decaído algun tanto la virtud militar en las divisiones que mandaba Hill.

Aparejados ya los puentes de Tordesillas y Toro por el enemigo, no alargó más tiempo Wellington su permanencia en las últimas estancias, colocándose el 8 de Noviembre en las que ántes había ocupado frente de Salamanca. Pasó el mismo día sir Rowland Hill el Tormes por Alba, y guarneció el castillo.

Detenidos los franceses en recoger provisiones, y atentos á unirse con los ejércitos del Mediodía y centro, como lo fueron verificando en estos días, no molestaron á los aliados en sus marchas. Las fuerzas enemigas que se reunieron ahora ascendían á 80,000 infantes y 12,000 caballos, lo más florido de lo que tenían en España, si no contamos algunas de las tropas de Suchet. Consta el ejército aliado de 48,000 infantes y 5,000 caballos, y además 18,000 españoles, fuera de las guerrillas y de la gente de Extremadura que venía con Hill.

Comenzaron los enemigos á hacer ademán de atacar el 9 á los aliados por el lado de Alba, mas no se trabó pelea importante hasta el 14. En este día vadearon los franceses el Tormes por tres puntos, dos leguas por cima de Alba. Quiso lord Wellington poner estorbo al paso del frances por aquel río; pero siendo ya tarde y conociendo estar muy afianzados los enemigos en sus posiciones, determinó alejarse. Puso en ejecución su pensamiento después de haber recogido en la misma tarde del 14 las tropas cuyas apostadas en las cercanías de Alba, y de haber destruido los puentes del Tormes, cifendose á dejar en el castillo de aquella villa, palacio de sus duques, una guarnición española de 300 hombres á las órdenes de D. José Miranda Cabezon.

Abandonó Wellington del todo el 15 las estancias de Salamanca, y partió distribuido su ejército en tres trozos que conservaban paralelas distancias, en cuanto lo consentía el terreno doblado de aquella comarca. Mandaba la primera columna el general Hill; la segunda ó centro sir Eduardo Paget; componían la tercera los españoles. Cruzaron todos el Zúrcago, y acamparon por la noche en los olivares que lame el Valmuza, tributario del Tormes. El tiempo lluvioso, las aguas rebalsadas en las tierras bajas, los víveres escasos, si bien se había surtido

al soldado de pan para seis días, pero fuertemente por la relajación de la disciplina, sino en lo que de pelear. Los caballos desprovistos de forraje y pienso, teniendo que acudir para alimentarse á pecer la hierba ó á ramonear y descortezar los árboles. Desaprovecharon los franceses, asistidos como se hallaban de fuerzas superiores, esta oportunidad de introducir desorden y aumentar la torbería en el ejército aliado.

Permanecieron los nuestros al raso el 16 en un bosque, á dos leguas de Tamames. Al día siguiente dirigieron su marcha por unos encinares, y dejó el enemigo sin perder la huella de la retaguardia. Aquí pastaban unas píasas, y con ellas rompieron recia escaramuza los soldados, así españoles como ingleses y portugueses, echándose la culpa unos á otros; hubo ocasión en que el fuego indujo á creer creyendo ser lid con hombres la que sólo lo era contra desdichados animales.

El desconcierto que nacia de tales incidentes, junto con lo pantanoso é intransitable de los caminos, y lo hinchado de los arroyos, que desunían las divisiones ó columnas, fué causa de que resultase entre dos de ellas un espacioso claro. Dignándose en Eduardo Paget, y deseoso de averiguar en qué consistía, cabalgó de una á otra, en sazón justamente en que se interponía entre las columnas separadas un cuerpo de caballería enemiga, que, cayendo de repente sobre el general inglés, le hizo prisionero sin resistencia. Afortunadamente ignoraban los franceses la verdadera situación de los aliados; sin otros perjuicios pudieran haberse seguido. Desde el Tormes no hubo más que cañoneo y escaramuza por ambas partes, con amago á veces de formalizarse campal batalla. Lord Wellington, cuya serenidad y presencia por do quiera alentaba y contribuía á que el soldado no diese suelta á su indisciplina, estableció en la noche del 18 sus cuarteles en Ciudad Rodrigo, y cruzando en los días 19 y 20 el Agüeda, pisó en breve tierra de Portugal. Los españoles se dirigieron por lo interior de este reino á Galicia; alojándose otra vez en el Vierzo el sexto ejército para relajarse y prepararse á nuevas campañas. Tornó Porlier á Asturias, y las fuerzas de Extremadura que habían venido con Hill se acuartelaron durante el invierno en Cáceres y pueblos inmediatos; quedando cerca de Wellington pocas tropas y guerrillas, de las que algunas regolifaron otra vez á Castilla.

Entre tanto el gobernador de Alba de Tormes, don José Miranda Cabezon, á quien encargó Wellington sustentar el punto, condujose dignamente; reanimando su espíritu, si menester fuera, la vista de aquellas paredes en donde se representaban todavía las principales batallas de que saliera vencedor en otro tiempo el inmortal duque de Alba D. Fernando Alvarez de Toledo. Solo Miranda, y ya lejos los ejércitos aliados, empezaron los enemigos á intimarle la rendición. Respondió Miranda siempre con brío á los diversos requerimientos, no despreciando coyuntura de hacer salidas y coger prisioneros. Ocuparon luego los franceses los lugares altos para descubrir á los nuestros, que se defendían bravamente detras de los muros, de las ruinas y parapetos del castillo. Así continuaron hasta el 24 de Noviembre, en cuya noche resolvió el gobernador evacuar aquel recinto, dejando sólo dentro al teniente de voluntarios del Ribero D. Nolas Solar, con 20 hombres, 33 enfermos y 112 prisioneros hechos en las anteriores salidas. Ordenó á este su jefe sostener fuego vivo por algun tiempo para cubrir al sitiador

la escapada de la guarnición. Al ser de día llegó Miranda con los suyos al Carpio; pero teniendo que andar por medio de los enemigos y de sus puestos avanzados, vióse obligado, para evitar su encuentro, á marchar y contramarchar durante los días 25, 26 y 27, hasta que el 28, favorecido por un movimiento de los contrarios, y ejecutando una marcha rápida, se desembarazó de ellos, y se acogió bien al puerto del Pico. Antes de salir Miranda del castillo se correspondió con el general francés que le sitiaba, y en el último oficio díjole (11): «Imprudente la salida con mi guarnición; si las fuerzas de V. S. me encontrasen, siendo compatibles, pelearémos en campo raso. Dejo á V. S. el castillo con los enseres que encierra, particularmente los prisioneros, á quienes he tratado con toda mi consideración, y omito suplicar á V. S. tenga la suya con el oficial, enfermos y demas individuos que quedan á su cuidado, supuesto que sus escritos me han hecho ver la generosidad de su corazón.» Celebró debidamente lord Wellington el porte de Miranda, y tributáronle todas justas alabanzas.

Penetrado que hubo en Portugal el general inglés, tomó cuarteles de invierno, acantonando su gente en una línea que se extendía desde Lamego hasta las sierras de Baños y Bejar, así para proporcionar vituallas con mayor facilidad, como para atalar á todos los pasos, y de manera que pudieran sus diferentes cuerpos reconcentrarse con celeridad y prontezza. Los franceses, por su parte, tomaron varios puntos y posiciones, espacándose por Castilla la Vieja, á las órdenes de Soult y de Caffarelli, sus jefes de Portugal y el Norte, y reveliendo sobre Castilla la Nueva, regidos siempre por el rey intruso y los mariscales Jourdan y Soult, los del centro y Melchior.

En la tarde del 3 de Diciembre entró de nuevo José en Madrid, entusiasmándose los corazones de los vecinos, comprometidos cada vez más con idas y venidas de unos y otros, y abrumados de cargas y de no interrumpidas infelicidades y desventuras. Mandó, no obstante, el gobierno intruso que se iluminasen las casas por espacio de tres días en celebridad del retorno de su monarca, quien se mostró aún más placentero y apacible que lo que tenía de costumbre. Las demostraciones de alegría apesadumbraban á los moradores en vez de divertirlos y entretenerlos, mirándolas como mofa de sus miseria; ocasion bastante, cuando no fuera ayudada de tantas otras, para que creciese la indignación en los pechos.

Repartadas las tropas británicas, según hemos dicho, y aseguradas en sus puestos, pasó Wellington una circular á todos los comandantes de los cuerpos, notable por sus razones y oportuna repa- ración, y por inferirse también de su contexto el des- arreglo y la insolubilidad á que habían llegado los soldados ingleses. La disciplina del ejército de mi mando (dona Wellington) en la última campaña ha descendido á tal punto, que nunca he visto ni leído cosa semejante. Sin tener por disculpa de- masiadas ni señaladas privaciones... » Hanse cometido desmanes y excesos de toda especie, y se han experimentado pérdidas que no debieran haber ocurrido... »

Acharaba en seguida el general inglés muchas de estas faltas al descuido y negligencia de los oficia- les en los regimientos, y prescribía atinadas reglas

para aminorar el mal y destruirle en lo sucesivo. Produjo esta circular maravilloso efecto.

Poco después se trasladó lord Wellington á Cádiz, á fin de concertarse con el Gobierno español acerca de la campaña que debía abrirse en la primavera, y también para dar descanso y recreo al ánimo, después de tan continuadas fatigas. Llegó Wellington á aquella ciudad el 24 de Diciembre, y la Regencia y las Cortes, y los grandes y los veci- nos, todos se concurrieron en su obsequio. Diéronle los regentes el 26 un convite espléndido, al quo asistió una comisión de las Cortes. En correspon- dencia hizo otro tanto el embajador británico sir Enrique Wellesley, hoy lord Cowley, hermano del General, con la singularidad de haber invitado á todos los diputados. Festegó la grandeza de España, casi toda ella reunida en Cádiz, como muy adic- ta á la causa de la patria, celebrando un suntuoso baile, á que concurrió lo más florido y bello de la población. Quisieron turbar la fiesta mal intencio- nados, ó gente enojada de no haber sido parte en el convite, escribiendo una carta anónima á la Con- desa-Duquesa de Benavente, Duquesa también vi- duada de Osuna, que por sus particulares respetos y elevadas circunstancias presidía la función; trata- base en su contenido de atemorizar á esta señora con el anuncio de que la cena estaba envenenada. Vislumbróse luego el objeto de tan falso y ofensivo aviso, y lejos de alterarse la alegría, aumentóse, dando lugar tal incidente á donaires y chistesos agudezas. Otra casual ocurrencia hizo aquella no- che subir más de punto el comun gozo, y tan la noticia que entonces llegó de los desastres y completa ruina que iba sufriendo el ejército francés al reti- rarse de su campaña de Rusia; suaves recuerdos de hechos que presenciásemos, tanto más indelebiles para nosotros, cuanto acaecieron en nuestra primera necesidad.

A tales diversiones y fiestas, grandes atendiendo á la estrechez de los tiempos, nacidas todas del entusiasmo más puro y desinteresado, acompañaron ciertas y honoríficas muestras de aprecio, dispen- sadas á la persona de lord Wellington. Debe considerarse como notable la de una comisión que nombraron las Cortes para irle á cumplimentar á su casa luego de su arribo á Cádiz; paso preparatorio de una nueva y mayor distinción con que se le honró.

Fué ésta recibirla las Cortes dentro de su mismo seno, y concederle asiento en medio de los dipu- tados. Merced que Wellington tuvo en grande estima, como hijo de un país en cuyo gobierno tienen tanta parte los cuerpos representativos. Verifícase esta ceremonia el 30 de Diciembre. Presidía las Cortes D. Francisco Ciscar (12). Leyó lord Wellington un discurso sencillo en castellano, pero enérgico, real- zando el vigor de las palabras el acento mismo as- pirado y fuerte con que le pronunció. Respondióle el Presidente de las Cortes atinadamente, si bien de un modo algo ostentoso, y propio sólo de los tiempos en que Alejandro Farnesio (13) y el Du- que de Faria dominaron en Francia, y dentro mis- mo de los muros parisienses.

No se crea que sólo á ceremonias y apacibles en- tretenimientos se limitaron las ocupaciones de lord

(12) Véase como discurre en el *Diario de las Ilustraciones* y *Actas de las Cortes extraordinarias de Cádiz*, tomo XVI, páginas 481 y 482. Sesión de 30 de Diciembre de 1812.

(13) Los guerreros de las *Estados Bajos*, por D. Carlos Coloma, li- bro VII. Allí se verá como mandaba el Duque de Faria durante la ocupación de París por los españoles.

(11) Véase la *Gaceta de la Regencia de las Españas* de 29 de Di- ciembre de 1812.

parte de la deuda pública, y premiar debidamente á los defensores de la patria.

Hubo sobre la utilidad de esta medida pareceres diversos. Quén la ensalzaba esperando de su favorable resolución cuantiosos bienes, quén la deprimía no viendo en ella sino engaño con apariencias falaces. Porque creían muchos, y no infundadamente, que el atraso de la agricultura en España y la despoblación de sus campos, no tanto pendía de los baldíos y los propios, como de otras diferentes y complicadas causas.

Contaban entre éstas, y de más alto origen, las conquistas, acérrimamente la sarracénica, cuyas incursiones y destrozos, durante siglos, obligaron á preferir como más segura y movable la granjería meramente pecuaria á la rural ó de labor. También las acumuladas y abusivas amortizaciones civil y eclesiástica, y otros errores políticos, económicos y administrativos, que si bien comunes á otras naciones, sembráronse en la nuestra como á granel, y se reprodujeron y perpetuaron al amor de la desidia y de arraigadas costumbres. La naturaleza misma ha puesto esterbos en el suelo peninsular á la extensión del cultivo, pues en medio de comarcas y valles fertilísimos y amenos, abundan, según había notado ya nuestro geopónico Herrera, los montes y las montañas peladas, los declives de capa vegetal muy soneta, y las desnudas y pedregosas llanuras, que, al paso que desadornan y afean la tierra, conviértela á veces en árida y de poco provecho. Aumentan el daño la escasez de caudal de aguas en muchas provincias, y las frecuentes sequías que agostan los campos prematuramente. Además hanse confundido en repetidas ocasiones terrenos incultos pertenecientes á particulares con los baldíos; exagerando la importancia de éstos, cuando aquellos quedaban estériles por la incuria de sus dueños ó por la dificultad de romperlos y destrozarlos.

En la discusión de las Cortes, luminosa bastante, no todos se alucinaron, imaginándose resultarían abundantes beneficios de la enajenación y venta de los baldíos y los propios. Notable fué el discurso del Sr. Aner, quien, sin oponerse, dió en contra razones sólidas, que rebatieron en parte las de otros vocales no tan poderosas. Al fin aprobóse un decreto sobre la materia, que se promulgó en Enero de 1813. Disponía éste en substancia: 1.º, reducir los terrenos baldíos ó realengos, y de propios y de arbitrios, así en la Península como en Ultramar, á propiedad particular; 2.º, emplear la mitad de los baldíos ó realengos en el pago de la deuda nacional, prefiriendo los créditos que tuviesen los vecinos de los pueblos en cuyo término se hallasen los terrenos; 3.º, distribuir en suertes, con el nombre de premio patriótico, las tierras restantes de los mismos baldíos, ó las labrantías de propios y arbitrios, entre los oficiales de capitán abajo, y entre los sargentos, cabos y soldados casos que hubiesen servido en la guerra de la independencia, y se hubiesen retirado con documento legítimo que acreditase su buen desempeño; y 4.º, repartir gratuitamente y por sorteo las tierras entre los vecinos que las pidiesen, y no gozasen de propiedad.

Juzgaban los entendidos que no se seguiría utilidad grande y real de este decreto, porque conforme á su contexto, poníase muchas porciones de los terrenos enajenados en manos casi infructíferas, no asistiendo á la mitad quizá de los nuevos adquiridores la industria y el capital que se requiriesen para introducir y adaptar una oportuna y variada labranza. Pues sabido es que el progreso y la

perfección de ésta no consiste precisamente en dividir y subdividir las propiedades, sino en que éstas no queden abandonadas; ni tampoco en cultivar mucho, sino en cultivar bien y de modo que el producto neto de un terreno dado sea superior al de otro terreno de la misma extensión y naturaleza; cuyo objeto no se logra por los escasos y débiles medios que acompañan al desvalido bracero, mas sí por los que concurren en el hombre industrioso y acudado.

Ofrecíase asimismo para la ejecución de la medida tales obstáculos, que hubo de dejarse al arbitrio de las diputaciones provinciales señalar el tiempo y los términos de llevarla á cabo; pues únicamente así y acomodando las providencias (según se expresa el sabio autor de la Ley agraria) á la situación de cada provincia, y prefiriendo en cada una las más convenientes, pueden sacarse ventajas de la enajenación de los baldíos y los propios.

Por entonces también abolieron las Cortes el voto de Santiago. Dábase tal nombre á un antiguo tributo de cierta medida del mejor pan y del mejor vino, que pagaban los labradores de algunas provincias de España para acudir á la manutención del arzobispo y cabildo de Santiago y hospital de la misma ciudad; percibiendo también una porción, aunque muy corta, otras catedrales del reino. Fundábase particularmente la legitimidad de esta exacción en un pretendido privilegio que resultaba de un diploma falsamente atribuido al rey D. Ramiro I de León, con la data en Calahorra, del año de 872 de la era del César. Apoyados en semejante documento, lleno de inverosimilitudes, anacronismos, y aun de extravagancias propias de la ignorancia de los tiempos en que se fraguó, siguieron realizando los canónigos de Santiago, durante siglos, valores considerables, sacados de las parvas y lugares de los agricultores de varias y distantes comarcas del reino, bien que no siempre sin resistencia, pues hubo controversias y litigios sin fin, negando á veces los pueblos hasta la autenticidad misma del privilegio; de donde nacieron fallos jurídicos, concordias y transacciones, aboliendo ó alterando aquella carga en determinados distritos. El diploma extendía la obligación del pago á toda España, como si los dominios de D. Ramiro no se encerrasen en estrechos límites, y no fuese su autoridad desconocida más allá del territorio que comprendía la corona entonces de León. Al conquistarse Granada tuvieron sus habitantes que soportar aquel tributo, habiéndolo dispuesto así los Reyes Católicos por la persuasión en que estaban de ser legítimo y auténtico el privilegio de D. Ramiro el I. Después, aunque pareciese apócrifo, y aunque los pueblos fuesen obteniendo en su favor sentencias y decisiones de los tribunales, continuó el cabildo de Santiago exigiendo el pago del voto, y hasta alcanzó del débil y piadoso Felipe III jurisdicción privativa para verificar la cobranza por medio de jueces que los mismos canónigos nombraban. Celebróse el memorial (1) que contra el voto, y en repre-

(1) Intitúlase esta obra: *Memorial y discursos del pleito que los clérigos, villas y lugares de las archidiócesis de Burgos y Toledo, de uno á otra parte, y obispos de Calahorra, Palencia, Tordesillas y Sigüenza tratan en la real Chancillería de Valladolid con el arzobispo, dean y cabildo de la santa iglesia del reino de Santiago, dirigidos á don Juan Huante de Mendoza, después del fallecimiento, comparecer por el doctor don Juan de Arce, agente y defensor de los canónigos. Se imprimió por encargo de don Juan de Arce en Madrid, año de 1771.*

También me fue de consultar en la materia el Memorial que el Duque de Arce dirigió á la real cédula de amor de Carlos III, y el Discurso sobre el voto de Santiago, á una demostración de la falsedad

sentacion de muchas ciudades, villas y lugares, escribió en el siglo XVII Lazaro Gonzalez de Acebedo, y más celebre aún, si cabe, el del Duque de Arcos, en 1770, á Carlos III sobre igual materia. Producia el voto en sus buenos tiempos muchos millones de reales, rindiendo en los nuestros apenas tres líquidos, por la baja en el valor de los frutos, y por el mayor retraimiento de los pueblos en satisfacerle con exactitud.

En el Marzo de 1812 hicieron la propuesta de su abolicion en las Cortes treinta y seis diputados, y discutido el asunto en aquel Octubre. Durante los debates distinguieronse varios vocales por la profunda erudicion, copia de doctrina y acendrada critica que emplearon en sus discursos; descollando sobre todos los señores eclesiásticos Villanueva y Ruiz Padron, y afirmando el segundo con fervorosa elocuencia, y después de haber sostenido su dictamen con incontestables datos, que (2) el origen del voto era una vergonzosa fabula tejida con artificio y astucia bajo la máscara de la piedad y religion, abusando descaradamente de la ignorancia y credulidad de los pueblos. En consecuencia, las Cortes decretaron en términos compendiosos y sencillos que abolian la carga conocida en varias provincias de la España europea con el nombre de voto de Santiago.

Tres meses antes, y como en contraposicion, habian adoptado las Cortes una resolucion muy diversa, de índole extraña, ajena, al parecer, de los tiempos actuales y de las tareas que incumben á los cuerpos representativos de nuestra edad, declarando solemnemente por un decreto patrona de España á santa Teresa de Jesus. Pidieronlo los carmelitas descalzos de Cádiz en conmemoracion de haberse celebrado en su templo las festividades eclesiásticas de la jura de la Constitucion, y tambien otras con motivo de acontecimientos plausibles. Apoyaron su solicitud en dos acuerdos de las Cortes de 1617 y 1636, aunque no llevados á efecto por la oposicion que hizo el cabildo de Santiago en defensa del patronato de su apóstol, cuyo origen, segun asentaban aquellos capitulares, se perdía en la oscuridad de los tiempos. Abogaba no ménos por santa Teresa el señor Larrazabal, diputado por Guatemala, conforme á especial encargo de su provincia; pues es de notar, y curioso para la historia, que las regiones españolas de Ultramar, que tan ansiosa y desventuradamente se han lanzado por el despeñadero de las revueltas, mezclaron entre instrucciones prudentes dadas entónces á sus representantes, otras sólo propias de la ignorancia y atraso del siglo XI. La comision eclesiástica en un largo y erudito informe se inclinó á que se aprobase la propuesta, y así lo decidieron las Cortes el 27 de Junio, sin deliberacion alguna, declarando patrona de las Españas, después del apóstol Santiago, á santa Teresa de Jesus. El silencio guardado prohibió en unos el respeto con que acataban el nombre de una religiosa esclarecida, á quien, por sus virtudes, habia canonizado la Iglesia, y en otros la persuusion en que estaban de cuánto convenia no empeñar discusion acerca de un decreto que, sin perjudicar al bien público, halagaba las afecciones de la nacion por una santa hija de su suelo, y en cuyos (3) suavísimos escritos (como dice el obispo

Palafox) «primero nos hallamos cautivos que vencidos, y aprisionados que presos.»

Mayor gravedad y complicacion envolvía el expediente de las personas comprometidas con el gobierno intruso. Interesábase en su decision la clase de bastantes españoles y de no pocas familias; mas la diversidad de casos y de tiempos, y la empuje y aún embravecida que la opinion se mostraba, retardaban el pronto despacho de este negocio y así siempre le dilataban, mayormente cuando, no terminada la lucha de la independencia, no cabian tomar providencias generales ni de olvido, sin exponerse á que las desairasen y no las admitiesen en mismos en cuyo favor se expedian. Dijo en un lugar fuera Napoleon quien en Burgos dió en 1808 los primeros decretos de proscripcion, añadió que replicó á ellos la Junta Central con otros que hacian juego, como para despreciar del agraviado y desafueros del invasor. No tener culpa en la agresion primitiva, y conceptuarse tan nacional y tratada nuestra causa, antecedentes eran que favorecian mucho en sus decisiones al Gobierno español, é inclinaban grandemente á su lado la balanza de la razon y de la justicia. No por eso disculparíamos cualquiera exceso ó desman en que se hubiese corrido, pues siempre, y más en semejantes guerras, toca á la autoridad suprema reprimir, no fomentar, las venganzas y sanguinarias pasiones.

Fuera de contados casos, verdad es que ni el Gobierno ni los tribunales aplicaron nunca las leyes 1.ª y 2.ª, título II, partida 7.ª, y otras antiguas que deslindaban y definian las diversas infidelidades, traiciones, y señalaban las penas. Impedida la equidad, é imposibilitada su ejecucion el gran número de los que hubieran resultado culpables, temidas á la letra las disposiciones de aquellas leyes hechas en otros siglos y en circunstancias y en objetos muy diversos.

Para aclarar las muchas dudas que ocurrieron, dió la Junta Central ciertas reglas, que apareciendo muy imperfectas en la práctica, motivaron consultas y expedientes. Ni aquel Gobierno, ni la primera Regencia que le sucedió, tuvieron tiempo ni comodidad para satisfacer á todos los puntos, dejándolos á la decision de las Cortes.

Congregadas éstas, ya en el día 12 de Octubre de 1810 se entabló la cuestion y se mandó al Consejo Real presentase el reglamento que le pareciese más adecuado para sentenciar y fallar las causas por delitos de infidencia. Evacuó la consulta aquel cuerpo en el próximo Enero; y si bien en términos vagos, mostrábase en ella moderado, y circunscribía á pocos casos la aplicacion de la ley 1.ª, citada, de Partida, recomendando ademas indulgencia en favor de los que hubiesen ejercido empleo sin mezcla de jurisdiccion criminal, cuya conducta la sujetaba al mero examen de un expediente instructivo. Redujo así el Consejo á estrechos límites las pesquisas y averiguaciones judiciales, que querian ensanchar otros, y caminaba con pulso y madura deliberacion.

Pasó la consulta del Consejo á examen de la comision de Justicia de las Cortes, y juntamente diferentes informes de cuerpos é individuos, y proposiciones de algunos diputados. En Mayo presentó la Comision su informe, sin desvanecer las dudas, ni proponer á las Cortes una resolucion fija y bien determinada; pues era de parecer que para los casos

del privilegio en que se funda; escrito el último por el licenciado don Francisco Rodríguez de Lebana, impreso en Madrid en 1805.

2. Informe de los letrados y otros de las Cortes generales y extraordinarias de 1808, tomo XI, pág. 372.

3. Cortes de Ultramarino sobre don Juan de Palafox y Mendoza,

de Oñate, á fray Diego de la Vitoria. Inserta en las cartas de Santa Teresa y en el primer tomo de sus cartas, de la edición de Madrid de 1793.

urgentes bastaban las leyes antiguas, y que para los demás aventurábase mucho en descender á los pormenores que apetecían los poco reflexivos. Aun entonces equivocaron las Cortes providenciar en el negocio, y no lo tomaron en seria consideración hasta el Marzo de 1812, en que renovados los debates, procuraron todavía aplazarle para más adelante, acordando el 6 de aquel mes, á propuesta del señor Calatrava, que se suspendiese toda resolución final hasta que se publicase la Constitución.

Tampoco el cumplimiento de este acto, celebrado pocos días después, bastó para hacer revivir la discusión de asunto tan enfadoso: necesitóse para ello del agolpamiento de sucesos militares y felices, que, libertando gran parte del territorio peninsular del yugo enemigo, dieron márgen en unos lugares á encarnizados atropellamientos contra los empleados del intruso y sus parciales, y en otros á protecciones y favores que no agradaron, y les dispensaban ciertas autoridades y algunos generales. Quejas y clamores en diversos sentidos se levantaron de resultas, y subieron al Gobierno y á las Cortes.

Viéronse pues obligadas éstas á entrar de lleno nuevamente en la cuestión, en especial por lo que respectaba á empleados; y de sus deliberaciones siguióse la aprobación de un primer decreto promulgado en 11 de Agosto de este año de 1812. Conforme á su contexto adoptábanse varias medidas acerca de las provincias que iban quedando libres, y se mandaba cesasen todos los empleados nombrados ó consentidos por el gobierno intruso, sin excluir á los jueces ni á los eclesiásticos; reservándose tan sólo á la Regencia el permitir continuasen en el ejercicio de sus destinos aquellos que le constase haber prestado servicios á la buena causa. También se le facultaba para suspender, hasta que se purificasen si se hubiesen hecho sospechosos, á los prelados eclesiásticos de cualquiera condición que fuesen. Por vivo y áspero que pareciese este decreto, tenía color apagado y suave al lado de lo que muchos apetecían, y de lo que ordenaba un reglamento enviado por la Regencia al examen y aprobación de las Cortes, según el cual, debiendo suspenderse la Constitución durante dos meses, nombrábanse comisiones pesquisidoras y se proponían otras medidas tan desacordadas, que, como dijo un señor diputado, tiraban á que (1) «decayesen el ánimo de los pueblos, y á que se transformase en aversión el amor que entonces tenían al Gobierno legítimo».

Sin embargo, el decreto de las Cortes no aquietó la impaciencia pública ni la satizó, tachándole en casi todos los pueblos de benigno y de contemporizador. Excitó por tanto más bien disgusto, y en Cádiz se aumentó al leer la proclama tolerante y conciliadora que al entrar los aliados en Madrid publicó el general Alava, y de la cual hemos hecho mención en el libro anterior. Provocó este papel en las Cortes reñidos debates, enviado indiscretamente por la Regencia, á la que sólo incumbía reprender ó alabar al general, según conveniese á su política y á sus fines. La comisión de Constitución y una especial, que formaron el decreto de 11 de Agosto, estuvieron encargadas también ahora de dar su parecer en el asunto, y lo verificaron, proponiendo que hiciese entender al general Alava, por medio de la Regencia, que omitiese en lo sucesivo recomendaciones de aquella especie cuando no tuviese particular encargo del Gobierno; y pidiendo además

las mismas comisiones el expediente suscitado con motivo de varias providencias tomadas por D. Carlos de España, presentaron al propio tiempo otro decreto aclaratorio del de 11 de Agosto, si bien más severo.

La discusión trabada en las Cortes el 4 de Setiembre prolongóse bastante, interrumpida al empezarse por una exposición de los oficiales del estado mayor general, dirigida no sólo contra los individuos militares que hubiesen tomado partido con el enemigo, sino también y muy particularmente contra los que habían permanecido ocultos en país ocupado por los franceses, sin acudir á las banderas de sus respectivos cuerpos. Creyendo de punto por este incidente el ardor de la discusión, resultaron en varios discursos los afectos apasionados de los tiempos; y si bien tuvo patrocinadores el general Alava, defendiendo algunos diputados sus medidas, acordose, no obstante, un decreto, que llevó la fecha de 21 de Setiembre, severísimo en cuanto á empleados y ciertas clases. Verdase en él agraciarse á los primeros con destinos de cualquiera especie, y á los nombrarlos para oficios de Consejo, diputaciones de provincia y diputación á Cortes; no dándoles ni siquiera voto en las elecciones, y pudiendo sujetarse á la formación de causa si lo merecían por su conducta. A los que se hubiesen condecorado con insignias del intruso gozando de otras antiguas, privábaseles del uso de éstas, y lo mismo del de sus títulos, durante su vida, á los duques, condes, marqueses, barones que hubiesen solicitado ó admitido de dicho gobierno la confirmación de aquellas dignidades. No se consideraba como á empleados á los individuos de ayuntamientos, ni á los que desempeñasen cargos nombrados por el pueblo, ni á los maestros y profesores de ciencias, ni á los médicos y cirujanos, ni á los civiles, ni á otros varios. Y se añadía que si alguno de los comprendidos entre los empleados hubiese hecho servicios importantes á la patria, las Cortes se reservaban atenderle, oído antes el parecer de la Regencia y de los ayuntamientos constitucionales de los pueblos. También se prevenía á los que pretendiesen de nuevo destinos, y fuesen contados entre las clases excluidas, que hiciesen preceder sus solicitudes á la purificación de su conducta, cuyo acto se cumplía con hacer una información en juicio abierto contradictorio, que se remitía al Gobierno, acompañado del dictamen del ayuntamiento respectivo.

Pero este decreto expedido por las Cortes en virtud de peticiones y repetidas instancias de ayuntamientos y personas de cuenta de los pueblos, que según iban quedando libres sólo hablaban de rigores y persecución, desazonó sobremanera, y valió á la representación nacional oscuras y sinabares. Los cuerpos mismos y los individuos que ántes se habían desbocado contra la conducta del general Alava, y contra las mismas disposiciones de las Cortes, que graduaron de blandas, pidieron luego se modificasen éstas, y áun que se derogasen, viendo las dificultades con que se tropezaba en la práctica, y los muchos á quienes se podía extender la aplicación acerca de las medidas promulgadas.

De aquí nació nuevo decreto con fecha 14 de Noviembre, reponiendo en sus empleos anteriores á todos los que, según declaración expresa y formal de los ayuntamientos respectivos, hubiesen dado pruebas de lealtad y patriotismo y gozado de buen concepto. Excluíase, sin embargo, todavía á los magistrados, á los intendentes y á otros individuos de las oficinas generales del reino, y á los que hubie-

(1) Carta de las comisiones y actas de las Cortes generales y extraordinarias, tomo XXV.

sen adquirido ó comprado bienes nacionales. Excepcion la última que aconsejó siempre mucho lord Wellington, convencido de cuánto convenia escarmantar á esta clase codiciosa, como la más interesada en la conservacion y afianzamiento de un gobierno nuevo. Hubo aún otras aclaraciones y decretos sobre el asunto, en particular uno sobre militares, de 8 de Abril de 1813.

Hubiéranse evitado, ó abreviado al ménos, tan prolijas discusiones, si la Regencia, nombrando para las provincias que se desocupaban autoridades prudentes y conciliadoras, las hubiera facultado con adecuadas instrucciones, y encargándolas no confundiesen á los vecinos pacíficos y á los empleados de honrado porte con los ayudadores ociosos, y áun delincuentes, del gobierno intruso. Tomó la Regencia desgraciadamente diverso rumbo, mostrándose desacordada y escudriñadora, y dando pábulo á pesquisas y purificaciones; manantial éste cenagoso y hediendo de manejos injustos y descarados sobornos, movido ya en tiempo de la Central, y peor mil veces que el de las llamadas *epuraciones* (*épurations*) en las oficinas de Francia, yendo las primeras acompañadas de los abusos y cavilaciones propias del foro, que no conocian las últimas, y destituidas de los medios de defensa y amparo que sugieren las leyes en los delitos comunes. Durez y tolerancia, acompañadas de cierto rigor y una prudente severidad, hubieran atraído á unos y contenido á otros, mereciendo alabanzas de todos; principalmente si se completaban las medidas peculiares del caso con una ley de olvido, ámplia y general, que, preparada en las Cortes, hubiérase promulgado al terminar de la lucha empeñada, según se ha practicado casi siempre desde Trasibulo, quien, conseguido el triunfo, perdonó y tuvo la dicha de usar el primero de la hermosa palabra de *amnistia*, siendo la suya de las más célebres y afamadas del mundo.

Un literato distinguido y varon apreciable (5) publicó en Francia, años atras, en defensa de los comprometidos con el intruso, á cuyo bando pertenecía, una obra, muy estimada de los suyos, y en realidad notable por su escogida erudicion y mucha doctrina. Lástima ha sido se muestro en ella su autor tan apasionado y parcial; pues al paso que maltrata á las Cortes y censura ásperamente á muchos de sus diputados, encomia á Fernando altamente, calificándole hasta de *celestial* (6). Y no se crea pendió el desal del tiempo en que se escribió la obra; porque si bien suena haberse concluido ésta al volver aquel monarca á pisar nuestro suelo, su publicacion no se verificó hasta dos años después, cuando, serenado el ánimo, podria el autor, encerrando en su pecho anteriores quejas, haber dejado en paz á los caidos, ya que quisiera prodigar lisonjas ó incienso á un rey que, restablecido en el solio, no daba indicio de ser agradecido con los leales, ni generoso con los extraviados ó infieles. El libro que nos ocupa hubiera quizá entonces gozado de más séquito entre todos los partidos, como que abogaba en favor de la desgracia, y no se le hubiera tachado de ser un mero tejido de consecuencias orroneas, mañosa y sofisticamente sacadas de principios del derecho de gentes, sólidos en sí, pero no aplicables á la guerra y acontecimientos de España.

(5) *Examen de los delitos de infidelidad á la patria*. Obra publicada al nombre de autor en Auch, en Francia, año de 1816. Se atribuye generalmente á D. Félix José Bellin.

(6) En la obra que acabamos de citar. *Examen de los delitos*.... página 434.

Celebradas en público las sesiones en que se ventilaban semejantes materias, revolviéronse á la propia sazón, en secreto, otras de no menor entidad y señaladamente la de la mediacion para arreglar las desavenencias de América, ofrecida en el pasado por la Inglaterra, de que empezamos entonces á dar cuenta, obligándonos á acabarla luego que tocásemos en nuestra narracion al tiempo presente, en que finalizaron las negociaciones de asunto importante.

Traemos á la memoria haber referido en aquel lugar cómo las Cortes recibieron favorablemente los ofrecimientos del gabinete británico, quedándonos ahora por especificar el modo y terminarse tuvieron de verificarlo. En 1.º de Junio (7) de 1811 fué cuando el Ministro de Estado se presentó á las Cortes para informarlas de los primeros pasos dados por la Inglaterra acerca de la materia, en cuya consecuencia, habiendo entrado aquellas de lleno en la discusion durante el propio mes, determinaron adoptar la mediacion ofrecida, bajo condiciones que fijaron, y cuyo tenor á la letra era como sigue (8). 1.ª, para que tenga (la mediacion) el efecto deseado, es indispensable que las provincias disidentes de América se allanen á reconocer y jurar obediencia á las Cortes generales y extraordinarias y al Gobierno que manda en España á nombre de S. M. el Sr. D. Fernando VII, debiendo allanarse igualmente á nombrar diputados que las representen en el Congreso y se incorporen con los demás representantes de la nacion; 2.ª, durante las negociaciones que se entablen para efectuar la mediacion, se suspenderán las hostilidades por una y otra parte, y en su consecuencia, las juntas creadas en las provincias disidentes pondrán desde luego en libertad á los que se hallen presos ó detenidos por ellas como adictos á la causa de la metrópoli, y les mandarán restituir las propiedades y posesiones de que hayan sido despojados; debiendo ejecutarse lo mismo reciprocamente con las personas que por haber abrazado el partido de las mencionadas juntas estuviéren presos ó detenidas por las autoridades sujetas al Gobierno legítimo de España, con arreglo á lo que se previene en el decreto de 16 de Octubre de 1810; 3.ª, como en medio de la confusion y desórden que traen consigo las turbulencias intestinas, es inevitable que se cometan algunas injusticias por los encargados de defender la autoridad legítima, aunque estén animados del mejor celo y poseídos de un verdadero amor á la justicia, el Gobierno de España, fiel siempre á la rectitud de sus principios, está dispuesto á escuchar y atender con paternal solicitud las reclamaciones que se le dirijan por los pueblos é individuos de las provincias que hayan sido agraviados; 4.ª, en el termino de ocho meses, contados desde el dia en que empiece á negociarse la reconciliacion entre las provincias disidentes, ó antes de este termino si ser pudiese, deberá informarse al Gobierno español del estado en que se halle la negociacion; 5.ª, á fin de que la Gran Bretaña pueda llevarla á cabo, y para dar á esta potencia un nuevo testimonio de la sincera amistad y gratitud que le profesa la nacion española, el Gobierno de España, legítimamente autorizado por las Cortes, le concede facultad de comunicar con las provincias disidentes mientras dure la referida negociacion, quedando al cuidado de las mismas Cortes el arreglar definitivamente.

(7) Secretaria de Estado. — América. — Año de 1811. — Legajo 2.º

(8) Secretaria de Estado. — Idem.

mente la parte que habrá de tener en el comercio con las demás provincias de la América española; 6.ª, deseando el Gobierno de España ver concluido cuanto antes un negocio en que tanto se interesan ambas potencias, exige como condición necesaria que haya de terminarse la negociación en el espacio de quince meses contados desde el día en que se establezca.

Estas bases no se extendían á otras provincias, sino á las del Río de la Plata, Venezuela, Santa Fe y Cartagena, permaneciendo aún tranquilas las demás de la América meridional, y no habiendo en las de la septentrional, como Nueva-España, más que levantamientos parciales, conservándose iluso en Méjico el Gobierno supremo dependiente del legítimo establecido en la Península. El tenor de dichas bases era arreglado, y no parecía deber provocar, obrando de buena fe, obstáculos á la negociación. Mas la Regencia del reino, al contestar en 29 de aquel Junio al ministro de Inglaterra, después de defender atinadamente y con ventaja al Gobierno español de varias inculpaciones hechas por el británico en anteriores notas, y de admitir de oficio la mediación ofrecida bajo las seis bases preñadas por las Cortes, añadió otra reservada no menos importante, cuyos terminos eran los siguientes (9): «7.ª, por cuanto sería enteramente ilusoria la mediación de la Gran Bretaña, si no lograda la negociación por no querer prestarse las provincias disidentes á las justas y moderadas condiciones que van expresadas, se desengañasen de poder continuar sus relaciones de comercio y amistad con dicha potencia, y atendiendo á que frustradas en tal caso las benéficas intenciones del Gobierno español, sin embargo de haber apurado por su parte todos los medios de conciliación, aspirarían sin duda dichas provincias á originar en estados independientes, en cuyo concepto se juzgarían reconocidas de hecho por la Gran Bretaña, siempre que esta potencia mantuviese las mismas conexiones con ellas; debe temerse por acordado entre las dos naciones que, no verificándose la reconciliación en el término de quince meses, según se expresa en el artículo anterior (el 6.º), la Gran Bretaña suspenderá toda comunicación con las referidas provincias, y además auxiliará con sus fuerzas á la metrópoli para reducir las á su deber.»

Artículo fué éste inoportunamente añadido, y que desde luego debió temerse serviría de tapicera para llevar adelante la negociación; cuanto más, presentándose de improviso y sin anterior acuerdo con la potencia aliada. En primeros de Julio replicó el ministro de S. M. B. en Cádiz, algo sentido, y dejando ya vislumbrar no se accedería á la condición secreta, agregada por la Regencia á las otras seis de las Cortes.

En efecto así sucedió; y con tanta tardanza, que sólo al restar Enero de 1812 recibió el Gabinete español la respuesta del de Londres. Tal negativa parecía indicar haberse roto del todo las negociaciones pendientes, cuando en cuyo que comisiones británicas llegaban á Cádiz para renovar los tratos y pasar en seguida á América con intento de llevarlos á cabo. Desembargaron, pues, dichos comisionados, que se llamaban Mr. Sydenham y Cockburn, siendo el último el mismo que en 1815, ya almirante, condujo á Bonaparte á la isla de Santa Elena; y aunque entraron en Cádiz por Abril, el ministro inglés, ya embajador, no hizo gestión al-

guna hasta el 9 de Mayo, en que pasó una nota recordando el asunto, si bien insistiendo siempre en desear la condición 7.ª, y con la añadidura ahora de que no hubiese en la negociación artículo alguno secreto. Don José Pizarro, sucesor de D. Eusebio de Bardaji y Azara en el ministerio de Estado, habiéndose opuesto constantemente á que se suprimiese la base, origen de disenso, quiso retirarse del ministerio más bien que variar de dictamen; á lo menos así lo ha dejado consignado en una apuntada en escrita de su puño, que hemos leído en el expediente. Sustituyóle interinamente D. Ignacio de Pozuola, ministro entonces de Gracia y Justicia, quien en el mismo Mayo celebró varias conferencias con sir Henry Wellesley, cruzándose al propio tiempo entre ambos algunas notas acerca del asunto.

De aquí resultó el convenirse recíprocamente las dos potencias contratantes en la supresión del artículo 7.º, pero refundiéndolo parte de su contenido en el 6.º, aunque no tan lata y explícitamente. Mas cuando el Gobierno español creía aliviado por este medio todas las dificultades, hallóse con que el embajador inglés, dando por supuesta la total desaparición de la base 7.ª, sin añadir nada en la 6.ª, pedía en una nota de 21 de Mayo, á nombre y por orden especial de su Gabinete, que la mediación se extendiese á todas las provincias de Méjico, ó sea Nueva España. Admirada la Regencia del reino de tan inesperado incidente, y ofendido el pecho á inflexible ánimo del ministro Pozuola de las tergiversaciones que parecía querer darse á las conferencias celebradas, respondió (10) en 25 del propio mes con entera amistosidad, recordando al de Inglaterra no olvidarse que lo ajustado no era suprimir del todo el artículo 7.º, sino retenerle en el 6.º, concluyendo por afirmar que la Nueva España sólo podía ser comprendida en la mediación, no habiendo sido provincia disidente ni computada para el efecto.

No desistió por eso Wellesley de su demanda, pasando una nota en 12 de Junio (11), en que fijaba diez proposiciones que debían servir de base á la nueva negociación. Entre ellas notábase una para restituir la libertad de comercio, dando ciertas ventajas y preferencia á la madre patria; y otras

(9) Secretaría de Estado.—América.—Año de 1812.—Legajo 2.º
(10) Id. aquí citados los bases.

1.ª Conservación de la estabilidad, fluidez y todo otro acto de mutuo detrimento.

2.ª Amistad, paz y otro general de toda ofensa de las armas contra la madre patria, así riñadas reconocidas en el caso á las clases en las Américas.

3.ª Conservación de las privilegios concedidos ya á las Américas de no pagar plaza y otros impuestos en las plazas, y reduciendo de diez a cinco la elevación de sus capitales.

4.ª Libertad de comercio de tal modo que permita, que quede una mercancía para vender á la madre patria y para á ella pertenecer.

5.ª Abolición de los naturales de América, indistintamente con los que son europeos, á los destinos de viajeros, gobernadores, etc., en las Américas.

6.ª Conservación del gobierno interno y provincial tanto los estados gobernados por capitales españolas, y también en otros estados de administración local igual que de España sucesiva.

7.ª Reconocimiento por las Américas de fidelidad á Fernando VII, sus herederos y al Gobierno que en su sucesión.

8.ª Reconocimiento de la representación del Consejo general representativo, de las Cortes reunidas en la Península, y en el caso en que queda dicho, proporcionalmente para la representación á los dependientes de ellas.

9.ª Conservación de determinaciones secretas y cualitas con que la América se ha comprometido á la madre patria.

10. Obligación de la América á cooperar con los aliados en la guerra contra la tiranía contra la Francia.

11. Secretaría de Estado.—América.—Año de 1812.—Legajo 2.º

(9) Secretaría de Estado.—América.—Año de 1812.—Legajo 2.º

dos, la novena y la décima, muy reparables, pues de su contexto inferíase que, más bien que á mantener la antigua monarquía unida y compacta, se tiraba á formar con las provincias de Ultramar un nuevo gobierno federativo, exigiéndose sólo de ellas cooperacion y auxilios para sustentar la guerra actual contra la Francia, y no la obligacion de concurrir al propio fin por los mismos medios y en iguales proporciones que las provincias peninsulares. Esto, y el alagar el embajador inglés en otra nota del 4 de Julio ser meramente gratuitos los servicios hechos á la causa española, como si no tuviese la Gran Bretaña interes directo en la empeñada lucha, desazonó bastante á nuestro Gobierno, y tambien disgustó en el publico luego que se trasladó más el punto de que se trataba. En la nota citada arriba afirmaba el embajador Wellesley (12) « que los gastos del armamento naval y terrestre de la Gran Bretaña en la Península no eran ménos que de 17 millones de libras esterlinas al año, á cuya suma debia añadirse el socorro anual de dos millones de libras esterlinas á Portugal, y un millon á la España en letras giradas contra la tesoreria de S. M. B., de las armas, aprestos, etc. etc... »

Singular cuenta, en que figuraban como principales partidas y á manera de cargo contra España, el costo de la marina y ejército británico empleados en la Península, los auxilios suministrados á Portugal, y un millon de letras giradas por nuestra tesoreria contra la de Inglaterra; sin que al propio tiempo apareciese en descargo el hallarse la Gran Bretaña tan interesada como los peninsulares en derrocar de su asiento al coloso de Francia, el no pertenecer á España el abono de los socorros suministrados á Portugal, y el haber, en fin, reembolsado á su aliada sucesivamente las cantidades anticipadas por el giro de letras en valores recibidos de América, ó en pagares librados contra las arcas del Perú y de Méjico, que en lo general fueron puntualmente pagados. No añadiremos en este recuento los muchos mercados que se abrieron á la industria y comercio inglés en toda la América y tambien en la Península, los cuales hubiéranse mantenido cerrados sin el levantamiento contra Napoleon, y no acrecieran con abundantes ingresos, como se verificó, la suma de sus exportaciones. Ademas, ya lo insinuamos, pero bueno será repetirlo: grande sacrificio fué el de la expedicion de Walkeren, y mayores otros que en distintos puntos del continente habia hecho la Inglaterra sin fruto ni favorable salida, y no por eso se pregonaron tanto como los nuestros, ni se echaron en cara tan injusta ni rudamente.

La sensacion y desagrado que produjeron tan intempestivas observaciones, y las oportunas con que contestó á ellas la Regencia del reino, desesperanzaron al embajador inglés del logro de la negociacion; tomando de aquí pié para despedirse de nuestro Gobierno en 9 de Julio los comisionados ingleses, con resolcion de regresar á su patria. Suspendieron, sin embargo, éstos su partida por algunos dias aguardando se tratase del asunto en las Cortes, á cuya deliberacion se habia elevado el expediente á instancias repetidas del embajador inglés, creido de hallar allí firme apoyo.

Examináase, pues, la materia en secreto y se discutió detenidamente á mitad de Julio, pronunciándose en pro y en contra discursos muy notables. Don Andres Ángel de la Vega sostuvo con talento y es-

luerzo la mediacion aun bajo los mismos términos y bases que últimamente habia indicado la liga terra; rebatiéronle con especialidad D. Agustín Argüelles y el Conde de Toreno, que aunque opuestos á la mediacion, y ántes bien apoyados de ella siempre que se verificase conforme á las seis bases propuestas por las Cortes, la desechaban segun ahora se ofrecia, variadas las primeras condiciones y sustituidas con las diez insinuadas. Entróse la gran mayoria de las Cortes al discutir de estos dos vocales, y redujose la decision á una respuesta vaga que, envolviendo la táctica aprobacion de la conducta de la Regencia, no llenaba manera alguna los deseos de sir Enrique Wellesley. Decíase en ella sencillamente al Gobierno « que las Cortes quedaban enteradas de la correspondencia seguida sobre la mediacion entre el embajador inglés y el secretario de Estado »; con lo cual se mayó del todo el primero en su intento, embarcándose luego para Inglaterra los comisionados que efecto habian aportado á Cádiz.

Terminóse así y tan poco satisfactoriamente este asunto, por cierto de grande interes, pero empujado y seguido con desconfianza mutua y temores unios. Porque receloso el Gobierno español temiendo de que no obrase de buena fe la Inglaterra, imaginóse sin fundamento bastante que a pulcritud andaba sólo tras de la independencia de América, y exigió de él en la base séptima un seguro exagerado y fuera de razon. Manejaron los ingleses las negociaciones con harto desmaño é orgullo, alegando beneficios que, aunque fuesen tales como los pintaban, no era ni generoso ni político traerlos entónces á la memoria, pilliendo de esta y livianamente se extendiese á Méjico la pacificacion, y esquivando siempre soltar prendas que los comprometiesen con los independientes, á cuyos gobiernos agasajaban por miras mercantiles, y temerosos de los acontecimientos diversos que podria acarrear la guerra peninsular.

En Setiembre del mismo año volvieron los ingleses á resucitar el negocio, mas flojamente y de modo que no tuvo otra resulta sino el de que pasase el expediente al Consejo de Estado. Permaneció allí hasta el Mayo de 1813, que se devolvió al Gobierno supremo acompañado de una consulta muy larga, y cuyo trabajo sirvió tan sólo para aumentar en los archivos el número de documentos que hace olvidar el tiempo por mucho esmero que se haya puesto al escribirlos.

De referir es aquí un tratado que por entónces se concluyó entre la Rusia y la España; de cuyo acontecimiento, aunque no tuviese intima conexion con las tareas de las Cortes, dióse á ellas cuenta como de asunto de la mayor importancia para el pronto y buen éxito de la guerra de la independencia, y de venturoso influjo para el atanzamiento de las instituciones liberales. Háblale ajustado D. Francisco de Zea Bermudez, de vuelta á Rusia, y competentemente autorizado para ventilar todos los negocios que allí ocurriesen, por la muerte acaecida á la sazón del cónsul general D. Antonio Colombi, á cuya hija la honraron las Cortes, en premio de los servicios de su difunto padre, con título de condesa, tomando la denominacion de su apellido. El tratado se terminó y firmó en Weliky-Louky á 20 de Julio de 1812, y se llamó de « amistad y sincera union y alianza », comprendiéndose en él un artículo, que fué el tercero, concebido en estos términos (13):

(12) Secretario de Estado.— El mismo año y legajo que en el anterior número.

(13) Éste es el tratado á la letra: S. M. C. D. Fernando VII, rey de España y de las Indias, y S. M. el Emperador de todas las

«S. M. el Emperador de todas las Rusias reconoce por legítimas las Cortes generales y extraordinarias, reunidas actualmente en Cádiz, y la Constitución que éstas han decretado y sancionado.» Acto de reconocimiento desusado y no necesario, pero precioso como defensa y escudo de la causa patriótica y liberal que sustentaban las Cortes, y también como irrefragable prueba de la sanción y apoyo que daba entonces á aquellas opiniones el emperador Alejandro, tan enconado después contra ellas, y tan opuesto á su propagación. Fue canjeado este tratado de Weliky-Louky en debida forma por ambas partes contratantes, nombrando en seguida la Regencia enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en San Petersburgo á D. Eusebio de Bardaji y Azara, y la Rusia en la misma calidad cerca de nuestro Gobierno al consejero de Estado y senador Tatiseff.

Potencia esta la primera que reconoció solemnemente las nuevas y liberales instituciones españolas, la primera fué también que en adelante las rechazó, apellidando guerra para destruirlas. Necesitaba de nosotros en el año de 1812, y nos necesitaban también los demás tronos europeos titubeantes hasta en sus cimentamientos: les parecimos en 1820, 23 y 34, á lo menos á los del Norte; y hasta nos miraron como de poco valer, y dañosa á las suyas nuestras doctrinas; por lo que, antes buena acogida y aplausos, después ningún aprecio, sino desden y reprobación completa.

Posteriormente, y pasados algunos meses, parecido tratado concluyó con nosotros la Suecia, que se firmó en Stockolmo (14) á 19 de Marzo de 1813, en-

cerrando su contexto otro artículo tercero que decía: «S. M. el Rey de Suecia reconoce por legítimas las Cortes generales y extraordinarias, reunidas en Cádiz, así como la Constitución que ellas han decretado y sancionado.» No era tan extraño como el otro el ajuste de este tratado, haciendo allí cabeza un príncipe nacido de las revoluciones y trastornos ocurridos en Francia. A su tiempo veremos cómo la Prusia suministró ejemplo idéntico, aunque no se hallase su soberano en igual caso que el que regia á la Suecia.

La princesa del Brasil doña Carlota Joaquina, ya que no dió su asenso con estipulaciones y tratados á las innovaciones adoptadas por las Cortes, aprobólas al menos, agregándose al coro armónico de parabienes y felicitaciones por medio de una carta, fecha en Rio Janeiro á 28 de Junio de 1812, que dirigió á la Regencia del reino, y ésta trasladó á las Cortes (15). «Yo os ruego (decía en ella) que hagáis presente al augusto Congreso de las Cortes mis sinceros y constantes sentimientos de amor y fidelidad á mi muy querido hermano Fernando, y el sumo interés que tomo por el bien y felicidad de mi amada nación, dando los al mismo tiempo mil enhorabuenas y mil agradecimientos por haber jurado y publicado la Constitución. Llena de regocijo voy á congratularme con vosotros por la buena y sabia Constitución que el augusto Congreso de las Cortes acaba de jurar y publicar con tanto aplauso de toda, y muy particularmente mía; pues la juzgo como base fundamental de la felicidad é independencia de la nación, y como una prueba que mis amados compatriotas dan á todo el mundo del amor y fidelidad que profesan á su legítimo soberano, y del valor y constancia con que defienden sus derechos y los de toda la nación. Guardando exactamente la Constitución, vencerémos y arrellanemos de una vez al tirano usurpador de la Europa. Dios os guarde muchos años. Palacio del Rio Janeiro, á los 28 de Junio de 1812. — Vuestra infanta, CARLOTA JOAQUINA DE BORBON. — Al Consejo supremo de Regencia de las Españas á nombre de Regencia VII.»

Se leyó esta carta en la sesión del 24 de Setiembre, y mandaron las Cortes se insertase íntegra en

Rusia, igualmente animados del deseo de restablecer y fortificar las antiguas relaciones de amistad que han existido entre sus monarquías, han acordado á este efecto, á saber: de parte de S. M. C., y en su nombre y autoridad el Consejo supremo de Regencia, conde de Montaliva, A. D. Príncipe de San Fernando, y S. M. el Emperador de todas las Rusias al señor conde Nikolas de Lomontoff, su chambelán del Imperio, presidente de un Consejo supremo, senador, caballero de las órdenes de San Andrés, de San Alejandro Nevski, de San Vladimir de la do primera clase, y de Santa Ana y varias órdenes extranjeras, los cuales, después de haber considerado sus plenos poderes, tratados en buena y debida forma, han acordado lo que sigue:

Artículo 1.º Habrá entre S. M. el Rey de España y de las Indias y S. M. el Emperador de todas las Rusias, sus herederos y sucesores, y entre sus imperios, no sólo amistad, sino también sincera unión y alianza.

2.º Las dos altas partes contratantes en consecuencia de este artículo se reservan el derecho de declarar sobre las obligaciones de esta alianza, y el concertar entre sí todo lo que puede tener relación con sus intereses respectivos y con la firme intimación que están de la presente guerra, después al Imperio de los franceses, su consejo común, y prometen desde ahora vigilar y concertar sinceramente á todo lo que pueda ser ventajoso á la una ó á la otra parte.

3.º S. M. el Emperador de todas las Rusias reconoce por legítimas las Cortes generales y extraordinarias, reunidas actualmente en Cádiz, como también la Constitución que éstas han decretado y sancionado.

4.º Las relaciones de comercio serán restablecidas desde ahora, y favorables respectivamente las dos altas partes contratantes promoverá los medios de dichas relaciones por extensión.

5.º El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones serán canjadas en San Petersburgo en el término de tres meses, contados desde el día de la firma, o antes si fuere posible.

Firma de ambas. Nos las infrascriptas, en virtud de nuestros plenos poderes, hemos firmado el presente tratado, y hemos puesto en él las sellos de nuestras armas.

Firma de Weliky-Louky, en (26) de Julio del afonso gracia de mil ochocientos y dos. (I. S. PRINCIPADO DE ZRA HERIBERX. I. S.) En contra Nuestras de Roma, en (14) de Agosto de 1812.

(14) El de Suecia es como sigue:

Rei nombre de la manatrina é indivisible Trinidad.

S. M. D. Fernando VII, rey de España y de las Indias, y S. M. el Rey de Suecia, profundamente animados por dichos sentimientos y seguros de las antiguas relaciones de amistad que los habido entre sus monarquías, han acordado para este efecto, á saber: S. M. C., y en su nombre y autoridad la Regencia de España, residentes en Cádiz, á D. Pantaleón Moreno y Daga, coronel de los ejércitos de S. M. C. y

caballero de la orden militar de Santiago de Compostela; y S. M. el Rey de Suecia al señor barón, conde de Lagerberg, conde de la orden militar de Suecia, conde de la orden de las Estrellas de Noruega, vizconde, conde de la ciudad de Lund, caballero de la orden de las Estrellas del Regimiento de la orden real de Danes III, y en Agencia de la Legación de Honor de Francia, y al señor barón baron de Westerholt, conde de la corte, conde de la orden real de Danes I, conde de la orden de la Academia Sueca; los cuales, después de haber considerado sus plenos poderes, tratados en buena y debida forma, han acordado en los artículos siguientes:

Artículo 1.º Habrá paz y amistad entre S. M. el Rey de España y de las Indias, y S. M. el Rey de Suecia, sus herederos y sucesores, y entre sus imperios.

Art. 2.º Las dos altas partes contratantes, en consecuencia de la paz y amistad establecidas por el artículo que precede, concertarán ulteriormente en todo lo que pueda tener relación con sus intereses respectivos.

Art. 3.º S. M. el Rey de Suecia reconoce por legítimas las Cortes generales y extraordinarias, reunidas en Cádiz, así como la Constitución que éstas han decretado y sancionado.

Art. 4.º Las relaciones de comercio se establecerán desde este momento, y serán mutuamente favorables las dos altas partes contratantes procurarán en los medios de dichas relaciones por extensión.

Art. 5.º El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones serán canjadas en el espacio de tres meses contados desde el día de la firma, o antes si fuere posible.

Firma de ambas. Nos las infrascriptas, en virtud de nuestros plenos poderes, hemos firmado el presente tratado, y hemos puesto en él el sello de nuestras armas. Fecha en Stockolmo, á 19 de Marzo del año de gracia de 1813. (I. S. D. PANTALEÓN MORENO Y DAGA. I. S.) En contra la Emperatriz, la emperatriz, baron de Westerholt, conde de la orden de las Estrellas de Suecia y de las Cortes generales y extraordinarias, tomo 27, pag. 373.

el *Diario de las discusiones*, declarando haberla oído con la mayor satisfacción.

Mas la lectura de tal documento no fué sino preliminar de la manifestación de ciertos manejos en favor de don Carlos regente de España a aquella princesa. Andaban ahora en ellos algunos americanos, quienes, para facilitar su buen éxito, idearon y consiguieron se nombrase presidente de las Cortes en aquel mismo día 24 á D. Andres Jáuregui, hombre moderado y que gozaba de buen concepto, pero patrocinador del proyecto como diputado que era por la Habana. Asegurados con tan buen apoyo, encargose de hacer la proposición D. Ramon Feliu, diputado por el Perú; mas hizo la en secreto, y no más tarde que en el propio día, con la nueva y singular cláusula de que la princesa nombrada regenta pasaria desde el Brasil, ántes de venir á España, á la ciudad de Méjico, para apaciguar y arreglar allí las discusiones de las provincias ultramarinas. Al oír proposición tan inesperada y fuera del comun sentido, un estrépito desaprobador salió de todos los bancos que ocupaban los europeos, rechazándola con indignación aun los mismos que apetecían la regencia de la Infanta; pues queríanla acá, no allá, en donde hubiera servido sólo de instrumento para mayores discordias y desavenencias. Feliu, luego que advirtió el estruendo, atemorizose y aflojó en su resolución. Quiso sostenerlo el presidente Jáuregui, mas viéndose acometido por algunos diputados con acrimonia impetuosa, desistió de su peroración, y abandonando la silla, no la volvió á ocupar en el mes que duró su cargo, creyéndose ofendido y negándosele satisfacciones que pedía. La propuesta de Feliu empantanose para siempre, y no levantaron tampoco de nuevo la cabeza los demás partidarios de la princesa Carlota, acobardados todos con el fiero golpe que recibieran los americanos por su imprudente conducta.

Anunciar debemos ahora con altos pregones la caída del *Santo Oficio de la Inquisición*, que decretaron las Cortes después de una discusión prolongada y ámbia, derramadora de puras y vivificantes lumbres, muy otras de las mortíferas y abrasadoras que durante siglos habia encendido aquel tribunal tan inexorable y duro. Leyó en 8 de Diciembre la comisión de Constitución el dictámen que sobre la materia se le habia mandado extender; y si bien sus individuos no habian estado del todo acordes, decidiéndose la mayoría por la abolición, pero de modo que no se asustasen las almas piadosas, que creían perdida la religion no habiendo tribunales especiales protectores de ella; que tan hondas raíces habia echado en España el imperio de la intolerancia y de erradas y abusivas doctrinas. Así no mostraba que se desinocular del todo á derribar á la vez aquel antiguo alcazar, siendo todavía, de construcción severa y sillares ennegrecidos, si no edificaba en su lugar otro que, aun que guardian de la fe, se cimentase sobre bases verdaderas ó incontrastables, y cuyas dimensiones y formas se acomodasen á la regularidad y galanura de tiempos modernos y mas cultos.

La Comisión, á la que seguirémos compendiosamente en nuestro relato, queriendo probar que el *Santo Oficio* era una novedad reciente en la Iglesia, introducida en el reino contra la voluntad de sus naturales, descendia á un examen prolijo y erudito de la materia, á contrastándola, y poniendo de manifiesto la legislación española antigua en causas de este género, según la cual, expeditas las facultades de los

para exhortar y convertir á los extraviados,

encomendábase á jueces civiles el castigo de los culpados y contumaces, graduándolos como infractores de las leyes, de que era una y fundamental la religion del Estado.

Indicaba en seguida la Comisión las mudanzas sucesivas que tuvieron origen en Francia con motivo de la herejía de los albigenses y otras sectas cuyas doctrinas, propagándose con rapidez, pusieron para atajarlas la formación de comisiones eclesiales, compuestas de obispos y frailes, que apriesen y averiguasen quiénes eran los seductores y los seducidos, para abandonarlos después á jueces eclesiásticos y seculares que los castigaban rigurosamente. Llamaron inquisidores á los comisionados y aprobó su institución, en 1204, el papa Innocencio III. Las provincias españolas aledañas de Francia, como Aragon y Cataluña, se inficionaron con breve de los errores que aquejaban á aquellas, y para contenerlos y desganarlos, ya en 1232 usaron los reyes de remedios idénticos á los de la nación francesa. No aconteció otro tanto en Castilla, porque difundíndose el contagio tan pronta y universalmente, bastó á cortarlo echar mano de temperamentos ordinarios y conocidos. Pero padecióse otra no menos grave por causa de los moros y judíos tolerados y aun con permiso de profesar su respectivo culto. Ambos linajes componian dos pueblos tan diversos del de los cristianos; y aborrecíanlos ya por la diferencia de religion y costumbres, ya por pertenecer los moros á nación dominada y antigua, y ser los judíos hombres ricos y acaudalados, á quienes se encomendaba comunmente la recaudación, aunque lucrativa, faena de recaudar los pechos y cargas públicas. Tenian que aguantar á los malos perscruciones y acorramientos; reventando con ellos en varios puntos horrosas sublevaciones como la de 1391, en que los judíos especialmente hicieron estrago y mortandad terrible. Aberrados unos y otros convirtieronse muchos; pero, siendo á la fuerza, dejaron los más de profesar en secreto su antigua religion. El siglo xv, tan fecundo en desastres, señalase tambien por el crecimiento de tales males, dando ocasion los conversos, tocando á los Reyes Católicos reprimir tales excesos, como lo habia verificado con los otros desmanes de que tanto afligió Castilla á fines de la propia centuria.

Inclinose D. Fernando V á emplear desde luego rigor y severidad, particular distintivo de su carácter, valiéndose de las comisiones inquisitoriales introducidas tiempo habia en Aragon. Tipica tal novedad en Castilla la reina doña Isabel, su esposa, no sólo llevada de su condicion más apurada y suave, sino tambien por la cabida que en su pecho tenian los consejos de su confesor D. Fr. Fernando de Talavera, hombre docto al par que piadoso y conciliador. Sin embargo, insistiendo él en su intento, y citandose á cada paso profanaciones sacrilegas de los conversos, ciertas uñas, y otras supuestas ó exageradas, hubo al fin la Reina decidida en su repugnancia; é impetrándose la ley de establecimiento de la Inquisición, la otorgó el pontífice Sixto IV en Noviembre de 1472. Por ella facultábase á los Reyes Católicos para elegir inquisidores y removerlos á su antojo, echándose casi por tierra la autoridad de los obispos. Durante transcurrieron sin ejecutarse la bula; pero plantados al cabo, abusaron de su poder los inquisidores en tan gran manera, que á poco levantose contra ellos y su institucion universal clamor. No desoyó Roma las quejas, sino que, al revés, las acogió favorablemente, realizando el Papa algunas mudan-

zas, hasta la de nombrar por sí otros inquisidores.

Derograda intrusión tan contraria á las prerogativas de la corona á los Reyes Católicos, quienes representado vigorosamente, alcanzaron se revocase lo hecho, y se diese á la Inquisición una forma mas regular y estable. Verificóse esta alteración por medio de una bula expedida en 1483, que designaba para inquisidor general al arzobispo de Sevilla Inigo Manrique. No conservó largo tiempo su cargo el agraciado, pues nombróse en el mismo año para sucederle á Fr. Tomas de Torquemada, confesor del Rey, y de natural parecido al suyo, astuto y rigido. La bula concedida al efecto, y cuyo rastro no pudo descubrir la Comisión de las Cortes á pesar de su diligencia, proveía al nuevo inquisidor general de poderes amplios, transferibles á otros, no usando de ellos los inquisidores particulares ó subalternos sino en virtud de subdelegación y facultad que aquél les daba. De consiguiente, arregló Torquemada los tribunales inferiores á medida de su deseo, y áun formó el Consejo Real Supremo de la Inquisición, que no instituido por bula particular, carecía de autoridad propia en las vacantes de inquisidores generales.

Nunca autorizaron las Cortes la introducción del Santo Oficio en el reino, siendo así que á ellas, juntamente con el Rey, correspondía permitirlo ó desaprobarlo; pecando por tanto la Inquisición, hasta en su origen, de la falta de verdadera legitimidad. Al contrario, siempre que se ofreció ocasion mostraron las Cortes desvío ó hicieron reclamaciones y demandas vivas tocante á las injusticias y desafueros de la Inquisición, pidiendo á veces su reforma con vehemencia no escasa. En algunas villas y ciudades desasosogaronse los vecinos, hubo en otras conmociones serias, y viéronse en casi todas atropellados los ministros y dependientes del Santo Oficio. La resistencia á que se plantearon fué muy general en las vastas provincias que ya entonces componían la monarquía española. En Aragon, refiere Zurita (16), comenzáronse á alterar y alborotar los que eran nuevamente convertidos del linaje de los judíos, y sin ellos, muchos caballeros y gente principal, publicando que aquel modo de proceder era contra las libertades del reino, porque por este delito se les confiscaban los bienes, y no se les daban los nombres de los testigos que deponian contra los reos: que eran dos cosas muy nuevas y nunca usadas, y muy perjudiciales al reino... Y como era gente caudalesa, y por aquella razon de la libertad del reino hallaban gran favor generalmente, fueron poderosos para que todo el reino y los cuatro estados de él se juntasen en la sala de Diputación, como en causa universal que tocaba á todos, y deliberaron enviar sobre ello al Rey sus embajadores... Lo mismo en Leon y Castilla, según lo atestigua Mariana (17), tan poco sospechoso en la materia como Zurita... Al principio, dice, apareció muy pesado (el establecimiento de la Inquisición) á los naturales; lo que entre todo extrañaban era que los hijos pagasen por los delitos de los padres; que no se supiese ni se manifestase el que acusaba, ni se confrontase con el reo, ni hubiese publicacion de testigos; todo contrario á lo que de antiguo se acostumbraba en los otros tribunales. Demás de esto, les parecia cosa nueva que semejantes pecados se castigasen con pena de muerte, y lo más grave, que por aquellas pesquisas secretas los

quitaban la libertad de oír y hablar entre sí, por tener en las ciudades, pueblos y aldeas, personas á propósito para dar aviso de lo que pasaba; cosa que algunos tenían á figura de una servidumbre gravísima á par de muerte... »

La voz y los clamores sonaron tan viva y constantemente, que Carlos V creyó oportuno impedir á la Inquisición continuase en el ejercicio de sus funciones en el año de 1535; suspensión que duró hasta diez años después, en que recibió aquel tribunal nuevo ser de Felipe II, que gobernaba estos reinos en ausencia de su padre; y después, monarca ya propietario, amplió la autoridad del Santo Oficio, aprobando los reglamentos que dió el inquisidor general Valdes, y privando á los procesados de la protección del recurso de fuerza. Usó Felipe también del mismo medio para mantener ilesa la religion católica, y como única en sus muchos é inherentes estados, figurándose le sería aquel estrecho vínculo entre sus apartadas provincias, é instrumento político y acomodado de conservación y órden. Los prelados mas escamados de la nación por sus virtudes y ciencia no cesaron en los mejores tiempos de oponerse á la permanencia de un establecimiento que socavaba los derechos y preeminencias del episcopado. No hubo tampoco, en fin, corporacion alguna importante y grave que no pagase de cuando en cuando contra las prácticas, usurpaciones y tropelías de la Inquisición, cuya autoridad despojerada, aseguraban los magistrados mas doctos y dignos de respeto, se entrometia hasta en los (18) asuntos de gobierno político y económico, ostentando independencia, y desconociendo la soberanía. Después de discurrir así, pasaba la Comisión á probar cuán incompatible era el Santo Oficio con la nueva Constitución política de la monarquía, proponiendo ademas lo que debia adoptarse, abolido que fuese aquel tribunal. No seguimos á la Comisión en todo su relato, pero trasladamos al cuanto expresaba acerca del modo de proceder de la Inquisición en sus juicios. Los reos (decia) son condenados á la prison sin haber visto ántes á sus jueces; se les encierra en aposentos oscuros y estrechos, y hasta la ejecución de la sentencia jamas estan en comunicacion; se les pide la declaracion cuando y como par ce á los inquisidores; en ningún tiempo se les instruye ni del nombre del acusador, ni lo hubiere, ni de los testigos que depoen contra ellos, leyéndoles teniéndolas las declaraciones, y poniéndolas en tercera persona los dichos de aquellos mismos que lo han visto ó oído... El proceso nunca llega á ser publico, y permanece sellado en el secreto de la Inquisición, se extrahe de él lo que parece á los inquisidores, y con ello solo se hace la publicacion de probanzas, y se invita al tratado como reo á que haen por sí, ó por el abogado que se lo ha dado, su defensa, y póngase tachas á los testigos; mas, ¿qué defensa pueda hacer con unas declaraciones incompletas y truncadas? ¿que tachas ponga á unas pero mas cuyos nombres ignora?... En el tribunal de la Inquisición siempre acompaña á la prison el registro de todos los bienes, y se atormenta y grinda el tormento por indicios, cuya suficiencia se deja á la conciencia de los inquisidores que asisten y presencián el tormento... » siendo asecrados todos ellos!

Vese por esta muestra cuan en contradicción se ha-

(16) Zurita, *Historia de Aragon*, lib. xx, cap. xxv.

(17) Mariana, *Historia de España*, lib. xlv, cap. xxvii.

(18) Véase la respuesta á Felipe V de los señores de Castilla y de Indias, D. Melchor de Melana y D. Martin Manuel, de año 1714, en donde se muestran las representaciones á la sazón que se hacían de la consulta que hizo una junta en tiempo de Carlos II.

había la nueva ley fundamental con las reglas que servían de pauta al Santo Oficio en sus procedimientos y en las causas de su competencia, probado lo cual largamente por la Comisión, opinaba esta resolviesen las Cortes las dos proposiciones siguientes: 1.ª «La religión católica, apostólica, romana será protegida por leyes conformes a la Constitución. 2.ª El tribunal de la Inquisición es incompatible con la Constitución.» Modo muy diestro de presentar el asunto á la deliberación de las Cortes, porque nadie podía resistirse fundadamente á votar la primera proposición, ni nadie tampoco negar después la incompatibilidad de la Constitución con el Santo Oficio, como se encontraba establecido en España. Siguiendo este rumbo los hombres timoratos, pero de buena fe, arreglaban fácilmente con su conciencia asentir al dictamen de la Comisión; aquietábanse también los tímidos, que, si no escrupulosos, recelabanse del porvenir, y ansiaban dar su voto de una manera indirecta y más embozada. Tampoco ponían reparo los ilustrados y de fortaleza, siempre que lograsen su objeto, fuese á las claras ó tapadamente. Precauciones tales podían mirarse como nimias y aun sobrado ridículas, quedando ya tan atrás los tiempos en que se ventilo semejante materia. Pero reflexiónese cuáles eran aquellos de donde se salía, y cómo se habían criado los espasmos, hasta los de influencia entonces y que manejaban los negocios públicos. La Comisión, procediendo así, dió pruebas de gran tino y circunspección, debiéndose á su andar pausado y firme el triunfo de la razón y de la humanidad afligida.

De la decisión de ambas cuestiones, y en especial de la segunda, pendía verdaderamente abolirse ó no el Santo Oficio. Así fué que al tratarla se empeñaron los debates, no siendo las que vinieron después más que una secuela y de inferior importancia.

Habíase señalado el 5 de Enero para abrir la discusión y dar así plausible comienzo al año de 1813. Escaramuzóse no poco primero que se entrase plenamente en el asunto, según acontece en materias graves, procurando, los que se consideran vencidos, interponer de autemano incidentes que alejen la final derrota, ó la suavicen y conviertan en más llevadera.

Burlados los ardides y desvanecidas las estratagemas, entabláronse los debates con detenimiento y mucha solemnidad. Imposible se hace dar aquí un traslado, ni deslucido siquiera, de lo que fueron, y de su brillo, profundidad y grandeza. Duraron hasta el 23 de Enero, sólo por lo que respecta á las dos proposiciones insinuadas. Todos los oradores y hombres de cuenta tomaron parte. Los adalides más principales en favor de la Inquisición fueron el señor Inganzo y el inquisidor D. Francisco Riesco. Casi dos sesiones ocupó el discurso del último orador, panegirico y defensa completa de aquel tribunal, no desnudo de razones, y fundado algun tanto en la parte de censura que haría de los tribunales que la Comisión deseaba sustituir al del Santo Oficio, y de los que hablaríamos más adelante. El Sr. Inganzo, sentando doctrinas las más ultramontanas, quejábase del artificio con que la Comisión presentaba su dictamen (19). «Este ataque, decía, no se presenta de frente, como parece lo pedia la buena fe.... Lo que se ha hecho es urdir un plan de proposiciones ambiguas y de cierta apariencia, las cuales, envolviendo sentidos diferentes, dan lugar á que

se saque por consecuencia y por ilaciones lo que se pretende, y á hacer despues un supuesto de la dificultad.» Dias adelante respondió á este discurso el eclesiástico D. Joaquin de Villanueva, quien dió autoridad á sus palabras empezando por asentar que le (20) «habían honrado con su amistad cinco inquisidores generales y otros respetables ministros é individuos de la Inquisición; pues supontase haber hallado el orador poderosos motivos de desengañó, cuando, á pesar de tales conexiones, se declaraba tan opuesto á la permanencia de aquel tribunal. Usó el Sr. Villanueva en su discurso de ironía amarga, lanzando tiros envenenados contra el señor Inganzo en tono humilde y suave, la mano puesta en el pecho y los ojos fijos en tierra, si bien á veces alzando aquella y éstos, y despidiendo de ellos centelleantes miradas; ademanes propios de aquel diputado, cuya palidez de rostro, cabello cano, estatura elevada y enjuta, y modo manso de hablar, recordaban al vivo la imagen de alguno de los padres del yermo; aunque escarvando más allá en su interior, descubriase que, como todos, pagaba tributo de flaquezas á la humanidad, las que asomaban en la voz y gesto al enardecerse ó al estar el orador seguro de su triunfo. En uno de los pasajes de su arenga, aludiendo al mencionado Sr. Inganzo, decía (21): «Como algunos señores sencillamente creyeron no injuriar á la comisión de Constitución, salvando la intencion con que suponen haber caído en herejías y errores la mayoría de sus individuos, así yo, guardandome de tratarlos á ellos de calumniadores, atribuyo sus falsedades á olvido de los primeros elementos del derecho público, civil y eclesiástico. ¡Ojalá pudiera desentenderse la caridad cristiana de lo que en este caso le corresponde! Pues siendo tan católica como la fe, prohíbe estrechamente la osadía y la ligereza de los que sin causa y contra toda razón denigran la doctrina de personas más sabias que ellos, y no ménos católicas....» «Espúntame (siempre contra el Sr. Inganzo) sobre todo el furor con que se asegura que si debe protegerse la religión, conforme á la Constitución, no puede ó no debe ser protegida la santa Iglesia.... No dijera más Celso ni Juliano el Apóstata....» De este modo, con tiento de blanda mano, profundiza y hiere el devoto allí donde al parecer sólo acaricia ó palpa. Algunas sesiones antes de haberse pronunciado este discurso, articuló otro el Sr. Mejía, esmerado y de los más selectos entre los muchos buenos que salieron de los labios de aquel diputado. No lo fué en zaga el del digno eclesiástico Ruiz Padron, sustentando constantemente el dictamen de la Comisión los Sres. Muñoz Torrero, Espiga y Oliveros, también eclesiásticos, con copia de doctrina, cúmulo de razones, y manteniendo el predominio de la verdad por medio de la persuasión más viva.

Al fin votáronse y se aprobaron las dos proposiciones de la Comisión; ganándose la segunda, que realmente envolvía la destrucción de la Inquisición, por 90 votos contra 60, en el día 22 de Enero. Desplomóse así aquel tribunal, cuyo nombre solo asombraba y ponía aún espanto. Se pasó en seguida á tratar de lo restante del dictamen de la Comisión, que debía adoptarse, según ésta, despues de aprobadas las dos proposiciones de que acabamos de hablar. Reductase lo propuesto á un proyecto de decreto sobre tribunales protectores de la religión;

(19) Véase el volumen titulado *Discusion del proyecto de decreto sobre el tribunal de la Inquisición*, pag. 109.

(20) Véase en el mismo volumen, pag. 427.

(21) En el mismo volumen, pag. 428.

manera de cobertizo que buscaba la Comisión para guarecerse de la nota de irreligiosa y de las censuras que le preparaban los hombres interesados y de mala fe, ó los fanáticos y de menguado seso. Comprendía el proyecto dos capítulos. En el primero se trataba del restablecimiento en su primitivo vigor de la ley 2.^a, tit. xxvi de la partida 7.^a para las causas de fe, y del modo de proceder en estos juicios, según varios trámites y variaciones que especificaba la Comisión; y en el segundo, de la prohibición de los escritos contrarios á la religión.

El restablecimiento de la ley de Partida era providencia oportuna y muy sustancial, en cuanto dejaba expeditas las facultades de los obispos y sus vicarios para proceder con arreglo á los cánones y derecho comun, sin confundirlas con las de los jueces á quienes incumbía imponer las penas. Así estaban divididas las dos potestades, y tenían los acusados todas las defensas y patrocinio que la ley concede en los delitos comunes. Sin duda rigurosas y de tiempos bárbaros eran las penas de las Partidas contra los herejes; pero además de estar ya aquellas en desuso, indicaba la Comisión, en el modo mismo de extender su artículo, que se modificarían.

Nuevos debates se empeñaron sobre este proyecto de decreto. Aprobóse con gran mayoría el primer artículo, que comprendía el restablecimiento de la ley de Partida, siendo muy señalado el discurso que en su favor y en apoyo de la jurisdicción episcopal pronunció el diputado eclesiástico Serra, venerable anciano, de saber tan profundo en materias sagradas, como exensiva su modestia y grande su compostura. Los demás artículos del primer capítulo de dicho decreto siguieron discurtiéndose, y se aprobaron todos los que favorecían la defensa de los reos, al paso que no se admitieron dos de ellos, según los cuales se formaba en cada diócesi una especie de tribunal de fe compuesto de los cuatro prebendados de oficio de la iglesia catedral. Este pensamiento habiendo sugerido los diputados jansenistas que ocupaban asiento en las Cortes; y se unieron para reprobárselo el partido jesuítico y el de los inclinados á opiniones más filosóficas, que en otras ocasiones andaban siempre muy desunidos. Pasó, con poca variación y no discusión larga, el segundo capítulo del proyecto, que hablaba de la prohibición de los escritos contrarios á la religión, limitados por la ley de la libertad de la imprenta á sólo aquellos que tocasen al dogma y á puntos de la disciplina universal de la Iglesia. Mejorábase aún en este caso la suerte de los autores, poniéndose freno á la arbitrariedad ó engaño en que pudieran incurrir los ordinarios eclesiásticos.

Concluyóse la discusión de tan importante asunto el 5 de Febrero; mas no se promulgó el decreto hasta el 22 del propio mes, ya con el objeto de extenderle conforme á lo aprobado, y ya también con el de escribir un manifiesto exponiendo los fundamentos y razones que habían tenido las Cortes para abolir la Inquisición y sustituir á ella los tribunales protectores de la fe; el cual, juntamente con el decreto, debía leerse por tres domingos consecutivos en las parroquias de todos los pueblos de la monarquía ántes del ofertorio de la misa mayor. Así lo había propuesto el Sr. Terán con el mejor deseo, y así lo habían determinado las Cortes, sin prever las malas consecuencias que pudiera acarrear semejante resolución, como en efecto las acarrió, según referirémos más adelante. El decreto aprobado llevó el título ó epígrafe de *Decreto de abolición de la In-*

quisición, y establecimiento de tribunales protectores de la fe; estampándose como primeros artículos las dos proposiciones que habían sido discutidas y aprobadas con antelación y separadamente, y eran el tiro más cierto de destrucción y ruina despedido contra el Santo Oficio.

Imarcesible gloria adquirieron por haber derribado á éste las Cortes extraordinarias congregadas en Cádiz. Paso próximo era su abolición á toda reforma fundamental en España; resultando, si no, infructuosos cuantos esfuerzos se hiciesen para infundir las luces y adelantar en la civilización moderna (22). No consistía el principal daño de la Inquisición en sus calabozos y en sus hogueras: obraba así tiempos atrás cuando también se quemaba y perseguía en Alemania, en Inglaterra, en Francia, y lo mismo entre católicos que entre protestantes. Consistía, si, en ser una magistratura clerical, uniforme, sola, omnipotente, armada de la excomunión y los tormentos; cuyas inalterables máximas pugnaban por cerrar la puerta al saber y cortar los vuelos al entendimiento en todas las épocas, del mismo modo y en cualesquiera ángulos del reino, sin variación sensible ni por la serie progresiva de los años, ni por la mudanza de los individuos; debiendo aquella institución, según su índole, mantenerse perpétuamente, y continuar siendo opresora tenaz de la razón y tirana del hombre hasta en el retirado asilo del pensamiento.

Durante estos meses, y conforme se fueron evacuando las Andalucías y gran parte del país ocupado, tratóse largamente en el Gobierno y en las Cortes de las providencias que convenia adoptar acerca de las comunidades religiosas. Hemos visto cómo las había suprimido Napoleon en parte, y después José en su totalidad. Conyuntura, por tanto, favorable ésta, ya que no para extinguirlas absolutamente, á lo ménos para reformarlas con arreglo á los primitivos institutos de muchas de ellas, y á lo que reclamaban con todo empeño la índole de los tiempos y la conveniencia pública.

Aunque siguió España el mismo camino que los otros países de la cristiandad en el establecimiento y multiplicación de los monasterios y conventos, hubo en ella particulares motivos para que se aumentasen, en especial á últimos del siglo xvi y principios del inmediato. La superstición que el Santo Oficio y la política de nuestros monarcas capareó en aquella sazón sobre toda la haz del reino, el crecimiento de capitales atesorados en América é invertidos con larga mano en dotar establecimientos piadosos, en expiación á veces del modo como se adquirieron, y por la dificultad también de hallar sino imposiciones seguras y lucrativas; la diligencia y apresuramiento con que se agolparon á vestir el hábito religioso las clases inferiores, atraídas por el cebo de cautivar la veneración de la muchedumbre y lograr entrada y aun poderoso influjo en las moradas de los grandes y hasta en los palacios de los reyes; estas causas juntas concurrieron á engrosar aquella avenida de fundaciones que, saliendo de madre, inundó el suelo peninsular de conventos y monasterios, de santuarios y ermitas, con sequito de funciones y aniversarios, de hermanos y cofrades que ahogando la reproducción

(22) Algunas de las reflexiones que aquí podemos hacernos, como nos ha sucedido ya en otra ocasión, de que aquello que aquí publicamos en París, en español, á principios del año de 1810, bajo el título de *Noticia de los principales sucesos ocurridos en el gobierno de España desde 1808 hasta 1814*. Se tradujo esta compendiosa producción en francés y en otras lenguas de Europa.

útil, dejaron brotar casi exclusivamente punzantes y estériles matorrales, no menos dañosos al Estado que al verdadero culto. Entonces fué cuando se introdujo con frecuencia en los testamentos la extraña cláusula de que se dejaba por heredera á su alma; queriendo significar por esto que se daba á la Iglesia cuanto se poseía, con el objeto de que se emplease todo en misas y obras pías.

No impidió, sin embargo, eso el que se clamase constantemente en España contra las donaciones excesivas hechas al clero, y contra la multiplicación de casas religiosas. Hicieronse peticiones acerca de la materia por las Cortes en el siglo XVI, diciendo las de Valladolid de 1518 (23) que, si no se ponia coto á este género de adquisiciones, en breve tiempo sería todo del estado eclesiástico secular y regular. Manifestaron los daños que de ellas se seguían los escritores del mismo tiempo y de los posteriores, los Sanches de Moncada, los Martínez de Mata, los Navarretes. Conocida es la representación (24) de la universidad de Toledo, hecha en 1618 á la junta formada por el Duque de Lerma para examinar los medios de restablecer la nación; en la cual, hablando del aumento del estado eclesiástico, dice: «Hoy se dice que no habiendo la mitad de gente que solía, hay doblados religiosos, clérigos, estudiantes, porque ya no hallan otro modo de vivir...» No menos conocida es también (25) la famosa consulta del Consejo de 1619, en cuyo contexto, entre los varios recursos que se excogitan para aliviar los males de la monarquía, se indica como uno de ellos el que se tenga la mano en dar licencias para muchas fundaciones de religiosos y monasterios..., con otras reflexiones muy oportunas al asunto, añadiendo que aunque para los regulares sea aquel camino el mejor y más seguro y de mayor perfección, para el público venia á ser muy dañoso y perjudicial. De las Cortes del reino, que en el propio siglo representaron vigorosamente sobre lo mismo, señalaronse las convocadas en Madrid (26), año de 1626, por Felipe IV, explicándose los procuradores en esta sustancia: «Que se tratase con más veras de poner límite á los bienes que se hacían cada día del brazo secolar al eclesiástico...» «Que las religiones eran muchas, los mendicantes en exceso, y el clero en grande multitud. Que había en España 9,088 monasterios, aun no contando los de monjas (numero que nos parece harto exagerado). Que iban metiendo poco á poco con dotaciones, cofradías, capellanías ó con compras á todo el reino en su poder. Que se atajase tanto mal. Que hubiese número en los frailes, moderación en los conventos, y aun en los clérigos seculares. Que siendo muchos vivirían más venerados y sobrados, y no habría nadie que juzgase por impio y duro aquel remedio, del cual mirase resultar mayor defensa y reverencia de nuestra patria y religión. Y si de este modo se expresaban ya nuestros antepasados, en siglo tan cubierto de herrumbre supersticiosa, ¿podría esperarse menos de Cortes reunidas en la era actual, y después de los sacudimientos sobrevénidos en la nación?»

Computábanse ántes de 1608 (27), en España,

2,051 casas de religiosos y 1,075 de religiosas, ascendiendo el número de individuos de ambos sexos, incluidos legos, donados, criados y dependientes, á 92,727. Con la invasión y las providencias del Emperador francés y de José, los más de aquellos establecimientos habían desaparecido, subsistiendo sólo en los puntos que se mantuvieran libres, ó en donde la ocupación no había sido duradera. Favorecía mucho al gobierno legítimo semejante estado de cosas; y fácil le era adoptar cualquiera medida que juzgase prudente y discreta para impedir la repoblación de todas las casas religiosas, mayormente hallándose muchas destruidas, y destinadas otras á objetos de pública utilidad.

A esto se enderezaba el prevenido ánimo de las Cortes, cuando al dar en 17 de Junio de 1812 un decreto sobre confiscos y secuestros, dispusieron éstas en el artículo 7.º que tendrían lugar el secuestro y la aplicación de frutos á beneficio del Estado cuando los bienes, de cualquier clase que fuesen, pertenecieran á establecimientos públicos, corporaciones, eclesiásticos ó religiosos de ambos sexos, disueltos, extinguidos ó reformados por causas de la invasión enemiga ó por providencias del gobierno intruso, entendiéndose lo dicho en calidad de reintegrarlos en la posesión de las fincas y capitales que se les ocupasen, siempre que llegara el caso de su restablecimiento; y con calidad de señalar sobre el producto de sus rentas los alimentos precisos á aquellos individuos de dichas corporaciones que, debiendo ser mantenidos por las mismas, se hubiesen refugiado á las provincias libres, profesasen en ellas su instituto, y careciesen de otros medios de subsistencia. La ejecución puntual de este artículo efectuaba insensiblemente, y de un modo hasta plausible, la reforma del clero regular, que pudiera haberse verificado en términos más ó menos latos, según lo constituyesen el bien del Estado y las necesidades del culto, alcanzándose tan deseado fin, ya que no por senda corta y directa, á lo menos por rodeos y serpenteando, como sucedió en lo de la Inquisición y en otras materias en que procedieron aquellas Cortes muy luego y provisoriamente.

Tocaba á la Regencia el desempeño cabal de semejante cuidado, y dió en realidad muestra de ser tal su desigüo, mandando á los intendentes, en una instrucción que circuló en Agosto, cerrasen los conventos y tomasen oportunas medidas para evitar el deterioro de los edificios y sus enseres, que debían quedar á disposición del Gobierno. Mas, desgraciadamente, no persistió la Regencia en tan acertado propósito, cediendo al clamor de muchos religiosos, y de algunos pueblos que pedían su restablecimiento, ó mas bien llevada de su propia inclinación, después que el Conde del Abruzzi, en el puesto á D. Juan Pérez Villamil, sosteniendo activo y centro firme de los desafectos á novedades.

Antes del advenimiento al mando de D. Juan, ya la Regencia, incierta sobre lo que convenia determinar, había acudido á las Cortes pidiendo manifestasen cuáles eran sus intenciones en asunto de tal entidad. La comisión de Hacienda opino se llevase adelante lo prevenido en el art. 7.º del citado decreto

(23) Petición 25 de las Cortes de Valladolid de 1518.—SANCHEZ DE MONCADA, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V.* lib. III, pág. 10.

(24) Véase el *Monasterio de San Mateo de Mata*, en el *discurso* Lima del *Apéndice á la Educación popular*, por el Conde de Camponovo.

(25) Inserta esta consulta del Consejo Navarrete en su *Conservación de las corporaciones*.

(26) Véase *Historia de D. Felipe IV*, cap. IX, lib. VI.

(27) Este cómputo está sacado del Censo de la población de España

del año de 1797, publicado de orden del Rey en 1801. *Disposición* de decreto el número, como puede verse en la *Memoria del Ministerio de Gracia y Justicia*, hecha en 1.º de Marzo de 1822, que se leida á las Cortes de entonces, y también en los *actos* que se celebraron en las celebraciones durante los años de 1824 y 1825, y publicado con motivo de la reforma de regulares decretada en este último año.

sobre confiscos y secuestros, y lo que la Regencia misma había mandado á los intendentes en la instrucción de Agosto, encargando, además, á ésta que propusiese todo lo que conceptuase conveniente á la utilidad pública y al verdadero interés de los regulares. Atinado dictámen, que abría las vanjas de una reforma progresiva y lenta. Mas detúvose en 18 de Setiembre de este año de 1812 la aprobación de lo que la Comisión indicaba, poniéndose de por medio algunos diputados patrocinadores de los religiosos, y entre ellos D. Joaquín de Villanueva, quien consiguió empujar el asunto, introduciendo en la discusión otras proposiciones, que si bien se dirigían á la reforma de los regulares, favorecían igualmente su restablecimiento y conservación. Muchos pensaron que el Villanueva se entendía en secreto con la Regencia. Los debates no se renovaron hasta el 30 del propio Setiembre, en cuyo día pasó á las Cortes el ministro de Gracia y Justicia una Memoria acerca de la materia, acompañada de una instrucción, compuesta de 19 artículos, bien extendida en lo general, y encaminada á un nuevo arreglo y disminución de las comunidades religiosas. Recogió, en consecuencia, sus proposiciones el diputado Villanueva, y se decidió pasase todo el expediente á tres comisiones reunidas; ideada traza de dilatar la resolución final, y de dejar á la Regencia más desembarazada para que por sí, á las calladas y sucesivamente, permitiese á muchos regulares volver á ocupar sus conventos so pretexto de ser necesarios en los pueblos, faltos los fieles de auxilios espirituales. Así sucedió: mientras que negocio tan grave estaba aun pendiente en las Cortes, y sobre todo después que se traslució que las comisiones reunidas se inclinaban á una reforma algo lata, empezó la Regencia á permitir el restablecimiento de varios conventos, y á fomentar bajo de mano la pronta ocupación de otros; siendo de notar circulan estas disposiciones por conducto del ministerio de Hacienda, diverso de aquel en que había radicado el expediente, y era el de Gracia y Justicia. Especie de dolo, ajeno de una potestad suprema, que ejerció enojo en las Cortes y refutó debates.

Vino á disculparse en ellas D. Cristóbal de Góngora, entonces ministro interino de Hacienda, quien en la sesión del 4 de Febrero de 1813, sacando á la plaza con poco pulso las desatentadas providencias del Gobierno, acrecentó la irritación en vez de apaciguarla. Las comisiones encargadas de informar acerca del expediente general habián estado meditando largo tiempo, y no ántes de Enero habían presentado su parecer á las Cortes. Proponían en él una reforma equitativa y bastante completa del clero regular, sin que por eso ni aun entonces cesase la Regencia en dar su consentimiento para que se restableciesen varias casas religiosas; no descuidándose en solicitarle los interesados, sabedores del golpe que los amagaba, y de la propensión favorable que hacia ellos tenía el Gobierno. El haber mandado éste se expediesen las órdenes por la secretaría de Hacienda, no tanto podía de que estuviesen aquellos establecimientos á la disposición del mencionado ramo en calidad de bienes nacionales, cuanto de ser más afianzado su jefe á la repoblación de los conventos que no su compañero el de Gracia y Justicia, D. Antonio Cano Manuel, quien lidiaba en sentido opuesto, trocaba así la índole respectiva de ambos ministerios; pues parecía más propia de la del primero querer la reforma de regulares, productora de medios, que de

la del segundo, no ganancioso con la desaparición de instituciones de mucho valer que corrían bajo su dependencia.

Entre los flacos descargos que alegó D. Cristóbal de Góngora en respuesta á las fundadas y vigorosas razones que le presentaron en la sesión indicada los diputados García Herreros y Traver, tradúcese á primera vista como de alguna fuerza el de que la Regencia se había visto obligada á obrar así por el espectáculo lastimoso que se presentaba en los pueblos de andar los religiosos á bandadas sin encontrar asilo en donde recogerse. Mas, bien examinado este descargo, caíera de fundamento lo mismo que todos los otros: porque si en realidad era tan desgraciada la suerte de los exclaustrados, ¿qué causa impedía auxiliarlos, según estaba previsto, echando mano de las rentas de los mismos conventos, y bastando las de los ricos con muchas sobras á aufragar, no sólo los gastos suyos, sino los de los que se consideraban pobres? ¿No era preferible semejante medio al de permitir se apoderasen de las casas y los bienes, ántes de decretar la conveniente reforma? Pues, ¿ésta no se verificaba entonces, y patentes daños resultaban para el Estado y aun para la Iglesia, ó si después, claro era que mayores obstáculos se ofrecerían, y mayor y más doloroso el sacrificio pedido á los regulares. Y por otra parte, ¿prohibase de un modo cierto que la suerte de los exclaustrados fuese tan acosa y misera? ¿Imploraban la piedad de los fieles públicamente y de menton durante el dominio de los franceses? No. ¿Oaron aparecer vestidos con el hábito de religioso? Menos aún. Y ¿en qué consistía diferencia tan notable? En que el gobierno de José, vigoroso con el auxilio extranjero, y no protector de aquellas casas, estorbaba se representasen escenas tales de puro escándalo, al paso que la Regencia y sus autoridades las aplaudían y quizá las preparaban, robando pretextos de restablecer sin medida y tasa las comunidades religiosas. No se diga movió la vista repentina de tantos frailes en las ciudades y poblaciones exacumadas el que se agolpáren á ellas los residentes en las libres, porque pocos y muy contados fueron los que abandonaron su domicilio ordinario: habíase en las más quidadade en sus respectivos distritos. Ni durante aquel tiempo se oyó hablar de sus apuros y extremada escasez: todos ó los más tuvieron modo de subsistir honesto. Y ¿era imposible ahora lo que entonces no?... ¿Escasaba de proporcion el gobierno legítimo para suministrarles el debido sustento y una decente manutención, dueño de los muchos recursos que en sus manos ponía la suspensión nupcial de regular semejantes establecimientos? Tampoco podían ser los vecinos de los países desecupados, si siquiera pensaban en ello los más. Acordáronse que en los dominados mucho tiempo por el invasor habíase las gentes desacostumbrado en tan gran manera á ver el hábito religioso, tan venerado ántes, que los primeros regulares que se parecían así vestidos en las poblaciones grandes, como Madrid y otras, tuvieron que exconderse para huir de la curiosidad y extrañeza con que los miraba y seguía el vulgo, en particular los muchachos que nacían á libranza crecido durante la ocupación francesa. Por tanto, las peticiones sobre restablecer las comunidades procedieron tan solo de marajos de los ayuntamientos ó de algunos interesados, siéndole muy fácil al Gobierno patentizar tales amagos para examinar en seguida con paso firme á la reforma pendante de los regulares, y de modo que cubriendo

las justas necesidades de éstos, no se viesen desatendidos ni los intereses del Estado ni los del culto.

Pero restablecidas ya varias casas, y tomadas por la Regencia otras providencias, ofrecía obstáculos retroceder y desbaratar lo hecho, según querían las comisiones reunidas. Por lo tanto, pidióse á las mismas nuevo dictámen, que dieron en 8 de Febrero y aprobaron las Cortes en sesiones sucesivas, promulgándose de resultas un decreto acerca de la materia en 18 del propio mes. Considerósele á éste como provisional y sin perjuicio de las medidas generales que en adelante pudieran adoptarse. Las del actual decreto eran en substancia: 1.º, permitir la reunion de las comunidades consentidas por la Regencia, con tal que los conventos no estuviesen arruinados, y vedando pedir limosna para reedificarlos; 2.º, rehusar la conservacion ó restablecimiento de los que no tuviesen doce individuos profesos; 3.º, impedir que hubiese en cada pueblo más de uno del mismo instituto, y 4.º, prohibir que se restableciesen más conventos, y se diesen nuevos hábitos hasta la resolución del expediente general.

A pesar de que á algunos parecerán manca y no bastantes para su objeto tales resoluciones, seguro es que si se hubieran puesto en practica con teson, y cumplido á la letra durante sucesivos años el decreto que las comprendia, la reforma del clero regular hubierase verificado ampliamente y por medios suaves. Pero la mano destructora del bien que empuñando en 1814 una aguzada y cortante hoz la extendió á ciegas y locamente sobre todas las providencias que emanaron de las Cortes, tampoco olvidó esta, y la segó muy por el pie.

A otras mudanzas tambien de entidad dieron origen otras reformas de la Inquisicion y los regulares. Debe contarse como la más principal la remocion de la Regencia que gobernaba entónces la monarquia. Casi nunca conforme en sus procedimientos con los deseos de las Cortes, desvióse cada vez mas, y se apartó, si cabe, del todo, luego que D. Juan Perez Villanil ocupó el puesto que dejó vacante, por dimision voluntaria, el Conde del Abisbal, lo cual, habiendo ocurrido en Setiembre de 1812, coincidió con los importantes acontecimientos que sobrevinieron en la propia sazón. Ibase en ella desembarazando de enemigos nuestro territorio, tocando al Gobierno en ocasion tan crítica obrar con el mayor pulso, y bien le era menester, cuando de nada ménos se trataba que de plantear la administracion en todas sus partes, introducir las nuevas leyes, apaciguar las pasiones, recompensar servicios, aliviar padecimientos, echar un velo sobre extravíos y errores, y ganar, en fin, las voluntades de todos, usando de suavidad con unos y de firmeza con otros. Requeríase para ello maestría suma, el tino de hombres resueltos y probados, que supiesen sobreponeerse á las preocupaciones y exageradas demandas de partidos extremos y resentidos. Tres eran éstos en los pueblos evacuados: el del rey intruso, el de los opuestos á las reformas, y el de sus amigos y defensores. No muy numeroso el primero, tenía, sin embargo, rálces, no tanto por afición, cuanto por el temor de que ahondando en vidas pasadas, se descubriesen compromisos aun en donde ni siquiera se recordaban: dolencia que acompaña á las dimensiones largas y domésticas. Era, de todos, el segundo partido el más creído y fuerte, y en el que si bien muchos anhelaban por reformas respecto del gobierno antiguo, no las querían amplias, ni tan allá como las Cortes, desfavoreciendo á éstas el

que se asemejasen varias de sus mudanzas á otras de José, no permitiendo á veces los intereses individuales y los apasionados afectos de aquellos tiempos distinguir la diferencia que mediaba entre ambas autoridades de tan opuesto origen. Aunque en el circunscrito el partido tercero y último (el de los amigos de las reformas), era en número grande su pujanza mucha, abandonándolos generalmente en el la mocedad y los hombres ilustrados, que tenían á las Cortes por apoyo y principal arrimo.

En vez la Regencia de mostrarse desuadada de acciones, declaróse casi abiertamente por los enemigos de las reformas, tirando á incomodar á los comprometidos con José, y desatendiendo indistintamente á los que pertenecian al tercer partido, por lo cual, estribando su política en medidas exclusivas y de intolerancia, adolecieron sus providencias de este achaque y de inclinaciones parciales. El nombramiento de empleados y jueces, asunto difícil siempre, y en tales crisis muy arduo, tachóse, y en general fundadamente, de desacertado, escogiendo hombres poco discretos, que atizaban el fuego en lugar de apagarle, y desunían los ánimos, lo que concordarlos. Nacieron de aquí universales quejas, algunas de males reales, muchas, como acontece, de imaginarios ó muy ponderados, á que se daba plausible pretexto el desacuerdo y desaviso de la Regencia, pero tanta en su conducta, y nada cuidadosa de evitar se le atribuyesen las desgracias que procedían de trastornos auténticos, como tan poco de moderar las esperanzas sobrado las que se formaban los pueblos con la exaltación religiosa. Cosa en que deben reparar mucho los tribunales advertidos, porque la muchedumbre muestra propensa en demasía á esperar venturas, y á que se cicatricen afeja llagas con solo cambiar de gobierno, enfurecese al verse chasqueada, y se desahoga en igual proporción y en contrario sentido de aquello mismo que primero le daba bríos.

Al ruido de las representaciones y lamentos atentada la Regencia, antes de examinar bien el origen de ellos y de apurar si provenian de determinaciones equivocadas ó de desconfío y malicia torcidos de sus empleados, ó bien de males inherentes á los tiempos, ó si de todo junto, para ir aplicando los convenientes remedios sin espantarse ni inclinar su balanza á uno ni á otro lado, atropellóse, y achacando á las trabas que se ponian al Gobierno por las nuevas instituciones los dolores y osadía de muchos y la culpa del desasosiego y males que aquejaban á los pueblos, pidió á las Cortes se suspendiesen varios artículos de la Constitución. Error grave, querer suspender en parte aquella ley apenas plantada, que gozaba de popularidad, y cuyos efectos ventajosos ó perjudiciales no podian todavía sentirse.

Sirvió de particular motivo para la demanda una conspiracion descubierta, según se contaba, en Sevilla contra las Cortes y la Regencia, habiéndose de resultas formado causa á varios individuos, para cuya prosecucion pronta y fué exigirse, á dicho del Gobierno, la suspension de ciertos artículos constitucionales, entre los que estaban comprendidos algunos que no pertenecian á la dispensa de formalidades que en los procesos y en determinados casos consentia la nueva ley fundamental, sino á otras disposiciones de mas sustancia. Las Cortes no accedieron á la demanda de la Regencia por no parecerle grave la conspiracion denunciada, y tener sospechas de que se abultaba su importancia para arrancar de ellas el consentimiento apetecido.

No muy satisfechas ya desde antes del proceder del Gobierno, quedándole aun menos con este incidente, entibiándose la buena avenencia entre ambas autoridades, y aumentándose la discrepancia, que rayó en aversión de resultados del asunto de los frailes, cuyos trámites y final remate por el propio tiempo hemos referido ya.

En consecuencia, no desperdiciando coyuntura las Cortes de hostigar al Gobierno, ofreciéndole una oportuna con motivo de discutirse el dictamen de cierta comisión encargada del examen de Memorias presentadas por los secretarios del Despacho, en que cada uno daba cuenta del estado de sus respectivos ramos. Aparecieron los ministros durante los debates en mala y desgraciada postura, trayéndolos los diputados á mal traer con preguntas y réplicas. El de la Guerra, D. José Carvajal, que vimos desafortunado y de fofa y mernado seso allá en Aragón, fingióse malo por no comparecer, y los de Hacienda y Estado, D. Cristóbal Góngora y D. Pedro Gomez Labrador, tampoco representaron lucido papel, escusos de razones y confundiendo ó destigando los hechos en sus discursos. Como individuo de la comisión dijoles el Conde de Toreno, entre otras cosas, en la sesión de 7 de Febrero (28): «El dictamen de la Comisión está reducido á dos puntos: examen de las Memorias de los secretarios del Despacho, acompañado de las reflexiones que han parecido oportunas, y un dictamen particular, deducido del juicio que de ellas ha formado. Las Memorias y discursos de los secretarios del Despacho fueron provocadas por unas proposiciones del Sr. Argüelles, aprobadas por el Congreso, y pasadas á la Regencia para que contestase á ellas. Cuatro son las proposiciones.... La primera se dirige á averiguar los providencias adoptadas por la Regencia para levantar y organizar ejércitos, particularmente en las provincias de Andalucía, Extremadura y las dos Castillas; la segunda, á las medidas que hubiese tomado para recoger los efectos abandonados por el enemigo; la tercera enderezábase á saber la opinion de la Regencia sobre las causas que habian producido la disminucion y deplorable estado del ejército de Galicia; y la cuarta, la confianza que le inspiraban los jefes políticos enviados á las provincias. Quiero decir que tres de las cuatro proposiciones inmediata y directamente hablan de la parte militar, así es que el secretario del despacho de la Guerra dió un informe mas extenso que los demas compañeros suyos. Siento que la indisposición que ha acometido á este señor le impida asistir al Congreso, pues nos podría ilustrar sobre las contradicciones que aparecen en su Memoria, deshacer las equivocaciones en que haya incurrido la Comisión, y satisfacer á los reparos y réplicas que de nuevo se nos ofrecia hacerle. Reproduzco algunos de los puntos más esenciales, ya para que si se hallan instruidos tengan á bien respondernos los secretarios del Despacho que se hallan presentes, ya tambien para que los diputados con todo acuerdo apoyen ó impugnen á la Comisión. Con dolor ha encontrado ésta, al examinar la parte de guerra, un desorden que no era concebible. No se halla ni se espere hallar una organizacion vasta y perfecta que abrace la distribucion de ejércitos, el repartimiento de su fuerza, el numero de divisiones de que debiera constar cada uno, la proporcion entre las respectivas armas de caballeria, infanteria y artilleria; no la relacion indispensable y necesari-

ria entre los gastos de su manutencion y los medios con que se contaba; no orden en la parte de hacienda militar; no una táctica uniforme y fija; no, nada de esto; tal vez pareciera demasiado; pero ni siquiera se ha pensado en la menor de estas cosas: por lo que resulta de la Memoria del secretario del Despacho, providencias escasas y desordenadas, abandonadas en su misma ejecucion, y una incoherencia tan grande entre ellas, que sólo puede ser hija del descuido más culpable. La Comisión se ha hecho cargo de las circunstancias en que la nacion se la visto; ofrecian grandes obstáculos para seguir una misma regla en todas las provincias; pero no cree que imoviesen adoptar en unas plan fijo, y en otras acomodarlo á las variaciones que dictasen su posicion. Ademas, despues que la España se ha ido evacuando, ¿qué causas estorbaban el haber meditado un plan general para estas provincias del Mediodía? ¿Qué el tener un sistema arreglado en Galicia, provincia extensa y de recursos, y que afortunadamente se halla libre de enemigos hace tanto tiempo?... La falta de medios es la queja más frecuente del secretario del despacho de la Guerra para cubrir el desorden que se nota; pero ¿cómo nos podrá persuadir de su verdad cuando el Gobierno procura por todos los medios aumentar el número de hombres de las ejércitos, los que, segun la Memoria de este secretario, han recibido un incremento considerable desde el mes de Febrero del año pasado acá? Pues, ¿cómo la Regencia acrecentaría este numero, si no fuera porque antes habia consultado los medios con que contaba? Y ¿cómo entónces se lamenta de su escasez el secretario del Despacho? Una de dos: ó este señor se equivoca, ó la Regencia procedió ligeramente, cuidándose sólo de amontonar hombres que nominalmente y nada más reforzasen nuestros ejércitos. La Comisión en su informe ha desentrañado bien esta cuestion....»

Omitimos otros pormenores del citado discurso y del rumbo que la discusion llevó, por no apartarnos demasiado de nuestro propósito. Pero en ella trazase un cuadro fiel, si bien lóbrego y de tintas muy pardas, del estado administrativo de la nacion, de que fueron causa descuidos de la Regencia, los estragos é indole de la guerra, y ántes que todo, el atraso y escasez entre nosotros de conocimientos prácticos de verdadera y bien entendida administracion; los cuales se alcanzan tarde aun en los países más cultos, engañados los hombres, al estallar de los trastornos políticos, con el falso halago de teorías nuevas, en apariencia perfectas, aunque en realidad defectuosas; y llegando sólo á razan poco á poco y despues de muchas caidas. Tenian éstas que ser mayores y más frecuentes en España, nacion rozagada, en donde los ministros, por ilustrados que sean, vagarán errantes todavia durante años, faltos de buena ayuda, ó circundados tan pronto de hombres meramente especulativos, tan pronto de empleados antiguos llenos de preocupaciones y añejas costumbres; siendo de advertir, ademas, que los experimentos en semejante materia son casi siempre costosos y muy contingentes en sus resultados por rozarse en la aplicacion con los intereses mas esenciales de toda sociedad humana, y hasta con su vida y andar habitual.

Pero la discusion suscitada perjudicó al Gobierno en la opinion, y acordáronse entre él y las Cortes los disquisitos y susabidos, á punto que se creia próximo un rompimiento desagradable y ruidoso. Y no faltó quien sospechase irian las cosas muy allá, suponiendo en la Regencia, ó en alguno de sus in-

(28) Véase Diario de las Sesiones y acts de las Cortes generales y extraordinarias, tomo XVII, páginas 183 y 184.

divididos, la mira siniestra de destruir las Cortes, ó de tomar por lo mismo providencias violentas con los principales caudillos del partido liberal. Daban para ello pié indiscreciones de amigos de la misma Regencia, artículos amenazadores de periódicos que la defendían, conversaciones livianas de alguno de sus ministros, tanteando el modo de pensar de ciertos jefes de la guarnición; también el acercarse al Puerto de Santa María tropas bajo pretexto de que se fuera formando el ejército de reserva llamado de Andalucía, y, en fin, la presencia allí del Conde del Abisbal, á quien se le consideraba ofendido por su salida de la Regencia, y capaz de meterse en cualquier empeño, por arrojado que fuese, con tal que satisficiera rencorosos enojos; y eso que no se le tocaba aun de veleidoso y mudable, ni con justicia podía comparársele entonces, como quizá después, á aquel Planco, de quien los antiguos dijeron que era (29) *morbo pruditor*.

Traía muy alterados los ánimos la coincidencia de tales hechos, llegando á su colmo el desasosiego y la inquietud de los liberales al cundir la nueva, en la noche del 7 de Marzo, de que D. Cayetano Valdés, gobernador de Cadix, acababa de ser exonerado de su puesto por la Regencia; acto que se miró como precursor de violencias, ó indicante de que se quería seguir por el escabroso, y ahora olvidado, sendero de lo que antes se llamaba *razón de estado*.

Confirmaba más y más semejante recelo el haber recado el mando militar y político en D. José María Alos, gobernador de Ceuta, sujeto á quien se tenía entonces por de opiniones del todo opuestas á las del partido reformador, y que habiendo venido á Cadix pocos días antes y conferenciado largamente con la Regencia, parecía destinado á cumplir órdenes ilegales y de atropellamiento, ya respecto de las Cortes, ya de sus individuos. Á lo ménos hubo de esto entre los diputados repetidos indicios, y áun avisos, los cuales ahora mismo creemos no carecían de fundamento.

El D. Cayetano, de quien ya hemos tenido tanta ocasión de hablar honrosamente, infundía en todos confianza ciega, y mientras él permaneciese inundando, nadie temía que la Regencia saltase fuera del círculo de sus facultades, no siendo hombre Valdés de entrar en manejos ni ligas, ni de apartarse del órden legal, y si sólo marino rígido, cortado á la traza y modelo que en nuestra mente formamos de un capatzen antiguo, de un D. Alvaro de Bazán ó de un Antonio de Leiva.

Para descubrir la causa primera de la separación de Valdés, será bien volver al asunto de la abolición del Santo Oficio. Dijimos entonces habían decidido las Cortes que se leyesen en todas las parroquias de la monarquía por tres domingos consecutivos un manifiesto en que se exponían los fundamentos que se habían tenido presentes para decretar dicha abolición; providencia que tomada sólo con el buen deseo de ilustrar la opinión de los pueblos, interpretáronla torcidamente los partidarios de la Inquisición, y la miraron como inmoderado é insultante abuso del triunfo obtenido. Con eso en Cádiz y otros puntos crecieron cada día más los enredos y maquinaciones de los fanáticos y sostenedores de rancias y falsas doctrinas, ya porque, victoriosas las armas aliadas y libres muchas provincias, desportaban á la esperanza la ambición de

todos, ya porque, dando la reforma agigantados pasos, tomábase sus enemigos que si se desvelaban, no podrían contener el rápido progreso de aquélla ni avasallar á los que la protegían y le daban impulso. Era centro de semejantes manejos el conde de Su Santidad, D. Pedro Gravina, hermano del general D. Federico, que mandaba la escuadra española en el combate de Trafalgar, y por consecuencia de heridas recibidas allí. Apoyábanse Nuncio varios obispos que tenían sus diócesis en provincias ocupadas, y no habían acogido á la breca, señaladamente á Mallorca y Cadix, e igualmente, aunque por debajo de guarda, astimados á la oposición la misma Regencia, gobernada como por D. Juan Pérez Villamil.

Que se urdía trama entre individuos del ex contra el decreto de la Inquisición y la lectura del manifiesto, traslucíase por muchas partes, y así se tuvieron noticias ciertas de ello por medio de un aviso secreto que recibió el diputado celebrante D. Antonio Oliveros, de que se había pasado un bulto de la catedral de Cádiz cierta circular, haciéndole saber de un acuerdo tomado en la misma ciudad entre varios prelados y personas conseqüentes para impedir sin embozo la publicación en los templos del citado manifiesto. Directamente también Nuncio ofició sobre ello á la Regencia (30) el 10 de Marzo, extendiendo sus reclamaciones hasta sobre el decreto mismo de la supresión de la Inquisición que ofendía (según expresaba) con los derechos primacia del romano Pontífice, que la había establecido como necesaria y muy útil al buen gobierno de la Iglesia y de los fieles. Y es de advertir que esta nota se escribió en derechura á la Regencia, y no puso en manos de su presidente, sin temeridad el conducto regular del ministerio de Estado.

Requeríase para la ejecución de lo que se proponía la separación de Valdés, aunque no tan tan allá como algunos se imaginaban, los sucesos intentos de los maquinadores, y se limitaban solamente á estorbar la lectura del manifiesto y publicación en las iglesias del decreto de abolición del Santo Oficio. Porque Valdés no charreaba como hablaban las leyes, y á él correspondía, como autoridad suprema de Cadix, hacer que en esta ciudad se cumplieren las dadas por las Cortes respecto de la Inquisición. Que no era, además, partidario de haberlo probado ya felicitando á las Cortes por haberla suprimido, á la cabeza del ayuntamiento gaditano, cuya corporación presidía.

Tocaba ser el domingo 7 de Marzo cuando en Cadix debían leerse por primera vez el manifiesto y decretos insinuados. Con los rumores y habladurías que habían corrido, asíaban todos llegarse aquel día asombrados quedaron al cundir la noticia, en la noche del sábado 6, de haber la Regencia delos quitado el mando al gobernador militar y político D. Cayetano Valdés. No tuvo, por tanto, en la mañana del domingo lo providenciado por las Cortes, permaneciendo silenciosas las templos en que se leyese en sus púlpitos nada de lo manifiesto acerca de la Inquisición. Tal desobediencia costó sobremanera á los diputados liberales y al público censatario, recelándose muchos fuese enredado se querían atropellar alevosamente á varios individuos de las Cortes; plan atribuido á la Regencia, por naturales deseos, por más que se comprimiessen y cesasen, traslucíase y reverberaban.

(29) C. VALLEN PATRICKI, *Historia romana*, liber secundus, cap. LXXXI. *Janus non pudica re legens, neque amore elphica aut Caserta.... sed morbo pruditor....*

(30) Esta nota á representación del Nuncio, de 6 de Marzo de 1812 forma el núm. 6.º de documentos del apéndice de su representación, publicado en Madrid en la Imprenta de Bayona, año de 1812.

Preparados los diputados liberales, creyeron ser coyuntura aquella de arrojarle á todo y jugar á todo abierto. Aguardaron, sin embargo, á que la Regencia se explicase. Llegó luego este caso en la sesión del lunes 8, en que dio parte el Ministro de Gracia y Justicia, por medio de un oficio, de tres exposiciones que le habían dirigido el vicario capitular de la diócesis de Cadix, los curas párrocos de la misma ciudad, y el cabildo de la iglesia catedral, alegando las razones que les habían impedido llevar á debido cumplimiento el decreto de 22 de Febrero, que mandaba se leyese en todas las parroquias de la monarquía el manifiesto de la abolición de la Inquisición. Paso descaminado de parte de la Regencia, y por el que resulta contra ella, ó que otorgaba de connivencia con el clero, ó que carecía de suficiente firmeza para hacer se obedeciesen las determinaciones supremas.

Los diputados que estaban concertados de antemano pidieron, y así se acordó, que se declarase permanente aquella sesión hasta que se terminase el negocio del día. Habló primero el Sr. Terán, pronunciando un discurso que conmovió al auditorio, diciendo en contestación á varias razones alegadas por el clero (31): «¡Ojalá se hubiese tenido siempre presente el decoro y respeto debido á tan santos lugares, y que no se hubiese profanado la casa del Señor y la cátedra del Espíritu Santo, alabando, y á quien?... Al perverso Godoy; á ese infame favorito, símbolo de la inmoralidad y corrupción, que ha precipitado á la nación en un abismo de males!... ¡Profanación del templo por leer el decreto de vocación majestad, cuando hemos visto colocado el inmundo retrato de aquel privado á la derecha del altar mayor!... ¿Cómo no lo rehusaron entonces?... ¡Ah, señor! El cielo y la piedad parece estaban reservadas para oponerse fuertemente á las resoluciones soberanas dictadas con toda madurez, y para frustrar las medidas que con la más sana intención proponemos los que nos gloriamos de conocer y amar la verdadera religión, y procuramos en todo el mayor bien de la patria!... Señor, yo no puedo más... Embargaron aquí abundantes lágrimas la voz del orador; lágrimas sentidas, que brotaban del corazón, y que produjeron efecto maravilloso, como que no eran fingidas ni de aparato, á la manera de otras que en semejantes casos hemos solido ver.

Tomó en seguida la palabra el Sr. Argüelles, y después de un discurso notable concluyó por formalizar esta proposición: «Que atendiendo á las circunstancias en que se hallaba la nación, se sirviese el Congreso resolver que se encargasen provisionalmente de la Regencia del reino el número de individuos del Consejo de Estado de que hablaba la Constitución en el artículo 189, agregándole, en lugar de los individuos de la Diputación permanente, dos individuos del Congreso, y que la elección de éstos fuese en público y nominal.»

El artículo de la Constitución que aquí se citaba, decía:

«En los casos en que vacare la corona, siendo el Príncipe de Asturias menor de edad, hasta que se junten las Cortes extraordinarias, la Regencia provisional se compondrá de la Reina madre, si la hubiere, de los diputados de la Diputación permanente de las Cortes, los más antiguos por orden de su elección en la Diputación, y de dos consejeros del Consejo de Estado, los más antiguos, á saber: el

decano y el que le siga; si no hubiera Reina madre, entrará en la Regencia el consejero de Estado tercero en antigüedad.»

Idéntico en nada este caso con el actual, podía sólo describirse la conformidad entre ambos, sea lo menos la semejanza, atendiendo á la urgencia y sazón del tiempo, y á querer ciertos diputados prevenir, madrugando, los malos designios que suponían en la Regencia. Así que, aprobada con gran mayoría la proposición del Sr. Argüelles, si bien no se puso en ejecución más que la primera parte; entonces la do que se encargasen de la Regencia provisional los tres consejeros de Estado más antiguos; suspendiéndose la otra en que se hablaba de diputados, por consideraciones personales y laudables; rehusando siempre éstos de que se les achacasen miras interesadas, en donde no llevaban sino las del bien del Estado.

Los tres consejeros de Estado más antiguos, presentes entonces en Cádiz, eran D. Pedro Agar, don Gabriel Escár y el cardenal de Santa María de Saele, arzobispo de Toledo, D. Luis de Borbón, hijo del infante D. Luis, hermano que fué del rey Carlos III. A los dos primeros, ya antes regentes, bien que no asistidos de todas las exquistas y raras prendas que á la sazón requería la elevada magistratura con que se les investía de nuevo, por lo menos teníanseles, con razón, por leales y afectos á las reformas. Adornaban al Cardenal acendrada virtud, juicio muy recto é instrucción no escasa; mas criado en la soledad y retiro de un palacio episcopal de España, era su cordedad tanta, que oscurecíanse casi del todo aquellas dotes, apareciendo á veces pobreza de entendimiento lo que tan sólo podía de falta de uso y embarazo en el trato de gentes. Aunque por antigüedad, tercera éste en número, escogíasele, á propuesta del Conde de Toreno, para presidente de la nueva Regencia, según le indicaba la excelencia que que ocupaba en el Estado, y su alta dignidad en la Iglesia.

Verificados estos nombramientos, y extendidos allí mismo los decretos, comunicáronse sin tardanza las respectivas órdenes. A poco juraron en el seno de las Cortes los tres nuevos regentes, y pasaron inmediatamente á posesionarse de sus cargos. Era ya entrada la noche, y hora de las nueve, sereno el tiempo, y rodeados los regentes y los diputados de la Comisión, que los acompañaba, y en cuyo número nos incluyeron, de una muchedumbre inmensa que poblaba el aire de vítores y aplausos. Inclábanse en sus sillones, los que para ello habían encargado, á los nuevos regentes, sin que los creyentes diesen señal alguna de resistencia ni oposición. Se lo pintó en el rostro de cada cual la imagen de su indeleble de sus pasiones. Atento y muy caballero en su porte el Duque del Infantado, mostró en aquel lance la misma indiferencia, distracción y dejadez perezosa que en el manejo de los negocios públicos; despecto D. Juan Pérez Villamil y D. Joaquín Moncacha y Figueroa, si bien de distintos modos, encubierto y reconcentrado en el primero, menos disimulado en el último, como hombre vano y de cortos alcances, según representaba su mismo exterior, siendo de estatura elevada, de pequeña entesa y encogido cerebro. Aunque enérgico, y quizá violento á fuer de marino, no dió señales de enojo D. Juan María de Villavicencio; y justo es decir en alabanza suya que poco antes había escrito á los diputados propenedores de su nombramiento que, vista la división que reinaba entre los individuos del Gobierno, ni él ni sus colegas, si continuaban al fren-

(31) *Discurso de los diputados y antes de las Cortes, tomo XVII, página 347.*

to de los negocios públicos, podían ya despacharlos bien, ni contribuir en nada á la prosperidad de la patria. Casi es por demás hablar del último regente, de D. Ignacio Rodríguez de Rivas, escitado varon, que acabó en su mando tan poco notable y significativamente como había comenzado; debiendo advertirse que al nombrarle de la Regencia, estando todos convenidos en que hubiese en ella dos americanos, no se buscó en la persona del elegido ni en la de D. Joaquín Mosquera otra circunstancia sino la del lugar de su nacimiento: agradando también el que ni uno ni otro se inclinaban á proteger la separación é independencia de las provincias de Ultramar, cualidad no común, y á veces peregrina, en los que allá recibieran el sér.

Llamaron á esta Regencia la del *Quintillo*, por componerse de cinco, y en signo de menosprecio; deestimator de siempre suyo el partido liberal, de influjo ya en la opinion y de mucha pujanza. Hubo tres tiempos en su gobernación: el anterior á la llegada de Inglaterra del Duque del Infantado, el posterior hasta la salida del Conde del Abisbal, y el último, que tuvo principio entónces con la entrada de D. Juan Pérez Villamil, y terminó en la separación de la Regencia entera, y nombramiento de otra nueva. En el primer período no se apartó la antigua del partido reformador, que componía la mayoría de las Cortes; en el segundo algun tanto, aunque no aparecía mucho el desvío, por ser cabecera y guía el Conde del Abisbal, nacido con natural predominio en materia de autoridad y de aventajadas partes para el gobierno, á pesar de los lunares que le deslucían. En el tercero saltó á los ojos de todos el despego, acabando por aversión no disfrazada, que acrecia el carácter envidioso de Villamil, contrarrestado en sus inclinaciones y deseos por los dictámenes de las Cortes y sus providencias. Verdad es que en esta sazón enliron de tropel á la escena pública cuestiones graves, origen de mayor discrepancia en las opiniones, y que nacieron de la evacuación de varias provincias, del asunto de la Inquisición y de los frailes, bastante cada uno de por sí para sentar bandera de desunión y de lid muy reñida.

Acotécenos, al tener que hablar de la administración de esta Regencia y de sus medidas en los respectivos ramos, lo mismo que en el caso de su antecesora, sobre lo cual dijimos que al lado de autoridad tan poderosa como la de las Cortes, disminuía la importancia de otra, no siendo la potestad ejecutiva sino mera ejecutora de las leyes y aun reglamentos que emanaban de la representación nacional, y de cuyo tenor hemos hablado sucesivamente al dar cuenta de las sesiones más principales y sus resultas. Sin embargo, recordáremos ahora algunos puntos de que hicimos ya mención en su lugar, y tocáremos otros no referidos aún. Fueron los tratados con Rusia y Suecia y el asunto de la mediación, los expedientes de verdadero interés, despachados en este tiempo por la secretaría de Estado. Las de la Gobernación y Gracia y Justicia entendieron en todo lo relativo á la nueva organización y planta de las oficinas y tribunales de las provincias, conforme á la Constitución y á varias leyes y decretos particulares. Tarea penosa y ardua, y para la que no tuvo la Regencia ni la fortaleza ni el saber necesario, y aun ménos la voluntad, prendas que se requieren en sumo grado si se ha de salir de tales empresas con aplauso y buen aire, mayormente tropezándose en la práctica, según sucede al establecer leyes nuevas, con dificultades

y obstáculos que nunca provee en la expedición el ojo mas supeíaz y línce. Por lo que respecta á guerra, el mando dado á lord Wellington y la nueva división de los ejércitos, indicada para seguir, pueden mirarse como las determinaciones principales tomadas en este ramo durante el gobierno de la Regencia de los cinco; pero que acaso en particular la primera, más bien del seno de las Cortes que de disposición y propio movimiento de la potestad ejecutiva. Había también ordenado en punto á suministros, que para estorbar que se acumulasen las obligaciones y pedidos de los rentes ejércitos sobre unas mismas provincias recogiesen los productos de diezmos, extracción de veno y otros ramos en las comarcas que se hallaban hartando de enemigos, y se formasen grandes macenas en señalados puntos, con depósitos de medios, cuyos acopios debían después distribuirse en cuanto fuese dable, arreglada y equitativamente. Por desgracia, la súbita retirada en el ejército aliado desde las márgenes del Elbro á la frontera de Portugal, anuló en parte la recolección de cereales en el abundoso granero de Castilla, aprovechándose el invasor de nuestros campos y apresuramiento. En el inmediato verano hubo en esto tan escasa dicha. Por lo demás, anuló el ramo de Hacienda en lo general como aquí. Las mudanzas que en él ocurrieron variaron meses después. La recaudación en las provincias desocupadas ejecutóse con lentitud y tardanza, planteándose sino á medias ó malamente la contribucion extraordinaria de guerra, y siendo muy poco fructuosas las otras, relajada la administración, y teniendo en muchos parajes un escaso influjo en ella los jefes militares y sus dependientes sin gran cuenta ni razon; inevitable consecuencia de tantos trastornos, invasiones y lides, y que remedía la mano reparadora del tiempo y un gobierno entendido y firme. En la tesorería central de Cádiz no entraban otros caudales que los de provincia y aduana, invirtiéndose desde luego los restantes en sus respectivos distritos; unos para aproximar la suma de los recibidos en las áreas de Cádiz á unos 138 millones de reales en el año de 1812; de ellos solo unos 15 procedían de América, incluso los derechos devengados en plata perteneciente á particulares; que á tal punto iban menguando las remesas de aquellas regiones y otros 14 ó 15 de letras facilitadas por el gobierno inglés, pagaderas en Londres. Otros auxilios suministró directamente lord Wellington al ejército avanzado á los Pirineos; pero de ello habíamos hablado ya adelante, si bien fueron todos limitados para acciones tantas.

Al estrecho adonde habían llegado los asuntos públicos, indispensable se hacía encontrar una salida cambiando la Regencia del reino. Encomendadas y en lid abierta las dos potestades ejecutiva y legislativa, una de ellas tenía que ceder y dejar la otra desembarazado el paso. No ausente el rey y alterada la Constitución en alguna de sus partes, hubiérase presentado en breve á tamaño apuro un desenlace obvio y fácil; pues, ó los ministros se hubieran retirado, ó hubiérase disuelto el poder legislativo, convocándose al propio tiempo otro poder con lo cual se desataba el nudo legal y se resolvía el asunto. No se estaba entónces, por desgracia, entre nosotros en el caso de usar de ninguno de ambos remedios; y por tanto, disculpable aparece la resolución que tomaron las Cortes, y de absoluta necesidad, bien considerado el trance en que se halla-

ban; pues si no, juzgaríamos su hecho altamente reprehensible y de pernicioso ejemplo.

A la nueva Regencia quitábase en 22 de Marzo la condición transitoria de provisional, quedando nombrada en propiedad, así ella como su digno presidente, sin que se despojase á ninguno de los tres de las plazas que obtenían en el Consejo de Estado. El reglamento que gobernaba á la anterior Regencia, dado en 26 de Enero de 1812, se modificó con otro promulgado en 8 de Abril (32) de este año de 1813, mejorándole en alguno de sus artículos. Tres individuos solos, en lugar de cinco, debían componer la Regencia: las relaciones de ésta con los ministros y las de los ministros entre sí, se declinaban atinadamente, y sobre todo se declaró á los últimos, que fué lo más sustancial, únicos responsables, quedando irresponsable la Regencia, ya que la inviolabilidad estaba reservada á solo el Monarca: creyendo muchos se afianzaria por aquel medio la autoridad del Gobierno, y se le daría mayor consistencia en sus principales miembros; porque de no ser así, decía un diputado, resultan (33) ó varios y graves males. Primero, la inestabilidad de la Regencia, á la que se desacredita; segundo, la dificultad de defenderse ésta por sí y verse obligada á defenderse por medio de sus ministros, que quizá piensan de un modo contrario; tercero, las revueltas á que se expone el Estado con la continua variación de Regencia, que es inevitable. Doctrina cuya verdad confirmaba cada día la serie de los sucesos.

Por la separación de la Regencia de los cinco no se destruía del todo la oposición intentada contra la lectura del manifiesto y decretos de las Cortes sobre la abolición del Santo Oficio; quedando aun latente centella, que pudiera estallar y aun producir en el reino extenso y voraz incendio.

Para dar idea cabal de este incidente, forzoso nos es volver atrás y añadir algo á lo ya referido, bien que nunca sea nuestro propósito entrar en muchos pormenores. Fué primer indicio de lo que se fraguaba una pastoral (34) ó manifiesto con fecha de Palma de Mallorca, á 12 de Diciembre de 1812, aunque impreso y circulado más tarde, y que firmaban los obispos de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Tírruel y Pamplona, dirigidos á aquella isla huyendo de la invasión francesa. Comprendía la pastoral varios puntos, dividiéndose en capítulos, encaminados á probar que la Iglesia se hallaba ultrajada en sus ministros, atropellada en sus inmunidades y combatida en sus doctrinas. Denunciaban sus autores contra el *Diccionario crítico-histórico* de D. Bartolomé Gallardo, y refutaban con él las opiniones de varios diputados, en especial de los que eran eclesiásticos y se tenían por jansenistas y partidarios del anodo de Pintoya. Hacían tal ulcero gula de doctrinas inquisitoriales y ultramontanas, apartándose de los grandes ejemplos que presentaban nuestros insignes prelados del siglo XVI, de quienes decía Melchor Cano al emperador Carlos V: «No fuera mucho que su escudron y el de hombres doctos de acá hiciera más espanto en Roma que al ejército de soldados que S. M. allá tiene.»

Por el mismo estilo y en un rincón opuesto de España, en la Coruña, preparó otro (35) papel el Obispo de Santander, si bien concebido en términos más axonantes con el desbarro mental de que solía adolecer aquel prelado, subido ahora de punto hasta en el título y forma del escrito, que publicaba actualmente, compuesto de octavas rimas.

Coincidían con la publicación de tales impresos los pasos dados en Cadix por su cabildo y clero, cuyos individuos empezaron á tratar de resistencia ya en 6 de Febrero, dirigiéndose también á los cabildos comprovinciales de Sevilla, Málaga, Córdoba y Jaén, pidiéndoles poderes ó instrucciones para representarlos; y encargándoles el mayor secreto respecto de los *leyes* y de los *sacerdotes* que no mereciesen su confianza.

Alma y centro de tan cautelosos manejos el Nuncio de Su Santidad, no se contentó con la vota que de un modo irregular, y según indicamos, había pasado á la Regencia en 5 de Marzo, sino que con la misma fecha (36) escribió igualmente al Obispo de Jaén y á los cabildos de Málaga y Granada exhortándolos á firmar causa común con el clero de España, y á oponerse al manifiesto y decretos de las Cortes sobre la abolición del Santo Oficio.

De liga y peligroso bando calificaron algunos ~~esta~~ ^{este} sucesos, no dándole otros tanta importancia, persuadidos de que todo se cortaría mudada la Regencia de los cinco, gran patrocinadora del enredo ó trama. No se engañaron los últimos, pues el 9 de Marzo, día inmediato al de la separación, habiendo hecho D. Miguel Antonio de Zumalacárregui y aprobado las Cortes la proposición de que «en la mañana siguiente y en los dos domingos consecutivos se leyese los decretos...», conformábase el clero con lo mandado, sometiendo á ello pacíficamente y sin linaje alguno de oposición.

Había una segunda parte, que también aprobaron las Cortes, en lo propuesto por el Sr. Zumalacárregui, y era que «en lo demás se procediese con arreglo á las leyes y decretos»; lo cual equivalía á mandar se examinase la conducta de las autoridades eclesiásticas que se habían mostrado desobedientes á las providencias soberanas; y entendiéndolo así la Regencia, determinó por medio de don Antonio Cano Manuel, ministro de Gracia y Justicia, que se formase causa á D. Mariano Martín Esparanza, vicario capitular del obispado de Caliz sede vacante, y á tres prebendados de la misma iglesia comisionados por el Cabildo para entender en la materia, y ponerse de acuerdo con los de otras catedrales. Decidió, además, la Regencia quedasen todos cuatro suspensos de las temporalidades mientras durase el proceso. Severa resolución, pero merecida por el motivo que la provocó: pues el mandato de las Cortes á cuyo cumplimiento se oponía el clero, si bien indirecto y quizá fuera de sujeción, no era contrario á los usos de la primitiva Iglesia, usanza de que se publicasen en el templo las leyes civiles de los emperadores, ni tampoco á lo que se acostumbraba en España, desde cuyos pulpitos se leían á veces hasta los reglamentos penales sobre tabacos, sin que nadie motejase semejante práctica, ni la apellidase desacato cometido contra la majestad del santuario.

(32) Este reglamento de 8 de Abril se halla en el tomo IV de la *Colectánea de los decretos y ordenes de las Cortes generales y extraordinarias*.

(33) *Discurso de las Ilustraciones y obispos de las Islas*, tomo XVIII, página 119, 120 y siguientes.

(34) *Manifiesto pastoral* al clero y pueblo de esta diócesis, impreso en Mallorca, en casa de Bruel, año de 1813.

(35) El título de esta singular producción era: *El clero y el clero de España*, con los nombres y condecoraciones de los señores pastores condecorados en el presente año. La publicaba el obispo de Santander, por el Sr. Obispo de Jaén, D. Juan de los Rios, Obispo de Jaén.

(36) Este escrito aparece en los números 7.º y 8.º del apéndice al manifiesto y al clero del Nuncio.

Aunque asustados en un principio los canónigos, y por tanto, sumisos, volviendo despues en sí, cobraron ánimo poco á poco, y envalentonándose al fin por el amparo que les dieron algunos cuerpos y personas, y sobre todo, por el que esperaban encontrar en el seno de las mismas Cortes, elevaron á éstas en 7 de Abril representaciones enérgicas, y se querellaron acerbamente de los procedimientos de que se decían víctima, pidiendo, además, D. Mariano Esperanza «la responsabilidad del Ministro de Gracia y Justicia por la inexcusable infracción de Constitución hecha en su persona, y por la de otros decretos que expresaba. Traían entre otros los clérigos á aquel Ministro, por achacarle falsía en su porte, obrando, según afirmaban, de consuno con ellos mientras la suerte se les mostró propicia, y abandonándolos cuando, cambiada la Regencia, se trocó aquella, y se trocó también la política del Gobierno. Creyeron muchos no carecer de fundamento tales quejas, tachando al Ministro, quien de doble en su conducta, quien de inconsecuencia liviana. Nos inclinamos á lo postrero, según concepto que de él formamos entonces, y aun en tiempos más recientes.

La exposición del vicario y las de los canónigos pasaron ambas á una comisión de las Cortes, la cual se manifestó discordante, declarando la mayoría no haber infracción de Constitución en la providencia del Ministro, y la minoría, por el contrario, que sí. Hasta el 9 de Mayo no se disintió el punto en las Cortes, en donde también hubo diversidad y aun confusión de pareceres, votando diputados liberales con los que no lo eran, y mezclándose indistintamente unos y otros, por sospechar los primeros connivencia en un principio del Ministro con los canónigos, y acusar los segundos al mismo sin rebozo de haber obrado engañosa y falazmente. Sin embargo, Cano Manuel pronunció entonces en defensa propia un discurso que le honrará siempre, y superior quizá á cuantos hemos oído de su boca; probando ventajosamente que el Gobierno, aun despues de publicada la Constitución, tenía facultades para proceder conforme había hecho, y que teniendo, las había ejercido con oportunidad. En el conflicto de opiniones é intereses tan diversos, prolongáronse los debates por varios días; no se admitieron los informes de la mayoría ni de la minoría de la Comisión; desecháronse otras proposiciones, y sólo en la sesión del 17 de Mayo se aprobó una que extendió el Sr. Zorraguín, concebida en estos términos: «Sin perjuicio de lo que resuelvan las Cortes, para no entorpecer el curso de la causa, devuélvase el expediente al juez que conoce de ella.» Esquivóse así tomar una resolución definitiva y bien expresa, permaneciendo en respeto los partidos en que se dividían las Cortes, pues ni se accedió á la demanda de que se exigiese la responsabilidad al Ministro, ni tampoco se aprobó claramente su conducta, quedando todo como en suspenso. Manera de terminar en ciertas crisis los asuntos espinosos, nunca agradable á los hombres de opiniones encontradas y extremas, pero preferible á mantener en el público excitación viva é inquietudes peligrosas. Los canónigos procesados fueron despues expulsados de Urdiz en virtud de fallo del juez que entendía en la causa; y aunque continuó sintiéndose por algun tiempo cierta agitación respecto de este negocio, en breve se apaciguó, yendo á perderse en el resaca de acontecimientos graves que á cada instante sucedían, y unos á otros se arrebataban.

Tocaba ahora á la nueva Regencia habérselas con

el Nuncio, que tan desmedidamente se había pasado. Mostróle aquella su enojo en oficio de 22 de Abril, dirigido por conducto del Ministro de Gracia y Justicia, en cuyo contenido, despues de rebatido con razon, en cara su desacordado porte, basaba por decirle que aunque la obligación que cambiaba á S. A. de (37) defender el Estado y proteger la religion, la autorizaba para extrañar la eminencia de estos reinos y ocuparlo las temporalidades; con todo, el deseo de acreditar la veracidad y el respeto con que la nación española había tratado siempre la sagrada persona del Papa, mandaba á S. A. para tomar esta providencia, limitarse á mandar que se desaprobaba la conducta de S. E. El Nuncio, en vez de amargarse, publicó en 28 de Abril al de Gracia y Justicia un manifiesto, y escribió además con la misma fecha á D. Pedro Gomez Labrador, ministro á la sazón del tado, extrañando no viniese está correspondencia por su conducto. Singular queja, procediendo el nuncio que había enviado en derechura su propia nota á la anterior Regencia, olvidando las formalidades de estilo, y sin contar para nada con los ministros del Despacho. Hízoselo así entender Labrador en respuesta de 5 de Mayo, pidiéndole propio tiempo nuevas y varias explicaciones, las dió el Nuncio satisfactorias; por lo que el Consejo de Estado, e insistiendo siempre bravo en su propósito, resolvió la Regencia tomar como una pronta y enérgica resolución. Así lo verificó, comunicando la orden al Nuncio, por medio de D. Pedro Gomez Labrador, de salir de España, y el aviso de que se le ocupaban sus temporalidades, remitiéndole igualmente sus papeles, fechados en 7 de Julio. Se le hizo oferta de la *Real Sabina*, que no admitió, para trasladarlo con el coro debido adonde gustase, retirándose por tanto á la ciudad de Tavira, en Portugal, punto de salida á España, y desde donde no cesó de atizar en las de la discordia sacerdotal. La Regencia publicó entonces un manifiesto acerca de lo ocurrido, también otro el Nuncio, bien que el de éste no salió hasta el inmediato Enero de 1814.

Sin motivos tan graves, los reyes más piadosos de España hicieron á veces en tiempos antiguos, que ahora la Regencia, extrañando de sus tiempos los legados de Roma que se destinaban al «Muy determinado estamos (decía en esta sesión D. Fernando el Católico al Conde de Riquelme), si S. S. no revoca luego el breve á los que en virtud de el fechos, de lo quitar la obediencia á todos los reinos de Castilla y de Aragón, y á otras cosas é provisiones convenientes á las cosas graves é de tanta importancia...» Y despues en la misma carta... al cursor que es presente dicho breve... así le pudiéades haber, fuerit que se rescriba ó se aparta...» e é mandalle luego á ellos al Papa é vos á la capa. Lo mismo hicieron los reyes sus sucesores, incluso Felipe V, quien, cansado una vez de las milas pasadas que jugaba la corte de Roma, expulsó al fin de estos reinos al Nuncio, aunque para honrarlo hízole llevar en un coche de la casa real.

Hubo en el enfadoso é intrincado negocio de la publicación en los templos del manifiesto y de otros sobre Inquisición, imprudente porte en uno

(37) Este oficio ó orden compone el número 16 del *opúsculo* que es el manifiesto del Nuncio.

(38) Carta del rey D. Fernando el Católico al Conde de Riquelme en el año de 1502, á 22 de Mayo de 1502, tomo I del *Compendio* de 1846 publicado por Valladolid.

error y tenacidad en otros, pasión en casi todos. Más hubiera valido que las Cortes, contentándose con la abolición de aquel tribunal, no se hubiesen empeñado, aunque con mala intencion, en llevar más allá su triunfo, pregonándolo en las iglesias: tambien que el cabildo y clero de Cadiz, ya que no hubiese obedecido cual debiera los preceptos soberanos, se hubiese á lo ménos limitado á representar acatadamente, sin propasarse á entablar correspondencia con prelados y otras corporaciones, que llevaba asomo de bando ó liga. Por ambas partes enardecidos los ánimos, achacaronse todos mutuamente culpas no merecidas quizá, y se abultaron en extremo las miras siniestras y los malos hechos, interpretánd se torcidamente en las Cortes y en los clérigos lo que en ellas sólo fué efecto de un laudable pero equivocado celo, y en ellos, más bien que otra cosa, extraviados de una piedad poco ilustrada, movida por afanosos temores del porvenir. Adelección de lo mismo la Regencia de los cinco, agravado el mal en ella por la secreta y profunda aversión de algunos de sus individuos contra las Cortes. Quen faltó, y sin disculpa, fué el Nuncio de S. E. En sus procedimientos no hizo cuenta ni del catalo de España ni del suyo particular. Dar pabulo entonces á desavenencias entre las autoridades civil y eclesiástica, era acarrear desventajas á la causa peninsular, en gran detrimento del Vaticano mismo, cuyo nuncio, desempeñando ahora un ministerio muy disputable en cuanto á la legitimidad de su ejercicio, por hallarse incomunicado y cautivo el Papa, expusiese á que se le desconociese, comprometiendo así los intereses más sagrados de la religion, y en especial los de la Silla Apostólica. Su extrañamiento pareció á todos tan justo, que no vaciló en llevarlo á ejecución D. Pedro Gomez Labrador, en quien mediaban motivos de afecto á los romanos pontífices, como compañero que habia sido de Pio VI, autor del actual, en sus viajes de persecucion y destierro.

Este D. Pedro, que mostró en aquel acto laudable entereza, convirtió luego ésta en obstinacion porfiada al tratarse de un asunto que en sus resultas hubiera podido ser grave, aunque fuera en sus apariencias leve, reduciéndose á una disputa de mera etiqueta (39). Fue el caso que con la llegada á Londres del Conde, hoy príncipe, de Lieven, embajador de Rusia cerca de aquella corte, ocurrió allí la duda de quien tendria el paso de precedencia, si este embajador ó el de España, que era á la sazón el Conde, después duque, de Fernan-Núñez. Asaltó por primera vez semejante duda con motivo de un convite que debía dar al recién llegado, en Diciembre de 1812, lord Castlereagh, ministro de Relaciones exteriores, quien embarazado, aunque inclinándose en favor del ruso, consultó primero con nuestro embajador, y le manifestó desear de que se arreglase el asunto de común acuerdo y amistosamente. Avicéronse al efecto Fernan-Núñez y Lieven, y desde luego convinieron ambos en adoptar la alternativa, empezando á usar de ella el de Rusia. Acomodamiento al parecer prudente y honroso, por el que entró nuestro embajador, subleando estas chisqueras con la corte de San Petersburgo y desahucios con la de Londres. Pero antecedentes que en el negocio habia, y de los que no era sabedor Fernan-Núñez, fueron causa de que no acordase el convenio ajustado, y de que se celebrase en Cadiz al que lo hizo de estadista ligero y no muy cuerdo.

Para determinar de qué lado estaba la razon, necesitamos hacer traer á la memoria cosas pasadas, y enterar al lector de cuáles eran los antecedentes enunciados.

Al tomar Pedro el Grande de Rusia el título de emperador, en vez de sólo el de czar de que antes usaba, citó á las potencias que le fueron reconocidas una *reversal* en prenda de que la mudanza de título no alteraria en nada el ceremonial establecido anteriormente entre las diversas cortes. Renovábase por lo común esta *reversal* á cada sucesion que ocurría en el trono moscovita, y con ella, y bajo esta condicion, reconoció el rey Carlos III á la emperatriz de las Rusias, Isabel, acto que habian rehusado verificar hasta entonces los reyes sus predecesores. Al advenimiento al solio de Pedro III repitió la misma *reversal* la corte de San Petersburgo, y sólo (40) Catalina II se negó á ello cuando cifó la corona, si bien substituyendo una declaracion firmada en Moscovia á 3 de Diciembre de 1762, en la que, al paso que se anunciaba que en adelante no se renovarían las *reversales* de uso, manifestábase igualmente que el título de imperial no causaria mudanza alguna en el ceremonial usado entre las cortes, el cual debía subsistir en el mismo pie que antes. Respondieron á este documento, por medio de contra-declaraciones, la Francia y la España, diciendo nuestro gabinete en la suya, fecha en 5 de Febrero de 1763, que consentia en continuar dando el título de imperial al soberano de Rusia, siempre que este paso no influyese en nada respecto de la clase y de la precedencia establecidas entre las potencias, pues á no ser así, la España volveria á tomar su antiguo estilo, y rehusaria dar á la Rusia el título de imperial. Acontece en ello ambos gabinetes de Madrid y San Petersburgo, y no habiendo habido posteriormente tratado ni acto alguno que invalidase lo convenido en 1762 y 1763, claro era que la precedencia quedaba, y de derecho pertenecía, á España, y que no podia disputársela fundadamente. Mas las variaciones de los tiempos, y lo obrado por nuestro embajador en Londres, aconsejaban se echase tierra al negocio, y se aprobase sin dilacion la alternativa adoptada, repudiando sólo al Conde de Fernan-Núñez por haber procedido con demasiada facilidad, y sin pedir instrucciones que le guiasen acertadamente en asunto para él nuevo. La razon y el interés público dictaban no hubiese seguido este rumbo; pero no fué así. Don Pedro Labrador, cual si estuviera en los dias de poderío y gloria de Fernando el Católico 6 de Carlos V, no sólo desaprobó la conducta del Conde de Fernan-Núñez, sino que tambien le mandó pasar una nota, reclamando del gobierno inglés la observancia de lo determinado y convenido entre Rusia y España en los años de 1762 y 1763; advirtiéndole ademas que en caso de no accederse á tan justa demanda (41) se abstuviese el Conde de Fernan-Núñez de concurrir con el de Rusia en toda ocasion en que fuese preciso ocupar un puesto determinado; protestando de lo hecho para que no sirviese de ejemplo, por haberse ejecutado sin orden de la Regencia. Desacordada conclusion, que entró la amistad de Rusia con España, dando lugar á que la corte de San Petersburgo exigiese, como paso previo de toda negociacion, el que se retirase la nota citada. Labrador, pertinaz en su propó-

(39) Véase el tomo 1 de la obra *Reversal des potences russes*, de l'Empereur, par M. de Marigny 1762 y 1763, par. 24 y siguientes.

(41) En el legajo citado en el numero 27 de la Secretaría de Estado, se halla esta nota.

(40) Secretaría de Estado, 1812. 1813.—Inglaterra. Precedencia entre los embajadores de España y Rusia.

tando sus acantonamientos por la frontera que hace cara á Ciudad-Rodrigo. Considerábase á este ejército como principal base de las grandes maniobras y operaciones militares de la Península hispana. A su derecha é izquierda, por Extremadura, Galicia, Asturias y demas partes de los distritos del Norte, se alojaba el cuarto ejército, compuesto ahora, segun indicamos en otro libro, de los apellidados ántes quinto, sexto y séptimo. Seguia á cargo de D. Francisco Javier Castaños. Su gente habia mejorado en disciplina, é instruíase esmeradamente, tomando para ello acertadas disposiciones el general D. Pedro Agustín Giron, jefe de estado mayor.

Fue una de las primeras subdividir en Febrero todo aquel ejército en tres cuerpos, bajo el nombre cada uno de ala derecha, centro y ala izquierda, medida necesaria por hallarse las fuerzas desparatadas, permaneciendo unas en Extremadura y Castilla, otras en el Bierzo y Asturias, y las restantes en las montañas de Santander, provincias Vascongadas y Navarra. El ala derecha constaba de dos divisiones, primera y segunda, á las órdenes de D. Pablo Morillo y de D. Carlos de España; el centro de tres, tercera, cuarta y quinta, que gobernaban D. Francisco Javier Losada (hoy conde de San Roman), D. Pedro de la Bórcena y D. Juan Díaz Porlier; el ala izquierda, organizada más tarde, componíase de la sexta division, que algunos llamaron de Iberia, y era acandillada por D. Francisco Longa; de la séptima, que formaban los batallones reunidos de las tres provincias Vascongadas, á cuya cabeza hallábase D. Gabriel de Mendizábal, considerado tambien supremo jefe de toda esta ala; y de la octava, que regia D. Francisco Espoz y Mina. Debe no ménos agregarse á la cuenta una division de caballeria bajo del Conde de Penne Villenur, que por lo comun maniobraba unida con el centro.

Los tres cuerpos juntos contaban 39.963 hombres, de ellos 3.600 jinetes. Las dos divisiones del ala derecha anduvieron casi siempre en compañía del ejército anglo-portugués y se amestaron á su lado. Las tres que constituían el centro, ántes sexto ejército, y cuyo total sumaba por sí solo 15.305 infantes y 1.577 caballos, se ejercitaban en sus respectivos acantonamientos, en donde la oficialidad tenia continuas academias, y el soldado, á pesar de lo lluvioso de la estacion, evolucionaba casi diariamente, sobresaliendo todos por su aseo, subordinacion á los jefes, y respeto á las personas y bienes de los habitantes. El ala izquierda, ó sean las divisiones sexta, séptima y octava, que recorrían distritos ocupados por el enemigo, apénas hallaban vagar para instruirse en pueblos ni campamentos, y sólo podían ilustrarse al propio tiempo que trabajaban lidia; de las que no tardáremos en dar razon.

Desde Granada, Jaén y Córdoba, donde se apostó el tercer ejército al evacuar los franceses las Andalucías, fué avanzando á la Sierra Morena y Mancha. Le guaba el Duque del Parque. Ascendian sus fuerzas á unos 22.800 hombres y 1.400 caballos, distribuidos todos en tres divisiones de infanteria y una de jinetes, mandadas respectivamente por el Principe de Anglona, Marqués de las Cuevas, don Juan de la Cruz Mougeon y D. Manuel Sisternes. Dabase la mano con este ejército el de reserva, que pronto y muy afinadamente arregló é instruyó en las Andalucías el Conde del Abisal, caudillo entendido en la materia y presto en la ejecucion, teniendo ya bien organizados y dispuestos, ántes de

concluirse la primavera, unos 15.600 infantes y 700 caballos, repartidos en tres divisiones, que más de una vez variaron de jefes.

Esta reserva y los dos mencionados ejércitos, cuarto y tercero, fueron los que por el lado de Vizcaya y Pirineos occidentales cooperaron, si bien el último más tarde, con los anglo-lusitanos, á la prosecucion de las célebres campañas que se abrieron allí durante el estío. Porque el otro, llamado tambien de reserva, que formaba en Galicia D. Luis Lacy, no llegó el caso de que saliera de los confines de aquella provincia, y el primero y segundo, peleando de continuo, ayudados en un principio por el tercero en Cataluña, Valencia y Aragon, seguian separado rumbo, sirviendo más bien sus lides para distraer al enemigo y auxiliar de lejos las otras operaciones, que para llevar por sí mismos la guerra á un termino decisivo y pronto.

Siendo, pues, aquellas fuerzas las que tenían cerca mayor número de contrarios, sera bien explicáremos cuáles eran éstos, y cuáles sus estancias. Durante el invierno permanecieron en Castilla la Nueva todas ó la mayor parte de las tropas que componian los ejércitos del Mediodía y centro de España; á las órdenes el primero del mariscal Soult, con sus cuarteles en Toledo, y el segundo á las inmediatas de José mismo en la capital del reino, cubriendo ambas las orillas del Tago, y haciendo sus correrías en la Mancha. Ocupaba á Castilla la Vieja y parte del reino de Leon el ejército que llamaban de Portugal, manteniéndose en observacion del de los aliados y del cuarto de los españoles. Tenia en Valladolid su cuartel general, y despues de haber pasado su direccion, como en sus respectivos lugares dijimos, por las manos de Marmont, Clausel y Souham, paraba ahora en las del general Reille, ayudante de Napoleon, y jefe ántes de una de las divisiones pertenecientes al cuerpo del mariscal Suchet. Acudia á amparar las costas de Cantabria, y hacer rostro á los españoles que guerraban en aquellas provincias y Navarra, el ejército apellidado del Norte, cuyo principal asiento era Vitoria, y á veces lo fue Burgos, sucediendo á Caffarelli en el mando, al renutar Febrero, el general Clausel. Todas estas huestes no veian acrecida su fuerza, sino que al revés, notábase menguada, habiendo ido sacando Napoleon hombres, y especialmente cuadros, desde el Noviembre, sin esperanza de nuevos socorros, necesitados ya las derrotas tan aciagas para él en el septentrion de Europa, y aumentados sus apuros en disposicion de irse desplazando por todos lados el edificio de sus conquistas, tan robusto, al parecer, pocos meses ántes. El total de estos cuatro ejércitos reunidos ascendia á unos 80.000 hombres, entre ellos 6 u 7 000 de caballeria.

Al llegar Marzo comenzáronse á dividir rebeldes de movimientos y marchas, que tomaron incremento y se realizaron al finalizar la primavera. Quien primero despus puesto y salió de España fué el mariscal Soult, atravesando la frontera en fines del propio mes; le acompañaban unos 6.000 hombres. Llamábale Napoleon para que le ayudase en Alemania. Mientras aquel maris. al permanecer en Toledo impulsó contribuciones gravosas, premiando para realizarlas al Ayuntamiento y á varios vecinos de la ciudad; y cometiendo otras desmanas.

Tambien se movió por entonces el rey José para pasar á Valladolid y tomar el mando en jefe, por disposicion del Emperador, de todas las fuerzas que hemos enumerado, y debian servir de dique contra el ímpetu de las acometidas que proyectasen los

aliados. Salíó aquél de Madrid el 17 de Marzo, y salió, para no volver á pisar el suelo de la capital, llevándose consigo parte de las tropas que había en Cantilla la Nueva. Dejó, sin embargo, en Madrid al general Leval con una division, apostando en el Tajo otras fuerzas, y sobre todo caballería ligera. Hacia aquel tiempo, y con la ausencia de Soult y nuevo poder de José, capitanearon los ejércitos franceses del Mediodía y centro los generales Gazan y Drouet, conde d'Erlon.

Nada por eso hubo todavía de importante en lo militar por estas partes de España, reduciéndose todo á reencuentros y correrías no del mayor momento. El ejército de reserva, mandado por Abisbal, no había, digámoslo así, entrado aún en línea, y el tercero apenas tuvo otro choque notable con el enemigo, sino uno acaecido el 26 de Marzo cerca de Orgaz, en el que se distinguió el regimiento de Urbique, animado con la presencia y cuerda disposición del ayudante de estado mayor D. Mariano Villa. Esquivó peleas en cuanto pudo, y aun escaramuzas, el ejército anglo-lusitano, é imitaron en gran parte su ejemplo el ala derecha y el centro del cuarto ejército español, conforme al sabio y concertado plan que seguía lord Wellington. No sucedió lo mismo al ala izquierda, ni era posible le sucediese, enclavijadas constantemente sus fuerzas con las francesas. Esta ala, que debía componerse de tres divisiones, no tomó dicha forma sino lentamente, según apuntamos, conservándose excéntricos sus diversos trozos, y no pudiendo por lo tanto mantener comunicaciones muy frecuentes ni regulares con el cuerpo principal del ejército hasta que éste avanzase al Ebro. Así continuaron manobrando en el invierno, no separándose de su anterior arreglo y distribución. El mando que sobre todos ellos tenía D. Gabriel de Mendizábal era, mas bien que real, aparente; pero bastó aún así para que anclinándose el general Renovales, en cierta manera antecesor suyo, se alejase de aquel país y fuese en busca de lord Wellington, á quien quería exponer sus quejas; lo cual pasó en ejecución con tan fatal estrellá, que hallándose en territorio cercano al que ocupaban los enemigos, descubriéronle éstos, y le cogieron prisionero á él y á otros seis oficiales en Carvajales de Zamora.

Referiremos, pues, aquí las refriegas y sucesos militares de mas cuenta que hubo entre esta ala izquierda del cuarto ejército, y el de los contrarios, llamado del Norte, por los meses de invierno y primavera, ántes de abrirse la gran campaña, en la que jugaron casi á la vez las fuerzas combinadas de Inglaterra, Portugal y España contra las francesas destinadas á combatir en la Península hispana.

Dando principio á la tarea, diremos que D. Francisco Longa, acompañado de su partida y de dos batallones vascos, acometió en 28 de Enero un punto que los enemigos tenían fortalecido en Cubo, camino de Burgos á Pancorbo, y le rindió, cogiendo su guarnición prisionera. Demolió Longa el fuerte, de cierta importancia por su posición. Enderezase en seguida á Briviesca, mas se halló entre dos fuegos, viniendo sobre él Caffarelli, que todavía mandaba el ejército francés del Norte, y Palombini, al frente de sus italianos, enviado de refuerzo por José, desde Madrid, de donde había salido el 8 de Febrero, tomando la ruta por Segovia y Burgos. Evitó Longa el encuentro de ambos, y no siendo dado á Caffarelli escaramuzar con deseccho al particular español, retiróse á Vitoria, después de haber asegurado aun más las guarnicio-

nes del tránsito, y apostado á Palombini en Poza.

Era la posesion de esta villa importante, ya se hallase en la carretera que conduce de Burgos á Santofía, ya por servir de guarda y apoyo al reboreo de los ricos minerales y salinas que rodean aquellos contornos, cuyos rendimientos se deseaba recoger la codicia del invasor. Esta Poza está al pie de una empinada roca, sobre la se asientase el castillo estrecho, y que guarnecido con 50 hombres. Contado Palombini, y creyéndose del todo seguro, destacó algunas fuerzas al intento de cobar derramas y juntar víveres, de que carecía. En acecho Longa, avisó á D. Gabriel de Mendizábal, y unidos ambos acometieron á los italianos de Poza al amanecer del 11 de Febrero, á lo que les dieron buena alborada. Traían los españoles 5.000 hombres, que distribuyó Mendizábal en tres trozos, mandando á Longa que con uno sorprendiera al enemigo en sus alojamientos. Consiguieron los españoles hasta cierto punto, apoderándose de los depósitos de hombres y de bastantes armas. Y completo hubiera sido el triunfo, si Palombini, á fuer de veterano en la guerra de España, fatigosa y de incansable afán, no hubiera estado vigilante, alejándose al primer ruido para apostarse en el campo por donde sus soldados habían salido á forrajear y procurar de bastimentos, con lo cual, y manteniéndose á cierta distancia, aguardando el día claro y la aparición de las fuerzas segregadas que en parte tomaron la delantera, no sólo se salvó, sino que, rompiendo, trató á su vez de atacar á los españoles, dándoles, en efecto, repetida arremetida. Fue esta empeñada, y el terreno disputado á palmos; mas al fin, no queriendo nuestros aventurarse á perder lo ganado, se retiraron, poniendo en cobro casi toda la presa. No permaneció Palombini en aquel sitio, para el caso de gran dicha, enderezando sin dilación sus pasos á las provincias Vascongadas.

En ellas proseguía sin interrupción el tráfico de la guerra, y los batallones del país se portaron con valentía en repetidas peleas, que se sucedieron con de entradas de año hasta el Junio, amercando algunas ocasiones á Bilbao, aun metiéndose hasta en la misma villa, según acaeció el 8 de Enero y el 10 de Mayo, mereciendo, además, honrosa mención los reencuentros habidos en Ceberio, Marquina y Guernica.

Tuvieron también los franceses mala salida en el primer ataque que intentaron contra Castro-Urdiales. Mandaba ya el ejército enemigo del Norte el general Clausel, sucesor de Caffarelli, y queriendo asegurar más y más la costa de cualquier desembarco que trazasen los ingleses, pensó en apoderarse de Castro-Urdiales, puerto abrigado y bueno para el cabotaje y buques menores, situado en la provincia de Santander, partido de Laredo. Tiene la villa 3.000 habitantes, y la circuye un muro antiguo torreado, que corre de mar á mar y en cuyo istmo que sirve de comunicación á península se reducida. En ambos extremos de la muralla lateral se establecido dos baterías, dividiéndose en la primera al istmo avanzada al mar la iglesia y acuartelamiento, y el castillo, fundado sobre un peñasco que domina la playa; saliendo de aquí hacia el interior unidas por dos arcos, escarpadas rocas, que á causa de su mucha altura negaban de los franceses el puerto, hallándose colocada en su punto mas eminente con la advocacion de Santa Ana. Había de guarnición en la plaza 1.000 hombres, y artillería se relevaba mas 22 piezas. Era gobernador D. Pedro Pablo Alvarez.

Vinieron sobre Castro el 13 de Marzo Palombini con su division italiana, y el mismo Clausel, acompañado de un batallon francés y 100 caballos. Llegados que fueron, examinaron las avenidas del puerto, y se decidieron á acometer los muros por escalada en la noche del 22 al 23; lo que se les frustró, rechazandolos la guarnicion gallardamente, ayudada del fuego de buques ingleses que por allí cruzaban. Aguardó Clausel entonces refuerzos de Bilbao, que no acudieron, amagada aquella villa por algunas cuerpos españoles de las mismas provincias Vascongadas. Y con esto y adelantarse por un lado á Castro D. Juan Lopez Campallo al frente del segundo batallon de tiradores de Cantabria, y por otro D. Gabriel de Mendizabal, segundo de algunas fuerzas, desistió Clausel de su intento, yéndose en la noche del 25 al 26 de Marzo, despues de haber abandonado escalas y muchos pertrechos. En seguida, y para no perder del todo el fruto de su expedicion, se acercaron los enemigos á Santofia, y metieron dentro socorros, de que estaba falta la plaza, tomando á Bilbao hostigados por los nuestros y llenos de molestia y cansancio.

Al principiar Mayo emprendieron de nuevo los franceses el cerco de Castro-Urdiales, sirviendose para ello de la division de Palombini y de la del general Foy, procedente de Castilla la Vieja. La guarnicion se preparó á rebatir los ataques, aproximándose en su auxilio fuerzas inglesas de mar, que mandaba el capitán Bloye. Verificaron los enemigos su propósito, teniendo para lograrle que asediara con regularidad tan debil plaza. Los excendos hicieron sus salidas y retardaron los trabajos, pero no pudieron impedir que la flaqueza de los muros cediese pronto al constante fuego del sitiador. Aportillada brecha, se halló practicable el 11 de Mayo en el angulo inmediato al convento de San Francisco. No por eso se dieron los nuestros á partido, y una y dos veces rechazaron las embestidas de los acometedoras, alentando á los nuestros el brioso gobernador don Pedro Pablo Alvarez. Duró tiempo la defensa, á la que contribuyó no poco el vecindario, hasta que cargando gran golpe de enemigos, y entrando á escalada por otros puntos, refugiáronse los sitiados en el castillo, y desde allí fueronse embarecando con muchas habitantes á bordo de los buques ingleses por el lado de la ermita de Santa Ana. Quedáronse en el castillo dos compañías, aguantando los acometimientos del francés, sin dejarse hasta haber arrojado al agua los cañones y varios caseros. De los postreros que dejaron la orilla fue el gobernador D. Pedro Pablo Alvarez, digno de loa y prez. El historiador Vacanni, allí presente, dice en su narracion: «La gloria de la defensa, si no igualé á la del ataque (cuenta que habla boca enemiga), fué tal, empero, que la guarnicion pudo jactarse de haber obligado al ejército sitiador á emplear muchos medios y muchas fuerzas.... Era, por tanto, acreedora la poblacion á recibir buen trato; que los bríos del alferente, más bien que venganza e ira, infundir debien admiracion y respeto en un vencedor de generoso sentir. Aquí sucede muy al revés: los invasores entraron á saco la villa, y pasaron á muchos por la espada, pusieron fuego á las casas, y ya no hubo sino lantinas y destrones. En vano quiso impedir estos males el general Foy: los italianos dieron la señal de muerte y misa, y no tardaron los franceses en seguir ejemplo tan inhumano.

Compensábanse ínter quebrantos y agravios con los que padecian los enemigos en otros lugares. Espoz y Mina era de los que mas pronto procuraban

tomar de ellos cumplida satisfaccion y desquite. Su pelear no cesaba, ni tampoco sus movimientos, comenzando el año de 1813 por arrimarse á Guipúzcoa, y recoger en Deva municiones, vestuario y dos cañones de batir que los ingleses le regalaron; con cuya ayuda pudo ya en 8 de Febrero poner cerco á Tafalla, recinto guardado por 400 franceses. En este andaba, cuando notamos que venia sobre el de Pamplona el general Abbe, á quien habia escarmentado el 28 de Enero en Mendibil, dividió sus fuerzas, dejando una parte en el sitio, y saliendo con la otra al encuentro de los enemigos. Dió con ellas en paraje inmediato á Tievas, y logró aventarlos, revolviendo sin dilacion sobre Tafalla para continuar estrechando el asedio. Abrió allí brecha, y al ir á asaltar el fuerte, en 10 de Febrero, rindieronse los franceses. Imitizó Mina las obras que estos habian practicado, y demolió los edificios en que aun podian volver á encastillarse, y de los que tenían fortalecidos algunos. Otro tanto ejecutó en Sos, si bien la guarnicion no salvó ayuda por el general Parie, que á tiempo vino en socorro suyo de Zaragoza. Destruyanse así, en grave perjuicio de los enemigos, los puntos fortificados que tenían para asegurar sus comunicaciones.

Oficiales y partidas dependientes de Mina hacian á veces excursiones, algunas muy de contar. Atrevida y aun temeraria fue la de Fermín de Legua, quien acercándose con solos quince hombres muy á las valladas y hora de media de noche al castillo de Euterrabias, subió primero, acompañado de otro, á lo alto, y matando al centinela, apoderáronse ambos de las llaves, dando entrada por este medio á los que se habian quedado fuera. Juntos, desarmaron y cogieron á ocho artilleros enemigos que estaban dentro, clavaron un cañon y arrojaron al mar las municiones que no pudieron llevar consigo, prendiendo, por ultimo, fuego al castillo. Hicieronlo todo con tal presteza, que al despertarse la corta guarnicion que dormia en la ciudad, habian los nuestros tomado viento, y no osaron los franceses perseguirlos, recelando fuese mucho su número, enabiertos los pocos con la oscuridad de la noche.

Por su lado, incansable siempre Mina, tuvo el 31 de Marzo otro reencuentro en Latín y campos de Lodosa con una columna enemiga, que derrotó, llevando la palma en aquella jornada la caballeria, cuyos finetes cogieron 300 prisioneros. Incomodado Clausel de tan continuadas pérdidas y menguado en su gente, quiso, como jefe del ejército francés del Norte, poniéndose de acuerdo con el general Abbe, que mandaba en Pamplona, estrechar á Mina batiendo el país, y cercándole como si fuera á ciego y encierro de roca. Cada uno de dichos generales salió de diverso punto, y Clausel, despues de reforzar á Puente la Reina, y de apostar en Mendigorria un destacamento, avanzó yendo la vuelta del valle de Berrueza. Pero Mina, haciendo una rapida contramarcha, habiase ya colocado á espaldas del francés, obligando, en 21 de Abril, á los de Mendigorria á que se rindiesen. En lo que restaba de mes y posteriormente, no otro mano Clausel en el asediamento de Mina, entiendo asimismo Abbe en el valle de Roncal, en donde si por una parte trató bien á los prisioneros, por otra no dejó de quemar los hospitales y sus caseros, y de abascan en fuego muchas casas y edificios. Hubo aún nuevas torcas y contramarchas, múltiples todas; por lo que desconfiado Clausel de singular al guerrillero español, escribia al rey intruso no poder verificarlo

sin mayores fuerzas, pues su contrario no arriesgaba chiques sino sobre seguro, acometiendo sólo á cuerpos sueltos inferiores en número. Sin embargo, Mina, vivamente estrechado, tuvo ya en una de sus maniobras que tomar rumbo á Vitoria para guarecerse del ejército aliado que avanzaba, y á cuyos movimientos favorecían también los suyos, trayendo siempre á Clausel divertido y embarazado.

Estos fueron los acontecimientos mas de referir que ocurrieron por estas partes de la Península antes de abrirse la gran campaña que empezó con el estío. Veamos lo que pasó en la corona de Aragón por el propio tiempo.

Allí sostenían el peso de la guerra los ejércitos españoles primero y segundo, auxiliados de la expedición anglo-siciliana y de somatenes y cuerpos francos. Campañaba aquel en Cataluña, el otro en Valencia; algunas divisiones dentro de Aragón mismo. Tema de ordinario el primer ejército su cuartel general en Vich, y constaba de unos 17.700 infantes y de 550 caballos. No estaban comprendidos en este número los somatenes. Era general en jefe D. Francisco de Copons y Navia, sucesor de D. Luis Lacy, y hasta su llegada, que se verificó en Marzo, mando interinamente el Barón de Eroles. No desaprovechó este ocasión de molestar á los franceses, si bien estrechóse por un acto de humanidad muy laudable, ajustando con el general enemigo un convenio dirigido á mejorar el trato de los prisioneros, conforme á lo dispuesto antes y al derecho de gentes, hollado sobradas veces por ambas partes.

Los franceses de esta provincia, aunque sometidos, como todos los demás de la corona de Aragón, al mariscal Suchet, dependían inmediatamente del general Decaen, bajo cuyas órdenes se hallaban dos divisiones, capitaneadas la una por el general Maurice Mathieu, gobernador al principio de Barcelona, y la otra por el general Lamarque, que residía casi siempre en Gerona, ascendiendo la totalidad de ambas á 14.091 hombres de infantería con 876 jinetes. Había, además, en Tarragona una brigada de italianos compuesta de 2.000 hombres, que mandaba el general Bartolotti.

Seguían los españoles ahora en Cataluña un plan de campaña acomodado á las circunstancias del país y según el prudente querer de lord Wellington. Era este huir de acciones generales, estrechar al enemigo en las plazas, interrumpir sus comunicaciones y arruinar y desfortalecer los puntos que se le tomasen. Ocurrió de este modo el Barón de Eroles, ayudado á veces, cuando se acercaba á la costa, por los buques británicos; así aconteció yendo sobre Rosas, así en una tentativa del lado de Tarragona, teniendo también la dicha de rebasar á los franceses en un reencuentro que tuvo con ellos en la Cerdania.

Al promediar Marzo, tomando Copons el mando, llevaronse adelante las empresas contra el enemigo fundadas en probabilidad de buen éxito, tocando á Eroles, como diligente y osado, ejecutar las más difíciles y arriesgadas. En el propio mes, y antes de su reemate, se determinó acometer y desmantelar los puntos fortificados que conservaba el francés entre Tarragona y Tortosa, y amparaban comunicación tan importante. Tomó Eroles de su cuenta el empeño, y favorecido por la ayuda que le dió Mr. Adán, comandante del navío inglés *Invincible*, arrasó en el término de tres días varios de aquellos fuertes, colocados en Perelló, Torre de la Granadella, venta de la Ampolla y otros sitios vecinos, co-

giendo cañones, prisioneros, ganado y algunos buques menores.

Poco antes el brigadier Rovira había penetrado en Francia y metídose en Prats de Moló, posturado en medio de las montañas con un cuartel fortificado á la traza de Vauban. Ayudaron también á Rovira en su empresa el coronel Llauder y el capitán D. Nicolas Iglesias. Saquearon parte de la población, apoderándose de dinero, y se llevaron bienes y prisioneros, entre ellos á los comandantes de la plaza y del castillo. A la guardia nacional de los contornos, que acudió en socorro de los franceses, escarmentáronla los españoles, y cogieron á dos de sus jefes.

El Coll de Balaguer, Olot y otros puntos sólo permanecieron bloqueados por los nuestros, y habiéndose durante el mes de Mayo en observación de las avenidas del segundo D. Manuel Llauder, quisieron los franceses espantarle, y para ello aproximaron por la espalda una columna de 1.500 hombres dirigida por el coronel Marechal; de lo que avisado Llauder, le salió al encuentro el día 7 del presente mes la vuelta del valle de Ribas, por donde los enemigos enderezaban su marcha. Trabajó allí por el choque, y no sólo se vieron los enemigos repelidos del todo, sino que también fueron desahuciados por los nuestros de las alturas de Gual y Veronias persiguiéndoles hasta mas allá Llauder en persona que se portó briosamente. En el espacio de esas ocho horas que duró la refriega perecieron los enemigos unos 300 hombres, quedando en nuestro poder 290 prisioneros, fusiles, morteros y otros pertrechos. Por esta acción, en verdad señalada, agraciase años adelante á D. Manuel Llauder con el título de marqués del Valle de Ribas.

No pudieron, sin embargo, los españoles impedir que los enemigos, después de un movimiento desahogado y concertado de todas sus fuerzas en Cataluña, se corriesen á mitad de Mayo las plazas de Tarragona y Coll de Balaguer, escasas de medios, capitaneados por los Manrícs Mathieu. Pero al tomar de su expedición espíolos D. Francisco Copons, que tuvo entonces tiempo de reunir alguna gente, y los agremió en La Bistal del Panader, situándose en el Coll de Santa Cristina. Desde allí, incomodados los franceses, los repelió en cuantas tentativas hicieron para destruirle, ó á lo ménos ahuyentarle, y les causó una pérdida de mas de 600 hombres.

Alojabase por lo común el cuartel general de segundo ejército en Murcia, á las órdenes de D. Francisco Javier Elio, apañándose para sus operaciones en las plazas de Cartagena y Alicante, y consistiendo su fuerza en 34.000 hombres de infantería y 3.400 de caballería, distribuidos en seis divisiones, que regían D. Francisco Miyares, D. Pedro Villacampa, D. Pedro Sarsfield, D. Felipe Roche, don Juan Martín el Empecinado, y D. José Durán, si bien alguna de ellas varió después de jefe. Contábanse por separado, y permanecían en Alicante y sus alrededores, la expedición anglo-siciliana y la division mallorquina del mando de Whittingham. Las de Sarsfield, Villacampa, el Empecinado y Durán fueron las que, sosteniéndose en Aragón, guerrearon más en el invierno, arrimándose las de los dos primeros á Cataluña para favorecer aquellas maniobras, la del torrente á Serín y Navarra, y la del cuarto y último á Castilla la Nueva, poniendo á veces todas de concierto para hacer incursiones, que distraían al enemigo y le hostigaban. Párese estas peleas á las muchas ya referidas del mismo linaje, inútil se hace entrar aquí en sus pormen-

perdido alguna gente, y tenido que abandonar dos cañones de montaña.

Posecieron los enemigos de Biar, y se acampanaron á la salida que va á Castalla: en donde, ufanos con los lauros conseguidos, aguardaron impacientes la llegada del día, seguros casi de coger otros mayores, y de singular y gustosa preza para ellos, por ser ganados en parte contra ingleses. No abatido por su lado el general Murray, preparóse á hacer rostro á sus contrarios tranquila y confiadamente. Colocó la division mallorquina de Whittingham con la vanguardia, que guiaba el coronel Adam, en unas alturas á la izquierda, roqueñas y de escabrosa subida, que terminan en Castalla, á cuya poblacion, puesta á la raíz de un monte coronado por un castillo, la encubria en ruedo la division del general Mackenzie y un regimiento de la de Clinton. Seguía lo restante de la fuerza de éste por la derecha, sirviéndole de resguardo naturales defensas, y de reserva tres batallones de la gente de don Felipe Roche. Habian los aliados construido por acá, y al frente del castillo, diversas baterías. No se hallaba presente, ni tampoco acudió á la acción que se preparaba, el general Elio, retirado en Petrel con algunos batallones despues de lo acaecido en Villena.

Amaneció, por fin, el día 13, y desembocando el enemigo de las estrechuras de Biar, desplegó sus fuerzas por la hoya de Castalla, fecunda y en productos rica. Ascendian éstos á 18.000 infantes y 1.600 caballos. No inferiores los nuestros en número, éranlo bastante en jinetes. Empezó Suchet el combate explorando el campo y enviando hacia Onil la caballería. Luego, teniendo fijo su principal conato en trastornar la izquierda de los contrarios, envió 600 tiradores acaudillados por el coronel d'Arbod, con orden de que trepando por la posición arriba la envolviesen y dominasen. Al mismo tiempo amagó el mariscal francés á los aliados por lo largo de toda la línea, ostentando gallardía y mucha firmeza. Corrieron en aquel trance los nuestros algún riesgo, debilitada la izquierda por la ausencia momentánea de D. Santiago Whittingham, que se había alejado poco ántes para hacer un reconocimiento; pero á dicha y oportunamente llegó de Alcoy con fuerza D. Julian Romero, quien reprimió la audacia de los enemigos, que ya se encaramaban á las cimas. También Whittingham, noticioso de lo que ocurría, tornó á su puesto, y él y Adam y los demas arrollaron á los acometedores, quedando muerto el coronel d'Arbod. Infelizmente envió en apoyo de los suyos el mariscal Suchet al general Robert con cuatro batallones: todos ellos bajaron desgalgados la montaña, y muchos coloraron con sangre el suelo. Whittingham y Adam, principales jefes, alentaban á la tropa, que por la mayor parte era española, dándole ellos mismos ejemplo, y lo propio los que mandaban en las cumbres, Romero, Casas, Campbell. Casteras y el teniente coronel Ochoa, brillando á cual más todos, no sólo en denuedo, sino también en habilidad y destreza; porque, á dicho de nuestros antiguos (2), «las fuerzas del cuerpo non pueden ejercer acto loado de fortaleza, si non son guiadas por corazon sabidor.» Igualmente se le malogró al francés el amago que había hecho contra el centro y derecha de los anglo-sicilianos; por lo que recogiendo Suchet su gente, la apostó en escalones, apoyándola por retaguardia en

la division del general Harispe, y defendiéndola por el frente con la artillería que plantó en las entradas del camino de Biar.

Entonces más animoso Murray, resolvió avanzar, y lo verificó en dos líneas, dejando en las alturas las tropas de su izquierda, y cubriendo su derecha con la caballería. Pero intimidado Suchet, no se detuvo en la hoya ó valle, sino que triste tomó á cruzar por la tarde un desfiladero, que, como decía Murray en su parte, había atravesado por la mañana triunfante y alegre. Prosiguió Suchet retirándose hacia Villena, y no paró hasta Fuente la Higuera y Onteniente; volviéndose los aliados, anochecido ya, á sus estancias de Castalla. Perdieron los franceses en esta jornada algo más de 1.000 hombres, nosotros 670, la mayor parte españoles, como que representaron allí el más glorioso y sobresaliente papel, despicándose del golpe recibido en los días anteriores; que son nuestros soldados bravos é intrepidos, siempre que los guían caudillos de buen entendimiento y brío. Procuró Suchet ocultar su descalabro presentando con cuidadoso estudio por los caminos de Valencia y Cataluña, á manera de trofeo, los prisioneros de Villena y Yecla. Bien lo necesitaba para mantener en alguna quietud los pueblos, muy conmovidos con lo que pasaba en España y en toda Europa, y con lo que se preveía. Empezó Suchet en Castalla á probar los reverses de la fortuna, tan propicia para él hasta entonces; pero que varía y antojadiza, adversa ya á las armas francesas, perseguíalas en muchas partes, y les preparaba en todas largos días de entristecimiento y lata.

Dieron Abril y Mayo las primeras señales del asombroso estreñecimiento que iba de nuevo á conmover el mundo, y hacer más caediza la suerte de cuerpos é individuos, de estados y coronas. Fué una de ellas la salida de Napoleon de Paris en 15 de Abril para empezar la campaña en Alemania; y fué otra el haber lord Wellington alzado sus cuarteles á mitad de Mayo para abrir también la suya en Castilla y continuarla hasta los Pirineos, y aun dentro de la Francia misma. En aquella vióse todavía equilibrado en un principio el poder del Emperador francés con el de los soberanos del Norte, cautivadas algun tiempo las fantasías de la fortuna, tan coloso que la había tenido como aprisionada y rendida no pocos años; en la última salieron vencedores siempre en los más empeñados reencuentros, rompiendo por cima de valladares y obstáculos, los intrepidos aliados. Siendo sólo propio de esta *Historia* el detenernos á referir lo tocante á los acontecimientos postteriormente indicados, pasaremos á verificarlo, prescindiendo, á lo ménos por ahora, de los demas ocurridos fuera del suelo peninsular.

Al moverse, tenía lord Wellington bajo de sus inmediatas órdenes 48.000 hombres de su nacion, 28.000 portugueses, y ademas las divisiones españolas del cuarto ejército que se alojaban á su derecha, con las que del mismo permanecían en el Vierzo y Asturias, ascendiendo juntas á 26.000 combatientes. Fué la marcha de los aliados por este orden. La caballería que había invernado en los alrededores de Coimbra, pasóse en movimiento por Oporto á Braga para pasar desde allí á Braganza, en donde debían darse la mano con la izquierda de los suyos, gobernada por sir Thomas Graham, quien cruzó el Duero en Portugal cerca de Lamego; maniobra que se practicó sin que los franceses la barruntasen, prevyéndose los aliados fácilmente de barens sin excitar sospecha, por la abundancia que de ellas había, con motivo de haber los ingleses habilitado para su

(2) *Doctrinal de los caballeros, que hizo é ordenó el muy reverendo Sr. D. Alonso de Cartagena.*

abastecimiento la navegacion del Duero, hasta donde el Aguada descarga en él sus aguas. Colocáronse así á la derecha de aquel rio cinco divisiones de infanteria y dos brigadas de caballeria, sobrecogiendo á los enemigos, que se figuraban vendrian sus contrarios sólo por la izquierda. Tuvieron los anglo-portugueses tropiezos en su marcha por lo escabroso del pais y estrechuras de los caminos, mas todo lo venció la perseverancia británica. Asegurada la izquierda, y amagado el frances por la derecha del Duero, alzó lord Wellington sus reales á la propia sazón, saliendo de la Fregeñeda el 22 de Mayo, acompañado de dos divisiones inglesas, otra portuguesa y alguna fuerza de caballeria. Juntósele en Tordesillas la mayor parte de la segunda division española, del mando de D. Carlos de España (la restante quedó en Ciudad-Rodrigo), perteneciendo á ella los puertos de D. Julian Sanchez; y todos se encaminaron al Tórnes, via de Salamanca. Sobre el mismo rio, pero del lado de Alba, formando la derecha, vino sir Rowland Hill, y con él la primera division española, que capitaneaba D. Pablo Morillo, quien venia de la Extremadura, habiendo pasado los puertos que la dividen de Leon y Castilla.

Disponíase los enemigos á contrarestar la marcha de los aliados, reunidos en Castilla la Vieja los ejércitos suyos llamados del Centro, Mediodía y Norte, y á su frente José en persona, manteniendo aún sus cuarteles en Valladolid. Fuera su primer intento defender el paso del Duero, si no se lo desbaratarán las acertadas maniobras de los ingleses, poniéndose á la derecha del mismo rio. Sin embargo, se trabaron choques antes de abandonar aquella linea. Guardóse á Salamanca la division de Villatte con tres escuadrones, quien excomulgó la ciudad al aproximarse lord Wellington, colocándose en unas alturas inmediatas, de donde le arrojaron el general Fane, atravesando el Tórnes por el vado de Santa Marta, y el general Alten, que lo verificó por el puente. Villatte perdió municiones, equipajes y muchos hombres entre muertos y heridos con 260 prisioneros. Retiróse por Encina á Babila-Fuente, uniéndosele cerca del lugar de Huerta un cuerpo de infanteria y caballeria procedente de Alba de Tórnes, de cuyo punto los habia echado D. Pablo Morillo, cruzando el rio con gran valentia, y distinguiéndose al cuaservarse de la puente los cazadores de la Union y Doyle.

El centro del mismo ejército español, ántes sexto, acantonado en el Vierzo, y la quinta division, tambien suya, situada en Oviedo, concurreieron, según buenas insinuaciones, al movimiento general y de avance. Preparábase el 29 de Mayo el general D. Pedro Agustín Taton, que mandaba en jefe en ausencia de D. Francisco Javier Castaños, á celebrar el 30, en Campo Naranjo, los deseos del rey Fernando por medio de para les y simulacros guerreros, cuando recibió orden de lord Wellington, duque de Ciudad-Rodrigo, para ponerse sin dilacion en marcha sobre Benavente y en contacto con la izquierda del ejército aliado, huyendo de dar la suya al enemigo, en terminos de evitar cualquiera refriega que no fuera general ó de concierto. No tardó D. Pedro en cumplir con lo que se le encargaba, y trasladando el mismo día 29 su cuartel general á Ponferrada, entró ya el 2 de Junio en Benavente. Vndieron sus tropas el Esla al amanecer del 3 en Castro Pepe y Castiella, arruinado por los enemigos el puente de Castro Gonzalo, y llegaron por la noche á Valladolid, en donde descansaron el 4, agregándoselos allí la

quinta division, que venia de Asturias y mandaba D. Juan Diaz Porlier. Hicieron las marchas muy ordenadamente, y emperáronse á coger los frutos de los ejercicios militares del invierno y primavera, y los de una rigida y conveniente disciplina.

Hacia estas partes y derecha del Duero habíase dirigido ya, no sólo la izquierda inglesa, guiada por el general Graham, sino tambien el centro de su ejército, capitaneado por lord Wellington en persona. Dueño este de Salamanca hizo allí alto dos dias, reuniendo su centro y derecha entre el Tórnes y el Duero inferior. Marchó el 29 la vuelta de Miranda, ciudad de Portugal, fronteriza á las márgenes del último rio, cuyas aguas cruzó por aquí el general ingles acompañado sólo del centro, que se juntó el 30 con la izquierda en Carvajales; todos los puentes, excepto el de Zamora, habian permanecido destruidos desde la retirada del ejército británico en el otoño, ó habian sido de nuevo por el frances, cuando se hallaban reparados. Quisieron en seguida los ingleses pasar el Esla, tributario del Duero, por un vado próximo al mismo Carvajales; pero siendo de dificultoso tránsito, echaron un puente y lo verificaron el 31.

Después de estos los franceses, no tenían en aquellas orillas sino un piquete, y por tanto no ofrecieron resistencia notable. Los movimientos de los aliados habíase ejecutado con tales precauciones y celeridad, que los ignoraba del todo el enemigo, quien percibió ahora claramente el sabio y bien entendido plan de lord Wellington; conociendo, aunque tarde, ser inútil y ya imposible sostener la linea del Duero. En consecuencia, inhabilitaron sus tropas en Zamora el puente que habian conservado reparado, retirándose de aquella ciudad y de Toro, en donde entraron los aliados, trabándose despues en Morales, via de Tordesillas, un choque en que los franceses experimentaron bastante pérdida, y lució por su brio la caballeria de D. Julian Sanchez.

Paróse lord Wellington en Toro, así para dar tiempo á que toda su gente se le reuniese, como tambien para que las tropas de su derecha, que guiaba sir Rowland Hill, pasaran el Duero. Todo se ejecutó á su saber y cual tenia ordenado; hallándose ya en comunicacion y aun en inmediato contacto el ejército de Galicia, á su centro del cuarto español, cuyos reales alojáronse el 6 de Junio en Chaves de Campos, día en que los de Wellington se establecieron en Ampudia, pueblo vecino.

Cruzado el Duero por los cuerpos que compaban ántes la izquierda, correspondiéndose ya todos entre sí, prosiguió su marcha el general ingles, dejando en Zamora municiones y efectos de guerra, y para su custodia á la segunda division española, que tenía gente suya repartida en Ciudad Rodrigo, Salamanca y Toro. Andaban los franceses algo desalentados con irrupcion tan súbita, en especial por ser inesperado el modo como Wellington la verificaba. Así sus medidas resentíase de apresuramiento, ó indubitan sobresalto y dudas.

Distribuidas ahora sus fuerzas entre Valladolid, Tordesillas y Medina, se retiraron detras del Pisuerga, que tambien abandonaron, marchando en lineas convergentes, camino de Burgos. Allí se trasladó el intruso, habiendo salido de Palencia el 6 de Junio, en cuya ciudad hizo corta parada viniendo de Valladolid. Le siguieron sus tropas, estrechadas cada vez más por lord Wellington, quien atravesó el Carrion el 7, y adelantando su izquierda en los días 8, 9 y 10, cruzó tambien el Pisuerga, no apresurando su marcha el 11, y dando el 12 descanso á

su gente, excepto á la de la derecha, á la cual ordenó avanzar á Burgos y reconocer la situación del enemigo con deseo de obligarle á que desamparase el castillo, ó á que para defenderle reconcentrase allí sus fuerzas. Al poner en obra el general Hill por mandato de Wellington esta operación, descubrió á los enemigos apostados en unas alturas próximas al pueblo de Hornaza, con su siniestro costado enfrente de Estepar. Acometiélos, mas ellos se echaron atras, si bien en la mejor ordenanza, aguantando sin descomponerse repetidas descargas de la artillería volante, manejada con destreza por el mayor Gardiner. Perdieron, sin embargo, los franceses varios prisioneros y un cañon, y se situaron despues en las riberas de los rios Arlanzon y Urdel, que con las lluvias habian cogido mucha agua, retirándose sólo de aquel puesto durante la noche, despues de haber evacuado á Burgos el 14 de Junio.

Verificaronlo así, acosados constantemente y ceñidos de cerca por los aliados, que llevaban casi siempre abrazada la derecha enemiga. Tambien por la opuesta hostigabalos D. Julian Sanchez y otros guerrilleros revueltos y á la continua, como si ya no tuviesen bastante los franceses con sentir sobre sí el fatigoso y no interrumpido látigo de un ejército bien ordenado, que marchaba á sus alcances con presuncion de vencer. Abandonaron los enemigos el castillo de Burgos, desfortaleciéndole ántes y arruinándole hasta en sus cimientos. El modo como lo ejecutaron dió lugar á siniestras interpretaciones; porque conservándose dentro, desde el ultimo sitio, muchos proyectiles todavia cargados, acaso que al reventar las minas practicadas para derribar los muros, volaron tambien muchas bombas y granadas, que causaron estrago notable. Escritores ingleses han afirmado que el enemigo procedió así para aniquilar los cuerpos de las tropas aliadas que se arrimasen á tomar posesion de la ciudad y del castillo. Por el contrario los franceses, que achacan tan lamentable contratiempo á mero olvido de la guarnicion. Nos inclinamos á lo ultimo; mas sea de ello lo que fuere, cierto que de la explosion resultaron destrozos grandes, padeciendo la catedral bastante con el estremecimiento, no ménos que muchas casas y otros edificios. Redujose el castillo á un confuso monton de ruinas y escombros.

Tomó José, al desocupar á Burgos, la ruta de Vitoria, yendo por Pancorbo y Miranda de Ebro, si bien no muy de prisa. Era su propósito trasladarse al otro lado de este rio para poner mas en resguardo las estancias de su ejército, aproximándole á la raya de Francia, y engrosándole, ademas, con el suyo del Norte, y otras tropas que lidiaban en aquel distrito. Desbaratar en todo ó en parte semejantes intentos, y asegurar sin tropiezo el paso del Ebro, debia ser la mira del general británico, para aprovechar despues la primera oportunidad de combatir con ventaja. Tal fue, en efecto, no teniendo que hacer para alcanzarla más que perseverar en el plan de marchas y movimientos que desde un principio habia trazado. Firme en él, dispuso que su izquierda siguiese maniobrando para amagar siempre la derecha enemiga, y ganarle á veces la delantera. Así fué que dicha izquierda buscó la ribera alta del Ebro para pasarla, marchando á su derecha no muy lejos con el centro lord Wellington, y despues á las inmediaciones y siniestro lado de la carretera que va á Pancorbo y Miranda el general Hill. Tocando ya al Ebro todo el ejército, lo cruzaron el 14 por

Polientes los españoles del mando de D. Pedro Agustín Giron, que formaban el extremo del batallón de Graham, y cruzóle tambien el mismo general por San Martín de Linés, lugares ambos situados en el valle de Valderredible. Las tropas aliadas, con Wellington é Hill á la cabeza, atravesaron el Ebro el 15: algunas por los mismos parajes que Graham y los españoles, mayor número por Puente de Arenas, en la margen de Valdivielso. Al dia siguiente todo el ejército movió sobre la derecha, si bien apartándose bastante los españoles, que tuvieron órden de marchar á la izquierda por el valle de Mena con destino á Valmaseda, adonde llegaron el 18. Agregóse á Graham en Medina de Pomar D. Francisco Lacy con su division.

La marcha fué en realidad penosa, señaladamente en los ultimos dias; los caminos, áspereamente impracticables para el carruaje, estaban aharrados con las copiosas lluvias que sobrevinieron, dando á menudo el brazo del gastador que allanase el terreno, y aun abrir paso que franquease la marcha al soldado, y diese á la artillería transitable. Hubo escasez de víveres, y á veces apuro de abrigo por la prisa del caminar, la pobreza de la tierra y la devastacion que habia producido guerra prolongada; pero hizo todo verdadero con la esperanza de un cambio próximo y venturoso, dondo por medio de inmediatos triunfos.

Azóró á los franceses y los desconcertó el andar de los aliados, y el verlos al otro lado del Ebro, casi impensadamente, teniendo con el desistir de cualquiera empresa enderezada á defender el paso de aquel rio. Por tanto, el dia 18 el grueso del ejército enemigo de Pancorbo, de sólo de guarnicion en el castillo sobre 1.000 hombres, y se encaminó á Vitoria. Al avanzar los aliados, tenian de observacion los franceses algunos cuerpos apostados en Fria y en Espejo, que llegaron el 18 á San Millán y á Osma de Alava. Atacó á los primeros el general Alten, y los derrotó, cogiéndoles 300 prisioneros; obligó á Graham á retirarse, acometiendo el 19 Wellington mismo, asistido de sir Lowry Cole, á la retaguardia francesa, situada en Subijana de Morillas y cercada, con la dicha de forzarla á desamparar el puesto, y á que buscase abrigo en el grueso de su ejército, que venia de Pancorbo. Esta aparicion repentina é inesperada de los aliados en las montañas de Vizeaya y Alava, y el haberse aproximado á Bilbao, hallándose ya en Valmaseda el centro del mismo ejército español bajo las órdenes de D. Pedro Agustín Giron, impelió igualmente á los franceses á reconcentrar las fuerzas suyas de aquellas partes conservando sólo los puntos de la mayor importancia, y abandonando los que no lo eran tanto. Con este propósito embarcaron los franceses el 22 de Junio con premura la guarnicion de Castro-Urdiales, trasladándola á Santoña, que avituallaron convenientemente, y en breve tambien dejaron libre Guetaria, manteniéndose firmes en Bilbao, donde se alojaban italianos de los que Palombini, ahora ya ausente, habia traído de Castilla. P. y., que recorría ántes la tierra, tomó asimismo disposiciones análogas, segun veremos despues. Bloqueaba á Santoña D. Gabriel de Mendizábal con parte de la optima division del cuarto ejército, ó sean batallones de las provincias Vascongadas.

De este relato colgese claramente la situación respectiva de los ejércitos enemigos, y cuán próxima se anunciaba una batalla campal. Describáse

lord Wellington, y para empeñarla había tratado de reconcentrar sus fuerzas, algo desparramadas, llamando á sí la izquierda extendida hasta Valmaseda, y haciéndola venir por Orduña y Munguía sobre Vitoria. Tenía el general inglés su centro y sus cuarteles el 20 en Subijana de Morillas, no lejos de su derecha, manifestándose todo el ejército muy animoso é impaciente de que se trabase pelea. Ocupaban ya entonces los franceses, mandados por José, las orillas del Zadorra y cercanías de Vitoria.

El modo glorioso y feliz con que en ménos de un mes habían los aliados llevado á cabo una marcha que, concluyendo en las provincias Vascongadas, había empezado en Portugal y en los puntos opuestos y distantes de Galicia, Asturias y Extremadura, alentaba á todos, recreándose de antemano con la placentera idea de una victoria completa y cercana. Más de una vez hemos oído de boca de lord Wellington en conversacion privada, que nunca había dudado del buen éxito de la accion que entonces se preparaba, seguro de los bríos y concertada disciplina de sus soldados. Tan ilustre caudillo acreció justamente su fama en el avance y comienzo de esta nueva campaña. Calcular bien y con tino las marchas, anticiparse á los designios del enemigo y prevenirlos, tener á éste en continua arma y recelo, y obligarle á abandonar casi sin resistencia sus mejores puestos, estrechándole y jaqueándole siempre, digámoslo así, por su flanco derecho, manobras son de superior estrategia, merecedoras de eterno honor; pues en ellas, según expresaba el mariscal de Sajonia, aunque en lenguaje más familiar, consiste el *secreto de la guerra*.

Enfrente ahora uno de otro los ejércitos combatientes, parecía ser ésta ocasion de hablar de la batalla que ambos trabaron luego. Mas suspendiémoslo por un rato, antes á echar ántes una ojeada sobre la evacuacion de Madrid, y ocurriencias habidas con este motivo.

Desde el tiempo en que José saliera de aquella capital en Marzo, fueron tambien retirándose muchas de las tropas francesas que allí había, quedando reducido á número muy corto las que se alojaban en toda Castilla la Nueva. Motivo por el cual los invasores trataron con más miramiento y menor dureza á los vecinos, aunque no por eso dejaron de gravarlos con contribuciones extraordinarias y pesadas. Mandaba últimamente en Madrid el general Hugo, y á él le tocó evacuar por postrera vez la capital del reino. Refiere éste en las Memorias que ha escrito lo que entonces le acaeció, y entre otras cosas cuenta (3) que poco ántes de su salida habíansele hecho proposiciones, de que tuvo noticia José, según las cuales ofrecia pasarse á las banderas del intruso un cuerpo entero del ejército español. Presumimos quiera hablar del tercero, como mas inmediato. El Duque del Parque le mandaba, y guiaban sus divisiones generales fieles siempre, honrados y de prezo; y si lo fueron en los dias de mayor tribulacion para la patria, ¿qué traza lleva que pudieran variar y tener aviesos intentos en los de prosperidad y ventura? Ahora ni el interés hubiera estimulado á ello á hombres que fuesen de poco valer y baja ralea, cuánto ménos á caudillos ilustres, de muchos servicios y de esforzados pechos! Nosotros hemos tratado de apurar la verdad del hecho, y ni siquiera hemos hallado el menor indicio ni rastro de tan extraña negociacion, y eso que nos hemos informado de personas imparciales

muy en disposicion de saber lo que pasaba. Creemos, por tanto, que hay grave error en el aserto del general francés, haciéndolo la merced, para disculpar su proceder liviano, de que sorprendieron su buena fe embaidores ó falsos mensajeros.

El embargo de caballerías y carruajes, anunciador de la partida de los enemigos y sus secuaces, empezó el 25 de Mayo, y el 27 quedó evacuada del todo la capital, rompiendo el 26 la marcha un convoy numerosísimo de coches y caleasas, de galeras, carros y acémilas, en que iban los comprometidos con José, sus familias y enseres, y ademas el despojo que los invasores y el gobierno intruso hicieron de los establecimientos militares, científicos y de bellas artes, y de los palacios y archivos; despojo que fué esta vez más colmado, porque sin duda le consideraron como que seria el último y de despedida.

Había comenzado el primero ya desde 1808, y se había extendido á Toledo, al Escorial y á las ciudades y sitios que encerraban, en ambas Castillas, así como en las Andalucías y otras provincias, objetos de valor y estíma. Recogió Murat en su tiempo varios de ellos, principalmente del real palacio y de la casa del Principe de la Paz, parando mucho su consideracion los cuadros del Corregio, de que casi se llevó los pocos que España poseía, entre los cuales merece citarse el llamado *la Escuela del amor* (4), que fué de los duques de Alba, prodigiosa obra de aquel inimitable ingenio.

Después contóse entre las señaladas rapiñas la que verificó cierto general francés muy conocido, en el convento de dominicas de Locches, lugar de la Alcarria, y fundacion del Conde-Duque de Olivares, de donde se llevó afamados cuadros de Rubens (5), que, al decir de D. Antonio Ponz, eran de lo más bello de aquel artificio en lo acabado, expresivo, bien compuesto y colorido (6).

En Toledo, si bien las producciones del Greco, de Luis Tristan y Juan Bautista Maino estuvieron más al abrigo del ojo escudriñador del francés, no por eso dejaron de sentirse allí pérdidas muy lamentables, pues en 1808 estrenáronse las tropas del mariscal Victor con poner fuego, por desequido á de propósito, al suntuoso convento franciscano de San Juan de los Reyes, que fundaron los católicos monarcas D. Fernando y doña Isabel, cuyo edificio se aniquiló, desapareciendo entre las llamas y escombros su importantísimo archivo y librería; y ahora para despedirse, en 1813, los soldados del invasor, que á lo último ocuparon la ciudad, quemaron en gran parte el famoso alcázar, obra de Carlos V. y en cuyo trazo y fábrika tuvieron parte los insignes arquitectos Covarrubias, Vergara y Herrera. Que no parece sino que los franceses querían celebrar sus entradas y salidas en aquel pueblo con luminarias de destruccion.

(4) El cuadro de *La Escuela del Amor* está ahora en Londres, en el museo que se llama *National Gallery*, en la calle de Pall Mall. Lo vendió en Viena, según no han formado duda con el *Exce Homo* del mismo autor, por el conde del palacio de Colonna en Roma, la viuda de Murat al actual Marqués de Lamberville, por 11 mil quinientas. El de *La Escuela del Amor*, tambien del Corregio, que perteneció al palacio real de Madrid, lo tiene al presente el Duque de Wellington. Hay una reproducción de este cuadro en la *National Gallery*, como igualmente una *Suma Finita* del mismo Corregio, que estaba en el estado palacio de Madrid en tiempo de Carlos IV.

(5) Estos cuadros han sido vendidos en los años últimos por ocho mil libras esterlinas (entre unos 80000 rs. vs.) á lord Grosvenor, marqués de Westminster, excepto el del *Triunfo de la Religión*, que estaba en el antiguo senado, y se halla colocado ahora en el museo del Louvre.

(6) *Viaje de España*, de D. Antonio Ponz, tomo I, carta 6.^a

(3) *Mémoires du général Hugo*, tom. III, chap. XXXII.

blar de otras, indicáremos el desaparecimiento por algunos años de tres pinturas de Rubens, muy famosas y de primer orden, que adornaban el retablo mayor y los dos colaterales del convento de religiosas franciscanas de la villa de Fuensaldaña (9).

No íbamos más allá en nuestro escudriñamiento sobre tanto saqueo y despojos, que ya parecían á algunos furra de lugar; si bien en medio del ruido y furor belico no espacia el ánimo y descansaba hablando de otros asuntos, y sobre todo del ameno y suave de bellas artes, aunque sea para lamentar robos y pérdidas de obras maestras y su alejamiento del suelo patrio.

Cierto que mucha de tanta riqueza yacía como suelta y desconocida, ignorando los extraños la perfección y muchedumbre de los pintores de nuestra escuela. El que se difundiesen ahora sus producciones por el extranjero los sacó de oscuridad y les dio nuevo lustre y mayores timbres á la admiración del mundo; resultando así un bien real y fructuoso de la misma ruina y escandaloso pillaje. Madrid España de esclarecidos ingenios, dominadora en Italia y Flandes cuando florecían allí los más célebres artistas de aquellos estados, recogió inmenso tesoro de tales bellezas, guardándolas en sus templos y palacios. Mucho le queda aún á pesar de haber soltado los diques á la salida, ya la guerra, ya la desidia de unos y otros, y codicia de otros. Tiempo es que los repare y cierre el amor bien entendido de las artes y la esperanza de días más venturosos.

Desgraciadísimos los de entonces, no lo fueron menos para ambas Castillas en la exacción de pesadas contribuciones impuestas por los franceses durante los años que las dominaron. Difícil es formar un cómputo exacto de su total rendimiento; pero por datos y noticias que han llegado hasta nosotros, asegurar podemos que excedieron, habida la proporción conveniente, á lo que importaron las de la Andalucía, por la permanencia más larga en ellas del enemigo, y el continuado y afanoso pelear.

Luego que evacuó el 27 de Mayo á Madrid el general Hugo, entraron allí partidas de guerrillas que azechaban la marcha de los franceses, volviendo á poco las autoridades legítimas que antes se habían alejado. Nada á su regreso ocurrió muy de contar.

Hugo, superando obstáculos, traspasó el Guadarrama, y tomando desde la fonda de San Rafael camino de travesía, se dirigió á Sigüenza, y en seguida á Cuéllar, en donde pensó tener que defenderse contra las guerrillas, guardándose en su castillo, antiguo y bueno, fundado en paraje elevado, con dos galerías alta y baja, construídas por don Beltrán de la Cueva, en que se custodiaba una armería célebre de la casa de los duques de Alburquerque, extraviada ó destruída en parte interin que duró la actual guerra. No tuvo el general francés que rendir á este medio peligroso, que le hubiera retardado en su marcha y quizá comprometido, uno que valiéndose de atildos y mudando á veces los días de ruta que José le había tra-

zado, y á las horas, aceleró el paso, consiguiendo cruzar el Duero por Tudela, de noche y tan á tiempo, que mayor demora le hubiera privado de aquel puente, reparado sólo con tableros, y al que á su llegada iban á prender fuego las últimas tropas de su nación que se retiraban. Juntose el convoy enemigo al grueso de su ejército en Valladolid, y salvóse entonces, si bien después pereció en parte, ganada que fué la batalla de Vitoria. Le mandó Hugo hasta llegar á la ciudad de Burgos.

La evacuación de Madrid permitió disponer del tercer ejército, que había avanzado á la Mancha, y también del de reserva, organizado en Andalucía por el Conde del Abisbal. El primero partió la vuelta de Valencia, uniéndose el 6 de Junio en Alcañices y Concentinaba al segundo ejército, con el cual, por resolución de Wellington, debía maniobrar ahora para impedir destacase Suchet fuerzas contra las tropas combinadas que hidaban en el Ebro, sin perjuicio de que se juntasen más adelante con estas mismas, según lo verificó. El segundo, saliendo de Andalucía, marchó por Extremadura, camino más resguardado, y se enderezó á Castilla la Vieja. Llegó allí cuando los aliados estaban ya muy adentro, y en completa retirada los franceses, penetrando en Burgos por los días 24 y 25 de Junio. Encargó lord Wellington estrechar el castillo de Pancorbo hasta tomarle; en donde los enemigos habían dejado de guarnición, conforme apuntamos, unos 1.000 hombres.

Reconcentradas de este modo las fuerzas de la Península, amigas y enemigas, y agrupadas todas, por decirlo así, en dos principales puntos, que eran, uno, las inmediaciones del Ebro y provincias Vascongadas, y otro, la parte oriental de España, írase simplificando nuestra narración, y convirtiéndose cada vez más en guerra regular lucha tan empeñada.

Dejamos á los ejércitos combatientes próximos uno á otro y dispuestos á trabar batalla en las cercanías de Vitoria, ciudad de once á doce mil habitantes, situada en terreno elevado y en medio de una llanura de dos leguas, terminada de un lado por ramales del Pirineo, y del otro por una sierra de montes que divide la provincia de Alava de la de Vizcaya. Tenían los aliados reunidos, sin contar la división de D. Pablo Morillo y las tropas españolas que gobernaba el general Giron, 60.440 hombres, 35.400 ingleses, 25.360 portugueses, y de ellos 9.290 de caballería. La sexta división inglesa en número de 8.300 hombres, se había quedado en Medina de Pomar.

Mandaba á los franceses José en persona, siendo su mayor general el mariscal Jourdan. Su izquierda, compuesta del ejército del Mediodía bajo las órdenes del general Gazan, se apoyaba en las alturas que lempere en la Puebla de Arganzón, distándose por el Zadorra hasta el puente de Velodas. A la siniestra margen del mismo río, siguiendo una colina, alojábanse su centro, formado del ejército que llevaba el mismo título y dirigía Drouot, con el d'Erton; estribando principalmente en un cerro muy artillado, de figura circular, que domina el valle á que Zadorra da nombre. Extendíase su derecha al pueblo de Abocero, más allá de Vitoria, y constaba del ejército de Portugal, gobernado por el Conde de Reillo. Todos tres cuerpos tenían sus reservas. Abrazaba la posición cerca de tres leguas, y cubre á los caminos reales de Bilbao, Bayona, Lezto y Madrid. Su fuerza era algo inferior á la de los aliados, ausente en la costa Foy y los italianos, ocupa-

(9) Fotos entre otros en extra copias del convento de Fuensaldaña el 11 de Agosto de 1802, y se trasladaron á Madrid, la donde permanecieron hasta el año de 1814, que fueron por último á el conde de Alcañices.

Alto certamen de los ejércitos franceses y los aliados en la batalla de Vitoria, el 21 de Junio de 1813, en la que se destruyeron los ejércitos de los franceses y los aliados. Al día de mañana, y en celebraciones celebradas el 11 de Agosto de 1817, á expensas del general de Tolosa D. Pedro Antonio Sarratea Verón, (Verón de Tolosa por la abdicación de Fernando VII, se dio el nombre de San Felipe Neri, en 11 de Julio de 1838).

do Clausel en perseguir á Mina, y Mancaño en escoltar un convoy que se enderezaba á Francia.

Proponíase José guardar la defensiva, hasta que todas ó la mayor parte de las tropas suyas que estaban allí separadas se le agregasen, para lo que contaba con su ventajosa estancia y con el pausado proceder de Wellington, que equivocadamente graduaban algunos de prudencia excesiva. Sustentábase en su pensamiento el mariscal Jourdan, hombre irresoluto y espacioso hasta en su dafío, y más ahora que recordaba pérdidas que padeció en Angsborg y Wurtzburgo por haber entónces destacado fuerzas del cuerpo principal de batalla.

También Wellington titubeaba sobre si emprendería ó no una acción campal, y proseguía en su incertidumbre, cuando hallándose en las alturas de Nanclores de la Oca, recibió aviso del alcalde de San Vicente de cómo Clausel había llegado allí el 20, y pensaba descansar todo aquel día. Al instante determinó acometer el general inglés, calculando los perjuicios que resultarían de dar espera á quo los enemigos tuviesen tiempo de ser reforzados.

Rompió el ataque desde el río Bayas, moviéndose primero al despuntar de la aurora del día 21 de Junio la derecha aliada, que regía el general Hill. Consistió su fuerza en la segunda división británica, en la portuguesa del cargo del Conde de Amarante, y en la española que capitaneaba D. Pablo Morillo, á quien tocó empezar el combate contra la izquierda enemiga, atacando las alturas: ejecutólo D. Pablo con gallardía, quedando herido, pero sin abandonar el campo. Reforzados los contrarios por aquella parte, sostuvo Hill también á los españoles, los cuales consiguieron al fin, ayudados de los ingleses, arrojar á los franceses de las cimas. Entónces Hill cruzó el Zadorra en la Puebla, y embocándose por el desfiladero que forman las alturas y el río, embistió y ganó á Subijana de Alava, que cubría la izquierda de las líneas del enemigo, quien conociendo la importancia de esta posición trató en vano de recuperarla, estrellándose sus ímpetus y repetidas tentativas en la firmeza inmutable de las filas aliadas.

Movióse también el centro británico, compuesto de las divisiones tercera, cuarta, séptima y ligera. Dos de ellas atravesaron el Zadorra tan luego como Hill se enseñoreaba de Subijana, la cuarta por el puente de Nanclores, la ligera por Tres Puentes, llegando casi al mismo tiempo á Mendoza la tercera y séptima, que guiaba lord Dalhousie, cruzando ambas el Zadorra por más arriba; siendo de notar que no hubiesen los franceses roto ninguno de los puentes que franquean por allí el paso de aquel río: tal era su zozobra y apresuramiento.

Puesto el centro británico en la siniestra orilla del Zadorra, debia proseguir en sus acometimientos contra el enemigo y su principal arrimo, que era el cerro artillado. Providenciolo así Wellington, como igualmente que el general Hill no cesase de acosar la izquierda francesa, estrechándola contra su centro, y descantillando á éste, si ser podía. Mantuvieronse firmes los contrarios, y forzados se vieron los ingleses á acercar dos brigadas de artillería que batiesen el cerro fortalecido. Al fin cedieron aquéllos, si bien después de largo lidiar, y en centro é izquierda replegaronse vía de la ciudad, dejando en poder de la tercera división inglesa 18 cañones. Prosiguieron los aliados avanzando á Vitoria, formada su gente por escalones en dos y tres líneas; y los franceses, no desconcertados aún del todo, recogían también en buen orden, sacando ventaja de cualquier descuido, según aconteció con la brigada del general

Colville, que más adelante desvióse, y le costó su negligencia la pérdida de 550 hombres.

Mientras que esto ocurría en la derecha y centro de los aliados, no permanecía ociosa su izquierda, junta toda ó en inmediato contacto; porque la gente de D. Pedro Agustín Giron, que era la apostada más léjos, saliendo de Valnaseda llegó el 20 á Orduna yendo por Amurrio, y al día siguiente continuó la marcha, avistándose su jefe, el día 21, con el general Graham en Murguía. Allí conferenciaron ambos breves momentos, aguijado el inglés por las órdenes de Wellington para tomar parte en la batalla ya empezada; quedando la incumbencia á don Pedro de sustentar las maniobras del aliado, y entrar en lid siempre que necesario fuese.

No antes de las diez de la mañana pudo Graham llegar al sitio que le estaba destinado. En él tenían los enemigos alguna infantería y caballería avanzada sobre el camino de Bilbao, descansando toda su derecha en montes de no fácil acceso, y ocupando con fuerza los pueblos de Gamarra Mayor y Abecchuco, considerados como de mucha entidad para defender los puentes del Zadorra en aquellos parajes. Atacaron las alturas por frente y flanco la brigada portuguesa del general Pack y la división española de D. Francisco Longa, sostenidas por la brigada de dragones ligeros á las órdenes de Anson, y la quinta división inglesa de infantería, mandada toda esta fuerza por el mayor general Oswald. Portáronse valientemente españoles y portugueses. Longa se apoderó del pueblo de Gamarra Menor, enseñoreándose del de Gamarra Mayor, con presa de tres cañones, la brigada de Robinson, que pertenecía á la quinta división. Procedió Graham en aquel momento contra Abecchuco, asistido de la primera división británica, y logró ganarle cogiendo en el puente mismo tres cañones y un obús. Temiendo el enemigo que dueños los nuestros de aquel pueblo quedase cortada su comunicación con Bayona, destacó por su derecha un cuerpo numeroso para recuperarla. En balde empleó sus esfuerzos: dos veces se vió rechazado, habiendo Graham provisoriamente y con prontitud atronado las casas vecinas al puente, plantado cañones por los costados, y puesto como en celada algunos batallones, que hicieron fuego vivo detras de unas paredes y vallados. Logró con eso el inglés repeler un nuevo y tercer ataque.

Pero no le pareció aún cuerdo empeñar refriega con dos divisiones de infantería que mantenían de reserva los franceses en la izquierda del Zadorra, aguardando para verificarlo á quo el centro é izquierda de los enemigos fuesen arrojados contra Vitoria por el centro y derecha de los aliados. Sucedió esto sobre las seis de la tarde, hora en que abandonando el sitio las dos divisiones citadas, temerosas de ser embestidas por la espalda, pasó Graham el Zadorra, y asentóse de firme en el camino que de Vitoria conduce á Bayona, compeliendo á toda la derecha enemiga á que fuese vía de Pamplona.

No hubo ya entónces entre los franceses sino desorden y confusión: imposible les fué sostenerse en ningún sitio, arrojados contra la ciudad ó puestos en fuga desalentadamente. Abandonáronlo todo, artillería, bagajes, almacenes, no conservando más que un cañón y un obús. Perdieron los enemigos 151 cañones y 8.000 hombres entre muertos y heridos; 5.000 no completos los aliados, de los que 3.200 eran ingleses, 1.000 portugueses y 600 españoles. No más de 1.000 fueron los prisioneros, por la precipitación con que los enemigos se pusieron en

cobro al ser vencidos, y por ampararlos lo áspero y doblado de aquella tierra. José, estrechado de cerca, tuvo al retirarse que montar á caballo y abandonar su coche, en el que se cogieron correspondencias, una espada que la ciudad de Nápoles le había regalado, y otras cosas de lujo y curiosas, con alguna que la decencia y buenas costumbres no permiten nombrar.

Igual suerte cupo á todo el convoy que estaba á la izquierda del camino de Francia, saliendo de Vitoria. Era de grande importancia, y se componía de carruajes y de varios y preciosos enseres pertenecientes á generales y á personas del séquito del intruso; también de artillería allí depositada, y de cajas militares llenas de dinero, que se repartieron los vencedores, y de cuya riqueza alcanzó parte á los vecinos de la ciudad y de los inmediatos barrios. Establecióse en el campo un mercado á manera de feria, en donde se trocaba todo lo aprehendido, y hasta la moneda misma, llegando á ofrecerse ocho duros por una guinea, como de más fácil transporte. Perdido quedó igualmente el baston de mando del mariscal Jourdan, que viniendo á poder de lord Wellington, hizo éste con él rendido y triunfal obsequio al príncipe regente de Inglaterra, quien remuneró al ilustre caudillo con el de feld-mariscal de la Gran Bretaña, merced otorgada á pocos.

¿Qué de pedrería y alhajas, qué de vestidos y ropas, qué de caprichos al uso del día, qué de bebidas también y manjares, qué de municiones y armas, qué de objetos, en fin, de vario linaje no quedaron desamparados al arbitrio del vencedor, esparcidos muchos por el suelo, y alterados despues á destruidos! Alónitos igualmente andaban y como espantados los españoles del bando de José que seguían al ejército enemigo, y sus mujeres y sus niños, y las familias de los invasores, poniendo unos y otros en el cielo sus quejidos y sus lamentos. Quién lloraba la hacienda perdida, quién al hijo extraviado, quién á la mujer ó al marido amenazados por la soldadesca en el honor ó en la vida. Todo se mezcló allí y confundió. Aquel sitio representábase caos de tribulación y lágrimas, no liza sólo de varonil y carnicero combate.

Quiso lord Wellington endulzar en algo la suerte de tanto infeliz enviando á muchos, en especial á las mujeres de los oficiales, á Pamplona con bandera de tregua. Y esmeróse en dar á la Condesa de Gazan particular muestra de tan caballeresco y cortesano porte, poniéndola en libertad despues de prisionera, y permitiéndola, además, ir á juntarse con su esposo, conducida en su propio coche, que también había sido cogido con la demás presa.

Asemejóse el campo de Vitoria en sus despojos á lo que (10) Plutarco nos ha transmitido del de la batalla de Iso, teniendo sólo los nuestros menor dicha en no haber sido completa la toma del botín, como entonces lo fué con la entrega de Damasco, pues

(10) Δαρσίον μὲν οὐκ εἶδε..... τὸ δὲ ἔργον καὶ τὸ τέλος αὐτοῦ ὁ γὰρ ἐπὶ τὴν ἐπὶ τὴν κατὰ τὸν Μανδάνου τὸν μὲν ἄλλον, κλοῦτον ἐκ τοῦ βαρβαρικοῦ στρατοπέδου, εἰσόντας καὶ θύοντας ὑπερβάλλοντα τῇ κατὰ τοὺς ἐπὶ τὴν μάχην ὁμαρομένην, καὶ τὰ πλεία τῆς ἀποσκευῆς ἐν Δαμασκῷ καταλιπόντων.....

(Y más adelante.)

Μετά δὲ τὴν μάχην τὴν ἐν Ἰσῷ κέρφας, ἐλ: Δαμασκὸν λαβὼν τὰ γένηματα καὶ τὰς ἀποσκευάς, καὶ τὰ τίνα καὶ τὰς γυναῖκας τοῦ Περσῶν καὶ πλεία μὲν ἀνελήθησαν οὐ τὴν Θεσσαλίαν λαβόντες..... ἐνελήθη δὲ καὶ τὸ λοιπὸν τυπὸς καὶ κρατέσθων. (Αἰγιάδου.)

ahora salvóse una parte en un gran convoy que salió de Vitoria, escoltado por el general Maucune, á las cuatro de la mañana del mismo día 21. En él iban los célebres cuadros del Ticio y de Rafael expresados ántes, muestras y ejemplares del gabinete de Historia Natural, y otros efectos muy escogidos. Impidieron el alcance y el entero apresamiento del convoy refuerzos que esto recibió, y azares de que luego daremos cuenta.

Han comparado algunos esta jornada de Vitoria á la que no lejos del propio campo vió España en el siglo XIV, en cuya contienda también se trataba de la posesión de un trono, apareciendo por un lado ingleses y el rey D. Pedro, y por el otro franceses y D. Enrique el Bastardo. Pero si bien allí, según (11) nos cuenta la crónica, empezaron las escaramuzas cerca de Arifuez, y por lo mismo en paraje inmediato al sitio de la presente batalla, en un recuento que desde entonces lleva en el país el nombre de *Inglesmendi*, que quiero decir en vascuence *Cerro de los ingleses*, no se empeñó formalmente aquella sino en Navarrete y márgenes del Najerilla, no siendo tampoco exacto ni justo formar parangón entre causas tan desemejantes y entre príncipes tan opuestos y encontrados por carácter y origen.

Golpe terrible fué para los franceses la pérdida de batalla tan desastrosa, viéndose desnudos y desposeídos de todo, hasta de municiones, y acabando por destruirse la disciplina y virtud militar de sus soldados, ya tan estragada. Sus apuros, en consecuencia, crecieron en sumo grado, porque abandonadas tantas estancias en lo interior de España, no defendidas las del Ebro, y repelidos y deshechos sus batallones en el país quebrado de las provincias Vascongadas, nada les quedaba, ni tenían otro recurso sino evacuar á España, y sustentar la lid dentro de su mismo territorio. Notable mudanza ó trastocamiento, que convertía en invadido al que se mostraba poco ántes invasor altanero.

Por tan señalada victoria vióse honrado lord Wellington con nuevas mercedes y recompensas, además de la del cargo de feld-mariscal de que ya hemos hecho mención. El Parlamento británico votó acción de gracias á su ejército, y también al nuestro; lo mismo las Cortes del reino, las que, á propuesta de D. Agustín de Argüelles, concedieron á lord Wellington por decreto de 22 de Julio, para sí, sus herederos y sucesores, el sitio y posesión real conocido en la vega de Granada bajo el nombre del *Soto de Roma*, con inclusión del terreno llamado de las *Chanchinas*, dádiva generosa, de rendimientos pingües.

Vióse también justamente galardonado, si bien de otra manera, el general D. Miguel de Álava, recibiendo del Ayuntamiento de Vitoria, á nombre del vecindario, una espada de oro, en que iban esculpidas las armas de su casa y las de aquella ciudad, de donde era natural. Testimonio de amor y reconocimiento muy grato al General, por haber conseguido la eficacia y celo de éste preservar á sus compatriotas de todo daño y tropelías despues de la batalla dada casi á sus puertas.

Encomendóse al centro y derecha del ejército aliado la persecución del grueso del enemigo, que se retiraba en desórden camino de Pamplona, quemando, asolando y cometiendo mil estragos en los pueblos del tránsito. Una intensa lluvia, que duró

(11) Crónica del rey Don Pedro, por D. Pedro Lopez de Ayala, año xxviii, desde el cap. IV hasta el XIV inclusive; y el *Diccionario geográfico histórico de España*, por la Real Academia de la Historia, sec. 1.ª, tomo 1, art. Arifuez.

dos días, estorbó á lord Wellington acosar más de cerca á sus contrarios, los cuales iban tan de prisa y despavoridos, que al llegar á Pamplona quisieron saltar por cima de las murallas, estando cerradas las puertas, y deteniéndolos sólo el fuego que les hicieron de dentro. Celebraron allí los jefes enemigos un consejo de guerra en que trataron de volar las fortificaciones y abandonar la plaza. Opúsose José, pensando sería útil su conservación para proteger la retirada y no causar en los suyos mayor desánimo; mandando, de consiguiente, abastecerla de cuanto á la fuerza ó de grado pudiera recogerse en aquellos contornos; último acto de soberanía que ejerció, instable siempre la suya, transitoria y casi en el nombre. Llegaron los aliados á la vista de Pamplona en sazón en que no estaba aún lejana la retaguardia francesa, que caminaba, como lo demuestran del grueso de su ejército, en busca de la tierra nativa.

En tanto que así obraba el centro y derecha de los aliados, otra incumbencia cupo á toda la izquierda. La parte de ésta que se componía de las tropas españolas bajo D. Pedro Agustín Giron, y la división que se le agregó de D. Francisco Longa, tuvieron orden de dirigirse por la calzada que va de Vitoria á Irun tras del convoy que había salido de aquella ciudad en la madrugada del 21; y así lo verificaron el 22, aunque tarde, aguardando subsistencias, y forzados también á contramarchar durante corto rato, por la voz esparcida de que Clausel se hallaba próximo con rumbo á Vitoria: incidentes que retrasaron algo en aquel día el movimiento del general Giron, si bien la presencia de la fuerza de Longa, que iba delantera, aceleró la partida de los enemigos de Mondragón, á quienes se cogieron 90 prisioneros, quedando herido levemente el general Foy, y 800 hombres fuera de combate.

Y noticioso Wellington de que los españoles de Giron podrían tener que habérselas, no solo con la división francesa de Maucune que escoltaba el convoy ántes expresado, sino además con Foy y los italianos, determinó que Graham, con toda la izquierda británica, fuese en apoyo de los nuestros, tomando la ruta traviesa del puerto de San Adrián, que enlaza el camino real de Irun con el de Pamplona, y que se enderezase á Villafranca, poniéndose, si dable fuera, á la espalda del general Foy. Dilación en el recibo de las órdenes, el mal tiempo y lo perdido de aquel camino, de suyo árido y muy escabroso, no consintieron que sir Thomas Graham se menase tan pronto como era de desear.

Bien le vino á Foy la tardanza para proceder más desahogadamente. Este general, de condición activa y emprendedora, no había descansado desde el momento en que tomó á Castro-Urdiales, afanado de continuo en perseguir á los batallones vascos, en cuyas peleas distinguíase por nuestra parte el coronel D. Antonio Cano. Nada importante había Foy alcanzado cuando José le ordenó acudir á Vitoria en socorro suyo. Apresuróse Foy á cumplir con lo que se le prevenía, y se colocó entre Plasencia y Mondragón, llamando á sí, para engrasar su gente, las guarniciones de varios puntos fortalecidos. Entre ellas contábase como de las principales la de Bilbao, en donde estaban los italianos y el general Rouget, quienes el 20 evacuaron la villa, y tan de prisa, que si bien clavaron la artillería, dejaron intactas las fortificaciones, aguijados por las órdenes de Foy, y también por D. Gabriel de Mendizábal, que dejando alguna fuerza en el bloque de Santoña, uniéndose sobre aquella comarca con

casi toda la séptima división, que componían los batallones vascos.

Unieronse los italianos y franceses en Vergara, á cuyo movimiento, feliz para ellos, favoreció mucho la resistencia que, aunque costosa, hizo al efecto en Mondragón el general Foy. Este capitaneó en seguida la retirada de aquellas tropas, que juntas ascendían á 12.000 hombres, con gran valor y presencia de ánimo, desvelándose por su conservación, expuesta bastante, porque amenazábalos por el frente D. Pedro Agustín Giron, y por la espalda el general Graham. Afortunadamente para Foy, libró de infausto suceso su presteza, y la tardanza en la marcha del inglés, nacida de lo que hemos apuntado. Por manera que al llegar Graham á Villafranca, encontráse el día 24 de Junio solo ya con la retaguardia enemiga, desalojada también en breve de los puestos que ocupaba á la derecha del Oría, fronteros al pueblo de Olaverria. Sitúronse en seguida cerca de Tolosa de Guipúzcoa todas las fuerzas que gobernaba Foy, cubriendo el camino de Francia y el que de allí se dirige á Pamplona, con ademan de hacer rostro á los aliados. Aquella noche se unió al general Graham la división de Longa y tres cuerpos de la gente de don Pedro Agustín Giron, quien maniobró acertadamente al avanzar á Vergara, destacando por su derecha, camino de Olite, al citado Longa con intento de que apretase al enemigo por su flanco izquierdo del lado de la cuesta de Descarga. Evolución que aceleró la marcha de los enemigos y los molestó.

Tratóse ahora de ahuyentar de Tolosa al francés, y de ensañar la posición que ocupaba. Entre seis y siete de la tarde del día 25 empezó el ataque general. Apoyábase la izquierda del enemigo en un reducto casi inexpugnable, contra cuyo punto marchó Longa por Alzo sobre Lizarza; descansaba su derecha en una montaña que cortaba por el frente un profundo y enrisado barranco, y se encargó á D. Gabriel de Mendizábal, que se había adelantado de Azpeitia, el maniobrar por este lado del mismo modo que Longa por el opuesto. Enseñoreaban además los franceses la cima de una montaña interpuesta entre las carreteras de Vitoria y Pamplona, de donde los arrojó con gran valor y maestría el teniente coronel británico de nombre Williams. Perdieron también los enemigos las demás posiciones, atacadas vigorosamente por todas las tropas combinadas, distinguiéndose las españolas en varios parajes. Foy, presente en muchos, hizo en todos gloriosa y atinada resistencia. Al fin abrigóse á la villa, la cual hallábase fortificada, y era arduo tomarla, y más de rebato. Las puertas de Castilla y Navarra barreadas, y aspilleros los muros, diversos conventos y edificios fortalecidos, dándose entre sí la mano, y además, en la plaza ó centro un fortín portátil de madera, á traza de los fijos, y por lo común de piedra ó material, que ahora llaman *blockhaus*; formando el todo un conjunto de defensas, que podía ofrecer resistencia vigorosa y larga. Sin embargo, acometida de firme la villa, abandonáronla los franceses y la entraron los aliados, ya muy de noche, con aplauso y universales vítores de los vecinos.

Se replegó á Andoain el general Foy y cortó el puente; deteniéndose Graham dos días en Tolosa, por querer cerciorarse ántes del avance de Wellington por su derecha, camino de Pamplona. Don Pedro Agustín Giron paróse menos, y prosiguió adelante, yendo tras Foy, que cojió metiéndose en Francia sin gran detención, sabedor de la retirada de

José, y puesto ya en cobro el convoy que Maucun se embolaba, y por cuya salvacion suspiraban los contrarios tanto.

Llegado que hubo á Irun el general Giron, pensó en atacar la retaguardia enemiga, que todavía conservaba algunos puestos en la frontera española, encargando la ejecucion al brigadier D. Federico Castañon, quien desalojó bizarramente á los enemigos que estaban colocados delante del puente del Bidasoa, siendo destinados para la acometida el regimiento de la Constitucion, que guiaba su coronel D. Juan Loarte, y la compania de cazadores del segundo regimiento de Asturias. Permanecieron los franceses, no obstante, inmóviles en las cabezas fortificadas del puente, y para arrojarlos de ellas dispuso Giron traer una compania de artilleria de á caballo, manejada por D. Pablo Puente, y pidió á los ingleses otra de la misma arma, que se presentó luego al mando del capitán Dubourdicu, juntas las cuales dióse comienzo á batir vigorosamente las obras de los contrarios, quienes sufriendo mucho, volaron las de la izquierda del rio y quemaron el puente. Sucedió esto en 1.º de Julio á las seis de la tarde: día y hora memorable, en la que adquirió don Pedro Agustín Giron, primogénito entonces del Marqués de las Amarillas y hoy duque de Ahumada, la apoteósica gloria de haber sido el primero que por este lado arrojó fuera del suelo patrio las tropas de los enemigos.

Al propio tiempo apoderóse D. Francisco Longa de los fuertes de Pasajes, puerto importante, rindiéndosele 147 hombres de que constaba la guarnicion, incluido el gobernador. Y como iba de dicha, tambien se hizo dueño de los de Pancorbo el Conde del Abisbal, situado en Garganta Angosta, que circuyen empinadísimos montes, por donde corre estrechado el camino que va de Vitoria á Burgos. Eran dos, el llamado de Santa Maria, en paraje inferior, y el de Santa Engracia, que se miraba como el más principal. Caíase aquel por asalto el 28 de Junio, y capituló el otro dos dias despues, privado de agua y amenazado de ruina por los fuegos de una bateria, que con gran presteza se construyó, bajo la direccion del comandante de ingenieros don Manuel Zapino, en la loma de la Cimetra; habiendo ideado el modo de subir las piezas, y ejecutándolo ágil y rápidamente los oficiales de artilleria Ferraz, Saravia y D. Bartolomé Gutierrez. Tambien se distinguió el brigadier D. José Latorre, que se hallaba á la cabeza de la infanteria empleada en el sitio. Quedaron prisioneros unos 700 hombres, junto con su comandante apellidado de Ceva. No tardó Abisbal en ponerse en marcha, debiendo encaminar sus pasos, segun órdenes de lord Wellington, por Logroño y Puente la Reina á Pamplona, á cuyos alrededores llegó en los primeros dias de Julio.

No le podia estorbar ya en su marcha el general Clausel, de cuyas operaciones daremos en breve cuenta, temiendo antes que terminar la narracion de las maniobras de las tropas aliadas, que dejamos á la vista de Pamplona. De ellas, las que componian la derecha del ejército siguieron, al mando de sir Rowland Hill, el resto de José y su ejército, el cual se metió en Francia por tres de las cinco principales comunicaciones que tiene la Navarra con aquel reino, á saber: primero, por el puerto de Arraiz en el valle de Uztama con rumbo á Donamaría y valle de San Esteban de Lerin hasta Leizaola y Vera, partido de las Cinco Villas de la Montaña, internándose luego en Francia con direccion á Urreaga. Iba por aquí el ejército enemigo llamado del centro, y

en su compania José, afligido y triste. Al tocar las cumbres que parten terminos entre ambos reinos, saludaron los soldados franceses con lagrimas de regocijo el suelo de la patria, que muchos no habian visto años hacia, echando sus miradas deliriosamente por las risueñas y frondosas margenes del Nive y el Adour, verdeguantes, tranquilas y ricas, y á sus ojos aun más bellas en la actualidad, comparándolas con la tierra de España, inquieta y turbada ahora, de naturaleza por este lado desuadada, y de severo y ceñido aspecto. Segundo, por Velate y vallo de Baztan, pasando el puerto de Maya, y de allí á Urdax, hasta salir de los linderos españoles. Y tercero y último, por Roncesvalles, de recuerdo triste para el frances, á dicho de romanceseros, atravesando por Valcarlos, y yendo á parar á San Juan de Pie de Puerto. Los ejércitos de Portugal y Mediodia, que fueron los que marcharon por los dos puntos postreros, diéronse la mano entre sí y con el del centro, alargándola luego á las demás tropas de su nacion que habian cruzado por el Bidasoa. Púsose Hill á caballo en las montañas observando la tierra enemiga, mas sin emprender cosa importante, conforme á instrucciones de lord Wellington, no olvidándose éste tampoco de Clausel, contra quien destacó fuerzas considerables de su centro.

Este general habíase acercado á Vitoria al día siguiente de la batalla, ignorando lo que ocurría, y en cumplimiento de mandato expreso de José. Observábase siempre D. Francisco Espóz y Mina, á quien se habia agregado D. Julian Sanchez con sus jinetes, y ambos, por órden de lord Wellington, circunale y le molestaban, de modo que marchaba como aislado y á ciegas. Estaba ya adelantada á estas horas en Vitoria la sexta division inglesa del cargo del mayor general Packenham, única que no tomara parte en la batalla, habiendo quedado apostada en Medina de Pomar para asegurar el arribo al ejército de socorros y municiones de boca y guerra. Su presencia, y la certidumbre de lo anecidido, retrajo á Clausel de proseguir adelante, y retrocediendo, abandonó á Logroño el 24 de Junio, acompañado de la guarnicion, y marchó á lo largo de la izquierda del Ebro, cuyo rio pasó por el puente de Lodosa, llegando á Calahorra el 26. Supo el 26, entrando en Tudela, que venian sobre él respetables fuerzas de los aliados, y llevándose igualmente consigo la gente que custodiaba aquella ciudad, partió la vuelta de Zaragoza. No era de más su precaucion y recelo; pues, en efecto, Wellington, segun apuntamos antes, habia destacado ya de las cercanias de Pamplona tres divisiones suyas, y mandado, ademas, á Packenham y á otra division que se hallaba en Salvatierra siguiesen detras del enemigo por las orillas del Ebro, juzgando seria aquella suficiente fuerza para escarmentar á Clausel, si insistia en mantenerse en Navarra. No lo hizo éste así, y por tanto, avanzaron los ingleses más allá de Tudela, dejando al cuidado de Mina pinar la retirada de los contrarios y observar sus movimientos.

Entró Clausel en Zaragoza el 1.º de Julio, en cuya ciudad se detuvo poco, situándose sobre el Gállego, de donde igualmente partió muy en breves, incluyéndose en un principio al camino de Navarra, de lo que se arrepintió luego, marchando en seguida á Francia por Jaca y Canfranc. Llegó á Oloron, y desde allí entendiase y oíó en adelante de acuerdo con las demás tropas de su nacion que se habian retirado de España por las vertientes septentrionales del Pirineo y riberas del Bidasoa. Mina, persi-

guiéndose, paróse á cierta distancia de Zaragoza, en donde no tardáremos en volver á encontrarle.

Desembarazado así lord Wellington de los ejércitos franceses que pudieran incomodarle de cerca en España, sentó sus reales en Hernani como punto mas céntrico, y colocó el ejército anglo-hispano-portugués en las provincias de Guipúzcoa y Navarra, anquendo los montes, corriendo desde el Bidasoa arriba hasta Roncesvalles, en cuyo más apartado sitio, y al nacimiento del sol, hallábase D. Pablo Morillo, del mismo modo que se extendía al ocaso, y en el extremo opuesto, por Vera, Iruia, Fuenterrabía y Oyarzun, el grueso del cuarto ejército español.

Diligentemente resolvió entónces Wellington emprender los sitios de San Sebastian y Pamplona. Encargó el de la primera plaza á sir Thomas Graham con la quinta division británica del mando del general Oswald y algunas fuerzas más; y el de la segunda, que se redujo á bloqueo, al Conde del Abisbal, asistido del ejército de reserva de Andalucía, al que se agregó poco despues la division de D. Carlos de España, que dejamos repartida en Zamora, Ciudad-Rodrigo y otros puntos. Empezóse el cerco de San Sebastian en los primeros dias de Julio, y no tardó mucho en estrecharse el de Pamplona.

De este modo, y en ménos de dos meses despojóse de enemigos el reino de Leon, ambas Castillas, las provincias Vascongadas y Navarra, viéndose tambien reconquistados ó libres todos los pueblos allí fortalecidos, excepto Santona y las dos plazas recién nombradas. Campaña rápida y muy dichosa, que ayudó á mejorar igualmente la suerte de nuestras armas, no tan feliz en las provincias de Cataluña, Aragon y Valencia.

En ellas quedaron hasta cierto punto descubiertos los enemigos con tales sucesos, columbrando pronto el mariscal Suchet lo critico de su estado. Antes, y en los meses de Mayo y Junio, llevadero se le hizo todo con su diligencia y maña, inutilizando por aquella parte los esfuerzos de los aliados, ó equilibrándolos; mayormente cuando fortalecida la línea del Júcar despues de la accion de Castalla, habia acercado á Valencia la division de Severoli, que estaba en Aragon, é interpuesto la brigada de Pannetier entre aquella ciudad y Tortosa; con lo que amparaba su flanco derecho y espalda, y podia no ménos caer sobre cualquiera paraje que se viese amenazado repentinamente.

Obstáculos éstos que impedían á los españoles y anglo-sicilianos obrar cual quisieran y con arreglo al bien entendido plan de campaña de Wellington, quien habia ordenado se distrajese por allí á los franceses para obligarlos á mantener siempre unidas sus fuerzas de Levante, sin consentir destacasen ninguna del lado de Navarra. En cumplimiento de semejante mandato, y pasando por cima de dificultades, determinaron los jefes aliados amagar y aun acometer al enemigo por varios y distintos puntos, enviando una expedicion maritima á las costas de Cataluña, al mismo tiempo que los ejércitos españoles segundo y tercero atacasen por frente y flanco la línea del Júcar, de manera que se pudiese á Suchet en el estrecho, ó de abandonar á la suerte el Ebro y las plazas cercanas, ó de enflaquecer, queriendo ir en socorro suyo, las fuerzas que defendian y afianzaban la dominacion francesa en el reino de Valencia.

Por más que se intentó preparar la expedicion á las calladas, traslució Suchet lo que habia, y de

consiguiente, púsose muy sobre aviso. Lista aquélla, embarcáronse las tropas en número de 14.000 infantes y 700 caballos, todos de los anglo-sicilianos y de la division española de Whittingham, á las órdenes unos y otros de sir Juan Murray. Dieron la vela desde Alicante el 31 de Mayo, dirigiendo el convoy y escuadra el contra-almirante británico Hallowell. Hicieron rambo los buques á las aguas de Tarragona, y surgieron en la tarde del 2 de Junio frente á Salou, puerto poco distante de aquella ciudad.

Efectuóse el 3 muy ordenadamente el desembarco, y ante todo destacó Murray una brigada á las órdenes del teniente coronel Prevost para apoderarse del castillo del Coll de Balaguer, que sojuzgaba el camino que va á Tarragona, único transitabile para la artillería. Cooperó al ataque con cuatro batallones D. Francisco de Copons y Navia, general en jefe del primer ejército, quien advertido de antemano de la expedicion proyectada, se arrojó á la costa, ocupando ya á Reus cuando aquélla anclaba. Fué emboscado vivamente el castillo el 5, y tomado el 7; amedrentada la guarnicion francesa, de solos 80 hombres, con la explosion de un almacén de pólvora y las pérdidas que se siguieron.

Mientras tanto aproximóse á Tarragona el general Murray, y determinó acometer la plaza por poniente, lado más flaco y preferible para la embestida, que favoreció Copons colocándose en el camino de Altafulla, con objeto de interceptar los socorros que pudieran enviarse de Barcelona.

Continuaba mandando en Tarragona por parte de los franceses el general Bertoletti, quien lejos de acobardarse por lo que le amagaba, tomó bríos y convenientes disposiciones, rehabilitando varias obras anteriores arruinadas, y aun demolidas en parto despues del primer sitio. Al contrario Murray, que si bien se mostró valeroso, á manera de los de su nacion, careció de tino y de suficiente serenidad de ánimo. Necesitábase en el caso usar de presteza y enseñorearse de la plaza casi de rebote; pero diéronse largas, y sin union y flojamente se comenzó y siguió el ataque, teniendo espacio los contrarios para aumentar sus defensas y aguardar á los socorredores que se acercaban.

No anduvo al efecto perezoso el mariscal Suchet, pues, dejando en el Júcar al general Harispe, marchó con fuerzas considerables la vuelta de Tarragona, presentándose ya su vanguardia el 10 de Junio en el Perelló. Tambien llegaron el 11 á Villafranca, procedentes de Barcelona, 8.000 hombres que traía el general Maurice Mathieu, anunciando ademas que venía tras él Decau con el grueso del ejército de Cataluña.

Recibió avisos Murray de estos movimientos, y aunque próximo á asaltar el mismo dia 11 una de las obras exteriores más importantes, azoróse de modo que, sin dar oidos á consejo alguno, determinó reembarcarse y abandonar la artillería de sitio y otros aprestos, ántes de empeñarse en accion campal, que creia arriesgada. Y como se requiriesen tres dias para poner á bordo la expedicion entera, empezó Murray á verificarlo desde el dia 12. Notaron los franceses de la plaza, asomados á los muros lo que ocurría en el campo de los aliados, y apenas daban crédito á lo que con sus propios ojos veian, temiendo fuese ardid y encubierta celada, por lo que permanecieron quietos dentro y muy recogidos.

Sir Juan se embarcó el mismo dia 12 por la tarde, dirigiendo parte de la caballería y artillería, con alguna fuerza más, al Coll de Balaguer, para destruir el castillo y sacar á los que le guarnecian. A

la sazon avanzaba Suchet por aquel lado, y tropezando con los ingleses y descubriendo no lejos la escuadra, ignorante de lo que pasaba, admiróse; y no encontrando explicacion ni salida á cuanto notaba, suspendió el juicio, y en la duda echóse atras, vin del Perelló.

Otros movimientos de los franceses, y recelos de Murray de que no pudiera acabar de embarcarse á tiempo toda su caballeria, le obligaron á echar nuevamente á tierra la infanteria, y colocarse en puesto favorable y propio para rechazar cualquiera acometida de los enemigos. Mas éstos no lo intentaron, y habiendo metido socorros en Tarragona, retrocedieron unos á Tortosa y otros á Barcelona.

Entónces juntó Murray un consejo de guerra, en el que se acordó proseguir el reembarco y volver á Alicante, atendiendo al estado en que ya se encontraban. En momento tan critico arribó allí lord Guillermo Bentinck, que venia de Sicilia para suceder á sir Juan Murray en el mando, del que se encargó inmediatamente, conformándose luego con la resolucion que acababa de tomar el consejo de guerra. Prosiguió de resultas el embarco, y se halló á bordo la expedicion entera á las doce de la noche del día 19, hora en que los aliados volaron tambien el castillo del Coll de Balaguer.

Quedaron en poder de los franceses 18 cañones de grueso calibre, y tuvo Copons que alejarse por no exponer su gente, quedando sola, á perdidas y descalabros. Expedicion fué ésta que, ejecutada con poca meditacion, terminó vergonzosa y atropelladamente. Formóse en Inglaterra un consejo de guerra á sir Juan Murray, á quien se le declaró exento de culpa, si bien tachóse su proceder de erróneo y poco juicioso. Fallo que ponía á salvo la intencion del General, pero que le vulneraba en su capacidad y pericia.

Otro amago hicieron por entónces los ingleses con buques de guerra del lado de Palamós. Favorecióle por tierra el Baron de Eroles, dando ocasion á un empeñado reencuentro, el 23 de Junio, con el general Lamarque en Bañolas, cuyo fuerte sitiaban los nuestros. Portóse con bizarría Eroles y lo mismo su tropa, en especial los jinetes, que lidiaron largo rato al arma blanca, separando á unos y á otros la noche y un recio aguacero.

En Julio el mismo general Lamarque aproximóse á Vich, deteniéndole en el Esguirol tres batallones españoles. Reforzó Eroles á éstos, y tambien Copons, ya por aquí; y ambos escarmentaron en los dias 8 y 9 en las alturas de la Salud al enemigo, quien engrosado tomó en balde la ofensiva, teniendo que retirarse y tornar al Ampurdan con poca gloria y menoscabo de gente. Fatigosas é inacabables peleas, que impacientaban al frances, y le aburrían y descorazonaban.

En el intervalo de la expedicion aliada á Cataluña, vinieron tambien á las manos en el reino de Valencia los españoles y el general Harispe; atacando aquellos el 11 de Junio la retaguardia del último, mandada por el general Mesclap, la cual se recogía de San Felipe á la línea del Júcar. Obraban unidos los ejércitos españoles segundo y tercero, y acosaron bastante á los franceses, hasta que advirtiendo éstos descuido en los nuestros, revolvieron sobre ellos y los desordenaron en el pueblo de Roglá, con lo cual pudieron continuar tranquilamente su marcha al rio.

Renovaron los españoles el 13 sus ataques, avanzando y situándose en unas alturas á la derecha del Júcar. Desde ellas cañoneó Elío á los enemigos, y

aún intentó apoderarse de una casa fuerte, lo que no consiguió; pero si sustentar honradamente los puestos ocupados, de donde Harispe no pudo desalojarle. Ménos dichoso el Duque del Parque, padeció en Carcagente un recio descalabro, que costó 700 hombres, de los cuales quedaron prisioneros los más. Andaban, sin embargo, cuidadosos los franceses, y tenían aún por Valencia, cuando los sacó de recelos el mariscal Suchet, que, desembarazado de lo de Cataluña, tornó al Guadalquivir el 24 de Junio, después de una marcha asombrosa por su rapidez.

Malos tiempos retardaron la navegacion de la escuadra inglesa y dificultaron su regreso á Alicante, con la desgracia de haber encallado en los Alfaques y desembocadura del Ebro 18 buques ó transportes, de que trece se salvaron, cogiendo los otros los franceses junto con las tripulaciones. Más averías ocurrieron aún, pero al fin llegó Bentinck á Alicante, y situó á poco sus tropas en Jijona para sostener á los españoles, que habian retrocedido hasta Castalla compelidos á ello por las tropas francesas.

Quería Suchet aprovechar la coyuntura propicia que le ofrecia el malogro de la expedicion sobre Tarragona, y ya empezaba á verificarlo, no sólo adelantándose por el lado del Júcar, segun acabamos de ver, sino tambien aventando de hacia Requena y Liria gente de Elío allí avanzada y la division de Villacampa, que maniobraban por aquella parte para favorecer las operaciones de la línea del Júcar, y estrechar por el flanco derecho á los franceses de Valencia. Animoso Suchet ahora con su buena ventura en Cataluña, nada le hubiera arredrado ya en la ejecucion de sus intentos, si no hubiera venido á desvanecerlos la noticia de la batalla de Vitoria, y la de haber repasado los Pirineos José y su ejército muy mal parados. Con tales nuevas suspendió todo, y resolvió desamparar á Valencia, retirándose camino de las orillas del Ebro.

Tiempo atras el Ministro de la Guerra de Francia habiale indicado conservase sus conquistas tenazmente, dando lugar á que libre Napoleon en el Norte de compromisos y estorbos, pudiese acudir á lo de España. Tal era el anhelo de Suchet, muy apesadado de abandonar á Valencia, en donde poseia opulentos estados, y de cuya tierra considerábase señor y régulo. Por eso determinó mantener ciertos puntos fortificados, como medio de facilitar á su vez nuevas invasiones, y aún la reconquista.

El 5 de Julio evacuó á Valencia el mariscal frances, casi al cumplirse los diez y ocho meses de ocupacion. Iba al frente de sus columnas con direccion á Murviedro, haciendo la retirada por escalones, é incliniéndose á Aragon; todo muy ordenadamente. A los dos dias verificó su entrada en la ciudad don Pedro Villacampa con alguna caballeria y la gente del brigadier D. Francisco Miyares: lo mismo hicieron sucesivamente el Duque del Parque y don Francisco Javier Elío.

Al retirarse, arruinó Suchet en Valencia las obras que habia construido, más para enfrenar desmanes de la poblacion que para defender la ciudad contra ataques exteriores. No dejó, por tanto, allí ningun punto fortalecido. Al Mediodía, y más avanzado, guardó el reducido castillo de Denia con 120 hombres, al mando del jefe de batallon Bin. Metió en el de Murviedro, ó sea Sagunto, 1.200 á las órdenes del general Rouelle, con vituallas para un año; reparados sus muros y muy aumentados. Tampoco desamparó á Peñíscola, punto maritimo no despreciable, y púsole al cuidado del jefe de batallon Bar-

dout, con 500 hombres. Igualmente dejó 120 bajo del capitán Boissouade en el castillejo de Morella, que atalayaba el camino montuoso y de herradura que viene de Aragón, y por donde podía en todo tiempo embocarse dentro del reino de Valencia un cuerpo de infantería á la ligera y sin cañones. Daba fuerza y servía como de apoyo á esta ocupacion la plaza de Tortosa, de cuya importancia persuadido Suchet, aumentó la guarnicion hasta con 4.500 hombres, poniendo á su cabeza al general Robert, militar de su confianza.

Inclinóse Suchet en su retirada, conforme apuntamos, hacia Aragón, noticioso de que Clausel, apremiado por las circunstancias, se alejaba y metía en Francia, dejando su artillería en Zaragoza bajo la custodia del general París. Libertar á éste, amenazado por Mina y Durán, y cubrir los movimientos de las demas tropas que en Aragón había, fueron causa del rodeo ó desvío que en su camino hizo aquel mariscal. Consiguio así que se reuniese á Mustier, que caminaba por el país montuoso, una brigada de la division de Severoli apostada en Teruel y Alcañiz, cuyos castillos, al ser evacuados, fueron destruidos tambien. Y juntos todos, cayeron el 12 de Julio hacia Caspe, alojando Suchet entonces su derecha en este pueblo, su centro en Gandesa y su izquierda en Tortosa.

Tenia asimismo orden el general París de abandonar á Zaragoza y de arrimarse á Mequinenza, caso de que pudiese ejecutar semejante movimiento libre de compromisos y desahogadamente. Deseos de verificarlo sin despenderse de un grueso convoy, y la proximidad de Durán y Mina, pusieron á la ejecucion insuperables estorbos. Dejamos al último de los expresados caudillos no lejos de Zaragoza, y allí permanecia á dos leguas, en el pueblo de las Casetas, teniendo fuerza en Alagon, y en Pedrola á don Julian Sanchez, cuando el coronel Tabuenca, enviado por el general Durán, que se hallaba en Bical, vino á avistarse con el, y proponerle atacar á Zaragoza, obrando ambos mancomunadamente. No se mostró Mina al principio muy propicio, ya porque no le pareciese facil lo que se proyectaba, ya porque no le gustase tener en el mando compañeros y menos rivales. Sólo al fin y despues de largo conferenciar avinose y ofreció concurrir á la empresa. Pero antes los enemigos, que se preparaban á abandonar la ciudad, queriendo enubrir su intento, adelantáronse en busca de los nuestros. Fué Mina con quien encontraron, y viéronse rechazados, haciendo tambien estrago en ellos por el flanco y del lado del puente de la Muela el coronel Tabuenca, asistido de su regimiento. Avanzó éste á la Casa Blanca y monte Torrero, y Mina á las alturas de la Bernardona, alejándose los franceses de aquellos puestos sin resistencia. Intentó, á pesar de eso, París nueva arremetida, que Mina repelió, sustentado por el mismo Tabuenca y los lanceros de D. Julian Sanchez, escaramentando á los enemigos con pérdida de más de 200 hombres. Allí se le juntó Durán, habiendo ocurrido estos acontecimientos en los dias 5, 6 y 7 de Julio.

Pensaron entónces los nuestros apoderarse por fuerza de Zaragoza, aunque todavia rehacia Mina; y aperebiábase á verificarlo quando recibieron aviso de que los enemigos desamparaban la ciudad. Era en efecto así; habiendo toda la guarnicion francesa y sus parciales al caer de la tarde del 8, con numeroso convoy de acémilas y carruaje, de grande embarazo para una marcha que tenía que ser rápida y afanosa. Sólo dejaron 600 hombres, al mando del

jefe Roquemont, en la Aljafería, y volaron un ojo del puente de piedra, con desseo de retardar el perseguiimiento de los nuestros.

Tocaba á D. José Durán el mando de todas las tropas y el de la ciudad de Zaragoza por antigüedad, y por hallarse asentada aquélla á la margen derecha del Ebro, país puesto bajo sus órdenes, pero cuya supremacia incomodaba á Mina y motivaba tal vez su tibieza, nacida de ocultos celos. En consecuencia, ordenó Durán, de conformidad con el Ayuntamiento y para prevenir excesos, que penetrase en la ciudad aquella misma noche D. Juan Sanchez con sus lanceros. Aparecieron de repente iluminadas las calles, y el gentío en todas inmenso, especialmente en el Coso, prorumpiendo los habitantes en unánimes aclamaciones de júbilo y contentamiento. Al dia inmediato entró tambien Durán en Zaragoza, al paso que Mina, vadeando el Ebro, se ocupó sólo en seguir las pisadas del general París.

Alcanzó aquél en breve al enemigo en una altura cerca de Lecinena, de donde le desalojó, y lo mismo de otra que estaba próxima á la ermita de Magallon, teniendo los franceses que retirarse via de Aleutierre. Fueron allí alcanzados, y viéndose en gran congoja, abandonaron la artillería, y el convoy, y las coches, y las calesas, y casi todo el pillaje cogido en Zaragoza; representando en compendio este campo las lástimas y confusion del de Vitoria. París, aunque con orden expresa de recogerse á Mequinenza, no pudo cumplirla, y á duras penas, tirando por Huesca y Jaca, internóse en tierra de Francia.

Don José Durán, á quien festejaron mucho en Zaragoza, no desatendió por eso poner cerco á la Aljafería, ni tampoco apoderarse de una corta guarnicion que dejara el enemigo en la Almunia. Logró lo último sin gran tropiezo, y empezaba á formalizar el sitio del castillo, cuando tornó Mina de su perseguiimiento. Quedóse éste en el arrabal sin pisar el Ebro, como país el de la izquierda perteneciente á sus anteriores mandos, al paso que el de la derecha incumbia más bien, segun dijimos, al de don José Durán. Desvío y comportamiento propio sólo de ánimos apocados y ajeno de quien ceñia gloriosos laureles.

Para cortar semejantes desavenencias, aunque no quizá con justa imparcialidad, nombró el Gobierno á Mina comandante general de Aragón, con licencia de añadir á sus fuerzas las que quisiese entresacar de las de Durán, mandando al último partiese con las demas la vuelta de Cataluña.

Dueño de todo Mina, y solo, qual deseaba, apretó con ahinco el sitio de la Aljafería. No creia, sin embargo, enseñorearse tan luego de aquel castillo; mas á dicha, habiendo caido en la mañana del 2 de Agosto una granada en el reducto del camino de Aragón, que es el más próximo á la ciudad, y prendiéndose fuego á otra porcion de ellas allí depositadas, resultó tremenda explosion, muertes y desgracias, y el desmoronamiento de un lienzo de la muralla; por lo que descubriéndose lo interior del castillo, quedó éste sin defensa y amparo. Por tanto, forzoso le fué al gobernador francés capitular al mismo dia 2, cogiendo nosotros sobre 600 prisioneros, muchos enseres y municiones de boca y guerra. Entregóse en breve Daroca, y tambien, poco despues, al capitán D. Ramon Elorrio, el fuerte de Mallen.

Tomado el castillo de la Aljafería, recibió Mina orden de Wellington para avanzar á Sangüesa y fa-

vorecer el asedio de Pamplona, guarneciendo á Zaragoza con un batallón, y destacando contra Jaca y Monzon otros dos, que debían comenzar el bloqueo de aquellas plazas.

Claramente advirtió Suchet entónces cuán imposible le era sostenerse en sus estancias, y cuán ocioso, además, dueños ya los españoles de casi todo Aragón. Por tanto, dispuso cruzase su ejército el Ebro, del 14 al 15 de Julio, por Mequinenza, Mora y Tortosa, ordenando ántes al general Isidoro Lamarque recoger y poner en cobro las cortas guarniciones de Belchite, Fuentes, Pina y Bujaraloz; difícil, si no, el descercarlas despues. Conservó á Mequinenza, y de gobernador, con 400 hombres, al general Bourgeois; no desamparando tampoco á Monzon, por considerar ambos puntos como avanzados resguardos de la plaza de Lérida, cuyos muros visitó, removiendo á su gobernador el aborrecido Henriad, molestado de gota y de inveterados achaques, y poniendo en su lugar al citado Lamarque.

Pasó en seguida Suchet con su ejército á Reus, Valls y Tarragona, en cuyo punto mandó preparar hornillos para volar las fortificaciones en caso de que se aproximasen los aliados, encargando la ejecución á la diligencia y buen tino del general Berioletti. Hecho lo cual, trasladóse á Villafranca del Panadés, tierra feraz y pingüe, de donde, sin alejarse mucho de Tarragona, dábale la mano con Barcelona y el general Decaen.

Por su parte los españoles moviéronse tambien: Copons, para incomodar el flanco derecho de Suchet y cortarle los viveres; lord Bentinck y la expedición anglo-siciliana con la division de Whittingham y el tercer ejército bajo del Duque del Parque, avanzando al Ebro y cruzándole por un puente volante que echaron en Amposta, protegidos en sus maniobras por la marina inglesa. Tampoco omitieron destacar al paso gente que ciñese la plaza de Tortosa, empezando á embestir ya el 29 de Julio la de Tarragona. Siguió ocupando el segundo ejército el reino de Valencia y bloqueó los puntos en que habia quedado guarnicion enemiga, excepto la division de Sarsfield, que no tardó en pasar á Cataluña.

Aquí los dejaremos por ahora á unos y á otros, queriendo echar una ojeada sobre el estado de estas provincias recién evacuadas. En Aragón habianse mantenido viva la llama del patriotismo, especialmente en ciertas comarcas, bien que yaciesen los ánimos caidos y amortiguados por el yugo que do continuo pesaba sobre ellos. Invariables los naturales en sus pensamientos, ayudaban debajo de mano, si no podian de público, la buena causa, y elevaban siempre al cielo fervorosas oraciones por el triunfo de ella, despues de servirla á la manera que les era lícito; y en Zaragoza no se limitaban á encerrar en sus pechos la tristeza y duelo, sino que aun vestian luto en lo interior de las casas en los dias y anuales de calamidades y desdichas públicas.

Hiciéronse allí sentir mucho las cargas y exacciones, sobre todo en un principio, que fueron pesadas y sin cuenta. Más llevaderas parecieron al encargarse Suchet del mando, no porque se aminorasen en realidad, sino por el orden y mayor justicia que adoptó aquel mariscal en el repartimiento. Entraron en las arcas de los recibidores generales franceses de Aragón, desde 1810 hasta la evacuación en 1813, gruesas sumas, no incluyéndose en ellas lo exigido en 1809, ni el valor de las raciones, ni otras derramas de cuantía echadas por los jefes y

por varios subalternos. Y si á esto se agrega lo que por su lado cobraron los españoles, calcularse ha fácilmente lo mucho que satisfizo Aragón, aportando tres y cuatro veces más de lo que acostumbraba en tiempos ordinarios, cuando la riqueza y los productos, siendo muy superiores, favorecian tambien el pago de los impuestos.

Lo mismo aconteció en Valencia, ascendiendo la suma de los gravámenes á cantidades cuya realización hubiera ántes parecido del todo increíble. En 1812, primer año de la ocupación francesa, impusieron los invasores á aquel reino una contribución extraordinaria de guerra de 200 millones de reales (12), cuya mitad ó más se cobró en dinero, y la otra en granos, ganado, paños y otras materias necesarias al consumo del ejército enemigo. Al comenzar el segundo año, esto es, el de 1813, convocó Suchet una junta compuesta de los principales empleados civiles y militares, de individuos del comercio, y de un diputado por cada distrito de recaudación de los catereos en que habia dividido aquel reino. Debatiose en ella el modo y forma de llenar las atenciones del ejército francés en el año entrante, procurando fuesen puntualmente satisfechas aquéllas, y distribuidas las cargas entre los pueblos con equidad. Fijose la suma en 70 millones de reales. Difícilísimo es concebir cómo pudieron aprontarse; explicándose sólo con la presencia de un conquistador inflexible para recaudar los tributos, como pronto tambien á mantener igualdad y justicia en el repartimiento y cobranza, no ménos que á reprimir los desmanes de la tropa, conservando en las filas orden y disciplina muy rigurosa. Objetos diversos que hizo resolución de alcanzar en su gobierno el mariscal Suchet, y que en cierta manera logró; mereciendo por lo mismo su nombre loor muy cumplido. Así fué que Valencia formaba contraste notable con lo demas del reino, en donde no se descubria ni tráfico ni rastro alguno de bienestar ni de prosperidad; al paso que allí, seguros los habitantes, aunque sobrecargados de impuestos, de que no se les arrancaria violentamente ni por mero antojo el fruto de su sudor y afanes, entregábanse tranquilamente al trabajo, y recogian de él abundante esquilmo en provecho suyo y de los dominadores. Que en los pueblos de la Europa moderna, reposo interior y disfrute pacífico y libre de la propiedad é industria son ansiados bienes, y bienes más necesarios para la vida y acrecentamiento de las naciones cultas que las mismas instituciones políticas, que mal interpretadas son origen á veces ó pretexto de bullicios y atropellamientos, ántes que prenda cierta de estabilidad, y que supremo amparo y privilegiada caucion de cosas y personas.

Tampoco las bellas artes tuvieron que deplorar por acá las pérdidas que en otros lugares; y si desaparecieron en Zaragoza algunos cuadros de Claudio Coello, del Güercimo y del Tieiano, no en Valencia, en donde casi se conservaron intactos los que adornaban sus iglesias y conventos; producciones célebres de pintores hijos de aquella provincia, como lo son, entre otros, y descuellan, los Juanes, los Ribaltas y el Españolito.

(12) *Mémoires du maréchal Suchet*, tom. II, chap. XVIII.

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

Nombre Napoleon á Soult su lugar-teniente en España. — Medidas que toma Soult. — Problema que da. — Sitian los ingleses á San Sebastian. — Asalto infructuoso. — Intentos de Soult. — Estancos de los ejércitos. — Se estanca de nuevo á San Sebastian. — La ayuda los aliados. — La entrada á viva fuerza. — Se incendia y la seguran los anglo-portugueses. — Cuarto ejército español. — Dónde se paraban. — Avión de San Vitor. — Victoria que consiguen los españoles. — Atacan los aliados el castillo de San Sebastian. — Se rinde. — Estado de Cataluña. — Reencuentro en San Sadurn. — Socorren y vuelan los franceses á Larragona. — Saradfield. — Tercer ejército en el Ebro. — Reencuentro que tiene. — Pasa á Navarra. — Borvick en Villafranca. — Pasa en Ormaiztegui. — Sucesos posteriores. — Estado de los negocios en Alemania. — Armisticio de Plaszewitz. — Napoleón. — Únase el Austria á los aliados. — Las Cortes y su rumbo. — Discusion sobre trasla. aze á Madrid. — Se dilata la traslación. — Otro debate sobre la materia. — El diputado Antillon. — Varios medidas ulles de las Cortes. — Resoluciones de las mismas en Hacienda. — El diputado Porcel. — Nombran las Cortes la diputacion permanente. — Cierren las Cortes extraordinarias en sesiones el 14 de Setiembre. — La fiebre amarilla en Cadix. — Vuelven á abrir el 16 las Cortes extraordinarias. — Motiva de ello la fiebre amarilla. — Aca. orales debates. — Cierrense de nuevo el 20 las Cortes extraordinarias. — Su legitimidad. — Su forma y sus composicion. — En fallas. — Constitucion y abren sus sesiones en Cadix las Cortes ordinarias. — Se trasladan á la Isla de Leon. — Su composicion al principio. — Lo que hubo en las elecciones. — Estado de los partidos en las nuevas Cortes. — Diputados que se distinguen en ellas. — Antillon y sus riesgos. — Martiner de la Rosa. — Primeros tratos de estas Cortes. — Contienen sobre el mando de lord Wellington. — Nada se resuelve. — Tráslase las Cortes y el Gobierno de la Isla á Madrid. — Estado de la guerra. — Ejército aliado en el Vidasca. — Ejército del mariscal Soult. — Se dispone Wellington al paso del Vidasca. — Verificalo. — Se distingue el cuarto ejército español. — También el de reserva de Anglaterra. — Pisan los aliados el territorio francés. — Proviene de Wellington. — Plaqueo de Pamplona. — Se rinde la plaza á los españoles. — Exacciones y pérdidas de Navarra y provincia Vascongada. — Succion de Soult en el Nivelle. — Proyecto de Wellington. — Lord Wellington en Saint-Pa. — Cura de este pueblo. — Venida del Duque de Anglaterra. — Wellington en San Juan de Luz. — en linea. — Disciplina y estado del ejército anglo-hispano-portugues. — Vuelven á España casi todo el cuarto ejército y el de reserva de Andalucía. — Movimientos y combates en el Nive. — Estancos de los respectivos ejércitos. — El general Harispe. — Sucesos en Cataluña. — Valencia. — Rádenes á los españoles Morella y Daxia. — Sucesos en Alemania y norte de Europa.

En medio de los graves cuidados que rodeaban á Napoleon en Alemania y demas partes del Norte, no ponía él en olvido las cosas de España. Enojóle á lo sumo lo aconecido en Vitoria; y como achacase á impericia de José y del mariscal Jourdan tanafia desgracia, separólos del mando, nombrando por sucesor de ambos al mariscal Soult bajo el título de lugarteniente del Emperador en España; determinacion que tomó en Dresdo por decreto de 1.º de Julio.

Poseisionóse del nuevo cargo aquel mariscal el 12 del propio mes en San Juan de Pié de Puerto, y refundió en uno solo los diversos ejércitos que ántes se apellidaban del Norte, Portugal, Mediodía y Centro, denominando al formado ahora ejército de España, y distribuyéndolo en nueve divisiones, repartidas en tres grandes trozos, á saber: el de la derecha, á las órdenes del Conde de Reille; el del centro, á las del Conde D'Erlon, y el de la izquierda, á las del general Clausel. Compuso, además, una reserva, que gobernaba el general Villatte, junto con dos divisiones de caballería pesada, conducidas por los generales Tilly y Treillard, y otra ligera de la misma arma, que regia el general Soult, hermano del mariscal.

Al encargarse éste del mando en jefe, dió á las tropas una proclama, en cuyo tenor, al paso que comprometia la fama y buen nombre de sus antecesores, mostraba abrigar en su pecho esperanzas harto lisonjeras sobre la campaña que iba á emprenderse. «Culpa es de otros, decia, el estado actual del ejército: sea gloria nuestra el mejorarlo. — He dado parte al Emperador de vuestro valor y

de vuestro celo. — Son sus órdenes echar al enemigo de esas cumbres, desde donde atalaya nuestros fértiles valles, y forzarle á repasar el Ebro. — Plantaremos en breve nuestras tiendas en tierra española, y de ella sacaremos los recursos que nos sean necesarios. — Fechemos en Vitoria nuestros primeros triunfos, y celebremos allí el día del cumpleaños del Emperador. » No correspondiendo los hechos á confianza tan sobrada y ciega, convirtiése esta proclama en simple desvaporizador de pomposas palabras.

El día mismo en que tomó el mando el mariscal Soult partieron de San Juan de Pié de Puerto el rey José y el mariscal Jourdan, éste para lo interior de Francia, aquél para Saint-Esprit, arrabal de Bayona, al otro lado del Adour. Terminó José así y de un modo tan poco airoso su transitorio reinado, graduando con razon de ofensa el que le desposeyera del trono hasta su propio hermano, quien, sin tener cuenta con su persona, habia conferido á Soult la lugartenencia de España, á nombre solo y en representacion de la corona de Francia.

Queriendo, pues, el nuevo General dar principio al plan anunciado en su proclama, hizo resolucion de socorrer desde luego á Pamplona y San Sebastian, asediadas ya; animándole tambien á ello el malogro de las primeras tentativas de los aliados contra la última de dichas plazas, cuyo cerco empezáramos á narrar.

Asientase San Sebastian, ciudad de 13.000 habitantes, con puerto de reducida concha y no muy hondable, en una especie de península al pié de un monte entre dos brazos de mar, desaguando en el que está más al cierzo, el Urumea, río de caudal no abundoso. Comunica con tierra la plaza sólo por un istmo, representándose á primera vista, yendo de lo interior, como muy robusta, no teniendo otro camino para llegar á ella sino el del referido istmo, amparado del hornabeque de San Carlos y del recinto principal, dominados y defendidos ambos por el castillo de Santa Cruz de la Mota, puesto en lo alto del monte en que se respalda la ciudad. Mas su flaqueza descúbrese en breve; pues si la resguardan por tierra convenientes obras, provistas de doble recinto, contracarpa y camino cubierto, no así del lado de la Zurriola y el Urumea; fiado quizá quien trazó allí el muro, en las aguas que por el pié le bañan, sin echar de ver los puntos que quedan vadeables y aún en seco á bajar, con el padraztro, además, de ciertas dunas ó méganos que corren lo largo de la margen del río y sojuzgan la linea. Defecto de que ya se aprovechó en 1719 el mariscal de Berwick para rendir la plaza, y en que no se habia puesto remedio, á pesar de ir trascurrido desde entonces casi un siglo.

Habian aumentado los franceses la guarnicion de San Sebastian hasta el número de unos 4.000 hombres bajo del general Rey, militar de concepto; y si bien los españoles bloquearon en un principio la plaza, sólo formalizaron el sitio los anglo-portugueses, segun se apuntó en otro libro, á las órdenes siempre de sir Tomas Graham, quien resolvió encaminar el ataque contra el lado descubierto y débil de la Zurriola.

Plantaron, al efecto, los aliados fuertes baterías en las alturas á la derecha del Urumea, anhelando abrir brecha entre el cubo de los Hornos y el de Amézqueta, situados en el lienzo de muralla frontero. Dirigieron los demas fuegos contra el castillo y hornabeque de San Carlos, adelantando por la lengua ó istmo otros trabajos.

En él, y á su entrada, levantábase á setecientas ó ochocientas varas de la plaza el convento de San Bartolomé, del cual quisieron apoderarse los aliados, juzgándolo paso conveniente y previo al acometimiento de las otras obras y del recinto principal.

Comenzó el ataque en la noche del 13 al 14, tirando los ingleses hasta con bala roja. Destruyóse el convento, mas los sitiadores todavía no le entraron, permaneciendo en las ruinas los contrarios, y sosteniéndose vigorosamente; de lo que enojados los ingleses cargaron á la bayoneta, acabando por apoderarse, el día 17, de aquellos escombros, después de quedar tendidos 250 de los defensores. Avanzaron de resultas los aliados, pero no mucho, detenidos hasta el 20 por un reduto circular que en el istmo había.

En vano Graham intimó al día siguiente la rendición á la plaza, pues ni siquiera admitió al parlamento el gobernador Rey; motivo por el cual decidieron los ingleses dar el asalto, juzgando ya practicable la brecha aportillada entre los dos cubos. Efectuóse la embestida al amanecer del 25, formando la columna de ataque la brigada del mayor general Hay, que tenía en reserva otras, bajo el mando todas del mayor general Oswald. Pero malogróse la tentativa á pesar del brío y esfuerzos de los aliados, ya por estar todavía intactos los demás fuegos de la plaza, que abrasaron á los acometedores, ya por la distancia considerable que mediaba entre las trincheras y la brecha, y ser aquel tránsito de piso muy pedregoso, lleno de plantas marinas y aguzadas.

Apercose poco después Wellington á San Sebastián viniendo de Lesaca, en donde ahora tenía sus cuarteles, y trataba ya de repetir el asalto, cuando aminoró de ciertos movimientos de Soult, suspendiolo, y aun dispuso convertir en bloqueo el sitio, embarcando la artillería en Pasajes, sin desamparar por eso las trincheras y algunos trabajos.

No era en realidad engañosos los avisos que recibió Wellington, porque entónces dió Soult la señal de abrir su proyectada campaña. Socorrer á Pamplona y San Sebastián debían ser los estrechos de ella, empezando por acudir á la primera, pudiendo la otra alcanzar más fácilmente auxilios con la cercanía y proporción del mar.

Ponían á lord Wellington en apurado estrecho los intentos del mariscal Soult, incierto todavía de cuáles fuesen. Porque teniendo que atender á dos puntos bloqueados, distante uno de otro diez y seis leguas, y que cubrir muchos pasos en país montañoso, á veces inaccesible ó falto de comunicaciones laterales, arduo se hacía salir airoso de tan alta empresa, importando por una parte no dejar indefenso ningún paraje, y siendo arriesgado por otra debilitarse, subdividiendo su fuerza en razón que el enemigo era dueño de escoger el punto de ataque y de acometerlo con golpe de gente muy superior y mas respetable.

De antemano se había preparado Soult para meter de nuevo en España, recogiendo en San Juan de Pié de Puerto gran copia de víveres y muchos pertrechos. Acampaban ambos ejércitos en las respectivas fronteras sobre cuembres distantes entre sí medio tiro de cañón, aproximándose las centinelas ó puestos avanzados hasta unas ciento y cincuenta varas. Los franceses, alegres y joviales según su natural condición, y más gozosos por estar en su tierra; los ingleses, al contrario, taciturnos y con pesimismo y airoso ademán, si bien satisfechos, com-

placido su nacional orgullo con poder amenazar de cerca á la Francia, su antigua y poderosa rival.

Tenían los aliados las siguientes estancias: la brigada del general Bying y la división de don Pablo Morillo ocupaban la derecha, cubriendo el puerto de Roncesvalles. Los sostenía, apostado en Viacatret, sir Lowry Cole con la cuarta división británica, formando la reserva la tercera del cargo de sir Tomas Pictou, que se alojaba en Olague. Extendíase por el valle de Baztan, á las ordenas del general Hill, parte de la segunda división inglesa y la portuguesa del Conde de Amarante, destacada sólo la brigada de Campbell en los Alduides. La división ligera y séptima acantonábanse en la altura de Santa Barbara, villa de Vera y puerto de Echalar, y se daban la mano con los que guardaban el Baztan. Servía de reserva á estas tropas en Santisteban la sexta división inglesa. Don Francisco Longa con la suya mantenía las comunicaciones entre esta izquierda de los aliados y las divisiones del cuarto ejército español, alojadas á orillas del Bidaxoa y en los pueblos de Guipúzcoa.

Llevaba Soult la mira de acometer á un tiempo por Roncesvalles y por el puerto de Maya, término del vallo de Baztan, reuniendo para ello en San Juan de Pié de Puerto, el 24 de Julio, sus alas derecha é izquierda con una división del centro y dos de caballería. Dirigia Soult en persona el movimiento del lado de Roncesvalles con unos 35,000 hombres, al paso que embestía con 13,000 por Maya, Drouet, conde d'Erlon. Se trabó la refriega el 25 en la mañana hacia las entradas de Roncesvalles, cuya posición mantuvo vigorosamente el general Bying, apoyado por sir Lowry Cole, hasta que en la tarde, yendo á ser envuelta la posición, se replegaron ambos á Lizarri y cercanías de Zubiri. Defendió entónces largo rato y con brío el edificio de la fábrica de municiones de Orbaizeta el regimiento de Leon, que capitaneaba el teniente coronel Agüer. También por su parte empezó Drouet á maniobrar en el mismo día desde temprano por el puerto de Maya, queriendo habérselas espicientemente con la división del Conde de Amarante, colada á la derecha. En un principio limitóse todo á ser amigos, recogiendo en segunda Drouet su fuerza en una montaña detras de un paso angosto, de donde intentando un subito y rapido avance, vino favorecido de la suerte, porque, refrenados con el calor del día dos centinelas puestos en un alto, durmieronse y pudieron los franceses acercarse sin ser sentidos, y aun desalojar de su posición á los aliados, mal de su grado. Recobraronla éstos después, ayudados de la brigada del mayor general Barrea, y hubieranla conservado, si noticias Hill de lo ocurrido en Roncesvalles no hubiese dado orden de que se replegasen todos á Iruya. Pelearon los aliados en este día por espacio de siete horas, perdiendo cuatro cañones y 600 hombres. Wellington, en camino de San Sebastián, ignoró hasta la noche lo que por el día había pasado.

Permanecieron quedos los franceses el 26 en el puerto de Maya. No aguardó un por el otro punto, adelantándose á dar nuevo ataque en la tarde del mismo día. Se hallaban los aliados prevenidos y mas fuertes, habiendo avanzado el general Pictou á sostener á los de Lizarri; y juntos todos se replegaron escaramuzando á un puesto ventoso, en donde se mantuvieron firmes y formados en batalla hasta después de caer de la noche. Continuaron el 27 retirándose en busca de un sitio mas acomodado para cubrir el bloqueo de Pamplona, apostando á este

propósito su derecha enfrente de Huarte, y su izquierda en los cerros que hacen cara al pueblo de Villaba, descansando parte (inclusos los regimientos españoles del Príncipe y Pravia) en un viso que resguarda el camino de Zubiri y Roncesvalles, y parte en una ermita detras de Sorrauren, via de Ostiz. Colocáronse cerca, de respeto, la division de don Pablo Morillo y el Conde del Abisbal con todo su ejército de Andalucía, excepto 2.000 hombres, que continuaron en el bloqueo de Pamplona, quedando la caballería británica del mando de sir Stapleton Cotton á la derecha sobre Huarte, único descampado en que le era dable evolucionar.

Supieron en el interior los franceses de la plaza que se aproximaba Soult, y contentos y fuera de sí prorumpieron en grandes demostraciones de júbilo, é hicieron alguna salida. Unido Abisbal al ejército aliado de operaciones, dirigia el bloqueo D. Carlos de España, estando á sus órdenes D. José Aimerich con los 2.000 hombres del ejército de Andalucía que quedaron allí. Los franceses acometieron al último jefe, le desordenaron, y aun le cogieron cañones; y mas daños se seguirian, si sereno y reportado España en aquella ocasion, no hubiese por su parte rechazado á los sitiados y arrinconádoslos contra los muros.

El 27 llegó lord Wellington á las estancias en que Picton y Cole se habían situado aquel dia, casi á tiempo que Soult, teniendo á sus inmediatas órdenes á los generales Reille y Clausel, empezaba á formar su gente en una montaña que se dilata desde Ostiz hasta Zubiri. Aqui y en otros puntos vecinos colocó dicho mariscal un cuerpo numeroso de caballería; destacando por la tarde una columna para apoderarse de una eminencia empinada, á la derecha de la division del general Cole. Ocupábala un regimiento portugues y el español de Pravia, que tenia por coronel al bizarro D. Francisco Moreda, defendiendo ambos el puesto gallardamente y á la bayoneta. Reforzólos Wellington por ser importante la conservacion de aquel sitio, enviando el 40 inglés y el del Príncipe, tambien español, que mandaba su benemérito teniente coronel D. Javier Llamas, con lo que allí se le frustró á Soult su intento, si bien se apoderó de Sorrauren, en el camino de Ostiz, sustentando un fuego vivo de fusilería todo lo largo de la linea hasta boca de noche.

Amaneció el 28. dia que fuera de mayor empeño. Temprano, en la mañana, incorporose á los de Wellington la division del general Pack, que destinaron á ocupar las alturas del valle de Lanz á retaguardia de Cole. Apenas la divisó el mariscal Soult, atacóla con superiores fuerzas viniendo de Sorrauren; pero vióse repelido y privado de mucha gente. Insistió, no obstante, el frances en ensfocarse de una ermita cercana, y si bien en un principio venció, sucediéndole al fin como antes, teniendo que echarse atras. Encendiése entonces la batalla por todas las cimas, logrando los franceses sólo ventajas del lado en que se alojaba la brigada de la cuarta division británica, que mandaba el general Ross, á punto de colocarse en la misma linea de los aliados. En breve acudió Wellington al remedio, y recuperó lo perdido. Rechazado el mariscal Soult en todos los lugares, empezó á perder la esperanza de auxiliar á Pamplona, y para aligerar su hueste, en caso de retirada, envió cañones, heridos y mucho bagaje camino de San Juan de Pi de Puerto.

Ni uno ni otro ejército se movió el 29, en accho cada cual de las maniobras de su contrario. Tuvo orden el general Hill de aproximarse adonde esta-

ba Wellington, marchando sobre Lizaso; lo mismo Dalhousie, con la diferencia éste de tener que extenderse hasta Marcalain para aliauzar las comunicaciones del ejército, que se puso así todo él en inmediato contacto. Igual caso sucedió al de los franceses, arrimándose al cuerpo principal el general Drouet en seguimiento y observacion de sir R. Hill.

Alerta Soult, no quiso desaprovechar la ocasion, y ya que se le habia malogrado lo de Pamplona, discurrió auxiliar á San Sebastian, y sacó al propósito tropas de su izquierda para enrobustecer su derecha, tratando de abrirse paso por el camino de Tolosa, abrazando y ciñendo la izquierda de los aliados. Advirtió lord Wellington esta maniobra al alborar del 30, y descubriendo la intencion que el enemigo llevaba, determinó atacar á los franceses en sus puestos, mirados como muy fuertes. En consecuencia, ordenó á lord Dalhousie envolver la derecha enemiga, encaramándose á la cresta de la montaña que tenia delante, y otro tanto mandó respecto de la izquierda á sir Tomas Picton, debiendo dirigirse camino de Roncesvalles. Efectuados estos movimientos por los flancos, arremetió Wellington por el frente, y con tal acierto y vigor, que los franceses retiráronse y abandonaron unas estancias que ellos mismos conceptuaban de difficilísimo acceso.

Mientras tanto, no quedaron tampoco parados el general Drouet y sir R. Hill. Fué aquél quien primero atacó, consiguiendo por medio de un rodeo envolver la izquierda del ultimo, y obligarle á retroceder hasta colocarse en unos cerros cerca de Egurás, en los que firmo el inglés, repelió cuantas arremetidas intentó su contrario para desalojarle. Y desembarazado ya entónces Wellington del mariscal Soult, sirvió de mucho á Hill, hallándose á puesta de sol en Olague á retaguardia de Drouet, quien sabedor de ello, escabullóse diestramente durante la noche por el paso de Donamaria, dejando dos divisiones que cubriesen la retirada. Reforzado Hill, fué tras ellos y logró aventarlos.

Al propio tiempo se movió lord Wellington via de Velate sobre Irurita, inclinándose á Donamaria, con la dicha, el general Bying, de coger en Eibrendo un convoy de municiones de boca y guerra. Continuóse el perseguimiento el dia 1.º de Agosto por los valles del Bidasoa y del Baztan, posesionándose los anglo-portugueses del punto de Maya, y de modo que al cerrar de la tarde hallábanse restablecidas las divisiones aliadas casi en el mismo campo en donde habian empezado las operaciones ocho dias antes.

Tambien el enemigo tornó á pisar la tierra de Francia, dejando sólo dos divisiones en el puerto de Echalar, á las que desalojó Wellington por medio de una combinada maniobra de las divisiones cuarta, séptima y ligera, que sucedió bien y completamente.

Aunque lejana la fuerza principal del cuarto ejército español del teatro de estos combates, no por eso permaneció ociosa. Supo su general D. Pedro Agustín Giron, al amanecer del 1.º, lo acaecido en Pamplona, y previendo que alguna columna enemiga se replegaría por Santisteban, permitió inquietarla á D. Francisco Longa, que se lo propuso, mandando, además, á D. Pedro de la Brea acompañar con la primera brigada de su division los puntos de Vern y Lesaca. Sobre aviso Longa y noticioso de que los enemigos iban de retirada, adelantó tres compañías al puente de Yanci, que si bien claro en un principio, volvieron en sí, acudiendo Bárcena, y disputaron juntos el paso á los franceses durante

cinco horas el día 1.º de Agosto. Obligados los enemigos á rehacerse, tomaron nuevas precauciones para vencer tan inesperada resistencia; pero gastando en ello mucho tiempo, dieron lugar á que despacio y ordenadamente se replegasen los nuestros, refugiándose en las alturas. Reencuentro fué éste glorioso y que mereció alabanzas de lord Wellington. Ascendió la pérdida del ejército aliado en tan diversos combates y peleas á 6.000 hombres entre muertos, heridos y extraviados. Pasó de 8.000 la de los franceses.

Capacidad y consumada pericia desplegaron lord Wellington y el mariscal Soult en aquellas jornadas, que malamente llamaron algunos batalla de los Pirineos. Fueron por ambos lados muy acertadas y bien entendidas las marchas y movimientos, ya perpendiculares, ya en direccion paralela, que cada cual imaginó ó se vió obligado á practicar, graduándose ésta de parte muy importante y difícil en el arte de la guerra, si bien adecuada para que el hombre de profundo ingenio desdoble sus facultades empleadas á la vez en percibir muchos objetos y en abrazar número grande de combinaciones; sobre todo, siendo, como aquí, el campo de la lid un país quebrado y montuoso, lleno de desfiladeros, tropiezos, tornos y revueltas, en donde no es muy hácedero al general en jefe obrar desembarazadamente y con voluntad exclusiva y pronta.

Pensaron ahora los aliados en apretar más y más el sitio de San Sebastian. Suspendido éste en Julio, emprendiose de nuevo el 24 de Agosto, haciendo propósito los ingleses de franquear más las brechas anteriores y abrir otra en el semi-baluarte de Santiago, á la izquierda del frente principal. Para ello aumentaron baterías en el istmo y tambien al otro lado del Urumea. Igualmente desembarcaron fuerzas en la isla de Santa Clara, roca erguida á la boca del puerto, y la tomaron, como asimismo á unos 30 soldados que la guardaban.

Apareciendo ya entonces buenas y practicables las brechas, dispúsese todo para dar el asalto el 31 de Agosto. Las once de la mañana eran, y hora de la baja marea, cuando salieron de las trincheras las columnas de ataque. Fué éste impetuoso, recibiendo los enemigos serena y briosamente. Larga y reñida contienda se trabó, con visos ya de dialogarse para los aliados, si á dicha no se hubiese prendido fuego á un acopio de materias combustibles almacenadas cerca de la brecha, causando tal estampido y retumbo, que se sobrecogieron los enemigos y espantaron, aprovechándose de ello los anglos portugueses para apoderarse de la cortina y meterse dentro de la ciudad. Retiráronse aprisa los franceses y se refugiaron en el castillo, cogiendo los aliados unos 700 prisioneros. Tuvieron los sitiadores más de 500 muertos y sobre 1.500 heridos: contóse entre los primeros al ilustre ingeniero sir Ricardo Fletcher, principal trazador de las líneas de Torres-Vedras. Con la lluvia y el humo denso oscureciósese la tarde del 31; por el contrario la noche, que brilló clara y resplandeciente, si bien con llamas lúgubres, encendidas quizá, ó al ménos atizadas, por el vencedor desalumbrado y perdido.

Melancolizase y se estreñece el ánimo sólo al recordar escena tan lamentable y trágica, á que no dieron ocasion los desapercibidos y pacíficos habitantes, que alegres y alborozados salieron al encuentro de los que miraban como libertadores, recibiendo en recompensa amenazas, insultos y malos tratos. Anunciaban tales principios lo que tenían aquéllos que esperar de los nuevos huéspedes. No

tardaron en experimentarlo, comportándose en breve los aliados con San Sebastian como si fuese ciudad enemiga, que desapiadado y ofendido conquistador condena á la destruccion y al pillaje. Robos, violencia, muertes, horrores sin cuento sucedieron-se con presteza y atropelladamente. Ni la ancianidad decrepita, ni la tierna infancia pudieron preservarse de la licencia y desenfreno de la soldadesca, que, furiosa, forzaba á las hijas en el regazo de las madres, á las madres en los brazos de los maridos, y á las mujeres todas por doquiera. ¡Qué deshonra y atrocidad!! Tras ella sobrevino al anochecer el voraz incendio; si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavia. La ciudad entera ardió; sólo 60 casas se habian destruido durante el sitio; ahora consumiéronse todas, excepto 40, de 600 que antes San Sebastian contaba. Caudales, mercaderías, papeles, casi todo pereció, y tambien los archivos del Consulado y Ayuntamiento, precioso depósito de exquisitas memorias y antigüedades. Más de 1.500 familias quedaron desvalidas, y muchas, saliendo como sombras de enmedio de los escombros, dejábanse ver con semblantes pálidos y macilentos, desarropado el cuerpo y martillado el corazón con tan repetidos y dolorosos golpes. Ruina y destrozo que no se creyera obra de soldados de una nacion aliada, europea y culta, sino estrago y asolamiento de enemigas y salvajes bandadas venidas del Africa. Las autoridades españolas pusieron sus clamores en el cielo, y el Ayuntamiento y muchos vecinos, reunidos en la comunidad de Zubiate, elevaron á lord Wellington energicas y sentidas, aunque inútiles, representaciones, lo mismo que al Gobierno supremo de la nacion; siendo dignas de inmortal memoria las actas de tres sesiones que se celebraron en aquel sitio, dirigidas á enjugar las lágrimas de tantos infelices, y á poner algun remedio en tales desdichas y á tan acerbos males. Pues no desmayados ni abatidos los que allí acudieron, no sólo emplearon sus tareas en tan laudable y santo objeto, sino que quisieron tambien hacer que de entre sus cenizas renaciése la ciudad, á ejemplo de lo que practicaron sus mayores con el antiguo y arruinado pueblo de Oseas en los siglos xii y xv, reinando D. Sancho el Sabio de Navarra y los Reyes Católicos. Reedificáse ahora San Sebastian en pocos años á expensas de los moradores y á impulso de sus infatigables esfuerzos, siguiéndose en su construccion una nueva y hermosa traza, con la que volvió á levantarse aquella ciudad más galana, elegante y bella.

Pensaron los franceses en socorrer á San Sebastian desde el momento en que por Agosto se renovó el asedio, intentando verificarlo por donde estaba el cuarto ejército, que tenia ya otro general en jefe en lugar de D. Francisco Javier Castaños (que aunque ausente, continuaba ántes siéndolo), y destinado tambien á Cataluña el que hacia sus veces, D. Pedro Agustín Giron. Sucedió á ambos D. Manuel Freire, que tomó posesion el 9 de Agosto en Olazun, quedándose asimismo Giron por acá al frente del ejército de reserva de Andalucía, de resultas de haber partido para Córdoba con licencia temporal el Conde del Abisal, aquejado de antiguas dolencias.

Á la sazón situábase el cuarto ejército en los parajes donde ántes, si bien más avanzado hacia la frontera, hallándose la tercera division en los campos de Sorueta y Enacoleta, parte de la quinta en San Marcial, y la séptima en Irin y Fuenterrabia. Eran éstos los puntos de la primera estacion. A retaguardia formaban segunda línea ó reserva, detras

de la tercera division, ó sea derecha, la de D. Francisco Longa y dos brigadas de la cuarta division británica, que ocupó unas alturas al diestro lado del monte de Aya, muy elevado, y como nudo que enlaza las cordilleras de Guipúzcoa y Navarra. Púsose en Lesaca una brigada portuguesa, y por la izquierda, y á espaldas de Irua, permaneció la primera division británica del cargo del mayor general Howard y la brigada del lord Aylmer.

Despuntaban ya los arreboles de la mañana, cuando se presentaron los enemigos el 31 de Agosto con grandes fuerzas en los vados de Socoa y Saraburo para pasar con rapidez el Bidasoa por el último, como lo verificaron, arrollando los puestos avanzados de los españoles, y posesionándose de la altura de Irachával, punto arbolado, y por lo tanto, propio para ocultar las columnas de ataque y moverlas encubiertamente. Intentáronlo así, amagando por su derecha á San Marcial, vía del monte de los Lobos, y procurando por su izquierda apoderarse de la posicion importante de Soroya, penetrando para ello en la cañada de Ercuti. Aquí malogróseles su propósito, rechazándolos completamente el regimiento de voluntarios de Asturias, el primero de tiradores cántabros y algun otro que los ayudó. Más felices en un principio hacia San Marcial, también cedieron al fin, acudiendo el regimiento de Laredo y nuevos refuerzos; por lo que tomaron encarnentados al punto de donde habían partido.

Nuevos ataques, pero igualmente infructuosos, repitió el frances, para apoderarse de Soroya, con la desgracia, no obstante, para nosotros de que en una arremetida que dió el regimiento de Asturias, cayó muerto su coronel D. Fernando Miranda, esforzado mozo que lloraron muchos, doliéndose todos de que desapareciese en flor tan preciosa vida.

Temprano aún en la mañana, echaron los enemigos, al amparo de la artillería que tenían plantada á la derecha del Bidasoa, en la altura que lleva el nombre de Luis XIV, un puente volante junto al paraje llamado de las Nasas, por el que, habiendo atravesado aceleradamente sus columnas, trataron éstas de penetrar hasta el puesto de San Marcial, acometiendo el centro nuestro y parte de la derecha; pero repeliólas con valor sumo, hasta desgalgar á sus soldados la falda abajo, la primera brigada de la quinta division, á cuya cabeza iba su comandante general el intrepido cuanto desdichado D. Juan Díaz Porlier; habiendo también sostenido la maniobra el segundo batallon de marina, que acudió al socorro desde la eminencia de Portó.

Atacar este punto y toda la izquierda de los españoles fué la última tentativa que hicieron los enemigos en aquella jornada. Guarneciéndole principalmente la segunda brigada de la tercera division, que regia D. José Maria Ezpeleta, quien recibió de firme y con serenidad á un sinnúmero de cazadores que, apoyados en dos columnas de infantería, le arremetieron vivamente. Apoderáronse, sin embargo, algunos de los contrarios, en el primer ímpetu, de las barracas de un campamento establecido en una de aquellas cimas; mas concurriendo á tiempo la cuarta division, y cooperando no ménos la primera de Porlier con el segundo batallon de marina, á las órdenes ahora todos de D. Gabriel de Mendizábal, arrollaron á los franceses, y los acosaron en tanto grado, que expelidos en todos los puntos y también del de Portó, que cerraba por allí la línea, comenzaron á repasar el río, hostigados siempre por nuestras tropas. Distinguiéronse en este trance, además de los ya expresados, los regi-

mientos de Guadalajara, segundo de Asturias y la Corona, y en la última carga tres batallones de voluntarios de Guipúzcoa que guiaba D. Juan Ugarte-mendia. También brilló la segunda compañía de artilleros, manejada por D. Juan Loriga.

Al propio tiempo que el enemigo se replegaba por el puente de las Nasas, abandonó igualmente en nuestra derecha el monte de Irachával y cruzó el Bidasoa por el vado de Saraburo, no sin molestia, hinchándose ya el río con la lluvia, que empezó á la tarde, y arreció despues extraordinariamente.

No dejaron tampoco los franceses de amenazar hacia los vados superiores, y áno de atacar por el extremo de la derecha española enfrente de donde se alojaba la novena brigada portuguesa, en ayuda de la cual envió Wellington al general Ingles, quien, reforzado además y mejorado que hubo de estancia colocándose en las alturas vecinas á San Antonio, impuso respeto á los enemigos, obligándolos á desistir de su porfía.

Vencidos, pues, los franceses en todos los puntos y rechazados hasta denro de su territorio, tuvo remate esta accion del 31 de Agosto, muy gloriosa para los españoles, y que dirigió con acierto don Manuel Freire. La llamaron de San Marcial, del nombre de la sierra así dicha; sierra acagaa en verdad para el extranjero, como lo atestigua la ermita que se divisa en su cumbre, fundada en conmemoracion del gran descalabro que padecieron allí los franceses el día de aquel santo y año de 1522, en un combate que les ganó D. Beltrán de la Cueva, primogénito de los duques de Alburquerque.

Perdieron los españoles en esta jornada, entre muertos y heridos, 1.658 hombres, más los franceses, muy pocos los anglo-lusitanos, no habiendo apenas tomado parte en la accion. Lord Wellington se presentó sólo á lo último, excitando su vista gran entusiasmo y aclamaciones en los españoles, de cuyas tropas dijo aquel general ase habían portado en San Marcial cual las mejores del mundo.

Firme, no obstante, se mantuvo aun el castillo de San Sebastian, desechando el general Rey proposiciones que le hicieron los aliados el 3 de Septiembre; por lo cual resolvieron éstos avivar sus ataques y cargar de recio. Para ello empezaron el 5 por tomar el convento de Santa Teresa, contigua su huerta al cerro del castillo, y desde donde, por las cercas, molestaban los enemigos á los sitiadores.

Terminadas despues las baterías de brecha, y en especial una de diez y siete piezas que ocupaba el terraplen del hornabeque de San Carlos, desahitáronse el 8 los fuegos, asostándolos el inglés contra el castillo y las obras destacadas del mirador y batería de la Reina, y contra otras defensas situadas por bajo. Cincuenta y nueve cañones, morteros y obuses vomitaron á la vez destrucción y estrago, de manera que no pudiendo el enemigo aguantar su terrible efecto, tremoló á las doce del mismo día 8 bandera blanca, capitulando en seguida. De toda la guarnicion restaban vivos solo ochenta oficiales y 1.756 soldados; los demas, hasta 4.000, habían perecido en la defensa de la plaza y del castillo. Costó á los ingleses el sitio 2.490 hombres entre muertos, heridos y extraviados.

Vese cuán próspera se mostraba la fortuna á los nuestros por esta parte; no tanto por Cataluña. Dejamos á lord Bentinck, al finalizar Julio, sitiando á Tarragona con la division de Whittingham y la primera del tercer ejército, apostadas las otras en

las inmediaciones. La plaza quedó del todo embestida el 1.º de Agosto. También se acercó allí el general Copons con su ejército, y molestó á los franceses en sus comunicaciones, y les destruyó ó atajó sus subsistencias.

Proveído de este género resultó de la súbita acometida que al abrir el alba del 7 de Agosto dió D. José Manso á un batallón de italianos que custodiaban en San Sadurn los molinos, que en grande abundancia suministraban harina á los contrarios. Había aquel coronel querido ántes sorprender un convoy que Suchet enviaba la vuelta de Villafranca; pero encontrando dificultades en su realización, limitóse á la otra empresa, tan feliz en su remate, que sólo se salvaron trescientos de los setecientos italianos apostados en San Sadurn. Los demás fueron ó muertos ó prisioneros, inutilizando Manso los molinos, y apoderándose de gran porción de sacos de harinas que en aquel sitio había; repartidos las otras entre los paisanos.

Urgió á Suchet socorrer á Tarragona, anhelando sobre todo no cayese en poder de sus contrarios el gobernador Berteletti y 2.000 hombres que guardaban la plaza. Ibase, sin embargo, despacio, y aguardó á que se le juntasen con golpe de gente los generales Decaen, Maurice Mathieu y Maximiano Lamarque, cuyas fuerzas juntas ascendían á 30.000 hombres, inferiores tal vez en número á las de los aliados, pero superiores en calidad, siendo compactas y más aguerridas. Por eso lord Bentinck procedía también detenidamente, receloso de algun contratiempo. Los enemigos, viéndose reunidos, determinaron avanzar, yendo Decaen la vuelta de Valls y del Francolí, y el mariscal Suchet por el camino de Vendrell y Altafulla. Colocóse lord Bentinck en orden de batalla delante de Tarragona, mas no con ánimo de combatir, retirándose en la noche del 15.

Le siguieron los franceses durante los dias 16 y 17 hasta los desfiladeros del Hospitalet, que no franquearon, pensando sólo Suchet en demoler y evenciar á Tarragona. Llegó á efecto haciendo volar en la noche del 18 el recinto antiguo y las demás fortificaciones que quedaban aun en pié, porciendo y desmantelando aquella plaza, célebre ya desde el tiempo de los romanos. Berteletti salió con sus 2.000 hombres y se incorporó á su ejército, que se reconcentró en la línea del Llobregat.

La division española del segundo ejército, la cual regia D. Pedro Sarrfield, metiose al dia siguiente en medio de aquellas ruinas, y empezó á querer descombrar el recinto, posesionándose desde luego de cañones y otras aprestos militares, que se conservaron, no obstante el casi universal destrozo de las fortificaciones. Quedó en Reus y Valls la division de Whittingham, si bien parte acompañó al Ebro al tercer ejército, y volvió á avanzar lord Bentinck, situándose en Villafranca, ayudado por en izquierda del general Copons, apostado en Martorell y San Sadurn.

Reconocióse á la derecha del Ebro el tercer ejército, yendo desde las inmediaciones de Tarragona por Tiveny y Mora la primera y segunda division bajo del Principe de Anglona, la tercera con artillería, bagajes y algunos jinetes por Amposta, á las inmediatas órdenes del general en jefe Duque del Parque. Tenia éste para ventear el paso sólo una balza y cuatro botes, por lo que no pudo transportarse con la deseada rapidez á la margen derecha, no obstante lo mucho que al intento se trabajó en los dias 17 y 18, dando vagar á que el 19, saliendo

el general Robert de Tortosa, hiciese una fuerte arremetida, que hubo de costar cara. Reprimióse, sin embargo, al frances, y consiguió el Duque pasar con sus tropas el rio, sin particular quebranto.

Se acantonaron las divisiones que componian este ejército á la distancia de algunas leguas del Ebro, revolviendo despues el Principe de Anglona con la primera sobre Tortosa. La razon que hubo para el retraso del tercer ejército provino de una determinacion dada al Wellington, enderezada á que dichas fuerzas se trasladasen á Navarra y se juntasen con las que allí lidiaban. Empezaron, por tanto, su marcha, llegando á Tudela al promediar Setiembre, de donde parte de ellas se dirigió á reforzar el bloqueo de Pamplona, teniendo á su frente al Principe de Anglona, quien á poco tomó el mando de todo aquel ejército, causado el Duque del Parque y atldido de achaques.

Llenaron el hueco que dejaba este ejército en Cataluña otras divisiones del segundo, ademas de la de Sarrfield, no ocupadas en el bloqueo de las plazas y fuertes del reino de Valencia, yendo á estrechar el de Tortosa la quinta, que capitaneaba don Juan Martin el Empeinado.

Entre tanto habíase afirmado Suchet en su línea del Llobregat, fortificando la cabeza del puente de Molina de Rey, y construyendo varios redutos á la izquierda de aquel rio. Formaba la vanguardia el general Meselop y observaba ambas orillas, encomendándose al lado de Martorell á un batallón protegido por un escuadron de húsares. Tuvo esta fuerza algun descomiso, de que se aprovechó D. José Manso, muy diligente en su caso, aunque hombre de espera, dando de sobresalto en ellos el 10 de Setiembre en Pallorjá, y desbaratándolos. Rechazó igualmente á otros que vinieron en ayuda de los primeros, mejorada su posicion y muy avanzada.

Ni Bentinck desamparó tampoco á Villafranca y pueblos de enfrente, apostando en el ventajoso y difícil paso de Ordal, distante tres leguas, al coronel Adams con un trozo respetable de gente, compuesto de un regimiento británico y de otro calabrés y de una brigada de la division española de Sarrfield, que mandaba D. José de Torres. Colocóse á éste en la izquierda con dos compañías inglesas, y en lo alto de la eminencia, llamada la Cruz de Ordal, á los calabreses, metidos en un reduto antiguo, y dueños de cuatro cañones pequeños, alojándose en la derecha lo que restaba de fuerzas inglesas.

Discurrió Suchot atacar este punto y aventar de allí á los aliados, para lo que se concertó con Decaen. No era fácil la empresa, siendo Ordal escarpado sitio, con avenida que enlabea por largo espacio y dicen vecinos cerros. Así fue que tomó el mariscal frances las correspondientes precauciones, parciéndole la más oportuna acometer de repente y de noche á los aliados con propósito de sobrecogerlos.

Se trabó la pelea en la noche del 12 al 13, habiendo lanzado el general Meselop, que se hallaba á la cabeza de la columna del general Harispe, muchos tiradores apoyados de otra fuerza contra la izquierda aliada, en donde se apostaban los españoles, que tenian tambien parte de su gente en el camino real. Varios fueron por dos veces los impetus del enemigo, estrellados en el valor y serenidad de nuestros soldados. Generalizáse en breve el fuego por toda la línea, con la desgracia de quedar herido á poco gravemente el coronel Federico Adams, por lo que recayó el mando en D. José de Torres.

Renovando los enemigos esforzadamente su ataque, desalojaron á los nuestros de un puesto importante, que se recobró luego; debiéndose en particular el triunfo á los granaderos y cazadores de Aragon, á dos compañías inglesas, y á los tiros de metralla de la artillería británica en la Cruz de Ordal. Pero frustradas al frances sus tentativas por este lado, ideó otra sobre la derecha, que amparaban los ingleses, destacando en contra suya la division de Hubert, la cual logró su objeto, distinguiéndose el comandante Bugeaud con el batallon 116, que arrolló brioso á los que se le oponian. Entonces tuvieron tambien que ceder los de la izquierda y centro, y tomaron hucia San Sadurn en busca de las fuerzas del general Copons, que andaban por allí y por Martorell. Los españoles se unieron á los suyos, mas no los calabreses, que, encontrándose con tropas de Decaen, que avanzaban por la derecha de Suchet, retrocedieron, logrando, sin embargo, cruzar el camino real de Barcelona y embarcarse en Sitges, con la buena ventura de no encontrar al paso con Suchet ni con gente de su ejército. Perdiéron el los cañones, mas no los extraviados, que consiguieron incorporarse con D. José Manso. Los restos de la derecha aliada del cuerpo lidiador en Ordal se unieron á Bentinck, quien avanzó al ruido de la contienda trabada. Pero no fué muy alla, tornando atras luego que supo el infeliz desenlace. Tampoco Suchet persistió en el perseguiimiento, ya porque tardó en adelantarse el general Decaen, con quien contaba, entretenido por los calabreses y D. José Manso, ya porque advirtiendo firmeza en el ademan de Bentinck, y por haber sido escarmentados sus jinetes en una refriega con los británicos, no creyó prudente empeñar nueva accion. No hubo despues ninguna otra de importancia, replegándose al Llobregat el mariscal Suchet, y los aliados á Tarragona, cuyo jefe Bentinck dejó en breve el mando, trasladándose otra vez á Sicilia. Sucediólo sir Guillermo Clinton, esclarecido general y de fama bien adquirida.

A pesar de vaivenes y desengaños de la suerte varia y aun adversa en Cataluña, no se siguió á España grave perjuicio, así por los trofeos cogidos en otros lugares, como tambien por los señalados acontecimientos que á la propia sazón ocurrieron en Alemania.

Eclipsábase allí cada vez más la estrella, en otro tiempo tan resplandeciente y clara, del emperador Napoleon; porque si bien brilló de nuevo en los campos de Lutzen, Bautzen y Wurtchen, no fué sino momentaneo su esplendor, y para ocultarse y desaparecer del todo sucesiva y lamentablemente. Hubiase firmado un armisticio el 4 de Junio en Plesswitz entre las potencias beligerantes, estipulando ademas el Austria, en Dresde, el 30 del propio mes, una convencion con la Francia, en la que ofrecia su mediacion, y á cuyo efecto debia reunirse un congreso en Praga, prolongándose hasta el 10 de Agosto el armisticio pactado. Dificultades sin número se opusieron á la pacificacion general, nacidas ya de los aliados, que mal contentadizos con los favores de la fortuna querian sacar mayor provecho de sus anteriores lauros, ya de Napoleon, que avezado á dominar siempre, y á dictar condiciones, no se avenia á recibir las, temiendo descender mal parado de la cumbre de su poderio y grandeza. Por tanto, rompióse el armisticio, y uniéndose el Austria á la confederacion europea, declaró la guerra á la Francia el 12 de Agosto de 1813, sin que los vínculos de la sangre que unlaban á las familias

remanentes de ambos estados bastasen á detener el movimiento bélico, ni á alterar las frías relaciones de la desapegada política. Las que tan pronto como el augustó suegro de Napoleon se esforzaron á inclinar la balanza de los sucesos del lado de la ga europea. Ventura sobre todas ésta, que calmaba los ánimos de los españoles, creciendoles la esperanza de ver concluida pronta y felizmente la lucha de la independencia, como abarcaba tambien el establecimiento de las nuevas reformas, lo ménos de aquellas que se conceptuaban tales y necesarias.

Tras de lograr objeto tan importante en las afanadas las Cortes generales y extraordinarias llevando en las discusiones el anterior rumbo, mayoría casi igual, aunque no siempre tan numerosa y compacta, allegándose al partido opuesto mudanzas muchos diputados de los distritos elegidos por las provincias que iban quedando libres de la dominacion extraña; en donde ocasion considerable de las clases que se creían perjudicadas por las reformas, ó recelaban del poder que habia influido poderosamente en las elecciones, notable daño de la opinion liberal.

Equilibráronse principalmente los dictámenes examinarse en las Cortes si convenia ó no trasladar á Madrid el asiento del Gobierno: cuestion que movida en 1812, se renovó ahora con visos de mejor éxito, obrando de concierto en el asunto partidos de sentir muy diverso en otras materias por agradar á sus poderdantes, que eran de las provincias de lo interior, muy interesadas en permanecer cerca al Gobierno y las Cortes; otros por el temor de este del influjo, en su entender pernicioso, de los moradores de Cadiz, declarados del todo en contra de mudanzas y nuevos arreglos.

Dió en la actualidad impulso al negocio la proposicion del Ayuntamiento de Madrid, atendiendo á las ventajas que reportaria aquel vecindario la permanencia allí del Gobierno, y temerosos al mismo tiempo de que se oscureciese en lo sucesivo el rollo para cabecera del reino. Dictámanse á que inclinaban varios diputados, y del que en todo no han sido secueces hombres muy entendidos en el estado. Porque, en efecto, notable desventajas presentar en Madrid la capital de la monarquía, dando el imperio español, abrazando ambas orillas, contaba entre sus ciudades, no sólo ya á la opulenta Sevilla, sino tambien á la poderosa bien situada Lisboa, emporios uno y otro de comercio y grandeza, mas propios á infundir en el gobierno peninsular sanas y generosas ideas de economía pública y administracion, que un país fundado en pais estéril, nada industrial, ni muy tierra adentro, y compuesto, en gran parte, de empleados y clases meramente consumidoras.

La exposicion del Ayuntamiento de Madrid á informe de la Regencia y del Consejo de Fe y ambas corporaciones opinaron que por ahora no se moviese el Gobierno de donde estaba; mas todavia el enemigo de las plazas de la frontera con posibilidad, en caso de algun descalabro volver á intentar atrevidas incursiones, de dar á las autoridades legítimas á nuevas y peligrosas retiradas. Juicioso parecer, que prevaleció en las Cortes, si bien despues de acalorados debates, acordándose en la sesion del 9 de Agosto la propuesta por la Regencia, reducida: 1.ª, á que no se moviera por entónces el día de la mudanza; y 2.ª, á que cuando ésta se verificase fuese sólo á Madrid, lo que, sin desagradar á los vecinos de la antigua

pital del reino, tratóse de serenar algun tanto á los de Caliz, muy apesadumbrados é inquietos por la traslacion proyectada.

Mas ni aun así aflojaron en su intento los diputados que la deseaban, proponiendo en seguida uno de ellos que las sesiones de las Cortes ordinarias, cuya instalacion estaba señalada para 1.º de Octubre, se abriesen en Madrid, y no en otra parte. Tan impensado incidente suscitó discusion muy viva, y tal que, al decidirse el asunto, resultó empatada la votacion. Preveia semejante caso el reglamento interior de las Cortes, ordenando, para cuando sucediese, que se repetiria el acto en el inmediato dia, lo cual se verificó, quedando desechada la proposicion por solos cuatro votos, pasando de 200 el numero de vocales. Aunque ufana la mayoría con el triunfo, recelábase de la maledicencia, que muy suelta esparcia la voz de que los diputados de las extraordinarias querian eternizarse en sus puestos. Para desvanecerla, é imponer silencio á tan falso y mal intencionado decir, hicieronse varias proposiciones, enderezadas todas ellas, y en particular una del Sr. Mejía, á remover estorbos para acelerar la llegada de los diputados sucesores de los actuales. Laudable conato, bien que inútil, para acallar las maledicencias pláticas y fingidos susurros de partidos apasionados, siendo la más acomodada y concluyente respuesta que pudieron dar las Cortes á sus detractores el modo con que se portaron, cerrando sus sesiones al debido é indicado tiempo.

En estos debates continuaron distinguiéndose algunos diputados de los que no habian asistido á las Cortes extraordinarias en los dos primeros años. Descolló entre todos ellos D. Isidoro Antillon, de robusto temple, aunque de salud muy quebrantada, formando especial contraste las poderosas fuerzas de su entendimiento con las descacidas y flacas de su cuerpo achacoso y endeble. Adornaban á este diputado ciencia y erudicion bastante, no ménos que concisa y punzante elocuencia, si bien con asomos alguna vez de impetuosidad tribunicia, que no á todos gustaba. Fueron muy contados sus dias, que abreviaron inhumanamente malos tratos del feroz despotismo.

Otras medidas de verdadera utilidad comun, y en que rara vez despuntó notable disenso, ocuparon tambien por entónces á las Cortes extraordinarias. La agricultura y ganaderia estante recibieron particular fomento en virtud de un decreto de 6 de Junio de este año, en que se permitió cerrar y acotar libremente á los dueños las dehesas, heredades y á mas tierras de cualquiera clase que fuesen, dejando á su arbitrio el beneficiarlas á labor ó pasto, como mejor les acomodase. Igual licencia y franquía se dió respecto de los arrendamientos, pudiendo concluirse éstos á voluntad de los que contrataban, y obligando á su cumplimiento á los herederos de ambas partes, por cuya disposicion desaparecian los males que en tales casos se originaban de las vinculaciones, segun las cuales la fuerza y conservacion de la escritura ó contrato no dependian de la ley, sino de la vida del propietario y del buen ó mal querer del sucesor: prendas frágiles y muy contingentes de duracion ó estabilidad. Decretaron asimismo las Cortes se fundasen escuelas prácticas de agricultura y economia civil, no de tanto provecho como imaginan algunos, debiéndose el progreso de la riqueza pública, ántes que á lecciones y discursos de celosos profesores, al conato é impulsión del interes individual y al estado de la sociedad y sus leyes.

Ni descendieron aquéllas ventilar al mismo tiempo la espinesa cuestion de la propiedad de los escritores; derecho de particular indole, muy necesario de afianzar en los países cultos, sobre todo en los que se admite la libertad de la imprenta, con la cual concuerdan maravillosamente, sirviendo de resguardo á las producciones del ingenio. Para no privar á éste del fruto de su trabajo y desvelos, ni poner tampoco al público bajo la indefinida dependencia de herederos, quirá indolentes, fanáticos ó codiciosos, declararon las Cortes ser los escritos propiedad exclusiva del autor, y que sólo á él ó á quien hiciese sus veces, pertenecia la facultad de imprimirlos, conservándola despues de su muerte á los herederos, si bien á éstos por espacio de solos diez años. Se daba el de cuarenta á las corporaciones por las obras que compusiesen ó publicasen, contados desde la fecha de la primera edicion.

Habíase abolido ó modificado ya ántes, segun apuntamos, varias disposiciones y prácticas en lo criminal, repugnantes á la opinion y luces del siglo. Prosiguióse despues en el mismo afán, quitando la pena de horca, y sustituyendo á ella la de garrote, con supresion total de la de azotes, infamatoria y vengonzosa. Loables tareas, que tiraban á suavizar las costumbres y á introducir mejoras dignas de un pueblo culto.

Mereció la Hacienda peculiar atencion de las Cortes extraordinarias en los últimos meses de sus sesiones. Habíase dado la incumbencia de este ramo á dos comisiones suyas, una especial encargada de todas las materias pertenecientes al crédito público, y otra, llamada extraordinaria, que debia examinar los presupuestos y extender un nuevo plan de contribuciones y administracion. Principió ésta por dar cuenta el 6 de Julio de sus trabajos en la última parte, leyendo un informe, obra del señor Porcel, vocal que, llegado tambien de los posteros como el Sr. Antillon, colocóse en breve al lado de los más ilustres por su saber, y por ser hombre de gran despacho y muy de negocios. Trataba en su dictámen la Comision, más que de todo, de uniformar en el reino y simplificar las contribuciones, muchas y enredosas, de vária y opuesta naturaleza, y muy diversas en unas provincias respecto de otras. No descendia, sin embargo, á todos los pormenores de tan intrincado asunto, contentándose con dividir, para mayor claridad, en cuatro clases las rentas existentes más principales, á saber: 1.ª las eclesiasticas, así llamadas, no porque en realidad lo fuesen, sino por traer origen de las destinadas á mantener el culto y sus ministros; 2.ª las de aduanas, que se distinguían bajo el nombre de rentas generales; 3.ª las provinciales, ó sean alcabalas, cientos y millones; y 4.ª las estancadas. La 3.ª y 4.ª clase eran como desconocidas en las provincias Vascongadas y en Navarra; lo mismo en Aragon la 3.ª, supliéndose el hueco en cada uno de sus reinos respectivamente con la contribucion real, el catastro, el equivalente y la talla. Quería la Comision medir por la misma regla á España toda, igualando los impuestos, á cuyo fin proponia un plan en gran parte nuevo, creyéndole conducente al caso. Segun su contexto, manteníase la primera clase de impuestos, y limitándose en la segunda á recomendar un cuerdo y periódico arreglo de aranceles y derechos, recaía la reforma esencialmente sobre la 3.ª y 4.ª; esto es, sobre las rentas provinciales y estancadas. Suprimíanse ambas, y se establecía en lugar de las primeras una contribucion única y directa, debiéndose reemplazar las se-

gundas con un recargo á la entrada y salida de los géneros en las costas y fronteras, y con un sobreprecio al pié de fábrica cuando éstas fuesen propiedad del Estado.

Bienas, sin duda, redundaban al reino entero del nuevo plan, mayormente en la parte en que se igualaban los gravámenes, tan pesados ántes en unas provincias respecto de otras. Pero pecaba aquél de especulativo en adoptar una contribucion directa y única, mirada de reojo por los pueblos, poco aficionados á pagar á sabiendas sus cargas y obligaciones; de lo que convencidos los gobiernos expertos, prefirieron gravar al contribuyente en lo que compra más bien que en lo que produce, y confundir así el impuesto con el precio de las cosas. Fuera de eso, justo es se advierta que siguiendo los impuestos indirectos en el curso de sus valores las mutaciones y variedades de la industria, crecen aquéllos ó menguan al sôn de ésta, sin perjudicarlas notablemente, ni andar encontrados los ingresos del Erario con la prosperidad pública.

Acrecentase en el plan de la Comision los males que son inherentes á los tributos directos, por recaer el suyo, no sólo sobre la renta de la tierra, sino tambien sobre las utilidades de la industria y del comercio, enmarañada selva de dificultades averiguaciones; añadiéndose para mayor daño la falta de un catastro bien individualizado y exacto, por no consentir la premura del tiempo y las circunstancias de entonces la formacion de otro nuevo, tarea larga y de dias sossegados. Motivo que obligó á adoptar por base del reparto el censo de la riqueza territorial é industrial de 1799, publicado en 1803, imperfectísimo y muy desigual, en que se mezcla á menudo y confunde el capital con los rendimientos, y se juzga como á tientas de los productos y valores de las diversas provincias del reino.

En la materia, no sólo los gobiernos y hombres prácticos, según arriba hemos dicho, pero aún los economistas teóricos, al modo de Smith y Say, suelen graduar de error el establecimiento de una contribucion directa y exclusiva, prefiriendo á la aparente y engañosa sencillez de ésta una combinacion proporcional y bien ajustada de varios impuestos: razon por la que se opuso discretamente Necker á refundir en uno los veintinueve de que habla en sus escritos, resultando á Francia, de no haberle escuchado, gran trastorno en la hacienda; bien que con la dicha aquel reino de volver en sí años adelante, y adoptar á tiempo un concertado plan de imposiciones de diversa índole; amostrado su gobierno á costa de su propia y fatal experiencia.

Disculpábase ahora en España la introduccion de un impuesto directo y único con estar destruidos y sin fuerza, á causa de la guerra, casi todos los antiguos, y no considerarse el nuevo sino á manera de provisional, en tanto que se meditaba otro mejor y más completo, llevando ya el último la ventaja de igualar desde luego á todas las provincias del reino en la cuota y distribucion de sus respectivas cargas. Suscitó en las Cortes el plan de la Comision extraordinaria largos debates, no escasos de saber y abundantes en curiosas noticias; acabándose por aprobar aquél en sus principales partes con gran mayoría de votos y general aplauso. Pero al establecerse tocáronse de cerca las dificultades, tantas y tan grandes, que nunca fué dado superarlas del todo; acarreado á las Cortes la nueva contribucion directa malquerencia y mucho desvío en los pueblos.

La misma comision extraordinaria de Hacienda presentó el 7 de Setiembre el presupuesto de gastos

y entradas para el año próximo de 1814, remitido ántes por el ministro del ramo; trabajo informe y desnudo de los datos y pormenores que requiere el caso. Otros presupuestos habian pasado del Gobierno á las Cortes despues del que en 1811 habia leído en su seno el Sr. Canga, pero ninguno completo ni satisfactorio siquiera. Tampoco lo fué el actual, subsistiendo los mismos obstáculos que ántes para extenderle debidamente, pues no se alcanza tan importante objeto sino á fuerza de años, de muchas y puntuales noticias, y de vagar y desahogo bastante para examinarlas todas y cotejarlas con perseverancia y juicioso discernimiento.

Ascendia el total de gastos á 950 millones de reales, consumiendo solamente el ejército 560 millones, y 80 millones la marina. Calculábase aproximadamente el total de la fuerza armada en 150.000 infantes y 12.000 caballos; y se contaba, para cubrir los gastos, con las rentas de aduanas, las eclesiásticas y las que á ellas solian andar unidas, cuyo producto se presumia fuese de 463.956.293 reales, debiendo llenarse el desfaleo con la contribucion directa que se substituia ahora á las antiguas suprimidas. Alegres, pero someros, cómputos, que nunca llegaron á realizarse.

El día 8 aprobáronse ambos presupuestos apenas sin discusion; sucediendo, como en los de 1811, ser ningunos los gastos que pudieran graduarse de superfluos, por no merecer tal nombre los que resultaban todavia de antiguos abusos ó de errores en la administracion. Nacia tambien el pronto despacho de no gustar aún mucho las Cortes de materias prácticas, saboreándose con las teóricas, más fáciles de aprender y de mayor lucimiento, si bien momentáneamente. Agregábase á esto el aguijor del tiempo, que presuroso corria y anunciaba ya el remate y conclusion final de las Cortes extraordinarias.

Por esta razon celebrábanse en aquellos dias sesiones de noche para dejar terminados los trabajos pendientes de más importancia, con el que en la del mismo 7 de Setiembre leyó la comision especial de Hacienda sobre la deuda pública. Habíase reconocido solemnemente las Cortes, conforme en su lugar dijimos, y nombrado una junta que entendiese en el asunto, separando de intento esta dependencia de las demas del ramo de Hacienda, no como regla de buena administracion, sino como medio de alentar á los acreedores del Estado, que, chasquados tantas veces, vivian en suma desconfianza de todo lo que corriese inmediatamente por el Ministerio y se pagase por tesoreria mayor.

Antes habia elevado ya á las Cortes la misma Junta un plan de liquidacion de la deuda, y otro de su clasificacion y pago. Dió margen el primero á la publicacion de un decreto con fecha del 15 de Agosto de este año, en que se prescribian reglas á los liquidadores, distinguiendo la deuda en anterior al 8 de Marzo de 1808, y en posterior; atendiendo principalmente en la última á todo lo concerniente á suministros, préstamos y anticipaciones de los pueblos y particulares, cuyo reconocimiento, para evitar fraudes y vituperables abusos, exigia peculiar exámen.

Respecto de la clasificacion y pago de la deuda, obraron de acuerdo la junta del Crédito Público y la comision de las Cortes; y haciendo fundamento y diferencia, como para la liquidacion, de las dos épocas arriba insinuadas, distribuian toda la deuda en deuda con interes y en deuda que no le gozaba, comprendiendo en la primera, así la procedente de

capitales de amortizacion civil y eclesiástica, como la de los que eran de disposicion libre; y en la segunda los réditos y sueldos no pagados, con los atrasos y alcances de tesorería mayor, no ménos que lo relativo á suministros y anticipaciones de los pueblos é individuos.

Señalábase á la deuda con interes el 1 1/2 por 100 de rédito, durante la guerra con Francia y un año despues; exceptuando los vitalicios, que eran mejor tratados, y debiendo volver á entrar la clase entera de acreedores de esta deuda en sus respectivos y antiguos derechos en pasando aquel término. Destinábanse para el pago arbitrios correspondientes.

La deuda sin interes apareceria por su nombre como cosa de mala sonada, si no se supiese que bajo él se encerraban sólo débitos que nunca habian cobrado rédito alguno, ni contráidose por lo general con semejante condicion ni promesa. Se extinguia esta deuda por medio de la venta de bienes nacionales, practicada, no atropelladamente ni de una vez, sino á pausas y conforme á un reglamento que tenia que extender la junta del Crédito Público.

Otras distinciones y particularidades para la ejecucion se especificaban en el plan, en las que no entraríamos; debiendo, sin embargo, advertir que no se incluian en este arreglo los empréstitos y deudas de cualquiera clase, contráidos hasta entónces, ó que en adelante se contrajesen con las potencias extranjeras.

Por muy defectuoso que fuese el presente plan, acarrea ventajas, ofreciendo á los acreedores de la nacion nuevas y más seguras prendas del pago de sus títulos; por lo que le aprobaron las Córtes en todas sus partes con leves variaciones. Su complicacion y faltas hubieran desaparecido con el tiempo, y adoptádose al cabo reglas más justas y equitativas de reintegro y amortizacion, de lo cual sabiasen en España muy poco entónces.

Igualmente ordenaron las Córtes por los mismos dias el cumplimiento de otra disposicion muy útil al crédito en lo venidero, yendo dirigida á la cancelacion y quema de 6.401 vales reales que paraban en poder de la junta del Crédito Público y le pertenecian. Ejecutóse lo mandado, y en ello hicieron ver las Córtes aun más claramente cuán decididas estaban á no desautorizar sus promesas, permitiendo circularsen de nuevo documentos amortizados ya, como á veces se ha practicado en menoscabo de la buena fe y honradez españolas.

Nombraron las Córtes en 8 de Setiembre la diputacion permanente, la cual, segun la Constitucion, habia de quedar instalada en el intermedio de unas Cortes á otras; y aunque se anunciaba sería corto el actual, fuerza, sin embargo, era cumplir con aquel articulo constitucional, teniendo la permanente que precedir ya el 15 del propio mes las juntas preparatorias de las Córtes ordinarias que iban á juntarse.

Siendo el 14 el día señalado para cerrarse las extraordinarias, asistieron éstas á un *Te Deum* cantado en la catedral, volviendo despues al salon de sus sesiones, en donde, leído que fue por uno de los secretarios el decreto de separacion acordado ántes, pronunció el Presidente, que lo era a la sazón don José Miguel Gordon, diputado americano por la provincia de Zacatecas, un discurso apologético de las Córtes y especificativo de sus providencias y resoluciones, el cual acogieron los circunstantes con demostraciones y aplausos repetidos y muy cordiales. A poco, y guardado silencio, tomó nuevamente la palabra el mismo Presidente, y dijo en voz elevada y firme: á Las Córtes generales y extraordinarias

de la nacion española, instaladas en la isla de Leon el 24 de Setiembre de 1810, cierran sus sesiones hoy 14 de Setiembre de 1813; con lo que, y despues de firmar los diputados el acta, separáronse y se consideraron disueltas aquellas Córtes.

Al salir los individuos suyos de mayor nombradía fueron acompañados hasta sus casas de muchedumbre inmensa, que victoreándolos, los llenaba de elogios y bendiciones descaídas de todo interes. Continuaron por la noche los mismos obsequios, con iluminacion ademas y músicas y serenatas, que daban señoras y caballeros de lo más florido de la poblacion de Cádiz, lo mismo que de los forasteros.

Pero ¡ah! tanta algazarra y júbilo convirtióse luego en tristeza y llanto. La fiebre amarilla ó vómito prieto, que desde comenzar del siglo habia de tiempo en tiempo afigido á Cádiz, y que vimos retonar con fuerza en 1810, picaba de nuevo este año, propagada ya en Gibraltar y otros puntos de aquellas costas. Nada se habia hablado del asunto en las Córtes; pero al día siguiente de cerrarse éstas, creyendo el Gobierno que se aumentaba el peligro rápidamente, resolvió á las calladas trasladarse al Puerto de Santa María, para desde allí, si era necesario, pasar más lejos. Traslucióse la nuova en Cádiz y mostróse el pueblo cuidadoso y desasossegado, oficiando de resultas y sobre el caso al Gobierno la Diputacion permanente, temerosa de lo que pudiera influir aquella providencia en la instalacion de las Córtes ordinarias, cuyas juntas preparatorias habianse abierto aquel mismo día.

Detúvose la Regencia al recibir las insinuaciones de la Diputacion y algunas particulares del diputado Villanueva; y á fin de no comprometerse mas de lo que ya estaba, acordó precipitadamente excitar á dicha Diputacion á que convocase las Córtes para tratar del negocio en su seno. No era fácil determinar cuáles debian llamarse, pues las ordinarias todavía no se hallaban constituidas; y volver á juntar las extraordinarias, recién disueltas, parecia desusado y muy fuera de lo regular; pero urgiendo el pronto despacho, no se encontró otro medio más que el último para salir de dificultad tanafia.

Así las Córtes extraordinarias, cerradas el 14 de Setiembre, abriéronse de nuevo el 16, celebrando sesiones esta noche y los dias siguientes 17, 18 y 20. Ventilóse largamente en ellas el punto de la traslacion, acusando muchos con aspereza al Gobierno de haberla determinado por sí de tropel é irreflexivamente. Procuraron defenderse los ministros, mas hicieronlo con poca maña, embargado alguno de ellos por aquel pavor que á veces se apodera de las gentes al aparecimiento súbito de cualquiera peste ó epidemia mortífera, y de cuya enojosa impresion no suelen desembarazarse ni aun los hombres que en otras ocasiones sobresalen en serenidad y buen ánimo.

La cuestion en sí no dejaba de ser grave, sobre todo en las circunstancias. Moverse las Córtes desplacia á la ciudad de Cádiz, interesada en la permanencia del Gobierno dentro de sus muros; y moverse tambien, si la epidemia cundia y tomaba incremento, era expuesto á llevarla á todas partes, provocando el odio y animadversion de los pueblos. Mas, por otro lado, quedarse en Cádiz y dar lugar al desarrollo y completa propagacion del mal, ponía al Gobierno en grande aprieto, cortándole las comunicaciones, é impidiendo quizá la llegada de los diputados que debian componer las Córtes ordinarias.

No ilustraba tampoco el punto cual se apetecia

la facultad médica, ya por miedo de arrostrar la opinion interesada de Cádiz, ya por no conocer bastante la enfermedad que amagaba; andando tan perplejos sus individuos, que casi todos decian un día lo contrario de lo que habian asentado en otro. Entre los diputados hubo igualmente notable disenso; y el Sr. Mejía, que se preciaba de medico, llegó en uno de sus discursos hasta apostar la cabeza á que no existia entonces allí la fiebre amarilla. Pero áspues pegósele, y le costó la vida. Amenazó la de otros el vulgo, desabrida con los que se inclinaban á apoyar las providencias del Gobierno y su salida de Cádiz; corrió algun riesgo la de D. Agustín de Argüelles, tan querido y festejado dos dias antes; que tan mudables son los amores y aficiones del pueblo.

Inciertas las Cortes, y no sabiendo cómo atinar en asunto tan espumoso, nombraron varias comisiones, una tras de otra, y oyeron en su seno diversas y opuestas las propuestas. Los debates, muy acalorados ya, y ruidosos, no remataron en nada que fuese conveniente y claro; por lo que, no dando ya vagar el tiempo, y aproximándose cada vez más el de la apertura de las Cortes ordinarias, dejóse á la resolución de éstas la de todo el expediente, segun indicó el Sr. Antillon con atinada oportunidad.

La inquietud y desasosiego de aquellos dias, los alborotos que por instantes amagaban, y un viento caluroso y seco que soplo de Levante con singular pertinacia, irritando en extremo los ánimos, provocólos á la alteracion y enfado, y contribuyó no poco á desenvolver la epidemia rápida y dolorosamente. De los diputados que asistieron á las sesiones, aun que ahora en más reducido número, no ménos de 60 cayeron enfermos, y pasados de 20 murieron en breves dias, contándose entre ellos algunos de los más distinguidos, como lo eran el Sr. Mejía, mencionado ya, y los Sres. Vega Infanzon y Lujan. Y aquellas Cortes, que dias antes se habian separado gozosas y celebradas, verificáronlo ahora de nuevo, pero abatidas y en gran desamparo.

En el discurso de su dominacion distinguirse pueden tres tiempos bien diversos: 1.º, el inmediato á su instalacion, en el que con esfuerzo, aunque á veces con inferioridad, luchó siempre el partido reformador; 2.º, el de más adelante, cuando triunfando este adquirió mayoría, haciendo de continuo prevalecer su dictamen; y 3.º y último, al cerrar de las Cortes, y en ocasion en que acudiendo muchos diputados de lo interior, equilibráronse las votaciones, ganándolas, no obstante, en lo general los liberales ó reformadores, por lo halagüeño de sus doctrinas, por su mayor arrojo y por la superioridad, en fin, que les proporcionaba la práctica adquirida en las discusiones y modo de llevarlas, no desperdiçando resquicio que diese á su causa mayor cabida ó ensanche.

Espanoles ha habido, y aún extranjeros, que han suscitado dudas acerca de la legitimidad de estas Cortes. Aparentada opinion, que ha cedido al tiempo y á las poderosas razones que la impugnaban. Fúndase la legitimidad de un gobierno ó de una asamblea legislativa en la naturaleza de su origen, en el modo con que se ha formado, y en la obediencia y consentimiento que le han prestado los pueblos. Abandonada España y huérfana de sus príncipes, necesario le fue mirar por sí y usar del indisputable derecho que la asistia de nombrar un gobierno que la defendiese y conservase su independencia. Díxelo, pues, en las juntas de provincia y en la Central y primera Regencia sucesiva y arreglada-

mente. Vinieron al cabo las Cortes, conforme al deseo manifestado por la nacion entera y á lo resuelto también por Fernando VII desde su cautiverio; llevando, por tanto, el llamamiento y origen de aquel cuerpo el doble y firme sello de la autoridad real y de la autoridad popular, que no siempre van á una ni corren á las parejas.

Objetárase quizá en segunda contra su legitimidad la forma que se dió á las Cortes, desusada en la antigua monarquía; pero en su lugar apuntamos los fundamentos que hubo para semejante resolución, atropellados ó en olvido los venerandos y primitivos fueros, y teniendo ahora que acudir á la representación nacional diputados de las Américas, las cuales carecian ántes de voz, y otros de varias provincias de Europa que estaban en igual ó parecido caso; haciéndose indispensable igualar en derechos á los que se habia igualado en cargas y obligaciones.

Mayor el reparo de no haber concurrido desde un principio á las Cortes todos los diputados propietarios, ocupando sus puestos suplentes elegidos en Cádiz, desvaneceráse si advertimos que ya en los primeros meses se hallaron presentes muchos vocales de los que gozaban de aquella calidad, aumentando su número considerablemente al discutirse y firmarse la Constitucion, acto de los más solemnes, y estando casi todos ya en Cádiz al cerrar de las Cortes; con la particularidad notable de haber elegido entre ellos, las más de las provincias, á los que eran suplentes, dando así á lo obrado anteriormente la aprobacion más explícita y cumplida.

¿Y para qué cansarse? Todas ellas, lo mismo las de Europa que las de América, excepto Venezuela y Buenos-Aires, ya en insurreccion, reconocieron á las Cortes generales y extraordinarias, congregadas en la isla gaditana libre y espontáneamente, en que fuerza alguna las obligase á ello. Por el contrario, el remolino de turbulencias en que andaba metida la América, y la ocupacion extranjera que afligia á varias provincias de España, facilitaban la oposicion, en caso de desealarla. Lejos de eso, mostrábanse todas muy diligentes en reconocer á las Cortes, llegando á Cádiz pruebas repetidas de lo mismo, aun de aquellas en donde dominaba el frances. Tanto era su conato en tributar rendimiento y obsequios á la autoridad legitima, y tanto su anhelo por apaisarse en derredor suyo, como único y verdadero centro de representación nacional. Cúlese, pues, otro gobierno ó asamblea pública que ni por su origen, ni por su forma, ni ménos por el libre consentimiento y espontánea sumision que hubiese recibido de los pueblos, pueda alegar títulos más fundados de legitimidad que las Cortes generales y extraordinarias instaladas en 1810.

Corporacion insigna, que lo será siempre en los anales del mundo, por ir sus hechos unidos y mezclados con la gloriosa guerra de la independencia, por ser la más singular de cuantas representaciones nacionales se han conocido hasta ahora, estado compuesta de hombres de tan diversa oriundez y venidos de regiones tan apartadas, hablando todos la bella y majestuosa lengua española. Ayudó á su fama, junto con sus desvelos y tareas, la fortuna ó fuerza más alta; pues habiendo dichas Cortes abierto sus sesiones en el estrecho litoral de la isla gaditana, muy alteradas las Américas, é invadido por doquiera el territorio peninsular, cerráronlas no mas alborotadas aquellas y casi del todo libre éste, sin que apenas le hollase ya planta alguna enemiga.

Adelecieron á veces sus diputados, comenzando por los más ilustres, de ideas teóricas, como la

acontecido en igual caso en los demás países; no bastando sólo para gobernar lectura y saber abstracto, sino requiriéndose también roce del mundo y experiencia larga de la vida; que de todo ha mesturado el estadista ó repúblico, llamado ántes bien á ejecutar lo que sea hacedero, que á extender en el retiro de un estudio planes inaplicables ó estériles. Pero las faltas en que incurrieron los individuos de las extraordinarias, escaseos de práctica, resarciéronlas con otros aciertos y con su buen celo y noble desinterés; dando justo realce á su nombre la lealtad é imperturbable constancia que mostraron en las adversidades de la patria y en los mayores peligros.

Constituyéronse las Cortes ordinarias el 26 de Setiembre, con arreglo á lo que prevenia la nueva ley fundamental, en cuanto lo consentian las circunstancias; é instaláronse en Cádiz solemnemente el 1.º de Octubre, habiendo nombrado antes por presidente á D. Francisco Rodríguez de Ledesma, diputado por Extremadura. Prosiguieron sus tareas en aquella plaza hasta el 13 del propio mes, día en que las Cortes, como también la Regencia, se trasladaron á la isla de León, donde volvieron á abrir el 14 sus sesiones en el convento de carmelitas descalzas, preparado al efecto. Impelió á la mudanza el ir aumentando en Cádiz la fiebre amarilla, y no poder tan fácilmente en la isla, desde cuya ciudad, pacífica y no tan populosa, era también más fácil realizar el proyectado viaje á Madrid luégo que cesase la epidemia remanente.

Al principio no se compusieron las Cortes ordinarias, ni con mucho, de todos los diputados que las provincias peninsulares y de América habían nombrado; no viniendo los últimos tan pronto por la lejanía y falta de tiempo, y deteniéndose los otros, desazonados con la fiebre amarilla, ó estimulados del deseo de obligar al Gobierno á trasladarse á Madrid, en donde pensaban tendrían mayor cabida y seguito sus ideas y opiniones, por lo común opuestas á reformas y cambios.

Para llenar el hueco de los ausentes habían resuelto de antemano las Cortes, siguiendo lo prevenido en la Constitución, que mientras que llegaban los diputados propietarios, hiciesen sus veces como suplentes los de las extraordinarias; con lo cual conseguían no dejar sin representación á ninguna provincia, poner remedio paliativo al menos ó momentáneo al artículo constitucional que vedaba las reelecciones, y no entregar la suerte del Estado á un cuerpo del todo nuevo, no apreciable, por tanto, cabal ni justo de los motivos que hubiese habido para anteriores resoluciones.

Estaba más en la actualidad, y era de la mayor importancia, si se querían conservar las reformas, el que quedasen en las Cortes antiguos diputados, por haber caído generalmente los nombramientos para las ordinarias en sujetos desafiectos á mudanzas y novedades. Condujeron á esto los que se creían ofendidos en sus personas y ceremonias en sus intenciones por las alteraciones y nuevos arreglos, y que oteaban mayores daños en no permitir lo lejano. Estaban en ese caso algunos individuos de la nobleza, si bien los menos; bastantes magistrados, muchos cabildos eclesiásticos y casi todo el clero regular; los que juntos ó separados influyeron sobradamente, y cada uno á su manera, en las elecciones, ayudados de una turbamulta de curules y dependientes de justicia que vivían de abusos; siendo éstos y los religiosos mendicantes los más bulliciosos é inquietos de todos, como herrumbre la más

pegadiza y coedora de las que consumían á España hasta en sus entrañas: habiendo los últimos llegado á formar en parte del pueblo, de cuya plebe comunmente nacían, una especie de singular demagogia pordiosera y afañada, supersticiosa y muy repugnante.

Sirvió á todos de fiel instrumento para sus fines la misma ley electoral, que adoptando un modo indirecto de elección, que pasaba por nada menos que por cuatro grados ó escalones, favorecía sordos manejos y muy deplorables amañes, más fáciles de ejercer en esta ocasión por no haberse exigido de los votantes propiedad alguna ni especial arraigo; dando así, con desacuerdo grave, franca y anchurosa entrada al goce de los derechos políticos á hombres de poco valer y á la vulgar muchedumbre, muy sometida naturalmente al autojío y voluntad de las clases poderosas y privilegiadas.

Hechas las elecciones en este sentido, déjase discernir cuán útil fué para la conservación del nuevo orden de cosas que no llegasen á las Cortes de tropel todos los recién elegidos, y que permaneciesen en su seno muchos diputados de los antiguos. Sucediendo así, mantuviéronse en equilibrio los partidos, y casi en el mismo estado en que se encontraban al cerrarse las extraordinarias, yendo desapareciendo poco á poco el de los americanos; pues muertos sus principales jefes, tuvieron que ceder los otros en sus pretensiones y unirse á los europeos liberales, amenazados, como ellos, en su suerte futura si llegase á triunfar del todo el bando contrario.

De los diputados de las extraordinarias que continuaron tomando asiento en las actuales Cortes, resplandeció á la cabeza D. Isidoro Antillon, ya ántes nombrado, cuyas opiniones, incomodando á ciertos hombres desalmados que por desgracia contaba entre los suyos el partido antireformador, provocaron de parte de ellos en la isla de León una tentativa de asesinato contra la persona de este diputado, tanto más alevé, cuanto hallábase Antillon imposibilitado de emplear defensa alguna por el estado achacoso y flaco de su salud. A dicha no consiguieron del todo los homicidas su depravado objeto, si bien le maltrataron, amparados de la soledad y lobreguez de la noche, que los puso en salvo: precursor indicio del fin lastimoso y no merecido que había de caber á este diputado celebre más adelante, dado que con visos de proceder jurídico. Distinguióse también desde luego, pero entre los nuevos, D. Francisco Martínez de la Rosa, cuya fama, creciendo en breve, colocó pronto al lado de los primeros campeones de la libertad española y de las buenas ideas, brillando por su instrucción y acabadadas dotes, de las que eran las más señaladas incontestable entereza, y bellísimo, florido, fácil y muy elocuente decir. Desconfiados después, aunque en mayor ó menor latencia, las personas de D. Tomás Istúriz, D. José Canga Argüelles y D. Antonio Cherteco, arrojándose á este partido, que era el liberal, algunos celestíficos de los recién llegados, entre los que mereció particular noticia D. Manuel López Capelo, formado en letras, de ameno trato y de gusto probado y brio en el estudio de las bellas artes. Hubo diputados que se dieron á conocer también en el partido opuesto, ó sea antireformador; pero éstos, en lo general, más tarde; por lo que sólo méntame los según vayan dando ocasión los debates y los acontecimientos.

Luego que se abrieron las Cortes ordinarias pre-

señaló, conforme á lo dispuesto en la Constitución, el secretario del despacho de Hacienda el estado de ésta y los presupuestos de ingresos y gastos; lo cual parecía á primera vista ser redundante, ya discutidos y aprobados los de 1814 al concluirse las sesiones de las extraordinarias. Pero forzoso era proceder así, mandándolo expresamente la Constitución, y no siendo lecho al Ministro, sin incurrir en responsabilidad, separarse en nada de lo que aquella prevenia en su letra.

Los presupuestos ahora presentados eran idénticos á los de antes, con alguna rectificación, aunque muy leve, respecto del total de la fuerza armada. Trataba en su contexto el encargado á la sazón de aquel ministerio, D. Manuel Lopez Araujo, un cuadro muy lamentable del país y sus recursos: consecuencia precisa de guerra tan larga y devastadora, y de los desajustes de la administración, aumentados con el sistema de comunistas hechos por los pueblos, que acumulaba á veces sobre unas mismas provincias las obligaciones y pedidos que debían repartirse entre otras.

Proponía el Ministro, para cubrir el desfalte que resultaba, el medio que se había adoptado en las Cortes extraordinarias: esto es, el de la nueva contribucion directa. Agregaba á este el de un empréstito en Londres de diez millones de duros, que, como otras veces, quedó sólo en proyecto, no conocidas aún bien en España semejantes materias. Hubo anticipaciones del gobierno británico, en que nos ocupamos despues, escaseando cada vez más las remesas de América, de las que, como de las entradas en Cadiz, no harémos ya especial recuerdo, abrazando las todas ahora el presupuesto general de la nación.

Los otros asuntos en que anduvieron ntareadas las Cortes ordinarias durante su permanencia en Cadiz y la isla de León, redujéronse por lo común á mantener intacta la obra de las extrorlinarias, y á aclarar dudas y satisfacer escrúpulos. Mandaron, sin embargo, ordenas, que aprontasen los pueblos un tanto anticipado de la contribucion directa, y admitieron el ofrecimiento de ocho millones de reales que por equivalente de varias contribuciones hizo la Diputación de Cádiz; aprobando asimismo un real decreto circunstanciado que para su gobierno y direccion habia extendido la junta del Crédito Público.

Españosa en sí misma, y grave, fué otra cuestion que por entonces ventilaron tambien las Cortes. Trataban en ella nada menos que del mando cedido á lord Wellington: versando la disputa acerca de las facultades que habia este de tener como general en jefe del ejército. Desaba Wellington que se le ampliasen para dar mas unidad y vigor á las operaciones militares, y oponiase á ello la Regencia del reino, no siendo de aquí una correspondencia larga y enfadosa, en la cual medió, para emprender el asunto, enemistad personal del ministro de la Guerra D. Juan de Odonojú, irlandés de origen, mal avenido con los ingleses.

Temiendo la Regencia que resultasen de la querrela compromisos funestos, resolvió, para descargar su responsabilidad, someter el negocio á la determinacion de las Cortes. Verificóse así en la isla de León, y hubo con este motivo largas discusiones y vivas reyertas; queriendo valerse de la ocasion, unos para privar del mando á lord Wellington, y otros para acometer al Gobierno, y tal vez obligarle á dejar su puesto.

Por fortuna, estando ya las Cortes en vispera de

trasladarse á Madrid, dilatóse el decidir tan grave; y al instalarse aquellas en la capital, corrieron tan veloces y prósperos los asuntos políticos y militares, que el mismo lord Wellington y los que promovian su causa en las Cortes, muchos con ver alejado del ministerio á D. Juan Odonojú, atizador de la discordia, desistieron de intento, conociendo cuán importante seria para semejante contienda; por lo que no hubo que tomar resolucion ninguna sobre un asunto que al principio habia excitado tanto calor y perria.

En esto, aliojando la fiebre amarilla y mortífera por dias el estado de la salud pública, notóse en toda España un deseo general y muy grande que se restituyese el Gobierno al trono de la monarquía y á su capital antigua. Concediéndose en ello las Cortes, decretaron suspender sus sesiones en la isla de León el 29 de Noviembre de 1814 para volverlas á abrir en Madrid el 15 del mes de Enero de 1814. Tuvo lo cual efecto, poniéndose tardanza en camino la Regencia y las Cortes, sus oficinas, dependencias y largo acompañamiento. Consentian tambien la traslacion los acontecimientos de la guerra, favorable siempre y muchos cada dia. En el Setiembre permanecian sin embargo, quietos los ejércitos en la península de los Pirineos, queriendo lord Wellington dar respiro y algun descanso á las tropas para reparar sus pérdidas, aguardar municiones y otros militares, y proceder en todo con detenimiento para asegurar el logro de sus ultimos planes.

Conservaban los ejércitos casi las mismas posiciones de antes, prolongandose desde la desembocadura del Bidasoa hasta los Aldudes, en donde estaba ahora la extremidad de la línea de observacion, del cargo de D. Francisco Espoz y Mina, la cual un trozo bloqueaba el castillo de San Juan de Pío de Puerto Real de Baquerri. Por el lado opuesto cubria el general Graham, luego que se desembarazó del castillo de San Sebastian, hacia el estremo mas fuerte de Aya, cubriendo el valle que forma con el Bidasoa, entre cuyos dos montes construianse fortificaciones á manera de segunda linea, reforzando la primera que se extendia por las orillas del Bidasoa, y cubria de aquellas asperezas. Mantenian los británicos sus cuarteles en Lesaca.

Los suyos el mariscal Soult en San Juan de Pío, á cuyo ejército se iban incorporando de nuevo los ejércitos sacados al intento del mediocidio de Francia, teniendo aquel caudillo especial cuidado en mejorar la organizacion y en castigar cualquier desobediencia de sus soldados con inflexible severidad. Debía tambien el mismo entubustecido las operaciones de su primera linea y levantado otros guardos, segun vemos viendo en el curso de esta narracion.

Resuelto Wellington á acometer, recomendó nuevo el buen orden y la disciplina, dando á sus anteriores disposiciones, cuya observancia era ahora mas necesaria, yendo los ejércitos á combatir al pisar el territorio enemigo. Repartió lord Wellington á los principales jefes una instruccion para el ataque, empezando los preparativos la noche del 6, que fué muy borrascosa, con chaparrones, lluvia y truenos; pero favorable á los ingleses, que cubrian mejor así su marcha y movimientos, no ofreciéndoles, bajo otro respecto, el menor impedimento alguno. Imposible, con tanta fuerza emprender la arremetida hasta dentro de la mañana de la inmediata mañana, á causa de la marea, de

biendo servir de señal para los ingleses un cohete disparado desde un campanario de Fuenterrobía, y para los españoles una bandera blanca plantada en San Marcial, ó en su defecto, tres grandes alu-
madas.

Estaba convenido verificar á un tiempo el avance por toda la línea y cruzar el Bidason, término de España, cuyo reino acaba allí, á la derecha del río, según no ve establecido desde muy antiguo, y explícitamente reconoció (1) Luis XI de Francia en las vistas que tuvo con Enrique IV de Castilla por los años de 1463, conferenciando ambos monarcas en aquella misma ribera.

Dada la señal, movieronse por la izquierda del ejército coligado las divisiones primera y quinta británicas y la brigada portuguesa del cargo de Wilson, distribuidos en cuatro columnas, y atravesaron el río por tres vados fronteros á Fuenterria, y por otro que se divisaba cerca del antiguo puente de Beovia, en donde debía echarse prontamente uno de barcas. Verificaron los aliados el paso con distinguido valor, y tocando tierra de Francia acometieron desde Andaya la altura de Luis XIV. que ganaron esforzadamente, tomando siete cañones en los redutos y baterías. Al propio tiempo empezó tambien la embestida D. Manuel Fioire, que continuaba rigiendo el cuarto ejército, con su tercera y cuarta division y con la primera brigada de la quinta, bajo la direccion inmediata de D. Pedro de Borena y de D. Juan Diaz Porlier. Habiolo Fioire dispuesto todo atentamente para atravesar el río por vados más arriba de los que cruzaban los anglo-portugueses; junto á los cuales y por el de Saraburo se adelantó la segunda brigada de la tercera division, á las órdenes de D. José Espeleta, cuyo jefe, viendo vacilar por un instante á sus tropas de resultados de la muerte del bizarro coronel de Bonavente D. Antonio Losada, empujó una bandera, y arrojándose al río con intrepidez esclarecida, mantuvo el ánimo en los suyos, que á porfía le siguieron eutónces, apoderándose sin dilacion de los puestos fortificados y casas de la parte baja de Biriston. Cruzó la cuarta division, al mando interino de D. Rafael de Guinechea, el Bidasoa por los vados superiores al de Saraburo, que llevan el nombre de Alunda y las Casias, y queriendo trepar hasta la parte alta del mismo Biriston, consiguiendo, y rodeó, ademas, los atrincheramientos que tenían los enemigos en el descenso de la montaña de Mandale, cogiéndoles tres cañones. Distinguióse aqui el regimiento de voluntarios de la Corona, capitaneado por D. Francisco Balanzat. En seguida acometieron los nuestros la Montaña Verde y desalojaron á los franceses, perseguiéndolos camino de Urgoa obstinadamente. Apoyaba las maniobras contra Biriston, yendo de reserva, y á las órdenes de don Francisco Plazencia, la primera brigada de la quinta division. La tambien primera de la tercera vadó el río por Oratibur, Lamiarra y Picagua, teniendo á su cabeza á D. Diego del Barco, y encaramose por la cresta de Mandale con animo brío, posesionándose de la cumbre casi de corrido. De este modo ganaron los españoles del cuarto ejército todos los puntos que se les indicaron, fortalecidos y esca-

hiosos, pero que cedieron á su valentia, probada ya tantas veces, y no desmintida ahora.

Tampoco se dormían á su propia sazón las tropas de la derecha aliada, cambiando el Baron Allen con la division ligera britanica, sostenida por la capañola de D. Francisco Longa, los atrinchera-
mientos de Vera, y á su diestro costado la montaña de La Rhune el ejercito de reserva de Andalucia, que gobernaba D. Pedro Agustín Giron. Felizmente ~~era~~
alguna Allen su objeto, y tomó 22 oficiales y 70 soldados prisioneros. Por su lado, tratando nuestro general tambien de cumplir con lo que se lo habia prevenido, dispuso acometer la ya expresada mon-
taña de La Rhune, atalaya de aquellos contornos y lugar de sangrientas lides en la campaña de 1794. Verificó Giron, distribuida su gente en dos colum-
nas, que regian D. Joaquin Vitor y D. Jose Antonio Latorre, arrollando ambas cuanto encontraron, y obligando al enemigo á guarecerse en la cima peñascosa y en muchas partes inaccesible, en donde se divisa una ermita ó santuario muy venerado de los naturales, y aun del pais vecino. Mas en vano intento Giron arrojar á los contrarios de su refugio retardando la marcha de los españoles lo dificultoso y aspero del terreno, y poniendo fin al combate la noche, que sobrevino. Pelearon durante toda ella y á su sombra permanecieron los franceses en aquel sitio y en una loma inmediata, pero no por mucho más tiempo. Porque acudiendo allí lord Wellington en la mañana del 8, registrado que hubo el campo, determinó pelear, persuadido de que lo verificaria ventajosamente por la derecha, si unia este ataque con el que á la vez se diese á unas obras de campaña que tenían los enemigos al frente del campo de Sare. De acuerdo lord Wellington con D. Pedro Agustín Giron, y reconcentrado el ejercito de éste, mandóse á poco al regimiento de Ordenes, bajo la guía de su coronel D. Alejandro Horn, arro-
natar contra la loma de que estaban ensoñoreados los enemigos, próxima á La Rhune y sobre la dere-
cha nuestra; lo cual se ejecutó tan cumplidamente, que el mismo Wellington dijo en su parte aque-
l aquel ataque era tan bueno como el mayor, ya por el denuesto en él desplegado, ya por su bien entendido
orden, y

Alcanzando semejante triunfo, los comandantes del propio cuerpo de Ordenes y los de Almería desalojaron á los enemigos de unos atrinchamientos que cubrían la derribo de su campo de Sate; recogidos en éste de grupo los vencidos, otros que venían en su auxilio y la división de Centauri, que ocupaba el llano. Vestacimientos británicos de la división de Lord Dalhousie, entrados por el puerto de Eobalar, guarnecieron las diversas otras que habían encamado los centaurios; quienes, antes de la madrugada del 9, desampararon también la cumbre y ermita de las Rimas, dejando puentes en posesión al instante las tropas del general Giron, acompañadas al raro en aquellas falas, con lo que se dio fin á la disputa del refugio.

Asumiendo la pérdida total de los aliados, en los diversos días y combates, a 579 ingleses, 233 portugueses y 750 españoles; mayor la de estos por haberseles encontrado la artillería de los estos mar adreces y la expuesta a. Los franceses, al par de sus dos aliados, no se abatieron, y antes cobraron aliento el 12 de octubre de haber sorprendido ellos por la noche un reduto y he ho unos cuantos prisioneros, quitando el 13 atacar los puertos avanzados del ejército de D. Pedro Agustín Gaitán, y recuperar las obras que habían perdido, pero inútil

En la... Y al tiempo que quisiera hablar (Martínez IV, pp. 49-50). En la... y al tiempo que quisiera hablar (Martínez IV, pp. 49-50). En la... y al tiempo que quisiera hablar (Martínez IV, pp. 49-50).

sus esfuerzos, viéronse sus huestes repelidas y escarmentadas.

Dentro ahora de Francia el ejército anglo-hispano-portugués, tuvo la gloria de ser el primero de todos los de las potencias coligadas contra Napoleón que pisó aquel territorio, mirado poco ántes como sagrado y casi impenetrable, guarecido del todo de invasiones extrañas. Al entrar allí dificultoso era contener por una parte los excesos de los soldados, y por otra los desmanes del paisanaje desordenado y suelto. En ambos extremos paró Wellington su atención muy cuidadosamente. Hizo en el último saludable escarmiento pocos días ántes del paso del Bidasoa, con ocasión de haber hecho fuego á los soldados hacía Roncesvalles algunos paisanos franceses de los contornos; pues á catorce de ellos que se cogieron envidios á Pañajes, y los mandó embarcar como prisioneros de guerra para Inglaterra. Providencia que causó en la gente rústica efecto maravilloso, y mayor que la de arcabucearlos, que pudiera haber introducido despecho en sus ánimos.

No menos solícito anduvo Wellington en reprimir al ejército. Fueron los ingleses los primeros que en él se desmandaron, quemando en Urogoe casas y cometiendo otros desórdenes, sirviéndoles de ejemplo varios oficiales suyos (2), según cuentan sus propios historiadores; siendo en parte éstas las mismas tropas que entraron á saco y arrasaron la malaventurada ciudad de San Sebastian. Impúsole Wellington recio castigo. No dieron motivo á tanta queja los españoles, si bien más disculpables en sus excesos, que para algunos hubieran llevado visos de mera y justa represalia. Los prebostes ingleses tan solo arrestaron á unos pocos zagueros, que por ladrones aborrecaron: eran de la division de Louga, y por lo mismo, soldados de origen guerrillero, atentos al cebo del pillaje y la pecoreá. Observaron los demas rigurosa disciplina, aguantando con admirable paciencia escaseces y privaciones duras.

Asegurado lord Wellington en estancias ventajosas allende los Pirineos, y echados tres puentes en el Bidasoa, no juzgó conveniente proseguir en sus operaciones ántes de que se rindiese la plaza de Pamplona. A esta ciudad, capital del antiguo reino de Navarra, con 15.000 almas de poblacion, riégala el Arga, y la rodean fortificaciones irregulares, que añanza una ciudadela erigida casi al sur, de figura pentágona, empezada á construir en el reinado de Felipe II, y mejorada ella y el recinto entero sucesivamente con obras trazadas al modo de las que practicó en diversas partes de Europa el insigne Vauban. Determinóse desde un principio, según hemos visto, someter por bloqueo la plaza; mas los cerceados mostráronse firmes en tanto que mantenían viva la esperanza de que los socorriesen de Francia. Era gobernador por parte de los enemigos el general Cassan, y por la nuestra continuaba dirigiendo el asedio D. Carlos de España, aunque presente el Principe de Anglona con una division de 4.000 hombres del tercer ejército, de que era general en jefe.

Transcurriendo el tiempo y menguando los víveres,

(2) «Some of the officers were more culpable than the troops, for they used no exertions to prevent the outrages which they saw. Lord Wellington, as soon as he was informed of this misconduct, reprimanded the former officers and accompanied them with a severe reprimand, declaring his determination not to command officers who would not obey his orders, and of sending some of them who had been thus reprimanded out of the army to England, that their names might be erased from the list of the Prince Regent's (History of the Peninsular war, by Robert Southey, Esq., vol. III, chapter XLV.)

introdujose desmayo en los defensores, los cuales propusieron ya el 3 de Octubre que se permitiera la salida á los paisanos, 3.000 en número, que facilitasen á éstos para su manutencion 7.000 raciones diarias, diputando persona de confianza que asistiese á la distribucion. Respondiéles que por edicto de los mismos franceses se les habia permitido á los vecinos y residentes en Pamplona hiciesen acopio de víveres para solo tres meses, y que éstos en 26 de Setiembre, tocaba á los autos de la plaza y era incumbencia suya por su venir á las necesidades de sus moradores, no le contrariar capitular; intimando, además, D. Carlos de España al Gobernador que se le tomara estas cuentas, al tiempo de la rendicion, de la parte cualquier español que hubiese perecido por la escasez ó el hambre. No cejando aun así los franceses en su propósito, verificaron el 10 una salida en la que al principio lo atropellaron todo, abatiendo los atrincheramientos colocados en el demolido fortín del Principe; mas acudiendo al combate unos paisanos que acudillaba el ayudante segundo de batallon mayor D. José Antonio Facio, perteneciente á la fuerza del Principe de Anglona, detuvieron los acometedores y los arrojaron á bayonetas, puesto que habian ganado, oprimiéndolos y asesinándolos hasta el glácis de la plaza.

Entre tanto, noticioso D. Carlos de España de que los sitiados pensaban en el arrasamiento total de Pamplona, trató de impedirlo haciendo saber al Gobernador que si tal sucediese tenia orden de lord Wellington de pasar por la espada la paz mayor y la oficialidad, y de diezmar la guarnicion entera. Replicó el frances con desden y altaneramente, yendo adelante en el terrible intento de mantener la plaza. Pero creciendo el hambre, tomaronse impetus tan arrebatados, y ya el 24 comenzó el Gobernador á querer entrar en algun apuro, pidiendo se le dejase á él y á los suyos tomar libremente á Francia. Se negó España á esta demanda que creyó excesiva, corriendo algunos días de diferencias y pláticas. Los últimos de Octubre habian llegado ya, cuando viniéndose á buenas el Guadador, firmóse el 31 la capitulacion, según la quedaba la guarnicion francesa prisionera de guerra. Posesionáronse los españoles de la plaza inmediatamente, no habiendo padecido las fortificaciones perjuicio ni deterioro.

Reconquistada Pamplona, aun respingo mas libre y desembarazada toda esta parte del norte de España, quedando ya en poder del enemigo más que Navarra, cuyo bloqueo estrechaban los nuestros.

No menos que otras provincias de España, experimentaron perdidas y cercenamiento en sus bienes Navarra y las provincias Vascongadas, que siempre, y no cesando el trafago de la guerra, se suelo, semillero fecundo de partidarios y numerosas cuadrillas. Según noticias que conservaban los jefes y los particulares, hay quien gradúa á veces las cargas y exacciones á un 200 por mil la renta anual. Cómputo no tan exagerado como á primera vista parece, si se atiende á que solo el norte de Vizcaya aprontó al gobierno interior contribuciones ordenadas 38.729.335 reales, suma enorme y muy superior á lo usado en el país; no incluyéndose en las partidas otras contribuciones y derramas extraordinarias impuestas en tanta ni razon y antojadizamente.

Luégo que supo lord Wellington la rendicion de Pamplona, con lo que se ponía libre y en disposición en derecha, pensó en internarse en Francia, y á

alejar á Soul más y más de la frontera de España. Este mariscal hallábase apostado en puntos ventajosos y muy fortalecidos a las márgenes del Nivello, que desagua sus aguas en el mar por San Juan de Luz. Desahaba la derecha del ejército francés en frente de este pueblo y a la izquierda del río, en una eminencia que domina á Socoa, puerto ruin á la desembocadura; habiendo los enemigos construido allí y en derredor de una ermita un reduto, cuyas defensas se unían por atrincheramientos y árboles cortados con Urogne, protegiendo, además, aquellos puntos inundaciones que cubrían á Ciboure. Alojábanse el centro del propio ejército en alturas que se levantan detras del pueblo de Sare, y tambien en la que llaman la Petite-Rhone, la cual, si bien segregada por la otra del mismo nombre, más erguida, ganada por los españoles, y de la que la divide un angosto valle, todavía se alza bastante y domina las cabadas y pais vecino. Y, en fin, la izquierda, colocada á la derecha del Nivello, buscaba asimismo y aun asentábase en un cerro á espaldas del pueblo de Ainhoue, no ménos que en la montaña de Mondarin, que ampara la avenida ó entrada del propio lugar. Describía la posición entera un semicírculo desde Urogne hasta Espelette y Cambo, resalido en Sare, que era el centro de ella. Todo su frente hallábase por lo general cubierto con una cadena de redutos y atrincheramientos que se eslabonaban por cerros, colinas y alturas. Conservaba el enemigo en San Juan de Pié de Puerto algunas fuerzas empleadas en la defensa de esta plaza y en observar al general Mina y otros cuerpos aliados.

No arredró á Wellington ver á su contrario tan encastillado y fuerte, y sólo las lluvias le chararon algunos dias. Pero aclarando luego el tiempo, decidióse el general inglés á trabar refriega, empezando por forzar el cuerpo enemigo, para establecerse despues mas allá del Nivello.

Sir Rolando Hill capitaneaba la derecha aliada, compuesta de dos divisiones inglesas á las órdenes de sir Guillermo Stewart y sir Enrique Clinton; de la portuguesa del cargo de sir Juan Hamilton, y de la primera española del cuarto ejército, que dirigia D. Pablo Morillo, sin contar cañones y algunos jinetes. En el centro estaban por la diestra parte el mariscal Beresford y tres divisiones británicas, que mandaban los jefes Colville, Le-Cler y sir Lowry Cole, y por la siniestra D. Pedro Agustín Giron, acompañado del ejército de reserva de Andalucía. Destinábanse la division ligera del Baron Alten y la sexta española del cuarto ejército, bajo don Francisco Longa, al acometimiento de la Petite-Rhone; moviéndose al compás del centro sir Stapleton Cotton, con una brigada de caballería y tres de artillería. Don Manuel Freire, asistido de la tercera y cuarta division y de la primera brigada de la quinta del cuarto ejército español, había de marchar desde Mandat en dos columnas, que gobernaban D. Diego del Barco y D. Pedro de la Huerena, una con direccion á Aescin, y otra mas allá, á la izquierda nuestra, y casa de Choquetemborde, permaneciendo algunos cuerpos en Arrequimborde y caserío de Oletto, como de reserva y para afianzar las comunicaciones de las columnas. A sir Juan Hope, sucesor del general Graham en el mando, correspondíale obrar por lo largo de la línea, desde donde estaba D. Manuel Freire hasta la mar, no pudiendo el último, ni tampoco sir Juan, con arreglo á instrucción recibida, empeñar refriega, y si sólo aprovecharse de los descuidos en que el enemigo incurriese.

Colocado lord Wellington en el centro, dióse principio al combate en la madrugada del 10 de Noviembre, embistiendo sir Lowry Cole con la cuarta division británica un reduto construido muy esmeradamente en un terramentero que se divisa por cima de Sare, en donde hicieron los franceses fino reastro por espacio de una hora, hasta que lo abandonaron recelándose de un movimiento de los españoles á retaguardia, y columbrando asimismo que se disponia a la escalada la infantería británica: sucedió igual caso con otra obra allí cercana. Esto, y haber acudido Wellington al primer reduto ganado, entusiasmó á las tropas, adelantándose bruscamente la tercera y la séptima division británicas bajo el mariscal Beresford, al paso que los nuestros du Giron acometieron el pueblo de Sare por la derecha, y que sir Lowry abrazaba su izquierda. Arrollaronlo todo los aliados, entrando con gran gallardia en dicho pueblo de Sare un cuerpo de españoles guiado por D. Juan Downie, quien mandó repicar las campanas para anunciar su triunfo con ruidoso gongon. Ena hora y media tambien Colo de las cumbres mas bajas, que estan detras de Sare, en donde hizo parada. Feliz igualmente en sus acometidas el Baron Alten, forzó por su lado los atrincheramientos enemigos, uno en pos de otro, hasta apoderarse de la Petite-Rhone, yendo despues adelante para concurrir al total desenlace de las operaciones comenzadas.

Eran las diez de la mañana, en ocasión que Wellington se disponia á dar un general y simultaneo ataque contra la estancia más formidable de los enemigos en el centro, la cual se prolongaba largo espacio por detras de Sare. Sucedió bien por todas partes la tentativa, á la que conduyeron los españoles de D. Pedro Agustín Giron y los de Longa, abandonando los enemigos sus puestos y fortificaciones, construidas y rematadas á costa de trabajo y tiempo. Resistió con empeño un solo reduto, el más fuerte de todos, pero que al fin se entregó con un batallon de 560 hombres que le custaba, despues de muchos coloquios y de idas y venidas.

No menos que por el centro favorecia la fortuna á los aliados por su derecha, en donde cruzando el Nivello sir Enrique Clinton con la sexta division británica, ayudada de la portuguesa que regian sir Juan Hamilton, desahó á los franceses de los puntos que ocupaban, y los tomó redutos y bastantes despojos. La segunda division, tambien británica, del cargo de sir Guillermo Stewart, ensañóse de una obra á retaguardia, y D. Pablo Morillo á la cabeza de la primera division española del cuarto ejército acortó los apostaderos enemigos en las falda del Mondarin, y los repelió, amparando así las maniobras de los ingleses, dirigidas contra los cerros que yacen por detras de Ainhoue, los cuales tomó sir Rolando Hill, arrojando al enemigo via de Cambo. Las dos de la tarde eran, y ya los aliados tenían por suyas las posiciones de los contrarios, á espaldas de Sare y Ainhoue.

Por la izquierda corrieron igual y dichosa suerte las tropas comandadas. Se posesionó D. Manuel Freire de Aescin por la tarde, y sir Juan Hope desahó á los franceses del reduto plantado en la eminencia cercana á Socoa, de que hemos hablado, hostigandolos hasta llegar á las inundaciones que cubrian á Ciboure.

Durante una hora había lord Wellington hecho alto para dar respiro á sus tropas, e informarse de como andaba el combate por los demas puntos. Conseguido el primer objeto, y cerciorado de cuán ven-

tutona por doquiera corría su estrella, dispúsose á formalizar una arremetida bien ordenada contra las eminencias y cerros que aparecen por detras de Saint-Pé, pueblo á una legua de los aliados, situado á la márgen derecha del Nivelles, por donde se habia ido retirando el centro enemigo. Verificó el general inglés su intento atravesando pronto aquel río, de corriente rápida y allí no vadeable, por un puente de piedra frontero á Saint-Pé, y por otros dos situados más abajo. No era tan factible tomar despues las alturas de intrincado acceso, y así, trabóse combate muy reñido, en que, al cabo, ciando los contrarios, vencieron los nuestros y se enseñorearon del campo. Situóse de resultas el mariscal Benafoord á retaguardia de la derecha francesa, quedándose lo demas del ejército en los puntos que habia ganado ántes, no queriendo arriesgarse á más por causa de la noche, que se acercaba.

Pero en ella, temerosos los franceses de que el mariscal Benafoord no se interpusiese entre San Juan de Luz y Bayona, evacuaron la primera de ambas ciudades y sus obras y defensas, y llevaron rumbo hacia la segunda por el camino real, rompiendo de antemano los puentes del Nivelles en su parte inferior; destrozo que retardó lograr el perseguimiento que meditaba sir Juan Hope, obligado este general á reparar el puente que une á Libourne con San Juan de Luz, como indispensable para facilitar el paso de las tropas y los cañones. Tambien en aquel dia, que era el 11, adelantaron el centro y la derecha aliada, mas sólo una legua, no permitiendo mayor progreso el cansancio y lo perdido y arruinado de los caminos. Niebla muy densa impidió el 12 moverse desde temprano, y no hubo necesidad ni apuro de verificarlo más tarde, noticiando lord Wellington de que en el intervalo el mariscal Soult se habia recogido á un campo atrincherado y fuerte, dispuesto de tiempo atras, junto á Bayona, para resguardo y sostenimiento de sus tropas en retirada. Logró así el general inglés lo que apetecía, habiendo ganado la márgen derecha del Nivelles y los puestos y fortificaciones del enemigo, y arrojado tambien á éste contra Bayona y sus rios.

Perdieron los aliados en estos combates unos 3.000 hombres en todo; mas los franceses, dejando en poder de aquéllos 51 cañones, 1.500 prisioneros y 400 heridos que no pudieron llevarse.

Se detuvo lord Wellington en Saint-Pé dos ó tres dias, y albergóse en casa del cura párroco, hombre de agudo ingenio y de autoridad en la tierra vasca, muy conocedor del mundo y sus tratos. Ocurrencia que recordamos como origen de un suceso no desestimable en su giro y resultas. Fué el caso, que complacido lord Wellington con la buena acogida y grata conversacion del eclesiástico, conferenciaba con él en los ratos ociosos sobre el estado del país, acabando un dia por preguntarle á qué pensaba acerca de la llegada á la frontera de un príncipe de la casa de Borbon, y si creía que su presencia atrajesa á su bando muchos partidarios. Respondió el cura á que los veinte y cinco años transcurridos desde la revolucion de 1789 y los portentos agolpados en el intermedio daban poca esperanza de que la generacion nueva conservase memoria de aquella estirpe. Pero (añadió) que nada se perdía en hacer la prueba, siendo de ejecución tan fácil. Wellington, que probablemente revolvia ya en su pensamiento semejante plan, trató de ponerle por obra, alentado, sobre todo, con la reflexion última del eclesiástico, por lo que al efecto escribió á Inglaterra recomendando y apoyando la idea. No

desagradó ésta al gabinete de San James, conviniendo á poco que diese la vela para España el Duque de Angulema, primogénito del Conde de Artois, á quien llamaban Monsieur, como hermano mayor del que ya entonces era tenido entre sus adictos por rey de Francia bajo el nombre de Luis XVIII. Desembarcó en la costa de Guipúzcoa el de Angulema, encubierto con el título de conde de Pradel, y acompañado del Duque de Guand y de los condes Etienne de Damas y d'Escars, y así á buscarlo de parte de lord Wellington á San Sebastian el coronel Freemantle, de donde se trasladaron todos á San Juan de Luz, lugar á la sazón de los cuarteles ingleses.

Allí le dejarémos por ahora, guardando para mas adelante el volver á anudar el hilo de la narracion de este hecho, que casi imperceptible en sus principios, agrandose despues y se convirtió en un abultado.

Habiendo entre tanto las lluvias y lo crudo de la estacion hinchado los rios y los arroyos, y por ende intransitables los caminos, en particular los de Guipúzcoa, aflojó lord Wellington en sus operaciones y haciendo mansion en San Juan de Luz, formóle fué, para evitar sorpresas ó repentinos ataques del ejército francés, mas temible por cuanto estaba más reconcentrado, establecer una línea de defensa que, empezando en la costa á espaldas de Biarritz se prolongaba por el camino real, viniendo á parar al Nive, enfrente de Arcangues y cerca de una quinta de M. Garat, famoso ministro de la Justicia en tiempos de la Convencion. Proseguia despues dicha línea lo largo de la izquierda de aquel rio por Arrautz, Ustaritz, Larresore y Cambo, cuyo punto habian los contrarios inutilizado del todo.

Cada dia se esforzaba más Wellington en mantener en sus tropas rigida disciplina, siempre resuelto de que la continuacion de la guerra en pais como el que no diese margen á que se traspasasen los límites de la obediencia y buen orden, mayormente temiendo el ejército aliado que padecer privaciones y otras penalidades, no bastando á impedir las las menudas recargas de que disponia la Gran Bretaña, inciertas las arribadas por mar con lo inconveniente de la estacion y lo bravo de aquellas costas, y lentos y nada seguros los abastecimientos por tierra, que venian á costa de muchos dineros y desembolsos hasta del corazon y provincias lejanas de España, en que de el ganado lanar y vacuno llego á tomar un valor excesivo, arrebatándole los comisarios ingleses á cualquiera precio de los campos y mercados. Sentimos tanta Wellington respecto de sus soldados, más le asaltaban en cuanto á los nuestros, y como de todo, acampados al desabrigo ó bajo miserables barracaes, comiendo corta ó escatimada ración, su vestuario apenas algunos cuerpitos, destruido el alzado de los mas ó roto, muchos los enfermos, y desprovistos los hospitales áun de regular ó pasagera asistencia. Consecuencia necesaria, ya de los males que abrumaban á todos, y procedian del mismo origen, y ya de los que eran peculiares á los españoles, apretados sus haberes y caudales con la prolongada guerra, y no ayudados por la administracion pública, nunca bien entendida en sus diversos ramos y no mejorada ahora; dolencia afieja y cono endémica del suelo peninsular, á los remedios muy rebeldes y de curacion enfadosa y tarda.

Cierto que los nuestros sobrellevaban sus padecimientos con admirable resignacion, sin queja ni desmayo notables. Mas previendo Wellington que imposible se hacia durasen las cosas largo espacio

en el mismo aér, resolvió tornasen los españoles al país nativo por huir de futuros y temibles daños, y tambien por no necesitar entónces de su apoyo y auxilio, decidido á no llevar muy adelante la invasión comenzada, en tanto que no abonanzase el tiempo y que no penetrasen en Francia los aliados del Norte. Así fué que D. Manuel Froua estableció su cuartel general en Irun, regresando á España las divisiones tercera, cuarta y sexta, y la primera brigada de la quinta, todas del cuarto ejército, quedándose sólo con los ingleses la de D. Pablo Morillo, que era la primera. La segunda, séptima y octava, y la segunda brigada de la quinta continuaron donde estahau; á saber, guarneciendo á Pamplona y San Sebastian, y en los bloques de Santona y Jaca, si bien la segunda division no tardó en acercarse al Nivelle. Poca caballería habia pasado ántes á Francia, yéndose lo más de ella en busca de subsistencias á Castilla, adonde igualmente fué destinada la sexta division, del cargo de D. Francisco Longa. Permanecieron las demas en las provincias fronterizas para acudir al primer llamamiento de Wellington y cubrir sus espaldas en caso de necesidad. Acantonóse en el valle de Baztan el ejército de reserva de Andaluza, alejándose despues hasta Puente la Reina y pueblos inmediatos.

Aunque no tuviese lord Wellington el proyecto de extender ahora sus incursiones, queria, sin embargo, ántes de hacer su última y mayor parada, cruzar el Nive y enseñorearse de parte de sus orillas. Empresa no fácil, apoyado el mariscal Soult en el fortalecido y atrincherado campo de Bayona, cuyos aproches cubrian los fuegos de aquella plaza, situada en donde el Adour y Nive se juntan en una madre; por lo cual hizo sólo resolución el general inglés de adelantar su derecha, conservando en la izquierda la misma linea, y limitando sus acometidas á apoderarse de los puntos que defendian los enemigos en el Nive superior, cuya posesion ofreciale más desahogo para su gente y afianzaba sus estancias.

Para alcanzar su objeto, empezó Wellington á moverse el 8 de Diciembre, disponiendo que el 9 atravesase el Nive por Cambo sir R. Hill, sostenido en la maniobra por el mariscal Beresford, á cuya sexta division, del mando del general Clinton, tocó pasar aquel rio por Ustaritz. Ambas operaciones sucedieron bien, recogiendo los enemigos á unos montes que corren paralelos al Adour, apoyada su derecha en Villefranche, de donde los arrojaron en breve los anglo-portugueses, obligándolos á retirarse más lejos. Ayudó al buen éxito D. Pablo Morillo con la primera division española del cuarto ejército, quien pasó el mismo día el Nive por los vados de la Isleta y Cavatte, y se enseñoreó del cerro de Urearay y otros inmediatos, en los que quisieron los franceses hacerse fuertes.

Por su lado favorecieron los movimientos de la derecha aliada sir Juan Hope y el general Baron Alten, arrojando el primero á los enemigos en Biarritz y Anglet, y distrayéndolos el segundo y causándolos daños por Basaussy, á punto de tener que refugiarse en su campo la vuelta de Marrac, palacio ahora arruinado, y teatro años ántes de los escándalos referidos en su lugar.

Al siguiente día 10, yendo sir R. Hill á proseguir sus operaciones, suspendiólas en vista de que sus contrarios se habian tambien recogido y metidos por aquel lado en su atrincherado y bien fortalecido campo; y ocupó la estancia que de antemano le habia señalado lord Wellington, descansando la de-

recha de dicho cuerpo de Hill hácia el Adour, su izquierda en Villefranche, y parándose el centro en la calzada inmediata á Saint Pierre. La division del general Morillo se apostó en Urearay, y una brigada de dragones ligeros británicos en Hasparren, destinadas ambas á observar y mantener en respeto al general Paris, quien, al cruzar los aliados el Nive, habíase corrido via de Saint Palais.

Mas en la mañana del mismo día 10 habia trocado ya de papel el francés, convirtiéndose de acometido en acometedor. Para ello moviéronse todas sus tropas, menos las que guarnecian las obras colocadas delante del general Hill, y tomaron la vuelta de las estancias de la izquierda del ejército aliado y de las de la division ligera, arrojando los puestos avanzados y aun empezando á batir los sitios fortalecidos. Pero el Baron Alten y sir Juan Hope repelieron todas las arremetidas, y aun cogieron 600 prisioneros. Hacia propósito el enemigo, al intentar esta maniobra, de poner á la derecha inglesa en la necesidad de regresar á la izquierda del Nive, y quedarse él solo en la otra más desembarazado para sus comunicaciones; lo cual no logró, en grave perjuicio suyo.

Ni aun aquí paró su desgracia, porque, concluida la refriega y ya anochecido, tres batallones alemanes, uno de Francfort y dos de Nassau Usingen, en número de 1.300 hombres, guiados por el coronel Krüsse, bávaro de nacion y criado en Hanóver, pasaron á las banderas aliadas, si bien con la condicion honrosa de ser trasladados á su país nativo, y de no hacer armas contra los que acababan de pelear á su lado y ser sus comilitones. Fatal golpe y de nocivo ejemplo para los enemigos, causador de disturbios y desconfianza suma entre los soldados que eran franceses y los extranjeros á su servicio.

Renovaron los contrarios sus ataques en los dos días inmediatos al 10 contra la izquierda inglesa, mas sin fruto, mostrando gallardía notable sir Juan Hope y los oficiales de su estado mayor, heridos todos ó contusos.

Entónces proyectó el mariscal Soult revolver al 13 del lado de la derecha de los anglo-portugueses, y efectúlo dando contra ella un furibundo y desapoderado acometimiento. Habíalo previsto lord Wellington, y anticipóse á reforzar su linea por aquella parte con la sexta division británica. Dirigieron los enemigos su principal ataque por el camino real que va de Bayona á San Juan de Pí de Puerto, teniendo que resistir al impetuoso choque la brigada inglesa del general Barnes y la portuguesa del mando de Ashworth, sostenidas por la division, tambien británica, que regu Le Cor, la cual recobró un puesto importante, avanzando eforzadamente por el lado izquierdo y hacia donde lidiaba, enfrente de Villefranche, el general Pringle. Otro tanto sucedió por el derecho, ensañándose de una altura y sustentándola con mucho brío las brigadas británica y portuguesa, que gobernaban respectivamente los generales Byng y Buchan. Hubo otros reencuentros y choques igualmente gloriosos á los aliados, cuyas sólidas y marciales huestes no le fué dado romper, ni siquiera descantillar, al experto mariscal francés ni á sus arrojadras tropas.

En los cinco días que duraron los diversos choques, tuvo de baja el ejército combinado 5.029 hombres, casi la mitad portugueses, como que fueron quienes llevaron el principal peso de la refriega en la última jornada, la más mortífera y destructora. Perdieron los franceses sobre 6.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Desesperanzado el mariscal Soult de lograr por entonces cosa alguna de entidad, levanta mano y cesa en sus empresas, a pesar de acendrar todavía 50.000 infantes y 6.000 caballos. Acantonóse por tanto, manteniéndose sobre la defensiva, con su derecha en el campo atrincherado en rededor de Bayona, su centro a la diestra margen del Adour, extendiéndose hasta Por-de-Laune, en donde colocó su principal depósito, y en izquierda lo largo de la derecha del Bidouze desde su junta con el otro río hasta Saint Palais: cubrió varios pasos de la orilla derecha de ambas corrientes, y no desunizó las fortificaciones de San Juan de Pie de Puerto y de Navarrenx, atrincherando también a Dax para alimien y abrigo de los auxilios y refuerzos que le llegaban de lo interior.

Conforme á lo que ya insinuamos, tampoco Wellington insistió en batallar, dejándolo para más adelante, y afianzando sólo y con mayor ahínco sus atrincheramientos. Pásose, si cabe, más en vela respecto de la disciplina; pues, internado en Francia, mal le hubiera venido que molestados y oprunidos los pueblos se hubiesen alterado y tomado parte en la guerra, lo que en verdad deseaba el mariscal Soult, procurando por eso que acudiese del ejército de Suchet al país vasco el general Harispe, burgués y muy dispuesto para organizar cuerpos francos, según tema acreditado en las campañas de 1793 y 1794. No dejaron sus esfuerzos de incomodar á los aliados, atajándoles á veces los pasos por retaguardia, y contentando las tentativas de don Francisco Espoz y Mina, que con parte de sus tropas asomaba por aquellos valles, con amagos de embestir la plaza de San Juan de Pie de Puerto, que aunque pequeña, estaba bastante fortalecida allora.

De poca importancia representase lo ocurrido en Cataluña por este tiempo y hasta fines de 1813, parangonado con lo que hemos referido ya de la parte occidental de los Pirineos. Había Napoleón elegido para coronel general de su guardia al mariscal Suchet, y agregado al ejército de Aragon y Valencia el de Cataluña; lo cual en realidad no alteraba substancialmente el estado de las cosas, debiendo por disposición anterior juntarse todas aquellas fuerzas bajo la misma mano, siempre que se operase de un modo activo. Simplificóse, sin embargo, con la nueva medida la administración, y se exensaron disputas y competencias. Retiróse á Francia Doreau, que todavía gobernaba en Cataluña, cediendo a Suchet el puesto. Formaba este ejército así reunido un total que pasaba de 32.000 soldados.

Pero disminuyóse poco despues su número en no ménos que en 9.000, llamado en breve á Italia el general Severoli con su division, compuesta de 2.000 combatientes, desarmados de súbito en Barcelona por decreto de Napoleón 2.400 alemanes, y retirados á Francia los gendarmes y gente escogida, sin que se enviase tropa alguna para llenar los huecos.

Proseguia Cataluña ahumada bajo el peso de sus cargas y no interrumpidas pérdidas y estragos, en particular Barcelona, que, asiento de la dominacion francesa, sentia de más cerca y á la continua el daño, habiendo sido como entregada al saqueo. Tuviéron, sin embargo, los franceses que traer frecuentemente auxilios de Francia para poder subsistir, agotada la provincia, y ofreciendo obstáculos á las expediciones la irreconciliable enemistad y profundo odio que abrigaban los catalanes constantemente en sus pechos contra la usurpacion extran-

jera; al paso que sobrellevaban con noble desprendimiento los sacrificios y desembolsos que pesaban su fidelidad é inalterable color el Gobierno legítimo. No ménos de 285.727.453 reales vellón (3) correspondió aquella provincia para el ejercicio nacional en los cinco años corridos desde 1808 hasta 1813, sin contar derramas y repartimientos que habia sido dable se incluyeran en la suma: exacto tal por cierto, si se atiende á lo que por su laberancaron de los pueblos los invasores, y al dolor y merma que causaba en los productos y labores aquella guerra tan devastadora y de estímulos más sensibles y dolorosos en provincia de ay tan industriosa y fabril como lo es la Catalana.

En cuanto á los reencuentros y combates que habia en ella por este tiempo, apenas los hay que valgan dignos de mencionarse. No dejaron, sin embargo, las tropas del primer ejército y los cuerpos francos y guerrillas á él agregados, de molestar al enemigo y conseguir algunos trofeos, por los meses de Septiembre, Octubre, Noviembre y fines de Agosto: Montaña, Sant Privat, Santa Eulalia, San Felice Codinas y otros lugares, regidos nuestros soldados por los entónces coroneles Valentin, Illander, Maza y demas jefes ya conocidos y de nombre. Mandaba como ántes este ejército D. Francisco Cepeda y Navia, teniendo por lo comun sus reales cuarteles. Se mantenian los anglo-sicilianos en las mismas estancias; y sólo en Diciembre, queriendo el mariscal Suchet sorprenderlos en Villafranca, donde tenían sus cuarteles, retiráronse advertidos á tiempo, yendo la division española del general Sarsfield, que los acompañaba, camino de la izquierda, y como más de dos leguas atras la vuelta de Artesa, para mejorar de puesto y reconcentrar todas sus fuerzas. Tornó Suchet, burlado en sus esperanzas, á sus cuarteles del Llobregat y á la capital del principado, cuya ciudad residia de ordinario allora.

Por esta parte oriental de España tampoco levantaba mano el segundo ejército, bajo la guisa de D. Francisco Javier Elio, en los bloques de las plazas y castillos que se encomendaron á su cuidado, con la idea de que se fuesen tomando algunos. Acordó con el de Morella, que se entregó el 29 de Octubre al ayudante de estado mayor D. Francisco del Rey, quedando prisioneros 100 hombres que se guardaban con su comandante Boissacq. Vencieron también el 6 de Diciembre á partido otros batallones que defendian á Denia, y mandaba el jefe del batallon Bin, quien pactó la rendicion con D. Diego Entrena, que dirigia el asedio.

Al mismo compas y de tan buena medida para España ibanse arreglando las cosas de Alemania y de todo el Septentrion. Allí, comenzadas de nuevo las hostilidades, y unida el Austria á la coalicion europea, según dijimos, llovieron sobre la Francia desastres y tremendas desdichas, siendo para sus ejércitos de mortal ruina é indecible fracaso la derrota que padecieron sus huestes en Leipzig durante los dias 16, 17, 18 y 19 de Octubre, de cuyas ruinas casi solo Napoleón, y sin aliada, repuso el Emperador los remanentes de sus destruidas tropas, y regresó á Paris el 8 de Noviembre, desgajándose así, y una á una, ó muchas á la vez, las ramas del exército y robusto árbol de su poco ántes encumbrada dominacion, cuyo tronco mismo iba luego á sentir los poderosos golpes de dura, cortante y desapiedadada macha enemiga.

(3) Véase la Gaceta de Vea de 16 de Marzo de 1814, en que se halla inserto el estado que publicó D. Joaquín de Acosta y Mazariego, tesorero del ejército y principado de Cataluña.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

Viaje á Madrid de la Regencia y las Cortes, y su llegada — Abren las Cortes allí sus sesiones — Napoleón en París, y sus medidas — Desembarco de los aliados del Norte — Entrar en Francia — Batalla Napoleón negociaciones con Fernando — Su carta á solo rey — Confirman las del supremo que en Valeney con el Conde de Latoral — Llegada á Valeney del Duque de San Carlos — Tratado concluido en Valeney — Viaje de San Carlos á España — Envia Napoleón á Valeney á sus españoles — Nueva redención — Comandantes franceses enviados á España — Llegan San Carlos y Madrid — Placatos que causan en Regencia — Viaje también de Pádua á Madrid — Contestación de la Regencia, y una carta al Rey — Vienen á Francia con Carlos y Pádua — Buena acogida en la corte de este monarca — La Regencia del reino — Se recibe con aplauso — Mandamos que debe acompañarle — Cambio en la opinión, y reflexión sobre esto — Lugares y ruegos contra las nuevas redenciones — Entrada discursiva del diputado Reina — Alimento que causa en las Cortes, y sus medidas — Tratan algunos de mudar la Regencia — No lo consiguen con otros límites — Llegan las Cortes con varios sus señores — Las vuelven á abrir — Resumido del Acta y tratado con Prusia — Sacos militares — Calamidad — Se retira Surbel á Geta — Van Hales — Se pasa á los aliados, sus proyectos y medidas — Tentativa contra Tortosa — Fructuosa es — Sale Mon en Liria, Mompelaza y Monsón — Se repren por las cosas las guerras — Aplica, refuerza y previene con su hijo — Huidas del castillo de Jara — Ataques contra Sanja y sus otras ciudades — Tomanse algunas de estas — Muerte de Barro — Movimientos de Wellington — Paso del Adour — Se toma del río á Bayona — Remasa un puente sobre el Adour — Avance de Wellington — Batalla de Orthez, 27 de Febrero — Movimientos por el río — Intentos de los parisienses de la casa de Jordon — Entra Wellington via de Burdeos á Bernaford — Se declara esta ciudad en favor de los borjaes — Entrar ala c. 12 de Marzo Latoral y el de Angerona — Proclama de Sanja — Estado crítico de Napoleón, y medidas que toma — Sale de París — Congreso de Chatillon — Involucro — Tratado de Chatillon — Insultas de esto — Surta Napoleón á Fernando — Preside Zayas al día en viaje — Sale el Rey de Valeney — Llegan á Burghon — Quédase allí el 1.º de Carlos — Entra el Rey en España — Reunión de Carlos al Rey en el Pinar — Entra el Rey en Sevilla — Llegan también allí el Infante D. Carlos — Carta del Rey á la Regencia — Manifestación que despiden las Cortes — Día de la Regencia de Prus — Tratan y desentran de las Cortes, Fructuosa — Secretarios — Defensa de la casa real — Imperio Antón — Acordamiento de las Cortes — Movimientos de la corte por la Regencia — Los que se han de Wellington — Conducta del Conde del Orléans — Paso á Francia el tercer ejército español — Sigue Wellington moviéndose — Llegan a Tolosa — Llegan los aliados en frente de la ciudad — Se declara para pasar al teatro — Le pasan los aliados — Otros movimientos — Toma y en estado de defensa — Batalla de Tolosa — Vienen Sanja la ciudad — Entran de la corte — Se reciben recibidos — Acordamiento y medidas en París — Carta de Napoleón — Otros sucesos militares — En Burghon — En Burghon — Sanja — Carta — Las medidas de Sanja — Conducta de Sanja — Se trata de mudar de la Regencia en París — Concluye se un armisticio entre Wellington y los mandos franceses — Asuntos políticos — Sale el Rey y los aliados de Girona — Llegan á Tarragona y Rome — Va el Rey á Barcelona — Buen recibimiento en esta ciudad — Entra en Barcelona — Entra en Sanja — Entra en Sanja — Entrada del Rey en Valeney — El general Rho — Lo que sucede con el Cardenal de Burghon — Sale Lira al rey al Rey — Lo que sucede con el Cardenal — Represión de los diputados llamados por el Rey — Conducta de los aliados en las Cortes — Se trasladan estas á India María de Aragón — Famoso discurso del 7 de Mayo — Lo que pasa en Valeney — Se repren Wellington á Madrid — Conducta del emperador inglés — Sale el Rey de Valeney — Lo que ocurre en el reino — Disputación de las Cortes para recibir al Rey — Otras cuestiones — Prisión en Madrid de la Regencia, industria y muchos diputados — Disputación de las Cortes por orden del Rey — Anuncio de Madrid — Manifestación de Carlos de Mayo — Antonio y compañía de él — Batallas — Entrada del Rey en Madrid — Llegada de lord Wellington á la capital — Responso que este recibe de su patria — Evacuación de las puestas que aún conservaba el francés en España — Tratado de paz y amistad con Francia — Mensajes de Fernando — Posición errada y reprensible de estos — Cual hubiera convenido adoptar — Conclusión de esta obra.

En medio de aclamaciones las más vivas y sinceras, y de solemnidad y esplendidos recibimientos, atravesó la Regencia del reino las ciudades, villas y lugares situados entre la isla de León y la capital de la monarquía. Habíase aquí puesto en camino el 19 de Diciembre, viajando á cortas jornadas, y haciendo algunos descansos para corresponder al agasajador anhelo de los naturales, por lo que no llegó á Madrid hasta el 5 de Enero de 1814, un don-

de no fué menos bien acogida y celebrada que en los demás pueblos, alojándose en el real palacio. Los diputados á Cortes, aunque por la índole de su cargo no iban juntos ni en cuerpo, tuvieron también parte en los obsequios y agasajos, ensanchados los corazones de los habitantes con la traslación á Madrid del Gobierno supremo, indicante, al entender de los más, de la confianza que éste tenía en que el enemigo no perturbaría ya con incipientes nuevas la paz y sosiego de las provincias interiores del reino.

Abrieron las Cortes sus sesiones el 15 de Enero, suspendidas antes en la isla de León, y nombraron por su presidente á D. Jerónimo Díez, diputado por Salamanca. El sitio en que se congregaron fué el teatro de los Caños del Peral, arruinado luego después, y en cuyo terreno y plazuela, denominada del Oriente, construyese desde años hace otro nuevo con venturoso salen para bailes y grandes fiestas.

No ofrecieron al principio particular interés los negocios que las Cortes ventilaron en público, si alguno de los que trataron en secreto, pero del cual no será bien hablar antes de volver atrás y referir, como necesario proemio, lo que por entonces había ocurrido en Francia.

Llegado que hubo Napoleón á París el 8 de Noviembre de 1813, buscó con diligencia suma modo de aventar lejos el nublado que le amagaba. Alisamientos, conferencias, tratos, nada olvidó, todo lo puso por obra, aunque prestando á los demás medios el de las armas, rebuyendo, en cuanto podía, de una pacificación última y formal. Hicieronle para ella los aliados desde Francfort proposiciones moderadas, atendiendo á los tiempos, según las cuales concedíanse á Francia por límites los Pirineos, los Alpes y el Rin, con tal que su gobierno abandonase y dejase libre la Alemania, la España y la Italia entera, pero Napoleón, esquivando dar una contestación clara y explícita, procuraba solo ganar tiempo, viviendo impacientemente la ejecución de un decreto del Senado que disponía se levantasen 300,000 hombres en los umbrales del imperio.

Puestos los aliados en algún sobresalto con esta nueva y hostil resolución, y descontentos de la evasiva respuesta que el Emperador francés había dado á las proposiciones hechas, publicaron una declaración, fecha en Francfort el 1.º de Diciembre, por la que anunciaban al mundo no ser á la Francia á la que hacían guerra, sino á la preponderante superioridad que por desgracia suya y de la Europa había ejercido Napoleón aun fuera de su mismo imperio, cuyos límites habían consentido los soberanos aliados en ensanchar, clavando las injerencias más allá de donde concluía el territorio de la antigua monarquía francesa; desearos de labrar la felicidad de la nueva, y penetrados de cuán importante sería su conservación y grandezza para el adelantamiento de todas las partes del edificio social europeo. A los discursos siguieron las obras, y resueltos los aliados del Norte á internarse en Francia con tres ejércitos y por tres puntos distintos, pusieron aquella tierra por primera vez, cruzando sus tropas el Rin al concluir el año de 1813 y comenzar el de 1814; las cuales correspondieron así á las operaciones de los anglo-hispano-portugueses, que por el Mediodía habían llevado ya la guerra anticipadamente hasta las orillas del Adour y del Nive.

Diestro Napoleón en las artes del engaño y de entredadora política, figuróse ser también oportuno para enlucir á sus enemigos y sembrar entre ellos cizaña y fatal discusion, tener á hurtadillas y

por medio de emisario seguro algun abocamiento con Fernando VII, á quien, como ántes, guardaba cautivo en el palacio de Valencey.

No bien lo hubo pensado, cuando al efecto envió allá, bajo el fingido nombre de M. Dubois, al Conde de Laforest, consejero de Estado, sujeto práctico y de sus confianzas, quien desde luego y ya el 17 de Noviembre de 1813 se presentó á Fernando y á los infantes D. Carlos y D. Antonio, siendo su primer paso entregar al Rey, de parte de Napoleón, una carta del tenor siguiente: «Primo mio: Las circunstancias actuales en que se halla mi imperio y mi política, me hacen desear acabar de una vez con los negocios de España. La Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobinismo, y procura aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una república. No puedo menos de sentir en sumo grado la destrucción de una nación tan vecina á mis estados, y con la que tengo tantos intereses marítimos y comunes.

«Deseo, pues, quitar á la influencia inglesa cualquier pretexto, y restablecer los vínculos de amistad y de buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las dos naciones.

«Envío á V. A. R. (todavía no le trataba como á rey) al Conde de Laforest, con un nombre fingido, y puede V. A. dar asenso á todo lo que le diga. Deseo que V. A. esté persuadido de los sentimientos de amor y estimación que le profeso.

«No teniendo más fin esta carta, ruego á Dios guarde á V. A., primo mio, muchos años. Saint Cloud, 12 de Noviembre de 1813.—Vuestro primo, NAPOLEÓN (1).

Siguiose á la lectura de esta carta, de la cual tomaron conocimiento el Rey y los infantes con reserva y aparte, un largo discurso que de palabra pronunció el Conde de Laforest, inculcando lo expresado en su misión con nuevas explicaciones, y tratando al rey Fernando, á imitación de su amo, sólo de príncipe y alteza real. «El Emperador (decía), que ha querido que me presente bajo de un nombre supuesto para que esta negociación sea secreta, me ha enviado para decir á V. A. R. que queriendo componer las desavenencias que había entre padres é hijos, hizo cuanto pudo en Bayona para efectuarlo; pero que los ingleses lo han destruido todo, introduciendo la anarquía y el jacobinismo en España, cuyo suelo esta talado y asolado, la religión destruida, el clero perdido, la nobleza abatida, la marina sin otra existencia que el nombre, las colonias de América desmembradas y en insurrección, y en fin, todo en ella arruinado. Aquellos isleños no quieren otra cosa que erigir la monarquía en república, y sin embargo, para engañar al pueblo, en todos los actos públicos ponen á V. A. R. á la cabeza. Yo bien sé, señor, que V. A. R. no ha tenido la menor parte en todo lo que ha pasado en este tiempo; pero no obstante, se valen para todo del nombre de V. A. R.; pues no se oye de su boca más que Fernando VII. Esto no impide que reine allí una verdadera anarquía, pues al mismo tiempo que tienen las Cortes en Cádiz y aparentan querer un rey, sus descos no son otros que el de establecer una república. Esto desórden ha conmovido al Emperador, que me ha encargado haga presente á V. A. R. este funesto estado, á fin de que se sirva decirme los medios que

le parezcan oportunos, ya para conciliar el interés respectivo de ambas naciones, ya para que vuelva la tranquilidad á un reino acededor á que le puse una persona del carácter y dignidad de V. A. R. Considerando, pues, S. M. I. mi larga experiencia en los negocios (pues hace más de cuarenta años que sigo la carrera diplomática, y he estado en todas las cortes), me ha honrado con esta comisión que espero desempeñar á satisfacción del Emperador y de V. A. R., deseando que se trate con el mayor secreto, porque si los ingleses llegasen por casualidad á saberla, no pararian hasta encontrar medios de impedirla.

Concluida la arenga, contestó el Rey: «Que asunto tan serio como aquél, y que le había oído tan de sorpresa, pedía mucha reflexión y tiempo para contestarle, y que cuando llegase este caso lo haría avisar» (2).

No aguardó á tanto el desvivido emisario, en que al día siguiente pidió nueva audiencia. Repudjéronse en ella por ambas partes las mismas razones y pláticas, hasta que Laforest terminó por decir al Rey: «Que si aceptaba la corona de España que el Emperador quería volverle, era menester que se concertase con él sobre los medios de arrojarse los ingleses de ella.» Contestó Fernando, y apartóronle su hermano y tío: «Que de nada podía servir hallándose en las circunstancias en que existía en Valencey, y que, además, no podía dar ningún consentimiento de la nación, representada por la Regencia.» Hubo sucesivamente de una y otra parte nuevas vistas, observaciones y replicas, variando de tema en uno de los casos M. de Laforest, para quien ya no era república lo que querían introducir los ingleses en España, sino otra estirpe real, en unión con los portugueses, cual era la de Braganza. Tan mudable y poco seguro mostrábase el francés en sus alegaciones y propósitos. En fin, un día dijo del Rey que le dijera si al volver á España sería amigo ó enemigo del Emperador. Contestó S. M. «Estimo mucho al Emperador; pero nunca haré cosa que sea en contra de mi nación y su libertad y por último, declaro á V. que sobre este punto no dice en este mundo me hará mudar de dictamen.» «El Emperador quiere que yo vuelva á España, traté con la Regencia, y despues de haber tratado y tratado, he hecho constar, lo firmaré; pero para estar preciso que vengan aquí diputados de ella, y me enteren de todo. Dígaselo V. así al Emperador, y añádale que esto es lo que me dicta mi conciencia.» Firmo y noble respuesta, si así fué dada, propiamente quien ceñía la diadema de antiguos, gloriosos y dilatados reinos.

Viniendo á cabo la negociación, puso S. M. en manos de M. de Laforest una carta, en contestación á la del Emperador, concebida en estos términos:

«Señor: El Conde de Laforest me ha entregado la carta que V. M. I. me ha hecho la honra de escribirme, fecha 12 del corriente; é igualmente estoy muy reconocido á la honra que V. M. I. me hace de querer tratar conmigo para obtener el fin que desea de poner un término á los negocios de España.

«V. M. I. dice en su carta que la Inglaterra fomenta en ella la anarquía, el jacobinismo, procura aniquilar la monarquía española. No puedo menos de sentir en sumo grado la destrucción de una nación

(1) *Idea sencilla*, por D. Juan Baráñquez, cap. vi, pág. 86.
Así esta carta como los demás documentos y conferencias que intervinieron en el texto, las he copiado sin alteración alguna de la obra de Baráñquez, á pesar de la falta del estilo y sus faltas, sacando á la exactitud la belleza y la corrección.

(2) *Idea sencilla*, cap. vi, pág. 87 y siguientes.

tan vecina á mis estados y con la que tengo tantos intereses marítimos y comunes. Deseo, pues, quitar (prosigue V. M.) á la influencia inglesa cualquiera pretexto, y restablecer los vínculos de amistad y de buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las dos naciones. A estas proposiciones, señor, respondí lo mismo que á las que me ha hecho de palabra, de parte de V. M. I. y R., el Sr. Conde de Laforest: que yo estoy siempre bajo la protección de V. M. I., y que siempre le profeso el mismo amor y respeto de lo que tiene tantas pruebas V. M. I.; pero no puedo hacer ni tratar nada sin el consentimiento de la nación española, y por consiguiente, de la Junta. V. M. I. me ha traído á Valencey, y si quiere colocarme de nuevo en el trono de España, puede volverá majestad hacerlo, para tiene medios para tratar con la Junta que yo no tengo; ó si V. M. I. quiere absolutamente tratar conmigo, y no teniendo yo aquí en Francia ninguno de mi confianza, necesito que vengan aquí, con audiencia de V. M., diputados de la Junta para enterarme de los negocios de España (S. M. tenía idea muy confusa de ellos, según se ve por el modo como habla, no estando informado sino por el vicioso conducto de los diarios censurados del imperio); ver los medios (prosigue la carta) de hacerla verdaderamente feliz, y para que sea válido en España todo lo que yo trato con V. M. I. y R.

«Si la política de V. M. y las circunstancias actuales de su imperio no le permiten conformarse con estas condiciones, entonces quedare quieto y muy gustoso en Valencey, donde he pasado ya cinco años y medio, y donde permaneceré toda mi vida, si Dios lo dispiese así.

«Siento mucho, señor, hablar de este modo á V. M., pero mi conciencia me obliga á ello. Tanto interés tengo por los ingleses como por los franceses; pero, sin embargo, debo preferir á todo los intereses y felicidad de mi nación. Espero que V. M. I. y R. no verá en esto imperio más que una nueva prueba de mi ingenua sinceridad y del amor y cariño que tengo á V. M. Si prometiese yo algo á V. M., y que después estuviese obligado á hacer todo lo contrario, ¿qué pensaría V. M. de mí? Diría que era un inconstante y se burlaría de mí, y además me deshonraría para con toda la Europa.

«Estoy muy satisfecho, señor, del Conde de Laforest, que ha manifestado mucho celo y abinco por los intereses de V. M., y que ha tenido muchas consideraciones para conmigo.

«Mi hermano y mi tío me encargan los ponga á la disposición de V. M. I. y R.

«Fido, señor, á Dios conserve á V. M. muchos años.—Valencey, 21 de Noviembre de 1813.—FERNANDO (3).

La imparcialidad histórica nos ha impuesto la obligación de encargar estos hechos de la obra que, al volver á España, publicó D. Juan Escáñiz, bajo el título de (4) *Idea sencilla*, etc., cuyo relato en el asunto da éste á entender haberle tomado de las apuntaciones que de su puño extendiera en Valencey Fernando mismo. Nada tenemos que oponer á semejante aserción, y mémos á una autoridad de esfera tan elevada. Mas con todo, atendiendo á la anterior conducta, vacilante, débil, y aun sumisa,

de los príncipes cautivos en Francia, y á los acontecimientos que luego sobrevinieron, como también á una singular ocurrencia de que se hablará después, pudiera el lector sensato y desapasionado suspender el juicio sobre la veracidad en sus diversas partes de la narración citada, y aun inclinarse á creer que hubo olvidos en ella, ó algunas variantes entre lo que S. M. escribió y el extracto ó copia que hizo D. Juan Escáñiz.

Sea de ello lo que fuere, por cierto aparecen no poco las expresiones de sentimiento y pesar que vertió M. Laforest por la suerte deplorable de España, como si no fuera su amo el principal autor; y aun más las noticias y avisos que dió acerca de las maquinaciones ó intentos del gabinete británico; para pintar á éste afanándose por introducir en España una república, ó por mudar la dinastía, sustituyendo á la antigua la de Braganza, invención es que traspassa los límites de la imaginación más desvariada, ó que se hunde en las cavilidades de grosera vulgaridad. ¿Cómo ni siquiera pensar que los sucesores de Pitt y de sus máximas tratasen de fundar una república, y una república en España? ¿Cómo que les pluguiese unir aquella corona y la de Portugal, y unirlas bajo la rama de Braganza, enlazada con la de Borbon? ¡Ah! Menester fué gran desmemoramiento de cosas pasadas y presentes, y confianza suma en la ignorancia é impericia de los príncipes españoles, para producir, en apoyo de la política de Napoleón, argumentos tales, y tan falsas y indecibles razones, expuestas con tanta desmaña. Asumía, en verdad, mayormente viniendo la idea y su manifestación de un soberano diestro al par que astuto, y de un estadista envejecido en los negocios, ambos de una nación en donde (5), al decir ya del gran Duque de Alba, son grandes maestros en colorar cosas mal hechas.

Prosiguamos en nuestra relación. No desistiendo el Emperador francés de su propósito, á pesar de la respuesta que parece le dió el rey Fernando, repitió sus instancias y continuó la negociación entablada, al llegar á Valencey el Duque de San Carlos, tramo allí de su orden de Lons-le-Saulnier, en donde le tenía confinado cosa había de cinco años. Reconvénanse entonces las conferencias, á que asistieron S. M. y A. A., Laforest y San Carlos, acordándose unánimemente entre ellos que los dos últimos, autorizados competentemente con plenos poderes de sus respectivos soberanos, hicieran y firmasen un tratado concebido en términos ventajosos para España, si bien no debía considerarse este concluido hasta que, llevado á Madrid por el Duque, fuese ratificado por la Regencia, y también por el Rey cuando, restituido al trono, estuviese en el goce de plenitud y plena libertad.

Vase por aquí viendo de qué modo empezaba Fernando á ceder en su repugnancia de meterse en tratos con Napoleón antes de averiguar cuales fueran los deseos del gobierno legítimo establecido en España; ora que en realidad no se hubiese mostrado nunca tan opuesto como nos lo encarecen Escáñiz, ora que torciesen aquel buen ánimo los conjureros españoles que iban llegando á Valencey, fieros á su persona, pero bastante desacertados en sus miras y rumbo políticos.

No tardaron en estar conformes los plenipoten-

(3) *Idea sencilla*, cap. vi, págs. 93 y siguientes.

(4) Hemos tenido ya ocasión de hablar en el primer volumen de esta *Historia* de la obra de D. Juan Escáñiz, impresa en Madrid en la imprenta Real, año de 1814, bajo el título de *Idea sencilla de los sucesos que constituyen el reinado de el rey D. Fernando VII de España*, etc., la cual empieza á ser bastante rara.

(5) Véase la carta del Duque de Alba, siendo gobernador de Flandes, á D. Juan de Salazar, embajador en Roma, fecha en Bruselas á 10 de Mayo de 1710. La ha publicado la Academia de la Historia en el tomo VII de sus *Actas*, etc.

tinuar ó no la guerra, según lo requiriese el interés ó la buena fe de la nación (8).

Después de esto, partió el de San Carlos de Valencey el 11 de Diciembre, bajo el falso nombre de Duca, para ocultar más bien su viaje e impedir hasta el trasluz del objeto de la comisión. En su ausencia, quedó encargado de continuar tratando con el Conde de Laforest D. Pedro Macaniz, traído también allí algunos días antes por orden del Emperador, lo mismo que los generales D. José Zayas y D. José de Palafox, encerrados en Vincennes, no habiéndose Napoleon olvidado tampoco en su llamamiento de D. Juan Escóquiz, quien el 14 de Diciembre llegó de Bourges, en donde lo tenían confinado, y al instante tomó parte, por disposición de Fernando, en las conferencias de Macaniz y Laforest, sin que por eso mejorasen los asuntos de semblante, ni él adquiriese mayor fama de la que ya gozaba y habiale cabido como estadista y negociador en los sucesos de Madrid y Bayona.

Aprestábase el alma al contemplar, y desgracia es de España, que los mismos hombres (no se alude en este caso á Palafox ni á Zayas) que por sus errados consejos habian influido poderosamente en meter á la nación y al Rey en un mar de desdichas sin suelo apenas ni cabo, volviesen á salir al teatro político para representar papeles parecidos á los de antes, trabajando por extremarse en idénticos desvíos de discernimiento y buen juicio.

Porque, en efecto, si examinamos con atención el tratado de Valencey, cuya letra no ha podido alterarse, patente se hace permanecer aun vivas las inclinaciones de Bayona entre los cortesanos que asistieron allí en 1808; pues en el contexto del referido tratado ni siquiera se nombra al Gobierno nacional, que durante la ausencia del Rey habia agarrado con gloria y dichosa estrella el timón de los negocios públicos, ni tampoco se hace mención de los aliados, acordándose luego de los ingleses para repelerlos fuera del territorio español á manera de enemigos. Y si del tratado pasanmos á las instrucciones que de palabra se comunicaron á San Carlos, y cuenta Escóquiz, ¿habrá nadie que no las grinde de mal sonantes, fálaces e impropias de la dignidad real? En ellas, queriendo por una parte engañar á Napoleon mismo y faltarle á lo pactado, suscitaban por la otra recelos contra la Regencia y las Cortes, y aun se sospecha de su lealtad, anunciando en su escrito D. Juan Escóquiz, que sin las precauciones adoptadas, ¿hubiera podido llegar, por la infidelidad de la Regencia, la noticia de las intenciones del Rey al gobierno francés y echarlo todo á perdera (9). Enhorabuena desgraciábase en tal autor y á los suyos las opiniones de las Cortes y sus providencias en materia de reformas, aunque no las conociesen bien; pero tildar á sus individuos del modo que lo hicieron, y aun creer que la Regencia fuese capaz de descubrir á Napoleon un secreto del Rey, como en su folleto estampa ostentadamente el D. Juan, cosa es que alborota el ánimo y provocará á ira al español mas pacífico y templado, siempre que sea amante de la verdad y de la justicia. ¿Qué! ¿hombres introgas y de incontestable firmeza en tiempos procelosos y desesperados, mudábase de repente y ahora cuando iba á entrarse en otras arenas y bonancibles? No; ni imaginado lo hubieran antes ni después, ni entonces, aun dado caso que hubiese ya zumbado en sus oídos el ruido de los gritos y

cadena que preparaban para ellos y la patria, en recompensa de tribulaciones pasadas y grandes sacrificios, los de Valencey y sucesos.

Que fuese el encubierta deseo de los consejeros de Fernando rebuir de otras alianzas y estrechar la del Emperador francés, ya por inado, ya por la ciega admiración que aun conservaban á su persona, coligase del tratado referido, que no consiente interpretaciones ni posteriores variantes, y de la conducta que todos ellos tuvieron é iremos observando hasta la final caída de Bonaparte; no siendo de menospreciar tampoco, en comprobación, una ocurrencia que arriba apuntamos, y es oportuno contar aquí.

Por el mismo tiempo en que andaban los tratos de Valencey, vinieron á España unos comisionados franceses, que bajo de cuerda dirigia y manejaba desde su país un tal M. Tassin, sujeto inquieto, muy entremetido y de secretos amaños. Traían aquellos encargo de introducir desconfianza respecto de los ingleses, y trabajar abinadamente para que éstos saliesen de España. Dos eran los principales comisionados, revestidos de poderes y con autorizaciones competentes. Presentóse uno de ellos al general Mina, y esquivó el otro encontrarse hacia Irun con lord Wellington y D. Manuel Fréire, encaminando sus pasos á Bilbao, en donde se abocó con un cierto Echavarría, amigo y correspondiente de los de Valencey desde los sucesos de Bayona, á quien de intendente vimos convertido en guerrillero allá en Alabara. Mezcláronse con los expresados emisarios algunos otros, entre los cuales merece mentarse un M. Magdelaine, hombre muy gordo y de aparente buen natural, del que se sirvió para engañar á D. Miguel de Alava y á lord Wellington á punto de sacarles dinero y recomendaciones. El comisionado á agente que se avistó con Mina, de nombre M. Duclerc, descubrióse á éste y le manifestó el objeto de su comisión, entregándole diversos papeles. Informada de todo la Regencia del reino, y cierta de lo avieso y torcido de la trama urdida, dispuso proceder contra los ejecutores de ella, y ordenó, en consecuencia, la prisión de varios sujetos, señaladamente la del que hemos dicho haberse enderezado á Bilbao, de cuya persona, ya de vuelta, se apoderó dentro del territorio francés D. Miguel de Alava, en virtud de orden superior y por medio del comisario de policía M. Latour. Trataba la Regencia de que se castigase ejemplarmente á semejantes enredadores, cuando tuvo que detenerse, sabedora de que entre los documentos habia algunos que aparecerían firmados de puño y letra de persona muy elevada y augusta. Suspendiéronse de resultas las diligencias judiciales, y procuróse dar treguas al asunto y aun echarle tierra. No faltó quien entonces pensase, y fundadamente, que todo ello habia sido pura fragua y falsificación (10) de D. Juan de Amézaga, hombre mal reputado é instrumento secreto del gobierno francés; pero mudaron de dictamen, ó quedaron perplejos al averiguar que los arrestados recobraron su liber-

(10) Don Juan de Amézaga, de cuyo mal proceder hemos hablado ya en el tomo II de nuestra *Historia* con motivo de la caudilla del Basco de Roldán, á quien también venimos mencionando párrafo III en el capítulo cit. (pág. 82), á pesar de los esfuerzos de parientes que usaban á entrantes, tuvo la imprudencia de regresar á España al volver el Rey á ocupar el trono. Preso, juzgáronle cruel; y acusado de capitales maldades durante la residencia del Emperador Valencey, fué condenado á muerte por la audiencia de Saragosa, en cuya consecuencia, y al haber perdido Amézaga la esperanza de obtener perdón de la clemencia real, suicidóse con una navaja de afeitarse en la cárcel en donde estaba.

[8] *Idea sencilla*, por D. Juan Escóquiz, cap. VI, pág. 118.
[9] *Ibidem*, *idem*, pág. 110.

tad al tornar Fernando á España, y que recibieron, en 1815 (11), una suma considerable á trueque de que entregasen papeles, al parecer importantes, que todavía conservaban en su poder, y con cuya publicación amenazaban al rey Fernando soberbia y desacatadamente.

Mientras tanto el Duque de San Carlos iba acercándose á Madrid, si bien no llegó á aquella capital hasta el 4 de Enero, impidiéndolo las circunstancias verificarlo con mayor presteza. También se dilató el despacho del negocio que le traía, por hallarse á la propia sazón todavía de viaje la Regencia y las Cortes, y tardar éstas algunos días en instalarse; con lo que se dió lugar á muchas habilllas, y á que se pusiese la opinión muy hosca y embavecida contra el de San Carlos recordando lo de Bayona, y saltando á veces la valla de lo lícito los dichos y alusiones ofensivas que insertaban los periódicos, y se repetían en fiestas teatrales y en jácara que entonaban y esparcían los ociosos por calles y plazas.

En Valencey, impacientes cada vez más los que allí quedaron, y temerosos de que el Duque de San Carlos enfermase ó tuviese tropiezos en el camino, idearon enviar con igual comision á D. José de Palafox, cuyo nombre era más popular en conmemoracion de Zaragoza, y por tanto, ménos expuesto á excitar enojo dentro de España, y causar quebrantos y detenciones. Púsose así el D. José en camino, trayendo los mismos papeles que el que lo habia precedido, acompañados de otra instruccion (12), comprensiva de varios puntos relativos

(11) En el año de 1815 Tardín y Duclero pidieron que se les indemnizase, amenazando, si no, publicar las cartas que decían tener del Rey, con otras anécdotas suyas y de los infantes en Valencey. Don Miguel de Alava, á la sazón ministro plenipotenciario de España en París, escribió al Rey con este motivo, y le envió una carta de Tardín. S. M. contestó al primero diciéndole, entre otras cosas, que las cartas fueran fabricadas por quien tendría interés en ello, y con el objeto que el se sabía: lo cual hizo sospechar que todo habia sido intrigas y amañeo de Amézaga. Sin embargo, mostraron aquellos agentes en sus reclamaciones bajo los emblemas de la Realidad y Duque de Fernandópolis; y se les dió en tiempo del alímo, para acallarlos, 200,000 ó mas francos en cambio de los papeles que tenían, y entregaron. Esta y el tono insolente de las demandas aumentó los recelos anteriores, de que mano más alta que la de Amézaga habia tomado tambien parte en la correspondencia.

(12) Instruccion dada por S. M. el Sr. D. Fernando VII á D. José Palafox y Meli.

«La copia que se os entrega de la Instruccion dada al Duque de San Carlos, os manifestará con claridad su comision, á cuyo feliz éxito deberéis contribuir, obteniendo de acuerdo con dicho Duque en todo aquello que necesite vuestra asistencia, sin separaros en cosa alguna de su dictamen, como que lo requiere la utilidad que deba haber en el asunto de que se trata, y ver el expreso luego el que se halla anexo por mí. Posteriormente á su salida de aquí han acaecido algunas novedades en la preparacion de la ejecucion del tratado, que se hallan en la apuntacion siguiente.

«Téngase presente que inmediatamente despues de la ratificacion, pueden darse órdenes por la Regencia para una suspension general de hostilidades, y que los señores mariscales generales en jefe de los ejércitos del Emperador accederán por su parte á ella. La humanidad exige que se evite de una y otra parte todo derramamiento de sangre inútil.

«Hágase saber que el Emperador, queriendo facilitar la pronta ejecucion del tratado, ha elevado al señor mariscal Duque de la Albufera por su comision en los términos del art. 7.º El señor mariscal ha recibido los plenos poderes necesarios de S. M., á fin de que así que se vo láque la ratificacion por la Regencia, se concluya una convencion militar relativa á la evacuacion de las plazas, tal cual ha sido estipulada en el tratado, con el comisionario que puede desde luego enviarle el Gobierno español.

«Téngase entendido tan bien que la devolución de prisioneros no experimentará ningún retardó, y que dependerá únicamente del gobierno español el acordarla; en la inteligencia de que el señor mariscal Duque de la Albufera se halla tambien encargado de estipular, en la convencion militar, que los generales y oficiales podrán restituirse en posesion de su país, y que los soldados serán entregados en la frontera hacia Bayona y Porfihan, á medida que vayan llegando á ella.

«En consecuencia de esta apuntacion, la Regencia habrá dado sus órdenes para la suspension de hostilidades, y habrá nombrado

al cumplimiento del tratado, y una nueva carta ó credencial para la Regencia, con expresiones, además, segun pareco, halagüeñas y de agradecimiento, si bien verbales, dirigidas al Embajador de Inglaterra. Partió Palafox de Valencey el 24 del propio Diciembre, bajo el nombre de M. Taysier, y llegó á Madrid en el mes inmediato, dias despues que San Carlos.

Enterada la Regencia de la comision del último ya á su paso por Aranjuez, ni un momento vaciló en lo que debia contestar. Teniale la ley trazado el sendero, habiendo declarado las Cortes extraordinarias, á la unanimidad, por su decreto de 1.º de Enero de 1811, conforme en su lugar dijimos, que no reconocieran, y ántes bien tendrían por nulo y de ningún valor ni efecto, todo acto, tratado, convenio ó transaccion de cualquiera clase ó naturaleza..... otorgados por el Rey mientras permaneciese en el estado de opresion y falta de libertad en que se hallaba..... pues jamas le consideraria libre la nacion, ni le prestaría obediencia, hasta verle entre sus fieles súbditos en el seno del Congreso nacional..... ó del Gobierno formado por las Cortes. Remitió, pues, la Regencia copia auténtica á S. M. de este decreto, con una carta del tenor siguiente: «Señor: la Regencia de las Españas, nombrada por las Cortes generales y extraordinarias de la nacion, ha recibido con el mayor respeto la carta que V. M. se ha servido dirigirme por el conde del Duque de San Carlos, así como el tratado de paz y demas documentos de que el mismo Duque ha venido encargado.

«La Regencia no puede expresar á V. M. debidamente el consuelo y júbilo que le ha causado el ver la firma de V. M., y quedar por ella asegurada de la buena salud que goza, en compañía de sus muy amados hermano y tío, los señores infantes D. Carlos y D. Antonio, así como de los nobles sentimientos de V. M. por su amada España.

«La Regencia todavia puede expresar mucho ménos cuáles son los del leal y magnánimo pueblo que lo juró por su Rey, ni los sacrificios que ha hecho, hace y hará hasta verlo colocado en el trono de amor y de justicia que le tiene preparado; y se contenta con manifestar á V. M. que es el amado y deseado de toda la nacion.

«La Regencia, que en nombre de V. M. gobierna á la España, se vo en la precision de poner en noticia de V. M. el decreto que las Cortes generales y extraordinarias expidieron el dia 1.º de Enero del año de 1811, de que acompaña la adjunta copia.

«La Regencia, al transmitir á V. M. este decreto soberano, se excusa de hacer la más mínima observacion acerca del tratado de paz; y así asegura á V. M. que en él halla la prueba más auténtica de que no han sido infructuosos los sacrificios que el pueblo español ha hecho por recobrar la Real persona de V. M., y se congratula con V. M. de ver ya muy próximo el dia en que logrará la inexpugnable dicha de entregar á V. M. la autoridad Real, que conserva á V. M. en fiel depósito, mientras dura el cautiverio de V. M. Dios conserve á V. M. muchos años para bien de la monarquía. — Madrid, 8 de Enero de 1814. — Señor. — A. J. R. P. de V. M. — Luis de Borbon, cardenal de Ercilla, arzobispo de Toledo, presidente. — José LUYANDO, ministro de Estado.»

comisionario de su confianza para realizar por su parte el contenido de ella. Valencey, á 23 de Diciembre de 1813. — EUSANDO. — A don José Palafox.»

«Casi en los mismos términos, y con fecha del 28 del propio mes, respondió también la Regencia á la nueva carta que le dirigió el Rey por conducto de don José de Palafox, recordando sólo que á S. M. se debía el restablecimiento, desde su cautiverio, de las Cortes, haciendo libre á su pueblo, y ahuyentando del trono de la España el monstruo feroz del despotismo.» Aludía esta indicación al decreto que diera el Rey en 1808, muy á las calladas en Bayona, para convocar las Cortes, trayéndolo sin duda á la memoria la Regencia por recelarse ya del rumbo que querían algunos siguiera S. M. al volver á España. Anunciábase también en la misma carta haber el Gobierno nombrado embajador extraordinario para concurrir á un congreso en que las potencias beligerantes y aliados iban á dar la paz á la Europa.

Sucesivamente tornaron á Francia, siendo portadores de las respuestas, el Duque de San Carlos y D. José de Palafox, no muy satisfechos uno ni otro, y algo despedido el primero por los desaires que había recibido y los insultos á que se viera expuesto.

Comunicó la Regencia á las Cortes todo el negocio, como de suma gravedad, inquiriendo, además, de ellas lo que convendría practicar en caso de que Napoleón, escindiendo de su propuesto tratado, saltase al Rey, según ya se susurraba, con ánimo de desartar á España cuanto antes de la alianza europea, é introducir entre nosotros discordias y desazones nuevas. Primero que se satisficiera á cuestión tan ardua, decidieron las Cortes oír acerca de lo mismo al Consejo de Estado, cuya corporación, sin titubear en nada, fué de dictámen de que no se permitiese ejercer la autoridad Real á Fernando VII hasta que hubiese jurado la Constitución en el seno del Congreso, y de que se nombrase una diputación que al entrar S. M. libre en España le presentase la nueva ley fundamental, y le enterase del estado del país y de sus sacrificios y muchos padecimientos; con otras advertencias respecto de los españoles comprometidos con José, algo rigurosas y de temple áspero, como el ambiente que corría.

En vista de esta consulta y de lo manifestado por la Regencia, deliberaron en secreto las Cortes sobre el asunto; y bastante unidos sus vocales, convinieron en dar un decreto, que se publicó con fecha 2 de Febrero, por el cual se declaraba que conforme á lo decidido por las Cortes generales y extraordinarias en 1.º de Enero de 1811, no se reconocería por libre al Rey, ni por lo tanto se le prestaría obediencia, hasta que en el seno del Congreso nacional prestase el juramento que se exigía en el artículo 173 de la Constitución; que al acercarse S. M. á España, los generales de los ejércitos que ocupasen las provincias fronterizas pusiesen en noticia de la Regencia, la que debía trasladarla á las Cortes, cuantas hubiesen adquirido acerca de la venida del Rey y de su acompañamiento, con las demás circunstancias que pudiesen averiguar; que la Regencia diese á los generales las instrucciones y órdenes necesarias, á fin de que al llegar el Rey á la frontera recibiese copia de este decreto del 2 de Febrero y una carta de la Regencia con la solemnidad debida, enterándolo del estado de la nación y de las resoluciones tomadas por las Cortes para asegurar la independencia nacional y la libertad del Monarca; que no se permitiese entrar con el Rey ninguna fuerza armada, y que en caso que ésta intentase penetrar por nuestras fronteras ó las líneas de nuestros ejércitos, fuese rechazada confor-

me á las leyes de la guerra; que si la fuerza armada que acompañare al Rey fuere de españoles, los generales en jefe observasen las instrucciones que tuviesen del Gobierno, dirigidas á conciliar el alivio de los que hayan padecido la desgraciada suerte de prisioneros con el orden y seguridad del Estado; que el general del ejército que tuviese el honor de recibir al Rey, le diese de su mismo ejército la tropa correspondiente á su alta dignidad y honores debidos á su Real persona; que no se permitiese á ningún extranjero acompañar al Rey, ni tampoco en manera alguna á los españoles que hubiesen obtenido de Napoleón ó de José empleo, pensión ó condecoración de cualquiera clase que fuese, ó hubiesen seguido á los franceses en su retirada. Confiábase al celo de la Regencia el señalar la ruta que había de seguir S. M. hasta llegar á la capital, y se autorizaba á su presidente para que en constando la entrada del Rey en territorio español, saliese á recibirle hasta encontrarle y acompañarle á la capital con la correspondiente comitiva; presentando á S. M. un ejemplar de la Constitución, á fin de que bien instruido pudiese prestar con cabal deliberación y libertad cumplida el juramento que dicha Constitución prescribía, cuya formalidad habíase de llenar yendo el Rey en derechura al salón de Cortes, y pasando despues acto continuo á palacio para recibir de manos de la Regencia el gobierno de la monarquía, todo lo cual debían las Cortes anunciarlo á la nación por medio de un decreto (13).

(13) Hé aquí el texto literal de este decreto de 2 de Febrero de 1814: «Después las Cortes dar en la actual crisis de Europa un testimonio público y solemne de perseverancia inalterable á los principios de franqueza y buena fe á los aliados, y de amor y confianza á esta nación hermana, como igualmente de resistir de un golpe las amenazas y ataques que pudiese intentar Napoleón en la presente situación en que se halla, para introducir en España su pernicioso influjo, dejar amenazada nuestra independencia, alterar nuestras relaciones con las potencias amigas, ó sembrar la discordia en esta nación inmaculada, muda en defensa de sus derechos y de su legítimo rey el Sr. D. Fernando VII, han venido en decretar y decretan:

«1.º Conforme al tenor del decreto dado por las Cortes generales y extraordinarias en 1.º de Enero de 1811, que se reconocerá de nuevo á los generales y autoridades que el Gobierno juzgare oportuno, no se reconocerá por libre al Rey, ni por lo tanto se le prestará obediencia, hasta que en el seno del Congreso nacional preste el juramento prescrito en el art. 173 de la Constitución.

«2.º Así que los generales de los ejércitos que ocupan las provincias fronterizas sepan con probabilidad la próxima venida del Rey, designarán un extraordinario ganarlo honra, para poner en noticia del Gobierno cuantas hubiesen adquirido acerca de dicha venida, acompañamiento del Rey, tropas nacionales ó extranjeras que se dirijan con S. M. hacia la frontera, y demás circunstancias que puedan averiguar concernientes á tan grave asunto, debiendo el Gobierno trasladar inmediatamente estas noticias á conocimiento de las Cortes.

«3.º La Regencia dispondrá todo lo conveniente y dará á los generales las instrucciones y órdenes necesarias, á fin de que al llegar el Rey á la frontera reciba copia de este decreto, y una carta de la Regencia con la solemnidad debida, que instruya á S. M. del estado de la nación, de sus hermanas sacrificios, y de las resoluciones tomadas por las Cortes para asegurar la independencia nacional y la libertad del Monarca.

«4.º No se permitirá que entre con el Rey ninguna fuerza armada. En caso que ésta intentase penetrar por nuestras fronteras, ó las líneas de nuestros ejércitos, será rechazada con arreglo á las leyes de la guerra.

«5.º Si la fuerza armada que acompañare al Rey fuere de españoles, los generales en jefe observarán las instrucciones que tuvieren del Gobierno, dirigidas á conciliar el alivio de los que hayan padecido la desgraciada suerte de prisioneros, con el orden y seguridad del Estado.

«6.º El general del ejército que tuviese el honor de recibir al Rey, le dará de su mismo ejército la tropa correspondiente á su alta dignidad y honores debidos á su real persona.

«7.º No se permitirá que acompañe al Rey ningún extranjero, ni aun en calidad de doméstico ó criado.

«8.º No se permitirá que acompañen al Rey, ni en su servicio, ni en manera alguna, aquellos españoles que hubiesen obtenido de Napoleón, ó de su hermano José, empleo, pensión ó condecoración de cualquiera clase que sea, ni los que hayan seguido á los franceses en su retirada.

El actual ensalzáronle entónces los más, y le aplaudieron vivamente los aliados, calificándola de prudente y muy oportuna. Aprobáronse sus artículos y la totalidad en sesión secreta, por una mayoría muy crecida, sentándose y levantándose, y no por votación nominal, habiéndole deseñado sólo diez ó doce diputados. Firmaron el acta, para más cumplida solemnidad, todos los que de ellos estuvieron presentes, proponiendo en la sesión del 3 el diputado Sánchez, y decidiendo en la del 8 las Cortes que se publicase y circulara, juntamente con el decreto del 2 y demás documentos en el negocio, un manifiesto en que se especificasen los fundamentos de la determinación tomada. Hízose así, leído que fué éste y aprobado en el día 19 de Febrero (14):

99. Se comita al celo de la Regencia el señalar la ruta que haya de seguir el Rey hasta llegar a esta capital, a fin de que en el acompañamiento, servidumbre, honores que se le hagan en el camino, y a su entrada en esta corte, y demas puntos convenientes a este particular, reciba S. M. las muestras de honor y respeto debidas a su dignidad suprema, y al amor que le es tan fervorosa la nación.

» 10. Se autoriza por este decreto al Presidente de la Regencia para que en cuando la entrada del Rey en territorio español, salga á recibirle el Sr. D. Juan de la Cruz y acompañarle á la capital con la correspondiente comitiva.

« 11. El Presidente de la República presentará á S. M. un ejemplar de la Constitución política de la monarquía, á fin de que este Soberano S. M. en ella, pueda prestar con total observancia y voluntad cumplida el juramento que la Constitución prescribe.

2. En cuanto llegue el Rey á la capital vendrá en derecho al Congreso á prestar dicho juramento, guardándose en este caso las ceremonias y solemnidades mandadas en el reglamento interior de Cortes.

113. Acto continuo que preste el Rey el juramento prescrito en la Constitución, treinta individuos del Congreso, de ellos dos secretarios, comparecieron a S. M. a presencia de donde, formada la Regencia a con la debida solemnidad, entregará el gobierno a S. M. con fines a la Constitución y al artículo 2.º del decreto de 4 de Setiembre de 1873. La Regencia se regerá al Congreso a dar cuenta de haberse cumplido, quedando en el archivo de Cortes el correspondiente testimonio.

15. En el mismo día darán la Córtes un decreto con la solemnidad debida, á fin de que lleve á noticia de la nación entera el acto solemne, por el cual y en virtud del juramento prestado, ha sido el Rey elevado constitucionalmente en el trono. Este decreto, después de haberse leído en la Córtes, se publicará en manifiesto del Rey y por una misma forma en igual á la presente, para que se publique con las mismas formalidades que todos los demás, con arreglo á lo prevenido en el artículo 14 del reglamento interior de Cortes.

» Lo testará el poder de la Real Academia del reino para su cumplimiento, y lo hará imprimir, publicar y circular.

ódone en Madrid, á 7 de Febrero de 1814. — (Siguen las firmas del Presidente y secretaría. — Á la Real Academia del reino.)

(14) Mapa físico de las Cuchas A' A' a las 15.00 horas.

República. Los representantes van á hablarnos con la luz y franqueza y cordialidad que aseguran en los cráneos de esta libre y bella unión latina, aquella irresistible fuerza de espíritu contra la cual no son poderosos los embates de la violencia, ni los dolores trinitarios de los tiranos. Fielos depositarios de nuestros derechos, no creverán las fuertes corrientes y delirantes á las acúto empuje, si guardaran por más tiempo un secreto que pudiese aturdirnos, ni menoscabar el decoro y la nobleza de la sagrada persona del Rey, y la tranquilidad e independencia de la nación, y los que en el silencio de una y otra patria, continúan han pechado con gloria para asegurar al liberal don Juan, y poner á cubierto á la patria de la intrusión extranjera, si quisieran, si españoles, de salir cumplidamente alorde, alcanzan las malas artes y vicencias de un tirano execrable, y hasta que punto puede desahuciar tras sí una nación o cordero velan en su guardia los representantes que ella misma ha elegido.

Apunta esta prosa auge por que al cabo de tan costosos des-
censos turbulentos, veíamos Napoleón Bonaparte echar el desmoronamiento
yugo a una nación heróica, que ha sabido contrastar por resistir
en inmensa fuerza y poderío, y como a nosotros pedido olvidar el
olvido el oro oscuramente que llaman a por un presidente con-
fianza en sus peñales perdidos, como si la soberbia realidad a que
firmamos, en años como por instante, a la palmo del pulmón y
la cordera española, cuando estáis cuando apenas testamos desecha
que defender, se hubiera del llado ahora que podemos de ir a
sacar patria, y que hemos avaria la ilusos tentaciones de nuestros
maestros del abandono y dando en el por nuestro mal carácter;
como al fuéramos nubes nubes y constantes cuando la prosperidad
nos brinda, enstrados y ceramos al pavoroso torbellino de tan
igual lucha, que lo fuéramos con avaria del mundo y inmensa del
finado en las mas duras trances de la autoridad, la cual, alu Bonaparte
en el caso devario de su desgracia, en, dar para con la
vaca esperanza de veridader nuestra fuerza con promesas seduc-
tores, y valere de nuestro amor al legítimo Rey para sellar juntos

distinguiéndose por su lenguaje elevado y bien sentido, como produccion elocuente de D. Francisco Martinez de la Rosa.

Al caer Napoleón y las Córtes, sucedieron á las alabanzas prodigadas al decreto, agrias censuras y hubo muchos que le tacharon de nimio y aun de presivo de la autoridad real. Tuvieran en ella que tratándose de tiempos ordinarios, no de revueltas y de tempestad y ventisca, como los que entonces corrían y se oteaban; en arma todavía los rebeldes y los pueblos contra el dominador de Francia, quien, no abatido del todo, esforzábase por mantenerse firme y aun por empinarse de nuevo con la misma presunción que artuía.

Cierto que hubiera valido más no poner tantas

mente la esclavitud de su sagrada persona y nuestra vergüenza
seralumbre.

Tal ha sido, españoles, su perverso intento; y cuando, por tantos y tan seductores triunfos, se ve casi representada la patria; señalaba como el más feliz anuncio de su completa libertad la sesión del Congreso en la hermosa capital de la mar y tierra, y en el día de este fuélo acontecimiento, y al dar principio a las tareas importantes taras, hurgadas con la grata esperanza de ser pronto en su cumplimiento Minera, ilustrado por la ciencia española y el auxilio de los aliados, fueron con asombro al par que con dolor de la Regencia del reino, los trajo el acortarse de su período de Esado acerca de la venta y enajenación del Duqueado de Añón. No es posible, españoles, describirlos el efecto que tales circunstancias causaron prodigo en el ánimo de vuestros representantes. Los ojos deslumbrados, colmo de la alegría de un tirano, y de la vuestra corearon, y al sentir en el aquellos mismos afectos, se os conmovieron. En Mayo de 1808, al experimentar más y más el efecto de vuestro apatido Minera y el odio a su opresor luchaba de por sí a deshacer al egoísmo en las ilusiones de la república, y a la idea, que más claramente se muestra en un profundo sentimiento de los breves como bido, aunque del todo no, el estado de vuestro representante cuando escuchó la amarga relación de los injustos procedimientos contra el inocente Fernando, para esclavizar a esta patria monstruosa.

No lo bastaba á Bonaparte burlarse de los pueblos, atropellando leyes, trillar la moral pública; no lo bastaba huir con sus tropas perdidas á nuestro Rey á intentado esquivar á la España que se le dio, ¡maldita, los brazos como al mejor de sus amigos, no se le dio, maldita, con desdoro á esta nación gobernada por los más planes de la guerra y de la política más contraindicada, para intentar un uso de todo linaje de violencia para obligar al desgraciado Rey á estamper su augusta combre en un tratado vergonzoso, maldita, la tal vez se acordará en un momento olvidado entre sus sucesores su vergüenza como el medio de conciliar una guerra tan injusta y tan usurpadora como gloriosa á nuestra patria, desdoro, por no lograr por fruto de una guerra traza, y en los momentos en que vacila un usurpado trono, lo que más le ha podido conseguir por los años, cuando á vos se estremaban los imperios y se veía crecer la libertad de Europa. Tan digo en el delirio de un imperio que fue, como desecándole y temerario en las dudas de su propia fortuna, no lo fue presente. Bonaparte el templo de tiranías, almas, la primera de nuestro carácter, y que es fácil á su autor, por lo que decir ó comportar á un galán de ó á una torca de correa, y se vanas sus amenazas y amenazas contra la nación, cultura, destruida por la guerra, y que tiene en la libertad de Inglaterra y el cuerpo de una representación el mejor preservativo contra las amenazas de los príncipes y la ambición de los estráños.

Ni aun olvidar he sabido Bonaparte el torpe artificio de su política. Este Bonaparte, a su mal concertadas cláusulas, las lleva hasta el lenguaje mismo, descubren la mano del malicia, y el escuchar en boca del augusto Fernando los delanosos consejos de sueto para el enemigo, no hay español alguno a quien no se le agite en el alma aquella la voz del llamado de los patriotas, la voz que resaca breves días de el trono de Felipe; pero que aturridos por las nefandas y grutas promesas de justa libertad, no presencio por el deseo de creer mentes tuyas que que no se encaminaran a la felicidad y gloria de la nación. El inocente Principio, con el deseo de ser feliz, infelizmente, que vió destruida la patria de un ruinoso tirano en la Francia, no puede querer ahora bajo tal falso título ser en el injusto tratado el casillaje de esta nación heroica, que ha de ser unidas al fin dignidad, para volver a ser esclava de victimas, como el virtuoso Fernando no pudo comprar a precio de un tirano. Este no, ni ser un como me es de su asedio el glorioso tratado de Bayona de la Legión: titulo que en su nacimiento ha reconocido, y que por la resistencia en sus angustias manos, escrito con la sangre de tantos víctimas, y sancionados en el los derechos y obligaciones de su guerra justo. Los torpes sospechas, la desconfianza legitimada, no podiendo abargarse en un momento en el magnánimo corazón de Fernando, y mal paellera, en mancharse con este crimen, haber sido obligar por un pacto libre, a pagar con enemiga y otras las beneficias del generoso aliado, que tanto ha contribuido al adelanto de su reino. El pacto de los patriotas, al verse traicionado por su limitable constancia, y desear volver a su seno rodeado de

ó algunos aventurados pasos de echadizos poco diestros.

En este caso podemos decir estuvo D. Juan Lopez Reina, diputado por Sevilla, quien en la sesion del 3 de Febrero causó en las Cortes inaudito escándalo, levantándose á hablar despues de admitida á discusion en aquel dia la propuesta del manifesto arriba indicado, y diciendo sin preámbulos y desarrebozadamente: «Cuando nació el Sr. D. Fernando VII, nació con un derecho á la absoluta soberanía de la nacion española; cuando por abdicacion del Sr. D. Carlos IV obtuvo la corona, quedó en propiedad del ejercicio absoluto de rey y señor....» Al oir estas palabras, gritos y clamores salieron contra el orador de todas partes, llamándole al orden. Pero no contenido por eso, ni reportado, exclamó el Sr. Reina: «Un representante de la nacion puede exponer lo que juzgue conveniente á las Cortes, y éstas estimarlo ó desestimarle....»—Sí, interrumpiéronle varios diputados, si se encierra en los límites de la Constitucion; no, si se sale de ellos....—«Luego que, prosiguió tranquilamente el Sr. Reina, restituido el Sr. D. Fernando VII á la nacion española, vuelva á ocupar el trono, dispensable es que siga ejerciendo la soberanía absoluta desde el momento que pise la raya....» Si grande fué el tumulto que produjeron las primeras palabras de este diputado, inexplicable fué el que excitó las últimas, exclamando muchos que «no se le permitiese continuar hablando; que se escribiesen sus expresiones, y expulsándole del salon, pasasen éstas, que eran contrarias á la ley fundamental del Estado, al examen de una comision especial.» Decidióse así al cabo de largo debate y no poco alboramamiento, habiendo pasado el asunto al examen de una comision, y en seguida al tribunal de Cortes, donde no tuvo resulta, escondido y ausente poco despues el Sr. Reina, á quien, en premio y peticion suya, concediásele, á la vuelta del Rey á España, nobleza personal. Era ántes este diputado hombre de escaso valor y de profesion escribano, instrumento ciego en aquella ocasion del bando anti-constitucional, á que pertenecia. Traspasó el suyo de escándalo sólo y pernicioso ejemplo, sobresaltó más que por lo que sonaba, por lo que suponía de soterrado y oculto.

Realizáronse estas sospechas al traslucirse que se fraguaba el cambio de súbito la Regencia actual del reino. Varones de probidad los individuos que la componian, y á sus juramentos muy fieles, no daban entrada á maquinaciones ni á miras torcidas; y menester era separarlos del mando para socavar más desembarazadamente el edificio constitucional recién levantado, y preparar su entero hundimiento al tiempo que el Rey volviese. Tantearon, al efecto, los promovedores á muchos diputados, y entre ellos algunos de la opinion liberal, alegando en favor de la propuesta razones plausibles y de conveniencia pública. Pero no satisfechos los mismos de las resultas de los pasos dados, arrojáronse á ganar en silencio y por sorpresa lo que dudaban conseguir á las claras y francamente, intentando poner en práctica su pensamiento en una sesion secreta de las de Febrero. Salieron vana la tentativa, porque maniobrando el partido reformador con destreza y maña, previno el golpe, y áun lo paró del todo, aprobándose por gran mayoría de votos una proposicion muy oportuna, que hizo el 17 del propio mes el Sr. Cepero, segun la cual se declaró que sólo podria tratarse de mudanza de gobierno en sesion publica, y con las formalidades que prevenia el reglamento. Proposición á que tambien movió un informe del Ministro de Gracia y Justicia, y una representacion en aquel dia del general D. Pedro Villacampa, que mandaba en Madrid, dando cuenta de las causas que habian impellido al arresto de un tal D. Juan Garrido y de cierto presbitero de nombre D. José Gonzalez, como tambien al de algunos soldados; dispuestas legiones á excitar trastornos, y gratificados los segundos por mano oculta con una peseta diaria, aguardiente y pan. Descompusieron semejantes providencias la maraña tejida entónces, de intriga y urdimbro (15), y hubieron sus tramados á aguardar á que llegase tiempo más propicio para la ejecucion de sus planes; el cual, en verdad, no anduvo en su curso ni perezoso ni lento.

Terminaron las Cortes ordinarias las sesiones del primer año de su diputacion el 19 de Febrero, vertido el tiempo y orden constitucional á causa de las circunstancias particulares en que se halló juntado; y por lo que para volver á él, en caso fuese doble, y sujetarse á las minuciosas formalidades de la Constitucion, extremas por cierto y nada conducentes al breve y acertado despacho de los negocios, empezaron el 20 del mismo mes las juntas preparatorias, abriéndose el 1.º de Marzo sesiones del segundo año, ó sea segunda legislatura de estas Cortes.

A la propia sazon ensancháronse tambien las relaciones de buena amistad y alianza con otros Estados, recibiendo la Regencia del reino á Mr. Genotte como encargado de negocios de Austria, y concluyendo con la Prusia un tratado, hecho en Basilea, el 20 de Enero de este año de 1814, á semejanza de los celebrados en el anterior con Rusia y Suecia, y en cuyo art. 2.º decíase: «S. M. P. reconoce á S. M. Fernando VII como solo legítimo rey de la monarquía española en los dos hemisferios, así como á la Regencia del reino, que durante su ausencia y cautividad le representa, legitimamente elegida por las Cortes generales y extraordinarias segun la Constitucion sancionada por éstas y jurada por la nacion.» Artículo que, aunque no tal si recto ni explicito en algunas de sus cláusulas como el correspondiente en los otros dos convenios citados ya, de Rusia y Suecia, éralo bastante para probar que la Prusia no se desviaba en esta parte de la política de las demas potencias aliadas, ni reconocia la legitimidad de las Cortes, ni por consiguiente la de sus actos.

Tornemos ahora la vista á las cosas de la guerra. En Cataluña manteníase todavia en Barcelona el mariscal Suchet, bien que preparado á la retirada, conservando, ademas, la línea del Llobregat, que se extendia desde Molins de Rey hasta San Pelay y el desagüero del rio. El 16 de Enero resolvió que á embestir estos puntos las fuerzas anglo-sicilianas, á las órdenes de sir Guillermo Clinton, en union con las del primer ejército, que mandaba el general Copons, y la tercera division del segundo, dirigida por D. Pedro Sarriel. Tuvo origen este plan en un arreglo concluido entre el general Clinton y D. José Manso, tocando al inglés acometer de frente

(15) Podrá verse cuán inciertos fuesen estos planes en la representacion que llamaron de los peras, hecha á S. M. y de la que hablaremos despues por muchos de los diputados que tomaron parte en dichas tramas; señaladamente en la página 56. donde se empieza: «Determinamos por primer paso asegurar la Regencia...» y acaba: «Dijo la prudencia suspender nuestra deliberacion...» Y en la página 67, toda ella hasta el fin, desde donde dice: «Tratamos de proponer la cesacion de la Regencia...» y poner al frente del Gobierno... á la infanta doña Carlota Joaquina de Borbón...»

con 8 000 hombres por la calzada de Barcelona, y al español situarse á espaldas de Molins de Rey, en un ventajoso puesto que dominaba el camino por donde los enemigos tenían forzosamente que retirarse. Mas al ir á ejecutar lo proyectado, aunque ya con la vena Manco de D. Francisco Copons, general en jefe, profirió éste tomar sobre sí la empresa y cooperar en persona á la acometida de sir Guillermo Clinton. No correspondió á su deseo el éxito, porque habiendo el D. Francisco calculado mal el tiempo, sin atender á la obscuridad de la noche, ni á lo perdido de los caminos, llegó tarde, y presentándose, no á la retaguardia de los franceses, según lo convenido, sino por el flanco; con lo que pudieron los enemigos, á las órdenes del general Masclap, repliegarse á la izquierda del Llobregat por el puente fortificado de Molins de Rey, y recibir ayuda de Panuetier, que mandaba toda la division. Don Pedro Sarafield con la suya y caballería inglesa los apretó de cerca, señalándose el primer batallón de voluntarios de Aragón, cuyo teniente coronel D. Juan Terran quedó gravemente herido. Acorrieron en seguida tropas de Barcelona al són de guerra, y procuró Suchet atraer á los aliados hacia San Feliu del Llobregat para cogérselos como en una red; pero viéndolo los nuestros muy sobre aviso, retrocedieron y contentáronse con el reconocimiento hecho, y haber aventado á los franceses de la derecha del río.

La suerte de éstos en Cataluña se empeoraba cada día, disminuyéndose su fuerza considerablemente: dos terceras partes de jinetes, 8 á 10 000 peones, y casi toda la artillería recibieron orden de dirigirse sobre Leon de Francia; apremiado el Emperador por los rusesos y desconfiados en tal grado, que se mandó verificase este movimiento, tuviese ó no buen paradero la comision del Duque de San Carlos. Así sucedió, emprendiendo su marcha aquellas tropas en Enero, y saliendo de Barcelona el 1.º del inmediato mes el mismo general Suchet, quien se reconcentró en Girona y sus cercanías con dos divisiones y una reserva de caballería, á que estaba ahora reducido todo su ejército. Quedó Robert en Tortosa con escasa fuerza, y Hubert en la Cataluña baja con unos 2 000 hombres, obligado bien pronto á encerrarse dentro de Barcelona, porque adelantándose los aliados, bloquearon la plaza, y estrechábanla del todo ya en 8 del propio Febrero.

Golpes tras golpes, que, si bien herian mucho al general francés, no le hicieron quizá tanta mella como otro singular y muy recio que le sobrevino improvisamente de parto de quien no podía esperar, de un oficial español, destinado cerca de su persona, y de nombre D. Juan Van-Halen. Había sido éste alférez de navío de la real armada, y abrazado en los primeros meses de 1808 la causa santa de la independencia, hasta que, hecho prisionero en el Ferrol, variando de rumbo, tomó partido con los contrarios, y reconoció por rey á José Bonaparte, á quien sirvió durante algunos años dentro y fuera del reino. Estaba el D. Juan con una comision en París en 1813, cuando empezaba á desplegarse el imperio napoleónico, y después de muchos pasos y empuños, obtuvo en lo emplease en el estado mayor del mariscal Suchet, á cuyo cuartel general llegó el 20 de Noviembre de aquel mismo año. Cuenta Van-Halen en un opúsculo (16), que publicó en 1814, haber solicitado semejante destino con

el anhelo de prestar alguna asistencia meritoria y digna á la patria que había abandonado, y con la que quería reconciliarse. Púsose, de consiguiente, tan luego como volvió á España, en correspondencia con el Barón de Eroles, la que continuó por espacio de dos meses, en cuyo tiempo, agenciando dicho Van-Halen la clave de la cifra del ejército francés, la pasó á manos del Barón, indicando ser este servicio preludio de otros que meditaba.

Dió principio á ellos saliendo de Barcelona el 17 de Enero por la noche, y haciendo que le siguiesen, en virtud de órdenes falsas, dos escuadrones de coraceros apostados en las cercanías de la ciudad, con intento de que cayesen en una celada que debía armarlos el Barón de Eroles. Pero retrasado casualmente un aviso remitido al efecto, frustróse la sorpresa, teniendo Van-Halen que pensar sólo en salvarse, uniéndose al de Eroles en San Feliu de Codinas.

No arredrado ni por eso aquél, metióse en otro empeño aun más atrevido é importante que el anterior, tratándose de nada menos que de fraguar un convenio, que se diría firmado en Tarrasa entre los generales de los respectivos ejércitos, á fin de recuperar por medio de esta estratagemá, fundamento de otras de ejecución, las plazas de Tortosa, Peñíscola, Murviedro, Lérida, Mequinenza y Monzon, en poder todavía de los enemigos. Propuso Van-Halen la idea al Barón de Eroles, quien la aprobó, como asimismo el general en jefe D. Francisco Copons, si bien éste, después de ciertas vacilaciones y juiciosos reparos, desconfiando algun tanto del buen éxito de la empresa, por parecerle muy complicada y harto dificultosa.

Finalmente, acordados todos, determinaron empujar á probar ventura por Tortosa, cuya ciudad bloqueaban las divisiones segunda y quinta del segundo ejército, bajo la comandancia de D. José Antonio de Sanz, asentados sus reales en Jorta. Allí llegaron el 25 de Enero el Barón de Eroles, y en su compañía el capitán D. Juan Antonio Daura, sujeto práctico y hábil en el arte de la delineación y dibujo; D. José Cid, vocal de la diputacion de Cataluña, y el teniente D. Eduardo Bart, muy ejercitado y suelto en la lengua francesa.

Conferenciaron con Sanz los recién venidos, resolviendo sin dilacion circuir la plaza más estrechamente de lo que lo estaba, siendo necesario preliminar el que ni dentro ni fuera de ella se vislumbrase cosa alguna de lo que iba tratado. En segunda entendiéronse tambien los mismos acerca de los pases que convenia dar y el modo; arreglando primero los papeles y documentos indispensables al caso, cuya imitacion y falsas hizoas á favor de la idónea y diestra mano del capitán Daura, y de la cifra, firmas y sello que había Van-Halen sustraido del estado mayor francés. Dispuesto todo, pasaron á poner por obra el ardite, que consistía en enviar por un lado secretamente pliegos contrahechos al gobernador de Tortosa Robert, como si procediesen del mariscal Suchet, anunciándole la negociacion que se suponía entablada en Tarrasa, para que estuviese preparado á ovacular la plaza al recibir el aviso de verificarlo, y en participar por otro el general del bloqueo al de Tortosa públicamente y con posterioridad haberse concluido ya el tratado pendiente, y haber llegado al campo español un ayudante del mariscal Suchet, con quien podria el Gobernador abocarse y platicar á su sabor cuanto gustare; ex-
cusando casi añadir nosotros aquí ser Van-Halen quien había de representar el papel del ayudante

(16) *Resurreccion de los planes de Lérida, Mequinenza y castillo de Morvill*. — Madrid, en la imprenta Real, año de 1814. — Páginas 12 y 13.

fugido. Fué efectuando la estratagema con dicha, no obstante un contratiempo ocurrido al portador de los pliegos secretos, yendo el ajuste tan adelante, que estuvo próximo a cejarse y llegar á venturoso fin. Mas impidiéndolo, según unos, cierto aviso recibido por el gobernador francés al irse á terminar los tratos; según otros, la resistencia que opuso Van-Halen á meterse en la plaza, receloso de que se le tendía un lazo, lo cual despertó las sospechas de los contrarios. Nosotros inclinaremos á creer lo primero, y también á que hubo indiscreciones y desconfianza en el hablar.

Malograda la tentativa en Tortosa, pareció acertado no repetirla en Peñíscola ni Murviédro, y sí en Lérida, Mequinenza y Monzon. Para ello pusieronse en camino el 7 de Febrero el inventor y los ejecutores de la traza, albergándose el 8 en Flix, desde donde envió á Mequinenza el Barón de Eroles á D. Antonio Maceda, ayudante suyo, y al ya citado D. José Cid, con órden ambos de levantar allí los somatenes, bloquear la plaza, y dirigir despues á su gobernador por un paisano pliego y documentos que aparecieran despachados por Suchet, al modo mismo de lo que se fingió en Tortosa. Por su parte tiraron hácia Lérida Eroles, Daura, Van-Halen y Bart, pernctando juntos á una jornada de la ciudad, pero con la precaucion de separarse en la mañana inmediata, no queriendo despertar recelos, y yéndose por de pronto á Torres del Segre los dos últimos, y el de Eroles al campo de Lérida. Allí hizo ostentosa reseña de las tropas, aparentando designio de formalizar el sitio, para introducir despues, y de oculto, en la plaza por confidente seguro pliegos concluidos en terminos iguales á los enviados ántes á Tortosa y Mequinenza, que servían siempre de preparativo á las negociaciones públicas y formales que se entablaban despues, para alcanzar la evacuacion y próxima entrega del punto en que se había puesto la mira.

Sucedió bien el ardid en Mequinenza, sin que encontrase el portador del primer pliego tropiezo alguno, creyéndose allí verdadero emisario de Suchet; por lo que apresuróse el de Eroles á expedir la segunda comunicacion, como en Tortosa, valiéndose ahora para ello del ayudante de estado mayor don José Baeza, quien bien recibido y agasajado por el gobernador francés, de nombre Bourgeois, consiguió evacuar los enemigos la plaza el 13, precedido un coloquio entre un oficial francés, nombrado al efecto, y Van-Halen, presente también Eroles, habiendo acudido ambos á Mequinenza con esta ocasion.

Despues tornó el último á Lérida, y en el camino llegó á sus manos la respuesta de aquel gobernador, de nombre Isidoro Lamarque, al mensaje secreto, extendida en la forma que se describe. Aproximóse en consecuencia Eroles á aquellos muros, y despachó el segundo pliego á la manera de lo ejecutado en las demas partes, al que contestó dicho Lamarque favorablemente, nombrando para tratar de la evacuacion de la plaza á M. Polworell, jefe de su estado mayor. Eseguió por su lado para lo mismo el general español á D. Miguel Lopez Baños. Miétras arreglaban éstos los artículos de la entrega, hubo una conferencia bastante larga entre Van-Halen y el gobernador francés, en la cual procuró aquél desvanecer las dudas que áun inquietaban á su interlocutor. Por fin, ocuparon el 15 nuestras tropas á Lérida y todas sus fortalezas.

Faltaba Monzon para completar por esta parte obra tan bien comenzada y seguida. Encargóse don

Eduardo Bart de la comision, para cuyo desempeño debian emplearse los mismos medios que en otros lugares. Pero tropézase aquí con resistencia obstinada; muy animosa la guarnicion por el sostenido brío con que algunos batallones de Mina que la asediaban, y dirigida la defensa por ciencia y tino por un tal Saint Jacques, plantón de nacion y subalterno en el cuerpo francés de ingenieros, á cuya superioridad de conocimientos en la materia habiase sometido el comandante del castillo modesta y laudablemente. Alegábase por pretexto de no rendirse al depender Monzon del gobernador de Lérida, añadiendo los de dentro que no saldrían de los muros que guardaban antes que un oficial suyo se desengañase por sus propios ojos de no ser falso lo que se les anunciaba respecto de aquella plaza. Condescendió Bart con este desno aventurando en ello nada, evacuada ya Lérida. Y acertólo, de suerte que no bien se aseguró de la verdad de la verdad del hecho, cuando cesó en su porfía, abriendo el 18 á los españoles las puertas del castillo.

Tan dichosamente se apoderaron los nuestros de las plazas de Lérida, Mequinenza y Monzon tenían todas ellas víveres para muchos meses, y en su reconquista salváronse de la miseria gran número de habitantes; desembarazáronse sus alrededores ocupados en sus respectivos bloques; quedaron libres las comunicaciones del Ebro y sus tributarios, y encumbráronse á mayor remonte los tan probados ya de las comarcas vecinas.

Coger prisioneras en su marcha las guarniciones, cuyo número en su totalidad ascendia á 2,500 hombres, acababa el triunfo: no se descurrió Eroles poner los medios para conseguirlo, enviando las tropas que precediesen á los enemigos, y en pos á D. José Carlos con dos batallones y 200 jinetes. Quería el general español rodear á los contrarios y sorprenderlos en los destiladeros de Igualada, pero prevenidos ellos y recelosos esquivaron el peligro redoblando la marcha. No desistió por eso Eroles de su pensamiento, y obrando de acuerdo con los jefes de las tropas aliadas que marchaban ya á Barcelona, obtuvo viniesen éstas al encuentro de los franceses en su ruta, para que, anuladas las que rastreaban su huella, los cercasen y estrechasen del todo al llegar á Martorell.

Así sucedió, y allí quitándosele á los franceses la venda que áun cubría sus ojos, prorumpieron en expresiones de ira y desesperacion. Inútiles ya los duelos y las reconvencciones, tuvo su valor que ceder al adverso hado, y entregarse prisioneros á los españoles, en vez de juntarse á los suyos, según confiaban. Pero cuando se les prometiera en su marcha la libertad de volver á Francia, aunque sin armas ni equipajes militares, lo cual no se cumplió por simulados motivos y malamente, porque lieto antes el emplear las estratagemas referidas y luego el ceñir las guarniciones y someterlas en su marcha, como secuela del primer ardid, no lo era despues faltar á una estipulacion, ajustada libremente á ley de guerra por las opuestas partes, ni autorizaban tampoco á proceder semejante otros engaños de los mismos franceses, ni su omision en cumplir parecidos empeños ó pactos.

Muy irritados los enemigos con la conducta de D. Juan Van-Halen, aféronla á lo suyo, y le acusaron de desercion y de abuso de confianza, nada según afirmaban, no de sentimientos honrosos, sino de mudanzas de la fortuna, que torva ahora volaba al francés la espalda y le desamparaba. Juzgáronla

de otro modo los españoles por redundar de ella á la patria señalado servicio, digno de recompensa notable; bien que de aquellos cuya imitación y ejemplo, al decir de Horacio (17), puede traer danos en futuros tiempos.

Hirió en lo vivo á Suchet el golpe de la pérdida de las tres plazas, no restandole ya en España día de gloria ni sosiego; pues á poco llegole tambien de Francia orden del Ministro de la Guerra para negociar con D. Francisco Copons la entrega de las demas plazas de su distrito, excepto la de Figueras, á cuyo fin avistáronse el jefe de estado mayor francés y el del español, brigadier Calanes, no terminando en nada la conferencia, por subir de punto los nuestros en sus demandas, y no ceder mucho los franceses en las suyas á pesar de sus contratiempos. Crecian, sin embargo, los apuros del mariscal Suchet, obligado por disposicion del Emperador á enviar de nuevo, en los primeros días de Marzo, otros 10.000 hombres la vuelta de Leon de Francia, por donde iban penetrando los aliados del Norte. Afligido el mariscal francés de tener así que perder el fruto de sus campañas, y desesperanzado de sacar las guarniciones lejanas que le quedaban en Cataluña y Valencia, vióse en la necesidad de juntar lo que ya pudiera llamarse reliquias de su ejército, y colocarlas bajo el cañon de Figueras, después de haber volado los puestos fortalecidos de Besalú, Olot, Rascara, Palamós y otros, como tambien desmantelado á Gerona: de suerte que no riéndole dado á dicho mariscal continuar aquí la guerra, limitóse, para no perderlo todo vergonzosamente, á ocuparse en negociaciones de que hablaremos adelante.

Por lo demas, en todos los puntos cundia la desgracia para los franceses. El castillo de Jaca, que cercaban, segun se apuntó, tropas de Mina, vino á partido el 17 de Febrero, quedando su comandante M. de Sortis y la guarnicion obligados á no tomar parte en la guerra hasta que hubiese un perfecto y verdadero canje, clase por clase ó individuo por individuo, lo cual no cumplieron los capitulados, empuñando luego las armas en perjuicio y quiebra de su honra.

Tambien avanzaban los trabajos contra Santoña, único puerto que permanecía por aquellas costas del Océano en manos del enemigo; habiéndose reforzado las tropas del bloqueo con una brigada que trajo D. Diego del Barco, encargado de dirigir y acelerar el sitio.

Acometióse de resultas, y se ganó, el fuerte del Puntal el 12 y 13 de Febrero. Se entró el de Laredo el 21 y se ocupó luego del todo, enseñoreándose asimismo de las obras del Gromo y el Brusco principal, aunque con la desgracia de que perecieron el 26, de heridas recibidas en días anteriores, D. Diego del Barco, universalmente sentido, como oficial dotado de buenas prendas y de alto esfuerzo. Le sucedió D. Juan José San Llorente.

Corrió Enero sin que los ejércitos de operaciones á las orillas del Adour y el Nive hiciesen apénas movimiento ni ademan alguno. Pero al empezar Febrero, ablandando el tiempo y desmenuada la tierra por las cañadas y montes bajos, dispusieron lord Wellington á cruzar el Adour, no ménos que á embestir á Bayona, y llevar la guerra, si necesario fuere, hasta el ribon de la Francia misma. Tuviron principio las maniobras en 14 del mencio-

nado Febrero por el ala derecha del ejército aliado, acometiendo el general Hill los piquetes del enemigo apostados en el rio Joyeuse, y obligando al general Harispe á replegarse de Belletre, via de San Martin, y de allí á Gattia, en cuyo frente aseguróse el francés en un puesto ventajoso, engrosado con tropas de su centro y la division de Paris, que, en marcha hacia lo interior, retrocedió con este motivo y agregóse al general Harispe. Cortó entónces Hill la comunicacion del ejército enemigo con San Juan de Pié de Puerto, bloqueando esta plaza tropas de Mina, situadas en el valle de Baztan, y que avanzaron via de Baygorry y de Bidarray.

En la mañana del 15 movióse con la primera division española del cuarto ejército D. Pablo Morillo en direccion de Saint-Palais, paralelamente á la posicion de Harispe, á fin de envolver la izquierda de los enemigos, al paso que la segunda division británica del cargo de sir Guillermo Stewart los atacaba por el frente. Comenzó tarde la acometida, que se prolongó hasta muy cerrada la noche, experimentando el francés bastante pérdida, y teniendo al fin que ceder, mas con la fortuna para él de llegar á Saint-Palais antes que Morillo, cruzando el Bidouze y destruyendo sus puentes. Reparólos luego Hill y atravesó aquel rio, favoreciendo sus evoluciones la derecha del centro aliado. Cesaron entónces mas los contrarios y pasaron el Gave de Mauleon, nombre que se da en los Pirineos á los torrentes que se desuelgan de sus cimas. Podriéndose considerar como mas principales el ya dicho de Mauleon y los de Oloron y Pau, tributarios los dos primeros del último, que descarga en el Adour sus aguas.

Fueron los franceses abandonando por esta parte un puesto tras otro, sin detenerse largo espacio, ni á defender los rios que los protegian, ni otras favorables estancias, decidiéndose, de consiguiente, el mariscal Soult á inutilizar todos los puentes, excepto los de Bayona, á dejar esta plaza entregada á sus propios recursos, y á reconcentrar, en fin, las fuerzas de su ejército detras del Gave de Pau, fijando en Orthez sus cuarteles.

Pasóguilo observando á Bayona el ala izquierda británica, y fuéronse acumulando allí preparativos para cruzar el Adour por bajo de aquella ciudad; buena penosa y de difícil ejecucion. Reforzaron tropas de esta ala las de la derecha, bastante empuñada y en continua pelea y riza con el enemigo. Llenó los huecos D. Manuel Freire, quien volvió á entrar en Francia el 23 de Febrero, llevando consigo la cuarta division de su ejército, mandada por D. José Expeleta, y la primera y segunda brigada de la quinta y tercera, que gobernaban respectivamente D. Francisco Plasencia y D. Pedro Mendez da Vigo.

Cuanto más se acercaba el tiempo de cruzar el Adour, tanto más se descubrían los obstáculos é impedimentos para atravesarlo por donde se intentaba, á causa de lo anchuroso del rio y de la estacion invertida y contraria, que estorbó en un principio favorecer por mar la empresa proyectada. Tambien era no pequeño embarazo la defensa que preparaba el enemigo, teniendo en el rio botes armados y cañoneras junto con la corbeta *Saga*, anclada donde amparase con sus fuegos la inundacion que protegía la derecha del campo atrincherado de Bayona.

Habian los ingleses trunido en Soreh barcos castaneros, y hecho otras prevenciones para formar el puente que habia de ocharse en el Adour, quedando

al cuidado del almirante Penrose lo respectivo á las operaciones navales. Era el día 21 de Febrero el señalado para la ejecución; pero soplando el viento del N. N. E., y siendo grande y de leva la marejada, tuvo el convoy que permanecer en Socoa, sin serle dado salir á la mar.

Pero sir Juan Hope, que continuaba mandando el ala izquierda de los aliados, apremiado por el tiempo, no consultó en más largas, y quiso por sí y sin aguardar á Penrose y sus buques, tentar el paso y arriesgarse á todo. Empezó su movimiento en la noche del 22 al 23, acompañando á sus tropas la artillería correspondiente y un destacamento de coheteros á la congrève. Al principio tiraron los ingleses hacia Anglet, mas á corta distancia de este pueblo variaron, tomando un camino de travesía estrecho, cenagoso y con fosos á los lados; lo cual y la noche lóbrega retardaron su marcha, si bien llegaron antes del alba á los mégaros que coronan la playa desde Biarritz hasta la boca del Adour. Cubre un bosque el trecho que mediaba entre ellos y el campo atrinchado de Bayona, de donde fueron arrojados los pequeños enemigos, amagando por las alturas de Anglet D. Carlos de España, cuya reguila division de nuestro cuarto ejército ya dijimos habia penetrado antes en Francia, acercándose al Nivelle.

Para distraer al enemigo y ocupar sus fuerzas navales, desembarcó la primera brigada inglesa, bajo el coronel Mailland, del bosque referido, y por el paraje que llaman *La Balise orientale*. A su vista, tremendo fuego vomitaban las baterías enemigas y la *Safo* y las cañoneras; pero disparados algunos cohetes de los á la congrève, que á manera de serpientes igneas deslizábanse por el agua y traspasaban los costados de los buques, aterraronse los marineros franceses, y de prisa trataron de abandonar el puesto y subir corriendo arriba. Resistió la *Safo* en su ancladero, hasta que muerto su capitán y perdida bastante gente, refugióse bajo la protección de la ciudadela.

Tales demostraciones contra los buques y el campo atrinchado causaron diversion al enemigo, y le alejaron de pensar en la boca del Adour, encubierta, además, por un torno ó rodeo que toma allí el curso del río, y desentendiada su defensa por considerarla los franceses aquel punto muy fuerte y de ardua acometida, sobre todo estando el mar bravo é intratable la barra, en todos tiempos peligrosa y de crecida y de mudable veja.

A esta ocupacion y confianza del enemigo debiese en gran parte que pudiera la primera division británica ir desahogadamente en busca de un paso que no estuviese lejos del desagüadero del río. La acompañaban diez y ocho pontones y seis pequeñas lanchas ponteadas en carros, cuarenta coheteros y algunos soldados de artillería para clavar las piezas que tuviera el francés en la margen derecha. Habíase hecho resolución, para verificar la travesía, de construir seis balsas, puestas sobre tres pontones cada una, y conducir en dos veces al otro lado, y antes de la aurora, 1.200 hombres, sostenidos por igual número, y por doce piezas plantadas en la ribera izquierda.

Imposible de practicarse cosa alguna en la noche por más esfuerzos que se hicieron, no empezó la faena del paso hasta el 23 en la tarde, habiéndose escogido para ello un paraje que tenía 200 varas de ancho en bajamar, y á distancia unas 100 de la boca del río. Echóronse al agua los seis botes, y se pasó una maroma de una orilla á otra para su-

jetar tres balsas listas ya, y de las que cada una trasportó á la vez sobre 60 hombres, con los que desembarcar luego en la orilla opuesta hasta que entre ellos algunos coheteros. Pero subiendo la marea con fuerza, hubo de suspenderse la manobra teniendo los que habian pasado que abrigarse tras de unas colinas de arena, ó sean mégaros, en órdenes del coronel Stopford. Dos regimientos franceses salieron muy animosos de la ciudadela para atacarlos, pero una descarga de cohetes rompió sus ímpetus y los forzó á retirarse, no acostumbrados á la novedad y estrago de proyectiles tan singulares. A favor de buena y despejada luna, avanzaron aquella noche el río más tropas inglesas; afianzaron el puesto de los que habian tomado la delantera.

En esto arribó al embocadero del Adour la flota procedente de Socoa; pero furiosa y encorvada la barra, no era fácil salvalla, y los que intentaron tuvieron que desistir despues de pocos trabajos y muchas averías. Más alta despareció la marea, renováronse las tentativas para entrar, y perdieron algunos buques; pero metidos en el empuje los marineros británicos, y no tan impedidos por el viento, que fué amansando, venían con todo buen arrojo y experiencia, y regolfaron por el río más treinta buques en la tarde del 24. Quedó lo demás del convoy sotaventado.

Seis mil ingleses estaban ya por la noche á la derecha del río, no habiendo cesado en su persecución verificándolo aún á nado algunos caballos de guerra que abonanzó el tiempo y lo consintió la marea. Acamparon al raso, y por la mañana marcharon sobre la ciudadela, la derecha tocando al Adour, dilatada la izquierda por el camino real que corre de Bayona á Burdeos; con lo que, cortando las comunicaciones con el norte del río, completaba el acordonamiento de la plaza y el de todas las obras, incluso el campo atrinchado. Ayudó á este movimiento un falso ataque, por la sinuosa margen, de la brigada de lord Aylmer y de la quinta division británica en union con los españoles del ejército de D. Manuel Freire.

Ni se dejaba de la mano el trabajo del puente que se finalizó el día 25, estableciéndole en dos tramos de anchura el río 370 varas, y yendo á dar cabo opuesto cerca del pueblo de Boncaut. Formóse dicho puente con 26 cachamarines ó barks pequeños de la costa cantábrica, asegurados á tierra á popa con anclas ó cañones de hierro cogidos de los reductos del Nivo, con cables fijos en ambas orillas para resistir á los embates del flujo y reflujo, y extendidos por cima de las cubiertas de la manera de esplanadas, que facilitasen la rotación y paso de la artillería. Una cadena colocada de arriba del puente le protegía contra las arremetidas y abordaje de las lanchas cañoneras y buques enemigos fondeados al abrigo de la ciudadela.

Era esta obra de grande importancia por afianzar la comunicacion entre ambas riberas durante el bloqueo y sitio intentado de Bayona, y francamente las calzadas de la derecha del Adour, y francamente parecía más hácedero abastecerse de todo necesario, muy quietos por allí los naturales, sin de molestias y seguros de puntual y cumplido pago.

Mientras que maniobraba así el ala izquierda el ejército aliado y que embestia también á Bayona trató Wellington, reforzada que fué en derredor, á ejecutar un avance general por aquel lado contra las huestes del enemigo. En consecuencia, atacó mariscal Borsford, seguido de la cuarta y septima

division y una brigada, los puntos fortificados de Hastings y Overgabs á la izquierda del río de Pau, y forzó á los enemigos á recogerse á Peyrehorade, en sazón que Hill cruzó el Gave de Oloron sin resistencia, por un vado en Villenave, y lo mismo Clinton entre Montfort y Laas, amagando Pieton el puente de Sarvetterre, que volaron los franceses. Don Pablo Morillo rodeó por su parte la plaza de Navarreina, la cual no era dable reducir de pronto sino con artillería gruesa.

Los aliados, yendo adelante, enderezáronse á Orthéz, pasando Beresford el Gave de Pau por bajo de su confluencia con el de Oloron, y continuando lo largo del camino real de Peyrehorade en dirección de aquella ciudad sobre el diestro costado del enemigo, haciendo otro tanto Pieton río abajo del puente de Bourcens, y también sir Stapleton Cotton con la caballería, sostenidos ambos por un movimiento de flanco que hicieron otras dos divisiones. Ocupó Hill las alturas fronterizas de Orthéz, á la izquierda del Gave de Pau, no pudiendo forzar su puente.

Cabeza de su prefectura aquella ciudad, y residencia antigua y celebre de los príncipes de Béarn antes de su traslación á Pau, iba á presentarse ahora refrendada con tanta trabada á sus puertas y en los alrededores. Había recogido en ellos ventajosa estacion el mariscal Soult á la largo de unas lomas por espacio de media legua. Su derecha, bajo del general Reille, descansaba sobre el camino real que va á Dax, ocupando el pueblo de Saint Boes; su centro, que regia Drouot, alojábase en una curva por donde se metían y giraban las columnas; y su izquierda, al cargo de Clausel, se apoyaba en la ciudad y defendía el paso del río. Las divisiones de los generales Villatte y Harispe y tropas del general Paris manteníanse de respeto en paraje elevado y en el camino que se dirige á Mont de Marean por Sault de Navailles. Componía esta fuerza un total de mas de 40.000 hombres.

Dispuso lord Wellington, para empeñar la refriega, que Beresford con las divisiones cuarta y séptima y la brigada de jinetes de Vivian atacasen la derecha de los enemigos, y se esforzasen por envolverla; debiendo á la propia sazón arremeter contra el centro é izquierda de aquellos el general Pieton, asistido de la tercera y sexta division, y apoyado por Cotton con otra brigada de caballería. Incumbía al Baron Alten quedar de reserva, y á sir R. Hill forzar el paso del Gave, y trabar pelea con la izquierda de los franceses.

A las nueve de la mañana del 27 de Febrero se enredó la acción, con mala estrella para los aliados en un principio por la parte de Beresford, con buena por el centro; si bien disputada la victoria largo rato, cejando aquí el enemigo, pero pausada y admirablemente, formado en cuadros. Semjante repliegue precisó, sin embargo, al mariscal Soult á recoger sus alas y á ordenar una retirada general, acarreado luego este movimiento otros datos, sin que le bastase la maestría y pericia militar que mostró; porque cruzando el general Hill el Gave y adelantándose sobre la izquierda francesa en ademán de atacarla en su marcha estagrada, tuvo aquel mariscal que avivar sus maniobras, aunque inutilmente, avivando también las suyas al mismo compás el general Hill; de manera que acabaron los franceses por desparramarse é ir en completa huida, teniendo detrás á los ingleses, que á carrera abierta pugnaban por alcanzarlos y hundirlos. Allí vinieron lástimas y más lástimas sobre los vencidos,

quienes perdieron doce cañones y 2.000 prisioneros; pereciendo ó extraviándose infinidad de fugitivos punzados por la bayoneta británica y acuchillados ó cosidos por el sable de sus jinetes. Hala, no obstante, de costar á los ingleses muy caro tan glorioso triunfo, habiendo corrido riesgo la vida de lord Wellington, contoso de una lala de firol que dió en el pomo de su espada, y le tocó en el fémur, causándole el golpe tal estremecimiento, que le derribó al suelo, estando apeado y en el momento mismo en que se chanceaba con el general Álava, herido étre poco antes, no de gravedad, pero en parte sensible y blanda, que siempre provoca á risa. Hizo alto el ejército británico al anochecer en Sault de Navailles: su pérdida consistió en 2.500 hombres, de ellos 600 portugueses; no asistió á la acción fuerza alguna española. Tuvieron los enemigos en sus filas una baja enorme, que, según cuentan relaciones suyas, pasó de 12.000 hombres; pero producida en mucha parte por la desertion, siendo grande el número de conscriptos y gente nueva. Fue gravemente herido el general Foy, y muerto el general Bechaud.

Prosiguieron los franceses por la noche su retirada, y paráronse detras del Adour, junto á Saint Sever, para algar y recomponer su hueste, juntándoseles algunas refuerzos que venían de camino. En pos suyo fueron los aliados al día inmediato; pero esquivaron aquéllos el encuentro, yendo la vuelta de Agen. Entonces repartiéronse los anglo-portugueses, entrando su ala izquierda sin resistencia en Mont de Marean, capital del departamento de las Landas, colocándose el centro en Cazères, y moviéndose el 2 de Marzo la derecha, á las órdenes de Hill, del lado de Aire, márgen izquierda del Adour, en donde tuvo este general un buen choque con la division de Harispe, no empujada en Orthéz, y llevó al fin la palma de la victoria, cogiendo ó destruyendo muchos almacenes y efectos acopiados allí.

Frutos opimos fueron de todas estas operaciones acordar las plazas de Bayona, San Juan de Pío de Puerto y Navarreina, atravesar el Adour, asegurarse de sus principales comunicaciones y pases, y coger ó destrozear virtualas, casacas, y otros abundantes recursos del enemigo.

Libertó á éstos mayores danos el tiempo lluvioso en demasía; intranquilos de resultas los caminos, rebalsadas las tierras, hinchados los torrentes y arroyos, y aplazados los ríos. Viése, por tanto, lord Wellington obligado á detenerse, y pudo Soult mudar de rumbo yendo hacia Tarbes é inclinándose á los Pirineos, con intento de recibir por la espalda auxilio del mariscal Suchet, al líon incomodando á los pueblos con exacciones, falta de víveres, perdidos en los almacenes de Aire, y dejando descubierta á Burdeos y sus comarcas, en la confianza de que Wellington no osaría internarse tanto.

Equivocóse en esto, pues yendo de caída Napoleón y su imperio, alzaron cabeza y se multiplacaron los partidarios de la casa de Borbon, mas numerosos en aquella parte de Francia que en otra, y alentaron á Wellington á que les prestase ayuda, y saliese de su acostumbrada pausa y circunspección. Hallábanse de la legada al cuartel general inglés del Duque de Angulema, y de la protección que le dispensa lord Wellington. El apaciguamiento de un príncipe como este, de la antigua y real estirpe de Francia, celó con esperanzas nuevas á los de su partido, convirtiéndose muchos, su color de

leales, en traidores de revueltas y levantamientos. Amortiguó Wellington por algun tiempo tales impetus, y aun dejó como á un lado al Duque de Angulema despues de haber contribuido á traerle; ora por temor de que no correspondiese el país á cualquiera demostracion que se hiciese en favor de los Borbones, y ora más bien por las dudas y perplejidad de los aliados del Norte, que, no resueltos todavia á concluir con Napoleon, hicieronle sucesivamente varias proposiciones de acomodamiento, temerosos de no poder sobrepujarlo del todo y vencerle.

Mas rotos luégo con él todos los tratos, segun en breve veremos, y no detenido ya Wellington por empeños anteriores ni otros respetos, soltó la rienda á su inclinacion, y consintió en dar apoyo á los que propendian á querer restablecer la dinastía borbónica. Por el tiempo mismo de la batalla de Orthéz fue cuando acudieron emisarios de Tolosa y Burdeos en busca del de Angulema, mostrando vivo deseo de que se pusiera este príncipe al frente de los suyos, ciertos de que se conseguiria así y sin dificultad la restauracion en el trono de la antigua y real familia de Francia. Abocáronse todos en Saint Nover con Wellington, quien, en vista de lo que le expusieron, accedió á sus encarecidas súplicas, y resolvió encaminar hácia Burdeos tres divisiones bajo el mando del mariscal Beresford, haciendo adelantar al propio tiempo fuerzas de don Manuel Freire, que llenasen el vacío que dejaban las otras.

Luégo que los ingleses se fueron acercando á Burdeos, retiráronse las autoridades imperiales y las tropas, quedando sólo el Arzobispo y el Maire ó corregidor, llamado M. Lynch. Determinaron entonces los realistas declararse del todo y alzar banderas por la casa de Borbon; estando ya los ingleses á las puertas de la ciudad. Salió á recibir á éstos el Maire, quien dijo á Beresford: «Si el señor Mariscal quiere entrar en Burdeos como conquistador, podrá coger las llaves, no habiendo medio alguno de defensa; pero si viene á nombre del Rey de Francia, y de su aliado el de Inglaterra, yo mismo en calidad de maire se las presentaré con gusto.» Respondióle Beresford antistactoriamente, y al oírle, gritando M. Lynch *Viva el Rey*, pisóse la escarpela blanca antigua de Francia, y se quitó la banda (*écharpe*) tricolor, distintivo de su autoridad. A poco, y siendo el 12 de Marzo, entraron en Burdeos el Duque de Angulema y el mariscal Beresford, muy bien acogidos y victoreados, amigo siempre el pueblo de novedades, y causada aquella ciudad de la guerra marítima y bloqueo continental, tan dañosa á su comercio y exportaciones agrícolas. Dió el mariscal Soult con esta ocasion tremenda proclama, condenando á la execucion de los venideros y vergüenza pública á los franceses que hubiesen llamado y recibido al extranjero, y echando en cara al general ingles el favor y ayuda que daba á la rebelión y sedicion.

No tuvo Wellington, sin embargo, motivo de arrepentirse, conformándose luégo los aliados con lo que él practicó entonces, y cobrando ellos mismos cada dia mayor espíritu con los sucesos prósperos, desengañados de lograr nada bueno con Napoleon, indomito é intratable siempre.

En efecto, echadas á un lado las proposiciones de Francfort, nunca procedió este derechamente ni con verdadero deseo de concluir una paz acomodada á los tiempos; desoyendo á los hombres más adictos á su persona, como tambien los pareceres

de las principales corporaciones de su imperio, hasta disolver apresuradamente el cuerpo legislativo, usando en aquel trauce de palabras singulares y de mucho destemple. Ciertó que el estado del Emperador francés era muy otro del que tenían los que daban consejos; no aventurando los unos nada en ello, cuando Napoleon en el rosear se exponia á grandes riesgos y á interiores perturbaciones, decaído del militar poderio, fundado de su elevacion y grandeza.

Instó, por tanto, en que se activasen los convenientes preparativos para abrir la campaña dentro del territorio francés; pero por más diligente que estuvo, casi todo Enero corrió ántes de que le fuese dable ponerse en camino. Verifícase al fin, salió de Paris el 25 del propio mes, despues de haber conferido el 23 la regencia á la Emperatriz consorte, y agregado á ella el 24 á su hermano Luis, bajo el título de lugar-teniente del imperio.

No por eso quiso Napoleon que se creyese cerradas las puertas á la pacificacion apetecida, sino que, por el contrario, aparentando inclinarse á lo propuesto en Francfort, procuró por conducto del príncipe de Meternich renovar los interrumpidos tratos. No era, sin embargo, lo presumir que las potencias aliadas se conformasen ahora con lo ofrecido anteriormente, vista la situacion actual de las cosas, tan favorable á la coalicion como contraria á Bonaparte, á quien á las claras iba torciendo el rostro la fortuna. Juntáronse, pues, en Chisle del Sena negociadores autorizados: celebráronse la primera sesion en 5 de Febrero, y se hallaron presentes por una parte los plenipotenciarios de Rusia, Prusia, Inglaterra y Austria representando los intereses de la Europa confederada, y por la otra el de Francia M. de Caulincourt, duque de Calenz. En otra sesion que tuvieron el 7 del propio Febrero pidieron aquéllos, con arreglo á instrucciones de sus soberanos, que para tratar se sentase sobre base de que en Francia se conformaba con el estado de 1790; á lo cual no asintió M. de Caulincourt, reclamando se conservasen los mismos que los años áhabian propuesto en Francfort, y era el de Rijn. Promovieronse despues explicaciones, conferencias, y aun hubo una suspensio de la negociacion; hasta que el 17 presentó el Ministro de Austria la minuta de un tratado fundado en la base enunciada de antiguos límites, con la especificacion de que la Francia abandonaria todo lo que poseyese ó pretendia poseer en España, Alemania, Italia, Suiza y Holanda, devolviendo la Inglaterra devolver como en recompensacion la mayor parte de las conquistas que durante la guerra habia hecho á aquella potencia en Asia, America y Asia.

Léjos estaba Napoleon de consentir en semejantes proposiciones, y menos ahora que habia cobrado aliento y ensoberbecidose con la empresa emprendida, cuyos movimientos dirigió marcialmente contra fuerzas muy superiores, excediéndose á sí mismo y á su anterior y militar fama, tan bien sentada ya y tan esclarecida. Asi fué que en respuesta á la última proposicion de los aliados, redujose á enviar un contra-proyecto, obstruyendo en pedir los límites del Rin y ademas otros territorios, é indemnizaciones exorbitantes para aquellos; de lo que enojadas las otras potencias, rompieron las negociaciones, disolviéndose el Congreso el 19 de Marzo.

Antes y en 1.º de dicho mes habian firmado las

mismas en Chaumont un convenio, según el cual, formando entre sí una liga defensiva por veinte años, comprometíanse á no tratar separadamente con el enemigo, y á mantener en pie cada una de ellas 150.000 hombres sin contar las guarniciones, con la obligación la Inglaterra de aprestar cinco millones de libras esterlinas, que debían distribuirse entre las potencias beligerantes para sostener la guerra permanente y viva.

Tales arreglos y el rompimiento de las negociaciones de Chatillon acrecentaban probabilidades en favor de la restauración de los Borbones, cuyos príncipes y sus partidarios menabanse diligentemente, habiendo acudido Monsieur Conde de Artois al cuartel general de los aliados, y dirigiéndose la vuelta de la Bretaña el Duque de Berry, al paso que el de Angulema, conforme hemos visto, soplabá en el mediot de Francia levantamientos y sediciones contra Napoleón.

Estrechado ésta por todos lados, apresuróse á concluir la negociación entablada con Fernando, poniéndole en libertad, y trató también de restituir á su silla de Roma al soberano Pontífice, á quien tenía como aprisionado hacia años. Aligerábase con esto de embarras y odiosas enemistades, esperando igualmente sacar útil fruto de esta generosidad, aunque aparente y forzada. Cuenta Eschschitz que la libertad repentina del Rey debióse á lo que él y M. de Laforest alegaron en su apoyo; pero párcenos no fue así, y que sólo la provocó el apuro en que Napoleón se veía, y el anhelo de que se le juntasen en todo ó parte las tropas suyas que quedaban en Cataluña y algunas de las que combatían en el Pirineo, dejando á los ingleses solos y privados del sostenimiento de España.

Concedió la resolución del Emperador francés con la vuelta á Valencey del Duque de San Carlos, trayendo la negativa de la Regencia al tratado de que había sido portador. Grandes temores se suscitaron allí de que desbaratase tal incidente la determinación de Napoleón, y por eso pasó á París San Carlos tras del Emperador, para remover cualesquiera estorbos que pudiesen nacer; pero no le encontró ni en la capital ni en ninguna parte por donde le buscara, mudando Napoleón de lugar á cada paso, según lo exigía la guerra que llevaba entonces, andándolo siempre por caminos y veredas, y como quien dijera, á campo travieso. Sin embargo, absorbido el mismo en asuntos de la mayor importancia, un poco mientes en lo que la Regencia respondiera, y agitado por el tiempo y por los acontecimientos, no desistía de su propósito sobre dejar á Fernando libre y en disposición de restituirse á España. En consecuencia, mandó se le expidiesen los convenientes pases, que se recibieron en Valencey el 7 de Marzo, á las diez y media de la noche, con indecible júbilo de S. M. y A. A., bien así como de los demás que allí moraban. No estuvo de vuelta el de San Carlos hasta el 9. Quiso el Rey le precediese en su viaje el mariscal de campo D. José Zayas, quien salió de Valencey el 10 con carta para la Regencia, y orden de que se preparase lo necesario para el recibimiento de S. M. en los pueblos del tránsito. Llegó Zayas el 16 á Gerona, á la sazón cuartel general del primer ejército, y al día siguiente, acompañado de un oficial de estado mayor, partió en posta para Madrid, en donde fué bien acogido, ya por lo que se estimaba su nombre, ya por la carta de que era portador (18), en cuyo contexto

no se esquivaba, como en las otras, hablar de Córtes ni de lo que se había hecho durante la ausencia de S. M., dando á entender que merecería lo obrado su real aprobación en cuanto fuese útil al reino: modo de expresarse ambiguo, pero preferible al silencio guardado hasta entonces. Produjo la lectura de la carta en el seno de la representación nacional gran regocijo por anunciarse la próxima llegada de S. M., y también por lo que hemos dicho de no advertirse en su contenido aquella extrañeza y estudiado desvío que se había notado en las anteriores. Diose en conformidad un decreto que atestiguaba la satisfacción de las Córtes, y el aprecio que las mismas hacían, con tan fausto motivo, del general D. José Zayas.

No tardó S. M. en seguir los pasos de Fernando, saliendo de Valencey el 13 de Marzo, acompañado de S. S. A. A. los infantes D. Carlos y D. Antonio y demás personas que concurrían á su lado. Dirigióse por Tolosa con rumbo á Perpignan, según orden de Napoleón, para huir de cualquiera encuentro ó relación con los ingleses. Venía el Rey bajo el nombre de Conde de Barcelona. Entró en Perpignan el 19 de Marzo, en donde le aguardaba el mariscal Suchet, á quien recibió S. M. con distinción, dándole gracias por el modo como se había portado en las provincias donde había hecho la guerra. Mas aquí empezaron ya los tropiezos. Quería el Rey continuar su viaje y pasar á Valencia sin detenerse; pero oponiéndose á ello las instrucciones que tenía el Mariscal, según las cuales debía pasar el rey Fernando á Barcelona, y permanecer en aquella plaza en rehenes, hasta que se realizase la vuelta á Francia de las guarniciones bloqueadas en las plazas de Cataluña y Valencia. Precaución ofensiva, que siendo ignorada de Fernando al salir de su confinación, representábase como alevosía nueva, que afortunadamente no se consumó del todo, persuadiendo Suchet de cuán odioso é inútil sería llevarla á cabo. Pidió en consecuencia nuevas instrucciones á París, aviniéndose á que en el entre tanto quedase sólo en Perpignan como en prendas el infante don Carlos.

Pasó el 22 el territorio español S. M. Fernando VII, y paróse el 23 en Figueras, á causa de las muchas aguas que había esgido el Fluviá, furioso y muy apilado. Suplicó en aquel día al Rey el mariscal Suchet que se autorizase la suelta de los prisioneros, retirando sus instancias para la vuelta á Francia de las diversas guarniciones de Cataluña y Valencia. Contestósele dándole buenas y seguras palabras en cuanto á lo primero, y extendiendo San Carlos, en cuanto á lo segundo, una promesa formal por escrito, en la que puse el Rey, de su puño, al margen (19): «Apondo este escrito.— Fernando VII.— Deseo si también ofrecierá entonces S. M. á dicho mariscal que le conservará la propiedad de la Albufera de Valencia, que Napoleón le había donado en premio de la conquista de aquella ciudad.

Habíase dispuesto á recibir al Rey, á su entrada en España, D. Francisco de Copons, general del primer ejército, trasladando el 21 de Marzo de Gerona á Barcelona su cuartel general. Avisado de que S. M. se acercaba, colocó el D. Francisco sus tropas el día 24, al nacer del sol, á la derecha del Fluviá. Lo mismo hicieron los jefes franceses en la orilla

me habla la Regencia, como á todo lo que puede haberse hecho igualmente, á fin de que sea útil al reino, merezca mi aprobación, como lo he hecho á los reales decretos de S. M.

(18) Mensaje de don José Suchet, tomo II, en las notas y documentos correspondientes al cap. XII, pag. 626.

(19) Dicha S. M. en esta carta, fecha en Valencey, á 10 de Marzo de 1814. En cuanto al restablecimiento de las Córtes, de que

Por lo demás, siguiendo esta legislatura los pasos de la anterior, no se ventilaron por lo común en ella cuestiones que merecieran substanciales reformas, no pudiendo el partido liberal aspirar á otra cosa sino á conservar lo hecho por las extraordinarias, ni tampoco propasarle el opuesto á indicar medidas de retroceso ó ruina. Dieron, sin embargo, ahora las Cortes nueva planta á las secretarías del Gobierno, en la que se atendió á la parsimonia y ahorro más bien que á una atinada distribución de negociados, y al pronto y conveniente despacho de ellos. También aprobaron las mismas un reglamento para la milicia nacional, en la que estaban obligados á entrar todos los españoles, excepto contadas clases, desde la edad de treinta años hasta la de cincuenta; siendo elegidos los oficiales, sargentos y cubos ante los ayuntamientos y á pluralidad de votos, por las compañías respectivas, con la previsión de usar todos del uniforme que allí se les señalaba. Reputábanse jefes natos de estos cuerpos los gobernadores ó comandantes militares de nombramiento real en los pueblos en donde los hubiere.

Paró no menos la consideración de las Cortes la dotación del Rey y de la familia real. Fijóse aquella en 40 millones de reales al año, anticipando á S. M. por esta vez un tercio para los gastos que á su vuelta pudiesen ocurrirle. Agregábase á la suma en dinero la posesión de todos los palacios que hubiesen disfrutado los reyes predecesores del actual, y además, los bosques, dehesas y terrenos que destinasen las Cortes para recreo de S. M. Asignóse á cada uno de los dos infantes D. Carlos y D. Antonio la cantidad de 150,000 ducados, pagaderos por tesorería mayor, y no se mentó al infante D. Francisco por hallarse ausente y al lado de los reyes padres, en quienes, por entonces, nadie pensó. Semejantes asuntos, y otros debates á que dieron lugar en público ó en secreto las cartas del Rey, su viaje é incidentes análogos, consumieron en gran parte el tiempo de las sesiones del año que corría.

No dejó también de robar alguno el negocio de un impostor que, diciéndose general francés, y tomando el nombre fingido de *Luis Audinot*, ganado para ello por personas poco conocidas de Granada y Baza, pertenecientes á la parcialidad anti-reformadora, trató de comprometer y hacer oídos á varios habitantes de aquellas comarcas y á los principales cabezas del partido liberal, señaladamente á D. Agustín Argüelles; figurando obraban éstos de acuerdo con Napoleón y sus agentes. Llevados del deseo de fundar en la Península una república bajo el título de *Iberiana*, apoyada y sugerida, á dicho del impostor, por el Príncipe de *Talleyrand*. Invenían que, si bien extravagante y ridícula, tenía acertadas pautas de perversa y atroz intención; persuadidos los forjadores de que una patraña á fábulas cuanto más inverosímil ó absurda aparezca, tanto más ha de eundir y ser aplaudida entre la muchedumbre ignorante, que la convierte en sabroso apacientadero de su incauta y ciega credulidad. Dió por tanto este suceso pie á muchas habladuras, á varias proposiciones en las Cortes, á una representación del señor Argüelles, pidiendo se le oyese judicialmente en desagravio de su honor ofendido, y al proseguimiento, en fin, de una causa que duró hasta después de haber vuelto el Rey á España; queriendo entonces ciertos y malos hombres aprovecharse de semejante maquinación para empujar la suerte, bastante desdichada ya, de los encarcelados por opiniones políticas. Pero felizmente

hundieronse tan dañinos intentos en el lodazal inundo de la misma calumnia, acalando por confesar el supuesto *Audinot*, que aun que de nación francés, no era general ni su nombre otro que el de *Juan Barbeau*; implicando, además, en sus declaraciones á varios personajes del partido anti-reformador, que mandaban á la sazón á indurir en los que mandaban; quienes, temerosos de que se descubriese todo el círculo, apresuráronse á echar tierra al negocio, dejando solo y sepultado en un calabozo al impostor, que desesperado y fuera de sí suicidóse dentro de su prisión.

Mientras que tales sucesos y lástimas ocurrían en lo civil y político, caminaban dichosamente á su fin los asuntos de la guerra. Dada que fué la batalla de Orthez, y hechos los movimientos que de ella se siguieron, quiso de nuevo el mariscal Soult tomar la ofensiva, temeroso de lo que iba á acontecer en Burdeos, y deseoso de distraer la atención de lord Wellington. En consecuencia, revolvio el 13 aquel mariscal de Rabastens, en donde estaban sus cuarteles, sobre Lombage y Cenchez, amagando la derecha aliada. Afirnió entonces su puesto sir R. Hill detrás del río Gros Léas y de Garlin, en el camino de Pau á Aire, reforzándole lord Wellington con dos divisiones; quien hizo también adueñarse de reconcentrar toda su gente en las cercanías del último pueblo. Visto lo cual no insistió en su pensamiento el mariscal Soult, antes bien replégase, yendo la vuelta de Vie-Bigorre para evitar la lid.

Tras él fué el general inglés, habiéndosele juntado tropas suyas desparramadas por la tierra, reservas de artillería y caballería procedentes de España y otros refuerzos. Entre ellos enumerarse debían las divisiones de nuestro cuarto ejército, que mandaba D. Manuel Freire, cuyas maniobras al pasar del Adour referimos ya, en las que prosiguieron favoreciendo después el total acordonamiento de Bayona y las operaciones generales del ejército aliado: sucesos que, con otros que entre sí se enlazaban, será bien narremos antes de ir adelante en la de los movimientos de lord Wellington.

La segunda división, del cargo de D. Carlos de España, púsose en un principio á la derecha del Adour para repasar en seguida este río, y situarse entre su corriente y la del Nive, á fin de coadyuvar al bloqueo de Bayona. Evolucion opuesta practicaron la cuarta división y las brigadas segunda y primera de la tercera y quinta, que formaban ahora una nueva división llamada provisional, trasladándose ésta y la otra á la derecha del Adour, marchando río arriba y uniéndose al movimiento del centro aliado, sin alejarse por algunos días de aquellas margenes, pisando ya una, ya otra ribera, según lo requerían las diversas operaciones de la campaña. Agregóse igualmente á los tugueses, pero á su derecho costado, la segunda brigada de la división que regia D. Pablo Morillo, quedando sólo la primera en el cerco de Navarretta.

A estas fuerzas habíales lord Wellington suministrado auxilio desde que abrieron en unión con su ejército la campaña del año anterior, que empezó en los linderos de Portugal. Dos millones de reales mensuales recibía el cuarto ejército de la pagaduría inglesa para el abono del sueldo y demás atenciones de la misma clase. También tuvieron particulares socorros las divisiones de Morillo, España y D. Julian Sanchez, que aunque pertenecientes á aquel ejército, militaban separadamente, y por lo común cerca de las tropas inglesas. Fué asimismo muy atendido el ejército de reserva de Andalucía,

en tanto que se mantuvo en Francia y le gobernara D. Pedro Agustín Giron.

Quando en este año de 1814 tornaron á marchar sobre Bayona las tropas del cuarto ejército, que meses ántes habian regresado á España, no sólo continuaron los ingleses suministrando los mismos auxilios en dinero, sino que, además, facilitaron víveres y otros recursos. Y queriendo Wellington acudir también á Francia el ejército de reserva de Andalucía acantonado en la frontera, insinuóelo así á su general, que lo era otra vez el Conde del Abisbal, de vuelta de la licencia que obtuviera para pasar á Córdoba á restablecer su salud. Mas dicho jefe respondió al inglés desabridamente, poniendo muchos obstáculos, y pidiendo ántes bien que se le permitiese internar sus tropas en los pueblos de Castilla la Vieja para darles algun descanso y mejor temple, menesterosas y destrozadas de resultas de fatigas y grandes quebrantos, y tambien del abandono que suponía Abisbal haber habido en su disciplina y buena organizacion. Desazonó á Wellington semejante excusa y peticion extraña, ya por constarle no ser cierto estuviere aquel ejército en la disposicion que se le pintaba, ya tambien por haber recibido avisos de que siguiendo Abisbal secretas inteligencias con los diputados del partido anti-reformador, que encontró en Córdoba, ansiaba por acercarse á la capital, para sostener con su ejército los proyectos de aquellos, y trastornar el Gobierno y las Cortes, presentada que fuese ocasion oportuna.

Rehusóle, por tanto, Wellington avanzar á Castilla, y señalándole por acantonamientos las orillas del Ebro, no pensó ya en traerle á su lado, enojado con él, por lo cual volviendo la vista al tercer ejército, dió orden á su jefe, Principe de Anglona, que se mostré comedido y tratable, de pasar con su gente á Francia en lugar del otro, franqueándole, además, un auxilio de seis millones de reales y 6 000 vestuarios. No verificó, sin embargo, Anglona su avance hasta los primeros dias de Abril.

Continuemos ahora narrando las maniobras y marchas de lord Wellington, las cuales dejamos más arriba en suspenso. Reforzado aquél y muy animoso, prosiguió moviéndose el 17 de Marzo, llevando la derecha por Conchéz, el centro por Castelnau, y la izquierda por Plaisance. Fueron los franceses retirándose, aunque mantuvieron una gruesa retaguardia en los viñedos que circundan á Vic-Bigorre, aparentando querer sustentar una resistencia que no verificaron. Juntáronse los aliados en aquel pueblo y en el de Rabastens, y encaminóse el enemigo durante la noche via de Tarbes.

El 20 divisábanse en esta ciudad los puestos avanzados de la izquierda francesa, que se retiraba con el centro, apostada la derecha en los altos no muy distantes del molino de viento de Olet. Avanzaron á la sazón los aliados, distribuido su ejército en dos masas ó columnas, resueltos á embestir á los contrarios, quienes, en vez de aguardar, continuaron su marcha retrógrada, y de dos caminos principales que de Tarbes guian á Tolosa, uno por Auch y otro por Saint Gaudens, escogieron el último, y siguiéronle hasta el mismo pueblo, en donde reunidas sus tropas le abandonaron en parto, tomando el otro las más de ellas, atravesando la tierra. Aligerado Soult de sus bagajes más pesados y de muchos carros que habia despachado ántes, ejecutó su retirada á Tolosa con presteza, entrando en la ciudad el dia 24, sin que nadie le incomodase ni le detuviese.

Tres dias de delantera llevaba el mariscal Soult á los aliados en su marcha, mas lentos éstos por la precision de conducir pontones y otros materiales para reparar ó echar puentes y remover otros obstáculos que pudieran ofrecérseles, caminando en tiempo muy lluvioso, en tierra enemiga y de defensiva. Aparecieron, pues, los aliados el 27 en frente de Tolosa, ordenando Wellington el 28 que se erigiese un puente en el lugar de Postet, ántes más arriba de la ciudad y por bajo de la junta de los ríos Ariège y Garona. Describía el inglés con tanto por aquella parte, como medio oportuno de obligar Soult á abandonar su estancia, ó de estorbarle al terponiéndose, unirse al mariscal Suchet. Imperioso fue armar el puente allí, por la rapidéz excediéndose la corriente y su anchura, mayor que la que podían cubrir los pontones preparados. Frustrada esta tentativa, tuvo mejor éxito otra que se ensayó y por en planta el 31 en Requesa, sitio más favorable, porque por cima de la confluencia de los expresados rios; por donde atravesó el Garona sir Rulhiere, apoderándose en breve en Cintegabelle del paso del Ariège no destruido aún.

Pero advirtiéndole lord Wellington lo intranquilizante de aquel terreno pegadizo y gredoso, desistió de seguir obrando por aquella parte, y dispuso que pasasen el Garona las tropas del general Hill, que habían cruzado poco ántes. Registróse entonces la ribera por bajo de Tolosa, y se descubrió un punto media legua más arriba de Grenade, en donde el río corre casi lamiendo el camino real, muy alta en su curso, y teniendo sobre 130 varas de anchura; allí el puente, y se remató la materia el 4 de Abril en el espacio de pocas horas.

Determinado Wellington á atacar cuanto ántes al mariscal Soult, hizo cruzasen el Garona en rápida algunos jinetes y tres divisiones cuyas divisiones, á las órdenes de Beresford. Debían acudir á estas las divisiones españolas cuarta y provisional y la ligera británica; mas hincháronse tanto las aguas, y empezó á ir tan arrebatada la corriente, que hubo que suspender el paso y aun levantar el puente para impedir que se le llevase el río, quedando repartidas las fuerzas del ejército aliado en grave peligro suyo, entre las dos orillas, expuestas las de la derecha á ser acometidas por las líneas muy superiores del mariscal Soult. A dicha noche enheó este, prefiriendo mantenerse sobre la izquierda. Amansó la crecida el 8, y aparejado de nuevo y sin dilacion el puente, cruzaron por él entonces las divisiones ya nombradas, la artillería portuguesa y Wellington con su cuartel general, marchando todos la vuelta de Tolosa. Tuvo al avanzar un encuentro en la Croix-Daurade el general Vial, estando al frente del regimiento 18 de húsares, y bien fué gravemente herido, no por eso dejó de recoger 100 prisioneros, cerrando al francés tan de cerca, que no le dió tiempo para inutilizar en el Lhers, tributario del Garona, un puente ántes que quedaba en plé por aquel lado.

Al dia siguiente hacia resolucion Wellington á atacar, y detúvose al ver que apostado sir R. Hill á la otra parte del rio, frontero del arrabal de Saint Cyprien, hallábase este general muy á tras manos del puente de barcas; razon por la que ántes de emprender cosa alguna determinó alzar dicho puente y trasladarlo á Blagnac, una legua más arriba. Era la faena bastante, en términos que no se pudo hacer el 10, domingo de Pascua florida, dar principio al acometimiento contra el francés; lo que tampoco ni aun entonces era muy hacedero, fortificada y

atrincherado el mariscal Soult en Tolosa y sus alrededores.

Ciudad aquella de 60.000 almas, capital del antiguo Languedoc, y ahora del departamento del Garona superior (*Haute-Garonne*), asientase á la derecha del río de este nombre, que corre por el occaso, quedando á la izquierda el arrabal de Saint Cyprien, que comunica con lo interior de la población por medio de un puente de piedra que apellidaban Nuevo. Rodea á Tolosa del lado del Norte y Este el famoso canal de Languedoc, llamado también del Mediodía ó de ambos mares, el cual desemboca en el Garona á 1.000 toesas de la ciudad, si bien enlazado ya ántes con el mismo río por el canal de Brienne, dicho así del nombre del cardenal que le construyó para facilitar la navegacion; interrumpida la del Garona con las represas de las aceñas ó molinos harineros de Bazacle, que se divisan más abajo del puente de piedra. De manera que, excepto por el Mediodía, circundan á Tolosa por las demás partes ríos y canales, que la protegen, y retardan cualquiera tentativa dirigida contra sus muros.

A estas defensas, que pudieran mirarse como naturales, agregábanse otras levantadas por el arte, ya en tiempos antiguos, ya en los recientes. Entre las primeras contábanse las murallas viejas, espesas y torrenlas, que todavía en pie abrazaban entónces casi todo el recinto. Comenzáronse á construir las segundas después de la batalla de Orthéz y de la entrada en Tolosa del mariscal Soult. Consistían éstas por el lado de Saint Cyprien en una cabeza de puente y en obras que ceñían el arrabal, apoyándose á derecha é izquierda en el Garona. Pusieron los enemigos particular conato en fortalecer este punto, creyendo seria por donde intentasen los aliados su principal acometimiento. Pero luego que advirtieron lo contrario, afanáronse por aumentar y fortalecer las defensas de la derecha del Garona. Por tanto anpararon con obras bien entendidas de campaña los cinco puentes que se divisan en el canal de Languedoc desde el del *Emboadero* hasta el de *Demoiselles*, atronando las casas y almacenes vecinos, lo mismo que la antigua muralla, dispuesta, además en muchas partes, para recibir artillería de grueso calibre. Unas colinas que se elevan al este de la ciudad y corren paralelamente entre el canal y el río Liers, conocidas bajo el nombre de *Montreux* ó del *Calvín*, fortificáronse con líneas avanzadas, y en especial con cinco reductos, distantes entre sí los más lejanos unas 1200 toesas, sirviéndoles de comunicacion por detrás un camino formado de tablones encajados en lugar de otro resbaladizo y gredoso que retardaba ántes el traspaso rápido de la artillería y municiones. Por el Sur dispusieron y se artillaron varios edificios, trazándose también diversas obras que se daban la mano con las del Calvín. Se ejecutaron semejantes trabajos en breve tiempo y con admirable presteza, obligados á tomar parte en ellos hasta los habitantes, quienes doliéndose ya de ver convertido en suelo de sangrientas lides el de sus moradas pacíficas: precursores tales preparativos de ruinas y desolacion muy triste.

Pasaban de 30.000 hombres, sin contar la guardia urbana, los que tenía Soult á sus órdenes, distribuidos como ántes en tres grandes trozos, bajo el mando de los generales Chamel, d'Erlon y Reille, y repartidos éstos en varias divisiones que se colocaron en torno de la ciudad y en sus fortificaciones y reductos. Excedían mucho á los franceses en número los aliados, bien que no favorecidos como los otros por sus estancias.

A las siete de la mañana del 10 de Abril trabóse la accion anunciada ya, empezando sir Tomas Picton al frente de la tercera division por arrojar las avanzadas francesas de donde los canales de Languedoc y Brienne se juntan en un mismo álveo, y extendiéndose por su izquierda la division ligera bajo el Baron Alten hasta dar con el camino de Albi, paraje destinado al ataque, que se destinaba á los españoles. Habíanse éstos movido al amanecer, y encontrándose en La Croix-Daurade con el mariscal Beresford, quien se desvió allí, tirando via de Montblanc y Montaudran, para encargarse de los acometimientos concertados por aquella parte. Era el punto principal de la embestida las colinas de Montrave y el Calvín, en donde los franceses, haciendo cara al Liers, aguardaban á los aliados con sereno y fiero ademán. Correspondia á los españoles acometer la izquierda y centro de semejantes estancias, y á los de Beresford la derecha; recayendo, por tanto, sobre unos y otros el mayor y más importante peso de la batalla.

Marcharon con bizarría suma al ataque las divisiones españolas cuarta y provisional, regadas por D. José Espeleta y D. Antonio Garcés de Mareilla. Asistia también allí el general en jefe D. Manuel Freire, que llevaba á su lado, haciendo de segundo, á D. Pedro de la Bárcena y asimismo á D. Gabriel de Mendizábal, si bien éste sólo como voluntario. Fué de furioso impetu la primera acometida de los españoles, que arrollaron á los franceses, y desalojaron del altuzano de la Pujado, delantero de la posicion enemiga, la brigada de Saint Paul, perteneciente á la division del general Villatte, la cual, estrechada por los nuestros, tuvo que refugiarse en las líneas del reducto *grande*, que era el más robusto de los cinco contruidos en las cumbres. Dieron los nuestros de la Pujado, plantaron allí la artillería portuguesa á las órdenes del teniente coronel Armentchil, y dejaron de reserva en el mismo paraje una brigada de la division provisional, manteniéndose detrás la caballería de Pomunby. La otra brigada y la cuarta division dispusieron á proseguir en su avance, ésta por la izquierda de la carretera de Albi, aquella en derecha contra dos reductos de los cinco de las colinas, situados en la parte septentrional, á saber: el *grande* ya nombrado, y el *triangular*, dicho así á causa de su figura. Mientras tanto habia ido marchando el mariscal Beresford por el Liers arriba con las divisiones cuarta y sexta británicas, del cargo ambas de sir Lowry Cole y de sir Enrique Clinton, y continuado hasta el punto por donde debían sus fuerzas ceñir y abrazar la derecha enemiga. Luego que llegó aviso de estar Beresford pronto ya á realizar su ataque, emprendió D. Manuel Freire el suyo en el indicado orden. Aguardábale fuerzas de Villatte y Haraspe y la division d'Armagnac, aquéllas en las líneas y reductos, la última emboscada entre éstos y el canal, en unas aluáceras y jardines, favorecidos los enemigos del terreno y de las fortificaciones, en cuya parte baja colocaron alguna artillería por disposicion del general Tirlet, para que rasantes los fuegos causasen mayor estrago en nuestras filas. Metralla horrible, granadas, balas inundaron á porfía el campo y esparcieron el destrozo y la muerte por los batallones españoles, que serenos é impávidos, llevando á su cabeza al mismo general Freire, adelantaron sin disparar casi un tiro hasta gallardearse en el escarpe de las primeras obras de los enemigos, titubeantes y próximos á abandonarlas. Era dirigido dicho ataque contra los reductos. El otro de la carretera de Albi, auxiliar suyo, venturoso al comenzar, estrellóse después

contra fuegos muy vivos y á quema-ropa, que de repente descubrieron los enemigos en el puente de Matabiau, conteniendo á los nuestros y haciéndolos vacilar en su marcha. Advirtiéndole Soult, y no desaprovechó tan feliz coyuntura, lanzando contra la izquierda de los españoles al general d'Armagas, quien partió de su puesto, dando una arremetida á la bayoneta que desconcertó á los nuestros, muy acosados ya y oprimidos con mortíferos y cruzados fuegos. Ciaron, pues, algunos atropelladamente en un principio, pero volvieron luego en sí, por acudir á sostenerlos en su repliegue la brigada española que había quedado de reserva en Pujade, y también algunos cuerpos portugueses de la division ligera del Baron Alten, que se corrió hacia nuestro costado derecho; infundiendo tales movimientos respeto á los enemigos y causándoles diversion. Se baláronse entonces entre los nuestros unos cuantos buques de Cantabria al mando de D. Vicente Sierra, y brilló extraordinariamente el regimiento de tiradores de igual nombre, que se mantuvo firme y denodado bajo los atrincheramientos enemigos hasta que Wellington mismo le mandó retirarse; dando ejemplo su valeroso coronel D. Leonardo Sicilia, quien pagó con la vida su noble y singular arrojo. Muchos y grandes fueron los esfuerzos de los caudillos españoles, y en especial los del general Freire, para contener al soldado á impedirle hacer quiebra en la honra; muchos los de lord Wellington, que voló en persona al sitio del combate, acompañado de los generales D. Luis Wimpffen y D. Miguel de Alava, consiguiendo rehacer la hueste y ponerla en estado de despacharse y correr de nuevo á la lid. Pero ¡ah! ¡qué de oficiales quedaron allí tendidos por el suelo, ó le coloraron con pura y preciosa sangre! Muertos fueron, además de Sicilia, D. Francisco Balanzat, que gobernaba el regimiento de la Corona, D. José Ortega, teniente coronel de estado mayor, y otros varios, contándose entre los heridos á los generales D. Gabriel de Mendizábal y D. José Ezpeleta, como también á D. Pedro Mendez de Vigo y á D. José María Carrillo, jefes los dos de brigada, con muchos más que no nos es dado enumerar, bien que merecedores todos de justa y eterna loa.

Afortunadamente reparábase á la sazón tal contratiempo por el lado de Beresford, á quien tocaba embestir la derecha enemiga. Había en efecto empezado este mariscal á desempeñar su encargo con tino y bríosamente, acudillando la cuarta y sexta division británicas del mando de sir Lowry Cole y de sir Enrique Clinton, cuyos soldados, formados en tres líneas, marchaban como hombres de alto pecho, sin que los detuviese ni el fuego violentísimo del cañon francés, ni lo perdido de la campiña, llena en varios parajes, con las recientes lluvias, de marjales y ciénagas. Enderezóse particularmente el general Cole contra la parte extrema de la derecha enemiga y contra el reducto de la *Sypière* allí colocado, al paso que el general Clinton avanzaba por el frente para cooperar al mismo intento. Sucedieron bien ambos ataques, alojándose los ingleses en las alturas, y ensiendose del reducto dicho, que guardaba con un batallon el general Dauture. Pero habiendo dejado los ingleses su artillería en la aldea de Montblanc por causa de los malos caminos, corrió algun tiempo ántes de que llegase aquélla y pudiesen ellos proseguir adelante; lo que también dió lugar á que reforzase el mariscal Soult su derecha con la division del general Taupin, la cual ya de ántes se había aproximado á las colinas para sostener las operaciones que por allí se efectuasen. Vi-

no, pues, sobre los aliados esta division y vinieron otras tropas, mas todo lo arrulló la disciplina y valor británico, quedando muerto el general Taupin mismo. Acometieron en seguida los ingleses los dos reductos del centro, llamados *Les Augustins* y *Le Colombier*, y entrólos la brigada del general Pack, herido allí. En vano quiso entonces el enemigo recobrar por dos veces el de la *Sypière*, como clave de la posicion; vióse rechazado siempre, no restandole ya el frances en las colinas sino los dos reductos situados al Norte. Hacia ellos se dirigieron los aliados victoriosos, caminando lo largo de las cumbres, y ayudándolos por el frente D. Manuel Freire, seguido de sus divisiones, rebechas ya y bien dispuestas. Cedieron los enemigos y abandonaron reductos, atrincheramientos, todas sus obras, en fin, por aquella parte, y las dejaron en poder de las tropas aliadas, recogiendo sólo la artillería, que salvaron por un camino hondo que iba al canal.

Por su lado el general Picton, al propio tiempo que atacaban los de Beresford la derecha francesa, quiso también probar ventura con la tercera division aliada, tratando de apoderarse del puente doble ó *Jumeau* en el embocadero del canal, y amagar al inmediato llamado de los *Minimos*. Mas opúsosele y le rechazó el general Berlier, y herido éste, Firion; teniendo que ciar el inglés para evitar terrible fuego de fusilería y artillería que le abrumaba por su frente y flanco, no habiendo guiado aquí á su valor venturosa ni alegre estrella.

Distrajo durante la batalla el general Hill con sus fuerzas (en las que se comprendía una brigada de Morillo) al general Reille, que defendía con la division Maransin el arrabal de Saint Cyprien, y le arrojó de las obras exteriores, obligándole á refugiarse dentro de la antigua muralla.

A las cuatro de la tarde concluyese la accion, dueños los aliados de las colinas de Montrave ó Calvinet, sojuzgada la ciudad con artillería que plantaron en las cumbres. Dió también orden á la misma hora el mariscal Soult al general Clausel de no insistir en nuevos ataques contra el terreno perdido, y cesarse á rodear sólo con varias divisiones el canal de ambos mares, escogido para servir ántónces como de segunda línea. Foguéronse, sin embargo, y aún se cañonearon hasta el anochecer por lo más extremo de la derecha francesa algunas tropas de los aliados, provocadas á ello por otras de los enemigos.

Sangrienta y empeñada lid ésta de Tolosa, en la que tuvieron de pérdida los anglo-hispano-portugueses 4.714 hombres, á saber: 2.124 ingleses, 1.983 españoles y 607 portugueses. Presúmese no fue tanta la de los enemigos, abrigados de su posicion; contaron, sin embargo, éstos entre sus heridos á los generales Harispe, Gasquet, Berlier, Lamorandière, Baurot y Dauture.

Los habitantes de Tolosa, amedrentados, ocultáronse al principio en lo más escondido de sus casas: mas animosos despues salieron de su retiro y se pusieron á contemplar la batalla desde los tejados y campanarios, adelantándose algunos hasta las líneas; pero suspensos y pendientes todos del progreso y conclusion de una refriega, en la que les iba la vida, la hacienda y quizá la honra. Mal estaban por eso con el mariscal Soult, á quien culpaban de haberlos comprometido y puesto en trance tan riguroso y duro.

Han pintado los franceses la accion de Tolosa como victoria suya, y aún esculpidola á fuer de tal hasta en sus monumentos públicos. Pero abandonar

muchos lugares, perder las principales estancias, y retirarse, al fin, cediéndolo todo á los contrarios, nunca se graduará de triunfo, sino de descalabro, y descalabro muy funesto para los que le padecieron. Enhorabuena ensalzase los franceses y aún magnificasen la resistencia y bríos que allí mostraron, grandes por cierto y sobreexcelentes, mas no estaba bien en ellos robar glorias ajenas; en ellos, que no las necesitan, teniéndolas propias y muy calificadas.

En la noche del 11 al 12 de Abril desamparó el mariscal Soult á Tolosa, y tomó el camino de Carcasona que le quedaba abierto, y por donde le era dable juntarse con el mariscal Suchet. Dejó en la ciudad heridos, artillería y aprestos militares en grande abundancia. Entraron los aliados el mismo 12 en medio de ruinosísimas aclamaciones de los habitantes, que se agolpaban por ver á sus nuevos huéspedes y darles buena acogida, ya por los muchos partidarios y adictos que tenía allí la familia de Borbon, y más bien por creerse libres los vecinos de los daños que les hubiera acarreado el continuar la guerra en derredor de sus muros.

Por la tarde de aquel día supose de oficio en Tolosa la entrada el 31 de Marzo, en París, de los aliados del Norte. Susurrábase esto ya ántes, y se piensa no lo ignoraban los generales de los respectivos ejércitos; por lo que algunos censuráronlos agriamente de haber empeñado accion tan sangrienta en coyuntura semejante, siendo ya inútil cuando iba á terminarse la guerra. Trajeron ahora la noticia el coronel inglés Cook y el coronel frances Saint Simon; el primero encargado particularmente de comunicársela á lord Wellington, el segundo á los mariscales Soult y Suchet.

Ni se limitaban las novedades ocurridas á la mera ocupacion de la capital de Francia. El Senado habia establecido allí el 1.º de Abril un gobierno provisional, á cuyo frente estaba el Principe de Talleyrand, y desposeido al día siguiente del cetro imperial á Napoleon Bonaparte, quien, abandonado de casi todos sus amigos y secuaces, habíase visto forzado á abdicar la corona en su hijo, y luego á despojarse de ella absolutamente y sin restriccion alguna, á nombre suyo y de toda su estirpe, recibiendo, como por merced, para que le sirviese de refugio, la isla de Elba, en el Mediterráneo; concejio que llevaba apariencias de estudiada mofa, mas que hubo de costar bien cara meses adelante. Decidió tambien el Senado en 6 del propio Abril llamar de nuevo al sélio de Francia á la familia de los Borbones, y proclamar por rey á Luis XVIII, ausente todavia en Inglaterra; tomando el mando, interin llegaba éste, su hermano el Conde de Artois, bajo el título de lugar-teniente del reino. Conforináronse con tales mudanzas las potencias invasoras, y áun las aplaudieron y quiza apuntaron.

Anunciáronse por la noche en el teatro de Tolosa las noticias traídas de París por los coroneles Cook y Saint Simon, y se celebraron extraordinariamente por los espectadores, muchos en numero y muy entusiasmados con la ópera *Ricardo Corazon de Leon*, que de intento se escogió aquel día por las arias y pasos que encierra á quella pieza, alusivos á las circunstancias de entónces. Prodigáronse igualmente vitores y palmoteos á lord Wellington, que asistia á la representacion: que tales, por lo comun, son los pueblos en punto de novedades, aunque sean muy en su dafio y mengua; si bien aquí los aplausos y loorras iban dirigidos, más que al general inglés, vencedor en tantas lides, al que se

consideraba como a restaurador de la paz tan anhelada en Tolosa, y prenda estable y firme del sosiego que en la ciudad reinaba.

No tardaron los coroneles Cook y Saint Simon en ir al encuentro de los mariscales Soult y Suchet para acabar de desempeñar su comision y poner termino pronto y cumplido á la guerra. Pero primero que continuemos refiriendo lo que en esto ocurrió, nos parece oportuno cerrar ántes la narracion de los sucesos militares de esta tan prolongada lucha, siendo ya pocos los que nos quedan, y no de grande importancia.

En Burdeos, luego que entraron allí los aliados, preparáronse los parciales de la casa de Borbon á repeler cualquier ataque que intentasen sus contrarios los bonapartistas, recelándose en particular de las fuerzas del general Lhuillier, recogido al otro lado de los rios, y de las del general Decaen, que habia formado una division, de órden del Emperador, destinada á marchar por Perigueux sobre aquella ciudad. Pero no trataron ambos generales de formalizar cosa alguna, ni se lo permitió Wellington, puesto que al reunirse su gente para perseguir á Soult, via de Tarbes y Tolosa, sacó mucha de la que tenía en Burdeos, dejando sólo al general Dalhousie con 5.000 hombres. Bien es verdad que afirmábase por otro lado, y al mismo tiempo, la posesion de aquella ciudad, acudiendo el 27 de Marzo á la boca del Gironda el almirante Penrose con tres fragatas y varios buques menores, quien penetró rio arriba sin pérdida particular ni resistencia empeñada. Coincidió con la expedicion maritima una excursion que el general Dalhousie verificó por tierra sobre el Dordogna para espantar al general Lhuillier. Esto y las maniobras y ataques de los marineros británicos causaron al enemigo mucho dafio, desmantelando fuertes, clavando cañones, y ahuyentando ó cogiendo barcos, de modo que en 9 de Abril estaban despejadas las riberas hasta el castillo de Blaye, cuyo gobernador, el general Merle, no quiso entrar en pactos hasta el 16 de aquel mes, en que se cercioró de lo ocurrido en París.

Supo tambien luego en Bayona las novedades de esta capital sir Juan Hope, avisado por el coronel Cook desde Burdeos; pero no las comunicó al gobernador de la plaza, general Thouverot, por no constarle de oficio. Hizolas sí correr por los puestos avanzados, mas no dieron credito á ellas los franceses, y ántes bien se irritaron, ejecutando el 14 una salida bien meditada y fogosa. Engiieron, pues, atacar del lado de Anglet, y lo verificaron entre Saint Etienne y Saint Bernard tan de rebato é improvisadamente, que tomaron varios puestos. Acudió á remediar el mal sir Juan Hope con su estado mayor; pero sorprendiéndole los enemigos y le rodearon, cogiéndole prisionero despues de muerto su caballo y herido el mismo. Al cabo tomaron los franceses á la plaza, y recuperaron los aliados los sitios antes perdidos, teniendo los últimos que deplorar la baja de 600 hombres entre muertos y heridos, ademas 231 prisioneros. Fué éste el último y lamentable suceso militar que ocurrió en Francia por el Mediodia.

En España habíase dado á partido el 27 de Marzo el gobernador frances de Santofia; pero pasando la capitulacion á que la aprobase lord Wellington, notando éste, al leerla, la clausula de que los sitiadores tornarian á Francia bajo palabra de no tomar las armas durante la presente guerra, ni ir á ratificar aquélla, escarmentado con lo sucedido en Jaca, en donde otorgadas condiciones iguales,

quebrantáronlas los franceses luego que pisaron su territorio y se vieron libres.

En Cataluña, al colocarse en Figueras el mariscal Suchet, guardó consigo y en las cercanías la división de Lamarque, poniendo la reserva de Mesclon en la Junquera y Coll de Pertús, y enviando á Perpignan algunos infantes y caballos, adonde también iba el mismo á veces para tomar, sin alejarse de España, providencias convenientes á la defensa del territorio nativo. El total de combatientes que le quedaban ascendía á 11.827 hombres, comprendidos 1.058 caballos. Quiso Suchet acrecer el número, trayéndose á Figueras 3.000 hombres que tenía Robert en Tortosa, y 8.000 Habert en Barcelona, lo que pensó sería factible, uniéndose el primero al segundo por medio de una marcha rápida, y abriendo paso los dos al frente de sus guarniciones respectivas. Mas frustróse al frances su proyecto, no pudiendo Robert menearse, muy observado por los españoles, y viéndose repelido Habert con pérdida por D. Pedro Sarriá, tentado que hubo el 16 de Abril una salida de Barcelona, ya que insistiese en llevar á cabo el plan del mariscal Suchet, ya que se animase á ello sabedor de que las tropas anglo-alemanas, al mando de sir Guillermo Clinton, evacuaban la Cataluña de orden de lord Wellington y pasaban á otros puntos.

En los primeros días del mismo Abril salió, por fin, de España el mariscal Suchet, como también su ejército, después de haber volado las fortificaciones de Rosas, dirigiendo sus columnas vía de Narbonne. Dejó sólo guarniciones en Figueras, Hostalrich, Barcelona, Tortosa, Benasque, Murviedro y Peñíscola, cuyas plazas y fuertes bloqueaban los españoles, habiendo perecido en la última el gobernador francés con su estado mayor, y muchos otros, por la explosión de un almacén de pólvora.

Volvamos ahora á Tolosa. Salieron de allí, según antes empezamos á referir, los coroneles Cook y Saint Simon, y encamináronse á los cuarteles de Soult y Suchet para informarles de las grandes mudanzas y acontecimientos ocurridos, como también para entregarles las órdenes del gobierno provisional establecido en París. No quiso por de pronto someterse el primero á lo que se le ordenaba, manifestando carecer tales nuevas y comunicaciones de la autenticidad debida; y sólo añadió que entraría en un armisticio con los aliados, hasta recibir ordenes ó avisos del Emperador, si lord Wellington convenía en ello. Desechó el inglés la propuesta, creyéndola, por lo ménos, intempestiva y fuera de su lugar. Avinose mejor Suchet, pues habiendo reunido los principales jefes de su ejército, decidió, de conformidad con ellos, reconocer el gobierno provisional de París y someterse á sus mandatos y resoluciones. Al saber el mariscal Soult esta determinación, forzoso le fué ceder y obrar al són de los demás.

Alzaronse en seguida y sin dilación tratos para una suspensión de armas, la cual se concluyó en los días 18 y 19 de Abril entre los mariscales Soult

Suchet por una parte, y lord Wellington por otra, como general en jefe de todas las tropas aliadas. Celebráronse para ello dos convenios, exigiéndose así el mariscal Suchet, que no quería reconocer ninguna supremacía en el otro, tenido por orgulloso y por de predominante condición. En consecuencia, cesaron las hostilidades no sólo en los ejércitos respectivos, sino también delante de las plazas bloqueadas, debiendo entregarse á los españo-

les en un breve término las que todavía estaban en poder del francés.

Finalizó aquí, y de este modo, la guerra gloriosa de la independencia peninsular, fecunda en acontecimientos varios, y muy instructiva para el mundo y hombre de estado; habiéndose combinado en las operaciones regulares de sitios, marchas y peleas en los franceses descompuestos, repetidos y variados de una lucha nacional y, por decirlo así, peregrina. Inmarcescibles lauros cogieron en el peregrino curso de tanto lidiar los diferentes ejércitos que tomaron parte; pero como naciones desastadas en el caso actual, y levantarán por ello siempre la cabeza erguida, Portugal y España, escenario vital de perseverancia constante.

Mas al propio tiempo que cesaron honrosa y felizmente los estruendos bélicos, crecieron los políticos, cuyo retentir y zumbido abrieron grietas por donde se atropellaron lastimas y desdichas. Lo necesario es, para narrar lo acaecido en el asunto, volver atrás y seguir en su viaje al rey Fernando VII, á quien dejamos en Girona con los infantes D. Carlos y D. Antonio. Salieron de esta ciudad S. M. y A. A. el 28 de Marzo, yendo á Tarragona á pasar por Barcelona; bien que así en esta plaza como en las demás en que aún se conservaba guarnición francesa, recibieron orden los gobernadores no cometer hostilidad alguna al paso por ellas, las cercanías de Fernando VII, y de tributar á S. M. los honores y obsequios que eran debidos á su augusta persona.

De Tarragona trasladáronse el Rey y los infantes á Reus, en donde permanecieron el 2 de Abril, no indicando nada hasta ahora el rumbo que en lo político tomaría S. M. Generalmente, autórreos y pueblos habíanse conformado con lo dispuesto por las Cortes, y la familia real y sus consejeros tan poco se desviaban de ello, á lo ménos en público. Verdad es que crecían los manejos y ofrecimientos reservados de descontentos y ambiciosos; pero no difundirse por fuera, ni dar lugar más que á rumores y sospechas. Agrandáronse éstas en Reus. Según la ruta señalada por la Regencia, se arregló al decreto de 2 de Febrero, tenía el Rey y continuó su viaje siguiendo la costa del Mediterráneo á Valencia, para de allí pasar á Madrid. Estabase en vía de dar cumplimiento á esta providencia cuando la diputación provincial de Aragón, movida por sí ó por sugestión ajena, dirigió á D. José de Palafox, que acompañaba al Rey, una exposición gratulatoria pidiendo se dignase S. M. en su tránsito para la capital del reino honrar con su presencia á los zaragozanos, ansiosos de verle y contemplarle de cerca. Acedió Fernando á la suplica, ora que no quisiese éste desairar á ciudad tan ilustre y tan merecedora de su particular atención, ora que mirase sus consejeros aquella coyuntura como muy propia para comenzar á romper las trabas que los ligaban, molestas en su grado y depresivas, á su entender, de la majestad real.

Salió el Rey de Reus el 3, y por Poblet encaminóse á Lerida. Iba ya solo con su hermano D. Carlos habiéndose quedado en la primera villa el infante D. Antonio á causa de una indisposición leve, y de estar resuelto á tomar en derechura el camino de Valencia.

Llegaron el Rey y D. Carlos á Zaragoza el 6 de Abril, tiempo de Semana Santa. Fueron recibidos allí ambos príncipes con indecible amor y entusiasmo, renzando uno y otro por el aparcamiento de D. José de Palafox, ídolo entonces muy reverenciado.

do y querido de los habitantes. Mostrábase S. M. aquí todavía incierto sobre el partido a que se inclinaria en la parte política; pudiendo sólo colegirse de algunas palabras que vertió, que no desaprobaba del todo lo que se había hecho durante su ausencia en punto á reformas. Sin embargo, aguijón grande era para que procediese á su antojo la adhesión sin límites que manifestaban los pueblos hacia su persona, y las insinuaciones y consejos extraviados que le venían de varias partes; muy diligentes en esta ocasión los enemigos de novedades, no ménos que los descontentos de cualquiera linaje que con ellos se abanderizaban. Partió el Rey de Zaragoza el 11, y llegó á Daroca aquel mismo día.

Estrechando el tiempo, afanábanse los que venían con el Rey por que se tomase una determinación respecto de la conducta política que convenia se adoptase, celebrando al efecto una junta en la noche del 11, en la que se apareció el Conde del Montijo. Fueron de dictamen todos los que allí concurrieron que no jurase el Rey la Constitución, excepto sólo don José de Palafox, quien no pudiendo rebatir los argumentos de los demás y apurado ya, llamó en su ayuda á los duques de Frías y de Osuna, que habían acudido á Zaragoza á cumplimentar al Rey y le seguían en el viaje. Juzgaba Palafox que sin dictamen en la materia se animaría al de aquéllos, y le daría gran peso por la elevada clase y riqueza de ambos duques y por su porte desde 1808, habiendo el de Frías, según ya hemos dicho, no desamparado nunca los estandartes de la patria, y expuestose mucho el de Osuna por haberse fugado de Bayona en aquel año, no queriendo autorizar con su firma los escandalos que á la sazón ocurrían en la misma ciudad. Remados, pues, uno y otro á las personas que se hallaban ya en junta, sentó el de San Carlos la cuestión de si convendría ó no que jurase el Rey la Constitución. Opinó el mismo que no, mostrándose en especial muy contrario el Conde del Montijo, abultando los riesgos y las dificultades que resultaban de la jura. Apartóse de este parecer D. José de Palafox y lo apoyó el Duque de Frías, bien que respetando éste los derechos que competiesen al Rey para introducir ó efectuar en la Constitución las alteraciones convenientes ó necesarias. Anduvo indeciso el de Osuna, separándose todos de la junta sin convenirse en nada, pero acordes en que ántes de resolver cosa alguna acerca de semejante cuestión, se congregarian de nuevo. A pesar de eso, determinó el Rey pocos instantes despues, siguiendo el consejo de San Carlos, sugerido por el del Montijo, que sin tardanza y en derecho saldría éste para Madrid, á fin de calar lo que tratasen allí los liberales, y de disponer los ánimos del pueblo á favor de las resoluciones del Rey, cualesquiera que ellas fuesen, ó más bien de pervertirlas; en lo que era gran maestro aquel conde, muy ligado siempre con gente pendenciera y bulliciosa.

Continuando S. M. el viaje á Valencia, entró en Tírol el 14, en cuya ciudad, muy afecto á la Constitución, esmerar por los habitantes en poner á los ornatos escogidos para el recibimiento del Rey, muchas alegorías al emperador, que miró S. M. atentamente y muy aplaudió, amestrado desde la niñez en la escuela del dramático. Hasta aquí había acompañado al Rey en el viaje el capitán general de Cataluña, D. Francisco de Capony y Navia, cuya presencia continuó bastante á los que intentaban ganar al Rey por sendero errado y torcido. Volvió el don Francisco á su puesto, y con su ausencia no quedó apenas nadie al lado de S. M., de influjo y peso, que

balancease los consejos desacertados de los que aprisionaban su voluntad ó le daban deplorable sesgo.

El 15 llegaron Fernando y su hermano el Infante á Segorbe, y multiplicáronse allí las marañas y enredos, arrojando el temporal declarado contra las Cortes. Juntóse en aquella ciudad con sus sobrinos el infante D. Antonio, viniendo de Valencia, en donde había entrado el 17, acompañado de D. Pedro Macanaz. Acudieron también á Segorbe el Duque del Infantado y D. Pedro Gómez Labrador, procedentes de Madrid; quienes, en unión con D. José de Palafox y los duques de Frías, Osuna y San Carlos, celebraron la noche del mismo 15 nuevo consejo, siempre sobre el conatado asunto de si juraría ó no el Rey la Constitución. No asistió D. Juan Escóquiza, que se había adelantado á Valencia para avisarse con sus amigos, y sondear por su parte el terreno y los ánimos. Prolongóse la reunión aquella noche hasta tarde, y ventilábase ya la cuestión, cuando se presentó como de sorpresa el infante don Carlos. Frías y Palafox reprodujeron en la junta los dictámenes que dieron en Daroca. También Osuna, pero más flojamente, influido, según se creía, por una dama de quien estaba muy apasionado, la cual, muy hosca entonces contra los liberales, amará despues y cayó en opinión opuesta y muy exagerada. Dijo el Duque del Infantado: «Aquí no hay más que tres caminos: jurar, no jurar, ó jurar con restricciones. En cuanto á no jurar partícipe mucho de los temores del Duque de Frías...», dando á entender en lo demás que expresó, aunque no á las claras, que se le daba á la última de las tres indicaciones hechas. Se limitó Macanaz á insinuar que tenía ya manifestado su parecer al Rey, lo mismo que al Infante, sin determinar cuál fuese. Otro tanto repitió San Carlos, perdiendo los estribos al especificar la suya D. Pedro Gómez Labrador, quien en tono alborotado y feroz votó á por que de ningún modo jurase el Rey la Constitución; siendo necesario meter en un puño á los liberales...»; con otras palabras harto descompuestas, y como de hombre poco cuerdo y muy apasionado. Disolvióse, no obstante, la junta actual como la anterior de Daroca, esto es, sin decidirse nada en ella, pero al descubriéndose ya cuál sería la resolución final.

Al día inmediato, 16 de Abril, pasó el Rey á la ciudad de Valencia, adonde le habían precedido personas de partidos opuestos y de diversa categoría. Por de pronto el cardinal arzobispo de Toledo, D. Luis de Borbon, presidente de la Regencia, acompañado de D. José Luyando, ministro interno de Estado, y de algunas personas de la misma secretaría. También D. Juan Pérez Villamil y D. Miguel de Lardizabal, ambos muy resentidos contra las Cortes y de grande influjo en las resoluciones que se tomaron en Valencia, si bien no tanto el último, por la imposibilidad á que le redujo durante algún tiempo un vuelco que dió en el camino.

Pero quien más que todos impulsó y determinó rumbo á los negocios fue el capitán general de Valencia, D. Francisco Javier Elío, desafecto á las reformas y agravado por lo que de él se dijo en las Cortes y en los diarios despues de la segunda acción de Castalla. Hallale también desazonado entonces un acontecimiento ocurrido en aquellos dias. Fue, pues, que al llegar á Valencia el infante D. Antonio, pasando aquel á cumplimentar á S. A., pidióle el santo por inadvertencia ó de propósito para mostrar su aversión á las disposiciones de las Cortes, estando allí presente el Cardenal arzo-

bispo de Borbon. Pero apenas había Elio oído semejante palabra, cuando el Prelado, temido por hombre manso y sin hiel, alteróse en extremo, é inerró de ignorancia en el cumplimiento de su obligación, debiendo saber que á él solo, como presidente de la Regencia, tenía que dirigirse para pedir el *santo*. Quedaron todos atonitos de arranque tan inesperado en el Cardenal, que no se aplacó sino á ruegos del mismo Infante. Callóse Elio, y aguardó á que llegase el Rey para desquitarse y tomar venganza.

En efecto, al aproximarse S. M. le salió al encuentro aquel general, y pronunció un discurso, en el que no sólo ventó amargas quejas en nombre de los ejércitos, sino que también suplicó al Rey empuñase el bastón de general que llevaba, cuya señal de mando, decía Elio, adquiría con eso valor y fortaleza nueva.

A poco encontráse también S. M. con el Cardenal arzobispo cerca de Puzol, é imbuido ya malamente contra la persona de éste, recibíble con odio, ofreciéndole la mano para que se la besase. Hay quien dice tardó el Cardenal en ceder á semejante insinuación, creyendo se lo prohibía el decreto de las Cortes, y que Fernando le mandó claramente entonces que obedeciese y que le besase la mano; hay quien asienta, por el contrario, no haberse opuesto S. Emma á los deseos del Rey, no viendo en aquel acto sino una muestra de puro respeto conforme al uso. De todas maneras, cosas eran éstas que descubrían sobradamente lo que amagaba ya.

Entró, por fin, el Rey en Valencia el 16, y al día siguiente pasó á la catedral á dar gracias al Todopoderoso por los beneficios que le dispensaba; presentándole aquella tarde el general Elio la oficialidad del ejército que mandaba, á la cual preguntó, estando delante de S. M.: «¿Juran ustedes sostener al Rey en la plenitud de sus derechos?» Respondieron todos: «Sí juramos.» Y con eso empezó Fernando á ejercer en Valencia la soberanía, sin miramiento alguno á lo que las Cortes habían resuelto; envalentonándose los adversarios de las reformas, y desbochándose del todo papeles subversivos que se publicaban en aquella ciudad; en especial dos, bajo el título el uno de *Fernandino*, y el otro de *Lucindo*, obra el primero de un clérigo de nombre Fernandez Morejon, á quien premiaron después con una canongía en Murcia, y el segundo de un tal D. Justo Pastor Perez, empleado en rentas demorales.

Tenían íntimo enlace con semejantes papeles y sucesos otras tramas que se urdian en Madrid, á fin de empujar á muchos diputados á que pudiesen ellos mismos la destrucción de las Cortes. Hubolos que tan osaron, principalmente de los que anduvieron mezclados en las marañas de Córdoba con el del Alisal, y en las de Madrid, cuando quisieron algunos mudar de súbito la Regencia del reino. Hacia cabeza D. Bernardo Mozo Rosales, ya mencionado, quien acordó con otros compañeros suyos elevar á S. M. una representación enderezada al desuso intento. Llevaba ésta la fecha de 12 de Abril, y era una reseña de todo lo ocurrido en España desde 1808, como también un elogio de la monarquía absoluta (21).... «Obra, decíase en su

contexto, de la razón y de la inteligencia... subordinada á la ley divina... Acabando, no obstante por pedirse en ella se procediese á celebrar Cortes con la solemnidad y en la forma que se usaba en las antiguas.» Contradicción manifiesta, pero que á los que se extravían y procuran encubrir sus errores bajo apariencias falsas. Llevaba la representación por principal mira alentar al Rey á no dar su asenso ni aprobación á la nueva ley constitucional, ni tampoco á las otras reformas planteadas en su ausencia. Llamaron en el público á esta representación la de los *Persas* por comenzar del modo siguiente: «Era costumbre entre los antiguos persas...» cláusula que pareció pedantesca y ruda, como fuera de su lugar, y propio el nombre de un pueblo que los antiguos tenían por barbaros para ser aplicado á los autores de un papel que remediaba tales actos, y sostenían ideas rancias, opuestas á las que reinaban en el siglo actual.

Fueron pocos los diputados que firmaron en el principio esta representación, creciendo el número hasta el de 69 al derribarse la Constitución, uno por temor, por ambición otros, y bastantes por ser al hilo de la corriente del día. Tacharon los apasionados de muy culpables á los autores y primeros firmantes, pues como colegas faltaron á los miramientos que debían á los otros diputados; como hombres públicos á sus más sagradas obligaciones; no forzándolos nadie á permanecer en el asiento que ocupaban, ni á dar con su presencia y voto, aunque fuese negativo, sello de aprobación y legitimidad á lo que juzgaban nulo y contrario al orden social. Mas excusables se presentaban los que firmaron después, rendidos al impulso á flaquezas á que está tan sujeta la humanidad. Desapareció de las Cortes D. Bernardo Mozo Rosales, llevando en persona á Valencia la representación, entre cuyos nombres distinguíase el suyo como el primero de todos.

Ni por eso se persuadieron en Madrid destruida de raíz el Rey todo lo hecho durante su cautiverio, escuchando S. M. sólo á un partido y no escuchándose á los diversos que había en la nación para dominarlos y regirlos sabía y enérgicamente. Confiados en esto, y asistidos entonces de intrigueros muy puras, permanecieron tranquilos los diputados liberales y sus amigos, no bastando para desengañarlos las noticias cada vez más sombrías que de Valencia llegaban. Por tanto no provocaron en las Cortes medida alguna con que hacer frente á repentinos y adversos acontecimientos, ni tampoco se cautelaron contra asechanzas personales que debieron suponer les armarían sus enemigos, traidores y rencorosos.

Contentáronse, pues, con escribir nuevamente al Rey dos cartas, que no merecieron respuesta, y seguir disponiendo el modo de recibirle y agasajarle á su entrada en Madrid y jura en el salón de Cortes. A este propósito decidieron trasladarse del que ocupaban en el teatro de los Cafes del Peral á uno constituido expresamente y con mayor comodidad y lujo en la casa de Estudios y convento de Aguileros calzados de Doña María de Aragon, diócesis del nombre de su fundadora, dama de la reina Doña Ana de Austria. Señalóse para esta mudanza el 2 de Mayo, en que se celebró con gran pompa un aniversario fúnebre en conmemoración de las víctimas que perecieron en Madrid, el año 1808, en el mismo

del desuso de sus provincias, y del remedio que pedían; pero no todo fue presentado á S. M. en Valencia por uno de dichos diputados, y se imprime en cumplimiento de real orden.

(21) Tenía este papel, impreso en Madrid, en la imprenta de Ibarra, año de 1814. el título: portada y epílogo.

«J. (Jesús) M. (María) J. (José).

«Representa un yacimiento que algunos diputados á las Cortes constituyeron en sus mayores actos de su oposición en Madrid para que la presencia de S. M. Fernando VII, á la entrada en España de vista de su cautividad, se pudiese del estado de la na-

dia; sirviendo así de funcion inaugural del salón nuevo una muy lugubre, como para presagiar lo afortunado y funesto en el porvenir de aquel sitio, en donde se hundieron luego y más de una vez las instituciones generosas y conservadoras de la libertad del Estado.

En Valencia llevaban los acontecimientos traza de precipitarse y correr á su desenlace. Renováronse y se multiplicaron allí los conciliábulos y las juntas muy á las calladas, y no llamando ya á ellas á ninguno de los que tenían fama de inclinarse á opiniones liberales. Concurrieron varios sucesos para tomar luego una determinación decisiva: tales fueron las ofertas del general Elio, la representación de los diputados disidentes, y la caída, en fin, del emperador Napoleón. Antes de esta catástrofe contábanse algunos que titubeaban todavía sobre destruir las Cortes subitamente y por ruzon de Estado, recelosos de la demagogia que resultaría de ello en provecho del enemigo común; mas después nada hubo que los detuviese ya, dando rienda suelta á sus resentimientos y miras ambiciosas. Y ¿para qué? habiendo sido Napoleón y sus enviados los que aconsejaron primero al Rey el aniquilamiento de las Cortes y de la Constitución, debía, al parecer, su caída producir efecto contrario y afianzar de lleno las instituciones nuevas; pero no fue así, andando como unida con el nombre del Emperador frances la suerte y desgracia de España; lo cual se explica reflexionando que el odio y aversión de los anti-reformadores contra Bonaparte, no tanto pendía de la política interior é incitaciones despóticas de éste, arrojadas en un todo á las de ellos, ó muy parecidas, como de sus empresas é invasiones exteriores, y de ser el mismo hombre nuevo y de fortuna, hijo de la revolución.

A nublado tan oscuro y denso nada temian que oponer las Cortes en Valencia para prevenirle ó disiparle, sino los esfuerzos del Cardenal de Borbon y de D. José Luyando, débiles por cierto; pues los que procedían de su autoridad, nulos eran, habiendo de hecho cesado esta desde la llegada del Rey, y pocos los que podían esperarse de su diligencia y buena maña. Uno y otro visitaban al Rey con frecuencia, pero limitándose á preguntarle como le iba de salud; hecho lo cual, volvíanse en seguida á su posada, sin detenerse á más ni dar siquiera por fuera señal alguna de movimiento y vida. Y aunque el Cardenal mostró en un principio, según apuntamos, entereza laudable, no le fué posible conservarla, fáltandole apoyo y estímulo en su ministro, hombre de bien y muy arreglado, pero pobre de espíritu y sin expediente ni salidas en los casos arduos.

Una indisposición del Rey, aquejado de la gota, y el coordinar ciertas medidas previas, retardaron algunos dias la ejecución del plan que se meditaba para destruir las Cortes. Era una de ellas acortar á Madrid tropas á devoción de los de Valencia, lo cual se verificó, trayendo éstas á su frente á D. Santiago Whittingham, quien, jefe en Aragon de la caballería, siguió al Rey en su viaje, de resultados de habersele ordenado así S. M. mismo. Llegó Whittingham á Guadalajara el 30 de Abril, y habiéndole preguntado el Gobierno de la Regencia que por qué venía, respondió que por obedecer disposiciones del Rey, comunicadas por el general Elio.

El ser D. Santiago subdito británico y muy favorecido de aquel día ocasionó á que creyeran muchos obispos en el caso actual por sugestión del embajador de Inglaterra, sir Enrique Wellesley, que á la

sazón se hallaba en Valencia para cumplimentar al Rey. Mas engañáronse: sir Enrique no aprobó la conducta de aquel general, ni aconsejó ninguna de las medidas que se tomaron en Valencia; disgustábase, es cierto, la Constitución, y como particular hubiera querido se reformase, mas como embajador mantúvose indiferente, y no se declaró en favor de una cosa ni otra, bastantes por sí las pasiones que reinaban entónces, sin ayuda extraña, para trastornar el Estado y confundirle.

Dispuesto todo en Valencia, según los fines á que se tiraba, salió el Rey de aquella ciudad el 5 de Mayo, trayendo en su compañía á los infantes D. Carlos y D. Antonio, y escoltando á todos una división del segundo ejército, regida por el general en jefe D. Francisco Javier Elio. Venían en la comitiva varios de los que se habían agregado en el camino, y los de Valencia, excepto D. Juan Esquiviz, que desde Zaragoza ganaba siempre la delantera, haciendo de explorador oficioso. Recibieron al propio tiempo una real orden para regresar á Madrid el Cardenal de Borbon y D. José Luyando, ignorando ambos del todo lo que de oculto se trataba; y sin que el último, según obligaron mas peculiar de su cargo, gastase mucho eso ni áun siquiera en averiguarlo.

Fue acogido el Rey en los pueblos del tránsito con regocijo extremado, que rayó casi en frenesí, aunque dese todavía para ello los hombres de todas clases y partidos. Entusiasmados, sin embargo, á veces la universal alegría soldada de Elio y gente apañillada de los anti-reformadores, prorumpiendo en vociferaciones y grita contra las Cortes, y derribando en algunos lugares las kipidas que con el letrero de *Plan de la Constitución* se habían colocado en las plazas mayores de cada pueblo, conforme á un decreto promulgado en Cadix á propuesta del Sr. Chapman, desacertado en verdad, y que sirvió después de pretexto á parcialidades extremas para rebullir y amotinarse en rededor de aquella señal.

Luego que supieron las Cortes que se acercaba el Rey á Madrid, nombraron una comisión de su seno para que saliera á recibirle al camino y cumplimentarle. Componíase ésta de seis individuos, teniendo á su frente á D. Francisco de la Puca y Cisneros, obispo de Urgel, de condición algo notable, aunque no propenso á exageraciones ni desatenciones. Encontró la Diputación al Rey en la Mancha y en medio del camino mismo, por lo que juzgó oportuno retroceder, para presentar á S. M. en el pueblo inmediato sus obsequiosos respetos y felicitaciones. Mas no lo consiguió, negándole el Rey á darle allí audiencia, y mandando á sus individuos que aguardasen en Aranjuez, esquivando así todo contacto ó indumento con la autoridad representativa, próxima ya á desplomarse, como todas las que se derivaban de ella.

Tal había sido la resolución acordada en Valencia, cuyo cumplimiento tuvo ya principio allí donde el Rey estaba; mandando S. M. al Cardenal de Borbon y á D. José Luyando que se retrasasen ambos, yendo el primero destinado á su diócesis de Toledo, y el segundo, como oficial de marina, al departamento de Cartagena.

Uná á la propia sazón llevábanse también á efecto, en Madrid, providencias semejantes, aunque, si cabe, mas inauditas en los annales de España. Fueron, pues, arrestados en virtud de real orden, durante la noche del 10 al 11 de Mayo, los dos regentes D. Pedro Agar y D. Gabriel Ciscar, los

ministros D. Juan Álvarez Guerra y D. Manuel García Herreros, y los diputados de ambas Cortes don Diego Muñoz Torrero, D. Agustín Argüelles, don Francisco Martínez de la Rosa, D. Antonio Oliveros, D. Manuel López Cepero, D. José Canga Argüelles, D. Antonio Larrazábal, D. Joaquín Lorenzo Villanueva, D. Miguel Ramos Arispe, D. José Calatrava, D. Francisco Gutiérrez de Terán y don Dionisio Capaz. Estuvieron en igual caso el literato ilustre D. Manuel José Quintana, y el Conde, hoy duque, de Nubles, con su hermano y otros varios.

Procedió á ejecutar estas y otras prisiones don Francisco Eguía, nombrado al propósito, de antemano y calladamente, por el Rey capitán general de Castilla la Nueva; obrando bajo sus órdenes, asistidos de mucha tropa y estruendo, con el título de jueces de policía, D. Ignacio Martínez de Vilella, D. Antonio Alcalá Galiano, D. Francisco Leiva y D. Jaime Álvarez de Mendieta, diputados á Cortes algunos de ellos en las extraordinarias, y colegas, por tanto, de varios de los perseguidos. Negóse á desempeñar cargo tan criminal y odioso D. José María Puig, magistrado antiguo, á quien ensalzó mucho ahora proceder tan noble como poco imitado. Fueron encerrados los presos en el cuartel de Guardias de Corps y en otras cárceles de Madrid, metiendo á algunos en calabozos estrechos y fétidos, sin luz ni ventilación, á manera de lo que se usa con foragidos ó delincuentes atroces.

Continuaron los arrestos en los días sucesivos, y extendiéndose á las provincias, de donde fueron traídos á Madrid varios sujetos y diputados esclarecidos, entre ellos D. Juan Nicasio Gallego, acabando por bencihirse de hombres inocentes y dignísimos todas las cárceles, en las que de día y noche, sigilosamente, y sin guardar formalidad alguna, vaciaban encarnizados enemigos la flor y gloria de España. No pudieron ser habidos, á dicha suya, los Sres. Caneja, Díaz del Moral, D. Tomas de Izúziz, Tacón, Rodrigo y Conde de Toreno, que pasaron á otras naciones.

En la misma noche del 10 al 11 de Mayo presenté el general Eguía á D. Antonio Joaquín Pérez, diputado americano por la Puebla de los Angeles y actual presidente de las Cortes, intimándole, de orden del Rey, quedar éstas disueltas y acabadas del todo. No opuso Pérez á ello óbice ni reparo alguno, y ántes bien creyó que obedeció de buena voluntad, estando en el número de los que firmaron la representación de los 69, y en el secreto, según se presumió, de todo lo que ocurría entónces. Una mitra con que le galardonaron después, dió fuerza á la sospecha concebida de haber procedido de connivencia con los destruidores de las Cortes, y por tanto, indigna y culpablemente.

Soltáronse en la mañana del 11 los diques á la licencia de la plebe más baja, arrancando esta brutalmente la lapida de la Constitución, que arrastró por las calles, lo mismo que varias estatuas simbólicas y ornatos del salón de Cortes. Lanzaban también los amotinados gritos de venganza y muerte contra los liberales, y en especial contra los que estaban presos; llevando por objeto los promovedores encerrar las olas populares á punto de que se derribasen dentro de las cárceles, y sofocasen allí, en medio de la confusión y ruido, á los encerrados en aquellas paredes. Pero malogrados su feroz intento, que muy somera y no de fondo era la tempestad levantada, como impelida sólo por la iniquidad de unos pocos y muy contados.

Amancebí igualmente en aquel día, puesto en las

esquinas, un manifiesto con título de decreto, firmado de la real mano y refrendado por D. Pedro de Macanáz, que aunque fecho en Valencia, á 4 de Mayo, habíase tenido hasta entónces muy secreto y oculto (22). En su contexto, así bien declara-

(22) Decreto de 4 de Mayo de 1814.

Desde que la divina Providencia, por medio de la reunión española; y solemnemente de mi augusta padre, me puso en el trono de mis mayores, del cual me tenía ya mirado sucesor el reino por sus procuradores juntos en Cortes, según fuere y congnoscere de la ley, espádola usados de largo tiempo, y desde aquel faceto, día que entre en la capital en medio de las más sinceras demostraciones de amor y lealtad, con que el pueblo de Madrid salí á recibirme, suponiendo esta manifestación de su amor á mi real persona á las buenas francesas, que, con achaque de amistad, se habían adelantado apesuradamente hasta ella, siendo un presagio de que no se ejecutaría este heroico pueblo por su rey y por su patria, y visto el ejemplo que noblemente agitaron todos los desterrados españoles de aquel día, pues, por un mi real ánimo, para recoger á las real sentimientos y satisfacer á las grandes obligaciones que me imponía un rey para con sus pueblos, dedicar todo mi tiempo al desempeño de tan augustas funciones y á reparar los males á que me había dado la perturbadora influencia de un vilísimo durante el reinado anterior. Mis primeras manifestaciones se dirigieron á la restitución de los jueces magistrados, y de otras personas quienes arbitrariamente se habían separado de sus destinos; pero la dura atención de una guerra, la pérdida de Bonaparte, de cuyos crímenes y efectos, por el dolor, por la pena, preservar á mis pueblos, algunas dieron lugar á una familia allí la real familia, acomodado en toda ella, y satisfaciendo su necesidad, un tan atroz atentado, que la historia de las naciones no presenta otro igual, así por sus circunstancias, como por la serie de sucesos que allí pasaron; y violado en lo más alto el derecho de gentes, fui privado de mi libertad, y de todas las garantías de mi reino, y trasladado á un palacio con mis hermanos y tíos, sirvientes de decorosa prisión, por haberme desobedecido aquella escuadra. En medio de esta triste situación, presenté á mi memoria el amor y lealtad de mis pueblos, y como parte de ella la consideración de los indultos reales á que quedaban sujetos, rodeados de enemigos, casi desprovistos de todo, privados de recursos, sin rey y sin gobierno de entonces, cuando yo me pudiese poner en movimiento y acudir á su vez las fuerzas de la corona, y dirigir su impulso, y aprovechar los recursos de que me quedaban las considerables fuerzas que resultaban de haberme la Península, y estaban perfectamente apesadumadas de una guerra prolongada. En tan lastimoso estado, expedito, en la forma que me permitía la fuerza lo pudiese hacer, como el único remedio que quedaba á la corona de 5 de Mayo de 1808, dirigido al Conde de Euzkadi, y al defecto, á cualquiera chanciller ó a cualquier otro que se hallase en el país, para que se convocasen las Cortes, las cuales, al momento de haber de ocupar por el pronto en proporcionar los recursos necesarios para atender á la defensa del reino, quedarían permanentes para lo demás que pudiese ocurrir; pero este mi decreto por desgracia no fué conocido entónces, y aunque la tarde, pues, las provincias proveyeron, luego que llegó á todas la noticia de la cruel escena de Madrid por el jefe de las tropas francesas, el memorable día 2 de Mayo, á su gobierno por medio de las juntas que crearon. Acabó en esto la gloriosa batalla de Bailén, en la que cesaron nuestros hasta Vitoria, y todas las provincias y la capital se acordaron de nuevo rey de Castilla y León, en la forma que yo he firmado las leyes más angustias peticiones. He sido reconocido por las medallas acuñadas por todas partes dan verdadera testimonio, que han confirmado los pueblos poniendo paso á mi voluntad, y que, con la afición de sus vivas, que como vivas, la corona, y mi corona, además se grababan para no tornarse nunca. Entre los diputados que nombraron las juntas se formó la Junta de Euzkadi, en mi real nombre todo el poder de la soberanía desde la coronación de Luis hasta Euzkadi de 1810, cuando me se trasladó al Consejo de Regencia, donde se continuó el ejercicio de la soberanía hasta el día 24 de Setiembre del mismo año, en el cual fué proclamada la Junta de Euzkadi las Cortes llamadas generales y extraordinarias, concurriendo al acto del juramento, en que yo me comprometí a conservar toda su dominación, como su soberanía, 164 diputados, á saber: 57 propiamente y 17 suplentes, como consta en una que certifica el secretario de Estado y del despacho de Francia, don D. Nicolás María de Guerra, pero á estas Cortes, concurriendo por medio de un delegado en España, aun en las cosas más importantes, los tiempos turbulentos de rivalidades de reyes, en que debían ser más numerosas el número de promovedores que en las juntas más comunes y ordinarias, no fueron llamadas las juntas de Euzkadi y Euzkadi, aunque la Junta Central lo había mandado, habiéndose establecido con arte al Consejo de la Regencia anteriormente, y habiendo que la Junta le había asignado la presidencia de las Cortes, por decreto de la asamblea, que no hubo la delega la Regencia al acto del Congreso, si el del hubiese tenido noticia. Con esta delegación la disposición de las Cortes, las cuales, en el mismo día de su reunión y por principio de sus actas, me despidieron de la soberanía, poco antes reconocida por los mismos diputados, átribuyéndola únicamente á la nación, para apesadumada á sí misma, y á la Asa después, sobre tal usurpación, las leyes que quisieron promulgar, el yago de que fuéramos las juntas en una Junta, la Constitución, que, sin poder de provincia, pueblo al punto, y al

ba S. M. que no juraría la Constitución, y que desaprobaba altamente los actos de las Cortes y la forma que no había dado á éstas, afirmaba no menos que aborrecía y detestaba el despotismo, ofreciendo, además, reunir Cortes y asegurar de un modo duradero y estable la libertad individual y real, y

nosotros de las que se hacían representadas por los apellidos de España é Indias, establecieron los diputados, y ellos mismos sancionaron y publicaron en 1812. Este primer atentado contra las prerrogativas del trono, abusando del nombre de la nación, finó como la base de los males que á ésta siguieron, y á pesar de la repugnancia de muchos diputados, tal vez del mayor número, fueron aceptados y elevados á leyes que llamaron fundamentales, por medio de la crisis, amenazas y violencias de los que existían á las galerías de las Cortes, con que se tiró y se aterrorizó, y á lo que era verdaderamente obra de una facción se le revestía del carácter de la voluntad general, y por tal se hizo pasar la de una pobre multitud que en Cortes, y después en Madrid, celebraban y los internos volutas y pasadizos. Estos hechos son tan notorios, que apenas hay uno que los ignore, y los mismos *Decretos de las Cortes* dan bastante testimonio de lo que ellos. Un modo de hacer leyes, tan ajeno á la naturaleza de ellas, á la libertad de las mismas, como que en otro tiempo fue respetada y faltar. Á la verdad, tal toda la forma de la antigua Constitución de la monarquía se innovó, y confundiendo principios revolucionarios y democráticos de la Constitución francesa de 1791, y faltar. Al mismo tiempo se anuncia el principio de la que se forma en Madrid, se sancionaron, no leyes fundamentales de una monarquía moderada, sino las de un gobierno popular con un jefe de magistrado, nuevo exponente delegado, que no rey, aunque así se le da este nombre para alentar y seducir á la multitud y á la nación. Con la misma falta de libertad se firmó y juró esta nueva Constitución; y es conocido de todos, no sólo que pasó con el respetable obsequio de la Creencia, pero también la pena por que, á lo que no la firmasen y jurasen, se amenazó. Para preparar la animación, se daban también novedades, especialmente las respectivas á la real persona y prerrogativas del trono, se prometió por medio de los papeles públicos, en algunos de los cuales se ocupaban diputados de Cortes, y abusando de la libertad de imprenta establecida por ellos, hacer alusión al poder real, dando á todos los derechos de la monarquía el nombre de despotismo, haciendo víctimas los de rey y después, y finalmente, tirando á los reyes al mismo tiempo en que se presentaba á una quita que tuviese fuerza para combatir, ó al menos de darle de este modo de pensar revolucionario y sedicioso, y en todas se aceptó el despotismo, quitando del mismo y armada, y de todos los establecidos, que de largo tiempo habían llevado el título de reales, esta nombre, y sustituyendo el de constitucionales, con que se identificaba al pueblo, quien, á pesar de tan perveras artes, conservó con su natural lealtad los buenos sentimientos que siempre formaron su carácter. De todo, luego que entre dichos señores se vio el reino, tal adquirento del notorio y consiguiente, parte por mis propias observaciones, parte por los papeles públicos, donde hasta estos días con impudencia se derramaron expresiones tan groseras é infames acerca de la virtud y de mi carácter, que aun respecto de cualquier otro serían muy graves ofensas, dignas de severa demeritacion y castigo. Tan fuerecadas hechas llamaron de amargura mi corazón, y sólo fueron parte para tener clara la comprensión de error de todos los que esperaban mi vuelta para que con mi presencia pudiese fin á este tirano, y á lo que quedaba en que estaban los que conservaron en el ánimo la memoria de mi persona, y suspiraban por la verdadera felicidad de la patria. Yo me juré y prometí á vosotros, verdaderos y reales españoles, al mismo tiempo que me comprometí los mios que habéis sufrido, no quedados desolados en vuestras nobles esperanzas. Vuestra soberanía quiero serlo para vosotros, y en esta causa os giro, en serio de una nación herida que con hechos luminosos se ha grandado la adquisición de todas y conservado en libertad y soberanía. Aborrezco y detesto el despotismo; ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron después jamás sus reyes, ni sus buenas leyes y Constitución lo han autorizado, aunque por desgracia, de tiempo en tiempo se baxan á él, como por todas partes, y en todo lo que es humano, abuso de poder, que ninguna Constitución posible podrá prever del todo, ni fueron victos de la que tenía la nación, siendo personas, y efectos de tiranos, pero muy para vos vistas, circunstancias, que dicen lugar y ocasión á ellos. Tal vez para prever el cuando se diera la provisión humana, á saber, considerando el decreto de la dignidad real y sus derechos, para los días de hoy, y los que pertenecen á los pueblos, que con igualdad son iguales, yo traté con las promesas de España y de las Indias, y en Cortes legítimamente convocadas, comparecía los unos y otros, lo más pronto que restablecido el orden y los buenos usos en que ha vivido la nación, y con un acuerdo bien establecido los reyes mis augustos predecesores, las pudiesen contar, se restablecerá voluta y legítimamente, usando de las ya al bien de mis reinos para que mis vasallos vivan prosperos y felices en una religión y un imperio necesariamente unidos en indisoluble lazo en lo cual y en lo está con la libertad temporal de un rey y un reino que tienen por esencia el estado de castidad y de la que se podrá mirar en preparar y arreglar lo que parezca mejor para la reunión de estas Cortes, donde espero que con alienación las bases de la prosperidad de mis vasallos, que habitan en uno y otro hemisferio. La libertad y seguridad individual y real quedando firmemente

hasta la de la imprenta en los límites que la sana razón prescribía. Mas hacer promesas tan solemnes y de semejante naturaleza á la faz de la nación y del mundo, al propio tiempo que se decretaba subrepticamente la disolución de las Cortes (23) y que se atropellaban sin miramiento alguno las personas

aseguradas por medio de leyes que, afianzando la pública tranquilidad y el orden, daban á todos la saludable libertad, en cuyo caso imperturbable, una día luego á un gobierno moderado de un gobierno aristocrático y después, deben vivir los diputados que se dan sujetos á él. De esta justa libertad gozaban instantáneamente, para combatir por medio de la imprenta sus ideas y pensamientos, de lo que, á saber, de los límites que la sana razón soberana y ordenada dicta respecto de la religión y al gobierno, y el que los hombres naturalmente deben guardar entre sí, en ningún gobierno culto se puede razonablemente permitir que impusiesen la atropello y quebrante. Quedó también cada uno de los diputados de la realidad del Estado, separando la tesorería de lo que se asignaba para los gastos que exigían el decoro de una real persona y familia, y el de la nación á quien luego la gloria de mandar, de la de las rentas que son necesarias para el reino se impongan y arriegen para la conservación del Estado en todos los ramos de su administración, y las leyes que en lo sucesivo hagan de servir de norma para las acciones de sus súbditos, serán establecidas con acuerdo de las Cortes. Per misera que estas bases pueden servir de seguro apoyo de mis reales vasallos en el gobierno de que me voy á encargarme, y harán conmigo traza, no un después ni un tirano, sino un rey y un padre de mis vasallos. Por tanto, habiendo sido lo que unánimemente me han informado por escrito, ellos por un celo y conmovimiento, y lo que me está de consueño se contiene como ha expuesto en representaciones que de vez en partes del reino se me han dirigido en las cuales se expresa la repugnancia y disgusto con que así la forma de la forma en las Cortes generales y extraordinarias, como la forma establecimiento político en miso los reinos, son mirados en las provincias, y los territorios y ciudades que han vendido la idea, y se aumentaban al yo autorizar con mi consentimiento, y juré según la Constitución. Confieso solemnemente tan lealtad y genuinas demostraciones de la voluntad de mis pueblos, y por ser estas justas y fundadas, declaro que mi real persona, no obstante no haber, ni acceder á dicha forma de gobierno, ni a hacerlo alguno de las Cortes generales y extraordinarias, y de las ordinarias actualizadas libertas, á saber los que son deservidos de los derechos y prerrogativas de mi soberanía establecidos por la Constitución y las leyes, en que de largo tiempo a esta parte he venido sin cesar apearla. Corretorios y decretos malos y de ningún valor ni efecto, como por ejemplo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de memoria del tiempo, y en el que son en mis pueblos y súbditos, de cualquier clase y condición, á cualquier ni gobierno. Y como el que quiere sostenimiento y control, me está real de la nación, tomada con dicho acuerdo y voluntad, atenta contra las prerrogativas de mi soberanía y la felicidad de la nación, y abusando de la fuerza de mi soberanía y la felicidad de la nación, declaro que de los misos de la vida, era lo que me de hecho, era por esto, era de palabra, moviendo á incitación, ó de cualquier modo, y por tanto, declaro que se pueñen y observen dicha Constitución y leyes. Y para que entre tanto se restablezca el orden, y lo que antes de las novedades introducidas se observaba en el reino, acerca de lo cual sin pérdida de tiempo se irá promoviendo lo que convenga, no se interrumpa la administración de la misma, en mi real orden que órden tanto como las órdenes ordinarias de los pueblos que se hallan establecidos, los jueces de letras, siendo los jueces, y las audiencias, intervinientes y demás tribunales de justicia en la administración de ellos, y en lo político y gubernativo los ayuntamientos de los pueblos, según de presente están, y entre tanto se establece lo que convenga guardarse, hasta que oigan las Cortes que llama á su aumento el orden estable de esta parte de la reforma del reino. Y desde el día que este mi decreto se publique, y fuere comunicado al presidente que á la sazón lo sea de los Cortes que actualmente se hallan abiertas, cesarán estas en sus sesiones y sus actos, y las de las anteriores, y cuando expirados hubiere en un año y secretario de Cortes poder de cualquiera individuo, se rescogen por la persona encargada de la ejecución de este mi real decreto, y se depositen por ahora en la casa de Ayuntamiento de la villa de Madrid, corrigiendo y estando la pieza donde se conserven, los libros de su biblioteca, se presenten á la real, y a cualquier que tratándose de impedir la ejecución de esta parte de mi decreto, de cualquier modo, que lo haga, igualmente lo que se resuelve de los misos, y que como a tal se le imponga pena de la vida. Y desde ahora se resuelve que los jueces del reino de península estén en cualquiera parte que se les pida (quiere por infracción de Constitución), y los que por tales causas se hallaren presos de cualquier modo, como antes, no habiendo otro motivo, como eran las leyes, sean inmediatamente puestos en libertad. Que así se ni voluntad por el día de todo el bien y la felicidad de la nación.

Hecho en Valencia, á 4 de Mayo de 1814. — Yo el Rey. — El conde de Aranda. Rey con consejo de señores, y hallado el expediente para serlo. — El conde de Aranda.

23. No es a de nuestros historiadores hablar de estas cosas y persequerías. Híjese, al principio, de la desigualdad una imagen, con-

de tantos diputados y hombres ilustres, no parecía sino que era añadir á proceder tan injusto y desapoderado bafa descarada y dura (24).

Assegúrase escribió este manifiesto ó decreto don Juan Pérez Villamil, auxiliado de D. Pedro Gomez Labrador, aunque al cabo rifieron los dos entre sí y descompadron. Llevó la pluma, haciendo de secretario, D. Antonio Moreno, ayuda de peluquero que habia sido de palacio, y en seguida consejero de Hacienda.

Atropellanse á la mente reflexiones muchas al contemplar semejantes acontecimientos y sus resultas. Por una parte, muy de lamentar es ver convertido al Rey en instrumento ciego de un bando implacable é interesado, haciendo auyas las ofensas y agravios ajenos, y forzado, por tanto, á entrar en una carrera enmarañada de reacciones y persecucion en daño propio y grave perjuicio del Estado, y por otra admira la imprevision y abandono de las Cortes, que, dejándose coger como en una red, no tomaron medida alguna ni intentaron parar el golpe que las amenazaba, madrugando primero y anticipándose á sus enemigos. Nacia en el Rey semejante conducta de su total ignorancia de las cosas actuales de España, y de aquella inclinacion á escuchar errados consejos que se habia advertido ya desde el principio de su reinado; y en las Cortes, de inexperiencia y de la buena fe que reinaba entónces entre los reformadores, no imaginándose cabria nunca á su causa, ni caería tampoco sobre ellos, la suerte y trato que experimentaron, no ménos inicuo que poco merecido.

Dudamos tambien, contra el dictámen de muchos, que hubieran podido las Cortes, aun permaneciendo muy unidas, resistir al raudal arrebatado que de Valencia vino sobre ellas. El nombre de Fernando obraba por aquel tiempo en la nacion mágicamente; y al sonido suyo y á la voluntad expresa del Rey hubiera cedido todo y hubiéranse abatido y humillado hasta los mayores obstáculos. Tampoco era dable contar mucho con los ejércitos. Mantúvose el llamado primero fiel á las Cortes, pero tibio; declaróse en contra el segundo. Empleó en el de reserva de Andalucía juego doble, conforme á costumbre antigua, su jefe el del Abisbal, enviando para complimentar al Rey á un oficial de graduacion con dos felicitaciones muy distintas y en sentido opuesto, llevando encargo de hacer uso de una ú otra, segun los tiempos y el viento que corriese. Formaron alguna oficiales en el tercer ejército batelo á falta contra el Príncipe de Anglona por crecido afecto á las Cortes, y sobre todo, fiel á sus juramentos; hecho muy vituperable, pero que descubria desavenencia allí en cuanto á opiniones políticas, y por el cual, para decirlo de paso, reprimió

seguaron del mismo modo hasta su terminacion, que fué en la más por medio de una providencia gubernativa condenando á presidio y de arresto ó encierro lo en contrarios, á varones dignísimos, después de haberlos ajado villanamente, y asediado con todo género de tropelías y molestias. Trece comensales, escogidos su exámen entre los más ávidos adversarios de los perseguidos, no caeron condenados. Ordenó Fernando por el mismo lo que repugnaron faltar hombres feroces y sedientos de venganza. Necesitábase la pluma de un Tacito para pintar el otro rasgo; y sucesos lo á quel tiempo, dióse en esta parte de numerar al hijo de los de un Tiberio ó de un Caligula, y de haber con ellos bien enjugo.

24. Así se editó en la causa formada al brigadier (hoy mariscal de campo) D. Juan Muro, en la cual, al paso que se señalaba á los dos sus contrarios por haberse dividido en favor de la Constitución, mostraban en el su reserva y silencio, fundando en estas cualidades no sólo que reputaba el fiscal nuncio de la pena de muerte. Cosa que recordo que pone L. A. S. en la tragedia de *Philoctetes*, á la vez, en boca de Creon, que dice: *Ubi non licet mori, quid cuiquam licet?*

áperamente lord Wellington, en Oyarzun, á los principales fantores. Hubo sí señales más fatidables á la causa de las Cortes en el cuarto ejército, mas entre oficiales subalternos, no entre los jefes. De aquellos abocáronse algunos con su general don Manuel Freire, fiados en la conocida lealtad de éste, que no desmintió, haciéndoles juiciosas reflexiones acerca de los impedimentos que presentaban la ejecucion de la empresa, siendo, en su entender, el mayor de todos el soldado mismo, de propension dudosa, si no contraria á lo que ellos premataban. Esto, y lo que de súbito se fué arrojando, desvió á todos de proseguir por entónces en el intento de sostener abiertamente á las Cortes y la Constitución.

Entró el Rey en Madrid el 13 de Mayo, y si bien quedó en Aranjuez la division del segundo ejército que le habia acompañado desde Valencia, aun por otro lado y al mismo tiempo á la capital la de D. Santiago Whittingham, compuesta de 6000 infantes, 2500 caballos y 6 piezas, no tanto para agrandar la pompa en obsequio de la celebridad del día, cuanto para impedir se perturbase la pública tranquilidad. Así sucedió que el mismo Fernando, que en 24 de Marzo de 1808 habia penetrado por aquellas calles sin escolta, y resguardado sólo de los pechos de los fieles habitantes, aun en medio de huestes extranjeras poco seguras, tuvo ahora expulsadas estas, vencidos tantos otros obstáculos que precaverse y custodiar su persona, como constituyese circuido de enemigos los más declarados. Á tal estrecho le habian conducido hombres que preferian á todo saciar personales venganzas por ofensas que ellos mismos se habian granjeado, queriendo que el Rey, á imitacion de lo que cuentan del emperador romano, acabase á la vez y (25) de un golpe con lo mejor quizá y más espijado de España.

Cruzó Fernando á su entrada el puente de Toledo y atravesó la puerta de Atocha, yendo después por el Prado y las calles de Alcalá y Carretas hasta hacer pausa en el convento de Santo Tomas, para adorar, segun costumbre de sus antepasados, la imagen depositada allí de nuestra S. fura de Atocha. Dirigióse en seguida, por la Plaza Mayor y las Puercas, á palacio, que ocupó de nuevo al cabo de seis años de ausencia. Arcos de triunfo y otros festejos embellecian la carrera y le daban realce no escaseando en ella el clamor, alabanzas y vítores, si bien no con aquel desahogo y universal contentamiento que era de esperar en ocasion tan pasible; lastimado el oido de muchos y quebrantado su corazon con los sollozos y lagrimas de las familias de tantos inocentes, sepultados ahora en oscuras encierros y calabozos.

El 24 del mismo Mayo hizo tambien su entrada pública en Madrid, por la puerta de Alcalá, lord Wellington, duque de Ciudad Rodrigo, recibiendo en el transito los honores debidos á sus triunfos y elevada clase. Creyose entónces que dado no se podría al gobierno absoluto restablecido por el Rey al ménos cesarian los malos tratos y las persecuciones contra tantos hombres apreciables y dignos, en atencion siquiera á la buena correspondencia que habian seguido muchos de ellos con lord Wellington. Mas no fué así, continuando todo en

(25) Parece que entónces no se quitó en España sino de un golpe con toda su furia, á la manera de lo que expresa la *Philoctetes*, hablando de Don Juan: *que se quitó de repente la tempestad, así continuó el viento que le quitó la tempestad.*

mismo ser que antes, sin la menor variacion ni alivio. Cierta que el 5 de Junio, vispera de la partida del general inglés para París y Londres, hizo éste á S. M. una exposicion, que entregó D. Miguel de Álava al Duque de San Carlos, muy notable, y segun nos han asegurado, llena de prudentes consejos de tolerancia y buena gobernacion. Pero los que no consintieron escuchar éstos, presente Wellington, ménos lo quisieran en ausencia suya y muy léjos ya; traspapelándose la exposicion en las secretarias, ó haciéndola ciertos individuos perdidiza, como cosa de ningun valor.

De Madrid restituyóse el general inglés á Londres, donde le confirió S. M. B. el título de duque con la misma denominacion que tenía antes, esto es, la de Wellington. Concedióle el Parlamento la suma de 300.000 libras esterlinas para que se le comprase un estado correspondiente á su jerarquía; ascendiendo á 17.000 libras tambien esterlinas lo que le abonaban las arcas públicas por sueldos y otras mercedes. Galardon proporcionado á los muchos y grandes servicios que habia hecho á su patria lord Wellington, y digno de una nacion esclarecida y poderosa.

Entre tanto fuéronse evacuando las plazas que estaban aún en poder del frances, y que debian entregarse á los españoles, segun los convenios ajustados en Tolosa el 18 y 19 de Abril. Rindióse Benasque el 23 del propio mes, aunque á costa de algun fuego y escaramuzas. El 18, 22, 25 y 28 de Mayo, Tortosa, Murviedro, Peñíscola, Santonja y Barcelona; las dos últimas en un mismo dia. El 3 y 4 de Junio, Hostalrich y Figueras; quedando con esto del todo libre de enemigos el territorio peninsular. Regresaron tambien á su patria respectiva los prisioneros de guerra, y los españoles, que bajo el nombre de reos de Estado, y contra todo derecho y buena razon, se habia llevado Napoleon á Francia, de los que murieron muchos, rendidos á las fatigas y largo padecer. Fueron tambien desocupando la Francia sucesivamente las tropas británico-portuguesas y las nuestras.

Y para complemento, en fin, de todos estos acontecimientos, dió España su accesion en 20 de Julio al tratado de paz y amistad que habian concluido los aliados con Francia en 30 de Mayo; debiendo, en el término de dos meses, enviar las potencias

respectivas á Viena ministros ó embajadores que ventilasen en un congreso los asuntos pendientes y generales de Europa.

En principios de Mayo habia formado el rey Fernando un ministerio, que modificó antes de finalizarse el mes, aunque á la cabeza de ambos siempre el Duque de San Carlos. Siguióse por uno y otro la política comenzada en Valencia, creciendo cada dia más las persecuciones y la intolerancia contra todos los hombres y todos los partidos que no desamaban la luz y buscaban el progreso de la razon; siendo, en verdad, muy dificultoso, ya que no de todo punto imposible, á los ministros salir del cenagal en que se metieran los primeros y malhadados consejeros que tuvo el Rey. Error fatal y culpable, del que todavía nos sentimos y nos sentiremos por largo espacio; pudiendo aplicarse desde entonces á la infeliz España lo que decia un antiguo de los atenienses (26): «Desorden y torbellino los gobierna: expulsada ha sido toda providencia conservadora.»

Otro rumbo hubiera convenido tomase el Rey á su vuelta á España, desoyendo dictámenes apasionados, y adoptando un justo medio entre opiniones extremas. Érale todo hacedero entonces, y hubiérase Fernando colocado, con tal proceder, junto á los monarcas más gloriosos é insignes que han ocupado el söllo español.

El trasmitir fielmente á la posteridad los hechos sucesivos de su reinado y sus desastrosas consecuencias, será digna tarea de más elocuente y mejor cortada pluma. Detiénese la nuestra aquí, cansada ya, y no satisfecha de haber acertado á trazar la historia de un período, no muy largo en dias, pero fecundo en sucesos notables, en actos heroicos de valor y constancia, en victorias y descalabros. ¡Quiera el cielo que suministre su lectura provechosos ejemplos de imitacion á la juventud española, destinada á sacar á la patria de su actual abatimiento, y á colocarla en el noble y encumbrado lugar de que la hizo merecedora el indomable empeño con que supo entonces contrarestar la usurpacion extraña, y contribuir tan eficaz y vigorosamente al triunfo de la causa europea!

(26) Δίvo: βασιλεὺς, τὸν Δ' ἑλλητικῶς. Torbellino manda, habiendo sido expulsado Júpiter. (ΔΙΟΥΚΛΕΥΣ, comedia de Los Nubes.)

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

Turbación de los tiempos.—Ejército de España.—Política de Francia.—Paz de Presburgo.—Destronamiento de la casa de Nápoles.—Tratado de paz con Inglaterra.—Compensación negociada.—También otras con Rusia.—Preparativos de guerra.—Tropas españolas que van a Toscana.—Ingeniero dinés que da a Napoleón.—Enfado del Príncipe de la Paz contra Napoleón.—Sineaspechas.—Pazna agita con Inglaterra.—Envía alia a la Agnata de Argüelles.—Proclama del 3 de Octubre.—Disolución con Napoleón.—Proyectos contra España.—Los dos partidos que dividen el palacio español.—Entretienen a Napoleón en París.—M. de Mesurharia embajador de Francia en Madrid.—Secretos manifiesto con el partido del Príncipe de Asturias.—Tropas españolas que van al Norte.—Paz de Tilsit.—Tropas francesas que se juntan en Bayona.—Portugal.—Notas de los representantes de España y Francia en Lisboa.—Se retiran de aquella corte.—18 de Octubre de 1807, cruza el Bidasoa la primera división francesa.—27 de Octubre, tratado de Fontainebleau.—Causa del Excmo.—Marcha de Junot hacia Portugal.—Entrada en Portugal, 12 de Noviembre de 1807.—Llegada a Abrantes, 23 de Noviembre.—Proclama del Príncipe regente de Portugal, 22 de Noviembre.—Instancia de lord Strangford para que se embarque.—29 de Noviembre, da la vela la familia real portuguesa.—30 de Noviembre, entrada de Junot en Lisboa.—Entenda de los españoles en Portugal.—14 de Noviembre, viaje de Napoleón a Italia.—Reina de Nápoles.—Carta de Carlos IV a Napoleón.—Dulce de Napoleón sobre su conducta respecto de España.—22 de Noviembre, Dupont en Truán.—9 de Enero de 1808, entrada del cuerpo de Moncey.—24 de él, publicaciones del Ministerio.—1.º de Febrero de 1808, programa de Junot.—Forma nueva regencia, de que se nombra presidente.—Gravosa contribución a la guerra.—Envía a Francia una división portuguesa.—16 de Febrero, toma de la ciudadela de Pamplona.—Bata Duboussin en Cataluña.—Llega a Barcelona.—28 de Febrero, sorpresa de la ciudadela de Barcelona.—Id., sorpresa de Monjuich.—1 de Marzo, ocupación de San Fernando de Espinosa.—3 de Marzo, entrada de San Sebastián.—7 de Febrero, orden para que la escuadra de Cartagena vaya a Tolón.—Desembarco de la corte de Madrid.—Conducta antigua de Napoleón.—Sucesos del Príncipe de la Paz.—Llegada a Madrid de Isidoro.—Sale Isidoro el 10 de Marzo para París.—Tropas francesas que continuaron entrando en España.—Murat nombrado general en jefe del ejército francés en España.—Llenas la corte de Madrid en partir para Andalucía.—Providencias que toma. . . Pág. 1

LIBRO SEGUNDO.

Primeros indicios del viaje de la corte.—Orden para que la guarnición de Madrid pase a Aranjuez.—Proclama de Carlos IV de 14 de Marzo.—Conducta del Embajador de Francia y de Murat.—En fin se una comitiva.—Primera comitiva de Aranjuez.—Desembarco de Carlos IV.—Prision de D. Diego Gaspar.—Continúa la agitación y temores de otra comitiva.—Segunda comitiva de Aranjuez.—Prision de Godoy.—Retirada de Godoy.—Tercera comitiva de Aranjuez.—Asistencia de Carlos IV el 12 de Marzo.—Comunicación de Madrid del 19 y 20 de Marzo.—Alborotos de las juntas.—Junto sobre la abdicación de Carlos IV.—Ministros del nuevo Monarca.—Escriben.—El Duque del Infantado.—El Duque de Alba.—Primeras providencias del nuevo reinado.—Causa del Príncipe de la Paz y de otros, 23 de Marzo.—Grandes envíos para abastecer a Murat y a Napoleón.—Avanza Murat hacia Madrid.—Entrada de Fernando en Madrid en 24 de Marzo.—Comitiva española de Murat.—Orden de España contra Napoleón.—Junto sobre la conducta de Napoleón.—Preparación de Napoleón a su hermano Luis.—Correspondencia entre Murat y los reyes padres.—Junto sobre la pretensa.—Algunos los reyes en Murat y los reyes padres.—Desembarco en Madrid.—Llega Fernando a Madrid en 28 de Marzo.—Forman Napoleón en París.—Entrada de la escuadra de Francisco I.—Llama de Napoleón a Murat.—Viaje del infante D. Carlos.—Llegada a Madrid del general Sarrut.—Ayuda de Navarra.—10 de Abril, salida del Rey para Bayona.—Nombramiento de una Junta secreta.—Sublevarse a p. de Rey.—Llega el Rey el 12 de Abril a Bayona.—Llega a Vitoria el 14.—Escrito Fernando a Napoleón.—Conducta del Rey en 17 de Abril.—Seguridad que da Bayona.—Tentativas y proposiciones para que el Rey se escape.—Pro-

clama al partir el Rey de Vitoria.—Sale de Vitoria el 19 de Abril.—20 de Abril, entrada del Rey en Bayona.—Sale la correspondencia entre Murat y los reyes padres.—Pasan los reyes padres al Excmo.—Entrega de Godoy en 20 de Abril.—Quejas y tentativas de Murat.—Reclama Carlos IV la corona, y anuncia su viaje a Bayona.—Inquietud en Madrid.—Alborotos en Toledo.—En Burgos.—Conducta altanera de Murat.—Conducta de la Junta, y medidas que propone.—Creación de una Junta que la sustituya.—Llegada a Madrid de D. Justo Ibarra.—Proclama de los franceses en Madrid.—Revista de Murat.—Fide la salida para Francia del infante D. Francisco y Reina de Etruria.—2 de Mayo.—Salida de los infantes para Francia el 3 y el 4.—Llega Napoleón a Bayona.—Se anuncia a Fernando que renuncie.—Conferencias de Rediquis y Cevallos.—Llegada de Carlos IV a Bayona.—Come con Napoleón.—Comparece Fernando delante de su padre.—Condiciones de Fernando para su renuncia.—No se conforma el padre.—Comparece por segunda vez Fernando delante de su padre.—Renuncia Carlos IV en Napoleón.—Carlos IV y María Luisa.—Renuncia de Fernando, como príncipe de Asturias.—Lo Reina de Etruria.—Planes de evasión.—Se interna en Francia a la familia real de España.—Inacción de la Junta de Madrid.—Murat presidente de la Junta.—Egrotosa conducta de la Junta.—Napoleón piensa dar la corona de España a José.—Diputación de Bayona.—Medidas de precaución de Murat. . . Pág. 19

LIBRO TERCERO.

Insurrección general contra los franceses.—Levantamiento de Asturias.—Misión a Inglaterra.—Levantamiento de Galicia.—Levantamiento de Santander.—Levantamiento de León y Castilla la Vieja.—Levantamiento de Sevilla.—Restitución de la escuadra francesa en Cádiz.—Levantamiento de Granada.—Levantamiento de Extremadura.—Continuación en Castilla la Nueva.—Levantamiento de Cartagena y Murcia.—Levantamiento de Valencia.—Levantamiento de Aragón.—Levantamiento de Cataluña.—Levantamiento de las Baleares.—Navarra y provincias Vascongadas.—Islas Canarias.—Revoluciones generales.—Portugal.—En situación.—Divisiones francesas que intentan pasar a España.—Los españoles se retiran de Oporto.—Primer levantamiento de Oporto.—Levantamiento de Trás-os-Montes y segundo de Oporto.—Se desarma a los capataces de Lisboa.—Rechazan los españoles a los franceses en Os Pegões.—Levantamiento de los Algarves.—Convenciones entre algunas juntas de España y Portugal. . . Pág. 33

LIBRO CUARTO.

Junta de Madrid.—Comisión que da al Marqués de Lasan.—Se proclama de la Junta.—En celo en favor de la Diputación de Bayona.—Valencia.—Marqués de Astorga.—Obispo de Orense.—Proclama de Bayona a los vascongados.—Comisionados enviados a Zaragoza.—Ayudas enviadas por Napoleón a América.—Napoleón renuncia la corona de España en José.—Llegada de José a Bayona.—Restitución de José en Marruecos.—Diputaciones españolas.—La de la gran lea.—La del Consejo de Castilla.—La de la Inspección.—La del ejército.—Otra proclama de los de Bayona.—Previa disposiciones para abrir el Congreso de Bayona.—Ábrese sin solemnidad.—Una declaración.—El punto de libertad.—Juramento prestado a la Constitución.—Reflexiones sobre la Constitución.—Visita de la Junta de Bayona a Napoleón.—Felicidades de la asamblea de Fernando.—Felicidades de Fernando mismo.—Ministerio nombrado por José.—Jubilación.—Empleos de partido.—José entra en España el 6 de Julio.—Primera expedición de los franceses contra Santander.—Expedición contra Valladolid.—Quema de Torquemada.—Entrada en Pamplona.—Acción de Calabazas.—Retira los franceses en Valladolid.—Segunda expedición contra Santander.—Obispo de Santander.—Noble salida de su junta.—Expedición contra Zaragoza.—Acción de Mallén.—Id. Alagón.—Cataluña.—Sembranza.—Acción del Bruch.—Defensa de Beparraguera.—Charran en Tarragona.—Reconstrucción de Arles.—Ejército de Villafra de Pineda.—Segunda acción del Bruch.—Expedición de Duboussin contra Gerona.—Resistencia de Mongat.—Ejército de Matara.—Ataque de los franceses contra Gerona.—Nuevo fuero a Barcelona.—Reconocimiento de Granada.—Reconstrucción del Tiberiagat.—Murat.—Envía a Dupont a Andalucía.—Acción de Alcolea.—Beco de

que toma Marino. — Decretos notables de Napoleón. — Espos y Mira. — Acción de San Carlos. — Prisa de un segundo conato en Arribas. — Muerte de M. Deslandes, secretario de José. — Muerte de Pin haque. — Medidas administrativas de M. de. — Juicio de Wellington sobre las guerrillas. — Movimiento de Wellington. — Por el imperio a Rodas. — Asalto dado a la plaza. — Tomanta los anglo portugueses. — Maltrato a los vecinos. — Gracias concedidas. — Avanza Sault y se retira. — Asesina los españoles a Sevilla. — Movimiento de Marmont hacia Ciudad Rodrigo. — Wellington vuelve a Aguada. — Insurrección H. B. las obras de los franceses en el Tago. — Sault y Pallas se retira. — Chequea en Ojuna y Alcaza. — Acción de Bormes, ó del funeral de. — Guerra entre Napoleón y la Rusia. — Operación en Alemania. — Medidas preventivas de Napoleón. — Proposición de Napoleón a la Inglaterra. — Controversia. — Empieza la guerra de Francia con Rusia. — Influencia de esta guerra respecto de España. — Manejo en Cádiz del partido de José. — Sociedades secretas. — Españoles del partido de José en los batos en Cádiz. — Devociones. — Asesinamiento del mariscal de Santa Elisa. — Proyecto de José de convocar Cortes. — Bases y clamor, sobre todo en M. 110. — Proclamación de Cortes. — Encuentro en las provincias. — Almatania y se aprisa en Cádiz. — Tiranía las Cortes. — Libertad de la Imprenta y sus abusos. — *Diccionario manual* y *Diccionario crítico literario*. — Sensación que causa el *Diccionario crítico-literario*. — Inicio de las Cortes y multitud que provoca. — Tentativa para reanudar la Imprenta. — Estado de aquel tribunal. — Socorro impetora y para reanudar la Imprenta. — Se equilibra el establecimiento de la Imprenta. — Proponemos que se disuelvan las Cortes. — Pérdida que la revolución de Constitución. — Se convocan las Cortes ordinarias para 1813. —

LIBRO VIGÉSIMO.

Campaña de Salamanca. — Movimiento de Wellington. — Fuertes de Salamanca. — Los ataques Wellington. — Se apodera de ellos. — Va Wellington tras del ejército de Marmont. — Movimiento de los franceses y de los ingleses en el Duero. — Empezaba Wellington a retirarse. — Vuelven numerosas de ambos ejércitos. — Salen Wellington cerca de Salamanca. — Batalla de Salamanca. — Tránsito de los aliados. — Circula condesa de Wellington. — Continúan retirándose los franceses. — A la casa de Madrid a Cast. la Vieja. — Conserjeros en Cast. la. — Sordo ejército español. — Inocencia y amor patrio. — Toma el de Terdesada. — Revuelve Wellington contra José. — Reconocimiento en Malabanda. — Refracto José a Madrid. — Entrar en Madrid en la noche. — Párrafo y Juana. — Consecución. — Wellington ataca el Retiro. — Le toma. — Proclama el general Alava. — Retirándose por de D. Carlos España. — Otras noticias de deserción. — La de monedas. — Toma el Bimpuerto a Guadalupe. — Abandonan el Tago los franceses del centro, y se dirigen a Valencia. — Tránsito que tuvieron en el castro. — Algunos sucesos en Cast. la Vieja. — Los generales de Asipera, entran a los capitanes. — Sepúlveda ejército español. — Encuentro los franceses a Salazar. — Sucesos de Vizcaya. — Sale Wellington de Madrid y pasa a Castilla la Vieja. — Campaña en Andaluza. — Levanan los franceses a el sitio de Cadix. — Mas ha de Cruz Morgoran sobre Sevilla. — Batalla sobre a Sevilla. — Acercamiento Cruz Morgoran en Triana. — Entra la retaguardia francesa. — Lleva. — Entra Cruz en Sevilla. — Sigue Salazar, retirándose hacia Murcia. — Batallas. — Reconocimiento de éste. — Imagen abandonada a Extremadura. — Se dirige por Córdoba a Granada. — Vuelven al en observación el coronel Schepeler. — Entra Schepeler en Córdoba. — Desembarco de Pávarri. — Sigue Inguet retirándose. — Entra en Granada el ejército de Balastera. — Admistración francesa en las Andaluzas. — Ocupa de bellos arcos de las iglesias primitivas. — Batalla de Salazar. — Acercamiento en Valencia. — Asalto de Cast. la. — Desembarco sobre este en las Cortes. — Resultado de las Cortes. — El momento que hace del cargo de regente el conde de Aranda. — Se le retiran las Cortes. — Se embarca regente en D. Juan Perez Villamil. — Juana Villamil. — España en el hugobolana. — Se le junta la división de Whitford. — De la noche a la expedición en Alcañices. — Mueren marinos y sucesos. — Entra José en Valencia. — Llegan al río de Valencia. — Acercamiento Duro al castillo de Uchich. — Le toma. — El suceso a D. José O'Donnell en la noche del marino y tercer ejército. — Recorrido en ayas en la Mancha. — Movimiento de puestas en de Madrid. — Sucesos en Aragon. — Sucesos en Cast. la. — Sucesos en Land Wellington en Cast. la Vieja. — Avanza a Burgo. — Se le retira el ejército español. — Entra los aliados en Burgo. — Asalto al cast. la. — No toman las Cortes genera. — Jefe a ord Wellington. — Incidentes. — Sucesos en este ejército. — Desembarco de Ballazeros. — Se le separa del mar. — Continúa el ejército del cast. la de Burgo. — Desembarco de Burgo. — Movimiento de los franceses. — Los José a Madrid. — Batalla de Madrid de Madrid. — Batalla de la capital. — Batalla de Sanz de Burgo. — Entra de en Madrid. — Sale otro ejército. — A José a Cast. la Vieja. — Movimiento de Wellington. — Avanza a Cast. la Vieja. — Los franceses, camos de Potosí y de Norte. — Empezaba Wellington a retirarse. — Mañana de los ejércitos. — Refracto Wellington el Duero. — Batalla III. — Wellington de Salamanca. — Batalla José a los cortas ayas del Norte y de Portugal. — Pasa los franceses a Portugal. — Se retira de los ingleses en de Portugal. — Desembarco en la retaguarda. — Oficiales del general Paget. — Entra la Wellington en Portugal. — Pasa a G. y a. — Asalto a el cast. la. — Batalla de Poirier. — Desembarco de Burgo del cast. la de Alva de Formosa.

Quarteles de Wellington en Portugal — Diviense los franceses. . .
— Voeuse José a Madrid. — Circular de lord Wellington. — Vase a
Cádiz lord Wellington. — Buñuelo francés que se le ha e — Se le
da asistene en los Barcos — Van as disposiciones de la Recusos. —
Nueva distribución de los ejércitos españoles. — Pasa Wellington
a Lisboa. — Se prepara a nuevas campañas. Pág. 413

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO

Las Cortes — Emancipación de baldíos y propios. — Abolición por las Cortes del voto de Santiago. — Declaración juratoria de B. J. de Santa Teresa de Jesús. — España compra catifios con el fin de no incurrir. — Decretos de las Cortes sobre este asunto. — Medida con relación para arreglar las 47 universidades de América. — Tratado con Rusia. — Con Su. C. — Felicitación de la princesa del Brasil, Carlota. — Nueva proposición para nombrar regenta. — Se rechaza. — Abolición de la Inquisición. — Decreto de la abolición de la Inquisición y sus causas. — Reforma de ciertos vices y malcostumbres. — Muerte de la Regenta y sus causas. — Fuga de la nueva Regenta. — Su castigo. — Fin en 6 de Marzo. — Adhesión a la unión de la República con los Estados Unidos. — Traslamiento de la Academia. — Epoca de exilados y exiliados a la población de de estos sobre Inquisición. — Conducta del Nuncio del Papa. — Debates y resoluciones en las Cortes sobre esta materia. — Causa formada a causa de la empujamiento de la causa. — Quejan de estos contra el nuncio Cam. Mancini. — Resolución sobre esto y debates en las Cortes. — Alternancia con el Nuncio. — su extrañamiento. — Disputa de precedencia con la Rusia. Pag. 46

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

[illegible]

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

[illegible]

Elecciones.—Rómpez.—Finese el Austria á los aliados.—Las Cortes y su rumbo.—Disputas sobre una sede á Madrid.—Se dilata la traducción.—Omnibuses sobre la materia.—El diputado Antillon.—Varias medidas útiles de las Cortes.—Reclamaciones de las mismas en Hamemburg.—El diputado Poreel.—Nuestran las Cortes la diputación permanente.—Cierren las Cortes extraordinarias sus sesiones el 14 de Setiembre.—La fiebre amarilla en Cádiz.—Volvieron a abrir el 16 las Cortes extraordinarias.—Motivo de ello la fiebre amarilla.—Acordados delales.—Cierre de nuevo el 20 las Cortes extraordinarias.—Su legitimidad.—Su forma y para componer.—Sus fallos.—Constitución y abren sus sesiones en Cádiz las Cortes ordinarias.—Se trasladan á la Isla de León.—Su composición al principio.—Lo que hubo en las sesiones.—Estado de las partidas en las nuevas Cortes.—Diputados que se distinguen en ellas.—Antillon y sus riesgos.—Martinez de la Rosa.—Primeros trabajos de estas Cortes.—Contendimiento de lord Wellington.—Nada se resuelve.—Trasládase las Cortes y el Gobierno de la Isla á Madrid.—Estado de la guerra.—Ejército aliado en el Vidasen.—Ejército del mariscal Soult.—Se dispone Wellington al paso del Vidasen.—Verificación.—Se distingue el cuarto ejército español.—También el de reserva de Andalucía.—Pasan los aliados el territorio francés.—Provisionales de Wellington.—Bosquejo de Pamplona.—Se rinde la plaza á los españoles.—Evacuaciones y pérdidas de Navarra y provincias Vascongadas.—Se toma de Soult en el Nivelle.—Proyecto de Wellington.—Lord Wellington en Bayona.—Catastro de este pueblo.—Vuelta del Duque de Angulema.—Wellington en San Juan de Luz: su marcha.—Dispersión y estado del ejército anglo-portugues.—Vuelven á España casi todo el cuarto ejército y el de reserva de Andalucía.—Movimientos y combates en el Nive.—Estancos de los respectivos ejércitos.—El general Harispe.—Sucesos en Cataluña.—Valencia.—Indignos á los españoles Morela y Denta.—Sucesos en Alemania y norte de Europa. Pág. 476

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

Viaje á Madrid de la Regencia y las Cortes, y su llegada.—Abren las Cortes á las sesiones.—Napoleon en París, y sus medidas.—Reclamación de los aliados del Norte.—Entrada en Francia.—Encuentra Napoleon negociaciones con Fernando.—Su carta á este rey.—Confieren las de las príncipes en Valencia con el Conde de Laforest.—Llegada á Valencia del Duque de San Carlos.—Tratado concluido en Valencia.—Viaje de San Carlos á España.—Entra Napoleon á Valencia y otros españoles.—Nuevas desolaciones.—Comisionados franceses enviados á España.—Llega San Carlos á Madrid.—Disputa que causa su Regencia.—Viaje también de Palafox á Madrid.—Contestación de la Regencia, y sus cartas al Rey.—Vuelven á Francia San Carlos y Palafox.—Da cuenta á las Cortes de este negocio la Regencia del reino.—Se recibe con aprecio.—Manifiesto que debe acompañarse.—También en la opinión, y se dicen sobre esto.—Llega y muere contra las nuevas reformas.—Introducción del diputado Reina.—Alboroto que causa en las Cortes, y sus resultados.—Tratan algunos de mudar la Regencia.—No lo consiguen; con otros incidentes.—Cierren las Cortes ordinarias sus sesiones.—Las vuelven á abrir.—Reclamamiento del Austria y tratado con Prusia.—Sucesos militares. Ca-

tañia.—Se retira Suchet á Girona.—Van Helen.—Se pasa á los españoles, sus proyectos y armadas.—Tentativas contra Tortosa.—Fractura ésta.—Sale bien en Lerida, Mequinenza y Monzon.—Se toman prisioneras las guarniciones.—Apuros, gestiones y movimientos de Suchet.—Romose el castillo de Jaca.—Ataques contra Santofia y sus obras exteriores.—Tomanse algunas de estas.—Muerte de Barco.—Movimientos de Wellington.—Paso de Adour.—Se cerca del todo á Bayona.—Echase un puente sobre el Adour.—Avances de Wellington.—Batalla de Orthez, 27 de febrero.—Movimientos posteriores.—Intentos de los partidarios de la causa de Borbon.—Evita Wellington via de Burdeos á Bayona.—Se declara esta ciudad en favor de los borbones.—Retrae allí el 19 de Marzo Beresford y el de Angulema.—Proclama á Soult.—Estado castro de Napoleon, y medidas que toma.—Sale de París.—Congreso de Chatillon.—Insistencias.—Tratado de Chaumont.—Resolución de esto.—Llega Napoleon á Bernabon.—Precede Zayas al Rey: su viaje.—Sale el Rey de Valencia.—Llega á Ieraplan.—Quedase allí el Infante D. Carlos.—Entra el Rey en España.—Recibe Copons al Rey en el Puvla.—Entra el Rey en Girona.—Llega también allí el Infante D. Carlos.—Carta del Rey á la Regencia.—Monumento que decretan las Cortes.—Batalla del Duque de Frias.—Tratados y negociaciones de las Cortes.—Presupuestos.—Secretarias.—Desempeño de la causa real.—Repositor Aubriot.—Arreos incidentes militares.—Movimientos del ejército español.—Auxilios que le da Wellington.—Conducta del Conde del Arzobispo.—Pasa a Francia el tercer ejército español.—Sigue Wellington moviéndose.—Llega Soult á Tolosa.—Llegan los aliados a orillas de la ciudad.—Tratativas para pasar el Garo a.—Le pasan los aliados.—Otros movimientos.—7 de mayo y su estado de defensa.—Batalla de Tolosa.—Resaca Soult a la ciudad.—Entran los aliados.—Soult se retira.—Acciones sucesivas y mudanzas en París.—Llega Napoleon.—Otras acciones militares.—En Burdeos.—En Bayona.—Batalla.—Cataluña.—La abandona Suchet.—Conducta de Soult y Suchet con respecto de lo ocurrido en París.—Concluyese un armistio entre Wellington y los mariscales franceses.—Asuntos políticos.—Sale el Rey y los Infantes de Girona.—Llegan á Tarazona y Lerida.—Va el Rey a Saragosa.—Bien recibidos en esta ciudad.—Junto en Deneca.—Entrada en Teruel.—Junto en Logroño.—Batalla de Lerida en Valencia.—El general Elio.—Lo que sucedió con el mariscal de Borbon.—Sale Elio a retiro al Rey.—Lo mismo el Conde de Aranda.—Representación de los diputados llamados peritos.—Comisión de los liberales en las Cortes.—Se trasladan estas a Doña María de Aragon.—Inician sesiones del 7 de Mayo.—Lo que pasa en Valencia.—Se abre Wellington á Madrid.—Conducta del embajador inglés.—Sale el Rey de Valencia.—Lo que ocurre en el camino.—Diputaciones de las Cortes para recibir al Rey.—Otras ocurrencias.—Presencia en Madrid de la Regencia, manifestaciones de los diputados.—Insistencia de las Cortes por dotes del Rey.—Acordados en Madrid.—Manifiesto de decreto del 14 de Mayo.—Votos y cooperaciones.—Reflexiones.—Entra el Rey en Madrid.—Llegada de lord Wellington á la capital.—Resumen de las que éste resiste de su patria.—Liberación de las plazas que aun conservaba el frances en España.—Tratado de paz y amistad con Francia.—Ministros de Fernando.—Pólicia errática y responsable de estos.—Cual hubiera convenido adoptar.—Conclusiones de esta obra. Pág. 496

100

100

100

100

STANFORD UNIVERSITY LIBRARY

To avoid fine, this book should be returned on
or before the date last stamped below
10M-10-36

<p>TABLE</p> <p>JUL 24 1938</p> <p>RECEIVED</p> <p>SEP - 1938</p> <p>SEP - 1938</p> <p>SEP 25 1938</p>		
--	--	--

850.8 .B582 v.64 C.1
Historia del levantamiento AAF7507
Stanford University Libraries



3 6105 044 920 424

Stanford University Libraries
Stanford, California

Return this book on or before date due.

